

KLEIN

La obra de Melanie Klein se desarrolló a lo largo de casi cuarenta años; es inevitable, tratándose de un esfuerzo creador que abarcó un lapso tan prolongado, que sus ideas sufrieran constantes ampliaciones, enmiendas y clarificaciones. En consecuencia no es fácil para el estudioso, frente a una producción que bien puede calificarse de copiosa, descubrir cuáles son las ideas más maduras de Melanie Klein o cómo llegó a concebirlas.

Melanie Klein

Obras completas

ePub r1.0
DHa-41 23.05.2021

Melanie Klein, 1960
Traducción: Hebe Friedenthal, Aberastury Arminda

Editor digital: DHa-41
ePub base r2.1

Índice de contenido

1. El desarrollo de un niño[1] (1921)

I. La influencia del esclarecimiento sexual y la disminución de la autoridad sobre el desarrollo intelectual de los niños

Introducción

La idea de explicar a los niños temas sexuales está ganando terreno progresivamente. La instrucción que se da en las escuelas en muchos lugares tiene por objeto proteger a los niños durante la época de la pubertad de los peligros cada vez mayores de la ignorancia, y es desde este punto de vista que la idea ha logrado mayor simpatía y apoyo. Sin embargo, el conocimiento obtenido gracias al psicoanálisis indica la necesidad, sino de «esclarecer», por lo menos de criar a los niños desde los años más tempranos en forma tal, que convierta en innecesario cualquier esclarecimiento especial, ya que apunta al esclarecimiento más completo, más natural, compatible con el grado de madurez del niño. Las conclusiones irrefutables a extraerse de la experiencia psicoanalítica requieren que los niños sean protegidos, siempre que sea posible, de cualquier represión demasiado fuerte, y de este modo de la enfermedad o de un desarrollo desventajoso del carácter. Por consiguiente, junto a la intención realmente prudente de contrarrestar con la información los peligros reales y visibles, el análisis procura evitar peligros igualmente reales, aunque no sean visibles (porque no eran reconocidos como tales), pero mucho más comunes y profundos, y que por ende exigen ser observados mucho más urgentemente. Los resultados del psicoanálisis —que siempre en todo caso individual retrotrae a las represiones de la sexualidad infantil como causa de la enfermedad posterior, o a los elementos más o menos mórbidos actuantes o a inhibiciones presentes incluso en cualquier mente normal—, indican claramente el camino a seguir. Podemos evitar al niño una represión innecesaria liberando —primero y principalmente en nosotros mismos— la entera y amplia esfera de la sexualidad de los densos velos de secreto, falsedad y peligro, tejidos por una civilización hipócrita sobre una base afectiva y mal informada. Dejaremos al niño adquirir tanta información sexual como exija el desarrollo de su deseo de saber, despojando así a la sexualidad de una vez de su misterio y de gran parte de su peligro. Esto

asegurará que los deseos, pensamientos y sentimientos no sean en parte reprimidos y en parte, en la medida en que falla la represión, tolerados bajo una carga de falsa vergüenza y sufrimiento nervioso, como nos pasó a nosotros. Además al impedir esta represión, esta carga de sufrimiento superfluo, estamos sentando las bases para la salud, el equilibrio mental y el desarrollo positivo del carácter. Sin embargo, este resultado incalculablemente valioso no es la única ventaja que podemos esperar para el individuo y para la evolución de la humanidad, de una crianza fundada en una franqueza sin límites. Tiene otra consecuencia no menos importante: una influencia decisiva sobre el desarrollo de la capacidad intelectual.

La verdad de esta conclusión extraída de las experiencias y enseñanzas del psicoanálisis quedó confirmada en forma clara e irrefutable por el desarrollo de un niño del que tengo ocasión de ocuparme con frecuencia.

Historia previa

El niño en cuestión es el pequeño Fritz, hijo de conocidos que viven cerca de mi casa. Esto me dio oportunidad de estar a menudo en compañía del niño, sin ninguna restricción. Además, como la madre sigue todas mis recomendaciones, puedo ejercer amplia influencia en su crianza. El niño, que tiene ahora cinco años, es fuerte y sano, de desarrollo mental normal pero lento. Empezó a hablar a los dos años, y tenía más de tres y medio cuando se pudo expresar con fluidez. Incluso entonces no se observaron esas frases especialmente llamativas, como las que se oyen ocasionalmente a edad muy temprana en niños bien dotados. A pesar de esto, daba la impresión, tanto por su aspecto como por su conducta, de ser un niño inteligente y despierto. Consiguió adquirir muy lentamente unas pocas ideas propias. Ya tenía más de cuatro años cuando aprendió a distinguir los colores, y casi cuatro años y medio cuando se familiarizó con las nociones de ayer, hoy y mañana. En cosas prácticas estaba evidentemente más atrasado que otros niños de su edad. A pesar de que a menudo lo llevaban de compras, parecía (por sus preguntas) que le resultaba incomprensible que la gente no regalara sus pertenencias, ya que todos tenían muchas cosas, y era muy difícil hacerle comprender que debía pagarse por ellas, y a diferentes precios según su valor.

Por otra parte, su memoria era notable. Se acordaba, y aún recuerda, cosas relativamente remotas con todo detalle, y domina completamente las ideas o hechos que alguna vez ha comprendido. En general, ha hecho pocas

preguntas. Cuando tenía alrededor de cuatro años y medio se inició un desarrollo mental más rápido y también un impulso más poderoso a hacer preguntas. También en esta época el sentimiento de omnipotencia (lo que Freud ha llamado «la creencia en la omnipotencia del pensamiento») se volvió muy marcado. Cualquier cosa de que se hablara —cualquier habilidad u oficio— Fritz decía que podía hacerlo perfectamente, incluso cuando se le probaba lo contrario. En otros casos, cuando como réplica a sus preguntas se le decía que el papá y la mamá también desconocían muchas cosas, esto no parecía quebrantar su creencia en su propia omnipotencia y en la de su ambiente. Cuando no podía defenderse de ninguna otra manera, incluso bajo la presión de las pruebas en contra, solía afirmar: «¡Con una vez que me muestren, podré hacerlo muy bien!». De modo que, a pesar de toda demostración de lo contrario, estaba convencido de que podía cocinar, leer, escribir y hablar francés perfectamente.

Aparición del período de preguntas sobre el nacimiento

A la edad de cuatro años y nueve meses aparecieron preguntas concernientes al nacimiento. Uno se veía obligado a reconocer que coincidía con esto un notable incremento de su necesidad de hacer preguntas en general.

Quisiera señalar aquí que las preguntas planteadas por el pequeño (que en general dirigía a su madre o a mí) eran siempre contestadas con la verdad absoluta, y, cuando era necesario, con una explicación científica adaptada a su entendimiento, pero tan breve como fuera posible. Nunca se hacían referencias a las preguntas que ya se le hubieran contestado, ni tampoco se introducía un nuevo tema, a menos que él lo repitiera o comenzara espontáneamente una nueva pregunta.

Después que hubo preguntado[2] «¿Dónde estaba yo antes de nacer?», la pregunta surgió nuevamente en la forma de «¿Cómo se hace una persona?» y se repitió casi diariamente en esta forma estereotipada. Era evidente que la constante recurrencia de esta pregunta no se debía a falta de inteligencia, porque era obvio que comprendía totalmente las explicaciones que se le daban sobre el crecimiento en el cuerpo de la madre (la parte representada por el padre no se le había explicado porque aún no había preguntado sobre ella). Que un cierto «displacer», una falta de deseo de aceptar la respuesta (contra

lo que luchaba su anhelo de verdad) era el factor determinante de su frecuente repetición de la pregunta, lo demostraba su conducta, su comportamiento distraído, incómodo, cuando la conversación apenas había comenzado, y sus visibles intentos de abandonar el tema que él mismo había iniciado. Por un breve período dejó de preguntarnos esto a su madre y a mí, y se dirigió a su niñera (que poco después se fue de la casa) y a su hermano mayor. Sus respuestas, que la cigüeña traía a los bebés y que Dios hacía a la gente, lo satisficieron sin embargo solo por pocos días, y cuando después volvió a su madre otra vez con la misma pregunta «¿Cómo se hace una persona?», parecía al final más dispuesto a aceptar la respuesta de la madre como la verdad**[3]**. A la pregunta «¿Cómo se hace una persona?» su madre le repitió una vez más la explicación que ya le había dado a menudo. Esta vez el niño habló más y contó que la gobernanta le había dicho (parece haber oído esto antes también, de alguna otra persona), que la cigüeña traía los bebés. «Eso es un cuento», dijo la madre. —«Los niños L. me dijeron que la liebre de Pascua no vino en la Pascua sino que fue la niñera quien escondió las cosas en el jardín.»**[4]** «Tenían razón», contestó la madre. —«¿No hay liebre de Pascua, no es cierto?, ¿es un cuento?» —«Por supuesto.» —«¿Y tampoco existe Papá Noel?» —«No, tampoco existe.» —«¿Y quién trae el árbol y lo arregla?» —«Los padres.» —«¿Y tampoco hay ángeles, eso también es un cuento?» —«No, no hay ángeles, eso también es un cuento.» Evidentemente estos conocimientos no fueron fácilmente asimilados, porque al final de esta conversación preguntó después de una breve pausa, «¿Pero hay cerrajeros, no? ¿Son reales? Porque si no, ¿quién haría las cerraduras?» Dos días después ensayó cambiar de padres; anunciando que iba a adoptar a la señora L. como madre y a sus hijos como hermanos y hermanas, y se quedó en casa de ellos durante toda una tarde. Al atardecer volvió a la casa arrepentido**[5]**. Su pregunta al día siguiente, hecha a su madre inmediatamente después del beso de la mañana, «Mamá, dime, ¿cómo viniste tú al mundo?», mostraba que allí había una conexión causal entre su cambio deliberado de padres y el previo esclarecimiento que había sido tan difícil de asimilar.

Después de esto también mostró mucho más placer en entender realmente el tema, al que retornaba repetidamente. Preguntó cómo sucedía en los perros; después me dijo que recientemente él «había espiado dentro de un huevo roto» pero no había conseguido ver un pollito dentro. Cuando le expliqué la diferencia entre un pollito y un niño, y que este último permanece dentro del calor del cuerpo materno hasta que está lo bastante fuerte como para salir

afuera, se sintió evidentemente satisfecho. «¿Pero, entonces, quién está dentro de la madre para darle de comer al chico?», preguntó.

Al día siguiente me preguntó «¿Cómo crece la gente?». Cuando tomé como ejemplo un niñito que él conocía, y como ejemplos de diferentes estadios del desarrollo a él mismo, a su hermano y a su papá, dijo «Yo sé todo eso, pero ¿cómo se crece?».

Durante la tarde lo habían regañado por desobedecer. Estaba perturbado por ello y trataba de hacer las paces con su madre. Le dijo «Seré obediente mañana y al otro día y al otro día…»; y deteniéndose súbitamente pensó por un instante y preguntó «Dime, mamá, ¿cuánto falta para que venga pasado mañana?». Y cuando ella le preguntó qué quería decir exactamente, repitió: «¿Cuánto tiempo tarda en venir un nuevo día?» e inmediatamente después: «Mamá ¿la noche pertenece siempre al día anterior, y temprano a la mañana es otra vez un nuevo día?»[6]. La madre fue a buscar algo y cuando retomó a la habitación él estaba cantando para sí. Cuando ella entró dejó de cantar, la miró fijamente y dijo: «¿Si hubieras dicho ahora que yo no tenía que cantar, yo tendría que dejar de cantar?». Cuando ella le explicó que nunca le diría una cosa así, porque siempre él podría hacer lo que quisiera excepto cuando había alguna razón para impedírselo, y le dio ejemplos, pareció satisfecho.

Conversación sobre la existencia de dios

Al día siguiente llovió. Fritz se lamentaba de esto porque quería jugar en el jardín, y preguntó a su madre: «¿Sabe Dios cuánto tiempo dejará que llueva?». Ella contestó que Dios no hacía la lluvia, sino que la lluvia venía de las nubes, y le explicó el asunto. Al día siguiente la recibió nuevamente con una pregunta largo tiempo abandonada: «¿Cómo se hace una persona?». La madre trató de descubrir qué era exactamente lo que él no entendía de sus explicaciones previas, y el niño dijo: «Sobre lo de crecer». Cuando trató de explicarle una vez más cómo crecían la cabecita y los miembros, dijo: «Dime, mamá, pero cómo, ¿de dónde vienen la cabecita, y la pancita, y todo el resto?». Al replicarle ella que ya están presentes muy chiquitas, dentro del pequeño huevo, como la florecita en el capullo, no preguntó más. Poco después preguntó: «¿Cómo se hace una silla?»[7]. Entretanto su madre lo había vestido; preguntó entonces espontáneamente: «¿No es Dios quien hace llover? Toni (la mucama) dijo que Dios hace llover». Después de la respuesta de la madre preguntó:

«¿Es un cuento que Dios hace llover?». Al replicar ella que sí, preguntó: «¿Pero hay realmente Dios?». La madre le replicó algo evasivamente que ella nunca lo había visto. «Uno no lo ve, pero ¿está realmente en el cielo?». —«En el cielo solo hay aire y nubes». «¿Pero existe realmente Dios?», preguntó otra vez. No había escapatoria, de modo que la madre tomó una decisión y dijo: «No, hijo, no existe». —«Pero, mamá, si una persona grande dice que Dios existe y vive en el cielo, ¿tampoco es cierto, entonces?». La respuesta de la madre fue que muchos adultos no sabían la verdad sobre las cosas y no podían hablar de ellas correctamente. Había ahora terminado su desayuno y se detuvo ante la puerta que daba al jardín, mirando hacia afuera. Estaba pensativo. De repente dijo: «Mamá, veo lo que existe, y lo que yo veo está realmente allí, ¿no? Veo el sol y el jardín, pero no veo la casa de tía María, y sin embargo está ahí también, ¿no?». La madre le explicó por qué no podía ver la casa de su tía María y él preguntó: «Mamá, ¿tú tampoco puedes ver su casa?». Y demostró su satisfacción cuando ella replicó que no. Inmediatamente después; sin embargo, preguntó algo más: «Mamá, ¿cómo llegó el sol hasta ahí?». Y cuando ella dijo algo pensativamente, «Sabes, ha estado allá desde hace mucho, mucho tiempo…», él dijo «Si, pero mucho, mucho antes, ¿cómo llegó hasta allí?».

Debo explicar aquí la conducta algo insegura de la madre para con el niño en la cuestión de la existencia de Dios. La madre es atea, pero al criar a los mayores no había puesto en práctica sus convicciones. Es verdad que los niños se criaron con bastante independencia de la religión, y que se les había hablado poco sobre Dios, pero el Dios que su ambiente (escuela, etc.) les presentaba ya hecho, nunca fue negado por la madre; de modo que aunque se hablara poco de él igual estaba implícitamente presente para los niños y ocupaba un lugar entre las concepciones fundamentales de su mente. El marido, que sostenía una concepción panteísta de la deidad, aprobaba la introducción de la idea de Dios en la educación de los niños, pero los padres no habían decidido nada preciso sobre este punto. Accidentalmente sucedió que ese día la madre no tuvo oportunidad de discutir la situación con el marido, de modo que cuando a la tarde el pequeño preguntó repentinamente a su padre: «Papá, ¿hay realmente un Dios?», el padre contestó simplemente: «Sí». Fritz exclamó:

«¡Pero mamá dijo que en realidad no hay Dios!». Justo en ese momento la madre entró en la habitación, y él le preguntó de inmediato:

«Mamá, papá dice que hay realmente un Dios. ¿Existe Dios realmente?». Ella, lógicamente, se turbó bastante y contestó: «Yo nunca lo vi y tampoco

creo que Dios exista». En este trance el marido vino en su ayuda y salvó la situación diciendo: «Mira, Fritz, nadie ha visto nunca a Dios y algunos creen que Dios existe y otros creen que no existe. Yo creo que existe, pero tu madre cree que no existe». Fritz, que durante todo el tiempo había mirado de uno a otro con gran ansiedad, se puso bastante contento y expresó: «Yo también creo que no hay Dios». Sin embargo, luego de un intervalo igual parecía tener dudas, y preguntó: «Dime, mamá, si Dios existe, ¿vive en el cielo?». Ella repitió que solo había aire y nubes en el cielo, a lo que él repitió con alegría y muy decidido: «Yo también creo que no hay Dios». Inmediatamente después dijo: «Pero los coches eléctricos son reales, y también hay trenes; yo estuve dos veces en uno, una vez cuando fui a lo de la abuela y otra vez cuando fui a E.».

Esta solución imprevista e improvisada de la cuestión de la deidad tuvo quizá la ventaja de que contribuyó a disminuir la excesiva autoridad de los padres y debilitar la idea de su omnipotencia y omnisciencia, ya que permitió al niño aseverar —cosa que no había ocurrido antes— que su madre y su padre sostenían opiniones diferentes sobre una cuestión importante. Este debilitamiento de la autoridad podía posiblemente provocar cierta sensación de inseguridad en el niño; pero según creo superó esto con bastante facilidad porque aún quedaba un grado suficiente de autoridad para procurarle una sensación de apoyo; y de cualquier modo no observé en su conducta general ningún rasgo de semejante efecto, ya sea sensación de inseguridad o disminución de la confianza en alguno de los padres. De cualquier modo, una pequeña observación hecha alrededor de dos semanas después pudo haber tenido alguna conexión con esto. Durante un paseo su hermana le había pedido qué preguntara a alguien la hora. «¿A un señor o a una señora?» preguntó él. Se le dijo que eso no tenía importancia. «Pero ¿si el señor dice que son las doce y la señora dice que es la una menos cuarto?» preguntó pensativamente.

Me parece que las seis semanas siguientes a esta conversación sobre la existencia de Dios constituyen en cierta medida la conclusión y clímax de un período definido. Encuentro que su desarrollo intelectual durante y desde este período se ha estimulado y ha cambiado tanto en intensidad, dirección y tipo de desarrollo (comparado con su estado anterior) como para permitirme distinguir tres períodos hasta aquí en su desarrollo mental, que datan desde que pudo expresarse con fluidez: el período anterior a las preguntas sobre el nacimiento, el segundo período comenzando con estas preguntas y

finalizando con la elaboración de la idea de la deidad, y el periodo tercero que acaba de comenzar.

Tercer período

La necesidad de formular preguntas, que fue tan marcada en el segundo período, no disminuyó, sino que tomó un camino algo diferente. Por cierto que a menudo vuelve al tema del nacimiento, pero en una forma que demuestra que ya ha incorporado este conocimiento al conjunto de sus pensamientos. Su interés por el origen de los niños y temas conectados con esto es todavía intenso pero decididamente menos ardiente, como lo demuestra el que pregunte menos pero que esté más seguro. Pregunta, por ejemplo, «¿También el perro se hace creciendo dentro de su mamá?» o «¿Cómo crece un ciervo? ¿Igual que una persona?». Al recibir una respuesta afirmativa, «¿También crece dentro de su mamita?».

Existencia

De la pregunta «¿Cómo se hace una persona?», que ya no formula más en esta forma, se desarrolló una indagación sobre la existencia en general. Doy una selección de las abundantes preguntas de este tipo formuladas en estas semanas. Cómo crecen los dientes, cómo se quedan los ojos adentro (en las órbitas), cómo se forman las líneas de la mano, cómo crecen los árboles, las flores, los bosques, etc., si el tallo de la cereza crece con la fruta desde el comienzo, si las cerezas verdes maduran dentro del estómago, si las flores que se sacan de la planta se pueden volver a plantar, si la semilla que se recoge inmadura madura después, cómo se hace una fuente, cómo se hace un río, cómo van los botes al Danubio, cómo se hace el polvo; además, sobre la fabricación de los más variados artículos y materiales.

Interés por las heces y la orina

En sus preguntas más especializadas («¿Cómo puede moverse una persona, mover sus pies, tocar algo? ¿Cómo entra la sangre en la persona? ¿Cómo le viene la piel a una persona? ¿Cómo crecen las cosas, cómo puede una persona trabajar y hacer cosas?», etc.) y también en la forma en que continúa con estas investigaciones, así como en la necesidad constantemente expresada de ver cómo se hacen las cosas, de conocer el mecanismo interno (del inodoro, sistema de agua, cañería, revólver) en toda esta curiosidad me pareció que se encontraba ya la necesidad de examinar lo que en el fondo le interesaba, es decir, penetrar en las profundidades. La curiosidad inconsciente relativa a la participación del padre en el nacimiento del niño (a la cual no había dado hasta entonces expresión directa alguna) pudo tal vez haber sido responsable en parte de esta intensidad y profundidad. Esto también se manifestó en otro tipo de pregunta que durante un tiempo se mantuvo en primer plano, y que sin haber hablado antes sobre ello, era en realidad una investigación sobre las diferencias sexuales. Por esta época repetía a menudo la pregunta de si su madre, yo y sus hermanas habíamos sido siempre niños, si toda mujer cuando era chiquita era una niña[8]— si él nunca había sido una niña— y también si su papá había sido varón cuando chico, si todos, si todos los papás habían sido primero varones; una vez, también, cuando la cuestión del nacimiento se estaba haciendo más real para él, preguntó a su padre si él también había crecido dentro de su mamá, usando la expresión «en el estómago» de su mamá, expresión que usaba algunas veces aun cuando se le había corregido ese error. El afectuoso interés por las heces, la orina y todo lo relacionado con ellas que siempre reveló, ha permanecido muy activo y su placer por ellos se pone, en ocasiones, abiertamente de manifiesto. Por un tiempo dio a su pipi (pene) —al cual tiene mucho afecto— un sobrenombre, lo llamaba «pipatsh» pero otras veces lo denominaba «pipi[9]». Una vez también dijo a su padre mientras sostenía el bastón de este último entre sus piernas. «Mira, papá, qué enorme pipi que tengo». Durante un tiempo habló de sus hermosas «cacas» (heces) y en ocasiones contemplaba su forma, color y cantidad.

Una vez, a causa de una indisposición, tuvieron que aplicarle un enema, procedimiento muy poco usado con él, al que siempre se resiste intensamente; también toma los medicamentos con gran dificultad, especialmente las píldoras. Se sorprendió mucho cuando vio que las deposiciones eran líquidas y no sólidas. Preguntó si la «caca» salía de adelante ahora, o si eso era agua de «pipi». Al explicársele que era lo de siempre, solo que fluido, preguntó: «¿Pasa lo mismo con las niñas? ¿A ti también te pasa eso?».

Otra vez se refirió al proceso intestinal que su madre le había explicado en conexión con el enema, y preguntó sobre el agujero por donde sale la «caca». Mientras formulaba la pregunta me dijo que recientemente había mirado o había querido mirar ese agujero.

Preguntó si el papel higiénico era también para los otros. «Entonces… mamá, tú también haces caca, ¿no?». Cuando ella contestó afirmativamente, observó, «porque si tú no hicieras 'caca' nadie en el mundo haría, ¿no es cierto?». En relación con esto habló sobre el tamaño y color de los excrementos del perro, de los otros animales y los comparó con los suyos. Estaba ayudando a pelar arvejas y dijo que le iba a dar un enema a la vaina, abriría el «popó» y sacaría la caca

El sentido de la realidad

Con el comienzo del período de interrogaciones, su sentido práctico (que como ya señalé se había desarrollado muy pobremente antes de las preguntas sobre el nacimiento, lo que hacía que Fritz estuviera atrasado en comparación con otros niños de su edad) presentó un gran adelanto. Aunque continuaba la lucha contra su tendencia a la represión pudo, con dificultad pero vívidamente, reconocer varias ideas como irreales en contraste con las reales. Ahora, sin embargo, manifestaba la necesidad de examinarlo todo desde este aspecto. Desde la terminación del segundo período esto se había puesto de manifiesto en primer plano, particularmente en sus esfuerzos por investigar la realidad y evidencia de cosas que hacía tiempo le eran familiares, de actividades que había practicado y observado repetidas veces, y de cosas que había conocido desde hacía años. En esta forma adquiere un juicio independiente propio del que puede extraer sus propias conclusiones.

Preguntas y certidumbres obvias

Por ejemplo, comía un pedazo de pan duro y decía: «El pan está muy duro»; después de comerlo: «Yo también puedo comer pan muy duro». Me preguntó cómo se llamaba eso que se usaba para cocinar y que estaba en la cocina (se le había escapado la palabra). Cuando se lo dije, manifestó: «Se llama hornalla porque es una hornalla. Yo me llamo Fritz porque soy Fritz. A ti te

llaman tía porque eres tía». Durante una de las comidas no había masticado convenientemente un trozo de alimento y por esta razón no pudo tragarlo. Continuando su comida, dijo: «No bajará porque no lo mastiqué». Inmediatamente después: «Una persona puede comer porque mastica». Después del desayuno dijo: «Cuando revuelvo el azúcar en el té sé va a mi estómago». Dije: «¿Es verdad eso?». «Sí, porque no se queda en la taza y va a mi boca».

Las certezas y realidades adquiridas en esta forma le sirvieron evidentemente como patrón de comparación para nuevos fenómenos e ideas que requerían elaboración. Mientras su intelecto luchaba con la elaboración de los conceptos recientemente adquiridos y se esforzaba por valorar los ya conocidos, y por apoderarse de otros para hacer comparaciones, se dedicaba a escrutar y registrar los que ya había adquirido, así como a la formación de ideas nuevas.

«Real», «irreal» —palabras que ya se había acostumbrado a usar— adquirían ahora un significado completamente distinto por la forma en que las usaba. Inmediatamente después de admitir que la cigüeña, la liebre de Pascua, etc., eran cuentos de hadas, y que había decidido que el nacimiento desde el interior de la madre era algo menos bello pero más plausible y real, dijo, «pero los cerrajeros son reales, porque si no ¿quién haría las cerraduras, entonces?». Y después que se vio aliviado de la obligación de creer en un ser para él incomprensible, increíble, invisible, omnipotente y omnisciente, preguntó: «Veo lo que existe, ¿no?… Y lo que uno ve es real. Veo el sol y el jardín», etc. Así, estas cosas «reales» habían adquirido para él un significado fundamental, que le permitía distinguir todo lo visible y verdadero de aquello (hermoso pero desgraciadamente falso, no «real») que sucede solo en los deseos y fantasías.

El «principio de realidad[10]» se había establecido en él. Cuando después de la conversación con su padre y con su madre se puso del lado de la madre compartiendo su incredulidad, dijo: «Los coches eléctricos son reales y los trenes también, porque yo he andado en ellos». Había encontrado en las cosas tangibles la norma con que podía medir también las cosas vagas y dudosas que su anhelo de verdad le hacía rechazar. Para empezar, las comparaba solo con objetos físicos tangibles, pero ya cuando dijo: «Veo el sol y el jardín, pero no veo la casa de tía María y sin embargo existe, ¿no es cierto?», había ido un paso más allá en el camino que transforma la presencia de lo que solo es visto en la presencia de lo que es pensado. Hizo esto estableciendo como

«real» algo que sobre la base de su desarrollo intelectual del momento parecía esclarecedor —y solo algo adquirido de esta forma— y adoptándolo entonces.

La poderosa estimulación y desarrollo del sentido de la realidad que surgió en el segundo periodo, se mantuvo sin disminución en el tercero, pero, sin duda como resultado de la gran masa de hechos recientemente adquiridos, tomó principalmente la forma de revisión de adquisiciones anteriores y al mismo tiempo de desarrollo de nuevas adquisiciones; o sea, que se elaboraron en forma de conocimientos. Los siguientes ejemplos están tomados de preguntas y observaciones que hizo en esta época. Poco después de la conversación sobre Dios, informó a su madre una vez, cuando ella lo despertó, que una de las niñas L. le había dicho que ella había visto un niño hecho de porcelana que podía caminar. Cuando la madre le preguntó cómo se denominaba ese tipo de información, él se rio y dijo «un cuento». Cuando inmediatamente después ella le trajo el desayuno, el niño observó, «pero el desayuno es algo real, ¿no es cierto? ¿La cena también es algo real?». Cuando se le prohibió que comiera cerezas porque todavía estaban verdes, preguntó: «¿No es verano ahora?, pero ¡las cerezas están maduras en verano!». Durante el día se le dijo que él debía devolver el golpe cuando otros niños le pegaran (era tan amable y poco agresivo que su hermano pensó que era necesario darle este consejo), y por la tarde preguntó: «Dime, mamá, ¿si un perro me muerde, puedo devolverle el mordisco?». El hermano había llenado de agua un vaso y lo había puesto en forma tal que desbordó. Fritz dijo: «El vaso no se mantiene bien sobre ese borde» (llama a todo límite preciso, a todos los límites en general, por ejemplo, la juntura de la rodilla, un «borde»). «Mamá, ¿si yo quisiera parar el vaso sobre su borde, querría derramarlo, no es cierto?». Un deseo ferviente y frecuentemente expresado por él era que se le permitiera sacarse los pantaloncitos que es la única ropa que usa en el jardín cuando hace mucho calor, y quedarse desnudo. Como su madre realmente no podía proporcionar ninguna razón convincente por la que no pudiera hacerlo, le dijo que solo los niños muy pequeños van desnudos, que sus compañeros de juego, los niños L., no iban desnudos, porque eso no se hace. A lo que él pidió: «Por favor, déjame estar desnudo, entonces los niños L. dirán que yo estoy desnudo y a ellos los dejarán y entonces yo también estaré desnudo». También ahora mostraba, por fin, no solo comprensión sino también interés por cuestiones de dinero[11]. Decía repetidamente que uno consigue dinero por lo que uno trabaja y por lo que uno vende en tiendas, que el papá obtiene dinero de su trabajo, pero que debe pagar por lo que se hace para él. También preguntó a su madre sí ella obtenía dinero por el trabajo que hacía en la casa

(tareas domésticas). Cuando otra vez pidió algo que no podía obtenerse en ese momento, preguntó: «¿Hay guerra todavía?». Cuando se le explicó que todavía había escasez de ciertas cosas y que eran caras y por consiguiente difíciles de comprar, preguntó: «¿Son caras porque hay pocas?». Después quiso saber qué cosas, por ejemplo, son baratas y qué cosas son caras. Una vez preguntó: «Cuando uno hace un regalo no obtiene nada por él, ¿no es cierto?».

Delimitación de sus derechos. querer, deber, poder

También demostró claramente su necesidad de que se definieran en forma precisa las limitaciones de sus derechos y poderes. Empezó esto la tarde en que planteó la pregunta: «¿Cuánto tiempo falta para que venga un nuevo día?», cuando preguntó a la madre si debía dejar de cantar si ella le prohibía hacerlo. En esa época demostró al principio vívida satisfacción cuando la madre le aseguró que en la medida de lo posible le dejaría hacer lo que él quisiera, y él trató de comprender por medio de ejemplos cuándo esto sería posible y cuándo no lo sería. Pocos días después recibió un juguete de su padre y dijo que le pertenecía cuando él era bueno. Me contó esto y me preguntó: «Nadie puede sacarme lo que me pertenece, ¿no es cierto? ¿Ni siquiera mamá o papá?» y se sintió muy contento cuando estuve de acuerdo con él. El mismo día le preguntó a la madre: «Mamá, tú no me prohíbes hacer cosas solo por una razón» (usando aproximadamente las palabras que ella había empleado). Una vez dijo a su hermana: «Yo puedo hacer todo lo que soy capaz de hacer, lo que soy bastante listo para hacer y se me permite». Otra vez dijo: «¿Puedo hacer todo lo que quiero, no es cierto? Solo no ser travieso». Después preguntó una vez en la mesa: «¿Entonces nunca puedo comer mal?». Y cuando se lo consoló diciéndole que ya bastante a menudo había comido mal, observó: «¿Y ahora no puedo comer mal nunca más?»[12]. Frecuentemente dice, cuando juega o en otras oportunidades, refiriéndose a las cosas que le gusta hacer: «Hago esto, ¿no es cierto?, porque quiero». Es entonces evidente que durante esas semanas dominaban completamente las ideas de querer, deber y poder. Dijo a propósito de un juguete mecánico en el que un gallo salta de una cajita cuando se abre la puerta que lo mantiene dentro: «El gallo sale porque debe salir». Cuando se hablaba de la destreza de los gatos y se observaba que un gato puede trepar al techo, agregó: «Cuando quiere». Vio un pato y preguntó si podía correr. Justamente en ese momento

el pato empezó a correr. Preguntó: «¿Está corriendo porque yo lo dije?». Cuando se negó esto, prosiguió: «¿Porque él quería hacerlo?».

Sentimiento de omnipotencia

Creo que la declinación de su «sentimiento de omnipotencia», que había sido tan evidente algunos meses antes, estaba íntimamente asociada con el importante desarrollo de su sentido de la realidad, que ya se había establecido durante el segundo período, pero que había hecho progresos aún más notables desde entonces. En diferentes ocasiones demostró y demuestra conocimiento de las limitaciones de sus propios poderes, del mismo modo que no exige ahora tanto de su ambiente como antes. De cualquier modo, sus preguntas y observaciones demuestran una y otra vez que solo ha ocurrido una disminución; que todavía hay luchas entre su sentido de la realidad en desarrollo y su sentimiento de omnipotencia profundamente enraizado —es decir, entre el principio de realidad y el principio de placer— que llevan frecuentemente a formaciones de compromiso, a menudo decididas en favor del principio del placer. Presento como prueba algunas preguntas y observaciones de las que extraje estas inferencias. Un día después de plantear la cuestión de la liebre de Pascua, etc., me preguntó cómo arreglan los padres el árbol de Navidad y si se lo fabrica o crece realmente. Después preguntó si sus padres no podrían decorar un bosque de árboles de Navidad y dárselo cuando llegaran las fiestas. El mismo día le pidió a la madre que le diera el lugar B. (adonde irá en el verano) para poder tenerlo inmediatamente[13]. Una mañana se le dijo que hacía mucho frío y que había que abrigarlo más. Después le dijo al hermano: «Hace frío, entonces es invierno. Es invierno, entonces es Navidad. Hoy es víspera de Navidad, sacaremos chocolates y nueces del árbol».

Deseo

En general, desea y pide a menudo ferviente y persistentemente cosas posibles e imposibles, manifestando gran emoción y también impaciencia, que de otro modo no se manifiesta mucho, ya que es un niño tranquilo, nada agresivo[14]. Por ejemplo, cuando se hablaba de América: «Mamá, por favor,

quisiera ver América, pero no cuando sea grande, quisiera verla ahora mismo». A menudo usa este «no cuando sea grande: quiero ahora mismo» como apéndice de deseos que supone encontrarán el consuelo de una promesa de satisfacción. Pero ahora muestra generalmente adaptación a la posibilidad y a la realidad, incluso en la expresión de deseos que antes, en la época en que su creencia en la omnipotencia era tan evidente, parecían indiferentes a la discriminación entre lo realizable y lo irrealizable.

Al pedir que se le diera un bosque de árboles de Navidad y el lugar B, como hizo al día siguiente de la conversación que tanto lo desilusionó (la liebre de Pascua, la cigüeña, etc.), quizás estaba tratando de descubrir hasta dónde se extendía todavía la omnipotencia de los padres, que seguro quedó muy menoscabada por la pérdida de estas ilusiones. Por otra parte, cuando me cuenta ahora qué lindas cosas me traerá de B., agrega siempre: «Si puedo» o «Lo que pueda», en tanto que antes de ninguna manera demostraba estar influido por la distinción entre posibilidad e imposibilidad cuando formulaba deseos o promesas (de todas las cosas que me iba a dar, y de otras más cuando fuera grande). Ahora, cuando se habla de realizaciones u oficios que él desconoce (por ejemplo, encuadernación de libros) dice que no puede hacerlo y pide que se le permita aprender. Pero a menudo, solo es necesario un pequeño incidente a su favor para volver nuevamente activa su creencia en su omnipotencia; por ejemplo, cuando anunció que podría trabajar con máquinas como un ingeniero porque se había familiarizado con una pequeña maquinita de juguete en casa de un amigo, o cuando suele agregar a su admisión de que no conoce algo: «Si me indican bien, lo sabré». En esos casos pregunta frecuentemente si su papá tampoco lo conoce. Esto demuestra evidentemente una actitud ambivalente. En tanto que a veces la respuesta de que papá y mamá tampoco conocen algo parece contentarlo, otras veces le desagrada saber esto y trata de demostrar lo contrario. La mucama una vez le contestó «Sí» cuando le preguntó si ella sabía todo. Aunque después ella retiró esta afirmación, incluso durante un tiempo solía dirigirle la misma pregunta, elogiando sus habilidades, diciéndole que ella sabía evidentemente de todo, y tratando con esto de que ella volviera a su aseveración original de «omnisciencia». Recurrió una o dos veces a la afirmación de que «Toni sabe todo» (aunque todo el tiempo estaba convencido seguramente de que sabía mucho menos que sus propios padres), cuando se le dijo que tampoco su papá o su mamá podían hacer algo, y esto le resultaba desagradable. Una vez me pidió que levantara la alcantarilla en la calle porque quería verla por dentro. Cuando le contesté que no podía hacer eso ni colocarla bien después, trató de

desechar la objeción diciendo que quién haría esas cosas si la familia L. y él y sus propios padres estuvieran solos en el mundo. Una vez le contó a la madre que había cazado una mariposa y agregó: «Aprendí a cazar mariposas». Ella le preguntó cómo había aprendido a hacerlo. «Traté de cazar una y me las arreglé para hacerlo, y ahora ya sé cómo». Como preguntó inmediatamente después si ella había aprendido «a ser una mamá», creo que no estoy equivocada al pensar que —quizá no del todo conscientemente— se estaba burlando de ella.

Esta actitud ambivalente —que se explica por el hecho de que el niño se coloca en el lugar del padre poderoso (que espera ocupar alguna vez), se identifica con él, y por otra parte estaría dispuesto a dejar de lado el poder que restringe su yo— es seguramente también responsable de su conducta en relación con la omnisciencia de los padres.

La lucha entre el principio de realidad y el principio del placer

Sin embargo, por la forma en que su creciente sentido de la realidad contribuye evidentemente a la declinación de su sentimiento de omnipotencia, y por la forma en que el niño goza de este último luchando contra la presión de su impulso a investigar, me parece que este conflicto entre el sentido de realidad y el sentimiento de omnipotencia influye también en su actitud ambivalente. Cuando el principio de realidad consigue dominar en esta lucha y establece la necesidad de limitar el propio e ilimitado sentimiento de omnipotencia, surge la necesidad paralela de mitigar esta dolorosa compulsión que va en detrimento de la omnipotencia paterna. Pero, si vence el principio del placer, encuentra en la perfección paterna un apoyo que trata de defender. Quizás esto explica por qué el niño, siempre que le es posible, intenta recobrar su creencia tanto en la omnipotencia de sus padres como en la suya propia.

Cuando, movilizado por el principio de realidad, trata de hacer un doloroso renunciamiento a su propio sentimiento de omnipotencia ilimitada, surge probablemente en conexión con esto la necesidad, tan evidente en el niño, de definir los límites de sus propios poderes y los de sus padres.

Me parece que en este caso la necesidad de conocer de Fritz, precoz y fuertemente desarrollada, había estimulado su débil sentido de la realidad y lo

había compelido, al superar su tendencia a la represión, a asegurarse adquisiciones nuevas e importantes para él. Esta adquisición, y especialmente la debilitación de la autoridad que la acompañó, habrían renovado y fortificado el principio de realidad como para permitirle proseguir exitosamente sus progresos en pensamientos y conocimientos, que comenzaron simultáneamente con la influencia y superación del sentimiento de omnipotencia. Esta declinación del sentimiento de omnipotencia, que surge por el impulso a disminuir la perfección paterna (y que seguramente ayuda al establecimiento de los límites de sus propios poderes y de los de sus padres) influye a su vez en la disminución de la autoridad, de modo que existiría una interacción, un refuerzo recíproco entre la disminución de autoridad y el debilitamiento del sentimiento de omnipotencia.

Optimismo. tendencias agresivas

Su optimismo está fuertemente desarrollado, asociado por supuesto con un poco menoscabado sentimiento de omnipotencia; antes era especialmente notable, e incluso ahora aparece en diversas ocasiones. Paralelamente a la disminución de su sentimiento de omnipotencia, ha hecho grandes adelantos en la adaptación a la realidad, pero muy a menudo su optimismo es mayor que cualquier realidad. Esto fue particularmente evidente con motivo de una desilusión muy dolorosa, probablemente, me imagino, la más grave hasta ahora en su vida. Sus compañeros de juego, cuyas agradables relaciones con él se habían perturbado por causas externas, manifestaron una actitud completamente distinta para con él en vez del amor y el afecto hasta entonces demostrado. Como ellos son varios y mayores que él, le hacían sentir su poder de todas formas y se burlaban y lo insultaban. Siendo como era amable y nada agresivo, trató persistentemente de reconquistarlos con amabilidad y súplicas, y durante un tiempo no pareció admitir ni siquiera ante sí mismo la aspereza de los otros niños. Por ejemplo, aunque no podía menos que reconocer el hecho, de ningún modo quería reconocer que le decían mentiras, y cuando una vez más su hermano tuvo oportunidad de probarlo y le advirtió que no creyera en sus amigos, Fritz exclamó: «Pero ellos no mienten siempre». Pero, quejas ocasionales aunque infrecuentes demostraban que había decidido reconocer las crueldades de que era objeto. Aparecieron ahora bastante abiertamente tendencias agresivas; habló de dispararles con su revólver de juguete hasta que se murieran realmente, de dispararles en el ojo; otra vez

también habló de pegarles hasta que se murieran, cuando los otros niños le habían pegado, y mostró sus deseos de matar en estas y otras observaciones, tanto como en su juego[15]. Sin embargo, al mismo tiempo, no abandonó sus intentos de reconquistarlos. Siempre que vuelven a jugar con él parece haber olvidado todo lo sucedido y parece bastante contento, aunque observaciones ocasionales muestran que advierte perfectamente el cambio de relación. Como está particularmente encariñado con una de las niñas, sufrió visiblemente por este asunto, pero lo sobrellevó con calma y gran optimismo. Una vez, cuando oyó hablar de morirse, y se le explicó en respuesta a sus preguntas, que todos deben morir cuando envejecen, dijo a su madre: «Entonces yo también moriré, y tú también, y los niños L. también. Y después todos volveremos otra vez y ellos serán buenos otra vez. Puede ser; quizá». Cuando encontró otros compañeros de juego —varones— pareció haber superado todo el asunto y ahora declara repetidamente que ya no le gustan más los niños L.

La cuestión de la existencia de dios. la muerte

Desde la conversación sobre la inexistencia de Dios, solo rara vez y en forma superficial ha mencionado este asunto, y en general no ha vuelto a referirse a la liebre de Pascua, Papá Noel, los ángeles, etc. Volvió, sí, a mencionar al diablo. Preguntó a la hermana qué había en la enciclopedia. Cuando ella le dijo que se podía buscar allí todo lo que uno no sabía, el niño preguntó: «¿Hay algo allí sobre el diablo?». Tras su respuesta: «Sí, dice que no hay diablo», no hizo ningún otro comentario. Parece haberse construido él solo una teoría sobre la muerte, como apareció primero en sus observaciones sobre los niños L. «Cuando volvamos otra vez». En otra ocasión dijo: «Me gustaría tener alas y poder volar. ¿Tienen alas los pájaros cuando están quietos y muertos? ¿Uno ya está muerto, no es cierto, cuando uno no está todavía allí?». En este caso tampoco esperó respuesta y pasó directamente a otro tema. Después, a veces, hacía fantasías sobre volar y tener alas. Cuando en una de esas ocasiones su hermana le habló de los aviones que para los seres humanos ocupan el lugar de alas, no pareció complacido con esto. En esta época, el tema de «morir» lo preocupaba mucho. Una vez preguntó a su padre cuándo moriría; también le dijo a la mucama que ella moriría alguna vez, pero solo cuando fuera muy vieja, agregó para consolarla. En conexión con esto me dijo que cuando se muriera se movería muy lentamente —así (moviendo

su dedo índice muy lentamente y muy poco)— y que yo también cuando me muriera podría moverme así, lentamente. Otra vez me preguntó si uno no se mueve nada cuando está durmiendo, y después dijo: «¿No es que algunas personas se mueven y otras no?». Vio un retrato de Carlos V en un libro y aprendió que había muerto hace mucho tiempo. Entonces preguntó: «Y si yo fuera el Emperador Carlos, ¿estaría muerto ya desde hace mucho tiempo?». También preguntó si uno que no comiera por mucho tiempo tendría que morir, y cuánto tiempo tardaría en morir.

Perspectivas pedagógicas y psicológicas

Nuevas perspectivas se abren para mi cuando comparo mis observaciones sobre los poderes mentales tan estimulados en este niño bajo la influencia de su conocimiento recientemente adquirido, con observaciones previas y experiencias en casos de desarrollo más o menos desfavorable. La honestidad con los niños, una respuesta franca a todas sus preguntas y la libertad interna que esto procura, influyen profunda y beneficiosamente en su desarrollo mental. Esto salva al pensamiento de la tendencia a la represión, que es el peligro mayor que lo afecta, o sea, del retiro de energía instintiva con la que va parte de la sublimación, y de la concurrente represión de asociaciones conectadas con los complejos reprimidos, con lo que queda destruida la secuencia del pensamiento. En su artículo «Symbolische Darstellung des Lust-und Realitäsprinzips OEdipus-Mythos[16]» dice Ferenczi: «Estas tendencias que, debido a la aculturación de la raza y del individuo, se han tornado muy dolorosas para la conciencia y por eso se reprimen, arrastran a la represión gran número de otras ideas y tendencias asociadas con estos complejos y las disocian del libre intercambio de pensamientos o por lo menos les impiden ser manejadas con realismo científico».

Creo que en este perjuicio principal —hecho a la capacidad intelectual, al cerrar a las asociaciones el libre intercambio de pensamientos— también debe tomarse en cuenta el tipo de perjuicio infligido: en qué dimensiones han sido afectados los procesos de pensamiento, en qué medida ha quedado definitivamente influida la dirección del pensamiento, es decir, si en amplitud o en profundidad. La clase de perjuicio responsable, en este período en que despierta el intelecto, de la aceptación de las ideas por la conciencia, o de su rechazo por resultar intolerable, sería de importancia porque este proceso persiste como prototipo durante toda la vida. El perjuicio podría ocurrir en tal

forma, que tanto la «penetración en profundidad» como la «cantidad» en extensión podrían quedar menoscabadas hasta cierto punto independientemente la una de la otra[17]. Probablemente en ninguno de los casos el resultado sería un simple cambio de dirección, ni la fuerza extraída de una dirección beneficiaría a la otra. Como puede inferirse de todas las otras formas del desarrollo mental que resultan de la represión, la energía que sufre la represión permanece «ligada». Si hay oposición a la curiosidad natural y al impulso a indagar sobre lo desconocido y sobre datos y fenómenos previamente supuestos, entonces también se reprimen las indagaciones más profundas (en las que el niño teme inconscientemente que puede encontrarse con cosas prohibidas o pecaminosas). Sin embargo, también quedan reprimidos simultáneamente todos los impulsos a investigar problemas profundos en general. Se establece así un rechazo por la investigación minuciosa en y por sí misma y, en consecuencia, se abre el camino para que el placer innato e indomable de formular preguntas solo actúe en superficie y lleve solo a una curiosidad superficial o, por otra parte, puede aparecer el tipo de persona talentosa, tan frecuente en la vida diaria y en la ciencia, que, aunque poseedora de una gran riqueza de ideas, sin embargo fracasa en los más profundos problemas de su ejecución. También este pertenece al tipo de persona práctica, adaptable e inteligente que puede apreciar las realidades superficiales pero es ciega para las más profundas y que en cuestiones intelectuales no puede distinguir lo verdadero de lo dogmático. El miedo a tener que reconocer como falsas las ideas que la autoridad le impone como verdaderas, el miedo a tener que sostener desapasionadamente que cosas repudiadas e ignoradas existen efectivamente, lo ha conducido a evitar penetrar más profundamente en sus dudas, y en general a huir de la profundidad. En estos casos creo que el daño puede haber influido el desarrollo del instinto de conocer, y de ahí también el desarrollo del sentido de la realidad, debido a la represión en la dimensión de profundidad.

Sin embargo, si la represión afecta el impulso hacia el conocimiento en forma tal que queda «ligado» a la aversión a cosas ocultas y repudiadas el placer no inhibido de inquirir sobre estas cosas prohibidas (y con ello el placer de interrogar en general, la cantidad de impulso investigador), o sea que queda afectado en su dimensión de amplitud, se daría entonces la precondición para una subsiguiente falta de intereses. Si el niño ha superado un cierto período inhibidor de su impulso a investigar y este ha permanecido activo o ha retornado, puede, obstaculizado ahora por la aversión a atacar preguntas nuevas, dirigir todo el remanente de energía libre en profundidad, a

unos pocos problemas especiales. Así se desarrollaría el tipo «investigador» que, atraído por cierto problema, puede dedicarse toda su vida al mismo sin desarrollar ningún interés particular fuera de la esfera limitada que ha elegido. Otro tipo de hombre cultivado es el investigador que, penetrando profundamente, es capaz de adquirir verdaderos conocimientos y de descubrir nuevas e importantes verdades, pero fracasa rotundamente en lo que respecta a las realidades mayores o menores de la vida diaria, pues carece en absoluto de sentido práctico. Decir que por estar absorto en grandes tareas no honra con su atención a las pequeñas no sirve para explicar esto. Según lo demostró Freud en su investigación de la parapraxia, el retiro de la atención es solo un fenómeno lateral. No actúa como la causa fundamental, como mecanismo por el que se produjo la parapraxia; lo más que puede hacer es ejercer una influencia predisponente. Incluso aunque podemos suponer que un pensador ocupado en grandes pensamientos tiene poco interés por los asuntos de la vida diaria, lo vemos fallar en situaciones en las que por mera necesidad estaría obligado a tener el interés necesario, pero en las que fracasa porque no puede enfrentarías prácticamente. El que se haya desarrollado de este modo se debe, según creo, a que en el momento en que debió haber reconocido como reales cosas e ideas de todos los días, tangibles, simples, algo estorbó en cierta forma la adquisición de estos conocimientos; una condición que en este estadío seguramente no sería retiro de la atención por falta de interés en lo simple e inmediato, sino que solo podía ser la represión. Puede suponerse que en una época anterior, habiéndose formado en él una inhibición para conocer otras cosas primitivas y repudiadas, reconocidas por él como reales, el conocimiento de cosas de la vida diaria, de las cosas tangibles originales que se le presentaban, también fue arrastrado a esta inhibición y represión. Por consiguiente quedaría solo abierto —sea que se vuelva de inmediato hacia él o quizá solo después de superar cierto período de inhibición— el camino hacia las profundidades; de acuerdo con los procesos de la infancia que constituyen el prototipo, evitaría la amplitud y la superficie. En consecuencia, no se habrá familiarizado con un camino que es ahora intransitable para él, y por el que incluso en una etapa posterior no puede andar simple y naturalmente, como puede hacerlo sin interesarse especialmente quien lo conoce y está familiarizado con él desde épocas tempranas. Se ha pasado por alto este estadío, que está cerrado por represión, así como, contrariamente, el otro, la persona «eminentemente práctica» solo era capaz de alcanzar este último estadío pero reprimía todo acceso a los estadios que llevan a lo más profundo.

Sucede a menudo que niños que manifiestan en sus observaciones (generalmente al comienzo del período de latencia) una capacidad mental extraordinaria, y parecen justificar grandes esperanzas para el futuro, más tarde quedan rezagados y luego, aunque probablemente sean adultos bastante inteligentes, no dan pruebas de poseer un intelecto superior al término medio. Las causas de este fracaso podrían involucrar un daño mayor o menor en una u otra dimensión de la mente. Esto se confirmaría por el hecho de que tantos niños que por su extraordinario placer en hacer preguntas, y por la cantidad de preguntas que hacen —o por sus constantes investigaciones del «cómo» y «por qué» de todo— fatigan a los adultos, sin embargo después de algún tiempo renuncian a ellas y finalmente manifiestan poco interés o superficialidad de pensamiento. El hecho de que el pensar —afectado en total o en una u otra dimensión— no pudo en ellos extenderse en toda dirección, impidió el gran desarrollo intelectual al que cuando niños parecían destinados. El repudio y la negación de lo sexual y primitivo son las causas principales del daño ocasionado al impulso a conocer y al sentido de la realidad, y ponen en marcha la represión por disociación. Pero al mismo tiempo, el impulso hacia el conocimiento y el sentido de la realidad están amenazados por otro peligro inminente, no un retiro sino una imposición, la de forzarles a ideas ya confeccionadas presentadas en tal forma que el conocimiento de la realidad que tiene el niño no se atreve a rebelarse y nunca intenta sacar conclusiones o deducciones, por lo que se ve permanentemente afectado y dañado. Tenemos tendencia a subrayar el «coraje» del pensador que en oposición a la costumbre y a la autoridad, logra llevar a cabo investigaciones completamente originales. No habría tanta necesidad de «coraje» si no fuera que los niños necesitan un espíritu especial para pensar por sí mismos, en oposición a las más altas autoridades, las cuestiones delicadas que en parte son negadas y en parte prohibidas. Aunque se observa con frecuencia que la oposición desarrolla los poderes que surgen para superarla, esto no se aplica al desarrollo mental o intelectual de los niños. El desarrollarse en oposición a todos no significa menos dependencia que el sometimiento incondicional a la autoridad; la verdadera independencia intelectual se desarrolla entre ambos extremos. El conflicto que el naciente sentido de la realidad tiene que emprender contra la innata tendencia a la represión, el proceso que hace que el conocimiento (al igual que las adquisiciones de la ciencia y la cultura en la historia de la humanidad) también en el individuo deba ser adquirido con dolor, junto con los inevitables obstáculos encontrados en el mundo externo, son todos sustitutos más que suficientes de la oposición, que se supone que actúa como

incitante del desarrollo, sin poner en peligro su independencia. Todo lo demás que tenga que ser superado en la infancia —ya sea oposición o sometimiento —, toda resistencia externa adicional, es por lo menos superflua pero muy frecuentemente perjudicial porque actúa como restricción y barrera[18]. Aunque se pueden encontrar a menudo grandes capacidades intelectuales junto con inhibiciones claramente reconocibles, aun entonces las primeras debieron sentirse afectadas por influencias perjudiciales y restrictivas al comienzo de sus actividades. ¡Cuánto del equipo intelectual del individuo es solo aparentemente propio, cuánto es dogmático, teórico y debido a la autoridad, no logrado por sí mismo, por su propio pensamiento libre y sin trabas! Aunque la experiencia adulta y el insight hayan encontrado la solución para algunos de los interrogantes prohibidos y aparentemente incontestables de la infancia —interrogantes que están por lo tanto destinados a la represión — esto, sin embargo, no anula el obstáculo al pensamiento infantil ni lo transforma en banal. Porque si más tarde el individuo adulto es aparentemente capaz de superar las barreras erigidas frente a su pensamiento infantil, cualquiera que sea la forma utilizada para enfrentar sus limitaciones intelectuales, sea desafío o temor, esta forma sigue siendo la base para la total orientación y modo de su pensamiento, sin que la afecten sus conocimientos posteriores. La sumisión permanente al principio de autoridad, la mayor o menor limitación y dependencia intelectual permanente, están basadas en esta primera e importantísima experiencia de la autoridad, en la relación entre los padres y el niño pequeño. Su efecto se ve reforzado y apoyado por el cúmulo de ideas éticas y morales que se le presentan al niño debidamente completadas y que forman otras tantas barreras a la libertad de su pensamiento. Sin embargo —aunque estas le son presentadas como infalibles — un intelecto infantil más dotado, cuya capacidad de resistencia ha sido menos lesionada, puede a menudo emprender una batalla más o menos exitosa contra ellas. Porque aunque las proteja la forma autoritaria en que fueron presentadas, estas ideas deben dar ocasionalmente pruebas de su realidad, y en esas ocasiones no se le escapa al niño observador que todo aquello que se espera de él como natural, bueno, correcto y adecuado, no es siempre considerado del mismo modo, y en referencia a ellos mismos, por los adultos que lo exigen del niño. Así estas ideas siempre presentan puntos de ataque contra los cuales puede emprenderse una ofensiva, por lo menos en forma de dudas. Pero cuando las primeras inhibiciones fundamentales han sido más o menos superadas, la introducción de ideas sobrenaturales no verificables presenta un nuevo peligro para el pensamiento. La idea de una

deidad invisible, omnipotente y omnisciente es abrumadora para el niño, tanto más debido a que dos cosas favorecen marcadamente su fuerza efectiva. Una es una necesidad innata de autoridad. Freud dice de esto en Leonardo da Vinci: Estudio psicosexual de un recuerdo infantil (Londres, 1922): «La religiosidad puede retrotraerse biológicamente al prolongado periodo de desamparo y necesidad de ayuda del niño pequeño. Cuando el niño crece y se da cuenta de su soledad y debilidad ante las grandes fuerzas de la vida, percibe esta situación como la de su infancia y trata de negar su desolación con una revivificación regresiva de las fuerzas protectoras de la infancia». Como el niño repite el desarrollo de la humanidad, sostiene su necesidad de autoridad en esta idea de la deidad. Pero también el innato sentimiento de omnipotencia, «la creencia en la omnipotencia del pensamiento», que como hemos aprendido de Freud y de las «Etapas en el desarrollo del sentido de la realidad» de Ferenczi[19], están tan profundamente enraizadas y por lo tanto son permanentes en el hombre, el sentimiento de la propia omnipotencia acoge la aceptación de la idea de Dios. Su propio sentimiento de omnipotencia conduce al niño a atribuirla también a su ambiente. Por consiguiente, la idea de Dios, que equipara a la autoridad con la más completa omnipotencia, se encuentra a mitad de camino con el sentimiento de omnipotencia del niño, ayudándolo a establecer este último y contribuyendo también a impedir su declinación. Sabemos que también a este respecto es importante el complejo paterno, y que la forma en que queda fortificado o destruido el sentimiento de omnipotencia por la primera desilusión seria del niño, determina su desarrollo como optimista o pesimista, y también su viveza y espíritu de empresa, o un escepticismo apabullante. Para que el resultado de este desarrollo no sea la utopía y la fantasía ilimitadas, sino el optimismo, el pensamiento debe proporcionar una oportuna corrección. La «poderosa inhibición religiosa del pensamiento» como la llama Freud, estorba la oportuna corrección fundamental del sentimiento de omnipotencia por el pensamiento. Lo hace porque abruma al pensamiento con la introducción dogmática de una autoridad poderosa e insuperable; y se interfiere también la declinación del sentimiento de omnipotencia, que solo puede tener lugar tempranamente y por etapas, con ayuda del pensamiento. Pero el desarrollo completo del principio de realidad, hasta llegar al pensamiento científico, depende estrechamente de que el niño se arriesgue pronto a realizar el ajuste que debe hacer por sí mismo entre los principios de placer y realidad. Si este ajuste se hace afortunadamente, entonces el sentimiento de omnipotencia quedará colocado sobre cierta formación de compromiso con respecto al

pensamiento, y se reconocerá al deseo y la fantasía como pertenecientes al primero, en tanto que el principio de realidad regirá en la esfera del pensamiento y de los hechos establecidos[20]. Pero la idea de Dios actúa como un tremendo aliado de este sentimiento de omnipotencia, un aliado casi insuperable porque la mente infantil —incapaz de familiarizarse con esta idea por los medios usuales, pero por otra parte demasiado impresionada por su apabullante autoridad como para rechazarla— ni siquiera se anima a tratar de luchar o tener una duda contra ella. El que la mente pueda después en algún momento quizá superar incluso este impedimento (aunque muchos pensadores y científicos nunca hayan saltado esta barrera, y por eso su obra ha terminado allí), esto sin embargo no anula el daño infligido. La idea de Dios puede oscurecer tanto el sentido de la realidad que este no se anima a rechazar lo increíble, lo aparentemente irreal, y puede afectarlo de tal modo que se reprime el reconocimiento de cosas tangibles, inmediatas, las así llamadas «obvias», en asuntos intelectuales, junto con los procesos más profundos de pensamiento. Sin embargo, es cierto que lograr este primer estadío del conocimiento e inferencia sin restricción, aceptar lo simple tanto como lo maravilloso solo sobre los propios fundamentos y deducciones, incorporar en el propio equipo mental solo lo que es realmente sabido, es sentar las bases para un desarrollo perfectamente desinhibido de la propia mente en cualquier dirección. El perjuicio ocasionado puede variar en tipo y grado, en mayor o menor medida, pero de seguro que no lo evita un posterior esclarecimiento. Así incluso después de los daños primeros y fundamentales al pensamiento en la temprana infancia, la inhibición establecida después por la idea de Dios sigue siendo importante. Por consiguiente, no basta con omitir solo el dogma y los métodos del confesionario en la crianza del niño, aunque sus efectos inhibitorios sobre el pensamiento se reconozcan más generalmente.

Introducir la idea de Dios en la educación y dejar después al desarrollo individual el enfrentarse con ella no es de ningún modo el recurso para dar al niño libertad a este respecto. Porque por esta introducción autoritaria de esa idea, en un momento en que el niño no está preparado intelectualmente para la autoridad, y está indefenso frente a ella, su actitud en este asunto queda tan influida que no puede nunca más, o solo a costa de grandes luchas y gasto de energía, liberarse de ella.

II. Análisis temprano

La resistencia del niño al esclarecimiento sexual[21]

Esta posibilidad y necesidad de analizar niños es una deducción irrefutable de los resultados del análisis de adultos neuróticos, que siempre retrotraen a la niñez las causas de la enfermedad. En su análisis de Juanito[22], Freud ha mostrado como siempre el camino, un camino que ha sido seguido y explorado por la Dra. Hug-Hellmuth especialmente, y también por otros. El interesante e instructivo artículo de la Dra. Hug-Hellmuth, leído ante el último Congreso[23] proporcionó mucha información sobre cómo ella variaba la técnica de análisis para los niños y cómo la adaptaba a las necesidades de la mentalidad infantil. Se ocupó del análisis de niños que muestran desarrollos mórbidos o desfavorables de carácter, y señaló que ella consideraba que el análisis se adaptaba solamente a niños mayores de seis años.

Sin embargo, yo plantearé ahora la cuestión de qué aprendemos del análisis de adultos y niños que podamos aplicar al considerar la mente de los niños menores de seis años, ya que es bien sabido que los análisis de neurosis revelan traumas y fuentes de perjuicio en acontecimientos, impresiones o desarrollos que ocurrieron en edad muy temprana, es decir, antes del sexto año de vida. ¿Qué proporciona esta información para la profilaxis? ¿Qué podemos hacer justamente en una edad que el análisis nos ha enseñado que es tan importante, no solo para enfermedades subsiguientes sino también para la formación permanente del carácter y del desarrollo intelectual?

El primer y más natural resultado de nuestros conocimientos sería ante todo la evitación de los factores que el psicoanálisis ha enseñado a considerar como graves perjuicios para la mente del niño. Plantearemos entonces como una necesidad incondicional que el niño, desde el nacimiento, no comparta el dormitorio de sus padres, y evitaremos exigencias éticas compulsivas para la criaturita en desarrollo más de lo que se nos evitó a nosotros. Le permitiremos mayor período de conducta no inhibida y natural, interfiriendo menos de lo que suele hacerse y dejándole tomar conciencia de sus distintos impulsos instintivos, y de su placer en ellos, sin echar mano inmediatamente a sus tendencias culturales para trabar su ingenuidad. Nuestro objetivo será un

desarrollo más lento que permita que sus instintos se vuelvan en parte conscientes y junto con esto, sea posible sublimarlos. Al mismo tiempo no rehusaremos la expresión de su incipiente curiosidad sexual y la satisfaremos paso a paso, incluso —en mi opinión— sin ocultarle nada. Sabremos cómo darle bastante afecto y sin embargo evitar un exceso dañino; ante todo rechazaremos el castigo corporal y las amenazas y nos aseguraremos la obediencia necesaria para la crianza retrayendo ocasionalmente el afecto. Podrían enunciarse otras indicaciones, más detalladas, que se deducen más o menos naturalmente de nuestros conocimientos, y que no es necesario explicitar aquí. Tampoco entra dentro de los límites de este articulo considerar más estrechamente cómo pueden cumplirse estas indicaciones en la crianza sin dañar el desarrollo del niño como criatura civilizada, ni cargarlo con especiales dificultades en su relación con un ambiente de diferente mentalidad.

Ahora señalaré solo que estas indicaciones educativas pueden ponerse en práctica (repetidamente he tenido oportunidad de convencerme de esto) y que de ellas resultan evidentes efectos positivos y un desarrollo mucho más libre en múltiples aspectos. Mucho se conseguiría si fuera posible hacer de ellas principios generales para la crianza. Sin embargo, debo hacer de inmediato una reserva. Me temo que incluso allí donde el insight y la buena voluntad gustosamente cumplirían estas indicaciones, la posibilidad interna de hacerlo podría no estar siempre presente en una persona no analizada. Pero entretanto, y en pro de la simplicidad, consideraré solo el caso más favorable en el que tanto el deseo consciente como inconsciente se han hecho eco de estos criterios educativos, y se los lleva a cabo con buenos resultados. Volvemos ahora a nuestra pregunta original: en esas circunstancias, ¿pueden esas medidas profilácticas impedir la aparición de neurosis y de desarrollos perjudiciales del carácter? Mis observaciones me han convencido de que incluso con esto a menudo solo conseguimos una parte de lo que nos proponíamos; aunque en realidad frecuentemente hicimos uso solo de una parte de las exigencias que nuestros conocimientos ponen a nuestra disposición. Pues aprendemos del análisis de neuróticos que solo una parte de los perjuicios causados por la represión puede atribuirse a un ambiente nocivo u otras condiciones externas perjudiciales. Otra parte muy importante se debe a una actitud por parte del niño, presente desde los más tiernos años. El niño desarrolla frecuentemente, sobre la base de la represión de una fuerte curiosidad sexual, un rechazo indomable a todo lo sexual que solo un análisis minucioso puede luego superar. No siempre es posible descubrir a partir del

análisis de adultos —especialmente en una reconstrucción— en qué medida las condiciones adversas y en qué medida la predisposición neurótica son responsables del desarrollo de la neurosis. En este asunto se trata de cantidades variables, indeterminables. Sin embargo, es cierto esto: que en las fuertes disposiciones neuróticas bastan a menudo leves rechazos del ambiente para determinar una marcada resistencia a todo esclarecimiento sexual, y una carga excesiva de represión sobre la constitución mental en general. Logramos confirmación de lo que aprendemos en el análisis de neuróticos mediante la observación de niños, que nos permite la oportunidad de reconocer este desarrollo a medida que tiene lugar. Parece, por ejemplo, que a pesar de toda medida educacional que se propone entre otras cosas la satisfacción sin reservas de la curiosidad sexual, esta última necesidad con frecuencia no se expresa libremente. Esta actitud negativa puede tomar las más diversas formas, hasta el absoluto rechazo de saber. A veces aparece como un interés desplazado en otra cosa, interés a menudo de carácter compulsivo. A veces esta actitud se instala solo después de un esclarecimiento parcial, y entonces, en vez del vívido interés hasta entonces expresado, el niño manifiesta una intensa resistencia para aceptar mayor esclarecimiento, y simplemente no lo acepta.

En el caso que examiné en detalle en la primera parte de este artículo, las beneficiosas medidas educativas a que me referí antes se emplearon con buenos resultados, particularmente para el desarrollo intelectual del niño. El niño recibió esclarecimiento en la medida en que se le informó sobre el desarrollo del feto dentro del cuerpo de la madre y el proceso del nacimiento, con todos los detalles que le interesaban. No preguntó directamente sobre la parte del padre en el nacimiento y en el acto sexual. Pero incluso en ese momento creo que esas cuestiones le afectaban inconscientemente. Aparecían algunas preguntas que se repetían frecuentemente y que se le contestaban con tantos detalles como fuera posible. He aquí algunos ejemplos: «Dime, mamá, ¿de dónde vienen la pancita y la cabecita y el resto?».

«¿Cómo puede una persona moverse a sí misma, cómo puede hacer cosas, cómo puede trabajar?». «¿Cómo crece la piel en la gente?». «¿Cómo llega a donde está?». Estas y otras preguntas se repetían durante el periodo de esclarecimiento y en los dos o tres meses que le siguieron, que se caracterizaron por un marcado progreso en el desarrollo al que ya me he referido. Al principio no atribuí pleno significado a la frecuente recurrencia de esas preguntas, en parte por el hecho de que ante el incremento general del placer del niño en hacerlas, su significación no se me apareció por el modo en

que parecían desarrollarse su impulso a investigar y su intelecto, consideré que sería inevitable que reclamara mayor esclarecimiento, y pensé que debía adherirme al principio del esclarecimiento gradual respondiendo a las preguntas conscientemente formuladas.

Después de este período apareció un cambio, por el que principalmente las preguntas ya mencionadas y otras que se estaban volviendo estereotipadas recurrían de nuevo, en tanto que las que se debían a un evidente impulso de investigación disminuían y se tornaban de carácter especulativo. Al mismo tiempo aparecieron preguntas preponderantemente superficiales, no meditadas y aparentemente sin fundamento. Preguntaba una y otra vez cómo se hacían diferentes cosas y con qué se hacían. Por ejemplo: «¿De qué está hecha la puerta?». «¿De qué está hecha la cama?». «¿Cómo se hace la madera?». «¿Cómo se hace el vidrio?». «¿Cómo se hace la silla?». Algunas de las preguntas banales eran: «¿Cómo hace la tierra para quedar debajo de la tierra?». «¿De dónde vienen las piedras, de dónde viene el agua?», etc. No había dudas de que en general había captado completamente la respuesta a estas preguntas y de que su recurrencia no tenía una base intelectual. También mostraba en su conducta distraída y ausente al plantear las preguntas, que en realidad no le importaban las contestaciones a pesar de que había preguntado con vehemencia. Sin embargo, también había aumentado el número de preguntas. Era el conocido retrato del niño que atormenta a su ambiente con sus preguntas aparentemente sin sentido, y para quien las contestaciones no son de ninguna ayuda.

Después de este reciente período, cuya duración no llegó a dos meses, de creciente rumiación y preguntas superficiales, hubo un cambio. El niño se volvió taciturno y mostró marcado desagrado por jugar. Nunca había jugado mucho ni imaginativamente, pero siempre le gustaban los juegos de movimiento con otros chicos. A menudo también jugaba al cochero o chofer durante largas horas, con una caja, banco o sillas que representaban los diversos vehículos. Pero cesaron los juegos y ocupaciones de este tipo, y también el deseo de la compañía de otros niños; cuando se ponía en contacto con ellos no sabía qué hacer. Finalmente incluso mostraba signos de aburrirse en compañía de su madre, lo que nunca había sucedido antes. También expresaba desagrado cuando ella le contaba cuentos, pero no habían cambiado ni su ternura hacia ella ni su anhelo de afecto. La actitud abstraída que a menudo había mostrado cuando hacía preguntas se volvió ahora muy frecuente. Aunque este cambio no podía menos que llamar la atención de un ojo atento, aun entonces su estado no podía considerarse como «enfermo». Su

sueño y estado general de salud eran normales. Aunque tranquilo y más revoltoso, como resultado de su falta de ocupaciones, seguía siendo amistoso; podía tratárselo como de costumbre y estaba alegre. Sin duda que también los últimos meses su inclinación por la comida dejaba mucho que desear; empezó a ser caprichoso y mostraba marcado disgusto por ciertos platos, pero por otra parte comía lo que le gustaba con buen apetito. Se aferraba más apasionadamente a la madre, aunque, como ya se dijo, se aburría en su compañía. Era uno de esos cambios que por lo general o no son advertidos especialmente por los que se encargan del niño, o si son advertidos, no se los considera de importancia. En general, los adultos están tan acostumbrados a notar cambios transitorios o permanentes en los niños sin poder encontrar motivos para ello, que suelen considerar esas variaciones del desarrollo como enteramente normales. En cierta medida están en lo cierto, ya que difícilmente haya niños que no muestren ciertos rasgos neuróticos, y es solo el desarrollo subsiguiente de estos rasgos y su cantidad lo que constituye la enfermedad. Me llamó especialmente la atención su falta de inclinación a que le contaran cuentos, tan opuesta a su anterior deleite en ellos.

Cuando comparé el incrementado placer por hacer preguntas, que siguió al esclarecimiento parcial y luego se volvió en parte rumiación, y en parte interés superficial, con el subsiguiente desagrado por las preguntas y falta de inclinación incluso por escuchar cuentos, y cuando además de esto recordé algunas de las preguntas que se habían vuelto estereotipadas, me convencí de que el poderoso impulso de investigación del niño había entrado en conflicto con su igualmente poderosa tendencia a la represión, y que esta última, al rechazar las explicaciones deseadas por el inconsciente, había obtenido entero predominio. Luego de que hubo planteado muchas y distintas preguntas como sustitutos de las que había reprimido, había llegado en el curso posterior del desarrollo, al punto en que evitaba del todo preguntar y también escuchar, ya que esto último podría, sin haberlo él pedido, procurarle lo que rehusaba conseguir.

Quisiera volver aquí a ciertas observaciones sobre los caminos de la represión, que hice en la primera parte de este artículo. Hablé allí de los conocidos efectos perjudiciales de la represión sobre el intelecto, debidos a que la fuerza instintiva reprimida queda ligada, y no es disponible para la sublimación; y que junto con los complejos también estaban sumergidas en el inconsciente las asociaciones del pensamiento. En conexión con esto supuse que la represión podría afectar al intelecto en toda dirección en desarrollo, es decir, tanto en las dimensiones de amplitud como de profundidad. Quizás los

dos períodos del caso que observé podrían en cierto modo ilustrar esta suposición previa. Si el camino del desarrollo hubiera quedado fijado en el estadío en que el niño, como resultado de la represión de su curiosidad sexual, empezó a preguntar mucho y superficialmente, el daño intelectual podría haber ocurrido en la dimensión de profundidad. El estadío vinculado a este, de no preguntar y no querer escuchar podría haber conducido a la evitación de la superficie y amplitud de intereses y a la exclusiva dirección en profundidad.

Luego de esta digresión vuelvo a mi tema original. Mi creciente convicción de que la curiosidad sexual reprimida es una de las principales causas de cambios mentales en los niños queda confirmada por una sugerencia que recibí poco tiempo antes. En la discusión que siguió a mi conferencia en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, el Dr. Anton Freund había argumentado que mis observaciones y clasificaciones eran ciertamente analíticas, pero no así mi interpretación, ya que yo solo había considerado las preguntas conscientes y no las inconscientes. En ese momento repliqué que creía que bastaba considerar las preguntas conscientes en tanto no hubiera razones convincentes para lo contrario. Sin embargo, después vi que su opinión era la correcta, que considerar solo las preguntas conscientes había resultado insuficiente.

Sostuve luego que era conveniente dar al niño la información restante, que hasta entonces no se le había proporcionado. Una de sus preguntas en ese momento poco frecuentes, cuáles plantas crecían de semillas, se aprovechó para explicarle que los seres humanos también provienen de semillas y para esclarecerlo sobre el acto de la fecundación. Pero estaba abstraído y no atendía. Interrumpió la explicación con una pregunta irrelevante y no mostró ningún deseo de informarse sobre detalles. En otra ocasión dijo que había oído a otros niños decir que para que una gallina pusiera huevos también se necesitaba un gallo. Apenas había mencionado el tema, sin embargo, ya mostraba evidentes deseos de abandonarlo. Dio la impresión de que no había entendido de ningún modo esta nueva información y que no deseaba entenderla. Tampoco el cambio mental previamente descrito pareció en ninguna forma afectado por este progreso en el esclarecimiento.

Sin embargo, la madre se las arregló con un chiste con el que se conectaba un pequeño cuento, para lograr su atención y reconquistar su aprobación. Le dijo, al darle una confitura, que esta lo había estado esperando largamente e inventó una pequeña historia sobre ella. El niño se entretuvo mucho con esto y expresó su deseo de que se la repitieran varias veces; y luego escuchó con

placer la historia de la mujer en cuya nariz creció, ante el deseo de su esposo, una salchicha. Entonces empezó a hablar espontáneamente, y desde entonces relató historias fantásticas, largas y cortas, a veces originadas en otras que había escuchado, pero la mayoría enteramente originales, que proporcionaron una cantidad de material analítico. Hasta entonces el niño había mostrado tan poca tendencia a contar historias como a jugar. En el período que siguió a la primera explicación había mostrado, es cierto, una fuerte tendencia a contar historias e hizo varios intentos de hacerlo, pero en general había sido una excepción. Estas historias, que no tenían nada siquiera del arte primitivo que generalmente emplean los niños en sus cuentos en imitación de las realizaciones de los adultos, producían el efecto de sueños a los que faltaba la elaboración secundaria. A veces empezaban con un sueño de la noche anterior y luego continuaban como historias, pero eran exactamente del mismo tipo cuando las empezaba desde el principio como historias. Las contaba con enorme deleite; de cuando en cuando, al aparecer resistencias —a pesar de cuidadosas interpretaciones— las interrumpía pero solo para reanudarlas poco después con placer. Doy varios extractos de algunas de estas fantasías:

«Dos vacas comían juntas, entonces una salta a la espalda de la otra y va montada en ella, y después la otra salta a los cuernos de la otra y los sostiene fuertemente. El ternero salta también a la cabeza de la vaca y se sostiene fuerte sobre sus riñones» (a la pregunta de cuáles son los nombres de las vacas, da los de las mucamas). «Después siguen juntas y se van al infierno, el diablo viejo está allí, tiene ojos tan negros que no puede ver nada pero sabe que hay gente allí. El diablo joven tiene también ojos oscuros. Después van al castillo que vio Tom Thumb, después entran con el hombre que estaba con ellos y suben a un cuarto y se pinchan con un hilar (huso). Entonces se duermen por cien años, después se despiertan y van a donde está el rey, él está muy contento y les pregunta si el hombre, la mujer y los niños que estaban con ellos se van a quedar». (A mi pregunta de qué había sido de las vacas: «Estaban allí también, y también los terneros»). Se habló de cementerios y de muerte, y él dijo: «Pero cuando un soldado mata a alguien no está enterrado, está tirado allí porque el cochero del carro fúnebre es también soldado y no lo quiere hacer». (Cuando pregunto: «¿A quién mata, por ejemplo?» primero menciona a su hermano Karl, pero luego, algo alarmado, varios nombres de relaciones y conocidos[24]) He aquí un sueño: «Mi bastón fue sobre tu cabeza, después tomó la plancha y planchó sobre el mantel…». Al dar los buenos días a la madre le dijo, luego de que ella lo acarició: «Yo treparé arriba tuyo, tú eres una montaña y yo te trepo». Un poco después dijo: «Puedo correr mejor

que tú, puedo correr escaleras arriba y tú no puedes». Después de un período, empezó nuevamente a preguntar algunas cosas con gran ardor: «¿Cómo se hace la madera? ¿Cómo se pone el alféizar de la ventana? ¿Cómo se hace la piedra?». A la respuesta de que siempre habían sido así, dijo insatisfecho: «Pero ¿de dónde vino?».

Junto a esto empezó a jugar. Jugaba ahora con alegría y perseverancia, ante todo con otros, con su hermano y con amigos. Podía jugar a cualquier cosa, pero también empezó a jugar solo. Jugaba a ahorcar, declaraba que había decapitado a su hermano y a su hermana, encajonaba las orejas de las cabezas decapitadas y decía: «Se pueden encajonar las orejas de este tipo de cabeza, no pueden devolver el golpe», y se llama a sí mismo «verdugo». En otra oportunidad lo encontré jugando al siguiente juego. Las piezas del ajedrez eran personas, hay un soldado y un rey El soldado le dice al rey «Sucia bestia». Entonces se lo pone en prisión y se lo condena. Después lo golpean, pero no lo siente porque está muerto. El rey agranda con su corona el agujero del pedestal del soldado y entonces el soldado revive; al preguntársele si volverá a hacer eso, dice «no», luego solo se lo arresta. Uno de los primeros juegos que jugó fue el siguiente: jugaba con su trompeta y decía que era oficial, portaestandarte y trompetista al mismo tiempo, y «si papá fuera también un trompetista y no me llevara a la guerra entonces yo llevaría mi propia trompeta y mi escopeta e iría a la guerra sin él». Juega con sus figuritas, entre las que hay dos perros, a uno de ellos siempre lo ha llamado el lindo y al otro el sucio. Esta vez los perros son caballeros. El lindo es él mismo, el sucio es el padre.

Sus juegos, como sus fantasías, mostraban extraordinaria agresividad contra el padre y también, por supuesto, su ya claramente indicada pasión por la madre. Al mismo tiempo se volvió conversador, alegre, podía jugar durante horas con otros niños, y luego mostró un deseo tal de progresar en toda rama del conocimiento y aprendizaje que en poco tiempo y con muy poca ayuda aprendió a leer. Mostró tanta avidez en esto que casi parecía un niño precoz. Sus preguntas perdieron el carácter compulsivo y estereotipado. Este cambio fue indudablemente el resultado de haber liberado su fantasía; mis cautas y ocasionales interpretaciones sirvieron solo hasta cierto punto como ayuda en esta cuestión. Pero antes de reproducir una conversación que me parece importante debo referirme a un punto: el estómago tenía para este niño una significación peculiar. A pesar de la información y de repetidas correcciones, se aferraba a la concepción, expresada en diversas oportunidades, de que los niños crecen en el estómago de la madre. En otras formas también el

estómago tenía para él un significado afectivo peculiar. Solía replicar con la palabra «estómago», aparentemente irrelevante en cualquier ocasión. Por ejemplo, cuando otro niño le decía «Ve al jardín», él contestaba «Vete adentro de tu estómago». Se atrajo reproches porque muchas veces, cuando los sirvientes le preguntaban dónde estaba algo, contestaba: «En tu estómago». También a veces se quejaba a la hora de la comida, aunque no muy a menudo, de «frío en el estómago», y declaraba que era a causa del agua fría. Manifestaba también activo desagrado por diversos platos fríos. En esa época expresó curiosidad por ver a la madre desnuda. Inmediatamente después observó:

«Quisiera también ver tu estómago y el retrato que está en tu estómago». A su pregunta: «¿Quieres decir el lugar donde tú estabas?» contestó: «¡Sí! Quisiera mirar dentro de tu estómago y ver si no hay algún chico allí». Rato después observó: «Soy muy curioso, quisiera saber sobre todo en el mundo». A la pregunta de qué era lo que tanto quería saber, dijo: «Cómo son tu pipí y tu agujero para la caca. Me gustaría (riendo) mirar adentro cuando estás en el retrete sin que tú sepas y ver tu pipí y tu agujero para la caca». Algunos días después sugirió a la madre que todos podrían «hacer caca» en el retrete al mismo tiempo y unos encima de los otros, la madre, sus hermanos y hermanas y él arriba de todos. Observaciones aisladas que había hecho, indicaban ya su teoría claramente demostrada por la siguiente conversación, de que los niños se hacen con comida y son idénticos a las heces. Había hablado de sus «cacas» como niños traviesos que no querían venir; además, en relación con esto, había estado inmediatamente de acuerdo con la interpretación de que los carbones que en una de sus fantasías subían y bajaban las escaleras eran sus hijos. Una vez también se dirigió a sus «cacas» diciendo que les pegaría por venir tan despacio y ser tan duras.

Describiré ahora la conversación. Está sentado por la mañana temprano en el dormitorio, y explica que las «cacas» están ya en el balcón, han corrido arriba otra vez y no quieren ir al jardín (como designa repetidamente al dormitorio). Yo le pregunto: «¿Son estos los niños que crecen en el estómago?». Como advierto que esto le interesa continúo: «Porque la 'caca' está hecha de comida; los niños verdaderos no están hechos de comida». Él dice: «Yo sé eso, están hechos de leche». «Oh, no, están hechos de algo que hace papá y de un huevo que está dentro de mamá». (Está ahora muy atento y me pide que le explique). Cuando empiezo otra vez con lo del huevito, me interrumpe: «Ya sé eso»). Yo continúo: «Papá puede hacer algo con su pipí que se parece bastante a la leche y se llama semen; lo hace como haciendo

pipí pero no en tanta cantidad. El pipi de mamá es diferente del de papá». (Me interrumpe). «Ya sé eso». Yo digo: «El pipi de mamá es como un agujero. Si papá pone su pipi en el pipi de mamá y hace su semen allí, entonces el semen corre muy adentro de su cuerpo y cuando se encuentra con algunos de los huevitos que están dentro de mamá, entonces ese huevito empieza a crecer y se transforma en un niño». Fritz escuchaba con gran interés y dijo:

«Me gustaría mucho ver cómo se hace un niño adentro así». Le explico que esto es imposible hasta que sea mayor porque no puede hacerlo hasta entonces y que entonces lo hará él mismo. «Pero entonces me gustaría hacérselo a mamá». «Eso no puede ser, mamá no pude ser tu esposa porque es la esposa de tu papá; entonces papá no tendría esposa». «Pero podríamos hacérselo los dos a ella»; yo le digo: «No, eso no puede ser, cada hombre tiene solo una esposa. Cuando tú seas mayor tu mamá será vieja. Entonces tú te casarás con una hermosa joven y ella será tu esposa». El (casi llorando y con temblorosos labios): «¿Pero no viviremos en la misma casa junto con mamá?». Yo: «Sí, seguramente, y tu mamá siempre te querrá, pero no puede ser tu esposa». El preguntó entonces sobre varios detalles: cómo se alimenta el niño en el cuerpo materno, de qué está hecho el cordón, cómo sale, estaba muy interesado y no se notó mayor resistencia. Al final dijo: «Pero por solo una vez me gustaría ver como entra y sale el niño».

En conexión con esta conversación que hasta cierto punto resolvió sus teorías sexuales, mostró por primera vez verdadero interés por la parte hasta entonces rechazada de la explicación, que solo ahora asimiló realmente. Como han demostrado observaciones ocasionales subsiguientes, incorporó realmente esta información al cuerpo de sus conocimientos. También desde este momento decreció mucho su extraordinario interés por el estómago[25]. A pesar de esto no quisiera aseverar que lo ha despojado completamente de su carácter afectivo y que abandonó del todo esta teoría. Con respecto a la persistencia parcial de una teoría sexual infantil a pesar de haber sido hecha consciente, escuché decir a Ferenczi que una teoría sexual infantil es hasta cierto punto una abstracción derivada de funciones de tonalidad placentera, y que entonces, hasta tanto la función sigue siendo placentera, hay cierta persistencia de la teoría. El doctor Abraham, en su artículo presentado en el último Congreso «Manifestaciones del complejo de castración femenino[26]» mostró que la causa de la formación de teorías sexuales debe buscarse en el rechazo del niño a asimilar conocimientos sobre la parte representada por el padre del sexo opuesto. Róheim señaló la misma fuente para las teorías sexuales de los pueblos primitivos. En este caso la adhesión parcial a esta

teoría podría deberse también al hecho de que yo solo había interpretado una parte del rico material analítico, y que aún estaba activa una parte del erotismo anal inconsciente. De cualquier modo, fue solo con la solución de la teoría sexual que superó esta resistencia a la asimilación de conocimientos sobre los procesos sexuales reales; a pesar de una persistencia parcial[27] de su teoría, se facilitó la aceptación del verdadero proceso. Hasta cierto punto logró un compromiso entre la teoría aun parcialmente fijada en su inconsciente, y la realidad, como lo demuestra muy bien una de sus observaciones. Relató otra fantasía, aunque nueve meses después, en la que el útero figuraba como una casa completamente amueblada, el estómago particularmente estaba muy equipado e incluso tenía bañera y jabonera. Él mismo comentó sobre su fantasía: «Yo sé que no es realmente así, pero lo veo así».

Después de esta elaboración y reconocimiento de los procesos reales, apareció muy en primer plano el complejo de Edipo. Doy como ejemplo la siguiente fantasía onírica que me relató tres días después de la conversación precedente y que en parte le interpreté. Empieza con la descripción de un sueño. «Había un gran motor que parecía igual a un tren eléctrico. También tenía asientos y había un motorcito que corría junto con el grande. Podía abrirse el techo y cerrarlo cuando llovía. Entonces los motores siguieron corriendo y se encontraron con un tren eléctrico y lo chocaron. Entonces el motor grande se fue arriba del tren eléctrico y llevó al pequeño tras él. Y entonces todos se juntaron, el tren eléctrico y los dos motores. El tren eléctrico también tenía una biela. ¿Sabes lo que quiero decir? El motor grande tenía una cosa hermosa y grande de plata y bronce, y el chiquito tenía algo parecido a dos ganchitos. El pequeño estaba entre el tren eléctrico y el motor. Después subieron a una montaña alta y bajaron rápidamente. Los motores se quedaron ahí también a la noche. Cuando venían trenes eléctricos los chocaban y si alguno hacía así (con un brazo) retrocedían en seguida». (Le explico que el motor grande es su papá, el coche eléctrico su mamá y el motorcito él mismo, y que él se ha puesto entre papá y mamá porque le gustaría mucho apartar a papá del todo y quedarse solo con su mamá y hacer con ella lo que solo a papá le está permitido hacer). Después de una ligera vacilación, está de acuerdo pero continúa rápidamente: «El motor grande y el chico se fueron entonces, estaban en su casa, miraban por la ventana, era una ventana muy grande. Entonces llegaron dos motores grandes. Uno era el abuelo, el otro era papá. La abuela no estaba allí, estaba (duda un momento y parece muy solemne)… estaba muerta» (me mira, pero como yo no hago

ningún gesto, continúa): «Y entonces todos bajaron de la montaña juntos. Un chofer abrió las puertas con su pie; el otro abrió con sus pies la cosa que uno da vuelta» (manija). «Un chofer se sentía mal, era el abuelo» (otra vez me mira interrogativamente pero al ver que no hago gestos continúa). El otro chofer le dice «Sucia bestia, ¿quieres que te encajone las orejas?, te pegaré en seguida» (le pregunto quién era el otro chofer), él dice «Yo. Y entonces nuestros soldados los tiran a todos; eran todos soldados; y rompen el motor y le pegan a él y le ensucian la cara con carbón y también le ponen carbón en la boca», (reasegurando) «pensó que era una masita, sabes, y por eso la tomó, y era carbón. Después todos eran soldados y yo era el oficial. Tenía unos hermosos uniformes, y (se pone firme) yo me ponía así, y entonces todos me seguían. Le sacaban la escopeta; solo podía caminar así» (aquí se dobla). Continúa bondadosamente «entonces los soldados le daban una condecoración y una bayoneta porque le habían sacado la escopeta. Yo era el oficial y mamá era la enfermera (en sus juegos la enfermera es siempre la esposa del oficial) y Karl y Lene y Anna (su hermano y sus hermanas) eran mis hijos y teníamos una hermosa casa también —se parecía de afuera a la casa del rey[28]—; no estaba del todo terminada; no había puertas y el techo todavía no estaba pero era hermosa. Hicimos nosotros mismos lo que faltaba» (acepta ahora mi interpretación del significado de la casa no terminada, etc., sin particular dificultad). «El jardín era muy hermoso, estaba encima del techo. Yo siempre buscaba una escalera para subirme a él. De cualquier modo yo siempre me las arreglaba bastante bien para llegar hasta ahí, pero tenía que ayudar a Karl, Lene y Anna. El comedor también era muy lindo y en él crecían árboles y flores. No importa, es muy fácil, pones un poco de tierra y entonces las cosas crecen. Entonces el abuelo venía al jardín muy despacio, así (imita otra vez el paso peculiar), tenía una pala en la mano y quería enterrar algo. Entonces los soldados le disparan tiros y (otra vez parece muy solemne) se muere». Después de hablar un largo rato de dos reyes ciegos de los que él mismo dice que uno es su papá y el otro es el papá de su mamá, relata: «El rey tenía zapatos tan grandes como para llegar hasta América, te podías meter dentro de ellos y había mucho lugar. A los bebés de largas ropas los acostaban en ellos a la noche». Después de esta fantasía aumentó el placer de jugar y se tomó permanente. Jugaba solo ahora durante horas con el mismo monto de placer que le daba relatar estas fantasías[29]. También decía directamente: «Ahora jugaré a lo que te conté» o «No contaré esto sino que lo jugaré». Así como las fantasías inconscientes se expresan generalmente en los juegos, parece probable que en este caso, como sin duda en otros casos

similares, la inhibición de la fantasía era la causa de la inhibición del juego, y ambas desaparecieron simultáneamente. Observé que los juegos y actividades en que se ocupaba previamente pasaron a segundo plano. Me refiero especialmente al juego interminable de «chofer, cochero, etc.», que había consistido generalmente en empujar bancos, sillas o una caja, uno contra otro y sentarse sobre ellos. Tampoco nunca había dejado de correr a la ventana siempre que oía pasar un vehículo y se apenaba mucho si dejaba de ver uno. Podía pasar horas frente a la ventana o en la puerta principalmente para mirar a los carruajes que pasaban. La vehemencia y dedicación con que realizaba estas ocupaciones me llevaron a considerarlas de naturaleza compulsiva[30]. Últimamente, cuando mostraba tan marcado aburrimiento, también había abandonado este sustituto del juego. Cuando, en una oportunidad y para buscarle una ocupación, se lo impulsó a hacer un carruaje de otra forma y se le dijo que esto sería muy interesante, replicó: «Nada es interesante». Cuando, simultáneamente con fantasear se le dio por jugar, o más exactamente, hizo realmente su primera iniciación en el juego, algunos de sus juegos (que él principalmente tramaba con la ayuda de figuritas, animales, personas, carros y ladrillos) consistían, es cierto, en paseos y cambios de casa; pero estos solo constituían una parte de su juego, que llevaba a cabo en las formas más variadas y con un poderoso desarrollo de la fantasía, que nunca antes había mostrado. Usualmente terminaban al final en luchas entre indios, ladrones o campesinos por una parte y soldados por la otra y estos últimos eran siempre representados por él mismo y sus tropas. Al final de la guerra se mencionó, cuando el padre dejó de ser un soldado, que había abandonado su uniforme y equipo. El niño se impresionó mucho por esto, especialmente por la idea de devolver la bayoneta y el rifle. Inmediatamente después jugó a que los campesinos venían a robarle algo a los soldados. Pero los soldados los maltrataban horriblemente y los mataban. El día después de la fantasía del motor jugó al siguiente juego, que me explicó: «Los soldados ponen preso a un indio. El reconoce que fue malo con ellos. Ellos dicen: 'Sabemos que fuiste todavía más malo'. Le escupen, le hacen pipí y 'caca' encima, lo ponen en el retrete y hacen todo encima de él. Él grita y el pipí va a parar a su boca. Un soldado se va y otro le pregunta: '¿Adónde vas?' A buscar estiércol para tirarle. El hombre malo hace pipí en una pala y se lo tiran a la cara». Ante mi pregunta de qué era exactamente lo que había hecho replicó: «Era malo, no nos dejaba ir al retrete y hacerlo allí». Relata después que en el retrete, junto con la persona mala que habían puesto allí, hay dos personas haciendo obras de arte. En esta época repetidamente se dirigía al papel higiénico con el que se

limpiaba después de haber defecado, en forma burlona: «Mi querido señor, tenga la bondad de comérselo». En contestación a una pregunta dice que el papel es el diablo que se va a comer la «caca». Otra vez relata: «Un caballero perdió su corbata y la busca mucho, por fin la encuentra». Otra vez relató que le habían cortado el cuello y los pies al diablo. El cuello solo podía caminar cuando se le habían dado pies. Ahora el diablo solo podía estar acostado, ya no podía ir por el camino. Entonces la gente creyó que se había muerto. Y una vez él miró por la ventana; alguien lo sostenía, un soldado, que lo empujó fuera de la ventana, y entonces se murió. Me pareció que esta fantasía explicaba un temor (inusitado en él) que había aparecido pocas semanas antes. Estaba mirando por la ventana y la sirvienta estaba parada detrás de él y lo sostenía: manifestó miedo y solo se tranquilizó cuando la muchacha lo dejó solo. En una fantasía subsiguiente el miedo se mostró como la proyección de sus deseos agresivos inconscientes[31] en un juego en que un oficial enemigo es muerto, maltratado y después resucita. Al preguntarle quién es ahora, contesta «Soy papá, por supuesto», entonces todos se vuelven amistosos con él y él dice (aquí la voz de Fritz se hace muy suave): «Sí, tú eres papá, entonces por favor ven aquí»; en otra fantasía en la que, del mismo modo, un capitán resucita después de las más variadas torturas que incluían el pegarle e insultarle, relata que después de eso fue muy bueno con él y agrega: «Solo le devolví lo que él me había hecho, y después no estuve más enojado con él. Si no se lo hubiera devuelto estaría enojado». Ahora le gusta mucho jugar con pasta y dice que cocina en el retrete[32]. (El retrete es una cajita de cartón con una hendidura, que usa en sus juegos). Mientras jugaba me mostró una vez dos soldados y una enfermera y dijo que eran él mismo, su hermano y su mamá. Al preguntarle yo cuál de los dos era él, dijo: «El que tiene algo que pincha allí soy yo». Le pregunto qué hay allí que pinche. Él dice: «Un pipí». «¿Y eso pincha?», él dice: «No en el juego, sino realmente; no, me equivoqué, no realmente sino que en el juego». Relató cada vez más fantasías, múltiples y extensas, con frecuencia sobre el diablo pero también sobre el capitán, indios, ladrones y animales salvajes, hacia los que se demostraba claramente su sadismo tanto en su fantasía como en los juegos que la acompañaban, y también por otra parte sus deseos asociados a la madre. Describe a menudo cómo ha sacado los ojos, o cortado la lengua del diablo, o del oficial enemigo o del rey, e incluso posee una escopeta que puede morder como un animal acuático. Cada vez se hace más fuerte y poderoso, no hay forma de matarlo, dice repetidamente que su cañón es tan grande que llega al cielo.

No consideré necesario hacer más interpretaciones y por consiguiente en esta época ocasionalmente y en forma de sugerencia hacía consciente algún punto. Además, tuve la impresión, por la dirección de sus fantasías y juego y por observaciones ocasionales, que parte de sus complejos se habían vuelto para él conscientes o por lo menos preconscientes, y consideré que esto bastaba. Así, una vez observó, cuando estaba sentado en el dormitorio, que iba a hacer bollos. Cuando su madre, poniéndose a su altura, dijo: «Bueno, hazlos rápidamente», él observó: «Estás contenta si tengo bastante pasta» y agregó en seguida: «Dije pasta en vez de 'caca'. ¡Qué listo soy!»; observó cuando hubo hecho: «Hice una persona tan grande. Si alguien me diera bastante pasta podría hacer una persona con ella. Solo necesito algo puntiagudo para sus ojos y sus botones».

Habían pasado aproximadamente dos meses desde que empecé a darle ocasionales interpretaciones. Entonces se interrumpieron mis observaciones por un intervalo de más de dos meses. Durante este tiempo la angustia (miedo) hizo su aparición; esto ya lo presagiaba su rechazo, al jugar con otros niños, a proseguir su juego tan apreciado últimamente, de ladrones e indios. Excepto por un tiempo en el que había tenido terrores nocturnos entre los dos y tres años, aparentemente nunca había sido presa del miedo, o por lo menos no se hablan observado indicaciones de esto. Por consiguiente, la angustia que ahora se revelaba puede haber sido uno de los síntomas puestos de manifiesto por el progreso del análisis. Probablemente también se debía a sus intentos de reprimir más cosas que se estaban haciendo conscientes. La aparición del miedo la precipitó probablemente el relato de los cuentos de Grimm, que últimamente le atraían mucho, y que le producían miedo[33]. El hecho de que su madre estuviera indispuesta durante unas semanas e incapacitada para ocuparse mucho del niño, que estaba muy acostumbrado a ella, facilitó probablemente la conversión de libido en angustia y puede haber tenido que ver con ella. Manifestaba principalmente miedo antes de dormirse, lo que constituía ahora todo un trabajo, y también en ocasionales sobresaltos durante el sueño. Pero también de otras formas pudo observarse un retroceso. Había disminuido mucho su costumbre de jugar solo y de contar cuentos, estaba tan empeñado en aprender a leer que resultaba exagerado, porque frecuentemente quería aprender durante horas, de un tirón, y practicaba constantemente. También estaba mucho más intratable y mucho menos alegre.

Cuando nuevamente tuve oportunidad (aunque ocasional) de ocuparme del niño, obtuve de él y contrariamente a lo que antes había sucedido, contra muy fuertes resistencias, el relato de un sueño que lo había asustado mucho y

del que aún estaba asustado, incluso de día. Había estado mirando libros de grabados con jinetes en ellos y el libro se abrió y dos hombres salieron de él. Él, su hermano y sus hermanas se aferraron a la madre y querían escaparse. Llegaron a la puerta de una casa y allí una mujer les dijo: «No pueden esconderse aquí». Pero de cualquier modo se escondieron para que los hombres no pudieran encontrarlos. Me contó este sueño a pesar de grandes resistencias que aumentaron tanto cuando empecé la interpretación, que para no sobreestimularlas, la hice muy corta e incompleta. Conseguí pocas ideas asociadas, únicamente que los hombres tenían palos, escopetas y bayonetas en sus manos. Cuando le expliqué que esto significaba el gran pipi de su padre que él tanto desea como teme, contestó que «las armas eran duras y en cambio el pipi es blando». Le expliqué que sin embargo el pipí también se pone duro justo en relación lo que él mismo quiere hacer, y aceptó la interpretación sin mayor resistencia. Relató después que le pareció algo así como uno de los hombres se había metido en el otro, ¡y quedaba solo uno!

Indudablemente el componente homosexual, hasta entonces poco advertido, se estaba poniendo ahora en primer plano, como lo demuestran también los sueños y fantasías siguientes. He aquí otro sueño que sin embargo no estaba asociado con sentimientos de temor. Por todas partes, detrás de los espejos, puertas, etc., había lobos con largas lenguas colgando. Les disparó tiros a todos y murieron. Él no tenía miedo porque era más fuerte que ellos. Las fantasías siguientes también se relacionaban con lobos. Una vez cuando de nuevo estaba asustado antes de dormirse, dijo que se había asustado del agujero en la pared por el que se colaba la luz (una abertura en la pared, para la calefacción), porque también parecía un agujero en el cielo raso, y un hombre podía con una escalera subir desde allí hasta el techo. También habló de si el diablo no se sentaba en el agujero de la estufa. Contó que había visto lo siguiente en un libro de láminas. Una señora está en la habitación de él. De repente ella ve que el diablo está sentado en el agujero de la estufa y asoma la cola. En el curso de sus asociaciones se revela que temía que el hombre con la escalera pudiera pisarlo y dañarlo en el vientre, y finalmente reconoce que tenía miedo por su pipi.

No mucho después escuché la expresión, ahora muy poco frecuente, de «frío en la barriga». En una conversación sobre el estómago y la barriga en conexión con esto, relató la siguiente fantasía: «Hay una habitación en el estómago, con mesas y sillas. Alguien se sienta en una silla y pone la cabeza sobre la mesa y entonces se cae toda la casa, el cielo raso al suelo, también se cae la mesa y la casa». A mi pregunta: «¿Quién es ese alguien y cómo llegó a

meterse ahí dentro?», contesta: «Un palito llegó a través del pipi hasta la barriga y hasta el estómago en esa forma». En este caso, tuvo poca resistencia a mi interpretación. Le dije que él se había imaginado a sí mismo en el lugar de su mamá y quería que su papá hiciera con él lo que hace con ella. Pero tiene miedo (como imagina que su mamá también tiene miedo) de que si este palo —el pipi de papá— se mete en su pipi él quedará lastimado, y después dentro de su barriga, en su estómago, todo quedará destruido también. Otra vez me contó el miedo que tenía ante un cuento de Grimm en especial. Era el cuento de una bruja que ofrece a un hombre comida envenenada, este se la da a su caballo, que muere a causa de ella. El niño dijo que tenía miedo de las brujas porque de cualquier modo podía ser que no fuera cierto lo que se le había dicho que no había realmente brujas. Hay reinas también que son hermosas pero que también son brujas, y a él le gustaría mucho saber a qué se parece el veneno, si es sólido o líquido[34].

Cuando le pregunté por qué tenía miedo de algo tan malo proveniente de su madre, qué le había hecho o deseado hacer a ella, admitió que cuando estaba enojado había deseado que tanto ella como el padre se murieran y que alguna vez había pensado para sí «sucia mamá». También reconoció que estaba enojado con ella cuando le prohibía que jugara con su pipi. En el curso de la conversación, apareció además que también tenía miedo de ser envenenado por un soldado, y además un soldado extraño, que lo vigilaba a él, a Fritz, desde el escaparate de un comercio cuando Fritz ponía su pie en un carro para saltar encima. En conexión con mi interpretación de que el soldado es su papá que lo castigará por sus traviesas intenciones de saltar al carro —su mamá— preguntó sobre el acto sexual mismo, lo que hasta entonces no había hecho. Cómo podía el hombre meter dentro su pipi —si papá querría hacer otro niño—, cuán grande debe ser uno para poder hacer un niño; si la tía podía hacerlo con mamá, etc. Una vez más la resistencia ha disminuido. Por empezar, antes de comenzar a relatar cosas pregunta alegremente si lo que le parece «horroroso» se volverá placentero para él; después que yo se lo haya explicado, como sucedió hasta entonces con las otras cosas. Dice también que ya no tiene miedo de las cosas que le he explicado ni cuando piensa en ellas.

Desafortunadamente no se aclaró más el significado del veneno, ya que no pude obtener otras ideas asociadas a él. En general, la interpretación por medio de asociaciones fue solo a veces afortunada; habitualmente las ideas subsiguientes, sueños e historias, explicaban y completaban lo que había aparecido antes. Esto explica, además, mis interpretaciones a veces muy incompletas.

En este caso, yo tenía una gran riqueza de material que en su mayor parte quedó sin interpretar. Igual que su teoría predominante, también podían percibirse varias otras teorías sobre el nacimiento y distintas cadenas de pensamientos, y aunque aparentemente corrían paralelas unas a otras, predominaba ora una, ora otra. La bruja de su fantasía mencionada en último término solo introduce una figura (que reaparecía con frecuencia en esa época) que a mi parecer había obtenido por división del imago materno. Veo también esto en la actitud ocasionalmente ambivalente hacia el sexo femenino, que en los últimos tiempos se hizo evidente en él. En general, su actitud hacia las mujeres y hacia los hombres es muy buena, pero observo ocasionalmente que considera a las niñas y también a las mujeres adultas con irracional antipatía. Esta segunda imago femenina que ha disociado de su madre amada, para conservarla tal como está, es la mujer con pene a través de la cual, lo que es también aparente para él, sale el camino hacia su homosexualidad, ahora claramente indicada. El símbolo de la mujer con pene es también en su caso la vaca, un animal que no le gusta, en tanto que le atrae mucho el caballo[35]. Para dar solo un ejemplo de esto, muestra disgusto por la espuma de la boca de la vaca y declara que ella quiere escupir a la gente, pero que el caballo quiere besarlo a él. Se revela inequívocamente que para él la vaca representa la mujer con pene, no solo en su fantasía sino también en varias observaciones. Repetidamente, al orinar, ha identificado el pene con la vaca. Por ejemplo: «La vaca deja caer leche en la bacinilla» o, cuando abre su pantalón: «La vaca está mirando por la ventana». El veneno que le ofrece la bruja probablemente podría estar determinado también por la teoría de la fecundación por la comida, que también tuvo. Algunos meses antes, casi nada podía notarse aún de esta actitud ambivalente. Cuando oía a alguien decir que cierta dama era desagradable, preguntaba asombrado: «¿Puede una dama ser desagradable?».

Relató otro sueño asociado con sentimientos de angustia y nuevamente con fuertes indicaciones de resistencia. Explicó la imposibilidad de contarlo diciendo que era tan largo que necesitaría todo el día para contarlo. Le repliqué que entonces podía contarme solamente una parte: «Pero era justamente el largo lo que era horrible», fue su respuesta. Pronto cayó en la cuenta de que este «horrible largo» era el pipi del gigante a que el sueño se refería. Reapareció en varias formas como un aeroplano que la gente llevaba a un edificio, en el cual no podían verse puertas ni el suelo alrededor de él, y sin embargo las ventanas estaban abarrotadas de gente. Encima del gigante colgaba por todas partes gente que lo sujetaba también a él. Era una fantasía

del cuerpo materno y paterno y también deseo del padre. También actúa en este sueño su teoría del nacimiento, la idea de que él concibe y tiene a su padre (otras veces a su madre) por vía anal. Al final de este sueño, él puede volar solo, y con la ayuda de otras personas que ya han salido del tren, encierra al gigante en el tren en movimiento y vuela llevándose la llave. Él mismo, junto conmigo, interpretó gran parte de este sueño. Generalmente estaba muy interesado por interpretar y preguntaba si era bastante «profundo dentro de él» donde pensaba todas las cosas que no sabía sobre sí mismo, si todos los adultos podían explicarlo, etcétera.

Sobre otro sueño comentó que era placentero pero que solo podía recordar que había un oficial con un gran cuello de camisa y que también él se ponía un cuello similar. Salían juntos de algún lado. Estaba oscuro y él se caía. Luego de la interpretación de que se trataba otra vez de su padre y de que él quería un pipi similar, se le ocurrió de repente qué había sido lo desagradable. El oficial lo había amenazado, lo había sostenido, no le había dejado levantarse, etc. De las asociaciones libres que esta vez dio de buen grado, subrayaré solo un detalle que se le ocurrió cuando le pregunté de dónde salía con el oficial. Se le ocurrió que le había gustado el patio de un comercio porque había pequeños vagones cargados que entraban y salían de él sobre vías angostas: nuevamente el deseo de hacerle a mamá simultáneamente con papá lo que este último le hace a ella, en el que sin embargo falla, y proyecta sobre su padre su propia agresividad contra este último. Me parece que aquí también actúan poderosos determinantes erótico-anales y homosexuales (indudablemente presentes en las numerosas fantasías sobre el diablo en las que este vive en huecos o en una extraña casa).

Después de este periodo de renovada observación durante aproximadamente seis semanas, con el análisis pertinente, en especial de los sueños de angustia, desapareció por completo la angustia. Otra vez no hubo problemas con el sueño y el momento de irse a dormir. El juego y la sociabilidad no dejaban nada que desear; junto con la angustia había surgido una ligera fobia a los niños de la calle. Su fundamento real era que los muchachos callejeros lo habían amenazado y molestado repetidamente. Mostraba miedo a cruzar solo la calle y no podía convencérselo de que lo hiciera. Por estar de viaje no pude analizar esta fobia. Pero, aparte de esto, el niño daba una excelente impresión; cuando tuve oportunidad de verlo nuevamente pocos meses después, esta impresión se fortificó. Entretanto había perdido su fobia en la siguiente forma, como él mismo me informó. Poco después de mi partida corrió primero a través de la calle con los ojos

cerrados. Después la cruzó mirando hacia otro lado, y finalmente la cruzó tranquilamente. Por otra parte mostró (probablemente como resultado de su intento de autocuración (¡me aseguró orgullosamente que ahora no tenía miedo a nada!) una decidida falta de inclinación por el análisis y también aversión a contar historias y escuchar cuentos; sin embargo, este era el único punto en el que había aparecido un cambio desfavorable. ¿Fue la curación al parecer permanente de la fobia —que pude comprobar seis meses después— solo un resultado de su intento de autocuración? O quizá fue, por lo menos en parte, un postefecto del tratamiento luego de interrumpir este, como puede observarse a menudo en la desaparición de uno u otro síntoma después del análisis.

Además preferiría no utilizar la expresión «tratamiento terminado» en este caso. Estas observaciones, con interpretaciones solo ocasionales, no podrían considerarse un tratamiento; preferiría describirlo como un caso de «crianza con rasgos analíticos». Por la misma razón no quisiera aseverar que había terminado en el punto que he descrito hasta aquí. La manifestación de tanta resistencia al análisis, y el desagrado por los cuentos no parecen indicaciones de que probablemente su crianza posterior dará de cuando en cuando ocasiones para recurrir al análisis.

Esto me lleva a la conclusión que extraeré de este caso. Creo que ninguna crianza debe hacerse sin orientación analítica, ya que el análisis proporciona una ayuda muy valiosa y, desde el punto de vista de la profilaxis, hasta ahora incalculable. Incluso, si puedo fundamentar esta pretensión en un solo caso en que el análisis resultó de mucha ayuda para la crianza, me baso también en muchas observaciones y experiencias que pude hacer en niños criados sin ayuda del análisis.

Presentaré solo dos casos de desarrollo infantil[36] que me son bien conocidos y que me parecen adecuados como ejemplo, ya que no llegaron ni a la neurosis ni a ningún desarrollo anormal, y que por consiguiente pueden ser considerados como normales. Los niños en cuestión están muy bien tratados y muy sensible y amorosamente criados. Por ejemplo, fue un principio de su crianza que se les permitiera toda pregunta y se las contestara de buen grado; también en otros aspectos se les permitió mayor naturalidad y libertad de opinión de la que generalmente se da pero, aunque tiernamente, se los guio con firmeza. Solo uno de los niños hizo uso (y en grado muy limitado) de la entera libertad de hacer preguntas y obtener información, con el propósito de lograr esclarecimiento sexual. Mucho después —cuando era ya casi un adulto — el muchacho dijo que la respuesta correcta dada a su pregunta sobre el

nacimiento le había parecido completamente inadecuada y que este problema había seguido ocupando su mente en grado considerable. Probablemente la información no había sido completa aunque correspondía a la pregunta, ya que no había incluido el papel del padre. Sin embargo, es notable que el muchacho, aunque ocupado interiormente con este problema, por razones que él mismo no advertía, nunca preguntó sobre dichas cuestiones, aunque no tenía ocasiones de dudar de la disposición a contestarle. Este niño a los cuatro años desarrolló una fobia al contacto con otras personas —en particular adultos— y además fobia a los escarabajos. Estas fobias duraron unos pocos años y gradualmente fueron casi superadas con la ayuda del afecto y el acostumbramiento. Sin embargo, nunca perdió el rechazo a animales pequeños. Tampoco después mostró nunca deseo de compañía, incluso aunque ya no le tuviera aversión directa. Por lo demás se ha desarrollado bien psíquica, física e intelectualmente, y es sano. Pero un marcado carácter insociable, reserva e introversión, así como algunos rasgos vinculados con estos, me parece que son rastros de las fobias por otra parte felizmente dominadas y elementos permanentes en la formación de su carácter. El segundo ejemplo es una niña que en los primeros años de su vida demostró ser inusitadamente bien dotada y deseosa de conocimientos. Sin embargo, alrededor de los cinco años se debilitó mucho[37] el impulso a investigar y gradualmente se tomó superficial; no tenía impulso a aprender y ninguna profundidad de interés aunque indudablemente estuvieran presentes buenas capacidades intelectuales, y por lo menos hasta ahora (tiene quince años) ha mostrado solo una inteligencia media incluso aunque los buenos principios educativos aprobados hasta ahora han conseguido mucho para el desarrollo cultural de la humanidad, la crianza del individuo ha seguido siendo, como los buenos pedagogos sabían y saben, un problema casi insoluble. Quien tiene oportunidad de observar el desarrollo de niños, y de ocuparse con más detalle del carácter de los adultos, sabe que a menudo los niños mejor dotados fracasan repentinamente sin causa aparente y en las formas más variadas. Algunos hasta entonces buenos y dóciles se vuelven tímidos y difíciles de manejar o completamente rebeldes y agresivos. Niños alegres y amistosos se tornan insociables y reservados. Dotes intelectuales que prometían un florecimiento desusado, repentinamente quedan truncas. Niños de brillantes dotes fracasan a menudo en alguna pequeña tarea y luego pierden coraje y autoconfianza. Por supuesto que también sucede a menudo que estas dificultades del desarrollo se superan con éxito. Pero las dificultades menores, a menudo suavizadas por el afecto paterno, con frecuencia aparecen

nuevamente en años posteriores en forma de dificultades grandes e insuperables que pueden llevar entonces a un trastorno o por lo menos a mucho sufrimiento. Son incontables los daños e inhibiciones que afectan el desarrollo, para no hablar de los individuos que posteriormente caen víctimas de la neurosis.

Incluso si reconocemos la necesidad de introducir el psicoanálisis en la crianza, esto no implica deshacerse de los buenos principios educativos aceptados hasta ahora. El psicoanálisis tendría que servir a la educación como una ayuda —para completarla— sin tocar las bases hasta ahora aceptadas como correctas[38]. Los pedagogos realmente buenos se han esforzado siempre —inconscientemente— por lo correcto, y con amor y comprensión trataron de ponerse en contacto con los impulsos más profundos, a veces tan incomprensibles y aparentemente reprensibles, del niño. No es a los pedagogos sino a sus recursos a los que hay que culpar si no tuvieron éxito o solo lo tuvieron parcialmente, en este intento. En el hermoso libro de Lily Braun, Memoiren einer Sozialistin (Memorias de una socialista), leemos cómo en el intento de conquistar la simpatía y confianza de sus hijastros (niños, creo, de alrededor de diez o doce años) trató, tomando como punto de partida su parto cercano, de esclarecerlos sobre temas sexuales. Se siente triste e indefensa cuando se encuentra con abierta resistencia y rechazo y tiene que abandonar su intento. ¡Cuántos padres cuyo mayor deseo es preservar el amor y confianza de sus hijos se encuentran repentinamente con una situación en la que —sin entender por qué— tienen que reconocer que no han poseído nunca realmente ni el uno ni la otra!

Volvamos al ejemplo que he descrito aquí detalladamente. ¿Con qué justificación se introdujo el psicoanálisis en la crianza de este niño? El niño sufría de una inhibición de juego acompañada de inhibición a escuchar o contar historias. Había también creciente taciturnidad, hipercriticismo, ensimismamiento e insociabilidad. Aunque el estado mental del niño en general no podía ser descrito en este estadío como «enfermedad», de cualquier modo se justifica suponer por analogía desarrollos posibles. Estas inhibiciones con respecto al juego, contar historias, escuchar, y además el hipercriticismo sobre cosas sin importancia y el ensimismamiento, podían haberse convertido en rasgos neuróticos en un estadío posterior y la taciturnidad e insociabilidad en rasgos de carácter. Debo agregar aquí lo siguiente, porque es significativo: las peculiaridades aquí indicadas estuvieron presentes en cierta medida —aunque en forma no tan llamativa— desde que el niño era muy pequeño; fue solo cuando se desarrollaron y se les agregaron

otras que produjeron la impresión que me llevó a considerar aconsejable la introducción del psicoanálisis. Pero antes de esto, y también después, tenía una expresión inusitadamente pensativa cuando empezó a hablar con mayor fluidez, que no tenía relación con las observaciones normales, nada brillantes, que profería. Su alegre locuacidad, su marcada necesidad de la compañía no solo de niños sino también de adultos, con los que conversa con igual alegría y libertad, contrastan notablemente con su carácter anterior.

Sin embargo, pude aprender algo más de este caso; a saber, qué ventajoso y necesario es introducir muy temprano el análisis en la crianza, para preparar una relación con el inconsciente del niño tan pronto como podemos ponernos en contacto con su ciencia. Probablemente así podrían removerse fácilmente las inhibiciones o rasgos neuróticos, en cuanto empiezan a desarrollarse. No hay duda de que el niño normal de tres años, probablemente incluso el niño más pequeño, que tan a menudo muestra intereses muy vívidos, es ya intelectualmente capaz de captar las explicaciones que se le dan, tanto como todo lo demás. Probablemente mucho mejor que el niño mayor, que ya está perturbado afectivamente en esas cuestiones por una resistencia más enraizada, mientras que el niño pequeño está mucho más cerca de estas cosas naturales mientras la crianza no haya extendido demasiado lejos sus influencias perjudiciales. Esta sería entonces, mucho más que en el caso del niño que ya tiene cinco años, una crianza con ayuda del análisis.

Por grandes que puedan ser las esperanzas asociadas con una educación general de este tipo para el individuo y la colectividad, no es de temerse un efecto de enormes alcances. Siempre que nos enfrentemos con el inconsciente del niño muy pequeño, seguramente nos encontramos también con todos sus complejos. ¿En qué medida son estos complejos filogenéticos e innatos, y en qué medida adquiridos ontogenéticamente? Según A. Stärcke, el complejo de castración tiene una raíz ontogenética en el bebé, por la desaparición periódica del pecho materno, al que considera de su pertenencia. La expulsión de las heces se considera como otra raíz del complejo de castración. En el caso de este niño, con el que nunca se utilizaron amenazas y que mostraba con franqueza y sin temor su placer en la masturbación, apareció sin embargo un complejo de castración muy marcado que por cierto se había desarrollado en parte sobre la base del complejo de Edipo. Sin embargo en cualquier caso, en este complejo y en realidad en toda formación de complejo, las raíces yacen demasiado profundamente como para que podamos penetrar hasta ellas. En el caso descrito, los fundamentos de sus inhibiciones y rasgos neuróticos me parece que estaban antes incluso de la época en que empezó a hablar.

Seguramente hubiera sido posible superarlos antes y más fácilmente de lo que se hizo, aunque no abolir completamente las actividades de los complejos en que se originaron. Seguramente no hay razón para temer un efecto de enormes alcances por el análisis temprano, un efecto que pueda hacer peligrar el desarrollo cultural del individuo y con ello la riqueza cultural de la humanidad. Por lejos que podamos ir hay siempre una barrera ante la que forzosamente debemos detenernos. Mucho de lo que es inconsciente y entretejido de complejos seguirá activo en el desarrollo del arte y la cultura. Lo que el análisis temprano puede hacer es procurar protección de graves shocks y superar inhibiciones. Esto ayudará no solo a la salud del individuo sino también a la cultura, porque la superación de inhibiciones abrirá nuevas posibilidades de desarrollo. En el niño que observé fue notable cuánto se estimuló su interés general luego de satisfacerse parte de sus preguntas inconscientes, y cuánto decayó nuevamente su impulso a investigar porque habían surgido más preguntas inconscientes que monopolizaban todo su interés.

Por consiguiente, es evidente que, para entrar en más detalles, la influencia de los deseos e impulsos instintivos solo puede debilitarse haciéndolos conscientes. Sin embargo, puedo afirmar por mis observaciones que, como en el caso del adulto, también en el niño pequeño esto sucede sin ningún peligro. Es cierto que comenzando con las explicaciones y aumentando notablemente con la intervención del análisis, el niño mostró un evidente cambio de carácter que fue también acompañado por rasgos «inconvenientes». El niño, hasta entonces amable y solo ocasionalmente agresivo, se volvió agresivo, peleador, no solo en su fantasía, sino también en la realidad. Junto con esto, apareció una declinación de la autoridad de los adultos, que de ningún modo es igual a la incapacidad de tener en cuenta a los otros. Un saludable escepticismo, que quiere ver y comprender lo que se le pide que crea, se combina con la capacidad de reconocer los méritos o habilidades de los otros, especialmente de su muy querido y admirado padre y también de su hermano Karl. Hacia el sexo femenino, debido a otras causas, se siente algo superior y bastante protector. Muestra la declinación de la autoridad principalmente en su actitud de amistosa camaradería, también en relación con sus padres. Valoriza mucho poder tener su propia opinión, sus propios deseos, pero le resulta difícil obedecer. Sin embargo, es fácil enseñarle cómo portarse mejor, y en general es lo bastante obediente como para complacer a su adorada madre, a pesar de que esto le resulta a menudo

muy difícil. En general, su crianza no ofrece dificultades especiales a pesar de los rasgos «inconvenientes» que han aparecido.

No ha disminuido de ningún modo su bien desarrollada capacidad para ser bueno; en realidad, se ha estimulado más. Da fácilmente y con alegría, se impone sacrificios en pro de la gente que ama; es considerado y tiene «buen corazón». Vemos aquí también lo que aprendimos en el análisis del adulto, que el análisis no afecta estas formaciones eficaces en forma perjudicial sino que las fortifica. Por eso me parece justificado argüir que el análisis temprano tampoco perjudicará las represiones, formaciones reactivas y sublimaciones ya existentes, sino que, por el contrario, abrirá nuevas posibilidades para otras sublimaciones[39]. Debe mencionarse aún otra dificultad con respecto al análisis temprano. Por haber traído a la conciencia sus deseos incestuosos, su apasionado apego por la madre se advierte llamativamente en la vida cotidiana, pero no hace ningún intento de sobrepasar los límites establecidos y se comporta igual que cualquier niño afectuoso. Su relación con el padre es excelente a pesar (o a causa) de su conciencia de sus deseos agresivos. También en este caso es más fácil controlar cualquier emoción que se está volviendo consciente, que una inconsciente. Simultáneamente con el reconocimiento de sus deseos incestuosos, sin embargo, está haciendo intentos de liberarse de esta pasión y transferirla a objetos adecuados. Me parece que esto se infiere de una de las conversaciones citadas en la que sostenía con dolorosa emoción que por lo menos viviría entonces con la madre. Otras observaciones frecuentemente repetidas indican también que el proceso de liberación de la madre ya ha comenzado en parte, o por lo menos que lo intentará[40]. Por consiguiente, puede esperarse que logrará su liberación de la madre por el camino adecuado; es decir, por la elección de un objeto que se parezca a la imago materna. Tampoco he sabido de muchas dificultades que puedan surgir del análisis temprano de un niño en contacto con un ambiente que piensa de otro modo. El niño es tan sensible incluso a los desaires más suaves, que sabe muy bien cuándo puede ser comprendido y cuándo no. En este caso el niño renunció completamente, luego de unos ligeros intentos infructuosos, a confiar en nadie más que su madre y yo misma, en estos asuntos. Al mismo tiempo siguió confiando mucho en otros con respecto a otras cosas.

También resulta ser manejable otra cuestión que puede llevar fácilmente a inconvenientes. El niño tiene un impulso natural a utilizar el análisis como un recurso de placer. Por la noche cuando debería ir a dormir, afirma que se le ha ocurrido una idea que debe ser examinada de inmediato. O trata de atraer la

atención durante el día con el mismo recurso, o bien en momentos inoportunos, con su fantasía, en resumen, trata en diversas formas de hacer del análisis el asunto de su vida. Un consejo que me dio el doctor Freud me proporcionó una excelente ayuda en este asunto. Establecí cierto horario —incluso aunque tuviera que cambiarlo ocasionalmente— destinado al análisis y aunque a causa de nuestro estrecho contacto diario yo estaba mucho con el niño, en seguida hubo adhesión a esto. El niño accedió perfectamente después de unos pocos intentos infructuosos. En forma similar desalenté firmemente su intento de descargar en cualquier otra forma algo de la agresividad hacia sus padres y hacia mí misma revelada por el análisis, le exigí la norma habitual de modales; en estas cosas también accedió pronto. Aunque se trataba aquí de un niño mayor de cinco años y por ello más sensible, de cualquier modo estoy segura de que con un niño más pequeño pueden encontrarse formas de evitar estos inconvenientes. En un niño más pequeño no será tanto cuestión de conversaciones detalladas sino más bien de interpretaciones ocasionales durante el juego o en otras oportunidades, que probablemente aceptará más fácil y naturalmente que un niño mayor. Además, siempre ha sido tarea de la crianza, incluso la habitual hasta ahora, enseñar al niño la diferencia entre fantasía y realidad, entre verdad y falsedad. La diferencia entre desear y hacer (y después también la expresión del deseo) puede vincularse fácilmente con estas diferencias. Los niños en general son tan fáciles de enseñar y tan culturalmente dotados que seguramente aprenderán con facilidad que aunque puedan pensar y desear todo, solo una parte puede llevarse a cabo.

Por consiguiente pienso que no hay necesidad de tener indebida ansiedad sobre estas cuestiones. No hay crianza sin dificultades, y seguramente las dificultades que actúan más bien desde afuera hacia adentro representan una carga menor para el niño que las que actúan inconscientemente desde adentro. Si uno está internamente convencido de que este método es correcto, entonces con poca experiencia se superarán las dificultades externas. Pienso también que un niño psíquicamente fortificado por un análisis temprano, puede tolerar con más facilidad y sin perjuicio los problemas inevitables.

Puede surgir la cuestión de si todo niño requiere esta asistencia. Indudablemente hay una cantidad de adultos enteramente sanos, excelentemente desarrollados, y seguramente hay también niños que no muestran rasgos neuróticos, o los han superado sin dañarse. De cualquier modo, por la experiencia analítica puede afirmarse que son relativamente pocos los adultos y niños a los que esto se aplica. Freud en su «Análisis de la

fobia de un niño de cinco años[41]» menciona expresamente que a Juanito no le hizo ningún daño sino que le hizo bien la plena conciencia de su complejo de Edipo. Freud piensa que la fobia de Juanito difiere de las fobias extraordinariamente frecuentes en otros niños solo en que se la advirtió. Muestra que «en cierta medida representaba una ventaja para él ya que ahora está quizás a la cabeza de otros niños, pues no lleva ya dentro de sí ese germen de complejos reprimidos que siempre influyen en la vida posterior y al que en cierta medida se debe de seguro el desarrollo del carácter, si no la disposición a la neurosis posterior».

Además dice Freud que «no puede trazarse una neta línea divisoria entre los niños nerviosos y los normales, que la enfermedad es una idea recapituladora puramente práctica, que la disposición y la experiencia deben combinarse para llegar a esta suma, que en consecuencia muchas personas sanas pasan a la categoría de nerviosas, etc». Escribe en «De la historia de una neurosis infantil[42]»: «Se objetará que pocos niños escapan a perturbaciones tales como rechazo temporal de la comida o fobia a un animal. Pero este es un argumento bienvenido. Estoy preparado para afirmar que toda neurosis del adulto se erige sobre la base de la neurosis infantil, pero que esta última no siempre es lo bastante grave como para atraer la atención y ser reconocida como tal».

Sería entonces aconsejable prestar atención a los incipientes rasgos neuróticos de los niños; pero si queremos detener y hacer desaparecer estos rasgos neuróticos, entonces se convierte en una necesidad absoluta la intervención más temprana posible de la observación analítica y ocasionalmente del análisis. Creo que puede establecerse para este asunto una especie de norma. Si un niño, en la época en que surge y se expresa su interés por sí mismo y por las personas que lo rodean, muestra curiosidad sexual y trata paso a paso de satisfacerla; si no muestra inhibiciones en esto y asimila completamente el esclarecimiento recibido; si también en sus fantasías y juegos vivencia parte de los impulsos instintivos, especialmente el complejo de Edipo, sin inhibición; si por ejemplo escucha con placer los cuentos de Grimm sin manifestaciones subsiguientes de angustia, y en general se muestra bien equilibrado, entonces en estas circunstancias probablemente podrá omitirse el análisis temprano, aunque incluso en estos casos no demasiado frecuentes podría ser beneficiosamente empleado, ya que podrían superarse muchas inhibiciones que incluso las personas mejor desarrolladas sufren o han sufrido.

He elegido especialmente el escuchar los cuentos de Grimm sin manifestaciones de angustia como indicación de la salud mental de los niños, porque de los diversos niños que conozco, solo muy pocos lo hacen. Probablemente, en parte, por el deseo de evitar esta descarga de angustia han aparecido cierto número de versiones modificadas en estos cuentos y en la educación moderna se prefieren otros cuentos menos terroríficos, que no repercutan tanto —placentera y dolorosamente— sobre los complejos reprimidos. Sin embargo, tengo la opinión de que con la ayuda del análisis no hay necesidad de evitar estos cuentos sino que pueden usarse directamente como norma y como recurso. El miedo latente del niño, dependiente de la represión, se manifiesta más fácilmente con ayuda de ellos y entonces puede ser tratado con mayor detalle en el análisis.

¿Cómo ponerse en práctica una crianza con principios psicoanalíticos? El prerrequisito, tan firmemente establecido por la experiencia analítica, de que los padres, niñeras y maestros estén ellos mismos analizados, probablemente seguirá siendo durante mucho tiempo un piadoso deseo. Incluso si se realizara este deseo, aunque podríamos tener cierta seguridad de que se llevaran a cabo las útiles medidas mencionadas al principio, de cualquier modo no tendríamos la posibilidad de análisis temprano. Quisiera hacer aquí una sugerencia que es solo un consejo por necesidad actual, y que puede ser transitoriamente eficaz hasta que otros tiempos traigan nuevas posibilidades. Me refiero a la fundación de jardines de infantes dirigidos por mujeres analistas. No hay duda de que una analista que tiene bajo sus órdenes algunas niñeras entrenadas por ella puede observar a muchos niños como para reconocer la conveniencia de una intervención analítica y llevarla a cabo. Por supuesto que entre otras cosas puede objetarse que de este modo el niño en cierta medida y en edad muy temprana quedaría psíquicamente apartado de su madre. Pienso sin embargo que el niño tiene tanto que ganar de este modo, que la madre recuperaría en otros sentidos lo que quizás haya perdido en este.

[NOTA, 1947. Las conclusiones educacionales incluidas en este artículo están necesariamente en relación con mis conocimientos psicoanalíticos de aquel entonces. Ya que en los siguientes capítulos no incluí sugerencias sobre educación, no se ve en este volumen el desarrollo de mis ideas sobre la educación, como, según creo, se ve el desarrollo de mis conclusiones psicoanalíticas. Valdría la pena entonces mencionar que, si fuera yo a presentar actualmente sugerencias para la educación, formularía considerables ampliaciones y también restricciones a las ideas presentadas en este artículo].

2. Inhibiciones y dificultades en la pubertad (1922)

Es bien sabido que al entrar en la pubertad los niños presentan con mucha frecuencia dificultades psicológicas y notables cambios en su personalidad. Mis reflexiones, en este trabajo, se centrarán sobre los problemas de los varones, dejando para otra ocasión los problemas del desarrollo en las niñas.

Las dificultades de los varones pueden adecuadamente ser atribuidas a la falta de un equipamiento psíquico necesario para manejar su maduración sexual y los cambios físicos que implica. Abrumado por su sexualidad, se siente a merced de sus deseos y de impulsos que no puede satisfacer. Debe soportar una pesada carga psicológica. Pero esta explicación es insuficiente para una completa comprensión de las preocupaciones y problemas profundos y variados que encontramos en esta edad.

Algunos varones que tenían un carácter confiable y alegra se tornan de pronto, o bien gradualmente, desafiantes, misteriosos, se rebelan en el hogar o en la escuela y permanecen inmunes tanto a la ternura como a la severidad. Algunos pierden la ambición y el placer de aprender y sus fracasos escolares son motivo de preocupación, así como otros preocupan por sus malsanos accesos de aplicación. Los maestros con experiencia conocen que, tras ambas conductas, hay una autoestima tambaleante o dañada.

La pubertad pone de relieve un gran número de conflictos de variada intensidad, muchos de los cuales ya existían tenuemente y por ello permanecían ocultos; ahora pueden aparecer en forma extrema e incluso alcanzar manifestaciones tales como el suicidio o actos criminales. Si además tanto padres como maestros no son capaces de responder a las aumentadas exigencias de este periodo, el daño que sufre el púber será aún mayor. Muchos padres serán permisivos con sus hijos cuando lo que necesitan es que se les pongan límites, o bien fallarán al no alentarlos cuando buscan su apoyo. Muy a menudo ciertos maestros, que solo toman en cuenta el éxito en los exámenes, descuidan investigar las causas de los fracasos y carecen de comprensión frente al esfuerzo que estos significan. No hay duda de que los adultos comprensivos facilitan el progreso del niño, pero también es un error

sobrestimar los efectos del ambiente en la resolución de las dificultades. Todos los esfuerzos de los padres más amantes y comprensivos pueden fracasar debido a la ignorancia de qué es lo que atormenta al niño; del mismo modo, los maestros más experimentados y hábiles se verán desorientados si no saben qué es lo que subyace tras los problemas del adolescente.

Por lo tanto, resulta urgente investigar más allá de los acontecimientos físicos y mentales obvios, en áreas que son desconocidas tanto para el adulto como para el propio niño; en otras palabras, se deben descubrir las causas inconscientes mediante la inapreciable ayuda del psicoanálisis, que tanto nos ha enseñado al respecto.

Freud reconoció, al tratar adultos neuróticos, la enorme importancia de la neurosis infantil. Tanto él como sus discípulos recogieron, a lo largo de muchos años de tratar adultos, pruebas convincentes de que la etiología de la enfermedad mental debe buscarse en la temprana infancia. Es en esa época cuando se forma el carácter y se establecen los factores patológicos que más tarde provocan la enfermedad, cuando determinadas situaciones la desencadenan actuando sobre una estructura psíquica inestable. Es así como niños que parecían sanos o a lo sumo algo nerviosos pueden sufrir después serios quebrantos en condiciones de cierta exigencia. En esos casos se pone de manifiesto que la frontera entre «sano» y «enfermo», «normal» y «anormal» nunca ha sido bien definida. Esta fluidez de los límites es un carácter general que constituye uno de los más importantes descubrimientos de Freud, quien estableció que la diferencia entre «normal» y «anormal» es solo cuantitativa y no de estructura, hallazgo empírico constantemente confirmado en nuestro trabajo.

Como consecuencia de nuestro prolongado desarrollo cultural, estamos dotados desde el nacimiento de la capacidad de reprimir los instintos, los deseos y su imaginería, es decir, radiarlos de la conciencia y hundirlos en nuestro inconsciente. Allí permanecen vivos y activos, con toda su potencialidad de provocar, si la represión fracasa, una amplia variedad de enfermedades. Las fuerzas de la represión actúan principalmente sobre los instintos más prohibidos, especialmente los sexuales. La «sexualidad» debe ser comprendida en su sentido más amplio, tal como la ha definido el psicoanálisis. La teoría de Freud nos enseña que la sexualidad es activa desde el comienzo de la vida, buscando el placer en sus comienzos mediante los «instintos parciales», sin estar al servicio de la procreación como en el adulto.

Los deseos sexuales infantiles y sus fantasías se vinculan con los objetos más cercanos y significativos, es decir, los padres, especialmente el del sexo

opuesto. Todo niño normal experimentará un apasionado amor por su madre y declarará su deseo de desposaría, por lo menos alguna vez entre los tres y los cinco años de edad. Si tiene una hermana, esta reemplazará pronto a la madre como objeto deseado[43].

Estas declaraciones, que nadie toma en serio, evidencian deseos y pasiones que, aunque inconscientes, tienen gran importancia para su desarrollo. Su naturaleza incestuosa evoca una severa constricción social, dado que su realización causaría regresión y disolución culturales. Por consiguiente, están destinadas a ser reprimidas y a formar en el inconsciente el complejo de Edipo, al que Freud denominó complejo nuclear de las neurosis. La mitología y la poesía[44] demuestran la universalidad de los deseos que condujeron a Edipo a matar a su padre y a cometer incesto con su madre, y el psicoanálisis, tanto de personas enfermas como sanas, revela que existe en la vida fantasiosa de todos.

La tempestuosa corriente instintiva que surge en la pubertad incrementa las dificultades del adolescente con sus complejos y entonces este puede desfallecer.

La batalla entre los deseos y fantasías que tratan de ser admitidos en la conciencia y las fuerzas represivas del yo agotan sus fuerzas. El fracaso del yo puede causarle problemas e inhibiciones de toda índole y aun enfermedades. En circunstancias favorables, las fuerzas en lucha logran un cierto equilibrio. El resultado final determinará para siempre las características de su vida sexual, siendo por consiguiente decisivo para su futuro desarrollo, sobre todo si tenemos en cuenta que la tarea a cumplir durante la pubertad es organizar los incoherentes instintos parciales del niño hacia las funciones procreativas. Pari passu el niño debe desligarse internamente de los lazos incestuosos que lo unen a su madre, si bien ellos constituirán la base del modelo de su futuro amor. También es necesario un cierto grado de separación externa de su fijación a los padres, para convertirse en un hombre activo, vigoroso e independiente.

No es extraño pues que el individuo que en la pubertad debe realizar la onerosa tarea propuesta por su desarrollo psicosexual pueda llegar a sufrir de inhibiciones más o menos duraderas. Muchos maestros experimentados me informan que los niños difíciles, cuando maduran y se tornan buenos, amables y trabajadores, parecen sufrir de una disminución de su vitalidad, curiosidad y receptividad previas.

¿Qué pueden hacer los padres y maestros para ayudar a los niños en su lucha? El hecho de comprender los motivos de sus problemas tiene por sí

mismo un efecto favorable sobre el trato. El dolor y la irritación lógicamente causados por sus actitudes desafiantes, su desamor y mala conducta, serán más tolerables. Los maestros reconocerán la transferencia hacia ellos de la rivalidad edípica del niño con su padre. En el análisis de varones púberes se puede observar con cuánta frecuencia los maestros se convierten en objetos de excesivo amor y admiración, así como de odio y agresión inconscientes. El remordimiento y la culpa que les ocasionan estos últimos sentimientos también forman parte de la relación con el maestro.

La oscuridad y confusión de sus emociones pueden causar en el niño un disgusto que a veces llega hasta el martirio por la escuela y Por todo lo que sea aprendizaje. La bondad y comprensión del maestro pueden ayudarlo, y la inalterable confianza de este puede fortalecer la autoestima del niño y moderar sus sentimientos de culpa.

Una situación favorable en estas circunstancias se produce cuando tanto los padres como los maestros han podido lograr un clima de libertad para hablar sobre los problemas sexuales, siempre y cuando el niño desee. Las advertencias amenazadoras sobre cuestiones sexuales, especialmente la masturbación, práctica universal durante la pubertad, naturalmente deben ser evitadas. Es mucho mayor el daño que ellas causan que cualquier beneficio concebible.

Lily Braun, en su magnífico libro Memorias de una socialista, describe cómo trató durante su embarazo de crear una relación amistosa con sus hijos adolescentes para esclarecerlos sexualmente. Sus intentos fueron rechazados burlonamente, y esa puede ser la suerte que corran los más talentosos intentos de educación sexual. El rechazo o la reserva pueden ser insuperables. Las oportunidades de educar a los niños tempranamente nunca volverán a presentarse, pero si se intenta, es posible aliviar y hasta hacer desaparecer muchas dificultades.

Habiendo agotado estos recursos nada más pueden hacer los padres y maestros, por lo que deberá buscarse entonces una asistencia más eficaz. Esta se encontrará en el psicoanálisis, cuya ayuda permitirá buscar la causa de los problemas y remover sus malsanas consecuencias. La técnica psicoanalítica, afinada a través de los años, permite descubrir las causas, hacerlas conscientes y ayudar así a lograr un equilibrio entre las demandas conscientes e inconscientes.

Mi trabajo con niños me ha convencido de que el psicoanálisis de niños y de adolescentes, correctamente conducido, no es más peligroso para un niño que para un adulto. La tan extendida preocupación de que el psicoanálisis

disminuye la espontaneidad de los niños es refutada por la práctica. Por lo contrario, muchos niños han recuperado su alegría, perdida en el pozo de sus conflictos, gracias al análisis. Aun a una edad muy temprana el análisis no causa daño ni convierte a los niños en seres asociales e incivilizados, sino que, inversamente, al liberarlos de sus inhibiciones, les permite el pleno uso de todos sus recursos emocionales e intelectuales, puestos al servicio de su desarrollo cultural y social.

3. El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño[45] (1923)

[NOTA, 1947. *Este capítulo debe leerse junto con el siguiente —«Análisis infantil»—, que desarrolla temas conexos y se basa, en gran parte, en el mismo material*].

El hecho de que en la angustia de examen, como en los sueños de examen, la ansiedad está desplazada de lo sexual a lo intelectual, es bien conocido en el psicoanálisis. Sadger ha demostrado en su trabajo «Über Prüfungsangst und Prüfungstráume[46]» que el temor al examen, en los sueños y en la realidad, es temor a la castración.

La conexión entre la angustia de examen e inhibiciones en la escuela, arroja una nueva luz sobre este punto. Asimismo son significativas las diferentes formas y grados de aversión al aprendizaje que oscila entre un marcado desagrado y una mera «pereza» que ni el niño ni las personas que lo rodean hubieran reconocido como rechazo al colegio.

La escuela significa una nueva realidad que el niño debe encarar en su vida y, a menudo, es percibida como muy severa. La forma en que él se adapta a estas exigencias suele ser típica de su actitud frente a las exigencias de la vida en general.

El papel extremadamente importante de la escuela se basa generalmente en el hecho de que está desde un principio libidinalmente determinado para cada individuo, ya que por sus exigencias obliga al niño a sublimar sus energías instintivas libidinales. La sublimación de la actividad genital, sobre todo, influye en forma decisiva en el estudio de algunas materias, que por lo tanto estarían correlativamente inhibidas por la angustia de castración.

Al comenzar la escuela, el niño sale del ambiente que ha construido la base para sus fijaciones y formación de complejos, y se encuentra frente a nuevos objetos y actividades en las cuales debe ahora poner a prueba la motilidad de su libido. Sin embargo, es sobre todo la necesidad de obrar activamente y abandonar una actitud más o menos pasivo-femenina, hasta

ahora la única posible para él, lo que confronta al niño con una nueva tarea que a menudo le resulta insuperable.

A continuación, discutiré en detalle unos ejemplos tomados de varios análisis, del significado libidinal de la ida a la escuela, del edificio, del maestro y de las actividades en la escuela.

A Félix, de trece años, le desagradaba la escuela en general. En vista de sus grandes dotes intelectuales, su aparente falta de interés llamaba la atención. En su análisis relató un sueño que había tenido aproximadamente a los once años, poco después de la muerte del director de la escuela. Estaba en camino a la escuela y se encontró con su profesora de piano. La escuela estaba ardiendo; las ramas de los árboles en la calle se habían quemado por completo pero los troncos quedaban derechos. Caminó por el edificio incendiado con su profesora de música y salieron ilesos, etc. La interpretación completa de este sueño solo se logró mucho después cuando el significado de la escuela como madre y del maestro y el director como padre surgieron en el análisis. Daré uno o dos ejemplos de esto que se vieron en su análisis. Se quejó de que hasta la fecha no había podido superar la dificultad, que había tenido desde el primer momento, de ponerse de pie cuando se le llamaba a dar la lección. A esto asoció que las niñas se ponen de pie en forma muy distinta de los muchachos y mostró la manera de estos por un movimiento con las manos que indicaba la región genital y evidenciaba claramente la forma del pene en erección. El deseo de conducirse con el maestro como una niña expresaba su actitud femenina hacia el padre; y se pudo comprobar que la inhibición asociada con el acto de levantarse estaba determinada por el temor a la castración que influyó en toda su actitud subsiguiente hacia la escuela. Una vez en la escuela, viendo al maestro de pie y apoyado contra el escritorio, se le ocurrió que este podía caerse, volcar el escritorio rompiéndolo, y dañándose él al mismo tiempo. Esto demostró el significado del maestro como padre y del escritorio como madre[47], y condujo a su concepción sádica del coito.

Relató la forma en que los muchachos se habían «soplado» y ayudado en un ejercicio de griego, a pesar de la vigilancia del maestro. Sus conocimientos nuevos le llevaron a fantasear sobre cómo podía arreglárselas para lograr una posición mejor en la clase[48]. Fantaseó la forma en que alcanzaría a los alumnos mejores que él, para luego desplazarlos y matarlos, y con gran sorpresa se dio cuenta de que ya no le parecían compañeros, como hasta entonces, sino enemigos. Al fin, cuando al desplazarlos lograba el primer

puesto y llegaba así hasta el maestro, en la clase quedaría solo este con una posición mejor que la suya pero a él no sería posible hacerle nada[49].

La aversión de Fritz a la escuela[50], que aún no había cumplido siete años y que se reveló en el análisis como angustia, incluía la ida a la escuela[51]. Cuando en el curso del análisis el placer por la escuela sustituyó a la angustia, me contó la siguiente fantasía: «Los escolares trepan por la ventana del aula donde se encuentra la maestra. Uno de los niños era tan gordo que no podía entrar por la ventana y, por consiguiente, estaba obligado a aprender y a escribir sus lecciones en la calle, frente a la escuela». A este niño Fritz le llamaba el Bobo y lo calificó de muy gracioso. El Bobo no tenía idea, por ejemplo, de lo gordo y gracioso que parecía al saltar, y les provocaba tanta gracia a sus padres y hermanos con sus cabriolas, que los últimos se caían de risa por la ventana y sus padres rebotaban repetidas veces contra el techo a causa de su risa. Al hacer esto, finalmente se golpeaban contra un hermoso globo de cristal que estaba en el techo, que se rajaba, pero no se rompía. Se pudo comprobar que del mismo modo que Kasperle, el Bobo, representaba el pene[52] penetrando en el cuerpo de la madre.

Sin embargo, la maestra también es para él madre castradora con pene, y asoció, a su dolor de garganta, la fantasía de que la maestra lo había estrangulado con unas riendas y puesto un arnés, como si fuera un caballo.

En su análisis, Grete, de nueve años, me contó cómo se había impresionado al ver y oír entrar un carro en el patio de la escuela. En otra ocasión, habló de un carro lleno de dulces que no se atrevió a comprar, porque su maestra pasaba en ese momento. Describió estos dulces como cierta clase de algodón, algo que le interesaba muchísimo, pero que no se atrevía a investigar. Ambos carros resultaron ser recuerdos encubiertos de sus observaciones infantiles del coito, y el algodón dulce, cuya definición le había sido difícil, representaba el semen.

Grete cantaba como primera voz en el coro de la escuela; la maestra se acercó a ella y le miró la boca. En seguida la niña sintió una necesidad irresistible de besarla y abrazarla. Se comprobó en este análisis que la tartamudez de la niña se debía a la sexualización tanto del hablar como del cantar. El subir y bajar la voz y los movimientos de la lengua representaban el coito[53].

Ernst, de seis años, debía pronto comenzar la escuela. Durante la hora analítica jugó a ser albañil. Interrumpiendo la fantasía de construir casas, que asoció con su juego[54], habló de su futura profesión. Quería ser «alumno» y también ir luego a la escuela técnica. Cuando le observé que eso no sería sino

una preparación para una profesión, contestó, muy enfadado, que no quería pensar en una profesión para sí mismo, pues su madre, quizá, no estaría de acuerdo y que, de todos modos, estaba enojada con él. Un poco más tarde, continuando con la fantasía de construir casas, preguntó de pronto: «¿Es, en realidad, escuela de patio o escuela técnica?». Hofschule o Hochschule.

Estas asociaciones demostraron que ser alumno significaba para él aprender todo acerca del coito y que ejercer una profesión significaba llevarlo a cabo[55]. De aquí que, en su construcción de casas, fuese solamente el albañil que, además, requería la dirección del arquitecto y la ayuda de otros albañiles.

En otra ocasión, apiló los cojines de mi diván y sentándose encima, empezó a jugar a ser un sacerdote en el púlpito que al mismo tiempo era un maestro, pues estaba rodeado de estudiantes imaginarios, los que debían aprender o adivinar algo de los gestos del sacerdote. Durante esta actividad, levantaba los dos dedos índices, luego frotaba sus manos, la una contra la otra (que según él significaba lavar ropa o calentarse las manos), y constantemente saltaba en sus rodillas sobre los cojines. El análisis había demostrado cómo estos, que tenían constantemente un papel en sus juegos, representaban el pene (materno), y los varios gestos del sacerdote, el coito. El sacerdote que hace gestos, pero que no da explicación alguna a los estudiantes, representa el padre bueno que instruye a sus hijos acerca del coito o, mejor dicho, les permite presenciarlo[56].

Los ejemplos que se dan a continuación demuestran que las tareas escolares significan el coito o la masturbación. El pequeño Fritz aprendía con mucho placer y tenía tanto afán de saber, que antes de comenzar la escuela había aprendido a leer solo. Sin embargo, muy pronto evidenció un gran desagrado por la escuela y mostró fuerte aversión por todas sus tareas. Fantaseaba repetidamente con las «tareas difíciles» que hacían cumplir en las penitenciarías. Dijo que una de estas tareas era la obligación de construir una casa solo, sin ayuda, en ocho días[57]. Sin embargo, también calificaba de «difíciles» sus tareas escolares, y una vez dijo que un deber era tan difícil como construir una casa. En una fantasía también yo fui encarcelada, obligada a llevar a cabo tareas difíciles, es decir, construir una casa en pocos días, y llenar un cuaderno en pocas horas.

Félix se encontraba gravemente inhibido para todas las tareas de la escuela. Dejaba sus deberes sin hacer hasta la mañana siguiente, aunque sentía reproches de conciencia. Al otro día tenía grandes remordimientos por no haberlos hecho la noche anterior, pero leía los diarios y dejaba de nuevo

sus deberes hasta el último momento. Luego estudiaba de prisa, una y otra lección, no completando ninguna, y se iba a la escuela, donde copiaba alguna cosa, con desagradable sentimiento de inseguridad. Describió lo que sentía, al hacer un ejercicio de la escuela, en la siguiente forma: «Al principio uno siente mucho miedo, luego uno empieza, y, bien que mal, sigue; y al terminar, uno se siente un poco mal». Hablando de un deber, me dijo que para librarse pronto de él, empezó a hacerlo muy de prisa, escribió más y más ligero y luego más y más lento, hasta que finalmente no pudo terminarlo. Esto de ir «más y más ligero, más y más lento y no terminar» lo había empleado en la descripción de sus tentativas de masturbación, que había empezado en esta época, bajo la influencia del análisis[58]. Al tener mayor éxito en la masturbación, sus estudios mejoraron, y, repetidamente, pudimos comprobar su actitud masturbatoria por la forma en que se comportaba en sus lecciones y ejercicios[59]. Generalmente, también, Félix copiaba la lección de un compañero y, por lo tanto, cuando lo hacía con éxito, hasta cierto punto, se había asegurado un aliado contra el padre, además de aminorar el valor, y también la culpa, de su hazaña.

El «Excelente» escrito por su maestra al pie de un deber era, para Fritz, una valiosa posesión. En ocasión de un crimen político sufrió pesadillas; dijo que los asesinos podían atacarlo repentinamente, como lo habían hecho con el político asesinado y que le despojarían de su buena nota, como habían querido despojar a aquel de sus condecoraciones. Las condecoraciones, buenas notas, y también el boletín de la escuela tenían el significado de pene para él, es decir, la potencia que la madre castradora (como le parecía a él su maestra) le devolvía.

Para el pequeño Fritz, las líneas, en la caligrafía, representaban calles, por las cuales van las letras, montadas en motocicletas (la pluma). Por ejemplo, la «i» y la «e» montan juntas en una motocicleta, generalmente conducida por la «i», y se aman, con una ternura desconocida en el mundo real. Por andar siempre juntas, se volvieron tan parecidas que casi no hay diferencia entre ellas, pues el comienzo y el fin (hablaba de las letras minúsculas del alfabeto latino) de la «i» y la «e» son iguales, y solo en el medio la «i» tiene un palito y la «e» un agujerito. En cuanto a la «i» y la «e» góticas, explicó que también montan en motocicleta y que la única diferencia es como si fuera otra marca de motocicleta, en la cual la «e» tiene una cajita, en vez del agujerito de la «e» latina. Las «íes» son hábiles, distinguidas e ingeniosas, tienen muchas armas puntiagudas y viven en cavernas, entre las cuales también hay, sin embargo, montañas, jardines y puertos. Ellas representan el pene y su camino,

el coito. Por otro lado, las «eles» son calificadas de estúpidas, torpes, perezosas y sucias. Viven en cuevas subterráneas. En el pueblo de las «L» se acumula la basura y los papeles en las calles; en las casitas mugrientas mezclan una anilina, comprada en el país de «I» con agua, que luego beben y venden por vino. No pueden caminar bien, ni pueden cavar, porque sostienen la pala al revés, etc. Era evidente que las «eles» representaban heces. Existían numerosas fantasías relacionadas también con otras letras[60].

Así, en lugar de la «rr» siempre escribía una sola «r», hasta que una fantasía dio la explicación y solución de esta inhibición. Una «r» era él mismo y la otra su padre. Debían embarcarse juntos en una lancha a motor, o sea la pluma, en un lago que era el cuaderno. La «r», que le presentaba a él mismo, se embarcó en la lancha que le pertenecía a la otra «r» y, rápidamente, se fue navegando por el lago. Por esta razón no escribía las dos «r» juntas. El empleo frecuente de la «r» minúscula, en lugar de la mayúscula, fue determinado por el hecho de que la parte de la «r» mayúscula, que suprimía, era para él «como si se le quitara la nariz a alguien». Resultaron ser los deseos de castración contra su padre, los que originaron este error de ortografía, el cual desapareció después de esta interpretación.

Poco después de comenzar las clases, cosa que había esperado con mucha alegría, Ernst, de seis años, demostró una marcada aversión a sus estudios. Me habló de la letra «i» que estaban aprendiendo y que tenía dificultades para él. También supo que el maestro le pegó a un niño mayor que él, que debía demostrar en el pizarrón cómo formar la letra «i», porque no lo hizo lo suficientemente bien. Otra vez se quejó de que «las lecciones son tan difíciles» y que, al escribir, siempre debía hacer palotes hacia arriba y hacia abajo, en aritmética dibujar banquitos y, en fin, que debía escribir según el deseo del maestro que lo contemplaba. Después de dar esta información, demostró marcada agresividad; quitó los cojines del diván, arrojándolos al otro extremo del cuarto. Empezó a hojear un libro y me mostró «un palco» de «I». «Un palco» era algo «dentro del cual uno estaba solo»; la «I» mayúscula está sola dentro y alrededor hay solamente letrecitas negras que le recuerdan heces. La «I» mayúscula es el popöchen (pene) grande que quiere estar solo dentro de mamá y que él no tiene y, por lo tanto, debe quitárselo a su papá. Luego fantaseó que le cortaba el popöchen a su papá con un cuchillo y que este le quitaba el suyo con un serrucho; sin embargo, resultaba que él tenía el de su papá. Entonces le cortaba la cabeza a su papá, después de lo cual el último ya no le podía hacer nada, porque no podía ver; no obstante eso, los ojos en la cabeza lo veían. En seguida se ocupó intensamente de la

lectura, evidenciando gran placer al hacerlo. La resistencia había sido vencida. Volvió a colocar los cojines en su lugar, explicando que también habían «subido y bajado» una vez, es decir, habían hecho el viaje desde el diván hasta el otro extremo del cuarto y la vuelta. Para poder efectuar el coito le había quitado el pene (los cojines) a la madre.

Lisa, de diecisiete años, relató, en sus asociaciones, que a ella no le gustaba la letra «i», pues era un saltimbanqui tonto, que siempre se reía, que no se necesitaba para nada en el mundo y que la hacía enfurecer, cosa que era incomprensible para ella. Elogió la letra «a» por ser una letra seria y decorosa; le impresionaba mucho y sus asociaciones condujeron a una clara imago paterna, cuyo nombre también empieza con «a». Luego pensó que después de todo la «a» era tal vez un poco demasiado seria y decorosa y debería tener, por lo menos, un poco de la «i» saltarina. La «a» representaba el padre castrado, pero aun así inflexible; la «i» era el pene.

Para Fritz el punto de la «i» como, en general, el punto y el punto y coma, era un empuje del pene[61]. Cuando en una ocasión, me dijo que se debía apretar fuerte en el punto, al mismo tiempo levantó y deprimió la pelvis, acción que repitió al llegar al punto y coma. Con la curva de la letra «u», Grete, de nueve años, asoció la curva del chorro de orina de los varones, que ella había visto. Tenía especial preferencia por dibujar hermosas espirales que, en su caso, representaban partes de los genitales masculinos. Por la misma razón Lisa siempre omitía los adornos. Grete tenía mucha admiración por una amiga que podía sostener su pluma recta entre sus dedos índice y mayor, como un adulto y que también podía hacer la curva de la «u» al revés.

Pude observar, tanto en Ernst como en Fritz, que la inhibición con respecto a la escritura y la lectura, o sea la base de toda actividad escolar posterior, procedía de la letra «i» que, con su sencillo movimiento de «subir y bajar», es verdaderamente la base de la escritura[62].

El significado simbólico-sexual de la pluma es evidente en estos ejemplos y es especialmente claro en las fantasías de Fritz, para quien las letras montan en motocicleta (la pluma). Puede observarse cómo el significado simbólico-sexual de la pluma va resistiendo el acto de escribir, descargado por esta. En la misma forma, el significado libidinal de la lectura se deriva de la catexia simbólica del libro y el ojo. Por supuesto, aquí actúan otros factores que surgen de los instintos parciales como, por ejemplo, el mirar, en la lectura, y tendencias exhibicionistas sádicas agresivas, en la escritura. Es probable que el significado simbólico-sexual de la lapicera tenga su raíz en el significado del arma y la mano. De acuerdo con esto también la actividad de leer es más

bien pasiva y la de escribir, más bien activa; y son también significativos, para la inhibición de una actividad o la otra, las diferentes fijaciones en las etapas pregenitales de la organización.

El número «1» para Fritz es un caballero que vive en un país caluroso y, por lo tanto, anda desnudo, tapándose únicamente en tiempo lluvioso con una capa. Es un hábil jinete y conductor, posee cinco puñales, es muy valiente, etc., y pronto surge evidente su identificación con el «General Pipi» (el pene) [63]. Los números, en general, son para Fritz gente que vive en un país muy caluroso. Corresponden a las razas de color, mientras que las letras son los blancos. Para Ernst, el «subir y bajar» del «1» es idéntico al de la «i». Lisa me relató que hacía «solo una rayita corta» para el número «1», lo que era determinado también por su complejo de castración. Sería, por lo tanto, el pene que es representado simbólicamente por el número «1» y que constituye la base para contar en aritmética. En el análisis de niños, observé repetidas veces que el significado del número «10» era determinado por el número de dedos; por lo cual inconscientemente estos se equiparan al pene. De esta fuente, el número «10», deriva el afecto de que está revestido. De aquí también surgieron las fantasías de que es necesario repetir el coito 10 veces o hacer 10 movimientos con el pene para la procreación de un niño. El significado especial del número «5[64]», comprobado repetidamente, es análogo. Abraham ha señalado que el número «3», como símbolo del complejo de Edipo, determinado por la relación padre, madre e hijo, es más significativo que el empleo muy frecuente del «3» para los genitales masculinos[65]. Expondré un solo ejemplo de esto:

Lisa consideraba insoportable también el número «3» porque «un tercero, por supuesto, siempre está de más» y «dos pueden correr carreras» teniendo como meta una bandera, pero un tercero sería entrometido. Me dijo Lisa, a quien le gustaba la matemática, pero que tenía una gran inhibición frente a esta materia, que, en realidad, podía captar únicamente la idea de la adición; ella podía comprender que «1» se puede unir con otro, cuando ambos «son iguales», pero ¿cómo podían sumarse cuando eran distintos? Esta idea provenía de su complejo de castración y concernía a la diferencia entre los genitales masculinos y femeninos. Se comprobó que la idea de «adición» estaba determinada, para ella, por el coito paterno. Por otra parte, podía entender perfectamente que en la multiplicación se tomaban cosas distintas y que entonces el resultado era también distinto. El «resultado» es el niño En cuanto a ella misma solo se animaba a reconocer el genital masculino dejando los femeninos para sus hermanas.

Ernst trajo una caja de bolitas a su sesión analítica. Las separó de acuerdo con los colores y empezó a hacer cuentas con ellas[66]. Quería saber cuánto «1 es menos que 2», e intentó solucionarlo primero con las bolitas y luego con sus dedos. Me demostró, con un dedo levantado y otro medio levantado, que si se quitaba el dedo levantado, entonces, por supuesto, uno se quedaba con «0», pero que, de todos modos, quedaba el «otro» (el medio levantado) que uno todavía podía quitar. De nuevo me mostró con sus dedos que 2 y 1 son 3 y dijo:

«El '1' es mi popöchen y los otros popöchen de papá y mamá que yo he quitado para mí. Ahora mamá les ha quitado los dos popöchen a sus hijos otra vez y yo se los quito de nuevo a ella; entonces tengo cinco».

Durante la sesión, Ernst trazó «líneas dobles» en una hoja de papel, diciéndome que, según decía su maestra, se podía escribir mejor entre líneas dobles. Pensaba que es o sería porque de esa manera había dos líneas y asoció que eran dos los popöchen que se poseía. Luego, con trazos verticales, hacía de las líneas dobles «cajas dobles» y dijo: «Pero no conviene tanto tener 'cajas dobles' cuando se hacen cuentas, porque así las cajas son más pequeñas y es más difícil poner los números dentro de ellas». También me demostró lo que quería darme a entender y escribió la cuenta «1 + 1 = 2» dentro de las «cajitas». La primera cajita donde escribió el «1» era más grande que las otras. Entonces me dijo: «lo que viene ahora tiene una caja más pequeña; es el popöchen de mamá» agregó y (señalando el primer «1», «ese es el popöchen de papá y entre ellos, el más (+), soy yo». Aclaró que el trazo horizontal del signo + (que además hizo muy corto) no le concernía en absoluto; que él y su popöchen eran el trazo vertical. También para él la suma representa el coito entre los padres.

En otra oportunidad comenzó la sesión con la pregunta de si él debería contar «cuánto resulta '10 + 10' o '10 - 10'». (El temor a la castración que surge del número «1» se encuentra desplazado al número «10»). Quería reasegurarse de que tenía «10 penes» (dedos) a su disposición. Juntamente con esta pregunta, intentó escribir, en una hoja, los números más enormes posibles que yo tenía que solucionar. Luego explicó que una hilera de números, que hizo de varios «1» y «0» alternados (100010001000), era tipo gegentorische (gegen: contra; tor: portón) de aritmética. Esto lo aclaró contándome que había un pueblo (sobre el que había fantaseado antes) que tenía muchos portones porque todas las ventanas y aberturas también se llamaban portones. También había muchos ferrocarriles[67] en este pueblo. Entonces me demostró que cuando él se ponía en un extremo del cuarto, una

hilera de círculos que disminuían en tamaño se extendía desde la pared opuesta hasta él. A estos círculos los llamó «portones» que dieron origen a la hilera de números «1» y «0», que había hecho en la hoja. Luego me demostró que podía poner un «1» contra otro. En la figura que resultó, la letra «M» latina, trazó también un pequeño círculo, explicando: «Ahora también está el portón». El «1», alternado con los ceros, representa el pene (Gegentor: pene). El «0» era la vagina, habiendo muchos círculos, porque naturalmente el cuerpo también tiene muchas aberturas (portones).

Cuando me había explicado esta aritmética gegentorische, tomó un llavero, pasó una horquilla por la argolla y me mostró, con alguna dificultad, que la horquilla «al fin estaba adentro» pero que, al hacer esto, «había que dividir y partir la argolla», lo que condujo de nuevo a su concepto sádico del coito. Explicó, además, que esta argolla, que también era como un «0», en realidad solo era una pieza recta, doblada para formar el círculo. Aquí, como también en otras expresiones suyas, era evidente la influencia del concepto del pene materno, y de uno oculto en la vagina que él debía desgarrar o destruir durante el coito[68]. Conectado con esto y con las fantasías de aritmética descritas, apareció en el análisis una agresividad especial. Como siempre, empezaba por quitar los cojines del diván y saltar encima de ellos y también del diván, con los dos pies. Durante el análisis, la castración de la madre constantemente podía comprobarse, y el coito con ella estaba asociado a ello. Inmediatamente empezaba a dibujar.

Fritz tenía una marcada inhibición frente a las cuentas de dividir, toda explicación resultaba inútil, pues las entendía perfectamente, pero, a pesar de eso, los ejemplos siempre salían mal. Me explicó una vez que para hacer la división, primero debía bajar el número que necesitaba. Para hacer esto él subía, lo agarraba del brazo y lo tiraba hacia abajo. Cuando le pregunté qué pensaba el número de ese tratamiento, me contestó que seguramente no era agradable para el número; era como si su madre estuviera parada en una piedra de 13 metros de altura y alguien viniera y la agarrase del brazo, desgarrándola y dividiéndola. Poco antes había fantaseado con una mujer, en el circo, a quien habían destrozado con un serrucho y que, a pesar de eso, revivió; ahora me preguntó si esto era posible. Luego me relató (también en conexión con una fantasía previamente elaborada) que, en realidad, todo niño quiere tener un pedacito de su madre, a quien se debe cortar en cuatro partes; demostró exactamente cómo gritaba, cómo le llenaban la boca de papel, para que no gritase, las muecas que hacía, etc. Un niño tomaba un cuchillo muy afilado y la destrozaba; primero atravesando los pechos, luego la barriga y,

finalmente a lo largo, para que el «pipi» (pene), la cara y la cabeza quedaran divididos exactamente en el medio, con lo cual le quitaban el sentido[69] de la cabeza. Después la cabeza se volvía a cortar oblicuamente y el «pipi» a lo ancho. Mientras hacía esta descripción, se mordía la mano constantemente y dijo que se divertía mordiéndola a su hermana, pero que lo hacía con cariño. Prosiguió diciendo que cada niño, entonces, tomaba la parte de la madre que quería y, añadió, que también se la comían. Surgió entonces que siempre confundía el restante con el cociente en la división y que siempre los colocaba en sitio equivocado porque, por supuesto, inconscientemente se trataba de pedazos de carne sangrientos. Con estas interpretaciones desaparecieron por completo sus inhibiciones[70].

En sus recuerdos del colegio, Lisa se quejaba de lo insensata que era la maestra al permitir a niños tan pequeños hacer aritmética con números tan grandes. Siempre le había parecido tan difícil a ella dividir un número bastante grande por otro menor, pero también grande; y era especialmente difícil si quedaba un residuo. Inmediatamente asoció a un caballo, un animal horrible con una lengua colgante y mutilada, orejas cortadas, etc., que quería saltar una verja; esta idea despertó en ella las más violentas resistencias. Luego sus pensamientos condujeron a un recuerdo infantil de un barrio viejo de su ciudad natal, donde ella compraba algo en un negocio. Fantaseó que compró allí una naranja y una vela y, de repente, pensó que la sensación anterior, de disgusto y horror del caballo, había dado lugar a una sensación muy placentera y calma. Ella misma reconoció que la vela y la naranja representaban los genitales masculinos y el caballo los femeninos. La división de un número grande por uno más pequeño era el coito, que ella debía realizar con la madre de un modo ineficaz (impotente). También en este caso la división demostró ser destrozar y, en realidad, realizar un coito en una etapa sádica canibalística de la organización libidinal.

Con respecto a las ecuaciones matemáticas me contó Lisa que nunca podía entender una ecuación, excepto con una incógnita[71]. Le era perfectamente claro que cien centavos equivalían a un peso y que, en ese caso, sería muy fácil encontrar una incógnita. A «dos incógnitas», asoció dos vasos llenos de agua en una mesa, de los cuales toma uno y lo arroja al suelo, y luego caballos, entre las nubes y niebla. La «segunda incógnita» resultó ser el segundo pene superfluo; es decir, el que, en sus observaciones infantiles del coito paterno, quería desplazar, por querer poseer o al padre o a la madre y, por lo tanto, debiendo quitar uno de los dos. Además, la segunda incógnita

también representaba el semen que era un misterio para ella, mientras que de una incógnita estaba enterada, o sea de la ecuación: heces = pene[72].

Resulta, pues, que el contar y la aritmética también tienen una catexia simbólica genital. Entre las actividades instintivas parciales que intervienen, observamos las tendencias anales, sádicas y canibalísticas, que logran sublimarse de esta forma o que están coordinadas bajo la supremacía de los genitales. En esta sublimación el temor a la castración tiene una importancia especial. La tendencia de vencerla —la protesta masculina— parece, en general, constituir una de las raíces de las cuales ha surgido el contar y la aritmética. Por lo tanto, también constituye claramente la fuente de la inhibición: la intensidad de la protesta, siendo el factor decisivo.

Para el significado libidinal de la gramática nos referiremos a algunos ejemplos expuestos en mi trabajo «Análisis infantil». Con respecto a los análisis de oraciones, Grete hablaba de un verdadero desmembramiento y disección de un conejo asado[73]. El conejo asado, que había comido con gusto hasta que le sobrevino la repugnancia, representaba los pechos y genitales de la madre.

En el análisis de Lisa, me enteré de que, al estudiar historia, uno debía transportarse a lo que hacía la gente en tiempos antiguos. Para ella representaba el estudio de las relaciones entre los padres y entre estos y el hijo, en las cuales las fantasías infantiles de batallas, aniquilamiento, etc., también tenían un papel importante, de acuerdo con el concepto sádico del coito.

Hice una detallada contribución con respecto a los factores determinantes libidinales de la geografía en mi trabajo «Análisis infantil», donde también quedó demostrado que, en conexión con el interés reprimido centrado alrededor de la matriz de la madre —que constituye la base de la inhibición del sentido de orientación—, el interés en las ciencias naturales se encuentra también frecuentemente inhibido.

Pude demostrar una de las causas de la inhibición para el dibujo en el caso de Félix. Él no podía imaginarse cómo se trazaban o dibujaban los planos, ni podía concebir cómo se colocan en la tierra los cimientos de un edificio. El dibujar un objeto era para él, crearlo, y la incapacidad de dibujar representaba la impotencia. En otro trabajo he señalado el significado de niño o de pene que tiene un cuadro o una lámina. Puede comprobarse constantemente en el análisis de niños que por debajo del dibujo, la pintura y la fotografía yace una ocupación mucho más activa; es la procreación y reproducción, en el inconsciente, del objeto representado. En la etapa anal de la organización

significa el producto sublimado de la masa fecal. En la etapa genital, la producción de un hijo y una producción por medio de un esfuerzo motor totalmente inadecuado. Aun habiendo llegado a una etapa superior del desarrollo, parece que el niño sigue considerando al dibujo como un «gesto mágico[74]», por el cual puede realizar la omnipotencia de sus pensamientos. Sin embargo, el dibujo contiene además tendencias destructivas y despreciativas[75]. Ernst, por ejemplo, dibujó círculos[76] en el croquis de una cajita de rapé (que en sus juegos representaba los genitales maternos), haciéndolos sobrepasar. Luego los sombreó, dejando un óvalo en el centro del cual dibujó otro círculo pequeño. De este modo hizo «más pequeño el popöchen de mamá» (el óvalo en lugar del círculo) y entonces él tenía razón. Félix, a menudo, me decía que la física era incomprensible para él. Como ejemplo me contó que no podía entender cómo se propagaba el sonido y solo podía entender, por ejemplo, cómo penetraba un clavo en la pared. En otra ocasión habló de un vacío y dijo que si mi salón fuera un vacío al entrar aire también entraría alguien. También esto pudimos comprobar que era determinado por ideas del coito en las cuales el aire representa el semen.

He tratado de mostrar que las principales actividades llevadas a cabo en la escuela son canales por donde fluye la libido y que, de este modo, los instintos parciales logran la sublimación bajo la primacía de los genitales. Esta catexia libidinal se extiende desde los estudios más primarios —lectura, escritura y aritmética— hasta los esfuerzos e intereses más amplios, basados en aquellos de modo que las raíces de inhibiciones posteriores y también de la inhibición vocacional se encuentran, sobre todo, en aquellas que frecuentemente parecen haber desaparecido y que concernían a los más tempranos estudios. Sin embargo, las inhibiciones a estos estudios tempranos están basadas en las inhibiciones al juego, o sea que en el fondo vemos que todas las inhibiciones posteriores, tan significativas en la vida y el desarrollo, vienen de las primeras inhibiciones al juego. En mi trabajo «Análisis infantil» demostré que partiendo del punto en el cual las condiciones previas para la capacidad de sublimación derivan de las fijaciones libidinales, en las sublimaciones más tempranas —que considero son el hablar y el placer en el movimiento— las actividades y los intereses del yo, que se extienden constantemente, logran una catexis libidinal al adquirir un significado simbólico sexual, de modo que hay constantemente sublimaciones en distintas etapas. El mecanismo de la inhibición, que describí en el citado trabajo, permite el progreso de la inhibición de una actividad o tendencia del yo a otra, debido a los significados simbólicos sexuales comunes. Ya que hacer

desaparecer las inhibiciones más tempranas implica también evitar otras nuevas, debe darse mucha importancia a las inhibiciones del niño de edad preescolar, aun cuando no sean muy marcadas.

En el trabajo a que me he referido, traté de demostrar que el temor a la castración era la base común de estas inhibiciones tempranas y todas las siguientes. El temor a la castración está opuesto a las actividades y los intereses del yo, porque además de tener otros determinantes libidinales, siempre tiene en el fondo un significado simbólico genital y de coito.

La vasta importancia del complejo de castración en la formación de las neurosis es bien conocida. En su trabajo Introducción del narcisismo, Freud establece la importancia que tiene el complejo de castración en la formación del carácter y se refiere a esto repetidas veces en su trabajo sobre neurosis infantil[77].

Debemos referir el establecimiento de todas las inhibiciones, que afectan al estudio y todo desarrollo posterior, a la época del primer surgimiento de sexualidad infantil, el cual, con el advenimiento del complejo de Edipo, es lo que más activa el temor a la castración. Me refiero al período temprano entre tres y cuatro años de edad. Es la represión subsiguiente de los componentes activos masculinos —tanto en las niñas como en los varones— lo que provee la base principal para las inhibiciones en el aprender.

La contribución que hace el componente femenino a la sublimación resulta ser siempre la receptividad y la comprensión, que constituyen una parte importante de toda actividad; la parte ejecutora e impulsora, sin embargo, que realmente constituye el carácter de cualquier actividad, se origina en la sublimación de la potencia masculina. La actitud femenina hacia el padre, conectada con la admiración y el reconocimiento del pene paterno y sus proezas, se convierte, por sublimación, en la base de la comprensión de proezas artísticas y otras más generales. Pude ver, constantemente, en los análisis de varones y niñas, la importancia que podía tener la represión de esta actitud femenina, a causa del complejo de castración, pues, como es parte esencial de toda actividad, su represión contribuirá en forma importante a la inhibición de cualquier actividad.

También he podido observar, en el análisis de hombres y mujeres, cómo a medida de que parte de su complejo de castración se volvía consciente y la actitud femenina aparecía más libremente, a menudo ocurría un gran resurgimiento de intereses artísticos y otros. En el análisis de Félix, por ejemplo, cuando después de la solución de parte de su temor a la castración, apareció la parte femenina de su actitud frente al padre, el talento musical que

surgió al mismo tiempo se expresó primeramente como admiración y aprecio de un director y compositor. Solo al aumentar su actividad se empezó a desarrollar una facultad crítica más severa, manifestándose en una comparación con su propia capacidad y en esfuerzos siguientes de imitar las proezas de otros.

Una observación que se confirma con frecuencia, es que por lo general las niñas son mejores estudiantes que los varones, pero que, por otro lado, sus hazañas posteriores no se aproximan a las de los hombres. Indicaré brevemente algunos factores que me parecen significativos también con respecto a esto.

Parte de las inhibiciones —y esto es más importante para el desarrollo posterior— que resultan de la represión de la actividad genital, afecta la actividad y el interés, en forma subjetiva y objetiva. Otra parte de las inhibiciones resulta de la actitud hacia la maestra.

Así el varón tiene una dificultad doble en su actitud hacia la escuela y el aprender. Todas las sublimaciones que derivan de los deseos genitales dirigidos a la madre conducen a un sentimiento de culpa incrementado hacia el maestro.

La tarea, el esfuerzo para aprender, que en el inconsciente significa el coito, lo llevan a temer al maestro como un vengador. Entonces el deseo consciente[78] de satisfacer al maestro, con sus esfuerzos, es combatido por un temor inconsciente de hacerlo, lo cual conduce a un conflicto insoluble, que determina una parte esencial de la inhibición. Este conflicto disminuye la intensidad, cuando los esfuerzos del niño ya no están bajo el control directo del maestro y se puede conducir con más libertad. Sin embargo, la posibilidad de actividades más amplias solo se presenta, en un grado mayor o menor, donde el temor a la castración ha afectado solo la actitud hacia el maestro y no tanto las actividades y los intereses mismos. Así, puede verse alumnos malos que logran éxito en su vida posterior; sin embargo, para aquellos cuyos intereses mismos estaban inhibidos, la forma en que fracasaron en la escuela queda como prototipo del desenvolvimiento posterior.

En las niñas la inhibición debido al complejo de castración y que afecta toda la actividad es de importancia preponderante.

La relación con un maestro, que puede ser tan cargosa para el varón, actúa en la niña más bien como un incentivo, si es que sus capacidades no están demasiado inhibidas. En su relación con la maestra la actitud de ansiedad, proveniente del complejo de Edipo, no tiene la intensidad de la situación análoga en el varón. El hecho de que la mujer, por lo general, no llega a lograr

tanto como el hombre en la vida, se debe a que generalmente dispone de menos actividad masculina para emplear en la sublimación.

Estas diferencias y rasgos comunes, como también la consideración de otros factores activos en juego, requieren una discusión más detallada.

Sin embargo, aquí me debo contentar con algunas breves, y por lo tanto, insuficientes indicaciones, que necesariamente convierten mi presentación en algo demasiado esquemático. También dentro de estos límites resulta imposible sacar ni siquiera parte de las numerosas conclusiones teóricas y pedagógicas que podía rendir el material aquí indicado. Solo explicaré brevemente una de las más importantes.

Por lo que se ha dicho, hemos llegado a considerar el papel de la escuela como mayormente pasivo; resulta ser una piedra de toque para el desarrollo sexual que ya se ha logrado más o menos afortunadamente. ¿En qué consiste entonces el papel activo de la escuela? ¿Puede lograr algo esencial para el desarrollo libidinal y total del niño? Claro está que un maestro comprensivo que considera los complejos del niño vencerá más inhibiciones y conseguirá resultados más favorables que el maestro no comprensivo y hasta brutal, que desde un principio representa para el niño el padre castrador. Ciertamente he visto en varios análisis, que aún bajo las mejores condiciones de la escuela ocurren inhibiciones muy fuertes para el estudio, mientras que aún una conducta muy imprudente por parte del maestro no es necesariamente seguida siempre de inhibiciones.

Resumiré en breve mi concepto del papel del maestro en el desarrollo del niño. El maestro puede conseguir mucho con comprensión y simpatía, porque de este modo puede reducir considerablemente la parte de la inhibición que proviene de la persona del maestro como «vengador». Al mismo tiempo el maestro benévolo ofrece a los componentes homosexuales del varón y masculinos de la niña, un objeto, para ejercitar su actividad genital en forma sublimada, como hemos llegado a considerar en diversos estudios. De estas indicaciones pueden deducirse las posibilidades de daño que pueden resultar de un proceder pedagógico incorrecto y hasta brutal.

Sin embargo, donde la represión de la actividad genital haya afectado las ocupaciones y los intereses mismos, la actitud del maestro posiblemente pueda disminuir (o intensificar) el conflicto interior del niño, pero no podrá efectuar nada esencial con respecto a su desenvolvimiento. Y aun la posibilidad que tiene un maestro bueno de disminuir el conflicto es muy pequeña, pues los límites son fijados por las formaciones de complejos del

niño y, especialmente, por su relación con su padre que determina de antemano su actitud hacia la escuela y el maestro.

Esto explica por qué, cuando se trata de inhibiciones más fuertes, los resultados de años de labor pedagógica no están en relación alguna con los esfuerzos que se han hecho, mientras que, en el análisis, a menudo quitamos estas inhibiciones en un tiempo relativamente corto y se reemplazan por un verdadero placer en aprender. Lo mejor sería por lo tanto, invertir el proceso; primero habrían de quitarse las inhibiciones presentes en mayor o menor grado en todo niño y la labor de la escuela debería partir de esta base. Cuando ya no necesitara disipar sus fuerzas en desalentadores ataques contra los complejos, la escuela podría lograr una obra fructífera y significativa en el desarrollo del niño.

4. Análisis infantil (1923)

A menudo encontramos en el análisis que las inhibiciones neuróticas del talento están determinadas por represiones que han detenido las ideas libidinales asociadas con actividades especiales y así, al mismo tiempo, a las actividades en sí. En el curso del análisis de niños pequeños y mayores me encontré con material que me condujo a la investigación de ciertas inhibiciones, que fueron reconocidas únicamente como tales durante el análisis. Las características siguientes demostraron ser inhibiciones típicas: torpeza en juegos y gimnasia, y aversión por ellos, poco o ningún placer en las lecciones, falta de interés por una materia especial, en general, distintos grados de la llamada pereza; a menudo también capacidades o intereses más débiles de lo que es común, resultaron estar «inhibidos». En muchos casos, no se ha reconocido que esas características eran verdaderas inhibiciones y como inhibiciones similares que forman parte de la personalidad de todo ser humano, no podían ser denominadas neuróticas. Cuando han sido resueltas por el análisis nos encontramos —como lo ha demostrado Abraham en el caso de neuróticos que sufren de inhibición motora[79]— que la base de estas inhibiciones era también un intenso placer primario que había sido reprimido debido a su carácter sexual. Jugar a la pelota o con aros, el patinaje, deslizarse en el tobogán, bailar, hacer gimnasia, la natación —en realidad, todos los juegos atléticos— resultaron tener una catexia libidinal, y el simbolismo genital representaba siempre un papel en ellos. Lo mismo se aplicaba al camino a la escuela, la relación con maestros y maestras, y también al aprender y enseñar ellos mismos. Por supuesto que una enorme serie de determinantes activos y pasivos, hetero y homosexuales, que varían con los individuos y que proceden de los diversos instintos parciales, son también de mucha importancia.

A semejanza de las inhibiciones neuróticas, las que podemos denominar «normales» estaban fundadas evidentemente en una capacidad constitucionalmente grande de producir placer y en su significado simbólico-sexual. El énfasis mayor, sin embargo, debe ponerse sobre el significado

simbólico-sexual. Es este el que, determinando una catexia libidinal, aumenta en un grado cuya disposición original y el placer primario aún no podemos determinar. Al mismo tiempo, es este el que atrae la represión sobre sí, porque la represión se dirige contra el matiz de placer sexual asociado a la actividad, y conduce a la inhibición de esta actividad o tendencia.

He llegado a ver que en la mayoría de estas inhibiciones, fueran o no reconocibles como tales, la tarea de revertir el mecanismo era realizada por la angustia y especialmente por el «miedo a la castración»; solo cuando esta ansiedad se resolvía, resultaba posible progresar en la remoción de la inhibición. Estas observaciones me dieron cierto *insight* en las relaciones entre ansiedad e inhibición, que voy ahora a exponer con más detalles.

La íntima conexión entre ansiedad e inhibición fue notablemente esclarecida por el análisis del pequeño Fritz**[80]**. En este análisis, cuya segunda parte fue muy a lo profundo, pude establecer el hecho de que la ansiedad (que en un momento fue muy considerable, pero que gradualmente se fue apaciguando después de haber alcanzado cierto punto) seguía de tal modo el curso del análisis, que era siempre un indicio de que las inhibiciones estaban por ser removidas. Cada vez que la ansiedad era resuelta, el análisis daba un gran paso hacia adelante, y la comparación con otros análisis confirma mi impresión de que la importancia de nuestro éxito en hacer desaparecer inhibiciones está en proporción directa con la claridad con que la ansiedad se manifiesta como tal y puede ser resuelta**[81]**. Por eliminación exitosa no quiero significar únicamente que las inhibiciones disminuyan o se supriman, sino que el análisis logre restablecer el placer original en la actividad. Esto es indudablemente posible en los análisis de niños pequeños y cuanto menores son, tanto más rápidamente ocurre, porque la trayectoria que se debe recorrer para invertir el mecanismo de la inhibición es menos larga y complicada en los niños *pequeños*. En Fritz, este proceso de remoción por vía de la ansiedad era precedido algunas veces por la aparición de síntomas transitorios**[82]**. Estos, a su vez, eran principalmente resueltos por medio de la ansiedad. El hecho de que la supresión de estas inhibiciones y síntomas ocurre por medio de la ansiedad demuestra con seguridad que su fuente es la ansiedad.

Sabemos que la ansiedad es uno de los afectos primarios. «He dicho que la conversión en angustia, o mejor, la descarga en forma de angustia, es el destino inmediato de la libido que tropieza con la represión**[83]**». Al reaccionar así con angustia, el yo repite el afecto que en el momento del nacimiento constituye el prototipo de toda angustia, y lo emplea como «la moneda corriente por la que todo afecto se cambia o puede ser cambiado**[84]**». El

descubrimiento de cómo el yo trata, en las diferentes neurosis, de defenderse del desarrollo de la angustia, llevó a Freud a inferir que: «En un sentido abstracto, por lo tanto, parece correcto decir que los síntomas están formados exclusivamente por el propósito de escapar al desarrollo, de otro modo inevitable, de la angustia». En correspondencia con esto, la angustia en los niños precederá invariablemente a la formación de síntomas y será la primera manifestación neurótica que allana el camino, por así decirlo, para los síntomas. Al mismo tiempo, no siempre será posible indicar la razón por la cual en un estadío temprano a menudo no se manifiesta o no se advierte la ansiedad[85].

De todos modos, no hay posiblemente un solo niño que no haya sufrido terrores y, quizá, se justifica que digamos que en todos los seres humanos, en uno u otro momento, se han presentado ansiedades neuróticas en mayor o menor grado.

«Recordamos el hecho de que el motivo y propósito de la represión es simplemente el de evitar el 'dolor'. Se deduce que el destino de la carga de afecto perteneciente a la representación es mucho más importante que el de su contenido ideacional y es decisivo para la opinión que nos formamos del proceso de represión. Si la represión no consigue evitar que surjan los sentimientos displacenteros a la angustia, podemos decir que hay fallado, aun cuando haya alcanzado su propósito en lo que se refiere al elemento ideacional[86]». Si la represión falla, el resultado es la formación de síntomas. «En las neurosis ocurren procesos que intentan evitar el desarrollo de la ansiedad y consiguen hacerlo por diferentes medios[87]».

Ahora bien, ¿qué ocurre con una cantidad de afecto que se hace desaparecer sin conducir a la formación de síntomas? (me refiero a los casos de represión exitosa). En lo que se refiere al destino de este monto de afecto, que está destinado a ser reprimido, Freud dice: «El destino del factor cuantitativo en la presentación del instinto puede ser uno de tres, como podemos ver a través de un rápido examen de las observaciones hechas en psicoanálisis: o el instinto es completamente suprimido y no se encuentran rastros de él, o está encubierto bajo un afecto de un tono cualitativo especial, o se convierte en angustia[88]».

Pero ¿cómo es posible que se suprima la carga de afecto en la represión exitosa? Parece justificado suponer que siempre que tiene lugar la represión (sin exceptuar los casos en que es exitosa), el afecto se descarga en forma de ansiedad, cuya primera fase a veces no se manifiesta o pasa inadvertida. Este proceso es frecuente en la histeria de angustia y también presumimos su

existencia cuando esta histeria no se desarrolla realmente. En ese caso, la ansiedad estaría presente inconscientemente por un tiempo en el que «…encontramos imposible evitar aún la extraña conjunción y 'consciencia inconsciente de culpa' o una paradójica 'ansiedad inconsciente'»[89]. Es verdad que al examinar el uso del término «afectos inconscientes», Freud continúa diciendo: «Así, no se puede negar que el uso de los términos en cuestión es lógico; pero una comparación del afecto inconsciente con la idea inconsciente revela la significativa diferencia de que la idea inconsciente continúa, después de la represión, como una formación real en el sistema inconsciente, mientras que al afecto inconsciente le corresponde en el mismo sistema solo una disposición potencial a la que se le impide desarrollar más[90]». Vemos, pues, que la carga de afecto que se ha desvanecido por una represión exitosa ha sufrido seguramente también la transformación en ansiedad, pero que cuando la represión se realiza con éxito completo, a veces la ansiedad no se manifiesta de ningún modo, o solo débilmente, y permanece como una disposición en potencia en el inconsciente. El mecanismo por el que se posibilita la «ligazón» y descarga de esta ansiedad, o la disposición a la ansiedad, sería el mismo que el que hemos visto dar por resultado la inhibición, y los descubrimientos del psicoanálisis nos han enseñado que la inhibición interviene en mayor o menor grado en el desarrollo de todo individuo normal, si bien también en esto es solo el factor cuantitativo el que determina si será sano o enfermo.

Surge la pregunta: ¿por qué una persona sana puede descargar en forma de inhibiciones lo que a un neurótico lo ha llevado a la neurosis? Las siguientes características pueden formularse como distintivas de las inhibiciones que estamos tratando: 1) ciertas tendencias del yo reciben una poderosa catexia libidinal; 2) una cantidad de ansiedad es distribuida en tal forma entre estas tendencias que ya no aparece como ansiedad, sino como «displacer[91]», desasosiego mental, incomodidad, etc. El análisis, sin embargo, demuestra que esas manifestaciones representan ansiedad, de la que se diferencia solo en grado y que no se ha manifestado ella misma como tal. Por consiguiente, la inhibición implicaría que cierta cantidad de ansiedad ha sido incorporada por una tendencia yoica que ya ha tenido una catexia libidinal previa. La base de una represión satisfactoria sería entonces la catexia libidinal de los instintos del yo, acompañada en este doble camino por la inhibición como resultado.

Cuanto más perfectamente realiza su trabajo el mecanismo de la represión exitosa, menos fácil resulta reconocer la ansiedad, aun en la forma de

aversión. En las personas enteramente sanas y apariencia completamente libres de inhibiciones, aparecen en última instancia solo en forma de inclinaciones debilitadas o parcialmente debilitadas[92].

Si equiparamos la capacidad de emplear la libido superflua en una catexia de tendencias del yo, con la capacidad de *sublimar*, podemos suponer que la persona que permanece sana logra hacerlo por su mayor capacidad para sublimar en un estadío muy temprano del desarrollo del yo.

La represión actuaría entonces sobre las tendencias del yo elegidas para ese fin y así surgirían las inhibiciones. En otros casos, los mecanismos de las neurosis se movilizarían en mayor o menor grado dando como resultado la formación de síntomas.

Sabemos que el complejo de Edipo hace que la represión surja en forma particularmente intensa y moviliza al mismo tiempo el miedo a la castración. Podemos quizá suponer también que esta gran «oleada» de ansiedad es reforzada por la ansiedad preexistente (posiblemente solo como una disposición en potencia) a consecuencia de represiones tempranas: esta última ansiedad puede haber operado directamente como angustia de castración originada en las «primeras castraciones[93]». He descubierto muchas veces en el análisis la angustia del nacimiento como angustia de castración que revivía material temprano y he encontrado que resolviendo la angustia de castración se disipaba la angustia del nacimiento. Por ejemplo, encontré en un niño el temor a que estando sobre hielo este pudiera ceder debajo de él, o a caer a través de un agujero en un puente —expresiones evidentemente de angustia de nacimiento—. Repetidamente he encontrado que estos temores estaban movilizados por deseos menos evidentes —activados como resultado del significado simbólico-sexual de patinar, de los puentes, etc.—, de forzar el regreso a la madre por medio del coito, y esos deseos originaron el miedo a la castración. Esto también hace más fácil entender por qué la procreación y el nacimiento son concebidos frecuentemente en el inconsciente como un coito del niño, quien, aunque sea con ayuda del padre, penetra de este modo en la vagina materna.

No parece, por lo tanto, arriesgado considerar el pavor nocturno que aparece a los dos o tres años como ansiedad originada en el primer estadío de represión del complejo de Edipo, cuya ligazón y descarga prosigue posteriormente por diversos caminos[94].

El temor a la castración que se desarrolla cuando se reprime el complejo de Edipo, se dirige ahora a las tendencias del yo que ya han recibido una

catexia libidinal, y luego a su vez, por medio de esta catexia es ligado y descargado.

Pienso que es bien evidente que en la medida en que las sublimaciones hasta aquí efectuadas sean cuantitativamente abundantes y cualitativamente fuertes, la ansiedad con la cual están ahora investidas será completa e imperceptiblemente distribuida entre ellas y descargadas así.

En Fritz y Félix pude comprobar que las inhibiciones del placer en los movimientos estaban estrechamente conectadas con las del placer en el estudio y con varias tendencias e intereses yoicos (que no voy a especificar ahora). En ambos casos lo que hizo posible este *desplazamiento* de la inhibición o angustia de un grupo de las tendencias del yo hacia otro, fue evidentemente la catexia principal de carácter simbólico-sexual común a ambos grupos.

En Félix, de trece años de edad (cuyo análisis usaré para ilustrar mis observaciones en una parte posterior de este artículo), la forma en que apareció este desplazamiento fue la alternancia de sus inhibiciones entre juegos y lecciones. En sus primeros años escolares había sido un buen alumno, pero por otra parte era muy tímido y torpe en toda clase de juegos. Cuando el padre volvió de la guerra acostumbraba pegar y reprender al niño por su cobardía, y con estos métodos consiguió el resultado deseado. Félix llegó a ser bueno para los juegos y apasionadamente interesado en ellos, pero junto a este cambio se desarrolló en él una aversión por la escuela y todo estudio o conocimiento. Esta aversión se convirtió en manifiesta antipatía, que tenía cuando llegó al análisis. La catexia simbólico-sexual en común estableció una relación entre las dos series de inhibiciones, y fue en parte la intervención de su padre, conduciéndolo a considerar los juegos como una sublimación más en consonancia con su yo, la que lo capacitó para desplazar la inhibición de los juegos a las lecciones.

Pienso que el factor de «consonancia con el yo» es también de importancia para determinar contra qué tendencia investida libidinalmente se dirigirá la libido reprimida (descargada como ansiedad), y qué tendencia sucumbiría de este modo, en mayor o menor grado, a la inhibición.

Este mecanismo de desplazamiento de una inhibición a otra me parece presentar analogías con el mecanismo de las fobias. Pero mientras en estas todo lo que ocurre es que el contenido de la ideación cede el paso por desplazamiento a una formación sustitutiva, sin que desaparezca el monto de afecto, en la inhibición la descarga del monto de afecto parece ocurrir simultáneamente.

«Como sabemos, el desarrollo de angustia es la reacción del yo al peligro y la señal preparatoria para huir; no es por lo tanto arriesgado imaginarse que en la angustia neurótica también el yo intenta una huida ante las exigencias de su libido, y está tratando el peligro interno como si fuera externo. Entonces, nuestra teoría de que cuando la angustia se presenta debe haber algo de lo que se tiene miedo, quedaría confirmada. La analogía va más lejos que esto, sin embargo. Así como la tensión que promueve el intento de huir del peligro externo es resuelta aferrándose al propio terreno y tomando medidas defensivas apropiadas, así también el desarrollo de la ansiedad neurótica cede a la formación de un síntoma que permite a la angustia ser 'ligada'»[95].

En forma análoga, creo yo, podemos considerar la inhibición como la restricción compulsiva, que nace ahora de adentro, de un peligroso exceso de libido; una restricción que en un período de la historia humana tomó la forma de una compulsión desde afuera. En un principio, entonces, la primera reacción del yo ante un peligro de estancamiento de la libido debe ser la angustia: «la señal para huir». Pero la incitación a la huida da lugar al «aferrarse al propio terreno y tomar medidas defensivas apropiadas» que corresponde a la formación de síntomas. Otra medida defensiva debe ser el sometimiento, restringiendo las tendencias libidinales, es decir, la inhibición, pero esto solo puede ser posible si el sujeto triunfa en desvirtuar la libido dirigiéndola hacia las actividades de los instintos de autoconservación, dando así una salida en el campo de las tendencias del yo al conflicto entre energía instintiva y represión. Así la inhibición como resultado de una represión exitosa debe ser el prerrequisito y al mismo tiempo, la consecuencia de la civilización. Es en esta forma como el hombre primitivo, cuya vida mental es en tantos aspectos similar a la del neurótico[96], debe haber llegado al mecanismo de la neurosis, pues como no tenía suficiente capacidad de sublimación, probablemente también le faltaba la capacidad para el mecanismo de represión exitosa.

Habiendo alcanzado un nivel de civilización condicionado por la represión, aunque siendo principalmente capaz de represión solo por el camino de los mecanismos de la neurosis, está incapacitado para avanzar más allá de este nivel cultural infantil.

Quisiera ahora llamar la atención hacia la conclusión que surge de mi exposición hasta este punto: la ausencia o presencia de capacidades (o incluso el grado en que están presentes), aunque parezcan determinadas simplemente por factores constitucionales y formando parte del desarrollo de los instintos

del yo, demuestran estar determinados igualmente por otros factores, libidinales, y ser susceptibles de cambiar a través del análisis.

Uno de estos factores básicos es la catexia libidinal, como preliminar necesario de la inhibición. Esta conclusión está de acuerdo con hechos que hemos observado repetidamente en psicoanálisis. Pero encontramos que existe la catexia libidinal de una tendencia del yo aun cuando la inhibición no se ha producido. Es (como aparece con especial claridad en el análisis de niños) una componente constante de todo talento e interés. Si es así, debemos suponer que para el desarrollo de una tendencia del yo, no solo tendría importancia una disposición constitucional sino también lo siguiente: cómo, en qué período y en qué cantidad —en realidad, bajo qué condiciones— tiene lugar la alianza con la libido; de modo que el desarrollo de la tendencia del yo depende del destino de la libido con la cual está asociada, es decir, del éxito de la catexia libidinal. Pero esto reduce la importancia del factor constitucional en el talento y, en analogía con lo que Freud ha demostrado en conexión con la enfermedad, se ve que el factor «accidental» es de gran importancia.

Sabemos que en el estadío narcisista, los instintos del yo y los sexuales están todavía unidos porque en un principio los instintos sexuales entran en el terreno de los instintos de autoconservación. El estudio de las neurosis de transferencia nos ha enseñado que posteriormente se separan funcionando como dos formas separadas de energía y desarrollándose de diferentes modos. Aunque aceptamos como válida la diferenciación entre instintos del yo e instintos sexuales, sabemos por otra parte, gracias a Freud, que una parte de los instintos sexuales permanece asociada a lo largo de la vida con los instintos del yo y los provee de componentes libidinales. Lo que he denominado previamente catexia simbólico-sexual de una tendencia o actividad perteneciente a los instintos del yo, corresponde al componente libidinal. Llamamos «sublimación» a este proceso de catectización con libido y explicamos su génesis diciendo que provee a la libido superflua, para la cual no hay satisfacción adecuada, de la posibilidad de descarga y que de este modo disminuye o termina el estancamiento de libido. Este concepto está de acuerdo también con la idea de Freud de que el proceso de sublimación abre una vía de descarga para las excitaciones poderosas, que emanan de las distintas fuentes de la sexualidad y les permite ser aplicadas en otras direcciones. De este modo, dice Freud cuando el sujeto tiene una disposición constitucional anormal, la excitación superflua puede encontrar descarga no solo en la perversión o neurosis sino también en la sublimación[97].

En su estudio del origen sexual del habla, Sperber[98] muestra que los impulsos sexuales han desempeñado un papel importante en su evolución, que los primeros sonidos hablados eran los llamados seductores a la pareja y que este lenguaje rudimentario se desarrolló como acompañamiento rítmico del trabajo, el que quedó asociado al placer sexual. Jones saca la conclusión de que la sublimación es la repetición ontogenética del proceso descrito por Sperber[99]. Pero, al mismo tiempo, los factores que condicionan el desarrollo del lenguaje están activos en la génesis del simbolismo. Ferenczi postula que la base de la identificación, como estadío temprano de su desarrollo, el niño trata de redescubrir los órganos de su cuerpo y las actividades de estos, en cada objeto que encuentra. Como establece una comparación similar con el interior de su cuerpo, probablemente ve en la parte superior de su cuerpo un equivalente de cada aspecto afectivamente importante de la parte inferior. Según Freud, la primera orientación del sujeto hacia su propio cuerpo está acompañada también por el descubrimiento de nuevas fuentes de placer. Puede muy bien ser esto lo que hace posible la comparación entre diferentes órganos y zonas del cuerpo. Esta comparación será posteriormente seguida por el proceso de identificación con otros objetos, proceso en el cual, de acuerdo con Jones, el principio de placer nos permite comparar dos objetos completamente diferentes sobre la base de una semejanza de tonalidad placentera, o de interés[100]. Pero tenemos probablemente razones para suponer que por otra parte esos objetos y actividades, que no son de por sí fuentes de placer, llegan a serlo por esta identificación, siendo desplazado hacia ellos un placer sexual, como supone Sperber que fue desplazado hacia el trabajo en el hombre primitivo. Entonces, cuando la represión comienza a actuar y se progresa de la identificación a la formación de símbolos, es este último proceso el que proporciona una oportunidad a la libido de desplazarse a otros objetos y actividades de los de autoconservación, que originariamente no poseían una tonalidad placentera. Aquí llegamos al mecanismo de la sublimación.

De acuerdo con esto, vemos que la *identificación* es un estadío preliminar no solo de la formación de símbolos sino al mismo tiempo de la evolución del lenguaje y de la sublimación. Esta última se produce por medio de la formación de símbolos; las fantasías libidinales quedan fijadas en forma simbólico-sexual sobre objetos, actividades e intereses especiales. Ilustraré esta afirmación en la siguiente forma. En los casos que he citado de placer en el movimiento —juegos y actividades atléticas— debemos reconocer la influencia del significado sexual del campo de deportes, del camino, etc.

(como símbolos de la madre), en tanto que caminar, correr y toda clase de movimientos atléticos representan la penetración dentro de la madre. Al mismo tiempo, los pies, las manos y el cuerpo que llevan a cabo estas actividades y que, como consecuencia de identificaciones tempranas, son comparados con el pene, sirven para atraer sobre ellos algunas de las fantasías que realmente están en relación con el pene y las situaciones y gratificaciones asociadas con dicho órgano. El eslabón que conectó esto fue probablemente el placer por el movimiento, o más bien el órgano mismo. Este es el punto en que la sublimación difiere de la formación de síntomas histéricos, habiendo seguido hasta aquí el mismo curso.

Con el fin de formular con mayor precisión las analogías y diferencias entre síntomas y sublimación, quisiera referirme al análisis de Leonardo da Vinci, hecho por Freud. Como punto de partida, Freud toma el recuerdo de Leonardo —o mejor, su fantasía— de que estando aún en la cuna un buitre voló sobre él, abrió su boca con su cola, y apoyó la cola repetidas veces sobre sus labios. Leonardo mismo comenta que de este modo su absorbente y minucioso interés por los buitres quedó determinado muy tempranamente en su vida, y Freud hace notar cómo esta fantasía tuvo realmente gran importancia en el arte de Leonardo y también en su inclinación por las ciencias naturales.

Por el análisis de Freud aprendemos que el contenido mnésico real de la fantasía es la situación del niño amamantado y besado por la madre. La idea de la cola del pájaro en su boca (correspondiente a la fellatio) es evidentemente una reconstrucción de la fantasía en forma pasiva homosexual. Al mismo tiempo, vemos que representa una condensación de las tempranas teorías sexuales infantiles de Leonardo, que lo llevaron a suponer que la madre poseía un pene. Encontramos con frecuencia que cuando el instinto epistemofílico está asociado tempranamente con intereses sexuales, el resultado es la inhibición o la neurosis obsesiva y rumiación obsesiva. Freud prosigue mostrándonos que Leonardo escapó a este destino por la sublimación de este componente instintivo que de este modo no cayó víctima de la represión. Me gustaría preguntar ahora: ¿cómo escapó Leonardo de la histeria? Porque la raíz de la histeria me parece reconocible en la fantasía, en este elemento condensado de la cola del buitre, el elemento que se encuentra frecuentemente en los histéricos como fantasía de fellatio, expresado por ejemplo como sensación del bolo histérico. Según Freud, tenemos en la sintomatología de la histeria una reproducción de la capacidad para el desplazamiento de las zonas erógenas que se manifiestan en la orientación e

identificación temprana del niño. De este modo, vemos que la identificación es también un estadío preliminar de la formación del síntoma histérico, y es esta identificación la que capacita al histérico para efectuar el típico desplazamiento de abajo hacia arriba. Si ahora suponemos que la situación de gratificación por fellatio, que quedó fijada en Leonardo, fue alcanzada por la misma vía (identificación-formación simbólica-fijación) que lleva a la conversión histérica, me parece que el punto de divergencia aparece en la fijación. En Leonardo la situación placentera no quedó fijada como tal: la transfirió a las tendencias del yo. Debe haber tenido que hacer muy temprano en su vida una identificación muy profunda con los objetos que lo rodeaban. Posiblemente, esa capacidad fuera debida a un desarrollo desusadamente temprano e intenso de la libido narcisística en libido objetal. Otro factor contribuyente parece ser la capacidad para mantener la libido en estado de suspensión. Por otra parte, podemos suponer que hay aún otro factor de importancia para la capacidad de sublimación: uno que bien podría formar una parte considerable del talento conque un individuo está constitucionalmente dotado. Me refiero a la facilidad para que una actividad o tendencia del yo adquiera una catexia libidinal y la medida en que de este modo sea receptiva; en el plano físico, vemos una analogía en la rapidez con que es inervada una zona especial del cuerpo y la importancia de este factor en el desarrollo de los síntomas histéricos. Estos factores, que podrían constituir lo que entendemos por «disposición» formarían una serie complementaria, como aquellas con que estamos familiarizados en la etiología de las neurosis. En el caso de Leonardo, no solo se estableció una identificación entre el pezón, el pene y la cola del pájaro, sino que esta identificación se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro, y su vuelo y el espacio en el cual volaba. Las situaciones placenteras o fantaseadas, permanecerían sin embargo inconscientes, y fijadas, pero se les dio intervención en una tendencia del yo y así pudieron descargarse. Cuando reciben esta clase de representación, las fijaciones quedan despojadas de su carácter sexual; marchan de acuerdo con el yo y si la sublimación tiene éxito —es decir, si se fusionan con una tendencia del yo— no son reprimidas. Cuando esto sucede, proporcionan a la tendencia del yo el motivo de afecto que actúa como estímulo y como fuerza impulsora del talento y, como la tendencia del yo les proporciona campo libre para actuar en consonancia con el yo, permiten a la fantasía desplegarse sin restricciones y en esta forma ellas mismas son descargadas.

Por otra parte, en la fijación histérica, la fantasía se aferra tan tenazmente a la situación placentera que antes de que sea posible la sublimación, sucumbe a la represión y a la fijación; y así, suponiendo que actúen los otros factores etiológicos, está forzada a encontrar representación y descarga en los síntomas histéricos. La forma en que se desarrolló el interés científico de Leonardo por el vuelo de los pájaros, muestra que también en la sublimación continúa funcionando la fijación a la fantasía con todos sus determinantes.

Freud ha resumido ampliamente las características esenciales de los síntomas histéricos**[101]**. Si aplicamos su descripción a la sublimación de Leonardo considerada en conexión con la fantasía del buitre, veremos la analogía entre síntomas y sublimación. Creo, también, que esta sublimación corresponde a la fórmula de Freud de que un síntoma histérico expresa a menudo una fantasía sexual inconsciente masculina por un lado y femenina por otro. En Leonardo, la parte femenina se expresa en la fantasía pasiva de fellatio; la fantasía masculina me parece reconocible en un pasaje de las anotaciones de Leonardo que Freud cita como una especie de profecía: «El gran pájaro realizará su primer vuelo desde el lomo de su gran cisne, llenará al mundo de asombro y la literatura contará su fama y será una gloria eterna para el nido en que nació». ¿No significa esto ganar el reconocimiento de la madre por sus realizaciones genitales? Creo que esta fantasía, que expresa también un temprano deseo infantil, quedó representada, junto con la fantasía del buitre, en su estudio científico del vuelo de los pájaros y la aeronáutica. De este modo, la actividad genital de Leonardo, que desempeñó tan poco papel en lo que se refiere a gratificación instintiva real, se fusionó totalmente en sus sublimaciones.

Según Freud, el ataque histérico es simplemente una representación pantomímica de las fantasías, trasladada en términos de movimiento y proyectada en la motilidad. Lo mismo puede decirse de las fantasías y fijaciones que, como en el caso del artista, están representadas por inervaciones físicas motrices, ya sea en relación con el cuerpo mismo del sujeto o con algún otro medio. Esta opinión está de acuerdo con lo que Ferenczi y Freud han escrito sobre las analogías y relaciones entre arte e histeria por una parte, y el ataque histérico y el coito, por otra.

Ahora bien, así como el ataque histérico usa para su material una peculiar condensación de fantasías, así también el desarrollo de un interés por el arte o de un *talento* creador dependerían en parte de la riqueza e intensidad de las fijaciones y fantasías representadas en la sublimación. Sería importante no solo en qué cantidad están presentes los factores constitucionales y

accidentales involucrados y cuán armoniosamente cooperan, sino también cuál es el grado de actividad genital que podrá ser desviada para la sublimación. En forma similar, la primacía de la zona genital en la histeria ha sido alcanzada siempre.

El genio difiere del talento no solo cuantitativamente, sino también en su cualidad esencial. Sin embargo, podemos suponer que tiene las mismas condiciones genéticas que el talento. El genio parece posible cuando todos los factores involucrados están presentes con tal abundancia como para hacer surgir agrupaciones únicas, configuraciones de unidades que mantienen cierta similitud esencial unas con otras: me refiero a las fijaciones libidinales.

Al examinar el problema de la sublimación, sugerí que un factor determinante de su éxito era que las fijaciones destinadas a la sublimación no hayan sufrido una represión demasiado temprana, porque esto impide la posibilidad de desarrollo. De acuerdo con esto tenemos que postular una serie complementaria entre la formación de síntomas por una parte, y la sublimación eficaz por otra. Estas series incluirían también posibilidades de sublimaciones menos eficaces. En mi opinión, encontramos que la fijación que conduce a un síntoma estaba ya en vías de sublimación, pero fue apartada de ella por la represión. Cuanto más pronto ocurre esto, mayor será el grado en que la fijación retendrá el verdadero carácter sexual de la situación placentera y tanto más sexualizará la tendencia en la que ha colocado su catexia libidinal, en vez de fusionarse con esa tendencia. También será más inestable esa tendencia o interés porque estará continuamente expuesta a la arremetida de la represión.

Me gustaría agregar algunas palabras acerca de la distinción entre sublimación sin éxito e inhibición, y sobre las relaciones entre ambas. He mencionado algunas inhibiciones que llamé normales y que nacieron cuando la represión tuvo éxito; cuando el análisis las resolvió se encontró que se basaban en parte en sublimaciones muy intensas. Es verdad que estas se habían formado, pero habían sido inhibidas luego enteramente o en cierta medida. No tenían el carácter de sublimaciones fracasadas, las que oscilan entre formación de síntomas, rasgos neuróticos y sublimación. Solo en el análisis fueron reconocidas como inhibiciones; se manifiestan en forma negativa, como una falta de inclinación o capacidad o a veces solo como una disminución de estas. Las inhibiciones están formadas (como he tratado de demostrar en este capítulo) por la *transferencia de libido superflua*, que encuentra descarga como angustia, a la sublimación. De este modo, la sublimación es disminuida o destruida por represión en la forma de

inhibición, pero se evita la formación de síntomas porque la angustia es así descargada en forma análoga a aquella que conocemos en la formación de síntomas histéricos. De acuerdo con esto, podemos suponer que el hombre normal alcanza su estado de salud por medio de inhibiciones, ayudadas por represiones eficaces. Si la cantidad de angustia que inviste a las inhibiciones excede a la de las sublimaciones, el resultado es la inhibición neurótica, porque la lucha entre la libido y la represión no se resuelve en el campo de las tendencias del yo y, por lo tanto, se ponen en marcha los mismos procesos empleados en las neurosis para ligar la angustia. Mientras que en la sublimación fracasada las fantasías se topan con la represión en su camino hacia la sublimación y en esta forma quedan fijadas, debemos suponer que para que una sublimación sea inhibida tiene que haber existido realmente como sublimación. Nuevamente aquí podemos postular las series complementarias inferidas ya entre síntoma por un lado y sublimación eficiente por el otro. Podemos suponer, sin embargo, que por otra parte, en la proporción en que tengan éxito las sublimaciones y por lo tanto pueda una parte pequeña de la libido estancada dentro del yo, lista para ser descargada como angustia, menor será la necesidad de inhibición. Podemos asegurar también que cuanto más exitosa sea la sublimación, menos estará expuesta a la represión. Aquí podemos postular nuevamente una serie complementaria.

Conocemos la importancia de las fantasías de masturbación en los síntomas y ataques histéricos. Daré una ilustración del efecto de las fantasías de masturbación sobre la sublimación. Felix, de trece años, produjo durante el análisis la siguiente fantasía. Estaba jugando con hermosas niñas desnudas cuyos pechos frotaba y acariciaba. No veía la parte inferior de sus cuerpos. Jugaban al fútbol entre ellos. Esta fantasía sexual, que para Félix era un sustituto del onanismo, fue seguida durante el análisis por muchas otras fantasías; algunas aparecían en forma de ensueños diurnos; otras, durante la noche, como sustitutos del onanismo, y todas referidas a juegos. Estas fantasías nos demuestran cómo algunas de sus fijaciones fueron elaboradas en un interés por los juegos. En la primera fantasía sexual que era solo fragmentaria, el coito fue reemplazado por el fútbol**[102]**. Este juego, junto con otros, había absorbido enteramente su interés y ambición, porque esta sublimación estaba reforzada reactivamente, como protección contra otros intereses reprimidos e inhibidos que estaban menos en consonancia con su yo.

Este refuerzo reactivo, por otra parte obsesivo, puede muy bien ser en general un factor determinante de la destrucción de sublimaciones que ocurre a veces durante el análisis, aunque por regla general en nuestra experiencia el

análisis solo estimula sublimaciones. El síntoma es abandonado, por ser una costosa formación sustitutiva, cuando se resuelven las fijaciones y se abren otros canales para la descarga de la libido. Pero al traer a la consciencia estas fijaciones que forman la base de la sublimación tiene por regla general un resultado diferente: generalmente la sublimación se refuerza porque se la retiene como el canal sustitutivo más expeditivo y probablemente más temprano de descarga de libido que debe quedar insatisfecha… sabemos que la fijación a escenas o fantasías «primarias» es poderosa en la génesis de la neurosis. Voy a dar un ejemplo de la importancia de las fantasías primarias en el desarrollo de las sublimaciones. Fritz, que tenía casi siete años, contaba varias fantasías acerca del «general Pipi» (el órgano genital) que conducía los soldados «gotas de pipí», a través de las calles; Fritz dio una descripción exacta de la situación y lugar de estas calles y las comparó con la forma de las letras del alfabeto. El general conducía a los soldados a un pueblo, donde eran acuartelados. El contenido de estas fantasías era el coito con la madre, el movimiento que acompaña al pene y el camino que toma. Del contexto surgió que eran al mismo tiempo fantasías de masturbación. Encontramos que intervenían en sus sublimaciones, junto con otros elementos, en cuyo desarrollo no voy a extenderme ahora. Cuando corría con su «monopatín» atribuía especial importancia a dar vueltas y curvas[103], tales como había descrito en varias fantasías sobre su «pipi». Una vez, por ejemplo, dijo que había inventado una patente para el «pipi». La patente consistía en poder hacer aparecer el «pipi» con un salto a través de la abertura de sus pantalones, sin tocarlo con las manos, enroscando y torciendo todo el cuerpo.

Tenía repetidamente fantasías de inventar tipos especiales de motocicletas y autos. Lo importante de esas construcciones de su fantasía[104] era invariablemente conseguir una destreza especial en la dirección y en las curvas. «Las mujeres —decía— tal vez puedan conducir, pero no pueden girar rápidamente». Una de sus fantasías era que los niños, tanto niñas como varones, tuvieran en seguida de nacer su pequeña motocicleta. Cada niño podría llevar a tres o cuatro más en su motocicleta, y dejarlos en el camino donde ellos quisieran. Los niños malos se caerían de la motocicleta al tomar una curva muy cerrada y los demás descenderían al llegar a término (nacerían). Hablando de la letra S, con la cual tenía varias fantasías, decía que los hijos de dicha letra, las pequeñas s, pueden hacer arrancar y conducir motos estando todavía en pañales, que todos ellos tenían motocicletas, con las que podían ir en un cuarto de hora mucho más lejos que lo que las personas mayores podían en una hora; y que los niños eran superiores a los mayores en

correr y saltar y en todo lo que se refiera a destreza del cuerpo. Tenía también muchas fantasías acerca de las diferentes clases de vehículos que le hubiera agradado poseer y con los que habría ido a la escuela tan pronto como los tuviera, llevando a su madre y a su hermana con él. Una vez demostró angustia ante la idea de verter petróleo en el tanque de un motor, por el peligro de explosión; resultó que en la fantasía de llenar una motocicleta grande o pequeña con petróleo, este último representaba el «Pipí-agua» o semen, al que suponía necesario para el coito, mientras que la destreza especial para manejar la motocicleta y realizar constantes curvas y vueltas representaba destreza en el coito.

Fue solo durante los primeros años de su vida que dio señales de esta fijación tan grande en los caminos y en cuestiones conectadas con ellos. Cuando tenía alrededor de cinco años, sentía un marcado desagrado por salir a caminar. También su incapacidad para entender las distancias en tiempo y espacio a esa edad era muy notable. Así, después de haber viajado durante algunas horas, pensaba que estaba todavía en su ciudad natal. Asociada con este disgusto por salir a caminar estaba su completa falta de interés por conocer el lugar adonde había ido y su total falta de sentido de orientación.

El intenso interés por los vehículos adquirió la forma de estarse horas mirando pasar los carros desde la ventana o del vestíbulo de la casa y también de pasión por conducir. Su principal ocupación era jugar a ser cochero o chófer, juntando las sillas para formar el vehículo. A este juego, que realmente consistía en sentarse y quedarse quieto, se dedicaba en tal forma que parecía compulsivo, especialmente porque tenía una total aversión por cualquier otro tipo de juego. Fue en ese momento cuando empecé su análisis y después de algunos meses se notó un gran cambio, no solo respecto a esto sino en general.

Hasta entonces no había manifestado angustia, pero durante el análisis apareció una intensa angustia que fue resuelta analíticamente. En la última parte de su análisis manifestó fobia a los chicos callejeros. Estaba conectada con el hecho de haber sido molestado repetidas veces por ellos en la calle. Manifestó temerlos y finalmente no se lo pudo persuadir de salir solo a la calle. No pude conocer esta fobia analíticamente porque por razones externas el análisis no pudo continuar, pero supe que poco tiempo después de interrumpido, la fobia desapareció completamente y fue reemplazada por un placer especial por vagabundear[105].

Al mismo tiempo desarrolló un mayor sentido de orientación en el espacio. Al comienzo, su interés se dirigía especialmente a las estaciones, las

puertas de los coches de los trenes y después las entradas y salidas de los lugares, en cuanto llegaba a ellos. Empezó a interesarse por las vías de los trenes eléctricos y las calles por donde pasaban. El análisis desvaneció su disgusto por el fuego, que resultó tener varios factores determinantes. Su interés por los vehículos, que se desarrolló temprano y que tenía carácter obsesivo, se manifestó en diferentes juegos, que, en contraste con el anterior juego monótono del chófer, practicaba con gran riqueza de fantasías. Desarrolló también un apasionado interés por los ascensores y por subir y bajar en ellos. En esa época estaba enfermo y debía quedar en cama; entonces inventó los siguientes juegos. Se metió debajo de las sábanas y dijo: «El agujero es cada vez más grande, pronto podré salir». Diciendo esto se deslizaba suavemente por debajo de las sábanas hasta la otra punta de la cama, como si la abertura fuera demasiado grande para él para trepar y saltar afuera. Después jugaba a que iba a hacer un viaje debajo de las sábanas; a veces salía por un costado y otras por el otro, y decía cuando se ponía sobre ellas que ahora estaba «sobre la tierra», lo que significaba que era lo opuesto a un tren subterráneo. Lo había impresionado extraordinariamente ver salir el subterráneo de debajo de la tierra en una estación terminal y continuar por encima. Durante este juego con las sábanas tenía mucho cuidado de que no fuera a deslizarse hacia un lado u otro durante su trayecto, de manera de ser visible solo cuando salía por un extremo o el otro, lo que llamaba la «estación terminal». Otra vez hizo un juego diferente con las sábanas, que consistía en deslizarse y salir de ellas en diferentes puntos. Cuando jugaba así le dijo una vez a su madre: «Voy adentro de tu vientre». En esa época produjo la siguiente fantasía: iba en el subterráneo. Había mucha gente allí, el conductor subía y bajaba rápidamente algunos escalones y entregaba los billetes al público. Él iba en el subterráneo, bajo la tierra, hasta que las vías se encontraban. Después había un hoyo y césped. En otro de esos juegos en la cama hacía repetidamente que un juguete con motor y chófer anduviera sobre el cobertor y sábanas que había arrollado para formar un promontorio. Luego decía: «El chófer siempre quiere ir por encima de la montaña pero eso es un mal camino para andar»; luego, mandando al chófer por debajo de las sábanas, decía: «Este es un buen camino». Tenía siempre un interés especial por una parte del tren eléctrico en la que había una sola vía y donde se formaba una vuelta cerrada. Decía que tenía que estar esa vuelta por si el otro tren venía en dirección contraria y chocaban. Le explicaba a su madre el peligro: «Mira, si dos personas llegan en dirección contraria (al decir esto corría hacia ella) chocan y así hacen dos caballos, si corren así». Una fantasía

frecuente en él era imaginarse cómo era su madre en su interior: se imaginaba toda clase de aparatos, especialmente en el estómago. Esto era seguido por la fantasía de un columpio o calesita donde había una cantidad de gente pequeña que trataba de meterse allí unos después de otros y salir por el otro lado. Había alguien que presionaba algo y los ayudaba a hacer esto.

Su nuevo placer por vagar y todos sus otros intereses duraron algún tiempo, pero después de algunos meses fueron vencidos por su antiguo disgusto por salir a caminar. Esto duró así hasta que empecé a analizarlo nuevamente. Tenía entonces cerca de siete años[106].

Durante esta parte de su análisis, que fue ahora muy a lo profundo, este rechazo se acrecentó y se reveló claramente como inhibición, hasta que la ansiedad latente se hizo después manifiesta y pudo ser resuelta. Era especialmente el *camino a la escuela* el que provocaba esta gran ansiedad. Encontramos que una de las razones por las que no le gustaban las calles que lo conducían a la escuela era que tenían árboles. A las calles que tenían terrenos sin edificar a ambos lados, por otra parte, las encontraba muy hermosas porque se podía hacer senderos y se los podía convertir en jardines, si se plantaban flores y se las regaba[107]. Su antipatía por los árboles, que por algún tiempo tomó la forma de temor a los bosques, demostró estar determinada en parte por fantasías sobre un árbol derribado, que podía caer sobre él. El árbol representaba para él el enorme pene del padre, que deseaba cortar y que por eso temía. Que temía el camino a la escuela lo vimos en varias fantasías. Una vez me habló acerca de un puente (que existía únicamente en su imaginación) que estaba en el camino a la escuela[108]. Si el puente hubiera tenido un agujero, él podría haber caído por ahí. Otra vez fue un pedazo de cordel grueso que vio tirado en el campo lo que le causó angustia, porque le hizo pensar en una víbora. En esa época también acostumbraba ir saltando sobre un pie una parte del camino, diciendo que le habían cortado un pie. En relación con un dibujo que había visto en un libro, tuvo fantasías sobre una bruja que encontraría en su camino a la escuela y que vaciaría un jarro de tinta sobre él y su cartera. En este caso, el jarro representaba el pene de la madre[109]. Entonces añadió espontáneamente que lo temía, pero que al mismo tiempo era lindo. Otra vez fantaseó que se encontraba con una bruja hermosa y miraba fijamente la corona que ella llevaba sobre su cabeza. Como la miraba tan fijamente (*kuckte*) él era un cuco (*Kuckuck*) y ella hizo desaparecer su cartera y lo transformó de cuco en paloma (un animal femenino, según pensaba).

Voy a dar un ejemplo de fantasías que aparecieron más tarde en su análisis, donde es evidente el significado placentero original del camino. Una vez me dijo que tendría placer en ir a la escuela tan solo si no fuera por el camino. Entonces fantaseó que para evitar el camino tendería una escalera desde la ventana de su cuarto hasta la de la maestra, así él y su madre podrían ir juntos, trepando de un peldaño a otro. Después me habló de una cuerda, también tendida de ventana a ventana, por la cual él y su hermana podrían llegar a la escuela. Había una señorita que los ayudaba tirando de la cuerda, y los chicos que ya estaban en la escuela ayudaban también. El mismo hacía volver la cuerda, «ponía en movimiento la cuerda», según decía[110].

Durante su análisis, se volvió mucho más activo y entonces me contó la siguiente historia que él denominó «robo en el camino». Había un caballero muy rico y feliz, y aunque era muy joven, quería casarse. Iba a la calle, veía allí a una hermosa dama y le preguntaba cómo se llamaba. Ella contestaba: «Eso no le importa a usted». Entonces le preguntaba dónde vivía. Ella contestaba nuevamente que eso no le importaba. Hacían cada vez más ruido al hablar. Entonces llegó un agente, que los había estado observando, y llevó al joven en un gran carruaje, el tipo de carruaje que un caballero así debería tener. Fue llevado a una casa con barrotes de hierro en la ventana: una prisión. Fue acusado de robo en el camino. «Así es como lo llaman[111]».

El placer original por los caminos corresponde a su deseo de coito con la madre, y por esto no pudo llegar a actuar completamente hasta que fue resuelta la angustia de castración. Igualmente vemos que en estrecha conexión con esto, su interés por explorar caminos y calles (que formaba la base de su sentido de orientación) se desarrolló con la liberación de la curiosidad sexual que había sido asimismo reprimida a causa del miedo a la castración. Daré algunos ejemplos. Me dijo una vez que cuando estaba orinando tenía que poner los frenos (lo que hacía apretando su pene) porque si no toda la casa podía derrumbarse[112]. En relación con esto existían muchas fantasías que demostraban que estaba bajo la influencia de la imagen mental del interior del cuerpo de su madre, y por identificación con ella, del suyo propio. Lo representaba como un pueblo, a veces como un país y después como el mundo, atravesado por líneas de ferrocarril; se imaginaba ese pueblo provisto de todo lo necesario para los habitantes y los animales que vivían allí y equipado con toda clase de artículos modernos.

Tenía telégrafos y teléfonos, diferentes clases de vías, ascensores y calesitas, anuncios, etc. Las vías estaban construidas en diferentes direcciones, a veces eran vías circulares con una cantidad de estaciones, y

otras eran como las vías de su pueblo, con dos estaciones terminales. Había dos clases de trenes en los rieles: uno era el «tren-Pipi», manejado por una «gota de pipí», mientras que el otro era un «tren-Caca», manejado por una «caca[113]». A menudo el tren «Caca» estaba representado por un tren común de pasajeros, mientras que el tren «Pipí» era un tren expreso o eléctrico. Las dos estaciones terminales eran la boca y el «Pipi». En este caso había cierto lugar donde el tren tenía que cruzar otra vía que corría inclinada por una pendiente y luego bajaba. Entonces se producía un gran estrépito, porque el tren que corría por esta vía y conducía a los niños —los niños «Cacas»— chocaba con otro. Los niños lastimados eran llevados al puesto de señales[114]. Este resultó ser el agujero «Caca» que después fue introducido a menudo en fantasías como la plataforma de llegada o de salida. También había una colisión y estrépito cuando un tren venía en otra dirección, esto es, cuando entraba por la boca. Esto representaba la fecundación a través de la comida, y su rechazo de cierta clase de alimentos estaba determinado por estas fantasías. Tenía otras, en las que hablaba de que las dos vías del tren tenían la misma plataforma de salida. Los trenes entonces corrían por las mismas vías, se separaban más abajo y así conducían hacia el agujero «Pipí» y «Caca». Se ve cuán fuerte era en él la influencia de la idea de la fecundación a través de la boca, en la fantasía que lo obligaba a detenerse siete veces cuando estaba orinando. La idea de las siete detenciones era originada por el número de gotas de un medicamento que estaba tomando en esa época y por el cual sentía una gran repugnancia, porque, como lo demostró el análisis, lo equiparaba con orina.

Hay todavía otro detalle que quiero mencionar en la extraordinaria riqueza de imaginación que se reveló en estas fantasías de un pueblo, vías[115], estaciones y caminos. Otra fantasía frecuente era la de una estación, a la que daba diferentes nombres, y que yo llamaré A. Había otras dos estaciones, B y C, pegadas a la primera. A veces describía estas dos como una sola estación grande. A era muy importante porque de ella eran enviadas toda clase de mercaderías, y a veces también pasajeros, por ejemplo, oficiales del ferrocarril, que representaba con su dedo. A era la boca desde donde la comida seguía su camino. Los oficiales del ferrocarril eran el «Pipi» y esto llevaba a sus ideas de fecundación por la boca. B y C eran usadas para descargar las mercaderías. En B había un jardín sin árboles pero con muchos senderos que comunicaban unos con otros, y en los que había cuatro entradas, que no eran puertas sino simples agujeros. Estos aparecían como las aberturas de los oídos y la nariz. C era el cráneo y B y C juntos, toda la cabeza. Decía

que la cabeza estaba solo pegada a la boca, idea determinada en parte por su complejo de castración. El estómago también era a menudo una estación, pero este arreglo variaba frecuentemente. En todo esto, ascensores y calesitas jugaban un gran papel y eran usados únicamente para trasladar «Caca» y niños.

A medida que estas y otras fantasías fueron interpretadas, su sentido y facultad de orientación se intensificaron, como se vio claramente en sus juegos e intereses.

Así encontramos que su sentido de orientación, anteriormente muy inhibido, pero que se desarrolló ahora en forma notable, estaba determinado por su deseo de penetrar en el cuerpo de la madre e investigar su contenido, con los pasadizos para entrar y salir de él y los procesos de fecundación y nacimiento[116].

Encontré que esta determinación libidinal del sentido de orientación era típica y que el desarrollo favorable (o por el contrario, la inhibición del sentido de orientación a causa de la represión) dependían de ella. Inhibiciones parciales de esta facultad, por ejemplo, el interés por la geografía y la orientación, con mayor o menor falta de capacidad, demostraban depender de factores que considero como esenciales en la formación de las inhibiciones en general. Me refiero al período de la vida y al grado en que la represión empieza a actuar sobre fijaciones que están destinadas a la sublimación o que están ya sublimadas. Por ejemplo, si no se reprime el interés por la orientación, se conservan el placer e interés en ella y el grado de desarrollo de la facultad es entonces proporcional al grado de éxito que alcanza la búsqueda de conocimiento sexual.

Quiero llamar la atención sobre la gran importancia de esta inhibición, que no solo en Fritz irradiaba sobre los más diversos intereses y estudios. Además del interés por la geografía, descubrí que era uno de los factores determinantes en la capacidad para el dibujo[117], y el interés en las ciencias naturales y todo lo que se refiere a la exploración del globo terrestre.

Encontré también en Fritz una estrecha conexión entre su falta de orientación en el espacio y en el tiempo. Correspondiendo con su interés reprimidos por el lugar de su existencia intrauterina, estaba su falta de interés por detalles sobre el tiempo que había estado allí. Así, ambas preguntas: «¿Dónde estaba yo antes de nacer?» y «¿Cuándo estaba allí?» estaban reprimidas.

La ecuación inconsciente entre sueño, muerte y existencia intrauterina era evidente en muchos de sus dichos y fantasías, y conectada con esto estaba su

curiosidad por la duración de estos estados y su sucesión en el tiempo. Parecería que el cambio de la existencia intrauterina a la extrauterina, como prototipo de toda periodicidad, es una de las raíces del concepto de tiempo y de la orientación en el tiempo[118].

Hay algo más que quiero mencionar, que me demostró que la inhibición del sentido de orientación es de gran importancia. Encontré en Fritz que su resistencia a instruirse, que resultó estar tan estrechamente conectada con su inhibición del sentido de orientación, nacía de su retención de la teoría sexual infantil del «niño anal». El análisis demostró, sin embargo, que tenía esa teoría anal como consecuencia de la represión debida al complejo de Edipo, y que su resistencia a instruirse no estaba causada por una incapacidad para comprender el proceso genital debido a que no había alcanzado aún el nivel de organización genital. En realidad sucedía lo contrario: era esta resistencia la que impedía su progreso hacia ese nivel y fortificaba su fijación al nivel anal.

En relación con esto voy a referirme nuevamente al significado de su resistencia a ser instruido. El análisis de niños me ha confirmado cada vez más mi punto de vista sobre esto. Me he visto obligada a considerar esto como un síntoma importante, una señal de inhibiciones que determinan el entero desarrollo subsiguiente.

En Fritz encontré que su actitud frente al estudio estaba determinada también por la misma catexia sexual simbólica. El análisis demostró que su marcado disgusto por el estudio era una inhibición muy compleja ante diferentes temas escolares, determinada por la represión de distintos componentes instintivos. Como en la inhibición para caminar, los juegos y el sentido de orientación, el determinante principal era la represión —basada en angustia de castración— de la catexia simbólico-sexual, común a todos estos intereses, principalmente la idea de penetrar en la madre en el coito. Durante su análisis, esta catexia libidinal y con ella la inhibición, avanzó claramente de los primeros movimientos y juegos de movimiento al camino a la escuela misma, la maestra y las actividades de la escuela.

Porque en sus fantasías, las líneas de su libro de ejercicios eran caminos, el libro era el mundo y las letras cabalgaban sobre motocicletas, esto es, sobre la lapicera. Otras veces, la lapicera era un bote y el cuaderno era un lago. Encontramos que muchos errores de Fritz (que por un tiempo no pudieron ser superados, hasta que fueron resueltos en el análisis, en que desaparecieron sin dificultad) estaban determinados por sus muchas fantasías acerca de las diferentes letras que eran amigas unas con otras o se peleaban y tenían toda

clase de experiencias. En general, consideraba a las minúsculas como hijas de las mayúsculas. Veía a la S mayúscula como emperador de las largas eses germanas; tenía dos ganchos en las puntas para distinguirlo de la emperatriz, la s final, que tenía solamente un gancho.

Descubrimos que para él la palabra hablada era idéntica a la escrita. La palabra significaba «pene» o «niño», mientras que el movimiento de la lengua y la lapicera significaba «coito».

Mencionaré solo brevemente que el análisis de niños me demostró la importancia general de la catexia libidinal para el desarrollo del habla infantil y de sus particularidades, y en realidad para el desarrollo del habla como un todo. En el lenguaje[119], las fijaciones orales canibalísticas y anal sádicas son sublimadas, con más o menos éxito, según el grado en que las fijaciones de los primeros niveles de organización quedan abarcadas por la primacía de las fijaciones genitales. Creo que este proceso, que permite la descarga de fijaciones perversas se puede demostrar en todas las sublimaciones. Por acción de los complejos surgen diversas intensificaciones y desplazamientos, que son de naturaleza regresiva y reactiva. Esto proporciona un número ilimitado de posibilidades para el individuo, como se ve, para seguir con el ejemplo del lenguaje, tanto en sus propias peculiaridades del habla como en el desarrollo de los idiomas en general.

Encontré en Fritz que el hablar, que indudablemente es una de las primeras sublimaciones, estaba inhibido desde el principio. Durante el análisis, este niño, que había empezado a hablar inusitadamente tarde y parecía tener disposición a quedarse callado, se volvió un niño notablemente conversador. Nunca se cansaba de contar cuentos inventados por él y en ellos había un desarrollo de fantasías que no había demostrado poseer antes del análisis. Pero era evidente también que le deleitaba el hecho de hablar y que tenía una relación especial con las palabras mismas. Junto con esto apareció un gran interés por la gramática. Como ilustración, voy a anotar brevemente lo que él decía que la gramática significaba para él. Me dijo: «la raíz de la palabra misma no varía, solamente su terminación». Quería regalar a su hermana para su cumpleaños un anotador donde escribiría todo lo que hacía una cosa. ¿Qué puede hacer una cosa? «Una cosa salta, una cosa corre, una cosa vuela», etc. Lo que deseaba escribir en el libro era la representación de lo que el pene puede hacer y también hacerlo en la madre.

El significado del lenguaje como actividad genital, como lo expone también Abraham en un caso de seudología, se confirmó en mis trabajos en mayor o menor grado en todos los casos. En mi opinión, tanto esto como la

determinación anal son típicos. Esto fue peculiarmente evidente para mí en un caso de una niña tartamuda, que tenía fuertes fijaciones homosexuales. Esta niña, Grete, que tenía nueva años, consideraba el hablar y el cantar como una actividad masculina, y el movimiento de la lengua como el del pene. Encontraba un deleite especial cuando, acostada en el diván, recitaba ciertas oraciones francesas. Decía que era «tan divertido cuando su voz subía y bajaba como alguien en una escalera». La asociación era que la escalera estaba metida en un caracol. Pero ¿habría sitio para la escalera dentro de un caracol? (Caracol, también, era el nombre que daba a sus genitales). El punto y la coma, así como la pausa correspondiente a ellos en el lenguaje, significaban que uno tenía que ir de «arriba abajo» una vez y empezaba de nuevo. Una sola palabra representaba al pene y una oración, la penetración del pene en el coito y también el coito entero.

En muchos casos apareció claramente que teatros y conciertos, de hecho cualquier ocasión en que hay algo que ver u oír, siempre pasaban por ser el coito de los padres —oír y mirar, representan a la observación en la realidad o en la fantasía— así como los telones que caen representan objetos que estorbaban las observaciones, tal como la ropa de cama, los costados de la cama, etc. Voy a citar un ejemplo: la pequeña Grete me habló de una representación en el teatro. Al principio se había sentido infeliz porque no tenía un buen asiento y tenía que estar a cierta distancia del escenario. Pero notó que veía mejor que la gente que estaba sentada cerca del escenario, que no podía ver todo. Las asociaciones condujeron luego a la posición de las camas de los niños, que estaban colocadas de tal modo en el dormitorio de sus padres que su hermano menor dormía cerca de la cama de ellos, pero los costados de la cama hacían que fuera difícil para él poder verlos. En cambio, su cama estaba más apartada y podía ver la de ellos perfectamente.

En Félix, que contaba trece años y hasta entonces no había demostrado ningún talento musical, se desarrolló gradualmente durante el análisis un marcado amor por la música. Esto ocurrió cuando el análisis estaba haciendo consciente su fijación a las tempranas observaciones infantiles del coito. Encontramos que los sonidos, algunos de los cuales había oído provenir de la cama de sus padres y otros que había fantaseado, formaron la base de un intenso (y muy tempranamente inhibido) interés por la música, interés que fue liberado nuevamente durante el análisis. Este determinante del interés por la música y del talento musical lo encontré presente (junto con el determinante anal) en otros casos también, y creo que es típico.

En la señora H., encontré que una notable apreciación artística de los colores, formas y cuadros estaba determinada en forma similar, con esta diferencia: que en ella las observaciones y fantasías infantiles tempranas se referían a aquello que podía ser *visto*. Por ejemplo, en este caso, cierto matiz azulado en los cuadros representaba directamente el elemento masculino; era una fijación de la analizada al color del pene en erección. Estas fijaciones resultaban de la observación del coito, que la llevaron a comparaciones con el color y la forma del pene no erecto, y luego a observaciones de ciertos cambios de color y forma en diferentes luces, el contraste con el vello del pubis, y así sucesivamente. Aquí, la base anal del interés por el color estaba siempre presente. Se puede establecer repetidamente el hecho de esta catectización libidinal de los cuadros, como representantes del pene o del hijo (lo mismo se aplica a las obras de arte en general) y además de pintores, virtuosos y artistas creadores, como representantes del padre.

Voy a dar un ejemplo más del significado de los cuadros como hijo y pene, sentido que he encontrado repetidas veces en el análisis. Fritz, de cinco años y medio, dijo que quería ver a su madre desnuda, añadiendo: «Me gustaría ver tu barriga y el retrato de adentro». Cuando ella le preguntó «¿Quieres decir, donde estuviste tú una vez?», contestó «Si, me gustaría mirar dentro de tu barriga y ver si no hay otro chico adentro». En esa época, bajo la influencia del análisis, su curiosidad sexual se manifestó más libremente y su teoría del «niño anal» apareció en primer plano.

Resumiendo lo que ya dije, he encontrado que las fijaciones artísticas e intelectuales, tanto como las que subsiguientemente conducen a la neurosis, tienen como algunos de sus más poderosos factores determinantes, la escena primaria o fantasías sobre ella. Un punto importante es cuál de los sentidos es más fuertemente excitado; si el interés se aplica más a lo que se ve o a lo que se oye. Esto, probablemente, también determinará y por otra parte dependerá de que las ideas se presenten para el sujeto visualmente o auditivamente. No hay duda de que los factores constitucionales juegan aquí un gran papel.

En Fritz, era el movimiento del pene a lo que él estaba fijado; en Félix, eran los sonidos que había oído; en otros, los efectos de los colores. Por supuesto, para que se desarrolle el talento o la inclinación intervendrán esos factores especiales que ya he discutido en detalle. En la fijación a la escena primaria (o fantasías), el *grado de actividad*, que es tan importante para la sublimación misma, indudablemente determina también si el sujeto desarrolla talento para la creación o para la reproducción. Pues el grado de actividad influye seguramente el modo de identificación. Quiero decir, es cuestión de si

se volcará en la admiración, estudio e imitación de las obras maestras de los demás o si hará un esfuerzo para sobrepasarlos con sus propias obras. Encontré en Félix que el primer interés por la música que se manifestó en el análisis, consistía únicamente en críticas a los compositores y directores de orquesta. A medida que fue liberando su actividad, empezó a tratar de imitar lo que oía. Pero en un estado aun mayor de actividad aparecieron fantasías en las que el joven compositor era comparado con los viejos. Aunque aparentemente no era cuestión de talento creador en este caso, mi observación de la forma en la cual su actividad, cuando se tornó más libre, influenciaba su actitud en todas sus sublimaciones, me proporcionó cierta comprensión de la importancia de la actividad en el desarrollo del talento. Su análisis me demostró lo que otros análisis me confirmaron: que la crítica siempre tiene su origen en la observación y crítica de la actividad genital paterna. En Félix era claro que era espectador y crítico a la vez y que en su fantasía él también tomaba parte de lo que veía y oía, como miembro de una orquesta. Fue recién en un estadío muy posterior de actividad liberada que pudo tener confianza en el rol paterno, esto es, recién entonces habría podido armarse del coraje necesario para ser él mismo un compositor, si hubiera tenido talento suficiente.

Voy a resumir. El habla y el placer en el movimiento tienen siempre una catexia libidinal que es también de carácter simbólico genital. Esta se efectúa por intermedio de la identificación temprana del pene con el pie, la mano, lengua, cabeza y cuerpo, transferida luego a las actividades de dichos miembros, las que adquieren así el significado de coito. Después del uso que hacen los instintos sexuales de los instintos de autoconservación en relación con la función de nutrición, las siguientes actividades del yo hacia las que se vuelven son el lenguaje y el placer en el movimiento. Por lo tanto, puede suponerse que el lenguaje no solo ha concurrido a la formación de símbolos y de la sublimación, sino que es él mismo el resultado de una de las primeras sublimaciones. Parece, por lo tanto, que cuando existen las condiciones necesarias para la capacidad de sublimación, las fijaciones, comenzando con estas primeras sublimaciones y en conexión con ellas, prosiguen dando continuamente una catexia sexual simbólica a subsiguientes actividades e intereses del yo. Freud demostró que aquello que parece ser un impulso hacia la perfección en los seres humanos es el resultado de la tensión nacida de la disparidad entre el deseo humano de gratificación (que no es satisfecho por todo tipo posible de formaciones reactivas sustitutivas y de sublimaciones) y la gratificación que obtiene en la realidad. Creo que debemos referir a este

motivo no solo lo que Groddeck llama la compulsión a hacer símbolos[120], sino también un constante desarrollo de los símbolos. En correlación con esto, el impulso constante para efectuar por medio de las fijaciones una catexia libidinal de más actividades e intereses del yo (por ejemplo, por medio del simbolismo sexual) genéticamente conectados unos con otros, y para crear nuevas actividades e intereses, sería la fuerza propulsora en la evolución cultural de la humanidad. Esto explica también cómo es que encontramos la actuación de símbolos en inventos y actividades cada vez más complicados, tal como el niño avanza constantemente desde sus primitivos símbolos, juegos y actividades, hacia otros, dejando atrás los primeros.

Además, en este artículo he tratado de señalar la gran importancia de esas inhibiciones que no pueden llamarse neuróticas. Hay algunas que no parecen en sí mismas de ninguna importancia práctica y pueden ser reconocidas como inhibiciones solo en análisis (en todo lo que implican, solo si se hace *análisis infantil*). De ese tipo son la falta aparente de ciertos intereses, aversiones insignificantes; en resumen, las inhibiciones de las personas sanas, que toman los aspectos más variados. Pero llegaremos a atribuirles mucha importancia cuando consideremos con qué gran sacrificio de energía instintiva el hombre normal adquiere su salid. «Si, no obstante, en lugar de atribuir amplio significado al término impotencia psíquica, buscáramos ejemplos de su peculiar sintomatología en formas menos marcadas, no podríamos negar que la conducta en el amor, de los hombres de la civilización actual, demuestra en general el carácter del tipo psíquicamente impotente[121]». Hay un pasaje en *Introducción al psicoanálisis*, en el que Freud examina qué posibilidades de profilaxis podrían ofrecerse a los educadores. Llega a la conclusión de que aún una rígida protección de la infancia (cosa muy difícil en sí) es probablemente impotente ante el factor constitucional, pero que sería también peligroso si esta protección llegara a conseguir su objetivo demasiado bien. Esta observación se confirmó enteramente en el caso del pequeño Fritz. El niño tuvo desde sus primeros días una crianza cuidadosa por personas influenciadas por conocimientos analíticos, pero esto no impidió que surgieran inhibiciones y los rasgos de carácter neurótico. Por otra parte, el análisis me demostró que las fijaciones mismas que lo condujeron a las inhibiciones podían formar la base de espléndidas capacidades.

Por una parte, entonces, no debemos valorar demasiado la importancia de la así llamada educación analítica, aunque debemos hacer todo lo que está en nuestro poder para evitar todo daño mental al niño. Por otra parte, el tema de este artículo demuestra la necesidad de análisis en la temprana infancia como

ayuda a toda educación. No podemos alterar los factores que conducen al desarrollo de la sublimación o de la inhibición y la neurosis, pero el análisis infantil nos hace posible, en una época en que este desarrollo está aún en marcha, influir en su dirección en forma fundamental.

He tratado de demostrar que las fijaciones libidinales determinan la génesis de las neurosis y también de la sublimación, y que por algún tiempo las dos siguen el mismo camino. Es la fuerza de la represión la que determina cuándo ese camino conducirá a la sublimación o se desviará hacia la neurosis. En ese punto es donde el análisis infantil tiene posibilidades, porque puede en gran proporción sustituir la represión por la sublimación y así trocar el camino hacia la neurosis por el que conduce al desarrollo de talentos.

5. Una contribución a la psicogénesis de los tics[122] (1925)

En el siguiente extracto de una historia bastante extensa del caso me propongo examinar principalmente los factores que tienen relación con la psicogénesis de los tics. En este caso el tic parecía ser solo un síntoma secundario y durante bastante tiempo apenas si intervino en el material. A pesar de esto, el papel que representaba en la personalidad entera del paciente, en el desarrollo de su sexualidad, neurosis y carácter era tan fundamental que, cuando el análisis logró curar el tic, el tratamiento quedaba muy próximo a su fin.

Cuando se me envió a Félix, de trece años, para que lo analizara, el muchacho ejemplificaba en forma notable lo que Alexander ha denominado «carácter neurótico». Aunque exento de verdaderos síntomas neuróticos actuales, era muy inhibido en intereses intelectuales y relaciones sociales. Su capacidad mental era buena, pero no tenía interés en nada, fuera del juego. Se mantenía muy apartado de sus padres, hermano y compañeros de colegio. También era llamativa su falta de afectos. La madre mencionó solo de pasada que durante algunos meses había tenido un tic, que aparecía ocasionalmente, y al que ella —y yo también, por lo menos por un período— no dio importancia especial.

Como venía al análisis solo tres veces por semana, y como su tratamiento fue interrumpido repetidas veces, sus 370 sesiones se extendieron a lo largo de tres años y cuarto. Cuando el niño vino a mi estaba aún en el estadío prepuberal, y la larga duración del tratamiento me permitió comprender la forma en que sus dificultades se intensificaron por la aparición de la pubertad.

He aquí algunos puntos esenciales de su desarrollo. A la edad de tres años le fue operado el prepucio, y la conexión entre esta operación y la masturbación quedó especialmente grabada en él. Además, el padre le había hecho repetidas advertencias e incluso lo había amenazado; como resultado de estas amenazas Félix estaba resuelto a abandonar la masturbación. Pero

incluso durante el período de latencia solo ocasionalmente lograba llevar a cabo esta resolución. Cuando tenía once años, se hizo necesario un examen nasal y esto reveló su trauma conectado con la operación que había sufrido a los tres años, y lo llevó a una renovación de la lucha contra la masturbación, esta vez con completo éxito. El regreso de su padre de la guerra y sus renovadas amenazas contribuyeron notablemente a este resultado. La angustia de castración y la consiguiente lucha incesante contra la masturbación dominaron el desarrollo del niño. De gran importancia fue el hecho de que hasta los seis años había compartido la habitación de sus padres y sus observaciones de la relación sexual entre ellos habían dejado una duradera impresión en él.

El trauma de la operación a la edad de tres años —edad en que la sexualidad infantil alcanza su clímax— fortificó su complejo de castración y lo llevó a pasar de la actitud heterosexual a la homosexual. Pero hasta la situación edípica invertida estaba obstaculizada por la angustia de castración. Su desarrollo sexual retrocedió al estadío sádico-anal y mostró tendencia a una regresión mayor hacia el narcisismo. Así se dieron las bases para un rechazo del mundo externo, actitud que se volvió cada vez más clara en su conducta bastante asocial.

Cuando era muy pequeño le gustaba mucho cantar, pero hacia los tres años había dejado de hacerlo. Recién cuando estaba en análisis se reavivó su talento musical y su interés por la música. En esta edad temprana apareció ya una excesiva inquietud física que tendió a incrementar. En la escuela le era imposible tener las piernas quietas; se revolvía sin cesar en su asiento, hacia muecas, se restregaba los ojos, etcétera.

Cuando tenía siete años, el nacimiento de un hermanito intensificó en muchas formas sus dificultades. Su anhelo de ternura aumentó, pero se hizo más notable su apartamiento de sus padres y ambiente.

Durante sus primeros años en la escuela era un buen alumno. Pero los juegos y la gimnasia le provocaban mucha ansiedad, y mostraba gran aversión hacia ellos. Cuando tenía once años, el padre, recién llegado de la guerra, lo amenazó con castigarlo por su cobardía física. El muchacho logró superar su angustia. Incluso se volcó hacia el otro extremo[123], se convirtió en un ferviente futbolista y empezó a nadar y a hacer gimnasia, aunque de cuando en cuando aparecían recaídas. Por otra parte, reaccionó a la insistencia de su padre en supervisar sus deberes perdiendo interés por el trabajo escolar. Una aversión cada vez mayor hacia el aprendizaje convirtió gradualmente a la escuela en una tortura. En este período la lucha contra la masturbación se

reavivó con mayor energía. El análisis de su pasión por jugar que, junto a su desagrado por el trabajo escolar estuvo muy en primer plano durante la primera parte de su tratamiento, mostró claramente que los juegos y otras actividades físicas eran para él un sustituto de la masturbación. Al principio de su análisis la única fantasía masturbatoria de la que aún podía recordar algunos fragmentos era la siguiente *: Está jugando con algunas niñitas, acaricia sus pechos y juegan juntos al fútbol. En este juego está continuamente perturbado por una choza que puede verse detrás de las niñitas*.

El análisis reveló que esta choza era un lavatorio que representaba a la madre, expresaba su fijación anal hacia ella, y tenía también el significado de degradarla. Jugar al fútbol demostró representar un acting out de sus fantasías de coito y tomaba el lugar de la masturbación como una forma permitida de descarga de tensión sexual, estimulada, incluso exigida por el padre. Al mismo tiempo los juegos le procuraban oportunidad de utilizar su excesiva inquietud física que estaba estrechamente conectada con su lucha contra la masturbación. Pero esta sublimación era solo parcialmente exitosa[124]. La ecuación entre juegos y relación sexual había sido la causa, por la presión de la angustia de castración, de la anterior inhibición de su amor por los juegos. A consecuencia de las amenazas de su padre había logrado desplazar parte de su angustia en el trabajo escolar, que tenía también cierta conexión inconsciente con la relación sexual, y que se convirtió entonces en una actividad prohibida, como lo habían sido antes los juegos. En mi artículo «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño» expliqué esta conexión más específicamente con respecto a este caso particular, como también con respecto a sus aplicaciones más amplias. Aquí mencionaré solo que a Félix no le era posible un manejo exitoso de la angustia por medio de los juegos, aprendizaje y otras sublimaciones. La angustia surgía una y otra vez. Se hizo cada vez más claro para él durante el análisis que los juegos eran una supercompensación infructuosa de la angustia, un sustituto infructuoso de la masturbación; y por consecuencia disminuyó su interés por jugar. Al mismo tiempo desarrolló —también gradualmente— interés por diversas materias escolares. Simultáneamente su «Berührungsangst» (el miedo a tocar su genital) disminuyó y después de muchos esfuerzos infructuosos superó gradualmente sus miedos de larga data a la masturbación.

Se advirtió en este momento un aumento en la frecuencia del tic. Había aparecido primero pocos meses antes del análisis, siendo el factor precipitante el que Félix hubiera presenciado clandestinamente la relación sexual entre sus

padres. Inmediatamente después aparecieron los síntomas, de los que se desarrolló el tic; una crispación de la cara y sacudir hacia atrás la cabeza. El tic comprendía tres fases. Al principio Félix sentía que se le estaba desgarrando la depresión del cuello, en la parte de atrás de la cabeza. A causa de esta sensación se sentía impelido primero a sacudir hacia atrás la cabeza y luego a rotarla de derecha a izquierda. El segundo movimiento estaba acompañado por la sensación de que algo crujía sonoramente. La fase final consistía en un tercer movimiento en que presionaba el mentón lo más posible hacia abajo. Esto daba a Félix la sensación de estar taladrando algo. Durante un tiempo realizaba estos tres movimientos tres veces consecutivas. Un significado de los «tres» era que en el tic —volveré luego a esto con mayor detalle— Félix representaba tres roles: el rol pasivo de la madre, el rol pasivo de su propio yo, y el rol activo de su padre. Los roles pasivos estaban representados principalmente por los dos primeros movimientos; aunque en la sensación de «crujido» estaba contenido también el elemento sádico que representaba el rol activo del padre, elemento que lograba mayor expresión en el tercer movimiento, el de taladrar algo.

Para traer al tic a la esfera de acción del análisis, fue necesario obtener las asociaciones libres del paciente sobre las sensaciones conectadas con el tic y sobre las circunstancias que lo originaron. Después de un tiempo se convirtió en un síntoma que aparecía cada vez con mayor frecuencia, aunque al principio a intervalos irregulares. Recién cuando el análisis logró penetrar en las capas más profundas de su homosexualidad reprimida, cuyo material había aparecido primero en sus relatos de juegos y fantasías a ellos asociadas, empezó a surgir su significación. Más tarde su homosexualidad encontró expresión en la forma de un interés, hasta entonces no revelado, por los conciertos, especialmente por los directores de orquesta y los solistas. Apareció un amor por la música que dio lugar a una real y duradera apreciación de la misma.

Ya en su tercer año de vida Félix había demostrado en el canto una identificación con su padre. Después del trauma, este interés, al igual que el resto de su desventajoso desarrollo, quedó reprimido. Su reemergencia en el curso del análisis fue precedida por recuerdos encubridores de la temprana infancia. Recordaba que cuando era muy pequeño se levantaba por la mañana y veía su rostro reflejado en la pulida superficie del piano de cola, notaba que era un reflejo distorsionado y se asustaba. Otro recuerdo encubridor era oír a su padre roncar por la noche y ver cuernos que crecían en su frente. Sus asociaciones condujeron, desde un piano negro, que había visto en casa de un

amigo, a la cama de sus padres, y demostraron que los sonidos que había oído surgiendo de la cama habían contribuido al principio en gran medida a su interés por los sonidos y la música, y luego habían provocado la inhibición de este interés. Después de escuchar un concierto se quejó, durante el análisis, de que el piano de cola había ocultado completamente al artista, y en relación con esto recordó que la posición de su cuna a los pies de la cama de sus padres había sido tal que el final de la cama le había impedido ver lo que estaba sucediendo, pero no le había impedido escuchar y hacer observaciones. Se hizo cada vez más claro que su interés por los directores de orquesta estaba determinado por la ecuación entre el director de orquesta y su padre en el acto de copulación. El deseo de participar activamente en lo que estaba sucediendo, aunque aún como espectador, apareció en la siguiente asociación: le gustaría mucho saber cómo se las arregla el director de orquesta para hacer que los músicos sigan el compás con tanta precisión. A Félix eso le parecía extremadamente difícil, porque mientras el director tiene una batuta bastante larga, los músicos solo usan sus dedos[125]. Fantasías de ser músico y tocar al compás del director constituían parte esencial de sus fantasías masturbatorias reprimidas. La progresiva sublimación de sus fantasías masturbatorias en un interés por los elementos rítmicos y motores de la música, quedó impedida por la prematura y violenta instauración de la represión, y en relación con esto tenía importancia el trauma de la operación a los tres años. Entonces la necesidad de actividad motriz se descargaba en inquietud excesiva, y en el curso de su desarrollo se expresó también en otras formas, a las que me referiré posteriormente.

En este niño la fantasía de tomar el lugar de la madre en relación con el padre, o sea la actitud pasiva homosexual, quedaba oculta por la fantasía homosexual activa de tomar el lugar de su padre en la relación sexual con un niño. Esta fantasía era expresión de su elección homosexual de objeto en el nivel narcisista; se elegía a sí mismo como objeto de amor. Era la angustia de castración provocada por el trauma lo que determinó el desarrollo narcisista de su homosexualidad. Además, su alejamiento primero de su madre y luego de su padre como objetos amados fue el resultado de su regresión narcisista y formó la base de su conducta asocial. Pero tras este contenido homosexual de sus fantasías de masturbación era posible distinguir en numerosos detalles (como por ejemplo en su interés por el piano de cola y por las partituras) la identificación original de Félix con su padre, o sea, la fantasía heterosexual de relación sexual con la madre. En el tercer año de su vida Félix había expresado esta identificación con el canto, que luego abandonó.

También se volvieron claros los componentes anales de sus fantasías masturbatorias. Por ejemplo, su deseo de saber si la música sonaba tan apagada porque la orquesta estaba ubicada bajo el escenario del teatro, estaba determinado por su interpretación anal de los sonidos que provenían de la cama de sus padres. Su crítica de los compositores jóvenes que utilizaban tanto los instrumentos de viento nos llevó a su interés infantil por el ruido de los flatos. El mismo, en cuya sensibilidad musical los componentes anales entraban tan fuertemente, era el joven compositor que sentía que solo era capaz de una realización anal en comparación con la realización de su padre. Es significativo que este intensificado interés por los sonidos era en parte resultado de la represión del interés en la esfera visual. En un estadío muy temprano de su desarrollo, su escoptofilia, intensificada por la experiencia de la escena primaria, había quedado sometida a represión. Esto se volvió nuevamente evidente en el curso del análisis. Luego de una visita a la ópera hizo una fantasía basada en los puntos y rayas negras de la partitura del director, que había tratado de descifrar desde su asiento cercano al escenario. (Aquí tenemos nuevamente un vínculo con sus deseos heterosexuales, porque la música que yacía frente al director, Félix la identificaba con los genitales de su madre). Comprenderemos esto mejor cuando examinemos los síntomas transitorios de guiñar y restregarse los ojos.

Cuando llegó al análisis, Félix tenía una tendencia muy pronunciada a no ver las cosas que estaban más cerca de él. Su desagrado por el cinematógrafo[126] al que concedía valor solo para fines científicos, estaba conectado con la represión de la escoptofilia, que fue aumentada por la escena primaria.

En la admiración de Félix por el director que, imperturbable ante la audiencia y su aplauso, era capaz «simultáneamente» de dirigir y de volver tan rápidamente las hojas de la partitura que sonaban cómo si las estuviera desgarrando (herumreissen), encontramos un ejemplo de su concepción sádica del coito. Pretendía que incluso desde su asiento podía oír el ruido de las páginas cuando las doblaban —ruido que le interesaba mucho y que le evocaba gritos y violencia—, pero dudaba de que esto fuera posible a esa distancia. La sensación de haberlo oído se conectaba con la situación original de la infancia. Este ruido de violento desgarramiento, que para él representaba desgarrar forzadamente y penetrar, se reveló como un importante elemento sádico de sus fantasías masturbatorias. Trataremos luego esto al analizar el tic.

El creciente interés que adquirió en la misma época por poetas, escritores y compositores se conectaba con esta temprana admiración por su padre, que luego había reprimido profundamente. En relación con esto experimentó por primera vez un interés homosexual directo, después de leer un libro que contenía una descripción del amor de un hombre por un muchacho. Desarrolló un violento «enamoramiento» de un compañero de escuela. Este muchacho, además de ser adorado por muchos otros muchachos, era el favorito de uno de los maestros, y toda la clase suponía, aparentemente con buenas razones, que había un affaire amoroso entre maestro y alumno. Fue principalmente esta relación con el maestro lo que determinó la elección objetal de Félix. El análisis mostró que este muchacho, A, representaba por una parte una idealización de Félix mismo, y por otra parte algo intermedio entre hombre y mujer, la madre con pene. La relación de A con el maestro representaba la realización del propio anhelo insatisfecho de Félix de ser querido como hijo por el padre, y también tomar el lugar de la madre en la relación con el padre. Su amor por A se basaba principalmente en la identificación y correspondía a una relación objetal narcisista. Este amor no fue correspondido. En verdad, Félix apenas se atrevía a acercarse al muchacho amado. Llegó a compartir este amor desgraciado con otro compañero, B, y luego tomó a B por objeto de amor. El material demostró que B por su tez y por otros aspectos, evocaba en Félix a su padre y podía reemplazarlo. Esta relación llevó a una masturbación mutua, y en vista de las complicaciones sentí que en interés del análisis tenía que interrumpir esta relación entre los dos niños.

Simultáneamente con esta evolución —reaparición del interés por la música, homosexualidad manifiesta, y renovación de la masturbación— hubo una marcada disminución en la frecuencia del tic, y cuando en ocasiones aparecía, podíamos captar su significado inconsciente. En la época en que Félix me contó que sentía que había superado su amor tanto por A como por B, el tic reapareció con creciente intensidad. Esto mostró claramente lo que el tic había estado representando: o sea, los impulsos homosexuales reprimidos, o más bien, la descarga de estos impulsos en fantasías o en masturbación. Durante el período de conflictos tempranos de su infancia, Félix se sintió compelido, por la angustia de castración, a reprimir sus deseos hacia su madre y padre. Ahora, en parte a pedido mío, había repetido el proceso alejándose de A y de B. Entonces el tic apareció como sustituto, del mismo modo que antes una excesiva inquietud física había tomado el lugar de la masturbación y de las fantasías masturbatorias. Se hizo entonces posible un análisis más intenso

de sus tendencias homosexuales. Declinó en forma notable la homosexualidad directa y aparecieron sublimaciones, especialmente empezó en este período la amistad con otros niños.

El análisis del tic nos llevó una y otra vez a sus fuentes en la temprana infancia. En una oportunidad, cuando Félix estaba haciendo los deberes junto con un compañero, se propuso ser el primero en resolver un problema de matemáticas, pero el amigo lo resolvió primero, y entonces apareció el tic. Las asociaciones revelaron que esta derrota en la competencia con el amigo le recordó nuevamente la superioridad del padre y revivió su complejo de castración. Como resultado se sintió impulsado nuevamente a adoptar el rol femenino en su relación con el padre. En otra oportunidad reapareció el tic cuando tuvo que confesar al profesor de inglés que no había podido mantenerse a nivel de las tareas y que quería tomar lecciones particulares para mejorar sus deficiencias. Para él, también esto tenía el significado de una admisión de derrota en relación con su padre.

El siguiente incidente fue especialmente característico. Félix trataba de entrar en un concierto para el que se habían agotado las entradas, estaba parado con mucha gente a la entrada del teatro, cuando por la aglomeración un hombre rompió un vidrio y hubo que llamar a un policía. En ese momento apareció el tic. El análisis reveló que esta situación especial representaba la repetición de la escena que había fisgoneado en la temprana infancia, y que estaba tan estrechamente ligada con el origen del tic. Se había identificado con el hombre que rompió el vidrio porque, como este último, también él en esa situación temprana había querido forzar la entrada al «concierto», o sea, a la relación sexual entre sus padres. El policía representaba al padre que lo descubría en este intento.

La posterior disminución del tic tuvo lugar en dos sentidos: el tic se volvió menos frecuente, y sus tres movimientos se redujeron a dos, y luego a uno. Primero desapareció la sensación de que algo se le desgarraba en la parte posterior del cuello; y luego desapareció también la sensación de un crujido audible, que iniciaba el segundo movimiento. Todo lo que quedó fue la sensación de taladrar algo, que tenía la doble significación de presionar en sentido anal y de una penetración por medio del pene. Asociadas con esta sensación estaban sus fantasías de destruir el pene de su padre y el de su madre taladrando dentro de ellos con su pene. En este estadío los movimientos del tic se condensaron en uno, en el que aun podía detectarse trazas de los dos primeros movimientos.

La desaparición de las sensaciones de desgarramiento y crujido, que estaban determinadas por factores homosexuales pasivos, se produjo junto con una alteración similar de las fantasías masturbatorias; su contenido homosexual cambió de pasivo a activo. Sin embargo, el ritmo de la relación sexual estaba simbolizado en el desgarrar tanto como en el crujir y taladrar. Cuando Félix, a pesar de la urgencia de estas sensaciones, se contenía para no hacer los movimientos del tic, sentía una fuerte sensación de tensión, un aumento y luego una disminución de estas sensaciones, durante un tiempo predominantemente la de desgarrar, después la de taladrar. Luego de cierto tiempo el tic desapareció completamente, pero fue reemplazado por un movimiento que consistía en impulsar hacia atrás los dos hombros. El significado de esto fue revelado por el incidente siguiente: mientras hablaba con su maestro, Félix se sintió sobrecogido por el deseo irresistible de rascarse la espalda, y esto fue seguido por irritación del ano y contracción del esfínter. Se hizo evidente que también había sentido el deseo reprimido de insultar a su maestro con lenguaje coprofílico y ensuciarlo con heces. Esto nos llevó nuevamente a la escena primaria, ante la que había surgido el mismo deseo con respecto al padre, y se había expresado con evacuación y llanto.

En un estadío posterior en el análisis del tic, aparecieron como sustitutos de este el restregarse los ojos y el parpadeo, transformación que se explica como sigue: habían escrito una inscripción medieval en la pizarra de la escuela y Félix tuvo la sensación —sin justificación alguna— de que no podría descifrarla correctamente. Entonces empezó a restregarse violentamente los ojos y a parpadear. Las asociaciones revelaron que la pizarra[127] y la escritura en ella significaban —como en muchas otras ocasiones durante el análisis— el genital de su madre como el elemento incognoscible, incomprensible, de la situación de coito que él había observado. Hay una analogía entre esta inscripción en la pizarra y la partitura del director de orquesta, cuyas rayas negras había tratado de descifrar desde su asiento en el teatro. De ambos ejemplos parecería que la escoptofilia reprimida llevó al parpadeo, y que particularmente en el restregarse los ojos, obtenía expresión el deseo de masturbarse —que surgió al mismo tiempo— por medio del desplazamiento. Durante el análisis pudimos también llegar a comprender plenamente la conexión entre estas situaciones y los estados de aislamiento que con frecuencia le acometían en la escuela. La mirada ausente se asociaba con fantasías de las que lo siguiente es un ejemplo: está mirando y escuchando una tormenta; esto le recuerda una tormenta de su temprana

infancia. Después de la tormenta había mirado por la ventana para ver si el dueño de casa y su esposa, que antes estaban en el jardín, se habían lastimado. Pero este recuerdo resultó ser un recuerdo encubridor que condujo nuevamente a la escena primaria.

Progresó más en el análisis del tic y de sus formaciones sustitutivas, hasta que eventualmente incluso dejó de restregarse los ojos y de parpadear, y solo el recuerdo del tic aparecía en su mente en ocasiones especiales. Cuando también estas revelaron su conexión con deseos masturbatorios reprimidos y con la escena primaria, desapareció hasta el pensar en el tic y con esto se produjo la completa y duradera curación del tic. Al mismo tiempo había tenido lugar en el análisis un cambio notable en otras direcciones. Aparecieron por primera vez deseos heterosexuales que tomaron la forma de admiración por una actriz. Esta elección objetal estaba en la línea de la permanente identificación de Félix[128], del teatro, conciertos, etc., con la relación sexual, y de los ejecutantes con sus padres. Él mismo figuraba entonces como ya he mostrado, como espectador y auditor, y simultáneamente, a través de la identificación con sus padres, como ejecutante de los diferentes roles.

Una vez, después de haber tenido que esperarme en la sala de espera durante unos minutos, Félix me informó que había mirado por la ventana a los departamentos de enfrente y que al hacerlo había sentido una sensación especial. En las numerosas ventanas había visto sombras y formas y había tratado de imaginarse qué estaban haciendo. Le parecía que era como estar en un teatro donde uno ve interpretar diversos roles y al mismo tiempo tiene la sensación de compartir lo que pasa.

La primera elección objetal heterosexual de Félix estaba muy influida por su actitud homosexual. Para él esta actriz poseía atributos masculinos, era la madre con pene. Esta actitud persistió aun en su relación con su segundo objeto de amor heterosexual. Se enamoró de una niña mayor que él y que había tomado la iniciativa en el asunto. Ella personificaba su infantil representación de su madre como prostituta, y al mismo tiempo a la madre fálica, superior a él. La transferencia me pareció lo bastante fuerte como para imponerle una interrupción temporaria de esta relación[129], especialmente porque Félix había logrado el insight de que había sentimientos de angustia mezclados con estas relaciones. Esta elección objetal servía al propósito de huida a las fantasías y deseos dirigidos hacia mí, y que solo en este estadío aparecieron más en primer plano en el análisis. Podía verse ahora que el alejarse de la madre originalmente amada pero prohibida había participado en

el reforzamiento de la actitud homosexual y, de las fantasías sobre la madre castradora, tan temida.

El cambio de las tendencias homosexuales a las heterosexuales, y la modificación de estas últimas, se expresó también en el desarrollo y modificación de las fantasías masturbatorias. El análisis nos llevó a remontarnos a las primeras fantasías masturbatorias directamente conectadas con su observación de la relación sexual de los padres. Describiré ahora a grandes rasgos el desarrollo de esas fantasías en su orden cronológico real.

Cuando era pequeño, cuando aún compartía el dormitorio de sus padres, lo que aconteció hasta que tuvo seis años, Félix se representaba frente a él el tronco de un gran árbol que apuntaba en dirección opuesta a la de la cama de sus padres. Un hombrecito se deslizaba por este árbol e iba hacia él, y era mitad viejo y mitad niño: una condensación de su padre y de él mismo; esto expresaba su elección objetal narcisista homosexual. Después eran cabezas de hombres, en especial cabezas de héroes griegos, que veía volar hacia él y que eran también para su mente proyectiles y objetos pesados. Este era ya el material para sus posteriores fantasías con el fútbol, y para su método posterior de sobrecompensar el miedo al padre castrador con su habilidad para el fútbol.

Con la aparición de la pubertad física surgió un nuevo esfuerzo de realizar una elección objetal heterosexual, en las fantasías masturbatorias conectadas con niñas con las que jugaba al fútbol. En estas fantasías también cambió las cabezas (de las niñas) tal como anteriormente había introducido las cabezas de los héroes, para hacer irreconocibles los verdaderos objetos amados. En el curso del análisis, y con la gradual reasunción de la masturbación que se incrementó a medida que disminuía el tic, sus fantasías masturbatorias se desarrollaron paso a paso hasta el contenido siguiente: tenía fantasías de una mujer que yacía sobre él, después de una mujer que yacía a veces sobre él y ocasionalmente también debajo de él, y finalmente de una exclusivamente en la última posición. Varios detalles de las fantasías asociadas a la relación sexual correspondían a estas diferentes posiciones.

El análisis de las fantasías masturbatorias había resultado en el caso de Félix el factor decisivo en la curación del tic. Su abandono de la masturbación había llevado a la descarga motora en otras direcciones, que fueron, como hemos visto, hacer muecas, parpadear y restregarse los ojos, movilidad excesiva en las más diversas formas, juego, y finalmente el tic.

Pero si consideramos ahora las vicisitudes de las fantasías masturbatorias específicas reprimidas, encontramos que estaban en parte conectadas con

estas descargas motoras, y en parte contenidas en todos sus intentos de sublimación. En la base de su amor por el deporte yacían las mismas fantasías de masturbación que se habían revelado en asociación con el tic, es decir, la identificación, basada en la escena primaria, con ambos padres en el acto sexual, cuando en su mente participaba como espectador y como objeto amado. Ya que en su análisis representó un gran papel su interés en los juegos y los relatos sobre estos, tuve amplio material para fundamentar que la misma identificación subyacía a sus fantasías conectadas con juegos. Su oponente en el fútbol, etc., era siempre su padre que amenazaba castrarlo y contra el que tenía que defenderse. Pero el arco al que se tira la pelota y el campo de juego representaban a su madre. También de otras formas el análisis permitió ver la figura de la madre incluso tras las tendencias homosexuales, del mismo modo que pasaba con las fantasías asociadas con el tic. Los juegos y la movilidad excesiva servían también como huida del tic, o más bien de la masturbación. Se debía en especial a la angustia de castración siempre recurrente que esta sublimación solo se consiguiera imperfectamente y que la relación del niño con los juegos fuera inestable. Pero encontramos que estas fantasías masturbatorias eran también la causa de su actitud ambivalente hacia el aprendizaje, estando también estrechamente ligadas a esa actividad.

Un día, mientras el maestro estaba apoyado en su escritorio durante una clase, Félix sintió el deseo de que el maestro golpeara el escritorio, lo rompiera, y se lastimara al hacerlo. Para Félix esto representaba una nueva versión de su padre en relación sexual con su madre, mientras él miraba. Su relación con el maestro fue, desde el principio, la repetición de su relación con su padre, y estaba determinada de la misma forma por la homosexualidad reprimida. Toda respuesta que diera en clase, todo el trabajo que hacía en la escuela, tenía el significado de relación sexual con el padre. Pero también aquí, tal como en su relación con sus compañeros y oponentes en los juegos, aparecía la relación original con la madre —por escondida que estuviera— bajo la tendencia homosexual. La forma en que se sentaba en la escuela, el escritorio en que se apoyaba el maestro y la pizarra en que escribía, el aula, el edificio: todos estos representaban, en relación con el maestro, a la madre con la que el maestro (padre) tiene relación sexual, tal como el arco en que cae la pelota, el campo de juego en la escuela, el patio de recreo, etc. La angustia de castración explicaba tanto su inhibición para el aprendizaje como su inhibición para los juegos. Por consiguiente, podemos comprender cómo resultó que Félix, a pesar de ciertas inhibiciones, fuera un buen alumno en los primeros años, ya que ese período correspondía a la ausencia del padre debida

a la guerra, de modo que la angustia asociada con el aprendizaje estaba de algún modo disminuida. Fue con el retorno del padre cuando surgió la aversión a la escuela. Por otra parte, Félix sublimó entonces por un tiempo sus fantasías masturbatorias en las actividades físicas exigidas por su padre, es verdad que en parte sobrecompensando la angustia.

El mismo contenido cambiante de las fantasías masturbatorias puede encontrarse, como he mostrado, en su amor por la música: sublimación que había sido incluso más intensamente reprimida pero que fue gradualmente liberada en el curso del análisis. Fue otra vez debido a la angustia provocada por sus fantasías masturbatorias que se había desarrollado esta inhibición aun mayor y más temprana.

En el caso de Félix se tomó evidente que había una estrecha conexión del tic con la personalidad entera del paciente, tanto con su sexualidad como con su neurosis, con el resultado de sus sublimaciones, con el desarrollo de su carácter y con su actitud social. Esta conexión estaba enraizada en sus fantasías masturbatorias, y en el caso de Félix resultó especialmente evidente que estas fantasías influyeron en forma esencial en sus sublimaciones, neurosis y personalidad.

En forma similar, encontré en el caso de otro paciente que el desarrollo del tic estaba determinado por la significación y estructura de las fantasías masturbatorias. Se trataba no de un tic pronunciado sino de descargas motoras que, en muchos aspectos importantes, eran semejantes a un tic. Werner, que vino a verme a los nueve años, era un niño neurótico. Ya al año y medio había manifestado excesiva inquietud física, que se incrementaba constantemente. A los cinco años desarrolló el curioso hábito de mover sus manos y pies imitando los movimientos de una locomotora. De este juego se desarrolló lo que él mismo y los de su alrededor llamaban «agitación», lo que llegó a dominar cada vez más todos sus juegos. El juego original de la locomotora pronto dejó de ser el único contenido de su juego. A la edad de nueve años a menudo se agitaba horas y horas. Decía: «Agitarse es divertido, pero no es siempre divertido, no se puede dejar de hacerlo cuando uno quiere, como por ejemplo cuando hay que hacer los deberes».

En el análisis se hizo evidente que la supresión del movimiento provocaba no solo angustia sino también una sensación de tensión —era entonces que tenía que pensar siempre en agitarse— así como en Félix la supresión del tic no había liberado la angustia sino la tensión. Otras semejanzas importantes se encuentran en el contenido de las fantasías. Durante el análisis descubrí lo que Werner llamaba sus «pensamientos de agitación». Me dijo que se agitaba por

los animales de Tarzán[130]. Los monos caminan por la jungla, en su fantasía él camina tras ellos y se acomoda a su paso. Las asociaciones mostraron claramente su admiración por el padre que copula con la madre (mono = pene) y su deseo de participar como tercera persona. Esta identificación, de nuevo con padre y madre a la vez, formaba también la base de otros numerosos pensamientos de «agitación», todos los cuales podían reconocerse como fantasías masturbatorias. Es significativo que mientras se agitaba tenía que hacer girar un lápiz o regla entre los dedos de su mano derecha, y también que no podía «agitarse adecuadamente» en presencia de otros.

La siguiente es otra de las fantasías que acompañaban la agitación: vio ante él un bote hecho de una madera especialmente resistente y equipado con escalerillas bastante fuertes por las que una persona podía bajar y subir con perfecta seguridad. En la parte inferior había almacenes con provisiones y un gran balón lleno de gas. Hidroaviones podían aterrizar en este «buque de rescate» (como él lo llamaba) si estaban en dificultades. Esta fantasía expresaba la angustia de castración que surgía de su adopción de la actitud femenina en relación con su padre y también la defensa contra esa actitud. Los hidroaviones en dificultades lo representaban a él, el casco del buque a la madre, el balón y el almacén de provisiones, el pene del padre. En este caso, como en el de Félix, la angustia de castración llevó a una vuelta narcisista hacia sí mismo como objeto de amor. En sus fantasías representaba un papel importante un «Pequeño» que se une y compite también con un «Grande», y demuestra ser más diestro, como por ejemplo una locomotora más pequeña y especialmente un payaso más pequeño. El «Chiquito» no es solo el pene sino también él mismo, en comparación con su padre, y la admiración hacia sí mismo, que expresaba de este modo, mostraba la disposición narcisista de su libido.

Otra semejanza entre los dos casos es el papel importante que representaba el sonido en las fantasías de Werner. Werner no había desarrollado aún un sentimiento marcado hacia la música pero mostraba mucho interés por los ruidos que, como el análisis reveló, estaba estrechamente conectado con fantasías provenientes de observaciones de la relación sexual entre los padres. Compartió temporariamente el dormitorio de los padres cuando tenía cinco meses. Nada puede establecerse —por lo menos en el estadío actual de su análisis[131]— sobre sus observaciones en esta edad temprana. Por otra parte, el análisis ha probado más allá de toda duda la importancia de lo que repetidamente oyó a través de la puerta abierta que daba a la habitación de sus padres, alrededor de los dieciocho meses. Fue en

este periodo cuando apareció la excesiva movilidad. Lo siguiente ilustra el importante papel que representó el factor acústico en sus fantasías masturbatorias: me dijo que se había «agitado» por un gramófono que quiere conseguir; la «agitación» era, como siempre, la imitación de ciertos movimientos, en este caso los de dar cuerda al gramófono y de la púa que se mueve sobre el disco. Pasó luego a fantasías sobre una motocicleta que querría poseer y de la misma forma describió los movimientos de esta como «agitación». Hizo dibujos de sus fantasías. La motocicleta tenía un motor enorme, evidentemente dibujado como un pene, y como el balón del «buque de rescate», estaba bien lleno, en este caso con petróleo. En el motor se sentaba una mujer que ponía en movimiento la motocicleta. Los sonidos producidos al arrancar caían en forma de rayos puntiagudos sobre «un pobre hombrecito» al que asustaban mucho. En conexión con esto produjo Werner una fantasía sobre una banda de jazz, cuyos sonidos imitó, y dijo que él se estaba «agitando» por esto. Me mostró cómo toca el trompetista, cómo dirige el director y cómo otro tocaba la batería. Al preguntarle sobre qué se estaba «agitando» en conexión con esto, me contestó que estaba tomando parte en todas estas actividades. Entonces dibujó en un papel un gigante con grandes ojos y una cabeza que contenía antenas y aparatos telegráficos. Un muñequito diminuto quería ver al gigante y para hacerlo se subía a la Torre Eiffel que en el dibujo estaba conectada con un rascacielos. Su admiración por su padre se expresaba aquí a través de la admiración por su madre; tras la actitud pasiva homosexual podía advertirse la heterosexual.

En Werner, como en el caso de Fritz, el intenso interés por lo acústico que tiene que encontrar expresión rítmica, estaba asociado con la represión de la escoptofilia. Después de las fantasías que acabo de describir, sobre la banda de jazz representada por un gigante, Werner me habló de los cinematógrafos a los que había ido. Es verdad que no tenía una aversión tan marcada como Félix por el cine, pero he notado signos de escoptofilia reprimida cuando tuve oportunidad de verlo con otros niños durante una representación teatral. Apartaba sus ojos del escenario por períodos bastante largos, y dijo después que todo era aburrido y falso. Por momentos permanecía como encantado, con la mirada fija en la escena que se estaba representando, pero luego volvía a la actitud anterior.

También en el caso de Werner, el complejo de castración era extraordinariamente fuerte; la lucha contra la masturbación había fracasado, pero el niño buscaba un sustituto en otras descargas motoras. Su análisis no ha podido asegurar aún cuáles fueron las impresiones traumáticas que

llevaron al desarrollo de un complejo de castración tan intenso, y al miedo a la masturbación. Sin duda que la observación auditiva del coito a la edad de cinco años —de nuevo a través de la puerta abierta—, luego probablemente también la observación visual entre la edad de seis y siete años, cuando compartió el cuarto de los padres por un breve periodo, sirvieron para intensificar todas sus dificultades, incluso la «agitación» que ya se había desarrollado para entonces. La analogía entre «agitación» y un tic es incuestionable. Posiblemente se justificaría considerar el síntoma motor como una especie de estadío preliminar del desarrollo de un tic real. También en el caso de Félix una difusa movilidad excesiva se había evidenciado desde la temprana infancia, y solo fue reemplazada por un tic en la pubertad, después de una experiencia especial que sirvió como factor precipitante. Quizá suceda a menudo que un tic se desarrolla finalmente solo en la pubertad, cuando aparecen tantas dificultades.

Compararé ahora las conclusiones de mi material con las publicaciones psicoanalíticas sobre el tic. Quisiera referirme al amplio artículo «Observaciones psicoanalíticas sobre el tic», de Ferenczi[132], y el artículo de Abraham[133] leído ante la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Una de las conclusiones de Ferenczi (que el tic es un equivalente de la masturbación) está confirmada en los dos casos que he descrito. La tendencia a efectuar el tic en soledad, que fue también subrayada por Ferenczi, podía verse en el caso de Werner, en el que pudimos observar la condición en estado de desarrollo; le era necesario estar solo para poder «agitarse». La conclusión de Ferenczi de que en el análisis el tic no juega el mismo papel que otros síntomas, que —en cierta medida— elude el análisis, puedo también confirmarla, pero solo hasta cierto punto. Por mucho tiempo yo también tuve la impresión, en el análisis de Félix, de que había algo muy diferente sobre su tic en comparación con otros síntomas que revelaron su significado mucho antes y más claramente. Encontré también que a Félix no le importaba tener un tic, y esto nuevamente está de acuerdo con las conclusiones de Ferenczi. Estoy también de acuerdo con Ferenczi en que las razones de todas estas diferencias deben encontrarse en la naturaleza narcisista del tic.

Pero aquí surge cierto desacuerdo esencial con Ferenczi. El considera al tic como un síntoma narcisista primario que tiene una fuente común con las psicosis narcisistas. La experiencia me ha convencido de que el tic no es accesible a la influencia terapéutica hasta que el análisis no ha logrado descubrir las relaciones objetales en que se basa. He descubierto que subyacentes al tic había impulsos genitales, anal-sádicos y oral-sádicos

dirigidos al objeto. Es verdad que el análisis tuvo que penetrar en los estadios más tempranos del desarrollo infantil, y el tic no desapareció completamente hasta que las fijaciones predisponentes del período infantil hubieran sido minuciosamente exploradas[134]. No puede sostenerse el argumento de Ferenczi de que en el caso del tic no parece de ningún modo que haya relaciones objetales escondidas tras el síntoma. La relación objetal original se tomó clara en el curso del análisis en los dos casos que he descrito; meramente habían sufrido una regresión al estadío narcisista, bajo la presión del complejo de castración.

Las relaciones objetales anal-sádicas que señaló Abraham también se revelaron en mis casos. En Félix, la contracción de los hombros que seguía al tic era un sustituto de la contracción del esfínter, que formaba también la base del movimiento rotatorio del tic. En conexión con esto surgió el impulso a insultar al maestro. El movimiento de «taladrar» del tic, la tercera fase, es compatible no solo por taladrar dentro sino también con taladrar hacia afuera, defecación.

En la época en que el tic fue reemplazado por excesiva movilidad difusa, Félix tenía la costumbre de balancear los pies en tal forma que a menudo pateaba al maestro cuando este pasaba. Era incapaz de dominar este hábito a pesar de las dificultades que le traía. Este componente agresivo de su inquietud física que fue nuevamente representado en el tic, también se reveló claramente en el caso de Werner, en una conexión tan significativa que mostró claramente el significado fundamental de los impulsos sádicos en las descargas semejantes a tics. Durante las sesiones analíticas, una serie de preguntas compulsivas y apasionadas, que resultaron ser expresión de curiosidad conectada con la escena primaria —de cuyos detalles el niño de un año y medio no podía encontrar explicación— eran seguidas repetidamente por violentos estallidos de ira. En esos momentos Werner ensuciaba el alféizar de la ventana y la mesa con lápices de colores, trataba de ensuciarme a mí también, me amenazaba con sus puños y con las tijeras, trataba de pegarme puntapiés, hacia sonidos semejantes a flatos hinchando los carrillos, me insultaba de todas formas, hacía muecas y silbaba; en medio de esto se ponía repetidamente los dedos en las orejas[135] y de repente anunciaba que podía oír un ruido raro, distante, pero no sabía qué era.

Mencionaré otro hecho que provee pruebas inequívocas de que esta escena era una repetición de las descargas motoras agresivas provocadas por la escena primaria. Durante el estallido de ira, Werner solía salir de la habitación para ver si podía golpearme con una pelota arrojada desde el

vestíbulo a través de la puerta abierta, una repetición evidente de la situación en que, a la edad de dieciocho meses, quería insultar y dañar a sus padres a través de la puerta abierta[136]. Numerosas fantasías que demostraron estar conectadas con el tic, por ejemplo la de los instrumentos de viento con los que Félix sentía que quería participar en la relación sexual de los padres, atestiguan la relación objetal anal. Werner también se «agitaba» para imitar al trompetista de la banda de jazz —que representaba a su padre en el acto sexual— y la expresaba también silbando e imitando el ruido de los flatos.

La forma en que estos componentes sádico-anales no solo entraban en el tic sino que demostraron ser importantes factores de su construcción, me parece que confirma la opinión de Abraham de que el tic es un síntoma de conversión del estadío sádico-anal. Ferenczi, en réplica a Abraham, expresó su acuerdo con esta opinión, y también llamó la atención en su artículo sobre la importancia de los componentes sádico-anales del tic y su conexión con la coprolalia.

Las relaciones objetales genitales se vieron claramente en el material anterior. Las fantasías de coito asociadas con el tic se habían expresado originalmente en actividades masturbatorias. Esto se evidenció cuando en el curso del análisis reapareció la elección objetal en conexión con la masturbación tanto tiempo evitada bajo la presión de la angustia. La elección objetal heterosexual, que fue la última en ser descubierta, estuvo acompañada por más cambios en las fantasías masturbatorias, y con estas se restableció claramente el retorno a la masturbación de la temprana infancia.

Puedo señalar aquí un pasaje del artículo de Ferenczi que parece tender un puente entre las diferencias de opinión de Ferenczi y las mías propias. Ferenczi escribe: «En el caso de un tic que aparece en un 'narcisista constitucional', en general la primacía de la zona genital no parece firmemente establecida, de modo que estimulaciones ordinarias o perturbaciones inevitables dan lugar a ese desplazamiento. La masturbación sería entonces una especie de actividad sexual seminarcisista de la que son posibles tanto la transición a la gratificación normal con otro objeto como el retorno al autoerotismo».

Mi material muestra que un retroceso de las relaciones objetales ya conseguidas al narcisismo secundario ha tenido lugar por medio de la masturbación; por ciertas razones, que deben ser examinadas en detalle, la masturbación se tomó nuevamente una actividad autoerótica. Pero esto me parece que aclara la diferencia entre las ideas de Ferenczi y las mías. Según mis descubrimientos, el tic no es un síntoma narcisista primario sino

secundario. Como ya he señalado, en mis casos la desaparición del tic fue seguida no solo por angustia sino también por una sensación de tensión, lo que está de acuerdo con las afirmaciones de Abraham.

En cierta medida mis conclusiones pueden ser consideradas como complementarias de las opiniones de Ferenczi y Abraham. Encontré que el tic era un síntoma narcisista secundario, y fue la revelación de las relaciones objetales originales anal-sádicas y genitales en las que estaba basado lo que me llevó a esta conclusión. Además, apareció que el tic no es solo un equivalente de la masturbación sino que también hay fantasías masturbatorias ligadas a él. La exploración y disolución analítica del tic solo se hizo posible luego del cuidadoso análisis de las fantasías masturbatorias, lo que implicaba develar el entero desarrollo sexual de la infancia. Así el análisis de las fantasías masturbatorias resultó ser la clave para la comprensión del tic.

Al mismo tiempo llegué a ver que el tic, que al principio había parecido un síntoma accidental y desvinculado, estaba estrecha y orgánicamente conectado con graves inhibiciones y con un desarrollo asocial del carácter. He señalado repetidamente que cuando la sublimación tiene éxito, todo talento y todo interés están basados en parte en fantasías masturbatorias. En el caso de Félix, sus fantasías masturbatorias estaban estrechamente conectadas con su tic. La sublimación de sus fantasías masturbatorias en numerosos intereses fue paralela a la desintegración y desaparición del tic. El resultado final del análisis fue la disminución de gran alcance tanto de las inhibiciones como de los defectos caracterológicos. También en el caso de Werner, el análisis reveló la significación central de la «agitación» y su conexión con sus graves inhibiciones y conducta asocial. A pesar de que el análisis de Werner no ha penetrado aún lo bastante profundamente como para ejercer un efecto terapéutico en el síntoma, es ya claro hasta dónde toda su rica vida de fantasía ha sido puesta al servicio de este síntoma, y apartada por consiguiente de otros intereses. El análisis muestra también que la inhibición de su personalidad había sido progresiva.

Creo que estos factores señalan la necesidad de examinar desde este ángulo la significación del tic, esto es, descubrir hasta dónde no es meramente una indicación de inhibición y desarrollo asocial, sino de importancia fundamental para el desarrollo de estas perturbaciones.

Quisiera señalar una vez más los factores específicos subyacentes a la psicogénesis del tic, tal como se me aparecieron en el material presentado. Las fantasías masturbatorias subyacentes al tic son ciertamente inespecíficas, porque sabemos que tienen la misma importancia para casi cualquier síntoma

neurótico, y como he tratado de mostrar repetidamente, para la vida de fantasía y las sublimaciones. Pero incluso el contenido especial de las fantasías masturbatorias que era común a mis dos casos —identificación simultánea con ambos padres en tanto que el sujeto mismo participa— no parece en sí mismo específico. Uno se encuentra seguramente con este tipo de fantasía en pacientes que no tienen ni un tic.

Pero un factor más específico me parece que yace en el desarrollo que en ambos casos tomó esta forma de identificación. Al principio la identificación con el padre estaba encubierta por la identificación con la madre (actitud homosexual pasiva); debido a una angustia de castración particularmente intensa esta actitud dio lugar luego a la renovada aparición de una actitud activa. Tuvo lugar nuevamente un tipo de identificación con el padre, pero ya no era exitosa porque las características de este estaban fusionadas con el propio yo del paciente, y el yo del paciente, amado por el padre, emergió como el nuevo objeto amado.

Hay sin embargo un factor específico preciso que favoreció tanto la regresión narcisista, que surgía del complejo de castración, como el tic basado en esta regresión. En el caso de Félix, como en el de Werner, las observaciones de la relación sexual se hicieron de tal modo que el interés principal se dirigió a los sonidos acompañantes. En Félix este interés por el sonido estaba intensificado por una considerable represión de la escoptofilia. En el caso de Werner, no hay duda de que como sus observaciones fueron hechas desde el cuarto contiguo, y fueron entonces principalmente observaciones auditivas, llevaron a su interés por el sonido. Un aumento de la movilidad, probablemente de origen constitucional (Ferenczi, loc. cit.) aparece en conexión con este interés[137]. Imitaba[138] lo que oía, primero por representación en movimientos masturbatorios rítmicos. Cuando abandonó la masturbación bajo la presión de la angustia de castración, entonces los sonidos tenían que ser reproducidos por otras descargas motoras. Por ejemplo, en ambos casos describí la fantasía de llevar el compás en música, con el director. Podemos suponer que este interés acústico no solo estaba influido por circunstancias, sino que derivaba de un factor constitucional que en estos dos casos mostró estar conectado con fuertes componentes sádico-anales. Estos se revelaron en un interés por los sonidos de los flatos y en la agresión subyacente a la movilidad incrementada.

Solo la experiencia posterior puede decidir si los factores específicos que actuaban en los casos que he observado son también en otros casos de importancia en la psicogénesis de tics.

Apéndice agregado al corregir las pruebas (1925)

Desde que escribí este articulo he comenzado el análisis de un niño, Walter, de cinco años y medio, cuyo síntoma principal consistía en un movimiento estereotipado. La juventud del paciente y el progreso hecho en el análisis (que basta ahora duró seis meses) hizo posible explorar con detalle los factores interactuantes que subyacían al síntoma, e influir en forma muy favorable en el síntoma recientemente desarrollado. Una neurosis obsesiva y una deformación caracterológica incipiente en el niño hacen necesario un análisis más profundo. Este caso revela también la actuación de los factores que demostraron ser decisivos en los dos primeros casos. Por razones de brevedad escogeré el de oír el coito desde una habitación adyacente, en el segundo año de vida. A esta edad aparecieron movilidad excesiva y miedo al ruido de golpear. Semana tras semana en el análisis Walter hace una repetición compulsiva, con variaciones, del show de Kasperle (semejante al de Punch y Judy). En esta actuación yo tengo que empezar como el director de orquesta y con un palito u objeto similar golpear, lo que representa la música; al compás de este golpeteo él hace trucos acrobáticos. Muchos detalles prueban que el show de Kasperle es la relación sexual en la que toma el lugar de la madre. Su miedo a la masturbación, asociado con un suceso traumático a los cuatro años, era evidente. Hasta ahora la representación teatral es siempre seguida por un estallido de ira, acompañado por descargas motoras agresivas, y una representación de ataques anales y uretrales de ensuciar dirigidos todos a los padres en coito. La base anal-sádica de los síntomas motores pudo verse claramente.

Mis conclusiones se confirman en todos los puntos por este tercer caso, y es particularmente instructivo notar que los casos pertenecen a diferentes y muy importantes períodos del desarrollo. Parece ahora claramente probado que el tic tiene su base en la agitación e inquietud física tan frecuente en la temprana infancia, la que por consiguiente requiere seria consideración. Si esta movilidad excesiva, difusa, es invariablemente condicionada por observaciones auditivas del coito, incluso si no se desarrolla en un tic, solo podría afirmarse luego de mayor experiencia. En cualquier caso, fueron un factor fundamental en los tres casos que analicé y en los que la movilidad excesiva sí se convirtió en un tic o en movimientos semejantes a un tic. En Walter, como en Werner, la condensación en síntomas motores apareció en el

sexto año de vida. Me refiero al hecho mencionado por Ferenczi de que en el período de latencia los tics aparecen frecuentemente como un síntoma transitorio. En dos de mis tres casos impresiones traumáticas contribuyeron seguramente al fracaso en la superación de los complejos edípico y de castración, mientras que en el tercer caso no ha sido lo bastante analizado aún en ese sentido. Esto dio origen, luego de la declinación del complejo de Edipo, a una lucha particularmente intensa contra la masturbación, de la que el síntoma motor se torna entonces un sustituto inmediato. Puede suponerse que en otros casos también los tics y movimientos estereotipados —frecuentemente transitorios— del período de latencia pueden desarrollarse luego en un verdadero tic, cuando la recrudescencia de los conflictos de la temprana infancia, o de experiencias traumáticas —especialmente en la pubertad, o incluso después— sobrevienen como factores precipitantes.

6. Principios psicológicos del análisis infantil (1926)

En el siguiente artículo me propongo examinar en detalle ciertas diferencias entre la vida mental de los niños pequeños y la de los adultos. Estas diferencias requieren que usemos una técnica adaptada a la mente del niño pequeño, y trataré de demostrar que hay una cierta técnica de juego analítica, que cumple con este requisito. Esta técnica está planeada de acuerdo con ciertos puntos de vista que examinaré con algún detalle en este artículo.

Como sabemos, los niños forman relaciones con el mundo externo dirigiendo hacia los objetos de los que se obtiene placer la libido originalmente apegada exclusivamente al propio yo del niño. La relación del niño con estos objetos, sean vivientes o inanimados, es en primer lugar narcisista. Sin embargo, es de este modo como los niños llegan a tener relaciones con la realidad. Quisiera ahora ilustrar con un ejemplo la relación de los niños pequeños con la realidad.

Trude, una niña de tres años y tres meses, se fue de viaje con la madre luego de una única sesión de análisis. Seis meses después reinicié el análisis. Fue solo después de tiempo considerable que habló de algo que había pasado en ese intervalo, y la ocasión en que lo hizo fue durante el relato de un sueño. Soñó que estaba nuevamente en Italia con su madre, en un restaurante familiar. La camarera no le daba jarabe de frutilla, porque no quedaba más. La interpretación de este sueño mostró, entre otras cosas, que la niña sufría aún de la privación del pecho materno impuesta por el destete; además, reveló su envidia a su hermanita. Por lo general, Trude me contaba toda clase de cosas aparentemente irrelevantes, y también mencionaba repetidamente detalles de su primera sesión analítica, seis meses atrás, pero era solo la conexión con las frustraciones que había experimentado lo que le hacía pensar en sus viajes, que por otra parte no tenían interés para ella.

En una edad muy temprana los niños empiezan a conocer la realidad a través de las privaciones que esta les impone. Se defienden a sí mismos contra la realidad repudiándola. Sin embargo lo fundamental y el criterio de toda capacidad ulterior de adaptación a la realidad, es el grado en que son capaces

de tolerar las privaciones que resultan de las situaciones mismas. De ahí que incluso en niños pequeños, un repudio exagerado de la realidad (a menudo encubierto bajo una aparente «adaptabilidad» y «docilidad») es una indicación de neurosis y difiere de la huida de la realidad del adulto neurótico solo en las formas en que se manifiesta. Por consiguiente, incluso en el análisis de niños pequeños, uno de los resultados finales a obtener es la adaptación exitosa a la realidad. Una forma en que esto se manifiesta en los niños es la modificación de las dificultades que presentan en su educación. En otras palabras, estos niños se han hecho capaces de tolerar frustraciones reales.

Podemos observar que los niños muestran a menudo, ya al principio de su segundo año, una marcada preferencia por el progenitor del sexo opuesto y otros indicios de tendencias edípicas incipientes.

Cuando empiezan los conflictos subsiguientes, es decir, en qué punto el niño llega a estar realmente dominado por el complejo de Edipo, es menos claro, ya que deducimos su existencia solo de ciertos cambios que advertimos en el niño.

El análisis de un niño de dos años y nueve meses, otro de tres años y tres meses, y varios de alrededor de cuatro años, me ha llevado a la conclusión de que en ellos el complejo de Edipo ejerció una profunda influencia ya en su segundo año de vida[139]. Ilustraré esto con el desarrollo de una pequeña paciente. Esta mostró preferencia por su madre hasta el comienzo de su segundo año; después mostró una llamativa preferencia por el padre. Por ejemplo, a los quince meses repetidamente pedía quedarse sola con él en la habitación, sentarse en sus rodillas, mirar libros junto con él. Pero a los dieciocho meses, su actitud cambió nuevamente, y prefirió otra vez a la madre. Simultáneamente empezó a sufrir terrores nocturnos y miedo a los animales.

Desarrolló una excesiva fijación a la madre y una muy profunda identificación con el padre. Al comienzo de su tercer año manifestó creciente ambivalencia, y era tan difícil criarla que cuando tenía dos años y nueve meses fue traída al tratamiento analítico. En esta época había mostrado por algunos meses una considerable inhibición en el juego, incapacidad para tolerar frustraciones, excesiva sensibilidad al dolor y marcado malhumor. Las siguientes experiencias han contribuido a este desarrollo. Hasta la edad de casi dos años Rita durmió en la habitación de sus padres, y los efectos de la escena primaria se mostraron claramente en su análisis. Sin embargo, la ocasión de la irrupción de su neurosis fue el nacimiento de su hermanito.

Poco después de esto se manifestaron dificultades aún mayores que aumentaron rápidamente. No puede haber dudas de que hay una estrecha conexión entre la neurosis y efectos tan profundos del complejo de Edipo experimentados en edad tan temprana. No puedo determinar si es a niños neuróticos a quienes la actuación temprana del complejo de Edipo afecta tan intensamente, o si los niños se vuelven neuróticos cuando este complejo se instala demasiado pronto. Es, sin embargo, seguro que experiencias como las que he mencionado aquí hacen el conflicto más grave, y que por consiguiente o incrementan la neurosis o provocan su irrupción.

Seleccionaré ahora de este caso los rasgos que los análisis de niños de diferentes edades me han enseñado que son típicos. Se los ve más directamente en el análisis de niños pequeños. En varios casos en los que analicé ataques de angustia en niños muy pequeños, estos ataques resultaron ser la repetición de un terror nocturno que había ocurrido en la segunda mitad del segundo año y al comienzo de su tercer año. Este temor era a la vez un efecto de una elaboración neurótica del complejo de Edipo. Hay muchas elaboraciones de este tipo, que nos llevan a establecer conclusiones firmes sobre los efectos del complejo de Edipo[140].

Entre estas elaboraciones, en las que era muy clara la vinculación con la situación edípica, debe recalcarse la forma en que los niños frecuentemente se caen y se lastiman, su hipersensibilidad, su incapacidad de tolerar frustraciones, sus inhibiciones de juego, su actitud ambivalente hacia ocasiones festivas y regalos, y finalmente diversas dificultades en la crianza que a menudo hacen su aparición a una edad sorprendentemente temprana. Pero encuentro que la causa de estos fenómenos muy comunes es un sentimiento de culpa particularmente fuerte, cuyo desarrollo examinaré ahora con detalle.

Mostraré con un ejemplo cuán intensamente el sentimiento de culpa opera incluso en el terror nocturno. Trude, a la edad de cuatro años y tres meses, jugaba constantemente durante la sesión a que era de noche. Ambas teníamos que irnos a dormir. Después salía del rincón al que llamaba su habitación, venia sigilosamente hacia mí y me hacía toda clase de amenazas, me iba a apuñalar la garganta, arrojarme al patio, quemarme o entregarme a la policía. Trataba de atar mis manos y pies, levantaba la cobertura del sofá y decía que estaba haciendo «po-caca-cucú[141]».

Resultó que estaba mirando en el «popo» de la madre para ver si había cacas, que para ella representaban el niño. Otra vez quiso pegarme en el estómago y declaró que estaba sacando las «a-a» (heces), y dejándome pobre.

Después sacó los almohadones, a los que repetidamente llamaba «niños» y se escondió con ellos en el rincón del sofá, en el que se agachó con intensos signos de miedo, se cubrió, se succionó el pulgar y se orinó. Esta situación seguía siempre a sus ataques hacia mí. Su actitud era, sin embargo, similar a la que, cuando aún no tenía dos años, había adoptado en la cama cuando empezó a sufrir de intensos terrores nocturnos. También en esta época solía correr repetidamente a la habitación de sus padres durante la noche sin poder decirles qué era lo que quería. Cuando nació su hermano tenía dos años, y el análisis logró revelar qué había en su mente en esa época y también cuáles eran las causas de su angustia y del orinar y ensuciar la cama. El análisis logró también abolir estos síntomas. En esa época ya había deseado robar a su madre, que estaba embarazada, los hijos, matarla y tomar su lugar en el coito con el padre. Estas tendencias al odio y la agresión eran la causa de su fijación a la madre (que, a la edad de dos años, se estaba volviendo particularmente intensa), y también de sus sentimientos de angustia y culpa. En el período en que estos fenómenos eran tan prominentes en el análisis de Trude, se las arreglaba para lastimarse casi siempre justo antes de la sesión. Descubrí que los objetos con los que se lastimaba (mesas, armarios, estufas, etc.) significaban para ella (de acuerdo con la primitiva identificación infantil) a la madre, o a veces al padre, que la castigaba. En general he descubierto, especialmente en niños muy pequeños, que «estar constantemente en guerra» y caer y lastimarse está estrechamente conectado con el complejo de castración y el sentimiento de culpa.

Los juegos de los niños nos permiten formular ciertas conclusiones especiales sobre el temprano sentimiento de culpa. Ya en su segundo año, los que estaban en contacto con Rita se sorprendían de su remordimiento por cualquier travesura, por pequeña que fuera, y de su hipersensibilidad a cualquier tipo de reproche. Por ejemplo, estallaba en lágrimas cuando su padre, jugando, amenazaba a un oso de un libro de láminas. Aquí, lo que determinó su identificación con el oso fue su miedo al reproche del padre real. También su inhibición de juego procedía de su sentimiento de culpa. Cuando tenía dos años y tres meses declaraba repetidamente, cuando jugaba con su muñeca (juego del que no disfrutaba mucho), que ella no era la muñeca-bebé de su madre. El análisis reveló que ella no se animaba jugar a ser la madre porque la muñeca-bebé representaba para ella entre otras cosas, a su hermanito, que había deseado arrebatar a su madre, incluso durante el embarazo. Pero aquí la prohibición del deseo infantil ya no provenía de la madre real, sino de la madre introyectada, cuyo rol representó ante mí en

diversas formas, y quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre real hubiera hecho nunca. Un síntoma obsesivo que Rita desarrolló a los dos años fue un ritual nocturno que implicaba mucha pérdida de tiempo.

Su punto principal era que insistía en ser fuertemente arropada con la sábana por miedo a que «un ratón o una butty (mariposa) podrían venir a través de la ventana y arrancar con los dientes su butty (genital[142])». Sus juegos revelaron otros determinantes: la muñeca tenía que ser siempre arropada igual que Rita misma, y en una oportunidad puso un elefante junto a la cama de la muñeca. Se suponía que este elefante iba a impedir que la muñeca se levantara; si no, entraría furtivamente a la habitación de sus padres y les haría daño o les quitaría algo. El elefante (imago paterna) tenía que tomar la parte del que ponía obstáculos. Este papel lo había representado el padre introyectado dentro de ella desde la época en que, entre los quince meses y los dos años, había querido usurpar el lugar de la madre con el padre, robar a la madre el niño con que estaba embarazada, y dañar y castrar a sus padres. Las reacciones de ira y angustia que seguían al castigo a la «niña» durante esos juegos mostraron, además, que Rita estaba representando internamente ambos papeles: el de las autoridades que juzgan y el del niño que es castigado.

Un mecanismo fundamental y universal en el juego de representar un papel sirve para separar estas identificaciones operantes en el niño, que tienden a formar un todo único. Por la división de roles el niño logra expulsar al padre y a la madre que en la elaboración del complejo de Edipo ha absorbido dentro de sí, y que ahora lo atormentan internamente con su severidad. El resultado de esta expulsión es una sensación de alivio, que contribuye en gran medida al placer extraído del juego. Aunque este juego de representar parece a menudo muy simple y ser expresión solo de identificaciones primarias, esta es solo la apariencia superficial. Es de gran importancia en el análisis de niños penetrar detrás de esta apariencia. Sin embargo, puede tener un pleno efecto terapéutico solo si la investigación revela todas las identificaciones y elementos subyacentes y, ante todo, si hemos encontrado el camino hacia el sentimiento de culpa que está aquí en acción.

En los casos que he analizado, el efecto inhibitorio de los sentimientos de culpa fue evidente a una edad muy temprana. Lo que encontramos aquí corresponde a lo que conocemos como el superyó en adultos. El hecho de que supongamos que el complejo de Edipo alcanza su punto culminante hacia el

cuarto año de vida y que reconozcamos el desarrollo del superyó como el resultado final del complejo, me parece que no contradice de ningún modo estas observaciones. Esos fenómenos definidos, típicos, cuya existencia podemos reconocer en la forma más claramente desarrollada cuando el complejo de Edipo ha alcanzado su punto culminante y que precede a su declinación, son solamente la terminación de un desarrollo que dura años. El análisis de niños muy pequeños muestra que estos, en cuanto surge el complejo de Edipo, empiezan a elaborarlo y de ahí a desarrollar el superyó.

Los efectos de este superyó infantil sobre el niño son análogos a los del superyó del adulto, pero pesan mucho más sobre el débil yo infantil. Como nos enseña el análisis de los niños, fortificamos este yo cuando el procedimiento analítico frena las exigencias excesivas del superyó. No puede haber dudas de que el yo de niños pequeños difiere del de los niños mayores o del de los adultos. Pero, cuando hemos liberado el yo del niño pequeño de la neurosis, resulta perfectamente adaptado a las exigencias de la realidad que encuentra exigencias todavía menos graves que las que se hacen a los adultos**[143]**.

Así como la mente de los niños pequeños difiere de la de los niños mayores, así también su reacción al psicoanálisis es en la temprana infancia diferente de la reacción posterior. Nos sorprendemos a menudo de la facilidad con que en ciertas ocasiones son aceptadas nuestras interpretaciones: incluso a veces los niños expresan considerable placer ante ellas. La razón por la cual este proceso es diferente del que encontramos en análisis de adultos es que en ciertos estratos de la mente infantil hay una comunicación mucho más fácil entre la conciencia y el inconsciente, y por consiguiente es mucho más fácil volver sobre los pasos del uno al otro. Esto explica el rápido efecto de nuestra interpretación, que por supuesto nunca es formulada excepto sobre la base de material adecuado. Sin embargo, los niños a menudo producen este material con sorprendente rapidez y mucha variedad. El efecto, además, es a menudo sorprendente, incluso cuando el niño no ha parecido recibir de ningún modo la interpretación. Se reasume el juego interrumpido a causa de la instauración de las resistencias; se lo transforma y amplia, y se expresan estratos más profundos de la mente, se restablece el contacto entre el niño y el analista; el placer en el juego, que sigue visiblemente a la formulación de una interpretación, se debe también al hecho de que el gasto requerido por la represión no se necesita ya luego de la interpretación. Pero pronto encontramos otra vez resistencias durante algún tiempo, y aquí el asunto ya no es tan fácil como he descrito. En realidad, en esos momentos tenemos que

luchar contra grandes dificultades. Esto sucede especialmente cuando encontramos un sentimiento de culpa.

En su juego los niños representan simbólicamente fantasías, deseos y experiencias. Emplean aquí el mismo lenguaje, el mismo modo de expresión arcaico, filogenéticamente adquirido con el que estamos familiarizados gracias a los sueños. Solo podemos comprenderlo plenamente si lo enfocamos con el método que Freud ha desarrollado para descifrar los sueños. El simbolismo es solo una parte de él; si queremos comprender correctamente el juego del niño en conexión con todo su comportamiento durante la sesión, debemos tener en cuenta no solo el simbolismo que a menudo aparece tan claramente en sus juegos, sino también todos los medios de representación y los mecanismos empleados en el trabajo del sueño, y tenemos que tener en cuenta la necesidad de examinar el nexo total de los fenómenos[144].

Si empleamos esta técnica pronto encontramos que los niños producen no menos asociaciones con los rasgos distintos de sus juegos, que lo que hacen los adultos con los elementos de sus sueños. Los detalles de su juego señalan el camino para un observador atento; y entretanto, el niño cuenta toda clase de cosas que deben valorarse plenamente como asociaciones.

Además de este modo arcaico de representación, los niños emplean otro mecanismo primitivo, es decir, sustituyen con acciones (que fueron los precursores originales de los pensamientos) a las palabras: en los niños, actuar representa una parte prominente.

En «De la historia de una neurosis infantil[145]», Freud dice: «Un análisis hecho en un niño neurótico debe, por supuesto, parecer más confiable, pero no puede ser muy rico el material, deben prestarse al niño demasiadas palabras y pensamientos, e incluso así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables a la conciencia».

Si enfocamos el análisis infantil con la técnica adecuada al de los adultos seguramente no lograremos penetrar en los niveles más profundos de la vida mental del niño. Pero son precisamente esos niveles los importantes para el éxito y valor de un análisis. Sin embargo, si tomarnos en cuenta las diferencias psicológicas entre niños y adultos y recordamos el hecho de que en los niños encontramos el inconsciente actuando aún junto al consciente, las tendencias más primitivas junto a los desarrollos más complicados que conocemos, como el superyó, es decir, si comprendemos correctamente la forma de expresión del niño, desaparecen todos estos puntos dudosos y factores desfavorables, ya que encontramos que con respecto a la profundidad y amplitud del análisis, podemos esperar tanto de los niños como de los

adultos. Y más aún, en el análisis de los niños podemos retroceder a experiencias y fijaciones que en el análisis de adultos solo podemos reconstruir, mientras que en los niños se las representa directamente[146]. Tomemos por ejemplo el caso de Ruth que, de bebé, había sufrido hambre durante un tiempo porque la madre tenía poca leche para darle. A los cuatro años y tres meses, al jugar con el lavatorio, llamó al tapón de agua, tapón de leche. Declaró que la leche iba a parar a las bocas (los agujeros de la cañería) pero que solo corría muy poco. Este deseo oral insatisfecho apareció en innumerables juegos y dramatizaciones y se manifestó en toda su actitud. Por ejemplo, aseveraba que era pobre, que solo tenía un abrigo, y que tenía muy poco que comer; ninguna de estas afirmaciones tenía el más mínimo acuerdo con la realidad.

Otra pequeña paciente (que sufría de neurosis obsesiva) era Erna, de seis años, cuya neurosis se basaba en impresiones recibidas durante el período de aprendizaje de hábitos higiénicos[147]. Dramatizaba para mí estas impresiones con el máximo detalle. Una vez puso un muñequito sobre una piedra, jugó a que estaba defecando y colocó otros muñecos alrededor, que se suponía que lo estaban admirando. Después de esta dramatización Erna trajo el mismo material, en un juego de representación. Quería que yo fuera un bebé de largas ropas que se ensuciaba, mientras ella era la madre. El bebé era un niño mimado y objeto de admiración. Esto fue seguido por una reacción de ira en Erna, y ella representó el papel de una maestra cruel que golpeaba al niño. En esta forma Erna representó ante mi uno de los primeros traumas en su experiencia: el fuerte golpe que recibió su narcisismo cuando imaginaba que las medidas utilizadas para enseñarle hábitos de limpieza significaban la pérdida del excesivo afecto que se le dio en su infancia.

En general, en el análisis de niños no podemos sobreestimar la importancia de la fantasía y de la traducción a la acción por efecto de la compulsión a la repetición. Naturalmente, los niños pequeños usan mucho más el recurso de la acción, pero incluso los mayores recurren constantemente a este mecanismo primitivo, especialmente cuando el análisis ha anulado algunas de sus represiones. Es indispensable para llevar a cabo el análisis, que los niños obtengan el placer que está ligado a ese mecanismo, pero el placer debe seguir siendo siempre solo un medio para un fin. Es justamente aquí donde vemos la predominancia del principio del placer sobre el principio de realidad. No podemos apelar al sentido de realidad en pacientes pequeños como podemos en los mayores.

Así como los medios de expresión de los niños difieren de los de los adultos, así también la situación analítica en el análisis de niños parece ser enteramente diferente. Sin embargo, es en ambos casos esencialmente la misma. Interpretaciones adecuadas, resolución gradual de las resistencias, y persistente descubrimiento por la transferencia de situaciones anteriores: esto constituye en los niños tanto como en los adultos la situación analítica correcta.

He dicho ya que en el análisis de niños pequeños he visto una y otra vez cuán rápidamente surten efecto las interpretaciones. Es un hecho llamativo que, aunque haya numerosas indicaciones inequívocas de este efecto (el desarrollo del juego, la consolidación de la transferencia, la disminución de la angustia, etc.), sin embargo, durante bastante tiempo el niño no elabora conscientemente las interpretaciones. Pero he podido probar que esta elaboración se establece realmente después. Por ejemplo, los niños empiezan a distinguir entre la madre «imaginada» y la madre real, y entre el muñequito de madera y su hermano como bebé vivo. Entonces insisten firmemente en que querían hacer tal o cual daño solo al bebé de juguete; dicen que por supuesto aman al bebé real. Solo cuando han sido superadas resistencias muy poderosas y de larga data los niños se dan cuenta de que sus actos agresivos estaban dirigidos hacia los objetos reales. Entonces, cuando se admite esto, el resultado, incluso en niños muy pequeños es generalmente un paso notable hacia la adaptación a la realidad. Mi impresión es que al principio la interpretación solo es inconscientemente asimilada. Es solo después cuando la relación de esta con la realidad penetra gradualmente en la comprensión del niño. El proceso de esclarecimiento es análogo. Durante largo tiempo el análisis solo revela el material de teorías sexuales y fantasías del nacimiento, e interpreta este material sin ninguna «explicación». Así, el esclarecimiento tiene lugar poco apoco con la remoción de resistencias inconscientes que actuaban contra él.

De ahí que lo primero que sucede como resultado del psicoanálisis es que mejoran las relaciones emocionales con los padres; la comprensión consciente solo surge cuando esto ha tenido lugar. Esta comprensión es admitida ante el mandato del superyó, cuyas exigencias son modificadas por el análisis de modo que puede ser tolerado y complacido por un yo menos oprimido y por consiguiente más fuerte. De este modo, el niño no es súbitamente confrontado con la situación de admitir un nuevo conocimiento de su relación con los padres, o en general, de ser obligado a absorber un conocimiento que lo abruma. Siempre ha sido mi experiencia que el efecto de tal conocimiento

gradualmente elaborado, es en realidad aliviar al niño, establecer una relación fundamentalmente más favorable hacia sus padres e incrementar así su capacidad de adaptación social.

Cuando esto ha tenido lugar los niños son también bastante capaces de reemplazar en cierta medida la represión por un rechazo razonado. Vemos esto en que en un estado posterior del análisis, los niños han avanzado tanto desde los diversos anhelos sádico-anales o canibalistas (que en un estadío anterior eran aún tan poderosos), que ahora pueden adoptar a veces una actitud de crítica humorística hacia ellos. Cuando esto sucede oigo incluso a niños muy pequeños hacer chistes sobre que, por ejemplo, hace un tiempo ellos realmente querían comerse a su mamita o cortarla en pedazos. Cuando tienen lugar estos cambios, no solo está disminuyendo inevitablemente el sentimiento de culpa, sino que al mismo tiempo los niños son capaces de sublimar los deseos que previamente estaban totalmente reprimidos. Esto se manifiesta en la práctica en la desaparición de inhibiciones de juego y en la iniciación de numerosos intereses y actividades.

Para resumir lo que he dicho: las especiales características primitivas de los niños requieren una técnica especial adaptada a ellos, consistente en el análisis de sus juegos. Por medio de esta técnica podemos alcanzar las experiencias y fijaciones reprimidas más profundas y esto nos permite influir fundamentalmente en el desarrollo de los niños.

Se trata solo de una diferencia de técnica, no de los principios del tratamiento. Los criterios del método psicoanalítico propuestos por Freud, es decir: que usemos como punto de partida la transferencia y la resistencia, que debemos tomar en cuenta los impulsos infantiles, la represión y sus efectos, la amnesia y la compulsión a la repetición y además, que debemos descubrir la escena primaria, como lo exige en «De la historia de una neurosis infantil», todos estos criterios se mantienen íntegramente en la técnica del juego. El método del juego conserva todos los principios del psicoanálisis y lleva a los mismos resultados que la técnica clásica. Solo que en los recursos técnicos que utiliza está adaptado a la mente de los niños.

7. Simposium sobre análisis infantil[148] (1927)

[Nota 1947]. El siguiente artículo representa mi contribución a una discusión sobre problemas del análisis de niños, en la que se prestó particular atención al libro de Anna Freud Introducción a la técnica del análisis de niños, publicado en Viena en 1926. En una versión ampliada, publicada en Londres en 1946 bajo el título: El tratamiento psicoanalítico de los niños (Imago Publishing Co.), las consideraciones de Anna Freud se han acercado más a las mías en lo que respecta a algunos puntos. Estas modificaciones de sus opiniones se discuten en una nota al final de este artículo, el cual, de cualquier modo sigue siendo una exposición de mis propias ideas].

Comenzaré mis observaciones con una breve revisión del desarrollo del análisis de niños en general. Sus comienzos datan de 1909, año en que Freud publicó «Análisis de la fobia de un niño de cinco años». Esta publicación fue de la más grande importancia teórica, al confirmar, como lo hizo en la persona del niño de que se trataba, la verdad de lo que Freud había descubierto que existía en los niños partiendo del análisis de adultos. El artículo tuvo sin embargo otra significación más, cuya importancia no podía ser apreciada en aquel entonces. Este análisis estaba destinado a ser la piedra angular del subsiguiente análisis infantil. No solo mostró la presencia y la evolución del complejo de Edipo en los niños y las formas en que opera en ellos; también mostró que estas tendencias inconscientes podían aflorar a la conciencia sin peligro y con gran provecho. Freud mismo describe su descubrimiento de la siguiente forma[149]: «Debo ahora preguntar en qué ha perjudicado a Juanito el haberle hecho conscientes complejos no solo reprimidos por los niños sino también temidos por padres. ¿Emprendió acaso el niño alguna acción grave en lo que respecta a sus pretensiones con su madre? ¿Tradujo acaso sus malas intenciones contra el padre en actos malos? *Sin duda se les ocurrieron tales temores a muchos doctores que entienden mal la esencia del psicoanálisis y opinan que al hacer conscientes los malos instintos estos se fortifican*[150]». Y nuevamente, en la página 285: «Por el

contrario, las únicas consecuencias del análisis fueron que Juanito se recuperó, no tuvo ya miedo a los caballos y empezó a tomarse libertades con su padre, como lo comunicó este, bastante divertido. Pero lo que el padre pudo haber perdido en respeto lo ganó en confianza: 'Creí —decía Hans— que como supiste lo del caballo sabías todo'. Y es que el análisis no anula los efectos de la represión. Los instintos antes reprimidos siguen reprimidos; pero el mismo efecto es alcanzado por un camino diferente. El análisis sustituye el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por el control mesurado e intencionado por parte de las más elevadas facultades psíquicas. En una palabra, el análisis reemplaza la represión por la condensación. Esto parece aportarnos la prueba tan largamente buscada de que la conciencia tiene una función biológica, y que su entrada en escena asegura una importante ventaja».

H. Hug-Hellmuth, quien tuvo la honrosa distinción de ser la primera en emprender el análisis sistemático de niños, comenzó su tarea con algunos preconceptos en su mente, que mantuvo hasta el final. En su artículo titulado «Técnica del análisis de niños», escrito después de cuatro años de trabajo en este terreno y que nos da una clara idea de sus principios y de su técnica, expresa muy claramente que desaprueba la idea de analizar niños muy pequeños; que consideraba necesario contentarse con «éxitos parciales» sin penetrar demasiado profundamente en el análisis de los niños por temor a estimular con demasiada fuerza las tendencias e impulsos reprimidos, o por temor a hacer exigencias a las que su capacidad de asimilación no podría responder.

A través de este artículo y de otros escritos suyos vernos que evitó penetrar profundamente en el complejo de Edipo. Otra de las suposiciones que sostuvo en su trabajo es la de que en el caso del niño no solo se requiere del analista que haga el tratamiento analítico sino también que ejerza una influencia educativa definida.

Ya en 1921, cuando publiqué mi primer artículo «El desarrollo de un niño», yo había llegado a conclusiones muy distintas. En mi análisis de un niño de cinco años y tres meses encontré (como todos mis posteriores análisis me lo confirmaron) que era perfectamente posible e incluso saludable, explorar el complejo de Edipo basta sus profundidades, y que en esta tarea se podían obtener resultados por lo menos iguales a los obtenidos en los análisis de adultos. Además de esto descubrí que en un análisis de este tipo no solo era innecesario que el analista se empeñara en ejercer una influencia educativa sino que ambas cosas eran incompatibles. Tomé estos principios

como guía de mi trabajo y los defendí en todos mis escritos; y así es como llegué a intentar el análisis de niños muy pequeños, de tres a seis años de edad, y a encontrarlo afortunado y pleno de perspectivas. Escojamos en primer lugar del libro de Anna Freud los que parecen ser sus cuatro puntos principales. Nos encontramos aquí nuevamente con la idea fundamental que mencionamos anteriormente como la misma de H. Hug-Hellmuth: la convicción de que el análisis de niños no debe ser llevado demasiado lejos. Por esto, y como es claro también por las conclusiones más directas que se han sacado, se quiere significar que no se deben tratar demasiado las relaciones del niño con sus padres, o sea que no se debe explorar minuciosamente el complejo de Edipo. Los ejemplos que da Anna Freud no muestran ningún análisis del complejo de Edipo.

La segunda idea conductora es, también aquí, que se debe combinar el análisis del niño con influencias educativas.

Es notable, y debería dar que pensar, que aunque se intentó el análisis de niños hace dieciocho años y se lo practicó desde entonces, tengamos que enfrentarnos con el hecho de que sus principios fundamentales no han sido todavía enunciados claramente. Si comparamos con esto el desarrollo en el psicoanálisis de adultos, descubrimos que en un período de tiempo aproximadamente igual no solo fueron establecidos todos los principios para el trabajo posterior, sino que también fueron probados y comparados, y que se desarrolló una técnica cuyos detalles tenían que perfeccionarse pero cuyos principios fundamentales han permanecido incólumes.

¿Cómo se explica el hecho de que precisamente el análisis de niños haya sido mucho menos afortunado en su desarrollo? El argumento que a menudo se oye en los círculos analíticos de que los niños no son sujetos adecuados para el análisis no parece ser válido. H. Hug-Hellmuth era realmente muy escéptica sobre los resultados que se podían obtener con niños. Expresó que ella «debía contentarse con éxitos parciales y contar con recaídas». Es más, restringió el tratamiento a un limitado número de casos. También Anna Freud establece límites bien definidos a la aplicación del tratamiento; pero por otro lado, en lo que respecta a las posibilidades del análisis de niños adopta una posición más optimista que la de H. Hug-Hellmuth. Al final de su libro dice: «A pesar de las dificultades que he enumerado, en el análisis de niños producimos realmente cambios, progresos y curas que no nos atreveríamos a soñar en el análisis de adultos» (pág. 86).

Con el objeto de contestar a la pregunta que he planteado, quiero establecer ahora algunos enunciados que me ocuparé de demostrar a

continuación. Creo que el análisis de niños, comparado con el de adultos, se ha desarrollado en el pasado de manera mucho menos favorable porque no fue encarado con un espíritu de investigación libre y desprejuiciado, como lo fue el de adultos, y en cambio estuvo trabado y entorpecido por varios preconceptos. Si reflexionamos sobre el primer análisis de un niño, fundamento de todos los demás (el análisis de Juanito), descubrimos que no sufrió por esta limitación. Por cierto que no había aún una técnica especial: el padre del niño, que bajo la dirección de Freud llevó a cabo este análisis parcial, no era versado en la práctica del análisis. Sin embargo tuvo el valor de avanzar bastante en el análisis y obtuvo buenos resultados. En el resumen mencionado anteriormente en este artículo, Freud dice que a él mismo le hubiera deseado ir más allá. Lo que dice muestra, además que no veía peligro alguno en el análisis minucioso del complejo de Edipo; de modo que evidentemente no pensaba que por principio no hay que analizar en los niños este complejo. Pero H. Hug-Hellmuth, quien por tantos años trabajó sola en este campo, emprendió su tarea desde el comienzo con principios que obligatoriamente habrían de limitarla, y por consiguiente hacerla menos fructífera, no solo en lo que respecta a sus resultados en la práctica, el número de casos en los que había que utilizar el análisis, etc., sino también en lo que respecta a los descubrimientos teóricos. Durante todos estos años, el análisis de niños, del que con toda razón hubiera podido esperarse una contribución directa al desarrollo de la teoría psicoanalítica, no ha hecho nada que merezca ser expuesto. Como H. Hug-Hellmuth, Anna Freud piensa que al analizar niños no solo no podemos descubrir más sobre el primer período de la vida que cundo analizamos adultos, sino que incluso descubrimos menos.

Nos encontramos ahora con otro pretexto que ha sido esgrimido como razón del lento progreso en el campo del análisis de niños. Se dice que la conducta del niño en el análisis es evidentemente distinta a la del adulto, y que por consiguiente es necesario emplear una técnica diferente. Creo que este argumento es incorrecto. Si me está permitido adaptar el dicho «Es el espíritu el que construye el cuerpo», quisiera sostener que la actitud, la convicción interna, encuentra la técnica necesaria. Repito lo que ya he dicho: si emprendemos el análisis de niños con la mente abierta, podemos descubrir caminos y medios para explorar las profundidades más recónditas. Y por los resultados de estos procedimientos podremos darnos cuenta de cuál es la verdadera naturaleza del niño, y veremos que no es necesario imponer restricción alguna al análisis, tanto en lo que respecta a la profundidad de su penetración como en lo que respecta al método con el que trabajemos.

Con lo que acabo de decir trato ya el punto principal de mi crítica al libro de Anna Freud.

Creo que ciertos conceptos empleados por Anna Freud pueden explicarse desde dos puntos de vista: 1) supone que no se puede establecer la situación analítica con los niños; y 2) encuentra inadecuado o discutible el análisis puro del niño, sin intervención pedagógica.

La primera tesis es una consecuencia directa de lo enunciado en la segunda.

Si comparamos esto con la técnica del análisis de adultos, vemos que establecemos incondicionalmente que una verdadera situación analítica solo puede darse con medios analíticos. Veríamos como grave error el asegurarnos una transferencia positiva por parte del paciente, con el empleo de las medidas que Anna Freud describe en el primer capítulo de su libro, o utilizar su ansiedad para hacerlo sometido, o intimidarlo o persuadirlo por medios autoritarios. Pensaríamos que aun cuando esta introducción nos garantizara un acceso parcial al inconsciente del paciente, nunca podríamos establecer una verdadera situación analítica ni llevar a cabo un análisis completo que penetrara en lo más profundo de su mente. Sabemos que constantemente debernos analizar el hecho de que los pacientes quieren ver en nosotros una autoridad —ya sea odiada o amada— y que solo por el análisis de esta actitud ganamos acceso a estos estratos más profundos.

Todos los medios que juzgaríamos incorrectos en el análisis de adultos son especialmente señalados por Anna Freud como valiosos en el análisis de niños; su objetivo es la introducción al tratamiento que estima necesaria y que llama la «entrada» en el análisis. Parecería obvio que después de esta «entrada» jamás logrará establecer una verdadera situación analítica. Ahora bien, me parece sorprendente e ilógico que Anna Freud, que no usa las medidas necesarias para establecer la situación analítica sino que las sustituye por otras que la contradicen, se refiere, sin embargo, a su suposición, tratando de demostrarla teóricamente, de que no a posible establecer una situación analítica con los niños, ni, por consiguiente, llevar a cabo un análisis puro en el sentido del análisis de adultos.

Anna Freud da una serie de razones para justificar los elaborados y penosos recursos que considera necesario emplear con los niños para establecer una situación que posibilite d trabajo analítico. Estas razones no me parecen firmes. Anna Freud se desvía en tantos aspectos de las reglas analíticas comprobadas porque piensa que los niños son seres muy distintos de los adultos. Sin embargo, el único propósito de estos elaborados recursos

es que la actitud del niño hacia el análisis sea como la del adulto. Esto parece ser contradictorio y creo que debe ser explicado por el hecho de que en sus comparaciones Anna Freud coloca el consciente y el yo del niño y del adulto en primer plano, cuando indudablemente nosotros debernos trabajar en primer lugar y sobre todo con el inconsciente (aunque acordamos todas las consideraciones necesarias al yo). Pero en el inconsciente (y aquí baso mi afirmación en un trabajo analítico profundo tanto con niños como con adultos), los niños no son de ninguna manera fundamentalmente distintos de los adultos. Lo único que sucede es que en los niños el yo no se ha desarrollado aun plenamente y por lo tanto los niños están mucho más gobernados por el inconsciente. A él debemos aproximarnos, y a él debemos considerar el punto central de nuestro trabajo y si queremos aprender a conocer a los niños como realmente son, y a analizarlos.

No adjudico particular valor a la meta que Anna Freud persigue tan ardientemente: inducir en el niño una actitud hacia el análisis análoga a la del adulto. Creo además que si Anna Freud efectivamente alcanza esta meta por los recursos que describe (y esto solo puede ocurrir con un número limitado de casos), el resultado no es el que pretende con su trabajo, sino algo muy distinto. El «conocimiento de la enfermedad o del portarse mal» que ha logrado despertar en el niño emana de la angustia que para sus propios fines ha movilizado en él: la angustia de castración y el sentimiento de culpa. (No entraré aquí en el problema de hasta qué punto también en los adultos el razonable y consciente deseo de curarse es simplemente una fachada que encubre esta angustia). Con los niños no podemos esperar encontrar ninguna base definitiva para nuestro trabajo analítico en un propósito consciente que como sabemos, ni siquiera en los adultos se mantendría por mucho tiempo como único soporte del análisis.

Es cierto que Anna Freud también cree que este propósito es necesario desde el comienzo como preparación para el trabajo, pero además cree que una vez que ese propósito existe puede contar con él que progresa el análisis. Esta idea me parece errónea y siempre que apela a este insight lo que realmente hace es apelar a la angustia y al sentimiento de culpa del niño. En sí mismo esto no tendría nada censurable ya que los sentimientos de angustia y culpa son indudablemente factores importantísimos para la posibilidad de trabajo. Pero creo que debemos tener bien claro cuáles son los soportes en los que nos apoyamos y cómo los usamos. El análisis no es en sí mismo un método suave: no puede ahorrarle al paciente ningún sufrimiento, y esto se aplica también a los niños. De hecho, debe forzar la entrada del sufrimiento

en la conciencia e inducir la abreacción si ha de ahorrar al paciente un sufrimiento posterior permanente y más fatal. Por lo tanto mi crítica no es que Anna Freud active la angustia y el sentimiento de culpa sino por lo contrario que no los resuelva suficientemente. Me parece una rudeza innecesaria para con un niño el que haga consciente su angustia para que no enloquezca (como lo describe por ejemplo en la página 9), sin atacar inmediatamente esta angustia en sus raíces inconscientes aliviándola así en la medida de lo posible.

¿Pero si realmente debernos apelar en nuestro trabajo a los sentimientos de angustia y de culpa, por qué no contar con ambos y trabajar con ellos sistemáticamente desde el principio?

Yo misma lo hago siempre, y he descubierto que puedo depositar confianza absoluta en una técnica que se basa en considerar y trabajar analíticamente con cantidades de angustia y culpa que son tan grandes en todos los niños y mucho más claras y fáciles de percibir que en los adultos.

Anna Freud manifiesta (pág. 56) que una actitud hostil o ansiosa niño hacia mí no me justifica para concluir inmediatamente que en el trabajo se da una transferencia negativa, porque «cuanto más tiernamente apegado a su madre está un niño, tanto menos impulsos amistosos le quedarán para los extraños». No creo que, como lo hace ella, podamos hacer una comparación con niños muy pequeños que rechazan lo que les es extraño. No sabemos mucho acerca de niños muy pequeños, pero es posible aprender mucho de un análisis temprano de la mente de un niño de, digamos, tres años, y allí vemos que solo niños neuróticos muy ambivalentes manifiestan miedo u hostilidad hacia los extraños. Mi experiencia ha confirmado mi creencia de que si inmediatamente explico este rechazo como sentimiento de angustia y de transferencia negativa, y lo interpreto como tal en conexión con el material que el niño produce al mismo tiempo, y luego lo retrotraigo a su objeto original, la madre, inmediatamente puede comprobar que la angustia disminuye. Esto se manifiesta con el comienzo de una transferencia más positiva, y con ella, de un juego más vigoroso. En niños más grandes la situación es análoga aunque diferente en algunos detalles. Por supuesto mi método presupone que desde el comienzo quiero atraer hacia mí tanto la transferencia positiva como la negativa, y además de esto, investigarla hasta su origen, en la situación edípica. Estas dos medidas concuerdan plenamente con los principios psicoanalíticos, pero Anna Freud las rechaza por razones que me parecen infundadas.

Creo por lo tanto que una diferencia radical entre nuestras actitudes hacia la angustia y el sentimiento de culpa en los niños es la siguiente: que Anna

Freud utiliza estos sentimientos para que el niño se apegue a ella, mientras que yo los registro al servicio del trabajo analítico desde el comienzo. De cualquier modo no puede haber gran número de niños en los que se pueda provocar angustia sin que esta resulte un elemento que perturbe penosamente e incluso imposibilite el progreso del trabajo, a menos que se proceda de inmediato a resolverla analíticamente.

Además, por lo que puedo comprender en su libro, Anna Freud emplea estos recursos solamente en casos especiales. En otros trata por todos los medios de lograr una transferencia positiva, con el objeto de llenar la condición, que ella considera necesaria para su trabajo, de apegar al niño a ella. De nuevo, este método me parece erróneo, porque indudablemente podemos trabajar con mayor seguridad y más eficacia con medios puramente analíticos. No todos los niños reaccionan ante nosotros con miedo y desagrado. Mi experiencia me apoya cuando digo que si un niño tiene hacia nosotros una actitud amistosa y juguetona se justifica suponer que hay transferencia positiva y utilizarla inmediatamente en nuestro trabajo. Y tenemos otra excelente y bien probada arma que usamos de manera análoga a como la empleamos en el análisis de adultos, aunque es cierto que allí no tenemos una oportunidad rápida y simple de intervenir. Quiero decir que interpretamos esta transferencia positiva, o sea que tanto en el análisis de niños como en el de adultos la retrotraemos hasta el objeto de origen. Probablemente notaremos por lo general a la vez la transferencia positiva y la negativa, y se nos darán todas las oportunidades para el trabajo analítico si desde el comienzo manejamos ambos analíticamente. Al resolver parte de la transferencia negativa obtendremos, igual que en los adultos, un incremento de la transferencia positiva, y de acuerdo con la ambivalencia de la niñez, esta será pronto seguida de una nueva emergencia de la negativa. Este es ahora un verdadero trabajo analítico y se ha establecido una verdadera situación analítica. Además, tenemos establecida ya la base para trabajar con el niño mismo, y a menudo podemos ser en gran medida independientes del conocimiento de su ambiente. En resumen, hemos cumplido con las condiciones necesarias para el análisis y no prescindimos de las laboriosas, difíciles y no confiables medidas descritas por Anna Freud, sino que (y esto me parece aún más importante) podemos garantizar para nuestro trabajo todo el valor y el éxito de un análisis equivalente en todo sentido al análisis de adultos.

En este punto no obstante choco con una objeción expresada por Anna Freud en el segundo capítulo de su libro, titulado «Los recursos empleados en

el análisis infantil».

Para trabajar en la forma que he descrito debemos obtener el material de las asociaciones del niño. Anna Freud y yo, y probablemente todos los que analizan niños, están de acuerdo con que los niños no pueden dar, y no dan, asociaciones de la misma manera que el adulto, y por lo tanto no podemos obtener suficiente material únicamente por medio de la palabra. Entre los medios que Anna Freud sugiere como eficaces para suplir la falta de asociaciones verbales se encuentran algunos que en mi experiencia yo también he hallado valiosos. Si examinamos estas técnicas bastante más estrechamente —digamos por ejemplo el dibujo, o el relato de fantasías, etc. —, vemos que su objeto es obtener material de otra forma que el obtenido por la asociación acorde con la regla y esto es sobre todo importante para que los niños liberen su fantasía y para inducidos a fantasear.

En uno de los postulados de Anna Freud tenemos una clave, que debemos considerar cuidadosamente, en cuanto a cómo debe realizarse esto. Establece que «no hay nada más fácil que hacer comprender a niños la interpretación de los sueños». Y de nuevo (pág. 31) «aun niños de poca inteligencia que en todos los otros aspectos parecían lo más ineptos posible para el análisis, lograron la interpretación de los sueños». Creo que estos niños no hubieran sido de ninguna manera ineptos para el análisis si Anna Freud hubiera utilizado, tanto de otras formas como de la interpretación de los sueños, la comprensión del simbolismo que manifestaban tan claramente. Porque en mi experiencia he encontrado que si se hace esto, ningún niño, incluso el menos inteligente, es inepto para el análisis.

Porque este es precisamente el punto de apoyo que debemos utilizar en el análisis de niños. El niño nos traerá muchas fantasías si en esta senda lo seguimos con la convicción de que lo que nos relata es simbólico. En el capítulo III Anna Freud presenta una serie de argumentos teóricos en contra de la técnica de juego que yo he ideado, por lo menos mientras se aplique a los fines del análisis y no meramente a la observación. Cree dudoso que uno esté justificado para interpretar como simbólico el contenido del drama representado en el juego del niño, y piensa que muy probablemente este sea ocasionado simplemente por observaciones reales o experiencias de la vida diaria. Aquí debo decir que por los ejemplos de Anna Freud de mi técnica puedo ver que la entiende equivocadamente. «Si un niño tumba un pone de farol o una figura, ella (Melanie Klein) probablemente interprete esta conducta como debida a tendencias agresivas hacia el padre, mientras que si un niño hace chocar dos carros lo interpreta como signo de la observación del

coito entre los padres». Jamás aventuraría yo una interpretación simbólica tan «silvestre» del juego de niños. Por lo contrario he recalcado esto muy especialmente en mi último artículo. Suponiendo que un niño exprese el mismo material psíquico en numerosas repeticiones —a menudo por varios medios, por ejemplo juguetes, agua, recortando, dibujando, etc.—, y suponiendo que además yo pueda observar que estas particulares actividades están casi todas acompañadas por un sentimiento de culpa expresado ya sea por angustia o en representaciones que implican sobrecompensación, que son la expresión de formaciones activas; suponiendo entonces que yo haya logrado insight en ciertas conexiones: entonces interpreto estos fenómenos y los enlazo con el inconsciente y con la situación analítica. Las condiciones prácticas y teóricas para la interpretación son precisamente las mismas que en el análisis de adultos.

Los pequeños juguetes que uso son solo recursos que proveo: papel, lápices, tijeras, cuerda, pelotas, ladrillos y sobre todo agua. Están a disposición del niño para que los use si quiere, y su finalidad es simplemente ganar acceso a su fantasía y liberarla. Hay algunos niños que durante mucho tiempo no tocan un juguete o que durante semanas quizá solo cortan las cosas. En el caso de niños por completo inhibidos para jugar, es posible que los juguetes puedan simplemente ser un instrumento para estudiar más de cerca las razones de esta inhibición. Algunos niños, a menudo los muy pequeños, una vez que los juguetes les han dado la oportunidad de dramatizar algunas fantasías o experiencias que los dominan, dejan completamente de lado los juguetes y pasan a cualquier clase de juego imaginable en el que ellos mismos, ciertos objetos de la habitación y yo debernos tomar parte.

He entrado con cierta extensión en estos detalles de mi técnica porque quiero dejar claro el principio que, según mi experiencia, hace posible manejar las asociaciones del niño en su mayor cantidad, y penetrar en los estratos más profundos del inconsciente.

Podemos establecer un contacto más rápido y seguro con el inconsciente de los niños si, actuando con la convicción de que están mucha más profundamente dominados que los adultos por el inconsciente y los impulsos instintivos, acortamos la ruta que toma el análisis de adultos por el camino del contacto con el yo y nos conectamos directamente con el inconsciente del niño. Si esta preponderancia del inconsciente se da, es obvio que también deberemos esperar que la forma de representación simbólica que prevalece en el inconsciente fuera mucho más natural en los niños que en los adultos; en realidad, que los niños estuvieran dominados por él. Sigámoslos por este

sendero, o sea, pongámonos en contacto con su inconsciente, utilizando este lenguaje a través de nuestra interpretación. Si lo hacemos habremos ganado acceso a los niños mismos. Por supuesto que esto no se realiza tan fácil y rápidamente como parece; si así fuera el análisis de niños pequeños duraría poco tiempo, y esto no es el caso de ninguna manera. En el análisis de niños detectamos una y otra vez resistencias no menos marcadas que en el de adultos; en los niños muy a menudo en la forma más natural para ellos, a saber, la angustia.

Es este, pues, el segundo factor que me parece esencial si queremos penetrar en el inconsciente del niño. Si observamos los cambios en su manera de representar lo que ocurre dentro suyo (ya sea si cambia de juego, o si lo abandona, o si hay un ataque directo de angustia) y tratamos de ver qué hay en el nexo del material que cause estos cambios, nos convenceremos de que continuamente nos enfrentamos con el sentimiento de culpa, y que a su vez debemos interpretarlo.

Estos dos factores, que según he descubierto, son los auxilios más dignos de confianza en la técnica del análisis de niños, son mutuamente dependientes y complementarios. Solo interpretando y por tanto aliviando la angustia del niño siempre que nos encontremos ella, ganaremos acceso a su inconsciente y lograremos que fantasee. Entonces, si llevamos hasta el fin el simbolismo que sus fantasías contienen, pronto veremos reaparecer la angustia y podremos así garantizar el progreso del trabajo.

La exposición de mi técnica y la importancia que le atribuye al simbolismo contenido en la conducta de los niños podrían interpretarse erróneamente, como si esto implicara que en el análisis de niños se procede sin la ayuda de la asociación libre en su verdadero sentido. En un pasaje anterior de mi artículo señalé que Anna Freud y yo, y todos los que trabajamos en el análisis de niños, estamos de acuerdo con que los niños no pueden asociar, y no asocian, de la misma manera que los adultos. Quiero agregar aquí que probablemente lo principal es que los niños no pueden asociar, no porque les falte capacidad para poner sus pensamientos en palabras (hasta cierto grado esto solo se aplicaría a niños muy pequeños) sino porque la angustia se resiste a las asociaciones verbales. No pertenece al propósito de este artículo discutir con mayor detalle esta interesante cuestión especial: solo mencionaré brevemente algunos datos de la experiencia.

La representación por medio de juguetes —en realidad, la representación simbólica en general, al estar hasta cierto punto alejada de la persona misma del sujeto— está menos investida de angustia que la confesión por la palabra

hablada. Si entonces logramos aliviar la angustia y obtener en primer lugar representaciones más indirectas, estaremos en condiciones de convencernos a nosotros mismos de que podemos despertar para el análisis toda la expresión verbal de que es capaz el niño. Y entonces descubrirnos repetidas veces que en los momentos en que la ansiedad se hace más marcada las representaciones indirectas ocupan una vez más el primer plano. Permítaseme ilustrarlo brevemente. Cuando hube progresado bastante en el análisis de un niño de cinco años, este tuvo un sueño cuya interpretación fue muy profunda y provechosa en sus resultados. Esta interpretación ocupó toda la sesión analítica y todas las asociaciones fueron exclusivamente verbales. En los dos días siguientes trajo nuevamente sueños que resultaron ser continuaciones del primero. Pero las asociaciones verbales del segundo sueño solo podían ser producidas con mucha dificultad y una por vez. La resistencia era evidente y la angustia marcadamente mayor que el día anterior. Pero el niño se dirigió al canasto de juguetes y por medio de muñecos y otros juguetes me representó sus asociaciones, ayudándose nuevamente con palabras cada vez que vencía una resistencia. Al tercer día la angustia era aún mayor, correspondiendo al material que había aflorado en los días anteriores. Producía las asociaciones casi exclusivamente por medio del juego con juguetes y agua.

Si somos lógicos en nuestra aplicación de los dos principios sobre los que he puesto énfasis, a saber que debemos seguir el modo de representación simbólica del niño y que debemos tener en cuenta la facilidad con que surge la angustia en el niño, podremos también contar con que sus asociaciones son un recurso muy importante en el análisis, pero, como ya lo he dicho, solo en algunos momentos y como un medio entre varios.

Creo por lo tanto que es incompleto lo que manifiesta Anna Freud cuando dice: «De vez en cuando, también, vienen en nuestra ayuda asociaciones inintencionales e involuntarias» (pág. 41). El que las asociaciones aparezcan o no depende con bastante regularidad de ciertas actitudes precisas del analizando, y de ninguna manera del azar. En mi opinión podemos utilizar este recurso en mucha mayor medida de lo que probablemente parece. Una y otra vez este salva el abismo que lo separa de la realidad, y esta es una razón por la que este modo está más estrechamente asociado con la angustia que el modo de representación irreal, indirecta. Por esto yo no consideraría terminado ningún análisis de niños, ni siquiera el de niños muy pequeños, a menos de lograr finalmente que se exprese con palabras, hasta el grado de que es capaz el niño, y así de vincularlo con la realidad.

Tenemos entonces una analogía perfecta con la técnica del análisis de adultos. La única diferencia es que con los niños encontramos que el inconsciente prevalece en mucho mayor grado y por lo tanto su modo de representación predomina mucho más que en los adultos, y además que debemos tener en cuenta la mayor tendencia del niño a angustiarse.

Pero indudablemente esto también es cierto en d análisis en los períodos de latencia y en el prepuberal y hasta cierto punto en la pubertad. En cieno número de análisis en los que los sujetos estaban en una u otra de estas fases del desarrollo, yo estaba obligada a adoptar una forma modificada de la misma técnica que empleo con los niños. Creo que lo que acabo de decir quita fuerza a las dos objeciones principales que hace Anna Freud a mi técnica del juego. Puso en duda 1) que estuviéramos justificados en suponer que el contenido simbólico del juego del niño sea su móvil principal, y 2) que pudiéramos considerar el juego del niño como equivalente de las asociaciones verbales del adulto. Porque, sostiene, falta en estos juegos la idea de propósito que el adulto trae a sus análisis y que «le permite, al asociar, excluir todas las directivas e influencias conscientes en su cadena de pensamiento».

Quisiera además contestar a esta última objeción que estas intenciones de los pacientes adultos (que en mi experiencia ni siquiera son tan efectivas en ellos como Anna Freud supone) son absolutamente superfluas en los niños, y con esto no quiero decir solo niños muy pequeños.

Es evidente por lo que acabo de decir que los niños están tan dominados por su inconsciente que para ellos es verdaderamente innecesario excluir deliberadamente ideas conscientes[151]. Anna Freud misma también sopesó en su mente esta posibilidad (pág. 49). Dediqué tanto espacio a la cuestión de la técnica que debe emplearse con los niños porque esto me parece fundamental en todo el problema del análisis infantil. Cuando Anna Freud rechaza la técnica de juego, su argumento no solo se refiere al análisis de niños pequeños sino en mi opinión también al principio básico del análisis de niños mayores, tal como yo lo entiendo. La técnica de juego nos provee una rica abundancia de material y nos da acceso a los estratos más profundos de la mente. Si la usamos incondicionalmente llegamos al análisis del complejo de Edipo, y una vez allí, no podemos poner límites al análisis en ninguna dirección. Si entonces realmente queremos evitar el análisis del complejo de Edipo, no debemos utilizar la técnica de juego, aun en sus aplicaciones modificadas a niños más grandes.

Se sigue de esto que la cuestión no es si el análisis de niños puede ir tan profundo como el de adultos, sino si debe ir tan a lo profundo. Para contestar

a esta pregunta debernos examinar las razones que da Anna Freud, en el capítulo IV de su libro, contra penetrar tan hondo.

Antes de hacerlo, sin embargo, quisiera discutir las conclusiones de Anna Freud, expuestas en el capítulo III de su libro, acerca del papel que juega la transferencia en el análisis de niños.

Anna Freud describe algunas diferencias esenciales entre la situación transferencial en los adultos y en los niños. Llega a la conclusión de que en estos puede haber una transferencia satisfactoria, pero que no se produce una neurosis de transferencia. En apoyo de esta declaración aduce el siguiente argumento teórico: los niños, dice, no están capacitados como los adultos para comenzar una nueva edición de sus relaciones de amor, porque sus objetos de amor originales, los padres, todavía existen como objetos en la realidad.

Para responder a esta afirmación, que me parece incorrecta, deberla entrar en una detallada discusión sobre la estructura del superyó en los niños. Pero como esto está expuesto en un pasaje posterior, me contentaré aquí con unos pocos enunciados que están apoyados por mi exposición siguiente. El análisis de niños muy pequeños me ha mostrado que incluso un niño de tres años ha dejado atrás la parte más importante del desarrollo de su complejo de Edipo. Por consiguiente está ya muy alejado, por la represión y los sentimientos de culpa, de los objetos que originalmente deseaba. Sus relaciones con ellos sufrieron distorsiones y transformaciones, por lo que los objetos amorosos actuales son ahora imagos de los objetos originales.

De ahí que con respecto al analista los niños pueden muy bien entrar en una nueva edición de sus relaciones amorosas en todos los puntos fundamentales y por lo tanto decisivos. Pero aquí encontramos una segunda objeción teórica. Anna Freud considera que al analizar niños el analista no es, como cuando el paciente es un adulto, «impersonal, indefinido, una página en blanco sobre la cual el paciente puede inscribir sus fantasías», que evita imponer prohibiciones y permitir gratificaciones. Pero de acuerdo con mi experiencia es exactamente así como debe comportarse un analista de niños, una vez que ha establecido la situación analítica. Su actividad es solo aparente, porque aun cuando se vuelque completamente en todas las fantasías en el juego del niño, conforme a los modos de representación peculiares de los niños, está haciendo exactamente lo que el analista de adultos, quien, como sabemos, también sigue de buen grado las fantasías de sus pacientes. Pero fuera de esto, yo no permito a los pacientes infantiles ninguna gratificación personal, ya sea en forma de regalos o caricias, o de encuentros personales fuera del análisis, etcétera. En resumen, mantengo en todo las

reglas aprobadas en análisis de adultos. Lo que doy al niño es ayuda analítica y alivio, que él siente relativamente rápido aun si antes no ha tenido ninguna sensación de enfermedad. Además de esto, en respuesta a su confianza en mí, puede contar absolutamente con perfecta sinceridad y honestidad hacia él de mi parte.

Pero debo discutir las conclusiones de Anna Freud, tanto como sus premisas. En mi experiencia, aparece en los niños una plena neurosis de transferencia, de manera análoga a cómo surge en los adultos. Cuando analizo niños observo que sus síntomas cambian, que se acentúan o disminuyen de acuerdo con la situación analítica. Observo en ellos la abreacción de afectos en estrecha conexión con el progreso del trabajo y en relación conmigo. Observo que surge angustia y que las reacciones del niño se resuelven en el terreno analítico. Padres que observan a sus hijos cuidadosamente con frecuencia me han contado que se sorprendieron al ver reaparecer hábitos, etc., que habían desaparecido hacía mucho. No he encontrado que los niños expresen sus reacciones cuando están en su casa de la misma manera que cuando están conmigo: en su mayor parte reservan la descarga para la sesión analítica. Por supuesto, ocurre que a veces, cuando están emergiendo violentamente afectos muy poderosos, algo de la perturbación se hace llamativo para los que rodean al niño, pero esto es solo temporario y tampoco puede ser evitado en el análisis de adultos.

En este punto por lo tanto mi experiencia está en completa contradicción con las observaciones de Anna Freud. La razón de esta diferencia en nuestros descubrimientos es fácil de ver: depende de la distinta forma en que ella y yo manejamos la transferencia. Permítaseme resumir lo que acabo de decir: Anna Freud piensa que una transferencia positiva es condición necesaria para el trabajo analítico con niños. Considera indeseable una transferencia negativa. «En el caso de niños, escribe, es particularmente inconveniente que haya tendencias negativas dirigidas al analista, a pesar de los muchos puntos que puedan iluminar. Debemos empeñarnos en destruirlas o modificarlas lo antes posible; el verdadero trabajo provechoso se hará siempre cuando la relación con el analista es positiva» (pág. 51).

Sabemos que uno de los principales factores en el trabajo analítico es el manejo de la transferencia, estricta y objetivamente, de acuerdo con los hechos, en la forma que nuestros conocimientos analíticos nos han enseñado que es la correcta. Una resolución cabal de la transferencia es considerada como uno de los signos de que un análisis ha concluido satisfactoriamente. Sobre esta base el psicoanálisis ha establecido una serie de importantes reglas

que en todos los casos han demostrado ser necesarias. Anna Freud deja de lado en su mayor parte estas reglas, en el análisis del niño. Con ella, la transferencia, el claro reconocimiento de lo que sabernos que es una importante condición para nuestro trabajo, se convierte en un concepto incierto y dudoso. Dice que el analista «probablemente debe compartir con los padres el amor o el odio del niño» (pág. 56). Y no comprendo qué es lo que se intenta al «demoler o modificar» las inconvenientes tendencias negativas.

Aquí las premisas y las conclusiones se mueven en un círculo. Si no se produce la situación analítica con medios analíticos, si no se maneja lógicamente la transferencia positiva y la negativa, entonces ni causaremos una neurosis de transferencia ni podremos esperar que las reacciones del niño se efectúen en relación con el análisis y con el analista. Más adelante trataré en este artículo este punto con mayor detalle, pero ahora solo recapitularé brevemente lo que ya he dicho al declarar que el método de Anna Freud de atraer hacia si la transferencia positiva por todos los medios posibles y la de disminuir la transferencia negativa cuando está dirigida hacia ella, no solo me parece técnicamente incorrecto, sino que me parece militar mucho más en contra de los padres que mi método. Porque no es sino natural que la transferencia negativa queda entonces dirigida contra aquellos con quienes el niño está vinculado en la vida diaria.

En su cuarto capítulo Anna Freud llega a una serie de conclusiones que me parecen poner de manifiesto este círculo vicioso, esta vez de manera especialmente clara. He explicado en otro lugar que el término «circulo vicioso» significa que a partir de ciertas premisas se extraen conclusiones que son luego utilizadas para confirmar estas mismas premisas. Citaría como ejemplo de una de las conclusiones que me parecen erróneas, la declaración de Anna Freud de que en el análisis de niños es imposible vencer el obstáculo del imperfecto dominio del lenguaje del niño. Es cierto que hace una reserva: «Hasta donde alcanza mi experiencia hasta ahora, con la técnica que he descrito». Pero la siguiente frase contiene una explicación de naturaleza teórica general. Dice que lo que descubrimos acerca de la temprana infancia cuando analizamos adultos «se revela por estos métodos de asociación libre e interpretación de las reacciones transferenciales, o sea por aquellos medios que fracasan en el análisis de niños». En varios pasajes de su libro Anna Freud pone énfasis en la idea de que el análisis de niños, al adaptarse a la mente del niño debe alterar sus métodos. Pero basa sus dudas acerca de la técnica que yo he desarrollado en una serie de consideraciones teóricas, sin

haberlas sometido a prueba en la práctica. Pero he comprobado por la aplicación práctica que esta técnica nos ayuda a obtener las asociaciones de los niños con mayor abundancia aun que las que obtenemos en el análisis de adultos, y penetrar así mucho más profundamente que en ellos.

Por lo que mi experiencia me ha enseñado entonces, solo puedo combatir enfáticamente la declaración de Anna Freud de que los dos métodos utilizados en el análisis de adultos (o sea, la asociación libre y la interpretación de las reacciones transferenciales), con el objeto de investigar la temprana infancia del paciente, fracasan al analizar niños. Estoy incluso convencida de que incumbe especialmente al análisis de niños, en particular el de niños bastante pequeños, proporcionar valiosas contribuciones a nuestra teoría, precisamente porque en los niños el análisis puede ir mucho más profundo y puede por lo tanto traer a luz detalles que no aparecen tan claramente en el caso de los adultos.

Anna Freud compara la situación de un analista de niños con la de un etnólogo «que por el contacto con un pueblo primitivo trata de adquirir información acerca de los tiempos prehistóricos más fácilmente que si estudiara las razas civilizadas» (pág. 66). Esto me parece nuevamente una declaración teórica que contradice la experiencia práctica. Si el análisis de niños pequeños, igual que el de niños más grandes, es llevado lo suficientemente lejos, brinda un panorama muy claro de la enorme complejidad del desarrollo que encontramos aun en niños muy pequeños y muestra que niños de, digamos, tres años, precisamente por el hecho de ser hasta tal punto productos de la civilización, han pasado y pasan por serios conflictos. Ateniéndome al ejemplo de Anna Freud, diría que precisamente desde el punto de vista de la investigación un analista de niños se encuentra en una afortunada situación que nunca se le presenta a un etnólogo, a saber, la de encontrar la gente civilizada en asociación estrecha con la gente primitiva, y a consecuencia de esta extraña asociación, la de recibir las más valiosas informaciones sobre los primeros y los últimos períodos.

Trataré ahora con mayor detalle los conceptos de Anna Freud sobre el superyó del niño. En el capítulo IV de su libro hay algunas proposiciones que tienen especial significado, tanto por la importancia de la cuestión teórica a que se refieren como por las amplias conclusiones que Anna Freud extrae de ellas.

El análisis profundo de niños, y en particular de niños pequeños, me ha llevado a formar un cuadro del superyó en la temprana infancia muy distinto al cuadro pintado por Anna Freud, principalmente como resultado de

conclusiones teóricas. Es verdad que el yo de los niños no es comparable al de los adultos. El superyó, por otra parte, se aproxima estrechamente al del adulto y no está influido radicalmente por el desarrollo posterior como lo está el yo. La dependencia del niño de los objetos externos es naturalmente mayor que la de los adultos y este hecho produce resultados incontestables, pero que creo que Anna Freud sobreestima demasiado y por lo tanto no interpreta correctamente. Porque estos objetos externos no son por cierto idénticos al superyó ya desarrollado del niño, aun cuando una vez hayan contribuido a su desarrollo. Solo de esta manera podemos explicar el hecho asombroso de que en niños de tres, cuatro o cinco años, descubramos un superyó de una severidad que se encuentra en la más tajante contradicción con los objetos de amor reales, los padres. Quisiera mencionar el caso de un niño de cuatro años cuyos padres no solo nunca lo castigaron ni amenazaron sino que en realidad son extraordinariamente cariñosos y buenos. El conflicto entre el yo y el superyó en este caso (que solo tomo como un ejemplo entre muchos) muestra que el superyó es de una fantástica severidad. Basado en la conocida fórmula que prevalece en d inconsciente, el niño espera en razón de sus propios impulsos canibalísticos y sádicos, castigos tales como castración, ser cortado en pedazos, devorado etc., y vive perpetuamente aterrado por ello. El contraste entre su tierna y cariñosa madre y el castigo con que lo amenaza su propio superyó es realmente grotesco, y es una ilustración del hecho de que no debernos de ningún modo identificar los objetos reales con aquellos que el niño introyecta.

Sabemos que la formación del superyó tiene lugar sobre la base de varias identificaciones. Mis resultados muestran que este proceso, que termina con el período del complejo de Edipo, o sea con el comienzo del período de latencia, comienza a una edad muy temprana. Basando mis observaciones en mis descubrimientos en el análisis de niños muy pequeños, indiqué en mi último artículo que el complejo de Edipo se forma por la frustración sufrida con el destete, es decir, al final del primer año de vida o al comienzo del segundo. Pero parejamente con esto vernos los comienzos de la formación del superyó. Los análisis de niños mayores y de niños muy pequeños brindan un panorama claro de los diversos elementos a partir de los cuales se desarrolla el superyó y los diferentes estratos donde tiene lugar el desarrollo. Vemos cuántos escalones tiene esta evolución antes de terminar con el comienzo del período de latencia. Se trata realmente de terminación, porque contrariamente a Anna Freud, estoy llevada a creer por el análisis de niños que su superyó es un producto sumamente resistente, inalterable en su núcleo, y que no es

esencialmente diferente del de los adultos. La única diferencia es que el yo más maduro de los adultos está más capacitado para llegar a un acuerdo con el superyó. Pero esto a menudo solo es aparentemente lo que pasa. Además los adultos pueden defenderse mejor de las autoridades que representan al superyó en el mundo exterior; inevitablemente los niños dependen más de estas. Pero esto no implica, como concluye Anna Freud, que el superyó del niño sea «aún demasiado inmaduro, demasiado dependiente de su objeto, para controlar espontáneamente las exigencias de los instintos, cuando el análisis lo ha desembarazado de la neurosis». Aun en los niños estos objetos —los padres— no son idénticos al superyó. Su influencia sobre el superyó del niño es enteramente análoga a la que podemos comprobar que está en juego en los adultos cuando la vida los coloca en situaciones algo similares, por ejemplo, en una posición de particular dependencia. La influencia de temidas autoridades en los exámenes, de los oficiales en el servicio militar, etc., es comparable con el efecto que Anna Freud percibe en las «constantes correlaciones en los niños entre el superyó y los objetos amorosos, que pueden ser comparadas con las de dos vasos comunicantes». Presionados por situaciones de la vida como las que mencioné u otras similares, los adultos, como los niños, reaccionan con un incremento en sus dificultades. Esto sucede porque se reactivan o refuerzan viejos conflictos por la dureza de la realidad, y aquí juega un papel predominante la actuación intensificada del superyó. Ahora bien, este es exactamente el mimo proceso que al que se refiere Anna Freud, a saber, la influencia de objetos aun actualmente presentes en el superyó (del niño). Es verdad que las buenas y malas influencias sobre el carácter y todas las otras relaciones contingentes de la niñez ejercen mayor presión sobre los niños que la que sufren los adultos. Sin embargo, también en los adultos esto es indudablemente importante**[152]**. Anna Freud cita un ejemplo (Págs. 70-7l) que le parece ilustrar particularmente bien la debilidad y la dependencia de las exigencias del ideal del yo en los niños. En el período de la vida que precede inmediatamente a la pubertad, un niño que tenía un impulso incontrolable a robar descubrió que el agente principal que lo influía era su temor al padre. Anna Freud toma esto como prueba de que aquí el padre, que realmente existía, podía todavía ser reemplazado por el superyó. Ahora bien, creo que con bastante frecuencia podemos encontrar los adultos desarrollos similares del superyó. Hay muchas personas que (a menudo durante toda su vida) en última instancia controlan sus instintos asociales únicamente por miedo a un «padre» con una apariencia algo distinta: la policía, la ley, el desprestigio, etc. Lo mismo es también

cierto en lo que respecta a la «doble moralidad» que Anna Freud observa en los niños. No son solo los niños quienes tienen un código moral parad mundo de los adultos y otro para ellos mismos y sus camaradas. Muchos adultos se comportan exactamente del mismo modo y adoptan una actitud cuando están solos o con sus iguales, y otra para superiores y extraños. Creo que una razón de la diferencia de opinión entre Anna Freud y yo es la siguiente. Entiendo por superyó (y en esto estoy completamente de acuerdo con lo que Freud nos enseñó sobre su desarrollo), la facultad que resulta de la evolución edípica a través de la introyección de los objetos edípicos, y que, con la declinación del complejo de Edipo, asume una forma duradera e inalterable. Como ya lo he explicado, esta facultad, durante su evolución y más aún cuando ya está completamente formada, difiere fundamentalmente de aquellos objetos que realmente iniciaron su desarrollo. Por supuesto que los niños (pero también los adultos) establecerán toda clase de ideales del yo, instalando diversos «superyoes» pero esto tiene seguramente lugar en los estratos más superficiales y está determinado en el fondo por aquel superyó firmemente arraigado en el niño y cuya naturaleza es inmutable. El superyó que Anna Freud cree funciona todavía en la persona de los padres no es idéntico a este superyó interno en el verdadero sentido, aunque no discuto su influencia en él. Si queremos penetrar en el verdadero superyó, reducir su poder de actuación e influirlo, nuestro único recurso para hacerlo es el análisis. Pero con esto quiero decir un análisis que investigue todo el desarrollo del complejo de Edipo y la estructura del superyó.

Volvamos al ejemplo de Anna Freud que he mencionado anteriormente. En el niño cuya mejor arma contra el asalto de sus instintos era su temor al padre, nos encontramos con un superyó indudablemente inmaduro. Preferiría no llamar a semejante superyó típicamente «infantil». Tomando otro ejemplo: el niño de cuatro años cuyos sufrimientos por la presión de un superyó castrador y canibalístico, en absoluto contraste con sus buenos y cariñosos padres, seguramente no tiene este único superyó. Descubrí en él identificaciones que correspondían más estrechamente a sus verdaderos padres, aunque de ninguna manera eran idénticas a ellos. El niño llamaba a estas figuras, que aparecían como buenas y protectoras y dispuestas a perdonar, su «papá y mamá hadas», y cuando su actitud hacia mí era positiva, me adjudicaba en el análisis el rol de la «mamá-hada» a quien se podía confesar todo. Otras veces —siempre que reaparecía la transferencia negativa — yo jugaba el rol de la madre mala de la que esperaba todo lo malo que fantaseaba. Cuando yo era la mamá-hada, era capaz de satisfacer los pedidos

más extraordinarios y de gratificar deseos que no tenían ninguna posibilidad de ser colmados en la realidad. Yo debía ayudarlo trayéndole como regalo, a la noche, un objeto que representaba el pene del padre, y este debía ser cortado y comido. El que él y ella mataran a su padre era uno de los deseos que la «mamá-hada» debía gratificar. Cuando yo era el «papá mágico», debíamos hacer lo mismo a su madre, y cuando él mismo tomaba el rol del padre, y yo representaba el del hijo, no solo me permitía el coito con su madre sino que me daba informaciones acerca de este, me animaba a hacerlo, y también me mostraba cómo podía realizarse el coito fantaseado con la madre por padre e hijo simultáneamente. Toda una serie de las más variadas identificaciones, opuestas entre sí, originadas en estratos y períodos muy diferentes, fundamentalmente distintos de los objetos reales, tuvieron como resultado en este niño un superyó que realmente daba la impresión de ser normal y haber evolucionado bien. Una razón más para seleccionar este caso entre otros muchos análogos es que se trata de un niño que se podría llamar perfectamente normal y que estaba en tratamiento analítico solo por razones profilácticas. Solo después de un tiempo de análisis y cuando el complejo de Edipo fue explorado en profundidad, pude reconocer la estructura completa y diferentes partes del superyó del niño. Mostró las reacciones de un sentimiento de culpa con una ética de nivel realmente elevado. Condenaba todo lo que consideraba malo o feo de un modo que aunque apropiado para el yo de un niño, era análogo al funcionamiento del superyó de un adulto con un alto nivel ético.

La evolución del superyó del niño, aunque no menos que la del adulto, depende de varios factores que no necesitarnos tratar aquí con mayor detalle. Si por alguna razón esta evolución no se ha realizado totalmente y las identificaciones no son totalmente afortunadas, entonces la angustia, a partir de la cual se originó toda la formación del superyó, tendrá preponderancia en su funcionamiento.

Creo que el caso citado por Anna Freud no prueba otra cosa sino que tales desarrollos del superyó existen. No creo que muestre que este es un caso de desarrollo específicamente infantil, ya que nos encontramos con el mismo fenómeno en aquellos adultos cuyo superyó no está desarrollado. Por eso creo que las conclusiones que Anna Freud extrae de este caso son erróneas.

Lo que Anna Freud dice con respecto a esto me da la impresión de que ella cree que el desarrollo del superyó, con formaciones reactivas y recuerdos encubridores, tiene lugar en alto grado durante el período de latencia. Mi

conocimiento analítico de niños pequeños me obliga a diferir de ella en forma absoluta en este punto.

Mi observación me ha enseñado que todos estos mecanismos están ya establecidos cuando surge el complejo de Edipo, y son activados por este. Cuando el complejo de Edipo ha declinado, ya realizaron su tarea fundamental; los desarrollos y reacciones subsiguientes son más bien la superestructura de un sustrato que ha tomado una forma fija y persiste inmodificado. Algunas veces y en ciertas circunstancias, las formaciones reactivas están acentuadas, y, nuevamente, cuando la presión extrema es más poderosa, el superyó opera con mayor fuerza.

Estos fenómenos, no obstante, no son privativos de la niñez. Lo que Anna Freud considera como una ampliación adicional del superyó y como formaciones reactivas en el período de latencia y en el período inmediatamente anterior a la pubertad, es simplemente una adaptación aparente y superficial a las presiones y exigencias del mundo exterior, y no tiene nada que ver con el verdadero desarrollo del superyó. A medida que crecen, los niños (como los adultos) aprenden a manejar el «doble código moral» más hábilmente que los niños pequeños, que todavía son menos convencionales y más honestos.

Pasemos ahora a las deducciones de la autora a partir de sus proposiciones sobre la naturaleza dependiente del superyó de los niños y su doble código moral en relación con los sentimientos de vergüenza y desagrado.

En las páginas 73-75 de su libro, Anna Freud sostiene que los niños difieren de los adultos en este aspecto: cuando las tendencias instintivas del niño se han hecho conscientes no se puede esperar que el superyó asuma por sí mismo la total responsabilidad de su dirección. Piensa que los niños, dejados solos en esto, solo pueden descubrir «un único sendero corto y adecuado, saber, el que conduce a la gratificación directa». Anna Freud no acepta —y da buenas razones para su actitud— que la decisión sobre cómo deben ser empleadas las fuerzas instintivas liberadas de la represión deba corresponder a las personas responsables de la educación del niño. Considera por lo tanto que lo único que debe hacerse es que «el analista guíe al niño en este aspecto tan importante». Da un ejemplo para ilustrar la necesidad de intervención educacional por parte del analista. Veamos lo que dice. Si mis objeciones a sus proposiciones teóricas son válidas, deberán soportar la prueba de un ejemplo práctico.

El caso en cuestión es uno que Anna Freud discute en varios pasajes de su libro: el de una niña de seis años que sufría de neurosis obsesiva. Esta niña,

que antes del tratamiento manifestaba inhibiciones y síntomas obsesivos, se tornó en ese momento desobediente y falta de límites. Anna Freud infirió que en ese punto hubiera debido intervenir con el rol de educadora. Creyó reconocer que el hecho de que el niño gratificara sus impulsos anales fuera del análisis una vez libres de la represión, indicaba que ella había incurrido en un error y había confiado demasiado en la fuerza del ideal del yo del niño. Pensó que este superyó aun insuficientemente establecido hubiera necesitado una influencia educativa temporaria por parte del analista, y por lo tanto, en este punto no era capaz de controlar los impulsos del niño sin ayuda.

Creo que sería bueno que yo también seleccionara una ilustración para sustentar mi opinión, opuesta a la de Anna Freud. El caso que citaré fue muy grave: el de una niña de seis años que en el comienzo del análisis sufría de una neurosis obsesiva[153]. Erna, cuya conducta en el hogar era intolerable y que manifestaba marcadas tendencias asociales en todas sus relaciones, sufría de frecuente insomnio, de excesivo onanismo obsesivo, inhibición completa para el aprendizaje, profundas depresiones, ideas obsesivas y varios otros síntomas graves. Fue tratada analíticamente durante dos años, y es evidente que la curación fue su resultado, porque desde hace más de un año ha estado en un colegio que por principio solo toma «niños normales» y que está enfrentando allí la prueba de la vida. Como es de suponer, en un caso tan grave de neurosis obsesiva la niña sufría de inhibiciones excesivas y profundos remordimientos. Manifestaba el característico viraje de la personalidad de «ángel a demonio», de «princesa buena a malvada», etc. En ella, también, el análisis liberó tanto enormes cantidades de afecto como impulsos sádicos anales. Durante las sesiones analíticas tenían lugar extraordinarias descargas: rabietas que se desahogaban en los objetos de mi cuarto, tales como almohadones, etc., ensuciaba y destrozaba juguetes, manchaba papel con agua, plastilina, lápices y demás. En todo esto la niña daba la impresión de estar considerablemente liberada de inhibiciones y parecía extraer un placer notable de esta conducta a menudo bastante salvaje. Pero descubrí que no se trataba simplemente de un caso de gratificación desinhibida de sus fijaciones anales, sino que otros factores jugaban un rol decisivo.

De ninguna manera era tan «feliz» como se hubiera podido pensar a primera instancia, y como los que rodeaban al niño hubieran pensado que sería en el caso citado por Anna Freud. Lo que en gran parte se encontraba debajo de su «falta de freno» era angustia y también la necesidad de castigo que la impelían a repetir su comportamiento. En este, también, habla una

evidencia clara de todo el odio y el desafío que databa del período en que se le había enseñado hábitos de limpieza. La situación cambió completamente cuando analizamos estas fijaciones tempranas, sus conexiones con la evolución del complejo de Edipo, y el sentimiento de culpa asociado a este.

En estos períodos en los que se liberaban con tanta fuerza impulsos sádico-anales, Erna manifestaba una inclinación temporaria a descargarlos y gratificarlos fuera del análisis. Llegué a la misma conclusión que Anna Freud: que el analista debía haberse equivocado. Solo que —y esta es probablemente una de las diferencias más sobresalientes y fundamentales entre nuestras opiniones— yo inferí que había fracasado de alguna manera por el lado analítico y no por el educacional Quiero decir que me di cuenta de que había fracasado en resolver completamente las resistencias durante la sesión analítica y en liberar totalmente la transferencia negativa. En este y en todos los otros casos encontré que si queremos capacitar a los niños para controlar mejor sus impulsos sin que se agoten en una laboriosa lucha contra ellos, la evolución edípica debe ser desnudada analíticamente tan completamente como sea posible, y los sentimientos de odio y culpa que resultan de esta evolución deben ser investigados hasta sus mismos comienzos[154]. Ahora bien, si tratamos de ver hasta qué punto Anna Freud encontró necesario reemplazar las medidas analíticas por medidas educativas encontramos que la pequeña paciente misma nos da una información exacta. Después de que Anna Freud le hubo demostrado claramente (pág. 41) que la gente solo podía portarse tan mal con quienes odiaba, la niña preguntó «por qué habría ella de tener ese sentimiento de odio por su madre a quien ella suponía que quería mucho». Esta pregunta tenía una buena justificación y muestra esa buena comprensión de la esencia del análisis que a menudo encontramos en pacientes de cierto tipo obsesivo, incluso muy pequeños. La pregunta señala el camino que hubiera debido tornar el análisis: hubiera debido penetrar más profundamente. Anna Freud, sin embargo, no tomó este canino, ya que leemos:

«Aquí rehusé decirle nada más, ya que también yo había llegado al fin de lo que sabía». La pequeña paciente trató entonces ella misma de ayudar a encontrar la forma que la podría conducir más lejos. Repitió un sueño que ya había mencionado y cuyo significado era un reproche contra su madre porque esta salía precisamente cuando la niña más la necesitaba. Algunos días después trajo otro sueño que indicaba claramente celos de sus hermanos y hermanas menores.

Anna Freud se detuvo entonces, cesó de avanzar más lejos en el análisis precisamente en el momento en que hubiera debido analizar el odio de la niña por su madre, o sea cuando realmente lo que primero debía hacerse era dilucidar en primer lugar toda la situación edípica. Vemos que es verdad que había liberado y llevado a su descarga algunos de los impulsos sádico-anales, pero no puso atención en la conexión de estos impulsos con la evolución edípica; por el contrario, confinó sus investigaciones a estratos superficiales conscientes o preconscientes, porque hasta donde podemos juzgar a través de lo que escribe, también parece haber omitido la prosecución del análisis de los celos de sus hermanos y hermanas hasta sus deseos inconscientes de matarlos. Si Anna Freud lo hubiera hecho, también esto la habría conducido hasta los deseos de la niña de matar a la madre. Más aun, debe haber omitido también el análisis de la actitud de rivalidad con la madre, ya que de otro modo tanto la paciente como la analista hubieran debido saber para entonces algo de las causas del odio de la niña por su madre.

En el cuarto capítulo de su libro, Anna Freud cita este análisis como una ilustración de la necesidad de que el analista intervenga durante un tiempo con el rol de educador; aparentemente está considerando este punto decisivo en el análisis que acabo de discutir. Pero yo me represento la situación de la siguiente manera: la niña llegó a ser parcialmente consciente de sus tendencias sádico-anales, pero no se le dio la oportunidad de liberarse más amplia y fundamentalmente de ellas a través de un análisis más profundo de su situación edípica. En mi opinión no se trataba de dirigirla hacia un dominio y control dolorosos de los impulsos liberados de la represión. Lo que se necesitaba era más bien someterla a un análisis más profundo y completo de las fuerzas que motivaban estos impulsos.

Pero debo hacer la misma crítica a algunos otros ejemplos que brinda Anna Freud. Se refiere varias veces a las confesiones de onanismo recibidas de sus pacientes. La niña de nueve años que hizo tales confesiones en dos sueños que relató (págs. 31-32), estaba, creo, contando mucho más que eso, y algo muy importante. Su terror al fuego y el sueño de la explosión en el géiser, que se produjo a causa de una mala conducta de su parte y fue acompañado de castigo, me parece indicar claramente la observación del coito entre los padres. Esto es también evidente en el segundo sueño. En él había «des ladrillos de distintos colores y una casa la que incendiaban». Estos, como mí experiencia en análisis de niños me permite generalizar, por lo regular representan la escena primaria. Que esto fuera cierto en el caso de esta niña, me parece evidente en sus sueños con fuego a través de sus dibujos de

los monstruos (descritos por Anna Freud, págs. 37-38) que ella llamaba «mordedores», y de la bruja que arrancaba el cabello de un gigante. Anna Freud está indudablemente en lo cierto cuando interpreta estos dibujos como indicadores de la angustia de castración de la niña, y de su masturbación. Pero no me cabe la menor duda de que la bruja, que castra al gigante, y el «mordedor» representan el coito entre los padres, concebido por la niña como un sádico acto de castración; y además que cuando ella tuvo esta impresión, ella misma concibió deseos sádicos contra sus padres (la explosión del géiser que ella causa en el sueño); que su masturbación estaba asociada a estos deseos y que por lo tanto, de su conexión con el complejo de Edipo, involucraba un profundo sentimiento de culpa, y en relación con esto, involucraba la compulsión a la repetición y parte de la fijación.

¿Qué es, entonces, lo que falta en la interpretación de Anna Freud? Todo lo que hubiera profundizado en la situación edípica. Pero esto significa que omitió explicar las causas más profundas del sentimiento de culpa y de la fijación, e imposibilitó la resolución del complejo de Edipo. Me siento obligada a extraer la misma conclusión que en el caso de la pequeña neurótica obsesiva: si Anna Freud hubiera sometido los impulsos instintivos a un análisis más profundo, no hubiera sido necesario enseñar a la niña cómo controlarlos. Y al mismo tiempo la curación hubiera sido más completa. Porque sabemos que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis; por lo tanto si el análisis evita analizar este complejo, tampoco puede resolver la neurosis.

Ahora bien, ¿cuáles son las razones de Anna Freud para abstenerse de un análisis más profundo, que investigara sin reservas la relación del niño con sus padres y con el complejo de Edipo? Hay una serie de importantes argumentos con los que nos encontramos en varios pasajes de su libro. Resumámoslo y consideremos sus alcances.

Anna Freud siente que ella no debe intervenir entre el niño y sus padres, y que la educación del hogar peligraría y se crearían conflictos si se le hace consciente al niño su oposición a los padres.

Creo que este punto es el que determina principalmente la diferencia entre las opiniones de Anna Freud y las mías, y nuestros opuestos métodos de trabajo. Ella misma dice que siente remordimientos para con los padres del niño, que son los que la emplean, si como ella dice, «se vuelve contra ellos». En el caso de una niñera que tenía hostilidad hacia ella (págs. 20-2l) hizo todo lo que pudo para predisponer al niño en contra de la mujer, desprender el sentimiento positivo del niño Por la niñera y dirigirlo hacia ella misma. Vacila

en hacer lo mismo cuando los padres entran en la cuestión, y creo que está plenamente en lo cierto. La diferencia en nuestro punto de vista es esta: que yo jamás intento predisponer al niño en contra de los que lo rodean. Pero si sus padres me lo han confiado para que lo analice, ya sea para curar una neurosis o por otras razones, creo que estoy justificada al tomar la línea que me parece la más ventajosa para el niño y la única posible. Quiero decir la de analizar sin reservas su relación con los que lo rodean, y por lo tanto, en especial con sus padres, hermanos y hermanas.

Hay varios peligros en el análisis de la relación con los padres que Anna Freud teme y que piensa que surgirían de la debilidad que ella supone que caracteriza el superyó del niño. Permítaseme mencionar algunos. Cuando se resuelve satisfactoriamente la transferencia, el niño ya no puede volver a dirigirse a los objetos amorosos adecuados y podría verse obligado ya sea «a volver a caer en una neurosis, o, si este camino estuviera cerrado en razón del éxito del tratamiento analítico, a tomar la dirección opuesta: la de la rebelión abierta» (págs. 61-62). O de nuevo: si los padres utilizan su influencia en oposición al analista el resultado sería «como el niño está vinculado emocionalmente a ambas partes, una situación similar a la que surge en un matrimonio infeliz en el que el niño se ha convertido en un tema le disputa» (pág. 77). Y nuevamente: «Donde el análisis del niño no puede llegar a ser parte orgánica de toda su vida sino que se introduce como un cuerpo extraño en sus otras relaciones, perturbándolas, probablemente lo único que hagamos sea complicarlo en más conflictos que los que nuestro tratamiento resuelve» (pág. 84).

En cuanto a la idea de que el superyó del niño no es aún lo suficientemente fuerte, y que hace temer a la autora que cuando el niño se libere de la neurosis no podrá ya adaptarse satisfactoriamente a las exigencias educacionales necesarias y a las de las personas que lo rodean, respondería yo de la siguiente manera:

Mi experiencia me ha enseñado que si analizarnos un niño sin ningún preconcepto de ninguna clase en nuestra mente, nos formaremos de él una idea distinta, simplemente porque estaremos capacitados para penetrar más profundamente en el período crítico anterior a los dos años. Aquí se revela en mucho mayor grado la severidad del superyó del niño, rasgo que Anna Freud misma descubrió en ocasiones. Encontramos que lo que se necesita no es reforzar el superyó sino suavizarlo. No olvidemos que las influencias educativas y las exigencias culturales no están suspendidas durante el análisis aun cuando el analista, que actúa como un tercero absolutamente imparcial,

no asuma la responsabilidad de estas influencias y exigencias. Si el superyó ha sido lo bastante fuerte cono para conducir al conflicto y a la neurosis seguramente mantendrá suficiente influencia, aun si en el análisis lo modificamos gradualmente.

Nunca terminé un análisis con la impresión de que está facultad se hubiera debilitado demasiado, por otra parte, hubo muchos análisis en cuyo término yo habría deseado que se pudiera reducir aún más su exagerado poder. Anna Freud señala con justeza que si nos aseguramos una transferencia positiva los niños habrán de contribuir mucho en el sentido de la cooperación y en otros tipos de sacrificio. Pero creo que esto prueba indudablemente que, al lado de la severidad del superyó, este anhelo de amor es una garantía adecuada de que el niño tendrá un motivo suficientemente fuerte para obrar de acuerdo con exigencias culturales razonables, solo si el análisis libera su capacidad de amar.

No debemos olvidar que lo que la realidad exige al yo del adulto es mucho más pesado que las demandas mucho menos exigentes que encuentra el yo mucho más débil del niño.

Naturalmente, es posible que si el niño debe vincularse con personas que no tienen insight, o con neuróticos, o con gente que lo perjudica, el resultado podría ser que no podremos desembarazarlo completamente de su propia neurosis o que su medio la haga surgir nuevamente. Sin embargo, según mi experiencia, aun en estos casos podemos hacer mucho para aliviar el asunto e inducir un desarrollo mejor. Más aun, en su reaparición la neurosis será más leve y más fácil de ser curada en el futuro. Los temores de Anna Freud de que un niño que ha sido analizado y permanece en un medio totalmente adverso al análisis, en razón de su separación de sus objetos amorosos puede tomarse más rebelde a estos, y por lo tanto más presa de conflictos, me parecen consideraciones teóricas refutadas por la experiencia. Aun en tales casos he descubierto que el análisis capacitaba a los niños a adaptarse mejor y por lo tanto a pasar mejor la prueba de un mllieu desfavorable, y a sufrir menos que antes de ser analizarlos.

Y he demostrado repetidas veces que cuando un niño se torna menos neurótico se hace mucho menos cansador para aquellos que lo rodean y que son neuróticos o faltos de insight, y de esta forma el análisis no ejercerá más que una influencia favorable en las relaciones entre el niño y su medio.

En los últimos ocho años he analizado gran número de niños, y mis descubrimientos con respecto a este punto, crucial en la cuestión del análisis de niños, ha sido constantemente confirmado. Podría resumirlo diciendo que

el peligro temido por Anna Freud, que el análisis de los sentimientos negativos de un niño hacia sus padres arruinará su relación con estos, es siempre y bajo toda circunstancia, inexistente. Por el contrario, lo opuesto es verdad. Exactamente lo mismo sucede en los adultos: el análisis de la situación edípica no solo alivia los sentimientos negativos del niño para con sus padres, hermanos y hermanas sino que también los resuelve en parte, y así posibilita mayor fortificación de los impulsos positivos. Precisamente el análisis del período más temprano es el que revela las tendencias hostiles y los sentimientos de culpa que tienen origen en la temprana frustración oral, los hábitos de limpieza y la frustración relacionada con la situación edípica. Y este traerlos a luz es lo que libera al niño de ellos. El resultado final es una relación más profunda y mejor con los que lo rodean, y no es de ninguna manera una separación en el sentido de sentirse extraño. Lo mismo se aplica al período de la pubertad, solo que en este período la capacidad para la separación y la transferencia necesaria en esta fase particular del desarrollo está grandemente reforzada por el análisis. Hasta ahora nunca he tenido quejas le la familia después que el análisis terminara y aun durante su curso, de que la relación del niño con su ambiente hubiera empeorado. Esto significa mucho cuando recordamos la ambivalencia de las relaciones. Por otra parte, se me ha asegurado con frecuencia que los niños se tornaban mucho más sociables y mucho más dóciles con respecto a su educación. De modo que finalmente hago un gran servicio tanto a los padres como al niño justamente en lo que se refiere al mejoramiento de las relaciones entre ellos.

Indudablemente es deseable y provechoso que los padres nos asistan tanto durante como después del análisis. Debo decir, sin embargo, que estos ejemplos tan gratificadores son decididamente los menos: representan el caso ideal, y no podemos basar nuestro método obre él. Anna Freud dice (pág. 83): «La enfermedad definida no es lo único que nos hará decidirnos a analizar a un niño. El lugar del análisis infantil es sobre todo el millieu analítico; por ahora debemos limitarlo a los niños cuyos padres son analistas, se han analizado o tienen cierta confianza o respeto por el análisis». En respuesta diría que debemos discriminar muy claramente entre las actitudes consientes e inconscientes de los mismos padres, y he hallado repetidas veces que las actitudes inconscientes no están de ninguna manera garantizadas por las condiciones deseadas por Anna Freud. Los padres pueden estar por completo convencidos teóricamente de la necesidad el análisis y pueden desear conscientemente ayudarnos con todas sus fuerzas, y sin embargo, por razones inconscientes, pueden obstaculizar nuestro trabajo a cada momento. Por otra

parte, constantemente hallé gente que no sabía nada sobre el análisis —a veces simplemente una niñera que me tenía confianza personal— que fue de la más grande ayuda debido a una favorable actitud inconsciente. Sin embargo, según mi experiencia, todo el que analice niños tiene que contar con una cierta hostilidad y celos por parte de niñeras, institutrices, e incluso la madre, y debe tratar de realizar el análisis a pesar y en contra de estos sentimientos. A primera vista esto parece imposible y representa por cierto una dificultad especial y muy considerable en el análisis del niño. No obstante en la mayoría de los casos no la he encontrado insuperable. Naturalmente presupongo que no debemos «compartir con los padres el odio y el amor del niño», sino que debemos manejar tanto la transferencia positiva como la negativa de manera tal que nos capacite para establecer la situación analítica y confiar en ella. Es asombroso cómo los niños, incluso niños pequeños, nos apoyan entonces con su insight y con su necesidad de ayuda y cómo podemos incluir en nuestro trabajo las resistencias causadas por aquellos con quienes están vinculados los pequeños pacientes.

Por lo tanto, mi experiencia me ha llevado a emanciparme en mi trabajo de estas personas en la medida de lo posible. Aun cuando sus informaciones puedan ser a veces muy valiosas, cuando nos relatan cambios importantes que tienen lugar en los niños y nos proporcionan un conocimiento de la situación real, necesariamente debemos ser capaces de manejarnos sin esta ayuda. Por supuesto no quiero decir con esto que nunca pueda desbaratarse un análisis por culpa de los que rodean al niño; solo puedo decir que si los padres envían a sus niños para que se analicen no es razón para que sea imposible llevar a cabo el análisis simplemente porque la actitud de estos muestre falta de insight o sea desfavorable de alguna otra manera.

Resulta claro por todo lo que he dicho que mi posición con respecto a la conveniencia del análisis en distintos casos es completamente distinta a la de Anna Freud. Considero que el análisis es útil no solo en todos los casos con perturbaciones mentales evidentes y desarrollo insuficiente, sino como medio para disminuir las dificultades de niños normales. El camino puede ser indirecto, pero estoy segura de que no es demasiado penoso, costoso o tedioso.

En esta segunda parte de mi artículo mi intención era demostrar que es imposible combinar en la persona del analista la tarea analítica y educativa, y esperaba mostrar por qué es así. Anna Freud misma describe estas funciones (pág. 82) como «dos tareas difíciles y contradictorias». Y dice nuevamente: «analizar y educar, o sea permitir y prohibir al mismo tiempo, liberar y atar

nuevamente». Puedo resumir mis argumentos diciendo que una actividad efectivamente anula la otra. Si el analista incluso temporariamente se torna representante de agentes educativos, si asume el rol del superyó, bloquea en ese punto el camino de los impulsos instintivos a la conciencia: se vuelve un representante de los poderes represores. Avanzaré un poco más y diré que según mi experiencia, lo que debemos hacer con los niños tanto como con los adultos es, no simplemente establecer y mantener la situación analítica con todos los medios analíticos y abstenernos de toda influencia educativa directa, sino, más aún, que el análisis de niños debe tener la misma actitud inconsciente que pedimos al analista de adultos, si ha de tener éxito. Esta lo debe capacitar para querer realmente solo analizar, y no desear moldear y dirigir la mente de sus pacientes. Si la angustia no se lo impide, podrá esperar con calma la evolución del resultado correcto, y de este modo se alcanzará este resultado.

Si lo hace, además, demostrará la validez del segundo principio que expongo en oposición a Anna Freud, a saber: que debemos analizar completamente y sin reservas la relación del niño con sus padres y su complejo de Edipo.

Postscriptum, mayo de 1947.

En el Prefacio y en la Tercera parte de su nuevo libro, Anna Freud presenta diversas modificaciones de su técnica. Algunas de estas modificaciones conciernen a algunos puntos que traté en este artículo.

Una divergencia en nuestras opiniones surgió de su utilización de métodos educativos en el análisis de niños. Anna Freud explicó que esta técnica era necesaria a causa del superyó débil y no desarrollado de los niños, aun en el período de latencia (que en ese entonces ella consideraba el único período en el que los niños podían ser analizados). Declara ahora en su Prefacio que la parte educativa en la tarea del analista de niños ya no es necesaria (porque los padres y las autoridades educacionales se han vuelto mucho más instruidas) y que el analista «puede ahora, salvo raras excepciones, concentrar su energía en el aspecto puramente analítico de su labor». (Prefacio, pág. XI). Además, cuando Anna Freud publicó su libro en 1926, no solo criticó la técnica de juego (que yo había empleado en el análisis de niños pequeños), sino que también se opuso por principio a que niños pequeños, por debajo del período de latencia, se analizaran. Ahora, como lo dice en su Prefacio, redujo la edad «desde el período de latencia, como lo sugirió en un principio, hasta los dos años…» y según parece también aceptó hasta cierto grado la técnica de juego cono parte necesaria del análisis de niños. Además amplió el número de

pacientes no solo en lo que respecta a la edad sino también en lo que respecta al tipo de enfermedad, y ahora considera «que se puede analizar niños cuyas perturbaciones son de tipo esquizofrénico» pág. X).

La cuestión siguiente es más complicada porque subsiste una importante diferencia aunque haya surgido una similitud en el enfoque. Anna Freud dice de su «fase introductoria» en el análisis de niños, que su estudio de los mecanismos de defensa del yo la ha llevado a encontrar «caminos y medios de poner al descubierto y penetrar las primeras resistencias en el análisis de niños, con lo cual se acorta la fase introductoria del tratamiento, y, en algunos casos la hace innecesaria». (Prefacio, págs. XI-XII). La consideración de mi contribución al Simposium mostrará que la esencia de mi argumento en entra de la «fase introductoria» de Anna Freud era lo siguiente: si el analista trata desde el comienzo la angustia y la resistencia inmediatas del niño con recursos analíticos, la situación transferencial se establece inmediatamente, y no se hacen necesarios ni aconsejables recursos que no sean analíticos. Nuestras opiniones sobre este problema tienen por lo tanto en común que la fase introductoria es innecesaria (aunque Anna Freud solo parece admitir esto en algunos casos especiales) si se descubre que los caminos y los medios analíticos penetran las primeras resistencias. En mi contribución al Simposium traté este problema principalmente desde el ángulo de la angustia aguda del niño pequeño. Sin embargo, en mi libro El psicoanálisis de niños, muchos ejemplos muestran que en aquellos casos en los que la angustia es menos aguda, atribuyo gran significación al análisis de las defensas desde el comienzo. En realidad, no es posible analizar las resistencias sin analizar las defensas. No obstante, aunque Anna Freud no se refiere al análisis de la angustia aguda sino que parece poner el acento principalmente en el análisis de las defensas, nuestras opiniones coinciden en cuanto a la posibilidad de conducir el análisis desde el comienzo con recursos analíticos. Estas alteraciones en las opiniones de Anna Freud, que solo doy como ejemplo, duplican en realidad, aunque ella no lo manifieste, una disminución de ciertas divergencias importantes entre ella y yo en lo que respecta al psicoanálisis de niños. Mencionaré otro punto que está relacionado fundamentalmente con mi enfoque de los principios y la técnica del análisis temprano, punto que ilustro en este libro. Anna Freud declara (pág. 71): «Melanie Klein y sus seguidores expresaron repetidamente la opinión de que con la ayuda de la técnica de juego se puede analizar niños de casi cualquier edad, de la más temprana infancia en adelante». No sé sobre que fundamento se basa esta declaración, y el lector de este libro y de mi libro El psicoanálisis de niños no encontrará

pasajes que lo justifiquen ni material de análisis de niños de menos de dos años y tres meses de edad. Por supuesto que atribuyo gran importancia al estudio de la conducta de los lactantes, especialmente a la luz de mis descubrimientos sobre los tempranos procesos mentales, pero estas observaciones analíticas son algo esencialmente distinto que llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico.

También llamaría aquí la atención sobre el hecho de que en esta nueva edición de su libro (págs. 69-71), Anna Freud repita la misma descripción errónea de mi técnica que hizo veinte años atrás, puesto que infiere que confío predominantemente en interpretaciones simbólicas y utilizo muy poco —si alguna vez lo hago— el lenguaje del niño, ensueños diurnos, sueños, cuentos, juego imaginativo, dibujos, sus reacciones emocionales y sus relaciones con la realidad exterior, por ejemplo, en su hogar. He corregido explícitamente esta interpretación errónea en esta contribución al Simposium y cuesta entender cómo pudo haberse mantenido frente a mi libro El psicoanálisis de niños y mis diversas publicaciones, compiladas ahora en este volumen.

8. Tendencias criminales en niños normales (1927)

Una de las bases del psicoanálisis es el descubrimiento de Freud de que encontramos en un adulto todos los estadios de su desarrollo infantil temprano. Los encontramos en el inconsciente, que contiene todas las fantasías y tendencias reprimidas. Como sabemos, el mecanismo de la represión está principalmente dirigido por las facultades de juicio y de crítica —el superyó—. Es evidente que las represiones más profundas son aquellas que están dirigidas contra las tendencias más antisociales.

Así como el individuo repite biológicamente el desarrollo de la humanidad, también lo hace psíquicamente. Encontramos reprimidos e inconscientes los estadios que aún observamos en pueblos primitivos: canibalismo y tendencias asesinas de la mayor variedad. Esta parte primitiva de una personalidad contradice enteramente la parte aculturada de la personalidad, que es la que realmente engendra la represión.

El análisis infantil, especialmente el análisis temprano, por el que se entiende el análisis de niños entre tres y seis años, da un cuadro muy esclarecedor de cuán temprano comienza esta lucha entre la parte aculturada de la personalidad y la parte primitiva. Los resultados que he obtenido en mi trabajo analítico con niños pequeños me han demostrado que ya en el segundo año encontramos el superyó en acción.

En esta edad, el niño ya ha pasado estadios muy importantes de su desarrollo psíquico; ha atravesado sus fijaciones orales, en las que debemos distinguir entre la fijación oral de succión y la fijación oral de morder. Esta última está muy conectada con tendencias canibalísticas. El hecho de que podamos observar muy a menudo que los bebes muerden el pecho de la madre es una de las pruebas de esta fijación.

Además, en el primer año, tienen lugar gran parte de las fijaciones sádico-anales. Este término, erotismo sádico-anal, se utiliza para denotar el placer extraído de la zona erógena anal y de la función excretoria, junto con el placer en la crueldad, dominación o posesión, etc., que se ha encontrado estrechamente conectado con placeres anales. Los impulsos sádico-orales y

sádico-anales representan el papel principal en las tendencias que me propongo examinar en este artículo.

Acabo de mencionar que ya en el segundo año encontramos al superyó en acción, por cierto que en su estadío de desarrollo. Lo que produce esto es el advenimiento del complejo de Edipo. El psicoanálisis ha demostrado que el complejo de Edipo juega el papel más amplio en el entero desarrollo de una personalidad, tanto en las personas que se convertirán en normales como en las que se convertirán en neuróticas. El trabajo psicoanalítico ha demostrado cada vez más que también la entera formación del carácter deriva del desarrollo edípico, que todo matiz de dificultades de carácter, desde el ligeramente neurótico al criminal, está determinado por él. En esta dirección —el estudio del criminal— se han dado solo los primeros pasos, pero son pasos que prometen desarrollos de gran alcance[155]. Es el tema de este artículo mostrarnos cómo podemos ver en todo niño tendencias criminales en acción; y hacer algunas sugerencias sobre qué es lo que determina si estas tendencias van o no a establecerse en la personalidad.

Debo retroceder ahora al punto del que he partido. Cuando se instala el complejo de Edipo, lo que, según los resultados de mi trabajo, sucede al final del primer año o al comienzo del segundo, están plenamente en acción los estadios tempranos que he mencionado: sádico-orales y sádico-anales. Se conectan con las tendencias edípicas, y se dirigen hacia los objetos alrededor de los cuales se desarrolla el complejo de Edipo: los padres. El varón, que odia al padre como rival por el amor de la madre, hará esto con el odio, la agresión y las fantasías provenientes de sus fijaciones sádico-orales y sádico-anales. No faltan en el análisis de ningún varón las fantasías de penetrar en el dormitorio y matar al padre, incluso en el caso de un niño normal. Quisiera mencionar un caso especial, el de un niño de cuatro años, muy normal y satisfactoriamente desarrollado en todo aspecto, de nombre Gerald. Este caso es muy esclarecedor en muchos aspectos. Gerald era un niño muy vivaz y aparentemente feliz, en el que nunca se había advertido ninguna angustia, y fue traído al análisis solo por razones profilácticas.

Durante el curso del análisis descubrí que el niño había pasado por una intensa ansiedad y estaba aún bajo la tensión de la misma. Mostraré después cómo es posible para un niño esconder tan bien sus temores y dificultades. Uno de sus objetos de angustia que establecimos durante el análisis, era una bestia que solo tenía las costumbres de una bestia, pero que en realidad era un hombre. Esta bestia que hacía grandes ruidos en la habitación próxima, era el padre cuyos ruidos emanaban del dormitorio adyacente. El deseo de Gerald

de penetrar allí, de cegar al padre, castrarlo y matarlo, provocaron el temor a ser tratado del mismo modo por la bestia. Ciertos hábitos transitorios, tales como un movimiento de los brazos, que el análisis demostró que significaban empujar a la bestia, eran debidos a esta angustia. Gerald tenía un tigre pequeño y su gran afecto por este animal se debía en parte a la esperanza de que lo protegería de la bestia. Pero a veces este tigre resultó ser no solo un defensor sino también un agresor. Gerald proponía mandarlo a la habitación adyacente para llevar a cabo sus deseos agresivos hacia el padre. También en este caso el pene del padre sería mordido, cocinado y comido, deseo proveniente en parte de las fijaciones orales del niño, y en parte recurso para luchar con el enemigo; ya que un niño, como no tiene otra arma, usa en forma primitiva sus dientes como un arma. Esta parte primitiva de la personalidad estaba representada en este caso por el tigre, que, como comprobé después, era Gerald mismo, pero en una parte suya de la que hubiera querido no darse cuenta. Pero Gerald tenía también fantasías de cortar en pedazos a su padre y a su madre, fantasías conectadas con actos anales, con ensuciar al padre y a la madre, con heces. Una cena que simuló después de estas fantasías resultó ser una comida en la que él y su madre se comían al padre. Es difícil ilustrar cómo un niño tan sensible como este sufre por estas fantasías, que la parte cultivada de su personalidad condena fuertemente. Este niño no podía mostrar bastante amor y bondad hacia su padre; y aquí vemos un fuerte motivo para que reprimiera su amor por la madre, la que de algún modo es causa de estas fantasías, y de que permaneciera apegado al padre en redoblada fijación que podría formar la base de una actitud homosexual permanente en la vida posterior.

Mencionará brevemente el caso de una niña. La rivalidad por el padre, el deseo de tomar el lugar de la madre en su amor, lleva también a fantasías sádicas del más diverso carácter. Aquí el deseo de destruir la belleza de la madre, de mutilar su rostro y su cuerpo, de apropiarse para sí del cuerpo de la madre —esa fantasía primitiva de morder, cortar, etc.—, está conectado con un fuerte sentimiento de culpa, que fortifica la fijación a la madre. En esta edad, entre los dos y los cinco años, vemos a menudo niñas pequeñas excesivamente afectuosas con sus madres, pero este afecto está en parte basado en angustia y sentimiento de culpa, y es seguido por un alejamiento del padre. Así esta complicada situación psíquica se hace aún más complicada por el hecho de que, al defenderse contra estas tendencias que su superyó condena, el niño apela a sus tendencias homosexuales, las fortifica y desarrolla, lo que llamamos el complejo de Edipo «invertido». Este es el

desarrollo que se muestra en una fuerte fijación de la niña a la madre, del varón al padre. Un paso más, y llegamos al estadío en que esta relación tampoco puede ser mantenida, y el niño se aparta de ambos. Esta es seguramente la base de una personalidad antisocial, porque la relación con el padre y la madre determina todas las subsiguientes relaciones de la vida. Hay otra relación que juega un papel fundamental. Es la relación hacia los hermanos y hermanas; todo análisis demuestra que todos los niños sufren grandes celos tanto de los hermanos y hermanas menores como de los mayores. Incluso el niño muy pequeño que aparentemente no sabe nada sobre el nacimiento, tiene un conocimiento inconsciente muy específico del hecho de que los niños crecen en el útero de la madre. Gran odio es dirigido contra este niño en el útero de la madre por motivos de celos, y como típico de las fantasías del niño durante un embarazo de la madre; encontramos deseos de mutilar el útero de la madre y deshacer al niño que está allí, mordiéndolo y cortándolo.

También contra el niño recién nacido se dirigen deseos sádicos. Además, estos deseos sádicos se dirigen también contra hermanas y hermanos mayores, porque el niño se siente disminuido en comparación con los mayores, incluso cuando no sea realmente así. Pero estos sentimientos de odio y celos dan al niño un fuerte sentimiento de culpa, que puede influir para siempre en su relación con sus hermanos y hermanas. El pequeño Gerald, por ejemplo, poseía un muñequito al que cuidaba tiernamente y a menudo lo vendaba. Representaba a su hermanito, al que según su severo superyó él había mutilado y castrado cuando estaba en el útero de la madre.

En todas estas situaciones, en la medida en que sus sentimientos son negativos, el niño reacciona con todo el poder e intensidad del odio característico de los tempranos estadios sádicos del desarrollo. Pero, como los objetos que odia son al mismo tiempo objetos de su amor, el conflicto que surge se hace muy pronto intolerablemente pesado para el débil yo; el único escape es la huida a través de la represión, y la entera situación conflictiva, que de este modo nunca es aclarada, permanece activa en la mente inconsciente. Aunque la psicología y la pedagogía hayan mantenido siempre la creencia de que un niño es un ser feliz sin ningún conflicto, y hayan supuesto que los sufrimientos de los adultos son el resultado del peso y dureza de la realidad, debe afirmarse que justamente lo opuesto es lo cierto. Lo que aprendemos sobre el niño y el adulto a través del psicoanálisis es que todos los sufrimientos de la vida posterior son en su mayor parte repeticiones de

estos sufrimientos tempranos, y que todo niño en los primeros años de su vida pasa por un grado inmensurable de sufrimiento.

No puede negarse que las apariencias hablan en contra de estas afirmaciones. Incluso aunque en una observación atenta se puedan notar signos de dificultades, el niño parece superarlos más o menos fácilmente. La cuestión de cómo debe explicarse la diferencia entre las apariencias y la verdadera situación psíquica se contestará posteriormente, cuando examinemos las diversas formas y recursos que usa el niño para superar sus dificultades.

Debo retornar al punto en que hablé de los sentimientos negativos del niño. Estos se dirigen contra el padre del mismo sexo y los hermanos y hermanas. Pero, como he mencionado, se complica más la situación por el hecho de que se dirigen también sentimientos negativos contra el padre del sexo opuesto, en parte por la frustración que este progenitor también le impone, y en parte porque en sus esfuerzos para escapar al conflicto el niño se aparta de su objeto de amor, y cambia su amor por aversión. Pero la situación se complica más aun por el hecho de que las tendencias de amor del niño están coloreadas por teorías y fantasías sexuales típicas de los estadios pregenitales, del mismo modo que lo están sus sentimientos negativos. Se ha descubierto mucho sobre las teorías sexuales infantiles mediante el análisis de adultos; pero al analista que trata a los niños mismos se le revela una sorprendente variedad de teorías sexuales. Diré solo pocas palabras sobre la forma en que se obtiene del niño este material. Cuando desde nuestro punto de vista psicoanalítico observamos al niño mientras juega y utilizarnos recursos técnicos especiales para disminuir su inhibición, podemos hacer aparecer estas fantasías y teorías, descubrir qué experiencias ha tenido el niño, y ver todos sus impulsos y la reacción de sus facultades críticas en acción. Esta técnica no es fácil; requiere mucho de identificación con las fantasías del niño y una actitud especial hacia él, pero es extremadamente productiva; esta técnica nos conduce a profundidades del inconsciente que son sorprendentes incluso para el analista de adultos. Lentamente el analista, al interpretar al niño lo que significa su juego, sus dibujos y toda su conducta, resuelve las represiones contra las fantasías subyacentes al juego, y libera esas fantasías. Muñequitos, hombres, mujeres, animales, autitos, trenes, etc., permiten al niño representar diversas personas, la madre, el padre, los hermanos y hermanas, y por medio de estos juguetes representar todo su material inconsciente más reprimido. No es posible dentro de los límites de este artículo entrar más en los detalles de mi técnica. Debo limitarme a enunciar

que obtengo este material en realizaciones tan diferentes y con tanta variedad que es imposible equivocarse sobre su significado; el que además es demostrado por el efecto de resolución y liberación de las interpretaciones, se hacen claras tanto las tendencias primitivas como las reacciones de juicio. Si un niño ha mostrado en un juego, por ejemplo, que un hombrecito en lucha contra un hombre mayor fue capaz de superarlo, sucede muy a menudo que cuando está muerto, el hombre mayor es puesto en un carruaje y llevado al carnicero, quien lo corta en pedazos y lo cocina. El hombrecito come esta comida con placer, incluso invitando al festín a una señora que a veces representa a la madre. Ella ha aceptado al pequeño asesino en vez de al padre asesinado. Por supuesto que la situación puede ser muy diferente. La fijación homosexual puede estar en primer plano, y podemos ver a la madre cocinada y comida, y los dos hermanos repartiendo la comida entre ellos. Como he mencionado, se manifiesta una innumerable variedad de fantasías, que difieren incluso en el mismo niño en diferentes estadios de su análisis. Pero esta manifestación de tendencias primitivas es invariablemente seguida por angustia, y por realizaciones que muestran cómo el niño trata ahora de hacer el bien y de arreglar lo que ha hecho. A veces trata de reparar a los mismos hombres, trenes, etc., que acaba de romper. A veces dibujar, construir, etc., expresan las mismas tendencias reactivas.

Quiero poner en claro un punto. Los juegos que he descrito, a través de los cuales el niño me provee del material que examiné, difieren mucho de los juegos a los que generalmente se observa jugar a los niños. Esto debe explicarse como sigue: el analista obtiene su material en forma muy específica. La actitud que muestra ante los juegos y asociaciones del niño está enteramente libre de críticas éticas y morales. Esta es realmente una de las formas en que puede establecerse la transferencia y ponerse en marcha el análisis. Así el niño mostrará al analista lo que nunca revelaría a su madre o niñera. Por buenas razones: ellas se alarmarían mucho al advertir tendencias antisociales y agresivas contra las que principalmente se dirige la educación. Además, es justamente el trabajo analítico el que resuelve las represiones y de esta forma hace aparecer las manifestaciones del inconsciente. Esto se obtiene lentamente, paso a paso, y algunos de los juegos que mencioné han aparecido en el curso del análisis y no al principio. Sin embargo, debe agregarse que los juegos de los niños, incluso fuera del análisis, son muy instructivos y dan pruebas de muchos de los impulsos que se examinan aquí. Pero para reconocerlos se requiere un observador especialmente entrenado, con conocimiento del simbolismo y de los métodos psicoanalíticos.

Las teorías sexuales son la base de una variedad de fijaciones muy sádicas y primitivas. Sabemos gracias a Freud que hay cierto conocimiento inconsciente que el niño obtiene, aparentemente, en forma filogenética. A este pertenece el conocimiento sobre el coito paterno, el nacimiento de los niños, etc.; pero es de carácter bastante vago y confuso. De acuerdo con el estadío sádico-oral y sádico-anal que él mismo está atravesando, el coito llega a significar para el niño una situación en la que juegan el papel principal comer, cocinar, intercambio de heces y actos sádicos de todo tipo (morder, cortar, etc.). Deseo subrayar cuán importante está destinada a ser en la vida posterior la conexión entre estas fantasías y la sexualidad. Aparentemente todas esas fantasías habrán desaparecido para entonces, pero su efecto inconsciente será de gran importancia en la frigidez, en la impotencia y en otras perturbaciones sexuales. Esto puede verse muy bien en el análisis de niños pequeños. El varón que ha demostrado sus deseos hacia su madre, mostrando en este aspecto fantasías muy sádicas, trata de escapar eligiendo en vez de a la madre como objeto, a la imago del padre; y después se apartará también de este, si sus fantasías sádico-orales resultan también conectadas con este objeto de amor. Aquí encontramos la base de todas las perversiones que Freud ha descubierto que se originan en el desarrollo temprano del niño. Fantasías de que el padre o él mismo viola a la madre, la muerde, la araña, la corta en pedazos, son algunos ejemplos de la concepción infantil del coito. Me referiré aquí al hecho de que fantasías de esta naturaleza son realmente transportadas a la acción por los criminales, para mencionar solo el caso de Jack el Destripador. En la relación homosexual estas fantasías cambian a castrar al padre, cortando o arrancando su pene, y toda clase de actos violentos. El nacimiento está conectado muy a menudo con fantasías de abrir el cuerpo cortándolo, y de sacar los bebés de diferentes partes del cuerpo. Estos son solo pocos ejemplos de la abundante variedad de fantasías sexuales que pueden encontrarse en todo niño normal, punto que deseo subrayar especialmente. Ya que he tenido la suerte de tener varios niños normales en análisis, puedo afirmar esto desde el punto de vista profiláctico. Este aspecto repulsivo de la vida de fantasía del niño cambia enteramente cuando nos familiarizarnos con las profundidades de su mente. El niño está enteramente dominado por sus impulsos, los que, sin embargo, vemos que son el fundamento de todas las atractivas y socialmente importantes tendencias creadoras. Debo decir que la impresión qué obtengo de la forma en que incluso el niño muy pequeño lucha contra sus tendencias antisociales es bastante emocionante y admirable. Un momento después de que hemos visto

los impulsos más sádicos, nos encontramos con actuaciones que muestran la mayor capacidad de amor, y el deseo de hacer todo sacrificio posible para ser amado. No podemos aplicar ninguna norma ética a estos impulsos; debemos dar por sentada su existencia sin ninguna crítica y ayudar al niño a enfrentarse con ellos; por lo que al mismo tiempo disminuimos sus sufrimientos, fortificamos sus capacidades, su equilibrio mental, y como resultado final realizamos una tarea de notable importancia social. Es impresionante ver en análisis cómo estas tendencias destructivas pueden ser utilizadas para la sublimación cuando resolvemos las fijaciones; cómo pueden liberarse estas fantasías para un trabajo realmente artístico y constructivo.

Esto se hace en análisis solo a través de recursos puramente analíticos, de ningún modo aconsejando o estimulando al niño. Según mi experiencia, esta última forma, que es la pedagógica, no puede combinarse con la tarea analítica en la persona del analista, pero el análisis prepara el terreno para una tarea pedagógica muy productiva.

En una comunicación hecha hace algunos años a la Sociedad Analítica de Berlín, señalé una analogía entre algunos crímenes horribles que recientemente habían sucedido, y fantasías correspondientes que había encontrado en el análisis de algunos niños pequeños. Uno era un caso que era realmente una combinación de perversión y crimen. Actuando en forma muy habilidosa, de modo que no fue descubierto por mucho tiempo, el hombre pudo llevar a cabo los siguientes actos sobre gran número de personas: el criminal en cuestión cuyo nombre era Harmann intimaba con hombres jóvenes, a los que ante todo usaba para sus tendencias homosexuales, después les cortaba la cabeza, quemaba o hacia uso de las partes de su cuerpo en una forma u otra, e incluso vendía luego sus ropas. Otro caso muy horrible es el de un hombre que mató a varias personas, usando las partes de sus cuerpos para hacer salchichas. Las fantasías análogas de los niños que mencioné antes tenían en todos sus detalles las mismas características que estos crímenes. Las personas sobre las que se cometerían eran, por ejemplo, el padre y el hermano de un niño entre cuatro y cinco años, a los que estaba ligado por una fuerte fijación sexual. Después de haber expresado la deseada masturbación mutua y otros actos, cortó la cabeza de un muñeco, vendiendo el cuerpo a un carnicero imaginario, que a su vez debía venderlo como comida. Guardó para sí la cabeza, que quería comer él mismo, considerándola la porción más tentadora. Pero del mismo modo se apropió de las pertenencias de la víctima.

Entraré más de lleno en este caso especial, ya que creo que resultará más esclarecedor si doy detalles sobre un solo caso, antes que enumerar más

ejemplos. Este niño, Peter, cuando llegó al análisis era un niño muy inhibido, extremadamente receloso, muy difícil de educar, enteramente incapaz de jugar; no podía hacer otra cosa con sus juguetes que romperlos. Su inhibición de juego, como su ansiedad, estaban estrechamente conectadas con sus fijaciones sádico-orales y sádico-anales. Como las fantasías son realmente el motor del juego, no podía jugar, porque debía mantener reprimidas sus crueles fantasías. Temeroso de lo que inconscientemente tenía deseos de hacer, esperaba siempre que le harían a él mismo las mismas cosas. Los deseos sádicos conectados con sus deseos hacia la madre lo llevaron a un apartamiento de ella y a relaciones bastante malas con ella. La libido estaba dirigida hacia el padre, pero como también le tenía mucho miedo, la única relación real que podía mantener era con su hermano pequeño. Naturalmente, esta también era muy ambivalente. La forma en que este niño estaba siempre esperando un castigo puede mostrarse mejor con el siguiente ejemplo: jugaba una vez, representándose a él mismo y a su hermano por dos muñequitos, que estaban esperando que la madre los castigara por haberse portado mal; ella llega, los encuentra sucios, los castiga y se va. Los dos niños repiten nuevamente sus actos sucios, son castigados otra vez, etc. Por fin, el miedo al castigo se vuelve tan fuerte que los dos niños deciden matar a la madre, y él ejecuta a una muñeca. Entonces cortan y comen el cuerpo. Pero viene el padre en ayuda de la madre, y es también muerto en forma muy cruel, cortado y comido. Ahora los dos niños parecen muy felices. Pueden hacer lo que quieran. Pero luego de muy poco tiempo aparece gran angustia, y parece que los padres muertos están vivos otra vez y retornan. Cuando empezó la angustia el niño había escondido los dos muñecos bajo el sofá, de modo que los padres no pudieran encontrarlos, y luego sucedió lo que el niño llamaba «volverse educado». El padre y la madre encuentran los dos muñecos, el padre le corta a él la cabeza, la madre se la corta al hermano, y también ellos son cocinados y comidos.

Pero es característico, y quiero subrayar este punto, que después de poco tiempo los actos malos son repetidos nuevamente, puede ser incluso en diferentes actuaciones, la agresión contra los padres recomienza y los niños son castigados una y otra vez. El mecanismo que se expresa en este círculo, ocupará posteriormente nuestra atención.

Solo diré unas pocas palabras sobre el resultado de este caso. Aunque el niño, cuando aún estaba en análisis, tuvo que soportar algunas experiencias difíciles, ya que los padres se divorciaron en esa época, y ambos se volvieron a casar en circunstancias apremiantes, su neurosis fue enteramente resuelta

durante el análisis. Perdió su angustia e inhibición de juego y se convirtió en un buen alumno, socialmente bien adaptado y feliz.

Quizá surja la pregunta: ¿por qué, ya que el título de mi artículo promete tratar niños normales, he entrado con tanto detalle en un caso de un niño definidamente neurótico obsesivo? Como he mencionado varias veces, el mismo material puede encontrarse también en niños normales. Un neurótico solo muestra más claramente lo que se encuentra con menor intensidad también en niños normales. Este es un factor importante para la explicación del problema de cómo los mismos fundamentos psíquicos pueden llevar a resultados tan diferentes. En el caso del pequeño Peter, la intensidad de la fijación sádico-oral y sádico-anal era tan grande que todo su desarrollo estuvo dominado por ella. Ciertas experiencias fueron también un factor determinante en la producción de su neurosis obsesiva. El niño había cambiado en forma muy notable alrededor de los dos años. Los padres lo mencionan sin poder explicarlo. En esa época, el niño tuvo una gran recaída en el hábito de ensuciarse encima, interrumpió todo juego, empezó a romper sus juguetes y se torné muy difícil de manejar.

El análisis reveló que en el verano en que apareció el cambio, el niño había compartido el dormitorio de los padres y presenciado su relación sexual. La impresión que recibió fue de un acto muy oral y muy sádico, y fortificó sus fijaciones. En esta época había alcanzado ya en cierta medida el estadío genital y bajo esta impresión hizo una regresión a los estadios pregenitales. De este modo todo su desarrollo sexual permaneció realmente bajo la dominación de estos estadios. El nacimiento de un hermanito, seis meses después, incrementó aún más sus conflictos y su neurosis. Pero hay aún otro factor, que es de la mayor importancia en el desarrollo de la neurosis obsesiva en general, y particularmente en este caso. Es el sentimiento de culpa engendrado por el superyó. En Peter, ya en una edad muy temprana, funcionaba un superyó no menos sádico que sus propias tendencias. La intensidad de esta lucha, intolerable para el débil yo, condujo a una represión muy fuerte. También es importante otro factor: hay niños que pueden soportar muy poca angustia y sentimiento de culpa. Este niño solo podía soportar muy poco; la lucha entre sus impulsos sádicos y su sádico superyó, amenazándolo con los mismos actos como castigo, era una carga terrible para él. En el inconsciente está en acción el precepto bíblico «ojo por ojo». Esto explica cómo es que encontramos en los niños ideas tan fantásticas de lo que los padres podrían hacerles a ellos: matarlos, cocinarlos, castrarlos, etcétera.

Como sabemos, los padres son la fuente del superyó en la medida en que sus órdenes, prohibiciones, etc., son absorbidas por el niño mismo. Pero este superyó no es idéntico a los padres, está formado en parte por las propias fantasías sádicas del niño. Pero esas fuertes represiones solo estabilizan la lucha, sin poder llevarla a su término. Además, al impedir que aparezcan las fantasías, la represión hace que el niño no pueda abreaccionar estas fantasías en el juego, y usarlas de otras formas para la sublimación, de modo que todo el peso de estas fijaciones queda en un círculo sin fin. Sigue siendo un círculo, porque la represión, como he mencionado, no pone fin a este proceso. El sentimiento de culpa, también reprimido, no es menos pesado; de este modo el niño repite una y otra vez una variedad de actos, expresando sus deseos de ser castigado. Este deseo de castigo, que es un factor determinante cuando el niño repite constantemente actos de mala conducta, encuentra una analogía en las repetidas malas acciones del criminal, como indicaré posteriormente en este artículo. Os recordaré lo que hizo el pequeño Peter en el juego en que representó a él mismo y a su hermanito como muñecos: se portaron mal y fueron castigados, mataron a sus padres y los padres los mataron a ellos, y luego empezó todo otra vez. Vemos aquí una repetición compulsiva derivada de diversas causas, pero muy influida por el sentimiento de culpa que exige castigo. Aquí podemos ver ya algunas diferencias entre el niño normal y el neurótico: la intensidad de las fijaciones, la forma y época en que estas fijaciones se conectan con experiencias, el grado de severidad y tipo de desarrollo del superyó, que depende a su vez de causas internas y externas, y además, la capacidad del niño para soportar angustia y conflictos, son algunos de los factores más importantes que determinan el desarrollo normal o neurótico.

El niño normal, al igual que el anormal, usa la represión para manejar los conflictos, pero como estos son menos intensos el círculo íntegro será menos fuerte. Hay también otros mecanismos que usan tanto el niño normal como el neurótico, y una vez más solo una cuestión de grado determinará el resultado: uno de ellos es la huida de la realidad. Mucho más de lo que parecería superficialmente, el niño se resiente por lo displacentero de la realidad y trata de adaptarla a sus fantasías, y no sus fantasías a la realidad. Aquí tenemos la respuesta a lo que planteé en un punto: cómo es posible que el niño no muestre externamente su sufrimiento interno. Vemos a menudo que un niño se consuela pronto, después de haber llorado amargamente, lo vemos a veces disfrutar de las bromas más insignificantes y sacamos la conclusión de que es feliz. Puede hacer esto porque tiene un refugio más o menos negado a los

adultos: la huida de la realidad. Los que están familiarizados con la vida lúdica de los niños saben que esta vida lúdica se refiere enteramente a la vida instintiva y deseos del niño, representándolos y realizándolos a través de sus fantasías. De la realidad, a la que está más o menos bien adaptado, el niño extrae solo lo absolutamente esencial. Por consiguiente, vemos que gran número de dificultades surgen en períodos de la vida del niño en que las exigencias de la realidad se tornan más urgentes, como por ejemplo, cuando empieza la escuela.

He mencionado ya que este mecanismo, la huida de la realidad, se encuentra en acción en todo tipo de desarrollo, pero la diferencia es principalmente una cuestión de grado. Cuando actúan algunos de los factores que he mencionado como determinantes del desarrollo de la neurosis obsesiva, además de otros especiales, vemos esta huida de la realidad desarrollada en gran medida, y preparando la base para la psicosis. Podemos percibir a veces estos factores en un niño que superficialmente da impresión de ser bastante normal, y que a menudo no muestra más que una intensa vida de fantasía y capacidad de jugar. El mecanismo de escapar a la realidad y recaer en la fantasía está conectado con otra forma muy común de reacción en el niño: su capacidad para consolarse constantemente de la frustración de sus deseos, probándose a sí mismo otra vez a través de su juego y de su imaginación que todo está bien y seguirá estando bien. Esta actitud del niño da fácilmente a los adultos la impresión de que es mucho más feliz de lo que en realidad es.

Volvamos al pequeño Gerald. Su alegría y vivacidad tenían en parte el propósito de ocultar su angustia e infelicidad ante sí mismo y los otros. Esto cambió mucho a través del análisis, que lo ayudó a desembarazarse de la angustia y a sustituir este contento en parte superficial por otro mucho mejor fundado. Es en este aspecto que el análisis de los niños normales encuentra su mayor oportunidad. No hay ningún niño sin dificultades, miedos y sentimientos de culpa, e incluso cuando estos parecen de poca importancia, causan mucho más sufrimiento de lo que parece; y son además las primeras indicaciones de perturbaciones mucho mayores en la vida posterior.

Mencioné en el caso de Peter que el sentimiento de culpa juega un gran papel en la compulsión a repetir una y otra vez actos prohibidos, aunque con el tiempo estos actos adquieran un carácter muy distinto. Por lo general se puede considerar que en todo así llamado niño «malo o travieso» también está en acción el deseo de castigo. Quisiera citar a Nietzsche y lo que llamó su «pálido criminal»; él sabía mucho sobre el criminal manejado por su

sentimiento de culpa. Aquí llegamos a la parte más difícil de mi artículo: el problema de qué desarrollo deben sufrir estas fijaciones para constituir un criminal. Este punto es difícil de contestar, por la razón de que el psicoanálisis no se ha ocupado mucho aún de este problema especial. Desafortunadamente yo no tengo mucha experiencia con la que pueda relacionar este interesante e importante campo de trabajo. Pero algunos casos que se aproximaron algo al tipo criminal me han dado cierta idea de la forma en que resulta este desarrollo. Citaré un caso que me parece muy instructivo. Me fue enviado al análisis un niño de doce años al que iban a enviar a un reformatorio. Sus actos delictivos eran irrumpir en el armario de la escuela y en general tendencia a robar, pero principalmente romper cosas, y ataques sexuales a niñas pequeñas. La única forma de relación que tenía con la gente era de destrucción; sus amistades con varones también tenían principalmente este propósito. No tenía intereses especiales e incluso parecía indiferente a castigos y recompensas. La inteligencia de este niño estaba muy por debajo de lo normal, pero esto no resultó un obstáculo para el análisis, que se desarrolló muy bien, y que pareció prometer buenos resultados. Luego de pocas semanas me informaron que el niño empezó a cambiar favorablemente. Por desgracia tuve que hacer una larga interrupción por razones personales, luego de transcurridos dos meses de análisis. En esos dos meses el niño debía venir tres veces por semana, pero lo vi solo catorce veces, porque su madre adoptiva hacía lo posible por impedir que viniera. Durante este análisis tan perturbado, el niño, sin embargo, no cometió ningún acto delictivo, pero los empezó otra vez durante la interrupción, por lo que fue enviado de inmediato a un reformatorio, y a mi regreso fracasaron todos mis intentos para que volviera al análisis. Basado en toda la situación, no tengo la menor duda de que se ha iniciado en el camino de una carrera criminal.

Daré ahora un breve resumen de las causas de su desarrollo en lo que pude deducirlas de su análisis. El niño creció en las circunstancias más desoladoras. La hermana mayor lo había forzado, a él y a su hermano menor, a realizar actos sexuales a edad muy temprana. El padre murió durante la guerra, la madre se enfermó, la hermana dominaba a toda la familia, en general toda la situación era lamentable. Cuando la madre murió fue cuidado por diversas madres adoptivas y fue de mal en peor. Odiaba a su hermana, que representaba para él los principios del mal, a causa de su relación sexual, pero también porque los maltrataba, era mala para con la madre moribunda, etc. Además, por otra parte estaba ligado a esta hermana por una fijación dominante que aparentemente se basaba solo en odio y angustia. Pero había

también causas más profundas para sus actos delictivos. A lo largo de su infancia este niño había compartido el dormitorio de sus padres y extraído una impresión muy sádica de sus relaciones sexuales. Su deseo de coito tanto con su padre como con su madre quedó bajo la dominación de sus fijaciones sádicas, y estaba conectado con gran angustia. La violencia de su hermana en estas circunstancias tomó en su inconsciente el lugar de su violento padre, y alternativamente, de su madre. En ambos casos era castración y castigo lo que debía esperar, y nuevamente el castigo correspondía a su propio superyó muy sádico y primitivo. Era evidente que repetía en las niñas los ataques en que él mismo era ahora el agresor. Su irrumpir en los armarios y sacar cosas, como sus propias tendencias destructivas, tenían las mismas causas inconscientes y significado simbólico que sus ataques sexuales. Este niño, sintiéndose abrumado y castrado, tenía que invertir la situación probándose que podía ser el agresor mismo. Una causa importante de estas tendencias destructivas era probarse una y otra vez que aún era un hombre, además de descargar su odio hacia su hermana en otros objetos.

Sin embargo, era no menos su sentimiento de culpa el que lo conducía a repetir una y otra vez actos que debían ser castigados por una madre o un padre cruel, o por ambos. Su aparente indiferencia al castigo, su aparente falta de miedo eran completamente engañosas. El niño estaba abrumado por miedo y sentimientos de culpa. Surge ahora la cuestión de si este desarrollo difería del niño neurótico que describí antes. Solo puedo presentar algunas sugerencias. Puede ser que a través de sus experiencias con su hermana este superyó muy cruel y primitivo haya quedado fijado por una parte en el estadío del desarrollo que había alcanzado entonces; por otra parte, estaba ligado a esta experiencia y enfrentándola siempre. Así este niño estaba inevitablemente más abrumado por la angustia que el pequeño Peter. Conectado con esto, una represión aún más fuerte cerró todas las vías de descarga para las fantasías y la sublimación, de modo que no quedaba otro camino que repetir el deseo y el miedo continuamente en los mismos actos. Comparado con el niño neurótico, él había tenido realmente la experiencia de un superyó abrumador, que el otro niño solo había desarrollado por causas internas. Así pasó también con su odio, el que a consecuencia de su experiencia real, encontró expresión en sus actos destructivos.

Mencioné que en este caso, como probablemente en otros del mismo tipo, la represión muy fuerte y temprana, al impedir las fantasías, lo despojó de la posibilidad de elaborar sus fijaciones a través de otras formas, o sea, de sublimarlas. En sublimaciones del más diverso tipo encontraremos que

también representan un papel las fijaciones agresivas y sádicas. Quisiera indicar solo un medio por el que, incluso físicamente, puede ser elaborado mucho sadismo y agresión: el deporte. Así, los ataques al objeto odiado pueden hacerse de un modo socialmente permisible; al mismo tiempo sirve como sobrecompensación de la angustia, ya que prueba al individuo que no sucumbirá al agresor.

En el caso del pequeño criminal era muy interesante ver, cuando la represión fue debilitada por el análisis, que apareció la sublimación. El niño, que no tenía más que un interés destructivo en romper y estropear cosas, mostró un interés enteramente nuevo en la construcción de ascensores y en toda forma de trabajo de cerrajero. Puede suponerse que este hubiera sido un buen camino para sublimar sus tendencias agresivas, y así el análisis podía haberlo convertido en un buen cerrajero, en vez de convenirse en un criminal, que es lo que puede esperarse ahora.

Me parece que una causa principal de la desviación del desarrollo de este niño con respecto al de un niño neurótico yace en la gran angustia provocada por la experiencia traumática con su hermana. Veo los efectos de esta gran angustia en diferentes direcciones. Un mayor temor causó una mayor represión en un estadío en el que aún no estaba abierto el camino para la sublimación, de modo que no quedara ninguna otra descarga o posibilidad de elaboración. Además, el mayor temor incrementó la crueldad del superyó, y por esa experiencia lo fijó en ese punto.

Hay aún otro efecto de esta mayor angustia que quisiera sugerir, pero para explicarlo debo hacer una pequeña digresión. Cuando mencioné las diferentes posibilidades del desarrollo, cité al normal, al neurótico obsesivo, al psicótico, y traté de acercarme al criminal. No hablé del perverso.

Sabemos que Freud llamaba a la neurosis el negativo de las perversiones. Un agregado importante a la psicología de las perversiones fue hecho por Sachs, que llegó a la conclusión de que el perverso no se permite simplemente a sí mismo, por falta de conciencia, lo que el neurótico reprime a consecuencia de sus inhibiciones. Encontró que la conciencia del perverso no es menos estricta, sino que solo actúa en forma distinta. Permite que sean retenidas solo una parte de las tendencias prohibidas, para escapar a otras partes que parecen al superyó aún más objetables. Lo que rechaza son deseos pertenecientes al complejo de Edipo, y la aparente ausencia de inhibición del perverso es solo el efecto de un superyó no menos estricto, pero que actúa en forma distinta.

Llegué a una conclusión análoga sobre el criminal hace algunos años en el informe mencionado al principio de mi artículo, en el que di detalles de la analogía entre los actos criminales y las fantasías infantiles.

En el caso del niño que he descrito y en otros casos no tan pronunciados pero instructivos, encontré que la disposición criminal no se debía a un superyó menos severo sino a un superyó que actúa en otra dirección. Son justamente la angustia y el sentimiento de culpa los que conducen al criminal a sus actos delictivos. Al cometerlos también en parte trata de escapar a la situación edípica. En el caso de mi pequeño criminal el irrumpir en armarios, los ataques a niñas pequeñas, eran sustituciones de ataques a su madre.

Naturalmente, estas ideas necesitan ser examinadas y elaboradas más. En mi opinión, todo parece apuntar a la conclusión de que no es la falta de superyó sino un desarrollo diferente del superyó —probablemente la fijación del superyó en un estadío muy temprano— lo que resultará el factor principal.

Si estas suposiciones resultan ciertas, se abren perspectivas prácticas de gran importancia. Si no es una deficiencia del superyó y la conciencia, sino un desarrollo distinto de estos lo que causa el desarrollo criminal, el análisis debería ser capaz de modificarlos y también hacer desaparecer las cosas. Del mismo modo que en las perversiones y las psicosis, puede ser imposible encontrar formas de acercarse a los criminales adultos. Pero en lo que respecta a análisis en la infancia la situación es diferente. Un niño no necesita motivos especiales para el análisis, es una cuestión de medidas técnicas establecer la transferencia y mantener en marcha el análisis. No creo en la existencia de un niño en el que sea imposible obtener esta transferencia, o en el que no pueda despertarse la capacidad de amar. En el caso de mi pequeño criminal, estaba aparentemente despojado por completo de toda capacidad de amar, pero el análisis demostró que esto no era así. Tuvo buena transferencia conmigo, lo bastante buena como para hacer posible el análisis, aunque no tenía motivos para él, ya que incluso no mostraba especial aversión por ser enviado a un reformatorio. Además, el análisis demostró que este niño insensible tenía profundo y sincero amor por su madre. Esta murió en circunstancias terribles, de cáncer, lo que en el último estadío de su enfermedad la llevó a una decadencia completa. La hija no quería acercarse a ella, y era él quien la cuidaba. Cuando ella yacía muerta, la familia estaba por marcharse. No pudo ser encontrado durante un buen rato: se había encerrado en la habitación junto a su madre muerta.

Puede objetarse que en la infancia las tendencias aún no están claramente definidas, de modo que a menudo no podemos reconocer cuándo un niño está

en camino de convertirse en criminal. Esto es sin duda cierto, pero es precisamente esta afirmación la que me conduce a mis observaciones finales. Sin duda que no es fácil saber a qué resultados conducirán las tendencias de un niño, si al normal, al neurótico, al psicótico, al perverso o al criminal. Pero precisamente porque no sabemos, debemos tratar de saber. El psicoanálisis nos da los medios para esto. Y hace aún más: no solo puede establecer el desarrollo futuro del niño, sino que también puede cambiarlo, y encauzarlo hacia mejores caminos.

9. Estadíos tempranos del conflicto edípico (1928)

En mis análisis de niños, especialmente entre tres y seis años, he obtenido una serie de conclusiones que resumiré a continuación.

Frecuentemente me he referido a que el conflicto de Edipo comienza a actuar más temprano que lo que generalmente se supone. En mi trabajo «Los principios psicológicos del análisis infantil», expongo este tema con más detalles. Allí llegué a la conclusión de que las tendencias edípicas son liberadas a consecuencia de la frustración que el niño experimenta con el destete, y que hacen su aparición al final del primer año de vida y principios del segundo; son reforzados por las frustraciones anales sufridas durante el aprendizaje de hábitos higiénicos. La siguiente influencia determinante en los procesos mentales es la diferencia anatómica entre los sexos.

El niño, al sentirse impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital, pasa a los fines de penetración asociados con la posesión del pene. Así cambia, no solo su posición libidinal, sino también su fin, y esto le permite retener su primitivo objeto de amor. En la niña, por otro lado, su fin receptivo es trasladado de la posición oral a la genital; así, cambia su posición libidinal, pero retiene su fin, que ya la había conducido a un desengaño en relación con la madre. En esta forma, se origina en la niña la receptividad para el pene y se dirige entonces al padre como objeto de amor.

Pero el comienzo mismo de los deseos edípicos se conecta ya con incipiente miedo a la castración y sentimientos de culpa.

El análisis de adultos, lo mismo que el de niños, nos ha familiarizado con el hecho de que los impulsos instintivos pregenitales se acompañan de sentimientos de culpa. En un principio se pensaba que los sentimientos de culpa aparecían después, y desplazados a estas tendencias, aunque no conectados originalmente con ellas. Ferenczi supone que, conectado con los impulsos uretrales y anales, hay una especie de «precursor fisiológico del superyó» que él llama «moral esfinteriana». Según Abraham, la angustia hace su aparición en el estadío canibalístico, mientras que el sentimiento de culpa surge en la subsiguiente primera fase anal sádica.

Mis descubrimientos van más allá. Muestran que el sentimiento de culpa asociado con las fijaciones pregenitales es ya efecto directo del conflicto edípico. Y esto parece explicar satisfactoriamente la génesis de tales sentimientos, pues sabernos que el sentimiento de culpa es en realidad un resultado de la introyección (ya realizada, o agregaría, realizándose) de los objetos de amor edípicos, es decir, el sentimiento de culpa es el producto de la formación del superyó.

El análisis de niños pequeños revela que la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de diferentes períodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorpresivamente contradictorias en su naturaleza; excesiva bondad y excesiva severidad coexisten juntas. Encontramos en ellas también una explicación de la severidad del superyó, que se manifiesta especialmente en análisis infantiles. Parece incomprensible que un niño, de por ejemplo cuatro años, albergue en su mente una imagen irreal y fantástica de padres que devoran, cortan y muerden. Pero es claro por qué en un niño de alrededor de un año, la ansiedad causada por el comienzo del conflicto edípico toma la forma de un temor a ser devorado y destruido. El niño mismo desea destruir su objeto libidinal mordiéndolo, devorándolo y cortándolo, lo que le provoca angustia, ya que el despertar de las tendencias edípicas es seguido por la introyección del objeto, el que se transforma entonces en alguien de quien se debe esperar un castigo. El niño en consecuencia teme ahora un castigo que corresponda a su ataque; el superyó se transforma en algo que muerde, devora y corta.

La conexión entre la formación del superyó y las fases pregenitales del desarrollo es muy importante desde dos puntos de vista. Por un lado el sentimiento de culpa se vincula con las fases oral-sádica y anal-sádica aún predominantes, y por otro lado el superyó aparece cuando predominan estas fases, lo que explica su sádica severidad.

Estas conclusiones abren nuevas perspectivas. Solamente por una fuerte represión puede el yo, aún muy débil, defenderse de un superyó tan amenazador. Ya que al principio las tendencias edípicas se expresan principalmente bajo la forma de impulsos orales y anales, qué fijaciones predominarán en el desarrollo de la situación edípica estará sobre todo determinado por el grado de represión que tiene lugar en estos estadios tempranos.

Otra razón de que sea tan importante la conexión directa entre la fase pregenital del desarrollo y el sentimiento de culpa, es que las frustraciones orales y anales son el prototipo de toda frustración posterior en la vida; se

sienten al mismo tiempo como un castigo y por lo tanto producen ansiedad. Estas circunstancias hacen que la frustración sea sentida más agudamente y esa amargura contribuye sobremanera a hacer más penosas todas las frustraciones ulteriores.

Encontramos que se derivan importantes consecuencias de estar el yo tan poco desarrollado cuando es asediado por la aparición de las tendencias edípicas y la incipiente curiosidad sexual asociada a ellas. El niño aún no desarrollado intelectualmente es invadido por problemas e interrogantes. Uno de los más amargos motivos de queja que hemos encontrado en el inconsciente es que esta cantidad abrumadora de interrogantes, que son aparentemente solo en parte conscientes, y aun cuando son conscientes, no pueden ser expresados en palabras, permanecen sin contestación. Otro reproche que sigue muy de cerca a este es que el niño no podía comprender las palabras. De este modo sus primeros interrogantes remontan más allá de los comienzos de su comprensión del lenguaje.

En el análisis estos dos motivos de queja hacen surgir un extraordinario monto de odio. Solos o juntos son la causa de numerosas inhibiciones del impulso epistemofílico, por ejemplo, la incapacidad para aprender lenguas extranjeras, y más tarde el odio hacia los que hablan una lengua distinta. Son también responsables de trastornos del habla, etc. La curiosidad que se muestra abiertamente más tarde, sobre todo en el cuarto o quinto año de vida, no es el principio, sino la culminación y terminación de esta fase del desarrollo que también he encontrado en el conflicto edípico en general.

El temprano sentimiento de no saber, tiene múltiples conexiones: se une al sentimiento de ser incapaz, impotente, el que pronto resulta de la situación edípica. El niño también siente esta frustración en forma más aguda porque no sabe nada definido sobre procesos sexuales. En ambos sexos el complejo de castración es acentuado por este sentimiento de ignorancia.

La temprana conexión entre el impulso epistemofílico y el sadismo es muy importante para todo el desarrollo mental. Este instinto, activado por el surgimiento de las tendencias edípicas, está al principio principalmente en relación con el cuerpo de la madre, al que se supone escenario de todos los procesos y desarrollos sexuales. El niño está aún dominado por la posición sádico-anal de la libido, la que le impulsa a desear apropiarse de los contenidos del cuerpo. De este modo comienza a tener curiosidad, por lo que contiene, cómo es, etc. De esta manera el instinto epistemofílico y el deseo de tomar posesión llegan pronto a estar íntimamente conectados el uno con el otro, y al mismo tiempo con el sentimiento de culpa provocado por el

incipiente conflicto edípico. Esta significativa conexión anuncia en ambos sexos una fase de desarrollo de vital importancia, y que no ha sido hasta aquí suficientemente valorizada. Consiste en una identificación muy precoz con la madre.

El curso seguido por esta fase «femenina» debe ser examinado separadamente en niños y niñas, pero antes de hacerlo trataré de demostrar su conexión con la fase previa que es común a ambos sexos.

En el temprano estadío sádico-anal el niño pasa su segundo trauma grave, que refuerza su tendencia a alejarse de la madre. Ella ha frustrado sus deseos orales y ahora interfiere también en sus placeres anales. Parecería que en este momento las frustraciones anales hacen que las tendencias anales se unan a las tendencias sádicas. El niño desea tomar posesión de las heces de la madre, penetrando en su cuerpo, cortándolo en pedazos, devorándolo y destruyéndolo. Bajo la influencia de sus impulsos genitales el niño comienza a dirigirse a su madre como un objeto de amor. Pero sus impulsos sádicos están en plena actividad, y el odio, originado en las más tempranas frustraciones, se opone fuertemente a su amor objetal del nivel genital. Un obstáculo aun mayor a su amor es el temor de ser castrado por el padre, el que surge con los impulsos edípicos. El grado que alcance la posición genital dependerá en parte de su capacidad de tolerar esta ansiedad. En esto la intensidad de las fijaciones oral-sádicas y anal-sádicas es un factor importante. Condicionan el monto de odio que el niño siente hacia su madre y esto, a su vez, le impide en mayor o menor grado alcanzar una relación positiva con ella. Las fijaciones sádicas ejercen también una influencia decisiva en la formación del superyó, que aparece mientras esta fase está en pleno predominio. Cuanto más cruel es el superyó, más terrorífico aparecerá el padre castrador, y el niño, en su huida de los impulsos genitales, se aferrará tenazmente a los niveles sádicos, niveles que en última instancia también colorean sus tendencias edípicas.

En estos estadios tempranos, todas las posiciones del desarrollo edípico son catectizadas en rápida sucesión. Esto, sin embargo, no se nota, porque el cuadro está dominado por los impulsos pregenitales. Además no se puede trazar una línea rígida entre la actitud activa heterosexual, que se expresa en el nivel anal, y el posterior estadío de identificación con la madre. Hemos llegado ahora a la fase de desarrollo de la que ya hablé, denominándola fase femenina. Tiene sus bases en el nivel sádico-anal y da a este nivel un nuevo contenido ya que las heces son ahora equiparadas con el hijo anhelado, y ahora el deseo de robar a la madre se dirige tanto al niño como a las heces.

Aquí debemos distinguir dos fines, que se combinan entre sí; uno surge del deseo de tener hijos, y la intención es apropiarse de ellos; mientras que el otro está motivado por los celos de los futuros hermanos y hermanas, cuya aparición se espera y por el deseo de destruirlos dentro de la madre (un tercer objeto de las tendencias sádico-orales del niño, dentro de la madre, es el pene del padre).

Lo mismo que en el complejo de castración de las niñas, también en el complejo femenino del varón hay en el fondo el deseo frustrado de un órgano especial. Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre, y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, que son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinal es puramente oral.

El niño teme el castigo por haber destruido el cuerpo de la madre, pero además de esto su temor es de naturaleza más general, y aquí tenemos una analogía con la ansiedad asociada con los deseos de castración de la niña. Él teme que su cuerpo sea mutilado y desmembrado y este temor también significa castración: aquí tenemos una contribución directa al complejo de castración. En este temprano período de desarrollo la madre que saca las heces del niño también significa una madre que lo desmembra y lo castra. No solamente por medio de las frustraciones anales que ella inflige prepara el terreno para el complejo de castración; en términos de realidad psíquica ella ya es la castradora.

Este temor a la madre es tan abrumador porque está unido a él un intenso temor a ser castrado por el padre. Las tendencias destructivas cuyo objeto es el vientre están también dirigidas con toda su intensidad sádica oral y anal contra el pene del padre, que se supone situado allí. Es en este pene donde se centra en esta fase el temor a la castración por el padre. De este modo la fase femenina está caracterizada por ansiedad en relación con el vientre de la madre y el pene del padre, ansiedad que somete al niño a la tiranía de un superyó que devora, desmembra y castra, y que está formado por la imagen del padre y de la madre.

La incipiente posición genital está, de este modo, desde el principio entrelazada y mezclada con las múltiples tendencias pregenitales. Cuanto mayor es la preponderancia de las fijaciones sádicas, tanto más la identificación del niño con su madre se corresponde con una actitud de rivalidad hacia la mujer, con su mezcla de envidia y odio, porque de acuerdo

con sus deseos de tener un hijo, se siente en desventaja e inferioridad con respecto a la madre.

Consideremos ahora por qué el complejo femenino de los hombres aparece mucho más oscuro que el complejo de castración de las mujeres, que es de igual importancia. La mezcla del deseo de tener un niño con el impulso epistemofílico permite al varón efectuar un desplazamiento al plano intelectual; su sentimiento de estar en desventaja queda entonces disimulado y sobrecompensado por la superioridad que él extrae de poseer el pene, reconocida también por las niñas. Esta exageración de la posición masculina conduce a excesivas manifestaciones de masculinidad. En un trabajo («Die Wurzel des Wissbegierde»). Mary Chadwick ha referido también la sobreestimación narcisista del pene por el hombre, y su actitud de rivalidad intelectual hacia las mujeres a la frustración de su deseo de tener un hijo, y el desplazamiento de este deseo al plano intelectual.

La tendencia de los niños a expresar excesiva agresión, que aparece muy frecuentemente, tiene sus fuentes en el complejo femenino. Se acompaña con una actitud de desprecio y «suficiencia» y es sumamente asocial y sádica; está determinada en parte por el intento de encubrir la ansiedad y la ignorancia subyacente. En parte coincide con la protesta del niño (originada en su temor a la castración) contra el rol femenino, pero está también enraizada en su temor a la madre, a la que quería robar el pene del padre, sus hijos y sus órganos sexuales femeninos. Esta excesiva agresión se une al placer de atacar que proviene de la situación edípica, directa, genital, pero representa la parte de la situación que es el mayor factor asocial en la formación del carácter. Esto explica por qué la rivalidad del hombre con las mujeres será mucho más asocial que su rivalidad con los mismos hombres, que está ampliamente incitada por la posición genital. Por supuesto que el monto de fijaciones sádicas también determinará las relaciones de un hombre con otros hombres, cuando estos son rivales. Si por el contrario, la identificación con la madre está basada en una posición genital más fuertemente establecida, por un lado su relación con las mujeres será de carácter positivo y por el otro el deseo de tener un niño y el componente femenino, que juega un papel tan esencial en el trabajo de los hombres, encontrará oportunidades más favorables para la sublimación.

En ambos sexos una de las principales raíces de las inhibiciones en el trabajo es la ansiedad y el sentimiento de culpa, asociados con la fase femenina. La experiencia me enseñó, sin embargo, que un análisis profundo de esta fase es, por otras razones también, importante desde un punto de vista

terapéutico, y debería poder ayudar en algunos casos obsesivos que parecen haber llegado a un punto donde nada más puede ser resuelto.

En el desarrollo del niño, la fase femenina es seguida por una prolongada lucha entre la posición pregenital y genital de la libido. Esta lucha, que está en su apogeo entre los tres y cinco años, es claramente reconocible como el conflicto edípico. La ansiedad asociada con la fase femenina conduce al niño a la identificación con el padre, pero este estímulo de por sí no suministra una firme base para la posición genital, ya que lleva principalmente a la represión y sobrecompensación de los instintos anal-sádicos, y no a superarlos. El temor a la castración por el padre refuerza la fijación a nivel sádico-anal. El grado de genitalidad constitucional juega también una parte importante con respecto a un resultado favorable, o sea, el logro del nivel genital. A menudo el resultado de la lucha permanece indeciso y esto da lugar a la aparición de trastornos neuróticos y perturbaciones de la potencia[156]. Así lograr una potencia completa y alcanzar la posición genital, dependerán en parte de la resolución favorable de la fase femenina. Enfocaré ahora el desarrollo de las niñas. A consecuencia del proceso de destete la niña se ha alejado de la madre, siendo impelida más fuertemente a hacerlo por las frustraciones anales que ha sufrido. Las tendencias genitales comienzan ahora a influir en su desarrollo mental.

Estoy completamente de acuerdo con Helene Deutsch, quien sostiene que el desarrollo genital de la mujer se completa con el afortunado desplazamiento de la libido oral a la genital. Solo que mis conclusiones me llevaron a creer que este desplazamiento comienza con las primeras manifestaciones de los impulsos genitales y que el fin oral, receptivo, de los genitales, ejerce una influencia determinante para que la niña se vuelva hacia el padre. Además he llegado a la conclusión de que en cuanto los impulsos edípicos hacen su aparición no solo surge un reconocimiento inconsciente de la vagina, sino también sensaciones en ese órgano y en el resto del aparato genital. En las niñas, sin embargo, la masturbación no proporciona una descarga tan adecuada para esos montos de excitación como proporciona en los niños. De ahí que la acumulada falta de gratificaciones proporciona otro motivo para que existan más complicaciones y disturbios en el desarrollo sexual femenino. La dificultad de obtener completa gratificación por la masturbación puede ser otra causa, además de las indicadas por Freud, del repudio del onanismo por la niña, y esto puede explicar en parte por qué, durante su lucha para abandonarla, la masturbación manual es generalmente reemplazada por apretar ambos muslos uno contra otro.

Además de la cualidad receptiva del órgano genital, movilizada por el intenso deseo de una nueva fuente de gratificación, la envidia y odio a la madre poseedora del pene del padre parece ser, en el período en que surgen estos primeros impulsos edípicos, un motivo más para que la niña se vuelva hacia el padre. Sus caricias tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como «la atracción del sexo opuesto[157]». La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos: toda la lucha provocada en el niño por su angustia de castración no existe en ella. En las niñas, tanto como en los niños, esta identificación coincide con las tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre. Si la identificación con la madre tiene lugar predominantemente en un estadío en que las tendencias oral-sádicas y anal-sádicas son todavía muy fuertes, el miedo a un superyó materno primitivo conducirá a la represión y fijación a esta fase e interferirá con el futuro desarrollo genital. El temor hacia la madre también impulsa a la niña a renunciar a la identificación con ella, y comienza entonces la identificación con el padre.

El impulso epistemofílico de la niña es despertado primero por el complejo edípico; el resultado es que ella descubre su falta de pene. Siente esta carencia como una nueva causa de odio hacia la madre, pero al mismo tiempo su sentimiento de culpa le hace verla como castigo. Esto agudiza su frustración, y a su vez ejerce una profunda influencia en todo su complejo de castración.

Este temprano pesar por la carencia de pene después se magnifica mucho, cuando la fase fálica y el complejo de castración están totalmente activos. Freud ha establecido que el descubrimiento de la falta de pene motiva el alejamiento de la madre y el acercamiento al padre. Mis observaciones muestran, sin embargo, que este descubrimiento solo actúa como un reforzamiento en este sentido: se hace en un estadío muy temprano del conflicto edípico, y la envidia del pene sigue al deseo de tener un niño, que reemplaza nuevamente la envidia del pene en el desarrollo posterior. Yo veo la privación del pecho como la más fundamental causa del acercamiento al padre.

La identificación con el padre está menos cargada de ansiedad que la identificación con la madre; además el sentimiento de culpa hacia ella impulsa a sobrecompensarla con una nueva relación amorosa con ella. En contra de esta nueva relación amorosa con ella actúa el complejo de castración que dificulta una actitud masculina, y también el odio hacia ella que proviene de situaciones más tempranas. El odio y la rivalidad con la

madre, sin embargo, la llevan nuevamente a abandonar la identificación con el padre y acercarse a él como objeto para amar y ser amada.

La relación de la niña con la madre lleva a que la relación con el padre sea a la vez positiva y negativa. La frustración que le produce el padre tiene como base más profunda el desengaño ya sufrido en relación con la madre; un poderoso motivo del deseo de poseerlo, surge del odio y de la envidia contra la madre. Si las fijaciones sádicas permanecen predominantes, este odio y su sobrecompensación afectará también esencialmente la relación de la mujer con los hombres. Por otra parte, si hay una relación más positiva con la madre, construida sobre la posición genital, no solamente estará la mujer más libre de sentimiento de culpa en relación con sus hijos, sino que su amor por su esposo será fuertemente reforzado, ya que para la mujer él siempre ocupa el lugar de la madre quien da lo que es deseado y ocupa también el lugar del hijo amado. Sobre estos importantes cimientos es construida la parte de la relación que está conectada exclusivamente con el padre. Al principio se centra en la acción del pene en el coito. Este acto, que también promete gratificación de los deseos que están ahora desplazados hacia lo genital, parece a la niñita el logro más completo.

Su admiración es sacudida por la frustración edípica pero a menos que se convierta en odio, constituye una de las características fundamentales de la relación de la mujer con el hombre. Más tarde, cuando obtiene completa gratificación de los impulsos amorosos, se une a esta admiración la inmensa gratitud que se deriva de la larga frustración. Esa gratitud halla su expresión en la mayor capacidad femenina para una completa y duradera sumisión a un solo objeto amado, especialmente «para el primer amor».

Una causa por la que el desarrollo de la niña está en desventaja es la siguiente: mientras el varón posee en realidad el pene, con respecto al cual entra en rivalidad con el padre, la niña pequeña solo tiene el deseo insatisfecho de maternidad, y de este solo tiene un reconocimiento confuso e incierto, aunque muy intenso. No es solo esta incertidumbre lo que perturba su esperanza de una futura maternidad. Esta esperanza está mucho más debilitada por la ansiedad y el sentimiento de culpa, y esto puede perjudicar seria y permanentemente la capacidad materna de una mujer. A causa de las tendencias destructivas que en una época dirigió contra el cuerpo de la madre o ciertos órganos del mismo, y contra los niños en el vientre, la niña espera la retribución en forma de destrucción de su propia capacidad de maternidad o de los órganos relacionados con su función y de sus propios hijos. Esto es también una de las razones de la constante preocupación de las mujeres (a

menudo tan excesiva) por su belleza personal, pues temen que esta también sea destruida por la madre. En el fondo del impulso a embellecerse y adornarse existe siempre la idea de reparar la belleza dañada, y esto se origina en la ansiedad y el sentimiento de culpa[158].

Es probable que este profundo temor a la destrucción de los órganos internos pueda ser la causa psíquica de la mayor susceptibilidad de las mujeres, comparada con la de los hombres, para la histeria de conversión y las enfermedades orgánicas.

Esta ansiedad y sentimiento de culpa son la causa principal de la represión de los sentimientos de orgullo y alegría por el rol femenino, que generalmente son muy fuertes. Esta represión trae como consecuencia el desprecio de la capacidad de maternidad, al principio tan altamente valorada. De este modo la niña carece de la poderosa ayuda que el niño obtiene de la posesión del pene, y que ella misma podría encontrar en la expectativa de su maternidad.

La intensa ansiedad de la niña por su feminidad puede ser vista como análoga al temor a la castración del niño ya que seguramente contribuye al rechazo de sus impulsos edípicos. El curso seguido por la angustia de castración del varón en lo que se refiere al pene, que existe visiblemente, es sin embargo diferente; puede calificarse como más aguda que la ansiedad más crónica de la niña relativa a sus órganos internos, con los que está necesariamente menos familiarizada. Pero tiene que producir diferencia el que la ansiedad del varón esté determinada por el superyó paterno y la de la niña por el superyó materno.

Freud dijo que el superyó de la niña tiene un desarrollo distinto que el del varón. Encontramos constantemente la confirmación del hecho de que los celos desempeñan un papel más importante en la vida de las mujeres que en la de los hombres, porque son reforzados por la envidia hacia el hombre a causa de su pene. Por otro lado, sin embargo, las mujeres poseen especialmente una gran capacidad, no solo basada en sobrecompensación, para desatender sus propios deseos y dedicarse con autosacrificio a tareas éticas y sociales. No podemos explicar esa capacidad por la combinación de rasgos masculinos y femeninos, que, a causa de la disposición bisexual del ser humano, influye en casos particulares la formación del carácter, ya que esa capacidad es de índole evidentemente maternal. Pienso que a fin de explicar cómo las mujeres pueden recorrer una gama tan amplia desde los más bajos celos hasta el más completo y generoso olvido de sí mismas, debemos considerar las condiciones peculiares de la formación del superyó femenino. Desde la temprana identificación con la madre en la que el plano anal-sádico es tan

preponderante, en la niña se originan celos y odio y se forma un superyó cruel extraído de la imago materna. El superyó que se desarrolla en esa etapa por una identificación paterna puede ser también amenazante y causar ansiedad, pero nunca parece alcanzar las mismas proporciones que las que derivan de la identificación materna. Cuanto más se estabiliza en una base genital la identificación con la madre, tanto más se caracterizará por la devoción de una madre generosa. De este modo, esta actitud afectiva positiva depende de las características del ideal materno alcanzado en el estadío pregenital o genital. Pero en lo que respecta a la conversión activa emocional en actividades sociales o de otra índole, parecería que el que está activo es el ideal del yo paterno. La profunda admiración que siente la niña por la actividad genital del padre, lleva a la formación de un superyó paterno que establece ante ella fines activos que nunca podrá alcanzar totalmente. Si, debido a ciertos factores de su desarrollo, el incentivo para cumplir con esas finalidades es suficientemente fuerte, la imposibilidad de lograrlas puede dar ímpetu a sus esfuerzos, los que combinados con la capacidad de autosacrificio que derivan del superyó materno, da a una mujer, en casos especiales, una capacidad para logros excepcionales en el plano intuitivo y en campos específicos.

El niño obtiene también de la fase femenina un superyó materno que le lleva, igual que a la niña, a hacer identificaciones primitivas tanto crueles como bondadosas. Pero él pasa a través de esa fase para reasumir (es verdad, en diversos grados) la identificación con el padre. Por mucho que se haga sentir del lado materno en la formación del superyó, es sin embargo el superyó paterno el que tiene desde el principio una influencia decisiva para el hombre. Y también pone ante sí una figura ejemplar, pero que no es alcanzable porque el varón está hecho a imagen de su ideal. Esta circunstancia contribuye a que la labor creativa del hombre sea más sostenida y objetiva.

El temor al daño de su feminidad ejerce una profunda influencia en el complejo de castración de la niña ya que le hace sobreestimar el pene del que ella carece. Esta exageración es entonces mucho más evidente que la ansiedad subyacente por su propia feminidad. Quisiera recordarles aquí el trabajo de Karen Horney, que fue la primera en examinar las fuentes del complejo de castración de las mujeres, en la medida en que estas fuentes residen en la situación edípica.

Relacionado con esto debo hablar de la importancia para el desarrollo sexual de ciertas tempranas experiencias en la infancia. En el trabajo que leí en el Congreso de Salzburgo en 1924, mencioné que cuando se observa el coito en un estadío posterior del desarrollo estas experiencias asumen el

carácter de un trauma, pero si ocurren en edades más tempranas se fijan y forman parte del desarrollo sexual. Debo agregar que una fijación de este tipo puede dominar no solo ese estadío particular del desarrollo, sino también al superyó que se halla en ese momento en proceso de formación, y puede entonces perjudicar su futuro desarrollo. Cuanto más completamente alcance el superyó su cima en la etapa genital, menos predominarán las identificaciones sádicas en su estructura, y más probable será el logro de salud mental y el desarrollo de una personalidad con alto nivel ético.

Hay otro tipo de experiencia en la temprana infancia que me parece típica y muy importante. Estas experiencias a menudo siguen de cerca a las observaciones del coito, y son inducidas o fomentadas por las excitaciones que derivan de ellas. Me refiero a las relaciones sexuales de niños pequeños entre sí, entre hermanos y hermanas o entre compañeros de juego que consisten en tos más variados actos: mirar, tocar, defecar en común, fellatio, cunnilingus, ya menudo intentos directos de coito. Están profundamente reprimidos y profundamente cargados de sentimientos de culpa. Estos sentimientos se deben principalmente al hecho de que el objeto amado, elegido bajo la presión de la excitación debida al conflicto edípico, es vivido por el niño como sustituto del padre, de la madre o de ambos. Es así como estas relaciones que parecen tan insignificantes y a las que aparentemente no escapa ningún niño bajo el estímulo del desarrollo edípico, toman el carácter de una relación edípica realmente realizada, y ejercen una influencia determinante sobre la formación del complejo de Edipo, sobre la liberación del sujeto de este complejo y sobre sus relaciones sexuales posteriores. Asimismo, una experiencia de este tipo crea un importante punto de fijación en el desarrollo del superyó. Como consecuencia de la necesidad de castigo y de la compulsión de repetición, esas experiencias a menudo llevan al niño a someterse al trauma sexual. En relación con esto quisiera remitiros a Abraham, quien demostró que experimentar traumas sexuales forma parte del desarrollo sexual de los niños. La investigación analítica de estas experiencias, tanto en el análisis de adultos como de niños, nos esclarece mucho la situación edípica en relación con las fijaciones tempranas, y es por lo tanto importante desde el punto de vista terapéutico.

Resumiendo mis conclusiones: ante todo deseo recalcar que, según mi opinión, no contradicen las observaciones del profesor Freud. Pienso que el punto esencial de las consideraciones adicionales que he hecho está en que sitúo esos procesos en épocas más tempranas, y en que las diferentes fases

(especialmente en los estadios iniciales) se fusionan más libremente la una con la otra de lo que hasta ahora se suponía.

Los estadios tempranos del conflicto edípico están tan dominados por las fases pregenitales del desarrollo que la fase genital, cuando comienza a ser activa, está al principio muy oculta, y solo más tarde, entre los tres y cinco años, se torna más claramente reconocible. A esa edad el complejo de Edipo y la formación del superyó alcanzan su punto culminante. Pero el hecho de que las tendencias edípicas comiencen tanto más temprano de lo que suponíamos, la presión del sentimiento de culpa que por lo tanto recae en los niveles pregenitales, la influencia determinante así ejercida tan tempranamente en el desarrollo edípico por una parte, en la formación del superyó, por la otra y en consecuencia sobre la formación del carácter, sexualidad y todo el resto del desarrollo del sujeto, son hechos que me parecen de una importancia muy grande y hasta ahora no reconocida. Comprobé el valor terapéutico de estos conocimientos en los análisis de niños, pero no se limita a estos. He podido comprobar estas conclusiones en el análisis de adultos y he encontrado que no solo se confirmó su actitud teórica, sino que también se estableció su importancia terapéutica.

10. La personificación en el juego de los niños (1929)

En un trabajo anterior («Principios psicológicos del análisis infantil») relaté algunos de los mecanismos fundamentales que encontré en el análisis de niños. Señalé que el contenido especificó de sus juegos, que se repite constantemente o recurre a las formas más variadas, es idéntico al núcleo de las fantasías masturbatorias, y que es una de las principales funciones del juego infantil proporcionar una descarga de estas fantasías. Discutí después la considerable analogía que existe entre los medios de representación usados en el juego y en los sueños, y en la importancia de la realización de deseos en ambas formas de la actividad mental. También llamé la atención hacia un mecanismo importante en los juegos en que el niño inventa y asigna diferentes «personajes». El objeto del presente trabajo es discutir este mecanismo en mayor detalle, y también ilustrar con ejemplos de diferentes tipos de enfermedad la relación entre los «personajes» o personificaciones introducidas por los niños en el juego y los elementos de realización de deseos.

Hasta el presente mi experiencia es que los niños esquizofrénicos no son capaces de practicar juegos en el verdadero sentido de la palabra. Ejecutan ciertas acciones monótonas y es un trabajo laborioso penetrar a través de ellas hacia el inconsciente. En caso de tener éxito encontramos que la realización de deseo asociada a esas acciones es preeminentemente la negación de la realidad y una inhibición de la fantasía. En estos casos extremos no se logran las personificaciones.

Mi pequeña paciente Erna, de 6 años de edad, presentaba al comienzo del tratamiento una grave neurosis obsesiva que enmascaraba una paranoia que fue revelada después de considerable cantidad de análisis. Erna en su juego me hacía representar a la hija mientras ella hacía de madre o maestra. Yo entonces tenía que padecer fantásticas torturas y humillaciones. Si en el juego alguien me trataba bondadosamente, generalmente resultaba que esta bondad era solo fingida. Los rasgos paranoicos se manifestaban en que yo era constantemente espiada, mis pensamientos eran adivinados y el padre o la

maestra se aliaban con la madre en contra mía. De hecho estaba constantemente rodeada de perseguidores. Yo misma en el rol de la niña tenía que espiar y torturar continuamente a los otros. Frecuentemente Erna misma representaba el papel de niña. Entonces en general su juego terminaba escapando ella a las persecuciones (en estas ocasiones la «niña era buena») haciéndose rica y poderosa, transformada en reina y vengándose cruelmente de sus perseguidores. Luego que se agotaba su sadismo en estas fantasías aparentemente exentas de inhibiciones (esto sucedió después de un tiempo de análisis), venía la reacción en forma de profunda depresión, ansiedad y agotamiento corporal. Entonces su juego reflejaba la incapacidad de soportar esa tremenda opresión, manifestándose en una serie de síntomas graves[159]. En las fantasías de esta niña todos los roles utilizados entraban en una fórmula: dos partes principales, el superyó perseguidor y el ello o yo, según el caso, amenazados, pero de ninguna manera menos crueles.

En estos juegos la realización de deseos radicaba principalmente en el esfuerzo de Erna para identificarse con la parte más fuerte, para dominar así su miedo a la persecución. El yo fuertemente presionado trataba de influir o engañar al superyó para impedir su triunfo sobre el ello. El yo trataba de poner al ello muy sádico al servicio del superyó y combinar a ambos en la lucha contra un enemigo común. Esto requería el amplio uso de mecanismos de proyección y desplazamiento. Cuando Erna representaba el papel de madre cruel, la niña mala era el enemigo. Cuando ella misma era la niña perseguida, pero que se transformaba rápidamente en poderosa, el enemigo estaba representado por padres malvados. En cada caso existía un motivo que el yo trataba de hacer plausible ante el superyó, para entregarse a un sadismo sin restricciones. En función de este «bloque» el superyó debía tomar medidas contra el enemigo como si fuera contra el ello. No obstante el ello continuaba buscando secretamente su gratificación predominantemente sádica dirigida contra los objetos primarios. Con esas satisfacciones narcisistas logradas por el yo en sus victorias sobre los enemigos tanto internos como externos, también apaciguaba al superyó y así era de considerable valor para la disminución de la angustia. Esta alianza entre las dos fuerzas puede, en casos menos extremos, ser de relativo éxito: puede pasar inadvertida para el mundo externo o no conducir a una enfermedad, pero en el caso de Erna se derrumbó completamente a causa del excesivo sadismo, tanto del ello como del superyó. Por consiguiente el yo se asociaba con el superyó y trataba, castigando al ello, de extraer cierta gratificación, pero esto, a su vez, se convertía inevitablemente en un fracaso. Se presentaban repetidamente intensas

reacciones de angustia y remordimiento que mostraban que ninguna de las contradictorias realizaciones de deseos podía mantenerse en pie por mucho tiempo.

El ejemplo siguiente muestra cómo dificultades análogas a las de Erna fueron manejadas en formas distintas en ciertos aspectos. Jorge, de seis años de edad, me traía durante meses una serie de fantasías en las que él, como líder poderoso de una banda de cazadores salvajes de animales feroces, luchaba, conquistaba y mataba cruelmente a sus enemigos, que a su vez tenían animales feroces para defenderse. Los animales eran entonces devorados. La lucha nunca terminaba porque siempre aparecían nuevos enemigos. En el curso del análisis de este niño se revelaron, no solo rasgos neuróticos, sino también rasgos marcadamente paranoicos. Jorge se sentía siempre conscientemente[160] rodeado y amenazado (por magos, brujas y soldados), pero, al contrario de Erna, trataba de defenderse de ellos con el auxilio de figuras que le ayudaban, aunque eran por cierto seres muy fantásticos. Su realización de deseos en la fantasía era, hasta cierto punto, análoga a la del juego de Erna. En el caso de Jorge también el yo trataba de alejar la ansiedad, identificándose con el partido más fuerte, a través de fantasías de ser poderoso. También Jorge trataba de convertir el enemigo en un enemigo «malo», para apaciguar al superyó. Sin embargo, en él el sadismo no era un factor tan abrumador como en Erna y así el sadismo primario subyacente a su angustia quedaba menos astutamente disimulado. Su yo se identificaba más íntegramente con el ello y estaba menos dispuesto a hacer concesiones al superyó. Mantenía alejada la angustia por una marcada exclusión de la realidad[161]. La realización de deseos predominaba claramente sobre el reconocimiento de la realidad; una tendencia que es, para Freud, uno de los criterios de psicosis. El hecho de que en las fantasías de Jorge algunos papeles eran representados por figuras protectoras, distinguía ese tipo de personificaciones de las del juego de Erna. En sus juegos se representaban tres partes principales: la del ello y las del superyó en sus aspectos persecutorios y protectores.

El juego de un niño con una grave neurosis obsesiva puede ejemplificarse con el juego de mi pequeña paciente Rita, de dos años y nueve meses. Después de un ceremonial típicamente obsesivo, arropaba su muñeca para dormir y ponía un elefante junto a la cama de la muñeca. El elefante debía impedir que «la niña» se levantara, porque si no esta se introduciría a hurtadillas en el dormitorio de los padres para hacerles daño o quitarles algo. El elefante (imago del padre) ejercía el rol de una figura que impide. En la

mente de Rita su padre, por introyección, había ejercido este rol «del que impide» desde que ella, entre los quince meses y hasta los dos años, había deseado usurpar el lugar de su madre con él, robar el niño con que la madre estaba embarazada y lastimar y castrar a ambos padres. La reacción de rabia y ansiedad que se producía cuando «la niña» era castigada en el juego, muestra que en la mente de Rita actuaban ambos papeles: el de la autoridad que infligía el castigo y el del niño que lo recibía. La única realización de deseos aparente en este juego residía en que el elefante conseguía por un tiempo impedir que «la niña» se levantara. Habla solo dos personajes principales: el de la muñeca que representaba el ello, y el del elefante que representaba el superyó. La realización de deseos consistía en la derrota del ello por el superyó. Y este cumplimiento de deseo y la adjudicación de la acción a dos «personajes» es interdependiente, ya que este juego representa la lucha entre el superyó y el ello que en las neurosis graves domina casi íntegramente los procesos mentales. En los juegos de Erna también vimos estas mismas personificaciones consistentes en la influencia de un superyó dominador y la ausencia de imagos protectoras. Pero mientras en el juego de Erna la realización de deseos residía en la alianza con el superyó, y en el de Jorge principalmente en el desafío del ello al superyó (por medio del aislamiento de la realidad), en Rita consistía en la derrota del yo por el superyó. Es por el trabajo analítico hecho previamente que fue posible esta supremacía apenas mantenida del superyó. La excesiva severidad del superyó impedía al principio toda fantasía y no fue hasta que el superyó se hizo menos severo que Rita empezó a hacer fantasías en juegos como el arriba descrito. En comparación con la etapa anterior en la cual el juego estaba completamente inhibido, esto fue un progreso, porque ahora el superyó no amenazaba meramente de manera terrorífica y sin sentido, sino que trataba de impedir con amenazas las acciones prohibidas. El fracaso de la relación entre el superyó y el ello dio lugar a esa supresión forzosa de los instintos que consume toda la energía del sujeto y es característica de graves neurosis obsesivas en adultos[162]. Consideremos ahora un juego que se originó en una fase menos seria de neurosis obsesiva. Más adelante en el análisis de Rita (cuando tenía tres años de edad), un «juego de viajar» que se desarrolló a través de casi todo el análisis tomó la siguiente forma. Rita y su oso (que entonces representaba el pene) iban en el tren a ver a una mujer buena que los iba a entretener y hacerles regalos. Al principio de esta parte del análisis este final feliz generalmente era estropeado. Rita quería conducir el tren ella misma y deshacerse del conductor. El, sin embargo, o rehusaba irse o volvía y

la amenazaba. Algunas veces era una mujer la que impedía el viaje, o cuando llegaban al final de este no encontraban una mujer buena, sino una mala. La diferencia entre la realización de deseos en este juego (por perturbado que esté) y los ejemplos antes mencionados es evidente. En este juego la gratificación libidinal es positiva y el sadismo no juega una parte tan preeminente como en los ejemplos anteriores. Los «personajes», como en el caso de Jorge, consisten en tres roles principales: el del ello o yo, el de una figura que ayuda y el de una figura que amenaza o frustra. Las figuras que ayudan son en general de tipo extremadamente fantástico, como se ve en el ejemplo de Jorge. En el análisis de un chico de cuatro años y medio aparecía una «mamá-hada» que solía venir de noche y traer cosas ricas para comer, las que compartía con el niño. La comida representaba el pene del padre que le robó en secreto. En otros análisis la «mamá-hada» solía curar con una varita mágica las heridas infligidas al niño por sus padres crueles, entonces él y ella juntos mataban cruelmente a estos padres severos.

Llegué a convencerme de que la actuación de tales imagos con características buenas y malas es un mecanismo general tanto en adultos, como en niños[163]. Estas figuras representan estadios intermedios entre el superyó terriblemente amenazador que está totalmente separado de la realidad, y las identificaciones que se aproximan a la realidad. Esas figuras intermedias, cuya gradual evolución hacia los padres protectores (que también están más cerca de la realidad) puede ser constantemente observada en el juego analítico, me parecen muy instructivas para nuestro conocimiento de la formación del superyó. Es mi experiencia que en el principio del conflicto edípico y en el comienzo de su formación, el superyó es de carácter tiránico, formado sobre el esquema de los estadios pregenitales entonces predominantes. La influencia de lo genital ya ha empezado a hacerse sentir, pero al principio es difícilmente perceptible. La evolución ulterior del superyó hacia la genitalidad depende en última instancia de si las fijaciones orales predominantes tomaron la forma de succionar o de morder. La primacía de la fase genital en relación tanto con la sexualidad como con el superyó requiere una fijación suficientemente fuerte al estadío oral de succión. Cuanto más progresa el desarrollo del superyó y de la libido de los niveles pregenitales hacia el nivel genital, tanto más se aproximan a las figuras de los padres reales las identificaciones fantásticas de gratificación de deseos (cuyo origen es la imagen de una madre que provee gratificación oral)[164]. Las imagos adoptadas en estas fases tempranas del desarrollo del yo llevan el sello de los impulsos instintivos pregenitales aunque estén estructuradas en realidad sobre

la base de los objetos edípicos reales. Estos niveles tempranos son responsables de las imagos fantásticas que devoran, cortan y dominan en las cuales vemos una mezcla de varios impulsos pregenitales. Siguiendo la evolución de la libido estas imagos son introyectadas bajo la influencia de puntos de fijación libidinal. Pero el superyó en su totalidad está hecho de varias identificaciones adoptadas en los diferentes niveles de desarrollo cuyo sello llevan. Cuando comienza el período de latencia, termina el desarrollo tanto del superyó como de la libido[165]. Ya durante el proceso de su construcción el yo emplea sus tendencias de síntesis tratando de formar una totalidad de estas identificaciones parciales; cuanto más externas y contrastantes las imagos tanto menos brillante será la síntesis y tanto más difícil será mantenerlas. La influencia excesivamente fuerte ejercida por esos tipos extremos de imagos, la intensidad de la necesidad de figuras bondadosas opuestas a las amenazadoras, la rapidez con la cual los aliados pueden transformarse en enemigos (que también es la razón por la cual la realización de deseos en el juego se quiebra tan frecuentemente), todo eso indica que el proceso de sintetizar las identificaciones ha fallado. Este fracaso se manifiesta en la ambivalencia, la tendencia a la ansiedad, la falta de estabilidad con que esta puede ser derrumbada, y la defectuosa relación hacia la realidad característica de los niños neuróticos[166]. La necesidad de una síntesis de superyó surge de la dificultad experimentada por el sujeto en llegar a un acuerdo con el superyó formado de imagos de estas naturalezas opuestas[167]. Cuando comienza el período de latencia se incrementan las exigencias de la realidad, el yo hace aún mayores esfuerzos para obtener una síntesis del superyó, para que sobre esta base se llegue a un equilibrio entre el superyó, el ello y la realidad. Llegué a la conclusión de que esta disociación del superyó en sus identificaciones primarias introyectadas en los diferentes estadios del desarrollo es un mecanismo análogo a la proyección, con la que está estrechamente conectado. Creo que estos mecanismos (disociación y proyección) son un factor principal en la tendencia a la personificación en el juego. Por medio de ellos la síntesis del superyó, que solo puede ser mantenida con mayor o menor esfuerzo, puede ser abandonada por el momento y, además, disminuye la tensión de tener que mantener la tregua entre el superyó como un todo y el ello. El conflicto intrapsíquico se hace así menos violento y puede ser desplazado hacia el mundo externo. El placer así obtenido se incrementa cuando el yo descubre que este desplazamiento hacia el mundo externo le proporciona diversas pruebas reales de que los procesos

psíquicos, con su catexia de ansiedad y culpa, pueden tener un resultado favorable y puede reducirse la ansiedad.

He mencionado ya que el juego revela la actitud del niño hacia la realidad. Quiero aclarar ahora cómo la actitud hacia la realidad está emparentada con los factores de realización de deseos y personificación, que usamos hasta aquí como criterio de la situación mental.

En el análisis de Erna, fue imposible durante mucho tiempo establecer una relación con la realidad. Parecía no existir un puente sobre el abismo que separaba la madre real, cariñosa y amante, y las monstruosas persecuciones y humillaciones que «ella» infligía a la niña en el juego. Pero cuando el análisis llegó al punto en que los rasgos paranoicos se hicieron más prominentes, apareció un mayor número de detalles que reflejaron a la madre real en forma grotescamente distorsionada. Al mismo tiempo se reveló la actitud de la niña hacia la realidad, que había estado por cierto muy distorsionada. Con una capacidad notablemente aguda de observación, Erna captaba los detalles de las acciones y motivos de los que la rodeaban, pero de una manera irreal los incluía en su sistema de ser perseguida y espiada. Por ejemplo, creía que las relaciones sexuales entre sus padres (que imaginaba realizarse invariablemente cuando los padres estaban solos) y todas las muestras de afecto mutuo eran principalmente promovidas por el deseo de su madre de causarle celos a ella (Erna). Ella suponía los mismos motivos en todos los placeres de su madre, y en realidad en el goce de cualquiera, especialmente de mujeres. Usaban bonitos vestidos para causarle disgustos, etc. Pero era consciente de que había algo raro en esas ideas y tomaba grandes precauciones para mantenerlas secretas.

En el juego de Jorge el aislamiento de la realidad era como ya dije considerable. También el juego de Rita, en la primera parte del análisis, cuando las imagos amenazantes y punitivas eran predominantes, mostraba apenas una relación con la realidad. Consideremos ahora esta relación en la segunda parte del análisis de Rita. La podemos considerar como típica de niños neuróticos incluso bastante mayores que Rita. En el juego de este período apareció, en contraste con la actitud de niños paranoicos, la tendencia a reconocer la realidad solo en la medida en que se relacionaba con las frustraciones que había sufrido y de las que nunca se había recuperado.

Podernos comparar aquí el intenso apartamiento de la realidad revelado en el juego de Jorge. Esto le proporcionaba una gran libertad en sus fantasías liberadas del sentimiento de culpa solo porque estaban tan alejadas de la realidad. En su análisis, cada paso adelante hacia la adaptación a la realidad

implicaba la movilización de grandes cantidades de ansiedad y mayor represión de fantasías. Siempre era un gran progreso en el análisis[168] cuando a su turno se levantaba esta represión, se liberaban las fantasías y se vinculaban más con la realidad. En niños neuróticos existe un «compromiso», se reconoce una cantidad limitada de la realidad y se niega el resto. Al mismo tiempo existe intensa represión de las fantasías masturbatorias, inhibidas por el sentimiento de culpa, y el resultado de esto es la inhibición del juego y del aprendizaje común en niños neuróticos. El síntoma obsesivo en el que se refugian (primero en el juego) refleja el compromiso entre la intensa inhibición de las fantasías y la defectuosa relación con la realidad, y sobre esta base permite solo formas muy limitadas de gratificación.

El juego de niños normales muestra un equilibrio mejor entre la fantasía y la realidad.

Resumiré ahora las diferentes actitudes hacia la realidad en el juego de niños que sufren diversos tipos de enfermedad. En las parafrenias existe una gran represión de la fantasía y alejamiento de la realidad. En niños paranoicos cuya relación con la realidad está subordinada a las vívidas elaboraciones de la fantasía, el equilibrio entre ambas se inclina hacia el lado de la irrealidad. Las experiencias representadas por los niños neuróticos en sus juegos están obsesivamente coloreadas por su necesidad de castigo y su miedo a un resultado desgraciado. En cambio los niños normales son más capaces de manejar la realidad de manera mejor. Su juego muestra que tienen mayor poder de influir y vivir la realidad de acuerdo con sus fantasías. Además, cuando no pueden alterar la situación real, son más capaces de soportarla, porque su fantasía más libre les proporciona un refugio, y también porque la mayor descarga que poseen para sus fantasías masturbatorias en forma ego-sintónica (juego y otras sublimaciones) les da mayores oportunidades de gratificación.

Examinemos ahora las relaciones entre la actitud hacia la realidad y los procesos de personificación y realización de deseos. En el juego de niños normales estos procesos testimonian una mayor y más duradera influencia de las identificaciones originadas en el nivel genital. En la medida en que las imagos se aproximan a los objetos reales, se hace más marcada una buena relación con la realidad (característica de personas normales). Las enfermedades (psicosis y neurosis obsesivas graves) que se caracterizan por una relación perturbada o desplazada hacia la realidad, son también aquellas en las que la realización de deseos es negativa y se representan en el juego personajes sumamente crueles. Traté de demostrar con estos hechos que aquí

predomina un superyó que está en las primeras etapas de su formación, y extraigo esta conclusión: la primacía de un superyó terrorífico que ha sido introyectado en los estadios más tempranos del desarrollo del yo, es un factor básico en el trastorno psicótico.

En este trabajo discutí la importante función del mecanismo de personificación en el juego de los niños. Tengo que señalar ahora el significado de este mecanismo en la vida mental de los adultos. Llegué a la conclusión de que es la base de un fenómeno de grande y universal significado, esencial también para el trabajo analítico, tanto en niños como en adultos, a saber, de la transferencia. Si la fantasía de un niño es suficientemente libre, adjudicaría al analista, durante su juego en el análisis, los roles más variados y contradictorios. Por ejemplo, me hará representar el papel del ello, porque en esta forma proyectada, sus fantasías pueden tener una descarga sin inspirar tanta ansiedad. Así el niño Gerald, para el que representé a la «mamá-hada» que le traía el pene de su padre, me hacía representar repetidamente el papel de un niño que se introducía durante la noche en la jaula de una «mamá-leona», la atacaba, le robaba sus cachorros, los mataba y se los comía. Después él mismo era la leona que me descubría y me mataba de manera muy cruel. Los roles alternaban de acuerdo con la situación analítica y el monto de angustia latente. En un período posterior, por ejemplo, el niño mismo representaba el papel de «hombre malvado» que penetraba en la jaula del león, y me hacía representar a la cruel leona. Pero en esta ocasión los leones eran rápidamente reemplazados por una protectora «madre-hada» cuyo papel también tenía yo que representar. En ese entonces el niño ya era capaz de representar él mismo al ello (lo que indicaba un progreso en su relación con la realidad) porque su ansiedad había disminuido hasta cierto punto, como estaba demostrado por la aparición de la «madre-hada».

Vemos entonces que el debilitamiento del conflicto o su desplazamiento al mundo externo, por medio de mecanismos de disociación y proyección, es uno de los principales incentivos para la transferencia y una fuerza propulsora en el trabajo analítico. Una mayor actividad de la fantasía y una más abundante y positiva capacidad para la personificación son además el prerrequisito para una mayor capacidad de transferencia. El paranoico posee, es cierto, una rica vida de fantasías, pero el hecho de que en la estructura de su superyó predominen las identificaciones crueles y ansiógenas, es la causa de que los personajes que inventa sean predominantemente negativos y susceptibles solo de reducirse a rasgos rígidos de perseguidor y perseguido.

En la esquizofrenia, según creo, falla la capacidad para la personificación y la transferencia, entre otras razones, por el funcionamiento defectuoso de los mecanismos de proyección. Esto interfiere con la capacidad para establecer o mantener la relación con la realidad y el mundo externo.

De la conclusión de que la transferencia está basada sobre el mecanismo de representación de personajes, extraje una sugerencia para la técnica. Ya he mencionado el cambio tan frecuentemente rápido del enemigo al amigo, de la madre mala a la buena. En tales juegos que implican la personificación este cambio se observa constantemente después de la liberación de montos de ansiedad como consecuencia de las interpretaciones. Pero como el analista asume los roles hostiles requeridos para la situación del juego y los somete así al análisis, se produce un constante progreso en el pasaje de las imagos que inspiran ansiedad hacia las identificaciones más benévolas de mayor aproximación a la realidad. En otras palabras: uno de los fines principales del análisis —la modificación gradual de la severidad del superyó— se logra tomando el analista los roles que en la situación analítica le asignan.

Esta afirmación expresa meramente lo que sabemos: es una necesidad en el análisis de adultos, a saber, que el analista sea simplemente un medio en relación con el cual se pueden activar las diferentes imagos y revivir las fantasías para poder ser analizadas. Cuando en su juego el niño le asigna directamente cierto rol, la tarea del analista de niños es clara. Por supuesto que asumirá o por lo menos dará la impresión de simular, los roles que le son asignados**[169]**, porque de no ser así interrumpirá el progreso del trabajo analítico. Pero solo en ciertas fases del análisis de niños, y tampoco invariablemente, llegamos a la personificación en esta forma manifiesta. Mucho más frecuentemente, tanto en niños como en adultos, tenemos que inferir de la situación analítica y del material, los detalles del rol hostil que nos es atribuido, y que el paciente indica a través de la transferencia negativa. Ahora bien, lo que es cierto de la personificación en su forma manifiesta lo encontré también indispensable en las formas más encubiertas y oscuras de las personificaciones subyacentes en la transferencia. El analista que desea penetrar hasta las más tempranas y angustiantes imagos o sea llegar a las raíces de la severidad del superyó, no debe tener ninguna preferencia por un rol particular; debe aceptar lo que surja de la situación analítica.

Como conclusión, deseo decir algunas palabras sobre la terapia. En este trabajo traté de mostrar que la angustia más intensa y apremiante procede del superyó introyectado en un estadío muy temprano del desarrollo del yo, y que la supremacía de este superyó temprano no es un factor fundamental en la

génesis de la psicosis. Mi experiencia me convenció de que con la ayuda de la técnica del juego es posible analizar en niños pequeños y mayores las fases tempranas de la formación del superyó. El análisis de estos estratos disminuye la angustia más intensa y abrumadora y abre así el camino para el desarrollo de las imagos bondadosas originadas en el estadío oral de succión y de ahí para lograr la primacía genital en la sexualidad y en la formación del superyó. De esta manera podemos entrever una buena perspectiva para el diagnóstico[170] y curación de psicosis en la infancia.

11. Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador (1929)

Mi tema principal es el interesantísimo material psicológico subyacente a una ópera de Ravel, que actualmente se representa en Viena. Mi relato de su contenido está tomado casi textualmente del resumen de Eduard Jacob en el Berliner Tageblatt.

Un niño de seis años está sentado ante sus deberes, pero no los hace. Mordisquea su lapicera y despliega ese estadío final de la pereza en el que el ennui ha pasado a ser cafard. «No quiero hacer los estúpidos deberes», exclama en dulce voz de soprano. «Quiero ir a pasear al parque. ¡Lo que más quisiera es comerme todas las tartas del mundo, o tirar de la cola del gato o arrancar todas las plumas del loro! ¡Quisiera reprender a todos! Ante todo quisiera poner a mamá en el rincón». Se abre ahora la puerta. Todo lo que hay sobre el escenario es muy grande —para destacar la pequeñez del niño— de modo que todo lo que vemos de su madre es una falda, un delantal y una mano. Un dedo lo señala y una voz pregunta afectuosamente si ha hecho los deberes. El niño se revuelve con rebeldía en su silla y le saca la lengua. Ella se va. Todo lo que oímos es el ruido de su falda y las palabras: «¡Tendrás pan seco y nada de azúcar para tu té!».

El niño estalla de rabia. Salta, tamborilea en la puerta, hace caer de la mesa la tetera y la taza, de modo que se rompen en mil pedazos. Trepa al asiento de la ventana, abre la jaula y trata de molestar a la ardilla con su lapicera. La ardilla se escapa a través de la ventana abierta. El niño salta de la ventana y coge al gato. Chilla y blande las tenazas, atiza furiosamente el fuego de la parrilla abierta, y con sus manos y pies empuja la marmita dentro de la habitación. Se escapa una nube de cenizas y humo. Blande las tenazas como una espada y empieza a desgarrar el empapelado. Luego abre la caja del reloj de la pared y arrebata su péndulo de cobre. Vierte la tinta sobre la mesa. Los cuadernos y libros vuelan por el aire. ¡Hurra!…

Las cosas que ha maltratado se animan. Un sillón rehúsa dejarlo sentar encima o usar los almohadones para dormir sobre ellos.

La mesa, la silla, el banco y el sofá levantan súbitamente sus brazos y exclaman: «¡Fuera con esta sucia criaturita!». El reloj tiene un terrible dolor de estómago y empieza a dar la hora como loco. La tetera se apoya sobre la taza y empiezan a hablar en chino. Todo sufre un cambio aterrador. El niño retrocede contra la pared y tiembla de miedo y desolación. La estufa le escupe una ducha de chispas. Se esconde tras los muebles. Los jirones del empapelado que desgarra empiezan a balancearse y se yerguen, mostrando pastoras y ovejas. La flauta del pastor hace oír un lamento desgarrador; el rasgón del papel que separa a Corydon de su Amaryllis, se ha convenido en un rasgón en la tela del mundo. Pero el triste cuento se desvanece. De la cubierta de un libro, como si saliera de la casilla de un perro, emerge un hombrecito. Sus ropas están hechas de números, y su sombrero es como una pi. Sostiene una regla y salta por la habitación con pequeños pasos de danza. Es el espíritu de las matemáticas, y empieza a examinar al niño: milímetro, centímetro, barómetro, trillón-ocho y ocho son cuarenta. Tres veces nueve es dos veces seis. El niño desfallece. Casi sofocado se refugia en el parque que rodea la casa. Pero allí otra vez el clima infunde terror, insectos, ranas (lamentándose en suaves tercetos), un tronco de árbol lastimado, que rezuma resina en lentas notas de bajo, libélulas y adelfas, todos tocan al recién llegado. Búhos, gatos y ardillas vienen en multitud. La disputa sobre quién va a morder al niño se convierte en una lucha mano a mano. Una ardilla que ha sido mordida cae al suelo, gritando, al lado del niño. El instintivamente se quita la bufanda y venda la pata del animalito. Hay gran asombro entre los animales, que se reúnen vacilando en segundo plano. El niño ha murmurado: «¡Mamá!». Es restituido al mundo humano de protección, de «ser bueno». «Este es un buen chico, un chico que se porta muy bien», cantan los animales muy seriamente en una suave marcha —el final de la pieza— mientras abandonan el escenario. Algunos de ellos no pueden contenerse de exclamar: «¡Mamá!».

Examinaré ahora más estrechamente los detalles con que se expresa el placer del niño en la destrucción. Me parece que evocan la situación infantil temprana que en mis escritos más recientes he descrito como importancia fundamental tanto para la neurosis como para el desarrollo normal de los varones. Me refiero al ataque al cuerpo de la madre y al pene del padre dentro de ella. La ardilla de la jaula y el péndulo arrancado del reloj son símbolos claros del pene en el cuerpo materno. El hecho de que es el pene del padre y

que está en el acto del coito con la madre está indicado por la rajadura en el empapelado que «separa a Corydon de su Amaryllis», de la que se ha dicho que para el niño se ha convertido en «un rasgón en la tela del mundo». Ahora bien, ¿qué armas emplea el niño en sus ataques a los padres unidos? La tinta venida sobre la mesa, la marmita vaciada, de la que escapa una nube de ceniza y humo, representan el arma que todo niño pequeño tiene a su disposición: el recurso de ensuciar con excrementos. Romper cosas, desgarrarlas, usar las tenazas como espada, esto representa las otras armas del sadismo primario del niño, quien emplea sus dientes, uñas, músculos, etcétera.

En mi artículo ante el último Congreso (1928) y en otras ocasiones en nuestra Sociedad, he descrito esta fase temprana del desarrollo, cuyo contenido es el ataque al cuerpo de la madre con todas las armas de que dispone el sadismo del niño. Ahora, empero, puedo ampliar este enunciado anterior y decir más exactamente dónde debe insertarse esta fase en el esquema del desarrollo sexual propuesto por Abraham. Mis resultados me llevan a concluir que la fase en que el sadismo está en su apogeo en todos los campos de que deriva, precede a la primera fase anal y adquiere una significación especial del hecho de que es también en este estadío del desarrollo donde las tendencias edípicas aparecen por primera vez. Es decir, que el conflicto edípico empieza bajo la completa dominación del sadismo. Mi suposición de que la formación del superyó sigue de cerca al principio de las tendencias edípicas, y que por consiguiente el yo cae bajo la influencia del superyó incluso en este período temprano, explica según creo por qué esta influencia es tan tremendamente poderosa. Porque, cuando los objetos están introyectados, el ataque dirigido hacia ellos con todas las armas del sadismo provoca el terror del sujeto a ser atacado en forma análoga por los objetos externos e internalizados. Quería recordaros estos conceptos míos porque con ello puedo tender un puente con un concepto de Freud: uno de los más importantes entre las nuevas conclusiones que nos ha presentado en Inhibición, síntoma y angustia, es decir, la hipótesis de una temprana situación infantil de angustia o peligro. Creo que esto pone al trabajo analítico sobre una base más firme y precisa aun que la que ha tenido hasta ahora, y da así a nuestros métodos una dirección todavía más clara. Pero a mi entender también hace al análisis una nueva exigencia. La hipótesis de Freud es que hay una situación infantil de peligro que sufre modificaciones en el curso del desarrollo, y que es la fuente de la influencia ejercida por una serie de situaciones de angustia. Ahora bien, la nueva exigencia hecha al análisis es

esta: que el análisis debe descubrir por completo estas situaciones de angustia directamente hasta lo que yace en lo más profundo. Esta exigencia de un análisis completo se vincula con la que Freud sugiere como exigencia nueva en la conclusión de su «Historia de una neurosis infantil», donde dice que un análisis completo debe revelar la escena primaria. Esta última exigencia puede tener su pleno efecto solo en unión con lo que acabo de presentar. Si el analista tiene éxito en la tarea de descubrir las situaciones infantiles de peligro, elaborar su resolución y dilucidar en cada caso individual las relaciones entre las situaciones de angustia y la neurosis por una parte, y con el desarrollo del yo por la otra, entonces, según creo, logrará más completamente el objetivo principal de la terapia psicoanalítica: la remoción de las neurosis. Por consiguiente, me parece que todo lo que puede contribuir a la dilucidación y descripción exacta de las situaciones infantiles de angustia es de gran valor, no solo desde el punto de vista teórico, sino también terapéutico.

Freud supone que la situación infantil de peligro puede ser reducida en última instancia a la pérdida de la persona amada (anhelada). Piensa que en las niñas la pérdida del objeto es la situación de peligro que actúa más poderosamente; en los varones es la castración. Mi trabajo me ha probado que estas dos situaciones de peligro son modificación de otras más tempranas aún. He descubierto que en los varones el miedo a la castración por el padre está conectado con una situación especial que según creo resulta ser la más temprana situación de angustia. Como he señalado, el ataque al cuerpo de la madre, cuyo momento psicológico es el apogeo de la fase sádica, implica también la lucha con el pene del padre dentro de la madre. El hecho de que esté en cuestión una unión de ambos padres imparte especial intensidad a esta situación de peligro. En concordancia con el sádico temprano superyó, que ya se ha establecido, estos padres unidos son agresores extremadamente crueles y muy temidos. Así la situación de angustia relacionada con la castración por el padre es una modificación en el curso del desarrollo de la situación de angustia más temprana, tal como la he descrito.

Ahora bien, creo que la angustia engendrada por esta situación está claramente representada en el libreto de la ópera que fue el punto de partida de mi artículo. Al examinar el libreto he tratado ya con algún detalle una fase, la del ataque sádico. Consideremos ahora qué sucede luego de que el niño ha dado rienda suelta a su anhelo de destrucción.

Al principio del resumen su autor menciona que todas las cosas del escenario son muy grandes para acentuar la pequeñez del niño. Pero la

angustia del niño le hace parecer gigantescas las cosas y las personas, mucho más allá que la diferencia real de tamaño. Además, vemos lo que descubrimos en el análisis de cualquier niño: que las cosas representan seres humanos, y por consiguiente, son objetos de angustia. El autor de la síntesis escribe lo siguiente: «Las cosas maltratadas empiezan a vivir». El sillón, los almohadones, mesa, silla, etc., atacan al niño, se rehúsan a servirlo, lo dejan afuera. Encontramos que las cosas para sentarse y descansar sobre ellas, tanto como las camas, aparecen por lo general en el análisis de niños como símbolos de la madre protectora y amante. Los rasgones del empapelado representan el interior dañado del cuerpo materno, mientras que el viejo hombrecito de los números que sale de la cubierta del libro es el padre (representado por su pene), ahora en carácter de juez, y que está por pedir al niño, que desfallece de angustia, que dé cuentas del daño y el robo cometido en el cuerpo de la madre. Cuando el niño escapa al mundo de la naturaleza, vemos cómo esta toma el rol de la madre, a la que ha agredido. Los animales hostiles representan una multiplicación del padre, al que también ha atacado, y también los niños que supone que están dentro de la madre. Vemos los incidentes que tuvieron lugar dentro de la habitación reproducidos ahora en mayor escala en un espacio más amplio y con mayor número. El mundo, transformado en el cuerpo de la madre, enfrenta hostilmente al niño y lo persigue.

En el desarrollo ontogenético el sadismo es superado cuando el sujeto avanza en el nivel genital. Cuanto más poderosamente se instaura esta fase, más capaz se vuelve el niño de amor objetal, y de vencer su sadismo por medio de compasión y simpatía. Este paso del desarrollo se muestra también en el libreto de Ravel: cuando el niño siente piedad de la ardilla herida, y va en su ayuda, el mundo hostil se torna amistoso. El niño ha aprendido a amar y cree en el amor. Los animales concluyen: «Este es un buen chico; un chico que se porta muy bien». El profundo insight psicológico de Colette —que escribió el libreto de la ópera— se muestra en la forma en que tiene lugar la transformación de la actitud del niño. Cuando cuida a la ardilla herida murmura «mamá». Los animales que lo rodean repiten esta palabra. Es esta palabra redentora la que ha dado su título a la ópera: «La palabra mágica». (Das Zauberwort). Pero aprendemos también del texto cuál es el factor que ha contribuido al sadismo del niño. Él dice: «¡Quiero ir a pasear por el parque! ¡Quiero ante todo comerme todas las tartas del mundo!». Pero la madre lo amenaza con darle té sin azúcar y pan seco. La frustración oral que convierte a la «madre buena» indulgente en la «madre mala» estimula su sadismo.

Pienso que podemos comprender ahora por qué el niño, en vez de hacer tranquilamente sus deberes, se ha visto involucrado en una situación tan displacentera. Tenía que ser así, porque fue conducido a ella por la presión de la antigua situación de angustia que nunca había dominado. Su angustia fortifica la compulsión de repetición, y su necesidad de castigo contribuye a la compulsión (que se ha hecho ahora muy fuerte) a procurarse un castigo real para que la angustia sea apaciguada por un castigo menos grave que el que la situación de angustia le hace anticipar. Estamos bastante familiarizados con el hecho de que los niños son traviesos porque quieren ser castigados, pero parece de la mayor importancia descubrir qué papel representa la angustia en este anhelo de castigo, y cuál es el contenido ideatorio que subyace a esta angustia urgente.

Ilustraré ahora con otro ejemplo literario la angustia que he encontrado conectada con la primera situación de peligro en el desarrollo de una niña.

En un artículo titulado «El espacio vacío», Karin Michaelis da un relato del desarrollo de su amiga, la pintora Ruth Kjär. Ruth Kjär poseía un notable sentido artístico, que empleaba especialmente en el arreglo de su casa, pero no tenía pronunciado talento creador. Hermosa, rica e independiente, pasaba gran parte de su vida viajando, y constantemente dejaba su casa, en la que había gastado tantos cuidados y gusto. A veces era presa de accesos de profunda depresión, que Karin Michaelis describe como sigue: «Había solo un punto negro en su vida. En medio de la felicidad que era natural en ella, y que parecía sin perturbaciones, se hundía repentinamente en la más profunda melancolía. Una melancolía suicida. Si trataba de explicar esto, decía algo así: 'Hay un espacio vacío en mí, que nunca puedo llenar'».

Llegó el momento en que Ruth Kjär se casó, y parecía perfectamente feliz. Pero luego de poco tiempo reaparecieron los accesos de depresión. En las palabras de Karin Michaelis: «El maldecido espacio vacío estaba, una vez más, vacío». Dejaré a la escritora hablar por si misma: «Os he dicho ya que su hogar era una galería de arte moderno. El hermano de su marido era uno de los más grandes pintores del país, y sus mejores cuadros decoraban las paredes de la habitación. Pero antes de la Navidad el cuñado se llevó un cuadro, que solo le había prestado. El cuadro fue vendido. Esto dejó un espacio vacío en la pared, que en alguna forma inexplicable parecía coincidir con el espacio vacío dentro de ella. Cayó en un estado de la más profunda tristeza. El espacio en blanco de la pared la hizo olvidar su hermoso hogar, su felicidad, sus amigos, todo. Por supuesto, se podía conseguir un nuevo

cuadro, y se lo conseguiría, pero eso llevaba tiempo; uno tenía que buscar para encontrar el cuadro justo.

»El espacio vacío se burlaba horriblemente de ella.

»Marido y mujer estaban sentados uno frente a otro a la mesa del desayuno. Los ojos de Ruth estaban velados de desesperanza. Pero de repente su rostro quedó transfigurado por una sonrisa. '¡Te diré lo que se me ocurre! Creo que trataré de pintarrajear un poco yo misma en la pared, hasta que consigamos un nuevo cuadro.' 'Hazlo, mi querida', dijo el marido. Era seguro que cualquier pintarrajeo que hiciera no resultaría monstruosamente feo.

»Apenas había dejado él la habitación cuando, en perfecto rapto, había telefoneado para pedir las pinturas que solía usar su cuñado, pinceles, paleta, y todo el resto del 'equipo', para que se lo enviaran inmediatamente. Ella misma no tenía la más remota idea de cómo empezar. Nunca había sacado pintura de un tubo, puesto la base en el lienzo, o mezclado colores en la paleta. Mientras que las cosas encargadas estaban en camino, se paró frente a la vacía pared con un trozo de tiza negra en la mano e hizo trazos al azar, como le venían a la imaginación. ¿Tendría que tomar el automóvil y correr a ver a su cuñado para preguntarle cómo se pinta? ¡No, antes preferiría morir!

»Hacia el atardecer retornó su esposo, y ella corrió a recibirlo con febril brillo en sus ojos. ¿Es que estaba por enfermarse? Lo atrajo con ella, diciendo: '¡Ven, verás!' Y él vio. No podía apartar su mirada de lo que se veía, no podía entender, no lo creía. No podía creerlo. Ruth se arrojó al sofá exhausta, desfallecida: '¿Lo crees posible?'

»La misma tarde mandaron a buscar al cuñado. Ruth palpitaba de ansiedad por el veredicto del conocedor. Pero el artista exclamó inmediatamente: '¿No te imaginarás que me vas a convencer de que tú lo pintaste? ¡Qué mentira infame! Este cuadro fue pintado por un artista experimentado. ¿Quién demonios es? No lo conozco!

»Ruth no podía convencerlo. Él pensaba que le estaban haciendo una broma. Y al retirarse, su despedida fue: '¡Si tú lo pintaste, yo voy a ir a dirigir una sinfonía de Beethoven en la Capilla Real mañana, aunque no sé ni una nota de música!

»Esa noche Ruth no pudo dormir mucho. El cuadro de la pared había sido pintado, eso era seguro, no era un sueño. Pero ¿cómo había sucedido eso? ¿Y qué vendría después?

»Estaba febril, devorada por un ardor interno. Debía probarse a sí misma que la divina sensación, el inexpresable sentimiento de felicidad que había sentido podía repetirse.

Karin Michaelis agrega entonces que después de este primer intento, Ruth Kjär pintó varías obras maestras, y las exhibió ante los críticos y el público.

Karin Michaelis anticipa una parte de mi interpretación de la angustia relacionada con el espacio vacío en la pared al decir: «En la pared había un espacio vacío, que en alguna forma inexplicable parecía coincidir con el espacio vacío dentro de ella». Ahora bien, ¿cuál es el significado de este espacio vacío dentro de Ruth, o más bien, para decirlo más exactamente, de la sensación de que a su cuerpo le faltaba algo?

Aquí ha venido a la conciencia una de las ideas conectadas con la angustia, que en el artículo que leí ante el último Congreso (1928) describí como la angustia más profunda experimentada por las niñas. Es el equivalente de la castración en varones. La niña tiene un deseo sádico, originado en los estadios tempranos del conflicto edípico: robar los contenidos del cuerpo de la madre, es decir, el pene del padre, las heces, los hijos, y destruir a la madre misma. Este deseo provoca la angustia de que la madre a su vez le robe a ella de sus propios contenidos (especialmente de hijos) y de que su cuerpo sea destruido y mutilado. A mi entender, esta angustia que he descubierto en el análisis de niñas y mujeres como la más profunda angustia, representa la primera situación de peligro de la niña. He llegado a ver que el terror a estar sola, a la pérdida de amor y a la pérdida del objeto de amor —que Freud sostiene que es la situación infantil básica de peligro en las niñas—, es una modificación de la situación de angustia que acabo de describir. Cuando la niña que teme que la madre agreda su cuerpo, no puede ver a su madre, esto intensifica la angustia. La presencia de la madre real, amante, disminuye el miedo a la madre terrorífica, cuya imagen introyectada está en la mente de la niña. En un estadío posterior del desarrollo el contenido del miedo cambia: la madre real, amante, puede perderse y la niña quedará sola y abandonada.

Al buscar la explicación de estas ideas, es instructivo considerar qué tipo de cuadros ha pintado Ruth Kjär desde su primer intento, cuando llenó el espacio vacío de la pared con la figura en tamaño natural de una negra desnuda. Aparte de un cuadro de flores, se ha dedicado a los retratos. Ha pintado dos veces a su hermana menor, que vivió en su casa y pasó para ella, y además, el retrato de una mujer anciana y otro de su madre. Karin Michaelis describe los dos últimos como sigue: «Y ahora Ruth no puede detenerse. El cuadro siguiente representa a una anciana que lleva la marca de los años y de las desilusiones. Su piel está arrugada, su pelo descolorido, sus ojos suaves y cansados muestran pesadumbre. Mira ante sí con la resignación desconsolada

de la ancianidad, con una mirada que parece decir: 'No os preocupéis ya más por mí. Mi vida está tan cerca del fin!'

»No es esta la impresión que recibimos de la última obra de Ruth, el retrato de su madre, una irlandesa-canadiense. Esta señora tiene mucho tiempo ante sí, antes de que deba poner los labios para la copa del renunciamiento. Delgada, imperiosa, desafiante, está allí, parada con un chal color de luna sobre sus hombros; da el efecto de una soberbia mujer de tiempos primitivos que en cualquier momento puede entrar en combate con los niños del desierto, con sus manos desnudas. ¡Qué mentón! ¡Qué fuerza en la altanera mirada!

»El espacio vacío ha sido llenado.

Es obvio que el deseo de reparar, de arreglar el darlo psicológicamente hecho a la madre, y también restaurarse a sí misma, estaban en el fondo del impulso a pintar estos retratos de sus parientes. El de la anciana, en el umbral de la muerte, parece ser la expresión del deseo sádico primario de destruir. El deseo de la niña de destruir a su madre, de verla vieja, gastada, desfigurada, es la causa de la necesidad de representarla en plena posesión de fuerza y belleza. Al hacerlo, la hija puede apaciguar su propia angustia y puede tratar de reparar a la madre y hacerla nueva a través del retrato. En los análisis de niños, cuando la representación de deseos destructivos es seguida de la expresión de tendencias reactivas, encontramos constantemente que el dibujo y la pintura son utilizados como medios de reparar a la gente. El caso de Ruth Kjär muestra claramente que esta angustia de la niña es de la mayor importancia para el desarrollo del yo en las mujeres, y es uno de los incentivos de realizaciones. Pero, por otra parte, esta angustia puede ser la causa de grave enfermedad y muchas inhibiciones. Como en el miedo de castración del varón, el efecto de la angustia sobre el desarrollo del yo depende del mantenimiento de cierto equilibrio óptimo y del interjuego satisfactorio entre los diversos factores.

12. La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo (1930)

El planteo de este artículo se basa en la suposición de que hay una etapa temprana del desarrollo mental en que se activa el sadismo en cada una de las diversas fuentes de placer libidinal[171]. Según mi experiencia, el sadismo alcanza su punto culminante en dicha fase, que se inicia con el deseo oral-sádico de devorar el pecho de la madre (o toda ella) y desaparece con el advenimiento de la primera etapa anal. En el período a que me refiero, el fin predominante en el sujeto es apoderarse del contenido del cuerpo de la madre y destruirla con todas las armas que el sadismo tiene a su alcance. Esta fase constituye, al mismo tiempo, la introducción del complejo de Edipo. Las tendencias genitales comienzan ahora a ejercer influencia, aunque esta no es todavía evidente porque los impulsos pregenitales dominan el campo. Mi planteo se apoya en el hecho de que el conflicto edípico comienza en un período en el que predomina el sadismo.

El niño espera que en el interior del cuerpo de su madre encontrará: a) el pene del padre; b) excrementos y c) niños, y homologa todas estas cosas con sustancias comestibles. De acuerdo con las más primitivas fantasías (o «teorías sexuales») infantiles sobre el coito de los padres, durante el acto el pene del padre (o todo su cuerpo) es incorporado por la madre. De este modo, los ataques sádicos del niño tienen por objeto a ambos padres a la vez, a quienes muerde, despedaza o tritura en sus fantasías. Esos ataques despiertan angustia porque el niño teme ser castigado por los padres unidos, y esta angustia también es internalizada a consecuencia de la introyección oral-sádica de los objetos y así se dirige ya hacia el superyó temprano. He podido observar que estas situaciones de angustia de las primeras fases del desarrollo mental son muy profundas y abrumadoras. Según mi experiencia, en los ataques fantaseados contra el cuerpo materno desempeñan un papel considerable el sadismo uretral y anal, que se agrega muy pronto al sadismo oral y el muscular. En la fantasía, los excrementos son transformados en

armas peligrosas: orinar es para el niño lo mismo que lastimar, herir, quemar, ahogar, mientras que las materias fecales son homologadas con armas y proyectiles. En una etapa posterior a la fase descrita esas formas violentas de ataque son reemplazadas por ataques encubiertos con los métodos más refinados que el sadismo puede inventar, y los excrementos son homologados a sustancias venenosas.

El exceso de sadismo despierta angustia y moviliza los mecanismos de defensa más primitivos del yo. Freud escribe (1926): «Bien pudiera ser que antes de que el yo y el ello hayan llegado a diferenciarse nítidamente y antes de que se haya desarrollado el superyó, el aparato mental utilice modos de defensa distintos de los que pone en práctica una vez que ha alcanzado dichos niveles de organización». Según lo que he podido observar en el análisis, la primera defensa impuesta por el yo está en relación con dos fuentes de peligro: el propio sadismo del sujeto y el objeto que es atacado. Esta defensa, en correlación con el grado de sadismo, es de carácter violento y difiere fundamentalmente del ulterior mecanismo de represión. En relación con el sadismo del sujeto, la defensa implica expulsión, mientras que en relación con el objeto atacado implica destrucción. El sadismo se convierte en una fuente de peligro porque ofrece ocasión para la liberación de angustia y, también, porque el sujeto siente que las armas empleadas para destruir al objeto apuntan a su propio yo. El objeto atacado se convierte en una fuente de peligro, porque el sujeto teme de él ataques similares (retaliatorios). De este modo, el íntegro yo no desarrollado se encuentra ante una tarea que, en esta etapa, está totalmente fuera de su alcance: la tarea de dominar la angustia más intensa.

Ferenczi sostiene que la identificación, precursora del simbolismo, surge de las tentativas del niño por reencontrar en todos los objetos sus propios órganos y las funciones de estos. Según Jones, el principio del placer hace posible la ecuación entre dos cosas completamente diferentes por una semejanza de placer o interés. Hace algunos años, escribí un artículo basado en estos conceptos, en el que llegué a la conclusión de que el simbolismo es el fundamento de toda sublimación y de todo talento, ya que es a través de la ecuación simbólica que cosas, actividades e intereses se convierten en tema de fantasías libidinales.

Puedo ampliar ahora lo expresado entonces (1923) y afirmar que, junto al interés libidinal, es la angustia que surge en la fase descrita la que pone en marcha el mecanismo de identificación. Como el niño desea destruir los órganos (pene-vagina-pecho) que representan los objetos, comienza a temer a

estos últimos. Esta angustia contribuye a que equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esa equiparación estas, a su vez, se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos, y del simbolismo.

Entonces el simbolismo no solo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general. He señalado que el objeto del sadismo en su punto culminante —y el impulso epistemofílico surge simultáneamente con el sadismo— es el cuerpo materno con sus contenidos fantaseados. Las fantasías sádicas dirigidas contra el interior del cuerpo materno constituyen la relación primera y básica con el mundo exterior y con la realidad. Del grado de éxito con que el sujeto atraviesa esta fase, dependerá la medida en que pueda adquirir, luego, un mundo externo que corresponda a la realidad. Vemos, entonces, que la primera realidad del niño es totalmente fantástica; está rodeado de objetos que le causan angustia, y en este sentido excrementos, órganos, objetos, cosas animadas e inanimadas son en principio equivalentes entre sí. A medida, que el yo va evolucionando, se establece gradualmente a partir de esa realidad irreal una verdadera relación con la realidad. Por consiguiente, el desarrollo del yo y la relación con la realidad dependerán del grado de capacidad del yo, en una etapa muy temprana, para tolerar la presión de las primeras situaciones de angustia. Y, como siempre, también aquí es cuestión de cierto equilibrio óptimo entre los factores en juego. Una cantidad suficiente de angustia es una base necesaria para la abundante formación de símbolos y fantasías; para que la angustia pueda ser satisfactoriamente elaborada, para que esta fase fundamental tenga un desenlace favorable y para que el yo pueda desarrollarse con éxito, es esencial que el yo tenga adecuada capacidad para tolerar la angustia.

Estas conclusiones son el resultado de mi experiencia analítica general, pero se ven confirmadas de manera sorprendente en un caso en el que existía una desusada inhibición en el desarrollo del yo.

Este caso, del que daré ahora algunos detalles, es el de un niño de cuatro años que por la pobreza de su vocabulario y desarrollo intelectual estaba en el nivel de un niño de 15 o 18 meses. Faltaban casi completamente la adaptación a la realidad y relaciones emocionales con su ambiente. Este niño, Dick, carecía de afecto y era indiferente a la presencia o ausencia de la madre o la niñera. Desde el principio, solo rara vez había manifestado angustia, e incluso en un grado anormalmente reducido. Con excepción de cierto interés especial,

al que me referiré en seguida, no tenía casi intereses, no jugaba y no tenía contacto con su medio. Generalmente, articulaba sonidos ininteligibles y repetía constantemente ciertos ruidos. Cuando hablaba, utilizaba incorrectamente su escaso vocabulario. Pero no solo era incapaz de hacerse inteligible; tampoco lo deseaba. Más aun, la madre advertía a veces claramente en Dick una actitud fuertemente negativa, que se expresaba en que con frecuencia hacía precisamente lo contrario de lo que se esperaba de él. Por ejemplo: si la madre lograba hacerlo repetir junto con ella algunas palabras, con frecuencia Dick las alteraba completamente, aunque otras veces podía pronunciar perfectamente esas mismas palabras. Además, a veces repetía correctamente las palabras, pero seguía repitiéndolas en forma incesante y mecánica hasta que hartaba a todos. Ambas formas de conducta difieren de la de un niño neurótico. Cuando un niño neurótico manifiesta oposición en forma de rebeldía, y cuando manifiesta obediencia (incluso acompañada por un exceso de angustia), lo hace con cierta comprensión y alguna forma de referencia a la cosa o persona implicada. Pero en la oposición y obediencia de Dick no se advertía afecto ni comprensión alguna. Además, cuando se lastimaba, demostraba gran insensibilidad al dolor y no experimentaba para nada el deseo universal en niños pequeños de ser consolado y mimado. Su torpeza física era también muy notable. No era capaz de asir cuchillos ni tijeras, en cambio era llamativo que manipulara normalmente la cuchara con que comía.

La impresión que me causó su primera visita fue que su comportamiento era muy diferente del que observamos en niños neuróticos. Dejó que su niñera se retirara sin manifestar ninguna emoción, y me siguió al consultorio con absoluta indiferencia. Allí corrió de un lado a otro sin ningún propósito, y correteó varias veces a mi alrededor como si yo fuese un mueble más, pero no mostró ningún interés hacia los objetos del cuarto. Al correr de un lado al otro, sus movimientos parecían carecer de coordinación. La expresión de sus ojos y su rostro era fija, ausente y falta de interés, comparada una vez más con el comportamiento de los niños con neurosis graves. Recuerdo niños que, sin tener verdaderos ataques de angustia, durante su primera visita se recluían tímida y obstinadamente en un rincón, o se sentaban sin moverse ante la mesa con juguetes, o, sin jugar, tomaban un objeto u otro, solo para dejarlos en seguida. En todas estas formas de conducta es inequívoca la gran angustia latente. El rincón o la mesa son lugares para refugiarse de mí. Pero el comportamiento de Dick carecía de sentido y propósito, y no tenía relación con ningún afecto o angustia.

Daré ahora algunos detalles de la historia previa de Dick. Su lactancia había sido excepcionalmente insatisfactoria y perturbada porque durante varias semanas la madre había insistido en una infructuosa tentativa de amamantarlo, y el niño había estado a punto de morir de inanición. Se había recurrido entonces a la alimentación artificial. Por fin, cuando Dick tenía siete semanas, se le procuró una nodriza, pero ya no pudo mejorar en sus mamadas. Padeció de trastornos digestivos, prolapso anal, y, más tarde, de hemorroides. Posiblemente su desarrollo quedó afectado por el hecho de que, aunque recibió toda clase de cuidados, nunca se le prodigó verdadero amor; la actitud de la madre hacia él había sido, desde el principio, de excesiva angustia.

Como, por otra parte, ni su padre ni su niñera le demostraron mucho afecto, Dick creció en un ambiente sumamente pobre de amor. Cuando tenía dos años de edad, tuvo una nueva niñera, hábil y afectuosa, y, poco después, pasó una larga temporada con su abuela, que era muy cariñosa con él. La influencia de estos cambios pudo notarse en su desarrollo. Había aprendido a caminar a edad normal, pero hubo dificultades para enseñarle el control esfinteriano. Bajo la influencia de la nueva niñera, adquirió hábitos de limpieza mucho más rápidamente. A los tres años ya se controlaba y, en este punto demostraba realmente cierto grado de ambición y celo. En otro aspecto, se manifestaba a los cuatro años sensible a los reproches. Su niñera había descubierto que practicaba la masturbación y le había dicho que eso era «malvado» y que no debía hacerlo. Esta prohibición dio origen indudablemente, a temores y sentimientos de culpa. Además, a los cuatro años, Dick había hecho en general un intento mayor para adaptarse, aunque relacionado principalmente con cosas externas, especialmente con el aprendizaje mecánico de una serie de palabras nuevas. Desde los primeros días la alimentación de Dick había sido anormalmente difícil. Cuando tuvo la nodriza no había manifestado ningún deseo de mamar, y ese rechazo persistió. Después, se negaba a tomar el biberón. Cuando llegó el momento de darle alimentos más sólidos se negaba a morderlos y rechazaba todo lo que no tuviese la consistencia de una papilla; y hasta para esto era preciso forzarlo a que comiera. Otro efecto favorable de la influencia de la nueva niñera fue un interés un poco mayor por la comida, pero, con todo, las dificultades principales subsistieron[172]. De manera que, si bien la niñera afectuosa había alterado ciertos aspectos de su desarrollo, los defectos fundamentales no se habían modificado. Tampoco con ella —como pasaba con los demás— había logrado establecer un contacto emocional. Así, ni su ternura ni la de la abuela habían conseguido poner en marcha la ausente relación objetal. En el análisis

de Dick descubrí que la razón de la desusada inhibición de su desarrollo era el fracaso de las etapas primitivas a que me he referido al comienzo de este artículo. Había en el yo de Dick una incapacidad completa, aparentemente constitucional, para tolerar la angustia. Lo genital había intervenido muy precozmente; esto produjo una prematura y exagerada identificación con el objeto atacado y contribuyó a la formación de una defensa igualmente prematura contra el sadismo. El yo había cesado el desarrollo de su vida de fantasía y su relación con la realidad. Después de un débil comienzo, la formación de símbolos se había detenido. Las primeras tentativas habían dejado su huella en un interés que, aislado y sin relación con la realidad, no podía servir de base a nuevas sublimaciones. El niño era indiferente a la mayor parte de los objetos y juguetes que veía a su alrededor, y tampoco entendía su finalidad o sentido. Pero le interesaban los trenes y las estaciones, y también las puertas, los picaportes y abrir y cerrar puertas.

El interés hacia esos objetos y acciones tenía un origen común: se relacionaba en realidad con la penetración del pene en el cuerpo materno. Las puertas y cerraduras representaban los orificios de entrada y salida del cuerpo de la madre, mientras que los picaportes representaban el pene del padre y el suyo propio. Por lo tanto, lo que había producido la detención de la actividad de formación de símbolos era el temor al castigo que recibiría (en especial por parte del pene del padre) cuando hubiese penetrado en el cuerpo de la madre. Además, sus defensas contra sus propios impulsos destructivos resultaron un impedimento fundamental de su desarrollo. Era absolutamente incapaz de cualquier agresión, y la base de dicha incapacidad estaba señalada en un período muy temprano en su rechazo a morder los alimentos. A los cuatro años, no podía manejar tijeras, cuchillos ni herramientas y era sumamente torpe en todos sus movimientos. Las defensas contra los impulsos sádicos dirigidos contra el cuerpo materno y sus contenidos —impulsos relacionados con fantasías de coito— habían tenido por consecuencia el cese de las fantasías y la detención de la formación de símbolos. El desarrollo ulterior de Dick había sido perturbado porque el niño no podía vivir en fantasías la relación sádica con el cuerpo de la madre.

La dificultad desusada con la que tuve que luchar en el análisis no fue su incapacidad de expresarse verbalmente. En la técnica del juego, que sigue las representaciones simbólicas del niño, y que da acceso a su angustia y sentimientos de culpa, podemos, en gran parte, prescindir de las asociaciones verbales. Pero esta técnica no se limita al análisis de los juegos del niño. Podemos extraer material (como tenemos que hacer en niños con inhibición

del juego) del simbolismo revelado por detalles de su comportamiento en general[173]. Pero en Dick el simbolismo no se había desarrollado. Esto se debía en parte a la falta de relación de afecto con las cosas de su ambiente, hacia las que era casi completamente indiferente. Prácticamente, no tenía relaciones especiales con objetos en particular, como las que solemos observar aun en niños con graves inhibiciones. Como no existía en su mente ninguna relación afectiva o simbólica con los objetos, ninguno de sus actos casuales relacionados con ellos estaba coloreado por la fantasía, siendo por lo tanto imposible considerar dichos actos como representaciones simbólicas. Su falta de interés por el ambiente y las dificultades para establecer un contacto con su mente eran tan solo el resultado de su falta de relación simbólica con las cosas —como pude percibir a través de ciertos aspectos en los que su conducta difería de la de otros niños—. El análisis tuvo, pues, que comenzar con esto, el obstáculo fundamental para establecer un contacto con él.

Ya dije que la primera vez que Dick vino a verme no manifestó ninguna clase de afecto cuando su niñera lo dejó conmigo. Cuando le mostré los juguetes que había ya dispuesto para él, los miró sin el más mínimo interés. Tomé entonces un tren grande, lo coloqué junto a uno más pequeño y los designé como «Tren papito» y «Tren Dick». Entonces él tomó el tren que yo había llamado Dick, lo hizo rodar hasta la ventana y dijo: «Estación». Expliqué: «La estación es mamita; Dick está entrando en mamita». Dejó entonces el tren, fue corriendo hacia el espacio formado por las puertas exterior e interior del cuarto y se encerró en él diciendo: «oscuro», y volvió a salir corriendo. Repitió esto varias veces. Le expliqué: «Dentro de mamita está oscuro. Dick está dentro de mamita oscura». Entretanto, él tomó nuevamente el tren, pero pronto corrió otra vez al lugar entre las puertas. Mientras yo le decía que él estaba entrando en la mamita oscura, él había dicho dos veces en tono interrogativo: «¿Niñera?» Le contesté: «Niñera viene pronto», cosa que él repitió, utilizando luego las palabras correctamente, y reteniéndolas en su mente. En la sesión siguiente se comportó de idéntica manera. Pero esta vez Dick escapó corriendo de la habitación hacia el oscuro vestíbulo. Colocó allí el tren «Dick» e insistió en dejarlo allí. Preguntaba repetidamente: «¿Viene niñera?» En la tercera hora analítica se comportó de la misma manera, solo que además de correr al vestíbulo y entre las puertas, se escondió también detrás de la cómoda. Entonces se angustió y me llamó por primera vez. Su aprensión era evidente entonces por la forma en que preguntaba insistentemente por su niñera, y al finalizar la sesión la acogió con placer inusitado. Vemos que simultáneamente con la aparición de la angustia

había surgido un sentimiento de dependencia, primero hacia mí y luego hacia la niñera, y al mismo tiempo empezó a interesarse por las palabras tranquilizadoras: «Niñera viene en seguida», que contrariamente a su conducta habitual, había repetido y recordado. Pero también durante esa tercera sesión había observado por vez primera los juguetes con interés, en el que se evidenciaba una tendencia agresiva. Señaló un carrito de carbón y dijo: «Corta». Le di un par de tijeras y él trató de raspar los trocitos de madera que representaban el carbón, pero no pudo manejar las tijeras. Respondiendo a una rápida mirada suya, corté los pedazos de madera del carrito, que él arrojó en seguida, junto con su contenido, dentro del cajón; diciendo: «Se fue». Le dije que eso significaba que Dick estaba sacando heces del cuerpo de su madre. Fue entonces corriendo al espacio entre las puertas, y las arañó un poco, expresando de este modo que identificaba el espacio entre ambas puertas con el carrito y a ambos con el cuerpo de la madre, al que estaba atacando. En seguida regresó corriendo desde el espacio entre las puertas, vio el armario y se deslizó en su interior. Al comenzar la siguiente hora analítica lloró cuando la niñera se fue, lo que era inusitado en él. Pero pronto se calmó. Esta vez evitó el espacio entre las puertas, el armario y el rincón, pero se interesó por los juguetes, examinándolos con indudable curiosidad naciente. Al hacer esto encontró el carrito que había destrozado durante la sesión anterior, y su contenido. Empujó ambos rápidamente hacia un lado y los cubrió con otros juguetes. Cuando le expliqué que el carrito roto representaba a la madre, lo buscó nuevamente, lo mismo que los pedacitos de carbón sueltos, y se los llevó al espacio entre las puertas. A medida que su análisis progresaba, se vio claramente que al arrojarlos fuera de la habitación en esa forma estaba expresando su expulsión, tanto del objeto dañado como de su propio sadismo (o de los recursos por este utilizados), que de este modo era proyectado al mundo exterior. Dick había descubierto el lavatorio, que simbolizaba el cuerpo de su madre, y manifestaba un extraordinario temor a mojarse con agua. Cada vez que sumergía sus manos —o las mías— en el agua, se apresuraba ansiosamente a secarlas, e inmediatamente después manifestaba idéntica angustia al orinar. La orina y las heces eran para él sustancias dañinas y peligrosas[174]. Se hizo evidente que en su fantasía las materias fecales, la orina y el pene eran los objetos con los cuales atacaba el cuerpo de la madre, representando por consiguiente un peligro también para él mismo. Estas fantasías aumentaban su temor a los contenidos del cuerpo de la madre y, en particular, el pene del padre que él imaginaba en el interior del vientre de ella. Durante el análisis de Dick llegamos a ver en muy diversas

formas ese pene fantaseado así como también un sentimiento de agresividad cada vez mayor contra él, predominando especialmente los deseos de devorarlo y destruirlo. En una oportunidad, por ejemplo, Dick se llevó a la boca un hombrecito de juguete y, rechinando los dientes, dijo: «Tea Daddy», lo cual significaba «Eat Daddy» («Comer papito»). En seguida pidió un vaso con agua. La introyección del pene del padre demostró estar conectada a la vez con dos temores: el temor al pene como superyó primitivo y dañino, por un lado y, por el otro, el temor al castigo por la madre así robada, es decir, el temor al objeto externo y al objeto introyectado. En este punto apareció en primer plano lo ya mencionado —y que había sido un factor determinante en el desarrollo de Dick—: que la fase genital había comenzado prematuramente. Esto se reveló con claridad en el hecho de que representaciones del tipo de la que acabo de citar desencadenasen no solo angustia, sino remordimiento, lástima y la sensación de que tenía que reparar. Por esa razón, Dick volvía a depositar sobre mi falda o en mis manos el hombrecito de juguete, guardaba todo otra vez en el cajón, etc. La temprana actuación de las reacciones provenientes del plano genital era el resultado de un desarrollo prematuro del yo; no obstante, solo había conseguido inhibir el desarrollo ulterior del yo. Esta temprana identificación con el objeto no podía ser aún relacionada con la realidad. Una vez, por ejemplo, Dick vio sobre mi falda algunos recortes de madera de lápiz y dijo: «Pobre Sra. Klein». Pero en otra ocasión similar dijo, en el mismo tono: «Pobre cortina». Simultáneamente con su incapacidad para tolerar la angustia, su prematura empatía había sido un factor decisivo en la represión de sus impulsos destructivos. Dick había roto sus lazos con la realidad y había detenido su vida de fantasía, refugiándose en las fantasías del cuerpo oscuro y vacío de su madre. De este modo había logrado, también, apartar su atención de los diversos objetos del mundo externo que representaban el contenido del cuerpo de la madre, el pene del padre, heces y niños. Porque eran peligrosos y agresivos, tenía que deshacerse (o negar) de su propio pene —órgano del sadismo— y de sus excrementos.

En el análisis de Dick pude llegar hasta su inconsciente a través de los rudimentos de vida de fantasía y de formaciones simbólicas que manifestaba. El resultado obtenido fue una disminución de la angustia latente, de modo que cierto monto de angustia quedó manifiesta. Pero esto implicaba que la elaboración de dicha angustia comenzaba con el establecimiento de una relación simbólica con cosas y objetos, y al mismo tiempo se movilizaron impulsos epistemofílicos y agresivos. Todo progreso era seguido por la liberación de nuevas cantidades de angustia, y lo llevaba a apartarse en cierta

medida de las cosas con las que había establecido ya relaciones afectivas, y que, por consiguiente, se habían convertido en objetos de angustia. Al apartarse de ellos, se dirigía hacia nuevos objetos, y estos también llegaban a convertirse en el objetivo de sus impulsos epistemofílicos y agresivos. Así, por ejemplo, durante algún tiempo Dick evitó totalmente el armario, pero en cambio se ocupó de investigar a fondo el lavatorio y la estufa eléctrica, examinándolos con toda minuciosidad y manifestando una vez más impulsos destructivos contra dichos objetos. Luego transfirió su interés a cosas nuevas y también a otras con las cuales ya había llegado a familiarizarse anteriormente, y que había luego abandonado. Volvió a demostrar interés por el armario, pero esta vez su interés iba acompañado por una actividad y curiosidad mucho mayor y por tendencias agresivas mucho más intensas de todo tipo. Golpeaba el armario con una cuchara, lo rayaba o le hundía un cuchillo, y le arrojaba agua. Examinaba con vivacidad las bisagras de la puerta, la forma en que esta se abría y se cerraba, y la cerradura, etc., se trepaba en el interior del armario preguntando cómo se llamaban sus diferentes partes, etc. De este modo, a medida que iban aumentando sus intereses, fue enriqueciendo simultáneamente su vocabulario, porque había comenzado a demostrar un interés cada vez mayor no solo por las cosas en sí, sino también por sus nombres. Palabras que antes había oído sin ningún interés, las recordaba y aplicaba ahora correctamente.

Junto con el aumento de intereses y el establecimiento de una transferencia cada vez más intensa hacia mí, había aparecido la relación de objeto que hasta entonces faltaba. Durante estos meses su actitud hacia la madre y la niñera se ha tornado afectuosa y normal. Desea ahora su presencia, quiere que ellas le presten atención y se entristece cuando lo dejan. También con su padre su relación muestra indicios cada vez más claros de una actitud edípica normal, y, en general, existe una relación mucho más firme con todos los objetos. El deseo de hacerse inteligible, antes nulo, está actualmente en plena actividad. Dick trata de hacerse entender por medio de su vocabulario, todavía pobre, pero en constante aumento, y que él mismo se empeña en enriquecer. Existen además muchos otros indicios de que ha comenzado a establecer relación con la realidad.

Han transcurrido hasta ahora seis meses desde que comenzó su análisis y la evolución que durante este período se ha iniciado en aspectos fundamentales justifica un pronóstico favorable. Muchos de los problemas peculiares que se presentaron en este caso han resultado solucionables. Con la ayuda de muy pocas palabras fue posible llegar a establecer contacto con él.

Ha sido posible también movilizar la angustia en un niño que carecía de intereses y afectos; a la vez, fue posible luego resolver y regular gradualmente la angustia liberada. Quisiera subrayar que en el caso de Dick he modificado mi técnica habitual. En general, no interpreto el material hasta tanto este no ha sido expresado a través de varias representaciones, pero en este caso, en que la capacidad de expresión por medio de representaciones casi no existía, me vi obligada a interpretar sobre la base de mis conocimientos generales, pues en la conducta de Dick las representaciones eran relativamente vagas. Al lograr por este medio acceso a su inconsciente, pude movilizar angustia y otros afectos. Las representaciones se tornaron entonces más completas y pronto conseguí bases más sólidas para el análisis, pudiendo entonces pasar paulatinamente a la técnica que utilizo generalmente en el análisis de niños pequeños.

Ya he explicado cómo logré que la angustia se hiciese manifiesta, y que se atenuara así la que existía en estado latente. Una vez que la angustia se hizo manifiesta pude resolverla, en parte, gracias a la interpretación, aunque fue también posible elaborarla mejor, o sea distribuirla sobre nuevas cosas e intereses; así fue mitigada de tal modo que el yo pudo tolerarla. Si regular así cantidades de angustia permitirá al yo tolerar y elaborar montos normales, es cosa que solo podrá indicar el curso posterior del análisis. En el caso de Dick el problema consiste, por lo tanto, en modificar mediante el análisis, un factor fundamental de su desarrollo.

En el análisis de este niño, que era absolutamente incapaz de hacerse inteligible y cuyo yo no era accesible a ninguna influencia, lo único que se podía hacer era tratar de llegar hasta su inconsciente, y disminuyendo las dificultades inconscientes, abrir camino para el desarrollo del yo. Naturalmente, en este caso —lo mismo que en cualquier otro— el acceso al inconsciente debió lograrse a través del yo. Los hechos han demostrado, por consiguiente, que aun aquel yo tan poco desarrollado bastaba para permitir el establecimiento de una vinculación con el inconsciente. Creo que, desde el punto de vista teórico, es importante advertir que aun en este caso se logró hacer evolucionar a la vez al yo y a la libido, solo por el análisis de los conflictos inconscientes, y sin que fuese necesario imponer al yo ninguna influencia educacional. Es evidente que si el yo tan escasamente desarrollado de un niño que carecía de todo contacto con la realidad, fue capaz de tolerar la supresión de represiones por el análisis sin que se sintiera abrumado por el ello, está claro que en niños neuróticos (es decir, en casos mucho menos extremos) no tenemos ninguna razón para temer que el yo pueda sucumbir al

ello. Es también interesante advertir el hecho de que la influencia educacional que anteriormente habían ejercido sobre el niño las personas de su ambiente, había resbalado sobre Dick sin dejar ninguna huella. En cambio hoy, que su yo se encuentra, gracias al análisis, en plena evolución, el niño se muestra cada vez más dócil a dicha influencia, la que ha podido adaptarse al ritmo de los impulsos instintivos movilizados por el análisis y que basta para manejarlos.

Queda todavía sin aclarar la cuestión del diagnóstico. El doctor Forsyth había diagnosticado demencia precoz, y pensó que valía la pena intentar el análisis. Dicho diagnóstico parecía ser corroborado por el hecho de que el cuadro clínico coincidía, en muchos aspectos importantes, con el de la demencia precoz avanzada de los adultos. Resumiéndolo una vez más: se trataba de un caso caracterizado por una ausencia casi total de afectividad y de angustia, gran alejamiento de la realidad y falta de accesibilidad, así como de rapport emocional, conducta negativista alternando con indicios de obediencia automática, indiferencia ante el dolor, perseveración —síntomas todos característicos de la demencia precoz—. Además, este diagnóstico estaba también confirmado por el hecho de que pudo excluirse con seguridad la presencia de cualquier enfermedad orgánica, en primer término, porque así lo reveló el examen efectuado por el doctor Forsyth, y, en segundo lugar, porque el caso demostró ser tratable psicológicamente. El análisis me demostró que la idea de una psiconeurosis podía ser también definitivamente descartada.

En contra del diagnóstico de demencia precoz existe el hecho de que el rasgo fundamental en el caso de Dick era una inhibición del desarrollo, y no una regresión. Además, la demencia precoz es muy poco frecuente en la primera infancia, por lo que muchos psiquiatras sostienen que no existe en este período.

No quiero adelantar un diagnóstico desde esta perspectiva de psiquiatría clínica, pero mi experiencia general en el análisis de niños me permite hacer algunas observaciones de índole general sobre las psicosis infantiles. He llegado al convencimiento de que la esquizofrenia infantil es mucho más común de lo que generalmente se admite. Daré algunas razones por las que no se la reconoce. 1) Los padres, especialmente en las clases más pobres, en general solo consultan al psiquiatra cuando el caso es desesperado, es decir, cuando ellos mismos no pueden hacer nada con el niño. Por esta razón, un gran número de casos jamás llega a la observación médica. 2) En los pacientes que el médico alcanza a ver, suele ser imposible para él, en un

rápido y único examen, establecer la presencia de esquizofrenia. Por consiguiente, muchos casos son clasificados bajo diversas denominaciones, tales como «detención del desarrollo», «deficiencia mental», «predisposición psicopática», «tendencias asociales», etc. 3) La esquizofrenia en los niños es menos evidente y llamativa que en los adultos. Rasgos típicos de esta enfermedad son menos llamativos en un niño porque en menor grado son naturales en el desarrollo de niños normales. Síntomas tales como alejamiento de la realidad, falta de rapport emocional, incapacidad para concentrarse en cualquier ocupación, conducta tonta y charla sin sentido, no nos llaman tanto la atención en un niño, a quien no juzgarnos con el mismo criterio con que juzgaríamos a un adulto. Excesiva movilidad, tanto como movimientos estereotipados en los niños son sumamente comunes y solamente difieren en grado de la hiperkinesia y estereotipia de los esquizofrénicos. La obediencia automática tiene que ser realmente muy llamativa para que los padres la consideren como otra cosa que «docilidad». La conducta negativa es considerada a menudo como «traviesa» y la disociación es en el niño un fenómeno que la mayoría de las veces escapa a toda observación. La angustia fóbica de los niños contiene a menudo ideas de persecución de carácter paranoide[175] y los temores hipocondríacos son hechos que requieren una observación muy profunda y que a menudo solo pueden llegar a descubrirse mediante el análisis. 4) Más frecuentes incluso que las verdaderas psicosis son, en los niños, los rasgos psicóticos que, en circunstancias desfavorables, pueden desencadenar enfermedades posteriores.

Creo que la esquizofrenia y, en particular, la presencia de rasgos esquizofrénicos en los niños, es un fenómeno muchísimo más frecuente de lo que en general se supone. He llegado a la conclusión —por razones que explicaré en otro lugar— de que el concepto de esquizofrenia en particular y de psicosis en general, tales como se presentan en la infancia, debe ser ampliado y creo que una de las tareas fundamentales del psicoanálisis de niños consiste en descubrir y curar las psicosis infantiles. El conocimiento teórico adquirido en esta forma sería sin duda una valiosa contribución para nuestra comprensión de la estructura de la psicosis, y nos permitiría, al mismo tiempo, establecer diagnósticos más exactos entre las distintas enfermedades.

Si ampliamos, pues, el uso del término en la forma propuesta, creo que se justifica mi clasificación de la enfermedad de Dick como esquizofrenia. Es verdad que difiere de la esquizofrenia típica de los niños en el hecho de que el trastorno era en este caso una inhibición del desarrollo, mientras que en la mayoría de estos casos se trata de una regresión después que el niño ha

superado con éxito cierta etapa de su desarrollo[176]. Además, a la naturaleza poco común del cuadro clínico se sumaba, en Dick, la gravedad del caso. No obstante, tengo mis razones para pensar que no es este un caso aislado, puesto que recientemente han llegado a mi conocimiento otros dos casos análogos en niños de alrededor de la misma edad de Dick. Pienso, por lo tanto, que si estuviéramos en condiciones de hacer observaciones más penetrantes, encontraríamos muchos más casos similares.

Resumiré ahora mis conclusiones teóricas, obtenidas no solo de mis observaciones en el caso de Dick sino también de otros casos menos extremos de esquizofrenia en niños entre cinco y trece años de edad, y también de mi experiencia analítica general.

Los estadios tempranos del complejo de Edipo están dominados por el sadismo. Tienen lugar durante una etapa del desarrollo que se inicia con el sadismo oral (al que se suman el sadismo uretral, muscular y anal) y termina cuando la predominancia del sadismo anal llega a su fin.

Es solo en los estadios posteriores del conflicto edípico cuando aparece la defensa contra los impulsos libidinales; en los estadios tempranos es contra los impulsos destructivos asociados contra lo que se dirige la defensa. La primera defensa erigida por el yo va dirigida contra el propio sadismo del sujeto y contra el objeto atacado, ya que ambos son considerados como fuentes de peligro. Esta defensa tiene carácter violento y difiere de los mecanismos de represión. En el varón, esta poderosa defensa se dirige también contra su propio pene, como el órgano ejecutor de su sadismo, y es una de las causas más frecuentes de todas las perturbaciones de la potencia sexual.

Estas son mis hipótesis sobre la evolución de personas normales y neuróticas. Veamos ahora la génesis de la psicosis.

El período inicial de la fase de sadismo máximo es aquel en que los ataques son concebidos como de un carácter violento. He encontrado en este período el punto de fijación de la demencia precoz. En la segunda parte de esta fase los ataques fantaseados son imaginados como envenenamientos, y predominan los impulsos sádicos uretrales y anales. Creo que este es el punto de fijación de la paranoia[177]. Quiero recordar aquí que Abraham sostuvo que en la paranoia la libido hace una regresión a la primera fase anal. Mis conclusiones coinciden con las hipótesis de Freud, según las cuales los puntos de fijación de la demencia precoz y de la paranoia deben buscarse en la etapa narcisista, los de la demencia precoz precederán a los de la paranoia.

Una excesiva y prematura defensa del yo contra el sadismo impide el establecimiento de la relación con la realidad y el desarrollo de la vida de fantasía. La posesión y exploración sadística del cuerpo materno y del mundo exterior (el cuerpo de la madre por extensión), quedan detenidas y esto produce la suspensión más o menos completa de la relación simbólica con cosas y objetos que representan el cuerpo de la madre y, por ende, del contacto del sujeto con su ambiente y con la realidad en general. Este retraimiento forma la base de la falta de afecto y angustia, que es uno de los síntomas de la demencia precoz. En esta enfermedad, entonces, la regresión iría directamente a la fase temprana del desarrollo en que la apropiación y destrucción sádica del interior de la madre —tal como lo concibe el sujeto en sus fantasías— y el establecimiento de una relación con la realidad han sido impedidos o refrenados debido a la angustia.

13. La psicoterapia de las psicosis (1930)

Si se estudian los criterios diagnósticos de los psiquiatras, llama la atención el hecho de que, aunque parezca que son muy complicados y que cubren un amplio campo clínico, sin embargo, en esencia, se centran principalmente alrededor de un punto especial: la relación con la realidad. Pero evidentemente, la realidad en que piensa el psiquiatra es la realidad tanto subjetiva como objetiva del adulto normal. En tanto que esto se justifica desde el punto de vista social de la locura, ignora el hecho más importante: que los fundamentos de las relaciones con la realidad de la temprana infancia son de un carácter enteramente diferente. El análisis de niños pequeños entre dos años y medio y cinco años muestra claramente que para todos los niños, al principio, la realidad externa es principalmente un reflejo de la vida instintiva del propio niño. Ahora bien, la primera fase de relación humana está dominada por los impulsos sádico-orales. Estos impulsos sádicos son acentuados por experiencias de frustración y privación, y el resultado de este proceso es que todos los otros instrumentos de expresión sádica que posea el niño, a los que damos el rótulo de sadismo uretral, sadismo anal, sadismo muscular, se activan y dirigen a su vez hacia objetos. El hecho es que en esta fase en la imaginación del niño la realidad externa está poblada con objetos de los que se espera que tratarán al niño precisamente de la misma forma sádica con que el niño se siente impulsado a tratar a los objetos. Esta relación es realmente la realidad primitiva del niño muy pequeño.

En la primera realidad del niño no es exageración decir que el mundo es un pecho y un vientre lleno de objetos peligrosos, peligrosos a causa del impulso del propio niño a atacarlos. En tanto que el curso normal del desarrollo del yo es evaluar gradualmente los objetos externos a través de una escala realista de valores, para el psicótico, el mundo —y esto en la práctica significa objetos— es valorado en el nivel original; es decir, que para el psicótico el mundo es todavía un vientre poblado de objetos peligrosos. Si, por consiguiente, se me pidiera que dé en pocas palabras una generalización

válida para la psicosis yo diría que las agrupaciones principales corresponden a las defensas contra las principales fases de desarrollo del sadismo.

Una de las razones por las cuales estas relaciones no son generalmente apreciadas es que, aunque hay por supuesto casos de semejanzas bastante estrechas, por lo general los rasgos diagnósticos de psicosis en la infancia son esencialmente diferentes de los de la psicosis clásica. Por ejemplo, yo diría que el rasgo más siniestro en un niño de cuatro años sería la actividad no disminuida de los sistemas de fantasía característicos de un niño de un año; en otras palabras, una fijación, que clínicamente origina la detención del desarrollo. Aunque la fijación de la fantasía es solo descubierta por el análisis, sin embargo hay muchas pruebas clínicas de retardo que rara vez o nunca son adecuadamente apreciadas.

En los pacientes que el médico llega a ver, es a menudo imposible para él, en un único examen rápido, establecer la presencia de una esquizofrenia. De modo que muchos casos de este tipo son clasificados bajo títulos imprecisos, tales como «detención del desarrollo», «estado psicopático», «tendencia asocial», etc. Ante todo, en los niños la esquizofrenia es menos evidente que en los adultos. Rasgos característicos de esta enfermedad son menos llamativos en un niño porque, en menor grado, son naturales en el desarrollo de niños normales. Cosas tales como, por ejemplo, un marcado apartamiento de la realidad, falta de rapport emocional, incapacidad de concentrarse en cualquier ocupación, conducta tonta y charla sin sentido, no nos sorprenden como tan notables en los niños, y no las juzgamos como lo haríamos si aparecieran en adultos. Un exceso de actividad y movimientos estereotipados son muy comunes en los niños y difieren solo en grado de la hiperkinesia y estereotipia de la esquizofrenia. La obediencia automática debe ser realmente muy notable para que los padres la consideren como otra cosa que «docilidad». La conducta negativista es generalmente considerada como «travesura», y la disociación es un fenómeno que por lo general escapa por completo a la observación del niño. El que la angustia fóbica de los niños contenga a menudo ideas de persecución de carácter paranoico y temores hipocondríacos es un hecho que requiere una observación muy directa y a menudo solo puede ser revelado por el análisis. Incluso más comúnmente que psicosis encontramos en los niños rasgos psicóticos que en circunstancias desfavorables llevan a la enfermedad en la vida posterior (véase «La formación simbólica», 1930a).

Podría dar un ejemplo de un caso en que acciones estereotipadas se basaban enteramente en una base de angustia psicótica, pero que de ningún

modo hubieran hecho surgir tales sospechas. Un niño de seis años jugaba durante horas a ser un policía que dirigía el tránsito, juego en el que tomaba ciertas actitudes una y otra vez, permaneciendo inmóvil en algunas de ellas durante bastante tiempo. Mostraba así signos de catatonía tanto como de estereotipia, y el análisis reveló el miedo y terror abrumadores característicos que encontramos en casos de psicosis. Es nuestra experiencia que este abrumador terror psicótico es obstruido típicamente como por una barricada mediante diversos recursos con los que están conectados los síntomas.

Está también el niño que vive la fantasía, y podemos ver cómo en su juego estos niños deben dejar fuera completamente la realidad, y solo pueden conservar sus fantasías excluyéndola del todo. Estos niños encuentran intolerable cualquier frustración porque les recuerda la realidad; y son considerablemente incapaces de concentrarse en cualquier ocupación conectada con la realidad. Por ejemplo, un niño de seis años de este tipo jugaba repetidamente a que era el poderoso líder de una banda de salvajes cazadores y animales salvajes; luchaba, conquistaba y condenaba cruelmente a muerte a sus enemigos, que también tenían bestias salvajes a su servicio. Después los animales eran devorados. La lucha nunca terminaba, ya que siempre aparecían más animales. El transcurso del análisis ha revelado en este niño no solo una grave neurosis sino también marcados rasgos paranoides. Se había sentido siempre conscientemente rodeado y amenazado por magos, soldados, brujas, etc. Como muchos niños este chico había mantenido invariablemente el contenido de su angustia en total secreto para los que lo rodeaban.

Además, encontré, por ejemplo, en un niño aparentemente normal, que tenía una desusada creencia obstinada en la constante presencia alrededor de él en todo momento de hadas y figuras amistosas como Papá Noel, que estas figuras encubrían su angustia de estar siempre rodeado por animales terroríficos que amenazaban atacarlo y tragárselo.

En mi opinión la esquizofrenia plenamente desarrollada es más común —y especialmente la aparición de rasgos esquizofrénicos es un fenómeno mucho más general— en la infancia de lo que se supone generalmente. He llegado a la conclusión de que el concepto de esquizofrenia en particular y el de psicosis en general que aparecen en la infancia, debe ser ampliado, y creo que una de las tareas principales del analista de niños es descubrir y curar las psicosis infantiles. El conocimiento teórico así adquirido sería sin duda una valiosa contribución para nuestra comprensión de la estructura de las psicosis

y nos ayudaría también a lograr un diagnóstico diferencial más correcto entre las diversas enfermedades.

14. Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual (1931)

Me propongo tratar aquí algunos mecanismos de la inhibición intelectual y comenzaré con un corto extracto de un análisis de un niño de siete años, ocupándome de los principales puntos de dos sesiones analíticas consecutivas. La neurosis del niño consistía en parte en síntomas neuróticos, en parte en dificultades de carácter, y también en inhibiciones intelectuales bastante graves. En el momento en que tuvieron lugar las dos sesiones que intento tratar, el niño llevaba más de dos años de tratamiento, y el material en cuestión ya había sido sometido a considerable análisis. En general la inhibición intelectual había disminuido gradualmente hasta cierto punto durante este período; pero solo en estas dos sesiones se aclaró la conexión de este material con una de sus dificultades especiales respecto del aprendizaje. Esto me llevó a un progreso notable en lo concerniente a sus inhibiciones intelectuales.

El niño se quejaba de que no podía distinguir entre sí ciertos términos franceses. En la escuela había una lámina con diversos objetos para ayudar a los niños a comprender las palabras. Las palabras eran: poulet, pollo; poisson, pescado; glace, hielo. Siempre que se le preguntaba qué significaba alguna de estas palabra, contestaba invariablemente dando el significado de alguna de las otras dos, por ejemplo si se le preguntaba poisson contestaba hielo; poulet, pescado, etc. Esto le hacía sentirse bastante desesperado, y decía que nunca podría aprenderlas. Obtuve el material por asociación común, pero al mismo tiempo jugaba despreocupadamente en el cuarto.

Le pedí primero que me dijera en qué le hacía pensar poulet. Se colocó de espaldas sobre la mesa, balanceando las piernas y dibujando con un lápiz en un trozo de papel. Pensó en un zorro introduciéndose en un gallinero. Le pregunté a qué hora podía ocurrir esto y en vez de decir «de noche», contestó «a las cuatro de la tarde», hora en que yo sabía que a menudo su madre estaba fuera. «El zorro se introduce y mata a un pollito», y mientras dijo esto cortó lo

que había dibujado. Le pregunté qué era y dijo: «No sé». Cuando lo miramos vimos que era una casa, cuyo techo había cortado. Se dio cuenta de que él mismo era el zorro, que el pollito era un hermanito y que el momento en que se introducía el zorro era precisamente cuando su madre había salido.

Ya habíamos trabajado mucho en lo que respecta a sus intensos impulsos agresivos y fantasías de atacar a un hermanito dentro de la madre mientras esta estaba embarazada y después de su nacimiento, y también en lo que respecta a la intensa carga de culpa relacionada con estos impulsos y fantasías_. El hermano tiene ahora aproximadamente cuatro años. Cuando era un bebé había sido para mí paciente una espantosa tentación quedarse solo con él, aun durante un minuto, e incluso ahora, cuando la madre está fuera, vemos que sus deseos todavía funcionan. Esto se debía en parte a sus extremados celos del bebé, que gozaba del pecho de la madre. Le pregunté en qué le hacía pensar poisson y comenzó a patear con más violencia y a llevar las tijeras cerca de los ojos y a tratar de cortarse el cabello, de modo que tuve que pedirle las tijeras. Me contestó sobre poisson que el pescado frito era muy lindo y le gustaba. Comenzó entonces nuevamente a dibujar, esta vez un hidroavión y un barco. No obtuve ninguna otra asociación para pescado y pasé al hielo. De este dijo: «Un gran trozo de hielo es lindo y blanco, y se pone primero rosa y luego colorado». Le pregunté por qué hacía eso y dijo: «Se derrite». «¿Cómo es eso?». «Lo iluminó el sol». Aquí tenía bastante angustia y no pude obtener nada más. Cortó el barco y el hidroavión y trató de ver si podían flotar en el agua.

Al día siguiente mostró angustia y dijo que había tenido un mal sueño. «El pescado era un cangrejo. Estaba parado en un muelle, en la costa, donde había estado muchas veces con su madre. Se suponía que él debía matar un enorme cangrejo que salía del agua hacia el muelle. Le pegó un tiro con su pequeño revólver y lo mató con su espada, que no era muy eficiente. Ni bien mató al cangrejo, tuvo que matar otros y otros que seguían saliendo del agua». Le pregunté por qué tenía que hacer eso y dijo que para impedir que entraran al mundo, porque matarían a todo el mundo. En seguida que comenzamos con el sueño se colocó sobre la mesa en la misma posición que el día anterior, pataleando más fuerte que nunca. Le pregunté entonces por qué pataleaba, y contestó: «Estoy flotando en el agua y me rodean cangrejos completamente». El día anterior las tijeras habían representado los cangrejos que lo mordían y lo cortaban, y por eso había dibujado un bote y un hidroavión, para escaparse de ellos. Le dije que él había estado en un muelle, y contestó: «Oh, sí, pero me caí al agua hace mucho». Casi todos los cangrejos querían meterse en un

cuarto de carne que estaba en el agua y que parecía una casa. Era cordero, su carne preferida. Dijo que nunca habían estado adentro todavía, pero que podían entrar por las puertas y ventanas. Toda la escena en el agua era el interior de su madre —el mundo—. La casa de carne representaba el cuerpo de su madre y el suyo propio. Los cangrejos representaban el pene del padre y formaban legión. Eran grandes como elefantes, negros por fuera y rojos por dentro. Eran negros porque alguien los había hecho negros, y por eso todos se habían vuelto negros en el agua. Habían entrado en el agua del otro lado del mar. Alguien que quería volver negra el agua los había puesto allí. Resultó que los cangrejos representaban no solo el pene del padre sino también sus propias heces. Uno de ellos no era más grande que una langosta y era rojo por dentro y por fuera. Este representaba su propio pene. También había mucho material que mostraba la identificación de sus heces con animales peligrosos que por orden suya (por una especie de magia) podían entrar en el cuerpo de su madre y dañar y envenenar tanto a ella como al pene del padre.

Creo que este material arroja alguna luz sobre la teoría de la paranoia. Aquí solo puedo aludir muy brevemente a este punto; pero sabemos que Van Ophuijsen[178] y Stärcke[179] han referido el «perseguidor» a la idea inconsciente del paranoico de su escíbalo en sus entrañas, y al que identifica con el pene del perseguidor. Tanto el caso en discusión como el análisis de muchos niños y adultos me han llevado a creer que el temor de una persona a sus heces como perseguidor, deriva en última instancia de sus fantasías sádicas, en las que emplea su orina y sus heces como armas venenosas y destructivas en sus ataques al cuerpo de la madre. En estas fantasías convierte a sus propias heces en cosas que persiguen a sus objetos; y por una suerte de magia (que en mi opinión es la base de la magia negra) las empuja secreta y cautelosamente en el ano y otros orificios de los objetos y los aloja dentro de sus cuerpos. Por haber hecho esto siente miedo de su propio excremento como sustancia peligrosa que está dañando su propio cuerpo; también siente miedo de los excrementos, introyectados dentro suyo, de sus objetos, puesto que espera que estos últimos le hagan ataques secretos similares por medio de sus peligrosas heces. Estos temores engendran el terror detener una serie de perseguidores dentro del cuerpo, y de ser envenenado; también engendran temores hipocondríacos. El punto de fijación de la paranoia está situado, según creo, en el período de la fase de sadismo máximo en el cual el niño lleva a cabo sus ataques al cuerpo de la madre y al pene del padre que supone estar allí, por medio de sus heces transformadas en animales o sustancias venenosas y peligrosas[180]. Puesto que, como resultado de sus impulsos

sádico-uretrales, el niño considera a la orina como algo peligroso que quema, corta y envenena, ya está preparado el camino para que piense en el pene como cosa sádica y peligrosa. Y sus fantasías del escíbalo como perseguidor —fantasías formadas bajo el predominio de las tendencias sádico-anales, y que hasta tanto se puede ver preceden a la idea del peligroso pene como perseguidor— también tienden hacia la misma dirección, en virtud del hecho de que él equipara excrementos y pene. A consecuencia de la ecuación entre ambos, las peligrosas propiedades de las heces sirven para aumentar el carácter peligroso y sádico del pene, y del objeto perseguidor que está identificado con ella.

En este caso los cangrejos representaban una combinación de las heces peligrosas y el peligroso pene del niño y de su padre. Al mismo tiempo el niño se sentía responsable del empleo de todos estos instrumentos y fuentes de destrucción, puesto que sus propios deseos sádicos contra sus padres en coito, transformaban al pene del padre y a sus excrementos en animales peligrosos, de modo que su padre y su madre se destruían uno al otro.

En su imaginación John también había atacado al pene del padre con sus propias heces y de este modo lo había hecho más peligroso que antes; y había puesto sus propias heces peligrosas dentro del cuerpo de su madre.

Le pregunté nuevamente en qué le hacía pensar glace (hielo) y empezó a hablar de un vaso y se dirigió a la canilla y bebió un vaso de agua. Dijo que era malta —que le gusta— y habló de un vaso que tenía «pequeños trozos» rotos, queriendo decir cristal tallado. Dijo que el sol había estropeado este vaso, como había estropeado el gran bloque de hielo del que había hablado el día anterior. Dijo que había disparado al vaso y arruinado también toda la malta. Cuando le pregunté cómo le había disparado al vaso, dijo: «Con su calor».

Mientras decía esto eligió un lápiz amarillo entre varios lápices que estaban delante suyo, y comenzó a hacer puntos y agujeros en un trozo de papel, luego hizo agujeros hasta que finalmente lo redujo a tiras. Luego empezó a cortar el lápiz con un cuchillo, rebanando el amarillo de fuera. El lápiz amarillo representaba al sol, que simbolizaba su pene y orina quemantes. También, por asociación verbal, la palabra «sol» lo representaba a él, el «hijo[181]»(. En muchas de sus sesiones analíticas había quemado trozos de papel, fósforos y cajas de fósforos en la estufa, y al mismo tiempo, o alternando con esto, los había rasgado o había echado agua sobre ellos y los había enjabonado o cortado en pedazos. Estos objetos representaban el pecho de su madre o toda su persona. También había roto vasos repetidamente en la

habitación de juego. Representaban el pecho de la madre y también el pene del padre.

El sol tenía otra significación más como pene sádico del padre. Mientras estaba cortando el lápiz dijo una palabra que resultó estar construida por las palabras «ir» y el nombre de pila de su padre. Así el vaso era destruido tanto por el hijo como por el padre; representaba el pecho y la malta significaba leche. El gran trozo de hielo que tenía el mismo tamaño de la casa de carne, representaba el cuerpo de su madre; estaba derretido y arruinado por el calor del niño y por el pene y orina del padre; y cuando enrojecía esto simbolizaba la sangre de la madre lastimada.

John me mostró una tarjeta de Navidad con un bulldog, y un pollito muerto al que evidentemente había matado. Ambos estaban pintados de marrón. Dijo: «Ya sé, son todos lo mismo, el pollito, el hielo, el vaso y los cangrejos». Le pregunté por qué eran todos lo mismo, y dijo: «Porque son todos marrones y están todos rotos y muertos». Esta es la razón de que no pudiera distinguir entre estas cosas, porque todos estaban muertos; él había matado a todos los cangrejos, pero los pollitos, que representaban a los bebés, y el hielo y el vaso que representaban a la madre, estaban todos sucios y lastimados, o muertos también.

Después de esto, en la misma sesión, empezó a dibujar líneas paralelas que se hacían más estrechas y más amplias. Era el símbolo de la vagina más claro posible. Entonces puso su pequeña locomotora sobre ella y la dejó ir sobre las vías hasta la estación. Estaba muy aliviado y contento. Sentía ahora que podía tener relación sexual simbólicamente con la madre; mientras que antes de este análisis su cuerpo era para él un lugar de horrores. Esto parece mostrar lo que uno puede ver confirmado en el análisis de todo hombre: que su miedo al cuerpo de la mujer como un lugar lleno de destrucción puede ser una de las causas principales de perturbación de la potencia. Pero esta angustia es también un factor básico de inhibición del impulso epistemofílico, ya que el interior del cuerpo de la madre es el primer objeto de ese impulso; en la fantasía es explorado e investigado, y también atacado con todo el armamento sádico, incluyendo el pene como un arma peligrosa y ofensiva, y esta es otra causa de la subsiguiente impotencia en los hombres: penetrar y explorar son en gran medida sinónimos para el inconsciente. Por esta razón, después del análisis de su angustia relacionada con su propio pene sádico y el de su padre —el punzante lápiz amarillo homologado al sol quemante- John fue mucho más capaz de representarse a sí mismo simbólicamente en coito con la madre e investigando su cuerpo. Al día siguiente podía mirar

atentamente y con interés la lámina de la pared de la escuela y podía distinguir fácilmente las palabras unas de otras.

J. Strachey ha mostrado[182] que leer tiene el significado inconsciente de tomar conocimiento del cuerpo de la madre, y que el temor a robarla es un factor importante, para las inhibiciones en la lectura. Quisiera agregar que es esencial para un desarrollo favorable del deseo de conocimiento que se sienta que el cuerpo de la madre está bien y no lastimado. Representa en el inconsciente la casa del tesoro, de todo lo deseable que solo puede conseguirse allí; por consiguiente, si no está destruido, si no está demasiado en peligro y entonces él mismo no es tan peligroso, puede llevarse más fácilmente a cabo el deseo de tomar de él alimento para la mente.

Cuando describí la lucha que en la fantasía tenía John dentro del cuerpo de la madre con los penes del padre (cangrejos) —en realidad con un enjambre de ellos— señalé que la casa de carne, en la que aparentemente no habían irrumpido y en la que John trataba de impedir que entraran, representaba no solo el interior del cuerpo de su madre, sino también su propio interior. Sus defensas contra la angustia se expresaban aquí en elaborados desplazamientos e inversiones. Al principio lo que él comía era un rico pescado frito. Después se convenía en un cangrejo. En la primera versión sobre el cangrejo él estaba parado en el muelle y trataba de impedir que los cangrejos se arrastraran fuera del agua. Pero surgió que él realmente se sentía a sí mismo en el agua, y allí —dentro de su madre— a merced del padre. En esta versión trataba aún de sostener la idea de que estaba impidiendo que los cangrejos entraran en la casa de carne, pero su miedo más profundo era que los cangrejos ya habían entrado en ella y la estaban destruyendo, y sus esfuerzos eran para sacarlos afuera otra vez. Tanto el mar como la casa de carne representaban el cuerpo de su madre.

Debo señalar ahora otra fuente de angustia que está estrechamente conectada con la de destruir a la madre, y mostrar cómo influye en las inhibiciones espirituales y perturbaciones de desarrollo del yo. Esto está conectado con el hecho de que la casa de carne era no solo el cuerpo de su madre sino también el suyo. Tenemos aquí una representación de las tempranas situaciones de angustia que surgen en ambos sexos del impulso sádico-oral de devorar los contenidos del cuerpo de la madre, y especialmente los penes que se imagina que están dentro de él. El pene del padre, que desde el punto de vista oral de succión es homologado al pecho, y que se convierte así en un objeto de deseo[183], es entonces incorporado y en la fantasía del varón se transforma muy rápidamente a consecuencia de sus ataques sádicos

contra él, en un terrorífico agresor interno y es homologado a animales o armas peligrosas y asesinas. A mi entender es el pene del padre introyectado el que forma el núcleo del superyó paterno.

El ejemplo del caso de John muestra: a) que la destrucción imaginada que ha sido infligida al cuerpo de la madre es también esperada e imaginada como habiendo ocurrido en su propio cuerpo; b) cómo se siente el miedo a los ataques en el interior del propio cuerpo por los penes internalizados del padre y por las heces.

Así como la angustia excesiva con respecto a la destrucción infligida al cuerpo de la madre inhibe la capacidad de obtener una concepción clara de sus contenidos, así también en forma análoga la angustia relativa a las cosas terribles y peligrosas que están sucediendo dentro del propio cuerpo puede suprimir toda investigación sobre él; y esto nuevamente es un factor de la inhibición intelectual[184]. Para ilustrar esto del caso de John: el día después del análisis del sueño del cangrejo, esto es, el día en el que se encontró a sí mismo repentinamente capaz de distinguir las palabras francesas, John comenzó su análisis diciendo: «Voy a dar vuelta mi cajón»; este era el cajón en el que guardaba los juguetes que usaba en su análisis; durante meses había arrojado en él toda clase posible de desperdicios, trozos de papel, cosas pegajosas con goma, trocitos de jabón, pedacitos de cuerda, etc., sin que nunca se hubiera decidido a limpiarlo.

Ahora sacó todos sus contenidos y tiró las cosas inútiles o rotas. El mismo día encontró en un cajón de su casa su lapicera, que durante meses no había podido hallar. Así en forma simbólica había mirado dentro del cuerpo de su madre y lo había reparado, y también había encontrado otra vez su pene. Pero el cajón representaba también su propio cuerpo; se expresó su impulso ahora menos inhibido de familiarizarse con sus contenidos, como lo mostró el curso de su análisis, en una cooperación mucho mayor de su parte en el trabajo analítico y el más profundo insight en sus propias dificultades. Este insight más profundo fue el resultado de un progreso en el desarrollo de su yo que siguió a este fragmento particular del análisis de su superyó amenazador. Porque, como sabemos de nuestra experiencia con niños, especialmente con los muy pequeños, el análisis de los estadios tempranos de la formación del superyó promueve el desarrollo del yo al disminuir el sadismo del superyó y del ello.

Pero en lo que deseo llamar la atención aquí, además de esto, es en la conexión que puede observarse una y otra vez en análisis entre la disminución de la angustia por parte del yo con respecto al superyó, y una capacidad

aumentada en el niño de conocer sus propios procesos intrapsíquicos y de controlarlos con mayor eficacia a través de su yo. En el presente caso limpiar representaba inspeccionar la realidad intrapsíquica. Cuando John estaba arreglando su cajón, estaba arreglando su propio cuerpo y separando sus posesiones de las cosas que había robado del cuerpo de la madre, tanto como separando heces «malas» de heces «buenas», y objetos «malos» de «buenos». Al hacer esto John vinculaba las cosas rotas, dañadas y sucias con el objeto «malo», heces «malas» y niños «malos», de acuerdo con el inconsciente, en el que el objeto dañado se convierte en «malo» y peligroso.

En la medida en que John podía ahora examinar los diferentes objetos y ver cómo podía usárselos o qué daño habían sufrido, etc., se mostraba a sí mismo como animándose a enfrentar los estragos imaginados infligidos por su superyó y su ello; o sea, estaba llevando a cabo una prueba de la realidad. Esto permitió a su yo funcionar mejor al hacer decisiones sobre para qué podían usarse las cosas, si podían ser reparadas o había que tirarlas, etc. Al mismo tiempo se pusieron más en armonía su superyó y su ello, y entonces el yo, más fuerte, pudo enfrentarlos mejor.

En relación con esto quisiera volver una vez más al tema de su redescubrimiento de la lapicera. Hasta aquí lo hemos interpretado en el sentido de que había disminuido su temor a las cualidades destructivas y peligrosas de su pene —en última instancia a su sadismo— y era capaz de reconocer la posesión de tal órgano.

Estas líneas de interpretación nos descubren las causas subyacentes tanto de la potencia sexual como de los instintos epistemofílicos, ya que descubrir y penetrar en las cosas son actividades homologadas en el inconsciente. Además de esto la potencia en el hombre (o en el caso del varoncito, las condiciones psicológicas para ella) es la base para el desarrollo de gran número de actividades, intereses creativos y capacidades.

Pero —y esto es lo que quiero señalar— tal desarrollo depende de que el pene se haya convertido en el representante del yo del individuo. En los primeros estadios de su vida el varón considera su pene como el órgano ejecutor de su sadismo, y por consiguiente se convierte en el vehículo de sus sentimientos primarios de omnipotencia. Por esta razón, y porque siendo un órgano externo, puede ser examinado y puesto a prueba en diversas formas, adquiere la significación de su yo, sus funciones yoicas y su conciencia; mientras que el pene internalizado e invisible de su padre —su superyó—, sobre el que no puede saber nada, se convierte en el representante de su inconsciente. Si el temor del niño a su superyó y a su ello es demasiado

poderoso, no solo será incapaz de saber sobre los contenidos de su cuerpo y sus procesos mentales, sino que también será incapaz de usar su pene en su aspecto psicológico como órgano regulador y ejecutor de suyo, de modo que también sus funciones yoicas estarán sujetas a inhibiciones en estos sentidos.

En el caso de John, encontrar la lapicera significaba no solo que había reconocido la existencia de su pene y el orgullo y placer que le daba, sino que también había reconocido la existencia de su propio yo: actitud que se expresó en su mayor progreso del desarrollo de su yo y una ampliación de sus funciones yoicas tanto como en la disminución del poder de su superyó que hasta entonces había dominado la situación.

Para resumir lo que se ha dicho: mientras que el progreso en la capacidad de John para concebir el estado del interior del cuerpo de su madre llevó a una mayor capacidad de comprender y apreciar el mundo externo, la reducción de su inhibición para saber realmente sobre el interior de su propio cuerpo, llevó al mismo tiempo a una más profunda comprensión y mejor control de sus procesos. Lo primero resultó en mayor capacidad de incorporar conocimientos; lo segundo trajo consigo mejor capacidad de elaborar, organizar y correlacionar los conocimientos obtenidos, y también de volver a darlos, o sea devolverlos, formularlos o expresarlos —un progreso en el desarrollo del yo—. Estos dos contenidos fundamentales de la angustia (relacionada con el cuerpo de la madre y con el propio cuerpo) se condicionan mutuamente y reaccionan uno sobre el otro en cada detalle, y del mismo modo la mayor libertad de las dos funciones de introyección y extrayección (o proyección), resultante de una reducción de la angustia de estas fuentes, permite que ambos sean empleados en forma más adecuada y menos compulsiva.

Pero, cuando el superyó ejerce una dominación demasiado amplia sobre el yo, con frecuencia este último en sus intentos de mantener el control por medio de la represión sobre el ello y los objetos internalizados, se cierra a las influencias del mundo externo y sus objetos despojándose así de toda fuente de estímulo que formaría la base de los intereses y realizaciones de su yo, tanto de las del ello como de las de fuentes externas.

En los casos en que ha mantenido su preponderancia la significación de la realidad y de los objetos como reflejos del temido mundo interno e imagos, los estímulos del mundo externo pueden sentirse casi tan alarmantes como la fantaseada dominación de los objetos internalizados, que han tomado posesión de toda iniciativa y a los que el yo se siente compulsivamente obligado a someter la ejecución de toda actividad y operaciones intelectuales,

y además por supuesto la responsabilidad por ellas. En ciertos casos, inhibiciones graves para el aprendizaje están combinadas con conducta huraña e ineducabilidad y actitud de suficiencia; lo que he encontrado entonces es que el yo se siente oprimido y paralizado por una parte por las influencias del superyó a las que siente tiránicas y peligrosas, y por otra parte su desconfianza para aceptar las influencias de los objetos reales, a menudo porque se los siente en completa oposición a las exigencias del superyó, pero más frecuentemente porque están demasiado identificados con las temidas influencias internas. El yo trata entonces (por medio de la proyección al mundo externo) de demostrar su independencia de las imagos rebelándose contra todas las influencias que emanan de los objetos reales. El grado en que pueda ser conseguida una reducción del sadismo y de la angustia y de la actuación del superyó, de modo que el yo adquiera una base más amplia para funcionar, determina el grado de progreso de la accesibilidad del paciente a la influencia del mundo externo, junto con una progresiva resolución de sus inhibiciones intelectuales.

Hemos visto que los mecanismos examinados llevan a ciertas clases definidas de inhibiciones intelectuales. Pero cuando entran en un cuadro clínico adquieren el carácter de rasgos psicóticos. Sabemos ya que el miedo de John a los cangrejos como perseguidores internos era de carácter paranoide. Además, esta angustia lo hacía cerrarse a las influencias externas, a los objetos y a la realidad externa: estado mental que consideramos como una de las indicaciones de perturbación psicótica, aunque en este caso el resultado principal fue una disminución de las capacidades intelectuales del paciente. Pero que incluso en casos como este la operación de tales mecanismos no se limita a la producción de inhibiciones intelectuales, se ve en los grandes cambios que tienen lugar en toda la persona y en su carácter no menos que en la disminución de los rasgos neuróticos que pueden observarse, a medida que progresa el análisis de la inhibición intelectual, especialmente si el paciente es un niño o una persona joven.

En John, por ejemplo, pude establecer el hecho de que una marcada aprensión, ocultación y mentiras, tanto como una intensa desconfianza a todo, que eran parte de su estructura mental, desaparecieron completamente en el curso de su análisis, y que tanto su carácter como el desarrollo de su yo cambiaron mucho y mejoraron. En este caso los rasgos paranoides en su mayor parte se habían modificado hasta llegar a ciertas distorsiones de carácter e inhibiciones intelectuales; pero resultó que también habían llevado a una cantidad de síntomas neuróticos.

Mencionaré aquí uno o dos mecanismos más de inhibición intelectual, esta vez de carácter definidamente neurótico-obsesivo, que aparecen como resultado de la intensa actuación de situaciones tempranas de angustia. En alternancia con una inhibición del tipo antes descrito vemos a veces el extremo opuesto como resultado: un anhelo de incorporar todo lo que se ofrece, junto con la incapacidad de distinguir entre lo que es valioso y lo que no lo es. En varios casos he notado que estos mecanismos empezaban a establecerse y a hacer sentir su influencia cuando el análisis había logrado disminuir los mecanismos de tipo psicótico que acabamos de examinar. Este apetito de alimento intelectual que ocupó el lugar de la anterior incapacidad del niño para incorporar nada, fue acompañado por otros impulsos obsesivos, en especial por un deseo de coleccionar cosas y acumularlas y por las correspondientes compulsiones a abandonar las cosas indiscriminadamente o sea, a expulsarlas. La incorporación obsesiva de este tipo, a menudo se acompaña de un sentimiento de vacío en el cuerpo, de empobrecimiento —una sensación que mi paciente John solía tener con mucha intensidad— y descansa sobre la angustia del niño, proveniente de los niveles más profundos de su mente, de que su interior haya sido destruido o esté lleno de sustancias «malas» y peligrosas, que sea pobre en sustancias «buenas» o que estas falten por completo. Este material ansiógeno sufre mucho más remodelación y alteración por los mecanismos obsesivos que por los psicóticos.

Mis observaciones de este caso, tanto como de otros neuróticos obsesivos, me han llevado a establecer conclusiones sobre los mecanismos obsesivos especiales relacionados con el fenómeno de la inhibición intelectual que nos interesa en este momento. Antes de enunciarlas brevemente, dejadme decir que a mi entender, como en seguida estableceré con detalles, los mecanismos y síntomas obsesivos en general sirven al propósito de ligar, modificar y detener la angustia perteneciente a los niveles más primitivos de la mente, de modo que las neurosis obsesivas están edificadas sobre la angustia de las primeras situaciones de peligro.

Retornemos al tema: creo que la colección y acumulación de cosas del niño, compulsiva, casi voraz (incluyendo el conocimiento como sustancia), está basada entre otros factores que no es necesario mencionar aquí, en su siempre renovado intento a) de apresar sustancias y objetos «buenos» (en última instancia, leche «buena» heces «buenas», un pene «bueno» y niños «buenos») y paralizar con su ayuda la acción de tos objetos y sustancias «malos» dentro de su cuerpo; y b) acumular suficientes reservas dentro de sí mismo para ser capaz de resistir a los ataques de sus objetos externos, y si es

necesario devolver al cuerpo de su madre, o a sus objetos, lo que les ha robado. Como sus intentos de hacer esto por medio de actos obsesivos están continuamente perturbados por apariciones de angustia de muchas fuentes contrarias (por ejemplo, su duda de si lo que acaba de incorporar dentro suyo es realmente «bueno» y si lo que ha arrojada fuera era realmente la parte «mala» de su interior; o su temor de que al poner más material dentro de sí fue culpable una vez más de robar al cuerpo de su madre) podemos comprender por qué estaba bajo la constante obligación de repetir sus intentos y cómo esta obligación es en parte responsable del carácter compulsivo de su conducta.

En el presente caso ya hemos visto cómo en la proporción en que disminuyó la influencia del feroz y fantástico superyó del niño —en última instancia, su propio sadismo— perdieron su eficacia los mecanismos que hemos reconocido como psicóticos y que originaron sus inhibiciones intelectuales. Me parece que una disminución de este tipo en la severidad del superyó debilita los mecanismos de la inhibición intelectual que son también del tipo neurótico obsesivo. Si esto es así, entonces demostraría que la presencia de situaciones tempranas de angustia excesivamente fuertes y la predominancia de un superyó amenazador proveniente de los primeros estadios de su formación son factores fundamentales, no solo en la génesis de la psicosis[185] sino también en la producción de perturbaciones del desarrollo e inhibiciones intelectuales. Estas tendencias hacia su hermano menor contribuyeron en gran medida a perturbar sus relaciones con su hermano mayor, que tenía cuatro años más que él, y en el que presuponía la existencia de intenciones similares hacia él.

15. El desarrollo temprano de la conciencia en el niño (1933)

Una de las más importantes contribuciones de la investigación psicoanalítica ha sido el descubrimiento de los procesos mentales que subyacen al desarrollo de la conciencia del individuo. En su tarea de sacar a la superficie las tendencias instintivas inconscientes, Freud ha reconocido también la existencia de las fuerzas que sirven de defensa contra ellas. Según sus hallazgos, que la práctica psicoanalítica ha confirmado en cada caso, la conciencia de la persona es un precipitado o representante de sus primeras relaciones con los padres. En cierto modo, ha incorporado sus padres así, los ha puesto en su interior. Y entonces ellos se convierten en una parte diferenciada de su yo —su superyó—, en un agente que presenta, contra el resto del yo, ciertas exigencias, reproches y admoniciones, y que se opone a sus impulsos instintivos.

Freud ha demostrado que el funcionamiento de ese superyó no se limita a la mente consciente, no es solo lo que se entiende por conciencia, sino que ejerce también una influencia inconsciente y a menudo sumamente opresiva, influencia que constituye un importante factor, tanto en las enfermedades mentales como en el desarrollo de la personalidad normal. Este nuevo descubrimiento ha hecho que la investigación psicoanalítica enfoque cada vez más el estudio del superyó y de sus orígenes.

En el curso de mis análisis de niños pequeños, mientras comenzaba a adquirir conocimiento directo de los cimientos sobre los que estaba construida su personalidad, me topé con ciertos hechos que parecían admitir una ampliación, en determinadas direcciones, de la teoría de Freud al respecto. No podía caber duda alguna de que un superyó había estado en plena actividad, durante cierto tiempo, en mis pequeños pacientes de entre dos años y nueve meses, y cuatro años de edad, en tanto que, según la concepción aceptada, el superyó no comenzaba a funcionar hasta que había desaparecido el complejo de Edipo, es decir, aproximadamente en el quinto año de vida. Más aun, mis

datos demostraban que este primer superyó era inconmensurablemente más riguroso y cruel que el del niño mayor o el del adulto, y que, literalmente, aplastaba el débil yo del niño pequeño.

Es verdad que en el adulto encontramos en funciones un superyó más severo de lo que fueron en realidad los padres del sujeto, y que en modo alguno es idéntico a estos[186]. Esto no obstante, se les aproxima más o menos. Pero en el niño pequeño encontramos un superyó de características altamente increíbles y fantásticas. Y cuanto más pequeño es el niño, o cuanto más profundo el plano mental en que penetramos, tanto más sucede eso. Llegamos a considerar que el temor del niño a ser devorado, o cortado o despedazado, o su terror a ser rodeado y perseguido por figuras amenazadoras, es un componente regular de su vida mental; y sabemos que el lobo comedor de hombres, el dragón vomitador de fuego y todos los monstruos malignos surgidos de los mitos y los cuentos de hadas florecen y ejercen su influencia inconsciente en la fantasía de cada niño, que se siente perseguido y amenazado por esas formas adversas. No me queda ninguna duda, gracias a mis observaciones analíticas, de que las identidades que se ocultan detrás de esas figuras imaginarias, aterradoras, son las de los padres del propio niño, ni de que, de uno u otro modo, esas terroríficas formas reflejan características del padre y la madre del chiquillo, por deformada y fantástica que pueda parecer la semejanza.

Si aceptamos estos hechos de las primeras observaciones analíticas y admitimos que las cosas que el niño teme son esos monstruos y animales salvajes que ha internalizado en sí y que iguala a sus padres, nos vemos arrastrados a las siguientes conclusiones: 1) El superyó del niño no coincide con el cuadro presentado por sus padres reales, sino que es creado con elementos imaginarios de ellos, o imagos, que ha incorporado así. 2) Su temor a los objetos reales —su ansiedad fóbica— se basa en su temor a su yo irrealista y a los objetos que son reales en sí mismos, pero que él contempla bajo una luz fantástica debido a la influencia de su superyó.

Esto nos trae al problema que para mí es el central en toda la cuestión de la formación del superyó. ¿Cómo se lleva a cabo la creación, por parte del niño, de una imagen tan fantástica de sus padres, una imagen tan alejada de la realidad? La respuesta se encontrará en los hechos descubiertos en los análisis infantiles. Al penetrar en las capas más profundas de la mente del niño y descubrir esas enormes cantidades de ansiedad —esos temores hacia objetos imaginarios y esos terrores a ser atacado de todos los modos posibles—, dejamos también al desnudo una cantidad correspondiente de impulsos de

agresión reprimidos, y podemos observar la relación causal que existe entre los temores del niño y sus tendencias agresivas.

En su libro Más allá del principio del placer, Freud formuló una teoría según la cual, al comienzo de la vida en el organismo humano, el instinto de agresión, o instinto de muerte, es opuesto y contenido por la libido o instinto de vida, el Eros. A continuación se produce una fusión de los dos instintos, que da nacimiento al sadismo. A fin de evitar ser destruido por su propio instinto de muerte, el organismo emplea su libido narcisista o de autoconservación para expulsar a aquel hacia afuera y dirigirlo contra sus objetos. Freud considera que este proceso es fundamental para las relaciones sádicas de la persona con sus objetos. Y yo diría, más aún, que paralelamente a esa desviación hacia afuera del instinto de muerte, contra los objetos, se produce una reacción intrapsíquica de defensa contra la parte del instinto que no ha podido ser exteriorizada de tal modo. Porque el peligro de ser destruido por ese instinto de agresión provoca, creo, una excesiva tensión en el yo, que es sentida por este como una ansiedad[187], de modo que se ve, en el comienzo mismo de su desarrollo, ante la tarea de movilizar la libido contra su instinto de muerte. Sin embargo, solo puede llevar a cabo en forma imperfecta esa misión, ya que, debido a la fusión de los dos instintos, no puede ya, como lo sabemos, efectuar una separación entre los mismos. Se produce una división en el ello, o en los planos instintivos de la psique, debido a la cual una parte de los impulsos instintivos es dirigida contra la otra.

Esta medida defensiva por parte del yo, aparentemente la primera, constituye, creo, la piedra fundamental del desarrollo del superyó, cuya excesiva violencia en esa primera etapa quedaría así explicada por el hecho de que es un producto de intensísimos instintos destructivos y de que contiene, juntamente con cierta proporción de impulsos libidinales, cantidades sumamente grandes de impulsos agresivos[188]. Este punto de vista hace que resulte menos difícil entender por qué el niño forma imágenes monstruosas y fantásticas de sus padres. Porque percibe que su ansiedad surge de sus instintos agresivos, como temor hacía un objeto externo, porque ha hecho de dicho objeto su meta, de tal modo que parecen iniciarse contra él mismo desde ese terreno[189]. De esa manera, desplaza la fuente de su ansiedad hacia afuera y convierte sus objetos en objetos peligrosos; pero, en definitiva, ese peligro pertenece a sus propios instintos agresivos. Por ese motivo, su temor hacia los objetos será siempre proporcionado al grado de sus impulsos sádicos. Sin embargo, no se trata simplemente de una cuestión de convertir una cantidad dada de sadismo en una cantidad correspondiente de ansiedad.

La relación es también una relación de contenido. El temor del niño hacia su objeto y hacia los ataques imaginarios que sufrirá de este se ajusta en todos los detalles a los particulares impulsos agresivos y fantasías que experimenta con respecto a su ambiente. De ese modo, cada niño crea imagos de sus padres que le son peculiares; aunque en cada caso esas imagos serán de un carácter irreal y terrorífico.

Según mis observaciones, la formación del superyó comienza al mismo tiempo que el niño efectúa la primera introyección oral de sus objetos[190]. Puesto que las primeras imagos que de tal modo forma son dotadas de todos los atributos del intenso sadismo correspondiente a este estadío de su desarrollo, y puesto que serán proyectadas una vez más sobre objetos del mundo exterior, el chiquillo es dominado por el temor de sufrir ataques inimaginablemente crueles, tanto de sus objetos reales como de su superyó. Su ansiedad sirve para aumentar sus impulsos sádicos, al acicatearle a destruir dichos objetos hostiles a fin de escapar a sus embestidas. El circulo vicioso que de tal modo queda establecido y en el que la ansiedad del niño le impulsa a destruir su objeto, produce un aumento de su propia ansiedad, cosa que, a su vez, le lanza contra su objeto y constituye un mecanismo psicológico que, en mi opinión, se encuentra en el fondo de las tendencias asociales y criminales del individuo. Así, debemos suponer que la responsable de la conducta de las personas asociales y criminales es la excesiva severidad y la aplastante crueldad del superyó, y no la debilidad o la falta de dicha severidad, como se cree habitualmente.

En una etapa un tanto posterior del desarrollo, el temor al superyó hará que el yo se aparte del objeto provocador de la ansiedad. Este mecanismo de defensa puede crear una defectuosa o menoscabada relación del niño con los objetos.

Como lo sabemos, cuando aparece la etapa genital, los instintos sádicos del niño han sido normalmente superados, y sus relaciones con los objetos han adquirido un carácter positivo. Tal avance en su desarrollo acompaña a alteraciones producidas en la naturaleza de su superyó e interactúa con ellas. Porque cuanto más se aminora el sadismo del niño, tanto más se retira hacia el fondo la influencia de sus irreales y terroríficas imagos, puesto que estas son producto de sus propias tendencias agresivas. Y a medida que sus impulsos genitales crecen en energía, surgen imagos benéficas y útiles, basadas en sus fijaciones —en la etapa oral de succión— en su generosa y bondadosa madre, que se aproximan más estrechamente a los objetos reales; y su superyó, que era una fuerza amenazadora, despótica, que emitía órdenes insensatas y

contradictorias que el yo era totalmente incapaz de cumplir, comienza a ejercer un gobierno más suave y más persuasivo y a presentar exigencias posibles de cumplir. En rigor, se transforma gradualmente en conciencia moral, en el verdadero sentido de la palabra.

Más aún: a medida que varía el carácter del superyó, del mismo modo varía su efecto sobre el yo y sobre el mecanismo defensivo que este pone en movimiento. Sabemos, por Freud, que la piedad es una reacción a la crueldad. Pero las reacciones de esa especie no se establecen hasta que el niño ha adquirido cierto grado de relaciones positivas con los objetos; hasta que, en otras palabras, su organización genital pasa al frente. Si colocamos este hecho junto a los concernientes a la formación del superyó, tales como yo los veo, podremos llegar a las siguientes conclusiones: mientras la función del superyó sea principalmente la de provocar ansiedad, estimulará los violentos mecanismos defensivos que hemos descrito antes y cuya naturaleza es aética y asocial. Pero en cuanto disminuye el sadismo del niño, y cambian las funciones y el carácter del superyó, provocando menos ansiedad y más sentimiento de culpabilidad, son activados los mecanismos defensivos que forman la base de una actitud moral y ética y el niño comienza a sentir consideración hacia sus objetos y a responder a los sentimientos sociales[191]. Numerosos análisis de niños de todas las edades han confirmado esta opinión. En el análisis de los juegos podemos seguir el curso de las fantasías de nuestros pacientes, tales como están representadas por sus juegos y pasatiempos, y establecer una conexión entre dichas fantasías y su ansiedad. Cuando analizamos el contenido de la ansiedad, vemos que las tendencias agresivas y las fantasías que dan nacimiento a aquella surgen a la superficie cada vez más y crecen hasta alcanzar enormes proporciones, tanto en cantidad como en intensidad. El yo del niño corre peligro de ser aplastado por la fuerza elemental de esas tendencias y fantasías, y por la gigantesca extensión de las mismas, y sostiene una perpetua lucha para mantenerse contra ellas, con la ayuda de sus impulsos libidinales, ya sea conteniéndolas o tornándolas inocuas.

Este cuadro ejemplifica la tesis de Freud sobre los instintos de vida (Eros) en combate contra los instintos de muerte, o instintos de agresión. Pero también reconocemos que existe la más íntima unión e interacción entre las dos fuerzas, en todo momento, de modo que el análisis podrá descubrir en todos sus detalles las fantasías agresivas del niño —para así disminuir el efecto de las mismas—, solo en la medida en que pueda seguir también el curso de las fantasías libidinales y descubrir sus primeras fuentes, y viceversa.

En relación con el contenido y los objetivos reales de esas fantasías, sabemos, por Freud y Abraham, que en etapas primeras, pregenitales, de la organización libidinal, en las que tiene lugar esa fusión de libido e instintos destructivos, los impulsos sádicos del niño tienen primerísima importancia. Como lo demuestra el análisis de toda persona mayor, en la etapa oral-sádica que sigue a la oral de succión, el niño pasa por una fase canibalística a la que está asociada una plétora de fantasías canibalistas. Estas fantasías, aunque todavía se concentran en torno al hecho de devorar el pecho de la madre, o la madre entera, no están interesadas solamente en la satisfacción de un deseo primitivo de alimentación. Sirven también para satisfacer los impulsos destructores del niño. La fase sádica que sigue a esta —la fase anal-sádica— se caracteriza por un interés dominante en los procesos excretores, en las heces y el ano; y también este interés está estrechamente aliado a tendencias destructivas extraordinariamente fuertes[192]. Sabemos que la eyección de las heces simboliza una enérgica expulsión del objeto incorporado, y que es acompañada de sentimientos de hostilidad y crueldad y de deseos destructivos de distintas clases, en los que se asigna importancia a las asentaderas como objeto de esas actividades. Sin embargo, en mi opinión, las tendencias anal-sádicas tienen fines y objetos aún más profundos y hondamente reprimidos. Los datos que me ha sido posible reunir en primeros análisis demuestran que entre las tendencias oral-sádicas se inserta una etapa en que se hacen sentir tendencias uretral-sádicas, y que las tendencias anal y uretral son una continuación directa de las oral-sádicas, en cuanto a fin específico y objeto de ataque. En sus fantasías oral-sádicas, el niño ataca el pecho de su madre, y los medios que emplea son los dientes y las mandíbulas. En sus fantasías uretral y anal trata de destruir el interior del cuerpo de su madre, y para este propósito emplea la orina y las heces. En este segundo grupo de fantasías, los excrementos son considerados como sustancias ardientes y corrosivas, como animales salvajes, armas de toda clase, etc.; y el niño entra en una fase en que dirige todos los instrumentos de su sadismo hacia el único fin de destruir el cuerpo de su madre y lo que ese cuerpo contiene.

En lo que atañe a su elección objetal, los impulsos oral-sádicos del niño son aún el factor subyacente, de tal manera que piensa en succionar y devorar el interior del cuerpo de su madre como si se tratase de un pecho. Pero esos impulsos son ampliados por las primeras teorías sexuales del niño, que se desarrollan durante esa fase. Ya sabemos que cuando despertaron sus instintos genitales comenzó a tener teorías inconscientes sobre la copulación entre sus padres, el nacimiento de los niños, etc. Pero el análisis temprano ha

demostrado que desarrolla tales teorías mucho antes, en momentos en que sus impulsos genitales, aún ocultos, tienen mucho que decir en la cuestión. Esas teorías dicen que, en la copulación, la madre se incorpora continuamente el pene del padre por vía bucal, de manera que su cuerpo está colmado de muchísimos penes y niños. Y el niño desea comer y destruir todo eso.

En consecuencia, al atacar el interior del cuerpo de su madre, el niño ataca una gran cantidad de objetos y se embarca en una conducta preñada de sucesos. Primeramente, la matriz representa al mundo; y al comienzo el niño se aproxima a ese mundo con deseos de atacarlo y destruirlo; por lo tanto, está preparado desde un principio para ver el mundo real, externo, como más o menos hostil hacia él y poblado de objetos listos para atacarlo[193]. Su convicción de que al atacar de tal modo el cuerpo de su madre ha atacado también el cuerpo de su padre y el de sus hermanos y hermanas, y, en un sentido más amplio, a todo el mundo, constituye, en mi experiencia, una de las causas subyacentes de su sentimiento de culpa y del desarrollo de sus sentimientos sociales y morales en general[194]. Porque cuando la excesiva severidad del superyó ha aminorado un tanto, sus apariciones en el yo, debido a aquellos ataques imaginarios, producen sentimientos de culpa que provocan fuertes tendencias, en el niño, a poner en práctica el daño imaginario que ha inferido a sus objetos. Y entonces el contenido individual y los detalles de sus fantasías destructoras ayudan a determinar el desarrollo de sus sublimaciones, que, indirectamente, sirven a sus tendencias sustitutivas[195], o para producir deseos aún más directos de ayudar a otras personas. El análisis de los juegos demuestra que cuando los instintos agresivos del niño se encuentran en su apogeo, este jamás se cansa de rasgar o cortar, de romper, mojar y quemar toda clase de cosas, como papel, fósforos, cajas, juguetes, todo lo cual representa a sus padres, hermanos y hermanas y el cuerpo y los pechos de su madre, y que esta furia de destrucción alterna con accesos de ansiedad y un sentimiento de culpabilidad. Pero cuando, en el curso del análisis, la ansiedad va disminuyendo lentamente, sus tendencias constructivas comienzan a adquirir predominio[196]. Por ejemplo, un niño que antes no hacía otra cosa que romper en pedazos trozos de madera, comienza a intentar convertir esos pedazos en un lápiz. Toma porciones de mina sacadas de lápices que ha cortado, las inserta en una hendidura de la madera y luego cose un trozo de tela en torno de la tosca madera para darle un aspecto más bonito. Que este lápiz de fabricación casera representa al pene de su padre, que él ha destruido en su fantasía, y el suyo propio, cuya destrucción teme como medida

retaliatoria, se torna más evidente por el contexto general del material que el chiquillo presenta y por las asociaciones que le asigna.

Cuando en el curso del análisis, el niño empieza a mostrar tendencias constructivas más enérgicas, en todas las formas posibles, en sus juegos y sublimaciones —cuando pinta o escribe o dibuja cosas, en lugar de mancharlo todo con cenizas; cuando cose o diseña, en tanto que antes cortaba o desgarraba—, exhibe también cambios en sus relaciones con su padre o su madre, o con sus hermanos y hermanas; y estos cambios marcan el comienzo de una relación mejorada con los objetos en general y un crecimiento del sentimiento social. Qué vías de sublimación se abrirán para el niño, cuán potentes serán sus impulsos a ofrecer compensaciones y qué formas asumirán estas, todo esto queda determinado, no solo por el grado de tendencias agresivas primarias, sino por la interacción de una cantidad de otros factores que no tenemos espacio para analizar en estas páginas. Pero nuestro conocimiento del análisis infantil nos permite decir lo siguiente: que el análisis de las capas más profundas del superyó conduce invariablemente a un considerable mejoramiento de las relaciones del niño con los objetos, de su capacidad para la sublimación y de sus poderes de adaptación social. Mejoramiento que hace que el niño no solo sea mucho más feliz y más sano en sí, sino también más capaz de sentimientos sociales y éticos.

Esto nos lleva a considerar una objeción sumamente notoria que puede ser presentada contra el análisis infantil. Podría preguntarse: ¿una reducción demasiado grande de la severidad del superyó —una reducción por debajo de cierto nivel favorable—, no daría un resultado opuesto, conduciendo a la abolición, en el niño, de los sentimientos éticos y sociales? La respuesta a esto es, en primer lugar, que, hasta donde yo sé, jamás se ha dado en los hechos una disminución tan grande; y un segundo lugar, que existen razones teóricas para creer que jamás podrá ocurrir. Por lo que hace a la experiencia real, sabemos que, al analizar las fijaciones libidinales pregenitales, solo podemos convertir en libido genital cierta proporción de las cantidades libidinales involucradas, aún en circunstancias favorables, y que el resto —un resto no poco importante— continúa funcionando como libido pregenital y como sadismo; aunque, ya que el plano genital ha establecido más firmemente su supremacía, puede ser manejado por el yo, ora recibiendo satisfacción, ora siendo contenido, ora sufriendo modificaciones o siendo sublimado. Del mismo modo, el análisis no puede nunca eliminar el núcleo de sadismo que se ha formado bajo la primacía de los planos genitales; pero puede mitigarlos aumentando la fuerza del plano genital, de modo que el yo, entonces más

potente, puede enfrentar al superyó, como lo hace con sus impulsos instintivos, en una forma más satisfactoria para el individuo mismo y para el mundo que lo rodea.

Hasta este momento nos hemos ocupado de establecer el hecho de que los sentimientos sociales y morales de una persona se desarrollan a partir de un superyó de características más suaves, gobernado por el plano genital. Ahora debemos considerar lo que se puede inferir de esto. Cuanto más profundamente penetra el análisis en los planos inferiores de la mente del niño, tanto más éxito tendrá en suavizar la severidad del superyó al disminuir el funcionamiento de sus constituyentes sádicos, que surgen en las primeras etapas del desarrollo. Al hacerlo, el análisis prepara el terreno, no solo para la consecución de la adaptabilidad social del niño, sino también para el desarrollo de normas morales y éticas en el adulto. Porque un desarrollo de esa clase depende de que el superyó y la sexualidad lleguen satisfactoriamente a un plano genital, al comienzo de la expansión de la vida sexual del niño[197], de manera que el superyó haya alcanzado el carácter y función de los que se deriva el sentimiento de culpabilidad de la persona —es decir, su conciencia —, en la medida en que la persona sea socialmente valiosa. La experiencia ha dejado demostrado ya, desde hace algún tiempo, que el psicoanálisis, aunque originariamente proyectado por Freud como un método para curar enfermedades mentales, cumple asimismo con un segundo propósito. Elimina las perturbaciones de la formación del carácter, especialmente en los niños y adolescentes, en los que logra efectuar considerables alteraciones. En rigor, podemos decir que, después de que han sido analizados, todos los niños muestran radicales cambios de carácter; tampoco podemos evitar la convicción, basada en la observación de hechos, de que el análisis del carácter no es menos importante como medida terapéutica que el análisis de la neurosis.

En vista de estos hechos, no puede uno dejar de preguntarse si el psicoanálisis no estará destinado a ir más allá del individuo en su esfera de operaciones, para influir sobre la vida de la humanidad en su conjunto. Los repetidos intentos que se han hecho para mejorar a la humanidad —en especial para hacerla más pacífica— fracasaron porque nadie entendió toda la profundidad y el vigor de los instintos de agresión innatos en cada individuo. Tales esfuerzos no buscan otra cosa que estimular los impulsos positivos, los deseos bondadosos de cada persona, negando o suprimiendo los impulsos agresivos. Y, de tal modo, estuvieron condenados al fracaso desde el comienzo. Pero el psicoanálisis tiene a su disposición distintos medios para

encarar una tarea de esa clase. No puede, es verdad, borrar por completo el instinto agresivo del hombre, en cuanto tal instinto; pero sí puede, disminuyendo la ansiedad que acentúa a ese instinto, quebrar el refuerzo mutuo que se produce continuamente entre su odio y su temor. Cuando en nuestro trabajo analítico, vemos a cada rato cómo la descomposición de la ansiedad infantil prematura no solo aminora los impulsos agresivos del niño, sino que conduce a un empleo y satisfacción más valiosos de ellos, desde el punto de vista social; cómo el niño muestra un deseo continuamente creciente, profundamente arraigado, de ser amado y de amar, y de estar en paz con el mundo que lo rodea; y cuánto más placer y beneficios, y qué disminución de la ansiedad, extrae de la satisfacción de ese deseo, cuando vemos todo esto, estarnos dispuestos a creer que lo que ahora podría parecer un estado de cosas utópico, llegará a darse en la realidad, en los días todavía lejanos en que —así lo espero— el análisis infantil llegue a constituir una parte de la educación de cada persona, como lo es ahora la educación escolar. Y quizás entonces la actitud hostil que surge del temor y la suspicacia, que se encuentra en estado latente, con mayor o menor fuerza, en todos los seres humanos, y que intensifica en ellos, multiplicándolos por cien, todos los impulsos de destrucción, cederá su lugar a sentimientos más bondadosos y confiados, y los hombres podrán habitar el mundo, todos juntos, más pacíficamente, y con mejor buena voluntad recíproca de lo que pueden hacerlo ahora.

16. Sobre la criminalidad[198] (1934)

Señor Presidente, señoras y señores: cuando vuestro secretario me pidió hace uno o dos días que hablara esta noche en esta reunión, contesté que lo haría con placer, pero que no podía con tan poca anticipación elaborar nada semejante a un artículo o contribución para este tema. Señalo esto porque solo voy a reunir libremente algunas conclusiones que he formulado en otros contextos[199]. En un artículo[200] que leí a esta sección en 1927 traté de mostrar que las tendencias criminales funcionan también en los niños normales, y expresé algunas sugerencias sobre los factores que subyacen al desarrollo asocial o criminal. Había encontrado que los niños que muestran tendencias asociales y criminales, y que las actúan (por supuesto que en forma infantil) una y otra vez, eran quienes más temían una cruel represalia de sus padres como castigo de sus fantasías agresivas dirigidas contra esos mismos padres. Niños que inconscientemente estaban esperando ser cortados en pedazos, decapitados, devorados, etc., se sentían compelidos a portarse mal y hacerse castigar, porque el castigo real, por severo que fuera, era reasegurador en comparación con los ataques asesinos que esperaban continuamente de sus padres fantásticamente crueles. Llegué a la conclusión, en el artículo al que acabo de referirme, de que no es (como se supone generalmente) la debilidad o falta de superyó, o en otras palabras, no es la falta de conciencia, sino la abrumadora severidad del superyó, la responsable del comportamiento característico de personas asociales y criminales.

La labor consiguiente en el campo del análisis infantil ha confirmado estas sugerencias y ha dado un insight más profundo en los mecanismos que actúan en estos casos. El niño pequeño alberga primero impulsos y fantasías agresivos contra sus padres, después los proyecta en ellos, y así desarrolla una imagen fantástica y distorsionada de la gente que lo rodea. Pero al mismo tiempo actúa el mecanismo de introyección, de modo que se internalizan estas imágenes irreales, con el resultado de que el niño se siente así mismo gobernado por padres fantásticamente peligrosos y crueles: el superyó dentro de sí.

En la temprana fase sádica, que normalmente todo individuo supera, el niño se protege contra este temor a sus violentos objetos, tanto introyectados como externos, redoblando en su imaginación sus ataques contra ellos; su propósito para deshacerse así de sus objetos es en parte silenciar las intolerables amenazas del superyó. Se establece un círculo vicioso, la angustia del niño lo impulsa a destruir sus objetos, esto lleva a un incremento de la propia angustia, y esto lo presiona una vez más contra sus objetos; este círculo vicioso constituye el mecanismo psicológico que parece estar en el fondo de las tendencias asociales y criminales en el individuo.

Cuando en el curso normal del desarrollo disminuyen tanto el sadismo como la angustia, el niño encuentra recursos y modos mejores y más socializados de dominar su angustia. La mejor adaptación a la realidad permite al niño conseguir más apoyo contra las imagos fantásticas a través de su relación con los padres verdaderos. En tanto que en los estadios más tempranos del desarrollo sus fantasías agresivas contra sus padres, hermanos y hermanas despertaban principalmente la angustia porque estos objetos podrían volverse contra él, esas tendencias se convierten ahora en la base de los sentimientos de culpa y deseo de reparar lo que en su imaginación ha hecho. Cambios del mismo tipo surgen como resultado del análisis.

Los análisis del juego muestran que cuando los instintos agresivos y la angustia del niño son muy intensos, este sigue una y otra vez rompiendo y cortando, desgarrando, mojando y quemando toda clase de cosas como papel, fósforos, cajas y juguetes, que representan a sus padres, hermanos y hermanas, y el cuerpo y pecho de la madre, y encontramos también que estas actitudes agresivas alternan con grave angustia. Pero cuando durante el análisis se resuelve gradualmente la angustia y disminuye así el sadismo, aparecen en primer plano sentimientos de culpa y tendencias constructivas, por ejemplo, cuando antes un niño no hacía más que romper en pedacitos trozos de madera, empieza ahora a tratar de convertir esos trocitos de madera en un lápiz. Toma pedacitos de grafito, de lápices que ha cortado y los pone en una hendidura de la madera, y luego cose un trozo de tela alrededor de la madera para que parezca más bonito. Es evidente, del contexto general del material que representa y de las asociaciones que proporciona, que este lápiz hecho por él, representa el pene de su padre, que en la fantasía ha destruido, y el suyo propio, cuya destrucción teme como medida retaliatoria.

Cuanto más aumenta la tendencia y capacidad de reparar y más crece la creencia y confianza en los que lo rodean, más se apacigua el superyó, y viceversa. Pero en los casos en que, como resultado de un fuerte sadismo y

una angustia abrumadora (solo puedo mencionar aquí algunos de los factores más importantes) el círculo vicioso entre el odio, la angustia y las tendencias destructivas no puede romperse, el individuo sigue estando bajo la tensión de las primeras situaciones de angustia y retiene los mecanismos de defensa pertenecientes a este estadío temprano. Si entonces el miedo al superyó, sea por razones externas o intrapsíquicas, pasa de ciertos límites, el individuo puede sentirse compelido a destruir a la gente, y esta compulsión puede formar la base del desarrollo de un tipo de conducta criminal o de una psicosis.

Vemos así que las mismas raíces psicológicas pueden desarrollarse hasta constituir paranoia o criminalidad. Ciertos factores llevarán en este último caso a una mayor tendencia en el criminal a suprimir las fantasías inconscientes y hacer acting out en la realidad. Las fantasías de persecución son comunes a ambos estados; es porque el criminal se siente perseguido que va destruyendo a otros. Naturalmente en casos en que los niños, no solo en la fantasía, sino también en la realidad, experimentan cierto grado de persecución por padres malos o un ambiente miserable, se reforzarán fuertemente las fantasías. Hay una tendencia común a sobrestimar la importancia del ambiente insatisfactorio, en el sentido en que las dificultades psicológicas internas, que en parte resultan del ambiente, no se aprecian suficientemente. Por consiguiente, depende del grado de angustia intrapsíquica, el que esta conduzca o no a mejorar el ambiente del niño.

Uno de los grandes problemas sobre los criminales, que siempre los ha hecho incomprensibles al resto del mundo, es su falta de los naturales sentimientos humanos buenos; pero esta falta es solo aparente. Cuando en el análisis se llega a los más profundos conflictos de los que brotan la angustia y el odio, también se encuentra el amor. El amor no está ausente en el criminal, sino que está escondido y enterrado en forma tal que solo el análisis puede traerlo a la luz. Como el objeto persecutorio odiado era originalmente para el bebé el objeto de su amor y libido, el criminal está ahora en situación de odiar y perseguir su propio objeto amado; como esta es una situación intolerable es preciso suprimir todo recuerdo y conciencia de cualquier sentimiento de amor por cualquier objeto. Si no hay en el mundo más que enemigos, y esto es lo que siente el criminal, a su modo de ver su odio y destructividad se justifican ampliamente, actitud que alivia algunos de sus sentimientos inconscientes de culpa. El odio se usa a menudo como el encubridor más efectivo del amor, pero no debe olvidarse que para la persona que está bajo la continua tensión

de la persecución, la seguridad de su propio yo es la primera y única consideración.

Entonces, para resumir: en los casos en que la función del superyó es principalmente provocar angustia, evocará violentos mecanismos de defensa en el yo, de carácter no ético y asocial; pero en cuanto disminuye el sadismo del niño y cambia el carácter y funcionamiento de su superyó de modo tal que provoca menos angustia y más sentimiento de culpa, se activan esos mecanismos defensivos que forman la base de la actitud moral y ética, y el niño empieza a tener consideración por sus objetos, y a tener sentimientos sociales.

Uno sabe cuán difícil es acercarse al adulto criminal y curarlo, aunque no tenemos razones para ser demasiado pesimistas en este punto, pero la experiencia muestra que uno si puede acercarse y curar tanto niños criminales como psicóticos. Por consiguiente, parece que el mejor remedio contra la delincuencia sería analizar a los niños que muestran signos de anormalidad hacia una u otra dirección.

17. Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos (1935)

En mis primeros trabajos[201] describí una fase del sadismo en su cúspide, por la que pasan los niños durante el primer año de vida. En los primeros meses de la existencia del niño, este tiene impulsos sádicos dirigidos no solo contra el pecho de su madre, sino también contra el interior de su cuerpo; impulsos de vaciar su contenido, de devorarlo y destruirlo por todos los medios que el sadismo pueda sugerir. La evolución del niño pequeño está gobernada por los mecanismos de introyección y proyección. Desde el comienzo el yo introyecta objetos «buenos» y «malos», siendo el pecho de la madre el prototipo de ambos: de los objetos buenos cuando el niño lo consigue, y de los malos cuando le es negado. Esto se debe a que el bebé proyecta su propia agresión sobre estos objetos que siente que son malos, y no solo porque frustran sus deseos: el niño los concibe como realmente peligrosos, como perseguidores que teme lo devoren, vacíen el interior de su cuerpo, lo corten en pedazos, lo envenenen, que, en resumen, maquinen su destrucción por todos los medios que el sadismo pueda imaginar. Estas imagos, que son un cuadro fantásticamente distorsionado de los objetos reales sobre los cuales se basan, las instala el bebé no solo en el mundo exterior, sino, por el proceso de incorporación, también dentro del yo. De ahí que niños muy pequeños pasen por situaciones de ansiedad (y reaccionen con mecanismos de defensa) cuyo contenido es comparable al de la psicosis de los adultos.

Uno de los primeros métodos de defensa contra el miedo a los perseguidores, ya sentidos en el mundo externo o ya internalizados (eventualmente después de la proyección sobre un objeto real), es el de la escotomización, la negación de la realidad psíquica; esto puede llevar a una restricción considerable de los mecanismos de introyección y proyección y a la negación de la realidad externa, formando la base de psicosis más graves. Muy pronto, también, el yo trata de defenderse contra los perseguidores internalizados mediante los procesos de expulsión y proyección. Al mismo

tiempo, puesto que el miedo a los objetos internalizados no es de ningún modo extinguido con su proyección, el yo dirige contra los perseguidores dentro de su cuerpo las mismas fuerzas y medios que emplea contra los del mundo externo. Estos contenidos de ansiedad y mecanismos de defensa forman la base de la paranoia. En los miedos infantiles a los magos, brujas, bestias salvajes, etc., descubrimos algo de esta misma ansiedad, pero sufriendo ya el proceso de la proyección y modificación. Una de mis conclusiones fue que la ansiedad psicótica del niño[202] en particular la ansiedad paranoide, se liga y modifica por los mecanismos obsesivos que hacen su aparición muy tempranamente. En el presente trabajo me propongo tratar los estados depresivos en su relación con la paranoia por una parte y con la manía por otra. He obtenido el material sobre el cual se basan mis conclusiones, del análisis de estados depresivos en casos de neurosis graves, de casos marginales y de pacientes, tanto adultos como niños, que evidenciaron tendencias paranoicas y depresivas mezcladas.

He estudiado estados maníacos en diversos grados y formas, incluyendo estados ligeramente hipomaníacos en personas normales.

El análisis de características depresivas y maníacas en niños y adultos normales también resultó muy instructivo[203]. De acuerdo con Freud y Abraham, el proceso fundamental de la melancolía es la pérdida del objeto amado. La pérdida verdadera de un objeto real, o alguna situación similar que tenga el mismo significado, da por resultado la instalación del objeto dentro del yo. Debido, sin embargo, a un exceso de impulsos canibalísticos en el sujeto, esta introyección se malogra y la consecuencia es la enfermedad.

Ahora bien, ¿por qué el proceso de introyección es tan específico para la melancolía? Creo que la diferencia principal entre la incorporación en la paranoia y en la melancolía está relacionada con cambios en la relación del sujeto con el objeto, aunque también se trata de un cambio en la constitución del yo introyectante. De acuerdo con Edward Glover, el yo, al principio vagamente organizado, consiste en un número considerable de núcleos del yo. Según esto, en primer lugar un núcleo oral del yo y después un núcleo anal del yo predominan sobre los otros[204]. En esta fase muy temprana, en la que el sadismo oral tiene un papel predominante y según mi criterio constituye la base de la esquizofrenia[205], el poder del yo de identificarse con sus objetos es todavía pequeño, en parte porque todavía no está coordinado y en parte porque los objetos introyectados son todavía principalmente objetos parciales, que el niño equipara con las heces (Abraham).

En la paranoia, las defensas características se dirigen principalmente a la destrucción de los «perseguidores», mientras que la ansiedad del yo ocupa un lugar prominente en el cuadro. A medida que el yo completa su organización, las imagos internalizadas se aproximan más a la realidad y el yo puede identificarse más ampliamente con los objetos «buenos». El miedo a la persecución, dirigido primero solo al yo, se extiende ahora también al objeto bueno, y en adelante la preservación del objeto bueno será considerada como sinónimo de la supervivencia del yo.

Junto con este desarrollo se produce un cambio de mucha importancia, es decir, se pasa de la relación de objeto parcial a la relación de objeto total. Con este paso el yo llega a una nueva posición, que forma los cimientos de la llamada pérdida del objeto amado. Solo después que el objeto haya sido amado como un todo, su pérdida puede ser sentida como total.

Con este cambio en la relación con el objeto, hacen su aparición nuevos contenidos de ansiedad y se produce un cambio en los mecanismos de defensa. El desarrollo de la libido es influido decisivamente por los cambios en la relación del sujeto con su objeto. La angustia paranoide de que los objetos sadísticamente destruidos sean una fuente de veneno dentro del cuerpo del sujeto, hace que este, junto a la vehemencia de los ataques oral-sádicos, muestre una desconfianza profunda hacia ellos mientras los incorpora.

Esta desconfianza conduce a una debilitación de las fijaciones orales. Una manifestación de esto puede observarse en las dificultades que niños muy pequeños presentan con la comida, y que tienen, según mi opinión, una raíz paranoide. Si el niño (o el adulto) se identifica más ampliamente con el objeto bueno, los impulsos libidinales aumentan; desarrolla un deseo y un amor «codicioso» de devorar este objeto, y el mecanismo de introyección se refuerza. Además, se siente impelido constantemente a repetir la incorporación de un objeto bueno, en parte porque teme haberlo perdido con su canibalismo —es decir, la repetición del acto es para probar la realidad de sus temores y negarlos— y en parte porque teme a sus perseguidores internalizados y necesita un objeto bueno que lo ayude a vencerlos. En este estadío el yo es impulsado más que nunca, por amor y por necesidad, a introyectar el objeto.

Otro estímulo para el aumento de la introyección es la fantasía de que el objeto amado puede ser conservado a salvo dentro del sujeto. En este caso los peligros internos son proyectados sobre el mundo exterior.

Sin embargo, si la importancia del objeto aumenta, y se establece un mejor reconocimiento de la realidad psíquica, la ansiedad por miedo a que el objeto sea destruido en el proceso de introyección conduce —según lo ha descrito Abraham— a perturbaciones de la función de introyección.

En mi experiencia he visto que hay además una profunda ansiedad por los peligros que esperan al objeto una vez introyectado. No puede ser mantenido a salvo en el interior puesto que este es considerado como un lugar peligroso y venenoso donde el objeto amado moriría. Aquí vemos una de las situaciones que he descrito como fundamental para la angustia ante «la pérdida del objeto amado», es decir, la situación de angustia en la que el yo se identifica ampliamente con sus objetos buenos internalizados y al mismo tiempo —por el aumento de la percepción de la realidad psíquica— se da cuenta de su propia incapacidad para protegerlo y preservarlo contra los objetos internalizados perseguidores y contra el ello. Esta ansiedad está justificada psicológicamente, porque el yo, aun cuando se identifica más ampliamente con el objeto, no abandona sus primeros mecanismos de defensa. De acuerdo con la hipótesis de Abraham, la destrucción y expulsión del objeto —procesos característicos del primer nivel anal— inician el mecanismo depresivo. De ser exacto, confirmaría mi opinión de la conexión genética entre paranoia y melancolía.

En mi opinión, el mecanismo paranoico de la destrucción de objetos (ya sea dentro del cuerpo o en el mundo exterior) por todos los medios que el sadismo oral, uretral y anal tiene a su disposición persiste, pero en menor grado y con ciertas modificaciones debido al cambio en la relación del sujeto con sus objetos. Como he dicho, el temor de que el objeto «bueno» sea expulsado junto con el «malo» hace que los mecanismos de expulsión y proyección pierdan parcialmente su valor. Sabemos que, en este estadío, el yo hace un mayor uso de la introyección del objeto bueno como un mecanismo de defensa. Esto se halla asociado con el surgimiento de tendencias y fantasías muy importantes: realizar la reparación del objeto. En trabajos anteriores[206] estudié en detalle el concepto de reparación y demostré que era algo más que una simple formación reactiva. El yo se siente impelido (y ahora puedo agregar: impelido por su identificación con el objeto bueno internalizado) a llevar a cabo una reparación por todos los ataques sádicos que en fantasías regresivas anteriores ha dirigido contra ese objeto. Cuando se ha logrado una división bien marcada entre los objetos buenos y malos, el sujeto trata de reparar a los primeros, compensando en la reparación todos sus ataques sádicos en cada detalle[207]. Pero todavía el yo del niño pequeño no

puede creer mucho en la bondad del objeto y en su propia capacidad para realizar una restitución. Por otra parte, por medio de su identificación con el objeto bueno y por medio de otros progresos mentales, el yo se ve forzado a un mayor reconocimiento de la realidad psíquica, y esto lo expone a conflictos terribles. Algunos de sus objetos —un número indefinido— son sus perseguidores, listos para devorarlo y aniquilarlo. De todos modos, ellos ponen en peligro al yo y a los objetos buenos. Todo daño que el niño hace en la fantasía a sus padres (primero por odio y después como autodefensa), todo acto de violencia cometido por un objeto contra otro (en particular el coito destructivo y sádico de los padres, que él considera como otra consecuencia de sus deseos sádicos), todo esto acontece para él tanto en el mundo exterior como dentro del yo (desde que el yo está absorbiendo constantemente todo el mundo exterior). Pero estos procesos son considerados como una fuente perpetua de peligro tanto para el objeto bueno como para el yo.

Es verdad que, ahora que los objetos buenos y malos están más claramente diferenciados, el odio del niño se dirige más bien contra los últimos, mientras que su amor y sus intentos de reparación se hallan más enfocados hacia los primeros; pero el exceso de sadismo temprano y ansiedad frena el avance de su desarrollo mental. Todo estímulo externo o interno (toda frustración real, por ejemplo) está lleno de los mayores peligros: no solo los objetos malos, sino también los buenos están así amenazados por el ello, porque todo acceso de odio y de ansiedad puede temporariamente abolir la diferenciación y dar así por resultado una «pérdida del objeto bueno amado». Y no es solamente la vehemencia del odio incontrolable del sujeto, sino también la de su amor la que pone en peligro al objeto. Porque en este estadío de su desarrollo, amar un objeto y devorarlo están íntimamente relacionados. Un niño que cree, cuando su madre desaparece, que él la ha comido y destruido (ya sea por amor o por odio) se halla atormentado por la ansiedad tanto por sí mismo como por la madre.

Ahora se aclara por qué en esta fase del desarrollo el yo se siente constantemente amenazado en su posesión de los objetos buenos internalizados. Está lleno de ansiedad por miedo de que tales objetos perezcan. Tanto en niños como en adultos que sufren de depresiones, he descubierto el miedo de albergar objetos moribundos o muertos (especialmente los padres) dentro de ellos y una identificación del yo con objetos en esta situación.

Desde el comienzo mismo del desarrollo psíquico hay una constante correlación entre los objetos reales y aquellos instalados dentro del yo. Es por

esta razón que la ansiedad que acabo de describir se manifiesta en una exagerada fijación del niño hacia su madre o sustituta[208]. La ausencia de la madre hace surgir ansiedad en el niño por miedo de que sea entregado a objetos malos, externos o internos, sea porque esta muera o porque pueda transformarse en una madre «mala». Ambos casos significan para él que ha perdido a su madre querida, y llamará particularmente la atención sobre el hecho de que el temor a la pérdida del objeto «bueno» internalizado se transforma en una fuente perpetua de ansiedad por miedo de que su madre real muera. Por otra parte, cualquier experiencia que sugiera la pérdida del objeto amado real estimula también el temor de perder al internalizado.

Ya he dicho que mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que la pérdida del objeto amado tiene lugar durante la fase del desarrollo en la cual el yo realiza la transición de la incorporación parcial del objeto a la total. Habiendo descrito ya la situación del yo en esa fase, me puedo expresar con mayor precisión sobre este punto. Los procesos internos que posteriormente se definen como «pérdida de amor» y llevan a la depresión, están determinados por la sensación del sujeto de haber fracasado (durante el destete y en los períodos que lo preceden o lo siguen), en poner a salvo su buen objeto internalizado, etc., y no haberlo poseído. Una razón de su fracaso es que el yo ha sido incapaz de vencer su miedo paranoide de perseguidores internalizados.

En este punto nos enfrentamos con una cuestión importante para toda nuestra teoría. Mis propias observaciones y las de muchos colegas ingleses me han llevado a la conclusión de que la influencia directa de los primeros procesos de introyección sobre el desarrollo tanto normal como patológico es importantísima y, en ciertos aspectos, distinta de cómo ha sido aceptada hasta ahora en los círculos psicoanalíticos.

De acuerdo con nuestros puntos de vista, aun los primeros objetos incorporados forman la base del superyó e influyen en su estructura. La cuestión no es, sin duda alguna, simplemente teórica. Cuando estudiamos las relaciones del temprano yo infantil con sus objetos internalizados y con el ello y llegamos a comprender los cambios graduales que sufren estas relaciones, logramos una visión más profunda de las situaciones específicas de ansiedad por las que pasa el yo y los mecanismos específicos de defensa que desarrolla a medida que se va organizando más y mejor. Enfocado desde este punto de vista llegamos, en nuestra experiencia, a una comprensión más completa de las primeras fases del desarrollo psíquico, de la estructura del superyó y de la génesis de las enfermedades psicóticas.

Cuando nos ocupamos de la etiología, es esencial considerar la disposición libidinal no simplemente como tal, sino también considerarla en conexión con las primeras relaciones del sujeto con sus objetos internalizados y externos, consideración que implica una comprensión de los mecanismos de defensa desarrollados por el yo al enfrentarse con sus diversas situaciones de ansiedad.

Si aceptamos este criterio de la formación del superyó, su inflexible severidad en el caso del melancólico se hace más inteligible. Las persecuciones y exigencias de los malos objetos internalizados; los ataques de esos objetos uno contra otro (especialmente aquellos objetos representados por el coito sádico de los padres); la apremiante necesidad de cumplir con las estrictas exigencias de los objetos «buenos» y protegerlos y aplacarlos dentro del yo, con el resultante odio del ello; la constante incertidumbre sobre la «bondad» de un «objeto bueno», lo que hace que este se transforme tan prontamente en uno malo; todos estos factores se combinan para producir en el yo la sensación de ser presa de exigencias imposibles y contradictorias que surgen del interior, condición que se siente como mala conciencia. Es decir, los primeros balbuceos de la conciencia están asociados con la persecución por objetos malos. La misma expresión «el roer de la conciencia» (Gewissensbisse) es testimonio de la implacable «persecución» de la conciencia y del hecho de que es originalmente concebida como devorando a su víctima.

Entre las diversas exigencias internas que contribuyen a la severidad del superyó en el melancólico, he mencionado la necesidad apremiante que existe para el yo de obedecer a las exigencias muy estrictas de los objetos «buenos». Es solamente esta parte del cuadro —la crueldad de los objetos «buenos», es decir, la del objeto como erigido en el yo— la que ha sido reconocida hasta ahora por la opinión analítica general como causa de la inflexible severidad del superyó en el melancólico. Pero, en mi opinión, únicamente observando la relación compleja del yo con sus objetos malos fantaseados, así como con sus objetos buenos, y observando el cuadro completo de la situación interna que he tratado de reseñar en este trabajo, podremos comprender la esclavitud a que se somete el yo cuando obedece a las exhortaciones y exigencias extremadamente crueles de su objeto amado erigido dentro de él. Según he mencionado anteriormente, el yo trata de mantener separados los objetos «buenos» de los «malos», los reales de los fantaseados. El resultado es un concepto de objetos extremadamente malos y extremadamente perfectos, es decir, sus objetos amados son, en muchos aspectos, intensamente morales y

exigentes. Al mismo tiempo, desde que el yo no puede mantener separados los objetos malos y buenos en su mente[209], una parte de la crueldad de los objetos malos y del ello la adjudica a los objetos buenos, y esto aumenta aún más la severidad de sus exigencias[210]. Estas estrictas exigencias tienen el propósito de amparar al yo en su lucha contra sus odios incontrolables y sus malos objetos perseguidores, con los cuales el yo está parcialmente identificado[211]. Cuanto mayor es la ansiedad por perder los objetos amados, mayor es la lucha del yo por salvarlos, y cuanto más difícil se hace la tarea de reparación, más estrictas se vuelven las exigencias asociadas con el superyó.

He tratado de demostrar que las dificultades que experimenta el yo cuando realiza la incorporación de objetos totales, proceden de su aún imperfecta capacidad para dominar, por medio de sus mecanismos de defensa, los nuevos contenidos de ansiedad que surgen de este adelanto de su desarrollo.

Comprendo la dificultad que hay para trazar una línea definida entre los sentimientos y contenidos de ansiedad del paranoico y del depresivo, desde que ambos están íntimamente ligados. Pero pueden distinguirse unos de otros, con un criterio de diferenciación, si se considera que la ansiedad de persecución está principalmente relacionada con la preservación de los buenos objetos internalizados (totales) con los cuales el yo se identifica. En este caso —que es el del depresivo— la ansiedad y los sufrimientos son de naturaleza mucho más compleja. La ansiedad, por miedo de que los objetos buenos, y con ellos el yo, sean destruidos, o que se encuentren en estado de desintegración, se halla entretejida con esfuerzos continuos y desesperados para salvar los objetos buenos internalizados y externos.

Me parece que solo cuando el yo ha introyectado el objeto como un todo y ha logrado mejores relaciones con el mundo externo y con personas reales, es capaz de comprender ampliamente el desastre creado por su sadismo y especialmente por su canibalismo, y sentirse apenado por ello. Este dolor se relaciona no solo con el pasado sino también con el presente, puesto que en este temprano estadío del desarrollo el sadismo está en su apogeo. Se necesita una mayor identificación con el objeto amado. El yo se encuentra entonces enfrentado con el hecho psíquico de que sus objetos de amor se encuentran destruidos —en trozos—, y la desesperación, remordimiento y ansiedad que se derivan de este reconocimiento, forman la base de numerosas situaciones de ansiedad, entre las que citaré: cómo juntar los trozos de la manera correcta y a su debido tiempo; cómo recoger los trozos buenos y deshacerse de los malos; cómo hacer revivir el objeto una vez que se han juntado los trozos, y ver esta tarea obstaculizada por los objetos malos y por el propio odio.

Las situaciones de ansiedad de este tipo son las que he encontrado en el fondo no solo de la depresión, sino también de toda inhibición para el trabajo. Las tentativas de salvar el objeto amado, de repararlo y restaurarlo, tentativas que en estado de depresión están unidas con la desesperación, desde que el yo duda de su capacidad para efectuar tal restauración, son los factores determinantes en toda sublimación y en el desarrollo total del yo. En relación con esto, solo mencionaré la importancia específica que tiene para la sublimación la forma en que se haya reducido el objeto amado en trozos y el esfuerzo por juntarlos. Es un objeto «perfecto» que está en pedazos; así, la reparación presupone la necesidad de embellecerlo y «perfeccionarlo». La idea de perfección es, además, tan apremiante, porque refuta la idea de desintegración. En algunos pacientes que se han alejado de su madre por odio o desagrado y que han usado otros mecanismos para separarse de ella, he encontrado, sin embargo, que existía en sus espíritus un hermoso cuadro de la madre, pero sentido solo como el cuadro de ella y no como realidad. El objeto real no era atractivo: en realidad, una persona dañada, incurable y por consiguiente temida. El cuadro hermoso había sido disociado del objeto real, pero no se había renunciado nunca a él, y jugaba un papel importante en los modos específicos de su sublimación.

Parece que el deseo de perfección está arraigado en la ansiedad depresiva de desintegración, que es así de gran importancia en todas las sublimaciones.

Como he señalado anteriormente, el niño llega a la comprensión de su amor por un objeto bueno, total, y además real, junto con un sentimiento de culpa abrumador hacia él. La identificación total con el objeto, basada en la atracción libidinal, primero hacia el pecho, después a toda la persona, va pareja con su ansiedad por él (por su desintegración), con culpabilidad y remordimiento, con un sentido de responsabilidad para conservarlo intacto contra los perseguidores y el ello y con una tristeza relacionada con la idea de una pérdida inevitable del mismo. Estas emociones, conscientes o inconscientes, son, en mi opinión, uno de los elementos fundamentales de los sentimientos llamados amor. Podemos decir que estamos familiarizados con los autorreproches del depresivo, que representan reproches contra el objeto. Pero, según mi criterio, el odio del yo hacia el ello, que es importantísimo en esta fase, explica aún más, sus sentimientos de desvalorización y desesperación que los reproches hacia el objeto. He encontrado a menudo que estos reproches y el odio contra los objetos malos, sufren secundariamente un aumento para enmascarar el odio frente al ello, que es todavía más insoportable. En último análisis, es el conocimiento inconsciente del yo de

que el odio así como el amor, existe también allí, y que en cualquier momento puede llegar a dominar (la ansiedad del yo de ser arrastrado por el ello, destruyendo así el objeto amado) lo que provoca el dolor, los sentimientos de culpa y la desesperación que forman la base de la tristeza. Esta ansiedad es también responsable de la duda acerca de la bondad del objeto amado. Según ha puntualizado Freud, la duda es en realidad, la duda de nuestro propio amor, y «el hombre que duda de su amor, puede o, más bien, tiene que dudar de todas las cosas[212]». Yo diría que el paranoico ha introyectado también un objeto real y total, pero no ha podido llegar a una identificación completa con él, o habiendo llegado a esta, no ha podido mantenerla. Mencionaré unas cuantas razones responsables de este fracaso: la ansiedad de persecución es demasiado grande; hay sospechas y ansiedades de naturaleza fantástica que dificultan una completa y estable introyección de un objeto bueno y real. Habiendo sido introyectado como tal, hay poca capacidad para conservarlo como objeto bueno, puesto que dudas y sospechas de todas clases harán que el objeto amado se torne pronto en un perseguidor. Así, su relación con los objetos totales y con el mundo real está todavía influida por su primera relación con objetos parciales internalizados y con heces respectivamente como perseguidores, y puede ceder otra vez a estos últimos.

Me parece que es característico del paranoico que aunque desarrolle un fuerte y agudo poder de observación del mundo externo y de los objetos reales, a causa de su ansiedad de persecución y sus sospechas, esa observación y su sentido de la realidad están sin embargo falseados, puesto que su ansiedad de persecución hace que mire a la gente principalmente desde el punto de vista de si son perseguidores o no. Donde la ansiedad de persecución por el yo se halla en camino ascendente, no son posibles ni una identificación completa y estable con otro objeto, en el sentido de considerarlo y comprenderlo como realmente es, ni una capacidad plena para el amor.

Otra razón importante por la cual el paranoico no puede mantener su relación de objeto total, es que mientras las ansiedades de persecución y la ansiedad por si misma están todavía operando tan fuertemente, no puede soportar el peso adicional de ansiedades por un objeto amado, por los sentimientos de culpa y remordimiento que acompañan esta posición depresiva. Además, en esta posición puede hacer mucho menos uso de la proyección, por temor de expulsar sus objetos buenos y de este modo perderlos, y, por otra parte, por temor a dañar objetos externos buenos al expulsar de su interior lo que es malo.

Vemos así que los sufrimientos relacionados con la posición depresiva lo arrojan regresivamente al estado paranoico. Sin embargo, aunque se haya alejado, la situación depresiva ha sido alcanzada, y por lo tanto la probabilidad de depresión está siempre presente. Esto explica, en mi opinión, el hecho de que frecuentemente encontremos la depresión junto con una paranoia grave, aun en casos de depresión no tan severa.

Si comparamos los sentimientos del paranoico con los del depresivo en lo que respecta al despedazamiento del objeto, se puede ver que, característicamente, el depresivo está lleno de dolor y ansiedad por el objeto, y luchará por unirlo de nuevo en un todo, mientras que para el paranoico el objeto despedazado es principalmente una multitud de perseguidores, desde que cada trozo crece de nuevo y se vuelve perseguidor[213]. Este concepto de los fragmentos peligrosos a los que se ve reducido el objeto me parece estar en concordancia con la introyección de los objetos —fragmentos (trozos de objetos) que se equiparan a las heces (Abraham)— y con la ansiedad de una multitud de perseguidores internos, los cuales, en mi opinión, dan lugar a la introyección de muchos trozos de objetos y de multitud de heces peligrosas.

He considerado ya las distinciones entre el paranoico y el depresivo desde el punto de vista de sus distintas relaciones con sus objetos amados. Tomemos las inhibiciones y ansiedades relativas a la comida. La ansiedad de absorber sustancias destructivas, peligrosas, dentro de sí, será paranoica, mientras que la ansiedad de destruir los objetos buenos externos mordiéndolos y mascándolos, o la de poner en peligro el buen objeto interno introduciendo sustancias malas del mundo exterior, será depresiva. La ansiedad de poner en peligro a un objeto bueno externo dentro de uno mismo, incorporándolo es depresiva. Por otra parte en casos de fuertes rasgos paranoicos, he encontrado fantasías de atraer astutamente a un objeto externo hacia el interior, que es considerado como una cueva llena de monstruos peligrosos, etc., para destruirlo[214]. Aquí podemos ver las razones paranoicas de una intensificación del mecanismo de introyección, mientras que, como sabemos, el depresivo emplea este mecanismo tan característicamente, con el propósito de incorporar un objeto bueno. Considerando ahora los síntomas hipocondríacos de este modo comparativo, los dolores y otras manifestaciones que en forma de fantasía son el resultado de los ataques contra el yo de objetos malos internos dentro del individuo, son típicamente paranoides[215]. Los síntomas que se derivan, por otra parte, de los ataques de objetos malos internos y del ello contra los buenos —una guerra interna en la que el yo se identifica con los sufrimientos de los objetos buenos— son

típicamente depresivos. Por ejemplo, el paciente X al que siendo niño se le dijo que tenía la lombriz solitaria (que él nunca vio), relacionó las lombrices de su interior, con su voracidad. En su análisis tenía fantasías de que una lombriz se estaba abriendo camino a través de su cuerpo, comiéndolo, lo que provocó una gran ansiedad por la idea de que tenía cáncer. El paciente, que sufría de ansiedades hipocondríacas y paranoides, desconfiaba mucho de mí y entre otras cosas, sospechaba que yo estuviera aliada con otras personas que lo hostilizaban. En esa época soñó que una persona que lo perseguía había sido detenida por un detective y puesta en la cárcel. Pero después el detective resultó no ser de toda confianza y se hizo cómplice del enemigo. El detective era yo, toda la ansiedad fue internalizada y también relacionada con la lombriz de su fantasía. La prisión donde fue encerrado el enemigo era su propio interior; en realidad la parte especial de su interior donde el perseguidor había de ser encerrado. Se hizo claro que la lombriz peligrosa (una de sus asociaciones fue que la lombriz era bisexual) representaba a los dos padres en una hostil alianza contra él (en realidad en relación sexual).

En la época en que fueron analizadas las fantasías de la lombriz, el paciente desarrolló una diarrea que —según X supuso erróneamente— estaba mezclada con sangre. Esto lo asustó mucho; creyó que era una confirmación de los procesos peligrosos que tenían lugar en su interior. Este sentimiento se fundaba en fantasías en las que él atacaba con excreciones venenosas a sus malos padres unidos en su interior. La diarrea significaba para él excreciones venenosas, así como el pene malo de su padre. La sangre peligrosa y mala que él creía que estaba en las heces, me representaba a mí (esto se vio en asociaciones en las que me relacionaba con sangre). Así, la diarrea representaba para él armas peligrosas con las cuales se defendía de sus padres malos internalizados, así como también sus padres mismos envenenados y destruidos —la lombriz—. En su primera infancia había atacado a sus padres reales, en fantasía, con excrementos venenosos y los había molestado en sus relaciones, defecando. La diarrea había sido siempre algo muy terrorífico para él. Junto con estos ataques a sus padres reales, toda esta guerra se hizo internalizada y amenazaba su yo con la destrucción. Puedo mencionar que este paciente recordaba en su análisis que alrededor de los diez años tuvo la sensación definida de que tenía un hombrecito dentro del estómago que lo controlaba y le daba órdenes, las cuales el paciente tenía que ejecutar, aunque siempre eran malas y equivocadas (similares sentimientos tenía respecto a su padre real).

Cuando el análisis progresó y su desconfianza hacia mi disminuyó, el paciente se preocupó mucho por mí. A X siempre le había preocupado la salud de su madre, pero no había podido desarrollar un cariño real hacia ella, aunque hacía lo posible por complacerla. Ahora, con su interés por mí, ocuparon el primer plano sentimientos fuertes de amor y gratitud, junto con sentimientos de desvalorización, dolor y depresión. El paciente nunca se había sentido realmente feliz, su depresión se había extendido, podría decirse, sobre su vida íntegra, pero no había sufrido verdaderos estados depresivos. En su análisis pasó por fases de profunda depresión, con todos los síntomas característicos de este estado mental. Al mismo tiempo, los sentimientos y fantasías relacionados con sus dolores hipocondríacos cambiaron. Por ejemplo, el paciente sintió la ansiedad de que el cáncer le perforara la mucosa de su estómago, realmente quería protegerme a mí dentro de él —en realidad la madre internalizada—, que creía estaba siendo atacada por el pene del padre y por su propia voracidad (el cáncer). Otra vez el paciente tuvo fantasías relacionadas con trastornos físicos producidos por una hemorragia interna de la cual moriría. Se hizo claro que yo estaba identificada con la hemorragia: yo representaba la sangre buena. Debemos recordar que, cuando dominaban las ansiedades paranoides y yo era tomada principalmente como perseguidora, había sido identificada con la sangre mala que estaba mezclada con la diarrea (con el padre malo, los padres malos unidos). Ahora yo representaba la preciosa sangre buena —perderla significaba mi muerte, lo que implicaría su muerte—. Se hizo claro que el cáncer a quien él responsabilizaba por la muerte de su objeto amado, así como por la suya propia, y que representaba al pene malo del padre, ahora más que nunca era identificado con su propio sadismo, especialmente con su voracidad. Es por eso que se sentía tan desvalorizado y tan desesperado.

Mientras predominaron las ansiedades paranoides y prevaleció la ansiedad de sus malos objetos unidos, X solo sentía ansiedades hipocondríacas por su propio cuerpo. Cuando la depresión y el dolor empezaron, el amor y el interés por el objeto bueno se colocaron en primer plano (y del mismo modo, en la situación transferencial, su preocupación por mí y luego por su madre real), y el contenido de ansiedad, así como todos los sentimientos y defensas, se alteraron. En este caso, así como en otros, he encontrado que los temores y sospechas paranoides eran reforzados como defensa contra la posición depresiva encubierta. Citaré ahora el caso de un hombre de cuarenta y cinco años, Y, con fuertes rasgos paranoicos y depresivos (predominantemente paranoicos) y con hipocondría. Las quejas de múltiples trastornos físicos, que

ocupaban gran parte de las horas de análisis, se alternaban con fuertes sentimientos de sospecha de las personas que lo rodeaban y a menudo se relacionaban directamente con ellos, puesto que los hacía responsables de un modo u otro de sus trastornos físicos. Cuando, después de un difícil trabajo analítico, disminuyeron la desconfianza y la sospecha, su relación conmigo mejoro cada vez más. Se hizo claro que sepultado bajo continuas acusaciones paranoides, de quejas y críticas de otros, existía un profundo amor por su madre e interés por sus padres así como por otras personas. Al mismo tiempo una gran tristeza y depresiones profundas tomaron el primer plano. Durante esta fase, las quejas hipocondríacas se alteraron, tanto en el modo como me fueron presentadas como en el contenido subyacente. Por ejemplo, el paciente se quejaba de los diversos trastornos físicos y después enumeraba las medicinas que había tomado para el pecho, garganta, nariz, orejas, intestinos, etc. Parecía como si hubiera estado cuidando estas partes del cuerpo y de sus órganos. Siguió hablando sobre su interés por algunos jóvenes a su cargo (era maestro), y luego sobre la preocupación que sentía por algunos miembros de su familia. Se hizo claro que los diversos órganos que trataba de curar estaban identificados con sus hermanos y hermanas internalizados, por los cuales se sentía culpable y a quienes tenía que estar salvando perpetuamente. La ansiedad exagerada por salvarlos —debido a que los había dañado en su fantasía— y su pena y desesperación excesiva fue lo que lo llevó a ese aumento de sus ansiedades y defensas paranoides, e hizo que el amor y el interés por las personas y su identificación con ellas se vieran sepultados bajo el odio. También, en este caso, cuando la depresión con todas sus fuerzas se instaló en primer plano y las ansiedades paranoides disminuyeron, las ansiedades hipocondríacas se relacionaron con los objetos amados internalizados y (así) con el yo, mientras que antes solo habían sido experimentadas en relación al yo.

Después de haber tratado de establecer las diferencias entre el contenido de ansiedad, los sentimientos y defensas en acción en la paranoia y los que actúan en los estados depresivos, debo aclarar una vez más que, en mi opinión, el estado depresivo se basa en el estado paranoide y genéticamente se deriva de él. Considero al estado depresivo como el resultado de una mezcla de ansiedad, sentimientos y defensas de dolor relacionados con la inminente pérdida de todo objeto amado. Me parece que introducir un término para aquellas ansiedades y defensas específicas podría hacer más factible la comprensión de la estructura y naturaleza de la paranoia así como la de los estados maníaco-depresivos[216]. Según mi opinión, siempre que exista un

estado de depresión, sea este en los casos de sujetos normales, de neuróticos, de maníaco-depresivos o en casos mixtos, existe siempre este agrupamiento específico de ansiedades, de sentimientos de infelicidad, de mecanismos de defensa, que he descrito aquí como posición depresiva.

Si este punto de vista resulta correcto, podremos comprender esos casos tan frecuentes donde se nos presenta un cuadro de una mezcla de tendencias paranoicas y depresivas, puesto que podemos entonces aislar los diversos elementos que lo componen.

Las consideraciones que he presentado en este trabajo sobre los estados depresivos nos pueden conducir, según creo, a la mejor comprensión de la todavía enigmática reacción del suicida. De acuerdo con los hallazgos de Abraham y James Glover, el suicidio se dirige contra el objeto introyectado[217]. Pero mientras que al cometer un suicidio el yo intenta matar sus objetos malos, según mi opinión, al mismo tiempo también se propone siempre salvar sus objetos amados, internos y externos. Para abreviar: en algunos casos las fantasías subyacentes al suicidio se dirigen a salvar los objetos buenos internalizados y esa parte del yo que está identificada con los objetos buenos, y también a destruir la otra parte del yo que está identificada con los objetos malos y con el ello. Al mismo tiempo se satisface el odio contra el objeto por medio del exterminio de los objetos internos. Una satisfacción más, que está en el fondo de la fantasía de suicidio, es la unión pacífica del yo con sus objetos amados.

En otros casos, el suicidio parece estar determinado por el mismo tipo de fantasías, pero aquí ellas se relacionan con el mundo externo y con los objetos reales, en parte como sustitutos de los internalizados. Como se ha dicho, el melancólico odia no solo sus objetos «malos», sino también su ello, y a este último vehementemente. Al cometer un suicidio, su propósito puede ser el de establecer una reparación definida de sus relaciones con el mundo externo, porque él desea librar el objeto real —o el objeto «bueno» que ese mundo entero representa y con el cual el yo está identificado— de sí mismo, de aquella parte de su yo que está identificada con sus objetos malos y con su ello[218]. En el fondo percibimos que tal paso es la reacción contra sus propios ataques sádicos sobre el cuerpo de la madre, que es para el niño la primera representación del mundo exterior. El odio y la venganza contra los objetos reales (buenos) también tienen un papel importante en ese paso, pero es precisamente en él contra el que lucha en parte el melancólico por medio del suicidio, para salvar a sus objetos reales. Freud ha declarado que la manía tiene como base los mismos contenidos que la melancolía y que es, en

realidad, una vía de escape de ese estado. Diría que en la manía el yo busca refugio no solo de la melancolía sino también de una situación paranoica que no puede dominar. La dependencia peligrosa y torturante de sus objetos amados impulsa al yo a librarse de ellos. Pero su identificación con estos objetos es demasiado profunda para poder renunciar a los mismos. Por otra parte, el yo está perseguido por su miedo a los objetos malos y al ello, y, en sus esfuerzos por escapar de todas estas miserias, recurre a muchos mecanismos de defensa distintos, algunos de los cuales, desde que pertenecen a distintas fases del desarrollo, son mutuamente incompatibles.

El sentimiento de omnipotencia es, en mi opinión, lo que primero y principalmente caracteriza a la manía, y después, como lo ha declarado Helene Deutsch[219], la manía está basada en el mecanismo de la negación. Yo difiero, sin embargo, con Helene Deutsch en el punto siguiente: ella sostiene que esta «negación» está conectada con la fase fálica y el complejo de castración (en las niñas es la negación de la falta de pene), mientras que mis observaciones me han llevado a la conclusión de que este mecanismo de negación se origina en aquella fase muy temprana en la que el yo aún no desarrollado se esfuerza por defenderse de la más abrumadora y profunda de las ansiedades, o sea su temor a los perseguidores internalizados y al ello. Es decir, lo que se niega primeramente es realidad psíquica, y el yo puede seguir negando una gran parte de la realidad exterior.

Sabemos que la escotomización puede conducir al sujeto a la completa separación de la realidad y a su completa inactividad. En la manía, sin embargo, la negación está asociada a una sobreactividad, aunque este exceso de actividad, según señala Helene Deutsch, a menudo no tiene relación con los resultados reales. He explicado que en este estado, la fuente del conflicto es la incapacidad y falta de voluntad del yo para renunciar a sus objetos buenos internos, tratando, sin embargo, de escapar a los peligros de subordinación por parte de ellos y de los objetos malos. Su tentativa de alejarse de un objeto sin renunciar al mismo tiempo a él por completo parece que está condicionada a un aumento de la fuerza del yo. Tiene éxito en esta formación de compromiso negando la importancia de sus objetos buenos y también de los peligros que los amenazan por parte de los malos y del ello. Al mismo tiempo, sin embargo, trata incesantemente de dominar y controlar todos sus objetos, y la manifestación de este esfuerzo es su hiperactividad.

Lo que en mi opinión es bien especifico de la manía es la utilización del sentimiento de omnipotencia con el propósito de controlar y dominar los objetos introyectados. Esto es necesario por dos razones: a) con el fin de

negar el miedo que se está sintiendo, y b) para que el mecanismo (adquirido en la posición depresiva anterior) de efectuar la reparación del objeto pueda llevarse a cabo[220]. Al dominar sus objetos, el maníaco imagina que impedirá que lo dañen y que sean un peligro el uno para el otro. Emplea su dominio para impedir el coito peligroso entre los padres internalizados y su muerte[221]. La defensa del maníaco asume tantas formas que no es fácil postular un mecanismo general. Pero yo creo que realmente ese mecanismo consiste (aunque sus variedades son infinitas) en ese dominio de los padres internalizados, mientras que al mismo tiempo la existencia de este mundo interno es disminuida y negada. He encontrado que, tanto en niños como en adultos, donde la neurosis obsesiva era el factor más poderoso en el caso, tal dominio denotaba una enérgica separación de dos (o más) objetos; mientras que donde la manía predominaba, el paciente recurría a métodos más violentos. Es decir, los objetos eran matados, pero, desde que el sujeto era omnipotente, suponía que podía inmediatamente devolverles la vida. Uno de mis pacientes se refirió a este proceso como «manteniéndolos con una vida en suspenso». El matarlos corresponde al mecanismo de defensa (conservado de la primera fase de destrucción del objeto); el resucitarlos está de acuerdo con la reparación hecha al objeto. En esta posición el yo transige de nuevo de manera similar con la relación con los objetos reales. El hambre de objetos, tan característico de la manía, indica que el yo ha retenido un mecanismo de defensa de la posición depresiva: la introyección de los objetos buenos. El sujeto maníaco niega las diferentes formas de ansiedad asociadas con la introyección (ansiedad, ya sea que haya introyectado objetos malos o destruido los buenos por el proceso de introyección); su negación se relaciona no solo con los impulsos del ello sino también con su propio interés por la salvación del objeto. Así podemos suponer que el proceso por el cual el yo y el ideal del yo coinciden (como Freud ha demostrado que se lleva a efecto en la manía) es como sigue. El yo incorpora el objeto de un modo canibalístico (la «fiesta», como Freud la denomina en su explicación de la manía) pero niega sentir algún interés por él. «Seguramente», arguye el yo, «no es asunto de mucha importancia si este objeto particular se destruye… ¡Hay tantos otros para incorporar!» Este menosprecio de la importancia del objeto y su desprecio por él es, creo, una característica peculiar de la manía y permite al yo llevar a cabo una separación parcial que observamos se produce al mismo tiempo que su apetito por los objetos. Tal separación, que el yo no puede lograr en la posición depresiva, representa un adelanto, una fortificación del yo en relación con sus objetos. Pero este adelanto está neutralizado por los

mecanismos regresivos descritos, que el yo emplea al mismo tiempo en la manía.

Antes de seguir dando algunas indicaciones sobre el papel que las posiciones paranoide, depresiva y maníaca juegan en el desarrollo normal, hablaré sobre dos sueños de un paciente que ilustran algunos de los puntos que he presentado en conexión con las posiciones psicóticas. Diferentes síntomas y ansiedades paranoides e hipocondríacas habían inducido al paciente C a ser analizado. En la época en que é1 tuvo estos sueños el análisis estaba bastante adelantado. Soñó que estaba viajando con sus padres en un coche de ferrocarril, probablemente sin techo, puesto que estaban al aire libre. El paciente sintió que él estaba «dirigiendo todo», cuidando a sus padres, que eran más ancianos y estaban más necesitados de sus cuidados que en la realidad. Los padres estaban acostados en la cama, no uno al lado del otro, como acostumbraban, sino con los extremos de las camas unidos. Al paciente le fue difícil mantenerlos calientes. Luego el paciente orinó en una vasija que tenía en el medio un objeto cilíndrico, mientras sus padres lo observaban. Este procedimiento de orinar parecía complicado, puesto que tenía que tener especial cuidado de no hacerlo dentro de la parte cilíndrica. Sintió que esto no hubiera importado si él hubiera podido acertar exactamente dentro del cilindro sin derramar nada alrededor. Cuando hubo terminado de orinar notó que la vasija desbordaba, y esto le produjo una sensación incómoda por esto: como si su padre no debiera verlo, puesto que se sentiría vencido por el hijo, y él no quería humillarlo. Al mismo tiempo sentía que orinando le ahorraba a su padre la molestia de salir de la cama y orinar. Aquí el paciente se detuvo, y luego dijo que realmente sentía como si sus padres formaran parte de él mismo. En el sueño, la vasija con el cilindro se suponía que fuera un vaso chinesco, pero no era así porque el pie no estaba dentro de la vasija, como debiera haberlo estado: estaba «en un lugar equivocado», puesto que se hallaba sobre la vasija —realmente dentro de ella—. El paciente luego asocié la vasija con un bol de vidrio como el que se usaba en la casa de su abuela para dar luz de gas, y la parte cilíndrica le recordaba el tubo por donde pasaba el gas. Luego pensó en un corredor oscuro al final del cual había una luz de gas que ardía débilmente y dijo que el cuadro le evocaba sentimientos tristes. Le hacía pensar en casas pobres y arruinadas, donde todo parecía muerto excepto la débil luz de gas. Es cierto que con solo estirar la cuerda, la luz se enciende plenamente. Esto le recordó que siempre había tenido miedo al gas y que las llamas del gas le hacían sentir como si ellas estuvieran saltando sobre él, mordiéndolo, como si fueran la cabeza de un león. Otra cosa que lo

asustaba referente al gas, era el ruido («pop») que hacía cuando se apagaba. Después de mi interpretación de que la parte cilíndrica de la vasija y el tubo de gas eran la misma cosa y de que él temía orinar dentro porque no quería por alguna razón apagar la llama, contestó que naturalmente uno no puede extinguir la llama del gas de ese modo, puesto que el veneno perdura: no es como una vela, a la que uno puede simplemente apagar de un soplo.

A la noche siguiente el paciente tuvo este sueño: oyó el ruido de algo que se estaba friendo en el horno. No podía ver lo que era, pero pensó en algo castaño, probablemente un riñón que se estaba friendo en la sartén. El ruido que oyó era como el chillido o lloro de una voz débil, y su creencia era que se estaba friendo a una criatura viva. Su madre estaba allí y él trató de llamarle la atención sobre eso, y hacerle comprender que freír algo vivo era lo peor que se podía hacer, peor que hacerlo hervir o cocinarlo. Era más torturante puesto que la grasa caliente impedía que se quemara del todo y lo mantenía vivo mientras se le quemaba la piel. No pudo hacer que su madre comprendiera esto y a ella no pareció importarle. Esto lo preocupaba, pero en cierto sentido lo consoló, porque pensó que después de todo no podía estar tan mal si a ella no le importaba. El horno, que él no abrió durante el sueño —nunca vio el riñón en la sartén—, le recordaba un refrigerador. En el departamento de un amigo había confundido la puerta del refrigerador con la del horno. Se preguntaba si el frío y el calor eran, en cierto modo, la misma cosa para él. La torturante grasa caliente de la sartén le recordó un libro sobre torturas que había leído siendo niño; se había emocionado especialmente con los degollamientos y con las torturas con aceite caliente. El degollamiento le recordaba al King Charles. Se había emocionado mucho con la historia de su ejecución y más tarde había desarrollado una especie de devoción por él. En lo referente a las torturas con aceite caliente, acostumbraba a pensar mucho en ellas, imaginándose en esa situación (especialmente que quemaban sus piernas), y tratando de descubrir cómo podría hacerse en caso de que se llevara a efecto, para que causara el menor dolor posible.

El día en que el paciente me contó su segundo sueño había observado primero la manera en que yo prendía el fósforo para encender el cigarrillo. Dijo que era evidente que yo no lo prendía de la manera correcta porque un trocito de la punta había volado hacia él. Quiso decir que yo no lo había encendido en el ángulo correcto, y siguió diciendo: «como mi padre, que saca (hacer el saque) las pelotas de manera errónea en el tenis». Él se preguntaba con qué frecuencia había sucedido antes en su análisis que la punta del fósforo volara hacia él. (Antes había mencionado una o dos veces que yo

debía tener fósforos malos, pero ahora la crítica se dirigía a mi manera de encenderlos). No se sintió inclinado a hablar, quejándose de que había tenido un fuerte resfrío los dos últimos días; sentía su cabeza muy pesada y sus oídos estaban tapados; el mucus era más espeso que otras veces en que había estado resfriado. Luego me contó el sueño que he relatado, y durante las asociaciones mencioné una vez más el resfrío y que este le desanimaba para todo.

A través del análisis de estos sueños una nueva luz se arrojó sobre algunos puntos fundamentales del desarrollo del paciente. Estos habían aparecido antes en su análisis, pero ahora volvían con nuevas conexiones para él. Solo destacaré los puntos que sostienen las conclusiones a que hemos llegado en este trabajo. Debo decir que no tengo espacio para citar sus asociaciones más importantes.

El orinar en el sueño lo condujo a sus tempranas fantasías agresivas hacia sus padres, especialmente dirigidas contra su relación sexual. Había tenido fantasías en las cuales los mordía y devoraba, y entre estos ataques, orinaba encima y dentro del pene de su padre, para desollarlo y quemarlo y hacer que su padre encendiera fuego en el interior de su madre durante sus relaciones (la tortura con aceite caliente). Estas fantasías se extendían a bebés dentro del cuerpo de la madre, que debían ser destruidos. El riñón quemado vivo representaba tanto al pene del padre (equiparado con las heces) como a los bebés dentro del cuerpo de su madre (el horno que él no abrió). La castración del padre está expresada por las asociaciones sobre degollamiento. La apropiación del pene paterno fue demostrada por el sentimiento de que su pene era tan grande y de que él orinaba por él y por su padre (fantasías de tener el pene de su padre dentro del suyo o unido al suyo se habían presentado en gran número en el análisis). El orinar del paciente dentro del bol significaba también su relación sexual con su madre (de donde el bol y la madre en el sueño representaban a ella como figura real y como internalizada). Al padre impotente y castrado se le hizo presenciar la relación del paciente con su madre —el reverso de la situación por la cual había pasado en fantasía en su niñez—. El deseo de humillar a su padre está expresado por su sentimiento de que él no debía hacerlo. Estas (y otras) fantasías sádicas han dado origen a diferentes angustias: en el sueño, a la madre no se le podía hacer entender que estaba en peligro debido al pene ardiente y mordiente en su interior (la cabeza ardiente y mordiente del león, el anillo de gas que él había encendido), y que sus bebés estaban en peligro de ser quemados, siendo al mismo tiempo un peligro para ella misma (el riñón en

el horno). La creencia del paciente de que el pie cilíndrico estaba «en posición incorrecta» (dentro del bol en vez de fuera) expresaba no solo su temprano odio y celos porque su madre había hecho entrar en su interior el pene paterno, sino también su ansiedad por este peligroso acontecimiento. La fantasía de conservar el riñón (el pene y los bebés) mientras lo torturaba, expresaba tanto las tendencias destructivas contra el pene y los bebés como, en cierto grado, el deseo de conservarlos sanos. La posición especial de las camas en las que los padres yacían (diferente de la que tenían en el dormitorio real) demostraba no solo el primer impulso agresivo y de celos de separarlos en sus relaciones sino también la ansiedad por qué no se dañaran o mataran durante sus relaciones que en su fantasía el hijo representaba tan peligrosas. Los deseos de muerte contra sus padres lo habían llevado a una abrumadora ansiedad por su muerte (la de ellos). Esto está demostrado por las asociaciones y sentimientos sobre la débil luz de gas, la edad avanzada de los padres en el sueño (más viejos que en la realidad), su desamparo y la necesidad de que el paciente los mantenga en calor.

El mecanismo defensivo de desplazamiento de la responsabilidad de la culpa sobre el objeto atacado, se ve bien en sus asociaciones de que estoy encendiendo mal los fósforos y de que su padre hace el saque de manera equivocada. De este modo hace a los padres responsables de su coito equivocado y peligroso, pero el temor de la venganza basada en la proyección (que yo lo quemara), está exagerada por su observación de que él se preguntaba con qué frecuencia durante el análisis los extremos de los fósforos habían volado hacia él, y todos los otros contenidos de ansiedad relacionados con los ataques contra él (la cabeza del león, el aceite caliente).

El hecho de que él había internalizado (introyectado) a sus padres se demuestra en lo siguiente: 1) El coche del ferrocarril, donde viajaba con sus padres, continuamente cuidándolos, «dirigiéndolo todo», representa su cuerpo. 2) El coche estaba abierto, en contraste con su sentimiento —representando la internalización de ellos— de que él no podía librarse de sus objetos internalizados, pero el estar abierto era una negación de eso. 3) Que él tenía que hacerlo todo por ellos, aun orinar por su padre. 4) La expresión definitiva de un sentimiento o creencia de que ellos eran parte de él.

Por medio de la internalización de sus padres, todas las situaciones de ansiedad que he mencionado antes con respecto a sus padres reales, se hicieron internalizadas y así multiplicadas, intensificadas y, en parte, alteradas en su carácter. Su madre contenía el pene ardiente y a los niños moribundos (el horno con la sartén) en su interior. Esta ansiedad de que los padres

tuvieran una peligrosa relación dentro de él y la necesidad de mantenerlos separados se tomó la fuente de muchas situaciones de ansiedad, y se encontró (en su análisis) que estaba en el fondo de sus síntomas obsesivos. En cualquier momento los padres podían tener relaciones peligrosas, quemarse y comerse entre ellos, y puesto que su yo se había convertido en el lugar donde se producían estas situaciones de peligro, destruirlo a él también. Así, tenía que sobrellevar al mismo tiempo una gran ansiedad por ellos y por sí mismo. Estaba muy acongojado por la inminente muerte de sus padres internalizados, pero al mismo tiempo no se atrevía a devolverles la vida —no se atreve a tirar del hilo (o cordón) del gas—, puesto que sus relaciones sexuales estarían implicadas en su vuelta a la vida y esto causaría la muerte de ellos y la suya [el mecanismo maníaco de la resurrección].

Después están los peligros que amenazan desde el ello. Si los celos y el odio activados por alguna frustración real lo están torturando, él atacará de nuevo en su fantasía a su padre internalizado con su excremento ardiente, interrumpirá sus relaciones, lo que da lugar a renovadas ansiedades. Tanto los estímulos externos como los internos pueden aumentar sus ansiedades paranoides de perseguidores internalizados. Si entonces mata a su padre dentro de él, el padre muerto se vuelve un perseguidor de una naturaleza especial. Vemos esto por la observación del paciente (y las asociaciones siguientes) de que si el gas es extinguido como un líquido, el veneno perdura. Aquí la posición paranoide toma la delantera y el objeto muerto en su interior se equipara (o equivale) a las heces y flatos[222]. Sin embargo, la posición paranoide, que había sido muy fuerte en el paciente en el comienzo del análisis, pero que ahora se halla muy disminuida, no aparece mucho en sus sueños. Lo que domina en sus sueños son los sentimientos dolorosos relacionados con la ansiedad por los objetos amados, que, como ya he señalado, son característicos de la posición depresiva.

En los sueños, el paciente trata la posición depresiva de diferentes modos.

Utiliza el control maníaco sádico sobre sus padres, manteniéndolos separados uno del otro y deteniéndolos así en su relación tanto placentera como peligrosa. Al mismo tiempo, su modo de cuidarlos es signo de mecanismos obsesivos.

Pero su modo principal de dominar la posición depresiva es la restauración. En el sueño se dedica por entero a sus padres con el objeto de mantenerlos vivos y confortables. Su interés por su madre se remonta a su más temprana infancia, y su impulso por restaurar y restituir a sus padres y

hacer que prosperen sus hijos en ella desempeña un papel importante en todas sus sublimaciones.

La conexión entre los hechos peligrosos en su interior y sus ansiedades hipocondríacas está demostrada por las observaciones que hizo el paciente sobre su resfrío, en la época de sus sueños.

Parecía que el mucus, que era tan extraordinariamente espeso, estaba identificado con la orina en el bol —con la grasa en la sartén— al mismo tiempo que con su semen, y que en su cabeza, que él sentía tan pesada, llevaba los genitales de sus padres (la sartén con el riñón). El mucus estaba para conservar sanos los genitales de su madre, impidiendo el contacto con su padre, y al mismo tiempo esto significaba su semen y relación sexual con su madre en su interior. La sensación que tenía era la de que su cabeza estaba obstruida, sensación que correspondía a la de separar los genitales de sus padres, y a la separación de sus objetos internos. Un estímulo para la formación de sus sueños había sido una frustración verdadera que el paciente había experimentado poco antes de tener estos sueños, aunque esta experiencia no lo había llevado a la depresión, pero había influido profundamente en su equilibrio emocional, hecho que se hizo claro en sus sueños. En estos, la fuerza de la posición depresiva aparece acrecentada, y la eficiencia de las fuertes defensas del paciente están, en cierto modo, disminuidas. Esto no es así en su vida real. Es interesante el hecho de que otro estímulo que provocó el sueño era completamente distinto y sucedió después de la dolorosa experiencia por la que había pasado recientemente con sus padres en un corto viaje donde había gozado mucho. En realidad el sueño comenzó de un modo que le hacía recordar ese placentero viaje, pero luego los sentimientos depresivos ensombrecieron los agradables. Según he señalado antes, el paciente se preocupaba mucho por su madre, pero esta actitud había cambiado durante el análisis, y ahora mantenía relaciones felices y despreocupadas con sus progenitores.

Los puntos que particularicé en conexión con los sueños, me parece que demuestran que el proceso de internalización, que comienza en el primer estadío de la infancia, es fundamental para el desarrollo de las posiciones psicóticas. Vemos ahora cómo, tan pronto como los padres se internalizan, las tempranas fantasías agresivas contra ellos llevan al miedo paranoide de persecuciones externas y, aún más, internas, y producen penas y tristeza por la inminente muerte de los objetos incorporados, junto con ansiedades hipocondríacas, dando origen a una tentativa por defenderse de manera maníaca omnipotente de los insoportables sufrimientos que se le han

impuesto al yo de adentro. También vemos cómo el centro dominante y sádico de los padres internalizados se modifica a medida que aumentan las tendencias a la restauración.

El espacio no me permite tratar en detalle los modos en que los niños normales desarrollan las posiciones depresiva y maníaca, las cuales, según mi opinión, forman parte del desarrollo normal[223]. Me limitaré, por lo tanto, a unas cuantas observaciones de naturaleza general. En mi trabajo anterior presenté el punto de vista, al que me he referido al comienzo de este trabajo, de que en los primeros meses de su vida el niño pasa por ansiedades paranoides relacionadas con los pechos «malos» frustradores, que se toman como perseguidores externos internalizados[224]. De esta relación con los objetos parciales y de su ecuación con las heces, surge en este estadío la naturaleza fantástica y fuera de la realidad de la relación del niño con todas las otras cosas: partes de su propio cuerpo y personas y cosas de su alrededor, que al principio se perciben confusamente. El mundo de los objetos del niño en los primeros dos o tres meses de su vida puede ser descrito como formado en partes y porciones del mundo real que son hostiles y perseguidoras, o bien gratificadoras y benéficas. No pasa mucho tiempo antes de que el niño perciba más y más todo el cuerpo de la madre, y estas percepciones más realistas se extienden al mundo que está más allá de la madre. El hecho de que una buena relación con la madre y con el mundo externo ayuda al niño a vencer sus tempranas ansiedades paranoides arroja una nueva luz sobre la importancia de las primeras experiencias.

Desde su comienzo el análisis ha acentuado siempre la importancia de las primeras experiencias del niño, pero me parece que solamente desde que tenemos más conocimientos de la naturaleza y contenido de sus primeras ansiedades, y del continuo juego recíproco entre sus experiencias reales y su vida de fantasía, es que podemos comprender ampliamente por qué el factor externo es tan importante. Cuando el niño comienza a ver a la madre como ser total, sus fantasías y sentimientos sádicos, especialmente los canibalísticos, están en su punto culminante. Al mismo tiempo experimenta un cambio en su actitud emocional hacia la madre. La fijación libidinal del niño al seno se transforma en sentimiento hacia ella como persona. De este modo se experimentan sentimientos de naturaleza destructiva y amorosa hacia uno y el mismo objeto, y esto da lugar a profundos y conmovedores conflictos en la mente del niño.

En el curso normal de los acontecimientos, el yo se enfrenta en este punto de su desarrollo —más o menos entre los cuatro o cinco meses— con la

necesidad de reconocer en cierto grado la realidad psíquica así como la externa. De este modo tiene que darse cuenta de que el objeto amado es al mismo tiempo el odiado, y además de esto, de que los objetos reales y las figuras imaginarias, tanto las externas como las internas, están ligadas unas a otras. He señalado en otro lugar que en los niños muy pequeños existen, junto con sus relaciones con objetos reales —pero en plano diferente— relaciones con sus imagos no reales, como figuras excesivamente buenas o excesivamente malas[225] y que esas dos clases de relaciones con objetos se entremezclan y disfrazan en un grado siempre creciente en el curso de su desarrollo[226]. El primer paso importante en esta dirección ocurre, en mi opinión, cuando el niño llega a conocer a su madre como persona completa y se identifica con ella como persona total, real y amada. Es entonces que la posición depresiva —cuyas características he descrito en este trabajo— se coloca en primer plano. Esta posición es estimulada y reforzada por «la pérdida del objeto amado» que el bebé experimenta una y otra vez cuando le han retirado el pecho de la madre, y esta pérdida alcanza el punto culminante durante el destete. Sandor Rado ha señalado que «el punto de fijación más profundo en la disposición depresiva es encontrarse en la situación de amenaza de pérdida del amor (Freud), más especialmente en la situación de hambre del niño de pecho». Con respecto a la afirmación de Freud de que en la manía el yo se confunde una vez más con el superyó en unidad, Rado llega a la conclusión de que «este proceso es la fiel repetición intrapsíquica de la experiencia de esa fusión con la madre que tiene lugar durante el amamantamiento de su pecho». Yo estoy de acuerdo con estas opiniones, pero mi enfoque difiere en puntos importantes con las conclusiones de Rado, especialmente sobre las formas indirectas y tortuosas en que la culpa —según él— se pone en conexión con estas primeras experiencias. He puntualizado anteriormente que, según mi opinión, ya durante el período de la lactancia, cuando se llega a conocer a su madre como un todo (o como persona completa) y cuando progresa de la introyección del objeto parcial a la del objeto total, el niño experimenta algunos de los sentimientos de culpa y remordimiento, algo del dolor que resulta del conflicto entre el amor y el odio incontrolable, algunas de las ansiedades sobre la inminente muerte de los objetos amados internalizados y externos: es decir, en menor grado, los sufrimientos y sentimientos que encontramos completamente desarrollados en el adulto melancólico. Por supuesto que estos sentimientos se experimentan en distintas situaciones. La situación completa y las defensas del bebé que obtiene alivio una y otra vez en el amor de su madre difieren enormemente de

las del adulto melancólico. Pero el punto importante es que estos sufrimientos, conflictos y sentimientos de culpa y remordimiento, resultantes de la relación del yo con su objeto internalizado, están ya activos en el bebé. Lo mismo se aplica, según he sugerido, a las posiciones paranoides y maníacas. Si el bebé en ese período de su vida fracasa en el establecimiento de su objeto amado dentro de él —si la introyección del objeto «bueno» no tiene éxito—, entonces la situación de «la pérdida del objeto amado» surge ya en el mismo sentido que se encuentra en el adulto melancólico. Esta primera y fundamental pérdida externa de un objeto amado real, que se experimenta a causa de la pérdida del pecho, antes y durante el destete, dará más tarde por resultado un estado depresivo, si el niño, en este primer período de su desarrollo, no ha tenido éxito en el establecimiento y conservación de su objeto amado dentro de su yo.

Estas afirmaciones difieren en un punto fundamental de los resultados de Rado y llevan a conclusiones diferentes. Según Rado, el lactante se encuentra en la situación de amenaza de pérdida del objeto si el pecho que le da la leche (el pecho real) le es retirado (situación de hambre). Yo creo como fundamental de la posición depresiva, el fracaso de los procesos de introyección que van junto con la relación, sumamente importante, del lactante con la madre real, es decir, un proceso intrapsíquico muy temprano. En mi opinión, es también en este temprano estadío del desarrollo que las fantasías maníacas comienzan, primero controlando el pecho, y muy pronto controlando a los padres internalizados y los externos, en todas las características de la posición maníaca que he descrito, y que utilizan para la defensa contra la posición depresiva. En cualquier momento en que el niño encuentra el pecho de nuevo, después de haberlo perdido, el proceso maníaco por el cual el yo y el ideal del yo llegan a coincidir (Freud) se pone en movimiento; porque la gratificación del niño de ser alimentado no solo la siente como la incorporación canibalística de los objetos externos (la «fiesta» de la manía, como la llama Freud), sino que también pone en movimiento fantasías sobre los objetos ya internalizados y lo relaciona con el dominio de estos objetos. No hay duda que cuanto en mayor grado pueda el niño desarrollar una feliz afinidad con su madre real, en mayor grado podrá vencer la posición depresiva. Pero todo depende de cómo encuentre la salida del conflicto entre el amor y el incontrolable odio y sadismo. Según he señalado antes, en la fase más temprana del yo los objetos perseguidores y los buenos objetos parciales (pechos) son mantenidos completamente aparte en la mente del niño. Por medio de la introyección del objeto total y real se juntan cada

vez más, lo que representa un proceso que es primariamente insoportable para el yo débil. El yo se refugia entonces en el mecanismo, tan importante para el desarrollo de las relaciones objetales, de dividir sus imagos en amadas y odiadas, es decir, en buenas y malas.

Podría pensarse que es realmente en este punto donde comienza la ambivalencia, que, después de todo, tiene conexión con las relaciones de objetos —es decir, con los objetos totales y reales—. La ambivalencia, lograda con la separación de las imagos, permite al niño pequeño obtener más confianza y fe en sus objetos reales, y de este modo en los internalizados —amarlos más y ganar de este modo una confianza más estable en su bondad—. Al mismo tiempo las ansiedades paranoides y las defensas están dirigidas hacia los objetos «malos». El apoyo interno que recibe el yo por sus relaciones amistosas positivas con su objeto real y bueno aumenta a su vez la confianza en los objetos internalizados. De esta manera el yo se refugia alternativamente —sirviéndose en eso de la ambivalencia— en los objetos buenos externos e internos.

Parece que en este estadío del desarrollo, la unificación de los objetos externos e internos, amados y odiados, reales e imaginarios, se realiza de tal manera que cada paso hacia la unificación conduce de nuevo a una renovada división de las imagos. Pero a medida que la adaptación al mundo externo aumenta esta división es realizada sobre planos que gradualmente se acercan más a la realidad. Esto continúa hasta que el amor por los objetos internalizados reales y la confianza en ellos están bien establecidos. Entonces, la ambivalencia, que es en parte una salvaguardia contra el propio odio y contra los objetos terroríficos y odiosos, disminuirá de nuevo en distintos grados durante el desarrollo normal.

Junto con el aumento de amor por los objetos propios buenos y malos se manifiesta una mayor confianza en la capacidad de uno para amar y una disminución de la ansiedad paranoide ante los objetos malos: cambios que conducen a una disminución del sadismo y al logro de mejores medios para dominar la agresión y utilizarla. Las tendencias de reparación, que tienen un papel tan importante en el proceso normal del triunfo de la posición depresiva infantil, son puestas en movimiento por diferentes métodos, de los cuales mencionaré dos, fundamentales: los mecanismos maníacos y los obsesivos.

Parecería que el paso de la introyección de objetos parciales a los objetos totales amados, con todas sus implicaciones, es de una importancia decisiva en el desarrollo. Su éxito —en verdad— depende enormemente de cómo el yo ha podido tolerar su sadismo y su ansiedad en el anterior estadío de desarrollo

y de si ha desarrollado o no una fuerte relación libidinal con sus objetos parciales. Pero una vez que el yo ha dado este paso, ha llegado, por así decirlo, a un punto crucial desde el cual se bifurcan, en diferentes direcciones, las sendas que determinan todo el proceso mental.

Ya me he referido con algunos detalles a cómo el fracaso para mantener la identificación con ambos objetos amados, el internalizado y el real, puede dar por resultado trastornos psicóticos tales como estados depresivos, manía o paranoia.

Mencionaré ahora una o dos formas por las que el yo trata de poner fin a todos los sufrimientos que se relacionan con la posición depresiva, es decir: a) por una «fuga hacia el objeto 'bueno' internalizado», sobre la cual M. Schmideberg llamó la atención en relación con la esquizofrenia.

Dice[227] que «en la esquizofrenia se logra la separación del mundo exterior por medio de una fuga hacia los objetos buenos internalizados, abandonando la proyección y sobrecompensando narcisísticamente el amor hacia los objetos malos introyectados y reales.»

El resultado de tal fuga es a menudo la negación de la realidad psíquica y externa y una psicosis profunda. b) Por medio de una fuga hacia los objetos «buenos» externos como un medio para refutar todas las ansiedades —internas y externas[228]—. Este es un mecanismo característico de la neurosis y puede conducir a una esclavizante subordinación a los objetos y a una debilitación del yo. Estos mecanismos de fuga, según he señalado antes, desempeñan también un papel importante en el proceso normal de la posición depresiva infantil. El fracaso en el desarrollo de esta posición puede conducir al predominio de uno u otro de los mecanismos de fuga mencionados, y de este modo a una psicosis o neurosis grave.

He destacado en este trabajo que considero a la posición infantil depresiva como central para el desarrollo. La evolución normal del individuo y de su capacidad de amor parecen basarse ampliamente en el grado en el cual el yo temprano logró elaborar y superar esta posición decisiva. En último término, ello parece depender de la capacidad del yo de modificar suficientemente sus situaciones de angustia primitivas y sus mecanismos de defensa y de desarrollar así nuevos mecanismos de defensa, que llevan a una confianza mayor y más estable en la bondad de sus objetos (internalizados y reales) y simultáneamente a una mayor independencia de estos y especialmente en un interjuego exitoso entre las posiciones depresiva, maníaca y obsesional y esos mecanismos defensivos.

18. El destete (1936)

Uno de los descubrimientos fundamentales y de más largo alcance con respecto a la historia del hombre es el realizado por Freud y que postula la existencia de una parte inconsciente de la mente cuyo núcleo se desarrolla en la más temprana infancia. Los sentimientos y fantasías infantiles dejan sus huellas en la mente, huellas que no desaparecen sino que se almacenan, permanecen activas y ejercen una continua y poderosa influencia sobre la vida emocional e intelectual del individuo adulto. Los tempranos sentimientos se experimentan en relación a estímulos externos e internos. La primera satisfacción que el niño tiene proviene del mundo externo y consiste en ser alimentado. El análisis ha demostrado que solo una parte de la satisfacción deriva del hecho de aliviar su hambre; otra parte, no menos importante, proviene del placer que experimenta el bebé cuando su boca es estimulada al succionar el pecho de su madre. Este aspecto es una parte esencial de la sexualidad del niño. También se experimenta placer cuando el flujo tibio de la leche desciende por la garganta y llena el estómago.

El bebé reacciona a los estímulos displacenteros y a la frustración de su placer con sentimientos de odio y agresión. Estos sentimientos se dirigen hacia los mismos objetos que proveen el placer: los pechos de la madre.

El trabajo analítico ha probado que aun niños de pocos meses de edad construyen fantasías. Creo que esta es la actividad mental más primitiva y que estas fantasías existen en la mente de los bebés prácticamente desde el nacimiento. Parecería que, a cada estímulo que recibe, el bebé responde con fantasías; a los estímulos displacenteros, aun la mera frustración, con fantasías agresivas y a los estímulos gratificantes con fantasías placenteras.

Como afirmé previamente, el objeto de todas estas fantasías es el pecho materno. Parecerá curioso que el interés del bebé se limite solo a una parte de la persona y no a toda la persona; pero debemos tener presente que en esta etapa su percepción, tanto física como mental, es muy limitada y además que solo se preocupa del hecho fundamental de satisfacerse de inmediato, o bien de que no está siendo satisfecho, lo que Freud denominó el «principio del

placer-displacer». Es de este modo como el pecho de la madre, que gratifica o priva de la gratificación, se torna en la mente del bebé en «bueno» o «malo». Lo que denominamos pecho «bueno» se convierte en el prototipo de lo que a lo largo de la vida será beneficioso y bueno, mientras que el pecho «malo» representa todo lo malo y lo persecutorio. Esto podemos explicarlo considerando que cuando el niño dirige su odio contra el pecho frustrador o «malo» le atribuye todo su propio odio activo mediante un proceso denominado proyección

Pero existe, al mismo tiempo, otro proceso de gran importancia, el proceso de introyección. Este último significa la actividad mental del bebé mediante la cual, en su fantasía, toma en sí mismo aquello que percibe en el mundo externo. Sabemos que en esta etapa el niño recibe sus mayores satisfacciones a través de la boca, la que se convierte en la vía principal por la cual no solo ingiere el alimento sino que, mediante la fantasía, introduce el mundo externo. No solo la boca lleva a cabo este proceso de «introducir», sino en cierto modo todo el cuerpo con sus sentidos y funciones, como por ejemplo cuando el bebé inspira o introduce a través de los ojos, los oídos, mediante el tacto, etc. Al principio el pecho materno es el objeto de su constante deseo y por consiguiente es lo primero en ser introyectado. En su fantasía, el niño succiona el pecho dentro de sí, lo mastica y lo traga; de ese modo siente que lo tiene dentro y que posee el pecho materno tanto en sus aspectos buenos como malos.

Este enfoque y ligamen a una parte de la persona es característico de esta temprana etapa del desarrollo, y da cuenta en gran parte de la naturaleza fantaseada e irreal de su relación con muchas cosas, por ejemplo con partes de su cuerpo, personas y objetos inanimados, todos los cuales al comienzo solo son percibidos tenuemente. En los primeros dos o tres meses de vida se puede describir el mundo objetal del lactante como formado por partes o porciones del mundo real gratificantes o bien hostiles y persecutorias. Es aproximadamente en esta edad cuando comienza a percibir a su madre y a otros de su entorno como «personas totales». Gradualmente conecta su rostro, o los rostros que lo miran, con la mano que lo acaricia y con el pecho que lo satisface; es entonces cuando se afirma su capacidad de percibir «totalidades» (cuando se reasegura y adquiere confianza en el placer brindado por «personas totales») y puede ampliar su percepción totalizadora al mundo externo.

En esta época se llevan a cabo también otros cambios en el bebé. Cuando tiene unas pocas semanas de vida se puede observar que disfruta períodos de

su vigilia; a juzgar por las apariencias, se siente muy feliz. Parece ser que en ese momento disminuyen los estímulos demasiado intensos (hasta la defecación, por ejemplo, es sentida al comienzo como displacentera) y se va logrando una mejor coordinación de las funciones corporales. Esto lleva a una mejor adaptación no solo física sino también mental, a los estímulos externos e internos. Se puede inferir que estímulos que al comienzo eran dolorosos ya no lo son, y hasta algunos se tornan placenteros. El hecho de que la falta de estímulos pueda experimentarse ahora como placentera muestra que ya no depende tanto ni es tan conmovido por estímulos dolorosos ni está ávido de estímulos placenteros vinculados a la gratificación inmediata de la alimentación, puesto que su mejor adaptación permite que su necesidad sea menos urgente[229]. He explicado cómo las tempranas fantasías y temores de persecución están conectadas con los pechos hostiles y he desarrollado cómo se despliegan las fantásticas relaciones objetales del bebé. Las primeras experiencias con estímulos displacenteros externos e internos sientan la base para las fantasías sobre objetos hostiles externos e internos y contribuyen en gran parte a la construcción de dichas fantasías[230]. En las primeras etapas del desarrollo mental todo estímulo displacentero aparentemente está ligado a las fantasías del bebé de un pecho «hostil» o frustrante, y por otra parte todo estímulo placentero está relacionado con el pecho «bueno» gratificante. Nos encontramos, pues, con dos círculos, uno benevolente y el otro malvado, ambos basados en el interjuego de factores externos o ambientales y factores psíquicos internos; es decir, que toda disminución en la cantidad o la intensidad de estímulos dolorosos, o bien todo incremento en la capacidad de adaptarse a ellos, ayudará a disminuir la fuerza de fantasías de naturaleza terrorífica. A su vez, la disminución de estas fantasías permitirá que el niño progrese en su adaptación a la realidad, lo que a su vez disminuirá aún más las fantasías aterrorizantes.

Para un adecuado desarrollo de la mente del bebé, es importante que caiga bajo la influencia del círculo benevolente descripto; cuando lo hace, logra formarse una idea de su madre como persona, y esto a su vez implica cambios muy importantes en su desarrollo emocional e intelectual.

Ya he mencionado que fantasías y sentimientos de naturaleza erótica, sean agresivos o gratificantes, fusionados en gran parte (fusión que se denomina sadismo), desempeñan un papel dominante en la temprana vida del bebé. Al principio están centrados en los pechos de la madre, pero gradualmente se extienden a todo su cuerpo. Fantasías y sentimientos ávidos, eróticos y

destructivos toman como objeto el interior del cuerpo materno y, en su imaginación, el bebé lo ataca, roba todos sus contenidos y los come.

Al comienzo, las fantasías destructivas son de succión. Algo de esto se evidencia en el modo vigoroso con que maman algunos bebés, aun cuando la leche sea abundante. A medida que se acerca la dentición, las fantasías van adquiriendo un contenido que implica morder, rasgar, masticar y así destruir el objeto. Muchas madres observan que mucho antes de la dentición aparecen estas tendencias, las que, según lo prueba la experiencia psicoanalítica, se acompañan de fantasías indudablemente canibalísticas. La naturaleza destructiva de estas fantasías y sentimientos alcanza toda su magnitud cuando el niño percibe a su madre como persona total, como lo prueba el análisis de niños pequeños.

Al mismo tiempo, experimenta un cambio en su actitud emocional hacia la madre. El lazo placentero con el pecho se transforma en sentimientos hacia la madre como persona. De ese modo se experimentan sentimientos amorosos y destructivos hacia la misma persona, lo que provoca profundos y perturbadores conflictos en la mente infantil.

Creo que es muy importante para el futuro del niño que pueda progresar desde sus tempranos temores persecutorios y la relación objetal fantaseada, a la relación con la madre como persona total y amorosa. Cuando lo logra, surgen sin embargo sentimientos de culpa respecto de sus impulsos destructivos que teme sean peligrosos para su objeto amado.

El hecho de que en esta etapa del desarrollo el niño no pueda controlar su sadismo, que se alimenta de cualquier frustración, agrava aun su conflicto y su preocupación por su amada madre. Una vez más es muy importante que el niño pueda manejar satisfactoriamente estos sentimientos conflictivos de amor, odio y culpa, que surgen en esta nueva situación. Si los conflictos son insoportables, el niño no puede establecer una relación feliz con su madre y queda abierta una brecha para futuros fracasos en su desarrollo. Deseo mencionar la existencia de depresiones anormales o inesperadas en los bebés, cuya fuente profunda considero que es el fracaso en manejar satisfactoriamente esos conflictos tempranos.

Pero veamos ahora qué sucede cuando los sentimientos de culpa y el miedo a que su madre muera (temor que surge como resultado de sus deseos inconscientes de muerte) pueden ser adecuadamente tolerados por el bebé. Creo que esos sentimientos tienen alcances muy extensos en lo que respecta al futuro bienestar mental del niño, su capacidad de amar y su desarrollo social. De ellos deriva el deseo de reparar que se expresa en numerosas

fantasías de salvar a la madre y ofrecerle todo tino de desagravios. He descubierto en el análisis de los temores de tener dentro de sí figuras malas y de estar gobernado niños que esas tendencias a la reparación constituyen las fuerzas impulsoras de todas las actividades constructivas y del desarrollo social. Las encontramos en las primeras actividades lúdicas y en el fundamento de la satisfacción del niño en todos sus logros, aun los más simples, como por ejemplo colocar un bloque sobre otro, o levantarlo si se ha caído. Esto se debe en parte a que esos logros se derivan de la fantasía inconsciente de reparar a alguna persona o personas a quienes ha dañado en su fantasía. Pero aún más tempranamente, logros tales como jugar con sus dedos, encontrar algo que se ha alejado de él, ponerse de pie y toda clase de movimientos voluntarios están ligados, según mi opinión, con fantasías en las que el elemento reparatorio ya está presente.

El psicoanálisis de niños muy pequeños (he analizado niños entre uno y dos años) demuestra que bebés de meses conectan sus heces y orines con fantasías en las que simbolizan regalos, y no solo regalos como muestra de afecto a sus madres, sino que tienen la propiedad de reparar. Por otra parte, cuando predominan los sentimientos destructivos, el niño en su fantasía defecará y orinará con odio y utilizará esos elementos como agentes hostiles. Por consiguiente, los excrementos producidos con sentimientos afectuosos son utilizados en la fantasía para reparar las injurias inferidas por ellos mismos en momentos de enojo.

Es imposible en este trabajo exponer adecuadamente la conexión entre las fantasías agresivas, el miedo, los sentimientos de culpa y el deseo de reparar; sin embargo, he tocado este tópico porque deseo señalar que los sentimientos agresivos, que tanto perturban la mentalidad infantil, son al mismo tiempo muy importantes para su desarrollo.

Ya he mencionado que el niño introduce dentro de sí, es decir, introyecta mentalmente, el mundo externo tal como lo percibe. Primero introyecta el pecho bueno y malo y luego gradualmente la madre total, también concebida como madre buena y mala. Conjuntamente introyecta además al padre y a otras personas del ambiente en menor grado; pero del mismo modo que la madre, a medida que pasa el tiempo estas figuras van adquiriendo mayor importancia e independencia en la mente del niño. Si el niño logra implantar dentro de sí una madre afectuosa y que lo ayuda, esta madre internalizada será una influencia muy beneficiosa a lo largo de su vida. Aunque normalmente esta influencia cambiará de carácter a medida que se desarrolle su mente, se la puede comparar en importancia con el lugar que ocupa la madre real para la

vida del recién nacido. No quiero significar con esto que los padres buenos «internalizados» serán así experimentados de manera consciente (aun el sentimiento del bebé de poseer la madre dentro de sí es profundamente inconsciente), sino tan solo que algo dentro de la personalidad es sabio y bondadoso; esto fomenta la confianza en uno mismo y ayuda a combatir y superar los temores de tener dentro de sí figuras malas y de estar gobernado por un odio incontrolable, más aún, enseña a confiar en las personas más allá del círculo familiar.

Como ya he señalado, el niño experimenta toda frustración de modo muy agudo y si bien simultáneamente se lleva a cabo una progresiva adaptación a la realidad, la vida emocional del niño está dominada por el ciclo de gratificación-frustración, siendo los sentimientos de frustración de naturaleza muy compleja. El doctor Ernest Jones sostiene que la frustración siempre se experimenta como privación; si el bebé no obtiene lo que desea siente que la madre mala que tiene poder sobre él lo retiene.

Respecto del tema principal de trabajo podemos ahora decir que cuando el bebé desea el pecho y este no está es como si lo hubiese perdido para siempre. Puesto que la concepción del pecho se extiende a la madre, el sentimiento de haber perdido el pecho lleva al temor de haber perdido a la madre amada y esto significa no solo la madre real sino también la madre buena internalizada. Según mi experiencia, este temor a la pérdida total del objeto bueno (internalizado y externo), se mezcla con sentimientos de culpa de haberla destruido (haberla comido) y entonces el bebé siente su pérdida como un castigo por su horrible acción. De ese modo se asocian a la frustración sentimientos dolorosos y conflictivos que a su vez convierten una simple frustración en algo tan punzante. La experiencia del destete refuerza enormemente estos sentimientos dolorosos y mantiene esos temores. En la medida en que el niño nunca posee el pecho en forma ininterrumpida y cada tanto experimenta su pérdida, podríamos decir que en un cierto sentido es constantemente destetado o está en una situación que lleva al destete. Sin embargo, el momento crucial es aquel en que la pérdida del pecho o del biberón es total e irrevocable.

Citaré un caso observado por mí en el cual los sentimientos vinculados a esta pérdida se muestran con claridad. Cuando Rita, que tenía dos años y nueve meses, vino al análisis, era una niña muy neurótica con toda clase de miedos y grandes dificultades para venir; tenía depresiones y sentimientos de culpa nada infantiles y muy notorios. Estaba muy apegada a su madre, evidenciando a veces un amor exagerado y otras un gran antagonismo.

Cuando vino a verme todavía tomaba un biberón a la noche y la madre me informó que debió continuar dándoselo pues la niña se mostraba muy perturbada cuando intentaba suspenderlo. El destete de Rita había sido muy difícil, fue amamantada unos meses y luego, con gran dificultad, se le dio biberón, que al comienzo no quiso aceptar. Luego se había acostumbrado y una vez más tuvo grandes dificultades al tener que reemplazarlo por comida sólida.

Cuando durante el análisis se le suspendió ese último biberón, se desesperó. Perdió el apetito, no quería comer, se apegó más y más a la madre, preguntando constantemente si la quería, si se había portado mal, etc. No era un problema de dieta, puesto que la leche solo era una parte de lo que comía y ahora el cambio consistía en que se la ofrecían en vaso. Yo había aconsejado a la madre que fuese ella misma quien le diera la leche con una o dos galletitas, junto a su cama o bien teniéndola en la falda. Pero la niña se negaba a tomarla. Su análisis reveló que su desesperación se debía al temor de que la madre se muriese o al temor de que la madre la castigase cruelmente por su maldad. Lo que consideraba su «maldad» eran sus deseos inconscientes pasados y presentes de que la madre se muriese. Estaba abrumada por la angustia de haber destruido, especialmente de haber comido, a su madre; y la pérdida del biberón era vivida como una confirmación. El mirar a la madre no aliviaba sus temores, hasta que estos fueron resueltos mediante el análisis. En este caso, los tempranos temores persecutorios no fueron superados y por consiguiente no se estableció una relación personal con la madre. Su fracaso se debía en parte a su incapacidad de resolver sus conflictos, y por otra parte a la conducta de su madre, que era sumamente neurótica (y esto último también formaba parte del conflicto interno).

Es evidente que una buena relación entre el niño y la madre es de gran valor cuando surgen estos conflictos básicos y durante su elaboración. Debemos tener presente que, en el momento crítico del destete, el bebé pierde su objeto «bueno», es decir, lo que más ama. Todo lo que haga menos dolorosa la pérdida de un objeto «bueno» externo, y disminuya el temor a ser castigado, ayudará a que el niño preserve la confianza en su objeto bueno interno. Al mismo tiempo prepara el camino para que el niño, pese a la frustración, conserve una feliz relación con su madre real y establezca relaciones placenteras con otras personas. Logrará entonces satisfacciones que reemplazarán la que perdió.

¿Qué podemos hacer para ayudar al niño en esta difícil tarea? Las medidas comienzan desde el nacimiento. Desde el principio la madre debe

hacer todo lo posible por establecer una relación feliz con el niño. Frecuentemente observamos madres que se preocupan por todo lo vinculado con la condición física del bebé, se concentran en ese aspecto como si el niño, más que un ser humano, fuera una máquina que necesita constantes cuidados. También es la actitud de muchos pediatras, que solo se interesan por las reacciones emocionales en la medida en que indican algo en relación con el estado físico o intelectual del bebé. Muchas madres no se dan cuenta de que el pequeño bebé ya es un ser humano cuyo desarrollo emocional es de enorme importancia.

El buen contacto entre madre y bebé puede peligrar en la primera o primeras mamadas si la madre no sabe cómo ofrecer y hacer que el bebé acepte el pezón. Si en lugar de ser paciente con las dificultades que surgen, empuja bruscamente el pezón dentro de la boca del bebé, este puede no desarrollar un lazo adecuado con el pecho y el pezón, y tener dificultades para la alimentación. Por el contrario, podemos también comprobar cómo bebés que tienen dificultades al comienzo, con una ayuda paciente se convierten en buenos comensales, tanto como los que no tuvieron ninguna[231]. Además del amamantamiento, hay muchas otras ocasiones en las que el bebé podrá sentir y registrar inconscientemente el amor, la paciencia y la comprensión de la madre, o todo lo opuesto. Como ya he señalado, los primeros sentimientos se experimentan en relación con los estímulos externos e internos, placenteros o displacientes y se enlazan a fantasías. La manera como se trata al bebé, aun desde el parto, deja impresiones en su mente. Aunque en este temprano estadío de su desarrollo él no relacione sus sentimientos placenteros, que el cuidado y la paciencia de su madre despiertan en él, con ella como «persona total», es de vital importancia que experimente esas sensaciones de placer y confianza. Todo lo que contribuya a que se sienta rodeado de objetos amistosos (concebidos por el bebé en su mayor parte como «pechos buenos») prepara el terreno y colabora para una feliz relación con la madre y luego con otras personas.

Se debe mantener un equilibrio entre las necesidades físicas y psíquicas. La regularidad en el amamantamiento ha probado ser de gran valor para el bienestar físico del niño y esto influye a su vez en su desarrollo psíquico, pero hay muchos bebés que en la primera época no soportan intervalos muy largos entre mamadas. En estos casos es mejor no ceñirse de un modo estricto a las reglas y alimentar al bebé cada tres horas o menos, y aun, si es necesario, darle un poco de agua azucarada entre mamaderas. Creo que el uso del chupete es útil. Si bien es cierto que tiene sus desventajas —no las de índole

higiénica, pues esas pueden superarse— sino de naturaleza psicológica, específicamente la desilusión de no recibir la leche cuando succiona, por lo menos tiene la gratificación parcial de poder succionar. Si no se le permite el chupete succionará probablemente sus dedos y es más fácil desacostumbrarlo del chupete que de chuparse los dedos. Se puede comenzar el destete gradualmente y darle luego de mamar solo antes de ir a dormir o si no se siente bien.

En lo que respecta a desacostumbrarlo de chuparse el pulgar, la doctora Middlemore (1936) expresa la opinión de que en general no se le debe prohibir. Creo que debo sostener dicha opinión. Se debe evitar causar frustraciones innecesarias. Además, está el hecho de que frustraciones orales muy intensas pueden llevar a una necesidad intensificada de placer genital, por ejemplo masturbación compulsiva, y que muchas frustraciones intrínsecamente orales se trasladan a lo genital.

Pero hay además otros aspectos que debemos considerar. El chupeteo incontrolado del pulgar o del chupete tiene el riesgo de fomentar una fijación oral (con esto quiero decir que se impide el movimiento natural de la libido de la boca a los genitales), mientras que una ligera frustración oral tiene el efecto deseable de distribuir los impulsos sexuales.

Una succión continua puede inhibir el desarrollo del lenguaje; más aún, con el chupeteo del pulgar, si es excesivo, puede lastimarse el dedo y experimentar dolor. Esto no solo es molesto, sino que la conexión entre el placer de succionar y el dolor en sus dedos es desventajosa psicológicamente.

En lo que respecta a la masturbación, afirmo categóricamente que no se debe interferir, que el niño debe ser librado a su propio manejo[232]. En lo que se refiere a la succión del pulgar, debo decir que en muchos casos puede ser reemplazada sin presionar, de modo parcial y gradualmente, con otras gratificaciones orales, tales como caramelos, frutas y en especial los alimentos favoritos. Estos deben ser provistos a voluntad del niño y al mismo tiempo, con la ayuda del chupete, suavizar el proceso del destete.

Otro punto que quiero remarcar es el error de intentar la educación de los esfínteres muy tempranamente. Algunas madres se enorgullecen de haberlo logrado, pero no se dan cuenta del daño psicológico que pueden provocar. Esto no significa que se cause daño si de vez en cuando se sienta al bebé en un orinal para que se vaya acostumbrando. Lo que debe subrayarse es que la madre no debe mostrarse muy ansiosa ni tratar de evitar que el niño se ensucie o se moje. El bebé percibe esa actitud hacia sus excrementos y se siente perturbado, puesto que experimenta un intenso placer sexual al cumplir

con sus funciones excretorias y además gusta de sus excrementos como parte y producto de su cuerpo. Por otra parte, como ya he señalado, siente que sus heces y su orina son agentes hostiles cuando las produce con sentimientos de odio. Si la madre le impide ansiosamente tomar contacto del todo con ellos, siente esa conducta como una confirmación de que sus excrementos son malignos y de que su madre les teme, así la angustia de la madre incrementa la del bebé. Esta actitud frente a sus propios excrementos es dañina psicológicamente y tiene un papel importante en muchas neurosis.

Por supuesto que esto no significa que se deba permitir que el niño esté sucio indefinidamente; lo que pienso es que debe evitarse que su limpieza sea una cuestión fundamental, pues el niño siente entonces cuán ansiosa está la madre al respecto. La limpieza debe llevarse a cabo con soltura, evitándose señales de desaprobación o disgusto cuando se asea al bebé. Pienso que un entrenamiento sistemático debe llevarse a cabo solo después del destete. Esta educación es un verdadero esfuerzo, tanto mental como físico, para el bebé y no se le debe imponer mientras está lidiando con el destete. Aún más tarde, debe llevarse a cabo sin rigidez, como lo muestra la doctora Susan Isaacs en su trabajo «Hábitos» (Isaacs, 1936).

Un elemento de gran significación para la futura relación entre madre e hijo es sí la madre puede o no amamantar naturalmente al bebé. Si las circunstancias lo impiden, aun puede establecer un fuerte lazo sí es capaz de comprender la mentalidad del niño.

El bebé goza de la presencia de su madre de muchas maneras, juega con su pecho luego de mamar, disfruta cuando ella lo mira y le sonríe, cuando le habla y juega con él aunque no entienda el significado de las palabras. Se acostumbrará a su voz, su canto permanecerá como un recuerdo placentero y estimulante en su inconsciente. ¡Cuántas veces puede calmarlo y evitar su tensión o un estado mental displaciente permitiéndole dormir tranquilo en lugar de agotarse llorando!

Solo puede establecerse una relación feliz madre-hijo cuando la alimentación no se convierte en un deber sino en un verdadero placer para la madre. Si disfruta de ella, el niño inconscientemente se dará cuenta y esta felicidad recíproca promoverá una comprensión emocional plena entre ambos. Sin embargo, la madre debe tener presente que el bebé no es su extensión, y que aunque es muy pequeño y dependiente, es una entidad por sí mismo y debe ser tratado como un individuo; no debe ligarlo demasiado a sí y debe ayudarlo a crecer independientemente. Cuanto antes adopte esta actitud será mejor: no solo ayudará al niño sino que se protegerá de futuros desencantos.

No se debe interferir el desarrollo del niño; una cosa es gozar y comprender su crecimiento, otra es tratar de acelerarlo. Debe permitírsele que crezca tranquilamente a su ritmo propio. Como dijo Ella E. Sharpe (1936), el deseo de imponer un ritmo de crecimiento acorde con un plan prefijado es perjudicial para la relación madre-hijo. Dicho deseo a menudo se debe a la angustia que es una de las causas principales de perturbaciones en dicha relación.

Otra actitud de gran trascendencia es la postura de la madre respecto del desarrollo sexual del niño, es decir, sus experiencias y sensaciones corporales y los sentimientos y deseos anexos. No siempre se tiene en cuenta que el bebé desde el nacimiento tiene fuertes sensaciones sexuales, las que al principio se ponen de manifiesto por el placer de sus actividades orales y excretorias, pero que muy pronto se conectan con los genitales (masturbación). Tampoco es sabido habitualmente que esas sensaciones sexuales son esenciales para un adecuado desarrollo, tanto de su personalidad y carácter como de una sexualidad adulta satisfactoria. Ya he opinado que no se debe interferir en la masturbación del bebé ni ejercer presión para desacostumbrarlo de chuparse el pulgar, así como también se debe ser comprensiva respecto del placer que siente en sus funciones excretorias. Pero todo eso no es suficiente; la madre debe tener además una actitud amistosa hacia esas manifestaciones de sexualidad. Con frecuencia se suele mostrar disgusto, dureza o burla, que son humillantes y perjudiciales para el niño. Puesto que todas las tendencias eróticas del niño se dirigen inicialmente hacia los padres, sus reacciones influirán todo su desarrollo.

Por otra parte, tampoco es aconsejable mostrar excesiva indulgencia, en especial en lo que respecta a tomarse demasiadas libertades con la madre. En ese aspecto ella debe restringir al bebé, suave pero firmemente, sin participar de su sexualidad. El límite del rol materno es aceptar la sexualidad del niño amistosamente. Las necesidades eróticas de la madre en lo que al bebé respecta deben ser controladas, evitando el excitado apasionamiento por las actividades del cuidado del bebé. Cuando lo baña, seca y entalca deberá limitar sus gestos, en particular en lo que se refiere a los genitales del bebé. La falta de control será vivenciada por el bebé como seducción y esto complicará su desarrollo. Pero tampoco debe privarlo de su amor, por cierto puede y debe acariciarlo y besarlo, tenerlo en brazos todo lo que sea necesario.

Es esencial que el niño no duerma en el dormitorio de los padres ni presencie las relaciones sexuales. Mucha gente cree que esto no es dañino

para el bebé, porque no se dan cuenta de sus sentimientos sexuales. Su agresión y sus temores se incrementan a causa de esa experiencia, puesto que lo que parece no comprender intelectualmente, lo incorpora inconscientemente. A menudo, cuando los padres creen que duerme, está despierto o semidormido, y aun dormido puede percibir lo que sucede. Todo es sentido de un modo nebuloso, pero en su mente inconsciente permanece activo un recuerdo, distorsionado pero vívido, que tiene efectos perjudiciales para su desarrollo. Esencialmente perjudicial resulta cuando esta experiencia coincide con otras, como por ejemplo una enfermedad, operación o bien, volviendo al tema principal, con el destete.

En cuanto al proceso del destete, me parece de gran importancia que este se lleve a cabo lenta y suavemente. Si se debe destetar al bebé, por ejemplo a los ocho o nueve meses, edad que me parece adecuada, ya a los cinco o seis meses debe sustituirse una mamada por el biberón, una vez por día. A continuación debe introducirse una mamadera por mes reemplazando al pecho. Al mismo tiempo se le empezará a dar comida sólida, para comenzar a suprimirle el biberón, que será reemplazado en parte con leche en vaso y en parte con alimento sólido. Se facilitará el destete si además se tiene paciencia y gentileza para acostumbrarlo a la nueva comida. No debe hacérsele comer más de lo que desea ni comida que no le guste; por el contrario, debe dársele en abundancia lo que prefiere, sin enseñarlo a «portarse bien en la mesa» en este momento.

He señalado la gran importancia que le atribuyo al amamantamiento natural; diré ahora algunas palabras con respecto a las situaciones en que no es posible hacerlo. El biberón es un sustituto del pecho materno, puesto que permite al bebé el placer de succionar y de ese modo establecer, en cierto grado, la relación pecho-madre en conexión con el biberón brindado por la madre o niñera. La experiencia nos demuestra que, a menudo, niños alimentados con biberón se desarrollan muy bien[233]. Sin embargo, en análisis siempre se descubre en dichos niños un profundo anhelo por el pecho nunca satisfecho, y aunque la relación madre-pecho ha sido establecida en alguna medida, hace una diferencia al desarrollo psíquico el hecho de que la temprana y fundamental gratificación haya sido obtenida de un sustituto y no del objeto real deseado. Puede decirse que aunque los niños alimentados con biberón se pueden desarrollar bien, el desarrollo sería distinto y mejor en uno u otro sentido si se los hubiese podido amamantar naturalmente. Además, mi experiencia establece que niños cuyo desarrollo se ve perturbado aun cuando fueron amamantados naturalmente, hubieran sido mucho peores de no haber

sido alimentados así. Sintetizando: el amamantamiento natural es una ventaja para el desarrollo, aunque algunos niños que no tienen esta favorable experiencia se desarrollan bien sin ella.

He expuesto en este trabajo los métodos con los cuales hacer del amamantamiento y del destete una experiencia exitosa. Sin embargo, debo añadir que lo que parece ser un éxito no siempre es total. Aunque algunos niños aparentan pasar muy bien por el destete y por un tiempo progresan satisfactoriamente, en lo profundo no han podido superar las dificultades que surgen de esa situación y solo se han adaptado externamente. Dicha adaptación se debe al deseo de complacer a aquellos de quienes tanto dependen, y a su necesidad de estar en buenos términos con ellos. Aun en este temprano período de la vida pueden observarse esas tendencias, puesto que, según creo, los bebés tienen mucha mayor capacidad intelectual que la que se presume. Existe también otra razón para esa adaptación exterior, la que sirve de escape de profundos conflictos internos que no pueden resolver. En ciertos casos hay signos más obvios del fracaso de una verdadera adaptación, por ejemplo defectos de carácter tales como celos, avidez y resentimiento. Al respecto mencionaré los trabajos del doctor Karl Abraham sobre la relación entre las dificultades tempranas y la formación del carácter.

Todos conocemos personas que viven quejándose constantemente. Por ejemplo, consideran el mal tiempo como algo que el destino les depara. Hay otros que se alejan de toda gratificación si no la obtienen de inmediato cuando la desean; como dice una vieja canción popular: «Deseo lo que quiero cuando lo quiero, sino no lo quiero». (I want what I want when I want it, or I don't want it at all!).

He tratado de mostrarles que al bebé le resulta muy difícil tolerar la frustración debido a los profundos conflictos internos que con ella se enlazan. Un destete verdaderamente exitoso implica que el bebé no solo se ha acostumbrado a la nueva comida, sino que ha dado los primeros y fundamentales pasos para superar sus temores y conflictos, y que por consiguiente se adapta a la frustración verdaderamente. Si esa adaptación se ha llevado a cabo, entonces podemos aplicar al destete su antiguo significado. Creo que en el inglés antiguo la palabra weaning (destetar) se utilizaba no solo en el sentido de weaning from (destetar de algo) sino también como weaning to (destetar hacia algo). Aplicando los dos sentidos podemos decir que, cuando se ha llevado a cabo una verdadera adaptación a la frustración, el bebé no solo es destetado del pecho de su madre, sino hacia otros sustitutos,

todas las fuentes de gratificación y satisfacción necesarias para llevar adelante una vida plena y feliz.

Post Scriptum[234]: Las recientes investigaciones sobre los tempranos estadios de la infancia, en especial los primeros tres o cuatro meses de vida, han ampliado nuestro conocimiento y es por ello que creo necesario hacer esta adicción.

Como describí en detalle en mi trabajo sobre el destete, las emociones del lactante son particularmente poderosas y dominadas por los extremos. Hay procesos vigorosos de disociación entre los dos aspectos (buenos y malos) de su primero y más importante objeto, la madre, y entre sus emociones (amor y odio) hacia ella. Esta división le permite dominar sus temores. Los tempranos temores surgen de sus impulsos agresivos que se despiertan fácilmente por cualquier frustración o incomodidad, y toman la forma de sentirse abandonados, dañados, atacados, es decir, intensamente perseguidos. Estos temores persecutorios se centran en la madre y prevalecen hasta que desarrollan una relación más integrada con ella (y en consecuencia con otras personas), lo que implica también una integración de su yo.

Se ha descubierto que el clivaje entre el amor y el odio, habitualmente descripto como disociación de emociones, varía en su forma e intensidad. Estas variaciones están ligadas a la intensidad de los temores persecutorios del lactante. Si la disociación es excesiva, la fundamental relación con la madre no puede lograrse con seguridad y se perturba el progreso normal hacia la integración del yo. Esto puede dar como resultado, más tarde, enfermedad mental. Otra consecuencia posible es la inhibición del desarrollo intelectual, que puede contribuir al retardo mental y, en casos extremos, a deficiencias mentales. Aun en el desarrollo normal hay perturbaciones temporales en relación con la madre, a las que se deben estados de alejamiento de la madre y de las emociones. Estos estados pueden ser frecuentes y prolongados, en ese caso deben considerarse como indicaciones de un desarrollo anormal.

Si las dificultades de la primera fase son superadas normalmente, el bebé supera los sentimientos depresivos que surgen en el crucial estadío que aparece luego entre los cuatro y los seis meses.

Los hallazgos teóricos respecto del primer año de vida que derivan del análisis de niños pequeños (en general de dos años en adelante) se han visto confirmados en los análisis de niños mayores y adultos. Ellos fueron aplicados cada vez más a la observación de la conducta infantil, ampliándose el campo hasta incluir bebés muy pequeños. Desde que apareció este trabajo, se han reconocido sentimientos depresivos en niños muy pequeños de un

modo más general y en cierto grado también se observaron algunos de los fenómenos descriptos en los bebés de tres y cuatro meses. Por ejemplo, los estados de alejamiento mediante los cuales el niño se aísla de sus emociones implican una ausencia de respuesta al ambiente. En esos estados el bebé aparece apático, sin interés en su ambiente, situación que es pasada por alto más fácilmente que perturbaciones tales como llanto excesivo, inquietud o inapetencia.

La creciente comprensión de las angustias del bebé hará posible a todos los que lo cuidan encontrar la manera de aliviar sus dificultades. Las frustraciones son inevitables y las angustias que he descripto no pueden ser erradicadas totalmente. Sin embargo, una mejor comprensión de las necesidades emocionales del bebé puede influir favorablemente en nuestra actitud hacia el problema y ayudarlo en su camino hacia la estabilidad. Al expresar esta esperanza resumo el principal propósito de este estudio.

19. Amor, culpa y reparación (1937)

Las dos partes de este libro tratan aspectos muy diferentes de las emociones humanas. La primera, Odio, voracidad y agresión, considera los poderosos impulsos de odio que constituyen una parte fundamental de la naturaleza humana. La segunda, en la que intento describir las fuerzas igualmente poderosas del amor y el impulso de reparación, complementa la primera, pues la aparente división implícita en este método de exponerlas en realidad no existe en la mente humana. Al separar así nuestro enfoque tal vez no logremos transmitir una idea clara de la constante «interacción» de amor y odio, pero se impone la división en este vasto tema, pues el modo como los sentimientos de amor y las tendencias de reparación se desarrollan en conexión con los impulsos agresivos y a pesar de ellos, solo podrá demostrarse cuando se haya tenido en cuenta el papel que aquellas fuerzas destructivas desempeñan en la interacción de odio y amor.

El artículo de Joan Riviere demostró que estas emociones aparecen por primera vez en la temprana relación del niño con el seno materno y que se dirigen fundamentalmente hacia la persona deseada. Es necesario retomar la vida mental del niño para estudiar la interacción de las diferentes fuerzas que se congregan en el más complejo de todos los sentimientos humanos: el que llamamos amor.

La situación emocional del lactante

El primer objeto de amor y odio del lactante, su madre, es deseado y odiado a la vez con toda la fuerza e intensidad características de las tempranas necesidades del niño. Al principio ama a su madre cuando esta satisface sus necesidades de nutrición, calmando sus sensaciones de hambre y proporcionándole placer sensual mediante el estímulo que experimenta su boca al succionar el pecho. Esta gratificación forma parte esencial de su sexualidad, de la que en realidad constituye la primera expresión. Pero cuando el niño tiene hambre y no se lo gratifica, o cuando siente molestias o dolor físico, la situación cambia bruscamente. Se despierta su odio y su agresión y lo dominan impulsos de destruir a la misma persona que es objeto de sus deseos y que en su mente está vinculada a todas sus experiencias, buenas y malas. Además, como lo ha señalado Joan Riviere, el odio y los sentimientos agresivos del lactante dan origen a los más penosos estados, como la sofocación, el ahogo y otras sensaciones similares que, al ser sentidas como destructivas para su propio cuerpo, aumentan nuevamente la agresión, la desdicha y los temores.

El medio primario e inmediato de aliviar al lactante de la dolorosa situación de hambre, odio, tensión y temor es la satisfacción de sus deseos por la madre. La temporaria seguridad obtenida al recibir gratificación incrementa grandemente la gratificación en sí; de este modo la seguridad se transforma en un importante componente de la satisfacción de recibir amor. Esto se aplica a las formas de amor más simples y a sus manifestaciones elaboradas, tanto al niño como al adulto. Nuestra madre desempeña un papel duradero en nuestra mente porque ella fue la que primero satisfizo todas nuestras necesidades de autopreservación y nuestros deseos sensuales, proporcionándonos seguridad, aunque los diversos modos en que esta influencia actúa y las formas que a veces toma no resulten muy obvios en una etapa ulterior. Por ejemplo: una mujer puede aparentemente haberse apartado de su madre, y sin embargo buscar inconscientemente algunos aspectos de aquel primer vínculo en su relación con el marido o con el hombre que ama. La parte importante que desempeña el padre en la vida emocional del niño influye también en todas las relaciones de amor posteriores y en todas las asociaciones humanas. Pero el primer lazo infantil con él, como figura gratificante, amistosa y protectora, está parcialmente basado en la relación con la madre.

El lactante, para quien la madre es primariamente solo un objeto que satisface todos sus deseos, un pecho bueno[235], pronto comienza a responder a sus gratificaciones y cuidados desarrollando sentimientos de amor hacia ella como persona. Pero este primer amor se encuentra ya perturbado en su raíz por impulsos destructivos. Amor y odio luchan en su mente y, en cierto grado, esta lucha persiste durante toda la vida, pudiendo constituirse en fuente de peligro en las relaciones humanas.

Los impulsos y sentimientos del lactante se acompañan de un tipo de actividad mental que considero como la más primitiva: es la elaboración de la fantasía, o más familiarmente, el pensamiento imaginativo. Por ejemplo, el niño que anhela el pecho materno, al no tenerlo imagina que lo tiene, es decir, evoca la satisfacción que deriva de él. Este primitivo fantasear es la forma inicial de una capacidad cuyo desarrollo posterior se observa en los trabajos más elaborados de la imaginación.

Las fantasías tempranas que acompañan los sentimientos del lactante son variadas. En la que acabamos de mencionar imagina la gratificación que le falta. Con todo, las fantasías placenteras también coexisten con la satisfacción real, y las destructivas vienen con la frustración y los sentimientos de odio que esta despierta. Cuando se siente frustrado por el pecho lo ataca en sus fantasías, pero si el pecho lo gratifica lo ama y fantasea agradablemente con él. En sus fantasías agresivas desea morder y destrozar a la madre y a sus pechos, y destruirla también en otras formas.

Un rasgo muy importante de la fantasía destructiva, equivalente al deseo de muerte, es el del lactante que cree que sus deseos fantaseados tienen efecto real, es decir, que siente que sus impulsos destructivos han destruido realmente al objeto y seguirán destruyéndolo; esto tiene consecuencias sumamente importantes para su desarrollo mental. Se defiende de tales temores mediante fantasías omnipotentes de tipo reparador, lo que también influye grandemente en su desarrollo. Si en sus fantasías agresivas el niño ha dañado a su madre mordiéndola y destrozándola, pronto puede fantasear que une de nuevo sus pedazos para repararla[236], sin embargo, ello no aplaca del todo su recelo de haber destruido al objeto que, ya lo sabemos, es el que más ama y necesita, del que depende enteramente. En mi opinión estos conflictos básicos actúan profundamente sobre el curso y la fuerza de la vida afectiva de los adultos.

Sentimiento inconsciente de culpa

Todos sabemos que al captar en nosotros impulsos de odio hacia la persona amada nos sentimos afligidos y culpables. Como dice Coleridge:

… *El enojo contra el ser amado*
tortura al seso como la demencia.

Como los sentimientos de culpa son muy dolorosos, solemos relegarlos muy al fondo de la mente. Sin embargo, se expresan disfrazados en distintas formas y constituyen una fuente de perturbación en nuestras relaciones personales. Ciertas personas, por ejemplo, se desazonan muy pronto cuando notan falta de aprecio, aun en quienes poco signifiquen para ellas; la razón es que en su inconsciente consideran que no merecen la atención de nadie, y una actitud fría les confirma la sospecha de no ser dignos. Otras están insatisfechas de sí mismas (sin base objetiva) en las más variadas formas, sea en relación con su apariencia, su trabajo o su capacidad en general. Algunas de estas manifestaciones son comúnmente reconocidas y suelen ser llamadas vulgarmente «complejo de inferioridad».

Las investigaciones psicoanalíticas demuestran que las actitudes de esta naturaleza tienen raíces mucho más profundas de lo que habitualmente se supone y siempre están relacionadas con sentimientos inconscientes de culpa. Muchas personas tienen intensa necesidad de alabanza y aprobación general, precisamente porque necesitan la prueba de que son dignas de ser amadas. Esto se origina en su temor inconsciente de ser incapaces de brindar amor suficiente y genuino y, en particular, de no poder dominar los impulsos agresivos hacia los demás; temen ser un peligro para los que aman.

El amor y los conflictos en relación con los padres

La lucha entre el amor y el odio, con todos los conflictos a que da lugar, aparece, como he tratado de demostrar, en la primera infancia y opera activamente durante toda la vida. Comienza en la relación del niño con ambos padres. En el vínculo del lactante con su madre ya están presentes los sentimientos sensuales que se expresan a través de sensaciones placenteras en la boca durante la succión. Pronto aparecen sensaciones genitales y el anhelo por el pecho materno disminuye. No desaparece del todo, sin embargo, sino que permanece activo en el inconsciente y también, en parte, en la mente consciente. En el caso de la niña, su atracción hacia el pecho materno se transforma en interés, en gran parte inconsciente, por el genital paterno, el cual se convierte en el objeto de sus deseos y fantasías libidinales. A medida que prosigue el desarrollo, la niña desea al padre más que a la madre y tiene fantasías conscientes e inconscientes de ocupar el lugar de esta, conquistándolo y transformándose en su esposa. Cela también a los niños de su madre y quisiera tener hijos con el padre. Estos sentimientos, deseos y fantasías provocan rivalidad, agresión y odio contra la madre y vienen a agregarse a anteriores agravios originados en las primeras frustraciones causadas por el pecho. No obstante, los deseos y fantasías sexuales hacia la madre permanecen activos en la mente de la niña. Bajo esa influencia, quisiera también reemplazar al padre en su relación con la madre; en ciertos casos este anhelo puede incluso ser más intenso que los que siente hacia él. De ese modo, su amor por los padres coexiste con sentimientos de rivalidad hacia ambos, y esta mezcla afectiva incluye también a los hermanos y hermanas. Los deseos y fantasías vinculados a la madre y a las hermanas constituyen la base de futuras relaciones homosexuales directas, ya sea como sentimientos homosexuales que se expresarán indirectamente en forma de amistad y afecto entre mujeres. En el desarrollo normal de las cosas, los deseos homosexuales quedan relegados al segundo plano, se modifican y subliman, y predomina la atracción hacia el otro sexo.

Una evolución similar ocurre en el niño, que pronto experimenta deseos genitales hacia su madre y odio hacia el padre rival. Pero también en él se desarrollan deseos genitales hacia el padre, y esta es la raíz de la homosexualidad masculina. Estas situaciones suscitan conflictos: la niña, aunque odie a su madre, también la ama y el niño ama al padre y querría

evitarle el peligro que emana de sus impulsos agresivos. Además, el principal objeto de todos los deseos sexuales —para la niña, el padre, para el niño, la madre— también despierta odio y rencor, porque defrauda estos deseos.

El niño cela intensamente a sus hermanos y hermanas, porque son sus rivales en el amor de los padres. Sin embargo, también los ama, y aquí de nuevo surgen fuertes conflictos entre los impulsos agresivos y los sentimientos de amor. Esto provoca culpa y origina nuevos deseos de hacer reparaciones, mezcla los sentimientos que tienen gran influencia no solo en la relación entre hermanos sino también, ya que las relaciones humanas obedecen al mismo patrón, en la actitud social, el amor, la culpa y los futuros deseos de reparar.

Amor, culpa y reparación

Como lo expresé antes, los sentimientos de amor y gratitud surgen directa y espontáneamente en el niño, como respuesta al amor y cuidado de su madre. El poder del amor, que es la manifestación de las fuerzas tendientes a preservar la vida, está presente en el niño, así como los impulsos destructivos, y encuentra su primera expresión fundamental en el vínculo con el pecho de la madre; al evolucionar, se transforma en amor por ella como persona. Mi labor psicoanalítica me ha convencido de que se produce una etapa muy importante en el desarrollo cuando surgen en la mente infantil los conflictos de amor y odio y se activa el temor de perder al ser amado. Los sentimientos de culpa y congoja entran en acción como un nuevo elemento de amor, del que forma parte integrante, influyendo profundamente sobre su cualidad y cantidad.

Hasta en el niño pequeño se observa cierta preocupación por el ser amado, que no es, como podía pensarse, tan solo un signo de su dependencia del adulto benévolo y útil. Junto con los impulsos destructivos existe en el inconsciente del niño y del adulto una profunda necesidad de hacer sacrificios para reparar a las personas amadas que, en la fantasía, han sufrido daño o destrucción. En las profundidades de la mente el deseo de brindar felicidad a los demás se halla ligado a un fuerte sentimiento de responsabilidad e interés por ellos, que se manifiesta en forma de genuina simpatía y de capacidad de comprenderlos tales como son.

Identificación y labor de reparación

La simpatía genuina consiste en poder colocarse en el lugar del otro, esto es, de «identificarse» con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general, y una condición del amor intenso y auténtico. Solo si tenemos capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos. Puesto que al identificarnos con otro ser compartimos la ayuda o la satisfacción que le proporcionamos, recuperamos por una vía lo que sacrificamos por otra[237]. Los sacrificios por la persona amada y la identificación con ella nos colocan en el papel de un padre bueno, y nos comportamos con ella como nuestros padres a veces lo han hecho con nosotros, o como hemos deseado que lo hicieran. A la vez desempeñamos el papel del niño bueno hacia sus padres, realizando en el presente lo que hubiéramos querido hacer en el pasado. Así, al invertir la situación, es decir, al actuar hacia otros como padres bondadosos, nos recreamos y gozamos en la fantasía del amor y la bondad que anhelamos en nuestros padres. Esto puede también constituir un modo de manejar los sufrimientos y frustraciones del pasado. Mediante la fantasía retrospectiva de desempeñar simultáneamente el papel del buen hijo y del buen padre eliminamos parte de nuestros motivos de odio, logrando así neutralizar las quejas contra los padres frustradores, el furor vindicativo que ellos nos han provocado y los sentimientos de culpa y desesperación provenientes de este odio que dañaba a los que eran al mismo tiempo objeto de nuestro amor. A la vez, en el inconsciente reparamos nuestros agravios fantaseados (producto de nuestra fantasía) que nos causaban aún gran dosis de culpa. Este mecanismo de «reparación» es, a mi juicio, un elemento fundamental en el amor y en todas las relaciones humanas; lo mencionaré, pues, a menudo en las páginas siguientes.

Una relación amorosa feliz

Teniendo presente lo que expuse sobre los orígenes del amor, consideraremos ahora algunas relaciones adultas, tomando como primer ejemplo una relación de amor estable y satisfactoria entre hombre y mujer, como la que puede existir en un matrimonio feliz. Involucra un vínculo profundo y capacidad para el sacrificio mutuo y para compartir tanto el dolor como el placer, tanto los intereses como los goces sexuales. Una relación de esta índole abre un extenso ámbito para las más diversas manifestaciones del amor[238]. Si la actitud de la mujer hacia el hombre es maternal, satisface, en la medida posible, los tempranos deseos de él de recibir gratificaciones de su propia madre. En el pasado esos anhelos nunca fueron completamente satisfechos, y tampoco han sido abandonados del todo. Es como si él ahora tuviese a su madre para sí, con sentimientos de culpa relativamente escasos (cuya razón se detallará más adelante). Si la mujer tiene una vida emocional ricamente desarrollada, además de abrigar sentimientos maternales, conservará algo de su actitud infantil hacia su padre, y ciertas características de la antigua relación matizarán su vínculo con el marido. Por ejemplo, le brindará admiración y confianza, viendo en él una figura protectora y útil, tal como antes lo fuera su padre. Estos sentimientos forman la base de una relación que permitirá la plena satisfacción de los deseos y necesidades de la mujer como persona adulta. A su vez, esta actitud de la mujer proporciona al hombre la oportunidad de protegerla y cuidarla de mil maneras, es decir, de desempeñar hacia su madre, en su inconsciente, el papel de un buen marido.

Cuando una mujer es capaz de amar intensamente a su marido y a sus hijos podemos deducir que muy probablemente su relación infantil con sus padres y hermanos ha sido buena, o sea, que pudo manejar en forma satisfactoria sus tempranos impulsos de odio y venganza contra ellos. He mencionado anteriormente la importancia del deseo inconsciente de la niña detener un hijo con su padre, y los impulsos sexuales involucrados en tal deseo. La frustración sexual que le inflige el padre suscita intensas fantasías agresivas, que tendrán gran influencia sobre su capacidad de obtener gratificación sexual en la vida adulta. En la niña pequeña las fantasías sexuales están, pues, conectadas con el odio que, específicamente, va dirigido contra el pene del padre, pues este órgano le niega la gratificación que proporciona a la madre. Su odio y sus celos la llevan a desear que el pene sea

algo peligroso y malo que tampoco pueda gratificar a su madre; así en su fantasía el pene adquiere cualidades destructivas. A causa de sus deseos inconscientes, centrados alrededor de las gratificaciones sexuales de los padres, algunas de sus fantasías atribuyen a los órganos y placeres genitales un carácter peligroso y dañino. Estas fantasías agresivas son de nuevo neutralizadas en su mente por el deseo de reparar: más específicamente, de curar el genital paterno, al que mentalmente ha dañado o investido de maldad. También las fantasías de índole restauradora están conectadas con sentimientos y deseos sexuales. Todo este fantasear inconsciente tendrá gran influencia sobre los sentimientos de la mujer hacia su marido. Si este la ama y además la gratifica sexualmente, sus fantasías sádicas inconscientes se debilitarán. Pero, aunque en la mujer normal nunca alcancen un grado que inhiba la tendencia a mezclarlas con impulsos eróticos más positivos o amistosos, estas fantasías jamás desaparecen del todo, sino que estimulan a las otras de naturaleza reparadora; vuelve así a actuar el impulso de reparación. Las gratificaciones sexuales no solo le proporcionan placer, sino que también la apaciguan y protegen contra los temores y sentimientos de culpa derivados de sus primeros deseos sádicos. A su vez, el apaciguamiento acrecienta su gratificación sexual y despierta en ella gratitud y ternura, al mismo tiempo que acentúa su amor. Debido a que en las profundidades de su mente perdura la idea de que su genital es peligroso y podría dañar el del marido —noción que proviene de sus fantasías agresivas contra su padre— parte de la satisfacción que obtiene deriva del hecho de comprobar que sus genitales son buenos, puesto que proporcionan a su marido placer y felicidad.

Las fantasías de la niña pequeña sobre la peligrosidad de los genitales paternos conservan cierta vigencia en el inconsciente de la mujer. Pero si tiene con su marido una relación feliz y sexualmente gratificadora siente que los genitales de aquel son buenos, lo cual disipa su miedo. La gratificación sexual actúa así como doble garantía: de su propia bondad y de la de su marido, y la seguridad que esto le brinda incrementa a su vez el goce sexual, ampliando el círculo propicio a la paz íntima. Los celos y odios tempranos de la mujer hacia su madre considerada como rival en el amor del padre, han desempeñado un papel importante en sus fantasías agresivas. La felicidad mutua proveniente de la gratificación sexual y de la relación feliz y amorosa con su marido será parcialmente interpretada como indicio de que sus deseos sádicos contra la madre han sido inoperantes o anulados por la reparación.

También la actitud emocional y la sexualidad del hombre en su relación con la mujer sufren por supuesto la influencia de su pasado. La frustración de

sus deseos genitales por su madre, en la niñez, despertó en él la fantasía de que su pene se transformaba en un instrumento capaz de herirla y dañarla. También contra su padre alentó fantasías sádicas a raíz de los celos y el odio que sentía contra ese rival en el amor materno. En la relación sexual con su compañera entran en juego, en cierto grado, sus tempranas fantasías agresivas, que lo llevaron a temer la destructividad de su pene. Y, por una transmutación de naturaleza similar a la que se produce en la mujer el impulso sádico, cuando no es excesivo, estimula las fantasías de reparación. Sentirá entonces que su pene es un órgano bueno y curativo, que proporciona placer a la mujer, repara su genital dañado y le da hijos. Una relación feliz y sexualmente gratificadora le prueba la bondad de su pene y también, inconscientemente, el éxito de sus intentos de reparación. Esto no solo aumenta su placer sexual, su amor y ternura por la mujer, sino que propicia sentimientos de gratitud y seguridad, los que a su vez incrementan sus poderes creadores en otros campos e influyen favorablemente sobre su capacidad para el trabajo y otras actividades. Al compartir sus intereses (así como su amor y su placer sexual), la mujer le prueba el valor de su trabajo. Su primitivo deseo de ser capaz de hacer por su madre lo que su padre hacía en el terreno sexual y en otros de recibir de ella lo que él recibía, con ella produce también el efecto de disminuir su agresión contra el padre, intensamente estimulada por su fracaso en obtener a la madre como esposa. Esto le tranquiliza en cuanto a las consecuencias de sus prolongadas tendencias sádicas contra el padre.

Puesto que su odio y su rencor contra el padre han matizado sus sentimientos hacia los hombres que lo representan y los resentimientos contra su madre han igualmente afectado su relación con las mujeres que la simbolizan, una experiencia amorosa satisfactoria cambia su perspectiva vital y su actitud hacia la gente y las actividades en general. El amor y el aprecio de su esposa le dan el sentimiento de haber alcanzado plena madurez y de ser igual a su padre. Se atenúa la rivalidad hostil y agresiva contra este, cediendo el lugar a una competencia más amistosa con él —o más bien con símbolos paternos admirados— en las realizaciones y tareas productivas y es muy probable que aumente o mejore su creatividad.

Del mismo modo, una mujer que establece una relación amorosa feliz con un hombre se siente inconscientemente a la altura del lugar que la madre, ocupaba junto a «su» marido y capaz de obtener las satisfacciones de que aquella disfrutaba y que le fueron negadas en su niñez. Puede entonces equiparar se a su madre y gozar de la misma felicidad, derechos y privilegios,

pero sin dañaría ni robarla. Los efectos sobre su actitud y el desarrollo de su personalidad son análogos a los cambios producidos en el hombre cuando, mediante un matrimonio feliz, se considera igual a su padre.

De esta manera ambos cónyuges experimentan la relación de amor y gratificación sexual mutua como una feliz recreación de sus primeros años familiares. Muchos deseos y fantasías nunca pueden ser satisfechos en la niñez[239], no solo porque son irrazonables sino también porque en el inconsciente coexisten simultáneamente deseos contradictorios. Parece una paradoja, pero en cierta forma el cumplimiento de muchos deseos infantiles solo es posible cuando el individuo ha crecido. En la relación feliz entre adultos el temprano deseo de tener a la madre o al padre para sí permanece aun inconscientemente activo. Por supuesto, la realidad no permite que la gente se case con su madre o con su padre; si ello fuera factible, los sentimientos de culpa hacia terceros interferirían en la gratificación. Pero solo quien en el inconsciente pudo fantasear tales relaciones y, hasta cierto punto, vencer los sentimientos de culpa inherentes a estas fantasías y gradualmente logró desprenderse de los padres a la vez que permanecer vinculado a ellos, estará capacitado para transferir sus deseos a personas que representarán los anhelados objetos del pasado, sin ser idénticos a ellos. Es decir, que solo el individuo que ha «crecido», en el verdadero sentido de la palabra, podrá realizar sus fantasías infantiles en la vida adulta; y por añadidura, con el alivio de la culpa sentida antaño por sus deseos infantiles. En efecto, una situación fantaseada en la niñez se ha hecho ahora real, pero lícita y en forma tal que le demuestra que los diversos males que su fantasía asociaba con dicha situación en realidad no han ocurrido. Una relación adulta feliz como la que he descripto puede significar, según lo expresé antes, una recreación de la temprana situación familiar, que será ahora más completa, ampliando el ámbito de apaciguamiento y seguridad mediante la relación del hombre y la mujer con los hijos. Esto nos lleva al tema de la paternidad.

Los padres: ser madre

Consideraremos primero una auténtica relación de afecto entre la madre y el hijo, tal como la que se desarrolla si la mujer ha alcanzado una personalidad plenamente maternal. Muchos lazos vinculan la relación de una madre con su hijo a la que en la niñez mantuvo con su propia madre. En todos los niños existe un fuerte deseo consciente e inconsciente de tener hijos. En las fantasías inconscientes de la niña el cuerpo de su madre está lleno de hijos; se imagina que han sido puestos allí por el pene del padre, que para ella es símbolo de toda creatividad, poder y bondad. Su actitud predominantemente admirativa hacia su padre y sus órganos sexuales como creadores y capaces de dar vida se acompaña de un intenso deseo de poseer hijos propios y tenerlos dentro de sí como la posesión más preciosa.

La observación cotidiana nos muestra que las niñas pequeñas juegan con las muñecas como si estas fueran sus hijos. A menudo hacen alarde de apasionada devoción, tratando a esos juguetes como a niños reales, compañeros, amigos que forman parte de su vida. No solo no dejan las muñecas sino que constantemente se ocupan de ellas desde que comienza el día y presentan dificultad en abandonarlas cuando deben hacer otra cosa. Estos deseos de la niñez persisten hacia la edad adulta y contribuyen a cimentar la fuerza del amor que una mujer embarazada siente por el hijo que crece en sus entrañas y luego por el que ha dado a luz. La gratificación detenerlo al fin alivia el dolor de su frustración infantil, cuando deseaba un hijo de su padre y no podía tenerlo. El cumplimiento de un deseo tan importante y largamente postergado tiende a disminuir su agresión y aumentar su capacidad de amor hacia su hijo. Además, el desamparo del niño y su gran necesidad de cuidados maternales demanda más amor que el que puede proporcionarse a cualquier otra persona, brindando así un cauce a todas las tendencias afectuosas y constructivas de la madre, Nadie ignora que algunas madres sacan partido de esta relación para gratificar sus propios deseos, es decir, su sentido posesivo y la satisfacción de tener quien dependa de ellas. Tales mujeres quieren conservar a sus hijos adheridos a ellas y detestan la idea de verlos crecer y adquirir personalidad. En otras, el desamparo del niño hace aflorar todos sus fuertes deseos de reparación, que derivan de varias fuentes y pueden ahora aplicarse al hijo largamente deseado, que representa el cumplimiento de sus tempranas aspiraciones. La gratitud

hacia el niño que le proporciona el goce de poder amarlo aumenta estos sentimientos y puede conducirla a subordinar su propia gratificación al bienestar de su hijo, que se constituirá en su interés primordial.

La naturaleza de las relaciones de la madre con sus hijos cambia, por supuesto, a medida que ellos crecen. Su actitud hacia los hijos mayores estará más o menos bajo la influencia de la actitud que tuvo en el pasado hacia sus hermanos, hermanas, primos, etc. Ciertas dificultades en las relaciones pasadas pueden interferir en sus sentimientos hacia su propio hijo, especialmente si este revela reacciones y rasgos que tienden a reactivar en ella los antiguos problemas. Los celos y la rivalidad fraterna le han despertado deseos de muerte y fantasías agresivas, y en su mente creyó dañar y destruir a sus hermanos. Si los sentimientos de culpa y conflictos derivados de estas fantasías no son demasiado fuertes, la posibilidad de reparar gana así mayor alcance y sus afectos maternales pueden manifestarse de un modo más completo.

Uno de los elementos de esta actitud materna parece ser la capacidad de ponerse en el lugar del niño y ver la situación desde su punto de vista. El ser capaz de hacerlo con amor y simpatía está íntimamente asociado, como lo hemos visto, con los sentimientos de culpa y el impulso de reparación. Sin embargo, si la culpa es muy fuerte esta identificación puede llevar a una actitud extremada de autosacrificio, sumamente desventajosa para el niño. Es bien sabido que un niño educado por una madre que lo inunda de amor y no le pide nada a cambio, a menudo se transforma en una persona egoísta. La falta de capacidad de amor y consideración en un niño es en cierta medida un velo que encubre sentimientos de culpa excesivos. La indulgencia materna exagerada tiende a fomentar un clima de quietud y, además, no da campo suficiente para el ejercicio del impulso infantil de hacer reparación, sacrificios a veces, y desarrollar una verdadera consideración hacia los demás[240]. Con todo, si la madre no está demasiado envuelta en los sentimientos del niño ni excesivamente identificada con él, puede hacer uso de su sensatez para guiar al hijo del modo más provechoso. Disfrutará entonces plenamente de la posibilidad de fomentar su desarrollo, satisfacción esta que se refuerza con las fantasías de hacer por su hijo lo que logró o deseó que su madre hiciera por ella. Salda así su deuda y repara los daños que en su fantasía hizo a los hijos de su madre, lo cual contribuye a aplacar sus sentimientos de culpa. La capacidad materna de amar y comprender a sus hijos se pone a prueba especialmente cuando estos llegan a la adolescencia. En este período los chicos tienden normalmente a separarse de sus padres ya liberarse en cierta

medida de sus antiguos vínculos con ellos. Sus esfuerzos para abrirse camino hacia nuevos objetos de amor crean situaciones que quizá resulten muy dolorosas para los padres. La madre que tiene fuertes sentimientos maternales puede permanecer firme en su amor, ser paciente y comprensiva, proporcionar ayuda y consejo cuando sean necesarios y permitir, con todo, que los hijos elaboren sus propios problemas, todo ello sin pedir mucho. Sin embargo, esto solo es posible si su capacidad de amar se ha desarrollado en forma tal que le permita una doble identificación, con su hijo y con la madre sensata que su mente evoca.

La relación de la madre con sus hijos volverá a cambiar de carácter, y su amor buscará nuevas formas de manifestarse cuando ellos hayan crecido y tengan su propia vida, liberados ya de sus antiguos lazos. La madre advierte ahora que no desempeña un papel muy amplio en sus vidas. Pero puede experimentar cierta satisfacción al conservar disponible su amor para cuando sus hijos lo necesiten. Inconscientemente siente que les proporciona seguridad: sigue siendo la madre de antes, cuyo seno les dio gratificación plena y que satisfizo sus necesidades y deseos. En esta situación se identifica completamente con su propia madre protectora, cuya influencia benigna jamás se ha desvanecido en su mente. Al mismo tiempo se identifica con sus propios hijos. En su fantasía vuelve, por así decirlo, a la niñez y comparte con ellos la posesión de una madre buena y protectora. El inconsciente de los niños a menudo responde al de la madre y, al margen del grado en que utilice el acopio de amor que le está destinado, frecuentemente derivan un gran aliento y apoyo interior del hecho de que este amor exista.

Los padres: ser padre

Aunque los hijos no signifiquen tanto para el hombre como para la mujer, desempeñan en su vida un papel importante, especialmente si él y su mujer viven en armonía. Para remontarnos a los orígenes profundos de esta relación reitero lo que ya expuse sobre la gratificación que obtiene el hombre al proporcionar un hijo a su mujer, en la medida en que esto representa una compensación de sus deseos sádicos hacia su madre y una reparación de ello. Este mecanismo aumenta la satisfacción real de crear un hijo y de realizar los deseos de su esposa. La gratificación de sus deseos femeninos al compartir el goce maternal de su mujer constituye una fuente adicional del placer. En la niñez deseó intensamente tener hijos con su madre y estos deseos incrementaron sus impulsos de robarle sus niños. Como hombre, «puede» dar hijos a su mujer, verla feliz con ellos; puede ahora, sin sentimientos de culpa, identificarse con ella en el parto y el amamantamiento, así como en la relación con los hijos mayores.

De todos modos, el ser un «buen padre» para sus hijos da al hombre muchas satisfacciones. Todos sus impulsos protectores, que han sido estimulados por sentimientos de culpa en relación con su temprana vida familiar infantil, encuentran ahora expresión plena. Además, se produce una identificación con un padre bueno, ya sea su padre real o un padre idealizado. Otro elemento más en la relación con sus hijos será su identificación con ellos, pues en su mente comparte sus goces. Asimismo, al ayudarles en sus dificultades y promover su desarrollo reedita su propia niñez de una manera más satisfactoria. Mucho de lo expuesto sobre la relación de la madre con sus hijos en las diferentes etapas se aplica también al padre. Si bien desempeña un papel distinto del de ella, las actitudes de ambos se complementan mutuamente. Si (como lo damos por sentado en este capítulo) la vida matrimonial se apoya en el amor y la comprensión, el marido también disfruta de la relación de su mujer con los hijos, mientras ella siente placer de la comprensión y ayuda que el marido les presta.

Dificultades en las relaciones familiares.

Sabemos que una vida familiar plenamente armoniosa como la que he descripto no es un caso corriente. Depende de una feliz coincidencia de circunstancias, de factores psicológicos y, primordialmente, de una capacidad de amor bien desarrollada en ambos cónyuges. Pueden acaecer dificultades de todo tipo en la relación entre marido y mujer, y en la de estos con sus hijos; daré algunos ejemplos.

La individualidad del niño tal vez no corresponda a lo que los padres desearían. Cada uno de ellos pudo inconscientemente haber querido que el hijo se pareciera a uno de sus propios hermanos; y naturalmente, uno de los dos será defraudado, si no ambos. Asimismo, si ha habido en ellos una fuerte rivalidad e intensos celos en relación con los hermanos y hermanas, esta situación puede repetirse ante el desarrollo y las realizaciones de sus hijos. Otro problema se produce cuando los padres son muy ambiciosos y utilizan los logros de sus hijos para obtener seguridad y disminuir sus propios temores. Hay además mujeres incapaces de amar y de gozar el hecho de tener hijos porque se sienten, en la fantasía, demasiado culpables de ocupar el lugar de sus propias madres. Una mujer de este tipo tal vez no pueda atender a sus hijos, debiendo entregarlos al cuidado de niñeras o de otras personas que, en su inconsciente, representan a su madre. De este modo le devuelve los hijos que deseó quitarle. Este temor de amar al hijo, que naturalmente perturba la relación con él, puede ocurrir también en los hombres y es muy probable que afecte las relaciones mutuas entre marido y mujer.

He dicho que los sentimientos de culpa y el impulso de reparación están íntimamente ligados a la emoción amorosa. Sin embargo, si el primitivo conflicto entre amor y odio no ha sido satisfactoriamente resuelto, o si la culpa es demasiado fuerte, puede producirse una reacción de alejamiento ante el ser amado, e incluso de rechazo hacia él. En último análisis, el temor de que la persona amada —originalmente la madre— pueda morir a causa de los agravios que en la fantasía se le han infligido, torna intolerable el depender de ella. Podemos observar la satisfacción de los niños pequeños ante sus primeras realizaciones y todo lo que aumente su independencia. Ello se debe a muchas razones obvias, pero, según mi experiencia, hay una muy importante y profunda: el niño se siente impulsado a debilitar sus lazos con la persona más importante, su madre. Originariamente ella preservé su vida, satisfizo

todas sus necesidades, le brindó protección y seguridad; en consecuencia, es para él fuente de toda bondad y vida. En su fantasía inconsciente, ella forma parte inseparable de sí mismo y, por lo tanto, su muerte implicaría también la del niño. Si tales sentimientos y fantasías son muy intensos, el apego a las personas amadas puede llegar a ser una carga abrumadora.

Muchas personas buscan solución a estas dificultades mediante el recurso de reducir su capacidad de amor, «negándola» o suprimiéndola, y evitando toda emoción fuerte. Otras escapan a los peligros del amor desplazándola predominantemente de las personas a los objetos. El desplazamiento del amor a las cosas e intereses (que he tratado en relación con el explorador y el hombre que lucha contra las fuerzas de la naturaleza) forma parte del crecimiento normal. Pero en algunos, se transforma en el método principal para manejar los conflictos, o mejor, para evitarlos. Todos conocemos al individuo que se rodea de animales, al coleccionista apasionado, al científico, al artista y otros seres capaces de un gran amor y hasta de sacrificios por los objetos de su devoción o por su tarea favorita, pero que escatiman su interés y amor hacia los demás seres humanos.

Una evolución muy distinta se produce en los que pasan a depender enteramente de las personas con quienes establecen vínculos intensos. El miedo inconsciente a la muerte del ser amado fomenta esa dependencia excesiva. Los temores de esa naturaleza incrementan la voracidad, que viene a constituir uno de los elementos de tal actitud y se expresa a través de la utilización exagerada de la persona de quien se depende. El eludir responsabilidades es otro componente de la dependencia excesiva; el otro se hace responsable de nuestros actos y a veces hasta de nuestras opiniones y pensamientos. (Esta es una de las razones de la adopción indiscriminada de las ideas de un líder y de la obediencia ciega a sus mandatos). Para los que son tan dependientes, el amor se hace sumamente necesario como apoyo contra el sentimiento de culpa y los distintos temores. El ser amado debe probarles, con manifestaciones de afecto siempre reiteradas, que no son malos ni agresivos y que sus impulsos destructivos no se han hecho efectivos.

Estas ligaduras extremadas son especialmente perturbadoras en la relación de la madre con su hijo. Como lo he señalado antes, la actitud materna ante el hijo tiene mucho en común con los primeros sentimientos de la niña hacia su propia madre. Ya sabemos que esta primera relación se caracteriza por el conflicto entre amor y odio. Al tener un hijo, la mujer transfiere sobre él los deseos inconscientes de muerte que de niña sintió hacia su madre.

Los problemas afectivos entre hermanos y hermanas en la niñez, intensifican estos sentimientos. Si a causa del conflicto no resuelto en el pasado, la madre se siente demasiado culpable en relación con el hijo, puede necesitar su amor tan intensamente que utilizará varios recursos para mantenerlo estrechamente ligado a ella y dependiente; o quizá se dedique a él hasta el punto de transformarlo en eje de toda su vida.

Consideremos ahora, aunque solo desde un aspecto básico, una actitud mental muy diferente: la infidelidad. Las múltiples manifestaciones y formas de infidelidad (resultado de los más variados modos de desarrollo y expresión: en algunas personas, principalmente de amor; en otras, de odio, con todos los matices intermedios), tienen un fenómeno en común: el repetido alejamiento de una persona (amada) motivado en parte por el temor a la dependencia. He descubierto que, en las profundidades de la mente, el típico Don Juan se siente acosado por el miedo a la muerte de sus amadas, el que se abriría paso y provocaría depresión y grandes sufrimientos mentales, si no fuera por su defensa específica: la infidelidad. Por este medio se está probando constantemente a sí mismo que su objeto, «uno» y muy amado (originariamente su madre, cuya muerte temía porque su amor hacia ella era voraz y destructivo), no le es, después de todo, indispensable, ya que siempre podrá volcar en otra mujer sentimientos apasionados, aunque superficiales. En contraste con los que por temor a la muerte del ser amado, lo rechazan, o bien sofocan y niegan el amor, el Don Juan, por varias razones, toma el camino opuesto. Pero su actitud con las mujeres involucra una transacción inconsciente. Al abandonar y rechazar a algunas mujeres se aleja inconscientemente de su madre salvándola de sus deseos peligrosos y liberándose de su penosa dependencia, mientras que al buscar a otras y proporcionarles placer y amor, en su inconsciente retiene a la madre amada o vuelve a recrearla.

En realidad se siente impulsado hacia una y otra porque pronto todas ellas se transforman en imagen de su madre. Su objeto original de amor es así reemplazado por una sucesión de objetos diversos. En la fantasía inconsciente, recrea o repara a su madre por medio de gratificaciones sexuales (que realmente brinda a otras mujeres), pues solo en un aspecto siente su sexualidad como peligrosa; en otro, la siente reparadora y susceptible de hacerla feliz. Esta doble actitud forma parte de la transacción inconsciente que origina la infidelidad y es condición de ese tipo particular de desarrollo.

Esto me lleva a considerar otra clase de dificultad en las relaciones amorosas. A veces un hombre vuelca sus sentimientos afectuosos, tiernos y

protectores en una mujer, quizá su esposa, pero es incapaz de obtener goce sexual con ella y debe reprimir sus deseos sexuales o satisfacerlos con otra. Los temores de que su sexualidad sea de naturaleza destructiva, el miedo al padre como rival y los resultantes sentimientos de culpa son otras tantas razones profundas de la separación entre los afectos tiernos y los específicamente sexuales. La mujer amada y altamente valorizada, que se erige como su madre, tiene que ser preservada de su sexualidad, que en la fantasía siente como peligrosa.

Elección del compañero de amor

El psicoanálisis nos muestra que profundos motivos inconscientes participan en la elección de la pareja y determinan la atracción sexual y el placer de la mutua compañía. Los sentimientos de un hombre hacia una mujer sufren la influencia de su vínculo temprano con la madre. Pero tal situación puede ser más o menos inconsciente y presentar manifestaciones muy enmascaradas. Quizás un hombre elija como compañera a una mujer que tenga algunas características completamente opuestas a las de su madre: tal vez la apariencia de la amada sea muy distinta, pero su voz o ciertos rasgos de su personalidad que le resultan especialmente atractivos, concordarán con las primeras impresiones que él recibió de su madre. O tal vez, precisamente con el propósito de desligarse de un vínculo demasiado fuerte con la madre, venga a elegir una compañera que presente un contraste absoluto con aquella.

Muy a menudo, a medida que se produce el desarrollo del niño, una hermana o una prima ocupan el lugar de la madre en sus fantasías sexuales y en su amor. Es obvio que la actitud basada en estos sentimientos será distinta de la del hombre que busca fundamentalmente rasgos maternos en la mujer. Con todo, la elección resultante de sentimientos experimentados hacia una hermana, puede tender también a la búsqueda de aspectos de índole maternal en la compañera. La temprana influencia que sobre el niño ejercen las personas de su ambiente, crea una gran variedad de posibilidades: una niñera, una tía, una abuela, pueden desempeñar un papel muy importante. Naturalmente, al considerar la influencia de las primeras relaciones sobre la elección posterior, no debemos olvidar que lo que el hombre desea recrear en sus relaciones amorosas es su impresión infantil ante la persona amada y las fantasías que tuvo con ella. Además, el inconsciente establece asociaciones sobre bases muy distintas de las que rigen en la mente consciente. Toda suerte de impresiones completamente olvidadas —reprimidas— contribuye así para que una persona resulte para determinado individuo, más atractiva que las demás, en el terreno sexual y en otros.

Factores similares actúan en la elección femenina. Las impresiones que conserva de su padre, sus sentimientos hacia él —admiración, confianza, etc. —, pueden desempeñar un papel predominante en la elección del compañero. Pero quizá su temprano amor hacia su padre haya sufrido serias alteraciones. Tal vez se haya alejado de él muy pronto debido a fuertes conflictos o graves

decepciones. En este caso, un hermano, un primo o un compañero de juegos puede haber asumido gran importancia, tomándose en el receptáculo de sus deseos y fantasías sexuales, así como de sus sentimientos maternales. Buscará entonces un amante o un marido que configure la imagen de ese hermano, de preferencia el que tenga cualidades de tipo paterno. En una relación de amor feliz el inconsciente de la pareja se corresponde. En el caso de la mujer que tiene marcados sentimientos maternales, las fantasías y los deseos del hombre que busca una mujer predominantemente maternal corresponderán a los suyos. Si permanece muy ligada a su padre, inconscientemente buscará a un hombre que necesite desempeñar ante la mujer el papel de un buen padre.

Aunque los vínculos amorosos de la vida adulta están fundados en las primeras relaciones emocionales con los padres, hermanos y hermanas, los nuevos lazos no son necesariamente meras repeticiones de la temprana situación familiar. Los recuerdos, sentimientos y fantasías inconscientes entran en la nueva ligazón de amor y amistad en formas completamente disfrazadas. Pero además de las primeras influencias, muchos otros factores actúan en los complicados procesos que cimentan una relación amorosa o amistosa. Las relaciones normales adultas siempre contienen nuevos elementos derivados de la nueva situación: las circunstancias, la personalidad del otro, y su respuesta a las necesidades emocionales y a los intereses prácticos del adulto.

Logro de independencia

Hasta aquí me he referido principalmente a las relaciones íntimas entre los seres. Entraremos ahora en las manifestaciones más generales del amor y las formas en que este participa de intereses y actividades de todo tipo. El vínculo primario del niño con el pecho y la leche de su madre constituye la base de todas las relaciones de amor en la vida. Pero si consideráramos la leche materna simplemente como un alimento saludable y adecuado, concluiríamos que sería fácil reemplazarlo por otro igualmente conveniente. Sin embargo, la leche de la madre, la primera que aplaca los tormentos del hambre en el niño y que proviene del pecho que llega a amar cada vez más, adquiere para él un inestimable valor emocional. El pecho y su producto, primeras gratificaciones de su instinto de autopreservación y de sus deseos sexuales, se erigen en su mente en símbolos de amor, placer y seguridad. Es por lo tanto de suprema importancia el saber hasta qué punto puede «psicológicamente» reemplazar este primer alimento por otros. La madre logra, con mayor o menor dificultad, que el niño se acostumbre a ingerir otras sustancias. Con todo, quizás él no abandone su intenso deseo del alimento primitivo; quizá no olvide sus quejas y su odio por haber sido privado de él, ni se adapte, en el verdadero sentido, a esta frustración; y si ello ocurriera, no podrá adaptarse a ninguna frustración de su vida futura.

Si llegamos a comprender, mediante la exploración del inconsciente, la fuerza y profundidad del primer apego a la madre y a su alimento así como la intensidad con que este persiste en el inconsciente del adulto, nos sorprenderá ver que el niño logre paulatinamente desprenderse de ella y conquistar independencia. Es cierto que ya en el lactante existe un agudo interés por lo que ocurre a su alrededor, una creciente curiosidad y placer en aumentar su ámbito de personas, cosas y realizaciones, todo lo cual parece facilitarle nuevos objetos de amor y de interés. Pero esto no basta para explicar su posibilidad de desligarse de la madre con quien tiene un vínculo inconsciente tan fuerte. La índole misma de este intenso apego lo impulsa a separarse de ella porque (dada la inevitabilidad de la avidez frustrada y del odio) despierta en él el miedo de perder a esta persona tan importante y, por lo tanto, el temor a depender de ella. Existe así, en el inconsciente, la tendencia a abandonarla, contrarrestada por el apremiante deseo de tenerla para siempre. Estos sentimientos contradictorios, juntamente con el crecimiento emocional e

intelectual del niño, que le permite encontrar otros objetos de interés y placer, conducen a la capacidad de transferir el amor, reemplazando al ser amado por otras personas y cosas. Precisamente la cantidad de amor que el niño experimenta hacia su madre le proporciona una gran disponibilidad para sus vínculos futuros. El proceso de desplazar amor es de suma importancia para el desarrollo de la personalidad y para las relaciones humanas y podríamos decir, incluso, para el desarrollo de la cultura y de la civilización.

Junto con el proceso de desplazar el amor (y el odio) de la madre a otras personas y cosas, distribuyendo así estas emociones en un círculo más amplio, hay otra manera de manejar los primitivos impulsos. Las sensaciones sensuales que el niño experimenta en relación con el pecho materno se transforman en amor hacia la madre como persona integral; los sentimientos de amor se funden desde el comienzo con los deseos sexuales. El psicoanálisis ha subrayado el hecho de que los impulsos sexuales hacia los padres, hermanos y hermanas no solo existen, sino que pueden ser observados en cierta medida en los niños muy pequeños. Con todo, solo la exploración del inconsciente permite aquilatar su fuerza y su enorme importancia.

Ya hemos visto que los deseos sexuales están íntimamente ligados a impulsos y fantasías agresivas, a la culpa y al temor de que mueran las personas queridas. Todo ello impulsa al niño a disminuir su apego hacia los padres. Él tiene, además, tendencia a reprimir estos sentimientos sexuales, que se vuelven inconscientes y quedan enterrados en las profundidades de la mente. Los impulsos sexuales se deslizan también de los primeros objetos de amor y el niño adquiere así la capacidad de amar a otros de modo predominantemente afectuoso.

El proceso descripto arriba, consistente en reemplazar a la persona amada por otras, en disociar parcialmente la sexualidad y la ternura y reprimir los impulsos y deseos sexuales, viene a integrar la capacidad del niño para establecer relaciones más amplias. No obstante, para lograr un desarrollo total exitoso es esencial que la represión de los deseos sexuales hacia los primeros seres queridos no sea demasiado fuerte[241], ni demasiado completo el desplazamiento de los sentimientos de los padres a otras personas. Si el niño conserva bastante amor para los que se hallan próximos, si sus deseos sexuales hacia ellos no están muy reprimidos, amor y deseo sexual podrán, más tarde en la vida, revivir, unirse y desempeñar una parte vital en sus relaciones amorosas. En una personalidad realmente bien desarrollada, el amor por los padres subsiste, pero se le sumará el amor por otros seres y objetos, no como mera extensión del primero, sino, como lo he señalado,

mediante una difusión de las emociones que disminuye el peso de los conflictos y de la culpa derivada del apego y dependencia en relación con las primeras personas que ama.

Al volcar sus conflictos en otras personas, el niño no los suprime, sino que los transfiere en forma menos intensa: de los primeros y más importantes, a nuevos objetos de amor (y odio) que parcialmente representan a los antiguos. Como sus sentimientos hacia estas nuevas personas no son tan fuertes, sus impulsos de reparación, que una culpa excesiva hubiera obstaculizado, pueden manifestarse ahora más plenamente.

Es bien sabido que la existencia de hermanos y hermanas favorece el desarrollo. El crecer juntos ayuda al niño a desprenderse más de los padres y elaborar con sus hermanos un nuevo tipo de relación. Sabemos, con todo, que no solo los ama, sino que también tiene hacia ellos fuertes sentimientos de rivalidad, odio y celos. Por esta razón las relaciones con los primos, compañeros de juego y otros niños más alejados de la situación familiar permiten nuevas alternativas a la relación fraterna, variaciones estas que son de gran importancia como fundamento de los futuros vínculos sociales.

Relaciones en la vida escolar

La escuela brinda la oportunidad de desarrollar la experiencia ya adquirida en materia de relaciones humanas y proporciona campo propicio para nuevos experimentos en este terreno. Entre un gran número de chicos el niño puede congeniar con uno, dos o varios mejor que con sus hermanos. Estas nuevas amistades le dan, entre otras satisfacciones, la posibilidad de corregir y mejorar, por así decirlo, las primeras relaciones con aquellos, que tal vez hayan sido insatisfactorias. El niño puede haber sido realmente agresivo con un hermano más débil o menor; o quizá su sentimiento inconsciente de culpa debido al odio y a los celos fuera la causa principal que perturbó la relación, con trastornos susceptibles de persistir en la vida adulta. Este desagradable estado de cosas puede ejercer más adelante una profunda influencia sobre sus actitudes emocionales respecto de la gente en general. Sabemos que hay niños incapaces de hacerse de amigos en la escuela. Esto ocurre porque trasladan al nuevo ambiente sus primitivos conflictos. Entre los que logran liberarse suficientemente de sus primeras dificultades afectivas y hacer amistades entre los compañeros de escuela se observa a menudo una mejoría en la relación con sus hermanos. El nuevo compañero prueba al niño que es capaz de amar y ser amado y que el amor y la bondad «existen», lo que también inconscientemente significa que puede reparar el daño que en su imaginación o de hecho ha infligido a otros. Así las nuevas amistades colaboran para la solución de las primeras dificultades emocionales, sin que se tenga conocimiento de la naturaleza exacta de los primitivos trastornos o del modo como van siendo allanados. Todos estos medios proporcionan otras tantas válvulas a las tendencias de reparación, el sentimiento de culpa disminuye, y aumenta la confianza propia y en los demás.

La vida escolar también da oportunidad de establecer entre el odio y el amor una separación mayor que lo que es posible en el pequeño círculo familiar. En la escuela algunos niños son detestados o simplemente no gozan de simpatía, mientras que otros son queridos. En esta forma las emociones de amor y odio, reprimidas debido al conflicto que surge al odiar a la persona amada, pueden encontrar plena expresión en cauces más o menos aceptados socialmente. Los niños se unen de varias maneras y desarrollan ciertas normas que regulan hasta dónde pueden llevar sus manifestaciones de odio o disgusto por los demás. Los juegos y el espíritu de compañerismo implícito en

ellos constituyen un factor moderador en estas alianzas y en el despliegue de la agresión.

Aunque los celos y la rivalidad por el amor y el aprecio del maestro pueden ser muy fuertes, se desarrollan en un marco distinto al de la vida de hogar. Los maestros están más alejados de los sentimientos del niño, aportan a la situación menos emoción que los padres y además reparten sus afectos entre varios niños.

Relaciones en la adolescencia

A medida que el niño avanza hacia la adolescencia, su tendencia al culto del héroe frecuentemente se expresa a través de sus relaciones con algunos maestros, mientras que otros le inspiran aversión, odio o desprecio. Aquí de nuevo se manifiesta el proceso de separar el odio del amor que proporciona alivio, porque permite preservar a la persona «buena» y brinda además la satisfacción de odiar a alguien que a nuestro juicio se lo merece. El padre amado y odiado, la madre odiada y amada son originariamente, como ya lo he expuesto, los objetos tanto de admiración como de odio y desvalorización. Pero estos sentimientos que mezclados resultan, como sabemos, demasiado contradictorios y gravosos para la mente del niño y son, por lo tanto, probablemente soterrados, encuentran expresión parcial en las relaciones con otras personas: niñeras, tíos y parientes en general. Más tarde, en la adolescencia, la mayoría de los niños tiende a alejarse de sus padres. Esto se debe en gran parte a que sus deseos sexuales y conflictos en relación con aquellos están reforzándose una vez más. Los primeros sentimientos de rivalidad y odio contra el padre o la madre, según el caso, reviven y adquieren todo su vigor, aunque su origen sexual permanezca inconsciente. Los jóvenes suelen ser muy agresivos y desagradables con sus padres y con otras personas que se presten a ello, tales como sirvientes, un maestro débil o compañeros de escuela por los que sientan aversión. Pero cuando el odio ha llegado a esa intensidad, la necesidad de preservar el bien y el amor en el mundo interno y externo se hace muy urgente. El joven agresivo se siente, por lo tanto, impulsado a buscar seres a quienes pueda idealizar y reverenciar. Los maestros admirados pueden servir para ese fin y los sentimientos de amor, admiración y confianza hacia ellos le dan seguridad interior. Entre otras razones, porque para el inconsciente parecen confirmar la existencia de padres buenos con los cuales hay una relación positiva, lo que refuta así el odio intenso, la ansiedad y la culpa, que en este período se han vuelto muy fuertes. Hay, por supuesto, niños que pueden sentir amor y admiración por los propios padres mientras atraviesan estas dificultades, pero no son muy comunes. Creo que lo que se ha dicho explica en parte la posición especial que suelen ocupar en la mente las figuras idealizadas, como hombres y mujeres famosos, autores, atletas, aventureros, personajes imaginarios recogidos de la literatura, seres sobre quienes se vuelca la admiración y amor, sentimientos sin los

cuales todo se matizaría de odio y desamor, lo cual se experimenta como peligroso para el yo y para los demás.

Simultáneamente con la idealización de ciertas personas se produce el odio hacia otras que son vistas bajo un cristal muy oscuro, especialmente seres imaginarios, como algunos villanos del cine o de la literatura, o bien individuos reales pero algo remotos, como los caudillos políticos del partido opositor. Odiar a la gente irreal o lejana resulta mucho menos peligroso para todos los interesados que odiar a los que nos son muy próximos. Hasta cierto punto esto es aplicable también al odio hacia algunos maestros o directores: la disciplina escolar y el conjunto de la situación interpone entre maestro y alumno una barrera mayor que la que existe entre padre e hijo.

La división entre amor y odio está dirigida hacia los menos íntimos; sirve también para salvaguardar mejor a las personas amadas, tanto en la realidad como en la mente. No solo aquellas se hallan físicamente lejos y son por lo tanto inaccesibles, sino que la división entre la actitud de amor y odio fomenta el sentimiento de que se puede conservar incólume el amor. El sentimiento de seguridad que proviene de la capacidad de amar está íntimamente ligado en el inconsciente al de conservar sana y salva a la persona amada. Parecería que la creencia inconsciente rezara así: «puedo mantener intactos algunos de los seres que amo, por lo tanto no he dañado a ninguno, y los conservo a todos para siempre en mi mente». En último análisis, el inconsciente preserva la imagen de los padres amados como la posesión más preciosa, porque protege a su poseedor del dolor de la desolación total.

El desarrollo de las amistades

Las primeras amistades del niño cambian de índole durante la adolescencia. La fuerza de los afectos e impulsos, tan característica de esta etapa de la vida, favorece amistades intensas entre la gente joven, principalmente entre los del mismo sexo. Las tendencias y sentimientos homosexuales están subyacentes a estas relaciones, que frecuentemente conducen a verdaderas actividades homosexuales. Estos vínculos constituyen en parte una huida del impulso hacia el sexo opuesto, que en este período es a menudo ingobernable por varias razones internas y externas: sus deseos y fantasías se encuentran aún muy conectados con su madre y hermanas, y la lucha por alejarse de ellas y encontrar nuevos objetos de amor está en su punto culminante. Tanto las niñas como los muchachos en esta etapa sienten cargados de tantos peligros los impulsos hacia el otro sexo, que intensifican los que se dirigen hacia el mismo sexo. El amor, la admiración y la lisonja que puedan entrar en estas amistades constituyen también, como lo he señalado antes, una salvaguardia contra el odio, y por todos estos motivos los jóvenes se apegan más a tales vínculos. En este período del desarrollo las tendencias homosexuales intensificadas, sean conscientes o inconscientes, desempeñan también un papel importante en la adulación al maestro del mismo sexo. Las amistades de la adolescencia son, como sabemos, frecuentemente inestables; una de las razones es que la fuerza de los sentimientos sexuales (inconscientes y conscientes) las invaden y perturban. El adolescente aún no se ha emancipado de las fuertes ligaduras emocionales de la infancia y está todavía —más de lo que se imagina— dominado por ellas.

Las amistades de la vida adulta

Aunque en la vida adulta las tendencias homosexuales inconscientes tienen su parte en la amistad con el mismo sexo, esta se caracteriza, a diferencia del vínculo homosexual[242], por la disociación parcial entre los sentimientos afectuosos y los sexuales, que pasan a segundo plano, y aunque activos en cierta medida en el inconsciente, en la práctica desaparecen. También en la separación entre sentimientos sexuales y afectivos. Pero como este amplio sector es solo una parte de mi tema, me limitaré a hablar de las amistades entre personas del mismo sexo, y aun entonces solo haré unas pocas observaciones generales.

Tomemos como ejemplo la amistad entre dos mujeres que no dependen demasiado una de otra. A favor de las circunstancias, una u otra puede necesitar protección o ayuda. La capacidad de dar y recibir afectivamente es esencial en la verdadera amistad. Aquí los elementos de situaciones tempranas se expresan en forma adulta. Inicialmente, protección, ayuda y consejo nos fueron proporcionados por nuestras madres. Si logramos madurez emocional y autosuficiencia, no dependeremos demasiado del apoyo y consuelo maternal, pero el deseo de recibirlos en los momentos difíciles y penosos perdura hasta la muerte. En la relación con una amiga podemos a veces recibir y dar algo del amor y cuidado de una madre. Una combinación exitosa de actitud maternal y filial parece constituir una de las condiciones de una personalidad femenina emocionalmente rica y capaz de amistad. (Una personalidad femenina completamente desarrollada involucra la capacidad de mantener buenas relaciones con los hombres en lo que concierne a sentimientos afectuosos y sexuales. Pero al hablar de la amistad entre mujeres me refiero a las tendencias y sentimientos homosexuales sublimados). Quizás en las relaciones con nuestras hermanas hayamos tenido oportunidad de experimentar y expresar a la vez cuidados maternos y respuestas filiales. Podremos entonces fácilmente trasladarlos a la amistad adulta. Pero tal vez no existió una hermana o alguien con quien viviésemos estos sentimientos. En este caso, si llegamos a desarrollar una amistad con otra mujer, esta traerá la realización, modificada por las necesidades adultas, de un fuerte e importante deseo de la niñez.

Con una amiga compartimos intereses y placeres, pero también somos capaces de alegrarnos por su felicidad y éxitos, aun cuando carezcamos de

ellos. Los sentimientos de envidia y celos pueden permanecer soterrados si nuestra capacidad de identificarnos con ella y compartir así su felicidad es bastante fuerte. El elemento de culpa y reparación no está ausente nunca en tal identificación. Si hemos manejado con éxito nuestros odios, celos, insatisfacciones y resentimientos contra nuestra madre; si hemos logrado ser felices al verla feliz, al sentir que la hemos agraviado o que podemos reparar el daño hecho en la fantasía, seremos capaces de una verdadera identificación con otra mujer. Los sentimientos posesivos y reivindicatorios que originan grandes exigencias son elementos perturbadores de la amistad. En realidad, todas las emociones exageradamente intensas pueden socavarla. Cuando esto ocurre, la investigación psicoanalítica revela que han interferido las tempranas situaciones de deseos insatisfechos, rencor, voracidad o celos, o sea, que aun cuando los episodios actuales hayan desencadenado la perturbación, un conflicto infantil no resuelto desempeña un papel importante en la ruptura de una amistad. Un clima emocional equilibrado, lo cual no excluye para nada la fuerza del sentimiento, constituye la base del éxito de una amistad. No es muy probable que lo logremos si esperamos demasiado de ella, es decir, si esperamos que el amigo compense nuestras primeras privaciones. Tales exigencias son, en su mayor parte, inconscientes y, por lo tanto, no pueden ser manejadas de manera racional. Nos exponen necesariamente al desengaño, al dolor y al resentimiento. Si las exageradas demandas inconscientes ocasionan trastornos en la amistad, han acaecido repeticiones exactas —por muy distintas que sean las circunstancias— de situaciones tempranas, cuando la voracidad intensa y el odio perturbaron el amor hacia los padres, causándonos sentimientos de insatisfacción y soledad. Si el pasado no pesa demasiado sobre el presente seremos más capaces de hacer una adecuada elección de amigos y de satisfacernos con lo que ellos nos den.

Mucho de lo que he dicho sobre la amistad entre mujeres se aplica al desarrollo de las amistades entre hombres, por más que también haya desemejanzas derivadas de la diferencia entre la psicología masculina y la femenina. La separación entre los sentimientos afectuosos y los sexuales, la sublimación de las tendencias homosexuales y la identificación constituyen igualmente la base de la amistad entre hombres. Aunque los elementos y las nuevas gratificaciones que corresponden a la personalidad adulta entran renovados en la amistad masculina, también los hombres, en parte, buscan la repetición de sus relaciones con el padre o los hermanos, o tratan de hallar

una nueva afinidad que satisfaga deseos pasados, o mejorar las relaciones insatisfactorias que antaño mantuvieron con quienes los rodeaban.

Aspectos más amplios del amor

El proceso por el cual desplazamos el amor de los primeros seres queridos hacia otros se extiende, desde la primera infancia en adelante, a todas las cosas. De este modo desarrollamos intereses y actividades en los que penemos algo del amor que originariamente se dirigía a las personas. En la mente infantil una parte del cuerpo puede representar otra, y un objeto puede representar partes del cuerpo o personas. De esta manera simbólica, cualquier objeto redondeado puede en su inconsciente representar el pecho de su madre. Por un proceso gradual, todo lo que emana bondad y belleza, todo lo que causa placer y satisfacción en sentido físico o más amplio, vendría a tomar en el inconsciente el lugar de este seno generoso y el de la madre como persona total. Así, al referirnos a la patria la llamamos «la madre tierra», porque en el inconsciente el país natal puede simbolizar a nuestra madre, y por lo tanto, ser amado con sentimientos matizados por nuestro vínculo con ella.

Para ilustrar la forma en que la primitiva relación invade intereses que parecen serle muy ajenos tomemos el ejemplo de los exploradores que parten en busca de nuevos descubrimientos, sobrellevando las más penosas privaciones y encontrando a su paso grandes peligros y quizá la muerte. Además del estímulo de las circunstancias externas, muchos elementos psicológicos se hallan detrás del interés y el atractivo de la exploración. No mencionaré aquí más que uno o dos factores inconscientes específicos. En su voracidad el niño pequeño desea atacar el cuerpo de su madre, al que considera como una extensión de su pecho bueno. También tiene fantasías de robarle el contenido de su cuerpo, entre otras cosas, los hijos, preciosa posesión, que también ataca por celos. Estas fantasías agresivas de penetrar en su cuerpo pronto se enlazan con sus deseos genitales de tener un coito con ella. El trabajo psicoanalítico ha descubierto que las fantasías de explorar el cuerpo de la madre, que surgen de los deseos sexuales y agresivos del niño, de su voracidad, curiosidad y amor, contribuyen a fomentar el interés del adulto en explorar nuevos países.

Al discutir el desarrollo emocional del niño pequeño he señalado que sus impulsos agresivos dan lugar a fuertes sentimientos de culpa y al temor de que la persona querida muera, todo lo cual forma parte del amor, lo refuerza e intensifica. En el inconsciente del explorador, un nuevo territorio representa una nueva madre que compensará la pérdida de la madre real. Busca la «tierra

prometida», la «tierra de la que mana leche y miel». Y hemos visto que el temor a la muerte de la persona más amada lleva al niño a alejarse de ella en cierta medida; pero al mismo tiempo lo conduce también a recrearla y encontrarla nuevamente en cualquier tarea que emprenda. De ese modo, tanto el impulso de apartarse como el de mantener el vínculo original encuentran plena expresión. La temprana agresión del niño estimula la tendencia a restaurar y compensar, a devolver a su madre los bienes robados en su fantasía, y estos deseos de resarcimiento se unen más tarde a la vocación de explorador: encontrar una nueva tierra es dar algo al mundo en general y a algunas personas en particular. Su actividad expresa tanto su agresión como su deseo de reparar. Sabemos que al descubrir una nueva tierra la agresión se utiliza en la lucha con los elementos y con toda suerte de dificultades. Pero a veces se manifiesta más abiertamente. Ocurría en otras épocas, cuando los exploradores, que además conquistaban y colonizaban, dieron muestras de despiadada crueldad contra las poblaciones nativas. Con esta actitud concretaban los tempranos ataques fantaseados contra los niños imaginarios en el cuerpo de la madre y el odio real contra los hermanos recién nacidos. El deseo de restauración, sin embargo, encontró plena expresión al repoblar el país con elementos de su propia nacionalidad. Podemos ver cómo, a través del interés por la exploración, varios impulsos y emociones —la agresión (manifiesta o no), los sentimientos de culpa, el amor y el impulso de reparar — pueden transferirse a otra esfera, alejada de su objeto original.

La vocación de explorar no tiene que manifestarse necesariamente a través de la exploración física del mundo, sino que puede extenderse a otros campos, como cualquier tipo de pesquisa científica. Los primeros deseos y fantasías de explorar el cuerpo materno forman parte de la satisfacción que el astrónomo, por ejemplo, deriva de su trabajo. El anhelo de redescubrir a la madre de los primeros tiempos, real o afectivamente perdida, es también de gran importancia en el arte creador y en la forma de apreciarlo y disfrutar de él.

Para ilustrar algunos de los procesos que acabo de exponer transcribiré la conocida composición de Keats, *On First Looking into Chapman's Homer*[243] (Primera ojeada al Homero de Chapman). *Much have I travell'd in the realms of gold, and many goodly states and kingdoms seen; round many wéstern islands have I been*

which bards in fealty to Apollo hold.
Oft of one wide expanse had I been told
that deep-brow'd Homer ruled as his demesne:

yet did I never breathe its pure serene
till I heard Chapman speak out loud and bold:
then felt I like some watcher of the skies
when a new planet swims into his ken;
or like stout Cortez, when with eagle eyes
he stared at the Pacific —and all his men
look'd at each other with a wild surmise—
silent, upon a peak in Darien.
Mucho viajé por comarcas de oro, y
he visto países y reinos esplendentes;
muchas islas recorrí del occidente
donde los poetas guardan lealtad a Apolo.
Frecuentemente oí de una vasta extensión
donde ejerce su imperio el soñador Homero,
pero jamás respiré su pura exaltación
hasta escuchar de Chapman el verbo altanero.
Entonces fui como un explorador del cielo inmenso
cuando un nuevo planeta nada en las alturas
o como él fue Cortés, cuyos ojos de halcón
contemplaron el Pacífico, y su tripulación
se miraba con salvaje conjetura
sobre una cima del Darién, en profundo silencio.

Keats habla aquí con el enfoque del que goza ante una obra de arte. Compara la poesía con «países y reinos esplendentes» y «comarcas de oro». Al leer a Homero traducido por Chapman se siente al principio como un astrónomo que observa los cielos cuando «un nuevo planeta nada en las alturas». Pero luego se vuelve el explorador que descubre «con salvaje conjetura» nuevas tierras y mares. En este perfecto poema de Keats el mundo representa el arte, y es evidente que para él el goce y la exploración científicos y artísticos provienen de la misma fuente: del amor por las hermosas tierras, las «comarcas de oro». La exploración del inconsciente (precisamente, un continente desconocido descubierto por Freud) demuestra que, como lo he señalado antes, las hermosas tierras representan a la madre amada y el anhelo hacia esta. Volviendo al poema, se puede sugerir, sin llegar al análisis detallado, que el «soñador Homero» que gobierna la tierra de la poesía representa al padre admirado y poderoso, cuyo ejemplo sigue el hijo (Keats) cuando penetra, él también, en el país de su deseo (arte, belleza, el mundo: en esencia, su madre).

Del mismo modo el escultor que da vida a su objeto de arte, ya sea que este represente una figura humana o no, inconscientemente está restaurando y recreando a las personas a quienes amó primero y a las que destruyó en su fantasía.

Sentimientos de culpa, amor y creatividad

Los sentimientos de culpa, como traté de señalar, constituyen un incentivo fundamental para la creación y el trabajo en general, aun en sus formas más simples. No obstante, si son demasiado intensos tienen el efecto de inhibir las actividades e intereses productivos. Estas complejas conexiones se tornaron claras en primer término a través del psicoanálisis de niños pequeños. En los niños los impulsos creadores que habían permanecido latentes despiertan y se expresan mediante actividades tales como el dibujo, el modelado, la construcción y la palabra cuando el psicoanálisis reduce sus diversos temas. Estos incrementan los impulsos destructivos y, por consiguiente, al disminuir los impulsos demostrativos también se debilitan. Simultáneamente con estos procesos, los sentimientos de culpa y de ansiedad por la muerte de la persona amada, que la mente infantil no pudo superar por ser demasiado abrumadores, disminuyen gradualmente, pierden intensidad, haciéndose por lo tanto más fácil su manejo. Como resultado aumenta el interés del niño por la gente, se estimula la piedad y la identificación con los demás, y así se acrece su caudal de amor. El deseo de reparar, tan íntimamente ligado al interés por el ser amado y a la ansiedad por su muerte, puede ahora expresarse en formas creadoras y constructivas. También en el psicoanálisis de adultos pueden observarse estos procesos y cambios.

He sugerido que cualquier fuente de alegría, belleza y enriquecimiento (externo o interno) representa para el inconsciente el pecho generoso y amante y el pene creador que en la fantasía posee cualidades similares: en esencia, los dos padres buenos y dadivosos. La relación con la naturaleza, que despierta fuertes sentimientos de amor, reverencia, admiración y devoción, tiene mucho en común con la relación con la madre, como siempre lo han reconocido los poetas. Los múltiples dones naturales son equiparados a los que hemos recibido de nuestra madre en los primeros tiempos de la vida. Pero no siempre nos han satisfecho. Muchas veces nos pareció mezquina y frustradora, aspectos que también se reviven en la relación con la naturaleza, que a menudo no está dispuesta a dar.

La satisfacción de las necesidades de autoconservación y la gratificación del deseo de amor permanecen eternamente ligados entre sí, ya que al principio ambas provenían de una misma fuente. La primera seguridad nos fue proporcionada por nuestra madre, que no solo nos calmó los tormentos del

hambre, sino que también nos satisfizo emocionalmente y alivió nuestra ansiedad. Por lo tanto, la seguridad derivada de la satisfacción de nuestras necesidades básicas se vincula a la seguridad afectiva, y la importancia de ambas se agranda, pues contrarrestan los primeros temores de perder a la madre amada. Tener asegurada la subsistencia en la fantasía inconsciente significa también no estar privado de amor y no haber perdido a la madre. El hombre que se queda sin trabajo y lucha por encontrar empleo tiene en mente, por sobre todo sus necesidades materiales. No trato de subestimar los sufrimientos y penurias reales, directos e indirectos, que la pobreza provoca, pero la situación auténticamente dolorosa se hace más acerba por el infortunio y la desesperación que resurgen de tempranas experiencias emocionales, cuando lo acosaba el hambre porque la madre no satisfacía sus necesidades, y temía perderla y verse privado de amor y protección[244]. La falta de trabajo le impide también expresar sus tendencias constructivas que constituyen un método fundamental de manejar temores inconscientes y sentimientos de culpa, o sea, de hacer reparación. La dureza de las circunstancias —aunque pueda ser en parte consecuencia de un sistema social insatisfactorio que justificaría que el miserable achacara a otros la culpa de su situación— tiene algo en común con la inexorabilidad que los niños, bajo la presión de la ansiedad, atribuyen a los padres temidos. En cambio, la ayuda material o moral proporcionada a los pobres o a los desocupados, además de su valor real, inconscientemente les prueba la existencia de padres cariñosos.

Volvamos a la relación con la naturaleza. En algunas regiones del mundo la naturaleza es cruel y destructiva. Sin embargo, los habitantes no renuncian a su suelo, sino que desafían los elementos, sequías, inundaciones, heladas, calor, terremotos, plagas. Es cierto que las circunstancias externas desempeñan un papel importante, pues esta gente tenaz tal vez no pueda marcharse del lugar donde ha nacido. Sin embargo, no me parece que esto baste para explicar por qué se soportan tales penurias para conservar la tierra natal. Para los que viven en condiciones naturales tan arduas la lucha por la subsistencia sirve también para otros propósitos (inconscientes). La naturaleza representa para ellos una madre exigente y regañona cuyos dones deben serle extraídos a la fuerza, lo cual reedita las primeras fantasías violentas (aunque en forma sublimada y socialmente adaptada). Habiendo sentido culpa inconsciente por la agresión contra su madre, el hombre comprendía que ella fuera ruda con él; lo comprende aún ahora inconscientemente, en relación con la naturaleza. Este sentimiento de culpa actúa como incentivo para la reparación. La lucha contra la naturaleza se siente en parte como una lucha

«para preservar la naturaleza», porque expresa también el deseo de reparar a la madre. De este modo, los que luchan contra los rigores naturales no solo lo hacen en su propio beneficio sino que también sirven a la naturaleza. Al mantener su conexión con ella mantienen viva la imagen de la madre de antaño. En la fantasía, la protegen y se protegen permaneciendo unidos a ella. En la realidad, mediante el apego a su país. En cambio, el explorador busca en la fantasía una nueva madre para reemplazar a la real, de la que se siente apartado o que inconscientemente teme perder.

Relaciones consigo mismo y con los demás

He tratado en estos capítulos algunos aspectos del amor y de las relaciones con los demás. No puedo, con todo, concluir sin intentar echar alguna luz sobre la más complicada de todas las relaciones: la que mantenemos con nosotros mismos. Pero ¿qué somos nosotros? Todo lo bueno y lo malo que hemos pasado desde los primeros días; todo lo que hemos recibido del mundo externo, y sentido en el mundo interno; experiencias felices y desdichadas, vínculos con la gente, actividades, intereses y pensamientos de todo tipo, es decir, todo lo que hemos vivido forma parte de nosotros y construye nuestra personalidad. Si algunas de nuestras relaciones pasadas, con todos los recuerdos que traen, con la riqueza de sentimientos que suscitan, pudieran ser súbitamente barridas de nuestra mente ¡qué pobres y vacíos nos sentiríamos! ¡Cuánto se perdería del amor, confianza, placer, consuelo y gratitud que hemos brindado y recibido! Muchos no quisiéramos siquiera haber evitado las experiencias dolorosas, porque han contribuido al enriquecimiento de nuestra personalidad. Me he referido ya varias veces en este artículo a la influencia de nuestras primeras relaciones sobre las siguientes. Quisiera ahora demostrar la fundamental gravitación de las tempranas situaciones emocionales sobre nuestras relaciones con «nosotros mismos». Nuestra mente guarda como reliquias a los seres que amamos. En momentos difíciles sentimos a veces que ellos nos guían. De pronto senos ocurre preguntarnos cómo habrían actuado «ellos» y si aprobarían o no nuestros actos. Por lo que he dicho podemos concluir que las personas a quienes así consideramos representan en esencia a los padres admirados y amados. Hemos visto, no obstante, que de ningún modo es fácil para el niño establecer con ellos relaciones armoniosas y que los primeros lazos de amor se ven seriamente inhibidos y perturbados por el odio y el concomitante sentimiento inconsciente de culpa. Es cierto que los padres pueden haber carecido de amor y comprensión, lo cual tendería a aumentar todas las dificultades. Los impulsos y fantasías destructivos, los temores y la desconfianza, que en cierta medida se hallan siempre activos, aun en las circunstancias más propicias, se incrementan innecesariamente si las condiciones son desfavorables y las experiencias desagradables. Además, lo que es también muy importante, es que si al niño no se le da bastante felicidad en la primera etapa de su vida, quedará perturbada su capacidad para

desarrollar una actitud optimista, amor y confianza en los demás. No debe, sin embargo, deducirse que la capacidad de amar y ser feliz responde en proporción directa a la cantidad de amor que se haya recibido. En realidad, hay niños que configuran en su inconsciente imágenes paternas extremadamente duras y severas (lo que perturba su relación con los padres reales y con la gente en general) aunque hayan tenido padres buenos y cariñosos. Por otra parte, las dificultades mentales del niño no están frecuentemente en proporción con el trato desfavorable que puedan haber sufrido. Si por razones internas, que desde el principio varían en cada individuo, existe escasa capacidad para tolerar la frustración, y si la agresión, temores y sentimientos de culpa son muy intensos, la mente infantil puede exagerar y deformar grotescamente los defectos de los padres y en especial la intención que determina sus errores. De este modo, los padres y otras personas de su ambiente serán juzgados predominantemente duros y severos. Nuestro propio odio, temor y desconfianza tienden a crear en el inconsciente figuras paternas terribles y exigentes. Estos procesos se encuentran, en diverso grado, activos en todos, ya que todos tenemos que luchar, con mayor o menor intensidad y en un sentido o en otro, con sentimientos de odio y temor. Vemos así que las «cantidades» de impulsos agresivos, temores y sentimientos de culpa (que parcialmente surgen de razones internas) guardan una relación importante con la actitud mental predominante que asumimos.

En contraste con niños que, en respuesta a un trato desfavorable, desarrollan en su inconsciente figuras paternas duras y severas, que afectan desastrosamente su perspectiva mental, en muchos otros los errores o la falta de comprensión de los padres producen consecuencias menos adversas. Los niños que, por razones internas, son desde el comienzo mucho más capaces de soportar las frustraciones (ya sean evitables o inevitables), es decir, que puedan hacerlo sin exceso de odio y sospechas, serán más tolerantes con los errores que los padres cometan al tratarlos. Podrán confiar más en sus propios sentimientos amistosos y, por lo tanto, al tener más autoseguridad serán menos susceptibles a lo que provenga del mundo externo. Ninguna mente infantil se encuentra libre de temores y sospechas, pero si la relación con los padres está basada sobre todo en la confianza y el amor, estos podrán ser establecidos firmemente en la mente como figuras mentoras y benéficas, las que serán fuente de bienestar y armonía y prototipo de todas las relaciones amistosas de la vida futura.

He tratado de aclarar algo sobre las relaciones adultas señalando que, con ciertas personas, nos conducimos como nuestros padres lo hacían con

nosotros, o bien como hubiésemos deseado que se comportasen, invirtiendo de esta manera las primeras situaciones. Asimismo, en algunos casos, nuestra actitud es la del niño afectuoso con sus padres. Esta relación recíproca niño-padre, que manifestamos frente a los demás, también es experimentada internamente ante las figuras benéficas y mentoras que conservamos en la mente. Inconscientemente, consideramos a los seres que forman parte de nuestro mundo interno como padres afectuosos y protectores y les retribuimos su amor; nos sentimos hacia ellos como padres. Estas relaciones fantaseadas, basadas en experiencias y recuerdos reales, integran nuestra continua y activa vida afectiva e imaginativa y contribuyen a darnos felicidad y fuerza mental. En cambio, si las figuras paternas que conservamos en los sentimientos y en el inconsciente son predominantemente duras, no lograremos estar en paz con nosotros mismos. Es harto sabido que una conciencia demasiado severa ocasiona desdicha y preocupación. Es menos sabido, pero comprobado por los descubrimientos psicoanalíticos, que la presión de las fantasías de lucha interna y los temores con ellas conectados, se hallan en el fondo de lo que reconocemos como conciencia vindicativa. Incidentalmente, estas tensiones y temores pueden expresarse en profundas perturbaciones mentales y conducir al suicidio.

He utilizado la extraña frase «relación con nosotros mismos». Quisiera ahora agregar que esta es la relación de todo lo que apreciamos y amamos, con todo lo que odiamos en nosotros. He tratado de aclarar que la parte nuestra que apreciamos es la riqueza que hemos acumulado a través del contacto con otros seres, pues estos vínculos y las emociones que los acompañan han llegado a constituir una posesión interna. Odiarnos en nosotros las figuras duras y severas que también forman parte de nuestro mundo interno y que son en gran medida el resultado de nuestra propia agresión hacia nuestros padres. Sin embargo, en el fondo, lo que más violentamente odiarnos es el odio interno en sí. Lo tememos tanto que nos vemos llevados a emplear una de nuestras más fuertes medidas de defensa, que consiste en ubicarlo en otros, o sea, proyectarlo. Pero también desplazamos amor hacia el mundo externo, y solo podemos hacerlo genuinamente si hemos establecido buenas relaciones con figuras amistosas en nuestra mente, creando así un círculo benigno: en primer lugar brindamos amor y confianza a nuestros padres; luego los incorporamos a nosotros, por así decirlo, con todo ese caudal, y podemos de nuevo dar al mundo externo parte de esta riqueza de sentimientos positivos. El odio configura un círculo análogo pues, como hemos visto, erige figuras aterradoras en nuestra mente y

entonces dotamos a los demás de cualidades desagradables y malas. Incidentalmente, esa actitud mental produce el efecto real de suscitar sospechas y desagrado en los demás, mientras que una actitud confiada y amistosa de nuestra parte tiende a provocar la confianza y la benevolencia ajenas.

Observamos que algunas personas, especialmente a medida que envejecen, se vuelven cada vez más desagradables. Otras en cambio, se suavizan y se hacen más comprensivas y tolerantes. Es bien sabido que tales variaciones no corresponden simplemente a las experiencias adversas o favorables que hayan tenido en la vida, sino que se deben a las diferencias de actitud y de carácter. De lo expuesto, podemos llegar a la conclusión de que la amargura, ya sea hacia la gente o hacia el destino —y por lo general abarca a ambos— se establece fundamentalmente en la niñez y puede reforzarse o intensificarse más tarde.

Si el amor no ha sido ahogado por el resentimiento, los pesares y el odio, sino que se ha consolidado internamente, la confianza en los demás y en nuestra propia bondad soporta como una roca los embates de la vida. Cuando surge el infortunio, la persona que se ha desarrollado de ese modo es capaz de preservar en sí a aquellos padres buenos cuyo amor constituye una ayuda infalible en la desdicha y volver a encontrar en el mundo personas que en su mente los reemplacen. La capacidad de invertir situaciones en la fantasía e identificarse con los demás —importante característica de la mente humana— permite al individuo otorgar a otros la ayuda y el amor que él mismo necesita, obteniendo de ese modo bienestar y satisfacción para sí.

Comencé por describir la situación emocional del lactante en su relación con la madre, fuente primera y fundamental de la bondad que recibe del mundo externo. Afirmé también que es un proceso extremadamente doloroso para el niño el privarse de la suprema satisfacción de ser alimentado por ella. Con todo, si su voracidad y su resentimiento ante la frustración no son excesivos, puede este desprenderse gradualmente de la madre y al mismo tiempo obtener satisfacción de otras fuentes. En su inconsciente los nuevos objetos de placer se eslabonan con las primeras gratificaciones recibidas de la madre. Puede por consecuencia, aceptar otros goces como sustitutos de los originales. Podría decirse que retiene la bondad primaria a la vez que la reemplaza, y cuanto más exitoso es ese proceso, menos apoyo tendrán en su mente la voracidad y el odio. Pero, como lo he señalado frecuentemente, los sentimientos inconscientes de culpa que derivan de la destrucción fantaseada del ser amado, desempeñan aquí un papel importante. Hemos visto que los

sentimientos de culpa y pesar, provenientes de la fantasía agresiva y voraz de destruir a la madre, activan el impulso de curar estos daños imaginarios y repararla. Estas emociones actúan grandemente sobre el deseo y la capacidad infantiles de aceptar sustitutos maternos. Los sentimientos de culpa provocan el temor a depender de esta persona querida, cuya pérdida se recela, pues no bien surge la agresión el niño siente que está causándole daño. Este temor es un incentivo para desligarse, para volcarse en otras personas y cosas y agrandar así su círculo de intereses. Normalmente el impulso de reparar logra mantener a raya la desesperación suscitada por los sentimientos de culpa. En este caso, prevalecerá la esperanza; el amor y el deseo de reparación del niño serán inconscientemente extendidos a los nuevos objetos de amor e interés. Estos, como ya sabemos, se asocian en su mente con la primera persona amada, a quien vuelve a descubrir o crear a través de sus nuevas relaciones e intereses constructivos. En esta forma, la reparación —que es en parte inherente a la capacidad de amar— ensancha su ámbito, consolidando la posibilidad infantil de aceptar amor y de hacer suya, por varios medios, la bondad proveniente del mundo externo. Un equilibrio satisfactorio entre «dar» y «recibir» es condición primordial para la felicidad futura.

Si en nuestro temprano desarrollo hemos podido transferir interés y amor de nuestra madre a otras personas y hemos obtenido nuevas gratificaciones, entonces y solo entonces, podremos en el futuro obtener placer de otras fuentes. Esto nos permite compensar, mediante un nuevo vínculo afectivo, los fracasos o desengaños que sufrimos, bien como aceptar sustitutos para lo que no hemos logrado conseguir o conservar. Si la voracidad frustrada, el resentimiento y el odio no perturban la relación con el mundo externo, hay infinidad de modos de extraer de él belleza, bondad y amor. Al hacerlo, acrecentamos continuamente nuestro acervo de recuerdos felices y este acopio de valores nos da una seguridad difícil de vulnerar y un bienestar íntimo que aleja la amargura. Además del placer que proporcionan, estas satisfacciones tienen el efecto de mitigar las frustraciones (o mejor, el sentimiento de frustración) pasadas y presentes, incluso las primeras y fundamentales. Cuanto más satisfacción auténtica logremos, menor será nuestro resentimiento ante las privaciones y menos nos dominarán la voracidad y el odio. Seremos entonces realmente capaces de aceptar de otros amor y bondad, de brindárselos y, en retribución, de recibir más aún. En otras palabras, la capacidad esencial de «dar y recibir» se desarrolla de tal manera que nos asegura satisfacciones y contribuye al placer, al bienestar o a la felicidad de otras personas.

Y para terminar, una buena relación consigo mismo condiciona el amor, la tolerancia y la buena disposición hacia los demás. En parte esta buena relación deriva, como intenté demostrar, de una actitud amistosa, comprensiva y afectuosa hacia los demás, o sea hacia aquellos que tanto significaron para nosotros en el pasado y cuyo vínculo con nosotros integra nuestra mente y personalidad. Si en lo más hondo del inconsciente logramos superar los rencores contra nuestros padres y perdonarles las frustraciones que debimos sufrir, podremos entonces vivir en paz con nosotros mismos y amar a otros en el verdadero sentido de la palabra.

20. El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos[245] (1940)

Una parte esencial del trabajo de duelo, tal como lo señaló Freud en «Duelo y melancolía», es el juicio de realidad. Dice: «En la aflicción, explicamos este carácter, admitiendo un cierto lapso para la realización paulatina del mandato de la realidad, labor que devolvía al yo la libertad de su libido, desligándola del objeto perdido[246]» y luego: «Cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen un punto de enlace de la libido con el objeto, es sucesivamente sobrecargado, realizándose con él la sustracción de la libido. No nos es fácil indicar por qué la transacción que supone esta lenta y paulatina realización del mandato de la realidad, ha de ser tan dolorosa. Tampoco deja de ser singular que el doloroso displacer que trae consigo, nos parezca natural y lógico[247]». Y en otro pasaje: «No nos es posible dar respuesta a esta objeción, que refleja nuestra impotencia para indicar con qué medios económicos lleva a cabo la aflicción su labor. Quizá pueda auxiliarnos aquí una nueva sospecha. La realidad impone a cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen puntos de enlace de la libido con el objeto, su veredicto de que dicho objeto no existe ya, y el yo, situado ante la interrogación de si quiere compartir tal destino, se decide, bajo la influencia de las satisfacciones narcisistas de la vida, a abandonar su ligamen con el objeto destruido. Podemos, pues, suponer que este abandono se realiza tan lenta y paulatinamente, que al llegar a término, ha disipado el esfuerzo necesario para tal labor[248]». Desde mi punto de vista, hay una conexión entre el juicio de realidad en el duelo normal y los procesos mentales tempranos. Creo que el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y que son estos tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso. El método más importante para que el niño venza estos estados de duelo es, desde mi punto de vista, el juicio de realidad. Este proceso es, tal como Freud lo señaló, parte del trabajo de duelo.

En mi artículo «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos[249]», introduje el concepto de posición depresiva infantil, y mostré allí la conexión entre esta posición y los estados maníaco-depresivos. Ahora, para hacer más clara la relación entre la posición depresiva infantil y el duelo normal, me referiré primeramente a algunos de los conceptos que desarrollé en ese artículo y que ampliaré aquí. En el curso de mi exposición trataré también de dar una contribución para una mayor comprensión de la conexión entre el duelo normal por una parte y el duelo patológico y los estados maníaco-depresivos por otra.

Dije que el niño experimenta sentimientos depresivos que llegan a su culminación antes, durante y después del destete. Este es un estado mental en el niño que denomino «posición depresiva» y sugiero que es una melancolía en statu nascendi. El objeto del duelo es el pecho de la madre y todo lo que el pecho y la leche han llegado a ser en la mente del niño: amor, bondad y seguridad. El niño siente que ha perdido todo esto y que esta pérdida es el resultado de su incontrolable voracidad y de sus propias fantasías e impulsos destructivos contra el pecho de la madre. Otros dolores en relación con esta pérdida inminente (en este momento de ambos padres) surge de la situación edípica que se instala tan tempranamente y que está tan íntimamente relacionada con las frustraciones del pecho que en sus comienzos está dominada por impulsos y temores orales. El circulo de los objetos amados que son atacados en la fantasía y cuya pérdida por lo tanto se teme, se amplía debido a la relación ambivalente del niño con sus hermanos y hermanas. La agresión fantaseada contra hermanos y hermanas a los que se ataca en el interior del cuerpo de la madre hacen también surgir sentimientos de culpa y pérdida. El dolor y la preocupación por la pérdida temida de los «objetos buenos», es decir, la posición depresiva, es, según mi experiencia, la fuente más profunda de los conflictos dolorosos en la situación edípica, así como en las relaciones de todo niño con su medio ambiente general.

En el desarrollo normal estos sentimientos de dolor, aflicción y temores, se vencen mediante varios métodos.

Junto con la relación del niño, primero con su madre y pronto con el padre y otras personas, se produce el proceso de internalización que he subrayado tanto en mi obra. El niño, al incorporar a sus padres, los siente como personas vivas dentro de su cuerpo, del modo concreto en que él experimenta estas fantasías inconscientes. Ellas son, en su mente, objetos «internos» o «internalizados», tal como los he denominado. Así se edifica un mundo interno en la mente inconsciente del niño, correspondiendo a las experiencias

reales y a las experiencias del mundo exterior, aunque alterado por sus propias fantasías e impulsos. Si lo que rodea al niño es predominantemente un mundo de personas en paz unas con otras y con su yo resulta de esto una integración, una armonía interior y un sentimiento de seguridad.

Hay una constante interacción entre las ansiedades relacionadas con la madre «externa» —tal como la he denominado, en contraste con la madre interna— y las que se relacionan con la madre «interna». Los métodos usados por el yo para tratar con estos dos grupos de ansiedades también están correlacionados íntimamente. En la mente del niño la madre «interna» está ligada a la «externa» de la que es un «doble», aunque alterado por los procesos de internalización; es decir, su imagen está influida por sus fantasías y por los estímulos y experiencias internas de toda clase. Cuando las situaciones externas se internalizan —y sostengo que es así desde los primeros días de vida en adelante— siguen este mismo patrón: se hacen «dobles» de las situaciones reales y son luego alteradas por las mismas razones. El hecho de que estos objetos internalizados, personas, cosas, situaciones y acontecimientos —el total mundo interno del niño que se está construyendo— se haga inaccesible a la observación exacta del niño y a su discernimiento y no pueda ser verificado por los medios de percepción de que dispone en relación con el mundo externo, tangible y palpable, tiene una gran importancia en la naturaleza fantaseada de su mundo interno. Las dudas, incertidumbres y ansiedades consiguientes, actúan en el niño pequeño como un continuo incentivo para observar los objetos del mundo externo —mundo del cual surge su mundo interno— y adquirir seguridad sobre ellos[250] para poder así comprender mejor lo interno. La madre que él ve, la madre real, le da así pruebas continuas de cómo es la «interna», de si lo quiere o está enojada, de si lo ampara o si es vengativa. La extensión en la que la realidad externa es capaz de refutar ansiedades y penas en relación con la realidad interna varía en cada individuo pero puede ser tomada como un criterio para juzgar la normalidad.

En niños que están en tal forma dominados por su mundo interno que sus ansiedades no pueden ser suficientemente refutadas y contrarrestadas aun por los aspectos agradables de sus relaciones con la gente, son inevitables serios trastornos mentales. Por otra parte, una cierta cantidad de acontecimientos displacientes son importantes en el juicio de realidad, si el niño, venciéndolas, siente que puede retener sus objetos así como el amor de ellos y el suyo por ellos, y así preservar o restablecer la vida interna y la armonía frente a peligros. Todas las alegrías que el niño vive a través de su relación con la

madre, son pruebas para él de que los objetos amados, dentro y fuera de su cuerpo, no están dañados y no se transformarán en personas vengadoras. El aumento de amor y confianza y la disminución de los temores a través de experiencias felices, ayuda al niño paso a paso a vencer su depresión y sentimiento de pérdida (duelo). Lo capacitan para probar su realidad interior por medio de la realidad externa. Al ser amado y a través de la alegría y comodidad que experimenta en la relación con el mundo, se fortalece su confianza en su propia bondad, así como en la de las personas que lo rodean, aumenta su esperanza de que los objetos buenos y su propio yo puedan salvarse y preservarse, y disminuye al mismo tiempo su ambivalencia y sus temores a la destrucción del mundo interno. Las experiencias desagradables y la falta de experiencias gratas, en el niño pequeño, especialmente la falta de alegría y contacto íntimo con los seres amados aumenta la ambivalencia, disminuye la confianza y la esperanza y confirma sus ansiedades sobre la aniquilación interna y la persecución externa; además, lentifica y a veces detiene permanentemente el proceso beneficioso a través del cual, a la larga, se logra una seguridad interior.

En el proceso de adquisición de conocimientos cada nueva experiencia debe ajustarse a los moldes suministrados por la realidad psíquica que prevalece en el momento; y al mismo tiempo, la realidad psíquica del niño está influida gradualmente por cada paso en el conocimiento progresivo de la realidad exterior. Cada uno de estos pasos es paralelo al establecimiento cada vez más firme de sus objetos «internos» buenos, y es utilizado por el yo como medio de vencer su posición depresiva.

En otras ocasiones he expresado mi opinión de que todo niño experimenta ansiedades que son de contenido psicótico[251], y de que la neurosis infantil[252] es el medio normal de tratar y modificar estas ansiedades. Como resultado de mi trabajo sobre la posición depresiva infantil, puedo ratificar esta afirmación con más exactitud, ya que me ha llevado a la creencia de que es la posición central en el desarrollo del niño. En la neurosis infantil se expresan las primeras posiciones depresivas, se elaboran y gradualmente se superan; y esta es una parte importante del proceso de organización e integración, la cual, junto con el desarrollo sexual[253] caracteriza los primeros años de vida. Normalmente, el niño pasa a través de una neurosis infantil y entre otros acontecimientos llega paso a paso a una buena relación con la gente y con la realidad. Sostengo que una buena relación con el mundo depende del éxito logrado en la lucha contra el caos interior (la posición depresiva) y en haber establecido con seguridad objetos «buenos» internos.

Ahora consideraremos más detenidamente los métodos y mecanismos a través de los cuales se logra este desarrollo.

En el niño los procesos de introyección y proyección —ya que son dominados por la agresión y ansiedades que se refuerzan unas a las otras—, conducen a temores de persecución de objetos terroríficos; a estos miedos se agrega el temor a la pérdida de los objetos amados y es así como surge la posición depresiva. Cuando al principio introduje el concepto de posición depresiva, sugerí que la introyección de todos los objetos amados hace surgir la preocupación y el dolor por temor de que estos objetos puedan ser destruidos (por los objetos «malos» y el ello) y de que estos sentimientos penosos y temores agregados a los temores paranoides y sus defensas, constituyen la posición depresiva. De este modo existen dos grupos de temores, sentimientos y defensas, que no obstante su variación y el estar ligados los unos a los otros, pueden, con propósitos teóricos, aislarse unos de otros. Los sentimientos y fantasías del primer grupo son persecutorios y están caracterizados por temores relacionados con la destrucción del yo por perseguidores internos. La defensa contra estos temores es predominantemente la destrucción de los perseguidores por métodos secretos y violentos. He tratado estos miedos y defensas en detalle en otros artículos. Los sentimientos del segundo grupo que conducen a la posición depresiva los he descrito anteriormente pero sin denominarlos. Propongo usar para estos sentimientos de pena e inquietud por los objetos amados, para los temores de perderlos y el ansia de reconquistarlos, una palabra simple, derivada del lenguaje diario, «penar» (pining) por los objetos amados. En resumen, la persecución (por los objetos «malos») y las defensas características contra ella, por una parte, y el penar por los objetos amados («buenos»), por la otra, constituye la posición depresiva.

Cuando surge la posición depresiva, el yo está forzado a desarrollar (además de las defensas tempranas) métodos defensivos que se dirigen esencialmente contra el «penar» por el objeto amado. Esto es fundamental en la total organización del yo. Anteriormente denominé a algunos de estos métodos defensas maníacas o posición maníaca, debido a su relación con la psicosis maníaco-depresiva[254]. Las fluctuaciones entre la posición depresiva y la maníaca son parte esencial del desarrollo normal. El yo está conducido por ansiedades depresivas (ansiedad por miedo a que tanto él como los objetos amados sean destruidos) a construir fantasías omnipotentes y violentas, en parte con el propósito de controlar y dominar los objetos «malos» peligrosos, y en parte para salvar y restaurar los objetos amados.

Desde el comienzo mismo, estas fantasías omnipotentes, tanto las destructivas como las de restauración, estimulan todas las actividades, intereses y sublimaciones del niño y entran en ellos. En el niño, el carácter externo, tanto de sus fantasías sádicas como de las constructivas, corresponde tanto a la maldad extrema de sus perseguidores como a la extrema perfección de sus objetos «buenos[255]». La idealización es una parte esencial de la posición maníaca y está ligada con otro elemento importante de esta posición, es decir la negación. Sin una negación parcial y temporaria de la realidad psíquica, el yo no podría soportar el desastre por el que él mismo se siente amenazado cuando la posición depresiva llega a su cúspide.

La omnipotencia, la negación y la idealización, íntimamente ligadas con la ambivalencia, permiten al yo temprano afirmarse en cierto grado contra los perseguidores internos y contra la dependencia peligrosa y esclavizante de sus objetos amados y así progresar más en su desarrollo. Aquí citaré un pasaje de mi artículo «Psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» de este mismo libro.

«En las fases tempranas, los perseguidores y los objetos buenos (pechos) son mantenidos aparte en la mente del niño. Cuando junto con la introyección de los objetos reales y totales llega a unirlos, el yo recurre a un mecanismo tan importante para el desarrollo de las relaciones de objeto, como es la disociación de las imagos en amadas y odiadas, es decir, en malas y buenas. Se podría pensar que es en este punto que la ambivalencia —que después de todo se refiere a las relaciones de objeto, es decir a los objetos reales y totales — se instala. La ambivalencia realizada en una disociación de imagos, capacita al niño para ganar más y más seguridad, confianza y creencia en sus objetos reales y de este modo en los internos, a quererlos más y a llevar a cabo en mayor grado sus fantasías de restauración de sus objetos amados. Al mismo tiempo, las ansiedades paranoides y las defensas, se dirigen contra los objetos 'malos'. El apoyo que el yo logra de un objeto real 'bueno' se incrementa por un mecanismo de huida que alternativamente se dirige hacia los objetos buenos externos o internos. (Idealización)».

«Parece que en esta fase del desarrollo la unificación de los objetos externos e internos, amados y odiados, reales o imaginarios, se lleva a cabo en tal forma que cada paso hacia la unificación conduce otra vez a una renovada disociación de las imagos. Pero como la adaptación al mundo externo aumenta, esta disociación se realiza en planos cada vez más cercanos a la realidad. Esto continúa hasta que se afirma bien el amor hacia los objetos reales internalizados y la confianza en ellos. De ahí que la ambivalencia que

es en parte una salvaguardia contra su propio odio y contra los objetos odiados y terroríficos, vaya disminuyendo en grados variables durante el desarrollo normal» (véase nota 10).

Como ya queda dicho, en las fantasías tempranas, tanto destructivas como de reparación, prevalece la omnipotencia e influye sobre las sublimaciones, tanto como sobre las relaciones de objeto. Por otra parte, en el inconsciente, la omnipotencia está tan íntimamente ligada a los impulsos sádicos, con los que estuvo asociada al principio, que el niño siente una y otra vez que sus intentos de reparación no han tenido o no tendrán éxito. Siente que sus impulsos sádicos pueden dominarlo fácilmente. El niño pequeño, que no puede confiar suficientemente en sus sentimientos constructivos y de reparación como hemos visto, recurre a la omnipotencia maníaca. Por esta razón, en una fase temprana del desarrollo, el yo no tiene a su disposición métodos adecuados para tratar con eficiencia su culpa y ansiedad. Todo esto conduce al niño a la necesidad —y en cierto sentido al adulto también— de repetir ciertos actos de un modo obsesivo (desde mi punto de vista esto es parte de la compulsión a la repetición)[256], o de recurrir a un método de contraste, es decir, omnipotencia y negación. Cuando fracasan las defensas maníacas —defensas en las cuales los diversos peligros son negados o disminuidos de un modo omnipotente— el yo se ve conducido alternativa o simultáneamente a combatir los temores de deterioro y desintegración mediante intentos de reparación realizados de un modo obsesivo. He descrito en otra parte[257] mi conclusión de que los mecanismos obsesivos son una defensa contra las ansiedades paranoides, tanto como medios de modificarlas, y aquí solo mostraré brevemente la conexión entre los mecanismos obsesivos y las defensas maníacas en relación con la posición depresiva en el desarrollo normal. El hecho de que las defensas maníacas operen en tan íntima conexión con las obsesivas, contribuye al miedo del yo de que los intentos de reparación por mecanismos obsesivos también fracasen. El deseo de controlar el objeto, la gratificación sádica de vencerlo y humillarlo, de dominarlo, el triunfo sobre él, pueden entrar tan intensamente en el acto de reparación (realizado por pensamientos, actividades o sublimaciones), que se rompa el círculo «benigno» comenzado por este acto. Los objetos que deben ser restaurados se transforman en perseguidores y a su vez se reviven los temores paranoides. Estos temores refuerzan los mecanismos de defensa paranoides (de destruir el objeto) tanto como los mecanismos maníacos (de controlarlos o de mantenerlos continuamente en acción, etc.). La reparación progresiva se perturba de este

modo —o aún se hace nula— de acuerdo con la medida en que actúen estos mecanismos.

Como resultado del fracaso del acto de reparación el yo debe recurrir repetidamente a mecanismos de defensa obsesivos y maníacos.

Cuando en el curso del desarrollo normal se ha logrado un cierto equilibrio entre amor y odio, y se han unificado los diversos aspectos del objeto, se logra también un cierto equilibrio entre estos métodos tan antagónicos y tan íntimamente conectados y se disminuye su intensidad. En este sentido quiero subrayar la importancia del triunfo, íntimamente ligado con el menosprecio y subrayar la omnipotencia como factor de la posición maníaca. Sabemos la parte que desempeña la rivalidad en el deseo ardiente del niño de equiparar sus logros al de los adultos. Además de la rivalidad, su deseo, aunque con miedo, de superar sus deficiencias (en último término vencer su destructividad y sus malos objetos internos y ser capaz de controlarlos) es un incentivo para todos sus logros. En mi experiencia, el deseo de invertir la relación niño-padre, de vencer el poder de los padres y de triunfar sobre ellos va siempre en cierta medida asociado con deseos dirigidos hacia el logro del éxito. El niño fantasea que llegará un momento en que él será fuerte, grande, poderoso, rico y potente, y en que el padre y la madre se transformarán en niños indefensos o, en otras fantasías, en personas muy viejas, débiles, pobres o rechazadas. El triunfo sobre sus padres, a través de estas fantasías, por la culpa que origina, a menudo malogra todas sus conquistas. Muchos seres no pueden alcanzar el éxito, porque tenerlo significa para ellos humillar o dañar a otro, en primer lugar, el triunfo sobre los padres, hermanos y hermanas. Los esfuerzos por conseguir algo pueden ser de naturaleza muy constructiva, pero el triunfo implícito y la injuria y daño subsiguientes sobre el objeto pueden sobrepasar sus propósitos en la mente del sujeto e impedirle así su logro. El resultado es que la reparación de los objetos amados que en las más profundas capas mentales son los mismos sobre los que se triunfa, se frustra nuevamente, y de este modo la culpa permanece sin alivio. El triunfo del sujeto sobre sus objetos implica su deseo de triunfar sobre ellos y le conduce así a la desconfianza y a sentimientos de persecución. Puede seguir a esto una depresión o un aumento en las defensas maníacas y un más violento control de sus objetos desde que él ha fracasado en reconciliarlos, restaurarlos o mejorarlos, y de este modo vuelven a tomar la delantera sentimientos de persecución. Todo esto influye mucho en la posición depresiva infantil, y en el fracaso o el éxito del yo para vencerla. El triunfo sobre los objetos internos que el yo del niño controla, humilla y

tortura, es una parte del aspecto destructivo de la posición maníaca que perturba la reparación o la recreación de su mundo interno o de la paz y armonía internas; y de este modo el triunfo estorba el trabajo del duelo temprano.

Para ilustrar este proceso de desarrollo, consideremos algunos hechos observables en sujetos hipomaníacos. Una característica de los sujetos hipomaníacos frente a las personas, principios y acontecimientos, es su tendencia a la valoración exagerada: a la sobreadmiración (idealización) o desprecio (desvalorización). Junto a ello va su tendencia a concebir todo en gran escala, a pensar en cantidades grandes, todo esto de acuerdo con la magnitud de su omnipotencia, mediante la cual se defienden contra el miedo a la pérdida de un objeto irreemplazable, su madre, núcleo de todo su duelo. Su tendencia a disminuir la importancia de los detalles, los números pequeños, y su descuido frecuente de detalles y de la escrupulosidad, contrasta profundamente con sus métodos meticulosos de concentración en las cosas pequeñas (Freud) que forman parte de sus mecanismos obsesivos.

Este desprecio, por otra parte, se basa en cierta medida en la negación. El sujeto debe negar su impulso a hacer una reparación detallada y general, porque debe negar la causa de esta reparación, es decir, la injuria del objeto y la culpa y pena consiguientes.

Volviendo al curso del desarrollo temprano, diré que cada paso en el desarrollo emocional, intelectual y físico es utilizado por el yo como medio de vencer la posición depresiva. La habilidad creciente del niño, sus dotes y destrezas, aumentan su creencia en la realidad psíquica de sus tendencias constructivas y en su capacidad de dominar y controlar sus impulsos hostiles tanto como sus objetos internos «malos». De este modo se alivia la ansiedad de las diferentes fuentes y resulta una disminución de la agresión y a su vez de sus sospechas frente a los objetos malos internos y externos.

El yo fortalecido, junto a una mayor confianza en el mundo, lo ayuda a dar un paso más en la unificación de sus imagos —externas como internas, amadas y odiadas— y hacia una futura mitigación del odio por medio del amor y de este modo a un proceso general de integración.

Cuando aumenta la creencia y confianza del niño en su capacidad de amor, en sus poderes de reparación y en la integración y seguridad de su mundo interno bueno, como resultado de las pruebas y contrapruebas constantes y múltiples que ha logrado a través de las pruebas de la realidad externa, disminuye la omnipotencia maníaca y la naturaleza obsesiva de sus

tendencias de reparación, lo que significa en general que se ha superado la neurosis infantil.

Conectaré ahora la posición depresiva infantil con el duelo normal.

En el duelo de un sujeto, la pena por la pérdida real de la persona amada está en gran parte aumentada, según pienso, por las fantasías inconscientes de haber perdido también los objetos «buenos» internos.

Se siente así que predominan los objetos internos «malos», y que su mundo interno está en peligro de desgarrarse. Sabemos que en el sujeto en duelo, la pérdida de la persona amada lo conduce hacia un impulso de reinstalar en el yo este objeto amado perdido (Freud y Abraham). Desde mi punto de vista, no solamente acoge dentro de sí a la persona que ha perdido (la reincorpora), sino que también reinstala sus objetos buenos internalizados (en última instancia sus padres amados), que se hicieron parte de su mundo interno desde las fases tempranas de su desarrollo en adelante. Siempre que se experimenta la pérdida de la persona amada, esta experiencia conduce a la sensación de estar destruido. Se reactiva entonces la posición depresiva temprana y —junto con sus ansiedades, culpa, sentimiento de pérdida y dolor derivados de la situación frente al pecho— toda la situación edípica, desde todas sus fuentes. Entre todas estas emociones, se reavivan en las capas mentales más profundas los temores a ser robado y castigado por los padres temidos, es decir, todos los temores de persecución.

Por ejemplo, una madre frente a la muerte del hijo, no solo siente dolor y pena, sino también se reactivan y se confirman en ella sus temores tempranos de ser robada por una madre mala, vengativa. Sus propias fantasías tempranas agresivas de robar los hijos a la madre, hicieron surgir temores y sentimientos de ser castigada, que fortalecen la ambivalencia y la conducen a odiar y desconfiar de los otros. El incremento de los sentimientos de persecución en esta fase del duelo es tanto más doloroso, ya que como resultado de un aumento de la ambivalencia y la desconfianza, las relaciones amistosas con las gentes, que podrían serle tan útiles, están obstaculizadas.

El dolor experimentado en el lento proceso del juicio de realidad durante la labor de duelo, parece deberse en parte, no solo a la necesidad de renovar los vínculos con el mundo externo y así continuamente reexperimentar la pérdida, sino al mismo tiempo y por medio de ello, reconstruir ansiosamente el mundo interno que se siente en peligro de deterioro y desastre[258]. Cuando el niño pasa a través de la posición depresiva, lucha en su inconsciente con la tarea de establecer e integrar el mundo interno, del mismo modo que el sujeto en duelo sufre con el restablecimiento y la reintegración de este mundo.

Durante el duelo formal se reactivan las tempranas ansiedades psicóticas. El sujeto en duelo es realmente un enfermo, pero como este estado mental es común y nos parece natural, no llamamos enfermedad al duelo. (Por las mismas razones, hace muy pocos años, no hablábamos de neurosis infantiles en los niños normales). Con más precisión, diré que el sujeto en duelo atraviesa por un estado maníaco-depresivo modificado y transitorio, y lo vence, repitiendo en diferentes circunstancias y por diferentes manifestaciones los procesos por los que atraviesa el niño en su desarrollo temprano.

El mayor peligro para el sujeto en duelo es la vuelta contra sí mismo del odio hacia la persona amada perdida. Una de las formas en que se expresa el odio en la situación de duelo, son los sentimientos de triunfo sobre la persona muerta. En la primera parte de este articulo me referí al triunfo como una parte de la posición maníaca en el desarrollo infantil. Los deseos de muerte del niño contra los padres, hermanos y hermanas se cumplen cuando alguien muere, porque necesariamente en un cierto sentido representan figuras importantes tempranas y de ahí que se cargan con los sentimientos correspondientes a aquellas. Así la muerte, aunque frustre por otras razones, es sentida en cierto modo como una victoria; origina un triunfo y de ahí el aumento de la culpabilidad.

En este punto difiero de Freud, que dice: «La aflicción normal supera también la pérdida del objeto y absorbe igualmente todas las energías del yo. Mas ¿por qué no surge en ella ni el más leve indicio de la condición económica necesaria para la emergencia de una fase de triunfo consecutiva a su término? No nos es posible dar respuesta a esta objeción[259]». En mi experiencia el sentimiento de triunfo está ligado inevitablemente con el duelo normal y tiene el efecto de retardar el trabajo de duelo y más aún contribuye mucho a las dificultades y pena que experimenta el sujeto en duelo. Cuando en el sujeto en duelo domina el odio hacia el objeto amado perdido, esto no solo transforma a la persona amada perdida en un perseguidor, sino que hace tambalear su creencia en los objetos de su mundo interno. Esta creencia tambaleante en los objetos buenos trastorna más penosamente el proceso de idealización que es un paso intermedio esencial en el desarrollo mental. La madre idealizada es la salvaguardia de la que dispone el niño contra una madre vengativa o una madre muerta o contra todos los objetos malos y aún más, representa en sí misma seguridad y vida. Como sabemos, el sujeto en duelo se alivia recordando la bondad y buenas cualidades de la persona

perdida y esto en parte debido a la tranquilización que experimenta al conservar su objeto de amor idealizado.

Las fases del tránsito hacia la elación[260], que acontecen entre penas y desgracias en el duelo normal, tienen un carácter maníaco y se deben al sentimiento de poseer dentro de sí un objeto amado perfecto (idealizado). Cuando resurge, en el sujeto en duelo, el odio hacia la persona amada, se derrumba su creencia en ella y se trastorna el proceso de idealización. (Su odio por la persona amada está aumentado por el miedo de que esta, al morir, de amada se transforme en alguien que inflija castigos y privaciones, así como en el pasado sintió que su madre, cuando él la necesitaba y ella estaba ausente, había muerto para castigarlo y ocasionarle privaciones).

Solo gradualmente, obteniendo confianza en los objetos externos y en múltiples valores, es capaz el sujeto en duelo de fortalecer su confianza en la persona amada perdida. Solo así puede aceptar que el objeto no fuera perfecto, solo así puede no perder la confianza y la fe en él, ni temer su venganza. Cuando se logra esto se ha dado un paso importante en la labor de duelo y se lo ha vencido.

Daré un ejemplo para ilustrar el modo en que un sujeto normal restablece las conexiones con el mundo externo después de un duelo.

La señora A., a pocos días después del quebranto de perder a su hijo cuya muerte aconteció súbitamente estando él en la escuela, se dedicó a clasificar sus cartas, guardando las del hijo y destruyendo las otras. Intentaba así, inconscientemente, restaurarlo y mantenerlo seguro dentro de sí, arrojando fuera lo que le pareció indiferente o, aún más, hostil, es decir, los objetos malos, peligrosos, excrementos y malos sentimientos. Mucha gente durante el duelo ordena la casa y da una nueva ubicación al moblaje, acciones que surgen de un aumento de los mecanismos obsesivos que son la repetición de una de las defensas usadas para combatir la posición depresiva infantil.

En la primera semana después del fallecimiento de su hijo, A. no lloró mucho y el hacerlo no le proporcionaba el alivio que le trajo después. Se sentía entumecida, cerrada y físicamente quebrantada. Sin embargo, el ver a una o dos personas de su intimidad le proporcionaba algún alivio. En este estado, la Sra. A., quien por lo general soñaba de noche, había dejado de hacerlo por completo, debido a la profunda negación inconsciente de su pérdida real. Al final de la semana tuvo el siguiente sueño: «Veo dos personas, una madre y su hijo. La madre viste de negro. Sé que el hijo ha muerto o está por morir. Esto no me aflige pero siento algo de hostilidad frente a los dos».

Las asociaciones condujeron a un recuerdo importante. Cuando la Sra. A. era pequeña, su hermano, a raíz de tener dificultades en la escuela, necesitó la ayuda de un compañero de colegio de su misma edad (al que llamaremos B.). La madre de B. fue a visitar a la madre de la Sra. A. para arreglar las condiciones de la enseñanza, y este incidente fue recordado por la Sra. A., con sentimientos muy intensos. La madre de B. actuó de un modo muy protector y su propia madre apareció ante ella muy rebajada. Ella misma sintió que había acontecido una desgracia, no solo a su hermano querido y admirado, sino a toda la familia. Este hermano, que era pocos años mayor que ella, le había aparecido siempre lleno de conocimientos, habilidad y fuerza, un ideal de virtudes, y debió destruir este ideal cuando surgieron dificultades escolares. La intensidad de sus sentimientos, en esa ocasión, que ella vivió como una desgracia y que persistió en su memoria, se debía a sentimientos de culpa inconscientes. Sintió esto como el cumplimiento de sus propios deseos destructivos. Su hermano sufrió mucho también por esta situación y expresó odio y rechazo por el compañero. La señora A. se identificó en esa época muy fuertemente con él y con su resentimiento. En el sueño, las dos personas que ve la señora A., son B. y su madre, y el hecho de que el muchacho aparezca muerto, expresa el antiguo deseo de muerte contra él de la señora A. Al mismo tiempo, sin embargo, los deseos de muerte contra su propio hermano y el deseo de infligir castigo y privación a su madre mediante la pérdida de su hijo —deseos profundamente reprimidos— formaron parte de sus pensamientos en el sueño. La señora A., a pesar de toda su admiración y todo su amor por su hermano, había estado celosa de él, envidiándolo por su mayor conocimiento y superioridad mental y física y también por la posesión de un pene. Los celos que sentía frente a su madre muy querida por poseer un hijo así, hablan contribuido a la formación de sus deseos de muerte contra su hermano. Por lo tanto uno de los pensamientos del sueño era: «El hijo de una madre ha muerto o morirá. Es el hijo de esta mujer desagradable, que hace daño a mi madre y a mi hermano el que debe morir». Pero en las capas más profundas, el deseo de muerte contra su hermano también fue reactivado, y el pensamiento del sueño es en verdad: «El hijo de mi madre murió, y no el mío». (En realidad tanto su madre como su hermano habían fallecido).

Aquí se establecen sentimientos distintos: compasión por su madre y pena por ella misma. Su sentimiento fue: «Una muerte de esta naturaleza es bastante. Mi madre perdió a su hijo; ella no debe perder también a su nieto». Cuando falleció su hermano, además de sentir un gran dolor, inconscientemente también sintió un triunfo sobre él, derivado de sus celos y

de su odio tempranos, así como de los sentimientos de culpa concomitantes. Ella había transferido parte de sus sentimientos por su hermano a su relación con su hijo. En su hijo también amaba a su hermano; pero al mismo tiempo, parte de la ambivalencia frente a su hermano, aunque modificada a través de sus fuertes sentimientos maternales, había sido transferida a su hijo. El duelo por su hermano, junto con su pena, con el triunfo y la culpa experimentada en relación con él, formaron parte de su dolor presente, y se revelaron en el sueño.

Consideremos ahora el juego recíproco de defensas según aparecieron en este material. Cuando ocurrió la pérdida, la posición maníaca se reforzó y la negación en particular entró especialmente en juego. Inconscientemente la señora A. rechazó con obstinación el hecho de que su hijo había muerto. Cuando ella ya no pudo hacer uso de esta negación con tanta obstinación —no siendo todavía capaz de hacer frente al dolor y al infortunio—, el triunfo, uno de los otros elementos de la posición maníaca, se reforzó. Según el curso de sus asociaciones, su pensamiento parecía ser el siguiente: «No es en realidad un gran dolor si un hijo muere. Es aún satisfactorio. Ahora me vengo de este muchacho desagradable que perjudicó a mi hermano». Solo después de un intenso trabajo analítico se esclareció el hecho de que el triunfo sobre el hermano también había sido revivido y reforzado. Pero este triunfo estaba asociado con el control de la madre y hermano internalizados, y con el triunfo sobre ellos. En esta fase el control sobre los objetos internos fue reforzado, la desgracia y el dolor fueron desplazados hacia su propia madre internalizada. Aquí su negación entró de nuevo en juego, negación de la realidad psíquica de que ella y su madre interna eran una y sufrían juntas. Negó la compasión y el amor por la madre interna; se reforzaron los sentimientos de venganza y triunfo sobre los objetos internalizados y el control de los mismos, en parte debido a que a través de sus propios sentimientos de venganza, ellos se habían transformado en figuras perseguidoras.

En el sueño hubo solo una ligera insinuación sobre el creciente conocimiento inconsciente de la señora A. (indicadora de que la negación disminuía), que había sido ella quien había perdido a su hijo. El día anterior al sueño había usado un vestido negro con un cuello blanco. La mujer del sueño tenía algo blanco alrededor de su cuello sobre su vestido negro.

Dos noches después de este sueño, soñó lo siguiente: «Estoy volando con mi hijo y desaparece. Siento que esto significaba su muerte: que él se ha ahogado. Siento que estoy también por ahogarme… pero entonces hago un esfuerzo y me libero del peligro y vuelvo a la vida».

Las asociaciones mostraron que en el sueño ella había decidido que ella no moriría con su hijo sino que sobreviviría. Parecía que aun en el sueño ella sentía que era bueno estar vivo y malo estar muerto.

En este sueño el conocimiento inconsciente de su pérdida se acepta mucho más que en el que soñara dos días antes. El dolor y la culpa se habían ligado. El sentimiento de triunfo había, aparentemente, desaparecido, pero se hizo patente que solo había disminuido; estaba todavía presente en su satisfacción en relación con la idea de permanecer viva, en contraste con la muerte de su hijo. Los sentimientos de culpa que ya se habían hecho sentir eran en parte debidos a este elemento de triunfo.

Recuerdo aquí el pasaje en el artículo de Freud sobre «Duelo y melancolía[261]». «La realidad impone a cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen puntos de enlace de la libido con el objeto, su veredicto de que dicho objeto no existe ya, y el yo, situado ante la interrogación de si quiere compartir tal destino, se decide, bajo la influencia de las satisfacciones narcisistas de la vida, a abandonar su ligamen con el objeto destruido». En mi opinión, la «satisfacción narcisista» contiene, suavizado, el elemento de triunfo que Freud parece pensar que no forma parte del duelo normal.

En la segunda semana de su duelo, la señora A. encontró cierto alivio mirando casas bien situadas en el campo, y deseando poseer una casa de ese tipo. Pero este consuelo fue pronto interrumpido por crisis de desesperación y pena. Ahora lloraba abundantemente y encontraba alivio en las lágrimas. El solaz que encontraba mirando las casas provenía de la reconstrucción de su mundo interno en su fantasía, por medio de este interés y también por obtener satisfacción del conocimiento de que existían objetos buenos y casas pertenecientes a otras personas. En última instancia esto representaba el volver a crear a sus padres buenos, interna y externamente, unificándolos y haciéndolos felices y creadores. En su mente ella restauraba a sus padres por haber —en su fantasía— matado a los hijos de ellos, y así también impedía su enojo. De ahí que su temor de que la muerte de su hijo había sido un castigo que le habían infligido sus padres vengadores, perdió su fuerza, y también disminuyó el sentimiento de que su hijo la frustraba y castigaba con su muerte. La disminución del odio y del temor, permitió de este modo que el dolor se manifestara con toda su fuerza. El aumento de la desconfianza y de los temores había intensificado su sentimiento o creencia de ser perseguida y dominada por sus objetos internos, y reforzó su necesidad de dominarlos. Todo esto se había expresado por medio de un endurecimiento de sus

relaciones y sentimientos internos; es decir, por un aumento de sus defensas maníacas. (Esto se vio en el primer sueño). Si estas vuelven a disminuir a través del reforzamiento de la creencia del sujeto en las cosas buenas —las suyas y las de los otros— y si los temores disminuyen a su vez, el sujeto en duelo está capacitado para entregarse a sus sentimientos y descargar por medio del llanto su dolor por la pérdida real sufrida.

Parece que los procesos de proyección y eyección, que están estrechamente conectados con la descarga de los sentimientos, se encuentran detenidos en ciertos estados de dolor por un gran control maníaco, y pueden volver a trabajar más libremente cuando dicho control se relaja. Por medio de las lágrimas el sujeto en duelo no solo expresa sus sentimientos y alivia tensiones, sino que, desde que en el inconsciente ellas se equiparan a los excrementos, también expele sus sentimientos «malos» y sus objetos «malos», y esto aumenta el alivio obtenido al llorar. Esta mayor libertad en el mundo interno implica que a los objetos internalizados, estando menos controlados por el yo, se les permite también mayor libertad: que a estos objetos se les permite, en particular, mayor libertad de sentimientos. En el estado mental del sujeto en duelo, sus objetos internos están también apesadumbrados. En su mente, comparten su dolor en la misma forma que lo harían padres bondadosos reales. El poeta nos dice que Narure mourns with mourner: «La naturaleza se conduele con el que está de duelo». Creo que «naturaleza» representa aquí la madre buena interna. Sin embargo, esta experiencia de mutuo dolor y simpatía en las relaciones internas, está una vez más vinculada con las relaciones externas. Como ya he dicho, la mayor confianza de la señora A. en las personas y cosas reales, y la ayuda recibida del mundo externo, contribuyeron al relajamiento del control maníaco sobre su mundo interno. De este modo, la introyección (así como la proyección) pudieron operar aún más libremente, y pudo tomar del mundo exterior una mayor cantidad de bondad y amor para internalizar, y en grado creciente la bondad y el amor fueron experimentados por dentro. La señora A., que en una etapa anterior de su duelo había, hasta cierto punto, sentido o creído que su pérdida le había sido ocasionada por sus padres vengadores, pudo ahora, en fantasía, experimentar la compasión de estos padres (muertos hacía tiempo) y el deseo de ellos de apoyarla y ayudarla. Sentía que ellos también habían sufrido una gran pérdida y compartían su dolor, como lo hubieran hecho en caso de estar vivos. En su mundo interno habían disminuido la aspereza y la sospecha, y había aumentado el dolor. Las lágrimas que vertía ahora eran también, hasta cierto punto, las lágrimas que derramaban sus padres internos,

y ella también deseaba aliviarlos del mismo modo que ellos —en su fantasía— la aliviaban.

Si se vuelve a lograr gradualmente una mayor seguridad en el mundo interno, y si se permite por lo tanto que los sentimientos y objetos internos vuelvan a surgir, entonces se establecen los procesos de recreación y retorna la esperanza.

Según hemos visto, este cambio es debido a ciertos movimientos en los dos conjuntos de sentimientos que forman la posición depresiva: la persecución disminuye y el penar por la pérdida del objeto amado se experimenta intensamente. En otras palabras, el odio retrocede y el amor se libera. Esto es inherente al sentimiento de persecución que es alimentado por el odio y al mismo tiempo lo alimenta. Además, el sentimiento de ser perseguido y vigilado por los objetos internos «malos», con la consiguiente necesidad de vigilarlos constantemente, conduce a cierta dependencia que refuerza las defensas maníacas. Estas defensas, en tanto se utilizan predominantemente contra sentimientos persecutorios (y no tanto contra el penar por el objeto amado) son de naturaleza muy sádica y violenta. Cuando la persecución disminuye, la dependencia hostil frente al objeto, junto con el odio, también disminuye y las defensas maníacas se relajan. El penar por el objeto amado perdido también implica una dependencia frente a él, pero una dependencia que se transforma en un incentivo para lograr la reparación y la conservación del objeto. Es creativa porque está dominada por el temor, mientras que la dependencia basada en la persecución y en el odio es estéril y destructiva.

Así, mientras que el dolor se experimenta con toda intensidad y la desesperación alcanza su punto culminante, surge el amor por el objeto, y el sujeto en duelo siente más poderosamente que la vida interna y la externa seguirán existiendo a pesar de todo, y que el objeto amado perdido puede ser conservado internamente. En esta etapa del duelo el sufrimiento puede hacerse productivo. Sabemos que experiencias dolorosas de toda clase estimulan a veces las sublimaciones, o aun revelan nuevos dones en algunas personas, quienes entonces se dedican a la pintura, a escribir o a otras actividades creadoras bajo la tensión de frustraciones y pesares. Otras se vuelven más productivas en algún otro terreno —más capaces de apreciar a las personas y las cosas, más tolerantes en sus relaciones con los demás—, se vuelven más sensatas. En mi opinión, este enriquecimiento se logra a través de procesos similares a aquellos pasos que acabarnos de investigar en el duelo. Es decir, cualquier dolor causado por experiencias dolorosas,

cualquiera sea su naturaleza, tiene algo de común con el duelo y reactiva la posición depresiva infantil. El encuentro y la superación de la adversidad de cualquier especie ocasiona un trabajo mental similar al duelo.

Parece que cada avance en el proceso del duelo da por resultado una profundización de la relación del individuo con sus objetos internos, la felicidad de reconquistarlos después de haber sentido su pérdida (Paradise Lost and Regained), una mayor confianza en ellos y amor por ellos, porque después de todo resultaron buenos, serviciales y útiles. Esto es similar a la forma en que el niño pequeño construye, paso a paso, sus relaciones con los objetos externos, cuya confianza conquista no solo a través de experiencias placenteras sino también de la forma con que es capaz de vencer las frustraciones y las experiencias displacientes, reteniendo, sin embargo, sus objetos buenos (externa e internamente). Cuando durante la labor de duelo, las defensas maníacas se relajan y se establece una renovación de vida por dentro, junto con una profundización de las relaciones internas, el sujeto pasa por fases comparables con los pasos que en el desarrollo temprano conducen al niño a una mayor independencia tanto de los objetos externos como de los internos.

Volviendo a la señora A., si experimentaba alivio, era porque al contemplar cosas agradables, la vida comenzaba de nuevo en su interior y en el mundo externo, debido al establecimiento de una esperanza en ella de poder volver a crear su hijo, así como a sus padres. En esa época pudo soñar de nuevo e inconscientemente hacer frente a su pérdida. Sintió entonces un deseo más fuerte de volver a ver a sus amigos, pero solo a uno por vez y durante poco tiempo. Sin embargo, esos sentimientos de mayor comodidad se volvieron a alternar con sentimientos de dolor. (Tanto en el duelo como en el desarrollo infantil, la seguridad interna se presenta no en un movimiento continuo, sino ondulatorio). Después de unas semanas de duelo, por ejemplo, la señora A. salió a caminar con una amiga por calles conocidas, en un intento de restablecer antiguos vínculos. De pronto se dio cuenta que el número de personas que había en la calle le parecía abrumador, que las casas eran extrañas y que la luz del sol era artificial e irreal. Tuvo que refugiarse en un restaurante tranquilo. Pero allí sintió como si el cielo raso se viniera abajo y que las personas que se encontraban en el lugar se esfumaran y confundieran. De pronto le pareció que el único lugar seguro en el mundo era su propia casa. En el análisis se vio claramente que la terrible indiferencia de la gente era un reflejo de sus objetos internos, los que en su mente se habían transformado en una multitud de objetos «malos» perseguidores. Sintió el

mundo externo como artificial e irreal debido a que la confianza real en la bondad interna había desaparecido temporariamente.

Muchos sujetos en duelo pueden solo lentamente restablecer los vínculos con el mundo externo porque están luchando todavía con el caos interior; por las mismas razones el niño desarrolla su confianza en los objetos del mundo externo, primero en conexión con muy pocas personas amadas. Sin duda existen también otros factores, por ejemplo su inmadurez intelectual, que son responsables en parte de este desarrollo gradual de las relaciones de objeto en el niño, pero sostengo sin embargo que sobre todo es debido al estado caótico de su mundo interno.

Una de las diferencias entre la temprana posición depresiva y el duelo normal, es que cuando el niño pierde el pecho o el biberón que ha llegado a representar para él un objeto bueno, beneficioso y protector dentro de él, y experimenta dolor, lo siente aunque su madre esté junto a él. En el adulto, sobreviene el dolor con la perdida real de una persona real; sin embargo, lo que lo ayuda para vencer esta pérdida abrumadora es haber establecido en sus primeros años, una buena imago de la madre dentro de sí. El niño pequeño, sin embargo, está en la cúspide de sus luchas contra el miedo a perderla, interna y externamente, porque no ha logrado establecerla dentro de sí de un modo seguro. En esta lucha, la relación del niño con su madre, su presencia real, es la más grande ayuda. Del mismo modo que el sujeto en duelo, si está rodeado de personas que él quiere y que comparten su dolor, y si puede aceptar su compasión, también esto favorece la restauración de la armonía de su mundo interno y se reducen más rápidamente sus miedos y penas.

Habiendo descrito algunos de los procesos que he observado durante la labor de duelo y en los estados depresivos, quiero ahora ligar esta contribución con lo que nos han enseñado Freud y Abraham.

Basándose en los trabajos de Freud y en sus propias observaciones sobre la naturaleza de los procesos arcaicos que obran en la melancolía, Abraham encontró que estos procesos operan también durante la labor normal de duelo. Llegó a la conclusión de que en el duelo normal el sujeto logra restablecer la persona amada y perdida en su yo, mientras el melancólico fracasa en ese intento. Describió también algunos factores fundamentales que deciden que esto sea un éxito o un fracaso.

Mi experiencia me conduce a la conclusión de que si bien es verdad que el hecho característico del duelo normal es que el sujeto instala dentro de sí el objeto amado perdido, no hace esto por primera vez, sino que, a través de la labor de duelo reinstala el objeto perdido tanto como los objetos internos

amados que sintió que había perdido. De este modo recupera lo que había logrado ya en la infancia. En el curso del desarrollo temprano, como sabemos, el niño instala sus padres en el yo. (Fue la comprensión del proceso de introyección en la melancolía y en el duelo normal lo que como es sabido condujo a Freud a reconocer la existencia del superyó en el desarrollo normal). Pero en cuanto a la naturaleza del superyó y a la historia de su desarrollo individual, mis conclusiones difieren de las de Freud. Como he señalado a menudo, el proceso de introyección y proyección, desde los comienzos de la vida, conduce a la institución, dentro de nosotros mismos, de objetos amados y odiados, que son sentidos como «buenos» y «malos», que están interrelacionados los unos con los otros y con el sujeto; es decir: constituyen un mundo interno. Este conjunto de objetos internalizados se organiza, junto con la organización del yo, y en los más altos estratos de la mente llega a hacerse perceptible como superyó. En términos generales, lo que Freud vio como las voces y la influencia de los padres reales establecidos en el yo, es, de acuerdo con mis hallazgos, un mundo complejo de objetos sentido por el individuo en las más profundas capas de su inconsciente como algo concreto dentro de sí, razón por la cual yo y algunos de mis colegas usamos los términos «objetos internalizados» y «mundo interno». Este mundo interno consiste en una gran cantidad de objetos dentro del yo que corresponden en parte a multitud de aspectos variados buenos y malos en que los padres (y las otras personas) aparecen en el inconsciente del niño, a través de las varias fases de su desarrollo. Aún más, también representan todas las personas que internaliza continuamente en una gran variedad de situaciones que provienen de las múltiples y siempre cambiantes experiencias del mundo externo, tanto como de las fantaseadas. Además, todos estos objetos están en el mundo interno en una relación infinitamente compleja, tanto los unos con los otros, como con el sujeto mismo.

Si ahora aplicamos al proceso del duelo esta descripción de la organización del superyó, tal como lo comparé con el superyó de Freud, se hace más clara mi contribución a la comprensión de este proceso. En el duelo normal, el individuo reintroyecta y reinstala tanto a la persona real perdida, como a sus padres amados que sintió como objetos internos buenos. En su fantasía, este mundo interno, que construyó desde los primeros días de su vida en adelante, fue destruido cuando se produjo la pérdida actual. La reconstrucción del mundo interno da la pauta del éxito de la labor de duelo.

La comprensión de este mundo interno complejo capacita al analista para encontrar y resolver muchas situaciones de ansiedad temprana, desconocidas

anteriormente y que teórica y terapéuticamente son de tal importancia que quizá no las podamos valorar todavía. Creo también que el problema del duelo solo puede ser totalmente comprendido, teniendo en cuenta estas situaciones de ansiedad temprana.

Ilustraré ahora, en conexión con el duelo, una de esas situaciones de ansiedad que he encontrado como de capital importancia en los estados maníaco-depresivos. Me refiero a la ansiedad provocada por los padres internalizados en coito destructivo; tanto ellos como el propio sujeto son sentidos como si estuvieran en constante peligro de destrucción violenta. Referiré a continuación extractos de algunos sueños de un paciente, un hombre de 40 años, D., que tenía rasgos depresivos y paranoides. No entraré en los detalles del caso, me limitaré aquí a mostrar el modo en que fueron activados estos miedos y fantasías cuando murió la madre del paciente. Su madre estaba muy enferma, empeorando día a día, y en esa época estaba ya casi inconsciente.

Un día, en su análisis, habló de su madre con odio y amargura, acusándola de haber hecho desgraciado a su padre. Relató también un caso de suicidio y uno de locura que había ocurrido en la familia de su madre. Dijo que su madre, en una época, «tenía la mente confusa». Luego aplicó este término «confuso» a sí mismo y dijo: «Sé que Ud. me está volviendo loco, y que me van a encerrar». Habló en seguida de un animal enjaulado. Interpreté que al pariente loco y a su madre confusa, los sentía dentro de sí y que el miedo de ser encerrado significaba su más profundo miedo de tener dentro de él esta gente loca y de enloquecer entonces. Contó luego un sueño de la noche anterior. «Veo un toro acostado en un gran establo. No está completamente muerto y tiene un aspecto misterioso y peligroso. Yo estoy de pie a un lado del toro y mi madre está del otro lado. Escapo y me refugio en una casa, sintiendo que he dejado a mi madre en peligro y que eso está mal; pero tengo la vaga esperanza de que se salvara».

Con gran asombro para él, la primera asociación del paciente fue recordar cuánto le habían molestado los mirlos despertándolo temprano. Habló luego de los búfalos en América, país donde había nacido. Siempre se había interesado en los búfalos y le atraían. Dijo luego que podía matárselos y comerlos, pero como estaban extinguiéndose había que evitarlo. Mencionó luego la historia de un hombre que se había mantenido en el suelo inmóvil, con un toro encima de él, incapaz de moverse por miedo a ser aplastado. Asoció en seguida con un toro que había visto últimamente en la granja de un amigo y que este toro le había parecido horrible cuando lo vio. Por sus

asociaciones, esta granja era como su propia casa. Había pasado gran parte de su infancia en la granja de su padre. En el intervalo dio asociaciones sobre semillas de flores esparcidas que venían del campo y echaban raíces en los jardines de la ciudad. D. vio de nuevo al dueño de la granja ese día y le instó a vigilar el toro. (Se había enterado que últimamente el toro había destruido algunas de las construcciones de la granja). Esa misma tarde, el paciente recibió la noticia de la muerte de su madre. En la hora siguiente, no mencionó, al principio, la muerte de su madre, pero expresó odio contra mí: mi tratamiento lo iba a matar. Le recordé el sueño del toro interpretando que en su mente su madre se había unido con el padre-toro atacante —medio muerto— y se había vuelto misteriosa y peligrosa. Yo misma y el tratamiento representaban para él la figura de sus padres combinados. Le señalé que el reciente incremento del odio hacia la madre fue una defensa contra su tristeza y desesperación por su cercana muerte. Aludí a sus fantasías agresivas, mediante las cuales en su mente él había transformado a su padre en un toro peligroso que destruiría a la madre: de ahí sus sentimientos de responsabilidad y culpa sobre el inminente desastre. Aludí también a las observaciones del paciente sobre los búfalos que se comían y le expliqué que había incorporado la figura combinada de los padres y que tenía temor de ser aplastado internamente por el toro. El material anterior había mostrado su miedo a ser controlado y atacado internamente por seres peligrosos, miedos que entre otras cosas le habían llevado a adoptar posturas rígidas e inmóviles. Su relato del hombre que corría el peligro de ser aplastado por el toro y que se mantuvo inmóvil y controlado, lo interpreté como la representación de peligros que le amenazaban internamente[262]. Expliqué luego al paciente el significado sexual del toro atacando a la madre, conectando esto con su fastidio por los pájaros que lo despertaban en la mañana (su primera asociación al sueño del toro). Le recordé que en sus asociaciones, los pájaros a menudo representaban personas, y que el ruido que hacen los pájaros —ruido al que estaba acostumbrado— representaban para él el coito peligroso de los padres, y era tan insoportable, especialmente esa mañana, debido al sueño del toro y a su estado agudo de ansiedad a causa de su madre moribunda. Así, la muerte de su madre significaba para él ser destruido en su interior por el toro, ya que el trabajo de duelo había comenzado y él la internalizó en esta situación tan peligrosa.

Señalaré ahora algunos aspectos optimistas del sueño. Su madre podrá salvarse del toro. Le gustan los mirlos y otros pájaros. Le mostré las tendencias de reparación y recreación presentes en este material. Su padre (el

búfalo) debe ser preservado, por ejemplo, contra su propia voracidad. Le recordé, entre otras cosas, las semillas que deseaba diseminar en el suelo por todas partes, trayéndolas desde el campo, que él quería, hasta su pueblo, y que significaban niños creados por él y su padre como una reparación a su madre. Estos niños con vida significaban mantener viva a su propia madre.

Solo después de esta interpretación pudo contarme la muerte de su madre acaecida la noche anterior. Admitió, lo que era raro en él, su total comprensión del proceso de internalización, tal como se lo había interpretado. Dijo que después de haber recibido la noticia de la muerte de su madre se sintió enfermo y pensó, aun en ese momento, que no había razones físicas para estarlo. Esto parecía confirmar mi interpretación de que había internalizado toda la situación imaginada de su lucha con los padres muertos.

Durante esta hora mostró odio, ansiedad y tensión, pero muy poco dolor; hacia el final de la hora, después de mi interpretación, se suavizaron sus sentimientos, estuvo algo triste y sintió cierto alivio.

La noche después del funeral de su madre, D. soñó que X (que era una figura paterna) y otra persona (que me representaba a mí) trataban de ayudarlo, pero que realmente debía luchar contra ellos para vivir y dijo: «La muerte me reclama». En su sesión habló otra vez amargamente de su análisis como de algo que lo desintegraba. Interpreté que él sentía que los padres externos que le ayudaban eran al mismo tiempo padres que lo atacaban y desintegraban, que podrían atacarlo y destruirlo —el toro medio muerto y su madre moribunda dentro de él— y que yo y el análisis nos habíamos transformado en personas y acontecimientos peligrosos dentro de él; que él había internalizado a sus padres como algo moribundo o muerto se confirmó cuando me relató que en el funeral había dudado un momento sobre si su padre no estaría muerto también (en realidad el padre vivía). Hacia el final de la hora, después de una disminución de su odio y ansiedad, cooperó más. Dijo que el día anterior, mirando por la ventana en casa de su padre, vio el jardín y se sintió solo: le desagradó además un pájaro que había en un arbusto. Pensó que este pájaro, malo y destructivo, podía meterse en el nido de otro y poner huevos en él. Asocié luego, que poco tiempo antes había visto ramas de flores silvestres desparramadas por el suelo —que posiblemente habían sido arrancadas y arrojadas allí por algunos niños—. Interpreté su odio y amargura como defensa contra la pena, soledad y culpa. El pájaro y los niños destructivos —como a menudo había ocurrido antes— representaban a él mismo que en su mente había destruido la casa y felicidad de sus padres y matado a su madre, destruyendo los niños en su interior. En conexión con

esto, sus sentimientos de culpa se relacionaban con sus ataques directas fantaseados contra el cuerpo de su madre, mientras que, en conexión con el sueño del toro, la culpa se derivaba de sus ataques indirectos contra ella, cuando transformó a su padre en un toro peligroso que realizaba los propios deseos sádicos del paciente. En la tercera noche, después del funeral de su madre, D. soñó: «Veo un autobús que viene hacia mí de un modo incontrolado —aparentemente no tiene conductor—. Va contra un galpón con techo. No veo lo que le sucede al galpón, pero sé claramente que se 'va al tacho'. Luego vienen dos personas detrás de mí que levantan el techo del galpón y miran dentro. D. no sabe para qué pero parecen pensar que es una ayuda».

Además de mostrar su miedo a ser castrado por el padre a través de un acto homosexual que D. en ese momento también desea, su sueño expresa la misma situación interna que el sueño del toro: la muerte de su madre dentro de él y su propia muerte. El galpón significa el cuerpo de su madre, él mismo y también su madre internalizada. El coito peligroso representado por el autobús destruyendo el galpón ocurrió en su mente, tanto a su madre como a él mismo, pero, además y esta es la razón dominante de su ansiedad, a su madre dentro de él. El no ser capaz de ver lo que sucede en el sueño, indica que, en su mente, la catástrofe fue un acontecimiento interno. También supo, sin verlo, que el galpón «iba al tacho». El autobús yendo hacia él, además de significar el coito y castración por el padre, significa «un acontecimiento dentro de él[263]». Las dos personas abriendo el techo desde atrás (señaló mi sillón) éramos él y yo mirando dentro de su interior y dentro de su mente (psicoanálisis). Las dos personas también significaban: yo misma como la figura de los padres «malos» combinados y conteniendo el padre peligroso; de ahí sus dudas de que el mirar dentro del galpón (el análisis) pudiera serle de utilidad. El autobús sin frenos representaba también a él mismo en peligroso coito con su madre y expresaba sus miedos y culpa sobre la maldad de sus propios genitales. Antes de la muerte de su madre, cuando ya había comenzado su grave enfermedad, su auto había chocado accidentalmente contra un poste sin serias consecuencias. Este accidente parecía ser un intento de suicidio inconsciente que significaba destruir a los padres malos internos; también representaba a sus padres en coito peligroso dentro de él y fue así una realización tanto como una externalización de un desastre interno.

Las fantasías de los padres combinados en coito «malo» o, aún más, la acumulación de emociones de distintas índoles, deseos, temores y culpas que las involucran, habían trastornado mucho su relación con ambos padres y

jugado un rol importante, no solo en su enfermedad, sino también en su desarrollo total. A través del análisis de estas emociones referidas a la relación sexual de los padres, y particularmente a través del análisis de estas situaciones internalizadas, el paciente pudo experimentar realmente el duelo por su madre. Toda su vida, sin embargo, se había defendido de la depresión y pena de perderla y esto se originaba en sus sentimientos infantiles depresivos, y así negó su gran amor por ella. Inconscientemente había reforzado su odio y sentimientos de persecución porque no quería sufrir el miedo de perder a su madre amada. Cuando decrecieron sus ansiedades surgidas de su propia destructividad se fortaleció su confianza en su poder de restaurarla y preservarla, disminuyó la persecución y surgió su amor por ella. Pero, al mismo tiempo, experimentó, en forma creciente, pena y ansia por ella, sentimientos que él había reprimido y negado siempre, desde los primeros días. Mientras pasaba por este duelo con dolor y desesperación, su amor tan profundamente enterrado por su madre resurgía cada vez más y se modificó su relación con ambos padres. Un día, hablando de ellos y refiriéndose a un recuerdo agradable de su infancia, dijo de ellos: «Mis viejos queridos», lo que significaba un pensamiento nuevo para él.

He mostrado aquí y en artículos anteriores, las razones más profundas de la incapacidad de un sujeto para vencer con éxito la posición depresiva infantil. El fracaso en este sentido origina depresión, manía o paranoia. He señalado (op. cit.) uno o dos métodos por los que el yo intenta escapar al sufrimiento, conectados con la posición depresiva: la huida hacia los objetos buenos internos (que puede conducir a una psicosis grave) y la huida hacia los objetos buenos externos (que hacen posible el vencimiento de la neurosis). Pero además existen muchos modos que, según mi experiencia, sirven para el mismo propósito de capacitar al individuo para huir de los sufrimientos causados por la posición depresiva; varían de individuo a individuo, y se basan en defensas obsesivas, maníacas y paranoides (y todos estos métodos, como ya he señalado, se utilizan en el desarrollo normal). Suelen observarse claramente durante el análisis de personas que no pueden experimentar el duelo. Sintiéndose incapaces de salvar o reinstalar de un modo seguro los objetos buenos dentro de ellos, pueden alejarse de los mismos y, por lo tanto, negar su amor por ellos. Esto puede significar, que sus emociones se hagan más inhibidas: en otros casos, son solo los sentimientos de amor los que se sofocan, mientras que el odio aumenta. Al mismo tiempo, el yo utiliza diversos modos para tratar los temores paranoides (que son más fuertes cuanto más se ha reforzado el odio). Por ejemplo, los objetos malos internos

se subyugan maníacamente, se inmovilizan, y al mismo tiempo se niegan, tanto como se proyectan fuertemente en el mundo externo. Hay personas que, incapaces de experimentar el duelo, pueden escapar a un ataque maníaco-depresivo o de paranoia solo por una grave restricción en su vida emocional que empobrece su personalidad total.

En estas personas, el mantener una cierta medida de equilibrio mental, depende a menudo del modo en que interaccionan los diversos métodos y de su capacidad de mantener con vida, en otras direcciones, algo del amor que negaron a sus objetos perdidos. Las relaciones con personas que en su mente no están íntimamente relacionadas con el objeto perdido, el interés en cosas y actividades, pueden absorber algo del amor que corresponde al objeto perdido. Aunque esas relaciones y sublimaciones tendrán un carácter maníaco o paranoide, pueden aun así, dar alivio y tranquilizar la culpa, porque a través de ellas, el objeto amado perdido que ha sido rechazado y así destruido, es en cierta medida restaurado y retenido en el inconsciente.

Si en nuestros pacientes, el análisis disminuye la ansiedad por los padres internos, destructivos y perseguidores, se comprende que el odio y a su vez la ansiedad disminuyan, y que sean capaces de revisar su relación con los padres —vivos o muertos— y rehabilitarlos aun teniendo motivos de resentimiento. Esta mayor tolerancia hace posible para ellos alojar con firmeza en su mente figuras parentales buenas junto con objetos malos internos, y más aún mitigar el miedo a los objetos malos por la confianza en los objetos buenos. Esto los capacita para experimentar emociones —pena, culpa y tristeza, tanto como amor y confianza—, elaborar el duelo, vencerlo, y finalmente, vencer la posición depresiva infantil en la que ellos fracasaron en la infancia.

En conclusión: en el duelo normal, tanto como en el patológico, y en los estados maníaco-depresivos, se reactiva la posición depresiva infantil. Sentimientos complejos, fantasías y ansiedades, incluidas bajo este término, son de una naturaleza que justifica mi afirmación de que el niño, en su desarrollo temprano, pasa a través de estados maníaco-depresivos transitorios, tanto como por estados de duelo, que luego son modificados mediante la neurosis infantil. La posición depresiva infantil se supera cuando desaparece la neurosis infantil.

La diferencia fundamental, entre el duelo normal, por una parte, y por la otra el duelo patológico y los estados maníaco-depresivos, es la siguiente: los enfermos maníaco-depresivos y los sujetos que fracasan en el trabajo de duelo, aunque las defensas puedan diferir ampliamente una de otra, tienen en común el no haber sido capaces, en su temprana infancia, de establecer

objetos buenos internos y de sentir seguridad en su mundo interno. Realmente, no vencieron nunca la posición depresiva infantil. En el duelo normal, sin embargo, la posición depresiva temprana, que se ha revivido con la pérdida del objeto amado, se modifica una vez más y se vence por métodos similares a los que usó el yo en la infancia. El individuo reinstala dentro de él sus objetos de amor perdidos reales y al mismo tiempo sus primeros objetos amados, en última instancia, sus padres buenos, a quienes, cuando ocurrió la pérdida real, sintió también en peligro de perderlos.

Cuando el sujeto en duelo reinstala dentro de sí a los padres buenos y a las personas recientemente perdidas y reconstruye su mundo interno, que estuvo desintegrado y en peligro, puede vencer su pena, gana nueva seguridad y logra armonía y paz verdaderas.

21. El complejo de edipo a la luz de las ansiedades tempranas (1945)

Introducción

Tengo dos propósitos principales al presentar este artículo. Pretendo aislar algunas situaciones de ansiedades tempranas típicas y mostrar su conexión con el complejo de Edipo. Como estas ansiedades y defensas forman parte, según creo, de la posición infantil depresiva, espero con ello aclarar algo la relación entre la posición depresiva y el desarrollo libidinal. Mi segundo propósito es comparar mis conclusiones sobre el complejo de Edipo con las opiniones de Freud sobre el mismo tema.

Como ejemplo para mis argumentaciones expondré fragmentos de dos historiales clínicos. Se podrían aducir muchos más detalles de esos dos análisis, de la relación de los enfermos con su familia y de la técnica empleada. Sin embargo, me limitaré a exponer los detalles del material que considero esenciales para el tema de este artículo.

Los dos niños, cuyos historiales ilustrarán mis argumentaciones, padecían de dificultades emocionales intensas. Al emplear tal material psicoanalítico como base para fundamentar mis conclusiones sobre el curso normal del desarrollo edípico, sigo un método empleado repetidamente en psicoanálisis. Freud justificó este enfoque especial en muchos de sus artículos. Por ejemplo[264], escribe: «La patología, como Uds. saben, mediante el aislamiento y la exageración nos ha ayudado siempre a hacer reconocibles cosas que normalmente hubiesen quedado ocultas».

Fragmentos de un historial, ilustrativos del desarrollo edípico del niño

El material, en el cual me detendré para ilustrar mis conclusiones acerca del desarrollo edípico del varón, proviene del análisis de un niño de 10 años. Sus padres tuvieron que consultarme, porque algunos de sus síntomas se habían intensificado tanto que le hacían imposible concurrir a la escuela. Se asustaba mucho de los otros niños y por ello evitaba más y más salir solo. Además, desde hacía ya unos años una inhibición progresiva de sus capacidades e intereses preocupaba mucho a sus padres. Fuera de estos síntomas, que le impedían concurrir a la escuela, estaba excesivamente preocupado por su salud y padecía de frecuentes estados de ánimo depresivo. Estas dificultades se manifestaban en su aspecto físico, porque daba la impresión de estar preocupado y de ser desgraciado. Sin embargo, en ocasiones —y esto se hacía más manifiesto en sus sesiones psicoanalíticas— cesaba su depresión y de pronto la vida y la luz venían a sus ojos y le transformaban por completo la cara.

Ricardo era un niño precoz y bien dotado en muchos aspectos. Tenía talento musical, demostrándolo ya muy tempranamente. Le gustaba mucho la naturaleza, pero solamente en sus aspectos agradables. Sus dotes artísticas se manifestaban, por ejemplo, en la manera como elegía las palabras y en un cierto sentido para lo dramático que vitalizaba su conversación. No se entendía bien con los otros niños; se sentía mejor en compañía de adultos y especialmente de mujeres. A estas trataba de impresionarlas con sus dotes de conversación y quería entrar en su favor de un modo impropio de su edad.

La lactancia de Ricardo había sido breve e insatisfactoria. Había sido un niño delicado, padeciendo resfríos y enfermedades desde su primera infancia. Había sufrido dos operaciones (circuncisión y amigdalectomía) entre sus tres y seis años. La familia vivía modestamente, aunque no sin un cierto desahogo. El ambiente del hogar no era del todo feliz. Entre los padres no existía ni cordialidad ni intereses comunes, aunque no tenían entre sí reyertas manifiestas. Ricardo era el segundo de dos hijos; su hermano era unos pocos años mayor que él. Su madre, aunque no estaba enferma en el sentido clínico, era de tipo depresivo. Le preocupaba mucho cualquier enfermedad de Ricardo y no había duda de que con su actitud había contribuido a los temores

hipocondríacos del niño. Su relación con Ricardo no era satisfactoria en varios aspectos. En tanto que su hermano mayor era de los primeros en la escuela y recibía la mayor parte del amor de la madre, Ricardo era más bien un desencanto para ella. Aunque él la quería mucho, era un niño sumamente difícil de manejar. No tenía intereses, ni juegos que le ocupasen. Estaba demasiado angustiado y demasiado ligado a su madre, a la que se adhería de un modo persistente y agotador.

Su madre lo cuidaba mucho y en cierto modo lo mimaba, pero no apreciaba realmente los aspectos más sutiles de su carácter, tales como una gran capacidad innata para el amor y la bondad. No comprendía que el niño la quería mucho y tenía poca confianza en su desarrollo futuro. Por otro lado, tenía paciencia con él cuando lo cuidaba; por ejemplo, no intentaba imponerle la compañía de otros niños, ni lo obligaba a concurrir a la escuela.

El padre de Ricardo lo quería mucho y era amable con él, pero aparentemente dejaba la responsabilidad de su educación a la madre. Como demostró el análisis, Ricardo se daba cuenta de que su padre era demasiado indulgente con él y de que ejercía demasiado poco su autoridad en el círculo familiar. La mayoría de las veces su hermano mayor le mostraba amistad y tenía paciencia con Ricardo, pero los dos niños tenían poco en común.

El desencadenamiento de la guerra aumentó mucho las dificultades de Ricardo. Fue evacuado con su madre y, para analizarse, se trasladó con ella al pueblo donde yo residía entonces, mientras que su hermano fue a otro lugar con su escuela. El separarse de su hogar trastornó a Ricardo. Además, la guerra agudizó todas sus ansiedades, angustiándolo especialmente los bombardeos aéreos. Seguía las noticias con gran atención; se interesaba mucho por los cambios de la situación bélica y esta preocupación se manifestó una y otra vez en el transcurso de su análisis.

Aunque había dificultades en la situación familiar —lo mismo que había habido dificultades en el desarrollo precoz del niño— en mi opinión la gravedad de la enfermedad de Ricardo no se podía explicar solamente por estas circunstancias. En él, como en cualquier otro caso, debemos tener en cuenta los procesos internos que resultan y actúan conjuntamente con los factores tanto constitucionales como ambientales; pero no puedo aquí tratar en detalle la acción recíproca de todos estos factores. Me limitaré a señalar la influencia de ciertas ansiedades tempranas en el desarrollo genital.

El análisis se realizaba en un pueblo no muy cercano a Londres y en una casa cuyos propietarios estaban ausentes por entonces. En dicha casa yo no disponía de un cuarto de juegos en las condiciones que me hubiese gustado,

ya que no podía sacar de él algunos libros, láminas, mapas, etc. Ricardo tenía una relación especial, casi de persona a persona, con esta habitación y con la casa, a la que identificaba conmigo. Por ejemplo: a menudo hablaba cariñosamente de la casa y a la casa; se despedía de ella antes de marcharse al final de la hora, y a veces, con gran cuidado, arreglaba los muebles de un modo que, según él, «alegraría» a la habitación.

En el transcurso del análisis, Ricardo hizo varias series de dibujos[265]. Unas de las primeras cosas que dibujó fue una estrella de mar rondando cerca de una planta submarina, y Ricardo me explicó que era un bebé hambriento que deseaba comerse la planta. Uno o dos días después introdujo en sus dibujos un pulpo mucho mayor que la estrella de mar y con una cara humana. Este pulpo representaba a su padre y al órgano genital de su padre en sus aspectos peligrosos; posteriormente se equiparó con el «monstruo», que encontraremos en seguida en su material analítico. La forma de la estrella de mar se transformó pronto en un conjunto hecho de diferentes secciones coloreadas. Los cuatro colores principales de este tipo de dibujo —negro, azul, morado y rojo— simbolizaban, en este orden, a su padre, madre, hermano y a él mismo. En uno de los primeros dibujos, en que usó estos cuatro colores, puso el negro y el rojo moviendo los lápices hacia lo dibujado con ruidos acompañadores. Explicó que el negro era su padre y acompañó el movimiento del lápiz imitando el ruido de soldados marchando. El rojo vino después, y Ricardo dijo que era él mismo, y cantó una tonada alegre mientras movía el lápiz. Cuando coloreó las secciones azules, dijo que eran su madre; y cuando llenó las secciones moradas, dijo que su hermano era bueno y que le ayudaba.

El dibujo representaba un imperio, siendo sus diferentes secciones los distintos países. Es significativo que el interés de Ricardo por los sucesos bélicos tuviese un papel importante en sus asociaciones. A menudo miraba en el mapa los países que Hitler había subyugado y entonces se hacía evidente la conexión entre los países del mapa y sus dibujos del imperio. Los dibujos del imperio representaban a su madre, que había sido invadida y atacada. Generalmente su padre aparecía como el enemigo. Ricardo y su hermano tenían diferentes papeles en los dibujos; a veces eran aliados de la madre, otras veces del padre.

Aunque parecidos a primera vista, estos dibujos variaban mucho en los detalles; nunca hubo dos exactamente iguales. Era significativo cómo Ricardo hacía estos dibujos y también la mayoría de sus dibujos. No los empezaba con

un plan preconcebido y a menudo él mismo se sorprendía al ver el aspecto del dibujo terminado.

Usaba material de juego variado; por ejemplo, los lápices negros y de colores, con los que hacía sus dibujos, en sus juegos también representaban a personas. Además trajo a mi casa su propio conjunto de barcos de juguete, dos de los cuales siempre representaban a sus padres, mientras que los otros barcos tenían diferentes papeles.

Con la finalidad de esta exposición, he limitado mi selección de material a unos pocos ejemplos, sacados principalmente de sus horas de análisis. Durante estas horas —en parte debido a circunstancias exteriores, de las que me ocuparé más adelante—, algunas de las ansiedades de Ricardo se manifestaron con mayor intensidad. Se logró disminuirías mediante interpretaciones y los cambios resultantes aclararon la influencia de las ansiedades tempranas en el desarrollo genital. Estos cambios, que fueron solamente un paso hacia una genitalidad más desarrollada y hacia una estabilidad psíquica mayor, se habían anunciado ya anteriormente en el análisis de Ricardo.

En lo referente a las interpretaciones presentadas en este artículo, no es necesario decir que he seleccionado las que se aplican mejor a su tema. Aclararé cuáles fueron las interpretaciones dadas por el paciente mismo. Además de las interpretaciones que yo di al paciente, este artículo contiene varias conclusiones sacadas del material analítico y no siempre haré una clara distinción entre estas dos categorías. Tal demarcación traería consigo mucha repetición y embarullaría los puntos principales.

Ansiedades tempranas como obstáculos al desarrollo edípico

Como punto de partida elijo la reanudación del análisis después de una interrupción de diez días. Hasta entonces el análisis había durado seis semanas. Durante esos días yo fui a Londres y Ricardo partió de vacaciones. Nunca había estado en un bombardeo y sus temores de bombardeo se centraban en Londres como el lugar más peligroso. De ahí que para él mi marcha a Londres significase el ir a la destrucción y a la muerte. Esto se añadía a la ansiedad que le causaba la interrupción del análisis.

A mi vuelta encontré a Ricardo preocupado y deprimido. Durante la primera hora apenas me miraba y alternaba entre estar sentado rígidamente en su silla, sin levantar los ojos, y caminar sin descanso a la cocina vecina y al jardín. Sin embargo, a pesar de su resistencia intensa, me hizo algunas preguntas: ¿Había visto mucho del Londres destruido? ¿Había habido un bombardeo mientras yo estaba allí? ¿Hubo muchos truenos en Londres?

Una de las primeras cosas que me dijo fue que odiaba volver al pueblo donde se realizaba el análisis, y lo llamó «pocilga» y una «pesadilla». En seguida salió al jardín, donde parecía sentirse con mayor libertad para mirar a su alrededor. Vio algunos hongos, que me señaló temblando y me dijo que eran venenosos. Volvió al cuarto, tomó un libro del estante y en él me señaló especialmente la imagen de un hombrecito que se peleaba con un «monstruo terrible».

Dos días después de mi vuelta, Ricardo, con gran resistencia, me habló de una conversación que había tenido con su madre, durante mi ausencia. Había dicho a su madre que estaba muy preocupado acerca de tener él niños en el futuro y le había preguntado si le dolería mucho. Ella le contestó y le explicó lo que ya había hecho anteriormente, el papel del hombre en la reproducción. A lo que él le replicó que no le gustaría colocar su órgano genital en el genital de otra persona, porque le iba a asustar y además que todo el asunto le causaba una gran preocupación.

En mi interpretación uní este temor con el pueblo «pocilga»; el pueblo representaba, en la mente de Ricardo, mi «interior» y el «interior» de su madre, que se habían vuelto malos a causa de los truenos y de las bombas de Hitler. Estas representaban el pene «malo» de su padre, que entraba en el cuerpo de su madre y lo convertía en un lugar que corría peligro y que era peligroso. El pene «malo» dentro de su madre estaba también simbolizado por los hongos venenosos, que habían crecido en el jardín durante mi ausencia, así como por el monstruo, en contra del cual estaba luchando el hombrecito (que representaba a Ricardo). La fantasía de que su madre contenía el órgano genital destructivo de su padre explicaba en parte los temores de Ricardo al coito. Esta ansiedad se había agudizado e intensificado por mi marcha a Londres. Sus propios deseos agresivos relacionados con el coito de sus padres aumentaban mucho sus ansiedades y sentimientos de culpa.

Había una conexión íntima entre el temor de Ricardo al pene «malo» del padre dentro de la madre y su fobia a los niños. Estos dos temores estaban íntimamente unidos con sus fantasías del «interior» de su madre como un lugar peligroso, porque él sentía que había atacado y dañado a los niños por él

imaginados en el «interior» del cuerpo de su madre y que ellos se habían convertido en sus enemigos. Gran parte de esta ansiedad la desplazó a su temor a los niños de su ambiente.

La primera cosa que Ricardo hizo con sus barcos durante estas horas fue que un destructor, que él llamaba «Vampiro», chocase con un acorazado, «Rodney», que para él siempre representaba a la madre. En seguida entró en resistencia y en ella Ricardo volvió rápidamente a arreglar los barcos. Me contestó, sin embargo —aunque no con agrado—, cuando le pregunté que a quién representaba el «Vampiro», diciéndome que era él mismo. La resistencia súbita, que le hizo interrumpir el juego, aclaró algo acerca de la represión de sus deseos genitales hacia la madre. En su análisis, el choque repetido de un barco contra otro simboliza el coito. Una de las causas principales de la represión de sus deseos genitales era su temor al carácter destructor del coito, porque —como lo sugiere el nombre «Vampiro»— lo consideraba como algo oral-sádico.

Ahora interpretaré el Dibujo I que especifica más las situaciones angustiosas de Ricardo en esta etapa de su análisis. Como ya sabemos, en esta serie de dibujos el rojo siempre representaba a Ricardo, el negro a su padre, el morado a su hermano y el azul claro a su madre. Mientras coloreaba las secciones rojas, Ricardo me dijo: «Estos son los rusos». Aunque los rusos se habían hecho nuestros aliados, él los miraba con mucha desconfianza. Por lo tanto, al referirse al rojo (él mismo) como siendo los rusos sospechosos, me estaba dando a entender que temía su propia agresión. Era este temor el que le había hecho interrumpir su juego con los barcos, cuando se dio cuenta de que él era el «Vampiro», en su acercamiento sexual a su madre. El Dibujo I expresaba sus ansiedades referentes al cuerpo de su madre, atacado por el Hitler-padre malo (bombas, truenos, hongos venenosos). Como veremos, cuando discutamos sus asociaciones con el Dibujo II todo el imperio representaba el cuerpo de su madre, que estaba perforado por el órgano genital «malo» de Ricardo. En el Dibujo I, sin embargo, la perforación se hacía por tres órganos genitales, que representaban a los tres hombres de la familia: el padre, el hermano y él mismo. Sabemos que durante esta hora Ricardo había expresado su horror al coito. O sea, que a la fantasía de la destrucción que amenazaba a la madre, causada por el padre «malo», se añadía para ella el peligro de la agresión de Ricardo, porque se identificaba con su padre «malo». También aparecía su hermano como atacante. En este dibujo su madre (azul claro) contiene a los hombres malos o, en último

término, los órganos genitales malos de estos, y, por lo tanto, el cuerpo de su madre corre peligro y es un lugar peligroso.

Algunas defensas tempranas

Las ansiedades de Ricardo por su agresión y sobre todo por sus tendencias oral-sádicas eran muy grandes y motivaban una lucha aguda dentro de él en contra de su agresión. A veces esta lucha se percibía claramente. Era significativo que en los momentos de rabia rechinase sus dientes y moviera sus mandíbulas como si estuviese mordiendo. Debido a la intensidad de sus impulsos oral-sádicos, Ricardo temía dañar a su madre. A menudo preguntaba a su madre o a mí misma, aun después de alguna observación sin importancia: «¿He herido tus sentimientos?». El temor y la culpa, dependientes de sus fantasías destructivas, moldeaban toda su vida emocional. Para mantener su amor hacía su madre, Ricardo procuraba una y otra vez dominar sus celos y resquemores, negando hasta los motivos más evidentes de ellos.

Pero las tentativas de Ricardo para refrenar su odio y su agresividad y para negar sus resquemores no tenían mucho éxito. La rabia, reprimida por las frustraciones sufridas en el pasado y en el presente, se manifestaba claramente en la situación transferencial: por ejemplo, en sus reacciones a la frustración impuesta por la interrupción del análisis. Sabemos ya que al ir yo a Londres, en su mente me había convertido en un objeto dañado. Sin embargo, yo no estaba dañada únicamente por haber estado expuesta al peligro de las bombas, sino también porque, al frustrarle, había suscitado su odio; en consecuencia, de un modo inconsciente, él sentía que me había agredido. Repitiendo situaciones anteriores de frustración, Ricardo se había identificado —en los ataques que fantaseaba contra mí— con el Hitler-padre bombardeador y peligroso, y temía la retaliación. Por lo tanto me convertí para él en un sujeto hostil y vengativo.

La división precoz de la imagen materna en una «madre pecho» buena y mala, como una técnica de manejar la ambivalencia, fue muy patente en Ricardo. Esta división evolucionó ulteriormente a una división en la «madre pecho» que era «buena» y la «madre genital» que era mala. En esta etapa del análisis, su madre real representaba la «madre pecho buena», mientras que yo me había convertido en la «madre genital mala» y, por ello, despertaba en él la agresión y los temores conectados con esa imagen. Me había convertido en la madre dañada por el padre en el coito o unida con el Hitler-padre «malo».

La actividad del interés genital de Ricardo en aquella época quedó demostrada, por ejemplo, por su conversación con su madre sobre el coito, aunque entonces Ricardo expresase sobre todo horror. Y era este horror el que le había hecho separarse de mí, viéndome como la madre «genital», y también el que lo impulsó hacia su madre real como objeto bueno. Durante mi estancia en Londres, Ricardo fue más inseparable que nunca de su madre. Como él me expresó, era el «pollito de mamá» y «los pollitos van detrás de sus madres». Esta huida al pecho materno, como una defensa contra la angustia ante la madre genital, no tuvo éxito, porque Ricardo añadía: «pero los pollitos tienen que arreglarse sin ellas, porque las gallinas ya no se preocupan más de ellos y no los cuidan».

Las frustraciones, experimentadas en la situación transferencial por la interrupción del análisis, habían reavivado frustraciones y resquemores anteriores y, ante todo, la privación sufrida anteriormente por Ricardo del pecho de su madre. Por lo tanto, había fracasado su ilusión de tener una madre buena.

Inmediatamente después del choque entre «Vampiro» (él mismo) y «Rodney» (su madre), más arriba descrito, Ricardo colocó uno al lado del otro los acorazados «Rodney» y «Nelson» (su padre y su madre) y después, en una fila, algunos barcos que representaban a su hermano, a él mismo y a su perro, siguiendo —como él dijo— un orden de edad. Con esto el juego con los barcos expresaba su deseo de restaurar la armonía y la paz en la familia, al permitir a sus padres reunirse y al ceder él ante la autoridad de su padre y de su hermano. Esto implicaba la necesidad de frenar su envidia y su odio, porque sentía que solo así podía evitar la lucha con el padre para obtener la posesión de la madre. De este modo rehuía su temor de castración y además conservaba al padre bueno y al hermano bueno. Y, sobre todo, así salvaba también a su madre de ser dañada en una lucha entre su padre y él mismo.

Así que Ricardo, no solamente estaba dominado por la necesidad de defenderse contra el temor de ser atacado por sus rivales, que eran su padre y hermano, sino también por preocupaciones acerca de sus objetos buenos. Los sentimientos de amor y la necesidad de reparar el daño que había hecho en su fantasía —daño que podía ocurrir de nuevo si se dejaba llevar por su odio y su envidia— se manifestaron con mayor intensidad.

Sin embargo, Ricardo podía conseguir la paz y la armonía en la familia, podía refrenar su envidia y su odio y conservar su objeto amado solamente si reprimía sus deseos edípicos. La represión de sus deseos edípicos implicaba una regresión parcial a la primera infancia, a ser bebé y esta regresión estaba

unida a la idealización de la relación madre-bebé. Porque Ricardo quería convertirse en un niño libre de agresión y, sobre todo, libre de impulsos oral-sádicos. La idealización del bebé presuponía una idealización correspondiente de la madre y, ante todo, de la de sus pechos. Era figurarse un pecho ideal que nunca frustrara y una madre y un hijo en una relación mutua únicamente amorosa. En su mente Ricardo alejaba el pecho malo, la madre mala, de la madre ideal.

El Dibujo II ilustra algunos de los procedimientos de Ricardo para manejar su ambivalencia, ansiedad y culpa. Me señaló Ricardo la sección roja «que pasa a través del imperio de mamá», pero se corrigió en seguida, diciendo: «no es el imperio de mamá, es solamente un imperio, donde todos nosotros tenemos algunos territorios». Le interpreté que temía darse cuenta de que había pensado que representaba el imperio de la madre, porque entonces la sección roja estaría penetrando en el interior de su madre. Entonces Ricardo miró una vez más el dibujo y manifestó que la sección roja tenía aspecto «como un genital» y señaló que dividía al imperio en dos: en el oeste había territorios que pertenecían a todo el mundo, mientras que la parte del este no contenía nada de su madre, sino solamente a él mismo, a su padre y a su hermano.

La parte izquierda del dibujo representaba a la madre buena, muy unida a Ricardo, porque allí había poco de su padre y relativamente poco de su hermano. En contraste, en el lado derecho (el «este peligroso», que ya había surgido anteriormente en su análisis), aparecían únicamente los hombres luchadores o, más bien, sus genitales malos. Su madre había desaparecido de este lado del dibujo, porque, como lo sentía Ricardo, había sido subyugada por los hombres malos. Este dibujo expresaba la división de la madre en la madre mala, llena de peligros (la madre genital) y a la madre querida y segura (la madre pecho). Ya en el primer dibujo, del que hice uso para señalar algunas situaciones de ansiedad, podemos ver algo de los mecanismos de defensa que aparecen más claramente en el Dibujo II. Aunque en el Dibujo I la madre azul claro ocupa todo el dibujo y la división entre la madre «genital» y la madre «pecho» no resalta tan claramente como en el Dibujo II, una tentativa de división de esta clase puede ser vista en él si aislamos la sección de su extrema derecha.

Es significativo que en el Dibujo II la división se efectúe por una sección especial puntiaguda y alargada, que Ricardo interpretó como órgano genital. De este modo él expresaba su creencia de que el genital masculino era penetrante y peligroso. Esta sección especial se parece a un diente puntiagudo

y largo o a una daga y, según mi opinión, tiene ambos significados: el primero, que simboliza el peligro para el objeto amado los impulsos oral-sádicos, y el último, el peligro dependiente, según sentía Ricardo, de la función genital como tal, debido a su capacidad penetrante.

Estos temores contribuían más y más a la huida hacia la madre «pecho». Ricardo podía solamente conseguir una estabilidad relativa en un nivel predominantemente pregenital. El movimiento de su libido hacia adelante estaba dificultado, porque eran demasiado grandes su ansiedad y su culpa, y su yo no era capaz de desarrollar las defensas adecuadas. Con ello su organización genital no podía estabilizarse suficientemente[266], lo cual implicaba en él una tendencia intensa a la represión. El juego entre estos fenómenos de fijación y regresión podía ser visto en cualquier etapa del desarrollo de Ricardo.

Disminución de la represión de los deseos edípicos

El análisis de las diversas situaciones de ansiedad que he descrito, tuvo el efecto de empujar hacia adelante los deseos y las ansiedades edípicas de Ricardo. Pero su yo podía mantener estos deseos únicamente mediante el empleo intensificado de ciertas defensas (de las que trataré en esta sección). Sin embargo, estas defensas podían ser eficaces solamente porque el análisis había disminuido algo la ansiedad, lo que también implicaba una disminución de las fijaciones.

Cuando se disminuyó en cierto grado la represión de los deseos genitales de Ricardo, su temor a la castración se presentó más intensamente en el análisis y se expresó de diferentes modos, juntamente con una modificación correspondiente de sus métodos de defensa. En la tercera hora, después de mi vuelta, Ricardo salió al jardín y me habló de su deseo de escalar montañas, sobre todo Snowdon, a la que había mencionado anteriormente en el transcurso de su análisis. Mientras hablaba, se dio cuenta de que había nubes en el cielo y expresó la opinión de que se estaba formando una tormenta peligrosa. Dijo que en tales días compadecía a las montañas, porque lo pasaban mal cuando una tormenta descargaba sobre ellas. Así expresaba su temor al padre malo, que en el material citado anteriormente estaba representado por bombas y truenos. El deseo de escalar Snowdon, que simbolizaba su deseo de coito con su madre, le provocaba inmediatamente el

temor a la castración por su padre malo y, por ello, la tormenta que se descargaba era un peligro tanto para su madre como para él mismo.

En la misma hora Ricardo me dijo que iba a hacer cinco dibujos. Me mencionó que había visto un cisne con cuatro cisnes pequeños «muy ricos». Jugando con sus barcos, Ricardo hizo que un barco fuese mío y otro de él; yo me iba en mi barco en un viaje de recreo, y lo mismo hacía él. En un primer momento alejó su barco, pero pronto le dio la vuelta y lo colocó bastante cerca del mío. En el material anterior el contacto de los barcos —sobre todo en lo referente a sus padres— había simbolizado con frecuencia el coito. Por lo tanto, en este juego Ricardo expresaba sus deseos genitales, así como su confianza de tener potencia. Los cinco dibujos, que él decía que me iba a dar, lo representaban (el cisne) dándome —o más bien dando a su madre— cuatro hijos (los cisnecitos).

Como ya hemos visto, unos días antes había ocurrido algo similar en el juego de los barcos: «Vampiro». (Ricardo) tocaba a «Rodney» (su madre). Entonces esto trajo como consecuencia un cambio brusco en el juego, que fue provocado por el temor de Ricardo de que sus deseos genitales pudiesen estar dominados por sus impulsos oral-sádicos. Sin embargo, en los días siguientes se alivié parte de su ansiedad, disminuyó su agresión y por ello se reforzaron algunos métodos de defensa. Con lo que Ricardo pudo realizar un juego similar (su barco tocó al mío en un viaje de recreo), sin que ello le provocase ni ansiedad ni represión de los deseos genitales.

La creencia reforzada de Ricardo de que podría llegar a ser potente estaba unida a una mayor confianza de que su madre podía ser preservada de peligros. Ahora ya era capaz Ricardo de permitirse la fantasía de que ella lo iba a querer siendo él un hombre y que le permitiría ocupar el lugar del padre. Esto le hizo confiar en que ella seria su aliada y que lo iba a proteger contra todos sus rivales. Por ejemplo, Ricardo tomó el lápiz azul y el lápiz rojo (su madre y él mismo) y los colocó en la mesa levantados el uno al lado del otro. Luego movió el lápiz negro (su padre) hacia los otros y el lápiz negro fue rechazado por el rojo, mientras que el lápiz azul rechazaba al morado (su hermano). Este juego expresaba el deseo de Ricardo de que su madre, puesta de acuerdo con él, alejase a su padre y a su hermano peligrosos. Su madre, como alguien fuerte en lucha contra los hombres malos y contra los genitales peligrosos de estos, también surgía de una asociación con el Dibujo II; porque Ricardo dijo que la madre azul en el oeste estaba preparándose a luchar contra el este, para reconquistar allí sus territorios. Como ya sabemos, en la parte derecha del Dibujo II la madre había sido subyugada por los ataques genitales

de los tres hombres que eran su padre, su hermano y él mismo. En el Dibujo IV, que describiré algo más adelante, Ricardo extendió el azul sobre la mayor parte del dibujo y con ello expresó su confianza en que la madre volverla a recuperar sus territorios perdidos. De este modo —restaurada y reavivada— la madre iba a ser capaz de ayudarlo y de protegerlo. Debido a su confianza en poder restaurar y reavivar a su objeto bueno, lo que implicaba su creencia de que él podría manejar mejor su agresión, Ricardo fue capaz de sentir sus deseos genitales más intensamente. Como disminuyó su ansiedad, pudo también dirigir su agresión hacia afuera y, en su fantasía, volver a la lucha con su padre y su hermano para conseguir la posesión de su madre. En su juego con los barcos, los puso en orden formando una fila larga, con el barco más pequeño delante. El significado de este juego era que él se había apropiado de los genitales de su padre y de su hermano y los había añadido al suyo propio. Sentía que con esta victoria fantaseada sobre sus rivales él se había hecho potente.

El Dibujo III es un conjunto de dibujos, frecuentes en el análisis de Ricardo, en los cuales figuran, en varias combinaciones, plantas, estrellas de mar, barcos y peces. Como ocurría con el tipo de dibujos que representaban el imperio, en ellos había una gran variación en los detalles, pero algunos de sus elementos siempre representaban el mismo objeto y la misma situación. Las plantas bajo el agua representaban los órganos genitales maternos; por lo común se trataba de dos plantas con un espacio en el medio. Las plantas también representaban los pechos maternos, y cuando una de las estrellas de mar estaba entre las plantas, significaba invariablemente que el niño estaba en posesión de los pechos de su madre o que realizaba un coito con ella. Los puntos salientes en el contorno de la estrella de mar representaban dientes y simbolizaban los impulsos oral-sádicos del bebé.

Al comenzar el Dibujo III Ricardo primero dibujó los dos barcos, luego el pez grande y alguno de los pequeños a su alrededor. Al dibujar estos últimos, se animó más y más y llenó el espacio restante con los peces hijos. Luego me hizo notar que uno de los peces hijos estaba cubierto por una aleta de «pez-mami» y me dijo: «este es el más joven de todos los hijos». Este dibujo sugiere que el pececito está siendo alimentado por la madre. Le pregunté a Ricardo si él se encontraba entre los pececitos, pero me dijo que no. También me dijo que la estrella de mar situada entre las plantas era una persona adulta, y que la otra estrella de mar, más pequeña, era una persona medio desarrollada, explicándome que era su hermano; me señaló asimismo que el periscopio del «Pez solar» estaba «penetrando en Rodney». Le sugerí que el

«Pez solar» le representaba a él mismo (la palabra inglesa sun —sol— en lugar de son —hijo—) y que el periscopio penetrando en «Rodney» (la madre) representaba su coito con su madre.

La afirmación de Ricardo de que la estrella de mar entre las plantas era una persona adulta significaba que representaba al padre, mientras que Ricardo mismo estaba representado por el «Pez solar», o sea por el barco que era de un tamaño aun mayor que «Rodney» (su madre). De este modo expresaba el cambio de los papeles en la relación padre-hijo. Al mismo tiempo el dibujo señalaba su amor hacia su padre y su deseo de reparación, porque colocaba la estrella de mar-padre entre las plantas, permitiéndole con ello estar en la posición de un niño a quien se trata bien.

El material presentado en esta sección demuestra que la situación edípica positiva y la posición genital se habían hecho más manifiestas. Como hemos visto, Ricardo lo alcanzó siguiendo varios métodos. Uno de ellos era hacer de su padre un bebé —un bebé no privado de satisfacciones y que, por lo tanto, sería «bueno»— mientras que él mismo se apropiaba del pene del padre.

Hasta entonces, Ricardo, que solía desempeñar varios papeles en esta clase de dibujos, siempre se reconocía a sí mismo en ellos, inclusive cuando hacía el papel de niño. Lo hacía, porque bajo el impacto de la ansiedad se retrotraía: al papel idealizado del niño satisfecho y amante. Ahora, por vez primera, afirmaba que no estaba entre los bebés del dibujo. Esto me pareció otra indicación del refuerzo de su posición genital. Sentía ahora que podía crecer y hacerse potente sexualmente. En su fantasía, por lo tanto, podía tener niños con su madre y ya no necesitaba presentarse como si fuera un bebé.

Sin embargo, estos deseos y fantasías genitales hacían surgir en él diversas ansiedades y, por ello, la tentativa de resolver sus conflictos edípicos colocándose Ricardo en el lugar del padre, sin tener que pelearse con él, solo tuvo un éxito parcial. Al lado de esta solución relativamente pacífica, encontramos en el dibujo temores de Ricardo referentes a la sospecha de su padre acerca de sus deseos genitales hacia la madre, que por ello iba a vigilarlo de cerca y que lo iba a castrar. Porque cuando interpreté a Ricardo su cambio de la relación padre-hijo, me dijo que el aeroplano de arriba era inglés y que estaba vigilando. Se recordará que el periscopio del submarino penetrando en «Rodney» representaba el deseo de Ricardo detener un coito con su madre. Lo cual implicaba que Ricardo intentaba desplazar a su padre y que, por lo tanto, suponía que su padre le miraba con recelo. Le interpreté que esto significaba, no solamente que su padre estaba transformado en un niño, sino también que estaba presente en el papel de superyó paterno, del padre

que le vigilaba, que intentaba evitar que él tuviese un coito con la madre y que lo amenazaba con castigos (el aeroplano vigilante).

Le interpreté también que él mismo había estado «vigilando» a sus padres, porque, no solamente acechaba su vida sexual, sino que además deseaba intensamente interferir en ella y separar a sus padres.

El Dibujo IV ilustra el mismo material de un modo distinto. Mientras coloreaba las secciones azules, Ricardo estaba cantando el himno nacional; me explicó que su madre era la reina y que él era el rey. Es decir, que Ricardo se había convertido en el padre y que había adquirido el órgano genital potente del padre. Cuando terminó el dibujo y lo miró me dijo que allí había «mucho de mami» y de él mismo y que «en realidad podían vencer a papi». Me señaló que había poco del padre malo en el dibujo (negro). Como el padre se había convertido en un niño indefenso, no parecía necesario vencerlo Sin embargo, Ricardo no tenía demasiada confianza en esta solución omnipotente, como lo demostró al decir que unido a su madre, si fuese necesario, él podría vencer al padre. O sea, que la disminución de la ansiedad le permitía enfrentar su rivalidad con el padre y hasta luchar con él.

Mientras coloreaba la sección morada, Ricardo cantaba los himnos noruego y belga y dijo: «él está bien». La pequeñez de las secciones moradas (en comparación con las azules y rojas) señalaba que su hermano también había sido convertido en un bebé. El cantar los himnos nacionales de los dos pequeños países aliados me señaló que «él está bien» se refería a la vez a su padre y a su hermano, que se habían convertido en niños inofensivos. En esta etapa del análisis se había hecho más manifiesto el amor reprimido de Ricardo hacia su padre[267]. Sin embargo, Ricardo percibía que no podía eliminar a su padre en sus aspectos peligrosos. Más aun, sus propias heces —en tanto que inconscientemente estaban equiparadas con el padre negro— le parecían una fuente de peligro y tampoco podían ser eliminadas. El reconocimiento de su realidad psíquica se demostró en el hecho de que el negro no dejó de incluirse en el dibujo, aunque Ricardo se tranquilizó diciendo que en él solamente había un poco de padre-Hitler.

En los diferentes comportamientos que ayudaron a reforzar la posición genital de Ricardo, vemos algunas de las transacciones entre las exigencias del superyó y del ello, que el yo trata de realizar. Mientras Ricardo satisfacía los impulsos de coito con su madre, esquivaba el impulso de matar a su padre; por lo tanto, con ello conseguía disminuir los reproches del superyó. Sin embargo, las exigencias del superyó se satisfacían solo parcialmente, porque, aunque el padre no sufriese, era separado de su posición junto a la madre.

Tales transacciones son componentes esenciales en cada etapa del desarrollo normal del niño. Siempre que hay grandes fluctuaciones entre las posiciones libidinales, las defensas se trastornan y es necesario encontrar nuevas transacciones. Por ejemplo, en la sección anterior he señalado que al disminuir las ansiedades orales de Ricardo, él intentó solucionar el conflicto entre sus temores y deseos colocándose, en la fantasía, en el papel de un bebé ideal que no ocasionaría disturbios en la paz familiar. Sin embargo, cuando se reforzó la posición genital y Ricardo pudo enfrentar bastante más su temor a la castración, resultó otra transacción. Ricardo mantuvo sus deseos genitales, pero evitó la culpa transformando a su padre y hermano en bebés que él tendría con su madre. Transacciones de este tipo, en cualquier etapa del desarrollo, solamente pueden conducir a una estabilidad relativa, si la cantidad de ansiedad y culpa no es excesiva en relación con la fortaleza del yo.

He tratado con tanto detalle la influencia de la ansiedad y las defensas en el desarrollo genital, porque me parece que no es posible comprender completamente el desarrollo sexual, sin tener en cuenta las fluctuaciones entre los diferentes estadios de la organización libidinal y las ansiedades y defensas especiales que caracterizan estos estadios.

Ansiedades relacionadas con los padres internalizados

Los Dibujos V y VI necesitan una introducción. La noche anterior Ricardo había tenido un ligero dolor de garganta y algo de temperatura, pero a pesar de ello acudió al análisis, ya que el tiempo era bueno. Ya he señalado anteriormente que los dolores de garganta y los resfríos se contaban entre sus síntomas, y que aun cuando eran leves, le producían una gran ansiedad hipocondríaca. En el comienzo de la sesión, en la que hizo los Dibujos V y VI, Ricardo estaba muy angustiado y preocupado. Me dijo que sentía muy caliente la garganta y que tenía veneno detrás de la nariz. La asociación siguiente, que me comunicó con gran resistencia, fue su temor a que sus alimentos pudiesen estar envenenados. Era un temor que Ricardo había tenido consciente durante años, aunque en esta ocasión, lo mismo que en ocasiones anteriores, solamente lo pudo relatar en el análisis con dificultades.

Durante esta sesión Ricardo miraba con frecuencia a través de la ventana, como si sospechase de algo. Cuando vio a dos hombres conversando, me dijo que lo estaban espiando, lo cual constituía una de las repetidas indicaciones de sus temores paranoides referentes a su padre y su hermano, vigilantes y perseguidores, pero centrados sobre todo en sus padres en alianza secreta y hostil en contra de él. En mi interpretación, asocié su sospecha con su temor de tener perseguidores internos, que le espiaban y se complotaban en contra de él, una ansiedad que se había presentado anteriormente en su análisis. Un poco después, Ricardo, de repente, se introdujo todo lo que pudo el dedo en la garganta y pareció estar muy preocupado. Me dijo que estaba buscando gérmenes. Le interpreté que los gérmenes representaban a los germanos (al padre-Hitler negro en unión conmigo misma) y que, en su mente, ellos estaban relacionados con los dos hombres que lo espiaban y, en último término, con sus padres. O sea, que su temor a los gérmenes estaba íntimamente unido a su temor a ser envenenado, lo que él hacía depender de sus padres inconscientemente, aunque conscientemente no le fueran sospechosos. Su resfrío había removido estos temores paranoides.

En esta sesión Ricardo había hecho los Dibujos V y VI, y la sola asociación que conseguí en ese día fue que VI era el mismo imperio que V. Ello coincidía con que los dos dibujos habían sido hechos en la misma hoja de papel. Al día siguiente Ricardo estaba bien del todo de su dolor de garganta y acudió con un estado de ánimo diferente. Me describió con animación cómo le había gustado su desayuno, sobre todo el cereal, y me demostró cómo lo había masticado. (Había comido muy poco los dos días anteriores). Me dijo que hasta antes de tomar su desayuno había tenido el estómago muy pequeño, delgado y recogido, y que «los huesos grandes en él» «sobresalían». Estos «huesos grandes» representaban a su padre internalizado —o al órgano genital de su padre—, presentado en el material anterior unas veces como el monstruo y otras como el pulpo. Los «huesos grandes» significaban los aspectos malos del pene de su padre, mientras que «la carne deliciosa» del monstruo eran los aspectos atrayentes del mismo. Le interpreté que el cereal representaba a la madre buena (el pecho y la leche buenos), ya que en una ocasión anterior lo había comparado con un nido de pájaro. Como su creencia en la madre buena internalizada había aumentado, Ricardo estaba menos asustado de los perseguidores internos (los huesos y el monstruo).

El análisis del significado inconsciente del dolor de garganta lo llevó a una disminución de sus ansiedades, con un cambio correlativo en los métodos de defensa. En esta sesión el estado de ánimo de Ricardo y sus asociaciones

expresaban claramente este cambio. De repente el mundo se le convirtió en algo hermoso: admiraba el paisaje, mi vestido, mis zapatos y me dijo que yo estaba bonita. También me habló de su madre con gran amor y admiración. De este modo, al disminuir sus temores de los perseguidores internos, el mundo exterior le parecía mejorado y podía confiar más en él, incrementándose su capacidad de disfrutarlo. Al mismo tiempo podía observarse que su depresión había dado lugar a un estado de ánimo hipomaníaco, en el cual negaba sus temores de persecución. En realidad era la disminución de la ansiedad lo que había permitido que se manifestase la defensa maníaca contra la depresión. Claro es que el estado de ánimo hipomaníaco de Ricardo no persistió, y en el curso ulterior de su análisis la depresión y la ansiedad reaparecieron una y otra vez.

Hasta ahora me he referido principalmente a la relación de Ricardo con su madre considerada como un objeto externo. Sin embargo, en su análisis, anteriormente, se había hecho evidente que el papel que ella tenía como objeto externo estaba constantemente mezclado con su papel como objeto interno. Con la finalidad de ser clara, he dejado este punto para ser ilustrado mediante los Dibujos V y VI; que exponen vivamente el papel de los padres internalizados en la vida mental de Ricardo.

En esta sesión Ricardo tomó los Dibujos V y VI, hechos el día anterior, y asoció libremente con ellos. Disminuidas sus ansiedades depresivas e hipocondríacas, él era ahora capaz de enfrentar las ansiedades subyacentes a su depresión. Me señaló que el Dibujo V parecía un pájaro y un pájaro «muy, muy horrible». Según él, el azul claro de arriba era una corona, el trozo morado era el ojo, y el pico estaba «completamente abierto». Este pico, como puede verse, estaba formado por las secciones rojas y moradas a la derecha, es decir, por los colores que siempre los habían representado a él y a su hermano.

Le interpreté que la corona azul claro indicaba que el pájaro era su madre —la reina, la madre ideal del material anterior—, que ahora tenía un aspecto hambriento y destructor. El hecho de que su pico estuviese formado por las secciones rojas y moradas expresaba la proyección de Ricardo en su madre de sus propios impulsos oral-sádicos (y también de los de su hermano).

Este material parece demostrar que Ricardo había hecho importantes progresos hacia el enfrentamiento de su realidad psíquica, porque en él había sido capaz de expresar la proyección sobre su madre de sus impulsos oral-sádicos y canibalísticos. Además, como lo demuestra el Dibujo V, había permitido que se reuniesen más íntimamente los aspectos «buenos» y

«malos» de su madre. Los prototipos de estos dos aspectos, que ordinariamente se mantienen muy apartados el uno del otro, eran el pecho bueno querido y el pecho malo odiado. Estas defensas, mediante la división y el aislamiento, podían ser vistas también en dicho dibujo, porque su parte izquierda era completamente azul. Sin embargo, en la parte derecha del Dibujo V; la madre aparecía simultáneamente como un pájaro «horrible» (pico abierto) y como reina (corona azul claro). Con la disminución de la negación de su realidad psíquica, Ricardo se había hecho también más capaz de enfrentar la realidad externa, porque le había sido posible reconocer el hecho de que su madre realmente le había frustrado y de que, por lo tanto, había provocado que la odiase.

Siguiendo mis interpretaciones del Dibujo V, Ricardo repetía enfáticamente que el pájaro parecía «horrible», y me dio algunas asociaciones referentes al Dibujo VI. Me dijo que parecía asimismo un pájaro, pero sin cabeza, y que lo negro de abajo era «lo mayor» que caía de él. Me dijo que todo era «muy horrible».

En mi interpretación del Dibujo V recordé que me había dicho el día anterior que los dos imperios eran el mismo imperio. Le sugerí que el Dibujo VI lo representaba a él y que, como él había internalizado al «pájaro horrible». (Dibujo V), sentía que se había convertido en uno igual a este. El pico abierto representaba la boca hambrienta de su madre, pero también expresaba los propios deseos de Ricardo de devorarla, porque los colores, con los cuales estaba formado el pico, los representaban a él y a su hermano (los bebés hambrientos). En su mente, Ricardo había devorado a su madre, siendo ella un objeto destructor y devorador. Cuando, al tomar el desayuno, internalizó a la madre buena, sintió que ella lo estaba protegiendo contra el padre malo internalizado, es decir, contra los «huesos de su estómago». Cuando internalizó a la madre pájaro «horrible», sintió que ella se había unido con el padre monstruo, y que en su mente esta imagen terrorífica de padres unidos lo estaba atacando desde dentro y lo estaba devorando, así como lo atacaba desde fuera y lo castraba[268]. Así Ricardo se sentía mutilado y castrado por los padres malos internos y externos, que le devolvían sus ataques contra ellos; expresaba estos temores en el Dibujo VI, porque en él el pájaro aparecía sin cabeza. Como un resultado de sus impulsos oral-sádicos hacia sus padres en el proceso de internalizados, ellos, en su mente, se habían convertido en enemigos tan hambrientos y destructivos como él. Además, como sentía que devorando a sus padres los había cambiado en monstruo y en pájaro, experimentaba no solo temor de estos perseguidores internalizados,

sino también culpa, tanto mayor cuanto que temía que había sido él mismo quien había expuesto a la madre buena interna a los ataques del monstruo interno. Su culpa también dependía de sus ataques anales contra los padres externos e internos, lo que él había expresado por «lo mayor horrible» que caía del pájaro[269]. En la hora precedente había estado tan sometido Ricardo a su ansiedad al hacer estos dibujos, que no los habría podido asociar; cierta disminución de la ansiedad le permitía asociar ahora.

Un dibujo anterior (VII), que expresa la internalización de sus objetos aún más claramente que los dibujos V y VI, es de interés en este aspecto. Cuando Ricardo terminó dicho dibujo, hizo una línea a su alrededor y llenó su fondo con color rojo. Me di cuenta de que esto representaba el «interior» de Ricardo, el que contenía a su padre, madre, hermano y a él mismo, relacionados los unos con los otros. En sus asociaciones a este dibujo, expresó su satisfacción por el aumento de las secciones azul claro, o sea por las que eran su madre. También me refirió su confianza en que su hermano se aliase a él. Los celos de este hermano hacían que a menudo lo mirase con desconfianza y que le temiese como rival. Pero en este momento insistía en la alianza con su hermano. Además me señaló que una de las secciones estaba completamente rodeada por su madre, por su hermano y por él mismo. Lo cual quería decir que él estaba aliado con la madre querida interna en contra del padre peligroso interno[270]. A la luz del material presentado en esta sesión parece ser que la parte que tenía en la vida emocional de Ricardo la madre buena, tan a menudo idealizada, se refería tanto a la madre interna como a la madre externa. Por ejemplo, cuando Ricardo expresó su confianza en que la madre azul en el oeste iba a extender su territorio (véase Dibujo II), esta confianza se refería tanto a su mundo interno como al mundo externo. Su creencia en la madre buena interna era su punto de apoyo mayor. Siempre que se le fortificaba esta creencia, sentía esperanza y confianza y le venía un sentimiento de seguridad más intenso. Cuando esta sensación de confianza no era tan firme, por una enfermedad o por otras causas, entonces aumentaba su depresión[271]. Además cuando aumentaban los temores de Ricardo hacia sus perseguidores, que eran la madre mala y el padre malo, él sentía también que no podía proteger a sus objetos queridos internos del peligro de la destrucción y de la muerte, y que esta muerte de ellos traería inevitablemente consigo su propia muerte. Aquí hemos llegado a la ansiedad básica del individuo depresivo que, según mi experiencia, proviene de la posición depresiva infantil.

Un detalle significativo de su análisis ilustra el temor de Ricardo a la muerte de sus objetos externos e internos. Como ya he dicho anteriormente, su relación casi de persona a persona con el cuarto de juegos era uno de los rasgos característicos de su situación transferencial. Después de mi viaje a Londres, que había aumentado intensamente el temor de Ricardo a los bombardeos aéreos y a la muerte, ocurrió en varias sesiones analíticas que Ricardo no soportase tener que apagar la estufa eléctrica hasta el momento mismo en que salíamos de la casa. En una de las sesiones, que he descrito en conexión con los análisis de los Dibujos III y IV, tal obsesión desapareció. En esas sesiones, juntamente con el fortalecimiento de sus deseos genitales y con la disminución de su ansiedad y su depresión, intervino más y más en sus asociaciones la fantasía de que él sería capaz de darnos bebés «buenos» a mí y a su madre, y también su amor por los bebés. Su insistencia obsesiva de mantener encendida la estufa en el cuarto todo el tiempo posible era un indicio de su depresión[272].

Resumen del historial del niño

La incapacidad de Ricardo para afianzar su posición genital provenía en gran parte de su incapacidad para elaborar su ansiedad en la etapa previa de su desarrollo. El papel importante que el pecho malo tenía en la vida emocional de Ricardo dependía de su lactancia satisfactoria, que había estimulado fuertes impulsos y fantasías orales, uretrales y anal-sádicos. Los temores de Ricardo al pecho malo estaban contrarrestados hasta un cierto límite por la idealización del pecho bueno; así podía mantener parte de su amor hacia su madre. Las cualidades malas del pecho y los impulsos oral-sádicos de Ricardo contra él las transfería en gran parte al pene de su padre. Además Ricardo sentía intensos impulsos oral-sádicos hacia el pene de su padre, que provenían de los celos y del odio existentes en la temprana situación edípica positiva. Por ello el órgano genital de su padre, en su fantasía, se convertía en un objeto peligroso que muerde y envenena. El temor al pene, como perseguidor externo e interno, era tan intenso que Ricardo no podía llegar a confiar en las cualidades buenas y productoras del pene. Así la posición femenina temprana de Ricardo era trastornada en su raíz por temores de persecución. Estas dificultades, que él experimentaba en su situación edípica invertida, se mezclaban con el temor a la castración, que era estimulado por sus deseos genitales hacia su madre. El odio a su padre, que acompañaba a estos deseos

genitales y que se manifestaba en el impulso de arrancar mordiendo el pene del padre, le llevaba al temor de que lo castrasen, siguiendo el mismo procedimiento, y, con ello, ese odio incrementaba la represión de sus deseos genitales.

Una de las características de la enfermedad de Ricardo era una inhibición creciente de todas sus actividades e intereses. Ello se unía a la represión intensa de sus tendencias agresivas, patente sobre todo en relación con su madre. En relación con su padre y con otros hombres reprimía menos la agresión, aunque esta estaba muy restringida por temor. La actitud más frecuente de Ricardo hacia los hombres era la de pacificar a quienes podían ser atacantes y perseguidores.

Con otros niños la agresividad de Ricardo estaba menos inhibida, aunque él temía mucho expresarla directamente. Su odio a los niños, así como su temor a ellos, derivaba en parte de su actitud hacia el pene del padre. En su mente estaban muy unidos y relacionados el pene destructor y el niño destructor y hambriento que iban a agotar a la madre y finalmente a destruirla. Lo cual era debido a que Ricardo, inconscientemente, mantenía la equiparación «pene-niño» con gran intensidad. También sentía que el pene malo podía producir solamente niños malos.

Otro factor determinante de su fobia a los niños eran sus celos a su hermano y a cualquier otro niño que su madre pudiese tener en el futuro. Sus ataques sádicos inconscientes a los niños dentro del cuerpo de la madre estaban unidos a su odio al pene del padre dentro de la madre. Solamente en una situación podía manifestar a veces su amor a los niños: en su actitud amistosa hacia los bebés.

Ya sabemos que Ricardo solo podía mantener su capacidad de amor si idealizaba la relación madre-bebé. Pero, debido a su temor y culpa inconscientes flor sus propios impulsos oral-sádicos, consideraba a los niños ante todo como seres oral-sádicos. Era esta una de las razones que hacían que él no pudiese llevar a cabo, en su fantasía, su deseo de dar niños a su madre. Aún era más importante su angustia oral, que desde el comienzo de su desarrollo había aumentado su temor de los aspectos agresivos de la función genital y de su propio pene. El temor de Ricardo a que sus impulsos oral-sádicos dominasen sus deseos genitales y a que su pene fuese un órgano destructor, era una de las causas principales de la represión de sus deseos genitales. Por ello te resultaba importante considerar la genitalidad como uno de los medios imprescindibles para hacer feliz a su madre y para hacer una reparación por los bebés que él creía que había destruido. De todos estos

distintos modos, los impulsos, fantasías y temores oral-sádicos de Ricardo interferían una y otra vez con su desarrollo genital.

En las secciones precedentes me he referido repetidamente a la regresión a un estadío oral como defensa contra las nuevas ansiedades que surgen en la posición genital; sin embargo, es importante no descuidar el papel que tiene la fijación en estos procesos. Como las ansiedades orales, uretrales y anal-sádicas de Ricardo eran excesivas, su fijación a estos niveles libidinales era muy intensa; en consecuencia, su organización genital era débil y era fuerte su tendencia a la regresión. Sin embargo, a pesar de sus inhibiciones, Ricardo había desarrollado algunas tendencias genitales sublimadas. Más aun, en tanto que sus deseos estaban dirigidos predominantemente hacia su madre y sus sentimientos de celos y odio hacia su padre, él había alcanzado algunos de los componentes del desarrollo heterosexual. Sin embargo, este cuadro era decepcionante en cierto modo, porque el amor de Ricardo a su madre solamente podía ser mantenido mediante el refuerzo de los elementos orales de su relación con ella y mediante la idealización de la madre «pecho». Ya hemos visto en sus dibujos que las secciones azules representaban siempre a su madre; esta elección de color, asociada con su atracción por el cielo azul y sin nubes, expresaba su anhelo por un pecho ideal, completamente bondadoso, que no lo frustraría jamás.

El hecho de que de este modo Ricardo fuese capaz, hasta cierto punto, de mantener su amor por su madre, le había dado la pequeña estabilidad psíquica que él poseía y que le había permitido también desarrollar hasta cierto límite sus tendencias heterosexuales. Era patente que la ansiedad y los sentimientos de culpabilidad formaban parte amplia de su fijación a su madre. Ricardo la quería, pero de un modo más bien infantil. No toleraba separarse de ella, ni dejar de verla, aunque en él existían pocos rasgos de una relación independiente y masculina hacia la madre. Su conexión con otras mujeres —aunque muy lejana de ser verdaderamente masculina e independiente— expresaba un contraste llamativo con el gran amor y hasta la admiración ciega mostrados por su madre. Con las otras mujeres tenía una conducta inadecuada para su edad y en cierto modo parecida a la de un don Juan adulto. Trataba de congraciarse con las mujeres de distintos modos, hasta adulándolas falsamente. Al mismo tiempo a menudo las criticaba y se disgustaba con ellas, y se divertía si podía engañarlas con sus adulaciones.

Aquí vemos dos actitudes contrapuestas en relación con las mujeres, lo que recuerda algunas conclusiones hechas por Freud. Hablando de la «separación entre las corrientes sexuales y cariñosas del sentimiento erótico»

existente en algunos hombres que sufren —como Freud lo formula—, de «impotencia psíquica», es decir, que solo pueden ser potentes en ciertas circunstancias, Freud escribe: «la vida erótica de esas personas permanece disociada y dividida en dos corrientes, en las mismas dos que aparecen personificadas en el arte como amor celestial y amor terrestre (o animal). Cuando esos hombres aman, no tienen deseo sexual, y cuando desean, no pueden amar[273]». Hay alguna analogía entre la descripción de Freud y la actitud de Ricardo hacia la madre. Temía y odiaba este a la madre «genital», mientras que daba su amor y cariño a la madre «pecho». Esta división siguiendo las dos corrientes se hacía aparente en el contraste entre su actitud hacia su madre y hacia las otras mujeres. Mientras sus deseos genitales hacia su madre estaban reprimidos fuertemente y, por lo tanto, ella seguía siendo para él un objeto de amor y admiración, estos deseos podían ser activos, hasta un cierto grado, hacia otras mujeres que no fuesen su madre. Pero, al ocurrir así, estas mujeres eran objeto de sus críticas y de su desagrado. Representaban a la madre «genital» y se tenía la impresión de que el horror de Ricardo por la genitalidad y su necesidad de reprimirla se reflejaban en su desagrado hacia los objetos que despertaban en él deseos genitales.

Entre las ansiedades de Ricardo, que traían consigo su fijación y su regresión hacia la madre «pecho», era predominante el temor al «interior» de su madre, considerado un lugar lleno de perseguidores. Porque la madre «genital», que era para él la madre cohabitando con el padre, según él contenía también el órgano genital «malo» del padre —o mejor dicho una gran cantidad de genitales del padre—, lo que originaba una alianza peligrosa de la madre con el padre en contra del hijo; la madre también contenía los bebés hostiles. Además, en Ricardo había la ansiedad de considerar a su propio pene como un órgano peligroso que iba a herir y a dañar a su madre amada.

Las ansiedades mostradas, que obstaculizaban su desarrollo genital, estaban muy conectadas con la relación de Ricardo con sus padres como imágenes internalizadas. A la visión que él se formaba del «interior» de su madre visto como un lugar peligroso, correspondía lo que él sentía acerca de su propio «interior». En las sesiones anteriores hemos visto que la madre buena (es decir, el alimento bueno del desayuno) lo protegía internamente del padre, o sea, de los «huesos largos salientes» en su estómago. Esta visión de la madre protegiéndolo del padre internalizado, tenía como paralelo una imagen materna, a la cual Ricardo se consideraba impulsado a proteger del padre malo: la imagen de una madre dañada por los ataques orales y genitales

del monstruo interno. Sin embargo, últimamente él también la percibía como dañada por sus propios ataques oral-sádicos en contra de ella. El Dibujo II muestra a los hombres malos (a su padre, a su hermano y a él mismo), que subyugan y se tragan a su madre. Aquel temor a haber dañado a la madre provenía del sentimiento de culpabilidad básico de Ricardo de haber destruido (devorado) a su madre y los pechos maternos, mediante sus ataques oral-sádicos en el proceso de internalizarla.

Además de esto expresaba su culpabilidad por sus ataques anal-sádicos en el Dibujo VI, ya que señalaba lo «mayor horrible» que caía del pájaro. La equiparación entre sus propias heces y el padre-Hitler negro se ha visto ya antes de su análisis, cuando empezaba a hacer los dibujos del imperio; en el primer dibujo Ricardo empezaba con el color negro como representante de sí mismo, pero pronto decidía que el rojo lo representase a él y el negro a su padre, manteniendo luego esto en el transcurso de todos sus dibujos. Esta equiparación quedó más aclarada mediante unas asociaciones con los Dibujos V y VI. En el Dibujo V la sección negra representaba al padre malo, en el Dibujo VI representaba lo «mayor horrible» que caía del pájaro mutilado.

El temor de Ricardo a su propia destructividad estaba relacionado con su temor hacia su madre como un objeto peligroso y represivo. El «pájaro horrible» con el pico abierto era una proyección en su madre de sus propios impulsos oral-sádicos. Las experiencias reales de Ricardo, de haber sido frustrado por su madre, no podían explicar por sí mismas que él se formase una imagen psíquica terrorífica de una madre que lo devoraba interiormente. Se hace patente en el Dibujo VI lo peligroso que él sentía que era el horrible madre-pájaro, porque el pájaro sin cabeza del dibujo lo representaba a él mismo y provenía de su temor a la castración efectuada por su madre peligrosa en unión con el padre monstruo, ambos considerados como enemigos externos.

Además Ricardo se sentía internamente amenazado por la alianza de la madre-pájaro «horrible» con el padre monstruo internalizados. Estas situaciones internas de peligro eran la causa principal de sus temores hipocondríacos y persecutorios.

Cuando durante su análisis Ricardo fue capaz de enfrentar el hecho psicológico de que su objeto querido era también su objeto odiado y de que la madre azul claro, es decir, la reina con la corona, estaba unida en su mente con el pájaro picudo horrible, pudo asentar más firmemente su amor hacia su madre. Sus sentimientos de amor se unieron más íntimamente a los de odio y sus vivencias felices con la madre ya no se alejaron tanto de las frustradoras.

Por ello Ricardo ya no se sintió impulsado a idealizar tan intensamente a la madre buena, ni a formarse una imagen tan terrorífica de la madre mala. Cuando se permitió reunir los dos aspectos de la madre, esto trajo consigo que el aspecto malo fuera atenuado por el bueno. Entonces esta madre buena, más asentada en él, podía protegerla contra el padre «monstruo». Lo que a su vez implicaba que en esos momentos no la sintiese dañada, sin remisión, por su avidez oral y por el padre malo, lo que también significaba que sentía que él y su padre se habían vuelto menos peligrosos. Una vez más la madre buena revivía y con ello desaparecía la depresión de Ricardo.

Su mayor confianza en poder conservar vivos al analista y a su madre, como objetos internos y externos, dependía del esfuerzo de su posición genital y de una mayor capacidad de experimentar los deseos edípicos. Ahora, en su fantasía, le era más posible la reproducción, o sea, la creación de bebés buenos, que inconscientemente consideraba como el medio más importante para combatir a la muerte y al temor a la muerte. Por asustarse menos de estar dominado por sus impulsos sádicos, Ricardo creía que iba a ser capaz de crear bebés buenos, debido a que el aspecto creador y productor del órgano genital masculino (tanto del de su padre como del suyo propio) se le había hecho más manifiesto. Esto aumentó su confianza en sus tendencias constructoras y reparadoras, así como en sus objetos internos y externos. Se le reforzó la confianza, no solamente en la madre buena, sino también en el padre bueno. Su padre ya no era un enemigo tan terrible como para que no pudiese enfrentar la lucha con él cuando lo consideraba como un rival odioso. De este modo dio un paso importante hacia el refuerzo de su posición genital y hacia el enfrentamiento de los conflictos y temores dependientes de sus deseos genitales.

Extractos de un historial que ilustra el desarrollo edípico de la niña

He expuesto algunas de las ansiedades que trastornan el desarrollo genital del niño. Ahora voy a exponer parte del historial de una niña, al que he descrito ya en publicaciones anteriores desde diferentes puntos de vista.

Para su presentación este material tiene algunas ventajas, como la de ser sencillo y claro. La mayor parte de este caso ha sido publicado anteriormente. Sin embargo, añadiré algunos detalles hasta ahora no publicados, así como algunas interpretaciones nuevas que no hubiese podido hacer entonces, pero que retrospectivamente parecen confirmarse en el material.

Mi paciente, Rita, tenía dos años y nueve meses al comienzo de su análisis. Era una niña muy difícilmente educable. Sufría de ansiedades de diferentes clases, de incapacidad de tolerar frustraciones y de frecuentes estados de tristeza. Demostraba rasgos obsesivos que se fueron incrementando en los últimos tiempos. También persistía en ceremoniales obsesivos complicados. Su conducta alternaba entre «bondad» exagerada y remordimientos y estados de «maldad», en los que intentaba dominar a todas las personas de su ambiente. También tenía dificultades en la alimentación; era «caprichosa» en sus gustos y a menudo no tenía apetito. Aunque era una niña muy inteligente, el desarrollo y la integración de su personalidad estaban detenidos por la fuerza de su neurosis.

Lloraba con frecuencia, aparentemente sin causa alguna, y cuando su madre le preguntaba por qué lloraba, contestaba: «Porque estoy tan triste». A la pregunta: «¿Por qué estás tan triste?», contestaba: «Porque estoy llorando». Su sentimiento de culpabilidad se expresaba en insistentes preguntas a su madre: «¿Soy buena?», «¿Me quieres?». No podía tolerar ningún reproche y si se la reñía empezaba a llorar o se mostraba hostil. Sus sentimientos de inseguridad en relación con sus padres se manifestaron, por ejemplo, en el siguiente incidente que ocurrió en su segundo año de vida. Me dijeron que una vez empezó a llorar porque su padre, jugando, amenazó a la figura de un oso de su libro con el cual ella se había identificado aparentemente.

Rita sufría de una intensa inhibición para jugar. Por ejemplo, lo único que podía hacer con sus muñecas era lavarlas y cambiarles los vestidos de un

modo compulsivo. Tan pronto introducía en el juego alguna fantasía, se angustiaba y dejaba de jugar.

Lo que viene a continuación son algunos puntos cruciales de su desarrollo. Rita había sido amamantada durante unos pocos meses; después se le dio biberón, que no aceptó bien en un primer momento. También fue difícil destetarla del biberón para darle alimentos sólidos. Se le daba todavía un biberón por la noche y su madre me dijo que había tenido que renunciar a suprimírselo porque cada una de estas tentativas había provocado en la niña grandes complicaciones. En cuanto al control de esfínteres de Rita, conseguido ya a poco de tener un año, creo con fundamento que su madre se había preocupado demasiado. La neurosis obsesiva de Rita demostraba estar íntimamente conectada con su control de esfínteres precoz.

Rita compartió el dormitorio de los padres hasta casi los dos años, siendo a menudo testigo de los coitos de los padres. Cuando tuvo dos años, nació su hermano y entonces su neurosis se manifestó en toda su intensidad. Otra circunstancia coadyuvante fue el hecho de que su madre fuera también neurótica y tuviera una ambivalencia clara hacia Rita.

Sus padres me dijeron que hasta el final del primer año Rita quería mucho más a su madre que a su padre. Al comienzo de su segundo año había desarrollado una preferencia clara por el padre, juntamente con celos intensos de su madre. A los quince meses Rita, cuando estaba sentada en las rodillas de su padre, expresó repetidamente y de un modo que no dejaba lugar a dudas su deseo de quedarse a solas con él en el cuarto. Es algo que no pudo decir con palabras. Cuando tuvo sus dieciocho meses, hubo un cambio notable, que se manifestó en modificaciones de su relación con ambos progenitores así como también en varios síntomas del tipo de terrores nocturnos y fobia a los animales (sobre todo a los perros). Su madre volvió a ser su favorita, aunque la relación con ella mostraba una ambivalencia intensa. Se adhería tanto a su madre que casi no podía dejar de verla. Esto iba acompañado con tentativas de dominarla y con un odio contra ella que a menudo no disimulaba. Al mismo tiempo Rita desarrolló un desagrado manifiesto contra su padre.

Estos hechos fueron observados claramente cuando ocurrieron y sus padres me los comunicaron. En el caso de niños mayores los informes de los padres acerca de lo ocurrido en los primeros años son menos de fiar, ya que con el transcurso del tiempo los hechos se falsifican más fácilmente en la memoria. En el caso de Rita, los detalles de aquellos sucesos todavía permanecían vivos en la mente de los padres y el análisis confirmó completamente lo esencial de sus informes.

Relaciones tempranas con los padres

Al comienzo del segundo año de Rita eran patentes algunos elementos importantes de su situación edípica, como su preferencia por el padre y sus celos de la madre y hasta el deseo de sustituir a la madre con el padre. Al estudiar el desarrollo edípico de Rita en su segundo año, tenemos que considerar algunos factores externos importantes. La niña compartía el dormitorio con sus padres, teniendo amplia oportunidad de ser testigo del coito entre ellos. Por lo tanto, había un estímulo constante para tener deseos libidinales y celos, odio y ansiedad. Cuando Rita cumplió quince meses, su madre quedó embarazada, comprendiendo la niña inconscientemente el estado de su madre. De este modo se reforzó fuertemente el deseo de Rita de recibir un bebé de su padre, así como su rivalidad con su madre. Como consecuencia de ello su agresividad y los sentimientos de culpabilidad y ansiedad, que la agresividad le provocaba, se incrementaron tanto que no pudo mantener sus deseos edípicos.

Sin embargo, las dificultades en el desarrollo de Rita no pueden ser explicadas solamente por estos últimos estímulos externos. Muchos niños están expuestos a vivencias similares, y hasta a otras mucho más desfavorables, sin que enfermen seriamente como consecuencia de ello. Por lo tanto, tenemos que tener en cuenta los factores internos, los cuales, interactuando con las influencias exteriores, condujeron a la enfermedad de Rita y al trastorno de su desarrollo sexual.

Como reveló el análisis, los impulsos oral-sádicos de Rita eran realmente fuertes y ella tenía poca capacidad para tolerar tensiones de cualquier clase. Estas eran algunas de las características constitucionales de Rita, y determinaron el aspecto de sus reacciones a las frustraciones tempranas que ella sufrió. Estas reacciones afectaron intensamente, ya desde un comienzo, su relación con su madre. Cuando, al final del primer año, se manifestaron los deseos edípicos positivos esta nueva posición frente a sus progenitores reforzó los sentimientos de Rita de frustración, de odio y de agresividad, con sus afectos concomitantes de ansiedad y culpabilidad. La niña fue entonces incapaz de elaborar estos diferentes conflictos y por ello no pudo mantener sus deseos genitales.

La relación de Rita con su madre estaba dominada por dos grandes fuentes de ansiedad: temor persecutorio y ansiedad depresiva. Por un lado su madre era para ella una figura terrorífica y vengativa y por otro lado era su objeto bueno, querido e indispensable. Rita percibía su propia agresión como

un peligro para esta madre querida y, por lo tanto, estaba aterrada por el temor a perderla. Fueron la intensidad de estas ansiedades tempranas y los sentimientos de culpabilidad los que en gran parte determinaron la incapacidad de Rita de tolerar otra ansiedad más y la culpa proveniente de los sentimientos edípicos: la rivalidad y el odio en contra de su madre. Como defensa reprimió su odio y lo sobrecompensó con un amor excesivo, lo que necesariamente traía consigo una regresión a estadios más tempranos de su libido. También fue influida básicamente por estos factores la relación de Rita con su padre. Parte del resentimiento que sentía hacia su madre fue desplazado hacia su padre, reforzando así contra él el odio que provenía de la frustración de sus deseos edípicos y que, al comienzo del segundo año, había suplantado su amor al padre. Su fracaso en establecer una relación satisfactoria con su madre se repitió en la relación oral y genital con su padre. Se hicieron patentes en su psicoanálisis unos deseos intensos de castrarlo (en parte derivados de frustraciones en su posición femenina y en parte de su envidia al pene proveniente de su posición masculina).

De este modo las fantasías sádicas de Rita estaban íntimamente unidas con los resentimientos derivados de frustraciones en diferentes posiciones libidinales que ella vivenciaba tanto en su situación edípica invertida como en la positiva. El coito entre los padres tenía un papel importante en sus fantasías sádicas y en la mente de la niña fue algo peligroso y terrorífico, donde su madre aparecía como víctima de la crueldad extrema del padre. Como consecuencia de ella se imaginaba al padre, no solamente como alguien peligroso para la madre sino también para ella misma, en la medida en que sus deseos edípicos se mantenían en identificación con la madre. La fobia de Rita a los perros, provenía del temor al pene peligroso del padre, que le iba a morder, en venganza a sus propios impulsos de castrarlo. Todo su contado afectivo con el padre estaba profundamente trastornado, porque Rita lo había convertido en un «hombre malo». Lo odiaba tanto más, porque corporizaba sus propios deseos sádicos en contra de su madre.

El episodio siguiente, que me comunicó la madre, ilustra este último punto. Al comienzo de su tercer año Rita había salido a pasear con su madre y vio a un cochero fustigando cruelmente a sus caballos. La madre se indignó mucho y la niña también expresó una indignación intensa. El mismo día, algo más tarde, Rita sorprendió a su madre, diciéndole: «¿Cuándo vamos a salir de nuevo para ver al hombre malo pegando a los caballos?». Reveló así que había tenido un placer sádico con aquella crueldad y que deseaba su repetición. En su inconsciente el cochero representaba al padre, y los caballos

a su madre; su padre realizaba en el coito las fantasías sádicas de la niña dirigidas contra la madre. El temor al genital malo del padre, juntamente con la fantasía de su madre dañada y destruida por el odio de Rita y por el padre malo —el cochero—, interfería a la vez en sus deseos edípicos positivos y en los invertidos. Rita no podía identificarse con una madre tan destruida, ni tampoco permitirse sustituir al padre adoptando la posición homosexual. Por ello en estos estadios tempranos ella no pudo afianzar satisfactoriamente ninguna de las dos posiciones.

Algunos ejemplos del material analítico

Las ansiedades experimentadas por Rita al ser testigo de la escena primaria se observan en el siguiente material.

Durante su análisis en una ocasión puso un ladrillo triangular de juguete sobre uno de sus lados, y me dijo: «Esta es una mujercita». Luego tomó un «martillito», como ella llamaba a un ladrillito oblongo, y con él golpeó fuertemente la caja de ladrillos, diciéndome: «Cuando el martillo pegaba fuerte, la mujercita se asustaba mucho». El ladrillito triangular la representaba a ella misma, el «martillo» al pene del padre y la caja a su madre. Toda la situación la representaba siendo ella testigo de la escena primaria. Es significativo que Rita golpease la caja exactamente en un lugar donde tenía únicamente papel, de modo que le hizo un agujero. Esta fue una de las veces en que Rita me demostró simbólicamente su conocimiento inconsciente de la vagina y el papel que tenía en sus teorías sexuales.

Los dos ejemplos siguientes se refieren a su complejo de castración y a su envidia del pene. Rita estaba jugando a que viajaba con su osito de juguete a la casa de una mujer «buena», donde se le daría «un trato maravilloso». Sin embargo, este viaje no se hizo tranquilamente. Rita se deshizo del maquinista, colocándose en su lugar, pero el maquinista volvía una y otra vez y la amenazaba, provocándole una gran ansiedad. Un objeto de disputa entre él y ella era su osito, que para ella era algo esencial para el éxito del viaje. En este juego el osito representaba el pene del padre y la rivalidad de Rita con el padre estaba expresada en la lucha por el pene. Se lo había robado al padre, en parte con sentimientos de envidia, odio y venganza y en parte para sustituirle con la madre y —mediante el pene potente del padre— reparar los daños que había hecho a la madre en la fantasía.

El próximo ejemplo está relacionado con el ritual de Rita al acostarse. Este se había hecho más y más complicado y compulsivo en el transcurso del tiempo; tenía también otro ceremonial relacionado con el anterior pero con sus muñecas. El punto principal de este ceremonial era que ella (y también su muñeca) tenía que estar bien envuelta en las mantas y sábanas porque de otro modo —como ella decía— un ratón o un «Butzen» (una palabra que ella inventó) iba a entrar por la ventana y le arrancaría, mordiéndoselo, su propio «Butzen». El «Butzen» representaba a la vez el órgano genital de su padre y el suyo propio: el pene de su padre le iba a arrancar, mordiéndoselo, su propio pene imaginario, exactamente del mismo modo que ella deseaba castrarlo a él. Como me doy cuenta ahora, el temor a que su madre atacase el «interior de su cuerpo» contribuía también a originar su temor de que alguien penetrase por la ventana. La habitación representaba también al cuerpo de Rita y el asaltante era su madre, que se vengaba de los ataques de la niña hacia ella. La necesidad obsesiva de que le envolviesen bien y con tantos cuidados con las mantas y sábanas era una defensa contra estos temores.

Desarrollo del superyó

Las ansiedades y los sentimientos de culpa descritos en las dos últimas secciones se encontraban en el desarrollo del superyó de Rita.

Encontré en ella un superyó cruel e inflexible, tal como se encuentra en las neurosis obsesivas severas de los adultos.

En el análisis pude encontrar el origen de este desarrollo en el comienzo de su segundo año. A la luz de mi experiencia posterior he llegado a la conclusión de que los comienzos del superyó de Rita se encontraban en los primeros meses de su vida.

En el juego del viaje, que he descrito; el maquinista representaba a su superyó además de su padre real. También vemos la actividad de su superyó en el juego obsesivo de Rita con su muñeca, cuando hacía un ritual parecido al ceremonial antes de dormirse, y hacía dormir a su muñeca tapándola cuidadosamente con las mantas. Una vez, durante el análisis, Rita colocó un elefante al lado de la cama de la muñeca. Me explicó que el elefante estaba allí para evitar que la «niña» (muñeca) se levantara, porque sino la «niña» entraría en el dormitorio de sus padres y «les haría daño o les quitaría algo». El elefante representaba su superyó (su padre, su madre), y las agresiones a sus padres, que debía impedir, eran la expresión de los propios impulsos

sádicos de Rita referentes al coito y al embarazo de su madre. El superyó tenía la función de evitar que la niña robara a la madre su bebé, dañara o destruyera el cuerpo de la madre o castrara al padre. Un detalle significativo de su historial es que al principio de su tercer año Rita declaraba repetidamente al jugar con sus muñecas que ella no era la madre de la muñeca. En el análisis se pudo ver que ella no podía permitirse ser la madre de la muñeca porque la muñeca representaba a su hermanito, a quien ella deseaba pero a la vez temía quitar a su madre.

Su culpabilidad también provenía de las fantasías agresivas tenidas durante el embarazo de su madre. Cuando Rita no podía asumir en los juegos el papel de la madre de su muñeca, esta inhibición provenía de sus sentimientos de culpa y además de su temor de una figura materna cruel, muchísimo más severa que su madre real.

Rita no solamente veía a su madre real en esta forma distorsionada sino que sentía además un peligro constante frente a una figura materna terrorífica interna. Me he referido a los ataques fantaseados de Rita al cuerpo de su madre, y a la angustia correspondiente de que su madre la atacase y le robase sus bebés imaginarios, y además de su terror de ser atacada y castrada por su padre. Profundizando en mis interpretaciones, considero que a los ataques fantaseados a su cuerpo por sus padres como figuras externas, correspondía el temor de ataques internos por las figuras paternas perseguidoras internalizadas, que formaban la parte cruel de su superyó[274]. La rudeza del superyó de Rita se demostró a menudo en sus juegos durante el análisis. Por ejemplo, solía castigar cruelmente a su muñeca, lo que iba seguido de un estallido de rabia y de temor. En ello se identificaba a la vez con los padres rudos, que infligen un castigo intenso, y con el niño castigado cruelmente que estalla de rabia. Esto era visible, no solamente en sus juegos, sino también en toda su conducta. En ciertos momentos, Rita parecía ser el portavoz de una madre severa e inaccesible y en otros el de un niño que no se domina y que está lleno de avidez y destructividad. Se tenía la impresión de que existía muy poco de su propio yo para unir estos dos extremos y que sirviera para modificar la intensidad del conflicto. Con ello estaba perturbado el proceso gradual de la integración del superyó, no pudiendo Rita desarrollar su propia personalidad.

Ansiedades persecutorias y depresivas que interfieren en el desarrollo edípico

Los sentimientos depresivos de Rita eran un rasgo llamativo de su neurosis. Sus estados de tristeza y sus llantos sin causa alguna, las preguntas constantes a su madre sobre si la quería, eran señales de sus ansiedades depresivas. Estas ansiedades tenían sus raíces en su relación con el pecho de la madre. A consecuencia de sus fantasías sádicas, en las que atacaba al pecho materno y a toda su madre, Rita estaba sometida a temores que influenciaban profundamente su relación con esta. Por un lado quería a su madre, sintiéndola como un objeto bueno e indispensable, y se sentía culpable porque la había dañado con sus fantasías agresivas; por otro lado, la odiaba y la temía, viéndola como madre mala y perseguidora (en primer lugar como el pecho malo). Estos temores y sentimientos complicados, relacionados con la madre, sentida como objeto externo e interno, constituían su posición depresiva infantil. Rita no podía elaborar esta angustia y era incapaz de vencer su posición depresiva.

En este contexto es significativo cierto material del comienzo de su análisis[275]. Rita trazó unos garabatos en un trozo de papel y lo ennegreció enérgicamente. Luego lo rompió y tiró los pedazos a un vaso de agua, que llevó a su boca como para bebérselo. En ese momento se interrumpió y dijo para sí misma: «Mujer muerta». Este material, con las mismas palabras, se repitió en otra ocasión. El trozo de papel ennegrecido, roto y echado al agua representaba a su madre destruida por procedimientos orales, anales y uretrales, y esta imagen de la madre muerta se refería, no solamente a su madre externa en los momentos en que no podía verla, sino también a su madre interna. Rita tuvo que renunciar a su rivalidad con su madre en la situación edípica, porque su temor inconsciente a la pérdida del objeto interno y externo actuaba como una barrera contra cualquier deseo que pudiese incrementar su odio a la madre, y por lo tanto causarle la muerte. Estas ansiedades, que provenían de la posición oral, eran las que provocaban la depresión intensa que desarrolló Rita como reacción a las tentativas de su madre de privarle del último biberón. Rita no quiso beber la leche de una taza. Se sumió en un estado de desesperación; perdió el apetito, rechazó los alimentos y se adhirió más que nunca a su madre, preguntándole una y otra vez que si la quería, que si ella se había conducido mal, y otras preguntas por el estilo. Su análisis reveló que el destete o la supresión del biberón era para ella como un castigo cruel a causa de sus deseos agresivos y de muerte contra

su madre. Como no tener más el biberón le representaba la pérdida definitiva del pecho, al privársele el biberón, Rita sentía que ella realmente había destruido a su madre. La misma presencia de esta solo servía para aliviar temporalmente estos temores, lo que lleva a pensar que mientras el biberón retirado le representaba el pecho perdido, la taza de leche, que Rita rechazaba en su estado de depresión consecutivo a la privación del biberón, le representaba a la madre destruida y muerta, análogamente como el vaso de agua con el papel roto le había representado a la «mujer muerta».

Como ya he dado a entender, las ansiedades depresivas de Rita, referentes a la muerte de su madre, estaban unidas a temores persecutorios referentes a agresiones contra su propio cuerpo hechas por una madre vengativa. En realidad, a una niña tales agresiones siempre le parecen ser, no solamente un peligro para su cuerpo, sino también un daño hecho a todo lo valioso que ella se imagina que contiene su «interior», es decir, a sus posibles niños, a la madre buena y al padre bueno.

La incapacidad de proteger estos objetos amados en contra de perseguidores externos e internos es una parte fundamental de las ansiedades de la niña[276]. La relación de Rita con su padre en gran parte estaba determinada por las situaciones de ansiedad centradas en su madre. Gran parte de su odio y de su temor al pecho malo fue transferido al pene de su padre. La culpabilidad excesiva y el temor de pérdida relacionados con la madre también habían sido transferidos al padre. Todo esto —juntamente con la frustración sufrida directamente del padre— había interferido con el desarrollo de su complejo edípico positivo.

El odio a su padre estaba reforzado por la envidia al pene y por la rivalidad con él en la situación edípica invertida. Su tentativa de vencer la envidia del pene le condujo a una creencia reforzada en su pene imaginario. Sin embargo, creía que este pene había sido dañado por un padre malo que la iba a castrar como venganza contra sus propios deseos de castrarlo a él. Cuando Rita temía que el «Butzen» del padre penetrase en su habitación y le arrancase su propio «Butzen» de un mordisco esto era una muestra de su temor de castración.

Sus deseos de apoderarse del pene del padre y de desempeñar el papel paterno con la madre eran indicaciones claras de su envidia del pene. Esto fue ilustrado en el material de juego que ya he citado: Viajaba con su osito de juguete, que representaba su pene, a casa de una «mujer buena», que les iba a ofrecer un «agasajo maravilloso». Sin embargo, su deseo de poseer un pene propio era reforzado fuertemente —como me lo demostró su análisis— por

ansiedades y sentimientos de culpabilidad relacionados con la muerte de su madre querida. Estas ansiedades, que ya anteriormente habían dañado su relación con la madre, contribuyeron mucho al fracaso de su evolución edípica positiva. Tuvieron también la consecuencia de reforzar los deseos de Rita de poseer un pene, porque sentía que únicamente podía reparar el daño hecho a su madre y reponer los niños, que en su fantasía ella le había robado, poseyendo un pene propio, con el cual satisficiese a su madre y le diese niños. Las dificultades excesivas de Rita para manejar su complejo de Edipo invertido y positivo estaban, por lo tanto, arraigadas en su posición depresiva. Juntamente con la disminución de estas ansiedades, se hizo Rita más capaz de tolerar sus deseos edípicos y de alcanzar más intensamente una actitud femenina y maternal. Hacia el final de su análisis, que se interrumpió prematuramente por circunstancias externas, la relación de Rita con ambos progenitores, así como con sus hermanos, había mejorado. Su aversión hacia el padre, que hasta entonces había sido muy patente, fue sustituida por cariño hacia él; la ambivalencia hacia su madre disminuyó, desarrollándose una relación más amistosa y estable entre ambas.

El cambio de actitud de Rita hacia su osito y su muñeca reflejaba cuánto había progresado su desarrollo libidinal y todo lo que habían sido reducidas sus dificultades neuróticas y la severidad de su superyó. Una vez, hacia el final de su análisis, mientras estaba besando su osito y abrazándolo y dándole nombres cariñosos, dijo: «Ahora no me siento desgraciada, porque ahora tengo un bebé a quien quiero mucho». Ahora Rita podía permitirse así misma ser la madre de su hijo imaginario. Este cambio no era una evolución totalmente nueva, sino, en cierto modo, un retorno a una posición libidinal anterior. En su segundo año, los deseos de Rita de recibir el pene del padre y de tener un hijo con él, habían sido perturbados por la ansiedad y la culpabilidad relacionadas con su madre; con ello su desarrollo edípico positivo fracasó y consecutivamente sufrió una agravación clara en su neurosis. Cuando Rita afirmó, con énfasis, que no era la madre su muñeca, expresó claramente su lucha en contra de sus deseos de tener un bebé. Bajo el agobio de su ansiedad y de su culpa, no pudo mantener su posición femenina, siendo por ello empujada a reforzar su posición masculina. De este modo el osito llegó a representar predominantemente el pene que ella deseaba. Rita no pudo permitirse el deseo de tener un niño de su padre, ni identificarse con su madre en la situación edípica, hasta que le disminuyeron las ansiedades y la culpabilidad relacionadas con sus progenitores.

Resumen general teórico

a) estadíos tempranos del complejo de edipo en los dos sexos

El cuadro clínico de los dos casos presentados en este artículo, difiere en muchos aspectos. Sin embargo, los dos casos tenían importantes rasgos comunes como eran los fuertes impulsos oral-sádicos, la ansiedad y la culpabilidad excesivas y la poca capacidad del yo para tolerar cualquier clase de tensión. En mi experiencia, estos son algunos de los factores que, en combinación con circunstancias externas, impiden al yo ir construyendo gradualmente defensas adecuadas contra la ansiedad. Como consecuencia, la elaboración de situaciones de ansiedad temprana queda empeorada y sufre el desarrollo emotivo libidinal y del yo del niño. Debido al predominio de la ansiedad y de la culpabilidad, hay una fijación exagerada en los estadios tempranos de la organización libidinal y, actuando con esto mutuamente, una tendencia excesiva a regresar a aquellos estadios tempranos. En consecuencia, el desarrollo edípico queda dificultado y la organización genital no puede establecerse firmemente. En los dos casos tratados en este artículo, así como en otros casos, el complejo de Edipo empezó a desarrollarse por cauces normales al disminuir las ansiedades tempranas.

La actuación de la ansiedad y de la culpabilidad en el curso del desarrollo edípico hasta un cierto grado han sido ilustradas por los dos breves historiales que he citado. Sin embargo, la revisión que viene a continuación de mis conclusiones teóricas sobre ciertos aspectos del desarrollo edípico, está basada en toda mi actuación analítica con casos de niños y adultos, que comprenden desde la normalidad hasta las neurosis más graves.

Una descripción completa del desarrollo edípico debería incluir una valorización de los influjos externos de las vivencias en cada estadío, además de la descripción de la manera cómo actúan estas a través de toda la infancia. He sacrificado deliberadamente la descripción exhaustiva de los factores externos a la necesidad de aclarar los resultados más importantes de la evolución[277]. Mi experiencia me ha llevado a creer que, en el principio de la vida, la libido está combinada con agresividad y que el desarrollo de la libido

en cualquier estadío está afectado vitalmente por la ansiedad proveniente de esta agresividad. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos empujan a veces a la libido a nuevas fuentes de satisfacción, y otras veces frenan el desarrollo de la libido reforzando su fijación en un objeto y finalidades anteriores.

Comparándola con el desarrollo ulterior del complejo de Edipo, la imagen de sus primeros estadios es necesariamente más oscura porque el yo del niño es inmaduro y se halla totalmente bajo el influjo de las fantasías inconscientes; también su vida instintiva está en su fase más polimorfa. Estos estadios tempranos están caracterizados por fluctuaciones rápidas entre diferentes objetos y finalidades, con las correspondientes fluctuaciones en cuanto a las defensas. En mi opinión, el complejo de Edipo comienza en el primer año de vida y en ambos sexos inicia su desarrollo siguiendo caminos similares. La relación con el pecho materno es uno de los factores esenciales que influye en todo el desarrollo emotivo y sexual del niño, por lo tanto, en la siguiente descripción de los comienzos del complejo de Edipo en los dos sexos, parto de la relación con el pecho.

Parece ser que la búsqueda de nuevas fuentes de satisfacción es inherente al movimiento progresivo de la libido. La satisfacción experimentada con el pecho materno permite al niño dirigir sus deseos hacia nuevos objetos y ante todo hacia el pene de su padre. Sin embargo, es dado a este nuevo deseo un empuje especial por las frustraciones sufridas con el pecho materno. Es importante recordar que las frustraciones dependen tanto de factores internos como de experiencias reales. Y cierta frustración con el pecho es inevitable, aun bajo las circunstancias más favorables, porque lo que el niño realmente desea son satisfacciones ilimitadas. Las frustraciones experimentadas con el pecho materno impulsan tanto al niño como a la niña a abandonarlo y estimulan en ellos el deseo de una satisfacción oral a través del pene del padre. Por lo tanto, el pecho y el pene son los objetos primarios de los deseos orales del niño[278]. Desde un comienzo, la frustración y la satisfacción moldean la relación del niño con el pecho bueno querido y con el pecho malo odiado. La necesidad de manejar la frustración y la agresión resultante es uno de los factores que conducen a idealizar el pecho bueno y la madre buena y consecutivamente a intensificar el odio y los temores al pecho y a la madre malos, que se convierten en el prototipo de todos los objetos perseguidores asustadores. Estas dos relaciones en conflicto con el pecho de la madre son trasladadas a la relación ulterior con el pene del padre. La frustración sufrida en la relación anterior con el pecho aumenta las exigencias y confianzas en la

nueva fuente de satisfacción estimulando el amor hacia el nuevo objeto. El desengaño inevitable refuerza la regresión hacia el primer objeto y todo esto contribuye a la fragilidad y a la fluidez de las actitudes emocionales y de los estadios de la organización libidinal.

Además, los impulsos agresivos estimulados y reforzados por la frustración hacen que el niño, en su imaginación, convierta a las víctimas de sus fantasías en figuras dañadas y vengativas, que le amenazan con los mismos ataques sádicos que él realiza en su fantasía en contra de sus padres[279]. Consecutivamente el niño siente una necesidad aumentada hacia un objeto amado y amante —un objeto ideal perfecto— para satisfacer en él su anhelo de recibir auxilio y seguridad. Por lo tanto, según las ocasiones, cada objeto puede convertirse en bueno o malo. Esta oscilación entre los diferentes aspectos de las imagos primarias significa una interacción íntima entre los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo.

Ya que durante el predominio de la libido oral, el niño introyecta sus objetos desde un comienzo, las imagos primarias tienen su contrapartida en su mundo interior. Las imagos del pecho de su madre y del pene de su padre se establecen dentro de su yo y forman el núcleo de su superyó. A la introyección del pene bueno y malo y de la madre corresponde la introyección del pene bueno y malo y del padre. Ellos se hacen así los primeros representantes, por un lado, de las imágenes internas protectoras y auxiliadoras, y por otro lado de las imágenes internas vengativas y perseguidoras, constituyendo las primeras identificaciones que desarrolla el yo.

La relación del niño con sus imágenes internas se entremezcla diversamente con la relación ambivalente del niño con sus dos progenitores, percibidos por él como objetos externos. Porque juntamente con la introyección de los objetos externos existe en cada momento la proyección de las imágenes internas en el mundo externo, y a esta interacción de introyección y proyección están sometidos tanto la relación del niño con los padres reales como el desarrollo de su superyó. A consecuencia de esta interacción, que supone una orientación hacia afuera y hacia adentro, hay una fluctuación constante entre los objetos y las situaciones internas y externas. Estas fluctuaciones son dependientes del movimiento de la libido entre las diferentes finalidades y objetos; de este modo el curso del complejo de Edipo está íntimamente unido al desarrollo del superyó.

Aunque todavía recubiertos por la libido real, uretral y anal, los deseos genitales se unen pronto a los impulsos orales del niño. Los deseos genitales

tempranos, así como los orales, van dirigidos hacia la madre y el padre. Según supongo, hay en los dos sexos un conocimiento inconsciente referente a la existencia del pene así como a la vagina. En el niño varón las sensaciones genitales constituyen la base para su idea de que el padre posee un pene, que el niño desea siguiendo la ecuación «pecho = pene». Al mismo tiempo, sus sensaciones genitales e impulsos también implican la búsqueda de una abertura en la cual introducir su pene, es decir, son impulsos dirigidos hacia la madre. De un modo similar, las sensaciones genitales de la niña preparan el deseo de recibir el pene de su padre en su vagina. Por lo tanto, parece ser que los deseos genitales hacia el pene del padre, que se unen con los deseos orales, forman la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo de la niña y del complejo de Edipo invertido del varón.

En cada estadío el curso del desarrollo libidinal está influido por sentimientos de ansiedad, de culpa y de depresión. En los dos artículos precedentes me he referido repetidamente a la posición depresiva infantil, señalándola como la posición central en el desarrollo temprano. Ahora sugeriría la siguiente formulación: el núcleo de los sentimientos depresivos infantiles, o sea, el temor del niño a la pérdida de sus objetos queridos, como consecuencia de su odio y de su agresión, entra desde un comienzo en sus relaciones de objeto y su complejo edípico.

Un corolario esencial de los sentimientos de ansiedad, de culpa y de depresión es la necesidad de reparación. Sometido a su culpa, el niño se siente impulsado a deshacer, mediante procedimientos libidinales, las consecuencias de sus impulsos sádicos. De este modo, los sentimientos de amor, que coexisten con los impulsos agresivos, están reforzados por la tendencia a la reparación. Las fantasías de reparaciones representan a menudo, aun en los detalles mínimos, lo contrario de las fantasías sádicas, correspondiendo al sentimiento de omnipotencia sádica el sentimiento de omnipotencia reparadora. Por ejemplo, la orina y las heces representan medios de destrucción cuando el niño odia, y regalos cuando el niño quiere; pero cuando se siente culpable e impulsado a hacer una reparación, los excrementos «buenos» se convierten en su mente en los medios por los cuales puede curar el daño hecho con sus excrementos «peligrosos». Igualmente, tanto el varón como la niña, aunque a través de caminos diferentes, sienten que el pene, que en sus fantasías sádicas ha dañado y destruido a la madre, se convierte el medio de restaurarla y curarla en las fantasías de reparación. Con esto, el deseo de dar y de recibir satisfacciones libidinales está aumentado por el impulso a la reparación, porque el niño siente que de este modo el objeto

dañado puede ser restaurado y también que se ha disminuido el poder de sus impulsos agresivos, que sus impulsos de amor tienen curso libre y que su culpabilidad está tranquilizada.

Así, en cada etapa el curso del desarrollo libidinal está estimulado y reforzado por el impulso a la reparación y, en último término, por el sentimiento de culpa. Por otro lado, la culpa que origina el impulso de reparación también inhibe los deseos libidinales, porque cuando el niño siente que predomina su agresividad, los deseos libidinales le parecen un peligro para sus objetos amados, y, por lo tanto, los tiene que reprimir.

b) el desarrollo edípico del niño varón

Hasta ahora he delineado los estadios tempranos del complejo de Edipo en ambos sexos. Ahora trataré especialmente el desarrollo del varón. Su posición femenina —que influye de un modo vital en su actitud hacia los dos sexos— llega a constituirse bajo el dominio de impulsos y fantasías orales, uretrales y anales, y está íntimamente unida a su relación con los pechos de su madre. Si el niño puede desplazar una parte de sus deseos tiernos y libidinales del pecho de la madre al pene del padre, y al mismo tiempo sigue considerando al pecho como un objeto bueno, entonces imaginará el pene de su padre como un órgano bueno y creador que le causará una satisfacción libidinal y también que le dará niños, como se los da a su madre. Estos deseos femeninos constituyen siempre un rasgo inherente al desarrollo del varón. Constituyen la raíz de su complejo edípico invertido y forman la primera posición homosexual. La imagen tranquilizadora del pene paterno, como un órgano bueno y creador, es también una condición previa para la capacidad del varón de desarrollar sus deseos edípicos positivos. Porque solamente cuando tiene una creencia suficientemente intensa en la «bondad» del genital masculino —tanto de su padre como del suyo propio— puede permitirse el niño experimentar sus deseos genitales hacia la madre. Cuando su temor del padre castrador está mitigado por su confianza en el padre bueno, puede entonces enfrentar su odio y rivalidad edípicos. Así se desarrollan simultáneamente las tendencias edípicas invertidas y positivas y hay una interacción íntima entre ambas.

Existen bases firmes para suponer que, tan pronto como se tienen sensaciones genitales, se activa el temor a la castración. Según la definición de Freud, el temor a la castración en el varón es el temor de tener el órgano

genital atacado, dañado o quitado. Yo creo que este temor se vivencia bajo el predominio de la libido oral. Los impulsos oral-sádicos del niño varón hacia el pecho de su madre se transfieren al pene de su padre, y sumándose a esto la rivalidad y el odio de la situación edípica temprana encuentra su expresión en el deseo del varón de arrancar, mordiéndolo, el pene de su padre, lo cual despierta en él el temor a que su propio órgano genital vaya a ser arrancado de un mordisco por su padre, que se venga así de sus deseos. Hay varias ansiedades tempranas que provienen de diferentes fuentes y que constituyen el temor de la castración. Los deseos genitales del niño hacia su madre están conectados desde el principio con peligros fantásticos, a causa de sus fantasías de ataque al cuerpo materno, de contenidos orales, uretrales y anales. El varón siente que el «interior materno» está dañado, envenenado y que es venenoso; que también contiene, según sus fantasías, el pene del padre, el cual, debido a sus propios ataques sádicos contra él, es sentido como un objeto hostil y castrador que amenaza a su propio pene con la destrucción.

A esta imagen asustadora del «interior» de su madre —que coexiste con la imagen de su madre como fuente de todo lo bueno y gratificador— corresponden los temores acerca del interior de su propio cuerpo. Predomina entre ellos el temor del niño a un ataque interno realizado por unas imágenes peligrosas que son ya maternas, ya paternas, ya de ambos unidos, en venganza a sus propios impulsos agresivos. Esos temores de persecución influyen decisivamente en las ansiedades del varón acerca de su propio pene, debido a que cada ataque en contra de su «interior» por los perseguidores internalizados implica también para él un ataque contra su propio pene, que él teme que pueda ser mutilado, envenenado o devorado desde dentro. Pero no es solamente el pene, lo que el niño siente que debe preservar, sino también los buenos contenidos de su cuerpo, las heces y orina buenas, los bebés que él desea tener en la posición femenina y los bebés que —identificándose con el padre bueno y creador— desea producir, siguiendo su posición masculina. Al mismo tiempo se siente impulsado a proteger y preservar los objetos amados que el niño había internalizado simultáneamente con las imágenes perseguidoras. De este modo su temor a los ataques internos en contra de sus objetos amados está íntimamente unido con el temor a la castración, reforzándolo.

Otra ansiedad que contribuye a su temor de castración procede de fantasías sádicas, según las cuales sus excrementos se han convertido en venenosos y peligrosos. También su propio pene, que es equiparado en su mente a estas heces peligrosas, está lleno de orina mala y, por lo tanto, en sus

fantasías de coito se convierte en un órgano de destrucción. Este temor está incrementado por la creencia de que él contiene el pene malo de su padre, o sea, por una identificación con su padre malo. Cuando este tipo especial de identificación se hace intenso, se percibe como una alianza con el padre interno malo en contra de la madre. Consecutivamente, disminuye la creencia del niño varón en la capacidad productora y reparadora de su propio órgano genital; siente que sus propios impulsos agresivos se refuerzan y que el coito con su madre seria cruel y destructivo. Las ansiedades de este tipo tienen un papel importante en sus temores de castración y en la represión de sus deseos genitales, así como en la regresión a estadios anteriores. Si estos temores diversos son demasiado intensos y la necesidad de reprimir los deseos genitales es demasiado fuerte, posteriormente se presentan dificultades en la potencia. En el varón, tales temores están normalmente contrarrestados por una imagen del cuerpo de su madre como fuente de toda bondad (leche y bebés buenos), así como por su introyección de objetos amados. Cuando predominan sus impulsos de amor, los productos y contenidos de su cuerpo adquieren el significado de regalos; su pene se convierte en un medio de gratificación y de dar bebés a su madre, así como reparación.

También, si predomina la sensación de tener el pecho bueno de la madre y el pene bueno del padre, la confianza del niño en sí mismo aumenta, lo que le permite liberar sus impulsos y deseos. En una unión e identificación con su padre bueno, el niño percibe que su pene adquiere cualidades reparadoras y creadoras. Todas estas emociones y fantasías le permiten enfrentar su temor a la castración y establecer de un modo firme su posición genital. Son también la condición previa para una potencia sublimada, que interviene fuertemente en las actividades e intereses del niño; al mismo tiempo se crea así la base para adquirir potencia en años venideros.

c) el desarrollo edípico de la niña

Ya he descrito los estadios tempranos del desarrollo edípico de la niña, en tanto que coinciden con el desarrollo del niño. Ahora señalaré ciertos rasgos esenciales que son específicos del complejo edípico de la niña.

A la niña se le presenta el deseo de recibir el pene cuando, dada la naturaleza receptiva de sus órganos genitales, se le refuerzan las sensaciones correspondientes[280]. Al mismo tiempo tiene un conocimiento inconsciente de que su cuerpo contiene bebés en potencia, lo que siente ser su más valiosa

posesión. El pene de su padre como el objeto que da los bebés, y que está equiparado con los bebés, se convierte en objeto fuertemente deseado y admirado por la niña. Esta relación con el pene, como fuente de felicidad y de dones buenos, está incrementada por la relación de amor y de agradecimiento con el pecho bueno. Unidas a su conocimiento inconsciente de que en potencia ella contiene bebés, la niña tiene dudas intensas acerca de su capacidad de poder tener niños. En diferentes aspectos, se siente en una posición de desventaja al comparar se con su madre. Según el inconsciente de la niña, la madre está dotada de un poder mágico, porque todo lo bueno procede de su pecho y porque la madre también contiene el pene del padre y los bebés. En contraste con el niño varón, cuya confianza de tener potencia se refuerza por la posesión de un pene, que puede ser comparado con el pene del padre, la niña no tiene medios de tranquilizarse en lo referente a su fertilidad futura. Además, sus dudas se incrementan por todas las ansiedades referentes a los contenidos de su cuerpo. Estas ansiedades intensifican los impulsos de robar el cuerpo de la madre, de sus niños y también del pene paterno, intensificando esto a su vez el temor de que su propio interior pueda ser atacado y robado, privándole de sus contenidos «buenos», por una madre vengativa externa e interna.

Algunos de estos elementos actúan también en el niño, pero los rasgos esenciales del desarrollo de la niña lo constituyen el hecho de que su desarrollo genital esté centrado en el deseo femenino de recibir el pene paterno y que su preocupación inconsciente principal sea la referente a sus bebés imaginados. Consecuentemente, sus fantasías y emociones se hacen predominantemente alrededor de su mundo y objetos interiores; su rivalidad edípica se expresa esencialmente en el impulso de robar a su madre el pene del padre y los bebés. El temor de que su cuerpo sea atacado y sus objetos internos buenos dañados o sacados de ella por una madre mala y vengativa, tiene un papel prominente y persistente en sus ansiedades. Según me parece, esta es la situación de ansiedad predominante en la niña.

Además, así como en el niño la envidia de su madre (de la que cree que contiene el pene del padre y los bebés) es un elemento en su complejo edípico invertido, en la niña esta envidia forma parte de su situación edípica positiva, constituye un factor esencial a lo largo de su desarrollo sexual y emocional y tiene un efecto importante en su identificación con su madre, en su relación sexual con su padre, así como en su futuro papel de madre.

El deseo de la niña de poseer un pene y de ser varón es una expresión de su bisexualidad, y este rasgo es tan inherente en las niñas, como lo es en el

niño el deseo de ser mujer. Su deseo de tener un pene propio es secundario a su deseo de recibir el pene, y está muy incrementado por las frustraciones en su posición femenina y por la ansiedad y culpa experimentadas en la situación edípica positiva. La envidia que la niña profesa al pene, encubre en cierta medida el deseo frustrado de tomar el lugar de la madre en la relación con el padre y de recibir niños de él.

Aquí solo puedo referirme rápidamente a los factores específicos en los cuales descansa la formación del superyó en la niña. Debido a la gran importancia que tiene el mundo interior de la niña en su vida emocional, siente ella un fuerte impulso a llenar este mundo interior con objetos buenos. Esto contribuye a la intensidad de sus procesos introyectivos, que también están reforzados por la naturaleza receptiva de su órgano genital. El admirado pene del padre internalizado forma una parte intrínseca de su superyó. La niña se identifica a sí misma con su padre en la posición masculina, pero esta identificación se basa en la posesión de un pene imaginario. Su identificación principal con el padre está vivenciada en relación con el pene internalizado de su padre, estando basada esta relación tanto en la posición femenina como en la masculina. En la posición femenina, la niña está impulsada a internalizar el pene paterno por sus deseos sexuales y por su anhelo de tener bebés. Es capaz de una sumisión completa a este padre admirado internalizado, mientras que en la posición masculina desea imitar todas sus aspiraciones y sublimaciones masculinas. De este modo su identificación masculina con el padre está mezclada con su actitud femenina, siendo esta combinación la que caracteriza al superyó femenino.

En la formación del superyó de la niña el admirado padre bueno coexiste, hasta un cierto grado, con el padre malo y castrador. Empero, el objeto de su mayor ansiedad es la madre perseguidora. Si la internalización de una madre buena, con cuya actitud maternal ella puede identificarse, equilibra este temor persecutorio, su relación con el padre bueno internalizado se refuerza por su propia actitud maternal hacia él.

A pesar de la preeminencia del mundo interior en su vida emotiva, la necesidad de amor de la niña pequeña y su relación real con las personas indican una gran dependencia del mundo exterior. Sin embargo, esta contradicción es solamente aparente ya que su dependencia del mundo exterior está reforzada por su necesidad de reasegurarse en lo referente a su mundo interior.

d) algunas comparaciones con el concepto clásico

Compararé aquí mis puntos de vista con los de Freud, en cuanto se refiere a ciertos aspectos del complejo de Edipo, así como aclarar algunas divergencias, a las cuales me ha conducido mi experiencia. Muchos aspectos del complejo de Edipo, en los cuales mi trabajo confirma completamente los descubrimientos de Freud, en cierto modo han sido ya expuestos implícitamente en mi descripción de la situación edípica. Sin embargo, la magnitud del tema hace necesario que al discutir el detalle de estos aspectos, tenga que limitarme a aclarar algunas de las divergencias. El resumen siguiente presenta, en mi opinión, lo esencial de las conclusiones de Freud sobre ciertos rasgos fundamentales en el desarrollo edípico[281]. Según Freud, surgen los deseos genitales y hay una elección definida de objeto en la fase fálica, que se extiende entre los tres y cinco años y que coincide con el complejo de Edipo. En esta fase «solamente una clase de órgano genital cuenta: el órgano masculino». La primacía que, por lo tanto, se alcanza, no es una primacía del *órgano genital* sino del *falo*[282]. En el varón «el estadío fálico de la organización genital sucumbe a la amenaza de castración[283]». Además, su superyó, el heredero del complejo de Edipo, se forma por la internalización de la autoridad paterna. La culpabilidad es la expresión de tensión entre el yo y el superyó. El uso de la palabra culpabilidad se justifica únicamente cuando el superyó está desarrollado. Freud considera que la autoridad internalizada del padre predomina en el superyó del niño; y aunque reconoce hasta cierto punto la identificación con la madre como un factor en la formación del superyó del varón, no ha expresado en detalle sus puntos de vista acerca de este aspecto del superyó.

En lo que se refiere a la niña, según la opinión de Freud, se presenta su «apegamiento preedípico» a la madre en el período anterior al desarrollo de la situación edípica. Freud también caracteriza este período como «la fase del apegamiento exclusivo a la madre», lo que puede ser llamado «la fase preedípica[284]». Por lo tanto, durante su fase fálica el deseo fundamental de la niña, en relación con su madre, mantenido con la mayor intensidad, se centra en el deseo de recibir un pene de ella. En la mente de la niña e1 clítoris representa el pene, y la masturbación clitoridiana es la expresión de sus deseos fálicos. Todavía no ha descubierto la vagina, que solamente empieza a intervenir en su pubertad. Cuando la niña descubre que no posee un pene, entonces se presenta su complejo de castración. En este momento se rompe su apegamiento a su madre, con resentimiento y odio, porque su madre no le ha

dado un pene. Descubre también que hasta su misma madre carece de pene, y esto contribuye a que se desvíe de la madre y busque al padre. Primeramente se vuelve hacia el padre con el deseo de recibir un pene de él, y solo secundariamente con el deseo de que le dé un niño: el niño sustituyendo al pene de acuerdo con la vieja ecuación simbólica[285]. De este modo su complejo edípico está empujado por su complejo de castración. La situación principal de ansiedad en la niña es la de pérdida de amor, y Freud conecta este temor con su temor a la muerte de su madre. El desarrollo del superyó de la niña difiere en distintos aspectos del niño, pero tiene en común un rasgo esencial, que es que el superyó y el sentimiento de culpabilidad son secuelas del complejo de Edipo.

Freud señala que los sentimientos maternales de la niña derivan de la relación temprana con la madre en la fase preedípica; se refiere también a la identificación de la niña con la madre derivada de su complejo de Edipo. Pero no ha unido entre si estas dos actitudes, ni tampoco ha señalado cómo la identificación femenina con su madre, en la situación edípica, afecta el curso del complejo de Edipo en la niña. Según su opinión, en tanto que la organización genital de la niña está conformándose, ella considera a su madre predominantemente en su aspecto fálico.

Ahora resumiré mis propios puntos de vista acerca de estos desarrollos especiales. Tal como yo lo veo, el desarrollo sexual y emocional del niño y de la niña incluyen desde la primera infancia sensaciones y rasgos genitales que constituyen los primeros estadios del complejo de Edipo invertido y positivo. Son sentidos bajo la primacía de la libido oral y se entremezclan con deseos y fantasías uretrales y anales. Los estadios libidinales existen simultáneamente, sobreponiéndose los unos a los otros desde los primeros meses de vida. Desde un comienzo, las tendencias positivas e invertidas edípicas están en interacción mutua. Y es en el estadío de la primacía genital cuando la situación edípica positiva alcanza su punto culminante.

En mi opinión, tanto el niño como la niña experimentan deseos genitales dirigidos hacia la madre y el padre, y tienen un conocimiento inconsciente tanto de la vagina como del pene[286]. Por esta razón, la palabra primera de Freud, «fase genital», me parece más adecuada que su concepto ulterior de «fase fálica». El superyó se inicia en la fase oral en ambos sexos. Con el influjo de la vida de fantasías y de emociones en conflicto, el niño en cada estadío de su organización libidinal, introyecta sus objetos —ante todo a sus padres— y crea el superyó de estos objetos. Por esta razón, aunque el superyó corresponde de varios modos a las personas reales en el mundo del niño

pequeño, tiene varios componentes y rasgos que reflejan las imágenes fantásticas existentes en su mente. Todos los factores que intervienen en algo en sus relaciones de objeto, cumplen un papel desde el comienzo en la formación de su superyó.

El primer objeto introyectado, el pecho materno, forma la base del superyó. Así como la relación con el pecho materno precede e influye fuertemente en la relación con el pene del padre, la relación con la madre introyectada afecta de diferentes formas a todo el curso del desarrollo del superyó. Algunos de los rasgos más importantes del superyó, ya sea amante y protector o destructivo o devorador, provienen de estos componentes tempranos maternos del superyó. Los primeros sentimientos de culpabilidad en los dos sexos provienen de los deseos oral-sádicos de devorar a la madre y, ante todo, sus pechos (Abraham). Es, por lo tanto, en la primera infancia cuando se originan los sentimientos de culpabilidad. La culpabilidad no se presenta cuando se está terminando el complejo de Edipo, sino que más bien es uno de los factores que desde un comienzo moldean su curso y afectan su desenvolvimiento final.

Ahora me voy a ocupar específicamente del desarrollo del niño varón. En mi opinión, el temor a la castración se inicia en la infancia tan pronto como se tienen sensaciones genitales. Los primeros impulsos del niño varón de castrar a su padre toman el aspecto de arrancarle el pene mordiéndoselo, y, por lo tanto, el temor a la castración es sentido por el niño varón primeramente como un temor a que su pene pueda ser arrancado de un mordisco. Estos temores de castración tempranos, en un comienzo están encubiertos con ansiedades que proceden de otras muchas fuentes, entre las cuales tienen un papel predominante las situaciones de peligro interno.

Cuanto más se aproxima el desarrollo a la primacía genital, tanto más se hace presente la angustia de castración. Así como estoy de acuerdo con Freud en que la angustia de castración es la situación de ansiedad predominante en el varón, no estoy conforme con su descripción de que es el único factor que determina la represión del complejo de Edipo. A todo lo largo del desarrollo, las ansiedades tempranas de diferentes orígenes cumplen un papel al lado del papel predominante que cumple la angustia de castración en el momento álgido de la situación edípica. Además, el varón experimenta dolor y pena en relación con su padre, como un objeto querido, provocando sus impulsos de castrarlo y de matarlo, porque en sus buenos aspectos el padre es una fuente indispensable de fortaleza, es un amigo y un ideal al cual el varón se dirige buscando protección y guía, y al cual, por lo tanto, el niño se siente impulsado

a preservar. Sus sentimientos de culpabilidad, en relación con los impulsos agresivos hacía el padre, le incrementan la tendencia a reprimir sus deseos genitales. Una y otra vez he encontrado en el análisis de varones que los sentimientos de culpabilidad en relación con el padre querido constituyen un elemento integrante importante del complejo de Edipo, influyendo de un modo vital en el desarrollo de este complejo. El sentimiento de que también la madre está en peligro por la rivalidad del hijo con el padre y que la muerte del padre sería una pérdida irreparable para ella, contribuyen a la intensidad del sentimiento de culpabilidad del niño y, por lo tanto, a la represión de sus deseos edípicos.

Como ya sabemos, Freud llegó a la conclusión teórica de que tanto el padre como la madre son objetos de deseos libidinales de Edipo. (Véase su concepto del complejo de Edipo invertido). Además, Freud, en algunas de sus obras (entre sus historiales, especialmente en el «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», 1909), ha tenido en cuenta el papel que desempeña el amor hacia el padre en el complejo de Edipo positivo del niño varón. Sin embargo, no ha insistido suficientemente en el papel fundamental de estos sentimientos de amor, tanto en el desarrollo del complejo de Edipo como en su superación. Según mi experiencia, la situación edípica pierde fuerza, no solamente porque el niño teme la destrucción de su órgano genital por un padre vengativo, sino porque, por sentimientos de amor o de culpabilidad, se siente empujado a preservar y proteger a su padre tanto como una imagen interna como externa.

Ahora voy a exponer brevemente mis conclusiones sobre el complejo de Edipo en la niña. La fase en la cual, según Freud, la niña está exclusivamente unida a su madre, según mi opinión incluye también los deseos dirigidos hacia el padre, así como los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo. Aunque considero esta fase como un período de fluctuación entre los deseos dirigidos hacia la madre y hacia el padre en todas las posiciones libidinales, a mi parecer no hay duda acerca de la influencia profunda, de alcance largo y permanente, de cada aspecto de la relación con la madre en relación con el padre.

La envidia del pene y el complejo de castración juegan un papel esencial en el desarrollo de la niña; pero están muy reforzados por la frustración de los deseos edípicos positivos. Aunque la niña, en uno de sus estadios, supone que su madre posee un pene, como un atributo masculino, este concepto no desempeña en su desarrollo un papel tan importante como sugiere Freud. Según mi experiencia, la teoría inconsciente de que la madre contiene el pene

admirado y deseado del padre, es posterior a muchos de los fenómenos que Freud ha descrito referentes a la relación de la niña con la madre fálica. Los deseos de la niña del pene paterno se mezclan con sus primeros deseos genitales de recibir dicho pene. Estos deseos genitales implican también el deseo de recibir un niño del padre, lo que asimismo está contenido en la ecuación «pene-niño». El deseo femenino de internalizar el pene y de recibir un niño de su padre precede invariablemente al deseo de poseer un pene propio.

Aunque estoy de acuerdo con Freud acerca de la preeminencia, entre las ansiedades de la niña, del temor a la pérdida del amor y a la muerte de la madre, yo mantengo que el temor a que su cuerpo sea atacado y sus objetos queridos internos destruidos contribuye esencialmente a su situación principal de ansiedad.

Observaciones finales

A través de toda mi descripción del complejo de Edipo he intentado demostrar la interdependencia de ciertos aspectos predominantes de su desarrollo. El desarrollo sexual del niño está unido de un modo intrínseco a sus relaciones de objeto y a todas las emociones que desde un primer momento moldean su actitud hacia la madre y el padre. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos son los elementos intrínsecos de la vida emocional del niño y, por ello, penetran en las relaciones tempranas del niño con sus objetos, consistentes en relaciones con personas reales, así como con sus representantes en su mundo interior. A partir de estas figuras introyectadas —las identificaciones del niño— se desarrolla el superyó, que a su vez influye en la relación con ambos progenitores y en todo el desarrollo sexual. Así, el desarrollo emocional y sexual, las relaciones de objeto y desarrollo del superyó actúan los unos sobre los otros desde un comienzo.

La vida emocional del niño, las defensas tempranas construidas bajo la tensión de conflictos entre amor, odio y culpabilidad, y las vicisitudes de las identificaciones del niño, son tópicos que es muy posible que ocupen la investigación psicoanalítica en tiempos venideros. Una mayor investigación en estas direcciones nos conducirá a una mejor comprensión de la personalidad, lo que implica una mejor comprensión del complejo de Edipo y del desarrollo sexual.

21. Notas sobre algunos mecanismos esquizoides[287] (1946)

Introducción

Este capítulo se refiere a la importancia de las tempranas ansiedades y mecanismos paranoides y esquizoides. Durante muchos años me he ocupado de este tema, aun antes de haber aclarado mis puntos de vista sobre los procesos depresivos en la infancia. Sin embargo, a medida que fui elaborando mí concepto sobre la posición depresiva infantil, se impusieron nuevamente a mi atención los problemas de la fase que la precede. Deseo formular ahora algunas de mis hipótesis sobre las ansiedades y mecanismos más precoces[288]. Las hipótesis que he de presentar, y que se relacionan con etapas muy tempranas del desarrollo, surgieron por inferencia del material obtenido en análisis de adultos y niños, y algunas de ellas parecen concordar con las observaciones usuales de la labor psiquiátrica. Para apoyar mis argumentos se requeriría un cúmulo de detallado material de casos, que por razones de espacio no puedo exponer en el presente trabajo, por lo que espero llenar este vacío con futuras contribuciones.

Primeramente será útil resumir brevemente las conclusiones que ya he presentado con respecto a las fases más tempranas del desarrollo[289]. En la temprana infancia surgen las ansiedades características de las psicosis, que conducen al yo a desarrollar mecanismos de defensa específicos. En este período se encuentran los puntos de fijación de todas las perturbaciones psicóticas. Esta hipótesis llevó a algunas personas a creer que yo considero psicóticos a todos los niños, pero ya me he ocupado suficientemente de este malentendido en otras oportunidades. Las ansiedades psicóticas, los mecanismos y las defensas del yo en la infancia ejercen una profunda influencia en todos los aspectos del desarrollo, incluyendo el desarrollo del yo, superyó y relaciones de objeto.

He expuesto a menudo mi punto de vista de que las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida, siendo el primer objeto el pecho de la madre, el que es escindido en un pecho bueno (gratificador) y un pecho malo (frustrador), conduciendo esta escisión a una separación entre amor y odio. Sugerí, además, que la relación con el primer objeto implica su introyección y su proyección, y de esta manera, desde un comienzo, las relaciones de objeto son modeladas por la interacción entre introyección y proyección, entre objetos y situaciones internas y externas. Estos procesos intervienen en la

construcción del yo y del superyó, y preparan el terreno para el advenimiento del complejo de Edipo en la segunda mitad del primer año.

Desde un comienzo, el impulso destructivo se dirige hacia el objeto y se expresa primeramente en fantasías de ataques sádico-orales al pecho de la madre, que pronto se transforman en violentos ataques a su cuerpo con todos los recursos del sadismo. Los temores persecutorios que surgen de los impulsos sádico-orales del niño de robar del cuerpo de la madre sus contenidos buenos, y de los impulsos sádico-anales de colocar dentro de ella sus excrementos (incluyendo el deseo de entrar en su cuerpo para poder controlarla desde adentro) son de gran importancia para el desarrollo de la paranoia y de la esquizofrenia.

He enumerado varias defensas típicas del yo precoz, tales como los mecanismos de escisión del objeto y de los impulsos, la idealización, la negación de la realidad interior y exterior, y el ahogo de las emociones. He mencionado también varios contenidos de la ansiedad, incluyendo el miedo de ser envenenado y devorado. La mayor parte de estos fenómenos —que prevalecen en los primeros meses de vida— se encuentran en el cuadro sintomático posterior de la esquizofrenia.

He descrito este periodo temprano primero como «fase persecutoria» y luego como «posición paranoide[290]», y sostuve que precede a la posición depresiva. Silos temores persecutorios son muy intensos, y si por esta razón (entre otras) el niño no puede superar la posición paranoide, le es también imposible superar la posición depresiva. Este fracaso puede conducir a un reforzamiento regresivo de los temores persecutorios y fortificar los puntos de fijación de graves psicosis (es decir, el grupo de las esquizofrenias). El surgimiento de severas dificultades durante el período de la posición depresiva puede provocar perturbaciones maníaco-depresivas en la vida posterior. He llegado también a la conclusión de que en perturbaciones menos agudas del desarrollo, los mismos factores influyen intensamente en la elección de la neurosis.

Aunque he supuesto que el resultado de la posición depresiva depende de la elaboración de la fase precedente, le he atribuido, sin embargo, un papel central en el desarrollo temprano del niño. Porque con la introyección del objeto como un todo, la relación objetal del niño se modifica fundamentalmente. La síntesis entre los aspectos amados y odiados del objeto total da origen a sentimientos de duelo y de culpa que implican progresos vitales en la vida emocional e intelectual del niño. Esto constituye también un

punto crucial para la elección de neurosis o psicosis. Mantengo aún todas estas conclusiones.

Algunas notas sobre los recientes trabajos de fairbairn

En varios trabajos recientes[291] Fairbairn se ha ocupado mucho del tema al que me refiero. Por eso he creído necesario aclarar algunos puntos esenciales de acuerdo y desacuerdo entre nosotros. Se verá que algunas de las conclusiones que he de presentar en este trabajo coinciden con las de Fairbairn, mientras que otras difieren fundamentalmente. El enfoque de Fairbairn está hecho en gran medida desde el ángulo del desarrollo del yo en relación con los objetos, mientras que el mío ha sido hecho predominantemente desde el ángulo de las ansiedades y sus vicisitudes. Fairbairn denomina a la fase más temprana «posición esquizoide», y afirma que esta forma parte del desarrollo normal y constituye la base de la enfermedad esquizoide y esquizofrénica adulta. Estoy de acuerdo con este concepto y considero su descripción de los fenómenos esquizoides del desarrollo muy importante y esclarecedora, y de gran valor para nuestra comprensión de la conducta esquizoide y de la esquizofrenia. También considero que el punto de vista de Fairbairn de que el grupo de perturbaciones esquizoides y esquizofrénicas es mucho más amplio de lo que se ha creído es correcto e importante, y que el énfasis particular que pone sobre la intrínseca relación entre histeria y esquizofrenia merece suma atención. Su denominación «posición esquizoide» parece adecuada, si se entiende que abarca tanto el temor persecutorio como los mecanismos esquizoides.

Estoy en desacuerdo, para mencionar primero los puntos básicos, con su revisión de la teoría de la estructura mental y de los instintos. También estoy en desacuerdo con su concepto de que en un comienzo solo se internaliza el objeto malo, concepto que creo contribuye a la importante diferencia que existe entre nosotros con respecto al desarrollo de las relaciones de objeto y al desarrollo del yo. Por mi parte, sostengo que el pecho bueno introyectado forma una parte vital del yo, ejerce desde un comienzo una influencia fundamental en el proceso del desarrollo del yo y afecta tanto a la estructura yoica como las relaciones de objeto. Disiento también con su concepto de que «el mayor problema del esquizoide es cómo amar sin destruir con su amor, mientras que el mayor problema del depresivo es cómo amar sin destruir con su odio[292]». Esta conclusión está de acuerdo no solo con su rechazo del

concepto de instintos primarios, sino también con su subestimación del papel que desempeñan la agresión y el odio desde el principio de la vida. Como resultado de este enfoque, no da suficiente importancia a la ansiedad y conflicto tempranos y a sus efectos dinámicos sobre el desarrollo.

Algunos problemas del yo temprano

En la exposición que sigue he de separar un aspecto del desarrollo del yo y deliberadamente no trataré de relacionarlo con los problemas del desarrollo del yo como un todo. Tampoco puedo referirme aquí a la relación del yo con el ello y el superyó.

Hasta el momento conocemos muy poco de la estructura del yo temprano. Algunas sugestiones recientes al respecto no me han convencido. Me refiero particularmente al concepto de Glover sobre los núcleos del yo y a la teoría de Fairbairn del yo central y los dos subsidiarios. Creo más eficaz la importancia que da Winnicott a la no integración del yo temprano[293]. Diría también que el yo temprano carece de cohesión y que una tendencia a la integración alterna con una tendencia a desintegrarse, a hacerse pedazos[294]. Pienso que estas fluctuaciones son características de los primeros meses de vida.

Creo que tenemos razón al suponer que algunas de las funciones que conocemos en el yo posterior existen desde un comienzo. La más sobresaliente de estas funciones es la de hacer frente a la ansiedad. Sostengo que la ansiedad surge de la actuación del instinto de muerte dentro del organismo, es sentida como temor a la aniquilación (muerte) y toma la forma de temor a la persecución. El temor al impulso destructivo parece ligarse inmediatamente a un objeto, o mejor dicho es vivenciado como temor a un abrumador objeto incontrolable. Otras fuentes importantes de ansiedad primaria son el trauma del nacimiento (ansiedad de separación) y la frustración de las necesidades corporales; y también estas experiencias se sienten desde un principio, como provocadas por objetos. Aun cuando estos objetos sean sentidos como externos, se transforman, por introyección, en perseguidores internos, reforzando así el temor a los impulsos destructivos internos.

La necesidad vital de hacer frente a la ansiedad fuerza al yo temprano a desarrollar mecanismos y defensas fundamentales. El impulso destructivo es proyectado en parte hacia afuera (desviación del instinto de muerte) y según creo, se liga inmediatamente al objeto externo primario, el pecho de la madre. Tal como lo señaló Freud, el remanente del impulso destructivo es ligado hasta cierto punto dentro del organismo por la libido. Empero, ninguno de estos procesos cumple enteramente su propósito, y por tanto, la ansiedad de ser destruido desde adentro sigue activa. Creo que está de acuerdo con la falta

de cohesión el hecho de que bajo la presión de este temor el yo tienda a hacerse pedazos[295]. Este hacerse pedazos parece subyacer a los estados de desintegración de los esquizofrénicos. Se plantea el interrogante de si algunos procesos activos de escisión del yo no pueden tener lugar incluso en una época muy temprana. Como suponemos, el yo temprano escinde en forma activa al objeto y a su relación con él, lo que puede implicar cierta escisión activa del yo mismo. De cualquier modo, el resultado de la escisión es una dispersión del impulso destructivo, que es sentido como la fuente de peligro. Sugiero que la ansiedad primaria de ser aniquilado por una fuerza destructiva interior, con la respuesta específica del yo de hacerse pedazos o escindirse, puede ser de mucha importancia en todos los procesos esquizofrénicos.

Procesos de escisión en relación con el objeto

El impulso destructivo proyectado afuera es experimentado primero como agresión oral. Creo que los impulsos sádico-orales hacia el pecho de la madre son activos desde el comienzo de la vida, si bien con la iniciación de la dentición los impulsos canibalistas aumentan en intensidad, hecho que fue señalado por Abraham.

En estados de frustración y ansiedad los deseos sádico-orales y canibalistas se refuerzan y el niño siente que ha incorporado el pezón y el pecho en pedazos. De esta manera, junto a la división entre un pecho bueno y uno malo en la fantasía del niño, el pecho frustrador —atacado en fantasías sádico-orales— es sentido como hecho pedazos, mientras que el pecho gratificador, incorporado bajo el dominio de la libido de succión, es sentido como completo. Este primer objeto interno bueno actúa como un punto central del yo. Contrarresta los procesos de escisión y dispersión, contribuye a la cohesión e integración y constituye un factor en la construcción del yo[296]. Pero la sensación del niño de tener adentro un pecho bueno y completo puede ser sacudida por la frustración y ansiedad. Como resultado, la división entre el pecho bueno y el malo puede ser difícil de mantener y el niño puede sentir que también el pecho bueno está hecho pedazos.

Creo que el yo es incapaz de escindir al objeto —interno y externo— sin que se lleve a cabo una escisión correspondiente dentro del yo mismo. Por tanto, las fantasías y sentimientos con respecto al estado del objeto interno influyen vitalmente en la estructura del yo. Cuanto más sadismo prevalece en el proceso de incorporación del objeto y cuanto más se siente que el objeto está hecho pedazos, tanto más está el yo en peligro de escindirse en relación con los fragmentos del objeto internalizado.

Por supuesto que los procesos que he descrito están ligados a la vida de fantasía del niño, y que las ansiedades que estimulan el mecanismo de escisión son también de naturaleza fantástica. Es en la fantasía que el niño escinde al objeto y al yo, pero el efecto de esta fantasía es muy real, porque conduce a sentimientos y relaciones (y luego a procesos de pensamiento) que están de hecho desconectados entre sí[297].

La escisión en relación con la introyección y la proyección

Me he referido hasta ahora particularmente al mecanismo de escisión como a uno de los mecanismos y defensas más tempranos del yo contra la ansiedad. La introyección y la proyección son también usadas desde el principio de la vida al servicio de este propósito primario del yo. La proyección, como la describió Freud, se origina por la desviación hacia el exterior del instinto de muerte y, desde mi punto de vista, ayuda al yo a superar la ansiedad librándolo de lo peligroso y de lo malo. La introyección del objeto bueno es también utilizada por el yo como una defensa contra la ansiedad.

Íntimamente relacionados con la proyección y la introyección se encuentran algunos mecanismos. Me interesa aquí particularmente la relación entre escisión, idealización y negación. Con respecto a la escisión del objeto, debemos recordar que en estados de gratificación los sentimientos de amor se dirigen hacia el pecho gratificador, mientras que en estados de frustración el odio y la ansiedad persecutoria se ligan al pecho frustrador.

La idealización está ligada a la escisión del objeto, ya que se exageran los aspectos buenos del pecho como salvaguardia contra el temor al pecho persecutorio. La idealización es, así, el corolario del temor persecutorio, pero surge también del poder de los deseos instintivos, que aspiran a una gratificación ilimitada y crean, por tanto, el cuadro de un pecho inagotable y siempre generoso, un pecho ideal.

Un buen ejemplo de semejante clivaje lo constituye la gratificación alucinatoria infantil. Los principales procesos que entran en juego en la idealización actúan también en la gratificación alucinatoria, principalmente la escisión del objeto y la negación tanto de la frustración como de la persecución. El objeto frustrador y persecutorio es mantenido muy separado del objeto idealizado. No obstante, el objeto malo no solo es mantenido separado del bueno sino que su misma existencia es negada, como también la entera situación de frustración y los malos sentimientos (dolor) a que da lugar la misma. Esto está ligado a la negación de la realidad psíquica. La negación de la realidad psíquica solo se hace posible a través de fuertes sentimientos de omnipotencia, característica esencial de la mente infantil. La negación omnipotente de la existencia del objeto malo y de la situación dolorosa

equivale, en el inconsciente, a la aniquilación por medio del impulso destructivo. Sin embargo, no es solo una situación y un objeto lo que se niega y aniquila; es una relación de objeto la que sufre este destino, y por tanto, también es negada y aniquilada una parte del yo, de quien emanan los sentimientos hacia el objeto.

De esta manera, en la gratificación alucinatoria tienen lugar dos procesos interrelacionados: la conjuración omnipotente del objeto y situaciones ideales, y la igualmente omnipotente aniquilación del objeto malo persecutorio y de la situación dolorosa. Estos procesos están basados en la escisión tanto del objeto como del yo.

Mencionaré, al pasar, que en esta fase temprana la escisión, la negación y la omnipotencia desempeñan un papel similar al que cumple la represión en una época posterior del desarrollo del yo. Al considerar la importancia de los procesos de negación y omnipotencia en un estadío caracterizado por temores persecutorios y mecanismos esquizoides, podemos recordar las ideas delirantes de grandeza y de persecución en la esquizofrenia.

Hasta ahora, al referirme al temor persecutorio me referí solo al elemento oral. Sin embargo, aunque la libido oral mantiene la primacía, impulsos y fantasías libidinales y agresivos de otras fuentes entran en acción y provocan una confluencia de deseos orales, uretrales y anales, tanto libidinales como agresivos. Los ataques contra el pecho de la madre evolucionan también hacia ataques de naturaleza similar contra su cuerpo, el que pasa a ser sentido, por así decirlo, como una continuación del pecho, aun antes de que la madre pueda ser concebida como persona total. Los fantaseados ataques a la madre siguen dos líneas principales: una es el impulso predominantemente oral de chupar hasta la última gota, arrancar con los dientes, vaciar y robar del cuerpo de la madre los contenidos buenos. (Expondré la relación de estos impulsos con el desarrollo de las relaciones de objeto en referencia a la introyección). La otra línea de ataque deriva de los impulsos anales y uretrales e implica el expulsar sustancias peligrosas (excrementos) fuera del yo y dentro de la madre. Junto con estos excrementos dañinos, expelidos con odio, también son proyectados en la madre, o, como prefería decirlo, dentro de la madre[298] partes escindidas del yo. Estos excrementos y partes malas del yo no solo sirven para dañar al objeto sino también para controlarlo y tomar posesión de él. En la medida en que la madre pasa a contener las partes malas del yo, no se la siente como un ser separado, sino como el yo malo. Mucho del odio contra partes del yo se dirige ahora contra la madre. Esto lleva a una forma especial de identificación que establece el prototipo de una agresiva relación

de objeto. Sugerí para estos procesos el término «identificación proyectiva». Cuando la proyección deriva del impulso a dañar o controlar a la madre[299], el niño siente a esta como un perseguidor. En perturbaciones psicóticas, esta identificación de un objeto con las partes odiadas del yo contribuye a la intensidad del odio dirigido contra los demás. En lo que atañe al yo, la excesiva escisión de partes de sí mismo y la expulsión de estas al mundo exterior lo debilitan considerablemente. Pues el componente agresivo de los sentimientos y de la personalidad está íntimamente ligado en la mente con poder, potencia, fuerza, conocimiento y muchas otras cualidades deseables.

Empero, no son solo las partes malas del yo las que se expulsan y proyectan, sino también partes buenas del yo. Los excrementos tienen entonces significado de regalos, y las partes del yo que junto con los excrementos se expulsan y proyectan en el Otro representan las partes buenas, es decir, amorosas, del yo. La identificación basada en este tipo de proyección influye de nuevo vitalmente en las relaciones de objeto. La proyección de sentimientos buenos y de partes buenas del yo dentro de la madre es esencial para la capacidad del niño de desarrollar buenas relaciones de objeto y de integrar su yo. Pero, si este proceso de proyección es excesivo, se sienten perdidas partes buenas de la personalidad y de este modo la madre se transforma en el ideal del yo; este proceso también debilita y empobrece al yo. Muy pronto estos procesos se extienden a otras personas[300], y el resultado puede ser una extrema dependencia de estos representantes externos de la propias partes buenas. Otra consecuencia es el temor de haber perdido la capacidad de amar, porque se siente que el objeto amado es amado predominantemente como representante del yo. En consecuencia, los procesos de escindir partes del yo y proyectarlas en objetos son de vital importancia tanto para el desarrollo normal como para las relaciones objetales anormales.

El efecto de la introyección en las relaciones de objeto es igualmente importante. La introyección del objeto bueno, ante todo el pecho de la madre, es una precondición para el desarrollo normal. Ya he descrito cómo el pecho interno bueno pasa a constituir un punto central en el yo y contribuye a su cohesión. Un rasgo característico de la relación temprana con el objeto bueno, interno y externo, es la tendencia a idealizarlo. En estados de frustración o de ansiedad incrementada, el niño se ve obligado a huir hacia su objeto interno idealizado como medio de escapar de los perseguidores. Este mecanismo puede dar origen a varias perturbaciones graves: cuando el temor persecutorio es muy intenso, la fuga hacia el objeto idealizado se hace excesiva, y esto entorpece severamente el desarrollo del yo y perturba las relaciones de objeto.

Como resultado puede sentirse el yo como enteramente subordinado y dependiente del objeto interno —como si fuera solo la cáscara que lo recubre—. Junto a un objeto idealizado no asimilado se encuentra el sentimiento de que el yo no tiene ni vida ni valor propios[301]. Yo sugeriría que el estado de fuga hacia un objeto idealizado no asimilado requiere aún más procesos de escisión dentro del yo. Ya que algunas partes del yo intentan unirse con el objeto ideal, mientras otras luchan por hacer frente a los perseguidores internos. Las diversas formas de escindir al yo y a los objetos internos traen como consecuencia el sentimiento de que el yo está hecho pedazos. Este sentimiento puede llegar hasta el estado de desintegración. En el desarrollo normal, los estados de desintegración que experimenta el bebé son transitorios. Entre otros factores, la gratificación por parte del objeto externo bueno[302] lo ayuda reiteradamente a superar estos estados esquizoides. La capacidad del bebé de superar estados esquizoides temporarios está de acuerdo con la fuerte elasticidad y resistencia de la mente infantil. Si estados de escisión y, por tanto, de desintegración que el yo no puede superar se producen con excesiva frecuencia y duran demasiado, deben ser considerados, desde mi punto de vista, como señales de enfermedad esquizofrénica en el niño, pudiéndose comprobar algunos indicios de dicha enfermedad ya en los primeros meses de vida. En enfermos adultos, los estados de despersonalización y de escisión esquizofrénica parecen una regresión a esos estados infantiles de desintegración[303]. En mi experiencia, excesivos temores persecutorios y mecanismos esquizoides en la temprana infancia pueden tener un efecto pernicioso en el desarrollo intelectual en sus estadios iniciales. Ciertas formas de deficiencia mental debieran, pues, ser consideradas como pertenecientes al grupo de las esquizofrenias. Concordantemente, al considerar la posibilidad de deficiencia mental en niños de cualquier edad, debiera tenerse en cuenta una posible enfermedad esquizofrénica en la temprana infancia.

He descrito hasta aquí algunos efectos de la excesiva introyección y proyección sobre las relaciones de objeto. No intento investigar aquí en detalle los diversos factores que en algunos casos contribuyen a un predominio de procesos de introyección y en otros, de proyección. En lo que se refiere a la personalidad normal, puede decirse que el curso del desarrollo del yo y de las relaciones de objeto depende del grado en que puede lograrse un óptimo equilibrio entre la introyección y la proyección en los estadios tempranos del desarrollo. Esto, a su vez, influye en la integración del yo y en la asimilación de objetos internos. Aun en el caso de que el equilibrio esté

perturbado y uno u otro de estos procesos sea excesivo, existe cierta interacción entre la introyección y la proyección. Por ejemplo, la proyección de un mundo interior predominantemente hostil dominado por temores persecutorios, lleva a introyectar —a volver a tomar— un mundo externo hostil, y viceversa, la introyección de un mundo externo distorsionado y hostil refuerza la proyección de un mundo interno hostil.

Como hemos visto, otro aspecto de los procesos de proyección implica la irrupción dentro del objeto y su control por partes del yo. Como consecuencia, la introyección puede entonces ser sentida como una entrada violenta desde el exterior al interior, en retribución de la violenta proyección. Esto puede conducir al temor de que no solo el cuerpo, sino también la mente, sean controlados por otras personas en forma hostil. Como resultado puede producirse una aguda perturbación en la introyección de objetos buenos, perturbación que impedirá tanto las funciones del yo como el desarrollo sexual, y que puede conducir a un excesivo retraimiento en el mundo interno. Sin embargo, este retraimiento no es solo causado por el temor de introyectar un mundo externo peligroso, sino también por el temor a los perseguidores internos, y una consiguiente fuga hacia el objeto interno idealizado.

Me he referido al debilitamiento y empobrecimiento del yo resultante de la excesiva escisión e identificación proyectiva. Pero este yo debilitado se vuelve también incapaz de asimilar sus objetos internos, lo que conduce al sentimiento de que es dominado por ellos. Nuevamente, dicho yo debilitado se siente incapaz de retomar dentro de sí mismo las partes que ha proyectado en el mundo exterior. Estas diversas perturbaciones en el interjuego entre proyección e introyección, que implican excesiva escisión del yo, tienen un efecto perjudicial en la relación con el mundo interno y externo, y parecen encontrarse en la raíz de algunas formas de esquizofrenia.

La identificación proyectiva es la base de muchas situaciones de ansiedad, de las cuales mencionaré algunas. La fantasía de forzar la entrada en el objeto origina ansiedades relacionadas con los peligros que amenazan al sujeto desde el interior del objeto. Por ejemplo, los impulsos de controlar un objeto desde dentro despiertan el miedo de ser controlado y perseguido dentro de él. Al introyectar y reintroyectar el objeto en que se entró por la fuerza, se refuerzan los sentimientos del sujeto de persecución interna; más aún dado que el objeto reintroyectado es sentido como conteniendo los aspectos peligrosos del yo. La acumulación de ansiedades de esta naturaleza, en las que el yo se ve atrapado entre una variedad de situaciones de persecución interna y externa, es un elemento básico en la paranoia[304]. He descrito previamente[305] las fantasías

de ataque y de penetración sádica del cuerpo de la madre que tiene el bebé como fuente de diversas situaciones de ansiedad (particularmente, el temor de quedar prisionero dentro de ella y de ser perseguido) que están en la base de la paranoia. También he mostrado que el temor de quedar prisionero (y especialmente de que el pene sea atacado) dentro de la madre, es un factor importante en posteriores perturbaciones de la potencia masculina (impotencia) y también subyace a la claustrofobia[306].

Relaciones objetales esquizoides

Para resumir algunas de las perturbadas relaciones de objeto que se encuentran en personalidades esquizoides: la violenta escisión del yo y la excesiva proyección tienen el efecto de que la persona hacia la cual se dirige este proceso sea sentida como un perseguidor. Dado que la parte destructiva y odiada del yo que se ha escindido y proyectado es sentida como un peligro para el objeto amado, y por lo tanto origina la culpa, este proceso de proyección implica, en cierta forma, una desviación de la culpa desde el yo hacia el otro. Pero no se ha hecho desaparecer la culpa, y la culpa desviada es sentida como una responsabilidad inconsciente por las personas que han pasado a ser representantes de la parte agresiva del yo

Otro rasgo típico de las relaciones objetales esquizoides es su naturaleza narcisista, que deriva de los procesos infantiles de introyección y proyección. Porque, como ya lo he sugerido, cuando el ideal del yo se proyecta en otra persona, esta persona pasa a ser predominantemente amada y admirada porque contiene las partes buenas del yo. De la misma manera, la relación con otra persona basada en la proyección en ella de partes malas del yo, es de naturaleza narcisista, porque también en este caso el objeto representa fuertemente una parte del yo. Ambos tipos de relación narcisista con un objeto exhiben a menudo fuertes rasgos obsesivos. El impulso a controlar a otras personas es, como sabemos, un elemento esencial de la neurosis obsesiva. La necesidad de controlar a otros puede ser explicada, hasta cierto punto, como un impulso desviado de controlar partes del yo. Cuando estas partes han sido excesivamente proyectadas sobre otra persona, solo pueden ser controladas controlando a la otra persona. De esta manera, una de las raíces de los mecanismos obsesivos podría encontrarse en la particular identificación que resulta de los procesos de proyección infantiles. Esta relación puede también esclarecer en parte el elemento obsesivo que interviene tan a menudo en la tendencia a la reparación. Porque no solo se siente culpa por los objetos sino también por partes del yo que el sujeto se siente impulsado a reparar o reconstruir.

Todos estos factores pueden conducir a un ligamen compulsivo a ciertos objetos o, lo que sería otro resultado, a una huida de las personas, con el intento de prevenir tanto una intrusión destructiva dentro de ellas, como el peligro de una retaliación. El temor a dichos peligros puede manifestarse en

varias actitudes negativas en las relaciones de objeto. Por ejemplo, uno de mis pacientes me dijo que no le gustaban las personas sobre las que él ejercía mucha influencia porque parecían volverse muy parecidas a él y por eso «se cansaba» de ellas.

Otra característica de las relaciones de objeto esquizoides es una pronunciada artificialidad y falta de espontaneidad. Paralelamente a esto se encuentra una seria perturbación en el sentimiento del yo o, como me siento inclinada a decir, en la relación con el yo. Esta relación parece ser también artificial. En otras palabras, la realidad psíquica y la relación con la realidad externa están igualmente perturbadas

La proyección dentro de otra persona de partes escindidas del yo influye especialmente en las relaciones de objeto, en la vida emocional y en la personalidad total. Para ilustrar este punto seleccionaré como ejemplo dos fenómenos universales ligados entre sí: el sentimiento de soledad y el temor a separarse. Sabemos que una de las fuentes de los sentimientos depresivos que acompañan al separarse de otros puede encontrarse en el temor a la destrucción del objeto por los impulsos agresivos dirigidos hacia él. Pero, más específicamente, son los procesos de escisión y proyección los que subyacen a este temor. Si predominan los elementos agresivos en la relación con el objeto y la frustración de la partida los despierta intensamente, el individuo siente que los componentes escindidos de su yo, proyectados en el objeto, controlan a este en forma agresiva y destructiva. Al mismo tiempo se siente al objeto interno en el mismo peligro de destrucción que el objeto externo, en el que se siente que se ha dejado una parte del yo. El resultado es un excesivo debilitamiento del yo, el sentimiento de que no hay nada que lo sostenga, y un correspondiente sentimiento de soledad. Sí bien esta descripción se aplica a los neuróticos, creo que hasta cierto punto constituye un fenómeno general.

No considero necesario subrayar que algunos otros rasgos de las relaciones objetales esquizoides, que he descrito anteriormente, pueden también encontrarse, en menor grado y en forma menos marcada, en sujetos normales, por ejemplo timidez, falta de espontaneidad o, por el contrario, un interés particularmente intenso por los demás.

En forma similar, las perturbaciones normales en los procesos de pensamiento pueden relacionarse con la posición esquizo-paranoide evolutiva. Porque todos nosotros estamos sujetos a veces a un momentáneo bloqueo del pensamiento lógico, llegando al extremo de que se desconecten pensamientos y asociaciones y que se escindan situaciones unas de otras: en realidad, el yo está temporariamente escindido.

La posición depresiva en relación con la posición esquizo-paranoide

Deseo considerar ahora las etapas siguientes en el desarrollo del niño. Hasta aquí he descrito las ansiedades, mecanismos y defensas característicos de los primeros meses de vida. Con la introyección del objeto total durante el segundo cuarto del primer año, se realizan marcados progresos en la integración. Esto implica importantes cambios en la relación con los objetos. Los aspectos amados y odiados de la madre ya no son percibidos como tan separados, y en consecuencia se produce un mayor miedo a la pérdida, un fuerte sentimiento de culpa y estados análogos al duelo, porque se siente que los impulsos agresivos se dirigen contra el objeto amado. La posición depresiva entra en escena. La misma experiencia de sentimientos depresivos tiene, a su vez, el efecto de integrar más al yo, porque contribuye a una mayor comprensión de la realidad psíquica y a una mayor percepción del mundo externo, como también a una mayor síntesis entre las situaciones internas y externas.

El impulso a la reparación, que aparece en esta etapa, puede ser considerado como la consecuencia de un mayor insight de la realidad psíquica y de una creciente síntesis, ya que muestra una respuesta más realista a los sentimientos de aflicción, culpa y temor a la pérdida, resultantes de la agresión contra el objeto amado. Dado que el impulso a reparar o proteger al objeto dañado prepara el camino para relaciones de objeto y sublimaciones más satisfactorias, aumenta a su vez la síntesis y contribuye a la integración del yo.

Durante la segunda mitad del primer año de vida, el niño realiza progresos fundamentales hacia la elaboración de la posición depresiva, pero los mecanismos esquizoides son aún poderosos, aunque en forma modificada y en grado menor, y las tempranas situaciones de ansiedad se experimentan reiteradamente en el proceso de modificación. La elaboración de las posiciones persecutoria y depresiva se extiende durante los primeros años de la niñez y desempeña un papel esencial en la neurosis infantil. En el curso de este proceso las ansiedades pierden intensidad, los objetos se vuelven menos idealizados y menos terroríficos, y el yo se unifica más. Todo esto está ligado a la creciente percepción de la realidad y adaptación a ella.

Pero sí durante la posición esquizo-paranoide el desarrollo no ha transcurrido normalmente y el niño no puede por razones internas o externas, manejar el impacto de las ansiedades depresivas, surge un círculo vicioso. Porque si el temor persecutorio, y, por ende, los mecanismos esquizoides son demasiado intensos, el yo no puede elaborar la posición depresiva. Esto obliga al yo a regresar a la posición esquizo-paranoide y refuerza los anteriores temores persecutorios y fenómenos esquizoides. De esta manera se establece la base para varias formas de esquizofrenia en la vida posterior; porque cuando ocurre dicha regresión, no solo se refuerzan los puntos de fijación de la posición esquizoide, sino que existe el peligro de que se establezcan mayores estados de desintegración. Otra consecuencia puede ser el reforzamiento de rasgos depresivos.

Por supuesto que las experiencias externas son de gran importancia en estos desarrollos. Por ejemplo, en el caso de un paciente que presentó rasgos depresivos y esquizoides, el análisis hizo surgir con gran intensidad las tempranas experiencias de la época de la lactancia, hasta el extremo de que en algunas sesiones analíticas sintió sensaciones físicas en la garganta o en los órganos digestivos. El paciente había sido súbitamente destetado a los cuatro meses porque su madre cayó enferma. Además, no la vio durante cuatro semanas. Cuando regresó encontró al niño muy cambiado. Anteriormente había sido vivaz, se interesaba por lo que lo rodeaba y parecía haber perdido este interés. Ahora parecía completamente apático. Aceptó la comida sustitutiva muy fácilmente y en realidad nunca rechazó la comida. Pero ya no la aprovechaba, perdió peso y tuvo perturbaciones digestivas. Solo al final del primer año, cuando se introdujeron otras comidas, hizo nuevamente buen progreso físico.

En el análisis se pudo ver la influencia que estas experiencias tuvieron en todo su desarrollo. Su aspecto y actitudes en la vida adulta se basaban en las pautas establecidas en ese estadío temprano. Por ejemplo, encontramos repetidamente la tendencia a ser influido por otros en toda forma —tendencia que lo llevaba a incorporar vorazmente todo lo que se le ofrecía—, junto con una gran desconfianza durante el proceso de introyección. Ansiedades provenientes de diversas fuentes perturbaban en forma constante el proceso de introyección y contribuían a un aumento de la voracidad.

Considerado todo el material de este caso llegué a la conclusión de que por la época en que tuvo lugar la repentina pérdida del pecho y de la madre, mi paciente tenía ya, hasta cierto punto, una relación con un objeto bueno total. No hay duda de que ya había entrado en la posición depresiva, pero no

pudo elaborarla exitosamente y la posición esquizo-paranoide se reforzó regresivamente. Esto se manifestó en la «apatía» que siguió al período de vivo interés por lo que lo rodeaba. El hecho de que había alcanzado la posición depresiva e introyectado un objeto total se manifestaba en muchas formas en su personalidad. Tenía realmente fuerte capacidad de amor y un gran anhelo de un objeto bueno y total. Un rasgo característico de su personalidad era el deseo de amar a las personas y de confiar en ellas, inconscientemente para reobtener y reconstruir el pecho bueno y total que una vez había poseído y perdido.

Relación entre los fenómenos esquizoides y maniaco-depresivos

Siempre se producen fluctuaciones entre la posición esquizoparanoide y la depresiva, que son parte del desarrollo normal. Por tanto, no puede establecerse una división neta entre los dos estadios del desarrollo; además, la modificación es un proceso gradual y los fenómenos de las dos posiciones permanecen, durante algún tiempo y hasta cierto punto, entremezclándose e interactuando. En el desarrollo anormal esta interacción influye, creo, en el cuadro clínico, tanto de algunas formas de esquizofrenia como de las perturbaciones maníaco-depresivas.

Para ilustrar esta relación me referiré brevemente a cierto material de casos. No tengo intención de presentar un historial y por lo tanto solo selecciono algunos fragmentos de material para ilustrar mi punto de vista. La paciente era una maníaco-depresiva pronunciada (diagnosticada como tal por varios psiquiatras), con todas las características de esta enfermedad: alternancia entre estados depresivos y maníacos, fuertes tendencias suicidas que la llevaban repetidamente a intentos suicidas y varios otros rasgos maníacos y depresivos típicos. En el curso de su análisis llegó a una etapa en la que se logró una notable mejoría; el ciclo se hizo menos marcado y se produjeron cambios fundamentales en su personalidad y en sus relaciones de objeto. Su productividad se desarrolló en diversos sentidos, y también verdaderos sentimientos de felicidad (no de tipo maníaco). Entonces, debido en parte a circunstancias externas, se estableció otra fase. Durante esta, que duró varios meses, la paciente cooperó en el análisis en forma especial. Venía regularmente a la sesión analítica, asociaba muy libremente, proporcionaba sueños y material para al análisis. No obstante, no había respuesta emocional a mis interpretaciones y si un gran desprecio por ellas. Muy raramente se producía una confirmación consciente de lo que yo le sugería. Sin embargo, el material con el que respondía a las interpretaciones reflejaba sus efectos inconscientes. La fuerte resistencia exhibida en esta época parecía provenir de una sola parte de su personalidad, mientras, al mismo tiempo, otra parte respondía al trabajo analítico. No era solo que partes de su personalidad no cooperaban conmigo; parecían no cooperar entre sí, y el análisis fue incapaz de ayudar a la enferma en esa época a lograr una síntesis. Durante esta etapa

decidió finalizar el análisis. Las circunstancias externas contribuyeron en mucho a esta decisión y fijó una fecha para su término.

En ese día fijado comunicó el siguiente sueño: un hombre ciego estaba muy preocupado por el hecho de serlo, pero parecía reconfortarse tocando el vestido de la paciente y averiguando cómo se lo abrochaba. El vestido del sueño le recordaba uno de sus vestidos, abotonado hasta el cuello. Asoció además otras dos cosas. Dijo, con cierta resistencia, que el ciego era ella misma, y al referirse al vestido abotonado hasta el cuello señaló que nuevamente había entrado en su «escondite». Le sugerí que en su sueño expresaba inconscientemente que estaba ciega para con sus propias dificultades y que su decisión en relación con el análisis, como también con respecto a varias circunstancias de su vida, no estaba de acuerdo con su conocimiento inconsciente. Esto también lo mostraba al admitir que se había metido en su «escondite», significando con ello que se estaba cerrando, actitud que le era bien conocida por etapas anteriores de su análisis. De esta manera, el insight inconsciente e incluso cierta cooperación en el nivel consciente (reconocimiento de que ella era el ciego y de que se había metido en su «escondite») provenían solo de partes aisladas de su personalidad. En realidad, la interpretación de este sueño no produjo ningún efecto y no alteró la decisión de la enferma de concluir el análisis en esa sesión[307]. En la época que precedió a la interrupción del análisis se esclarecieron ciertas dificultades que aparecieron en el curso del mismo, y también en otros análisis. La mezcla de rasgos esquizoides y maníaco-depresivos era la que determinaba la naturaleza de su enfermedad. Ya que en ocasiones a lo largo de su análisis —aun en la primera etapa, en la que los estados depresivos y maníacos estaban en su cúspide— algunas veces aparecían simultáneamente mecanismos depresivos y esquizoides. Por ejemplo, había sesiones en las que la paciente estaba evidentemente muy deprimida, llena de autorreproches y sentimientos de desvalorización; las lágrimas corrían por sus mejillas y sus gestos expresaban desesperación, y sin embargo, cuando le interpretaba estas emociones, decía que no las sentía. Entonces se reprochaba por no tener sentimientos, por ser completamente vacía. En esas sesiones había también fuga de ideas: los pensamientos parecían estar quebrados y su expresión era inconexa.

Siguiendo la interpretación de las razones inconscientes subyacentes a dichos estados, algunas veces había sesiones en las que las emociones y las ansiedades depresivas surgían completamente, y en estas oportunidades los pensamientos y el lenguaje eran mucho más coherentes.

Esta estrecha relación entre los fenómenos depresivos y esquizoides se manifestó, aunque en diversas formas, a través de todo su análisis, pero se hizo muy pronunciada durante el periodo que precedió a la interrupción.

Ya me he referido a la conexión evolutiva entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Se plantea ahora el problema de si esta conexión evolutiva es la base de la mezcla de estos rasgos en las perturbaciones maníaco-depresivas y, como deseo sugerir, también en las perturbaciones esquizofrénicas. Si esta hipótesis provisional fuera comprobada, llegaríamos a la conclusión de que los grupos de perturbaciones esquizofrénicas y maníaco-depresivas están más relacionados evolutivamente de lo que se ha supuesto. Esto explicaría también los casos en los que el diagnóstico diferencial entre melancolía y esquizofrenia es muy difícil de realizar. Estaría enormemente agradecida si mi hipótesis pudiera ser posteriormente aclarada por colegas que han tenido amplio material de observación psiquiátrica.

Algunas defensas esquizoides

Se acepta generalmente que los enfermos esquizoides son más difíciles de analizar que los de tipo maníaco-depresivo. Su actitud retraída y no emocional, los elementos narcisistas de sus relaciones de objeto (a los que ya me he referido), una especie de distante hostilidad que penetra en toda la relación con el analista, crean un tipo de resistencia muy difícil. Creo que en gran parte los procesos de escisión son los que explican el fracaso del paciente para establecer contacto con el analista y la falta de respuesta a sus interpretaciones. El paciente mismo se siente extraño y lejano, sentimiento que corresponde a la impresión del analista de que partes considerables de la personalidad del paciente y de sus emociones no están disponibles. Los pacientes con rasgos esquizoides suelen decir: «Oigo lo que usted dice. Puede tener razón, pero para mí no tiene significado…». Otras veces dicen que sienten que no están ahí. La expresión «no tiene significado» no implica en estos casos un rechazo activo de la interpretación, sino que sugiere que partes de la personalidad y de las emociones están escindidas. Por tanto, estos pacientes no pueden hacer nada con las interpretaciones; no pueden ni aceptarlas ni rechazarlas.

Ilustraré el proceso subyacente a dichos estados por medio de un fragmento de material tomado del análisis de un paciente. En la sesión a la que me refiero el paciente comenzó manifestando que tenía ansiedad sin saber por qué. Hizo entonces comparaciones con personas de más éxito y más afortunadas que él. Estas observaciones se relacionaban también conmigo. Surgieron intensos sentimientos de frustración, envidia y aflicción. Cuando le interpreté (doy aquí solo lo esencial de mis interpretaciones) que estos sentimientos estaban dirigidos contra el analista y que quería destruirme, su estado de ánimo cambió súbitamente. El tono de su voz se hizo uniforme, habló en forma lenta e inexpresiva y dijo que se sentía alejado de toda la situación. Agregó que mi interpretación parecía correcta, pero que no importaba. En realidad ya no deseaba nada y nada valía la pena como para preocuparse por ello.

Mis interpretaciones siguientes giraron alrededor de las causas de este cambio de humor. Le sugerí que en el momento de mi interpretación el peligro de destruirme se le había hecho muy real y que la consecuencia inmediata era el temor de perderme. En vez de sentir depresión y culpa, las

que en ciertas épocas de su análisis seguían a tales interpretaciones, trató ahora de manejar estos peligros por medio de un método especial de escisión. Como sabemos, bajo la presión de la ambivalencia, el conflicto y la culpa, el enfermo escinde a menudo la figura del analista: entonces este puede ser, a veces, amado y a veces odiado. O puede escindirse la relación con él en forma tal que sigue siendo la figura buena (o mala) mientras alguna otra persona se convierte en la figura opuesta. Pero este no fue el tipo de escisión que tuvo lugar en nuestro caso particular. El paciente escindió aquellas partes de sí mismo, es decir, de su yo, que sentía peligrosas y hostiles hacia el analista. Dirigió sus impulsos destructivos desde su objeto hacia su yo, con el resultado de que partes de su yo dejaron temporariamente de existir. En su fantasía inconsciente esto llegó hasta la aniquilación de parte de su personalidad. El mecanismo particular de volver el impulso destructivo contra una parte de su personalidad y la subsecuente dispersión de emociones, mantuvo su ansiedad en estado latente.

Mi interpretación de estos procesos tuvo el efecto de alterar nuevamente el estado de ánimo del paciente. Se volvió emotivo, dijo que tenía ganas de llorar, que estaba deprimido, pero que se sentía más integrado; luego expresó también una sensación de hambre[308]. La violenta escisión y destrucción de una parte de la personalidad bajo la presión de la ansiedad y culpa constituye, de acuerdo con mi experiencia, un importante mecanismo esquizoide. Quisiera referir brevemente otro ejemplo: una enferma soñó que debía habérselas con una niña muy mala que estaba decidida a matar a alguien. La paciente trataba de influir o controlar a la niña y la exhortaba a una confesión que sería beneficiosa para la niña; pero no tenía éxito. Yo también intervenía en el sueño y la paciente sentía que podía ayudarla a entenderse con la niña. Entonces la paciente la colgaba de un árbol con el fin de atemorizarla y evitar también que hiciera daño. Cuando estaba por tirar de la soga y matar a la niña, despertó. Durante esta parte del sueño yo también estaba presente, pero permanecía nuevamente inactiva.

Daré aquí solo la esencia de las conclusiones a las que llegué por el análisis de este sueño. La personalidad de la enferma estaba escindida en el sueño en dos partes: por un lado, en la niña perversa e incontrolable, y por el otro, en la persona que trataba de influir sobre ella y de controlarla. Por supuesto, la niña representaba también a varias figuras del pasado, pero en este contexto representaba principalmente a una parte del yo de la paciente misma. Otra conclusión fue que la persona a quien iba a matar la niña, era la analista, y mi papel en el sueño era, en parte, evitar que se cometiera este

asesinato. Matar a la niña —a quien la enferma tenía que recurrir— representaba la aniquilación de una parte de su personalidad.

Se plantea el problema de cómo se relaciona el mecanismo esquizoide de aniquilación de partes del yo con la represión, que, como sabemos, se dirige contra los impulsos peligrosos. Pero este es un problema que no puedo tratar aquí.

Por supuesto que los cambios de humor no aparecen siempre tan dramáticamente en una sesión como en el primer ejemplo que he dado. Pero he comprobado repetidamente que por medio de interpretaciones de las causas específicas de la escisión se logran progresos en la síntesis. Dichas interpretaciones deben tratar en detalle con la situación de transferencia de ese momento, incluyendo por supuesto la conexión con el pasado, y deben contener una referencia a los detalles de las situaciones de ansiedad que llevan al yo a regresar a mecanismos esquizoides. La síntesis que resulta de las interpretaciones de este tipo se acompaña de depresión y ansiedades diversas. En forma gradual, dichas olas de depresión, seguidas de mayor integración, conducen a una reducción de los fenómenos esquizoides y también a cambios fundamentales en las relaciones de objeto.

Ansiedad latente en pacientes esquizoides

Me he referido ya a la carencia de emoción que hace a los pacientes esquizoides tan faltos de respuesta. Esto corre parejo con una ausencia de ansiedad. Por tanto, falta un importante sostén para el trabajo analítico. Porque en otros pacientes con intensa ansiedad manifiesta y latente, el alivio de la ansiedad extraído de la interpretación analítica se transforma en una experiencia que estimula su capacidad para cooperar en el análisis.

Esta falta de ansiedad en los pacientes esquizoides es solo aparente. Porque los mecanismos esquizoides implican una dispersión de emociones, incluyendo la ansiedad, pero estos elementos dispersos siguen existiendo en el paciente. Estos pacientes tienen cierta forma de ansiedad latente, la que es mantenida latente por el temor particular de dispersión. El sentimiento de estar desintegrado, de ser incapaz de experimentar emociones, de perder los propios objetos, es en realidad el equivalente de la ansiedad. Esto se torna más evidente cuando se han hecho progresos en la síntesis. El gran alivio que entonces experimenta el paciente deriva de sentir que su mundo interno y externo no solo se han aproximado más, sino también que han vuelto a la vida. En esos momentos se hace evidente, retrospectivamente, que cuando faltaban las emociones, las relaciones eran vagas e inciertas y se sentían perdidas partes de la personalidad, todo parecía muerto. Todo esto es el equivalente de una ansiedad de naturaleza muy seria. Esta ansiedad, mantenida latente por la dispersión, es hasta cierto punto experimentada todo el tiempo, pero su forma difiere de la angustia latente que podemos reconocer en otros tipos de casos.

Las interpretaciones que tienden a la síntesis de la escisión del yo, incluyendo la dispersión de las emociones, hacen posible que la ansiedad se experimente gradualmente como tal, aunque durante largos períodos solo podamos conectar los contenidos ideacionales de la ansiedad, pero no provocar las emociones de ansiedad.

He encontrado también que las interpretaciones de estados esquizoides exigen mucho de nuestra capacidad para formularlas en forma intelectualmente clara, en la que se vean los vínculos entre el consciente, el preconsciente y el inconsciente. Por supuesto que este es siempre uno de nuestros propósitos, pero es de especial importancia en los momentos en que

las emociones del enfermo no están disponibles y solo parecemos dirigirnos a su intelecto, a pesar de lo fragmentado que pueda estar.

Es posible que las pocas sugestiones que he dado puedan aplicarse, hasta cierto punto, a la técnica de análisis de pacientes esquizofrénicos.

Resumen de las conclusiones

Me propongo resumir algunas de las conclusiones presentadas en este trabajo. Uno de mis argumentos principales fue la sugestión de que en los primeros meses de vida la ansiedad se experimenta predominantemente como miedo a la persecución y que esto contribuye a ciertos mecanismos y defensas que caracterizan a la posición esquizo-paranoide. Entre estas defensas, la que más se destaca es el mecanismo de escindir los objetos internos y externos, las emociones y el yo. Estos mecanismos y defensas son parte del desarrollo normal y al mismo tiempo forman la base de la futura enfermedad esquizofrénica. He descrito los procesos subyacentes a la identificación por proyección como una combinación de escindir partes del yo y proyectarlas en otra persona, y algunos efectos de esta identificación sobre las relaciones de objeto normales y esquizoides. La irrupción de la posición depresiva es la coyuntura por la que los mecanismos esquizoides pueden ser reforzados por regresión. He sugerido también una estrecha relación entre las perturbaciones maníaco-depresivas y esquizoides, basada en la interacción entre las posiciones infantiles esquizo-paranoide y depresiva.

Apéndice

El análisis que hizo Freud del caso Schreber[309] contiene mucho material relacionado con mi tema, pero del cual solo extraeré aquí algunas conclusiones. Schreber describió vívidamente la escisión del alma de su médico Flechsig (su figura amada y persecutoria). El «alma Flechsig» introdujo el sistema de «divisiones de almas», escindiéndose hasta en cuarenta a sesenta subdivisiones. Multiplicadas estas almas hasta convertirse en una «incomodidad», Dios las diezma y como resultado el alma Flechsig sobrevive en «solo una o dos formas». Otro punto que menciona Schreber es que las divisiones del alma Flechsig fueron perdiendo lentamente tanto su inteligencia como su poder.

Una de las conclusiones a las que llegó Freud en su análisis de este caso fue que el perseguidor estaba disociado en Dios y en Flechsig, representando ambos, además, al padre y al hermano. En la discusión de las diversas formas del delirio de destrucción del mundo de Schreber, Freud dice: «En todo caso, el fin del mundo era una consecuencia del conflicto surgido entre él (Schreber) y Flechsig, o según la etiología adoptada en la segunda fase del delirio, de su unión indisoluble con Dios…».

Sugeriría, de acuerdo con la hipótesis formulada en mi presente trabajo, que la división del alma Flechsig en muchas almas no era solo una escisión del objeto, sino también la proyección del sentimiento de Schreber de que su yo estaba escindido. Solo mencionaré aquí la relación de tales procesos de escisión con los procesos de introyección. Se nos impone la conclusión de que Dios y Flechsig representaban también partes del yo de Schreber. El conflicto entre Schreber y Flechsig, al que Freud atribuyó un papel vital en el delirio de destrucción del mundo, se expresó en el ataque de Dios a las almas de Flechsig. Desde mi punto de vista, este ataque representa el aniquilamiento por una parte del yo de las otras partes, lo que, sostengo, es un mecanismo esquizoide. Las ansiedades y fantasías sobre la destrucción interna y la desintegración del yo ligadas a este mecanismo se proyectan al mundo exterior y subyacen a los delirios de destrucción del mundo.

Con respecto a los procesos que se encuentran en el fondo de la «catástrofe mundial» paranoica, Freud llegó a las siguientes conclusiones: «El enfermo ha retirado de las personas que le rodean y del mundo exterior en general la catexia libidinal que hasta entonces había dirigido hacia ellos. Así

todo ha llegado a serle indiferente y sin sentido, teniendo que ser explicado, por una racionalización secundaria, como hecho por milagro. El fin del mundo es la proyección de esta catástrofe interior ya que su mundo subjetivo se ha hundido desde que él le ha retirado su amor». Esta explicación se refiere específicamente a la perturbación de la libido objetal y al consiguiente colapso en la relación con las personas y con el mundo exterior. Pero más adelante en su trabajo Freud considera otro aspecto de estas perturbaciones. Dice: «Pero no debemos perder de vista la posibilidad de que las perturbaciones de la libido reactúen e influyan sobre las catexias yoicas, ni tampoco la posibilidad inversa de que una perturbación secundaria o inducida de los procesos de la libido sea consecuencia de alteraciones anormales en el yo. Es incluso probable que procesos de este tipo constituyan la característica distintiva de las psicosis» (la cursiva es mía). Es especialmente la posibilidad expresada en las dos últimas frases la que provee el eslabón entre la explicación de Freud sobre la «catástrofe mundial» y mi hipótesis. «Los cambios anormales en el yo» provienen, según lo sugerí en este artículo, de excesivos procesos de escisión en el yo temprano. Estos procesos están inextricablemente ligados al desarrollo instintivo y a las ansiedades a que dan origen los deseos instintivos. A la luz de la posterior teoría de Freud sobre los instintos de vida y muerte, que reemplazó al concepto de los instintos del yo y sexuales, las perturbaciones en la distribución de la libido presuponen una defusión entre el impulso destructivo y la libido. El mecanismo de una parte del yo aniquilando a otras, que según sugerí subyace a la fantasía de «catástrofe mundial» (el ataque de Dios a las almas de Flechsig), implica un predominio del impulso destructivo sobre la libido. Cualquier perturbación en la distribución de la libido narcisista está a su vez ligada a la relación con los objetos introyectados, que (de acuerdo con mi trabajo) desde un comienzo pasan a formar parte del yo. La interacción entre libido narcisista y libido objetal corresponde así a la interacción entre la relación con los objetos introyectados y los externos. Si el niño siente como sí el yo y los objetos internalizados estuvieran hechos pedazos, experimenta una catástrofe interna que tanto se extiende al mundo exterior como es proyectada en él. Tales estados de ansiedad relacionados con una catástrofe interna surgen, de acuerdo con las hipótesis formuladas en este trabajo, durante el período de la posición esquizo-paranoide infantil y forman la base de la esquizofrenia posterior. Según Freud, la fijación predisponente a la demencia precoz se encuentra en una etapa muy temprana del desarrollo. Refiriéndose a la demencia precoz, que distinguió de la paranoia, Freud dice: «La fijación

predisponente ha de ser, por lo tanto, muy anterior a la de la paranoia, correspondiendo al comienzo de la evolución que va desde el autoerotismo al amor objetal» (loc. cit.).

Deseo extraer otra conclusión del análisis que hizo Freud del caso Schreber. Sugiero que el ataque que termina reduciendo las almas de Flechsig a una o dos, fue parte del intento de recuperación. Porque el ataque se llevó a cabo para deshacer, podríamos decir para curar, la escisión del yo, aniquilando las partes escindidas del mismo. Como resultado solo quedaron una o dos de las almas, las que, como podemos presumir, querían recuperar su inteligencia y poder. Pero este intento de recuperación fue efectuado por medios muy destructivos utilizados por el yo contra sí mismo y contra sus objetos introyectados.

El enfoque de Freud de los problemas de la esquizofrenia y de la paranoia ha sido de fundamental importancia. Su trabajo sobre Schreber —debemos recordar también aquí el trabajo de Abraham citado por Freud[310]— hizo factible la posibilidad de entender la psicosis y los procesos subyacentes a ella.

23. Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa (1948)

Mis conclusiones sobre la ansiedad y la culpa se han desarrollado gradualmente a lo largo de varios años; puede ser útil recapitular los pasos por los que llegué a ellas.

I

Sobre los orígenes de la ansiedad, Freud estableció la hipótesis de que la ansiedad surge de una transformación directa de la libido. En Inhibición, síntoma y angustia revisó sus diversas teorías sobre el origen de la ansiedad. En sus propias palabras: «Me propongo reunir, con toda imparcialidad, todos los datos que tenemos sobre la ansiedad y renunciar a la idea de hacer cualquier síntesis inmediata de ellos». Volvió a decir que la ansiedad surge de la transformación directa de la libido, pero ahora parecía atribuir menos importancia a este aspecto «económico» del origen de la ansiedad. Puntualizó esta concepción en las siguientes palabras: «Todo el asunto puede ser aclarado, según creo, si nos mantenemos en el enunciado preciso de que, como resultado de la represión, el curso que se propone seguir el proceso excitatorio en el ello no ocurre de ningún modo; el yo logra inhibirlo o desviarlo. Si esto es así, desaparece el problema de 'transformación del afecto' bajo la represión». Y: «El problema de cómo surge la ansiedad en conexión con la represión puede no ser un problema simple; pero podemos mantener legítimamente la opinión de que el yo es el asiento real de la ansiedad y desechar nuestra idea anterior de que la energía catéctica de un impulso reprimido se convierte automáticamente en ansiedad».

Con respecto a las manifestaciones de ansiedad en niños pequeños, Freud dijo que la ansiedad surge porque el niño «extraña a alguien a quien ama y anhela». En conexión con la ansiedad primordial de la niña, describió el temor infantil a la pérdida de amor en términos que en alguna medida parecen aplicarse a niños de ambos sexos: «Si la madre está ausente o ha retirado su amor del niño, ya no está seguro de que sus necesidades serán satisfechas y puede quedar expuesto a los más dolorosos sentimientos de tensión».

En las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, refiriéndose a la teoría de que la ansiedad surge de una transformación de la libido insatisfecha, Freud dijo que esta teoría «ha encontrado cierto apoyo en algunas fobias casi universales de los niños pequeños… Las fobias de los niños y la expectativa ansiosa de la neurosis de ansiedad sirven como dos ejemplos de una forma en que surge la ansiedad neurótica; esto es, a través de una transformación directa de la libido».

Dos conclusiones, a las que volveré más tarde, pueden ser extraídas de este pasaje y otros similares: a) en niños pequeños es la excitación libidinal

insatisfecha lo que se convierte en ansiedad; b) el contenido más temprano de la ansiedad es el peligro que siente el niño de que sus necesidades no sean satisfechas porque la madre está ausente.

II

En lo que respecta a la culpa, Freud sostenía que tiene su origen en el complejo de Edipo y surge como secuela de este. Sin embargo, hay párrafos en los que Freud se refirió claramente al conflicto y la culpa que surgen en un estadío mucho más temprano de la vida. Escribió: «… la culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia *, la eterna lucha entre Eros y el instinto destructivo o de muerte*» (la cursiva es mía). Y también: «… una intensificación del sentimiento de culpa, resultante del *conflicto innato de ambivalencia*, de la eterna lucha entre las tendencias de amor y de muerte…»[311] (la cursiva es mía).

Además, hablando de la opinión propuesta por algunos autores de que la frustración intensifica el sentimiento de culpa, Freud dijo: «¿Cómo debe entonces explicarse dinámica y económicamente que un incremento del sentimiento de culpa aparezca en lugar de un deseo erótico insatisfecho? Esto solo puede suceder seguramente en forma indirecta: la amenaza a la frustración de la gratificación erótica provoca agresividad contra la persona que interfirió con la gratificación, y entonces esta tendencia a la agresión tiene que ser suprimida a su vez. *Entonces, después de todo, es solo la agresividad lo que se convierte en culpa*, al ser suprimida y traspasada al superyó. Estoy convencido de que muchos procesos admitirán una explicación más simple y clara si restringimos a los instintos agresivos los descubrimientos del psicoanálisis sobre el origen del sentimiento de culpa[312]» (la cursiva es mía).

Aquí Freud estableció sin lugar a dudas que la culpa deriva de la agresividad, y esto, junto con las frases arriba citadas («conflicto innato de ambivalencia»), señalaría que la culpa surge en un estadío muy temprano del desarrollo. Pero, enfocando globalmente las ideas de Freud, tal como las encontramos resumidas otra vez en las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, está claro que él mantenía su hipótesis de que la culpa surge como secuela del complejo de Edipo.

Abraham, particularmente en su estudio de la organización libidinal[313], esclareció mucho las fases más tempranas del desarrollo. Sus descubrimientos en el campo de la sexualidad infantil estaban ligados a un nuevo enfoque sobre el origen de la ansiedad y la culpa. Abraham sugirió que «En el estadío del narcisismo con fin sexual canibalista, la primera prueba de inhibición instintiva aparece en forma de ansiedad mórbida. El proceso de superar los

impulsos canibalistas está íntimamente ligado al sentimiento de culpa, que aparece en primer plano como típico fenómeno inhibitorio perteneciente al tercer estadío (primer estadío anal-sádico)».

Abraham contribuyó así fundamentalmente a nuestra comprensión de los orígenes de la ansiedad y la culpa, ya que fue el primero en señalar la conexión entre ansiedad y culpa y deseos canibalistas. Comparó su breve visión del desarrollo psicosexual con un «horario de trenes expresos en el que solo se señalaban las estaciones más importantes en las que estos paran». Sugirió que «las paradas intermedias no pueden ser señaladas en un resumen de este tipo».

III

Mi propia labor no solo corroboró los descubrimientos de Abraham sobre la ansiedad y la culpa y mostró su importancia en la perspectiva adecuada, sino que también los desarrolló aún más, relacionándolos con un cierto número de hechos nuevos descubiertos en los análisis de niños pequeños.

Cuando analicé situaciones de ansiedad infantiles, reconocí la importancia fundamental de los impulsos y fantasías sádicas de todas las fuentes, que convergen y alcanzan su clímax en los estadios más tempranos del desarrollo. También llegué a ver que, como consecuencia de los procesos tempranos de introyección y proyección, se establecen dentro del yo, junto a objetos extremadamente «buenos», objetos extremadamente terroríficos y persecutorios. Estas figuras están concebidas a la luz de los propios impulsos y fantasías agresivos del bebé, o sea que él proyecta su propia agresividad en las figuras internas que forman parte de su superyó temprano. A la ansiedad de estas fuentes se agrega la culpa proveniente de los impulsos agresivos del bebé contra su primer objeto amado, tanto externo como internalizado[314].

En un artículo posterior[315] ilustré con un caso extremo los efectos patológicos de la ansiedad provocados en los bebés por sus impulsos destructivos, y llegué a la conclusión de que las defensas más tempranas del yo (en el desarrollo normal tanto como en el anormal), se dirigen contra la ansiedad provocada por impulsos y fantasías agresivos[316].

Algunos años más tarde, en mi intento de lograr una comprensión más completa de las fantasías sádicas infantiles y de su origen, me vi llevada a aplicar la hipótesis de Freud de la lucha entre los instintos de vida y muerte al material clínico logrado en análisis de niños pequeños. Recordemos que según Freud: «La actividad de los peligrosos instintos de muerte dentro del organismo individual es manejada en formas diversas; en parte se los vuelve inofensivos al fusionarlos con componentes eróticos, en parte se los desvía hacia el mundo externo en la forma de agresión, en tanto que en su mayor parte continúan indudablemente su obra interna sin obstáculos[317]».

Siguiendo esta línea de pensamiento adelanté la hipótesis[318] de que la ansiedad es provocada por el peligro que amenaza al organismo proveniente del instinto de muerte; y sugerí que esta es la causa primaria de ansiedad. La descripción de Freud de la lucha entre los instintos de vida y de muerte (que

conduce a la desviación hacía afuera de una porción del instinto de muerte y a la fusión de los dos instintos) conduciría a la conclusión de que la ansiedad se origina en el miedo a la muerte.

En su artículo sobre el masoquismo[319] Freud extrajo algunas conclusiones fundamentales sobre las conexiones entre masoquismo e instinto de muerte, y consideró bajo esta luz las diversas ansiedades que surgen de la actividad del instinto de muerte vuelto hacia adentro. Entre estas ansiedades, sin embargo, no menciona el miedo a la muerte.

En Inhibición, síntoma y angustia, Freud expuso sus razones para no considerar el miedo a la muerte (o miedo por la vida) como ansiedad primaria. Basó su enfoque en su observación de que «el inconsciente no parece contener nada que sustente el concepto de aniquilación de la vida». También señaló que nada parecido a la muerte puede nunca ser vivenciado, excepto posiblemente el desmayo, y concluyó que «el miedo a la muerte debe considerarse como análogo al miedo a la castración».

Yo no comparto su enfoque porque mis observaciones analíticas muestran que hay en el inconsciente un temor a la aniquilación de la vida. Pienso también que si suponemos la existencia de un instinto de muerte, también debemos suponer que en las capas más profundas de la mente hay una reacción a este instinto en la forma de temor a la aniquilación de la vida. Así, a mi entender, el peligro que surge del trabajo interno del instinto de muerte es la primera causa de ansiedad[320]. Como la lucha entre los instintos de vida y muerte persiste a lo largo de la vida, esta fuente de ansiedad nunca se elimina e interviene como factor constante en todas las situaciones de ansiedad. Mi opinión de que la ansiedad se origina en el temor a la aniquilación deriva de la experiencia reunida en análisis de niños pequeños. Cuando en estos análisis se reviven y repiten las primeras situaciones de ansiedad del bebé, el poder inherente a un instinto en última instancia dirigido contra el yo puede ser detectado con tal fuerza que su existencia aparece más allá de toda duda. Esto sigue siendo cierto incluso cuando consideramos también el papel que juega la frustración, interna y externa, en las vicisitudes de los impulsos destructivos. No es este el lugar para una prueba detallada que sustente mi argumentación, pero citaré a modo de ilustración un caso mencionado en El psicoanálisis de niños. Un niño de 5 años solía imaginarse que tenía toda clase de animales salvajes, tales como elefantes, leopardos, hienas y lobos, que lo ayudaban contra sus enemigos. Representaban objetos peligrosos —perseguidores— que había domesticado y podía usar como protección contra sus enemigos. Pero surgió en el análisis que representaban

también su propio sadismo: cada animal representaba una fuente específica de sadismo y los órganos utilizados en conexión con esto. Los elefantes simbolizaban su sadismo muscular, sus impulsos a atropellar y patear. Los leopardos que desgarran, representaban sus dientes y uñas y las funciones de estos en los ataques que él hacía. Los lobos simbolizaban sus excrementos investidos con propiedades destructivas. A veces se asustaba mucho pensando que los animales salvajes que había domesticado podrían volverse contra él y exterminarlo. Este temor expresaba su sensación de estar amenazado por su propia destructividad (tanto como por perseguidores internos).

Como he ilustrado con este caso, el análisis de las ansiedades que surgen en los niños pequeños nos enseña mucho sobre las formas en que el miedo a la muerte existe en el inconsciente, es decir, sobre el papel que juega este miedo en diversas situaciones de ansiedad. Ya he mencionado el artículo de Freud sobre «El problema económico del masoquismo», que está basado en su descubrimiento del instinto de muerte. Tomemos la primera situación de ansiedad que Freud enumeró: «el temor de ser devorado por el animal totémico (el padre)». Esto, a mi entender, es una expresión no disfrazada del temor a la total aniquilación del yo. El temor a ser devorado por el padre deriva de la proyección de los impulsos del bebé a devorar sus objetos. De esta forma, primero el pecho de la madre (y la madre) se convierte en la mente del bebé en un objeto devorador[321], y estos temores pronto se extienden al pene del padre y al padre. Al mismo tiempo, como devorar implica desde el principio la internalización del objeto devorado, se siente el yo como conteniendo objetos devorados y devoradores. Así se construye el superyó a partir del pecho devorador (la madre), al que se agrega el pene devorador (el padre). Estas figuras internas crueles y peligrosas se convierten en representantes del instinto de muerte. Simultáneamente, el otro aspecto del superyó temprano se forma primero por el pecho bueno internalizado (al que se agrega el pene bueno del padre), que se siente como un objeto interno que alimenta y protege, y como representante del instinto de vida. El temor de ser aniquilado incluye la ansiedad de que el pecho bueno interno sea destruido, ya que este objeto se siente como indispensable para la preservación de la vida. La amenaza al yo proveniente del instinto de muerte operando interiormente está ligada a los peligros que se siente provenir de la madre y padre devoradores internalizados, y valen como miedo a la muerte.

Según esta concepción, el temor a la muerte interviene desde el principio en el temor al superyó, y no es, como señalaba Freud, una «transformación final» del temor al superyó[322]. Volviéndonos hacia otra situación

fundamental de peligro que Freud mencionó en su artículo sobre el masoquismo, esto es, el temor a la castración, yo sugeriría que el temor a la muerte interviene en el temor a la castración y lo refuerza, y no es «análogo» a él[323]. Como los genitales no son solo la fuente de la más intensa gratificación libidinal, sino también representantes de Eros, y como la reproducción es la forma esencial de contrarrestar la muerte, la pérdida de los genitales significaría el fin del poder creativo que preserva y perpetúa la vida.

IV

Si tratamos de visualizar en forma concreta la ansiedad primaria, el miedo a la aniquilación, debemos recordar el desamparo del bebé ante los peligros internos y externos. Yo sugiero que la situación primaria de peligro que surge de la actividad del instinto de muerte dentro de sí es sentida por el bebé como un ataque abrumador, como persecución. Consideremos primero en relación con esto algunos de los procesos que siguen a la desviación hacia afuera del instinto de muerte y las formas en que dichos procesos influyen en las ansiedades referidas a las situaciones externas e internas. Podemos suponer que la lucha entre los instintos de vida y muerte opera ya durante el nacimiento y acentúa la ansiedad persecutoria provocada por esta dolorosa experiencia. Parecería que esta experiencia tiene el efecto de hacer que el mundo externo, incluyendo el primer objeto externo, el pecho de la madre, parezca hostil. A esto contribuye el hecho de que el yo vuelve los impulsos destructivos contra este objeto primario. El bebé siente que la frustración por el pecho, que de hecho implica peligro para la vida, es la retaliación por sus impulsos destructivos hacia él y que el pecho frustrante lo está persiguiendo. Además, proyecta sus impulsos destructivos en el pecho, es decir, desvía hacia afuera el instinto de muerte; y de esa forma, el pecho atacado se convierte en el representante externo del instinto de muerte[324]. El pecho «malo» es también introyectado y esto intensifica, como podemos suponer, la situación de peligro interno, o sea, el temor a la actividad del instinto de muerte en el interior. Porque por la internalización del pecho «malo», la porción del instinto de muerte que ha sido desviada hacia afuera, con todos sus peligros asociados, se vuelve otra vez hacía adentro y el yo liga su temor a sus propios impulsos destructivos al objeto interno malo. Estos procesos bien pueden suceder simultáneamente y por consiguiente mí descripción de ellos no debe tomarse como explicación cronológica. Para resumir: el pecho externo frustrador (malo) se convierte, debido a la proyección, en el representante externo del instinto de muerte; a través de la introyección refuerza la situación primaria interna de peligro; esto conduce a una necesidad mayor por parte del yo de desviar (proyectar) los peligros internos (principalmente la actividad del instinto de muerte) en el mundo externo. Hay por consiguiente una fluctuación constante entre el temor a los objetos malos internos y externos, entre el instinto de muerte actuando dentro y desviado

hacia afuera. Aquí vemos un aspecto importante de la interacción —desde el principio de la vida— entre proyección e introyección. Los peligros externos se experimentan a la luz de peligros internos y por consiguiente se intensifican; por otra parte, cualquier peligro que amenaza desde afuera intensifica la perpetua situación interna de peligro. Esta interacción existe en cierto grado a todo lo largo de la vida. El hecho mismo de que la lucha ha sido, en alguna medida, externalizada, alivia la ansiedad. La externalización de las situaciones internas de peligro es uno de los primeros métodos de defensa del yo contra la ansiedad y sigue siendo fundamental a lo largo del desarrollo.

La actividad del instinto de muerte vuelto hacia afuera, tanto como su operación interna, no pueden ser consideradas aparte de la actividad simultánea del instinto de vida. Lado a lado con la desviación hacia afuera del instinto de muerte, el instinto de vida se liga por medio de la libido al objeto externo, el pecho gratificador (bueno), que se convierte en el representante externo del instinto de vida. La introyección de este objeto bueno refuerza el poder del instinto de vida en el interior. El pecho bueno internalizado, que se siente como fuente de la vida, forma una parte vital del yo y preservarlo se convierte en una necesidad imperiosa. La introyección de este primer objeto amado está por consiguiente inextricablemente ligada a todos los procesos engendrados por el instinto de vida. El pecho bueno internalizado y el pecho malo devorador forman el núcleo del superyó en sus aspectos bueno y malo; son los representantes dentro del yo de la lucha entre los instintos de vida y muerte.

El segundo objeto parcial importante a ser introyectado es el pene del padre, al que también se atribuyen cualidades buenas y malas. Estos dos objetos peligrosos —el pecho malo y el pene malo— son los prototipos de los perseguidores internos y externos. Las experiencias de carácter doloroso, frustraciones de fuentes interna y externa que se sienten como persecución, se atribuyen primero a los objetos perseguidores externos e internos. En todas estas experiencias, la ansiedad persecutoria y la agresión se refuerzan mutuamente. Porque mientras los impulsos agresivos del bebé juegan a través de la proyección un papel fundamental en la construcción de figuras persecutorias, estas mismas figuras aumentan su ansiedad persecutoria y a su vez refuerzan sus impulsos y fantasías agresivos contra los objetos externos e internos sentidos como peligrosos.

Las perturbaciones paranoides de los adultos se basan, a mi entender, en la ansiedad persecutoria vivenciada en los primeros meses de vida. En el

paciente paranoide, la esencia de sus temores de persecución es la sensación de que hay un agente hostil que está empeñado en infligirle sufrimiento, daño y finalmente aniquilación. Este agente perseguidor puede estar representado por una o por muchas personas o incluso por fuerzas de la naturaleza. El ataque temido puede tomar innumerables formas, especificas en cada caso; pero la raíz del temor persecutorio en el individuo paranoide es, creo, el temor a la aniquilación del yo; en última instancia, por el instinto de muerte.

V

Discutiré ahora más específicamente la relación entre culpa y ansiedad, y en conexión con esto reconsideraré primero algunas de las ideas de Freud y de Abraham con respecto a la ansiedad y la culpa. Freud enfocó el problema de la culpa desde dos ángulos principales. Por una parte, no cabe duda de que para él la ansiedad y la culpa están estrechamente conectadas. Por otra parte, llegó a la conclusión de que el término «culpa» solo se aplica con respecto a manifestaciones de conciencia que son resultado del desarrollo del superyó. El superyó, como sabemos, surge según él como secuela del complejo de Edipo; en niños menores de cuatro o cinco años los términos «conciencia» y «culpa», a su entender, no se aplican aún, y la ansiedad en los primeros años de la vida es distinta de la culpa[325].

Según Abraham[326], la culpa surge en la superación de los impulsos canibalistas —o sea, agresivos— durante el primer estadío sádico-anal (o sea, en una edad mucho más temprana de lo que suponía Freud); pero Abraham no consideró la diferenciación entre ansiedad y culpa. Ferenczi, que no se ocupaba tampoco de la distinción entre ansiedad y culpa, sugirió que algo cuya naturaleza se asemeja a la culpa surge durante el estadío anal. Llegó a la conclusión que puede haber una especie de precursor fisiológico del superyó, al que llama «moral esfinteriana[327]».

Ernest Jones, en un artículo publicado en 1929[328], examinó la interacción entre odio, miedo y culpa. Distinguió dos fases en el desarrollo de la culpa y sugirió para el primer estadío el término estadío «prenefando» de la culpa. Conectó esto con los estadios pregenitales sádicos del desarrollo del superyó y estableció que la culpa está «siempre e inevitablemente asociada con el impulso de odio». El segundo estadío es «… el estadío de la culpa propiamente dicha, cuya función es proteger contra los peligros externos».

En mí artículo «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos», establecí una diferenciación entre dos formas principales de ansiedad —ansiedad persecutoria y depresiva—, pero señalé que la distinción entre estas dos formas de ansiedad no está claramente delimitada. Tras esta restricción, creo que una diferenciación entre las dos formas de ansiedad es valiosa tanto desde el punto de vista teórico como práctico. En el artículo a que me referí más arriba, llegué a la conclusión de que la ansiedad persecutoria se relaciona principalmente con la aniquilación del yo; la

ansiedad depresiva se relaciona principalmente con el daño hecho a los objetos amados internos y externos por los impulsos destructivos del sujeto. La ansiedad depresiva tiene múltiples contenidos, tales como: el objeto bueno está dañado, sufre, está deteriorándose; se convierte en objeto malo; está aniquilado, perdido, y nunca más aparecerá. Llegué también a la conclusión de que la ansiedad depresiva está estrechamente ligada con la culpa y con la tendencia a la reparación.

Cuando introduje por primera vez mi concepto de la posición depresiva en el artículo a que me referí más arriba, sugerí que la ansiedad depresiva y la culpa surgen con la introyección del objeto como un todo. Mi trabajo posterior en la posición esquizo-paranoide[329], que precede a la posición depresiva, me ha llevado a la conclusión de que a pesar de que en el primer estadío predominan los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria, la ansiedad depresiva y la culpa juegan ya algún papel en la primera relación objetal del bebé, o sea, en su relación con el pecho de la madre.

Durante la posición esquizo-paranoide, o sea durante los primeros tres o cuatro meses de vida, están en su punto culminante los procesos de escisión, que involucran la escisión del primer objeto (el pecho) tanto como de los sentimientos hacia él. El odio y la ansiedad persecutoria se ligan al pecho frustrador (malo), y el amor y el reaseguramiento al pecho gratificador (bueno). Sin embargo, incluso en este estadío dichos procesos de escisión nunca son completamente eficaces; porque desde el principio de la vida el yo tiende a integrarse y a sintetizar los diferentes aspectos del objeto. (Esta tendencia puede ser considerada como expresión del instinto de vida). Parece que hay estados transitorios de integración incluso en bebés muy pequeños —que se vuelven más frecuentes y duraderos a medida que progresa el desarrollo— en los que el clivaje entre el pecho bueno y el malo está menos marcado.

En tales estados de integración surge cierto grado de síntesis entre el amor y el odio en relación con los objetos parciales, que según mi opinión actual da origen a la ansiedad depresiva, a la culpa y al deseo de reparar el objeto amado dañado, ante todo el pecho bueno[330]. Es decir, que ahora vinculo la aparición de la ansiedad depresiva con la relación con los objetos parciales. Esta modificación es el resultado del trabajo posterior en los primeros estadios del yo y de un reconocimiento más completo del carácter gradual del desarrollo emocional del bebé. No hay cambios en mi concepción de que la base de la ansiedad depresiva es la síntesis entre impulsos destructivos y sentimientos de amor hacía un objeto.

Consideremos ahora hasta adónde esta modificación influye en el concepto de posición depresiva. Yo describiría ahora esta posición de la siguiente manera: durante el período desde los tres a seis meses surge un considerable progreso en la integración del yo. Tienen lugar cambios importantes en el carácter de las relaciones objetales del bebé y de sus procesos de introyección. El bebé percibe e introyecta a la madre cada vez más como persona completa. Esto implica mayor identificación y una relación más estable con ella. Aunque estos procesos aún se centran principalmente en la madre, la relación del bebé con el padre (y con otras personas de su ambiente) sobrelleva cambios similares, y el padre también se establece en su mente como persona completa. Al mismo tiempo disminuyen en fuerza los procesos de escisión y se relacionan principalmente con objetos totales, en tanto que en el estadío anterior se conectaban principalmente con objetos parciales.

Los aspectos contrastantes de los objetos y los conflictivos sentimientos, impulsos y fantasías hacia ellos, se unen más en la mente del bebé. Persiste la ansiedad persecutoria y juega su papel en la posición depresiva, pero disminuye en cantidad y la ansiedad depresiva gana primacía sobre la ansiedad persecutoria. Ya que es una persona amada (internalizada y externa) la que se siente dañada por impulsos agresivos, el bebé sufre sentimientos depresivos intensificados, más duraderos que las fugaces experiencias de ansiedad depresiva y culpa del estadío anterior. El yo más integrado se enfrenta ahora cada vez más con una realidad psíquica muy dolorosa —las quejas y reproches que emanan de la madre y el padre internalizados dañados que ahora son objetos totales, personas— y se siente compelido bajo la tensión de un mayor sufrimiento a habérselas con una realidad psíquica dolorosa. Esto lleva a la necesidad dominante de preservar, reparar o revivir los objetos amados: la tendencia a la reparación. Como método alternativo, probablemente simultáneo, de manejar estas ansiedades, el yo recurre intensamente a la defensa maníaca[331].

La evolución que he descrito implica no solo importantes cambios cuantitativos y cualitativos en los sentimientos de amor, la ansiedad depresiva y la culpa, sino también una nueva combinación de factores que constituyen la posición depresiva.

Por la descripción anterior se puede ver que la modificación de mis ideas, referida a la aparición más temprana de la ansiedad depresiva y la culpa, no ha alterado esencialmente mí concepto de la posición depresiva.

En este punto quisiera considerar más específicamente los procesos por los que aparecen la ansiedad depresiva, la culpa y el impulso a reparar. La base de la ansiedad depresiva es, como he descrito, el proceso por el que el yo sintetiza los impulsos destructivos y los sentimientos de amor hacia un objeto. El sentimiento de que el daño hecho al objeto amado tiene por causa los impulsos agresivos del sujeto, es para mí la esencia de la culpa. (El sentimiento de culpa del bebé puede extenderse a cualquier perjuicio que acontezca al objeto amado, incluso el daño hecho por sus objetos persecutorios). El impulso a anular o reparar este daño proviene de sentir que el sujeto mismo lo ha causado, o sea de la culpa. Por consiguiente la tendencia reparatoria puede ser considerada como consecuencia del sentimiento de culpa.

Surge ahora el problema: ¿Es la culpa un elemento de la ansiedad depresiva? ¿Son dos aspectos de un mismo proceso, o una es resultado o manifestación de la otra? En tanto que no puedo actualmente dar una respuesta precisa a este problema, yo sugeriría que la ansiedad depresiva, la culpa y el impulso a reparar se experimentan con frecuencia simultáneamente.

Parece probable que la ansiedad depresiva, la culpa y la tendencia reparatoria solo se experimenten cuando sobre los impulsos destructivos predominan los sentimientos de amor hacía el objeto. En otras palabras, podemos suponer que experiencias repetidas de amor superando al odio —en última instancia del instinto de vida superando al instinto de muerte— son una condición esencial para la capacidad del yo de integrarse a sí mismo y de sintetizar los aspectos contrastantes del objeto. En tales estados o momentos la relación con el aspecto malo del objeto, incluyendo la ansiedad persecutoria, ha retrocedido.

Sin embargo, durante los tres o cuatro primeros meses de vida, estadío en el que surgen (según mi concepción actual) la ansiedad depresiva y la culpa, los procesos de escisión y la ansiedad persecutoria están en su punto culminante. Por consiguiente la ansiedad persecutoria interfiere muy rápidamente con el progreso en la integración y las experiencias de ansiedad depresiva, culpa y reparación solo pueden ser de carácter transitorio. En consecuencia, el objeto amado dañado puede transformarse rápidamente en perseguidor, y el impulso a reparar o revivir el objeto amado puede convertirse en la necesidad de apaciguar y aplacar al perseguidor. Pero incluso durante el estadío siguiente, la posición depresiva, en la que el yo más integrado introyecta e instaura cada vez más la persona entera, persiste la ansiedad persecutoria. Durante este periodo, como lo he descrito, el bebé

experimenta no solo aflicción, depresión y culpa, sino también ansiedad persecutoria referida al aspecto malo del superyó; las defensas contra la ansiedad persecutoria existen lado a lado con las defensas contra la ansiedad depresiva.

He señalado repetidamente que la diferenciación entre ansiedad persecutoria y depresiva está basada en un concepto limite. Sin embargo, en la práctica psicoanalítica cierto número de estudiosos han encontrado que la diferenciación entre ansiedad persecutoria y depresiva es útil para comprender y desembrollar situaciones emocionales. Veamos un caso de un cuadro típico que podemos encontrar en el análisis de pacientes depresivos: durante una sesión un paciente puede sufrir de fuertes sentimientos de culpa y desesperación por su incapacidad de reparar el daño que siente que ha causado. Entonces aparece un cambio completo: el paciente trae repentinamente material de tipo persecutorio. Acusa al analista y al análisis de no hacer otra cosa que daño y expresa quejas que retrotraen a tempranas frustraciones. Los procesos que subyacen a este cambio pueden resumirse como sigue; la ansiedad persecutoria se ha convertido en dominante, ha retrocedido el sentimiento de culpa y con él el amor al objeto parece haber desaparecido. En esta situación emocional alterada, el objeto se ha convertido en malo, no puede ser amado, y entonces los impulsos destructivos hacia él parecen justificados. Esto significa que la ansiedad persecutoria y las defensas *han sido reforzadas* para escapar a la carga abrumadora de la culpa y desesperación. En muchos casos, por supuesto, el paciente puede mostrar un monto considerable de ansiedad persecutoria junto con culpa, y el cambio a la predominancia de ansiedad persecutoria no siempre aparece tan dramáticamente como lo he descrito aquí. Pero en todos estos casos la diferenciación entre ansiedad persecutoria y depresiva nos ayuda a comprender los procesos que estamos tratando de analizar.

La distinción teórica entre ansiedad depresiva, culpa y reparación por una parte, y ansiedad persecutoria y defensas contra ella por la otra, no solo resulta útil en el trabajo analítico, sino que también tiene implicaciones más amplias. Esclarece muchos problemas conectados con el estudio de las emociones y conducta humanas[332]. Un campo en el que he encontrado este concepto muy esclarecedor es la observación y comprensión de los niños. Resumiré aquí brevemente las conclusiones teóricas sobre la relación entre ansiedad y culpa que he expuesto en esta sección. La culpa está inextricablemente ligada con la ansiedad (más exactamente, con una forma específica de ella, la ansiedad depresiva); conduce a la tendencia reparatoria y

sirve, durante los primeros meses de vida, en conexión con los estadios más tempranos del superyó.

VI

La interrelación del peligro interno primario y el peligro que amenaza desde afuera esclarece el problema de la ansiedad «objetiva» versus «neurótica». Freud definió como sigue la distinción entre ansiedad objetiva y ansiedad neurótica: «El peligro real es un peligro conocido, y la ansiedad realista es ansiedad por un peligro conocido de esta clase. La ansiedad neurótica es ansiedad ante un peligro desconocido. El peligro neurótico es así un peligro que aún tiene que ser descubierto. El análisis nos ha demostrado que es un peligro instintivo[333]». Y, de nuevo: «Un peligro real es un peligro que amenaza a una persona desde un objeto externo, y un peligro neurótico es uno que lo amenaza con una exigencia instintiva[334]».

Pero en algunas oportunidades Freud se refirió a la interacción entre estas dos fuentes de ansiedad[335] y la experiencia analítica general nos ha demostrado que la distinción entre ansiedad objetiva y neurótica no puede trazarse netamente. Volveré aquí al enunciado de Freud de que la causa de la ansiedad es que el niño «extraña a alguien a quien ama y anhela[336]». Al describir el miedo fundamental del bebé a la pérdida, Freud dijo: «Él no puede aún distinguir entre ausencia temporaria y pérdida permanente. *En cuanto extraña a su madre se comporta como si no fuera a verla nunca más*; y son necesarias repetidas experiencias consolatorias de lo contrario, antes de que aprenda que a su desaparición sigue generalmente su reaparición[337]» (la bastardilla es mía).

En otro pasaje, en que describe el temor a la pérdida de amor, Freud dijo que es «evidentemente una continuación del miedo del lactante cuando extraña a su madre. Comprenderéis qué *situación de peligro real* indica este tipo de ansiedad. Si la madre está ausente o ha retirado su amor del niño, ya no puede estar seguro de que sus necesidades serán satisfechas, y puede quedar expuesto a las más dolorosas sensaciones de tensión[338]» (la bastardilla es mía).

Sin embargo, algunas páginas antes, en el mismo libro, Freud describió esta misma situación de peligro desde el punto de vista de la ansiedad neurótica, lo que parece demostrar que enfocaba esta situación infantil desde los dos ángulos. A mi entender, estas dos fuentes principales del miedo del bebé a la pérdida, pueden definirse como sigue: una es la completa

dependencia del niño con respecto a su madre para la satisfacción de sus necesidades y el alivio de la tensión. La ansiedad que surge de esta fuente puede llamarse ansiedad objetiva. La otra fuente importante de ansiedad deriva del temor del bebé de que la madre amada haya sido destruida por sus impulsos sádicos o esté en peligro de serlo, y este miedo —que podría denominarse «ansiedad neurótica»— se relaciona con la madre como objeto externo (e interno) bueno indispensable, y contribuye a la sensación del bebé de que nunca volverá. Hay desde el principio una interacción constante entre estas dos fuentes de ansiedad, es decir, entre la ansiedad objetiva y la neurótica o, en otros términos, la ansiedad de fuente externa y la de fuente interna.

Además, si el peligro externo está vinculado desde el principio con el peligro proveniente del instinto de muerte, ninguna situación de peligro que surja de fuentes externas puede ser experimentado por el niño pequeño puramente como peligro externo y conocido. Pero no es solo el bebé el que no puede hacer tan clara diferenciación: en cierta medida la interacción entre situaciones de peligro internas y externas persiste a lo largo de toda la vida[339]. Esto se vio claramente en los análisis llevados a cabo en la época de la guerra. Incluso en adultos normales, la ansiedad provocada por las incursiones aéreas, las bombas, los incendios, etc. —esto es, por una situación de peligro «objetiva»—, solo podía ser reducida analizando, más allá del impacto de la situación real, las diversas ansiedades tempranas que eran provocadas por ella. En muchas personas la ansiedad excesiva proveniente de estas fuentes llevó a una poderosa negación (defensa maníaca) de la situación de peligro objetiva, que se manifestaba en una aparente falta de miedo. Esto era una observación común en los niños y no podía explicarse solo por su incompleto reconocimiento del peligro real. El análisis reveló que la situación de peligro objetivo había revivido las tempranas ansiedades fantásticas del niño en tal medida que la situación de peligro objetiva tuvo que ser negada. En otros casos, la relativa estabilidad de los niños a pesar de los peligros de la época de guerra no estaba determinada tanto por defensas maníacas como por una modificación más exitosa de las tempranas ansiedades persecutoria y depresiva, resultante en una mayor sensación de seguridad con respecto tanto al mundo interno como al externo, y en una buena relación con los padres. En estos niños, incluso cuando el padre estaba ausente, el reaseguramiento logrado por la presencia de la madre y por la vida hogareña, contrarrestaba los temores provocados por los peligros objetivos.

Estas observaciones se vuelven comprensibles si recordamos que la percepción del niño pequeño de la realidad externa y los objetos externos está perpetuamente influida y coloreada por sus fantasías, y esto en cierta medida continúa a lo largo de toda la vida. Las experiencias externas que provocan ansiedad activan de inmediato, incluso en personas normales, la ansiedad derivada de fuentes intrapsíquicas. La interacción entre ansiedad objetiva y ansiedad neurótica —o, para expresarlo en otras palabras, la interacción entre ansiedad de fuente interna y de fuente externa—, corresponde a la interacción entre realidad externa y realidad psíquica.

Para estimar si la ansiedad es neurótica o no, tenemos que considerar un punto al que Freud se refirió repetidas veces, la cantidad de ansiedad proveniente de fuentes internas. Este factor está sin embargo vinculado con la capacidad del yo para desarrollar defensas adecuadas contra la ansiedad, esto es, la proporción de la fuerza de la ansiedad con respecto a la fuerza del yo.

VII

Está implícito en esta presentación de mis ideas, que estas se desarrollaron a partir de un enfoque de la agresión que difería substancialmente de la tendencia principal en el pensamiento psicoanalítico. El hecho de que Freud descubriera la agresión primero como un elemento de la sexualidad infantil —por así decirlo, como un adjunto de la libido (sadismo)— tuvo el efecto de que por mucho tiempo el interés psicoanalítico se centrara en la libido y que la agresión se considerara más o menos como un auxiliar de la libido[340]. En 1920 surgió el descubrimiento de Freud del instinto de muerte que se manifiesta en impulsos destructivos y que opera en fusión con el instinto de vida, y le siguió en 1924 la exploración más profunda de Abraham del sadismo en el niño pequeño. Pero incluso después de estos descubrimientos, como puede observarse por el cuerpo principal de la literatura psicoanalítica, el pensamiento psicoanalítico ha seguido predominantemente interesado en la libido y las defensas contra los impulsos libidinales, y en consecuencia ha subestimado la importancia de la agresión y sus implicaciones.

Desde el principio de mi labor psicoanalítica, mí interés se centró en la ansiedad y sus causas, y esto me llevó más cerca de la comprensión de la relación entre agresión y ansiedad[341]. Los análisis de niños pequeños, para los que desarrollé la técnica del juego, sustentaron este enfoque, pues revelaron que la ansiedad de los niños pequeños solo podía aliviarse analizando sus fantasías e impulsos sádicos con mayor apreciación del papel que juega la agresión en el sadismo y en la provocación de la ansiedad. Esta evaluación más completa de la importancia de la agresión me condujo a ciertas conclusiones que presenté en mí artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1927). Allí adelanté la hipótesis de que en el desarrollo infantil —tanto normal como patológico— la ansiedad y la culpa que surgen durante el primer año de vida están estrechamente conectadas con procesos de introyección y proyección, con los primeros estadios del desarrollo del superyó y del complejo de Edipo, y que en estas ansiedades la agresión y las defensas contra ellas son de capital importancia.

El trabajo posterior en esta dirección fue llevado a cabo en la Sociedad Psicoanalítica Británica desde alrededor de 1927 en adelante. En esta Sociedad, cierto número de psicoanalistas, trabajando en estrecha cooperación, hicieron numerosas contribuciones[342] a la comprensión del

papel fundamental de la agresión en la vida mental, en tanto que, tomando el pensamiento psicoanalítico en general, un cambio de opinión en esta dirección ha aparecido solo en contribuciones esporádicas durante los últimos diez a quince años; sin embargo, estas contribuciones han aumentado últimamente. Uno de los resultados del nuevo trabajo en la agresión fue el reconocimiento de la importante función de la tendencia reparatoria, que es una expresión del instinto de vida en su lucha contra el instinto de muerte. No solo desde entonces se consideraron los impulsos destructivos en una perspectiva mejor, sino que se vio más claramente la interacción de los instintos de vida y muerte, y por consiguiente también el papel de la libido en todo proceso mental y emocional.

A lo largo de este capítulo he puesto en claro mi opinión de que el instinto de muerte (impulsos destructivos) es el factor primario en la causación de la ansiedad. Sin embargo, también estaba implícito en mi exposición de los procesos que conducen a la ansiedad y la culpa, que el objeto primario contra el que se dirigen los impulsos destructores es el objeto de la libido, y que es por consiguiente la interacción entre agresión y libido —en última instancia, tanto la fusión como la polaridad de los dos instintos— lo que causa la ansiedad y la culpa. Otro aspecto de esta interacción es la mitigación de los impulsos destructivos por la libido. La interacción óptima de libido y agresión implica que la ansiedad provocada por la constante actividad del instinto de muerte, aunque nunca eliminada, está contrarrestada y mantenida a raya por el poder del instinto de vida.

24. Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis (1950)

Los criterios para la terminación de un análisis constituyen un importante problema para cualquier psicoanalista. Hay muchos criterios sobre los cuales todos nos pondríamos de acuerdo. Quiero proponer aquí un enfoque diferente del problema.

Se señala a menudo que la terminación de un análisis reactiva en el paciente las situaciones más tempranas de separación, que es como una experiencia de destete. Esto implica, según me lo ha mostrado mi trabajo, que las emociones que siente el bebé en el momento del destete, cuando los conflictos infantiles llegan a su cúspide, se reviven intensamente al finalizar un análisis. De acuerdo con esto, llegué a la conclusión de que antes de dar por terminado un análisis tengo que preguntarme si los conflictos y las ansiedades experimentadas en el primer año de vida han sido suficientemente analizados y elaborados en el curso del tratamiento.

Mi trabajo sobre el desarrollo temprano (Klein, 1935, 1940, 1946, 1948b) me ha permitido distinguir dos formas de ansiedad: la persecutoria, que predomina durante los primeros meses de la vida y es fuente de la «posición esquizo-paranoide», y la depresiva, que culmina alrededor de la mitad del primer año y es fuente de la «posición depresiva». He llegado a la conclusión de que al principio de su vida postnatal el niño siente la ansiedad persecutoria en relación con fuentes a la vez externas e internas: externas, en tanto que la experiencia del nacimiento se vive como un ataque; e internas, porque la amenaza para el organismo proveniente, de acuerdo con Freud, del instinto de muerte, suscita a mi criterio el miedo a la aniquilación —el miedo a la muerte —. Es este miedo lo que considero la causa primaria de la ansiedad.

La ansiedad persecutoria se vincula principalmente a peligros sentidos como amenazando el yo; la ansiedad depresiva, a peligros sentidos como amenazando el objeto de amor, en primer término por la agresión del sujeto. La ansiedad depresiva surge de procesos de síntesis en el yo; porque como

resultado de una creciente integración, el amor y el odio, y, en consecuencia, los aspectos buenos y malos de los objetos, se vuelven más cercanos en la mente del niño. Un cierto grado de integración es también una de las condiciones previas de la introyección de la madre como persona total. Los sentimientos y la ansiedad depresivos llegan a su cúspide —la posición depresiva— alrededor de la mitad del primer año. Entonces, la ansiedad persecutoria ha disminuido, aunque sigue desempeñando un papel importante.

El sentimiento de culpa, vinculado con la ansiedad depresiva, se refiere al daño causado por los deseos canibalistas y sádicos. La culpa hace surgir el impulso a reparar el objeto de amor así dañado, a preservarlo o restaurarlo, impulso que profundiza los sentimientos de amor y promueve relaciones objetales.

En el momento del destete, el niño siente que pierde su primer objeto de amor —el pecho de la madre— tanto como objeto externo y como introyectado, y que esta pérdida se debe a su odio, agresión y voracidad. Entonces el destete incrementa sus sentimientos depresivos, que evolucionan hacia un proceso de duelo. El sufrimiento propio de la posición depresiva está vinculado a un incremento de la comprensión de la realidad psíquica, que a su vez contribuye a una mejor comprensión del mundo externo. Gracias a su creciente adaptación a la realidad y a la mayor amplitud de las relaciones objetales, el niño es capaz de combatir y disminuir sus ansiedades depresivas y, en cierta medida, establecer firmemente sus buenos objetos internalizados, es decir, el aspecto favorable y protector del superyó.

Freud describió la prueba de realidad como parte esencial del trabajo del duelo. A mi criterio, es en la temprana infancia cuando se utiliza por primera vez la prueba de realidad para superar el dolor vinculado a la posición depresiva; y cada vez que se experimenta un duelo, estos procesos tempranos se reactivan. He comprobado que el éxito del trabajo del duelo en los adultos depende no solo de establecer dentro del yo la persona perdida (como lo hemos aprendido de Freud y Abraham), sino también de restablecer los primeros objetos amados, que en la temprana infancia fueron destruidos o puestos en peligro por los impulsos destructivos.

Aunque los primeros pasos para contrarrestar la posición depresiva se realizan durante el primer año de vida, los sentimientos persecutorios y depresivos reaparecen en el curso de la infancia. Estas ansiedades son elaboradas y superadas con amplitud en el curso de la neurosis infantil, y normalmente, cuando comienza el período de latencia, se han desarrollado defensas adecuadas y se ha alcanzado ya un cierto grado de estabilización.

Esto significa que se han conseguido la primacía genital y relaciones objetales satisfactorias, y que el complejo edípico ha perdido fuerza.

Extraeré ahora una conclusión de la definición dada acerca de que la ansiedad persecutoria se refiere a peligros sentidos como amenazando el yo y la ansiedad depresiva a peligros sentidos como amenazando el objeto amado. Esto significa que estas dos formas de ansiedad comprenden todas las situaciones de ansiedad por las cuales pasa el niño. Así, el miedo de ser devorado, de ser envenenado, de ser castrado, el miedo a ataques en el «interior» de su cuerpo, pertenecen a la ansiedad persecutoria, mientras todas las ansiedades referidas a los objetos de amor son de naturaleza depresiva. Sin embargo, las ansiedades persecutoria y depresiva, aunque conceptualmente distintas desde el punto de vista clínico, a menudo se mezclan. Por ejemplo, considero que el miedo a la castración, la principal ansiedad en el varón, es persecutorio. Este miedo se mezcla con ansiedad depresiva en la medida en que produce el sentimiento de no poder fecundar a una mujer, en última instancia de no poder fecundar a la madre amada, y en consecuencia de no ser capaz de reparar el daño que ella sufrió por los impulsos sádicos del niño. No es necesario recordar que la impotencia produce a menudo una severa depresión en los hombres. Consideremos ahora la principal ansiedad en las mujeres. El miedo de la niña de que la madre terrorífica ataque su cuerpo y los bebés que contiene, —que, a mi juicio, constituye la situación de ansiedad femenina fundamental— es persecutorio por definición. Pero en tanto que este miedo implica la destrucción de sus objetos amados —los bebés que siente dentro de ella—, posee un fuerte elemento de ansiedad depresiva.

De acuerdo con mi tesis, una condición previa para el desarrollo normal es que tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas hayan sido ampliamente reducidas y modificadas. En consecuencia, como espero que haya resultado claro de mí exposición anterior, mi enfoque del problema de la terminación de los análisis de niños y de adultos puede definirse así: que la ansiedad persecutoria y depresiva haya sido suficientemente reducida, lo que —a mi criterio— presupone el análisis de las primeras experiencias de duelo.

Debo decir, sin embargo, que aun si el análisis retrocede hasta las etapas más tempranas del desarrollo, base para mi nuevo criterio, los resultados todavía podrán variar de acuerdo con la severidad y la estructura del caso. En otras palabras, a pesar del progreso de nuestra teoría y nuestra técnica, debemos tener presentes las limitaciones de la terapia psicoanalítica.

¿Qué relación tiene el enfoque que estoy sugiriendo con algunos de los criterios ya bien conocidos, como los de una potencia sexual y una

heterosexualidad bien establecida, la capacidad de amor, de relaciones objetales y de trabajo, y determinadas características del yo que tiendan a una estabilidad psíquica y estén ligadas a defensas adecuadas? Todos estos aspectos del desarrollo tienen una relación recíproca con la modificación de la ansiedad persecutoria y depresiva. En cuanto a la capacidad de amor y de relaciones objetales, se puede ver fácilmente que solo se desarrolla libremente si las ansiedades persecutorias y depresivas no son excesivas. La solución es más compleja en lo que se refiere al desarrollo del yo. A este respecto, se enfatizan habitualmente dos rasgos, el incremento en estabilidad y en el sentido de realidad, pero opino que la extensión en la profundidad del yo también es esencial. Un elemento intrínseco de una personalidad profunda y completa es la riqueza de la vida de fantasía y la capacidad de sentir libremente las emociones. Estas características, a mi criterio, presuponen que la posición depresiva infantil fue elaborada, es decir, que toda la escala de amor y odio, ansiedad, pena y culpa en relación con los objetos primarios ha sido experimentada una y otra vez. Este desarrollo emocional está ligado a la naturaleza de las defensas. Una falla en la elaboración de la posición depresiva se une inextricablemente con el predominio de defensas que provocan un bloqueo de las emociones y de la vida de fantasía e impiden la introvisión (insight). Tales defensas, que he designado como «defensas maníacas», aunque no son incompatibles con un cierto grado de estabilidad y de fortaleza del yo, van juntas con una falta de profundidad. Si en el curso de un análisis conseguimos reducir las ansiedades persecutorias y depresivas, y, en consecuencia, disminuir las defensas maníacas, uno de los resultados será un incremento tanto de la fortaleza como de la profundidad del yo.

Aun si se han obtenido resultados satisfactorios, la terminación de un análisis conlleva el surgimiento de sentimientos penosos y hace revivir ansiedades tempranas; culmina en un estado de duelo. Cuando se ha producido la pérdida que representa el final del análisis, el paciente todavía tiene que llevar a cabo por su cuenta una parte del trabajo del duelo. Creo que esto explica el hecho de que a menudo, después de la terminación de un análisis, se consigue un mayor progreso; se puede prever más fácilmente hasta qué punto se logrará, si aplicamos el criterio que he sugerido. Porque solo si han sido ampliamente modificadas las ansiedades persecutorias y depresivas el paciente puede llevar a buen término por sí mismo la parte final del trabajo del duelo, lo que implica de nuevo una prueba de realidad. Creo, además, que cuando decidimos que un análisis puede terminar, es muy útil que el paciente sepa la fecha de la terminación con varios meses de

anticipación. Esto lo ayuda a elaborar y disminuir el sufrimiento inevitable de la separación mientras está todavía en análisis y le allana el camino para que termine exitosamente el trabajo del duelo por su propia cuenta.

En este artículo aclaré que el criterio que sugiero presupone que el análisis ha sido llevado hasta los estadios tempranos del desarrollo y a capas profundas del psiquismo, y ha incluido la elaboración de las ansiedades persecutoria y depresiva.

Esto me lleva a una conclusión en cuanto a la técnica. En el curso de un análisis, el psicoanalista a menudo aparece como una figura idealizada. La idealización se usa como defensa contra la ansiedad persecutoria y su corolario. Sí el analista deja que persista una idealización excesiva —es decir, si se apoya sobre todo en la transferencia positiva— puede ser capaz de conseguir cierta mejoría. Pero lo mismo podría decirse de cualquier psicoterapia exitosa. Solo analizando la transferencia negativa tanto como la positiva se reduce la ansiedad radicalmente. En el curso del tratamiento el psicoanalista llega a representar, en la situación de transferencia, una cantidad de figuras que corresponden a las que fueron introyectadas en el desarrollo temprano (Klein, 1929; Strachey, l934). A veces es introyectado como perseguidor y otras veces como figura idealizada, con todos los matices y grados posibles entre ambos.

Cuando las ansiedades persecutorias y depresivas son experimentadas y finalmente reducidas en el curso del análisis, se produce una mayor síntesis entre los variados aspectos del analista junto con una mayor síntesis entre los variados aspectos del superyó. En otras palabras, las más tempranas figuras terroríficas sufren un cambio esencial en la mente del paciente —se podría decir básicamente que mejoran—. Los objetos buenos —distintos de los idealizados— pueden establecerse con seguridad en la mente solo si el definido clivaje entre las figuras persecutorias e idealizadas ha disminuido, si las pulsiones agresivas y libidinales se han acercado unas a otras y sí el odio ha sido mitigado por el amor. Este aumento en la capacidad de síntesis prueba que los procesos de clivaje que, en mi opinión, se originan en la infancia más temprana, han disminuido, y que se ha alcanzado una integración del yo en profundidad. Cuando estos rasgos positivos están suficientemente establecidos, tenemos motivo para pensar que la terminación de un análisis no es prematura aunque pueda hacer revivir todavía una ansiedad aguda.

25. Los orígenes de la transferencia (1952)

En su «Fragmento de análisis de un caso de histeria», Freud define la transferencia de la siguiente manera: «¿Qué son las transferencias? Reediciones o productos ulteriores de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos conscientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan, como singularidad característica de su especie, la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo: toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobra vida de nuevo, pero ya no como pertenecientes al pasado, sino como relación actual con la persona del médico».

En una u otra forma, la transferencia actúa durante toda la vida e influye en todas las relaciones humanas, pero me ocuparé solo de las manifestaciones de la transferencia en el psicoanálisis. Es característico del procedimiento analítico el hecho de que, cuando empieza a abrir caminos dentro del inconsciente del paciente, el pasado de este (en sus aspectos conscientes e inconscientes) progresivamente se reactiva. En consecuencia, su necesidad de transferir experiencias, relaciones de objeto y emociones primitivas se incrementa, y todo esto viene a focalizarse sobre el analista; esto implica que el paciente trata con los conflictos y las ansiedades que han sido reactivados utilizando los mismos mecanismos de defensa que en situaciones anteriores.

Resulta que, cuanto más profundamente podamos penetrar en el inconsciente, más lejos en el pasado podremos llevar el análisis y más grande será nuestra comprensión de la transferencia. Por esto un breve resumen de mis conclusiones acerca de las primerísimas fases de la evolución es pertinente.

La primera forma de angustia es de naturaleza persecutoria. La actuación interna del instinto de muerte —que, según Freud, está dirigida contra el propio organismo— origina el miedo al aniquilamiento, y este es la causa primordial de la angustia persecutoria. Además, desde el principio de la vida posnatal (no me ocupo aquí de los procesos prenatales), los impulsos destructivos contra el objeto suscitan el temor a la retaliación. Estos

sentimientos persecutorios que provienen de fuentes internas son intensificados por experiencias externas penosas, y en esta forma, desde los primeros días de la vida, la frustración y el dolor suscitan en el lactante el sentimiento de ser atacado por fuerzas hostiles. Las sensaciones experimentadas por el bebé en el nacimiento y la dificultad de adaptarse a condiciones enteramente nuevas originan así la angustia persecutoria. La satisfacción y los cuidados prodigados después del nacimiento, particularmente las primeras experiencias alimentarias, son sentidos como proviniendo de fuerzas buenas. Cuando hablo de «fuerzas» estoy empleando un término demasiado adulto para designar lo que el recién nacido concibe oscuramente como objetos buenos o malos. El lactante dirige sus sentimientos de gratificación y amor hacia el pecho «bueno» y sus impulsos destructivos y sentimientos de persecución hacia lo que él siente como el pecho frustrador, es decir, «malo». En este período los procesos de clivaje culminan; el amor y el odio, así como los aspectos buenos y malos del pecho, son mantenidos bien separados los unos de los otros. La relativa seguridad del lactante descansa sobre la posibilidad de transformar el objeto bueno en un objeto idealizado, como protección contra el objeto peligroso y perseguidor. Estos procesos —es decir, el clivaje, la negación, la omnipotencia, la idealización— predominan durante los tres o cuatro primeros meses de la vida (lo que denominé «posición esquizo-paranoide», 1946). Es así como, en una fase muy temprana, la angustia persecutoria y su corolario, la idealización, influyen básicamente en las relaciones objetales.

Los procesos primarios de proyección e introyección, ligados inextricablemente a las emociones y las angustias del lactante, inician la relación objetal; por la proyección, es decir, por la desviación de la libido y de la agresión hacia el pecho de la madre, se establece la base de la relación de objeto; por la introyección del objeto, ante todo del pecho, se crean las relaciones con los objetos internos. Mi utilización del término «relaciones de objeto» se fundamenta sobre mi afirmación de que el bebé tiene, desde el principio de su vida posnatal, una relación con su madre (aunque se centralice sobre todo en su pecho), relación impregnada de los elementos básicos de una relación objetal: amor, odio, fantasías, angustia y defensas[343].

Como lo expliqué en detalle en otras oportunidades, la introyección del pecho es el comienzo de la formación del superyó, que se extiende por varios años. Tenemos motivos para suponer que el lactante introyecta el pecho en sus distintos aspectos desde la primera experiencia alimentaria en adelante. El núcleo del superyó es así el pecho de la madre, tanto bueno como malo.

Debido a la simultánea actuación de la introyección y la proyección, las relaciones con los objetos externos y los internos entran en interacción. El padre también, por desempeñar pronto su papel en la vida del niño, viene a ser tempranamente una parte del mundo interno del lactante. Una característica de la vida emocional del lactante es que se den fluctuaciones rápidas entre el amor y el odio, entre las situaciones internas y las externas, entre la percepción de la realidad y sus fantasías a propósito de ella, y, por consiguiente, un interjuego entre la ansiedad persecutoria y la idealización, ambas referidas a los objetos internos y externos, siendo el objeto idealizado un corolario del objeto perseguidor sumamente malo.

La creciente capacidad de integración y síntesis del yo conduce cada vez más, aun en estos primeros meses, a estados en los cuales el amor y el odio, y correlativamente los aspectos buenos y malos de los objetos, son sintetizados; y esto origina la segunda forma de angustia —la angustia depresiva—, porque los impulsos y deseos agresivos del lactante hacia el pecho malo (la madre) son sentidos ahora como peligrosos también para el pecho bueno (la madre). Entre los tres y seis meses estas emociones son reforzadas, porque en este período el lactante percibe e introyecta cada vez más a su madre como persona. La angustia depresiva se intensifica, porque el lactante siente que ha destruido o que está destruyendo un objeto total con su voracidad y su agresión incontrolables. Más aun, por la síntesis creciente de sus emociones, experimenta que estos impulsos destructivos son dirigidos hacia una *persona amada*. Procesos similares operan en relación con el padre y otros miembros de la familia. Estas angustias y las defensas correspondientes constituyen la «posición depresiva», que culmina más o menos a los seis meses y cuya esencia es la angustia y la culpa relacionadas con la destrucción y la pérdida de los objetos amados, internos y externos.

Es en este período, y en relación con la posición depresiva, que se establece el complejo de Edipo. La angustia y la culpa agregan motivaciones poderosas hacia el comienzo del complejo de Edipo. En efecto, la angustia y la culpa incrementan la necesidad de externalizar (proyectar) figuras malas y de internalizar (introyectar) figuras buenas, de ligar los deseos, el amor, los sentimientos de culpa y las tendencias reparatorias a ciertos objetos, y el odio y la angustia a otros; de encontrar en el mundo exterior representantes de las figuras internas. Sin embargo, no es solamente la búsqueda de objetos nuevos lo que domina las necesidades del lactante, sino también el hecho de dirigirse hacia nuevas finalidades: alejarse del pecho hacia el pene, es decir, de los deseos orales hacia los genitales. Muchos factores contribuyen a esta

evolución: el movimiento progresivo de la libido, la integración creciente del yo, las capacidades físicas y mentales y la mayor adaptación al mundo externo. Estas tendencias están ligadas al proceso de formación de símbolos, que permite al bebé transferir de un objeto a otro no solo su interés, sino también emociones y fantasías, angustia y culpa.

Los procesos que he descrito están ligados a otro fenómeno fundamental que gobierna la vida mental. Creo que la presión ejercida por las primerísimas situaciones de angustia es uno de los factores que originan la compulsión a la repetición. Volveré más tarde sobre esta hipótesis.

Algunas de mis conclusiones acerca de los primeros estadios de la infancia son una continuación de los descubrimientos de Freud; en ciertos puntos, sin embargo, surgen divergencias, y uno de estos importa mucho para mi tema. Me refiero a la afirmación de que las relaciones de objeto operan desde el comienzo de la vida posnatal.

Hace muchos años que sostengo la opinión de que el autoerotismo y el narcisismo son en el bebé contemporáneos de la primera relación con objetos —externos e internalizados—. Volveré a expresar mi hipótesis: el autoerotismo y el narcisismo incluyen el amor por, y la relación con, el objeto bueno internalizado que, en la fantasía forma parte del propio cuerpo amado y del propio si-mismo. Es hacia este objeto internalizado que, en la gratificación autoerótica y en los estadios narcisistas, se produce el retraimiento. Paralelamente, desde el nacimiento en adelante, está presente una relación con objetos, con la madre (su pecho). Esta hipótesis contradice el concepto de Freud de estadios autoerótico y narcisista, que prescindirían de una relación objetal. Sin embargo, la diferencia entre la opinión de Freud y la mía es menos grande de lo que parece a primera vista, ya que las afirmaciones de Freud sobre este punto no son inequívocas. En varios pasajes expresó en forma explícita e implícita opiniones que sugerían la relación con un objeto, el pecho materno, precediendo al autoerotismo y al narcisismo. Un ejemplo bastará: en el primero de sus dos artículos de enciclopedia, Freud (1923a) escribe: «El instinto parcial oral encuentra al principio su satisfacción en ocasión del apaciguamiento de la necesidad de alimentación, y su objeto en el pecho materno. Luego se independiza, y al mismo tiempo se hace *autoerótico*, esto es, encuentra su objeto en el propio cuerpo».

La utilización que hace Freud de la palabra «objeto» es aquí algo distinta de la mía, porque se refiere al objeto de una finalidad instintiva, mientras que yo implico, además de esto, una relación objetal que incluye las emociones, fantasías, angustias y defensas del bebé. Sin embargo, en la frase citada habla

claramente del ligamen libidinal a un objeto, el pecho materno, que precede al autoerotismo y el narcisismo.

Deseo recordarles también los descubrimientos de Freud acerca de las identificaciones tempranas. En *El yo y el ello*[344], hablando de las catexias de objeto abandonadas, escribe: «Los efectos de las primeras identificaciones realizadas en la más temprana edad son siempre generales y duraderos. Esto nos lleva a la génesis del ideal del yo».

Freud define entonces la primera y más importante identificación que yace escondida detrás del ideal del yo como la identificación con el padre, o con los padres, y la ubica, como dice, «en la prehistoria de cada persona». Estas formulaciones están muy cerca de lo que describí como los primeros objetos introyectados ya que por definición, las identificaciones son el resultado de la introyección. Por la afirmación que acabo de examinar, y por el párrafo citado del artículo de enciclopedia, se puede deducir que Freud, aunque no haya seguido más lejos esta línea de pensamiento, supuso que, en la primerísima infancia, intervienen tanto un objeto como procesos introyectivos.

Es decir que, en lo que se refiere al autoerotismo y al narcisismo, nos topamos con una contradicción en las opiniones de Freud. Tales contradicciones, que también existen acerca de cierto número de puntos de la teoría, muestran a mi criterio que Freud no ha llegado a una decisión final acerca de estos temas particulares. Lo reconoció explícitamente, respecto de la teoría de la angustia, en Inhibición, síntoma y angustia (1926, cap. 8).

Su conciencia de que mucho acerca de los estadios tempranos del desarrollo todavía era desconocido u oscuro para él, se ejemplifica cuando habla (1931) de los primeros años de la vida de la niña como «… nebulosos y perdidos en las tinieblas del pasado».

No conozco la opinión de Anna Freud acerca de este aspecto de la obra de Freud. Pero, en lo que concierne al problema del autoerotismo y del narcisismo, parece solamente haber tomado en cuenta la conclusión de Freud de que un estadío autoerótico y narcisista precede a las relaciones de objeto, y no haber dado importancia a las otras posibilidades implicadas en algunas de las afirmaciones de Freud, como las que acabo de citar. Es uno de los motivos por los cuales la divergencia entre la concepción de Anna Freud sobre la primera infancia y la mía, es mucho más grande que la divergencia entre las opiniones de Freud, tomadas en conjunto, y las mías. Digo esto porque me parece esencial dejar en claro la extensión y la naturaleza de las diferencias entre las dos escuelas de pensamiento analítico representadas por Anna Freud

y por mí. Tal esclarecimiento es necesario en el interés de la formación psicoanalítica y también porque podría ayudar a plantear fructíferos intercambios entre los psicoanalistas y contribuir así a un mayor entendimiento general de los problemas fundamentales de la primera infancia.

La hipótesis de que un estadío de varios meses de duración antecede a las relaciones de objeto implica que —excepto en cuanto a la libido que reviste el propio cuerpo del bebe— impulsos, fantasías, angustias y defensas, o no están presentes o no se relacionan con un objeto, es decir, que operarían *in vacuo*. El análisis de niños muy pequeños me ha enseñado que no hay necesidad instintiva, ni situación de angustia, ni proceso mental que no implique objetos, internos o externos; en otras palabras, las relaciones de objeto son el *centro* de la vida emocional. Más aun, el amor y el odio, las fantasías, las angustias y las defensas operan desde el principio y están *ab initio* inextricablemente ligadas a las relaciones de objeto. Esto me ha mostrado muchos fenómenos bajo una nueva luz.

Sacaré ahora la conclusión sobre la cual descansa este trabajo: sostengo que la transferencia se origina en los mismos procesos que determinan las relaciones de objeto en los primeros estadios. Por esto tenemos que remontarnos una y otra vez en el análisis hacia las fluctuaciones entre los objetos amados y odiados, internos y externos, que dominan la primera infancia. Solo podemos apreciar plenamente la interconexión entre las transferencias positivas y negativas si exploramos el primer interjuego entre el amor y el odio, el círculo vicioso de agresión, angustias, sentimientos de culpa y agresión incrementada, y también los aspectos diversos de los objetos hacia los cuales estas emociones y angustias en conflicto se dirigen. Por otra parte, explorando estos procesos primitivos me convencí de que el análisis de la transferencia negativa que ha recibido relativamente poca atención[345] en la técnica psicoanalítica, es una condición previa del análisis de los niveles más profundos del psiquismo. El análisis de la transferencia negativa, como el de la transferencia positiva y de la interconexión de ambas es, como lo sostuve durante muchos años, un principio imprescindible para el tratamiento de todo tipo de pacientes, tanto niños como adultos. Fundamenté esta opinión en la mayoría de mis trabajos desde 1927 en adelante.

Este enfoque, que ha hecho posible en el pasado el psicoanálisis de niños muy pequeños, se ha revelado en los últimos años muy fructífero para el análisis de pacientes esquizofrénicos. Hasta 1920 más o menos se suponía que los pacientes esquizofrénicos eran incapaces de establecer una transferencia, y por lo tanto no podían ser psicoanalizados. Desde entonces el psicoanálisis de

los esquizofrénicos fue intentado mediante varias técnicas. Sin embargo, el cambio de punto de vista más radical al respecto se ha producido recientemente y está muy relacionado con el mayor conocimiento de los mecanismos, angustias y defensas que operan en la primera infancia. Desde que algunas de estas defensas, nacidas en las primeras relaciones de objeto y dirigidas hacia el amor y el odio, fueron descubiertas, el hecho de que los pacientes esquizofrénicos sean capaces de desarrollar a la vez una transferencia positiva y una transferencia negativa ha sido plenamente comprendido; este descubrimiento se confirma si aplicamos de manera coherente al tratamiento de los pacientes esquizofrénicos[346] el principio de que es tan necesario analizar la transferencia negativa como la positiva, las que, de hecho, no pueden ser analizadas una sin la otra.

Retrospectivamente puede verse que estos adelantos substanciales en la técnica se apoyan, en el plano de la teoría psicoanalítica, sobre el descubrimiento hecho por Freud de los instintos de vida y de muerte, lo que ha constituido un aporte básico a la comprensión del origen de la ambivalencia. Puesto que los instintos de vida y de muerte, y por esto el amor y el odio, están en la más estrecha interacción, la transferencia negativa y la transferencia positiva están básicamente entrelazadas.

La comprensión de las primeras relaciones de objeto y de los procesos que implican ha influido básicamente en la técnica desde distintos puntos de vista. Se sabe desde tiempo atrás que el psicoanalista, en la situación de transferencia, puede sustituir a la madre, al padre o a otras personas, y que también desempeña a veces en la mente del paciente el papel del superyó, y otras veces el del ello o el yo. Nuestro conocimiento actual nos permite penetrar los detalles específicos de los diversos roles atribuidos por el paciente al analista. De hecho hay muy pocas personas en la vida del bebé, pero las siente como una multitud de objetos porque se le aparecen bajo aspectos diversos. De la misma manera el analista puede, en un momento determinado, representar una parte de la persona, del superyó, o de una cualquiera de una amplia serie de figuras internalizadas. Asimismo, no nos lleva muy lejos el hecho de darnos cuenta de que el analista sustituye al padre o a la madre reales hasta que no entendamos qué aspecto de los padres ha sido revivenciado. El retrato de los padres en la mente del paciente ha sufrido una distorsión de grado variable a través de los procesos infantiles de proyección e idealización, y, a menudo, ha retenido mucho de su naturaleza fantástica. Al mismo tiempo, en la mente del bebé toda experiencia externa se entrelaza con sus fantasías, y, por otro lado, cada fantasía contiene elementos de la

experiencia real; es solo analizando a fondo la situación de transferencia que somos capaces de descubrir el pasado a la vez en sus aspectos realistas y fantásticos. Es también el origen de estas fluctuaciones en la primera infancia el que da cuenta de su intensidad en la transferencia y de los cambios rápidos —a veces aun dentro de la misma sesión— entre el padre y la madre, entre omnipotentes objetos benévolos y peligrosos perseguidores, entre figuras internas y externas. A veces el analista parece representar simultáneamente a ambos padres, aliados en su hostilidad hacia el paciente, y la transferencia negativa adquiere gran intensidad. Lo que se ha revivido entonces, o lo que se ha vuelto manifiesto en la transferencia, es la mezcla en la fantasía del paciente, de los padres como figura única, de la «figura de los padres combinados», que he descrito en otra parte[347].

Es esta una de las formaciones de fantasía características del complejo de Edipo en sus primeros estadios, que, si se mantiene activa, perjudica tanto las relaciones de objeto como el desarrollo sexual. La fantasía de los padres combinados saca su fuerza de otro elemento de la vida emocional temprana, de la poderosa envidia asociada con los deseos orales frustrados. El análisis de tales situaciones tempranas nos enseña que en la mente del bebé, cuando se ve frustrado (o insatisfecho por causas internas), su frustración se acopla con el sentimiento de que otro objeto (pronto representado por el padre) recibe de la madre la gratificación y el amor codiciados y que le son negados en ese momento. Aquí se halla una de las raíces de la fantasía de que los padres están combinados en una eterna gratificación mutua de naturaleza oral, anal y genital. Y esto es, a mi criterio, el prototipo de las situaciones tanto de envidia como de celos.

Hay otro aspecto de la transferencia que cabe mencionar. Acostumbramos hablar de la situación transferencial. Pero ¿tenemos siempre presente la importancia fundamental de este concepto? Según mi experiencia, cuando desembrollamos los detalles de la transferencia es esencial pensar en términos de situaciones totales transferidas del pasado al presente, tanto como de emociones, defensas y relaciones objetales.

Durante muchos años —y esto, en alguna medida, es cierto aun hoy— la transferencia ha sido entendida en términos de referencias directas al analista en el material del paciente. Mi concepto de la transferencia, según el cual esto tiene su raíz en los estadios más primitivos del desarrollo y en los niveles profundos del inconsciente, es mucho más amplio y entraña una técnica por la cual los elementos inconscientes de la transferencia se deducen de la totalidad del material presentado. Por ejemplo, los relatos de los pacientes acerca de su

vida de cada día, sus amistades, sus actividades, no solo dan una comprensión del funcionamiento de su yo, sino que revelan —si exploramos su contenido inconsciente— las defensas contra las angustias despertadas en la situación transferencial. Pues el paciente necesita tratar los conflictos y las angustias reexperimentados hacia el analista con los mismos métodos que usó en el pasado. Es decir, que se aparta del analista en la misma forma en que intentó apartarse de sus objetos primitivos; trata de clivar su relación con él, conservándolo como figura, sea buena, sea mala; desvía algunos de los sentimientos y actitudes experimentados hacia el analista hacia otra gente de su vida, lo que forma parte de la exoactuación (*acting-out*)**[348]**.

De acuerdo con mi tema, he examinado aquí sobre todo las experiencias, situaciones y emociones más tempranas de donde surge la transferencia. Sin embargo, sobre estos fundamentos se construyen las relaciones objetales ulteriores y los desarrollos emocionales e intelectuales que necesitan la atención del analista tanto como los más tempranos; es decir, que nuestro campo de investigación cubre todo lo que yace entre la situación actual y las primerísimas experiencias. De hecho, no es posible tener acceso a las primeras emociones y relaciones de objeto si no es por el examen de sus vicisitudes a la luz de desarrollos ulteriores. Es solo relacionando una y otra vez (y esto significa un trabajo arduo y paciente) las experiencias ulteriores con las anteriores y viceversa, es solo explorando convenientemente su interjuego, que el presente y el pasado pueden juntarse en la mente del paciente. Es uno de los aspectos del proceso de integración que, a medida que el análisis progresa, involucra la totalidad de la vida psíquica del paciente. Cuando la angustia y la culpa disminuyen y cuando el amor y el odio pueden integrarse mejor, los procesos de clivaje —defensa fundamental contra la angustia— tanto como las represiones se suavizan, mientras el yo crece en fuerza y cohesión; el clivaje entre los objetos idealizados y perseguidores disminuye; los aspectos fantásticos de los objetos pierden su fuerza. Todo esto implica que la vida inconsciente de fantasía —separada menos rígidamente de la parte consciente de la mente— puede ser mejor utilizada en las actividades del yo, con el consiguiente enriquecimiento general de la personalidad. Me refiero aquí a las diferencias —en oposición con las semejanzas— entre la transferencia y las primeras relaciones de objeto. Estas diferencias son la medida del efecto curativo del tratamiento analítico.

Indiqué más arriba que uno de los factores que suscitan la compulsión a la repetición es el apremio que proviene de las primeras situaciones de angustia. Cuando la angustia persecutoria y depresiva y la culpa disminuyen, hay

menor necesidad de repetir más y más veces las experiencias fundamentales, y por consiguiente los patrones y las modalidades primitivas del sentir se mantienen con menos terquedad. Estos cambios fundamentales se producen mediante el análisis consistente de la transferencia; están ligados con la profunda revisión de las primeras relaciones de objeto y se reflejan tanto en la vida corriente del paciente como en sus actitudes distorsionadas hacia el analista.

26. La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello (1952)

En «*Análisis terminable e interminable*» (1937), donde Freud expone sus últimas conclusiones sobre el yo, dice: «… existen características del yo muy importantes que son innatas, diferenciadas y originales». He sostenido durante muchos años el punto de vista que expresé en mi libro *El psicoanálisis de niños* (1932), de que el yo funciona desde un comienzo y que entre sus primeras actividades está la de la defensa contra la angustia y la utilización de los procesos de introyección y proyección.

También dije en ese libro que la capacidad inicial del yo para tolerar la angustia depende de su fortaleza innata, es decir, de factores constitucionales. He sostenido repetidamente, además, que el yo establece relaciones de objeto a partir de sus primeros contactos con el mundo externo. Más recientemente definí la tendencia a la integración como otra de las funciones primarias del yo[349]. Ahora consideraré el papel que desempeñan los instintos, en particular la lucha entre los instintos de vida y de muerte en relación con dichas funciones yoicas. Inherente a la concepción de Freud respecto de los instintos de vida y de muerte, es que el ello, como reservorio de los instintos, funciona desde un comienzo. Estoy totalmente de acuerdo con esa premisa. Sin embargo, difiero de Freud en que postulo la hipótesis de que la causa primaria de la angustia es el miedo a la aniquilación, el miedo a la muerte, que surge de la acción del instinto de muerte dentro de nosotros. La lucha entre los instintos de vida y de muerte emana del ello e involucra al yo. El temor primordial de ser aniquilado fuerza al yo a la acción y engendra las primeras defensas. La fuente última de esas actividades yoicas yace en la actividad del instinto de vida. Así lo revela la tendencia del yo hacia la integración y la organización; como dice Freud en El yo y el ello (1923b) «… la principal finalidad de Eros es la de unir y ligar…». Opuestos a la tendencia a la integración y alternando con ella existen procesos de disociación, los que junto a la introyección y la proyección constituyen los mecanismos tempranos

fundamentales. Todos, desde un comienzo y bajo el dominio del instinto de vida, están al servicio de la defensa.

Debemos considerar además otra importante contribución de los impulsos instintivos a las funciones del yo. Mi concepción de la fantasía en la temprana infancia es que sus raíces son los instintos o, como dice Susan Isaacs, la fantasía es el corolario mental de los instintos. Creo que las fantasías operan desde un comienzo, al igual que los instintos, y son la expresión mental tanto del instinto de vida como de muerte. La fantasía subyace a los mecanismos de introyección y proyección que permiten al yo llevar a cabo una de las funciones básicas mencionadas, la de establecer relaciones de objeto. Mediante la proyección, dirigiendo hacia afuera la libido y la agresión y haciendo de ese modo que el objeto se vea imbuido de ellas, es que se establece la primera relación de objeto. Este, en mi opinión, es el proceso que subyace a la carga de los objetos.

A causa de la introyección, simultáneamente, este primer objeto es tomado dentro de sí. Desde un comienzo interactúan las relaciones con los objetos internos y externos. El primero de estos «objetos internalizados», como los he denominado, es un objeto parcial, el pecho de la madre. En mi experiencia, esto sucede aun si el bebé es amamantado con mamadera, pero me alejaría mucho del tema si tuviese que explicar ahora los procesos mediante los cuales se lleva a cabo esa ecuación simbólica. El pecho, al que pronto se le agregan otros rasgos maternos, influye como objeto internalizado de modo vital sobre el desarrollo del yo.

A medida que se va desarrollando la relación con el objeto total, tanto la madre como el padre y otros miembros de la familia son introyectados como personas en sus aspectos malos o buenos, de acuerdo con las experiencias del niño así como con sus variadas fantasías y sentimientos. De ese modo se va creando un mundo de objetos buenos y malos y esa es la fuente que origina tanto la persecución interna como la riqueza y la estabilidad interior. Durante los primeros tres o cuatro meses prevalece la angustia persecutoria, la que ejerce sobre el yo una presión que pone a prueba su capacidad de tolerar la angustia. Esta angustia persecutoria a veces debilita al yo, otras lo estimula a crecer, tanto en su integración como intelectualmente. Del tercero al sexto mes del primer año de vida, la necesidad que tiene el bebé de preservar el objeto interno amado que siente amenazado por sus impulsos agresivos, y la consiguiente angustia depresiva y culpa, también tienen un doble efecto en el yo: pueden amenazar con abrumarlo o bien estimular sus sublimaciones y reparaciones. Es de estos modos tan diversos, que solo puedo esbozar aquí,

que el yo es atacado y enriquecido por su relación con los objetos internos[350]. El especial sistema de fantasías centradas en el mundo interno del niño es de importancia fundamental para el desarrollo yoico. El niño experimenta que sus objetos internalizados tienen vida propia, que armonizan o luchan entre sí y con el yo de acuerdo con las experiencias y emociones del niño. Cuando él siente que contiene objetos buenos, experimenta confianza y seguridad. Si los objetos que contiene son malos, experimenta sospecha y persecución. Las buenas y malas relaciones con los objetos internos se desarrollan al mismo tiempo que las relaciones con los objetos externos y siempre influyen en su curso. Por otra parte, la relación con los objetos internos desde un principio se ve influida por las frustraciones y gratificaciones que forman parte de la vida cotidiana. Hay por esto una constante interacción entre el mundo de objetos internos, que refleja de un modo fantástico las impresiones que se obtienen del afuera, y el mundo externo, que decisivamente se ve influido por proyección.

Como he descrito con frecuencia, los objetos internalizados también forman parte del núcleo del superyó[351], que se desarrolla durante los primeros años de la niñez y llega a su cúspide cuando, de acuerdo con la teoría clásica, llega a ser el heredero del complejo de Edipo.

Puesto que el desarrollo del yo y del superyó está ligado a los procesos de introyección y proyección, también están inextricablemente unidos desde un comienzo. Como además su desarrollo está vitalmente influido por los impulsos instintivos, las tres regiones de la mente están desde el comienzo de la vida en una íntima interacción. Me doy cuenta de que al mencionar las tres regiones de la mente me aparto del tema en discusión, pero mi concepción de la temprana infancia hace imposible considerar exclusivamente las influencias mutuas entre el yo y el ello.

A causa de que la perpetua interacción entre los instintos de vida y de muerte y el conflicto que surge de su antítesis (fusión y defusión) gobiernan la vida mental, hay en el inconsciente un flujo siempre cambiante de acontecimientos interactuantes, de emociones y angustias fluctuantes. He tratado de delinear la multitud de procesos centrándome en la relación entre los objetos internos y externos que desde los más tempranos estadios existen en el inconsciente y ahora expondré algunas conclusiones:

1. La hipótesis que he esbozado aquí en términos generales representa una concepción más amplia de los tempranos procesos inconscientes que la implicada en la concepción de Freud sobre la estructura mental.

2. Si asumimos que el superyó se desarrolla a partir de estos tempranos procesos inconscientes que también moldean al yo, determinan sus funciones y dan forma a su relación con el mundo externo, debemos reexaminar los fundamentos del desarrollo del yo y el superyó.
3. Mi hipótesis lleva entonces a una revisión de la naturaleza y alcance del superyó y del yo, así como de la interrelación entre las partes de la mente que constituyen el si-mismo.

Finalizaré destacando nuevamente un hecho bien conocido, del cual nos convencemos cada vez más a medida que penetramos más profundamente en el conocimiento de la mente. Se trata del reconocimiento de que el inconsciente es la raíz de todos los procesos mentales y determina toda la vida mental y que solo explorando el inconsciente en toda su extensión podremos analizar la personalidad total.

27. Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé[352] (1952)

Mi estudio de la mente del niño me ha hecho tomar cada vez más conciencia de la asombrosa complejidad de los procesos que actúan, en gran parte simultáneamente, en los estadios tempranos del desarrollo. Por lo tanto, al escribir este capítulo traté de dilucidar tan solo algunos aspectos de la vida emocional del bebé durante su primer año, seleccionando los más estrechamente ligados a las ansiedades, defensas y relaciones de objeto.

Los primeros tres o cuatro meses de vida (la posición esquizo-paranoide)[353]

I

Al principio de la vida postnatal, el bebé experimenta ansiedad proveniente de fuentes internas y externas. Por muchos años sostuve la idea de que la acción interna del instinto de muerte produce el temor al aniquilamiento, y que esto es la causa primaria de la ansiedad persecutoria. La primera causa externa de ansiedad puede hallarse en la experiencia del nacimiento. Esta experiencia que, según Freud, proporciona el patrón de todas las situaciones de ansiedad ulteriores, marca las primeras relaciones del bebé con el mundo exterior[354]. Parecería como si el dolor e incomodidad sufridos por él, así como la pérdida del estado intrauterino, fueran sentidos como un ataque de fuerzas hostiles, es decir, como persecución[355]. Por lo tanto, la ansiedad persecutoria entra desde un principio en la relación del bebé con los objetos, en la medida en que está expuesto a privaciones.

La hipótesis de que las primeras experiencias del lactante con el alimento y la presencia de la madre inician una relación de objeto con ella es uno de los conceptos básicos presentados en este libro[356]. Esta relación es primeramente una relación con un objeto parcial, porque las pulsiones oral-libidinales y oral-destructivas están dirigidas desde el principio de la vida hacia el pecho de la madre en particular. Suponemos que existe también una interacción, aunque en proporciones variables, entre las pulsiones libidinales y agresivas, que corresponde a la fusión de los instintos de vida y de muerte. Puede concebirse que en períodos libres de hambre y tensión, existe un equilibrio óptimo entre las pulsiones libidinales y agresivas. Este equilibrio se altera cada vez que, debido a privaciones de origen interno o externo, las pulsiones agresivas son reforzadas. Sugiero que esta alteración del equilibrio entre libido y agresión es causa de la emoción que llamamos voracidad, la cual es primeramente y sobre todo de naturaleza oral. Cualquier aumento de la voracidad fortalece los sentimientos de frustración y estos, a su vez, fortalecen las pulsiones agresivas. En los niños en quienes el componente agresivo innato es fuerte, la ansiedad persecutoria, la frustración y la

voracidad se despiertan fácilmente y esto contribuye a las dificultades del niño para tolerar la privación y manejar la ansiedad. Por lo tanto, la fuerza de las pulsiones destructivas en su interacción con las pulsiones libidinales suministraría la base constitucional de la intensidad de la voracidad. Sin embargo, mientras en algunos casos la ansiedad persecutoria puede aumentar la voracidad, en otros (según sugiero en «El psicoanálisis de niños») puede transformarse en causa de las primeras inhibiciones de la alimentación.

Las vivencias recurrentes de gratificación y frustración son estímulos poderosos de las pulsiones libidinales y destructivas, del amor y del odio. En consecuencia, en la medida en que gratifica, el pecho es amado y sentido como «bueno»; y en la medida en que es fuente de frustración, es odiado y sentido como «malo». Esta marcada antítesis entre el pecho bueno y el pecho malo se debe en gran parte a la falta de integración del yo, así como a los procesos de escisión dentro del yo y en relación con el objeto. Existen por lo tanto razones para suponer que aun durante los tres o cuatro primeros meses de vida, el objeto bueno y el objeto malo no son totalmente distintos el uno del otro en la mente del lactante. El pecho de la madre, en sus aspectos bueno y malo, también parece estar unido para él a su presencia corpórea, y su relación con ella como persona se construye así gradualmente a partir de este primer estadío.

Además de las experiencias de gratificación y de frustración provenientes de factores externos, una serie de procesos endopsíquicos —principalmente introyección y proyección— contribuyen a la doble relación con el objeto primitivo. El lactante proyecta sus pulsiones de amor y las atribuye al pecho gratificador (bueno), así como proyecta sus pulsiones destructivas al exterior y las atribuye al pecho frustrador (malo). Simultáneamente, por introyección, un pecho bueno y un pecho malo se instalan en el interior[357]. En esta forma la imagen del objeto, externa e internalizada, se distorsiona en la mente del lactante por sus fantasías, ligadas a la proyección de sus pulsiones sobre el objeto. El pecho bueno, externo e interno, llega a ser el prototipo de todos los objetos protectores y gratificadores; el pecho malo, el prototipo de todos los objetos perseguidores externos e internos. Los diversos factores que intervienen en la sensación del lactante de ser gratificado, tales como el aplacamiento del hambre, el placer de mamar, la liberación de la incomodidad y la tensión, es decir la liberación de privaciones, y la experiencia de ser amado, son todos atribuidos al pecho bueno. A la inversa, cualquier frustración e incomodidad es atribuida al pecho malo (perseguidor).

Describiré en primer término las ramificaciones de la relación del lactante con el pecho malo. Si consideramos la imagen que existe en la mente del lactante —tal como podemos ver retrospectivamente en el análisis de niños y adultos—, encontramos que el pecho odiado adquirió las cualidades oral-destructivas de las propias pulsiones del lactante cuando este atraviesa estados de frustración y de odio. En sus fantasías destructivas muerde y desgarra el pecho, lo devora, lo aniquila, y siente que el pecho lo atacará en la misma forma. A medida que las pulsiones sádico-uretrales y sádico-anales se fortalecen, el lactante, en su imaginación, ataca al pecho con orina envenenada y heces explosivas, y por lo tanto supone que el pecho lo envenenará o hará explotar. Los detalles de sus fantasías sádicas determinan el contenido de su temor a los perseguidores internos y externos, y, en primer lugar, al pecho retaliativo (malo)[358]. Como los ataques fantaseados dirigidos contra el objeto son fundamentalmente influidos por la voracidad, el temor a la voracidad del objeto, debido a la proyección, constituye un elemento esencial de la ansiedad persecutoria: el pecho malo devorará al bebé con la misma voracidad con que él desea devorarlo.

Sin embargo, aun durante el estadío primitivo, la ansiedad persecutoria es en cierta medida contrarrestada por la relación del lactante con el pecho bueno. Indiqué más arriba que aunque sus sentimientos se centran en la relación alimentaria con la madre, representada por el pecho, otros aspectos de la madre intervienen ya en la primera relación con ella, pues aún el niño muy pequeño responde a la sonrisa de la madre, a sus manos, a su voz, al hecho de que lo alce en brazos o atienda sus necesidades. La gratificación y amor que el bebé experimenta en esas situaciones le ayudan a contrarrestar la ansiedad persecutoria y aun los sentimientos de pérdida y persecución despertados por la experiencia del nacimiento. Su proximidad física a la madre durante la alimentación —esencialmente su relación con el pecho bueno— lo ayuda constantemente a superar la añoranza de un estado anterior perdido, alivia la ansiedad persecutoria y fortalece la confianza en el objeto bueno (véase la nota 1).

II

Es característico de las emociones del niño muy pequeño ser extremas y poderosas. El objeto frustrador (malo) es sentido como un perseguidor terrible; el pecho bueno tiende a transformarse en el pecho «ideal» que

saciaría el deseo voraz de gratificación ilimitada, inmediata e incesante. De esta manera se origina la sensación de que hay un pecho perfecto, inagotable, siempre disponible, siempre gratificador. Otro factor que interviene en la idealización del pecho bueno es la fuerza del temor a la persecución en el lactante; esto crea la necesidad de ser protegido contra los perseguidores y por lo tanto viene a incrementar el poder de un objeto totalmente gratificador. El pecho idealizado constituye el corolario del pecho perseguidor; y en la medida en que la idealización deriva de la necesidad de protección contra los objetos perseguidores, es un medio de defensa contra la ansiedad.

El ejemplo de la gratificación alucinatoria puede ayudarnos a comprender cómo se realiza el proceso de idealización. En este estado la frustración y la ansiedad de diversos orígenes quedan suprimidas, se recupera el pecho externo perdido y se reactiva la sensación de tener el pecho ideal en el interior (poseyéndolo). También podemos suponer que el bebé alucina el añorado estado prenatal. Como el pecho alucinado es inagotable, la voracidad queda momentáneamente satisfecha. (Pero tarde o temprano, la sensación de hambre vuelve al bebé al mundo externo y entonces la frustración, juntamente con todas las emociones que origina, es nuevamente vivenciada). En la alucinación de realización de deseos, varios mecanismos y defensas fundamentales entran en juego. Uno de ellos es el control omnipotente del objeto interno y externo, porque el yo asume la posesión total de ambos pechos, externo e interno. Además, en la alucinación, el pecho perseguidor es mantenido bien separado del pecho ideal, y la experiencia de ser frustrado de la de ser gratificado. Parece ser que este clivaje que lleva hasta la escisión del objeto y de los sentimientos hacia él, está ligado al proceso de negación. La negación en su forma extrema —tal como la hallamos en la gratificación alucinatoria— lleva hasta el aniquilamiento de cualquier objeto o situación frustradores y está ligada al fuerte sentimiento de omnipotencia que prevalece en los primeros estadios de la vida. La situación de ser frustrado, el objeto que causa la frustración, los malos sentimientos originados por esta (así como las partes escindidas y apartadas del yo) son sentidos como inexistentes, aniquilados, y en esta forma se consigue la gratificación y el alivio de la ansiedad persecutoria. El aniquilamiento del objeto perseguidor y de la situación de persecución está ligado al control omnipotente del objeto en su forma más extrema. Yo sugeriría que estos procesos también intervienen, en cierta medida, en la idealización.

Parecería que el yo primitivo también emplea el mecanismo de aniquilamiento de un aspecto escindido y apartado del objeto y de la situación

en otros estados además de las alucinaciones de realización de deseos. Por ejemplo, en alucinaciones de persecución, el aspecto aterrador del objeto y de la situación parece prevalecer a tal punto que el aspecto bueno es sentido como si hubiera sido totalmente destruido —proceso que no puedo entrar a examinar aquí—. Parecería que el grado en que el yo mantiene separados los dos aspectos varía considerablemente en diferentes estados y que de esto depende que el aspecto negado sea sentido o no como si hubiera desaparecido por completo de la existencia.

La ansiedad persecutoria influye esencialmente en dichos procesos. Podemos suponer que cuando la ansiedad persecutoria es menos intensa, la escisión es de menor alcance y por lo tanto el yo es capaz de integrarse y sintetizar en cierta medida los sentimientos hacia el objeto. Bien pudiera ser que cada uno de estos pasos hacia la integración solo se produce si, en ese momento, el amor hacia el objeto predomina sobre las pulsiones destructivas (en última instancia, el instinto de vida sobre el instinto de muerte). Creo que la tendencia del yo a integrarse puede considerarse, por lo tanto, como una expresión del instinto de vida.

La síntesis entre sentimientos de amor y pulsiones destructivas hacia un mismo objeto —el pecho— origina ansiedad depresiva, culpa y necesidad de reparar el objeto bueno dañado, el pecho bueno. Esto implica que la ambivalencia es a veces vivenciada en relación con un objeto parcial —el pecho de la madre[359]—. Durante los primeros meses de vida, esos estados de integración son de corta duración. En este estadío, la capacidad de integración del yo es naturalmente muy limitada aún y a ello contribuye la fuerza de la ansiedad persecutoria y de los procesos de escisión, que se hallan en su apogeo. Parecería que, paralelamente al crecimiento, las experiencias de síntesis, y por lo tanto, de ansiedad depresiva, se hacen más frecuentes y duraderas; todo esto forma parte del progreso en la integración. Con el progreso en la integración y la síntesis de emociones contrastantes hacia el objeto, la libido llega a mitigar las pulsiones destructivas[360]. Esto, sin embargo, conduce a una disminución efectiva de la ansiedad, lo cual constituye una condición fundamental del desarrollo normal.

Según sugerí, existen grandes variaciones en la fuerza, frecuencia y duración de los procesos de escisión (no solamente en individuos distintos sino también en un mismo niño en distintos momentos). La rápida alternancia, o incluso, según parece, simultaneidad, de una multitud de procesos, es parte de la complejidad de la vida emocional temprana. Por ejemplo, podemos ver que juntamente con la escisión del pecho en dos aspectos, amado y odiado

(bueno y malo), existe una escisión de distinta naturaleza que origina la sensación de que el yo, así como su objeto, están despedazados; tales procesos subyacen a los estados de desintegración[361]. Estos estados, como lo señalé más arriba, alternan con otros en los que va en aumento el grado de integración del yo y de síntesis del objeto.

Los tempranos métodos de escisión influyen fundamentalmente en la forma en que se lleva a cabo la represión, en un estadío algo ulterior; y esto a su vez determina el grado de interacción entre lo consciente y lo inconsciente. En otros términos, la medida en que las distintas partes de la mente permanecen «porosas» para unas para otras es determinada en gran parte por la fuerza o debilidad de los tempranos mecanismos esquizoides[362]. Los factores externos desempeñan un papel vital desde el principio; tenemos razones para suponer que todo lo que estimula el temor a la persecución refuerza los mecanismos esquizoides, es decir, la tendencia del yo a escindirse a sí mismo y al objeto, mientras que toda experiencia positiva fortalece la confianza en el objeto bueno y contribuye a la integración del yo y a la síntesis del objeto.

III

Algunas de las conclusiones de Freud implican que el yo se desarrolla mediante la introyección de objetos. En lo que concierne a la fase más temprana, el pecho bueno, introyectado en situaciones de gratificación y felicidad, llega a ser, a mi entender, parte vital del yo y fortalece su capacidad de integración. En efecto, este pecho interno bueno —que también forma el aspecto auxiliador y benigno del superyó temprano— fortalece la capacidad de amar del bebé y la confianza en sus objetos, exalta los estímulos hacia la introyección de objetos y situaciones buenos y es por lo tanto una fuente esencial de reaseguramiento contra la ansiedad, llega a ser el representante interior del instinto de vida. Pero el objeto bueno llena estas funciones solamente si es sentido como no dañado, lo cual implica que haya sido internalizado con sentimientos predominantes de gratificación y amor. Estos sentimientos presuponen que la gratificación al mamar ha estado relativamente exenta de perturbaciones provenientes de factores externos o internos. La fuente principal de disturbios internos se halla en las excesivas pulsiones agresivas que aumentan la voracidad y disminuyen la capacidad de tolerar la frustración. En otros términos, cuando en la fusión de los dos

instintos el instinto de vida predomina sobre el instinto de muerte —y por lo tanto la libido sobre la agresión—, el pecho bueno puede instalarse en forma más firme en la mente del lactante.

Sin embargo, los deseos sádico-orales del lactante, activos desde el principio de la vida y fácilmente despertados por la frustración de origen externo e interno, le producen inevitablemente una y otra vez la sensación de que el pecho se halla destruido y despedazado en su interior, como consecuencia de sus voraces ataques devoradores. Estos dos aspectos de la introyección existen conjuntamente.

El hecho de que predominen sentimientos de frustración o de gratificación en la relación del lactante son el pecho esta sin duda muy influido por las circunstancias externas pero no podemos dudar de que deben tenerse en cuenta los factores constitucionales que desde un principio contribuyen a fortalecer al yo. Sugerí anteriormente que la capacidad del yo para tolerar la tensión y la ansiedad y por lo tanto, en cierta medida, tolerar la frustración es un factor constitucional[363]. Esta mayor capacidad innata para tolerar la ansiedad parece en última instancia depender del predominio de la libido sobre las pulsiones agresivas, del papel desempeñado por el instinto de vida desde un principio en la fusión de los dos instintos.

Mi hipótesis de que la libido oral expresada en la función de mamar capacita al lactante para introyectar el pecho (y el pezón) como objeto relativamente no destruido, no contradice la suposición de que las pulsiones agresivas son más potentes en los estadios primitivos. Los factores que influyen en la fusión y defusión de los dos instintos son aún oscuros, pero no hay razón para dudar de que en relación con el primer objeto —el pecho— el yo es a veces capaz, mediante la escisión, de separar la libido de la agresión[364].

Volveré ahora sobre el papel que desempeña la proyección en las vicisitudes de la ansiedad persecutoria. Describí en otro lugar[365] la forma en que las pulsiones sádico-orales de devorar y vaciar el pecho materno son elaboradas en fantasías de devorar y vaciar el cuerpo de la madre. Ataques derivados de todas las demás fuentes de sadismo quedan pronto ligados a esos ataques orales y así se desarrollan dos principales líneas de fantasías sádicas. Una forma de ataque fantaseado —principalmente sádico-oral y ligado a la voracidad— consiste en vaciar el cuerpo de la madre de todo lo bueno y deseable. La otra —predominantemente anal— consiste en llenar el cuerpo materno con sustancias malas y partes del yo que fueron escindidas y proyectadas en el interior de la madre. Estas sustancias y partes malas son

principalmente representadas por los excrementos, que se transforman en instrumentos para dañar, destruir o controlar al objeto atacado. O bien todo el sí-mismo —sentido como «malo»— entra en el cuerpo materno y lo controla. En estas distintas fantasías el yo se posesiona por proyección de un objeto externo —en primer lugar de la madre— y lo transforma en una extensión del si-mismo. El objeto se transforma, hasta cierto punto, en representante del yo, y estos procesos constituyen a mi entender la base de la identificación por proyección o «identificación proyectiva[366]». La identificación por introyección y la identificación por proyección parecen ser procesos complementarios. Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva operarían ya en la primitiva relación con el pecho. El mamar como acto de «vampirismo», el vaciar el pecho, se desarrollan en la fantasía del bebé como un abrirse camino dentro del pecho y luego dentro del cuerpo materno. Por lo tanto la identificación proyectiva empezaría simultáneamente con la voraz introyección sádico-oral del pecho. Esta hipótesis concuerda con la opinión a menudo expresada por mí de que la introyección y la proyección interactúan desde el principio de la vida. Como hemos visto, la introyección de un objeto perseguidor está en cierta medida determinada por la proyección de una pulsión destructiva en el objeto. La tendencia a proyectar (expulsar) lo malo es incrementada por el temor a los perseguidores internos. Cuando la proyección está dominada por el temor a la persecución, el objeto en que ha sido proyectado lo malo (el si-mismo malo) se transforma en el perseguidor por excelencia, porque se lo ha dotado de todas las malas cualidades del sujeto. La reintroyección de este objeto refuerza agudamente el temor a los perseguidores internos y externos. (El instinto de muerte, o más bien, los peligros que lo acompañan, ha sido nuevamente vuelto hacia adentro). Existe así una constante interacción en la que los procesos involucrados en la identificación proyectiva desempeñan un papel vital.

La proyección de los sentimientos de amor —que subyacen al proceso de inversión de la libido en el objeto— es, según lo sugerí, la condición preliminar del hallazgo de un objeto bueno. La introyección de un objeto bueno estimula la proyección de sentimientos buenos hacia el exterior y esto, a su vez, por reintroyección, fortalece el sentimiento de poseer un objeto interno bueno. A la proyección del si-mismo malo en el objeto y en el mundo externo, corresponde la proyección de partes buenas del sí-mismo, o de todo el sí-mismo bueno. La reintroyección del objeto bueno reduce la ansiedad persecutoria. Así pues la relación con ambos mundos, interno y externo, mejora simultáneamente, y el yo adquiere mayor fuerza e integración.

El progreso de la integración que, según sugerí en una sección anterior, depende de la predominancia temporaria de las pulsiones de amor sobre las pulsiones destructivas, conduce a estados transitorios en los que el yo sintetiza sentimientos de amor y pulsiones destructivas hacia un objeto (en primer lugar el pecho materno). Este proceso de síntesis inicia nuevos pasos de importancia en el desarrollo (que bien pueden producirse simultáneamente): surgen las penosas emociones de la ansiedad depresiva y la culpa; la agresión es mitigada por la libido; en consecuencia, disminuye la ansiedad persecutoria; la ansiedad relativa al destino del objeto externo e interno en peligro conduce a una identificación más fuerte con él; por lo tanto el yo lucha por reparar y también inhibe las pulsiones agresivas, sentidas como peligrosas para el objeto amado[367].

Con la creciente integración del yo, las experiencias de ansiedad depresiva aumentan en frecuencia y duración. Simultáneamente, a medida que aumenta el alcance de la percepción, el concepto de madre como persona única y total se desarrolla en la mente del lactante a partir de una relación con partes de su cuerpo y varios aspectos de su personalidad (como su olor, tacto, voz, sonrisa, el ruido de sus pasos, etc.). La angustia depresiva y la culpa se centran gradualmente en la madre como persona y aumentan en intensidad; la posición depresiva aparece en primer plano.

IV

Describí hasta ahora ciertos aspectos de la vida mental durante los primeros tres o cuatro meses. (Debe recordarse, sin embargo, que solo puede darse una apreciación grosera de la duración de los estadios del desarrollo, en razón de las grandes variaciones individuales). En la descripción de este estadío, tal como lo presento, algunos rasgos se destacan como característicos. Predomina la posición esquizoparanoide. La interacción entre los procesos de introyección y proyección —reintroyección y reproyección— determina el desarrollo del yo. La relación con el pecho amado y odiado —bueno y malo — constituye la primera relación de objeto del lactante. Las pulsiones destructivas y la ansiedad persecutoria se hallan en su apogeo. El deseo de ilimitada gratificación tanto como la ansiedad persecutoria, contribuyen a que el lactante sienta que existen a la vez un pecho ideal y un pecho peligroso devorador, que se hallan cuidadosamente separados uno de otro en su mente. Estos dos aspectos del pecho materno son introyectados y constituyen el

núcleo del superyó. La escisión, la omnipotencia, la idealización, la negación y el control de los objetos internos y externos predominan en este estadío. Estos primeros métodos de defensa son de naturaleza extrema, de acuerdo con la intensidad de las emociones tempranas y la limitada capacidad del yo para tolerar la ansiedad aguda. Al mismo tiempo que estas defensas, en cierto modo, obstruyen el camino de la integración, son esenciales para el total desarrollo del yo, porque alivian una y otra vez las ansiedades del bebé. Esta seguridad relativa y temporaria se logra principalmente manteniendo el objeto perseguidor separado del objeto bueno. La presencia en la mente del objeto bueno (ideal) permite al yo conservar por momentos fuertes sentimientos de amor y gratificación. El objeto bueno también ofrece protección contra el objeto perseguidor porque el lactante siente que lo ha reemplazado (como lo muestra el ejemplo de la alucinación de la realización de deseos). Estos procesos subyacen, según creo, al hecho observable de que los niños pequeños oscilan con suma rapidez entre estados de completa gratificación y estados de gran aflicción. En este estadío primitivo, la capacidad del yo para manejar la ansiedad mediante la unión de las emociones contrastantes hacia la madre y por lo tanto de los dos aspectos de esta, es aún muy limitada. Esto implica que la atenuación del temor al objeto malo por medio de la confianza en el objeto bueno y la ansiedad depresiva solo surgen durante fugaces vivencias. A partir de los procesos alternados de desintegración e integración se desarrolla gradualmente un yo más integrado, con mayor capacidad para el manejo de la ansiedad persecutoria. La relación del bebé con partes del cuerpo de la madre, centrada en su pecho, se transforma gradualmente en una relación con ella como persona.

Estos procesos presentes en la más temprana infancia pueden ser considerados bajo los siguientes aspectos:

Un yo que posee ciertos rudimentos de integración y cohesión y progresa constantemente en esa dirección. También realiza, desde los comienzos de la vida postnatal, algunas funciones fundamentales; por ejemplo, usa los procesos de escisión y la inhibición de deseos instintivos como algunas de sus defensas contra la ansiedad persecutoria, vivenciada por el yo a partir del nacimiento.

Relaciones de objeto, moldeadas por la libido y la agresión, por el amor y el odio, y penetradas por una parte por la ansiedad persecutoria y por la otra por el corolario de esta: el reaseguramiento omnipotente que deriva de la idealización del objeto.

Introyección y proyección, ligadas a la vida de fantasía del lactante y a todas sus emociones, y por lo tanto objetos internalizados de naturaleza buena y mala, que inician el desarrollo del superyó.

A medida que el yo adquiere mayor capacidad para tolerar la ansiedad, los métodos de defensa se modifican paralelamente. A ello contribuye el creciente sentido de realidad y la mayor variedad de gratificación, intereses y relaciones de objeto. Disminuye la fuerza de las pulsiones destructivas y de la ansiedad persecutoria; se fortalece la ansiedad depresiva y llega a su clímax durante el período que describiré en la parte siguiente.

La posición depresiva infantil

I

Durante el segundo trimestre del primer año, ciertos cambios en el desarrollo intelectual y emocional del bebé se hacen más marcados. Su relación con el mundo externo —con las personas así como con las cosas— se vuelve más diferenciada. La gama de sus gratificaciones e intereses se amplía y aumenta su capacidad de expresar sus emociones y de comunicarse con la gente. Estos cambios observables evidencian el desarrollo gradual del yo. La integración, la conciencia, las capacidades intelectuales, la relación con el mundo externo y otras funciones del yo se desarrollan constantemente. Al mismo tiempo progresa la organización sexual del bebé; las tendencias uretrales, anales y genitales adquieren fuerza, aunque los impulsos y deseos orales predominan aún. Así pues, existe una confluencia de distintas fuentes de libido y agresión, que matiza la vida emocional del bebé y hace aparecer en primer plano varias situaciones nuevas de ansiedad; se amplía la gama de fantasías y estas se vuelven más elaboradas y diferenciadas. Paralelamente ocurren importantes cambios en la naturaleza de las defensas.

Todos estos progresos se reflejan en la relación del bebé con su madre (y en cierta medida con su padre y otras personas). La relación con la madre como persona, que se ha ido desarrollando gradualmente mientras el pecho figuraba aún como principal objeto, se establece más firmemente y la identificación con ella se fortalece cuando el bebé llega a percibir o introyectar a su madre como persona (o, en otras palabras, como «objeto total»).

Mientras que cierto grado de integración es condición previa para que el yo pueda introyectar a la madre y al padre como personas totales, el desarrollo ulterior en la dirección de la integración y síntesis se inicia al colocarse en primer plano la posición depresiva. Los diversos aspectos —amado y odiado, bueno y malo— de los objetos se unen y esos objetos son ahora personas totales. Estos procesos de síntesis actúan en la totalidad del campo de las relaciones de objeto externas e internas. Comprenden los aspectos contrastantes de los objetos internalizados (el superyó primitivo) por

una parte y de los objetos externos por la otra; pero el yo se ve llevado también a disminuir la discrepancia entre el mundo externo e interno o más bien la discrepancia entre las imágenes externas e internas Al mismo tiempo que estos procesos de síntesis, se producen ulteriores progresos en la integración del yo que conducen a una mayor coherencia entre las partes escindidas del yo. Todos estos procesos de integración y síntesis hacen que el conflicto entre el amor y el odio aparezca a plena luz La ansiedad depresiva y los sentimientos de culpa resultantes se modifican no solo en cantidad sino calidad. La ambivalencia es ahora vivenciada predominantemente hacia un objeto total. Se produce un acercamiento del amor y del odio, del pecho «bueno» y del «malo»; la madre «buena» y la madre «mala» ya no pueden ser mantenidas tan separadas como en el estadío primitivo. Aunque el poder de las pulsiones destructivas disminuye, estas pulsiones son sentidas como un gran peligro para el objeto amado, percibido ahora como persona. La voracidad y las defensas contra esta desempeñan un importante papel en este estadío, pues la ansiedad de perder irreparablemente el objeto amado o indispensable tiende a aumentar la voracidad. Esta, sin embargo, es sentida como incontrolable y destructiva, como amenaza a los objetos externos e internos. El yo por lo tanto inhibe más y más los deseos instintivos y esto puede conducir a serias dificultades del bebé para gustar o aceptar el alimento[368], y ulteriormente a serias inhibiciones en el establecimiento de relaciones tanto de afecto como eróticas.

Los pasos hacia la integración y síntesis descritos más arriba conducen a una mayor capacidad del yo para reconocer la realidad psíquica, cada vez más desgarradora. La ansiedad con respecto a la madre internalizada, a la que se siente dañada, sufriendo, en peligro de ser aniquilada, o ya aniquilada y perdida para siempre, conduce a una mayor identificación con el objeto dañado. Esta identificación fortalece a la vez el impulso a reparar y las tentativas del yo de inhibir las pulsiones agresivas. Una y otra vez el yo utiliza la defensa maníaca. Como ya hemos visto, la negación, la idealización, la escisión y el control de los objetos internos y externos son utilizados por el yo con el fin de neutralizar la ansiedad persecutoria. Estos métodos omnipotentes se conservan en cierta medida cuando surge la posición depresiva, pero ahora se los utiliza predominantemente para neutralizar la ansiedad depresiva. Cambian también por los progresos hacia la integración y síntesis, es decir que se hacen menos extremos y se adaptan más a la creciente capacidad del yo para afrontar la realidad psíquica. Alterados de este modo en forma y fin, esos métodos tempranos constituyen ahora la defensa maníaca.

Enfrentado con una multitud de situaciones de ansiedad, el yo tiende a negarlas, y cuando la ansiedad es máxima, el yo llega hasta a negar que pueda amar al objeto en forma alguna. El resultado puede ser una supresión permanente del amor, el apartarse de los objetos primitivos y un incremento de la ansiedad persecutoria, es decir, una regresión a la posición esquizo-paranoide[369].

Las tentativas del yo de controlar los objetos externos e internos —método que en la posición esquizo-paranoide está principalmente dirigido contra la ansiedad persecutoria— también sufren cambios. Cuando predomina la ansiedad depresiva, el control de objetos e impulsos es principalmente utilizado por el yo con el fin de prevenir la frustración, impedir la agresión y el consiguiente peligro para los objetos amados, es decir, mantener a raya la ansiedad depresiva.

También hay diferencia en el uso de la escisión del objeto y del sí-mismo. El yo, a pesar de que los primitivos métodos de escisión en cierta medida se mantienen, divide ahora el objeto total en un objeto indemne vivo y un objeto dañado y en peligro (quizá moribundo, o muerto); de este modo la escisión llega a ser principalmente una defensa contra la ansiedad depresiva.

Al mismo tiempo ocurren importantes progresos en el desarrollo del yo, que no solo lo capacitan para establecer defensas más adecuadas contra la ansiedad, sino que logran eventualmente una disminución efectiva de la misma. La repetida experiencia de enfrentar la realidad psíquica, implicada en la elaboración de la posición depresiva, aumenta la comprensión del bebé del mundo externo. Paralelamente, la imagen de los padres, en un principio distorsionada en figuras idealizadas y terribles, se aproxima gradualmente a la realidad.

Según expuse en párrafos anteriores, cuando el bebé introyecta una realidad externa más tranquilizadora, mejora su mundo interno; y esto a su vez por proyección mejora la imagen del mundo externo. Por lo tanto, gradualmente, a medida que el bebé reintroyecta una y otra vez un mundo externo más realista y tranquilizador, y también, en cierta medida, establece dentro de sí objetos totales e indemnes, se producen progresos esenciales en la organización del superyó. Sin embargo, a medida que se unen los objetos internos buenos y malos —siendo los aspectos malos atenuados por los buenos— se altera la relación entre el yo y el superyó, es decir, se produce una asimilación progresiva del superyó por el yo. (Véase la nota 2.)

En este estadío, el deseo de reparar el objeto dañado entra en juego de lleno. Según hemos visto anteriormente, esta tendencia se halla

inextricablemente ligada a sentimientos de culpa. Al sentir el bebé que sus pulsiones y fantasías de destrucción están dirigidos contra la persona total de su objeto amado, surge la culpa en toda su fuerza y, junto con ella, la necesidad dominante de reparar, preservar o revivir el objeto amado dañado. En mi opinión, estas emociones conducen a estadios de duelo, y las defensas movilizadas, a tentativas por parte del yo de superar el duelo.

Puesto que la tendencia a reparar deriva en última instancia del instinto de vida, origina fantasías y deseos libidinales. Esta tendencia forma parte de todas las sublimaciones y constituirá, a partir de este estadío en adelante, el medio más poderoso por el cual se mantiene a raya y se disminuye la depresión.

Parece que no existe ningún aspecto de la vida mental que en los estadios tempranos no sea utilizado por el yo como defensa contra la ansiedad. También la tendencia a reparar, utilizada en un principio en forma omnipotente, es transformada en defensa. El sentimiento (fantasía) del bebé puede describirse como sigue: «Mi madre está desapareciendo, tal vez no vuelva nunca, está sufriendo, está muerta. No, esto no puede ser, porque yo puedo revivirla».

La omnipotencia decrece a medida que el bebé adquiere gradualmente confianza a la vez en sus objetos y en sus capacidades de reparación[370]. Siente que todas las etapas del desarrollo, todo nuevo logro, complace a los que lo rodean y que en esta forma expresa su amor, compensa o anula el daño hecho por sus pulsiones agresivas y repara sus objetos amados dañados.

De este modo se establecen las bases del desarrollo normal: se desarrollan las relaciones con los demás, disminuye la ansiedad persecutoria referida a los objetos internos y externos, se establecen más firmemente los objetos internos buenos, lo que trae aparejado un sentimiento de mayor seguridad; todo lo cual fortalece y enriquece al yo. El yo más fuerte y coherente, aunque haga mayor uso de la defensa maníaca, une repetidamente y sintetiza los aspectos escindidos del objeto y del si-mismo. Gradualmente, los procesos de escisión y de síntesis se aplican a aspectos ahora menos distanciados unos de otros; aumenta la percepción de la realidad y los objetos aparecen bajo una luz más realista. Todos estos progresos conducen a una creciente adaptación a la realidad externa e interna[371].

Se produce un cambio paralelo en la actitud del bebé hacia la frustración. Como hemos visto, en el estadío más temprano el aspecto malo perseguidor de la madre (su pecho) representaba en la mente del lactante todo lo malo y frustrador, tanto interno como externo. Cuando aumenta el sentido de la

realidad en relación con los objetos y la confianza en ellos, el bebé se vuelve más capaz de distinguir entre la frustración impuesta desde el exterior y los peligros internos fantaseados. Por ende el odio y la agresión se relacionan más estrechamente con la frustración o daño reales derivados de factores externos. Esto constituye un paso hacia un método más realista y objetivo de manejo de su propia agresión, que despierta menos culpa y en último término capacita al niño tanto para vivenciar como para sublimar su agresión en una forma ego-sintónica.

Además, esta actitud más realista frente a la frustración —que implica la disminución de la ansiedad persecutoria relacionada con los objetos internos y externos— conduce a una mayor capacidad del bebé para restablecer una buena relación con la madre y otras personas cuando la vivencia de frustración no actúa ya. En otras palabras la creciente adaptación a la realidad ligada a cambios del funcionamiento de la introyección y la proyección— tiene por resultado una relación más segura con el mundo externo e interno. Esto conduce a una disminución de la ambivalencia y agresión, lo que permite que el deseo de reparación entre a jugar de lleno. En estas diversas formas el proceso de duelo que surge de la posición depresiva es gradualmente elaborado.

Cuando el bebé alcanza el estadío crucial comprendido entre los tres y los seis meses de edad y se enfrenta con los conflictos, culpa y pena inherentes a la posición depresiva, su capacidad de manejo de la ansiedad se halla en cierto grado determinada por su desarrollo anterior; es decir por la medida en que durante los tres o cuatro primeros meses de vida fue capaz de incorporar y establecer dentro de si el objeto bueno que forma el núcleo de su yo. Si este proceso fue exitoso —lo cual implica que la ansiedad persecutoria y los procesos de escisión no son excesivos y que cierto grado de integración ha sido alcanzado—, gradualmente pierden fuerza la ansiedad persecutoria y los mecanismos esquizoides, el yo puede introyectar y establecer el objeto total y atravesar la posición depresiva. Pero si el yo es incapaz de manejar las numerosas situaciones de ansiedad que surgen en este estadío —fracaso determinado por fundamentales factores internos como por experiencias externas—, puede hacer una marcada regresión desde la posición depresiva a la anterior posición esquizo-paranoide. Esto impediría también los procesos de introyección total y afectaría intensamente el desarrollo durante el primer año de vida y toda la niñez.

II

Mi hipótesis de la posición depresiva infantil descansa en los conceptos psicoanalíticos básicos relativos a los primeros estadios de la vida; es decir, la introyección primaria y la preponderancia de la libido oral y las pulsiones canibalistas de los niños muy pequeños. Estos descubrimientos de Freud y Abraham contribuyeron sustancialmente a la comprensión de la etiología de las enfermedades mentales. Desarrollando estos conceptos y relacionándolos con la comprensión del bebé que surgió del análisis de niños pequeños, llegué a entender la complejidad de los procesos y vivencias primarios y su efecto en la vida emocional del bebé; y esto a su vez permitió esclarecer más la etiología de las perturbaciones mentales. Una de mis conclusiones ha sido que existe un lazo particularmente estrecho entre la posición depresiva infantil y los fenómenos del duelo y de la melancolía[372]. Al continuar el trabajo de Freud sobre la melancolía, Abraham señaló una de las diferencias fundamentales entre el duelo normal y el anormal (véase la nota 3). En el duelo normal el individuo llega a establecer la persona amada y perdida dentro de su yo, mientras que en la melancolía y en el duelo anormal este proceso fracasa. También describe Abraham algunos de los factores fundamentales de los que depende el éxito o el fracaso de este proceso. Si las pulsiones canibalistas son excesivas, se malogra la introyección del objeto bueno perdido y esto conduce a la enfermedad. En el duelo normal el sujeto también se ve llevado a reinstalar la persona amada y perdida en su yo, pero en este caso el proceso es exitoso. No solamente se retiran y reinvisten las catexias referidas al objeto amado y perdido, como dice Freud, sino que durante este proceso el objeto perdido se establece en el interior.

En mi artículo «El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos», expreso la siguiente opinión: «Mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que, si bien es cierto que el rasgo normal del duelo es el establecimiento por parte del individuo del objeto amado y perdido dentro de sí, no está haciéndolo por primera vez, sino que, a través del trabajo del duelo, está reinstalando ese objeto así como todos sus objetos internos amados que siente haber perdido». Cada vez que surge la pena, esta mina el sentimiento de segura posesión de los objetos internos amados, porque reactiva las ansiedades tempranas por los objetos dañados y destruidos —por un mundo interno despedazado—. Sentimientos de culpa y ansiedades persecutorias —la posición depresiva infantil— se reactivan en toda su fuerza. Una reinstalación exitosa del objeto amado externo por el que se hace el duelo y cuya

introyección se intensifica por el proceso de duelo, implica que se restauran y recuperan objetos internos amados. Por lo tanto, la vuelta a la realidad característica del proceso de duelo constituye no solamente el medio de renovar los lazos con el mundo externo, sino también de restablecer el mundo interno destruido. El duelo involucra en esta forma una repetición de la situación emocional vivenciada por el bebé en la posición depresiva. Porque presionado por el temor a perder la madre amada, el bebé lucha con la tarea de establecer e integrar su mundo interno y construir sólidamente los objetos buenos dentro de sí.

Uno de los factores fundamentales que determinan si la pérdida del objeto amado (por muerte u otras causas) conducirá a la enfermedad maníaco-depresiva o será normalmente superada consiste, de acuerdo con mi experiencia, en el grado de éxito de la elaboración de la posición depresiva durante el primer año de vida y en la firme introyección de los objetos buenos en el interior.

La posición depresiva está ligada a cambios fundamentales de la organización libidinal del bebé, pues durante este período (alrededor de la mitad del primer año), el bebé entra en los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo y negativo. Me limitaré aquí a trazar tan solo un rápido esbozo al describir los estadios tempranos del complejo de Edipo[373]. Estos estadios tempranos se caracterizan por el importante papel que siguen desempeñando los objetos parciales en la mente del bebé mientras se establece la relación con los objetos totales. Además, a pesar de que los deseos genitales se acercan marcadamente al primer plano, predomina aún la libido oral. Poderosos deseos orales, incrementados por la frustración vivenciada en relación con la madre, se transfieren del pecho materno al pene del padre[374]. Los deseos genitales en los bebés de ambos sexos se unen a los deseos orales; lo que trae aparejada una relación oral, así como genital, con el pene del padre. Los deseos genitales se dirigen también hacia la madre. Los deseos del pene paterno están ligados a los celos de la madre, porque el bebé siente que esta recibe el objeto codiciado. Estas múltiples emociones y deseos en ambos sexos subyacen tanto al complejo de Edipo directo como al invertido.

Otro aspecto de los estadios edípicos tempranos está ligado al papel esencial desempeñado en la mente del bebé por el «interior» de la madre y el suyo propio. Durante el período precedente, en el que prevalecen las pulsiones destructivas (posición esquizo-paranoide), la necesidad del bebé de penetrar en el cuerpo materno y posesionarse de su contenido es de naturaleza

predominantemente oral y anal. Esta necesidad es activa aún en el estadío siguiente (posición depresiva), pero al aumentar los deseos genitales, se dirige mayormente hacia el pene paterno (igualado con bebés y materias fecales), el que, según cree el bebé, debe estar contenido dentro del cuerpo de la madre. Simultáneamente los deseos orales del pene paterno conducen a su internalización, y así el pene internalizado (a la vez objeto bueno y objeto malo) pasa a desempeñar un papel importante en el mundo objetal interno del bebé.

Los estadios tempranos del desarrollo edípico son muy complejos: convergen deseos de distintos orígenes; estos deseos se dirigen a objetos parciales así como a objetos totales; el pene del padre, codiciado y odiado, existe no solo como parte del cuerpo del padre, sino que el bebé siente que está simultáneamente en su propio interior y dentro del cuerpo de la madre.

La envidia parece ser inherente a la voracidad oral. El trabajo analítico me ha enseñado que la envidia (alternando con sentimientos de amor y gratificación) se dirige primeramente hacia el pecho nutricio. A esta envidia primitiva se agregan los celos cuando surge la situación edípica. Los sentimientos del bebé en relación con ambos padres parecen organizarse en la forma siguiente: cuando es frustrado, el padre o la madre gozan del objeto apetecido del que es privado —el pecho materno o el pene del padre— y gozan de él de manera continua. Es característico de las emociones y voracidad intensas del bebé el atribuir a los padres un estado constante de gratificación mutua de naturaleza oral, anal y genital.

Estas teorías sexuales forman la base de figuras parentales combinadas tales como: la madre que contiene el pene paterno o el padre en su totalidad; el padre que contiene el pecho materno o la madre en su totalidad; los padres fusionados inseparablemente en la relación sexual[375]. Fantasías de esta naturaleza también contribuyen a la idea de la «mujer con pene». Más aun, debido a la internalización, el bebé establece dentro de si esas figuras parentales combinadas y esto resulta esencial en diversas situaciones de ansiedad de naturaleza psicótica. A medida que se desarrolla una relación más realista con los padres, el bebé llega a considerarlos como individuos separados, o sea que la primitiva figura parental combinada pierde su fuerza[376].

Estos progresos están ligados a la posición depresiva. En ambos sexos, el temor de perder a la madre, objeto amado primario —es decir, la ansiedad depresiva—, contribuye a crear la necesidad de sustitutos; respondiendo a ella el bebé se vuelve primeramente hacia el padre, quien en ese estadío también

es introyectado como persona total. En esta forma, la libido y la ansiedad depresiva son desviadas de la madre en cierta medida, y este proceso de distribución estimula las relaciones de objeto y disminuye la intensidad de los sentimientos depresivos. Así pues, los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo y negativo alivian las ansiedades del niño y lo ayudan a superar la posición depresiva. Al mismo tiempo, sin embargo, surgen nuevos conflictos y ansiedades, puesto que los deseos edípicos hacia los padres implican que la envidia la rivalidad y los celos —poderosamente avivados aún en este estadío por las pulsiones sádico-orales— son ahora vivenciados hacia dos personas a las que se odia y ama a la vez. La elaboración de estos conflictos que surgen por primera vez en los estadios tempranos del complejo de Edipo forma parte del proceso de modificación de la ansiedad que se extiende más allá de la primera infancia hasta los primeros años de la niñez.

Para resumir: la posición depresiva desempeña un papel vital en el desarrollo temprano del niño, y normalmente al llegar a su término la neurosis infantil alrededor de los cinco años la ansiedad persecutoria y la ansiedad depresiva se han modificado. Los pasos fundamentales de la elaboración de la posición depresiva se dan sin embargo, cuando el bebé está estableciendo el objeto total —es decir, durante la segunda mitad del primer año—, y podría afirmarse que si estos procesos son exitosos, se habrá llenado una de las condiciones previas del desarrollo normal. Durante este período la ansiedad persecutoria y la depresiva se activan una y otra vez, como por ejemplo en las experiencias de dentición y destete. Esta interacción entre la ansiedad y los factores físicos es uno de los aspectos de los complejos procesos del desarrollo durante el primer año (procesos que involucran todas las emociones y fantasías del bebé); en verdad esto se aplica, hasta cierto punto, a todo el resto de la vida.

He recalcado a lo largo del presente capítulo que los cambios en el desarrollo emocional y las relaciones de objeto del bebé son paulatinos. El hecho de que la posición depresiva se desarrolle gradualmente explica por qué, generalmente, sus efectos en el bebé no aparecen en forma súbita[377]. También debemos recordar que, mientras son vivenciados los sentimientos depresivos, simultáneamente el yo desarrolla medios para contrarrestarlos. Esto en mi opinión constituye una de las diferencias fundamentales entre el bebé que está vivenciando ansiedades de naturaleza psicótica y el adulto psicótico; pues al tiempo que el bebé está elaborando estas ansiedades, ya se hallan en acción los procesos que conducen a su modificación. (Véase la nota 4.)

Desarrollo ulterior y modificación de la ansiedad

I

La neurosis infantil puede ser considerada como una combinación de procesos mediante los cuales las ansiedades de naturaleza psicótica son ligadas, elaboradas y modificadas. Pasos fundamentales en la modificación de las ansiedades persecutoria y depresiva forman parte del desarrollo durante el primer año. La neurosis infantil, tal como la veo, empieza pues en el primer año de vida y termina —al iniciarse el período de latencia— cuando se logra la modificación de las ansiedades tempranas.

Todos los aspectos del desarrollo contribuyen al proceso de modificación de la ansiedad, y por lo tanto, las vicisitudes de la ansiedad solo pueden comprenderse en su interacción con los demás factores del desarrollo. Por ejemplo, la adquisición de habilidades físicas, las actividades de juego, el desarrollo del lenguaje o el progreso intelectual en general, los hábitos de limpieza, el incremento de las sublimaciones, la ampliación de la gama de las relaciones de objeto, el progreso en la organización libidinal del niño, todos estos logros están inextricablemente entretejidos con aspectos de la neurosis infantil; en última instancia, con las vicisitudes de la angustia y las defensas involucradas contra ella. Solo puedo escoger aquí algunos de estos factores que interactúan e indicar en qué forma contribuyen a modificar la ansiedad.

Los primeros objetos perseguidores externos e internos son —de acuerdo con lo discutido anteriormente— el pecho malo de la madre y el pene malo del padre; e interactúan los temores de persecución referidos a los objetos internos y los referidos a los objetos externos. Estas ansiedades, focalizadas primeramente en los padres, hallan expresión en las fobias tempranas y afectan profundamente la relación del niño con sus padres. Las ansiedades persecutoria y depresiva contribuyen fundamentalmente a crear los conflictos que surgen en la situación edípica[378] e influyen en el desarrollo libidinal.

Los deseos genitales hacia ambos progenitores, que inician los estadios tempranos del complejo de Edipo (hacia la mitad del primer año), están al principio entretejidos con deseos y fantasías orales, anales y uretrales, de naturaleza a la vez libidinal y agresiva. Las ansiedades de carácter psicótico

originadas por pulsiones destructivas provenientes de todas estas fuentes tienden a reforzar estas pulsiones, y, en caso de ser excesivas, crean fuertes fijaciones en los estadios pregenitales[379].

Así pues, la ansiedad influye en cada etapa del desarrollo libidinal, ya que conduce a la fijación de estados pregenitales y una y otra vez a la regresión a estos. Por otra parte, la ansiedad y la culpa y la consiguiente tendencia a la reparación, agregan ímpetu a los deseos libidinales y estimulan la dirección progresiva de la libido, pues dar y recibir gratificación libidinal alivia la ansiedad y satisface también la necesidad de reparar. Por lo tanto, la ansiedad y la culpa a veces frenan y otras veces favorecen el desarrollo libidinal. Esto no solo varía de un individuo a otro, sino que puede variar en un mismo individuo, según la intrincada interacción de los factores internos y externos en determinado momento.

En las fluctuantes posiciones del complejo de Edipo positivo y negativo son vivenciadas todas las ansiedades tempranas, pues los celos, la rivalidad y el odio de estas posiciones, despiertan renovadamente las ansiedades persecutoria y depresiva. Las ansiedades focalizadas en los padres como objetos internos se elaboran sin embargo y disminuyen gradualmente a medida que el bebé extrae de la relación con los padres externos un creciente sentimiento de seguridad.

En el interjuego de progresión y regresión, fuertemente influido por la ansiedad, gradualmente llegan a dominar las tendencias genitales. A consecuencia de ello la capacidad para reparar aumenta, se amplían sus alcances y las sublimaciones adquieren fuerza y estabilidad, pues en el nivel genital están ligadas a la necesidad más creativa del ser humano. Las sublimaciones genitales de la posición femenina están ligadas a la fertilidad —el poder de dar vida— y por ende también a la recreación de objetos perdidos o dañados. En la posición masculina, el elemento de creación de la vida se halla reforzado por las fantasías de fertilizar a la madre dañada o destruida y así restaurarla o revivirla. El órgano genital, pues, no es solo un órgano de procreación, sino también un instrumento de reparación y de nueva creación.

El predominio de las tendencias genitales implica un gran progreso en la integración del yo, ya que ellas se hacen cargo de los deseos libidinales y reparatorios de carácter pregenital, produciéndose en esta forma la síntesis de las tendencias reparatorias pregenitales y genitales. Por ejemplo, la capacidad para recibir «bondad», en primer lugar el alimento y el amor de la madre tan deseados, y la necesidad de alimentarla como recompensa, y restaurarla en

esta forma —base de las sublimaciones orales— son condiciones previas de un desarrollo genital exitoso.

La creciente fuerza de la libido genital, que incluye el progreso de la capacidad para reparar, corre paralela a la disminución gradual de la ansiedad y de la culpa despertadas por las tendencias destructivas, aunque los deseos genitales sean causa de conflictos y culpa en la situación edípica. Se desprende de ello que la primacía genital implica una disminución de las tendencias y ansiedades orales, uretrales y anales. A través del proceso de elaboración de los conflictos edípicos y logro de la primacía genital, el niño se hace capaz de establecer firmemente los objetos buenos en su mundo interior y de desarrollar una relación estable con sus padres. Todo esto significa que está elaborando y modificando las ansiedades persecutoria y depresiva.

Existen razones para suponer que tan pronto como el bebé desplaza su interés hacia otros objetos distintos del pecho materno —como ser partes del cuerpo materno, los objetos que lo rodean, partes de su propio cuerpo, etcétera—, empieza un proceso fundamental para el incremento de las sublimaciones y relaciones de objeto. El amor, los deseos (agresivos así como libidinales) y las ansiedades, son transferidos del primero y único objeto, la madre, a otros objetos; y se desarrollan otros intereses que sustituyen la relación con el objeto primario. Este objeto primario es, sin embargo, no solo el pecho externo, sino el pecho bueno internalizado; y la desviación de los sentimientos y emociones relacionados ahora con el mundo externo está ligada a la proyección. La función de formación de símbolos y la actividad de las fantasías tienen gran importancia en todos los procesos descritos[380]. Con el surgimiento de la ansiedad depresiva y particularmente con el comienzo de la posición depresiva, el yo se ve llevado a proyectar, desviar y distribuir los deseos y emociones así como la culpa y la necesidad de reparar, en nuevos objetos e intereses. A mi entender, estos procesos constituyen la fuente principal de las sublimaciones a lo largo de la vida. Es, sin embargo, condición previa del desarrollo exitoso de las sublimaciones (como también de las relaciones de objeto y de la organización libidinal) que el amor por los primitivos objetos pueda mantenerse, mientras los deseos y ansiedades son desviados y distribuidos, pues el predominio de la queja y el odio hacia los objetos primarios tiende a hacer peligrar las sublimaciones y relaciones con objetos sustitutivos.

Surge otra perturbación de la capacidad para reparar y por lo tanto para sublimar, cuando, debido al fracaso en la superación de la posición depresiva,

la esperanza de reparar se ve debilitada, o, dicho en otra forma, cuando existe desesperanza por la destrucción ocasionada a los objetos amados.

II

Según sugiero más arriba, todos los aspectos del desarrollo están ligados a la neurosis infantil. Un rasgo característico de la neurosis infantil lo constituyen las fobias tempranas que surgen durante el primer año de vida y, cambiando de forma y contenido, aparecen y desaparecen a lo largo de los años de infancia. Tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva subyacen a las fobias tempranas, que incluyen dificultades en la alimentación, terrores nocturnos, ansiedad en ausencia de la madre, miedo a los extraños perturbaciones de las relaciones con los padres y de las relaciones de objeto en general. La necesidad de externalizar los objetos perseguidores es un elemento intrínseco del mecanismo de las fobias[381]. Esta necesidad deriva tanto de la ansiedad persecutoria (referida al yo) como de la ansiedad depresiva (centrada en los peligros que amenazan a los objetos internos buenos por parte de los perseguidores internos). Los temores a la persecución interna igualmente encuentran expresión en las ansiedades hipocondríacas. También contribuyen a una variedad de enfermedades físicas, como ser los frecuentes resfríos de los niños pequeños[382].

Las ansiedades orales, uretrales y anales (que intervienen tanto en la adquisición como en la inhibición de hábitos de limpieza) constituyen rasgos básicos de la sintomatología de la neurosis infantil. Igualmente constituye un rasgo característico de la neurosis infantil que ocurran distintas formas de recaída en los primeros años de vida. Según vimos más arriba, en caso de reforzarse la ansiedad de naturaleza persecutoria y depresiva, tiene lugar una regresión a estadios anteriores y a sus correspondientes situaciones de ansiedad. Esta regresión se manifiesta, por ejemplo, en el abandono de los hábitos de limpieza ya adquiridos; o bien en la reaparición, bajo formas ligeramente distintas, de fobias en apariencia superadas.

Durante el segundo año, las tendencias obsesivas se colocan en primer plano; expresan y, a la vez ligan, ansiedades orales, uretrales y anales. Se pueden observar rasgos obsesivos en rituales al acostarse, rituales relacionados con la limpieza, la alimentación, etc., y en una necesidad general de repetición (por ej., el deseo de escuchar incansablemente el mismo cuento, a veces contado con las mismas palabras, o de repetir los mismos juegos).

Estos fenómenos, aunque forman parte del desarrollo normal del niño, pueden ser descritos como síntomas neuróticos. La disminución o superación de estos síntomas conduce a la modificación de las ansiedades orales, uretrales y anales; esto a su vez implica una modificación de la ansiedad persecutoria y depresiva.

La capacidad del yo para desarrollar paso a paso defensas que le permitan en cierta medida elaborar las ansiedades, es parte esencial del proceso de modificación de la ansiedad. En el estadío más primitivo (esquizo-paranoide), la ansiedad es contrarrestada por defensas extremas y poderosas, tales como escisión, omnipotencia y negación[383]. En el estadío siguiente (posición depresiva), las defensas sufren, según hemos visto, importantes cambios caracterizados por la mayor capacidad del yo para tolerar la ansiedad. En el segundo año, con el progreso en el desarrollo del yo, el niño utiliza su creciente adaptación a la realidad externa y su creciente control de las funciones corporales para poner a prueba los peligros internos por medio de la realidad externa.

Todos estos cambios son característicos de los mecanismos obsesivos, los que también pueden ser considerados como una defensa muy importante. Por ejemplo, al adquirir hábitos de limpieza, las ansiedades del bebé referentes a sus heces peligrosas (es decir, referentes a su propia destructividad), a sus objetos malos internalizados y a su caos interno, disminuyen temporariamente una y otra vez. El control de los esfínteres le prueba que puede controlar los peligros internos y los objetos internos. Más aun, los excrementos reales sirven como prueba en contra de sus temores fantásticos de destructividad. Pueden ahora ser expulsados conforme al pedido de la madre o la niñera, quienes al aprobar las situaciones en que expulsa los excrementos parecen también aprobar la naturaleza de los mismos, y esto los vuelve «buenos[384]». De ello resulta que el niño llega a sentir que el daño hecho por sus excrementos en sus fantasías agresivas a sus objetos internos y externos, puede ser anulado. La adquisición de hábitos de limpieza disminuye por lo tanto su culpa y satisface su deseo de reparar[385].

Los mecanismos obsesivos constituyen una parte importante del desarrollo del yo. Capacitan a este para mantener temporariamente a raya la ansiedad. Esto a su vez ayuda al yo en el logro de mayor integración y fuerza; en esta forma es posible la gradual elaboración, disminución y modificación de la ansiedad. No obstante, los mecanismos obsesivos constituyen en este estadío tan solo una de las defensas. Si son excesivos y llegan a ser la defensa principal esto puede considerarse como una indicación de que el yo no puede

manejar eficazmente la ansiedad de naturaleza psicótica y de que se está desarrollando en el niño una grave neurosis obsesiva.

Otro cambio fundamental de las defensas caracteriza al estadío en que se fortalece la libido genital. Cuando esto sucede, según vimos anteriormente, el yo se halla más integrado, la adaptación a la realidad externa ha progresado; se ha desarrollado la función de la conciencia; también el superyó esta más integrado; se ha producido una síntesis más completa de los procesos inconscientes, es decir entre las partes inconscientes del yo y del superyó; es más nítida la demarcación entre lo inconsciente y lo consciente. Estos progresos permiten a la represión desempeñar el papel dominante entre las defensas[386]. Un factor esencial de la represión es el aspecto censurador y prohibidor del superyó, aspecto este que se fortalece como consecuencia del progreso en la organización del superyó. Las exigencias del superyó de mantener fuera de la conciencia determinadas pulsiones y fantasías de carácter agresivo y libidinal, las cumple el yo más fácilmente porque ha progresado en su integración y en la asimilación del superyó.

En una sección anterior describí cómo aun durante los primeros meses de vida el yo inhibe los deseos instintivos, primeramente bajo la presión de la ansiedad persecutoria y, algo más tarde, de la ansiedad depresiva. Se da otro paso adelante en el desarrollo de las inhibiciones instintivas cuando el yo puede hacer uso de la represión.

Hemos visto las formas en que el yo utiliza la escisión durante la fase esquizo-paranoide[387]. El mecanismo de escisión subyace a la represión (lo que está implícito en el concepto de Freud); pero en contraste con las primitivas formas de escisión, que conducían a estados de desintegración, la represión no tiene normalmente por resultado la desintegración del si-mismo. Puesto que en este estadío existe mayor integración tanto dentro de las partes conscientes como inconscientes del psiquismo, y puesto que en la represión la escisión efectúa predominantemente una división entre lo consciente y lo inconsciente, ninguna de las partes del si-mismo está expuesta al grado de desintegración que podía surgir en los estadios anteriores. Sin embargo, el grado en que se recurre a los procesos de escisión en los primeros meses de vida influye vitalmente en el empleo de la represión en un período ulterior. Porque en caso de no ser suficientemente superados los mecanismos esquizoides tempranos, puede resultar que en lugar de un límite fluido entre lo consciente y lo inconsciente, surja entre ellos una rígida barrera; esto indica que la represión es excesiva y que, por lo tanto, el desarrollo está perturbado. Por otra parte, mediante una represión moderada, el inconsciente y la

conciencia tienen mayores probabilidades de permanecer «porosos» uno con respecto al otro y por lo tanto las pulsiones y sus derivados son, en cierta medida, autorizados a emerger una y otra vez del inconsciente y son sujetos por parte del yo a procedimientos de selección y rechazo. La elección de las pulsiones, fantasías y pensamientos que deben ser reprimidos depende de la creciente capacidad del yo para aceptar las normas de los objetos externos. Esta capacidad está ligada a la mayor síntesis dentro del superyó y a la creciente asimilación del superyó por el yo.

Los cambios en la estructura del superyó, que se efectúan gradualmente y están siempre ligados al desarrollo edípico, contribuyen a la declinación del complejo de Edipo al iniciarse el período de latencia. En otras palabras, el progreso en la organización libidinal y en los distintos ajustes de los que llega a ser capaz el yo en este estadío, está ligado a la modificación de las ansiedades persecutoria y depresiva referidas a los padres internalizados, lo que implica mayor seguridad en el mundo interno.

Vistos a la luz de las vicisitudes de la angustia, los cambios característicos de la iniciación del período de latencia pueden resumirse como sigue: la relación con los padres es más segura; los padres introyectados se aproximan más a la imagen de los padres reales; sus normas, advertencias y prohibiciones son aceptadas e internalizadas y por lo tanto la represión de los deseos edípicos es más eficaz. Todo esto representa el clímax del desarrollo del superyó, resultado de un proceso que se extiende a lo largo de los primeros años de la vida.

Conclusiones

Examiné detalladamente las primeras etapas de la superación de la posición depresiva que caracterizan la segunda mitad del primer año de vida. Hemos visto que en los estadios tempranos, en los que predomina la ansiedad persecutoria, los objetos del bebé son de naturaleza primitiva y persecutoria: devoran, desgarran, envenenan, inundan, etc., es decir, que los múltiples deseos y fantasías orales, uretrales y anales son proyectados tanto en los objetos externos como en los objetos internalizados. La imagen de estos objetos se altera poco a poco en el psiquismo del bebé a medida que progresa la organización libidinal y se modifica la ansiedad.

Sus relaciones con su mundo interno y externo progresan simultáneamente; la interdependencia entre esas relaciones implica cambios en los procesos de introyección y de proyección que son un factor esencial para la disminución de las ansiedades persecutoria y depresiva. Todo esto tiene por resultado una mayor capacidad del yo para asimilar al superyó, aumentando en esta forma su propia fuerza.

Cuando se logra la estabilización, algunos factores fundamentales han sufrido alteraciones. No me ocupo ahora del progreso del yo, ligado en cada etapa (según traté de mostrarlo) al desarrollo emocional y a la modificación de la ansiedad, sino que deseo subrayar los cambios en los procesos inconscientes. Creo que estos cambios resultan más comprensibles si los vinculamos al origen de la ansiedad. Me refiero aquí nuevamente a mí afirmación de que las pulsiones destructivas (instinto de muerte) constituyen el factor primario causante de ansiedad[388]. La voracidad es incrementada por las quejas y el odio, es decir, por manifestaciones del instinto destructivo; pero estas manifestaciones son a su vez reforzadas por la ansiedad persecutoria. Cuando en el transcurso del desarrollo la ansiedad es a la vez reducida y mantenida a raya más firmemente, disminuyen las quejas y el odio así como la voracidad, y esto en última instancia conduce al debilitamiento de la ambivalencia. Expresando esto en función de los instintos: cuando la neurosis infantil pudo seguir su curso, es decir, cuando la ansiedad persecutoria y la ansiedad depresiva han sido reducidas y modificadas, el equilibrio en la fusión de los instintos de vida y de muerte (y también entre la libido y la agresión) ha sido alterado en alguna forma. Esto implica cambios importantes en los procesos inconscientes, es decir, en la estructura del

superyó y en la estructura y dominio de las partes inconscientes (tanto como conscientes) del yo.

Hemos visto que las fluctuaciones entre las posiciones libidinales y entre la progresión y la regresión, que caracterizan los primeros años de la niñez, están inextricablemente ligadas a las vicisitudes de las ansiedades persecutoria y depresiva que surgen durante la primera infancia. Así pues, estas ansiedades son no solo un factor esencial de fijación y regresión, sino que su influencia es constante en el curso del desarrollo.

El desarrollo normal exige como condición previa el mantenimiento, a través de la alternancia de la regresión y progresión, de aspectos fundamentales del progreso ya logrado. En otras palabras, exige que el proceso de integración y síntesis no sea fundamental y permanentemente perturbado. Si la ansiedad se mitiga gradualmente, la progresión deberá primar sobre la regresión y, en el curso de la neurosis infantil, quedarán establecidas las bases para la estabilidad mental.

Notas

N.º 1

Margaret A. Ribble relata observaciones realizadas en 500 bebés («Infantile Experience in Relation to Personality Development», 1944), y expresa sus opiniones, algunas de las cuales complementan las conclusiones a las que llegué a través del análisis de niños pequeños.

Así, refiriéndose a la relación con la madre desde el principio de la vida, recalca la necesidad del lactante de recibir los cuidados de la madre, necesidad que va mucho más allá de la gratificación al mamar; por ejemplo, dice en la pág. 631:

«Mucho de la calidad y cohesión de la personalidad del niño depende del apego emocional a la madre. Este apego (o empleando el término psicoanalítico, esta catexia dirigida hacia la madre) se desarrolla gradualmente a partir de la satisfacción que proviene de ella. Hemos estudiado la naturaleza de este apego progresivo tan esquivo y sin embargo tan esencial en razón de importantes detalles. Tres tipos de experiencia, o sea: la experiencia táctil, la experiencia kinestésica o sentido de la posición del cuerpo, y la experiencia del sonido, contribuyen en primer lugar a su formación. El desarrollo de esas capacidades sensoriales ha sido mencionado por casi todos los observadores del comportamiento infantil, pero no ha sido recalcada su particular importancia para la relación personal entre la madre y el niño».

La importancia de esta relación personal en el desarrollo físico del niño es subrayada por Margaret A. Ribble en varios lugares; por ejemplo, dice en la pág. 630:

«… las irregularidades más triviales en el cuidado personal o el manejo de todo lactante, como ser escaso contacto con la madre, insuficiente alzarlo en brazos, o cambios de niñera o de rutina general, provocan a menudo perturbaciones, como ser palidez, respiración irregular y trastornos alimentarios. En lactantes constitucionalmente sensibles o pobremente organizados, estas perturbaciones, si son demasiado frecuentes, pueden alterar

en forma permanente el desarrollo orgánico y psíquico y no pocas veces amenazan la vida misma».

En otro lugar, la autora resume estas perturbaciones en la forma siguiente (pág. 630):

«El lactante se halla continuamente en peligro potencial de desorganización funcional, debido al propio estado incompleto del cerebro y sistema nervioso. En lo exterior, el peligro radica en una súbita separación de la madre, quien ya sea intuitivamente o a sabiendas, debe mantener ese equilibrio funcional. La negligencia afectiva o falta de amor pueden ser igualmente desastrosas. Internamente, el peligro parece radicar en el aumento de tensión proveniente de necesidades biológicas y en la incapacidad del organismo para mantener su energía interior o equilibrio metabólico y excitabilidad refleja. La necesidad de oxígeno puede volverse aguda porque los mecanismos respiratorios del lactante no están aun suficientemente desarrollados para trabajar en forma adecuada a la creciente demanda interior causada por el rápido crecimiento de los lóbulos frontales».

Estas perturbaciones funcionales que, de acuerdo con las observaciones de M. Ribble, llegarían a poner en peligro la vida, pueden ser interpretadas como expresión del instinto de muerte que, según Freud, se dirige primitivamente contra el propio organismo (*Mas allá del principio de placer*). Afirmé que este peligro, que despierta el temor al aniquilamiento, a la muerte, constituye la causa primaria de ansiedad. El hecho de que los factores biológicos, fisiológicos y psicológicos están ligados desde el principio de la vida postnatal, es ilustrado por las observaciones de M. Ribble. Yendo más allá, sacaré la conclusión de que el constante y afectuoso cuidado del niño por la madre, al fortalecer la relación libidinal hacia ella, apoya el instinto de vida en su lucha contra el instinto de muerte (tratándose de lactantes «constitucionalmente sensibles o pobremente organizados», esto es esencial aun para mantenerlos vivos). En el presente trabajo y en «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa» discuto más ampliamente este punto.

Otro tema sobre el que las conclusiones de la doctora Ribble coinciden con las mías, se refiere a los cambios que ella sitúa hacia el tercer mes de vida. Estos cambios pueden considerarse como la contraparte fisiológica de los rasgos de la vida emocional que describí como aparición de la posición depresiva. Dice (pág. 64):

«En ese período, las actividades orgánicas respiratorias, digestivas y circulatorias empiezan a mostrar considerable estabilidad, indicando así que el sistema nervioso autónomo ha asumido sus funciones específicas. Sabemos

por estudios anatómicos que el sistema circulatorio fetal se halla generalmente obliterado por ese entonces. Aproximadamente en esa época aparecen en el electroencefalograma los trazados de ondas cerebrales típicos de los adultos… indicando probablemente una mayor madurez de la actividad cerebral. Se observan estallidos de reacciones emocionales no siempre bien diferenciadas pero que expresan obviamente una dirección positiva o negativa y que involucran la totalidad del sistema. Los ojos focalizan correctamente y siguen a la madre, los oídos funcionan bien y pueden diferenciar los ruidos que ella hace. El sonido que ella produce o su visión, provocan respuestas emocionales positivas que antes eran obtenidas solo por contacto, y que consisten en sonrisas oportunas y aun genuinas explosiones de alegría».

Creo que estos cambios están ligados a la disminución de los procesos de escisión y al progreso en la integración del yo y las relaciones de objeto; en particular están ligados a la capacidad del bebé para percibir e introyectar a la madre como persona total, todo lo cual he descrito como ocurriendo en el segundo trimestre del primer año, al aparecer la posición depresiva.

N.º 2

Cuando estas adaptaciones fundamentales de la relación entre el yo y el superyó no han sido cabalmente efectuadas durante el desarrollo temprano, una de las tareas esenciales del proceso psicoanalítico es la de capacitar al paciente para hacerlas retrospectivamente. Esto solo es posible mediante el análisis de los estadios más primitivos del desarrollo (así como de los ulteriores) y el análisis de la transferencia, tanto negativa como positiva. En la fluctuante situación transferencial, las figuras externas e internas —buenas y malas— que dominan inicialmente el desarrollo del superyó y de las relaciones objetales, son transferidas al psicoanalista. Por lo tanto, este a veces debe ocupar el lugar de imágenes terribles, y solamente en esta forma pueden ser vivenciadas, elaboradas y reducidas las ansiedades persecutorias infantiles. De hallarse el psicoanalista inclinado a reforzar la transferencia positiva, evita desempeñar para la mente del paciente el papel de figuras malas y es predominantemente introyectado como objeto bueno. En algunos casos, la creencia en objetos buenos puede ser reforzada; pero este beneficio está lejos de ser estable, puesto que el paciente no ha sido capacitado para vivenciar el odio, la ansiedad y la sospecha, que en los tempranos estadios de su vida se hallaban unidos a los aspectos terribles y peligrosos de los padres.

Solamente mediante el análisis de la transferencia negativa, así como de la positiva, el psicoanalista desempeña alternativamente el papel de objeto buenos y malos, es alternativamente amado y odiado, admirado y temido. En esta forma el paciente puede elaborar, y por lo tanto modificar, las tempranas situaciones de ansiedad; decrece la disociación de figuras buenas y malas, y estas se vuelven más sintetizadas, vale decir, la agresión es ahora atenuada por la libido. En otras palabras, la ansiedad persecutoria y la ansiedad depresiva quedan disminuidas, podríamos decir, de raíz.

N.º 3

Abraham (1924b) se refiere a la fijación de la libido en el nivel oral como a uno de los factores etiológicos fundamentales de la melancolía. Describe esa fijación en un caso particular en los siguientes términos: «En sus estados depresivos, se sentía sobrecogido por la añoranza del pecho de la madre, añoranza que era indescriptiblemente poderosa y diferente de cualquier otra cosa. Si la libido se halla aún fijada en este punto en el adulto, entonces se ha llenado una de las condiciones de mayor importancia para la aparición de una depresión melancólica».

Abraham apoya sus conclusiones, que arrojan nueva luz sobre la relación entre la melancolía y el duelo normal, en extractos de dos historiales clínicos. Se trataba por aquel entonces de los dos primeros pacientes maníaco-depresivos que emprendían un análisis exhaustivo, aventura nueva en el desarrollo del psicoanálisis. Hasta ese momento no se había publicado casi material clínico en apoyo del descubrimiento de Freud respecto a la melancolía. Según dice Abraham: «Freud describe en términos generales los procesos psicosexuales que ocurren en la melancolía. Pudo hacerse una idea intuitiva de ellos a través del tratamiento ocasional de pacientes depresivos; pero no ha sido publicado hasta ahora casi ningún material en la literatura psicoanalítica en apoyo de esa teoría».

Pero aun a través de estos pocos casos, Abraham llegó a comprender que ya en la niñez (a la edad de 5 años) había habido un verdadero estado agudo de melancolía. Dice que se inclinaría a hablar de «paratimia primaria» consecutiva al complejo de Edipo en el varón y termina su descripción en la forma siguiente: «Este es el estado de espíritu que llamamos melancolía».

En su artículo «The Problems of Melancholia» (1928), Sandor Rado va más allá y considera que la raíz de la melancolía puede hallarse en la

situación de hambre del niño de pecho. Dice: «El punto de fijación más profundo de la posición depresiva se halla en la situación de amenaza de pérdida del amor (Freud), y, de modo muy especial, en la situación de hambre del niño de pecho». Refiriéndose a la afirmación de Freud de que en la manía el yo se fusiona una vez más con el superyó formando una unidad, Rado infiere que este proceso es la repetición fiel de la experiencia de fusión con la madre que ocurre al beber de su pecho. No obstante, Rado no aplica esta conclusión a la vida emocional del lactante; se refiere únicamente a la etiología de la melancolía.

N.º 4

La descripción de los primeros seis meses de vida que he esbozado en estas dos secciones implica una modificación de algunos de los conceptos que presento en El psicoanálisis de niños. Describí allí la confluencia de las pulsiones agresivas de cualquier origen como «fase de sadismo máximo». Aún creo que las pulsiones agresivas están en su apogeo en el estadío en que predomina la ansiedad persecutoria; o, en otras palabras, que la ansiedad persecutoria es provocada por el instinto destructivo y constantemente alimentada por la proyección de las pulsiones destructivas en los objetos. Pues es inherente a la naturaleza de la ansiedad persecutoria el hecho de que esta incrementa el odio y los ataques contra el objeto sentido como perseguidor, y esto a su vez refuerza el sentimiento de persecución.

Algún tiempo después de la publicación de El psicoanálisis de niños elaboré mi concepto de la posición depresiva. Tal como lo veo ahora, con el progreso de las relaciones de objeto entre los tres y seis meses de edad, disminuyen tanto las pulsiones destructivas como la ansiedad persecutoria y comienza la posición depresiva. Por lo tanto mi opinión no varió en lo que respecta a la estrecha relación entre la ansiedad persecutoria y la predominancia del sadismo, pero debo alterar lo relativo a las fechas. Anteriormente sugería que la fase de máximo sadismo se halla en su apogeo hacia la mitad del primer año; diría ahora que se extiende a lo largo de los tres primeros meses de vida y corresponde a la posición esquizo-paranoide, descrita en la primera parte de este capítulo. Si supusiéramos que el bebé tiene determinado monto total de agresión, variable en cada niño, esta cantidad no sería a mi entender inferior, al principio de la vida postnatal, a lo que es en el estadío en que las pulsiones y fantasías canibalistas, uretrales y

anales actúan con fuerza plena. Considerada en términos de cantidad únicamente (punto de vista que sin embargo no tiene en cuenta los distintos factores que determinan la acción de los instintos), podría decirse que tiene lugar un proceso de distribución, a medida que se abren nuevas fuentes de agresión y que es posible un mayor número de aptitudes, tanto físicas como mentales, que gradualmente entran en juego; y el hecho de que estas pulsiones y fantasías de distintos orígenes se superpongan, interactúen y se refuercen mutuamente, también puede considerarse como expresión del progreso en la integración y la síntesis. Mas aun, a la confluencia de pulsiones y fantasías agresivas corresponde la confluencia de fantasías orales, uretrales y anales de carácter libidinal. Esto significa que la lucha entre la libido y la agresión es llevada a un campo más amplio. Digo en El psicoanálisis de niños: «La emergencia de los estadios de organización que conocemos corresponde, diría, no solo a las posiciones que la libido conquistó y estableció en su lucha contra el instinto destructivo, sino (ya que estos dos componentes están para siempre jamás tanto unidos como opuestos) a un creciente ajuste entre ellos».

La capacidad del bebé para entrar en la posición depresiva e instalar al objeto total dentro de sí, implica que no está ya tan fuertemente dominado por las pulsiones destructivas y la ansiedad persecutoria como lo estaba en un estadío más primitivo. La creciente integración introduce cambios en la naturaleza de su ansiedad pues, al irse sintetizando el amor y el odio en relación con el objeto, surge un gran dolor mental, sentimientos depresivos y culpa. El odio hasta cierto punto es mitigado por el amor, mientras que los sentimientos de amor son en cierta medida afectados por el odio; el resultado es un cambio en la cualidad de las emociones del bebé hacia sus objetos. Al mismo tiempo el progreso de la integración y las relaciones de objeto capacita al yo para desarrollar formas más efectivas de manejo de las pulsiones agresivas y de la ansiedad despertada por estas. Sin embargo, no podemos perder de vista el hecho de que las pulsiones sádicas, sobre todo porque actúan en varias zonas, constituyen un factor de suma importancia en los conflictos del bebé que surgen en este estadío; pues la esencia de la posición depresiva es la ansiedad del bebé de que su objeto amado sea dañado o destruido por su sadismo.

Los procesos emocionales y mentales que se desarrollan durante el primer año de vida (y que se repiten a lo largo de los primeros cinco o seis años) pueden ser definidos en términos de éxito o fracaso de la lucha entre la agresión y la libido; y la elaboración de la posición depresiva implica que en esta lucha (renovada en cada crisis mental o física) el yo es capaz de

desarrollar métodos adecuados de manejo y modificación de las ansiedades persecutoria y depresiva, y, en última instancia, de disminuir y mantener a raya la agresión dirigida hacia los objetos amados.

Elegí el término «posición» para designar las fases paranoide y depresiva porque estos agrupamientos de ansiedades y defensas, aunque surjan primeramente en los estadios primitivos, no se restringen a estos, sino que aparecen y reaparecen durante los primeros años de la infancia y, bajo determinadas circunstancias, en la vida ulterior.

28. Observando la conducta de bebés (1952)

I

Las conclusiones teóricas presentadas en el capítulo anterior fueron extraídas del trabajo psicoanalítico con niños pequeños[389]. Deberíamos esperar que esas conclusiones fueran corroboradas por observaciones de la conducta de bebés durante el primer año de vida. Pero esta corroboración tiene sus limitaciones, porque, como sabemos, los procesos inconscientes solo en parte se revelan por la conducta, sea en bebés o en adultos. Teniendo en cuenta esta observación, podemos lograr en nuestro estudio de los bebés cierta confirmación de los descubrimientos psicoanalíticos.

Muchos detalles de la conducta de los bebés, que antes escaparon a la observación o permanecieron enigmáticos, se han hecho más comprensibles y significativos, gracias a nuestro mayor conocimiento de los tempranos procesos inconscientes; en otras palabras, se ha agudizado nuestra facultad de observación en este campo particular. Es indudable que la incapacidad de hablar de los bebés obstaculiza nuestro estudio de ellos, pero hay muchos detalles del desarrollo emocional temprano que podemos reunir por otros medios distintos del lenguaje. Pero si queremos comprender al bebé, necesitamos no solo mayor conocimiento, sino también plena empatía con él, basada en el estrecho contacto entre nuestro inconsciente y el suyo.

Propongo ahora considerar algunos detalles de la conducta del bebé a la luz de las conclusiones teóricas expresadas en diversos capítulos de este libro. Como aquí apenas tomare en cuenta las múltiples variaciones que existen dentro de la gama de las actitudes fundamentales, mi descripción está destinada a ser bastante simplificada. Además, toda inferencia que pueda yo extraer sobre el desarrollo posterior debe quedar limitada por la siguiente consideración: desde el comienzo de la vida postnatal, y en cada estadío del desarrollo los factores externos afectan la evolución incluso en adultos, como sabemos las actitudes y el carácter pueden estar favorable o desfavorablemente influidos por el ambiente y circunstancias, y esto se aplica en mayor medida a los niños. Por consiguiente, al relacionar con el estudio de los bebés las conclusiones extraídas de mi experiencia psicoanalítica solo estoy sugiriendo posibles, o podría decirse, probables líneas de desarrollo.

El bebé recién nacido sufre de ansiedad persecutoria, provocada por el proceso de nacimiento y la pérdida de la situación intrauterina. Un parto prolongado o dificultoso está destinado a intensificar esta ansiedad. Otro

aspecto de esta situación de ansiedad es la necesidad impuesta al bebé de adaptarse a condiciones totalmente nuevas.

Estos sentimientos se alivian en cierto grado por las diversas medidas tomadas para darle calor, ayuda y bienestar y particularmente por la gratificación que siente al recibir el alimento y al succionar el pecho. Estas experiencias, culminando en la primera experiencia de succión, inician, como podemos suponer, la relación con la madre «buena». Parece que en alguna medida estas gratificaciones tienden a compensar por la pérdida del estado intrauterino. Desde la primera experiencia de lactancia en adelante, perder y recuperar el objeto amado (el pecho bueno) se convierte en una parte esencial de la vida emocional infantil.

Las relaciones del bebé con su primer objeto, la madre, y con la comida, están desde el principio mutuamente ligadas. Por consiguiente, el estudio de las pautas fundamentales de actitud hacia la comida parece el mejor acceso a la comprensión de los bebés[390].

La actitud inicial hacia la comida varía desde una aparente ausencia de voracidad hasta una gran avidez. Por ello recapitulare brevemente en este punto algunas de mis conclusiones sobre la voracidad: sugerí en el capítulo anterior que la voracidad surge cuando en la interacción entre los impulsos libidinales y agresivos estos últimos se refuerzan, la voracidad puede aumentar desde el principio por la ansiedad persecutoria. Por otra parte, como he señalado, las primeras inhibiciones en la alimentación pueden atribuirse también a la ansiedad persecutoria: esto significa que en algunos casos la ansiedad persecutoria aumenta la voracidad y en otros casos la inhibe. Como la voracidad es inherente a los primeros deseos dirigidos al pecho, influye vitalmente en la relación con la madre y en las relaciones objetales en general.

II

En la actitud hacia la succión se advierten considerables diferencias en los bebés, incluso durante los primeros días de vida[391], y se hacen más pronunciadas con el transcurso del tiempo. Por supuesto que tenemos que considerar plenamente cada detalle de la forma en que la madre alimenta y trata al bebé. Se observa que una actitud inicialmente promisoria hacia la comida puede ser desbaratada por condiciones adversas de la lactancia; mientras que a veces dificultades en la lactancia pueden ser mitigadas por el amor y la paciencia de la madre[392]. Algunos niños que, aunque buenos lactantes, no son marcadamente voraces, muestran indudables signos de amor y de progresivo interés por la madre en una etapa muy temprana, actitud que contiene algunos de los elementos esenciales de una relación objetal. He visto bebés que a las tres semanas interrumpían la mamada brevemente para jugar con el pecho de la madre o mirar su rostro. He observado también bebés muy pequeños, incluso en el segundo mes, descansar despiertos después de mamar, en la falda de la madre, mirarla, escuchar su voz y responderle con su expresión facial; era como una conversación amorosa entre la madre y el bebé. Esta conducta implica que la gratificación está tan relacionada con el objeto que da la comida como con la comida misma. Signos marcados de relación objetal en época temprana, con placer por la comida, son según creo buenos augurios para las futuras relaciones con los demás y para el desarrollo emocional en general. Podríamos concluir que en estos niños la ansiedad no es excesiva, en comparación con la fortaleza del yo, esto es, que el yo está en alguna medida capacitado para soportar la frustración y la ansiedad, y para manejarlas. Al mismo tiempo, estamos obligados a suponer que la capacidad de amor innata que se muestra en una relación objetal temprana solo puede desarrollarse libremente porque la ansiedad no es excesiva.

Es interesante considerar desde este punto de vista la conducta de algunos bebés en sus primeros días de vida, tal como fue descrita por Middlemore con la denominación de «lactantes soñolientos satisfechos[393]». Ella explica en los siguientes términos la conducta de estos bebés: «Como su reflejo de succión no fue inmediatamente provocado, eran libres de acercarse al pecho en diversas formas». Estos bebés se alimentaban bien al cuarto día y eran muy suaves en su acercamiento al pecho… «parecía que les gustaba chupar y agarrar con la boca el pezón, tanto como les gustaba mamar. Un resultado

interesante de la precoz distribución del sentimiento placentero era el hábito de jugar. Un niño soñoliento empezaba cada mamada prefiriendo jugar con el pezón antes que mamar. Durante la tercera semana, la madre se las ingenió para aplazar el juego acostumbrado hasta el final de la mamada, y esto continuó durante diez meses de lactancia, para deleite de madre e hijo». (Loc. cit.). Como los «lactantes soñolientos satisfechos» se convirtieron en buenos lactantes y continuaron jugando durante la mamada, yo supondría que en ellos la relación con el primer objeto (el pecho) fue desde el principio tan importante como la gratificación extraída de la succión y de la comida. Uno podría ir aún más lejos. Puede deberse a factores somáticos el hecho de que en algunos bebés el reflejo de succión no sea inmediatamente estimulado, pero hay buenas razones para creer que también están involucrados procesos mentales. Yo sugeriría que el acercamiento suave al pecho, precediendo al placer de la succión, puede también en cierta medida ser consecuencia de la ansiedad.

Me he referido en el capítulo anterior a mi hipótesis de que las dificultades en la lactancia que aparecen al principio de la vida pueden estar vinculadas a la ansiedad persecutoria. Los impulsos agresivos del bebé hacia el pecho tienden a convertirlo en su mente en el objeto devorador o semejante a un vampiro, y esta ansiedad podría inhibir la voracidad y en consecuencia el deseo de succionar. Entonces, yo sugeriría que el «lactante soñoliento satisfecho» puede manejar esta ansiedad refrenando el deseo de succionar hasta que haya establecido una relación libidinal segura con el pecho, chupándolo y tomándolo con la boca. Esto implicaría que desde el comienzo de la vida postnatal algunos bebés tratan de contrarrestar la ansiedad persecutoria por el pecho «malo» estableciendo una relación «buena» con el pecho. Los bebés que en un estadío tan temprano son ya capaces de volverse en forma llamativa hacia el objeto parecen tener, como he sugerido más arriba, una fuerte capacidad de amar.

Consideremos desde este punto de vista otro grupo que describe Middlemore. Ella observó que cuatro de siete «lactantes satisfechos activos» mordían el pezón, y que estos bebés «no mordían el pezón para tratar de asirlo mejor; los dos bebés que mordían con más frecuencia tenían fácil acceso al pecho». Además, «los bebés activos que muerden el pezón a menudo disfrutan algo al morder; su morder era deliberado y muy distinto del mascar y roer de los bebés insatisfechos…»[394]. Esta temprana expresión de placer al morder podría llevarnos a concluir que en estos niños los impulsos destructivos no estaban refrenados y por consiguiente no quedaban impedidas

la voracidad y el deseo libidinal de succionar. Sin embargo, incluso estos bebés no eran tan desenfrenados como podría parecer, porque tres de siete «rechazaron algunas de sus primeras mamadas con luchas y chillidos. A veces gritaban ante el más suave manipuleo y contacto con el pezón, en tanto que al mismo tiempo aparecía la evacuación; pero a veces a la mamada siguiente estaban succionando con dedicación[395]». Esto, creo, indica que la voracidad puede ser reforzada por la ansiedad, en contraste con los «lactantes soñolientos satisfechos», en los que la ansiedad hace que se refrene la voracidad.

Middlemore mencionó que de los siete bebés «soñolientos satisfechos» que observó, seis eran manipulados muy suavemente por sus madres, mientras que algunos «lactantes insatisfechos» provocaban la ansiedad de la madre y ella se impacientaba. Tal actitud aumenta necesariamente la ansiedad del niño y se establece entonces un círculo vicioso.

En lo que respecta a los «lactantes soñolientos satisfechos», si, como he sugerido, la relación con el primer objeto es utilizada como método fundamental para contrarrestar la ansiedad, cualquier perturbación en la relación con la madre está destinada a provocar ansiedad y puede llevar a graves dificultades en la incorporación del alimento. La actitud de la madre parece importar menos en el caso de los «lactantes satisfechos activos», pero esto puede ser engañoso. Tal como yo lo veo, en estos bebés el peligro no yace tanto en la perturbación de la alimentación (aunque incluso en niños muy voraces aparecen inhibiciones en la alimentación) como en el menoscabo de la relación objetal.

La conclusión es que es de la mayor importancia el trato paciente y comprensivo de la madre desde los primeros días en adelante. Esto se ve con mayor claridad gracias al incremento de nuestros conocimientos sobre la vida emocional temprana. Como he señalado: «El hecho de que una buena relación con la madre y con el mundo exterior ayuda al bebé a superar sus primeras ansiedades paranoides, arroja nueva luz sobre la importancia de las primeras experiencias. Desde sus comienzos, el análisis ha acentuado siempre la importancia de las primeras experiencias del niño, pero me parece que solo desde que sabemos más sobre la naturaleza y contenido de sus primeras ansiedades y el interjuego constante entre sus experiencias reales y su vida de fantasía, podemos comprender plenamente por qué el factor externo es tan importante[396]».

A cada paso pueden reducirse o aumentarse las ansiedades persecutoria y depresiva, por la actitud de la madre; y el grado en que en el inconsciente del

niño prevalecerán figuras protectoras o persecutorias, está fuertemente influido por sus experiencias reales, principalmente con su madre, aunque pronto también con el padre y con otros miembros de la familia.

III

El estrecho vínculo entre el bebé y la madre se centra en la relación con el pecho. Aunque desde los primeros días en adelante el bebé reacciona también a otros aspectos de la madre —su voz su rostro, sus manos—, las experiencias fundamentales de felicidad y amor, de frustración y odio, están inextricablemente ligadas al pecho de la madre. Este vínculo temprano con ella que se fortifica a medida que el pecho se instala firmemente en el mundo interno, influye básicamente en todas las otras relaciones, en primer lugar con el padre; subyace a la capacidad de formar cualquier apego profundo y fuerte hacia una persona.

En los bebés alimentados con mamadera, la mamadera puede tomar el lugar del pecho si es administrada en una situación que se aproxima a la alimentación por el pecho, esto es, si hay un contacto físico estrecho con la madre y el bebé es tratado y alimentado en forma cariñosa. En esas condiciones el bebé puede ser capaz de establecer dentro de sí un objeto que siente como la fuente primordial de lo bueno. En este sentido incorpora a sí el pecho bueno, proceso que subyace a una relación segura con la madre. Parecería, sin embargo, que la introyección del pecho bueno (y la madre buena) difiere en alguna forma entre los niños alimentados al pecho y los que no lo son. Está más allá del marco del presente capitulo elaborar estas diferencias y su efecto en la vida mental (Véase la nota N.º 1).

En mi descripción de relaciones objetales muy tempranas me he referido a niños que son buenos lactantes pero que no muestran excesiva voracidad. Algunos bebés muy voraces dan también signos tempranos de un progresivo interés por las personas en el que sin embargo, puede detectarse una similitud con su actitud voraz hacia la comida. Por ejemplo, la necesidad imperiosa de la presencia de personas a menudo parece relacionarse menos con la persona que con la atención deseada. Estos niños apenas pueden soportar que se los deje solos y parecen necesitar constantemente gratificación por medio de comida o atención. Esto indicaría que la ansiedad refuerza la voracidad y que hay una falla tanto para establecer firmemente el objeto bueno en el mundo interno como para construir la confianza en la madre como objeto externo bueno. Esta falla puede anunciar futuras dificultades, por ejemplo, una voraz y ansiosa necesidad de compañía, que va a menudo asociada al temor de estar

solo, y puede resultar en relaciones objetales inestables y transitorias que pueden describirse como «promiscuas».

IV

Veamos ahora los malos lactantes. Una incorporación muy lenta de la comida implica a menudo falta de goce, o sea, de gratificación libidinal; esto, si se enlaza a un interés temprano y llamativo por la madre y otras personas, sugiere que las relaciones objetales son usadas en parte para escapar a la ansiedad persecutoria relativa a la comida. Aunque estos niños puedan desarrollar buenas relaciones con la gente, la ansiedad excesiva que se manifiesta en esta actitud hacia la comida permanece como un peligro para la estabilidad emocional. Una de las diversas dificultades que pueden surgir posteriormente es la inhibición de la incorporación de alimento sublimado, esto es, una perturbación en el desarrollo intelectual.

Un marcado rechazo de la comida (en comparación con mamar lentamente) es evidentemente un índice de grave perturbación, aunque en ciertos niños esta dificultad disminuye cuando se introducen comidas nuevas, por ejemplo, mamadera en vez de pecho, o comida sólida en vez de líquida.

La falta de placer en la comida o el completo rechazo de ella, si se combinan con una deficiencia en el desarrollo de relaciones objetales, indican que los mecanismos paranoides y esquizoides —que están en su punto culminante durante los primeros tres o cuatro meses de vida— son excesivos y el yo no los maneja adecuadamente. Esto a su vez sugiere que prevalecen los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria, que las defensas del yo son inadecuadas y la ansiedad no se atempera lo suficiente.

Otro tipo de relación objetal deficiente es típico de algunos niños supervoraces. En ellos la comida se convierte en la fuente casi exclusiva de gratificación, y se desarrolla poco interés por la gente. Yo concluiría que tampoco ellos elaboran exitosamente la posición esquizo-paranoide.

V

La actitud de los bebés hacia la frustración es muy significativa. Algunos bebés —incluso entre los que se alimentan bien— pueden rechazar la comida cuando demoran en dársela, o presentar otros signos de perturbación en la relación con la madre. Los bebés que muestran tanto placer por la comida como amor por la madre toleran más fácilmente la frustración en la comida, la perturbación consiguiente en la relación con la madre es menos severa y sus efectos no duran tanto. Esto es índice de que la confianza y el amor por la madre están relativamente bien establecidos.

Estas actitudes fundamentales influyen también en la forma en que la alimentación con mamadera (complementando la del pecho o como sustituto de esta) es aceptada incluso por bebés muy pequeños. Algunos bebés sienten una fuerte sensación de perjuicio cuando se introduce la mamadera; la sienten como pérdida del objeto bueno primario y como privación impuesta por la madre «mala». Estos sentimientos no se manifiestan necesariamente como rechazo de la nueva comida; pero la ansiedad persecutoria y la desconfianza provocadas por esta experiencia pueden perturbar la relación con la madre y aumentar en consecuencia las ansiedades fóbicas, tales como el temor a los extraños (en este estadío temprano la comida nueva es en cierto sentido un extraño), o pueden aparecer posteriormente dificultades en la comida, o perturbarse la aceptación de comida en forma sublimada, por ejemplo, conocimientos.

Otros bebés aceptan la comida nueva con menos resentimiento. Esto implica una mayor tolerancia real a la privación, que es distinta del aparente sometimiento a ella y que deriva de una relación relativamente segura con la madre, permitiendo al bebé volverse hacia una nueva comida (y objeto) al tiempo que conserva el amor por la madre.

El caso siguiente ilustra la forma en que un bebé llegó a aceptar la mamadera como complemento de la alimentación por el pecho. La bebita A era una buena lactante (pero no excesivamente voraz) y pronto dio los indicios de una relación objetal en desarrollo que he descrito más arriba. Estas buenas relaciones con la comida y con la madre se revelaban en la forma pausada con que tomaba la comida, unida al goce evidente de ella; en sus ocasionales interrupciones de la mamada, cuando solo tenía pocas semanas, para mirar hacia el rostro o pecho de la madre; después, incluso al mirar

amigablemente a la familia mientras mamaba. A la sexta semana, tuvo que ser introducida una mamadera después de la mamada de la tarde, porque la leche del pecho era insuficiente. A tomó la mamadera sin dificultad. Pero, a la décima semana mostró dos días signos de disgusto mientras tomaba la mamadera, aunque la tomó toda. A la tercera tarde la rechazó por completo. Parecía que no había perturbación física ni mental en ese momento, el sueño y el apetito eran normales. La madre, no queriendo forzarla, la puso en la cuna después de la mamada al pecho, pensando que podría dormirse. La niñita lloró de hambre, entonces la madre, sin alzarla, le dio la mamadera, que ahora vació ávidamente. Lo mismo pasó en las tardes siguientes: cuando estaba en la falda de la madre, la bebita rechazaba la mamadera, pero la tomaba de inmediato cuando se la ponía en la cuna. Después de unos días aceptó la mamadera cuando todavía estaba en brazos de la madre y la succionó esta vez muy bien dispuesta; no hubo más dificultades cuando se introdujeron otras mamaderas.

Yo supongo que la ansiedad depresiva se había incrementado y había llevado, en este punto, al rechazo por el bebé de la mamadera dada inmediatamente después del pecho. Esto sugería la aparición relativamente temprana de la ansiedad depresiva[397] que, sin embargo, está de acuerdo con el hecho de que en esta bebita la relación con la madre se desarrolló muy temprano y en forma llamativa: los cambios en esta relación habían sido bastante notorios durante las pocas semanas anteriores al rechazo de la mamadera. Yo concluiría que a causa del incremento de ansiedad depresiva, la cercanía del pecho de la madre y su olor aumentaban tanto el deseo de la bebita de ser alimentada por él como la frustración porque el pecho estaba vacío. Cuando yacía en su cuna, A aceptaba la mamadera porque, como yo sugeriría, en esta situación la nueva comida se mantenía aparte del anhelado pecho, que, en ese momento, se había convertido en el pecho frustrante y dañado. De esta forma puede haber encontrado más fácil mantener con la madre una relación no perturbada por el odio que provocó la frustración, es decir, mantener intacta a la madre buena (el pecho bueno).

Todavía tenemos que explicar por qué luego de unos días la bebita aceptó la mamadera en la falda de la madre y después no tuvo más dificultades con las mamaderas. Creo que durante estos días había logrado manejar lo bastante su ansiedad como para aceptar con menos resentimiento el objeto sustitutivo junto con el primario; esto implicaría un progreso temprano hacia la distinción entre la comida y la madre, distinción que por lo general resulta de importancia fundamental para el desarrollo.

Citaré ahora un caso en que la perturbación en la relación con la madre surgió sin estar inmediatamente conectada con la frustración por la comida. Una madre me dijo que cuando su bebita B tenía cinco meses se la había dejado llorar más de lo habitual. Cuando por fin la madre se acercó para alzarla, la encontró en estado «histérico», la niñita aparecía aterrorizada, estaba evidentemente asustada de la madre y no parecía reconocerla. Solo después de cierto tiempo restableció completamente el contacto con la madre. Es significativo que esto ocurriera durante el día, cuando la niñita estaba despierta y no mucho después de la comida. Esta nena generalmente dormía bien, pero de vez en cuando se despertaba llorando sin motivo aparente. Hay buenas razones para suponer que la misma ansiedad que subyacía al llanto diurno era también la causa de la perturbación del sueño. Yo sugeriría que como la madre no vino cuando se la anhelaba, se convirtió en la mente de la niñita en la madre mala (persecutoria) y que por esta razón no parecía reconocerla y le tenía miedo.

El caso siguiente es también significativo. A una bebita, C, de doce semanas, se la dejó dormida en el jardín. Se despertó y lloró reclamando a la madre, pero su llanto no fue oído porque soplaba un fuerte viento. Cuando la madre fue por fin a alzarla era evidente que la bebita había estado llorando durante largo rato, su rostro estaba bañado en lágrimas, y su lloriqueo habitual se había convertido en chillidos incontrolados. Fue llevada adentro, todavía llorando, y los intentos de la madre para calmarla resultaron infructuosos. Por fin, aunque faltaba aproximadamente una hora para su próxima mamada, la madre recurrió a ofrecerle el pecho, remedio que nunca había fallado en ocasiones anteriores, cuando la niñita estaba molesta (aunque nunca había llorado antes en forma tan persistente y violenta). La bebita se prendió al pecho s comenzó a chupar vigorosamente, pero después de unas pocas chupadas rechazo el pecho y reanudó el llanto. Esto siguió hasta que se puso los dedos en la boca, y empezó a chuparlos. A menudo se chupaba los dedos y en muchas ocasiones se los ponía en la boca cuando se le ofrecía el pecho. Por regla general, la madre solo tenía que sacarle suavemente los dedos y sustituirlos por el pezón, y la nenita empezaba a mamar. Pero esta vez rechazó el pecho y gritó otra vez fuertemente. Pasaron unos momentos antes de que volviera a chuparse los dedos. La madre la dejó chupárselos durante algunos minutos acunándola y calmándola al mismo tiempo, hasta que la nena estuvo lo bastante tranquila como para tomar el pecho, y succionó hasta que se durmió. Parecería que para esta nenita, por las mismas razones que en el caso anterior, la madre (y su pecho), se había convertido en mala y persecutoria, y

por eso no podía aceptar el pecho. Luego del intento de mamar, encontró que no podía restablecer la relación con el pecho bueno. Recurrió a chuparse los dedos, es decir, a un placer autoerótico (Freud). Sin embargo, yo agregaría que en este caso el retiro narcisista fue provocada por la perturbación en la relación con la madre y que la nenita se negó a abandonar la succión de los dedos porque los dedos eran más dignos de confianza que el pecho. Al chuparlos restablecía la relación con el pecho interno y recobraba así bastante seguridad como para renovar la buena relación con el pecho y la madre externos[398].

Estos dos casos también agregan algo, según creo, a nuestra comprensión de las fobias tempranas, por ejemplo, el miedo provocado por la ausencia de la madre (Freud)[399]. Yo sugeriría que las fobias que surgen durante los primeros meses de vida son provocadas por la ansiedad persecutoria que perturba la relación con la madre internalizada y con la madre externa[400]. La división entre madre buena y mala y la intensa ansiedad fóbica relacionada con la madre mala quedan ilustradas en el caso siguiente.

Un varoncito, D, de diez meses, miraba a la calle con gran interés mientras su abuela lo sostenía ante la ventana. Cuando miró a su alrededor, vio de repente muy cerca de él el rostro desconocido de una visita, una mujer mayor, que recién había llegado y estaba parada al lado de la abuela. Tuvo un ataque de ansiedad que solo cedió cuando la abuela lo sacó de la habitación. Mi conclusión es que en ese momento el bebé sintió que la abuela «buena» había desaparecido y que la extraña representaba a la abuela «mala» (división basada en la escisión de la madre en un objeto bueno y uno malo). Más tarde volveré a este caso. Esta explicación de las ansiedades tempranas arroja también nueva luz sobre la fobia a los extraños (Freud). A mi entender, el aspecto persecutorio de la madre (o el padre), que deriva en gran parte de los impulsos destructivos hacia ellos, se transfiere a los extraños.

VI

Las perturbaciones del tipo que he descrito en la relación del bebé con la madre pueden observarse ya durante los tres o cuatro primeros meses de vida. Si estas perturbaciones son muy frecuentes y duran mucho pueden tomarse como indicación de que la posición esquizo-paranoide no es eficazmente manejada.

Una falta persistente de interés por la madre incluso en este estadío temprano, a la que poco después se agrega indiferencia hacia la gente en general y hacía los juguetes, sugiere una perturbación más grave del mismo orden. Esta actitud puede observarse también en bebés que no son malos lactantes. Para el observador superficial estos niños, que no lloran mucho, pueden parecer satisfechos y «buenos». Del análisis de adultos y niños, cuyas graves dificultades pueden rastrearse hasta cuando eran bebés, deduje que muchos de esos bebés están en realidad mentalmente enfermos y aislados del mundo externo debido a intensa ansiedad persecutoria y uso excesivo de mecanismos esquizoides. En consecuencia la ansiedad depresiva no puede ser exitosamente superada; se inhibe la capacidad de amor y de relaciones objetales, tanto como la vida de fantasía; se perturba el proceso de formación simbólica, provocando la inhibición del interés y de las sublimaciones.

Esta actitud, que podría describirse como apática, es diferente de la conducta de un bebé realmente contento, que a veces reclama atención, llora cuando se siente frustrado, da diversos signos de interés por la gente y de sentir placer en su compañía, y que sin embargo otras veces está bastante feliz solo. Esto indica una sensación de seguridad en sus objetos internos y externos; puede soportar la ausencia temprana de la madre sin ansiedad porque la madre buena está relativamente segura en su mente.

VII

En otros capítulos he descrito la posición depresiva desde varios ángulos. Consideremos aquí el efecto de la ansiedad depresiva ante todo en conexión con las fobias: hasta ahora las he relacionado solo con la ansiedad persecutoria y he ilustrado este punto de vista con algunos casos. Así he supuesto que la bebita, B, de cinco meses, estaba asustada de su madre, la que en su mente había cambiado de madre buena a mala, y que esta ansiedad persecutoria también perturbaba su sueño. Quisiera ahora sugerir que la perturbación en la relación con la madre también era causada por la ansiedad depresiva. Cuando la madre no volvía apareció en primer plano la ansiedad por si la madre buena estaba perdida porque la voracidad y los impulsos agresivos la habían destruido; esta ansiedad depresiva estaba ligada al temor persecutorio de que la madre buena se hubiera convertido en mala.

En el caso siguiente la ansiedad depresiva fue provocada también porque la bebita extrañaba a la madre. Desde los seis o siete meses C estaba acostumbrada a jugar en la falda de su madre durante la hora que precedía a su mamadera de la tarde. Un día, cuando la bebita tenía cinco meses y una semana, la madre tuvo visitas y estaba demasiado ocupada como para jugar con la bebita quien, sin embargo, recibió mucha atención por parte de la familia y de los visitantes. La madre le dio la mamadera de la tarde, la acostó como habitualmente y la bebita pronto se durmió. Dos horas después se despertó y lloró persistentemente; rechazó la leche (que en este estadío ya se le daba ocasionalmente con cuchara, como complemento, y que ella generalmente aceptaba) y siguió llorando. La madre renunció al intento de alimentarla y la bebita se instaló contenta en su falda durante una hora, jugando con los dedos de la madre, se le dio luego su mamadera de la noche a la hora habitual y se durmió rápidamente. Esta perturbación era muy desusada; pudo haberse despertado en otras ocasiones después de la mamadera de la tarde, pero solo una vez cuando había estado enferma (alrededor de dos meses antes) se había despertado y llorado. Excepto por la omisión del juego con la madre no había habido ninguna alteración de la rutina normal que pudiera explicar que la nenita se despertara y llorara. No había signos de hambre de malestar físico había estado contenta durante todo el día y durmió bien en la noche siguiente al incidente.

Yo quisiera sugerir que el haberse perdido el rato de juego con la madre, la había hecho llorar. C tenía una relación personal muy intensa con la madre y siempre había disfrutado plenamente esa hora en especial. Mientras que en otros períodos de vigilia estaba muy contenta cuando se la dejaba sola, en ese momento del día se ponía inquieta y evidentemente esperaba que su madre jugara con ella hasta la mamadera de la tarde. Si por perderse esta gratificación tuvo esa perturbación del sueño, nos vemos conducidos a otras conclusiones. Debiéramos suponer que la bebita tenía el recuerdo de la experiencia de este placer particular en este momento particular del día; que el momento de juego era para ella no solo una fuerte satisfacción de deseos libidinales sino también una prueba de la relación amorosa con la madre —en última instancia de la posesión segura de la madre buena— y que esto le daba una sensación de seguridad, antes de dormirse, ligada al recuerdo del momento de juego. Su sueño fue perturbado no solo porque extrañaba esta gratificación libidinal, sino también porque esta frustración le provocaba ambas formas de ansiedad: la ansiedad depresiva de haber perdido a su madre buena por sus impulsos agresivos, con los consiguientes sentimientos de culpa[401]; también la ansiedad persecutoria de que la madre se hubiera vuelto mala y persecutoria. Mi conclusión general es que, desde los tres o cuatro meses en adelante, ambas formas de ansiedad subyacen a las fobias.

La posición depresiva está ligada a algunos de los cambios importantes que pueden observarse en los bebés hacia la mitad del primer año (aunque comienzan algo más temprano y se desarrollan gradualmente). En este estadío las ansiedades persecutorias y depresivas se expresan en formas diversas, por ejemplo mayor irritabilidad, mayor necesidad de atención, o temporario alejamiento de la madre, súbitas rabietas, y mayor temor a los extraños; también los niños que normalmente duermen bien a veces sollozan en sueños, o de repente despiertan llorando con signos claros de miedo o tristeza. En este estadío cambia considerablemente la expresión facial; la mayor capacidad de percepción, el mayor interés por la gente y las cosas y la respuesta rápida a los contactos con las personas, se reflejan en el aspecto del niño. Por otra parte, hay signos de tristeza y sufrimiento que, aunque transitorios, contribuyen a que el rostro exprese más las emociones, que son a la vez de naturaleza más profunda y de mayor variedad.

VIII

La posición depresiva se hace culminante en la época del destete. Si bien, como se describió en párrafos anteriores, el progreso en la integración y los correspondientes procesos sintéticos en relación con el objeto originan sentimientos depresivos, estos sentimientos se intensifican más aun con la experiencia del destete[402]. En este estadío el bebé ya ha pasado por experiencias anteriores de pérdida, por ejemplo, cuando el pecho (o mamadera) intensamente deseado no reaparece inmediatamente y el bebé siente que nunca volverá. Sin embargo, la pérdida del pecho (o mamadera) que ocurre en el destete, es de otro orden. Se siente que esta pérdida del primer objeto amado confirma todas las ansiedades del bebé de naturaleza persecutoria y depresiva. (Véase la Nota N° 2).

El caso siguiente servirá como ilustración. El bebé E, destetado a los nueve meses, no mostraba perturbaciones especiales en su actitud hacia la comida. Por ese entonces ya había aceptado otras comidas y progresado en ellas. Pero demostraba mayor necesidad de la presencia de la madre y, en general, de atención y compañía. Una semana después de la última mamada sollozó en sueños, se despertó con signos de ansiedad y aflicción y no se podía tranquilizarlo. La madre recurrió a dejarlo succionar el pecho una vez más. Succionó de ambos pechos más o menos el tiempo habitual, y aunque había evidentemente poca leche pareció completamente satisfecho, se durmió contento y los síntomas antes descritos disminuyeron mucho a partir de esta experiencia. Esto es para mostrar que la ansiedad depresiva relacionada con la pérdida del objeto bueno, el pecho, había sido aliviada por el hecho de que el pecho reapareciera.

En la época del destete algunos bebés muestran menos apetito, otros voracidad aumentada, en tanto que otros aun oscilan entre estas dos reacciones. Estos cambios aparecen en cada paso del destete. Hay bebés que disfrutan mucho más de la mamadera que del pecho, incluso aunque algunos de ellos hayan tenido una lactancia satisfactoria; en otros mejora mucho el apetito cuando se introduce la comida sólida, y hay también bebés que en este punto desarrollan dificultades de alimentación que persisten en una u otra forma a través de los primeros años de la infancia[403]. Muchos bebés encuentran aceptables solo ciertos gustos, ciertas consistencias de comidas sólidas y repudian otros. Cuando analizamos niños, aprendemos mucho sobre

las causas de tales «manías» y llegamos a reconocer como su fuente más profunda las primeras ansiedades en relación con la madre. Ilustraré esta conclusión con un ejemplo de la conducta de la bebita F, de cinco meses, que había sido alimentada a pecho pero que también había tenido mamadera desde el principio. Rechazaba con violencia la comida sólida, como verduras, cuando se las daba la mamá, y las aceptaba muy tranquila cuando su padre le daba de comer. Luego de dos semanas aceptaba las nuevas comidas de la madre. Según un informe confiable, la niña, que ahora tiene seis años, tiene buena relación con ambos padres y con su hermano, pero muestra consecuentemente poco apetito.

Esto nos recuerda a la bebita A y la forma en que aceptaba las mamaderas complementarias. También con la bebita F pasó algún tiempo antes de que pudiera adaptarse lo suficiente a la nueva comida como para tomarla cuando se la daba la madre.

A lo largo de este capítulo he intentado mostrar que la actitud hacía la comida está ligada fundamentalmente a la relación con la madre e implica la vida emocional entera del bebé. La experiencia del destete hace surgir las emociones y ansiedades más profundas del bebé, y el yo más integrado desarrolla fuertes defensas contra ellas; tanto las ansiedades como las defensas intervienen en la actitud del infante hacia la comida. Aquí debo limitarme a unas pocas generalizaciones sobre los cambios en las actitudes hacia la comida que aparecen en la época del destete. En la raíz de muchas dificultades con la comida nueva está el temor persecutorio de ser devorado y envenenado por el pecho malo de la madre, temor que proviene de las fantasías del bebé de devorar y envenenar el pecho[404]. En un estadío algo posterior, a la ansiedad persecutoria se agrega (en grados variables) la ansiedad depresiva de que la voracidad y los impulsos agresivos destruyan el objeto amado. Durante y después del proceso de ser destetado esta ansiedad puede tener el efecto de aumentar o inhibir el deseo de comida nueva[405]. Como hemos visto antes, la ansiedad puede tener diversos efectos sobre la voracidad: puede reforzarla o puede conducir a fuertes inhibiciones de la voracidad y del placer de tomar alimentos. Un aumento del apetito en la época del destete sugeriría en algunos casos que durante la lactancia el aspecto malo (persecutorio) del pecho había predominado sobre el bueno; además, la ansiedad depresiva por el peligro que teme que corra el pecho amado contribuiría a la inhibición del deseo de comida (es decir, que tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva actúan en proporciones variables). Por consiguiente la mamadera, que en cierta medida proviene para la mente

del bebé del primer objeto, el pecho —a la vez que lo simboliza— puede ser tomada con menos ansiedad y más placer que el pecho de la madre. Sin embargo, algunos bebés no logran la sustitución simbólica del pecho por la mamadera, y sí llegan a gozar de sus comidas es cuando se les da comida sólida.

Una disminución del apetito con la primera interrupción del pecho o mamadera es un suceso frecuente e indica claramente ansiedad depresiva relacionada con la pérdida del primer objeto amado. Pero yo creo que la ansiedad persecutoria contribuye siempre al disgusto ante la nueva comida. El aspecto malo (devorador y venenoso) del pecho, que durante la lactancia estaba contrarrestado por la relación con el pecho bueno, se refuerza por la privación del destete, y se transfiere a la comida nueva.

Como he indicado más arriba, durante el proceso de destete tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas afectan intensamente la relación con la madre y con la comida. Sin embargo, es la intrincada interacción de una variedad de factores (internos y externos) lo que en este estadío determina el resultado; me refiero no solo a las variaciones individuales en la actitud hacía los objetos y la comida, sino ante todo al éxito o fracaso en la elaboración y, en cierto grado, la superación de la posición depresiva. Mucho depende de en qué medida, en el estadío más temprano, el pecho ha sido firmemente establecido dentro, y por ende en qué medida puede mantenerse el amor a la madre a pesar de las privaciones —todo lo cual depende en parte de la relación entre madre e hijo—. Como he sugerido, hasta los bebés muy pequeños pueden aceptar una comida nueva (la mamadera) con relativamente poca molestia (caso A). Esta mejor adaptación interna a la frustración, que se desarrolla a partir de los primeros días de vida, está ligada a los progresos en la diferenciación entre madre y comida. Estas actitudes fundamentales determinan en gran parte, especialmente durante el proceso de destete, la capacidad del bebé para aceptar, en el completo sentido de la palabra, sustitutos del objeto primario. Nuevamente aquí la conducta y sentimientos de la madre para con el niño son de la mayor importancia; su atención afectuosa y el tiempo que le dedica lo ayudan en sus sentimientos depresivos. La buena relación con la madre puede en cierta medida contrarrestar la pérdida del primer objeto amado, el pecho, e influir así favorablemente en la elaboración de la posición depresiva.

La ansiedad por la pérdida del objeto bueno, culminante en la época del destete, es también provocada por otras experiencias, como incomodidad física, enfermedades, y especialmente por la dentición. Estas experiencias

están destinadas a reforzar en el bebé las ansiedades persecutorias y depresivas. En otras palabras, el factor físico nunca puede explicar por si solo la perturbación emocional que las enfermedades o la dentición provocan en este estadío.

IX

Entre los desarrollos importantes, encontramos hacia la mitad del primer año la ampliación de la gama de relaciones objetales, y especialmente la creciente importancia que el padre cobra para el niño. He mostrado en otras oportunidades que los sentimientos depresivos y el temor a perder a la madre, además de otros factores del desarrollo, impulsan al bebé a volverse hacia el padre. Los estadios tempranos del complejo de Edipo y la posición depresiva están estrechamente vinculados y se desarrollan simultáneamente. Mencionare un solo caso, la bebita B, a quien ya me he referido.

Desde los cuatro meses en adelante, la relación con su hermano, varios años mayor que ella, jugó un papel prominente y notable en su vida; difería de su relación con la madre, como podía verse fácilmente, de varias maneras. Admiraba todo lo que su hermano hiciera o dijera, y le coqueteaba con persistencia. Usaba todos sus recursos para conquistarlo, para lograr su atención, y manifestaba una actitud francamente femenina hacia él. En esa época el padre estaba ausente excepto por breves períodos, y recién a los diez meses lo vio más a menudo; desde entonces desarrolló una relación muy estrecha y afectuosa con él, que en algunos rasgos esenciales se asemejaba a su relación con el hermano. Al principio de su segundo año a menudo llamaba a su hermano «Papito»; para entonces su padre se había convertido en su preferido. Su deleite al verlo, su embeleso cuando oía sus pasos o su voz, la forma en que lo mencionaba una y otra vez cuando estaba ausente, y muchas otras expresiones de sus sentimientos hacia él solo pueden ser descritas como enamoramiento. La madre reconocía claramente que en ese estadío la nenita en cierto modo quería más al padre que a ella. Aquí tenemos un ejemplo de la situación edípica temprana que, en este caso, fue experimentada primero con el hermano y transferida luego al padre.

X

La posición depresiva, como he postulado en varias oportunidades, es una parte importante del desarrollo emocional normal, pero la forma en que el niño maneja estas emociones y ansiedades, y las defensas que utiliza, son índice de que el desarrollo prosigue o no satisfactoriamente. (Véase la Nota N° 3).

El temor de perder a la madre hace que sea doloroso separarse de ella, incluso por breves períodos, y diversas formas de juego son tanto expresión de esta ansiedad como medio de superarla. La observación de Freud del varoncito de dieciocho meses con su carretel, apuntaba en esta dirección[406]. Tal como yo lo veo, por medio de este juego el niño estaba superando no solo sus sentimientos de pérdida, sino también su ansiedad depresiva[407]. Hay varias formas típicas de juegos similares al juego del carretel. Susan Isaacs (1952) mencionó algunos ejemplos, y yo agregaré ahora algunas observaciones de esta naturaleza. Los niños, a veces incluso antes de la segunda mitad del primer año, gozan en tirar cosas fuera de la cuna una y otra vez y esperan que retornen. Observé un desarrollo mayor de este juego en G, un bebé de diez meses, que hacía poco tiempo había empezado a gatear. Nunca se cansaba de arrojar un juguete lejos de si y luego gatear hacía él y agarrarlo. Me dijeron que ese juego había comenzado alrededor de dos meses antes, cuando hizo sus primeros intentos de avanzar. El bebito E, entre los seis y siete meses, notó una vez mientras vacía en su cuna que cuando levantaba las piernas, un juguete, que había arrojado a un costado, rodaba hacia él, y convirtió esto en un juego.

Ya en el quinto o sexto mes muchos bebés reaccionan con placer cuando uno se esconde y aparece sorpresivamente (véase la Nota N.º 4); y yo he visto a bebés incluso de siete meses jugar activamente a esto, tirar de la manta hasta ponerla por encima de la cabeza y sacarla después. La madre del bebé E hizo de este juego un hábito a la hora de acostarlo, permitiendo así que el niño se durmiera de buen humor. Parece que la repetición de estas experiencias es un factor importante para ayudar al niño a que supere sus sentimientos de pérdida y aflicción. Otro juego típico que encuentro de gran ayuda y confort para los niños pequeños es separarse del niño a la hora de dormir diciéndole «adiós, adiós», saludándolo con la mano, y dejar lentamente la habitación, como desapareciendo gradualmente. El uso de «adiós, adiós» y la mano, y

luego decir «vuelvo después» o «vuelvo pronto», o palabras semejantes cuando la madre deja la habitación, resulta generalmente de gran ayuda y consuelo. Sé de algunos bebés entre cuyas primeras palabras estaban «vuelvo» o «después».

Volvamos a la bebita B, para quien «adiós» fue una de sus primeras palabras. A menudo noté que cuando su madre estaba por dejar la habitación, una fugaz expresión de tristeza aparecía en los ojos de la niña, o parecía que estaba por llorar Pero cuando la madre agitaba la mano y le decía «adiós» parecía consolada y seguía jugando. Cuando tenía entre diez y once meses la vi practicar el gesto de adiós y recibí la impresión de que esto se había vuelto una fuente no solo de interés sino también de consuelo.

La creciente capacidad del bebé de percibir y comprender las cosas que lo rodean aumenta su confianza en su propia capacidad para enfrentarlas e incluso controlarlas, y también su confianza en el mundo externo. Sus repetidas experiencias con la realidad externa se convierten en los medios más importantes para superar su ansiedad persecutoria y depresiva. Esto es, a mi modo de ver, la prueba de realidad, y subyace al proceso de los adultos que Freud ha descrito como parte del trabajo de duelo[408].

Cuando un bebé es capaz de sentarse o pararse en su cuna, puede mirar a la gente, y en cierto sentido se acerca más a ella; esto sucede en mayor medida aun cuando puede gatear y caminar. Tales realizaciones implican no solo mayor habilidad para acercarse a su objeto por propia voluntad, sino también mayor independencia del objeto. Por ejemplo, la bebita B (alrededor de once meses) gozaba plenamente al gatear de un lado a otro por un pasillo durante horas y estaba muy contenta sola; pero de vez en cuando entraba gateando a la habitación donde estaba su madre (la puerta estaba abierta), le echaba un vistazo, trataba de hablarle y volvía al pasillo.

La enorme importancia psicológica de pararse, gatear y caminar ha sido descrita por algunos psicoanalistas. Mi objetivo es aquí señalar que todas estas realizaciones son utilizadas por el niñito para recuperar sus objetos perdidos, tanto como para encontrar en su lugar nuevos objetos; todo esto ayuda al bebé a superar su posición depresiva. El desarrollo del lenguaje, comenzando con la imitación de sonidos, es otro de los grandes logros que acercan al niño a la gente que ama y le permite también encontrar nuevos objetos. Al obtener nuevos tipos de gratificación disminuyen la frustración y el sufrimiento relacionados con las situaciones anteriores, lo que nuevamente procura mayor seguridad. Otro elemento del progreso alcanzado deriva de los intentos del bebé para controlar a sus objetos, su mundo externo tanto como el

interno. Cada paso del desarrollo es utilizado también por el yo como defensa contra la ansiedad, en este estadío principalmente contra la ansiedad depresiva. Esto contribuirá al hecho de que, como puede observarse a menudo, junto con los progresos del desarrollo, tales como caminar o hablar, los niños se vuelven más felices y vivaces. Para enfocarlo desde otro ángulo, el esfuerzo del yo para superar la posición depresiva promueve intereses y actividades, no solo durante el primer año de vida, sino a través de los años tempranos de la niñez[409].

El caso siguiente ilustra algunas de mis conclusiones sobre la vida emocional temprana. El bebé D mostraba a la edad de tres meses una relación muy intensa y personal con sus juguetes, o sea, con sus bolitas, campanilla y sonajero. Los miraba fijamente, los tocaba una y otra vez, se los llevaba a la boca y escuchaba el ruido que hacían; se enojaba con estos juguetes y chillaba cuando no estaban en la posición que él quería; se alegraba y volvían a gustarle cuando los colocaba en la posición correcta. Cuando tenía cuatro meses la madre observó que descargaba bastante su ira en sus juguetes; por otra parte, eran también para él un consuelo cuando se sentía afligido. A veces paraba de llorar cuando se le mostraban los juguetes, y también le servían de consuelo antes de dormir.

Al quinto mes distinguía claramente al padre, la madre y la mucama; lo demostraba inequívocamente en su mirada de reconocimiento y al esperar de cada uno ciertos tipos de juego. Sus relaciones personales eran ya muy llamativas en ese estadío; también había desarrollado una actitud especial para con la mamadera. Por ejemplo, cuando estaba vacía junto a él sobre la mesa, se volvía hacia ella, haciendo ruidos, acariciándola y chupando de cuando en cuando la tetilla. De su expresión facial podía deducirse que se estaba comportando con la mamadera como con una persona querida. A los nueve meses se lo vio mirar amorosamente a la mamadera y hablarle, aparentemente esperando que la mamadera le contestara. Esta relación con la mamadera es aún más interesante porque el nene nunca había sido un buen lactante y no mostraba ninguna voracidad, en realidad no demostraba ningún especial placer en alimentarse. Había habido dificultades en la lactancia casi desde el principio, ya que la leche materna se había acabado, y cuando tenía pocas semanas se le empezó a dar solo mamadera. Su apetito solo empezó a desarrollarse en el segundo año, e incluso entonces dependía en gran parte del placer de compartir la comida con los padres. Esto nos recuerda el hecho de que a los nueve meses su interés principal por la mamadera parecía ser de

naturaleza casi personal y no se relacionaba solamente con la comida que esta contenía.

A los diez meses se encariñó mucho con un trompo, siendo atraído primero por su borlita roja, que en seguida empezó a chupar; esto llevó a un gran interés por la forma en que podía hacerlo girar y el ruido que hacía. Pronto abandonó sus intentos de chuparlo, pero mantuvo su interés por la borlita. Cuando tenía quince meses, sucedió que otro trompo, que también le gustaba mucho, se cayó al suelo mientras jugaba con él y se separaron las dos partes. La reacción del niño a este incidente fue notable. Lloró, no se lo podía consolar y no quería retornar a la habitación en que el incidente había sucedido. Cuando por fin la madre logró llevarlo para mostrarle que la parte superior había sido colocada otra vez, rehusó mirar y se escapó de la habitación (incluso al día siguiente no quería acercarse al armario de juguetes donde solía guardar el trompo). Además, varías horas después del incidente se negó a tomar el té. Sin embargo, poco después su madre tomó su perrito de juguete y dijo: «Qué lindo perrito!». El niño resplandeció, tomó el perro y empezó a caminar de una persona a otra esperando que dijeran «Lindo perrito». Era claro que se identificaba con el perro de juguete, y que por consiguiente el afecto mostrado al juguete lo reaseguraba por el daño que sentía que había infligido al trompo.

Es significativo que ya en un estadío temprano el niño había demostrado ansiedad manifiesta ante cosas rotas. Por ejemplo, alrededor de los ocho meses lloró cuando se le cayó un vaso —y otra vez una taza— y se rompió. Pronto se perturbaba tanto a la vista de cosas rotas, sin importar quién hubiera causado el daño, que su madre inmediatamente las ponía fuera de su vista.

Su sufrimiento en tales ocasiones era indicación tanto de ansiedad persecutoria como depresiva. Esto se hace claro si vinculamos su conducta de cuando tenía unos ocho meses con el incidente posterior con el trompo. Mi conclusión es que tanto la mamadera como el trompo representaban simbólicamente el pecho de la madre (recordaremos que a los diez meses se comportaba con el trompo como lo hacía a los nueve meses con la mamadera), y que la rotura del trompo significó para él la destrucción del pecho y el cuerpo de su madre. Esto explicaría sus emociones de ansiedad, culpa y aflicción por el trompo roto.

Ya he vinculado el trompo con la taza rota y la mamadera, pero debe hacerse una conexión con algo anterior. Como hemos visto, el niño mostraba a veces gran enojo con sus juguetes, a los que trataba en forma muy personal. Yo sugeriría que su ansiedad y culpa observadas en un estadío posterior

podían rastrearse hasta la agresividad expresada hacia los juguetes, en especial cuando no le eran accesibles. Hay aun un vínculo anterior con la relación con el pecho de la madre, que no lo había satisfecho y le había sido retirado. De acuerdo con esto, la ansiedad por la taza o vaso rotos sería una expresión de la culpa por su enojo e impulsos destructivos, dirigidos primero hacia el pecho de la madre. Entonces, por formación simbólica, el niño había desplazado su interés a una serie de objetos, del pecho a los juguetes; mamadera-vaso-taza-trompo; y había transferido a estos objetos relaciones y emociones personales como enojo, odio, ansiedad persecutoria y depresiva, y culpa[410]. He descrito antes en este capítulo la ansiedad del niño ante un extraño, e ilustrado con ese ejemplo la escisión de la figura materna (en este caso, la figura de la abuela) en madre buena y mala. Eran marcados el temor a la madre mala y el amor por la buena, que se mostraban intensamente en sus relaciones personales. Yo sugiero que ambos aspectos de las relaciones personales intervenían en su actitud hacía las cosas rotas.

La mezcla de ansiedad persecutoria y depresiva que manifestó en el incidente del trompo roto, negándose a entrar en la habitación, y luego a acercarse al armario de los juguetes, muestra el temor a que el objeto se hubiera convertido en objeto peligroso (ansiedad persecutoria) porque había sido dañado. Pero no cabían dudas sobre los fuertes sentimientos depresivos que actuaban también en esta ocasión. Todas estas ansiedades se aliviaron cuando obtuvo un reaseguramiento del hecho de que el perrito (que lo representaba a él) era «lindo», o sea, bueno, y que sus padres todavía lo querían.

Conclusión

Nuestro conocimiento de los factores constitucionales y su interacción es aún incompleto. En los capítulos con que he contribuido a este libro, he tratado brevemente algunos factores, que ahora resumiré. La capacidad innata del yo para tolerar la ansiedad puede depender de la mayor o menor cohesión del yo en el nacimiento; esto a su vez causa una mayor o menor actividad de los mecanismos esquizoides, y en consecuencia una mayor o menor capacidad de integración. Otros factores presentes desde el principio de la vida postnatal son la capacidad de amar, la intensidad de la voracidad y las defensas contra la voracidad.

Yo sugiero que estos factores interrelacionados son expresión de ciertos estados de fusión entre los instintos de vida y muerte. Estos estados influyen básicamente en los procesos dinámicos con que la libido contrarresta y mitiga los impulsos destructivos, procesos de gran importancia para el moldeamiento de la vida inconsciente del niño. Desde el principio de la vida postnatal a los factores constitucionales se unen los externos, comenzando con la experiencia del nacimiento y las primeras situaciones de ser atendido y alimentado[411]. Además, tenemos buenas razones para suponer que desde los primeros días en adelante la actitud inconsciente de la madre afecta intensamente los procesos inconscientes del bebé.

No podemos menos que concluir, entonces, que los factores constitucionales no pueden considerarse separados de los ambientales y viceversa. Todos contribuyen a formar las primeras fantasías, ansiedades y defensas que, aunque caen dentro de ciertas pautas típicas, son infinitamente variables. Este es el terreno del que brota la mente y personalidad individual.

He intentado mostrar que al observar cuidadosamente a los bebés, podemos lograr cierto conocimiento de su vida emocional y también indicaciones sobre su futuro desarrollo mental. Dichas observaciones, dentro de los límites antes mencionados, apoyan hasta cierto punto mis descubrimientos sobre los estadios más tempranos del desarrollo. Se llegó a estos descubrimientos en el psicoanálisis de niños y adultos, cuando pude rastrear sus ansiedades y defensas hasta la primera infancia. Podemos recordar que el descubrimiento de Freud del complejo de Edipo en el inconsciente de sus pacientes adultos llevó a una observación más esclarecedora de los niños, la que a su vez confirmó plenamente sus

conclusiones teóricas. Durante las últimas décadas los conflictos inherentes al complejo de Edipo se reconocieron más ampliamente y como resultado aumentó la comprensión de las dificultades emocionales del niño; pero esto se aplica principalmente a los que se encuentran en un estadío más avanzado del desarrollo. La vida mental del niño muy pequeño es aún un misterio para la mayoría de los adultos. Yo me aventuro a sugerir que una observación más atenta de los bebés, estimulada por el mejor conocimiento de los procesos mentales tempranos proveniente del psicoanálisis de niños pequeños, llevará en el futuro a un mayor conocimiento de la vida emocional del bebé.

Yo sostengo (como lo he expresado en algunos capítulos de este libro y en artículos anteriores), que una excesiva ansiedad persecutoria y depresiva en niños pequeños es de significación crucial en la psicogénesis de los trastornos mentales. En el presente capítulo he señalado repetidamente que una madre comprensiva puede disminuir con su actitud los conflictos del bebé y ayudarlo así en alguna medida a manejar más eficazmente sus ansiedades. Un reconocimiento más completo y difundido de las ansiedades y necesidades emocionales del bebé disminuirá así los sufrimientos de la infancia y preparará el terreno para una mayor felicidad y estabilidad en la vida posterior.

Notas

N.º 1

Hay un aspecto fundamental de este problema que quisiera mencionar. Mi labor psicoanalítica me ha llevado a la conclusión de que el recién nacido siente inconscientemente que existe un objeto de bondad sin par del que podría obtenerse máxima gratificación, y que este objeto es el pecho de la madre. Creo además que este conocimiento inconsciente implica que la relación con el pecho de la madre y un sentimiento de poseer el pecho se desarrollan incluso en bebés que no han sido alimentados por el pecho. Esto explicaría el hecho antes mencionado de que también los niños alimentados con mamadera introyectan el pecho de la madre tanto en sus aspectos buenos como malos. Cuán fuerte será la capacidad del bebé alimentado con mamadera para establecer firmemente el pecho bueno en su mundo interno depende de una variedad de factores internos y externos entre los que representa un papel vital la capacidad innata de amor.

El hecho de que al principio de la vida postnatal exista un conocimiento inconsciente del pecho y que se experimenten sentimientos hacia el pecho solo puede concebirse como herencia filogenética.

Consideremos ahora el papel que juegan en estos procesos los factores ontogenéticos. Tenemos buenas razones para suponer que los impulsos del bebé, ligados a las sensaciones de la boca lo dirigen hacia el pecho de la madre, ya que el objeto de sus primeros deseos instintivos es el pezón y su fin es succionar el pezón Esto implicaría que la tetilla de la mamadera no puede reemplazar completamente el pezón anhelado ni tampoco puede reemplazar la mamadera el anhelado olor calor y suavidad del pecho de la madre. Por consiguiente a pesar de que el bebé pueda aceptar y disfrutar fácilmente de la mamadera (especialmente si se establece una situación que se aproxima a la alimentación por el pecho) de cualquier modo puede sentir que no está recibiendo la máxima gratificación y en consecuencia experimenta un profundo anhelo del único objeto que podría proporcionársela.

El deseo de objetos ideales inalcanzables es un rasgo general de la vida mental, porque deriva de las diversas frustraciones que el niño sufre en el

curso del desarrollo, culminando en la necesidad de renunciar al objeto edípico. Los sentimientos de frustración y aflicción llevan a fantasear con el pasado y a menudo se centran retrospectivamente en las privaciones sufridas en relación con el pecho de la madre, incluso en personas que han tenido una lactancia satisfactoria. Sin embargo he encontrado en varios análisis que, en personas que no habían sido alimentadas al pecho, la naturaleza del anhelo de un objeto inalcanzable muestra una intensidad y cualidad especial, algo tan profundamente enraizado que se evidencia su origen en la primera experiencia de succión y la primera relación objetal. Dichas emociones varían en fuerza de un individuo a otro, y tienen distintos efectos sobre el desarrollo mental. Por ejemplo, en ciertas personas el sentir que han sido privadas del pecho puede contribuir a una fuerte sensación de aflicción e inseguridad con diversas implicaciones para las relaciones objetales y el desarrollo de la personalidad. En otras, el anhelo de ese objeto único que, aunque no lo tuvieron, es sentido sin embargo como existente en alguna parte, puede estimular fuertemente ciertas líneas de sublimación, tales como la búsqueda de un ideal o elevadas normas para las propias realizaciones.

Compararé ahora estas observaciones con una frase de Freud. Refiriéndose a la importancia fundamental de la relación del bebé con el pecho de la madre, y con la madre misma, Freud dice: «El fundamento filogenético tiene tanta importancia en esta experiencia personal tan accidental que no importa sí el niño ha succionado realmente el pecho o ha sido criado con mamadera y nunca ha disfrutado del tierno cuidado de una madre. Su desarrollo toma en ambos casos la misma senda; *puede ser que en este último caso su anhelo posterior sea aún mayor». (Esquema del psicoanálisis*). (La cursiva es mía). Aquí Freud atribuye al factor filogenético una importancia tal que la experiencia real de lactancia del bebé se vuelve relativamente insignificante. Esto va más allá de las conclusiones a que mi experiencia me ha conducido. Sin embargo, en el pasaje que he subrayado, Freud parece considerar la posibilidad de que haber carecido de la experiencia de lactancia es sentido como privación, porque de otro modo no podríamos explicar que el anhelo del pecho de la madre «sea mayor aun».

N.º 2

He aclarado que los procesos de integración, que se expresan en la síntesis que hace el niño de sus contrastantes emociones para con la madre —y en

consecuencia el juntar los aspectos buenos y malos del objeto— subyacen a la ansiedad depresiva y a la posición depresiva. Está implícito que estos procesos se relacionan con el objeto desde el principio. En la experiencia de destete es el objeto primeramente amado lo que se siente perdido, y entonces se refuerzan las ansiedades persecutoria y depresiva referidas a él. El comienzo del destete constituye así una crisis primordial en la vida del bebé, y sus conflictos llegan a otro clímax en la fase final del destete. Cada detalle del modo en que se lleva a cabo el destete tiene influencia en la intensidad de la ansiedad depresiva del bebé y puede aumentar o disminuir su capacidad de elaborar la posición depresiva. Así, un destete lento y cuidadoso es favorable, mientras que un destete brusco, al reforzar súbitamente la ansiedad, puede perjudicar el desarrollo emocional. Surgen aquí varias cuestiones pertinentes. Por ejemplo ¿cuál es el efecto de la sustitución del pecho por la mamadera en las primeras semanas, o incluso meses, de la vida? Tenemos razones para suponer que esta situación difiere del destete normal, que empieza alrededor de los cinco meses. ¿Implicaría esto que, ya que en los primeros tres meses predomina la ansiedad persecutoria, esta forma de ansiedad es aumentada por un destete temprano, o produce esta experiencia una aparición más temprana de la ansiedad depresiva en el bebé? Cuál de estos dos resultados prevalecerá, dependerá en parte de factores externos, tales como el momento en que empieza el destete y la forma en que la madre maneja la situación; y en parte en factores internos que podrían resumirse a grandes rasgos como la fuerza de la capacidad intrínseca para el amor y la integración, lo cual, a su vez implica también una fuerza intrínseca del yo en el comienzo de la vida. Estos factores, como subrayé repetidamente, subyacen a la capacidad del bebé de establecer firmemente su objeto bueno, incluso en cierta medida aun cuando nunca haya tenido la experiencia de ser alimentado a pecho.

Otra cuestión se relaciona con el efecto del destete tardío, habitual en pueblos primitivos y también en ciertos sectores de las comunidades civilizadas. No tengo datos suficientes en los que basarme para responder a esta cuestión. Pero puedo decir que en la medida en que puedo juzgar por observaciones y por la experiencia psicoanalítica, hay un período óptimo para empezar el destete hacia la mitad del primer año. Porque en este sentido el bebé está atravesando la posición depresiva y en ciertas formas el destete lo ayuda a elaborar los ineludibles sentimientos depresivos. En este proceso lo ayuda la creciente variedad de relaciones objetales, intereses, sublimaciones y defensas, que desarrolla en este estadío.

Con respecto a la terminación del destete —o sea, el cambio final de succionar a beber de una taza—, es más difícil hacer una sugestión general sobre el mejor momento. Aquí deben tomarse como criterio decisivo las necesidades de cada niño en particular, que en este sentido pueden ser más fácilmente apreciadas por observación.

En algunos bebés hay incluso un estadío más a considerar en el proceso de destete, y es el abandono del chupeteo del pulgar o los dedos. Algunos bebés lo dejan por la presión de la madre o la niñera; pero, según mi observación, incluso cuando los bebés parecen renunciar espontáneamente a chuparse el dedo (y aquí también las influencias externas no pueden descontarse del todo), esto ocasiona conflicto, ansiedad y los sentimientos depresivos característicos del destete, en algunos casos con pérdida de apetito.

La cuestión del destete se vincula con el problema más general de la frustración. La frustración, si no es excesiva (y aquí es oportuno recordar que hasta cierto punto las frustraciones son inevitables), puede incluso ayudar al niño a manejar sus sentimientos depresivos. Porque la experiencia misma de que la frustración puede ser superada tiende a fortificar al yo y es parte del trabajo de duelo que ayuda al bebé a manejar la depresión. Más específicamente, la reaparición de la madre prueba una y otra vez que no ha sido destruida y no se ha convertido en la madre mala, lo que implica que la agresividad del bebé no ha tenido las consecuencias temidas. Hay así un equilibrio sutil e individualmente variable entre los efectos dañinos y útiles de frustración, equilibrio determinado por una variedad de factores internos y externos.

N.º 3

Yo sostengo que tanto la posición esquizo-paranoide como la depresiva son parte del desarrollo normal. Mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que sí en la primera infancia las ansiedades persecutorias y depresivas son excesivas en comparación con la capacidad del yo para manejar paso a paso la ansiedad, esto puede tener por consecuencia el desarrollo patológico del niño. En el capítulo anterior he descrito la división en la relación con la madre (la madre «buena» y la «mala»), que es característica de un yo no lo bastante integrado aún, y también de los mecanismos de escisión que están en su punto culminante durante los tres o cuatro primeros meses de vida. Normalmente, las fluctuaciones en la relación con la madre y los estados temporarios de

retraimiento —influidos por los procesos de escisión— no pueden evaluarse con facilidad, ya que en este estadío están estrechamente vinculados al estado inmaduro del yo. Sin embargo, cuando el desarrollo no está prosiguiendo satisfactoriamente, podemos obtener ciertos indicios de este fracaso. En este capítulo me he referido a ciertas dificultades típicas que indican que la posición esquizo-paranoide no se elabora satisfactoriamente. Aunque el cuadro pudo haber diferido en algunos puntos, todos los ejemplos tenían un rasgo importante en común: una perturbación en el desarrollo de las relaciones objetales que puede observarse ya durante los tres o cuatro primeros meses de vida.

Nuevamente, ciertas dificultades son parte del proceso normal de atravesar la posición depresiva, tales como malhumor, irritabilidad, sueño perturbado, mayor necesidad de atención y cambios en la actitud hacia la madre y la comida. Sí esas perturbaciones son excesivas y persisten indebidamente, pueden indicar fracaso en la elaboración de la posición depresiva y convertirse en la base de la enfermedad maníaco-depresiva en la vida posterior. Pero el fracaso en la elaboración de la posición depresiva puede llevar a un resultado diferente: ciertos síntomas, tales como el retraimiento de la madre y otras personas, pueden estabilizarse en vez de ser transitorios y parciales. Sí junto con esto el bebé se vuelve más apático, sin lograr desarrollar la ampliación de intereses y la aceptación de sustitutos que normalmente están presentes simultáneamente con los síntomas depresivos, y son en parte una forma de superarlos, podemos suponer que la posición depresiva no se está elaborando exitosamente; que ha tenido lugar una regresión a la posición anterior, la posición esquizo-paranoide, regresión a la que debemos atribuir gran importancia.

Repetiré mi conclusión, expresada en artículos anteriores: las ansiedades persecutoria y depresiva, sí son excesivas, pueden llevar en la infancia a graves enfermedades mentales y a deficiencia mental. Estas dos formas de ansiedad proporcionan también los puntos de fijación de las enfermedades paranoica, esquizofrénica y maníaco-depresiva en la vida adulta.

N.º 4

Freud menciona el placer del niño en el juego con su madre, cuando ella esconde su rostro y aparece después. (Freud no dice a qué estadío de la infancia se refiere, pero de la naturaleza del juego se podría suponer que se

refiere a bebés en la mitad del primer año o en meses posteriores, o quizás a niños algo mayores). En relación con esto afirma que el bebé «no puede distinguir aún entre ausencia temporaria y pérdida total. En cuanto extraña a su madre se comporta como si no fuera a verla nunca más; y repetidas experiencias consoladoras que prueban lo contrarío son necesarias antes de que aprenda que su desaparición es habitualmente seguida por su reaparición». (Inhibición, síntoma y angustia).

En lo que respecta a otras conclusiones, existe la misma diferencia de opinión en este punto que en la interpretación del juego del carretel, antes mencionado. Según Freud, la ansiedad que siente un niñito cuando extraña a su madre produce «una situación traumática sí en ese momento siente una necesidad que solo ella puede satisfacer. Se convierte en una situación de peligro sí esta necesidad no está presente en ese momento». Así el primer determinante de la ansiedad, que el mismo yo introduce, es la pérdida de la percepción del objeto (que es homologada a la pérdida del objeto mismo). No se trata aún de pérdida de amor. Solo más tarde la experiencia enseña al niño que el objeto puede estar presente pero enojado con él, y entonces la pérdida del amor del objeto se convierte en un peligro nuevo y mucho más duradero, y en determinante de ansiedad. A mi entender, como he señalado en diferentes oportunidades, y recapitulando aquí brevemente, el bebé siente tanto amor como odio hacia la madre, y cuando la extraña y no se satisfacen sus necesidades, su ausencia es sentida como resultado de sus impulsos destructivos; de ahí resulta ansiedad persecutoria (de que la madre buena pueda haberse convertido en la madre persecutoria enojada) y duelo, culpa y ansiedad (de que la madre amada sea destruida por su agresión). Una y otra vez se sobreponen a estas ansiedades, que constituyen la posición depresiva, por ejemplo, mediante juegos de carácter consolatorio.

Luego de haber considerado ciertas diferencias de opinión con respecto a la vida emocional y las ansiedades del bebé, llamaré la atención sobre un pasaje dentro del mismo contexto de la cita anterior, en el que Freud parece precisar sus conclusiones sobre el tema del duelo. Dice: «¿Cuándo la separación de un objeto produce ansiedad, cuándo produce duelo y cuándo puede ser que produzca solo dolor? Dejadme decir de inmediato que no hay perspectivas de responder actualmente a estas preguntas. Debemos contentarnos con extraer algunas distinciones y vislumbrar algunas posibilidades».

29. La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado (1955)

I

Al ofrecer como introducción a este libro[412] un trabajo dedicado especialmente a la técnica del juego, lo hice impulsada por la creencia de que mi investigación con niños y adultos, y mi contribución a la teoría psicoanalítica como un todo, derivan en última instancia de la técnica del juego que desarrollé con niños pequeños. No significa esto que mi labor posterior fuera una aplicación directa de la técnica del juego; pero la comprensión que obtuve acerca del temprano desarrollo, de los procesos inconscientes, y de la naturaleza de las interpretaciones por las que puede abordarse el inconsciente, ha tenido una gran influencia en mi trabajo con niños mayores y adultos.

Por lo tanto, señalaré brevemente las etapas de mi labor en relación con la técnica psicoanalítica del juego, aunque no intentaré dar una síntesis completa de mis hallazgos. En 1919, cuando comencé mi primer caso, ya se había llevado a cabo algún trabajo psicoanalítico con niños, particularmente por la Dra. Hug-Hellmuth[413]. Sin embargo, ella no intentó el psicoanálisis de niños menores de seis años y, a pesar de que usó dibujos y ocasionalmente el juego como material, no lo convirtió en una técnica específica. Cuando comencé mi trabajo era un principio establecido que se debía hacer un uso muy limitado de las interpretaciones. Con pocas excepciones, los psicoanalistas no habían explorado los estratos más profundos del inconsciente —en niños, tal exploración se consideraba potencialmente peligrosa—. Esta cautela se reflejaba en el hecho de que entonces y, por mucho tiempo, el psicoanálisis era considerado adecuado solamente para niños desde el período de latencia en adelante[414]. Mi primer paciente fue un niño de cinco años. Me referí a él con el nombre de «Fritz» en mis primeros trabajos publicados[415]. Al principio creí que sería suficiente influir en la actitud de la madre. Le sugerí que debía incitar al niño a discutir libremente con ella las muchas preguntas no efectuadas que se encontraban obviamente en el fondo de su mente e impedían su desarrollo intelectual. Esto tuvo un buen efecto, pero sus dificultades neuróticas no fueron suficientemente aliviadas y pronto decidimos que debía psicoanalizarlo. Al hacerlo, me desvié de algunas de las reglas establecidas hasta entonces, pues interpreté lo que pareció más urgente en el material que el niño me presentaba y mi interés se focalizó en sus ansiedades y en sus defensas contra ellas. Este nuevo enfoque me enfrentó en

seguida con serios problemas. Las ansiedades que encontré analizando este primer caso eran muy agudas, y a pesar de que fortalecía mi creencia de estar en el camino correcto el observar una y otra vez la atenuación de la ansiedad producida por mis interpretaciones, a veces me perturbaba la intensidad de las nuevas ansiedades que manifestaba. En una de esas ocasiones pedí el asesoramiento del Dr. Karl Abraham. Me contestó que como mis interpretaciones habían producido frecuentemente alivio y obviamente el análisis progresaba, no veía motivo para cambiar el método de acceso. Me sentí alentada por su apoyo y, efectivamente, en los días siguientes la ansiedad del niño, que había llegado a un máximo, disminuyó considerablemente, conduciendo a mayor mejoría. La convicción ganada en este análisis influyó vivamente sobre todo el curso de mi labor analítica.

Hicimos el tratamiento en la casa del niño con sus propios juguetes. Este análisis era el comienzo de la técnica psicoanalítica del juego, porque desde el principio el niño expresó sus fantasías y ansiedades principalmente jugando, y al aclararle consistentemente su significado, apareció material adicional en su juego. Es decir, en esencia, ya usé con este paciente el método de interpretación que se hizo característico de mi técnica. Este enfoque corresponde a un principio fundamental del psicoanálisis: la libre asociación. Al interpretar no solo las palabras del niño sino también sus actividades en los juegos, apliqué este principio básico a la mente del niño, cuyo juego y acciones —de hecho, toda su conducta— son medios de expresar lo que el adulto manifiesta predominantemente por la palabra. También me guiaron siempre otros dos principios del psicoanálisis establecidos por Freud, que desde el primer momento consideré como fundamentales: la exploración del inconsciente es la tarea principal del procedimiento psicoanalítico, y el análisis de la transferencia es el medio de lograr este fin.

Entre 1920 y 1923 reuní más experiencia con otros casos de niños, pero una etapa decisiva en el desarrollo de la técnica del juego fue el tratamiento de una niña de dos años y nueve meses a quien psicoanalicé en 1923. Di algunos detalles del caso de esta niña bajo el nombre de «Rita» en mi libro «El psicoanálisis de niños[416]». Rita padecía de terrores nocturnos y fobia a animales, era muy ambivalente hacia su madre, aferrándose a ella hasta tal punto que escasamente se la podía dejar sola. Tenía una marcada neurosis obsesiva y por momentos se deprimía mucho. Su juego estaba inhibido y su inhabilidad para tolerar frustraciones hacían su educación extremadamente difícil. Yo tenía muchas dudas acerca de cómo enfrentar este caso, ya que el análisis de una niña tan pequeña era un experimento completamente nuevo.

La primera sesión pareció confirmar mis presentimientos. Cuando Rita quedó sola conmigo en su habitación, mostró en seguida signos de lo que tomé por una transferencia negativa: estaba ansiosa y callada, y muy pronto pidió salir al jardín. Lo consentí y salí con ella; puedo agregar que lo hicimos bajo los ojos atentos de su madre y su tía, quienes lo tomaron como una señal de fracaso. Se sorprendieron mucho cuando volvimos a la habitación unos diez o quince minutos más tarde. La explicación de este cambio era que mientras estábamos afuera yo había estado interpretando su transferencia negativa (también eso en contra de la práctica usual). Por algunas cosas que ella dijo, y porque estaba menos asustada cuando nos encontramos afuera, concluí que estaba particularmente atemorizada de algo que yo podía hacerle cuando estaba sola conmigo en la habitación. Interpreté eso, y refiriéndome a sus terrores nocturnos, ligué su sospecha de mí como una extraña hostil con su temor de una mujer mala que la atacaría cuando se encontrase indefensa por la noche. Cuando minutos después de esta interpretación, le sugerí que volviéramos a la habitación, aceptó en seguida. Como ya lo dije, la inhibición de Rita al jugar era marcada, lo único que hacía era vestir y desvestir obsesivamente a su muñeca. Pero pronto comprendí las ansiedades subyacentes en sus obsesiones, y las interpreté. Este caso fortaleció mi convicción creciente de que una precondición para el psicoanálisis de un niño es comprender e interpretar las fantasías, sentimientos, ansiedades y experiencias expresadas por el juego o, si las actividades del juego están inhibidas, las causas de la inhibición.

Al igual que en el caso de Fritz, efectué el análisis en el hogar de la niña y con sus propios juguetes; pero durante ese tratamiento, que duró solo unos pocos meses, llegué a la conclusión de que el psicoanálisis no debería ser llevado a cabo en la casa del niño. Pues encontré que a pesar de que ella tenía gran necesidad de ayuda y sus padres habían decidido que yo debía intentar el psicoanálisis, la actitud de la madre hacia mí era muy ambivalente y la atmósfera en general era hostil al tratamiento. Más importante aún, descubrí que la situación de transferencia —piedra fundamental del procedimiento psicoanalítico— solo puede ser establecida y mantenida si el paciente es capaz de sentir que la habitación de consulta o la pieza de juegos, de hecho todo el análisis, es algo diferente de su vida diaria del hogar. Pues solo en tales condiciones puede superar sus resistencias a experimentar y expresar pensamientos, sentimientos y deseos que son incompatibles con las convenciones usuales y, en el caso del niño, que siente que están en contraste con mucho de lo que se le ha enseñado.

Hice más observaciones significativas en el psicoanálisis de una niña de siete años, también en 1923. Aparentemente sus dificultades neuróticas no eran serias, pero su desarrollo intelectual había preocupado a sus padres. No obstante ser bastante inteligente no podía estar al nivel del grupo de su edad, le disgustaba la escuela, y algunas veces se ausentaba sin conocimiento de los padres. Su relación con la madre, con la que había sido afectuosa y confidente, había cambiado desde que empezó a ir a la escuela: se había vuelto reservada y callada. Pasé unas pocas sesiones con ella sin lograr mucho contacto. Era claro que le disgustaba la escuela, y por lo que ella dijo desconfiadamente acerca de eso, como por otros detalles, pude hacer algunas interpretaciones que produjeron algún material. Pero mi impresión era que no conseguiría mucho más de ese modo. En una sesión en que hallé nuevamente a la niña callada y ensimismada, la dejé diciendo que regresaría en un instante. Fui a la habitación de mis hijos, recogí unos pocos juguetes, autos, pequeñas figuras, algunos ladrillos y un tren, los puse en una caja y volví junto a la paciente. La niña, que no tenía inclinación por el dibujo u otras actividades, se interesó en los juguetes pequeños y empezó a jugar en seguida. Por su juego concluí que dos de las figuras de juguete representaban a ella y a un niño pequeño, un compañero de escuela de quien ya había oído antes. Aparentemente había algo secreto en la conducta de estas dos figuras y otros individuos de juguete eran presentados como interfiriendo o mirando y se los dejaba de lado. Las actividades de los dos juguetes condujeron a catástrofes, tales como su caída o choque con autos. Repitió sus acciones con señales de ansiedad creciente. En este punto interpreté, teniendo en cuenta los detalles de su juego, que alguna actividad sexual parecía haber ocurrido entre ella y su amigo, y que eso le hacía temer mucho ser descubierta, y por lo tanto desconfiaba de otras personas. Señalé que mientras jugaba, ella se había vuelto ansiosa y pareció a punto de interrumpir el juego. Le recordé que a ella le disgustaba la escuela, y que eso podía conectarse con el temor de que la maestra descubriera su relación con el compañero y la castigara. Por sobre todo estaba asustada y por lo tanto desconfiaba de su madre, y ahora podía sentir del mismo modo con respecto a mí. El efecto de esta interpretación sobre la niña fue sorprendente: su ansiedad y desconfianza primero aumentaron, pero muy pronto dieron lugar a un alivio evidente. Su expresión facial cambió, y a pesar de que no admitió ni negó lo que yo había interpretado, mostró luego su conformidad produciendo nuevo material y volviéndose mucho más libre tanto en su juego como en su conversación; también su actitud hacia mí fue mucho más amistosa y menos suspicaz. Por

supuesto, la transferencia negativa, alternando con la positiva, salió a la luz una y otra vez; pero desde esta sesión en adelante, el análisis progresó bien. Simultáneamente me informaron que hubo cambios favorables en su relación con la familia, en particular con su madre. Su desagrado por la escuela disminuyó y se interesó cada vez más en sus estudios, pero su inhibición en el aprendizaje, que se fundaba en ansiedades profundas, solo fue resuelta gradualmente en el curso de su tratamiento.

II

He descrito cómo el uso de los juguetes que guardé especialmente para el paciente niño en la caja en que por primera vez los presenté, probó ser esencial para su análisis. Esta experiencia, al igual que otras, me ayudó a decidir qué juguetes son más adecuados para la técnica psicoanalítica del juego[417]. Consideré esencial tener juguetes pequeños, porque su número y variedad permiten al niño expresar una amplia serie de fantasías y experiencias. Es importante para este fin que los juguetes no sean mecánicos y que las figuras humanas, variadas solo en tamaño y color, no indiquen ninguna ocupación particular. Su misma simplicidad permite al niño usarlos en muchas situaciones diferentes, de acuerdo con el material que surge en su juego. El hecho de que así él pueda representar simultáneamente una variedad de experiencias y situaciones fantásticas y reales también hace posible que lleguemos a poseer un cuadro más coherente de los trabajos de su mente.

De acuerdo con la simplicidad de los juguetes, el equipamiento de la habitación de juego es también simple. No tiene nada excepto lo necesario para el psicoanálisis[418]. Los juguetes de cada niño son guardados en cajones particulares, y así cada uno sabe que solo él y el analista conocen sus juguetes, y con ellos su juego, que es el equivalente de las asociaciones del adulto. La caja en que por primera vez presenté los juguetes a la niña que mencioné antes se convirtió en el prototipo del cajón individual, que es parte de la relación privada e íntima entre el analista y el paciente, característica de la situación de transferencia psicoanalítica.

No sugiero que la técnica psicoanalítica del juego dependa enteramente de mi selección particular de material de juego. A menudo los niños traen espontáneamente sus propios objetos y el juego con ellos entra como cosa natural en el trabajo analítico. Pero creo que los juguetes provistos por el analista debieran ser en general del tipo que he descrito, es decir simples, pequeños y no mecánicos.

Sin embargo, los juguetes no son el único requisito para un análisis del juego. Muchas de las actividades del niño se efectúan a veces en el lavatorio, que está equipado con una o dos pequeñas tazas, vasos y cucharas. A menudo él dibuja, escribe, pinta, corta, repara juguetes, etc. A veces, en el juego, asigna roles al analista y a sí mismo, tales como en el juego de la tienda, del doctor y el paciente, de la escuela, de la madre y el hijo. En esos pasatiempos,

con frecuencia el niño toma la parte del adulto, expresando con eso no solo su deseo de revertir los roles, sino también demostrando cómo siente que sus padres u otras personas con autoridad se comportan con respecto a él —o *deberían* comportarse—. Algunas veces descarga su agresividad y resentimiento siendo, en el rol del padre, sádico hacia el niño, que es representado por el analista. El principio de interpretación sigue siendo el mismo si las fantasías son presentadas por juguetes o por una dramatización. Pues cualquiera que sea el material usado, es esencial que se apliquen los principios analíticos subyacentes en la técnica[419].

La agresividad se expresa de varios modos en el juego del niño, directa o indirectamente. A veces rompe un juguete o, cuando es más agresivo, ataca con un cuchillo o tijeras la mesa o pedazos de madera; desparrama agua o pintura y generalmente la habitación se convierte en un campo de batalla. Es esencial permitir que el niño deje surgir su agresividad; pero lo que cuenta más es comprender por qué en este momento particular de la situación de transferencia aparecen impulsos destructivos y observar sus consecuencias en la mente del niño. Pueden seguir sentimientos de culpa muy poco después de que el niño ha roto, por ejemplo, una figura pequeña. La culpa aparece no solo por el daño real producido, sino por lo que el juguete representa en el inconsciente del niño, por ejemplo, un hermano o hermana pequeños, o uno de los padres. Algunas veces podemos deducir de la conducta del niño hacia el analista, que no solo culpa sino también ansiedad persecutoria son la secuela de estos impulsos destructivos y que él teme la represalia.

Usualmente he expresado al niño que no toleraría ataques a mí misma. Esta actitud no solo protege al psicoanalista sino que tiene también importancia para el análisis. Pues si tales asaltos no son mantenidos dentro de límites, pueden despertar excesiva culpa y ansiedad persecutoria en el niño y por lo tanto agregar dificultades al tratamiento. Algunas veces se me ha preguntado con qué método prevenía los ataques corporales, y pienso que la respuesta es que cuidaba mucho no inhibir las fantasías agresivas del niño; de hecho le daba oportunidad de representarlas de otras maneras, incluyendo ataques verbales contra mí. Cuanto más a tiempo interpretaba los motivos de la agresividad del niño, más podía mantener la situación bajo control. Pero ocasionalmente, con algunos niños psicóticos, ha sido difícil protegerse de su agresividad.

III

La actitud de un niño hacia el juguete que ha dañado es muy reveladora. A menudo pone aparte ese juguete, que por ejemplo representa a un hermano o a uno de sus padres, y lo ignora por un tiempo. Esto indica desagrado del objeto dañado, por el temor persecutorio de que la persona atacada (representada por el juguete) se haya vuelto vengativa y peligrosa. El sentimiento de persecución puede ser tan fuerte que encubra los sentimientos de culpa y depresión que el daño efectuado también produce. O pueden también la culpa y la depresión ser tan fuertes que conduzcan a una intensificación de sentimientos persecutorios. Sin embargo, un día el niño puede buscar en su cajón el objeto dañado. Esto sugiere que hemos podido analizar algunas importantes defensas, disminuyendo de ese modo los sentimientos persecutorios y haciendo posible que se experimente el sentimiento de culpa y la necesidad de la reparación. Cuando esto sucede podemos notar también que ha habido un cambio en la relación del niño con el hermano particular a quien el juguete representaba, o en sus relaciones en general. Este cambio confirma nuestra impresión de que la ansiedad persecutoria ha disminuido y de que, junto con el sentimiento de culpa y el deseo de la reparación, aparecen sentimientos de amor que habían sido debilitados por la ansiedad excesiva. Con otro niño, o con el mismo niño en una etapa posterior del análisis, la culpa y el deseo de reparación pueden sobrevenir muy poco después del acto de agresión, y se hace aparente la ternura hacia el hermano o hermana que pueden haber sido dañados en la fantasía. La importancia de tales cambios para la formación del carácter y la relación con los objetos, como para la estabilidad mental, nunca serán exagerados.

Es una parte esencial del trabajo de interpretación que se mantenga a compás con las fluctuaciones entre amor y odio; entre felicidad y satisfacción por un lado y ansiedad persecutoria y depresión por el otro. Esto implica que el analista no debiera mostrar desaprobación si el niño rompe un juguete; sin embargo, no debe incitar al niño a expresar su agresividad ni sugerirle que el juguete puede ser reparado. En otras palabras, debe permitir que el niño experimente sus emociones y fantasías tal como ellas aparecen. Siempre ha sido parte de mi técnica no ejercer influencia educativa o moral, sino restringirme al procedimiento psicoanalítico que, para decirlo en pocas

palabras, consiste en comprender la mente del paciente y transmitirle qué es lo que ocurre en ella.

La variedad de situaciones emocionales que pueden ser expresadas por las actividades del juego son ilimitadas: por ejemplo, sentimientos de frustración y de ser rechazado; celos del padre y de la madre o de hermanos y hermanas; agresividad acompañando esos celos; placer por tener un compañero y aliado contra los padres; sentimientos de amor y odio hacia un bebé recién nacido o uno que está por nacer, así como la ansiedad resultante, sentimientos de culpa y la urgencia de reparación. También hallamos en el juego del niño la repetición de experiencias reales y detalles de la vida de todos los días, frecuentemente entretejidos con sus fantasías. Es revelador que algunas veces acontecimientos reales muy importantes en su vida no logran entrar en el juego o en sus asociaciones, y que todo el énfasis yace por momentos en otros acontecimientos aparentemente menores. Pero estos últimos tienen gran importancia para él porque han permitido ejercitar sus emociones y fantasías.

IV

Hay muchos niños que se encuentran inhibidos para jugar. Tal inhibición no siempre les impide jugar completamente, pero muy pronto pueden interrumpir sus actividades. Por ejemplo, me trajeron un niño pequeño para una entrevista solamente (había un proyecto de análisis para el futuro; pero en ese entonces los padres iban al extranjero con él). Yo tenía algunos juguetes en la mesa y él se sentó y comenzó a jugar, lo que en seguida condujo a accidentes, colisiones y gentes de juguete cayendo, a las que él trataba de levantar otra vez. En todo esto el niño mostraba bastante ansiedad, pero como no se planeaba aún ningún tratamiento, me contuve de hacer una interpretación. Después de unos minutos dejó su silla, y diciendo «Basta de juego», se fue. Creo que si este hubiera sido el comienzo de un tratamiento y yo hubiera interpretado la ansiedad manifiesta en sus acciones con los juguetes y la correspondiente transferencia negativa con respecto a mí, hubiese podido resolver su ansiedad lo suficiente como para que él continuase jugando.

El siguiente ejemplo puede ser útil para mostrar algunas de las causas de una inhibición de jugar. El niño, de tres años y nueve meses, a quien me referí con el nombre de «Pedro» en El psicoanálisis de niños, era muy neurótico[420]. Veamos algunas de sus dificultades: era incapaz de jugar, no podía tolerar ninguna frustración, era tímido, quejumbroso y exagerado, y por momentos agresivo y despótico, muy ambivalente respecto de su familia, y con una gran fijación hacia su madre. Ella me dijo que Pedro había desmejorado después de unas vacaciones durante las que, a la edad de dieciocho meses, compartió el dormitorio de sus padres y tuvo oportunidad de observar su acto sexual. En esas vacaciones el niño se hizo muy difícil de manejar, durmió mal y volvió a mojar la cama por las noches, cosa que no había hecho durante algunos meses. Hasta entonces había jugado libremente, pero desde ese verano dejó de jugar y se volvió muy destructivo con sus juguetes; no hacía nada con ellos salvo romperlos. Poco después nació su hermano, lo que aumentó sus dificultades.

En la primera sesión Pedro comenzó a jugar; en seguida hizo que dos caballos dieran el uno contra el otro, y repitió la misma acción con diferentes juguetes. También mencionó que tenía un hermano pequeño. Le aclaré que los caballos y las otras cosas que habían chocado entre ellas representaban personas, una interpretación que él primero rechazó y luego aceptó. Hizo que

los caballos se toparan nuevamente, diciendo que iban a dormir, los cubrió con ladrillos, y agregó: «Ahora están bien muertos; los he enterrado». Puso los autos en fila, dando el frente de cada uno con la parte posterior del siguiente, fila que, como se aclaró más tarde en el análisis, simbolizaba el pene del padre, y los hizo correr; súbitamente se puso de malhumor y los desparramó por la habitación, diciendo: «Siempre rompemos nuestros regalos de Navidad; no queremos ninguno». El destrozar sus juguetes representaba en su inconsciente destrozar el órgano genital de su padre. Durante esa primera hora rompió varios juguetes.

En la segunda sesión Pedro repitió algo del material de la primera hora, en particular el topetazo entre los autos, caballos, etc., y habló otra vez de su pequeño hermano, por lo cual interpreté que me estaba mostrando cómo su mamá y su papá chocaron sus órganos genitales (por supuesto usando su misma palabra para órganos genitales) y que él había pensado que haciendo eso habían causado el nacimiento de su hermano. Esta interpretación produjo más material, aclarando su muy ambivalente relación hacia su pequeño hermano y su padre. Acostó a un hombre de juguete en un ladrillo que llamó «cama», lo arrojó al suelo y dijo que estaba «muerto y acabado». En seguida hizo lo mismo con dos hombres de juguete, eligiendo figuras que ya había dañado. Interpreté que el primer hombre de juguete representaba a su padre, a quien él quería sacar de la cama de su madre y matar, y que uno de los dos hombres de juguete era nuevamente el padre y el otro lo representaba a él, a quien su padre haría lo mismo. La razón por la cual había elegido dos figuras dañadas era que sentía que tanto él como su padre serían perjudicados si él atacaba a su padre.

Este material ilustra una cantidad de hechos, de los que solo mencionaré uno o dos. La experiencia de Pedro de presenciar el acto sexual de sus padres hizo un gran impacto en su mente, y provocó fuertes emociones tales como celos, agresividad y ansiedad; por eso fue la primera cosa que expresó en su juego. No hay duda de que él ya no tenía conocimiento consciente de esta experiencia, que estaba reprimida, y que solo la expresión simbólica de la misma era posible para él. Tengo razones para creer que, si yo no hubiera interpretado que los juguetes chocando entre ellos eran personas, él no podría haber producido el material que surgió en la segunda hora. Además, si en la segunda hora no hubiese podido mostrarle algunas de las razones de su inhibición para jugar, interpretando el daño hecho a los juguetes, es muy probable que él hubiese dejado de jugar después de romper los juguetes, como lo hacía en la vida diaria.

Hay niños que al empezar el tratamiento ni siquiera pueden jugar del mismo modo que Pedro o el niño pequeño que vino para una sola entrevista. Pero es muy raro que un niño ignore completamente los juguetes que se encuentran en la mesa. Aun si se aleja de ellos, con frecuencia da al analista alguna comprensión de sus motivos para no querer jugar. Pero también hay otros modos por los que el analista del niño puede reunir material para la interpretación. Cualquier actividad, tal como usar papel para garabatear o para recortar, y todo detalle de la conducta, como cambios en la postura o en la expresión facial, pueden dar una clave acerca de lo que pasa en la mente del niño, posiblemente en conexión con lo que el analista ha sabido por sus padres, acerca de sus dificultades.

He dicho mucho acerca de la importancia de las interpretaciones en la técnica del juego y he dado algunos ejemplos para ilustrar su contenido. Esto me lleva a una pregunta que se me ha hecho a menudo: «¿Son los niños pequeños intelectualmente capaces de comprenderlas?». Mi propia experiencia y la de mis colegas ha sido que las interpretaciones, si se relacionan con puntos salientes del material, son perfectamente comprendidas. Por supuesto, el analista de niños debe darlas tan sucinta y claramente como sea posible, y debe usar las expresiones del niño al hacerlo. Pero si traduce en palabras simples los puntos esenciales del material que le ha sido presentado, entra en contacto con las emociones y ansiedades que son más activas en ese momento; la comprensión consciente e intelectual del niño es a menudo un proceso posterior. Una de las muchas experiencias interesantes y sorprendentes del principiante en análisis de niños es encontrar en niños aún muy pequeños una capacidad de comprensión que es con frecuencia mucho mayor que la de los adultos. Hasta cierto punto esto se explica porque las conexiones entre consciente e inconsciente son mucho más estrechas en los niños pequeños que en los adultos, y porque las represiones infantiles son menos poderosas. También creo que las capacidades intelectuales del infante son menospreciadas con frecuencia, y que en realidad él entiende más de lo que se cree.

Ilustraré lo que acabo de expresar con la respuesta de un niño pequeño a las interpretaciones. Pedro, de cuyo análisis he dado algunos detalles, había objetado con firmeza mi interpretación de que el hombre de juguete que él había arrojado de la «cama» y que estaba «muerto y acabado» representaba a su padre. (La interpretación de deseos de muerte contra una persona amada despierta usualmente grandes resistencias, tanto en niños como en adultos). En la tercera hora Pedro presentó material similar, pero ahora aceptó mi

interpretación y dijo pensativamente: «¿Y si yo fuera un papá y alguien quisiera tirarme debajo de la cama y hacerme muerto y acabado, qué pensaría yo de eso?». Esto muestra que él no solo había elaborado, comprendido y aceptado mi interpretación, sino que también había reconocido bastante más. Comprendió que sus propios sentimientos agresivos hacia su padre contribuyeron al temor que sentía por él, y también que había proyectado sus propios impulsos en su padre.

Uno de los puntos importantes en la técnica del juego ha sido siempre el análisis de la transferencia. Como sabemos, en la transferencia con el analista el paciente repite emociones y conflictos anteriores. Mi experiencia me ha enseñado que podemos ayudar al paciente fundamentalmente remontando sus fantasías y ansiedades en nuestras interpretaciones de transferencia adonde ellas se originaron, particularmente en la infancia y en relación con sus primeros objetos. Pues reexperimentando emociones y fantasías tempranas y comprendiéndolas en relación con sus primeros objetos él puede, por decirlo así, revisar estas relaciones en su raíz, y de esa manera disminuir efectivamente sus ansiedades.

V

Mirando atrás hacia los primeros años de mi labor, podría escoger unos pocos hechos. Mencioné al comienzo de este trabajo que al analizar mi primer caso infantil centré mi interés en sus ansiedades y en sus defensas contra ellas. Mi énfasis en la ansiedad me condujo cada vez más profundamente en el inconsciente y en la vida fantástica del niño. Este énfasis particular era contrario al punto de vista psicoanalítico de que las interpretaciones no debían ir muy hondo ni debían ser dadas frecuentemente. Persistí en mi enfoque, a pesar de que implicaba un cambio radical en la técnica. Entré en territorio virgen, pues hizo accesible la comprensión de las tempranas fantasías, ansiedades y defensas infantiles, que en ese entonces permanecían aún en gran parte inexploradas. Esto se me hizo claro cuando comencé la formulación teórica de mis hallazgos clínicos.

Uno de los varios fenómenos que me sorprendieron en el análisis de Rita fue la rudeza de su superyó. He descrito en El psicoanálisis de niños cómo Rita acostumbraba representar el rol de una madre severa y castigadora, que trataba muy cruelmente a la niña (representada por la muñeca o por mí). Además, su ambivalencia hacia su madre, su extrema necesidad de ser castigada, sus sentimientos de culpa y sus terrores nocturnos me llevaron a reconocer que en esa niña de dos años y nueve meses —y muy claramente remontándonos a una edad mucho más temprana—, operaba un áspero e inflexible superyó. Confirmé este descubrimiento en los análisis de otros niños pequeños y llegué a la conclusión de que el superyó aparece en una etapa mucho más temprana de lo que Freud supuso. En otras palabras, se me hizo claro que el superyó, tal como él lo concebía, es el efecto de un desarrollo que se extiende por años. Como resultado de mayores observaciones, reconocí que el superyó es algo que el niño siente operando internamente de una manera concreta; que consiste en una variedad de figuras construidas a partir de sus experiencias y fantasías y que se deriva de las etapas en que introyectó a sus padres.

Estas observaciones a su vez me llevaron, en los análisis de niñas pequeñas, al descubrimiento de la principal situación de ansiedad femenina: se siente que la madre es el primer perseguidor que, como un objeto externo e internalizado, ataca el cuerpo de la niña y toma de él sus niños imaginarios. Estas ansiedades surgen de los ataques imaginados de la niña al cuerpo de la

madre, que tienen como fin robarle su contenido, es decir, los excrementos, el pene de su padre, y los niños, y resultan en el temor de venganza con ataques similares. Tales ansiedades persecutorias aparecían combinadas o alternando con profundos sentimientos de depresión y culpa, y estas observaciones me ayudaron a descubrir la parte vital que la tendencia a la reparación desempeña en la vida mental. Reparación en este sentido es un concepto más amplio que los conceptos de Freud de «anulación en la neurosis obsesiva» y de «formación reactiva». Pues incluye los diversos procesos por los que el yo siente que deshace un daño hecho en la imaginación, restaura, preserva y revive objetos. La importancia de esta tendencia, ligada como está a sentimientos de culpa, yace también en la gran contribución que hace a todas las sublimaciones, y de este modo a la salud mental.

Al estudiar los ataques imaginarios al cuerpo de la madre, pronto di con impulsos anal y uretro-sádicos. Mencioné antes que reconocí la severidad del superyó en Rita (1923) y que su análisis me ayudó mucho para comprender el modo en que los impulsos destructivos hacia la madre se convierten en la causa de sentimientos de culpa y persecución. Uno de los casos en que la naturaleza anal y uretro-sádica de estos impulsos destructivos se me aclaró, fue el de Trude, de tres años y tres meses de edad, a quien analicé en 1924[421]. cuando vino a mí por tratamiento, sufría de varios síntomas, tales como terrores nocturnos e incontinencia de orina y excrementos. En la primera etapa de su análisis me pidió que fingiera estar en cama y dormir. Ella entonces diría que iba a atacarme y que buscaría excrementos en mis nalgas (según comprobé, los excrementos también representaban niños) y que ella iba a sacarlos. Después de esos ataques se acurrucaba en un rincón, jugando a que estaba en cama, cubriéndose con almohadones (que protegían su cuerpo y que también representaban niños); al mismo tiempo orinaba realmente y demostraba claramente que temía ser atacada por mí. Sus ansiedades acerca de la peligrosa madre internalizada confirmaron las conclusiones a que había llegado antes en el análisis de Rita. Estos análisis fueron de corta duración, en parte porque los padres pensaron que se había logrado suficiente mejoría[422].

Poco después me convencí de que tales impulsos y fantasías destructivas podían siempre remontarse a impulsos oral-sádicos. En realidad Rita ya lo había manifestado bastante claramente. En una ocasión ennegreció un pedazo de papel, lo hizo pedazos, arrojó los mismos en un vaso de agua que llevó a la boca, como para beber del mismo, y dijo en voz baja: «mujer muerta[423]». En ese momento entendí que ese romper y mojar el papel expresaba fantasías de

atacar y matar a su madre, cosa que daba lugar a temores de venganza. Ya he mencionado que fue con Trude que llegué a saber de la naturaleza anal y uretro-sádica específica de tales ataques. Pero en otros análisis, efectuados en 1924 y 1925 (Ruth y Pedro, ambos descritos en El psicoanálisis de niños), también comprendí la parte fundamental que los impulsos oral-sádicos desempeñan en las fantasías destructivas y en las ansiedades correspondientes, encontrando así confirmación completa de los descubrimientos de Abraham[424] en el análisis de niños pequeños. Estos análisis, que me dieron mayor campo para la observación, ya que duraron más que los de Rita y Trude[425], me llevaron hacia una comprensión más completa del rol fundamental de los deseos y ansiedades orales en el desarrollo mental, normal y anormal[426].

Como mencioné antes, ya había reconocido en Rita y Trude la internalización de una madre atacada y por lo tanto temible: el rudo superyó. Entre 1924 y 1926 analicé a una niña que estaba muy enferma[427]. A través de su análisis aprendí mucho acerca de los detalles específicos de tal internalización y de las fantasías e impulsos subyacentes en ansiedades paranoicas y maníaco-depresivas. Pues llegué a entender la naturaleza oral y anal de sus procesos de introyección y las situaciones de persecución interna que engendraban. También supe más de los modos en que las persecuciones internas influyen, por medio de la introyección, en la relación con objetos externos. La intensidad de su envidia y su odio mostró inequívocamente que estos derivaban de la relación oral-sádica con el pecho de su madre, y estaban entretejidos con los comienzos de su complejo de Edipo. El caso de Erna me ayudó mucho a preparar el terreno para diversas conclusiones que presenté en el Décimo Congreso Psicoanalítico Internacional en 1927[428], en particular la opinión de que la razón fundamental de la psicosis es un temprano superyó, constituido cuando los impulsos y fantasías oral-sádicos están en su punto culminante, idea que desarrollé dos años más tarde, acentuando la importancia del sadismo oral en la esquizofrenia[429].

Coincidiendo con los análisis ya descritos pude hacer algunas observaciones interesantes con respecto a situaciones de ansiedad en varones. Los análisis de niños y hombres confirmaron enteramente la idea de Freud de que el temor a la castración es la principal ansiedad del varón, pero reconocí que debido a la temprana identificación con la madre (la posición femenina que se introduce en las primeras etapas del complejo de Edipo), la ansiedad acerca de ataques en el interior del cuerpo es de gran importancia en hombres

como en mujeres, e influye y moldea de diversas maneras sus temores de castración.

Las ansiedades derivadas de ataques imaginados al cuerpo de la madre y al padre que se supone que ella contiene, probaron ser, en ambos sexos, la razón fundamental de la claustrofobia (que incluye el temor de ser aprisionado o enterrado en el cuerpo de la madre). La conexión de estas ansiedades con el temor de castración puede verse, por ejemplo, en la fantasía de que el pene se pierda o sea destruido dentro de la madre, fantasía que puede resultar en impotencia.

Comprobé que los temores conectados con ataques al cuerpo de la madre y a ser atacado por objetos externos e internos tenían una calidad e intensidad particulares, que sugerían su naturaleza psicótica. Al explorar la relación del niño con objetos internalizados se aclararon varias situaciones de persecución interna y sus contenidos psicóticos. Además, el reconocimiento de que el temor de venganza deriva de la propia agresividad individual me condujo a sugerir que las defensas iniciales del yo se dirigen contra la ansiedad producida por impulsos y fantasías destructivas. Una y otra vez, cuando estas ansiedades psicóticas eran referidas a su origen, se comprobaba que germinaban del sadismo oral. Reconocí también que la relación oral-sádica con la madre y la internalización de un pecho devorado, y en consecuencia devorador, crean el prototipo de todos los perseguidores internos; y además que la internalización de un pecho herido y por lo tanto temido, por un lado, y de un pecho satisfactorio y provechoso, por el otro, es el núcleo del superyó. Otra conclusión fue que, a pesar de que las ansiedades orales vienen primero, las fantasías y deseos sádicos de todas las fuentes operan en una etapa muy temprana del desarrollo y se superponen a las ansiedades orales[430]. La importancia de las ansiedades infantiles que he descrito se mostró también en el análisis de adultos muy enfermos, algunos de los cuales eran casos psicóticos límites[431].

Hubo otras experiencias que me ayudaron a alcanzar otra conclusión. La comparación entre la indudablemente paranoica Erna y las fantasías y ansiedades que había encontrado en niños menos enfermos, que solo podrían ser calificados como neuróticos, me convenció de que las ansiedades psicóticas (paranoicas y depresivas) son la razón fundamental de la neurosis infantil. También hice observaciones similares en los análisis de neuróticos adultos. Todas estas diferentes líneas de investigación resultaron en la hipótesis de que las ansiedades de naturaleza psicótica forman parte, en cierta medida, del desarrollo infantil normal, y se expresan y elaboran en el curso de

la neurosis infantil[432]. Sin embargo, para descubrir estas ansiedades infantiles el análisis tiene que ser efectuado en los estratos profundos del inconsciente, y esto se aplica tanto a adultos como a niños[433].

Ya ha sido señalado en la introducción de este trabajo que me interesé desde un principio en las ansiedades del niño y que por medio de la interpretación de sus contenidos logré disminuir la ansiedad. Para lograrlo, debía hacer uso completo del lenguaje simbólico del juego que reconocí como parte esencial del modo de expresión del niño. Como hemos visto, el ladrillo, la pequeña figura, el auto, no solo representan cosas que interesan al niño en sí mismas, sino que en su juego con ellas, siempre tienen una variedad de significados simbólicos que están ligados a sus fantasías, deseos y experiencias. Este modo arcaico de expresión es también el lenguaje con el que estamos familiarizados en los sueños, y fue estudiando el juego infantil de un modo similar a la interpretación de los sueños de Freud, como descubrí que podía tener acceso al inconsciente del niño. Pero debemos considerar el uso de los símbolos de cada niño en conexión con sus emociones y ansiedades particulares y con la situación total que se presenta en el análisis; meras traducciones generalizadas de símbolos no tienen significado.

La importancia que atribuí al simbolismo me condujo entonces —a medida que pasaba el tiempo— a conclusiones teóricas acerca del proceso de la formación de símbolos. El análisis del juego había mostrado que el simbolismo permite al niño transferir no solo intereses, sino fantasías, ansiedades y sentimientos de culpa a objetos distintos de las personas[434]. De ese modo el niño experimenta un gran alivio jugando y este es uno de los factores que hacen que el juego sea esencial para él. Por ejemplo, Pedro, a quien me referí antes, me señaló, cuando interpreté su acción de dañar una figura de juguete como representando ataques a su hermano, que él no haría eso a su hermano real, solo lo haría con su hermano de juguete. Mi interpretación, por supuesto, le aclaró que era realmente a su hermano a quien quería atacar; pero el ejemplo muestra que solo por medios simbólicos era él capaz de expresar sus tendencias destructivas en el análisis.

También concluí que, en los niños, una severa inhibición de la capacidad de formar y usar símbolos, y, así, de desarrollar la fantasía, es señal de una perturbación seria[435]. Sugerí que tales inhibiciones, y la perturbación resultante en la relación con el mundo externo y con la realidad, son características de la esquizofrenia[436].

Como nota marginal puedo decir que me fue de gran valor desde el punto de vista clínico y teórico analizar adultos y niños. De ese modo podía

observar las fantasías y ansiedades del infante operando aún en el adulto y calcular en el niño pequeño cuál podía ser su desarrollo futuro. Comparando el niño severamente enfermo, el neurótico y el normal, y reconociendo ansiedades infantiles de naturaleza psicótica como la causa de la enfermedad en neuróticos adultos, llegué a las conclusiones que acabo de describir[437].

VI

Al remontar, en los análisis de adultos y niños, el desarrollo de impulsos, fantasías y ansiedades hasta su origen, es decir, a los sentimientos hacia el pecho de la madre (aun en niños que no fueron amamantados), hallé que las relaciones con objetos comienzan casi al nacer y surgen con la primera experiencia de la alimentación; además, que todos los aspectos de la vida mental están ligados a relaciones con objetos. También se hizo evidente que la experiencia que tiene el niño del mundo externo, que muy pronto incluye su relación ambivalente hacia su padre y otros miembros de la familia, está constantemente influida por —y a su vez influye en— el mundo interno que está construyendo, y que situaciones externas e internas son siempre interdependientes, ya que la introyección y proyección operan juntas desde el comienzo de la vida.

Las observaciones de que en la mente del infante la madre primariamente aparece como pecho bueno y pecho malo separados entre sí, y que en unos pocos meses, con la creciente integración del yo, los aspectos contrastantes comienzan a ser sintetizados, me ayudaron a comprender la importancia de los procesos de separar y mantener aparte figuras buenas y malas[438], así como el efecto de tales procesos en el desarrollo del yo. La conclusión, extraída de la experiencia, de que la ansiedad depresiva surge como resultado de la síntesis que realiza el yo de los aspectos buenos y malos, amados y odiados del objeto, me llevó a su vez al concepto de la posición depresiva, que alcanza su punto álgido hacia la mitad del primer año. La precede la posición paranoica, que se extiende por los tres o cuatro primeros meses de vida y se caracteriza por ansiedad persecutoria y procesos de separación[439]. Más tarde, en 1946[440] cuando reformulé mis ideas acerca de los tres o cuatro primeros meses de vida, llamé a esta etapa (utilizando una sugestión de Fairbairn)[441] la posición esquizo-paranoide y, elaborando su significación, intenté coordinar mis hallazgos acerca de la separación, la proyección, la persecución y la idealización.

Mi labor con niños y las conclusiones teóricas que extraje de la misma influyó cada vez más en mi técnica con adultos. Siempre fue un principio del psicoanálisis que el inconsciente, que se origina en la mente infantil, tiene que ser explorado en el adulto. Mi experiencia con niños me había llevado mucho más profundamente en esa dirección de lo que antes se había hecho, y esto

produjo una técnica que abrió el acceso a esos estratos. En particular, mi técnica del juego me ayudó a ver qué material debía ser interpretado en ese momento y el modo en que sería más fácilmente transmitido al paciente; y algo de ese conocimiento lo podía aplicar al análisis de adultos[442]. Como ha sido señalado antes, esto no significa que la técnica usada con niños sea idéntica al enfoque de casos de adultos. Aunque es posible retroceder hasta las etapas más tempranas, es de gran importancia, al analizar adultos, tomar en cuenta el yo adulto, exactamente como con los niños tenemos en mente el yo infantil de acuerdo con la etapa de su desarrollo.

La mayor comprensión de las etapas más tempranas de desarrollo, del rol de las fantasías, ansiedades y defensas en la vida emocional del infante también ha iluminado los puntos de fijación de la psicosis adulta. Como resultado ha abierto un nuevo camino para tratar pacientes psicóticos con psicoanálisis. Este campo, en particular el psicoanálisis de pacientes esquizofrénicos, necesita mucho más investigación; pero la labor realizada en esta dirección por algunos psicoanalistas, que están representados en este libro, parece justificar nuestras esperanzas en el futuro.

30. Sobre la identificación (1955)

Introducción

En «*Duelo y melancolía*» (1917)[443]. Freud demostró la relación intrínseca entre identificación e introyección. Su posterior descubrimiento del superyó[444], el que atribuyó a la introyección del padre y a la identificación con el mismo, llevó al reconocimiento de que la identificación como secuela de la introyección constituye una parte del desarrollo normal. A partir de este descubrimiento, la introyección y la identificación han desempeñado un papel central en el pensamiento y la investigación psicoanalíticos.

Antes de comenzar con el verdadero asunto de este trabajo, pienso que sería útil recapitular mis conclusiones principales sobre este tema: el desarrollo del superyó puede ser investigado hasta la introyección en las etapas más tempranas de la infancia; los objetos primarios internalizados forman la base de complejos procesos de identificación; la ansiedad persecutoria, que surge de la experiencia del nacimiento, es la primera forma de ansiedad, seguida muy pronto por la ansiedad depresiva; la introyección y la proyección operan desde el comienzo de la vida postnatal e interactúan constantemente. Esta interacción erige a un tiempo el mundo interno y modela el cuadro de la realidad externa. El mundo interno consiste en objetos, el primero de todos la madre, internalizada en varios aspectos y situaciones emocionales. Las relaciones entre estas figuras internalizadas, y entre las mismas y el yo, tienden a ser experimentadas —cuando predomina la ansiedad persecutoria— principalmente como hostiles y peligrosas; son vividas como buenas y amorosas cuando el niño es gratificado y prevalecen los sentimientos felices. Este mundo interno, que puede describirse en términos de relaciones y sucesos internos, es el producto de los propios impulsos, emociones y fantasías del niño. Por supuesto es profundamente influido por sus buenas y malas experiencias de fuentes externas[445]. Pero al mismo tiempo el mundo interno influye en su percepción del mundo externo de un modo que no es menos decisivo para su desarrollo. La madre, y antes que nada su pecho, es el objeto primario tanto para los procesos introyectivos como para los proyectivos del niño. El amor y el odio son desde el comienzo proyectados sobre ella, y concurrentemente ella es internalizada junto con estas dos contrastantes emociones primordiales, que subyacen a la sensación infantil de que existen una buena y una mala madre (pecho). Cuanto más la madre y su pecho son catectizados —y el grado de la catexia depende de una

combinación de factores internos y externos, entre los cuales la capacidad ínsita de amar es de la mayor importancia— tanto más seguramente se establecerá en la mente infantil el pecho bueno internalizado, el prototipo de los buenos objetos internos. Esto a su vez influye en la fuerza y la naturaleza de las proyecciones; en particular determina si son los sentimientos de amor o los impulsos destructivos los que predominan en ellas[446]. He descrito en diversos contextos las fantasías sádicas infantiles dirigidas contra la madre. Descubrí que los impulsos y fantasías agresivos que aparecen en la más temprana relación con el pecho materno, tales como succionarlo hasta dejarlo seco y vacío, pronto llevan a nuevas fantasías de entrar en la madre y robarle el contenido de su cuerpo. Coincidentemente, el niño experimenta impulsos y fantasías de atacar a la madre poniendo excrementos en ella. En tales fantasías, se tiene la vivencia de haber disociado productos del cuerpo y partes del propio yo, y haberlos proyectado en la madre, en cuyo interior continúan su existencia. Estas fantasías pronto se extienden al padre y a otras personas. También sostuve que la ansiedad persecutoria y el temor a la retaliación, que resultan de los impulsos oral, uretral y anal-sádicos, subyacen al desarrollo de la paranoia y la esquizofrenia.

No son solamente las partes del propio yo, sentidas como destructivas y «malas», las disociadas y proyectadas en otra persona, sino también partes que son vividas como buenas y valiosas.

He señalado antes que desde el comienzo de la vida el primer objeto del niño, el pecho materno (y la madre), es investido de libido y que esto influye vitalmente en la forma en que la madre es internalizada. Esto a su vez es de gran importancia para la relación con ella como objeto externo e interno. El proceso por el que la madre es investida de libido está vinculado al mecanismo de proyectar buenos sentimientos y buenas partes del yo en ella.

En el curso de la labor posterior llegué también a reconocer la gran importancia que tienen para la identificación ciertos mecanismos proyectivos que son complementarios de los introyectivos. El proceso que subyace al sentimiento de identificación con otras personas, debido al hecho de que se les atribuyen cualidades o actitudes propias, fue dado por sentado aun antes que el correspondiente concepto fuera incorporado a la teoría psicoanalítica. Por ejemplo, el mecanismo proyectivo que fundamenta la empatía es familiar en la vida diaria. Fenómenos bien conocidos en psiquiatría, por ejemplo, la convicción de un paciente de ser realmente Cristo, Dios, un rey, una persona famosa, se vincula con la proyección. Los mecanismos qué fundamentan estos fenómenos, sin embargo, no habían sido investigados en detalle cuando,

en mis «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides[447]», sugerí la denominación «identificación proyectiva[448]» para esos procesos que forman parte de la posición esquizo-paranoide. Las conclusiones a que llegué en aquel trabajo, con todo, se basaron en algunos de mis hallazgos más tempranos[449], en particular en el de las fantasías e impulsos infantiles oral, uretral y anal-sádicos de atacar el cuerpo materno de diversas maneras, incluyendo la proyección de excrementos y partes del yo en ella. La identificación proyectiva se vincula con procesos evolutivos que aparecen durante los primeros tres o cuatro meses de vida (la posición esquizo-paranoide), cuando la disociación es máxima y la ansiedad persecutoria predomina. El yo se encuentra todavía en gran medida no integrado y es susceptible por ende de disociarse, así como de disociar sus emociones y sus objetos internos y externos, pero la disociación es también una de las defensas fundamentales contra la ansiedad persecutoria. Otras defensas que aparecen en esta etapa son la idealización, la negación y el control omnipotente de los objetos internos y externos. La identificación por proyección implica una combinación de la disociación de partes del yo con la proyección de las mismas sobre (o mejor en) otra persona. Estos procesos tienen muchas ramificaciones e influyen fundamentalmente en las relaciones objetales.

En el desarrollo normal, en el segundo cuarto del primer año la ansiedad persecutoria disminuye y pasa al frente la ansiedad depresiva, como resultado de la mayor capacidad del yo para integrarse y para sintetizar sus objetos. Esto ocasiona culpa y pesar por el daño causado (en las fantasías omnipotentes) a un objeto que es vívido ahora a un tiempo como amado y odiado; estas ansiedades y las defensas contra ellas representan la posición depresiva. En esta coyuntura puede producirse una regresión a la posición esquizo-paranoide, en una tentativa de huir de la depresión.

También sugerí que la internalización es de la mayor importancia para los procesos proyectivos, en particular que el pecho bueno internalizado actúa como punto focal en el yo, desde el cual pueden proyectarse sentimientos buenos en objetos externos. Fortalece al yo, contrarresta los procesos de disociación y dispersión y aumenta la capacidad de síntesis e integración. El objeto bueno internalizado constituye así una de las precondiciones de un yo integrado y estable y de buenas relaciones objetales. La tendencia a la integración, que rivaliza con la disociación, es a mi juicio desde la más temprana infancia un rasgo dominante de la vida mental. Uno de los principales factores que fundamentan la necesidad de integración es la sensación del individuo de que la misma implica estar vivo, amar y ser amado

por el objeto bueno interno y externo; es decir, existe una estrecha relación entre integración y relaciones objetales. Recíprocamente, el sentimiento de caos, de desintegración, de falta de emociones como resultado de la disociación, pienso que se vincula estrechamente con el temor a la muerte. Sostuve (en «Mecanismos esquizoides») que el temor a la aniquilación por las fuerzas destructivas de adentro es el más intenso de todos los miedos. La disociación, en cuanto defensa primaria contra el mismo, es efectiva en la medida en que produce una dispersión de la ansiedad y una supresión de emociones. Pero fracasa en otro sentido porque deriva en un sentimiento análogo a la muerte —que esto es lo que significan el sentimiento de caos y la desintegración concomitante—. Pienso que los sufrimientos de los esquizofrénicos no son plenamente apreciados, puesto que parecen carecer de emociones.

Quisiera aquí agregar algo a mi trabajo sobre los «Mecanismos esquizoides». Sugeriría que un objeto bueno establecido con seguridad, que implica un amor por el mismo seguramente establecido, proporciona al yo una sensación de riqueza y abundancia que permite una efusión de libido y una proyección de partes buenas del yo en el mundo externo, sin que surja un sentimiento de depleción. El yo entonces puede sentir que es capaz de reintroyectar el amor que ha repartido, así como incorporar bondad de otras fuentes, y de ese modo, enriquecerse con todo el proceso. En otras palabras, en tales casos hay un equilibrio entre dar y recibir, entre proyección e introyección.

Además, cada vez que es incorporado un pecho indemne, en estados de gratificación y amor, esto afecta los modos en los que el yo disocia y proyecta. Como he sugerido, existen diversos procesos disociativos (acerca de los cuales nos queda todavía mucho por averiguar) y su naturaleza es de gran importancia para el desarrollo del yo. El sentimiento de contener un pezón y un pecho indemnes —si bien coexiste con fantasías de un pecho devorado, por ende en pedazos— tiene como efecto que la disociación y la proyección no estén predominantemente relacionadas con partes fragmentadas de la personalidad, sino con partes más coherentes del propio yo. Esto implica que el yo no está expuesto a un fatal debilitamiento por dispersión, y por esta razón es más capaz de contrarrestar repetidamente la disociación y alcanzar la integración y la síntesis en su relación con los objetos.

Recíprocamente, el pecho introducido con odio, y por ello vivido como destructivo, se convierte en el prototipo de todos los malos objetos internos,

impulsa al yo a una mayor disociación y deviene el representante interno del instinto de muerte.

He mencionado ya que, simultáneamente con la internalización del pecho bueno, la madre externa es catectizada también con libido. En varios contextos ha descrito Freud este proceso y algunas de sus implicaciones: por ejemplo, refiriéndose a la idealización en una relación de amor, manifiesta[450] que «el objeto está siendo tratado del mismo modo que nuestro propio yo, de manera que cuando estamos enamorados una considerable cantidad de libido narcisista desborda sobre el objeto… Lo amamos a causa de las perfecciones que hemos tendido a alcanzar para nuestro propio yo…»[451]. En mi concepto, los procesos que Freud describe implican que se siente este objeto amado como el continente de la parte disociada, amada, y valorada del si-mismo, que así continúa su existencia dentro del objeto. De tal suerte se transforma en una extensión del si-mismo[452]. Lo dicho más arriba es un breve resumen de mis hallazgos expuestos en «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides[453]». Sin embargo, no me limité a los puntos allí discutidos, sino que agregué algunas nuevas sugerencias y amplifiqué otras que estaban implícitas pero no se mencionaban abiertamente en aquel trabajo. Me propongo ahora ejemplificar algunos de estos hallazgos por medio del análisis de una narración del novelista francés Julien Green[454].

Una novela que ilustra la identificación proyectiva

El héroe, un joven escribiente llamado Fabián Especel, es desgraciado y está insatisfecho consigo mismo, en especial por su aspecto, su falta de éxito con las mujeres, su pobreza y el trabajo inferior a que se siente condenado. Encuentra sus creencias religiosas, que atribuye a imposiciones de su madre, muy pesadas, sin lograr empero liberarse de ellas. Su padre, fallecido cuando Fabián todavía se hallaba en la escuela, había despilfarrado todo su dinero en el juego, había llevado una vida «alegre» con las mujeres, y había muerto por una crisis cardíaca que se pensaba resultado de su vida disoluta. La pronunciada pesadumbre y rebelión de Fabián contra su suerte se vinculan con el resentimiento hacia su padre, cuya irresponsabilidad lo había privado de una mayor educación y mejores perspectivas. Estos sentimientos, parece, contribuyen al insaciable deseo de Fabián de riquezas y éxito, y a su intensa envidia y odio por los que tienen más.

La esencia de la narración la constituye el mágico poder de convertirse en otras personas que es conferido a Fabián merced a un pacto con el Diablo, que lo seduce con falsas promesas de felicidad a aceptar el siniestro don. El Diablo enseña a Fabián una fórmula secreta mediante la cual puede efectuarse el cambio. Esta incluye su propio nombre, Fabián, y es de gran importancia que recuerde —pase lo que pase— la fórmula y su nombre.

La primera elección de Fabián la constituye el mozo que le trae una taza de café, que es todo lo que puede permitirse como desayuno. Esta tentativa de proyección no se realiza porque a esta altura todavía considera los sentimientos de sus futuras víctimas, y el mozo, al ser preguntado por Fabián si desearía cambiar lugares con él, se rehúsa. La próxima elección de Fabián es su empleador, Poujars. Envidia grandemente a este hombre, que es rico, que puede —según supone Fabián— gozar plenamente de la vida, y tiene poder sobre otras personas, en particular sobre Fabián. El autor describe la envidia que siente Fabián por Poujars en estos términos: «¡Ah! El sol. A menudo le parecía que el señor Poujars lo tenía escondido en su bolsillo».

Fabián también está muy resentido con su empleador porque se siente humillado por él y aprisionado en su oficina.

Antes de murmurar la fórmula al oído de Poujars, Fabián le habla del mismo modo despectivo y humillante que el empleador utilizaba con él. La transformación tiene el efecto de hacer que la víctima entre al cuerpo de

Fabián y se desmaye; Fabián (ahora en el cuerpo de Poujars) extiende un cheque por una suma importante a favor de Fabián. Encuentra en el bolsillo de Fabián su dirección, que anota cuidadosamente. (Este trozo de papel con el nombre y la dirección de Fabián lo lleva consigo en sus dos siguientes transformaciones). Asimismo dispone que Fabián, en cuyo bolsillo ha colocado el cheque, sea llevado a su hogar, donde sería cuidado por su madre. El destino del cuerpo de Fabián está muy presente en la mente de Fabián-Poujars, porque siente que algún día podría querer retornar a su antigua personalidad; por lo tanto no desea ver recobrar la conciencia a Fabián, ya que teme los ojos asustados de Poujars (con quien cambió de lugar) mirando desde un rostro que fue el suyo. Se pregunta, mirando a Fabián, quien sigue aún inconsciente, si alguien alguna vez lo quiso, y se alegra de haberse librado de esa apariencia poco atractiva y de esas ropas miserables.

Fabián-Poujars muy pronto descubre ciertos inconvenientes en su transformación. Se siente oprimido por su nueva corpulencia; ha perdido su apetito y se da cuenta de la enfermedad renal que aqueja a Poujars. Descubre con disgusto que no solo ha asumido la apariencia de Poujars sino también su personalidad. A esta altura ha quedado extrañado de su antiguo ser y recuerda poco sobre la vida y circunstancias de Fabián. Decide que no ha de quedarse un minuto más de lo necesario en la piel de Poujars.

Al abandonar la oficina con la libreta de Poujars en su poder comprende gradualmente que se ha colocado a sí mismo en una situación extremadamente seria. Porque no solo le disgustan el aspecto, personalidad, y recuerdos ingratos que ha adquirido, sino que también está preocupado en grado sumo por la falta de fuerza de voluntad e iniciativa que están de conformidad con la edad de Poujars; el pensamiento de que podría no ser capaz de reunir la energía para transformarse en alguien distinto lo llena de horror. Decide que como próximo objeto debe elegir a alguien que sea joven y sano. Cuando ve en un café a un joven atlético de cara desagradable, con aspecto arrogante y pendenciero, pero cuya presencia global muestra confianza en sí mismo, vigor y salud, Fabián-Poujars —sintiéndose crecientemente preocupado porque no pudiera nunca desembarazarse de Poujars— decide aproximarse al joven a pesar de tenerle mucho miedo. Le ofrece un fajo de billetes de banco que Fabián-Poujars desea tener después de la transformación, y mientras distrae así la atención del hombre se ingenia para susurrar la fórmula en su oído y deslizar la tira de papel con el nombre y dirección de Fabián en su bolsillo. A los pocos momentos Poujars, cuya persona acaba de abandonar Fabián, ha caído y Fabián se ha convertido en el

joven Paul Esménard. Está lleno de la gran alegría de sentirse joven, sano y fuerte. Ha perdido mucho más que en la primera transformación su personalidad original y se ha hecho de una nueva; se sorprende de hallar en su mano un fajo de billetes y en su bolsillo una tira de papel con el nombre y dirección de Fabián. Pronto piensa en Berthe, la joven cuyos favores Paul Esménard ha estado tratando de ganar, hasta el momento sin éxito. Entre otras cosas desagradables, Berthe le manifestó que posee la cara de un asesino y que ella le tiene miedo. El dinero en su bolsillo le da confianza y se dirige directamente a su casa, determinado a hacerla complacer sus deseos.

Si bien Fabián ha quedado sumergido en Paul Esménard, se siente cada vez más aturdido por el nombre Fabián que ha leído en la tira de papel. «Ese nombre permaneció en cierto modo en el corazón mismo de su ser». Una sensación de estar prisionero en un cuerpo desconocido y agobiado por unas manos grandes y un cerebro de lento funcionamiento se posesiona de él. No puede desentrañarla, y lucha ineficazmente con su propia estupidez; se pregunta qué puede significar su deseo de estar libre. Todo esto atraviesa su mente mientras se dirige hacia Berthe. Entra violentamente a su habitación, aunque ella trata de cerrar la puerta contra él. Berthe grita, él la silencia tapándole la boca, y en la lucha que se sucede la estrangula. Solo gradualmente se da cuenta de lo que ha hecho; se aterroriza y no se atreve a dejar el departamento de Berthe dado que oye gente moviéndose en la casa. De pronto oye un golpe a la puerta, la abre y se encuentra con el Diablo, a quien no reconoce. El Diablo se lo lleva, le enseña de nuevo la fórmula que Fabián-Esménard ha olvidado, y lo ayuda a recordar algo de su condición original. También le previene que en el futuro no debe entrar en una persona demasiado estúpida para emplear la fórmula y por ende incapaz de efectuar posteriores transformaciones.

El Diablo lo lleva a una sala de lectura en busca de una persona en quien pueda cambiarse Fabián-Esménard, y escoge a Emmanuel Fruges; Fruges y el Diablo se reconocen de inmediato, porque Fruges ha estado luchando todo el tiempo contra él, que «tan a menudo y tan pacientemente rondaba a esa alma inquieta». El Diablo lleva a Fabián-Esménard a murmurar la fórmula al oído de Fruges y la transformación se efectúa. Tan pronto como Fabián ha penetrado en el cuerpo y la personalidad de Fruges, recobra su capacidad de pensar. Se pregunta acerca del destino de su última víctima y está un tanto preocupado por Fruges (ahora en el cuerpo de Esménard), quien será condenado por el crimen de Fabián-Esménard. En parte se siente responsable por el crimen porque, como el Diablo le señala, las manos que lo cometieron

le pertenecían tan solo unos pocos minutos antes. Antes de separarse del Diablo inquiere también sobre el Fabián original y sobre Poujars. Mientras recobra algunos recuerdos sobre sus anteriores personalidades, observa que cada vez más se convierte en Fruges y adquiere la suya. Al mismo tiempo se da cuenta de que sus experiencias han aumentado su comprensión del resto de la gente, porque ahora puede entender mejor lo que pasaba en las mentes de Poujars, Paul Esménard y Fruges. También siente simpatía, una emoción que nunca ha conocido antes, y vuelve una vez más para ver lo que Fruges —en el cuerpo de Paul Esménard— hace. No obstante, saborea no solo el pensamiento de su propia huida sino también de lo que su víctima habrá de sufrir en su lugar.

El autor nos relata que algunos elementos de la naturaleza original de Fabián entran más en esta transformación que en cualquiera de las previas. En particular el lado inquisitivo del carácter de Fabián impulsa a Fabián-Fruges a descubrir más y más sobre la personalidad de Fruges. Entre otras cosas descubre que le atraen las postales obscenas que compra a una vieja mujer en una pequeña librería, donde las postales se ocultan detrás de otros artículos. Fabián está disgustado con este aspecto de su nueva naturaleza; odia el ruido que hace el estante giratorio sobre el que se disponen las postales, y siente que este ruido lo perseguirá siempre. Decide desembarazarse de Fruges, a quien ahora es capaz en cierto grado de juzgar con los ojos de Fabián.

Pronto entra al negocio un niño pequeño de alrededor de seis años. George es la imagen de la «inocencia con mejillas como manzanas» y Fabián-Fruges se siente de inmediato muy atraído por él. George le hace recordar a sí mismo cuando tenía esa edad y siente gran ternura hacia el niño. Fabián-Fruges sigue a George fuera del comercio y lo observa con gran interés. Repentinamente siente la tentación de transformarse en el niño. Lucha contra esta tentación como nunca, piensa, ha luchado antes contra la tentación, porque sabe que sería criminal robar la personalidad y la vida del niño. Sin embargo, decide convertirse en George, se arrodilla a su lado y pronuncia la fórmula en su oído, en un estado de gran remordimiento y emoción. Pero nada sucede, y Fabián-Fruges comprende que la magia no obra sobre el niño porque el Diablo no tiene poder sobre él.

Fabián-Fruges se horroriza ante la idea de que pudiera no ser capaz de apartarse de Fruges, quien le disgusta más y más. Siente que es prisionero de Fruges y lucha por mantener vivo el aspecto Fabián de sí mismo, porque comprende que a Fruges le falta la iniciativa que le ayudaría a escapar. Realiza varios intentos de acercarse a la gente, pero fracasa y pronto se

desespera, teme que el cuerpo de Fruges sea su tumba y que tenga que permanecer en el mismo hasta su muerte. «Tenía todo el tiempo la impresión de que estaba siendo lenta pero seguramente encerrado; que una puerta que había permanecido abierta estaba ahora cerrándose gradualmente sobre él». Finalmente logra transformarse en un bello y saludable joven de veinte años llamado Camille. A esta altura el autor nos introduce por primera vez en un círculo familiar, consistente en la esposa de Camille, Stéphanie, su prima Elise, Camille mismo, su hermano menor, y el viejo tío que los había adoptado a todos cuando eran niños.

Cuando entra a la casa, Fabián-Camille parece estar buscando algo. Sube las escaleras mirando las diferentes habitaciones, hasta que llega al cuarto de Elise. Cuando se ve allí reflejado en un espejo se llena de alegría al comprobar que es hermoso y fuerte, pero un momento más tarde descubre que en realidad se ha convertido en una persona infeliz, débil, e inútil y decide librarse de Camille. Al mismo tiempo se ha dado cuenta del apasionado y no correspondido amor de Elise por Camille. Elise entra y él le dice que la ama y que debería haberse casado con ella en vez de su prima Stéphanie. Elise, atónita y atemorizada desde que Camille nunca le había dado signos de retribuir su amor, huye. Dejado solo en la habitación de Elise, Fabián-Camille piensa con simpatía en los sufrimientos de la joven y que podría hacerla feliz amándola. Entonces piensa de súbito que si esto fuera así él podría ser feliz convirtiéndose en Elise. Sin embargo, desecha esta posibilidad porque no puede estar seguro de que Camille, si Fabián se transformara en Elise, habría de amarla. Ni siquiera está seguro de si él mismo —Fabián— ama a Elise. Mientras piensa sobre esto, se le ocurre que lo que ama en Elise son sus ojos, que de alguna manera le resultan familiares.

Antes de dejar la casa, Fabián-Camille toma venganza del tío, que es un hombre hipócrita y tirano, por todo el daño que ha causado a la familia. También venga especialmente a Elise castigando y humillando a su rival Stéphanie. Fabián-Camille, habiendo insultado al viejo, lo deja en un estado de ira impotente y se va sabiendo que ha hecho imposible para sí retornar nunca a esta casa bajo el aspecto de Camille. Pero antes de partir insiste en que Elise, quien todavía le teme, lo escuche una vez más. Le manifiesta que no la ama realmente y que debe abandonar su desdichada pasión por Camille o será siempre infeliz.

Como antes, Fabián siente resentimiento contra la persona en quien se ha convertido, porque la descubre falta de valor; por lo tanto pinta con gozo cómo Camille, cuando Fabián lo haya abandonado, será recibido por su tío y

su mujer. La única persona que lamenta abandonar es Elise; y de repente se le ocurre a quién se parece. Sus ojos tienen «en ellos toda la tragedia de una nostalgia que no puede nunca ser satisfecha», y de inmediato cobra conocimiento de que son los ojos de Fabián. Cuando este nombre, que ha olvidado por completo, vuelve a él y lo pronuncia en voz alta, su sonido le recuerda confusamente «un país lejano» conocido tan solo en el pasado por sueños. Porque su recuerdo real de Fabián ha desaparecido completamente, y en su prisa por escapar de Fruges y transformarse en Camille no ha llevado consigo ni el nombre y dirección de Fabián ni el dinero. Desde este momento en adelante la nostalgia de Fabián se apodera de él y lucha por recobrar sus viejos recuerdos. Es un niño quien lo ayuda a reconocer que él mismo es Fabián, porque cuando el pequeño pregunta cuál es su nombre, contesta inmediatamente «Fabián». Ahora Fabián-Camille se desplaza más y más física y mentalmente en la dirección en que Fabián puede ser hallado, porque, como dice, «quiero ser yo mismo otra vez». Caminando por las calles exclama este nombre, que corporiza su deseo mayor, y espera para obtener una respuesta. La fórmula que ha olvidado se le presenta y espera que también recordará el apellido de Fabián. En el camino a su hogar cada edificio, piedra y árbol adquiere un significado particular; siente que están «cargados con algún mensaje para él» y sigue andando, llevado por un impulso.

Así es como llega a entrar al comercio de la vieja mujer que había sido tan familiar a Fruges. Siente que al explorar este oscuro local está también «explorando un rincón secreto de su propia memoria, mirando por así decir su propia mente», y se siente lleno de «depresión abismal». Cuando impulsa el estante giratorio que contiene las postales el chirrido lo afecta extrañamente. Abandona el local apresuradamente. El próximo mojón es la sala de lectura en la que, con ayuda del Diablo, Fabián-Esménard se transformó en Fruges. Grita «Fabián», pero no obtiene respuesta. Luego pasa por la casa en que Fabián-Esmérand mató a Berthe y se siente impulsado a entrar y descubrir lo que ha sucedido detrás de esa ventana que la gente señala; se pregunta si no es esta quizá la habitación en que vive Fabián, pero se llena de temor y se escabulle cuando oye a la gente hablar sobre el crimen que se cometió tres días antes; el asesino no ha sido todavía hallado. Al seguir caminando, las casas y los negocios se vuelven aún más familiares para él, y se siente profundamente conmovido cuando llega al sitio en que el Diablo trató por primera vez de ganar a Fabián. Finalmente llega a la casa en que vive Fabián

y el portero deja pasar a Fabián-Camille. Cuando comienza a subir las escaleras un súbito dolor atenaza su corazón.

Durante los tres días en que todos estos sucesos ocurrieron Fabián había estado inconsciente en su lecho, cuidado por su madre. Comienza a recobrar los sentidos y se inquieta cuando se acerca Fabián-Camille y sube las escaleras. Fabián oye a Fabián-Camille pronunciar su nombre desde atrás de la puerta, sale de la cama y se acerca a la misma, pero es incapaz de abrirla. Por el agujero de la cerradura Fabián-Camille pronuncia la fórmula y se retira. Fabián es hallado inconsciente junto a la puerta por su madre, pero pronto se recupera y gana fuerzas. Trata desesperadamente de descubrir lo que sucedió durante los días en que estuvo inconsciente y en especial sobre el encuentro con Fabián-Camille; pero se le contesta que nadie ha venido y que ha estado en coma durante tres días desde su desmayo en la oficina. Con su madre sentada junto a su cama se siente invadido por el deseo de ser amado por ella y de poder expresarle su amor. Desea tocar su mano, arrojarse en sus brazos, pero siente que ella no respondería. A pesar de esto comprende que si su amor hubiera sido más fuerte ella lo habría amado más. El intenso afecto que experimenta hacia ella se extiende súbitamente a toda la humanidad y se siente desbordante de una inenarrable felicidad. Su madre le sugiere que rece, pero él solo puede recordar las palabras «Padre Nuestro». Entonces se siente nuevamente abrumado por esta misteriosa felicidad, y muere.

Interpretaciones

I

El autor de esta novela posee una profunda comprensión de la mente inconsciente; esto se ve tanto en la forma en que describe los sucesos y personajes como —lo que es de especial interés aquí— en su elección de la gente en que Fabián se proyecta. Mi interés en la personalidad y las aventuras de Fabián, que ilustran, como se ve, algunos de los complejos y aún oscuros problemas de la identificación proyectiva, me llevan a intentar un análisis de este rico material, casi como si se tratara de un paciente.

Antes de ocuparme de la identificación proyectiva, que para mí constituye el tema principal de este libro, he de considerar la interacción entre procesos introyectivos y proyectivos, que también —pienso— está ilustrada en la novela. Por ejemplo, el autor describe el desdichado impulso de Fabián a contemplar las estrellas. «Siempre que miraba de este modo a la noche que todo lo cubría, tenía una sensación de ser transportado suavemente por encima del mundo… Era casi como si por el mismo esfuerzo de mirar al espacio se estuviera abriendo dentro suyo una especie de golfo, correspondiendo a las vertiginosas profundidades en que su imaginación atisbaba». Esto, pienso, significa que Fabián está simultáneamente mirando a la distancia y dentro suyo; incorporando al cielo y a las estrellas así como proyectando en ellos sus objetos internos amados y las partes buenas de sí mismo. También interpretaría su intenso mirar las estrellas como una tentativa de recuperar sus objetos buenos que siente perdidos o lejanos.

Otros aspectos de las identificaciones introyectivas de Fabián arrojan luz sobre sus procesos proyectivos. En una oportunidad, cuando está solitario por la noche en su habitación, siente, como a menudo, que desea escuchar «algunos signos de vida provenientes de los otros habitantes del edificio que lo rodean». Fabián coloca el reloj de oro de su padre sobre la mesa; siente gran afecto por él y le gusta especialmente a causa de «su opulencia y brillo y de las figuras claramente marcadas en su faz». De una manera vaga este reloj también le da una sensación de confianza. Mientras reposa sobre la mesa entre sus papeles, Fabián siente que la habitación adquiere un aire de orden y

seriedad, quizá debido al «inquieto aunque calmante sonido de su tictac, reconfortante en medio del silencio invasor». Contemplando el reloj y escuchando su sonido, medita sobre las horas de alegría y miseria que ha marcado en la vida de su padre, y se le ocurre que está vivo y es independiente de su fallecido dueño anterior. En un pasaje previo el autor manifiesta que desde la infancia siempre «Fabián había sido perseguido por la sensación de una presencia interior que, de cierto modo que él no podría haber descrito, se hallaba siempre más allá del alcance de su propia conciencia…». Yo concluiría que el reloj posee algunas de las cualidades de una naturaleza paterna, tales como el orden y la seriedad, que imparte a la habitación y en un sentido más profundo a Fabián mismo; en otras palabras, el reloj representa al padre bueno internalizado, a quien desea sentir siempre presente. Este aspecto del superyó, que se vincula con la actitud altamente moral y ordenada de su madre, contrasta con las pasiones del padre y con su vida «alegre», de la que también el ruido del reloj trae recuerdos a Fabián. Él se identifica con esta parte frívola también, como se evidencia en su conceder tanta importancia a sus conquistas de mujeres; si bien tales éxitos no le proporcionan mucha satisfacción.

Aun otro aspecto del padre internalizado aparece bajo la forma del Diablo. Porque leemos que cuando el Diablo va hacia él, Fabián oye pasos resonando en la escalera: «Comenzó a oír esos resonantes pasos como un pulso latiendo en sus propias sienes».

Un poco más tarde, cuando se enfrenta con el Diablo, le parece «que la figura que tiene enfrente seguirá creciendo y creciendo hasta extenderse como una oscuridad por toda la habitación». Esto, pienso, expresa la internalización del Diablo (el padre malo), indicando la oscuridad también el terror que siente al haber incorporado un objeto tan siniestro. Un poco más adelante, cuando Fabián está viajando en un carruaje con el Diablo, se queda dormido y sueña «que su compañero se deslizó por el asiento hacia él» y que su voz «parecía enroscarse en torno suyo, atándole los brazos, sofocándolo con su flujo untuoso». Veo en esto el temor de Fabián a la intrusión del objeto malo en él. En mis «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» describí estos temores como consecuencia del impulso a hacer intrusión en otra persona, esto es, de la identificación proyectiva. El objeto externo que irrumpe en el sí-mismo y el objeto malo que ha sido introyectado tienen mucho en común; estas dos ansiedades están estrechamente vinculadas y pueden reforzarse entre sí. Esta relación con el Diablo repite, me parece, los sentimientos tempranos de Fabián acerca de un aspecto de su padre —el padre seductor vivido como

malo—. Por otro lado, el componente moral de sus objetos internalizados puede verse en el ascético desprecio del Diablo por «los placeres de la carne[455]». Este aspecto estaba influido por la identificación de Fabián con la madre moral y ascética, representando el Diablo así a ambos padres a un tiempo. He indicado algunos aspectos de su padre que Fabián había internalizado. Su incompatibilidad era en él una fuente de inacabable conflicto, que se incrementaba por el conflicto real entre sus padres y había sido perpetuado por su internalización de los padres en su relación desdichada de cada uno con el otro. Las diversas maneras en que se identificaba con su madre no eran menos complejas, como espero demostrar. La persecución y la depresión que surgían de estas relaciones internas contribuyeron mucho a la soledad de Fabián, sus humores inquietos y su necesidad de huir de su odiado ser[456]. El autor cita en su prefacio los versos de Milton «Te has convertido (oh, la prisión peor) en el calabozo de ti mismo». Una tarde, después de haber estado vagando sin objeto por las calles, la idea de regresar a su habitación llena a Fabián de horror. Sabe que todo lo que ha de encontrar allí es a sí mismo; tampoco puede escapar hacia un nuevo asunto amoroso, porque comprende que nuevamente, como siempre, se cansaría rápidamente del mismo. Se pregunta por qué es tan difícil de complacer y recuerda que alguien le había dicho que lo que él deseaba era una «estatua de oro y marfil»; piensa que esta gran melindrería podría ser una herencia de su padre (el tema de Don Juan). Ansía escapar de sí mismo, aunque más no sea por una hora, para alejarse de las «interminables argumentaciones» que se suceden dentro suyo. Parecería que sus objetos internalizados estuvieran haciéndote demandas incompatibles y que estas fueran las «interminables argumentaciones» por las que se sentía tan perseguido[457]. No solo odia a sus perseguidores internos sino que también se siente desvalorizado porque contiene tan malos objetos. Esto es un corolario del sentimiento de culpa, porque siente que sus impulsos y fantasías agresivas han convertido a los padres en perseguidores retaliativos o los han destruido. De este modo el odio de sí mismo, aunque dirigido contra los malos objetos internos, se centra finalmente sobre los propios impulsos del individuo, que son vividos como peligrosos y destructivos tanto en el pasado como en el presente para el yo y sus objetos buenos.

La voracidad, la envidia y el odio, fuente principal de las fantasías agresivas, son rasgos dominantes del carácter de Fabián, y el autor nos muestra que estas emociones impulsan a Fabián a apoderarse de las posesiones de otras personas, sean materiales o espirituales; lo llevan

irresistiblemente a lo que he descrito como identificaciones proyectivas. En determinado punto, cuando Fabián ha realizado ya el pacto con el Diablo y está próximo a probar su nuevo poder, exclama «¡Humanidad, la gran copa de la que beberé en breve!». Esto sugiere el deseo voraz de beber de un pecho inagotable. Podemos suponer que estas emociones y las identificaciones voraces por introyección y proyección fueron experimentadas primero en las relaciones de Fabián con sus objetos primarios, madre y padre. Mi experiencia analítica me ha demostrado que los procesos de introyección y proyección en la vida adulta repiten en cierta medida el molde de las introyecciones y proyecciones más tempranas; el mundo externo es una y otra vez incorporado y puesto afuera —reintroyectado y reproyectado—. La voracidad de Fabián, como puede colegirse de la novela, es reforzada por el odio a sí mismo y el impulso a escapar de su propia personalidad.

II

Mi interpretación de la novela implica que el autor ha presentado aspectos fundamentales de la vida emocional en dos planos: las experiencias del niño y su influencia sobre la vida del adulto. En las últimas pocas páginas me he ocupado de las emociones, ansiedades, introyecciones y proyecciones infantiles que presumo que subyacen al carácter y a las experiencias adultas de Fabián.

He de sostener estas suposiciones analizando algunos nuevos episodios que no he mencionado en el relato de la novela. Al reunir los diversos incidentes desde esta perspectiva particular, no he de seguir el orden cronológico ya sea del libro o de la evolución de Fabián. Los considero más bien como la expresión de ciertos aspectos de la evolución infantil, y debemos recordar que especialmente en la infancia las experiencias emocionales no son solamente consecutivas sino en gran medida simultáneas.

Hay un interludio en la novela que me parece de la mayor importancia para la comprensión del desarrollo temprano de Fabián. Fabián-Fruges se ha ido a dormir muy deprimido por su pobreza y su inadecuación, y lleno de temor porque no fue capaz de cambiarse en algún otro. Al despertar comprueba que es una brillante mañana de sol. Se viste con más cuidado que de costumbre y, sentándose al sol, se exalta. Todas las caras que lo rodean parecen ser hermosas. También piensa que en esta admiración de la belleza no hay «nada de la lujuriosa codicia que eran tan apta para envenenar incluso sus

momentos de contemplación realmente seria; por el contrario, simplemente admiraba y lo hacía con un toque de casi religioso respeto».

Sin embargo, pronto se siente hambriento puesto que no ha desayunado, y a esto atribuye un ligero aturdimiento que experimenta junto con la esperanza y la exaltación. Comprende, empero, que su estado de felicidad es también peligroso porque debe acicatearse a sí mismo a la acción de manera de convertirse en alguien distinto; pero antes que nada es impulsado por el hambre a encontrar algún alimento[458]. Se dirige a una panadería a comprar un panecillo. El mismo olor de la harina y del pan caliente recuerda siempre a Fruges las vacaciones de la infancia en el campo, en una casa llena de niños. Yo creo que todo el local se transforma en su mente en la madre que alimenta. Queda embelesado al mirar una gran canasta de panes frescos y extiende su mano hacia ellos cuando oye la voz de una mujer preguntándole qué desea. A esto salta como «un sonámbulo que ha sido despertado súbitamente». Ella también huele bien —«como un campo de trigo»—, anhela tocarla y le sorprende sentir temor de hacerlo. Está absorto por su belleza y siente que por ella podría abandonar todas sus creencias y esperanzas. Al observar con deleite todos sus movimientos cuando le alcanza un panecillo, se detiene en sus pechos, cuyo perfil puede adivinar bajo su vestimenta. La blancura de su piel lo intoxica y se llena de un deseo irresistible de poner sus manos en torno a su cintura. Tan pronto como deja el local se siente abrumado de miseria. De repente siente una fuerte tentación de tirar el pan al suelo y pisotearlo con «sus brillantes zapatos negros… para insultar la santidad misma del pan».

Recuerda entonces que la mujer lo tocó y «en una pasión de deseo frustrado muerde furiosamente en la parte más gruesa del pan». Ataca incluso sus restos triturándolos en su bolsillo y al mismo tiempo le parece que una miga estuviera atravesada como una piedra en su garganta. Se siente agonizar. «Algo estaba latiendo y aleteando como un segundo corazón justo encima de su estómago, pero algo grande y pesado». Al pensar nuevamente en la mujer, concluye con amargura que nunca ha sido amado. Todos sus asuntos con muchachas han sido sórdidos y nunca antes había encontrado en una mujer «esa plenitud del pecho cuya misma idea lo torturaba ahora con su persistente imagen».

Decide retornar al negocio para por lo menos echarle otra mirada, porque sus deseos parecen «estar quemándolo». La encuentra aún más deseable y se percata de que su mirada casi equivale a tocarla. Observa entonces a un hombre que le habla, con su mano puesta afectuosamente sobre su brazo de «láctea blancura». La mujer sonríe al hombre y discuten planes para la tarde.

Fabián-Fruges está seguro de que no ha de olvidar esta escena nunca «estando cada detalle investido de trágica importancia». Las palabras que el hombre le ha dicho resuenan aún en sus oídos. No puede «apagar el sonido de esa voz que desde algún lugar de adentro continuaba todavía hablando». Con desesperación cubre sus ojos con las manos. No puede recordar ninguna ocasión en que haya sufrido tan agudamente por sus deseos.

Yo veo en los detalles de este episodio revivido el poderoso deseo de Fabián por el pecho materno con la consiguiente frustración y odio; su deseo de pisotear el pan con sus zapatos negros expresa sus ataques anal-sádicos, y su furioso morder en el pan su canibalismo y sus impulsos oral-sádicos. Toda la situación parece estar internalizada y todas sus emociones, con la desilusión y los ataques subsiguientes, se aplican también a la madre internalizada. Esto está demostrado por el furioso triturar de los remanentes del panecillo en su bolsillo, por la sensación de que una miga se le ha atascado como una piedra en la garganta e (inmediatamente después) que un segundo y más grande corazón latía dentro suyo encima del estómago. En este mismo episodio la frustración experimentada frente al pecho y en la relación más temprana con la madre parece estar estrechamente vinculada a la rivalidad con el padre. Esto representa una situación muy primitiva cuando el niño, privado del pecho de la madre, siente que algún otro, antes que nadie el padre, se lo ha quitado y lo está gozando, una situación de envidia y celos que me parece parte de las etapas más tempranas del complejo de Edipo. Los apasionados celos de Fabián-Fruges frente al hombre que, según cree, posee a la panadera por la noche, se relacionan también con una situación interna, dado que siente que puede oír dentro suyo la voz del hombre hablando a la mujer. Yo sacaría en conclusión que el incidente que ha presenciado con tan fuerte emoción representa la escena primaria que ha internalizado en el pasado. Cuando, en este estado emocional, cubre sus ojos con su mano, está reviviendo —pienso— el deseo del niño pequeño de no haber nunca visto ni incorporado la escena primaria.

La parte siguiente de este capítulo trata de la sensación de culpa de Fabián-Fruges por sus deseos, que siente que debe destruir «como la basura es consumida por el fuego». Entra a una iglesia solo para comprobar que no hay agua bendita en la pila, que está «seca como un hueso», y se indigna mucho por tal negligencia de los deberes religiosos. Se arrodilla en un estado de depresión y piensa que sería necesario un milagro para aliviar su culpa y su tristeza y resolver sus conflictos sobre religión que han aparecido en este momento. Pronto sus quejas y acusaciones se vuelven contra Dios. ¿Por qué

lo ha creado El para ser «tan enfermo y arrastrado como una rata envenenada»? Entonces recuerda un viejo libro sobre las muchas almas que podrían haber venido a la vida pero quedaron nonatas. Se trataba así de una cuestión de elección divina, y este pensamiento lo conforta. Incluso se exalta porque está vivo «y se aferra de su costado con ambas manos como para asegurarse del latido de su corazón». Reflexiona entonces que estas ideas son infantiles, pero concluye que «la verdad misma» es «la concepción de un niño». Inmediatamente después de eso coloca luces votivas en todos los lugares vacíos del estante. Una voz interior lo tienta nuevamente, diciéndole lo hermoso que sería ver a la panadera a la luz de todas estas pequeñas velas.

Mi conclusión es que su culpa y desesperación se refieren a la destrucción fantaseada de la madre externa e interna y de sus pechos, y a la rivalidad criminal con su padre, es decir al sentimiento de que sus buenos objetos internos y externos han sido destruidos por él. Esta ansiedad depresiva estaba vinculada a una persecutoria. Porque Dios, que representaba al padre, era acusado de haberlo hecho una criatura mala y envenenada.

Fluctúa entre esta acusación y un sentimiento de satisfacción por haber sido creado con preferencia a las almas no nacidas y estar vivo. Sugiero que las almas que nunca han llegado a la vida representan los hermanos y hermanas no nacidos de Fabián. El hecho de que fuera hijo único era al mismo tiempo una causa de culpa y —desde que había sido elegido para nacer mientras que ellos no— de satisfacción y gratitud hacia el padre. La idea religiosa de que la verdad «es la concepción de un niño» adquiere así otro significado. El mayor acto de creación es crear un niño, porque esto significa perpetuar la vida. Pienso que cuando Fabián-Fruges coloca velas en todos los lugares vacantes del estante y las enciende, esto significa preñar a la madre y traer a la vida a los niños no nacidos. El deseo de ver a la panadera a la luz de las velas expresaría así el deseo de verla preñada de todos los niños que él le daría. Aquí hallamos el «pecaminoso» deseo incestuoso por la madre así como la tendencia a reparar dándole todos los niños que él había destruido. A este respecto, su indignación por la pila «seca como hueso» no tiene solamente una base religiosa. Veo en ella la ansiedad del niño por la madre que es frustrada y olvidada por el padre, en lugar de ser amada y quedar preñada por él. Esta ansiedad es particularmente fuerte en hijos menores y únicos porque la realidad de no haber nacido ningún otro niño parece confirmar el sentimiento culposo de haber impedido el coito entre los padres, el embarazo de la madre y la llegada de otros niños, por odio, celos y ataques al cuerpo materno[459]. Dado que supongo que Fabián-Fruges había

expresado su destrucción del pecho materno al atacar el pan que le diera la panadera, saco en conclusión que la pila «seca como un hueso» representa también al pecho succionado hasta dejarlo seco y destruido por su voracidad infantil.

III

Es significativo que el primer encuentro de Fabián con el Diablo se produzca cuando se está sintiendo agudamente frustrado porque su madre, que insistía en que fuera a comulgar el día siguiente, le había impedido de ese modo embarcarse aquella tarde en un nuevo asunto amoroso; y cuando Fabián se rebela y efectivamente marcha a ver a la muchacha, esta no aparece. En ese momento se introduce el Diablo; él representa en este contexto, me parece, los impulsos peligrosos que son agitados en el niño pequeño cuando su madre lo frustra. En este sentido el Diablo es la personificación de los impulsos destructivos del niño.

Esto, sin embargo, solo toca un aspecto de la compleja relación con la madre, un aspecto ilustrado por Fabián tratando de proyectarse en el mozo que le sirve su magro desayuno (en la novela, su primer intento de asumir la personalidad de otro hombre). Los procesos proyectivos dominados por la voracidad son, como repetidamente lo he observado, parte de la relación del niño con la madre, pero son particularmente poderosos donde la frustración es frecuente[460]. La frustración refuerza a un tiempo el deseo voraz de gratificación ilimitada y los deseos de agotar el pecho y entrar en el cuerpo de la madre para obtener por la fuerza la gratificación que niega. Hemos visto en relación con la panadera los impetuosos deseos de Fabián-Fruges por el pecho y el odio que la frustración le produjo. Todo el carácter de Fabián y sus fuertes sentimientos de resentimiento y privación apoyan la suposición de que se había sentido muy frustrado en la más temprana relación de alimentación. Tales sentimientos serían revividos en relación con el mozo si este representa un aspecto de la madre —la madre que lo alimentó pero que realmente no lo satisfizo—. El intento de Fabián de convertirse en el mozo representaría así una reviviscencia del deseo de hacer intrusión en su madre para robarle y obtener de ese modo más alimento y satisfacción. También es significativo que el mozo, el primer objeto en que Fabián trató de transformarse, sea la única persona cuyo permiso pide (permiso que el mozo niega).

Esto implicaría que la culpa, que está tan claramente expresada en la relación con la panadera, incluso se encuentra presente en relación con el mozo[461]. En el episodio con la panadera Fabián experimenta toda la gama de emociones relativas a su madre, esto es, deseos orales, frustración, ansiedades, culpa y la necesidad de reparar; también revive el desarrollo del complejo de Edipo. La combinación de apasionados deseos físicos, afecto y admiración, indica que hubo un tiempo en que Fabián veía a su madre a un tiempo como la madre hacia quien se experimentan deseos orales y genitales, y la madre ideal, la mujer que debe ser vista a la luz de las lámparas votivas, esto es, debe ser adorada. Es cierto que no tiene éxito en esta adoración en la iglesia, porque siente que no puede refrenar sus deseos. No obstante, representa por momentos a la madre ideal que debería no tener vida sexual.

En contraste con la madre que debería ser adorada como la Virgen, hay otro aspecto de ella. Yo entiendo que la transformación en el criminal Esménard significa una expresión de los impulsos infantiles de matar a la madre, cuya relación sexual con el padre no solo es vivida como una traición al amor del niño por ella, sino que es vista en su conjunto como mala e indigna. Este sentimiento es el que sostiene la ecuación inconsciente entre la madre y una prostituta, que es característica de la adolescencia. Berthe, que obviamente es considerada como mujer promiscua, se aproxima en la mente de Fabián-Esménard al tipo prostituta. Otro ejemplo de la madre como figura sexual mala es la vieja mujer en el local oscuro, vendiendo postales obscenas que están ocultas tras de otros artículos. Fabián-Fruges siente tanto disgusto como placer al mirar las figuras obscenas, y también se siente perseguido por el ruido del estante giratorio. Yo creo que esto expresa el deseo del niño de mirar y oír la escena primaria así como su rechazo de estos deseos. La culpa adscripta a tales observaciones reales o fantaseadas, en que los sonidos escuchados a menudo desempeñan un papel, deriva de los impulsos sádicos contra los padres en esta situación y se refiere también a la masturbación que acompaña frecuentemente a estas fantasías sádicas.

Otra figura que representa a la madre mala es la sirviente de la casa de Camille, una vieja hipócrita que conspira con el tío anciano contra los jóvenes. La propia madre de Fabián aparece bajo esta luz cuando insiste en que concurra a confesarse. Porque Fabián es hostil al padre-confesor y detesta confesarle sus pecados. El pedido de su madre, por lo tanto, debe representar para él una conspiración entre los padres, aliados contra los deseos sexuales y agresivos del niño. La relación de Fabián con su madre, representada por

estas distintas figuras, demuestra desvalorización y odio así como idealización.

IV

Existen solamente unos pocos indicios acerca de la temprana relación de Fabián con su padre, pero están plenos de significado. Al hablar de las identificaciones introyectivas de Fabián sugerí que su fuerte afición al reloj de su padre, y los pensamientos que le provocaba sobre la vida de su padre y su prematura muerte, mostraban amor y compasión por el mismo y tristeza por su fin. Con referencia a las observaciones del autor en el sentido de que Fabián había sido desde la niñez «perseguido por un sentimiento de una cierta presencia interior…» extraje en conclusión que esta presencia interior representaba al padre internalizado.

Pienso que el impulso a conformarse con la muerte prematura de su padre y en cierto sentido mantenerlo vivo contribuyó mucho al impetuoso y voraz deseo de Fabián de vivir plenamente la vida. Yo diría que era también voraz a cuenta de su padre. Por otro lado, en su inquieta búsqueda de mujeres y descuido de la salud, Fabián reencarnaba el destino de su padre, de quien se suponía que había muerto prematuramente como resultado de su vida disoluta. Esta identificación estaba reforzada por la precaria salud de Fabián, ya que sufría de la misma enfermedad cardíaca que su padre, y había sido exhortado a menudo a no fatigarse[462]. Así parecería que en Fabián estaban en conflicto un impulso a producir su muerte y una necesidad voraz de prolongar su vida, como asimismo de este modo la vida de su padre internalizado, entrando en otras personas y robándoles verdaderamente su vida. Esta lucha exterior entre búsqueda y rechazo de la muerte era parte de su mente inquieta e inestable.

La relación de Fabián con su padre internalizado se centraba, como recién hemos visto, en la necesidad de prolongar la vida de su padre o revivirlo. Deseo mencionar otro aspecto del padre interno muerto. La culpa referente a la muerte del padre —debida a los deseos de muerte contra él— tiende a convertir al padre muerto internalizado en perseguidor. Hay un episodio en la novela de Green que señala la actitud de Fabián hacia la muerte y los muertos. Antes de aceptar Fabián el pacto, el Diablo lo lleva por la noche en un viaje a una casa siniestra donde está reunida una extraña compañía. Fabián se descubre en el centro de una intensa atención y envidia. Lo que le envidian

está indicado por su murmurar «Es por el don…». El «don», como sabemos, es la fórmula mágica del Diablo que daría a Fabián el poder de transformarse en otras personas y, como a él le parece, prolongar su vida indefinidamente. Fabián es bienvenido por el «segundo» del Diablo, un aspecto muy seductor del mismo, sucumbe a su encanto y acepta ser persuadido a aceptar el «don». Parece que las gentes reunidas quieren significar los espíritus de los muertos que ya sea no recibieron el don o no lo usaron bien. El «segundo» del Diablo habla despectivamente de ellos, dando la impresión de que han sido incapaces de vivir su vida plenamente; quizá los desprecia porque se han vendido al Diablo en vano. Una conclusión parecida es que esta gente insatisfecha y envidiosa representa también al padre muerto de Fabián, porque Fabián habría atribuido a su padre —quien en efecto había desperdiciado su vida— tales sentimientos de envidia y voracidad. Su correspondiente ansiedad porque el padre internalizado no quisiera chuparle la vida a Fabián se sumaba a la necesidad de Fabián de huir de su yo y a su voraz deseo (en identificación con el padre) de robar su vida a otras personas.

La pérdida de su padre a una edad temprana contribuyó mucho a su depresión, pero las raíces de estas ansiedades pueden de nuevo ser halladas en la infancia. Porque si suponemos que la poderosa emoción de Fabián hacia el amante de la panadera es una repetición de sus tempranos sentimientos edípicos, habremos de concluir que experimentaba fuertes deseos de muerte hacia su padre. Como sabemos, los deseos de muerte y el odio contra el padre como rival no solo llevan a la ansiedad persecutoria sino también —puesto que rivalizan con el amor y la compasión— a severos sentimientos de culpa y depresión en el niño pequeño. Es significativo que Fabián, que posee el poder de transformarse en cualquiera que desee, nunca piense siquiera convertirse en el envidiado amante de la mujer admirada. Parece que de haber efectuado una tal transformación, habría sentido que estaba usurpando el lugar de su padre y dando rienda suelta a su odio criminal contra él. Tanto el odio hacia el padre como el conflicto entre amor y odio, esto es, tanto la ansiedad persecutoria como la depresiva serían la causa de su retirada de una expresión tan desembozada de sus deseos edípicos. He descrito ya sus actitudes conflictivas hacia su madre —de nuevo un conflicto entre amor y odio— que contribuyeron a su apartarse de ella como objeto de amor y a la represión de sus sentimientos edípicos.

Las dificultades de Fabián en la relación con su padre deben ser consideradas con referencia a su voracidad, su envidia y sus celos. Su transformación en Poujars es motivada por la violenta voracidad, envidia y

odio, tal como el niño experimenta hacia su padre que es adulto y potente y posee, en la fantasía infantil, todo, puesto que posee a la madre. Me he referido a la descripción que hace el autor de la envidia de Fabián por Poujars con las palabras: «¡Ah! El sol. A menudo le parecía que el señor Poujars lo tenía escondido en su bolsillo[463]». La envidia y los celos, reforzados por frustraciones, contribuyen a los sentimientos del niño de pesadumbre y resentimiento hacia sus padres y estimulan el deseo de invertir los roles privándolos de ellos. De la actitud de Fabián, cuando ha cambiado lugares con Poujars y mira con una mezcla de piedad y desprecio su anterior persona poco atractiva, deducimos lo mucho que se alegra de haber invertido los roles. Otra situación en que Fabián castiga a una figura de padre malo surge cuando él es Fabián-Camille: insulta y encoleriza al viejo tío de Camille antes de dejar la casa.

En la relación de Fabián con su padre, así como en la relación con su madre, podemos detectar el proceso de idealización y su corolario, el temor de los objetos persecutorios. Esto se hace claro cuando Fabián se ha convertido en Fruges, cuya lucha interior entre su amor a Dios y su atracción por el Diablo es muy aguda; Dios y el Diablo representan claramente al padre ideal y al totalmente malo. La actitud ambivalente hacia el padre es mostrada también en la acusación de Fabián-Fruges a Dios (padre) por haberlo hecho una criatura tan pobre: no obstante, reconoce la gratitud por Su haberle dado la vida. De estos indicios deduzco que Fabián ha estado siempre buscando a su padre ideal y que este es un fuerte estímulo hacia sus identificaciones proyectivas. Pero en su búsqueda del padre ideal fracasa: debe fracasar porque está impulsado por la voracidad y la envidia. Todos los hombres en quienes se transforma resultan ser despreciables y débiles. Fabián los odia porque lo desilusionan, y siente gozo por el destino de sus víctimas.

V

He sugerido que algunas de las experiencias emocionales que ocurrieron durante las transformaciones de Fabián arrojan luz sobre su evolución más temprana. De su vida sexual adulta nos hacemos una imagen por el período que precede a su encuentro con el Diablo, es decir cuando todavía es el Fabián original. He mencionado ya que las relaciones sexuales de Fabián eran vividas brevemente y acababan en desilusión. No parecía ser capaz de un amor genuino por una mujer. Yo interpreté el interludio con la panadera como

una reviviscencia de sus tempranos sentimientos edípicos. Su infructuoso enfrentamiento con estos sentimientos y ansiedades fundamenta su posterior desarrollo sexual. Sin volverse impotente, ha desarrollado la división en dos direcciones, descriptas por Freud como «amor divino y terrenal (o animal[464])». Incluso este proceso de disociación deja de alcanzar sus objetivos, porque nunca encuentra realmente una mujer a quien poder idealizar; pero la existencia de una persona tal en su mente es demostrada por su preguntarse si la sola mujer que podría satisfacerlo plenamente seria «una estatua de oro y marfil». Como hemos visto, en el rol de Fabián-Fruges, experimentó una apasionada admiración, equivalente a una idealización, por la panadera. Yo diría que estaba inconscientemente toda su vida a la búsqueda de la madre ideal que había perdido.

Los episodios en que Fabián se convierte en el rico Poujars o el físicamente poderoso Esménard, o finalmente en un hombre casado (Camille, que tiene una bella esposa), sugieren una identificación con su padre, basada en un deseo de ser como él y tomar su lugar como hombre. En la novela no hay señal de que Fabián fuera homosexual. Con todo puede hallarse una indicación de homosexualidad en su fuerte atracción física hacia el «segundo» del Diablo, un hombre joven y hermoso cuya persuasión domina las dudas y ansiedades de Fabián respecto a entrar en el pacto con el Diablo. Ya me he referido al temor de Fabián frente a lo que él imagina ser los avances sexuales del Diablo hacia él. Pero el deseo homosexual de ser el amante de su padre se manifiesta más directamente con relación a Elise. Su atracción hacia ella —hacia sus ojos nostálgicos— se debía, como lo hace notar el autor, a una identificación con ella. Por un momento se siente tentado a transformarse en ella, si solo pudiera asegurarse de que el bello Camille habría de amarla. Pero comprende que esto no puede suceder y decide no convertirse en Elise.

En este contexto el amor no correspondido de Elise parece expresar la situación edípica invertida de Fabián. Colocarse en el papel de mujer amada por el padre significaría desplazar o destruir a la madre y haría surgir una intensa culpa; en efecto, en la novela Elise tiene a la desagradable pero bella mujer de Camille como odiada rival —otra figura materna, pienso—.

Es interesante que no fuera sino al final cuando Fabián experimentó el deseo de ser mujer. Esto podría estar relacionado con la emergencia de impulsos y deseos reprimidos, y de ese modo con una disminución de las fuertes defensas contra sus tempranos impulsos femeninos y homosexuales pasivos.

Pueden extraerse de este material algunas conclusiones acerca de las severas incapacidades que sufre Fabián. Su relación con su madre estaba fundamentalmente perturbada. Está descrita, como sabemos, como madre escrupulosa, preocupada sobre todo por el bienestar físico y moral de su hijo, pero incapaz de afecto y ternura. Parece probable que tuviera la misma actitud hacia él cuando era niño. Ya me he referido a que el carácter de Fabián, la naturaleza de su voracidad, envidia y resentimiento indican que sus decepciones orales habían sido muy grandes y nunca superadas. Podemos suponer que estos sentimientos de frustración se extendían a su padre; porque, en las fantasías del niño pequeño, el padre es el segundo objeto de quien se esperan gratificaciones orales. En otras palabras, el lado positivo de la homosexualidad de Fabián estaba también perturbado desde las raíces.

El fracaso en la modificación de los deseos y ansiedades orales fundamentales tiene muchas consecuencias. En último análisis, significa que la posición esquizo-paranoide no ha sido elaborada satisfactoriamente. Pienso que esto era cierto con Fabián, y que por lo tanto tampoco había manejado adecuadamente la posición depresiva. Por esas razones su capacidad de reparar se había menoscabado y no podía enfrentarse más tarde con sus sentimientos de persecución y depresión. En consecuencia sus relaciones con sus padres y con la gente en general eran muy insatisfactorias. Todo esto implica, como me lo ha demostrado mi experiencia, que era incapaz de establecer con seguridad el pecho bueno, la madre buena, en su mundo interno[465], un fracaso inicial que a su vez le impedía desarrollar una fuerte identificación con un padre bueno. La excesiva voracidad de Fabián, en cierta medida derivada de su inseguridad acerca de sus buenos objetos internos, influyó a un tiempo en sus procesos proyectivos e introyectivos y —dado que estamos tratando también acerca de Fabián adulto— en los procesos de reintroyección y reproyección. Todas estas dificultades contribuían a su incapacidad para establecer una relación de amor con una mujer, es decir, a la perturbación de su desarrollo sexual. En mi concepto, fluctuaba entre una homosexualidad fuertemente reprimida y una heterosexualidad inestable.

He mencionado una cantidad de factores externos que desempeñaron un papel importante en el desgraciado desarrollo de Fabián, tales como la muerte prematura de su padre, la falta de afecto de su madre, su pobreza, la naturaleza insatisfactoria de su trabajo, su conflicto con su madre sobre la religión, y —punto muy importante— su enfermedad física. De estos hechos podemos extraer nuevas conclusiones. El matrimonio de los padres de Fabián fue obviamente desdichado, como lo indica el padre buscando sus placeres en

otro sitio. La madre no solo era incapaz de mostrar el calor de un sentimiento sino que también era, como podemos suponer, una infeliz mujer que buscaba consuelo en la religión. Fabián era hijo único y sin duda solitario. Su padre falleció cuando Fabián estaba aún en la escuela y esto lo privó de su posterior educación y de las perspectivas de una carrera exitosa; también tuvo el efecto de agitar sus sentimientos de persecución y depresión.

Sabemos que todos los sucesos, desde la primera transformación hasta su regreso a su hogar, se supone que ocurren en el término de tres días. Durante estos tres días, como sabemos al final cuando Fabián-Camille retorna a su personalidad anterior, Fabián ha estado inconsciente en su lecho, cuidado por su madre. Como ella le dice, él se había desmayado en la oficina de su empleador después de haberse comportado allí mal; fue llevado a su casa y había permanecido inconsciente desde entonces. Ella piensa, cuando él se refiere a la visita de Camille, que ha estado delirando. ¿Acaso el autor se propone que tomemos toda la historia como representativa de las fantasías de Fabián durante la enfermedad que precedió a su muerte? Esto implicaría que todos los personajes eran figuras de su mundo interno e ilustra nuevamente que la introyección y la proyección operaban en él en la más estrecha interacción.

VI

Los procesos que subyacen a la identificación proyectiva son pintados muy concretamente por el autor. Una parte de Fabián abandona literalmente su yo y entra en su víctima, suceso que en ambas partes se acompaña de intensas sensaciones físicas. Se nos dice que la parte disociada de Fabián se sumerge en grados diversos en sus objetos y pierde los recuerdos y las características pertenecientes al Fabián original. Deberíamos deducir por ende (de acuerdo a la muy concreta concepción del autor sobre el proceso proyectivo) que los recuerdos de Fabián y otros aspectos de su personalidad son dejados atrás en el Fabián descartado, que debe haber retenido una buena parte de su yo al producirse la disociación. Esta parte de Fabián, que yace dormida hasta el retorno de los aspectos disociados de su personalidad, representa, a mi modo de ver, aquel componente del yo que los pacientes sienten inconscientemente haber retenido mientras que otras partes son proyectadas en el mundo externo y perdidas.

Los términos espaciales y temporales en que el autor describe estos eventos son realmente aquellos en que nuestros pacientes experimentan tales procesos. La sensación de un paciente de que partes de su yo han dejado de pertenecerle, están muy lejos o se han ido, es por supuesto una fantasía que subyace a los procesos disociativos. Pero tales fantasías tienen consecuencias de largo alcance e influyen vitalmente la estructura del yo. Tienen el efecto de que aquellas partes de su yo que siente extrañadas, incluyendo a menudo sus emociones, dejan de ser accesibles ya sea al analista o al paciente[466]. La sensación de no saber dónde han ido las partes de sí mismo que ha dispersado al mundo exterior, es una fuente de gran ansiedad e inseguridad[467]. He de considerar a continuación las identificaciones proyectivas de Fabián desde tres ángulos: (i) la relación de las partes disociadas y proyectadas de su personalidad con aquellas que ha dejado atrás; (ii) los motivos que fundamentan la elección de los objetos en que se proyecta, y (iii) en qué medida en estos procesos la parte proyectada de su personalidad queda sumergida en el objeto o adquiere control sobre él.

(i) La ansiedad de Fabián porque está próximo a empobrecer su yo disociando partes de él y proyectándolas en otras personas está expresada, antes de que comience sus transformaciones, por la forma en que mira sus ropas amontonadas desaliñadamente sobre una silla: «Al mirarlas tuvo una horrible sensación de estarse viendo a sí mismo, pero autoasesinado o de algún modo destruido. Las mangas vacías de su saco tenían, al pender libremente hacia el piso, una lejana sugestión de tragedia».

Vemos también que Fabián, cuando se ha convertido en Poujars (es decir, cuando los procesos de disociación y proyección terminaban de producirse), se preocupa mucho por su persona anterior. Piensa que podría desear el retorno a su yo original, y estando por lo tanto ansioso porque Fabián sea llevado a su casa, extiende un cheque a su favor.

La importancia atribuida al nombre de Fabián denota también que su identidad se vinculaba con aquellas partes de sí mismo que eran dejadas atrás y que las mismas representaban el meollo de su personalidad; el nombre era una parte esencial de la fórmula mágica, y es importante que la primera cosa que se le ocurre cuando, bajo la influencia de Elise, experimenta la urgencia de recuperar su anterior personalidad, sea el nombre «Fabián». Pienso que los sentimientos de culpa por haber olvidado y abandonado un componente precioso de ella contribuyeron a la nostalgia de Fabián por volver a ser él mismo, una nostalgia que irresistiblemente lo empujó a su hogar al final de la novela.

(ii) La elección de su primera víctima propuesta, el mozo, se hace fácilmente comprensible si suponemos, como lo sugerí más arriba, que representaba a la madre de Fabián; porque la madre es el primer objeto para la identificación del niño, sea por proyección o introyección.

Algunos de los motivos que impulsaron a Fabián a proyectarse en Poujars han sido ya discutidos; sugerí que deseaba convertirse en el padre rico y poderoso, robándole así todas sus posesiones y castigándolo. Al hacerlo estaba también actuando por un motivo que a este respecto deseo recalcar. Pienso que los impulsos y fantasías sádicos de Fabián (expresados en el deseo de controlar y castigar a su padre) eran algo que él sentía tener en común con Poujars. La crueldad de Poujars, según la consideraba Fabián, representaba la propia crueldad de Fabián y su deseo de poder.

El contraste entre Poujars (que resultó ser achacoso y miserable) y el viril joven Esménard, fue solo un factor contribuyente en la elección del último por Fabián como objeto para la identificación. Creo que la principal causa de la decisión de Fabián de transformarse en Esménard, a pesar de ser repelente y antipático, era que Esménard representaba una parte del yo de Fabián, y que el odio criminal que impulsaba a Fabián-Esménard a matar a Berthe es una reviviscencia de las emociones que Fabián experimentó en la infancia hacia su madre cuando esta lo frustraba, según su sentir, oral y genitalmente. Los celos de Esménard ante cualquier hombre a quien Berthe favoreciera renuevan de manera extrema el complejo de Edipo y la intensa rivalidad de Fabián con su padre. Esta parte de sí mismo, que era potencialmente criminal, estaba personificada por Esménard. Fabián, al convertirse en aquel, proyectaba así y vivía algunas de sus propias tendencias destructivas. La complicidad de Fabián en el crimen es señalada por el Diablo, quien le hace recordar, después de su transformación en Fruges, que las manos que estrangularon a Berthe fueron las suyas tan solo unos minutos antes.

Llegamos ahora a la elección de Fruges. Fabián tiene mucho en común con Fruges, en quien, sin embargo, estas características son mucho más pronunciadas. Fabián se inclina a negar el dominio que la religión (y esto significa también Dios —el padre—) tiene sobre él y atribuye sus conflictos sobre religión a la influencia de su madre. Los conflictos de Fruges acerca de la religión son agudos, y, como describe el autor, tiene plena conciencia de que la lucha entre Dios y el Diablo domina su vida. Fruges se halla en constante lucha contra sus deseos de lujo y riquezas; su conciencia lo impulsa a una severa austeridad. En Fabián el deseo de ser tan rico como las personas que envidia es también muy pronunciado, pero no intenta refrenarlo. Ambos

tienen también en común sus propósitos intelectuales y una muy marcada curiosidad intelectual.

Estas características comunes serían las que predispusieron a Fabián a elegir a Fruges para la identificación proyectiva. Pienso, sin embargo, que hay otra razón que entra en esta elección. El Diablo, desempeñando aquí el papel de superyó conductor, ha ayudado a Fabián a dejar a Esménard y le ha prevenido contra la entrada en una persona en quien se sumerja en grado tal que nunca pueda volver a escapar. Fabián está aterrorizado de haberse convertido en un asesino, lo que significa, pienso, haber sucumbido a la parte más peligrosa de sí mismo —a sus impulsos destructivos—; huye por lo tanto cambiando roles con alguien totalmente diferente de su elección anterior. Mi experiencia me ha demostrado que la lucha contra una identificación abrumadora —sea introyectiva o proyectiva— impulsa a menudo a la gente a identificarse con objetos que muestran las características opuestas. (Otra consecuencia de esta lucha es una huida indiscriminada a una multitud de nuevas identificaciones y fluctuaciones entre ellas. Tales conflictos y ansiedades a menudo se perpetúan y profundizan el debilitamiento del yo).

La siguiente elección de Fabián, Camille, apenas tiene algo en común con él. Pero a través de Camille, parece, Fabián se identifica con Elise, la muchacha que está desdichadamente enamorada de Camille. Como hemos visto, Elise representaba el aspecto femenino de Fabián, y sus sentimientos hacia Camille, el amor homosexual no consumado hacia su padre. Al mismo tiempo Elise representaba también la parte buena de su yo, que era capaz de sentir amor y nostalgia. En mi concepto, el amor infantil de Fabián por su padre, vinculado como estaba con sus deseos homosexuales y su posición femenina, había sido perturbado desde sus orígenes. También señalé que era incapaz de convertirse en mujer porque esto habría representado una realización de los profundamente reprimidos deseos femeninos en la relación edípica invertida con su padre. (No me ocupo en este contexto de otros factores que impiden la identificación femenina, sobre todo el temor a la castración). Con el despertar de la capacidad de amar, Fabián puede identificarse con el desdichado apasionamiento de Elise por Camille; en mi concepto logra también experimentar su amor y sus deseos hacia su padre. Yo concluiría que Elise ha llegado a representar una parte buena de su yo.

Sugeriría además que Elise también representa a una hermana imaginaria. Es bien sabido que los niños tienen compañeros imaginarios. Estos representan, particularmente en la fantasía de los hijos únicos, hermanos o hermanas mayores o menores, o un gemelo, que no han nacido nunca.

Podemos conjeturar que Fabián, que era hijo único, habría ganado mucho con la compañía de una hermana. Una relación tal también lo habría ayudado a enfrentar mejor su complejo de Edipo y a ganar más independencia de su madre. En la familia de Camille existe realmente una relación tal entre Elise y el hermano menor de Camille.

Recordaremos aquí que los abrumadores sentimientos de culpa de Fabián-Fruges en la iglesia parecían relacionarse también con el haber sido elegido, mientras que otras almas nunca llegaron a la vida. Interpreté el prender lámparas votivas e imaginarse a la panadera rodeada por ellas a un tiempo como una idealización de la misma (la madre como santa) y como una expresión de su deseo de reparar trayendo a la vida a los hermanos y hermanas no nacidos. Especialmente los hijos únicos y los más jóvenes tienen a menudo un fuerte sentimiento de culpa porque sienten que sus impulsos agresivos y celosos han impedido a sus madres dar a luz nuevos niños. Tales sentimientos están también vinculados con miedo a la retaliación y a la persecución. Repetidas veces hallé que el temor y las sospechas frente a compañeros de escuela u otros niños estaban relacionados con fantasías de que los hermanos y hermanas nonatos habían finalmente entrado a la vida, y estaban representados por cualesquiera niños que se mostraban hostiles. Los deseos de hermanos y hermanas amistosos están fuertemente influidos por tales ansiedades.

Hasta aquí no he discutido por qué Fabián eligió en primer lugar identificarse con el Diablo, hecho sobre el que se basa el argumento. Señalé anteriormente que el Diablo representaba al padre seductor y peligroso; también representaba partes de la mente de Fabián, del superyó tanto como del ello. En la novela, el Diablo se despreocupa de sus víctimas; extremadamente voraz y despiadado, aparece como el prototipo de las identificaciones proyectivas perversas y hostiles, que son descritas en la novela como violentas intrusiones en la gente. Yo diría que muestra de manera extrema aquel componente de la vida emocional infantil que está dominado por la omnipotencia, voracidad y sadismo, y que son estas características las que Fabián y el Diablo tienen en común. Por lo tanto Fabián se identifica con el Diablo y ejecuta todos sus mandatos.

Es significativo —y pienso que expresa un aspecto importante de la identificación— que cuando se convierte en una nueva persona, Fabián hasta cierto punto retiene sus identificaciones proyectivas previas. Esto queda demostrado por el fuerte interés —un interés mezclado con desprecio— que Fabián-Fruges se toma en el destino de sus anteriores víctimas, y también en

su sentimiento de que después de todo él es responsable por el crimen que cometió como Esménard. Se evidencia con la mayor claridad hacia el final de la novela, puesto que sus experiencias en los personajes en quienes se había transformado están todas presentes en su mente antes de morir y se preocupa por su suerte. Esto implicaría que introyecta sus objetos, así como se proyecta en ellos; una conclusión que está de acuerdo con mi concepto, reafirmado en la introducción a este trabajo, de que la proyección y la introyección interactúan desde el comienzo de la vida.

Al singularizar un motivo importante para la elección de objetos de identificación, he descrito esta, a los efectos de la presentación, como produciéndose en dos etapas: a) hay una cierta base común, b) la identificación se produce. Pero el proceso, tal como lo observamos en nuestra labor analítica, no está dividido.

Porque la sensación individual de tener mucho en común con otra persona es concomitante con la proyección de sí mismo en esa persona (y lo mismo se aplica a la introyección). Estos procesos varían en intensidad y duración, y de estas variaciones dependen la fuerza y la importancia de las identificaciones y sus vicisitudes. A este respecto deseo llamar la atención hacia el hecho de que mientras los procesos que he descrito parecen operar simultáneamente, debemos considerar con cuidado en cada estado o situación si, por ejemplo, la identificación proyectiva tiene primacía sobre los procesos introyectivos o viceversa[468].

He sugerido en mis «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» que el proceso de reintroyectar una parte proyectada del yo incluye la internalización de una parte del objeto en el cual se realizó la proyección, parte que el paciente puede sentir como hostil, peligrosa y muy poco indicada para reintroyectar. Además, dado que la proyección de una parte del yo incluye la proyección de objetos internos, estos también son reintroyectados. Todo esto tiene relación con la medida en que en la mente individual las partes proyectadas del yo son capaces de retener su fuerza dentro del objeto en que han hecho intrusión. He de hacer ahora algunas sugerencias acerca de este aspecto del problema, lo que me lleva al punto tercero.

(iii) En la novela, como señalé antes, Fabián sucumbe al Diablo y queda identificado con él. Si bien aun antes de ello Fabián parecía deficiente en la capacidad de amar y preocuparse, tan pronto como sigue la huella del Diablo está reglado enteramente por la crueldad. Esto implica que, al identificarse con el Diablo, Fabián sucumbe plenamente a la parte voraz, omnipotente y destructiva de su ser. Cuando Fabián se ha convertido en Poujars, retiene

algunas de sus propias actitudes, y especialmente una opinión crítica sobre la persona en quien ha entrado. Teme perderse completamente dentro de Poujars, y es solo porque ha conservado algo de la iniciativa de Fabián que es capaz de producir la siguiente transformación. Sin embargo, se aproxima la pérdida completa de su personalidad anterior cuando se convierte en el asesino Esménard. No obstante, desde que el Diablo, que suponemos también ser parte de Fabián —aquí su superyó— lo previene y ayuda a escapar del asesino, deberíamos deducir que Fabián no ha sido enteramente sumergido en Esménard[469]. La situación con Fruges es diferente: en esta transformación el Fabián original permanece mucho más activo. Fabián se muestra muy crítico de Fruges, y es esta mayor capacidad de mantener vivo algo de su yo original dentro de Fruges lo que le posibilita reunir gradualmente su yo vaciado y volver a ser él mismo. A grandes rasgos, sostengo que el grado en que el individuo siente su yo sumergido en los objetos con que se ha identificado por proyección o introyección, es de la mayor importancia para el desarrollo de relaciones objetales y determina también la fuerza o debilidad del yo.

Fabián recobra parte de su personalidad después de su transformación en Fruges y al mismo tiempo algo sucede, que es muy importante. Fabián-Fruges comprueba que sus experiencias le han dado una mejor comprensión de Poujars, Esménard e incluso Fruges, y que es capaz ahora de sentir simpatía hacia sus víctimas. También a través de Fruges, quien gusta de los niños, se despierta el afecto de Fabián por el pequeño George. Este, en la descripción del autor, es un niño inocente que ama a su madre y desea retornar a ella. El despierta en Fabián-Fruges el recuerdo de la niñez de Fruges, y en este surge el deseo impetuoso de transformarse en George. Creo que está deseando recobrar la capacidad de amar; en otras palabras, de recobrar un sí-mismo infantil ideal.

Este resurgimiento de sentimientos de amor se evidencia de varias maneras: experimenta apasionados sentimientos por la panadera, que, en mi concepto, significaba una reviviscencia de su temprana vida amorosa. Otro paso en esta dirección es su transformación en un hombre casado y su consiguiente ingreso en un círculo familiar. Pero la única persona que Fabián halla deseable y de quien queda prendado es Elise. He descrito ya los distintos significados que Elise tiene para él. Especialmente ha descubierto en ella aquella parte de sí mismo que es capaz de amar, y se siente profundamente atraído hacia ese lado de su propia personalidad; es decir, ha descubierto también un cierto amor por sí mismo. Física y mentalmente, volviendo sobre los pasos que ha dado en sus transformaciones, es vuelto atrás con creciente

urgencia más y más cerca de su casa y del Fabián enfermo a quien había abandonado y que para ese entonces había llegado a representar la parte buena de su personalidad. Hemos visto que la simpatía por sus víctimas, la ternura hacia George, el cuidado por Elise y la identificación con su desdichado amor por Camille, así como el deseo de una hermana, todos estos pasos son un despliegue de su capacidad de amar. Sugiero que este desarrollo era una precondición de la apasionada necesidad de Fabián de hallar de nuevo su vieja personalidad, es decir, de integrarse. Aun antes de que se produjeran sus transformaciones, la nostalgia por recobrar la mejor parte de su personalidad —que parecía ser ideal por lo mismo que se había perdido— había contribuido, como sugerí, a su soledad e inquietud; había dado ímpetu a sus identificaciones proyectivas[470] y era complementaría de su odio de sí mismo, otro factor que lo impulsaba a forzar su entrada en otras personas. La búsqueda del yo ideal perdido[471], que constituye un rasgo importante de la vida mental, incluye inevitablemente la búsqueda de objetos ideales perdidos; porque el yo bueno es aquella parte de la personalidad que se percibe en relación amorosa con sus objetos buenos. El prototipo de una relación tal es el vínculo entre la madre y el bebé. En efecto, cuando Fabián recupera su yo perdido, recobra asimismo su amor por su madre.

Con Fabián comprobamos que parecía incapaz de una identificación con un objeto bueno o admirado. Una cantidad de razones tendrían que considerarse a este respecto, pero deseo singularizar una como explicación posible. He señalado ya que para identificarse fuertemente con otra persona es esencial sentir que hay dentro del yo suficiente base común con ese objeto. Dado que Fabián había perdido —así parecía— su yo bueno, no sentía que hubiera bastante bondad dentro suyo para la identificación con un objeto muy bueno. También podría haber sido la ansiedad, característica de estos estados mentales, porque un objeto admirado fuera introducido a un mundo interno demasiado privado de bondad. El objeto bueno, por ende, es mantenido afuera (con Fabián, pienso, en las lejanas estrellas). Pero con el redescubrimiento de su yo bueno encontró asimismo sus objetos buenos y pudo identificarse con ellos.

En la novela, como hemos visto, la parte empobrecida de Fabián también anhela reunirse con las partes proyectadas de su yo. Cuanto más Fabián-Camille se aproxima a la casa, tanto más se inquieta Fabián en su lecho de enfermo. Recobra la conciencia y se dirige hacia la puerta a través de la cual su otra mitad, Fabián-Camille, pronuncia la fórmula mágica. De acuerdo a la descripción del autor, las dos mitades de Fabián anhelan reunirse; esto

significa que Fabián deseaba integrar su yo. Como ya vimos, este impulso estaba vinculado a una creciente capacidad de amar. Esto corresponde a la teoría de Freud sobre la síntesis como función de la libido, en último término del instinto de vida.

He sugerido antes que si bien Fabián estaba a la busca de un padre bueno, era incapaz de encontrarlo porque la envidia y la voracidad, aumentadas por el resentimiento y el odio, determinaban su elección de figuras paternas. Cuando se vuelve menos resentido y más tolerante, sus objetos se le aparecen bajo una luz más favorable; pero entonces también él es menos exigente de lo que era en el pasado. Parece que ya no pide más que sus padres sean ideales y por lo tanto puede perdonarles sus defectos. A su mayor capacidad de amor corresponde una disminución del odio, y esto a su vez deriva en una disminución de los sentimientos de persecución —todo lo cual tiene influencia sobre la reducción de la voracidad y la envidia—. El odio de sí mismo era un rasgo sobresaliente de su carácter; junto con la mayor capacidad para el amor y la tolerancia hacia otros, surgió la mayor tolerancia y el amor hacia su propio yo.

Al final Fabián recupera su amor por su madre y hace las paces con ella. Es significativo que reconozca su falta de ternura, pero siente que ella podría haber sido mejor si él hubiera sido mejor hijo. Obedece la indicación materna de rezar y parece haber recuperado, luego de todas sus luchas, su creencia y confianza en Dios. Las últimas palabras de Fabián son «Padre nuestro», y parecería que en ese momento, cuando se llena de amor a la humanidad, retorna el amor a su padre. Aquellas ansiedades persecutorias y depresivas que deberían ser agitadas por la proximidad de la muerte serian hasta cierto punto contrarrestadas por la idealización y la exaltación.

Como vimos, Fabián-Camille es llevado a su casa por un impulso irresistible. Parece probable que su sensación de muerte inminente diera ímpetu a su urgencia por reunirse con la parte abandonada de su yo. Porque pienso que el temor a la muerte, que él ha negado a pesar de conocer su severa enfermedad, ha emergido con plena fuerza. Quizás había negado ese temor porque su naturaleza era tan intensamente persecutoria. Sabemos lo lleno de resentimiento que estaba contra el destino y contra sus padres; lo perseguido que se sentía por su propia personalidad insatisfactoria. En mi experiencia, el temor a la muerte se intensifica mucho si esta es vivida como un ataque de objetos internos y externos hostiles, o si despierta ansiedad depresiva por la posibilidad de que los objetos buenos sean destruidos por esas figuras hostiles. (Por supuesto, pueden coexistir estas fantasías

persecutorias y depresivas). Las ansiedades de naturaleza psicótica son la causa de este excesivo temor a la muerte del que muchos individuos sufren a lo largo de su vida; y el intenso sufrimiento mental que, como algunas observaciones me lo han demostrado, algunas personas experimentan en su lecho de muerte, se debe, en mi concepto, a la reviviscencia de ansiedades psicóticas infantiles.

Considerando que el autor describe a Fabián como una persona inquieta e infeliz, llena de resentimientos, se podría esperar que su muerte fuera dolorosa y diera lugar a las ansiedades persecutorias que recién he mencionado. Sin embargo, no es esto lo que ocurre en la novela, porque Fabián muere felizmente y en paz. Cualquier explicación de este súbito final solo puede ser a título de ensayo. Desde el punto de vista artístico era probablemente para el autor la mejor solución.

Pero, de acuerdo con mi concepción de las experiencias de Fabián que he expuesto en este trabajo, me inclino a explicar el inesperado final por los dos aspectos de Fabián que nos presenta la historia. Hasta el punto en que comienzan las transformaciones, es al Fabián adulto que encontramos. En el curso de sus transformaciones encontramos las emociones, las ansiedades persecutorias y depresivas que caracterizaron, según creo, su temprano desarrollo. Pero mientras en la niñez no había sido capaz de superar estas ansiedades y alcanzar la integración, en los tres días abarcados por la novela atraviesa exitosamente un mundo de experiencias emocionales que significa, en mi concepto, una elaboración de las posiciones esquizoparanoide y depresiva. Como resultado de la superación de las ansiedades psicóticas fundamentales de la infancia, la necesidad intrínseca de integración emerge con plena fuerza. Alcanza la integración al mismo tiempo que buenas relaciones objetales y de ese modo repara lo que había marchado mal en su vida.

31. Envidia y gratitud[472] (1957)

Durante muchos años me ha interesado el estudio de la temprana aparición de dos actitudes que siempre nos han sido familiares: envidia y gratitud. He llegado a la conclusión de que la envidia al atacar la más temprana de las relaciones —aquella que tenemos con la madre— es uno de los factores más poderosos de socavamiento, desde su raíz, de los sentimientos de amor y gratitud. La importancia fundamental de esta relación en toda la vida emocional del individuo ha sido sustanciada en un gran número de trabajos psicoanalíticos. Creo que al explorar aún más este factor particular que puede ser muy perturbador en un estadío temprano, he añadido algo de significación a mis hallazgos concernientes al desarrollo infantil y a la formación de la personalidad.

Considero que la envidia, siendo expresión oral-sádica y anal-sádica de impulsos destructivos, opera desde el comienzo de la vida y tiene base constitucional. Estas conclusiones tienen ciertos importantes elementos en común con el trabajo de Karl Abraham, pero implican, sin embargo, algunas diferencias. Abraham halló que la envidia es un rasgo oral, pero —y aquí es donde mis puntos de vista difieren de los suyos— presumió que la envidia y la hostilidad operan en un período posterior, el cual, de acuerdo con su hipótesis, constituye un segundo estadío, el oral-sádico. Abraham no habló de la gratitud, pero describió la generosidad como una característica oral. Consideró los elementos anales como un importante componente de la envidia y enfatizó su derivación de los impulsos oral-sádicos.

Otro punto de acuerdo fundamental radica en la suposición de Abraham acerca de la existencia de un elemento constitucional en la fuerza de los impulsos orales que ligó a la etiología de la psicosis maníaco-depresiva.

Por sobre todo ambos trabajos, el de Abraham y el mío, han puesto de manifiesto el significado de los impulsos destructivos de un modo completo y más profundo. En «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales», escrito en 1924, Abraham no mencionó la hipótesis de Freud sobre los instintos de vida y muerte, aun cuando Más allá

del principio de placer fuera publicado cuatro años antes. Sin embargo, en su libro Abraham exploró las raíces de los impulsos destructivos y aplicó este conocimiento a la etiología de los trastornos mentales de una manera más específica de lo que había sido hecho hasta entonces. Mi impresión es que cuando él no había usado el concepto de Freud sobre los instintos de vida y muerte, su trabajo clínico, y en particular el tratamiento de los primeros pacientes maníaco-depresivos analizados, estaba basado en una comprensión tal, que sin duda lo llevaba en esa dirección. Supongo que la temprana muerte de Abraham impidió que este llegase a vislumbrar la inferencia total de su hallazgo y su conexión esencial con el descubrimiento de Freud en lo que a los dos instintos se refiere.

Al publicar Envidia y gratitud, a tres décadas de la muerte de Abraham, es para mí un motivo de gran satisfacción el hecho de que mi trabajo contribuya al conocimiento creciente del significado total de sus descubrimientos.

I

Mi propósito en este libro es el de agregar nuevas sugerencias en lo concerniente a la más temprana vida emocional del niño y obtener también conclusiones acerca de la edad adulta y la salud mental. Algo inherente en los descubrimientos de Freud es que la exploración del pasado de un paciente, de su infancia y su inconsciente es una precondición para comprender su personalidad adulta. Freud descubrió el complejo de Edipo en el adulto y partiendo de aquel reconstruyó no solo sus detalles, sino también su ubicación en el tiempo. Los hallazgos de Abraham han significado un aporte considerable a ese punto de vista, que se ha convertido en característico del método psicoanalítico. Debemos asimismo recordar que de acuerdo con Freud, la parte consciente de la mente se desarrolla a partir del inconsciente. Por lo tanto, al seguir hasta la temprana infancia el material que en primer término encontré en el análisis de niños pequeños y luego, en el de adultos, usé un procedimiento que ahora es familiar al psicoanálisis. Lo observado en niños pequeños pronto confirmó los hallazgos de Freud. Creo que algunas de las conclusiones a que llegué con respecto a un período muy precoz, los primeros años de vida, pueden ser confirmadas también hasta cierto punto, por la observación. El derecho —la necesidad por cierto— de reconstruir detalles y datos acerca de etapas anteriores desde el material presentado por nuestros pacientes, es descrito por Freud del modo más convincente en el siguiente pasaje: «Lo que buscamos es un cuadro fidedigno y esencialmente completo de 10 años olvidados del paciente… Su labor [la del analista] de construcción o, si se prefiere, de reconstrucción, se asemeja en gran parte a la del arqueólogo que excava una casa o un edificio destruidos y soterrados. Ambos procesos son en realidad idénticos, salvo que el analista opera en condiciones más favorables y tiene a su disposición más material auxiliar, dado que sus esfuerzos no se concentran en un objeto destruido, sino en algo todavía vivo, y quizá lo favorezca asimismo otra razón que ya consideraremos. Con todo, así como el arqueólogo levanta las paredes del edificio partiendo de restos de mampostería, determina el número y posición de las columnas por las depresiones del piso y reconstruye las decoraciones y pinturas murales con los restos hallados entre los escombros, exactamente de la misma manera procede el analista cuando extrae sus inferencias de los fragmentos de recuerdos, de las asociaciones y de las manifestaciones activas

que le ofrece el analizado. Ambos ejercen el derecho indisputable de reconstruir algo por medio de la complementación y la combinación de los residuos conservados. Ambos se hallan expuestos, también, a idénticas dificultades y a las mismas fuentes de error. Hemos dicho que el analista trabaja en condiciones más favorables que el arqueólogo, porque dispone también de un material que no tiene símil alguno en las excavaciones, como, por ejemplo, la repetición de reacciones que datan de la infancia y todo lo que en relación con tales repeticiones emerge a través de la transferencia… Todo lo esencial se ha conservado; aun aquellas cosas que parecen completamente olvidadas, subsisten de alguna manera y en alguna parte, hallándose solo soterradas e inaccesibles al individuo. En efecto: cabe dudar, como sabemos, que ninguna formación psíquica pueda llegar jamás a ser totalmente destruida. Solo depende de la técnica analítica el que logremos traer plenamente a la luz lo que se halla oculto[473]». La experiencia me ha enseñado que la complejidad de la personalidad en su completo desarrollo solo puede ser comprendida si logramos conocer la mente del bebé y seguimos su desarrollo en la vida posterior. Es decir, que el análisis hace su camino desde la edad adulta a la infancia y a través de etapas intermedias vuelve a la edad adulta, en un movimiento recurrente de una a otra, de acuerdo con la situación transferencial predominante.

A lo largo de mi trabajo he atribuido importancia fundamental a la primera relación de objeto del niño pequeño —la relación con el pecho y con la madre— y he llegado a la conclusión de que si este objeto primario que es introyectado se arraiga en el yo con relativa seguridad, está dada entonces la base para un desarrollo satisfactorio. Hay factores innatos que contribuyen a este vínculo. Bajo el dominio de los impulsos orales, el pecho es instintivamente percibido como la fuente de alimento y por lo tanto, en un sentido más profundo, como origen de la vida misma. Esta íntima unión física y mental con el pecho gratificador restaura en cierta medida —si todo marcha favorablemente— la perdida unidad prenatal con la madre y el sentimiento de seguridad que la acompaña. Esto depende en gran parte de la capacidad del niño pequeño para catectizar suficientemente el pecho o su representante simbólico, la mamadera. De esta manera la madre es convertida en un objeto amado. Puede muy bien ser que el haber formado parte de la madre en el período prenatal, contribuya al sentimiento innato del lactante de que fuera de él mismo existe algo que le dará todo lo que necesita y desea. El pecho bueno es admitido y llega a ser parte del yo, de modo que el niño, que antes estaba dentro de la madre, tiene ahora a la madre dentro de sí.

Si bien el estado prenatal implica sin duda un sentimiento de unidad y seguridad, que este estado no sea perturbado dependerá de la condición psicológica y física de la madre y posiblemente de ciertos factores fetales aún inexplorados. Podríamos por lo tanto considerar en parte el anhelo universal por este estado prenatal como una expresión del impulso a la idealización. Si lo investigamos teniendo en cuenta la idealización, hallamos que una de sus fuentes es la fuerte ansiedad persecutoria que surge como consecuencia del nacimiento. Cabría pues suponer que esta primera forma de ansiedad posiblemente se agrega a las experiencias desagradables del feto y que junto con el sentimiento de seguridad en el útero ellas anuncian la doble relación con la madre: el pecho bueno y el malo.

Las circunstancias externas desempeñan un papel fundamental en la relación inicial con el pecho. Si el nacimiento ha sido dificultoso y sobre todo si existieron complicaciones tales como la falta de oxígeno, ocurre entonces una perturbación en la adaptación al mundo externo y la relación con el pecho se inicia en forma desventajosa. En casos como estos el niño queda menoscabado en su capacidad de experimentar nuevas fuentes de gratificación y por lo tanto no puede internalizar suficientemente un objeto primario realmente bueno. Además, si el niño goza o no de alimentación adecuada y cuidados maternos, si la madre goza ampliamente con el cuidado del niño o sufre ansiedad y tiene dificultades psicológicas con la alimentación, todos estos factores influyen en la capacidad del niño para aceptar la leche con placer e internalizar el pecho bueno.

El elemento de frustración por parte del pecho entra obligatoriamente en la relación más temprana del bebé con aquel, porque aún una alimentación feliz no puede reemplazar del todo la unidad prenatal con la madre. Asimismo, el anhelo del niño por un pecho inagotable y siempre presente, de ningún modo se origina solo en los deseos libidinales y la necesidad vehemente del alimento. El impulso por obtener evidencias constantes del amor de la madre, aun en las épocas más tempranas, tiene su raíz fundamental en la ansiedad. La lucha entre los instintos de vida y muerte y la consiguiente amenaza de aniquilación de sí mismo y del objeto por los impulsos destructivos, son factores esenciales en la relación inicial del niño con su madre. Sus deseos implican el anhelo de que el pecho, y luego la madre, supriman estos impulsos destructivos y el dolor de la ansiedad persecutoria.

Junto con las experiencias felices, las aflicciones inevitables refuerzan el conflicto entre amor y odio —básicamente entre los instintos de vida y muerte — dando como resultado el sentimiento de que existen un pecho bueno y uno

malo. Como consecuencia, la primitiva vida emocional se ve caracterizada por una sensación de pérdida y recuperación del objeto bueno. Al hablar de un conflicto innato entre amor y odio, está implícito que la capacidad para amar y los impulsos destructivos son en cierta extensión constitucionales, aunque variando individualmente en su fuerza e interactuando desde el comienzo con las condiciones externas.

He mencionado en forma repetida la hipótesis de que el objeto bueno primario, el pecho de la madre, forma el núcleo del yo y contribuye vitalmente a su crecimiento, habiendo además descrito en varias oportunidades cómo el niño siente que internaliza el pecho y la leche en una forma concreta. Existe, asimismo en su mente, alguna conexión indefinida entre el pecho y otras partes y aspectos de la madre.

Yo no presumiría que el pecho es meramente un objeto físico para el niño. La totalidad de sus deseos instintivos y fantasías inconscientes infunden al pecho cualidades que van mucho más allá del alimento real que proporciona[474]. En el análisis de nuestros pacientes hallamos que el pecho, en su aspecto bueno, es el prototipo de la bondad, la paciencia y generosidad materna inagotables así como el de la facultad creadora. Son estas fantasías y necesidades instintivas las que tanto enriquecen al objeto primario, de modo que este permanece como fundamento de la esperanza, la confianza y la creencia en la bondad. Este libro trata un aspecto particular de las primitivas relaciones de objeto y los procesos de internalización, cuya raíz está en la oralidad. Me refiero a los efectos de la envidia sobre el desarrollo de la capacidad para la gratitud y la felicidad. La envidia contribuye a las dificultades del bebé en la estructuración de un objeto bueno, porque él siente que la gratificación de la que fue privado ha quedado retenida en el pecho que lo frustró[475]. Entre la envidia, los celos y la voracidad debe hacerse una distinción. La envidia es el sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo. Además la envidia implica la relación del sujeto con una sola persona y se remonta a la relación más temprana y exclusiva con la madre. Los celos están basados sobre la envidia, pero comprenden una relación de por lo menos dos personas y conciernen principalmente al amor que el sujeto siente que le es debido y le ha sido quitado, o está en peligro de serlo, por su rival.

En la concepción corriente de los celos, un hombre o una mujer se sienten privados por alguien de la persona amada.

La voracidad es un deseo vehemente, impetuoso e insaciable y que excede lo que el sujeto necesita y lo que el objeto es capaz y está dispuesto a dar. En

el nivel inconsciente, la finalidad primordial de la voracidad es vaciar por completo, chupar hasta secar y devorar el pecho; es decir, su propósito es la introyección destructiva. La envidia, en cambio, no solo busca robar de este modo, sino también colocar en la madre, y especialmente en su pecho, maldad, excrementos y partes malas de sí mismo con el fin de dañarla y destruirla. En el sentido más profundo esto significa destruir su capacidad creadora. Este proceso, derivado de impulsos uretral y anal-sádicos, ha sido definido[476] por mí en otra parte como un aspecto destructivo de la identificación proyectiva que parte desde el comienzo de la vida[477]. Si bien no puede ser trazada una rígida línea divisoria por encontrarse tan estrechamente ligadas, la diferencia esencial entre voracidad y envidia sería que la voracidad está principalmente conectada con la introyección, en tanto que la envidia lo está con la proyección.

Según el Shorter Oxford Dictionary, los celos significan que alguien ha tomado, o recibido «lo bueno» que por derecho pertenece al individuo. En este sentido yo interpretaría «lo bueno», básicamente como el pecho bueno, la madre, una persona amada, que alguien ha quitado. Conforme a los English Synonyms de Crabb, «… Los celos temen perder lo que se tiene; la envidia se duele al ver que otro tiene aquello que se quiere para uno mismo… El hombre envidioso se molesta ante la satisfacción ajena. Solamente se siente tranquilo al contemplar la miseria de otros. Por lo tanto es estéril todo empeño en satisfacer un hombre envidioso». Los celos, según Crabb, son «una pasión noble e innoble según el objeto. En el primer caso, es emulación agudizada por el miedo. En el segundo, es la voracidad estimulada por el miedo. La envidia es siempre una pasión baja, que arrastra tras sí las peores pasiones».

La actitud general hacia los celos difiere de la que se tiene con respecto a la envidia. En algunos países (particularmente en Francia) el asesinato impulsado por los celos lleva a una sentencia menos severa. La razón de esta distinción puede hallarse en el sentimiento universal de que el asesinato de un rival puede denotar amor por la persona infiel. Esto significa, en los términos antes discutidos, que el amor por «lo bueno» existe y que el objeto amado no está dañado y deteriorado como lo hubiera sido por la envidia.

El Otelo de Shakespeare destruye en sus celos al objeto que ama; esto, según mi punto de vista, es característico de lo que Crabb describió como la «innoble pasión de los celos», es decir, la voracidad estimulada por el miedo. En la misma obra hay una referencia significativa a los celos como cualidad esencial de la mente: «Los celos no se satisfacen con esa respuesta; no

necesitan ningún motivo. Los hombres son celosos porque son celosos. Los celos son monstruos que nacen y se alimentan de sí mismos».

Podría decirse que la persona muy envidiosa es insaciable. Nunca puede quedar satisfecha, porque su envidia proviene de su interior y por eso siempre encuentra un objeto en quien centrarse. También esto indica la estrecha conexión entre los celos, la voracidad y la envidia.

Shakespeare no siempre parece diferenciar la envidia de los celos; las siguientes líneas de Otelo muestran en forma total el significado de la envidia en el sentido que yo he definido aquí: «Oh, Señor, guardaos de los celos; son el dragón de ojos verdes que aborrece el alimento que lo nutre…».

Con esto recordamos el dicho «morder la mano que lo alimenta», que es casi sinónimo de morder, destruir y deteriorar el pecho.

II

Mi trabajo me enseñó que el primer objeto envidiado es el pecho nutricio[478]. El bebé siente que aquel posee todo lo que él desea y además un fluir ilimitado de leche y amor, que es retenido para su propia gratificación. Este sentimiento se suma a la sensación de agravio y odio, y da como resultado disturbios en la relación con la madre. Si la envidia es excesiva, a mi modo de ver esto indica que los rasgos paranoides y esquizoides son anormalmente fuertes; en tal caso el niño puede ser considerado enfermo.

En este capítulo me refiero a la envidia primaria del pecho de la madre y esto deberá diferenciarse de sus formas posteriores (involucradas en el deseo de la niña de tomar el lugar de su madre y en la posición femenina del varón), en las que la envidia ya no se centraliza en el pecho sino en la madre recibiendo el pene del padre, teniendo bebés dentro de ella, dándolos a luz y siendo capaz de amamantarlos.

Frecuentemente he dicho que los ataques sádicos contra el pecho de la madre son determinados por los impulsos destructivos. Deseo añadir aquí que la envidia da particular ímpetu a tales ataques. Esto significa que al referirme al voraz vaciamiento del pecho y cuerpo de la madre, a la destrucción de sus niños y a la colocación de excrementos malos dentro de ella[479] esbozaba lo que más tarde llegué a reconocer como el daño del objeto ocasionado por la envidia.

Si consideramos que la privación aumenta la voracidad y la ansiedad persecutoria, y que en la mente del niño existe la fantasía de un pecho inagotable que es su mayor deseo, se hace comprensible que la envidia surja aun cuando esté adecuadamente alimentado. Los sentimientos del niño parecen ser de tal naturaleza, que al faltarle el pecho este se convierte en malo porque guarda para si la leche, el amor y el cuidado que estaban asociados con el pecho bueno. El niño odia y envidia lo que siente como un pecho mezquino y que se da de mal grado.

Tal vez es más comprensible que el pecho satisfactorio también sea envidiado. La misma facilidad con que la leche fluye —aunque el bebé se sienta gratificado por ello— siendo un don al parecer tan inasequible, crea asimismo la envidia.

Esta envidia primitiva es revivida en la situación transferencial. Por ejemplo: el analista acaba de dar una interpretación que alivió al paciente

trocando su estado de ánimo de desesperación por esperanza y confianza. Con algunos pacientes, o con un mismo paciente en distintos momentos, esta interpretación útil puede convertirse rápidamente en el objeto de sus críticas destructivas. Ya no es sentida entonces como algo bueno recibido y experimentado como un enriquecimiento. Su crítica puede aferrarse a detalles menores: la interpretación debía haber sido dada antes; fue demasiado larga, y ha perturbado las asociaciones del paciente; o fue demasiado corta y esto implica que él no ha sido suficientemente comprendido. El paciente envidioso escatima al analista el éxito de su trabajo; y si percibe que el analista y la ayuda que este está dando han sido dañados y desvalorizados por su crítica envidiosa, no lo puede introyectar suficientemente como un objeto bueno ni aceptar con real convicción y asimilar sus interpretaciones. La convicción real, como a menudo vemos en pacientes menos envidiosos, implica gratitud por el don recibido. El paciente envidioso también puede sentir que no es digno de beneficiarse con el análisis, debido a la culpa por su desvalorización de la ayuda recibida.

Como es obvio, nuestros pacientes nos critican por una variedad de razones, algunas de ellas justificadas. Pero la necesidad que siente un paciente de desvalorizar el trabajo analítico que ha experimentado como útil, es expresión de envidia. En la transferencia descubrimos la raíz de envidia si las situaciones emocionales que encontramos en estadios tempranos son rastreadas hasta su más primitivo origen. La crítica destructiva es particularmente evidente en pacientes paranoides que se entregan al placer sádico de menospreciar el trabajo del analista, aun cuando les haya reportado algún alivio. En estos pacientes la crítica envidiosa es abierta. En otros puede desempeñar un papel de igual importancia, pero queda sin expresión y hasta puede ser inconsciente. A través de mi experiencia, el progreso lento que hacemos en tales casos está conectado asimismo con la envidia. Hallaremos que sus dudas e incertidumbres persisten con respecto al valor del análisis. Lo que ocurre es que el paciente ha disociado su parte envidiosa y hostil y presenta constantemente al analista otros aspectos que le parecen más aceptables. Sin embargo, las partes disociadas influyen esencialmente en el curso del análisis, que finalmente solo puede ser efectivo si logra la integración y se relaciona con la personalidad total. Otros pacientes tratan de evitar la crítica confundiéndose. Esta confusión no solo es una defensa, sino que también expresa la incertidumbre con respecto a si el analista es todavía una figura buena, o si él y la ayuda que está dando se han vuelto malos debido a la crítica hostil del paciente. Yo remontaría esta incertidumbre hasta las

sensaciones de confusión que son una de las consecuencias de la perturbada relación temprana con el pecho materno. El niño que debido a la fuerza de los mecanismos paranoides y esquizoides y al ímpetu de la envidia no puede dividir y mantener separados amor y odio, y por lo tanto al objeto bueno y malo, está expuesto a sentirse confundido con respecto a lo que es bueno y malo en otras situaciones.

De manera que, además de los factores señalados por Freud (1923b) y desarrollados por Joan Rivière (1936), la envidia y la defensa contra ella desempeñan un papel importante en la reacción terapéutica negativa.

Y es que la envidia y las actitudes a que da lugar, interfieren con la gradual formación del objeto bueno en la situación transferencial. Si el alimento y el objeto primario buenos no pudieron ser aceptados y asimilados en el estadío más temprano, esto se repite en la transferencia, perjudicando el curso del análisis.

En el contexto del material analítico pueden reconstruirse a través de la elaboración de situaciones anteriores, los sentimientos que el paciente tenía hacia el pecho de la madre cuando era lactante. Por ejemplo, el bebé puede quejarse porque la leche fluye demasiado rápido o demasiado lento[480]; o porque el pecho no le fue dado cuando más intensamente lo deseaba y es por ello que cuando le es ofrecido ya no lo quiere. Se aleja de aquel y en cambio se chupa el dedo. Cuando acepta el pecho puede no tomar lo suficiente, o ser perturbada la alimentación. Algunos niños tienen, evidentemente, grandes dificultades para superar tales motivos de disgusto. Otros, en cambio, los superan rápidamente a pesar de estar estos sentimientos basados en frustraciones reales; el pecho es aceptado y la mamada disfrutada por completo. En el análisis encontramos que los pacientes que dicen haber tomado su alimento satisfactoriamente sin mostrar signos evidentes de las actitudes descritas, han disociado sus quejas, envidia y odio que sin embargo, con todo, forman parte de su desarrollo caracterológico. Dichos procesos se hacen muy claros en la situación de transferencia. El deseo original de complacer a la madre, el anhelo de ser amado, así como la necesidad urgente de ser protegido contra las consecuencias de los propios impulsos destructivos, pueden ser hallados en el análisis como subyacentes a la cooperación de aquellos pacientes cuya envidia y odio están disociados, pero que forman parte de la reacción terapéutica negativa.

A menudo me he referido al deseo del bebé de tener un pecho inagotable, siempre presente. Pero como fue sugerido anteriormente, no es solo alimento lo que desea: quiere ser liberado también de los impulsos destructivos y de la

ansiedad persecutoria. Esta sensación de que la madre es omnipotente y de que a ella le toca impedir todo dolor y todo mal provenientes de fuentes internas, también se encuentra en el análisis de adultos. De paso diría que los cambios favorables producidos en los últimos años en lo que respecta a la alimentación de los niños, contrastando con el modo más bien rígido de alimentarlos según horario, no pueden impedir del todo las dificultades del bebé, pues la madre no consigue eliminar sus impulsos destructivos y ansiedades persecutorias. Existe otro punto a considerar. Una actitud demasiado ansiosa de parte de la madre al proporcionar de inmediato el alimento todas las veces que el niño llora es poco beneficiosa para él. El bebé siente la ansiedad de la madre y con ello aumenta la suya propia. También he oído a los adultos quejarse de que no se les había permitido llorar lo suficiente y no haber podido así expresar ansiedad y pena (por lo tanto obtener alivio). De modo que ni los impulsos agresivos ni las ansiedades depresivas pudieron en estos casos encontrar suficiente salida. Resulta de interés señalar que entre los factores subyacentes a la psicosis maníaco-depresiva, Abraham menciona a ambas: la frustración y la indulgencia excesivas[481]. La frustración, si no es excesiva, es también un estímulo para la adaptación al mundo externo y el desarrollo del sentido de realidad. De hecho, cierta cantidad de frustración seguida de gratificación podría dar al bebé el sentimiento de que ha sido capaz de hacer frente a su ansiedad. También sus deseos incumplidos —que hasta cierto punto son imposibles de satisfacer— son un factor importante, que contribuye a sus sublimaciones y actividades creadoras. La ausencia de conflicto en el niño, si tal estado hipotético pudiera ser imaginado, lo privaría del enriquecimiento de su personalidad y de un factor importante en el fortalecimiento de su yo. El conflicto y la necesidad de superarlo constituyen un elemento fundamental en la facultad creadora.

Del argumento de que la envidia arruina el objeto primario bueno dando ímpetu adicional a los ataques sádicos contra el pecho surgen conclusiones adicionales. El pecho así atacado ha perdido su valor y se ha convertido en malo al ser mordido y envenenado por la orina y las materias fecales. La envidia excesiva aumenta la intensidad y duración de tales ataques, haciendo de este modo más difícil para el bebé la recuperación del objeto bueno perdido. En tanto, los ataques sádicos contra el pecho menos determinados por la envidia, pasan más rápidamente y por consiguiente no destruyen en la mente del niño pequeño la bondad del objeto en forma tan acentuada y duradera: el pecho que vuelve y que puede ser gozado es sentido como una evidencia de que no está dañado y todavía es bueno[482]. El hecho de que la

envidia dañe la capacidad de gozar explica hasta cierto punto la razón de su persistencia[483]. Porque son el «goce» y la «gratitud» originados por el pecho los que mitigan los impulsos destructivos, la envidia y la voracidad. Observado desde otro ángulo: la voracidad, la envidia y la ansiedad persecutoria, que se hallan ligadas entre sí, se incrementan inevitablemente. El sentimiento del daño causado por la envidia, la gran ansiedad que proviene de esto, y la resultante incertidumbre acerca de la bondad del objeto, tienen por efecto aumentar la voracidad y los impulsos destructivos. Siempre que el objeto sea, después de todo, sentido como bueno, tanto más vorazmente es deseado e incorporado. Esto se aplica asimismo al alimento. En el análisis hallamos que cuando un paciente está en duda con respecto a su objeto, y por lo tanto también con respecto al valor del analista y del análisis, puede adherirse a cualquier interpretación que alivie su angustia, y tiende a prolongar la sesión porque quiere incorporar la mayor cantidad posible de lo que en ese momento siente como bueno. (Algunas personas temen a tal punto su voracidad que se preocupan especialmente por irse a tiempo).

Las dudas con respecto a la posesión del objeto bueno y la correspondiente incertidumbre acerca de los propios sentimientos buenos contribuyen asimismo a la formación de identificaciones voraces e indiscriminadas. Esas personas son fácilmente influidas porque no pueden confiar en su propio juicio.

Contrastando con el bebé que a causa de su envidia no ha logrado estructurar con seguridad un objeto interno bueno, el niño con una fuerte capacidad para el amor y la gratitud tiene una relación profundamente arraigada con su objeto bueno y puede resistir estados temporarios de envidia, odio y sensación de perjuicio sin ser fundamentalmente dañado. Esos estados surgen aun en niños que son amados y reciben buenos cuidados maternos. De este modo, cuando los estados negativos son pasajeros el objeto bueno es recuperado una y otra vez. Este es un factor esencial para su consolidación y crea el cimiento de un yo fuerte y la estabilidad.

En el curso del desarrollo, la relación con el pecho de la madre se convierte en el fundamento de la devoción hacia personas, valores y causas. Así es asimilado algo del amor que originalmente fue experimentado hacia el objeto primario.

El sentimiento de gratitud es uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar. La gratitud es esencial en la estructuración de la relación con el objeto bueno, hallándose también subyacente a la apreciación de la bondad en otros y en uno mismo. Su raíz hállase en las emociones y

actitudes que surgen en las épocas más tempranas de la infancia, cuando la madre es el solo y único objeto para el bebé. Me he referido a este vínculo[484] temprano como base para todas las relaciones posteriores con una persona amada. En tanto que la relación exclusiva con la madre varía individualmente en duración e intensidad, creo que esta relación existe hasta cierto punto en la mayoría de las personas. Hasta dónde permanece imperturbada depende en parte de las circunstancias externas. Pero los factores internos subyacentes —sobre todo la capacidad de amar— parecen ser innatos. En un estadío temprano los impulsos destructivos, especialmente la envidia marcada, pueden perturbar este vínculo con la madre. Si la envidia del pecho nutricio es fuerte, interfiere con la gratificación plena porque, como ya lo he dicho, lo característico de la envidia es que implique robar y dañar aquello que el objeto posee.

El bebé solo puede experimentar una satisfacción plena si está suficientemente desarrollada la capacidad de amar, y a su vez, la satisfacción es la base de la gratitud. Freud (1905a) describió la felicidad del bebé al ser amamantado como el prototipo de la gratificación sexual. A mi modo de ver, estas experiencias constituyen no solo la base de la gratificación sexual sino de toda felicidad posterior, y hacen posible el sentimiento de unidad con otra persona. Esta unidad significa ser plenamente comprendido, hecho que es esencial en toda amistad o relación amorosa feliz. En las mejores circunstancias esta comprensión no necesita palabras para ser expresada, lo cual demuestra su derivación de la más temprana intimidad con la madre en el estadío preverbal. La capacidad de gozar plenamente de la primera relación con el pecho constituye el fundamento para la experimentación de placer proveniente de otros orígenes.

Si la satisfacción de ser alimentado sin perturbaciones es vivida con frecuencia, la introyección del pecho bueno se produce con relativa seguridad. La gratificación plena al mamar significa que el bebé siente haber recibido de su objeto amado un don incomparable que quiere conservar: he aquí la base para la gratitud. Esta se halla estrechamente enlazada con la creencia en figuras buenas. Esto incluye en primer término la capacidad de aceptar y asimilar el objeto primario amado (no solo como fuente de alimento) sin que la voracidad y la envidia interfieran demasiado, ya que la internalización voraz perturba la relación con el objeto. El individuo siente que lo controla y agota y, por lo tanto, lo daña. En cambio, en una buena relación con el objeto interno y externo predomina el deseo de refrenarse y preservarlo. En relación con otro tópico[485] he descrito el proceso subyacente a la confianza en el

pecho bueno como derivado de la capacidad del bebé para investir con libido el primer objeto externo. De esta manera se establece un objeto bueno[486] que ama y protege al individuo, siendo a su vez amado y protegido por este. Aquí es donde se halla el fundamento de la creencia en la propia bondad. Cuanto con mayor frecuencia se experimenta y acepta con plenitud la gratificación en el acto de mamar, tanto más a menudo son sentidos el goce y la gratitud en el nivel más profundo, desempeñando un papel importante en toda sublimación y en la capacidad de reparar. Por medio de los procesos de proyección e introyección, mediante una abundancia interna que se da y es reintroyectada, el yo se enriquece y profundiza. De este modo se restablece una y otra vez la posesión de un objeto interno provechoso, con lo que la gratitud puede ponerse de lleno en acción.

La gratitud está estrechamente ligada a la generosidad. La riqueza interna deriva de haber asimilado el objeto bueno, de modo que el individuo se hace capaz de compartir sus dones con otros. Así es posible introyectar un mundo externo más propicio, y como consecuencia se crea una sensación de enriquecimiento. Aun cuando la generosidad es con frecuencia insuficientemente apreciada, esto no necesariamente socava la capacidad de dar. Por el contrario, en aquellos en quienes este sentimiento de riqueza y fuerza internas no está establecido de manera suficiente, los arranques de generosidad son a menudo seguidos de una necesidad exagerada de ser apreciados y agradecidos, y por consiguiente presentan la ansiedad persecutoria de haber sido robados y empobrecidos.

Una gran envidia hacia el pecho nutricio interfiere con la capacidad para el goce pleno, socavando así el desarrollo de la gratitud. Existen razones psicológicas muy apropiadas que explican por qué la envidia se halla entre los siete «pecados mortales». Yo sugerí asimismo que inconscientemente es percibida como el mayor pecado de todos porque ataca y daña al objeto bueno, que es fuente de vida. Este punto de vista es coincidente con el descrito por Chaucer en The Parson's Tale [El relato del párroco]: «Es cierto que la envidia es el peor pecado que existe, pues todos los demás pecados lo son solo contra una virtud, en tanto que la envidia es un pecado contra toda virtud y toda bondad». El sentimiento de haber dañado y destruido el objeto primario menoscaba la confianza del individuo en la sinceridad de sus relaciones posteriores y le hace dudar de su propia capacidad para amar y ser bondadoso.

Con frecuencia encontramos expresiones de gratitud que resultan estar impulsadas más especialmente por sentimientos de culpa que por la capacidad

de amar. Pienso que es importante distinguir en su nivel más profundo entre la gratitud y tales sentimientos de culpa. Esto no significa descartar algún elemento de culpa en el sentimiento de gratitud más genuino.

Mis observaciones me demostraron que los cambios significativos del carácter que de cerca se revelan como deterioro, ocurren con mayor probabilidad en aquellos que no han establecido su primer objeto con seguridad y no son capaces de mantener su gratitud hacia él. Cuando por razones internas o externas la ansiedad persecutoria aumenta, ellos pierden por completo su objeto primario bueno, o más bien sus sustitutos, ya sean personas o valores. Los procesos subyacentes a este cambio son un retorno regresivo a los mecanismos tempranos de disociación y desintegración. Siendo esto una cuestión de grados, tal desintegración, aun cuando por último afecta en gran manera el carácter, no lleva necesariamente a la enfermedad manifiesta. Entre los aspectos de los cambios de carácter que tengo presentes se hallan: el deseo vehemente de poder y prestigio o la necesidad de pacificar a los perseguidores a cualquier costo.

En algunos casos he comprobado que cuando surge la envidia hacia una persona, este sentimiento es activado desde su fuente más temprana. Puesto que estos sentimientos primarios son de naturaleza omnipotente, se reflejan sobre la presente envidia experimentada hacia una figura sustituta. Por lo mismo contribuyen tanto a las emociones despertadas por la envidia como al desaliento y a la culpa. Parece probable que esta activación de la primitiva envidia por una experiencia corriente sea común a todos. Pero tanto su grado e intensidad, como el sentimiento de la destrucción omnipotente, varían con el individuo. Este factor puede ser de gran importancia en el análisis de la envidia y solo es posible que tenga pleno efecto si consigue alcanzar sus fuentes más profundas.

La frustración y las circunstancias desdichadas sin duda despiertan algo de envidia y odio en cada individuo a lo largo de su vida, pero la fuerza de estas emociones y el modo de enfrentarlas varía de manera considerable. Esta es una de las numerosas razones por las cuales la capacidad de gozar, ligada al sentimiento de gratitud por la bondad recibida, difiere grandemente en las distintas personas.

III

Para esclarecer lo tratado anteriormente creo necesarias algunas referencias sobre mis puntos de vista en lo que respecta al yo temprano. Este existe desde el comienzo de la vida postnatal, aunque en forma rudimentaria y con una considerable falta de coherencia. Aun en los estadios más tempranos, desempeña varias funciones importantes. Pudiera ser muy bien que este concepto del yo temprano se halle próximo al postulado de Freud sobre la parte inconsciente del yo. Si bien Freud no presumió la existencia del yo desde el comienzo, le atribuyó al organismo una función que, según mi parecer, solo puede ser desempeñada por el yo. La ansiedad primordial, de acuerdo con mi punto de vista, que difiere del de Freud[487], proviene de la amenaza de ser aniquilado por el instinto de muerte que actúa dentro del individuo. Y es el yo, al servicio del instinto de vida —y posiblemente puesto en acción por él—, el que hasta cierto punto desvía esa amenaza hacia el exterior. Freud atribuyó al organismo esta defensa fundamental contra el instinto de muerte, en tanto que yo la considero como principal actividad del yo. A mi juicio hay otras actividades primarias del yo derivadas de la necesidad imperativa de enfrentarse con la lucha entre los instintos de vida y muerte. Una de esas funciones es la integración gradual, la cual proviene del instinto de vida y se expresa en la capacidad de amar. La tendencia del yo a disociarse y disociar sus objetos como opuesta a la anterior, se produce en parte debido a la considerable falta de cohesión que presenta al nacer, y por otra parte porque de este modo constituye una defensa contra la ansiedad primordial, siendo entonces un medio para preservarse. Durante muchos años he atribuido gran importancia a un proceso particular de disociación: la división del pecho en un objeto bueno y otro malo, considerando esta disociación como una expresión del conflicto innato entre el amor y el odio y de las ansiedades que son su consecuencia. Coexistiendo con esta división parecen hallarse, sin embargo, varios otros procesos de disociación, y es solo en los últimos años que algunos de ellos han sido captados con mayor claridad. He hallado, por ejemplo, que coincidiendo con la internalización voraz y devoradora del objeto —el pecho en primer lugar—, el yo se fragmenta y fragmenta sus objetos en grado variable, logrando de este modo una dispersión de los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias internas. Este proceso, que varía en su fuerza y determina la mayor o menor

normalidad del individuo, es una de las defensas durante la posición esquizo-paranoide que, según pienso, se extiende a lo largo de los tres o cuatro primeros meses de vida[488]. Con esto no quiero significar que durante ese período el bebé sea incapaz de gozar plenamente de sus mamadas, de su relación con su madre o de frecuentes estados de comodidad física y bienestar. Pero, toda vez que la ansiedad surja, esta será principalmente de naturaleza paranoide, así como también serán predominantemente esquizoides las defensas y los mecanismos empleados contra ella. Lo mismo se aplica, *mutatis mutandis*, a la vida emocional del bebé durante el período caracterizado por la posición depresiva.

Volviendo al proceso de disociación, agregaré que lo considero como una precondición para la relativa estabilidad del niño pequeño. De modo predominante durante los primeros meses, este mantiene separado su objeto bueno del malo y así fundamentalmente lo preserva —lo que también significa un aumento en la seguridad del yo—. Al mismo tiempo esta división primaria solo tiene éxito si existe una capacidad adecuada para amar y el yo es relativamente fuerte. Mi hipótesis señala por lo tanto que la capacidad para amar da ímpetu tanto a las tendencias de integración como a la exitosa disociación primaria entre el objeto amado y el odiado. Esto suena a paradoja pero, como dije, puesto que la integración está basada en un objeto fuertemente arraigado que forma el núcleo del yo, para que ella se produzca es esencial cierta cantidad de disociación, ya que preserva al objeto bueno y más tarde capacita al yo para sintetizar sus dos aspectos. La envidia excesiva, expresión de los impulsos destructivos, interfiere en la disociación primaria entre el pecho bueno y el malo, y es por ello que no puede ser suficientemente lograda la estructuración del objeto bueno. Así queda sin establecerse la base para una personalidad adulta plenamente desarrollada e integrada, puesto que es perturbada en distintos sentidos la posterior diferenciación entre lo bueno y lo malo. Hasta qué punto esta perturbación del desarrollo se debe a la envidia excesiva, está relacionado con la preponderancia de mecanismos paranoides y esquizoides en los estadios más tempranos. Ellos, según mi hipótesis, constituyen la base de la esquizofrenia.

En la exploración de los primitivos procesos de disociación es esencial diferenciar entre un objeto bueno y uno idealizado, aunque esta distinción no pueda hacerse en forma neta. Una disociación muy profunda entre los dos aspectos del objeto indica que no son el objeto bueno y el malo los que se mantienen separados, sino un objeto idealizado y uno extremadamente malo. Esta división tan profunda y definida revela que los impulsos destructivos, la

envidia y la ansiedad persecutoria son muy fuertes, y que la idealización sirve principalmente como defensa contra esas emociones.

Si el objeto bueno se halla profundamente arraigado, la disociación es de naturaleza fundamentalmente distinta, permitiendo entonces la operación de los tan importantes procesos de integración del yo y de síntesis de los objetos. De este modo puede producirse, en cierta medida, la mitigación del odio por el amor, consiguiéndose elaborar la posición depresiva. Como resultado, con tanta más seguridad es establecida la identificación con un objeto bueno total. Esto también presta fuerza al yo y lo capacita para preservar su identidad y crear el sentimiento de que posee bondad propia. Así se halla menos expuesto a identificarse con una variedad de objetos en forma indiscriminada, proceso este característico de un yo débil. Además, la plena identificación con un objeto bueno es acompañada por el sentimiento de poseer bondad propia. Cuando los sucesos son adversos, la excesiva identificación proyectiva, mediante la cual son proyectadas en el objeto las partes disociadas del individuo, lleva a una fuerte confusión entre individuo y objeto en la que este último también viene a representar al individuo[489]. Ligado a lo antedicho, existe un debilitamiento del yo y una grave perturbación en las relaciones de objeto. Los niños con fuerte capacidad para amar sienten menos necesidad de idealizar que aquellos en los que prevalecen impulsos destructivos y ansiedad persecutoria. La idealización excesiva denota que la persecución es la fuerza impulsora principal. Según descubrí hace muchos años en mi trabajo con niños pequeños, la idealización es el corolario de la ansiedad persecutoria —una defensa contra esta— y el pecho ideal es la contraparte del pecho devorador.

El objeto idealizado se halla mucho menos integrado en el yo que el objeto bueno, puesto que proviene sobre todo de la ansiedad persecutoria y no tanto de la capacidad para amar. Hallé asimismo que la idealización se deriva del sentimiento innato de la existencia de un pecho extremadamente bueno, lo que lleva al anhelo de un objeto bueno y a la capacidad de amarlo[490]. Esto parece ser una condición para la vida misma, es decir, una expresión del instinto de vida. Puesto que la necesidad de un objeto bueno es universal, la distinción entre un objeto idealizado y uno bueno no puede ser considerada como absoluta. Algunas personas se enfrentan con su incapacidad (derivada de la envidia excesiva) para poseer un objeto bueno, idealizándolo. Esta primera idealización es precaria, pues la envidia experimentada hacia el objeto bueno está destinada a extenderse hasta su aspecto idealizado. Lo mismo es valedero para la idealización de otros objetos y la identificación con

ellos, a menudo inestable e indiscriminada. La voracidad es un factor importante en estas identificaciones poco discriminadas, puesto que la necesidad de obtener lo mejor de todas partes, interfiere con la capacidad para seleccionar y diferenciar. Esta capacidad también está ligada a la confusión entre bueno y malo que surge en la relación con el objeto primario.

Mientras aquellos que han podido establecer el objeto primario con relativa seguridad son capaces de retener su amor hacia él a pesar de sus defectos, en otros la idealización es una característica de sus relaciones de amor y amistad. Esto tiende a desbaratar estas relaciones, ya que el objeto amado debe ser frecuentemente cambiado por otro, pues ninguno puede llegar a estar totalmente a la altura de lo esperado. Aquel objeto idealizado a menudo llega a ser percibido como un perseguidor (lo que muestra el origen de la idealización como contraparte de la persecución), y en él es proyectada la actitud envidiosa y crítica del sujeto. Es de gran importancia el hecho de que operen procesos similares en el mundo interno, que de este modo viene a contener objetos particularmente peligrosos. Todo esto conduce a la inestabilidad en las relaciones con los demás. Este es otro aspecto de la debilidad del yo, a la que antes me referí en relación con las identificaciones indiscriminadas.

Las dudas con respecto al objeto bueno surgen fácilmente, aun en una relación segura entre el niño y su madre. Esto no solo se debe al hecho de que el niño es muy dependiente de la madre, sino también a la ansiedad recurrente de ser vencido por su voracidad y sus impulsos destructivos —ansiedad que es un factor importante en los estados depresivos—. Sin embargo, en cualquier período de la vida, bajo la presión de la ansiedad, la fe y la confianza en los objetos buenos pueden ser sacudidas. Pero son la intensidad y duración de tales estados de duda, desaliento y persecución los que determinan la capacidad del yo para reintegrarse y restablecer sus objetos buenos con seguridad[491]. Como puede observarse en la vida diaria, la esperanza y la confianza en la existencia de la bondad ayudan a las personas a través de las grandes adversidades y contrarrestan eficazmente la persecución.

IV

El comienzo temprano de la culpa parece ser una de las consecuencias de la envidia excesiva. Si esta culpa prematura es experimentada por el yo cuando aún no es capaz de soportarla, es entonces vivida como persecución, y el objeto que la despierta se convierte en un perseguidor. Por consiguiente el bebé no puede elaborar la ansiedad depresiva ni la persecutoria porque se confunden una con otra. Unos meses más tarde, al surgir la posición depresiva, el yo más integrado y fuerte tiene mayor capacidad de soportar el dolor de la culpa y desarrollar las defensas correspondientes, sobre todo la tendencia a reparar.

El hecho de que en el período más temprano (es decir, durante la posición esquizo-paranoide) la culpa prematura incremente la persecución y la desintegración, trae como consecuencia el fracaso[492] en la elaboración de la posición depresiva. Este fracaso puede ser observado tanto en los pequeños pacientes como en los adultos: tan pronto como es sentida la culpa, el analista se hace persecutorio y es acusado en muchos aspectos. En tales casos hallamos que siendo niños no pudieron experimentar culpa sin que simultáneamente esta llevase a la ansiedad persecutoria con sus defensas correspondientes. Estas defensas aparecen luego como proyección sobre el analista y negación omnipotente.

Según mi hipótesis, una de las fuentes más profundas de la culpa está siempre ligada a la envidia del pecho nutricio y al sentimiento de haber arruinado su bondad como consecuencia de los ataques generados por la envidia. Si en la temprana infancia el objeto primario ha sido establecido con relativa estabilidad, la culpa despertada por tales sentimientos puede ser enfrentada con mayor éxito, pues entonces la envidia es transitoria y menos propensa a poner en peligro la relación con el objeto bueno.

La envidia excesiva interfiere en una adecuada gratificación oral, actuando así como un estímulo hacia la intensificación de deseos y tendencias genitales. Esto implica que el bebé se dirige demasiado pronto hacia la gratificación genital. Como consecuencia se genitaliza la relación oral y se colorean en exceso de resentimiento y ansiedades orales las tendencias genitales. He sostenido a menudo que las sensaciones y deseos genitales operan posiblemente desde el nacimiento. Por ejemplo, es bien sabido que los niños tienen erecciones en un período muy precoz. Pero al hablar de la

emergencia prematura de estas sensaciones quiero significar que las tendencias genitales interfieren en las orales en un momento en el cual normalmente predominan[493] los deseos orales. Aquí habremos de considerar de nuevo los efectos de la confusión temprana que se expresa como un esfumamiento de los límites entre los impulsos y las fantasías orales, anales y genitales. Es normal una superposición entre estas variadas fuentes tanto de libido como de agresividad. Pero cuando la superposición llega a una incapacidad de experimentar de modo suficiente y en su debido período de desarrollo la predominancia de cualquiera de estas tendencias, entonces la vida sexual posterior y la sublimación son desfavorablemente afectadas. La genitalidad basada en una huida de la oralidad es insegura, porque a ella se trasladan las sospechas y desengaños adheridos a la satisfacción oral menoscabada. La interferencia en la primacía oral por parte de las tendencias genitales socava la gratificación en la esfera genital y es frecuentemente la causa de la masturbación obsesiva y la promiscuidad. Esto se debe a que la falta de la satisfacción primitiva introduce elementos compulsivos en los deseos genitales y, según lo he observado en algunos pacientes, puede llevar a que las sensaciones sexuales se introduzcan en todas las actividades, procesos mentales e intereses. En algunos bebés la huida hacia la genitalidad es también una defensa contra el odio y la tendencia a dañar al primer objeto hacia el cual tuvieron sentimientos ambivalentes. Descubrí que el comienzo prematuro de la genitalidad puede estar ligado con el temprano surgimiento de la culpa y es característico de los paranoides y esquizoides[494]. Cuando el bebé alcanza la posición depresiva y se hace más capaz de encarar su realidad psíquica, siente también que la maldad del objeto se debe en gran parte a su propia agresividad y a la proyección consiguiente. Tal como podemos observar en la situación transferencial, ese percatamiento da lugar, cuando la posición depresiva está en su apogeo, a un gran dolor espiritual y culpa. Pero también crea sentimientos de alivio y esperanza, que a su vez hacen menos difícil la reunión de los dos aspectos del objeto y del individuo, facilitando la elaboración de la posición depresiva. Esta esperanza está basada en el creciente conocimiento inconsciente de que el objeto interno y externo no es tan malo como había sido sentido en sus aspectos disociados. Mediante la mitigación del odio por el amor, el objeto mejora en la mente del niño. Ya no siente con tanta fuerza haberlo destruido en el pasado y disminuye el peligro de que lo sea en el futuro. Al no estar dañado, también es sentido como menos vulnerable en el presente y en el futuro. El objeto interno adquiere una actitud

restrictiva y preservadora de sí mismo y su mayor fuerza es un importante aspecto de su función como superyó.

Al describir la superación de la posición depresiva, ligada a la mayor confianza en el objeto bueno, mi intención no es dar a entender que tales resultados no pueden ser anulados temporariamente. La tensión de naturaleza interna o externa propende a despertar la depresión y la desconfianza hacia sí mismo y hacia el objeto. Sin embargo, la capacidad de salir de tales estados depresivos y de recuperar el sentimiento de la propia seguridad interna es, según mi punto de vista, el criterio de una personalidad bien desarrollada. En cambio, el modo frecuente de enfrentar la depresión mediante el endurecimiento de los propios sentimientos y al mismo tiempo negándola, es una regresión a las defensas maníacas empleadas durante la posición depresiva infantil.

Existe una vinculación directa entre la envidia experimentada hacia el pecho de la madre y el desarrollo de los celos. Estos están basados en la sospecha y rivalidad con el padre, que es acusado de haberle quitado a la madre y a su pecho. Esta rivalidad caracteriza los primeros estadios del complejo de Edipo directo o invertido, el que normalmente surge al mismo tiempo que la posición depresiva, en el segundo cuarto del primer año de vida[495]. El desarrollo del complejo de Edipo está fuertemente influido por las vicisitudes de la primera y exclusiva relación con la madre. Cuando esta relación se ve perturbada demasiado temprano, la rivalidad con el padre también comienza en forma prematura. Las fantasías acerca del pene dentro de la madre, o dentro de su pecho, convierten al padre en un intruso hostil. Esta fantasía es particularmente fuerte cuando el bebé no ha tenido el goce pleno y la felicidad que puede proporcionarle la temprana relación con la madre y el primer objeto bueno no ha sido incorporado con cierta seguridad. Tal fracaso depende en parte de la fuerza de la envidia.

Cuando en trabajos anteriores describí la posición depresiva, señalé que en ese período el niño integra progresivamente sus sentimientos de amor y odio, sintetiza los aspectos buenos y malos de la madre, y pasa por estados de duelo ligados con sentimientos de culpa. Asimismo, comienza a comprender mejor el mundo externo, que no puede retener a su madre como una posesión exclusiva. Que el bebé pueda o no hallar ayuda contra esa pena en su relación hacia el segundo objeto —el padre u otras personas de su ambiente— depende en cierta medida de las emociones que experimenta hacia su objeto único perdido. Si esa relación estuvo bien fundada, el miedo de perder a la madre es menos fuerte y más grande la capacidad de compartirla. Puede

también, entonces, experimentar más amor por sus rivales. Todo esto implica que ha sido capaz de elaborar la posición depresiva satisfactoriamente, hecho que a su vez depende de que la envidia hacia el objeto primario no haya sido excesiva.

Los celos, como sabemos, son inherentes a la situación edípica y están acompañados por el odio y los deseos de muerte. Sin embargo, normalmente el logro de nuevos objetos que pueden ser amados —el padre y los hermanos — y otras compensaciones que el yo en desarrollo obtiene del mundo externo, mitigan hasta cierto punto los celos y los motivos de queja. Si los mecanismos paranoides y esquizoides son fuertes, los celos —y finalmente la envidia— quedan sin ser mitigados. El desarrollo del complejo de Edipo es influido esencialmente por todos estos factores.

Entre los caracteres distintivos de la época más temprana del complejo de Edipo se hallan las fantasías acerca del pecho materno y de la madre conteniendo el pene del padre, o el padre conteniendo a la madre. Esta es la base de la figura de los padres combinados. En trabajos anteriores describí la importancia de esta fantasía[496]. La influencia de la figura parental combinada en la capacidad del niño para diferenciar a ambos padres y establecer relaciones buenas con cada uno de ellos, es afectada por la fuerza de la envidia y la intensidad de sus celos edípicos. Esto se debe a que la sospecha de que los padres siempre están obteniendo gratificación sexual, refuerza la fantasía —derivada de varias fuentes— de que ellos están siempre combinados. Si estas ansiedades son muy activas y por lo tanto indebidamente prolongadas, su consecuencia puede ser la alteración permanente de la relación con ambos. En los individuos muy enfermos, esta incapacidad de desenredar la relación hacia una u otra de las figuras parentales —debido a que se hallan inextricablemente ligadas en la mente del paciente— desempeña un rol importante en los estados de grave confusión.

Si la envidia no es excesiva, los celos en la situación edípica se convierten en un medio para elaborarla. Cuando se experimentan celos, los sentimientos hostiles son dirigidos no tanto contra el objeto primario como contra los rivales —padres o hermanos—, lo cual favorece la distribución. Al mismo tiempo, cuando estas relaciones se desarrollan, dan lugar a sentimientos de amor, convirtiéndose así en una nueva fuente de gratificación. Además, la transición de los deseos orales hacia los genitales reduce la importancia de la madre como dadora de satisfacción oral. (Como sabemos, el objeto de la envidia es en gran medida oral). En el varón, una buena parte del odio es desviada hacia el padre, envidiado a causa de la posesión de la madre. Estos

son los típicos celos edípicos. En la niña, los deseos genitales hacia el padre la capacitan para encontrar otro objeto amado. De este modo los celos reemplazan hasta cierto punto la envidia, convirtiéndose la madre en la rival más importante. La niña desea tomar el lugar de su madre, poseer y cuidar los bebés que el padre amado ha dado a aquella. La identificación con la madre en este rol hace posible que las sublimaciones tengan una mayor amplitud. Es esencial, asimismo, considerar que la elaboración de la envidia mediante los celos constituye al mismo tiempo una defensa importante contra ella. Los celos son mucho más aceptables y causan bastante menos culpa que la envidia primaria, la cual destruye al primitivo objeto bueno.

En la situación analítica podemos observar con frecuencia la estrecha conexión entre los celos y la envidia. Por ejemplo, uno de mis pacientes se hallaba muy celoso de un hombre con el cual me creía en estrecho contacto personal. Como consecuencia se produjo un sentimiento que consistía en creer que, de cualquier modo, en la vida privada yo era probablemente una persona aburrida y sin interés. La interpretación dada en este caso por el mismo paciente de que esto era una defensa, lo llevó al reconocimiento de la desvalorización del analista como resultado del resurgimiento de la envidia.

La ambición es otro factor sumamente eficaz para poner en movimiento a la envidia. Dicha ambición se relaciona en primer término con la rivalidad y competencia en la situación edípica. Pero si es excesiva, muestra claramente que se ha originado en la envidia del objeto primario. El fracaso en colmar la propia ambición es a menudo despertado por el conflicto entre el impulso de reparar el objeto dañado por la envidia destructiva y una renovada reaparición de la envidia.

El hallazgo hecho por Freud sobre la envidia del pene en las mujeres y su relación con los impulsos agresivos, fue una contribución básica en la comprensión de la envidia. Cuando la envidia del pene y los deseos de castración son fuertes, el objeto envidiado, el pene, ha de ser destruido y el hombre que lo posee ha de ser privado de él. En Análisis terminable e interminable (1937) Freud enfatizó la dificultad que surge en el análisis de mujeres por el hecho mismo de que nunca pueden adquirir el pene que desean. Afirmó que las pacientes tienen «una convicción íntima de que el tratamiento analítico no les servirá de nada y de que no experimentarán mejoría alguna con él». No podemos sino estar de acuerdo con esto al descubrir que el motivo más poderoso que las impulsó al tratamiento analítico era la esperanza de conseguir en alguna forma el tan anhelado órgano sexual. Cierto número de factores contribuyen a la envidia del pene, tema que ya he

descrito anteriormente en relación con otros aspectos[497]. Deseo considerar ahora la envidia del pene en la mujer, especialmente en lo que se refiere a su origen oral. Como sabemos, bajo el dominio de los deseos orales el pene es fuertemente equiparado con el pecho (Abraham), y según mi experiencia, en la mujer la envidia del pene se origina en la envidia del pecho materno. Descubrí que si la envidia del pene es analizada sobre esta base, podremos ver que su origen reside en la relación más temprana con la madre, en la fundamental envidia del pecho, y en los sentimientos destructivos unidos a ella.

Freud nos ha demostrado hasta qué punto la actitud de la niña hacia su madre es vital para sus relaciones posteriores con los hombres. Cuando la envidia del pecho materno ha sido intensamente transferida al pene del padre, el resultado puede ser un reforzamiento de su actitud homosexual. Otro resultado es un giro brusco y repentino hacia el pene alejándose del pecho, debido a las excesivas ansiedades y conflictos despertados por la relación oral. Es este esencialmente un mecanismo de escape que, por lo tanto, no conduce a la formación de relaciones estables con el segundo objeto. Si los motivos principales de tal huida son la envidia y el odio experimentados hacia la madre, estas emociones son pronto transferidas al padre, por lo que no puede establecerse una actitud amante y duradera hacia él. Al mismo tiempo, la relación envidiosa con la madre se expresa en una excesiva rivalidad edípica. Esta rivalidad se debe mucho menos al amor por el padre que a la envidia de la posesión materna de este y su pene. La envidia experimentada hacia el pecho es entonces totalmente traspasada a la situación edípica. El padre (o su pene) se ha convertido en una pertenencia de la madre y es por estos motivos que la niña quiere robárselo. Por eso, en la vida ulterior, todo éxito en su relación con los hombres se convierte en una victoria sobre otra mujer. Esto se aplica aun donde no existe una rival evidente, ya que entonces la rivalidad es dirigida contra la madre del hombre, como puede verse en las frecuentes perturbaciones de la relación entre nuera y suegra. Si el hombre es valorado principalmente porque su conquista es un triunfo sobre otra mujer, el interés puede perderse tan pronto como ha sido logrado el éxito. La actitud hacia la mujer rival implica: «Tú (que representas a la madre) tenías ese pecho maravilloso que no pude obtener cuando me lo rehusaste; todavía quiero robártelo, por eso te quito ese pene que tanto aprecias». La necesidad de repetir este triunfo sobre un rival odiado, contribuye con frecuencia a la búsqueda de un hombre y luego de otro y otro más.

Cuando el odio y la envidia hacia la madre no son tan fuertes, la decepción y los motivos de queja pueden llevar, con todo, al alejamiento de ella. La idealización del segundo objeto, el pene paterno y el padre, puede entonces tener éxito. Esta idealización se deriva en especial de la búsqueda de un objeto bueno, búsqueda que en un primer tiempo no ha tenido éxito y que por lo tanto puede fracasar de nuevo. Esto no vuelve necesariamente a suceder si en la situación de celos domina el amor por el padre, porque entonces la mujer puede combinar cierto odio contra la madre con amor por el padre y más tarde por otros hombres. En este caso las relaciones amistosas hacia las mujeres son posibles mientras no representen demasiado a un sustituto materno. La amistad con mujeres y la homosexualidad pueden entonces estar basadas en la necesidad de encontrar un objeto bueno en lugar del objeto primario evitado. El hecho de que estas personas —y esto se aplica tanto a los hombres como a las mujeres— puedan tener buenas relaciones de objeto es a menudo engañoso. La envidia subyacente hacia el objeto primario está disociada pero permanece activa y propensa a perturbar cualquier relación.

En cierto número de casos hallé que la frigidez, en distintos grados, era el resultado de actitudes inestables hacia el pene, basadas principalmente en una huida del objeto primario. La capacidad de gratificación oral plena, que se halla arraigada en una relación satisfactoria con la madre, es la base para poder experimentar el orgasmo genital completo (Freud).

La envidia del pecho materno es también un factor muy importante en los hombres. Si es fuerte y queda con ella menoscabada la gratificación oral, el odio y las ansiedades son transferidas a la vagina. En tanto que normalmente el desarrollo genital capacita al varón para retener a su madre como un objeto de amor, la perturbación profunda de su relación oral abre el camino a serias dificultades en la actitud genital hacia la mujer. Las consecuencias de una relación perturbada primero con el pecho y luego con la vagina son múltiples, tales como el deterioro de la potencia genital, la necesidad compulsiva de gratificación genital, la promiscuidad y la homosexualidad.

Pareciera que una fuente de culpa en la homosexualidad es el sentimiento de haberse alejado de la madre con odio y haberla traicionado haciéndose aliado del padre y de su pene. Tanto durante el período edípico como en la vida posterior, este elemento de traición de la mujer amada puede traer, como repercusión, perturbaciones en la amistad con los hombres, aunque esta no sea de naturaleza homosexual manifiesta. Por otra parte, observé que la culpa

hacia la mujer amada y la ansiedad que ello implica, a menudo refuerza la huida ante ella e incrementa las tendencias homosexuales.

La envidia excesiva del pecho es capaz de extenderse a todos los atributos femeninos, en particular la capacidad de tener hijos. Si el desarrollo es exitoso, el hombre obtiene una compensación por estos deseos femeninos incumplidos por medio de una buena relación con su esposa o amante y siendo el padre de los hijos que ella le brinda. Esta relación abre el camino para otras experiencias, como ser la identificación con su hijo, que de muchos modos compensa la temprana envidia y la frustración. Además, el sentimiento de haber creado al niño contrarresta la temprana envidia del hombre con respecto a la feminidad de la madre.

Tanto en el hombre como en la mujer, la envidia tiene su parte en el deseo de quitarle los atributos al sexo opuesto y poseer o arruinar los del padre del mismo sexo. De aquí se desprende que en ambos sexos, por divergente que sea su desarrollo, los celos y la rivalidad paranoides en la situación edípica positiva y negativa (directa e invertida), están basados en la envidia excesiva hacia el objeto primario, es decir, la madre, o mejor aún, su pecho.

El pecho «bueno» que alimenta e inicia la relación amorosa con la madre es el representante del instinto de vida (Klein, 1952c, 1952d), siendo además vivido como la primera manifestación de la facultad creadora. En esta relación fundamental el bebé no solo recibe la gratificación que desea, sino que también se siente mantenido con vida. Porque el hambre, que es lo que despierta el miedo a la inanición —y posiblemente todo dolor físico y espiritual— es sentido como una amenaza de muerte. Sí la identificación con un objeto internalizado bueno y vivificante puede ser mantenida, esta se convierte en un impulso hacia la creación. Aunque superficialmente esto puede manifestarse como la codicia del prestigio, riqueza y poder que otros han logrado[498], su propósito real es la creación. La capacidad de dar y preservar la vida es percibida como la mayor dote, por eso la facultad creadora se convierte en la causa más profunda de envidia. El ataque a la facultad creadora que implica la envidia es ilustrado en *El paraíso perdido*[499] de Milton. Allí Satanás, envidioso de Dios, decide ser el usurpador del Cielo. Hace la guerra a Dios en su intento de dañar la vida celestial y cae del Paraíso. Ya caído, él y sus otros ángeles construyen el Infierno como organismo competidor del Cielo, convirtiéndose en la fuerza destructiva que intenta deshacer lo que Dios crea[500]. Esta idea teológica parece venirnos de San Agustín, quien describe la vida como una fuerza

creadora opuesta a otra destructiva, la Envidia. En tal sentido, en la Primera Carta a los Corintios se lee: «El amor no envidia».

Mi experiencia psicoanalítica me enseñó que la envidia de la facultad creadora es un elemento fundamental en la perturbación del proceso de creación. Dañar y destruir la fuente inicial de la bondad pronto lleva a destruir y atacar a los niños que la madre contiene. Su resultado es que el objeto bueno queda convertido en hostil, crítico y envidioso. La figura representativa del superyó sobre la que se ha proyectado una fuerte envidia, vuélvese particularmente perseguidora e interfiere en los procesos del pensamiento y de toda actividad productiva, que es, en último término, la facultad de creación.

En la crítica destructiva, que con frecuencia es descrita como «mordaz» y «perniciosa», se halla subyacente la actitud envidiosa y destructiva hacia el pecho. En particular es la facultad creadora la que se convierte en el objeto de tales ataques. En *The Faerie Queene*, Spenser describe la envidia como un lobo voraz: «El odiaba todas las buenas obras y acciones virtuosas y también los versos de poetas famosos a los cuales difamaba, y de boca leprosa escupe rencoroso veneno sobre todo lo que alguna vez ha sido escrito**[501]**.». La crítica constructiva tiene distintas fuentes. Se propone ayudar al otro y fomentar su trabajo. A veces deriva de una fuerte identificación con la persona cuyo trabajo está en discusión. En la crítica constructiva también pueden entrar las actitudes maternales o paternales. Frecuentemente la confianza en la propia facultad creadora contrarresta la envidia.

Una causa de la envidia es la relativa ausencia de esta en otros. La persona envidiada es sentida como poseedora de lo que en el fondo es lo más apreciado y deseado, esto es, un objeto bueno, que también implica un buen carácter y un juicio sano. Además, quien puede apreciar de buena gana el trabajo creador y la felicidad ajena, queda a salvo de los tormentos de la envidia, de los motivos de queja y de la persecución. En tanto la envidia es una fuente de gran desdicha, una ausencia relativa de esta es percibida como substrato de los estados anímicos de satisfacción y paz y finalmente de la cordura. Esto, de hecho, constituye asimismo la base de los recursos internos y de la elasticidad que pueden ser observados en aquellos que recuperan la paz espiritual aun después de haber atravesado una gran adversidad y dolor moral. Tal actitud, que incluye la gratitud en relación con los placeres del pasado y el goce de lo que el presente puede dar, se expresa en la serenidad. En las personas de edad avanzada, hace posible la adaptación a la idea de que la juventud no puede ser recuperada y las capacita para experimentar placer e

interés con la vida de los jóvenes. Aquello de que los padres reviven sus propias vidas en las de sus hijos y nietos —si esto no es una expresión de una actitud en exceso posesiva y de ambición desviada— ilustra lo que estoy tratando de transmitir. Los que sienten que han tenido participación en la experiencia y placeres de la vida, son mucho más aptos para creer en la continuidad de la vida[502]. Esta capacidad para la resignación sin amargura excesiva, que no obstante conserva vivo el poder de gozar, tiene su origen en la infancia, dependiendo del grado en que el niño pudo gozar del pecho sin envidiar en forma excesiva su posesión a la madre. Es mi sugerencia que la felicidad experimentada en la infancia y el amor por el objeto bueno que enriquece la personalidad se hallan en el fondo de la capacidad para el goce y la sublimación, haciéndose sentir esto aun en la vejez. Cuando Goethe dijo: «El más feliz de los hombres es el que puede hacer concordar estrictamente el fin de su vida con el comienzo», yo interpretaría «el comienzo» como la relación temprana feliz con la madre que durante toda la vida mitiga el odio y la ansiedad y aun da apoyo y satisfacción al anciano. Un niño que ha establecido al objeto bueno firmemente, también puede encontrar compensaciones para la pérdida y privaciones de la vida adulta. Todo esto es sentido por la persona envidiosa como algo que nunca puede alcanzar porque jamás podrá ser satisfecha y por eso se reforzará su envidia.

V

Ilustraré ahora algunas de mis conclusiones con material clínico[503]. El primer ejemplo está tomado del análisis de una paciente. Había sido alimentada al pecho, pero con todo, las circunstancias no habían sido favorables y estaba convencida de que su niñez y alimentación fueron totalmente insatisfactorias. Sus quejas acerca del pasado se relacionaban con la desesperanza acerca del presente y del futuro. La envidia del pecho nutricio y las dificultades posteriores en las relaciones de objeto ya habían sido extensamente analizadas antes del episodio al que me voy a referir.

En cierta oportunidad la paciente me llamó por teléfono y dijo que no podía venir a tratarse debido a que le dolía un hombro. Al día siguiente me llamó para decirme que aún no estaba bien, pero que esperaba verme el próximo día. Cuando vino estaba sumamente quejosa. Había sido cuidada por su sirvienta, pero nadie más se interesó por ella. Me describió que en un momento dado su dolor aumentó repentinamente, siendo este acompañado de una sensación de frío extremo. Había sentido una imperiosa necesidad de que alguien viniese inmediatamente y le cubriese el hombro a fin de que entrara en calor, y que se fuese en cuanto esto fuera logrado. En ese instante se le ocurrió que así debió sentir siendo bebé, cuando quería ser cuidada y nadie venia.

Era característico de esta paciente en su actitud hacia los demás —y esto aclaraba sus más tempranas relaciones con el pecho— que deseara ser cuidada, pero al mismo tiempo repeliese el objeto mismo que había de gratificarla. La sospecha con respecto al don recibido junto con su imperiosa necesidad de ser cuidada —que en última instancia significaba un deseo de ser alimentada— expresaban su actitud ambivalente hacia el pecho. Me he referido a bebés cuya respuesta a la frustración es hacer un uso insuficiente de la gratificación que, aunque tardía, podía brindarles la mamada. Podría suponer que aun cuando no renuncian a sus deseos de un pecho gratificador, no logran gozar de él y por lo tanto lo repelen. El caso en discusión ilustra algunas de las razones de esta actitud: sospechada del don que ella deseaba recibir porque el objeto ya estaba dañado por la envidia y el odio, existiendo al mismo tiempo un profundo resentimiento por cada frustración. También tenemos que recordar —y esto puede aplicarse a otros adultos en quienes la envidia es marcada— que muchas experiencias desilusionantes, sin duda

debidas en parte a su propia actitud, habían contribuido a su impresión de que el cuidado deseado no sería satisfactorio.

En el curso de esta sesión, la paciente relató un sueño: estaba sentada en una mesa en un restaurante. Sin embargo, nadie vino a servirla. Decidió unirse a una cola y buscar algo para comer. Delante de ella habla una mujer que tomó dos o tres pastelitos y se fue con ellos. La paciente también tomó dos o tres pastelitos. De sus asociaciones selecciono las siguientes: la mujer parecía muy resuelta y su figura recordaba la mía. Hubo una repentina duda acerca del nombre de los pasteles (en realidad petits-fours) que en un comienzo pensó eran petit fru; esto le hizo recordar petit frau y de este modo Frau Klein. El núcleo de mi interpretación fue que su queja por las sesiones perdidas se relacionaba con las mamadas insatisfactorias y la infelicidad de su niñez. Los dos pasteles de los «dos o tres», representaban el pecho del que ella se sentía dos veces despojada al faltar a las sesiones. Eran «dos o tres» porque no había estado segura si podría venir el tercer día. La circunstancia de que la mujer era «resuelta» y que la paciente siguió su ejemplo al tomar los pasteles, apuntaba tanto hacia su identificación con el analista como a la proyección de su propia envidia sobre ella. En este sueño existe un aspecto estrechamente relacionado con el contenido del libro. La analista que se fue con los dos o tres petits-fours no solo representaba al pecho que le fue rehusado, sino también al pecho que iba a «alimentarse a sí mismo». (Unida a otro material, la analista «resuelta» no solo representaba el pecho sino a una persona con cuyas cualidades, buenas y malas, se identificaba la paciente). Así a la frustración se había sumado la envidia del pecho. Esta envidia había causado un amargo resentimiento, puesto que la madre había sido sentida como egoísta y mezquina, alimentándose y amándose en lugar de hacerlo con su bebé. En la situación analítica yo era sospechosa de haberme divertido durante su ausencia, o haber dado el tiempo a otros pacientes a quienes prefería. La cola a la que ella decidió unirse se refería a otros rivales más favorecidos.

La respuesta al análisis del sueño fue un notable cambio en la situación emocional. La paciente ahora experimentaba un sentimiento de felicidad y gratitud más vivas que en sesiones anteriores. Con lágrimas en los ojos, cosa poco usual en ella, dijo que sentía como si ahora hubiese hecho una comida[504] enteramente satisfactoria. También se le ocurrió que su lactancia y su infancia podrían haber sido más felices de lo que ella había supuesto. Se sentía asimismo, más esperanzada con respecto al futuro y al resultado de su análisis. La paciente había entendido una parte de sí misma con mayor

claridad, parte que de ningún modo le era desconocida en otros aspectos. Ella percibía su envidia y sus celos hacía varias personas, pero no había sido capaz de reconocerlo suficientemente en la relación con la analista, porque era demasiado doloroso experimentar que estaba envidiando y dañando tanto a la analista como al éxito del análisis. En esta sesión después de las interpretaciones referidas, su envidia había disminuido; la capacidad para gozar y para la gratitud había pasado a primer plano, siendo capaz de experimentar la sesión como una comida feliz. Esta situación emocional tuvo que ser elaborada una y otra vez, en la transferencia positiva y negativa, hasta que se logró un resultado más estable.

La experiencia de esa comida feliz se produjo al hacerla gradualmente capaz de unir las partes disociadas de su personalidad en relación con la analista y por medio del reconocimiento de cuánta envidia y por lo tanto cuántas sospechas tenía sobre mí, y en primer lugar sobre su madre. Esto estaba ligado con sentimientos de gratitud. En el curso del análisis la envidia disminuyó, haciéndose los sentimientos de gratitud mucho más frecuentes y duraderos.

Mi segundo ejemplo está tomado del análisis de una paciente con fuertes rasgos depresivos y esquizoides. Durante un largo período había sufrido estados depresivos. El análisis siguió su marcha e hizo algún progreso, aunque la paciente expresó una y otra vez sus dudas con respecto al trabajo efectuado. Yo había interpretado los impulsos destructivos contra la analista, los padres y hermanos, y el análisis logró hacerle reconocer fantasías específicas de ataques destructivos contra el cuerpo de su madre. Habitualmente ese reconocimiento era seguido por depresiones de naturaleza controlable.

Fue un hecho notable que durante la primera parte del tratamiento no pudieran ser examinadas la profundidad y severidad de las dificultades de la paciente. Socialmente ella daba la impresión de ser una persona agradable, aunque propensa a la depresión. Sus tendencias reparativas y la actitud servicial hacia sus amistades eran bastante genuinas. Sin embargo, la severidad de su enfermedad se hizo aparente en cierto período, debido en parte al previo trabajo analítico y en parte a algunas experiencias externas. Habíanle ocurrido varias desilusiones; pero fue un éxito inesperado en su carrera profesional el que trajo a un primer plano lo que había estado analizando por algunos años, a saber la intensa rivalidad conmigo y el sentimiento de que en su propio terreno ella pudiera llegar a ser igual, o más bien superior a mí. Ambas llegamos a reconocer la importancia de su envidia

destructiva hacia mí; y como siempre cuando llegamos a estos estratos profundos, parecía que cualquier impulso destructivo allí existente era sentido como omnipotente y por lo tanto irrevocable e irremediable. Hasta entonces yo había analizado sus deseos oral-sádicos en forma extensa, y así fue como también llegamos a la comprensión parcial, por su parte, de los impulsos destructivos hacia su madre y hacia mí. El análisis había tratado asimismo acerca de sus deseos uretral y anal-sádicos, pero a este respecto yo sentía que no había logrado gran progreso y que su comprensión de estos impulsos y fantasías era de naturaleza más bien intelectual. Durante el particular período que ahora quiero discutir, había aparecido material uretral con fuerza renovada.

Pronto se desarrolló un sentimiento de gran exaltación a raíz de su éxito, el que fue anunciado por un sueño que mostró su triunfo sobre mí y, por debajo, la envidia destructiva hacia mi representando a su madre. En el sueño ella estaba en el aire sobre una alfombra mágica que la sostenía por encima de la copa de un árbol. La altura era suficiente como para que pudiera ver, a través de una ventana, el interior de una habitación donde una vaca estaba mascando algo que parecía ser la interminable tira de una frazada. En la misma noche tuvo también un corto sueño en el que sus calzones estaban mojados. Las asociaciones a este sueño pusieron en claro que estar por encima de la copa del árbol significaba haberme aventajado, puesto que la vaca me representaba a mí, a quien ella miraba con desprecio. Muy en el comienzo de su análisis ella había tenido un sueño en el que yo estaba representada por una mujer apática parecida a una vaca, mientras que ella era una niña pequeña que pronunciaba con éxito un brillante discurso. En aquel tiempo mis interpretaciones de que había convertido a la analista en una persona despreciable en tanto ella tenía una actuación exitosa a pesar de ser mucho más joven, habían sido aceptadas solo en parte, aunque ella se daba plenamente cuenta que la niña era ella misma, y la mujer-vaca, la analista. Este sueño llevó gradualmente a un percatamiento más pleno de sus ataques destructivos y envidiosos contra mí y contra su madre. Desde entonces la mujer-vaca que me representaba había sido un rasgo definido en el material, y por eso estaba completamente claro que en el nuevo sueño la vaca, en la habitación que ella miraba, era la analista. Asoció que la interminable tira de frazada representaba un interminable chorro de palabras, ocurriéndosele que estas eran todas las palabras que yo había dicho en el análisis y que ahora tenía que tragármelas. La tira de frazada significaba un ataque contra la vaguedad e inutilidad de mis interpretaciones. Aquí vemos la total

desvalorización del objeto primario, significativamente representado por la vaca, así como también la queja contra la madre que no la había alimentado en forma satisfactoria. El castigo impuesto sobre mí al tener que comer todas mis palabras saca a la luz la profunda desconfianza y todas las dudas que una y otra vez la habían asediado en el curso del análisis. Después de mis interpretaciones se hizo bastante claro que no podía confiar en la maltratada analista, ni en el análisis desvalorizado. La paciente estaba sorprendida y chocada por su actitud hacia mí, actitud que durante largo tiempo, antes del sueño, había rehusado admitir con plenitud. Los calzones mojados en el sueño y sus asociaciones expresaron (entre otros significados) los venenosos ataques uretrales contra la analista, destinados a destruir sus poderes mentales y cambiarla en una mujer-vaca. Poco tiempo después tuvo otro sueño que ilustra este punto particular. Estaba parada en la parte inferior de una escalera, mirando hacia arriba y viendo una pareja joven en la cual algo andaba mal. Arrojó entonces una pelota de lana, que ella misma describió como «magia buena»; sus asociaciones mostraron que la magia mala, y más especialmente el veneno, debían haber causado la necesidad de usar la magia buena después. Las asociaciones con la pareja me permitieron interpretar una situación actual de celos fuertemente negada, llevándonos del presente hacia experiencias anteriores, que por último llegó naturalmente hasta los padres. Los sentimientos destructivos y de envidia hacia la analista y hacia la madre en el pasado, resultaron estar por debajo de los celos y la envidia hacia la pareja del sueño. El hecho de que esta pelota liviana no llegase hasta la pareja implicaba que su reparación no tuvo éxito; y la ansiedad por tal fracaso fue un elemento importante en su depresión.

Este es solo un extracto del material que sirvió para mostrarle a la paciente, de modo convincente, su venenosa envidia hacia la analista y hacia su objeto primario. Aquí cedió a la depresión, que fue de una profundidad tal como nunca había tenido antes. La causa principal de esta depresión que siguió a su estado de exaltación fue el haberse visto obligada a hacerse cargo de una parte de sí misma completamente disociada, que hasta entonces no había sido capaz de reconocer. Como dije antes, fue muy difícil ayudarla a darse cuenta de su odio y agresividad. Pero cuando llegamos a esa fuente particular de destructividad, le era insoportable verse a la luz de su envidia e ímpetu de dañar y humillar a la analista, quien era sumamente valorada en otra parte de su mente. Ella no parecía ser particularmente jactanciosa o vanidosa, pero por medio de diversos procesos de disociación y defensas maníacas habíase aferrado a una imagen idealizada de sí misma. Como

consecuencia de haber comprendido —lo que en esa etapa del análisis ya no podía negar— que se sentía mala y despreciable, la idealización se vino abajo y surgió la desconfianza acerca de sí misma, así como también la culpa por el daño irrevocable causado en el pasado y el presente. Su culpa y depresión se centralizaron sobre sus sentimientos de ingratitud hacia la analista, quien, según ella sabía, la había ayudado y la estaba ayudando y hacia quien ella sentía desprecio y odio y, en último término, por la ingratitud hacia su madre, a la que inconscientemente veía como arruinada y dañada por su envidia e impulsos destructivos.

El análisis de su depresión condujo a una mejoría que después de algunos meses fue seguida de una renovada y profunda depresión. Esto fue causado por el reconocimiento pleno de sus virulentos ataques anal-sádicos contra la analista y en el pasado contra su familia, confirmando su sensación tanto de enfermedad como de maldad. Era esa la primera vez que ella fue capaz de apreciar cuán fuertemente habían sido disociados los aspectos uretral y anal-sádicos. Cada uno de estos había involucrado partes importantes de la personalidad e intereses de la paciente. Los pasos hacia la integración que tuvieron lugar después del análisis de la depresión, implicaban recuperar estas partes perdidas, siendo la necesidad de encararlas la causa de su depresión.

El ejemplo siguiente es el de una paciente a quien yo describiría como bastante normal. Con el transcurso del tiempo ella se había vuelto cada vez más consciente de la envidia que experimentaba tanto hacia una hermana mayor como hacia su madre. La envidia de su hermana había sido contrarrestada por un sentimiento de fuerte superioridad intelectual que tenía base real y por la sensación inconsciente de que la hermana era extremadamente neurótica. La envidia de la madre era contrabalanceada por un sentimiento amoroso muy fuerte y por la apreciación de su bondad.

En el sueño que la paciente relató, se encontraba sola en un vagón del ferrocarril con una mujer de la que solo podía ver la espalda y que se hallaba inclinada hacia la puerta del compartimiento con gran peligro de caer hacia afuera. La paciente la sostenía fuertemente, tomándola del cinturón con una mano; con la otra escribía una nota que puso en la ventana. En ella decía: en este compartimiento se halla un médico ocupado con un paciente y no debe ser molestado.

De este sueño he seleccionado las asociaciones siguientes: la paciente tenía una acentuada sensación de que la figura a la cual mantenía fuertemente sujeta era una parte loca de sí misma. En el sueño ella estaba convencida de que no debía dejarla caer por la puerta, sino mantenerla en el compartimiento

y enfrentarla. El análisis reveló que el compartimiento la representaba a ella misma. Las asociaciones con el cabello, que solo era visto de atrás, se referían a la hermana mayor. Las asociaciones siguientes la llevaron al reconocimiento de la rivalidad y envidia en relación con aquella, retrocediendo hasta la época en que la paciente aún era una niña mientras que su hermana ya tenía un festejante. Luego habló de un vestido que usaba su madre y que había admirado y codiciado cuando era pequeña. Este vestido marcaba claramente la forma de los senos, haciéndose más evidente que nunca, aunque nada de esto era enteramente nuevo, que lo que originalmente ella había envidiado y arruinado en su fantasía era el pecho de la madre.

Este reconocimiento intensificó sus sentimientos de culpa, tanto hacia la hermana como hacia la madre, llevándola a una revisión amplia de sus relaciones más tempranas. Así, llegó a una comprensión mucho más compasiva de las deficiencias de su hermana, sintiendo que no la había querido suficientemente. También descubrió que en su temprana infancia la había querido más de lo que recordaba en la actualidad.

Yo interpreté que la paciente sentía que debía mantener sujeta una parte loca, disociada de sí misma, hecho que también estaba ligado a la internalización de la hermana neurótica. Como consecuencia de la interpretación del sueño la paciente, que tenía razones para considerarse como bastante normal, sufrió fuerte sorpresa y conmoción. Este caso ilustra una conclusión que se está haciendo cada vez más familiar, consistente en que aun en personas normales[505] existe con frecuencia en forma disociada de otras partes de la personalidad, el remanente de sentimientos y mecanismos paranoides y esquizoides. La sensación de la paciente de que debía mantener un dominio firme sobre aquella figura, implicaba que también debía haber ayudado más a su hermana o, por así decirlo, haberle impedido caerse; este sentimiento fue ahora revivido en conexión con aquella como objeto internalizado. La revisión de sus relaciones más tempranas estaba ligada a cambios en los sentimientos hacia sus objetos primarios introyectados. El hecho de que su hermana representara también la parte loca de sí misma resultó ser una proyección parcial de su propios sentimientos paranoides y esquizoides sobre esta última. Fue con este percatamiento que disminuyó la disociación de su yo.

Ahora deseo referirme a un paciente y relatar un sueño que tuvo el fuerte efecto de hacerle reconocer no solo los impulsos destructivos hacia la analista y hacia su madre, sino también la envidia como factor específico en su relación con ellas. Hasta entonces y con grandes sentimientos de culpa, había

reconocido en cierta medida sus impulsos destructivos, pero aún no se daba cuenta de la envidia y hostilidad dirigidas contra la facultad creadora de la analista y contra su madre en el pasado. Sin embargo, reconocía que tenía envidia a Otras personas y que unidos a una buena relación con su padre, existían asimismo celos y rivalidad. El siguiente sueño lo ayudó a percatarse de su envidia hacia la analista y aclaró sus tempranos deseos de poseer todos los atributos femeninos de su madre.

En el sueño el paciente, que había estado pescando, preguntábase si debía matar al pez que pensaba comer; por fin decidió colocarlo en un canasto y dejarlo morir. El canasto en que lo llevaba era como el que usan las lavanderas. Repentinamente el pez se convirtió en un hermoso bebé que tenía algo verde en su ropa. Entonces notó —y en ese momento se quedó muy preocupado— que los intestinos del bebé sobresalían porque había sido herido por el anzuelo que había tragado en su estado de pez. Asoció lo verde a la tapa de los libros de la International Psycho-Analytical Library, comentando que el pez en el canasto representaba uno de mis libros, que evidentemente me había robado. Otras asociaciones mostraron sin embargo que el pez no solo era mi trabajo y mi hijo, sino también me representaba a mí. Tragarme el anzuelo, que significaba haberme tragado la carnada, expresaba su sentimiento de que yo había pensado de él mejor de lo que se merecía; que no me había dado cuenta de que también existían partes muy destructivas de él mismo que operaban contra mí. Aunque aún no podía admitir plenamente que la manera de tratar al pez, al niño y a mí misma, significaba destruirme a mí y a mi trabajo por envidia, inconscientemente sin embargo lo comprendía. También interpreté que el canasto de la lavandera expresaba su deseo de ser mujer, de tener niños y despojar a su madre de estos. El efecto de este paso en la integración fue un comienzo de fuerte depresión debido a que tuvo que enfrentar los componentes agresivos de su personalidad. Aun cuando esto había sido anunciado en la primera parte de su análisis, ahora lo experimentó como una conmoción y con horror de sí mismo.

La noche siguiente el paciente soñó con un lucio, al que asoció ballenas y tiburones, pero en el sueño no sintió que el lucio fuese un animal peligroso. Era viejo y parecía estar cansado y muy gastado. Sobre él se hallaba una rémora, sugiriendo inmediatamente el paciente que la rémora no chupa al lucio o a la ballena, sino que se adhiere a su superficie, protegiéndose así de los ataques de otros peces. El paciente reconoció que esta explicación era una defensa contra el sentimiento de que él era la rémora y yo el lucio viejo y

gastado y me hallaba en ese estado por haber sido tan maltratada en el sueño de la noche anterior y porque él sentía que yo había sido chupada hasta quedar seca. Esto no solo me había convertido en un objeto dañado, sino también peligroso. En otras palabras, habían surgido tanto las ansiedades persecutorias como las depresivas; el lucio asociado a las ballenas y tiburones mostraba los aspectos persecutorios, mientras que su apariencia vieja y gastada expresaba sensación de culpa por el daño que me había estado haciendo y que aún me hacía.

La fuerte depresión que siguió a este reconocimiento duró varias semanas en forma más o menos ininterrumpida, pero no interfirió en el trabajo ni en la vida familiar del paciente. Describió esta depresión como diferente y más profunda que cualquier otra experimentada antes. El impulso hacia la reparación, expresado en el trabajo físico y mental, se incrementó por la depresión y preparó el camino para su superación. El resultado de esta fase sobre su análisis fue muy notable. Aun cuando la depresión cedió después de haber sido elaborada, el paciente estaba convencido de que ya nunca se vería del modo como lo había hecho antes. Con todo, esto no implicaba una sensación de desánimo, sino un mayor conocimiento de sí mismo y una mayor tolerancia con respecto a otras personas. Lo que el análisis logró fue un paso importante en la integración, ligado al hecho de que el paciente fuese capaz de enfrentar su realidad psíquica. No obstante, en el curso de su análisis había épocas en que esta actitud no podía ser mantenida. Es decir que, como en todos los casos, la elaboración fue un proceso gradual.

Aunque su previa observación y juicio acerca de las personas había sido bastante normal, hubo una definida mejoría como resultado de este período de su tratamiento. Otra consecuencia fue que los recuerdos de la infancia y de su actitud hacia los hermanos surgieron con mayor fuerza y lo llevaron hasta la temprana relación con la madre. Durante el estado de depresión a que me he referido, se dio cuenta de que había perdido en gran parte el placer e interés por el análisis. Pero estos fueron recuperados por completo al ceder la depresión. En seguida trajo un sueño en el que distinguía un leve menosprecio por la analista, pero que en el análisis resultó expresar una fuerte desvalorización. En el sueño trataba con un niño delincuente, pero no estaba satisfecho del modo como había manejado la situación. El padre del niño se ofreció a llevar al paciente en automóvil a su destino, notando él que lo llevaban más y más lejos del lugar donde deseaba ir. Después de un tiempo agradeció al padre y bajó del coche; pero no estaba perdido, porque como de costumbre conservaba un sentido general de la orientación. Al pasar miró un

edificio un tanto raro que se le ocurrió interesante y apropiado para una exposición, pero en el que no sería agradable vivir. Sus asociaciones con él estaban ligadas con algún aspecto de mi apariencia. Luego dijo que ese edificio tenía dos alas y recordó la expresión «tener a alguien bajo el ala». Reconoció que el niño delincuente por el cual se había interesado, lo representaba a él mismo, mostrando la continuación del sueño la razón por la cual era delincuente: cuando el padre, que representaba a la analista, lo llevaba más y más lejos de su destino, expresaba las dudas que utilizaba parcialmente a fin de desvalorizarme, preguntándome si yo lo llevaba en la buena dirección, si era necesario adentrarse tanto o si yo le estaba haciendo daño. Cuando se refirió a que guardaba un sentido de la dirección y no se sentía perdido, esto implicaba lo contrario de las acusaciones contra el padre (la analista) del niño: sabía que el análisis era muy valioso para él y que era su envidia hacia mí lo que incrementaba sus dudas.

Asimismo comprendió que el edificio interesante, en el que no le hubiera gustado vivir, representaba a la analista. Por otra parte, sentía que al analizarla yo lo había tomado bajo mi ala y lo estaba protegiendo de sus conflictos y ansiedades. En el sueño las dudas y acusaciones contra mí eran usadas como una desvalorización y no solo se relacionaban con la envidia sino también con el desaliento por la envidia y los sentimientos de culpa por su ingratitud.

Hubo otra interpretación de este sueño, confirmada sobre la base de otros posteriores, fundada en el hecho de que en la sesión analítica yo a menudo representaba al padre, cambiándome rápidamente en madre y a veces representando a ambos padres simultáneamente. Esta interpretación era que la acusación contra el padre, por llevarlo en la mala dirección, se enlazaba con su temprana atracción homosexual hacia él. Durante el análisis se demostró que esta atracción estaba unida a intensos sentimientos de culpa, porque pude mostrar al paciente que la fuerte disociación de la envidia y odio contra su madre y su pecho habían contribuido a su vuelco hacia el padre, y que sus deseos homosexuales eran sentidos como una alianza hostil contra la madre. La acusación de que el padre lo llevó en mala dirección se unía al sentimiento general —que encontramos con tanta frecuencia en los pacientes— de que él había sido seducido por su padre y llevado en esta forma a la homosexualidad. Aquí tenemos la proyección sobre el padre de los propios deseos del individuo.

El análisis de su sensación de culpa tuvo varios efectos. En primer término experimentó un amor más profundo hacia sus padres. También se dio cuenta —y estos dos hechos están estrechamente ligados— de que había

existido un elemento compulsivo en su necesidad de reparar. La identificación excesivamente fuerte con el objeto dañado en la fantasía —originalmente la madre— había perjudicado su capacidad para gozar plenamente y con esto, en cierta medida, empobrecido su vida. Se pudo ver entonces que aun en su más temprana relación con su madre, aunque no existía razón para dudar de que hubiera sido feliz durante la lactancia, no había podido gozarla completamente, debido a su temor de agotar o despojar el pecho. Por otra parte, la interferencia con su satisfacción daba motivos de queja y aumentaba sus sentimientos persecutorios. Esto es un ejemplo del proceso descrito anteriormente, en el que la culpa —en particular la culpa por la envidia destructiva de la madre y del analista— es propensa a tornarse en persecución en los estadios tempranos del desarrollo. A través del análisis de la envidia primaria y de la correspondiente disminución de la ansiedad depresiva y persecutoria, aumentó su capacidad para gozar y sentir gratitud en un plano más profundo.

Mencionaré ahora otro caso de un paciente en el que la tendencia a la depresión se hallaba también acompañada de una necesidad compulsiva de reparar. Su ambición, rivalidad y envidia, que coexistían con muchos buenos rasgos de carácter, habían sido analizadas gradualmente. Sin embargo, fueron necesarios varios años[506] para que el paciente experimentase en forma plena la envidia del pecho y su facultad creadora y el deseo de arruinarlo, el cual estaba muy disociado. Al comenzar su análisis tuvo un sueño que describió como «ridículo»: hallábase fumando una pipa llena de hojas que habían sido arrancadas de uno de mis libros. Primero expresó gran sorpresa acerca de esto porque «uno no fuma papeles impresos». Interpreté que eso solo era un aspecto menor del sueño; el significado principal era que él había roto mi trabajo y lo estaba destruyendo. También señalé que la destrucción de mis trabajos era de naturaleza anal-sádica, que estaba implicada en el hecho de fumarlos. Él había negado estos ataques agresivos, puesto que junto con la fuerza de sus procesos de disociación, poseía gran capacidad para negar. Otro aspecto de este sueño era que los sentimientos de persecución surgieron en conexión con el análisis. Las interpretaciones previas lo habían ofendido y fueron vividas como algo que él tenía que «poner en su pipa y fumar». El análisis de este sueño ayudó al paciente a reconocer sus impulsos destructivos contra la analista y también que habían sido estimulados por una situación de celos surgida el día anterior. Esta se centraba en la impresión de que yo valoraba a otro más que a él. Pero tal reconocimiento no llevó a una comprensión de su envidia hacia la analista, aunque le fue interpretado. Sin

embargo, no caben dudas de que esto preparó el terreno para el material en que los impulsos destructivos y la envidia se hicieron gradualmente más claros.

La culminación fue alcanzada en un período posterior del análisis, cuando todos estos sentimientos en relación con la analista llegaron al paciente con toda su fuerza. Entonces relató un sueño que describió otra vez como «ridículo»: se estaba desplazando a gran velocidad, como si estuviera en un automóvil. Estaba de pie sobre un artefacto semicircular, hecho con alambre o algún «material atómico». Tal como lo expresó, «esto lo mantenía andando». De pronto notó que el objeto sobre el cual se encontraba parado se hacía pedazos y esto lo angustió. Al objeto semicircular asoció el pecho y la erección del pene, implicando su potencia. Este sueño incluía su sentimiento de culpa por no hacer uso correcto del análisis y sus impulsos destructivos hacia mí. En la depresión, sentía que yo no podría ser preservada, existiendo conexiones con ansiedades similares, en parte conscientes, que dependían de no haber sido capaz de proteger a su madre durante la ausencia de su padre, durante la guerra y en otras situaciones posteriores. Por entonces sus sentimientos de culpa en relación con su madre y conmigo habían sido analizados en forma extensa. Pero últimamente sentía en forma más clara que era su envidia lo que me destruía. Sus sentimientos de culpa y su desdicha eran tanto mayores ya que en una parte de su mente estaba agradecido a su analista. La frase «esto me mantenía andando» implicaba cuán esencial resultaba su análisis para él, ya que representaba una precondición de su potencia en el sentido más amplio, es decir, del éxito en todas sus aspiraciones.

La revelación de su envidia y odio hacia mí se produjo en forma de conmoción y fue seguida de una fuerte depresión y sensación de indignidad. Creo que este tipo de conmoción, que he descrito en varios casos anteriores, es consecuencia de un paso importante hacia la curación de la disociación entre partes de la personalidad, estableciéndose así un período de progreso en la integración del yo.

En una sesión, después del segundo sueño, llegó a una comprensión aún más completa de su ambición y envidia. Agregó que conocía sus limitaciones y según lo expresó, no esperaba cubrir de gloria a su profesión ni a sí mismo. En ese momento, todavía bajo la influencia de aquel sueño, comprendió que su modo de expresarlo mostraba la fuerza de su ambición y su envidia en la comparación conmigo. Después de un estado inicial de sorpresa, este reconocimiento culminó en plena convicción.

VI

He descrito a menudo mi punto de vista sobre la ansiedad como el nódulo de mi técnica. Sin embargo, las ansiedades desde su iniciación no pueden ser halladas sin sus respectivas defensas. Como ya lo he señalado anteriormente, la primerísima función del yo es la de enfrentar la ansiedad. Hasta creo probable que la ansiedad primordial, engendrada por la amenaza del instinto de muerte dentro del organismo, pudiera ser la explicación de por qué el yo es puesto en actividad desde el momento del nacimiento. El yo se protege constantemente contra el dolor y la tensión que la ansiedad despierta, y por lo tanto emplea defensas desde el comienzo de la vida postnatal. Durante muchos años he sostenido que la mayor o menor capacidad del yo para soportar la ansiedad es un factor constitucional que influye fuertemente en el desarrollo de las defensas. Si su capacidad para hacer frente a la ansiedad es inadecuada el yo puede volver regresivamente a defensas apropiadas a su estadío. Como resultado, la ansiedad persecutoria y los métodos para luchar contra ella pueden ser tan fuertes que menoscaban la posterior elaboración de la posición depresiva. Algunos casos, particularmente los de tipo psicótico, nos enfrentan desde el principio con defensas de una naturaleza aparentemente tan impenetrable, que por algún tiempo pueden parecer imposibles de analizar.

A continuación enumeraré algunas de las defensas contra la envidia que he hallado en el curso de mi trabajo. Algunas de las más tempranas que fueron frecuentemente descritas con anterioridad, tales como la omnipotencia, la negación y la disociación, son reforzadas por la envidia. En una sección previa he sugerido que la *idealización* no solo sirve como defensa contra la persecución, sino también contra la envidia. En los pequeños, si la disociación normal entre el objeto bueno y el malo no se logra inicialmente, este fracaso, ligado a la envidia excesiva, trae a menudo como resultado la disociación entre un objeto primario omnipotentemente idealizado y otro muy malo. La gran exaltación del objeto y de sus dones es un intento de disminuir la envidia. Sin embargo, si la envidia es muy fuerte, es probable que tarde o temprano se vuelva contra el objeto idealizado primario y las otras personas que en el curso del desarrollo irán a representarlo.

Según sugerí antes, cuando no tiene éxito la fundamental y normal disociación del amor y el odio, del objeto bueno y el malo, puede surgir[507] la

confusión entre uno y otro objeto. Creo que esta es la base de cualquier confusión, ya sea en los estados confusionales severos o en formas más leves como la indecisión, es decir una dificultad en llegar a conclusiones y trastornos de la capacidad para pensar claramente. Pero la confusión también es empleada en forma defensiva y esto puede ser observado en los distintos planos del desarrollo. Confundiéndose con respecto a si el sustituto de la figura original es bueno o malo, se contrarresta hasta cierto punto la persecución, así como la culpa por haber arruinado y atacado al objeto primario por medio de la envidia. La lucha contra la envidia toma otro carácter cuando, junto con la posición depresiva, se instalan distintos sentimientos de culpa. Aun en personas en quienes la envidia no es excesiva, la preocupación por el objeto, la identificación con él y el temor de perderlo y del daño hecho contra su facultad creadora, son factores importantes en la dificultad para elaborar la posición depresiva.

La «huida del lado de la madre hacia otras personas» que son admiradas e idealizadas a fin de evitar los sentimientos hostiles hacía ese objeto más importante y envidiado (y por lo tanto odiado), el pecho, se convierte así en un medio para preservarlo —lo cual también significa preservar a la madre[508]—. Con frecuencia he señalado que tiene gran importancia el modo como se lleva a cabo la desviación del primer objeto hacia el segundo, o sea el padre. Si predominan la envidia y el odio, estas emociones son en cierta medida transferidas al padre o a los hermanos y luego a otras personas, fallando así el mecanismo de huida.

Al alejamiento del objeto primario está ligada la dispersión de los sentimientos que estaban dirigidos hacia él, lo cual podría llevar a la promiscuidad en un período posterior del desarrollo. La ampliación de las relaciones de objeto es un proceso normal en la infancia. En la medida en que la relación con objetos nuevos es en parte un sustituto del amor hacia la madre y no especialmente una huida del odio hacia ella, los objetos nuevos son útiles y al mismo tiempo una compensación de los inevitables sentimientos de pérdida del único objeto primario; pérdida esta que surge con la posición depresiva. El amor y la gratitud son preservados en grado variable en la nueva relación, aunque en cierta extensión estos sentimientos están separados de aquellos que están dirigidos hacia la madre. Sin embargo, si la dispersión de las emociones es principalmente empleada como una defensa contra la envidia y el odio, no existe base para mantener relaciones estables de objeto, pues se hallan influidas por la persistente hostilidad hacia el objeto primitivo.

La defensa contra la envidia a menudo toma la forma de *desvalorización del objeto*. He sugerido que arruinar y desvalorizar se hallan en la esencia de la envidia. El objeto que ha sido desvalorizado ya no necesita ser envidiado. Esto pronto se aplica al objeto idealizado que es desvalorizado y por lo tanto deja de ser ideal. La rapidez con que esta idealización se destruye depende de la fuerza de la envidia. Pero la desvalorización y la ingratitud son el recurso usado como defensa contra la envidia en cada etapa del desarrollo; en algunas personas estas permanecen como características de sus relaciones de objeto. Ya me he referido a los pacientes que en la situación transferencial critican una interpretación aun después de haberles sido decididamente útil, hasta que al fin nada bueno queda de ella. Sirva como ejemplo un paciente que durante una sesión analítica había llegado a una solución satisfactoria de un problema externo y que inició la siguiente, diciendo que se sentía muy fastidiado conmigo; yo le había despertado gran angustia el día anterior al hacerle enfrentar ese problema particular. Además agregó que se sentía acusado y desvalorizado por mi porque la solución no se le había ocurrido hasta que el problema fue analizado. Solo después de reflexionar reconoció que el análisis había resultado realmente útil.

Una defensa particular de tipo más depresivo es la *desvalorización de la propia persona*. Ciertas personas pueden ser incapaces de desarrollar sus propias dotes y emplearlas de modo satisfactorio. En otros casos esta actitud solo emerge en ciertas oportunidades, siempre y cuando exista el peligro de rivalizar con una figura importante. Al desvalorizar sus propias dotes niegan la envidia y al mismo tiempo se castigan por ella. Sin embargo, se puede comprobar en el análisis que la desvalorización de la propia persona despierta nuevamente envidia frente al analista, quien es percibido como superior, sobre todo porque el paciente se ha desvirtuado tanto. Privarse del éxito tiene evidentemente muchas causas determinantes, lo cual también se aplica a todas las actitudes a que me he referido[509]. Con todo, he hallado que una de las causas más profundas de esta defensa es la culpa y la desdicha por no haber sido capaz de preservar al objeto bueno, debido a la envidia. Las personas que han establecido su objeto bueno en forma algo precaria, sufren la ansiedad de que este pueda ser arruinado y perdido como consecuencia de la competencia y envidia; de ahí que eviten el éxito y la competencia.

Otra defensa contra la envidia es la que se relaciona con la voracidad. Internalizando el pecho en forma muy voraz de modo que en la mente del niño quede por entero como su posesión y sujeto al control, este siente que será suyo todo lo bueno que atribuye al pecho. Esto es empleado para

contrarrestar la envidia. La misma voracidad con que es llevada a cabo esta internalización contiene en sí el germen del fracaso. Como dije anteriormente, un objeto bueno que se halla bien consolidado y por lo tanto asimilado, no solo ama al sujeto, sino que es amado por este. Creo que esto es característico de la relación con un objeto bueno, lo cual no se aplica, o solo lo es en menor grado, a un objeto idealizado. A través del violento deseo de posesión, el objeto bueno se transforma en un perseguidor destruido, con lo que no se evitan suficientemente las consecuencias de la envidia. Sucede todo lo contrario cuando existe tolerancia hacia la persona amada; dicha tolerancia es también proyectada sobre otras, quienes se convierten así en figuras benévolas.

Despertar la envidia en otros es un método frecuente de defensa; por medio del éxito, de los propios bienes y de la buena suerte, se invierte la situación en que es experimentada la envidia. Su ineficacia como método deriva de la ansiedad persecutoria que ocasiona. Las personas envidiosas y en particular el objeto interno envidioso, son percibidos como los peores perseguidores. Otra razón por la cual esta defensa es precaria proviene en último término de la posición depresiva. El deseo de provocar envidia en otras personas y particularmente en las amadas, y triunfar, crea culpa y miedo de dañarlas. La ansiedad despertada perjudica el goce de los propios bienes e incrementa nuevamente la envidia.

Existe otra defensa que es bastante común, la de *sofocar los sentimientos de amor con la correspondiente intensificación del odio*, porque esto es menos doloroso que soportar la culpa producida por la combinación de amor, odio y envidia. Esto puede no expresarse como odio, sino que toma caracteres de indiferencia. Una defensa aliada a esta es la de apartarse del contacto con las personas. La necesidad de independencia, que como sabemos es un fenómeno normal en el desarrollo, puede reforzarse a fin de evitar la gratitud o la culpa por la ingratitud y la envidia. En el análisis hallamos que inconscientemente esta independencia es en realidad completamente falsa, ya que el individuo permanece dependiendo de su objeto interno.

Cuando las partes disociadas de la personalidad, incluyendo a las más envidiosas y destructivas, se juntan, se producen progresos en la integración. Existe un método particular de enfrentarse con esta situación, que fue descrito por Herbert Rosenfeld (1955). Este señaló que el acting out es empleado a fin de mantener la disociación. Según mi punto de vista, la «actuación», en la medida en que es usada para evitar la integración, se convierte en una defensa

contra las ansiedades despertadas por la aceptación de la parte envidiosa de la personalidad.

No he alcanzado a describir todas las defensas contra la envidia porque su variedad es infinita. Están íntimamente entrelazadas con las defensas contra los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria y depresiva, dependiendo su éxito de muchos factores externos e internos. Como se ha dicho, cuando la envidia es fuerte y por ello capaz de reaparecer en toda relación de objeto, las defensas contra ella parecen ser precarias. Las defensas contra los impulsos destructivos no dominados por la envidia parecen ser mucho más efectivas, aunque pueden implicar inhibiciones y limitaciones de la personalidad.

Cuando predominan los rasgos esquizoides y paranoides, las defensas contra la envidia no pueden tener éxito, puesto que los ataques sobre el sujeto lo llevan a una sensación de aumento de la persecución que solo puede ser manejada por renovados ataques, es decir, por un refuerzo de los impulsos destructivos. De este modo se establece un círculo vicioso que menoscaba la capacidad de contrarrestar la envidia. Esto se aplica particularmente a los casos de esquizofrenia y explica hasta cierto punto las dificultades para lograr su curación[510]. El resultado es más favorable cuando existe en cierta medida una relación con un objeto bueno, pues esto también significa que la posición depresiva ha sido parcialmente elaborada. Las experiencias de depresión y culpa implican el deseo de evitar daño al objeto amado y restringir la envidia.

Las defensas que he enumerado y además muchas otras, forman parte de la reacción terapéutica negativa porque son un poderoso obstáculo a la capacidad de admitir lo que el analista tiene que dar. Me he referido antes a algunas de las formas que toma la envidia hacia el analista. Cuando el paciente es capaz de experimentar gratitud —y esto significa que en tales momentos es menos envidioso— se encuentra en condiciones más favorables para beneficiarse con el análisis y consolidar lo que ya ha logrado. En otras palabras, cuanto más predominen los rasgos depresivos sobre los esquizoides y paranoides, tanto mayores son las perspectivas de cura.

El impulso de reparación y la necesidad de ayudar al objeto envidiado también son medios muy importantes para contrarrestar la envidia. En último término esto involucra contrarrestar los impulsos destructivos mediante la movilización de sentimientos de amor.

Puesto que en varias oportunidades me he referido a la confusión, puede ser útil resumir ahora algunos estados de confusión importantes que surgen normalmente en diferentes períodos del desarrollo, así como en relación con otras situaciones. He señalado a menudo[511] que los deseos libidinales y

agresivos uretrales y anales (y aun los genitales) operan desde el comienzo de la vida postnatal —aunque bajo el dominio de los orales—, y que después de algunos meses la relación con los objetos parciales se extiende a la relación con la persona total. Ya he discutido aquellos factores —en particular los fuertes rasgos esquizo-paranoides y la envidia excesiva— que desde el comienzo tornan borrosa la distinción y malogran el éxito de la disociación entre el pecho bueno y malo; así se ve reforzada la confusión en el bebé. Creo que en el análisis de nuestros pacientes es esencial seguir el rastro de todos los estados de confusión, aun los más severos de la esquizofrenia, hasta esa temprana incapacidad de distinguir entre el objeto primario bueno y malo, aunque también debe ser tenido en cuenta su empleo defensivo contra la envidia y los impulsos destructivos.

Ya han sido mencionadas algunas consecuencias de esta temprana dificultad, tales como el comienzo prematuro de la culpa, la incapacidad del niño de experimentar la culpa y la persecución en forma separada y el incremento que resulta de la ansiedad persecutoria. También he llamado la atención sobre la importancia de la confusión con respecto a los padres, resultante de una intensificación de la figura combinada de los padres debida a la envidia. He asociado el comienzo temprano de la genitalidad con la huida de la oralidad, hecho que incrementa la confusión entre las tendencias y fantasías orales, anales y genitales.

Otros factores que contribuyen muy tempranamente a la confusión y estados de perplejidad son la identificación proyectiva y la introyectiva, porque temporariamente pueden tener el efecto de volver borrosa la distinción entre el individuo y los objetos entre el mundo externo y el interno. Tal confusión interfiere en la comprensión y percepción realista del mundo externo. La desconfianza y el miedo de admitir «alimento mental» se refiere a la pasada desconfianza de lo que ofreció el pecho envidiado y dañado. Si primariamente el alimento bueno es confundido con el malo, posteriormente queda menoscabada la capacidad para pensar con claridad y desarrollar normas de valores. Todos estos trastornos, que según mi punto de vista se hallan también ligados a la defensa contra la ansiedad y que han sido despertados por el odio y la envidia, se expresan en inhibición del aprendizaje y el desarrollo intelectual. Aquí dejo fuera de consideración varios otros factores que contribuyen a producir tales dificultades.

Los estados de confusión que he resumido brevemente y en los cuales incide el intenso conflicto entre las tendencias destructivas (odio) y las integrativas (amor) son hasta cierto punto normales. Es con la integración

creciente y por medio de la elaboración exitosa de la posición depresiva —que incluye una mayor clarificación de la realidad interna— que la percepción del mundo externo se hace más real; resultado que normalmente se halla en marcha durante la segunda mitad del primer año y en el comienzo del segundo[512]. Estos cambios están esencialmente unidos a una disminución en la identificación proyectiva, que forma parte de los mecanismos y ansiedades esquizo-paranoides.

VII

Intentaré ahora una descripción somera de las dificultades que se oponen al progreso de un análisis. Solo después de un trabajo largo y cuidadoso es posible capacitar al paciente para que encare la envidia y odio primarios. Aunque los sentimientos de competencia y envidia son familiares para la mayoría de las personas, sus implicaciones más profundas y tempranas, experimentadas en la situación transferencial, son extremadamente dolorosas y por lo tanto difíciles de aceptar para el paciente. Tanto en el hombre como en la mujer, la resistencia que hallamos al analizar sus celos y hostilidad edípicos, aunque muy fuerte, no es tan intensa como la que encontramos al analizar la envidia y odio contra el pecho. Ayudar al paciente a que atraviese estos conflictos y sufrimientos profundos es el medio más eficaz de fomentar su estabilidad e integración, porque esto lo capacita, por medio de la transferencia, para consolidar el objeto bueno y su amor por él y lograr alguna confianza en sí mismo. Innecesario es decir que el análisis de esta relación más temprana involucra la exploración de las relaciones posteriores y permite al analista comprender más plenamente la personalidad adulta del paciente.

En el curso del análisis tenemos que estar preparados para encontrar fluctuaciones entre mejorías y retrocesos. Esto puede manifestarse de muchas maneras. Por ejemplo, el paciente ha experimentado gratitud y aprecio por la habilidad del analista. Esta misma habilidad que es causa de admiración pronto da lugar a la envidia, la que puede ser contrarrestada por el orgullo de tener un buen analista. Si el orgullo despierta el deseo de posesión puede haber un renacimiento de la voracidad infantil, la que podría ser expresada en los siguientes términos: yo tengo todo lo que deseo; yo tengo a la madre buena por entero para mí. Tal actitud voraz y controladora tiende a dañar la relación con el objeto bueno y origina un sentimiento de culpa, el que pronto puede llevar a otra defensa, por ejemplo: yo no quiero dañar a la madre-analista, más bien quisiera abstenerme de aceptar sus dones. En esta situación, al no ser aceptada la ayuda del analista, renace entonces la culpa temprana por haber rechazado la leche y el amor ofrecidos por la madre. El paciente también experimenta un sentimiento de culpa porque se está privando (la parte buena de su personalidad) de mejorar y recibir ayuda, reprochándose haber colocado un peso demasiado grande en el analista al no cooperar suficientemente; de este modo siente que lo está explotando. Tales actitudes

alternan con la ansiedad persecutoria de que le son robadas sus defensas, emociones, pensamientos y todos sus ideales. En estados de gran ansiedad parece no haber otra alternativa en la mente del paciente que la de robar o ser robado.

Como he sugerido, las defensas permanecen activas incluso cuando se produce un mayor percatamiento. Cada paso hacia la integración, y la ansiedad despertada por esto, pueden llevar a la aparición de primitivas defensas con mayor fuerza, e incluso a la aparición de otras nuevas. También debemos esperar que la envidia primaria surja una y otra vez y por lo tanto vernos confrontados con fluctuaciones repetidas en la situación emocional. Por ejemplo, cuando el paciente se siente despreciable y por ello inferior al analista —al que en ese momento atribuye bondad y paciencia— pronto reaparece la envidia respecto a este último. Su propia desdicha, el dolor y los conflictos que atraviesa son contrastados con la paz espiritual atribuida al analista —en realidad su sano juicio—, siendo esto una causa particular de envidia.

La incapacidad del paciente para aceptar con gratitud una interpretación a la que en alguna parte de su mente reconoce como útil es un aspecto de la reacción terapéutica negativa. Bajo el mismo título se hallan muchas otras dificultades, algunas de las cuales mencionaré. Debemos estar preparados para la posible aparición de intensas ansiedades toda vez que el paciente haga progresos en la integración, es decir, cuando la parte envidiosa de la personalidad, la que odia y es odiada, se ha acercado más a otras partes de ella. Estas ansiedades incrementan la desconfianza del paciente respecto a sus impulsos amorosos. Sofocar el amor, hecho que he descrito como una defensa maníaca durante la posición depresiva, radica en la amenaza de peligro proveniente de los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria. En el adulto, la dependencia de una persona amada hace renacer el desamparo del bebé y es sentida como humillante. Pero en esto hay más que desamparo infantil: el niño puede depender excesivamente de la madre si su ansiedad es demasiado grande por temor a que sus impulsos destructivos la transformen en un objeto persecutorio o dañado; esta excesiva dependencia puede ser revivida en la situación transferencial. Otro motivo para sofocar los impulsos amorosos es la ansiedad originada en el temor de que si se cediese al amor la voracidad destruiría al objeto. Existe asimismo el temor de la excesiva responsabilidad que el amor pueda crear y de que el objeto sea demasiado exigente. El conocimiento inconsciente de que el odio y los impulsos

destructivos se hallan en acción puede hacer que el paciente se sienta más sincero al no admitir el amor a sí mismo ni a los demás.

Puesto que la ansiedad no puede surgir sin que el yo ponga en juego todas las defensas que es capaz de producir, los procesos de disociación desempeñan un papel importante como métodos contra la experimentación de las ansiedades persecutoria y depresiva. Cuando interpretamos tales procesos de disociación el paciente se hace más consciente de una parte de sí mismo, de la cual está aterrorizado porque la siente como representativa de los impulsos destructivos. En aquellos en quienes los tempranos procesos de disociación (siempre ligados a rasgos esquizoides y paranoides) son menos dominantes, la «represión» de los impulsos es más fuerte y por lo tanto el cuadro clínico es diferente. Es decir, que nos hallamos frente al paciente más bien de tipo neurótico, el cual ha logrado superar en cierta extensión la disociación temprana y en quien la represión se ha convertido en la principal defensa contra los trastornos emocionales.

Otra dificultad que durante largos períodos obstaculiza el análisis es la tenacidad con que el paciente se adhiere a una transferencia positiva fuerte; hasta cierto punto esto puede ser engañoso, porque está basado en la idealización y encubre el odio y la envidia, que están disociados. Es característico entonces que las ansiedades orales sean a menudo evitadas y los elementos genitales se hallen en primer plano.

En relación con otros aspectos he intentado mostrar que los impulsos destructivos, expresión del instinto de muerte, son sentidos ante todo como dirigidos contra el yo. Al ser confrontado con ellos, aunque esto haya ocurrido gradualmente, el paciente en tanto se halla en el proceso de aceptarlos e integrarlos como aspecto de sí mismo se siente expuesto a la destrucción. Es decir que en ciertos momentos como resultado de la integración, el paciente enfrenta varios peligros mayores; su yo puede ser arrollado; la parte ideal de su personalidad puede perderse al conocer la existencia de su parte disociada, destructiva y odiada; al no estar ya reprimidos los impulsos destructivos del paciente, el analista puede volverse hostil y tomar represalias, convirtiéndose así también en una peligrosa figura del superyó; el analista, como representante de un objeto bueno, es amenazado con la destrucción. El peligro que corre el analista contribuye a crear la fuerte resistencia que hallamos al intentar deshacer la disociación y hacer progresos hacia la integración. Esto se hace comprensible si recordamos que el bebé siente a su objeto primario como fuente de bondad y vida, y por lo tanto como irreemplazable. Su ansiedad por temor de haberlo destruido es la

causa de grandes dificultades emocionales y entra en forma prominente en los conflictos que surgen en la posición depresiva. El sentimiento de culpa que resulta cuando el paciente se percata de la envidia destructiva puede llevar a una inhibición temporaria de sus capacidades.

Nos hallamos frente a una situación muy distinta cuando las fantasías omnipotentes y aun megalomaníacas aumentan como defensa contra la integración. Este llega a ser un período crítico, pues el paciente puede buscar refugio en el refuerzo de sus proyecciones y actitudes hostiles. De este modo se cree superior al analista, al que acusa de desvalorizarlo y por lo tanto halla justificación para odiarle. Así desacredita todo lo hasta entonces logrado en el análisis. Volviendo a la situación primitiva, cuando era bebé el paciente puede haber tenido fantasías de ser más poderoso que sus padres y aun de que él mismo creó a su madre o la dio a luz y poseyó su pecho. De acuerdo con esto, la madre seria quien robó el pecho del paciente y no este quien se lo robó a ella. Proyección, omnipotencia y persecución se hallan entonces en su punto culminante. Algunas de estas fantasías actúan cuando son muy fuertes los sentimientos de prioridad, ya sea en el trabajo científico o de cualquier otra índole. Hay otros factores que pueden despertar el deseo vehemente de prioridad, tal como la ambición procedente de varios orígenes y, en particular, el sentimiento de culpa unido básicamente a la envidia y destrucción del objeto primario y los substitutos posteriores. Esta culpa acerca de haber robado al objeto primario puede llevar a la negación, que entonces toma la forma de pretensión de completa originalidad y por lo tanto excluye la posibilidad de haber tomado o de no haber aceptado nada del objeto. Con todo, el análisis de estos profundos y severos trastornos es una salvaguardia contra el peligro potencial de la psicosis resultante de las actitudes excesivamente envidiosas y omnipotentes. Pero es esencial no tratar de acelerar estos pasos hacia la integración. Porque si el reconocimiento de la división de su personalidad sucediese repentinamente, el paciente tendría grandes dificultades para superarlo[513]. Cuanto más fuertemente hayan sido disociados los impulsos envidiosos y destructivos, tanto más peligrosos son sentidos cuando el paciente cobra conciencia de ellos. En el análisis debemos progresar lenta y gradualmente hacia el doloroso percatamiento de las divisiones de la personalidad del paciente. Esto significa que los aspectos destructivos son una y otra vez disociados y recuperados hasta que se produce una mayor integración. Como resultado, la sensación de responsabilidad se hace más fuerte y la culpa y la depresión son experimentadas con mayor plenitud. Cuando esto sucede el yo es fortalecido, la omnipotencia de los

impulsos destructivos y la envidia disminuyen, siendo liberadas la capacidad de amar y la gratitud que fueran sofocadas en el curso del proceso de disociación. Por lo tanto, los aspectos disociados gradualmente se vuelven más aceptables y el paciente, en vez de disociar su personalidad, es capaz de reprimir en forma creciente los impulsos destructivos hacia los objetos amados. Esto implica que también disminuye la proyección sobre el analista, que lo convierte en una figura peligrosa y retaliativa. En esta forma, a su vez, el analista halla más fácil ayudar al paciente a lograr una mayor integración. Es decir, la reacción terapéutica negativa está perdiendo fuerza.

Tanto en la transferencia positiva como en la negativa, analizar los procesos de disociación y el odio y la envidia subyacentes demanda grandes esfuerzos al analista y al paciente. Una consecuencia de esta dificultad es la tendencia de algunos analistas a reforzar la transferencia positiva y evitar la negativa, intentando aumentar los sentimientos amorosos al asumir el papel del objeto bueno que el paciente no fue capaz de consolidar en el pasado. Este proceder difiere esencialmente de la técnica que, al ayudar al paciente a conseguir una mejor integración de sí mismo, tiene por objeto integrar el odio con el amor. Mis observaciones me han demostrado que las técnicas basadas en la tranquilización rara vez tienen éxito; en particular, sus resultados no son duraderos. Por cierto, hay en todas las personas una necesidad inveterada de ser tranquilizadas, la que se remonta a la primera relación con la madre. El niño espera que esta atienda no solo a todas sus necesidades, sino que desea vehementemente signos de amor cada vez que él experimenta ansiedad. Este anhelo de ser tranquilizado es un factor vital en la situación analítica y no debemos menospreciar su importancia en nuestros pacientes, tanto adultos como niños. Hallaremos que, aunque el propósito consciente y a menudo inconsciente es el de ser analizado, el paciente nunca abandona por completo el fuerte deseo de recibir evidencias de amor y aprecio y por lo tanto de ser tranquilizado por el analista. Hasta la cooperación del paciente que permite el análisis de los estratos profundos de su mente, de los impulsos destructivos y de la ansiedad persecutoria, puede hasta cierto punto ser influida por la necesidad de satisfacer al analista y ser amado por él. El analista que es consciente de esto analizará las raíces infantiles de estos deseos; de no ser así, al identificarse con su paciente, la primitiva necesidad de ser tranquilizado puede influir fuertemente en su contratransferencia y por lo tanto en su técnica. Esta identificación puede asimismo fácilmente tentar al analista a tomar el lugar de la madre y ceder de inmediato a la necesidad de aliviar las ansiedades de su niño (el paciente).

Una de las dificultades para provocar avances en la integración surge cuando el paciente dice: «Yo puedo entender lo que usted me dice pero no lo siento». Nos damos cuenta de que de hecho nos estamos refiriendo a una parte de la personalidad que tanto para el paciente como para el analista no es suficientemente accesible en ese momento. Nuestros intentos de ayuda para la integración del paciente solo tendrán poder de convicción si le podemos demostrar, tanto en el material presente como en el pasado, cómo y por qué él está una y otra vez disociando parte de su personalidad. Tal evidencia proviene a menudo de un sueño anterior a la sesión y puede ser deducida del contexto total de la situación analítica. Si una interpretación de disociación es suficientemente sustentada del modo descrito, puede ser confirmada en la próxima sesión al relatar el paciente una pequeña parte de un sueño o dando más material. El resultado acumulativo de tales interpretaciones capacita habitualmente al paciente para realizar algún progreso en la integración y la comprensión.

La ansiedad que impide la integración tiene que ser totalmente comprendida e interpretada en la situación de transferencia. Señalé anteriormente la amenaza que surge en la mente del paciente, tanto para sí mismo como para el analista, si en el análisis son recuperadas las partes disociadas de su personalidad. Al enfrentarse con esta ansiedad no deben desestimarse los impulsos amorosos cuando puedan ser detectados en el material. Son ellos los que en último término capacitan al paciente a mitigar su odio y envidia.

Por más que en ciertos momentos el paciente sienta que la interpretación no lo afecta, esto puede ser a menudo una expresión de resistencia. Si desde el comienzo del análisis hemos prestado suficiente atención a los siempre repetidos intentos de disociar las partes destructivas de la personalidad —en particular el odio y la envidia—, de hecho, por lo menos en la mayoría de los casos, hemos capacitado al paciente para avanzar hacia la integración. Después de un trabajo afanoso, cuidadoso y consciente del analista es cuando puede esperarse con frecuencia una integración más estable del paciente.

Ilustraré ahora esta fase del análisis por medio de dos sueños.

El segundo paciente masculino al cual me referí, en un período posterior de su análisis, cuando ya se habían producido distintas pruebas de una mayor integración y mejoría, relató el sueño siguiente, donde muestra las fluctuaciones en el proceso de integración causadas por el dolor de los sentimientos depresivos. Se encontraba en un departamento de un piso alto y X, un amigo de un amigo suyo, lo llamaba desde la calle proponiéndole una

caminata. El paciente no accedió porque un perro negro que se hallaba en el departamento hubiera podido salir y ser atropellado. Acarició al perro. Cuando miró por la ventana halló que X había «retrocedido».

Algunas de las asociaciones vincularon el departamento con el mío y el perro negro con mi gato negro, al que describió como «ella». X, un antiguo compañero de estudios, nunca le había agradado al paciente. Lo describió como afable e insincero; X pedía también a menudo dinero prestado (aunque lo devolvía después) y de un modo tal que parecía que tuviera todo el derecho de hacerlo. X no obstante resultó ser muy bueno en su profesión.

El paciente reconoció que «un amigo de su amigo» era un aspecto de sí mismo. La esencia de mis interpretaciones fue que él se había acercado más al reconocimiento de una parte desagradable y amenazante de su personalidad; el peligro para el perro-gato (la analista) consistía en que ella seria atropellada (es decir, dañada) por X. Cuando X le pidió que fuesen juntos a caminar, esto simbolizaba un paso hacia la integración. En ese momento un elemento de esperanza entró en el sueño, evidenciado en el hecho de que X, a pesar de sus fallas, resultara ser bueno en su profesión. Es asimismo característico del progreso realizado que la parte de sí mismo a la cual se había acercado en el sueño no fuera tan destructiva y envidiosa como en un material previo.

La inquietud del paciente por la seguridad del perro-gato expresaba el deseo de proteger a la analista de sus tendencias hostiles y voraces representadas por X, llevándole una ampliación temporaria de la disociación que ya había sido en parte remediada. Sin embargo, cuando X, la parte rechazada de sí mismo, «retrocedió», esto demostró que no se había ido del todo y que el proceso de integración solo estaba perturbado temporariamente. El estado de ánimo del paciente estaba caracterizado por la depresión; además predominaban la culpa y los deseos de preservar a la analista. En este sentido el temor a la integración estaba causado por la sensación de que la analista debía ser protegida de los impulsos voraces y peligrosos del paciente. No cabía duda de que él todavía estaba disociando una parte de su personalidad, pero la represión de los impulsos voraces y destructivos se había hecho más notoria. La interpretación por lo tanto tenía que referirse tanto a la disociación como a la represión. El primer paciente masculino también trajo, en un período posterior de su análisis, un sueño que mostró progresos bastante apreciables en la integración. Soñó que tenía un hermano delincuente que había cometido un serio crimen. Estando de visita en una casa, mató y robó a sus moradores. El paciente estaba profundamente perturbado por eso, pero sintió que debía ser leal a su hermano y salvarlo. Huyeron juntos y se hallaban

en un bote. Aquí el paciente asoció Los miserables de Víctor Hugo, mencionando a Javert, que había perseguido a una persona inocente toda su vida, siguiéndola aun hasta las cloacas de París, donde estaba escondiéndose. Pero Javert terminó por suicidarse porque reconoció que había gastado su vida entera de manera equivocada.

El paciente entonces continuó narrando el sueño. Él y su hermano fueron arrestados por un policía que lo miró bondadosamente, lo cual le hizo confiar en que después de todo él no sería ejecutado; pareció dejar a su hermano abandonado a su propia suerte.

El paciente comprendió de inmediato que el hermano delincuente era parte de sí mismo. Recientemente había usado la palabra delincuente refiriéndose a aspectos menores de su propia conducta. Recordaremos también aquí que en un sueño previo se había referido a un muchacho delincuente a quien no había sabido tratar en forma adecuada.

El paso hacia la integración al cual me estoy refiriendo fue señalado por el paciente al tomar la responsabilidad por el hermano delincuente y hallarse con él en «el mismo bote». Interpreté el asesinato y robo de las personas que lo habían recibido bondadosamente como la representación de sus ataques fantaseados contra la analista, refiriéndome a su ansiedad frecuentemente expresada respecto del temor de que me dañase su deseo voraz de sacarme lo más posible. Asocié esto con la primitiva culpa en relación con su madre. El policía bondadoso representaba a la analista que no lo juzgaría severamente y lo ayudaría a deshacerse de su parte mala. Señalé además que en el proceso de integración, el uso de la disociación —tanto de la personalidad como del objeto— había reaparecido. Esto estaba indicado por la analista figurando en un doble papel: como policía bondadoso y como el persecutorio Javert, quien al fin se suicidó y sobre el cual también estaba proyectada la maldad del paciente. A pesar de que este ya había comprendido su responsabilidad por la parte delincuente de su personalidad, todavía estaba disociándose, puesto que él era representado por el hombre «inocente», mientras que las cloacas dentro de las cuales se lo perseguía significaban las profundidades de su destructividad anal y oral.

La recurrencia de la disociación era causada no solo por la ansiedad persecutoria sino por la depresiva, pues el paciente sentía que no podía enfrentar a la analista (cuando ella aparecía en un papel bondadoso) sin dañarla con la parte mala de sí mismo. Estas eran las razones por las cuales recurrió a unirse con el policía contra su propia parte mala, a la cual en ese momento deseaba aniquilar.

Freud aceptó desde el comienzo que algunas variaciones individuales son debidas a factores constitucionales; por ejemplo, en «Carácter y erotismo anal» (O.C. 9) expresó el punto de vista de que el erotismo anal es, en muchas personas, constitucional[514]. Abraham descubrió un elemento innato en la fuerza de los impulsos orales, a los que conectó con la etiología de la psicosis maníaco-depresiva. Dijo que «… lo que realmente es constitucional y heredado es un exceso de acentuación del erotismo oral, del mismo modo como en ciertas familias el erotismo anal parece ser un factor preponderante desde el comienzo[515]». Ya mencioné anteriormente que la voracidad, el odio y las ansiedades persecutorias en relación con el objeto primario —el pecho materno— tienen una base innata. En este libro he agregado que la envidia como expresión de impulsos oral y anal-sádicos es también constitucional. Las variaciones en la intensidad de estos factores constitucionales están unidas, según mi modo de ver, a la preponderancia de uno u otro en la fusión de los instintos de vida y muerte postulados por Freud. Creo que hay una conexión entre esta preponderancia de uno u otro instinto y la fuerza o debilidad del yo. Las dificultades para soportar la ansiedad, tensión y frustración son la expresión de un yo que desde el comienzo de la vida postnatal es débil en proporción a los intensos impulsos destructivos y sentimientos persecutorios que experimenta. Estas fuertes ansiedades impuestas sobre un yo débil llevan a un excesivo uso de defensas, como la negación, disociación y omnipotencia, que en cierta extensión son siempre características del más temprano desarrollo. De acuerdo con mis tesis, añadirla que un yo constitucionalmente fuerte no es fácil presa de la envidia y es más capaz de efectuar la disociación entre bueno y malo, lo que yo estimo como precondición para establecer el objeto bueno. El yo es entonces menos propenso a esos procesos de disociación que llevan a la fragmentación y son parte de los rasgos paranoides marcados.

Otro factor que desde un principio influye en el desarrollo es la variedad de experiencias externas a través de las cuales pasa el bebé. Esto explica en cierta medida el desenvolvimiento de sus ansiedades tempranas que podrían ser particularmente grandes en un niño que ha tenido un parto dificultoso y alimentación insatisfactoria. Sin embargo, la acumulación de observaciones me convenció de que el impacto de estas experiencias externas es proporcional a la fortaleza constitucional de los impulsos destructivos innatos y las consiguientes ansiedades paranoides. Muchos niños no han tenido experiencias muy desfavorables y con todo sufren serias dificultades en la alimentación y el sueño; en ellos podemos ver todos los signos de una gran

ansiedad, los cuales no son suficientemente explicados por las circunstancias externas.

Es asimismo bien conocido que algunos niños están expuestos a grandes privaciones y circunstancias desfavorables y no desarrollan a pesar de ello excesivas ansiedades; esto sugeriría que sus rasgos paranoides y envidiosos no son dominantes, lo que comúnmente se ve confirmado por su historia posterior.

En mi trabajo analítico tuve muchas oportunidades de hacer remontar el origen de la formación del carácter a las variaciones en los factores innatos. Hay mucho más que aprender acerca de las influencias prenatales; pero aun poseyendo un mayor conocimiento acerca de estas, no disminuirá la importancia que los elementos innatos tienen en la determinación de la fortaleza del yo y las tendencias instintivas.

La existencia de los factores innatos referidos arriba, apunta hacia las limitaciones de la terapia analítica. A pesar de tener plena conciencia de ello, mi experiencia me enseñó que, sin embargo, en cierto número de casos podemos producir cambios fundamentales y positivos aun allí donde la base constitucional es desfavorable.

Conclusiones

Durante muchos años en mis análisis he considerado a la envidia del pecho nutricio como un factor que agrega intensidad a los ataques contra el objeto primario.

Con todo, solo recientemente he puesto particular énfasis en la cualidad dañina y destructiva de la envidia, en la medida en que interfiere en la estructuración de una relación segura con el objeto bueno interno y externo, socava el sentimiento de gratitud y en muchos modos hace borrosa la distinción entre bueno y malo.

En todos los casos descritos, la relación con el analista como objeto interno era de importancia fundamental. Además hallé que esto resulta cierto en general. Cuando la ansiedad por la envidia y sus consecuencias llega a su punto culminante, el paciente en diversos grados se siente como si hubiese perdido el objeto bueno y con él la seguridad interna. Mis observaciones me enseñaron que, cuando en cualquier período de la vida es seriamente perturbada la relación con el objeto bueno —trastorno en el cual la envidia desempeña un papel prominente—, no solo son interferidas la seguridad interna y la paz, sino que sobreviene el deterioro del carácter. El predominio de los objetos internos persecutorios refuerza los impulsos destructivos. Mientras que si el objeto bueno está bien establecido, la identificación con él fortalece la capacidad para amar, los impulsos constructivos y la gratitud. Lo cual está de acuerdo con la hipótesis propuesta al comienzo de este libro: si el objeto bueno está profundamente arraigado, las perturbaciones temporarias pueden ser resistidas y queda colocado el fundamento de la salud mental, la formación del carácter y el desarrollo exitoso del yo.

En relación con otros aspectos describí la importancia del objeto persecutorio internalizado más temprano, es decir, el pecho retaliativo, devorador y venenoso. Podría suponer ahora que la proyección de la envidia del niño presta una particular complexión a su ansiedad acerca de la primitiva y posterior persecución interna. El «superyó envidioso» es sentido como un perturbador o aniquilador de todos los intentos de reparación y de la facultad creadora, haciendo constantes y exorbitantes demandas sobre la gratitud del individuo. Esto es porque a la persecución se agregan los sentimientos de culpa, ya que los objetos internos persecutorios son el resultado de los impulsos envidiosos y destructivos del individuo que primitivamente dañaron

al objeto bueno. La necesidad de castigo, que halla satisfacción con la incrementada desvalorización de la persona, lleva a un círculo vicioso.

Como lo sabemos, la finalidad del psicoanálisis es la integración de la personalidad del paciente. La conclusión de Freud, que sostiene que donde estuvo el ello deberá estar el yo, es un jalón que señala esa dirección. Los procesos de disociación surgen en los períodos más primitivos del desarrollo. Si son excesivos forman parte integral de los severos rasgos paranoides y esquizoides que pueden ser la base de la esquizofrenia. En el desarrollo normal estas tendencias esquizoides y paranoides (la posición esquizo-paranoide) son superadas en gran medida durante el período caracterizado por la posición depresiva, desarrollándose exitosamente la integración. Los importantes avances hacia esta, introducidos durante este estadío, preparan la capacidad del yo para la represión, la cual, según creo, actúa en forma creciente en el segundo año de vida.

En «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» sugerí que el niño pequeño es capaz de enfrentarse con dificultades emocionales por medio de la represión silos procesos de disociación en los primeros períodos no fueron demasiado intensos, produciéndose por lo tanto una consolidación de las partes conscientes e inconscientes de la mente. En las etapas más tempranas la disociación y otros mecanismos de defensa son siempre de primera importancia. Ya en Inhibición, síntoma y angustia Freud sugiere que puede haber métodos de defensa anteriores a la represión. En este libro no he tratado la vital significación de la represión para el desarrollo normal porque el efecto de la envidia primaria y su estrecha conexión con los procesos de disociación han sido mi principal esfera de interés.

En lo que se refiere a la técnica, intenté mostrar que los progresos en la integración pueden ser logrados analizando una y otra vez las ansiedades y defensas ligadas a la envidia y los impulsos destructivos. Estuve siempre convencida de la importancia del hallazgo de Freud acerca de que la «elaboración» es una de las principales tareas del procedimiento analítico; mi experiencia al tratar con los procesos de disociación y retrotraerlos a su origen hizo aún más fuerte esta convicción. Cuanto más profundas y complejas las dificultades que estamos analizando, mayor será la resistencia que probablemente encontraremos. Esto tiene que ver con la necesidad de dar un alcance adecuado a la «elaboración».

Esta necesidad surge particularmente en relación con la envidia del objeto primario. Los pacientes podrán reconocer su envidia, celos y actitudes competitivas hacia otras personas y aun el deseo de dañar sus capacidades,

pero solo la perseverancia del analista al analizar estos sentimientos hostiles en la transferencia, y por lo tanto capacitar al paciente para experimentarlos en su más primitiva relación, puede llevar a la disminución del proceso disociativo dentro de la personalidad.

La experiencia demostró que cuando falla el análisis de estos impulsos, fantasías y emociones fundamentales ello se debe en parte a que el dolor y la ansiedad depresiva manifestados predominan en algunas personas sobre el deseo de verdad y, en último término, sobre el deseo de ser ayudados. Creo que la cooperación del paciente debe basarse en una fuerte determinación para descubrir la verdad acerca de sí mismo, si es que ha de aceptar y asimilar las interpretaciones del analista en relación con esas primitivas capas de la mente. Estas interpretaciones, si son suficientemente profundas, movilizan una parte de la personalidad que es percibida como un enemigo del yo y también del objeto amado y que ha sido disociada y aniquilada. Hallé que las ansiedades que surgen por la interpretación del odio y la envidia hacia el objeto primario y la sensación de persecución por parte del analista cuyo trabajo despierta estas emociones, son más dolorosas que cualquier otro material que interpretemos.

Estas dificultades se aplican particularmente a los pacientes con fuertes ansiedades paranoides y mecanismos esquizoides, porque ellos son menos capaces de experimentar, junto con la ansiedad persecutoria despertada por la interpretación, una transferencia positiva y confianza en el analista. En último término son menos capaces de mantener los sentimientos de amor. En el período actual de nuestro conocimiento, me siento inclinada a creer que estos son los pacientes —no necesariamente de tipo psicótico manifiesto— con los cuales el éxito es limitado o puede no lograrse nunca.

Cuando el análisis puede ser llevado a tales profundidades, la envidia y el temor de la envidia disminuyen, llegándose a una mayor confianza en las fuerzas constructivas y reparadoras, es decir, en la capacidad de amar. El resultado es asimismo una mayor tolerancia con respecto a las propias limitaciones, como también mejores relaciones de objeto y una más clara percepción de la realidad interna y externa.

La comprensión lograda en el proceso de integración hace posible, en el curso del análisis, que el paciente reconozca que hay partes potencialmente peligrosas de su personalidad. Pero cuando el amor puede ser suficientemente unido con el odio y la envidia disociados, estas emociones se vuelven tolerables y decrecen porque son mitigadas por el amor. Los diversos contenidos de la ansiedad antes mencionados son también disminuidos, tal

como el peligro de ser abrumado por la parte destructiva disociada de la personalidad. Este riesgo parece tanto más grande porque, como consecuencia de la excesiva omnipotencia temprana, el daño hecho en la fantasía parece irrevocable. La ansiedad por el temor de que los sentimientos hostiles destruyan el objeto amado decrece cuando aquellos son mejor conocidos e integrados en la personalidad. El dolor que el paciente experimenta durante el análisis también disminuye gradualmente debido a las mejorías ligadas con el progreso en la integración, tal como el recuperar cierta iniciativa, ser capaz de tomar decisiones para las que previamente se era incapaz y, en general, con el uso más libre de las propias dotes. Esto se halla unido a una merma de la inhibición de la capacidad de reparar. La posibilidad de gozar aumenta en muchas formas y la esperanza reaparece, aunque pueda todavía alternar con la depresión. Hallé que la facultad de crear crece en proporción con la capacidad de consolidar el objeto bueno, lo que en casos exitosos es el resultado del análisis de la envidia y la destructividad.

En forma similar a la que se produjo en la infancia, las experiencias felices repetidas de ser alimentado y amado influyen en la consolidación del objeto bueno; del mismo modo, en el análisis, las experiencias repetidas de la efectividad y verdad de las interpretaciones dadas llevan al analista y, retrospectivamente, al objeto primario, a ser estructurados como figuras buenas.

Todos estos cambios contribuyen al enriquecimiento de la personalidad. Junto con el odio, la envidia y la destructividad, otras partes importantes de aquella que se habían perdido son recobradas en el curso del análisis. Hay también un considerable alivio al sentirse más como una persona íntegra, ganar control sobre sí mismo y adquirir más profunda sensación de seguridad hacia el mundo en general. En «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» sostengo que los sufrimientos del esquizofrénico, debidos a las sensaciones de ser dividido en pequeños trozos, son de lo más intensos. Estos sufrimientos son subestimados porque sus ansiedades aparecen en forma distinta de las de los neuróticos. Aun cuando no se trate de psicóticos y nos hallemos analizando personas cuya integración ha sido perturbada y que sienten indecisión tanto acerca de sí mismos como de los demás, del mismo modo son experimentadas ansiedades similares que se alivian cuando es alcanzada una integración mayor. Según mi punto de vista, una integración completa y permanente nunca es posible, porque bajo presión de origen externo o interno aun las personas bien integradas pueden ser impulsadas —aunque esta sea una fase transitoria— a mayores procesos de disociación.

En mi trabajo «Sobre la identificación» sugerí cuán importante es para el desarrollo de la personalidad y la salud mental el hecho de que la fragmentación no domine en los primitivos procesos de disociación. Allí dije: «Cuando se tiene la sensación de contener un pezón y un pecho no dañados —aunque coincidiendo con fantasías del pecho devorado y despedazado— la disociación y proyección no están predominantemente relacionadas con las partes fragmentadas de la personalidad, sino con partes más coherentes del individuo. Esto implica que el yo no está expuesto al fatal debilitamiento por dispersión y por esta razón es más capaz de deshacer repetidamente la disociación y alcanzar la integración y síntesis en relación con los objetos».

Creo que esta capacidad de recuperar las partes disociadas es la precondición del desarrollo normal. Esto implica que el proceso de disociación es superado en cierta medida y que la represión de los impulsos y fantasías tiene lugar gradualmente.

El análisis del carácter ha sido siempre una parte importante y muy difícil de la terapia analítica[516]. Seguir los pasos de ciertos aspectos de la formación del carácter hasta los primitivos procesos que he descrito es, según creo, la manera de poder efectuar cambios trascendentales en el carácter y la personalidad. Los aspectos técnicos que he intentado transmitir en este libro pueden ser considerados desde otro ángulo. Desde el comienzo todas las emociones se adhieren al primer objeto. Si los impulsos destructivos, la envidia y la ansiedad paranoide son excesivos, el niño distorsiona groseramente y magnifica toda frustración de origen externo y el pecho de la madre se torna externa e internamente un objeto predominantemente persecutorio. Entonces, aun las gratificaciones reales no pueden contrarrestar la ansiedad persecutoria de modo suficiente. Retrotrayendo el análisis hasta la primitiva infancia, capacitando al paciente a revivir situaciones fundamentales, revivencia que a menudo he descrito como memorias o recuerdos en los sentimientos (memories in feeling), el paciente puede desarrollar, durante el curso del análisis, una actitud diferente hacia sus primeras frustraciones. No hay duda de que si el niño estuvo realmente expuesto a condiciones muy desfavorables, el establecimiento retrospectivo de un buen objeto no puede deshacer esas desagradables experiencias primitivas. Con todo, la introyección del analista como un objeto bueno, si no está basada en la idealización, tiene hasta cierto punto el efecto de proveer un objeto interno bueno, cuya falta se ha hecho sentir en forma notable. También el debilitamiento de las proyecciones y, por lo tanto, el logro de una mayor tolerancia, unido con un menor resentimiento, hacen posible que el paciente

halle y reviva algunos aspectos y recuerdos placenteros del pasado, aun cuando la situación temprana fuese muy desfavorable.

Esto se logra por medio del análisis de la transferencia positiva y negativa, que nos lleva retrospectivamente hasta las primeras relaciones de objeto. Esto es posible porque la integración resultante del análisis ha fortalecido el yo que era débil en el comienzo de la vida. Siguiendo esta dirección es como también puede tener éxito el análisis de los psicóticos. El yo más integrado se torna capaz de experimentar la culpa y los sentimientos de responsabilidad, que no fue capaz de enfrentar en la infancia; se efectúa en consecuencia la síntesis del objeto y, por lo tanto, la mitigación del odio por el amor, disminuyendo la potencia de la voracidad y la envidia, que son los corolarios de los impulsos destructivos.

Expresado de distinta manera: decrecen la ansiedad persecutoria y los mecanismos esquizoides y el paciente puede elaborar la posición depresiva. Cuando la ineptitud inicial para establecer un objeto bueno es en cierta medida superada, la envidia disminuye y la capacidad para el goce y la gratitud aumentan en forma gradual. Estos cambios se extienden a muchos aspectos de la personalidad del paciente y alcanzan desde la primitiva vida emocional hasta las experiencias y relaciones del adulto. Según creo, la mayor esperanza de ayuda a nuestros pacientes reside en el análisis de los efectos de las primeras perturbaciones sobre la totalidad del desarrollo.

32. Sobre el desarrollo del funcionamiento mental (1958)

El trabajo que presentaré es una contribución a la metapsicología en un intento de llevar más allá teorías fundamentales de Freud acerca del tema, sobre la base de conclusiones derivadas del progreso en la práctica psicoanalítica.

La formulación de Freud sobre la estructura mental en términos del ello, yo y superyó, se ha convertido en la base del pensamiento psicoanalítico. Freud aclaró que estas partes no se hallan estrictamente separadas unas de otras y que el ello es la base de toda función mental; agregando que el yo se desarrolla a partir del ello, pero sin dar una indicación consistente acerca del período en que esto ocurre. En el curso de la vida, el yo se extiende profundamente en el ello y por lo tanto se halla bajo la influencia constante de los procesos inconscientes.

Además, su descubrimiento de los instintos de vida y muerte, con su polaridad y fusión operando desde el nacimiento, significó un notable adelanto en la comprensión de la mente. Al observar en los procesos mentales del niño la lucha constante entre el impulso irreprimible a destruirse o salvarse, atacar sus objetos o preservarlos, he reconocido las fuerzas primordiales en pugna. Esto me dio una comprensión más profunda de la vital importancia «clínica» del concepto de Freud referente a los instintos de vida y muerte. Cuando escribí El psicoanálisis de niños (1932), ya había llegado a la conclusión de que bajo el impacto de la lucha entre los dos instintos, una de las principales funciones del yo —el dominio de la ansiedad— es puesta en marcha desde el comienzo de la vida[517]. Freud supuso que el organismo se protege contra el peligro interno proveniente del instinto de muerte, desviándolo hacia afuera, en tanto que liga por la libido aquella parte del mismo que no puede ser desviada. En Más allá del principio de placer consideró la acción de los instintos de vida y muerte como procesos biológicos. Pero no ha sido suficientemente admitido que en algunos de sus

escritos basó sus consideraciones «clínicas» sobre el concepto de los dos instintos, como por ejemplo en «El problema económico del masoquismo». Recordaré las últimas frases de este trabajo: «El masoquismo moral resulta así un testimonio clásico de la existencia de la mezcla de los instintos. Su peligro está en que procede del instinto de muerte y corresponde a aquella parte del mismo que eludió ser proyectada al mundo exterior en calidad de instinto de destrucción. Pero como además integra la significación de un componente erótico, la destrucción del individuo por sí mismo no puede tener efectos sin una satisfacción libidinal».

En Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, el aspecto psicológico de su nuevo hallazgo es expuesto en términos aún más firmes: «Con esta hipótesis abrimos ante nosotros la perspectiva de investigaciones que pueden lograr un día importancia máxima para la comprensión de procesos patológicos. Las mezclas pueden también descomponerse en sus elementos y a tales descomposiciones de mezclas de instintos podemos atribuirles gravísimas consecuencias para la función. Pero estos puntos de vista son aún demasiado nuevos y nadie ha intentado todavía utilizarlos en su labor».

Yo diría que en la medida en que Freud considera la fusión y separación de los dos instintos como subyacentes al conflicto psicológico entre impulsos agresivos y libidinales, es entonces el yo y no el organismo quien desvía el instinto de muerte.

Freud afirmó que en el inconsciente no existe el temor a la muerte; sin embargo, esto no parece compatible con su descubrimiento de los peligros provenientes del instinto de muerte obrando en el interior. De acuerdo con mi punto de vista, la ansiedad primordial con la que lucha el yo es la amenaza proveniente del instinto de muerte. Señalé en «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa» (1948) que no estoy de acuerdo con el punto de vista de Freud respecto de que «en lo inconsciente no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de la destrucción de la vida», y por lo tanto «el miedo a morir ha de concebirse como análogo al miedo a la castración». En «El desarrollo temprano de la conciencia en el niño» (1933), me referí a la teoría de los dos instintos de Freud (de acuerdo con la cual en el comienzo de la vida el instinto libidinal —Eros— se opone y liga al instinto de muerte, o agresión), diciendo: «El peligro de ser destruido por este instinto de agresión establece, según yo pienso, una excesiva tensión en el yo, la cual es sentida por él como ansiedad; así es como en el comienzo de su desarrollo se halla enfrentado con la tarea de movilizar libido contra su instinto de muerte».

Concluí que el peligro de ser destruido por el instinto de muerte origina angustia en el yo, que, de este modo, en el comienzo de su desarrollo, se ve enfrentado con la tarea de movilizar libido contra el instinto de muerte[518]. El niño pequeño estaría en peligro de ser inundado por sus impulsos destructivos si el mecanismo de proyección no pudiese actuar. Es en parte para realizar esta función que el yo, desde el nacimiento, es puesto en acción por el instinto de vida. El proceso de proyección constituye el medio que desvía el instinto de muerte hacia afuera y a la vez reviste de libido al primer objeto[519]. El proceso primario es la introyección, también extensamente al servicio del instinto de vida; combate al instinto de muerte porque conduce a que el yo reciba algo que da vida (los alimentos en especial), ligando de este modo al instinto de muerte. Desde el comienzo de la vida los dos instintos se adhieren a los objetos, ante todo al pecho materno[520]. Creo, por lo tanto, que mi hipótesis que basa todos los procesos de internalización en la introyección del pecho nutricio materno; clarifica las nociones sobre el desarrollo del yo en conexión con el funcionamiento de los dos instintos. Según predominen impulsos destructivos o sentimientos de amor, el pecho (que puede ser simbólicamente representado por la mamadera) es sentido a veces como bueno, otras como malo. La catexia libidinal del pecho junto con las experiencias gratificantes, estructuran el objeto bueno primario en la mente del bebé; la proyección de impulsos destructivos en el pecho forma al objeto malo primario. Ambos aspectos son introyectados, y así los instintos de vida y muerte, que hablan sido proyectados, operan otra vez dentro del yo. La necesidad de dominar la ansiedad persecutoria da ímpetu a la disociación, externa e interna, de pecho y madre, en un objeto que ayuda y es amado, y otro es terrorífico y odiado. Estos son los prototipos de todos los objetos internalizados siguientes.

La fuerza del yo —que refleja el estado de fusión entre los dos instintos— está, según creo, constitucionalmente determinada. Si en la fusión predomina el instinto de vida, lo cual implica una supremacía de la capacidad de amar, el yo es relativamente fuerte, y es más capaz de soportar y contrarrestar la angustia proveniente del instinto de muerte.

El grado en que la fuerza del yo puede ser mantenida y aumentada es influido en parte por factores externos, y en parte por la actitud de la madre hacia el niño. Sin embargo, aun cuando predominen el instinto de vida y la capacidad de amar, los impulsos destructivos son todavía desviados hacia afuera y contribuyen a la creación de objetos persecutorios y peligrosos que son reintroyectados. Además, los procesos primarios de introyección y

proyección determinan cambios en las relaciones del yo con sus objetos, con fluctuaciones entre internos y externos, buenos y malos, establecidas tanto por las fantasías y emociones del niño como por el impacto de sus experiencias. La complejidad de estas fluctuaciones engendradas por la actividad perpetua de los dos instintos subyace al desarrollo del yo en relación con el mundo externo, así como a la formación del mundo interno.

El objeto internalizado bueno forma el núcleo del yo, alrededor del cual este se expande y desarrolla. Cuando el yo es asistido por el objeto bueno internalizado, se encuentra más capacitado para dominar la ansiedad y preservar la vida, ligando con libido algunas partes del instinto de muerte que opera dentro de sí.

Tal como Freud lo describió en Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, como resultado de la disociación del yo, una parte de este queda vigilante frente a la otra. Esta parte, que desempeña muchas funciones, es el superyó. Asimismo afirmó que el superyó está formado por ciertos aspectos introyectados de los padres y es en gran parte inconsciente.

Estoy de acuerdo con estos puntos de vista, pero difiero en que retrotraiga al nacimiento los procesos de introyección que son la base del superyó. Este precede en algunos meses al comienzo del complejo de Edipo[521], comienzo que yo sitúo, junto con el de la posición depresiva, en el segundo cuarto del primer año de vida. De este modo, la temprana introyección del pecho bueno y el malo es el fundamento del superyó e influye en él, desarrollo del complejo de Edipo. Esta concepción sobre la formación del superyó contrasta con la afirmación de Freud acerca de las identificaciones con los padres, en el sentido de que estas son herederas del complejo de Edipo, y que solo tienen éxito si este es superado favorablemente.

Según mi criterio, la disociación del yo por la cual se forma el superyó, se produce como consecuencia del conflicto dentro del yo, engendrado por la polaridad de los dos instintos[522]. Este conflicto es aumentado por la proyección de ambos instintos, así como por la resultante introyección de objetos buenos y malos. El yo, sostenido por el objeto bueno internalizado y fortalecido por la identificación con este, proyecta una parte del instinto de muerte dentro de aquella porción de sí mismo que se ha disociado —parte esta que de tal modo viene a estar en oposición con respecto al resto del yo y forma la base del superyó—. Acompañando a esta desviación de una parte del instinto de muerte, va aquella parte del instinto de vida que está fusionada con él. Junto con estas desviaciones, partes de los objetos buenos y malos son disociadas del yo hacia el superyó. De tal modo, este último adquiere

cualidades a un tiempo protectoras y amenazantes. A medida que el proceso de integración continúa —proceso que se halla presente desde el comienzo en el yo y superyó—, el instinto de muerte se encuentra en cierta medida ligado por el superyó; en este momento el instinto de muerte influye sobre aspectos del objeto bueno contenido en el superyó. Como resultado, la acción del superyó va desde la limitación de los impulsos destructivos, la protección del objeto bueno y la autocrítica, hasta las amenazas, quejas inhibitorias y persecución.

El superyó —encontrándose ligado con el objeto bueno y aun esforzándose por su preservación— se asemeja a la madre buena real que alimenta y cuida al niño, pero puesto que el superyó está también bajo la influencia del instinto de muerte, se convierte en parte en el representante de la madre que frustra al niño, despertando ansiedad con sus prohibiciones y acusaciones. Cuando el desarrollo es adecuado el superyó es hasta cierto punto percibido como ampliamente favorable y no opera como una conciencia demasiado severa. Hay un deseo inherente al niño pequeño —y, según presumo, aun en el niño muy pequeño— de ser protegido, como también de ser sometido a ciertas prohibiciones, lo que equivale a un control de los impulsos destructivos. He señalado recientemente, en Envidia y gratitud, que el deseo infantil de un pecho siempre presente e inagotable incluye el deseo de que el pecho elimine o controle los impulsos destructivos del niño, protegiendo de este modo su objeto bueno y salvaguardándolo de las ansiedades persecutorias. No obstante, tan pronto como son despertados sus impulsos destructivos y la angustia, el superyó es sentido como estricto y despótico; y el yo, tal como lo señaló Freud: «sirve a tres severos amos»: el ello, el superyó y la realidad externa.

En los comienzos de la década de 1920, cuando inicié la nueva aventura de analizar niños desde el tercer año de edad por medio de la técnica del juego, uno de los inesperados fenómenos con que me encontré, fue un superyó muy temprano y cruel. Hallé asimismo que los niños pequeños introyectan a sus padres —ante todo a la madre y su pecho— de una manera fantástica, y llegué a tal conclusión mediante la observación del carácter terrorífico de algunos de sus objetos internalizados. Estos objetos, extremadamente peligrosos, dan lugar al conflicto y a la ansiedad dentro del yo en la temprana infancia; pero bajo el peso de la ansiedad aguda, aquellos y otras figuras terroríficas son disociados de un modo diferente de aquel por el cual se forma el superyó y son relegados a estratos más profundos del inconsciente. La diferencia entre estos dos modos de disociación —y esto

quizá pueda aclarar muchas formas de disociación aún oscuras— es que en la disociación de figuras terroríficas la separación parece predominar, mientras que la formación del superyó se realiza con un dominio de la fusión entre los dos instintos. Por lo tanto el superyó se establece normalmente en estrecha relación con el yo y comparte los diferentes aspectos del mismo objeto bueno. Esto hace posible que el yo acepte e integre al superyó en mayor o menor grado. De ese modo las figuras extremadamente malas no son aceptadas por el yo y son constantemente rechazadas.

Sin embargo, en los niños pequeños —y, según creo, en forma más acentuada cuanto más pequeño es el niño— los límites entre las figuras disociadas y las más toleradas por el yo y menos terroríficas, son más franqueables. Normalmente la disociación tiene éxito solo temporaria o parcialmente. Cuando falla, la ansiedad persecutoria del niño es intensa, y esto es así particularmente en el primer período de desarrollo caracterizado por la posición esquizo-paranoide, que yo presumo se halla en su apogeo durante los (3 o 4) primeros meses de vida. En la mente del niño muy pequeño, el pecho bueno y el malo devorador alternan muy rápidamente; son, posiblemente, percibidos como existiendo en forma simultánea.

La disociación de las figuras persecutorias que irán a formar parte del inconsciente se halla también ligada con la disociación de figuras idealizadas. Estas se desarrollan a fin de proteger al yo de las terroríficas. En estos procesos el instinto de vida reaparece y se afirma. El contraste entre objetos persecutorios e idealizados, buenos y malos —siendo una expresión de los instintos de vida y muerte y formando la base de la vida de la fantasía— se encuentra en cada estrato del sí-mismo. Entre los objetos odiados y amenazantes de los cuales el yo temprano intenta protegerse, se hallan también aquellos que son sentidos como habiendo sido dañados o muertos y que por lo tanto se convierten en peligrosos perseguidores. Junto con el fortalecimiento del yo y su creciente capacidad para la integración y síntesis, es alcanzado el estadío de la posición depresiva. En este último período, el objeto dañado ya no es predominantemente sentido como un perseguidor, sino como un objeto amado hacia el cual se experimentan sentimientos de culpa e impulsos por repararlo[523]. Esta relación con el objeto amado y dañado irá a formar un elemento importante en el superyó. De acuerdo con mi hipótesis, la posición depresiva culmina hacia la mitad del primer año de vida. De allí en adelante, si la ansiedad persecutoria no es excesiva y la capacidad de amar es suficientemente fuerte, el yo se hace progresivamente consciente de su realidad psíquica y percibe más y más que son sus propios impulsos

destructivos los que contribuyen al deterioro de sus objetos. De tal modo los objetos dañados, que son sentidos como malos, mejoran en la mente del niño y se asemejan más a los padres reales, y el yo desarrolla gradualmente su función esencial de mediador con el mundo externo.

El éxito de estos procesos fundamentales y el consiguiente fortalecimiento e integración del yo dependen —en lo que concierne a los factores internos— del predominio del instinto de vida en la interacción de los dos instintos. Pero los procesos de disociación continúan; a lo largo del estadío de neurosis infantil (que es el medio de expresar y elaborar las ansiedades psicóticas tempranas), la polaridad entre los instintos de vida y muerte se hace sentir con fuerza en forma de ansiedades provenientes de objetos persecutorios, que el yo intenta superar mediante la disociación y más tarde por la represión.

Con el comienzo del período de latencia, la parte organizada del superyó —por lo común muy severo— está mucho más separada de su parte inconsciente. Este es el estadío en que el niño proyecta su estricto superyó en el ambiente —en otras palabras, lo externaliza y trata de llegar a un acuerdo con aquellos que ejercen la autoridad. Sin embargo, aunque en el niño mayor y en el adulto estas ansiedades son modificadas, alteradas en su forma, repelidas por medio de defensas más fuertes y por lo tanto menos accesibles al análisis que en el niño pequeño, cuando penetramos en las capas más profundas del inconsciente hallamos que las figuras peligrosas y persecutorias todavía coexisten con las idealizadas.

Retomando mi concepto acerca de los procesos primarios de disociación, he adelantado recientemente la hipótesis de que para el desarrollo normal es esencial que en la más temprana infancia tenga lugar la división entre el objeto bueno y el malo, entre el amor y el odio. Cuando tal división no es demasiado severa, pero si lo suficiente como para diferenciar entre bueno y malo, forma según mi punto de vista uno de los elementos básicos para la estabilidad y salud mental. Esto significa que el yo es suficientemente fuerte como para no ser abrumado por la ansiedad y que junto con la disociación se está llevando a cabo cierta integración (aunque en forma rudimentaria) que solo es posible si en la fusión el instinto de vida predomina sobre el de muerte. Como resultado, la integración y síntesis de los objetos puede ser eventualmente mejor lograda. No obstante presumo que, aun en condiciones tan favorables, las figuras terroríficas de las capas profundas del inconsciente se hacen sentir, siempre que se produzcan presiones internas o externas. Las personas estables en general —y eso significa que han establecido firmemente a su objeto bueno y están, por lo mismo, estrechamente identificadas con él—

pueden superar esta intrusión de las profundidades del inconsciente dentro de su yo y recuperar su estabilidad. En los individuos neuróticos, y aún más en los psicóticos, la lucha contra tales peligros, que amenazan desde las capas profundas del inconsciente, es en cierta medida constante y parte de su inestabilidad o enfermedad.

Desde que, en años recientes, los adelantos en la clínica nos han hecho más conocedores de los procesos psicopatológicos en los esquizofrénicos, podemos apreciar más claramente que en ellos el superyó se ha vuelto casi indistinguible de sus impulsos destructivos y de los perseguidores internos. En su trabajo sobre el superyó de los esquizofrénicos, Herbert Rosenfeld ha descrito el papel que desempeña en la esquizofrenia un superyó tan abrumador. También encontré las ansiedades persecutorias que estos sentimientos engendran en la raíz de la hipocondría[524]. Pienso que la lucha y su resultado son diferentes en la enfermedad maníaco-depresiva, pero hasta aquí debo declararme satisfecha con estas sugestiones. Si como consecuencia de la predominancia de los impulsos destructivos, que van unidos a una excesiva debilidad del yo, los procesos primarios de disociación son demasiado violentos, la integración y síntesis de los objetos es impedida en un estadío posterior y la posición depresiva no puede ser suficientemente elaborada. He subrayado el hecho de que la dinámica psíquica es el resultado de la actuación de los instintos de vida y muerte y que, además de estas fuerzas, el inconsciente comprende al yo inconsciente y luego al superyó inconsciente. Forma parte de este concepto el hecho de que yo considere al ello como idéntico con los dos instintos. En muchas oportunidades Freud se ha referido al ello; pero sus definiciones presentan algunas inconsistencias. Sin embargo, en un pasaje define al ello en términos de instintos solamente; en las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1931) dice: «A nuestro juicio, todo lo que el ello contiene son cargas de instinto que demandan derivación. Incluso parece que la energía de estos impulsos instintivos se encuentra en un estado distinto del que le es propio en los demás sectores anímicos».

Desde la época en que escribí El psicoanálisis de niños, mi concepto del ello ha estado de acuerdo con la definición de la cita arriba mencionada; es cierto que en ocasiones he usado el término «ello» más laxamente, en el sentido de representar el instinto de muerte solamente, o el inconsciente.

Freud afirmó que el yo se diferencia del ello por medio de la barrera represión-resistencia. Yo he hallado que la disociación es una de las defensas iniciales y que precede a la represión, la que, según presumo, comienza a

operar alrededor del segundo año de vida. Normalmente ninguna disociación es absoluta, así como tampoco lo es la represión. Las partes conscientes e inconscientes del yo no están, por lo tanto separadas por una barrera rígida; como lo describió Freud, las diferentes áreas de la mente se esfuman unas en las otras.

Cuando existe una barrera muy rígida producida por la disociación, debe implicarse que el desarrollo no ha procedido normalmente, y la conclusión sería que el que predomina es el instinto de muerte. Por lo contrario, cuando predomina el instinto de vida, la integración y síntesis pueden progresar con éxito. La naturaleza de la disociación determina la naturaleza de la represión[525]. Si los procesos de disociación no son excesivos, consciente e inconsciente permanecen permeables entre sí. No obstante, mientras la disociación realizada por un yo que en gran parte no está organizado aún, no puede llevar adecuadamente a la modificación de la ansiedad, en el niño mayor y en el adulto la represión es un medio mucho más exitoso para detener y modificar las ansiedades. Con la represión, el yo más altamente organizado se divide con mayor eficacia frente a los pensamientos, impulsos y figuras terroríficas inconscientes.

Aunque mis conclusiones están basadas en el descubrimiento de Freud sobre los instintos y su influencia en las diferentes partes de la mente, las adiciones que he sugerido en este trabajo han implicado un número de diferencias acerca de las cuales quisiera hacer algunos comentarios finales.

Puede recordarse que el énfasis puesto por Freud sobre la libido fue mucho mayor que sobre la agresión. Aunque mucho antes de descubrir los instintos de vida y muerte había señalado la importancia del componente destructivo en la sexualidad bajo la forma de sadismo, no había dado suficiente importancia al impacto de la agresión sobre la vida emocional. Por eso tal vez nunca lo elaboró completamente y pareció poco dispuesto a extenderlo a la totalidad del funcionamiento mental. Con todo, como señalé anteriormente, lo aplicó al material clínico en una extensión mayor de lo que ha sido advertido. Si con todo la concepción de Freud de los dos instintos es llevada a su conclusión última, se verá que la interacción de ambos gobierna toda la vida mental. Ya he sugerido que la formación del superyó precede al complejo de Edipo y es iniciada por la introyección del objeto primario. El superyó, al haber internalizado aspectos diferentes del mismo objeto bueno, mantiene la conexión con las otras partes del yo, proceso este de internalización que también es de la mayor importancia en la organización del yo. Atribuyo al yo, desde el comienzo de la vida, una necesidad y capacidad

no solo de disociarse sino también de integrarse. Esta integración, que lleva gradualmente a una culminación de la posición depresiva, depende de la preponderancia del instinto de vida e implica, en cierta medida, la aceptación por parte del yo de la actuación del instinto de muerte. Considero la formación del yo como una entidad determinada, por un lado, por la alternancia entre la disociación y la represión, y por otro, por la integración en relación con los objetos.

Freud afirmó que el yo es enriquecido constantemente por el ello. Anteriormente anoté que, según mi criterio, el yo es puesto en acción y desarrollado por el instinto de vida. Esto se logra a través de sus relaciones de objeto más tempranas. El pecho, sobre el cual son proyectados los instintos de vida y muerte, es el primer objeto internalizado por la introyección. De esta manera ambos instintos encuentran un objeto al que se adhieren y con eso el yo es enriquecido y fortalecido por proyección y reintroyección.

Tanto más rico se hace el yo cuanto más puede integrar sus impulsos destructivos y sintetizar los diferentes aspectos de sus objetos, ya que las partes disociadas del sí-mismo y de los impulsos que son rechazados porque despiertan angustia y causan dolor, también contienen aspectos valiosos de la personalidad y de la vida de fantasía, que resulta empobrecida por la disociación. Aunque los aspectos rechazados del yo y de los objetos internalizados contribuyen a la inestabilidad, también se hallan en la base de la inspiración artística y de distintas actividades intelectuales.

Mi concepción sobre las relaciones de objeto más tempranas y el desarrollo del superyó se halla en armonía con mi hipótesis acerca de la acción del yo, por lo menos desde el nacimiento en adelante, como también acerca del poder de penetrarlo todo que poseen los instintos de vida y muerte.

33. Nuestro mundo adulto y sus raices en la infancia (1959)

Para examinar la conducta humana en su contexto social desde el punto de vista psicoanalítico, es necesario investigar la forma en que el individuo evoluciona desde la infancia hasta la madurez. Un grupo —sea grande o pequeño— consiste en individuos mutuamente relacionados; por consiguiente, la comprensión de la personalidad es básica para la comprensión de la vida social. Al explorar el desarrollo individual, el psicoanalista retrocede, por etapas graduales, hacia la infancia; por lo tanto me detendré primero en las tendencias fundamentales del niño pequeño.

Los diversos signos de dificultades en el bebé —estado de rabia, falta de interés por el mundo circundante, incapacidad para tolerar frustraciones y fugaces expresiones de tristeza— solían explicarse antes en términos de factores físicos. Hasta la época de los grandes descubrimientos de Freud, existía una tendencia general a considerar la infancia perfecta, como un período de felicidad, y las diversas perturbaciones observadas en los niños no se tomaban en serio. Con el transcurso del tiempo, los hallazgos de Freud nos han ayudado a comprender la complejidad de las emociones infantiles y han revelado que los niños atraviesan por serios conflictos. Ello permite lograr una mejor comprensión de la mente infantil y de su relación con los procesos mentales del adulto.

La técnica del juego que desarrollé en el análisis de niños muy pequeños, y otros progresos técnicos resultantes de mi trabajo, me permitieron llegar a nuevas conclusiones acerca de etapas muy tempranas de la infancia y de capas más profundas del inconsciente. La comprensión retrospectiva está basada en uno de los hallazgos cruciales de Freud, la situación transferencial, es decir, el hecho de que el paciente revive en su análisis y en relación con el analista, situaciones y emociones tempranas, diría incluso muy tempranas. Por lo tanto, la relación con el analista exhibe a veces, aun en los adultos, rasgos muy infantiles, tales como excesiva dependencia y la necesidad de una

guía, junto con una desconfianza por completo irracional. Forma parte de la técnica analítica la reconstrucción del pasado a partir de tales manifestaciones. Sabemos que Freud descubrió primero el complejo de Edipo en el adulto y luego pudo encontrar sus orígenes en la infancia. La posibilidad de analizar niños muy pequeños me permitió obtener un conocimiento aún más directo de su vida mental, lo cual, a su vez, me llevó a comprender la vida mental del bebé. Gracias a la cuidadosa atención prestada a la transferencia en la técnica del juego, pude lograr una comprensión más profunda de las formas en que la vida mental —en el niño y, más tarde, en el adulto— sufre la influencia de las más tempranas emociones y fantasías inconscientes. Es precisamente desde este ángulo que me propongo describir, con la menor cantidad posible de términos técnicos, mis conclusiones relativas a la vida emocional del bebé.

He propuesto la hipótesis de que el niño recién nacido experimenta, tanto en el proceso del nacimiento como en la adaptación a la situación postnatal, una ansiedad de naturaleza persecutoria. La explicación es que el bebé, sin poder captarlo intelectualmente, vive de modo inconsciente cada molestia como si le fuera infligida por fuerzas hostiles. Si se le brinda consuelo sin tardanza —en particular calor, la forma amorosa en que se lo sostiene y la gratificación de recibir alimento— surgen emociones más felices. El bebé siente que tal consuelo proviene de fuerzas bondadosas y, según mi opinión, ello hace posible la primera relación amorosa del niño con una persona o, como diría un analista, con un objeto. Mi hipótesis es que el bebé posee una percepción inconsciente innata de la existencia de la madre. Sabemos que los animales recurren a la madre en cuanto nacen y se acercan a ella para obtener alimento. El animal humano no difiere en este sentido y su conocimiento instintivo es la base para la relación primitiva del bebé con la madre. Asimismo, es dable observar que el bebé de unas pocas semanas ya levanta la mirada hacia el rostro de la madre, reconoce sus pasos, el toque de sus manos, el olor y el tacto de su pecho o de la mamadera que ella le da, todo lo cual sugiere que se ha establecido alguna relación, por primitiva que sea, con la madre.

Sin embargo, el bebé no solo espera alimento de la madre, sino que también desea amor y comprensión. En las primeras etapas, el amor y la comprensión se expresan a través del manejo del niño por la madre y llevan a cierta unicidad inconsciente, basada en el hecho de que el inconsciente de la madre y el del niño están en estrecha interrelación. La sensación resultante de sentirse comprendido y amado por la madre subyace a la primera, y

fundamental, relación de la vida: la relación con la madre. Al mismo tiempo, frustración, molestia y dolor que, según sugerí, se experimentan como persecución, aparecen también en sus sentimientos hacia la madre, pues, en los primeros meses, ella representa para el niño la totalidad del mundo exterior; por ende, de ella llegan a su mente tanto el bien como el mal, lo cual conduce a una doble actitud hacia la madre, aun en las mejores condiciones posibles.

Tanto la capacidad de amar como el sentimiento de persecución tienen profundas raíces en los primeros procesos mentales del bebé, y ambos están dirigidos, en primer lugar, hacia la madre. Los impulsos destructivos y sus concomitantes —resentimiento por la frustración, el odio que esta despierta, la incapacidad de reconciliarse y la envidia hacia el objeto todopoderoso, la madre, de quien dependen su vida y su bienestar— son emociones diversas que despiertan ansiedad persecutoria en el bebé. *Mutatis mutandis* dichas emociones continúan operando a lo largo de la vida, pues los impulsos destructivos hacia cualquier persona siempre originan el sentimiento de que esa persona se tornará hostil y vengativa.

Es inevitable que la agresividad innata resulte incrementada por circunstancias externas desfavorables y, de manera inversa, que disminuya por obra del amor y la comprensión que recibe el niño; y esos factores siguen actuando a lo largo de todo el desarrollo. Pero, si bien hoy se reconoce ampliamente la importancia de las circunstancias externas, todavía no se atribuye a los factores internos su real significación. Los impulsos destructivos que varían de un individuo a otro, constituyen una parte integral de la vida mental aun en circunstancias favorables, y por lo tanto debemos considerar el desarrollo del niño y las actitudes del adulto como un resultado de la interacción de influencias internas y externas. Ahora que nuestra capacidad de comprender a los bebés ha aumentado, la lucha entre el amor y el odio puede reconocerse en cierta medida a través de una observación cuidadosa. Algunos bebés experimentan un profundo resentimiento ante cualquier frustración y lo demuestran al no poder aceptar la gratificación cuando esta sigue a una privación. Opino que esos niños poseen agresividad y avidez innatas más fuertes que los bebés cuyos ocasionales estallidos de rabia son de breve duración. Si un bebé se muestra capaz de aceptar alimento y amor, ello significa que puede sobreponerse al resentimiento por la frustración con rapidez y, cuando se le proporciona una nueva gratificación, recupera sus sentimientos de amor.

Antes de proseguir con mi descripción del desarrollo infantil, pienso que debería definir con pocas palabras los términos sí-mismo y yo desde el punto de vista psicoanalítico. Según Freud, el yo es la parte organizada del sí-mismo, sometida a la influencia constante de los impulsos instintivos, pero ejerciendo control sobre ellos a través de la represión; además, dirige todas las actividades y establece y mantiene la relación con el mundo externo. El si-mismo cubre la personalidad total, que incluye no solo el yo sino también la vida instintiva que Freud denominó el ello.

Mi trabajo me ha llevado a suponer que el yo existe y opera desde el nacimiento y que, además de las funciones mencionadas, tiene a su cargo la importante tarea de defenderse contra la ansiedad provocada por el conflicto interno y por las influencias del exterior. Por otra parte, inicia una serie de procesos entre los que seleccionaré, en primer término, la introyección y la proyección. Más tarde he de referirme al proceso no menos importante de división de impulsos y objetos.

Debemos a Freud y Abraham el gran descubrimiento de que la introyección y la proyección son de importancia fundamental tanto en las perturbaciones mentales graves como en la vida mental normal. Debo renunciar aquí a cualquier intento de describir el proceso por el cual Freud, partiendo del estudio de la psicosis maníaco-depresiva, llegó al descubrimiento de la introyección que subyace al superyó, y a una explicación de la relación vital entre el superyó, el yo y el ello. En el curso del tiempo, esos conceptos básicos sufrieron ulteriores desarrollos. A la luz de mi labor analítica con niños, llegué a la conclusión de que la introyección y la proyección funcionan desde el comienzo de la vida postnatal como dos de las primeras actividades del yo, el cual, según mi criterio, actúa a partir del nacimiento. Considerada desde este ángulo, la introyección significa que el mundo exterior, su impacto, las situaciones vividas por el bebé y los objetos que este encuentra, no solo se experimentan como externos, sino que se introducen en el sí-mismo y llegan a formar parte de la vida interior. Es imposible evaluar la vida interior, incluso en el adulto, sin estos agregados a la personalidad derivados de la introyección continua. La proyección, que tiene lugar de manera simultánea, implica la existencia en el niño de una capacidad para atribuir a quienes lo rodean sentimientos de diversa clase, entre los que predominan el amor y el odio.

He llegado a la conclusión de que el amor y el odio hacia la madre están ligados a la capacidad del bebé muy pequeño de proyectar en ella todas sus emociones, transformándola así en un objeto bueno a la vez que peligroso.

Sin embargo la introyección y la proyección, aunque arraigadas en la infancia, no son procesos exclusivamente infantiles. Forman parte de las fantasías del niño, que, según mi criterio, también actúan desde el comienzo y ayudan a moldear su expresión del mundo circundante; y, por introyección, ese cuadro modificado del mundo externo influye sobre lo que ocurre en su mente. Así se construye un mundo interno que es, en parte, un reflejo del externo. Es decir, el doble proceso de introyección y proyección contribuye a la interacción de los factores externos e internos, la cual continúa a través de todas las etapas de la vida. Del mismo modo, la introyección y la proyección persisten durante toda la vida y se modifican en el curso de la maduración, pero nunca pierden su importancia en la relación del individuo con el mundo circundante. Por lo tanto, incluso en el adulto, la percepción de la realidad nunca se libera por completo de la influencia de su mundo interno.

He sugerido ya que, desde un cierto ángulo, es necesario considerar los procesos de proyección e introyección descritos como fantasías inconscientes. Como señalara mi amiga Susan Isaacs (1952) en su trabajo sobre el tema: «La fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico, del instinto. No hay impulso, no hay anhelo o respuesta instintivos que no sean experimentados como fantasía inconsciente… Una fantasía representa el contenido particular de los impulsos o sentimientos (por ejemplo, deseos, temores, ansiedades, triunfos, amor o aflicción) que predominan en la mente en un determinado momento».

Las fantasías inconscientes no son idénticas a los sueños diurnos (si bien existe una relación entre ambos); constituyen una actividad de la mente que tiene lugar en niveles inconscientes profundos y acompaña todos los impulsos experimentados por el niño. Por ejemplo, un bebé hambriento puede manejar temporariamente su hambre alucinando la satisfacción de recibir el pecho, con todos los placeres que normalmente obtiene de él, tales como el sabor de la leche, el calor del pecho y el sostén amoroso de los brazos maternos. Pero la fantasía inconsciente asume también la forma opuesta, es decir, sentirse privado y perseguido por el pecho que le niega esa satisfacción. Las fantasías —que se van tornando más elaboradas y se refieren a una variedad cada vez más amplia de objetos y situaciones— continúan durante todo el desarrollo y acompañan todas las actividades; nunca dejan de desempeñar un papel importante en la vida mental. No hay peligro de sobreestimar la influencia de la fantasía inconsciente en el arte, la labor científica y las actividades de la vida diaria.

Ya he mencionado que la madre es introyectada y que ello constituye un factor fundamental en el desarrollo. Considero que las relaciones de objeto comienzan casi con el nacimiento. La madre en sus aspectos buenos —la madre que ama, ayuda y alimenta al niño— es el primer objeto bueno que el bebé transforma en una parte de su mundo interno. Me atrevería a sugerir que su capacidad para hacerlo es hasta cierto punto, innata. La posibilidad de que el objeto bueno se convierta suficientemente en una parte del sí-mismo depende, en cierto grado, de que la ansiedad persecutoria —y, por ende, el resentimiento— no sea demasiado marcada; al mismo tiempo, una actitud amorosa por parte de la madre contribuye en buena medida al éxito de este proceso. Si el bebé introyecta a la madre en su mundo interior como un objeto bueno y seguro, se suma al yo un elemento de fuerza, pues considero que el yo se desarrolla en gran parte en torno de ese objeto bueno, y que la identificación con las características buenas de la madre se convierte en la base para ulteriores identificaciones beneficiosas. La identificación con el objeto bueno tiene manifestación en el niño que copia las actividades y actitudes de la madre; es factible observarla en el juego y, muchas veces, en su conducta frente a niños más pequeños. Una fuerte identificación con la madre buena facilita la identificación con un padre bueno y, más tarde, con otras figuras amistosas. Como resultado, su mundo interno llega a contener objetos y sentimientos predominantemente buenos, y el niño siente que esos objetos buenos responden a su amor. Todo ello contribuye a formar una personalidad estable y hace posible extender a otras personas los sentimientos de cordialidad y simpatía. Resulta evidente que la buena relación entre los padres, y entre estos y el niño, y una feliz atmósfera en el hogar, desempeñan un papel vital para el éxito de este proceso.

Sin embargo, y por buenos que sean los sentimientos del niño hacia sus progenitores, también el odio y la agresión continúan actuando. Una de sus manifestaciones es la rivalidad con el padre, originada en los deseos del niño hacia la madre y en todas las fantasías vinculadas con ellos. Tal rivalidad encuentra expresión en el complejo edípico, que puede observarse claramente en niños de tres, cuatro y cinco años de edad. Dicho complejo existe, en realidad, desde mucho antes y tiene sus raíces en las primeras sospechas del bebé en el sentido de que su padre lo priva del amor y la atención de la madre. Hay grandes diferencias entre el complejo edípico en el varón y en la niña, que solo señalaré diciendo que, mientras el varón retorna en su desarrollo genital a su objeto primitivo, la madre, y por lo tanto busca objetos femeninos con los consiguientes celos del padre y los hombres en general, la niña debe,

en cierto grado, apartarse de la madre y encontrar el objeto de sus deseos en el padre y, más tarde, en otros hombres. Es esta una caracterización demasiado simple, pues también el niño se siente atraído por su padre y se identifica con él; por lo tanto, en su desarrollo normal interviene un elemento de homosexualidad. Lo mismo es válido para la niña, en quien la relación con la madre, y con las mujeres en general, nunca pierde su importancia. Así, pues, el complejo de Edipo no es solo una cuestión de sentimientos de odio y rivalidad hacia uno de los progenitores y amor hacia el otro, sino que también existen sentimientos de amor y de culpa en relación con el progenitor rival. Por ende, múltiples emociones conflictuales están centradas en el complejo de Edipo.

Volvamos ahora a la proyección. Al proyectar la totalidad o una parte de los propios impulsos y sentimientos en otra persona, se logra una identificación con esta, si bien de un tipo distinto del que produce la introyección. Pues, si se toma un objeto en el si-mismo (si se introyecta), el acento recae en la incorporación de algunas de las características de ese objeto y en la influencia que ejercen. Por otro lado, al colocar una parte de uno mismo en otra persona (proyección), la identificación está basada en que atribuimos a la otra persona algunas de nuestras propias cualidades. La proyección tiene múltiples repercusiones. Nos inclinamos a adscribir a otra gente —en cierto sentido, a colocar en ella— algunos de nuestros propios pensamientos y emociones; y es obvio que la índole amistosa u hostil de esa proyección dependerá de nuestro estado de equilibrio y persecución. Al atribuir parte de nuestros sentimientos a otra persona, comprendemos sus sentimientos, necesidades y satisfacciones; en otras palabras, nos ponemos en su lugar. Hay personas capaces de llegar tan lejos en este sentido que se pierden por entero en los demás y se tornan incapaces de discernimiento objetivo. Al mismo tiempo, la introyección excesiva pone en peligro la fuerza del yo, pues este queda completamente sometido al objeto introyectado. Si en la proyección predomina la hostilidad, la verdadera empatía y la comprensión de los demás resultan dañadas. Por lo tanto, la índole de la proyección posee suma importancia en nuestras relaciones con los demás. Si la interacción entre introyección y proyección no está dominada por la hostilidad o por una excesiva dependencia y posee un buen equilibrio, el mundo interno resulta enriquecido y mejoran las relaciones con el mundo externo.

Me he referido ya a la tendencia del yo infantil a dividir impulsos y objetos, y creo que esta constituye otra de las primeras actividades yoicas. Esa tendencia a dividir es, en parte, un resultado del hecho de que el yo temprano

carece en gran medida de coherencia. Pero —y también aquí debo referirme a mis propios conceptos— la ansiedad persecutoria refuerza la necesidad de mantener al objeto amado apartado del peligro y, por lo tanto, de separar el amor del odio. Pues la autoconservación del bebé depende de su confianza en una madre buena. Al dividir los dos aspectos y aferrarse al bondadoso, conserva su creencia en un objeto bueno y su capacidad de amarlo; y esta es una condición esencial para mantenerse vivo. Sin alguna porción de tal sentimiento, el niño quedaría expuesto a un mundo completamente hostil que podría destruirlo. Además, también tendría que incorporar ese mundo hostil en su propio interior. Sabemos que hay bebés carentes de vitalidad e incapaces de sobrevivir, probablemente porque no han podido desarrollar una relación de confianza con su madre buena. En contraste, hay otros bebés que pasan por grandes dificultades, pero conservan suficiente vitalidad como para hacer uso de la ayuda y el alimento que les ofrece la madre. Conozco el caso de un niño que tuvo un nacimiento prolongado y difícil y resultó lastimado en el proceso, pero, cuando se le dio el pecho, se alimentó ávidamente. Lo mismo ha ocurrido con bebés que sufrieron una operación seria poco después de nacer. Otros niños en circunstancias similares no logran sobrevivir porque tienen dificultades para aceptar alimento y amor, lo cual implica que no han logrado establecer confianza y amor hacia la madre.

El proceso de la división cambia en cuanto a forma y contenido a lo largo del desarrollo, pero nunca se abandona por completo en algunas de sus formas. Opino que los impulsos destructivos omnipotentes, la ansiedad persecutoria y la división predominan en los primeros tres a cuatro meses de la vida. He descrito esta combinación de mecanismos y ansiedades como posición esquizo-paranoide, la cual, en los casos extremos, constituye la base de la paranoia y la esquizofrenia. Los concomitantes de los sentimientos destructivos en esa temprana etapa poseen suma importancia y quisiera destacar entre ellos la avidez y la envidia como factores muy perturbadores en la relación con la madre primero y, más tarde, con otros miembros de la familia; de hecho, durante toda la vida.

La avidez varía de modo considerable de un niño a otro. Hay bebés que jamás se sienten satisfechos, pues su avidez excede todo lo que puedan recibir. La avidez implica el deseo de vaciar el pecho materno y de explotar todas las posibilidades de satisfacción, sin consideración por nadie. El niño muy ávido puede disfrutar momentáneamente de lo que recibe; pero, en cuanto ha desaparecido la gratificación, se torna insatisfecho y se ve impulsado a explotar, primero, a la madre, y luego a todos los familiares que

puedan proporcionarle atención, alimento o cualquier otra gratificación. No cabe duda de que la ansiedad aumenta la avidez —la ansiedad de verse privado, despojado, de no ser bastante bueno como para merecer amor—. El niño que tiene tal avidez de amor y atención también se siente inseguro respecto de su propia capacidad de amar, y todas sus ansiedades refuerzan la avidez. En sus aspectos fundamentales, esa situación no aparece modificada en la avidez del niño mayor o del adulto.

En cuanto a la envidia, no resulta fácil explicar cómo la madre que alimenta al niño y lo cuida puede ser, a la vez, objeto de envidia. Pero, toda vez que el niño se siente hambriento o descuidado, la frustración lo lleva a la fantasía de que la leche y el amor le son deliberadamente negados, o bien retenidos por la madre para su propio beneficio. Tales sospechas constituyen la base de la envidia. Es inherente a la envidia no solo el anhelo de posesión, sino también un poderoso deseo de arruinar el placer que los demás pueden obtener del objeto anhelado, deseo que tiende a dañar el objeto mismo. Si la envidia es muy fuerte, su cualidad destructiva perturba la relación con la madre, y más tarde con otras personas; significa, asimismo, que el niño no puede disfrutar plenamente de nada porque el objeto deseado ya ha sido dañado por la envidia. Además, si la envidia es muy fuerte, es imposible incorporar la bondad y convertirla en parte de la propia vida interna, lo cual permitiría expresar un sentimiento de gratitud. Por contraste, la capacidad de disfrutar en forma plena de lo que se recibe, y la experiencia de gratitud hacia quien lo da, ejercen una poderosa influencia sobre el carácter y las relaciones con la gente. No deja de ser sugestivo que, al bendecir la mesa antes de las comidas, los cristianos utilicen las palabras: «Por lo que vamos a recibir, haznos sentir, Señor, verdaderamente agradecidos». Tales palabras implican que se trata de lograr aquella cualidad —la gratitud— que contribuye a la felicidad y libera del resentimiento y la envidia. Cierta vez oí a una niñita decir que amaba a su madre más que a nadie, porque, «¿qué habría hecho si su madre no la hubiera traído al mundo y alimentado?». Este poderoso sentimiento de gratitud estaba ligado a su capacidad de gozar y se expresaba en el carácter de la niña y en sus relaciones con la gente, en particular como generosidad y consideración. A lo largo de toda la vida, esa capacidad para el goce y la gratitud hace posible una variedad de intereses y placeres. En el desarrollo normal, con la creciente integración del yo disminuyen los procesos de división, y la mayor capacidad para comprender la realidad externa y, en cierto grado, para conciliar los impulsos infantiles contradictorios, lleva también a una mayor síntesis de los aspectos buenos y

malos del objeto. Ello significa que es posible amar a la gente a pesar de sus defectos y que el mundo no se ve solo en términos de blanco y negro.

En mi criterio, el superyó —esa parte del yo que critica y controla los impulsos peligrosos, y que Freud ubicó en líneas generales en el quinto año de vida— actúa desde mucho antes. Según mi hipótesis, en el quinto o sexto mes después del nacimiento el bebé comienza a temer el daño que sus impulsos destructivos y su avidez podrían causar —o haber causado— a sus objetos amados. Pues aún no puede distinguir los deseos e impulsos de sus efectos reales. Experimenta sentimientos de culpa y el anhelo de proteger esos objetos y de repararlos por el daño causado. La ansiedad adquiere ahora un carácter predominantemente depresivo; y considero que las emociones acompañantes, así como las defensas que surgen contra ellas, forman parte del desarrollo normal: lo que he llamado «posición depresiva». Los sentimientos de culpa, que en ocasiones surgen en todos nosotros, tienen raíces muy profundas en la infancia, y la tendencia a reparar desempeña un papel importante en nuestras sublimaciones y relaciones de objeto.

Cuando observamos niños muy pequeños desde este ángulo, vemos que a veces parecen deprimidos sin ninguna causa externa particular. En esa etapa tratan de complacer a quienes los rodean en todas las formas posibles: sonrisas, gestos juguetones, incluso intentos de alimentar a la madre colocándole la cuchara con comida en la boca. Al mismo tiempo, este es también el período en que muchas veces aparecen pesadillas e inhibiciones respecto de la comida, y todos esos síntomas alcanzan su culminación en el momento del destete. En el caso de niños mayores, la necesidad de manejar los sentimientos de culpa se expresa de manera más clara: diversas actividades constructivas se utilizan con tal fin y, en relación con los padres y hermanos, hay una necesidad excesiva de complacer y cooperar, todo lo cual expresa no solo amor, sino también necesidad de reparar.

Freud postuló que el proceso de elaboración constituye una parte esencial del procedimiento psicoanalítico. Para decirlo en pocas palabras, ello significa lograr que el paciente vuelva a experimentar sus emociones, ansiedades y situaciones pasadas una y otra vez, en relación con el analista y con las distintas personas y situaciones en la vida pasada y presente del enfermo. Sin embargo, cierta medida de elaboración tiene lugar en el desarrollo normal del individuo. La adaptación a la realidad externa es cada vez mayor y, con ello, el niño logra un cuadro menos fantástico del mundo circundante. La experiencia repetida del alejamiento y retorno de la madre torna su ausencia menos atemorizante y, por lo tanto, disminuye su temor de que lo abandone.

En esa forma, el niño elabora gradualmente sus tempranos temores y logra un equilibrio entre sus impulsos y emociones conflictuales. En esta etapa predomina la ansiedad depresiva y disminuye la ansiedad persecutoria. Opino que muchas manifestaciones aparentemente extrañas, fobias inexplicables e idiosincrasias que pueden observarse en los niños pequeños, constituyen indicaciones, así como maneras, de la elaboración de la posición depresiva. Si los sentimientos de culpa que surgen en el niño no son excesivos, el deseo de reparar y otros procesos que forman parte del crecimiento traen aparejado alivio. No obstante, las ansiedades depresivas y persecutorias nunca se superan del todo; pueden reaparecer temporariamente bajo alguna presión interna o externa, si bien una persona relativamente normal es capaz de hacer frente a esa reaparición y recuperar su equilibrio. Pero si la presión es demasiado grande, puede malograrse el desarrollo de una personalidad fuerte y bien equilibrada.

Habiendo descrito —si bien temo que en forma demasiado simplificada— las ansiedades depresivas y paranoides y sus implicaciones, quisiera considerar la influencia de los procesos mencionados sobre las relaciones sociales. Me he referido a la introyección del mundo externo y he sugerido que ese proceso continúa durante toda la vida. Toda vez que admiramos y amamos a alguien —o que odiamos y despreciamos a alguien— también incorporamos algo de esa persona en nosotros mismos, y nuestras actitudes más profundas se ven modificadas por tales experiencias. En el primer caso, nos enriquece y se convierte en una base para recuerdos preciosos; en el otro, sentimos a veces que el mundo exterior se nos ha arruinado y que el interior ha quedado, por lo tanto, empobrecido.

Aquí solo puedo referirme someramente a la importancia de las experiencias reales favorables y desfavorables a las que el niño se ve sometido desde el comienzo, en primer lugar por sus padres y más tarde por otra gente. Las experiencias externas son de importancia fundamental a lo largo de la vida. Sin embargo, aun en el niño, mucho depende de la forma en que este interpreta y asimila las influencias externas; y esto, a su vez, depende en gran medida de la fuerza con que actúan los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias y depresivas. De idéntico modo, nuestras experiencias adultas sufren la influencia de nuestras actitudes básicas, las cuales nos ayudan a enfrentar las desgracias, o bien, si estamos demasiado dominados por la sospecha y la autocompasión, convierten las menores desilusiones en desastres.

Los descubrimientos de Freud acerca de la infancia han aumentado la comprensión de los problemas relativos a la crianza, pero más de una vez han sido objeto de interpretaciones erróneas. Si bien es cierto que una educación demasiado severa fortalece la tendencia del niño a reprimir, debemos recordar que una indulgencia excesiva puede ser casi tan dañina como un exceso de restricción. La llamada «autoexpresión plena» puede ofrecer grandes desventajas tanto para los padres como para el niño. Mientras que, en épocas anteriores, el niño era con frecuencia una víctima de la actitud severa de los padres, hoy día estos pueden llegar a ser las víctimas de sus hijos. Una conocida broma nos habla de un hombre que nunca probó pechuga de pollo pues en su infancia la comían sus padres y, cuando creció, se la daba a sus hijos. En el trato con nuestros hijos es esencial mantener un equilibrio entre el exceso y la ausencia de disciplina. Cerrar los ojos ante una pequeña travesura es una actitud muy sana, pero si la travesura se convierte en una continua falta de consideración, es necesario expresar desaprobación y exigir al niño un cambio.

La excesiva indulgencia de los padres debe considerarse, asimismo, desde otro ángulo: si bien el niño puede sacar ventajas de la actitud de sus progenitores, también experimenta sentimientos de culpa por explotarlos y siente la necesidad de una cierta restricción que le proporcionaría seguridad. Ello también le permitiría sentir respeto por sus padres, lo cual es esencial para una buena relación con ellos y para desarrollar el respeto hacia otras personas. Además, no debemos olvidar que los padres que sufren demasiado bajo la autoexpresión incontrolada del niño —por más que intenten someterse a ella— experimentan inevitablemente algún resentimiento que se infiltrará en su actitud para con el niño.

He descrito ya al niño pequeño que reacciona violentamente contra toda frustración —y no hay educación posible sin alguna inevitable frustración— y que tiende a sentirse profundamente agraviado ante cualquier falla o defecto de su ambiente y a subestimar la bondad recibida. Como consecuencia, proyectará sus agravios en la gente que lo rodea. Son bien conocidas las actitudes similares en los adultos. Si comparamos los individuos capaces de tolerar la frustración sin demasiado resentimiento y de recuperar sin tardanza su equilibrio después de una desilusión, con aquellos que se inclinan a atribuir toda la culpa al mundo exterior, podemos observar el efecto nocivo de la proyección hostil. Pocos de nosotros tenemos la tolerancia necesaria para soportar la acusación, aunque esta no se exprese con palabras, de que, en cierto sentido, somos la parte culpable. De hecho, muchas veces nos hace

rechazar a quienes nos acusan y entonces aparecemos tanto más como sus enemigos; en consecuencia, experimentan hacia nosotros mayores sospechas y sentimientos persecutorios, y las relaciones se perturban más y más.

Una manera de hacer frente a la sospecha excesiva es tratar de apaciguar a los enemigos supuestos o reales. Es raro que el intento tenga éxito. Naturalmente, muchas personas se dejan ganar por la adulación y el apaciguamiento, en particular si sus propios sentimientos persecutorios engendran en ellos la necesidad de ser apaciguados. Pero una relación de ese tipo se quiebra fácilmente y se transforma en hostilidad mutua. De paso, quisiera mencionar las dificultades que pueden provocar en los asuntos internacionales esas fluctuaciones en las actitudes de los principales estadistas.

Cuando la ansiedad persecutoria no es tan fuerte y la proyección al atribuir a los demás principalmente buenos sentimientos, se convierte en la base de la empatía, la respuesta del mundo exterior es muy distinta. Todos conocernos personas que tienen la capacidad de hacerse querer, pues tenemos la impresión de que nos tienen confianza, lo cual, a su vez, despierta en nosotros un sentimiento de simpatía. No me refiero a la gente que trata de conquistar popularidad en una forma insincera. Por el contrario, creo que son las personas sinceras y que obran de acuerdo con sus convicciones las que, a la larga, despiertan respeto y aun afecto.

Un ejemplo interesante de la influencia de las primeras actitudes a lo largo de toda la vida es el hecho de que la relación con las primeras figuras sigue reapareciendo y que los problemas infantiles no resueltos se reviven, si bien en forma modificada. Por ejemplo, la actitud hacia un subordinado o un superior repite, hasta cierto punto, la relación con un hermano menor o con uno de los progenitores. Si conocemos a una persona mayor amistosa y servicial, revivimos de modo inconsciente la relación con un progenitor o un abuelo amado; mientras que un individuo mayor altanero y desagradable vuelve a provocar las actitudes rebeldes del niño hacia sus padres. No es necesario que esas personas sean física o mentalmente similares a las figuras originales, o siquiera que tengan parecida edad real; basta algo en común en su actitud. Cuando alguien se encuentra enteramente bajo el influjo de situaciones y relaciones tempranas, es inevitable que sus juicios respecto de personas y hechos estén perturbados. Normalmente la revivencia de situaciones tempranas está limitada y rectificada por el juicio objetivo. Es decir, todos podemos sufrir la influencia de factores irracionales, pero en la vida normal estos no nos dominan.

La capacidad de amor y devoción, en primer lugar hacia la madre, se transforma de múltiples modos en devoción hacia diversas causas que se sienten como buenas y valiosas. Ello significa que el goce que el bebé podía experimentar en el pasado al sentir que amaba y era amado, se transfiere más tarde no solo a las relaciones con la gente, lo cual es muy importante, sino también a su trabajo y a todo lo que se considera valioso. Significa, asimismo, un enriquecimiento de la personalidad y de la capacidad de disfrutar con el trabajo, y abre caminos de acceso a múltiples fuentes de satisfacción.

En este esfuerzo por alcanzar nuestras metas, así como en nuestra relación con la gente, el temprano deseo de reparar se une a la capacidad de amar. He dicho ya que en nuestras sublimaciones, originadas en los más tempranos intereses infantiles, las actividades constructivas adquieren un mayor ímpetu porque el niño siente inconscientemente que, en esa forma, repara a las personas amadas que ha dañado. Este ímpetu nunca pierde su fuerza, aunque muchas veces no se lo reconozca en la vida diaria. El hecho irrevocable de que ninguno de nosotros está nunca enteramente libre de culpa tiene aspectos muy valiosos, porque implica el deseo jamás agotado de reparar y de crear en cualquier forma que podamos.

Todas las formas de ayuda social se benefician con ese anhelo. En los casos extremos, los sentimientos de culpa impulsan a la gente hacia el total sacrificio de sí misma por una causa o por sus semejantes, y pueden conducir al fanatismo. Con todo, sabemos que algunas personas arriesgan su vida para salvar a otras, y esa acción no corresponde necesariamente al mismo orden. En tales casos, no es tanto la culpa lo que podría actuar como la capacidad de amor y generosidad y una identificación con nuestro semejante en peligro.

He señalado la importancia de la identificación con los padres y, más tarde, con otras personas, para el desarrollo del niño pequeño, y ahora deseo acentuar un aspecto particular de la identificación exitosa que se prolonga hacia la adultez. Cuando la envidia y la rivalidad no son demasiado grandes, se torna posible disfrutar en forma vicariante de los placeres ajenos. En la infancia, la hostilidad y la rivalidad del complejo edípico están neutralizadas por la capacidad de disfrutar substitutivamente de la felicidad de los padres. En la vida adulta, los padres pueden compartir los placeres de la infancia y evitar interferirlo porque son capaces de identificarse con sus hijos: pueden contemplar sin envidia el crecimiento de sus hijos.

Esta actitud cobra particular importancia a medida que se envejece y que los placeres de la juventud se tornan cada vez menos accesibles. Si la gratitud por las satisfacciones pasadas no se ha desvanecido, las personas de edad

pueden disfrutar de todo aquello que está aún a su alcance. Además, esa actitud, que da origen a la serenidad, les permite identificarse con los jóvenes. Por ejemplo, quien se dedica a descubrir talentos jóvenes y ayuda a desarrollarlos —sea en su capacidad de maestro o crítico, o, en épocas pasadas, como patrón de las artes y la cultura— puede hacerlo precisamente porque le es posible identificarse con los demás; en cierto sentido, repite su propia vida y, a veces, logra en forma sustitutiva la realización de aspiraciones frustradas en su propia vida.

En todas las etapas, la capacidad de identificarse hace posible la felicidad que surge cuando se es capaz de admirar el carácter o los logros de los demás. Si no podemos permitirnos apreciar las realizaciones y las cualidades de otras personas —lo cual significa que no somos capaces de tolerar la idea de que nunca podremos emularlas— nos vemos privados de fuentes de enorme felicidad y enriquecimiento. El mundo nos parecería un lugar mucho más pobre si no tuviéramos oportunidad de percibir la grandeza que existe y seguirá existiendo en el futuro. Tal admiración también despierta algo en nosotros y aumenta de manera indirecta nuestra fe en nosotros mismos. Esta es una de las múltiples formas en que las identificaciones originadas en la infancia se convierten en una parte importante de nuestra personalidad.

La capacidad de admirar los logros de otra persona es uno de los factores que hacen posible el trabajo eficaz en equipo. Si la envidia no es demasiado grande, podemos experimentar placer y orgullo por el hecho de trabajar con personas que a veces superan nuestras propias capacidades, pues nos identificamos con esos miembros destacados del equipo.

Sin embargo, el problema de la identificación es muy complejo. Cuando Freud descubrió el superyó, lo consideró como una parte de la estructura mental resultante de la influencia de los padres sobre el niño, una influencia que entra a formar parte de las actitudes infantiles fundamentales. Mi trabajo con niños pequeños me ha mostrado que, incluso desde los primeros meses de vida, se incorporan en el sí-mismo la madre y, poco después, otras personas que rodean al niño, y ello constituye la base para una variedad de identificaciones, favorables y desfavorables. He citado antes ejemplos de identificaciones que son útiles tanto para el niño como para el adulto. Pero la influencia vital del ambiente original hace también que los aspectos desfavorables de las actitudes del adulto para con el niño perjudiquen su desarrollo, porque despiertan en él odio y rebelión o bien un excesivo sometimiento. Al mismo tiempo, el niño internaliza esta actitud adulta hostil y colérica. A partir de tales experiencias, un progenitor excesivamente severo o

carente de comprensión y amor influye por identificación sobre la formación del carácter del niño, y puede llevarlo a repetir en su vida posterior lo que él mismo ha sufrido. Por lo tanto, un padre usa a veces con sus hijos los mismos métodos erróneos que su padre empleó con él. Por otro lado, la rebelión contra las injusticias experimentadas en la infancia puede llevar a la reacción opuesta de hacer todas las cosas en forma distinta de la que utilizaron los padres. Esto conduciría al otro extremo, por ejemplo, a la excesiva indulgencia a la que me referí antes. Aprender de nuestras experiencias infantiles y, por ende, ser más comprensivos y tolerantes con nuestros propios hijos y con las personas ajenas al círculo familiar, constituye un signo de madurez y de sano desarrollo. Pero ser tolerante no significa ser ciego a los defectos ajenos, sino reconocer esas fallas y, no obstante, conservar la propia capacidad para cooperar con los demás o incluso para experimentar amor hacia algunas personas.

Al describir el desarrollo del niño he acentuado en particular la importancia de la avidez. Consideremos ahora el papel que desempeña la avidez en la formación del carácter y su influencia sobre las actitudes del adulto. Es fácil observar el papel de la avidez como un elemento muy destructivo en la vida social. La persona ávida quiere siempre más y más, aun a expensas de quienes la rodean; no es realmente capaz de consideración y generosidad hacia ellos. No me refiero aquí solo a las posesiones materiales, sino también al status y el prestigio.

Es probable que el individuo ávido sea muy ambicioso. El papel de la ambición, en sus aspectos útiles y perturbadores, se pone de manifiesto dondequiera que observemos la conducta humana. No cabe duda de que la ambición da nuevo ímpetu a la capacidad de realización, pero, si se convierte en la principal fuerza impulsora, pone en peligro la cooperación con los demás. A pesar de todos sus éxitos, el individuo muy ambicioso permanece siempre insatisfecho, tal como ocurre con un bebé ávido. Es bien conocido el tipo de figura pública que, hambrienta de éxitos cada vez mayores, nunca parece satisfecha con lo que ha logrado. Una de los rasgos de esa actitud —en la que la envidia desempeña también un papel importante— es la incapacidad para permitir que los demás alcancen una posición destacada. Quizá se les permita desempeñar un papel secundario siempre que no hagan peligrar la supremacía de la persona ambiciosa. Asimismo observamos que esas personas no pueden ni quieren estimular y alentar a los jóvenes, porque algunos de ellos podrían llegar a ser sus sucesores. Un motivo de la falta de satisfacción frente a éxitos aparentemente grandes proviene de que su interés

no está centrado tanto en el campo en que actúan como en su prestigio personal. Ello implica la conexión entre la avidez y la envidia. El rival aparece no solo como alguien que nos ha despojado y privado de nuestras propias posiciones o bienes, sino también como el poseedor de cualidades valiosas que provocan envidia y el impulso a dañarlas.

Cuando la avidez y la envidia no son excesivas, incluso una persona ambiciosa puede encontrar satisfacción en ayudar a los demás a realizar su tarea. Tenemos aquí una de las actitudes subyacentes al liderazgo exitoso. En cierta medida, esto también puede observarse ya en etapas muy tempranas. Un niño es capaz de enorgullecerse por los progresos de un hermano menor y hacer todo lo posible por ayudarlo. Algunos niños incluso ejercen un efecto integrador sobre toda la vida familiar; al mostrarse predominantemente amistosos y cooperativos, mejoran la atmósfera familiar. He visto que madres muy impacientes e intolerantes ante las dificultades han mejorado gracias a la influencia de un hijo con esa actitud. Lo mismo se aplica a la vida escolar, donde a veces bastan uno o dos niños para ejercer un efecto benéfico sobre la actitud de los demás, a través de una especie de liderazgo moral basado en una relación cordial y cooperativa con los otros niños, sin ningún intento de hacerlos sentir inferiores.

Volviendo al liderazgo: si el líder —y esto también puede aplicarse a cualquier miembro de un grupo— sospecha que es objeto de odio, ese sentimiento aumenta todas sus actitudes antisociales. Observamos que las personas incapaces de soportar una crítica, porque esta afecta de inmediato su ansiedad persecutoria, son no solo víctimas del sufrimiento, sino que también tienen dificultades en relación con los demás e incluso pueden poner en peligro la causa por la que luchan, cualquiera que sea su campo de actividades; exhibirán una gran incapacidad para corregir sus errores y aprender de los demás.

Si contemplamos nuestro mundo adulto desde el punto de vista de sus raíces en la infancia, comprenderemos la forma en que nuestra mente, nuestros hábitos y nuestros enfoques se han ido construyendo a partir de las más tempranas fantasías y emociones infantiles, hasta llegar a las manifestaciones adultas más complejas y elaboradas. Aun cabe extraer otra conclusión, y es que nada que haya existido alguna vez en el inconsciente llega a perder por completo su influencia sobre la personalidad.

Queda aún por considerar otro aspecto del desarrollo del niño; la formación del carácter. He citado algunos ejemplos del efecto perturbador que ejercen los impulsos destructivos, la envidia y la avidez, y las ansiedades

persecutorias resultantes, sobre el equilibrio emocional y las relaciones sociales del niño. Asimismo, me he referido a los aspectos benéficos de un desarrollo opuesto y he tratado de mostrar la forma en que surgen. Intenté poner de manifiesto la importancia de la interacción entre los factores innatos y la influencia del ambiente. Al atribuir a esa interacción toda su importancia real logramos una comprensión más profunda de la forma en que se desarrolla el carácter del niño. Los cambios favorables que sufre el carácter del paciente, en el curso de un análisis exitoso, han constituido siempre un aspecto de suma importancia en la labor psicológica.

Una de las consecuencias de un desarrollo equilibrado es la integridad y la fuerza del carácter. Dichas cualidades tienen un efecto de largo alcance tanto sobre la autoconfianza del individuo como sobre su relación con el mundo exterior. Es fácil observar la influencia que ejerce sobre la gente un carácter realmente sincero y genuino. Incluso quienes no poseen esas mismas cualidades se sienten impresionados y no pueden dejar de experimentar cierto respeto por la integridad y la sinceridad. Pues dichas cualidades despiertan en ellos una imagen de lo que ellos mismos habrían podido llegar a ser o quizás aún puedan llegar a ser. Ese tipo de personalidad hace surgir en la gente alguna esperanza acerca del mundo en general y una mayor confianza en la bondad.

He concluido este trabajo con una referencia a la importancia del carácter porque opino que este constituye el fundamento para toda realización humana. El efecto de un buen carácter sobre los demás está en la raíz de todo desarrollo social sano.

Post scriptum

En ocasión de discutir mis criterios sobre el desarrollo del carácter con un antropólogo, este rechazó mi supuesto de una base general para el desarrollo del carácter. Adujo que en su experiencia de trabajo de campo había encontrado una evolución del carácter completamente distinta. Por ejemplo, había trabajado en una comunidad donde se consideraba admirable estafar a los demás. También describió, respondiendo a algunas de mis preguntas, que en la misma comunidad la misericordia para con un enemigo constituía un signo de debilidad. Le pregunté si no había alguna circunstancia en la que se exhibiera cierta misericordia. Me replicó que si una persona lograba colocarse detrás de una mujer en forma tal que quedara cubierto hasta cierto punto por su pollera, se le perdonaba la vida. Ante algunas otras preguntas, me contó que si el enemigo lograba introducirse en la tienda de un hombre, no se lo mataba, y que también encontraba refugio en el interior de un santuario.

El antropólogo estuvo de acuerdo conmigo cuando sugerí que la tienda, la pollera y el santuario eran símbolos de la madre buena y protectora. También aceptó mi interpretación de que la protección materna incluía a un hermano odiado —el hombre oculto detrás de la pollera de la mujer— y que la prohibición de matar dentro de la propia tienda estaba vinculada a las normas de hospitalidad. Mi conclusión relativa a este último punto es que, fundamentalmente, la hospitalidad está relacionada con la vida familiar, con los lazos entre los hijos y, en particular, con la madre, pues, como sugerí antes, la tienda representa a la madre que protege a la familia.

Cito esta conversación para sugerir posibles vínculos entre culturas que parecen ser completamente distintas y para indicar que tales vínculos aparecen en la relación con el objeto original, la madre, cualesquiera que sean las formas en que las distorsiones del carácter se acepten y aun se admiren.

34. Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico (1960)

En este aporte me concentraré principalmente en la depresión como la experimenta el esquizofrénico paranoico. Mi primera posición surge de la afirmación, expresada en 1935[526], que la posición paranoide (que posteriormente denominé posición esquizo-paranoide) está vinculada a los procesos de disociación, y contiene los puntos de fijación para el grupo de las esquizofrenias, mientras la posición depresiva contiene los puntos de fijación para la enfermedad maníaco-depresiva. También sostuve, y aún sostengo, la opinión de que las angustias paranoides y esquizoides y los sentimientos depresivos, tal como pueden ocurrir en personas más normales bajo presión externa o interna, tienen su origen en estas posiciones tempranas, las que se reviven en tales situaciones.

La conexión frecuentemente observada entre los grupos de enfermedades esquizofrénicas y maníaco-depresivas puede explicarse, en mi opinión, por el vínculo evolutivo que existe en la primera infancia entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva. Las angustias persecutorias y los procesos de división, característicos de la posición esquizo-paranoide, persisten, aunque distintos en intensidad y forma, en la posición depresiva. Las emociones de depresión y de culpa, que se desarrollan más ampliamente en la etapa cuando surge la posición depresiva, operan ya (según mis conceptos más recientes) en cierta medida durante la fase esquizoparanoide. El vínculo entre estas dos posiciones —con todos los cambios en el yo que ellas implican— es que ambas son resultado de la lucha entre los instintos de vida y de muerte. En la más temprana de las dos etapas (que abarca los primeros tres o cuatro meses de vida) las angustias que surgen de esta lucha asumen una forma paranoide y el yo, aún incoherente, está obligado a intensificar los procesos de división. Con el creciente poder del yo surge la posición depresiva. Durante esta etapa disminuyen las angustias paranoides y los mecanismos esquizoides y toma más fuerza la angustia depresiva. Aquí, nuevamente, se puede ver la

actuación del conflicto entre los instintos de vida y de muerte. Los cambios que han acontecido son el resultado de alteraciones en los estados de fusión entre los dos instintos. Ya en la primera fase el objeto primario, la madre, se internaliza en sus aspectos bueno y malo. A menudo he sostenido que, a menos que el objeto bueno llegue a ser por lo menos en algún grado una parte del yo, la vida no puede continuar. La relación con el objeto bueno, sin embargo, cambia en el segundo trimestre del primer año, y la conservación de este objeto bueno es esencial en las angustias depresivas. Los procesos de división también se modifican. Mientras hay en el comienzo una división entre el objeto bueno y el malo, esto ocurre juntamente con gran fragmentación tanto del yo como del objeto. A medida que se aminoran los procesos de fragmentación, avanza más al primer plano la división entre el objeto dañado o muerto y el vivo. La disminución de la fragmentación y el enfoque sobre el objeto corren paralelos como pasos hacia la integración, que implica una fusión creciente de los dos instintos y en la cual predomina el instinto de vida.

A continuación presentaré algunas indicaciones para explicar por qué los rasgos depresivos en los esquizofrénicos paranoides no se experimentan en una forma tan fácilmente reconocida como en los estados maníaco-depresivos, y sugeriré algunas explicaciones de la diferencia en el carácter de la depresión tal como se experimenta en estos dos grupos de enfermedades. Anteriormente yo colocaba el énfasis sobre la distinción entre la angustia paranoide, que definía como centrada en la conservación del yo, y la angustia depresiva, que se concentra en la conservación del objeto bueno internalizado y externo. Ahora veo que esta distinción es demasiado esquemática, pues hace muchos años que sostengo el punto de vista de que desde los comienzos de la vida postnatal la internalización del objeto es la base del desarrollo. Esto implica que algún grado de internalización del objeto bueno ocurre también en el esquizofrénico paranoide. Desde el nacimiento en adelante, sin embargo, en un yo carente de fuerza y sujeto a procesos violentos de escisión, la internalización del objeto bueno difiere en carácter y en fuerza de la del maníaco-depresivo. Es menos permanente, menos estable y no permite una suficiente identificación con él. No obstante, puesto que alguna internalización del objeto indudablemente ocurre, la angustia en interés del yo —es decir, la angustia paranoide— incluye también, de manera inevitable, cierto grado de preocupación por el objeto.

Hay otro punto nuevo para agregar: la angustia depresiva y la culpa (definida por mi como experimentada en relación con el objeto bueno

internalizado), en la medida en que ocurren ya en la posición esquizo-paranoide, se refieren también a una parte del yo; a saber, aquella parte que —en el sentir del sujeto— contiene el objeto bueno y es en consecuencia la parte buena. Es decir, la culpa del esquizofrénico se refiere a la destrucción de algo bueno dentro de él y también el debilitamiento de su yo por los procesos de división.

Hay una segunda razón por la cual el sentimiento de culpa es experimentado por el esquizofrénico en una forma muy particular, y difícil por lo tanto de discernir. Debido a los procesos de fragmentación —permítaseme recordar aquí la capacidad que poseía Schreber de dividirse en sesenta almas— y a la violencia con que se realiza esta división en el esquizofrénico, la angustia depresiva y la culpa son apartadas con fuerza del resto de la psique. Mientras la angustia paranoide se experimenta en la mayoría de las partes del yo subdividido y por lo tanto predomina, la culpa y la depresión solo se experimentan en algunas partes que el esquizofrénico siente como fuera de su alcance, hasta que el análisis las trae a la conciencia.

Además, ya que la depresión es principalmente un resultado de la integración del objeto bueno y malo y corre con una mayor integración del yo, el carácter de la depresión en el esquizofrénico difiere inevitablemente de la del maníaco-depresivo.

Una tercera razón por la cual es tan difícil detectar la depresión en el esquizofrénico es que utiliza la identificación proyectiva, que en él es muy fuerte, para proyectar la depresión y la culpa sobre un objeto —durante el procedimiento analítico, principalmente en el analista—. Puesto que a la identificación proyectiva sucede la reintroyección, la tentativa de una proyección duradera de la depresión no logra éxito.

Casos interesantes que ejemplifican la manera como la identificación proyectiva es utilizada por los esquizofrénicos ante la depresión han sido presentados por Hanna Segal en un trabajo reciente (1956). En dicho trabajo la autora ilustra el proceso de mejoría en los esquizofrénicos por el análisis de las capas profundas, lo que ayuda a disminuir la división y la proyección y a acercarse en consecuencia a la posición depresiva, con la culpa y el impulso a la reparación que entonces sobrevienen.

Es únicamente en el análisis de las capas profundas de la psique que hallamos en el esquizofrénico sus sentimientos de desesperanza por sentirse confuso y despedazado. La continuación del análisis nos permite, en algunos casos, lograr acceso al sentimiento de culpa y depresión, al sentirse el paciente dominado por impulsos destructivos y por sentir que se ha destruido

a sí mismo y a su objeto bueno por los procesos de división. Tal vez hallemos que, como defensa contra este dolor, la fragmentación vuelve a ocurrir; es solo por la experiencia repetida de este dolor y su análisis que se puede lograr el progreso.

Quisiera referirme aquí muy brevemente al análisis de un chico de nueve años, muy enfermo, que era incapaz de aprender y estaba profundamente perturbado en sus relaciones objetales. En una sesión experimentó agudamente un sentimiento de desesperanza y culpa por haberse fragmentado a sí mismo y haber destruido lo bueno en él. Surgió entonces su cariño por su madre, como también su incapacidad de expresarlo. En ese instante sacó del bolsillo su amado reloj, lo tiró al suelo y lo pisoteó hasta hacerlo añicos. Esto significaba que tanto expresaba como repetía la fragmentación de su si-mismo. Yo extraería ahora la conclusión de que esta fragmentación apareció también como defensa contra el dolor de la integración. He tenido experiencias similares en el análisis de adultos, con la diferencia de que no se expresaban destruyendo una propiedad querida.

Si la tendencia a reparar es movilizada por el análisis de los impulsos destructivos y del proceso de división, puede avanzarse hacia la mejoría, y a veces hacia la cura. Los medios de fortalecer el yo, de posibilitar que el esquizofrénico experimente su propia bondad y la del objeto, que habían sido separadas por división, están basados en deshacer el proceso de división en cierta medida y disminuir así la fragmentación, lo cual significa que las partes perdidas del sí-mismo se le vuelven más accesibles. En contraste, creo que aunque son útiles los métodos terapéuticos de ayudar al esquizofrénico facilitándole la realización de actividades constructivas, estas no son tan duraderas como el análisis de las capas profundas de la psique y de los procesos de división.

35. Sobre la salud mental (1960)

La base de la salud mental es una personalidad bien integrada. Comenzaré enunciando algunos elementos de una personalidad bien integrada: madurez emocional, fuerza de carácter, capacidad de manejar emociones conflictivas, equilibrio entre la vida interior y la adaptación a la realidad y una fusión exitosa entre las distintas partes de la personalidad.

Las fantasías y deseos infantiles persisten en cierto grado aun en una persona emocionalmente madura. Si estas fantasías y deseos han sido exitosamente elaborados y experimentados libremente, en primer lugar en los juegos infantiles, son fuente de intereses y actividades que enriquecen la personalidad. En cambio, si el agravio por deseos insatisfechos sigue siendo muy fuerte y su elaboración se ve dificultada, se perturban las relaciones personales y el placer proveniente de otras fuentes, se hace difícil aceptar los sustitutos adecuados a etapas posteriores del desarrollo y se deteriora el sentido de realidad.

Aun si el desarrollo es satisfactorio y se logra placer de diversas fuentes, en las capas profundas de la mente hallamos cierto sentimiento de dolor por los placeres irremisiblemente perdidos y las posibilidades irrealizables. Si bien gente de edad media experimenta conscientemente la pena de que la infancia y la juventud nunca volverán, encontramos en su psicoanálisis que lo añorado también es la temprana infancia y sus placeres. La madurez emocional significa que estos sentimientos de pérdida pueden ser contrarrestados hasta cierto punto por la capacidad de aceptar sustitutos y que las fantasías infantiles no perturban la vida emocional adulta. Poder disfrutar de los placeres que están a nuestro alcance en cada momento vital se relaciona con una relativa libertad de resquemores y envidia. Por consiguiente, poder contentarse vicariamente a determinada edad con los placeres que obtiene la gente joven, particularmente nuestros hijos y nietos, es un signo de madurez emocional. Otra fuente de gratificación, aun antes de la ancianidad, es la riqueza de los recuerdos que mantienen vivo al pasado.

La fortaleza del carácter está basada en procesos muy tempranos. La relación con la madre es la primera y fundamental, aquella en la que el niño experimenta amor y odio por primera vez. No solo es un objeto externo sino que el niño internaliza (introyecta, diría Freud) aspectos de su personalidad. Si los aspectos buenos de la madre introyectada dominan a los frustrantes, esta madre internalizada deviene la base de la fortaleza del carácter, porque el yo puede desarrollar así sus potencialidades; puesto que si ella se experimenta como madre que guía y protege pero no domina, la identificación con ella hace posible la paz interior. El éxito de esta primera relación se extiende a la relación con otros miembros de la familia, en primer lugar con el padre, y se refleja luego en las actitudes adultas, tanto en el círculo familiar como hacia la gente en general.

La internalización de los padres buenos y la identificación con ellos subyace a la lealtad hacia la gente y los ideales y a la capacidad de hacer sacrificios por las propias convicciones. La lealtad hacia lo que se ama o hacia lo que se cree justo implica que los impulsos hostiles y la angustia asociada, que nunca son totalmente eliminados, se han volcado hacia aquellos objetos que hacen peligrar lo que se siente bueno. Este proceso nunca se lleva a cabo totalmente y persiste la angustia de que la destructividad pueda hacer peligrar los objetos buenos internalizados así como los externos.

Muchas personas aparentemente equilibradas no tienen fuerza de carácter. Eluden los conflictos internos y externos, tratando de llevar una vida fácil. Por consiguiente, tienden hacia lo expeditivo y al éxito sin desarrollar convicciones arraigadas.

Sin embargo, si un carácter fuerte no está mitigado por la consideración hacia el prójimo, no es una característica de una personalidad equilibrada. Nuestra experiencia del mundo se enriquece con la comprensión, compasión, simpatía y tolerancia hacia los demás y nos hace sentir más seguros internamente y menos solos.

El equilibrio depende de nuestra comprensión de la variedad de nuestros impulsos y sentimientos contradictorios y de nuestra capacidad de resolver estos conflictos internos.

Otro aspecto del equilibrio es la adaptación al mundo externo, adaptación que no interfiera con la libertad de nuestras emociones y pensamientos. Esto implica interacción; la vida interior siempre influye en las actitudes hacia la realidad externa y a su vez es influida por las adaptaciones a la realidad. El niño, desde un comienzo, internaliza sus primeras experiencias y a la gente que lo rodea, y estas internalizaciones influyen en su vida interior. Si la

bondad del objeto predomina a lo largo de esos procesos y forma parte de la personalidad, su actitud hacia experiencias que provienen del mundo externo es a su vez favorablemente influida. No es necesariamente un mundo perfecto el que percibe dicho niño, pero por cierto es un mundo mucho más valioso porque su situación interna es mucho más feliz. Una interacción exitosa de este tipo contribuye al equilibrio y a la buena relación con el mundo externo.

El equilibrio no significa evitar conflictos; implica la fuerza para tolerar emociones dolorosas y poder manejarlas. Si disociamos excesivamente las emociones dolorosas, restringimos la personalidad y provocamos inhibiciones variadas. Particularmente, la represión de la vida de fantasía tiene gran repercusión en el desarrollo porque inhibe el talento y el intelecto; también impide la apreciación de las realizaciones de otra gente y el placer que de ello deriva. La falta de goce en el trabajo y el descanso, en la relación con otra gente, vacía la personalidad y despierta angustia e insatisfacción. Dicha angustia es tanto persecutoria como depresiva, y si es excesiva constituye la base de la enfermedad mental.

El hecho de que algunas personas vivan sin mayores apremios, en especial si son exitosas, no excluye su labilidad respecto de la enfermedad mental, si no han enfrentado nunca exitosamente sus conflictos profundos. Estos pueden hacerse sentir en ciertas fases críticas como la adolescencia, la edad media o la vejez. La gente mentalmente sana tiene en cualquier época de la vida más posibilidades de mantenerse equilibrada y además depende mucho menos del éxito externo.

De mi descripción se desprende que la salud mental no es compatible con la superficialidad, puesto que esta se vincula con la renegación del conflicto interior y de las dificultades externas. Se utiliza la renegación de manera excesiva porque el yo no es suficientemente fuerte para tolerar el dolor. Aunque en ocasiones la renegación pueda formar parte de una personalidad normal, si es predominante lleva a la superficialidad, pues impide la comprensión de la vida interior y, por consiguiente, un verdadero conocimiento de los demás. Se pierde la satisfacción de dar y recibir, de experimentar gratitud y de ser generoso.

La inseguridad que subyace a una renegación intensa, también es causa de la falta de confianza en sí mismo, porque inconscientemente una comprensión insuficiente da como resultado el desconocimiento de partes de la personalidad. El hecho de volcarse en el mundo externo es un escape de dicha inseguridad; sin embargo, si surgen fracasos en los logros o en las relaciones con los demás, dichos individuos son incapaces de tolerarlos.

Por contraste, la persona capaz de experimentar profundamente el dolor cuando llega, también es capaz de compartir la pena y el infortunio ajenos. Asimismo no se verá abrumando por dicha pena o infelicidad y podrá recuperar y mantener el equilibrio, todo lo cual forma parte de la salud mental. Las primeras experiencias en compartir el dolor de los demás se vinculan a aquellos más cercanos al niño, sus padres y hermanos. Quienes pueden comprender como padres los conflictos de sus hijos y sus tristezas tendrán un profundo conocimiento de las complejidades de la vida interior del niño, y también podrán compartir plenamente sus placeres y gozar de una íntima relación con él.

Los esfuerzos para lograr éxito externo son compatibles con un carácter fuerte si no se transforman en el centro de satisfacción de la vida. De mi observación se desprende que si ese es el principal objetivo y no se desarrollan las otras actitudes que he descrito, el equilibrio mental es inseguro. Las satisfacciones externas no reemplazan la paz interior. Esta solo se logra si se reducen los conflictos internos y por consiguiente se ha instaurado la confianza en sí mismo y en los demás. Si falta esa tranquilidad de espíritu, el individuo puede responder a cualquier fracaso externo con fuertes sentimientos de persecución y privación.

A lo largo de mi descripción de la salud mental he mostrado su naturaleza compleja y multiforme, pues, como ya he señalado, se basa en el interjuego entre las fuentes fundamentales de la vida mental —los impulsos de amor y de odio—, interacción donde predomina la capacidad de amar.

Para esclarecer los orígenes de la salud mental, describiré sucintamente la vida emocional del bebé y del niño. La buena relación del bebé con la madre, la alimentación, el amor y el cuidado que ella le provee, son la base de un desarrollo emocional estable. Sin embargo, aun en este momento tan temprano y bajo las circunstancias más favorables, el conflicto entre el amor y el odio, o como diría Freud, entre los impulsos destructivos y la libido, desempeña un importante papel en esta relación. Las frustraciones, que en cierto grado son inevitables, refuerzan el odio y la agresividad. Por frustración no solo quiero decir que el niño no es alimentado cuando lo desea; pues descubrimos más tarde, en el análisis, que existen deseos inconscientes, no siempre perceptibles en la conducta del bebé, que se centran en la continua presencia de la madre y en su amor exclusivo. La avidez y los deseos mayores que los que cualquier situación externa pueda satisfacer forman parte de la vida emocional del bebé. Además, junto a los impulsos destructivos el bebé experimenta sentimientos de envidia, los que refuerzan su avidez e interfieren

en su capacidad de gozar de las satisfacciones disponibles. Los sentimientos destructivos hacen surgir el temor a la retaliación y persecución, y este es el primer tipo de angustia que experimenta el bebé.

Esta lucha da como resultado que en la medida en que el bebé quiere preservar los aspectos amados de la madre buena, internos y externos, debe disociar el amor del odio y mantener la división de la madre en una buena y una mala. Esto le permite lograr un cierto grado de seguridad en su relación con la madre amada y, por consiguiente, desarrollar su capacidad de amar. Si la disociación no es muy profunda y no impide más tarde la integración y la síntesis, el niño podrá desarrollarse normalmente y tener una buena relación con la madre.

He mencionado que los sentimientos de persecución son la primera forma de la angustia, pero también esporádicamente se experimentan sentimientos depresivos desde el comienzo de la vida. Se refuerzan a medida que crece el yo y se afirma el sentido de la realidad, y predominan en la segunda mitad del primer año de vida (posición depresiva). En ese estadío el bebé experimenta plenamente la angustia depresiva y el sentimiento de culpa en relación con sus impulsos agresivos hacia la madre amada. Muchos de los problemas de diversa gravedad que surgen en los bebés, tales como: perturbaciones en el dormir, en la alimentación, incapacidad de gozar, exigencias de permanente atención y de la presencia de la madre, son el resultado de este conflicto. Más adelante otro resultado incrementa las dificultades en adaptarse a las demandas del crecimiento.

Juntamente con el sentimiento de culpa más desarrollado se experimenta el deseo de reparar, y esa tendencia alivia al bebé porque al complacer a la madre siente que anula el daño que en sus fantasías agresivas le ha ocasionado. Por más primitiva que sea esta capacidad en el bebé, satisfacer este deseo de reparación es uno de los factores principales entre los que lo ayudan a superar en parte su depresión y su culpa. Si no puede expresar su reparación o no puede experimentarla, lo que significaría que su capacidad de amor no es lo suficientemente fuerte, el bebé deberá recurrir a una mayor disociación. Esto dará como resultado que aparezca como excesivamente bueno y sumiso. Pero además sus dotes y virtudes se verán perturbadas, pues serán frecuentemente reprimidas junto con los sentimientos dolorosos que subyacen a sus conflictos. Es decir, que si el bebé no puede experimentar conflictos dolorosos también está perdiendo otras cosas importantes en otros sentidos, como ser el desarrollo de otros intereses, la capacidad de apreciar a la gente y de experimentar otros placeres variados.

Pese a todas estas dificultades internas y externas, el bebé encuentra normalmente la manera de resolver estos conflictos básicos, y esto le permite más adelante experimentar alegría y gratitud por la felicidad recibida. Si tiene la suerte de tener padres comprensivos, sus problemas serán menores; por otra parte, una crianza demasiado permisiva o estricta aumentará sus dificultades. La capacidad de resolver sus conflictos se desarrolla a lo largo de la adolescencia y la adultez y es la base de la salud mental. Por consiguiente, la salud mental no es tan solo un producto de la personalidad madura, sino que en cierto modo se aplica a cada momento del desarrollo del individuo.

He mencionado la importancia del ambiente del niño, pero este es solo un aspecto de un complejo interjuego entre factores externos e internos. Por factores internos entiendo que algunos niños, desde un comienzo, tienen mayor capacidad de amor que otros, lo que está ligado a un yo más fuerte, y que su vida de fantasía es más rica y permite el desarrollo de todas sus dotes. Por lo tanto podemos hallar niños que, aun en condiciones favorables, no adquieren el equilibrio que forma la base de la salud mental, mientras que otros, en circunstancias desfavorables, si lo obtienen.

Ciertas actitudes prominentes en los primeros estadios del desarrollo continúan en cierto grado en la vida adulta. Solo si son modificados de manera suficiente es posible la salud mental. Por ejemplo, el bebé tiene sentimientos de omnipotencia que hacen que sus impulsos de amor y de odio le parezcan muy poderosos. Fácilmente podemos observar en el adulto remanentes de esta actitud, aunque la mejor adaptación a la realidad disminuye normalmente el sentimiento de que lo que uno ha deseado se ha cumplido.

Otro factor en el desarrollo temprano es la renegación de lo doloroso, lo que podemos observar también en la vida adulta. La tendencia a idealizar el objeto y a sí mismo es el resultado de la necesidad del niño de disociar lo bueno de lo malo, tanto en sí mismo como en sus objetos. Hay una íntima correlación entre la necesidad de idealizar y la angustia persecutoria. La idealización tiene el efecto de reasegurar, y en tanto prosigue operando en el adulto sirve al fin de contrarrestar las angustias persecutorias. El temor a los enemigos y a los ataques hostiles se mitiga incrementando la creencia en la bondad de la gente.

Cuanto más se hayan modificado esas actitudes en la infancia y en la adultez, mayor será el equilibrio mental. Cuando el juicio no está obnubilado por la angustia persecutoria y la idealización, entonces es posible una evaluación madura.

Como las actitudes descritas nunca son superadas completamente, desempeñan un papel en las variadas defensas que utiliza el yo para combatir la angustia. Por ejemplo, la disociación es un modo de preservar el objeto bueno y los impulsos buenos contra los peligrosos y terroríficos, impulsos destructivos que crean objetos retaliatorios, y este mecanismo es reforzado siempre que se incrementa la angustia.

Al analizar niños, también he hallado que refuerzan mucho la omnipotencia cuando están asustados. La proyección y la introyección, procesos básicos, son además mecanismos que pueden ser utilizados defensivamente. El niño se siente malo y trata de escapar a la culpa atribuyendo su propia maldad a los demás, lo que significa que refuerza sus angustias persecutorias. Una manera en que utiliza la introyección como defensa es meter dentro de sí objetos que se espera que protegerán contra los objetos malos. Un corolario de la angustia persecutoria es la idealización, pues cuanto mayor es la persecución, mayor será la necesidad de idealizar. La madre idealizada deviene una ayuda contra la persecutoria. También está ligado a todas estas defensas cierto elemento de renegación, porque es el medio de lidiar con toda situación dolorosa o atemorizante.

A medida que se desarrolla el yo, más intrincadas y exitosas son las defensas, pero también son menos rígidas. Cuando la comprensión no es obstaculizada por las defensas, es posible lograr la salud mental. Una persona sana mentalmente puede darse cuenta de su necesidad de ver las situaciones displacenteras a una luz más favorable y corregir su tendencia a embellecerías. De ese modo está menos expuesta a la dolorosa experiencia de la ruptura de la idealización y al predominio consiguiente de las angustias depresivas y persecutorias. Por lo tanto, es más capaz de manejar las experiencias dolorosas derivadas del mundo externo.

Un elemento importante de la salud mental que aún no he tratado es la integración, la que se expresa por medio de la fusión de las diferentes partes del sí-mismo. La necesidad de integración deriva del sentimiento inconsciente de que partes de uno mismo son desconocidas, de una sensación de empobrecimiento a causa de verse privado de ciertas partes. Esta sensación de partes desconocidas de uno mismo urge a la integración. Más aun, la necesidad de integración deriva del conocimiento inconsciente de que el odio solo puede ser mitigado por el amor, y que si ambos se mantienen separados es imposible el alivio. Pese a esa tendencia, la integración siempre implica dolor, porque el odio disociado y sus consecuencias son muy difíciles de enfrentar, y la incapacidad de tolerar este dolor renueva la tendencia a

disociar las partes amenazantes y perturbadoras de los impulsos. En una persona normal, pese a estos conflictos se puede llevar a cabo gran parte de la integración, y cuando esta es perturbada por motivos externos o internos, la persona normal puede volver a lograrla. La integración también tiene el efecto de crear la tolerancia hacia nuestros impulsos y, por lo tanto, hacia los defectos ajenos. La experiencia me demuestra que nunca existe una integración completa, pero cuanto más uno se acerca a ella mayor será la comprensión de los impulsos y las angustias, más fuerte será el carácter y mayor el equilibrio mental.

36. Algunas reflexiones sobre «la orestiada» (1963)

El siguiente estudio está basado en la famosa traducción de La Orestíada, realizada por Gilbert Murray. El enfoque central que me propongo adoptar al examinar esta trilogía es el de la diversidad de roles simbólicos que encarnan los personajes.

Pero antes de entrar en materia, me parece útil hacer una breve reseña de las tres obras. En la primera de ellas, Agamenón, el héroe, regresa victorioso luego del saqueo de Troya y es recibido por Clitemnestra, su esposa, quien se deshace en falaces demostraciones de elogio y admiración, y logra persuadirlo de que entre al palacio caminando sobre un valioso tapiz de púrpura que ella ha mandado colocar. Existen en la trilogía algunas insinuaciones en el sentido de que se trata del mismo tapiz que Clitemnestra utiliza más tarde, a modo de red, para envolver a Agamenón en el baño, inmovilizarlo y darle muerte con su hacha de armas. Inmediatamente después, ella comparece triunfante ante los Ancianos e intenta justificar su crimen alegando que con él ha vengado la muerte de Ifigenia, a la que Agamenón había mandado inmolar a los dioses a fin de contar con vientos favorables durante su travesía a Troya. Sin embargo, el dolor por la pérdida de su hija no es el único móvil que impulsa a Clitemnestra a asesinar a su marido: durante su ausencia, ella ha tomado por amante a Egisto, el peor enemigo de Agamenón, y, por consiguiente, se enfrenta al temor que le inspira la venganza de este. Es evidente que la única alternativa que le queda es matar a su marido, pues de lo contrario serán ella y su amante quienes perezcan. Al margen de estas motivaciones, da la impresión de que Clitemnestra odia intensamente a su marido, lo cual se pone de manifiesto con toda claridad cuando, llena de jactancia, proclama ante los Ancianos que lo ha asesinado. Muy pronto, estos sentimientos de exaltación dan paso a la depresión; Clitemnestra disuade a Egisto cuando este se dispone a hacer uso de la violencia para acallar la oposición de los Ancianos, y le hace la siguiente súplica: «Basta ya de muertes, no más ensangrentarnos».

La segunda parte de la trilogía, Las Coéforas, está dedicada a Orestes, alejado por su madre cuando era muy pequeño. La obra se inicia con una

escena en la que Orestes reencuentra a su hermana Electra junto al túmulo funerario del padre de ambos. Esta, quien abriga una encarnizada hostilidad contra su madre, llega allí con las esclavas a ofrecer libaciones sobre la tumba de Agamenón. Clitemnestra misma las ha enviado con ese fin después de tener un sueño horripilante que la estremece de espanto. Es el Coro de estas esclavas portadoras de libaciones el que insinúa a Electra y a Orestes que, para que la venganza sea completa, es preciso matar, no solo a Egisto, sino también a Clitemnestra. Estas palabras no hacen más que ratificar el mandato que le fuera impuesto a Orestes por el Oráculo de Delfos, mandato que, en última instancia, procedía del mismo Apolo.

Orestes se hace pasar por un caminante extranjero y, en compañía de su amigo Pílades, va a palacio donde, confiando en no ser reconocido, le anuncia a Clitemnestra que Orestes ha muerto. Si bien esta da rienda suelta a su dolor, no parece estar plenamente convencida de la veracidad de la noticia; prueba de ello es que manda llamar a Egisto con la advertencia expresa de que acuda escoltado por su guardia. El Coro de Esclavas convence a la portadora del mensaje que suprima esta última advertencia; Egisto llega solo y desarmado, y Orestes lo ultima. Un siervo informa a Clitemnestra de la muerte de Egisto, y ella misma se siente en peligro y pide que le traigan su hacha de armas. Orestes, efectivamente, amenaza con matarla, y ella, en lugar de resistirse, le suplica que le perdone la vida. También le previene que las Erinias lo castigarán si consuma su crimen. Orestes hace caso omiso de las advertencias de su madre y la mata, y las Erinias se le aparecen de inmediato.

Han transcurrido varios años cuando se inicia la tercera obra (Las Euménides), años en los que Orestes se ha visto acosado por las Erinias, debiendo permanecer alejado de su patria y del trono de su padre. Su meta es llegar a Delfos; donde espera ser perdonado. Allí lo encontramos en la primera escena de la obra, en la que Apolo le aconseja que recurra a Atena, diosa que simboliza la justicia y la sabiduría. Atena dispone que se forme un tribunal, compuesto por los hombres más sabios de Atenas, ante el cual deponen Apolo, Orestes y las Erinias. El número de votos en favor de Orestes iguala al de los que le son adversos, pero Atena, que posee el voto decisivo, inclina la balanza en favor de Orestes obteniendo así su absolución. En el curso del proceso, las Erinias proclaman obstinadamente que Orestes debe ser castigado y que no tienen la menor intención de abandonar su presa. Atena trata de apaciguarías proponiéndoles compartir con ellas su poder sobre Atenas y asegurándoles que allí serán honradas para siempre como guardianas de la ley y el orden. Estas promesas y argumentos provocan un cambio en las

Erinias, quienes a partir de ese momento se convierten en las Euménides, las «benévolas»; aceptan que Orestes sea absuelto y este regresa a su ciudad natal para convertirse en sucesor de su padre.

Antes de entrar a examinar aquellos aspectos de La Orestíada que encuentro particularmente interesantes, quisiera exponer una vez más algunos de mis hallazgos acerca del desarrollo temprano. En el curso del análisis de niños de corta edad, descubrí que un superyó implacable y persecutorio coexiste con la relación con los padres amados e incluso idealizados. Retrospectivamente, encontré que durante los primeros meses de vida, cuando los impulsos destructivos, la proyección y la escisión están en su apogeo, la vida emocional del bebé está plagada de figuras terroríficas y persecutorias, las cuales representan los aspectos terribles de la madre y amenazan al niño con toda la maldad que este, en sus momentos de odio y de rabia, dirige contra su objeto primario. Aunque el amor por la madre sirve para contrarrestar a estas figuras, ellas son fuente de intensas ansiedades[527]. Desde el principio, la introyección y la proyección son operativas y constituyen la base para la internalización del objeto primero y fundamental: el pecho materno y la misma madre, tanto en sus aspectos más temidos como en sus aspectos buenos. Dicha internalización constituye la base del superyó. Intenté demostrar que incluso el niño que tiene una relación cariñosa con la madre experimenta también, inconscientemente, el terror de ser devorado, despedazado y destruido por ella[528]. Estas ansiedades, si bien modificadas por un creciente sentido de la realidad, persisten en mayor o menor grado a lo largo de la temprana infancia. Las ansiedades persecutorias de esta naturaleza forman parte de la posición esquizo-paranoide que caracteriza a los primeros meses de vida. Esta posición incluye cierta dosis de retraimiento esquizoide, como también fuertes impulsos destructivos (que, al ser proyectados, engendran objetos persecutorios), y una disociación de la figura materna en una parte muy mala y otra buena e idealizada. Existen otros innumerables procesos de escisión, tales como la fragmentación y un fuerte impulso a relegar las figuras terroríficas a los estratos más profundos del inconsciente[529]. Entre los mecanismos que predominan durante este período figura la negación de todas las situaciones que provocan temor, mecanismo que está vinculado a la idealización. A partir del estadío más temprano, estos procesos se ven reforzados por repetidas experiencias de frustración, que nunca se pueden evitar por completo.

Es inherente a la situación de ansiedad del bebé el que le resulte imposible escindir y apartar totalmente a estas figuras terroríficas; además, la

proyección del odio y los impulsos destructivos se logra solo en cierta medida, y la división entre la madre amada y la madre odiada no puede mantenerse demasiado. Así, el bebé no consigue eludir del todo los sentimientos de culpa, si bien estos son solo fugaces durante las etapas tempranas.

Todos estos procesos están ligados a la tendencia del bebé a la formación de símbolos y forman parte de su fantasía inconsciente. Frente al impacto de la ansiedad, la frustración y su escasa capacidad para expresar lo que siente hacia sus objetos amados, se ve obligado a transferir sus emociones y ansiedades a los objetos que lo rodean, comenzando por partes de su propio cuerpo y también partes del cuerpo de su madre.

Los conflictos que el bebé experimenta desde su nacimiento se originan en la lucha entre los instintos de vida y los instintos de muerte, los cuales se expresan a través del conflicto entre los impulsos del amor y los de destrucción. Ambos adoptan múltiples formas y tienen numerosas ramificaciones. Así, por ejemplo, el resentimiento acrecienta los sentimientos de deprivación que nunca faltan en la vida de todo bebé. Al tiempo que la capacidad de la madre de alimentar al bebé constituye una fuente de admiración, la envidia de tal capacidad estimula poderosamente los impulsos destructivos. Es propio de la envidia el hecho de que su meta sea dañar y destruir la creatividad de la madre, de la que, al mismo tiempo, depende el bebé, y esta dependencia no hace sino reforzar el odio y la envidia. Tan pronto se inicia la relación con el padre, aparecen sentimientos de admiración por la fuerza y la potencia de aquel, lo cual nuevamente desemboca en la envidia. Las fantasías de invertir la situación temprana y triunfar sobre los padres son componentes básicos de la vida emocional del bebé. Los impulsos sádicos de naturaleza anal, uretral y oral se expresan a través de estos sentimientos hostiles dirigidos contra los padres, sentimientos que, a su vez, suscitan una mayor persecución y temor a la retaliación de los padres.

He comprobado que las frecuentes pesadillas y fobias de niños de corta edad son fruto del terror experimentado hacia padres persecutorios, quienes, por conducto de la internalización, sirven de base para el despiadado superyó. Es un hecho sorprendente que los niños, pese al amor y la devoción que reciben de sus padres, alberguen figuras internalizadas amenazadoras; como ya he señalado, encontré la explicación de dicho fenómeno en la proyección que el niño hace de su propio odio en los padres, odio que se intensifica por el resentimiento de saberse sometido a ellos. En una época, este punto de vista parecía contradecir el concepto de Freud de que el principal origen del

superyó era la introyección de padres punitivos y coercitivos; posteriormente Freud estuvo de acuerdo con mi idea de que el odio y la agresividad del niño, proyectados en los padres, desempeñan un papel importante en el desarrollo del superyó.

A lo largo de mi trabajo, llegué a comprender con mayor claridad que la idealización de los padres no es otra cosa que el corolario de los aspectos persecutorios de los padres internalizados. Desde su nacimiento, impulsado por el instinto de vida, el bebé introyecta también un objeto bueno, objeto que tiende a idealizar presionado por la ansiedad, lo cual repercute sobre el desarrollo del superyó. En este sentido, recordamos el concepto de Freud, expresado en su artículo «El humor» (1928), que afirma que la actitud bondadosa de los padres se incorpora al superyó del bebé.

Cuando la ansiedad persecutoria está todavía en su apogeo, los tempranos sentimientos de culpa y depresión son vividos, en alguna medida, como persecución. Gradualmente, con el fortalecimiento creciente del yo, la mayor integración y los progresos realizados en la relación con objetos totales, la ansiedad persecutoria va perdiendo fuerza y comienza a predominar la ansiedad depresiva. La mayor integración implica que el odio se vea mitigado, en alguna medida, por el amor, que la capacidad de amar gane en intensidad, y que la disociación entre los objetos odiados (y por consiguiente terroríficos) y los objetos amados, disminuya. Los sentimientos fugaces de culpa, unidos a la sensación de no poder impedir que los impulsos destructivos dañen a los objetos amados, se acrecientan y resultan cada vez más penosos. He denominado a esta fase la posición depresiva, y mi experiencia psicoanalítica con niños y adultos ha confirmado mi teoría de que el pasaje a través de la posición depresiva entraña experiencias sumamente dolorosas. Sería imposible entrar a examinar aquí las múltiples defensas que un yo más fuerte desarrolla para manejar la depresión y la culpa.

Durante esta etapa, el superyó se percibe como conciencia moral: prohíbe las tendencias destructivas y asesinas, y fortifica la necesidad que tiene el niño de que sus padres reales lo guíen y le pongan límites. El superyó constituye la base de toda ley moral, la cual es común a toda la humanidad. Sin embargo, incluso en los adultos normales, en épocas de intensa presión interna y externa, los impulsos escindidos y apartados y las figuras temibles y persecutorias escindidas y apartadas reaparecen temporariamente y gravitan sobre el superyó, haciendo que las ansiedades que se experimentan en ese momento se asemejen bastante a los terrores del bebé, aun cuando adopten una forma distinta.

Cuanto más intensa es la neurosis del bebé, tanto más incapacitado se encuentra para efectuar el pasaje a la posición depresiva, y la elaboración de dicha posición se verá obstaculizada por cierta oscilación entre la ansiedad persecutoria y la depresiva. A lo largo de toda esta fase de desarrollo temprano es factible que se produzca una regresión a la fase esquizo-paranoide, al tiempo que un yo más fuerte y una mayor capacidad para tolerar el sufrimiento proporcionan al bebé un mayor percatamiento de esta realidad psíquica y le permiten elaborar la posición depresiva.

Las experiencias de sufrimiento, depresión y culpa, unidas a un mayor amor por el objeto, movilizan en el bebé la imperiosa necesidad de reparar, lo cual debilita la ansiedad persecutoria en relación con el objeto y, en consecuencia, hace que este se vuelva más confiable. Todos estos cambios, que se traducen en una actitud más esperanzada, están ligados a la menor severidad del superyó.

Si se consigue elaborar la posición depresiva —no solo durante su fase culminante sino a lo largo de toda la infancia y en la edad adulta—, el superyó se limitará principalmente a encauzar y controlar los impulsos destructivos, desvaneciéndose gran parte de su severidad. Cuando el superyó no es excesivamente severo, representa un apoyo y una ayuda para el individuo, puesto que fortalece los impulsos amorosos y fomenta la tendencia a la reparación. Encontramos una equivalencia bastante aproximada de este proceso interno en el estímulo que los padres brindan al bebé cuando este revela tendencias más constructivas y se relaciona mejor con su medio.

Antes de entrar a ocuparnos de la Orestíada y de las conclusiones que intento extraer de dicha trilogía en lo referente a la vida mental, quisiera referirme al concepto helénico de hubris. Según la definición de Gilbert Murray, «el pecado característico que cometen todas las criaturas, en tanto están dotadas de vida, se denomina en lenguaje poético Hubris, palabra que por lo común se traduce como “petulancia” o “arrogancia”… Hubris siempre ambiciona más y trata de alcanzarlo vorazmente, rompe barreras y corrompe el orden; es reemplazado por Dike, la Justicia, que se encarga de restablecer el orden. Este ritmo —Hubris-Dike, la Soberbia y su caída, Pecado y Castigo— es el que impera en la gran mayoría de los poemas filosóficos que son peculiares a la tragedia griega…».

En mi opinión, la hubris aparece como algo tan pecaminoso porque está basada en ciertas emociones que se viven como un peligro para los demás y para uno mismo. Dentro de estas emociones, una de las más importantes es la avidez, que se vive originalmente en relación con la madre y viene

acompañada de la amenaza de ser castigado por ella por haberla explotado tan abusivamente. La avidez está estrechamente relacionada con el concepto de Moira, que Gilbert Murray desarrolla en la Introducción. Moira representa la dote o destino que los dioses han asignado a cada uno de los hombres; cuando se la excede, sobreviene el castigo de los dioses. El temor a dicho castigo se remonta al hecho de que la avidez y la envidia se experimentan inicialmente en relación con la madre, a la que el bebé cree haber dañado con esos sentimientos y quien, merced a la proyección, se convierte interiormente para él en una figura ávida y cargada de resentimiento. Así, se la teme como si fuera una fuente de castigo, el arquetipo de Dios. Cualquier extralimitación con respecto a Moira se vive como algo estrechamente ligado a la envidia por las posesiones ajenas, y la secuela es que, merced a la proyección, surge el temor persecutorio de que los demás lleguen a envidiar y destruir las propias conquistas o posesiones.

«… Pocos hombres son de condición tal, que celebren la buena fortuna del amigo sin envidiarla. El mortal veneno de la envidia va infiltrándose en el corazón del que padece ese achaque y hácele que se doblen sus dolores. Siente sobre si el peso de sus propios males, que le ahoga, y angústiase a la vez, contemplando la dicha ajena[530]».

El triunfo sobre todos los demás, el odio, el deseo de destruir a los otros, de humillarlos, el placer que proporciona su destrucción por el hecho mismo de haberlos envidiado, todas estas tempranas emociones que se viven originalmente en relación con los padres y hermanos forman parte de la hubris. Ocasionalmente, todo bebé siente envidia y anhela poseer los atributos y capacidades, primero de la madre y luego del padre. Básicamente, la envidia está dirigida hacia el pecho de la madre y el alimento que ella es capaz de producir; en última instancia, hacia su creatividad. Uno de los efectos de la envidia muy intensa es el deseo de invertir la situación, de hacer que los padres se conviertan en bebés indefensos, y de que ello constituya una fuente de placer sádico. Cuando el bebé está dominado por estos impulsos hostiles y destruye interiormente la bondad y el amor de la madre, se siente no solo perseguido por ella sino también culpable y despojado de objetos buenos. Uno de los motivos por los que estas fantasías tienen una repercusión tan enorme sobre la vida emocional es que se las vive con sentido de omnipotencia, es decir, que en la mente del bebé es como si ya hubieran tenido lugar, o pudieran convertirse en realidad, y entonces él fuera responsable de todos los trastornos o enfermedades que padecieran sus

padres. Esto lleva a un constante temor a la pérdida, el cual intensifica la ansiedad persecutoria y subyace al temor al castigo en relación con hubris.

Posteriormente, es posible que la rivalidad y la ambición —que son elementos constitutivos de la hubris— se conviertan en profundos motivos de culpa si en ellos predominan la envidia y la destructividad. Esta culpa puede estar encubierta por la negación, pero detrás de esa negación seguirán operando los reproches que provienen del superyó. Yo me atrevería a sugerir que los procesos que acabo de descubrir constituyen la razón por la que, de acuerdo con las creencias helénicas, se vive a hubris como algo tan severamente prohibido y castigado.

El temor infantil de que el triunfo sobre los demás y la destrucción de sus capacidades pueda convertirlos en seres envidiosos y temibles, acarrea importantes consecuencias para la vida futura del bebé. Hay quienes logran manejar esta ansiedad inhibiendo su propio talento; Freud (1916) nos proporcionó una descripción del tipo de individuo que no puede tolerar el éxito porque le produce culpa, y asoció esta culpa en particular con el complejo de Edipo. En mi opinión, tales personas originalmente desearon eclipsar a la madre y destruir su fertilidad. Algunos de estos sentimientos se transfieren al padre y a los hermanos, y posteriormente a otras personas cuya envidia y odio se teme en ese momento; la culpa que ello despierta puede provocar fuertes inhibiciones del talento y las posibilidades de éxito. Aquí resulta oportuno citar una frase de Clitemnestra, que sintetiza este temor: «No es digno de envidia el que no es envidiado».

A continuación me propongo fundamentar mis conclusiones con algunos ejemplos tomados del análisis de niños pequeños. Cuando, en su juego, un niño expresa su rivalidad con el padre haciendo que un tren pequeño avance con mayor rapidez que otro más grande, o hace que el tren más chico embista al de mayor tamaño, la secuela es casi siempre un sentimiento de persecución y de culpa. En el Relato del psicoanálisis de un niño señalé cómo, durante un tiempo, cada sesión finalizaba con lo que el niño denominaba una «catástrofe» y que consistía en derribar todos los juguetes y dejarlos diseminados por el suelo; simbólicamente, ello representaba para el niño el haber sido suficientemente fuerte como para destruir a su mundo. Durante varias sesiones quedaba por lo general un sobreviviente —él mismo— y la secuela de la «catástrofe» era un sentimiento de soledad, ansiedad y el anhelo de recuperar su objeto bueno.

Otro ejemplo pertenece al análisis de un adulto: un paciente que a lo largo de toda su vida había inhibido su ambición y su deseo de ser superior a los

demás y, en consecuencia, no había podido desarrollar plenamente sus dotes naturales, soñó que estaba de pie, junto al asta de una bandera, rodeado de niños. Él era el único adulto. Todos los niños intentaron, por turno, trepar hasta la cima del mástil, pero fracasaron. Mi paciente reflexionó en el sueño que, si él intentara trepar hasta el tope del mástil y también fallara, los niños se divertirían mucho. No obstante lo cual, y en contra de su voluntad, realizó la hazaña y se encontró encaramado en la punta del mástil.

Este sueño confirmó y fortaleció su comprensión, fruto de material previo, de que su ambición y su rivalidad eran mucho más poderosas y destructivas de lo que nunca se había permitido imaginar. En el sueño había transformado desdeñosamente a sus padres, a la analista y a todo otro rival potencial en niños incompetentes y desvalidos, apareciendo él como el único adulto. Simultáneamente, trató de evitar salir vencedor, porque dicha victoria significaría dañar y humillar a personas a las que además amaba y respetaba y que, a su vez, se transformarían en perseguidores envidiosos y temibles (los niños que disfrutarían con su fracaso). Sin embargo, el sueño nos revela que, a pesar de haberse propuesto lo contrario, no pudo inhibir sus capacidades, trepo hasta lo más alto del mástil y sintió miedo de las consecuencias que ello podría acarrearle.

En La Orestíada, Agamenón hace un despliegue desmedido de hubris: no siente la menor compasión por el pueblo de Troya, al que acaba de aniquilar, y parece estar convencido de que, al hacerlo, estaba en todo su derecho. Únicamente cuando le habla a Clitemnestra acerca de Casandra hace alusión al principio de que el vencedor debe apiadarse de los vencidos. Sin embargo, puesto que Casandra era a todas luces su amante, sus palabras no entrañan solo compasión sino también el deseo de conservarla para su propio placer. Fuera de esto, es evidente que se siente orgulloso del terrible exterminio que ha realizado. Pero la prolongada guerra desatada por él también acarreó sufrimientos a los nativos de Argos, poblando la comarca de viudas y de madres enlutadas y haciendo que hasta su propia familia debiera padecer un abandono de diez años. Así, en última instancia, parte de la destrucción de la que tan orgulloso se siente a su regreso se había abatido también sobre su propio pueblo, por el que cabe suponer que experimentaba algún afecto. Su destructividad, que afectó a sus allegados más próximos, podría interpretarse como dirigida contra sus primeros objetos amorosos. La razón ostensible para perpetrar todos esos crímenes era vengar el insulto infligido a su hermano y ayudarlo a recuperar a Helena; Esquilo, sin embargo, deja bien sentado que

Agamenón estaba movido también por la ambición, y que el hecho de ser proclamado «Rey de Reyes» gratificaba su hubris.

Con todo, sus victorias no solo gratificaron su hubris sino que además la acrecentaron y contribuyeron a endurecer y a deteriorar su carácter. Se nos dice que el vigía le profesaba una leal admiración, que los miembros de su casa y los Ancianos lo amaban, y que sus súbditos anhelaban fervientemente su regreso, lo cual indicaría que, en el pasado, se había mostrado más humano que después de sus victorias. El Agamenón que relata sus hazañas y la destrucción de Troya no parece ni digno de amor ni capaz de amar. Nuevamente citaré a Esquilo:

«Algún día se manifiestan los dioses a los hijos de aquellos hombres soberbios que solo respiran guerra e iniquidad y vivieron hinchados con la pompa de una opulencia sin medida».

Su incontrolada destructividad y su vanagloria en el poder y la crueldad revelan, a mi juicio, una regresión. A una etapa temprana el bebé —en particular el varón— admira no solo la bondad sino también el poder y la crueldad, y atribuye estas cualidades al padre poderoso con el que se identifica pero al que, simultáneamente, teme. En el adulto, la regresión puede hacer revivir esta actitud infantil y debilitar la compasión.

Si consideramos el exceso de hubris desplegado por Agamenón, Clitemnestra aparece entonces, en cierto sentido, como dike, el instrumento de la justicia. En un pasaje muy revelador del Agamenón, ella traza ante los Ancianos, previamente al regreso de su marido, un cuadro de su visión de los sufrimientos del pueblo de Troya, y lo hace con palabras llenas de compasión y sin ninguna señal de admiración por las hazañas de Agamenón. En cambio, tan pronto lo ha asesinado, la hubris se apodera de sus sentimientos y no aparece el menor vestigio de remordimiento. Al dirigirse nuevamente a los Ancianos, ella está orgullosa del crimen que acaba de cometer y la invade un sentimiento de exaltación y de triunfo. Apoya a Egisto en la tarea de usurpar el trono de Agamenón.

De este modo, la hubris de Agamenón fue seguida por la dike, y esta a su vez dio paso a la hubris de Clitemnestra, la cual nuevamente fue castigada por la dike, encarnada por Orestes.

Quisiera presentar algunas hipótesis acerca del cambio operado en la actitud de Agamenón para con sus súbditos y su familia a raíz del éxito obtenido en sus campañas. Como ya he mencionado, su total falta de compasión en lo tocante a los sufrimientos que hizo padecer al pueblo de Argos con su dilatada contienda es algo sorprendente. Y, sin embargo, teme a

los dioses y su posible condena, razón por la cual acepta con gran renuencia entrar en su casa caminando sobre los preciosos tapices que Clitemnestra ha hecho colocar en su honor. Cuando alega que uno debería cuidarse de no atraer sobre sí la ira de los dioses, lo que está expresando no es culpa sino ansiedad persecutoria. Tal vez la regresión que mencioné anteriormente pudo efectuarse porque la bondad y la piedad no habían llegado nunca a constituirse en elementos básicos de su carácter.

Orestes, por lo contrario, se ve acosado por sentimientos de culpa tan pronto ha cometido el asesinato de su madre, y opino que este es el motivo por el cual Atena finalmente logra ayudarlo. Si bien él no se siente culpable por haber matado a Egisto, el asesinato de su madre lo sume en un intenso conflicto. Los móviles que lo inducen a cometerlo son el cumplimiento de un mandato y también el amor que abriga por su padre muerto, con quien está identificado; no existe prácticamente ningún indicio de que anhelara triunfar sobre su madre, lo cual indicaría que la hubris y sus concomitantes no predominaban en él. Sabemos, además, que la intervención de Electra y el mandato de Apolo gravitaron considerablemente en la consumación del crimen. Inmediatamente después de matar a su madre, Orestes se siente invadido por el remordimiento y el horror de sí mismo, simbolizados por las Furias, que en el acto se lanzan sobre él. El Coro de Esclavas, que tanto lo espoleó para que matara a su madre y para el que las Furias son invisibles, trata de consolarlo haciéndole notar que su acción fue justiciera y que el orden se ha restablecido. El hecho de que Orestes sea el único que puede ver a las Furias revela que dicha situación persecutoria es de naturaleza interna.

Como sabemos, al asesinar a su madre, Orestes da cumplimiento al mandato que le fuera impuesto por Apolo en Delfos. También esto podemos considerarlo como parte de su situación interna: esta faceta de Apolo representa aquí la crueldad y las urgencias vengativas del propio Orestes, lo cual nos permite descubrir sus sentimientos destructivos. Con todo, los elementos constitutivos básicos de la hubris, tales como la envidia y la necesidad de triunfar, no parecen predominar en él.

Resulta significativo que Orestes se compenetre tanto con la relegada, infortunada y lúgubre Electra, puesto que su propia destructividad se había visto estimulada por el resentimiento que le produjo el haber sido abandonado por su madre. Ella lo alejó de su lado, poniéndolo al cuidado de extraños; en otras palabras, no le dio suficiente amor. La raíz fundamental del odio de Electra es que, aparentemente, su madre no la había amado demasiado, frustrándose así su anhelo de ser amada por ella. El odio que Electra abriga

contra su madre —si bien intensificado por el asesinato de Agamenón— contiene también la rivalidad de la hija con la madre, rivalidad que está centrada en el hecho de no haber logrado que el padre gratificara sus deseos sexuales. Estas perturbaciones tempranas de la relación de la niña con su madre representan un factor importante para el desarrollo de su complejo edípico[531].

La hostilidad entre Casandra y Clitemnestra es otra faceta del complejo de Edipo. Esta extrema rivalidad entre ambas en lo concerniente a Agamenón ilustra un rasgo característico de la relación madre-hija: dos mujeres compiten para obtener la gratificación sexual del mismo hombre. Precisamente porque Casandra había sido la amante de Agamenón, podía también sentirse un poco como la hija que ha conseguido conquistar al padre y quitárselo a la madre, y que, por ende, aguarda el castigo de esta. Es inherente a la situación edípica que la madre reaccione con odio —o por lo menos así lo viva la niña— frente a los deseos edípicos de la hija.

Si examinamos la actitud de Apolo encontramos bastantes indicios de que su total sumisión a Zeus está ligada al odio hacia las mujeres y a su complejo de Edipo invertido. Los siguientes pasajes testimonian su desprecio por la fertilidad femenina:

«… que no se nutrió en las tinieblas del materno seno; pero criatura cual diosa ninguna hubiese podido engendraría» (refiriéndose a Atena).

«No es la madre engendradora del que llaman su hijo, sino solo nodriza del germen sembrado en sus entrañas. Quien con ella se junta es el que engendra».

Su odio hacia las mujeres también se manifiesta en la orden que le imparte a Orestes de que mate a su madre, como asimismo en la tenacidad con que acosa a Casandra, por mucho que esta pueda haberlo traicionado. (El hecho de que Apolo sea promiscuo no es incompatible con su complejo edípico invertido). En cambio ensalza a Atena, quien prácticamente carece de atributos femeninos y está totalmente identificada con el padre. Al mismo tiempo, la admiración que siente por su hermana mayor también puede indicar la existencia de una actitud positiva hacia la figura materna, o sea que encontramos también algunos signos de un complejo edípico directo.

La bondadosa y servicial Atena —que nunca tuvo madre, pues brotó del cerebro de Zeus— no exhibe hostilidad alguna hacia las mujeres, pero yo me inclinaría a pensar que dicha falta de rivalidad y de odio tiene alguna relación con el hecho de haberse ella adueñado del padre, el cual correspondió a su afecto haciéndola ocupar un lugar de privilegio entre todos los demás dioses y

convirtiéndola en su favorita. Su total sumisión y dedicación a Zeus puede tomarse como expresión de su complejo edípico, y tal vez la aparente ausencia de conflictos que encontramos en ella se deba al hecho de haber volcado todo su afecto en un único objeto.

También el complejo edípico de Orestes se manifiesta en diversos pasajes de la Trilogía. Reprocha a su madre el haberlo abandonado y expresa su resentimiento contra ella. Sin embargo, hay algunos indicios de que su relación con la madre no fue enteramente negativa. Es evidente que Orestes atribuye valor a las libaciones que Clitemnestra ofrece a Agamenón porque está convencido de que son una forma de revivir al padre. Cuando su madre le recuerda cómo lo amaba y lo amamantaba cuando era bebé, él siente que su decisión de matarla comienza a flaquear y debe recurre a su amigo Pílades para que lo aconseje. También hay señales de que siente celos, lo cual indica una relación edípica positiva: el desconsuelo de Clitemnestra por la muerte de Egisto y el amor que le profesa enfurecen a Orestes. Es bastante frecuente durante la situación edípica que el odio al padre sea desviado hacia otras persona, tal como puede advertirse, por ejemplo, en el odio que siente Hamlet hacia su tío[532]. Orestes ha idealizado a su padre, y suele ser más fácil reprimir la rivalidad y el odio hacia un padre muerto que hacia uno que aún vive. Su idealización con respecto a la grandeza de Agamenón —que Electra comparte— lo impulsa a negar que aquel hubiera sacrificado a Ifigenia y demostrado una insensibilidad absoluta para con los sufrimientos de los troyanos. Al admirar a Agamenón, Orestes se identifica también con el padre idealizado, y es así como muchos hijos logran superar su rivalidad con la grandeza del padre y su envidia hacia él. Estas actitudes, reforzadas por el abandono de la madre, así como por el hecho de que esta hubiera asesinado a Agamenón, forman parte del complejo edípico invertido de Orestes.

Ya señalé anteriormente que Orestes estaba relativamente exento de hubris y, pese a su identificación con el padre, era más propenso a los sentimientos de culpa. Su congoja luego del asesinato de Clitemnestra representa, en mi opinión, la ansiedad persecutoria y los sentimientos de culpa que forman parte de la posición depresiva. Parecería que se impone la interpretación de que Orestes padecía una enfermedad maníaco-depresiva —Gilbert Murray la denomina locura— a causa de sus excesivos sentimientos de culpa (encarnados por las Furias). Por otra parte, cabe también suponer que Esquilo no hace sino mostrarnos, como a través de una lente de aumento, un aspecto del desarrollo normal, ya que ciertos rasgos fundamentales de la enfermedad maníaco-depresiva no parecen ser demasiado operativos en

Orestes. A mi juicio, este exhibe un estado mental que considero característico de la transición entre la posición esquizo-paranoide y la depresiva, periodo en el que la culpa se vive fundamentalmente como persecución. Cuando la posición depresiva se alcanza y se elabora —lo cual está simbolizado en la Trilogía por el cambio de actitud de Orestes frente al Areópago—, predomina la culpa y la persecución se debilita.

La obra me sugiere que Orestes es capaz de superar sus ansiedades persecutorias y elaborar la posición depresiva porque jamás renuncia a la imperiosa necesidad de purificarse de su crimen y de regresar a su pueblo al que, presumiblemente, desea gobernar en forma benévola. Estas intenciones señalan el impulso a reparar, que es característico de la conquista de la posición depresiva. Su relación con Electra, la cual moviliza su compasión y su amor; el hecho de que su esperanza se mantenga incólume pese a las aflicciones; y toda su actitud frente a los dioses, en particular su gratitud hacia Atena; todo esto indica que se ha logrado una internalización relativamente estable del objeto bueno, y se han echado las bases para su desarrollo normal. Cabe conjeturar que, en la fase más temprana, dichos sentimientos existían de alguna manera en la relación con su madre, porque cuando Clitemnestra le recuerda:

«Detente, ¡oh hijo! Respeta, hijo de mis entrañas, este pecho sobre el cual tantas veces te quedaste dormido, mientras mamaban tus labios la leche que te crio…»,

Orestes depone la espada y vacila. El amor que la nodriza le profesa sugiere que existió, durante su infancia, un intercambio de afecto. Tal vez fuera un sustituto materno, pero es posible que, hasta determinado momento, esta relación afectuosa se diera también con la madre. El padecimiento físico y mental que significó para Orestes el tener que huir de un rincón al otro de la tierra nos proporciona una imagen viva de los sufrimientos que se experimentan cuando la culpa y la persecución están en su apogeo. Las Furias que lo persiguen y lo acosan son la personificación de la conciencia culpable, y no aceptan por excusa el hecho de que el crimen fuera cometido obedeciendo una orden. He sugerido previamente que, cuando Apolo le impuso ese mandato, estaba encarnando la crueldad del propio Orestes y, desde este punto de vista, comprendemos por qué las Furias hacen caso omiso del hecho de que Apolo le había ordenado que cometiera el asesinato, puesto que es propio del superyó implacable no perdonar la destructividad.

La naturaleza inexorable del superyó y las ansiedades persecutorias que provoca se expresan, a mi juicio, en el mito helénico de que el poder de las

Furias perdura incluso después de la muerte. Esto es considerado como una forma de castigar al pecador, y constituye un elemento común a la mayoría de las religiones. En Las Euménides, Atena dice:

«… Mucho puede, en verdad, la venerada Erina con los dioses del cielo y con los que habitan las mansiones infernales…».

Las Furias también alegan que

«A aquellos mortales insensatos que se hacen reos y autores de crimen, yo les he de servir de cortejo hasta que desciendan a las mansiones infernales, y todavía no se han de ver libres de mí ni con la muerte».

Otro aspecto que es propio de las creencias helénicas es la necesidad de vengar a los muertos cuando su muerte ha sido violenta. Yo me inclinaría a sugerir que dicho reclamo de venganza es fruto de tempranas ansiedades persecutorias, las cuales se ven reforzadas por los deseos de muerte que el bebé experimenta hacia los padres, y socavan su seguridad y su satisfacción. Así, el enemigo que ataca se convierte en personificación de todos los males que el bebé supone se abatirán sobre él como retaliación por sus impulsos destructivos.

En otro trabajo[533] me he ocupado del excesivo temor a la muerte en personas que la viven como una persecución de enemigos externos e internos, y también como una amenaza para el objeto bueno internalizado. Si este temor es particularmente intenso puede ampliar su radio de acción e incluir terrores que amenazan aún más allá de la muerte. En Hades, la venganza del daño que precedió a la muerte constituye un requisito esencial para poder alcanzar la paz después de la muerte. Tanto Orestes como Electra están convencidos de que la venganza que traman cuenta con el beneplácito de su padre, y Orestes, al describir su conflicto ante el Areópago, destaca que Apolo le vaticinó tremendos castigos si no vengaba a su padre. El fantasma de Clitemnestra, al incitar a las Erinias a reiniciar la persecución de Orestes, se lamenta del desprecio de que es objeto en Hades porque su asesino no ha sido castigado. Es obvio que ella actúa acuciada por un odio pertinaz hacia Orestes, y tal vez podría sacarse en conclusión que el odio que subsiste más allá de la tumba subyace a la necesidad de venganza después de la muerte. También es posible que el sentimiento atribuido a los muertos, en el sentido de que son despreciados mientras su asesino permanezca impune, se origine en la sospecha de que sus descendientes no se preocupan suficientemente por ellos.

Otra razón por la cual los muertos reclaman venganza se insinúa en la «Introducción», en la que Gilbert Murray menciona la creencia de que la

Madre Tierra se contamina con la sangre que sobre ella se vierte, y de que ella y los clonianos (los muertos) que guarda en su interior claman pidiendo venganza. Yo me inclinaría a interpretar que los clonianos representan a los bebés no nacidos que están dentro del vientre materno y a quienes el niño cree haber destruido con sus fantasías llenas de celos y hostilidad. Un abundante material psicoanalítico revela los profundos sentimientos de culpa que despierta un aborto espontáneo de la madre o el hecho de que esta no tuviera ningún otro hijo[534], así como también el temor a la retaliación de esta madre dañada. Sin embargo, Gilbert Murray también se refiere a la Madre Tierra como un ser que otorga vida y fecundidad al inocente. En este aspecto, ella representa a la madre buena, amante y nutricia. Durante muchos años he considerado que la disociación de la madre en una buena y otra mala constituye uno de los procesos más tempranos en relación con aquella.

El concepto helénico de que los muertos no desaparecen sino que continúan teniendo una suerte de existencia oscura en Hades y ejercen su influencia sobre los vivos, nos recuerda la creencia en fantasmas que se ven forzados a perseguir a los vivos porque no tendrán paz hasta que sean vengados. También podemos asociar esta creencia en seres muertos que manejan y controlan a los vivos con el concepto de que subsisten como objetos internalizados, que son vividos simultáneamente como muertos y activos en el interior del sí-mismo, y cuya influencia se vive como buena o mala. La relación con el objeto interno bueno —en primer lugar la madre buena— implica que se lo viva como útil y rector. Particularmente en la aflicción y en el proceso del duelo, el individuo lucha para preservar la buena relación que existía previamente, y para que esta compañía interna le proporcione fortaleza y consuelo. Cuando el duelo fracasa —y pueden existir muchas razones para ello—, es porque dicha internalización no se logra y las identificaciones provechosas se ven interferidas. La exhortación que Electra y Orestes hacen a su padre muerto junto a su tumba, para que los apoye y los aliente, corresponde al deseo de unirse al objeto bueno que se ha perdido externamente a causa de la muerte y es preciso establecer internamente. Este objeto bueno cuya ayuda se implora es una parte del superyó, en sus aspectos colaboradores y rectores. Esta buena relación con el objeto internalizado constituye la base para una identificación que, según se ha comprobado, es de enorme importancia para la estabilidad del individuo.

El convencimiento de que las libaciones pueden «abrir los labios resecos» de los muertos proviene, creo, del sentimiento básico de que la leche que la madre da al bebé constituye una forma de mantener vivo no solo al bebé, sino

también a su objeto interno. Puesto que la madre internalizada (en primer lugar el pecho) se convierte en parte del yo del bebé, y este intuye que su propia vida está ligada a la vida de su madre, entonces la leche, el amor y el cuidado que la madre externa brinda al bebé son vividos, en cierto sentido, como algo que es también beneficioso para la madre interna. Lo mismo se aplica a otros objetos internalizados. Las libaciones que Clitemnestra ofrece en la obra son tomadas por Electra y Orestes como señal de que, al alimentar al padre internalizado, ella lo revive, pese a ser además una madre mala.

Mediante el psicoanálisis descubrimos la vivencia de que el objeto interno participa de todos los placeres que experimenta el individuo, lo cual es también una manera de resucitar al objeto amado muerto. La fantasía de que cuando se ama al objeto internalizado muerto este conserva una vida propia —como colaborador, consolador, rector— concuerda con la convicción de Orestes y Electra de que su padre muerto revivido los ayudará.

Sugerí anteriormente que los muertos que no han sido vengados representan a los objetos muertos internalizados y se convierten en figuras internalizadas amenazadoras que se lamentan del daño que el sujeto les ha infligido con su odio. En las personas enfermas, estas figuras terroríficas forman parte del superyó y están estrechamente ligadas a la creencia en un destino que impulsa al mal y luego castiga al malhechor.

Wer……………………

………………………

Der kennt euch nich, ihr himmlischen Mächte!

Ihr führt in's Leben uns hinein,

Ihr lasst den Armen schuldig werden,

Dann überlasst ihr ihn der Pein:

Denn alle Schuld rächt sich auf Erden’.

(Goethe, Mignon).

Estas figuras persecutorias están también personificadas por las Erinias. En la vida mental temprana, incluso si esta es normal, la escisión nunca llega a ser total y, por ende, los objetos internos terroríficos siguen siendo, hasta cierto punto, operativos; es decir, el niño experimenta ansiedades psicopáticas, cuya intensidad varía en cada individuo. Según el principio taliónico, basado en la proyección, el bebé se tortura con el temor de que se le llegue a hacer lo mismo que él, en su fantasía, hizo a sus padres, y tal vez ello estimule y refuerce sus impulsos crueles. Debido a que él se siente perseguido interna y externamente, se ve obligado a proyectar hacia afuera el castigo y, al hacerlo, verifica a través de la realidad externa sus ansiedades y temores

internos de un castigo real. Cuanto más culpable y perseguido se siente un bebé —es decir, cuanto más enfermo está—, tanto más agresivo es posible que se muestre. Cabe suponer que en los delincuentes o criminales operan procesos similares a estos.

Debido a que los impulsos destructivos están dirigidos primariamente contra los padres, se considera que el pecado más grave de todos es el asesinato de los padres. Esto está expresado con toda claridad en Las Euménides cuando, después de la intervención de Atena, las Erinias describen el caos que sobrevendría si dejaran de ser figuras terroríficas que hacen vacilar a los matricidas y parricidas en potencia y los castigan si han consumado su crimen.

«¡Qué de golpes, no imaginarios, sino verdaderos, esperan en adelante a los padres de manos de sus hijos!».

Ya he señalado que los impulsos crueles y destructivos del bebé engendran al primitivo y terrorífico superyó. Encontramos diversas alusiones respecto de la manera en que las Erinias llevan a cabo sus ataques:

«Fuerza es, pues, que sufras la pena de tu delito; que yo chupe toda la sangre de tus miembros; que yo me cebe en esa roja bebida, que nadie sino yo osara beber, y que después de haberte consumido en vida, te arrastre a los infiernos[535]». Las torturas con que las Erinias amenazan a Orestes son de una naturaleza sádico-anal y oral de lo más primitiva. Se nos dice que «sus ronquidos despiden ponzoñoso aliento, que no deja acercárseles» y que de sus cuerpos emana un vaho letal. Algunas de las armas más tempranas de destrucción que el bebé utiliza en su mente son los ataques por medio de flatos y heces, merced a los cuales él cree envenenar a su madre, así como también quemarla con su orina (el fuego). En consecuencia, el temprano superyó lo amenaza con idéntica destrucción. Cuando las Erinias temen que Atena las despoje de su poder, expresan su aprensión y su furia con las siguientes palabras: «Pero yo, la miserable, la despreciada, encendida en cólera arrojaré sobre este suelo en desagravio de mi afrenta todo el veneno que gotea mi corazón. ¡Vaya silo arrojaré! Y este veneno se derramará por la tierra, y su ponzoña secará hojas y flores, y matará a todo ser viviente y no perdonará a los hombres». Esto nos recuerda de qué manera el resentimiento del bebé por la frustración y el dolor que esta le causa incrementa sus impulsos destructivos y lo lleva a intensificar sus fantasías agresivas.

Pero las crueles Erinias también están asociadas a aquel aspecto del superyó que se basa en figuras dañadas y quejosas. Leemos que sus ojos y sus labios destilan sangre, lo cual revela que también ellas padecen torturas. El

bebé vive a estas figuras dañadas internalizadas como vengativas y terroríficas e intenta escindirías y apartarías. Sin embargo, ellas se incorporan a sus tempranas ansiedades y pesadillas e intervienen en todas sus fobias. Debido a que Orestes ha dañado y matado a su madre, esta se ha convertido en uno de esos objetos dañados cuya venganza teme el bebé. Orestes llama a las Erinias las «perras furiosas» de su madre.

Parecería que Clitemnestra no sufre la persecución del superyó, puesto que las Erinias no la acosan. No obstante, poco después del triunfante y exaltado discurso que pronuncia a continuación del asesinato de Agamenón exhibe señales de depresión y de culpa; de allí sus palabras: «Basta ya de muertes, no más ensangrentarnos». También experimenta una ansiedad persecutoria que se pone de manifiesto con toda claridad en el sueño que tiene acerca del monstruo que alimenta en su pecho, el cual muerde con tal violencia que le arranca leche mezclada con sangre. Como resultado de la ansiedad expresada a través de este sueño, ella envía libaciones a la tumba de Agamenón. Por lo tanto, si bien no sufre la persecución de las Erinias, no está exenta de ansiedad persecutoria ni de culpa.

Otro aspecto de las Erinias es que se aferran a su propia madre, la Noche, como su única protectora, y repetidamente apelan a ella para que las defienda de Apolo, el dios Sol, enemigo de la noche, que quiere despojarlas de su poder y por quien se sienten perseguidas. Desde este punto de vista, se nos aclara el papel que desempeña el complejo edípico invertido incluso en el caso de las Erinias. Yo diría que, en cierta medida, los impulsos destructivos hacia la madre son desplazados al padre —a los hombres en general— y que la idealización de la madre y el complejo edípico invertido de las Erinias se mantienen únicamente en virtud de ese desplazamiento. Lo que les incumbe principalmente es cualquier tipo de daño infligido a una madre, y al parecer, el único pecado que castigan es el matricidio; esta es la razón por la que no persiguen a Clitemnestra, que ha asesinado a su marido. Las Erinias alegan que, puesto que Agamenón no llevaba la misma sangre que ella, su crimen no era tan grave como para que la persiguieran. Opino que este argumento encierra una considerable dosis de negación. Lo que se niega es que, en última instancia, todo crimen es producto de los sentimientos destructivos contra los padres, y que ningún crimen es lícito.

Resulta significativo que sea la intervención de una mujer, Atena, la que provoca el cambio que se opera en las Erinias: de un odio implacable a sentimientos más benignos. Pero, por otra parte, no debemos olvidar que ellas no tuvieron padre o, más bien, que Zeus, que podría haber representado el

papel de padre, se había vuelto contra ellas. Afirman que debido al terror que esparcen «y al odio del mundo del que son depositarias, Dios nos ha arrojado de su Casa». Apolo, lleno de desdén, les dice que jamás dios u hombre alguno osó besarlas.

Yo diría que el complejo edípico invertido de las Erinias se vio acrecentado por la falta de padre, o bien por el odio o el abandono de este. Atena les promete que serán honradas y veneradas por los atenienses, esto es, tanto por los hombres como por las mujeres. El Areópago, formado por hombres, las escolta hasta el lugar que será su morada en Atenas. Mi teoría es que Atena, al personificar aquí a la madre y compartir ahora con las hijas el amor de los hombres, es decir, de las figuras paternas, provoca un cambio en sus sentimientos e impulsos y en la totalidad de su carácter.

Tomando a la Trilogía en su totalidad, encontramos que el superyó está encarnado por una serie de figuras diferentes. Por ejemplo, Agamenón, percibido como un padre vuelto a la vida que apoya a sus hijos, es un aspecto del superyó que se funda en el amor y la admiración por el padre. Se describe a las Erinias como seres que pertenecen a la era de los antiguos dioses, los Titanes, cuyo reinado fue bárbaro y violento, pero, a mi juicio, se las puede asociar con el superyó más temprano e implacable, representando así las figuras terroríficas que son principalmente el resultado de la proyección que el bebé hace de sus fantasías destructivas en sus objetos. Con todo, se ven neutralizadas —aunque de una manera escindida y apartada— por la relación con el objeto bueno o el objeto idealizado. Ya he sugerido que la relación que la madre tiene con el bebé —y en gran medida, la relación que el padre tiene con él— repercute sobre el desarrollo del superyó porque afecta la internalización de los padres. En Orestes, la internalización del padre, fundada en la admiración y el amor, demuestra ser de una importancia trascendental para su conducta posterior, ya que el padre muerto constituye una parte muy importante del superyó de Orestes.

Cuando originalmente formulé el concepto de posición depresiva, señalé que los objetos dañados internalizados se lamentan y contribuyen con ello a despertar sentimientos de culpa y, por consiguiente, a la creación del superyó. Según conceptos que desarrollé posteriormente, tales sentimientos —aun cuando son fugaces y no configuran todavía la posición depresiva— son, en alguna medida; operativos durante la posición esquizo-paranoide. Observamos que hay bebés que se abstienen de morder el pecho e incluso llegan a destetarse a los cuatro o cinco meses, sin que exista ninguna razón externa para ello, mientras que otros, al dañar el pecho, impiden que la madre

los siga alimentando. Dicha abstención indica, en mi opinión, que el bebé percibe inconscientemente el deseo de dañar a su madre con su voracidad. En consecuencia, cree que la madre ha quedado lesionada y vaciada por la voracidad con la que él la ha succionado o mordido y, por lo tanto, la madre o el pecho de esta quedan, en la mente del bebé, en un estado lesionado. Contamos con muchas pruebas, obtenidas retrospectivamente a través del psicoanálisis de niños o incluso de adultos, de que ya desde muy temprano se vive a la madre como un objeto dañado, internalizado y externo[536]. Yo diría que este objeto dañado y quejoso es una parte del superyó.

La relación con este objeto amado y dañado incluye no solo culpa sino también compasión, y es la fuente esencial de toda conmiseración hacia los demás y consideración para con ellos. En la Trilogía, este aspecto del superyó está representado por la infortunada Casandra. Agamenón, que la ha deshonrado y la entrega ahora a Clitemnestra en calidad de esclava, siente compasión y exhorta a su esposa a que se apiade de ella. (Esta es la única ocasión en que Agamenón exhibe un sentimiento de esta naturaleza). El papel de Casandra como parte dañada del superyó se suma al hecho de que es una conocida profetisa, cuya principal tarea es anunciar presagios. El Coro de Ancianos se siente conmovido por su triste destino y trata de consolarla, al tiempo que se muestra temeroso y reverente frente a las profecías que escucha de sus labios.

Como superyó, Casandra profetisa grandes males y anuncia que ello atraerá el castigo y el desconsuelo. Conoce por anticipado tanto el destino que le espera a ella como el infortunio general que se abatirá sobre Agamenón y su familia; pero nadie presta oídos a sus advertencias, y esta incredulidad es atribuida a la maldición de Apolo. Los Ancianos, que sienten una enorme compasión hacia Casandra, en parte le creen, no obstante lo cual, y pese a que advierten la validez de los peligros que ella vaticina con respecto a Agamenón, ella misma y los nativos de Argos, niegan sus profecías. Su resistencia a aceptar lo que a la vez ya saben, expresa la tendencia universal a la negación. La negación constituye una poderosa defensa contra la ansiedad persecutoria y la culpa, las cuales nacen del hecho de no poder jamás controlar por completo los impulsos destructivos. La negación, que siempre está ligada a la ansiedad persecutoria, puede llegar a sofocar los sentimientos de amor y de culpa, socavar la compasión y la consideración, tanto hacia los objetos externos como a los internos, y perturbar la capacidad de discernimiento y el sentido de realidad.

Como todos sabemos, la negación es un mecanismo omnipresente que también se usa mucho para justificar la destructividad. Clitemnestra justifica el asesinato de su marido con el hecho de que este había matado a la hija de ambos, y niega haber tenido otros motivos para cometer el crimen. Agamenón, que al destruir Troya no respetó siquiera los templos de los dioses, siente que su crueldad está justificada por el hecho de que su hermano hubiera perdido a su esposa. Orestes cree tener sobrado derecho de matar, no solo al usurpador Egisto, sino también a su madre. La justificación a la que me he referido forma parte de una poderosa negación de la culpa y los impulsos destructivos. Quienes tienen una mayor comprensión de sus procesos internos, y en consecuencia no necesitan negar tanto, están mucho menos expuestos a ceder a sus impulsos destructivos y, como resultado, son también más tolerantes con los demás.

Existe otra perspectiva interesante para examinar el rol del superyó encarnado por Casandra. En el Agamenón, ella aparece en escena en un estado casi de trance, y al principio no logra volver en sí; por último consigue salir de ese estado y expresa entonces con toda claridad lo que previamente había tratado de comunicar de una manera tan confusa. Podemos asumir que la parte inconsciente del superyó se ha hecho consciente, lo cual constituye un paso esencial antes de que se lo pueda percibir como conciencia moral.

Otro aspecto del superyó está representado por Apolo, quien, como ya señalé, simboliza los impulsos destructivos de Orestes proyectados en el superyó. Esta parte del superyó impulsa a Orestes a la violencia y amenaza con castigarlo si no asesina a su madre. Y puesto que Agamenón se sentiría profundamente agraviado si no se vengara su muerte, tanto Apolo como el padre representan al superyó cruel. Este perentorio reclamo de venganza condice muy bien con la implacable crueldad con que Agamenón aniquiló a Troya, exhibiendo una total falta de piedad, incluso frente a los sufrimientos de su propio pueblo. Me he referido ya a la relación que existe entre la creencia helénica de que la venganza es un deber impuesto a los descendientes y el rol del superyó como incitador al crimen. Resulta paradójico que, al mismo tiempo, el superyó trate a la venganza como un crimen y, en consecuencia, se castigue a los descendientes por el crimen cometido, pese a que fue consumado en cumplimiento de un deber.

La reiterada secuencia del crimen y castigo, hubris y dike, está encarnada por el espíritu maligno de la casa quien, se nos dice, sigue morando allí de generación en generación, y recién desaparece cuando Orestes es absuelto y regresa a Argos. La creencia en un espíritu maligno que habita la casa nace de

un círculo vicioso; aquel es producto del odio, la envidia y el resentimiento dirigidos contra el objeto; estas emociones intensifican la ansiedad persecutoria porque se vive como retaliatorio al objeto atacado, y ello provoca nuevos ataques contra él. O sea que la destructividad se ve incrementada por la ansiedad persecutoria, y los sentimientos persecutorios se intensifican con la destructividad.

Resulta interesante que el espíritu maligno, que desde la época de Pélope ejercía un reinado de terror en la casa real de Argos, la abandone —según dice la leyenda— cuando Orestes es absuelto y, libre ya de tormentos, retoma, suponemos, una vida normal y provechosa. Yo diría, a modo de interpretación, que la culpa y la imperiosa necesidad de reparar —la elaboración de la posición depresiva— rompen el círculo vicioso porque los impulsos destructivos y su secuela de ansiedad persecutoria han disminuido, y se ha logrado restablecer la relación con el objeto amado.

Por otra parte Apolo, cuyo templo se alza en Delfos, representa en la Trilogía no solo los impulsos destructivos y el cruel superyó de Orestes: por medio de las sacerdotisas de Delfos, él es también, en palabras de Gilbert Murray, «el profeta de dios» además de ser el dios sol. En el Agamenón, Casandra se refiere a él como «luz que ilumina los caminos de los hombres» y «luz de todo lo que existe». Sin embargo, no solo su actitud implacable hacia Casandra sino también las palabras con que lo describen los Ancianos: «No es él de condición de escuchar lamentos», revelan que no es capaz de apiadarse de los que sufren, por mucho que se erija en representante del pensamiento de Zeus. Desde este punto de vista, Apolo, el dios Sol, nos trae a la memoria a aquellas personas que dan la espalda a todo tipo de tristeza como defensa contra los sentimientos de compasión, y hacen uso excesivo de la negación de sentimientos depresivos. Es típico de tales personas no demostrar piedad alguna para con los ancianos e indefensos.

El Coro de las Furias describe a Apolo en los siguientes términos:

«Y tú, Dios mozo, ¿así pisoteas, altanero, a estas ancianas deidades?».

Estas líneas también pueden ser consideradas desde otro punto de vista: si tomamos en cuenta su relación con Apolo, las Erinias aparecen como la anciana madre que es maltratada por el hijo joven y desagradecido. Esta falta de compasión está vinculada con el hecho de que Apolo personifica a la parte implacable y despiadada del superyó, que ya hemos examinado previamente.

Zeus encarna otro aspecto del superyó, de enorme trascendencia: él es el padre (el Padre de los Dioses) que ha aprendido a través del sufrimiento a ser más tolerante con sus hijos. Se nos afirma que Zeus, que había pecado contra

su propio padre y se había sentido culpable por ello, se muestra por lo tanto bondadoso con el suplicante. Zeus representa una parte importante del superyó: el padre indulgente introyectado, y simboliza una fase en la que ya se ha elaborado la posición depresiva. El hecho de detectar y comprender las propias tendencias destructivas dirigidas hacia los padres que amamos, contribuye a desarrollar una mayor tolerancia para con uno mismo y los defectos ajenos, una mejor capacidad de discernir, y en general, una mayor sabiduría. Como lo expresa Esquilo,

«… A aquel Dios que encamina a los mortales a la sabiduría, y dispuso que en el dolor se hiciesen señores de la ciencia. Hasta en el sueño mismo el penoso recuerdo de nuestros males está destilando sobre el corazón, y aun sin quererlo nos llega el pensar con cordura».

Zeus simboliza también la parte ideal y omnipotente del sí-mismo, el ideal del yo, concepto formulado por Freud (1914) aún antes de desarrollar íntegramente sus teorías sobre el superyó. Tal como yo veo las cosas, la parte idealizada del sí-mismo y del objeto internalizado es escindida y apartada de la parte mala del sí-mismo y del objeto, y el individuo mantiene esta idealización a fin de poder manejar sus ansiedades.

Hay otro aspecto de la Trilogía que quisiera considerar: la relación que existe entre los acontecimientos externos y los internos. He afirmado que las Furias simbolizan los procesos internos, hecho que Esquilo ha indicado en las siguientes líneas:

«A veces es saludable el terror. Conviene que se asiente en el ánimo, y que allí esté vigilante; que los remordimientos ayudan a aprender a bien vivir».

Con todo, las Furias aparecen en la Trilogía como figuras externas.

La personalidad de Clitemnestra, tomada en conjunto, es fiel testimonio de que Esquilo, que con tanta agudeza escudriña en lo más profundo de la mente humana, también concede importancia a los personajes como figuras externas. Nos proporciona varios indicios de que Clitemnestra fue realmente una mala madre: Orestes le reprocha su falta de amor, y sabemos que ella desterró a su pequeño hijo y maltrató a Electra. Clitemnestra está dominada por sus deseos sexuales con respecto a Egisto, lo cual la lleva a descuidar a sus hijos. Sí bien la Trilogía no lo menciona en forma tan explícita ni con tantas palabras, es más que evidente que Clitemnestra se deshizo de Orestes por haber visto en él al vengador del padre, debido a su propia relación con Egisto. De hecho, cuando duda del relato de Orestes, manda decir a Egisto

que acuda escoltado por su guardia. Tan pronto se entera de la muerte de aquel, pide que le traigan su hacha:

«Deme cualquiera un hacha con que matar. ¡Pronto! Veamos si vencemos o somos vencidos…» y trata de matar a Orestes.

Con todo, existen pruebas de que Clitemnestra no fue siempre una mala madre: amamantó a su hijo cuando este era bebé, y el dolor por la muerte de su hija Ifigenia tal vez fuera sincero. Pero cuando las situaciones externas se modificaron, se operó un cambio en su carácter. Mi conclusión es que el odio y los agravios tempranos, movilizados por la situación externa, reavivan los impulsos destructivos, los cuales llegan a prevalecer sobre los impulsos amorosos, y esto implica un cambio en los estados de fusión entre los instintos de vida y los instintos de muerte.

La transformación de las Erinias en Euménides también acusa, en alguna medida, la influencia de una situación externa: ellas tienen mucho miedo de que se las despoje de su poder, y Atena las tranquiliza al asegurarles que, en su nuevo papel, tendrán ascendiente sobre Atenas y se convertirán en guardianas del orden y de la justicia. Otro ejemplo de la repercusión de las situaciones externas es el cambio que se opera en el carácter de Agamenón por haberse convertido en «Rey de Reyes» merced a sus victorias en la expedición. El triunfo, en particular si su mayor valor radica en un aumento de prestigio, suele ser —como la vida nos demuestra en general— peligroso, porque fortalece la ambición y la rivalidad e interfiere en los sentimientos de amor y de humildad.

Atena representa —como ella misma lo dice repetidamente— los pensamientos y sentimientos de Zeus. Ella es el superyó sabio y atemperado, en contraste con el superyó primitivo simbolizado por las Erinias.

Hemos visto a Atena en innumerables roles: es el portavoz de Zeus, cuyos pensamientos expresa; es un superyó atemperado; es también la hija carente de madre que elude así el complejo de Edipo. Pero Atena tiene también otra función esencial: contribuye a la paz y al equilibrio. Expresa la esperanza de que los atenienses evitarán las luchas intestinas, lo cual simbólicamente equivale a evitar la hostilidad dentro del marco familiar. Hace cambiar a las Furias, predisponiéndolas a una mayor clemencia y serenidad, actitud que expresa la tendencia a la reconciliación y la integración.

Estos rasgos son característicos del objeto bueno internalizado —primariamente la madre buena—, el cual se convierte en portador del instinto de vida. Así Atena, como la madre buena, se contrapone a Clitemnestra, que representa el aspecto malo de la madre. Esta faceta de Atena se incorpora

también a la relación que Apolo tiene con ella: es la única figura femenina que él respeta y estima, habla de ella con enorme admiración y se somete por completo a su juicio. Aunque ella parece representar únicamente el papel de una hermana mayor, a quien el padre favorece en forma especial, yo sugeriría que también representa para Apolo el aspecto bueno de la madre.

Si el bebé ha logrado establecer firmemente en su interior el objeto bueno, el superyó se vuelve más indulgente, y la tendencia a la integración —que en mi opinión actúa desde el nacimiento y contribuye a que el odio se mitigue por medio del amor— adquiere mayor fuerza. Pero incluso el superyó benévolo exige el control de los impulsos destructivos y tiende a establecer un equilibrio entre los sentimientos de amor y de destrucción. Por consiguiente, descubrimos que Atena representa una etapa madura del superyó, cuya meta es reconciliar impulsos antitéticos; esto está ligado al establecimiento más firme del objeto bueno y constituye la base para la integración.

Atena expresa la necesidad de controlar los impulsos destructivos en las siguientes palabras:

«… no rindáis culto a la anarquía ni al despotismo; pero no desterréis de la ciudad todo temor, que sin temor no hay hombre justo. Mirad, pues, con temerosa y merecida reverencia la majestad de este senado, porque así tengáis un baluarte defensor de vuestra ciudad y patria…».

La actitud de Atena, que orienta pero no domina —característica del superyó maduro construido en torno al objeto bueno—, se manifiesta en el hecho de que ella no haya querido asumir el derecho de decidir la suerte de Orestes, sino que creara un tribunal, el Areópago, integrado por los hombres más sabios de Atenas, les diera plena libertad de voto y solo se reservara para sí el voto decisivo. Si nuevamente examinamos este trozo de la Trilogía, tomándolo como reproducción de los procesos internos, llegamos a la conclusión de que los votos contrarios demuestran que al sí-mismo no le resulta fácil integrarse, que los impulsos destructivos tiran en una dirección, y el amor y la capacidad de reparar y de apiadarse, en la otra. Establecer la paz interna no es tarea fácil.

La integración del yo se alcanza cuando sus distintas partes —representadas en la Trilogía por los miembros del Areópago— logran unirse a pesar de sus tendencias antagónicas. Esto no significa que llegarán alguna vez a ser idénticas entre sí, ya que los impulsos destructivos por un lado, y el amor y la necesidad de reparar, por el otro, son contradictorios. Pero, en el mejor de los casos, el yo estará en condiciones de reconocer estos distintos aspectos y de reconciliarlos en cierta medida, puesto que en la infancia habían

sido fuertemente escindidos y apartados. Tampoco el superyó se ve despojado de su poder, ya que aun en su forma más benévola sigue siendo capaz de provocar sentimientos de culpa. La integración y el equilibrio constituyen la base para una vida más plena y más rica. En Esquilo, este estado mental se manifiesta a través de los cánticos de gozo con que se cierra la Trilogía.

Esquilo nos traza un cuadro del desarrollo humano, desde sus orígenes hasta sus niveles más avanzados. Una de las formas en que se expresa su profunda comprensión de lo más recóndito de la naturaleza humana es la diversidad de roles simbólicos que asigna a sus personajes, en particular a los dioses. Dicha variedad corresponde a los distintos impulsos y fantasías, a menudo antagónicos, que existen en el inconsciente y que, en última instancia, son producto de la polaridad de los impulsos de vida y de muerte, en sus cambiantes estados de fusión.

Para poder comprender cuál es el papel que desempeña el simbolismo en la vida mental, es preciso que tomemos en cuenta las múltiples formas en que el yo en desarrollo maneja los conflictos y las frustraciones. Las maneras de expresar sentimientos de satisfacción y de resentimiento, y toda la gama de las emociones infantiles, se van modificando gradualmente. Puesto que las fantasías ocupan la vida de la mente desde el nacimiento, existe un poderoso impulso que tiende a ligarlas a diversos objetos reales o fantaseados, los cuales se convierten en símbolos y proporcionan un escape para las emociones del bebé. Estos símbolos representan primero objetos parciales y, luego de unos pocos meses, objetos totales (es decir, personas). El niño coloca todo su amor y su odio, sus conflictos, sus satisfacciones y sus anhelos en la creación de estos símbolos, internos y externos, que entran a formar parte de su mundo. El impulso de crear símbolos es tan poderoso debido a que ni siquiera la madre más amante es capaz de satisfacer las intensas necesidades emocionales del bebé; de hecho, ninguna situación de realidad puede colmar las urgencias y deseos, frecuentemente contradictorios, de la vida de fantasía del bebé. Si durante la infancia la formación de símbolos logra desarrollarse en toda su fuerza y diversidad y no se ve obstaculizada por inhibiciones, únicamente entonces podrá el artista aprovechar más tarde las fuerzas emocionales que subyacen al simbolismo. En un artículo previo[537] me he referido a la enorme importancia que tiene la formación de símbolos para la vida mental del bebé, y sugerí entonces que cuando la formación de símbolos es particularmente rica, contribuye a desarrollar talento o incluso genio. En el análisis de adultos encontramos que la formación de símbolos sigue en estado operativo; también el adulto se encuentra rodeado de objetos simbólicos. Sin

embargo, él se encuentra a la vez en mejores condiciones para discriminar la fantasía de la realidad y comprender que las personas y las cosas tienen una existencia propia.

El artista creador emplea profusamente los símbolos, y cuanto más le sirven para expresar los conflictos entre el amor y el odio, la destructividad y la reparación, los instintos de vida y de muerte, tanto más universal será la forma que adopten. Así, el artista llega a condensar la enorme variedad de símbolos infantiles precisamente cuando suscita toda la intensidad de las emociones y fantasías que en ellos se expresan. El talento con que el dramaturgo logra volcar algunos de estos símbolos universales en los personajes que crea y hacer que, a la vez, estos se conviertan en personas reales, representa una faceta más de su grandeza. Si bien la relación entre los símbolos y la creación artística es un tema que ha sido tratado ya extensamente, mi interés principal es establecer un vínculo entre los más tempranos procesos infantiles y las posteriores producciones del artista.

En su Trilogía, Esquilo representa a los dioses en una variedad de roles simbólicos, y mi intención ha sido demostrar de qué manera ello contribuye a realzar la riqueza y el significado de sus obras. Como broche final, formularé la hipótesis tentativa de que la grandeza de las tragedias de Esquilo —y esto tal vez pueda aplicarse también a otros grandes poetas— deriva de su comprensión intuitiva de las insondables profundidades del inconsciente y de las formas en que dicha comprensión gravita sobre los personajes y situaciones que él crea.

37. Sobre el sentimiento de soledad (1963)

En el presente trabajo me propongo investigar el origen del sentimiento de soledad. Por sentimiento de soledad no me refiero a la situación objetiva de verse privado de compañía externa, sino a la sensación intensa de soledad, a la sensación de estar solo sean cuales fueren las circunstancias externas, de sentirse solo incluso cuando se está rodeado de amigos o se recibe afecto. Este estado de soledad interna, como intento demostrar, es producto del anhelo omnipresente de un inalcanzable estado interno perfecto. Este tipo de soledad, que todos experimentamos en cierta medida, proviene de ansiedades paranoides y depresivas, las cuales son derivados de las ansiedades psicóticas del bebé. Tales ansiedades existen, en algún grado, en todo individuo, pero son excesivamente intensas en el individuo enfermo; por consiguiente, la soledad forma parte también de la enfermedad, tanto de índole esquizofrénica como depresiva.

Para poder comprender cómo aparece el sentimiento de soledad, debemos —lo mismo que en el caso de otras actitudes y emociones— retroceder hasta la temprana infancia y rastrear la influencia de dicho período en las etapas posteriores de la vida. Como ya he explicado en muchas ocasiones, el yo existe y actúa desde el momento del nacimiento. Al principio acusa una considerable falta de cohesión y está dominado por mecanismos de escisión. El peligro de ser destruido por el instinto de muerte dirigido contra el si-mismo contribuye a la disociación de los impulsos en buenos y malos y, en virtud de la proyección de dichos impulsos en el objeto primario, también se disocia a este en uno bueno y otro malo. En consecuencia, en las etapas más tempranas la parte buena del yo y el objeto bueno están, en cierta medida, protegidos, ya que se evita que la agresión se dirija contra ellos. Estos son los procesos específicos de escisión que, como he señalado, constituyen la base de una seguridad relativa en el bebé muy pequeño, hasta donde es factible lograr seguridad en dicho período; mientras que otros procesos de escisión, como los que conducen a la fragmentación, son nocivos para el yo y su fortaleza.

Juntamente con la apremiante necesidad de disociar, existe desde el comienzo de la vida una tendencia a la integración, la cual va creciendo a medida que el yo se desarrolla. Este proceso de integración está basado en la introyección del objeto bueno, que inicialmente es un objeto parcial: el pecho de la madre, si bien otros aspectos de esta también entran a formar parte de la relación más temprana. Si el objeto bueno se establece con relativa firmeza, se convierte en el núcleo central del yo en desarrollo.

Una relación temprana satisfactoria con la madre (la cual no es forzoso que esté basada en la lactancia natural, puesto que el biberón puede también representar simbólicamente al pecho), implica un estrecho contacto entre el inconsciente de la madre y el del niño; esto constituye el principio fundamental de la más plena experiencia de ser comprendido y está esencialmente vinculado a la etapa preverbal. Por gratificador que sea, en el curso de la vida futura, comunicar los propios pensamientos y sentimientos a alguien con quien se congenia, subsiste el anhelo insatisfecho de una comprensión sin palabras, en última instancia, de algo similar a la primitiva relación que se tenía con la madre. Dicho anhelo contribuye al sentimiento de soledad y deriva de la vivencia depresiva de haber sufrido una pérdida irreparable.

Incluso en el mejor de los casos, la relación placentera con la madre y con el pecho de esta siempre se verá perturbada, ya que inevitablemente surgirá la ansiedad persecutoria. La ansiedad persecutoria está en pleno apogeo durante los tres primeros meses de vida, o sea, el período de la posición esquizo-paranoide; aparece desde el comienzo de la vida como resultado del conflicto entre los instintos de vida y de muerte, al que se suma también la experiencia del nacimiento. Toda vez que surgen violentos impulsos destructivos, la madre y el pecho de esta se viven en virtud de la proyección como persecutorios, y por lo tanto el bebé experimenta inevitablemente cierta inseguridad, siendo esta inseguridad paranoide una de las causas esenciales de la soledad.

Cuando se alcanza la posición depresiva —por lo común al promediar la primera mitad del primer año de vida—, el yo se encuentra ya más integrado, lo cual se manifiesta en una mayor sensación de totalidad, con lo que el bebé está en mejores condiciones para relacionarse con la madre, y más adelante con otra gente, como una persona total. De este modo la ansiedad paranoide, como elemento constitutivo de la soledad, va siendo reemplazada cada vez más por la ansiedad depresiva. Pero el verdadero proceso de integración

acarrea a su vez nuevos problemas, y me propongo analizar aquí algunos de ellos y su relación con la soledad.

Uno de los factores que estimulan la integración es que los procesos de escisión, por cuyo intermedio el yo temprano intenta contrarrestar la inseguridad, tienen una eficacia solo transitoria, lo cual impulsa al yo a tratar de contemporizar con los impulsos destructivos. Esta tendencia contribuye a la necesidad de integración ya que, de poder alcanzarla, la integración tendría el efecto de mitigar el odio por medio del amor, reduciendo así la violencia de los impulsos destructivos. El yo sentiría entonces una mayor seguridad, no solo con respecto a su propia supervivencia, sino también a la de su objeto bueno. Esta es una de las razones por las que la falta de integración resulta tan extremadamente penosa.

Sin embargo, cuesta mucho aceptar la integración. La unión de los impulsos destructivos y amorosos, y de los aspectos buenos y malos del objeto, despierta el temor de que los sentimientos destructivos puedan sofocar los sentimientos amorosos y amenazar al objeto bueno. Así, existe un conflicto entre la búsqueda de la integración como protección contra los impulsos destructivos, y el miedo a la integración por la posibilidad de que los impulsos destructivos amenacen al objeto bueno y a las partes buenas del sí-mismo. He escuchado a algunos pacientes expresar lo doloroso de la integración en términos de sentirse solos y abandonados, de encontrarse absolutamente a solas frente a lo que para ellos era una parte mala del sí-mismo. Y el proceso se vuelve doblemente penoso cuando un superyó cruel ha causado una muy fuerte represión de los impulsos destructivos y pretende mantenerla.

La integración se realiza solo en forma muy gradual, y es factible que la seguridad que proporciona se vea perturbada en momentos de fuerte presión interna y externa; y esto conserva su validez durante toda la vida. Nunca se llega a una integridad total y permanente, ya que siempre persiste cierta polaridad entre los instintos de vida y de muerte, la cual sigue siendo la causa más profunda de conflicto. Puesto que nunca se logra una integración total, tampoco es posible comprender y aceptar plenamente las propias emociones, fantasías y ansiedades, y esto subsiste como un factor importante en la soledad. El anhelo de comprenderse a sí mismo se encuentra también ligado a la necesidad de ser comprendido por el objeto bueno internalizado. Encontramos una expresión de tal anhelo en la fantasía universal de tener un hermano gemelo, fantasía sobre la que Bion llamó la atención en un trabajo inédito. Según la hipótesis de Bion, esta figura gemela representa a las partes

no comprendidas y escindidas y apartadas que el individuo anhela recuperar, con la esperanza de alcanzar totalidad y una comprensión plena; ocasionalmente, dichas partes se viven como partes ideales. En otros casos, el hermano gemelo representa también un objeto interno totalmente confiable, de hecho, idealizado.

Existe además otra relación entre la soledad y el problema de la integración, que es importante considerar en este momento: generalmente se supone que la soledad puede nacer de la convicción de que no se pertenece a ninguna persona o grupo; esta convicción tiene, en realidad, un significado mucho más profundo. Por mucho que progrese la integración, esta no logra eliminar la sensación de que no se dispone de ciertos componentes del sí-mismo porque están escindidos y apartados y es imposible recuperarlos. Como veremos más adelante en forma más detallada, algunas de estas partes escindidas y apartadas han sido proyectadas en otras personas, lo cual contribuye a crear la sensación de que no se está en posesión total del propio sí-mismo, que uno no se pertenece por completo a sí mismo ni, por lo tanto, tampoco a nadie más. Además, se tiene la vivencia de que también las partes ausentes se sienten solas.

Ya he señalado que ni siquiera las personas sanas logran superar por completo las ansiedades paranoides y depresivas, las cuales constituyen la base de cierto grado de soledad. Existen considerables diferencias individuales en la manera como se experimenta la soledad. Cuando la ansiedad persecutoria es relativamente intensa, aunque siempre dentro de los límites de la normalidad, es probable que la relación con el objeto bueno interno se vea perturbada, y se lesione la confianza en la parte buena del sí-mismo. En consecuencia, existe una mayor proyección de sentimientos y suspicacias paranoides en los demás, con el consiguiente sentimiento de soledad.

En la verdadera esquizofrenia estos factores están necesariamente presentes, pero en forma muy exacerbada; la falta de integración que, hasta el momento, hemos estado examinando en el campo de la normalidad, aparece ahora en su forma patológica. Indudablemente, todas las, características de la posición esquizo-paranoide aparecen aquí en grado superlativo.

Antes de entrar a ocuparnos de la soledad en el esquizofrénico es importante considerar con mayores detalles algunos de los procesos de la posición esquizo-paranoide, en particular la escisión y la identificación proyectiva. La identificación proyectiva está basada en la escisión del yo y en la proyección de partes del si-mismo en otras personas, primariamente la

madre y el pecho de esta, y deriva de los impulsos orales, anales y uretrales del individuo. En ese mecanismo algunas partes del sí-mismo se expelen omnipotentemente por medio de las sustancias corporales y se proyectan dentro de la madre a fin de controlarla y tomar posesión de ella. De este modo, no se vive a la madre como un individuo separado sino como un aspecto del sí-mismo. Si estos excrementos son expelidos con odio, entonces se vive a la madre como peligrosa y hostil. Pero lo que se escinde y aparta, y se proyecta, no son solo las partes malas del sí-mismo sino también las buenas. Por lo común, como ya hemos visto, a medida que el yo se desarrolla la escisión y la proyección disminuyen y el yo alcanza una mayor integración. Con todo, si el yo es muy débil —lo cual constituye, a mi juicio, un rasgo congénito— y si han existido problemas en el nacimiento y a comienzos de la vida, entonces la capacidad de integrar —de juntar las partes escindidas y apartadas del yo— será también débil, existiendo además una mayor tendencia a disociar a fin de evitar la ansiedad que despiertan los impulsos destructivos dirigidos contra el sí-mismo y el mundo externo. Esta incapacidad para tolerar las ansiedades encierra, en consecuencia, una importancia trascendental, ya que no solo incrementa la necesidad de escindir excesivamente al yo y al objeto, lo cual puede llevar a un estado de fragmentación sino que impide también la elaboración de las ansiedades tempranas.

En el esquizofrénico observamos el efecto de estos procesos no resueltos: él tiene la vivencia de que está irremediablemente reducido a fragmentos, y de que nunca estará en posesión de su sí-mismo. El hecho de encontrarse tan fragmentado le impide internalizar suficientemente a su objeto primario (la madre) como objeto bueno y, por ende, contar con el fundamento necesario para lograr estabilidad; no puede confiar en un objeto bueno interno ni externo, como tampoco puede confiar en su propio si-mismo. Este factor está vinculado a la soledad, ya que intensifica la vivencia del esquizofrénico de que se ha quedado solo, por así decirlo, con su infortunio. Esta sensación de verse rodeado de un mundo hostil, característica del aspecto paranoide de la esquizofrenia, no solo incrementa todas las ansiedades del individuo, sino que tiene también un efecto trascendental sobre su sentimiento de soledad.

Otro factor que concurre a la soledad del esquizofrénico es la confusión, producto de una serie de factores, en particular de la fragmentación del yo y del uso excesivo de la identificación proyectiva, de modo que el individuo se siente constantemente no solo reducido a fragmentos sino también confundido con las demás personas. Así, le resulta imposible hacer una discriminación

entre las partes buenas del sí-mismo y las malas, entre el objeto bueno y el malo, y entre la realidad externa y la interna. De este modo, el esquizofrénico no puede comprenderse a sí mismo ni confiar en sí mismo. Estos factores, sumados a su desconfianza paranoide con respecto a los demás, engendran en él un estado de retraimiento que destruye su capacidad de establecer relaciones objetales y de obtener de ellas la reaseguración y el placer que, al fortalecer su yo, podrían contrarrestar su soledad. El anhela establecer relaciones con la gente, pero le resulta imposible hacerlo.

Es importante no subestimar el dolor y el sufrimiento del esquizofrénico, si bien no resulta demasiado fácil detectarlos debido al constante uso defensivo que aquel hace del retraimiento y la dispersión de sus emociones. Sin embargo, tanto yo como algunos de mis colegas, de los que solo mencionaré al doctor Davidson, el doctor Rosenfeld y la doctora Hanna Segal, que hemos tratado a esquizofrénicos y lo estamos haciendo en la actualidad, conservamos aún cierto optimismo con respecto a los resultados de la terapia. Este optimismo se funda en el hecho de que, incluso en personas tan enfermas como estas, existe una tendencia a la integración y también cierta relación, por rudimentaria que sea, con el objeto bueno y el sí-mismo bueno.

Quisiera ocuparme ahora de la soledad característica del predominio de la ansiedad depresiva, en primer lugar dentro del campo de la normalidad. Frecuentemente he señalado que la vida emocional temprana se caracteriza por experiencias recurrentes de pérdida y recuperación. Cada vez que la madre está ausente, el bebé puede tener la vivencia de haberla perdido, ya sea porque está dañada o porque ella se ha convertido en un perseguidor. La sensación de haberla perdido equivale al temor de que haya muerto. En virtud de la introyección, la muerte de la madre externa significa también la muerte del objeto bueno interno, lo cual intensifica el temor que le despierta al bebé la idea de su propia muerte. Si bien estas ansiedades y emociones son más intensas durante el período de la posición depresiva, no es menos cierto que, a lo largo de toda la vida, el miedo a la muerte desempeña un papel importante en la soledad.

Ya he sugerido que el dolor que acompaña a los procesos de integración también contribuye a la soledad, por cuanto significa enfrentarse a los propios impulsos destructivos y a las partes odiadas del sí-mismo, que a veces parecen incontrolables y constituyen, por ende, una amenaza para el objeto bueno. Con la integración y un creciente sentido de realidad, la omnipotencia forzosamente disminuye, lo cual a su vez se suma a lo penoso de la

integración, ya que entraña una menor capacidad de esperanza. Si bien existen otras fuentes de esperanza, que nacen de la fortaleza del yo y de la confianza en uno mismo y en los demás, siempre existirá en la esperanza un elemento de omnipotencia.

La integración también significa perder parte de la idealización —tanto con respecto al objeto como a una parte del sí-mismo— que siempre caracterizó a la relación con el objeto bueno. El hecho de tomar conciencia de que el objeto bueno jamás podrá aproximarse siquiera a la perfección que se espera del objeto ideal produce la desidealización; y resulta incluso más doloroso percatarse de que no existe ninguna parte verdaderamente ideal del si-mismo. En mi experiencia, jamás se renuncia por completo a la necesidad de idealizar, si bien, en el curso del desarrollo normal, el hecho de enfrentarse a la realidad interna y externa tiende a debilitar dicha necesidad. Como lo expresara un paciente, al tiempo que admitía todo el alivio obtenido gracias a algunos progresos en la integración: «el encanto se ha perdido». El análisis reveló que el encanto que había desaparecido era la idealización del sí-mismo y del objeto, y esta pérdida provocó sentimientos de soledad.

Algunos de estos factores tienen una mayor participación en los procesos mentales característicos de la enfermedad maníaco-depresiva. El paciente maníaco-depresivo ha dado ya algunos pasos hacia la posición depresiva, esto es, percibe al objeto más como un todo, y sus sentimientos de culpa, si bien ligados aún a mecanismos paranoides, son más intensos y menos fugaces. Por consiguiente experimenta, en mayor medida que el esquizofrénico, el anhelo de tener dentro de sí al objeto bueno a fin de protegerlo y ponerlo a salvo. Pero se siente incapaz de hacerlo puesto que, al mismo tiempo, no ha elaborado suficientemente la posición depresiva, de modo que su capacidad de reparar, de sintetizar al objeto bueno y alcanzar la integración del yo, no se han desarrollado lo suficiente. En la medida en que en su relación con el objeto bueno existe todavía una cantidad considerable de odio y, por consiguiente, de miedo, no está lo bastante capacitado para repararlo, y por lo tanto su relación con dicho objeto no le proporciona alivio sino tan solo la sensación de ser odiado y no querido, y él siente que su objeto bueno está constantemente expuesto a la amenaza de sus propios impulsos destructivos. El anhelo de poder superar todas estas dificultades respecto del objeto bueno forma parte del sentimiento de soledad. En casos extremos esto se expresa en la tendencia al suicidio.

En las relaciones externas operan procesos similares. El maníaco-depresivo logra solo ocasionalmente, y en forma muy transitoria, obtener

alivio de la relación con una persona sincera, puesto que, como le proyecta casi enseguida su propio odio, resentimiento, envidia y miedo, se encuentra constantemente lleno de desconfianza. En otras palabras, sus ansiedades paranoides siguen siendo muy intensas. Por consiguiente, el sentimiento de soledad del maníaco-depresivo se centra más en su incapacidad para mantener un contacto interno y externo duradero con un objeto bueno, y no tanto en el hecho de estar reducido a fragmentos.

Examinaré a continuación algunas dificultades adicionales de los conflictos entre los elementos masculinos y femeninos en ambos sexos. Sabemos que existe en la bisexualidad un factor biológico, pero lo que me interesa aquí es el aspecto psicológico. En las mujeres existe sin excepción el deseo de ser hombres, el cual se expresa tal vez con máxima claridad en términos de envidia del pene; análogamente, encontramos entre los hombres la posición femenina, el anhelo de poseer pechos y de poder concebir hijos. Estos deseos están ligados a una identificación con ambos progenitores y están acompañados de sentimientos de competencia y de envidia, como también de admiración por las codiciadas posesiones. La intensidad y la calidad de dichas identificaciones varía según prevalezca la admiración o la envidia. En el niño pequeño parte del deseo de integración se manifiesta en la tendencia a integrar estos diferentes aspectos de la personalidad. Además, el superyó impone la conflictual exigencia de identificación con ambos progenitores, apremiado por la necesidad de reparar a causa de tempranos deseos de despojarlos a ambos, y expresando así el deseo de mantenerlos vivos internamente. Si el elemento de culpa predomina, ello dificultará la integración de estas identificaciones. Si, en cambio, dichas identificaciones se realizan de manera satisfactoria, se convierten en una fuente de enriquecimiento y en punto de partida para el desarrollo de una serie de talentos y capacidades.

A fin de ilustrar las dificultades de este aspecto particular de la integración y su relación con la soledad, citaré el sueño de un paciente. Una niñita está jugando con una leona y sostiene con su mano un aro por el que aquella debe saltar; pero del otro lado del aro se abre un precipicio. La leona obedece y encuentra la muerte. Simultáneamente, un niño mata a una serpiente. Como ya había surgido anteriormente material similar, el paciente mismo reconoció que la niña representaba su parte femenina y el niño su parte masculina. En la situación transferencial la leona presentó muchos puntos de contacto conmigo, de los que solo daré un ejemplo: en el sueño la niña tenía un gato, y esto condujo a asociaciones acerca de mi propio gato, el cual con

frecuencia había aparecido como imagen mía. Al paciente le fue muy penoso admitir que, en razón de que estaba en competencia con mi feminidad, su propósito era destruirme y, en el pasado, destruir a su madre. Este reconocimiento de que una parte de su ser quería matar a la amada leona —la analista—, con lo cual quedaría privado de su objeto bueno, despertó en él sentimientos no solo de congoja y de culpa, sino también de soledad en la transferencia. Le resultó igualmente mortificante admitir que la rivalidad con su padre lo había impulsado a destruir la potencia y el pene paternos, representados por la serpiente.

Este material nos llevó a una labor analítica muy penosa relacionada con la integración. El sueño de la leona que acabo de relatar había sido precedido por otro en el que la mujer se suicidaba arrojándose al vacío desde un edificio muy alto y, a diferencia de su actitud habitual, el paciente no experimentó ningún tipo de horror. El análisis, que por esa época se centraba en sus dificultades con respecto a la posición femenina, la cual estaba entonces en todo su apogeo, reveló que la mujer representaba su parte femenina, y que él realmente deseaba verla destruida. La vivencia del paciente era que dicha parte femenina no solo perjudicaría su relación con las mujeres, sino que además lesionaría su masculinidad y todas las tendencias constructivas inherentes a ella, incluyendo la tendencia a reparar a la madre, lo cual se puso de manifiesto en relación con mi persona. Esta propensión a colocar toda su envidia y competencia en su parte femenina era, según se comprobó, una forma de disociar y, simultáneamente, parecía obnubilar la enorme admiración y estima que le merecía la feminidad. Además, era obvio que mientras consideraba que la agresión masculina era comparativamente franca y por lo tanto más sincera, atribuía al lado femenino toda la envidia y la falacia y, como detestaba cualquier tipo de doblez y de mala fe, ello contribuía a sus dificultades en la integración.

El análisis de estas actitudes, retrocediendo hasta llegar a sus más tempranos sentimientos de envidia contra la madre, coadyuvó a una mejor integración de las partes femenina y masculina de su personalidad y a la disminución de la envidia, tanto en el rol masculino como en el femenino. Esto hizo que mejoraran sus relaciones con los demás, ayudándolo así a combatir el sentimiento de soledad.

A continuación presentaré otro ejemplo, tomado del análisis de un paciente, un hombre que no estaba enfermo ni se sentía desdichado y que tenía éxito en su trabajo y en sus relaciones. Tenía conciencia de que en su infancia siempre se había sentido muy solo, y que ese sentimiento de soledad

nunca había desaparecido totalmente. El amor a la naturaleza había constituido una característica importante de las sublimaciones de este paciente. Ya desde muy pequeño, el hecho de estar al aire libre lo ponía siempre alegre y contento. En una sesión me manifestó cuánto había disfrutado de un paseo por entre las colinas, y la repugnancia que sintió al llegar a la ciudad. Le interpreté, como ya lo había hecho anteriormente, que la naturaleza representaba para él no solo la belleza sino también la bondad, de hecho, el objeto bueno que había incorporado dentro suyo. Después de una pausa me replicó que creía que yo estaba en lo cierto, pero que la naturaleza no era únicamente bondad, ya que siempre existe en ella una considerable dosis de agresión. Del mismo modo —añadió— su propia relación con la naturaleza no era tampoco enteramente buena, y en prueba de ello me refirió que cuando era niño solía robar nidos, pese a que su mayor aspiración siempre fue cultivar algo. Y añadió que, al amar a la naturaleza, en realidad había «incorporado un objeto integrado».

Para poder comprender cómo había logrado el paciente superar su soledad en relación con el campo, mientras que seguía experimentándola con respecto a la ciudad, será preciso que examinemos detenidamente algunas de sus asociaciones relativas a su niñez y a la naturaleza. Me dijo que se suponía que había sido un bebé feliz, bien alimentado por su madre, cosa que se vio corroborada —sobre todo en la situación transferencial— por abundante material. Muy pronto se había percatado de su inquietud con respecto a la salud de su madre, como también del resentimiento que le provocaba la actitud más bien disciplinaria de aquella. A pesar de esto, su relación con la madre fue feliz en muchos sentidos y él siguió profesándole afecto; pero dentro de su casa se sentía como aprisionado, y tenía conciencia de que experimentaba un perentorio anhelo de estar al aire libre. Parecía haber desarrollado una precoz admiración por las bellezas de la naturaleza, y tan pronto como obtuvo mayor libertad para estar al aire libre esto se transformó en su mayor pasión. Me relató cómo, junto con unos amigos, solía emplear su tiempo libre vagando por los bosques y praderas. Me confesó alguna que otra agresión relacionada con la naturaleza, como por ejemplo haber robado nidos y estropeado cercas; pero al mismo tiempo abrigaba el convencimiento de que tales destrozos no serían duraderos, ya que la naturaleza siempre se restauraba a sí misma. Juzgaba que la naturaleza era opulenta e invulnerable, actitud que contrastaba extraordinariamente con la que exhibía hacia su madre. La relación con la naturaleza parecía estar relativamente exenta de culpa, en

tanto que la relación con su madre —de cuya fragilidad se sentía responsable por motivos inconscientes— exhibía una considerable dosis de culpa.

Este material me permitió llegar a la conclusión de que, en alguna medida, él había introyectado a la madre como objeto bueno y había alcanzado cierto grado de síntesis entre los sentimientos amorosos y los sentimientos hostiles que experimentaba hacia ella. También logró un nivel de integración bastante aceptable, pero este se vio afectado por una ansiedad persecutoria y depresiva relacionada con sus padres. Su relación con el padre había sido muy importante para su desarrollo, pero no pertenece al material concreto que estamos examinando aquí.

Me he referido a la necesidad obsesiva que experimentaba este paciente de estar al aire libre, necesidad que estaba vinculada a su claustrofobia. Como ya he explicado en otra ocasión, la claustrofobia tiene dos grandes fuentes de origen: la identificación proyectiva con la madre, que provoca el temor de quedar aprisionado dentro de ella; y la reintroyección, cuyo corolario es la sensación de que, dentro de sí mismo, está aprisionado por los objetos internos vengativos. En lo que respecta a este paciente yo diría que su huida hacia la naturaleza era una defensa contra estas dos situaciones de ansiedad. En cierto sentido, su amor por la naturaleza estaba escindido y apartado de la relación con su madre, siendo la desidealización de esta última lo que lo llevó a transferir su idealización a la naturaleza. En todo lo concerniente a su casa y a su madre, él se sentía tremendamente solo, y este sentimiento de soledad era el causante de su fuerte aversión a la ciudad. La libertad y la felicidad que encontraba en la naturaleza no constituían tan solo una fuente de placer, fruto de un profundo sentido de la belleza y vinculada a la sensibilidad artística, sino también un medio de contrarrestar la soledad esencial que nunca lo había abandonado por completo.

En otra ocasión el paciente relató, con bastante culpa, que durante un viaje al campo había atrapado un ratón campestre, colocándolo luego dentro de una caja en el baúl del automóvil para llevárselo de regalo a su hijo menor, a quien sin duda le encantaría tenerlo como mascota. El paciente se olvidó completamente del ratón, y no fue sino al día siguiente que recordó su existencia. Todos los intentos de encontrarlo fueron infructuosos, ya que el ratón había roído la caja, eligiendo como escondite el rincón más apartado del baúl del coche, lugar donde estaba fuera de todo alcance. Finalmente, luego de haber realizado denodados esfuerzos para atraparlo, el paciente comprobó que el ratón había muerto. La culpa que experimentó por haberse olvidado del ratón campestre, ocasionándole la muerte, lo llevó, en el curso de las

siguientes sesiones, a asociaciones con personas fallecidas, de cuya muerte él se sentía en alguna medida responsable, si bien no por motivos racionales.

En las sesiones posteriores surgieron innumerables asociaciones con el ratón campestre, el cual parecía desempeñar una serie de roles diferentes: representaba una parte escindida y apartada del paciente, solitaria y deprivada. Mediante la identificación con su hijo se sentía, además, privado de un compañero potencial. Varias asociaciones revelaron que, durante toda su infancia, el paciente había anhelado vehementemente tener un compañero de juegos de su misma edad; anhelo que trascendía la necesidad concreta de compañía externa y era fruto de la sensación de no poder recuperar las partes escindidas y apartadas del si-mismo. El ratón campestre también representaba su objeto bueno, que él había encerrado en su interior —simbolizado por el automóvil— y acerca del cual se sentía culpable, y temía también que pudiera volverse retaliatorio. Otra de sus asociaciones, relacionada con la negligencia, fue que el ratón campestre representaba además la imagen de una mujer abandonada. Esta asociación surgió después de un período de vacaciones; significaba que no solo él había sido abandonado por la analista, sino que también ella se había sentido sola y abandonada. El material mismo puso en evidencia la vinculación que existía con sentimientos similares hacia su madre, así como la conclusión de que él llevaba dentro de sí un objeto muerto o solitario, lo cual incrementaba su soledad.

El material proporcionado por este paciente fundamenta mi teoría de que existe una relación entre la soledad y la incapacidad de integrar suficientemente tanto al objeto bueno como a partes del sí-mismo, a las que se vive como inaccesibles.

Entraré ahora a examinar más a fondo todos aquellos factores que normalmente mitigan la soledad. La internalización relativamente firme del pecho bueno es característica de cierta fortaleza innata del yo. Un yo fuerte tiene menores posibilidades de fragmentarse y, por consiguiente, cuenta con una mayor capacidad para alcanzar cierto grado de integración y una buena relación temprana con el objeto primario. Además, la internalización exitosa del objeto bueno constituye la base de la identificación con este, la cual fortalece la sensación de bondad y confianza, tanto en el objeto como en el sí-mismo. Esta identificación con el objeto bueno aplaca los impulsos destructivos y reduce también de este modo la severidad del superyó. Un superyó menos severo no le impone al yo exigencias tan rigurosas, lo cual engendra la tolerancia y la capacidad de aceptar los defectos de los objetos amados sin que resulte afectada la relación que con ellos se tiene.

La disminución de la omnipotencia, que sobreviene con los progresos en la integración y ocasiona cierta pérdida de esperanza, facilita sin embargo la discriminación entre los impulsos destructivos y sus efectos, con lo cual la agresividad y el odio ya no se viven como algo tan peligroso. Esta mayor adaptación a la realidad conduce a la aceptación de los propios defectos y, en consecuencia, disminuye el resentimiento por las pasadas frustraciones. También abre el acceso a fuentes de gozo en el mundo externo, constituyéndose así en otro factor que reduce la soledad.

La relación satisfactoria con el primer objeto y la exitosa internalización de este significa que se puede dar y recibir amor. Como resultado, el bebé puede gozar no solo cuando se alimenta sino también en respuesta a la presencia y al afecto de la madre. El recuerdo de estas felices experiencias representa una valiosa ayuda para el niño pequeño cuando este se siente frustrado, porque está ligado a la esperanza de que habrá otros momentos felices. Además, existe un vínculo muy estrecho entre el goce y la sensación de comprender y ser comprendido. En el momento del goce la ansiedad se apacigua y lo que prevalece es la contigüidad a la madre y la confianza en ella. La identificación introyectiva y la identificación proyectiva, cuando no son excesivas, desempeñan un papel importante en esta sensación de contigüidad, porque subyacen a la capacidad de comprender y contribuyen a la experiencia de ser comprendido.

El goce siempre está ligado a la gratitud; si esta es profunda incluye el deseo de retribuir la bondad recibida y representa así la base de la generosidad. Siempre existe una estrecha relación entre la capacidad de recibir y la capacidad de dar, y ambas forman parte de la relación con el objeto bueno y, por lo tanto, contrarrestan la soledad. Además, el sentimiento de generosidad subyace a la creatividad, y esto se aplica tanto a las más primitivas actividades constructivas del bebé como a la creatividad del adulto.

La capacidad de gozar constituye además la condición previa necesaria para cierta medida de resignación, la cual permite gozar de aquello que resulta accesible, sin sentir una avidez desmesurada con respecto a gratificaciones inalcanzables ni un excesivo resentimiento frente a la frustración. Ya en algunos bebés pequeños puede observarse tal adaptación. La resignación está ligada a la tolerancia y a la sensación de que los impulsos destructivos no predominarán sobre el amor y que, por ende, la bondad y la vida estarán a salvo.

El niño que, a pesar de cierta dosis de envidia y de celos, puede identificarse con el placer de las gratificaciones de otros miembros de su

círculo familiar también será capaz de hacerlo en relación con otra gente en su vida futura. Al llegar a la vejez podrá entonces invertir la situación primitiva e identificarse con las satisfacciones de los jóvenes. Esto solo puede darse si existe gratitud por los placeres del pasado, sin demasiado resentimiento por el hecho de que ya no están a su alcance.

Todos los factores del desarrollo que he delineado aquí, si bien mitigan el sentimiento de soledad, no logran eliminarlo por completo; así existe la posibilidad de que sean utilizados como defensas. Cuando tales defensas son muy poderosas y logran ensamblarse perfectamente entre sí es factible que la soledad no llegue a experimentarse en forma consciente. Algunos bebés utilizan la dependencia extrema con respecto a la madre como defensa contra la soledad, en cuyo caso la necesidad de dependencia subsiste como patrón durante toda la vida. Por otra parte, la huida hacia el objeto interno, que puede expresarse en la temprana infancia mediante la gratificación alucinatoria, se emplea a menudo defensivamente en un intento de contrarrestar la dependencia con respecto al objeto externo. En algunos adultos esta actitud conduce a un rechazo de toda relación amistosa, lo cual, en casos extremos, es un síntoma de enfermedad.

La tendencia a la independencia, que forma parte de la maduración, puede ser utilizada en forma defensiva con el propósito de superar la soledad. La disminución de la dependencia con respecto al objeto hace que el individuo sea menos vulnerable y también contrarreste la necesidad de una excesiva contigüidad, tanto interna como externa, con respecto a las personas amadas.

Otra defensa, que se utiliza especialmente en la vejez, consiste en vivir abstraído en el pasado a fin de eludir las frustraciones del presente. En esos recuerdos forzosamente debe existir cierta idealización del pasado, la cual se coloca al servicio de la defensa. En los jóvenes la idealización del futuro cumple un propósito semejante. Cierto grado de idealización de personas y causas representa una defensa normal y forma parte de la búsqueda de objetos internos idealizados, la cual es proyectada en el mundo externo.

El éxito y la valorización de los demás —originalmente la necesidad infantil de ser apreciado por la madre— pueden ser empleados como defensa contra la soledad; pero este método pierde eficacia si se lo utiliza con exceso, ya que en ese caso no se afianzaría suficientemente la confianza en uno mismo. Otra defensa que está ligada a la omnipotencia y forma parte de la defensa maníaca, es un uso particular de la capacidad de tolerar la postergación de algo anhelado; esto puede llevar a un exceso de optimismo y

a una falta de iniciativa, y puede estar ligado a un sentido de realidad deficiente.

La negación de la soledad, que con tanta frecuencia se emplea como defensa, probablemente dificulte las buenas relaciones objetales, en contraste con una actitud en la que la soledad se experimenta realmente, convirtiéndose en estímulo para las relaciones objetales.

Por último, quisiera señalar por qué resulta tan difícil determinar la importancia relativa de las influencias internas y externas como agentes causales de la soledad. Hasta aquí me he ocupado particularmente de los aspectos internos, pero estos no existen en el vacío. Se da, en la vida mental, una constante interacción entre factores internos y externos, basada en los procesos de proyección e introyección, los cuales inauguran las relaciones objetales.

El primer impacto poderoso que el mundo externo le impone al bebé son los diversos tipos de molestias inherentes al nacimiento y que él atribuye a fuerzas persecutorias y hostiles. Estas ansiedades paranoides entran a formar parte de su situación interna. Los factores internos también actúan desde el principio: el conflicto entre el instinto de vida y el instinto de muerte engendra la desviación del instinto de muerte hacia afuera, hecho que, en opinión de Freud, inaugura la proyección de los impulsos destructivos. Con todo, mi teoría es que simultáneamente la tendencia del instinto de vida, que lo impulsa a tratar de encontrar un objeto bueno en el mundo externo, hace que se proyecten también los impulsos amorosos. De este modo, el cuadro del mundo externo —representado inicialmente por la madre y en particular por el pecho de esta, y basado en experiencias concretas, tanto buenas como malas, en relación con ella— se ve teñido por factores internos. Mediante la introyección, este cuadro del mundo externo afecta al mundo interno. Pero no solo los sentimientos del bebé con respecto al mundo externo se ven teñidos por la proyección de este, sino que la relación concreta que la madre tiene con su hijo se ve también afectada, de maneras indirectas y sutiles, por la respuesta de este. Un bebé satisfecho, que succiona el pecho con fruición, calma la ansiedad de su madre; a su vez, la felicidad de la madre se trasunta en su forma de manejarlo y alimentarlo, con lo cual reduce la ansiedad persecutoria de su bebé y estimula su capacidad para internalizar el pecho bueno. En contraste, un bebé que tiene dificultades de tipo alimentario puede despertar ansiedad y culpa en su madre, y ejercer así una influencia desfavorable sobre la relación que ella tiene con él. Con estas distintas

variantes, existe una constante interacción entre el mundo interno y el mundo externo, interacción que subsiste a lo largo de toda la vida.

La acción recíproca de factores externos e internos influye considerablemente en el incremento o la disminución del sentimiento de soledad. La internalización de un pecho bueno, que solo puede darse como resultado de una interacción favorable entre los elementos internos y los externos, constituye una base para la integración, la cual, como ya he señalado, es uno de los factores que más contribuyen a la disminución del sentimiento de soledad. Además, es bien sabido que cuando en el desarrollo normal se experimentan intensos sentimientos de soledad surge la poderosa necesidad de recurrir a objetos externos, puesto que las relaciones externas alivian parcialmente la soledad. Las influencias externas, sobre todo la actitud de personas que son importantes para el individuo, pueden lograr por otros modos que disminuya la soledad. Por ejemplo, el hecho de tener una relación básicamente buena con los padres permite tolerar mejor la pérdida de la idealización y la disminución del sentimiento de omnipotencia. Al aceptar los padres la existencia de impulsos destructivos en el niño y demostrarle que son capaces de protegerse de su agresividad pueden atenuar la ansiedad que aquel experimenta con respecto a los efectos de sus deseos hostiles. Como resultado, se tiene la vivencia de que el objeto es menos vulnerable y el sí-mismo menos destructivo.

Solo mencionaré someramente aquí la importancia del superyó en relación con todos estos procesos. Un superyó rígido no puede nunca ser sentido como indulgente para con los impulsos destructivos; de hecho, lo que pretende es que no existan. Si bien el superyó se construye en gran medida a partir de una parte escindida y apartada del yo, sobre la cual se proyectan los impulsos, también se ve inevitablemente afectado por la introyección de las personalidades de los padres reales y de la relación que estos tienen con el bebé. Cuanto más severo es el superyó, tanto más intensa será la soledad, ya que las rigurosas imposiciones de aquel acrecientan las ansiedades depresivas y paranoides.

Para concluir, formularé nuevamente mi hipótesis de que si bien las influencias externas pueden llegar a reducir o a intensificar la soledad, esta nunca logra eliminarse por completo, en razón de que la tendencia a la integración y el dolor que se experimenta durante el proceso de integración emanan de fuentes internas que siguen ejerciendo su influjo durante toda la vida.

38. Contribuciones breves

La importancia de las palabras en el análisis temprano (1927)

He señalado en mis trabajos y conferencias que en su forma de expresión el niño difiere del adulto en que actúa y dramatiza sus pensamientos y fantasías. Pero eso no significa que las palabras no sean de gran importancia, en la medida en que el niño las domine. Daré un ejemplo: un niño de cinco años con gran represión de sus fantasías había sido analizado durante un tiempo. La mayor parte del material lo había traído mediante el juego, pero tendía a no darse cuenta de ello. Un día me pidió jugar al comercio y que yo fuese quien vendía. Utilicé una técnica que es importante para el niño que no está preparado para comunicar sus asociaciones. Le pregunté quién debía ser, una señora o un señor, puesto que tendría que dirigirse a mí al entrar al negocio. Me dijo que debía ser «el señor Cookey-Caker» (Cocinerito-Tortero) y pronto encontramos que lo que quería significar era aquel que cocina tortas. Yo debía vender locomotoras, que representaban para él el nuevo pene. A sí mismo se llamó «el señor Kicker» (pateador) y enseguida se dio cuenta de que eso significaba patear a alguien. Le pregunté adónde había ido el señor Cookey-Caker. Me respondió: «Se ha ido a algún lado». Pronto comprendió que el Sr. Cookey-Caker había muerto por sus patadas. «Cocinar tortas» representaba para él hacer niños de manera oral y anal. Luego de la interpretación se dio cuenta de su agresión al padre y esta fantasía abrió camino a otras en las que la persona contra quien peleaba era siempre el señor Cookey-Caker. La palabra «Cookey-Caker» es el puente hacia la realidad que el niño evita mientras trae sus fantasías solo mediante el juego. Siempre representa un progreso el hecho de que el niño reconozca la realidad de los objetos a través de sus propias palabras.

Nota sobre «un sueño de interés forense» (1928)

Para sustentar mis comentarios sobre el sueño comunicado por el Dr. Bryan, me debo referir a ciertas propuestas teóricas que presenté en mi trabajo para el último Congreso («Estadíos tempranos del conflicto edípico»), y que desarrollé más detalladamente en las clases que dicté aquí en otoño.

En uno de los estadios tempranos del conflicto edípico, el deseo de tener relaciones sexuales con la madre y enfrentar al padre se expresa en términos de los impulsos instintivos oral y anal-sádicos, que predominan en esta fase del desarrollo. El niño tiene la idea de que penetrando el útero de la madre lo destruye y se deshace del pene del padre. Este, de acuerdo con una típica teoría sexual infantil, estaría permanentemente presente en el útero (siendo el pene del padre la corporización de todo el padre en este estadío). El modo como lo destruye es devorándolo.

Entremezclada con esta tendencia pero reconocible como diferente hay otra cuyo fin es el mismo, es decir, destruir el útero materno y devorar el pene, pero cuyo basamento es una identificación oral y anal-sádica con la madre. De ella surge el deseo del niño de robar del cuerpo materno las heces, los niños y el pene del padre. La angustia en este nivel es muy aguda, puesto que está referida a la unión del padre y la madre, representados por el útero y el pene, y ya he señalado que esta angustia es la base fundamental de graves enfermedades mentales.

Mediante el análisis de niños he aprendido que el terror a la mujer con pene (que tanta importancia tiene en la impotencia masculina) es en realidad temor a la madre en cuyo cuerpo se asume que está el pene paterno. El temor al padre (o a su pene) contenido en la madre, se desplaza al temor a la madre. Mediante este desplazamiento, la angustia vinculada a ella y que proviene de las tendencias destructivas dirigidas contra su cuerpo es notablemente reforzada.

En el interesante caso presentado por el Dr. Bryan se expresa claramente esta angustia. La madre, que en el sueño domina al paciente, le exige que devuelva el dinero que le ha robado, y el hecho de que robara dinero solo a mujeres, muestra claramente la compulsión a robar los contenidos del útero. De especial importancia también es el uso que le daba al dinero robado. Es evidente que el paciente robaba el dinero para arrojarlo por el inodoro, y la naturaleza obsesiva de esta conducta puede explicarse por su angustia por

reparar, por devolver a la madre (o al útero), representada por el inodoro, lo que había robado.

Una de mis pacientes, en la que se probó que su grave neurosis provenía de la angustia de que la madre destruyera su cuerpo, tuvo el siguiente sueño: «Ella estaba en un baño y escuchó pasos; arrojó entonces el contenido de una canasta (que representaba, como luego descubrimos, heces, niños y el pene) rápidamente al inodoro. Pudo tirar el agua antes de que entrara la madre. Su madre se había lastimado el ano y ella la ayudaba a curar la herida». En este caso los impulsos destructivos contra la madre habían hallado su expresión en forma de la lesión del ano.

No solo fueron los robos de dinero, entonces, una repetición de tempranos deseos anal-sádicos de robar a la madre, sino que también eran provocados por la compulsión, motivada por la angustia, de repararla por esos robos tempranos y devolver lo robado. Este último deseo se expresa por arrojar el dinero en el inodoro.

El papel desempeñado por el padre en la angustia del paciente es menos obvio, aunque puede demostrarse. Como he dicho, el temor que solo parece referirse a la madre también implica miedo al padre (pene). Además, los robos se realizaron a continuación de una charla con el patrón del paciente sobre las estafas en general, en la cual el jefe le expresó su particular reprobación por delitos de esa clase. Esto demuestra claramente cómo la necesidad de ser castigado por el padre contribuyó en gran parte a que el paciente cometiera el delito. Más aun, lo que lo llevó a último momento a reparar fue que temió ser descubierto por otro hombre, un nuevo empleado; este también representaba al padre, y lo que impidió al paciente entrar en lucha (ser castigado) con el padre, hacia lo cual lo impelía su intolerable angustia, fue precisamente su angustia por el padre.

A estos comentarios que hice cuando se presentó el sueño, me gustaría agregar otros respecto de la historia del paciente, de la que me he enterado recientemente. El temor infantil del paciente a la bruja sobre la escoba, que lo lastimaría con algún instrumento y lo cegaría, o lo volvería sordomudo, representa su temor a la madre con pene. En su fuga él viajó a Escocia hacia la bruja, ostensiblemente porque su angustia, ahora intolerable, lo impelía a tratar de arreglar las cosas con ella. Con todo, en cuanto, su afán de reconciliación era con el padre dentro de la madre, se hace claro por qué antes del viaje tuvo la fantasía de defender a una muchacha del asalto sexual de un hombre. El objetivo de su viaje era alcanzar el «sombrero» de la bruja (el pene). Pero al igual que más tarde, en ocasión de los robos, a último momento

se retuvo por el temor del otro hombre, así en este viaje no alcanzó su objetivo final: una pelea con el pene del padre. Al llegar a Edimburgo enfermó. Sus asociaciones mostraron que esta ciudad representaba los genitales de la bruja; el significado era, pues, que no debía avanzar más adentro. Esta angustia está acorde también con la impotencia del paciente.

Como señaló el Dr. Bryan, el sueño de angustia a continuación de la visita al dentista se basaba en la identificación con la madre. Su temor a una terrible destrucción, una explosión, se debía a la naturaleza anal-sádica de su identificación. Puesto que el paciente asumía que su incapacidad de engendrar niños se debía a haber destruido y robado el útero materno, anticipaba una destrucción similar de su propio cuerpo. Las acciones del dentista representan la castración por el padre ligada a su identificación con la madre. Esto también aparece en el recuerdo que surgió cuando el paciente relató su sueño. Se vio parado en cierto lugar de un parque contra el cual la madre lo había prevenido particularmente. Le dijo que hombres malos podían atacarlo, de lo cual él dedujo que podían robarle el reloj.

La duda del paciente sobre cuándo y cómo podía o debía dejar el parque se relaciona, como dice el Dr. Bryan en sus conclusiones, con su angustia de ser atacado por el padre durante el coito con la madre, tanto dentro como fuera del cuerpo de la madre.

Deducciones teóricas de un análisis de dementia praecox en la temprana infancia (1929)

El caso de un niño demente de cuatro años de edad es la base de mi investigación en la que mostré que la prematura y excesiva defensa del yo contra el sadismo, en ciertas circunstancias, impide el desarrollo del yo y la instauración de las relaciones con la realidad.

Crítica de «woman's periodicity» de mary chadwick (1933)

Al comenzar, la autora nos remonta a la época prehistórica y nos muestra el papel que tuvo la menstruación para el hombre y la mujer, para la familia restringida o ampliada, para las comunidades pequeñas o grandes. La menstruación siempre fue considerada por los hombres como un hecho peligroso ante el cual reaccionaban con temor, angustia y desprecio. Prevaleció la creencia de que el contacto con una mujer que menstrúa es dañino, por lo que se impusieron severas restricciones para separar a la mujer «impura» de la comunidad por varios días. La forma en que se la excluía dependía de las diferentes tribus. Este exilio de la mujer que menstrúa es una breve repetición de la exclusión de las adolescentes de la comunidad, de acuerdo con los ritos de la pubertad, exclusión que puede durar meses y hasta años y que aún se encuentra en tribus primitivas.

Chadwick muestra convincentemente que el temor de los primitivos a la mujer que menstrúa es el miedo a la venganza de ciertos demonios, y que esto es igual a la angustia de castración. Además demuestra cómo otro grupo de fenómenos en épocas posteriores tienen el mismo origen, por ejemplo el miedo a las brujas que llevó hasta a quemarlas. Aun en la actualidad ciertas exigencias y prohibiciones religiosas tienen la misma motivación. Esta angustia se expresa también en ciertas supersticiones, como la de que las flores que son tocadas por una mujer que menstrúa se marchitan.

Luego de esta introducción, la autora se refiere al presente y a lo individual y una vez más muestra que todos debemos enfrentar angustias similares. Se basan en el reconocimiento de la diferencia entre los sexos y las señales «amenazantes» del ciclo femenino de hemorragias regulares. Tarde o temprano todo niño descubre que los sexos son diferentes y que la mujer menstrúa. Consciente o inconscientemente este conocimiento provoca ideas angustiosas sobre la integridad de sus propios genitales. Cada uno reacciona frente a este conocimiento de acuerdo con su propia constitución, su desarrollo y su posible neurosis.

Chadwick describe en detalle lo que sucede en la mujer, el hombre, los niños, el personal, etc., ya sea de modo manifiesto o latente, en ciclos periódicos regulares, antes, durante o después de la menstruación de la mujer.

Enfatiza las peleas entre los distintos miembros de la familia causada por la tendencia a la depresión y por la tensión nerviosa general de la mujer que menstrúa.

Este libro describe dramáticamente cómo las actitudes comunes y neuróticas del hombre y de la mujer respecto de la menstruación se transmiten a los niños y cómo ellos, a su vez, demuestran el mismo tipo de perturbaciones cuando crecen, básicamente a causa de la identificación, y cómo transmiten los mismos problemas a la nueva generación. De ese modo la neurosis es transmitida de generación en generación. Este libro provee a padres y maestros una interesante información y puede ayudarlos a comprender mejor este problema y a modificar sus actitudes, con lo que se podría prevenir de ulteriores daños a la generación siguiente.

Algunas consideraciones psicológicas. un comentario (1942)

La Dra. Karin Stephen ha expuesto lúcidamente algunos aspectos de la posición psicoanalítica. Hay otros que no cubrió, sin embargo, y que me parecen pertinentes, tanto en relación con el origen del superyó como con la tesis del Dr. Waddington.

Resumiré algunos hechos que he descubierto mediante el análisis de niños y acerca de los cuales quiero llamar vuestra atención.

El sentimiento de «bueno» surge en la mente del niño por la experiencia de sensaciones placenteras o, por lo menos, por verse libre de estímulos dolorosos externos e internos. Por lo tanto, la comida es particularmente buena puesto que produce gratificación y alivio. Malo es aquello que causa dolor y tensión, no gratifica las necesidades ni los deseos. Desde que al comienzo no existe casi la diferenciación «yo», «no yo», lo bueno interno y externo y lo malo interno y externo son para el niño casi idénticos. Muy pronto el concepto (aunque esta palabra abstracta no refleja el proceso, que es mayormente inconsciente y emocional) de bueno y el de malo se extienden a la gente que lo rodea. Los padres se ven imbuidos de bondad y maldad de acuerdo con los sentimientos del niño; luego son vueltos a internalizar en el yo y, en la mente, su influencia determina la concepción individual de bueno y malo. Este movimiento de ida y vuelta entre la proyección y la introyección es un proceso continuo mediante el cual, en los primeros años, se establecen las relaciones con personas y al mismo tiempo se va instalando el superyó.

La capacidad del niño de instaurar en su mente en primer lugar a sus padres y luego a otra gente como si fueran parte de sí mismo se debe a dos causas: por un lado, los estímulos externos e internos al comienzo son indiferenciados e intercambiables; por el otro, la avidez del bebé, su deseo de internalizar lo bueno externo, aumenta los procesos de introyección de tal modo que ciertas experiencias del mundo externo simultáneamente se hacen parte de su mundo interno.

Los primeros sentimientos de amor y de odio del bebé se centran en la madre. El amor se desarrolla como respuesta a su amor y cuidado; el odio y la agresión son estimulados por la frustración y la incomodidad. Al mismo tiempo, la madre se convierte en el objeto sobre quien proyecta sus propias

emociones. Al atribuir a sus padres sus propias tendencias sádicas desarrolla el aspecto cruel de su superyó (como ya señaló la Dra. Stephen); pero también proyecta en las personas de su ambiente sus sentimientos de amor y así desarrolla la imagen de padres buenos y amantes. Desde el primer día de vida estos procesos son influidos por las actitudes reales de la gente que lo cuida, y las experiencias externas interactúan con las internas constantemente. Al dotar a sus padres con sus sentimientos amorosos y construir luego un «yo ideal», el niño lo hace impulsado por necesidades mentales y físicas imperativas. Moriría sin el cuidado y el alimento maternos, y todo su bienestar mental y su desarrollo dependen de que pueda establecer firmemente en su psique la existencia de figuras buenas y protectoras.

Los distintos aspectos de su superyó derivan del modo como concibe a sus padres durante su desarrollo. Otro importante elemento en la formación del superyó son sus sentimientos de rechazo a sus propias tendencias agresivas, rechazo que experimenta inconscientemente en los primeros meses de vida. ¿Cómo explicamos esta lucha tan temprana de una parte de la mente contra otra, esta tendencia a la autocondena que es la raíz de la conciencia? Un motivo poderoso es el temor inconsciente de que sus impulsos violentos prevalezcan y produzcan la destrucción de sus padres y de sí mismo; no olvidemos que en su mente sus deseos y sentimientos son omnipotentes y que los dos padres se han convertido en una parte integral de sí mismo (superyó).

El abrumador miedo de perder a aquellos que ama y necesita pone en marcha en su mente no solo la restricción de su agresión sino la tendencia a preservar a los objetos que ataca en su fantasía, a repararlos por los daños causados. Esta tendencia a reparar da impulso y dirección a la creatividad y a todas las actividades constructivas. Algo más se añade a la concepción de bueno y malo: «bueno» es también aquello que preserva, repara o recrea los objetos amenazados por su odio o que fueron dañados por su agresión; «malo» es su odio dañino.

Las actividades constructivas y creadoras, los sentimientos sociales y cooperativos son sentidos entonces como moralmente buenos y son, por consiguiente, los medios más importantes para superar los sentimientos de culpa. Cuando se han unido los distintos aspectos del superyó (como sucede en personas maduras y equilibradas), el sentimiento de culpa no ha desaparecido, sino que, en unión con los medios para neutralizarlo, se ha integrado a la personalidad. Si la culpa es muy intensa y no puede manejarse adecuadamente, puede llevar a acciones que generen más culpa (como en los criminales) y ser la causa de desarrollos anormales de todo tipo.

Cuando en la mente se han afirmado los imperativos «No mataras» (en especial los objetos amados) y «Salvarás de la destrucción» (también a los objetos amados, y en especial de la agresión del propio niño), se establece una pauta ética que es universal y el rudimento de todos los sistemas éticos, pese a todas las variantes y distorsiones y aun reversiones de dichos imperativos. El objeto amado original puede ser reemplazado por cualquiera de los múltiples objetos de interés humano: un principio abstracto o un problema pueden representarlo, y ese interés parecerá entonces muy alejado de los sentimientos éticos. Un coleccionista, un inventor o un científico pueden sentirse capaces de cometer un crimen para lograr su propósito; en su mente, este particular interés o problema representa en su inconsciente el objeto amado original y por consiguiente debe ser salvado o recreado; todo aquello que lo impida es malo.

Un primer ejemplo de distorsión, de transformación en lo opuesto, es la actitud nazi. Allí la agresión y el agresor son amados y admirados, y los objetos atacados son malvados y por lo tanto deben ser destruidos. La explicación de esta reversión podemos hallarla en la temprana relación inconsciente hacia las primeras personas atacadas y dañadas en la fantasía. El objeto se torna en perseguidor potencial porque se teme que la retaliación venga con los mismos medios con que se atacó. La persona dañada, sin embargo, es idéntica a la persona amada que debe ser protegida y reparada. El miedo excesivo tiende a aumentar la concepción de que la persona dañada es un enemigo, y entonces el odio prevalecerá sobre el amor; además, el amor será distribuido de manera que provocará una depravación del superyó.

Debo mencionar aun un paso más en la evolución de lo bueno y lo malo en la mente individual. Como ya señaló la Dra. Stephen, la madurez y la salud mental son «buenas». (La madurez armoniosa, sin embargo, aunque «buena» en sí misma, no es la única condición para la «bondad» adulta, pues hay varios órdenes de «bondades», aun en gente cuyo equilibrio mental está perturbado). El equilibrio mental y la armonía, también la felicidad y la alegría, implican que el superyó se ha integrado al yo, lo que a su vez significa que los conflictos entre ambos han disminuido y que estamos en paz con el superyó. Esto implica haber logrado armonía con los que amamos y odiamos por primera vez y de quienes deriva el superyó. Hemos recorrido un largo camino desde los tempranos conflictos y emociones, y los objetos de nuestro interés y nuestros objetivos han cambiado muchas veces, siendo cada vez más elaborados y transformándose en el proceso. Por más alejados que nos sintamos de nuestra dependencia primaria, por más satisfechos que nos

hallemos por la realización de nuestras exigencias éticas, en la profundidad de nuestra mente persisten nuestros primeros deseos de preservar y salvar a nuestros padres y de reconciliarnos con ellos. Existen muchas maneras de obtener satisfacción ética, mediante objetivos sociales y cooperativos, o aun por intereses muy alejados del mundo externo y, sin embargo, cuando mediante su consecución experimentamos el sentimiento de bondad moral, en nuestra mente inconsciente lo que realizamos es la reconciliación con los objetos originales de nuestro amor.

39. El psicoanálisis de niños (1932)

Prefacio a la primera edición

Este libro se basa en las observaciones que he podido hacer en el curso de mi trabajo psicoanalítico con niños. Mi plan originario fue dedicar la primera parte a la descripción de la técnica elaborada por mí, y la segunda, a la exposición de las conclusiones teóricas a las que la práctica me había llevado gradualmente y que parecen, ahora, a su vez, adecuadas para fundamentar la técnica que empleo. Pero mientras escribía este libro —trabajo de varios años —, la segunda parte desbordó sus límites. Además de mi experiencia en análisis de niños, las observaciones realizadas durante el análisis de adultos me condujeron a aplicar mis puntos de vista concernientes a los primeros estadios de desarrollo del niño también a la psicología del adulto, y he llegado a ciertas conclusiones que expondré más adelante en estas páginas como una contribución a la teoría general psicoanalítica de estos primeros estadios del desarrollo del individuo.

Esta contribución se basa en un todo en los conocimientos que Freud nos transmitió. Aplicando sus descubrimientos logré ganar acceso a la mente de niños pequeños y pude así analizarlos y curarlos. Procediendo así, además, pude hacer aquellas observaciones directas sobre los procesos tempranos del desarrollo que me han conducido a las conclusiones teóricas presentes. Estas conclusiones contienen una corroboración completa del conocimiento alcanzado por Freud en el análisis de adultos y son un intento de ampliar este conocimiento en una o dos direcciones.

Si este intento tiene éxito, y si este libro agrega realmente unas pocas piedras más al creciente edificio del conocimiento psicoanalítico, debo mi primer agradecimiento a Freud mismo, que no solo hizo surgir este edificio y colocó las bases que permitirían su futuro crecimiento, sino que siempre dirigió nuestra atención hacia aquellos puntos sobre los que se podía seguir trabajando.

Quisiera luego mencionar lo que debo a mis dos maestros, doctor Sandor Ferenczi y doctor Karl Abraham, quienes me ayudaron a llevar adelante mi trabajo. Ferenczi fue el primero que me introdujo en el psicoanálisis. También me hizo comprender su verdadera esencia y significado. Su fuerte y directa comprensión del inconsciente y del simbolismo y su notable «rapport» con la mente infantil tuvieron una duradera influencia en mi comprensión de la psicología del niño pequeño. También me señaló mi aptitud para el análisis de

niños, por cuyo progreso tomó un interés personal, alentándome a dedicarme a este campo de la terapia analítica, tan poco explorado hasta entonces. Más aun, hizo cuanto pudo para apoyarme en mis primeros esfuerzos. Es a él a quien debo mis primeros pasos en mi trabajo de analista.

En el doctor Abraham tuve la gran fortuna de encontrar un segundo maestro, que tenía la facultad de inspirar a sus alumnos para que pusieran lo mejor de sí mismos al servicio del psicoanálisis. Para él, el progreso de esta ciencia depende del esfuerzo individual de cada psicoanalista, del valor de su obra tanto como de la calidad de su carácter y del nivel de sus conquistas científicas. Estos altos ideales ya estaban en mí cuando con este libro de psicoanálisis intenté pagar parte de la gran deuda que tengo con esta ciencia. Abraham comprendía totalmente las grandes posibilidades teóricas y prácticas del análisis de niños. En el primer congreso de psicoanalistas alemanes en Würzburg, en 1924, Abraham, al resumir el relato que leí sobre «Una neurosis obsesiva en un niño», dijo palabras que nunca olvidaré: «El futuro del psicoanálisis reside en la técnica del juego». Mi estudio de la mente de niños pequeños me llevó a ciertas comprobaciones que resultaron extrañas a primera vista, pero la confianza en mi obra manifestada por Abraham me alentó a continuar. Mis conclusiones teóricas son un desarrollo natural de sus propios descubrimientos, como espero que lo demuestre este libro.

En los últimos años mi trabajo ha recibido un sincero estímulo del doctor Ernest Jones. En una época en que el análisis de niños estaba aún en sus comienzos, él previó la importancia que tendría en el futuro. Fue por invitación suya que di mi primer curso de conferencias en Londres (1925), como huésped de la Sociedad Psicoanalítica Inglesa, y estas conferencias fueron el punto de partida de la primera parte de este libro (un segundo curso de conferencias, titulado «Psicología del adulto vista a la luz del psicoanálisis de niños», pronunciado en Londres en 1927, constituye la base de la segunda parte). La convicción profunda con que Jones abogó en favor del análisis de niños abrió el camino para este campo de investigación en Inglaterra. Jones mismo hizo importantes contribuciones al problema de las primeras situaciones de ansiedad, al significado de las tendencias agresivas en los sentimientos de culpa y al conocimiento de los estadios primeros del desarrollo sexual femenino. Las conclusiones a las que llega coinciden con las mías en los puntos fundamentales.

Querría agradecer aquí también a otros colaboradores ingleses por su comprensión amplia y su apoyo afectuoso a mi obra. Mi amiga M. N. Searl, cuyas opiniones y trabajos concuerdan con los míos, prestó servicios

perdurables, pues propulsó el análisis de niños en Inglaterra, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, y contribuyó a la formación de analistas de niños. Debo también agradecimiento a la señora Strachey por su bien lograda traducción de este libro, y a ella y al señor James Strachey por sus observaciones y sugerencias, que me estimularon en la composición del mismo. Agradezco también al Dr. Edward Glover el interés cálido y mantenido que mostró por mi trabajo y la ayuda que su crítica comprensiva me ha prestado. Me fue especialmente útil en la puntualización de los hechos en los que mis conclusiones coincidían con las teorías psicoanalíticas ya aceptadas.

Tengo también una profunda deuda de gratitud hacia mi amiga Joan Riviere, por su interés activo en mi trabajo y por haber estado siempre dispuesta a ayudarme en todo sentido.

Por último, pero no por eso menos grande, mi agradecimiento afectuoso a mi hija, Dra. Melitta Schmideberg, por su dedicada y valiosa ayuda en la preparación de este libro.

Melanie Klein

Londres, julio de 1932.

Prefacio a la tercera edición[538]

En los años transcurridos desde que se publicó este libro he llegado a nuevas conclusiones —relacionadas principalmente con el primer año de vida— que condujeron a una elaboración de ciertas hipótesis esenciales expuestas en él. El objetivo de este Prefacio es dar una idea de la naturaleza de esas modificaciones. Las hipótesis a que me refiero pueden enunciarse así: en los primeros meses de vida los niños pasan por estados de ansiedad persecutoria vinculados con la «fase de sadismo máximo»; los niños pequeños también experimentan sentimientos de culpa por sus impulsos y fantasías de destrucción dirigidos contra su objeto primario (es decir, contra su madre y, en primer lugar, contra el pecho materno); de estos sentimientos de culpa surge la tendencia a reparar el objeto dañado.

Mientras me esforzaba por trazar un cuadro más completo de ese período, descubrí que era imprescindible introducir ciertos cambios en cuanto al énfasis y en cuanto a las relaciones cronológicas. De este modo llegué a diferenciar dos fases principales en los primeros 6-8 meses de vida, fases que denominé «posición paranoide» y «posición depresiva». (Elegí el término «posición» porque, aunque los fenómenos considerados ocurren en primer lugar durante los estadios tempranos del desarrollo, no son exclusivos de esos estadios: constituyen agrupamientos específicos de ansiedades y defensas que aparecen y reaparecen durante los primeros años de la niñez).

La posición paranoide, que es el estadío en que predominan los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias, se extiende desde el nacimiento hasta el tercero, el cuarto o incluso el quinto mes. Esto obliga a alterar la cronología de la fase de apogeo del sadismo, pero no supone ninguna modificación en mi punto de vista sobre la estrecha interacción del sadismo y la ansiedad persecutoria cuando ambos están en su apogeo.

La posición depresiva, que sigue a la anterior y está vinculada con importantes etapas del desarrollo yoico, se establece a mediados del primer año. En este estadío los impulsos y fantasías sádicos, así como la ansiedad persecutoria, se debilitan. El niño introyecta el objeto como un todo y simultáneamente se vuelve capaz, en cierta medida, de sintetizar tanto los diversos aspectos del objeto como las emociones que este le inspira. El amor y el odio se aproximan más en su mente; surge entonces la ansiedad relacionada con el daño o la destrucción del objeto, tanto interno como

externo. Los sentimientos depresivos y la culpa dan origen al impulso de preservar o hacer revivir el objeto amado, ofreciendo así una reparación por los impulsos y fantasías destructivos.

El concepto de posición depresiva no solo lleva a un cambio en la cronología de las fases tempranas del desarrollo; también aumenta nuestro conocimiento de la vida emocional de los niños pequeños, y por lo tanto afecta vitalmente nuestra comprensión del desarrollo infantil en su totalidad.

El concepto también arroja nueva luz sobre las primeras etapas del complejo de Edipo. Sigo creyendo que este surge hacía la mitad del primer año. Pero, puesto que ya no sostengo que el sadismo se encuentre entonces en su apogeo, concedo otra importancia al comienzo de las relaciones emocionales y sexuales con ambos padres. Por lo tanto, así como en ciertos pasajes (véase el cap. 8) sugerí que el complejo de Edipo comienza bajo el dominio del sadismo y el odio, hoy diría que el niño se vuelve hacia su segundo objeto —el padre— con sentimientos de amor y de odio a la vez. (En los caps. 9, 10 y 12, sin embargo, consideré estas cuestiones desde otro punto de vista, adoptando una posición que no difiere mucho de la actual). Creo que los sentimientos depresivos originados en el temor de perder a la madre amada —en su cualidad de objeto externo e interno— obran como un importante incentivo de los deseos edípicos tempranos. Esto significa que en la actualidad correlaciono las primeras etapas del complejo de Edipo con la posición depresiva.

Hay también en este libro cierto número de enunciados que, teniendo en cuenta mi labor de los últimos dieciséis años, formularía quizá de otro modo. Pero esa reformulación no supondría ningún cambio esencial en las conclusiones a que en él se arriba. Porque el libro, tal como está, representa en lo fundamental mis opiniones de hoy. Por lo demás, la parte más reciente de mi obra deriva en forma orgánica de las hipótesis aquí expuestas: por ejemplo, las que se refieren a los procesos de introyección y proyección que operan desde el comienzo de la vida; a los objetos internalizados a partir de los cuales se desarrolla, con el correr de los años, el superyó en todos sus aspectos; a la relación con los objetos externos e internos, que interactúa desde la más temprana infancia con el desarrollo del superyó y con las relaciones objetales, en los que influye grandemente; al temprano conocimiento del complejo de Edipo; a las ansiedades infantiles de naturaleza psicótica, que proporcionan puntos de fijación a la psicosis. Además, la técnica del juego —que comencé a aplicar en 1922 y 1923 y que describí en este libro— en lo esencial mantiene su vigencia; ha sido objeto de elaboración

pero no ha sufrido cambios como consecuencia de la evolución posterior de mi obra.

Londres, mayo de 1948 M. K.

Introducción

Los comienzos del análisis de niños se remontan a más de dos décadas, cuando Freud mismo realizó el análisis de Juanito[539]. Este primer análisis de un niño fue de gran importancia teórica desde dos puntos de vista. El éxito obtenido en el caso de un niño menor de 5 años mostró que el psicoanálisis podía ser aplicado a los niños pequeños, y, lo que es más importante aún, se pudo demostrar ampliamente, por medio del contacto directo con el niño, la hasta entonces muy discutida existencia de aquellas tendencias instintivas infantiles que Freud había descubierto en el adulto. Además, los resultados obtenidos permitieron abrigar la esperanza de que futuros análisis de niños pequeños podrían proporcionarnos un conocimiento más profundo y más exacto de su psicología que el que nos había proporcionado el análisis de adultos, contribuyendo así con importantes y fundamentales aportes a la teoría psicoanalítica. Pero esta esperanza no llegó a realizarse por un largo tiempo. Durante muchos años, el análisis de niños continuó siendo una región relativamente inexplorada dentro del dominio del psicoanálisis, ya sea considerado como ciencia o como terapéutica. Aunque varios analistas, especialmente la Dra. H. Hug Hellmuth[540], emprendieron desde entonces el análisis de niños, no se establecieron reglas fijas en lo que respecta a su técnica o su aplicación. Esta es, sin duda, la razón por la cual las grandes posibilidades prácticas y teóricas del análisis de niños no han podido ser apreciadas generalmente y *por la que aquellos aspectos y principios fundamentales del psicoanálisis adoptados desde hacía mucho tiempo en casos de adultos no fueron establecidos y probados en lo referente a niños*.

Es tan solo en los últimos doce o trece años, que se ha realizado un trabajo de más importancia en el campo del análisis de niños. Este ha seguido dos líneas fundamentales del desarrollo: una representada por Ana Freud; la otra, por mí.

Los hallazgos de Ana Freud en lo que respecta al yo del niño, la han guiado a modificar la técnica clásica, elaborando su método de análisis de niños que están en el período de latencia independientemente de mis procedimientos. Sus conclusiones teóricas difieren de las mías en varios puntos fundamentales. En su opinión, los niños no desarrollan una neurosis de transferencia[541], faltando así una condición fundamental del tratamiento

analítico. Además, piensa que un método similar al del adulto no puede ser aplicado a los niños, porque el superyó infantil es aún demasiado débil[542].

Estas opiniones difieren de las mías. Mis observaciones me han enseñado que los niños pueden hacer muy bien una neurosis de transferencia y que una situación de transferencia surge igual que en los casos de adultos, siempre que empleemos un método equivalente al del análisis del adulto, es decir, *que evitemos toda medida educacional y que analicemos ampliamente los impulsos negativos dirigidos hacia el analista*. También me han enseñado que en niños de cualquier edad es difícil mitigar la severidad del superyó, aun realizando análisis profundos. Además, sin recurrir a medios educativos, el análisis no solo no debilita el yo del niño, sino que en realidad lo fortalece.

Sería sin duda una tarea interesante comparar estos dos procedimientos en detalle y, refiriéndose a los datos experimentales, valorarlos desde un punto de vista teórico. Pero me limitaré en estas páginas a exponer mi técnica y las conclusiones teóricas a las que he llegado. En la actualidad es relativamente poco lo que se conoce de análisis de niños, y la primer tarea será la de esclarecer el problema desde diferentes ángulos y reunir los resultados obtenidos hasta hoy.

Parte I.

Técnica del análisis del niño

1. Fundamentos psicológicos del análisis del niño[543]

Los hallazgos del psicoanálisis han conducido a la creación de una nueva psicología del niño. Nos han enseñado que los niños, aun en los primeros años, no solo experimentan impulsos sexuales y ansiedad, sino que sufren también grandes desilusiones. Ha desaparecido la creencia en el «paraíso de la infancia», y la creencia en la asexualidad del niño. Los análisis de adultos y observaciones realizadas directamente en niños nos han conducido a estas conclusiones, que se han confirmado y ampliado mediante el análisis de niños de corta edad.

Tracemos primeramente, por medio de ejemplos, un cuadro de la mente infantil tal como se nos presenta en los análisis tempranos. Mi paciente Rita, que contaba 2 años y 9 meses al comenzar el tratamiento, tenía una marcada preferencia por su madre hasta el final de su primer año. Manifestó después un gran afecto por su padre y simultáneamente celos de su madre. Por ejemplo, cuando tenía 15 meses, repetidas veces expresaba el deseo de permanecer sola con su padre, en su cuarto, sentada en sus rodillas y mirando libros con él. A los l8 meses cambió nuevamente su actitud y su madre fue su favorita una vez más. Al mismo tiempo comenzó a sufrir terrores nocturnos y miedo a los animales. La fuerte fijación a su madre fue en aumento y desarrolló una intensa aversión por su padre. Al comenzar su tercer año se hizo cada vez más ambivalente y difícil de manejar, hasta que, finalmente, a los 2 años y 9 meses, me la trajeron para ser analizada. En esta época tenía una marcada neurosis obsesiva. Evidenciaba ceremoniales obsesivos y alternaba entre una exagerada «bondad», acompañada de sentimientos de remordimiento, y una incontrolable «maldad». Tenía crisis de paratimia que presentaban todos los síntomas de depresión melancólica; además sufría una fuerte ansiedad, creciente inhibición en el juego, una incapacidad total para soportar ninguna clase de frustración y una excesiva disposición quejumbrosa. Estas dificultades hacían que la niña fuese casi imposible de manejar[544].

El caso de Rita muestra claramente que el pavor nocturno, cuando aparece a esta edad, 18 meses, es una elaboración neurótica del complejo de Edipo. Sus crisis de ansiedad y rabia, que resultaron de ser una repetición de sus terrores nocturnos, así como sus otras dificultades, estaban íntimamente ligadas a fuertes sentimientos de culpa surgidos de ese temprano conflicto[545].

Consideraremos ahora el contenido y las causas de estos tempranos sentimientos de culpa refiriéndonos a otro caso.

Trude, de 3 años y 9 meses[546], acostumbraba repetidamente a fingir durante el análisis que era de noche y que ambas dormíamos. Entonces venía quedamente hacia mi desde el rincón opuesto al mío (y el que se suponía fuese su propio dormitorio) y me amenazaba de varios modos, tales como acuchillarme en la garganta, tirarme por la ventana, quemarme, hacerme prender por la policía, etc. Quería atarme las manos y pies o levantaba la alfombra, diciendo que hacía «Po-Kaki-Kuki». Esto significaba que quería buscar dentro del trasero de su madre a «kakis» (heces), que para ella significaban niños. En otra ocasión quiso pegarme en el estómago, diciendo que sacaría mis «a-as» (heces) y me haría pobre. Entonces tomaba los almohadones, los que repetidamente significaban niños para ella, y se ponía en cuclillas con ellos detrás del sofá. Manifestaba allí todos los síntomas del miedo, tapándose, chupándose los dedos y mojándose. Este proceso lo repetía en forma completa cada vez que me atacaba. Correspondía en todos sus detalles con su comportamiento en la cama cuando no teniendo todavía 2 años fue presa de graves terrores nocturnos. En esta época también corría al dormitorio de sus padres durante la noche una y otra vez, sin poder expresar nunca lo que quería. El análisis mostró que el mojarse y el ensuciarse eran agresiones contra sus padres en coito, y de este modo suprimió el síntoma. Trude quería robar los niños del vientre de su madre embarazada, matarla y ocupar su lugar en el coito con el padre[547]. Fueron estos impulsos de odio y agresión los que en ese segundo año originaron una fuerte fijación en la madre y un sentimiento de culpa, que se expresaba, entre otros modos, con sus terrores nocturnos. Así vemos que la temprana ansiedad y los sentimientos de culpa de un niño se originan en los impulsos agresivos relacionados con el conflicto edípico[548], En la época en que Trude mostraba la conducta así descripta, acostumbraba a herirse a sí misma de algún modo, casi siempre antes de venir a su hora de análisis. Resultó que los objetos contra los que se pegaba —alacena, mesa, chimenea, etc.— significaban, de

acuerdo a un proceso primitivo e infantil de identificación, su padre o su madre, castigándola[549].

El juego de los niños nos permite extraer conclusiones definidas sobre el origen de este sentimiento de culpa en los primeros años.

Volviendo a nuestro primer caso, encontramos que en su segundo año era visible en Rita el remordimiento que sentía frente al más pequeño error que cometía y su hipersensibilidad a los reproches. Por ejemplo, una vez rompió a llorar porque su padre, riéndose, amenazó al oso de su libro de figuras. El miedo al disgusto de su padre era bastante para que se identificase ella misma con el oso. Su inhibición de juego provenía también de su sentimiento de culpa. Cuando tenía solo 2 años y 3 meses solía jugar con su muñeca —un juego que le proporcionaba muy poco placer— diciendo repetidas veces que ella no era su madre. El análisis mostró, entre otras cosas, que el bebé de juguete representaba para ella el hermano que deseó robar del vientre de la madre embarazada, y esto no le daba derecho a representar el papel de madre.

Esta prohibición, sin embargo, no se originaba en la madre real, sino en otra introyectada por ella y que la trataba con una severidad y crueldad que la verdadera madre nunca había usado. Otro síntoma que se desarrolló en Rita a los 2 años fue de carácter obsesivo y consistía en un largo ritual antes de dormir. El punto principal de este era que tenía que estar bien arrebujada con la ropa de cama, porque si no «el ratón o Butzen» entraría por la ventana y le sacaría su Butzen de un mordisco[550]. Su muñeca también debía estar arropada, y este doble ceremonial se hacía cada vez más elaborado y duraba más tiempo, y se ejecutaba con todos los signos de esa actitud compulsiva que ocupaba totalmente su mente. En una ocasión, durante una sesión de análisis, puso el elefante al lado de la cama de su muñeca como para evitar que esta se levantara y fuera al cuarto de sus padres y «les hiciera algo o les sacara algo a ellos». El elefante (imago del padre) había tomado el papel de sus padres introyectados, cuya influencia prohibitiva había sentido desde que, entre la edad de 1 año y 3 meses y los 2 años, deseó ocupar el lugar de su madre junto al padre, robarle los niños de su interior y dañar y castrar a ambos padres. El significado del ceremonial se hizo entonces claro: el estar arropada en la cama le impedía levantarse y ejecutar los deseos agresivos contra sus padres. Sin embargo, desde que ella esperaba ser castigada por aquellos deseos mediante un ataque similar sobre ella hecho por sus padres, el arrebujarse servía también de defensa contra tales ataques.

Las agresiones iban a ser realizadas, por ejemplo, por el Butzen (el pene de su padre), el cual dañaría los genitales de la niña y le arrancaría su propio

Butzen de un mordisco como castigo a su deseo de castrar al padre. En estos juegos solía castigar a su muñeca y luego dar curso a una crisis de rabia y miedo, demostrando así que ella misma realizaba los dos papeles: el de la autoridad que inflige castigo y el del niño castigado.

Es evidente, también, que esta ansiedad era causada no solamente por los padres verdaderos, sino también, y más especialmente, por la excesivamente severa imagen introyectada de sus padres. Esto corresponde a lo que llamamos superyó en los adultos[551]. Los signos típicos del complejo de Edipo, los cuales están más pronunciados cuando este ha alcanzado su fuerza máxima y preceden inmediatamente a su declinación, son solo el estadío final de un proceso que se ha estado realizando durante años. Los análisis tempranos muestran que el conflicto de Edipo se hace presente en la segunda mitad del primer año de vida, y que al mismo tiempo el niño comienza a modificarlo y a construir su superyó.

Aceptando que niños aun de muy corta edad viven bajo el peso de sentimientos de culpa, tenemos, por lo menos, una buena manera de enfocar su análisis, aunque parezcan faltar muchas condiciones que favorezcan el éxito de este. La relación con la realidad es débil; aparentemente no hay ningún atractivo que los lleve a soportar las pruebas de un análisis, ya que, por regla general, no se sienten enfermos; y finalmente, y lo más importante, todavía no pueden ofrecer en grado suficiente aquellas asociaciones verbales que son el instrumento fundamental en el tratamiento analítico de adultos.

Comencemos con esta última objeción. Fueron justamente las diferencias entre la mente infantil y la del adulto las que me revelaron, desde el principio, el modo de llegar a las asociaciones del niño y comprender su inconsciente. Estas características especiales de la psicología infantil han suministrado las bases de la técnica del «análisis del juego» que he elaborado. El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y solo comprenderemos totalmente este lenguaje si nos acercamos a él como Freud nos ha enseñado a acercarnos al lenguaje de los sueños. El simbolismo es solo una parte de dicho lenguaje. Si deseamos comprender correctamente el juego del niño en relación con su conducta total durante la hora del análisis, debemos no solo desentrañar el significado de cada símbolo separadamente, por claros que ellos sean, sino tener en cuenta todos los mecanismos y formas de representación usados en el trabajo onírico, sin perder de vista jamás la relación de cada factor con la situación total. El análisis de niños muestra

repetidamente los diferentes significados que pueden tener un simple juguete o un fragmento de juego, y solo comprendemos su significado si conocemos su conexión adicional y la situación analítica global en la que se ha producido. La muñeca de Rita, por ejemplo, representará a veces un pene; a veces, un niño que ella ha robado a su madre, y a veces la representará a ella misma. Solo se obtendrá un resultado analítico completo si tomamos estos elementos de juego en su verdadera conexión con los sentimientos de culpa del niño, interpretándolos hasta en su menor detalle. El caleidoscópico cuadro, a menudo sin sentido, que muestra el niño durante una hora de análisis, esto es, el contenido de sus juegos, el modo como juega, los medios que utiliza (porque a menudo asignará a sus juguetes o a él mismo diferentes papeles) y los motivos que se ocultan tras un cambio de juego —el porqué no jugará más con agua y cortará papel o dibujará—, todos estos hechos siguen un plan cuyo significado captaremos si los interpretamos como se interpretan los sueños. Muy a menudo los niños expresan en sus juegos lo mismo que acaban de contarnos en un sueño, y nos darán asociaciones del sueño en el juego consecutivo. Porque el juego es el mejor medio de expresión del niño. Empleando la técnica de juego vemos pronto que el niño proporciona tantas asociaciones a los elementos separados de su juego como los adultos a los elementos separados de sus sueños. Cada uno de estos elementos del juego son indicación para el observador experimentado, ya que, jugando, el niño habla y dice toda clase de cosas que tienen el valor de asociaciones genuinas.

Es asombroso cómo las interpretaciones son fácilmente aceptadas por el niño y a veces con marcado placer. La razón de esto reside, sin duda, en el hecho de que la relación entre los estratos inconscientes y conscientes de su mente es aun comparativamente accesible y, de tal modo, el camino de regreso al inconsciente es más fácil de encontrar. Los efectos de la interpretación son a menudo rápidos, aun cuando a veces no parecen haberse hecho conscientes. Estos efectos se manifiestan en la forma en que el niño reanuda un juego interrumpido a consecuencia de una inhibición y lo cambia o amplía evidenciando estratos más profundos de su mente. Y como la ansiedad ha quedado de este modo resuelta y el placer del juego restaurado, la relación analítica también se afianza nuevamente. La interpretación aumenta el placer del niño en el juego, haciendo innecesario el gasto de energía que tenía que hacer con el objeto de mantener la represión. Por otra parte, a veces chocamos con resistencias difíciles de vencer. Esto, por lo general, significa que nos estamos enfrentando con la ansiedad y sentimiento de culpa del niño, que pertenecen a capas más profundas de su mente.

Las formas arcaicas y simbólicas de representación empleadas por el niño están asociadas a otro mecanismo primitivo. En sus juegos actúa en lugar de hablar. La acción, que es más primitiva que el pensamiento o la palabra, constituye la parte más importante de su conducta. En su Historia de una neurosis infantil, Freud dice: «El análisis de un niño neurótico parecerá más digno de confianza, pero no puede ser muy rico en material, demasiadas palabras y pensamientos deben ser prestados al niño, y aun así los más profundos estratos de su mente pueden resultar impenetrables a la conciencia».

Si nos acercamos al niño con la técnica de análisis del adulto, es casi seguro que no penetraremos en los niveles más profundos, y sin embargo, el éxito y el valor, en el análisis de niños como en el de adultos, dependen de que lo consigamos. Pero si consideramos las diferencias que existen entre la psicología del niño y la del adulto —el hecho de que su inconsciente está en más estrecho contacto con lo consciente y que sus impulsos primitivos trabajan paralelamente a procesos mentales sumamente complicados— y si podemos captar correctamente los modos de pensamiento y expresión característicos del niño, entonces desaparecerán los inconvenientes y desventajas y encontraremos que podemos esperar que el análisis del niño llegue a ser tan profundo y extensivo como el del adulto. Y en realidad aún más. Porque el niño puede recobrar y mostrarnos de un modo directo ciertas experiencias y fijaciones que el adulto puede a menudo solo producir como reconstrucciones[552].

En mi comunicación leída en el Congreso de Salzburgo en 1924[553] dije que detrás de toda forma de actividad de juego yace un proceso de descarga de fantasías de masturbación, operando en la forma de un continuo impulso a jugar; y este proceso, que actúa como una compulsión de repetición, constituye el mecanismo fundamental del juego infantil y de todas las sublimaciones subsiguientes, y que las inhibiciones en el juego y en el trabajo surgen de una represión fuerte e indebida de aquellas fantasías y, con ellas, de toda la vida imaginativa del niño. Las experiencias sexuales del niño están enlazadas con sus fantasías masturbatorias y por medio del juego logran representación y abreacción. En estas repetidas experiencias, el primer plano y el fundamental en los análisis tempranos lo ocupa la representación de la escena primaria. Por regla general, es solo después de haber realizado una buena parte del análisis y después que la escena primaria y las tendencias genitales del niño han sido, en cierto modo, puestas al descubierto que llegamos a las representaciones de sus experiencias y fantasías pregenitales.

Por ejemplo, Ruth, de 4 años y 3 meses, había sido, cuando lactante, insuficientemente alimentada porque su madre no tenía bastante leche. En sus juegos conmigo solía llamar a la canilla del agua «canilla de la leche». Cuando el agua se iba por los agujeros de la pileta ella decía que la leche iba a las «bocas», pero que les llegaba muy poca cantidad. Mostraba sus deseos orales insatisfechos en numerosos juegos e imaginaciones y en toda su actitud mental. Decía, por ejemplo, que era pobre, que solo tenía un tapado, que no le daban bastante alimento, etc., todo lo cual era absolutamente falso.

En el caso de Erna, una paciente obsesiva de 6 años[554], las impresiones recibidas durante su aprendizaje de limpieza desempeñaron un importante papel en su neurosis y durante el análisis esto se vio con todo detalle. Por ejemplo, sentó a una muñequita sobre un ladrillo y la hizo defecar frente a una hilera de muñecas que la admiraban. Luego repitió el mismo tema, pero esta vez debiendo ser nosotras las que representábamos los papeles. Yo tenía que ser el bebé que se ensuciaba y ella la madre. Admiraba y mimaba al bebé por lo que había hecho. Luego se enojaba y bruscamente representaba el papel de una severa institutriz que maltrataba al niño. En esta escena me demostraba lo que ella había sentido en su primera infancia cuando comenzó el aprendizaje de «bebé» y creyó que había perdido el excesivo amor de que había gozado en sus primeros meses de vida.

En un análisis de niños difícilmente sobreestimaremos la importancia de las fantasías y acciones como producto de la compulsión de repetición. Por supuesto que el niño pequeño utiliza especialmente la acción, pero aun el de mayor edad recurre constantemente a este mecanismo primitivo. El placer que consigue de esta manera suministra el estímulo necesario para continuar el análisis. Pero este placer no debe ser otra cosa que un medio para llegar a un fin.

Cuando el análisis ha comenzado, y cierta dosis de ansiedad del pequeño paciente ha sido resuelta por medio de la interpretación, él experimenta, a veces, después de unas pocas sesiones, un gran alivio, que le ayudará a continuar con el trabajo. Hasta entonces le faltaba el incentivo para analizarse, mientras que ahora comprende el uso y valor de este procedimiento y adquiere una comprensión similar a la del adulto, que será un motivo suficientemente eficaz para analizarse, como lo es en el adulto la conciencia de enfermedad.

La capacidad que el niño tiene para comprender la situación certifica de su parte su sorprendente dosis de contacto con la realidad. Es este un punto que merece más amplia discusión. A medida que prosigue el trabajo analítico,

vemos que la relación del niño con la realidad, débil al principio, gana gradualmente en plenitud y en fuerza. Por ejemplo, el pequeño comenzará a distinguir entre su madre verdadera y la imaginaria o entre su hermano real y el de juguete. Insistirá en que él quiso hacer esto o lo otro únicamente al hermano de juguete, pero que quiere mucho a su hermano real. Solo después de haber vencido poderosas y obstinadas resistencias, será capaz de ver que sus actos agresivos eran dirigidos al objeto real humano. Pero cuando llegue a comprender este punto, por pequeño que sea el niño, habrá dado un paso importante hacia su adaptación a la realidad.

En lo que se refiere a las relaciones del niño pequeño con la realidad, me referiré una vez más a Trude, mi pequeña paciente de 3 años y 9 meses. Después de una sola hora de análisis conmigo se fue con su madre al extranjero por seis meses. Pasado ese tiempo su análisis fue reanudado. Solo en una ocasión dijo algo de las cosas que había visto y hecho durante ese viaje cuando, algún tiempo más tarde, me contó este sueño: «Ella y su madre estaban nuevamente en Italia en cierto restaurante que ella conocía, y la camarera no le daba jarabe de frambuesa porque no había más». La interpretación de este sueño mostró, entre otras cosas[555], que no había superado el desagrado que le causó la privación del pecho de su madre, así como su envidia de su hermana menor. Mientras me refería todos los acontecimientos diarios aparentemente sin importancia y repetidas veces aludía a pequeños detalles de su primera hora de análisis, que había ocurrido 6 meses antes, del único modo en que ella mostró el más pequeño interés por su viaje fue en esta alusión —surgida de su situación analítica— a la frustración que había sufrido en su infancia.

Los niños neuróticos no pueden tolerar bien la realidad debido a su incapacidad de aceptar frustraciones. Buscan protegerse de la realidad, negándola. Pero lo más importante y decisivo para su futura adaptabilidad a la realidad es la mayor o menor facilidad con que toleran estas frustraciones surgidas de la situación edípica.

Aun en los niños pequeños, un rechazo excesivo de la realidad (a menudo disfrazado bajo una aparente forma de docilidad y adaptabilidad) constituye un indicio de neurosis que difiere solo en su forma de expresión de la fuga neurótica del adulto frente a la realidad. Por esta razón uno de los resultados de los análisis tempranos es capacitar al niño para adaptarse a la realidad. Si esto se logra, disminuirán las dificultades educativas, porque será capaz de tolerar las frustraciones impuestas por la realidad.

Creo haber mostrado que en el análisis de los niños el enfoque debe ser algo distinto del que corresponde al análisis de adultos. Tomando el camino más corto posible, a través del yo, nos dirigimos en primera instancia al inconsciente del niño, y de aquí, gradualmente, nos ponemos también en contacto con su yo. El análisis ayuda mucho a fortificar el yo, hasta ahora débil, del niño y ayuda a su desarrollo, aliviando el peso excesivo de su superyó, que presiona sobre él más severamente que sobre el yo del adulto**[556]**.

Ya he hablado del rápido efecto de la interpretación en el niño, efecto que se manifiesta de diferentes modos: la expansión de sus juegos, el afianzamiento de la transferencia, la disminución de la ansiedad, etc. Sin embargo, durante algún tiempo no parece elaborar conscientemente tales interpretaciones. He encontrado que este trabajo se realiza más tarde, en conexión con el desarrollo de su yo y el aumento de su adaptación a la realidad. El proceso de esclarecimiento sexual sigue el mismo curso. Durante mucho tiempo el análisis suministra solo material relacionado con las teorías sexuales y fantasías de nacimiento. Solo ofrece conocimientos gradualmente al remover las resistencias inconscientes que luchan contra él. Por eso el total esclarecimiento sexual, así como la total adaptación a la realidad, es uno de los resultados de un análisis terminado. Sin esto no puede decirse que un análisis ha terminado con éxito.

De la misma manera que el modo de expresión es diferente en el niño, también es diferente la situación analítica global. Y sin embargo, para ambos, niño y adulto, los principios fundamentales del análisis son los mismos. Interpretación acertada, constante resolución de las resistencias, permanente referencia de la transferencia a las situaciones primeras, ya sea esta positiva o negativa, todo esto crea y mantiene una correcta situación analítica en el niño no menos que en el adulto. Una condición necesaria para llegar a estos resultados es el abstenerse de toda influencia educacional tanto como en los análisis de adultos. Se debe trabajar con su transferencia igual que en los análisis de adultos. Entonces se verá que los síntomas y dificultades del niño son llevados a la situación analítica del mismo modo. Sus síntomas anteriores o las dificultades o «travesuras» que les corresponden resurgirán nuevamente. Por ejemplo, comenzará nuevamente a mojarse en la cama; o, en ciertas situaciones que repiten alguna anterior, comenzará a hablar como un niño de 1 o 2 años, aunque en ese momento tenga 3 o 4.

Viendo que los niños toman y asimilan los nuevos conocimientos de una manera inconsciente en la mayor parte, no se les exigirá, por esta razón, que

cambien inmediatamente su punto de vista en relación con sus padres. Este cambio, al principio, será más bien un cambio de sentimientos. Según mi experiencia, el conocimiento dado de este modo gradual ha sido siempre un gran alivio para el niño y ha mejorado mucho las relaciones con sus padres, de modo que se hace más adaptable socialmente y más fácil de educar. Habiendo moderado las exigencias de su superyó por medio del análisis, su yo, ahora menos oprimido y por consiguiente más fuerte, es capaz de llevarlas a la práctica con más facilidad.

Cuando el análisis continúa, los niños se hacen capaces de sustituir procesos de represión por un rechazo crítico.

Esto se ve con especial claridad en los estadios posteriores del análisis, cuando se alejan tanto de los impulsos sádicos que anteriormente le dominaban y a cuya interpretación se opusieron con la mayor resistencia, que finalmente hasta pueden reírse o bromear sobre la idea de que quisieron comer a su mamita o cortarla en pedacitos[557]. La disminución del sentimiento de culpa que acompaña estos cambios permite también que se sublimen los deseos sádicos que anteriormente fueron reprimidos por completo. Esto surge al desaparecer las inhibiciones de juego y de trabajo y en la aparición de un número de actividades e intereses nuevos.

En este capítulo he tomado como punto de partida mi técnica del análisis temprano porque es el sostén de los métodos analíticos que he adoptado para los niños de todas las edades. He encontrado necesario usar la misma técnica en los niños mayores, ya que las características mentales de los niños pequeños a menudo persisten con bastante vigor en los mayores.

Por otro lado, claro está, el yo del niño mayor está más completamente desarrollado, de modo que la técnica tiene que sufrir ciertas modificaciones cuando sea aplicada a niños en período de latencia o en la pubertad. Este tema será tratado más adelante con especial atención, de modo que no me detendré sobre él aquí. La técnica modificada se aproximará más al análisis temprano o al análisis de adultos según la edad del niño y el carácter especial del caso.

En términos generales, me guío en la elección del método analítico, para todos los períodos de la infancia, por las siguientes consideraciones principales. Los niños y los jóvenes sufren una ansiedad más aguda que el adulto y, por consiguiente, debemos ganar acceso a su ansiedad y a su sentimiento de culpa inconsciente y establecer la situación analítica tan rápidamente como sea posible. En los niños pequeños esta ansiedad generalmente encuentra escape en las crisis de ansiedad; en el período de latencia se manifiesta más a menudo bajo la forma de desconfianza y reserva,

mientras que en la edad intensamente emotiva de la pubertad conduce a una aguda liberación de ansiedad que se expresa de acuerdo con el yo más desarrollado del niño, bajo forma de una frecuente resistencia obstinada y violenta que puede provocar fácilmente la interrupción del análisis. Mi experiencia me ha enseñado que el modo de resolver algo esta ansiedad rápidamente en los niños de todas las edades, es el tratar inmediata y sistemáticamente la transferencia negativa. Con el objeto de ganar acceso a las fantasías y al inconsciente del niño, debemos dirigir nuestra atención a aquellos métodos de representación simbólica indirecta que se emplean en cada edad. Una vez que la imaginación del niño se ha hecho más libre como consecuencia de su ansiedad disminuida, no solo hemos ganado acceso a su inconsciente, sino que también hemos puesto en movimiento, en mayor grado, los medios de que dispone para la representación de sus fantasías[558]. Y esto es válido aun en aquellos casos en los que tenemos que comenzar con un material en el que parece haber una carencia total de imaginación.

En conclusión, desearía resumir brevemente lo que he dicho en este capítulo. La naturaleza más primitiva de la mente del niño hizo necesario encontrar una técnica analítica más adaptada a él, y la hemos encontrado en la técnica de juego. Mediante el análisis del juego tenemos acceso a las fijaciones y experiencias más profundamente reprimidas del niño, y estamos así en condiciones de ejercer una influencia radical sobre su desarrollo. La diferencia entre nuestros métodos de análisis y del análisis del adulto es puramente de técnica y no de principios. El análisis de juego permite el análisis de la situación de transferencia y de resistencia, la supresión de la amnesia infantil y de los efectos de la represión así como el descubrimiento de la escena primaria. Por lo tanto, no solo nos ajustamos a las mismas normas del método analítico para adultos, sino que llegamos también a los mismos resultados. La única diferencia reside en que adaptamos sus procedimientos a la mente del niño.

2. La técnica del análisis temprano

En el primer capítulo de este libro he tratado de mostrar, por una parte, cuáles son aquellos mecanismos psicológicos que operan en el niño pequeño, distintos de los que hemos analizado en los adultos, y, por otra parte, el paralelo que existe entre los dos. He explicado que son estas diferencias y

estas similitudes las que exigen una técnica especial y las que me han llevado a desarrollar mi método de análisis del juego.

En mi habitación para análisis, sobre una mesa baja, hay pequeños juguetes de tipo primitivo: muñecos y muñecas de madera, carros, carruajes, automóviles, trenes, animales, cubos y casas, y también papel, tijeras y lápices. Aun el niño comúnmente inhibido en el juego mirará por lo menos los juguetes, o los tocará, permitiéndome pronto vislumbrar algo de su vida compleja, ya sea por el modo cómo comienza a jugar con ellos, o los deja de lado, o por su actitud general frente a ellos.

Para tener una clara idea de los principios fundamentales de la técnica de juego nos referiremos a un caso real. Pedro, niño de 3 años y 9 meses, era muy difícil de manejar. Estaba fuertemente fijado en su madre y era muy ambivalente. Incapaz de tolerar frustraciones, completamente inhibido en su juego, daba la impresión de ser una criatura extremadamente tímida, plañidera y poco varonil. A veces su comportamiento era agresivo y prepotente, llevándose mal con los otros niños y especialmente con su hermano menor. Se intentó analizarlo principalmente como una medida profiláctica, ya que en su familia había habido algunos casos de neurosis graves. Pero durante el curso del análisis descubrí que él también sufría de una neurosis tan grave y de un grado tal de inhibición que, probablemente, no hubiera sido capaz de enfrentar las dificultades de la vida escolar, y tarde o temprano se hubiera enfermado[559].

Al comenzar su primera hora, Pedro tomó los carruajes y coches de juguete y los colocó, primero, uno detrás del otro, y luego, uno al lado del otro, alternando este arreglo varias veces. Tomó también un carro y un caballo y los hizo chocar uno contra otro de modo que las patas del caballo se golpearon, y dijo: «Tengo un nuevo hermanito que se llama Fritz». Le pregunté qué hacían los carruajes y contestó «que eso no estaba bien». Cesó de golpearlos, aunque comenzó nuevamente al poco tiempo. Golpeó luego dos caballos del mismo modo y yo dije: «Mira, los caballos son dos personas chocando». Al principio contestó que eso no estaba bien, pero aceptó luego que eran dos personas chocando y agregó: «Los caballos también han chocado y ahora se van a dormir». Los cubrió luego con cubos y dijo: «Ahora están muertos, yo los he enterrado». En la segunda hora arregló inmediatamente los carros y coches del mismo modo que las dos veces anteriores —en fila india primero y luego uno al lado de otro— y al mismo tiempo golpeó dos coches y luego dos máquinas de tren. Colocó luego dos hamacas una al lado de la otra, y mostrando la parte interna que cuelga y se

balancea, me dijo: «Mira cómo cuelga y se mueve». Procedí a interpretar, y señalando las hamacas movibles, las máquinas, los coches y los caballos, le expliqué que, en cada caso, eran dos personas —su papito y su mamita— chocando sus «thingummies» (el nombre que daba a los genitales)[560]. Protestó diciendo que eso no era lindo, pero continuó golpeando los carros y dijo: «Así es como ellos se golpeaban sus thingummies». Inmediatamente después habló nuevamente de su hermanito.

Como hemos visto, también en su primera hora el golpe de los carros había sido seguido por la advertencia de que tenía un nuevo hermanito. Continué luego con mi interpretación y le dije: «Tú crees que tu papá y tu mamá se golpearon los thingummies y eso hizo nacer a tu nuevo hermanito Fritz». Tomó entonces otro coche y golpeó a los tres juntos. Expliqué: «Ese es tu thingummy; tú querías golpearlo con los thingummies de tu papá y tu mamá», a lo que él agregó un cuarto coche y dijo: «Ese es Fritz». Tomó luego dos de los coches más pequeños y los enganchó a una máquina. Señaló un carro y un caballo y dijo: «Este es papito», y luego otro, diciendo: «Esta es mamita». Una vez más señaló el primer coche y caballo diciendo: «Este soy yo», y señalando el segundo dijo: «Este también soy yo». Así ilustró su identificación con ambos padres en el coito. Después golpeó repetidas veces los dos pequeños coches y me contó cómo él y su hermanito habían dejado entrar en su dormitorio a dos pollos para hacerlos callar, pero que habían andado por el cuarto juntos, golpeándose, y habían escupido allí. Agregó que él y Fritz no eran niños mal educados de la calle y no escupían. Cuando le dije que los pollos eran los thingummies de él y de Fritz chocando uno contra el otro y escupiendo —masturbando—, él estuvo de acuerdo, después de vencer una pequeña resistencia.

Solo podré referirme brevemente aquí al modo en que las fantasías del niño, a medida que se presentaban en su juego, se tornaban más y más libres bajo la influencia de mí continua interpretación; cómo los límites de su juego se ampliaban gradualmente y cómo ciertos detalles se repetían una y otra vez hasta ser aclarados por la interpretación, dando lugar luego a nuevos detalles. De la misma manera que la asociación a los elementos del sueño conducen a descubrir el contenido latente del mismo, los elementos del juego del niño, que corresponden a sus asociaciones, ofrecen una visión de su significado latente. El análisis del juego, no menos que el análisis del adulto, al tratar sistemáticamente la situación presente como una situación de transferencia y al establecer sus conexiones con la situación originariamente experimentada o fantaseada, les da la posibilidad de liberar y elaborar la situación originaría en

la fantasía. Al proceder así y al poner en descubierto sus experiencias infantiles y las causas originarías de su desarrollo sexual, resuelve fijaciones y corrige errores de desarrollo que habían alterado toda su línea evolutiva.

El siguiente resumen que daré del caso de Pedro es para demostrar que las interpretaciones hechas en las primeras horas fueron corroboradas por el análisis ulterior.

Un día, unas semanas más tarde, cuando uno de mis muñecos se cayó por casualidad, Pedro se enfureció. Inmediatamente preguntó cómo estaba hecho un motor de juguete y por qué se podía parar. Me mostró luego un ciervo de juguete caído y dijo que quería orinar. En el baño me dijo: «Estoy haciendo número uno; yo *tengo* un thingummy». Nuevamente en el cuarto de análisis tomó un muñeco al que llamó chico; este estaba sentado en una casita a la que Pedro llamó baño, y colocó al muñeco de tal modo, que el perro puesto a su lado «no lo podía ver ni morder». Pero colocó una muñeca que sí podía verlo, y dijo: «*Solo* su papito no puede verlo». Así se hizo claro que el perro, que en general era un objeto de temor para él, estaba identificado con su padre, y el niño que defecaba era él mismo[561]. Luego continuó jugando con el automóvil cuya construcción va había admirado y lo hizo correr. De pronto dijo con enojo: «¿Cuándo va a parar?». Luego dijo que algunos de los muñecos que había usado no debían viajar en él, los hizo caer de un golpe y los volvió a parar de espaldas al auto. Después puso una vez más toda una hilera de coches y carruajes, esta vez uno al lado del otro. Entonces súbitamente expresó el deseo de defecar, pero se contentó con preguntar al muñeco que estaba sentado (el niño que defecaba) si había terminado. Nuevamente se volvió al automóvil y comenzó a alternar sin cesar entre la admiración y la rabia por su movimiento continuo, queriendo defecar y preguntando al muñeco si había terminado. En la hora analítica descripta Pedro había simbolizado las siguientes cosas: el muñeco, ciervo, etc., que continuamente caían, eran su propio pene y la inferioridad del mismo al compararlo con el miembro erecto de su padre. El ir a orinar inmediatamente después, fue para demostrarse lo contrario a sí mismo y a mí. El auto que no cesaba de moverse y que despertaba en él admiración y rabia era el pene de su padre que realizaba continuamente coitos. Después de sentir admiración por ello se puso colérico y quiso defecar. Esto era reproducción de su defecar en el momento en que fue testigo de la escena primaría. Él había hecho esto para molestar a sus padres mientras copulaban, y en su imaginación los dañaba con sus excrementos. Además el bastón fecal significaba para el niño un sustituto de su propio pene.

Debemos tratar de lograr una idea general del significado de las primeras horas de análisis de Pedro a la luz de las interpretaciones posteriores. El poner los autos en hilera uno detrás de otro en su primera hora se refería al poderoso pene de su padre y el ponerlos uno al lado del otro simbolizaba la frecuente repetición del coito, es decir, la potencia del padre, lo que repite más tarde por medio del auto en movimiento continuo. La rabia que sintió al contemplar el coito de su padre se expresó ya en su primera hora cuando quiso que los dos caballos que iban a dormir estuvieran «muertos y enterrados», así como en el afecto que acompañó a este deseo. Estos cuadros de la escena primaria con los que comenzó su análisis se referían a experiencias verdaderas reprimidas en su infancia, lo que fue probado por el relato de sus padres. De acuerdo con este el niño había compartido el dormitorio de sus padres solo en una época, durante un veraneo, cuando tenía 18 meses. Durante este período se hizo difícil de manejar. Dormía mal y había comenzado a ensuciarse nuevamente, aunque sus hábitos de limpieza eran casi perfectos varios meses atrás. Parece ser que los barrotes de su cuna no impidieron que viese a sus padres durante la relación sexual, pero sí fueron un obstáculo, lo que se simbolizó con los muñecos que él volteó y luego colocó de espaldas a la hilera de vehículos. La caída de los muñecos también representó sus propios sentimientos de impotencia. Resultó que antes del veraneo él jugaba muy bien con sus muñecos, pero luego no podía hacer otra cosa que romperlos. Tempranamente, en su primera hora de análisis, ilustró la conexión entre la destrucción de sus juguetes y sus observaciones del coito. En una ocasión había puesto los autos, que simbolizaban el pene de su padre, en hilera, uno al lado del otro, y los había hecho andar, se enfureció y los tiró al suelo diciendo: «Nosotros siempre rompemos nuestros regalos de Navidad en seguida, no queremos ninguno». Destruir los juguetes significaba para su inconsciente destruir los genitales del padre. El placer de destruir y la inhibición de juego que trajo al análisis fueron superados y desaparecieron junto con otras dificultades durante el curso del mismo.

Poniendo en descubierto poco a poco la escena primaria pude ganar acceso a la fuerte actitud homosexual pasiva de Pedro. Después de haber descripto el coito de sus padres tuvo fantasías de coito entre tres personas. Surgió así una fuerte ansiedad seguida de otras fantasías en las que copulaba con su padre. Estas se mostraron en un juego en el que un perro, o un automóvil o una locomotora —teniendo todos el significado de padre—, subían sobre un carro o un hombre que era él mismo.

De este modo el carro se dañaba o el hombre era mordido; y Pedro mostraba mucho miedo o gran agresividad frente al juguete que representaba al padre.

Expondré ahora algunos de los aspectos más importantes de mi técnica a la luz de las observaciones realizadas en los análisis mencionados. Tan pronto como el paciente ha ofrecido un panorama interno de sus complejos —ya sea por medio de juegos, de dibujos, fantasías o simplemente por su conducta general—, considero que puede y debe comenzarse con las interpretaciones. Esto no contradice la regla aceptada de que el analista debe esperar a que se establezca una transferencia antes de empezar a interpretarla, porque en los niños la transferencia es inmediata y el analista tendrá a menudo elementos para ver su naturaleza positiva. Pero cuando el niño manifiesta timidez, ansiedad o solo una cierta desconfianza, esto ha de ser interpretado como transferencia negativa, y hace aún más imperioso que la interpretación comience en cuanto sea posible. Porque la interpretación reduce la transferencia negativa del paciente haciendo retroceder los afectos negativos involucrados hacia los objetos o situaciones originarias. Por ejemplo, cuando Rita[562], que era una niña muy ambivalente, sentía resistencia, necesitaba irse de la habitación enseguida; entonces tuve que hacer una inmediata interpretación para resolver esta resistencia. Tan pronto como le expliqué la causa de su resistencia, siempre relacionándola con la situación y objeto originario, esta se resolvió, y se tomó confiada y amistosa conmigo y continuó su juego, agregando a este ciertos detalles que me confirmaron lo justo de la interpretación que acababa de hacer.

En otro caso pude ver también con impresionante claridad la necesidad de dar una interpretación rápida. Fue en el caso de Trude, que se recordará me fue traída durante una sola hora cuando tenía 3 años y 3 meses[563], cuyo tratamiento debió posponerse por circunstancias externas. Esa niña era muy neurótica y estaba fuertemente fijada en su madre. Entró en mi cuarto llena de ansiedad y mal dispuesta, y me vi obligada a analizarla en voz baja y con la puerta abierta. Pero pronto me dio una idea sobre la naturaleza de sus complejos. Insistía en que se retiraran las flores de un florero; sacó un muñeco de un carro en el que ella lo había puesto y lo injurió y maltrató; quiso que un hombre de sombrero alto que había visto en un libro de figuras que había traído, fuera sacado de ahí; dijo que los almohadones habían sido desordenados por un perro. Inmediatamente interpreté esta declaración diciendo que deseaba suprimir el pene de su padre[564] porque dañaba a su madre (durante el juego la madre era representada por el vaso, el carro, el

libro de figuras y los almohadones) y enseguida disminuyó su ansiedad, estuvo más amistosa conmigo que cuando llegó y dijo en su casa que le gustaría volver a verme. Cuando 6 meses después pude reanudar el análisis de esta niña vi que recordaba todos los acontecimientos de esta única hora de análisis y que mi interpretación había aumentado su transferencia positiva o más bien disminuido su transferencia negativa.

Otro principio fundamental de la técnica de juego es que la interpretación debe ser conducida a una profundidad suficiente como para alcanzar las capas mentales que deben ser activadas. Por ejemplo, Pedro, en su segunda hora, después de haber colocado los carros uno tras otro puso un muñeco sobre un banco al que llamó cama, y arrojándolo al suelo dijo que estaba muerto y destruido. Hizo luego lo mismo con dos muñequitos, eligiendo para tal propósito dos que ya habían sido dañados. En esta época, de acuerdo con el material mencionado, interpreté que el primer muñeco era su padre, al que quería sacar de la cama de su madre y matarlo, y el segundo era él mismo, a quien su padre hubiera hecho lo mismo[565].

Más tarde, habiendo dilucidado en todos sus detalles la escena primaria, Pedro volvió bajo diversas formas al tema de los dos muñecos rotos, pero esto parecía determinado por la ansiedad que había sentido en conexión con la escena primaria con respecto a su madre castradora. En sus fantasías ella había tomado el pene del padre dentro de sí y no lo había devuelto, convirtiéndose esto en objeto de ansiedad para el pequeño, porque en su imaginación, desde ese momento, la madre llevaba dentro de sí el aterrador pene del padre.

Daré ahora otro ejemplo tomado del mismo caso. Mi interpretación del material en la segunda hora mostró que Pedro y su hermano se masturbaban mutuamente. Siete meses más tarde, teniendo Pedro 4 años y 4 meses, me contó un largo sueño, rico en material asociativo y que sintetizado relataré a continuación: «Estaban dos cerdos en su pocilga y también en su cama. Comían juntos en la pocilga. Había también dos niños en su cama en un bote; pero eran muy grandes, como el tío G (hermano adulto de su madre) y como E (una amiga mayor que ellos a la que consideraban casi adulta)». La mayor parte de las asociaciones de este sueño fueron verbales. Demostraron que los cerdos eran él y su hermano y el comer representaba su mutua *fellatio*. Pero representaban también a sus padres copulando. Se vio luego que sus relaciones sexuales con el hermano estaban basadas en una identificación con su madre y su padre y en la que Pedro desempeñaba por turno el papel de cada uno de ellos. Después de haber interpretado este material Pedro comenzó

la hora siguiente jugando con el lavatorio y las canillas. Puso dos lápices en una esponja y dijo: «Este es el bote en que Fritz (su hermanito) y yo nos metimos». Después adoptó una voz profunda, la que a menudo empleaba cuando su superyó entraba en acción, y gritó a los dos lápices: «Ustedes no deben ir juntos todo el tiempo y hacer cosas feas». Esta censura a su hermano y a si mismo por parte del superyó estaba también dirigida a los padres (representados por el tío G y la amiga adulta E)[566], y liberó en él afectos de la misma naturaleza de los que sintió hacia ellos cuando fue testigo de la escena primaria. Estos afectos se habían evidenciado ya en su segunda hora cuando deseó que los caballos que habían chocado estuvieran muertos y enterrados. Sin embargo, después de siete meses, el análisis de ese material todavía seguía progresando. Es evidente que la profundidad de mí primera interpretación no trabó de ningún modo el esclarecimiento de las conexiones entre esta experiencia y el total desarrollo sexual del niño y (particularmente en el modo de determinar sus relaciones con el hermano) no impidió tampoco la elaboración del material involucrado.

Los ejemplos citados confirman mi creencia, basada en la observación empírica, de que no deben temerse las interpretaciones en profundidad aun en el comienzo de un análisis, ya que el material de las capas más profundas mentales saldrá nuevamente más tarde, y será reelaborada. Como ya he dicho, el valor de la interpretación en profundidad es simplemente el de abrir la puerta al inconsciente disminuyendo la ansiedad que ha sido activada y preparando el camino para el trabajo analítico.

En estas páginas he señalado muchas veces que la capacidad del niño para hacer su transferencia es espontánea. Creo que esto es debido en parte al hecho de que la ansiedad sentida por el niño es comparativamente más aguda que la del adulto y por lo tanto es mayor su aprensión. Uno de los mayores, si no el mayor, trabajo psíquico que el niño debe llevar a cabo, y que toma la mayor parte de su energía mental, es dominar su ansiedad. Por lo tanto, su inconsciente está primeramente interesado en aquellos objetos que alivian o excitan su ansiedad, y de acuerdo con esto producirá hacía ellos una transferencia positiva o negativa. En los niños pequeños la transferencia negativa se expresa a menudo inmediatamente como franco miedo, mientras que en los más grandes, especialmente en el período de latencia, toma la forma de desconfianza, reserva o simple disgusto. En su lucha contra el miedo a los objetos más cercanos, el niño tiende a referir este temor a objetos más distantes (ya que el desplazamiento es un modo de tratar la ansiedad) y a ver en ellos un representante de su padre y madre malos. Por esto el niño

realmente neurótico, en el que predomina el sentimiento de estar bajo una constante amenaza de peligro —es decir, que espera siempre encontrarse con el padre o madre «malos»—, reaccionará con ansiedad ante todos los extraños.

No debemos perder de vista la presencia de esta aprensión en niños pequeños e incluso, en cierto grado en los más crecidos. Aun cuando comienzan por manifestar una actitud positiva frente al análisis debemos prepararnos a la manifestación de una transferencia negativa muy pronto, tan pronto como aparece un material complejo. Inmediatamente que el analista descubre signos de esta transferencia negativa debe asegurar la continuación del trabajo analítico, establecer la situación analítica, relacionándola a él mismo y retrotrayéndola al mismo tiempo a objetos y situaciones originarias por medio de interpretaciones y resolviendo así cierta cantidad de ansiedad. Su interpretación puede gravitar en algún punto de urgencia de su contenido inconsciente y abrir así una vía de entrada al inconsciente. El punto de urgencia se hará evidente por la multiplicidad y frecuente repetición, a menudo bajo diversas formas, de las representaciones del mismo «pensamiento de juego» (en el caso de Pedro, por ejemplo, vimos en su primera hora de análisis el arreglo alternado de vehículos y el continuo chocar de caballos, carros, etc.) y también por la intensidad de los sentimientos ligados a estas representaciones, porque esto es una medida del afecto que corresponde a su contenido. Si el analista descuida la urgencia de material de esta clase, a menudo el niño abandona el juego o muestra una fuerte resistencia o aun ansiedad manifiesta, y frecuentemente mostrará el deseo de abandonar el análisis. Así, con una interpretación hecha a tiempo —es decir, cuando se interpreta el material tan pronto como es posible—, el analista puede cortar la ansiedad del niño o reducirla también en aquellos casos en los que el análisis ha comenzado con una transferencia positiva. Cuando lo sobresaliente desde el comienzo es una transferencia negativa o cuando la ansiedad o la resistencia aparecen enseguida, hemos visto ya la absoluta necesidad de interpretar lo antes posible.

De lo dicho se desprende que lo importante es no solo la oportunidad de la interpretación sino también su profundidad. Cuando tenemos en cuenta la premura del material presentado nos vemos obligados a determinar el origen no solamente del contenido de la representación sino también de la ansiedad y sentimiento de culpa asociados y su relación con las capas mentales movilizadas. Si tomamos como modelo el análisis de adulto y nos ponemos en contacto primero con los estratos superficiales de la mente —que son los

más cercanos al yo y a la realidad— fracasaremos en nuestro propósito de establecer la situación analítica y de reducir la ansiedad del niño. Durante mi experiencia he comprobado esto repetidas veces. Igualmente se comprueba en lo que se refiere a la mera traducción de símbolos, de interpretaciones que solo tratan de representaciones simbólicas del material y no se interesan por la ansiedad o sentimiento de culpa asociado.

Una interpretación que no descienda a esas profundidades que han sido activadas por el material y la ansiedad concernientes, es decir, que no ataque el lugar donde la resistencia latente es más fuerte, intentando ante todo reducir la ansiedad donde es más violenta y más evidente, no tendrá ningún efecto sobre el niño, o solo servirá para hacer surgir resistencias mayores sin poder llegar a resolverlas nuevamente. Pero como ya he tratado de explicar en mis conclusiones del análisis de Pedro, penetrando directamente en aquellos estratos profundos de la mente, de ninguna manera resolveremos completamente la ansiedad contenida allí, ni coartaremos el trabajo, aun por realizarse, en los estratos superiores donde el yo del niño y su relación con la realidad deben ser analizados. Este establecimiento de la relación del niño con la realidad, así como el reforzamiento de su yo, se logran solo muy gradualmente y son el resultado, y no la condición previa, del trabajo analítico.

Hasta aquí he expuesto e ilustrado mi técnica de los análisis tempranos de tipo común. Desearía ahora considerar algunas dificultades menos usuales con las que me he encontrado y que me han obligado a adoptar métodos técnicos especiales. En el caso de Trude[567], cuya ansiedad era muy grande al principio, destacamos el hecho de que en ciertos pacientes el único medio para disminuir la ansiedad y poner en marcha el análisis era una rápida interpretación. El caso de Ruth[568], de 4 años y 3 meses, fue más instructivo en ese sentido. Era una de esas niñas cuya ambivalencia se manifestaba, por un lado, en su fuerte fijación en la madre y en algunas mujeres, y, por otra parte, en su fuerte antipatía por otras, generalmente desconocidas. Ya en sus primeros años, por ejemplo, no fue capaz de aceptar una nueva niñera y le era difícil hacerse amiga de otras niñas. No solo sufría de una grave y no disfrazada ansiedad, que se manifestaba en forma de crisis de angustia y en otros síntomas neuróticos, sino que tenía una predisposición general a la timidez. Durante la primera hora se negó firmemente a permanecer sola conmigo. Decidí pues aceptar que su hermana mayor permaneciese con ella[569] durante la sesión. Mi intención era obtener de ella una transferencia positiva, en la esperanza de que fuera posible luego trabajar a solas con ella;

pero todos mis esfuerzos, tales como jugar con ella o animarla a conversar, etc., fueron vanos. Cuando jugaba con sus juguetes se dirigía solo a su hermana (aunque esta última trataba de hacerse lo menos visible), ignorándome por completo.

Su propia hermana me manifestó que consideraba inútiles mis esfuerzos, que no ganaría la confianza de la niña aunque pasase con ella semanas enteras en vez de horas aisladas. Me vi, pues, forzada a buscar otros medios, que una vez más fortificaron y confirmaron mí creencia en la eficacia de la interpretación para reducir la ansiedad del paciente y su transferencia negativa. Un día en que Ruth estaba como de costumbre atenta exclusivamente a su hermana, dibujó un vaso con pequeñas bolitas adentro y con una especie de tapa. Le pregunté para qué servía la tapa, pero no me contestó. Cuando su hermana le hizo la pregunta, ella dijo: «para evitar que las bolitas salgan rodando».

Antes de esto había revisado la cartera de su hermana y la había cerrado herméticamente «para que nada pudiera caerse».

Antes había hecho lo mismo con el monedero dentro de la cartera de su hermana, guardando cuidadosamente las monedas para que no pudieran caerse. Además, el material que ahora me traía había sido bastante claro ya en sus horas anteriores[570].

Me arriesgué y dije a Ruth que las bolitas en el vaso, las monedas en el monedero y lo que tenía la cartera, todo representaba niños dentro de su mamita, y que ella quería mantenerlos bien guardados para no tener más hermanos ni hermanas.

El efecto de mí interpretación fue asombroso. Por primera vez Ruth me prestó atención y por primera vez comenzó a jugar de modo distinto, no forzado[571]. No obstante, aún le fue imposible quedarse a solas conmigo, reaccionando ante esa situación con crisis de ansiedad. Como veía que el análisis disminuía poco a poco la transferencia negativa en favor de una positiva decidí dejar a la hermana en mí cuarto. Tres semanas después esta última se enfermó repentinamente y me vi en la alternativa de suspender el análisis o de exponerme a las crisis de ansiedad. Con el consentimiento de los padres, decidí lo segundo. La niñera me entregó la niña en la puerta de mi cuarto y se fue, a pesar de sus lágrimas y chillidos. En esta penosísima situación comencé una vez más por tratar de calmarla de un modo maternal, no analítico, como pudiera haberlo hecho cualquiera. Traté de consolarla y alegrarla y hacerla jugar conmigo, pero todo fue en vano. Solo logré que me siguiera hasta el interior de mi cuarto, pero una vez allí no pude hacer nada

con ella. Se puso casi lívida, gritando y manifestando signos evidentes de una fuerte crisis de ansiedad. Mientras tanto me senté frente a la mesa de juego y comencé a jugar sola[572] diciéndole a la niña, que asustada se había sentado en un rincón, todo lo que estaba haciendo. Por una inspiración súbita tomé como tema de juego el material que ella misma había usado en la hora anterior. Al finalizar la misma ella había jugado alrededor del lavatorio y había alimentado a sus muñecas dándoles enormes jarras de leche, etc. Hice ahora la misma cosa que ella. Puse a dormir una muñeca y dije a Ruth que yo le iba a dar algo de comer y le pregunté qué era lo que se le debía dar. La pequeña interrumpió su llanto para contestar «leche», y advertí que hizo un movimiento hacia su boca con dos de sus dedos (que ella tenía costumbre de chupar antes de dormir), pero rápidamente los separó. Le pregunté si quería chuparlos y dijo: «sí, pero de verdad».

Comprendí que necesitaba reconstruir el hecho tal como sucedía siempre en su casa: la acosté sobre el sofá y, a su pedido, la tapé. Enseguida comenzó a chuparse los dedos. Seguía pálida y con los ojos cerrados, pero visiblemente más tranquila y ya no lloraba. Mientras tanto yo continué jugando con las muñecas repitiendo su juego de la hora anterior. Al poner una esponja mojada al lado de una de ellas, como lo había hecho ella, rompió otra vez en llanto y gritó: «No, ella no debe tener la esponja *grande*, esa no es para los chicos sino para los grandes». (Debo observar que en las dos sesiones anteriores había producido mucho material referente a su envidia a su madre). Entonces interpreté este material en conexión con su protesta contra la esponja grande (la cual representaba el pene del padre).

Le mostré, con todo detalle, cómo ella envidiaba y odiaba a su madre porque había incorporado el pene de su padre durante el coito y cómo quería robar ese pene y los niños que estaban dentro de su madre, y matarla. Le expliqué que por esto era que tenía miedo y que creía haber matado a su madre y haber sido abandonada por ella. Cuidé siempre dirigir estas interpretaciones a la muñeca, haciendo como si jugase con ella y explicándole la razón por la cual estaba asustada y gritaba, y luego las dirigí a la niña. Por este medio pude establecer completamente la situación analítica.

Mientras hacía esto, Ruth se había tranquilizado, abrió los ojos y me permitió acercar a su sofá la mesa de juego, y continué así la interpretación y el juego al lado de ella. Luego se incorporó y observó mi juego con creciente interés y comenzó a participar en él. Cuando terminó la hora y la niñera vino a buscarla se asombró al verla animada y contenta y despedirse de mí de una manera cordial y hasta afectuosa. Al comienzo de la hora siguiente, cuando la

niñera la dejó, si bien manifestó alguna ansiedad, no tuvo sus crisis habituales ni prorrumpió en llanto. Se refugió inmediatamente en el sofá y se echó en él como había hecho el día anterior, con los ojos cerrados y chupándose los dedos. Pude sentarme al lado de ella y continuar enseguida el juego del día anterior. La sucesión de hechos del día anterior fue recapitulada, pero en forma más breve y mitigada. Después de unas cuantas sesiones de esta clase las cosas habían progresado tanto que la pequeña solo manifestaba leves rastros de ansiedad al comenzar su hora.

El análisis de los ataques de ansiedad de Ruth evidenció que eran una repetición de sus *pavores nocturnos*[573], que habían sido en ella muy intensos a los 2 años. En esta época su madre estaba embarazada y la pequeña deseó robar los hijos del vientre de su madre, dañarla y matarla. Esto originó en ella fuertes sentimientos de culpa, cuya consecuencia fue su intensa fijación en la madre. Cuando cada noche se despedía para ir a dormir esto significaba para ella un adiós para siempre. A consecuencia de sus deseos de robar y matar a su madre temía que esta la abandonase para siempre[574], no volver a verla viva o que su buena y tierna madre que le decía «buenas noches» se transformase en una mala madre que la atacase por la noche. Estas eran también las causas por las que no quería quedarse sola.

El ser dejada sola conmigo significaba ser abandonada por su «buena» madre; y transfirió sobre mi todo su terror a la madre «castigadora». Al analizar esta situación y al aclarársela logré disipar, como vimos, sus ataques de ansiedad y pude comenzar mi trabajo analítico normal[575]. La técnica empleada al analizar los ataques de ansiedad de Ruth resultó eficaz en otro caso.

Durante el análisis de Trude[576] se enfermó su madre y debieron enviarla a un sanatorio. Esto hizo que se interrumpiese el análisis cuando el cuadro general del mismo lo ocupaban fantasías sádicas contra la madre. Ya hemos visto en qué forma, esta niña de 3 años y 9 meses, realizaba estas escenas de agresión delante de mí y cómo, vencida por la ansiedad que seguía a estos ataques, se escondía con los almohadones detrás del sofá, pero no llegó nunca a una verdadera crisis de ansiedad. Cuando volvió, después del intervalo motivado por la enfermedad de la madre, tuvo sin embargo, durante varios días seguidos, fuertes ataques de ansiedad. Estos ataques se revelaron como una reacción a sus impulsos agresivos, por el miedo que sentía por ellos. Durante estas crisis, Trude al igual que Ruth, adoptaba una postura peculiar: la misma que tenía en su casa a la hora de dormir, cuando comenzaba a tener ansiedad. Se deslizaba a un rincón apretando fuertemente contra ella los

almohadones, a los que a menudo llamaba sus hijos, se chupaba los dedos y se orinaba. Aquí también cuando logré interpretar su ansiedad cesaron los ataques[577].

Mi experiencia posterior, así como la de M. N. Searl y otras analistas de niños, ha confirmado la eficacia de estas medidas técnicas también en otros casos. En los años de trabajo transcurridos desde el tratamiento de estos dos casos he podido concretar que el requisito previo esencial para un análisis temprano —lo mismo que para todo análisis en profundidad en cualquier niño mayor— es captar el material presentado.

Una valoración exacta y rápida del significado de ese material, tanto en lo que se refiere a esclarecer la estructura del caso como a su relación con el estado afectivo del paciente en el momento, y, sobre todo, una rápida percepción de la ansiedad latente y del sentimiento de culpa que contiene, son las condiciones primarias para realizar una interpretación justa, es decir, una interpretación hecha a tiempo y lo suficientemente profunda como para llegar al nivel mental activado por la ansiedad. La aparición en el análisis de crisis de ansiedad puede reducirse a un mínimo si esta técnica es fielmente aplicada. Sí estas crisis o ataques de ansiedad llegaran a producirse al comenzar el tratamiento, sin embargo —como podría suceder con niños neuróticos que sufren tales ataques en la vida diaria—, el empleo fiel y sistemático de este método comúnmente reduce rápidamente la ansiedad y hace posible conducir normalmente el análisis. Los resultados obtenidos analizando las crisis de ansiedad, evidencian también la validez de algunos fundamentos de la técnica de juego. Se recordará que en el caso de Trude, aunque el material iba acompañado de intensa ansiedad, desde el principio pude analizarla sin que apareciesen crisis regulares, porque pude hacer continuas interpretaciones en profundidad, en primer lugar, y permití que la ansiedad se liberase en pequeñas dosis, disminuyéndola gradualmente. El análisis de Trude debió ser interrumpido en un momento desfavorable y en circunstancias difíciles, por enfermedad de la madre. Cuando volvió al análisis, la ansiedad se había acumulado tanto que tuvo verdaderas crisis de ansiedad. Después de unas pocas sesiones estas crisis cesaron por completo dando lugar solamente a rastros de ansiedad. Añadiré algunas observaciones teóricas referentes a estas crisis de ansiedad. Ya he hablado de su carácter, como repetición del pavor nocturno, y me he referido a la posición adoptada por la paciente en dichos ataques o más bien en su intento de dominarlos y he señalado que eran la repetición de las situaciones de ansiedad sufridas por el niño en la cama durante la noche. Pero he mencionado también una específica situación de

ansiedad, temprana, que parece ser el fundamento de ambos: pavor nocturno y crisis de ansiedad. Mis observaciones en los casos de Trude, Ruth y Rita, junto al conocimiento adquirido en los últimos años, me han permitido reconocer la existencia de una ansiedad o situación de ansiedad que es específica en las niñas y el equivalente de la ansiedad de castración sentida por el varón.

Esta situación de ansiedad culmina en la idea de que la madre ha destruido el cuerpo de la niña, ha anulado su contenido y ha retirado los niños de ahí. Este tema será ampliamente tratado en la segunda parte de este libro. Solo he querido señalar al lector la coincidencia entre los datos que he podido recoger en mis primeros análisis y una o dos afirmaciones de Freud hechas en *Inhibición, síntoma y angustia*, donde sostiene que *el equivalente del miedo a la castración en el niño es en la niña el miedo a la pérdida de amor*. El material ofrecido por el análisis de niñas pequeñas me mostró claramente que hay en ellas un miedo de ser abandonadas por la madre, el miedo de quedarse solas. Pero este miedo va aún más lejos. Se basa en los impulsos agresivos frente a la madre y en los deseos de matarla y robarla que arrancan de los tempranos estadios del conflicto de Edipo. Estos impulsos conducen no solo a la ansiedad o miedo a ser atacadas por su madre sino al miedo de que esta las abandone o muera.

Volvamos ahora a los problemas técnicos.

Es de gran importancia también la *forma* en que se hace la interpretación. Debe ser concreta, de acuerdo con el modo de hablar y pensar del niño[578]. Pedro, por ejemplo, dijo señalando la hamaca: «Mira cómo se columpia y choca». Cuando yo le contesté que era así como chocan los thingummies de papá y mamá, él lo aceptó sin la menor dificultad. Doy otro ejemplo. Rita, de 2 años y 9 meses, me contó que sus muñecas la habían molestado mientras dormía. Ellas insistían en repetir a Hans, el hombre del subterráneo (un muñeco sobre ruedas): «usted siga manejando su tren subterráneo». En otra ocasión colocó un «cubo» triangular a un lado y dijo que eso era una mujercita. Luego tomó un «martillito», nombre que ella dio a un «cubo» largo, y con él pegó a la caja de «cubos» precisamente en el lugar donde solo había papel, de modo que hizo un agujero, y dijo: «cuando el martillo pegó fuerte la mujercita se asustó mucho». Hacer correr un tren subterráneo y pegar con el martillo representaba el coito de sus padres, que ella había presenciado hasta casi los 2 años. Mi interpretación: «tú papito pegó así fuerte dentro de tu mamita con su martillito y tú estabas muy asustada», se adaptaba exactamente a su modo de pensar y hablar.

Describiendo mi técnica de análisis me he referido a menudo a los pequeños juguetes que pongo a disposición de los niños. Querría exponer brevemente por qué son útiles estos juguetes en mi técnica de juego. Su pequeñez, su número, su gran variedad, así como su simplicidad, hacen posible que se presten a los más variados usos, dando mayor margen a juegos representativos.

Estos juguetes parecen adecuarse a la expresión de sus fantasías y experiencias en todo detalle.

Los diferentes «pensamientos de juego» del niño y los afectos asociados (que nosotros inferimos en parte del tema de sus juegos y en parte por la observación directa), son presentados uno al lado del otro y en un margen reducido, permitiéndonos tener una visión general de las conexiones generales y dinámicas de los procesos mentales que hemos hecho emerger, y como a menudo la continuidad espacial simboliza la continuidad temporal, también podemos deducir la ordenación en tiempo de las diversas fantasías y experiencias.

De todo lo dicho podría suponerse que lo único que tenemos que hacer para analizar a un niño consiste en dejar los juguetes frente a él, para que empiece inmediatamente a jugar con ellos, sin inhibiciones ni dificultades. Pero eso no es lo que ocurre en realidad.

Tal como he dicho, muchas veces las inhibiciones de juego son muy frecuentes, en mayor o menor grado, y constituyen un síntoma neurótico común. Pero es precisamente en estos casos, cuando falla otra forma de conexión, cuando se valora la utilidad de los juguetes para iniciar un análisis. Rara vez sucede que un niño, por inhibido que sea, en sus juegos no mire los juguetes o toque uno u otro o haga algo con ellos. Puede que enseguida suspenda sus juegos, como hizo Trude, pero ya hemos tomado conocimiento de su inconsciente y tenemos una base para comenzar la labor analítica, sabiendo cómo empezó el juego y en qué punto se presentó la resistencia, cómo ha reaccionado ante esta resistencia, qué comentario casual hizo en ese momento, etc. El lector ya ha podido ver cómo en el análisis, mediante la interpretación, hacemos al niño más libre para expresar los contenidos de representación, haciéndose el material más abundante y más útil, y reduciéndose la inhibición en el juego.

Los juguetes no son los únicos requisitos del análisis del juego. Hay que tener una cantidad de material ilustrativo en la habitación. Lo más importante es el lavatorio con agua corriente. Por lo general se utiliza en una etapa ulterior del análisis, pero resulta entonces de gran importancia. El niño pasará

por una fase completa de su análisis jugando con el lavatorio, debiendo tener también una esponja, un vaso de vidrio, uno o dos barquitos, una o dos cucharas y papel. Estos juegos con agua nos aportan una profunda visión de las fundamentales fijaciones pregenitales del niño[579] y son un medio para ilustrar sus teorías sexuales, dándonos una relación entre sus fantasías sádicas y formaciones reactivas y mostrando la conexión directa entre sus impulsos pregenitales y genitales[580].

En muchos análisis dibujar o recortar papel toma la mayor parte del tiempo. En otros, especialmente en las niñas, se pasa parte del tiempo haciendo ropas y adornos para ellas, para sus muñecas o para los animales de juguete, engalanándose con cintas o adornos.

Cada niño tiene a mano papel, lápices de color, un cuchillo, tijeras, agujas, hilo, lana, trocitos de madera y soga. A menudo el niño trae sus propios juguetes. Es evidente que la simple enumeración de objetos no agota las posibilidades. Sabemos mucho de ellos según el uso que dan a cada uno de los objetos y por el sentido con que cambian un juego por otro. Todo lo que amuebla el cuarto, sillas, almohadones, etc., debe estar a su disposición. En realidad, los muebles del cuarto de análisis de niños deben ser elegidos para este fin. La fantasía y juegos imaginativos que se desarrollan en un juego con juguetes es de gran importancia.

En los juegos imaginativos los niños representan en su propia persona lo que en una etapa anterior mostraban por medio de juguetes. En estos juegos al analista se le asignan uno o varios papeles, y mi práctica me enseña que debe dejarse al niño que describa cada papel con el mayor detalle posible. Algunos niños muestran una especial preferencia por los juegos de imaginación; otros, por un medio más indirecto de representación, mediante juguetes. Juegos típicos de imaginación son el de la madre y el hijo, el de estar en la escuela, hacer o amueblar una casa (con ayuda de sillas, almohadones, etc.), ir al extranjero, viajar en tren, ir al teatro, ver al doctor, estar en una oficina, tener un comercio, etc. El valor de esos juegos de imaginación desde un punto de vista psicoanalítico está en su modo directo de representación y, como consecuencia, en la riqueza de asociaciones verbales que ofrece. Porque como ya he dicho en el capítulo 1, una de las condiciones necesarias para decidir que un análisis está terminado con éxito, aun en los niños de corta edad, es haber logrado que utilicen el lenguaje durante el análisis en toda la medida de sus posibilidades.

Aunque ninguna descripción puede dar idea de la complejidad y riqueza de estas horas de análisis, espero haber dado una visión de la exactitud y

seguridad de los resultados obtenidos por este medio.

3. Una neurosis obsesiva en una niña de 6 años[581]

En el último capítulo hemos tratado los principios básicos en la técnica del análisis temprano. En este capítulo compararemos esta técnica con la empleada en los análisis en el período de latencia, utilizando para ello un caso como ilustración. Este historial nos permitirá analizar, en primer lugar, ciertos problemas de importancia teórica y general, y, en segundo lugar, describir los métodos empleados en el análisis de neurosis obsesivas en los niños. Puedo decir que esta técnica nació durante el tratamiento de este difícil e interesante caso.

Erna, niña de 6 años, presentaba síntomas graves. Sufría de insomnio, provocado en parte por su ansiedad (tenía especial miedo a los ladrones y asaltantes) y en parte por una serie de actividades obsesivas. Estas eran acostarse boca abajo y golpear su cabeza contra la almohada, hacer un movimiento de balanceo durante el cual se acostaba de espaldas o, se sentaba, chuparse obsesivamente el pulgar y masturbarse en exceso. Estas actividades obsesivas, que le impedían dormir en la noche, se mantenían también durante el día, especialmente en lo que se refiere a la masturbación, que realizaba aun en presencia de extraños, por ejemplo, casi continuamente, en el jardín de infantes. Sufría de una fuerte depresión que describía así: «Hay algo que no me gusta de la vida». Su relación con la madre era exageradamente afectuosa, pero se tornaba a veces muy hostil. La dominaba completamente, impidiéndole moverse e importunándola continuamente con su amor y odio. Su madre se expresó así acerca de ella: «Me chupa». La niña debería ser descripta como ineducable.

Tenía meditaciones mórbidas obsesivas y una naturaleza muy poco infantil, que se reflejaba en su aspecto de sufrimiento. Junto a esto llamaba la atención su desarrollo sexual precoz poco común. Un síntoma que apareció inmediatamente durante el análisis fue su grave inhibición para aprender. Había entrado a la escuela unos meses después de comenzado el análisis, manifestándose enseguida su incapacidad para aprender así como su imposibilidad de adaptarse ni a la escuela ni a las compañeras. El hecho de que ella se sintiera enferma y que desde el comienzo del tratamiento pidiese mi ayuda, facilitó su análisis.

Erna comenzó su juego tomando un carrito que estaba sobre la mesa entre otros juguetes y empujándolo hacia mí. Dijo que había venido a buscarme, pero puso una muñeca en el carrito y agregó un muñeco. Los dos se querían y se besaban, y ella los arrastraba de un lado para otro. Enseguida puso un muñeco en otro carro que chocaba con ellos, les pasaba por encima y los mataba, los asaba y los comía. Otras veces la lucha tenía otro fin y el muñeco agresor era arrojado al suelo, pero la mujer lo ayudaba y consolaba. Se divorciaba del primero y se casaba con el recién venido. La tercera persona era la que representaba más papeles en el juego de Erna. Por ejemplo, el primer hombre y su mujer estaban en su casa y la defendían del ataque de un ladrón; la tercera persona era el ladrón y entraba.

La casa se quemaba y el hombre y la mujer se quemaban y la tercera persona era la única que se salvaba. Otras veces la tercera persona era un hermano que llegaba de visita, pero al abrazar a la mujer le sacaba la nariz a mordiscos. Este hombrecito, la tercera persona, era la misma Erna. En una serie de juegos similares mostró el deseo de desalojar al padre de su posición frente a la madre. Por otra parte otros juegos mostraban su deseo edípico directo, de desembarazarse de la madre y conquistar al padre. Así hizo que un muñeco fuese el maestro de violín que daba lecciones a una niña golpeándole la cabeza[582] contra el violín o parándola sobre la cabeza mientras leía un libro. Le hizo arrojar el libro o el violín para que pudiese bailar con su alumna. Enseguida se besaron y se abrazaron, y entonces Erna me preguntó si yo permitiría al maestro casarse con su discípula. Otras veces un maestro y una maestra —representados por un muñeco y una muñeca— daban lecciones de cortesía a los niños, enseñándoles cómo hacer reverencias, saludar, etc. Al principio los chicos eran obedientes y educados (lo mismo que Erna, que siempre trataba de comportarse lo mejor posible), pero súbitamente atacaban al maestro y a la maestra atropellándolos, pisándolos, matándolos y asándolos. Se transformaron luego en demonios, deleitándose en el tormento de sus víctimas, pero repentinamente el maestro y la maestra estaban en el cielo y los demonios anteriores se habían transformado en ángeles, los cuales, de acuerdo con lo que decía Erna, ignoraban haber sido demonios, realmente «no lo fueron nunca». Dios padre, el maestro anterior, comenzó a besar y a abrazar apasionadamente a la mujer, los ángeles los adoraban y todo se arregló de nuevo, aunque no mucho después las cosas se estropearían de un modo u otro.

Erna jugaba a menudo a que ella era madre. Yo era el niño y una de mis faltas más graves era chuparme el pulgar. Lo primero que esperaba que me

pusiese en la boca era la locomotora. Ella ya había admirado sus lámparas doradas diciendo: «qué lindas son, todas rojas y ardientes», y al mismo tiempo se las ponía en la boca y las chupaba. Las lámparas de la locomotora representaban para ella el pecho de la madre y el pene del padre. Todos estos juegos eran seguidos, invariablemente, por crisis de rabia, envidia y agresión contra la madre, a las cuales se agregaban remordimientos e intentos de reparación y reconciliación. Jugando con cubos, por ejemplo, los repartía entre nosotras de modo de tener siempre más que yo; lo hacía poniendo primero más para ella que para mí, pero luego reparaba tomando menos para ella, pero se las arreglaba siempre para quedarse con más cantidad al final; si construía algo con los cubos quería probarme cuánto más linda era su construcción que la mía o me la tiraba, simulando un accidente. Solía elegir un muñeco como juez para que decidiese que su casa era mejor que la mía. Por los detalles de este juego, en el tema de las casas se hizo evidente una antigua rivalidad con su madre. En la última parte del análisis esta rivalidad apareció en forma directa.

Además de estos juegos cortaba papel haciendo moldes. Me dijo que eso era «picadillo» y que estaba saliendo sangre del papel, después de lo cual se estremeció y dijo sentirse mal. En una ocasión habló de una «ensalada de ojos» y otra vez dijo que había cortado «flecos» de mi nariz. Expresó otra vez el deseo de morder mi nariz, deseo que había ya expresado en su primer hora de análisis (en realidad hizo cuanto pudo para realizar este deseo). De este modo expresó su identificación con la tercera persona, el muñeco que había invadido y quemado la casa y mordido la nariz de la mujer. En su caso, como en el de otros niños, el cortar papel tenía diversas finalidades. Liberaba impulsos sádicos y canibalísticos y representaba la destrucción de los genitales de sus padres o de todo el cuerpo de su madre. Al mismo tiempo, sin embargo, se expresaban sus impulsos reactivos; por ejemplo, cortando una linda alfombrita, recreaba lo destruido.

Después de cortar papel, Erna pasó a jugar con agua. Un pedacito de papel flotando en el lavatorio era un capitán cuyo bote se había hundido. Él pudo salvarse —según dijo Erna— porque tenía algo «largo y dorado» que lo ayudó a salir del agua. Luego le arrancó la cabeza y anunció: «su cabeza desapareció, ahora se ahogó». Estos juegos con agua llevaron al análisis profundo de sus fantasías orales, uretrales y anal-sádicas.

Así, por ejemplo, jugaba a que era lavandera, y los papeles pintados representaban ropa blanca sucia de un niño. Yo era el chico que ensuciaba la ropa interior una y otra vez (incidentalmente Erna manifestó sus impulsos

canibalísticos y coprofílicos mascando pedacitos de papel que representaban excrementos y niños a la vez que ropa sucia). Como lavandera, Erna tuvo oportunidad de castigar y humillar a un niño, representando el papel de la madre cruel. Pero como ella se identificaba con el niño, gratificaba así también sus deseos masoquísticos.

A veces hacía que la madre ordenara al padre castigar al niño y pegarle en el trasero. El castigo era recomendado por Erna en su papel de lavandera como medio de curar al niño de su amor por la suciedad. Una vez, en lugar del padre llegó un mago. Pegó al niño en el ano y luego en la cabeza con un palo, y al hacerlo, un fluido amarillo salió de la varita mágica. En otra ocasión el niño —esta vez uno muy pequeño— recibió para tomar una mezcla de polvos rojiza y blancuzca. Este tratamiento lo limpió, y repentinamente fue capaz de hablar y resultó tan inteligente como su madre[583]. El mago representaba el pene, y el golpe con la vara, el coito. El fluido y los polvos representaban la orina, heces, semen y sangre, los cuales, según las fantasías de Erna, su madre se ponía dentro a través de la boca, ano y genitales al copular. En otra ocasión Erna repentinamente se convirtió de lavandera en vendedora de pescado que pregonaba su mercadería. Durante el curso del juego abrió el grifo del agua (al que solía llamar el grifo de crema batida) después de haber envuelto papel alrededor. Cuando el papel estaba empapado y caía dentro de la pileta, ella lo rompía y lo ofrecía a la venta como pescado. La glotonería compulsiva con que Erna bebía del grifo durante este juego y mascaba pescado imaginario, señalaba claramente la envidia oral que ella había sentido durante la escena primaría y durante sus fantasías primarias. Esta envidia había afectado profundamente el desarrollo de su carácter y era también un rasgo central de su neurosis[584]. Las equivalencias del pescado con el pene del padre como también con las heces y con niños se hicieron obvias en sus asociaciones. Erna tenía variados pescados para vender, y entre ellos un Kokelfische o, como ella repentinamente lo llamaba, Kakelfische[585]. Mientras los cortaba tuvo deseos repentinos de defecar, y esto me demostró que los pescados eran equivalentes a las heces, puesto que el cortarlos equivalía al acto de defecar. Como vendedora de pescado, Erna me trampeó en varias formas. Tomaba grandes cantidades de mi dinero sin darme en cambio pescado. No podía hacer nada contra ella porque la ayudaba un policía, y juntos «batían[586]» el dinero, y también el pescado, que me había sacado. El policía representaba a su padre, con quien ella copulaba y era su aliado en contra de su madre. Yo tenía que mirar mientras ella «batía» las monedas o el pescado con el policía y luego tenía que tratar de conseguir

ambas cosas trampeándolos. En realidad tenía que fingir que hacía lo que ella misma había deseado hacer con su madre cuando presenció la relación sexual entre ella y su padre. Estos impulsos y fantasías sádicas eran el fondo de su fuerte ansiedad frente a la madre. Repetidamente manifestó temor a una «ladrona que le sacaría todo de su interior».

El significado simbólico del teatro y sus representaciones significando el coito de sus padres, surgieron muy claramente en el análisis de Erna[587]. Las numerosas representaciones en que ella era una artista o una bailarina admirada por todos los espectadores demostraban la gran admiración —admiración mezclada con envidia— que sentía por su madre. A menudo también al identificarse con su madre fingía ser una reina ante la cual todos se inclinaban. En todas estas representaciones era siempre la niña la que tenía la peor parte. Todo lo que hizo Erna en el papel de madre —la ternura que mostraba a su esposo, el modo como se vestía y permitía ser admirada— tenía como propósito fundamental hacer surgir la envidia de la niña y herir sus sentimientos. Así, por ejemplo, cuando ella, en el papel de reina, celebró su casamiento con el rey, se acostó en el sofá y me pidió, como rey, que me acostase a su lado. Como me negase a hacerlo, a cambio de ello tuve que sentarme en una sillita cerca de ella y golpear el sofá con mi puño. Llamaba a esto «hacer manteca» y significaba copular. Inmediatamente me dijo que un niño salía de ella, y representó la escena con bastante realismo, retorciéndose y gritando. Este niño imaginario compartía el dormitorio de sus padres y era testigo de las relaciones sexuales entre ellos. Si las interrumpía era castigado y la madre se quejaba de él al padre. Si ella como madre ponía al niño en la cama, era solamente para desembarazarse de él y volver más pronto con el padre. El niño era maltratado y atormentado incesantemente. Para comer le daban avena, y era tan horrible que lo enfermaba. Mientras tanto el padre y la madre gozaban y comían manjares maravillosos hechos con una crema batida y con una leche especial preparada por el doctor Whippo o Whippour[588], nombre compuesto por whipping y pouring out (batir y llenar). Esta comida especial, comida solamente por el padre y la madre, fue utilizada con infinitas variaciones para representar el intercambio de sustancias durante el coito. En las fantasías de copulación de Erna la madre incorporaba el pene y el semen del padre y su padre incorporaba el pecho de la madre y leche, siendo esto la base de su envidia y odio frente a ambos.

En uno de los juegos de Erna, un cura ofrecía una «representación». Abría la canilla y su compañera, una bailarina, bebía de ella. A la niña, llamada Cenicienta, se le permitía solo mirar, y debía quedar completamente inmóvil.

En este momento Erna tuvo una fuerte y súbita crisis de enojo que mostró los sentimientos de odio que acompañaban a sus fantasías y qué mal había logrado dominar esos sentimientos. Su relación con la madre estaba totalmente deformada por los mismos. Cada medida educacional, cada acto de disciplina, cada inevitable frustración, era sentida por ella como una agresión sádica por parte de su madre, hecha únicamente para humillarla y maltratarla.

Sin embargo, en sus ficciones, cuando ella era su madre, se mostraba afectuosa con su hijo imaginario mientras este era solo un bebé. Lo cuidaba, lo limpiaba y a veces lo perdonaba si estaba sucio. Esto se debía a que pensaba que había sido tratada con amor solo cuando era pequeñita. Con los niños mayores era muy cruel y los dejaba torturar por los demonios de diversas maneras, hasta que finalmente los mataban[589]. Se hizo claro que la niña era también la madre transformada en niño en las siguientes fantasías. Erna simulaba ser un niño que se había ensuciado, y yo, como madre, la reprendía, después de lo cual se volvía insolente y se ensuciaba más y más como acto de desafío, para molestar a la madre, y aún más, vomitaba la mala comida que yo le había dado. La madre llamaba entonces al padre, pero este se ponía de parte de la niña. Luego la madre era atacada por una enfermedad llamada «Dios le ha hablado»; luego a su vez la niña se enfermaba de una enfermedad llamada «agitación de madre» y moría, y la madre era muerta por el padre como castigo. La niña resucitaba y se casaba con su padre, quien continuamente la elogiaba a costa de la madre. La madre a su vez revivía, pero como castigo era transformada por su padre en una niña, cosa que se lograba por medio de una varita mágica. Y entonces la madre tenía que sufrir todos los desprecios y malos tratos, a los que estuvo anteriormente sometida la niña. En numerosas fantasías de esta clase, en lo referente a la madre y a la hija, Erna repetía lo que ella creía que habían sido sus propias experiencias, mientras que por otra parte expresaba las cosas sádicas que desearía hacer a su madre si la relación niño-madre pudiera ser invertida.

La vida mental de Erna estaba dominada por fantasías anal-sádicas. En una etapa posterior del análisis empezaron una vez más los juegos con agua, produciendo fantasías en que las heces pegadas a la ropa sucia eran cocinadas y comidas. Después simulaba estar sentada junto al inodoro comiendo lo que ella producía, y que nos lo dábamos una a la otra. Estas fantasías de ensuciarnos continuamente una a la otra con orina y heces se hicieron cada vez más claras durante el análisis. En un juego mostró que la madre se había ensuciado una y otra vez y que todas las cosas del cuarto se habían transformado en heces por culpa de la madre, y por esto fue encarcelada, y

moría de hambre. Ella tenía la tarea de limpiar lo que había dejado su madre, y en conexión con ello se llamaba a sí misma «Mrs. Dirt Parade» (señora Desfile de Suciedad). Calificaba con ello a una persona que exhibe su suciedad. Lograba la admiración y agradecimiento de su padre a través de su amor a la limpieza, él la apreciaba más que a su madre y se casaba con ella. Cocinaba para él. Las bebidas y comidas que se daban mutuamente eran una vez más orina y heces, pero en cambio eran de buena clase en vez de dañinas. Esto sirve de ejemplo de las numerosas y extravagantes fantasías anal-sádicas que se hicieron conscientes durante el análisis.

Erna, que era hija única, pensaba continuamente en la posible llegada de hermanos y hermanas. Sus fantasías de conexión con este temor merecen atención especial, porque hasta donde he observado tienen una aplicación general. A juzgar por esta y otros niños en situación similar, parecería que el hijo único sufre mucho más que otro por la ansiedad sentida frente a los posibles hermanos o hermanas que está siempre esperando y por los sentimientos de culpa que tiene debido a sus impulsos inconscientes de agresión hacia ellos en su existencia imaginaría dentro del cuerpo de la madre; porque no tiene oportunidad de desarrollar una relación positiva con ellos en la realidad. Este hecho dificulta a menudo la adaptación social de un hijo único. Por mucho tiempo Erna tuvo ataques de rabia y de ansiedad al comenzar y finalizar su hora analítica conmigo, y en parte estaban ocasionados por el encuentro con otros niños que venían para ser tratados inmediatamente antes o después que ella y que representaban sus hermanos o hermanas cuya llegada estaba siempre esperando[590]. Por otra parte, aunque se llevaba mal con otros niños, sentía a veces una gran necesidad de estar con ellos. Encontré que su deseo ocasional de un hermano o hermana estaba determinado por varios motivos: a) los hermanos y hermanas que ella deseaba significaban un hijo de ella misma; este deseo, sin embargo, era prontamente deformado por el fuerte sentimiento de culpa, ya que esto hubiera significado que ella había robado la criatura a su madre; b) la existencia del niño le hubiera reasegurado que los ataques que ella había hecho en su fantasía contra los niños que suponía dentro de la madre, no habían dañado ni a ellos ni a su madre, y en consecuencia, el interior de su propio cuerpo estaba ileso; c) le hubieran proporcionado la gratificación sexual que su padre y madre le habían negado, y aun lo más importante, d) hubieran sido aliados no solamente en los hechos sexuales sino también en sus empresas frente a los terroríficos padres. Ellos y ella juntos hubieran matado a la madre y capturado el pene del padre[591].

Pero a estas fantasías de Erna seguían rápidamente sentimientos de odio contra sus hermanos y hermanas imaginarios —porque ellos eran en definitiva solo sustitutos de su madre y su padre— y por sentimientos de culpa muy fuertes debido a los actos destructivos que ellos y ella habían cometido en contra de sus padres en sus fantasías.

Usualmente terminaba por tener crisis depresivas.

Estas fantasías contribuían también a hacer imposible la buena amistad de Erna con otros niños. Huía de ellos porque los identificaba con sus hermanos y hermanas imaginarios, de modo que, por un lado, los consideraba cómplices de sus ataques contra sus padres, y, por otra parte, los temía como enemigos a causa de sus propios impulsos agresivos frente a sus hermanos y hermanas.

El caso de Erna arroja luz sobre otro factor que parece ser de importancia general.

En el primer capítulo llamé la atención sobre la particular relación que los niños tienen con la realidad. Señalé que el fracaso de sus intentos de adaptarse correctamente a la realidad puede reconocerse en el análisis del juego de niños bastante pequeños y que en el análisis era necesario llevar gradualmente al niño, aun al más pequeño, a un completo contacto con la realidad. En el caso de Erna, aun después de haber transcurrido una buena parte del análisis no pude obtener ninguna información detallada sobre su vida real. Obtuve bastante material de sus extravagantes impulsos sádicos contra su madre, pero no escuché nunca la más mínima queja o crítica a su madre real y a lo que ella realmente hacía. Aunque Erna llegó a reconocer que sus fantasías estaban dirigidas contra su propia madre real —hecho que ella negó en la primera etapa de su análisis— y aunque resultó bien claro que copiaba cada vez más a su madre de un modo exagerado y envidioso, fue difícil establecer una conexión entre sus fantasías y la realidad. Todos mis esfuerzos para traer su vida real dentro del análisis fueron infructuosos, hasta que hice progresos definidos analizando las profundas razones para querer separarse ella misma de la realidad. Las relaciones de Erna con la realidad mostraron claramente ser una fachada, y esto en mayor grado que lo que se hubiera podido prever a través de su conducta. En realidad había ensayado por todos los medios de mantener un mundo de ficción que la protegiese contra la realidad[592]. Por ejemplo, acostumbraba imaginar que los coches de juguete y cocheros estaban a su servicio, obedecían sus órdenes y le daban cuanto pedía; las muñecas eran sus sirvientas, etc. Aun cuando ella estaba en estas fantasías, la dominaba la rabia y la depresión: iba entonces al baño y fantaseaba en voz alta cuando defecaba. Cuando salía del baño se echaba en el sofá chupándose el pulgar

apasionadamente, masturbándose y hurgándose las narices. Conseguí llegar a que me contara las fantasías que acompañaban esta defecación, chupeteo, masturbación y hurgarse las narices. Por medio de estas satisfacciones físicas y de las fantasías ligadas a ellas, intentaba enérgicamente continuar la situación de ensueño que habíamos encontrado en sus juegos. La depresión, enojo y ansiedad que la poseían durante el juego, se debían al hecho de verse perturbada en sus fantasías por alguna intromisión de la realidad.

Recordaba también cuánto la molestaba si alguien se acercaba a su cama por la mañana cuando se chupaba el pulgar o se masturbaba. La razón de esto era no solo el temor de ser sorprendida sino también que necesita defenderse de la realidad. Durante el análisis apareció una fabulación que adquirió fantásticas proporciones y nació de su intento de transformar, de acuerdo con sus deseos, una realidad que para ella era intolerable. Encontré que esta extraordinaria ruptura con la realidad —para cuyo fin empleaba también fantasías megalomaníacas— tenía su origen en el excesivo temor a los padres, especialmente a la madre. Con el fin de disminuir ese miedo Erna imaginaba ser una poderosa y severa señora en contra de su madre, y esto intensificaba su sadismo.

Las fantasías de Erna en las que era cruelmente perseguida por su madre comenzaron a mostrar claramente su carácter paranoide. Como ya he dicho, cada paso en su educación o crianza, el más mínimo detalle de su indumentaria era visto por ella como un acto de persecución por parte de su madre. No solo esto, sino todo lo que su madre hacía, su conducta frente al padre, las cosas que hacía para su propia diversión, todo era sentido por Erna como persecución. Además se sentía continuamente espiada. Una de las causas de su excesiva fijación en la madre era su compulsión a vigilarla constantemente. El análisis mostró que Erna se sentía responsable de cada enfermedad de su madre y esperaba un castigo por sus propias fantasías agresivas. La acción de un superyó demasiado severo y cruel se veía en cada uno de los detalles de sus juegos y fantasías, alternando siempre entre una madre severa que castiga y un niño que odia. Era necesario un análisis profundo para explicar estas fantasías, idénticas a lo que en los adultos paranoides conocemos como delirios. La experiencia que he adquirido desde que expuse este caso me ha permitido ver el carácter peculiar de la ansiedad de Erna, de sus fantasías y de sus relaciones con la realidad, como típico de aquellos casos en que se manifiestan activamente fuertes rasgos paranoides[593].

En este punto quiero llamar la atención sobre las tendencias homosexuales de Erna, que fueron fuertemente acentuadas desde su primera infancia en adelante. Después que se analiza una gran cantidad de odio por su padre, surgido de la situación edípica, estas tendencias aunque indudablemente disminuidas, eran aún muy fuertes y parecía imposible resolverlas más. Fue solo después de vencer largas y obstinadas resistencias que surgió a la luz el verdadero carácter de sus fantasías de persecución y su relación con la homosexualidad. Los deseos de amor anales surgieron más claramente en forma positiva, alternando con sus fantasías de persecución. Erna jugó una vez más a ser vendedora de tienda (vendía heces, y el significado inconsciente se hizo obvio porque al comienzo del juego tuvo que interrumpirlo para ir a defecar). Yo era la compradora y tenía que preferirla entre todas las demás vendedoras y pensar que sus mercancías eran especialmente buenas. Luego ella era la compradora y me amaba, representando de este modo su relación anal de amor entre ella y la madre. Estas fantasías anales fueron interrumpidas por crisis de depresión y odio contra mí, pero que en realidad eran dirigidas contra su madre. En conexión con esto, Erna produjo la fantasía de que una pulga que era de color negro y amarillo «mezclados», y que ella misma reconocía inmediatamente como un pedazo de hez que resultó ser peligrosa y envenenada, salió de mi ano y se abrió camino hasta el de ella y la dañó[594].

En el caso de Erna pude observar la presencia de fenómenos que nos son familiares como subyacentes a las ideas delirantes de persecución, es decir la transformación de amor en odio hacía el progenitor del mismo sexo y un aumento extraordinario del mecanismo de proyección. Sin embargo, un análisis posterior reveló el hecho de que debajo de la actitud homosexual de Erna, en un nivel más profundo, existía un intenso sentimiento de odio contra la madre, derivado de su primera situación edípica y de su sadismo oral.

Este odio tuvo como resultado una excesiva ansiedad, que a su vez fue el factor determinante de cada uno de los detalles de sus fantasías de persecución. Llegamos entonces a un nuevo grupo de fantasías sádicas que excedían en la intensidad de su sadismo a todo lo que vi en el análisis de Erna. Esta fue la parte más difícil del trabajo y puso a prueba la voluntad de Erna de cooperar, ya que estaban acompañadas de una extrema ansiedad. Su envidia oral de las gratificaciones genitales y orales, que ella suponía que sus padres gozaban durante las relaciones sexuales, resultaron ser los fundamentos más profundos de su odio. Expresó estos sentimientos de odio una y otra vez por medio de innumerables fantasías dirigidas directamente contra sus padres unidos en copulación. En estas fantasías los atacaba, y

especialmente a su madre, por medio de excrementos, entre otras cosas; y lo que subyacía más profundamente en su temor a mis heces (la pulga), que ella creía que era empujada dentro de ella, eran sus propias fantasías, en las que destruía el interior de su madre con sus propias heces envenenadas y peligrosas[595].

Después que estas fantasías sádicas e impulsos pertenecientes a los más tempranos estadios de desarrollo fueron analizados aún más, disminuyó la fijación homosexual de Erna en su madre y se acrecentaron sus impulsos heterosexuales.

Hasta ahora el factor esencial de sus fantasías había sido su actitud de odio y amor hacía su madre. Su padre representaba solo un medio para el coito y solo de ahí provenía su importancia en la relación madre-hija. En su imaginación, cada prueba de afecto de su madre a su padre, y en realidad su total relación hacía él, no tenía otro fin que defraudarla, ponerla celosa y enemistarla con su padre. Del mismo modo, en todas las fantasías en que ella privaba a su madre del padre y se casaba con él, el énfasis estaba siempre en el odio hacía su madre y en su deseo de mortificarla. Si en juegos de este tipo Erna era afectuosa con su esposo, pronto se veía que esta ternura era solo aparente, con el objeto de herir los sentimientos de su rival. Al mismo tiempo que progresaba en su análisis, también mejoraron sus relaciones con el padre, y así comenzó a tener verdaderos sentimientos de naturaleza positiva. Ahora que la situación no estaba dominada tan completamente por el odio y el temor, se pudo establecer la relación edípica directa. Al mismo tiempo, la fijación de Erna en su madre disminuyó y mejoró su relación con ella, que había sido hasta entonces ambivalente.

Esta modificación en la actitud de la niña frente a sus padres se debió a los grandes cambios en su vida de ficción e instintiva. Su sadismo disminuyó y sus fantasías de persecución fueron menores en número e intensidad.

Se produjeron importantes cambios en su relación con la realidad, que se manifestaron entre otras cosas en una mayor infiltración de la realidad dentro de sus fantasías.

En este período del análisis, después de haber representado en el juego sus ideas de persecución, Erna decía a menudo con sorpresa: «Pero mamá realmente no pudo haber querido hacer esto. Realmente ella me quiere». Pero como su contacto con la realidad era mayor y su odio inconsciente a la madre se hizo consciente, comenzó a criticarla como persona real, con creciente libertad. Mejoraron al mismo tiempo sus relaciones con ella y aparecieron al mismo tiempo sentimientos maternales genuinos y tiernos frente a su hijo

imaginario. Una vez, luego de haber sido cruel con él, me preguntó con voz profundamente emocionada: «¿Verdaderamente habré tratado a mis hijos así?». El análisis de sus ideas de persecución y la disminución de su ansiedad no solo lograron afirmar su posición heterosexual sino que hicieron que las relaciones con su madre mejoraran, aumentando sus propios sentimientos maternales.

Me gustaría decir aquí que, en mi opinión, la normalización de estas actitudes fundamentales que son las que permitirán más tarde al niño elegir su objeto amoroso y determinarán el curso total de su vida, es uno de los principios fundamentales del éxito del análisis de un niño.

La neurosis de Erna apareció muy temprano. Antes del año evidenció acentuados síntomas de enfermedad (debe hacerse notar que era mentalmente muy precoz). Desde entonces aumentaron las dificultades y entre los 2 y 3 años su crianza se transformó en un problema sin solución; su carácter ya era anormal y padecía de una franca neurosis obsesiva. Sin embargo, recién a los 4 años se percibió la naturaleza anormal de sus hábitos de chupeteo y masturbación. Se comprenderá, pues, que a los 6 años su neurosis obsesiva fuera ya crónica. En fotografías de sus 3 años ya se ve la misma expresión neurótica que se observaba en su rostro preocupado de los 6 años.

Querría dar al lector la impresión de lo excepcionalmente grave de este caso. Los síntomas obsesivos, que entre otras cosas privaban a la niña casi completamente del sueño, la depresión y otros signos de enfermedad, el anormal desarrollo de su carácter, eran solo un débil reflejo de la anormal, incontrolable y extravagante vida instintiva subyacente. El pronóstico de una neurosis obsesiva como esta, que desde años había tenido un carácter progresivo, era necesariamente grave. Puedo afirmar con seguridad absoluta que en un caso semejante la única posibilidad de curación está en un tratamiento psicoanalítico hecho a tiempo.

Entraré ahora a estudiar la estructura del caso con todo detalle. Los hábitos de limpieza de Erna no presentaron dificultad y se lograron tempranamente, cuando tenía un año. La severidad no fue necesaria; la ambición de esa niña precoz había sido un fuerte incentivo para la adquisición rápida de los hábitos de limpieza[596]. Pero este éxito fue acompañado de un completo fracaso interno. Las tremendas fantasías anal-sádicas de Erna mostraron hasta qué punto estaba fijada en este estadío y cuánto odio y ambivalencia surgía de él. Un factor de este fracaso era la fuerte predisposición constitucional anal-sádica; pero otro factor que desempeñó un papel importante, ya señalado por Freud[597] como uno de los factores de la

predisposición a la neurosis obsesiva, fue el precoz desarrollo de su yo en comparación con el desarrollo de la libido. Además el análisis mostró otra faz crítica en el desarrollo de Erna que también se había cumplido con un aparente éxito externo. No había aceptado todavía el destete. Padeció también una tercera privación cuando tenía entre 6 y 9 meses: la madre advirtió el placer experimentado por la niña cuando limpiaban su cuerpo, especialmente los genitales y el ano. La hiperexcitabilidad de esta zona era evidente. La madre cuidó de ella con mayor discreción al lavar esas partes, siendo fácil de realizar cuanto mayor y más limpia se volvía la niña. Pero esta, que había sentido la minuciosidad primera como una forma de seducción, sintió la reserva de su madre como una frustración. Los sentimientos de ser seducida, tras lo cual estaba el deseo de ser seducida, se repitieron constantemente en su vida. En cada relación, por ejemplo, con la niñera o con cualquier otra persona que se ocupaba de su educación, como también en el análisis, trataba de reproducir la situación de ser seducida o bien acusar de haber sido seducida. Analizando esta específica situación de transferencia fue posible seguir las huellas de su actitud hasta las situaciones más tempranas, es decir, hasta la experiencia de ser cuidada cuando era pequeña.

Así, en cada uno de los tres acontecimientos que llevaron a la producción de la neurosis de Erna, podemos discernir el papel desempeñado por los factores constitucionales[598]. Ahora nos queda por ver de qué modo la experiencia de la escena primaria cuando tenía 2 años y medio, combinada con esos factores constitucionales, desencadenó el desarrollo de la neurosis. A los 2 años y medio, y otra vez a los 3 años y medio[599], compartió el dormitorio de sus padres durante un veraneo. Durante ese tiempo pudo observar el coito entre ellos. Los efectos de esto no solo se observaron en el análisis, sino que se habían evidenciado externamente. Durante el veraneo en que hizo sus primeras observaciones se produjo en ella un cambio absolutamente desfavorable. El análisis mostró que el ver a sus padres copulando desencadenó la neurosis con toda su fuerza. Se intensificó su sentimiento de frustración y envidia en relación con sus padres y elevó a un punto agudo sus fantasías e impulsos sádicos frente a la gratificación sexual que ellos estaban obteniendo[600].

Los síntomas obsesivos de Erna fueron explicados como sigue[601]. El carácter obsesivo de su chupeteo fue causado por fantasías de chupar, morder y devorar el pene de su padre y el pecho de su madre[602]. El pene representaba a todo su padre y los pechos a toda su madre. Y además, como hemos visto, la cabeza, para su inconsciente, simbolizaba el pene. La acción

de golpear la cabeza sobre la almohada tenía por objeto representar los movimientos del padre en el coito. Ella me dijo que durante la noche tenía miedo a ladrones y asaltantes no bien cesaba de golpear su cabeza. De este modo se liberaba de este temor identificándose ella misma con el objeto temido.

La estructura de su masturbación obsesiva fue muy complicada. Erna diferenciaba varias formas de masturbación: una presión de sus piernas que ella llamaba «ranking[603]»; un movimiento de balanceo, ya mencionado, que llamaba «sculpting[604]», y un tirón en el clítoris, llamado «juego del armario», del que ella «quería sacar algo muy largo». Más aun, solía provocar una presión en la vagina tirando la punta de la sábana entre sus piernas. Varias identificaciones actuaban en estas diferentes formas de masturbación, de acuerdo con las cuales, en las fantasías que las acompañaban, ella representaba el papel activo del padre o el pasivo de la madre, o ambos a la vez. Estas fantasías de masturbación de Erna, que eran muy fuertemente sado-masoquistas, mostraban una clara conexión con la escena primaria y con las fantasías primarias. Su sadismo estaba dirigido contra sus padres en el acto del coito, y como reacción a esto tenía fantasías correspondientes de carácter masoquista.

Durante una serie de horas analíticas Erna se masturbó de estas diferentes maneras. Debido a la transferencia bien establecida fue posible inducirla a describir estas fantasías de masturbación en los períodos de intervalo. De este modo pude descubrir las causas de su masturbación obsesiva y así librarla de ella. Los movimientos de balanceo, que comenzaron en la segunda mitad de su primer año de vida, surgieron de su deseo de ser masturbada y se originaron en las manipulaciones relacionadas con su toilette cuando era muy pequeña. Hubo un período del análisis durante el cual describía a sus padres copulando por medio de distintas formas de juego, y luego desahogaba su furia contra la frustración que esto involucraba. Durante esas escenas no dejó nunca de producir una situación en la que ella misma se balanceaba adoptando una postura entre acostada y sentada, exhibiéndose y eventualmente pidiéndome abiertamente que tocara sus genitales y a veces que los oliera. En esa época asombró una vez a su madre pidiéndole, después del baño, que levantara una de sus piernas y la palmeara o tocara debajo, tomando al mismo tiempo la posición de un niño al que empolvan sus genitales, posición que ella no había adoptado durante muchos años. La explicación de sus movimientos de balanceo llevó a la completa cesación del síntoma obsesivo.

El síntoma más rebelde de Erna fue su inhibición para aprender. Era tan intensa, que a pesar de todos sus esfuerzos tardó 2 años en aprender lo que habitualmente los niños aprenden en pocos meses.

Esta dificultad se vio francamente disminuida en la última parte del análisis, y cuando concluí el tratamiento había sido reducida, aunque no completamente dominada.

Ya hemos hablado del favorable cambio que se efectuó en la relación de Erna con sus padres y en la posición general de su libido como resultado del análisis, y hemos visto cómo solo gracias al análisis fue capaz de dar los primeros pasos hacía una adaptación social. Sus síntomas obsesivos desaparecieron (masturbación obsesiva, chupeteo, balanceo, etc.), no obstante haber sido tal su gravedad, que ocasionaron en parte su insomnio. Con su cura y la disminución de su ansiedad su sueño se hizo normal. Las crisis de depresión también desaparecieron[605].

A pesar de todos estos resultados favorables no consideré que el análisis estuviera completo cuando fue interrumpido por razones externas después de 575 horas de tratamiento, habiendo durado 2 años y medio. La extraordinaria gravedad del caso, que no solo se manifestaba en los síntomas presentados por la niña sino en la deformación de su carácter y en su personalidad completamente anormal, hubiera exigido un análisis adicional con el objeto de eliminar las dificultades que aún tenía. Se interrumpió en un estadío insuficientemente estable, lo que se veía cuando frente a situaciones difíciles tenía una marcada tendencia a recaer en algunos de sus antiguos trastornos, aunque estas recaídas eran siempre más leves que en la situación primera. En estas circunstancias podía temerse siempre que en situaciones difíciles, o a la entrada de la pubertad, pudiese enfermar otra vez o manifestar otros trastornos.

Llegamos con esto a un problema de importancia capital, y es el de saber cuándo puede decirse que el análisis de un niño está terminado. En el período de latencia, por buenos que sean los resultados obtenidos y por más que satisfagan a la gente que rodea al niño, no podemos considerar esto como evidencia suficiente de que el análisis está terminado. He llegado a la conclusión de que aunque un análisis haya tenido un desarrollo bastante favorable durante el período de latencia, cosa esta muy importante, no es una garantía suficiente de que el desarrollo futuro del paciente sea exitoso[606]. La transición a la pubertad y de esta a la madurez parecería ser la prueba de si el análisis de un niño ha sido suficiente o no. Más adelante, en el capítulo 6, ahondaremos este problema, pero quiero dejar sentado el hecho empírico de

que el análisis asegura la futura estabilidad del niño en proporción directa con la cantidad de ansiedad que ha podido resolver en las más profundas capas mentales. En esto, y en el carácter de sus fantasías inconscientes, o más bien en los cambios que estas han sufrido por el análisis, debemos encontrar un criterio que nos ayude a juzgar si un análisis ha sido suficiente.

Volvamos al caso de Erna. Como ya he dicho, al finalizar el análisis sus fantasías de persecución habían disminuido tanto en cantidad como en intensidad. En mi opinión, sin embargo, el sadismo y la ansiedad pudieron y deberían haber disminuido mucho más, con el objeto de prevenir una enfermedad en la pubertad o al entrar en la adultez. Ya que no fue posible en ese momento continuar el análisis, el completarlo se dejó para el futuro.

Trataré ahora algunos problemas relacionados con la historia de Erna y que son de importancia general; algunos de ellos surgieron del análisis de este caso. He encontrado que, en el análisis de Erna, el trato extenso de temas sexuales y la libertad concedida en los juegos y fantasías[607] condujo a una disminución y no a un aumento de la excitación y preocupaciones en materia sexual. Erna era una niña cuya excesiva precocidad sexual chocaba a todo el mundo. No solamente su tipo de fantasías sino su conducta y modales eran los de una niña púber muy sensual. Esto se mostró en su conducta provocativa frente a hombres y muchachos. En este aspecto también mejoró su conducta durante el análisis, y al finalizar este mostraba una naturaleza más infantil en todo sentido. Aún más, así, con el análisis de sus fantasías de masturbación desapareció su masturbación obsesiva[608].

Otro principio analítico que quiero subrayar aquí es la necesidad de hacer consciente, tanto cuanto sea posible, las dudas y críticas albergadas por el niño en su inconsciente en lo que se refiere a sus padres y especialmente a su vida sexual. Su actitud frente al ambiente también se beneficia con esto, haciendo emerger a la conciencia las quejas inconscientes y los juicios adversos, que al ser confrontados con la realidad pierden su virulencia originaria, permitiendo así una mejoría en su relación con la realidad. Además, la capacidad de criticar conscientemente a sus padres ya es, como lo mostró el caso de Erna, el resultado de una mejoría en su relación con la realidad[609].

Llegamos ahora a un problema técnico especial. Se ha dicho más de una vez que Erna tenía frecuentes ataques de rabia durante la hora de análisis. Estas crisis de furia e impulsos sádicos no pocas veces asumían formas convergentes hacia mí. En los neuróticos obsesivos es común el hecho de que el análisis libere fuertes afectos, y en los niños la liberación es más directa e

incontrolable que en los adultos. Muy al comienzo del tratamiento hice comprender a Erna que no debía atacarme físicamente, pero que tenía libertad de descargar sus afectos de otro modo; acostumbraba así a romper sus juguetes o despedazarlos, a derribar las sillas, desparramar los almohadones, patear el sofá, volcar agua, ensuciar papel, ensuciar los muñecos o el lavatorio, injuriarme, etc., sin el menor impedimento de mi parte[610]. Pero al mismo tiempo yo solía analizar su ira y lograba así disminuirla, esclareciéndola a veces por completo. En la técnica analítica hay tres maneras de manejar estos estallidos emocionales durante el tratamiento: 1) El niño tiene que dominar parte de sus afectos, pero se le debería exigir esto únicamente cuando la realidad lo exige; 2) Puede liberar estos afectos injuriando, o por los otros modos ya mencionados; 3) Estos afectos disminuyen y se aclaran por continuas interpretaciones, rehaciendo el camino desde la situación presente a la originaria. Claro que el tiempo empleado en estos métodos varía mucho. Por ejemplo, con Erna, desde el principio yo había tenido que idear el siguiente plan:

En una época acostumbraba a tener crisis de rabia cuando le decía que su hora había terminado, y entonces abría yo las dobles puertas de mi cuarto para que se refrenara, sabiendo que le era muy penoso que la persona que la venía a buscar viese cualquiera de estas explosiones. En este período, cuando Erna se iba, mí cuarto parecía un campo de batalla. Cuando el análisis estuvo más adelantado se satisfacía desparramando rápidamente todos los almohadones antes de irse, y algún tiempo después dejaba mi cuarto perfectamente tranquila. He aquí otro ejemplo, tomado del caso de Pedro (3 años y 9 meses), que en una época tuvo también fuertes crisis de rabia. En el último período de su análisis dijo espontáneamente señalando un juguete: «Me basta con *pensar* que he roto eso[611]».

Conviene señalar acá que la insistencia con que el analista debe subrayar el ejercicio del control parcial de las emociones por parte del niño, regla que naturalmente el niño no siempre puede respetar, de ningún modo debe ser considerada como medida pedagógica. Tal exigencia se funda en las necesidades de las situaciones reales que puede comprender el niño más pequeño.

Del mismo modo hay ocasiones en las que yo no ejecuto en su totalidad todas las acciones que me han sido atribuidas en el juego, sobre la base de que su realización completa sería muy difícil o muy desagradable para mí.

Sin embargo, en tales casos, sigo las ideas del niño hasta donde sea posible. Es muy importante que el analista traduzca el *mínimum* de emoción

posible frente a las crisis emocionales del niño.

Utilizaré ahora los datos obtenidos en este caso para ilustrar los puntos de vista teóricos obtenidos desde entonces y que desarrollaré en la segunda parte de este volumen[612]. Las doradas lámparas de la locomotora, que eran para Erna «tan lindas, rojas y ardientes» y que ella chupaba, representaban el pene de su padre (así como el «algo largo y dorado» que ayudaba al capitán a salir del agua) tanto como el pecho de su madre. El sentimiento de culpa que acompañaba al acto de chupar se hizo evidente porque cuando yo representaba el papel de niño, el chupar esa lámpara era, según ella, mi falta más grave. El sentimiento de culpa puede ser explicado porque para ella chupar era también morder y devorar el pecho de la madre y el pene del padre. Quiero referirme aquí a mi creencia de que el proceso del destete, junto con los deseos del niño de incorporar el pene del padre y sus sentimientos de envidia y odio frente a la madre, son los que ponen en movimiento el complejo de Edipo. En la base de esta envidia está la primera teoría sexual infantil de que la madre, al copular con el padre, incorpora el pene de este y lo retiene dentro de sí[613].

En el caso de Erna comprobé que esta envidia era el punto central de su neurosis. Las agresiones que al comenzar el análisis ella realizaba en su papel de «tercera persona» contra la casa ocupada solo por un hombre y una mujer, resultaron ser la descripción de sus impulsos destructivos contra el cuerpo de la madre y el pene del padre, que ella imaginaba en el interior de la primera. Estos impulsos, estimulados por la envidia oral de la niña, se expresaban en el juego de hundir un barco (su madre) y separar del capitán (su padre) la «cosa larga y dorada» y su cabeza, que lo hacía flotar, es decir, lo castraba cuando copulaba con la madre. Los detalles de sus fantasías de agresión mostraban lo intenso de su ingenio sádico para atacar el cuerpo de su madre. Ella quería, por ejemplo, transformar los excrementos en combustibles y explosivos para destrozarla. Esto se representaba en el incendio y destrucción de la casa y en la «explosión» de los que estaban dentro. El cortar papel (haciendo «picadillo» y «ensalada de ojos») representaba la completa destrucción de su padre en el acto sexual. El deseo de Erna de morder mi nariz y reducirla a flecos, era no solo un ataque directo contra mí, sino también simbolizaba una agresión contra el pene incorporado de su padre, como se pudo ver en el material producido en conexión con esto[614].

Que Erna atacó el cuerpo de su madre no solo con el fin de tomar y destrozar el pene del padre, sino también las heces y niños, se evidenció en las luchas que cada variedad de pescado, sucesivamente, despertaba entre la

vendedora de pescado (su madre) y yo como la niña, en las que empleaba todos los recursos. Imaginaba, además, como hemos visto, que yo después de haber observado cómo ella y el policía batían juntos monedas y pescado, trataría de tomar el pescado por cualquier medio. El ver a sus padres en el acto sexual despertó en ella el deseo de robar el pene de su padre o cualquier otra cosa del interior de su madre. Recordarán que la reacción de Erna frente a su deseo de robar y destrozar completamente el cuerpo de su madre se expresó en el miedo que tuvo, después de luchar con la vendedora de pescado, de que una ladrona le robase todo cuanto tenía dentro de sí. Es este miedo el que he descripto en el capítulo 11 como perteneciente a las primeras situaciones de peligro en la niña[615] y que equivale a la ansiedad de castración del varón. Quiero mencionar aquí la relación entre esta temprana situación de ansiedad de Erna y su extraordinaria inhibición para aprender, conexión que he encontrado después en otros análisis[616]. Ya he señalado que en Erna se produjo un cambio de inhibición solo después del análisis de las capas más profundas de su sadismo y de su temprana situación edípica. Su deseo de saber, fuertemente desarrollado, estaba tan intensamente enlazado con su intenso sadismo, que la defensa frente a este último la llevó a una completa inhibición de un número de actividades basadas en su deseo de aprender. La aritmética y la escritura representaban en su inconsciente violentos ataques contra el cuerpo de la madre y el pene del padre[617]. Ellos significaban destrozar, cortar y quemar el cuerpo de su madre junto con los niños que contenía y castrar al padre. La lectura, también, como consecuencia de la ecuación simbólica entre el cuerpo de su madre y los libros, llegó a significar una violenta extirpación de sustancias, niños, etc., del interior de su madre[618].

Finalmente, haré uso de este caso para tratar otro punto al que, a través de mis experiencias posteriores, le atribuyo validez general. Creo que no solo el carácter de las fantasías de Erna y sus relaciones con la realidad, típicas de los casos en los que actúan fuertes rasgos paranoides, sino también las causas subyacentes de estos rasgos paranoides y la homosexualidad a ellos asociada, son factores fundamentales en la etiología de la paranoia en general. En la segunda parte de este libro (cap. 9) discutiré este tema ampliamente. Aquí solo he querido señalar con brevedad el hecho de haber descubierto rasgos fuertemente paranoides en varios análisis de niños, llegando así a la convicción de que una de las más importantes y prometedoras tareas en el análisis de niños es poner al descubierto y aclarar rasgos psicóticos en la primera infancia.

4. La técnica del análisis en el período de latencia

Los niños presentan durante el período de latencia especiales dificultades al análisis. A diferencia del niño de corta edad, cuya imaginación viva y aguda ansiedad nos permiten ganar una comprensión más fácil de su inconsciente y tomar contacto con él, tienen una vida imaginativa muy limitada, de acuerdo con la poderosa tendencia a la represión que es característica de esta edad, mientras que si los comparamos con los adultos, su yo no está aún desarrollado y no tienen conciencia de enfermedad ni sienten la necesidad de ser curados, de modo que no poseen un estímulo para comenzar el análisis ni aliento para continuarlo. Se puede agregar a esto la actitud general de reserva y desconfianza tan típica de este período de la vida, *actitud que en parte es resultado de su intensa preocupación por la lucha contra la masturbación,* y que los hace profundamente adversos a todo aquello que tenga un dejo de averiguaciones sexuales o que afecte los impulsos que están controlando con tanta dificultad.

Los pacientes de esta edad no juegan como los niños pequeños ni proporcionan asociaciones verbales como los adultos. De este modo, el analista no encuentra un camino de acceso franco. Sin embargo, he encontrado que es posible establecer la situación analítica muy pronto tomando contacto con su inconsciente como lo hago con los niños de corta edad, pero desde un ángulo de acercamiento adaptado a sus mentes de niños mayores. El niño de corta edad está aún bajo la influencia poderosa e inmediata de sus fantasías y experiencias instintivas y las pone frente a nosotros desde el primer momento, de modo que ya en las primeras horas de análisis podemos interpretar sus representaciones de coito y sus fantasías sádicas; mientras que el niño en latencia ya ha desexualizado esas experiencias y fantasías en una forma más completa y las expresa de otro modo.

Los dos casos siguientes ilustrarán bien este tema. Grete, de 7 años, era una criatura muy reservada y limitada mentalmente. Tenía pronunciados rasgos esquizoides y era completamente inaccesible. Sin embargo, dibujaba figuras y producía representaciones primitivas de casas y árboles, dibujándolos una y otra vez de un modo obsesivo, primero las casas y después los árboles. De ciertas diferencias repetidas en el color y tamaño de las casas y árboles, y debido al orden en el cual eran dibujados, pude inferir que las casas la representaban a ella misma y a su madre y los árboles a su padre y a su hermano, y que ella estaba interesada en sus correspondientes relaciones.

En este momento comencé a interpretar y le dije que lo que a ella le interesaba era la diferencia de sexo entre su madre y su padre y entre su hermano y ella; y además la diferencia entre los adultos y los niños. Estuvo de acuerdo conmigo, y me mostró la impresión inmediata que le había causado la interpretación al hacer alteraciones en sus dibujos, que hasta entonces habían sido bastante monótonos. (Sin embargo, dejo constancia de que el análisis fue continuado por unos meses con la ayuda de los dibujos).

En el caso de Inge, de 7 años, no pude encontrar un modo de acercamiento por varias horas. Sostuvo una conversación sobre la escuela y asuntos similares con alguna dificultad, y su actitud hacia mí era de mucha desconfianza y reserva. Demostró un poco más de interés cuando comenzó a hablarme de un poema que había leído en la escuela. Le parecía notable el hecho de que palabras largas hubieran alternado con cortas en dicha poesía. Un ratito antes había hablado de unos pájaros que había visto volar en un jardín, pero que no los había visto salir. Estas observaciones surgieron a continuación de señalar al pasar que una amiga y ella habían jugado a ciertos juegos de varones.

Le expliqué que había estado ocupada por el deseo de saber de dónde vienen los niños (los pájaros) y, además, de entender mejor la diferencia de sexo entre las mujeres y los varones (palabras largas y cortas; la habilidad comparada de niños y niñas). Mi interpretación tuvo el mismo efecto sobre Inge que sobre Grete. Se estableció el contacto, se enriqueció el material traído por ella y el análisis se puso en marcha.

En este y en otros casos vemos la curiosidad reprimida dominando el cuadro. Si en nuestros análisis del período de latencia elegimos este punto para hacer nuestra primera interpretación —por lo cual, claro, yo no quiero significar explicaciones en el sentido intelectual, sino solo interpretaciones del material a medida que surge bajo la forma de dudas y temores o conocimientos inconscientes, o teorías sexuales, etc[619].—, pronto nos encontramos con un sentimiento de culpa y ansiedad en el niño y de este modo habremos establecido la situación analítica.

El efecto de la interpretación, que depende de haber suprimido cierta cantidad de represiones, se manifiesta de varias maneras:

1. Se establece la situación analítica.
2. La imaginación del niño se torna más libre. Sus medios de representación crecen en riqueza y extensión; su lenguaje es más rico y sus relatos están más llenos de fantasías.

3. El niño no solo siente alivio, sino que llega a una cierta comprensión del propósito del trabajo analítico, lo que es análogo a la conciencia de enfermedad en el adulto[620].

De esta manera, la interpretación conduce gradualmente a vencer las dificultades mencionadas al principio de este capítulo, que son obstáculos para comenzar y llevar a cabo los análisis durante el período de latencia.

Durante este período, de acuerdo con la más intensa represión de la imaginación y con su yo más desarrollado, los juegos del niño se adaptan más a la realidad y son menos imaginativos que los de un niño de corta edad. En sus juegos con el agua, por ejemplo, no encontramos una representación directa de sus deseos orales, o de mojar y ensuciar, como en los niños más pequeños, sino que, más bien, sus ocupaciones siguen en gran parte a las tendencias reactivas y toman formas racionalizadas, como cocinar, limpiar, etc. La gran importancia del elemento racional en el juego de los niños de esta edad se debe, creo, no solo a una mayor intensidad de la represión de la imaginación, sino a un exagerado énfasis obsesivo sobre la realidad, que está ligado a las condiciones especiales de desarrollo de este período.

Al tratar con casos típicos de este período, vemos una y otra vez cómo el yo del niño, que es aún mucho más débil que el del adulto, trata de fortificar su posición colocando todas sus energías al servicio de las tendencias represoras y manteniéndose unido a la realidad. Nuestro trabajo analítico se opone a todas las tendencias del yo del niño, y esa es la razón, creo, por la cual nosotros no deberíamos al comienzo esperar ayuda de su yo, sino que tendríamos que tratar de establecer primero comunicación con su sistema inconsciente y, de ahí, gradualmente, ganar también la cooperación de su yo.

Como contraste con los niños pequeños, quienes por regla general tienden a jugar con juguetes al comienzo del análisis, los niños en período de latencia muy pronto comienzan a representar roles.

He jugado con niños de cinco a diez años a juegos de esta clase, que han sido continuados hora tras hora durante períodos de semanas y meses, y un juego solo era reemplazado por otro, cuando todos sus detalles y conexiones eran explicados por el análisis. El juego siguiente, por lo común, despliega las mismas fantasías complejas en otras formas y con nuevos detalles, que conducen a conexiones más profundas. Inge, de 7 años, por ejemplo, podría ser descripta como una niña normal[621], en general, a pesar de ciertas perturbaciones cuya extensión fue revelada solo por el análisis. Durante un período considerable, jugó cierto juego de oficina conmigo: ella era el gerente, quien daba órdenes de todas clases, dictaba cartas, las escribía, hecho

que contrastaba con su inhibición fuerte para aprender y escribir. En esto, su deseo de ser un hombre era muy fácil de reconocer. Un día abandonó este juego y comenzó a jugar a la escuela conmigo. (Debe notarse que no solo encontraba las lecciones difíciles y desagradables, sino que también sentía profunda aversión por la escuela). Entonces, jugó a la escuela durante un lapso bastante largo. Ella era la maestra y yo la alumna, y la clase de errores que ella me hizo hacer, arrojaron bastante luz sobre las causas de su propio fracaso en la escuela. Resultó que, como era la más chica en su casa, encontró, a pesar de que las apariencias señalaban lo contrario, muy difícil tolerar la superioridad de sus hermanas y hermanos mayores, y cuando asistió a la escuela, sintió que se reproducía la misma situación. La razón última por la cual no podía tolerar esa superioridad y no podía soportar aprender en la escuela más tarde, era que sus propios deseos por los conocimientos habían sido reprimidos y no satisfechos en una época muy temprana[622], como lo mostraron los detalles de las lecciones dadas por ella, como maestra.

Hemos visto cómo Inge hizo primero una *amplia identificación con su padre* (como lo mostró el juego en el cual ella era el gerente), y luego con su madre (como lo mostró el juego en el cual ella era la maestra y yo el alumno). En el juego siguiente, ella era una vendedora de una juguetería y yo tenía que comprarle toda clase de cosas para mis hijos, tales como lapiceras fuentes, lápices, etc., para hacerlos más rápidos e inteligentes. Las cosas vendidas eran todas símbolos del pene y mostraban que era eso lo que quería que su madre le diera. La satisfacción de deseos en este juego, en el cual era nuevamente predominante la actitud homosexual de la pequeña niña y el complejo de castración, era que su madre le diera el pene de su padre, de modo que con su ayuda pudiera suplantar a su padre y ganar el amor de su madre. En el desarrollo adicional del juego, sin embargo, prefirió venderme, como su cliente, cosas para comer para mis hijos, y resultó evidente que el pene de su padre y los pechos de su madre eran los objetos de sus deseos orales más profundos, y que eran las frustraciones orales las que se encontraban en el fondo de sus trastornos, en general, y en su dificultad referente al aprendizaje en la escuela, en particular.

Debido a sus sentimientos de culpa, ligados a la introyección oral-sádica de los pechos de su madre, Inge, desde una época muy temprana, había considerado su frustración oral como un castigo[623]. Sus impulsos agresivos contra su madre, que surgieron de la situación edípica, y sus deseos de robarle sus hijos habían fortificado este temprano sentimiento de culpa, y la habían conducido a un temor a su madre, muy hondo aunque oculto. *Esta era la*

razón por la cual no era capaz de mantener su posición femenina y trataba de identificarse con su padre. Pero tampoco fue capaz de aceptar la posición homosexual debido a un temor excesivo a su padre, cuyo pene quería robar. A esto se agregaba su sentimiento de ser inhábil para hacer, como consecuencia de su inhabilidad para *conocer* (la temprana frustración de su deseo de saber), a lo que contribuyó su posición como la más pequeña de la casa. Fracasó, por consiguiente, en la escuela, en las actividades que correspondían a sus componentes masculinos; y desde que no pudo mantener su posición femenina —que involucraba la concepción y dar a luz hijos en la fantasía— no fue capaz de desarrollar sublimaciones femeninas derivadas de esta posición. Debido a su ansiedad y sentimiento de culpa, además, también fracasó en la relación de hija a madre (y en su relación con la maestra de escuela) desde que ella, inconscientemente, equiparaba la absorción de conocimiento con la gratificación de sus deseos oral-sádicos, y esto implicaba la destrucción de los pechos de la madre y del pene del padre.

Mientras que en la realidad Inge era una fracasada, en la imaginación actuaba todos los papeles. Así, en el juego que he descripto, en el cual ella tomaba la parte del gerente, representaba sus éxitos en el papel del padre; como maestra de escuela, tenía numerosas criaturas y al mismo tiempo cambiaba su papel de hija menor por el de la de más edad e inteligencia; mientras que en el juego de vendedora de juguetes y alimentos, no solo estaba en una posición superior, sino que compensaba las frustraciones orales sufridas cuando bebé.

He expuesto este caso para mostrar cómo, para descubrir las conexiones psicológicas fundamentales, tenemos que investigar no solo los detalles de un juego determinado, sino también la razón por la cual un juego es cambiado por otro. He encontrado a menudo que este cambio de juegos nos permite una percepción de la naturaleza interior de las causas de los cambios de una posición psicológica a otra, o de las fluctuaciones entre estas posiciones, y de ahí la del juego dinámico de las fuerzas mentales.

El caso siguiente nos da oportunidad de demostrar la aplicación de una técnica mixta. Kenneth, de 9 años y medio, era un niño muy infantil para su edad y me fue enviado para ser analizado por presentar varias dificultades. Era miedoso, vergonzoso, seriamente inhibido, y sufría una gran ansiedad. Desde edad temprana sufría de una acentuada cavilación mórbida. Era un completo fracasado en sus lecciones; sus conocimientos de las materias escolares eran los de una criatura de 7 años. En su casa era de temperamento fuertemente agresivo, insolente e intratable. Su interés en temas sexuales, no

sublimado y aparentemente no inhibido, era fuera de lo común; usaba preferentemente palabras obscenas, se exhibía y se masturbaba de un modo extraordinariamente desvergonzado para una criatura de su edad[624].

La historia previa del niño era, brevemente, como sigue: A una edad muy temprana había sido seducido por su niñera. El recuerdo era totalmente consciente, y las circunstancias fueron conocidas por la madre, más tarde. Según ella, la niñera, María, había sido muy afecta al niño, pero muy severa en lo que se refería a su higiene. El recuerdo de Kenneth de haber sido seducido se remontaba al comienzo de su quinto año, pero es seguro que se llevó a cabo mucho antes. El refirió, aparentemente con placer y sin inhibición alguna, que su niñera acostumbraba a llevarlo con ella, cuando se bañaba, y le pedía que frotara sus órganos genitales. Aparte de esto, decía de ella solo cosas buenas; aseguraba que lo quería y por mucho tiempo negó que lo hubiese tratado severamente. Al comienzo del análisis nos relató un sueño que había soñado repetidamente desde los 5 años: «Estaba tocando los órganos genitales a una mujer desconocida y masturbándola».

Su temor hacía mí surgió en la primera hora. Tuvo un sueño de ansiedad poco después del comienzo del análisis, en el cual «*repentinamente un hombre estaba sentado en mi silla, ocupando mi lugar. Yo entonces me desvestí y él se horrorizó al ver que yo tenía un genital viril extraordinariamente grande*». En conexión con la interpretación de este sueño surgió una cantidad de material referente a su teoría sexual de «la madre con pene», una imagen mental que, como lo probó el análisis, había personificado en María. Evidenció haberle temido cuando era un niño pequeño, porque le había pegado fuertemente, pero él era incapaz de admitir este hecho, hasta que otro sueño, posteriormente, le hizo cambiar su actitud. A pesar de ser desde varios puntos de vista muy infantil, Kenneth adquirió rápidamente la comprensión del objeto y la necesidad del análisis. Acostumbraba a ofrecer asociaciones propias de niños de más edad, y voluntariamente permanecía a veces acostado mientras las decía. La mayor parte de su análisis tuvo este curso. Pronto agregó a este material verbal un suplemento de acción. Tomaba algunos lápices de la mesa y con ellos representaba gente. Otras veces traía broches para papeles, los que también se convertían en personas y se peleaban. Otras veces los hacía actuar como proyectiles o hacía construcciones con ellos. Todo esto se llevaba a cabo en el sofá en el que estaba tendido.

Finalmente descubrió una caja de cubos sobre el parapeto de la ventana y trajo la pequeña mesa de juego hasta el sofá, acompañando sus asociaciones

con representaciones por medio de los cubos.

El segundo sueño de Kenneth significó un paso adelante en el análisis, y relataré de él lo necesario para ilustrar la técnica empleada. «*Estaba en el baño orinando; un hombre entró y disparó una bala que le pegó en la oreja y esta se cayó*». Mientras me contaba el sueño, Kenneth llevó a cabo operaciones con los cubos que él me explicó así: El, su padre, su hermano, su niñera María, eran representados cada uno por un cubo. Todos ellos yacían dormidos en diferentes cuartos (las paredes también estaban representadas por cubos). María se levantó, tomó un palo grande (otro cubo) y vino hacia él. Ella le iba a hacer algo porque él, de algún modo, se había portado mal (resultó ser que se había masturbado y orinado). Mientras ella le pegaba con el bastón él comenzó a masturbarla, y ella enseguida dejó de pegarle. Cuando comenzó a pegarle otra vez, él volvió a masturbarla y ella se detuvo; y este proceso fue repetido una y otra vez, hasta que al fin, a pesar de todo, ella lo amenazó con matarlo con su bastón. Entonces su hermano vino a salvarlo.

Kenneth se sorprendió grandemente cuando, por fin, percibió en el juego y las asociaciones que él, realmente, había tenido miedo a María. Al mismo tiempo, parte del miedo a sus padres se había hecho consciente. Sus asociaciones mostraban claramente que detrás del miedo por María asomaba el miedo a una madre mala asociada con el padre castrador. Este último estaba representado en el sueño por el hombre que apuntó a la oreja en el cuarto de baño, el mismo lugar en que él a menudo había masturbado a su niñera.

El miedo de Kenneth hacia sus dos padres unidos contra él y copulando continuamente, probaba ser muy importante en el análisis. Fue solamente después que hice observaciones de esta índole en otros casos[625], que comprendí el hecho de que el miedo a «la mujer con pene» se basa en una teoría sexual que aparece en etapas muy tempranas del desarrollo y según la cual la madre incorpora el pene del padre en el acto del coito[626], y, en último término, la mujer con pene representa los dos padres unidos. Ilustraré esto con el material en discusión. En el sueño, Kenneth fue primeramente atacado por un hombre, pero luego, en sus juegos, fue María la que lo atacó. Ella representaba, como mostraban sus asociaciones, no solo la mujer con pene, sino también su madre unida a su padre. En esta figura, el padre, que antes había aparecido como un hombre, ahora era representado solo por el pene, es decir, por el palo con el cual María le pegó. Puedo señalar aquí la similitud entre la técnica de los análisis tempranos y la técnica de juego que se emplea en ciertos casos con niños de más edad. Kenneth había hecho consciente una

importante parte de su primera infancia por medio del juego con cubos. A medida que su análisis avanzaba solía producirse un retorno de su ansiedad, y entonces solo podía comunicarme sus asociaciones si las completaba por medio de representaciones con cubos (en realidad, no era raro que cuando su ansiedad volvía le faltaran palabras, y lo único que podía hacer era jugar). Después que su ansiedad disminuyó con la interpretación, fue capaz de hablar más libremente.

Otro ejemplo de la modificación de la técnica es el método que adopté con Werner, un niño de 9 años, neurótico obsesivo. Este niño, cuya conducta en muchos aspectos era la de un adulto obsesivo y en el que había una marcada cavilación mórbida, sufría también de fuerte ansiedad que se manifestaba por una gran irritabilidad y crisis de rabia[627]. Una gran parte de su análisis se llevó a cabo por medio de juguetes y con ayuda de dibujos. Estaba obligada a sentarme a su lado en la mesa de juegos y a jugar con él mucho más de lo común, aun tratándose de niños más pequeños. En algunas ocasiones yo tenía que efectuar las acciones del juego por mí misma, bajo su dirección. Por ejemplo, tuve que construir con los cubos, mover los carros, etc., mientras que él solo dirigía mis acciones. La razón que dio para esto era que sus manos, a veces, temblaban mucho, de modo que él no podía colocar los juguetes en su lugar, pues los tumbaría o echaría a perder el arreglo. El temblor era signo de un acceso de ansiedad. En la mayoría de los casos podía amortiguar el ataque continuando el juego como él deseaba y, al mismo tiempo, interpretando, en relación a su ansiedad, el significado de mis acciones. Parece que el temor a su propia agresividad y su incredulidad en su capacidad de amar le había hecho perder toda esperanza de restaurar a sus padres, hermanos y hermanas, a quienes, en su imaginación, había atacado y dañado. De aquí su temor a, por accidente, tumbar los cubos y cosas que habían sido construidas. La desconfianza a sus propias tendencias constructivas y a su habilidad de reconstruir lo que había destruido era una de las causas de su severa inhibición en el trabajo y el juego.

Después que su ansiedad fue resuelta en su mayor parte, Werner jugaba sus juegos sin mi ayuda. Hizo una buena cantidad de dibujos y dio abundantes asociaciones a ellos. En la última parte de su análisis produjo material, principalmente en forma de asociaciones libres. Tendido en el sofá —posición que, al igual que Kenneth prefería para dar sus asociaciones— me narraba continuas fantasías de aventuras en las que jugaban el papel más importante aparatos y artefactos mecánicos. En estos cuentos, el material que antes había sido representado en sus dibujos aparecía nuevamente, pero enriquecido por

muchos detalles. La intensa y aguda ansiedad de Werner se expresaba en su mayor parte, como ya he dicho, por medio de ataques de rabia y agresividad y en una actitud dominadora, desafiante y de crítica. No tenía conciencia de su enfermedad e insistía en que no había razón para continuar el análisis y, por un período largo, cuando surgían resistencias se comportaba conmigo de un modo insolente e irritado. En su casa era también un niño difícil de manejar, y sus padres casi no hubieran podido inducirlo a seguir el tratamiento si yo muy pronto no hubiese logrado resolver su ansiedad, poco a poco, por el análisis, hasta que las manifestaciones de resistencia al tratamiento se limitaron a la hora de análisis.

Ahora llegamos a un caso que presentó excepcionales dificultades técnicas. Egon, de 9 años y medio, no evidenciaba síntomas definidos, pero su aspecto general producía una impresión poco tranquilizadora. Era completamente «cerrado», aun con las personas más cercanas a él; hablaba solo cuando era estrictamente necesario, casi no tenía vínculos sentimentales, carecía de amigos y nada le interesaba o agradaba; era, en verdad, un buen escolar, pero, como lo demostró el análisis, solo sobre una base obsesiva. Cuando se le preguntaba si algo le gustaba o no, su contestación estereotipada era siempre «me es indiferente». La expresión tensa y poco infantil de su cara y la dureza de sus movimientos eran muy notables. Su alejamiento de la realidad llegó a tal extremo que no veía lo que sucedía a su alrededor y no reconocía a sus amistades cuando las encontraba. El análisis reveló la presencia de fuertes rasgos psicóticos, en aumento constante, que muy posiblemente lo hubiesen llevado a una esquizofrenia en la pubertad. He aquí el breve resumen de la historia previa del niño. Cuando tenía alrededor de 4 años su padre lo había amenazado repetidamente por haberse masturbado y le había dicho que siempre debería confesar cuando lo hiciera. Estas amenazas fueron seguidas de acentuados cambios de carácter. Comenzó a mentir y a tener frecuentes ataques de rabia. Más tarde su agresividad pasó a segundo plano y, en cambio, toda su actitud general fue indiferente, de oposición pasiva y de alejamiento del mundo externo.

Comencé por conseguir que Egon se tendiera sobre el sofá (esto lo tuvo sin cuidado y, en apariencia, lo prefirió a jugar), y durante varias semanas traté, por los varios métodos comunes, de comenzar el tratamiento, hasta que me vi obligada a reconocer que mis intentos por esos medios estaban condenados al fracaso. Fue claro para mí que las dificultades del niño en hablar estaban tan arraigadas, que mi primera labor era vencerlas por el análisis. Al notar que el escaso material que hasta entonces había podido

conseguir de él era en su mayoría deducido del modo en que jugaba con sus dedos mientras pronunciaba unas palabras —que no llegaron a más de unas pocas oraciones en una hora—, comprendí que era necesario que me ayudara con la acción, y por consiguiente le pregunté una vez más si después de todo no le interesaría jugar con mis pequeños juguetes. Dio su acostumbrada contestación: «Me es indiferente». Sin embargo miró las cosas de la mesa de juego, y a continuación se ocupó de los carritos, y solo de ellos. Entonces comenzó un juego monótono que ocupó toda su hora varias semanas. Egon hacía correr los carritos sobre la mesa y luego los hacía caer en mi dirección. Me di cuenta, por su mirada, que yo debía levantarlos y empujarlos nuevamente hacia él. Para distanciarme del papel de padre escudriñador, contra el cual se dirigía su oposición, jugué con él durante semanas, en silencio, y no hice interpretaciones, tratando sencillamente, de establecer rapport jugando con él. Durante todo este tiempo los detalles del juego fueron siempre iguales, pero (aunque era monótono y es claro muy cansador para mí) había muchos pequeños puntos dignos de ser anotados. Parece que en su caso, como en todos los análisis de varones, hacer mover un carro significa masturbación y coito, hacer que los carros choquen significa coito, y la comparación de un carro más grande con uno pequeño significa rivalidad con su padre o con el pene de su padre.

Cuando después de algunas semanas expliqué este material a Egon, en relación con lo ya conocido[628] tuvo un importante efecto en dos direcciones. En la casa se asombraban sus padres por su conducta más libre, y en el análisis mostró lo que he encontrado es una reacción típica a una buena interpretación. Comenzó a agregar nuevos detalles a su monótono juego, detalles que al principio solo se advertían después de una profunda observación, pero que a medida que el tiempo pasaba fueron más y más evidentes, hasta que finalmente se produjo un completo cambio en el juego. Del simple empujar los carritos, Egon pasó a un juego de construcción, cada vez con más habilidad. Comenzó a apilar los carritos unos sobre otros hasta una gran altura y a competir conmigo en esto. Entonces procedió por primera vez a usar los cubos, y muy pronto evidenció que todo lo que él construyera, por más hábilmente que disfrazara el hecho, eran seres humanos o genitales de ambos sexos. De la construcción, Egon pasó a una forma de dibujar notable. Sin mirar el papel, hacía girar el lápiz entre sus dos manos y así dibujaba líneas. De estos garabatos, él mismo descifraba formas, y estas siempre representaban cabezas, entre las cuales él mismo podía distinguir con claridad las femeninas y las masculinas. En los detalles de estas cabezas y en

sus mutuas relaciones muy pronto reapareció el material que había surgido en su primer juego, es decir, su incertidumbre sobre la diferencia entre los sexos y sobre el coito entre sus padres; las preguntas relacionadas en su mente con este tema, las fantasías en las cuales él —como un tercero— desempeñaba una parte en el coito de sus padres, etc. Pero su odio y sus impulsos destructivos también se evidenciaron al recortar y cortar en pedacitos esas cabezas, que también representaban a los hijos en el cuerpo de su madre y a sus mismos padres. Solo ahora llegamos al significado completo de las pilas de carritos tan altas como fuera posible. Representaban el cuerpo preñado de su madre, por lo que él la había envidiado y cuyos contenidos deseaba robar. Tenía un poderoso sentimiento de rivalidad hacia su madre, y su deseo de robarle el pene del padre y sus hijos lo había llevado a un vivo temor de ella. Más tarde, estas representaciones fueron suplementadas por los recortes, en los cuales adquirió bastante habilidad. Lo mismo que en sus actividades de construir, las formas que él recortaba representaban solo seres humanos. El modo de poner en contacto estas formas unas con otras, sus tamaños diferentes, el que representaran hombres o mujeres, el que tuvieran partes de más o de menos, cuándo y cómo comenzó a cortarlas en pedacitos, todo esto nos llevó al fondo de su complejo de Edipo, tanto directo como invertido. La rivalidad con su madre, basada en su poderosa y pasiva actitud homosexual, y la ansiedad que por eso sentía, tanto en relación con su madre como con su padre, fue más y más evidente. Su odio por su hermano y hermanas y los impulsos destructivos que había tenido hacia ellos cuando su madre estaba encinta, se manifestaron en el recorte de formas que él reconocía como representación de seres humanos pequeños e incompletos. También aquí el orden en que jugaba sus juegos era importante. Después de recortar y cortar en pedazos, solía comenzar a construir, como un acto de restauración, y del mismo modo procedía a decorar en exceso las figuras que había recortado, impulsado por tendencias reactivas. En todas estas representaciones, sin embargo, siempre reaparecían sus interrogantes y curiosidad intensa y tempranamente reprimidos, que resultaron ser un factor importante en su incapacidad para hablar, en su carácter hermético y su falta de interés.

La inhibición de Egon en sus juegos databa de la edad de cuatro años, y, en parte, de una época más temprana aún. Había comenzado a hacer construcciones antes de los tres años y a cortar papel algo más tarde, pero solo por un corto período, y aun entonces solo había recortado cabezas. Nunca había dibujado, y después de los cuatro años de edad no encontró placer en ninguna de estas actividades. Lo que aparecía ahora, entonces, eran

sublimaciones rescatadas de profundas represiones, en parte en forma de restablecimiento y en parte como creaciones nuevas, y la forma infantil y completamente primitiva en la que se dedicaba a estas actividades realmente correspondían a las de una criatura normal de tres o cuatro años. Se puede asegurar que, simultáneamente con estos cambios, todo el carácter del niño mejoró.

Sin embargo, la inhibición en el habla por mucho tiempo se alivió solo muy levemente. Es verdad que gradualmente comenzó a contestar las preguntas que yo le hacía durante los juegos de una manera más completa y libre, pero, por el otro lado, me fue imposible por mucho tiempo conseguir que diera libres asociaciones de la clase común en los niños de más edad. Recién después de mucho tiempo y durante la última parte de su tratamiento, que ocupó 425 horas en total, reconocimos y exploramos los factores paranoides que eran la razón fundamental de su inhibición del habla, que entonces fue suprimida por completo[629].

A medida que su ansiedad disminuyó, comenzó por sí solo a darme asociaciones aisladas, por medio de la escritura. Más tarde solía susurrarlas y hacer que yo le contestara en voz baja. Resultaba más y más claro que temía ser oído por alguna persona en la habitación, y había algunas partes de esta a las que nunca se acercaba de modo alguno. Si, por ejemplo, su pelota había rodado debajo del sofá o de los estantes o a un rincón oscuro, yo tenía que buscársela, mientras que a medida que su ansiedad crecía asumía nuevamente la misma postura rígida y expresión fija que habían sido tan acentuadas al comienzo del análisis. Resultó que él sospechaba la presencia de ocultos perseguidores que lo observaban desde todos esos lugares y aun desde el techo, y sus temores de persecución retrocedían en último término hasta su temor de los muchos penes dentro del cuerpo de su madre y del suyo propio. Este temor paranoico del pene como perseguidor había sido aumentado por la actitud de su padre al observarlo y hacerle preguntas relacionadas con la masturbación, y lo había hecho alejar también de su madre, ya que estaba aliada a su padre (la mujer con pene). A medida que su creencia en una madre «buena» se hizo más fuerte, me trató más y más como una aliada y como una protección contra sus perseguidores, que le amenazaban de todas partes. Solo cuando decreció su ansiedad a este respecto y disminuyó su cálculo sobre el número y peligrosidad de los perseguidores, fue capaz de hablar y moverse con más libertad[630].

La última parte del tratamiento de Egon fue casi exclusivamente conducida mediante asociaciones libres. No dudo de que yo tuve éxito al

tratar y curar a este niño por haber sido capaz de lograr acceso a su inconsciente con la ayuda de la técnica de juegos empleada para niños pequeños. Me parece dudoso que hubiera sido posible hacerlo en una edad más tardía[631]. Aunque es verdad que, en general, hacemos mucho uso de asociaciones verbales al tratar con niños en período de latencia, sin embargo, en muchos casos, solo lo podemos hacer de un modo distinto al usado con los adultos. Con niños como Kenneth, por ejemplo, quien prontamente reconoció la ayuda dada por el psicoanálisis y se dio cuenta de que lo necesitaba, y aun con otros más jóvenes, como Erna, cuyo deseo de curarse era muy fuerte, fue posible desde el comienzo preguntar algunas veces: «¿En qué piensa ahora?». Pero con muchos niños menores de nueve o diez años sería inútil hacer esa pregunta. El modo de preguntar a un niño debe descubrirse en conexión con sus juegos y asociaciones.

Si observamos el juego de un niño bastante pequeño, pronto veremos que los ladrillitos, pedazos de papel, y en realidad todos los objetos a su alrededor, son en su imaginación símbolos de otras cosas. Si le preguntamos: «¿Qué es eso?» mientras está ocupado con esos objetos (es verdad que antes es necesario haber hecho una buena cantidad de análisis y haber establecido la transferencia), descubriremos mucho. Nos dirán, a menudo, por ejemplo, que las piedras en el agua son niños que quieren llegar a la orilla o personas peleándose. La pregunta: «¿Qué es eso?» llevará naturalmente a la siguiente pregunta: «¿Qué están haciendo?» o «¿Dónde están ahora?», etc. Tenemos que extraer las asociaciones de niños mayores en un modo similar aunque un tanto modificado, pero esto, por regla general, puede conseguirse solo cuando la represión de la imaginación y la desconfianza, que son tanto más fuertes en ellos, han sido disminuidas por cierto tiempo de análisis y la situación analítica ha sido establecida.

Volvemos al análisis de Inge, niñita de siete años. Cuando jugaba como gerente de oficina, escribiendo cartas, distribuyendo trabajo, etc., una vez le pregunté: «¿Qué contiene esta carta?» y ella respondió con prontitud: «Usted lo sabrá cuando le llegue». Cuando la recibí, encontré que solo contenía garabatos[632]. De modo que poco después le dije: «El Sr. X… (que también figuraba en el juego) me ha pedido que le pregunte a usted qué contiene esa carta, ya que él debe saberlo, y estará muy agradecido si usted se la lee por teléfono». Entonces me contó sin ninguna dificultad todo el contenido imaginario de la carta y al mismo tiempo me dio un número de asociaciones que esclarecieron muchas cosas. En otra ocasión tuve que fingir ser un médico. Cuando le pregunté qué le pasaba, contestó: «que eso no tenía

importancia». Luego comencé una correcta consulta actuando con ella como un médico, y le dije: «Ahora, señora, usted me debe decir exactamente dónde siente los dolores». De aquí surgieron otras preguntas: por qué se había enfermado, cuándo había comenzado la enfermedad, etc. Presentadas en esta forma, ella contestaba mis preguntas con gusto, y ya que jugó muchas veces seguidas como enferma, yo conseguí abundante y profundo material oculto sobre este tema. Y cuando los papeles fueron trocados y ella fue el doctor y yo la enferma, el consejo médico que ella me dio me suministró aún más información.

De lo que se ha dicho en este capítulo, resulta que al tratar con niños en período de latencia es esencial, sobre todo, establecer contacto con sus fantasías inconscientes, y esto se hace al interpretar el contenido simbólico de su material en relación a su ansiedad y sentimiento de culpa. Pero, ya que la represión de la imaginación en este período del desarrollo es mucho más severa que en períodos más tempranos, a menudo tenemos que buscar acceso al inconsciente a través de representaciones que en apariencia están por completo desprovistas de fantasías. También tenemos, en análisis típicos del período de latencia, que estar preparados a encontrar que solo es posible resolver las represiones del niño y libertar su imaginación, paso a paso y con mucho trabajo. En muchos casos, después de semanas y aun meses, parece que nada de lo que se realiza en las sesiones nos ofrece un material psicológico. Todo lo que conseguimos, por ejemplo, son informes de los diarios, explicaciones del contenido de libros, cuentos monótonos de la escuela. Más aun, tales actividades monótonas, como dibujo obsesivo, construcción, costura o hacer cosas, especialmente cuando conseguimos pocas asociaciones parece no ofrecer ningún medio de acercamiento a la vida de la imaginación. Pero solo necesitamos recordar los ejemplos de Grete y Egon para tener presente que aun actividades y conversaciones tan completamente desprovistas de fantasías como estas, en realidad abren el camino al inconsciente, si no las consideramos como expresiones de resistencia sino como material real. Prestando suficiente atención a pequeñas indicaciones y tomando como nuestro punto de partida para la interpretación la conexión entre el simbolismo, el sentimiento de culpa y la ansiedad, que acompañan esas representaciones, siempre encontraremos oportunidad de comenzar y efectuar la labor analítica.

Pero el hecho de que en análisis de niños nos pongamos en comunicación con el inconsciente antes de haber establecido una amplia relación con el yo, no quiere decir que hemos excluido al yo de participar en el trabajo analítico.

Cualquier exclusión de esta clase sería imposible, sabiendo que el yo está en íntima relación con el ello y el superyó y que solo podemos conseguir acceso al inconsciente a través de él. Sin embargo, el análisis no se aplica al yo como tal (como lo hacen los métodos educativos), sino que solo busca abrir un camino al inconsciente, sistema que es decisivo para la formación del yo.

Volvamos a nuestros ejemplos una vez más. Como ya hemos visto, el análisis de Grete, de siete años de edad, fue en su casi totalidad llevado a cabo por medio de dibujos. Durante largo tiempo, como se recordará, ella solía dibujar casas y árboles de varios tamaños, alternativamente, de un modo obsesivo. Comenzando con estos dibujos sin imaginación y obsesivos, hubiera podido tratar de estimular su fantasía y relacionarla con otras actividades de su yo, del mismo modo que lo hubiera hecho una maestra comprensiva. Hubiera podido conseguir que ella deseara decorar y hermosear sus casas o colocarlas junto con los árboles y hacer una calle con ellos y así haber conectado sus actividades con cualquier interés estético o topográfico que poseyera, o hubiera podido ir más adelante con los árboles, e interesaría en la diferencia entre una clase de árbol y otra, y quizá, de este modo, hubiera estimulado su curiosidad sobre la naturaleza en general. Si cualquiera de estas pruebas hubiera tenido éxito, podía esperarse que los intereses del yo resaltaran más y que el analista llegara a un contacto más íntimo con el yo. Pero la experiencia ha mostrado que en muchos casos tal estimulación de la imaginación del niño falla al tratar de efectuar un debilitamiento de las represiones, y así no encuentra una base para comenzar el trabajo analítico[633]. Más aun, tal procedimiento muchas veces no es posible, porque el niño sufre de tal ansiedad latente que estamos obligados a establecer la situación analítica tan pronto como sea posible y a comenzar el verdadero trabajo analítico inmediatamente. Y aun cuando hay una posibilidad de ganar acceso al inconsciente, usando el yo como punto de partida, encontraremos que los resultados son pocos en comparación con el tiempo empleado para conseguirlos. Porque el aumento en la riqueza y significado del material así ganado es solo aparente; en realidad solo encontramos el mismo material inconsciente vestido con formas más llamativas. En el caso de Grete, por ejemplo, hubiéramos podido estimular su curiosidad, y así, en condiciones favorables, la hubiéramos llevado a interesarla, por ejemplo, en las entradas y salidas de una casa y en las diferencias entre los árboles y en el modo cómo crecen. Mas estos intereses ampliados solo hubieran sido una versión menos disfrazada del material que ella nos había mostrado en los dibujos monótonos al comenzar el análisis. Los árboles grandes y pequeños y las casas grandes y

pequeñas que ella insistía en dibujar de un modo compulsivo representaban a su madre y padre, a ella misma y a su hermano, como lo indicaba la diferencia de tamaños, formas y colores de sus dibujos, y el orden en el cual estaban hechos. El sentimiento básico que los producía era su curiosidad reprimida sobre la diferencia de sexos y problemas similares, y al interpretarlos en este sentido, conseguí llegar a su ansiedad y sentimiento de culpa y comenzar el análisis. Ahora bien, sí el material fundamental de representaciones complicadas y llamativas no es diferente del de las representaciones pobres, desde el punto de vista del análisis, no interesa cuál de las dos clases de representaciones es elegida como punto de partida de la interpretación. En análisis de niños es solo la interpretación, según mi experiencia, la que comienza el análisis y favorece su desarrollo. Por consiguiente, mientras el analista es capaz de comprender la clase de material presentado y establecer su conexión con la ansiedad latente, está en condición de dar una correcta interpretación de sus representaciones más monótonas y menos prometedoras, mientras que, paso a paso, a medida que resuelve la ansiedad y suprime represiones, los intereses del yo del niño y las sublimaciones comenzarán a progresar. De este modo, Ilse, por ejemplo —cuyo caso se considerará con más detalles en el capítulo siguiente—, gradualmente desarrolló de sus dibujos invariables y obsesivos un don definido por los trabajos manuales y el dibujo, sin que yo de ningún modo le hubiera sugerido tal actividad.

Antes de dejar el tema de los análisis en períodos de latencia, aún queda un problema para discutir. No es, exclusivamente, de naturaleza técnica, mas es de importancia en el trabajo del analista de niños. Me refiero al trato del analista con los padres de sus pacientes. Con el fin de que pueda realizar su trabajo, debe haber una cierta relación de confianza entre los padres del niño y él mismo. El niño depende de ellos y de este modo ellos están incluidos en el campo de análisis; pero no son ellos quienes son analizados, y, por consiguiente, solo pueden ser influidos por medios psicológicos comunes. La relación de los padres con el analista del niño implica dificultades peculiares, ya que toca muy de cerca sus propios complejos. La neurosis de su hijo pesa mucho sobre el sentimiento de culpa de los padres, y al mismo tiempo, cuando se dirigen al análisis para pedir ayuda consideran su necesidad como una prueba de su responsabilidad en la enfermedad del niño. Además es muy desagradable para ellos revelar al analista detalles de la vida de familia. A esto debe agregarse, sobre todo en el caso de la madre, celos de la relación confidencial que se establece entre el niño y el analista. Estos celos, que hasta cierto punto son basados en la rivalidad del sujeto con su imago de la madre,

son muy notorios en niñeras e institutrices, quienes a menudo no son nada amistosas en su actitud hacia el análisis[634]. Estos y otros factores, que permanecen en su mayor parte inconscientes, dan lugar en los padres, y especialmente en la madre, a una actitud más o menos ambivalente hacía el analista, y esto no desaparece por el hecho de que ellos tengan conciencia de la necesidad del niño de un tratamiento analítico. De aquí que, aunque los padres del niño están, conscientemente, bien dispuestos respecto a su análisis, debemos esperar que sean, hasta cierto punto, elementos perturbadores. El grado de dificultad que causarán dependerá de su actitud *inconsciente* y del grado de ambivalencia que tengan. Esta es la razón por la cual no he encontrado menos obstáculos cuando los padres estaban familiarizados con el análisis que cuando prácticamente ignoraban de qué se trataba. Por la misma razón, considero que cualquier explicación teórica a los padres antes del comienzo del análisis es no solo innecesaria, sino que está fuera de lugar, ya que tales explicaciones probablemente tendrán un efecto desfavorable sobre sus propios complejos. Me contento con dar unas pocas ideas sobre el significado y el efecto del análisis, y menciono el hecho de que durante su curso el niño recibirá información sobre asuntos sexuales y preparo a los padres para la posibilidad de otras dificultades que puedan surgir de cuando en cuando durante el tratamiento. En todos los casos rehúso completamente a informarlos acerca de cualquier detalle del análisis. El niño que me hace sus confidencias tiene tanto derecho a la discreción como un adulto.

Lo que debemos tratar al establecer las relaciones con los padres es, a mi juicio, en primer lugar, conseguir que nos ayuden en nuestro trabajo principalmente de un modo pasivo, evitando, tanto como sea posible, toda interferencia, tal como alentar al niño con preguntas, hablar del análisis en su casa o prestar ayuda a cualquier resistencia que se pueda producir. Pero necesitamos su cooperación más activa cuando se producen en el niño ansiedad aguda y resistencias violentas. En tales situaciones —puedo recordar aquí el caso de Ruth y Trude[635]— depende de los que están a cargo del niño conseguir medios para que él venga a pesar de las dificultades. Según mí experiencia, esto ha sido siempre posible porque, en general, aun cuando la resistencia es fuerte, existe también una transferencia positiva al analista, de modo que la actitud del niño ante el análisis es ambivalente. La ayuda dada por los padres del niño no debe ser nunca considerada como ayuda permanente para la labor analítica. Períodos de tan intensa resistencia debieran presentarse rara vez, y no por mucho tiempo. El trabajo del análisis debe evitarlo, y si eso es posible, resolverlo rápidamente.

Si tenemos éxito en establecer una buena relación con los padres del niño y estamos seguros de su cooperación inconsciente, podremos obtener información útil sobre el comportamiento del niño fuera del análisis, tal como cualquier cambio, aparición o desaparición de sus síntomas, hechos que pueden ocurrir en relación con el trabajo analítico. Pero sí esta información solo es adquirida a costa de otros inconvenientes, prefiero no obtenerla pues si bien es útil no es indispensable. Insisto siempre a los padres sobre la necesidad de que no se dé ocasión para que el niño crea que cualquier modificación educativa se debe a mi indicación, ya que la educación y el análisis deben ser independientes. En este sentido el análisis se mantiene como debe ser, un vínculo personal entre mi paciente y yo. En el análisis de niños, como en el de adultos, considero esencial que el trabajo del analista se limite a la hora del análisis y a la casa del analista. Aún más, para evitar desplazamientos en la situación analítica establecí que la persona que acompañase al niño no lo esperase en mi casa. Deja al niño y lo viene a buscar a la hora indicada.

A menos que los errores cometidos por los padres sean muy graves, no me interpongo en su sistema educativo, ya que estos errores están tan ligados a los propios complejos de los padres, y los consejos no solo son inútiles, sino que aumentan sus sentimientos de culpa y ansiedad, lo que obstaculiza el análisis y tiene un efecto desfavorable en su relación con los hijos[636].

La situación total mejora después que el análisis ha terminado o cuando está muy avanzado. La disminución o desaparición de la neurosis en el niño tiene un favorable efecto sobre los padres. Cuando disminuyen las dificultades de la madre en su trato con el niño, disminuye también su sentimiento de culpa, y esto mejora su actitud frente al niño.

Esto la hace más accesible a los consejos del analista en lo referente a la crianza y, lo que es más importante aún, disminuye la *dificultad interna* para seguirlos. No obstante, según mi experiencia, no espero mucho de las posibilidades de modificar el ambiente.

Es mejor confiar en los resultados logrados en el niño mismo, pues lo capacitarán para una mejor adaptación, aun en un medio ambiente difícil, poniéndole en mejores condiciones frente a los esfuerzos que puede exigirle el medio. Claro que esta capacidad de esfuerzo tiene su límite. Cuando el medio es absolutamente desfavorable no podemos esperar pleno éxito en nuestro análisis y tenemos que contar con la posibilidad de una neurosis futura. De cualquier modo, he encontrado a menudo que los resultados conseguidos en el análisis, aunque no logren una curación completa de la

neurosis, alivian mucho la difícil situación del niño y mejoran su desarrollo. Es dable esperar que si logramos cambios fundamentales en los estratos más profundos, la enfermedad, si se repite, no será tan grave. También puede observarse que en algunos casos una disminución de la neurosis del niño trae modificaciones favorables en su ambiente neurótico[637]. También puede suceder que después de un análisis completo y exitoso, el niño pueda ser llevado a otro ambiente, como ser un internado, cosa que antes no era posible a causa de su neurosis y falta de adaptación.

La conveniencia de que el analista vea a los padres con bastante frecuencia o que limite estas entrevistas, depende de las circunstancias de cada caso. En muchos casos he encontrado que es mejor lo segundo, para evitar rozamientos con la madre. La ambivalencia con que los padres viven el análisis de sus hijos nos explica un hecho que para el analista joven es doloroso y sorprendente, y es que aun los tratamientos que tienen más éxito no reciben mucho reconocimiento por parte de los padres. Es claro que aunque he tratado también padres comprensivos, en la mayoría de los casos vi que olvidaban fácilmente los síntomas por los que habían traído al paciente y estimaban en poco los cambios sobrevenidos. Agregado a esto, no debemos olvidar que es difícil para el padre ser juez y parte y que lo más importante son nuestros resultados. El análisis de adultos prueba su valor suprimiendo dificultades que estorban la vida del paciente. Nosotros sabemos, aun cuando los padres por lo general lo ignoren, que hemos prevenido trastornos de esta índole y aun el advenimiento de una psicosis.

Generalmente el padre mira los síntomas del niño como molestia, pero desconoce su importancia debido a que no gravitan en la vida del niño como los síntomas neuróticos en la vida del adulto. Pienso que podemos renunciar a este reconocimiento, ya que nuestro trabajo se dirige al niño y no a la gratitud del padre o de la madre.

5. La técnica del análisis en la pubertad

Los análisis típicos de la pubertad difieren en muchos puntos esenciales de los análisis del período de latencia. Los impulsos del niño son más poderosos, la actividad de su fantasía es mayor y su yo tiene otros requerimientos y otra relación con la realidad. Por otra parte hay grandes puntos de similitud con el análisis de niños pequeños debido a que en la pubertad encontramos otra vez un gran dominio de las emociones y del inconsciente y una vida mucho más

rica en imaginación. Además, en esta edad las manifestaciones de ansiedad y afecto son mucho más pronunciadas que en el período de latencia y son un tipo de recrudecimiento de las liberaciones de ansiedad tan características en los niños pequeños.

Pero los esfuerzos del adolescente para luchar contra dicha ansiedad y modificarla —tarea que ha sido desde largo tiempo una de las principales funciones del yo— tienen más éxito que los realizados por los niños de corta edad. En efecto, él ha desarrollado extensamente sus variados intereses y actividades con el objeto de dominar esta ansiedad, de sobrecompensarla y de ocultarla de sí mismo y de los demás. Realiza esto en parte asumiendo la actitud de desafío y de rebeldía característica de la pubertad. Esto significa una gran dificultad técnica en los análisis en la pubertad, pues a menos que nosotros ganemos rápidamente acceso a la ansiedad del paciente y a los afectos que él manifiesta, principalmente en una actitud desafiante y negativa en la transferencia, puede muy bien suceder que el análisis quede interrumpido muy pronto. Analizando muchachos de esta edad he encontrado repetidas veces que ellos esperaban ataques físicos violentos de mi parte durante sus primeras sesiones.

Willy, por ejemplo, de 14 años, no concurrió a su segunda hora de análisis y su madre lo persuadió solo con gran dificultad de «que diese otra oportunidad». Durante esta tercera hora yo logré demostrarle que él me identificaba con el dentista. Si bien es verdad que aseguró que no tenía miedo al dentista (mi apariencia, en efecto, podía hacérselo recordar), la interpretación del material que presentó fue suficiente para convencerle de que realmente era así. En efecto, el material evidenciaba que no solo esperaba que le sacara un diente, sino también que cortase todo su cuerpo en pedazos. Disminuyendo su ansiedad en este sentido, se estableció la situación analítica. En verdad, en el curso posterior del análisis sucedió a menudo que se liberaron grandes cantidades de ansiedad, pero su resistencia se mantuvo en esencia dentro de los límites de la situación analítica y la continuidad del análisis fue así asegurada.

En otros casos en los que también observé signos de ansiedad latente, he conseguido reducir de inmediato la transferencia negativa del niño, comenzando las interpretaciones desde la primera hora de análisis. Pero aun en los casos en los que la ansiedad no se reconoce inmediatamente, esta puede abrirse camino repentinamente si la situación analítica no ha sido aún establecida por medio de la interpretación del material inconsciente. Este material es muy semejante al presentado por los niños de corta edad. Los

muchachos púberes y prepúberes ocupan su fantasía con las gentes y las cosas del mismo modo que los pequeños juegan con sus juguetes. Lo que Peter, de 3 años y tres meses, expresó por medio de carritos, trenes y motores, Willy, de 14 años, lo expresó en largos discursos, que duraron meses, sobre la diferencia de construcción entre varias clases de motores, bicicletas, motocicletas, etc. Donde Peter empujaba carritos y comparaba unos con otros, Willy estaba apasionadamente interesado sobre qué coche y qué conductor ganaría una carrera, y mientras Peter pagaba tributo de admiración a la habilidad del hombre de juguete en el manejo del coche y le hacía realizar toda clase de hazañas, Willy, por su parte, no se cansaba de cantar loas a sus ídolos del mundo del deporte.

Las actividades imaginativas del adolescente se adaptan sin embargo más a la realidad y a sus más fuertes intereses del yo, y el contenido de sus fantasías son menos fácilmente reconocibles que en los niños pequeños. Además, las actividades del adolescente son mayores y sus relaciones con la realidad más fuertes, y esto altera aún más el carácter de sus fantasías[638]. La necesidad de dar pruebas de coraje en el mundo real y el deseo de competir con otros sobresalen más. Esta es una de las razones por las cuales el deporte, que ofrece tanta oportunidad para la rivalidad con otros, no menos que para la admiración de brillantes proezas, y que presenta a su vez un medio de vencer la ansiedad, juega en la vida del adolescente y en sus fantasías un papel tan importante.

Estas fantasías, que dan expresión a su rivalidad con el padre por la posesión de la madre y también respecto a su potencia sexual, están acompañadas, como en el niño pequeño, por sentimientos de odio y agresión, y a menudo son seguidas de ansiedad y sentimientos de culpa. Pero los mecanismos peculiares de la pubertad ocultan mejor estos hechos que los mecanismos de los niños pequeños. El muchacho, en la pubertad, toma como modelo héroes, grandes hombres, etc. Puede más fácilmente mantener su identificación con estos objetos, ya que están bastante lejanos de él, pudiendo también hacer una sobrecompensación más estable frente a ellos por los sentimientos negativos unidos a la imagen del padre. Así, dividiendo la imago paterna dirige sus tendencias violentas y destructivas hacia otros objetos. Si, por consiguiente, reunimos su sobrecompensación admirativa hacia algunos objetos y su excesivo odio y desprecio para otros, tales como maestros, parientes, etc., que nosotros descubrimos durante el análisis, podemos abrirnos camino hacía un completo análisis de su complejo de Edipo y sus afectos, tal como en el caso de los niños bastante pequeños.

En algunos casos la represión ha limitado de tal modo la personalidad del adolescente que no deja sino un solo interés definido, digamos por un deporte determinado. Un único interés de esta clase equivale al juego sin variación jugado por un niño pequeño, juego que excluye todos los otros. Resume todas sus fantasías reprimidas y las representa asumiendo el carácter, más que de una sublimación, de un síntoma obsesivo. Monótonos cuentos acerca del fútbol, o del ciclismo, pueden formar durante meses el único tema de conversación en su análisis. Fuera de este contenido representativo, aparentemente tan falto de imaginación, tenemos que dilucidar el verdadero material de sus fantasías reprimidas. Si seguimos una técnica análoga a la de la interpretación de los sueños y del juego, tomando en cuenta los mecanismos de desplazamiento, condensación, representación simbólica, etc., y si descubrimos las conexiones entre los menores signos de ansiedad y su estado afectivo en general, podemos llegar, más allá de esta apariencia de monótonos intereses, a penetrar gradualmente en los más profundos complejos de su mente[639]. Aquí encontramos una analogía con el análisis de cierto tipo extremo del período de latencia. Podemos recordar el caso de Grete, de 7 años, con sus dibujos monótonos, completamente faltos de fantasía, pero que eran, sin embargo, todo lo que yo tenía para seguir el análisis durante meses; o el caso de Egon, que fue de un tipo aún más extremo. Estos niños mostraron en grado extremo una limitación de su fantasía y de los medios de representación, normales en el período de latencia. He llegado a la conclusión de que cuando encontramos una limitación similar de intereses y medios de expresión en la pubertad, estamos trabajando, por un lado, con un período prolongado de latencia; y por otro, cuando hay una limitación extensiva de las actividades de la imaginación (como en las inhibiciones del juego, etc.), en la temprana niñez, con un caso de comienzo prematuro de este período. En ambos casos, sea que la latencia comience muy pronto o termine muy tarde, es señal de perturbaciones graves en el desarrollo del niño, pues tal extensión indebida de este período, está acompañada por un aumento indebido de los fenómenos que normalmente lo acompañan.

Expondré ahora uno o dos ejemplos para ilustrar lo que me parece ser la técnica apropiada para analizar durante la pubertad. En el análisis de Bill, de 15 años, su ininterrumpida cadena de asociaciones acerca de su bicicleta y de las diferentes partes de la misma —por ejemplo su temor a dañarla yendo demasiado ligero— dio abundante material en lo referente a su complejo de castración y a sus sentimientos de culpa por la masturbación[640]. Gracias a esto resultó claro que experimentaba ansiedad y sentimiento de culpa por sus

relaciones con cierto amigo suyo, pero que estos sentimientos no estaban basados en la realidad sino que se remontaban a una relación anterior que él había tenido con un muchacho llamado Tony. Me contó un paseo en bicicleta que había hecho con su amigo y durante el cual habían intercambiado sus bicicletas, sintiendo él temor, sin ninguna razón, de que su bicicleta hubiera sido dañada. Sobre esta base y otras cosas del mismo tipo que me contó, le señalé que su temor parecía relacionarse con actos sexuales que había cometido con su amigo Tony en la niñez. Cuando le di mis razones para pensar así, él estuvo de acuerdo conmigo y recordó algunos detalles acerca de esa relación sexual. Su sentimiento de culpa acerca de ello y el temor consiguiente de haber dañado su pene y su cuerpo eran completamente inconscientes[641].

En el análisis de Willy, de 14 años, cuya primera fase (de introducción) ha sido ya descripta, pude descubrir, con la ayuda de tópicos similares, la razón de sus fuertes sentimientos de culpa respecto a su hermano menor. Cuando, por ejemplo, Willy hablaba de su máquina a vapor que necesitaba ser reparada, expresaba al mismo tiempo asociaciones acerca de la máquina de su hermano, la cual no volvería nunca a estar bien. Su resistencia en relación con esto y su deseo de que la hora llegara pronto a su fin, resultó ser causada por el temor de que su madre pudiese descubrir las relaciones sexuales que habían existido entre él y su hermano más chico, y que él, en parte, recordaba. Estas relaciones habían dejado tras sí fuertes sentimientos de culpa inconscientes, porque él, como mayor y más fuerte, había, a veces, obligado a su hermano a seguirlo. Desde entonces se había sentido responsable por el desarrollo defectuoso de su hermano, que era gravemente neurótico[642].

En conexión con ciertas asociaciones acerca de un viaje en vapor que iba a hacer con un amigo, se le ocurrió a Willy que el bote podría hundirse y de pronto sacó su abono de ferrocarril de su bolsillo y me preguntó si yo le podría decir cuándo se vencía. Él no sabía, me dijo, qué número se refería al mes y cuál a los días. La fecha de término de su boleto significaba la fecha de su propia muerte, y el viaje con su amigo era la masturbación mutua que él había efectuado tempranamente con su hermano y también con un amigo y que había hecho surgir en él sentimientos de culpa y temor a su muerte. Willy continuó diciendo que había vaciado la linterna a pila con el objeto de no ensuciar la caja en la cual estaba empaquetada. Enseguida me contó que había jugado al fútbol con su hermano, con una pelota de ping-pong, dentro de la casa, y dijo que las pelotas de ping-pong no eran peligrosas y no era posible herirse la cabeza o romper ventanas con ellas. Aquí recordó un incidente de

su primera infancia; en él había recibido un fuerte golpe con una pelota de fútbol, habiendo perdido el conocimiento. No había sufrido ninguna lesión, pero dijo que su nariz y sus dientes podrían haberse lesionado fácilmente. El recuerdo de este incidente probó ser un recuerdo encubridor de sus relaciones con un amigo mayor que lo había seducido. Las pelotas de ping-pong representaban el pene comparativamente pequeño e inofensivo de su hermano y la de fútbol, por el contrario, el pene de su amigo mayor. Pero, desde que en las relaciones que él había tenido con su hermano se había identificado con el amigo seductor, aquellas relaciones hicieron surgir en él sentimientos de culpa por el supuesto daño que había hecho a su hermano. El hecho de haber agotado la pila y su temor de ensuciar la caja estaban determinados por su ansiedad por la corrupción y el daño que temía haber producido en su hermano al ponerle el pene en la boca y al forzarlo a realizar *fellatio* y que él mismo esperaba sufrir por haber realizado este mismo acto con su amigo mayor. Su temor de haber ensuciado o lesionado a su hermano internamente se fundaba en fantasías sádicas acerca de su hermano y condujeron a causas aún más profundas de su ansiedad y culpa, tales como las fantasías de masturbación sádicas dirigidas contra sus padres. Así, partiendo de la confesión de sus relaciones con el hermano, confesión expresada en forma simbólica en sus asociaciones de la máquina de vapor que necesitaba ser reparada, llegamos no solo a otras experiencias y acontecimientos de su vida, sino también a niveles más profundos de su ansiedad. Querría también llamar la atención sobre la riqueza de formas simbólicas en que el material se fue presentando. Esto es típico de los análisis de la pubertad que, como los de la temprana infancia, exigen una interpretación extensiva de los símbolos empleados.

Trataremos ahora del análisis de niñas en la pubertad. La aparición de la menstruación hace surgir en la niña una fuerte ansiedad. Además de los variados significados que tiene y con los que estamos familiarizados, esta es, en última instancia, el signo exterior y visible de que el interior de su cuerpo y los niños contenidos allí, han sido completamente destruidos. Por esta razón, el desarrollo de una actitud completamente femenina es tardía y presenta más dificultades que lo que para el muchacho significa establecer su posición masculina. Como un resultado de esto, sus componentes masculinos pueden reforzarse en la pubertad o puede solamente cumplir un desarrollo parcial, principalmente en el aspecto intelectual, permaneciendo, en lo que se refiere a su vida sexual y personalidad, en el período de latencia aun pasada la edad de la pubertad. Analizando el tipo de niña activa, con actitud de rivalidad hacia

el sexo masculino, generalmente comenzamos por obtener un material semejante al dado por el muchacho. Muy pronto, sin embargo, se hacen sentir las diferencias entre los complejos de castración masculino y femenino, a medida que descendemos a los niveles más profundos de su mente y nos encontramos con la ansiedad y el sentimiento de culpa que se derivan de los sentimientos de agresión contra su madre y que la han conducido a rechazar el papel femenino, contribuyendo a la formación de su complejo de castración. Descubrimos ahora que es el temor de que su madre haya destruido su cuerpo lo que lleva a adoptar una actitud de rechazo ante la adopción de la posición de mujer y madre. En esta etapa de su análisis, las ideas producidas son similares a las de la niña pequeña. En el segundo tipo de niñas, cuya vida sexual está fuertemente inhibida, el análisis se desarrolla, al principio, con temas tales como los que se presentan en el período de latencia. Cuentos acerca de la escuela, su deseo de agradar a la maestra y dar bien sus lecciones, su interés por los trabajos de costura, etc., ocupan la mayor parte del tiempo. De acuerdo con esto, debemos adoptar métodos apropiados al período de latencia y seguir resolviendo su ansiedad paso a paso para que las actividades imaginativas reprimidas se liberen gradualmente. Una vez logrado esto, en cierto sentido aparecerán más fuertemente los temores y sentimientos de culpa, los cuales, en el primer tipo de niña, la conducían a una identificación con el padre, y en este caso luchaban contra la adopción de un papel femenino y conducían a una inhibición general de su vida sexual. En comparación con la mujer adulta, las niñas en edad púber están expuestas a una ansiedad más fuerte y aguda en su expresión, aun cuando su posición sea predominantemente femenina. En la transferencia, la característica de esta edad es una actitud desafiante y negativa, siendo necesario un establecimiento rápido de la situación analítica. Otra vez el análisis mostrará a menudo que la posición femenina de la niña está falsamente exagerada y arrojada al primer plano con el objeto de esconder y mantener ocultos la ansiedad que surge de su complejo de masculinidad y, aún más profundamente, los temores derivados de su más temprana actitud femenina[643].

Daré ahora el resumen de un análisis que aunque no es totalmente típico de este período ilustrará mis observaciones generales respecto a la técnica a aplicarse en las niñas prepúberes y púberes y también ayudará a mostrar las dificultades de los tratamientos en esta edad. Ilse, de 12 años, presentaba ciertos rasgos marcadamente esquizoides, y su personalidad, poco desarrollada, no solo no había alcanzado el nivel intelectual de un niño de 8 años o 9, sino que ni siquiera poseía los intereses normales de las niñas de

esta edad. Era además inhibida en toda actividad imaginativa en un grado asombroso. Nunca había jugado en el verdadero sentido de la palabra y no sentía placer en ninguna ocupación excepto en una especie de dibujo compulsivo sin imaginación y cuyo carácter discutiremos más adelante. Por ejemplo, no le interesaba la compañía de otros ni le gustaba caminar por la calle y mirar las cosas, y tenía aversión al teatro, al cine y a cualquier clase de entretenimiento.

Su principal interés se dirigía a la comida, y los contratiempos en este sentido siempre la llevaban a ataques de rabia y depresión. Era muy celosa de sus hermanos y hermanas, pero no tanto por compartir el cariño de su madre con ellos como por alguna supuesta preferencia referente a lo que su madre daba de comer.

Esta actitud inamistosa hacia su madre y hermanos era paralela a una pobre adaptación social en general. No tenía amigas y aparentemente no tenía deseos de buscarlas o que se pensase bien de ella. Sus relaciones con la madre eran especialmente malas. De tiempo en tiempo tenía violentos ataques de rabia contra la misma, pero a la vez estaba fuertemente fijada en ella. Una larga separación de su medio familiar —fue puesta como pupila por 2 años en un colegio— no produjo cambio perdurable en su situación.

Cuando Ilse tenía cerca de 11 años y medio, su madre descubrió que tenía relaciones sexuales con su hermano mayor. Este incidente hizo surgir en la madre recuerdos que le hicieron decir que no era la primera vez. El análisis mostró que esta convicción estaba bien fundada y que la relación entre Ilse y su hermano se continuó después de este descubrimiento.

Fue solo por el urgente deseo de su madre que Ilse vino a ser analizada, impulsada por esa docilidad sin crítica tan por debajo de su edad y que junto con su actitud de odio caracterizaba su fijación en la madre. Al principio conseguí que se acostara. Sus escasas asociaciones se referían a una comparación entre el moblaje de mi cuarto y el de su casa, especialmente el de su propia habitación. Se fue en estado de gran resistencia y no quiso venir al análisis al día siguiente, y solo con gran dificultad fue persuadida por su madre. En casos de esta naturaleza es necesario establecer rápidamente la situación analítica, pues la familia del niño no podrá ayudarnos en esta situación durante mucho tiempo. Me llamaron la atención los movimientos que Ilse había hecho con los dedos en su primera hora. Constantemente había alisado los pliegues de su traje mientras hacía alguna acotación acerca de mi moblaje y lo comparaba con el de su casa. Así que, durante la segunda hora, al comparar ella una tetera que yo tenía en mi cuarto con una de su casa que

era parecida, pero no tan hermosa, comencé a interpretar. Expliqué que su comparación entre objetos significaba en realidad una comparación entre personas; ella me comparaba a mi o a su madre con su propia persona, en desventaja para ella, puesto que se sentía culpable por haberse masturbado y creía que esto le había hecho algún daño corporal. Dije que su continuo acariciar los pliegues del vestido significaba masturbación y un intento de reparar sus genitales[644]. Ella lo negó rotundamente; sin embargo, pude ver el efecto de esta interpretación por el aumento de material que produjo. Además no rehusó volver a la hora siguiente; sin embargo, en vista de su acentuado infantilismo, su dificultad para expresarse con palabras y la aguda ansiedad presente, me pareció necesario cambiar la técnica por la del análisis de juego.

Durante los meses que siguieron, las asociaciones de Ilse consistieron principalmente en dibujos hechos con compás, aparentemente faltos de imaginación, y en los que medir y calcular las partes, jugaba un importante papel.

La naturaleza compulsiva de esta ocupación se hizo gradualmente más clara[645]. Después de mucho y paciente trabajo se vio que las variadas formas y colores de las partes que componían el dibujo, representaban diferentes personas. Su compulsión a medir y contar probó derivarse de su curiosidad, que había llegado a ser obsesiva, por conocer el interior del cuerpo de su madre y el número de niños que allí había, la diferencia de sexos y así sucesivamente. En este caso, también, la inhibición total de su personalidad y de su desarrollo intelectual habían surgido de una represión muy temprana de sus deseos de saber, que habían sufrido, en consecuencia, un completo trastorno y se habían transformado en una antipatía obstinada a todo conocimiento. Con ayuda de estos dibujos, mediciones y cuentas, hicimos considerables progresos y la ansiedad de Ilse se hizo menos aguda. Seis meses después de comenzar el tratamiento sugerí que debía tratar otra vez de llevar a cabo su análisis acostada, y así lo hizo. Inmediatamente su ansiedad se hizo más aguda, pero pude reducirla y desde este momento su análisis fue más rápido. A causa de la monotonía y pobreza de sus asociaciones esta parte de su análisis no llegó de ningún modo al *standard* normal del trabajo analítico en esta edad; pero a medida que continuaba se aproximó cada vez más a lo normal. Entonces comenzó a desear mucho más satisfacer a su maestra y obtener buenas notas, pero su fuerte inhibición de aprendizaje hizo irrealizable este deseo. Recién entonces comenzó a sentirse totalmente consciente de las fallas y sufrimientos que sus deficiencias le causaban. En la casa lloraba durante horas antes de comenzar a hacer los deberes para la

escuela, y de hecho fracasaba en hacerlos. Se desesperaba si antes de ir a la escuela no había remendado sus medias, o si estas tenían un agujero. Una y otra vez sus asociaciones del fracaso en el aprendizaje nos condujeron a cuestiones sobre la deficiencia de sus ropas o de su cuerpo. Durante meses su hora analítica se llenó de relatos acerca de la escuela, con monótonas observaciones sobre sus puños, cuello de la blusa, su moño y cada una de las ropas de su vestimenta, de cómo eran demasiado largas o demasiado cortas, o sucias, o sobre si no eran del color requerido[646].

Mi material para análisis consistió principalmente, en esta época, en los detalles de su fracaso en las composiciones para la escuela. A sus incesantes quejas de que no tenía nada que escribir acerca del tema fijado, le repliqué pidiéndole asociaciones sobre esos temas, y estas fantasías forzadas[647] fueron muy instructivas[648]. Hacer el deber para la escuela significaba un reconocimiento del hecho de que ella *no sabía*, en el sentido de que ignoraba lo que sucedía cuando sus padres copulaban o lo que había en el interior de la madre; y toda la ansiedad y obstinación concerniente a esta fundamental ignorancia eran estimuladas en ella por cada tarea escolar. Como para muchos otros niños, tener que escribir una composición significaba para ella, entre otras cosas, *tener que hacer una confesión*, y esto tocaba muy de cerca su ansiedad y sentimientos de culpa. Por ejemplo: «Descripción del *Kurfürstendamm*[649]» condujo a asociaciones acerca de vidrieras de negocios y de sus contenidos y acerca de cosas que le gustaría poseer, como por ejemplo, una gran caja de fósforos decorada que ella había visto en la vidriera de un negocio una vez que había salido a caminar con su madre. Ambas habían entrado al negocio y la madre había prendido uno de los grandes fósforos para probarlo. A ella le hubiese gustado hacer lo mismo, pero se retuvo por temor a su madre y al empleado, que representaba la imago del padre. La caja de fósforos y su contenido así como los contenidos de las vidrieras, representaban el cuerpo de su madre, y el encender el fósforo representaba el coito entre sus padres. La envidia a su madre por poseer al padre en una copulación y sus impulsos agresivos contra ella fueron la causa de sus más profundos sentimientos de culpa. Otro tema de composición fue «Los perros San Bernardo». Cuando Ilse mencionó su habilidad para rescatar la gente que se moría, comenzó a sentir una gran resistencia. Sus asociaciones posteriores mostraron que los niños sepultados en la nieve eran en su imaginación niños que habían sido abandonados. Esto probaba que las dificultades que ella tenía en este tema se basaban en sus deseos de muerte hacia las hermanas más pequeñas, tanto antes como después de su nacimiento,

y además, en su temor de que ella misma fuese abandonada por la madre como castigo. Además, cada tarea escolar que tenía que hacer, ya fuese oral o escrita, significaba para ella una confesión acerca de muchas cosas. Y a estas dificultades se agregaban inhibiciones especiales en matemáticas, geometría, geografía, etcétera[650].

Como las dificultades que tenía Ilse para aprender continuaron disminuyendo se produjo un gran cambio en su naturaleza total. Se hizo capaz de adaptación social, se volvió amiga de otras niñas y sostuvo mejores relaciones con sus padres y hermanos. Sus intereses se aproximaron entonces a los de una niña de su edad, y como era una buena alumna y la favorita de las maestras y había llegado a ser una hija casi demasiado obediente, su familia se satisfizo completamente con el éxito de su análisis y no vio razón para que este continuara. Pero yo no era de esta opinión. Era obvio que en esta época en que Ilse tenía 13 años y ya había comenzado la pubertad física solo había cumplido, en realidad, una exitosa transición hacia el período de latencia y se había hecho capaz de satisfacer los *standard* s de este período y de alcanzar una adaptación social. Sin embargo, por gratificantes que fueran estos resultados analíticos, la niña que veía ante mí era aún un ser sin independencia y excesivamente fijado en la madre. Aunque su círculo de intereses se estaba ensanchando grandemente, apenas era capaz de tener ideas propias. Generalmente precedía sus expresiones con palabras tales como «mamá piensa». Su deseo de agradar, el gran cuidado que tomaba ahora por su apariencia, en contraste con su total indiferencia del principio, su necesidad de amor y reconocimiento y aun sus esfuerzos para hacer las cosas mejor que sus compañeras, todo esto surgía casi enteramente de su deseo de agradar a la madre y a sus maestras. Su actitud homosexual era muy fuerte y había pocas tendencias heterosexuales evidentes.

La continuación del análisis, que prosiguió entonces en forma normal, condujo a grandes cambios no solo en este sentido sino en el completo desarrollo de la personalidad de Ilse. En esto fue ayudada por el hecho de que podíamos analizar la gran ansiedad que la aparición de la menstruación hizo surgir en ella en esa época. Se vio entonces que su apego excesivamente positivo a la madre, contra quien, sin embargo tenía ocasionalmente explosiones de rabia, estaba causado por ansiedad y sentimientos de culpa. El análisis posterior dejó al descubierto en forma completa su originaria actitud de rivalidad con su madre y el intenso odio y envidia que sentía hacia ella por su posesión del padre (y su pene) y por el placer que esta le daba, y la capacitó para reforzar sus tendencias heterosexuales y disminuir las

homosexuales. Recién entonces se estableció realmente su pubertad psicológica. Antes de esto, no había estado en situación de criticar a su madre y formar sus propias opiniones, porque esto hubiera significado hacer un violento ataque sádico hacía su madre. El análisis de este sadismo le permitió a Ilse independizar su pensamiento y su acción, manteniéndose en su edad. Al mismo tiempo apareció más plenamente su oposición a la madre, pero no condujo a dificultades especiales desde que estas estaban contrabalanceadas por su progreso en otros sentidos. Algo más tarde, después de un análisis de 425 horas, Ilse pudo establecer una relación firme y afectuosa con su madre y alcanzar al mismo tiempo una posición heterosexual satisfactoria[651].

En este caso vemos cómo el fracaso de la niña para resolver sus sentimientos de culpa, exageradamente fuertes, fue capaz de perturbar no solo su transición al período de latencia sino el completo uso de su desarrollo posterior. Sus afectos, que encontraban salida en ocasionales explosiones de rabia, habían sido desplazados, y la modificación de la ansiedad fracasó. Aunque ella daba la inequívoca impresión de ser una niña infeliz e insatisfecha, no tenía conciencia de su propia ansiedad y de su falta de satisfacción para consigo misma. Adelantó mucho su análisis cuando le pude hacer comprender que era infeliz y le mostré que se sentía inferior y no querida y se desesperaba por esto, y en su desesperanza no hacía ninguna tentativa para ganar el amor de los otros. Después de esto, en lugar de su aparente indiferencia al afecto y elogio del mundo que la rodeaba, apareció el deseo vehemente y exagerado de estos que es característico del período de latencia y que condujo a aquella actitud de obediencia extrema y fijación en la madre ya descripta. La última parte del análisis, que descubrió las bases más profundas de sus fuertes sentimientos de culpa y de su fracaso, fue mucho más fácil ahora, pues ya tenía conciencia de su enfermedad.

Se ha aludido ya a los actos sexuales cometidos entre Ilse y su hermano, que era año y medio mayor que ella. No mucho tiempo después de haber comenzado el análisis de Ilse tomé a mi cargo el tratamiento del hermano. Ambos análisis mostraron que la relación sexual entre ellos retrocedía a la temprana niñez y que había continuado a través del período de latencia, aunque a raros intervalos y en forma mitigada. Lo notable era que Ilse no tenía el sentimiento consciente de culpa acerca de esto sino que detestaba a su hermano. El análisis de su hermano tuvo como efecto la completa interrupción de estas relaciones sexuales, y al principio esto hizo surgir un odio aún más intenso hacia él. Pero más tarde, en su análisis, junto a otros

cambios producidos en ella, comenzó a tener fuertes sentimientos de culpa y ansiedad por estos episodios[652].

El método de Ilse de modificar sus sentimientos de culpa, por el cual ella rehusaba toda responsabilidad por sus actos y adoptaba una actitud muy desagradable, desafiante y de naturaleza opuesta a su medio, he encontrado que es típico de cierta clase de tipos asociales. En Kenneth[653], por ejemplo, que aparentemente tenía una indiferencia tan completa frente a las opiniones de los otros y tan extraordinaria falta de vergüenza, los mecanismos que obraban eran semejantes. Y ellos también se encuentran en el niño normal que es simplemente «travieso». Los análisis de niños de toda edad muestran que la disminución de los sentimientos latentes de culpa y ansiedad conducen a una adaptación social mejor y a un reforzamiento de su sentido de responsabilidad personal. Cuanto más profundo sea el análisis, tanto más se verá.

Este caso nos da ciertas indicaciones para decidir qué factores son necesarios en el desarrollo de una niña para que la transición al período de latencia sea un éxito y cuáles para la transición posterior a la pubertad. Como ya he dicho, encontramos a menudo que en la edad de la pubertad la niña está aún en un período de latencia retrasado. Analizando las primeras etapas de su evolución y la temprana ansiedad y sentimientos de culpa derivados de la agresividad contra la madre, podemos capacitarla para hacer no solo una transición satisfactoria hacia la pubertad sino la transición siguiente hacia la vida adulta y poder así asegurar el completo desarrollo de su vida sexual femenina y de su personalidad.

Aún falta llamar la atención sobre la técnica empleada en el tratamiento de este caso. En su primera parte usé la técnica correspondiente al período de latencia, y en la segunda, la perteneciente a la pubertad. Repetidas veces he hecho referencia en estas páginas a los nexos de conexión entre los modos de análisis apropiados a los diversos estadios. Permítaseme decir que considero la técnica de los análisis tempranos como la base de la técnica aplicable a niños de toda edad. En el último capítulo he dicho que mí método para analizar niños en el período de latencia está basado enteramente en la técnica de juego que he elaborado para los niños pequeños. Pero como muestran los casos discutidos en el presente capítulo, la técnica del análisis temprano es indispensable también para muchos pacientes en edad de la pubertad, ya que fracasaremos con muchos de estos casos, a menudo muy difíciles, si no tomamos en cuenta suficientemente la necesidad de acción del adolescente y la necesidad de expresión por la fantasía y si no tenemos cuidado de regular la

ansiedad liberada, y, en general, no adoptamos una técnica suficientemente elástica.

Analizando los estratos más profundos de la mente, tenemos que observar ciertas condiciones determinadas.

En comparación con la ansiedad modificada de los estratos más elevados, la ansiedad de los niveles profundos es mucho mayor tanto en cantidad como en intensidad, y por consiguiente es imperativo que su liberación sea debidamente regulada. Hacemos esto refiriendo continuamente la ansiedad hacia su fuente y resolviéndola por un análisis sistemático de la situación de transferencia.

En los primeros capítulos de este libro he descrito cómo en casos en que el niño era muy tímido, u hostil hacia mí al comenzar un análisis, inmediatamente comencé a analizar su transferencia negativa y a descubrir e interpretar los signos ocultos de su ansiedad latente antes de que se manifestaran y condujeran a una crisis de ansiedad. Para poder hacer esto, el analista debe tener un conocimiento completo de las reacciones de ansiedad de las fases más tempranas del desarrollo del niño y de los mecanismos de defensa empleados por su yo contra ellas. En realidad, debe tener un conocimiento teórico de la estructura de las capas más profundas de la mente. Su trabajo de interpretación debe dirigirse hacia esa parte del material que está asociada con la mayor cantidad de ansiedad latente y debe descubrir las situaciones de ansiedad que han sido activadas. También debe establecer la relación entre la ansiedad latente y a) las particulares fantasías sádicas subyacentes, b) los mecanismos de defensa que usa el yo para dominarlas. Es decir, para resolver una parte de ansiedad por medio de una interpretación, seguir un poco las amenazas del superyó, los impulsos del ello y las tentativas del yo para conciliar a ambos. En esta forma, gradualmente se pondrá en condiciones de traer a la conciencia el contenido total de la parte especial de ansiedad que se ha hecho sentir en ese momento. Para hacer esto es absolutamente necesario que el analista se limite a métodos estrictamente analíticos, ya que solamente absteniéndose de ejercer cualquier influencia moral o educacional sobre el niño puede analizar los más profundos niveles de su mente. Pues si impide sacar al exterior ciertos impulsos del ello, el analista mantendrá guardados también otros impulsos, y aun en el niño pequeño se encontrará bastante obstaculizado para hacerse camino hacia las fantasías oral y anal-sádicas más primitivas.

Por otra parte, regulando sistemáticamente la liberación de su ansiedad, el niño no sufrirá por una excesiva acumulación de ansiedad durante intervalos

en su análisis o en el caso de que su tratamiento deba ser interrumpido. En tales circunstancias, es verdad, la ansiedad a menudo se vuelve más aguda, pero el yo del niño es más capaz de dominarla y modificarla en grado mayor que antes del análisis.

En algunos casos el niño puede evitar también una faz pasajera de ansiedad de esta naturaleza[654]. La liberación sistemática de ansiedad hace que el niño no sufra demasiado.

Después de haber llamado la atención sobre las semejanzas entre la pubertad y la primera infancia, veamos las diferencias. En la pubertad el desarrollo más completo del yo y sus intereses crecientes exigen una técnica aproximada a la del análisis del adulto. En ciertos niños o en ciertos momentos del análisis podemos emplear otros medios de representación, pero, en general, en los análisis de la edad de pubertad, tenemos que confiar principalmente en las asociaciones verbales, para hacer posible que el adolescente establezca una relación completa con la realidad y con su campo normal de intereses. Por estas razones, antes de aceptar el análisis de niños en período de pubertad, el analista debe comprender en forma completa la técnica de análisis de los adultos. En general, considero que un buen entrenamiento en el análisis de adultos es una base necesaria para el especial entrenamiento de un analista de niños. Quien no haya tenido una experiencia adecuada y no haya realizado una cantidad considerable de trabajo con adultos no podrá penetrar en el campo técnicamente más difícil del análisis de niños.

Con el objeto de mantener los principios fundamentales del tratamiento analítico en la forma modificada que necesitan los mecanismos del niño en las diversas etapas de su evolución, el analista, además de estar completamente entrenado en la técnica de los análisis tempranos, debe poseer el dominio total de la técnica empleada en los análisis de adultos.

6. Neurosis en los niños

Hasta ahora he tratado la técnica mediante la cual los niños pueden ser analizados tan profundamente como los adultos. Consideraré ahora en qué casos es indicado el tratamiento.

El primer problema que surge es: ¿Qué dificultades deben ser consideradas normales en un niño y cuáles neuróticas?; ¿cuándo es solo travieso y cuándo debe considerárselo enfermo? En general, estamos

preparados para encontrar ciertas dificultades típicas que varían considerablemente en cantidad y efecto y que siempre, dentro de ciertos límites, son inevitables en el desarrollo y crianza de cualquier niño; pero pienso que por esta razón prestamos poca atención a ciertos hechos, juzgándolos como dificultades diarias y que, en cambio, deberían ser considerados como el comienzo de un serio trastorno de desarrollo.

Trastornos en las comidas, si son suficientemente serios, y, sobre todo, manifestaciones de ansiedad, ya sean en la forma de terrores nocturnos o de fobias, deben ser considerados como síntomas definitivamente neuróticos. Pero el estudio de los niños pequeños generalmente muestra que esta ansiedad toma formas varias y disfrazadas, y que aun tempranamente, a los dos o tres años, muestran modificaciones de la ansiedad que implican la actuación de un proceso de represión muy complicado. Después de haberse sobrepuesto a los terrores nocturnos, por ejemplo, se presentan en ellos, por algún tiempo, trastornos del sueño, como dormirse tarde, despertarse temprano, tener un sueño fácilmente perturbable o intranquilo, incapacidad de dormir por la tarde, hechos todos que a través del análisis se manifiestan como formas modificadas del pavor nocturno originario. Se incluyen en este grupo las diversas manías y ceremoniales, a menudo de naturaleza tan perturbadora, a que se entregan los niños a la hora de dormir. En el mismo sentido, los primeros trastornos en alimentación[655] a menudo se transforman en un hábito de comer despacio, o de no masticar bien, o en una general falta de apetito, o meramente en los malos modales en la mesa.

Es fácil ver que la ansiedad que el niño siente ante ciertas personas da lugar a menudo a una timidez general. Más tarde aparece con frecuencia como inhibición en las relaciones sociales o como vergüenza. Todos estos grados del miedo son solo modificaciones de ansiedad primaria que, como en el caso del miedo a la gente, pueden determinar más tarde la conducta social del individuo. Una fobia declarada frente a ciertos animales será sustituida por una aversión hacia ellos o a los animales en general. El temor a las cosas inanimadas, que siempre para el pequeño están dotadas de vida, acarreará más tarde una inhibición de las actividades relacionadas con estas cosas. Así, por ejemplo, la fobia de un niño por los teléfonos se manifiesta años más tarde como aversión a telefonear; en otros casos, el temor a las locomotoras puede traer una aversión a viajar o una predisposición a estar muy cansado en los viajes. En otros casos, el miedo a la calle aumentará la aversión a salir a caminar, etc. Dentro de esta clase entra la inhibición para los deportes[656] y juegos activos, pudiendo manifestarse esta inhibición de diversos modos:

como disgusto, como aversión a ciertas formas especiales de deporte, como un desagrado general hacia ellos, predisposición a la fatiga, inhabilidad, etc. Dentro de esta categoría entran las idiosincrasias, hábitos e inhibiciones del adulto normal. El adulto normal puede racionalizar estas aversiones —que nunca faltan— de diversos modos, diciendo que algo es «aburrido» o de mal «gusto» o «antihigiénico» y muchas otras cosas más, mientras que en el niño la aversión y hábitos de esta clase son más intensos y menos aceptados socialmente que en un adulto, y se atribuyen a «maldad». Pero invariablemente son la expresión de ansiedad y sentimiento de culpa. Están íntimamente relacionados con las fobias y generalmente también a los ceremoniales obsesivos, estando determinados complejamente en cada detalle; y por esta razón a menudo se resisten a medidas educativas, aunque pueden frecuentemente hallar solución por medio del análisis como cualquier síntoma neurótico.

El espacio me impide mencionar más de uno o dos ejemplos de este interesante campo de observación. En un muchacho, el abrir desmesuradamente los ojos y hacer muecas, significaba asegurarse que él no se quedaría ciego. En otro, parpadear tenía la misma significación. En un tercero, mantener la boca abierta y silbar significaba confesar que había realizado *fellatio*, y luego retractarse de esa confesión. La conducta intratable de un niño cuando se lo baña o le lavan la cabeza se debe, según lo he comprobado repetidas veces, a un secreto miedo a ser castrado o a que todo su cuerpo sea destruido.

Hurgarse la nariz, tanto en el niño como en el adulto, representa, entre otras cosas, ataques anales contra el cuerpo de sus padres. Las dificultades que encuentran padres y niñeras para inducir al niño a que realice pequeños servicios y actos de respeto —dificultades que hacen a menudo el trabajo tan desagradable para la persona encargada del niño— resultan invariablemente determinadas por la ansiedad. Por ejemplo, la aversión de un niño por tomar algo de una caja será debida a menudo al hecho de que hacerlo significaría la aceptación de sus fantasías de realizar ataques contra el cuerpo de su madre.

Frecuentemente los niños presentan una hiperactividad que se acompaña de una actitud desafiante y dominante y que, en general, la gente interpreta como signo de «temperamento» o de desobediencia, según los puntos de vista. Dicha conducta es, al igual que la agresión, una sobrecompensación de la ansiedad, y este método de modificar la ansiedad tiene gran influencia en la formación del carácter del niño y en su actitud futura ante la sociedad[657]. La inquietud que a menudo acompaña a esta hiperactividad es, a mi juicio, un

síntoma importante. Las descargas motoras que realiza el niño al inquietarse se condensan a menudo, al entrar en el período de latencia, en movimientos estereotipados que pasan inadvertidos dentro del cuadro de excesiva motilidad que presenta el niño. En la pubertad, y a veces antes, reaparecen o se hacen más evidentes y forman la base de un «tic[658]».

Nos hemos referido repetidas veces a la gran importancia de las inhibiciones en el juego. Estas inhibiciones, que pueden ocultarse bajo las más diversas formas, se hallan presentes en distintos grados. Aversión a ciertos juegos definidos, falta de perseverancia en el juego, son ejemplos de las inhibiciones parciales de juegos. Así, algunos niños tienen que tener a alguien que realice la parte más activa en el juego, como tomar la iniciativa, ir a buscar los juguetes, etc. Otros solo gustan de juegos con reglas establecidas o solo cierta clase de juegos (en cuyo caso acostumbran a jugarlo con gran asiduidad). Estos niños sufren de una fuerte represión de la fantasía acompañada, por lo general, por rasgos compulsivos, y sus juegos tienen más carácter de síntoma obsesivo que de sublimación.

Hay una clase de juego detrás de la cual —especialmente en la transición al período de latencia— se ocultan movimientos rígidos o estereotipados. Por ejemplo, un chico de ocho años que acostumbraba a realizar un juego en el que él era un policía en su puesto, solía realizar ciertos movimientos y repetirlos durante horas, permaneciendo inmóvil en ciertas actitudes por largo tiempo. En otros casos, algún juego en especial ocultará una peculiar inquietud, íntimamente asociada a los tics.

La aversión a jugar juegos activos en general, la inhabilidad en los juegos, son un pronóstico de futuras inhibiciones en deportes, siendo siempre un indicio importante de que algo anda mal.

En muchos casos, las inhibiciones en el juego son la base de las inhibiciones de aprendizaje. En varios niños con inhibición en el juego y que son buenos escolares he encontrado que el impulso a aprender es principalmente compulsivo, y más tarde, especialmente en la pubertad, algunos de ellos manifiestan graves limitaciones en su capacidad de aprender. Las inhibiciones para aprender, como las de juego, pueden variar en gravedad y presentarse bajo diferentes formas, como indolencia, falta de interés, fuerte aversión por ciertas cosas o temas particulares, poca facilidad para aprender lecciones excepto a último momento y bajo compulsión. Dichas inhibiciones para aprender son a menudo la base de inhibiciones vocacionales posteriores cuyos primeros signos estaban ya en las inhibiciones de juego de estos niños pequeños.

En mi trabajo «El desarrollo del niño» (1921) dije que la resistencia de un niño a que se le aclaren los temas sexuales es un indicio importante de que algo anda mal. Si se abstienen de preguntar sobre estos temas, lo que a menudo ocurre a continuación o alternando con preguntas obsesivas, debemos considerarlo como un síntoma basado en afecciones frecuentemente serias del instinto de conocer. Como bien sabemos, las cansadoras preguntas de los niños a menudo se prolongan en el adulto como manía de cavilación, que siempre está asociada a perturbaciones neuróticas.

La tendencia en los niños a quejarse y el hábito de caerse, golpearse y hacerse daño deben ser considerados como expresión de diversos miedos y sentimientos de culpa. El análisis de niños me ha convencido de que tales pequeños accidentes repetidos —y algunas veces otros más serios— son sustituciones de autodestrucciones más graves y pueden simbolizar intentos de suicidio con medios insuficientes. En muchos chicos, especialmente varones, una extremada sensibilidad al dolor es reemplazada tempranamente por una exagerada indiferencia, que no es más que una defensa elaborada contra la ansiedad y una modificación de la misma.

La actitud del niño frente a los regalos es también muy típica. Muchos niños son insaciables al respecto y ningún regalo les puede dar una satisfacción real y duradera o brindarles algo que no sea una desilusión. Otros no tienen interés y son igualmente indiferentes frente a los regalos. En los adultos podemos observar las mismas dos actitudes. Entre las mujeres existen aquellas que eternamente ansían ropa nueva pero que en realidad nunca la disfrutan y aparentemente nunca «tienen qué ponerse». Estas son mujeres que están a la búsqueda de diversiones, y a menudo cambian el objeto de su amor con facilidad y no pueden encontrar una verdadera satisfacción sexual. Encontramos también mujeres aburridas que nada desean. En el análisis resulta claro que los regalos significan para el niño todos los presentes de amor que él no pudo tener: la leche y el pecho de su madre, el pene del padre, orina, heces, bebés, etc. Los regalos también alivian su sentimiento de culpa, porque simbolizan cosas dadas libremente y que él quiso tomar por medios sádicos. En su inconsciente él considera la falta de regalos, como todas las otras frustraciones, como un castigo por sus impulsos agresivos, que están ligados a sus deseos libidinales. En otros casos, cuando el niño se encuentra en una situación aún más desfavorable, en lo que se refiere a su excesivo sentimiento de culpa, o cuando no ha podido modificarlo, reprimirá sus deseos libidinales por completo, por temor a nuevas desilusiones, de modo que los regalos que recibe no le producen ningún placer.

El niño incapaz de tolerar sus tempranas frustraciones debido a las razones ya mencionadas, en su inconsciente considerará toda frustración posterior que reciba durante su crianza como un castigo, con el resultado de que se torna ingobernable y mal adaptado a la realidad. En niños mayores —y en algunos casos también en niños pequeños— esta incapacidad de tolerar frustraciones se esconde con frecuencia bajo una aparente adaptación debido a su necesidad de agradar a las personas que lo rodean. Una adaptación aparente de este tipo es capaz, especialmente en el período de latencia, de ocultar la presencia de dificultades arraigadas más profundamente.

La actitud de muchos niños frente a las fiestas es también característica. La llegada de Navidad y Pascua es esperada con gran impaciencia, para quedar luego completamente insatisfechos. Días como estos, y aun a veces los domingos, ofrecen esperanzas de renovación, en mayor o menor grado, de «un nuevo comienzo» y, junto con los regalos que esperan recibir, esperan también la restauración de las cosas malas que han sufrido y hecho. Los acontecimientos familiares chocan profundamente con los complejos del niño asociados a su vida de familia. Un cumpleaños, por ejemplo, representa siempre el renacimiento, y los cumpleaños de otros niños estimulan los conflictos asociados al nacimiento real o imaginario de hermanos o hermanas. El modo de reaccionar del niño ante estas cosas es una de las pruebas para determinar la presencia de neurosis en ellos.

La aversión por el teatro, cine y representaciones de toda índole está íntimamente asociada al trastorno del instinto de conocer en el niño. He encontrado que la base de este trastorno es el interés reprimido por la vida sexual de los padres o por su propia vida sexual. Esta actitud, que acarrea la inhibición de muchas sublimaciones, es debida en última instancia a la ansiedad y a sentimientos de culpa pertenecientes a los primeros estadios de desarrollo y surge de las fantasías agresivas dirigidas contra la relación sexual de los padres.

También quiero subrayar el papel que desempeñan los factores psíquicos en las diversas enfermedades a las que el niño está expuesto. Estoy convencida de que muchos niños expresan su ansiedad y sentimientos de culpa enfermándose (en dichos casos, al mejorar disminuye la ansiedad), y de que en general, las frecuentes enfermedades por las que pasan a una cierta edad son producidas en parte por una neurosis. Este factor psicogenético actúa aumentando no solo la predisposición del niño a las infecciones sino la gravedad y duración de la enfermedad[659]. En general he encontrado que

después del análisis el niño está menos expuesto a resfriarse. En algunos casos la predisposición desapareció casi por completo.

Sabemos que las neurosis y la formación del carácter están íntimamente relacionadas y que en muchos análisis de adultos se producen también favorables cambios de carácter. Así como en los análisis de niños grandes siempre se producen favorables cambios caracterológicos, en los análisis tempranos, al suprimir las neurosis, disminuyen las dificultades en la educación. Parece existir una cierta analogía entre las dificultades educacionales en el niño pequeño y lo que en el niño mayor y en el adulto se conocen como dificultades caracterológicas. Es un hecho notable que al hablar de carácter pensemos especialmente en el individuo mismo, aun cuando su «carácter» tenga una influencia perturbadora sobre su ambiente, en tanto que al hablar de «dificultades educacionales» pensamos primero, y sobre todo, en las dificultades que enfrentan las personas encargadas del niño. De este modo, muy a menudo pasamos por alto el hecho de que estas dificultades educacionales son la expresión de procesos importantes de desarrollo que llegan a concretarse con la declinación del complejo de Edipo. Lo que advertimos, entre otras cosas, como dificultades educacionales excesivas en el niño surgen de los procesos que han formado y están todavía formando su carácter y que forman la base de cualquier futura neurosis o defecto de desarrollo que pueda llegar a padecer, de modo que pueden considerarse más apropiadamente como dificultades caracterológicas y como síntomas neuróticos.

Por lo que se ha dicho vemos que las dificultades, que nunca faltan, en el desarrollo del niño pequeño son de carácter neurótico. En otras palabras, todo niño pasa por una neurosis que se diferencia solo en grado de un individuo a otro[660]. Desde que se ha encontrado que el psicoanálisis es uno de los medios más eficaces para curar la neurosis en los adultos, parece lógico hacer uso del psicoanálisis para combatir las neurosis en los niños, y además, viendo que todo niño sufre una neurosis, aplicarlo a todos los niños. Por ahora, en la época actual, debido a consideraciones prácticas, solo en muy raros casos es posible someter a tratamiento analítico las dificultades neuróticas de los niños normales. Por lo tanto, al prescribir indicaciones para tratamiento, es importante señalar qué signos indican la presencia de neurosis graves, es decir, de una neurosis que no deje lugar a dudas de que el niño también sufrirá considerables dificultades en sus años venideros.

No discutiremos aquellas neurosis infantiles cuya gravedad es evidente debido al grado y carácter de los síntomas, pero sí consideraremos uno o dos

casos en que, al no prestarse suficiente atención a las indicaciones específicas de las neurosis infantiles, su verdadera gravedad no ha sido reconocida. El que las neurosis de los niños hayan atraído mucho menos la atención que las de los adultos, se debe a que, en muchos aspectos, sus signos exteriores difieren esencialmente de los síntomas de los adultos. Los analistas saben que bajo la neurosis del adulto yace siempre una neurosis infantil, pero durante mucho tiempo han fracasado en sacar la única deducción posible de este hecho, es decir, que la neurosis debe ser por lo menos extremadamente común entre los niños, y esto sucede aunque el niño mismo les presenta suficiente evidencia.

Al juzgar lo que es neurótico en un niño no podemos aplicar los *standard* s apropiados a los adultos. De ninguna manera aquellos niños que más de cerca se aproximan a lo que es un adulto no neurótico son los menos neuróticos. Así, por ejemplo, un niño pequeño que cumpla todos los requisitos de su educación y no se deje dominar por su vida de fantasía y sus instintos, esto es, un niño que aparezca como bien adaptado a la realidad y presente además pocos signos de ansiedad, no solamente será un ser precoz y sin encanto, sino anormal en el más completo sentido de la palabra. Si completamos este cuadro suponiendo que su vida imaginativa ha sufrido una gran represión, que sería condición necesaria para tal desarrollo, tendríamos entonces causas para inquietarnos por su futuro. La neurosis de la cual él sufre no sería de menor grado que la del niño común, sino simplemente sin síntomas, y como sabemos por los análisis de adultos, una neurosis de esta naturaleza es por lo general muy grave.

Normalmente deberíamos esperar ver signos claros de las graves luchas y crisis que el niño pasa en los primeros estadios de su vida. Estos signos difieren, sin embargo, en muchos aspectos de los síntomas del adulto neurótico. Hasta cierto punto el niño normal muestra su ambivalencia y sus afectos, su sujeción y su sometimiento a los impulsos instintivos y a la fantasía y también las influencias que proceden de su superyó; esto crea algunas dificultades en el camino de su adaptación a la realidad y, por lo tanto, en su educación, y no es, desde ningún punto de vista, un niño «fácil». Pero si su ansiedad y ambivalencia y los obstáculos que presenta para su adaptación a la realidad van más allá de ciertos límites, y las dificultades que sufre y hace sufrir a su ambiente son muy grandes, entonces debería ser considerado como neurótico. Sin embargo, creo todavía que una neurosis de este tipo a menudo puede ser menos grave que una neurosis del tipo en que la represión de afectos ha sido tan aplastante y ha comenzado tan temprano, que

apenas pueden percibirse signos de emoción y ansiedad en el niño. Lo que realmente diferencia al niño menos neurótico del más neurótico, además del grado cuantitativo, es el modo en que el niño se comporta frente a estas dificultades.

Los signos característicos de una neurosis infantil, según se ha descrito anteriormente, constituyen un valioso punto de partida para el estudio de los métodos, a menudo muy oscuros, mediante los cuales el niño ha modificado su ansiedad y de la posición fundamental que ha adoptado. Así, por ejemplo, puede suponerse que si a un niño no le gusta asistir a representaciones de ninguna clase, tales como teatro o cine, si no tiene placer en formular preguntas y es inhibido en el juego o no puede jugar sino ciertos juegos sin contenido imaginativo, está sufriendo de graves inhibiciones de su instinto de conocer y de una aumentada represión de su vida imaginativa, aunque por otra parte puede estar bien adaptado y parecer no tener trastornos muy acentuados. Tal niño satisfará su deseo por conocer en una edad posterior, principalmente de un modo obsesivo, y a menudo producirá otros trastornos neuróticos en conexión con estos. Se ha dicho que en muchos niños la incapacidad originaria para tolerar las frustraciones está oscurecida por una amplia adaptación a los requerimientos de su crianza. Desde muy temprano se transforman en niños «buenos» e «inteligentes», pero son precisamente estos niños los que más comúnmente adoptan esta actitud de indiferencia ante los regalos y agasajos, etc., que han sido mencionados más arriba. Si además de esta actitud presentan una gran inhibición en el juego y una fijación excesiva a sus objetos, la probabilidad de que sucumban en años posteriores a una neurosis es muy grande, porque tales niños han adoptado un punto de vista pesimista y una actitud de renuncia. Su principal objeto es luchar contra su ansiedad y su sentimiento de culpa a toda costa, aunque esto signifique renunciar a toda la felicidad y gratificación de sus instintos. Al mismo tiempo son, por lo general, dependientes de sus objetos, porque dependen del medio ambiente externo para protección y apoyo contra su ansiedad y sentimiento de culpa[661]. Son más evidentes, aunque no se las evalúa adecuadamente, sin embargo, las dificultades que presentan aquellos niños cuyos deseos insaciables de regalos es concomitante a su incapacidad para tolerar las frustraciones impuestas por su crianza.

Es muy cierto que en los casos típicos descritos aquí, las perspectivas para que el niño logre una real estabilidad mental en el futuro no son favorables. Generalmente, también la impresión que produce el niño —su manera de comportarse, su expresión facial, sus movimientos y lenguaje— traiciona el

fracaso de su adaptación interna. En todos los casos, solamente el análisis puede demostrar la gravedad de tales trastornos. He puntualizado muchas veces el hecho de que la presencia de una psicosis o de rasgos psicóticos a menudo no ha sido descubierta en el niño hasta que este ha sido analizado por un período de tiempo considerable. Esto es debido a que las psicosis de niños, como sus neurosis, difieren en muchos aspectos en su expresión, de las psicosis de los adultos. En algunos casos analizados por mí, en los cuales la neurosis infantil tenía ya el mismo carácter de una neurosis obsesiva grave de adulto, el análisis demostraba la existencia de serios rasgos paranoides[662].

La cuestión a considerar ahora es: cómo pone de manifiesto el niño que está bastante bien adaptado internamente. Es un signo alentador si goza jugando y da libre rienda a la fantasía de hacerlo, estando al mismo tiempo, como puede reconocerse por signos claros, bien adaptado a la realidad; y si tiene realmente relaciones buenas —no exageradamente afectuosas— con sus objetos. Otro buen signo es si además presenta un desarrollo relativamente tranquilo de su instinto de saber, de modo que fluyan libremente en distintas direcciones, sin, por otra parte, tener ese carácter de compulsión e intensidad típico de las neurosis obsesivas. La aparición de una cierta cantidad de afecto y ansiedad es también, creo, precondición de un desarrollo favorable. Estas y otras razones para un pronóstico favorable tienen —según mi experiencia— solo un valor relativo, y no son garantía absoluta para el futuro. A menudo, el que su neurosis aparezca o no en los años posteriores, depende de realidades externas imprevisibles —favorables o desfavorables— que el niño enfrentará a medida que crece.

Además me parece que no sabemos mucho sobre la estructura mental del individuo normal o de las dificultades que acosan su inconsciente, puesto que ha sido mucho menos objeto de investigación psicoanalítica que el neurótico. La experiencia analítica con niños sanos de diversas edades, me ha convencido de que aunque su yo reacciona de manera normal, tiene también que enfrentar grandes cantidades de ansiedad, graves culpas inconscientes y profunda depresión, y de que, en algunos casos, lo único que distingue sus dificultades de las de los niños neuróticos es la elaboración activa y optimista de sus dificultades. El resultado obtenido por el tratamiento analítico de estos casos, ha probado su valor aun para los niños que tienen neurosis muy leves[663]. No puede haber duda alguna de que, disminuyendo su ansiedad y sentimiento de culpa y efectuando cambios fundamentales en su vida sexual, el análisis puede ejercer una gran influencia sobre el futuro, no solo de los niños neuróticos, sino también de los normales[664]. La siguiente cuestión a

considerar es hasta qué punto el análisis de un niño puede considerarse terminado. En los adultos podemos llegar a esta conclusión por varios signos, tales como la capacidad del paciente para trabajar, amar, cuidar de sí mismo en las circunstancias en las que se halla colocado y realizar las decisiones necesarias en el curso de su vida. Si nosotros conocemos qué factores son los que conducen al fracaso en el adulto y si estamos alertas a la presencia de factores similares en los niños, poseemos una guía segura para decidir si un análisis ha alcanzado su término o no.

En la vida adulta el individuo puede sucumbir a una neurosis, a defectos caracterológicos, perturbaciones de su capacidad de sublimación, o a perturbaciones de su vida sexual. En cuanto a su neurosis, su presencia puede descubrirse a una edad muy temprana, como he tratado de demostrar, por diversos signos, leves pero característicos; y su cura, a esa edad, es la mejor profilaxis contra su aparición en los años posteriores. En cuanto a los defectos y dificultades caracterológicos, también se previenen mejor eliminándolos en la infancia. En cuanto al tercer punto, el juego de los niños, que nos permite penetrar tan profundamente en sus mentes, nos da una idea de cuándo su análisis ha terminado con respecto a su futura capacidad de sublimación. Antes de que podamos considerar que el análisis de un niño pequeño ha sido completado, sus inhibiciones en el juego deben haber disminuido ampliamente[665]. Cuando esto sucede, su interés en el juego adecuado a su edad no solo se hace más profundo y estable, sino que también se extiende en distintas direcciones.

Si como resultado del análisis, el interés obsesivo del niño por un solo juego se hace más amplio y cubre muchas otras formas de juego, este proceso es equivalente a la expansión de intereses y al aumento de capacidad de sublimar que se logra en el análisis de un adulto. De este modo, comprendiendo el juego de los niños, podemos calcular su capacidad de sublimación en los años venideros y podemos también decir cuándo un análisis lo ha resguardado suficientemente contra futuras inhibiciones en su capacidad para aprender y trabajar.

Finalmente, el desarrollo de los intereses del niño en los juegos y las variaciones en calidad y cantidad que presentan, nos permite medir si su vida sexual en la fase adulta estará construida sobre buenos cimientos. Esto puede ilustrarse con el análisis de dos niños pequeños, un varón y una niña. Kurt, de 5 años, se ocupaba al principio, como la mayoría de los niños, con motores y trenes de mi mesa de juegos. Los elegía entre otros juguetes y jugaba con ellos, comparaba su tamaño y poder y los hacía viajar hasta un punto dado,

expresando de este modo simbólico y, típicamente de acuerdo con mi experiencia, una comparación de su pene, su potencia y su personalidad, como un todo, con los de su padre y hermanos. Se pudo haber supuesto que estas acciones indicaban en él una actitud heterosexual activa y normal, pero su naturaleza marcadamente aprensiva y poco masculina daba una impresión opuesta[666], y a medida que el análisis avanzaba se fue confirmando la verdad de esta impresión. Sus juegos, que representaban su rivalidad con su padre por la posesión de su madre, se interrumpieron con la aparición de una grave ansiedad. Parecía que había desarrollado una actitud predominantemente pasiva homosexual, pero que debido a la ansiedad no había podido mantener tampoco esta actitud, y por lo tanto, buscaba refugio en fantasías megalomaníacas. Sobre esta base irreal pudo poner en primer plano y exagerar, tanto para él como para otros, una parte de las tendencias activas y masculinas que permanecían todavía actuantes en él.

A menudo me he referido al hecho de que el juego de los niños, como los sueños, es una fachada, y que solo podemos descubrir su contenido latente por medio del análisis completo, del mismo modo que descubrimos el contenido latente de los sueños. Pero dado que el juego, debido a su más íntima relación con la realidad y a su importancia como vehículo para la expresión de fantasías, sufre una elaboración secundaria mayor, es solo muy gradualmente, observando los cambios sucesivos que tienen lugar en los juegos de los niños, que podemos llegar a conocer las diversas corrientes de pensamiento y sentimiento que fluyen bajo ellos.

Hemos visto en Kurt que la actitud masculina activa que exhibía en sus primeras horas de análisis era en su mayor parte solo aparente y que pronto fue destruida por la aparición de una grave ansiedad. Esto marcó el comienzo del análisis de su actitud homosexual pasiva, pero fue solo después de un largo período de tratamiento (que ocupó en total cerca de 450 sesiones) que la ansiedad que se oponía a esta actitud fue reducida en cierto grado. Cuando se logró, los animales de juguete, que originariamente representaban aliados imaginarios en su lucha contra su padre, aparecieron como niños, y su actitud femenina pasiva y el deseo de niños que derivaba de esta tendencia encontró ahora una expresión más clara[667].

El análisis del miedo de Kurt a la «madre con pene» y de su terror excesivo al padre[668] tuvo el efecto de aumentar y, una vez más, colocar en primer plano su posición heterosexual activa. Pudo dar una expresión más estable en su juego a sus sentimientos de rivalidad con su padre. Una vez más retomó los juegos que había jugado en el comienzo de su análisis, pero esta

vez más estable e imaginativamente. Por ejemplo, tomaba gran cuidado en la construcción de garajes en los cuales se alojaban motores, y era incansable para agregarles nuevos elementos y perfeccionarlos; o construía diferentes clases de pueblos o ciudades para que los autos realizaran expediciones a ellos, expediciones que simbolizaban su rivalidad con su padre por la posesión de su madre. En el placer y cuidado que ponía en la construcción de pueblos, ciudades y garajes, expresaba su deseo de restaurar a su madre, a la que había atacado en su imaginación. Al mismo tiempo su actitud hacia su madre sufrió un cambio completo en la vida real. A medida que su ansiedad y sentimiento de culpa disminuían y él se hacía más capaz de formar tendencias reactivas, comenzó a adoptar una actitud más afectuosa hacia ella.

El fortalecimiento gradual de sus impulsos heterosexuales se registró en numerosas modificaciones realizadas en su juego. Al principio, detalles aislados del mismo demostraron que también aquí todavía predominaban sus fijaciones pregenitales, o más bien alternaban continuamente con sus fijaciones genitales. Por ejemplo, la carga que el tren traía a la ciudad o que el camión entregaba en la casa, a menudo simbolizaban excrementos. En este caso deberían ser entregados por la puerta de atrás. El hecho de que estos juegos representaban un violento coito anal con su madre, se evidenció en el hecho, entre otras cosas, de que al descargar, digamos carbón de un camión, el jardín o la casa a menudo se estropeaban, la gente de la casa se enojaba y el juego se detenía debido a su ansiedad.

El acarreo de diferentes clases de cargas ocupó totalmente, con gran riqueza de detalles, una parte del análisis de Kurt[669]. A veces eran camiones yendo a buscar mercaderías al mercado o llevándolas allí, a veces gente que hacía un largo viaje con todos sus equipajes, en cuyo caso sus posteriores asociaciones de juego demostraban que lo que estaba representando era una fuga y que los artículos eran cosas que habían sido tomadas o robadas del cuerpo de su madre. Las variaciones en puntos menos importantes fueron muy instructivas. Por ejemplo, Kurt expresaba la supremacía de sus fantasías anal-sádicas entregando las mercaderías por la puerta de atrás[670]. Un poco más tarde hizo lo mismo, pero esta vez con el pretexto de que tenía que evitar la entrada principal. Sus asociaciones con respecto al jardín del frente (los genitales femeninos) evidenciaron que su fijación al ano fue reforzada por su rechazo de los genitales femeninos, rechazo que estaba basado en su miedo a los mismos, que tenía muchos determinantes, siendo uno de ellos una fantasía de encontrar el pene de su padre mientras copulaba con su madre.

Este miedo, que tiene a menudo un efecto inhibidor, puede también actuar como estímulo para el desarrollo de ciertas fantasías sexuales. Las tentativas del niño de mantener sus impulsos heterosexuales a pesar de su miedo al pene del padre y de su fuga del mismo, pueden también conducir a peculiaridades en su vida sexual en los años adultos. Una fantasía típica de los muchachos de esa edad, y también de Kurt, es la de copular con su madre conjuntamente con su padre o turnándose con él. En ella están implicadas fantasías genitales y pregenitales o predominantemente genitales. En los juegos de Kurt, por ejemplo, dos hombres de juguete o dos carros se introducían por la puerta de un edificio que representaba el cuerpo de su madre, siendo la otra entrada el ano. Estos dos muñecos a menudo estaban de acuerdo para entrar juntos por la puerta principal o por turno, o si no uno de ellos vencía al otro. En esta lucha, el más pequeño —Kurt mismo— ganaba sobre el mayor —su padre— transformándose en un gigante. Pero poco después se veía una reacción de ansiedad y él huía de distintos modos, siendo uno de ellos tomar la otra entrada, dejando la del frente a la figura paterna. Este ejemplo demuestra cómo el miedo del niño a la castración obstaculiza el establecimiento de su estadío genital y refuerza su fijación, o más bien su regresión, a sus estadios pregenitales. Pero el resultado inmediato no es siempre una regresión al estadío pregenital. Si la ansiedad del niño no es demasiado fuerte, puede recurrir a muchas clases de fantasías que pertenecen al nivel genital además de las ya mencionadas aquí.

Lo que como niño el individuo nos presenta en estas fantasías de juego, aparecerán en él en su adultez como una condición para su vida amorosa. Las fantasías de Kurt de los dos muñecos entrando en un edificio por diferentes partes o usando el mismo lado, ya sea juntos o alternativamente, ya sea después de una lucha o de común acuerdo, manifiestan los diferentes modos en que un individuo se comportará en una situación «triangular» en la que él será el tercero. En tal situación puede tomar la posición del «tercero injuriado» o del amigo de la familia que vence al marido o lucha con él. Otro efecto de la ansiedad puede ser disminuir la frecuencia de estos juegos, que representan coito, y este defecto aparecerá en la vida futura como potencia disminuida o perturbada del individuo en cuestión. Hasta qué punto podrá liberar las fantasías sexuales de su infancia en la vida futura también dependerá de otros factores de su desarrollo, en especial de sus experiencias en la realidad, pero, fundamentalmente, las condiciones bajo las cuales podrá amar están delineadas en todos sus detalles en las fantasías de juego de los primeros años.

Estas fantasías, por el modo como se desarrollan, muestran que a medida que los impulsos sexuales avanzan al nivel genital, también se desarrolla su capacidad para la sublimación, y que la sublimación y la sexualidad están interrelacionadas. Kurt, por ejemplo, hizo una casa que sería solo para él. La casa era su madre, de quien quería ser el único poseedor. Al mismo tiempo no podía nunca hacer lo bastante en el sentido de planear bien la casa y embellecerla.

Las fantasías de juego de esta naturaleza nos dan ya la línea de alejamiento de sus objetos de amor que el niño efectuará más tarde. Un paciente pequeño solía representar el cuerpo de su madre por medio de mapas; al principio quería tener hojas de papel cada vez más grandes para hacer mapas lo más grandes posible. Luego, después que este juego había sido interrumpido por una reacción de ansiedad, comenzó a hacer lo opuesto, mapas muy pequeños. Su tentativa de representar por la pequeñez de las cosas que diseñaba, la disimilitud y alejamiento de su gran objeto originario —su madre— fracasó, y sus mapas se hicieron de nuevo más y más grandes, hasta que por último alcanzaron su tamaño originario y una vez más interrumpió su dibujo por la ansiedad. La misma idea la expuso en las muñecas de papel que cortaba. La muñequita que siempre terminaba por dejar de lado por una grande, se vio que era una amiga pequeña que él trataba de cambiar por su madre como objeto de amor. Así vemos que aun la capacidad del individuo para alejarse libidinalmente de sus objetos en la pubertad, tiene sus raíces en los primeros años, y que el análisis del niño pequeño es de gran ayuda para facilitar este proceso.

A medida que su análisis continuaba, el niño se hizo más capaz de efectuar en juegos y sublimaciones estas fantasías heterosexuales, en las que se atrevía a luchar con su padre por la posesión de la madre. Sus fijaciones pregenitales disminuían, y la lucha misma cambió mucho en carácter. Su sadismo disminuyó, de modo que su parte en la lucha fue menos ardua desde que despertó menos ansiedad y culpa. Su mayor habilidad para realizar o llevar a cabo sus fantasías en el juego, serena e ininterrumpidamente, e introducir elementos de realidad más satisfactoriamente, son un indicio de que posee los cimientos de su potencial sexual en su vida futura. Estos cambios en el carácter de las fantasías y juegos están siempre acompañados por otros cambios importantes en la personalidad total y hacen al niño más libre y activo en su comportamiento, como se ve por la desaparición de numerosas inhibiciones y por su cambiada actitud frente a su medio ambiente mediato e inmediato.

Volvamos ahora a nuestro segundo ejemplo sobre el modo en que las fantasías de juego arrojan luz sobre la vida sexual posterior de una niña. Rita, de 2 años y 9 meses, estaba gravemente inhibida en el juego. Lo único que podía hacer —con evidentes inhibiciones y de muy mala gana— era jugar con sus muñecas y animalitos de juguete. Aun esta ocupación tenía más bien el carácter de un síntoma obsesivo, porque consistía casi enteramente en lavarlos y cambiarles continuamente la ropa de un modo compulsivo. Tan pronto como introducía un elemento imaginativo en estas actividades, es decir, tan pronto como comenzaba a jugar en el verdadero sentido de la palabra, tenía una crisis de ansiedad inmediata y detenía el juego[671]. El análisis demostró que su actitud maternal y femenina estaba pobremente desarrollada y que en sus juegos con la muñeca apenas jugaba la parte de la madre. Su relación con esta era principalmente de identificación. En esta identificación su intenso miedo de estar sucia o destruida en su interior o de ser mala, la impulsaba a continuar limpiando su muñeca y cambiar sus ropas. Solo después que su complejo de castración fue analizado en parte, se vio que el juego obsesivo con su muñeca en el comienzo mismo del análisis, había expresado ya su más profunda ansiedad, es decir, el miedo de que su madre le robara los niños de su interior.

En la época en que su complejo de castración estuvo en el primer plano, Rita hizo que su osito de juguete representara el pene que había robado a su padre[672], con la ayuda del cual quería suplantarlo en la posesión del amor de la madre. En esta parte de su análisis tenía ansiedad de conexión con fantasías masculinas de esta naturaleza. Solo cuando se analizó su ansiedad más profunda, perteneciente a la actitud maternal y femenina, fue que su actitud cambió realmente y que ella demostró una genuina actitud maternal hacia su oso y muñeca. Mientras besaba y abrazaba a su oso y lo llamaba con nombres cariñosos dijo una vez: «Ahora no soy desgraciada. Ya no soy más desgraciada porque tengo, después de todo, un niñito tan querido[673]». Se hizo evidente que ahora había logrado el estadío en el que las tendencias genitales, los impulsos heterosexuales y la actitud maternal son prominentes, por muchos indicios, entre otros, por su cambiada actitud hacia sus objetos. Su aversión a su padre, que anteriormente había sido tan acentuada, dio lugar a una actitud afectuosa[674].

La razón por la cual podemos predecir a través del carácter y desarrollo de las fantasías de juego en los niños lo que será su vida sexual en los años posteriores, es que todos sus juegos y sublimaciones están basados en fantasías de masturbación. Si, como creo, sus juegos son un medio de

expresar sus fantasías de masturbación y encontrar una salida para las mismas, se comprende que el carácter de sus fantasías de juego indique el carácter de su vida sexual adulta[675] y también que el análisis del niño pueda no solo traer mayor estabilidad y capacidad para la sublimación en la niñez, sino también asegurar un bienestar mental y perspectivas de felicidad en la madurez.

7. La vida sexual infantil

Una de las conquistas importantes del psicoanálisis es el descubrimiento de que los niños poseen una vida sexual que encuentra expresión tanto en las actividades sexuales directas como en las fantasías sexuales.

Sabemos que generalmente la masturbación tiene lugar en el período de lactancia y que se prolonga comúnmente en mayor o menor medida hasta el período de latencia (No necesito decir que no esperamos encontrar niños, incluso los más pequeños, masturbándose abiertamente). En el período anterior a la pubertad y particularmente durante la pubertad misma, la masturbación vuelve a ser muy frecuente. El período en el cual las actividades sexuales del niño son menos pronunciadas es en el período de latencia. Esto es debido a que la declinación del complejo de Edipo va acompañada por una disminución en la fuerza de las tendencias instintivas. Por otra parte, existe todavía el inexplicable hecho de que es en este mismo período que la lucha del niño contra la masturbación está en su apogeo. En su libro *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926, Freud dice que durante el período de latencia las energías del niño parecen estar ocupadas principalmente en la tarea de resistir a la tentación de masturbarse. Su afirmación parece apoyar la idea de que incluso durante el período de latencia la presión del «ello» no ha disminuido hasta el grado que se supone comúnmente o bien que la fuerza ejercida por el sentimiento de culpa del niño contra las tendencias del «ello» ha aumentado.

En mi opinión, el excesivo sentimiento de culpa que surge en el niño por su actividad masturbatoria está realmente dirigido hacia las tendencias destructivas que existen en las fantasías que acompañan a la masturbación[676]. Es este sentimiento de culpa el que incita a los niños a interrumpir la masturbación totalmente y es el que, si logra su propósito, a menudo conduce a los niños a una fobia a tocar. Un temor de esta clase es una indicación tan importante de un trastorno del desarrollo, como la masturbación obsesiva, y se hace evidente en los análisis de adultos, en los

cuales vemos cómo el temor exagerado del paciente a la masturbación conduce a menudo a serias perturbaciones de su vida sexual. No se observan trastornos de este tipo en el niño, pues solo emergen en la vida posterior como impotencia o frigidez de acuerdo con el sexo del individuo; pero su existencia puede deducirse de la presencia de otras dificultades que son concomitantes invariablemente con un desarrollo sexual deficiente.

Los análisis de las fobias a tocar muestran que una supresión demasiado completa de la masturbación no solo conduce a la aparición de toda clase de síntomas, tales como tics[677], sino que causando una excesiva represión de las fantasías de masturbación, coloca un grave obstáculo en el paso por el período de latencia en lo que se refiere a la capacidad de sublimación, función que es de enorme importancia desde el punto de vista cultural[678]. Porque las fantasías de masturbación no son solamente la base de todas las actividades de juego del niño sino que constituyen también un componente de sus posteriores sublimaciones. Cuando estas fantasías reprimidas son liberadas por el análisis, se puede ver a los niños pequeños empezar a jugar y a los mayores a aprender y a desarrollar sublimaciones e intereses de todas clases. Mientras que al mismo tiempo, si ha sufrido de una fobia a tocar se empezará a masturbar nuevamente. Recíprocamente, en casos de masturbación obsesiva la cura de esta compulsión[679] irá acompañada, entre otras cosas, de una mayor capacidad de sublimación. En este caso, sin embargo, como ha sido demostrado en detalle en otra parte[680], el niño continuará masturbándose, aunque en un grado más moderado y no obsesivamente. Así, en lo que se refiere a la capacidad de sublimación y la actividad masturbatoria, el análisis de la masturbación compulsiva y el de las fobias a tocar conducen al mismo resultado. Parece ser, pues, que la declinación del complejo de Edipo se produce normalmente en un período en el cual los deseos sexuales del niño disminuyen, aunque de ningún modo se pierden completamente, y que una cantidad moderada de masturbación no obsesiva es un hecho normal en todas las etapas de la vida.

Los factores subyacentes a la masturbación compulsiva influyen en otra forma de actividad sexual infantil. Como he dicho varias veces, según mi experiencia es común que los niños pequeños tengan relaciones sexuales con otros. Además, los análisis de niños en el período de latencia y pubertad han mostrado que actividades mutuas de esta clase se han prolongado dentro y más allá del período de latencia o han sido esporádicamente reanudadas durante este tiempo. Se encontró que los mismos factores operaban

básicamente en todos los casos. Los dos ejemplos siguientes en los que pude analizar a la pareja, ilustrarán una situación de esta clase.

El primer caso se refiere a dos hermanos, Franz y Gunther, de cinco y seis años respectivamente. Habían sido educados en circunstancias familiares pobres pero no desfavorables. Sus padres se llevaban bien; y a pesar de que la madre tenía que hacer ella sola todo el trabajo de la casa, tomaba un interés activo e inteligente en sus hijos. Envió a Gunther para que fuera analizado debido a su carácter extraordinariamente inhibido y tímido y a su carencia evidente de contacto con la realidad. Era un niño callado y extremadamente receloso, aparentemente privado de verdaderos sentimientos afectivos. Franz, por otra parte, era agresivo, sobreexcitable y difícil de manejar. Los hermanos se llevaban muy mal y parecía que Gunther cedía ante su hermano menor[681].

Mediante el análisis pudimos remontarnos a sus relaciones sexuales desde las edades de 3 años y medio y 2 y medio respectivamente[682]. Pero es muy posible que hubieran empezado más temprano. Resultó que mientras ninguno de ellos tenía un sentimiento de culpa consciente por estos actos (aunque los escondían cuidadosamente), ambos sufrían de un fuerte sentimiento de culpa inconsciente. Para el hermano mayor que había seducido al menor y a veces lo había forzado a realizar actos —que comprendían *fellatio*, masturbación mutua y tocar el ano con los dedos—, estos equivalían a castrar a su hermano. *Fellatio* significaba arrancar de un mordisco su pene y destruir completamente su cuerpo cortándolo y reduciéndolo a pedazos, envenenándolo o quemándolo y así sucesivamente. El análisis de las fantasías que acompañaban a estos actos demostró, que no solamente representaban ataques destructivos sobre su hermano, sino que representaban al padre y a la madre de Gunther juntos en la relación sexual. Así, pues, su modo de comportarse era en cierto sentido la realización, aunque de un modo mitigado, de sus fantasías sádicas de masturbación contra sus padres[683]. Además, haciendo estas cosas a veces por la fuerza, a su hermano menor, trató de asegurarse él mismo de que saldría vencedor en su peligrosa lucha con el padre y también con su madre. El miedo abrumador a sus padres incrementaba sus impulsos a destruirlos; y en consecuencia, se agregaban a este miedo los ataques imaginarios a sus padres[684]. Además, su miedo a que el hermano pudiera traicionarlo, intensificaba su odio a él y su deseo de matarlo por medio de sus prácticas con él. De acuerdo con esto, la vida sexual del niño, en la que se evidenciaba un enorme sadismo, carecía casi por completo de elementos positivos.

En su mente, los varios procedimientos sexuales que emprendía, no eran sino una serie de torturas crueles y sutiles con la finalidad de llevar a su objeto a la muerte. Sus relaciones con su hermano hicieron surgir continuamente ansiedad en este sentido y fueron acrecentando dificultades que lo condujeron a un desarrollo psicosexual completamente anormal.

En cuanto al hermano menor, Franz, su inconsciente había sondeado el significado inconsciente de estas prácticas, y por esto, su terror a ser castrado y matado por su hermano mayor se había exaltado exageradamente. Sin embargo, nunca se había quejado a nadie ni había dejado traslucir sus relaciones. Reaccionaba a estas actividades que lo aterraban, con una grave fijación masoquista y con sentimientos de culpa, aunque era él quien había sido seducido. Las siguientes son algunas de las razones de esta actitud:

En sus fantasías sádicas Franz se identificaba él mismo con su hermano que lo había forzado y obtenía así gratificación a sus tendencias sádicas, siendo estas tendencias, como sabemos, una de las fuentes del masoquismo. Pero en esta identificación con el objeto de su miedo, trataba también de dominar su ansiedad. En su imaginación él era entonces el asaltante, y el enemigo al que sojuzgaba era su «ello[685]» y también el pene de su hermano, internalizado dentro de sí, y que representaba el pene de su padre —su peligroso superyó— y que veía como un perseguidor. Este perseguidor interno sería destruido por los ataques que fueron hechos en su propio cuerpo[686].

Pero dado que el niño no podía mantener esta alianza con un cruel superyó contra su «ello» y sus objetos internalizados, porque constituían una amenaza demasiado grande para su yo, su odio era continuamente desviado hacia los objetos externos, que representaban su yo débil y odiado. Así, por ejemplo, era brutal a veces con niños más pequeños o más débiles que él. Estos desplazamientos también se veían en el odio y rabia que me mostraba a veces durante su hora analítica. Acostumbraba, por ejemplo, amenazarme con una cuchara de madera tratando de ponerla dentro de mi boca y llamándome pequeña, estúpida y débil. La cuchara simbolizaba el pene de su hermano metido por la fuerza dentro de su propia boca. Se había identificado con su hermano y de este modo el odio a su hermano se volvía contra sí mismo. Y había pasado su rabia a sí mismo por ser débil y pequeño, a otros chicos menos fuertes que él e incidentalmente a mí en la situación de transferencia. Alternativamente, con el empleo de este mecanismo, acostumbraba en su imaginación a invertir sus relaciones con su hermano mayor, de modo que consideraba los ataques de Gunther contra él como algo que él, Franz, hacía a

Gunther. Pero desde que para él su hermano también tenía el significado de sus padres en sus fantasías sádicas, se había puesto en la situación de cómplice de su hermano en un ataque conjunto contra los mismos, y en consecuencia compartía el sentimiento de culpa inconsciente de Gunther y el temor a ser descubierto por ellos. Así, pues, tenía como su hermano, un fuerte motivo inconsciente para mantener secreta toda la relación.

Un número de observaciones de esta clase me han conducido a la conclusión de que es la presión excesiva ejercida por el superyó la que, no solo causa una supresión completa de las actividades sexuales, como hemos visto, sino la que hace surgir realmente la compulsión a permitirse dichas actividades —es decir, que la ansiedad y sentimiento de culpa refuerzan las fijaciones libidinales y exaltan los deseos libidinales[687]—.

Hasta donde he podido ver, un sentimiento de culpa excesivo y también una gran ansiedad actúan en el sentido de impedir que las necesidades instintivas del niño disminuyan cuando comienza el período de latencia.

No debemos olvidar que en ese período aun una actividad sexual muy disminuida trae reacciones de culpa excesivas. La estructura y magnitud de la neurosis del niño determinarán cuál será el resultado de la lucha en el período de latencia. La fobia a tocar por una parte y la masturbación compulsiva por otra son los dos extremos de una serie complementaria que presenta un número casi infinito de gradaciones y variaciones posibles.

En el caso de Gunther y Franz se hizo claro que la compulsión a tener relaciones sexuales entre ellos estaba determinada por un factor que parecería tener un significado general en la compulsión de repetición. Cuando la ansiedad se refiere a un objeto irreal dirigido contra el interior de su cuerpo, el individuo está impelido a transformar este peligro en uno real y externo. (En este ejemplo, el miedo de Franz al pene internalizado de su hermano como un perseguidor y su temor a sus padres «malos» internalizados lo impulsaba a dejar que su hermano lo asaltara). Franz producía continuamente situaciones de peligro externo de un modo compulsivo, desde que la ansiedad surgida, por grande que fuera, no lo era tanto como la ansiedad que sentía por el interior de su cuerpo, y podía así, en cierto modo, tolerarla mejor[688].

Finalmente, hubiera sido imposible impedir las relaciones sexuales de los hermanos utilizando medidas externas, puesto que su casa no era lo suficientemente grande como para que cada uno de ellos tuviera un dormitorio, y aunque esta medida hubiera sido practicable, habría fracasado, pienso, especialmente en un caso como este en que por ambas partes la compulsión era tan fuerte. Dejados solos, aunque fuera por unos pocos

minutos en el día, a menudo encontraban tiempo para comenzar toqueteos sexuales que tenían para su inconsciente el mismo significado que una realización completa de sus varios actos imaginados sádicamente. Fue solo después de un largo análisis de ambos niños, durante el cual no traté nunca de influirlos para que abandonaran sus prácticas[689], sino que me limité a esclarecer la causa determinante de las relaciones sexuales entre ellos de un modo puramente analítico, que sus actividades sexuales comenzaron a cambiar gradualmente. Al principio se hicieron de un carácter menos compulsivo y finalmente cesaron del todo, no porque los dos se hubieran vuelto indiferentes a ellas, sino porque cuando su sentimiento de culpa fue menos agudo y más susceptible de modificación se transformó en el mismo factor que los impulsó a abandonar sus prácticas. Es decir que, mientras que una ansiedad exagerada y sentimiento de culpa originados en estadios tempranos de desarrollo fueron los responsables de su compulsión, reforzando sus fijaciones, la disminución del sentimiento de culpa, operando en otro sentido, los capacitó para abandonar estas relaciones. Junto con la alteración gradual y cesación de sus prácticas sexuales, su actitud personal entre ellos sufrió un cambio considerable. Habiendo sido visiblemente anormal y hostil, comenzó a ser bastante normal, amistosa y benevolente.

Pasando al segundo caso, encontramos que actuaban causas muy arraigadas, similares a las que acabo de describir, aunque, es claro, diferentes en ciertos detalles. Un breve relato será suficiente. Ilse, de 12 años, y Gert, de 13 y medio, acostumbraban a permitirse, de tiempo en tiempo, actos similares al coito, actos que acontecían de repente, y a menudo después de largos intervalos. La niña no mostraba sentimientos de culpa consciente por ello, pero el varón, que era bastante más normal, sí. Su análisis mostró que ambos habían tenido relaciones sexuales entre sí desde la temprana infancia y las habían interrumpido solo temporariamente al comienzo del período de latencia. Ambos sufrían de un abrumador sentimiento de culpa que les obligaba a repetir estos actos de tiempo en tiempo de un modo compulsivo. Estos actos se habían hecho sin embargo no solo más raros en cuanto a su incidencia, sino más limitados en cuanto a su alcance, durante ese período[690], Los niños abandonaron la *fellatio* y el *cunnilingus* y por algún tiempo no fueron más allá de tocarse y hacer una inspección mutua de sus genitales. Durante la prepubertad, sin embargo, comenzaron a tener otra vez contactos similares al coito. Fue el hermano quien inició esos actos, y tenían carácter compulsivo. Acostumbraban a realizarlos por un impulso súbito y nunca pensaban en ello antes o después. El acostumbraba a «olvidar»

completamente el hecho durante los intervalos. Tenía una amnesia parcial similar para un número de situaciones conectadas con estas relaciones sexuales, especialmente en lo que se refería a su temprana infancia. En cuanto a su hermana, si bien fue a menudo la parte activa en la primera infancia, más tarde solo jugaba un papel pasivo.

A medida que las causas más profundas comenzaron a surgir durante el análisis, la conducta compulsiva del hermano y la hermana se disipó gradualmente, hasta que al final las relaciones sexuales cesaron completamente, como en el caso de Franz y Gunther. Y, del mismo modo, sus relaciones personales que antes habían sido muy malas, mejoraron considerablemente.

En el análisis de estos dos casos y de otros similares he encontrado que, paso a paso con el alejamiento del carácter compulsivo de los actos, se va produciendo un número de cambios importantes e interconectados. La disminución del sentimiento de culpa del niño se acompaña de una disminución de su sadismo y de una emergencia más fuerte de su fase genital; y estos cambios se evidencian en cambios correspondientes en sus fantasías de masturbación y si es todavía muy pequeño, en las fantasías que introduce en su juego.

En análisis de púberes, encontramos una nueva y especial alteración en sus fantasías de masturbación. Gert por ejemplo no tenía al principio fantasías conscientes de masturbación pero en el curso de su tratamiento comenzó a tener una sobre una niña desnuda de la que solo se veía el cuerpo sin cabeza. Más adelante la cabeza comenzó a aparecer más y más clara, hasta que pudo reconocer a su hermana. Cuando sucedió esto, sin embargo su compulsión ya había desaparecido y sus relaciones sexuales con la hermana habían cesado Esto muestra la conexión entre la represión excesiva de sus deseos y fantasías frente a su hermana y su impulso obsesivo a tener relaciones sexuales con ella. Más tarde sus fantasías sufrieron un nuevo cambio y relató otras en las que imaginaba niñas desconocidas. Finalmente tuvo fantasías sobre una amiga de su hermana. Esta alteración gradual iba registrando el proceso de cómo se desligaba libidinalmente de su hermana, proceso que no hubiera podido realizarse hasta que su fijación compulsiva en la hermana, mantenida por el excesivo sentimiento de culpa, hubiera desaparecido en el curso del análisis[691].

En general, en cuanto a la existencia de relaciones sexuales entre niños, especialmente entre hermanos y hermanas puedo decir sobre la base de mis observaciones, que son la regla en la temprana infancia, pero que se

prolongan en el período de latencia y pubertad solo en los casos en que el sentimiento de culpa del niño es excesivo y no ha sido modificado con éxito[692]. Hasta donde he podido juzgar el efecto del sentimiento de culpa durante el período de latencia es permitir que el niño continúe masturbándose aunque en menor grado que antes, pero al mismo tiempo lo hace abandonar sus actividades sexuales con otros niños, sean o no sus propios hermanos y hermanas, siendo como es una realización demasiado real de sus deseos incestuosos y sádicos. Durante la pubertad, el alejamiento de estas relaciones continúa en concordancia con los fines de este período que involucran el retiro de la libido de los objetos incestuosos. Pero en un estadío posterior de la pubertad el individuo entrará, bajo circunstancias normales, en relaciones sexuales con nuevos objetos, relaciones basadas en el alejamiento progresivo de la libido de los antiguos objetos y mantenidas por diferentes corrientes de afectos contraincestuosos.

Podemos ahora considerar hasta dónde relaciones de esta clase pueden evitarse. Parece muy dudoso que fuera posible hacerlo sin dañar en otro sentido, desde que, por ejemplo, los niños deberían estar mantenidos bajo una vigilancia muy regular y seriamente coartados en su libertad. En todo caso, aunque fueran estrictamente vigilados, también dudo de que pudieran evitarse del todo. Además, aunque tempranas experiencias de esta clase pueden en algunos casos hacer daño, en otros su efecto sobre el desarrollo general del niño puede ser favorable. Porque además de gratificar la libido del niño y su deseo de conocimiento sexual, relaciones de esta clase sirven de importante función para disminuir un sentimiento de culpa excesivo, por esta razón: las fantasías que el niño introduce en estas relaciones se basan, como sabemos, sobre fantasías sádicas de masturbación, alrededor de las cuales están centrados sus más intensos sentimientos de culpa; por lo tanto, el conocimiento de que las fantasías prohibidas contra los padres son compartidas con otra persona, le dan el sentimiento de tener un cómplice y disminuyen así grandemente el peso de su ansiedad[693] Por otra parte, una relación de esta clase provoca la ansiedad y sentimiento de culpa por sí misma. Si este efecto será últimamente bueno o malo —si protegerá al niño de su ansiedad o la aumentará—, parece depender de la cantidad de sadismo presente en él y más especialmente de la actitud de su pareja. Por mi conocimiento de numerosos casos diría que donde predominan los factores positivos y libidinales, tal relación tiene una influencia favorable sobre la relación de objeto del niño y su capacidad de amor[694]; pero cuando, como en

el caso de Gunther y Franz, dominan impulsos destructivos y actos de coerción, pueden dañar gravemente el desarrollo total del niño.

Tratándose de las actividades sexuales del niño, el conocimiento psicoanalítico, aunque nos muestra el significado total de ciertos factores de desarrollo, no nos capacita para sugerir ninguna medida realmente profiláctica. Citaré un pasaje de Freud[695]:

«Este estado de cosas tiene un cierto interés para los que recurren a la pedagogía para prevenir las neurosis mediante una temprana intervención en el desarrollo sexual del niño. Siempre que la atención se dirige especialmente a las experiencias sexuales infantiles, uno creería que, en el sentido de la profilaxis de futuras neurosis, todo estaría hecho si nos aseguráramos que su desarrollo sea retardado y que el niño esté a salvo de esta clase de experiencia. Pero sabemos que las condiciones causantes de una neurosis son más complicadas y que no pueden ser influidas de un modo general atendiendo a un solo factor. Una rigurosa vigilancia ejercida sobre el niño pierde valor, porque no puede influir frente al factor constitucional; más aún, es más difícil de realizar que lo que imaginan los especialistas en educación, e involucra dos nuevos riesgos que no deben ser descuidados. Puede realizar demasiado y favorecer un grado exagerado de represión sexual, perjudicial en sus efectos y que introduce al niño en la vida sin el poder suficiente para resistir las urgentes demandas de la sexualidad que deben esperarse en la pubertad. Por lo tanto se hace muy dudoso el hecho de si puede traer ventajas como profilaxis en la infancia y si más bien un cambio de actitud frente a la vida no constituiría un mejor punto de partida para lograr prevenir la neurosis».

Parte II.

Situaciones tempranas de ansiedad y su efecto sobre el desarrollo del niño

8. Primeros estadíos del conflicto de edipo y de la formacion del superyó

En los capítulos siguientes intentaré agregar algo a nuestro conocimiento del origen y estructura del superyó. Las conclusiones teóricas que voy a exponer han sido obtenidas mediante un conocimiento directo de los primeros procesos del desarrollo mental, puesto que están basadas en análisis reales de niños de corta edad. Estos análisis han demostrado que las frustraciones orales que los niños padecen liberan sus impulsos edípicos y que el superyó comienza a formarse simultáneamente. Los impulsos genitales quedan ocultos al principio, puesto que generalmente no se afirman contra los impulsos pregenitales hasta el tercer año de vida. En este período comienzan a emerger claramente y el niño entra en una fase en la cual su temprana vida sexual alcanza su punto máximo y su conflicto de Edipo logra un desarrollo completo.

En las páginas siguientes describiré los procesos de desarrollo que preceden a esta primera expansión de la sexualidad y trataré de demostrar que los estadios tempranos del conflicto de Edipo y de la formación del superyó, se extienden aproximadamente desde la mitad del primer año hasta el tercero de la vida del niño[696].

Normalmente, el placer del niño de chupar es seguido por el placer de morder. La falta de gratificación en el estadío oral de succión aumenta su necesidad de gratificación en el estadío oral de morder[697] La opinión de Abraham de que la incapacidad del niño para obtener suficiente placer en el período de succión depende de las circunstancias en las cuales es alimentado, ha sido plenamente confirmada por la observación analítica general. También sabemos que las enfermedades y deficiencias del desarrollo en los niños se deben en parte a la misma causa. Sin embargo, las condiciones desfavorables de nutrición que podemos considerar como frustraciones externas, no son, según parece, la única razón por la cual el niño obtiene muy poco placer en el

período de succión. Esto se puede ver porque algunos niños son incapaces de gozar chupando —son «malos comensales» (*bad-feeders*)— aunque reciban suficiente alimento. Creo que la inhabilidad de gozar chupando es la consecuencia de una frustración interna y se deriva, según mi experiencia, de un incremento anormal del sadismo oral[698]. Parecería que la polaridad entre los instintos de vida y los instintos de muerte se manifiestan ya en estos fenómenos de la primera infancia, porque podemos considerar la fuerza de fijación del niño al estadío oral de succión, como una expresión de la fuerza de su libido, y análogamente, la temprana y pujante emergencia de su sadismo oral, como una señal de la preponderancia de sus componentes instintivo-destructivos.

Tal como Abraham[699] y Ophuijsen han señalado, el fortalecimiento de las fuentes constitucionales de las zonas que están comprendidas en el morder, tales como los músculos de la mandíbula, es un factor fundamental en la fijación del niño en un estadío oral sádico. Las deficiencias más graves de desarrollo y las enfermedades psíquicas se producen cuando las frustraciones externas —es decir, condiciones desfavorables de alimentación— coinciden con un sadismo oral constitucionalmente fortalecido y que le impide gozar durante la succión. Por otra parte, un sadismo oral que no aparece ni muy temprano ni muy violentamente (y esto significa que el período de succión ha seguido un curso satisfactorio) parece ser una condición necesaria para el desarrollo normal del niño[700].

En este caso los factores temporales asumirán una nueva importancia, juntamente con los cuantitativos. Si se exaltan las tendencias oral sádicas del niño muy tempranamente y con violencia, sus relaciones con los objetos y la formación de su carácter serán demasiado dominadas por el sadismo y la ambivalencia[701], y el yo se desarrollará adelantándose sobre su libido, siendo esto, como sabemos, un factor en la producción de las neurosis obsesivas[702], porque la ansiedad que proviene de un aumento tan brusco de su sadismo oral ejercerá una gran presión sobre su yo todavía inmaduro.

En lo que concierne al origen de la ansiedad, Freud ha ampliado su concepción originaria y ahora solo da una aplicación muy limitada a la hipótesis de que la ansiedad proviene de una conversión directa de la libido. Demuestra que cuando el lactante está hambriento, siente la ansiedad como el resultado de un aumento de tensión causado por su necesidad, pero esta temprana situación de ansiedad tiene un prototipo anterior. Dice: «La situación de estar insatisfecho, en la cual la cantidad de excitación alcanza un grado doloroso…, debe de ser análoga para el lactante a su experiencia de

nacimiento y, por lo tanto, una repetición de esta situación de peligro. Ambas situaciones tienen de común el trastorno económico ocasionado por la acumulación de estímulos que requieren ser descargados. Este factor es, por consiguiente, el verdadero centro del "peligro" y en ambos casos se origina, como reacción, la angustia[703]». Por otra parte, tiene dificultad en conciliar el hecho de que «la angustia que pertenece a las fobias es una angustia del yo, es decir, proviene del yo y no emana de la represión, sino que ella misma es causa de la represión[704]», con su primera hipótesis de que en ciertos casos la ansiedad proviene de una acumulación de la libido. La suposición de que «en ciertas situaciones, tales como trastornos durante el coito, excitación interrumpida o abstinencia, el yo presiente el peligro y reacciona ante ellas con angustia[705]» no ofrece a su entender una solución satisfactoria del problema; y en otro pasaje, durante la discusión de otros puntos, vuelve a considerar la emergencia de la ansiedad, atribuyendo una vez más el problema a una «situación de peligro en la cual, como en la del nacimiento… el yo se encuentra impotente ante las demandas instintivas en aumento. Es decir, aquella situación que es la condición primera y originaria para la aparición de ansiedad[706]».

Define como núcleo de la situación de peligro «la admisión de nuestra impotencia contra dicha situación, una impotencia física si el peligro pertenece a la realidad y una impotencia psíquica si proviene de los instintos[707]».

La prueba más clara de la conversión de la libido insatisfecha en angustia es, según pienso, la reacción del lactante a las tensiones causadas por sus necesidades físicas. Tal reacción, sin embargo, es no solo de ansiedad, sino también de rabia[708]. Es difícil decir en qué momento ocurre esta fusión de los instintos destructivos con los libidinales. Hay suficiente evidencia para creer que ha existido siempre y que la tensión causada por la necesidad sirve solamente para reforzar los instintos sádicos del niño. Sabemos, no obstante, que el instinto destructivo es dirigido contra el propio organismo y por consiguiente debe ser considerado por el yo como un peligro. En mi opinión, es este el peligro que el individuo experimenta como ansiedad[709].

Así, la ansiedad surge de la agresión[710]. Pero desde que sabemos que la frustración libidinal aumenta los instintos sádicos, la libido insatisfecha indirectamente liberaría o aumentaría la ansiedad.

Sobre dicha teoría, la sugestión de Freud, de que el yo advierte un peligro en la abstinencia, sería después de todo una solución al problema. Mi única

objeción es que son los instintos destructivos los que desencadenan este peligro que él denomina «impotencia psíquica frente al peligro instintivo».

Freud dice que la libido narcisística del organismo desvía el instinto de muerte hacía el exterior para impedir que destruya el organismo, y que este proceso está en lo más profundo de las relaciones individuales hacia sus objetos y en la base del mecanismo de proyección. Continúa diciendo: «Otra porción (del instinto de muerte) no está incluida en este desplazamiento al exterior; permanece dentro del organismo y queda 'ligada' allí libidinalmente con la ayuda de la excitación sexual antes mencionada. Esta porción debe ser reconocida como el masoquismo erógeno originario[711]». Me parece que el yo tiene aún otro medio de dominar los impulsos destructivos, todavía adheridos al organismo. Puede movilizar parte de ellos como una defensa contra la otra parte. De este modo el ello sufrirá una división que, según creo, es el primer paso para la formación de las inhibiciones instintivas y del superyó, lo cual puede ser similar a la represión primaria[712]. Podemos suponer que una división de este tipo se hace posible por el hecho de que tan pronto como empieza el proceso de incorporación del objeto, el objeto incorporado se convierte en el arma de defensa contra los impulsos destructivos que están en el interior del organismo[713].

La ansiedad provocada en el niño por sus impulsos destructivos opera, según creo, de dos maneras: 1) en primer lugar lo hace temer ser exterminado por esos mismos impulsos, es decir, lo relaciona con un peligro instintivo interno[714], y 2) focaliza estos temores sobre su objeto externo, contra el cual se dirigen sus sentimientos sádicos, como origen del peligro. Este temor de un objeto parece tener su base más primitiva en la realidad externa, en el conocimiento progresivo que el niño tiene de la madre como de alguien que o bien da o bien retiene la gratificación y, del mismo modo, en un conocimiento creciente del poder de sus objetos en relación con la satisfacción de sus necesidades. (Conocimiento basado en el desarrollo de su yo y en su concomitante poder de probar las cosas por la realidad). En conexión con esto parecería que él desplaza la carga completa de su inalterable temor de peligros instintivos sobre su objeto, intercambiando así peligros internos por externos. Su yo inmaduro busca entonces protegerse de estos peligros externos mediante la destrucción de su objeto.

Debemos ahora considerar de qué modo una desviación del instinto de muerte hacia el exterior influye en las relaciones del niño con sus objetos y conduce a la completa expansión de su sadismo. Su creciente sadismo oral alcanza su apogeo durante y después del destete y conduce a la completa

activación y desarrollo de las tendencias sádicas procedentes de todas las fuentes. Tiene ciertas fantasías oral sádicas de un carácter completamente definido, que parecen formar un eslabón[715] entre los estadios orales de succión y de morder, en el cual él se apodera del contenido del pecho de su madre por el acto de chupar y vaciar. Este deseo de chupar y vaciar, dirigido primeramente hacia el pecho materno, pronto se extiende al interior de su cuerpo[716]. En mi artículo «Estadíos tempranos del complejo edípico», 1928, he descripto este temprano estadío de desarrollo que es gobernado por las tendencias agresivas del niño contra el cuerpo de su madre y en el cual el deseo predominante es robar al cuerpo sus contenidos y destruirlo.

Hasta donde hemos podido investigar, la tendencia sádica más íntimamente aliada al sadismo oral es el sadismo uretral. La observación ha demostrado que las fantasías de los niños de destrucción por inundación, ahogamiento, mojaduras, quemaduras y envenenamiento, mediante enormes cantidades de orina, son una reacción sádica contra el hecho de haber sido privados de líquido por su madre y están dirigidos fundamentalmente contra su pecho. Quisiera en relación con esto hacer notar la gran importancia, hasta aquí poco reconocida, del sadismo uretral en el desarrollo del niño[717] Las fantasías, familiares para los analistas, de inundación y destrucción de cosas mediante grandes cantidades de orina[718], y la más generalmente conocida relación entre jugar con fuego y mojar la cama[719], son simplemente los signos más visibles y menos reprimidos de los impulsos que están ligados a la función de orinar. Al analizar adultos y niños he encontrado constantemente fantasías en las cuales la orina es imaginada como un líquido disolvente y corrosivo y como un veneno insidioso y secreto. Estas fantasías sádicas uretrales tienen no poca parte en el hecho de dar al pene la significación inconsciente de un instrumento de crueldad y en ocasionar trastornos de potencia sexual en el hombre. En muchos casos he encontrado que el hecho de orinarse en la cama era causado por fantasías de este tipo.

Todos los otros vehículos de ataques sádicos que emplea el niño, tales como el sadismo anal y muscular, son en primer lugar utilizados contra el pecho frustrador de la madre, pero pronto son dirigidos hacia el interior de su cuerpo (de la madre), que así se transforma en el blanco de sus ataques sádicos provenientes de todas las fuentes y alcanzando su intensidad máxima. En los análisis tempranos estos deseos destructivos de los niños pequeños alternan constantemente entre deseos sádicos anales, deseos de devorar el cuerpo de su madre y deseos de mojarlo; pero su primitivo propósito de comer y destruir su pecho es siempre discernible en ellos[720].

La faz de la vida en la cual los ataques sádicos imaginarios del niño contra el interior del cuerpo de su madre son predominantes y en la cual este sadismo alcanza una fuerza máxima en cada una de las fuentes de donde surge, comienza por el período oral sádico de desarrollo y llega a su fin con la declinación del período anal sádico primario.

Abraham muestra en su obra que el placer que el niño obtiene mordiendo se debe, no solo a la gratificación libidinal de sus zonas erógenas, sino que está en conexión con acentuados deseos destructivos cuyo propósito es dañarla y aniquilarla. Y es así, tanto más en la fase de máximo sadismo. La idea de que el niño de 6 a 12 meses trate de destruir a la madre por cada uno de los métodos a disposición de sus tendencias sádicas —con los dientes, uñas y excrementos, y con el total de su cuerpo, transformado en su imaginación en toda clase de armas peligrosas—, presenta a nuestro entendimiento un cuadro horripilante, por no decir increíble. Y a uno mismo se le hace difícil, según he visto por mi propia experiencia, llegar a reconocer que una idea tan aborrecible es exacta; pero la abundancia, fuerza y multiplicidad de las crueldades imaginarias que acompañan a estos deseos, se hacen tan evidentes durante los análisis tempranos, se ven con tal claridad y fuerza, que no dejan lugar a dudas.

Nosotros estamos ya familiarizados con aquellas fantasías sádicas del niño que culminan en el canibalismo y esto nos hace más fácil aceptar el hecho posterior de que estos métodos de ataques sádicos aumentan, en la medida en que las fantasías sádicas ganan plenitud y vigor. Este elemento de *intensificación* del impulso me parece ser la llave del asunto.

Si lo que intensifica el sadismo es la frustración libidinal, podemos entender perfectamente que los deseos de destrucción, que están ligados con los libidinales y que no pueden ser gratificados —sobre todo los deseos oral sádicos—, conduzcan a una intensificación posterior del sadismo y a una activación de todos sus métodos.

En los análisis tempranos he encontrado además que la frustración oral origina en el niño un conocimiento inconsciente de que sus padres disfrutan de placeres sexuales mutuos y una creencia, al principio, de que son de tipo oral. Bajo la presión de su propia frustración reaccionan a esta fantasía con envidia hacia sus padres y eso a su vez da lugar a odio hacia ellos. Sus deseos de vaciar y chupar, los conducen ahora a querer chupar y devorar todos los líquidos y otras sustancias que contienen sus padres (o mejor dicho, los órganos de estos), incluyendo lo que han recibido el uno del otro durante la copulación[721].

Freud mostró que las teorías sexuales de los niños son una herencia filogenética, y de lo que ha sido dicho anteriormente resulta que ya en el primer período de desarrollo emerge un conocimiento inconsciente de este tipo sobre intercambio sexual entre los padres, conjuntamente con fantasías concernientes al mismo. La envidia oral es una de las fuerzas impulsoras que hace que los niños de ambos sexos deseen abrirse paso hacia el cuerpo de su madre, dando así origen al instinto epistemofílico aliado a este deseo[722]. Los impulsos destructivos pronto dejan de estar dirigidos solo contra la madre y comienzan a extenderse al padre. Porque ellos piensan que la madre incorpora el pene del padre durante la copulación oral, guardándolo dentro de sí (imaginan así al padre provisto de gran cantidad de penes), de modo que los ataques a su cuerpo se dirigen también al pene dentro de ella.

Pienso que la razón por la cual en las capas más profundas de su mente el varón teme tanto a su madre como castradora y abriga la idea, íntimamente asociada con este temor, de la «mujer con pene», es que la teme como persona cuyo cuerpo contiene el pene del padre; así, finalmente, lo que teme es el pene de su padre incorporado a la madre[723].

El desplazamiento de los sentimientos de odio y ansiedad desde el pene del padre al cuerpo de la madre que lo alberga, me parece muy importante en la etiología de los trastornos mentales y es un factor subyacente en las perturbaciones del desarrollo sexual masculino y en la adopción de una actitud homosexual en el hombre, y pienso que el temor al imaginario pene de la madre es una etapa intermedia en este proceso de desplazamiento. Porque de este modo modifica el mayor temor del pene de su padre en el interior de la madre, temor que es completamente abrumador, porque en este primer estadío de desarrollo el principio de «*pars pro toto*» subsiste y el pene representa para él el padre en persona.

Así, el pene en el interior de la madre representa una combinación de padre y madre en una sola persona[724], y esta combinación es considerada particularmente amenazadora y terrorífica. Tal como ha sido señalado anteriormente, en este período de fuerza máxima, el sadismo del niño está centrado alrededor del coito de sus padres. Los deseos de muerte que siente contra ellos durante la escena primaria, o durante sus fantasías primarias, están asociados a fantasías sádicas, que son extraordinariamente ricas en contenido y que llevan implícita la destrucción sadística de sus padres, tanto por separado como en conjunto.

El niño tiene también fantasías en las cuales sus padres se destruyen mutuamente mediante sus genitales y excrementos, imaginados por él como

armas peligrosas. Estas fantasías tienen efectos importantes y son muy numerosas, conteniendo ideas como aquella del pene incorporado a la madre, que se convierte en animal peligroso o en armas con sustancias explosivas, o la de que su vagina se transforma también en un animal peligroso o algún instrumento de muerte, por ejemplo, una ratonera envenenada. Puesto que estas fantasías son deseadas, y sus teorías sexuales se alimentan principalmente de deseos sádicos, el niño tiene un sentimiento de culpa por los daños que en su imaginación los padres se causan uno al otro.

Además del aumento cuantitativo que experimenta el sadismo del niño en cada punto de origen, se producen cambios cualitativos que lo aumentan todavía más. Al finalizar la fase sádica, los ataques imaginarios del niño sobre sus objetos, que son de naturaleza violenta y realizados por todos los medios a disposición de su sadismo, se extienden, incluyendo métodos más secretos y sutiles que los hacen aún más peligrosos. En la primera parte de esta fase, donde reina una franca violencia, los excrementos son considerados como instrumentos de ataque directo, pero más tarde adquieren un significado de sustancias explosivas o venenosas. Todos estos elementos juntos originan fantasías sádicas en cantidad, variedad y riqueza casi ilimitadas. Además, estos impulsos sádicos contra el padre y la madre en copulación, hacen que el niño espere castigo de ambos padres. En este estadío, no obstante, su ansiedad sirve para intensificar su sadismo y para aumentar su impulso a destruir los objetos peligrosos, así que se vale de una cantidad mayor de deseos sádicos y destructivos para atacar a sus padres conjugados y correspondientemente se asusta más de ellos como entidad hostil.

Según mis puntos de vista, el conflicto de Edipo aparece en el niño tan pronto como empieza a tener sentimientos de odio contra el pene del padre y al querer cumplir una unión genital con su madre y destruir el pene del padre que él imagina se encuentra en el interior de ella. Considero que estos primeros impulsos genitales y fantasías, a pesar de que aparecen durante la fase dominada por el sadismo, constituyen, en los niños de ambos sexos, los períodos más tempranos del conflicto de Edipo, porque satisfacen el criterio aceptado para el mismo.

Aunque los impulsos pregenitales del niño son todavía predominantes, ya ha comenzado a sentir, junto con los deseos orales, uretrales y anales, deseos genitales hacía el progenitor del sexo opuesto, y celos y odio por el progenitor del mismo sexo, y siente un conflicto entre su amor y su odio hacía este último. Podemos llegar a decir que el conflicto de Edipo debe su agudeza típica a esta temprana situación.

La niña pequeña, por ejemplo, mientras se aleja de la madre con sentimientos de odio y desengaño y dirige sus deseos orales y genitales hacía el padre, aún está ligada a la primera por el poderoso vinculo de sus fijaciones orales y por su desamparo en general; y el niño pequeño es atraído hacia su padre por un efecto oral positivo y desligado de él por los sentimientos de odio que nacieron en la primera situación de Edipo. Pero el conflicto no se hace visible claramente en este período de desarrollo del niño sino más tarde. Esto, creo, es en parte debido a que el niño pequeño tiene menos modos de expresar sus sentimientos y a que su relación con los objetos es aún confusa y vaga. Una parte de sus reacciones frente a los objetos se dirige a los objetos de su fantasía[725] y a menudo dirige la mayor parte de su ansiedad y odio hacía estos últimos —en especial esta es su actitud frente a los objetos internalizados—, así que su actitud frente a los padres solo refleja una parte de las dificultades que experimenta en su actitud frente al objeto. Pero estas dificultades encuentran su expresión de muchos otros modos. Ha sido invariablemente mi experiencia, por ejemplo, que los terrores nocturnos y fobias de los niños pequeños se deben a la existencia del conflicto de Edipo.

No creo que se pueda hacer una distinción bien definida entre los tempranos estadios del conflicto de Edipo y los últimos[726]. Puesto que, hasta donde llegan mis observaciones, los impulsos genitales aparecen al mismo tiempo que los pregenitales y los influyen y modifican, y puesto que como resultado de esta asociación temprana ellos mismos muestran huellas de ciertos impulsos pregenitales, a veces aun en los últimos estadios de desarrollo, la llegada al estadío genital parece ser solo un reforzamiento de los impulsos genitales.

El que los impulsos genitales y pregenitales se mezclen así, se ve por el hecho bien conocido de que cuando los niños son testigos de la escena primaria o la fantasean —ambos de carácter genital— experimentan impulsos pregenitales muy fuertes, tales como orinarse en la cama y defecar, acompañados por fantasías sádicas dirigidas contra sus padres en copulación.

De acuerdo con mis observaciones, las fantasías de masturbación en los niños tienen por núcleo las primeras fantasías sádicas centradas en sus padres en copulación. Son estos impulsos destructivos, fusionados con los libidinales, los que obligan al superyó a utilizar defensas contra las fantasías de masturbación e, incidentalmente, contra la masturbación misma. El sentimiento de culpa del niño acerca de su temprana masturbación genital se debe, pues, a sus fantasías sádicas dirigidas contra los padres. Y desde que, además, estas fantasías de masturbación contienen la esencia de su conflicto

de Edipo y pueden por lo tanto ser consideradas como el punto focal de su vida sexual, el sentimiento de culpa que tienen, debido a sus impulsos libidinales, es realmente una reacción a los impulsos destructivos enlazados con ellos[727]. Si esto es así, no solamente no serían las tendencias incestuosas las que darían lugar primero al sentimiento de culpa, sino que el temor del incesto mismo se derivaría de impulsos destructivos que han entrado en relación permanente con los más tempranos deseos incestuosos del niño.

Si es exacto suponer que las tendencias edípicas en el niño aparecen en la fase de mayor sadismo, ello nos lleva a aceptar la tesis de que son principalmente impulsos de odio los que ocasionan el conflicto de Edipo y la formación del superyó y los que gobiernan los más tempranos y decisivos estadios de ambos. Esta tesis, aunque a primera vista parece contradictoria a la teoría psicoanalítica aceptada, coincide, no obstante, con nuestro conocimiento del hecho de que la libido se desarrolla hasta el período genital partiendo del pregenital.

Freud ha señalado repetidas veces que en el desarrollo del individuo el odio precede al amor. En *Los instintos y sus destinos* dice: «La relación de odio hacia los objetos es anterior a la de amor. Este hecho es debido al repudio originario del mundo externo por el yo narcisista, mundo de donde fluye la corriente de estímulos», (*Obras completas*, tomo IX, edición castellana) y además que: «el yo odia, aborrece y persigue con intención de destruir todos los objetos que son para él una fuente de displacer, sin tener en cuenta si significan para él una frustración de la satisfacción sexual o una gratificación de las necesidades de autoconservación[728]».

Desde el punto de vista ortodoxo, la formación del superyó comienza en la fase fálica. En «El final del complejo de Edipo» (1924) Freud sostiene que el complejo de Edipo es sucedido por el establecimiento del superyó; aquel se destruye y el superyó toma su lugar. De nuevo en *Inhibición, síntoma y angustia* leemos: «La ansiedad en la fobia de animales es así una reacción eficaz del yo ante el peligro, peligro que es la amenaza de ser castrado. No existe diferencia entre esta ansiedad y la ansiedad real que siente el yo normalmente en situaciones de peligro, excepto en que su contenido permanece inconsciente y solo es percibido bajo una forma distorsionada. De acuerdo con esta tesis, la ansiedad que afecta a los niños hasta el principio de la latencia, se atribuiría solamente a un temor de castración en el caso del varón y temor a una pérdida de amor en el caso de la niña, y el superyó no empezará a formarse hasta que hayan sido dejados atrás los estadios pregenitales y sería el resultado de una regresión al estadío oral». En *El yo y*

el ello, (Obras Completas, tomo 19), Freud dice: «Al principio, en la fase oral primaria de la existencia del individuo, la catexis de objeto y la identificación son difíciles de distinguir una de otra, y el superyó es, en realidad, el precipitado de la primera catexis de objeto del ello y el heredero del complejo de Edipo después de la disolución de este último[729]». Mis propias observaciones me han conducido a la creencia de que la formación del superyó es un proceso más simple y más directo. El conflicto de Edipo y el superyó aparecen, creo, bajo la supremacía de los impulsos pregenitales, y los objetos que han sido introyectados en la fase oral sádica —las primeras catexis de objetos e identificaciones— forman los comienzos del temprano superyó[730]. Además, lo que origina la formación del superyó y gobierna sus tempranos estadios, son los impulsos destructivos y la ansiedad que ellos despiertan. Al considerar así los impulsos del individuo como el factor fundamental en la formación de su superyó, nosotros no negamos la importancia de los objetos mismos para ese proceso, pero lo vemos bajo una luz distinta. Las identificaciones tempranas del niño reflejan sus objetos de un modo irreal y desfigurado. Según sabemos por Abraham, en un estadío temprano del desarrollo, tanto los objetos reales como los introyectados están principalmente representados por sus órganos. También sabemos que el pene del padre es un objeto de ansiedad por excelencia y es comparado en el inconsciente con armas peligrosas de varias clases y animales aterradores, los cuales envenenan y; devoran, representando la vagina una entrada peligrosa[731]. Los análisis tempranos demuestran que estas equivalencias son un mecanismo universal de importancia fundamental en la estructura del superyó. Hasta donde puedo juzgar, el núcleo del superyó se encuentra en la incorporación parcial que tiene lugar durante la fase canibalística del desarrollo[732], y las primeras imagos del niño toman la marca de estos impulsos pregenitales[733].

Que el yo considere el objeto internalizado como un enemigo cruel del ello, surge lógicamente del hecho de que el instinto destructivo que el yo ha desviado hacia el mundo externo, ha sido dirigido contra aquel objeto, del cual, por consiguiente, nada, sino hostilidad contra el ello, puede esperarse. Pero hasta donde llega mi experiencia, también está presente un factor filogenético en el origen de toda ansiedad temprana e intensa que el niño siente frente a los objetos internalizados. El padre, en la horda primitiva, era el poder externo que obligaba a una inhibición de los instintos[734]. En el transcurso de la historia del hombre, el temor al padre, adquirido cuando

empieza a internalizar sus objetos, servirá en parte como una defensa contra la ansiedad, a la que dio lugar el instinto destructivo[735].

En lo que se refiere a la formación del superyó, Freud parece seguir dos líneas de pensamiento, que son, en cierto modo, complementarias. Según una de ellas, la severidad del superyó se deriva de la severidad del padre real, cuyas prohibiciones y órdenes repite[736]. De acuerdo con la otra, como ha indicado en uno o dos pasajes de su obra, su severidad es el resultado de los impulsos destructivos del sujeto[737].

El psicoanálisis no ha seguido la segunda línea de pensamiento.

Tal como muestra su literatura, ha adoptado la teoría de que el superyó se deriva de la autoridad de los padres y en ella ha fundado todas las investigaciones sobre el individuo. No obstante, Freud, en parte, ha confirmado recientemente mis puntos de vista[738], subrayando la importancia de los impulsos del individuo mismo como un factor en el origen del superyó y en el hecho de que su superyó no es idéntico a sus objetos reales[739].

Querría dar el nombre de estadios «tempranos de formación del superyó» a las identificaciones primeras hechas por el niño, del mismo modo que he empleado la denominación de «tempranos estadios del conflicto de Edipo». En los tempranos estadios del desarrollo del niño, la precipitación de la catexis de objeto ejerce una influencia de un tipo que las caracteriza como un superyó, aunque difieran en calidad y en modo de actuar de las identificaciones que pertenecen a los últimos estadios. Y aunque este superyó sea muy cruel, formado bajo la supremacía del sadismo, siempre toma la defensa del yo contra el instinto destructivo y es ya en estos primeros estadios la fuerza de la cual proceden las inhibiciones instintivas.

En su artículo, «Die Identifizierung» (1926), Fenichel ha aplicado cierto criterio que diferencia los «precursores del superyó», como él llama a las tempranas identificaciones de acuerdo con la sugestión hecha por Reich[740], del superyó propiamente dicho. Estos precursores existen, según cree, en un estado disperso e independientemente uno de otro y carecen de la unidad, severidad, oposición al yo, cualidad de ser inconsciente y del gran poder que caracteriza al superyó real como heredero del complejo de Edipo. Según mi opinión, tal diferenciación es incorrecta en diferentes sentidos. Hasta donde me ha sido posible observar es precisamente este superyó primario el que es especialmente severo, y, normalmente, en ningún período de la vida es tan fuerte la oposición entre el yo y el superyó como en la temprana infancia. Es más, este último hecho explica por qué, en los primeros estadios de la vida, la tensión entre los dos es principalmente sentida como ansiedad. Además he

encontrado que las órdenes y prohibiciones del superyó no son menos inconscientes en los niños pequeños que en los adultos y que no son de ningún modo idénticas a las órdenes que provienen de los objetos reales. Creo que Fenichel tiene razón al decir que el superyó del niño no está ya íntimamente organizado como en los adultos. Pero esta diferencia, aparte de que no es una verdad universal, puesto que muchos niños pequeños muestran un superyó bien organizado y muchos adultos un superyó disperso, me parece que está de acuerdo simplemente con el grado menor de cohesión mental que posee el niño pequeño si lo comparamos con el adulto. Sabemos que los niños pequeños tienen un yo no tan altamente organizado como el de los niños en período de latencia. Sin embargo, no decimos que el niño no tiene yo, sino que tiene precursores del yo.

Ya se ha dicho que en la fase del sadismo máximo un aumento de las tendencias sádicas conduce a un aumento de ansiedad. Las amenazas expresadas por el temprano superyó contra el ello contienen en detalle la totalidad de las fantasías sádicas que fueron dirigidas hacia el objeto, así que ahora cada una de ellas se vuelve contra el yo.

Así, la presión ejercida por la ansiedad en su primer período corresponderá en grado a la suma total del sadismo originariamente presente, y en cualidad a la variedad y riqueza de las fantasías sádicas que la acompañan[741] La gradual superación del sadismo y la ansiedad es un resultado del desarrollo de la libido[742], Pero el mismo exceso de esta ansiedad también impulsa al individuo a vencerla. La ansiedad ayuda a cada una de las zonas erógenas a crecer en fuerza y a ganar dominio una después de otra. Así, la supremacía de los impulsos sádicos orales y uretrales es seguida por la supremacía del impulso anal-sádico, y aunque los mecanismos pertenecientes al primer período anal-sádico, por poderoso que este sea, están ya actuando en favor de las defensas que han sido dirigidas contra la ansiedad surgida de los tempranos estadios sádicos, se infiere que aquella misma ansiedad, que es preeminentemente un agente inhibidor en el desarrollo del individuo, es también un factor de fundamental importancia como promotor del crecimiento del yo y de la vida sexual.

En este período del desarrollo del individuo, sus métodos de defensa son proporcionales a la presión de la ansiedad en él y son extremadamente violentos. Sabemos que en el temprano estadío anal-sádico lo que expulsa es su objeto que percibe como algo hostil a él y que equipara con excrementos. Desde mi punto de vista, lo que también expulsa es su terrorífico superyó que ha introyectado en el período oral sádico de su desarrollo. El acto de

expulsión es, así, un medio de defensa empleado por su yo aterrorizado contra su superyó; expele sus objetos internalizados y los proyecta al mundo externo.

Los mecanismos de proyección y expulsión están íntimamente ligados en el individuo al proceso de formación del superyó. Así como su yo trata de defenderse a sí mismo de su superyó, expulsándolo violentamente y destruyéndolo, de este modo, por las amenazas de su superyó, trata de desembarazarse de su ello sádico, esto es, de sus tendencias destructivas por el mismo método de expulsión por la fuerza. En *Inhibición, síntoma y angustia* Freud dice que considera el concepto de defensa como bien adecuado para una «designación general de todos los métodos empleados por el yo en aquellos conflictos que pueden llevar a una neurosis; en tanto que el concepto de represión debe ser reservado para ese particular método de defensa que nuestra investigación nos ha llevado a comprender primero». Además establece explícitamente la posibilidad de «que la represión sea un proceso que está en una relación especial con la organización genital de la libido y que el yo se vuelve hacia otros métodos de defensa cuando tiene que protegerse contra la libido en otros estadios de su organización». Mi punto de vista está también sostenido por Abraham en un pasaje en el que dice que: «La tendencia a proteger el objeto y a preservarlo, ha resultado de una tendencia destructiva más primitiva, por medio de un proceso de represión[743]».

En cuanto a la línea de división entre los dos períodos anal-sádicos, el mismo autor dice: «Considerando esta línea divisoria extremadamente importante, nos encontramos de acuerdo con el punto de vista médico general». Porque la división que nosotros, psicoanalistas, hemos hecho apoyados en la fuerza de los datos empíricos, coincide, en efecto, con la clasificación en neurosis y psicosis hecha por la medicina clínica. Pero los analistas, es claro, no intentarían hacer una separación rígida entre las afecciones psicóticas y neuróticas. Por el contrario, saben bien que la libido de cualquier individuo puede regresar más allá de esta línea divisoria entre las dos fases anal-sádicas, dada una causa adecuada de enfermedad y dados ciertos puntos de fijación en su desarrollo libidinal que faciliten una regresión de esta naturaleza[744].

Como sabemos, no es la estructura de la mente del hombre normal en sí la que diferencia a este del neurótico, sino los factores cuantitativos que están en acción. Las citas dadas de Abraham significan que la diferencia entre el psicótico y el neurótico es también una diferencia de grado. Mi propio trabajo psicoanalítico con niños, no solo confirma la opinión de que los puntos de

fijación para las psicosis yacen en un estadío de desarrollo que precede al segundo nivel anal, sino que también me ha convencido de que los niños normales y neuróticos también tienen allí puntos de fijación, aunque en menor grado.

Sabemos que en el psicótico existe una cantidad de ansiedad mucho mayor que en el neurótico; sin embargo, la teoría aceptada de la formación del superyó no explica el hecho de que tan abrumadora ansiedad aparezca en estos tempranos estadios del desarrollo en que, según Freud y Abraham, están situadas las fijaciones para las psicosis. Las últimas teorías de Freud, que expresa en *Inhibición, síntoma y angustia*, excluyen la posibilidad de que esta inmensa cantidad de ansiedad pueda surgir de una conversión de libido no satisfecha en angustia.

Tampoco podemos presumir que el temor de un niño a ser devorado, cortado y muerto por sus padres sea un temor real. Pero si suponemos que esta excesiva ansiedad puede ser solo el efecto de procesos intrapsíquicos, no estaríamos lejos de las teorías expuestas en estas páginas, de que la ansiedad temprana procede de una presión del superyó. La presión que en la primera etapa de desarrollo de un niño ejerce el superyó sobre sus tendencias destructivas, no solo responde en grado y clase a sus fantasías sádicas, sino que despierta situaciones de ansiedad que reflejan los varios períodos que ha recorrido su fase sádica. Estas situaciones de ansiedad hacen surgir especiales mecanismos de defensa por parte de su yo y determinan el carácter específico que asumirá su perturbación psicótica (además de ser decisivo para su desarrollo en general)[745].

Antes de intentar el estudio de las relaciones entre las tempranas situaciones de ansiedad y el carácter específico de las afecciones psicóticas, sin embargo, dirigiremos primero nuestra atención al modo en que la formación del superyó y el desarrollo de las relaciones de objeto se influyen mutuamente. Si es cierto que el superyó se forma en tal etapa temprana del desarrollo del yo, cuando está aún tan alejado de la realidad, debemos ver el crecimiento de las relaciones de objeto bajo una nueva luz. El hecho de que el individuo crea un cuadro deformado de sus objetos, en virtud de sus propios impulsos sádicos, no solo acuerda un carácter distinto a la influencia ejercida por esos objetos y su relación con ellos en la formación del superyó, sino que, recíprocamente, aumenta la importancia de la formación del superyó en cuanto a sus relaciones de objeto. Cuando, como niño pequeño, comienza a introyectar sus objetos y estos, no debemos olvidarlo, son solo muy vagamente conocidos por él y principalmente por medio de sus órganos

separados, su temor a esos objetos introyectados pone en movimiento los mecanismos de expulsión y proyección, tal como ya hemos visto; sigue luego una acción recíproca entre proyección e introyección que parece ser de fundamental importancia no solo para la formación de su superyó, sino también para el desarrollo de sus relaciones de objeto con las personas y su adaptación a la realidad. El apremio continuo y sin tregua que lo domina, de proyectar sus identificaciones aterradoras sobre sus objetos, parecería dar por resultado un aumentado impulso a repetir los procesos de introyección una y otra vez, y es asimismo un factor decisivo en la evolución de su relación con los objetos[746].

La interacción entre la relación de objeto y el superyó también se muestra por el hecho de que en cada etapa del desarrollo los métodos usados por el yo en su trato con los objetos corresponden exactamente a aquellos usados por el superyó hacia el yo y por el yo hacia el superyó y el ello. En la fase sádica el individuo se protege del temor de sus objetos violentos, ya sea introyectados o externos, redoblando sus propios ataques destructivos sobre ellos, en su imaginación. Liberándose así de su objeto, busca, en parte, silenciar las intolerables amenazas de su superyó. Pero una reacción de este tipo presupone que el mecanismo de proyección ha empezado ya a trabajar en dos sentidos: uno en el cual el yo coloca el objeto en el lugar del superyó del cual quiere liberarse y el segundo por el cual hace que el objeto esté en el lugar del ello, del cual también desea librarse. En esta forma, la cantidad de odio que era primero dirigida contra los objetos se aumenta por el monto adherido al ello y al superyó. Así parecería que en las personas en las cuales las situaciones de temprana ansiedad son demasiado poderosas y que han retenido los mecanismos de defensa que pertenecen a esa edad temprana, el temor al superyó, si por razones externas o intrapsíquicas sobrepasara ciertos límites, las obligaría a destruir sus objetos y formaría la base para el desarrollo de un tipo de conducta criminal[747].

Pienso que estas situaciones de ansiedad temprana y demasiado fuerte son también de fundamental importancia en la etiología de la esquizofrenia. Pero aquí puedo sostener este punto de vista presentando solo dos o tres ideas. Como ya ha sido señalado, la proyección de su terrorífico superyó sobre sus objetos aumenta en el individuo su odio a esos objetos y así también su temor a ellos, resultando que si la ansiedad y agresión son excesivas, su mundo externo se transforma en un lugar terrorífico y sus objetos en enemigos, y se siente amenazado de persecución, tanto por parte del mundo externo como de sus enemigos introyectados. Si su ansiedad es excesiva o si su yo no puede

tolerarla, tratará de eludir el miedo de los enemigos externos poniendo fuera de acción sus mecanismos de proyección; estos, a su vez, evitarán que se produzca una introyección posterior de objetos, lo que pondrá fin al desarrollo de su relación con la realidad[748] y le dejará expuesto más que nunca al miedo de sus objetos ya introyectados. Estaría aterrado de ser atacado y dañado de diversos modos por un enemigo interno del que no podrá escapar. Un temor de esta clase es quizá una de las fuentes más profundas de la hipocondría, y un sobrante de él, no susceptible de ser modificado o desplazado, es obvio que exigiría métodos de defensa particularmente violentos. Una perturbación como esta del mecanismo de proyección, parece además ser paralela a una negación de la realidad intrapsíquica[749]. La persona así afectada niega[750], y dentro de ciertos límites elimina[751], no solo la «fuente» de su ansiedad, sino también sus «afectos». Un gran número de fenómenos pertenecientes al síndrome esquizofrénico puede ser explicado como un intento de defenderse, dominar o luchar contra un enemigo interno. La catatonía, por ejemplo, puede ser considerada como un intento de paralizar los objetos introyectados y mantenerlos inmóviles, haciéndolos inocuos[752].

Los primeros períodos de la fase anal-sádica se caracterizan por una gran violencia de los ataques dirigidos contra el objeto. En un período posterior de esta fase, coincidiendo con el primer estadío anal, en el cual los impulsos anal-sádicos toman la delantera, predominan métodos de ataque más secretos, tales como el uso de materias explosivas y envenenadas. Los excrementos representan entonces venenos[753] y en sus fantasías el niño utiliza las heces como instrumento de persecución[754] contra sus objetos y secretamente los introduce de un modo mágico[755] en el ano o en otros orificios del cuerpo de estos objetos y los deja allí. En consecuencia, comienza a asustarse de sus propios excrementos como sustancias peligrosas y dañinas para su cuerpo y de los excrementos incorporados de sus objetos, de los que espera un ataque similar por este medio peligroso. Así, sus fantasías conducen al temor de tener una multitud de perseguidores dentro de su cuerpo o de ser envenenado, y esta es la base de los temores hipocondríacos. Ellos también sirven para aumentar el temor surgido de la equiparación de los objetos introyectados con las heces[756], porque aquellos objetos introyectados se hacen aún más peligrosos por ser semejantes a envenenados y destructivos escíbalos. Como consecuencia de sus impulsos uretral-sádicos, el niño también considera la orina como algo peligroso, como algo que quema, corta y envenena, preparando al inconsciente para considerar el pene como un órgano sádico y temer[757] al peligroso pene del padre dentro de sí (como perseguidor).

En el período en que realiza ataques por medio de excrementos envenenados, el temor del niño a los ataques subterráneos contra sí por parte de sus objetos externos e introyectados se hace múltiple, de acuerdo con la mayor variedad y sutileza de sus propios procedimientos sádicos, y ellos apremian la actividad de los mecanismos de proyección hasta su límite extremo. Su ansiedad se despliega y es distribuida sobre muchos objetos y fuentes de peligro en el mundo externo, y así espera ahora ser atacado por un gran número de perseguidores[758]. El secreto y la astucia que atribuye a estos ataques lo conduce a observar el mundo con ojo sigiloso y suspicaz, y así fortalece sus relaciones con la realidad por un lado, aunque esta relación pueda ser falsa; mientras que su temor del objeto introyectado —a pesar de los mecanismos de proyección— es un constante incentivo para mantener en acción dichos mecanismos.

Pienso que el punto de fijación de la paranoia es este período de la fase de máximo sadismo, en el cual los ataques del niño sobre el interior del cuerpo de la madre y contra el pene que él imagina allí se realizan por medio de excrementos envenenados y peligrosos[759] y los delirios de referencia y persecución arrancan de las situaciones de ansiedad que acompañan a estos ataques[760].

De acuerdo con mi punto de vista, el temor del niño a los objetos introyectados lo incita a desplazar este miedo al mundo externo. Al hacerlo, sus órganos, objetos, heces, y toda clase de cosas, así como sus objetos internalizados, son equiparados con los externos; también distribuye su temor de estos objetos externos sobre un gran número de objetos equiparándolos unos con otros[761].

Una relación de esta índole con muchos objetos, basada, como está, en parte en la ansiedad, y realizada por medio de equiparaciones[762], puede llamarse un mecanismo fóbico de ansiedad, y pienso que es un mayor progreso por parte del individuo en el establecimiento de sus relaciones con los objetos y en su adaptación a la realidad, porque su primera relación de objeto solo incluía una cosa: el pecho de su madre como representante de su madre. En la fantasía del niño pequeño, estos múltiples objetos se sitúan en el interior del cuerpo de la madre y este lugar es también objetivo de sus tendencias destructivas y libidinales y también del despertar de su deseo de saber. Como sus tendencias sádicas aumentan y en su fantasía se apodera del interior del cuerpo de su madre, esta parte de ella se hace representante de su persona total como objeto, y al mismo tiempo simboliza el mundo externo y la realidad. En realidad, por medio de su pecho, originariamente la madre

representa para él el mundo externo. Pero ahora, el interior de su cuerpo representa con más amplio sentido objetos y mundo externo, ya que, por una más amplia distribución de su ansiedad, contiene objetos más diversos[763] Así, las fantasías sádicas del niño sobre el interior del cuerpo de su madre le dan una fundamental relación con el mundo externo y con la realidad. Pero la agresión y la ansiedad que siente como consecuencia de ella, aunque es una de las bases de sus relaciones de objeto, no es la única. Su libido también actúa al mismo tiempo y su influencia se hace sentir. La relación libidinal con los objetos y la influencia ejercida por la realidad neutralizan su temor a los enemigos internos y externos. Su creencia en la existencia de figuras bondadosas y útiles —creencia que se basa en la eficacia de su libido—, permite así que sus objetos reales emerjan cada vez con más fuerza y que sus imagos fantásticas retrocedan a último término[764].

En este sentido, la interacción entre formación del superyó y relación de objeto, que se basa en una interacción de proyecciones e introyecciones, influye profundamente en su desarrollo. En los primeros estadios la proyección de sus imagos aterradoras al mundo externo transforma este mundo en un lugar de peligro y a sus objetos en enemigos; mientras la introyección simultánea de objetos reales, de hecho bien dispuestos para con él, trabaja en dirección contraria y disminuye la fuerza de su temor a las imagos aterradoras. Bajo esta luz, la formación del superyó, relación de objeto y adaptación a la realidad, son el resultado de una interacción entre la proyección de los impulsos sádicos del individuo y la introyección de sus objetos.

9. Las relaciones entre la neurosis obsesiva y los estadíos tempranos del superyó

He considerado en el capítulo anterior el contenido y los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad en el individuo. Examinaremos ahora en qué sentido su libido y sus relaciones de objetos reales producen una modificación de estas situaciones de ansiedad.

Como resultado de la frustración oral sufrida por el niño, este busca nuevas fuentes de gratificación[765]. La niña pequeña se aparta de la madre y toma el pene del padre como objeto de gratificación. Al principio esta gratificación es de naturaleza oral, pero las tendencias genitales ya están en

actividad[766]. El niño pequeño también despliega una actitud positiva frente al pene del padre desde su posición oral de succión en virtud de la asimilación del pecho al pene[767]. Una fijación oral de succión al pene del padre es un factor primario en el establecimiento de la verdadera homosexualidad[768]. Pero generalmente sus sentimientos de odio y ansiedad frente al padre, surgidos del despertar de sus tendencias edípicas, luchan contra esta fijación[769]. Si su desarrollo avanza con éxito, su actitud positiva frente al pene del padre se convierte en la base de una buena relación con las personas de su propio sexo y le permite al mismo tiempo lograr una completa posición heterosexual. Mientras que, sin embargo, en el niño, una relación oral de succión del pene del padre puede, bajo ciertas circunstancias, conducirlo a la homosexualidad, en la niña es normalmente el precursor de impulsos heterosexuales y del conflicto edípico. Un tal paso por parte de la niña hacia el padre y en el varón una segunda orientación hacia la madre como objeto de amor genital, establece un nuevo propósito de gratificación libidinal en el niño en el que los genitales comienzan a hacer sentir su influencia.

En esta temprana fase del desarrollo que yo he denominado la fase de culminación del sadismo, he encontrado que todos los estadios pregenitales y genitales se cargan en rápida sucesión. Lo que sucede entonces es que la libido entra a luchar con los impulsos destructivos y gradualmente consolida sus posiciones. Junto con la *polaridad* del instinto de vida y el instinto de muerte podemos, creo, situar su *interacción* como un factor fundamental en los procesos dinámicos de la mente. Hay un vínculo indisoluble entre la libido y las tendencias destructivas, que pone en gran parte a las primeras en poder de las últimas. Pero el círculo vicioso dominado por el instinto de muerte en el que la agresión origina ansiedad y la ansiedad esfuerza la agresión, puede romperse por las fuerzas libidinales cuando estas han ganado fuerza. Como sabemos, en los primeros estadios del desarrollo el instinto de vida se esfuerza al máximo para mantenerse contra el instinto de muerte. Pero esta misma necesidad estimula el desarrollo de la vida sexual del individuo.

Desde que los impulsos genitales del niño permanecen escondidos por largo tiempo, no podemos discernir claramente las fluctuaciones e interrelaciones de las varias fases de desarrollo que resultan del conflicto entre los impulsos destructivos y libidinales. La emergencia de los estadios de organización, que ya conocemos, armoniza no solo con las posiciones que ha ganado y establecido la libido en su lucha contra el instinto destructivo, sino, desde que estos dos componentes están siempre unidos tanto como opuestos, con un creciente acuerdo entre ellos.

Es verdad que en apariencia el niño pequeño muestra relativamente poco de ese tremendo sadismo que se revela en el análisis de sus más profundas capas mentales. Pero mi argumento de que en estos estadios tempranos del desarrollo el niño atraviesa por una época en que las tendencias sádicas alcanzan su fuerza máxima en cada una de sus fuentes, es, después de todo, solo la ampliación de la teoría aceptada y bien establecida de que el niño pasa desde un estadío de sadismo oral (canibalismo) a uno de sadismo anal. Debemos también recordar que estas tendencias canibalísticas no se expresan en proporción con su importancia psicológica ya que, normalmente, solo encontramos indicios comparativamente débiles de los impulsos del niño pequeño a destruir su objeto. Lo que nosotros vemos son solo derivados de sus fantasías en relación con esto. Que el niño exprese sus impulsos sádicos intensos frente a los objetos externos de este modo amortiguado, se hace más inteligible si comprendemos que las fantasías extravagantes que surgen en cada estadío temprano de su desarrollo nunca se hacen conscientes. Debe recordarse, además, que el estadío del desarrollo del yo en el que surgen dichas fantasías es muy temprano y que las relaciones del niño con la realidad están todavía muy influidas por su vida imaginativa. Otra razón puede ser la inferioridad de tamaño y fuerza del niño con respecto al adulto y su dependencia determinada biológicamente; porque vemos cómo se evidencian más fuertemente sus impulsos destructivos contra las cosas inanimadas, animales pequeños, etc. Y finalmente, podría ser que aun en estos estadios tempranos de su vida, impulsos genitales, aunque todavía no visibles, ejercieran ya su influencia restrictiva contra los sádicos ayudando a disminuir la fuerza que de otro modo se expresaría contra los objetos externos. Hasta donde he podido ver, existen en el niño pequeño junto con sus relaciones de objetos reales, pero en un plano diferente, relaciones que se basan en sus relaciones con imagos no reales, imagos de figuras tanto excesivamente buenas como malas. Ordinariamente estas dos clases de relación de objeto se entremezclan y colorean unas a otras de modo siempre creciente. (Este es el proceso que he descrito como interacción entre la formación del superyó y las relaciones de objeto). Pero en la mente del niño, por pequeño que este sea, los objetos reales y los imaginarios están todavía muy separados; y esto explica que no muestren tanto sadismo y ansiedad frente a los objetos reales como podría esperarse del carácter de sus fantasías.

Como sabemos, y como Abraham lo ha puntualizado especialmente, la naturaleza de las relaciones de objeto del niño y de sus rasgos de carácter están fuertemente determinadas por sus fijaciones predominantes, ya sea que

estas se sitúen en el estadío oral de succión o en el oral-sádico. En mi opinión este factor es también decisivo en la formación del superyó. La introyección de una buena madre conduce al establecimiento de una imago paterna bondadosa debido a la ecuación del pene con el pecho[770].

En la construcción del superyó también la fijación en el estadío oral de succión contrarrestará las identificaciones terroríficas que se han hecho bajo la supremacía de los impulsos oral-sádicos. A medida que disminuyen las tendencias sádicas del niño, las amenazas hechas por el superyó se reducen algo en violencia y las reacciones del yo también sufren un cambio. Hasta ahora el excesivo miedo al superyó y a sus objetos que ha dominado los tempranos estadios de su vida, acarreó proporcionalmente reacciones violentas de su yo. Parecería que el yo trata de defenderse al principio contra el superyó escotomizándolo —usando el término de Laforgue— y expulsándolo. Tan pronto como el yo intenta engañar al superyó y reducir la oposición de este último a los impulsos del ello[771] es que —creo— comienzan las reacciones en el sentido de que el yo reconoce el poder del superyó. Cuando comienzan los estadios anales siguientes, el yo reconoce ese poder cada vez más claramente, y esto lo lleva a realizar intentos progresivos para llegar a un acuerdo con él. Este reconocimiento trae como consecuencia un reconocimiento de la necesidad de obedecer a las exigencias del superyó.

La conducta del yo con el ello, que en un estadío anterior ha sido en parte de expulsión, se transforma, en el estadío anal siguiente, en supresión, o más bien, en represión en el verdadero sentido de la palabra[772]. Al mismo tiempo la cantidad de odio que siente frente al objeto disminuye desde que mucho del odio se derivaba de su antigua adhesión al superyó y al ello. El aumento de los componentes libidinales y la concomitante disminución de los destructivos también sirve para moderar las tendencias sádicas primarias que estaban dirigidas hacía el objeto. Cuando sucede esto el yo parece hacerse más consciente de su miedo de sufrir retaliación por parte del objeto. Así reconoce el poder del objeto además de someterse y aceptar las prohibiciones de un superyó severo. Su aceptación de la realidad externa[773] depende así de la aceptación de la realidad intrapsíquica y más cuanto que su esfuerzo es hacer converger el superyó y el objeto. Una convergencia de esta clase es un paso más en el sentido de modificar la ansiedad, y, ayudada por mecanismos de proyección y desplazamiento, acompaña al desarrollo de las relaciones del individuo con la realidad. El principal método que adopta el yo para vencer la ansiedad —en este punto— es tratar de satisfacer tanto los objetos externos como los internalizados. Esto lo induce a garantizar la seguridad de sus

objetos, reacción que Abraham ha localizado en el estadío anal secundario. Este cambio de método en su conducta frente al objeto puede presentarse de dos maneras: el individuo puede alejarse de él, a causa de su miedo de él como fuente de peligro y también para protegerlo de sus propios impulsos sádicos, o puede dirigirse hacia él con sentimientos más positivos. Una relación de objeto de esta clase es provocada por una disociación de la imago materna en buena y mala. La ambivalencia del individuo frente al objeto no solo representa un paso más en el desarrollo de sus relaciones de objeto, sino que es un mecanismo de fundamental importancia para vencer el miedo a su superyó, distribuyéndolo, después de haberlo dirigido al exterior, sobre un número de objetos, de modo que algunos de ellos representan el objeto que él atacó y que por lo tanto le amenaza con peligro y otros, especialmente su madre, significan la persona bondadosa y protectora.

A medida que el individuo avanza hacia su estadío genital y sus imagos introyectadas se hacen más amistosas, su superyó cambia en su modo de comportarse y el proceso de vencer la ansiedad se hace crecientemente exitoso. Cuando las hasta aquí abrumadoras amenazas del superyó se amortiguan en retos y reproches, el yo puede encontrar apoyo contra ellas en sus relaciones positivas. Puede ahora emplear mecanismos restitutivos y formaciones reactivas de lástima frente a sus objetos para aplacar su superyó[774]; y el amor y reconocimiento que recibe de estos objetos y del mundo externo son considerados al mismo tiempo como una garantía y una medida de aprobación del superyó. Es aquí, también, cuando resulta importante el mecanismo de distribuir las imagos. Porque mientras el yo se aleja de los objetos peligrosos, trata de compensar al objeto bueno por las injurias imaginarias que él ha hecho.

El proceso de sublimación puede establecerse ahora, porque las tendencias restitutivas del individuo frente a sus objetos son una fuerza motivacional fundamental en todas sus sublimaciones, aun en las muy tempranas, tales como la muy primitiva manifestación del impulso a jugar[775]. Una precondición para el desarrollo de las tendencias restitutivas y de sublimaciones es que la presión ejercida por el superyó debe ser mitigada y sentida por el yo como sentimiento de culpa. Los cambios cualitativos que comienza a sufrir el superyó como resultado de la fuerza creciente de los impulsos genitales del individuo y de las relaciones de objeto, motivan que se conduzca de un modo diferente con el yo, de modo que surgen en él verdaderos sentimientos de culpa. Pero si estos sentimientos se hacen demasiado abrumadores afectarán otra vez al yo, principalmente como

ansiedad[776]. Si esto es así, no sería una deficiencia en el superyó sino una diferencia cualitativa del mismo lo que hace surgir la falta de sentimientos sociales en ciertos individuos, especialmente en criminales, y en las llamadas personas «asociales[777]».

Desde mi punto de vista, en el estadío anal primario el niño hace una defensa contra las imagos terroríficas que ha introyectado en la fase oral-sádica. Proyectando su superyó comienza a tratar de vencer su ansiedad. Pero este intento no es todavía exitoso porque la ansiedad que debe ser vencida es todavía demasiado fuerte y porque el método de proyección violenta hace surgir continuamente nueva ansiedad. La ansiedad que no puede ser aliviada en este sentido impulsa al niño a cargar los niveles siguientes de su libido —el estadío anal secundario— y actúa así como agente promotor de su desarrollo.

Sabemos que el superyó y el objeto del individuo adulto tampoco coinciden y, como he tratado de demostrar, tampoco sucede esto en ningún momento de la niñez. Creo que los esfuerzos que hace el yo a consecuencia de esta discrepancia para hacer sus objetos reales intercambiables con las imagos de ellos constituye un factor fundamental en su desarrollo[778]. Cuanto menor es la discrepancia —es decir cuando las imagos se aproximan más a sus objetos reales mientras el estadío genital toma la delantera y las imagos aterradoras imaginarias que han asumido el control en los primeros estadios de su vida retroceden hacía el telón de fondo— más estable es su equilibrio, y más éxito tiene en modificar sus primeras situaciones de ansiedad. A medida que sus impulsos genitales ganan en fuerza gradualmente, la represión del ello por el yo pierde también mucha de su violencia, de modo que hay mucho menos fricción entre los dos. Así, la relación de objeto más positiva que va junto con el advenimiento del estadío genital, puede ser también considerada como signo de una relación satisfactoria entre el superyó y el yo y entre *El yo y el ello*.

Ya sabemos que los puntos de fijación para las psicosis han de hallarse en los primeros estadios del desarrollo y que el límite entre el estadío anal primario y el secundario forma la línea de demarcación entre las psicosis y las neurosis. Me inclino a dar un paso más y considerar aquellos puntos de fijación como puntos de partida, no solamente de enfermedades subsecuentes si no de trastornos que el niño sufre durante los primeros estadios de su vida. En el último capítulo hemos visto que las situaciones de ansiedad excesiva que surgen en la fase de sadismo máximo son un factor etiológico fundamental en las perturbaciones psicóticas[779]. Pero he encontrado que en

las fases más tempranas del desarrollo, los niños normales también pasan por situaciones de ansiedad que son de carácter psicótico. Si aquellas situaciones tempranas son activadas en un grado elevado, ya sea por razones internas o externas, el niño exhibiría rasgos psicóticos. Y si está demasiado presionado por sus imagos que hacen surgir miedo, y no puede contrarrestarlas suficientemente con la ayuda de las imagos bondadosas y de sus objetos reales, está expuesto a perturbaciones que son similares a las psicosis del adulto y que se prolongan a menudo en una psicosis en la vida futura, o si no forman la base de enfermedades graves u otras dificultades del desarrollo[780]. Pero desde que en la infancia las situaciones de ansiedad de esta naturaleza entran en acción invariablemente en una época u otra y alcanza cierta intensidad, todo niño manifestará en una u otra época síntomas psicóticos.

Por ejemplo, el cambio entre la alegría excesiva y la tristeza extrema, que es una característica de las perturbaciones melancólicas, se encuentra siempre en los niños. La verdadera extensión y profundidad de la infelicidad que sienten los niños no es tenida en cuenta para nada justamente porque es un suceso tan frecuente y sufre cambios tan rápidos. Pero la observación analítica me ha enseñado que su infelicidad y depresión, aunque no tan agudas como la depresión melancólica del adulto, tiene las mismas causas y puede ser acompañada de ideas de suicidio. He descubierto que los accidentes de mayor o menor importancia que sufren los niños y las heridas que se infieren, son tentativas de suicidio realizadas con medios todavía insuficientes. Entonces, también ellos exhiben en algún grado esa exclusión de la realidad que tomamos como criterio de psicosis en el adulto, aunque en su caso los consideramos en cierto modo normal.

Los rasgos paranoides son menos fáciles de observar en ellos por estar asociados con esa astucia y disimulo típico de esta perturbación, pero sabemos que los niños pequeños se sienten rodeados y perseguidos por figuras fantásticas. Analizando niños muy pequeños he encontrado que cuando estaban solos, especialmente de noche, el sentimiento que experimentaban de estar rodeados de toda clase de perseguidores, tales como hechiceros, brujas, demonios, formas fantásticas y animales[781] y su ansiedad con respecto a ello tenía un carácter paranoide.

Las neurosis infantiles presentan un cuadro hecho de varios rasgos psicóticos y neuróticos y mecanismos que encontramos aislados en una forma más o menos pura en los adultos. A veces los rasgos de esta perturbación, a veces de otra están más fuertemente acentuados, pero en muchos casos la escena está completamente oscurecida por el hecho de que están activas al

mismo tiempo varias afecciones, junto con las defensas empleadas contra ellas.

En su libro *Inhibición, síntoma y angustia* Freud dice que «las primeras fobias de los niños no han encontrado ninguna explicación hasta ahora» y que «su relación con las neurosis más obvias y tardías de la infancia de ningún modo son evidentes». Creo que aquellas primeras fobias contienen la ansiedad que surge en los primeros estadios de la formación del superyó. Las tempranas situaciones de ansiedad del niño aparecen alrededor de la mitad de su primer año de vida y son inducidas por un incremento del sadismo. Consisten en miedos de objetos violentos tanto externos como introyectados (que los devoren, corten, castren); y tales miedos no pueden ser modificados en un grado adecuado en este estadío tan temprano.

Las dificultades que a menudo tienen los niños pequeños durante las comidas están también íntimamente relacionadas, según mi experiencia, con sus situaciones de ansiedad tempranas y tienen invariablemente orígenes paranoides. En la fase canibalística, los niños equiparan cada clase de comida con sus objetos, como los representan sus órganos, de modo que toma más el significado del pene del padre o del pecho de la madre y son amados, odiados o temidos como ellos. Las comidas liquidas son equiparadas con la leche, heces, orina y semen, y las sólidas, a las heces y otras sustancias del cuerpo. Así, la comida puede hacer surgir todos aquellos miedos de ser envenenado y destruido por dentro, que los niños sienten en relación a sus objetos internalizados y sus excrementos, si sus primeras situaciones de ansiedad operan con violencia.

Las fobias a los animales son en los niños una expresión de ansiedad temprana de esta clase. Están basadas en esa expulsión del superyó terrorífico que es característico del primer estadío anal y representan así un proceso compuesto por varios movimientos mediante el cual el niño modifica su miedo a su superyó y ello terroríficos. El primer movimiento es arrojar aquellas dos instituciones al mundo externo y asimilar el superyó al objeto real. El segundo movimiento no es familiar; es el desplazamiento a un animal del miedo que siente al padre real. Pero antes de este hay a menudo un paso intermedio que consiste en elegir como objeto de ansiedad en el mundo externo a un animal menos feroz en lugar de las bestias salvajes y feroces que en los primeros estadios del desarrollo del yo tomaban el lugar del superyó y del ello. El hecho de que el animal-ansiedad no solo atrae hacia si el miedo del niño a su padre sino también su admiración por él es una señal de que el proceso de formación de un ideal ya tiene lugar[782]. Las fobias de animales

son va una modificación de grandes consecuencias del miedo del superyó; y vemos aquí qué íntima relación existe entre el superyó, la relación del objeto y las fobias de animales.

En *Inhibición, síntoma y angustia,* Freud dice: «Creí en una época que una fobia tenía el carácter de una proyección en el sentido de que un peligro instintivo interno estaba reemplazado por un peligro percibido como viniendo de afuera. Esto trae con ello la ventaja de que el sujeto puede protegerse por sí mismo del peligro externo escapando de él o evitando la percepción del mismo, mientras que ninguna huida puede servir de ayuda contra un peligro interno, pero este punto de vista, aunque no es incorrecto, es demasiado superficial. Un impulso instintivo no es después de todo un peligro en sí mismo sino solamente en cuanto implica un peligro externo, es decir, el peligro de castración. Por último, una fobia es simplemente una cuestión de sustituir un peligro externo por otro». Pero me aventuro a pensar que lo que yace en la raíz de una fobia es, sin embargo, un peligro interno, es el miedo de la persona a su propio instinto destructivo y a sus padres introyectados. En el mismo párrafo, al describir las ventajas de las formaciones sustitutivas, Freud nos dice que: «El miedo que pertenece a una fobia está, después de todo, condicionado. Solo se siente cuando el objeto temido es percibido y en verdad porque es solo entonces cuando surge la situación de peligro. No hay necesidad de temer el ser castrado por un padre que no está allí. Pero un padre es algo que no puede ser eliminado, aparece cuando él quiere. Pero si el niño lo reemplaza por un animal, solo tiene que evitar la vista, es decir, la presencia de ese animal, para librarse del peligro y de la ansiedad». Tal ventaja sería aún mayor si por medio de una fobia de animal el yo pudiera no solo realizar un desplazamiento de un objeto externo a otro sino también una proyección a un objeto externo de un objeto más temido del cual —porque es internalizado— no hay posible escapatoria. Considerada bajo esta luz, una fobia de animal sería mucho más que una simple deformación de la idea de ser castrado por el padre, en la de ser mordido por un caballo o comido por un lobo. Por debajo de esto estaría no solamente el miedo a ser castrado sino todavía un miedo anterior a ser devorado por el superyó, de modo que la fobia sería en realidad una modificación de la ansiedad perteneciente a los estadios más tempranos.

Como ilustración de lo que sostengo, tomemos dos casos bien conocidos de fobias de animales; el de Juanito y el del «Hombre de los Lobos». Freud ha puntualizado que, a pesar de ciertas similitudes, estas dos fobias difieren entre ellas en muchos aspectos. En cuanto a las diferencias, la fobia de Juanito

contenía muchos rasgos de sentimientos positivos. Su animal-ansiedad no era aterrador en sí y además sentía una cierta cordialidad hacia él, según se demostró por sus juegos a los caballos con su padre, poco antes de que apareciera su fobia. Su relación con sus padres y su ambiente era en conjunto muy buena y su desarrollo general mostraba que había pasado con éxito el estadío anal-sádico y que había alcanzado el estadío genital. Su zoofobia exhibirá solamente unas pocas huellas de ese tipo de ansiedad que pertenece a los estadios más tempranos en el cual el superyó es equiparado con un animal terrorífico y salvaje y en las que el miedo del niño a su objeto es correspondientemente intenso. Así, parecía haber vencido y modificado esa temprana ansiedad bastante bien. Freud dice de él «Juanito parece haber sido un niño normal, con el llamado completo de Edipo positivo[783]», de modo que su neurosis infantil puede ser considerada como leve y aun normal. Su ansiedad, según sabemos, fue prontamente disipada por un corto análisis.

La neurosis infantil del llamado «Hombre de los Lobos» (en un niño de 4 años), presenta un cuadro diferente. El desarrollo de este niño no puede ser descrito como normal. Para citar de nuevo a Freud: «Una temprana seducción había distorsionado su relación con el objeto femenino. Su posición pasivo-femenina estaba acentuada fuertemente y el análisis de su sueño del lobo muestra poca agresión intencional contra su padre, mientras evidencia claramente que lo que estaba reprimido era una actitud pasiva y tierna frente a él. Los factores mencionados primeramente pueden haber jugado una parte pero no son observables[784]». El análisis del niño demostró que su idea de ser devorado por su padre era la expresión regresiva de un deseo pasivo y tierno hacia su padre con el objeto de ser amado por él de un modo erótico y genital[785]. Considerado a la luz de nuestra discusión previa, la idea es vista no solo como expresión de ansias pasivas y tiernas que han sido degradadas por la regresión sino por encima de esto como una reliquia de un estadío de desarrollo muy temprano[786]. Si nosotros consideramos el miedo del niño a ser devorado por un lobo no solo como sustituto por distorsión de la idea de ser castrado por su padre, sino, según yo sugeriría, como una ansiedad primaria que ha persistido en forma inalterable junto con sus versiones posteriores y modificadas del mismo, se deducirá que ha habido un miedo al padre, activo en él, que debe haber ayudado enormemente a formar el curso de su desarrollo anormal. En la fase de sadismo máximo, iniciada por tendencias sádico-orales, el deseo del niño de introyectar el pene del padre, junto con sus impulsos hostiles sádico-orales intensos, da lugar a miedos a una bestia peligrosa y devoradora que él equipara con el pene de su padre. Lo

que él pueda lograr en cuanto a vencer y modificar este miedo a su padre dependerá en parte de la magnitud de sus tendencias destructivas. El hombre de los lobos no venció esta ansiedad temprana. Su miedo al lobo, que representaba el miedo al padre, demostraba que había conservado la imagen de su padre como lobo devorador en los años siguientes. Porque, como sabemos, redescubrió este lobo en sus imagos paternas posteriores y su desarrollo total estuvo gobernado por ese miedo abrumador[787].

En mi opinión, este miedo enorme a su padre fue un factor básico en la producción de su complejo de Edipo invertido. Analizando varios niños muy neuróticos entre 4 y 5 años[788] —niños que mostraron rasgos paranoides y en quienes el complejo de Edipo invertido era predominante— me convencí de que este curso de desarrollo estaba muy determinado por un miedo excesivo al padre todavía activo en las capas mentales más profundas y que se había generado por impulsos primarios de agresión —contra él— extremadamente fuertes. Contra un padre peligroso y devorador de esta índole, ellos no podían empeñarse en la lucha que sería naturalmente el resultado de una actitud edípica directa, y así tenían que abandonar su posición heterosexual. Creo que la actitud pasiva del «Hombre de los Lobos» frente al padre, estaba fundada en situaciones de ansiedad de este orden, y que la seducción de él por su hermana sirvió simplemente para reforzarlo y confirmarlo en la actitud a la que lo condujo el miedo a su padre.

Freud relata que «después del sueño decisivo se había tornado muy díscolo y había tratado de molestar a todos y se comportó de modo sádico» y que poco después desarrolló una neurosis obsesiva típica que resultó ser muy grave al analizarla. Estos hechos parecen confirmar mi punto de vista de que aun en la época de su fobia al lobo estaba empeñado en defenderse de sus tendencias agresivas[789]. Que en la fobia de Juanito su defensa contra los impulsos agresivos fuera tan claramente visible mientras que en la del «Hombre de los Lobos» tuviera que estar tan profundamente escondida, me parece explicarse por el hecho de que, en el último, la ansiedad, mucho mayor —o el sadismo primario—, había sido tratado de un modo más anormal. Y el hecho de que la neurosis de Juanito no mostrara rasgos obsesivos mientras que el «Hombre de los Lobos» desarrolló una neurosis obsesiva concuerda con mi opinión de que cuando los rasgos obsesivos aparecen demasiado temprano y con excesiva fuerza en una neurosis infantil, debemos inferir que sus perturbaciones son muy serias y están en acción[790]. En los análisis de niños en los que se basan mis presentes conclusiones, pude hacer remontar su desarrollo anormal a un sadismo exageradamente fuerte, o más bien a un

sadismo que no había sido modificado con éxito y que había conducido a una excesiva ansiedad en un estadío muy temprano de la vida. El resultado de esto había sido una exclusión muy grande de la realidad y la producción de rasgos paranoides y obsesivos serios. El reforzamiento de los impulsos libidinales y los componentes homosexuales que se presentaron en estos niños sirvieron para defender y modificar el miedo a su padre que había surgido en ellos tan tempranamente. Este modo de tratar la ansiedad creo que es un factor etiológico fundamental en la génesis de la homosexualidad de los paranoicos[791]. Y el hecho de que «El Hombre de los Lobos» desarrollara una paranoia posteriormente, tiende a confirmar este punto de vista[792].

En *El yo y el ello*, al hablar sobre las relaciones de amor del paranoico, Freud parece sostener mi idea. Dice: «Hay todavía otro mecanismo posible que hemos llegado a conocer por medio de la investigación psicoanalítica de los procesos que incumben a los cambios en la paranoia. Una actitud ambivalente está presente desde el comienzo; y la transformación se efectúa por medio de un cambio reactivo de catexis por medio de la cual la energía es alejada de los impulsos eróticos y utilizada para suplementar la energía hostil». En la fobia del «Hombre de los Lobos», la ansiedad no modificada perteneciente a los estadios más tempranos pudo ser observada claramente. Al mismo tiempo, sus relaciones de objeto tuvieron mucho menos éxito que las de Juanito; su estadío genital se estableció débilmente y la influencia de los impulsos anal-sádicos fueron demasiado fuertes; esto se hizo evidente por la neurosis obsesiva grave que tan pronto hizo su aparición. Parecería que Juanito había podido modificar mejor su superyó amenazador y terrible en una imago menos peligrosa y vencer su sadismo y ansiedad. Su mayor éxito en este punto ha encontrado también expresión en su relación de objeto más positiva hacia sus padres y en el hecho de que en él la actitud heterosexual y activa era la predominante y en que había alcanzado satisfactoriamente el estadío genital de desarrollo[793]. Sinteticemos brevemente lo que se ha dicho sobre la evolución de las fobias. En el lactante, las primeras situaciones de ansiedad encuentran expresión en ciertas fobias. En el primer estadío anal en sus fobias de animales están involucrados todavía objetos de naturaleza intensamente terrorífica. En el estadío anal secundario y, aún más, en el genital, estos objetos de ansiedad están muy modificados.

El proceso de modificación de una fobia está ligado, creo, con aquellos mecanismos sobre los que se basan las neurosis obsesivas y que comienzan a activarse en el estadío anal secundario. Me parece que la neurosis obsesiva es una tentativa de curar las condiciones psicóticas subyacentes, y que en las

neurosis infantiles tanto los mecanismos obsesivos como los mecanismos pertenecientes a un estadío previo de desarrollo ya están en acción[794].

A primera vista parecería que esta idea de que ciertos elementos de neurosis obsesiva juegan un papel importante en el cuadro clínico presentado en las neurosis infantiles está en desacuerdo con lo que Freud ha dicho concerniente al punto de partida de las neurosis obsesivas. Pero, sin embargo, creo que el desacuerdo puede explicarse por lo menos en un punto importante. Es verdad que, de acuerdo con mis hallazgos, los comienzos de la neurosis obsesiva yacen en el primer período de la infancia; pero los rasgos obsesivos aislados que emergen en ese período no están organizados en el conjunto que nosotros consideramos como una neurosis obsesiva hasta el segundo período de la infancia, es decir, hasta el comienzo del periodo de latencia. La teoría aceptada es que las fijaciones en el estadío anal-sádico no entran a actuar como factores en la neurosis obsesiva hasta más tarde, como resultado de una regresión hacía ellas. Mi opinión es que el verdadero punto de partida de la neurosis obsesiva —el punto en el cual el niño desarrolla síntomas obsesivos y mecanismos obsesivos— está situado en aquel período de la vida que está gobernado por el estadío anal secundario. El hecho de que esta enfermedad obsesiva temprana presente un cuadro algo distinto al de las neurosis obsesivas totalmente desarrolladas es comprensible si recordamos que no es sino hasta más tarde, en el período de latencia, que el yo más maduro, con una relación con la realidad ya modificada, comienza a trabajar para elaborar y sintetizar aquellos rasgos obsesivos que han estado activos desde la primera infancia[795]. Otra razón por la cual los rasgos obsesivos de los niños pequeños no son a menudo fácilmente discernibles es la de que no están en evidencia tan claramente en el cuadro general presentado por una neurosis infantil en comparación con la del adulto, debido a la intromisión de otras perturbaciones más tempranas que todavía no han sido vencidas y a los diversos mecanismos de defensa que todavía se emplean contra esas perturbaciones.

Sin embargo, como he tratado de demostrar, niños aún muy pequeños muestran con frecuencia síntomas de tipo obsesivo muy evidente, y existen neurosis infantiles en las que una neurosis obsesiva verdadera domina ya el cuadro[796]. Cuando esto sucede, significa que las primeras situaciones de ansiedad son demasiado poderosas y que no han sido suficientemente modificadas y que la neurosis obsesiva es muy grave.

Al distinguir entre la emergencia primera de rasgos obsesivos aislados y la neurosis obsesiva verdadera, espero haber logrado presentar mi punto de

vista, expuesto aquí, concerniente a la génesis de la neurosis obsesiva, de acuerdo con la teoría ya aceptada. En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud señala: «El punto de partida de la neurosis obsesiva es la defensa necesaria contra las exigencias libidinales que surgen del complejo de Edipo» y que «la organización genital de la libido es débil y poco resistente. Cuando el yo comienza su lucha defensiva, su primer efecto es retrotraer la organización (del estadío fálico) en parte o totalmente hacia el estadío sádico anal secundario. Esta regresión es decisiva para todo lo que sigue». Si consideramos como una regresión esa fluctuación entre las diversas posiciones libidinales que es, en mi opinión, una característica de los primeros estadios de desarrollo y en la cual la posición genital ya cargada está siendo abandonada continuamente por un tiempo, hasta que ha sido adecuadamente reforzada y establecida; y si mi idea de que la situación edípica comienza muy temprano es correcta, entonces, el punto de vista aquí sostenido sobre el punto de partida de las neurosis obsesivas, no solo no estaría en contradicción con la opinión de Freud arriba citada, sino que confirmaría otra sugerencia suya que ya expresó como hipótesis. Dice así: «Tal vez la regresión es el resultado no de un factor constitucional, sino de uno temporal y se hace posible no debido a que la organización genital de la libido ha sido débil, sino porque la lucha del yo ha comenzado demasiado pronto, mientras la fase sádica está todavía en su fase dominante[797]». Discutiendo contra esta idea, continúa: «Aunque yo no confío en poder hacer un pronunciamiento definitivo sobre este punto, tampoco puedo decir que la observación analítica no favorece tal suposición. Tiende a demostrar que el individuo no penetra en la neurosis obsesiva hasta después de haber alcanzado el estadío fálico. Además, la edad en la cual irrumpe la neurosis es más avanzada que en la histeria, teniendo lugar en el segundo periodo de la infancia después que ha comenzado el período de latencia[798]». Estas objeciones serían en parte destruidas si adoptáramos el punto de vista, expuesto aquí, de que la neurosis obsesiva tiene su punto de partida en el primer período de la infancia, pero no comienza en su forma completa hasta el comienzo del período de latencia.

El punto de vista de que los mecanismos obsesivos comienzan a entrar en acción muy temprano en la infancia, hacia el final del segundo año, es parte de mi tesis general de que el superyó se forma en los estadios más tempranos de la vida del niño, siendo sentido primero por el yo como ansiedad, y luego, a medida que el estadío anal-sádico primario termina, y también gradualmente como sentimiento de culpa. Esta teoría una vez más difiere de la teoría ortodoxa. En la primera parte de este libro he expuesto datos empíricos sobre

los que se basa esta; ahora quisiera aducir una razón teórica en su apoyo. Volviendo una vez más a Freud: «El motor de todas las formaciones de síntomas secundarios —dice— es aquí (en las neurosis obsesivas) claramente el miedo sentido por el yo frente al superyó[799]». Mi opinión de que la neurosis obsesiva es un medio de modificar las situaciones primeras de ansiedad y que el severo superyó que figura en ella no es otro que el superyó terrorífico y no alterado, correspondiente a los primeros estadios de desarrollo del niño, nos acerca más a una solución del problema del porqué el superyó sería en realidad tan severo en esta neurosis.

He descubierto que los sentimientos de culpa del niño que están ligados a sus tendencias anal-uretral-sádicas se derivan de los ataques imaginarios que realiza sobre el cuerpo de su madre durante la fase de sadismo máximo[800]. En los análisis tempranos vemos el miedo del niño a una madre mala que le exige que devuelva las heces y los niños que le ha robado. De este modo, la madre real (o la niñera), que le exige limpieza, se torna enseguida en una persona terrible para él, una persona que no solo insiste en que renuncie a sus heces, sino que, según se lo dice su imaginación aterrada, intenta arrebatárselas de su cuerpo por la fuerza. Otra fuente aún más abrumadora de miedo surge de sus imagos introyectadas, de las que, en virtud de sus propias fantasías destructivas dirigidas contra los objetos externos, anticipa ataques de una naturaleza similarmente salvaje dentro de él mismo.

En esta fase, como consecuencia de la ecuación del excremento con sustancias peligrosas que envenenan y queman y con armas de ofensa de toda clase, el niño se aterra de sus propios excrementos como de algo que destruirá su cuerpo. Esta equivalencia sádica del excremento con las sustancias destructivas, junto con sus fantasías de ataque realizadas con su ayuda, conducen aún más al niño a temer que los ataques por medios similares puedan ser hechos contra su cuerpo, tanto por los objetos internos como externos, y lo lleva a sentir terror a los excrementos y a la suciedad en general.

Estas fuentes de ansiedad, tanto más abrumadoras por ser tan numerosas, constituyen, según mi experiencia, las causas más profundas de sentimientos de ansiedad y culpa del niño en conexión con sus hábitos de limpieza.

Las formaciones reactivas de asco, orden y limpieza surgen en el niño, por lo tanto, de la ansiedad, emanada de varias fuentes, que se origina en sus situaciones de peligro más tempranas. Sus sentimientos reactivos de piedad se presentan en primer plano especialmente en el comienzo del segundo estadío anal, cuando se han desarrollado sus relaciones con sus objetos. Sin embargo,

en este estadío, como ya hemos visto, la aprobación de sus objetos es también una garantía de seguridad y salvaguardia contra la destrucción desde afuera y desde adentro, y su restauración es una condición necesaria de la integridad de su propio cuerpo[801]. La ansiedad perteneciente a las primeras situaciones de peligro está, creo, íntimamente asociada con los comienzos de las obsesiones y de las neurosis obsesivas. Se relaciona con múltiples daños y actos de destrucción realizados dentro del cuerpo, y por lo tanto es dentro del cuerpo que tiene que hacerse la restauración. Pero el niño no puede saber con certeza nada sobre el interior del cuerpo, ya sea del suyo o de sus objetos. No puede asegurar hasta dónde es bien fundado su miedo a daños internos y ataques y hasta dónde los ha llevado a cabo por medio de sus actos obsesivos. El resultante estado de incertidumbre en que se encuentra, se alía e incrementa su intensa ansiedad, dando lugar a un deseo obsesivo de conocimiento. Trata de vencer su ansiedad, cuya naturaleza imaginaria desafía un examen crítico, poniendo un énfasis exagerado sobre la realidad, siendo demasiado preciso, etcétera.

Así vemos que la duda que resulta de esta incertidumbre juega un papel no solo creando un carácter obsesivo, sino también haciendo surgir inclinaciones hacia la exactitud, el orden y la observación de ciertas reglas y rituales, etcétera[802].

Otro elemento que acompaña a la ansiedad que deriva de las primeras situaciones de ansiedad y que ejerce una fuerza importante sobre el carácter de las obsesiones es su intensidad y multiplicidad —(multiplicidad debida a las muchas fuentes de donde surge)—, que producen una impulsión correspondientemente fuerte para poner en acción los mecanismos defensivos. El niño se siente impulsado a limpiar y componer de modo obsesivo todo lo que ha ensuciado, roto o echado a perder de algún modo. Tiene que embellecer y restaurar los objetos dañados de todos modos, de acuerdo con la variedad de sus fantasías sádicas y los detalles contenidos en ellas.

La coerción que el neurótico obsesivo a menudo dirige a otras personas también es, diría, un resultado de una múltiple proyección. En primer lugar está tratando de expeler la intolerable compulsión bajo la cual está sufriendo, tratando su objeto como si fuera su ello o su superyó y de desplazar sobre el mismo la coerción que estos ejercen sobre él. Al hacer esto y atormentar y subyugar su objeto, está incidentalmente satisfaciendo su sadismo primario. En segundo lugar está arrojando hacia afuera, sobre sus objetos externos, lo que es en último término un miedo de ser destruido o atacado por sus objetos introyectados. Este miedo ha hecho surgir en él una compulsión a controlar y

dominar sus imagos, y desde que nunca puede en realidad hacerlo, trata, en cambio, de tiranizar los objetos externos.

Si es exacto mi punto de vista de que la magnitud e intensidad de las actividades obsesivas y severidad de la neurosis son equivalentes a la extensión y carácter de la ansiedad que surge de las más tempranas situaciones de peligro, estaremos en mejor posición para comprender la íntima conexión que sabemos que existe entre la paranoia y las formas más graves de neurosis obsesivas. Según Abraham, en la paranoia la libido regresa al primero de los dos estadios anal-sádicos. Teniendo en cuenta mi experiencia, me inclino a ir más adelante y decir que en el primer estadío anal-sádico el individuo, si sus primeras situaciones de ansiedad son fuertemente operativas, pasa realmente por estados de paranoia rudimentarios que normalmente vence en el estadío siguiente (anal-sádico secundario), y que la gravedad de su enfermedad obsesiva depende de la gravedad de los trastornos paranoides que le han precedido. Si sus mecanismos obsesivos no pueden vencer adecuadamente aquellas perturbaciones, sus rasgos paranoides subyacentes aparecerán en la superficie o hasta podrá sucumbir a una paranoia.

Sabemos que la supresión de los actos obsesivos hace surgir ansiedad, y que por lo tanto esos actos sirven para dominarla. Si suponemos que la ansiedad así vencida pertenece a situaciones primeras de ansiedad y culmina en el miedo del niño a que su propio cuerpo y el de su objeto sea destruido de muchas maneras, podremos comprender mejor el significado más profundo de muchos actos obsesivos. La acumulación compulsiva de cosas y el deshacerse de ellas se hace más comprensible tan pronto como podemos reconocer con más claridad la naturaleza de la ansiedad y los sentimientos de culpa que subyacen en el intercambio de objetos en el nivel anal. En el análisis de juego, el tomar dar compulsivo encuentra expresiones muy diversas. Tiene lugar junto con la ansiedad y culpa como una reacción a las representaciones de actos de robo y destrucción. Por ejemplo, los niños transferirán el todo o parte de los contenidos de una caja a otra y las arreglarán allí con cuidado, conservándolas, con todo un despliegue de ansiedad y —si son bastante grandes— contándolas una y otra vez una por una. Las cantidades y contenidos son muy variados e incluyen: fósforos quemados, cuyas cenizas el niño se ocupa a menudo de sacar, moldes de papel, lápices, ladrillos para construcción, trozos de piolín, etcétera. Ellos representan todas las cosas que el niño ha tomado del cuerpo de su madre: el pene de su padre, niños, pedazos de materias fecales, orina, leche, etc. El niño puede comportarse de la misma

manera con anotadores, rompiendo las hojas y conservándolas cuidadosamente en algún otro lugar. Como consecuencia de la ansiedad que surge, poner de nuevo lo que simbólicamente ha tomado del cuerpo de su madre, a menudo no satisface su compulsión de dar o, más bien, de restaurar. Se ve constantemente impulsado de diversos modos para devolver más de lo que ha tomado, y, sin embargo, al hacerlo sus tendencias sádicas primarias irrumpen de continuo en sus tendencias reactivas.

Por ejemplo, mi pequeño paciente John, de 5 años, un niño muy neurótico, desarrolló en este estadío de su análisis una manía de contar, síntoma que no había sido notado porque es algo que sucede muy a menudo en esta edad. En su análisis, acostumbraba marcar con cuidado la posición de los muñequitos y otros juguetes sobre una hoja de papel, sobre la que los había colocado antes de traspasarlos a otra hoja, pero no solo quería saber exactamente dónde habían estado antes para poder volverlos a colocar en su lugar idéntico, sino que también deseaba contarlos muchas veces, para estar seguro del número de cosas (por ejemplo, pedazos de heces, pene de su padre y niños) que había tomado (del cuerpo de su madre) y que tenía que devolver. Mientras hacía esto me llamaba estúpida y mala, y decía «uno no puede tomar 13 de 10 o 7 de 2». Este miedo de tener que devolver más de lo que poseía es típico en los niños y puede explicarse en parte por la diferencia de tamaño entre ellos y las personas adultas y en parte por lo inmenso de su sentimiento de culpa. Sienten que no pueden devolver de su cuerpecito todo lo que han tomado del cuerpo de la madre, que es tan grande en comparación; y el peso de su culpa que los reprocha sin cesar de robar y destruir a su madre o padre, fortalece su creencia de no poder nunca devolver bastante. El sentimiento de «no saber» que tienen a una edad muy temprana, aumenta su ansiedad. Este es un tema que me gustaría volver a tratar más adelante.

Muy a menudo los niños interrumpen sus representaciones de «devolver» por tener que ir al baño a defecar. Otro pequeño paciente mío, también de 5 años, acostumbraba ir al baño cuatro o cinco veces durante su hora en este estadío del análisis. Cuando volvía, contaba obsesivamente, hasta llegar a números altos, para convencerse de que poseía lo bastante para devolver lo que había robado. Vista así su tendencia acumulativa de posesión anal-sádica, que parecería surgir simplemente del placer de juntar para sí, presenta otro aspecto. Los análisis de adultos me han demostrado también que el deseo de tener una suma de dinero contante para cualquier contingencia, es un deseo de estar armado contra un ataque por parte de la madre a la que ellos han robado, una madre que con relativa frecuencia hacía mucho que había muerto. De esta

manera podrían devolverle lo que le habían robado. El miedo de ser despojado de los contenidos de su cuerpo los impulsa a acumular continuamente más dinero para tener reservas. Por ejemplo, después que John y yo estuvimos de acuerdo con que su miedo de no poder devolver a su madre todas las materias fecales y niños que le había robado lo obligaba a seguir cortando o robando cosas, me dio otras razones por las que no podía restaurar todo lo que había tomado. Dijo que sus materias fecales se habían fundido mientras tanto; que después de todo, aunque pasara todo el tiempo haciendo y aun si tuviera que seguir y seguir haciendo más, nunca podría hacer lo suficiente. Y además él no sabía si serían «bastante buenas». Por «bastante buenas» quería decir, en primer lugar, igual en valor a lo que él había robado del cuerpo de su madre (de ahí su cuidado en elegir las formas y colores en estas escenas de restitución). Pero, en un sentido más profundo, significaba algo inofensivo, libre de veneno[803]. Por otra parte, su frecuente constipación era debida a su necesidad de acumular sus heces y guardarlas dentro para no estar vacío. Estas diversas tendencias en conflicto, de las que solo he mencionado unas cuantas, hacían surgir en él una grave ansiedad. Cuando aumentaba su miedo por no poder producir la correcta cantidad de heces o no ser capaz de reparar lo que había dañado, sus tendencias destructivas primarias irrumpían una vez más con toda su fuerza y entonces desgarraba, quemaba las cosas que había hecho cuando sus tendencias reactivas habían alcanzado el punto culminante —la caja que había pegado y llenado y que representaba a su madre, o el trozo de papel sobre el que había dibujado el plano de una ciudad— y su sed de destrucción se volvía insaciable. Su comportamiento, al mismo tiempo, presentó en todo su desarrollo el significado sádico primitivo de orinar y defecar. El desgarrar, cortar y quemar papel, mojar cosas con agua, ensuciarías con cenizas y garabatear con lápices, todas estas acciones tenían los mismos propósitos destructivos. El mojar y el embadurnar significaban fundir, ahogar o envenenar. El papel mojado apretado en bolillas, por ejemplo, representaba especialmente proyectiles venenosos, a causa de que eran una mezcla de orina y materia fecales. Los diversos detalles de sus representaciones demostraban que el significado sádico ligado al orinar y defecar era la causa más profunda de su sentimiento de culpa y la base de ese impulso de restituir que encontraba expresión en sus mecanismos obsesivos.

El hecho de que un aumento de ansiedad lleve por regresión a mecanismos de defensa de los primeros estadios, demuestra qué fatal es la influencia ejercida por el superyó abrumador y poderoso que acompaña este

temprano período de desarrollo. La presión ejercida por este primer superyó aumenta las fijaciones sádicas del niño, con el resultado de que tiene que estar repitiendo constantemente sus actos destructivos originarios de un modo compulsivo. Su miedo de no poder colocar las cosas de nuevo correctamente hace surgir su miedo más profundo de hallarse expuesto a la venganza de los objetos a los que en su imaginación él ha matado, y que continúan volviendo, y pone en movimiento los mecanismos de defensa que acompañan a los primeros estadios, porque la persona que no puede ser satisfecha y aplacada debe ser eliminada. El yo débil del niño no puede estar en buenas relaciones con un superyó amenazador y salvaje, y no es sino hasta que se ha alcanzado un estadío algo más avanzado que su ansiedad también es sentida como sentimiento de culpa y pone en movimiento los mecanismos obsesivos. Uno se asombra al descubrir que en este período del análisis, el niño, al obedecer a sus fantasías sádicas, no solo está actuando bajo una intensa presión de ansiedad, sino que el dominio de la ansiedad se ha transformado en su mayor placer.

En cuanto la ansiedad del niño aumenta, su deseo de posesión se ensombrece por su necesidad de poseer los medios necesarios para hacer frente a las amenazas de su superyó y sus objetos y se vuelve un deseo de poder devolver. Pero este deseo no puede ser satisfecho si su ansiedad y su conflicto son demasiado grandes, y así vemos que el niño muy neurótico trabaja bajo una compulsión constante de tomar, con la finalidad de poder dar. (Puede advertirse que este factor psicológico participa en todas las perturbaciones funcionales de los intestinos y, también, en muchos malestares corporales). Recíprocamente, a medida que disminuye la violencia de su ansiedad, sus tendencias reactivas pierden también su carácter de violencia y compulsión y se hacen más estables en su aplicación, haciendo sentir su efecto de modo más moderado y continuo y con menos posibilidad de interrupción por parte de las tendencias destructivas. Y ahora la idea del niño de que la restauración de su propia persona depende de la restauración de sus objetos se hace más y más fuerte. Sus tendencias destructivas, por cierto, no se han vuelto ineficaces, pero han perdido su carácter de violencia y se han hecho más adaptables a las exigencias del superyó. Y aunque entran dentro de las formaciones reactivas —en el segundo de los dos estadios sucesivos de que se compone el acto obsesivo—, admiten más fácilmente la guía del superyó y del yo y están en libertad para perseguir propósitos sancionados por aquellas instituciones.

Como sabemos, existe una íntima conexión entre los actos obsesivos y la «omnipotencia de pensamiento». Freud ha puntualizado que las acciones primitivas obsesivas de los salvajes son esencialmente de carácter mágico. Dice: «Si no son mágicas, son por lo menos contramágicas, y tienen el propósito de defender la expectativa del mal con el cual la neurosis suele empezar», y además «las fórmulas de defensa de las neurosis obsesivas tienen su contraparte también en los encantamientos mágicos. Al describir la evolución de las acciones obsesivas, podemos advertir cómo ellas comienzan como magia, contra los malos deseos tan alejadas como es posible de todo lo que sea sexual, para terminar como un sustituto de actividades sexuales prohibidas que imitan con la mayor fidelidad posible[804]». De este modo vemos que los actos obsesivos son una contramagia, un amparo contra los malos deseos (deseos de muerte)[805] y, al mismo tiempo, contra los actos sexuales.

Esperamos encontrar que estos elementos que se han unido en una acción defensiva, estén también presentes en aquellas fantasías y hechos que han hecho surgir un sentimiento de culpa y poner en movimiento esa acción defensiva. Una mezcla de esta clase de magia, malos deseos y actividades sexuales se encontrará después en una situación que ha sido descripta en detalle en el último capítulo, las actividades masturbatorias de niños pequeños. Allí puntualicé que las fantasías de masturbación que acompañan el comienzo del conflicto de Edipo están, como el conflicto de Edipo mismo, completamente dominadas por los instintos sádicos, que se centran alrededor de la copulación entre los padres y que implican ataques sádicos contra ellos, y se hacen de este modo una de las fuentes más profundas del sentimiento de culpa del niño. Y llegué a la conclusión de que este sentimiento de culpa que surge de impulsos destructivos dirigidos contra sus padres es el que hace de la masturbación, y el comportamiento sexual en general, algo malo y prohibido para el niño, de modo que su culpa está realmente ligada a sus instintos destructivos y no a los libidinales e incestuosos[806]. La fase en la cual, de acuerdo con mi punto de vista, comienza el conflicto de Edipo y las fantasías de masturbación sádicas que lo acompañan, es la fase del narcisismo, fase en la cual el sujeto tiene, para citar a Freud, «una gran estimación de sus propios actos psíquicos, lo que desde nuestro punto de vista es una sobreestimación de los mismos[807]». Esta fase se caracteriza por un sentimiento de omnipotencia por parte del niño por las funciones de su intestino y vejiga y por la resultante creencia en la omnipotencia de sus pensamientos[808]. Como resultado de esto, se siente culpable a causa de los múltiples asaltos sobre sus padres que

realiza en su imaginación. Este exceso de culpa que resulta de la creencia en la omnipotencia de sus excrementos y pensamientos es, creo, uno de los factores que hacen que los neuróticos y los primitivos retengan o regresen a sus sentimientos de omnipotencia originarios. Cuando su sentimiento de culpa pone en movimiento acciones obsesivas como defensa, emplean este sentimiento con el propósito de hacer restituciones. Pero entonces tienen que sostenerlo de manera compulsiva y exagerada porque es esencial que los actos de reparación que realizan estén basados en la omnipotencia, así como lo estaban sus actos primitivos de destrucción.

Freud ha dicho que «es difícil decidir si estos primeros actos obsesivos o de defensa siguen el principio de la similitud o contraste, porque dentro del campo de acción de la neurosis están por lo general deformados por su desplazamiento a alguna acción pueril que es en sí misma completamente insignificante[809]». Los análisis tempranos dan una prueba completa del hecho de que los mecanismos restitutivos se basan, últimamente, en este principio de similitud (o contraste), en todos los puntos, tanto en grado como en naturaleza. Si un niño ha retenido sentimientos de omnipotencia primarios muy fuertes en asociación con fantasías sádicas, se sigue que tendrá que tener una creencia muy fuerte en la omnipotencia creativa que lo debe ayudar para hacer restituciones. El análisis de niños y adultos muestra muy claramente qué parte importante juega este factor en promover o inhibir tal comportamiento constructivo y reactivo. El sentimiento de omnipotencia del sujeto con respecto a su capacidad para hacer restitución no es de modo alguno igual a su sentimiento de omnipotencia con respecto a su capacidad de destruir; porque debemos recordar que estas formaciones reactivas comienzan en un estadío de desarrollo del yo y de relación de objeto en el cual su conocimiento de la realidad se encuentra en un estado mucho más avanzado. Así, si bien un sentimiento de omnipotencia exagerado es una condición necesaria para hacer restitución, su creencia en la posibilidad de hacerlo así estará en desventaja desde el comienzo[810].

En algunos análisis he encontrado que el efecto inhibidor que resulta de esta disparidad entre los poderes destructivos y los restitutivos estaba reforzada por otro factor. Si el sadismo primario del paciente y su sentimiento de omnipotencia habían sido excesivamente fuertes, sus tendencias reactivas eran correspondientemente más poderosas y sus fantasías de restitución estaban basadas en fantasías megalomaníacas de gran magnitud. En su imaginación infantil la destrucción que él ha operado era algo único y gigantesco, y, por lo tanto, la restitución que tenía que hacer debía también

ser única y gigantesca. Esto, en sí, sería un impedimento suficiente para la realización o logro de sus tendencias constructivas (aunque debe mencionarse que dos de mis pacientes poseían sin duda dotes artísticas y creadoras poco comunes). Pero junto con estas fantasías megalomaníacas tienen grandes dudas de si poseen la omnipotencia necesaria para hacer restitución en esta escala. Como consecuencia tratan de negar también su omnipotencia en sus actos de destrucción, pero toda indicación de que están usando su omnipotencia en un sentido positivo sería prueba de haberla usado en un sentido negativo, y por lo tanto, tiene que ser evitada hasta que se pueda presentar una prueba absoluta de que su omnipotencia constructiva contrabalancea completamente la opuesta.

En los dos casos de adultos que recuerdo, la actitud de «todo o nada» que resultaba de estas tendencias en conflicto, los condujo a graves inhibiciones en su capacidad para el trabajo, mientras que en uno o dos pacientes niños contribuyó para inhibir gravemente la formación de sublimaciones.

Este mecanismo no parece ser típico de las neurosis obsesivas. Los pacientes en los que he observado esto presentaban un cuadro clínico de tipo mixto, no uno puramente obsesivo. En virtud del mecanismo de «desplazamiento a lo insignificante», que juega una parte tan grande en esta neurosis, el paciente obsesivo puede buscar en logros sin importancia una prueba de su omnipotencia constructiva y de su éxito en hacer restitución completa. Las dudas que puede tener sobre este punto[811] son, en este caso, un incentivo importante para repetir sus acciones de un modo obsesivo.

Es bien sabido el vínculo íntimo que existe entre los instintos de conocer y los sádicos. Freud escribe[812]: «*el deseo de conocimiento en particular, ofrece a menudo la impresión de que en realidad puede tomar el lugar del sadismo en el mecanismo de la neurosis obsesiva*». Por lo que he podido observar, la conexión entre ambos se forma en un estadío muy temprano del desarrollo del yo, durante la fase de máximo sadismo. En esta época los instintos de conocer del niño están activados por su incipiente conflicto edípico, que comienza utilizando sus tendencias oral-sádicas[813]. Parece que su primer objeto es el interior del cuerpo de su madre, que el niño considera antes que nada como un objeto de gratificación oral y después como la escena donde tiene lugar el coito entre sus padres y el lugar donde están situados los niños y el pene del padre. Al mismo tiempo que quiere forzar su camino dentro del cuerpo de su madre para tomar posesión de sus contenidos y destruirlos, quiere saber lo que allí pasa y cómo son las cosas. De este modo su deseo de saber lo que hay en el interior de su cuerpo se asimila de muchos

modos con su deseo de forzar un camino hacia su interior, y uno de los deseos refuerza y toma el lugar del otro. Así, los comienzos del deseo de saber se ligan con las tendencias sádicas en su fuerza máxima, y es más fácil comprender por qué este vínculo debe ser tan íntimo y por qué el instinto de conocer debe hacer surgir sentimientos de culpa en el individuo.

Vemos al niño pequeño oprimido por una multitud de preguntas y problemas para los que su intelecto no está todavía capacitado. El reproche típico que el niño hace contra su madre es, principalmente, el de que ella no contesta estas preguntas, y del mismo modo que no ha satisfecho sus deseos orales tampoco satisface su deseo de saber. Este reproche tiene una parte importante tanto en el desarrollo del carácter del niño como en el de sus instintos de conocer. Hasta dónde se retrotrae esta acusación puede verse en otro reproche, íntimamente asociado al primero, que el niño hace habitualmente a su madre, el de que no pudo entender lo que los mayores estaban diciendo o las palabras que usaban; esta segunda queja debe referirse a una época anterior a su lenguaje. Además, el niño liga una extraordinaria cantidad de afecto a estos dos reproches, ya sea que aparezcan aislados o combinados; y en estos momentos hablará en su análisis de tal manera que no sea posible comprenderlo y al mismo tiempo reproducirá las reacciones de rabia que originariamente sintió al ser incapaz de entender las palabras[814]. No puede transformar en palabras las preguntas que quiere formular, y no podrá comprender ninguna respuesta que sea dada en palabras. Pero, en parte al menos, estas preguntas nunca han sido conscientes. La desilusión a la cual está condenado este primer despertar del deseo de saber en los estadios tempranos del desarrollo del yo es, creo, la fuente más profunda de los serios trastornos de este instinto en general[815]. Hemos visto que en primer lugar son los impulsos sádicos contra el cuerpo de la madre los que activan el instinto de conocer del niño. Pero la ansiedad que pronto sigue como reacción a tales impulsos proporciona otro ímpetu muy importante para el aumento e intensificación de ese instinto. El afán que el niño siente por descubrir lo que hay dentro del cuerpo de su madre y del suyo propio, está reforzado por su miedo a los peligros que él supone que contiene el primero y también por el miedo a los objetos peligrosos introyectados y a los acontecimientos dentro de sí mismo. El conocimiento ahora es un medio de dominar la ansiedad; su deseo de saber se convierte en factor importante tanto del desarrollo de sus instintos de conocer como de su inhibición. La ansiedad desempeña aquí el mismo papel de agente promotor y retardador, lo mismo que en el desarrollo de la libido. Hemos tenido ocasión, en páginas anteriores, de discutir algunos

ejemplos de graves perturbaciones del instinto de conocer[816], y hemos visto cómo el terror del niño de saber algo de la temible destrucción que ha infligido al cuerpo de su madre en su imaginación y los consecuentes contraataques y peligros a que estaba expuesto, era tan tremendo, que establece una perturbación radical de su deseo de saber en general, de modo que su deseo originario intensamente fuerte e insatisfecho de obtener información sobre la forma, tamaño y número de los penes de su padre, excrementos y niños dentro de su madre, se ha transformado en una necesidad de medir, agregar y contar cosas de modo compulsivo.

A medida que se fortifican los impulsos libidinales de los niños y que los destructivos se debilitan, tienen lugar continuamente cambios cualitativos en su superyó, y así se hace sentir más y más por el yo, como una influencia admonitoria. Y, a medida que su ansiedad disminuye, sus mecanismos restitutivos se hacen menos obsesivos y trabajan más regular y eficientemente y con mejores resultados, y emergen más claramente las reacciones que reconocemos como pertenecientes al estadío genital. Ese estadío estaría así caracterizado por el hecho de que los elementos positivos han vencido las interacciones que tienen lugar entre proyección e introyección y entre la formación del superyó y las relaciones de objeto, que en mi opinión dominan todos los estadios tempranos del desarrollo del niño.

10. El significado de las situaciones tempranas de ansiedad en el desarrollo del yo

Uno de los principales problemas del psicoanálisis es el de la ansiedad y sus modificaciones. Las diversas enfermedades psiconeuróticas del ser humano surgen de la mayor o menor capacidad para dominar la ansiedad. Pero junto a estos métodos de modificar la ansiedad, que pueden considerarse patológicos, hay un número de métodos normales que tienen una enorme importancia en el desarrollo del yo. Son algunos de ellos los que consideraré en las siguientes páginas.

En los comienzos de su desarrollo el yo está sometido a la presión de las tempranas situaciones de ansiedad. Como todavía es débil, está expuesto por una parte a las violentas exigencias del ello y por la otra a las amenazas de un cruel superyó, y tiene que ejercer sus poderes en toda su amplitud para satisfacer a ambos. La descripción que Freud hace del yo: «una pobre criatura

sometida a tres amos y consecuentemente amenazada por tres diferentes peligros[817]» es especialmente verdadera tratándose del débil e inmaduro yo del niño pequeño, cuya labor principal es dominar la presión de la ansiedad subyacente[818].

Aun los niños más pequeños tratan de vencer en su juego las experiencias desagradables. Freud describió cómo un niño pequeño de un año y medio quiso resarcirse del acontecimiento doloroso de la temprana ausencia de su madre arrojando un carretel de madera que estaba atado a un hilo de modo de hacerlo desaparecer y aparecer una y otra vez[819]. Freud reconoció en esta conducta una función de general importancia en el juego del niño. Por su intermedio el niño transforma las experiencias sufridas pasivamente en activas, y cambia el dolor en placer, dando a estas experiencias primitivamente dolorosas un final feliz.

Los análisis tempranos muestran que en el juego el niño no solo vence una realidad dolorosa[820], sino que también domina sus miedos instintivos y los peligros internos proyectándolos al mundo exterior[821].

El esfuerzo realizado por el yo al desplazar procesos intrapsíquicos al mundo exterior y dejar que sigan su curso allí, está ligado a otra función mental que Freud nos ha hecho conocer al tratar los sueños de neuróticos en relación con los traumas que han sufrido. Dice: «estos sueños son intentos de restaurar, desarrollando angustia, el control de estímulos cuya omisión ha llegado a ser la causa de la neurosis traumática. Ellos nos suministran así una visión de una función del aparato psíquico que, sin estar en contradicción con el principio del placer, es, sin embargo, independiente de él y aparece siendo de un origen más temprano que el propósito de obtener placer y evitar displacer[822]». Me parece que el esfuerzo siempre renovado del niño para dominar la ansiedad en sus juegos también involucra «un control de estímulos por medio del desarrollo de angustia[823]». Un desplazamiento de esta clase de peligros internos e instintivos hacia el mundo externo, capacita al niño no solo para dominar mejor su miedo a ellos, sino para prepararlo más completamente contra ellos.

El desplazamiento al mundo externo de la ansiedad del niño surgida de causas intrapsíquicas —desplazamiento que va junto con la desviación al exterior de sus instintos destructivos— tiene el efecto agregado de aumentar la importancia de sus objetos, porque es en relación con aquellos objetos, que se movilizarán ahora tanto sus impulsos destructivos como sus tendencias positivas y reactivas[824]. Así, sus objetos se transforman en una fuente de

peligro para el niño, y, sin embargo, siempre que sean bondadosos representan también un refugio contra la ansiedad.

Además del alivio que produce permitiendo que los estímulos instintivos internos sean tratados como si fueran estímulos externos, el mecanismo de proyección, al desplazar la ansiedad en relación con los peligros internos al mundo externo, trae ventajas adicionales. Los instintos de saber del niño, que junto a sus impulsos sádicos se han dirigido al interior del cuerpo de la madre, son intensificados por temor a los peligros y actos de destrucción que continúan allí y dentro de él, y que no tiene medio de conocer. Pero cuando los peligros a que está expuesto son reales y externos, es capaz de descubrir algo más acerca de su naturaleza y saber si las medidas adoptadas contra ellos han tenido éxito; y tiene así más posibilidades de vencerlos. Este modo de probar por medio de la realidad, tan necesaria al niño, es un fuerte incentivo para el desarrollo de su deseo de saber, así como para el de otros tipos de actividades. Pienso que podemos decir que todas las actividades que ayudan al niño a defenderse del peligro, que refutan sus miedos y que le permiten restituir el objeto, tienen por propósito dominar la ansiedad en relación tanto a peligros internos como externos, reales o imaginarios, no menos que las primeras manifestaciones de su impulso a jugar.

Como resultado de la interacción de introyección y proyección —proceso que corresponde a la interacción de la formación del superyó y las relaciones de objeto**[825]**—, el niño encuentra una refutación de sus temores en el mundo externo y al mismo tiempo disminuye su ansiedad por la introyección de los «buenos» objetos reales. Desde que la presencia y amor de sus objetos reales le ayudan también a disminuir el miedo a sus objetos introyectados y sus sentimientos de culpa, su miedo a los peligros internos aumenta su fijación a la madre y aumenta su necesidad de amor y de ayuda. Freud ha explicado que estas expresiones de ansiedad en niños pequeños, que nos son inteligibles**[826]**, tienen últimamente una sola causa —«la ausencia de la persona amada o deseada»—, y remonta esta ansiedad a estadios en que el individuo inmaduro dependía enteramente de su madre. Estar solo, sin la persona amada o deseada, experimentar una pérdida de amor o una pérdida de objeto como peligro, tener miedo de estar en la oscuridad solo o con una persona desconocida, son según mi experiencia formas modificadas de las tempranas situaciones de ansiedad, es decir, del temor de los niños pequeños a los peligrosos objetos internalizados o externos. En un estadío más tardío del desarrollo se agrega a este miedo del objeto el miedo por el objeto, y el niño teme entonces que su madre muera como consecuencia de sus ataques

imaginarios contra ella y quedar abandonado y desamparado. Freud dice con respecto a esto: «el niño pequeño no puede todavía distinguir entre ausencia temporaria y pérdida permanente. Cuando su madre no aparece él se comporta como si fuera a no volver a verla nunca; y solo experiencias repetidas le enseñan que las desapariciones de esta índole son seguidas de un retorno seguro[827]».

De acuerdo con mis observaciones, la razón por la cual el niño necesita tener siempre a la madre junto a sí, es no solo para convencerse de que ella no muere, sino de que ella no es una madre «mala» que lo ataca. Requiere la presencia de un objeto real para combatir el miedo a los aterradores objetos introyectados y a su superyó. A medida que avanza su relación con la realidad el niño hace un uso creciente de sus relaciones con los objetos y sus actividades varias y sublimaciones como puntos de apoyo contra el miedo a su superyó y a sus impulsos destructivos. Ya se ha dicho que la ansiedad estimula el desarrollo del yo. Lo que sucede es que en sus esfuerzos por dominar la ansiedad, el yo del niño hace que vengan en su ayuda sus relaciones con los objetos y con la realidad. Estos esfuerzos son, por lo tanto, de fundamental importancia para la adaptación del niño a la realidad y para el desarrollo de su yo.

El superyó del niño pequeño y los objetos no son idénticos; pero está continuamente tratando de hacerlos intercambiables, en parte para disminuir el temor a su superyó, y en parte para estar mejor capacitado para cumplir con los requerimientos de sus objetos reales, los que no coinciden con las exigencias fantásticas de los objetos introyectados. Vemos así que en la cima del conflicto entre el superyó y el ello y de la oposición entre los distintos requerimientos hechos por el superyó, tal como está compuesto por diferentes imagos que se han formado en el curso del desarrollo, el yo del niño pequeño está abrumado por estas diferencias entre los *standard* s de su superyó y los *standard* s de sus objetos reales, con el resultado de que está vacilando constantemente entre sus objetos introyectados y los reales, entre su mundo de fantasía y el de la realidad.

El intento de conseguir un ajuste entre el superyó y el ello no puede ser exitoso en la primera infancia, porque las exigencias del ello y la correspondiente severidad del superyó absorben toda la energía del yo. Cuando al comienzo del período de latencia el desarrollo de la libido y la formación del superyó se han completado, el yo es más fuerte y puede enfrentar la tarea de realizar un ajuste con una base más amplia entre los factores diferentes. El yo fortalecido se une con el superyó en la construcción

de un *standard* común que incluye sobre todo el sometimiento del ello y su adaptación a las exigencias de los objetos reales y del mundo externo. En este período de su desarrollo, el ideal del yo del niño es el chico «bueno», bien educado, que satisface a sus padres y maestros. Esta estabilización, sin embargo, es quebrada en el período anterior a la pubertad y especialmente en la pubertad misma.

El resurgimiento de la libido que tiene lugar en este período aumenta las exigencias del ello, aunque a la par aumenta la presión del superyó. El yo es presionado una vez más y se enfrenta con la necesidad de llegar a un nuevo ajuste, porque el viejo ha fracasado y los impulsos instintivos no pueden ser mantenidos y reprimidos como antes. La ansiedad del niño está aumentada porque sus instintos pueden abrirse camino más fácilmente en la realidad y con consecuencias más serias que en la primera infancia.

El yo, de acuerdo con el superyó, por lo tanto, instala su nuevo *standard*. Es decir, que el individuo debe liberarse de los objetos de amor originarios. Vemos que a menudo el adolescente está reñido con su medio circundante y busca siempre objetos nuevos. Tal necesidad armoniza una vez más con la realidad, la que impone obligaciones diferentes y más importantes en esa edad; y en el curso posterior de su desarrollo, esta fuga de sus objetos originarios lo conduce a un alejamiento parcial de los objetos personales en general y a la sustitución de principios e ideales.

La estabilización final del individuo no se logra hasta que ha pasado la pubertad. Al terminar este período su yo y superyó pueden trabajar juntos creando *standard* s adultos. En vez de depender del medio circundante, el individuo se adapta a un mundo más amplio y reconoce sus exigencias, pero como algo que corresponde más a sus *standard* s autoimpuestos internos e independientes, que ya no muestran signos evidentes de haberse originado por sus objetos. Un ajuste de esta clase se basa en el reconocimiento de una nueva realidad y se logra con la ayuda de un yo más fuerte. Y una vez más, como en el primer período de expansión de su vida sexual, la presión que surge de la amenazante situación creada por las exageradas exigencias del ello por una parte y del superyó por la otra, contribuyen con mucho al fortalecimiento del yo. Por el contrario, el efecto inhibidor de tal presión se observa en la nueva limitación de su personalidad, por lo general permanente, que lo domina en la terminación de este período. La ampliación de su vida imaginativa, que acompaña, aunque en menor grado que en el primer período de la niñez, esta segunda aparición de su sexualidad es una vez más por lo general

severamente restringida al final de la pubertad. Tenemos ahora el adulto «normal».

Otro punto. Hemos visto que en la primera niñez el superyó y el ello no pueden reconciliarse el uno con el otro. En el período de latencia se consigue la estabilidad cuando el yo y el superyó se unen en prosecución de un fin común. En la pubertad se crea una situación similar al primer período y está seguida una vez más por una estabilización mental del individuo. Ya hemos discutido las diferencias existentes entre estas dos clases de estabilización y podemos ver ahora lo que tienen de común. En ambos casos el ajuste se alcanza por el acuerdo entre el yo y el superyó sobre un *standard* común y el establecimiento de un ideal del yo que tiene en cuenta las demandas de la realidad**[828]**.

En los primeros capítulos de este libro he tratado de mostrar que el desarrollo del superyó cesa junto con el de la libido al comienzo del período de latencia. Querría ahora recalcar como un punto de importancia capital que lo que debemos considerar en los distintos estadios que siguen a la declinación del complejo de Edipo, no son cambios en el superyó sino un desarrollo del yo que involucra una consolidación del superyó. El proceso general de estabilización que ocurre en el niño durante el período de latencia se efectúa, creo, no por una alteración real del superyó sino por el hecho de que su yo y superyó persiguen el fin común de lograr una adaptación al ambiente y adoptar ideales del yo pertenecientes a ese medio ambiente. Debemos ahora pasar de la discusión del desarrollo del yo a considerar cómo se produce este proceso en relación con el dominio de las situaciones de ansiedad que han sido señaladas como uno de los factores esenciales para que se produzca.

He dicho que la actividad de juego en el niño pequeño, al constituir un puente entre fantasía y realidad, le ayuda a dominar sus temores a los peligros del mundo interno y externo. Tomaremos el juego típico de las niñas pequeñas: «jugar a la madre». El análisis de niñas normales muestra que estos juegos, junto al cumplimiento de deseos, contienen las más profundas ansiedades correspondientes a las situaciones tempranas de ansiedad, y que detrás de este repetido deseo de la niña de tener más hijas —las muñecas—, yace una necesidad de consuelo, y de aliento. La posesión de sus muñecas es una prueba de que su madre no le ha robado los niños, de que su cuerpo no ha sido destruido por ella y de que será capaz de tener niños. Además, criando y vistiendo sus muñecas, con las que se identifica ella misma, tiene pruebas de que su madre la ama, y disminuye su miedo a ser abandonada y quedar sin

hogar y sin madre. Este propósito también sirve, en cierto modo, para otros juegos realizados por niños de ambos sexos, como, por ejemplo, juegos de amueblar casas y viajes. Estos juegos surgen del deseo de encontrar un nuevo hogar, es decir, de redescubrir a la madre.

Un juego típico de los niños donde se ven bastante claramente los componentes masculinos es el juego de los carros, caballos y trenes. Simbolizan forjar un camino hacia el cuerpo de la madre. En estos juegos los chicos efectúan, una y otra vez, y con muchísimas variantes, escenas de lucha con el padre dentro de la madre y de copulación con ella. La valentía, habilidad y astucia con la que se defienden a sí mismos de sus enemigos en sus juegos de lucha, les asegura que pueden combatir con éxito contra su padre castrador, y disminuye así el temor que le tienen. Por este medio y representándose a sí mismo, repetidas veces, copulando con su madre de varias maneras y mostrando su valentía en ello, el chico trata de demostrarse que posee un pene y potencia sexual, dos cosas cuya pérdida le ha hecho esperar sus profundas situaciones de ansiedad. Y desde que junto con sus tendencias agresivas surgen sus tendencias de restauración hacia la madre en estos juegos, se prueba también a si mismo que su pene no es destructivo, y en este sentido alivia su sentimiento de culpa[829].

El profundo placer que obtienen del juego los niños no inhibidos en el juego, procede no solo de la gratificación por el cumplimiento de sus deseos, sino también del dominio de la ansiedad que el juego le ayuda a lograr. Pero en mi opinión no es meramente cuestión de dos funciones diferentes que se realizan juntas, lo que ocurre es que el yo emplea todos los mecanismos de cumplimiento de deseos también con el propósito de dominar la ansiedad. Así, por un complicado proceso en el que se utilizan todas las fuerzas del yo, el juego de los niños efectúa una transformación de la ansiedad en placer. Examinaré después cómo este proceso fundamental afecta la economía de la vida mental y del desarrollo del yo del adulto.

No obstante, en lo que concierne a los niños pequeños, el yo solo parcialmente puede lograr su fin de dominar la ansiedad por medio del juego. Sus juegos no le ayudan completamente a vencer su miedo a los peligros internos. La ansiedad opera siempre en ellos. Mientras es latente opera como una impulsión a jugar, pero tan pronto como se hace manifiesta pone fin al juego.

Al comenzar el período de latencia el niño domina mejor su ansiedad y muestra al mismo tiempo una mayor capacidad para cumplir los requerimientos de la realidad. Por otra parte, sus juegos pierden contenido

imaginativo, y, gradualmente, toma su lugar el trabajo escolar. La preocupación del niño con las letras del alfabeto, números y dibujos, que tiene al principio el carácter de juego, reemplaza ampliamente el juego con juguetes. Su interés por el modo en que se combinan las letras, lograr bien su forma y ordenación y hacerlas de igual tamaño, y su satisfacción cuando logra exactitud en cada uno de estos detalles, todo surge de las mismas causas internas, como su anterior actividad constructiva de hacer casas y jugar con muñecas. Un cuaderno lindo y ordenado tiene el mismo significado simbólico para la niña que la casa y el hogar, es decir, el de un cuerpo saludable e ileso. Las letras y los números representan para ella a los padres, hermanos y hermanas, niños, genitales y excrementos, y son vehículos para sus tendencias agresivas originarias tanto como para las tendencias reactivas. La refutación de sus temores, que antes obtenía por el juego con muñecas y el amoblamiento de casas, lo consigue ahora mediante una actividad escolar exitosa. El análisis de niños en este período muestra que no solo cada detalle de su trabajo escolar, sino todas las diversas actividades manuales, dibujos, etc., son utilizadas en su imaginación para restaurar sus propios genitales y su cuerpo tanto como el cuerpo de su madre y sus contenidos, el pene del padre, sus hermanos y hermanas, etc. Del mismo modo, cada artículo propio o de la vestimenta de sus muñecas (cuellos, puños, echarpes, pulseras, gorras, medias, cinturón, zapatos) tiene un significado simbólico[830].

En el curso normal del desarrollo el cuidado que el niño prodiga al «dibujo» de letras o números equivale al que el adulto normal otorga a sus trabajos intelectuales. Pero aun así, su satisfacción en dichos trabajos depende en gran parte de la apreciación que reciben de las personas de su medio circundante; es un medio de lograr la aprobación de los mayores. En el período de latencia vemos por esto que el niño encuentra una refutación de sus situaciones de peligro en gran parte, en el amor y aprobación de sus objetos reales, y que da una importancia exagerada a estos objetos y a su mundo real.

En el varón, escribir es la expresión de sus componentes masculinos[831]. Su habilidad para escribir palabras y el golpe de su pluma con el que forma las letras representan la realización activa de un coito y son una prueba de su posesión de un pene y de su potencia sexual. Libros y cuadernos representan los genitales o cuerpo de su madre y hermana[832]. Para un niño de seis años, por ejemplo, la letra L representaba un hombre sobre un caballo (él mismo y su pene) cabalgando a través de una arcada (los genitales de su madre); la I era su pene y él mismo; la E los genitales de la madre y ella misma, y la IE la

unión de los dos en el coito[833]. Las fantasías de copulación activa de los varones se evidencian en juegos activos y en los deportes, y vemos expresarse las mismas fantasías tanto en los detalles de esos juegos como en sus lecciones. El deseo del varón de sobrepasar a sus rivales y de obtener seguridad contra el peligro de ser castrado por el padre —conducta que corresponde al modo masculino de proceder con las situaciones de ansiedad y que son de importancia mayor más tarde en la pubertad— aparecen ya cuando está todavía en el período de latencia. En general, el varón depende menos que la niña de la aprobación de su medio aun en este período, y un trabajo realizado sin otro interés que el del trabajo mismo juega una mayor parte en su vida psicológica que en la de las niñas.

He descrito la estabilización que se produce en el período de latencia, fundada sobre una adaptación a la realidad efectuada por el yo de acuerdo con el superyó. El logro de dicho fin depende de la acción combinada de todas las fuerzas ocupadas en sujetar y coartar los instintos del ello. Es aquí que el niño comienza a luchar por romper con el hábito de la masturbación, lucha esta, que, dice Freud, «reclama gran parte de sus energías» durante el período de latencia, y que está dirigida también contra sus fantasías de masturbación. Y estas fantasías, como hemos visto repetidas veces, no solo entran en todos los juegos del niño, sino también en sus actividades de aprendizaje y en todas las futuras sublimaciones[834].

La razón por la cual en el período de latencia el niño se encuentra con una gran necesidad de aprobación de sus objetos es porque necesita disminuir la oposición de su superyó (que en este período tiende a adaptarse a los objetos) a sus fantasías desexualizadas de masturbación. Así, en este período tiene que cumplir los siguientes requerimientos: por una parte, renunciar a la masturbación y reprimir sus fantasías de masturbación, y por otra parte, efectuar con éxito y a satisfacción de los mayores estas mismas fantasías de masturbación en su forma desexualizada de intereses y actividades diarias; porque solo con la ayuda de sublimaciones satisfactorias podrá procurar la refutación comprensiva de sus situaciones de ansiedad que necesita su yo. Del éxito con que escape de este dilema dependerá la estabilización en el período de latencia. No logra dominio de la ansiedad hasta que obtiene la aprobación de los que ejercen la autoridad; sin embargo, a menos que haya obtenido esa aprobación no puede proceder a realizar la prueba.

Esta breve reseña de este ampliamente ramificado y profundo proceso de desarrollo es necesariamente esquemática. En realidad, los límites entre el niño normal y el neurótico no están claramente delineados durante el período

de latencia. El niño neurótico puede ser un buen escolar, y no es siempre el niño normal el que tiene más deseo de aprender, desde que a menudo tiene que refutar sus situaciones de ansiedad en otros sentidos, por ejemplo realizando proezas físicas. En el período de latencia a menudo en la niña normal domina la ansiedad de un modo masculino y el niño puede aún ser descripto como normal aunque elija modos de conducta más pasivos y femeninos con el mismo propósito.

Freud nos ha hecho notar los ceremoniales típicos del período de latencia y que son el resultado de las luchas del niño contra la masturbación[835]. Dice que este período «está además marcado por el surgimiento de barreras éticas y estéticas dentro del yo» y que «las formaciones reactivas de los neuróticos obsesivos son solo exageraciones de las formaciones normales de carácter[836]». En niños en el período de latencia no es fácil delimitar la línea de demarcación entre reacciones obsesivas y el desarrollo caracterológico que en el niño normal espera su medio ambiente educativo, excepto en los casos extremos.

Se recordará que señalé que el punto de partida de la neurosis obsesiva se sitúa en la temprana infancia. Pero he dicho que en este período solo se desarrollan rasgos obsesivos aislados. Esto no se organiza en general bajo la forma de neurosis obsesiva sino hasta el período de latencia. Esta sistematización de los rasgos obsesivos, que va junto con una consolidación del superyó[837] y un fortalecimiento del yo, es efectuada por el superyó y el yo sobre la base de la erección de un *standard*[838] común, que mantenido por ambas instituciones es la llave de su poder sobre ello; y aunque la supresión de los instintos del niño es emprendida a instancias de sus objetos y realizada en gran parte por medio de mecanismos obsesivos, no logrará éxito si todos los factores opuestos al ello no actúan de acuerdo. En este amplio proceso de organización, el yo manifiesta lo que Freud ha llamado «inclinación a realizar síntesis[839]».

Así, en el período de latencia los requerimientos del yo, superyó y objetos del niño están unidos y encuentran una satisfacción común en la neurosis obsesiva. Una razón por la cual el fuerte rechazo usualmente manifestado por los adultos ante los afectos del niño tiene tanto éxito es que este rechazo responde en esta edad a los propios requerimientos internos[840]. A menudo encontramos en análisis que a los niños se les hace sufrir y se les crea conflictos en su mente porque los que se encargan de ellos se han identificado (ellos mismos) exageradamente con la mala conducta del niño y sus tendencias agresivas. Porque su yo solo se sentirá capaz de la tarea de

reprimir al ello y oponerle impulsos prohibitivos siempre que los mayores lo ayuden en sus esfuerzos. El niño necesita recibir prohibiciones desde fuera, porque estas prestan ayuda a las prohibiciones desde dentro. Necesita, en otras palabras, tener representantes de su superyó en el mundo externo. Esta dependencia de los objetos para poder dominar la ansiedad es más fuerte en el período de latencia que en ninguna otra fase de su desarrollo. Más aún me parece que un definido requisito previo para una exitosa transición al período de latencia, es que el dominio de la ansiedad en el niño se apoye sobre las relaciones de objeto y su adaptación a la realidad.

No obstante, es necesario para la futura estabilidad del niño que este mecanismo de dominar la ansiedad no predomine en exceso. Si los intereses y conquistas del niño y otras gratificaciones están dedicadas demasiado completamente a tratar de ganar el amor y el reconocimiento de sus objetos, esto es, si sus relaciones de objeto son predominantemente medios de dominar la ansiedad y aliviar sus sentimientos de culpa, la salud mental de los años futuros no reposa en suelo firme. Si es menos dependiente de sus objetos y si los intereses y logros por medio de los cuales domina la ansiedad y alivia sus sentimientos de culpa son hechos sin ningún interés ulterior y le proporcionan interés y placer por sí mismos, su ansiedad sufrirá una mejor modificación y una más amplia distribución, esto es, quedará disminuida. Cuando la ansiedad ha sido reducida así, aumenta su capacidad para obtener gratificaciones libidinales, y esta es una precondición para el dominio exitoso de la ansiedad. La ansiedad solo puede ser dominada cuando el superyó y el ello han llegado a un acuerdo satisfactorio y el yo ha logrado un grado suficiente de fortaleza[841].

Puesto que la fortaleza mental que el niño normal logra de sus relaciones de objeto es tan grande en el período de latencia, no siempre podemos descubrir a su debido tiempo esos casos frecuentes en los que dependen demasiado de las mismas. Pero en la pubertad podemos hacerlo fácilmente porque el niño ahora no podrá dominar su ansiedad si su principal medio de lograrlo es su dependencia de los objetos. A esto se debe en parte que ciertas enfermedades psicóticas no se manifiesten hasta la terminación de la infancia, durante o después de la pubertad. Pero si hacemos que nuestro criterio de la salud no solo dependa de la adaptación a los *standard* s de ese período de desarrollo, sino también de la fuerza del yo basada en una disminución de la severidad del superyó y un mayor grado de libertad instintiva, no correremos el riesgo de valorar en demasía el factor de adaptabilidad en el período de

latencia como indicio de buen desarrollo y futuro bienestar mental real del niño[842].

Freud dice que la pubertad «marca un período decisivo en el desarrollo de la neurosis obsesiva» y que en esa época «los impulsos agresivos de la primera infancia despiertan nuevamente por una parte, y por la otra, una mayor o menor proporción de los impulsos libidinales —en el peor de los casos el total de ellos— son impelidos a tomar el camino predestinado de la regresión y reaparecer como impulsos agresivos y destructivos. Debido al disfraz de los impulsos eróticos y a poderosas formaciones reactivas del yo, la lucha contra la sexualidad se continúa ahora bajo la forma de problema ético[843]».

En el muchacho, la aparición de una nueva imago paterna idealizada y de nuevos principios, junto con el aumento de demandas que el niño hace a sí mismo, le ayudan a alejarse de sus objetos originarios. Esto da por resultado que es más capaz de retomar su originaria posición de afecto al padre y aumentarla y que corre menos riesgo de chocar con él. Esto ocurre al mismo tiempo que una división de la imago paterna. Puede entonces admirar y amar la imago paterna exaltada y dirigir los fuertes sentimientos de odio que en este período de su desarrollo tiene, contra la imago paterna mala, a menudo representada por el padre real o por un sustituto, tal como un maestro. En su relación con la imago admirada él puede satisfacerse, ya que posee un padre poderoso y útil y puede también identificarse con él y fortificar así su creencia en su propia capacidad constructiva y en su potencia sexual, mientras que en su relación agresiva con la imago odiada se prueba a sí mismo que él es capaz de rivalizar con el padre y que no debe temer ser castrado por él.

Es aquí cuando sus actividades y logros entran en acción. Utiliza logros, tanto en el campo físico como mental, que exigen coraje, resistencia, fuerza, iniciativa, para probarse a sí mismo —entre otras cosas— que la castración que tanto temió no se efectuó en él y que no es impotente. Sus hazañas gratifican también sus tendencias reactivas y alivian su sentimiento de culpa. Ellas le muestran que sus capacidades constructivas sobrepasan sus tendencias destructivas y representan la reparación hecha a los objetos. Estas seguridades aumentan la gratificación que obtiene de las mismas[844]. El alivio de la ansiedad y del sentimiento de culpa, que en el período de latencia vino de la exitosa prosecución de sus actividades en la medida en que eran hechas de un modo egosintónico con la aprobación de su mundo externo, deben en la pubertad provenir más ampliamente del valor que tienen para él dichas realizaciones y hazañas en sí mismas.

Haremos ahora unas breves consideraciones sobre cómo trata la niña estas situaciones de ansiedad durante la pubertad. En esta edad normalmente mantiene los objetivos del período de latencia y el modo de dominar la ansiedad perteneciente a dicho período con más fuerza que el niño. Muy a menudo también adopta la actitud masculina para dominar la ansiedad. Veremos en el próximo capítulo por qué es más fácil para ella establecer la posición femenina que para el varón la masculina. El establecimiento de *standard* s e ideales que se origina en el varón durante la pubertad juega una parte importante también en su desarrollo, pero toma una forma más subjetiva y personal y la niña hace menos acopio de principios abstractos. Su deseo de agradar a sus objetos se extiende también a sus ocupaciones mentales y juega una parte en sus más altas hazañas intelectuales. Su actitud frente al trabajo, siempre que no estén involucrados predominantemente los componentes masculinos, está en armonía con su actitud frente a su propio cuerpo, y sus actividades en relación con estos dos intereses se dirigen en gran parte al manejo de sus situaciones de ansiedad específica. Un cuerpo hermoso o un trabajo perfecto proporcionan a la niña en crecimiento la misma contraprueba que necesitó cuando era pequeña, a saber, que el interior de su cuerpo no ha sido destruido por la madre y que no han sacado sus niños de dentro de él. Como mujer, su relación con el niño, que a menudo toma el lugar de la relación con el trabajo, es una gran ayuda en su manejo de la ansiedad. Tenerlo, cuidarlo y observar su crecimiento y adelantos le proporciona, exactamente como en el caso de las niñas pequeñas y sus muñecas, pruebas renovadas de que su posesión del niño no está en peligro y sirve para aliviar su sentimiento de culpa[845]. Las situaciones de peligro, grandes o pequeñas, con las que debe enfrentarse en el proceso de educar a sus hijos sirven, si las cosas van bien, para proporcionar una eficaz refutación a su ansiedad. Del mismo modo su relación con la casa, que es el equivalente de su propio cuerpo, tiene una importancia especial en el modo femenino de dominar la ansiedad, y tiene además otra y más directa conexión con sus situaciones tempranas de ansiedad. Como vimos, la rivalidad de la niña pequeña con su madre encuentra expresión, entre otras cosas, en fantasías de echarla y tomar su lugar como ama de casa. Una parte importante de esta situación de ansiedad para los niños de ambos sexos, pero más especialmente para la niña, consiste en el miedo a ser echados de la casa y quedar abandonados y sin hogar[846]. Su satisfacción por su propia casa está siempre basada, en parte, en su valor de refutación a este elemento de su situación de ansiedad. Es indispensable para la normal estabilización de la mujer, que sus niños,

trabajo, actividades y cuidado y adorno de su persona y hogar le suministren una refutación completa de sus situaciones de peligro[847]. Su relación con el hombre, además, está ampliamente determinada por su necesidad de tranquilizarse a sí misma a través de la admiración que despierta su cuerpo intacto. Su narcisismo por eso juega una gran parte en el dominio de su ansiedad. Es un resultado del modo femenino de dominar la ansiedad que la mujer dependa mucho más del amor y de la aprobación del hombre —y de los objetos en general— que el hombre de la mujer. Pero el hombre también busca en sus relaciones amorosas una tranquilización de su ansiedad, que contribuye en gran parte a la satisfacción sexual que obtiene de ella.

El proceso normal de dominio de la ansiedad parece estar condicionado por cierto número de factores, en el cual los métodos específicos empleados actúan en conjunción con elementos cuantitativos, tales como cantidad de sadismo y ansiedad presentes, y grado de capacidad poseído por el yo para tolerar la ansiedad. Si estos factores interactuantes logran un cierto *optimum*, sucede que el individuo es capaz de modificar con bastante éxito aun grandes cantidades de ansiedad, de desarrollar su yo satisfactoriamente y aún más que lo común, y lograr salud mental. Las condiciones bajo las cuales puede dominar la ansiedad son tan específicas como las condiciones bajo las cuales puede amar, y ambas están, hasta donde he podido ver, íntimamente ligadas[848]. En algunos casos, que se ven típicamente en la pubertad, la condición para dominar la ansiedad es que el individuo se encuentre con situaciones especialmente difíciles, tales como las que hacen surgir un miedo intenso; en otros es que evite tanto como pueda, y en circunstancias extremas de un modo fóbico, todas estas circunstancias. Entre estos dos extremos se sitúa lo que podemos considerar como una impulsión normal a obtener placer del vencí-miento de las situaciones de ansiedad que están asociadas con una ansiedad ni excesiva ni demasiado directa (y por lo tanto mejor repartida).

En este capítulo he tratado de demostrar que todas las actividades, intereses y sublimaciones del individuo también sirven para dominar su ansiedad y aliviar su culpa, y el motivo que las impulsa es no solo gratificar sus impulsos agresivos sino restituir los daños realizados contra el objeto y reparar su propio cuerpo y sus genitales. También hemos visto[849] que en estadios muy tempranos de su desarrollo su sentimiento de omnipotencia se pone al servicio de sus impulsos destructivos. Cuando sus formaciones reactivas comienzan a actuar, este sentido de omnipotencia negativa y destructiva lo obligan a creer en su omnipotencia constructiva, y cuanto más fuerte ha sido su sentimiento de omnipotencia sádica, más fuerte tendrá que

ser ahora su sentimiento de omnipotencia positiva para hacerlo capaz de abordar los requerimientos de su superyó con respecto a las reparaciones. Si la reparación requerida necesita un fuerte sentimiento de omnipotencia constructiva —como, por ejemplo, que lleve a cabo una reparación completa frente a los padres, hermanos y hermanas, etc., y por desplazamiento, a otros objetos y aun al mundo entero—, entonces, el que realice grandes cosas en la vida, y el que el desarrollo de su yo y de su vida sexual sea exitoso, o que caiga víctima de severas inhibiciones, dependerá en parte de la fortaleza de su yo y del grado de su adaptación a la realidad, que regula sus requerimientos imaginarios, y en parte de que las tareas que se le han impuesto no sean demasiado estrictas o también de que la discrepancia entre su omnipotencia constructiva y destructiva no exceda un cierto límite**[850]**.

Recapitulando lo dicho: he tratado de explicar algo del complicado proceso, que compromete todas las energías del individuo, por medio del cual el yo intenta dominar su situación de ansiedad infantil. El éxito en este proceso es de fundamental importancia para el desarrollo del yo y un factor decisivo en la seguridad de su salud mental. En una persona normal es esta múltiple tranquilización contra su ansiedad —seguridad que es constantemente renovada y fluye de muchas fuentes, que deriva de sus actividades e intereses, de sus relaciones sociales y de sus gratificaciones eróticas— la que la hace capaz de dejar atrás sus situaciones de ansiedad originaria y distribuir y debilitar toda la potencia del impacto que tienen sobre él**[851]**.

Finalmente, debemos examinar la similitud entre la explicación dada en estas páginas sobre el método normal de tratar las situaciones de ansiedad con los puntos de vista de Freud al respecto. En *Inhibición, síntoma y angustia*, dice: «Durante el curso del desarrollo a la madurez, las condiciones de ansiedad deben haber sido abandonadas y las situaciones de peligro deben haber perdido su importancia». Esta afirmación es calificada por sus observaciones siguientes. Dice: «Además, algunas de estas situaciones de ansiedad logran sobrevivir hasta períodos posteriores modificando sus condiciones de ansiedad de modo que se adapten a las circunstancias de la vida futura». Creo que mi teoría de la modificación de la ansiedad nos ayuda a comprender de qué medios se vale la persona normal para deshacerse de sus situaciones de ansiedad, y modificar las condiciones bajo las cuales siente ansiedad. Mis observaciones analíticas me han llevado a pensar que aunque el individuo normal logre una gran modificación de sus situaciones de ansiedad no llega nunca a abandonarlas totalmente. En realidad, es verdad que esas

situaciones de ansiedad no tienen efectos directos sobre él, pero tales efectos volverán a aparecer en ciertas circunstancias. Si a una persona normal se la coloca en una situación de gran esfuerzo interno o externo, o si se enferma o fracasa de algún modo, podemos observar en ella la acción completa y acabada de sus más profundas situaciones de ansiedad. Entonces, puesto que cualquier persona sana puede sucumbir a una enfermedad neurótica, se sigue que nunca puede abandonar completamente sus antiguas situaciones de ansiedad.

Las siguientes observaciones de Freud parecerían confirmar esta opinión. En el pasaje citado dice: «El neurótico difiere del normal en que exagera sus reacciones a estos peligros. Aun el hecho de que uno sea adulto no ofrece completa protección contra la vuelta de la situación traumática originaria; para cada uno debe haber un límite más allá del cual su aparato mental está imposibilitado de dominar las cantidades de excitación que exigen descarga».

11. Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña

La investigación psicoanalítica ha arrojado mucha menos luz sobre la psicología de la mujer que sobre la del hombre. Desde que el miedo a la castración fue lo primero que se descubrió como motivo subyacente en el desarrollo de neurosis en el hombre, naturalmente los analistas comenzaron por estudiar factores etiológicos de la misma clase en las mujeres. Los resultados así obtenidos fueron válidos hasta tanto la psicología de los dos sexos fue similar, pero no cuando dejó de serlo. Freud ha expresado bien este punto en un pasaje donde dice: «… y además ¿está bien comprobado que la ansiedad de castración sea la única causa de represión o defensa? Cuando pensamos en neurosis de mujeres debemos tener algunas dudas. Es verdad que un *complejo* de castración se encuentra siempre en ellas, pero casi no podemos hablar de *angustia* de castración cuando esta es ya un hecho[852]».

Cuando consideramos qué importante ha sido todo conocimiento sobre la ansiedad de castración tanto para la comprensión de la psicología del hombre como para conseguir una curación de sus neurosis, esperamos que un conocimiento de la ansiedad equivalente en la mujer nos permitirá perfeccionar nuestro tratamiento terapéutico de las neurosis femeninas y nos

ayudará a conseguir una idea clara del camino a lo largo del cual avanza su desarrollo sexual.

La situacion de ansiedad de la niña

En mi trabajo «Estadíos tempranos del conflicto edípico», 1928, he tratado de esclarecer este problema aún no resuelto y he presentado el punto de vista de que el miedo más profundo de la niña es el de que el interior de su cuerpo sea robado y destruido. Como resultado de la frustración oral que la niña experimenta de su madre, se aleja de ella y toma el pene de su padre como objeto de gratificación. Este nuevo deseo la impulsa a dar pasos adicionales en su evolución. Desarrolla fantasías de que su madre introduce el pene de su padre en su cuerpo y le da a él sus pechos, y estas fantasías forman el núcleo de teorías sexuales tempranas, que producen en ella sentimientos de envidia y de odio al ser frustrada por ambos padres (casualmente, en esta etapa del desarrollo los niños de ambos sexos creen que es el cuerpo de la madre el que contiene todo lo deseable, especialmente el pene del padre). Esta teoría sexual aumenta el odio de la niña hacia su madre, debido a la frustración que ha sufrido de ella, y contribuye a la producción de fantasías sádicas de atacar y destruir el interior de su madre y privarlo de su contenido. Debido a su temor a una retaliación, estas fantasías forman la base de la situación de ansiedad más profunda.

En su trabajo sobre «The Early Development of Female Sexuality», 1927, Ernest Jones da el nombre de «aphanisis» a la destrucción de la capacidad de obtener gratificación libidinal temida por la niña, y considera que este temor constituye una situación de ansiedad temprana y dominante para ella. Me parece que la destrucción de la capacidad de la niña para obtener gratificación libidinal implica una destrucción de los órganos necesarios para este propósito. Y teme que esos órganos sean destruidos durante el curso del ataque que se hará, principalmente por parte de su madre, sobre su cuerpo y contenidos. Sus temores referentes a sus genitales son particularmente intensos, en parte porque sus propios impulsos sádicos contra su madre están poderosamente dirigidos contra los genitales y el placer erótico que la misma obtiene de ellos, y en parte porque su temor a ser incapaz de obtener gratificación sexual sirve a su vez para aumentar el temor de que sus genitales estén dañados.

Estadíos tempranos del conflicto de edipo

De acuerdo con mi experiencia, las tendencias edípicas de una niña se inician con sus deseos orales por el pene del padre. Estos deseos están ya acompañados por impulsos genitales. He encontrado que el deseo de robar a su padre el pene del padre e incorporárselo a sí misma es un factor fundamental en el desarrollo de su vida sexual. El resentimiento que su madre ha producido en ella al retirarle el pecho nutricio, es intensificado por el mal adicional que le ha hecho al no otorgarle al pene de su padre como objeto de gratificación, y esta doble injusticia es la causa más profunda del odio que la niña siente hacia su madre como resultado de sus tendencias edípicas.

Estos puntos de vista difieren en algo de las teorías aceptadas en psicoanálisis. Freud ha llegado a la conclusión de que en la niña es el complejo de castración el que inicia el complejo de Edipo, y que lo que la hace alejarse de la madre es la envidia por no haber recibido un pene para ella[853]. La divergencia entre el punto de vista de Freud y el presentado acá, sin embargo, resulta menos importante si reflexionamos que los dos están de acuerdo en dos puntos importantes: en que la niña quiere tener un pene y en que odia a su madre por no habérselo dado. Mas de acuerdo con mi punto de vista, lo que ella principalmente desea no es poseer un pene propio como atributo de masculinidad, sino incorporar el pene de su padre como objeto de gratificación oral. Más aun, creo que este deseo no es un resultado de su complejo de castración sino la expresión más fundamental de sus tendencias edípicas, y por consiguiente ella cae bajo el dominio de sus impulsos edípicos no indirectamente a través de sus tendencias masculinas y su envidia del pene, sino directamente, como resultado de sus dominantes componentes instintivos femeninos[854].

Cuando la niña elige el pene de su padre como objeto deseado, varios factores concurren para hacer su deseo más intenso. La demanda de sus impulsos orales de succión exaltados por la frustración que ha sufrido de los pechos de la madre crea en ella un cuadro imaginario del pene de su padre como un órgano que, a diferencia del pecho, puede proveerla de una tremenda e infinita gratificación oral[855]. Los impulsos sádicos uretrales añaden su contribución a esta fantasía. Porque los niños de ambos sexos atribuyen mucha más capacidad uretral al pene —donde es más visible— que el órgano femenino de micción. Las fantasías de la niña sobre la capacidad uretral y el poder del pene se unen a sus fantasías orales en virtud de la ecuación que hacen todos los niños pequeños entre todas las sustancias del cuerpo, y en su

imaginación, el pene es un objeto que posee poderes mágicos de suministro de gratificaciones orales. Pero desde que la frustración oral que ella ha sufrido de su madre ha estimulado todas las demás zonas erógenas, al hacer surgir sus tendencias genitales y deseos en relación con el pene del padre, este último resulta ser el objeto de sus impulsos orales, uretrales, anales y genitales al mismo tiempo. Otro factor que intensifica sus deseos en esta dirección es su teoría sexual inconsciente de que su madre se ha incorporado el pene del padre, lo que provoca en ella envidia hacia la madre.

Creo que la combinación de todos estos factores, dota al pene del padre de enorme virtud a los ojos de la niña pequeña y lo hace el objeto de su más ardiente admiración y deseo[856]. Si ella mantiene una posición predominantemente femenina, esta actitud frente al pene de su padre la llevará a menudo a asumir una actitud humilde y sumisa hacia el sexo masculino. Pero puede también causar en ella intensos sentimientos de odio por haberle sido negado lo que tan apasionadamente adoraba y deseaba, y si asume una posición masculina, esta puede hacer surgir en ella todos los signos y síntomas de la envidia del pene.

Pero desde que las fantasías de la niña sobre el poder enorme, gran tamaño y fuerza del pene de su padre surgen de sus propios impulsos orales, uretrales y anal-sádicos, también creerá que posee peligrosos atributos. Este aspecto que fundamenta su temor al pene malo se produce como una reacción a sus impulsos destructivos que, combinados con los libidinales, ha dirigido hacia el pene. Si lo más fuerte en ella es un sadismo oral, considerará al pene de su padre como algo para ser odiado, envidiado y destruido[857]; y las fantasías llenas de odio que ella centraliza alrededor del pene de su padre como algo que da gratificación a su madre serán en algunos casos tan intensas, que producirán un desplazamiento de su más profunda y poderosa ansiedad —su miedo a su madre— hacia el pene del padre como un apéndice odiado de su madre. Si sucede esto, la niña sufrirá graves trastornos en su desarrollo y será conducida a una actitud distorsionada hacia el sexo masculino. También tendrá una relación más o menos defectuosa con sus objetos y será incapaz de superar, al menos completamente, la etapa de amor parcial[858].

En virtud de la omnipotencia de pensamiento, los deseos orales de la niña por el pene de su padre le hacen creer que en realidad lo ha incorporado, y entonces sus sentimientos ambivalentes hacia él se extienden a su pene internalizado. Como sabemos, en la etapa de incorporación parcial el objeto está representado por una parte de él o ella misma y el pene del padre

representa toda su persona. Esa es la razón, creo, por la que las imagos más tempranas del padre —el núcleo del superyó paternal— están representadas por su pene. Como he tratado de demostrar, el carácter cruel y aterrador del superyó en los niños de ambos sexos es debido al hecho de que han comenzado a introyectar sus objetos en un período del desarrollo en que su sadismo estaba en su punto máximo. Sus más tempranas imagos asumen el aspecto fantástico que les han impartido sus propios impulsos dominantes pregenitales[859]. Pero esta impulsión a introyectar el pene del padre, que es el objeto edípico, y mantenerlo dentro es mucho más fuerte en la niña que en el niño. Esto se debe a que las tendencias genitales que acompañan sus deseos orales tienen también un carácter receptivo, de modo que bajo circunstancias normales sus tendencias edípicas están mucho más bajo la influencia de los impulsos orales incorporativos que en el varón. Es un asunto de importancia decisiva para la formación del superyó y el desarrollo de la vida sexual, tanto en varones como en niñas, que las fantasías que prevalezcan sean las de un pene «bueno o malo». Pero dado que la niña está más subordinada a su padre introyectado por lo tanto está más a la merced de sus poderes para lo bueno o malo que el niño en relación con su superyó[860]. Su ansiedad y su sentimiento de culpa en relación a su madre sirven para complicar aún más los divididos sentimientos hacia el pene del padre.

Para simplificar nuestra investigación sobre la situación total, seguiremos primero el desarrollo de la actitud de la niña frente al pene del padre y así trataremos de descubrir hasta qué punto sus relaciones con la madre afectan sus relaciones con el padre. En circunstancias favorables la niña cree no solo en la existencia de un pene introyectado peligroso, sino en uno benéfico y servicial. Como resultado de esta actitud ambivalente, luchará por contrarrestar su miedo a un pene «malo» introyectado por una introyección continua de uno «bueno» en el coito[861] y este será un incentivo más para que pase por experiencias sexuales en la primera infancia y encuentre más tarde satisfacción en actividades sexuales y será un nuevo aporte a sus deseos libidinales de un pene.

Por otra parte, sus actos sexuales, ya sea bajo la forma de la *fellatio*, *coitus per anum* o coito normal, le ayudarán a confirmar si los temores que juegan un papel tan fundamental y dominante en su mente en conexión con la copulación, están bien fundados o no. La razón por la cual la copulación se ha cargado con tanto peligro en la imaginación de los niños de ambos sexos, es que sus fantasías optativas sádicas han transformado este acto, hecho entre el padre y la madre, en una situación de peligro amenazante[862]. Ya hemos

tratado en detalle la naturaleza de estas fantasías sádicas de masturbación y hemos encontrado que caen dentro de dos categorías distintas pero interconectadas. En las de la primera categoría los niños emplean varios medios sádicos para hacer un ataque directo sobre ambos padres, ya sea separados o juntos en el coito; en los de la segunda, que se derivan de un estado algo posterior a la fase de máximo sadismo, su creencia en su omnipotencia sádica sobre sus padres encuentra expresión de un modo más indirecto. Los dota de instrumentos de destrucción mutua, transformando sus dientes, uñas, genitales, excrementos, etc., en peligrosas armas, animales, etc., y los representa, de acuerdo con sus propios deseos, como atormentándose y destruyéndose el uno al otro durante el coito.

Ambas clases de fantasías sádicas hacen surgir ansiedad desde diversas fuentes. Volviendo otra vez a la niña, vemos que en conexión con la primera categoría teme ser contraatacada por uno o ambos padres, pero particularmente por la madre, que es el más odiado de los dos. Espera ser atacada desde su interior o desde el exterior, puesto que ha introyectado sus objetos y al mismo tiempo los ha atacado. Sus temores sobre este punto están en relación íntima con el acto sexual, porque las acciones primarias sádicas estaban en gran parte dirigidas contra sus padres, a quienes ella imaginaba copulando[863]. Pero es más especialmente en fantasías correspondientes a la segunda categoría que la copulación se transforma en un acto en el que hay gran peligro para ella. (De acuerdo con sus deseos sádicos su madre es destruida). Por otra parte, el acto sexual que sus fantasías sádicas y deseos han transformado en una situación de extremo peligro es también, por esta razón, el método superlativo para dominar la ansiedad, aún más porque la gratificación libidinal que lo acompaña le proporciona el placer más alto que pueda lograrse y así disminuye la ansiedad.

Pienso que estos hechos arrojan nueva luz sobre los motivos que urgen al individuo a realizar actos sexuales y sobre las fuentes psicológicas desde las cuales la gratificación libidinal que obtiene en este acto recibe un agregado. Como sabemos, la gratificación libidinal de todas las zonas erógenas implica también la gratificación de sus componentes destructivos, debido a la fusión de los impulsos libidinales y destructivos que se realizan en estos estadios del desarrollo gobernados por las tendencias sádicas.

Ahora bien, en mi opinión, los impulsos destructivos hacen surgir ansiedad en él muy tempranamente, en los primeros meses de la vida. En consecuencia, sus fantasías sádicas están ligadas a la ansiedad y esta unión entre las dos hace surgir situaciones específicas de ansiedad. Desde que sus

impulsos genitales comienzan ya en la fase de máximo sadismo —por lo menos es lo que yo he descubierto— y el coito representa en sus fantasías sádicas un vehículo de destrucción de ambos padres, estas situaciones de ansiedad que han surgido en los primeros estadios de su desarrollo se conectan también con las actividades genitales. Los efectos de esta conexión son por una parte que la ansiedad intensifica sus necesidades libidinales y, por otra, que la gratificación libidinal de sus distintas zonas erógenas le ayuda a dominar la ansiedad disminuyendo sus tendencias agresivas y con ellas su ansiedad. Además, el placer que obtiene de esta gratificación parece en sí mismo aliviar el temor a ser destruido por sus propios impulsos destructivos y por sus objetos, y también mitiga su temor de aphanisis (Jones), es decir, su temor a perder su capacidad de obtener gratificación sexual.

La gratificación libidinal como expresión de Eros refuerza su creencia en las imagos bondadosas y disminuye los peligros que emanan del instinto de muerte y del superyó.

Cuanto mayor es la ansiedad del individuo y cuanto más neurótico es, las energías de su yo y sus fuerzas instintivas estarán más absorbidas en el esfuerzo de vencer la ansiedad, y tanto más, también, la gratificación libidinal que obtiene será utilizada para este propósito. En la persona normal que está muy alejada de sus primeras situaciones de ansiedad y que las ha modificado con éxito, el efecto de estas situaciones sobre su actividad sexual es, claro, mucho menor, pero creo que nunca estará totalmente ausente[864]. La impulsión que siente de poner a prueba sus situaciones específicas de ansiedad en sus relaciones con su partenaire también fortifica y da color a sus fijaciones libidinales, y el acto sexual siempre le ayuda en parte a dominar la ansiedad. Y las situaciones de ansiedad que predominan en él y las cantidades de ansiedad presentes son determinantes específicos de las condiciones bajo las cuales será capaz de amar.

Si la niña convierte el acto sexual en criterio de sus situaciones de ansiedad y las somete a un juicio de realidad, auxiliada por sentimientos optimistas y de confianza, se verá conducida a tomar como objeto una persona que represente un pene «bueno». En este caso el alivio de la ansiedad que ella obtiene a través de la relación sexual le dará un fuerte placer que aumentará considerablemente la gratificación libidinal pura que experimenta y la conducirá a duraderas relaciones amorosas satisfactorias. Pero si las circunstancias son desfavorables y el miedo a un pene «malo» introyectado predomina, la condición necesaria para su capacidad de amor será que ella realice esta prueba de realidad por medio de un pene «malo», es decir, el

compañero amoroso será una persona sádica. El test que hace en este caso tiene por fin informarla de qué clase de daño le infligirá su pareja en la relación sexual. Aun sus anticipados daños en este sentido, sirven para aliviar su ansiedad y son importantes en la economía de su vida mental, porque nada de lo que ella pueda sufrir por un agente externo puede igualar a lo que está sufriendo bajo la presión del miedo constante y abrumador de fantásticos peligros y daños dentro de ella[865]. Su elección de pareja sádica se basa también en la impulsión de incorporar «malos» penes sádicos (porque así es como ella ve al acto sexual) que destruirán los peligrosos objetos dentro de ella. Así, la más profunda raíz del masoquismo femenino parecería ser el temor de la mujer a objetos peligrosos que ella ha internalizado, y en especial el pene del padre; y su masoquismo no sería otra cosa, en última instancia, que sus instintos sádicos vueltos contra aquellos objetos internalizados[866].

Según Freud[867] el sadismo, aunque al principio aparece en relación con un objeto, fue originariamente un instinto destructivo dirigido contra el organismo mismo (sadismo primario), y solo más tarde fue desviado del yo por la libido narcisística; el masoquismo erógeno es esa porción del instinto destructivo que no ha podido ser arrojada hacia afuera de este modo y que permanece dentro del organismo y se ha ligado libidinalmente a él. Piensa además que en cuanto cualquier parte del instinto destructivo que ha sido dirigido hacia afuera vuelve una vez más hacia sí y es separado de sus objetos, hace surgir el masoquismo secundario o femenino. Hasta donde he podido ver, sin embargo, cuando el instinto destructivo vuelve de este modo, todavía permanece adherido a sus objetos; pero ahora estos objetos son internalizados, y amenazando con destruirlos, amenaza también destruir el yo en el que se hallan situados. En este sentido, en el masoquismo femenino el instinto destructivo está una vez más dirigido contra el organismo mismo. Freud dice en su *El problema económico del masoquismo*, 1924, «… en el contenido manifiesto de las fantasías masoquistas se expresa un sentimiento de culpa, habiéndose supuesto que el sujeto ha cometido algún crimen (cuya naturaleza permanece incierta), el cual será expiado por sufrimiento, penas y torturas». Y me parece que hay ciertos puntos en común entre la conducta de autocastigo del masoquista y los autorreproches del melancólico, que, como sabemos, están en realidad dirigidos contra el objeto introyectado. Parecería, por lo tanto, que el masoquismo femenino se dirige contra el yo tanto como contra los objetos introyectados. Además, destruyendo sus objetos internalizados el individuo actúa llevado por un fin de autoconservación, y en casos extremos su yo no será capaz de arrojar fuera el instinto de muerte,

porque ambos instintos, el de vida y el de muerte, están unidos en un fin común y el primero ha sido sustraído a su propia función de proteger el yo.

Quiero ahora considerar brevemente una o dos formas típicas que puede tomar la vida sexual de la mujer en las que el miedo al pene introyectado es lo más importante[868]. La mujer que junto a fuertes inclinaciones masoquísticas mantiene sentimientos de esperanza, a menudo tiende a ligarse a una pareja sádica, y al mismo tiempo realiza esfuerzos de toda índole —esfuerzos que a menudo ocupan todas las energías de su yo— para transformarlo en una persona amistosa y «buena». Mujeres de esta clase, en las que el miedo al pene «malo» y la creencia en uno «bueno» se balancean, a menudo fluctúan entre la elección de un objeto externo «bueno» o «malo». Frecuentemente el miedo de la mujer al pene internalizado la urge a hacer renovadas experiencias y verificar las situaciones de ansiedad, con el resultado de que estará bajo una compulsión constante de realizar el acto sexual con su objeto o de cambiar este objeto por otro. En otros casos el mismo miedo se vencerá de un modo opuesto y la mujer será frígida[869]. Cuando niña, el odio a la madre le ha hecho ver el pene del padre no como algo largamente deseado y bienhechor sino como algo malo y peligroso o ha hecho que transformase la vagina en un instrumento de muerte y a la madre en una fuente de peligro para el padre en su relación sexual con ella. Su miedo al acto sexual se basa así en los daños que espera recibir del pene y en los daños que ella misma inflige al compañero. El miedo a castrarlo se debe en parte a su identificación con su madre sádica y en parte a sus propios impulsos sádicos.

Como ya hemos visto, si las tendencias sádicas de la niña se dirigen contra los objetos introyectados, adoptará una actitud masoquística. Pero si el miedo al pene internalizado la impulsa a defenderse a sí misma de estas amenazas por medio de la proyección, dirigirá su sadismo hacia el objeto exterior, contra el pene que internaliza cada vez en el acto del coito, y así contra su compañero sexual. En estos casos, el yo ha logrado una vez más arrojar el instinto destructivo fuera de sí y de los objetos internalizados y dirigirlos contra el objeto externo. Si predominan en la niña las tendencias sádicas, considerará el coito como una prueba de realidad de su ansiedad, pero en modo opuesto. Sus fantasías de que la vagina y todo el cuerpo son destructivos para el compañero y de que en la *fellatio* ella arrancará de un mordisco el pene y lo despedazará, serán ahora su medio de vencer el miedo, al pene que ella ha incorporado y al objeto real. Empleando el sadismo contra el objeto externo, ella emprende en su imaginación una lucha de exterminio contra sus objetos internalizados.

Omnipotencia de los excrementos

En conexión con lo que ya hemos dicho, consideraré un factor de importancia fundamental para el desarrollo de la niña. En las fantasías sádicas de niños y niñas los excrementos juegan un gran papel. La creencia del niño en la omnipotencia de las funciones de sus intestinos y vejiga[870] están íntimamente conectados con los mecanismos paranoicos[871].

Estos mecanismos alcanzan su apogeo en la fase en la cual, en sus fantasías sádicas de masturbación, el niño destruye secretamente a sus padres en copulación por medio de orina, heces y flatos[872], y se refuerzan y emplean de modo secundario para fines de defensa, a causa de su temor a ser contraatacado[873].

Hasta donde he podido ver, la vida sexual de la niña y su yo son influidos más fuerte y permanentemente en su desarrollo que la del varón por este sentimiento de omnipotencia de las funciones de los intestinos y la vejiga. En niños de ambos sexos, los ataques que realizan con sus excrementos están dirigidos contra la madre, primero a su pecho y luego al interior de su cuerpo. Desde que los impulsos destructivos de la niña contra el cuerpo de la madre son más poderosos y duraderos que los del niño, producirán métodos de ataque secretos y astutos basados en la magia de los excrementos y otros productos de su cuerpo y en la omnipotencia de sus pensamientos, de acuerdo con la naturaleza secreta y escondida de aquel mundo que es el interior del cuerpo de su madre y de sí misma[874], mientras que el muchacho concentrará su sentimiento de odio no solo contra el pene del padre supuesto en el interior de la madre, sino en uno real, y así lo dirigirá en cierto modo contra el mundo externo y contra lo que es palpable y visible. Hace también mayor uso de la omnipotencia sádica de su pene, con el resultado de que tiene también otros medios de dominar la ansiedad[875], mientras que el modo de dominar la ansiedad en la mujer permanece bajo el dominio de sus relaciones con el mundo interno, con lo que está oculto, y, por lo tanto, con el inconsciente[876].

Como ya se ha dicho, cuando el sadismo llega a su más alto grado, la niña cree que el acto sexual es un medio de destruir el objeto y que está emprendiendo una guerra a muerte contra los objetos internalizados. Trata a través de la omnipotencia de sus excrementos y sus pensamientos de vencer los objetos terroríficos en el interior de su cuerpo y, originariamente, en el interior de la madre. Si su creencia en el pene «bueno» del padre dentro de ella es bastante fuerte, lo hará vehículo de sus pensamientos de omnipotencia[877]. Si su creencia en el poder mágico de los excrementos y

pensamientos predomina, será a través de su poder que gobernará y controlará en su imaginación tanto los objetos internalizados como los reales. No solo estas diferentes fuentes de poder mágico operan al mismo tiempo y se refuerzan unas a otras, sino que el yo hace uso de ellas y las pone una frente a otra con el fin de dominar la ansiedad.

Primeras relaciones con la madre

La actitud de la niña frente al pene introyectado está fuertemente influida por su actitud frente al pecho de la madre. Los primeros objetos que ella introyecta son la madre «buena» y la madre «mala», representadas por el pecho[878]. Su deseo de succionar y devorar el pene deriva directamente de su deseo de hacer lo mismo con el pecho de la madre. Así, la frustración que sufre del pecho prepara el camino para sentimientos que surgen de su posterior frustración en relación con el pene. No solo la envidia y el odio que siente frente a su madre colorean e intensifican sus fantasías sádicas contra el pene, sino que sus relaciones con el pecho de la madre afectan también su actitud subsecuente con el hombre en otros sentidos. Tan pronto como comienza a asustarse del pene malo introyectado, comienza a volver a la madre, de la que, espera auxilio, tanto como figura real, como introyectada. Si su primera actitud con la madre ha sido gobernada por una posición oral de succión, de modo que contenga fuertes corrientes de sentimientos positivos y optimistas, será capaz de ampararse en cierto modo tras de la imago de su madre «buena» contra la imago de la madre «mala» y contra el pene «malo»; si no, su miedo de la madre introyectada aumentará su miedo al pene introyectado y a los padres aterradores unidos en copulación.

La importancia que la imago materna de la niña tiene para ella como figura de «amparo» y la fuerza de su apego a la madre son muy grandes, puesto que (en su imaginación) la madre posee el pecho nutricio y el pene del padre y los niños, y de este modo tiene el poder de gratificar todas sus necesidades. Porque cuando comienzan las tempranas situaciones de ansiedad de la niña pequeña, su yo utiliza la necesidad de nutrición, en el más profundo sentido de la palabra, para ayudarla a vencer esa ansiedad. Cuanto más miedo tiene a que su cuerpo esté envenenado y expuesto a ataques, mayores serán sus deseos de leche «buena», pene «bueno» y niños[879], sobre los que cree que su madre tiene un poder ilimitado. Necesita estas cosas buenas para protegerse contra las malas y para establecer una especie de equilibrio dentro de ella. En su imaginación, el cuerpo de la madre es por esto una especie de

almacén que contiene la gratificación de todos sus deseos y el alivio de sus miedos. Son estas fantasías las que conducen al pecho de la madre como la primer fuente de gratificación y como la más preñada de consecuencias, las responsables de su enorme adhesión a la madre. Y la frustración que ella sufre de la madre en conexión con esto le hace sentir, bajo la creciente presión de su ansiedad, un renovado resentimiento contra ella, y redobla sus ataques sádicos sobre su cuerpo.

En un estadío algo posterior del desarrollo, sin embargo, en un momento en que sus sentimientos de culpa se hacen sentir continuamente[880], su deseo de apoderarse de los contenidos «buenos» del cuerpo de la madre, o más bien su convicción de que lo ha hecho y expuesto así a su madre, figurativamente, a los malos contenidos, hace surgir un sentimiento de culpa y de ansiedad muy graves. Habiendo así destruido a su madre, cree haber arruinado el depósito del cual obtiene la satisfacción de todas sus necesidades morales y físicas. Este temor, que es de tan enorme importancia en la vida mental de la niña pequeña, fortifica aún más los vínculos que la ligan a su madre. Esto hace surgir un impulso a restituir y dar a su madre todas las cosas que ha tomado de ella, una impulsión que se expresa en numerosas sublimaciones de naturaleza típicamente femenina.

Pero este impulso se opone a otro, estimulado por el mismo miedo, de apoderarse de todo lo que su madre tiene, con el objeto de salvar su propio cuerpo. En este estadío del desarrollo, pues, la niña está gobernada por la compulsión tanto de tomar como de restituir, y esta compulsión, como ha sido dicho[881], es importante en la etiología de la neurosis obsesiva en general. Por ejemplo, vemos niñas pequeñas dibujando estrellitas cruces que significan heces o niños, u otras mayores escribiendo letras o números sobre una hoja de papel que representa el cuerpo de la madre o el suyo propio, y cuidando de no dejar espacios vacíos. O solo querrán apilar ordenadamente pedazos de papel en una caja hasta que esté completamente llena. Muy frecuentemente dibujarán una casa que representa a su madre y pondrán frente a ella un árbol simbolizando el pene del padre y algunas flores representando niños. Niñas más grandes dibujarán, coserán o harán muñecas y trajes de muñecas, o libros, etc., y estas cosas representan el cuerpo reconstituido de la madre (ya sea como uno todo o como una de las partes dañadas individualmente), el pene del padre y niños dentro de ella, o sus padres, hermanos y hermanas en persona.

Mientras están ocupadas en estas actividades o después de haberlas terminado, las niñas a menudo muestran rabia, depresión o disgusto, o a veces

reaccionan de un modo destructivo. La ansiedad de esta índole, que es un obstáculo subyacente a todas las tendencias constructivas, surge de diferentes fuentes[882]. La niña, en su imaginación, ha tomado posesión del pene del padre y heces y niños, pero debido al miedo al pene, a las heces y niños, miedo que ha surgido de sus fantasías sádicas, pierde fe en su virtud. Los problemas en su mente son ahora: ¿serán las cosas que ella devuelve a su madre «buenas», y puede ella restituirlas adecuadamente en lo que respecta a la cantidad y calidad y orden en que ellas deben ser arregladas en su interior? (porque eso también es una parte necesaria del acto de la restitución). Por otra parte, si cree que ha devuelto a su madre bien y debidamente los buenos contenidos, se asusta de haber puesto en peligro su propia persona al hacerlo.

Estas fuentes de ansiedad hacen surgir además una actitud especial de desconfianza en la niña frente a la madre. Cuando entran a mi cuarto, muchas pacientes niñas miran con desconfianza los papeles y lápices que hay en el cajón reservado para ellas, por si se los han cambiado, o por si son más chicos en tamaño o menores en número que los del día anterior; otras veces desearán estar seguras de que el contenido de su cajoncito no ha sido desarreglado, que todo está en orden y que nada ha sido cambiado ni falta[883]. A veces quieren envolver sus dibujos o moldes de papel o lo que en ese momento simbolice para ellas el pene o niños; los atan cuidadosamente y los depositan en el cajón de muñecos, con signos de profunda desconfianza respecto a mí. En estas ocasiones no se me permite acercarme al paquete o aun al cajón, y debo retirarme o no observar mientras lo hacen. El análisis demuestra que el cajón y los paquetes en su interior representan su propio cuerpo y que tienen miedo no solo de que la madre las ataque y las despoje, sino de que ponga cosas «malas» dentro de él en cambio de las «buenas».

Además de estas múltiples fuentes de ansiedad, la niña, comparada con el niño, se halla bajo otras desventajas, debido a razones fisiológicas. Su posición femenina no la ayuda contra su ansiedad[884] desde que su posesión del niño, que sería una confirmación completa y un logro de esa posición, es, después de todo, solo prospectiva[885]. Ni tampoco la estructura de su cuerpo la provee de alguna posibilidad de conocer cuál es el estado real de su interior, mientras que el niño encuentra ayuda en su posición masculina, porque gracias a la posesión del pene puede convencerse por un examen de la realidad de que todo está bien en su interior.

Es esta incapacidad de conocer algo sobre su condición lo que agrava lo que en mi opinión es el miedo más profundo de la niña, esto es, el de que el

interior de su cuerpo ha sido lastimado o destruido y que no tiene hijos o solo los tendrá dañados[886].

El papel de la vagina en la sexualidad infantil

Creo que el hecho de que la ansiedad de la niña se relacione con el interior de su cuerpo explica en gran parte la razón por la cual en su primera organización sexual el papel que juega la vagina debe ser oscurecido por la actividad del clítoris. En sus más tempranas fantasías de masturbación, en las que transforma la vagina de su madre en un instrumento de destrucción, demuestra un conocimiento inconsciente sobre la vagina, porque aunque debido al predominio de sus tendencias anales y orales la equipara a la boca y al ano, no obstante la representa en su inconsciente, como lo demuestran claramente muchos detalles de su fantasía, como una cavidad en los genitales que está destinada a recibir el pene del padre.

Pero además de esta noción general inconsciente de la existencia de la vagina, la niña pequeña posee también un conocimiento totalmente consciente de ella. El análisis de un número de niñas pequeñas me ha convencido de que, además de aquellos casos muy especiales mencionados por Helene Deutsch[887] en que la paciente ha sufrido violaciones y desfloración y ha obtenido en consecuencia un conocimiento de esta clase y ha sido llevada a realizar masturbación vaginal, muchas niñas pequeñas tienen conocimiento consciente de que tienen una abertura en sus genitales. En algunos casos han obtenido este conocimiento de investigaciones mutuas realizadas en juegos sexuales con otros niños, ya sean varones como mujeres; en otros la han descubierto solas. Indudablemente tienen una fuerte tendencia a negar o reprimir tal conocimiento, inclinación que surge de la ansiedad que sienten con respecto a este órgano y al interior de su cuerpo. Los análisis de mujeres han demostrado el hecho de que la vagina es una parte del interior de su cuerpo al cual se halla ligada la más profunda ansiedad, y que es el órgano que ellas consideran como preeminentemente peligroso y en peligro en sus fantasías sádicas sobre la copulación entre sus padres. Es de fundamental importancia en la aparición de los trastornos sexuales y en la frigidez y en particular en inhibir su excitabilidad vaginal.

Hay muchas pruebas para demostrar que la vagina no entra en funciones completamente hasta que se ha realizado el acto sexual[888], y como sabemos, sucede a menudo que la actitud de las mujeres frente a la copulación se altera

completamente después que la han experimentado y que su inhibición con respecto a ella —y antes del hecho tal inhibición es tan común que es prácticamente normal— es a menudo reemplazada por un fuerte deseo del acto sexual. Podemos deducir de esto que su inhibición previa fue en parte mantenida por la ansiedad y que el acto sexual ha extirpado esta ansiedad[889]. Yo me inclinaría a atribuir este efecto tranquilizador de la función sexual al hecho de que la gratificación libidinal que recibe de la copulación la confirma en la creencia de que el pene que se ha incorporado durante el acto es un objeto «bueno» y que su vagina no tiene un efecto destructivo sobre él. Su miedo del pene externo e internalizado —un miedo que ha sido tanto mayor por ser inverificable— es anulado por el objeto real. En mi opinión, los miedos de la niña concernientes al interior de su cuerpo contribuyen, junto con los factores biológicos, a impedir la emergencia de una fase vaginal claramente discernible en su temprana infancia. Sin embargo, estoy convencida, por la evidencia de un número de análisis de niñas pequeñas, de que los representantes psicológicos de la vagina ejercen una influencia completa, no menor que los representantes psicológicos de todas las otras fases libidinales, sobre la organización genital infantil de la niña.

Los mismos factores que tienden a ocultar la función psicológica de la vagina en la niña intensifican su fijación en el clítoris. Porque este último es un órgano visible y puede ser sometido a juicio de realidad. He visto que la masturbación clitoridiana está acompañada por variadas fantasías. Su contenido cambia rápidamente de acuerdo con las fluctuaciones violentas que tienen lugar entre una posición y otra en los primeros estadios del desarrollo de la niña. Son al principio, en su mayor parte, de naturaleza pregenital, pero tan pronto como los deseos de la niña de incorporar el pene de su padre de manera genital y oral se hacen más fuertes, adoptan un carácter vaginal y genital (estando acompañadas ya a menudo por sensaciones vaginales), y así toman su primera dirección femenina[890].

Desde que la niña comienza a identificarse con su padre, casi enseguida de haberse identificado con su madre, su clítoris toma rápidamente la importancia de un pene en sus fantasías de masturbación. Todas sus fantasías de masturbación clitoridianas correspondientes a este primer estadío están gobernadas por sus tendencias sádicas, y esta es la razón por la cual sus actividades masturbatorias en general disminuyen o cesan del todo cuando finaliza la fase fálica en un período en que su sentimiento de culpa emerge con más fuerza. La comprensión del hecho de que su clítoris no es un sustituto del pene que ella desea, es solo, en mi opinión, el último eslabón de

una cadena de acontecimientos que rigen su vida futura y que en muchos casos la condenan a la frigidez por el resto de sus días.

El complejo de castración

La identificación con su padre, que la niña exhibe tan claramente en la fase fálica y que tiene todos los signos de la envidia del pene y complejo de castración[891], es, según mis observaciones, el resultado de un proceso que comprende muchas etapas[892]. Al considerar algunas de las etapas más importantes veremos en qué forma su identificación con su padre se halla afectada por la ansiedad que surge de su posición femenina y cómo la posición masculina que adopta en cada una de sus fases de desarrollo está superimpuesta a una posición masculina que pertenece a una fase anterior.

Cuando la niña abandona el pecho de la madre y se vuelve al pene del padre como objeto de gratificación, se identifica con su madre, pero tan pronto como sufre una frustración también en esta posición rápidamente se identifica con el padre, a quien imagina obteniendo satisfacción del pecho de la madre y de todo su cuerpo, es decir, de aquellas fuentes primarias de gratificación que ella se ha visto forzada a abandonar tan dolorosamente. Sentimientos de odio y envidia hacia la madre así como deseos libidinales hacia ella crean estas primeras identificaciones de la niña con el padre (a quien ella considera como una figura sádica), y en esta identificación la enuresis juega un papel importante.

Los niños de ambos sexos consideran la orina en su aspecto positivo, como equivalente a la leche de su madre, de acuerdo con el inconsciente, que equipara todas las sustancias corporales unas con otras. Mis observaciones demuestran que la enuresis, en su significado más temprano, tanto es un acto positivo de dar como uno sádico, y expresión de una posición femenina tanto en los niños como en las niñas[893]. Parecería que el odio que sienten los niños hacia el cuerpo de su madre por haber frustrado sus deseos hace surgir en ellos, ya sea en la misma época de sus impulsos canibalísticos o poco después, fantasías con las que daña y destruye su pecho con la orina[894].

Como ya se ha dicho, en la fase sádica la niña cree principalmente en los poderes mágicos de los excrementos, mientras que el niño hace del pene el principal ejecutor de su sadismo. Pero en ella también la creencia en la omnipotencia de sus funciones urinarias la lleva a identificarse —aunque en menor extensión que los muchachos— con su padre sádico, a quien atribuye

especiales poderes sádico-uretrales en virtud de su posesión de un pene[895]. De este modo la incontinencia se transforma, después de haber sido la expresión de una posición femenina, en el representante de una masculina para los niños de ambos sexos, y en conexión con la más temprana identificación de la niña con su padre sádico, se transforma en un medio de destrucción de la madre; mientras que al mismo tiempo ella toma posesión del pene del padre en su imaginación, castrándolo.

La identificación que la niña realiza con el padre sobre la base de un pene introyectado[896] es la continuación, según mi experiencia, de la identificación sádica primaria que ha hecho con él por medio de su incontinencia de orina. En sus primeras fantasías de masturbación se ha identificado alternativamente con cada uno de sus padres. Cuando ocupa la posición femenina tiene miedo al pene «malo» del padre, que ha internalizado. Con el fin de vencer este miedo activa el mecanismo defensivo de identificación con el objeto de ansiedad[897], y así se identifica más fuertemente con él. La posesión imaginaria del pene que le ha robado crea un sentimiento de omnipotencia que aumenta su sentimiento de que maneja una magia destructiva por medio de sus excrementos. En esta posición, su odio y sadismo contra su madre se intensifican y tiene fantasías de destruirla por medio del pene de su padre. Mientras que al mismo tiempo satisface sus sentimientos de venganza hacia el padre que la ha frustrado, encuentra en su sentimiento de omnipotencia y en su poder sobre ambos padres una defensa contra la ansiedad. He encontrado que esta actitud estaba especialmente desarrollada en una o dos pacientes en las que predominaban los rasgos paranoides[898], pero es también muy poderosa en mujeres cuya homosexualidad está fuertemente coloreada por sentimientos de rivalidad y antagonismo hacia el sexo masculino. Se aplicaría así también a un grupo de mujeres homosexuales descritas por Ernest Jones, a las cuales me he referido en la nota al pie.

En este punto, la posesión de un pene externo ayuda a que la niña se convenza, en primer lugar, de que en realidad tiene poder sádico sobre ambos padres, sin el cual no puede dominar su ansiedad[899], y en segundo lugar, de que, teniendo este poder sobre sus objetos, puede vencer el pene peligroso y los objetos introyectados dentro de ella; de modo que el tener un pene tiene por último el efecto de proteger su cuerpo de la destrucción.

Mientras que su posición sádica, reforzada como está por su ansiedad, forma así la base de un complejo masculino, su sentimiento de culpa también hace que quiera tener un pene. Quiere un pene para restituir a su madre. Según ha observado Joan Riviere en el artículo que mencionamos (nota 48),

el deseo de la niña de compensar a su madre por haberla desprovisto del pene del padre le proporciona importantes adiciones a su complejo de castración y envidia del pene. Cuando la niña está obligada a renunciar a su rivalidad con la madre debido al miedo que siente hacia ella, el deseo de aplacarla y compensaría por lo que le ha hecho la lleva a anhelar intensamente un pene como medio de efectuar una restitución. Según la opinión de Joan Riviere, la intensidad de su sadismo y el grado de su capacidad de dominar la ansiedad son factores que ayudan a determinar si adoptará una posición heterosexual u homosexual.

Tenemos que examinar ahora más íntimamente por qué es que, en algunos casos, la niña no puede restituir a su madre, a menos que adopte una posición masculina y esté en posesión de un pene. Los análisis[900] tempranos han demostrado la existencia en el inconsciente de un principio fundamental que gobierna todos los procesos reactivos y sublimatorios por medio del cual los actos restitutivos deben relacionarse en todos los detalles al daño imaginario que ha sido realizado. Todo lo malo que la niña ha hecho en su fantasía robando, dañando, destruyendo, lo debe reparar devolviendo, arreglando y restaurando. Este principio también requiere que los mismos instrumentos que han sido usados para cometer las malas acciones sean usados también para repararlas. El niño debe transformar sus excrementos, pene, etc., que en sus fantasías sádicas son sustancias destructivas y peligrosas, en sustancias curativas y benéficas. Todo lo malo que ha hecho el pene «malo» y la orina «mala» debe ser reparado por el pene «bueno» y la orina «buena[901]».

Supongamos que la niña ha centrado sus fantasías sádicas más especialmente alrededor de la destrucción indirecta de su madre por el pene peligroso de su padre y que se ha identificado muy fuertemente con su padre sádico. Tan pronto como sus tendencias reactivas y sus deseos de realizar restitución adquieren fuerza, se sentirá impulsada a reparar a su madre por medio de un pene benéfico, y así sus tendencias homosexuales serán reforzadas. Un factor importante en conexión con esto es el grado en que ella cree que su padre está incapacitado de realizar restituciones, ya sea porque lo ha castrado o ha hecho que su pene sea muy malo y que por lo tanto tenga que renunciar a toda esperanza de repararlo[902]. Si cree esto muy firmemente tendrá que jugar sola el papel de él, y esto otra vez tenderá a que ella adopte una posición homosexual.

La desilusión, las dudas y el sentimiento de inferioridad que sufre la niña cuando comprende que no tiene pene, y sus temores y sentimiento de culpa que surgen de su posición masculina (en primer lugar hacia su padre por

haberlo privado de su pene y de la posesión de la madre, y en segundo lugar hacia la madre por haberle robado el padre) se combinan para derribar esta posición. Además, su queja originaria contra su madre por haberle impedido conseguir el pene del padre como objeto libidinal se refuerza con una nueva, por haberle impedido la posesión de un pene como atributo de masculinidad, y este doble dolor hace que ella se aleje de su madre como objeto de amor genital. Por otra parte, sus sentimientos de odio hacia su padre y su envidia del pene que surgen de su posición masculina, le impiden que ella, una vez más, adopte un papel femenino.

De acuerdo con mi experiencia, la niña, después de haber abandonado la fase fálica pasa todavía por otra faz, la postfálica, en la que elige entre retener la posición femenina o abandonarla. Yo diría que en esa época, al entrar al período de latencia, su posición femenina —que ha alcanzado el nivel genital y es de carácter pasivo y maternal[903] y que involucra el funcionamiento de su vagina o, por lo menos, de sus representantes psicológicos—, ha sido ya establecida en sus fundamentos. Que esto es así se hace todavía más verosímil cuando consideramos con qué frecuencia las niñas pequeñas adoptan una posición maternal y realmente femenina. Una posición de esta naturaleza no es imaginable a menos que la vagina se comporte como un órgano receptivo. Por supuesto, como ya ha sido señalado, tienen lugar alteraciones importantes en las funciones de la vagina, como resultado de los cambios biológicos que sufre la niña en la pubertad y de la experiencia del acto sexual; y son estas alteraciones las que llevan a su estadío final el desarrollo de la niña también desde un punto de vista psicológico y hacen de ella una mujer en el sentido amplio de la palabra.

En ese sentido estoy de acuerdo en muchos puntos con el trabajo de Karen Horney, «The Flight from Womanhood», 1926, en el que llega a la conclusión de que la vagina juega una parte en la vida temprana de la niña, así como el clítoris. Puntualiza allí que sería razonable deducir de la aparición de frigidez en las mujeres, que la zona vaginal es más probable que esté fuertemente cargada con ansiedad y efectos defensivos que el clítoris. Cree que las fantasías y deseos incestuosos de la niña han sido atribuidos por su inconsciente a la vagina y que su frigidez en la vida futura es la manifestación de una medida defensiva tomada contra ellos por su yo, a causa del peligro que involucran para ella. También comparto la opinión de Karen Horney de que la incapacidad de la niña para obtener un cierto conocimiento sobre la configuración de su vagina, a diferencia del muchacho, que puede inspeccionar sus genitales y someterlos a una prueba de realidad, para ver si

ha sido o no alcanzado por las temibles consecuencias de la masturbación, tiende a aumentar su ansiedad genital y hace que sea más probable que adopte una posición masculina. Además, Karen Horney distingue entre la envidia del pene secundaria de la niña, que emerge en la fase fálica, y la envidia del pene primaria que se basa sobre catexis pregenitales, tales como la escoptofilia y el erotismo uretral. Cree que la envidia del pene secundaria en la niña se utiliza para reprimir los deseos femeninos, y que cuando su complejo de Edipo es abandonado, invariablemente —aunque no siempre en el mismo grado—, abandona a su padre como objeto sexual y se aleja del papel femenino, regresando, al mismo tiempo, a su envidia del pene primaria.

Los puntos de vista que he expresado hace algunos años, relacionados con el estadío final de la organización genital de la niña**[904]** concuerdan con los de Ernest Jones, manifestados al mismo tiempo. En su artículo «The Early Development of Female Sexuality», 1927, *sugiere que las funciones vaginales estaban originariamente identificadas con la anal y que la diferenciación entre ellas (proceso todavía oscuro) tiene lugar, en parte, en un estadío anterior al que generalmente se supone*. Presume la existencia de un estadío boca-ano-vagina, que forma la base de la actitud heterosexual de la niña y representa una identificación con su madre. De acuerdo con esta opinión, también la fase fálica de la niña normal es solo una forma debilitada de la identificación realizada con mujeres homosexuales, con el padre y su pene, y es así, preeminentemente, de carácter secundario y defensivo.

Helene Deutsch es de distinta opinión**[905]**. Supone la existencia de una fase postfálica que tiene influencia en el resultado final de la organización genital posterior de la niña. Pero cree que la niña no tiene una fase vaginal en absoluto, y que es excepcional que sepa algo sobre la existencia de su vagina o que sienta algunas sensaciones allí y que, por lo tanto, cuando ha finalizado su desarrollo sexual infantil, no puede adoptar una posición femenina en el sentido genital. Por consecuencia, la libido, aunque mantiene una posición femenina, está obligada a retroceder y a cargar una posición anterior dominada por su complejo de castración (que según Helene Deutsch precede a su complejo de Edipo), y un paso hacia atrás de esta índole sería un factor fundamental en la producción del masoquismo femenino.

Tendencias restitutivas y sexualidad

Ya hemos examinado la parte que desempeñan las tendencias restitutivas de la niña en la consolidación de su posición homosexual. La consolidación de

su posición heterosexual depende también de que esa posición convenga a los requerimientos de su superyó.

Como vimos en la primera parte de este capítulo, al individuo normal, el acto sexual, además de su motivación libidinal, lo ayuda a dominar su ansiedad. Sus actividades genitales tienen todavía otro motivo impulsor, que es su deseo de reparar por la copulación el daño que ha hecho por medio de sus fantasías sádicas[906]. Cuando como resultado de una emergencia más fuerte de sus impulsos genitales su yo reacciona frente a su superyó con menos ansiedad y más culpa, encuentra en el acto sexual un medio importante para hacer reparaciones al objeto, debido a su conexión con sus primeras fantasías sádicas. La naturaleza y extensión de sus fantasías restitutivas, que deben corresponder al daño imaginario que ha hecho, no solo serán un factor importante en sus diversas actividades en la formación de sus sublimaciones, sino que también influirán grandemente en el curso y en el éxito de su desarrollo sexual[907].

Volviendo a la niña, encontramos que consideraciones, tales como los contenidos y composición de sus fantasías sádicas, la magnitud de sus tendencias reactivas, la estructura y fuerza de su yo, afectarán sus fijaciones libidinales y le ayudarán a decidir si la restitución que hace tendrá un carácter masculino o femenino o si será una mezcla de los dos[908].

Otra cosa que me parece importante para el éxito final del desarrollo de la niña, es si las fantasías restitutivas que construye sobre sus ideas sádicas específicas pueden imponerse sobre su yo del mismo modo que sobre su vida sexual. Ordinariamente trabajan en ambas direcciones y se refuerzan la una a la otra, y así ayudan a establecer una posición libidinal y una posición del yo que son compatibles la una con la otra. Si, por ejemplo, el sadismo de la niña pequeña ha estado fuertemente centrado en fantasías de dañar el cuerpo de su madre y de robar los niños y el pene del padre dentro de ella, podrá sostener su posición femenina bajo ciertas condiciones cuando sus tendencias reactivas adquieran fuerza. En sus sublimaciones conseguirá su deseo de restaurar a su madre y devolverle su padre y los niños, transformándose en niñera o masajista, o dedicándose al trabajo intelectual[909] si al mismo tiempo tiene una creencia suficiente en la posibilidad de que su propio cuerpo sea restaurado teniendo niños o ejecutando el acto sexual con un pene benéfico, ella también tomará esa posición heterosexual como una ayuda para dominar su ansiedad. Además, sus tendencias heterosexuales favorecen sus tendencias de sublimación que tienen por fin la restitución del cuerpo de la madre, porque le demuestran que la copulación entre los padres no ha hecho daño a

la madre o que, de cualquier modo, este puede ser restaurado, y esta creencia, a su vez, la ayuda a consolidarse en su posición heterosexual.

Lo que ha de ser la posición final de la niña también dependerá, dadas las condiciones subyacentes similares, de si su creencia en su propia omnipotencia constructiva es equiparable a la fuerza de sus tendencias reactivas. Si es así, su yo puede establecerse un objetivo futuro de satisfacerse por sus tendencias restitutivas, esto es, que ambos padres serían restaurados y estarían así una vez más unidos amistosamente. Es ahora su padre el que en sus fantasías hace la restitución a su madre y la gratifica por medio de su pene saludable, mientras que la vagina de su madre, imaginada originariamente como algo peligroso, restaurará y curará el pene del padre que ha dañado. Al considerar así la vagina de su madre como un órgano benéfico y fuente de placer, la niña no solo puede evocar una vez más la temprana visión de su madre como la «buena» madre que le dio de mamar, sino que puede pensar de sí misma, identificándose con ella, como en una persona bondadosa que da, y puede considerar el pene de su compañero de amor como un pene «bueno». Sobre una actitud de esta naturaleza descansa el éxito del desarrollo de su vida sexual y su capacidad para ligarse a su objeto por vínculos sexuales tanto como por afecto y amor.

Como he tratado de mostrar en estas páginas, el éxito final del desarrollo sexual infantil del individuo es el resultado largamente trabajado de un proceso de fluctuación entre varias posiciones y está constituido sobre un gran número de transacciones interconectadas entre su yo y su superyó y entre su yo y su ello. Siendo estas transacciones el resultado de sus tentativas de dominar la ansiedad son, también, en gran parte, un logro de su yo. Aquellas de las transacciones que en la niña afirman su papel femenino y que encuentran su expresión típica en su vida sexual posterior y en su comportamiento general son, para mencionar solo unas cuantas: que el pene del padre le gratificará a ella y a su madre alternativamente[910], que un cierto número de niños le serán adjudicados a su madre, y el mismo, o más bien un número menor, a ella; que incorporará el pene del padre, mientras que la madre recibirá todos los niños, etc. Los componentes masculinos también entran en tales transacciones. La niña pequeña imaginará a veces que se apropia del pene de su padre con el objeto de realizar su papel masculino frente a su madre para luego devolvérselo a él otra vez.

En el curso de un análisis se ha hecho claro que cada cambio favorable que tiene lugar en la posición libidinal del paciente surge de una disminución de su ansiedad y sentimiento de culpa e inmediatamente se forman nuevas

transacciones. Cuanto más disminuye la ansiedad y culpa que siente la niña y cuanto más se adelanta su estadío genital, más fácilmente podrá permitir que su madre reanude un papel maternal y femenino, y, al mismo tiempo, que ella adopte un papel similar y sublime sus componentes masculinos.

Factores externos

Sabemos que las primeras fantasías de los niños y su vida instintiva y la presión de la realidad sobre ellos, se interaccionan una sobre la otra y que su acción combinada da forma al curso de su desarrollo mental. A mi juicio, la realidad y los objetos reales afectan sus situaciones de ansiedad desde los primeros estadios de su existencia, en el sentido de que los consideran como pruebas o refutaciones de sus situaciones de ansiedad, que se han desplazado al mundo externo y así les ayudan a guiar el curso de su vida instintiva. Y desde que, debido a la interacción de los mecanismos de proyección e introyección, los factores externos influyen en la formación de su superyó y del crecimiento de sus relaciones de objeto y sus instintos, también ayudarán a determinar cuál será el resultado de su desarrollo sexual.

Si, por ejemplo, la niña pequeña busca en vano el amor y la ternura de su padre, que confirmarían la creencia en el pene «bueno» dentro de ella y serían un contrapeso a su creencia en el pene «malo», se abroquelará más firmemente en su actitud masoquista y el «padre sádico» puede transformarse en una condición de amor para ella; o la conducta de él hacia ella puede aumentar el sentimiento de odio y de ansiedad contra su pene e impulsarla a abandonar su papel femenino o hacerse frígida. En realidad, que el resultado de su desarrollo sea favorable o desfavorable dependerá de la cooperación de un gran número de factores externos.

Por ejemplo, la actitud de su padre hacia ella no es lo único que decidirá acerca de qué tipo de persona se enamorará; no depende solo de que él la atienda o la descuide demasiado en comparación con su madre y hermanas, sino también de su relación directa con aquellas personas. En qué medida ella podrá mantener su posición femenina y en esa posición desarrollar un deseo de una imago paterna bondadosa, dependerá también mucho de su sentimiento de culpa hacia su madre y, así, de la naturaleza de las relaciones entre su padre y su madre[911]. Además, ciertos acontecimientos, tales como la enfermedad o muerte de uno de sus padres o de un hermano o hermana, pueden ayudar para mantener en ella una posición sexual o la otra, de acuerdo a cómo esto afecte su sentimiento de culpa.

Otra cosa que desempeña un papel muy importante en el desarrollo de la niña es la presencia en su vida temprana de una persona, sin ser su madre o padre, a quien considere como una figura bondadosa que le presta ayuda en el mundo externo contra sus miedos fantásticos. Al dividir a su madre en «buena» y «mala» y a su padre en «bueno» y «malo», liga el odio que siente por su objeto a la madre o al padre «malos», o se aleja de ellos mientras que dirige sus tendencias restitutivas a su madre y padre «buenos», y en su imaginación repara en ellos el daño que ha hecho a sus imagos paternas en sus fantasías sádicas[912]. Pero si debido a que su ansiedad es demasiado grande o por razones reales, sus objetos edípicos no se han transformado en imagos buenas, otras personas, tales como una niñera bondadosa, un hermano o una hermana, un abuelo o tía o tío, pueden, en ciertas circunstancias, tomar el papel de la madre o padre buenos[913]. De este modo, sus sentimientos positivos, cuyo crecimiento ha sido inhibido debido a su miedo excesivo por sus objetos edípicos, pueden aflorar y ligarse el objeto de amor.

Como he puntualizado más de una vez en estas páginas, la existencia de relaciones sexuales entre niños durante su vida temprana, especialmente entre hermanos y hermanas, es un hecho muy común. Los deseos libidinales de los niños pequeños, intensificados como están por sus frustraciones edípicas, junto con la ansiedad que emana de sus más profundas situaciones de peligro, los impulsan a realizar actividades sexuales desde que, como he tratado de demostrar en el capítulo presente, no solo gratifican su libido, sino que los capacitan para obtener refutaciones a los diferentes miedos en relación con el acto sexual. He encontrado repetidas veces que si tales objetos sexuales han actuado además como figuras «bondadosas», las primeras relaciones sexuales de esta naturaleza ejercen una influencia favorable sobre las relaciones de la niña con sus objetos y sobre sus futuras relaciones sexuales[914]. Donde un miedo excesivo a ambos padres, junto con ciertos factores externos, hubiera producido una situación edípica perjudicial para su actitud hacia el sexo opuesto y le hubiera impedido el mantenimiento de su posición femenina y de su capacidad para amar, el hecho de que ella haya tenido relaciones sexuales con un hermano o hermano sustituto en su primera infancia, y el que ese hermano, además, le haya demostrado afecto real y haya sido su protector, la ha provisto de una base para una posición heterosexual y ha desarrollado su capacidad de amor. Recuerdo uno o dos casos en tos que la niña ha tenido dos tipos de objetos de amor: uno representaba al padre severo y el otro al hermano bondadoso[915].

En otros casos desarrollaba una imago que era una combinación de los dos tipos; y aquí también sus relaciones con su hermano habían disminuido su masoquismo.

Al servir como prueba basada en la realidad de la existencia del pene «bueno», las relaciones de la niña con su hermano fortificaron su creencia en el pene introyectado «bueno» y moderaron su miedo a los objetos introyectados «malos». Ellos también la ayudaron a dominar su ansiedad en este sentido, desde que al realizar actos sexuales con otro niño, adquirió el sentimiento de estar ligada a él contra sus padres. Sus relaciones sexuales hicieron a los dos niños cómplices de un crimen, reviviendo en ellos fantasías de masturbación sádica que se dirigían originariamente contra su padre y madre, y causando que las cometiesen juntos.

Al compartir así esa profunda culpa, cada niño se siente aliviado de algo de su peso y está menos asustado, porque cree que tiene un aliado contra sus objetos temibles. Según lo que he visto, la existencia de una complicidad secreta de esta naturaleza, que en mi opinión desempeña una parte esencial en toda relación de amor, aun en personas mayores, es de especial importancia en los vínculos sexuales donde el individuo es paranoide[916].

La niña también considera su ligadura sexual con otro niño, que representa el objeto bueno, como una refutación, por medio de la realidad, de su miedo a su propia sexualidad y a su objeto como algo destructivo, de modo que un vínculo de esta clase puede impedir que se haga frígida o que sucumba a otro trastorno sexual en la vida posterior.

Sin embargo, aunque, como hemos visto, las experiencias de esta índole pueden tener un efecto favorable sobre la vida sexual de la niña y sus relaciones de objeto, pueden también conducir a serios trastornos en este terreno[917]. Si sus relaciones sexuales con otro niño sirven para confirmar sus miedos más profundos —ya sea porque su pareja es demasiado sádica o porque la realización del acto sexual hace surgir aún más ansiedad y culpa en ella a causa de su propio sadismo excesivo—, su creencia en la maldad de sus objetos introyecta dos y de su propio ello serán más fuertes aun, su superyó será más severo que nunca, y, como resultado, su neurosis y todos los defectos de su desarrollo sexual y caracterológico serán mayores[918].

Desarrollo en la pubertad

Sabemos que las perturbaciones psicológicas que padece el niño durante la pubertad se deben, en gran parte, a la intensificación de los impulsos que acompañan los cambios fisiológicos que se producen en esta edad. En la niña, la aparición de la menstruación refuerza su ansiedad. En su *Zur Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*, 1926, Helene Deutsch ha estudiado el alcance del significado psicológico de la pubertad para la niña y la prueba que le impone, y ha llegado a la conclusión de que este primer fluir de sangre equivale para su inconsciente a ser castrada y haber perdido la posibilidad de tener un niño, y es así una doble frustración. Helene Deutsch aduce también que la menstruación significa un castigo por haberse permitido la masturbación clitoridiana, y además, regresivamente, revive el punto de vista infantil de que la copulación es siempre un acto sádico que involucra crueldad y pérdida de sangre[919].

Mis propias experiencias confirman ampliamente el punto de vista de Helene Deutsch, de que las desilusiones y golpes a su narcisismo que recibe la niña cuando comienza a menstruar son muy grandes. Pero yo creo que su efecto patogénico se debe a la circunstancia de que reactivan miedos anteriores. Son solo unos pocos puntos más, en el total de sus situaciones de ansiedad, los que la menstruación hace emerger. Estos miedos, según hemos visto anteriormente, en el presente capítulo, son escuetamente los siguientes:

1) En virtud de la equiparación de todas las sustancias corporales unas con otras en el inconsciente, identifica la sangre de su menstruación con los excrementos supuestamente peligrosos[920]. Desde que ha aprendido tempranamente a asociar la hemorragia con cortaduras, su miedo de que estos excrementos peligrosos hayan dañado su propio cuerpo le parece haber sido confirmado por la realidad. El flujo menstrual aumenta su terror a que su cuerpo sea atacado. En relación con esto hay varios miedos que operan:

a) Su miedo a ser atacada y destruida por su madre, en parte debido a venganza y en parte para recobrar el pene del padre y los niños de los que ella (la niña) le ha privado.

b) Su miedo a ser atacada y dañada por su padre al copular con ella sádicamente[921], ya sea porque ha tenido fantasías de masturbación sádica sobre su madre o porque ella quiere retomar el pene que le ha robado. Su fantasía de que le retiren por violencia el pene, dañando sus genitales, es la base, creo, de la idea que tiene más tarde de que su clítoris es una herida o una cicatriz donde antes estuvo su pene.

c) Su miedo de que el interior de su cuerpo sea atacado y destruido por sus objetos introyectados, ya sea directa o indirectamente, como consecuencia de

la lucha de uno con el otro dentro de ella. Sus fantasías de que tiene introyectados a sus padres violentos en el acto de ejecutar un coito sádico, y que están poniendo en peligro su propio interior al destruirse uno al otro, es una fuente de angustia aguda. Considera las sanciones corporales que la menstruación hace surgir a menudo en ella, y que su ansiedad aumenta, como un signo de que todos los daños que temió recibir y todos sus miedos hipocondríacos se han hecho realidad.

3) El flujo de sangre proveniente del interior de su cuerpo la convence de que los niños dentro de ella han sido dañados y destruidos. En algunos análisis de mujeres he encontrado que el temor de estas a no tener niños (es decir, a tenerlos destruidos en su interior) se había intensificado desde el comienzo de la menstruación y no había desaparecido hasta que habían tenido un niño. Pero, en muchos casos, la menstruación, además del miedo de tener niños dañados o anormales, da por resultado que consciente o inconscientemente se rechace el embarazo por completo.

4) La menstruación, al confirmarla en la creencia de que ella no tiene pene y en la idea de que su clítoris es la herida o la cicatriz dejada por su pene castrado[922], hace que le sea más difícil mantener una posición masculina.

5) Como signo de madurez sexual, la menstruación activa todas aquellas fuentes de ansiedad ya mencionadas en este capítulo, que se relacionan con sus ideas de que la conducta sexual tiene un carácter sádico. El análisis de pacientes femeninos en la edad de la pubertad, muestra que por las razones arriba mencionadas, la niña cree que la posición femenina, así como la masculina, se han hecho insostenibles. La menstruación tiene un efecto mucho mayor, al activar las fuentes de ansiedad y los conflictos en la niña, que el proceso paralelo de desarrollo tiene en el varón. Esto explica en parte la causa de por qué la niña esté sexualmente más inhibida que el varón durante la pubertad.

Los efectos psicológicos de la menstruación son responsables, en parte, del hecho de que a esta edad las dificultades neuróticas de la niña aumenten muchísimo. Aun si es normal, la menstruación resucita sus viejas situaciones de ansiedad, aunque desde que su yo y sus métodos de dominar su ansiedad han sido adecuadamente desarrollados, puede modificarla mejor que en su temprana infancia.

Ordinariamente también obtiene una fuerte satisfacción de la aparición de la menstruación. Siempre que su posición femenina haya sido bien establecida durante la primera expansión de su vida sexual, considerará la menstruación como una prueba de ser sexualmente madura y mujer, y como un signo de que

puede tener mayor confianza en la esperanza de recibir gratificación sexual y de tener niños. Si esto es así, considerará la menstruación como un testimonio contra sus varias fuentes de ansiedad.

Relaciones con sus niños

Al describir el primer desarrollo sexual de la mujer, no di muchos detalles sobre sus deseos de tener niños, puesto que quise tratar su actitud infantil frente a sus niños imaginarios al mismo tiempo que trataba su actitud en la vida posterior, durante el embarazo, frente al niño verdadero dentro de ella.

Freud ha dicho que el deseo de la niña de tener un hijo toma el lugar de su deseo de poseer un pene[923]; pero de acuerdo con mis observaciones, lo que toma este lugar es su deseo del pene del padre considerado como objeto libidinal. En algunos casos, la principal ecuación que realiza es entre los niños y las heces. Aquí su relación con el niño parece desarrollarse principalmente sobre líneas narcisísticas. Es más independiente de su actitud frente al hombre y está más íntimamente relacionada con su propio cuerpo y con la omnipotencia de sus excrementos. En otros casos equipara principalmente los niños con un pene. De aquí que su actitud frente al niño descanse más fuertemente sobre sus relaciones con su padre o con el pene de él. Hay una teoría sexual infantil universal de que la madre incorpora un nuevo pene cada vez que copula y que estos penes o parte de ellos se transforman en niños. Como consecuencia de esta teoría, las relaciones de la niña con el pene del padre influyen en sus relaciones primero con sus niños imaginarios y más tarde con sus niños verdaderos. En el libro que ya he citado, *Zur Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*, Helene Deutsch, al discutir la actitud de la mujer embarazada frente al niño dentro de ella, sostiene el siguiente punto de vista: La mujer considera a su hijo como parte de su yo y como objeto exterior al mismo «con respecto al cual repite todas las relaciones de objeto negativas y positivas que ha tenido hacía su propia madre». En sus fantasías su padre se ha transformado en su hijo en el acto de la copulación, «que en último grado representa para su inconsciente la incorporación oral de su padre» y «conserva este papel en la preñez imaginaria o real que le sigue». Después de que este proceso de introyección ha tenido lugar, su niño se transforma en la «encarnación del yo ideal que ha desarrollado anteriormente» y también representa «la encarnación de sus propios ideales que no ha podido realizar». La actitud ambivalente que adopta frente a su hijo es debida, en parte, a que toma el lugar de su superyó —a

menudo en fuerte oposición con su yo— y reaviva en ella aquellos sentimientos ambivalentes hacia sus padres que surgieron de su situación edípica, pero también es, en parte, debida a que hace una carga regresiva de sus primeras posiciones libidinales. Su identificación de niños con heces, de las cuales tiene una valoración narcisística, se transforma en la base de una valoración similar narcisística de su hijo, y sus formaciones reactivas contra su original sobreestimación de sus excrementos despiertan sentimientos de repugnancia en ella y hace que quiera expeler a su hijo.

Esta opinión requiere, creo, ser ampliada en uno o dos puntos.

La ecuación que hace la mujer en los primeros estadios de su desarrollo entre el pene del padre y un hijo, la conducen a darle al niño dentro de ella el significado de un superyó paternal, desde que su pene internalizado forma el núcleo de su superyó. Así, su actitud frente a su hijo real o imaginario es no solamente una actitud ambivalente, sino que está cargada por una cierta cantidad de ansiedad que ejerce una influencia decisiva sobre sus relaciones con su hijo. He encontrado que la ecuación que ha hecho entre heces e hijos había afectado ya la relación con su hijo imaginario cuando era muy pequeña. Y la ansiedad que siente a causa de sus fantasías sobre sus excrementos ardientes y venenosos, los que en mi opinión refuerzan sus tendencias de expulsión pertenecientes a un estadío anal primario, es una de las razones por las cuales experimenta más tarde sentimientos de odio y temor hacia el niño verdadero que está en su interior.

Como ya he señalado, el miedo de la niña a su pene introyectado «malo» la induce a fortalecer su introyección de un pene «bueno», desde que esto le ofrece protección y auxilio contra el pene «malo» dentro de ella y contra sus malas imagos y sus excrementos, que considera como sustancias peligrosas. Es este pene cordial y «bueno», concebido a menudo como uno pequeño, el que toma el significado de un niño. Este niño imaginario, que provee a la niña pequeña de protección y ayuda, representa originariamente en su inconsciente los contenidos buenos de su cuerpo. La ayuda que le presta contra su ansiedad es, por supuesto, puramente fantástica, pero entonces los objetos que teme son igualmente fantásticos, porque en este estadío de su desarrollo está principalmente gobernada por una realidad subjetiva e interna[924].

En mi opinión, la niña normalmente siente un deseo tan intenso de tener niños —deseo que es mayor que ningún otro— debido a que la posesión de niños es un medio de vencer su ansiedad y aliviar su sentimiento de culpa.

Como sabemos, las mujeres desean a menudo más un niño que un compañero sexual. La actitud de la niña pequeña frente al niño es también de

gran importancia para la creación de sus sublimaciones. Los ataques imaginarios que realiza contra el interior de su madre por medio de sus excrementos destructivos y venenosos originan do das sobre los contenidos de su propio cuerpo. Debido a la equiparación de heces con niños, sus fantasías sobre heces «malas» en su interior la conducen a la formación de fantasías sobre tener un niño «malo» allí dentro[925], y esto es equivalente a tener un niño «horrible» y mal formado. Las formaciones reactivas de la niña contra sus fantasías sádicas de las heces peligrosas dan lugar, me parece, a sublimaciones de tipo específicamente femenino. Analizando niñas pequeñas, vemos claramente cuán íntimamente sus ansias de poseer un niño «hermoso» (bueno y sano) y sus esfuerzos infatigables por embellecer sus bebés imaginarios y sus propios cuerpos están relacionados con su miedo de haber producido, en ella misma y en su madre, niños «malos» y «horribles», que ella equipara a excrementos venenosos.

Ferenczi ha descrito los cambios que sufren los intereses del niño por las heces en los diversos estadios de su desarrollo y ha llegado a la conclusión de que sus tendencias coprofílicas están tempranamente sublimadas, solo en parte, en un placer por las cosas brillantes[926].

Creo que un elemento en este proceso de sublimación es el miedo del niño por los trozos de excrementos peligrosos y «malos». Desde aquí hay un camino directo sublimatorio que conduce al tema de la «belleza».

La misma fuerte necesidad que sienten las mujeres de tener un cuerpo hermoso, un hogar encantador y belleza en general, se basa en sus deseos de poseer un hermoso interior de su cuerpo, en el cual se alojen los objetos buenos y hermosos y excrementos inofensivos. Otra línea de sublimación, que parte del miedo de la niña a los excrementos peligrosos y malos, conduce a la idea de los productos buenos en el sentido de saludables (aunque incidentalmente bueno y hermoso a menudo significan lo mismo para la niña pequeña). De este modo se refuerzan en ella aquellos sentimientos maternales originarios de dar, que surgen de su posición femenina.

Si la niña pequeña se halla suficientemente animada por sentimientos de naturaleza optimista, creerá no solo que su pene internalizado es bueno, sino también que los niños dentro de ella son seres útiles. Pero si está llena de miedo a un pene internalizado «malo» y a excrementos peligrosos, la relación con su hijo real en su vida posterior estará a menudo dominada por la ansiedad. Sin embargo, a menudo, cuando sus relaciones con su compañero sexual no la satisfacen, establecerá una relación con su hijo que le proporcionará satisfacción y apoyo moral. En estos casos, en los cuales el

acto sexual en sí ha recibido demasiado fuertemente el significado de una situación de ansiedad y su objeto sexual se ha transformado en un objeto de ansiedad para ella, es su niño el que atrae para si la calidad de un pene bueno y provechoso. La mujer que vence la ansiedad precisamente por medio de sus actividades sexuales, puede tener una relación bastante buena con su esposo y mala con su hijo. En este caso ha desplazado en su mayor parte su ansiedad concerniente al enemigo dentro de ella, hacia su hijo; y son los miedos que resultan de esto los que, según he encontrado, están en el fondo de su miedo al embarazo y al parto, miedos que se agregan a sus sufrimientos físicos mientras está embarazada y que pueden hacerla incapaz psicológicamente de concebir un hijo.

Ya hemos visto de qué modo el miedo de la mujer al pene «malo» puede aumentar su sadismo. Mujeres que tienen una actitud fuertemente sádica hacia su esposo, en general consideran a su hijo como un enemigo. Así como consideran el acto sexual como un medio de destruir su objeto, quieren tener un hijo para tenerlo en su poder como si fuera algo hostil a ellas. Pueden entonces emplear el odio que sienten por su temido enemigo interno contra sus objetos externos, esposo o hijos. Por supuesto que hay también mujeres que tienen una actitud sádica frente a su esposo y una amistosa y cordial frente a sus hijos y viceversa, pero en cada uno de estos casos es la actitud de la mujer frente a sus objetos introyectados, especialmente al pene del padre, la que determinará su actitud frente al esposo e hijos.

La actitud de la madre frente a sus hijos está basada, según sabemos, sobre sus primeras relaciones con sus objetos. De acuerdo con que su hijo sea varón o mujer, tendrá frente a él, en mayor o menor grado, aquellas relaciones emocionales que tuvo en su primera infancia con el padre, tíos y hermanos, o con su madre tías y hermanas. Si ha equiparado principalmente la idea de un hijo con la de un pene «bueno», serán los elementos positivos de estas relaciones los que transferirá a su hijo[927]. Condensará un número de imagos amistosas en su persona[928], representará la «inocencia» de la infancia y será a sus ojos lo que ella quiso ser en su primera infancia. Y uno de los motivos fundamentales de las esperanzas que abriga sobre su feliz y satisfactorio crecimiento es que ella pueda, en sentido retrospectivo, transformar su propia infancia insatisfecha en una época de felicidad.

Existe, creo, un gran número de factores que ayudan a fortificar las relaciones emocionales que tiene la madre hacia su hijo. Al traerlo al mundo ha producido la refutación más fuerte de todos los miedos que surgen de sus fantasías sádicas. El nacimiento de su hijo no solo significa en su inconsciente

que el interior de su propio cuerpo y los niños imaginarios están ilesos o han sido bien hechos, sino que también invalida todas las clases de miedos asociados con la idea de niños. Esto demuestra que los niños dentro de la madre —sus hermanos y hermanas— y el pene del padre (o su padre) que ha atacado allí, y también su madre, están todos ilesos o restaurados otra vez. Tener un bebé representa, así, la restauración de un número de objetos, y aun en algunos casos, la recreación de todo un mundo.

Amamantar a su hijo es también muy importante y crea una ligazón íntima y especial entre ellos. Al dar a su hijo el producto de su propio cuerpo, que es esencial para su nutrición y crecimiento, puede finalmente refutar y poner buen final al círculo vicioso que comenzó en ella siendo niña, con sus ataques sobre el pecho de su madre como primer objeto de sus impulsos destructivos, y que contenían fantasías de destruir su pecho mordiéndolo en pedazos y ensuciándolo, envenenándolo y quemándolo por medio de sus excrementos. Porque en su inconsciente considera que dar a su hijo leche nutritiva y benéfica es prueba de que sus primeras fantasías sádicas no se han realizado, o de que ha tenido éxito en la restauración de sus objetos[929].

Como ya ha sido señalado, el individuo ama su objeto «bueno» tanto más porque siendo algo al cual él puede dedicar sus tendencias restitutivas le suministra gratificación y disminuye su ansiedad. Ningún objeto posee esta cualidad en un grado tan importante como el niño pequeño. Además, empleando su amor maternal y sus cuidados sobre su hijo, ella no solo realiza sus primeros deseos, sino que desde que se identifica con él, comparte el placer que le proporciona. En la inversión de las relaciones de la madre y el niño, ella puede experimentar una feliz renovación de sus primeras ligazones hacia su madre y permitir que sus primitivos sentimientos de odio hacia ella retrocedan al fondo y que tomen la delantera sus sentimientos positivos.

Todos estos factores contribuyen para dar a los niños una enorme importancia en la vida emocional de las mujeres, y podemos ver fácilmente por qué es que su equilibrio mental estará tan trastornado si su hijo no resulta sano y especialmente si es anormal. Así como un hijo sano y que prospera es la refutación de gran número de miedos, del mismo modo, uno anormal, enfermizo o simplemente que no la satisface, es una confirmación de ellos, y puede aún llegar a ser considerado como un enemigo y un perseguidor.

Desarrollo del yo

Consideraremos ahora brevemente la relación entre la formación del superyó de la niña y el desarrollo de su yo. Freud ha demostrado que algunas de las diferencias que existen entre la formación del superyó de la niña y del varón están asociadas a diferencias sexuales anatómicas[930]. Estas diferencias anatómicas afectan de diversos modos, según mi opinión, tanto el desarrollo del superyó como el del yo. Como consecuencia de la estructura de los genitales femeninos que señalan su función respectiva, las tendencias edípicas de la niña están más extensamente dominadas por sus impulsos orales, y la introyección de su superyó es más amplia que la del niño. Además está la ausencia de pene como órgano activo. El hecho de que no tiene pene, aumenta la mayor dependencia que ya tiene la niña de su superyó como resultado de sus tendencias introyectivas más fuertes.

Ya he dado mi opinión, en las páginas primeras de este libro, de que el sentimiento de omnipotencia primario del niño está ligado a su pene y que es también el representante en su inconsciente de actividades y sublimaciones que proceden de sus componentes masculinos. En la niña, que no posee un pene, el sentimiento de omnipotencia está más profunda y extensivamente asociado con el pene introyectado de su padre que en el caso del muchacho. Esto es tanto más verdad debido a que el cuadro que siendo niña se ha formado del pene dentro de ella, y que determina los *standard* s que establece para sí misma, ha surgido de fantasías extremadamente desfiguradas, y es por lo tanto más exagerado que en el varón, tanto respecto a la «bondad» como a la «maldad».

Esta opinión de que el superyó actúa más frecuentemente en las mujeres que en los hombres, parece estar en desacuerdo con el hecho de que, en comparación con los hombres, las mujeres son a menudo más dependientes de sus objetos, son más fácilmente influidas por el mundo exterior y son más variables en sus *standard* s morales, es decir, aparentemente están menos guiadas por los requerimientos de su superyó.

Pero yo creo que su mayor dependencia de los objetos[931] está íntimamente relacionada con una mayor eficacia de su superyó. Ambas características tienen un origen común en la mayor propensión de la mujer a introyectar su objeto y a colocarlo dentro de ella misma, de modo que erige un superyó más poderoso. Esta propensión está aumentada, además, por su mayor dependencia de su superyó y su mayor miedo al mismo. La ansiedad más profunda de la niña, la de que algún daño desconocido ha sido hecho en su interior por sus objetos internalizados, la impulsa, como ya hemos visto, a estar continuamente probando sus miedos por medio de sus relaciones con los

objetos reales. Esto la impele a reforzar sus tendencias introyectivas de modo secundario. Parecería también que los mecanismos de proyección son más fuertes que en el hombre, de acuerdo con su intenso sentimiento de la omnipotencia de su pensamiento y sus excrementos, y este es otro factor que la induce a tener relaciones más fuertes con el mundo externo y con los objetos de la realidad, en parte con el fin de controlarlos por medios mágicos.

Este hecho de que los procesos de introyección y proyección son más fuertes en la mujer que en el hombre, no solo afecta el carácter de sus relaciones de objeto, sino que es importante para el desarrollo de su yo. Su necesidad dominante y profunda de abandonarse a una completa confianza y sumisión al pene internalizado «bueno», es una de las cosas que refuerzan la cualidad receptiva de sus sublimaciones e intereses; pero su posición femenina la impele fuertemente a obtener un control secreto de sus objetos internalizados por medio de la omnipotencia de sus excrementos y pensamientos, y esto promueve en ella un agudo poder de observación y una gran visión psicológica junto con un cierto arte e inclinación hacia el engaño e intriga.

Este aspecto del desarrollo de su yo surge especialmente de su relación con su superyó maternal, pero también influye en sus relaciones con su superyó paternal.

En *El yo y el ello* (1923) Freud dice: «Cuando tales identificaciones llegan a ser muy numerosas, intensas e incompatibles entre sí, se produce fácilmente un resultado patológico. Puede surgir, en efecto, una disociación del yo, excluyéndose las identificaciones unas a otras por medio de resistencias. El secreto de los casos llamados de personalidad múltiple, reside quizá en que cada una de tales identificaciones se concientizan, alternativamente. Pero aun sin llegar a este extremo, surgen entre las diversas identificaciones en las que el yo queda disociado, conflictos que no pueden ser siempre calificados de patológicos».

Un estudio de los primeros estadios de la formación del superyó y su relación con el desarrollo del yo, confirma ampliamente esta última afirmación, y en lo que hemos podido ver, cualquier investigación futura de la personalidad como un todo, ya sea normal o anormal, tendrá que seguir el camino que Freud ha indicado. Parece que la manera de ampliar nuestro conocimiento del yo es aprender más sobre sus diversas identificaciones y las relaciones que tiene con ellas. Solamente prosiguiendo esta línea de investigación podemos descubrir de qué modo el yo regula las relaciones que existen entre aquellas identificaciones que, como sabemos, difieren de

acuerdo con el estadío de desarrollo en el que han sido hechas y de acuerdo con la circunstancia de que ellas se refieran a la madre o al padre, o a la combinación de los dos.

La niña está más obstaculizada en la formación de su superyó con respecto a su madre que lo que el niño lo está con respecto a su padre, desde que es difícil para ella identificarse con su madre sobre la base de un parecido anatómico, debido al hecho de que los órganos internos que se utilizan para las funciones sexuales femeninas y la cuestión de poseer o no hijos, no admiten ninguna investigación o prueba por la realidad. Como ya sabemos, este obstáculo aumenta el poder de su imago materna terrorífica —producto de sus ataques sádicos a la madre—, que pone en peligro el interior de su cuerpo, la censuran por haberla privado de sus hijos, sus heces y el pene del padre y por poseer excrementos «malos» y peligrosos.

Los métodos de ataque basados en la omnipotencia de sus excrementos y omnipotencia de pensamientos que emplea la niña contra la madre influyen en el desarrollo de su yo no solo directamente, sino también indirectamente. Sus formaciones reactivas contra su propia omnipotencia sádica y la transformación de esta última en omnipotencia constructiva, le permiten desarrollar sublimaciones y cualidades de espíritu que son directamente opuestas a aquellos rasgos que acabamos de describir y que están ligados a la omnipotencia primaria de sus excrementos. La inclinan a ser veraz, confiada y a olvidarse de sí misma, a estar lista para dedicarse a los deberes que tiene frente a sí y dispuesta a sufrir mucho por ellos y por sus semejantes. Estas formaciones reactivas y estas sublimaciones tienden una vez más, a hacer de su sentimiento de omnipotencia —basado en sus objetos internalizados buenos— y de su actitud de sumisión frente a su superyó paternal, la fuerza dominante en su actitud femenina[932].

Además, una parte esencial en el desarrollo de su yo está desempeñado por su deseo de emplear su orina «buena» y heces «buenas» para rectificar los efectos de sus excrementos «malos» y dañinos y proporcionar cosas buenas y hermosas, deseo que es de importancia abrumadora en sus actos de dar a luz un hijo y amamantarlo, porque el niño hermoso y la buena leche que ella produce representan sublimaciones de sus excrementos dañinos y su orina peligrosa. Lo cierto es que este deseo forma una base creadora y fructífera para todas aquellas sublimaciones que surgen de los representantes psicológicos del parto y del amamantamiento.

Lo característico sobre el desarrollo del yo de la mujer es que en el curso del mismo, su superyó se eleva a gran altura y se magnifica mucho y que su

yo lo admira y se somete a él. Y debido a que su yo trata de vivir de acuerdo con su superyó glorificado, se halla espoleado para toda clase de esfuerzos, que dan como resultado una expansión y enriquecimiento del mismo. Así, mientras que en el hombre es el yo y, con él, las relaciones de realidad los que en gran parte toman la delantera, de modo que su naturaleza es más objetiva y razonable, en la mujer la fuerza dominante es el inconsciente. En la niña, no menos que en el varón, la calidad de sus logros dependerá de la calidad de su yo, pero reciben el carácter de intuición y subjetividad específicamente femeninos del hecho de que su yo está sometido a un ser interno amado. Representan el nacimiento de un niño espiritual, procreado por su padre, y este padre espiritual es su superyó. Es verdad que aún una línea marcadamente femenina de desarrollo presenta numerosos rasgos que surgen de componentes masculinos, pero parece como si la creencia dominante de la mujer en la omnipotencia del pene incorporado de su padre y en el niño que crece en su interior, la hiciera capaz de logros de una naturaleza específicamente femenina.

Llegados a este punto no podemos dejar de comparar la disposición mental de las mujeres con la de los niños, de quienes sabemos que están en mucho mayor grado bajo el dominio de su superyó y dependen más de los objetos que el adulto. Sabemos todos que la mujer es más semejante al niño que el hombre, y, sin embargo, en algunos aspectos en el desarrollo de su yo, difiere de él tanto como el hombre. La razón de esto es que aunque ella ha introyectado su objeto edípico con mucha más fuerza que él, de modo que su superyó y su ello ocupan una porción mayor en su estructura mental y hay una cierta analogía entre su actitud y la del niño, su yo logra un desarrollo completo en virtud del poderoso superyó dentro de ella, cuyo ejemplo sigue y que también en parte trata de controlar y sobrepasar.

Si la niña se adhiere principalmente a la posesión imaginaria de un pene como atributo masculino, su desarrollo será radicalmente diferente. Al revisar su historia sexual, hemos discutido ya las diversas causas que la obligan a adoptar una posición masculina. En cuanto a sus actividades y sublimaciones —que considera en su inconsciente como confirmación en la realidad de su posesión de un pene o de un sustituto del mismo—, estas se usan no solamente para competir con el pene de su padre, sino que sirven invariablemente, en modo secundario, como una defensa contra su superyó y para debilitarlo. En niñas de este tipo, el yo adquiere, además, una gran importancia en los empeños y empresas, que son en su mayor parte una expresión de la potencia masculina. En lo que concierne al desarrollo sexual

de la niña, sabemos el significado que la existencia de una buena imago materna tiene sobre la formación de una buena imago paterna en ella. Si está en una posición de confianza ante la guía interna de su superyó paterno, en el que cree y al que admira, siempre significa que tiene también buenas imagos maternas, porque es solo cuando tiene bastante confianza en la madre internalizada «buena» que puede rendirse completamente a su superyó paterno; pero para realizar una entrega de esta naturaleza debe creer también bastante fuertemente en la posesión de cosas buenas dentro de su cuerpo u objetos internalizados amistosos. Solo si el niño que ha tenido en su imaginación o espera tener de su padre es hermoso y bueno —solamente si el interior de su cuerpo representa un lugar donde reina la belleza[933] y la armonía— puede entregarse sin reserva, tanto sexual como mentalmente, a su superyó paternal y a sus representantes en el mundo externo. El logro de un estado de armonía de esta naturaleza, se basa en la existencia de una buena relación entre su yo y sus identificaciones y entre aquellas identificaciones mismas y especialmente entre la imago materna y paterna.

Las fantasías de la niña en las que trata de destruir a ambos padres por envidia y odio hacia ellos, son la base de su más profundo sentimiento de culpa y forman también la base de sus situaciones de peligro más poderosas. Originan el miedo de albergar objetos hostiles empeñados en combates mortales uno con otro (es decir, en copulación destructiva), o debido a que han descubierto su culpa, se han aliado como enemigos contra su yo. Si su padre y su madre viven felices juntos, la inmensa gratificación que obtiene de este hecho se debe en gran parte, al alivio que las buenas relaciones entre ellos proporcionan al sentimiento de culpa originado en sus fantasías sádicas. Porque en su inconsciente, el buen entendimiento entre ellos es una confirmación en la realidad de su esperanza de poder hacer restitución de todos los modos posibles. Y sí sus mecanismos restitutivos han sido establecidos con éxito, la niña no solo estará en armonía con su mundo externo sino que —y esto es, creo, la condición necesaria para el logro de tal estado de armonía y de una relación de objeto satisfactoria y adecuado desarrollo sexual— podrá estar en armonía con el mundo interno y con ella. Si sus imagos amenazantes se desvanecen en las profundidades y su imago paterna bondadosa y la imago materna actúan en una amistosa cooperación y le dan garantía de paz y seguridad dentro de su propio cuerpo, puede desarrollar sus componentes masculinos y femeninos bajo los auspicios de sus padres introyectados y habrá asegurado en sí misma una base para el completo desarrollo de una personalidad armoniosa.

Postscripto

Después que hube escrito este libro apareció un artículo de Freud[934] en el que se refiere al largo período de tiempo durante el cual la niña permanece ligada a la madre e intenta aislar esta ligazón de la actuación del superyó y del sentimiento de culpa. Esto, a mi juicio, no es posible, porque pienso que la ansiedad y sentimiento de culpa que surgen de estos impulsos agresivos van a intensificar esta ligazón libidinal primaria hacia la madre en un estadío muy temprano. Sus múltiples miedos a imagos fantásticas (su superyó) y a la madre real «mala» la fuerzan, mientras es todavía muy pequeña, a encontrar protección en su madre real «buena». Y para hacerlo tiene que sobrecompensar su agresión primaria hacia esta última.

Freud también ha señalado que la niña siente hostilidad hacia su madre y tiene miedo de «ser matada» (comida por ella). En mis análisis de pacientes femeninas en todas las edades, he encontrado que su miedo a ser devorada, cortada en pedazos o destrozada por su madre, surge de la proyección de sus propios impulsos de la misma naturaleza sádica contra ella y que estos miedos están en el fondo de sus más tempranas situaciones de ansiedad. Freud también dice que las mujeres que están fuertemente ligadas a su madre han reaccionado especialmente con rabia y ansiedad a las enemas e irrigaciones anales que ella les ha administrado en su infancia Las expresiones de afectos de esta naturaleza son causadas, de acuerdo con mi experiencia, por su miedo a ataques anales, miedo que representa la proyección de sus fantasías anales sádicas hacia ella. Estoy de acuerdo con el punto de vista de Freud de que la proyección en la mujer de impulsos hostiles contra su madre es el núcleo de la paranoia en la vida futura, pero de acuerdo con mis observaciones[935], son los ataques imaginarios que ha hecho sobre el interior del cuerpo de la madre por medio de excrementos destructivos que envenenan, queman y explotan, los que dan lugar más particularmente a su miedo a los excrementos como perseguidores y al miedo a su madre como figura terrorífica, siendo esto un resultado de su proyección.

Freud cree que la prolongada ligazón a la madre es exclusiva y tiene lugar antes de que la niña haya penetrado en la situación edípica, pero mi experiencia en análisis de niñas pequeñas me ha convencido de que la extensa y duradera ligazón a la madre nunca es exclusiva y está relacionada con impulsos edípicos. Además, su ansiedad y sentimientos de culpa en relación a

su madre también afectan el curso de aquellos impulsos edípicos, porque, en mi opinión, la defensa de la niña contra su actitud femenina surge menos de sus tendencias masculinas que del miedo a su madre. Si la niña pequeña está demasiado asustada de su madre, no podrá ligarse suficientemente al padre y su complejo edípico no surgirá. En aquellos casos en que una fuerte fijación al padre no ha sido establecida hasta el estadío postfálico, he encontrado que la niña, sin embargo, ha tenido impulsos edípicos positivos en una temprana edad, pero que estos, a menudo, no surgieron a la vista. Estos primeros estadios de su conflicto edípico presentan todavía un carácter algo fantástico, desde que están en parte centrados alrededor del pene de su padre, pero en parte están ya relacionados con su padre real.

En algunos de mis primeros artículos he sostenido como factores primarios en la separación de la niña de la madre, el rencor que siente contra ella por haberla sometido a la frustración oral (factor que es advertido por Freud en el artículo citado) y la envidia de la gratificación oral mutua que sobre la base de sus primeras teorías sexuales imagina que obtienen los padres de la copulación. Estos factores, auxiliados por la equiparación del pecho y pene, la inclinan a volverse hacia el pene del padre, según mi opinión, hacia la segunda mitad de su primer año, de modo que su ligazón hacia el padre está fundamentalmente afectada por su ligazón hacia la madre. Puedo añadir también que Freud señala que la una está construida sobre la otra y que muchas mujeres repiten su relación con la madre en su relación con los hombres.

12. Los efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual del varon

Los análisis tempranos muestran que el desarrollo sexual del niño corre paralelamente al de la niña durante las primeras etapas[936]. Como en el caso de esta, la frustración oral que el niño experimenta refuerza sus tendencias destructivas contra el pecho de la madre, y la separación del pecho materno y la aparición de impulsos sádicos orales son seguidos por el período llamado, por mí, de sadismo máximo, en el que desea atacar el interior del cuerpo de su madre.

La fase femenina

En esta fase el niño tiene una fijación oral de succión sobre el pene del padre, tal como la niña. Considero que esta fijación es la base de la verdadera homosexualidad en él. Esta idea estaría de acuerdo con lo que dijo Freud en *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci*, (O. C., 11), donde llega a la conclusión de que la homosexualidad de Leonardo se remonta a una fijación excesiva en la madre —últimamente sobre su pecho— y cree que esa fijación sufre un desplazamiento del pecho al pene como objeto de gratificación. En mi experiencia, todo niño pasa de una fijación oral de succión al pecho de la madre a una fijación oral de succión al pene del padre.

Además, el niño imagina que la madre incorpora el pene del padre o, mejor, un número de ellos en su interior, así que junto con sus relaciones reales hacia el padre y hacia el pene del padre, desarrolla una relación imaginaria hacia el pene del padre guardado en el interior de la madre.

Puesto que sus deseos orales por el pene del padre son uno de los motivos de sus ataques al cuerpo de la madre —porque quiere sacarle por la fuerza el pene que imagina dentro de ella y en consecuencia dañarla— sus ataques representan también, en cierto modo, sus primeras situaciones de rivalidad con ella, y así, pues, constituyen la base de su complejo femenino[937].

El apoderarse por fuerza del pene del padre y de los excrementos y niños del cuerpo de la madre, lo convierte en el rival de su madre y hace surgir un intenso miedo de retaliación. El hecho de haber destruido el interior del cuerpo de su madre, además de haberlo saqueado, se convierte en un motivo de ansiedad profunda para él. Y cuando su destrucción imaginaria del cuerpo de la madre ha sido más sádica, mayor será su temor a ella como rival.

Primeros estadíos del conflicto de edipo

Los impulsos genitales del niño, que, aunque oscurecido al principio por sus impulsos pregenitales y aprovechados por ellos, afectan sin embargo sustancialmente el curso de su fase sádica, le llevan a tomar como objeto sexual el cuerpo de su madre y los genitales, y le hacen desear tener la total posesión de su madre en un sentido oral, anal y genital, y lo llevan a atacar así al pene de su padre dentro de ella con todos los medios sádicos de que dispone. Esta posición oral también hace surgir una gran cantidad de odio contra el pene del padre, a consecuencia de la frustración que ha experimentado en ese sentido. Generalmente, sus impulsos destructivos contra el pene del padre son mucho más intensos que en la niña, puesto que su deseo de la madre como objeto sexual le induce a concentrar su odio más

intensamente sobre él. Además, ha sido ya un objeto especial de ansiedad en los primeros estadios de desarrollo, porque los impulsos agresivos dirigidos hacia el pene originaron un temor proporcionado a la intensidad de la agresión. Este temor refuerza aún más su odio hacia él y su deseo de destruirlo.

Como vimos en el capítulo anterior, la niña retiene el cuerpo de la madre como objeto directo de sus impulsos destructivos por un tiempo mucho mayor y en un grado mucho más intenso que el niño, y sus impulsos positivos hacia el pene del padre —tanto el real como el imaginario, guardado en el interior del cuerpo de la madre— son normalmente mucho más fuertes y duraderos que los del niño. En el niño, solamente durante un cierto período de este estadío temprano, en el que los ataques sobre el cuerpo de la madre dominan el cuadro, es ella el objeto real de su ataque. Muy pronto el pene del padre, supuesto en el interior de la madre, es el que atrae sus tendencias agresivas contra ella en un grado mayor.

Situaciones tempranas de ansiedad

Además de los temores que siente el niño como consecuencia de su rivalidad con la madre, su temor al pene introyectado y peligroso del padre le impide que mantenga una posición femenina. Este último miedo, especialmente junto con la fuerza creciente de sus impulsos genitales, le incita a renunciar a su identificación con la madre y a fortificar su posición heterosexual. Pero si este temor a su madre como rival y su miedo al pene del padre son excesivos, de modo que le es imposible vencer adecuadamente esa fase femenina, esta fase será un impedimento grave para el establecimiento de su posición heterosexual.

Es, además, de suma importancia en el desarrollo total del niño, el hecho de que su vida mental primera haya sido o no gobernada por el temor a su padre y madre combinados en copulación y formando una unidad inseparable y hostil para con él[938]. La ansiedad de este tipo le hace más difícil mantenerse en cualquier posición y trae situaciones de peligro que estoy inclinada a considerar como las causas más profundas de la impotencia sexual en la vida posterior. Estas situaciones específicas de peligro tienen su origen en el temor del niño a ser castrado por el pene del padre y dentro de la madre —o sea, ser castrado por sus progenitores conjugados «malos»— y en su temor, a menudo evidenciado claramente, a que su propio pene sea retenido y encerrado en el interior del cuerpo de su madre[939].

Más de una vez hemos dicho en estas páginas que las situaciones de ansiedad, resultantes de los ataques sádicos hechos por niños de ambos sexos contra el interior del cuerpo de la madre, pertenecen a dos categorías. En la primera, el cuerpo de la madre se convierte en un lugar lleno de peligros, que originan toda clase de terrores; en la segunda, el propio interior del niño se transforma en un lugar de esa clase, en virtud de la introyección que el niño hace de sus objetos peligrosos, especialmente de sus padres en copulación, y se asusta de los peligros y amenazas dentro de él. Las situaciones de ansiedad correspondientes a estas dos categorías, ejercen una influencia mutua y están presentes tanto en la niña como en el niño. Ya hemos examinado los métodos para vencer esa ansiedad común a ambos. De un modo resumido, son como sigue: el niño compite con sus objetos «malos» interiorizados mediante la omnipotencia de sus excrementos y también recibe protección contra ellos mediante sus objetos «buenos». Al mismo tiempo desplaza hacía el mundo exterior su temor de peligros internos, proyectándolos, y ahí encuentra pruebas para refutar su angustia. Pero, además de esto, cada sexo tiene sus propios métodos, esencialmente diferentes, para, dominar la ansiedad. El varón desarrolla su sentimiento de omnipotencia de los excrementos con menos fuerza que la niña, reemplazándolo, en parte, por la omnipotencia del pene, y en relación con esto, su proyección del temor a los objetos internos es diferente a la de la niña. El mecanismo específico que emplea para vencer su miedo, tanto a peligros internos como externos, simultáneamente con el logro de gratificación sexual, está determinado por el hecho de que su pene, como órgano activo, es utilizado para gobernar su objeto, y esto es factible de ser probado por la realidad. Al tomar posesión del cuerpo de su madre mediante su pene, prueba su superioridad no solamente sobre sus objetos peligrosos externos, sino también sobre los internos.

Omnipotencia sadica del pene

En el varón, la omnipotencia de los excrementos y de los pensamientos se centra, en parte, en la omnipotencia del pene y, especialmente en el caso de los excrementos, es en parte reemplazada por él. En su imaginación, dota a su pene con poderes destructivos y lo equipara con bestias feroces y devoradoras, con armas mortíferas, etc. Su creencia de que su orina es una sustancia peligrosa y su equiparación de sus heces venenosas y explosivas con su pene, hacen de este último el órgano ejecutivo de sus tendencias sádicas. Además, ciertos hechos fisiológicos le demuestran que su pene puede en

realidad cambiar su apariencia, y él toma esto como una prueba de su omnipotencia. De este modo, su pene y su sentimiento de omnipotencia se ligan uno al otro de un modo que es de importancia básica para su actividad y para el dominio de la ansiedad. En análisis de niños nos encontramos a menudo con la idea del pene como «varita mágica», de masturbación como magia, y de erección y eyaculación como enorme fortalecimiento de los poderes sádicos del pene[940].

El interior del cuerpo de la madre, que sigue al pecho como objeto del niño, toma pronto el significado de un lugar que contiene muchos objetos (al principio representados por el pene y excrementos). Como consecuencia, las fantasías del niño de tomar posesión del cuerpo de su madre al copular con ella, son la base de sus tentativas de conquistar el mundo externo y de dominar la ansiedad en una línea masculina. Tanto en lo que respecta al acto sexual como a las sublimaciones, desplaza sus situaciones de peligro al mundo externo y las vence allí por medio de la omnipotencia de su pene.

En el caso de la niña, su creencia en el pene «bueno» del padre y su temor al «malo» fortifican sus tendencias introyectivas. Así, el examen de la realidad contra los objetos malos, según es realizada por la mujer, se sitúa últimamente dentro de ella misma otra vez. En el muchacho, la creencia en una madre «buena» internalizada y el miedo a los objetos «malos» lo ayudan a desplazar sus pruebas de realidad hacia fuera (es decir, dentro del cuerpo de su madre). Su madre buena internalizada aumenta la atracción libidinal que la madre real tiene para él; aumenta sus deseos y esperanzas de combatir y vencer el pene de su padre dentro de ella por medio de su propio pene. Una victoria de esta naturaleza seria también una prueba de que puede vencer los agresores internalizados en su propio cuerpo[941].

Esta concentración de la omnipotencia sádica en el pene es de importancia fundamental para la posición masculina del niño. Si tiene una creencia primaria fuerte en la omnipotencia de su pene, esto lo incitará a combatir la omnipotencia del pene de su padre y emprender la lucha contra este órgano temido y admirado. Para que un proceso de concentración de esta naturaleza tenga efecto, parece que su pene debe estar fuertemente cargado por los diversos medios adoptados por su sadismo[942], y la capacidad de su yo para tolerar la ansiedad y la fuerza de sus impulsos genitales —últimamente sus impulsos libidinales[943]— también será de importancia decisiva. Pero, si cuando los impulsos genitales se colocan en primera línea, el yo hiciera una defensa demasiado rápida y por la fuerza contra los impulsos destructivos,

este proceso de focalización del sadismo en la imagen del pene sería interferido[944].

Incentivos para la actividad sexual

El odio del niño al pene del padre y la ansiedad que surge de las fuentes arriba mencionadas lo incitan a tomar posesión de su madre de un modo genital, y aumentan su deseo libidinal de copular con ella[945]. Además, a medida que vence gradualmente su sadismo hacia ella, considera el pene de su padre dentro de ella, cada vez más, no solo como una fuente de peligro para su propio pene sino también como una fuente de peligro para el cuerpo de su madre, y siente que tiene que destruir eso dentro de ella por esa razón. Otro factor que actúa como incentivo para realizar coito con ella (y el cual fortifica en la niña su posición homosexual) es su deseo de saber, que ha sido intensificado por su ansiedad[946] En esta conexión, considera su pene que penetra como un órgano de percepción y lo asemeja con el ojo[947] o la oreja o con una combinación de los dos, y quiere por medio de esto descubrir qué clase de destrucción ha sido realizada dentro de su madre por su propio pene y excrementos y por los de su padre, y a qué clase de peligros está expuesto allí su pene.

Así vemos que el impulso del niño para vencer la ansiedad es también un incentivo para obtener gratificación genital, y es un agente promotor en su desarrollo, aun en una época en que se halla todavía bajo la supremacía de su sadismo, y cuando las medidas que emplea son totalmente de naturaleza destructiva. Y, ciertamente, aquellas medidas destructivas se transforman, poniéndose en parte al servicio de tendencias restitutivas, con el propósito de rescatar a su madre del pene «malo» del padre dentro de ella, aunque todavía por medios de fuerza y dañinos.

«La mujer con pene»

La creencia del niño de que el cuerpo de la madre contiene el pene de su padre lo lleva, como ya hemos visto, a la idea de la «mujer con pene». La teoría sexual de que la madre tiene un pene femenino propio es, creo, el resultado de una modificación por desplazamiento de un profundo miedo hacia el cuerpo de ella como lugar lleno de numerosos y peligrosos penes y hacia los dos padres en peligrosa copulación. La «mujer con pene» siempre

significa, diría, la mujer con el pene del padre[948]. Normalmente, el miedo del niño a los penes del padre dentro de su madre disminuye a medida que se desarrolla su relación con los objetos y a medida que él avanza en el vencimiento de su propio sadismo. Desde que su miedo al pene «malo» se deriva en gran parte de sus impulsos destructivos hacia el pene del padre y desde que el carácter de sus imagos depende en gran parte de la cantidad y calidad de su propio sadismo, la reducción de este sadismo y, con él, la reducción de la ansiedad, disminuirán la severidad de su superyó y mejorarán así las relaciones de su yo, tanto hacia sus objetos imaginarios internalizados como a sus objetos externos y reales.

Estadíos posteriores del conflicto de edipo

Si junto con la imago de los padres combinados, las imagos del padre y de la madre separadas especialmente de la madre «buena» operan con suficiente fuerza, las crecientes relaciones de objeto del niño y su adaptación a la realidad darán por resultado que sus fantasías sobre el pene del padre dentro de la madre perderán su poder, y su odio, ya disminuido, estará más fuertemente dirigido hacia su objeto real. Esto tendrá el efecto de separar las imagos de los padres combinadas todavía más completamente, y su madre será ahora preponderantemente el objeto de sus impulsos libidinales, mientras que su odio y ansiedad irán hacia su padre real (o el pene del padre), o, por desplazamiento, hacia algún otro objeto, como en el caso de las fobias de animales. Las imagos separadas de su padre y de su madre se mantendrán más precisas y la importancia de sus objetos reales aumentará y entrará ahora en una fase en la que sus tendencias edípicas y su miedo a ser castrado por su padre real adquirirá importancia[949].

Sin embargo, he encontrado que las primeras situaciones de ansiedad están todavía latentes en él en mayor o menor grado, a pesar de todas las modificaciones que han sufrido en el curso de su desarrollo[950]; y así también están todos los mecanismos de defensa y los mecanismos pertenecientes a los estadios posteriores, que surgen de aquellas situaciones de ansiedad. En las capas más profundas de su mente espera siempre ser castrado por el pene «malo» del padre perteneciente a su madre. Pero siempre que sus situaciones de ansiedad temprana no sean demasiado poderosas, y, sobre todo, siempre que su madre represente suficientemente a la madre «buena», el cuerpo de ella será un lugar deseable, aunque un lugar que puede solamente ser

conquistado con mayor o menor riesgo para él de acuerdo con la magnitud de las situaciones de ansiedad involucradas. Este elemento de peligro y ansiedad, que en todo hombre normal está ligado a la copulación, es un incentivo para la actividad sexual y aumenta la gratificación libidinal que obtiene en la copulación; pero si esto excede un cierto límite tendrá un efecto perturbador, y aun le impedirá poder realizar el acto sexual. Sus fantasías inconscientes más profundas de copulación involucran vencer y abolir el pene de su padre dentro de la mujer. A esta lucha con su padre dentro de su madre están ligados, creo, aquellos impulsos sádicos presentes normalmente cuando toma posesión de ella de un modo genital. De este modo, mientras su desplazamiento originario del pene de su padre al interior del cuerpo de su madre hace de ella un objeto permanente de ansiedad para él —aunque el grado en que esto se verifica varía enormemente de una persona a otra—, también aumenta la atracción que las mujeres ejercen sobre él muy considerablemente, porque para él es un incentivo vencer su ansiedad con respecto a ellas.

En el curso normal de los hechos, a medida que las tendencias genitales del niño se hacen más fuertes y que vence sus impulsos sádicos, sus fantasías de realizar restituciones comienzan a ocupar un campo más amplio. Como ya se ha visto, las fantasías de esta naturaleza con respecto a su madre ya existen, mientras que su sadismo es todavía ascendente y toma la forma de destrucción del pene «malo» del padre dentro de ella. Su primer y principal objeto es su madre, y cuanto más represente ella el objeto «bueno» para él, más rápidamente estas fantasías restitutivas se ligarán a su imago[951]. Esto se puede observar claramente en el análisis de juegos. Cuando las tendencias reactivas del niño se hacen más fuertes comienza a jugar de un modo constructivo. En juegos de construcciones de casas y pueblos, por ejemplo, simbolizará la restitución del cuerpo de su madre y del suyo[952] de un modo que corresponde en todos los detalles a los actos de destrucción que ha tenido en el primer estadío de su análisis, o que juega todavía alternando con sus juegos constructivos. Comenzará a construir una ciudad juntando las cosas de diferentes modos y colocará un muñequito —que lo representa a él mismo— haciendo las veces de policía que regula el tráfico; este policía estará siempre atento para que los coches y los carros no se choquen, para que las casas no se estropeen o para que los peatones no sean derribados por los automóviles, mientras que en juegos anteriores la ciudad era estropeada por vehículos que chocaban y la gente era atropellada. En un período todavía anterior, tal vez su sadismo se manifestó en una forma más directa y acostumbraba a mojar,

quemar y cortar toda clase de cosas que simbolizaban el interior de su madre y sus contenidos, es decir, el pene de su padre e hijos, mientras que al mismo tiempo estos actos destructivos representaban el daño que quería que el pene de su padre hiciera allí también. Como una reacción a estas fantasías sádicas, en las cuales el violento y poderoso pene (el de su padre y el suyo), representado por los coches en movimiento, destruye a su madre y daña a los niños dentro de ella, representados por los muñequitos, tiene ahora fantasías de restauración del cuerpo de ella —la ciudad— en todas las formas en que previamente la había dañado.

Tendencias restitutivas y actividades sexuales

Se ha dicho repetidas veces en estas páginas que el acto sexual es un medio muy importante para dominar la ansiedad para ambos sexos. En los primeros estadios del desarrollo del niño, el acto sexual, además de sus fines libidinales, sirve para destruir o dañar el objeto (aunque las tendencias positivas están ya en función detrás de la escena). En los estadios posteriores sirve para restaurar el cuerpo dañado de la madre y así dominar la ansiedad y la culpa.

Al estudiar las fuentes subyacentes de la actitud homosexual de la niña hemos visto qué importante es para ella la idea de un pene benéfico y de la omnipotencia constructiva en el acto sexual. Lo que se ha dicho allí se aplica igualmente para la actitud heterosexual del hombre. Bajo la supremacía del estadío genital, atribuye a su pene en copulación la función no solo de proporcionar placer a la mujer, sino la de reparar en ella todo el daño que han hecho su pene y el de su padre. Al analizar niños, nos hallamos con que suponen que el pene realiza toda clase de funciones curativas y de limpieza. Si durante su período de omnipotencia sádica de niño ha usado su pene en su imaginación con fines sádicos —tales como inundar, envenenar o quemar cosas con su orina—, en su período de restitución lo considerará como un extinguidor de fuego, un cepillo de limpiar o una vasija llena de medicamentos curativos. Así como su creencia anterior en las cualidades sádicas de su pene involucraba una creencia en el poder sádico del pene de su padre, así ahora su creencia en su pene «bueno» involucra una creencia en el pene «bueno de su padre», y del mismo modo que antes sus fantasías sádicas transformaron el pene de su padre en un instrumento de destrucción para su madre, así ahora sus fantasías restitutivas y sentimientos de culpa lo van a transformar en un órgano beneficioso y «bueno[953]». Como consecuencia, su

miedo al superyó «malo» derivado de su padre disminuye y ahora puede dejar de identificarse con su padre «malo» en sus relaciones con objetos reales (identificación que se basa en parte sobre su identificación con su objeto ansiedad) y puede identificarse con más fuerza con su padre «bueno». Si su yo puede tolerar y modificar una cierta cantidad de sentimiento destructivo contra su padre y si su creencia en el pene «bueno» de su padre es bastante fuerte, puede sostener tanto su rivalidad con su padre (que es esencial para él, en el establecimiento de una posición heterosexual) como su identificación con él. Su creencia en el pene «bueno» de su padre aumenta la atracción sexual que siente por las mujeres, porque en sus fantasías ellas entonces contendrán objetos que no son tan peligrosos y objetos que —a causa de su actitud homosexual en la que el pene «bueno» es un objeto de amor— son realmente deseables[954]. Sus impulsos destructivos retendrán como objeto el pene rival de su padre y sus impulsos positivos estarán principalmente dirigidos hacia su madre.

Significado de la fase femenina en la heterosexualidad

El logro final de una posición heterosexual depende de que la primera fase femenina del desarrollo del niño haya seguido un curso favorable y se haya vencido con éxito. En un artículo anterior[955] he puntualizado que el niño a menudo compensa sus sentimientos de odio, ansiedad, envidia e inferioridad que surgen de su fase femenina reforzando su orgullo en la posesión de un pene y que desplaza este orgullo sobre actividades intelectuales[956]. Este desplazamiento forma la base de una actitud muy perjudicial de rivalidad hostil hacia la mujer, que afecta la formación de su carácter del mismo modo que la envidia del pene las afecta a ellas. La ansiedad excesiva que siente a causa de sus ataques sádicos al cuerpo de su madre se transforma en fuente de perturbaciones muy graves en sus relaciones con el sexo opuesto. Pero si su ansiedad y sentimiento de culpa se hacen menos agudos, serán aquellos mismos sentimientos que hacen surgir los diversos elementos de sus fantasías de restitución, los que lo capacitarán para lograr una comprensión intuitiva de la mujer.

Esta fase femenina temprana tiene todavía otro efecto favorable en las relaciones del niño con la mujer en la vida futura. La diferencia entre las tendencias sexuales del hombre y de la mujer exige, como sabemos, diferentes condiciones psicológicas de gratificación para cada uno, y conduce

a cada uno a buscar el logro de requerimientos diferentes y mutuamente incompatibles en sus relaciones del uno para con el otro. Por lo general, la mujer necesita tener el objeto de su amor siempre con ella, dentro de ella; mientras que el hombre, debido a sus tendencias psicosexuales orientadas hacia el mundo exterior y a su método de dominar la ansiedad, está inclinado a cambiar con frecuencia de objeto de amor (aunque su deseo de conservarlo en lo que representa a su madre «buena» va en contra de esta tendencia). Si él, a pesar de estas dificultades, puede sin embargo comprender con simpatía la necesidad psíquica de la mujer, será en gran parte debido a su temprana identificación con su madre, porque en esta fase él introyecta el pene de su padre como objeto de amor y son los deseos y las fantasías que tiene en conexión con este las que, si su relación con su madre es buena, lo ayudan a comprender la tendencia de la mujer a introyectar y conservar lo que ama[957]. Además, el deseo de tener niños de su padre, que surge de esta fase, lo conduce a considerar a la mujer como a su hijo, y él desempeña el papel de la madre bondadosa frente a ella[958]. De este modo también satisface los deseos de amor de su compañera, que surgen de su fuerte ligazón a la madre. Así, y solo de este modo, sublimando los componentes instintivos femeninos de él y sobreponiéndose a sus sentimientos de envidia, odio y ansiedad frente a su madre, podrá consolidar su posición heterosexual en el estadío de supremacía genital.

Ya sabemos por qué causa cuando el estadío genital ha sido alcanzado plenamente, sería condición necesaria para la potencia sexual que el niño creyera en la «bondad» de su pene, es decir, en sus capacidades restitutivas por medio del acto sexual[959]. Esta creencia tiene su base concreta en la creencia de que el interior de su cuerpo está en buen estado. En ambos sexos, las situaciones de ansiedad que surgen de supuestos acontecimientos destructivos, ataques y luchas dentro del cuerpo del sujeto, y que se mezclan con situaciones de ansiedad relacionadas con acontecimientos similares dentro del cuerpo de la madre, constituyen las situaciones de peligro más profundas. El temor a la castración, que es solo una parte —aunque importante— de la ansiedad que siente con respecto a todo el cuerpo, oscurece en el hombre todos los otros miedos y se hace dominante. Pero esto es precisamente debido a que una de las fuentes más profundas a las que se remontan las perturbaciones de su potencia sexual es su ansiedad sobre el interior de su cuerpo. La casa o ciudad que el niño construye varias veces con tanta ansiedad en sus juegos, significa no solo el cuerpo intacto y renovado de la madre, sino también el suyo propio.

Reforzamiento secundario del orgullo del pene

Al describir el desarrollo del niño, he llamado la atención sobre ciertos factores que tienden, según creo, a aumentar aún más la importancia central que el pene posee para él. Pueden resumirse como sigue: 1) La ansiedad que surge de sus primeras situaciones de peligro —sus miedos a ser atacado en todas las partes de su cuerpo y en su interior—, que incluye todos los miedos que acompañan a la posición femenina, está desplazada al pene como órgano externo, donde puede ser dominada con más éxito. El creciente orgullo que el muchacho siente por su pene, y todo lo que este involucra, puede decirse que es también un método de dominar aquellos miedos y desilusiones que su posición femenina le presenta más particularmente[960]. 2) El hecho de que el pene es un vehículo, primero de la omnipotencia destructiva del niño y después de su omnipotencia creativa, aumenta su importancia como medio de dominar la ansiedad. Contribuyendo así a su sentimiento de omnipotencia, ayudándole en su tarea de examen de la realidad y a promover sus relaciones de objeto —en realidad poniéndose al servicio de esta función importante de dominar la ansiedad— el pene es puesto en relación especialmente íntima con el yo y se transforma en un representante del yo y de lo consciente[961], mientras que el interior del cuerpo, las imagos, y las heces, es decir lo que es invisible y desconocido, es equiparado al inconsciente. Además, analizando pacientes masculinos, niños y hombres, he encontrado que a medida que disminuían sus miedos a sus malas imagos y heces (el inconsciente), que eran muy importantes dentro de ellos, aumentaba su creencia en su propia potencia sexual, y el desarrollo de su yo ganaba fuerza[962]. Este último efecto es debido en parte al hecho de que el miedo disminuido del niño a su superyó «malo» y al contenido «malo» de su cuerpo le permite identificarse mejor con los objetos introyectados «buenos» y contribuye así a un mayor enriquecimiento de su yo.

Tan pronto como estabiliza con bastante firmeza su confianza en la omnipotencia constructiva de su pene, su creencia en el poder del pene «bueno» de su padre dentro de él formará la base de una creencia secundaria en su omnipotencia, que mantendrá y reforzará la línea de desarrollo establecida ya por él para su propio pene. Y según se ha dicho; el resultado de su creciente relación con sus objetos será que sus imagos fantásticas retrocedan al fondo, mientras que sus sentimientos de odio y miedo a la castración se dirigirán y centrarán alrededor del padre real. Al mismo tiempo sus tendencias restitutivas se dirigen cada vez más a los objetos externos y los

métodos de dominar la ansiedad se hacen más reales. Todos estos progresos en su desarrollo van paralelos con la creciente supremacía de su estadío genital y caracterizan los estadios posteriores de su conflicto edípico.

Trastornos del desarrollo sexual

Ya hemos subrayado la importancia que tiene la fantasía del niño referente a sus padres unidos perpetuamente en copulación como fuente de muy intensas situaciones de ansiedad. Bajo la influencia de tal fantasía el cuerpo de su madre representa, ante todo, una unión de la madre y el padre que es extremadamente peligrosa y que está dirigida contra él. Si la separación de esta imago de los padres combinada no tiene lugar en un grado suficiente en el curso de su desarrollo, el niño estará expuesto a trastornos serios, trastornos en sus relaciones de objeto como en su vida sexual. Un predominio de esta clase de imagos paternas combinadas se remontan, según mi experiencia, a perturbaciones en las primeras relaciones de los niños pequeños con su madre o más bien con su pecho[963]. Aunque estos efectos son muy fundamentales en niños de ambos sexos, ya son diferentes para cada uno de los estadios primeros de su desarrollo. En las páginas siguientes limitaremos nuestra atención al niño y examinaremos cómo estas fantasías terroríficas ejercen poder y de qué manera influyen en su desarrollo sexual[964].

En mis análisis de niños y adultos del sexo masculino he encontrado que cuando los fuertes impulsos orales de succión se han combinado con impulsos oral-sádicos intensos, el niño se ha retirado del pecho de su madre con odio y muy tempranamente[965]. Sus primeras e intensas tendencias destructivas contra el pecho le han llevado a introyectar a una madre en gran parte «mala», y su repentino abandono del pecho se ha seguido de una introyección excesivamente fuerte del pene de su padre. Su fase femenina ha estado gobernada por sentimientos de odio y envidia a la madre, y al mismo tiempo, como resultado de sus poderosos impulsos oral-sádicos, ha llegado a sentir un odio agudo y un miedo correspondientemente intenso al pene del padre internalizado[966]. Sus impulsos orales de succión intensamente fuertes han creado fantasías de un proceso nutricio ininterrumpido y duradero, mientras que sus impulsos sádicos le han llevado a la creencia de que la madre, recibiendo nutrición y gratificación sexual al copular con el pene de su padre, ha sufrido mucho dolor y daño, y que su interior está lleno hasta casi estallar con los penes enormes y «malos» del padre, que le están destruyendo en toda

forma. En su imaginación, ella se ha transformado no solo en la «mujer con pene», sino en una especie de receptáculo de los penes de su padre y de sus excrementos peligrosos, a los que equipara con ellos[967].

De este modo ha desplazado sobre su madre gran cantidad del odio y la ansiedad que estaban ligados al padre y al pene del padre[968].

Así, un sadismo oral, fuerte y prematuro, por una parte incita al niño a realizar ataques contra sus padres unidos en copulación y a aterrarse de sus imagos en este aspecto, y por otra parte le impide la creación de una imago buena de la madre que le hubiera ayudado contra sus primeras situaciones de ansiedad, hubiera colocado los cimientos de un superyó bueno (bajo la forma de figuras bondadosas) y le hubiera conducido a adoptar una posición heterosexual[969].

Además están las consecuencias que trae el que la fase femenina esté demasiado fuertemente gobernada por el sadismo. La introyección extraordinariamente fuerte del pene enorme y «malo» del padre que realiza el niño, le hace creer que su cuerpo está expuesto a los mismos peligros desde dentro como lo está el de su madre, y su introyección de sus padres hostiles unidos en copulación junto con su introyección muy débil de una «buena» madre, trabajan en una misma dirección. Al dar lugar a un exceso de ansiedad con respecto a su interior, estos procesos introyectivos pavimentan el camino no solamente para enfermedades graves, sino también para trastornos graves en su desarrollo sexual. Como hemos visto, la posesión de contenidos «buenos» en el cuerpo y, en un nivel genital, la posesión del pene bueno, son una precondición de la potencia sexual. Si los ataques del niño al pecho y cuerpo de su madre han sido excepcionalmente intensos, de modo que en su imaginación ella ha sido destruida por el pene de su padre y por el suyo, este tendrá tanta más necesidad de un pene «bueno» con el cual restaurarla. Y debería tener especial confianza en su potencia, para disipar sus terrores del cuerpo peligroso y en peligro de su madre, lleno de los penes de su padre. Sin embargo, es precisamente su miedo a la madre y a los contenidos de su propio cuerpo lo que impide que crea en la posesión de un buen pene y en su potencia sexual. El efecto acumulativo de todos estos factores puede ser que constituya la causa que lo puede impulsar a alejarse de las mujeres como objeto de amor, y de acuerdo con sus primeras experiencias, que sufra de trastornos en su potencia, en su posición heterosexual o que se vuelva homosexual[970].

El caso del señor A.

Del análisis de un enfermo homosexual de 35 años, A., que padecía de una neurosis obsesiva grave con rasgos paranoicos e hipocondríacos y un fuerte trastorno de su potencia, resultó que los sentimientos de desconfianza y rechazo, que dominaban por lo general sus relaciones con mujeres, provenían, en el fondo, de una sola fantasía. Esta consistía en la idea de que su madre estaba siempre realizando el coito con su padre, cuando él no la veía. Suponía que el interior de su cuerpo estaba repleto con los penes paternos peligrosos[971]. Se pudo observar en la situación transferencial que su odio y temor de la madre, que a menudo también encubrían sus sentimientos de culpa hacia ella, siempre estaban íntimamente ligados a la situación de coito de los padres[972]. Con una mirada furtiva dirigida sobre mí que, cuando él estaba angustiado, siempre le corroboró que yo tenía un aspecto enfermizo, o que no estaba bien arreglada o que algo no andaba bien (es decir, que yo estaba interiormente envenenada y destruida), repetía la mirada escrutadora y angustiada con la cual recibía de niño de mañana a su madre, para averiguar si ella había sido envenenada o destruida por el coito con el padre. Cada mañana esperaba encontrar a su madre muerta[973]. En este estado de ánimo era natural que interpretara cualquier detalle nimio de la salud de su madre o de su conducta, cualquier discusión insignificante entre sus padres y también cualquier cambio de la conducta de su madre frente a él, es decir, todo lo que pasaba a su alrededor, como la afirmación de que la catástrofe, continuamente esperada por él, se había realizado. Sus fantasías masturbatorias, que eran de carácter optativo y en las cuales los padres se destruían mutuamente en el coito, se transformaban en una fuente de múltiples preocupaciones, temores y sentimientos de culpa[974]. Estos sentimientos le llevaban a una continua observación de su ambiente y a un desarrollo obsesivo de su instinto epistemofílico. Su continuo deseo, que absorbía todas las energías de su yo, de observar a sus padres en el coito y enterarse de sus secretos sexuales, fue también reforzado por el afán de impedir el coito de los padres, para amparar a su madre y evitar los daños que le podría causar el peligroso pene paterno[975].

En la situación transferencial estas tendencias dirigidas hacia el coito de los padres se manifiestan, entre otras cosas, en el interés que A. evidenciaba por mi fumar. Por ejemplo, cuando notaba que en el cenicero había quedado un resto de cigarrillo de la sesión anterior, o percibía humo en la habitación, hacía cantidad de preguntas: si yo solía fumar mucho o silo hacia antes del

desayuno o si mis cigarrillos eran de una marca buena, etc. Estas preguntas y los afectos correspondientes provenían de su temor por su madre. Eran determinados por el deseo de saber si y en qué forma sus padres habían copulado esa noche y qué consecuencias había tenido ello para su madre. Los sentimientos provenientes de la escena primaria, como odio, frustración y celos se exteriorizaban en los afectos con los cuales A. a veces reaccionaba cuando, por ejemplo, encendía un cigarrillo en un momento que le parecía inoportuno. Se enojaba y me reprochaba falta de interés; que el fumar me era todo y la molestia que le podía causar no me importaba, etc. O me aconsejaba dejar totalmente de fumar. A veces esperaba con impaciencia que yo encendiera el cigarrillo y me rogaba hacerlo, por no poder esperar por más tiempo el ruido que hace el fósforo al ser encendido, y además insistía que yo no lo debía hacer inesperadamente y sin avisarle. Se puso de manifiesto que este estado de tensión era una repetición de lo que él había sentido de niño cuando, de noche, esperaba atentamente los ruidos que podrían provenir de las camas de sus padres. Deseaba percibir los primeros indicios del coito (el encender del fósforo) para saber que todo el acto terminaría pronto. Pero a veces existía realmente el deseo de que yo fumara. Provino del temor sentido de niño, cuando imaginaba que sus padres habían muerto y esperaba los ruidos del coito ansiosamente como indicio de que seguían con vida. En una etapa posterior del análisis, cuando su temor a las consecuencias del coito ya había sido atenuado, el deseo de que yo fumara demostraba esta determinación. Reviviendo las tendencias de un estadío posterior de su desarrollo deseaba el coito de los padres, porque este significaba una reconciliación de ellos, un acto pacífico y curativo. Además, quiso verse libre de la culpa de haber obligado a sus padres a la abstinencia.

El señor A. mismo solía dejar de fumar temporariamente porque esperaba de esta medida una curación de sus trastornos hipocondríacos. Pero nunca persistía durante mucho tiempo en esta actitud, y en parte porque el fumar significaba también una defensa contra sus trastornos hipocondríacos.

Con los cigarrillos, que también significaban el pene «malo» del padre, intentaba destruir los objetos malos internalizados[976]. Pero cuando los cigarrillos simbolizaban al pene «bueno» paterno, servían para la restitución del interior de su cuerpo y de los objetos internalizados.

Los síntomas obsesivos del señor A. tenían una relación íntima con los múltiples contenidos de su angustia. Habían surgido por el conocido mecanismo de desplazamiento de «magia y contramagia[977]». Servían para la afirmación o negación de determinadas preguntas: ¿Sus padres estaban

realizando ahora el coito, o iban a ocurrir ciertos acontecimientos peligrosos y en relación con el coito estos daños podrían ser curados, etc.? Pues el fundamento de su neurosis obsesiva era la creencia en una omnipotencia destructiva y constructiva que había surgido en relación con los padres unidos en el coito y había sido continuada y ampliada en relación con todo su ambiente.

También la actividad sexual de A. servía para afirmaciones y negaciones. Esta actividad tenía un carácter francamente obsesivo y estaba dominada por graves trastornos. El temor exagerado al pene del padre no había perturbado únicamente la conservación de su posición heterosexual, sino también la afirmación de la posición homosexual.

Como consecuencia de su fuerte identificación con la madre y de la fantasía predominante de haberse incorporado los padres en copulación, A. refería todos los peligros que amenazaban a su madre por la incorporación del pene también al interior de su propio cuerpo. En la situación transferencial los trastornos hipocondríacos de A. se intensificaron a menudo simultáneamente con un aumento de la transferencia negativa[978]. Cuando, sea por razones externas o internas, aumentaban las fantasías de que la madre se hallaba expuesta al coito peligroso con el padre o de que ya se había incorporado el pene peligroso del padre como consecuencia del coito, se intensificaba también el odio de A. contra mí y su temor al interior de mi cuerpo. Todo lo que indicaba el desarrollo de una catástrofe dentro de su madre, significaba por su identificación con ella también un indicio de la destrucción del interior de su propio cuerpo. Y él odiaba tanto a su madre que se unía al padre porque ella no se exponía únicamente a sí misma sino que también lo exponía indirectamente a él, en quien, según su fantasía, copulaban los padres internalizados.

Además, la madre unida al padre significaba siempre para él una enemiga. Por ejemplo, su animadversión contra mi voz y mis palabras, que a veces era muy intensa, no provenía únicamente de una equiparación de mis palabras con excrementos envenenadores y peligrosos, sino también de la fantasía de que el padre o, mejor dicho, su pene estaba dentro de mí y hablando a través de mí. Este pene influía sin duda en mis palabras y actos en forma enemistosa contra él (igualmente como el padre dentro de él le empujaba hacia malas acciones contra su madre). Además temía que el pene paterno pudiera atacarle saliendo de mi boca, mientras yo hablaba. Pues mis palabras y mi voz eran equiparadas al pene paterno.

Si la madre era destruida, ya no existía una madre «buena» y amparadora. Las fantasías de haber mordido y destrozado el pecho materno, de haberlo envenenado por medio de la orina y las heces, le llevaron muy tempranamente a la introyección de una imago materna peligrosa y envenenadora, que impedía el desarrollo de la imago materna «buena». Este proceso también había favorecido el desarrollo de rasgos paranoides, especialmente de ideas de envenenamiento y persecución. Tanto en el mundo exterior (primitivamente el seno materno) como en su propio cuerpo el enfermo no pudo encontrar un apoyo bastante fuerte contra la persecución del pene paterno y los trozos de excrementos. Pero así no solamente se intensificaba su angustia de su madre y su temor a la castración, sino que sufría también su fe en el contenido «bueno» de su propio cuerpo y en la «bondad» de su propio pene. Eso era en gran parte responsable de las graves perturbaciones de su desarrollo sexual. El temor de perjudicar a la mujer con su pene «malo» y de no poder restituirla por medio del coito formaba el fundamento de su trastorno de potencia, junto con su temor al cuerpo materno peligroso.

La debilidad de su fe en una madre «buena» había influido también en forma decisiva en el desencadenamiento de su enfermedad. El señor A. había resistido durante la guerra con bastante facilidad todos los peligros y molestias, luchando durante cierto tiempo en las primeras líneas del frente. Pero su colapso ocurrió algún tiempo más tarde, durante un viaje. Se había enfermado de disentería en un pueblito. Como se vio más tarde en su análisis, los síntomas de esta enfermedad habían reactivado la antigua situación de peligro, que era la base de sus temores hipocondríacos: el temor del pene «malo», internalizado, de los excrementos envenenadores. Pero fue la conducta de la dueña de la pensión, que le atendía en su enfermedad lo que desencadenó la crisis. Esta mujer lo atendía mal y sin ningún cariño y no le daba bastante leche ni otros alimentos. Esta vivencia reactivó el trauma del destete y los efectos de odio y angustia ligados a este. Además, inconscientemente, A. interpretaba la conducta de la dueña de la pensión como plena afirmación de su angustia, de que ya no existía ninguna madre buena y de que era abandonado sin posibilidad de salvación a la destrucción interna y a los enemigos externos. La fe en la madre «buena», que nunca había sido bastante firme, no podía vencer la actualización simultánea y excesiva de todas las situaciones de angustia. Esta falta de una imago buena materna que ampara y defiende contra la angustia era el factor último y decisivo de su colapso.

Como quise demostrar con el ejemplo de A., el desplazamiento del odio y del temor del pene paterno a la madre, tiene como consecuencia una intensificación exagerada de los temores relacionados con el cuerpo femenino, mientras que las fuentes de la atracción heterosexual sufren una disminución grande. Junto con este desplazamiento de todo lo que causa angustia y es siniestro sobre el interior invisible del cuerpo femenino, se efectúa a menudo otro proceso más, que parece ser una condición de la plena afirmación de la posición homosexual.

Adopcion de la homosexualidad

Este proceso de desplazamiento en el cual todo lo que es terrorífico e inquietante está localizado en el interior del cuerpo de la mujer, se acompaña a menudo de otro proceso que parece ser condición necesaria de la posición homosexual. En la actitud normal el pene del niño representa su yo y su consciente como opuesto a los contenidos de su cuerpo y a su superyó, que representa su inconsciente. En su actitud homosexual, esta significación se extiende, debido a su elección narcisística de objeto, al pene de otro hombre, y este pene ahora lo ve como una contraprueba contra todos sus miedos relativos al pene dentro de él y al interior de su cuerpo. Así, en la homosexualidad, un modo de dominar la ansiedad es que el yo trata de negar, controlar o sacar el mejor partido del inconsciente, destacando fuertemente la realidad y el mundo externo y todo lo que es tangible y perceptible a la conciencia.

En estos casos he encontrado que cuando el niño ha tenido una relación homosexual en la primera infancia tiene una buena oportunidad de moderar los sentimientos de odio y miedo al pene de su padre y de reforzar su creencia en el pene «bueno». Además, sobre esta relación se basarán todos los hechos homosexuales de su vida futura.

Esas relaciones proporcionan una serie de garantías, de las que mencionaré las más comunes: 1) que el pene de su padre, tanto internalizado como real, no es un perseguidor peligroso, ya sea a) para él o b) para su madre; 2) que su propio pene no es destructivo; 3) que sus miedos como niño pequeño a que sus relaciones sexuales con su hermano o hermano sustituto se descubran y que a él se lo eche de la casa, sea castrado o matado[979] no tiene fundamento, desde que sus actos homosexuales no han tenido malas consecuencias; 4) que ha tenido cómplices y aliados secretos, porque en su vida temprana sus relaciones con su hermano o hermano sustituto significaron

que los dos estaban aliados para destruir a los padres separadamente o combinados durante la copulación. En su imaginación, su compañero amoroso ejecutará a veces el papel del padre, con el cual emprendió ataques secretos sobre su madre durante y por medio del acto sexual (uno de los padres estará mal dispuesto para con el otro), y a veces el de su hermano, quien, con él mismo, destruyó el pene del padre dentro de la madre y dentro de sí mismo.

El sentimiento (basado en haber tenido fantasías sádicas de masturbación en común) de estar aliado con otro en contra de los padres, por medio del acto sexual, sentimiento que es, creo, de general importancia para las relaciones sexuales de los niños pequeños, está íntimamente ligado a mecanismos paranoicos[980]. Cuando tales mecanismos operan muy fuertemente el niño tendrá una fuerte tendencia a encontrar aliados cómplices en su posición libidinal y relaciones de objeto. La posibilidad de lograr que su madre esté de su parte contra su padre —últimamente, de destruir el pene del padre dentro de ella copulando con ella— puede transformarse en una condición necesaria para la adopción de una posición heterosexual, y puede capacitarlo, cuando sea adulto, para mantener esa posición a pesar de tener acentuados rasgos paranoides. Por otra parte, sí su miedo al cuerpo peligroso de su madre es demasiado fuerte y la buena imago de su madre no ha podido desarrollarse, sus fantasías de aliarse con su padre contra su madre y de unirse a su hermano contra ambos padres lo inclinará a establecer una posición homosexual.

El impulso del niño a maldisponer sus objetos unos contra otros y a obtener poder sobre ellos asegurándose aliados secretos, tiene sus raíces, en lo que yo he podido ver, en fantasías de omnipotencia, en las cuales, por medio de los atributos mágicos de excrementos y pensamientos, heces venenosas y flatos son introducidos dentro de sus objetos para dominarlos o destruirlos. De este modo las heces del niño son los instrumentos de sus ataques secretos sobre el interior de sus objetos y son consideradas por él como objetos dañinos o animales que actúan en interés de su yo. Estas fantasías de grandeza y omnipotencia juegan una gran parte en los delirios de persecución y referencia y en ideas delirantes de ser envenenado. Ellas hacen que el paciente tenga miedo de ser atacado por sus objetos en la misma forma secreta en que él los ataca a ellos[981], y a veces, también, miedo de sus propios excrementos en caso de que ellos se vuelvan contra su yo de un modo hostil y traicionero. Analizando tanto niños como adultos me he enfrentado con un miedo a que sus heces asuman de algún modo una existencia independiente y no estén más bajo su control, y a que hagan daño a sus objetos internos y externos contra la

voluntad del yo. En tales casos, las heces fueron comparadas a toda clase de animales pequeños e insectos, tales como ratas, ratones, moscas, chinches, etcétera[982].

Cuando el individuo está más ocupado con la ansiedad paranoide en lo que respecta a las heces y pene como perseguidores, su objeto de amor del mismo sexo representará primero y después de todo, un aliado contra los perseguidores. El deseo libidinal de un «buen» pene será fuertemente sobrecompensado y servirá al propósito de ocultar sus sentimientos de odio y temor frente al pene «malo». Si tal compensación fracasa, su odio y miedo al objeto de amor se manifestará y tendrá por objeto una reversión paranoica de la persona amada en perseguidor[983].

Estos mecanismos, que son dominantes en casos de un carácter paranoico, entran, aunque en menor grado, dentro de toda actividad homosexual. El acto sexual entre hombres sirve siempre en parte para gratificar impulsos sádicos y para confirmar el sentimiento de omnipotencia destructiva; y detrás de la relación libidinal positiva de un «buen» pene como objeto de amor externo acechan, en mayor o menor grado, de acuerdo con la cantidad de odio presente, no solo odio al pene del padre, sino también impulsos destructivos contra el compañero sexual y miedo a él por estos impulsos.

En su «Homosexualitát und Oedipuskomplex», 1926, Félix Boehm ha dirigido su atención «a la parte que juega ese aspecto del complejo de Edipo, que consiste en el odio del niño hacia su padre y en su deseo de muerte y deseos de castración activos contra él». Ha demostrado que al realizar los actos homosexuales el hombre muy frecuentemente tiene dos fines: 1) hacer a su compañero impotente para el acto heterosexual, en cuyo caso es meramente una cuestión de mantenerlo alejado de las mujeres y 2) castrarlo, en cuyo caso quiere tener posesión del pene de su compañero así como aumentar su propio poder sexual con las mujeres. En cuanto al primer fin, mis propias observaciones me han conducido a creer que sus deseos de mantener a otros hombres alejados de las mujeres, es decir, de su madre o hermanas, está basado no solo en celos primarios de su padre, sino en un miedo a los riesgos en que su madre incurre al copular con él. Desde que esos riesgos surgen no solo del pene de su padre sino también de su propio pene sádico, él está provisto de un fuerte motivo para adoptar la posición homosexual[984].

En esta posición, según he encontrado en los análisis de niños como en los de hombres, él, en su inconsciencia, ha hecho un convenio con sus padres y hermanos por el cual todos se abstendrán de tener relaciones con su madre (o hermanas) para preservarla a ella de peligros y buscarán compensación de

esta abstención entre ellos mismos. En cuanto al segundo fin, estoy en completo acuerdo con la opinión de Boehm. El deseo del niño de castrar a su padre para conseguir su pene y ser potente en la relación sexual con la madre lo impulsa a una posición homosexual.

En algunos casos he visto que había no solo el deseo de tomar posesión de un pene especialmente potente, sino de acumular una gran cantidad de semen, que de acuerdo con sus fantasías era necesario para dar a su madre gratificación sexual[985]. Además necesita poner penes «buenos» y semen «bueno» dentro de él para hacer bueno también el interior de su cuerpo. Este deseo está fortalecido en el estadío genital por la creencia de que sí su interior está intacto será capaz de dar a su madre semen bueno y también niños, situación que lo lleva a aumentar su potencia en la posición heterosexual. Si por otra parte predominan sus tendencias sádicas —su deseo de tomar posesión del pene del padre y del semen por medio del acto homosexual— tendrá también en parte un fin heterosexual. Porque identificándose él mismo con su padre sádico tendrá más poder para destruir a su madre copulando con ella.

Se ha dicho más de una vez que el instinto de conocer es un impulsor de la realización del acto sexual. Pero cuando el individuo obtiene gratificación de su instinto en conexión con actividades homosexuales, lo emplea en parte para aumentar su eficiencia en la posición heterosexual. El acto homosexual está destinado a realizar los tempranos deseos de su infancia de tener la oportunidad de ver qué sentido el pene de su padre difiere del suyo y averiguar en qué forma se comporta aquel cuando copula con su madre. Necesita saber cómo hacerse más potente y apto en la relación sexual con su madre [986].

El caso del señor B.

Trataré de dar algunos fragmentos de un historial para ilustrar la importancia de algunos de los factores analizados más arriba en la adopción de la posición homosexual. B., un hombre de entre 30 y 40 años, vino al tratamiento por graves inhibiciones en el trabajo y depresiones profundas. Su inhibición en el trabajo, de la que sufría desde hacía mucho tiempo, había aumentado a un grado tal por un cierto acontecimiento de su vida, que citaré, que lo obligó a renunciar a un trabajo de investigación que había comenzado y a abandonar su puesto de maestro. Se vio que aunque el desarrollo de su carácter y de su yo había sido exitoso y estaba dotado intelectualmente más de lo común,

sufría de profundos trastornos en su salud mental. Sus crisis de depresión se remontaban a su temprana infancia, pero en los últimos años se hicieron tan agudas que lo llevaron a un estado general de depresión y a que se alejara en gran parte de la gente. Tenía miedo —aunque sin causa— de que su aspecto alejara a la gente, y esto hacía aun mayor su disgusto por la sociedad. Sufría también de una grave manía de duda, que cubría el campo de sus intereses intelectuales de un modo cada vez más extendido y que era especialmente dolorosa para él.

Detrás de estos síntomas manifiestos pude deducir la presencia de una profunda hipocondría[987], de fuertes ideas de persecución y referencia, que por momento tomaban el carácter de delirios, pero que parecían serle curiosamente indiferentes. Por ejemplo, este hombre, durante su estada en una pensión veraniega, tenía la impresión de que una de las huéspedes le provocaba sexualmente y amenazaba su vida. Una indisposición sin importancia le pareció provocada por un pan que esta señora le había comprado. Creía que lo había envenenado. Por eso el señor B. abandonó enseguida esta pensión, pero volvió a ella un año más tarde. Y lo hizo sabiendo que iba a encontrarse otra vez con esta mujer. Se acercaron y establecieron una relación amistosa. Pero a pesar de eso, B. siguió con su antigua sospecha. Se tranquilizó, pensando que ella, como amiga suya, no iba a repetir su intento de envenenamiento. Lo notable era que no le guardaba rencor por el supuesto intento. Esta actitud se basaba en parte en su amplio desplazamiento afectivo y en parte en su actitud comprensiva y tolerante frente a la psiquis de otras personas. Pudo ocultar a todos estas ideas de referencia, persecución y ansiedad hipocondríaca y aun, en cierto sentido, sus graves síntomas obsesivos. Este extraordinario poder de disimulo iba junto con sus características paranoides, que eran muy fuertes. Aunque sentía que era observado y espiado por la gente y desconfiaba mucho de ella, su sutileza psicológica fue tan grande que pudo ocultar sus pensamientos y sentimientos completamente. Pero junto con este esfuerzo calculador de disimulo, en él había una gran frescura y espontaneidad de sentimientos, que surgía de su positiva relación de objeto y se remontaba a su fuerte sentimiento optimista originado en las profundas capas de su mente; estos últimos le ayudaron también a ocultar su enfermedad, pero en los últimos años había perdido casi toda su eficacia.

B. era un verdadero homosexual. Aunque tenía buenas relaciones con la mujer (y con el hombre) como seres humanos, como objetos sexuales los rechazaba tan completamente que no podía comprender cómo podían poseer

alguna atracción[988]. Desde el punto de vista físico ellas eran algo raro, misterioso y sobrenatural para él. Las formas de sus cuerpos le repelían, especialmente los pechos y las nalgas y su falta de pene[989]. Su aversión a los pechos y nalgas se basaba en impulsos sádicos muy fuertes. Tenía fantasías de golpear «aquellas partes salientes» hasta que se hiciera «planas» y «reducidas», y quizá de este modo, él decía, podría amar a las mujeres. Estas fantasías estaban determinadas por su idea inconsciente de que la mujer estaba tan llena de penes del padre y excrementos peligrosos equiparados al pene, que estos le habían deformado el cuerpo produciendo las saliencias del mismo. Así, su odio a las partes salientes estaba realmente dirigido contra los penes internalizados, que volvían a emerger[990]. En su imaginación el interior del cuerpo de la mujer era un espacio enorme donde acechaban toda clase de peligros y muertes, y ella misma era una cosa que contenía penes terroríficos y excrementos peligrosos. Consideraba su tez delicada y todos sus otros atributos femeninos como una envoltura superficial que cubría la destrucción que había sido hecha en su interior, y aunque lo atraían, las temía, tanto más como que eran signos de su naturaleza engañosa y traicionera.

Equiparando el pene aterrador a pedazos de excrementos, mi paciente extendió aún más su desplazamiento del miedo surgido al pene del padre hacia el cuerpo de la madre, y lo aplicó también a los excrementos envenenados, y peligrosos de su padre. En este sentido buscó esconder dentro del cuerpo de su madre todas las cosas que él había odiado y temido. Que este proceso de desplazamiento había fracasado puede inferirse del hecho de que B. volvió a sus ocultos objetos de ansiedad bajo la forma de pechos y nalgas femeninas. Ellos simbolizaban perseguidores que salían del cuerpo de la mujer y lo observaban; y según me contó, con evidente displacer y ansiedad, nunca hubiera osado pegarle o atacarla porque tenía demasiado miedo de tocarla.

Al mismo tiempo que había desplazado de este modo hacia el cuerpo de su madre todas estas cosas que lo asustaban, haciendo de ella un objeto de horror, idealizó el pene y el sexo masculino en un grado muy elevado. Para él, el hombre, en quien todo se veía con claridad y que no ocultaba secretos en su interior, era el solo objeto hermoso y natural[991]. De modo similar, había reprimido muy fuertemente todo lo que se relacionaba con el interior de su propio cuerpo y había concentrado su interés en todo lo que estaba en la superficie y era visible, especialmente en el pene. Pero lo fuerte de sus dudas, aun sobre este asunto, se vio en el hecho de que cuando tenía 5 años preguntó a su niñera qué era lo peor: «lo de adelante o lo de atrás» (significando pene o

ano), y había quedado muy turbado cuando esta le dijo: lo de adelante. También recordó que cuando tenía 8 años estaba en lo alto de una escalera, miró hacia abajo y odió las medias negras que llevaba[992]. Sus asociaciones mostraron que la casa de sus padres le había parecido siempre triste, «muerta», y que se hacía a sí mismo responsable de esto en el significado simbólico del cuerpo de su madre y el suyo propio arruinado por sus peligrosos excrementos (las medias negras), que los habían dañado a ambos, a él y a madre. A consecuencia de la represión extensiva de su «interior» su desplazamiento de este a su «exterior», B. había llegado a odiar temer a este último, no solo en cuanto a su aspecto personal, aunque esto fue una continua fuente de preocupaciones y cuidados para él, sino también en cuanto a otros temas ligados a este. Por ejemplo, tenía por ciertas vestimentas, especialmente la ropa interior, el mismo odio que tuvo por sus medias negras, y sentía como si ellas fueran sus enemigos que lo estaban cercenando, hundiéndolo al pegarse tan íntimamente con su cuerpo[993]. Representaban sus objetos internalizados y excrementos que le perseguían desde el interior. En virtud del desplazamiento de su miedo a peligros internos, hacia el mundo externo, sus enemigos dentro de él se habían transformado en enemigos fuera de él.

Volvamos ahora a considerar la estructura del caso. El paciente había sido criado con biberón; el hecho de que estos componentes libidinales no habían sido gratificados por su madre; habían impedido su fijación oral de succión al pecho de la misma. Debido a su frustración, también sus impulsos destructivos contra el pecho habían aumentado, transformando esta parte del cuerpo en bestias y monstruos peligrosos en su imaginación (en su inconsciente había asimilado el pecho de las mujeres con arpías). Este proceso había sido auxiliado por su equiparación del pecho con el pene del padre, que pensó había sido puesto en el interior del cuerpo de la madre y luego había vuelto a surgir. Además había comenzado muy tempranamente a equiparar el biberón con el pene lleno, y, a consecuencia de su frustración del pecho, se dirigió a él con especial avidez, como un objeto de gratificación de sus deseos orales de succión. Su adopción d una actitud homosexual había sido ayudada grandemente por hecho de haber sido seducido muy tempranamente en su vida —aproximadamente en su segundo año— por su hermano, que era dos años mayor que él. Puesto que el acto de *fellatio* gratificaba sus deseos orales de succión hasta entonces insatisfechos, este hecho lo llevó a una fijación en el pene exageradamente fuerte. Otro factor fue que su padre, que hasta entonces había sido un hombre poco demostrativo, se hizo más afectuoso con la influencia de su hijo menor. El

niñito se había propuesto conquistar su amor y lo había conseguido. El análisis mostró que el niño consideró esta victoria como una prueba de que era capaz de transformar el pene «malo» del padre en uno «bueno». Y sus esfuerzos para realizar una transformación de esta clase y disipar así un número de miedos se convirtió en años posteriores en uno de los motivos de tener relaciones con los hombres.

B. tenía dos hermanos. Por Leslie, el que lo había seducido y que era 2 años mayor que él, sentía gran admiración aun desde pequeño, y para él representó el pene «bueno», en parte sin duda a causa de la temprana gratificación de sus deseos orales que había recibido de su hermano mediante el acto sexual. Su mayor ambición fue hacerse digno de su amistad y seguir sus pasos, y, en efecto, eligió la misma profesión. En cuanto a su otro hermano, David, que era cuatro años mayor que él, tuvo una actitud muy diferente. Este hermano era hijo de su padre en un matrimonio anterior, y B. sintió, probablemente con exactitud, que su madre mostraba preferencia por sus propios hijos. No quería a este hermano y había tratado de superarlo cuando pequeño, a despecho de la diferencia de edades. Esto se debía en parte a la actitud masoquística de David, y en gran parte a su gran superioridad mental. Desahogaba contra su hermano, con el que también mantuvo relaciones sexuales en la temprana infancia[994], sus impulsos sádicos contra el pene «malo», y al mismo tiempo lo consideraba como la madre peligrosa que contenía los penes del padre. Sus hermanos, se verá, fueron los sustitutos de las imagos parentales, y fue contra ellos que activó sus relaciones con estas imagos, porque aunque quería a su madre en la vida real, y mucho más que a su padre, estaba poseído en la fantasía, como sabemos, por imagos del mágico pene «bueno» (su padre) y de una madre terrorífica. Nunca llegó a querer a David, aun siendo adulto, y esto fue en parte, según lo mostró el análisis, debido a que se sentía culpable frente a él.

Mientras, un número de factores animaban a B. a que adoptara una actitud homosexual, otros, externos, trabajaban ya tempranamente contra el establecimiento de una posición heterosexual. Su madre fue muy cariñosa con él, pero el niño pronto descubrió que no era muy afectuosa con su padre y que tenía una aversión a los genitales masculinos en general. Tenía, probablemente, razón en su impresión de que ella era frígida y desaprobaba los deseos sexuales del niño, y su amor muy pronunciado al orden y a la limpieza lo corroboraban. Las niñeras que había tenido desde pequeño eran adversas también a todo lo que fuera sexual o instintivo (el lector recordará la contestación de la niñera de que lo de «adelante» era peor que lo de «atrás»).

Otra cosa que se opuso al establecimiento de la posición heterosexual, fue que no tuvo compañeritas de juego en su temprana infancia. No hay duda de que su miedo al interior misterioso del cuerpo de la mujer hubiera disminuido grandemente si hubiera tenido una hermana, porque entonces hubiera satisfecho su curiosidad sexual en cuanto a los genitales femeninos más tempranamente. De este modo no lo logró hasta que tuvo 22 años, cuando al observar el cuadro de una mujer desnuda se dio cuenta, conscientemente, de qué modo el cuerpo de la mujer difería del hombre. Se vio en el análisis que las polleras voluminosas y anchas que usaban las mujeres de su tiempo aumentó en forma múltiple su idea del enorme, desconocido y peligroso interior de sus cuerpos. Su «ignorancia» de estos temas —ignorancia que surgió de su ansiedad pero que fue aumentada por los factores externos ya descritos— contribuyó a su rechazo de la mujer como objeto sexual.

En mi descripción del desarrollo del hombre he mostrado que la centralización de su potencia sádica en el pene es un paso importante en el establecimiento de su posición heterosexual, y que para efectuar tal paso su yo tiene que haber adquirido una capacidad suficiente para tolerar su sadismo y ansiedad en los tempranos estadios de su desarrollo. En B. esta capacidad fue muy poca. Su creencia en la omnipotencia de sus excrementos fue más fuerte que lo usual en los niños[995]. Sus impulsos genitales y sus sentimientos de culpa, por otra parte, habían tomado la delantera muy tempranamente y habían traído consigo buenas relaciones con sus objetos y una adaptación satisfactoria con la realidad. El prematuro fortalecimiento de su yo tuvo como consecuencia la de ejercer una represión violenta de sus impulsos sádicos, especialmente los dirigidos contra la madre, de modo que no tuvieron suficiente contacto con sus objetos reales y permanecieron ligados a las imagos fantásticas, especialmente en lo que concernía a su madre[996]. El resultado de esto fue que junto con la buena relación con los objetos de ambos sexos, había todavía un miedo profundo y dominante por sus imagos fantásticas y malas, y estas dos actitudes frente a sus objetos corrían un curso paralelo, pero separado, sin estorbarse una a la otra en ningún punto.

No solo no pudo B., por las razones arriba citadas, emplear su pene como órgano de ejecución de su sadismo contra su madre, sino que no pudo realizar sus deseos de restaurarla por medio de su pene «bueno» en el acto sexual[997]. En lo referente al pene de su padre, su sadismo estaba reprimido con mucho menos fuerza. Sin embargo, esto no influyó suficientemente en sus tendencias edípicas directas, porque los factores ya analizados trabajaban muy poderosamente contra el logro de una posición heterosexual. Su odio al pene

de su padre no pudo así ser modificado de un modo normal. Esto tuvo que ser en parte sobrecompensado por una creencia en el pene «bueno» y esto formó la base de su posición homosexual.

En el curso de esta fuga de todo aquello que era anal y de todo lo relacionado con el interior del cuerpo, y ayudado por su fuerte fijación oral de succión sobre el pene y por los factores ya descritos, B. desarrolló muy tempranamente en su vida una gran admiración por el pene de los otros muchachos, admiración que en ciertos casos llegaba hasta la adoración. Pero el análisis mostró que a consecuencia de su intensa represión de lo anal, el pene había tomado cualidades anales en alto grado. Veía a su pene como inferior y feo (y sucio por completo), y su admiración por el pene de otros hombres y muchachos estaba sujeta a ciertas condiciones. Un pene que no cumpliera estas condiciones era repulsivo para él, porque entonces tomaba las características del pene peligroso de su padre y de «malos» pedazos de excrementos. A pesar de esta limitación, sin embargo logró una posición homosexual bastante estable. No tenía sentimientos de culpa consciente o de inferioridad por sus actividades homosexuales, porque en ellas sus tendencias restitutivas, que no habían podido aparecer en su posición heterosexual, desarrollaron su capacidad por completo.

La vida erótica de B. estaba dominada por dos tipos de objeto. El primero, al que se había dirigido persistentemente desde sus días escolares, consistía en muchachos y más tarde en hombres que no eran atractivos y que con razón se sentían en segundo plano. Este tipo respondía a su hermano David. B. no sentía placer en las relaciones sexuales con estas personas, porque sus impulsos sádicos jugaban con demasiada fuerza y él se daba cuenta que hacía que los otros sintieran su superioridad y los atormentaba de todos los modos posibles. Al mismo tiempo, sin embargo, era un buen amigo de ellos y ejercía una influencia mental favorable y los ayudaba de distintos modos. El segundo tipo correspondía a su otro hermano, Leslie. Acostumbraba a enamorarse muy profundamente con este tipo de personas y tenía una real adoración por su pene[998].

Ambos tipos servían para gratificar a B. en sus tendencias restitutivas y aliviar su ansiedad. En sus relaciones con el tipo primero, copular significaba restaurar el pene del padre y de su hermano David, que a causa de sus poderosos impulsos sádicos contra ellos creyó haber destruido. Al mismo tiempo se identificaba con este objeto inferior y castrado, de modo que el odio al objeto iba también dirigido contra sí mismo, y su restitución del pene del objeto implicaba una restitución de su propio pene. Pero, en el análisis

posterior, las tendencias restitutivas frente al pene servían al propósito de restaurar a su madre; se traslucía que el haber castrado a su padre y a su hermano significaba haber atacado a los niños dentro de su madre y que sentía una culpa profunda frente a ella por esta causa. Restaurando el pene del padre y del hermano, trataba de devolver a su madre un padre ileso, niños ilesos y un interior ileso. La restauración de su propio pene significaba, además, que tenía un pene «bueno» y que podía dar a su madre gratificación sexual.

En la relación de B. con el tipo Leslie, su deseo de realizar restitución era menos evidente, porque en este caso se trataba del pene «perfecto». Este pene «perfecto» que fue el objeto de su admiración intensa, representaba un gran número de contrapruebas mágicas contra sus miedos. Y desde que se identificaba con su objeto de amor, el que este poseyera un pene «perfecto» era la prueba de que su propio pene también era «perfecto»; y también mostró que el pene de su padre y hermano estaban intactos y fortaleció su creencia en el pene «bueno» en general, y también en la que el cuerpo de su madre estaba intacto. En su relación con el pene admirado, sus impulsos sádicos también encontraron salida, aunque de un modo inconsciente; porque aquí sus actividades homosexuales significaban la castración de su objeto de amor, en parte a causa de sus celos del mismo, y en parte, debido a que quería asir el pene «bueno» para poder de todos modos tomar el lugar del padre con la madre.

Aunque la posición homosexual de B. había sido establecida muy temprana y fuertemente, y aunque conscientemente rechazaba la heterosexual, había mantenido siempre inconscientemente fines heterosexuales frente a los cuales cuando niño había luchado ardientemente en su imaginación y a los que nunca había renunciado. Para su inconsciente, las diversas actividades homosexuales representaban caminos distintos que lo llevaban a un fin heterosexual.

Los *standard* s que su superyó impuso a sus actividades sexuales eran muy altos. Al copular debía reparar cada cosa que había destruido en su madre. Su trabajo de restauración por medio del acto sexual comenzó, por las razones que hemos visto, con la restauración del pene, y allí también terminó. Fue como si una persona hubiera querido hacer una casa particularmente hermosa pero estuviera llena de dudas sobre si había puesto bien o mal los cimientos. Continuaba tratando de que estos cimientos fueran más sólidos, y no era nunca capaz de trabajar en el resto del edificio.

De este modo la creencia de B. en su capacidad para restaurar el pene era la base de su estabilidad mental, y cuando esta creencia fue destruida, se

enfermó. Lo que sucedió fue lo siguiente: algunos años antes su querido hermano Leslie había perdido la vida en un viaje de exploración. Aunque su muerte había afectado a B. muy profundamente, no había trastornado su salud mental. Pudo soportar el golpe porque no hizo surgir su sentimiento de culpa o no minó en mayor grado su creencia en su omnipotencia constructiva. Leslie había sido para él el poseedor del mágico pene «bueno» y B. pudo transferir su creencia en él y su amor por él a otra persona como sustituto. Pero ahora su hermano David estaba enfermo. B. se dedicó a él durante su enfermedad y tuvo la esperanza de curarlo por medio de una fuerte y favorable influencia sobre él. Pero sus esperanzas fueron frustradas y David murió. Fue este golpe el que lo desmoralizó y trajo como consecuencia su enfermedad. El análisis demostró que este segundo golpe fue para él mucho más duro que el primero, porque tenía un fuerte sentimiento de culpa hacia su hermano mayor. Por encima de todo, su creencia de que podía restaurar el pene dañado había sido minada. Esto significó que tenía que abandonar la esperanza de todas las cosas que en su inconsciente estaba tratando de restaurar —en última instancia su madre y su propio cuerpo—. La severa inhibición en su trabajo fue otra consecuencia de la pérdida de esta esperanza.

Hemos visto por qué su madre no pudo ser el objeto de sus tendencias restitutivas llevadas a cabo por medio de la copulación, y de allí, el que no fuera un objeto sexual para él. Ella solo pudo ser un objeto de sus emociones afectivas. Pero aun así su ansiedad y su sentimiento de culpa eran demasiado grandes; y no solo sus relaciones de objetos estaban expuestas a serios trastornos, sino que sus tendencias de sublimación se vieron muy obstaculizadas. Sucedió que B. que estaba conscientemente muy preocupado por la salud de su madre —aunque como dijo él, no era exactamente inválida sino «delicada»—, era en su inconsciente un esclavo completo de esta preocupación. Lo expresó en la situación de transferencia, temiendo continuamente, antes de que su análisis se interrumpiera para las vacaciones (y, según se vio más tarde, antes de cada fin de semana, y aun entre un día y el otro), que nunca me vería de nuevo porque algún accidente fatal me podía ocurrir durante el intervalo. Esta fantasía, que volvía a él una y otra vez con toda clase de variaciones, era siempre del mismo tema —que a mí me sucedería un accidente, sería atropellada por un auto en una calle de mucho tránsito—. Esta calle en realidad era una calle de su ciudad natal en América y jugaba una gran parte en sus recuerdos infantiles. Cuando acostumbraba a salir con su niñera, siempre había cruzado la calle con el miedo —según lo demostró el análisis— de que nunca vería a su madre de nuevo. Siempre que

se encontraba en un estado de profunda depresión, acostumbraba a decir en su análisis que las cosas nunca podrían «enmendarse» y que él nunca podría trabajar más, a menos que ciertas cosas hubieran sucedido, por ejemplo, que todo el tránsito que había pasado por esa calle no hubiera pasado. Para él, como para los niños a cuyos análisis he hecho referencia antes, el movimiento de coches representaba el acto de copulación entre sus padres, que en sus fantasías de masturbación él había transformado en un acto fatal para ambas partes, de modo que él se convirtió en la víctima del miedo a que su madre y (debido a su introyección del pene «malo» y de sus padres combinados) él mismo, serían destruidos por el peligroso pene de su padre incorporado dentro de ella. De aquí su miedo manifiesto a que ambos fueran atropellados por un coche. Contrastando con su ciudad natal, que él veía como un lugar arruinado, oscuro y sin vida a pesar del hecho —o debido al hecho, según demostró su análisis— de que allí había mucho tránsito (es decir, continua copulación entre su padre y su madre), se figuraba una ciudad imaginaria llena de vida, luz y belleza[999], y a veces encontraba su visión realizada, aunque solo por un corto tiempo, en las ciudades que él visitaba en otros países. Esta ciudad visionaria y lejana representaba a su madre una vez más restaurada y vuelta a despertar a una nueva vida y también a su propio cuerpo restaurado. Pero el exceso de su ansiedad le hizo sentir que una restauración de esta naturaleza no podría realizarse, y esto también fue la causa de su inhibición en el trabajo.

Mientras B. todavía pudo trabajar, estuvo ocupado en escribir un libro en el cual había recopilado los resultados de sus investigaciones científicas. Este libro, cuya escritura tuvo que abandonar cuando su inhibición para el trabajo se hizo demasiado fuerte, tenía el mismo significado para él que la hermosa ciudad. Cada trozo separado de información, cada oración aislada, denotaba el pene restaurado de sus padres y los niños ilesos, y el libro en sí representaba a su madre ilesa y a su propio cuerpo restaurado. Se vio en el análisis que fue su miedo al contenido «malo» de su cuerpo el principal impedimento para sus poderes creativos. Uno de sus síntomas hipocondríacos fue un sentimiento de inmenso vacío en su interior. En el plano intelectual tomó la forma de una queja de que las cosas que eran valiosas y hermosas e interesantes para él, habían perdido valor y estaban «gastadas» y que se las habían robado de algún modo. La causa más profunda de esta queja resultó ser su miedo de que al arrojar sus malas imagos y excrementos peligrosos hubiera perdido aquellos contenidos de su cuerpo que eran «buenos y hermosos».

El motivo más poderoso de su trabajo creativo provenía de su posición femenina. En su inconsciente fue impuesta una cierta condición: A menos que

su cuerpo estuviera lleno de buenos objetos —en realidad de hermosos niños[1000]— no podría crear, es decir, traer niños al mundo. Con el fin de obedecer a esta condición, tenía que desembarazarse de los objetos «malos» en su interior (pero entonces se sentía vacío); o si no, tenía que transformarlos en objetos «buenos» del mismo modo que quería transformar el pene de su padre y de su hermano en penes «buenos». Si hubiera podido hacer esto hubiera tenido la seguridad de que el cuerpo de su madre y los niños de ella y el pene de su padre estaban también todos restaurados; entonces, su padre y su madre hubieran podido vivir juntos cordialmente y tener entre ellos satisfacción sexual completa, y él mismo al identificarse con su padre bueno, podría haber dado a su madre niños y haber consolidado su posición heterosexual.

Cuando mi paciente volvió de nuevo a su libro después de un análisis de 14 meses, su identificación con su madre se colocó en un primer plano muy claramente. Esto se demostró en la situación de transferencia en fantasías de ser mi hija. Recordó que cuando él era un niñito ansiaba ser una niña conscientemente, porque su madre hubiera preferido tener una hija, e inconscientemente porque entonces hubiera podido amar a su madre de un modo sexual. Porque así no hubiera tenido que temer dañarla con su pene, que era odioso para ella y que él mismo sentía peligroso[1001]. Pero a pesar de su identificación con su madre y sus características marcadamente femeninas —características que también se presentaron en su libro— no había podido mantener la posición femenina. Esto era un gran impedimento en el camino de sus actividades creadoras, que habían estado siempre inhibidas de algún modo.

A medida que su identificación con su madre y su deseo de ser mujer se hicieron más prominentes en el análisis, su inhibición en el trabajo disminuyó gradualmente. Su deseo de tener niños y, paralelamente, sus capacidades creadoras habían sido obstaculizadas por sus miedos a sus objetos internalizados; porque su miedo a su madre como rival estaba dirigido primero y principalmente hacia su «mala» madre internalizada, quien estaba unida a su padre. Eran aquellos objetos internalizados los causantes también de su intenso miedo de ser observado. Tenía que preservar de ellos todos sus pensamientos, porque cada pensamiento representaba un trocito bueno dentro de él: un niño[1002]. Por esta razón transfería sus pensamientos al papel tan rápidamente como le era posible, para protegerlos de los objetos malos que se interponían en su camino al escribir. Tenía que realizar la separación de los objetos malos de los buenos dentro de su cuerpo y también transformar los

malos en buenos. Su trabajo al escribir su libro y el proceso total de su producción mental vinculado a esto, estaban equiparados en su inconsciente a la restauración del interior de su cuerpo y a la creación de niños. Estos niños iban a ser de su madre, y él restauraba a su buena madre dentro de él llenándola a ella con hermosos niños restaurados y tratando cuidadosamente de preservar aquellos objetos —creados de nuevo— de los objetos «malos» dentro de él, que eran sus padres combinados en copulación y el pene «malo» de su padre. De este modo hacía a su propio cuerpo también sano y hermoso, porque su «buena», hermosa e intacta madre, a su vez, lo protegía de los «malos» objetos dentro de él. Con esta madre «buena» restaurada B. pudo también identificarse[1003]. Los hermosos niños (pensamientos, conocimientos) con los cuales, en su imaginación, poblaba su interior, eran los niños que había concebido en identificación con su madre, así como los niños que había engendrado ella como la «buena» madre, es decir, la madre que le dio a él leche curativa y así lo ayudó a tener el pene potente y curativo. Y no fue hasta que pudo adoptar y sublimar esta posición femenina que sus componentes masculinos se hicieron más eficaces y provechosos en su trabajo.

A medida que su creencia en su madre «buena» se hizo más poderosa, su ansiedad paranoide e hipocondríaca y también sus depresiones se hicieron menos intensas, B. pudo en grado creciente realizar su trabajo, al principio presentando todos los signos de ansiedad y compulsión, pero luego haciéndolo con mucha más facilidad y soltura. Junto con esto hubo una ininterrumpida disminución de sus manifestaciones homosexuales. Su adoración por el pene disminuyó y su miedo por el pene «malo», que hasta ahora había sido oscurecido por su admiración por el pene «bueno» y hermoso, se hizo más claro. En esta fase nos encontramos frente a un miedo particular, el de que el pene «malo» internalizado de su padre había tomado posesión del suyo, colocándose dentro de él y controlándolo desde adentro[1004]. B. sintió que había perdido el dominio de su propio pene y no podía usarlo en una forma «buena» y productiva. Este miedo había aparecido con mucha fuerza durante su pubertad. En esa época trataba con toda su fuerza de impedir la masturbación. Y como consecuencia tenía poluciones nocturnas. Esto hizo nacer un miedo en él de no poder controlar su pene y de que estaba poseído por el diablo. También pensó que era debido a esto que podía hacer cambiar el tamaño de su pene y volverlo más grande o más chico, y atribuía todos los cambios que este sufría en relación con su desarrollo a la misma causa.

Este miedo había contribuido enormemente a su aversión por su propio pene y a su sentimiento de que era inferior en el sentido de ser anal, «malo» y destructivo. Surgió en conexión con esto un impedimento importante también para su adopción de una posición heterosexual. Desde que debía suponer que el pene «malo» de su padre estaría siempre presente mientras él realizara el coito con su madre y lo forzaría a cometer malas acciones, se veía obligado a apartarse de las mujeres. Se hizo evidente ahora que el énfasis excesivo que había puesto sobre su pene como representante de lo consciente y de lo que era visible y su múltiple represión y negación de la existencia del interior de su cuerpo había fracasado también en este punto. Tan pronto como este conjunto de miedos fueron analizados, la capacidad de trabajo de B. aumentó aún más y su posición heterosexual se vio fortificada.

En este punto de su análisis mi paciente tuvo que dejar de venir por algún tiempo porque se vio obligado a volver a América para arreglar sus asuntos, pero tenía la intención de volver para prolongar el tratamiento. Hasta este punto su análisis había ocupado 380 horas y había durado unos 2 años. Los resultados hasta ese momento fueron de que sus profundas depresiones y su inhibición en el trabajo habían sido casi completamente curadas y sus síntomas obsesivos y su ansiedad, tanto del tipo paranoide como hipocondríaco, habían disminuido considerablemente. Estos resultados justifican que creamos que un período de tratamiento posterior le hubiera permitido establecer completamente una posición heterosexual. Pero para realizar esto se hace claro, por el análisis ya efectuado, que su miedo a la imago no real de su madre tendría que ser aún más disminuida, de modo que sus objetos reales e imaginarios, tan ampliamente separados en su mente, pudieran unirse aún más, y su creciente creencia en su «buena» madre restaurada y en su posesión de un «buen» pene, que hasta ahora en su mayor parte ha sido dirigido hacia su madre internalizada, y ayudado a curar su inhibición en el trabajo, pudieran tener un efecto completo sobre sus relaciones con las mujeres como objeto sexual. Además su miedo al pene «malo» de su padre tendría que ser aún más disminuido para fortificar su identificación con su padre «bueno».

En el caso que analizamos se verá que los factores sobre cuya fuerte actuación depende el cambio completo del paciente de la homosexualidad a la heterosexualidad, son los mismos factores que aquellos cuya presencia ha sido mencionada en la primera parte de este capítulo como condición necesaria para el firme establecimiento de una posición heterosexual. Al reconstruir o investigar el desarrollo del hombre normal, señalé que la base

del mismo era la supremacía de la buena imago de la madre, que ayuda al niño a vencer su sadismo y que actúa contra todas sus diversas ansiedades. Como en el caso de sus miedos, en este, el deseo del niño de restaurar el cuerpo de la madre y el suyo propio actúan entre sí, siendo la realización del uno esencial para la realización del otro. En el estadío genital son una precondición para el logro de su potencia sexual. Una creencia adecuada en los «buenos» contenidos de su cuerpo, que se oponen y neutralizan a los «malos» contenidos y los excrementos, parece ser necesaria para que su pene, como representante de su cuerpo en un todo, produzca un semen «bueno» y benéfico. Esta creencia, que coincide con la creencia en su capacidad para amar, depende de que tenga una creencia suficiente en sus imagos «buenas», especialmente en su madre «buena» y en el cuerpo intacto y benéfico de ella.

Cuando ha logrado el nivel genital completo, el hombre vuelve durante la copulación a su fuente originaria de gratificación, a su madre bondadosa, que ahora le proporciona a él también placer genital, y, en parte como un regalo de agradecimiento, en parte como una reparación por todos los ataques que él ha efectuado sobre ella desde la época en que dañó sus pechos, le da a ella su semen «benéfico», la dotará de niños, restaurará su cuerpo y también le proporcionará gratificación oral.

La ansiedad y sentimiento de culpa, que están todavía presentes en él, han aumentado y se han profundizado y han dado forma a sus impulsos libidinales primarios que tenía ya cuando era un niño de pecho, proporcionando a su actitud hacia su objeto toda esa riqueza y amplitud del sentimiento que llamamos amor.

Apendice

Alcances y limites del análisis del niño

En lo que respecta al adulto, la función del psicoanálisis es clara. Es corregir la dirección infructuosa que ha tomado su desarrollo psicológico. Para lograr esto se debe llegar a armonizar su ello con los requerimientos de su superyó. Efectuar un ajuste de esta naturaleza se pondrá también a su yo, ahora fortalecido, en posición de satisfacer también los requerimientos de la realidad.

Pero en cuanto a los niños, ¿cómo afecta el análisis una vida que está aún en proceso de desarrollo? En primer lugar, el análisis resuelve las fijaciones sádicas del niño disminuyendo así la severidad de su superyó, disminuyendo al mismo tiempo su ansiedad y la presión de sus deseos instintivos; y, a medida que tanto su vida sexual como su superyó logran un estadío más elevado de desarrollo, su yo se expande y puede reconciliar los requerimientos de su superyó con los de la realidad, de modo que sus nuevas sublimaciones están más sólidamente fundadas y las antiguas pierden su carácter espasmódico y obsesivo.

En la pubertad la separación del niño de sus objetos, que debe realizarse junto con el aumento de sus *standard* s internos, puede solo efectuarse si su ansiedad y sentimiento de culpa no sobrepasan ciertos límites. De otra manera su conducta tendrá el carácter de huida más que de verdadera separación, o no podrá alejarse y permanecerá fijado siempre a sus objetos originarios.

Para que el desarrollo del niño sea satisfactorio, la severidad de su superyó debe ser mitigada. Por mucho que se diferencien los *standard* s propios de cada edad, el logro de ellos dependerá, en cada caso, de la misma condición fundamental, es decir, de un ajuste entre el superyó y el ello y el consecuente establecimiento de un yo adecuadamente fuerte. El análisis, al ayudar a efectuar un ajuste de esta naturaleza, acompaña y auxilia la línea natural de crecimiento del niño en todos los estadios de su desarrollo. Al mismo tiempo regula sus actividades sexuales. Disminuyendo su ansiedad y sentimientos de culpa, limita aquellas actividades en cuanto son compulsivas, y las reactiva cuando han dado lugar a un miedo o fobia a tocar. Al afectar así

en conjunto los factores que forman la base de un desarrollo inadecuado, el análisis también permite al niño desarrollar libremente los comienzos de su vida sexual y de su personalidad futura.

En estas páginas he tratado de demostrar que cuanto más profundamente penetra el análisis en los estratos subyacentes de la mente, más aliviada estará la presión del superyó. Pero debemos preguntarnos si no es posible que un procedimiento analítico en profundidad de esta naturaleza pueda disminuir en gran parte la función del superyó o aun abolirla del todo. Hemos visto que la libido, el superyó y la relación de objeto actúan juntos en su desarrollo, y que los impulsos libidinales y destructivos, además de estar fundidos unos con otros, ejercen una acción reciproca el uno hacia el otro; y también hemos visto que cuando surge la ansiedad como resultado del sadismo las exigencias de aquellos dos grupos de impulsos aumentan[1005]. Así, la ansiedad que surge de las primeras situaciones de peligro no solo ejerce una gran influencia sobre los puntos de fijación libidinal y las experiencias sexuales del niño, sino que está realmente ligada a ellas y se convierte en un elemento de aquellas fijaciones libidinales.

La experiencia psicoanalítica ha demostrado que aun un tratamiento completo solo disminuye la fuerza de los puntos de fijación pregenitales del niño y su sadismo, pero nunca los suprime del todo solo una parte de su libido pregenital puede ser convertida en libido genital. Este hecho también es verdadero, en mi opinión, en lo que respecta al superyó. La ansiedad que el niño tiene como resultado de sus impulsos destructivos, y que responde tanto en cantidad como en calidad a sus fantasías sádicas, se une a su miedo a objetos internalizados peligrosos[1006] y lo lleva a situaciones de ansiedad definidas; estas situaciones de ansiedad están ligadas a sus impulsos pregenitales, y como he tratado de demostrar, nunca puede deshacerse de ellas totalmente. El análisis solo puede debilitar su poder en la medida en que reduce la ansiedad y el sadismo del niño. De aquí se sigue que el superyó que pertenece a los primeros estadios del niño nunca puede abandonar sus funciones completamente. Todo lo que el análisis puede hacer es relajar las fijaciones pregenitales y disminuir la ansiedad y auxiliar así al superyó a avanzar desde un estadío pregenital a uno genital. Cada avance hecho en la reducción de la severidad del superyó significa que los impulsos libidinales han ganado poder en relación con los destructivos y que la libido ha llegado al estadío genital en una medida mejor. Quisiera, por un momento, considerar los factores que producen las enfermedades psiconeuróticas. No discutiré aquellos casos, muy numerosos, en los cuales la enfermedad se remonta a la

primera infancia del individuo, cambiando a veces sus características en el curso de su vida y a veces conservando su carácter originario, sino que me limitaré a aquellos casos en los cuales el comienzo de la enfermedad data, aparentemente, de un momento particular de su vida.

El análisis demuestra que la enfermedad estaba ya allí en forma latente pero que, como resultado de ciertos acontecimientos entró en un periodo agudo que la convirtió en una enfermedad desde el punto de vista práctico. Uno de los modos en los cuales esto puede suceder es que el individuo pueda enfrentarse en su vida con acontecimientos que confirmen sus situaciones de ansiedad temprana, predominantes en tal forma, que la cantidad de ansiedad presente en él aumente en un grado tal que su yo no puede tolerar y se haga manifiesta en forma de enfermedad. También puede ocurrir que acontecimientos externos de naturaleza desfavorable adquieran un significado patológico para él, produciéndole perturbaciones en el proceso del dominio de la ansiedad, con el resultado de que su yo es expuesto sin ayuda a la presión excesiva de ansiedad. De este modo, haciendo vacilar su creencia en sus imagos bondadosas y en sus propias capacidades constructivas, obstaculizando así sus medios para dominar la ansiedad, hace que alguna desilusión, aunque pequeña en sí misma, pueda provocar en él la enfermedad, del mismo modo que un acontecimiento real que confirme sus primeros miedos y aumente su ansiedad. Estos dos factores van paralelos en cierto sentido y cualquier acontecimiento que actúe de este modo es capaz de provocar una enfermedad mental[1007].

Vemos entonces que las primeras situaciones de ansiedad del niño son la base de todas las afecciones psiconeuróticas. Y desde que, como sabemos, el análisis no puede nunca detener del todo la operación de aquellas situaciones, ya sea en el tratamiento de adultos como en el de niños, no puede nunca efectuar una cura completa ni excluir enteramente la posibilidad de que el individuo sucumba a una enfermedad mental en alguna época futura. Pero lo que puede hacer es lograr una cura relativa y disminuir así, en gran parte, las posibilidades de una enfermedad futura. Y esto es de gran importancia práctica. Cuanto más pueda hacer el análisis en el sentido de disminuir la fuerza de las situaciones de ansiedad tempranas en el niño y de fortificar su yo y los métodos empleados por su yo en el dominio de la ansiedad, más éxito tendrá como medida profiláctica.

Otra limitación a la cual está sujeta el psicoanálisis surge de las variaciones individuales que existen aún en los niños muy pequeños en cuanto al ajuste mental del individuo.

La extensión de esta capacidad para resolver la ansiedad dependerá mucho de la cantidad de ansiedad presente, de las situaciones de ansiedad que predominen y de cuáles sean los principales mecanismos defensivos que el yo haya desarrollado en los primeros estadios de su evolución. En otras palabras, dependerá de lo que fue la estructura de su perturbación mental en la infancia[1008].

En casos bastante graves he encontrado que es necesario realizar el análisis por un largo tiempo —para niños entre 5 y 13 años, entre 18 y 36 meses de trabajo[1009], y para adultos aún más— antes de que la ansiedad haya sido modificada suficientemente tanto en calidad como en cantidad para que me sienta justificada para dar fin al tratamiento. Por otra parte, la desventaja de un tratamiento de tal longitud se halla compensada por los resultados permanentes y satisfactorios que puede lograr un análisis profundo. En muchos casos es suficiente un tiempo menor, no más de 8 a 10 meses de trabajo, para obtener resultados completamente satisfactorios[1010].

Varias veces hemos llamado la atención sobre las posibilidades ofrecidas por el análisis de niños. El análisis puede hacer por los niños, ya sean normales o neuróticos, todo lo que puede hacer por los adultos y mucho más. Puede librar al niño de mucho dolor continuo y de experiencias penosas por las que atraviesa el adulto antes de ser analizado, y sus perspectivas terapéuticas son mucho mayores. La experiencia de los últimos años nos ha proporcionado, tanto a mi como a otros analistas de niños, buenos fundamentos para creer que la psicosis y los rasgos psicóticos, las malformaciones de carácter, la conducta asocial[1011], neurosis obsesivas graves e inhibiciones de desarrollo pueden ser curadas mientras el individuo es todavía joven. Cuando ya es adulto, estas condiciones, como sabemos, son inaccesibles o solo accesibles en parte al tratamiento psicoanalítico. El curso que tomará una enfermedad en los años futuros a menudo no puede predecirse en la infancia. Es imposible saber con certeza si se transformará en una psicosis, en una conducta criminal, en una malformación del carácter, o en una inhibición grave. Pero un análisis exitoso de niños anormales evitará todas estas posibilidades. Si todo niño que presente perturbaciones graves fuera analizado a su debido tiempo, un gran número de aquellas personas que más tarde terminan en prisiones, en sanatorios de enfermedades mentales o que llegan a desmoralizarse totalmente podrían salvarse de tal destino y desarrollar una vida normal. Si el análisis de niños puede realizar un trabajo de esta naturaleza, y hay evidencias para suponerlo, sería el medio no solo de

ayudar al individuo, sino también de realizar un servicio incalculable a la sociedad.

40. Relato del psicoanálisis de un niño (1961)

La conducción del psicoanálisis infantil ilustrada con el tratamiento de un niño de diez años.

«… comme de vray il faut noter que les jeux des
enfants ne sont pas jeux, et faut juger en eux
comme leurs plus serieuses actions».
Montaigne, *Essais*
Libro I, Capítulo XXIII.

Prólogo

Por Elliott Jaques.

El *Relato del psicoanálisis de un niño* ocupa una posición singular en el conjunto de la obra de Melanie Klein.

En é1 se narra, día a día, el análisis —que duró cuatro meses— de un niño de diez años. En relación con cada sesión la autora agregó notas en las que evalúa, a la luz de sus últimas teorías, la técnica que utilizó y el material aportado por el paciente. Esas notas son más completas y, por supuesto, más autorizadas que los comentarios con que podría contribuir el editor, los que, por consiguiente, se han omitido en este volumen.

Tuve una oportunidad excepcional de conocer la actitud de Melanie Klein hacia esta obra: quiso mi buena fortuna que me invitara a colaborar con ella en la preparación del material y las notas, tarea que demandó muchas horas de discusión a lo largo de varios años. Sé que durante mucho tiempo Melanie Klein había alentado el deseo de escribir el historial completo de un análisis infantil, aprovechando las minuciosas anotaciones que efectuaba, sesión tras sesión, en todos sus análisis de niños. Pero el problema que planteaba la extensión, si se pretendía brindar un relato satisfactorio de un análisis total, parecía insuperable.

Entonces la guerra creó una situación que de pronto ofreció una solución posible. Se convino el análisis de Richard. El tiempo de que se disponía era limitado y conocido de antemano: cuatro meses. Tanto la analista como el paciente estaban enterados de esta limitación desde el comienzo. Así fue como Melanie Klein se encontró en posesión de las anotaciones de un análisis breve, a las que era posible dar cabida en un solo volumen. Nunca sostuvo que no presentara diferencias con un análisis de duración normal. Era consciente, sobre todo, de que no había tenido oportunidad de elaborar ansiedades particulares para luego volverlas a encontrar bajo otras formas y elaborarlas de nuevo con mayor profundidad; en tal caso hubieran quedado al descubierto otros tipos de ansiedades y otros procesos psíquicos. Pero, pese a estos defectos, entendía que estaban reunidos todos los elementos esenciales de un análisis completo, en medida suficiente como para ilustrar a la vez sobre la personalidad del paciente y sobre su propia labor.

Unos quince años más tarde decidió ocuparse seriamente del libro. Recorrió las anotaciones de cada sesión, retocando cuidadosamente el estilo

pero sin alterar el contenido, a fin de dejar intacto el cuadro de cómo se había desarrollado la labor en aquella época. Luego evaluó en su fuero interno cada sesión e hizo su autocrítica. Consignó estas reflexiones, así como los cambios que había experimentado su pensamiento, en notas detalladas; a tal efecto examinó cada asociación, cada interpretación de cada una de las sesiones, para poder brindar una explicación de su trabajo tan completa como fuera posible.

Con toda probabilidad puso en *Relato del psicoanálisis de un niño* una dedicación más intensa que en cualquiera de sus otras obras. Internada en el hospital, a pocos días de su muerte, se ocupaba aún de corregir las pruebas de imprenta. Quería dejar un registro absolutamente fiel tanto de su práctica como de su teoría. Creo que lo logró. El libro tiene vida. Muestra, como ningún otro de sus trabajos, a Melanie Klein en acción. Brinda una imagen fiel de su técnica y, a través de las notas, nos permite conocer cómo funcionaba su mente. Refleja sus conceptos teóricos de la época en que llevó a cabo el análisis. Muchas de las formulaciones incluidas en «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945, *Obras completas*) se basan en el material aportado por Richard, pero este libro muestra ideas nuevas en el momento en que surgen, ideas concebidas intuitivamente pero aún no desarrolladas o conceptualizadas. Esta obra, la última que produjo, es un digno monumento a su creatividad.

Elliott Jaques.

Prefacio

Con la presentación de este historial me propongo varias cosas. En primer lugar, mostrar mi técnica de trabajo con mayor detalle de lo que lo he hecho hasta ahora. Las extensas anotaciones que he ido haciendo a lo largo del caso, permiten que el lector observe cómo las interpretaciones quedan confirmadas por el material que les sigue, con lo cual se hace perceptible la dinámica cotidiana analítica y la continuidad que se mantiene a través de ella. Además, los detalles de este análisis esclarecen y confirman los conceptos por mi enunciados. Al final de cada sesión, el lector encontrará los comentarios sobre teoría y técnica que he ido haciendo.

En *El psicoanálisis de niños* solo pude transcribir algunos extractos de mis observaciones e interpretaciones; y como en dicha obra me interesaba especialmente presentar ciertas hipótesis con respecto a ansiedades y defensas, hasta entonces no descubiertas, no pude en esa oportunidad dar una imagen completa de mi técnica. En especial, no logré dejar establecido con suficiente evidencia el consistente uso que hago de interpretaciones transferenciales. A pesar de ello, según mi criterio, los principios más importantes presentados en *El psicoanálisis de niños* siguen teniendo plena validez.

Aunque el análisis que describo solo duró noventa y tres sesiones, que se dieron en un período de unos cuatro meses, la extraordinaria cooperación del niño me permitió llegar a grandes profundidades.

Tomé notas bastante extensas, pero, como es natural, no siempre pude estar segura de la sucesión del material ni reproducir literalmente las asociaciones del paciente o mis interpretaciones. Esa dificultad se presenta siempre cuando se quiere relatar material clínico. Una versión literal solo se podría dar si el analista tomara notas durante las sesiones, lo cual perturbaría al paciente considerablemente, al romper el flujo de sus asociaciones libres, mientras que, por otra parte, distraería la atención del analista al sacarlo de la secuencia analítica. Otra posibilidad de conseguir una transcripción literal, sería la de introducir una máquina registradora, fuera abiertamente o a escondidas; pero esta medida, a mi parecer, se opone absolutamente a los fundamentos en los que se basa el psicoanálisis: la exclusión de toda audiencia durante las sesiones analíticas. Si llegara a sospechar el uso del aparato registrador, no solo creo que el paciente dejaría de hablar y de

comportarse como lo hace cuando está a solas con el analista (y el inconsciente es muy perspicaz), sino que además estoy convencida de que el analista, al hablar a la audiencia representada por la máquina, dejaría de interpretar en la forma natural e intuitiva en que lo hace cuando está a solas con su paciente.

Por todas estas razones estoy convencida de que las notas, tomadas lo más pronto posible después de cada sesión, constituyen el mejor relato de los acontecimientos cotidianos del análisis y por lo tanto, como es natural, del análisis en sí. Por ello creo que, dentro de las limitaciones que he enumerado, doy en este libro un relato veraz de mi técnica y del material clínico.

Conviene tener en cuenta que la evidencia que el analista puede presentar difiere esencialmente de la que se exige en las ciencias físicas, porque la esencia total del psicoanálisis es diferente de estas. En mi opinión, los intentos de presentar datos exactos comparables, traen como resultado un método pseudocientífico, ya que las manifestaciones del inconsciente y las respuestas del psicoanalista a las mismas no pueden ser sometidas a mediciones ni clasificadas dentro de categorías rígidas. La máquina, por ejemplo, solo podría reproducir las palabras usadas, pero no su acompañamiento de expresiones faciales ni de movimientos. Estos factores intangibles desempeñan un papel importante en los análisis, como también lo hace la Intuición del analista.

De cualquier manera, como con el material que el paciente nos brinda se establecen y se ponen a prueba ciertas hipótesis de trabajo, el psicoanálisis es un proceder científico, cuya técnica contiene principios científicos. La valoración y la interpretación del material del paciente que lleva a cabo el analista, tienen su fundamento en un marco coherente de teoría. Su tarea consiste, sin embargo, en combinar el conocimiento teórico con la captación de las variaciones individuales que cada paciente le presenta. En cada momento nos enfrentamos con una serie dominante de ansiedades, emociones y relaciones de objeto, y el contenido simbólico del material del paciente tiene un significado preciso y exacto en relación con este tema dominante.

Este libro trata de mostrar el procedimiento analítico, que consiste en seleccionar los aspectos más urgentes del material e interpretarlos con precisión. Las reacciones del paciente y las asociaciones subsiguientes constituyen un nuevo material, que a su vez debe de ser analizado siguiendo los mismos principios.

Uno de los requisitos esenciales que exigía Freud en el análisis era el trabajo de elaboración, y en la actualidad este requisito se mantiene en pie.

Los pacientes adquieren a veces la vivencia de una situación, solo para repudiarla en las próximas sesiones, e incluso olvidar que alguna vez la habían aceptado solo si interpretamos repetida y debidamente el material a medida que este reaparece en diferentes contextos, podemos ayudar al paciente a adquirir una visión de sí mismo que sea más duradera. Un proceso adecuado de elaboración trae como resultado la modificación de ciertos rasgos de carácter y de la fuerza de los muy diversos procesos de disociación que encontramos aun en pacientes neuróticos; debe además incluir el análisis congruente en las ansiedades paranoides y depresivas. Como resultado se obtiene una mayor integración de la personalidad.

Aunque el análisis que aquí presento quedó inconcluso, es en muchos sentidos ilustrativo. Como se puede ver en él, pude llegar a estratos muy profundos de la mente, y permitir así que mi paciente manifestara muchas de sus fantasías y tomara conciencia de algunas de sus ansiedades y defensas. Pero no se pudo, en cambio, llevar a cabo una adecuada elaboración de todo esto.

A pesar de las dificultades inherentes a la corta duración de este análisis, me propuse no modificar mi técnica e interpretar, como de costumbre, incluso las ansiedades más profundas a medida que estas se iban presentando, con sus correspondientes defensas. Si estas interpretaciones son comprendidas por el paciente dentro de cierto límite, a pesar de no poder llegar a elaborarlas totalmente, el análisis no deja de tener valor. Aunque los procesos de disociación y de represión tiendan a establecerse de nuevo, se habrá logrado hacer ciertas modificaciones en regiones fundamentales de la mente.

Sin embargo, estoy segura de que aun cuando en el futuro lleguemos a mejorar nuestra técnica considerablemente, este progreso no conseguirá acortar la duración de los análisis. Por el contrario, mi experiencia me lleva a la conclusión de que cuanto mayor tiempo tengamos a nuestra disposición para llevar a cabo el tratamiento, tanto mejor podremos disminuir las ansiedades persecutorias y depresivas de nuestros pacientes y ayudarles a conseguir una mayor integración.

Introducción

Richard tenía diez años cuando empecé a analizarle[1012]. Sus síntomas habían llegado a un punto tal, que se le había hecho imposible ir al colegio desde los ocho años, edad en que el estallido de la guerra, en 1939, incrementó sus ansiedades. Tenía mucho miedo de los otros niños y esto contribuyó a que, en forma cada vez mayor, evitara salir solo. Además, desde los cuatro o cinco años había causado una gran preocupación a sus padres la progresiva inhibición de sus facultades y de sus intereses. Y junto con estos síntomas era hipocondríaco y frecuentemente caía en estados depresivos. Estas dificultades se hacían evidentes en su apariencia, pues tenía un aspecto muy preocupado y triste. Sin embargo, a veces —y esto ocurrió en forma sorprendente durante las sesiones analíticas—, su depresión desaparecía, y de pronto sus ojos cobraban una vida y un brillo que transformaban por completo su expresión.

Richard era en muchos sentidos un niño precoz y dotado. Tenía muchas condiciones para la música, cosa que demostró desde una edad temprana. Su amor por la naturaleza era muy pronunciado, aunque solo se refería a sus aspectos agradables. Sus dotes artísticas se manifestaban, por ejemplo, en la manera como elegía las palabras, y en un cierto sentido por lo dramático que enriquecía su conversación. No se llevaba bien con los demás niños, sintiéndose más cómodo con los adultos, y en especial con las mujeres, a quienes trataba de impresionar con sus dotes de conversador; lograba así congraciarse con ellas de una manera un tanto precoz.

La lactancia había sido insatisfactoria y había durado probablemente solo unas semanas[1013]. Siempre había sido delicado y desde su primera infancia había sufrido de resfríos y otras enfermedades. Su madre me habló de dos operaciones: circuncisión efectuada a los tres años y amigdalectomía a los seis. Richard era el menor de dos hermanos, habiendo entre los dos ocho años de diferencia. La madre, aunque no estaba enferma en el sentido clínico de la palabra, tenía una predisposición hacia la depresión. Le preocupaba mucho cualquier enfermedad de Richard, actitud esta que ejercía cierta influencia sobre los temores hipocondríacos del niño. No cabía duda de que este le había desilusionado, ni de que, aunque trataba de disimularlo, prefería a su hijo mayor, el cual había tenido mucho éxito en la escuela y nunca le había causado preocupaciones. Aunque Richard la quería mucho, era un niño con el cual resultaba difícil vivir: no tenía ninguna ocupación que le interesara;

estaba siempre demasiado ansioso y sentía un afecto desmedido hacia su madre, tanto que, por no poder soportar separarse de ella, se le colgaba de una manera persistente y agotadora. Sus temores hipocondríacos se referían tanto a la salud de la madre como a la propia.

Aunque esta le cuidaba mucho y hasta cierto punto le mimaba, no parecía darse cuenta de la gran capacidad de bondad y de cariño que poseía el niño, y tenía poca confianza con respecto a su desarrollo futuro. Por otra parte, era muy paciente, como, por ejemplo, al no presionarle para que jugara con otros niños ni obligarle a ir al colegio.

El padre de Richard le quería mucho y era también bondadoso, pero parecía dejar en manos de su mujer la responsabilidad de educarle. Aunque existía una relación afectuosa entre los dos hermanos, estos tenían poco de común entre sí. La vida familiar, en general, era tranquila.

La guerra había agudizado intensamente las dificultades de Richard. A causa de ella, sus padres se mudaron al campo y el hermano mayor fue evacuado con la escuela. Para poder iniciar el análisis conmigo, Richard y su madre vinieron a vivir a un hotel en «X», el pueblo donde yo vivía entonces, el cual no estaba lejos de su propia casa, situada en un pueblo al que llamaré «Y». Los sábados iban a pasar el fin de semana a su hogar. El abandono de la ciudad natal, que llamaré «Z», había causado en el niño mucha ansiedad. La guerra en general le había reactivado ansiedades tempranas, asustándole en forma particular los bombardeos y las bombas. Seguía muy de cerca las noticias sobre la guerra y tomaba mucho interés en los cambios que se iban produciendo; esta preocupación apareció constantemente en el análisis.

En aquel entonces, para poder llevar a cabo el tratamiento de los niños, había yo alquilado un cuarto de juegos, ya que el sitio donde atendía a mis pacientes adultos no se prestaba para ellos. Este cuarto era grande y tenía dos puertas, una cocina y un cuarto de baño que daban a él. Richard identificó esta habitación conmigo y con el análisis, y por lo tanto estableció con ella una relación casi personal. Sin embargo presentaba algunos inconvenientes: a veces era usada por una agrupación de niñas exploradoras, razón esta queme impidió sacar de ella los libros, cuadros y mapas que allí había. Otro inconveniente lo constituía el que no hubiera sala de espera ni nadie que atendiera la puerta. En cada sesión yo debía abrir con mi llave, y al salir, dejar la casa cerrada; y si Richard llegaba demasiado temprano, ocasionalmente venía a acompañarme durante un trecho del camino. Como yo abandonaba la casa tras cada sesión, esto hacía además que me esperara a la salida y me acompañaba hasta la esquina, que estaba a unos cien metros de la casa. En

ocasiones en que yo me iba después al pueblo a hacer compras, me acompañaba un poco más. Cuando esto ocurría, aunque yo no podía negarme a conversar con el niño, trataba de no entrar en ningún tipo de interpretación ni de conversación que implicara detalles de mi vida íntima. Traté de mantenerme, dentro de lo posible, en el límite de los cincuenta minutos que duran las sesiones de los adultos.

Durante el curso de su tratamiento, Richard hizo varios dibujos. Es significativa la manera en que los ejecutaba, pues nunca comenzaba su labor con un plan preconcebido, y a veces se sorprendía al ver el cuadro terminado. Le di un material de juego variado, y además de los lápices y pinturas con los que hacía sus dibujos, los cuales también representaban en sus juegos el papel de personajes. El mismo trajo de su casa un juego de barcos de guerra. Cuando Richard quiso llevarse los dibujos a su hogar, le señalé que sería útil para su análisis el tenerlos guardados junto con los juguetes, ya que quizá quisiera volverlos a mirar alguna vez. Me di plena cuenta de que el niño comprendió que sus obras tenían para mí gran valor, cosa que durante el curso del análisis se vio confirmada repetidamente. En cierto sentido me estaba haciendo un regalo. De esta situación en que sus «regalos» eran aceptados y valorados, sacaba una sensación de seguridad, que vivió como una manera de hacer reparación. Todo este contenido fue debidamente analizado. El efecto de seguridad que produce en el niño la intención del analista de guardar sus dibujos, es un problema que el analista de niños debe enfrentar frecuentemente. Los pacientes adultos sienten a menudo deseos de ser útiles a su analista fuera de la situación analítica, y esto es similar al deseo del niño de hacerle un regalo. La mejor manera de manejar estos sentimientos es analizándolos.

Aunque me esforcé en general por tomar notas detalladas tras cada sesión, la cantidad de material recogido varió de una hora a otra, y sobre todo al principio, cuando algunas sesiones fueron tomadas de manera incompleta. Ciertos comentarios de mi paciente, que están transcriptos entre comillas, reproducen la versión literal de sus palabras, pero en general no pude lograr esto ni con lo que él decía ni con mis propias interpretaciones, así como tampoco pude anotar todas las que fueron pronunciadas. También hubo horas en las que la angustia del niño le hizo permanecer en silencio durante largos períodos, produciéndose por ello menos material. Fue imposible describir matices de comportamiento, gestos, expresiones faciales y la longitud de las pausas entre cada asociación, datos todos ellos, como sabemos, de una importancia particular en el trabajo analítico.

En mis interpretaciones traté de evitar, como suelo hacerlo tanto con niños como con adultos, el introducir comparaciones, metáforas o citas para ejemplificar lo que quiero decir. Por razones de brevedad, en este libro uso ocasionalmente términos técnicos cuando me refiero a algún detalle de sesiones anteriores. En la práctica nunca uso una terminología técnica, ni aun para recordar a mis pacientes un material anterior, actitud que mantengo también tanto con los adultos como con los niños. Por el contrario, me esfuerzo por usar, siempre que me sea posible, las palabras que el paciente mismo ha usado, y encuentro que esto tiene el efecto de disminuir sus resistencias y de hacerle retomar plenamente el material al que me estoy refiriendo. En el caso de Richard tuve que introducir, empero, términos que él desconocía, tales como «genital», «potente», «relaciones sexuales», o «coito». A partir de un determinado momento, Richard llamó al análisis «el trabajo». A pesar, sin embargo, de haberme esforzado siempre por enunciar mis interpretaciones de la manera más parecida que pude a su forma de expresión, al transcribirías solo he podido dar una versión resumida de la misma. Además, a menudo he escrito en forma global lo que en realidad constituían varias interpretaciones, separadas entre sí por el juego del niño o por algún comentario. Esto puede dar la impresión de que las interpretaciones fueran más largas de lo que en realidad lo fueron originariamente.

He pensado que sería útil definir ciertos puntos del material y de las interpretaciones en los mismos términos que uso en mis trabajos teóricos. Como es lógico suponer, estas formulaciones no fueron usadas al dirigirme al niño, sino que han sido añadidas al texto, entre corchetes.

En cuanto a los detalles de los antecedentes del paciente, he hecho en ellos alguna leve alteración por razones de discreción; y de igual manera debo, al publicar este trabajo, evitar varias referencias a personas y a circunstancias externas. A pesar de todo esto, sin embargo, estoy convencida como dije antes, de que presento un cuadro esencialmente veraz del psicoanálisis de este niño y de mi técnica.

Desde un principio supe que sería imposible prolongar el tratamiento más de cuatro meses. Sin embargo, tras una detenida consideración decidí emprenderlo, pues la impresión que me hizo el niño me permitía suponer que aunque solo pudiera esperar obtener un resultado parcial, podría conseguir mejorarlo. Él tenía mucha conciencia de sus grandes dificultades y tanto deseo de ser ayudado, que no podía yo dudar de su cooperación. También sabía que no se le presentaría durante varios años la posibilidad de ser

analizado. Su afán por que yo lo tratara se hacía mayor por el hecho de que un muchacho mucho mayor que él, a quien conocía, era también paciente mío.

Aunque hasta la última sesión me he adherido en todo lo esencial a mi técnica usual, al releer las notas me doy cuenta de que en este caso he contestado a más preguntas de las que suelo contestar en otros análisis de niños. Richard sabía también, desde el principio, que su tratamiento solo duraría cuatro meses. Pero a medida que este transcurría tomó perfecta conciencia de que necesitaba mucho más, y cuanto más nos acercábamos al fin del término, tanto más patético se tornaba su temor a quedarse sin él. Yo tenía conciencia de mi contratransferencia positiva, pero, como estaba en guardia, pude mantenerme dentro del principio fundamental de analizar firmemente, tanto la transferencia negativa como la positiva y las profundas ansiedades que iba encontrando. Estaba convencida de que, por más difícil que fuera la situación, el análisis de las ansiedades reactivadas por su miedo a la guerra[1014] era el único medio que tenía para ayudarle eficientemente. Creo que he logrado salvar los peligros a los que puede llevar el sentir una gran simpatía por el paciente y por sus sufrimientos y la consecuente contratransferencia positiva.

El resultado de este análisis fue, tal como yo esperaba, solo parcial; pero logró ejercer cierta influencia en el desarrollo del niño. Durante un tiempo pudo asistir a la escuela; más adelante recibió clases privadas. Las relaciones con los niños de su edad mejoraron, y disminuyó la dependencia de su madre. Se pudieron crear intereses científicos y existen en la actualidad posibilidades reales para que siga una carrera. Desde que finalizó la guerra le he visto varias veces, pero hasta ahora no ha habido ocasión de continuar su tratamiento.

Sesión número uno (lunes)

(Las dos primeras sesiones están basadas en notas incompletas).

M. K. ha preparado algunos juguetitos, un cuaderno, lápices y tizas, y los ha colocado sobre una mesa a la que hay arrimadas dos sillas. Cuando se sienta, se sienta también Richard, quien no presta atención a los juguetes y se queda mirándola con aire expectante y ansioso, evidentemente esperando que diga algo. *M. K.* le dice que ya sabe la razón por la cual ha venido a verla: porque tiene ciertas dificultades para las que necesita que se le ayude.

Richard se muestra de acuerdo y en el acto empieza a hablar de sus preocupaciones (nota 1). Tiene miedo de los chicos que encuentra en la calle y de salir solo, temor que se hace cada vez mayor. Ha llegado a hacerle odiar el colegio. También piensa mucho en la guerra. Por supuesto que sabe que los aliados van a ganarla y esto no le preocupa, pero ¿no es tremendo lo que Hitler hace con la gente, y en particular las cosas terribles que ha hecho a los polacos? ¿Se propone hacer lo mismo aquí? Agrega que está seguro de que va a ser derrotado (Y al hablar se dirige a un mapa grande que cuelga de una pared.)… Después sigue. *M. K.* es austriaca, ¿no? Hitler ha sido espantoso con los austríacos a pesar de serlo él mismo… Después se refiere a una bomba que cayó cerca de su jardín donde solían vivir (en «Z»). La pobre cocinera estaba sola en la casa. Da una dramática descripción de lo ocurrido. El daño real no fue demasiado grande: solo se rompieron algunas ventanas y se desplomó el invernadero del jardín, pero la pobre cocinera debió de estar aterrorizada y tuvo que ir a dormir a casa de unos vecinos. También piensa Richard que los canarios deben de haberse sacudido dentro de sus jaulas y asustado muchísimo… Habla otra vez de la crueldad de Hitler para con los países conquistados… Y a continuación trata de recordar si tiene otras preocupaciones que no haya aún mencionado. Ah, sí, a veces se pregunta cómo es él por dentro y cómo son los demás. Le causa extrañeza la manera como circula la sangre. Si uno se pusiera cabeza abajo durante un tiempo largo y toda la sangre bajara a ella, ¿se moriría?

M. K. le pregunta si no se preocupa a veces también por su madre[1015].

Richard contesta que con frecuencia de noche tiene miedo y que hasta hace cuatro o cinco años llegaba a estar realmente aterrado. Últimamente también se ha sentido a menudo «solo y abandonado» justo antes de dormirse. Se preocupa frecuentemente por la salud de mamá que a veces no está bien.

Una vez, tras un accidente, la trajeron a casa en una camilla: la habían atropellado. Aunque esto ocurrió antes de nacer él, piensa en ello a menudo… De noche teme que un hombre asqueroso —una especie de vagabundo— venga a secuestrar a mamá. Entonces se imagina cómo él, Richard, iría a ayudarla, y quemaría al vagabundo con agua caliente hasta dejarlo desmayado. Y si llegara a morirse por hacerlo, no le importaría… bueno sí, le importaría mucho… pero ello no le detendría de ir al rescate de mamá.

M. K. le pregunta cómo piensa que el vagabundo entraría en la pieza de su madre.

Richard contesta, tras alguna resistencia, que quizá podría entrar por la ventana, rompiéndola.

M. K. entonces sugiere que ese vagabundo se parece mucho al Hitler que asustó a la cocinera durante el bombardeo aéreo y que maltrató a los austríacos. Como Richard sabe que *M. K.* es austriaca, piensa que también ella va a ser atacada. Quizá también de noche, cuando sus padres se van a la cama, teme que pase algo con sus genitales de manera que mamá quede dañada (nota II).

Richard queda sorprendido y asustado. Parece no entender lo que significa la palabra «genital**[1016]**». Hasta ahora, es evidente que ha comprendido todo y que ha estado escuchando con sentimientos contradictorios.

M. K. le pregunta si sabe lo que quiere decir la palabra «genital».

Aunque Richard dice al principio que no, admite luego que cree que sí. Dice que mamá le ha contado que dentro de ella se hacen los bebés; que tiene allí huevitos y que papá le echa una especie de fluido que los hace crecer. (Conscientemente parece no tener ninguna idea del coito, ni saber el nombre de los genitales**[1017]**). Continúa diciendo luego que su papá es muy bueno y bondadoso, y que nunca haría nada a mamá.

M. K. interpreta que puede tener sentimientos contradictorios hacia papá. Que a pesar de saber que papá es bueno, de noche, cuando tiene miedo, puede temer que haga daño a mamá. Cuando habló del vagabundo no se acordó de que papá, que duerme en la misma habitación que mamá, la podría también proteger, y esto se debe a que siente que es el mismo papá el que podría dañarla. (En este momento Richard parece impresionado y claramente acepta la interpretación). *M. K.* continúa diciéndole que durante el día piensa que papá es bueno, pero que de noche, cuando no puede ver a sus padres ni saber lo que hacen en la cama, puede pensar que papá es malo y peligroso y que todas las cosas terribles que le pasaron a la cocinera, y la ruptura de vidrios y el estallido, le estuvieran también pasando a mamá.

[División de la imagen paterna en una parte buena y otra mala].

Estos pensamientos pueden estarle preocupando aunque no se dé cuenta de ellos. Hace un momento ha hablado de las cosas terribles que el austríaco Hitler hace a los austríacos, con lo cual quiere decir que maltrata a su propia gente, incluyendo a *M. K.* De la misma manera puede papá atacar a mamá.

Aunque Richard no dice nada, parece aceptar la interpretación (nota III). Desde el comienzo de la sesión ha estado extremadamente ansioso por hablar de sí mismo, como si esperara esta oportunidad desde hace mucho tiempo. Aunque repetidamente ha mostrado señales de angustia y de sorpresa, y ha rechazado algunas interpretaciones, hacia el final de la hora su actitud cambia y se pone menos tenso. Dice que ha visto los juguetes, el papel y los lápices en la mesa, pero que no le gustan los juguetes, y que prefiere hablar y pensar. Se muestra muy amistoso y satisfecho cuando se separa de *M. K.* y dice que se alegra de volver al día siguiente (nota IV).

Notas de la sesión número uno.

I. No es raro que en el período de latencia los niños pregunten para qué vienen al análisis. Lo más probable es que lo hayan ya preguntado en casa, resultando de utilidad discutir el asunto con los padres o con la madre antes de empezar. Si el niño reconoce sus propias dificultades, la contestación que hay que darle es fácil: se le contesta que viene a causa de ellas. En el caso de Richard yo misma introduje el tema, pues la experiencia me dice que es útil hacerlo en los casos en que el propio niño no lo hace a pesar de la curiosidad que siente. De no hacerlo así, pueden transcurrir varias sesiones antes de que se tenga la oportunidad de explicar las razones del tratamiento. Hay, sin embargo, casos en los que tenemos que descubrir en el material inconsciente el deseo del niño de saber cuál es la relación que guarda con el analista y su toma de conciencia de que necesita el tratamiento y de que este le es útil. (He dado ejemplos acerca del comienzo de un análisis de latencia en *El psicoanálisis de niños*, capítulo IV.).

II. El punto de vista de los analistas difiere en cuanto al momento de la transferencia en que conviene interpretar. Aunque creo que no debe de transcurrir ninguna sesión en la que no haya alguna interpretación transferencial, mi experiencia me ha demostrado que no es siempre al principio cuando se debe interpretar la relación transferencial. Cuando el paciente está profundamente preocupado por la relación que mantiene con su

padre, madre, hermano o hermana, o con experiencias pasadas o presentes, es necesario permitirle toda posibilidad en la que pueda referirse a estos temas. En estos casos la referencia al propio analista debe de venir después. En otros, en cambio, uno siente que cualquiera sea el tema que el paciente esté tocando, todo el énfasis emocional se refiere a su relación con el analista, y entonces la interpretación debe referirse antes que nada a la transferencia. No necesitamos recordar que las interpretaciones transferenciales siempre implican referir a objetos anteriores las emociones que se sienten hacia el analista. De no hacerse así, no se cumple del todo la función a la que están destinadas. Esta técnica de interpretar la transferencia fue descubierta por Freud desde las primeras épocas del psicoanálisis y sigue teniendo total validez en la actualidad. La intuición del analista es la que debe llevarle a reconocer la transferencia en material en el que quizás él no haya sido mencionado directamente.

III. En varias ocasiones a través de todo el caso, indico las respuestas de Richard a mis interpretaciones. Algunas veces estas eran negativas, e incluso expresaban un fuerte rechazo; otras, expresaban un total acuerdo, mientras que en ocasiones, la atención del niño parecía desviarse como si no me oyera. Pero aun en estas oportunidades sería erróneo suponer que no hubiera en él respuesta; lo que pasaba es que a menudo no pude yo tomar nota del efecto fugaz que mi interpretación le había hecho. El niño a veces se mantenía en silencio, sentado, mientras yo hablaba, o bien podía levantarse, y coger un lápiz, un juguete o el papel. También solía interrumpirse con algo que constituía una asociación más o una duda. Por todo ello mis interpretaciones pueden con frecuencia parecer más largas y seguidas de lo que en realidad fueron.

IV. Es poco común que un latente produzca en las primeras sesiones el tipo de material que trajo Richard. Por ello las interpretaciones son también diferentes. Tanto el contenido de la interpretación, como el momento en que se formula, varían de acuerdo con el paciente, el material que este da y la situación emocional dominante. (*Véase El psicoanálisis de niños*, capítulo IV.).

Sesión número dos (martes)

Richard llega unos minutos antes de la hora y espera a *M. K.* en la puerta. Parece ansioso por empezar. Dice que recuerda otra cosa por la que se preocupa a menudo, pero que es muy diferente de las cosas de las que ha hablado ayer; algo completamente distinto. Tiene miedo de que haya un choque entre el Sol y la Tierra y de que el Sol incendie a esta. En ese caso, Júpiter y los demás planetas quedarían pulverizados, y la Tierra, siendo el único planeta con gente viva es tan importante y tan valiosa que… De nuevo mira el mapa y vuelve a comentar lo terrible que es lo que Hitler hace al mundo y el sufrimiento que causa. Piensa que Hitler debe de estar deleitándose en su cuarto porque los demás sufren y que le gustaría que a la gente le dieran latigazos… Señala Suiza y dice que es un pequeño país neutral, «cercado» por la enorme Alemania. También la pequeña Portugal es amiga. (Anteriormente me ha dicho que lee tres periódicos todos los días y que escucha todos los noticiarios de la radio). La pequeña y valiente Suiza se atreve a atacar y a derrumbar a los aviones que pasan por su territorio, sean estos alemanes o británicos.

M. K. interpreta que la «valiosa Tierra» es mamá, y la gente que vive en ella, sus hijos, a quienes él quiere tener de aliados y amigos; de ahí sus referencias a Portugal, el pequeño país, y a los demás planetas. El Sol y la Tierra que chocan significan algo que pasa entre sus padres, mientras que «allá lejos» es aquí cerca, su habitación. Los planetas pulverizados (Júpiter) le representan a él y a los otros niños de mamá, y a lo que les pasaría si se atrevieran a ponerse entre los padres. Le hace notar que tras hablar de la colisión se ha referido de nuevo a Hitler que destruye a Europa y al mundo. Los pequeños países como Suiza también lo representan a él. Recordándole el material de la sesión anterior, en la cual Richard dijo que atacaría al vagabundo que viniera a secuestrar a mamá, que le quemaría y le dejaría inconsciente, pudiendo él mismo ser muerto, añade que esto significa lo mismo que Júpiter —él mismo— pulverizado entre la Tierra Y el Sol al chocar —sus padres—.

Richard está de acuerdo con parte de la interpretación. Contesta que a menudo piensa en el vagabundo y en que podría morir al defender a mamá, pero que prefiere morir a no luchar. También está de acuerdo con la interpretación de que la Tierra, valiosa porque contiene a gente viva,

simboliza a su mamá. Muchas veces ha oído hablar de «la madre Tierra»… Dice que le ha preguntado a su madre cuándo fue atropellada por el auto y traída a casa en una ambulancia y que esta le ha contestado que cuando él tenía dos años. Siempre había creído que había ocurrido antes de nacer él… Añade que odia a Hitler y que le gustaría hacerle daño, así como también a Goebbels y a Ribbentrop por atreverse a decir que Gran Bretaña es la agresora.

M. K. se refiere al material del día anterior sobre la manera como atacaría al vagabundo y le sugiere que cuando está en la cama, de noche, no solo terne que papá dañe a mamá sino que a veces piensa que sus padres pueden estar divirtiéndose[1018]; que esto puede hacerle sentir celos y rabia contra los dos por dejarle a él «solo y abandonado». Le interpreta que si desea dañarles por estar celoso, debe sentirse después muy culpable. Le ha contado que recordaba a menudo el accidente de mamá, pero creyendo que había ocurrido antes de su nacimiento. Este error se debe a sus sentimientos de culpabilidad: necesita convencerse a sí mismo de qué él nada tiene que ver con el accidente y de que no ha ocurrido por su culpa. Quizás el temor de que el vagabundo-padre dañe a su madre y de que el Sol y la Tierra choquen, está relacionado con la hostilidad que él mismo siente hacia los dos.

Richard niega rotundamente, al principio, tener tales sentimientos cuando lo mandan a la cama, y dice que él solo se siente asustado y temeroso. Pero luego continúa diciendo que a veces puede discutir con sus padres hasta que estos quedan exhaustos y no lo pueden soportar más y que esto le da placer. También dice que tiene celos cada vez que su hermano Paul viene con licencia[1019], pues le parece que es el favorito de mamá. Esta a veces le manda chocolate, y aunque cree que tiene razón al hacerlo, siente de todas maneras gran resentimiento.

M. K. se refiere entonces al resentimiento que también siente cuando Ribbentrop miente, diciendo que Gran Bretaña es la agresora. Le señala que quizás esta rabia sea tan grande porque piensa que la acusación puede ser aplicada a sí mismo: si tiene celos y rabia y desea hacer lío entre sus padres, él es también un agresor.

Richard se queda en silencio, evidentemente pensando en la interpretación, y después sonríe. Cuando *M. K.* le pregunta por qué se ríe, contesta que porque le gusta pensar: ha estado pensando en lo que ella acaba de decir y cree que tiene razón… (Sin duda la interpretación sobre su agresividad, tras alguna resistencia, le ha traído alivio). Entonces se pone a hablar sobre su relación con Paul quien, años atrás solía molestarle Y

perseguirle. A menudo lo ha odiado, pero también le quiere. A veces se aliaban los dos contra la niñera y la molestaban[1020] (nota 1). Otras veces, en cambio, era la niñera quien le ayudaba a él contra Paul. También habla sobre una pelea que ha tenido recientemente con su primo Peter, a quien en general quiere, pero que esta vez le ha hecho daño. Menciona lo enorme que Peter es comparado con él.

M. K. le señala que cuando Peter en las peleas se hace malo, a Richard le parece que es una mezcla de papá bueno y del Hitler o vagabundo-papá malo. Y aunque le resulta fácil odiar a Hitler, le es en cambio muy doloroso odiar a papá, a quien por otra parte también quiere. [Ambivalencia].

Richard se refiere otra vez, con resentimiento, al recibimiento que su mamá hizo a Paul cuando este vino con licencia, y después menciona a Bobby, su perro spaniel, que siempre le hace a él grandes fiestas, pues le quiere más que a nadie de la familia. (Sus ojos brillan al decir esto). Le regalaron a Bobby cuando era cachorrito y todavía le salta al regazo. Describe con evidente regocijo cómo cuando su papá se levantó una vez de la silla, Bobby le quitó el sitio y el padre tuvo que sentarse en el borde. Han tenido antes otro perro que se puso enfermo cuando tenía once años y tuvo que ser matado. A él esto le entristeció mucho, pero luego se le pasó… También menciona a su abuela, a la cual ha querido mucho y que ha muerto hace algunos años.

M. K. interpreta los celos que siente por el cariño que mamá tiene hacia Paul, y le señala que inmediatamente después le ha hablado de la manera como Bobby lo recibe a él y le salta al regazo. Esto parece indicar que Bobby representa para él a un hijo y que la manera que tiene de vencer su resentimiento es ponerse en el lugar de mamá. Al mismo tiempo, cuando Bobby le saluda y le quiere más que a nadie, entonces Richard se convierte en el hijo querido por mamá y Bobby en esta. Le recuerda además *M. K.* que tras hablar del perro viejo que debió ser matado, se refirió a la muerte de su abuela, lo cual parece indicar que siente como si ella también hubiera sido matada, y posiblemente —como en el caso del accidente de mamá— por alguna culpa suya. La abuela, a quien él quería, también puede estar representando a *M. K.* y quizá tema que por su causa le pase a ella algo malo.

(Mis notas aquí están particularmente incompletas. Estoy segura de que Richard debe de haber respondido a esta interpretación, posiblemente rechazándola. Tampoco tengo ninguna indicación sobre la forma en que terminó la sesión, pero si mi memoria no me engaña, no se opuso a venir el día siguiente (nota II).

Notas de lo sesión número dos.

I. En general, las niñeras, tías, tíos o abuelos, tienen mucha importancia en la vida de los niños pequeños. Los conflictos que, en alguna medida, siempre surgen en las relaciones de los niños con estas personas, no adquieren toda la importancia que toman los conflictos con los padres, ya que están más alejadas del impacto directo de la situación edípica. Lo mismo pasa con los hermanos y hermanas. Estos objetos amados, sirven además para reforzar los aspectos buenos de los padres. El recuerdo de tales relaciones es valioso, pues se trata de objetos buenos adicionales que han sido introyectados.

II. En la primera de estas dos sesiones, he tratado de analizar la ansiedad consciente e inconsciente surgida ante el daño hecho a su madre por el padre «malo» y sexual. En la segunda hora me preocupé por mostrarle la parte que su propia agresión jugaba en estas ansiedades. Esto puede sugerir que la primera finalidad que me propongo al trabajar con niños (y esto lo he señalado repetidamente), es la de analizar las ansiedades que se van activando. Sin embargo, es preciso una aclaración: en efecto, es imposible analizar las ansiedades, sin reconocer las defensas que operan contra ellas, debiendo por lo tanto estas ser también interpretadas.

En el material que acabamos de transcribir, vemos que Richard tenía conciencia del temor de que un vagabundo raptara y dañara a su madre, pero no de que dicho miedo fuera un derivado de las ansiedades que le provocaban las relaciones sexuales de sus padres. Cuando le interpreté el contenido específico de esta angustia, también di mucha importancia al hecho de que le resultaba demasiado doloroso pensar que su padre fuera un hombre malo, y le señalé que por ello había dirigido su temor y sus sospechas hacia el vagabundo y hacia Hitler. Esto implica la inclusión del análisis de una defensa.

En la segunda sesión, le interpreto que el enojo que siente contra Ribbentrop por decir este que Gran Bretaña es la agresora, representaba, además de odio por el Ribbentrop de verdad, un rechazo de sí mismo por ser agresivo. En esta ocasión, también interpreto la ansiedad y la defensa erigida contra ella, tal como puede verse si se tienen en consideración todos los detalles de la sesión.

En *El psicoanálisis de niños* (capítulo V) he indicado que cada interpretación debe señalar, hasta cierto punto, el papel qué están representando el superyó, el ello y el yo. Esto quiere decir que cada

interpretación, adecuadamente formulada, lleva a cabo una sistemática exploración de las diversas partes del aparato mental y de sus funciones.

Algunos analistas, y me refiero en particular a los trabajos de Anna Freud, sostienen el punto de vista de que el análisis de las ansiedades debe de ser dejado para una etapa posterior de la tarea, analizándose en primer lugar las defensas, tanto aquellas que se erigen contra la angustia como las que lo hacen contra las pulsiones instintivas. En otras ocasiones he expresado ya claramente mi desacuerdo con este punto de vista. (Véase «Simposium sobre análisis infantil», 1927).

Sesión número tres (miércoles)

Richard llega a horario. En seguida se dirige al mapa y expresa el temor de que los barcos de guerra británicos queden bloqueados en el Mediterráneo, en el caso de que los alemanes ocupen Gibraltar. Tampoco podrían pasar a través de Suez. Habla también de los soldados heridos y se muestra angustiado por ellos. Se pregunta cómo podrían ser rescatadas de Grecia las tropas británicas, y lo que Hitler se propone hacer con los griegos. ¿Los esclavizará? Mirando el mapa, dice con preocupación que Portugal es un país muy pequeño en comparación con la gran Alemania, y que Hitler lo puede invadir. Menciona además a Noruega, de cuya actitud desconfía, aunque quizá resulte no ser un mal aliado después de todo.

M. K. interpreta que, inconscientemente, le preocupa lo que le puede pasar a papá cuando mete su órgano genital dentro de mamá. Teme que no pueda salir de dentro de ella y que quede apresado como los barcos del Mediterráneo. Esto se relaciona también con las tropas que deben ser liberadas de Grecia. Se refiere luego a la primera sesión cuando habló de que las personas se morirían si se pusieran cabeza abajo y la sangre le bajara a esta. Esto es lo que teme que le pase a papá. También tiene miedo de que mamá quede dañada por el vagabundo-papá, de manera que su miedo se refiere a los *dos,* sintiéndose al mismo tiempo culpable por la agresión que vivencia hacia ambos. Su perro Bobby le representa a él mismo, que quiere ocupar el sitio que papá ocupa con mamá (1a butaca es la cama), y cada vez siente celos y rabia, le odia y le ataca con sus pensamientos (nota 1); y esto le hace sentirse triste y culpable. [Situación edípica].

Richard sonríe a *M. K.* y dice que está de acuerdo con que el perro le representa a él, pero niega enfáticamente la veracidad de la otra parte de la interpretación, pues él *nunca* haría una cosa así.

M. K. le explica, entonces, que el pensar que nunca llegaría a llevar a cabo un ataque semejante le trae alivio, pero le señala que cuando sus sentimientos hostiles son muy intensos y desea que su papá se muera, puede creer que esto ocurre de verdad. [Omnipotencia del pensamiento]. (Richard parece estar de acuerdo). Relaciona también *M. K.* la ansiedad que siente por los aliados de Gran Bretaña, con su hermano, a quien no cree que sea un aliado de confianza que le pueda ayudar contra los dos padres unidos y hostiles. (En el material, representados por Alemania y Hitler).

Richard contesta que es probable que sus padres se sientan muy enojados con él cada vez que tiene mal humor y les causa preocupación y que en efecto, en esos momentos, un buen aliado le serviría de mucho. Expresa una gran admiración por Churchil que ayuda a Gran Bretaña a salir adelante, y se detiene a hablar de este tema durante un rato.

M. K. interpreta que Churchil y Gran Bretaña representan otro aspecto de sus padres: un papá bueno que protege a mamá; unos padres maravillosos, más admirables aún que los verdaderos (Richard está de acuerdo con esto). En cambio Hitler y Alemania representan a los padres que son malos cuando se enfadan con él. [Disociación de los padres en buenos y malos y proyección].

Richard parece profundamente interesado por esta interpretación y se queda en silencio, sin duda pensando en ella: La satisfacción con que acoge el nuevo conocimiento de sí mismo que *M. K.* le brinda es muy notable. Después comenta que es muy difícil tener en la mente tantas clases de padres.

M. K. le indica que lo que le resulta tan difícil que llega hasta a ser doloroso, es lo contradictorio de sus sentimientos. Quiere a sus padres, pero siente al mismo tiempo que los daña con su odio y su hostilidad, y luego se siente culpable por el daño que teme haberles ocasionado. Relaciona esto con el material sobre el accidente que sufrió su madre cuando él tenía dos años, y le dice que quizás haya pensado entonces que el auto, que representaba al papá-vagabundo, había herido a mamá por estar él mismo (Richard) enojado con ella y así haberlo deseado…

Richard dice que le gusta salir de paseo con Bobby, y que una noche se quedó con él hasta las diez, visitando a varias personas, y menciona en particular a una señora. A Bobby le gustaría tener mujer e hijos, pero mamá no quiere tener dos perros en la casa.

M. K. interpreta que Bobby es él: es él quien quiere ser independiente y tener una mujer e hijos, porque de esta manera no sentiría frustración, odio ni culpa.

Richard se refiere entonces al día más feliz del año; fue un día en el cual estuvo patinando en trineo en la nieve.

En dicha ocasión unos amigos que estaban con ellos se dieron un golpe tal, que el marido se hizo un corte en la nariz y su mujer se le cayó encima. También Richard se cayó del trineo, pero no se hizo daño y todo resultó muy divertido.

M. K. sugiere que la pareja accidentada representa a sus padres. Justo al terminar ella de interpretar los impulsos hostiles que siente hacia estos, particularmente en cuanto a sus relaciones sexuales (nota II) él ha recordado el

accidente y lo ha hecho así porque este representa dicha vida sexual. Por ello se siente culpable de él, aunque no resultara grave después de todo. El hombre con la nariz herida que le hizo divertirse representa el genital de papá, dañado, tal como desea verlo. Sin embargo, al no pasar nada grave Richard pudo divertirse y ahora siente que fue un día feliz.

Richard contesta a esto: «He descubierto que no hay felicidad sin tragedia», y empieza a hablar de otro día feliz de hace dos años, en que fue a Londres con sus padres. Allí visitaron el zoológico y dieron de comer a los monos a través de los barrotes de la jaula. Entre ellos había un mandril con un aspecto «muy desagradable». Un monito le saltó encima, le quitó la gorra y trató de sacarle las nueces de la mano. ¡Qué mono tan glotón! ¡Si justamente él estaba dándole de comer!

M. K. le indica que el monito glotón es él mismo de bebé, pero que cuando daba de comer a los monos se convertía en papá y mamá alimentando a sus hijos. El bebé (tanto el mono como Richard), es glotón y desagradecido y le saca el genital a papá (1a gorra de Richard) y por eso sintió que el mandril tenía un aspecto peligroso y desagradable [Proyección de los impulsos agresivos sobre el objeto]. (Nota II).

Richard (preocupado) pregunta a *M. K.* dónde está el reloj que acostumbra guardar en su cartera[1021]. Dice que es un lindo reloj y que le gusta mirarlo.

M. K. saca el reloj y le indica que está preocupado; le sugiere que la razón por la cual quiere mirar el reloj es porque quiere irse.

Richard dice que no, que no se quiere ir, pero que quiere estar seguro de marcharse a la hora debida porque va a ir a dar un paseo con su mamá. Y además que le gusta mirar al reloj.

M. K. le interpreta que está ansioso por ver si mamá está bien y no dañada por sus ataques de glotonería, así como comprobar si todavía le quiere. Mirar el reloj (que es un reloj de viaje, plegable) es como mirar dentro de *M. K.* Teme haberla atacado tal como el monito le atacó a él, y que ahora esté dañada o enojada. *M. K.* le pregunta además, si el incidente con el mono había sido la tragedia de ese día.

Richard contesta que no, pues ese incidente había sido bastante divertido, ya que nada serio había ocurrido. Pero que más tarde había habido una tormenta, y él se había resfriado y le habían dolido los oídos… Mira luego el mapa y expresa preocupación por el estado de la guerra. Pide a *M. K.* que venga a mirar con él y que compare el tamaño de Alemania con el de Francia, añadiendo que odia a Darlan por ayudar a los alemanes y por ser un traidor.

M. K. interpreta que él mismo se siente como un traidor cuando es glotón, agresivo y desagradecido, de modo que, en realidad, la tragedia de aquel día había sido el incidente con el mono, a pesar de que también fuera divertido, ya que el mono le representa a sí mismo.

Richard muestra otra vez signos de ansiedad. No separa los ojos del reloj y se levanta en cuanto termina la hora. Sin embargo, su actitud hacia *M. K.* se mantiene amistosa y le dice que le gusta quedarse los cincuenta minutos, pero que después quiere irse con su mamá. Resulta evidente que su resistencia ha aumentado y que siente grandes deseos de marcharse, pero que al mismo tiempo quiere quedar en términos de amistad con la analista.

Notas de la sesión número tres.

I. Tal como se podrá ver en las sesiones siguientes, los ataques que Richard fantasea contra su padre, van dirigidos tanto hacia el objeto externo como hacia el interno. Sin embargo, en esta etapa del análisis me limité a interpretar las relaciones que pensaba que mantenía con el objeto externo. Nunca interpreto en términos de objetos y de relaciones internas; hasta no tener un material explícito que muestre las fantasías de internalización del objeto en términos físicos concretos.

II. El que Richard se permitiera a sí mismo expresar su diversión ante el accidente que le había ocurrido a esta pareja, constituye algo característico. Esto se debe, no solo a que no ocurriera nada grave, sino también a que las personas implicadas en él no eran sus padres.

III. Hay además otro aspecto en la proyección que se ve en este material. Al proyectar sus impulsos destructivos sobre el mono, Richard está tratando de deshacerse de una parte de sí mismo, con el fin de poder conservar sus sentimientos buenos alejados de todo peligro y de toda hostilidad. Esto también se ve cuando tras mi interpretación, quiere mirar mi reloj, que alaba diciendo que le gusta. Con esto está tratando de preservar la buena relación que tiene conmigo, que en ese momento represento a su madre. Podría además añadir, que la «tragedia» a la que Richard se refiere y que trata de explicar con el resfrío que tomó ese día, es en realidad el peligro de caer presa de la depresión y de sentimientos de culpa si daña a sus padres por no poder proyectar su agresión hacia otro lado.

Sesión número cuatro (jueves)

Richard empieza otra vez a hablar sobre la guerra, y en especial sobre la actitud incierta de Rusia, opinando que puede llegar a hacerse daño a sí misma. También se refiere al material de la sesión anterior sobre su experiencia en el zoológico. En realidad, repite que no le llegó a ocurrir ningún accidente, y que la tragedia fue el resfrío y el dolor de oídos. (Decir esto implica que se resiste a la interpretación de *M. K.* sobre el verdadero sentido de la tragedia dentro de todo el contexto). Pregunta luego a *M. K.* a qué se dedica y si tiene familia. Quiere saber algo sobre el señor K., los hijos que tienen, sus edades y sus profesiones. Después, tras mirar los distintos cuadros que hay en las paredes, señala con interés a uno que representa a dos perros y en otro donde hay un cachorro entre dos perros grandes. Dice que el cachorro es muy rico.

M. K. da brevemente la información que el niño le pide**[1022]**.

Richard se muestra evidentemente sorprendido por el hecho de que el Sr. K. haya muerto (aunque ya sabía esto antes de comenzar a analizarse), pero se alegra al oír que *M. K.* tiene un hijo.

M. K. entonces le interpreta que desea recibir de ella más cariño y atención, y que siente celos de los demás pacientes y de sus hijos. Le dice que esto se origina en los que siente de papá y de Paul y de la relación de ambos con mamá. Añade además que tiene curiosidad por saber lo que hace *M. K.* de noche, como le pasa con mamá. Los dos perros representan tanto a *M. K.* como al Sr. K.**[1023]** como a papá y a mamá, mientras que él desea ser el cachorrito (el bebé) que se pone entre los dos y que además goza de ambos. También desea devolver a *M. K.* su marido.

Richard siente en este momento una gran curiosidad por el reloj y dice que es «un lindo reloj». Quiere saber cómo se cierra y se abre, y mientras juega con él dice que se siente feliz, que hace buen tiempo, y que brilla el sol. Está de acuerdo con que el cachorrito del cuadro se parece a un bebé.

M. K. le sugiere que quizás haya deseado que su mamá tuviera bebés aunque le hubieran provocado celos.

Richard contesta con convicción, que a menudo le dice a su madre que debería de tenerlos, pero que esta le contesta que ya es demasiado vieja. Naturalmente esto es una tontería, ya que es seguro que podría tenerlos «en abundancia». (Sigue manipulando el reloj).

M. K. interpreta que su interés por el «lindo reloj» (que la representa a ella) y el placer que siente al tocarlo están relacionados con la satisfacción que le brinda averiguar cosas sobre su vida y su familia. El gozar del sol se relaciona además con la mamá «buena» y con el deseo que tiene de que tenga bebés y esté contenta. Por la misma razón se alegra de que *M. K.* tenga un hijo y un nieto.

Richard mira otra vez el mapa y expresa dudas sobre la actitud de Rusia. Pregunta también el lado en que ha estado Austria en la última guerra (aunque evidentemente conoce la respuesta) y después pide a *M. K.* le diga qué países del continente conoce.

M. K. menciona algunos países por donde ha viajado, e interpreta que las dudas que tiene sobre Austria y la desconfianza de Rusia se refieren a su sospecha de que ni su madre ni ella misma [la «mala» madre] se avengan a aliarse con él en contra del papá «malo» (el Hitler austríaco).

Richard habla entonces de Bobby, que es suyo aunque lo comparte con su mamá, y dice que el perro le quiere mucho. Es travieso y a veces hasta malo; en ocasiones come carbón y si se le gasta alguna broma, muerde; una vez llegó hasta morderle a él. Cuenta de nuevo que cuando papá se levanta de su silla situada cerca del fuego, Bobby se sube a ella, y ocupa tanto lugar que solo queda un pedacito libre para su papá.

M. K. le recuerda la interpretación de que Bobby, cuando salta a la silla de papá, le está representando a él, que cuando tiene celos quiere quitarle el sitio. Quizás alguna vez haya deseado también morder a su padre en un momento de rabia o de celos. En cuanto a su interés por el perro cuando come carbón, le sugiere que puede estar relacionado con el interés que le provocaba a él mismo en el pasado «lo grande», y el deseo que puede haber tenido de comérselo.

Richard contesta firmemente que no haría tal cosa, aunque quizás haya pensado en ello cuando era pequeño. Admite que tiene conciencia de sus deseos de morder; a menudo los siente cuando se enfada. Entonces mueve las mandíbulas como para hacerlo, y esto en especial, cuando hace muecas. Cuando era pequeño una vez mordió a su niñera, y si pelea con su perro y este le muerde, él le contesta con otro mordisco. A continuación expresa curiosidad por los demás pacientes de *M. K.*, y en especial por John Wilson[1024]: quiere saber si se analizan en la misma habitación.

M. K. interpreta que desea saber esto porque está avergonzado por ser niño y usar el cuarto de juegos, ya que ser niño quiere decir no tener control; es decir jugar con «lo grande» y morder como un perro. Además, tiene celos

de John igual que los tiene de Paul, pues ellos ya no son niños «malos». (Como Richard conoce bien a John, y sin duda este le ha hablado de su tratamiento, cabe suponer que sabe que su amigo ya no se trata en el cuarto de juegos; también sabía Richard antes de empezar a analizarse que el Sr. K. había muerto. Su necesidad de obtener esta información sobre *M. K.* a pesar de conocer la respuesta obedece a muchas razones, entre ellas, el deseo de verificar si *M. K.* dice la verdad).

Sesión número cinco (viernes)

Richard comienza la sesión diciendo que se siente muy contento: el Sol brilla, y se ha hecho amigo de un niño de unos siete años con quien ha estado jugando en la arena, construyendo canales. Dice que le gusta mucho el cuarto de juegos, que es muy lindo. Le gusta que haya tantos cuadros de perros en las paredes. Además está deseando irse a su casa a pasar el fin de semana: el jardín que tiene es muy bonito a pesar de que cuando se mudaron «era como para morirse» ver la cantidad de hierbas malas que en él crecían. Luego hace un comentario sobre el cambio de empleo de Lord Beaverbrook, y se pregunta si su sucesor será tan bueno como él.

M. K. le interpreta que el cuarto de juegos es «lindo» a causa de los sentimientos que siente hacia ella, pues el cuarto la representa. El amigo nuevo es como un hermano menor, y esto está asociado al deseo de que un papá fuerte dé a mamá muchos bebés (los perritos de los cuadros). Le interpreta además que está preocupado, pues si empujara a su papá y le quitara el sitio como lo hace Bobby, él podría entonces ocuparlo, pero no tener bebés ni mantener a la familia unida, como su papá sí hace. También está contento porque se va a su casa, y deseoso de tener una vida familiar amistosa, quiere inhibir este deseo de desplazar a su padre. Las malas yerbas le representan a él cuando quiere deshacer la paz familiar con sus celos y rivalidad, y si ha usado la expresión: «era como para morirse», al referirse a ellas, es porque simbolizan algo peligroso.

Richard estornuda, tras lo cual se queda muy preocupado[1025]. Teme estar cogiendo un resfrío, y dice casi para sí mismo: «Conoce su sonada» en vez de «Se suena la nariz[1026]». Cuando *M. K.* le llama la atención sobre la equivocación, se queda muy divertido.

M. K. interpreta que teme que su resfrío sea algo malo que hay dentro de él, y que por eso teme la «sonada».

Richard se dirige una vez más al mapa y pregunta cuáles son los países que se mantienen neutrales. Suecia es uno de ellos, pero esto puede no durar mucho. Entonces se agacha y mira el mapa al revés, comentando que Europa tiene una forma rara cuando se la ve así; no parece «correcta», sino «embrollada y mezclada».

M. K. asocia esto con sus padres, todos «embrollados y mezclados» durante las relaciones sexuales, hasta un punto tal, que no puede saber quién

es quién cuando piensa en ellos en esta situación. También le interpreta que teme que durante el coito sus padres se mezclen de tal manera que el pene-Hitler malo de papá se quede dentro del cuerpo de mamá. [Figura combinada de los padres]. A esto se refiere cuando dice que Europa no es «correcta» y que es «rara»; teme que realmente sea algo malo y peligroso.

Richard muestra signos de ansiedad. Se levanta de la silla y da vueltas por el cuarto. Explora varios rincones, mira el piano, lo abre y lo prueba. En una mesita que hay al lado descubre un zapato de porcelana en el que hasta ahora no se ha fijado, dentro del cual hay una goma. La saca, y la vuelve a colocar adentro. Dice que el cuarto es lindo y que le gusta mucho… A continuación coge el reloj de *M. K.* y quiere saber dónde y cuándo lo ha comprado. Esto le lleva a formularle otras preguntas sobre su marido, tal como lo ha hecho en otra ocasión.

M. K. interpreta que la exploración que está haciendo del cuarto expresa el deseo que tiene de explorar su cuerpo por dentro, y que esto a su vez se debe a la ansiedad que siente por saber si existe dentro de él un pene-Hitler malo o uno bueno. Por ese motivo ha vuelto a hacer preguntas sobre el Sr. K. Todo esto está a su vez relacionado con su mamá y con ella y papá «mezclados». La desconfianza que siente hacia el interior del cuerpo de mamá está relacionada con el miedo que tiene de su propio cuerpo, de sus resfríos y de las «sonadas» interiores. Al mismo tiempo, está tratando de tranquilizarse a sí mismo, pensando que el cuarto es lindo, que le gusta, y que ello parece ser la demostración de que tanto su mamá como *M. K.* están bien y no tienen dentro de sí al papá-Hitler malo. [Defensa maníaca].

Richard sigue explorando la habitación y encuentra una tarjeta colocada en el ángulo que forman dos lados dé un biombo. La admira y comenta que el petirrojo que representa es encantador. A él le gustaría ser petirrojo, pues estos pájaros siempre le han gustado mucho.

M. K. interpreta que el petirrojo representa a un pene bueno y también a un bebé, y que a Richard le gustaría poder hacer bebés, reemplazando en la tarea al Sr. K. y a su papá. El interés que le ha despertado el ángulo formado por el biombo (cuyas dos hojas se abren como piernas) expresa el deseo de tener relaciones sexuales con *M. K.* y con mamá.

Richard no contesta a casi ninguna de estas interpretaciones. Solo dice que una vez tuvo un petirrojo al que alimentaba, pero que un día se voló y no volvió más. Después mira el reloj y pregunta si ya es la hora de irse[1027].

M. K. le interpreta que quiere irse y no volver más, porque las interpretaciones sobre sus deseos sexuales hacia ella le han dado miedo;

además el petirrojo simboliza su genital al que teme perder o haberlo ya perdido.

Richard no quiere al principio admitir que se quiere ir, y trata de ser cortés. Pero después dice que sí, que quiere que sea la hora, pero que no desea marcharse antes de terminarla. (Cuando se acaba la sesión, se va solo, sin esperar a *M. K.*)

Sesión número seis (sábado)

Richard viene al consultorio con su madre[1028] porque tiene demasiado miedo de los niños como para venir solo. Tras decirle esto a *M. K.* se queda en silencio.

M. K. hace una referencia al material de la sesión anterior (nota 1), y le recuerda que el petirrojo es su genital, el cual quiere colocar dentro del de ella; este deseo le ha asustado mucho porque teme ser atacado por el vagabundo-papá. Hoy siente que estar a solas con *M. K.* constituye una situación peligrosa, y por eso ha aumentado el miedo que tiene de encontrarse con niños hostiles camino de su casa. Además, si su madre viene con él, se asegura de que nada malo va a pasar entre él y *M. K.* Como por otra parte después de la sesión se va a ir a su casa a pasar el fin de semana, teme que el deseo que siente hacia su mamá provoque un ataque de su padre, y ello hace que necesite tener cerca a una madre buena que le proteja contra los niños hostiles y contra su padre. Esta madre buena le hace sentir, sin embargo, nuevos deseos, como lo hace *M. K.*, y por ello la vive también como a alguien peligroso.

Richard ha estado mirando el mapa todo este tiempo. Ahora habla de «Rumania abandonada» y del quebrantamiento que hay en otros países.

M. K. interpreta que está preocupado por la ruptura que se produciría en su familia si se llegasen a cumplir los deseos que tiene de tener a mamá para él solo. En ese caso tendría que temer a papá y a Paul, cosa que expresa en el miedo que tiene a los niños de la calle, que hoy ha sentido en forma más aguda. Además, le parece que si su mamá le quisiera más a él y llegara a poder ocupar el sitio de su papá, se sentiría abandonado y triste.

Richard, con aire dolorido y preocupado, dice que no quiere oír hablar de cosas tan desagradables. Al cabo de un rato pregunta por John; todavía no está bien, ¿no?; ¿cuándo se va a curar?

M. K. interpreta que duda del valor de ella y del análisis; como le hace sentir cosas tan desagradables y asustadoras teme que no le van a servir de ayuda. Además, al sentir deseos sexuales, teme ser muy malo, y no tener remedio. A su vez esto le hace dudar de la bondad de mamá, que es la causante de sus deseos (nota II), y si no puede fiarse de ella, tampoco puede esperar que lo defienda de papá ni que lo ayude a controlarse para no atacar o desplazar a este.

Richard se refiere entonces extensamente a una «tragedia» que le ha ocurrido el día anterior: mientras jugaba en la arena ha perdido su pala y no la ha podido encontrar.

M. K. interpreta que teme perder su pene (pala) como consecuencia de los deseos que siente hacia ella y hacia su mamá, mencionando luego que su madre le ha contado que fue operado en el pene, y que esta operación le asustó mucho (nota III).

Richard muestra mucho interés por la conversación entre *M. K.* y su madre. Aunque sin duda sabe que cuando su madre habló con *M. K.* para iniciar el tratamiento le contó cosas suyas, hasta ahora no había hecho mención de ello. Ahora pregunta qué más dijo de él su mamá.

M. K. le hace un pequeño resumen de la conversación: le dice que su madre le contó que a menudo está preocupado, que teme a los demás niños, y que tiene otros problemas. También le habló de él cuando era pequeño y de las operaciones a que había sido sometido.

Richard se queda muy contento al oír esto, pero resulta evidente que al mismo tiempo sigue con dudas y sospechas. Empieza a hablar inmediatamente de su operación, dando muchos detalles de la misma. Se acuerda bastante de la circuncisión, hecha cuando tenía tres años. Aunque no sufrió dolor, le dieron éter y esto fue espantoso. Le habían dicho antes que le iban a dar una especie de perfume, para que oliera, prometiéndole que no le harían nada más (esto está de acuerdo con el relato de la madre). El entonces llevó consigo una botella de perfume para usarla en vez del otro, y cuando esto no se le permitió, quiso tirársela al médico. Aun ahora, dice, siente deseos de pelearse con él y desde entonces le ha odiado, así como también odia el éter y le teme. De pronto, refiriéndose al momento en que este fue suministrado, dice que «era como si cientos o miles de personas hubieran estado allí». Pero su niñera estaba a su lado y pensó que ella le protegería**[1029]**.

M. K. le señala la fuerza que tienen sus sentimientos de persecución: ha dicho que se sintió rodeado por cientos o miles de enemigos y completamente indefenso ante ellos. Comprendió que solo contaba con una amiga, la niñera, que representaba a la mamá buena. Pero dentro sintió que había una mamá mala: una mamá que le había mentido y que por lo tanto se había ido al bando de los enemigos. El médico «malo» con el cual se quiere pelear, representa a su papá malo de quien teme que le reduzca a la impotencia y le corte el pene.

Richard está de acuerdo con esto. Luego sigue hablando de cuando, a los cinco años, le sacaron las amígdalas, y dice que también entonces lo horrible

fue el éter que le dieron. Comenta que quedó enfermo bastante tiempo después de la operación. Habla de su «tercera operación» hecha a los siete años y medio, en la cual le dieron una vez más éter para sacarle varios dientes. (Todo el tiempo habla en forma muy dramática, evidentemente gozando con su relato. No cabe duda de que poder quejarse, expresar sus sentimientos y ansiedades, y saber que *M. K.* le está escuchando con simpatía e interés, le trae un gran consuelo).

Tras todo esto, empieza otra vez a explorar el cuarto y dirige su atención al «lindo» petirrojo de la tarjeta que está clavada en el biombo. Pregunta a *M. K.* si a ella le gusta, y luego encuentra otra más en la que también hay un petirrojo, pero dice que esta no es tan linda.

M. K. le indica que el primer petirrojo, que le gusta más, tiene la cabeza erecta, y representa a su pene no dañado, mientras que el segundo la tiene colgando, y simboliza al pene herido. Le dice además que desea exhibir su pene ante ella que ahora representa a la niñera buena que le quiso y le protegió y que quisiera que le gustase, pues así lograría convencerse de que no está dañado.

Richard menciona ahora a sus dos canarios, a los que quiere mucho. Dice que a menudo hablan entre sí en forma enojada y que está seguro de que se están peleando… Luego descubre un cuadro que representa a dos perros y se interesa al notar que, aunque son de la misma raza, existen algunas diferencias entre los dos; tras lo cual señala el cuadro de los tres perros que antes le había gustado (cuarta sesión), y vuelve a admirar al cachorro que está en el medio.

M. K. le interpreta que le interesa saber la diferencia que hay entre sus padres y entre los órganos genitales de ambos. El cachorro del medio es él mismo que quiere separar a sus padres cuando están en la cama, en parte por celos, y en parte por temor a que se unan en contra de él, pues así sintió que lo hacían durante su operación, y cuando *M. K.* y su madre hablaron acerca de él. Le indica que parece tener mucho miedo de que se peleen y que quiere saber la razón por la que discuten; quizá tema él ser el causante de las peleas.

(Otra vez en esta sesión me faltan las notas sobre el final de la hora).

Notas de la sesión número seis.

I. Por regla general, el analista encuentra el fundamento de su primera interpretación en el material nuevo que surge en cada sesión; pero si la

ansiedad es tan aguda que el paciente no puede expresarla, es necesaria una interpretación que se refiera a la sesión o sesiones anteriores. En el presente caso, la clave de la angustia prevalente en el momento actual, estaba en la insistencia de Richard para que su madre le acompañara hasta el cuarto de juegos, y por el silencio inicial, que fue más largo de lo común.

II. Es frecuente que en los análisis, el niño acuse a su madre de provocar en él deseos sexuales y de seducirle. Esta acusación tiene como fundamento la experiencia real de los cuidados físicos maternos efectuados durante la primera infancia, los cuales implican, entre otras cosas, el manipuleo y con ello la estimulación del genital del niño. En algunos casos un cierto grado de seducción inconsciente o aun consciente, llega verdaderamente a realizarse en las relaciones de las madres con sus hijos, pero creo, sin embargo, que es importante tener en cuenta y analizar debidamente, la proyección que hace el niño sobre su madre de sus propios apetitos sexuales, y de los deseos que él mismo tiene de seducirla.

III. Esto nos lleva a un punto vital de la técnica del análisis de niños. Al hacer referencia a una información de importancia dada por la madre de Richard, estaba ya segura de que este tenía conocimiento de que yo había hablado de él con su madre. Es más, aunque demasiado asustado para preguntármelo, es evidente que el niño sentía curiosidad por saber lo que se había dicho y desconfiaba de toda la conversación.

Por ello, aunque al relatarle yo lo acontecido no logro aliviar del todo las dudas que le provoca mi contacto con la madre, es bien evidente al alivio que siente al oírme. (Lograr un alivio total no es posible con un niño tan desconfiado como este, ni posiblemente con ninguno). Podemos estar seguros de que cualquier niño a quien se lleva a tratamiento, sabe que se ha dado de él cierto grado de información, y por ello resulta conveniente referirse a ello en el momento oportuno. En la sesión anterior a esta surgió en primer término cierto grado de angustia de castración, cosa que vuelve a ocurrir en esta, en forma muy aguda. Por todo ello, tanto el temor a la castración provocado por la operación, como la desconfianza del niño hacia su madre, formaron parte del material total, y me pareció esencial traer el tema en este determinado momento.

Aunque a veces el analista puede hacer referencia a los informes dados por los padres, como, por ejemplo, en los casos de enfermedades u otros hechos importantes, esto debe constituir una excepción en el análisis. El analista debe encontrar su propio material en el mismo niño, y aunque a veces le pueda ayudar a hacer una interpretación más completa el estar en contacto

con la madre y conocer por ella los cambios que se van operando en el paciente o cualquier otro dato relativo al niño, el abuso de estas conversaciones incrementa los sentimientos persecutorios del mismo.

Sesión número siete (lunes)

Richard parece muy contento de ver a *M. K.* Comenta que el fin de semana le ha parecido muy corto y que es como si acabara de separarse de ella. Dice que *M. K.* estuvo siempre «presente» en él, como si hubiera estado mirando una fotografía suya. (Sin duda quiere decir que ha pensado mucho en ella[1030]). Cuenta con gran detalle de todo lo que le ha pasado mientras ha estado afuera, comentando que ha sido un fin de semana feliz (nota 1). Sin embargo ha habido una tragedia; al venir hacia la casa de *M. K.*, al bajar los escalones del hotel, se ha torcido el tobillo… Pide luego, a la analista, que le mire el traje nuevo; ¿no le parece que el color de los calcetines va muy bien con é1? Sintiéndose comunicativo, comenta que hay una cosa que a menudo le preocupa: resultar ser un tonto, y no servir para nada.

M. K. interpreta que el haberse torcido el tobillo camino de su casa expresa el temor a dañarse el genital si se cumplen sus deseos de ser hombre y de introducirlo en el de *M. K.* Al mostrarle el traje nuevo y los calcetines, le está indicando las ganas que tiene de exhibir su pene para que ella lo admire; pero esto le hace temer a su vez no servir para nada (ser tonto), y no llegar a tener nunca el genital adulto y valioso que desea.

Algo después, Richard pregunta si la estufa eléctrica pertenece a *M. K.* Se da cuenta por primera vez que una de las barras está rota… Luego relata que el primero en ir a encontrarle cuando llegó a su casa fue Bobby, que le hizo un gran recibimiento. Aunque no, en realidad fue papá el que le saludó primero. Papá pareció sorprendido —no, no quiso decir eso—, quiso decir que papá pareció contento al verle. Los canarios no estaban bien; tenían un aspecto enfermo y se estaban quedando calvos. Al jugar con su arco y sus flechas, ocurrió que una flecha golpeó a papá levemente en la cabeza, pero no le hirió y papá no se enfadó.

M. K. interpreta que duda del cariño de su papá y que le teme, porque él mismo le quiere matar. Por eso, aunque queriendo decir que papá estaba contento de verle, ha dicho otra cosa: que papá quedo sorprendido al verle, como si no lo hubiera estado esperando.

En realidad la «sorpresa» significa un sentimiento mucho más intenso: la creencia de que su papá no quería que fuera a casa, lo cual se debe a que se da cuenta de que, inconscientemente, siente hostilidad hacia él. Refiriéndose a la

calvicie de los canarios, *M. K.* le pregunta si su padre también se está quedando calvo. Richard contesta que sí.

M. K. interpreta entonces, que si ha mencionado a sus pajaritos es porque cree haber enfermado a su papá, y haberle dañado el órgano sexual y la cabeza, con sus celos y con el deseo de quitarle el sitio que ocupa en la relación con su mamá. A causa de todo esto, teme que su padre se vengue; cuando en la sesión anterior se refirió al médico malo que le dañó el pene o que se lo quería destruir o quitar, estaba con ello expresando las cosas que teme que su padre le haga. El barrote roto de la estufa, del que solo hoy se ha percibido, simboliza a su pene, mientras que el fuego, los órganos genitales de *M. K.* o de su mamá. La necesidad que tiene de que *M. K.* admire el traje y los calcetines que lleva puestos y de ser querido por ella, es muy grande, debido al miedo de que su papá le castigue o ataque si se entera de que desea a mamá, y si descubre a su pene dentro del órgano genital de la misma.

Richard está mirando el mapa. Comenta que los partes de guerra son buenos, pues han sido derribados muchos aviones alemanes. ¡Qué forma rara tiene Rumania! Es un país muy «solitario». Mira entonces el mapa cabeza abajo (agachándose para hacerlo), dice que «no puede entender nada» y repite otra vez que así no parece ser correcto, sino que está todo mezclado. Incorporándose, señala a Brest y dice que su papá le dijo un chiste: algo sobre que los alemanes iban ahora a atacar las piernas tras haber empezado con el pecho[1031]. Señala luego varias ciudades del continente, tras lo cual echa una mirada al cuarto y se entusiasma al descubrir en él cosas en las que antes no había reparado, tales como la segunda puerta, muchas más fotos y tarjetas postales y una buena cantidad de banquitos (nota II). Mira de nuevo el zapato de porcelana y luego encuentra un almanaque ilustrado. En él admira sobre todo una de las fotografías, que representa a dos montañas, pero dice que en cambio hay otra que no le gusta, y abandona el tema.

M. K. le pregunta la causa por la que no le gusta.

Richard (tras dudar un momento) dice que el color marrón que tiene (sepia) da al campo un aspecto feo. Levanta entonces el reloj de *M. K.*: que es de cuero marrón, lo manipula, lo pone de tal manera que queda con la parte de atrás hacia donde están él y *M. K.*, y se ríe de buena gana, mientras comenta que así parece muy raro.

M. K. interpreta que se está riendo de la parte marrón de atrás del reloj, porque lo ha asociado con «lo grande». Sugiere que si no le gusta el cuadro donde todo está de este color, es porque deja a *M. K.*, o mejor dicho, a mamá

(el campo), toda sucia y fea. Pero al mismo tiempo le parece gracioso y por ello se ríe de «lo grande» y del «trasero» de *M. K.*

Richard está de acuerdo con que la parte de atrás del reloj representa el trasero de *M. K.*

M. K. interpreta que siente curiosidad por explorar dentro de su cuerpo y del de su mamá. La solitaria Rumania, atacada y en peligro, y las ciudades conquistadas del continente representan ahora a ella y a su madre dañadas las dos. Papá, al hacer el chiste sobre Brest, simboliza al vagabundo malo y a los alemanes, que atacan el pecho de mamá y su cuerpo, mientras que la admiración que él siente por las dos montañas expresa el cariño que tiene a esos pechos y el deseo de que no les pase nada malo. Por otra parte, darse cuenta de la existencia de tantas cosas nuevas en el cuarto de juegos, se debe a la mayor conciencia que tiene del deseo de meter su genital en el cuerpo de mamá y de explorar su interior con él, aunque al mismo tiempo protesta por el color marrón que afea el campo, lo cual es una expresión de la angustia que siente por «lo grande» que puede haber dentro de *M. K.* —la parte de atrás del reloj—, a pesar de que también le haga gracia.

Richard entonces habla sobre poesía, refiriéndose en especial a «The Daffodils» (Los narcisos) de Wordsworth. Luego se queda admirando otro cuadro que representa una gran torre, en un paisaje iluminado por el sol.

M. K. interpreta que esos niños a los que teme, representan ahora a su padre metido dentro del cuerpo de su madre, y que la admiración que siente por este cuadro tan soleado, indica el deseo que tiene de ver a sus padres unidos en forma feliz (nota III). (El elemento maníaco de la excitación de Richard cuando admira la belleza de la naturaleza, es muy marcado).

Richard pregunta a *M. K.* si va a volver a ir al pueblo[1032] (lo cual significa poderla acompañar durante un trecho del camino), y admite que quiere que le proteja de los niños que pueda encontrar en la calle.

M. K. interpreta que esos niños a los que teme, representan ahora a su papá o a su pene peligroso, y que está pidiendo a su mamá que le proteja de él.

Richard, que tiene un aire preocupado y parece no estar atendiendo, mira el reloj.

M. K. le pregunta si lo hace porque se quiere ir.

Richard dice que sí, pero que no lo va a hacer hasta que no se acabe la hora; tras lo cual se va a orinar.

M. K. le interpreta, cuando vuelve, que tiene miedo de los peligros a que le llevaría tener relaciones sexuales con ella. Además, se ha ido a orinar, para

asegurarse de que su órgano genital sigue intacto.

Richard empieza a mirar otra vez a su alrededor y al encontrar la fotografía de un hombre y una mujer que están de uniforme, dice que parecen ser importantes. Tiene un aire de contento y muestra interés por ellos.

M. K. interpreta el interés que tiene por preservar la felicidad y la autoridad de sus padres. Ha querido irse cuando se asustó de los deseos hacia *M. K.*; al mismo tiempo, ha pedido a esta que le proteja del papá o del pene de este, que le puede atacar, indicando con todo ello que está oscilando entre el deseo de quedarse con ella y de dejarla.

Notas de la sesión número siete.

I. Esta es una de las maneras en que los pacientes pueden expresar el sentimiento inconsciente de haber internalizado al analista. Existen también otras maneras de hacerlo. Un paciente, por ejemplo, me dijo que en un intervalo en el que estuvo separado de mí, sintió todo el tiempo como si yo hubiera estado suspendida sobre él. Aunque parezca contradictorio que el mismo paciente me diera al mismo tiempo una descripción detallada de todo lo que hiciera durante dicha separación (o en los intervalos de una sesión a otra), usó esta expresión como para tratar de correlacionar la situación interna con la externa, es decir, de establecer el nexo que existe entre el analista como figura interna y como figura externa. En la medida en que el paciente siente que el analista es una parte interna suya, cree que comparte su misma vida y que, por lo tanto, deben los dos tener conocimiento de los pensamientos y experiencias del otro. Pero cuando se enfrenta otra vez con la figura real del mismo y tiene que reconocer que se trata de una figura externa, él siente la discrepancia que hay entre lo que desea y lo verdadero, y mediante su relato detallado de lo que ha estado haciendo, trata de juntar las dos situaciones (interna y externa).

II. Tanto en el análisis de niños como en el de adultos, el que el paciente empiece a ver detalles del consultorio o de la apariencia del analista que antes habían pasado inadvertidos, constituye una señal de progreso y de fortalecimiento de la transferencia. A menudo, el analista puede analizar las razones emocionales por las cuales algunos objetos particulares escaparon a la atención de su paciente. A veces, la incapacidad de ver cosas que incluso pueden ser grandes y evidentes, constituye un ejemplo de cómo toda la capacidad perceptiva en general puede ser inhibida por razones inconscientes.

III. Aquí vemos que se ha producido una modificación respecto a las sesiones en las que fue vivenciado e interpretado el deseo activo de Richard de castrar a su padre y el temor de ser castrado a su vez por el todo lo cual implica tener miedo del genital malo de este, pues es vivido como peligroso tanto para el propio niño como para su madre. El análisis de tales temores es seguido, a menudo, de la aparición, a un primer plano, del sentimiento opuesto: la admiración por el genital y la potencia del padre, y el deseo de verle unido a la madre. Mediante el análisis de la desconfianza y de la ansiedad que el niño siente hacia los dos, y en particular hacia su vida sexual, pueden librarse de la represión una serie de sentimientos positivos, tales como el deseo de repararlos y de unirlos para que sean felices.

Sesión número ocho (martes)

Richard está muy preocupado por los niños que pasan delante de la casa, pero dice que se siente protegido por *M. K.* Al venir ha tropezado con uno en la esquina, que tenía un aspecto muy poco amistoso. También se ha dañado la pierna camino del consultorio, y le sangra un poquito. Parece estar en un constante acecho y muy tenso, mientras mira hacia la calle. Señala a *M. K.* la cabeza de un caballo que está en la esquina (se trata de un caballo atado a un carro, pero el cuerpo del animal queda fuera de la vista), la mira repetidamente con aire asustado; de vez en cuando dirige también la mirada al mapa de la pared. Pregunta a *M. K.* sobre qué país pueden hablar: Portugal es muy pequeño. Otra vez mira el mapa cabeza abajo y dice que le gustaría la forma de Europa si no incluyera a Turquía ni a Rusia. Parecen fuera de sitio, «hacen un bulto» y son demasiado grandes. Además son dudosos y nunca se sabe qué es lo que van a hacer, especialmente Rusia.

M K. interpreta que el bulto de Turquía, la cabeza del caballo a la vuelta de la esquina y el niño hostil con el que se encontró, representan el órgano sexual de su papá, grande y asustador, metido dentro del cuerpo de mamá. Le recuerda que ayer se refirió al mapa comparándolo con el cuerpo de una mujer, y que le contó el chiste, que hizo su papá, de que tras el ataque a los pechos se iba a llevar a cabo un ataque a las piernas. De la misma manera siente Richard que es peligroso para mamá y que durante las relaciones sexuales, la ataca. Cuando están juntos, mezclados, no correctos, con el órgano de papá mezclado con mamá, duda sobre si mamá sigue siendo amiga suya o si toma el lado de papá y se pone en contra de él. A esto se refiere cuando habla de la actitud dudosa de Rusia.

Richard trata de ver dónde queda la cabeza de *M. K.* en el mapa, resultando evidente que ha aceptado la interpretación de que el mapa representa el cuerpo de esta y el de su madre. De repente pregunta dónde ha dejado su gorra; la encuentra en un estante y la sujeta con Fuerza. Pregunta si puede mirar el reloj, lo abre y hace sonar la campanilla de alarma. Cuando lo vuelve a colocar en la mesa, pone sobre él la gorra que tenía sujeta entre las rodillas, al hacer su inspección, y dice que lo ha hecho accidentalmente. Comenta que le gusta el reloj, lo coge, y lo toca levemente con los labios. Luego vuelve a mirar el mapa cabeza abajo, comentando que «no lo entiende» de esa manera.

M. K. interpreta que siente amor y deseo hacia ella (el reloj) y que quiere inspeccionar su cuerpo y poner la gorra, que representa su pene, dentro de su órgano genital. Pero tiene miedo al bulto que hace Turquía, el cual representa al señor K. cuando tiene relaciones sexuales con *M. K.* (papá y mamá). Además no entiende bien qué son las relaciones sexuales, cómo se mezclan papá y mamá, y qué le pasa al pene una vez que se mete dentro de la mujer.

Richard pregunta si se quedan pegados como los hermanos siameses, agregando que debe ser terrible para estos mellizos no poderse separar jamás.

M. K. interpreta que siente angustia ante las relaciones sexuales de sus padres y también miedo por el peligro en que él mismo se colocaría, de meter su órgano sexual dentro del de ella. Teme no poderlo volver a sacar, siendo esta la causa por la que quiso irse corriendo ayer.

Richard decide que ahora va a hablar sobre Gran Bretaña, y se pone a marcar en el mapa un viaje a Londres, que le parece precioso. Después sigue señalando una travesía del Mediterráneo en crucero hasta llegar a Gibraltar y a Suez, el que le parece que debe ser muy bello (aunque otra vez tiene una modalidad maníaca, como la que siempre adquiere cuando se despierta su apreciación por lo bello, resulta evidente, sin embargo, la depresión sobre la que se basa el elemento maníaco).

M. K. interpreta que el «precioso» crucero es una exploración por su cuerpo y por el de su mamá, pero que comprende a países que están en un serio peligro debido a la guerra. De esta manera está tratando de negar el miedo que tiene a esos peligros y a los que implican las relaciones sexuales, excitantes pero peligrosas[1033].

Richard interrumpe a *M. K.* para preguntarle si le importa que ponga los pies sobre el barrote de su silla.

M. K. interpreta que la silla simboliza su órgano sexual y los pies de Richard su pene, y que está pidiéndole permiso para tener deseos sexuales, aunque estos no puedan ser llevados a la práctica (nota 1).

Richard se refiere otra vez a Turquía y pregunta si puede levantar el zapato de porcelana. Saca de dentro la goma y la vuelve a meter.

Después sigue explorando la habitación. Sobre un estante encuentra unos sobres con fotos, y los cuenta; dice que hay muchas.

M. K. interpreta que la exploración que está haciendo es de su cuerpo, y las muchas fotos, los bebés que cree que este contiene.

Richard se dirige entonces a la cocina y mira dentro del horno, decidiendo que no está limpio. Tras oler una botella de tinta, dice que se trata de una

«sustancia muy olorosa». De vuelta en el cuarto, mira el reloj y repite que le gusta mucho. Lo mira desde atrás, se ríe y dice que es muy gracioso.

M. K. asocia el desagrado que siente por la «sustancia olorosa» con el que siente hacia «lo grande» que cree que hay dentro de su cuerpo junto con los bebés. Le recuerda que el día anterior no quiso mirar uno de los cuadros del calendario, porque el campo estaba estropeado por el color marrón, y que la parte de atrás del reloj le había recordado su «trasero».

Richard parece preocupado y mira la hora que es. Cuando *M. K.* le sugiere que quizá quiera irse, dice que sí, pero no se va a escapar; cree que el trabajo que hace con ella le está haciendo bien**[1034]**, pues ha tenido mucho menos miedo durante el fin de semana. Entonces se va a orinar y cuando vuelve, pregunta cuánto tiempo va a durar el tratamiento.

M. K. interpreta que no solo teme a su trasero, y a «lo grande» que hay en ella, como si se tratara de cosas malas y peligrosas, sino que también se asusta de su propia orina y materia fecal a las que también cree malas. Por ello se ha ido a orinar, en el mismo momento en que ella le recordaba el temor que surgió, en sesiones anteriores, ante lo que le pasaría a su órgano genital de quedarse él solo con ella y tener relaciones sexuales. Su pene podría en ese caso quedar dañado, mientras que además el hombre malo relacionado con *M. K.*, y el vagabundo-papá, le podrían atacar.

Richard empieza ahora a hacer muchas preguntas: ¿cuántos pacientes tiene *M. K.* y cuántos solía tener?; ¿qué es lo que le pasa a John?… y mientras habla, enciende y apaga la estufa eléctrica.

M. K. contesta que no puede contar cosas de sus otros pacientes, así como tampoco cuenta a estos las cosas de él. (Aunque Richard comprende este argumento, parece contrariado con la respuesta). *M. K.* interpreta entonces los celos que tiene de sus otros enfermos, y el miedo a ellos, ya que representan a su marido y a sus hijos. Se refiere al niño de la esquina, a la cabeza del caballo y al bulto hecho por Turquía, y sugiere que todo ello representa el miedo que tiene al genital malo de su papá, que está dentro de mamá (el señor K. dentro de *M. K.*) y el deseo de destruir a su padre por miedo y por celos. Este papá malo, que se mete dentro de mamá, la daña o la convierte también en mala, pero si Richard le ataca cuando está dentro de ella, cosa que está expresando al apagar el fuego, mamá también se puede morir; por ello enciende y apaga repetidas veces, sin saber bien qué hacer. Todas estas dudas y ansiedades le hacen dudar también de la tarea que está llevando a cabo con *M. K.*

(Durante varias de las interpretaciones, y en particular en las referentes a la angustia de castración, Richard presenta un aspecto dolorido y asustado, y parece no oír. Aunque en la sesión anterior ocurrió lo mismo, esta vez cada interpretación ha sido seguida por una exploración mayor del cuarto y por una evidente disminución de la ansiedad. Esto se ve, por ejemplo, cuando en seguida de formulada la interpretación sobre la cabeza del caballo, vuelve a mirar a la calle, dice que el carro se ha movido, y que el animal está más cerca y parece bastante lindo).

Nota de la sesión número ocho.

1. Aunque no siempre me refiera a ello en forma específica, también en otras ocasiones obtuvo Richard un evidente alivio al levantarse la represión de sus fantasías y poder expresarlas en forma simbólica. En su juego habitual, aunque el niño permanece inconsciente del contenido incestuoso y agresivo de sus fantasías e impulsos, experimenta, sin embargo, un alivio al poderlos expresar simbólicamente, siendo este uno de los factores por el cual el juego es tan importante para el desarrollo infantil. En el análisis, debemos tratar de ganar acceso a fantasías y deseos muy profundamente reprimidos, y ayudarle así a que tome conciencia de los mismos. Es importante que el analista pueda transmitir a su paciente el sentido de sus fantasías, estén estas muy reprimidas o cerca de la conciencia, y poderlas verbalizar. Mi experiencia me ha demostrado que al hacerlo llenamos las necesidades inconscientes del niño, y creo que no es correcto suponer que hagamos daño a él o a las relaciones que mantiene con sus padres, al traducir, como si dijéramos a un lenguaje concreto, deseos incestuosos y agresivos que siente en forma inconsciente.

Sesión número nueve (miércoles)

Richard y *M. K.* se encuentran en la calle, cerca del consultorio. Por un contratiempo, *M. K.* no tiene la llave y los dos se vuelven a buscarla. Richard está sin duda turbado y preocupado por esto, aunque nada dice. Comenta, sin embargo, que los cuervos hacen mucho ruido y que «parecen asustados». También pregunta si *M. K.* le completará los minutos de la sesión que están perdiendo al ir a buscar la llave.

M. K. interpreta[1035] que los cuervos lo representan a él, que está asustado, no solo por la pérdida de tiempo que efectivamente le va a suponer, sino también porque ya no siente la seguridad de encontrar siempre el cuarto de juegos listo y a ella esperándole y preparada.

Richard contesta que tiene una «pregunta importante» para hacerle cuando vuelvan al consultorio; pero luego la formula directamente: ¿puede *M. K.* ayudarle a no tener sueños?

M. K. le pregunta por qué no quiere soñar ni hacerle la pregunta ahora.

Richard le explica entonces que sus sueños son siempre asustadores o desagradables, y agrega que teme que le oigan si habla ahora, sobre todo los chicos de la calle. En efecto, todo el tiempo habla en susurros a pesar de que en la calle no hay casi nadie…

De vuelta en el cuarto de juegos, relata algunos sueños. Uno de ellos se refiere a que la reina de *Alicia en el país de las maravillas* le da éter; otro a un transporte de tropas alemán que se derrumba cerca de él, sueño que a su vez le recuerda a otro que soñó hace mucho tiempo. Un auto, de aspecto «viejo, negro y desierto», cubierto con chapas de patente, llega hasta donde está él y se detiene a sus pies. (Mientras cuenta los sueños apaga y enciende la estufa eléctrica).

M. K. interpreta que la estufa queda negra cuando se la apaga y que entonces puede parecerle como si estuviera muerta. En el sueño, el auto viejo, negro y desierto, parece también estar muerto.

Richard indica entonces que cada vez que enciende el fuego se mueve algo rojo por dentro. (Se refiere a la vibración tras la pantalla de metal).

M. K. interpreta que el fuego es su mamá y que Richard cree que dentro de ella hay algo que se mueve y que él quiere detener. Si lo ataca, cosa que cree hacer cuando apaga el fuego, entonces también mamá se queda vieja, negra y desierta como el auto del sueño. Ahora también teme por *M. K.* El

transporte de soldados la representa a mamá con el Hitler-papá adentro. La reina de *Alicia en el país de las maravillas*, que le da éter, también simboliza a su madre mala y a su papá. Cuando fue operado mamá se convirtió en una mamá mala por no decirle la verdad, pensando entonces en que se había unido con el doctor malo (nota 1). La reina de *Alicia en el país de las maravillas* se dedicaba a cortar la cabeza a la gente y por lo tanto representa a estos padres peligrosos que le cortaban el pene tras haberle dejado inconsciente con el éter. Cuando Richard quiere ahora apagar el fuego de la estufa, quiere atacar o destruir al hombre malo que hay dentro de *M. K.* y al papá malo de dentro de mamá. Se ha referido una vez a la cantidad de enemigos malos que pensó que había durante su operación, y contar esto le ayudó a tener menos miedo. Por lo tanto, *M. K.* también representa a la niñera buena, que fue la única persona que él creyó que le protegería en aquella ocasión. (Véase sesión seis).

Richard elige un país del mapa para hablar de él. Dice que quiere pegar a Hitler y atacar a Alemania. Entonces decide «elegir» a Francia en lugar de esta, y se pone a hablar de este país que ha traicionado a Inglaterra, pero quizás sin poder remediarlo, comentando que Francia le da pena.

M. K. contesta que tiene en la mente a muchas clases de mamás: una mamá mala, Alemania, a quien quiere atacar para destruir a Hitler que contiene adentro, y una mamá herida y no tan buena, pero a la cual aún quiere, representada por Francia. Cuando piensa en las dos al mismo tiempo, no puede soportar atacar a Alemania, y se vuelve hacia Francia, hacia la cual puede permitirse sentir pena, Alemania (o mejor dicho, Austria), también representa a *M. K.*, que ha sido invadida por Hitler (nota II). [Síntesis de los aspectos disociados del objeto, culpa correspondiente y ansiedad depresiva].

Richard vuelve a explorar el cuarto como en las sesiones anteriores. Levanta algunos libros, pero sin interés, y como perdido en sus pensamientos… Menciona a una niña fea con dientes salidos que vive en su mismo hotel, y dice que la odia. Parece preocupado y deprimido.

M. K. interpreta que odia a esa niña porque le representa a él cuando tiene ganas de atacar con mordiscos. Le ha contado ya (cuarta sesión), que una vez mordió a su niñera y a Bobby y que rechina los dientes cuando está enfadado. Ahora teme que al explorar el cuerpo de su mamá, representado por el cuarto, le entren ganas de mordería y comérsela a ella y a las cosas que contiene: bebés y el genital de su papá. También el cuarto representa a *M. K.* a quien también querría explorar y atacar de la misma manera**[1036]**….

M. K. se refiere luego al deseo que una vez expresara, de que su madre tuviera «muchos bebés» (sesiones cuatro y cinco), pero al mismo tiempo

hablan aparecido entonces los celos que sentía de su hermano Paul. Cuando tiene celos de los bebés que pueden salir del cuerpo de mamá, desea atacarles y a ella también. Pero entonces piensa que se convertiría en la estufa negra donde nada se podría ya mover, y en el coche «viejo, negro y desierto» lleno de chapas de patentes que representan a los bebés muertos. Esto haría que la «cantidad de bebés» que hacía que el cuarto fuera lindo (los cuadros que representan a los perritos) se convirtieran en bebés muertos. En la primera sesión habló a menudo de sentirse «abandonado» durante la noche, y ahora se ha referido, en iguales términos, al auto «desierto». Si el auto, que representa a mamá, se muriera, también él se sentiría abandonado y muerto. Si hoy no encuentra placer en explorar la habitación, es por la fuerza con que han surgido todas esas ansiedades.

Richard pregunta de nuevo a *M. K.* si le va a hacer quedar más tiempo, ya que han empezado más tarde.

M. K. repite que así va a ser, pero le interpreta que desde el principio de la sesión, el miedo a perder parte de la hora con ella, se debe al temor que tiene de que ella y su mamá se mueran como consecuencia de sus ataques destructivos, o por lo que él les pueda hacer en el futuro con su voracidad y sus celos.

Richard empieza de nuevo a explorar, deteniéndose en particular ante unos banquitos. Comenta que tienen polvo y los sacude para limpiarlos. Después busca una escoba y empieza a barrer el cuarto.

M. K. interpreta que está tratando de arreglar a los bebés de dentro del cuerpo de su mamá (los banquitos)**[1037]**, y que puede temer que estos bebés sean tan sucios y voraces como él mismo siente que es. También los bebés del vientre de mamá están representados por los niños hostiles de la calle, a los que tanto miedo tiene. Cuando sacude los banquitos, está atacando, al mismo tiempo, a los bebés malos.

Richard se va a orinar. Luego da una razón trivial por la cual dice que quiere irse puntualmente a pesar de que *M. K.* esté dispuesta a darle más tiempo. Pero le hace prometer que otro día le repondrá el tiempo perdido hoy.

M. K. interpreta que no quiere tomar demasiado de su tiempo por temor a comérsela con su voracidad.

Richard sale al jardín y pide a *M. K.* que le acompañe; goza plenamente del sol y del «hermoso campo» y dice que se siente feliz (nota III).

M. K. sugiere que ahora está menos asustado de los bebés malos del vientre de su mamá y de *M. K.*, y que por eso puede gozar con el lado bueno de las dos, ahora representado por el «hermoso campo». Pero que, además, le

gusta mirar los hermosos alrededores, por cuanto le ayudan a no sentir miedo de todo lo malo y peligroso que hay dentro de ellas. [Defensa maníaca].

Notas de la sesión número nueve.

1. Se ha discutido a menudo si se debe o no poner de manifiesto, durante el análisis de niños, las críticas de estos hacia sus padres, que estuvieran reprimidas o inhibidas. Desde el comienzo de mi trabajo he llegado a la conclusión de que es muy importante permitir la manifestación de toda crítica, sea esta justificada o no. Las razones son fáciles de comprender. Para el análisis, es muy importante romper la represión de los sentimientos hostiles; además, toda relación hecha de una idealización, es insegura. Cuando al niño le es permitido ver a sus padres bajo una luz más realista, se disminuye la idealización, y puede establecerse una mayor tolerancia. Las criticas inconscientes tienden a producir exageraciones fantásticas, tales como la que se dio cuando la madre de Richard le mintió con respecto a la operación, llevando al niño entonces a fantasear que era la reina de *Alicia en el país de las maravillas*, quien no solo le daba éter sino que, como cuenta la historia, mandaba cortar la cabeza a todo el mundo. No se pueden analizar a fondo estas fantasías, si no se permite que surja el resentimiento real que el niño siente hacia sus padres. De hecho, encuentro que cada vez que se analizan las críticas y las fantasías de resentimiento ligadas a ellas, las relaciones entre los niños y sus padres mejoran considerablemente.

II. El conflicto entre atacar o conservar la vida de la persona amada, expresado aquí en relación con los países del mapa y en el encender y apagar la estufa, constituye la raíz de la posición depresiva infantil Estas ansiedades surgen por primera vez en el bebé en la relación con su madre (con su pecho), tanto tomándolo como objeto externo como internalizado, y tiene después muchas ramificaciones. Existe, por ejemplo, la urgencia del bebé por destruir al objeto malo contenido dentro del objeto bueno, con el fin de preservar al objeto mismo, y además para preservarse él, aunque luego, con tales ataques, siente que el objeto bueno vuelve a quedar en peligro. (Véase mi «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos», 1935).

III. El humor de Richard cambió: completamente como consecuencia de la angustia surgida durante esta sesión y de las interpretaciones hechas sobre la misma. De acuerdo con mi experiencia, tales cambios ocurridos durante las sesiones no son raros, y se deben a qué se pone en juego una defensa maníaca

contra la depresión; pero sin embargo, como resultado de su elaboración y de las interpretaciones, también se hace operativo un alivio real de la ansiedad, una disminución de la depresión y el deseo de reparar. Cabe, por lo tanto, hacer una diferencia entre las familiares fluctuaciones entre estados maníacos y depresivos y viceversa, por un lado, y la defensa maníaca que surge como paso hacia una creciente capacidad del yo para soportar la depresión. Estos pasos son inherentes al desarrollo normal, en el cual el bebé atraviesa por la posición depresiva manejándola de diversas formas; durante el análisis, es el proceder analítico el que las pone en actividad.

Sesión número diez (jueves)

Richard llega unos minutos tarde, muy turbado. Cuenta a *M. K.* que ha estado en su casa, y que en vez de venir directamente desde el autobús, fue primero al hotel con su madre, razón por la cual se ha retrasado. (*M. K.* se da cuenta de que teme un conflicto entre las dos mujeres)[1038]. Dice que ha tenido mucho miedo de los niños de la calle, y que una niña evacuada, de pelo rojo, le ha preguntado si era italiano. (Había varios italianos en «X»). Esta pregunta le asusta y preocupa, pues los italianos, al ser amigos de Hitler, son traidores y malos.

M. K. interpreta el temor a que surja un conflicto entre ella y su madre, y que quizás ha sentido otras veces que ocurriera lo mismo entre sus padres.

Richard dice que su papá y su mamá nunca se pelean, pero que siempre hubo muchos líos entre la niñera y la cocinera. (Su madre me había dicho ya que las peleas entre las dos muchachas, que condujeron a que la primera se fuera de la casa, hablan perturbado mucho a Richard, y que este nunca perdonó el incidente final a la cocinera, que todavía está con ellos).

Otra vez elige un país; primero dice que va a ser Estonia, pero después dice que como Estonia es enemiga de los polacos, va a elegir a la «pequeña Letonia» en su lugar[1039]. Entretanto enciende y apaga la estufa eléctrica; luego mira los banquitos y los sacude para sacarles el polvo.

M. K. interpreta que, aunque sus padres nunca se han peleado, puede sin embargo haberse preocupado ante la posibilidad de un desacuerdo entre ellos. Este temor le hace desear aún más tener una hermana o hermano menor (la pequeña Letonia), que le sirvan de aliados en caso de producirse estas peleas, y le ayuden a unir otra vez a sus padres. Pero también teme tener hermanas o hermanos enemigos (1a niña pelirroja que creyó que él era italiano) que le acusen de traicionarles a ellos o a sus padres cada vez que se siente hostil y celoso. También teme que los bebés de su mamá estén sucios y la dañen (los banquitos sucios).

Un poco más tarde Richard cuenta a *M. K.* que cuando empezó la guerra, fue a una escuela en la que había ratas, y que también las hay en el lavadero de «X». Comenta que las ratas son odiosas y que envenenan la comida. Continúa luego hablando de Bobby, que a veces le muerde; en esos casos, él le muerde de vuelta. También habla de «bombardear» a su perrito… Más tarde expresa que quiere saber cosas de los demás pacientes de *M. K.* y

conocer todos los secretos; enterarse de lo que *M. K.* está pensando, y «horadar» con su mente la suya.

M. K. le repite una vez más que no puede hablarle de sus demás pacientes, e interpreta que quisiera horadarla con los dientes, y que por eso le preocupa tanto la niña de los dientes salidos. También quiere horadar a su mamá y encontrar dentro de ella todos los demás bebés que piensa que guarda en secreto. (Los demás pacientes de *M. K.*). Este deseo se hace más fuerte cuando piensa que los bebés pueden ser malos, como las ratas, y comerse y envenenar a su madre y a ella. También cuando él era bebé, puede haber deseado horadar el pecho de su mamá, y meterse dentro para devorarlo. Sugiere, además, M K., que la rata puede también representar el órgano genital de papá, que él imagina que horada a mamá quedándose luego dentro de ella. Pero si ataca al papá y a los bebés que están en su cuerpo, todos ellos pueden volverse en contra de él y devorarlo a su vez. Cuando juega con Bobby, puede morderle en forma juguetona, es decir, inofensiva, y así se libra de la culpa que siente cuando piensa en los hermanitos (los bebés de mamá) a quienes querría atacar y que ahora están representados por Bobby.

Richard coge un calendario ilustrado y lo hojea. Le gusta mucho un barco de guerra que hay en una de las fotos y lo asocia con un capitán de barco, amigo de sus padres, por quien siente admiración. De repente muerde el borde de la foto, y tras coger su gorra, también la muerde.

M. K. interpreta que tiene una buena opinión del capitán, porque este representa a papá cuando cuida a mamá, que es el barco de guerra. En este momento la admiración es muy intensa, porque no quiere pensar en el papá-rata peligroso, y porque cada vez que teme al papá-malo rata se conforta al pensar en un papá bueno. [Defensa maníaca]. Además le sugiere que poder admirar el pene fuerte y potente de papá[1040] quiere decir que él no lo ha dañado, y que este papá fuerte puede entonces proteger y ayudar a mamá. Al mismo tiempo, sin embargo, siente celos y envidia de este órgano tan potente y lo quiere arrancar con los dientes; por eso acaba de morder el borde de la foto y la gorra.

Richard se pone muy afectuoso con *M. K.* Dice que la «quiere muchísimo». Y que es muy «dulce». Es evidente que la interpretación le ha traído alivio. Entonces pregunta si puede hoy otra vez esperarla para caminar con ella hasta la esquina; cuando una vez allá se despide, le dice adiós varias veces.

Sesión número once (viernes)

Richard está sentado al lado de la ventana con *M. K.*, muy preocupado por unos niños que están en la calle. Dice (con cara muy triste, cómo si hubiera tomado conciencia de lo perseguido que se siente) que siempre está «en guardia», incluso cuando está con *M. K.*, a quien ve como una figura protectora, y le pregunta si ella también tenía miedos semejantes cuando era niña, pues ha oído decir que todos los niños pasan por lo mismo. Luego empieza a encender y a apagar la estufa eléctrica, mirándola mientras lo hace. Después coge el reloj, le da cuerda, lo abre, y por un instante se lo lleva a la cara, acariciándose con él…

Más tarde habla del éxito que los bombarderos británicos han tenido la noche anterior, de la flota alemana y de la derrota de los barcos de Brest. Se pregunta cómo ha logrado Hitler convertir a Alemania en un país nazi; ahora resulta imposible librarse de él sin atacar al país.

M. K. interpreta que teme que para destruir al papá malo y a los bebés malos que están dentro de su mamá, tenga que atacar también a esta, pudiéndola entonces herir (Alemania, que debe ser atacada a causa del Hitler malo). También le sugiere que, cuando mira el reloj por dentro, es porque realmente quiere mirarla a ella, y observar sus órganos genitales y al señor K. malo que allí se encuentra (papá Hitler). En cuanto al fuego que apaga y enciende, le hace acordarse de interpretaciones suyas anteriores (novena sesión), en las que le indicó que ese juego expresaba el deseo de destruir a este papá malo y a los bebés de su vientre. En aquella ocasión, igual que ahora, se asustó de la posibilidad de matar también a mamá. Cuando acaricia el reloj, está acariciando a *M. K.*, en parte, debido a que le tiene lástima, ya que teme que esté dañada por el señor K. malo y por los bebés (el Hitler malo dentro de Alemania).

Richard sigue jugando con el fuego, y después vuelve a coger el reloj. Quiere saber por qué la aguja de la alarma marca una hora tan temprana, y lo que hace *M. K.* a esa hora… Después anuncia que va a «elegir» a Austria en el mapa. Hitler es austríaco, ¿no?, pregunta; pero inmediatamente agrega, que también lo ha sido Mozart, y que a é1 Mozart le gusta mucho.

M. K. interpreta que sospecha del tipo de relación que ella tiene con los hombres, y que por eso quiere saber qué ha estado haciendo tan temprano a la mañana. El Hitler «austríaco» que ha convertido a; Alemania en un país nazi,

es el señor K. malo, que convierte en mala; a *M. K.* En cambio, el Mozart querido representa a un señor K. bueno, y el pensar en él le conforta y le ayuda a vencer el miedo que siente del Hitler-señor K. malo. También cuando está con mamá, trata de olvidar que tiene a un papá malo dentro de ella, que puede convertirla en mala a ella también.

Richard está muy intranquilo durante estas interpretaciones, y parece que no las oyera. Vuelve a explorar la habitación, comenta que los banquitos están muy sucios y los sacude como lo hizo la otra vez para limpiarlos. Después abre la puerta y admira el paisaje, y en especial las montañas.

M. K. interpreta que el hermoso paisaje constituye una prueba de que, afuera, existe un mundo bello y bueno, y que esto le hace tener la esperanza de que el mundo interno, sobre todo el de su madre, también lo sea. Esto le alivia la sospecha que tiene de las relaciones de su mamá y *M. K.* con los hombres malos. También se refiere al miedo que tiene a los niños de la calle y le sugiere que pueden estar representando a los niños-ratas malos que cree que hay dentro de su madre, a quienes quisiera atacar. Por eso teme que le ataquen ellos a su vez en la calle. Le señala que, al principio de la sesión, ha podido darse cuenta de la cantidad de miedo que les tiene.

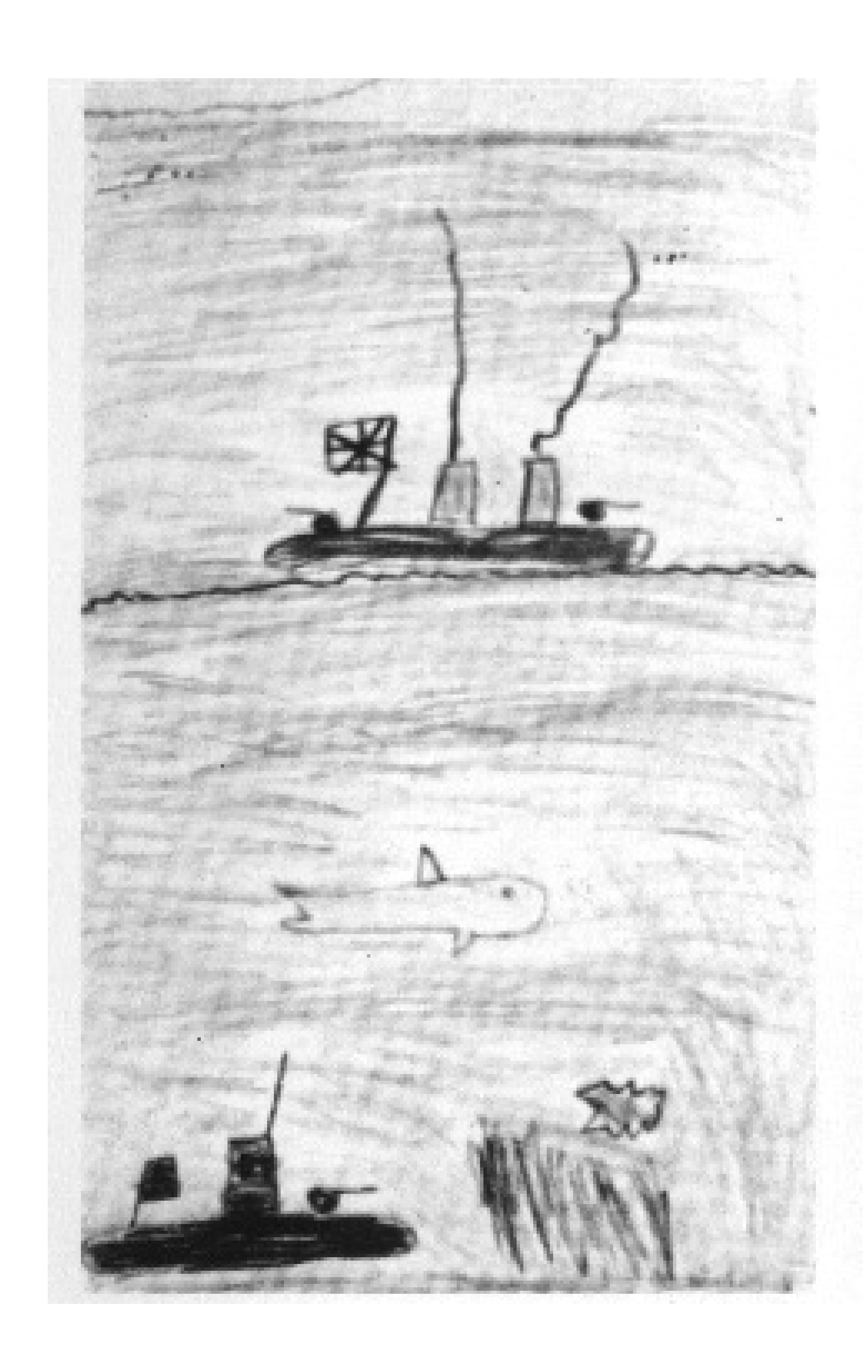
Richard ahora se resiste menos a las interpretaciones. Está muy serio, evidentemente preocupado y bien consciente de sus temores persecutorios[1041].

Sesión número doce (sábado)

M. K. ha traído lápices, colores y un cuaderno, y los coloca sobre la mesa[1042].

Richard pregunta ansiosamente para qué son, y si los puede usar para escribir o dibujar.

M. K. le dice que puede hacer con ellos lo que él quiera.



Apenas comenzado el primer dibujo, Richard pregunta si a *M. K.* le importa que esté dibujando.

M. K. interpreta que parece que teme estar haciéndole algo malo.

Cuando termina el dibujo número 1, repite su pregunta y de pronto descubre que ha dejado marcas de lápiz en la segunda hoja del cuaderno.

M. K. interpreta que le preocupan estas marcas porque teme estar haciendo algo destructivo, y relaciona esto con el hecho de que lo que dibuja es una batalla.

Richard se detiene al terminar los dos primeros dibujos[1043].

M. K. le pregunta qué representan.

Richard contesta que es una batalla, pero no sabe quién va a atacar primero, el *Salmon* o el submarino alemán. Señala al U 102 y comenta que 10 es la edad que él tiene; con el número U 16 asocia la edad de John Wilson, tras lo cual se queda muy sorprendido al darse cuenta del significado inconsciente de los números, y profundamente interesado al descubrir que los dibujos pueden ser un medio para expresar pensamientos inconscientes.

M. K. interpreta que los números también indican que tanto él como John están representados por submarinos alemanes, y que por lo tanto son enemigos peligrosos de Gran Bretaña.

Richard queda muy sorprendido y perturbado por esta interpretación, pero tras un silencio, admite que debe ser así. Sin embargo piensa que está seguro de no querer atacar a los ingleses, pues es muy «patriota».

M. K. interpreta que los ingleses representan a su propia familia y que ya anteriormente ha podido darse cuenta de que no solo los quiere y desea protegerles, sino que también desea atacarlos. [Disociación en el yo]. Esto está demostrado en el dibujo, donde se alía con John, que también representa a su hermano. Pero como John también se analiza con *M. K.*, se convierte además en aliado suyo cada vez que siente, hacia ella, la hostilidad que siente hacia su familia. Le recuerda también lo preocupado que se quedó cuando una niña le tomó por italiano (sesión diez), y que ella le interpretó entonces que era porque eso significaba ser un traidor a Gran Bretaña (sus padres). Los barcos británicos *Truant* y *Sunfish*, representan a estos, atacados por él y John, quien a su vez representa a Paul.

Richard, entonces, da más detalles sobre el U 72 que está a la derecha del *Truant* y del *Sunfish*. Dice que le gusta el número 2 porque es «un lindo número par»; el 7 es impar, y los números impares no le gustan… Cuenta entonces una historia sobre dos hombres que cazan conejos y la manera como se las arreglan para repartirse siete de estos animales entre los dos.

M. K. interpreta que los dos hombres que cazan conejos y se los reparten, parecen ser él y John. También parece que ahora sus padres (que han sido atacados por los submarinos), son los conejos que deben ser matados, repartidos y devorados. El 7 y el 72 también les representan a ellos, devorados; el 2 es él y John, aliado suyo tal como lo es Paul cuando se enfada con papá y mamá. En este momento, John es un aliado contra *M. K.*, y también ella está representada por los conejos matados y repartidos. Recuerda además a Richard, que el 2 forma parte del número 102 que lo representa a él mismo. Por ahora también el 72 le representa a él (nota I). Refiriéndose otra vez al U 102, *M. K.* le señala que aquí él es mucho más grande que los barcos británicos atacados, lo cual significa que desearía ser más poderoso y fuerte que sus padres, para poderles controlar. Esto lo desea tanto más, cuanto que teme un contraataque de parte de los dos. [Proyección de la agresión y miedo a la venganza].

Richard entonces, refiriéndose a la interpretación de *M. K.*, cuenta que su hermano a veces es aliado suyo, y que especialmente lo era contra la niñera; en cambio, en otras oportunidades, se convierte en enemigo, como, por ejemplo, cuando lo empieza a fastidiar.

M. K. interpreta, que cuando se alía con John contra ella, también ella está representando a la niñera. Después le indica que en la parte superior del dibujo número 1, el *Salmon* y el submarino representan a Paul y a sí mismo, y que le recuerda que antes dijo que no sabía quién va a atacar a quién.

Richard entonces amplía esto, diciendo que en este primer dibujo, el periscopio del *Sunfish* está atravesando al *Truant*.

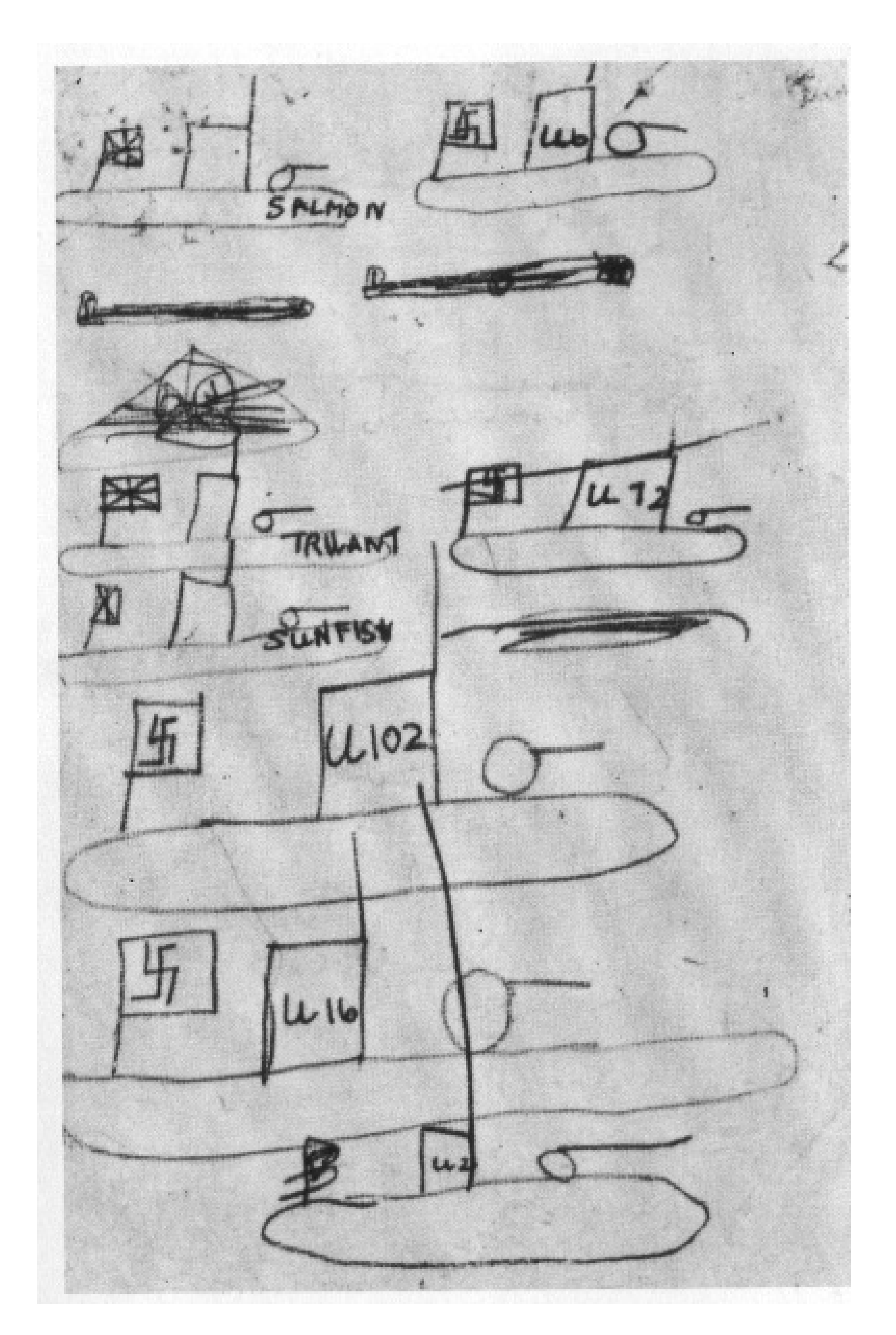
M. K. interpreta que le está mostrando que también sus padres se pelean y que el periscopio, que representa el pene de su papá, está agujereando a mamá y es por ello algo peligroso. Cuando siente celos de que sus padres obtengan placer en las relaciones sexuales, desea que papá ataque a mamá de esta manera (el vagabundo, Hitler) lo cual implica que, aunque en forma indirecta, él también la ataca. Por eso le aterra el daño que se hacen el uno al otro. La matanza y la repartición de los conejos, también implican un ataque directo a sus padres, y ahora a *M. K.* ayudado por John.

Richard mira el dibujo número 2, y señala al U 19, diciendo con sorpresa que es la edad de su hermano. Otra vez vuelve a quedar muy impresionado por este hecho, y con una evidente convicción de que tanto él como John y Paul son los submarinos enemigos, peligrosos para sus padres y para *M. K.* Dice además, que el U 10 (en la mitad inferior del dibujo 2) es él mismo; que

es más grande que Paul y que se encuentra por encima de sus padres; pero que estos le han atravesado con sus periscopios.

M. K. interpreta que desearía ser superior a todo el mundo. Como es el menor y el más débil de la casa, desearía ser el miembro más fuerte e importante de la familia. Pero, por otro lado, ser un submarino grande y peligroso, supone que si ataca a sus padres los puede destruir, y esto le da miedo. También ellos son peligrosos, porque le atraviesan con un periscopio-genital, lo cual significa tener unas relaciones sexuales con ellos, en las que ellos son los más fuertes. (Mientras *M. K.* explica todo esto, Richard dibuja una esvástica, y le demuestra lo fácil que es convertirla en bandera inglesa). *M. K.* contesta que desea poder transformar su parte submarina hostil y agresiva en una británica, es decir, en una buena.

Durante esta interpretación, Richard empieza a hacer el dibujo 3, diciendo que quiere dibujar un «hermoso barco». Cuando traza la línea que está debajo de este, comenta que la mitad inferior del dibujo está «bajo el agua» y que no tiene «ninguna relación con la parte de arriba». Bajo el agua hay una estrella de mar hambrienta a quien le gusta la planta. No sabe lo que va a hacer el submarino que está allí cerca, pero piensa que probablemente atacará al barco. El pez nada tranquilo y pacíficamente. Y añade: «Es mamá y la estrella de mar es un bebé».


SALMON
U6
TRIUMPH
U72
SUNFISH
U102
U16

M. K. interpreta que el deseo de hacer un «hermoso barco» es para arreglar a sus padres, y que los dos están representados por él.

Richard pregunta: «¿Ellos son las chimeneas?».

M. K. le indica que el humo de una de las chimeneas asciende en una línea recta, y que esto puede representar al pene de su padre. La otra, en cambio, es un poco más estrecha y la línea del humo está torcida. Representan el órgano sexual de mamá.

Richard dice que su mamá es más delgada que su papá, pero que nunca ha visto el órgano sexual de una mujer. No está seguro, sin embargo, de no haber visto el de alguna niña.

M. K. interpreta que la estrella de mar hambrienta, el bebé, es él mismo, y la planta, el pecho de su madre, del que le gustaría alimentarse. Cuando se siente como un bebé hambriento, desearía que su madre fuera para él solo, pero como no puede tenerla, se pone enojado y celoso y siente que ataca a los dos padres. Todo esto está representado por el submarino que «probablemente» va a atacar al barco. También tiene muchos celos de John porque, como paciente de *M. K.*, recibe tiempo y atención de ella. Analizarse significa en este momento ser alimentado. Si ha dicho que la parte que queda por debajo del agua no tiene nada que ver con la de arriba, es para decir que su mente desconoce la avidez, los celos y la agresión, sentimientos estos que se encuentran en él en forma inconsciente. En la parte superior del dibujo, separada de la de abajo, está expresando el deseo de unir a sus padres para que sean felices juntos. Estos otros sentimientos, de los que si se da cuenta, los vivencia en lo que cree que es la parte superior de su mente. [Inconsciente disociado de lo consciente y reprimido posteriormente].

Richard escucha esta interpretación con gran interés y atención y parece muy aliviado (nota II.). (Inmediatamente después de empezar a dibujar preguntó si se podía llevar los dibujos a su casa. *M. K.* le respondió que preferiría que los dejara para poderlos mirar cuando quiera hacerlo. Ahora se siente halagado por esta sugestión, interesándose especialmente al ver que *M. K.* pone la fecha en cada uno de ellos. Sin duda, se da cuenta de que los quiere conservar. La sensación de estarle haciendo con ellos un regalo, entra en el material en varias oportunidades).

Al irse, comenta que tiene muchas ganas de pasar el fin de semana en su casa.

Notas de la sesión número doce.

1. De este material podemos inferir otras conclusiones que no han sido interpretadas. Richard siente que se ha comido a sus padres (los conejos), y que estos forman ahora parte de sí mismo: son el número 7 del U 72. Este aspecto voraz y destructivo de sí mismo, está expresado por la U (el submarino enemigo peligroso), mientras que sus aspectos «buenos» lo están por el número 2 (el «lindo» número par que tanto le gusta). El 2 también le representa a él, aliado con John, lo cual implica que también ha internalizado a este (y a Paul) tanto en su aspecto malo (voraz) como en su aspecto útil (como aliado). La parte «linda y par» de sí mismo, el número 2, no constituye solo, por lo tanto, la parte buena suya que contrasta con la parte submarino, sino que como está aliada con el hermano malo, también es vivida como peligrosa. La parte «linda, par», tiene así el sentido particular de ser una parte hipócrita, aparentemente suave. Este punto queda completamente confirmado por toda la formación caracterológica de Richard. Como se verá en sesiones posteriores, tenía una fuerte tendencia (de la cual él mismo desconfiaba profundamente) a mostrarse agradable, halagador, etc. El U 72, con las asociaciones surgidas en esta sesión y confirmadas por el material anterior y posterior, revela de manera clara la estructura de su yo, e incluye aspectos disociados de sí mismo, como ser impulsos ávidos y destructivos, tendencias reparatorias y amorosas, otras de carácter apaciguador e hipócrita, y algunas de las figuras internalizadas: padres cortados, matados y devorados que se han convertido en objetos dañados, hostiles, vengativos y devoradores de su mundo interior. (Véase, como ejemplo de esto, la figura del pájaro devorador que representa a la madre internalizada en la sesión número cuarenta y cuatro). Dos sesiones más tarde, cuando Richard hubo tomado conciencia de su avidez y de sus celos, añadió rápidamente el U 2 al dibujo, y dijo después que era él mismo. Explicó, al mismo tiempo, que el periscopio atravesaba tan violentamente el U 102 y el U 16 porque estaba muy enojado con ellos. Yo interpreté entonces que una parte de sí mismo estaba muy enojada con otra, la parte submarino enemigo y ávido. La parte punitiva de sí mismo (el superyó), aunque es vivida como alguien que hace lo que debe hacer, también está enojada y es agresiva, y por ello también está representada por un submarino. Pero como es mala y buena al mismo tiempo, la esvástica del U 2 no le sale con una forma clara, sino como una mezcla de esvástica y de bandera británica.

Elijo en este momento este ejemplo para ilustrar y demostrar con él mi afirmación de que el yo se va formando desde el principio de la vida postnatal, mediante la internalización de objetos. Y también que los procesos

de disociación del yo están ligados a aspectos disociados del objeto. El material referente a la caza y repartición de los conejos, surgió tras haber dicho Richard que quería meterse dentro de mi mente. (El material de las ratas de la décima sesión). Esto lo interpreté como el deseo de penetrar dentro de su madre, morderla y comerse el contenido de su cuerpo, todo lo cual nos llevó entonces a ver los procesos más tempranos de internalización, que son el devorar el pecho materno, y que dan origen a la fantasía de tener objetos internos dañados y devoradores a su vez. Dicho en otras palabras, podemos seguir la formación de la estructura del yo de Richard hasta una época muy temprana en la que se dan contenidos incluso preverbales. Estos procesos pueden ser vistos, no solo en niños como este de diez años, sino también en los adultos, aunque estos como es natural, presentarían este material de una manera diferente a como lo hace el niño, si lleváramos el análisis hasta los estratos más profundos de la mente.

II. Aunque Richard recibió con gusto el papel y los lápices y comenzó a usarlos inmediatamente, al principio sintió una inhibición para expresar sus pensamientos inconscientes. Lo primero que dibujó fue el Salmon y el submarino situado en la parte superior del dibujo número uno. Después tachó los tres barcos que dibujó a continuación, y solo tras haber hecho el Truant el Sunfish y el U 72, pudo hacer los demás submarinos de mayor tamaño. Para entonces yo ya le había interpretado el temor que sentía de hacerme daño al dibujar, interpretación esta que podemos asociar con el hecho de que, al terminar el primer dibujo, me dijera que había hecho marcas de lápiz en la página vacía de abajo. En el dibujo 2 se expresa ya con más libertad, así como también lo hace en las asociaciones, mientras que, luego, las interpretaciones de estos dos primeros dibujos provocan, a su vez, la riqueza del material del número 3. Esto constituye una prueba de algo que mi experiencia me ha demostrado: que al encarar las asociaciones del paciente y el material inconsciente que estas contienen (como, por ejemplo, analizando los sentidos específicos inconscientes de su actitud, conducta o asociaciones mediante una interpretación dada en el momento oportuno), influimos sobre la cantidad y la calidad del material que puede obtenerse y ejercemos una influencia fundamental sobre el curso posterior del análisis.

Sesión número trece (lunes)

Richard parece vencido y triste. Le cuenta a *M. K.* que durante el fin de semana su madre se enfermó y a causa de ello no ha podido volver a «X» con él. Comió un pedazo de salmón que le sentó mal, a pesar de que a ninguno de los demás que lo comieron les hizo nada. Con lágrimas en los ojos dice que se siente muy triste por tener que dejar su casa, sus padres y todas las cosas que le gustan[1044], y que aunque no se lo ha dicho a su madre, sintió que no quería volver a analizarse. Se preguntó a sí mismo, si *M. K.* traería sus dibujos, el papel y los lápices, pensando que no lo haría. (Habla de manera indiferente, con palabras entremezcladas con largos silencios).

M. K. interpreta que teme que los dibujos que hizo en la sesión anterior le hayan hecho daño a ella. Pueden haberla dañado o aun matado, o quizás haberla convertido en una enemiga «mala». Por esto no esperaba que se los trajera otra vez. También la gran preocupación que siente por la enfermedad de mamá está relacionada con el temor de haberla dañado mediante los ataques expresados en los dibujos. En dos de ellos, el submarino *Salmon* tuvo un importante papel y ahora resulta que su madre se ha enfermado de verdad por causa de un salmón que se ha comido, lo cual refuerza su temor inconsciente de ser él el responsable de su indisposición.

Richard empieza entonces a dibujar. Tras mirar repetidamente el dibujo número 3, dice que lo está copiando de manera exactamente igual, para darle uno de ellos a su mamá. Cuando termina (dibujo 4), se sorprende al ver que le ha salido muy diferente del original. Decide inmediatamente no dárselo después de todo. Mientras dibuja habla de una tragedia: sus canarios se están quedando calvos.

M. K. le señala que en la copia (dibujo 4), la estrella de mar que le representa a él mismo siendo un bebé ávido, está más alejada de la planta que simboliza a los pechos de su madre. Esto lo ha hecho por temor a dañarla con su voracidad. Sin embargo, ahora ha dibujado dos submarinos, en vez de uno como hay en el dibujo número 3, el cual le representaba a si mismo torpedeando (o con la posibilidad de torpedear) al «hermoso barco», que simbolizaba a sus padres.



Richard indica entonces que en el dibujo 4, el torpedo no va en dirección al barco y que por lo tanto no lo puede dañar. Añade que ahora hay dos peces, que son papá y mamá, observando cuidadosamente al submarino para que este no haga daño.

M. K. interpreta que el deseo de hacer una copia exacta de su dibujo para dársela a su madre, también expresa que siente que no debería querer más a *M. K.* que a ella, cosa que parece haber sentido aun respecto a su mamá y la niñera, ahora representada por *M. K.* Como piensa que el dibujo del «hermoso barco» es un regalo, se siente tanto más culpable de habérselo dado a *M. K.* cuanto que ahora su mamá está enferma; por eso, y porque quiere hacerla sentir bien otra vez, piensa que el «hermoso barco» puede ayudar a curarla, más al no haber podido hacer una copia exacta, ya no se lo quiere dar. La causa por la cual hay diferencias entre los dos dibujos (números 3 y 4), es el temor de haber dañado a sus padres. En el dibujo 4 trata de no hacerles daño y de que ellos le vigilen. Esto es igual a lo que le pasó cuando, durante el análisis, *M. K.* descubrió los sentimientos agresivos que tenía y Richard pensó que *M. K.* le podría ayudar a controlarlos. Luego, le pregunta a quién representa el segundo submarino.

Richard contesta que a Paul. Tras lo cual, nota con sorpresa que se ha «equivocado» con el color del barco en el dibujo 4, pues es diferente del que le puso en el 3.

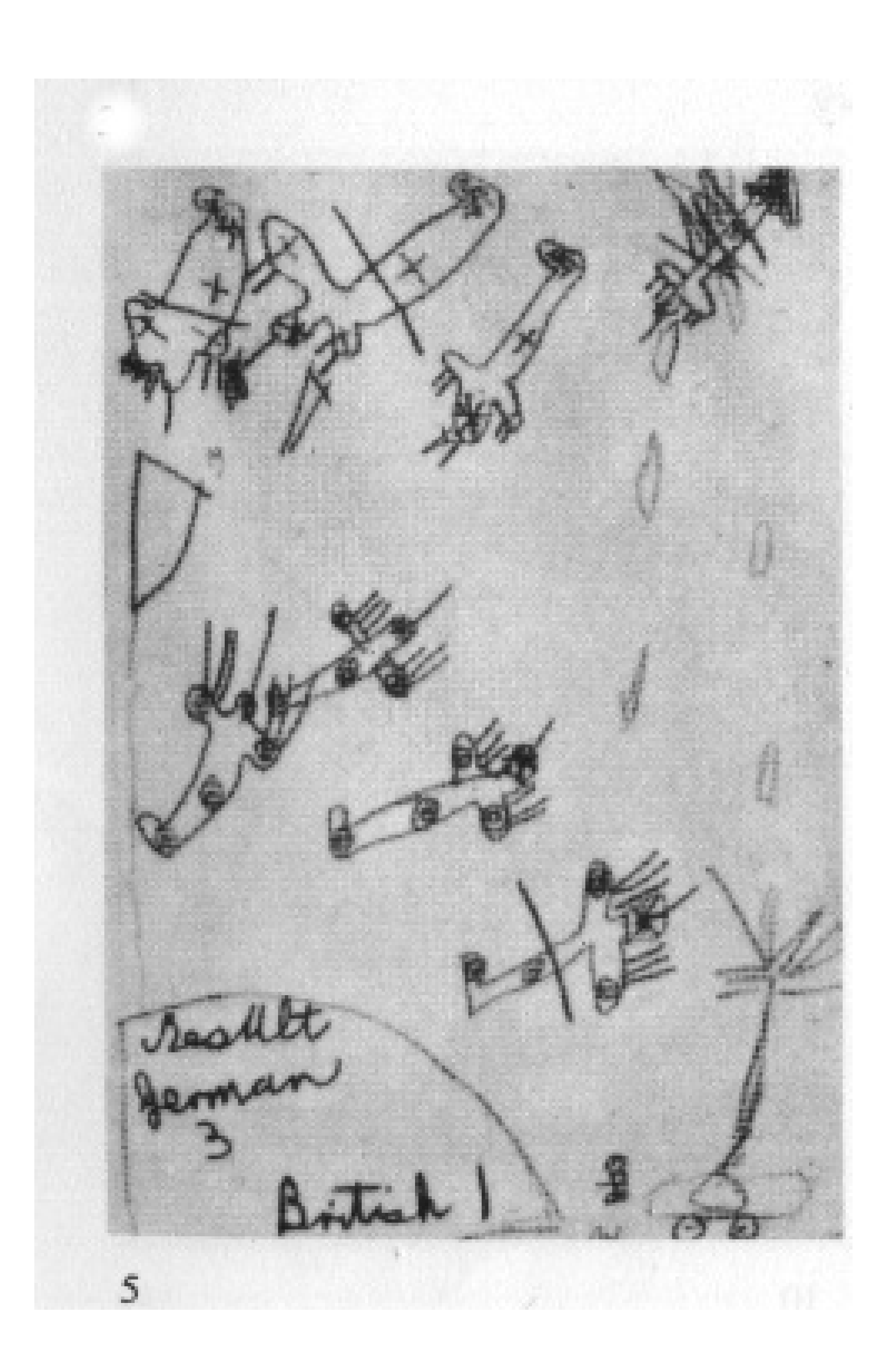
M. K. interpreta que papá y mamá, que en el dibujo anterior estaban representados por las chimeneas, ahora están de color rojo, probablemente porque teme que estén dañados. Además ha hecho la chimenea de la derecha un poco más gruesa, y por otro lado las dos, que simbolizan los órganos sexuales de sus padres, tienen ahora el mismo trazado de humo. Todo esto expresa el deseo que tiene de que sean ambos iguales, para que así no haya ningún lío entre los dos (nota 1). Le recuerda a los canarios que se están quedando calvos, y le dice que representan lo mismo que las chimeneas: sus padres dañados.

Richard contesta que, en efecto, su padre sé está quedando calvo y que a menudo se siente mal; pero que es bueno y que le quiere mucho… Tras lo cual añade, con gran sentimiento, que hay «algo bueno» en que papá no esté bien, pues a causa de ello ha sido eximido de la última guerra…

M. K. le señala lo fuerte que es la lucha entre sus sentimientos de amor y odio, y que la culpa que siente le preocupa cada vez más.

Richard está mucho menos triste al irse. Pide a *M. K.* que le vuelva a traer los dibujos y además los juguetes de la primera sesión, pues ahora puede tener

ganas de jugar con ellos. Durante las interpretaciones a veces se ha distraído, pero en otras ocasiones se ha quedado mirándola con mucho interés y comprensión, en particular al interpretarle *M. K.* el conflicto entre el amor y el odio, el temor a no poder controlar sus impulsos destructivos, y las ganas que tiene de reparar. Al finalizar la hora hace el dibujo número 5 y comenta que la silueta que está en el ángulo izquierdo inferior, en la cual ha puesto el puntaje de los aviones británicos y alemanes abatidos, representa también un hangar en Dover. (Este dibujo está analizado en la sesión número dieciséis).


Result
German
3
British 1
5

Nota de la sesión número trece.

1. Podemos llegar a la conclusión de que la envidia que Richard siente de la fertilidad de su madre y la potencia de su padre, la proyecta sobre ellos mismos. Al hacerlos iguales, la madre no tiene ya por qué envidiar al padre, ni el padre a la madre.

Sesión número catorce (martes)

M. K. ha traído los juguetes[1045] y los coloca sobre la mesa. Richard se interesa mucho por ellos y empieza en seguida a jugar. Primero coge los dos columpios, pone uno al lado del otro, los hace balancearse y finalmente los deja otra vez juntos diciendo: «Se están divirtiendo». A continuación, llena uno de los vagones del tren, al que llama de carga, con muñequitos, y dice que los «niños» se van en viaje de placer a Dover. Añade a esos una mujer de tamaño un poco mayor, vestida de rosa, y la llama mamá. (En todos los juegos sucesivos, esta muñeca representó el papel de madre). (Nota I.) Agrega que también ella se va en viaje de placer con los niños. Tras esto añade también a uno de los hombrecitos de mayor tamaño, al que llama el «ministro» porque lleva sombrero, pero en seguida lo saca del vagón, lo sienta en el techo de una casa, pone a su lado a la mujer rosa y los dos se caen. Entonces los recoge, los coloca solos en otro vagón, mirándose el uno al otro y dice: «Mamá y papá se están haciendo el amor». Saca los muñecos pequeños del primer vagón, elige uno y lo coloca en el segundo de manera que queda mirando a la pareja que está en el primero.

M. K. interpreta que los columpios representan a sus padres, colocarlos uno al lado de otro y decir que se están divirtiendo significa que están en la cama, mientras que los movimientos de vaivén indican sus relaciones sexuales. Cuando dice que la mujer rosa, a la que ha llamado mamá, se va en viaje de placer con los niños, quiere con ello expresar que sus padres no deben estar juntos. De la misma manera, si bien permitiría que *M. K.* estuviera con él y con los demás niños (Paul, John, etc.), no le dejaría estar con ningún hombre que representara al señor K. Interpreta también que tras haber separado a sus padres, se sintió apenado y culpable, y que por eso ha vuelto a traer a papá, que está representado por el «ministro». Al sentar a los dos sobre el techo de la casa les permitió, igual que antes lo hizo con los columpios, que tuvieran relaciones sexuales, mientras que cuando se cayeron, lo cual implicaba que estaban heridos, los puso solos en un vagón mientras el «niño», que es él mismo, miraba cómo se «hacían el amor», desde otro, aunque manteniendo con ellos una relación amistosa. (Desde ahora en adelante, esta combinación de tres figuras, a veces representada por animales, expresó la buena relación con los padres, nota II).

Richard hace varios grupos con los muñequitos: pone a dos hombres juntos, después coloca una vaca y un caballo dentro del primer vagón, y una oveja en el segundo. Arregla las casitas hasta formar con ellas un «pueblo y una estación», hace correr el tren alrededor de esta y después penetra adentro de la misma. Como ha dejado muy poco espacio entre las casas, el tren al pasar las tira, y debe volver a colocarlas bien otra vez. Luego de eso empuja el otro tren (al que llama tren «eléctrico») y los dos trenes chocan. Al ocurrir esto se perturba mucho y hace que el eléctrico atropelle todas las cosas. Los juguetes quedan amontonados, por lo cual comenta que todo está hecho un «revoltijo» y un «desastre». Al final, solo el tren «eléctrico» queda en pie (nota III).

M. K. interpreta que el viaje de placer que los niños hacen a Dover significa que también ellos quieren tener relaciones sexuales como sus padres; pero que llevarlos justamente a Dover, que recientemente ha sido muy dañada por la guerra (tema al cual se refirió en el dibujo 5, significa que las relaciones sexuales de sus padres le parecen peligrosas. Este peligro también lo expresa al colocar al «ministro-papá» y a la mamá en el tejado, del cual luego se han caído. Al final, todo termina en un desastre. Interpreta además, que teme que el análisis también termine en desastre, y que esto pueda ser por culpa suya, de la misma manera que siente que puede haber sido él quien haya dañado a su mamá. Le hace recordar al perro que tuvo que ser destruido, y la mención que hizo de la muerte de su abuela (véase segunda sesión).

Richard queda profundamente impresionado por esta interpretación y sorprendido de que sus pensamientos y sentimientos puedan verse en sus juegos.

M. K. interpreta que al reconocer que sus juegos expresan lo que él siente, está también reconociendo que ella le esclarece las cosas que le pasan, y todo ello le demuestra que tanto el análisis como *M. K.* son buenos y útiles. Ahora ella representa a la madre buena que le ayuda después de todo, y a pesar del «desastre» que cree que ha ocurrido por su culpa (la de Richard).

Richard pregunta si lo que ha pasado al final significa que el tren «eléctrico» es él mismo y que es el más fuerte de todos.

M. K. le recuerda que él era en efecto el mayor de la familia y el más poderoso, en la representación de sí que hizo en el dibujo 2, con el submarino.

Entonces, tras una pausa, Richard empuja los juguetes hacia un lado y dice que se ha «cansado» de ellos, poniéndose a dibujar en forma muy elaborada y con gran deleite (dibujo 6)[1046]. Al hacerlo, comenta que hay muchos bebés-estrellas de mar, que están «ardiendo de furia» y que tienen

mucha hambre. Como quieren estar cerca de la planta (la cual todavía no ha dibujado), arrancan de allí al pulpo. Tras esto, decide dibujar ojos de buey en el *Nelson*.



M. K. interpreta que los ojos de buey son bebés igual que las estrellitas de mar y las chapas de patente del auto negro (novena sesión) y que desearía que su mamá tuviera bebés para que se sintiera mejor. Arrancar de allí al pulpo malo, significa que él y Paul arrancan de adentro de mamá el órgano sexual malo de papá, mientras que unido a John, le arranca el pene-Hitler a *M. K.*, y todo esto es porque cree que el salmón que enfermó a mamá durante el fin de semana es también el genital malo de papá. Hacer los ojos de buey, también implica tener un acceso más fácil al cuerpo de su madre y no tener así que arrancarle las cosas de adentro. La planta a la que se quieren acercar los bebés, simboliza el pecho materno, su genital y su interior, y los bebés quieren estar cerca de él, alimentarse y meterse adentro. También se alimentan de *M. K.* pues el análisis es ahora comida. Por todo esto, si arrancan de allí al pulpo, no es solo porque este sea malo para mamá, sino también porque los bebés están «ardiendo de furia» debido a los celos que tienen de él, al hambre, y al deseo de ocupar su lugar. Le recuerda además *M. K.* que ya antes le ha interpretado que estos celos, su enojo y el deseo de que papá haga daño a mamá, hacen que luego tema a este papá «malo». (El vagabundo de la primera sesión, y ahora el pulpo). En el juego ha estado todo el tiempo fluctuando entre los celos (al separar la figurita rosa que representa a mamá de papá, que es el ministro), y el deseo de unir a sus padres (y permitirles que se hagan el amor). En realidad los padres no son malos en este juego, sino que tienen relaciones sexuales, lo cual le hace sentir a él una «ardiente furia» de celos.

Richard dice: «Si, los bebés quieren estar ahí (quiere decir, cerca de la planta), y no quieren que esté el pulpo malo». Pero al mismo tiempo parece haber aceptado también, hasta cierto punto, la interpretación de *M. K.* de que si ataca a su padre no es solo porque su genital —«el pulpo asqueroso»— sea malo, sino también porque tiene celos de él… Entonces vuelve a mirar los dibujos, añade rápidamente el U 2 al primero (sesión número doce), y dice que es él mismo, y que ha debido de atravesar al U 102 y al U 16 con el periscopio por estar muy enfadado con ellos.

M. K. interpreta, que ya en otra ocasión (sesión doce) le dijo que una parte de sí mismo odiaba a la otra, representada por el submarino enemigo. La parte de sí que ataca a esta parte del submarino —John y Paul malos—, aunque por una parte es vivida como una fuerza que le frena y que castiga sus tendencias agresivas, también actúa en forma enojada y hostil, razón por la cual también está representada por un submarino. [Superyó temido]. Sin embargo, como siente que esta parte de sí mismo está haciendo lo que *debe* de hacer, la

esvástica del U 2 le ha salido confusa, pareciéndose a una mezcla de esvástica y de bandera británica; es decir, una mezcla de lo que siente que son sus partes buenas y de lo que son sus partes malas (nota IV).

Notas de la sesión número catorce.

1. Algunos de los juguetes conservaron a través de todo el análisis el mismo significado simbólico, como, por ejemplo, el «tren de carga» y el «ministro». Otros, en cambio, pasaron a representar diferentes papeles, lo cual resulta de interés por cuanto sugiere que los símbolos no siempre tienen el mismo significado.

11. El deseo de mantener unidos a los padres, aunque vigilados, tiene muchas causas, entre las cuales, como es natural, se encuentra una gran curiosidad sexual y el deseo de controlar a la pareja; pero, además, el observar a esta significaba para Richard la seguridad de que sus padres no se hicieran daño entre sí sino que realmente se «hicieran el amor». En la introducción me he referido a la gran capacidad de amar que tenía este niño, la cual se expresó a través de todo el análisis, junto con el deseo de reparar. Estos factores, que permitieron que los rasgos depresivos dominaran sobre los esquizoides, explican también el que Richard fuera un paciente tan cooperativo y permitiera que un análisis tan corto diera sus frutos.

111. Una de las ventajas que trae la técnica de juego, en particular cuando se hace con juguetes pequeños, es que al expresar con este medio una gran variedad de emociones y de situaciones, el niño nos acerca lo más posible a lo que le está ocurriendo en su mundo interior. Hasta cierto punto, esto también se expresa en los dibujos, en otras formas de juego y en los sueños, pero cuando el niño juega con juguetes pequeños es cuando podemos ver con mayor claridad la expresión de todas sus tendencias opuestas. El hecho de que Richard pudiera producir en seguida tanta cantidad de material importante, nos hace recordar la bien conocida experiencia de que, a menudo, los pacientes revelan muchos de sus contenidos inconscientes ya en el primer sueño que traen al análisis. Se puede observar también que con frecuencia estos sueños anuncian el material que más tarde representará un importante papel en el transcurso de todo análisis.

IV. Es interesante notar que aunque la interpretación del juego de Richard le produjera una resistencia tan grande que tuviera que dejar de jugar, siguió, sin embargo, dibujando con ahínco y produciendo con esta actividad un

material referente a emociones anteriores más fundamentales aún: ansiedades orales agudas sobre sí mismo y sobre su padre, y la conspiración hecha con el hermano en contra de ese. La conclusión a que esto nos lleva, es la de que, si bien por una parte se puso en funcionamiento una fuerte resistencia que el obligó a abandonar el juego, por otra, aceptó hasta cierto punto las interpretaciones, produciéndose así la emergencia de contenidos nuevos. Aunque la necesidad de expresar su inconsciente no quedó disminuida, el medio del que se valía para ello —los juguetes—, se convirtió en ese momento en algo malo, razón por la cual tuvo que continuar haciéndolo mediante el dibujo. También en los adultos vemos que a veces se ven obligados a abandonar una línea de asociaciones debido a la emergencia de resistencias, aunque al mismo tiempo podamos obtener nuevos contenidos inconscientes en los sueños que siguen a dicha sesión o incluso en el recuerdo emergente en ese momento de sueños que antes no habían sido contados al analista.

Sesión número quince (miércoles)

Richard dice que esperaba que su mamá viniera, pero que no lo ha hecho por tener dolor de garganta. Esto le ha causado una desilusión, pero lo que le preocupa sobre todo es el que esté enferma. Empieza a jugar, y muchos de los detalles de su juego se asemejan a los descritos en la sesión anterior. Balancea los columpios, forma distintos grupos con los muñequitos, y una y otra vez los arregla de manera que queden dos figuras (a veces animales) en un vagón, mientras que en el otro queda una sola. De pronto, un perrito de juguete da un salto, se sube a un vagón y echa afuera al «ministro» (nota 1) al que Richard coloca entonces en el techo. Dice que los niños se van solos en los dos trenes a hacer un viaje de placer, pero después decide que la madre rosa vaya también con ellos. Aunque comenta que ambos trenes van a pasar sin peligro a través de la estación, los muñequitos se empiezan a caer, y al final el tren eléctrico atropella todas las cosas y queda como único sobreviviente (nota II). Tal como lo hizo ya en la sesión anterior, tras el desastre empuja a un lado los juguetes y dice que no le gusta jugar. Entonces empieza a dibujar con avidez, cobrando un aspecto más vital y menos deprimido[1047]… En primer lugar termina el dibujo 6, añadiéndole algunos detalles que va señalando a *M. K.*: por ejemplo, pinta de rojo el pulpo, y le coloca una boca. Comenta que los dos peces están cuchicheando y que están además molestando al pulpo porque este les hace cosquillas con los tentáculos. El pulpo tiene mucha hambre y quiere comida. Mientras colorea las estrellas de mar, comenta también que va a «dar vida a los bebés[1048]», los cuales, hasta ahora, solo eran de «gelatina». Las dos más chiquitas que están entre las plantas todavía no están del todo vivas. Al poner el color, añade las plantas, y explica que los dos peces que cuchichean entre si son él y Paul molestando a papá, agregando luego, que mamá no está en el dibujo.

M. K. interpreta que sí está representada por la planta que simboliza su pecho, su órgano sexual y el interior de su cuerpo. Pero que como él teme que la lucha por ella la pueda destruir, no quiere admitir que esté presente; en cambio, al darle tantos bebés (las estrellas de mar y los ojos de buey) piensa que la está haciendo revivir, y sentirse mejor. Tampoco quiere que *M. K.* esté allí, para salvarla así de sus ataques voraces y de los de John. En la última sesión creía que mamá se había enfermado porque el pulpo papá se la está comiendo; pero cuando los bebés hambrientos llenos de «furia ardiente» le

sacaron del lugar, vio que también ellos la habían dañado, y que también se la querían comer. El estar haciendo él y Paul un complot contra el pulpo papá, también significa matarle de hambre, ya que ha dicho que el pulpo estaba hambriento. Interpreta además *M. K.*, que los dos peces son papá y mamá que cuchichean sobre lo que los niños hacen (10 mismo hacen *M. K.* con el sospechoso K.). Esto significa que Richard teme que sus padres hayan descubierto su complot y a su vez se unan contra él tal como él lo hace con Paul. [Ansiedad persecutoria y miedo a la venganza]. Como por otra parte también *M. K.* está ahora descubriendo sus secretos, teme que entre en un complot contra él.

Richard entonces indica que mamá está presente en el dibujo bajo otra forma, pues es el barco *Nelson*, mientras que papá es el submarino *Salmon.* Vuelve entonces a repetir que su madre se enfermó al comer salmón. (Resulta evidente que ahora ha asociado su enfermedad con el contenido inconsciente del dibujo).

M. K. interpreta que el pez pequeño que está entre el *Nelson* y el *Salmon* es él mismo, que quiere separar a sus padres para que el papá peligroso no dañe a mamá (y para que el peligroso Hitler no destruya a *M. K.*), pero que también los separa porque tiene celos de ellos.

Richard entonces dibuja una batalla de aviones, y dice que el avión grande y feo que está cruzado (es decir, abatido), es Paul; pero inmediatamente se contradice y añade que es su tío Tony, a quien no quiere.

M. K se pregunta entonces que quién es el que ha abatido a Paul o a su tío (el avión feo).

A lo que Richard contesta sin dudar un momento: «Yo».

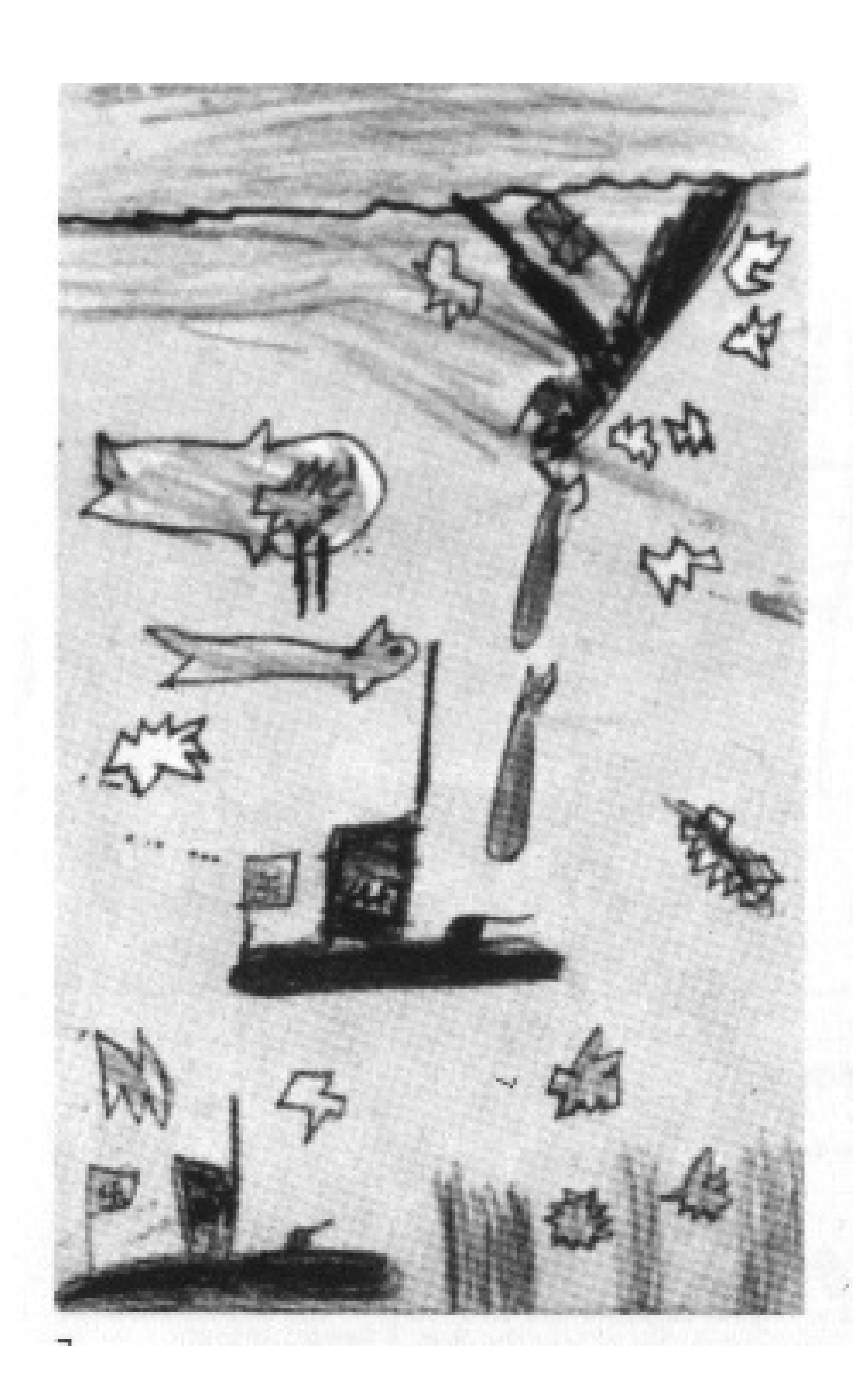
M. K. le pregunta entonces quién le consiguió el cañón antiaéreo para hacerlo.

Richard se ríe y contesta: «Se lo robé a tío Tony, que es artillero». Muy divertido con esto, empieza a explicar que el avión británico —el lindo— es mamá, al cual él protege con su gran cañón contra el papá malo, contra Paul y contra su tío, matándolos a todos.

M. K. interpreta que tío Tony, al que no quiere, representa a papá malo, y que siente que le ha robado el pene (el cañón) pudiendo de esta manera tanto atacarle a él como salvar a su mamá.

Richard, entonces, hace el dibujo 7 y lo explica. Las estrellas de mar son bebés y el pez es mamá, la cual ha puesto la cabeza sobre el periscopio, para que el submarino no vea al barco británico. Así logra engañarle, pues desde el submarino solo se puede ahora ver el color amarillo. No sabe cuál va a quedar

destruido, si el submarino o el barco U. También el pez gordo de arriba es mamá; esta se ha comido a una estrella de mar, la cual ahora se está abriendo camino a través de ella, con sus bordes, y la está dañando. El submarino del fondo es muy perezoso y duerme en vez de ayudar al otro y riéndose agrega: «Está roncando», tras lo cual añade: «Paul ronca de verdad».



M. K. interpreta que el submarino alemán de arriba que ataca al otro submarino, representa a Richard atacando a su papá. El submarino de abajo que «ronca», es evidentemente Paul, que le ha abandonado, resultando ser un mal aliado. John y él atacan también al Sr. K., pero tampoco puede fiarse de John. Mamá, por su parte, al proteger al barco británico y tratar de engañar al submarino alemán que representa a Richard, ha tomado el lado de papá (nota III) y también le ha abandonado a él. En cuanto a Richard, este quiere castigar al papá-Hitler por haber metido dentro de mamá un órgano genital-estrella de mar tan peligroso —y también el pez gordo de arriba—, el cual le daña el interior de su cuerpo. Pero por otra parte, también piensa que mamá es muy ávida, pues se está comiendo el genital-estrella de papá, o sea, el salmón de verdad que la enfermó. Esta estrella de mar que se encuentra dentro de mamá, también es un bebé, y si mamá está gorda es porque el bebé está creciendo dentro de ella. Esto lo expresó ya en la sesión anterior (dibujo 6) cuando habló de los bebés que todavía eran de gelatina y no estaban vivos; tratábase de bebés que aún se estaban desarrollando. *M. K.* interpreta también que los dos torpedos representan el salmón de papá y los genitales-submarinos de Richard, y que los ha pintado de rojo porque se están devorando entre sí.

Richard escucha todo esto con gran interés, aunque a veces tiene dificultad en aceptar alguna de las interpretaciones. Cuando se va está mucho más contento y más amigable. En cierto sentido, la situación de esta sesión es similar a la de la anterior: tras el juego aparecen resistencias, pero en los dibujos que hace a continuación, se da una gran riqueza de asociaciones y de material. Hacia el final de la sesión, el niño se pone mucho más deprimido, y la sensación de no poder reparar y de ser abandonado por la madre y el hermano, le suscita ansiedad y sentimiento de soledad. En el dibujo 7 hay una cantidad de estrellas de mar sin colorear, lo cual significa que siente que no les puede dar vida. La depresión también se debe a que su madre todavía no está bien, cosa que para Richard supone la fantasía de una tremenda enfermedad o el nacimiento de un bebé muy peligroso. En contraste con esta madre enferma, *M. K.* representa una madre sana (casi diría, la niñera sana en contraste con la madre enferma), lo cual, en la transferencia, le permite expresar tanto los ataques dirigidos contra su madre como la ansiedad que siente ante su enfermedad.

Notas de la sesión número quince.

1. Con frecuencia, ciertos contenidos que surgen en los análisis de niños y de adultos, parecen muy similares a otros que ya han aparecido antes. Por ello debemos prestar mucha atención para descubrir cualquier detalle nuevo que surja, aunque aparentemente parezca insignificante, ya que puede estar introduciendo aspectos nuevos de estos contenidos. En este caso particular, por ejemplo, el ataque al padre, aunque representado naturalmente en forma simbólica, tiene un carácter más preciso y directo que los anteriores.

Si el material se repite una y otra vez en forma obsesiva —y de nuevo esto es aplicable tanto a los análisis de niños como al de adultos—, cabe pensar en dos posibilidades: una es que el analista no se haya dado cuenta de ciertas variantes sutiles que deberían de haber sido interpretadas; otra, es que la actitud obsesiva del paciente no haya disminuido aún y precise una mayor investigación.

II Es algo bien sabido que los intentos que a veces hacen los niños pequeños por llevar a cabo tareas constructivas, quedan dificultados por su falta de habilidad manual. Cuando los niños empiezan a pintar, por ejemplo, suelen borronear los dibujos, tomando luego este hecho como una evidencia de que sus impulsos destructivos predominan sobre los constructivos y reparadores. Se observa a menudo, que cuando los esfuerzos que están haciendo fracasan, rompen el papel o hacen un emborronamiento aún mayor. Una de las causas de esta actitud, es que la falta de confianza en sí mismos, y la desesperación, refuerzan sus tendencias destructivas.

Richard tenía un intenso temor inconsciente de que sus juegos —que, como hemos visto, expresaban deseos y procesos tan fundamentales— terminaran en un «desastre», y estaba muy decidido a evitarlo. Los juguetitos se caían con facilidad, y cada vez que ello ocurría, se desesperaba y se odiaba a sí mismo, ya que para él esto constituía una prueba de su incapacidad para controlar sus impulsos agresivos o para hacer reparación. Como consecuencia de todo ello, dichos impulsos destructivos y la angustia persecutoria se veían reforzados, y entonces todo lo desordenado y la pila de objetos destruidos, le parecía que se convertían en enemigos peligrosos, que tenían a su vez que ser destruidos. Por todo esto, el juego terminaba siempre con que una parte peligrosa de sí mismo, el tren «eléctrico», quedaba como único sobreviviente, y como consecuencia final se sentía tras ello agobiado por la soledad, la ansiedad y la culpa, que a su vez debía de negar.

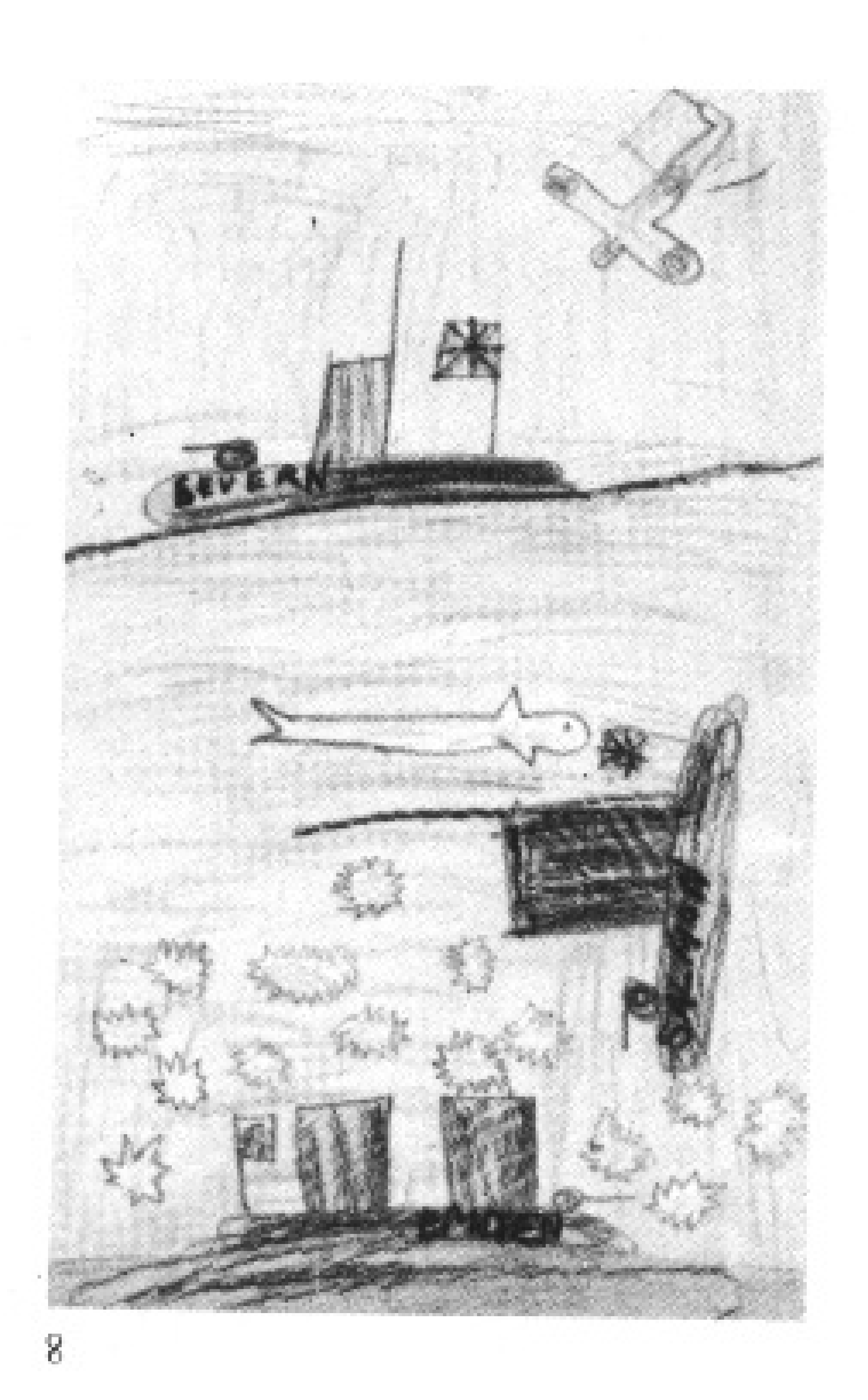
III. Al expresar Richard que su madre —el pescado— protegía a su marido de los hijos peligrosos, se sintió muy perturbado, pues vivenció que era abandonado por ella y que los dos padres se unían en su contra; por otro

lado también se mostró satisfecho de que la madre protegiera al padre de sus impulsos peligrosos. Esto nos trae un esclarecimiento sobre un rasgo importante de la situación emocional de los niños, sobre todo durante el período de latencia. El niño siente, en efecto, que sus padres deben de vivir en armonía, y si llega a creer que ha conseguido estropear la relación que mantienen entre sí, aliándose con uno en contra del otro, esto constituye para él una fuente de gran conflicto e inseguridad. Ya he mencionado antes la inseguridad que siente si sus padres o las demás personas de autoridad que viven con él no se llevan bien, cosa que ocurre en especial durante el período de latencia, a pesar de que este coexista con el deseo opuesto: que uno de los padres se alíe con él en contra del otro.

Sesión número dieciséis (jueves)

Richard demuestra una particular alegría al ver a *M. K.* Le dice que la «quiere muchísimo» y que es muy «dulce» y continúa luego contando que su madre no ha venido aún, y que aunque esto ya no le importa tanto, lamenta que todavía no se encuentre bien (está tratando de ser razonable, pero tiene un aspecto serio y decaído). Empieza a jugar en seguida, formando otra vez grupos con los juguetes. Coloca a algunos niños juntos y al «ministro» en el tejado, solo; después pone al «ministro» y a la mujer rosa juntos. Luego hace grupos de animales metiendo una vaca y un caballo en un vagón, mientras desde el otro una oveja los está mirando. Un detalle nuevo aparece: cuando el ministro se cae del tejado es porque un hombrecito lo empuja, situación que es seguida de la misma actividad de la sesión anterior: el perro salta dentro del vagón y saca afuera al hombre que había adentro. Construye otra vez la «estación» (usando la misma casa que usara la vez pasada) y dice que se trata de los barrios bajos que rodean a esta. En este momento parece preocupado y tiene dificultad en contestar a *M. K.* cuando esta le pregunta por el aspecto que tienen los barrios bajos. Sin embargo, dice al fin que en ellos viven niños sucios y que hay muchas enfermedades, y al decirlo separa de entre los juguetes algunos que tienen pequeños defectos, mientras comenta que no los quiere. Hace andar entonces los dos trenes, hasta que el de carga choca con el eléctrico. De repente, muerde la torre de una casa a la que llama la «iglesia», el perro muerde también a alguien y a esto sigue un desastre, en el cual todo se cae menos el perro, que queda como único sobreviviente. Una vez más deja de lado los juguetes, como lo hizo tras los desastres anteriores, y dice con aire preocupado que está «cansado» de ellos. Se levanta, da una vuelta por la habitación y sale por la puerta. Al contemplar el paisaje de afuera se pone más alegre (con una admiración genuina), y hace un comentario sobre su belleza. Luego, de vuelta en el cuarto, empieza a dibujar; dice que está haciendo «un cuadro salvaje» (dibujó 8). Cuando *M. K.* le pregunta: «¿Por qué salvaje?», contesta que no sabe, y que simplemente se *siente* así. Cuando ya ha dibujado parte del dibujo, explica que las estrellas de mar son «muy comilonas», y que están rodeando al *Emden* que está hundido, pues lo quieren atacar. Lo odian y quieren ayudar a los británicos. También indica que el pez está a punto de tocar la bandera, pero que tanto él como las estrellas de mar están «en el camino» del submarino *Salmon*, el cual quiere hacer el salvamento del *Emden*

hundido. Luego decide que el pez no estorba, después de todo, sino que, por el contrario, está ayudándolo en la tarea.



8

M. K. interpreta que el deseo que siente de hacer un cuadro «salvaje», está expresado en las estrellas de mar, las cuales tienen bordes mucho más dentados de lo que los tienen en los dibujos anteriores, y como ha dicho que son «muy voraces», le sugiere que dichos bordes pueden ser los dientes de estos bebés. Si se han acercado tanto al *Emden*, es porque están atacando los pechos de este (las dos chimeneas). El *Emden* hundido es mamá, la cual se muere al ser comida y destruida por sus hijos (y es también *M. K.* destruida por la voracidad de Richard y de John). Papá aparece aquí como una figura buena, pues está tratando de salvar a mamá (el submarino *Salmon* que hace el salvataje del *Emden)* mientras los niños malos (las estrellas) tratan de impedírselo (nota 1). En cambio, la parte superior del dibujo representa una situación diferente: en ella, mamá (el pez) está viva, y cerca de papá (casi toca a la bandera), mientras que Richard (el submarino *Severn)* se encuentra en buenos términos con ambos. *M. K.* sugiere, además, que el avión británico puede estar representando a Paul, que queda así también incluido dentro de la feliz situación familiar.

En cuanto al juego anterior, los barrios bajos representan a la madre dañada, la cual se ha enfermado (las enfermedades). Esto significa, como han visto ya antes, que el genital del papá malo (en el dibujo 7 el salmón, y la gran estrella de mar que mamá se comió)**[1049]**, la ha enfermado. (Temor estimulado por el dolor de garganta que la madre tiene en la realidad). Puede tener miedo de que las voraces estrellas de mar (él y John) puedan también enfermar ahora a *M. K.* Además, al jugar con los juguetes, ha vuelto a atacar en forma directa a papá. En dicho juego, él al principio estaba representado por el hombrecito que empujaba al ministro (papá) para tirarlo del tejado, y luego por el perro que echaba al hombre del vagón (nota II).

Richard se pone a mirar algunos de los dibujos anteriores, y en particular el 5, el cual no fue analizado en el momento de ser hecho.

M. K. entonces le pregunta qué cree que significa, y como Richard no quiere contestar, ella interpreta que los aviones británicos son la familia.

Richard se muestra entonces interesado y con deseo de cooperar, y dice que el bombardero alemán tachado, que está en el lado derecho, también lo representa a él. De repente se inquieta, se pone de pie y (tras una evidente lucha interior) dice que tiene un secreto que no puede contar a *M. K.*, pero casi inmediatamente lo relata: anoche se ensució los pantalones y la cocinera se los tuvo que lavar. Agrega con vergüenza que esto no le pasa con frecuencia, pero que a veces cree poder contener «lo grande» y luego resulta que al final no puede hacerlo.

M. K. interpreta que se ha acordado de su «secreto» en el momento en que reconocía que en el dibujo él era el bombardero malo alemán, y que esto se debe a que siente que «lo grande» son bombas. Quizá la causa por la cual se ensució los pantalones anoche fuera el temor que tenía de bombardear a su familia con materia fecal; de esta manera, ahora puede confesar su temor, poner a prueba si en realidad «lo grande» es peligroso y además ha logrado librarse de esta materia fecal secreta que cree que hay dentro de él. También le indica *M. K.* que en el dibujo las bombas están cayendo sobre el cañón antiaéreo y sobre uno de los aviones británicos (que por esto está tachado). Hace poco tiempo le contó que le había robado el cañón a su tío y que con él había atacado a él, a papá y a Paul; pero en el dibujo el cañón destruye al bombardero alemán que representa la parte mala de sí mismo, la cual le roba el órgano genital a papá (el cañón) y le ataca con él. Por eso siente que él mismo merece ser castigado y destruido[1050].

Richard señala entonces al hombrecito que está mirando el cráter hecho por la bomba.

M. K. interpreta que ese hombrecito también puede ser él, preocupado por el daño que ha causado. El cráter es el pecho de mamá, y como el cañón es el órgano de papá (y de su tío), resulta que las bombas fecales de Richard van dirigidas a los dos padres juntos. Y aún más: también el hangar representa a mamá, y Richard (el hombrecito) ha logrado así, de alguna manera, interponerse entre sus padres.

Richard señala entonces, que tanto él como su mamá y Paul están aún vivos pues son los tres aviones británicos no dañados; el único que ha sido tocado es papá. En cuanto a los aviones alemanes, dice que el «feo» que se encuentra en el ángulo superior izquierdo, es Paul, el de al lado, él mismo, y el tercero (que está intacto), su mamá.

M. K. interpreta que el avión alemán vivo también es ella, mientras que el avión alemán abatido representa a papá destruido. A pesar de esto, en la parte inferior del dibujo papá está vivo y al lado de mamá (el cañón y el hangar).

Richard añade a esto que también él está vivo, situado en la parte superior del dibujo, ya que los tres aviones alemanes abatidos también son papá, mamá y Paul, lo cual hace que aquí sea él el único sobreviviente.

M. K. le interpreta entonces, una vez más, que cuando siente que oscila entre sentimientos de odio, miedo, culpa, y el deseo de reparar, la gente (y él mismo) y las situaciones, se transforman en su mente, convirtiéndose según el caso, en gente mala, o destruida o buena o viva.

M. K. se ve obligada en esta sesión a darle unos minutos menos de los que le corresponden, cosa que comunica al niño, sugiriéndole que la próxima vez le puede compensar estos minutos.

Richard pregunta si es que tiene que ver a John más temprano.

Notas de la sesión número dieciséis.

1. En este momento están ya siendo expresadas, con pleno vigor, fantasías y deseos de carácter oral que, junto con los contenidos anales, representaron una parte importante de este análisis. El *Emden* hundido del dibujo 8, devorado por las voraces estrellas de mar, representa a la madre de Richard, devorada una y otra vez internamente, y por esto, vivida como si fuera una enemiga y como si estuviera muerta. Es interesante el hecho de que, a partir del dibujo 3 en adelante, Richard dibujara siempre una línea divisoria, cuyo significado era que lo que ocurría arriba no tenía ninguna relación con lo de abajo. La interpretación de que al hacer así estaba separando su parte consciente de la inconsciente, fue ampliamente comprobada. También creo, al considerar el dibujo 8, que esta línea expresa una división entre la situación interna y la externa, así como también entre el amor y el odio y las situaciones a las que estos sentimientos conflictivos pueden llevar. La posición depresiva está ahora en un primer plano, y uno de los aspectos esenciales de la misma se basa en los peligros que amenazan al objeto interno. El *Emden* hundido que no puede ser rescatado, representa justamente a la madre de Richard, dañada por su voracidad. (La enfermedad de la madre, aunque de hecho no fuera nada serio, reactivó en el niño antiguos sentimientos de ansiedad y culpa).

Al mismo tiempo, el amor y las tendencias reparatorias que están ligadas a la posición depresiva, quedan expresadas por sobre la línea divisoria y en la parte media del dibujo.

El barco y el avión británico que rondan por encima, representan a los padres buenos y unidos, y al Paul bueno, los cuales tratan de controlar los impulsos destructivos de Richard para evitar el desastre al que llevarían a la familia y a sí mismo si se manifestaran. El pez-madre que casi toca la bandera, la cual representa al padre, y el *Salmon* que trata de salvar al *Emden* hundido, también son la expresión de las buenas relaciones entre los padres; mientras que los sentimientos ambivalentes del niño respecto a esta relación, se expresaron a su vez cuando, al principio, dijo que el pez estaba estorbando en medio del camino, aliado con las estrellas, para luego corregirse y añadir

que en realidad no molestaba. El hecho de que en la primera asociación el pez-madre quisiera impedir que el *Salmon* salvara al *Emden*, tiene diversas causas determinantes: se trata, en efecto, de un intento de negar el que el *Emden* representa a una madre interna destruida; es además un medio de separar la situación interna de la externa; y significa, finalmente, que la madre interna es diferente de la externa, ya que esta última está aliada con el hijo, mientras que la primera está devorada, siendo por lo tanto hostil y peligrosa. Las estrellas, de mar ávidas, que devoran a la madre e impiden que el *Salmon* padre la rescate, expresan que los impulsos destructivos están en pleno vigor.

El que Richard haya podido expresar en este dibujo la manera cómo aspectos tan divididos (diferentes) actúan en forma simultánea, se debe al análisis hecho de los procesos de disociación y de proyección, de los impulsos sádicos, anales y orales; análisis este que ha permitido además que el niño vivencie, hasta cierto punto, algo de la posición depresiva.

He mencionado ya que en la novena sesión se podían ir vislumbrando ciertos pasos hacia una síntesis mayor. En ella, en efecto, Richard se sintió preocupado por el odio que sentía hacia Alemania (la madre convertida en mala por el Hitler padre-malo), y por ello eligió a Francia, por la cual tenía simpatía aunque hubiera, como él dijo, «traicionado» a los ingleses. Esto significaba ya que la distancia entre la madre buena y la mala se iba haciendo menor, y que el niño se encontraba en mejores condiciones para amar al objeto a pesar de sus imperfecciones. El dibujo 8 nos lleva aún más lejos, ya que la condición necesaria para que se pueda llegar a la síntesis a que lleva la posición depresiva, es que el paciente pueda ir cobrando cada vez más conciencia de su realidad interna y de los aspectos contradictorios y disociados de sus emociones y deseos. Todo lo cual se ve en este dibujo.

II. Richard muestra de esta manera, tanto en el juego como en los dibujos, una gran variedad de aspectos, no solo de diferentes personas (los padres, el hermano y él mismo), sino también de situaciones que según su fantasía pudieran darse como resultado de sus interrelaciones. Vemos así, por ejemplo, a la madre, quien toca la bandera, lo cual simboliza que se encuentra en buenas relaciones con el padre; y también vemos cómo el padre salva a la madre, mientras que Paul y él mismo se encuentran en buenas relaciones con el barco (los padres).

La vivencia de estas situaciones se debe en gran parte a la influencia de los propios deseos, emociones, y ansiedades del niño que mayor impulso tienen en ese momento, y que luego él mismo atribuye a su familia. Tanto en la terapia psicoanalítica de niños como en la de adultos, una parte esencial del

tratamiento consiste justamente en ayudar al paciente, mediante las interpretaciones, a que vaya integrando los aspectos disociados y contradictorios tanto de su personalidad, como de las demás personas y situaciones. Este trabajo progresivo de síntesis y de integración, si bien por una parte produce alivio, desencadena angustia al mismo tiempo, pues el paciente va vivenciando durante el proceso todas las ansiedades persecutorias y depresivas que originariamente provocaron la disociación, ya que este mecanismo constituye una de las defensas fundamentales contra estos dos tipos de ansiedad.

Sesión número diecisiete (viernes)

Richard tiene un aspecto deprimido. Le cuenta a *M. K.* que esperaba que viniera su madre y Paul, que está de licencia, pero que no lo han hecho. Posiblemente lo hagan mañana. Está muy triste por perderse la mayor parte de la licencia de su hermano, ya que aún si le ve mañana, solo será por unas horas. Le preguntó a la cocinera (que está todavía en el hotel con él), qué pensaba que estaría haciendo la familia, y la descripción que ella le hizo de mamá y papá sentados frente al fuego con Paul y Bobby, le llevó a sentirse tan triste y solo que casi no lo pudo soportar. Con tono indiferente dice que no quiere dibujar, pero que le gustaría jugar con los juguetes. Sin embargo, pronto los abandona y declara que no quiere jugar, dibujar, ni hablar; ni siquiera pensar. Al cabo de un rato, a pesar de todo, coge de nuevo los juguetes y se da cuenta de que la mujercita se puede sacar de su base; entonces la tira hacia un lado, y dice que no le gusta. Después le cuenta a *M. K.* que ha mandado a su mamá un dibujo igual al que hizo ayer (dibujo 8).

M. K. sugiere que al hacer este dibujo para su mamá siente no solo que le hace un regalo para que se mejore, sino también que le está confesando que él es el culpable de haberla dañado, tal como lo expresó en el dibujo donde estaba el *Emden* hundido. Además, se siente también culpable por rechazar a esta mamá dañada (la mujercita que se sale de su base), porque siente que él es el culpable de su enfermedad. Al mandarle el dibujo, está tratando de no rechazar a esta mamá (enferma y vivencialmente para él, muy dañada), y no preferir a *M. K.*, a la que ahora ve como una mamá sin daño alguno, y como su niñera (nota 1).

Richard vuelve a coger los juguetes y hace con ellos varios grupos: en uno están dos niñas juntas (dos de las muñecas más pequeñas); en otro, dos mujeres; el hombre y la mujer los coloca en el tejado de la casa; dos niños forman otro grupo, y una vez más, dos de los animales (una vaca y un caballo) quedan en un vagón uno frente al otro, mientras que desde otro vagón los mira una oveja. Dice que todos están contentos. Luego arma dos estaciones: una para el tren de carga que lleva animales, y otra para el expreso (o tren eléctrico). Deja una gran cantidad de espacio libre, y dispone todos los grupos de manera tal que los trenes puedan pasar entre ellos sin peligro. Tras esto dice con énfasis: «Todo marcha bien; hoy no va a haber ningún desastre». Y agrega, con un tono más dudoso: «Por lo menos, así lo espero».

Mueve entonces al perro haciéndole ir repetidamente de un grupo al otro y finalmente lo coloca al lado de las niñas, diciendo que está meneando la cola por ellas. Mientras hace esto, pone en marcha rápidamente a uno de los columpios (acción que desde la sesión catorce ha simbolizado las relaciones sexuales de sus padres), y después empuja a un vagón contra las niñas y el perro haciendo que tire a los tres. De repente, un vagón de carbón se escapa de la estación, y empieza a tirar las casas, incluyendo la que en la sesión anterior pertenecía a un barrio bajo. El tren expreso (que en la sesión catorce era él mismo, convertido en el mayor y más fuerte de la familia, y que ahora simboliza a sus padres) atropella y tira el resto de los juguetes; luego, tal como ocurriera en la víspera, al llegar a este punto deja de jugar y empieza a dibujar.

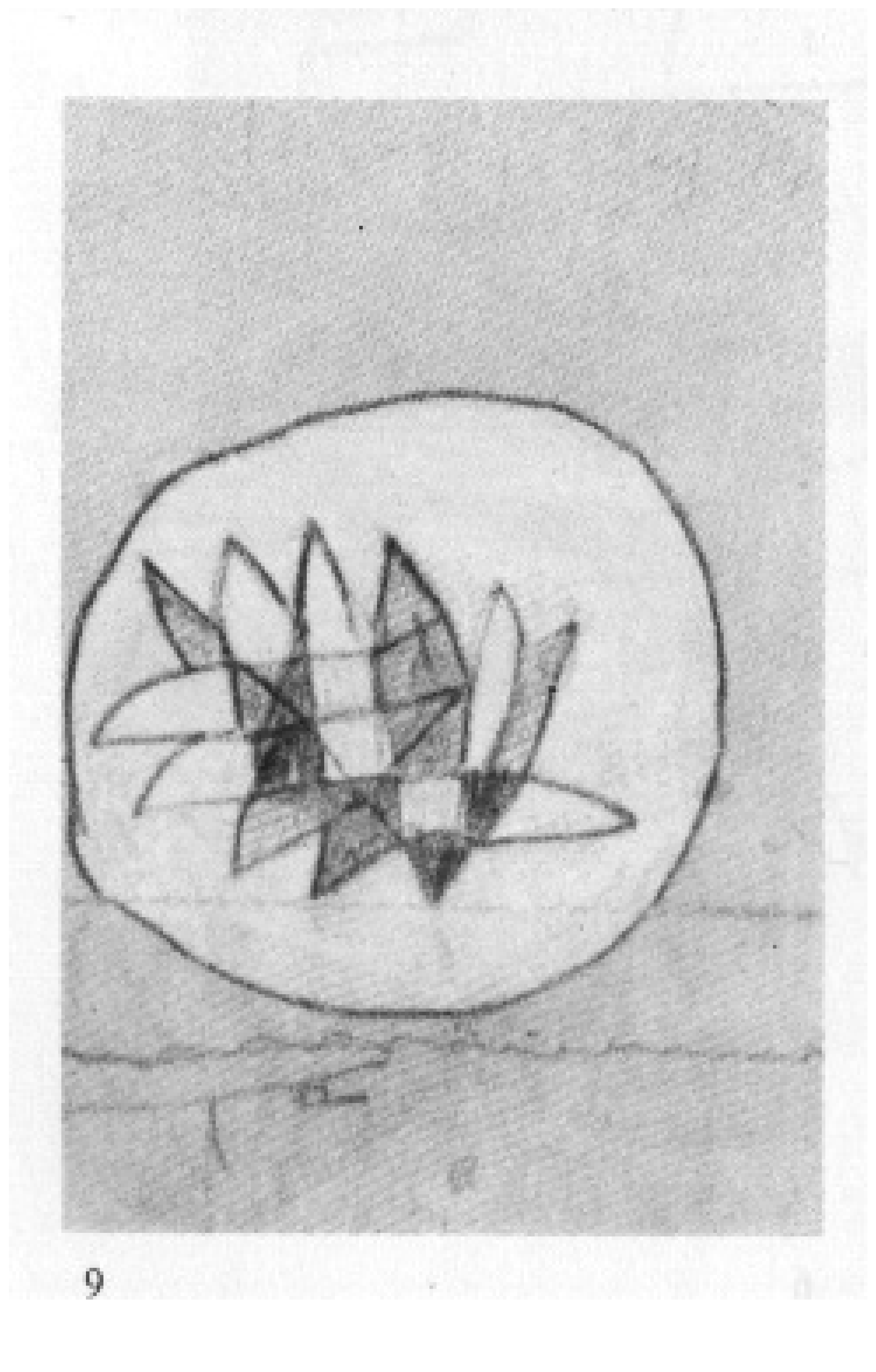
M. K. interpreta que no quiere jugar por temor a hacer un desastre en la familia, cosa que desea movido por la soledad y la envidia que tiene de ellos, que están en casa todos juntos y felices. Cuando tras la interpretación anterior, se sintió más optimista, pensando que quizá lograra no atacarles, empezó a jugar insistiendo en que todo el mundo era feliz; pero no ha podido terminar el juego por los celos que siente cuando piensa que están todos juntos. Los dos animales del primer vagón, y el tercero que está solo en el otro, han representado varias veces la solución que ha encontrado para permitir a sus padres que se hagan el amor, y mantenerse en términos amistosos con los dos, a pesar de no poder estar con ellos. Pero para esta solución deben de ser solo tres las personas implicadas, excluyendo con ello a Paul. Otro medio al que recurre para poder seguir jugando en paz, es el de poner juntos a dos niños, que representan a Paul y a sí mismo (grupo que antes no ha formado), con lo cual trata de separarse de sus padres para no dañarlos, yéndose en cambio a juntar con Paul.

Richard dice entonces que lo que le hace sentir particularmente furioso, es pensar que Bobby está dando ahora la bienvenida a Paul en vez de dársela a él.

M. K. le recuerda que Bobby representa para él un amigo, un hermano, un bebé y también él mismo. En el juego, el perro ha tirado repetidas veces al ministro-papá del vagón (el cual representa a mamá) y en la vida real, a menudo le quita el sillón a papá, esto significa para Richard que le quita el sitio que ocupa con mamá. Las veces en que está desilusionado de sus padres y de Paul, puede desear tener hermanitas con quienes jugar, y quizás también para hacerles algo con su órgano genital (el perrito que mueve la cola ante las muñequitas); pero esto le parece peligroso y por ello todo termina en un

desastre. El vagón de carbón que destruye la estación, simboliza a Richard atacando a mamá con «lo grande» (bombas) mientras que el expreso que tira todo lo demás, es la pareja de padres que han descubierto todas las cosas que él ha hecho y que le castigan y hasta llegan a matarle por ello.

Richard empieza ahora a hacer un dibujo similar al primero de los que tenían submarinos, pero pronto lo abandona y rompe la hoja. Después hace una gran estrella de mar (dibujo 9), y en cuanto se da cuenta de la cantidad de bordes afilados que tiene, dice que quiere hacer un dibujo lindo, y se pone a colorearla con los lápices de color. A continuación traza un círculo alrededor, llena el espacio de adentro con rojo y comenta: «Está precioso».



9

M. K. le recuerda que hace dos días (en la sesión quince, dibujo 7), una de las estrellas representaba el genital devorador de papá que el pez-mamá se había tragado, y que este dibujo lo hizo cuando su mamá tenía dolor de garganta. En él, el pez que contenía a la estrella de mar estaba muy gordo, lo cual también significaba que era a causa del genital que mamá había devorado y de un bebé que crecía dentro de ella. En el de hoy, la estrella también parece representar el pene devorado de papá, el cual hace que mamá sangre, por estarse él comiendo el interior de su cuerpo. Por eso está pintado de rojo el borde que rodea a la estrella. Este animal, sin embargo, también representa a un bebé ávido y frustrado —el mismo—, que daña a su madre y se come las cosas que contiene dentro, cada vez que la necesita y ella no viene. Esta situación la está reviviendo ahora, al haberse sentido desilusionado porque mamá se ha quedado con papá y Paul. Le recuerda, además, que en la sesión anterior ella se vio obligada a terminar la hora unos minutos antes de lo habitual, y que él entonces había preguntado si tenía que ver a John Wilson más temprano. Lo cual significa que tiene celos de Paul y de John, y que ha sido frustrado tanto por su mamá como por *M. K.* Por todo esto ahora las está atacando en forma directa, y desea comerse el interior de las dos, mientras que indirectamente lo hace al poner el genital peligroso de papá dentro de ellas.

Richard entonces, con voz vacilante y baja, dice que a menudo, cuando su mamá tiene dolor de cabeza o se siente mal, le dice que es por culpa de él, por haberse portado mal.

M. K. le contesta que cuando su mamá le dice esto es como si confirmara el temor que tiene de ser peligroso y destructivo para ella.

Richard se levanta, anda por el cuarto y encuentra un trapo de limpieza, con el cual empieza a limpiar el polvo de los estantes y demás muebles, comentando que quieren limpiar a mamá y hacer que se sienta mejor. Después se abre la puerta, enseña a *M. K.* el bello paisaje de afuera, y dice que el aire está «fresco y limpio». Da un salto desde los escalones, y por poco cae sobre un macizo de flores, tras lo cual pregunta si ha «matado a la plantación».

M. K. interpreta que una vez más se siente confortado al mirar a su madre externa, hermosa y no dañada, la cual está representada por las montañas, pues esto le hace sentir que no está destruida, sucia, ni comida por dentro. Además quiere arreglarla, y hacerla sentir tan sana y linda como el paisaje (el aire fresco y limpio) cosa que también ha expresado al limpiar los muebles.

Richard muestra ahora signos de ansiedad. Se preocupa por el ruido que hay afuera, en la calle, y quiere saber si hay en ella niños —sus enemigos—.

Entra, vuelve a recorrer el cuarto y coge una pelota de fútbol que está en un estante. La infla y dice que la ha llenado de su propio aire, y que ahora no le queda nada a él. Cuando luego deja salir a este de la pelota, comenta que suena como el viento de una película del «Everest» (queriendo expresar con ello que hace un ruido misterioso). Y añade: «Como si alguien estuviera llorando».

M. K. se refiere al dibujo de hoy (el número 9), y asocia el interior de mamá que sangra con la pelota.

Richard contesta que al inflar a esta está reviviendo a su madre.

M. K. entonces le recuerda el material de ayer, en el cual el cuarto sucio significaba lo mismo que los barrios bajos con niños enfermos y sucios; en esa ocasión sintió que su materia fecal, que para él equivale a bombas, había envenenado y dañado a mamá, la cual también estaba devorada por dentro por niños muy malos. Por todo esto la había representado por el *Emden* hundido (sesión dieciséis). Se refiere también al auto negro lleno de matrículas (sesión nueve) y a los esfuerzos que hizo por revivir a su madre encendiendo la estufa eléctrica.

Richard está acostado sobre la pelota de fútbol inflada, apretándola para sacarle el aire. Dice: «Ahora mamá está otra vez vacía y se está muriendo».

M. K. sugiere que la estrella de mar que representa a un bebé ávido, es decir, a él mismo, también estruja a su mamá y a su pecho hasta dejarlo seco; y que cuando él era bebé temía de esta manera perderla a causa de su voracidad, cosa que le preocupaba y le ponía triste. Pero, por otra parte, si trataba de arreglarla rellenándola de todas las cosas buenas que él contenía, temía entonces quedar él exhausto y morir. Esto le hacía entrar aún más avidez y desear nuevamente exprimir hasta vaciarla para mantenerse él vivo, pero una vez más la ponía a ella en peligro de muerte. Todo esto le pasa ahora con *M. K.*: le ha preguntado si mañana le dará más tiempo para compensar el que perdieron la vez anterior, pues quiere sacar todo lo más que pueda de ella; más el temor de dejarla exhausta y de matarla le lleva a que, por lo general, no se quiera quedar más tiempo de los cincuenta minutos habituales. Durante esta sesión, Richard tiene momentos en los que se siente perseguido, sobre todo al mirar la calle; pero lo predominante en ella es un tono depresivo, a pesar de que se ha ido haciendo más leve que en los días anteriores.

Nota de la sesión número diecisiete.

1. Como he sugerido ya en el dibujo 8, Richard trata de disociar la situación interna de la externa. Yo soy la madre sana que también puede ser útil, mientras que la madre real, aunque enferma, todavía es querida y él trata de repararla. En cambio, la muñequita, a la que desecha, indica la existencia de una actitud ambivalente frente a la madre enferma y también representa a una madre interna dañada que le provoca demasiada ansiedad. Esta relación con la madre interna es la que constituye la base de todo sentimiento de paz y seguridad; en el caso de ser vivida como algo roto y persecutorio, se convierte en la causa fundamental de las perturbaciones mentales.

Sesión número dieciocho (sábado)

Richard está muy decaído. Aunque sus padres y Paul han venido a verle, se han tenido que ir un día antes de lo que pensaban. Dice que no quiere los juguetes, que no tiene ganas de dibujar, y que ayer odió separarse de *M. K.* de tanto como la quiere. A continuación, se refiere a las noticias de la guerra y dice que se alegra de que Sollum haya sido capturada, pero que tiene dudas sobre la marcha general de las cosas. ¿Podrán los aliados vencer a los alemanes en tantos frentes? (Esto lo pregunta con ansiedad y preocupación). Después cuenta algo a lo que llama un «sueño gracioso».

Él se encuentra en Berlín. Un niño alemán de su edad le está «gritando» en alemán, insultándole por ser inglés y por no tener derecho de estar allí. Richard le contesta tan fuerte que el niño se aterra y sale corriendo. También hay otros niños buenos, que hablan inglés como los niños ingleses. Richard se dirige a Matsuoka, y le reprocha la política que lleva. Matsuoka al principio parece amistoso, pero luego «5e vuelve desagradable», porque Richard le molesta amenazándole con romperle el monóculo. De pronto mamá también está allí y habla con Matsuoka como si se tratara de un antiguo conocido, pero no le hace caso a él. Entonces Matsuoka desaparece, como si se hubiera asustado de Richard.

Al llegar a este punto, se acuerda de la primera parte del sueño: *Está dentro de un coche blindado, con seis pistolas, cinco cañones y una ametralladora. Las tropas alemanas le han echado de Berlín, pero él «se da vuelta y les escupe fuego». Las tropas entonces dan medía vuelta y escapan lo más de prisa que pueden. Hay dos coches blindados llenos de soldados. Está seguro de que todos los coches alemanes tienen seis pistolas, pero no tan buenas como las suyas*. Al llegar aquí, Richard tiene un aspecto inseguro y angustiado. Se refiere a la idea de que puede asustar a cualquiera, lo cual parece divertirle, y dice: «Las cosas tontas que uno puede soñar». Añade luego que quizás ha «añadido alguna cosita» al sueño, pero que parece como si esta cosita formara parte de él. Su diversión, sin embargo, pronto da cabida a la depresión. Mientras cuenta el sueño empieza un dibujo, el que una vez más representa una gran estrella de mar, a la cual rellena con diferentes colores. Al hablar de los dos autos blindados alemanes, sujeta juntos dos lápices (formando con ellos un ángulo agudo) y se los mete en la boca. También pone en movimiento uno de los columpios.

M. K. interpreta[1051] que soñar que está en Berlín expresa la sensación que tiene de estar rodeado y abrumado por enemigos. El mismo ha comentado lo extraño que le parece ser tan aterrador y poderoso que pueda asustar al niño alemán, a Matsuoka, y a las tropas alemanas de los coches blindados. Pensando ser así, consigue en el sueño negar el miedo que tiene, aunque si en la realidad se hubiera visto en esa situación, se habría encontrado totalmente impotente. [Defensa maníaca]. Matsuoka se «hizo desagradable» porque Richard le había molestado. Ya antes (en la sesión quince), le dijo a *M. K.* que los dos peces que representaban a Paul y a él mismo en el dibujo 6, estaban molestando al pulpo-papá. El monóculo de Matsuoka representa ahora el órgano genital de este, y Richard amenaza con destruírselo. Por eso teme que Matzuoka a su vez ataque y destruya el suyo propio, como venganza. Los niños buenos que hablan en inglés, representan a Paul cuando es aliado suyo, mientras que el Paul hostil es el niño alemán «gritón». La manera como mamá interviene en el sueño, expresa el intento que hace de convertirla también en una aliada suya, pero ella parece juntarse con Matsuoka e ignorarle a él. Esta necesidad que tiene de una madre buena que le ayude, se ve también cuando se dirige a *M. K.* para decirle lo que la quiere; pero en el sueño, mamá le abandona. La angustia que siente en el sueño al verse rodeado de enemigos, está además relacionada con haberse sentido abandonado por sus padres y por Paul al despedirse de él el día anterior. Los últimos días se ha sentido muy celoso al pensar que ellos estaban todos juntos, mientras que él estaba solo y abandonado; pero en el sueño se ve que, en su mente, se han convertido en enemigos que se unen contra él y le van a atacar. Los coches están llenos de tropas, lo cual demuestra que no solo los padres sino la familia entera se juntan para ir contra él. *M. K.* le sugiere además, que los dos lápices que ha sujetado juntos para metérselos en la boca, representan a sus padres a quienes se ha comido (los conejos repartidos entre él y Paul de la sesión doce). En el sueño, sus padres están simbolizados por los coches blindados, y *M. K.* le sugiere que también a estos los ha devorado y los ha incorporado dentro de sí. [Objeto internalizado]; los dos son peligrosos y están unidos contra él (igual que en el sueño mamá se junta con Matsuoka).

Richard dice entonces que ayer le pasó algo agradable. Cuando estaba en la estación, un maquinista le dijo que subiera a la locomotora para ver cómo era. Y cuando más tarde vinieron a verle sus padres, volvió a ver en la estación el mismo tren de carga.

M. K. interpreta que ha mencionado el incidente del maquinista en el momento en que ella le hablaba de los padres hostiles representados por los

coches blindados, y que lo ha hecho porque con ello quiere ahora expresar la sensación que tiene de haber incorporado dentro de sí a un padre simpático (el maquinista); el tren de carga que este le permitió inspeccionar, representa a mamá. Todo esto quiere decir que también siente que dentro de él hay unos padres buenos. En el sueño resulta que hay niños buenos en Alemania, los cuales simbolizan a hermanos buenos que le ayudan. Sin embargo, ninguna de estas cosas buenas le ayuda lo suficiente como para poder combatir el temor de haberse tragado, y de tener dentro de sí, a toda una familia que se ha aliado contra él con hostilidad, y que le hace sentirse lleno de enemigos. [Relación con objetos internos].

Richard parece estar perdido en sus propios pensamientos mientras se formulan estas interpretaciones. Se pone muy inquieto y mira los dibujos, en especial el que acaba de hacer.

M. K. le pregunta lo que piensa de él.

Richard contesta que se trataba de una estrella de mar grande, pero que ahora la ha convertido en un diseño bonito.

M. K. le hace recordar entonces, que el día anterior la gran estrella de mar (dibujo 9), a la que transformó en un diseño bonito, había dañado el interior de su mamá hasta hacerla sangrar. La estrella que ha dibujado hoy también tiene muchos dientes, los cuales expresan ataques hechos a mordiscos. Estos ataques parecen estar relacionados con el auto blindado que, en el sueño, disparaba y escupía fuego. El temor que esto le provoca, se puso de manifiesto ayer, cuando deseaba hacer feliz a toda la familia sin poderlo conseguir, temor este que luego le impulsó a destruirla de varias maneras. También al jugar hace unos días mordió la torre de la iglesia (sesión dieciséis), y se mostró de acuerdo con *M. K.* cuando esta le interpretó que significaba estar mordiendo el órgano sexual de papá. En el juego de ayer, el perro, que quedó como único sobreviviente, le representaba a él, lo cual significa que es él (el perro), quien se ha comido a toda la familia.

Richard está escuchando con mayor atención, y parece más aliviado y vivaz. Señala los «dientes marrones» y dice que si, que son pistolas. Tras esto abre la puerta y una vez más expresa deleite ante el paisaje. Coge un poco de hierba del jardín, y, de vuelta en la habitación, se la pone en la boca y después la tira. Explora el cuarto y la cocinita de al lado, y encuentra en ella una escoba, con la cual empieza a barrer el lugar cuidadosamente. Mientras hace esto, sin embargo, está desatento y decaído. Después de barrer, busca la pelota con la que jugó en la sesión anterior, la infla y la aprieta contra su

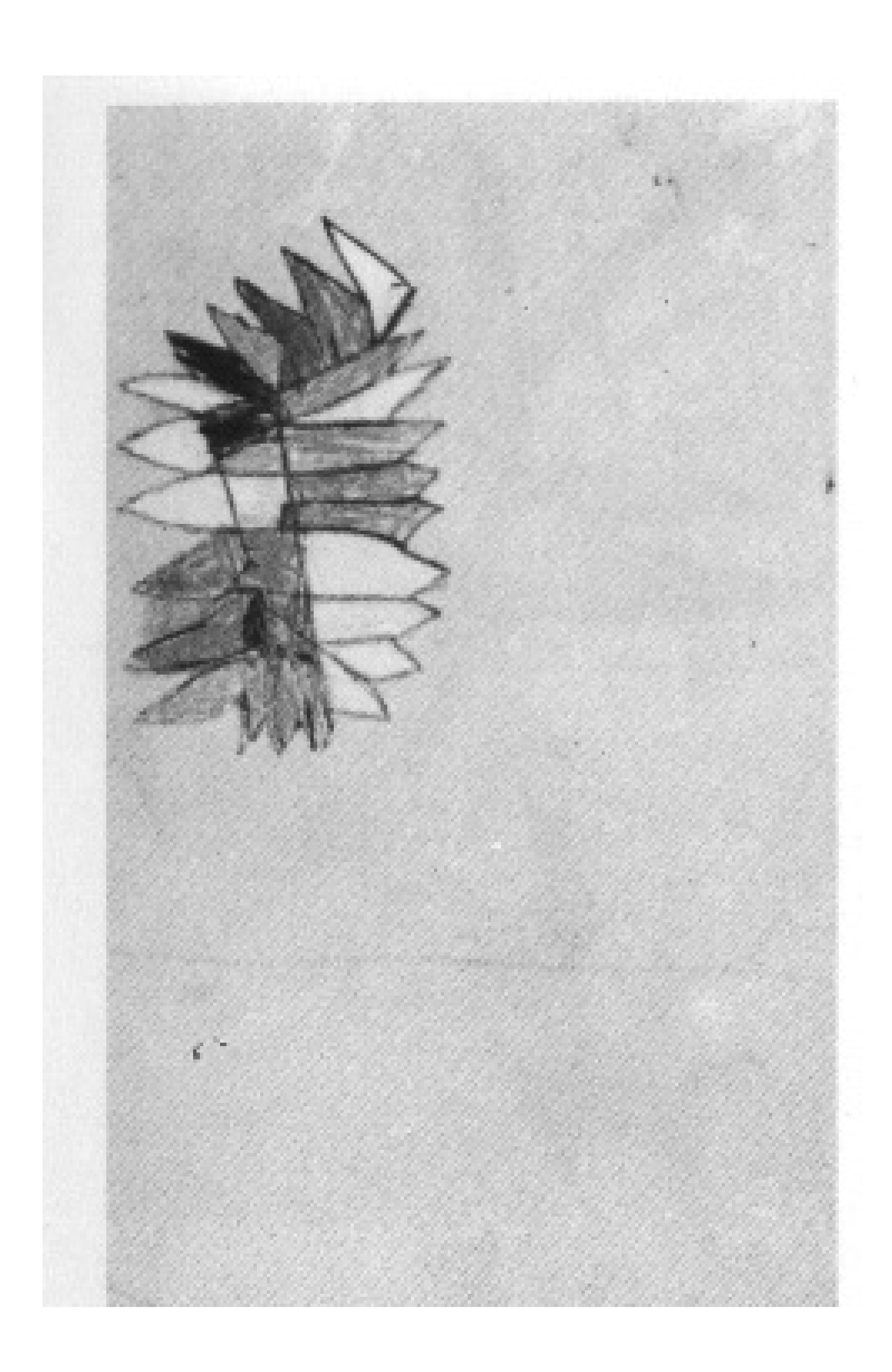
cuerpo hasta desinflarla. Escucha el ruido que hace el aire al salir y comenta: «Es como si hablara».

M. K. le pregunta que quién está hablando. Sin dudar un momento, Richard contesta: «Papá y mamá».

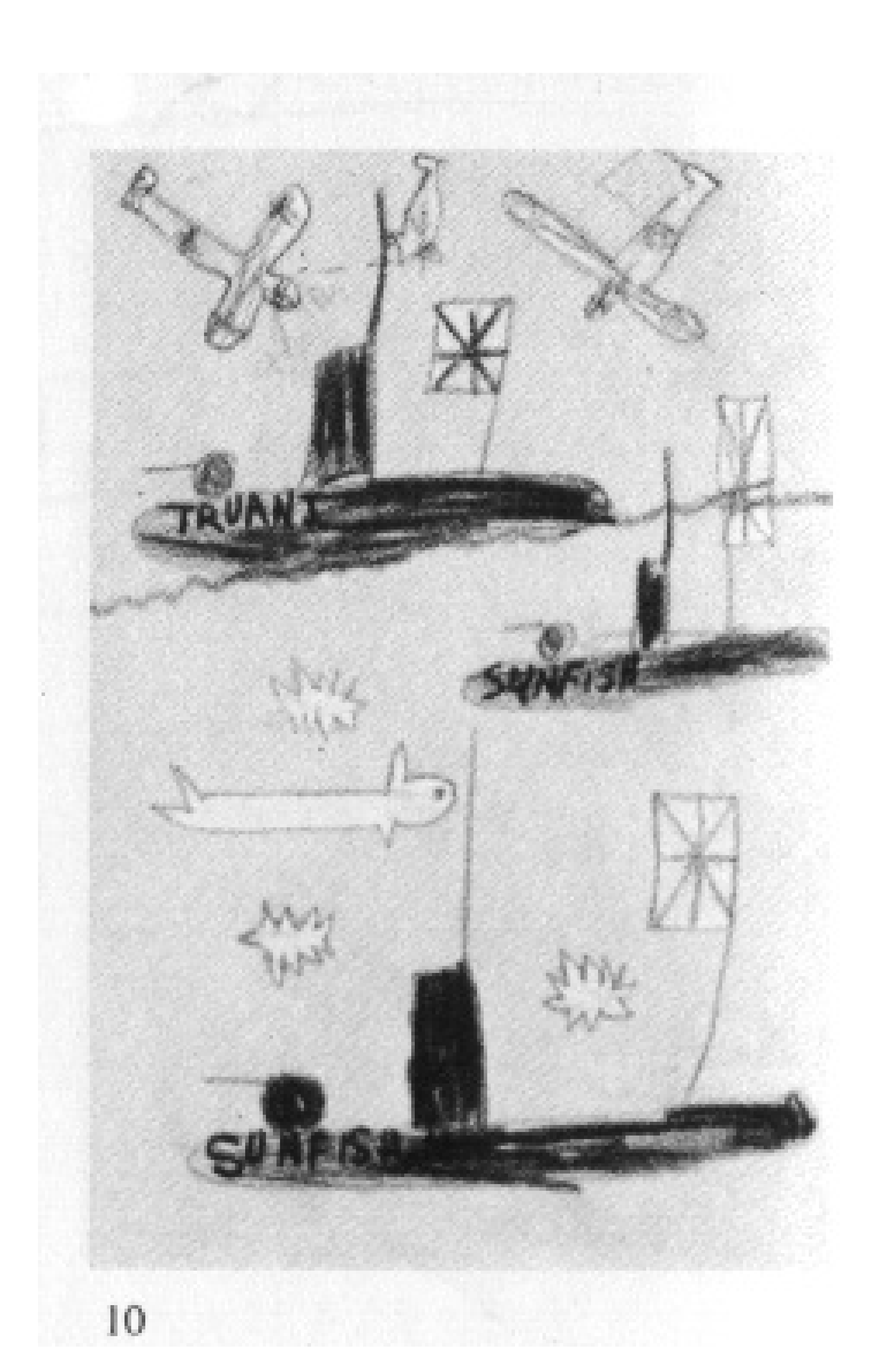
M. K. interpreta que la pelota con el tubo de goma representa a sus padres y a los órganos genitales de ambos, y que siente que están hablando en secreto.

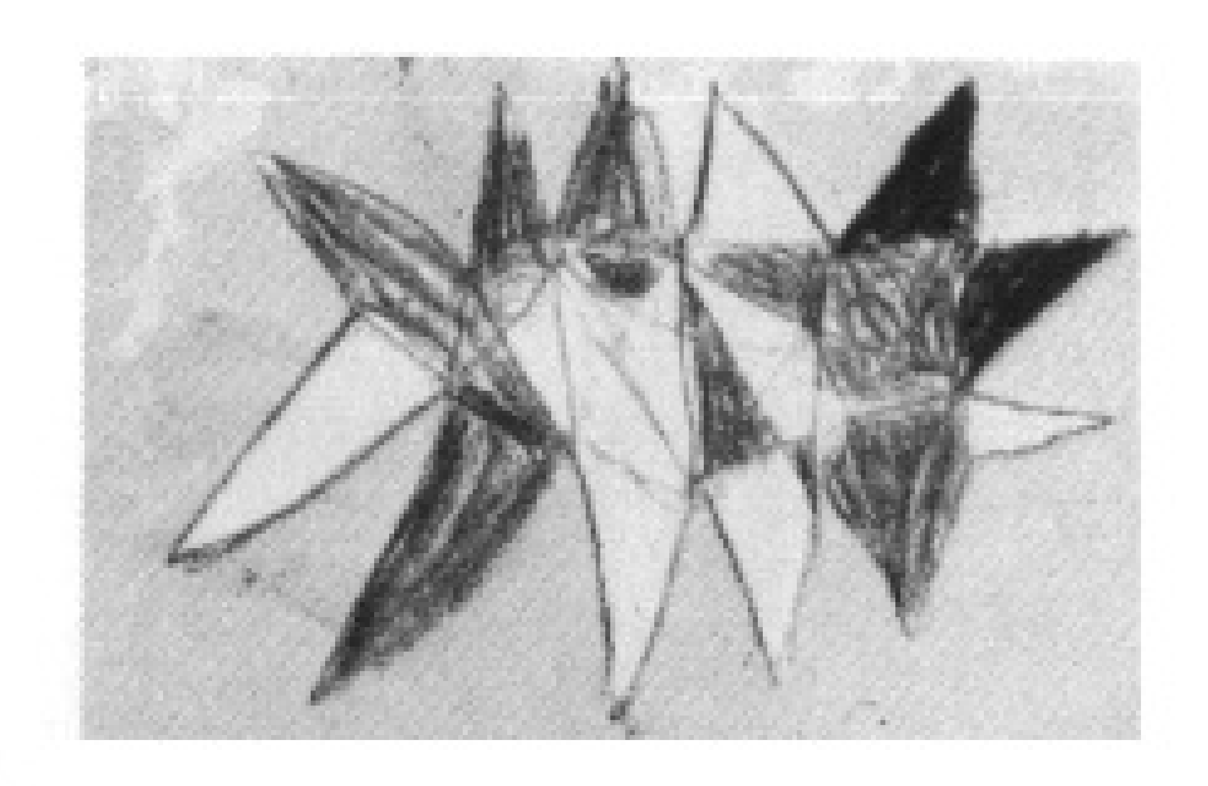
Richard sigue inflando la pelota y sacándole luego el aire. Una vez más escucha el sonido que hace este al salir y dice: «Ella está llorando. Papá la aprieta y se pelean».

M. K. le señala que, al apretar a la pelota-padres contra su barriga, está expresando otra vez la sensación de haber metido dentro de sí a sus padres, y que estos están peleando entre sí o unidos contra él (los dos coches blindados del sueño, Matsuoka y mamá). También cree que dentro de él hay una mamá dañada o muerta, pues papá la está apretando. Este temor de contener a unos padres que se pelean, que conspiran contra él, y a una mamá a quien papá hace daño, fue lo que le hizo tan difícil separarse de *M. K.* ayer, particularmente tras haberle dejado solo sus padres y Paul. Lo cual no solo significa que se siente abandonado, sino además que todos se han unido contra él también en su interior. Los padres externos, Paul y *M. K.*, le son tan necesarios a causa de este temor de tener dentro de sí a tanta gente peligrosa y herida. Y también el miedo a su interior tiene mucho que ver con el sentirse solo, abandonado y asustado (nota 1).



Richard vuelve a escuchar con la mayor atención y parece haber entendido la última interpretación. Antes de irse, hace rápidamente los dibujos 10 y 11.


TRUANT
SUNFISH
SUNFISH
10



Nota de la sesión número dieciocho.

1. Este material constituye una prueba de que el niño internaliza los diversos aspectos de las relaciones sexuales de sus padres, tal como él las fantasea (por ejemplo, como padres que se pelean, que se juntan de manera hostil en contra del niño o donde uno de ellos, o los dos, queda dañado o destruido). El niño muy pequeño transfiere estas situaciones a su mundo interior donde luego las vuelve a actuar, vivenciando todos los detalles de la pelea o de los daños causados, como si ocurrieran dentro de él. A causa de eso, estas fantasías pueden constituir la base de quejas hipocondríacas de diversa índole. Sin embargo, como no solo se internalizan las fantasías sobre la vida sexual de los padres, sino también otros aspectos de las relaciones entre ambos (fantaseadas y observadas en la realidad), todo influye de manera fundamental en el desarrollo del yo y del superyó del niño.

Quiero llamar la atención sobre la manera concreta con que se caracterizan, en esta sesión, las fantasías de incorporación oral, cosa que vemos, en efecto, cuando Richard junta los dos lápices y se los mete en la boca al hablar de los coches blindados. Este material también arroja una luz sobre los distintos tipos de relación que guarda con los objetos internalizados.

Otro punto que este material sirve para ilustrar, es la estrecha relación que existe entre las situaciones de peligro internas y la correspondiente inseguridad respecto al mundo interno y externo. Esta inseguridad que en esencia es el temor a quedar expuesto a perseguidores internos y privado de un objeto bueno y útil, constituye según mi experiencia una de las causas más profundas del sentimiento de soledad.

Sesión número diecinueve (lunes)

Richard dice que está mucho más contento. Ha pasado un fin de semana feliz; además ha visto a Paul durante unas cuantas horas y mamá ha venido a «X» para quedarse con él. Ha traído a la sesión unos juguetes suyos: una pequeña flota de barcos de guerra[1052], con los cuales empieza a jugar. Pone algunos destructores a un lado y dice que son alemanes. Del otro, algunos cruceros, destructores y submarinos, constituyen la flota británica (está excitado y triunfante). Dos barcos de guerra atacan a los destructores, uno de los cuales estalla, mientras los otros quedan agujereados y se hunden. Mientras mueve los barcos, hace ruidos que se supone provienen de los mismos; son muy expresivos y variados y oscilan entre el ruido de máquinas en marcha y voces humanas, indicando con toda claridad cuando los barcos se sienten felices, amistosos, enojados, etc. Cuando junta dos o tres barcos, el ruido parece una conversación, aunque no usa ninguna palabra (al mismo tiempo, tiene hoy más conciencia que de costumbre de los ruidos de afuera, y de los niños que pasan frente a la casa. Repetidas veces salta para ver lo que pasa en la calle).

M. K. interpreta que los destructores alemanes son los bebés de mamá a quienes cree haber atacado por celos y porque los odia, y que por esto teme que ellos a su vez le sean hostiles. Mientras juega con los barcos desconfía de los niños que pasan por la calle y les teme; por esta razón se halla tan atento a los ruidos que llegan y tan «en guardia». Como todos los niños del mundo representan a los bebés de mamá, espera encontrar enemigos cada vez que se enfrenta con uno.

Richard abre entonces la puerta y pide a *M. K.* que admire el hermoso paisaje. Señala que hay muchas mariposas, que aunque son lindas también son destructoras, pues se comen el repollo y las demás verduras. El año pasado mató a sesenta en un mismo día. Tras esto, vuelve a entrar.

M. K. interpreta que las mariposas son para él lo mismo que las estrellas del mar: unos bebés tan ávidos como él mismo se siente; y que cree que deben todos ser destruidos para salvar a mamá. También cree que *M. K.* debe de ser puesta a salvo de los celos que él siente hacia los otros pacientes, y del deseo de sacar de ella todo lo que sea posible: atención, tiempo y, en última instancia, su amor exclusivo. Pero si bien una de las razones por las que quiere atacar a los bebés es para preservar a mamá, también les tiene miedo

por lo que pueden hacerle a él estos niños de la calle (los destructores enemigos), y por ello les quiere atacar.

Richard pone ahora toda la flota de un lado y dice que todos son barcos británicos, y que forman una familia feliz. Indica que los dos barcos de guerra son los padres, los cruceros, la cocinera, la muchacha y Paul, mientras que los destructores son bebés que todavía están dentro de mamá. Entonces empieza a jugar con los otros juguetes. Forma una ciudad al lado de la vía del tren, diciendo que nada se va a mover, ni aun los trenes (los cuales están colocados uno tras otro). Le dice a una niña de juguete que no se acerque a la vía porque es peligrosa. Forma varios grupos entre los que están los tres animales en dos vagones, pero separa a un lado a la mujer rosa y a otros muñequitos con los que ha jugado otras veces. El perro, dice, está moviendo el rabo, pero aparte de eso, está quieto. Después agrega que toda la familia es ahora feliz. De pronto, sin embargo, mueve los dos trenes, los hace chocar y tira todas las cosas. Comenta que ello se debe a que los trenes han empezado a pelearse, y que uno le ha dicho al otro que él es el más importante, a lo cual el otro ha contestado que el más importante es él; eso les ha llevado a una pelea y a hacer un lío con todo.

M. K. interpreta el anhelo que tiene por que toda la familia esté unida y feliz, y cuánto desea sentir únicamente amistad hacia todos ellos; pero sin embargo, los celos que tiene de Paul (en el juego del choque entre los dos trenes), le llevan a un desastre. Durante el fin de semana y los días anteriores, cuando Paul estaba en su casa y Richard en «X», se sintió muy celoso de Paul, el cual, por haber venido de licencia, recibe mucha atención. Esto le hace creer que todos le admiran y le consideran mucho más importante que lo que él es. Los trenes que se pelean también simbolizan a los padres durante las relaciones sexuales. La hora anterior sintió, en efecto, que los dos estaban metidos dentro de él, y que solo manteniendo a todos (él mismo incluido) completamente quietos y bajo control, podía tener la esperanza de seguir en buenos términos con ellos y de mantener contenta a la familia, pues el control[1053] implica además poder contener sus propios sentimientos. Además, le ha indicado a la niña, que lo representa a él, que no debe de acercarse a los padres cuando estos tienen relaciones sexuales (los trenes), lo cual significa que debe de alejarse de cualquier pelea.

Richard entonces cuenta un secreto a *M. K.*: a veces se lleva a Bobby a la cama y «se divierten mucho juntos», pero mamá no debe saberlo. Cuando termina de jugar, se acerca a la ventana como tantas otras veces, y se da cuenta de que hay un niño afuera. Se queda mirándolo durante un rato y luego

le grita —«¡Vete de ahí!»— con voz bastante fuerte, aunque no lo suficiente como para que pueda ser oída desde afuera. Si bien desde el principio de la sesión ha estado inquieto, durante el juego, cuando hizo luchar a los dos trenes, esta inquietud aumentó y ahora, al tratar de controlar al niño de la calle, se encuentra sin lugar a dudas en pleno estado maníaco. Hace el saludo de Hitler, le pregunta a *M. K.* si la gente en Austria tiene que saludar de la misma manera, y comenta lo tonto que ello es.

M. K. interpreta que el niño de la calle del que quiere deshacerse representa al Hitler-papá-pene malo que siente que ha incorporado dentro de sí. Está tratando de controlar a este enemigo interno, pero como teme haber quedado él controlado, debe por lo tanto saludarlo. Aunque ha mencionado en esta hora que ha comido salmón —el cual representa el genital atractivo de su padre y de su hermano—, y que no le ha hecho daño (su madre, días atrás, se enfermó a causa de un salmón que comió, sesión trece), parece sentir, no obstante, que dentro de él este pescado se ha convertido en un padre y hermano malo y matón, a los que debe de mantener quietos y controlados.

Richard ha empezado otra vez a jugar. Reconstruye la ciudad y dice que es Hamburgo, y que su flota la está bombardeando.

M. K. le indica que, tal como le pasó antes, la familia a la que siente que ha atacado (antes representada por los destructores alemanes; ahora por Hamburgo) se ha convertido en enemiga suya y que debe por lo tanto seguir atacándola ahora.

Richard se levanta. Limpia el polvo del cuarto, pisotea con fuerza a los banquitos, y da un puntapié a una pelota que ha sacado de un armario, diciendo que no quiere que esté en ese lugar. Cierra la puerta del armario después, y expresa que no quiere que la pelota se vuelva a meter adentro, pues se podría perder allí y no la podría volver a sacar. Después tira otra pelota hacia donde está la primera y comenta que las dos «se están divirtiendo».

M. K. interpreta que Richard acaba de mostrar que desea sacar el genital de papá, representado por la pelota, de adentro de *M. K.* y de mamá (el armario), y que quiere jugar con él, deseo este que expresa mediante las pelotas que «se están divirtiendo»; esta frase es igual a la que usó para designar lo que hace en secreto con Bobby en la cama, y significa hacer algo con el genital del animal. Si no quiere que su mamá sepa nada de esto, es no solo porque de cualquier manera se opondría a ello, sino también porque siente que Bobby representa a papá y a Paul, y que mamá pensaría que Richard se los está quitando a ella. El temor a que el Hitler-pene malo que tiene adentro le controle y le destruya, le hace querer expulsarlo fuera de sí

(así como también sacarlo de adentro de mamá), cosa que por otra parte aumenta el deseo de incorporar, en cambio, el genital «bueno» de papá, el cual le daría placer y le haría sentirse más seguro y con menos temor del pene malo. Pero al hacer esto teme a su vez desposeer a mamá, la cual cree que también contiene un «buen» papá genital (nota 1).

Richard pregunta de pronto si, en caso de ir al colegio en el otoño, los niños grandes le harían daño, y al hablar dobla la cabeza de tal manera que esta toca el mástil de uno de los barcos de guerra. Después lo manipula para ver si pincha.

M. K. dice que acaba de mostrarle lo que siente sobre los niños mayores que le harían daño: teme que le dañen, en particular hiriendo o destruyendo su órgano genital. Al mismo tiempo, a él le gustaría poder jugar con los penes de ellos, en parte para saber hasta qué punto son o no peligrosos. También asocia *M. K.* todo esto con el interés que siente hacia los demás pacientes, y en particular hacia John, con el cual le gustaría hacer el amor tras quitárselo a *M. K.* Esto parece haberlo sentido también con Paul, a quien desea y teme al mismo tiempo.

Richard se ha puesto muy inquieto. Sigue mirando hacia la calle para ver si hay niños en ella, da patadas por la habitación, y habla muy rápidamente. Apenas parece haber escuchado las últimas interpretaciones e interrumpe a *M. K.* varias veces. Al finalizar la sesión, menciona que va a encontrarse con su mamá y hace chocar dos casas entre sí.

M. K. interpreta que como ahora está solo con su madre, ya que su padre y hermano no están, desea tener relaciones sexuales con ella (las dos casas que chocan), pero que teme lo que papá y Paul puedan hacerle; además tiene miedo de perder su pene dentro del cuerpo de mamá (1a pelota en el armario).

Nota de la sesión número diecinueve.

1. El temor al pene peligroso internalizado, le sirve de fuerte incentivo para querer poner a prueba su peligrosidad en la realidad externa. El deseo homosexual, es decir, el deseo de obtener placer de un pene de hombre, se convierte así en un fuerte ímpetu hacia la homosexualidad. Si la ansiedad ante el pene peligroso internalizado es muy intensa, este reaseguramiento, como es natural, no se llega a obtener, lo cual puede llevar a un incremento obsesivo de la homosexualidad. (Véase *El psicoanálisis de niños,* capítulo 12).

Sesión número veinte (martes)

Como el cuarto de juegos no está disponible ese día, *M. K.* espera a Richard en la puerta y se lo lleva a la casa donde ella vive.

Richard está muy emocionado por poder ver al fin su vivienda, y tanto más cuanto que sabe que él es uno de los pocos pacientes a quienes ella no atiende allí. Durante el camino está de buen humor y algo exaltado; señala una casa que tiene flores en el jardín de adelante y dice que es «exquisita y hermosa», y que desea que no caiga en ella ninguna bomba. También menciona que es una lástima no poder tener el cuarto de juegos ese día, comentando con gran sentimiento que todavía le gusta este y que siempre «les ha sido fiel» a los dos (se refiere a sí mismo y a *M. K.*). Al entrar en la casa dice: «*M. K.*, te quiero muchísimo». Mira por todo el cuarto, hace preguntas sobre los demás pacientes, y en particular sobre la habitación en la que atiende a John. (Como Richard sabe que la vivienda consta de dos cuartos, su pregunta implica la posibilidad de que *M. K.* reciba a John en el dormitorio). Luego sigue preguntando Otras cosas: cuántos pacientes tiene, y si ayer fue él el último. (Había venido por la tarde, cosa que no suele hacer). Un poco más adelante pregunta qué hizo *M. K.* la noche anterior[1054].

M. K. le interpreta que siente celos por las relaciones sexuales que pueda ella tener con los hombres, y en particular con sus pacientes (John), y une esto con los celos que también tiene de Paul y de papá en relación con mamá, sentimiento que aumentó durante la reciente visita de su hermano.

Richard ha puesto la flota de guerra en la mesa y señala que un destructor ha perdido el mástil. Dice que ahora son todos británicos, que están preparados contra el enemigo y que se sienten felices todos juntos. Mientras hablaba sobre los pacientes de *M. K.* los fue formando en columnas de acuerdo con el tamaño, y los colocó en el ángulo de la mesa más cercano a ella.

M. K. interpreta que los barcos representan a los pacientes y también a su familia, ordenados de acuerdo con la edad de cada uno: primero el padre, luego el hermano, después el mismo Richard y finalmente los bebés que aún pueden nacer. Siente que todos deben de repartirse a *M. K.* de la misma manera como deben repartirse a mamá en casa.

Richard está de acuerdo con esto; cuenta los barcos, y dice que *M. K.* tiene quince pacientes, pero que a todos les toca el turno. Después sigue jugando

con la flota sobre la alfombra, pues necesita más sitio para llevar a cabo las operaciones. Coge un submarino y dice que aunque es el menor de todos, es el más derecho y lo bautiza con el nombre de *Salmon,* declarando que es él mismo. Después los pone a todos formando una fila y vuelve a repetir con énfasis que están todos juntos y contentos y que no hay enemigo alguno a la vista. Tras esto, mira por todo el cuarto, se acerca a la estantería y pregunta si puede sacar un libro, al tiempo que señala el más grande. Lo abre y lee un poco, pero pronto lo deja, diciendo que es demasiado de mayores para él y que no le gusta. Después pide a *M. K.* que lea unas pocas palabras en «austríaco» en uno de los libros alemanes. (Siempre habla de «austríaco», en un esfuerzo por no enterarse de que la lengua de *M. K.* es el alemán). Cuando esta lo hace así, escucha con interés, pero dice que es muy difícil y vuelve a jugar con su flota. Un destructor está de patrulla muy cerca de *M. K.*

El *Rodney,* un barco de guerra a quien acaba de llamar mamá, le sigue, mientras que el *Nelson* (papá) se mete entre el destructor y el *Rodney.* Richard entonces acerca otros destructores y submarinos a estos barcos, pero el *Nelson,* el *Rodney* y el primer destructor siguen formando un grupo entre sí. Dice: «Papá está inspeccionando a su mujer y a sus hijos», tras lo cual mueve el *Nelson* lentamente y con cuidado a lo largo del *Rodney,* tocándolo apenas y luego continúa hablando: «Papá hace la corte a mamá, muy suavemente», y separa un poco el primer destructor. Cuando el *Nelson* le sigue, tocando apenas al destructor, Richard explica: «Ahora papá me quiere a *mí.* Quise muchísimo a papá durante el fin de semana», y añade que le abrazó y le besó muchas veces. Mientras tanto, ha hecho que el *Nelson* empuje y eche al *Rodney,* y lo vuelve a traer al lado del destructor, el cual, tal como lo acaba de indicar, le representa a él. Comenta: «No queremos aquí a mamá; se puede ir a otro lado», pero en seguida hace que el *Nelson* vuelva al lado del *Rodney* a «hacerle la corte suavemente», mientras que otro destructor se junta con el destructor-Richard.

M. K. interpreta que, al principio del juego, decidió ser el más pequeño pero el más derecho de todos los barcos, lo cual expresa la idea de que es más seguro seguir siendo niño y tener un genital pequeño, pero no dañado. Después quiso explorar a *M. K.* (y a mamá), representada por el libro grande, pero al decirle que este era «demasiado para mayores», quiso significar, no solo que se trata de un libro demasiado adelantado para él, sino también que tanto *M. K.* como su mamá son demasiado grandes, y que se siente incapaz de meter su pene pequeño dentro de una vagina de tal tamaño. De la misma manera como en la sesión anterior temió que la pelota se perdiera dentro del

armario, teme ahora que su pene se pierda dentro de *M. K.* y de mamá que son tan grandes. Le dice, además, que quiere averiguar algo sobre el lenguaje extranjero, y por lo tanto secreto, que ella usa, lo cual significa saber algo sobre su misterioso órgano genital (el de su madre) y sobre su interior. Teme encontrar allí al peligroso pulpo o al Hitler-pene, y que estos le ataquen. Por eso, otra vez siente (como cuando eligió el submarino más pequeño), que prefiere seguir siendo niño. A pesar de esto, hace un rato se convirtió en el destructor que guiaba a todos los demás y se colocó cerca del *Rodney* (mamá); pero al experimentar luego miedo y culpa por quedarse con ella, creyó que papá debía de separarle. Mientras puede mantener a la flota en reposo, siente que está controlando a la familia y a sí mismo y que así mantiene la paz (tal como lo hizo en la sesión anterior al mantener en quietud a los trenes ya la ciudad). Si papá hiciera la corte a mamá «suavemente» —es decir, sin tener relaciones sexuales con ella—, también él podría controlarse y no meterse con ellos. La «inspección» quiere decir que desea que su papá lo controle, para evitar que se vaya con su mamá y tenga relaciones sexuales con ella. De esta manera acaba de mostrarle con su juego, que el deseo de quedarse con mamá está unido a sentirse culpable hacía papá y que por ello necesita devolvérsela. Por otro lado, también desearía tener a papá para sí solo, reemplazando a mamá en las relaciones sexuales con él y por esta razón echa afuera a su madre. Esto, sin embargo, significa que mamá se queda sola y abandonada; se arrepiente por ello y vuelve a juntar a sus padres para que se hagan la corte suavemente. Mas esta situación tampoco ha durado mucho, y entonces ha recurrido a Paul para tener relaciones sexuales con él, lo cual demuestra también que Bobby representa para él a su hermano.

Durante la formulación de estas interpretaciones, que Richard escucha atentamente, el niño vuelve a restaurar el antiguo orden de los barcos de acuerdo con su tamaño, evidentemente tratando con ello de evitar cualquier conflicto; pero de repente dice que está cansado de jugar y se detiene. Empieza entonces a dibujar. Primero termina el dibujo 10 que empezara en la sesión dieciocho. Mientras rellena con negro el *Truant*, habla de Oliver, un niño de su ciudad natal que vive en la casa de al lado de la suya, el cual no le gusta. Oliver no sabe esto e incluso llega a creer que Richard le quiere, pero Richard siente ganas de pegarle un puntapié tan fuerte que daría la vuelta al mundo. Nunca más le quiere volver a ver. En este momento se da cuenta, con interés, de que hay tres cosas de cada clase en el dibujo: tres aviones, tres estrellas de mar, tres submarinos y hasta tres balas que salen del cañón del avión del medio. Pregunta por qué será.

M. K. se refiere entonces a la sesión dieciocho, en la que Richard se sintió muy deprimido y solo a causa de que sus padres se habían ido el día anterior con Paul. En el dibujo que hizo ese día, las tres cosas de cada clase representan a papá, mamá y Richard, mientras que Paul, de quien se sintió tan celoso, quedó fuera de todo. Lo que le acaba de decir de su vecino, que implica el deseo de que este se muera, parece referirse también a Paul, siendo este el significado de que haya tres objetos de cada clase. Acaba de decir, además, que el niño cree que sí le quiere, cosa que también parece referirse a su hermano, quien no parece darse cuenta del odio que Richard le tiene cuando siente celos de él, a pesar de que en otras oportunidades también lo admire y le demuestre que lo quiere. Todo eso le hace sentirse poco sincero.

Richard protesta vivamente y dice que quiere a Paul y que no desea de ninguna manera que este se muera.

M. K. interpreta que se siente en un conflicto entre el amor y el odio.

Richard indica entonces que en el dibujo hay un solo pez, y pregunta si representa a *M. K.*

M. K. está de acuerdo con esto y sugiere que también puede representar a mamá, la cual está situada entre el submarino más pequeño (Richard en el juego de la flota), y el mayor (papá). De modo que también aquí están los tres juntos, los padres y él; todo esto también se aplica a *M. K.* situada entre Richard (el submarino menor) y John, el cual representa al Sr. K. (el submarino mayor).

Richard dice entonces que ella (el pez) está olfateando el periscopio de papá y moviendo el rabo.

M. K. le recuerda que en un dibujo anterior, un barco casi tocaba la bandera (8), y que este dibujo representaba a mamá, la cual se ponía en la boca el genital de papá; también interpreta que la cola que se mueve (tal como la mueve el perro), es un pene que Richard cree que ella tiene.

Richard advierte entonces, que aunque él es el submarino más pequeño, no es él quien tiene, sin embargo, la bandera más chica.

M. K. contesta que el que su bandera sea más larga que las demás expresa el deseo de poseer el pene más grande de todos.

Richard está de acuerdo con que su bandera es la más larga, pero dice que no es tan buena como la de los otros submarinos, queriendo significar, que es bastante estrecha. Después indica una vez más que el pez está olfateando el periscopio y dice que así hacen los perros y que se suben los unos en el lomo de los otros. Una vez, cuando se estaba agachando junto a Bobby, un perro trató de subírseles al lomo.

M. K. sugiere que comparar a los perros con el pez que olfatea el periscopio parece indicar que el pez no solo representa a mamá, sino también a papá y a él mismo. Le ha contado ya lo bien que lo pasa secretamente con Bobby en la cama y ahora parece que en realidad ha jugado con el pene del animal, permitiendo a este que le huela el suyo y que se lo lama. Pero también puede haber tenido estas experiencias (las que describe entre el pez y el periscopio) con otro niño, metiéndose a lo mejor el pene de este en la boca; quizás el niño haya sido su hermano.

Richard contesta, tras un silencio, que a menudo se acuesta con Paul, pero añade rápidamente que no en la misma cama, sino en el mismo cuarto. Tampoco papá y mamá se acuestan en la misma cama; solo en la misma habitación.

M. K. interpreta que lo que acaba de decir significa que Paul y él han hecho juntos algo sexual, igual a lo que piensa que hacen papá y mamá, pues aunque ellos también duermen en camas separadas, supone que a veces están juntos en una sola.

Sesión número veintiuno (miércoles)

Richard encuentra a *M. K.* camino del cuarto de juegos, y queda encantado de ver que esta tiene la llave de la casa. Parece ahora que el incidente de ayer le hizo pensar que nunca más podrían volver al cuarto de los niños, de modo que exclama con gran sentimiento: «¡Nuestro viejo cuarto! Le quiero mucho y me alegra volver a verlo». Después pregunta cuánto tiempo lleva ya de tratamiento.

M. K. le contesta que tres semanas y media.

Richard se queda muy sorprendido, y dice que le parecía que era mucho más. Se sienta, contento, a jugar con la flota, y dice que se siente feliz.

M. K. interpreta que el miedo de perder el «viejo cuarto», es el temor que tiene de perderla a ella si llega a morir. Se refiere al día (sesión nueve) en que los dos tuvieron que ir a buscar la llave; tras ello él le contó entonces los sueños sobre el auto negro y desierto y jugó a encender y apagar la estufa, cosas que, según le interpretara, expresaban el temor de que se murieran ella y su mamá. El miedo a perder el cuarto *viejo* también representa el dolor que sintió con la muerte de su abuelita, mientras que volver a encontrarlo significa que *M. K.* va a seguir viviendo y que la abuelita resucita.

Richard interrumpe su juego, mira directamente a *M. K.* y dice serenamente y con profunda convicción: «Hay una cosa de la que estoy seguro: y es que tú serás mi amiga para toda la vida». Añade además que *M. K.* es muy bondadosa, que la quiere mucho y que lo que hace con él le hace mucho bien, aunque a veces sea muy desagradable. Aunque no puede precisar cómo sabe que le hace bien el tratamiento, dice que siente que es así.

M. K. interpreta que el haberle ella explicado el miedo que tiene de que se muera y el pesar que siente por la muerte de su abuela, le hace sentir que esta vive aún en su mente (como una amiga suya de toda la vida), y que también *M. K.* vivirá para siempre así por estar contenida dentro de su mente (nota 1).

Richard vuelve a jugar con la flota, corriéndola hacia un lado. Los barcos que representan a sus padres están ahora con los niños, mientras que el *Rodney* sale solo de patrulla, emitiendo sonidos amistosos. Richard comenta que ese barco está bien y contento. Los demás todavía están juntos. Indica luego que hoy uno de los destructores más grandes le representa a él, mientras que Paul es un submarino pequeño.

M. K. interpreta que esto se debe a que desearía ser mayor que Paul, convirtiendo así a este en su hermano menor.

Richard, riéndose, se muestra de acuerdo con esto, y sigue jugando. El Nelson se acerca al destructor-Richard, casi hasta tocarlo, pero de repente se va a unir con el Rodney. Hace entonces andar a estos dos barcos juntos, pero sin que lleguen a tocarse, mientras que otro les sigue, y comenta que están todos juntos y contentos. El Nelson se acerca mucho al Rodney, mientras que el destructor-Richard es llevado al otro lado de la mesa, seguido por otro destructor. Entonces hace unos ruidos que se supone provienen del Rodney y del Nelson.

Son ruidos fuertes, parecidos al cloqueo de una gallina, y Richard comenta que a una gallina le han torcido el cuello y que ella ha puesto un huevo.

M. K. interpreta que otra vez está tratando de impedir las relaciones sexuales de sus padres, para evitar estar celoso y atacarles, y además por el gran temor que tiene de que su papá dañe a mamá. Este miedo lo ha expresado ya en relación con el vagabundo, los choques de trenes, la caída del tejado del ministro y la mujer rosa, y la mamá-pelota que pedía ayuda. Y no solo teme que sea peligroso para su madre tener relaciones sexuales, sino que también cree que tener un bebé sería tan doloroso para ella que la podría matar. (La gallina con el cuello retorcido).

Richard contesta que sabe que las mujeres gritan cuando dan a luz un hijo, pues es muy doloroso tenerlo; su mamá se lo ha contado.

M. K. interpreta que sus temores no solo se deben a que le hayan contado esto, sino que además, como cree que el genital de su padre es peligroso y malo, ello le obliga a pensar que las relaciones sexuales y los partos son también malos y peligrosos. También guarda este temor una relación con sus celos, y con el deseo que tiene a veces de que, en efecto, sean dolorosas las relaciones sexuales. Le recuerda que en el dibujo 7, un bebé muy ávido se comía a su mamá por dentro.

Richard hace algunos cambios en la disposición de los barcos. La flota entera navega a todo vapor, pero uno de los submarinos se queda rezagado y trata de meterse entre los lápices largos que ha puesto juntos, tocándose con los extremos afilados hasta formar un ángulo agudo.

M. K. le recuerda que los lápices representan, como en sesiones anteriores (sesión dieciocho), a sus padres[1055] y que el submarino pequeño es él cuando era más pequeño, tratando de separar a sus padres para impedir que estos tengan un coito.

Mientras escucha esta interpretación, Richard coge primero uno de los lápices y después el otro, y se mete los dos en la boca.

M. K. interpreta que, una vez más, siente que ha incorporado dentro de sí a sus padres (como lo hizo particularmente en la sesión dieciocho), y que lo ha hecho con enojo y con celos.

Richard se saca los lápices de la boca y hace con ellos una barrera, mientras dice que el submarino no puede atravesarla porque ellos se lo impiden, a pesar de que él quiere irse con los demás barcos que constituyen su hogar.

M. K. le pregunta quienes son «ellos».

Richard contesta que son las estrellas de mar, los otros bebés. Entonces vacía la caja de los lápices, y mete dentro de ella el submarino y lo vuelve a sacar otra vez.

M. K. interpreta que él, que es el submarino, se siente excluido tanto por sus padres como por los bebés que están dentro de mamá, y que todos le impiden penetrar dentro de ella, aunque al final logra hacerlo y también salir de nuevo. Esto implica que si lograra meter su órgano genital dentro del de *M. K.* o del de la mamá, no se quedaría allí perdido.

Richard no contesta esto; vuelve a meter los lápices en la caja, la cierra y la deja de lado. Entretanto empieza a hacer preguntas sobre la familia de *M. K.* Ha oído decir que tiene un nieto, y le pregunta cómo se llama y cuántos años tiene.

M. K. contesta brevemente a estas preguntas, y después interpreta que al sacar los lápices, está tratando no solo de librarse de sus rivales que se pelearían dentro de ella, sino también de sacar a los bebés de adentro de su cuerpo para quedarse él con ellos. Las preguntas que está haciendo a *M. K.* también significan que le gustaría quedarse con su nieto, y al meterse en la boca uno o dos lápices, quiere con ello incorporar dentro de sí a estos bebés (nota II).

Richard se opone enérgicamente a esto: los niños no pueden tener bebés, y él quiere ser un hombre.

M. K. interpreta que, en efecto, teme perder su órgano sexual y no poder llegar a ser hombre, pero que, de todas maneras, tiene envidia del cuerpo de mamá y de que ella pueda tener bebés en su cuerpo y alimentarlos. Le gustaría mucho que papá o Paul le dieran a él un bebé. Se refiere luego al juego de la sesión anterior con la flota, en el cual echó a mamá para hacer él el amor con papá; y también lo que dijo sobre el dibujo 10, en el cual la

mamá-pez olfatea el periscopio de papá como quieren hacer los perros con él, y le recuerda todos los comentarios que hizo sobre estos animales.

Richard está mirando los juguetes y el dibujo, y se queda en silencio.

M. K. sigue analizando el dibujo.

Richard tiene al principio muy pocas ganas de hablar de él, pero luego comenta una vez más que hay tres cosas de cada clase y que todos los submarinos tienen un periscopio.

M. K. señala el del medio, que le representa a él, e interpreta que lo que quiere decirle es que él también tiene un pene como el de papá y el de Paul.

Richard contesta entonces, con tono de duda, que él ahora no es el menor, sino el mayor; que está situado en la parte inferior del dibujo y que además tiene la mejor bandera.

M. K. le recuerda que ayer dijo que el submarino de abajo era papá y que su bandera no era tan buena como la del submarino del medio, el cual ayer representaba a Richard. Ahora parece tener la mejor bandera —es decir, el genital del padre— y que lo ha adquirido mordiéndoselo cuando lo olfateaba como el pez-mamá. (Lo cual significa meterse el genital de papá en la boca). También le indica que al hablar ella, él se metió repetidas veces el lápiz más grande en la boca.

Richard pregunta entonces por qué hay tres bebés-estrellas de mar, y agrega que cree que la que está encima de la mamá-pez querría estar sola, pero que no tiene adónde ir.

M. K. interpreta que esta estrella es él mismo; tanto ayer como hoy, el destructor que se iba solo quería pronto volver a casa, pero entonces las estrellas-bebés le cerraban el camino. Le sugiere, además, que estar encima de mamá significa que le gustaría hacer bebés con ella: las otras dos estrellas serían los dos hijos que tendrían, tal como papá y mamá lo han hecho teniendo a Paul y a él.

Richard pregunta por qué hay solo un pez.

M. K. le sugiere que la pregunta que acaba de hacer parece indicar que no cree que el pez pueda solo representar a mamá, pues papá también es muy importante para él. Sugiere que el pez puede ser tanto papá como mamá, y que solo hay uno de cada clase. Ayer dijo que el pez meneaba la cola, lo cual significa que representa a papá y a su genital (el perro que meneaba la cola); el estar situado en medio de la página se debe a que representa para él la cosa central, lo más importante de su vida. Desea tanto a papá, con quien desearía estar, ocupando el lugar de mamá, como a mamá, con quien quisiera estar, en

reemplazo de papá; pero teme los peligros a que le exponen ambas situaciones.

Richard arregla los juguetes de manera similar a como los arregló la sesión anterior pero ahora ya no se trata de una ciudad enemiga (Hamburgo), sino de una inglesa. La gente admira la flota que está situada del lado opuesto, y la costa está marcada por dos lápices largos. Con gran rapidez se suceden entonces una serie de incidentes[1056]:

1. El perro está entre gente amiga, y gruñe. Richard lo saca de la mesa y lo coloca en el antepecho de la ventana, pero en seguida lo trae de vuelta.
2. Una niña se acerca demasiado a los trenes, los cuales están colocados de manera tal, que el eléctrico queda detrás del de mercancías; Richard le vuelve a advertir entonces que se cuide para no ser atropellada.
3. Separa a varias personas y las coloca en una esquina de la mesa; entre ellas hay varios muñequitos un poco dañados, y también está la mujer rosa. Richard dice que es el hospital, y cubre a todos con pequeños baldes, pues están enfermos. Durante un rato no les hace caso, aunque hace que los trenes pasen cerca de donde se encuentran, comentando que llevan comida y vendas para los enfermos, y que les están demostrando que «la vida continúa su marcha».
4. Arregla otra vez los trenes, colocando el eléctrico detrás del de carga. Después empuja al primero y hace que los dos choquen unas cuantas veces. De repente, con voz fuerte le grita al tren de mercancías que tiene a los tres animales dentro, colocados como en ocasiones anteriores: «Vamos, muévete, muévete».

M. K. interpreta que el incidente primero representa a un Richard gruñón y mordedor, que quiere hacer líos en su familia y en la de ella, a pesar de que al mismo tiempo desea tanto que no haya animosidad, lo cual también está expresado mediante la ordenación de los juguetes, ya que los niños y la gente admiran la flota y todos parecen felices. Por ello ha separado al perro gruñón e insatisfecho, que representa a una parte de sí mismo. Por la misma razón, piensa que la estrella-Richard debería de ser dejada en casa, sola, para impedir así que destruya la paz familiar; pero como no puede soportar estar solo, vuelve pronto.

En la situación II, la niña le representa a él mismo como en el juego anterior, y se está diciendo a sí mismo que no debe de interferir en las relaciones sexuales de sus padres, pues, de hacerlo, estos lo van a destruir a él (atropellar).

Sobre la situación III, interpreta *M. K.* que ha empezado a haber conflictos: los enfermos son sus padres y Paul, y Richard los cubre para tapar así de su mente toda la situación [Negación], es decir, para no enterarse del daño que cree que les ha causado. Pero no puede olvidarse de ellos y trata entonces de resucitarlos trayéndoles comida y vendas. También desea alentarles cuando les dice que «la vida continúa».

Sobre la situación IV, interpreta *M. K.* que de pronto se ha visto invadido por la ira, pues una vez más los trenes han pasado a representar a papá durante las relaciones sexuales con mamá, poseyendo a esta y a los niños.

Mientras *M. K.* habla, Richard ha hecho que los trenes atropellen a todas las cosas; una vez más ha ocurrido el desastre, quedando como único sobreviviente el tren eléctrico. De repente, exclama que ayer comió la comida mayor de su vida, y enumera varios platos y además cuatro tostadas.

M. K. interpreta entonces que el desastre no tiene lugar solo en el exterior, sino que al comerse a todo el mundo —el perro gruñón también está devorando a las cosas—, siente ahora que lo del hospital, las enfermedades y el desastre, también tienen lugar dentro de él. Ahora él está representado por el tren eléctrico, que controla todo dentro de sí, incluyendo a sus padres.

Richard coge una muñequita vestida de rojo, se la mete en la boca un momento y la muerde.

M. K. interpreta que esta figurita la representa a ella, que ese día tiene puesta una chaqueta roja, y que esto significa que también ella está incluida en el desastre, y que es devorada y destruida[1057].

Richard pregunta si *M. K.* va a ir al pueblo, y qué es lo que va a hacer por la tarde.

M. K. interpreta que en este momento necesita tener una prueba de que ella está aún viva y de que existe en el exterior, también con su mamá necesita continuamente tener tales pruebas cada vez que teme haberla destruido al incorporarla con avidez. Por esto se apega a ella tan persistentemente.

Richard está escuchando con atención; después se levanta y se va afuera a admirar el paisaje, deseando evidentemente que *M. K.* también lo admire. Lo está pasando muy bien; pero en el momento en que está dando unos saltos frente a la puerta, mira de repente hacia el cuarto, al rincón donde ha dejado los juguetes.

M. K. interpreta que la admiración que siente por el mundo externo le ayuda a deshacerse del temor que tiene del desastre que ocurre dentro de él; por esta razón acaba de mirar a ese desastre interior, representado por los

juguetes que están en la mesa; sin embargo, lo bien que lo está pasando hoy, parece demostrar que en realidad está menos asustado, y que por ello puede gozar más del mundo de afuera.

Notas de la sesión número veintiuno.

1. Según mi opinión, esto expresa la sensación de haberme siempre poseído; en otras palabras, que tiene un fuerte sentimiento de tenerme internalizada. Ello me hace recordar a otro paciente, el cual estuvo en tratamiento conmigo de niño y que luego me vio cuando era ya mayor. Le pregunté entonces por lo que recordaba de su análisis, a lo que él contesto que se acordaba de que una vez me ató a una silla y que tenía siempre la sensación de haberme conocido muy bien. No me cabe duda de que esto representaba el haberme internalizado vigorosamente, manteniendo así viva la sensación de que yo constituía un objeto interior, bueno para él.

Esto constituye un ejemplo del alivio que se obtiene tras la interpretación de material muy asustador y doloroso. El hecho de que al hacer consciente el inconsciente mediante la interpretación, la angustia disminuya en cierto grado (lo cual no evita que reaparezca) constituye un principio bien conocido de nuestra técnica. Sin embargo, a menudo he oído a quienes dudan sobre la conveniencia de interpretar y hacer manifiesto a los niños (o hasta a los adultos), ansiedades de naturaleza tan profunda y dolorosa. Por ello quiero llamar la atención sobre lo que nos demuestra este ejemplo.

En realidad, resulta sorprendente ver cómo las interpretaciones muy dolorosas —y aquí me refiero en particular a aquellas que se vinculan a la muerte y a los objetos muertos internalizados, lo cual es una angustia psicótica—, tienen el efecto de hacer renacer la esperanza y de dar al paciente la sensación de que goza de más vida. La explicación que encuentro a esto, es que el hecho en sí de traer una angustia muy profunda más cerca del plano de la conciencia, produce alivio. Pero también creo que el hecho de que el análisis se ponga en contacto con ansiedades inconscientes muy profundas, da al paciente la sensación de ser comprendido y por lo tanto le aviva la esperanza. A menudo he oído decir a mis pacientes cuánto hubieran deseado ser analizados de niños, y esto no se debe solo a las evidentes ventajas que tiene el análisis infantil, sino que expresa además el anhelo retrospectivo de encontrar a alguien que comprenda el propio inconsciente. Los padres muy comprensivos —y esto se aplica también a las demás personas—, logran a

veces ponerse en contacto con el inconsciente del niño; pero aún en estos casos existe una diferencia entre esto y la comprensión del inconsciente a que lleva el psicoanálisis.

II. Fue esta la primera vez en que pude ver claramente la identificación femenina de Richard y la envidia de su madre por ser gestora de bebés. De acuerdo con mis ideas actuales, esta envidia constituye un rasgo muy arraigado, tanto en el desarrollo de los niños como en el de las niñas, y hace su aparición en primer lugar en relación con el pecho que amamanta. (Véase mi *Envidia y gratitud*, 1957).

Sesión número veintidos (jueves)

Richard llega temprano y espera a *M. K.* fuera del cuarto de juegos. Está muy silencioso y serio, más pálido que de costumbre, pero amistoso. Su manera de ser difiere mucho de la del día anterior, en que expresó vivamente su amor por *M. K.* y la confianza puesta en ella. Saca la flota y la extiende. El *Rodney* está navegando solo, pero el *Nelson* le sigue en seguida. Este no sabe si acercarse mucho al primero o no, lo cual significa que no sabe si cortejarle o no. Señala un destructor que tiene el mástil torcido y dice que es Paul. Está jugando de manera titubeante e indiferente, y pregunta a *M. K.*, de manera vacilante, sí ha oído hoy las noticias (El día anterior no hizo mención del intento de invasión a Creta, lo cual llama la atención, ya que se interesa mucho en cada detalle de la marcha de la guerra. Unos días antes expresó, por ejemplo, congoja, ante el asunto de Vichy).

M. K. le pregunta si se refiere a Creta.

Richard, con aire preocupado, dice que sí. Se levanta, deja de jugar y dice que anoche no tenía la intención de ir al cine, pero que al final se fue solo; sin embargo, tuvo que salir corriendo cinco minutos después e irse a su casa, pues se sintió enfermo. La música le había excitado hasta no poder aguantarla más. Trata entonces de jugar nuevamente, y coloca el *Nelson,* al lado de un submarino que antes ha dicho que es él mismo. Pero otra vez abandona el juego y, como lo ha hecho antes, pregunta a *M. K.* por la marcha del análisis de John. Dice que aunque sabe, porque *M. K.* se lo ha dicho, que no puede hablarle de él, así como tampoco le va a contar a John cosas suyas, le gustaría, sin embargo, saber si le es «permitido» hablar de sus pacientes con el señor K. y si le cuenta a este cosas de su análisis.

M. K. le pregunta quién debe darle el permiso para hablar con el señor K.

Richard contesta que ella misma, su propia mente.

M. K. le repite entonces lo que ya le dijo una vez (sesión cuatro) cuando Richard indagó sobre su familia: que el señor K. ha muerto.

Richard contesta que se le había olvidado, pero quiere saber de qué lado estuvo durante la última guerra, añadiendo que en realidad se da cuenta de que debió de estar en el lado opuesto. (En realidad Richard conocía todos estos detalles, pues, como dije antes, recibía mucha información sobre *M. K.*).

M. K. interpreta que se ha olvidado de que el señor K. ha muerto porque su muerte le hace temer la muerte de su padre y, además, que sospecha de él,

porque el ser enemigo le acerca bastante a Hitler. Como en su imaginación siente como si el señor K. todavía viviera y se encontrara dentro de *M. K.*, teme que esta se una con el Hitler-padre malo (el señor K.) en contra de él…

Richard habla otra vez de John y pregunta qué es lo que este le dice que siente hacia ella o hacia él. Alguna vez John le ha hablado de *M. K.* y le ha dicho cosas que no quiere repetir por temor a ofenderla, pero a menudo piensa en ello. Después añade que una vez que ella se fue a Londres (antes que comenzara él su análisis), John le dijo que le gustaría que *M. K.* estuviera ya en la tumba, pues así no tendría que analizarse más. (Mientras habla, mira ansiosamente a *M. K.* para ver cómo reacciona esta).

M. K. se refiere entonces al juego de ayer, en el que separó a la mujer rosa y la tapó, diciendo que estaba en el hospital; esto expresaba el deseo de olvidar a su mamá dañada y de deshacerse de ella, así como también de *M. K.* Por eso ahora siente que le ha hecho lo mismo que John quería que le pasara. En el juego de ayer no resultó claro quién era el que había dañado a la mujer rosa; sin embargo, antes había estado discutiendo el dibujo 9 (sesión diecisiete), y en otras ocasiones también habían visto ya cómo no es solo el Hitler malo quien daña a *M. K.*, sino que también desea hacerlo a veces el propio Richard. Por esto tiene mucho miedo de que estos deseos lleguen a dañarla realmente, lo cual es peor aún que lo desagradable que le resulta tener que contarle el comentario de John.

Mientras *M. K.* hace esta interpretación, Richard se levanta y sale afuera. Está lloviznando, y él odia la lluvia, que le deprime; en cambio, el sol le alegra muchísimo… Vuelve al cuarto y empieza a jugar con la flota, pero pronto la abandona y evidentemente tras llegar a una decisión, dice que ha tenido una pesadilla.

Unos peces le invitan a comer con ellos en el agua. Richard rehúsa la invitación. Entonces el jefe de los peces le dice que en ese caso le esperan grandes peligros, a lo cual Richard contesta que no le importa, y que se irá a Múnich. De camino a esta ciudad, se encuentra con sus padres y con su primo, quienes se unen a él. Todos están montados en bicicleta, y él también. Tiene puesto el impermeable porque llueve. Una locomotora se descarrila y se acerca adonde él se encuentra; está ardiendo y el fuego le persigue. Es espantoso. Huye lo más rápidamente que puede y logra salvarse, pero abandona a sus padres. Tras esto se despertó muy asustado, pero siguió «despierto con el sueño» (sintiendo como si hubiera logrado continuarlo en la realidad y deshacer el daño hecho). *Busca entonces muchos cubos de agua, apaga el fuego y arregla la tierra que se ha resecado mucho con el calor,*

para que pueda ser fértil otra vez; está, además, casi seguro de que también sus padres han podido salvarse.

M. K. le pregunta por qué no quiso comer los peces.

Richard, sin vacilar, contesta que porque de seguro le iban a dar de comer pulpo frito, que es un plato que odia.

M. K. le pregunta entonces lo que le parece que quiso decir el jefe de los peces cuando se refirió a los «grandes peligros» que le esperaban si no aceptaba la invitación a comer.

Richard solo puede contestar que si no comía iba a estar en un gran peligro. (Aunque da estas asociaciones con desgano, parece encontrar la tarea mucho más fácil cuando puede acompañar sus palabras con el juego de la flota. La resistencia se hace mucho mayor cuando *M. K.* le pregunta por lo que piensa sobre la decisión de ir a Múnich después de todo; Richard se angustia y no contesta).

M. K. le recuerda entonces que una vez le habló de Múnich, diciendo que es el cuartel de los nazis, y que la Casa Parda era un lugar particularmente peligroso.

Richard está de acuerdo con esto y dice qué, de ir, tendría mucho miedo, y que no puede por eso comprender por qué va en el sueño después de todo.

M. K. le indica que el desastre que ocurrió ayer en el juego, lo vive como si fuera no solo externo, sino también interno, ya que él era el «perro gruñón» que devoraba a todos. Como se le han despertado muchos temores sobre su interior, ha llegado a pensar que el canto del cine y los ruidos se producían dentro de él, y no lo ha podido aguantar. También está aterrado pensando que se ha devorado a *M. K.* y que ella no puede ahora, por lo tanto, ayudarle a vencer su angustia. Esto lo demostró al meterse a la mujer rosa (que es *M. K.*) en la boca, y mordería, lo cual fue también lo último que hizo en la sesión anterior.

Richard dice que en el cine también oyó voces de niños que cantaban, y que tuvo miedo de que a la salida todos se volvieran contra él.

M. K. le interpreta que teme que los bebés de mamá, a los que querría atacar y devorar, se vuelvan contra él y le ataquen, a su vez, tanto en el mundo exterior como en el interior. El pulpo frito que le daría de comer el jefe de los peces representa a su padre, a quien también querría atacar y comer; y además le representa a sí mismo, quien, como venganza, sería a su vez devorado por su padre. Pero el jefe es Hitler que invade Creta, la cual representa a Gran Bretaña, a mamá y a sí mismo. Richard además pone en duda la eficacia de obedecer al jefe para salvarse del peligro, porque como

este jefe es Hitler, se trata de alguien mentiroso y engañador. El ir a Múnich, por ello, significa meterse en pleno peligro, pero en un peligro externo, mientras que el pulpo frito y el jefe de los peces son el Hitler-papá malo (el Sr. K. del material anterior), que se encuentra dentro de él. [Huida hacia un peligro exterior como defensa contra peligros interiores].

Richard dice con convicción que, en efecto, sería mucho más fácil luchar contra Hitler en Múnich, que dentro de sí mismo.

M. K. le dice que en el sueño se encuentra con sus padres y su primo (quien además es Paul), y que desearía que todos le ayudaran, pero teme no poder confiar en ellos. Esta duda la ha expresado al preguntar si *M. K.* le habla al Sr. K. de él, y si este estuvo en el campo enemigo durante la última guerra. La referencia que hizo previamente sobre Vichy y Francia, expresan en general la duda que tiene sobre la alianza con Paul. Pero también en esta misma sesión, le ha contado a *M. K.* los comentarios que John hizo sobre ella, de manera que siente que también él es un delator.

Las sospechas que tiene sobre el Sr. K. se refieren al Sr. K. que se encuentra dentro de *M. K.*, pues si bien ya sabe que el Sr. K. está muerto, siente como si dentro de ella estuviera vivo. Le recuerda que en el «desastre» que ocurrió en el juego del día anterior, en el momento en que los trenes tiraban todas las cosas, él se acordó de pronto de lo mucho que había comido, lo cual significaba que sentía que también se había comido a sus padres mientras estaban teniendo una relación sexual. También siente que el fuego de la locomotora que le persigue en el sueño se encuentra dentro de él, y teme que queme a los padres buenos y a los bebés que allí se encuentran. Aunque no ha querido ver a la mamá dañada, o muerta, y por eso la ha cubierto (sesión veintiuno), piensa que la tiene dentro de sí. Por esto espera poder salvar a todos con agua fertilizante buena, que representa una orina buena, mientras que la sustancia ardiente que le persigue desde la locomotora de papá es orina peligrosa, capaz de quemar a él y a mamá.

Richard, que al principio de la sesión estaba turbado y desatento, se ha ido poniendo más vivaz y comunicativo a medida que *M. K.* formulaba estas interpretaciones. Y mientras las escucha sigue jugando: el *Rodney* se coloca al lado del *Nelson* y este al lado del destructor-Richard. Dice entonces que el *Nelson* está atacando al *Rodney*, que ahora es un barco de guerra alemán, y que lo está haciendo volar. Después de esto, el *Nelson* es el alemán, el *Rodney* es británico y el que vuela es el *Nelson.* Hacia el final de la interpretación de *M. K.*, Richard va a buscar la pelota de fútbol, la infla, se acuesta sobre ella para sacarle el aire y dice que una vez más su mamá está vacía y llorando…

Busca entonces la escoba, y tras barrer el cuarto dice que ahora está más limpio.

M. K. le interpreta que está tratando de arreglar a su mamá interna. También le pregunta por lo que comió anoche.

Richard contesta que pescado, pero que le gustó. De pronto se queda muy sorprendido y con gran interés dice: «Y sin embargo soñé que fueron los peces los que me invitaron a mí a comer». Cuando se separa de *M. K.* está serio y pensativo, pero al mismo tiempo amistoso y no triste (nota 1).

Nota de la sesión número veintidós.

I. En la nota I de la sesión número veintiuno, llamé la atención sobre el sorprendente hecho de que las interpretaciones hechas sobre emociones y situaciones muy asustantes, producen alivio, a veces incluso en el transcurso de la misma sesión. El hecho de que Richard pueda por fin confesarme algo que evidentemente le preocupaba mucho (los comentarios hostiles de John sobre mí), demuestra en efecto que las interpretaciones de la sesión anterior han dado como resultado que tenga una mayor confianza en mí. También creo que constituye un progreso el haber podido tener esta pesadilla particular, así como el recordarla y poder contármela. El material presente nos lleva además a la conclusión de que las ansiedades interpretadas en la sesión anterior, aunque aliviadas en cierto grado, han seguido activas durante el período de intervalo entre las dos sesiones, pudiendo ello deberse, en parte, a que han sido reactivadas con gran fuerza ansiedades referentes a la internalización de objetos, las que han coincidido además con otras provocadas por circunstancias externas. Para poder liberarse de la presión combinada de estas situaciones de peligro internas y externas, Richard trata de concentrarse en las externas, y por esto, con gran sorpresa de su parte, se escapa del peligro de los peces y se va a Múnich. En términos generales, yo diría que la externalización constituye una de las grandes defensas contra las situaciones internas de peligro, a pesar de que a menudo fracasen. El material nos muestra, en efecto, claramente, cómo Richard trata en su sueño de encontrar alivio a la situación interna huyendo hacia lo externo, y hasta él mismo llega a decir que sería más fácil combatir a Hitler fuera que dentro de sí. Debemos, además, recordar que esta defensa fue usada en circunstancias en las que los temores externos se hallaban fuertemente reactivados, ya que el temor de que Inglaterra fuera ocupada por Hitler constituía un potente factor del estado mental del niño.

Resulta interesante ver cómo, al tratar de manejar la situación interna, Richard usa algunos de los métodos de defensa que también aplicaría a situaciones externas, tales como la negación, disociación, apaciguamiento del objeto interno y conspiración contra él mediante la alianza con otro objeto. El análisis de la interacción entre situaciones internas y externas, y de la manera como las dos coinciden y se diferencian, es, creo, de suma importancia.

Sesión número veintitres (viernes)

Richard llega un poco tarde, y por ello ha corrido durante todo el camino; está muy preocupado por haber perdido dos minutos de su sesión. Dice que no ha traído la flota porque ha decidido que no la quiere; pero al cabo de un rato admite que no quería que se le mojara con la lluvia… Más tarde expresa cuánto le disgusta el tiempo lluvioso, y tras esto se hace otro silencio.

M. K. le recuerda que en el sueño de la noche anterior tenía puesto un impermeable, porque llovía.

Richard empieza a dibujar y lo hace con mayor deliberación y cuidado que de costumbre. Comenta que no era tanto por la lluvia por lo que se había puesto el impermeable en el sueño, sino porque al principio de este estaba metido en el agua con los peces. (Al llegar a este punto muestra señales de resistencia, pero contesta, sin embargo, a unas cuantas preguntas sobre el sueño). Dice que el jefe de los peces no se parecía a ninguno de los representados en sus dibujos; que podría haber sido una trucha, y que esta se había también mostrado amistosa y cariñosa con él.

M. K. le dice que en realidad no se fio del pez, cosa que expresó así ayer; por este motivo había preferido irse a Múnich.

Richard vuelve a angustiarse y a resistirse. Niega al principio desconfiar del pez, pero al final admite que, en efecto, no se fiaban ni de él ni de la comida que le ofrecía.

M. K. interpreta que ese pez pacífico y amistoso, en sus dibujos ha representado a menudo a mamá, ya que aunque con frecuencia dice que ella también es dulce, quizá no siempre se fíe de ella. Hace dos sesiones también dijo que *M. K.* era «dulce» y que la quería mucho, pero en la última sesión temió que hablara de él con el Sr. K., el cual representa a un enemigo.

Richard se opone a esto con fuerza, y examinando la cara de *M. K.* dice que no, que él cree que ella es muy buena.

M. K. interpreta que a pesar de ello duda de ella, cada vez que siente que se combina interiormente con el sospechoso Sr. K., a lo cual Richard contesta pensativamente, que esto no puede ser verdad porque no conoce al Sr. K. y nunca lo va a conocer; pero que como está seguro de que *M. K.* es buena, el Sr. K. debe de haberlo sido también. Añade que realmente no puede desconfiar de mamá. Después enseña a *M. K.* lo que ha estado dibujando, y le señala especialmente que hay dos cosas de cada clase en el dibujo; está

impresionado porque, una vez más, esto ha ocurrido sin deliberación previa de su parte[1058]. Indica así, que en el *Nelson* hay dos chimeneas, en el papel dos barcos y también dos personas, es decir, un pez grande y uno chico. Después descubre que el humo que sale de las chimeneas del *Nelson* forma una figura, que es también el número dos.

M. K. le sugiere que el pececito bebé que nada muy contento con su mamá es él mismo; ambos están separándose del submarino *Salmon* que es papá, ese papá malo, pulpo, según él tan peligroso cuando está dentro de mamá y de *M. K.* La desconfianza que tiene de *M. K.* cuando esta contiene al desconocido y sospechoso Sr. K. y de mamá cuando papá está dentro de ella, implica que cree que entonces forman una unión hostil a él y que esta unión está ligada con las relaciones sexuales de ambos. También cree que mamá está en peligro por comerse al pulpo-papá.

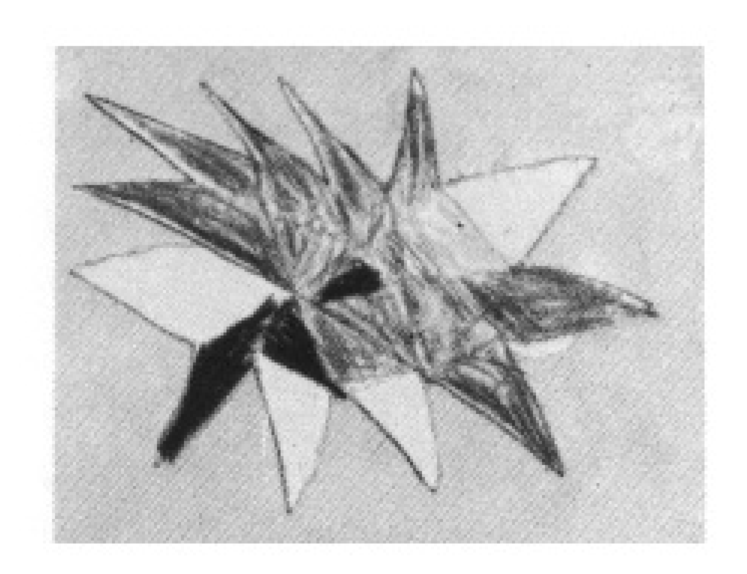
Richard entonces indica que hay una sola estrella de mar, mientras que de las demás cosas hay dos. (Hasta ese momento solo ha dibujado la estrella del fondo). Dice que se trata de Paul, furioso y celoso porque Richard nada con mamá. Al decir esto, añade otras estrellas y pone los nombres de su hermano y de la muchacha de su casa, y las palabras «alarido y chillido». Paul da alaridos y chillidos tan fuertes, que tanto la muchacha como la cocinera y papá vienen a atacarle y a sujetarle (las tres estrellas que acaba de añadir).

M. K. interpreta que en la parte superior del dibujo ha permitido que papá y mamá estén juntos, pues ha dibujado dos chimeneas en el *Nelson,* dando a cada una de ellas igual cantidad de cosas: dos cañones a cada lado que representan dos pechos, dos bebés y el mismo tipo de órgano sexual; además, cada uno tiene un pene (la misma línea de humo). De esta manera, ha reunido a sus padres; pero al mismo tiempo al nadar con mamá bajo la línea divisoria, muestra el deseo de tenerla para él solo. Además, al alejarse del *Salmon,* que representa a papá, se está separando del papá malo, que enferma a mamá. Por sobre la madre y el pececito bebé, está la estrella que da alaridos y chillidos, y que representa a Paul celoso. Papá, representado a su vez por una de las estrellas (a la que llama papá) y acompañado por la cocinera y la muchacha, sujeta a Paul para protegerle a él (nota 1).

Richard empieza otra vez a dibujar mientras *M. K.* le interpreta (y hace este dibujo, como de costumbre, con toda espontaneidad). Primero hace una fila de letras, empezando por la A (de las cuales hay seis o siete), a las que luego tacha, mientras que en el ángulo inferior derecho dibuja otras que aún se pueden ver. Estas letras están unidas entre sí por garabatos. Todo lo hace

muy rápidamente, cubriéndolo en seguida con garabatos, aunque al principio no de la manera tan completa como queda el dibujo en su versión final.

M. K. le indica que el primer dibujo lo ha hecho con claridad y deliberación, mientras que en este las letras están todas mezcladas y cubiertas por garabatos negros. Le sugiere entonces que en el primer dibujo se ha referido a sus relaciones externas y ha expresado el miedo que tiene de ellas, para librarse así de su «interior», el cual le asusta aún mucho más (tanto el suyo como el de *M. K.* y el de mamá), ya que cree que está poblado de gente peligrosa y dañada, toda mezclada entre sí y ennegrecida por su propio «lo grande».



Richard, mientras tanto, ha empezado a hacer el dibujo 12. Lo empieza como de costumbre, dibujando la forma grande de una estrella de mar, a la cual después rellena con colores, y dice que es un imperio y que cada color representa a un país diferente. No hay guerra en él. «Ellos entran pero a los países más pequeños no les importa ser tomados».

M. K. le pregunta quiénes son «ellos».

Richard no contesta, pero dice que los negros son horrorosos y malos. El celeste y el rojo, en cambio, son la gente buena, a quienes los países más pequeños no les importa admitir.

M. K. entonces, refiriéndose al primer dibujo de la sesión, le sugiere que el imperio puede simbolizar otra vez a su familia.

Richard está de acuerdo con esto, y agrega que el negro malo es Paul, el celeste mamá y el violeta la muchacha (Bessie) y la cocinera. El pequeño espacio pintado con azul heliotropo del centro, es él mismo y el rojo, papá. De repente exclama: «Y el total, es una estrella comilona, llena de dientes grandes». Entretanto, ha empezado a dibujar en la misma página 13. Ahora, Paul es muy bueno, como lo es a menudo, y de color rojo, mientras que el negro malo es papá. El color heliotropo es mamá y la sección chiquita negra del centro es él mismo.

M. K. le indica las dudas que tiene, tanto sobre papá como sobre Paul. Siente que a veces son buenos y a veces malos, y por ello no se puede fiar de ellos. Sin embargo, en el segundo dibujo (13), el negro del centro lo representa a sí mismo, y es del mismo color que el que tenía el Paul malo del dibujo 12 y el papá del 13. Esto significa que la sensación de no poder confiar ni en papá ni en su hermano, está también relacionada con la de ser él malo también e indigno de confianza. En las sesiones anteriores —y en particular tras el sueño de los peces— pudieron llegar a ver que teme haberse comido a toda la familia, y por lo tanto al imperio; es decir, que la estrella comilona es él mismo. Los «dientes grandes» de esta y «lo grande» —el centro negro— constituyen las armas con las cuales cree que ha destruido a todos. Pero luego aparece que «ellos» —su padre y su hermano—, han penetrado en países pequeños, y esto significa que él mismo se siente a su vez invadido, hasta el punto tal que ya no queda más de él que la pequeña sección negra**[1059]**. Tras de esto *M. K.* se refiere al fuego de la locomotora que le perseguía en el sueño, y le sugiere que ello puede también significar que siente como si la materia fecal que hay dentro de sí mismo pusiera en peligro tanto a él como a su madre.

Richard busca la pelota, la infla y se acuesta encima de ella para sacarle el aire. De repente, con tono bajo y rabioso, y dirigiéndose sin duda a la pelota, dice: «¡Bruto malvado!».

M. K. interpreta que en la sesión anterior tenía muy poca confianza en ella por su conexión con el señor K., y que temía que mamá con papá adentro pudiera estar dañada o sentirse hostil con él. Hoy ha sostenido vivamente que tanto mamá como *M. K.* son buenas, mientras que papá es malo. Pero ahora

parece que si está tratando con todas sus fuerzas de ver buena a mamá y a papá malo, es porque le resulta demasiado doloroso y asustador perder la confianza en mamá. Le sugiere que está tratando de negar el enojo que le produce que su madre se acueste con su padre y que, según él cree, se lo meta dentro de sí y se una con él en su contra. Al tratar de ver buena a mamá, intenta también negar que la odia además de amarla, y para ello transfiere este odio hacia su padre. Ahora está resentido, porque mamá se ha hecho daño a sí misma al incorporar dentro de sí al pulpo peligroso y al padre-vagabundo, y por esto le sugiere que el «Bruto malvado» se lo está diciendo a papá, pero que también va dirigido contra mamá y contra *M. K.*

Richard se opone a esto vivamente, y dice que jamás llamaría tales cosas a ninguna de ellas, pues las quiere a las dos.

M. K. interpreta que siente un gran conflicto cada vez que odia a mamá, que es al mismo tiempo la persona a quien más quiere. También le recuerda que en la sesión número veintiuno enterró a la mujer rosa que siempre ha representado a su madre, porque quería deshacerse de ella por estar herida.

Richard contesta entonces, con evidente dolor: «¡No digas eso; me hace sentir muy triste!».

M. K. sugiere que como a menudo las interpretaciones que le formula son dolorosas, también piensa que ella es una «bruta».

Richard, que está afilando un lápiz, coloca por un instante la hoja de la navaja sobre la pelota, pero no la corta. En vez de esto, pinta de negro, con violencia, el segundo dibujo que hizo durante la sesión y lo agujerea por todas partes con el lápiz. Luego recorre de arriba abajo la habitación dando pisotones, descubre una bandera británica en un estante y la desdobla. Canta entonces el «Dios salve al rey», haciendo mucho ruido, mira el mapa (cosa que no ha hecho desde hace varios días)**[1060]** y pregunta si puede colorear todos los países que Alemania ha ido conquistando (el mapa es del principio de la guerra), pero no lo hace, pues *M. K.* le recuerda que no le pertenece a ella. Richard está muy inquieto y dice que quiere irse, pero espera hasta la hora exacta que le corresponde tras lo cual corre hacia la puerta.

M. K. interpreta que teme realmente llegar a atacarla y hacerle daño (cuando pone la navaja en la pelota y al emborronar y agujerear el papel) y portarse como Hitler y el papá negro cuando conquistan países (que representan a mamá y a ella).

Richard se da vuelta en el umbral de la puerta, pregunta si *M. K.* también va al pueblo, la espera y la acompaña hasta la esquina. En la calle le dice que ayer ella dejó la ventana abierta y que debería haberla cerrado, ¿no? En este

momento se siente muy amistoso, evidentemente aliviado de haber salido de la casa. En el transcurso de la sesión ha contado, además, que la tarde anterior se fue al cine, y que al entrar vio a un niño al que le tiene miedo, pero que de todas maneras entró y se quedó durante todo el espectáculo (nota II).

Notas de la sesión número veintitrés.

I. En este constante intento de evitar situaciones conflictivas internas y externas constituye defensas fundamentales y es uno de los rasgos característicos de la vida mental. En particular, es característica de los niños pequeños, los cuales luchan constantemente por conseguir estabilidad y una buena relación con el mundo externo. Richard muy pocas veces, o quizá nunca, había vivenciado momentos de estabilidad emocional de cierta duración, cosa que influyó sobre todo su desarrollo. En mi artículo «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945) y en el capítulo 4 de *El psicoanálisis de niños,* me he referido ya a las tentativas que se hacen para poder llegar a una solución de compromiso.

II. Aunque en esta sesión las defensas maníacas ocupan el papel preponderante, Richard, no obstante, está más preparado para enfrentar la ansiedad que siente. La actitud maníaca se ve en el caminar de arriba abajo haciendo tanto ruido que a veces apaga mi voz. Además, en no mencionar la guerra ni hacer ninguna alusión a la invasión de Creta. Pero, por otra parte, ha podido ir al cine, y el dibujo sobre el imperio invadido por fuerzas enemigas guarda una estrecha relación con la guerra. Por sobre todo esto, además, toma conciencia de algo que él mismo se interpreta: de que el dibujo del imperio representa una estrella de mar voraz, con muchos dientes, es decir, que es él mismo. También logra expresar sus conflictos y la angustia que siente hacia el padre malo, de una manera mucho más clara. Esta combinación de técnicas de negación y de defensas maníacas, que operan simultáneamente con una mayor capacidad de autoconocimiento y de enfrentar diversas angustias, constituye una característica de las etapas por las que se pasa durante el tratamiento analítico (o en el curso del desarrollo), en las cuales se van produciendo modificaciones en el sistema de defensas. La negación, en este caso, se refiere a ciertos aspectos (sobre todo a la situación externa de la guerra), pero, en cambio, Richard vivencia su realidad interior mejor que hasta ahora.

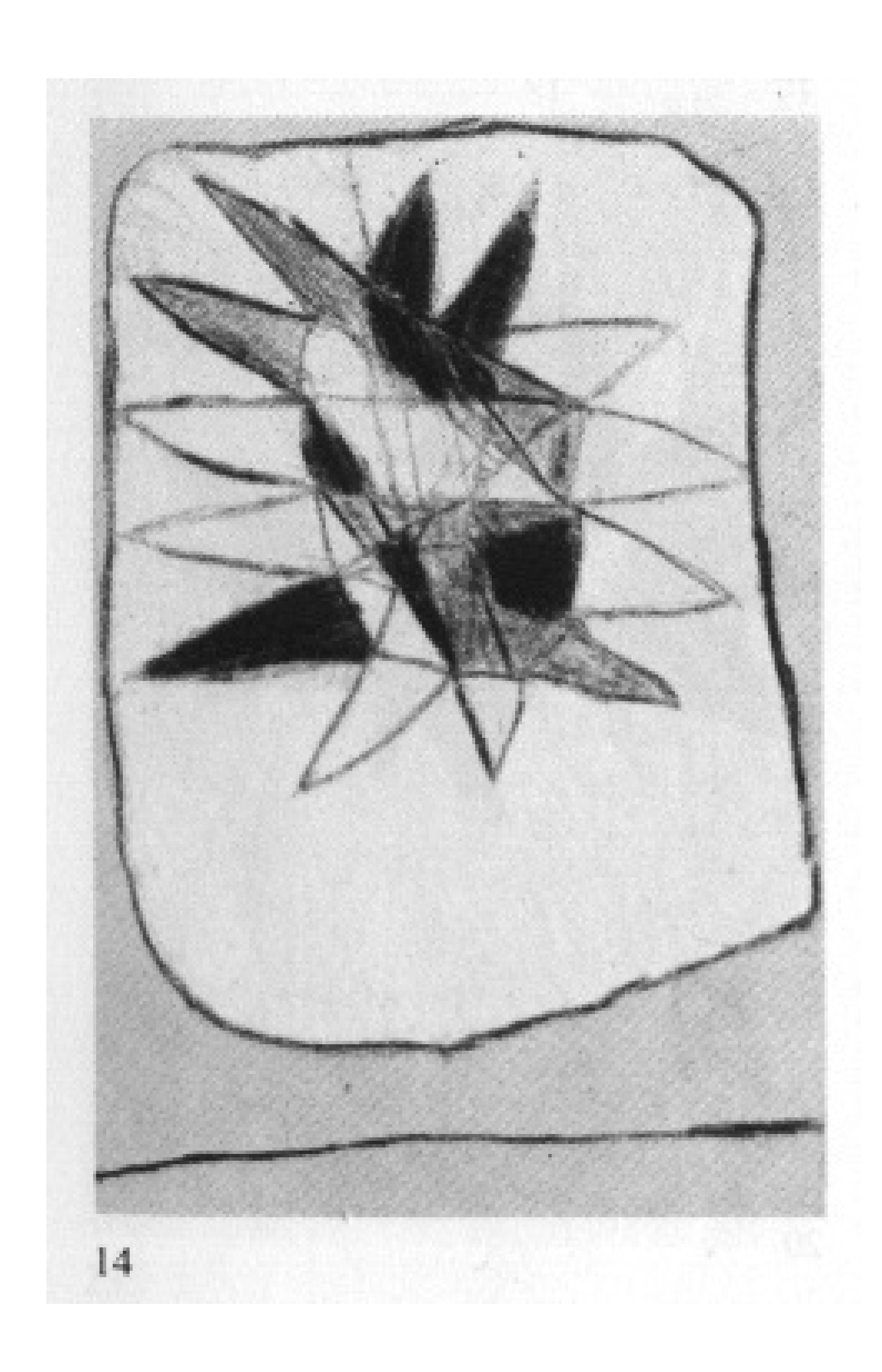
Sesión número veinticuatro (sábado)

Richard llega otra vez un poco tarde[1061]. Dice que se olvidó de mirar el reloj y que después ha tenido que correr todo el camino. Se queda en silencio, con aire asustado y triste.

M. K. interpreta que olvidarse de ver la hora quiere decir algo muy parecido al deseo que tuvo el día anterior de salir corriendo del cuarto de juegos. Le interpreta que desconfía de ella y de su mamá (la «bruta malvada»). Al irse ayer, además, comentó que el día anterior *M. K.* había dejado abierta una ventana, la cual debiera haber sido cerrada, lo que también expresa un resentimiento hacia la malvada madre-bruta y hacia ella misma. Quiere decirles a las dos, en efecto, que no deberían de haber dejado abierta la ventana (1a cual representa sus órganos genitales), por la cual permiten al pulpo bruto, que es el padre malo, penetrar y tener con ellas una relación sexual.

Richard repite que no es posible que él quiera atacar o insultar a *M. K.* o a su mamá; de solo pensar en ello se siente muy triste. Empieza a dibujar (dibujo 14) y al mismo tiempo habla de la posibilidad de que Alemania invada a Inglaterra, tema sobre el que ha estado pensando esta misma mañana. En caso de llevarse a cabo la invasión, ¿podría *M. K.* seguir atendiéndole? ¿Cómo llegaría a «X»? En este momento está dibujando la gran estrella de costumbre, y cuando la termina la divide en varias secciones. Entonces dice que viene papá y hace que el lápiz negro marche hacia el dibujo, mientras tararea una marcha que quiere ser siniestra[1062], y va rellenando con el negro[1063] algunas de las secciones. Tras esto hace avanzar rápidamente el lápiz rojo, acompañándolo con una tonada que canta vivamente, y al ir a rellenar las secciones rojas anuncia: «Este soy yo, y verás qué parte más grande del imperio me toca». Después colorea algunas secciones con el celeste y mirando a *M. K.* dice: «Estoy contento». (En ese momento realmente parece ser feliz y estar en un contacto íntimo con *M. K.*). Tras pintar las partes celestes continúa: «Mira cómo se ha extendido mamá. Se ha quedado con mucha más parte del imperio». Con el violeta rellena otras secciones y dice: «Paul es bueno; me está ayudando». Rellena a continuación algunas secciones cercanas al centro negro que estaban en blanco y dice que es papá quien está allí, apretujado y rodeado de Paul, de mamá y de sí mismo. Al terminar hace una pausa, mira a *M. K.* y le pregunta: «Realmente, ¿pienso

yo todas estas cosas de todos vosotros? No sé si lo hago o no. ¿Cómo puedes tú saber realmente lo que yo pienso?».



14

M. K. le contesta que ella puede, en efecto, darse cuenta de algunos de sus pensamientos inconscientes, por medio de sus juegos, sus dibujos y las cosas que dice, pero que acaba de expresar dudas sobre si lo hace con o sin razón y sobre si es o no de confianza. Estas dudas, sigue interpretando, han surgido junto con una desconfianza general que siente hacia ella y hacia su mamá, la cual se ha hecho más fuerte en los últimos días a pesar de que aún le gusta referirse a ambas llamándolas «dulces». Ya una vez expresó el temor de que *M. K.* le delatara al señor K., al que ve, en general, como si se tratara de un enemigo. Y en el sueño de hace dos días (sesión veintidós), el jefe de los peces era el Hitler-padre traidor, pero habitualmente ese pez suele representar a mamá. Por todo ello ha llamado a esta y a *M. K.* (representadas por la pelota de fútbol), «brutas malvadas». Sin embargo, también está contento, porque el celeste —la mamá buena—, y *M. K.* que últimamente usa un chaleco de este color, se están extendiendo por todo el imperio, el cual, como dijo en la sesión anterior, es una estrella de mar voraz con grandes dientes que le representa a él y que se traga a todo el mundo. Le gustaría pues, meterse más y más de esta buena mamá dentro de sí; y además, siendo ella la mamá buena, no le importa que lo haga, sino que por el contrario, también *desea* estar dentro de él, protegiéndole del papá malo y de su propia avidez y odio. Recientemente expresó deseos inconscientes de que mamá y *M. K.* se murieran y cuando *M. K.* le interpretó este contenido se asustó mucho y sintió mucho dolor, aunque después se sintió más aliviado y feliz. Parece, pues, que vivencia con mayor intensidad, tanto la confianza como la desconfianza que siente ante ambas.

Richard parece estar pensando en lo que *M. K.* le dice. Parece sorprenderse ante la sugestión de que el mayor conocimiento de las razones por las cuales se siente triste, le pueda consecuentemente producir alivio y una mayor confianza; pero acepta esta afirmación. Entonces dibuja un contorno oblongo alrededor del «imperio» y lo colorea de rojo.

M. K. le pregunta si le representa a él mismo, ya que el rojo es el color que le representa a él.

Richard dice que no, que se trata de algo diferente que no pertenece en absoluto al imperio. Lo ha pintado de rojo porque así parece más brillante. Al dibujar vuelve a hablar de Hitler (aunque no refiriéndose a Creta, tema que aún elude), y dice que Hitler es muy malvado, que hace a todo el mundo infeliz, pero que es muy inteligente, ¿no? ¿No está a menudo borracho? Y sigue haciendo algunas reflexiones sobre el talento del dictador, de quien, al parecer, piensa bien. Después se ríe al pensar que en Creta tenemos algunos

tanques, mientras que Hitler no tiene ninguno. «Fíjate», dice, «es la primera vez que Hitler no tiene tanques».

M. K. le señala que también es la primera vez que se refiere espontáneamente a Creta; esto se debe, en parte, a que tiene menos miedo del Hitler interno y además a que la falta de tanques del dictador le hace sentir cierta esperanza, mientras que antes pensaba que la situación era desesperada (nota 1). Pero esto también significa que es posible despojar al papá malo de su pene peligroso y así preservar a la mamá amada y a *M. K.* (Inglaterra). Acaba de trazar alrededor de la estrella-imperio (él mismo) un área roja, que cree que no lo representa a él. El reloj ha significado en otras ocasiones sangre, y mientras dibujaba empezó a hablar del malvado Hitler que hace sufrir al mundo entero. El rojo, pues, representa la sangre de mamá, derramada por el Hitler-papá (que según Richard está metido dentro de ella). Mamá es el mundo que sufre a causa del padre malo, donde él está también incluido. [Identificación proyectiva] (nota II). Y también está dañada por el mismo Richard, representado por la estrella-bebé voraz que penetra en su cuerpo y la hace sangrar.

Richard busca la pelota y juega con ella de la manera ya descrita. Indica a *M. K.* el ruido que «ella» está haciendo y que anteriormente ha significado el llanto o los quejidos que hacía su madre al morirse o pedir auxilio. Pero ahora también hace sonidos como los de un gallo o una gallina. Después tira la pelota lejos de sí, y con tono vacilante formula una pregunta, haciendo la salvedad de que odiaría herir los sentimientos de *M. K.* ¿Es ella extranjera o no? Inmediatamente se contesta a sí mismo, diciendo que en cierto modo no lo es, pues como lleva viviendo mucho tiempo en Inglaterra, es ciudadana británica; pero, sin embargo, el inglés que habla, aunque es «muy bueno», no es como el de una persona inglesa, y ella no ha nacido en Inglaterra. Durante la última guerra, cuando ella estaba del otro lado, ¿se alegraba ante las derrotas inglesas? Richard dice todo esto con gran dificultad y embarazo, y sin esperar a que se le conteste sigue hablando: «De todas maneras, ahora estás de parte de los ingleses, ¿no? Ahora estás del todo de nuestra parte».

M. K. le indica que la desconfianza que siente hacia sus padres, a los que cree que complotan contra él, ahora la siente hacia *M. K.* y el Sr. K., y que parece producirle una gran ansiedad. Cada vez que se siente culpable, o cada vez que sus padres están juntos sin él, y en particular durante la noche, se queda muy preocupado ante esta sospecha. No puede averiguar qué es lo que piensan sus padres, y entonces mamá (ahora *M. K.*) representa al extranjero, posiblemente enemigo. Tampoco puede descubrir si contiene dentro de sí a un

padre bueno o a uno malo. Las veces que tiene menos desconfianza de su madre (y ahora de *M. K.*) siente que hay dentro de sí más cantidad de la mamá buena y protectora. El que ahora confíe más en *M. K.* que antes, se puede ver en el hecho de haber podido expresar sus dudas y sus críticas.

Richard está de acuerdo con que teme herir a su mamá, pero agrega que a veces la deja exhausta, argumentando con ella, molestándola con preguntas y obligándola a hacer lo que él quiere. Después dice que está deseando que llegue el fin de semana y que ha comprado un cenicero que tiene un gallo dibujado, para regalárselo a papá.

M. K. interpreta que ha metido el gallo —el pene de papá— de vuelta dentro de su madre, lo cual también significa arreglar el del papá bueno. Pero que, al mismo tiempo, teme también que el gallo sea el pulpo-padre que hace llorar y morir a mamá, cosa que puso en evidencia cuando la pelota simbolizaba a una gallina a la cual le retorcía el cuello…

Richard ha estado dando vueltas por la habitación todo este tiempo, explorando, mirando dentro de los libros, y encontrando cosas en las estanterías. Varias veces toca la cartera de *M. K.* con un evidente deseo de abrirla y examinarla. Aprieta una pelotita entre los píes y después comienza a marcar el paso de ganso, comentando que es una manera tonta de marchar.

M. K. interpreta que la pelotita es el mundo (mamá y *M. K.*) aplastado por las botas alemanas (el paso de ganso). Al hacer esto está expresando la sensación de que no solo contiene dentro de sí a la mamá buena, sino también al papá-Hitler, y que destruye a su madre tanto como lo hace su padre.

Richard se opone vivamente a esto, diciendo que él no es como Hitler, pero parece comprender que el paso de ganso y los pies que aprietan representan eso. Es casi la hora de terminar la sesión y está muy amigable y afectuoso. Al apagar la estufa eléctrica, dice, «la pobre vieja descansará ahora un poco». Coloca luego cuidadosamente los lápices de colores dentro de su caja ordenados según su tamaño, y la cierra. Ayuda a *M. K.* a guardar los juguetes en su bolsa, y al finalizar la sesión le pide que se acuerde de traer todos sus dibujos la próxima vez. (En realidad, *M. K.* siempre los trae). Le pide además que se quede un rato en silencio, él mismo contiene el aliento y dice: «Pobre cuarto viejo, tan silencioso». Después pregunta a *M. K.* qué va a hacer durante el fin de semana.

M. K. interpreta que teme que se muera el fin de semana (el pobre y viejo cuarto silencioso). Por eso quiere estar seguro de que le traerá los dibujos, lo cual también expresa el deseo que tiene de colaborar con el análisis y así arreglar a *M. K.* y preservarla, y aun de que ella descanse (la pobre estufa),

para que de esta manera no quede exhausta con sus pacientes y particularmente por su causa.

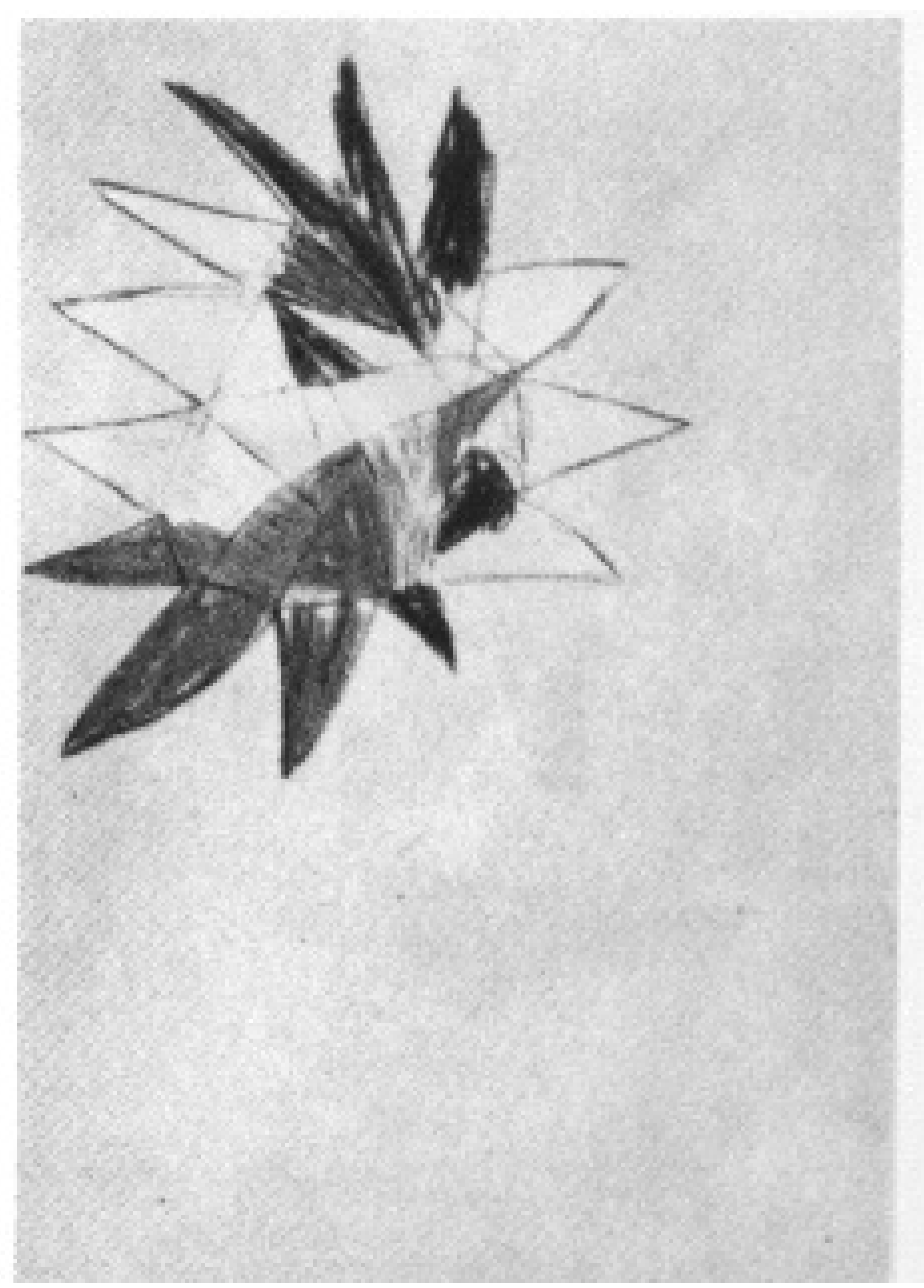
Notas de la sesión número veinticuatro.

I. Esto constituye un ejemplo de la manera en que se emplea la negación para enfrentar la desesperación provocada por situaciones y hechos internos y externos de peligro. En este caso, la situación interna peligrosa consiste en que su odio ataca y destruye a la madre buena, lo cual le trae como consecuencia depresión y desesperación. El análisis ha ido reduciendo la ansiedad, con lo cual ha disminuido la negación y aumentado la esperanza de poder preservar tanto a la madre interna como a la externa (la mamá celeste que se extiende dentro de él). Todo esto, a su vez, tiene el efecto de que también disminuya la negación de los peligros externos —la situación de la guerra, la invasión de Creta y el peligro de que Inglaterra sea invadida— y de que Richard pueda enfrentar y expresar mejor esta ansiedad. Hay que recordar, además, que según su punto de vista, la situación externa había mejorado.

II. En esta misma hora había expresado ya, mediante el dibujo de la estrella de mar-imperio, la internalización voraz de la madre, de mí y de todo el mundo. Ahora, el borde rojo representa un proceso de identificación proyectiva (véase «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides», 1946). La parte ávida de sí mismo —la estrella—, ha invadido a la madre, y la ansiedad que el niño siente, los sentimientos de culpa que padece y su simpatía, se refieren al sufrimiento de esta, motivado tanto por la intrusión en ella como por el padre malo que la controla y la daña desde adentro. En mi opinión, los procesos de identificación proyectiva y de internalización son complementarios, y entran en funcionamiento desde el principio de la vida postnatal, determinando de una manera vital las relaciones de objeto. El niño vivencia que incorpora a su madre con todos los objetos internos de esta, y también el objeto, que entra en otra persona, es vivido como si llevara consigo sus propios objetos (y la relación que guarda con ellos). La exploración posterior de las vicisitudes por las que pasan las relaciones de objeto internalizadas, las cuales se encuentran en cada etapa relacionadas con procesos proyectivos, esclarece, a mi parecer, todo el proceso del desarrollo de la personalidad y de las relaciones objetales.

Sesión número veinticinco (lunes)

Richard llega unos minutos tarde, con un aspecto muy preocupado. Pregunta a *M. K.* si le ha traído los dibujos (los pidió en forma muy particular en la sesión anterior), los revisa y dice que no quiere ver el último (el 14). Aunque tampoco le gusta el dibujo 8, decide dejarlo de lado para completarlo… Dice que ha pensado bastante en *M. K.* el domingo, mientras jugaba en el jardín. Le habría gustado mucho que hubiera pasado por allí y hubiera entrado a verle jugar. Luego, transmite algunas novedades de la familia: Paul viene a pasar una semana de licencia a casa, por lo cual mamá se va el jueves, pero la niñera vendrá entonces a «X», a quedarse con Richard. Al decir esto parece enojado y preocupado. Dibuja un imperio (dibujo 15) y dice que papá (el negro) está muy cerca de mamá (celeste), pero que él, Richard, también está allí cerca. Hay muy poca cantidad de Paul (violeta)… Luego comenta que cuando venía le pasó una tragedia; la cuenta con aire turbado y triste: una señora, que iba con tres niños ruidosos y habladores, se enfermó en el autobús, y seguía todavía enferma al bajarse. Lo siente mucho por ella y cree que la culpa la tienen los niños.



M. K. interpreta que es él quien se siente culpable. Cree ser ruidoso y parlanchín y que a causa de esto deja exhausta a su madre, y esto se lo ha dicho repetidas veces ya a *M. K.* En la última sesión, temió hacerle lo mismo a ella. Por esto, siente que no puede proteger a ninguna de las dos del papá Hitler-negro, ni tampoco de sus propios ataques y avidez.

Richard está muy inquieto; se levanta, da unas vueltas, y luego pega patadas al suelo. Al mismo tiempo escucha atentamente cualquier ruido que se produzca, y pregunta si pasan niños por la calle. Se queda un poco separado de *M. K.*, pálido por la ansiedad, e inquiere si en caso de asustarse mucho y querer irse corriendo dentro de unos diez o quince minutos, ella le dejaría ir. (Al hacer esta pregunta ya han pasado veinte minutos de la sesión, pero no ha mirado el reloj).

M. K. le contesta que sí le dejaría ir.

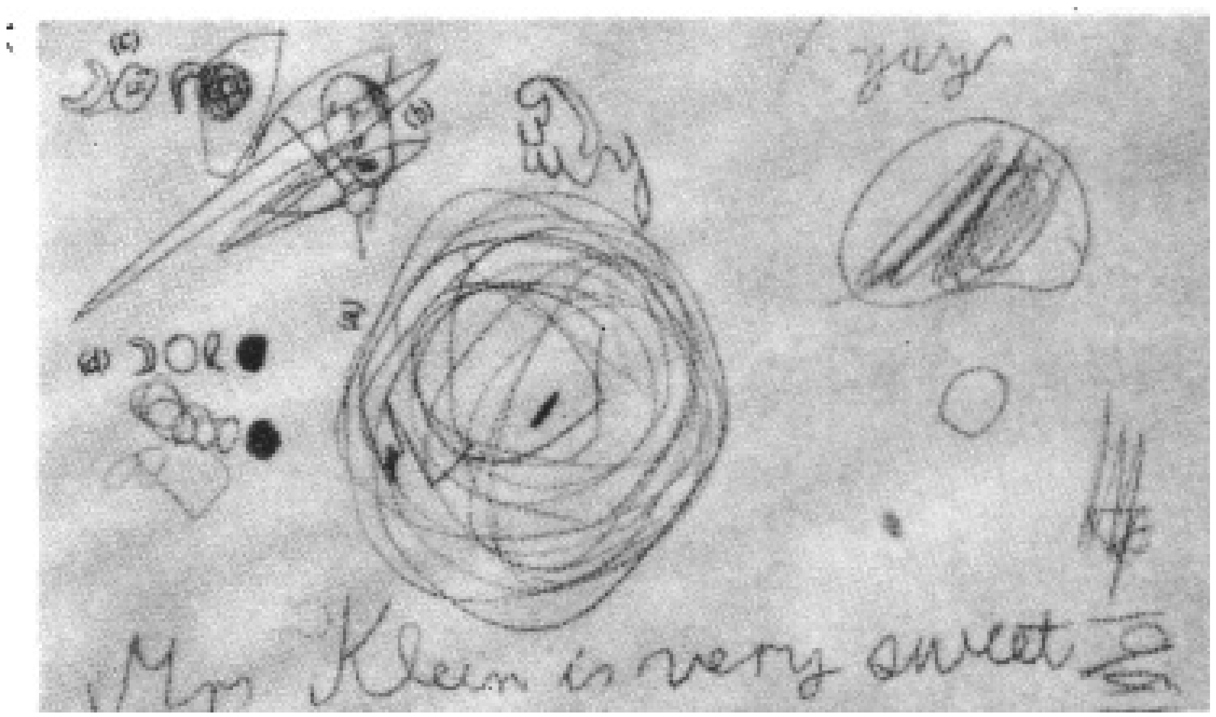
Richard entonces dice que está muy preocupado por ella. ¿Tiene realmente que volver a Londres[1064]?

M. K. interpreta que el miedo que tiene por los peligros a los que ella se expone en Londres está incrementando por otros temores; le recuerda, en efecto, que al mencionar que mamá se iba a ir a casa a estar con papá y con Paul, estaba muy enfadado y preocupado, e interpreta que esto debe ser por temor a atacar y herir a su madre por estar celoso y enojado con ella. Lo mismo siente ahora hacia *M. K.*, la cual se va a Londres a visitar a su familia, quedando por lo tanto también expuesta al peligro de sus ataques. La culpa que experimenta por esto es la que le ha hecho sentir, tan vivamente, que los niños ruidosos del autobús eran los causantes de la enfermedad de su madre.

Richard pregunta qué hace *M. K.* los domingos, cuántos años tiene su hijo y si este es austríaco.

M. K. le recuerda la curiosidad que siempre ha demostrado por conocer sus secretos, y le interpreta que ahora la siente más aun, porque tiene celos de su hijo y teme al Sr. K. interno y desconocido. Se está preguntando por eso, si los dos son como Hitler y le hacen daño a *M. K.* o si ella, por su parte, se une con ellos en contra de Richard. El mismo temor y la misma sospecha siente con respecto a su madre, ahora que esta se va a casa con papá y Paul, pero sin él…

Richard está dibujando mientras *M. K.* habla (dibujo 16). Al hacerlo se refiere a la explosión del barco *Hood*, muy preocupado. Dice que ha sido una cosa terrible y que le hizo dar un salto cuando se enteró de ello. Sigue con este tema durante un buen rato.



M. K. hace entonces una referencia al juego de la flota (sesión veintidós), cuando los barcos papá y mamá se dedicaron a atacarse, siendo uno cada vez el enemigo. De la misma manera, siente ahora que no puede ayudar a mamá, a *M. K.* ni a Inglaterra contra el Hitler-papá malo ni contra sí mismo.

Richard dice que está muy preocupado por la invasión y que no puede dejar de pensar en ella.

M. K. le pregunta qué cree que pasaría de llegar a realizarse.

Richard contesta que teme que le maten y que también maten a su mamá.

M. K. le recuerda, entonces, que en la sesión anterior tuvo miedo de no poder venir a verla en el caso de producirse la invasión; pero al irse a su casa a pasar el fin de semana también temió que *M. K.* se muriera o fuera atacada por el Hitler-papá malo, el malvado bruto que cree que contiene dentro de sí.

Richard se ha quedado serio y pensativo, y luego dice que no le gustaría morirse antes de volver a ver al mundo en paz otra vez.

M. K. asocia este deseo con la necesidad de restaurar la paz familiar y poder mantener bien seguros a sus padres internos, y en particular, de sentir a su madre fuera de todo peligro. Si pudiera conseguir todo esto, la muerte no le parecería un desastre interior, ni una pelea en la cual, tanto sus padres como él, quedarían destruidos.

Richard, que está afilando los lápices, tira las virutas por todas partes y a una punta rota la llama «cadáver». Además, según él «sin querer», tira también algunas virutas sobre *M. K.* Le enseña un lápiz de color al que ha sacado la punta por los dos lados y dice que es él mismo; pincha con la punta la mano de *M. K.* y le pregunta si le duele. Después afila dos lápices largos

hasta dejarlos muy puntiagudos y se los mete alternativamente en la boca, mordiéndolos, tras lo cual los sujeta, la punta de uno contra la del otro, y dice que se están peleando.

M. K. le pregunta quiénes son.

Richard señala primero al lápiz amarillo y dice que es papá, mientras que el verde es mamá. Luego agrega que es al revés, y finalmente no sabe cuál es cuál. Le muestra a *M. K.* que los dos están marcados.

M. K. le indica, entonces, que acaba de morder a los dos y que por eso han quedado marcados. (Richard se sorprende al oír esto pues no ha tomado conciencia de su mordisco). Le dice, además, que acaba de expresar el temor de haber dañado a sus padres y le habérselos comido, y de que estos, a su vez, se estén peleando entre sí. Por ello teme morirse el también, ya que continúan la lucha en su interior. [Los padres internalizados en una relación sexual de combate]. Siente que están tan mezclados entre sí, que ya no puede distinguir el uno del otro [Figura parental combinada] (nota 1).

Richard trata de poner de pie a los dos lápices y se enfada cuando estos se caen. Los hace pelear entre si otra vez y pronto los demás lápices y colores intervienen también en la pelea, tras la cual los deja a todos en un montón. En medio de la batalla garabatea y escribe en la parte de atrás del último dibujo (dibujo l6).

M. K. le sugiere que otra vez ha ocurrido un desastre como el de los juguetes. No solo se están peleando los padres sin que él pueda separarlos (el intento de poner de pie a los lápices), sino que hasta los hermanos (los colores) se pelean también entre ellos, atacándose los órganos genitales. El saber que Paul viene a casa le ha hecho aumentar el temor a que esto ocurra.

Richard se levanta varias veces y da vueltas por la habitación, haciendo ruido y con una expresión de enojo. Menciona otra vez al *Hood*, se dirige hacia el mapa, y, con expresión muy preocupada, especula sobré la «fuerza naval» de Gran Bretaña. De repente murmura: «Richard, Richard, Richard», como si se tratara de un pedido de auxilio.

M. K. le pregunta si hay alguien que lo esté llamando pidiéndole auxilio, a lo que el niño le responde que sí.

M. K. le sugiere entonces que quizá sean los marineros del *Hood*. Richard está de acuerdo y dice que se están ahogando y que le piden ayuda. Después, con el mismo tono, murmura: «Papá, papá, papá».

M. K. interpreta que cuando el *Hood* volado representa a la mamá atacada por él los marineros que piden ayuda son los bebés de su interior que le llaman a él y a papá buscando ayuda… Luego le pregunta en qué estaba

pensando cuando escribió y garabateó en el papel, a lo que Richard contesta que no desea hablar de ello. Solo menciona que en un ángulo ha dibujado una luna llena y una en cuarto.

Durante el transcurso de esta sesión, Richard se ha sentido alternativamente enfadado y preocupado, y, algunas veces, desesperado. Hacia el final de la hora se ha ido tranquilizando.

Nota de la sesión número veinticinco.

1. Estos dos conceptos expresan, no tanto dos situaciones diferentes del inconsciente del niño como dos etapas de la misma fantasía. Una de las fantasías más tempranas que el niño tiene sobre la sexualidad de sus padres se forja, creo, con los objetos parciales, es decir, con la idea de que el pene del padre se introduce en el pecho de la madre. Esto pronto puede llevarle a imaginar que los genitales de ambos están siempre mezclados, mientras que un desarrollo posterior de la «figura parental combinada» trae como resultado la fantasía de que los padres, como personas enteras, se pelean durante la relación sexual. Cuando vivencia estas ansiedades, el niño pequeño ha logrado ya un mayor sentido de la realidad, una percepción más clara del mundo externo y una relación con objetos totales, pero, sin embargo, se encuentra todavía bajo el influjo de las primeras fantasías inconscientes (que en realidad nunca son abandonadas del todo), así como también de impulsos destructivos, de su voracidad y de un gran deseo de posesión, todo lo cual explica por qué sigue creyendo que la relación entre los padres sea tan destructiva.

A medida que la estabilidad del niño va aumentando, va sintiendo que la relación de los padres internos es más pacífica, pero esto, sin embargo, no incluye la idea de una relación sexual pacífica. En contraste con ello, y en relación con los padres externos, encontramos con frecuencia que aun los niños muy pequeños desean que sus padres no se sientan frustrados sexualmente y en ciertos momentos llegan a desear que se satisfagan sexualmente en forma genital. Todo esto sirve para mostrarnos que las relaciones con los objetos externos son diferentes de las que se tienen con los objetos internos, aunque siempre exista cierta conexión entre las dos situaciones. (Véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo 9.)

Recientemente he sostenido que la etapa más temprana de la relación del niño con su madre y con su pecho, constituye algo fundamental para el

desarrollo de la felicidad y del sentimiento de seguridad. La extensión y la intensidad de esta fase parece variar mucho, debido en parte a factores externos, siendo estas variaciones de considerable importancia para todo el desarrollo.

Las fantasías acerca de la figura parental combinada —como, por ejemplo, la de que el pene del padre penetra por el pecho de la madre—, son ya la consecuencia de una perturbación de esta primera relación. El deseo de poseer a la madre sin ninguna interferencia, está influido, como es natural, por una serie de factores, tales como la ansiedad, la avidez y el deseo de posesión. Por otra parte, esta relación solo puede tener cierta estabilidad, si la envidia del niño no es demasiado intensa. De cualquier manera, sin embargo, la intrusión de otro objeto incrementa todos los conflictos, y provoca odio y desconfianza hacia los dos padres, influyendo luego todos estos sentimientos en la fuerza con que se forma la fantasía de la figura parental combinada en todas sus variantes, y dando un determinado matiz a los estadios tempranos del complejo de Edipo.

Sesión número veintiseis (martes)

Richard llega puntualmente, con un aspecto mucho menos preocupado. Está ansioso por enseñar a *M. K.* lo que trae en su maletín: la flota y un par de zapatillas que su madre quiere que se ponga al quitarse las botas de goma. Admira las zapatillas, le dice a *M. K.* cuánto han costado y le pide que las toque para que vea lo suave y lindas que son. Después se las calza. Cuenta que su madre está en la cama con dolor de garganta, y que él está muy preocupado. La está cuidando, de manera que hace su «parte», ¿no? Le ha contado a su madre lo que *M. K.* contesto ayer a su pregunta de que si le dejaría ir antes de la hora en caso de asustarse, a lo cual mamá le respondió que le parecía una idea tonta el hacerlo. El piensa lo mismo ahora, ya que no tiene razón para querer marcharse, pues *M. K.* es muy buena.

M. K. interpreta que en las tres sesiones anteriores ha tenido miedo de ella porque representaba a la «bruta malvada» (la pelota), que tiene dentro de sí a un hijo y a un marido extranjeros (el papá-bruto). También teme que esté dañada por el Hitler-padre que hay en ella, temor asociado a la vez con el miedo que tiene de que sus padres unidos se peleen dentro de él y se mezclen como los dos lápices largos y afilados hasta un punto tal que no se sepa cuál es el padre y cuál la madre.

Richard, como tantas otras veces, está escuchando los ruidos de la calle, y pide a *M. K.* que se calle para poder oírlos. Está otra vez «en guardia» contra los niños enemigos que pasan. (En realidad este miedo casi nunca le abandona, ni aun cuando se siente protegido por *M. K.*, cosa que él mismo admite).

M. K. le llama la atención sobre esta angustia constante.

Richard asiente y dice que hace poco estaba en el autobús con su mamá cuando subió un niño de su edad que le hizo de pronto asustarse. Le miró con furia y este a su vez le miró a él, y aunque no quería atacarle, sintió sin embargo que quizá debería de hacerlo, para evitar que el otro le atacara a él. Después reflexiona y manifiesta que, a menudo, cuando se encuentra con niños que cree le van a atacar, resulta que estos ni se han fijado en él, y se queda entonces muy aliviado. ¿Se sentiría muy mal de volver al colegio? ¿Se pasará la vida temiendo a los niños y más adelante quizá también a los adultos? ¿Quiere su madre que trabaje con *M. K.* porque piensa que no va a

poder seguir adelante con la escuela? Le gustaría ir a la Universidad como lo va a hacer Paul.

M. K. dice que, en efecto, su madre teme esto y que por ello le ha puesto en tratamiento.

Richard pregunta entonces qué otras cosas le ha contado su madre de él.

M. K. le vuelve a repetir que su mamá mencionó que a veces está taciturno y que cree que puede no ser feliz.

Richard escucha, pensativo y serio, y dice: «Es muy bueno para mí este trabajo y creo que tú eres muy buena».

M. K. interpreta que se siente satisfecho de que ella y su madre se lleven bien, y de que las dos se preocupen por él, y que esto lo ha sentido a menudo con su niñera. Sin embargo, en otras ocasiones, tiene miedo de que se cree un conflicto entre ambas. Cuando ve que las dos están de acuerdo, cree con mayor fuerza en la existencia de una madre buena, representada por *M. K.*, pero tiene mucho miedo de los niños enemigos, los cuales representan a los bebés no nacidos de mamá a los que cree haber atacado y estar atacando aún.

Richard saca la flota. Dice que está de maniobras y que no hay ninguna batalla. Él es un pequeño destructor y Paul un acorazado, pero luego cambia los papeles, de manera que él es el barco grande y Paul el pequeño. Ambos están juntos, muy amigablemente. El *Nelson* (papá) está también con los niños, pero de pronto se va con el *Rodney* (mamá). Toca entonces a este último aunque solo levemente, mientras Richard y Paul hacen lo mismo. De esta manera, todos reciben una cantidad equivalente de atención. También coloca en fila algunos barcos pequeños, a los que llama con el nombre de la cocinera y de Bessie, y tras una pausa añade «los bebés que están dentro de mamá». Dos veces, mientras juega a esto, levanta la cabeza para decir: «Estoy muy contento», y hace una referencia a sus zapatillas, comentando que le gustan mucho, pues son muy cómodas.

M. K. interpreta que parece sentirse agradecido con mamá por haberle traído a analizarse con ella y por haberle comprado las zapatillas; las dos cosas indican que su mamá le quiere.

Richard asiente, y repite que las zapatillas son muy cómodas, añadiendo con gran sentimiento: «Me gusta tenerlas cerca de mí; son papá y mamá».

M. K. le indica que ahora siente que no es solo mamá quien le ayuda, pues papá también lo hace. Mamá, además, le permite tener un papá bueno, y cree que los dos padres de su interior pueden estar en paz entre sí y además ayudarle a él. Aunque todavía siente que los está controlando, ambos se llevan bien. Le interpreta, además, que solo puede conseguir que exista una

relación amistosa entre sus padres, y entre él mismo y su hermano, si todos reciben una porción igual de cada cosa. En el juego, Paul fue al principio el barco más grande, pero después Richard tomó este papel. Otra condición necesaria para que haya paz, parece ser que los padres no tengan relaciones sexuales, ni que se den entre sí más afecto o gratificación sexual de la que dan a sus hijos. (El *Nelson* que apenas toca al *Rodney* mientras los barcos de Richard y Paul hacen lo mismo). Ha resucitado además a los bebés de mamá, y esto significa que así no tiene enemigos. Por eso se siente tan feliz. *M. K.* parece representar ahora al papá bueno que se une con mamá para quererle a él, y también a la niñera que se lleva bien con mamá.

Richard dice que, hasta cierto punto, prefiere ser el menor, pues esto significa que va a vivir más que Paul. Una adivinadora le dijo una vez que tiene una línea de vida muy larga y que vivirla hasta los ochenta años. Pide entonces la mano de *M. K.*, pero se queda preocupado al ver que su línea de vida no es tan larga, aunque luego decide que es lo suficiente como para que llegue a los setenta y quizás a los ochenta… Echa una ojeada al dibujo de la sesión anterior (dibujo 16) y dice que no le gusta el círculo garabateado. Había borrado, tras dibujarla, la cabeza que está al lado de este, y ahora dice que es la de Hitler.

M. K. le pregunta por la luna que está en el ángulo del papel.

Richard contesta que le gusta la luna, y al decirlo vuelve a dibujarla en diversas fases hasta terminar con un círculo pintado de negro. Después hace la línea negra que pasa por el medio del círculo garabateado y, dando vuelta a la hoja, hace una señal del otro lado, como si el lápiz hubiera atravesado el papel. Aunque aprieta con fuerza el lápiz, evita romper la hoja.

M. K. interpreta que no le gusta el círculo de la mitad de la página porque lo dibujó ayer en un momento en que estaba muy enfadado con ella y le tenía miedo. Representa a la pelota, a la «bruta malvada», cerca de la cual está la cabeza de Hitler, a la que tachó inmediatamente de hacerla. Sin embargo, en el centro del círculo ha dibujado una línea negra pequeña que expresa el sentimiento de que *M. K.* y mamá contienen al Hitler-papá negro dentro de sí. El día anterior primero garabateó el círculo; después hizo la cabeza de Hitler y luego las fases de la luna. *M. K.* le recuerda este orden y le sugiere que el cuarto de luna que está cerca de la luna llena representa el pene de su padre situado cerca del pecho de su madre y de su vientre; ahora acaba de terminar otra serie de fases de la luna con un círculo negro, y lo ha hecho porque cree que el Hitler-papá está ensuciando a mamá tal como él lo haría de estar enfadado con ella y odiarla.

Richard niega vivamente que pueda odiar, ennegrecer e insultar a *M. K.* o a su mamá, y señala que en la parte inferior del dibujo ha escrito, con letras grandes, que *M. K.* es muy dulce.

M. K. le recuerda que tras escribir la palabra «muy» hizo una pausa, y que quizás esto se daba a que haya querido escribir algo desagradable en su lugar, aunque al final decidiera quedar en buenos términos con ella; además le tiene demasiado miedo como para atreverse a insultarla.

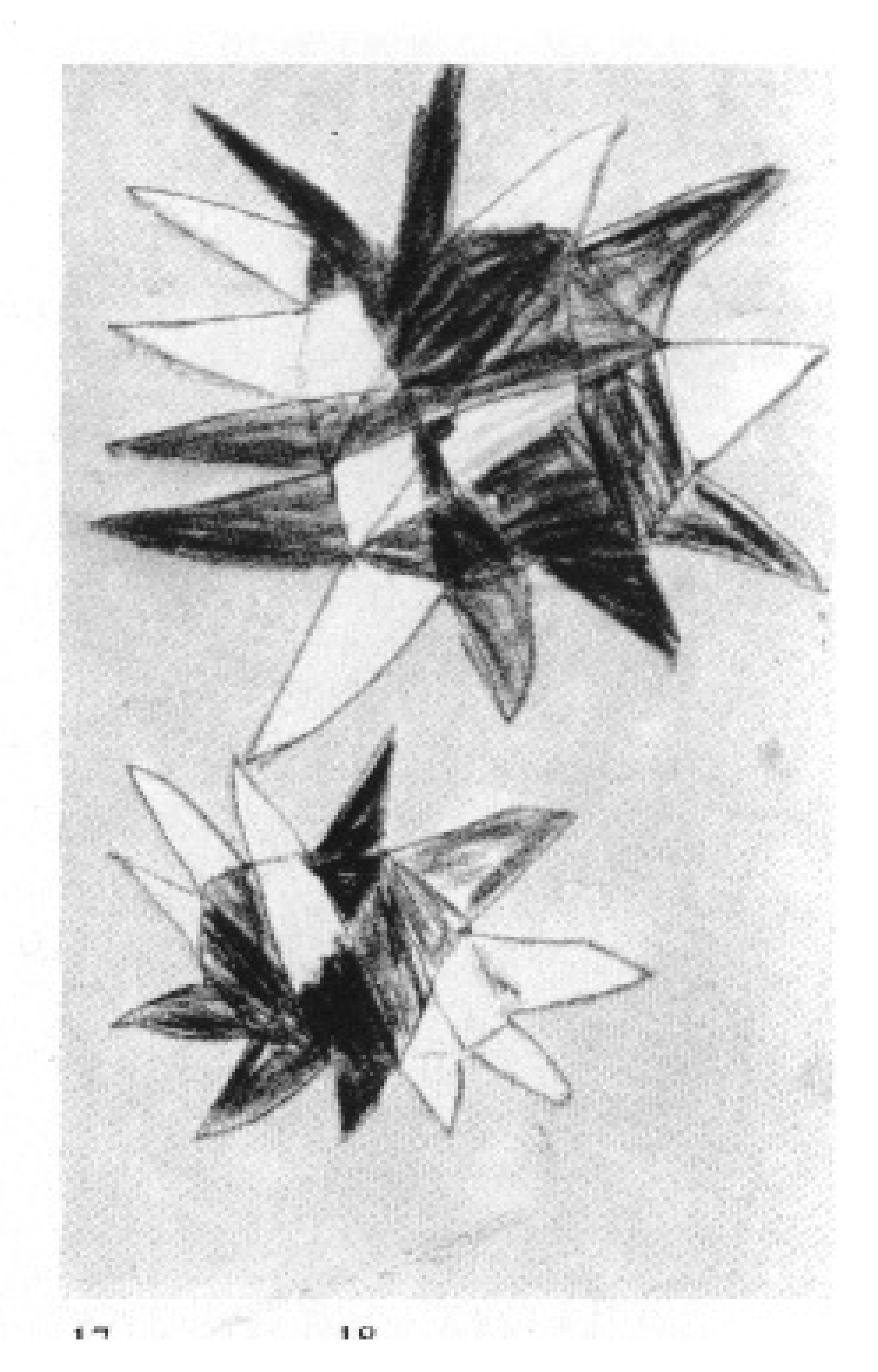
Richard ahora se muestra de acuerdo. Durante la formulación de estas últimas interpretaciones ha estado haciendo ruidos imitando al gallo y a la gallina, al principio con tono muy pacífico. Pero ahora los sonidos se hacen cada vez más enojados y angustiosos.

M. K. le pregunta lo que les pasa ahora a estos animales.

Richard, sin un momento de duda, responde que esta vez es al gallo al que han retorcido el cuello y no a la gallina.

M. K. interpreta que piensa que mamá también se vuelve peligrosa durante las relaciones sexuales con papá, dañándole o cortándole el pene, con lo cual acaba de demostrar cuánto duda de que *M. K.* sea realmente dulce[1065].

Richard dice que ahora el gallo y la gallina se están mordiendo… Recuerda una pesadilla que tuvo la noche anterior y la relata: *Le hacen tres operaciones. No tiene miedo o, mejor dicho, mucho miedo, porque aunque le dan éter, no lo huele*.



M. K. le pide que le diga lo que piensa sobre el número tres.

Richard contesta: «Papá, mamá y Paul».

M. K. le pregunta si sabe de qué clase de operaciones se trata.

Richard con gran convicción, responde: «De la garganta».

M. K. le indica que esto quiere decir que le han operado de la garganta tres veces, a lo que Richard contesta que no sabe por qué.

M. K. le recuerda, entonces, que en la vida real le han operado tres veces: una en el pene, otra en la garganta y otra en la boca (los dientes), pero que en el sueño las tres se las hacen en la garganta.

Richard se muestra interesado en esta asociación inconsciente y añade que cuando le operaron del pene tenía tres años.

M. K. interpreta que estos días está muy preocupado por el dolor de garganta de su madre. Que cree que no solo a él, sino que también a su mamá le ha cortado el pene el Hitler-papá. Además siente que él, Richard, se ha comido a todo el mundo (tal como se vio en el material de días atrás) y por lo tanto piensa que los «tres», papá, mamá y Paul, están operados dentro de él**[1066]**.

Le dice además que aunque ha dicho que en el sueño no tenía mucho miedo, se trata no obstante de algo que le ha causado temor, y por eso lo ha llamado pesadilla. De todas maneras parece haberse sentido más seguro al no oler el éter.

Richard empieza a dibujar (dibujo 17). Al pintarlo de colores, canta con voz siniestra el himno alemán. Después, cuando rellena las dos secciones puntiagudas de arriba con el color negro, dice que es papá. Tras esto canta el himno inglés de una manera viva y colorea algunas secciones de rojo, diciendo que le representan a él. Al pintar las partes celestes canta el himno griego, agregando que se trata de mamá y *M. K.* Comenta también que las partes violetas son Paul y canta entonces el himno belga. Mientras dibuja hace varios comentarios: en un momento, dice que él, Richard, se está metiendo rápidamente en un país antes de que papá llegue; más tarde, que «Paul acaba de cortar a papá y de sacarlo del país de mamá», y a continuación expresa: «Ahora yo arrebato a este».

M. K. pregunta dónde está situado todo el imperio y Richard le contesta que en Europa. *M. K.* entonces le interpreta que Grecia es la mamá invadida y dañada ya que en esos días se está peleando en Creta, y que también representa a *M. K.* Pero que además, también Richard «arrebata» como lo hace Hitler. Los tres hombres, papá, Paul y Richard, arrebatan y devoran a

mamá y la dañan con sus genitales, por lo cual está herida por dentro y esto es lo que hace que tenga miedo de la enfermedad que padece.

Richard se opone a *M. K.* cuando esta le dice que él es como Hitler.

M. K. entonces se refiere a un material anterior, en el cual él devoraba a mamá, pero le señala que este deseo coexiste con el deseo contrario de protegerla del papá malo y de la parte mala de sí mismo.

Tras esto Richard indica que él —el rojo—, está situado a ambos lados de la mamá celeste.

M. K. le recuerda que él mismo dijo antes, al dibujar el celeste, que este color representaba a mamá y a ella.

Richard contesta que también Paul protege a mamá de papá. Luego hace el dibujo 18, cantando únicamente, al hacerlo, el himno noruego y comentando que las partes celestes ahora son *M. K.* Se trata de un imperio más pequeño y no tiene idea de dónde está situado.

M. K. interpreta: (a) que representa a Europa, la cual es a su vez el interior de mamá invadido y robado pero protegido; (b) que el imperio totalmente desconocido representa su propio interior, mientras que el himno nacional noruego indica que es todavía pequeño. Asocia esto además con el gran miedo que le tiene a la invasión y que expresó ya la sesión anterior, y también con el temor a que le maten y con la pesadilla, en la cual las operaciones significan que le cortan el órgano genital y que le invade una familia peligrosa. El celeste ahora representa a *M. K.* en vez de a mamá, porque ella es la niñera buena (la mamá buena) que le protege junto con Paul. Las partes marrones en cambio son su materia fecal. Siente que toda la batalla contra mamá se hace dentro de él, pues piensa que ha incorporado a todos los miembros de la familia, tanto en su parte protectora como en su parte hostil.

Cuando termina la hora, Richard dice que volverá a traer sus zapatillas. Mete la flota en una caja de cartón que enseña a *M. K.*, y que tiene escrita la palabra «caramelos» y comenta que le gustaría que estuviera llena de dulces en vez de contener la flota.

M. K. interpreta que también desearía que toda su familia interna, incluso los bebés hostiles y los padres que se pelean, fueran buenos y dulces[1067].

Sesión número veintisiete (miércoles)

Richard está asustado y preocupado. Está lloviendo, cosa que siempre le deprime, y mientras pone su impermeable a secar expresa el desagrado que le causa la lluvia. Después menciona las palabras «rata ahogada», pero en seguida saca la flota y no quiere decir lo que ellas significan. (Esta manera de murmurar algunas palabras para luego cambiar rápidamente de tema, había llegado a significar para entonces que no podía evitar expresar algo importante que al mismo tiempo quería negar).

M. K. le llama la atención sobre lo que esta conducta denota, y le recuerda lo que sintió cuando el *Hood* fue volado (sesión veinticinco). Los marineros le llamaban: «Richard, Richard, Richard», y también entonces murmuró como lo ha hecho ahora.

Richard replica que ya lo sabe. Los marineros le llamaban para que los salvara, pero aun en el caso de haber estado allí, solo podría haber salvado a unos cuantos. Y quién sabe si aun esto hubiera sido posible… Todo este tiempo está «en guardia» contra los niños de afuera; menciona que se ha encontrado con algunos al venir, y que les ha tenido miedo.

M. K. interpreta que desea atacar a los bebés del cuerpo de su mamá y hacerla volar con «lo grande» y le recuerda el círculo negro que dibujó ayer y la parte marrón del imperio que le representaba a él. Los marineros, pues, representan a los bebés de dentro de mamá, a quienes le gustaría ahogar con orina. Pero al mismo tiempo desea salvarlos y duda de poder hacerlo, por no poder controlar el odio que siente (nota 1). También teme a estos niños atacados que se pueden vengar de él; *M. K.* le recuerda la invitación a comer que le hicieron los peces (sesión veintidós). En aquella oportunidad dijo que necesitaba el impermeable porque estaba metido en el agua; no se fiaba de los peces, y temió ahogarse como los bebés. El deseo de salvarlos y resucitarlos se debe al temor de lo que ellos le pueden hacer a él. La expresión *«rata* ahogada», sin embargo, demuestra que siente que se merece esto por ser malo.

Richard está jugando con los barcos mientras *M. K.* habla: el submarino *Salmon*, que es él, ha atacado al *Rodney* (el cual ahora representa al *Bismarck)* y lo ha hecho volar.

M. K. le llama la atención sobre lo que está haciendo, y le indica que el *Rodney* —ahora el *Bismarck*— que acaba de ser volado, siempre ha

representado a su mamá (nota II). También le recuerda lo que sintió cuando hundieron al *Hood*; en aquella oportunidad ella le interpretó que había relacionado el incidente con el *Emden*, hundido del dibujo 8, que representaba a mamá muerta, atacada y devorada por sus hijos, las estrellas de mar.

Richard se opone a la interpretación de que sea él quien hace volar y hundir a su mamá, y dice que es el papá malo el que lo ha hecho.

M. K. contesta que, en efecto, él cree que el papá vagabundo y Hitler pueden matar a mamá, pero que al hacer volar al Bismarck (Rodney) era él quien estaba atacando a la mamá mala. Esta se ha hecho mala porque Richard no solo la quiere, sino que además la odia, porque contiene al papá malo y a los bebés peligrosos y vengativos que volverían al atacarlos él. Sin embargo, cuando hundió al *Emden*-mamá, sintió que no solo hundía a la mamá mala, sino también a la mamá buena, devorada y muerta por los bebés ávidos que le representan a él.

Richard sigue jugando con la flota, reproduciendo el hundimiento del *Bismarck* según la descripción hecha en los periódicos. El barco vuela por el aire, gira y finalmente se queda de costado, terminado. Menciona además el desastre del *Thetis,* y habla durante un buen rato y con mucho sentimiento de lo espantoso que es que los hombres hayan muerto adentro sofocados.

M. K. asocia esto con las interpretaciones anteriores sobre los bebés que se mueren dentro de mamá, sin poder nunca nacer.

Richard dice entonces: «Los muertos no pueden volver a atacarnos, ¿verdad?».

M. K. le interpreta el miedo que tiene de que la mamá y los bebés dañados, y muertos, se venguen de él, y le indica que es a estos fantasmas a quienes teme. También siente que los bebés que no han nacido y que vuelven del mundo de los muertos son los niños hostiles de la calle, los cuales han nacido, después de todo, pero convertidos en enemigos suyos.

Richard sigue jugando con la flota y hace varios arreglos. Mientras *M. K.* le habla de los niños muertos y hostiles, coloca todos los barcos pequeños en fila y deja separado uno mayor, que dice que es él.

M. K. interpreta que son los niños enemigos, que están formados en contra de él.

Richard dice que ha tenido sueños desagradables, pero que se le han olvidado… Luego pregunta a *M. K.* por la casa donde ella vive. Le han dicho que también vive otra persona allí. ¿Comen los dos juntos, o tienen diferentes cuartos de estar? Y mientras pregunta esto, lleva al *Rodney* solo hasta el otro extremo de la mesa.

M. K. interpreta que el *Rodney*, así separado, la representa a ella que está sola, y le indica que le preocupa que de noche se pueda sentir sola en sus habitaciones; por eso desearía que alguien la acompañara. Sin embargo, al separar al *Rodney* demuestra que desea al mismo tiempo lo contrario.

Richard, mientras escucha, hace que el *Nelson,* y después los barcos pequeños, sigan al *Rodney*.

M. K. interpreta que acaba de devolver los hijos no solo a su mamá, sino también a ella, pues el *Rodney* también está en representación suya.

Richard dice que, en efecto, han venido a visitarla su hijo y otros miembros de la familia, y le formula más preguntas sobre el hijo de *M. K.*, queriendo saber si ella le habla de Richard. También quiere saber si entre los dos hablan en austríaco…

M. K. se refiere a lo que anteriormente ya le ha dicho sobre este tema, y además le interpreta que si piensa que ella se comunica con su hijo en austríaco, es para no pensar en la lengua alemana, porque esta lengua le hace tomar conciencia de que no se fía de ellos por ser extranjeros y quizás hasta espías. Más aún: teme no solo que *M. K.* le delate ante su hijo, sino además que mamá se alíe con Paul y papá en su ausencia.

Richard se opone a esta interpretación, pero sin mucha convicción. Y luego habla de la quinta columna, diciendo que espera que no haya muchos miembros de la misma; ¿qué le parece a ella?

M. K. contesta que, en efecto, todos desean lo mismo.

Richard le pregunta entonces, desconfiadamente, qué es lo que ella desea, que haya muchos o que no los haya.

M. K. le interpreta que acaba de poner en evidencia hasta qué punto desconfía de ella y de su hijo y los considera extranjeros y espías en potencia. Los dos representan para él, además, al papá y a la mamá desconocidos, que tienen secretos; no puede tampoco estar seguro de si su madre contiene o no al papá-Hitler adentro. A menudo, cuando no está con sus padres, desconfía de ellos, y piensa que mamá le puede delatar a papá. También a veces le parece Paul un espía del que no se puede fiar. Todo lo cual está asociado con el deseo que él mismo tiene de espiar a Paul y a sus padres y con no sentirse por ello digno de confianza.

Richard está de acuerdo con que él a veces espía y Paul también, pero dice que nunca sospecharía que su madre lo hiciera. De pronto, y con gran determinación, dice que quiere contar algo a *M. K.* que le preocupa mucho: tiene miedo de que la cocinera o Bessie le envenenen, por portarse él horriblemente con ellas o ser mal educado tan a menudo. Esto hace que de

vez en cuando examine bien la comida para ver sí tiene veneno; en esas ocasiones mira dentro de las botellas de la cocina para ver qué contienen, pues pueden estar llenas de veneno que la cocinera puede mezclar con su comida. A veces piensa también que Bessie, la muchacha, es una espía alemana. Por eso, ocasionalmente, mira por el ojo de la cerradura para averiguar si las dos hablan en alemán entre ellas. (Tanto una como otra son inglesas y no saben ni una palabra de alemán, cosa que pude averiguar más adelante). Es evidente que Richard se está forzando a sí mismo para contar todo esto, y lo hace con aspecto torturado y preocupado. Se levanta, se aleja de *M. K.* al hablar, yéndose hacia la ventana, y cada vez que la ansiedad aumenta parece quedar exhausto. Dice que estos temores le hacen sentirse muy infeliz y pregunta si *M. K.* le puede ayudar a vencerlos (nota III).

M. K. contesta que el trabajo con ella puede ayudarle, pero que él además está tratando de preservar a la mamá celeste que le ayuda, para que le proteja de los padres malos y de la parte mala de sí mismo.

Richard, llegado este momento, parece incapaz de decir ya nada más. Está todo el tiempo mirando por la ventana para ver si pasa algún niño. Luego sale corriendo al jardín, señala algunas flores silvestres que crecen en la hierba y se pregunta que quién puede haberlas estropeado, pues están «horribles» (cosa que, en realidad, no es verdad). Vuelve al cuarto, y dice: «Por favor, vamos a jugar». Primero hace que el submarino *Salmon* dispare contra el *Rodney,* el cual otra vez representa al *Bismarck.* Pero de repente todo se confunde, pues el *Salmon,* que debería de disponer contra un destructor alemán, dispara por equivocación contra el *Rodney,* que ahora es británico. Richard comenta, entonces, que al mando de él está el «más tonto de los comandantes», pues ¿cómo, si no, ha podido cometer tal error?

M. K. interpreta que no solo desconfía de la cocinera y de Bessie sino también de sus padres, y esto a causa de que quiere hacerlos volar con «lo grande» y envenenarlos con orina, sustancias ambas que siente que se vuelven venenosas cada vez que los odia. Por esta razón espera que ellos le hagan lo mismo a él. La botella que trata de examinar es, además, el pene de su padre y el pecho de su madre, relacionándose también todos estos temores con el miedo que le tiene a la lluvia, ya que esta, cuando cae del cielo, representa a sus padres que orinan sobre él como él quisiera hacerlo cada vez que tiene celos de ellos o les tiene rabia por acostarse juntos. Acaba de decir, además, que teme que la cocinera y Bessie se venguen de él por ser él mismo desagradable con ellas; pero también ha admitido otras veces que a menudo siente que se pone difícil con sus padres, y que deja exhausta a su mamá con

sus discusiones. Sabe, además, que quiere espiarlos, y por ello teme que ellos le espíen a él. Pero el temor más grande y la culpa mayor la siente porque inconscientemente desea atacarlos con materia fecal y con orina y además devorarlos y matarlos. Por todo esto, el «comandante tonto» del *Salmon* representa a una parte de sí mismo, a la cual culpa por haber atacado a sus padres (su propio barco) convirtiéndolos así en enemigos suyos, y causándose a sí mismo, de esta manera, tanta persecución externa e interna.

En cierta medida Richard se ha ido calmando hacia el final de la hora. Está aliviado, además, porque ha dejado de llover; pero aunque un poco menos tenso, está todavía preocupado y triste. Solo en este momento menciona que su madre sigue todavía enferma e incluso un poco peor. *M. K.* le indica entonces que esto contribuye también a que haya tenido los temores que ha expresado durante la sesión. Antes de marcharse, Richard pone juntas dos sillas, como hace con frecuencia, y dice que él y *M. K.* (las sillas) son amigos.

Notas de la sesión número veintisiete.

1. Esta desesperanza es parte inherente de la depresión y se vivencia por primera vez en la posición depresiva. Como el niño siente que sus impulsos destructivos más tempranos son omnipotentes, en cierto sentido cree que son irreparables. De modo que cuando en cualquier etapa posterior vuelve a revivirlos, guardan aún parte del carácter omnipotente que les adjudicara en la primera infancia. Además, la sensación de que los impulsos destructivos no pueden ser suficientemente controlados, aumenta esta reviviscencia de las ansiedades primarias.

II. El juego con la flota, los dibujos y los juguetes, junto con las asociaciones hechas con cada una de estas actividades, expresan a veces el mismo material, corroborándose de esta manera entre si sus significados. En otras ocasiones, cada actividad saca a luz contenidos nuevos que le permiten tomar conciencia de diferentes aspectos de sus fantasías y de sus situaciones emocionales. En este informe no siempre puedo mostrar con bastante detalle la manera como los contenidos inconscientes, expresados por ejemplo, mediante el juego de la flota, quedan ampliados y corroborados por otros medios de expresión; repetidamente ocurrió, en efecto, que «cansado» de jugar con los juguetes, por ejemplo, o habiendo protestado por alguna interpretación hecha al juego, Richard iniciara cualquier otro tipo de

actividad, la cual terminaba por confirmar mis interpretaciones. Una de las características del análisis de niños, es que las diversas actividades que estos hacen, permiten al analista ver cómo se establece una interacción entre las resistencias y la creciente toma de conciencia de sí mismo, y además de observar la gran necesidad que tiene el inconsciente de expresarse.

III. A pesar de las resistencias que surgían inevitablemente, Richard trató, desde el comienzo de su análisis, de revelar totalmente sus pensamientos y sus ansiedades. Sin embargo, no fue capaz de contarme ciertas angustias *conscientes*, tales como el temor a ser envenenado, hasta no haber analizado cierta cantidad de contenidos inconscientes, relacionados en particular con persecuciones internas e impulsos destructivos, y aun entonces no sin bastante dificultad. Podemos suponer que Richard se sentía particularmente mal respecto del miedo a ser envenenado, por sentir que tal miedo era irracional y anormal, y por ello trataba de mantenerlo en secreto. Esto está asociado con algo que observamos en general y es que, aun los paranoicos más severos, a menudo consiguen ocultar a la gente del ambiente en el que viven la fuerza de sus angustias persecutorias, y pueden llegar a un extremo tal que, de cometer suicidio o un asesinato, esta acción toma de sorpresa aun a la gente que está más cerca de ellos.

Sesión número veintiocho (jueves)

Richard pide a *M. K.* que le saque la flota del bolsillo del abrigo, porque él está tratando de ver sí hay niños en la calle y no quiere perder nada de vista. Algunos niños, en efecto, van camino del colegio, y la niña pelirroja corre delante de todos. Richard dice: «Ahí va mi enemiga, corriendo para salvar su vida», y añade que los demás la están persiguiendo. Si pudiera, él también la perseguiría.

M. K. interpreta que siente que está amenazando a la niña y que quiere matarla, y que luego atribuye a los demás niños el deseo de perseguiría y de hacerlo. (Se trata de la niña que le preguntó si era italiano; véase sesión diez). Además le dice que le teme y la odia, porque lo representa a él mismo, que teme a los extranjeros y a los espías; y estos, en la última sesión, resultaron ser envenenadores además. En este sentido, también él se siente extranjero y teme ser venenoso.

Richard está de acuerdo con que teme a los extranjeros y a los espías, pero afirma rotundamente que no teme a *M. K.* En este momento va a asegurarse de que la puerta esté bien cerrada.

M. K. interpreta que se está asegurando de que no puedan entrar niños ni espías.

Richard dice que Paul llega hoy y que por esto mamá se irá a casa también hoy o mañana. Pero agrega que no le importa, pues viene a quedarse con él su antigua niñera, a la que quiere mucho. Al decir esto, ordena casi toda la flota en un lado y coloca un crucero y cuatro destructores en el otro, todos en posición de combate.

M. K. interpreta las dudas que siente a causa de que su madre se vaya. La flota de guerra representa a sus padres, a Paul y a las muchachas, todos unidos contra él[1068].

Richard indica entonces que él tampoco está solo, y que tiene quien le ayuda.

M. K. interpreta que los cuatro destructores —sus ayudantes— representan a la antigua niñera o a *M. K.*, a sus canarios y al perro. A veces siente que mamá o la cocinera están de su lado, y de la misma manera, al principio de la sesión, sintió que *M. K.* podía ser una aliada de confianza que le ayudaría contra cualquiera que quisiera irrumpir en el cuarto. Los celos que tiene de Paul y la rabia contra él han aumentado por el temor de que este se

alíe con sus padres en contra suya. Le hace recordar, además, que a menudo Paul le hace rabiar y esto no solo en el pasado, sino actualmente; en esos momentos, la niñera se pone de su lado. Como ahora viene a quedarse con él, siente que es su aliada.

Richard invierte la situación de la flota. Ahora el crucero representa a Paul y todos los demás barcos están contra él. En ese mismo momento coge las llaves y pregunta que si saliera y cerrara la puerta se quedaría afuera sin poder entrar.

M. K. interpreta que este deseo de saber si ella le dejaría fuera del consultorio expresa un temor antiguo suyo: que le echen de su casa. También puede estar deseando encerrar a *M. K.* en el cuarto.

Richard se ríe ante esta sugestión y conviene en que sería bueno encerrarla, pues así se tendría que quedar adentro hasta que él volviera el próximo día.

M. K. interpreta que desea que ella no vea a John ni a sus demás pacientes, y que quiere asegurarse de que le estará esperando a él. (Con esto Richard se muestra vivamente de acuerdo). También querría encerrar a mamá en el hotel para que no pudiera ir a querer a Paul y a papá.

Richard vuelve a la flota. El submarino *Salmon* está ahora solo y ataca al *Rodney.* Tras esto lleva a cabo acciones similares a las que hizo al hundir el *Bismarck.* El *Rodney* es hundido, y a esta acción sigue una gran batalla en la cual entran otros barcos. Al final comenta que han quedado en el camino varios restos de ellos y que deben ser sacados de allí.

M. K. le pregunta dónde van a ser llevados.

Richard responde que a los cementerios, para ser enterrados y para que así estén seguros. Mientras el *Rodney* se hunde, emite sonidos de «gallos y gallinas», y la gallina grita cada vez en forma más desesperada. Richard comenta que le están cortando el cuello, y que el gallo la está matando. De pronto corre las cortinas y pide a *M. K.* que le ayude a oscurecer la habitación. Está muy excitado y mira a la flota, la cual, según dice, no se puede ahora distinguir. No se puede ver qué es lo que está pasando. Pregunta a *M. K.* si está llorando, repitiendo la pregunta un poco más tarde. Después hace otra vez el sonido del «gallo y la gallina», cada vez con más desesperación (nota 1).

M. K. interpreta que quizá se siente aterrorizado por las noches, esperando que mamá llore al ser dañada o muerta por el papá vagabundo. Pero que por lo que ha dicho y acaba de mostrar, se ve que no solo teme que papá mate a mamá, sino también hacerlo él mismo. Ha mostrado, en efecto, los celos y el

miedo que siente al ir mamá a juntarse con papá y con Paul, mientras que el *Salmon*, que es él mismo, acaba de hacer volar al *Rodney*.

Richard dice, entonces, con tono vacilante, que el *Rodney* es británico. Después se corrige y dice: «No; quise decir alemán. No…, no sé…».

M. K. le indica que él (el *Salmon)* acaba de hacer volar al *Rodney* que es británico, es decir a la madre amada, porque la odia cada vez que tiene celos y duda de ella.

Richard dice que la batalla del Cabo Matapán ha debido de ser terrible. Como nadie podía ver lo que hacía, los italianos se empezaron a atacar entre sí.

M. K. interpreta entonces que por la noche le asusta mucho que papá pueda destruir a mamá, y que él mismo pueda atacarla. Le hace recordar la manera en que reprodujo la catástrofe del *Hood,* cuando «lo grande» representaba explosivos. En aquella ocasión, volar el barco que representaba a su madre, implicó que «también destruía a los bebés» (sesión veinticinco), pues los marineros le pedían ayuda gritando Richard y papá. Ahora desea que los muertos sean enterrados y colocados, por lo tanto, en un lugar seguro, lo cual expresa el temor de que los bebés muertos vuelvan a atacarle, representados por los niños de la calle o por fantasmas (ver sesión anterior).

Richard está totalmente de acuerdo con que los marineros son los niños.

M. K. sigue interpretando que al oscurecer la habitación ha querido mostrarle a ella cómo se siente cuando de noche tiene miedo. Como entonces no puede ver lo que realmente les pasa a sus padres, tampoco puede saber sí sus deseos agresivos se han cumplido o no. Además, no sabe sí está atacando a la madre amada o a la odiada, si con mamá está el papá bueno o el malo, ni, en definitiva, quién mata o ataca a quién. [Confusión]. Todo este temor e incertidumbre los ha expresado al mencionar la batalla de Matapán, que representa la situación de hace un momento en la oscuridad, cuando no supo decir si *M. K.* lloraba o no; también al no saber cuál era el barco destruido, si el *Rodney* o el *Bismarck,* ha mostrado el mismo problema.

Mientras *M. K.* interpreta esto, Richard enciende la luz y manifiesta un gran placer al ver el cuarto iluminado. Comenta que ahora está todo muy lindo, mientras que antes estaba horrible. Luego apaga otra vez y dice que antes solía sentirse aterrado por las noches. La niñera debía sentarse al lado de su cama hasta que se dormía, pero él solía despertarse lleno de terror y gritando hasta que alguien viniera. Esto le ocurría alrededor de cuatro o cinco años atrás. Añade que ahora no le pasa, pero no parece muy convencido de lo que está diciendo (nota II).

M. K. interpreta que se ha sentido muy aliviado al encender la luz. Los antiguos temores, que ahora está volviendo a vivir, son menos fuertes que antes porque *M. K.* está con él y porque puede encender la luz cuando quiere y hablar con ella de su miedo.

Esto quiere decir que *M. K.* representa ahora a la niñera o a su mamá en sus mejores momentos, tal como quisiera que fueran de noche, cuando está solo. No ha experimentado únicamente miedo en el pasado; el miedo sigue vivo, tal como lo ha demostrado al jugar y hablar.

Richard menciona entonces que su mamá está hoy mejor que ayer.

M. K. interpreta que ayer sintió que la garganta enferma de su madre significaba que ella también estaba envenenada, ya que mucho del contenido de la sesión se refirió al temor de ser envenenado y de ser él mismo venenoso.

Richard está de acuerdo con esto, más añade inmediatamente: «Pero envenenado por Bessie».

M. K. le recuerda que antes le contó que había estado cuidando a su madre, pero que no le dijo de qué manera.

Richard se muestra muy vacilante. Después dice que fue a la farmacia a comprarle algo que debía aspirar por la nariz, y añade: posiblemente alguna sustancia venenosa.

M. K. le pregunta si se trataba de una botella.

Richard contesta que sí.

M. K. entonces le interpreta que, como se siente venenoso cada vez que está enfadado y tiene celos, cree que no puede ayudar a su madre ni aun cuando desearía hacerlo. En su imaginación, la botella que compró en la farmacia se ha convertido en veneno.

Richard se pone muy inquieto, camina de arriba abajo y dice que no quiere oír esto. Le enferma lo que *M. K.* le dice.

M. K. interpreta que acaba de usar la palabra «enferma» porque siente que las palabras de *M. K.* son ahora lo mismo que la comida venenosa que le meten adentro las muchachas —en realidad mamá— como castigo por envenenarlas él, y por haber envenenado también a *M. K.* en la sesión anterior.

Richard, tras una pausa, logra tranquilizarse. Abre entonces las cortinas, y pregunta a *M. K.* si no le produce dolor que sus pacientes piensen cosas tan agradables y se las digan.

M. K. interpreta que teme herirla igual que teme herir a mamá, no solo mediante sus palabras, sino también mediante ataques inconscientes contra

ella. Añade que su trabajo consiste precisamente en averiguar lo que los pacientes piensan y sienten.

Richard dice entonces que el día anterior pensó que era una bruta malvada, y no solo cuando ella le hablaba de su deseo de ser venenoso. Se preguntó entonces lo que haría ella si él le tirara cosas o la atacara de cualquier otra manera. Quisiera saber si John ha tratado alguna vez de llegar a hacerle daño realmente.

M. K. le contesta que no permitirla que él ni ningún otro paciente la atacaran físicamente (aquí Richard se pone contento y más tranquilo), y le sugiere que teme ser llevado por sus sentimientos agresivos; como teme que estos sean muy peligrosos, se está preguntando cómo ella podría defenderse. Siempre ha tenido miedo, como se ha visto ya en el análisis, de que su madre no pueda defenderse de los ataques del vagabundo-papá o del Hitler-padre. El deseo de atacar físicamente a *M. K.* se ha hecho más consciente, en el momento en que daba puntapiés a la pelota y la llamaba «bruta malvada».

Richard hace otra vez los sonidos del «gallo y la gallina»; al principio parecen desesperados, pero después imitan un sonido alegre de gárgaras. Explica que ahora la gallina está muy contenta; acaba de poner un huevo y va a tener un bebé. Por eso ha llorado al principio. Comenta que la vecina de al lado, la Sra. A, tiene dos gallinas y esperaba que tuvieran trece pollitos, pero solo han nacido dos.

M. K. le pregunta por qué le parece que ha podido pasar esto.

Richard contesta, con dificultad, que no lo sabe. Piensa que los huevos deben de haber estado mal. Luego se arrodilla en la mesa, cosa que no suele hacer, y empieza a jugar con la flota. El *Rodney* es una vez más atacado por un destructor. En este momento se da cuenta de que se ha ensuciado las rodillas al arrodillarse y va a lavarse al lavabo, comentando después que el agua ha quedado horrible.

M. K. interpreta que siente que el agua de la canilla ha quedado horrible por haberla ensuciado él con las rodillas, y le señala que todo esto ha seguido al hundimiento del *Rodney* (mamá). En su imaginación, siente que está envenenando a su madre con la orina y con «lo grande», mientras que las rodillas representan su trasero. Estar de rodillas también significa pedir perdón por los ataques que ha hecho a *M. K.* En el incidente de las gallinas que solo han tenido dos pollitos a pesar de que se esperaba que tuvieran más, estos animalitos representan a mamá, la cual siente que hubiera tenido muchos más niños de no haberlos él envenenado. También piensa que es él quien ha envenenado los huevos, estropeándolos.

Richard vacía el agua sucia y empieza a jugar en el lavabo, llenándolo de agua y vaciándolo mientras habla de inundaciones.

M. K. interpreta que teme a la lluvia y la odia, en parte porque representa la orina venenosa de su padre que todo lo inunda.

Richard se va afuera a ver cómo corre el agua del desaguadero y después vuelve a entrar y llena de nuevo el lavabo. Está más tranquilo, y dice que ahora el agua parece muy linda y que hasta se podría meter dentro un pez de color.

M. K. interpreta que tiene menos miedo de envenenar e inundar a mamá, y que se siente capaz de limpiarla y de arreglar los daños causados, dándole a ella y a *M. K.* un pez de color, que representa a un bebé.

Richard está mucho menos preocupado al irse. Va parte del camino con *M. K.* y antes de llegar a una esquina de la calle grita: «Bang, bang».

Cuando *M. K.* le pregunta a quién está disparando, le responde que del otro lado de la esquina hay enemigos, y que pueden estar en cualquier parte; por ello, sigue disparando en todas las direcciones.

Notas de la sesión número veintiocho.

1. El juego de Richard era a veces tan variado y las actividades se seguían unas a otras tan de prisa, que por lo general solo podía yo elegir una parte del material para interpretárselo. Por la misma razón, casi nunca pude terminar de interpretar sus dibujos, cosa que también nos es familiar en el análisis de los sueños. Cuando la actividad lúdica del niño está en su momento más rico —cosa que ocurre a menudo tras hacer interpretaciones que logran disminuir la ansiedad—, la abundancia de asociaciones que se dan simultáneamente se expresa con la misma rapidez con que se van sucediendo. Los pacientes adultos se quejan a menudo de estar pensando al mismo tiempo muchas cosas, de las cuales se ven forzados a seleccionar solo unas cuantas para poder ponerlas en palabras. Esto significa a veces que están vivenciando además, simultáneamente, una cantidad de emociones contradictorias. Repetidamente he expresado la opinión de que uno de los rasgos que tiene la complejidad de los procesos mentales más tempranos, consiste en que muchos de ellos operan al mismo tiempo. Esto nos enfrenta con ciertos problemas que requieren una mayor aclaración en el futuro.

II. Como el análisis ha movilizado las primeras ansiedades nocturnas de Richard (las cuales también podrían haberse expresado mediante un *pavor*

nocturnus), este vuelve a recordar que cuando era pequeño su niñera debía sentarse a su lado hasta que se durmiera, cosa que no había olvidado pero que tampoco había mencionado hasta ese momento. Resulta de interés ver cómo este recuerdo entra en el contexto de esta sesión particular, en la cual está otra vez vivenciando ansiedades, deseos e impulsos muy tempranos. Todo esto nos lleva además a ver el problema de los recuerdos nuevos que van surgiendo con el análisis. Su mayor valor reside, a mi parecer, en todas las posibilidades que ellos ofrecen al analista, para explorar las experiencias y las emociones sobre las que se construye cada uno de ellos. Si esto no se hace, la aparición de recuerdos durante el análisis pierde importancia. La exploración de los estratos profundos de la mente lleva a vivenciar otra vez, en forma muy vívida, situaciones internas y externas que podríamos denominar recuerdos de sentimientos. Tal revivencia puede darse tras haber llevado a cabo el análisis de recuerdos actuales, o inversamente, puede darse que sean los recuerdos concretos los que surjan como resultado de la revivencia de emociones tempranas. El concepto de recuerdo encubridor, de Freud, implica en sí que si queremos llegar a su significado más completo, debemos descubrir las emociones, experiencias y situaciones que se encuentran detrás de los mismos.

Sesión número veintinueve (viernes)

M. K. y Richard se encuentran en la calle. Por lo general, cuando esto ocurre, el niño suele correr hacia ella, pero esta vez no lo hace, limitándose a decir: «Aquí estamos». En el cuarto de juegos quiere, antes que nada, ver si tanto él como *M. K.* han llegado puntualmente. Luego se queda en silencio, tras lo cual dice que no ha traído la flota. *M. K.* le pregunta si se le ha olvidado.

Richard contesta que no, pero que no ha tenido ganas de traerla. (Está claramente dispuesto a no cooperar).

M. K., tras una pausa, le pregunta en qué está pensando.

Richard al principio contesta: «En nada», pero después dice que pensó en algo que no le quiere decir. Da vueltas por el cuarto, explorándolo y mirando por todas partes; luego se va a la cocina y abre la canilla. Coloca el tapón bajo el chorro que cae y derrama agua en dirección a *M. K.*, poniendo un dedo debajo.

M. K. interpreta que hacer eso es como si estuviera orinando y le sugiere que quizá no quiera hablar con ella, porque siente que sería como salpicaría con orina.

Richard dice que el agua parece estar sucia y repite que ha pensado en algo que no quiere contarle, y es que no quiere decirle nada que le lleva a ella, a su vez, a hablarle de más cosas desagradables sobre veneno. No quiere enterarse de tales pensamientos**[1069]**.

M. K. interpreta que en la última sesión comentó que el agua del lavabo parecía horrorosa tras haberse él lavado las rodillas. El lavabo es ella, llena de orina venenosa tras haberla él ensuciado, y que por ello ahora teme que no puedan salir de ella más que palabras llenas de veneno. Lo mismo le pasa con mamá cada vez que desconfía de sus palabras y las teme, pues tanto ella como *M. K.* representan, además, todo lo que le va pasando a él mismo por la mente, pensamientos desagradables e inquietantes que prefiere ignorar.

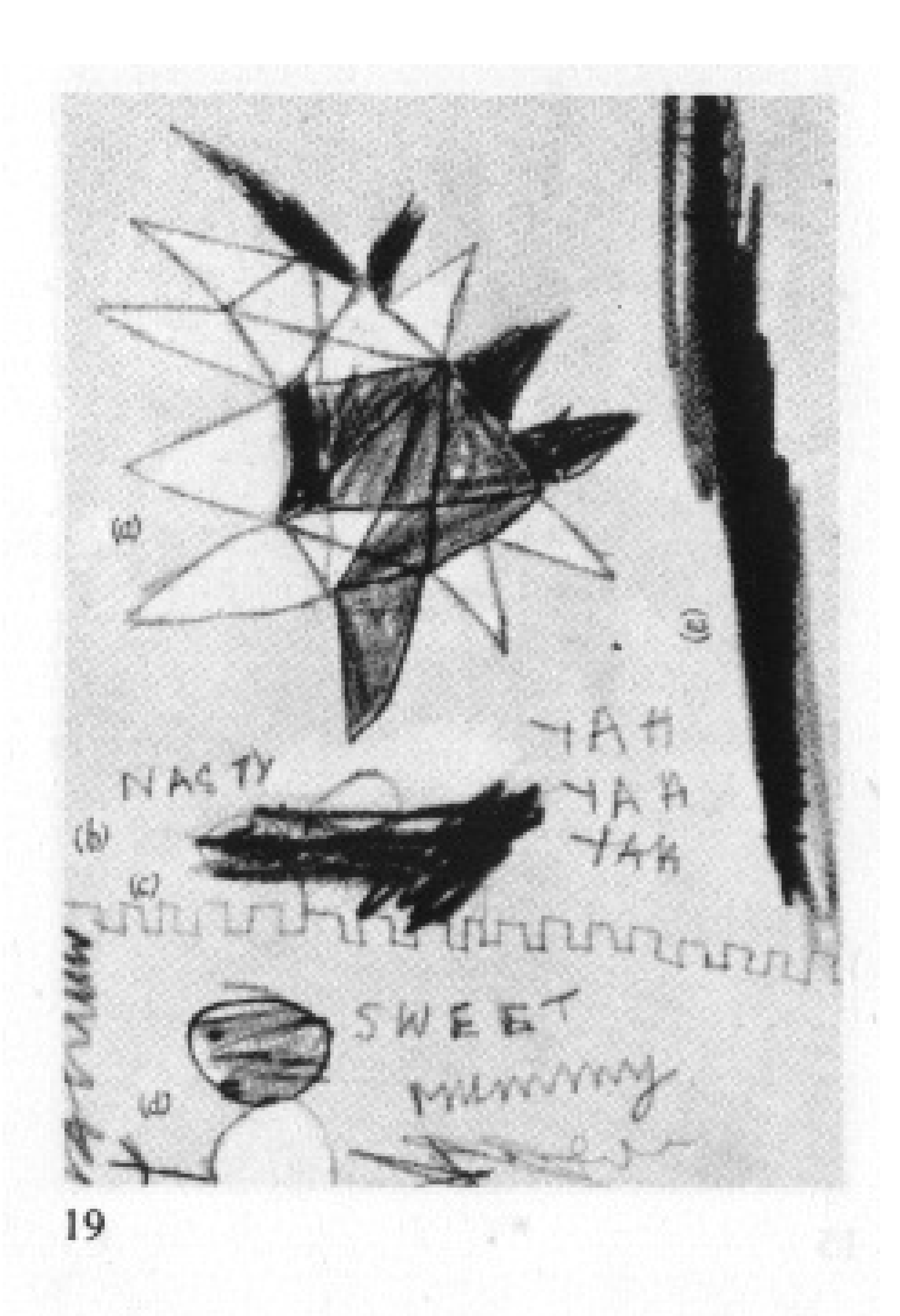
Richard sale del cuarto y pide a *M. K.* que destape el lavabo para ver por dónde se va el agua del desagüe.

M. K., transcurrido un rato, le pregunta si su madre se ha ido ya.

Richard, muy enfadado y poniéndose colorado, contesta que sí; que se ha ido con Paul. Al hablar rechina los dientes y hace un sonido parecido a un gruñido. Dice que se siente rebelde y que se irá de casa de *M. K.* cuando le dé la gana. Trabajar con ella es demasiado desagradable y nadie le va a impedir

marcharse cuando quiera. Tras esto se sienta a dibujar (dibujo 19). Al cabo de un rato añade: «No me quiero ir en este momento». Comienza su obra haciendo la forma de estrella de mar que hace siempre (a). Después escribe: «Paul es asqueroso, yah, yah, yah[1070]», y explica que «yah», en alemán, significa «si», y que Paul es un alemán asqueroso. Otra vez está muy enojado y colorado, y abre y cierra la boca, pero, sin duda, exagera y dramatiza demasiado sus sentimientos. Tras haber expresado el odio que siente hacia Paul, dice de repente: «Pero también le quiero; es bueno». Mientras habla está dibujando (b) una forma mitad pez y mitad culebra, a la cual pinta de negro. Hace la línea divisoria (c) y dibuja la figura (d). Mientras pinta de verde la cara y el cuerpo, aclara que es su mamá que está enferma y que por eso está de color verde. Al pintar de negro vigorosamente las piernas y los pies, hace los sonidos de «gallo y gallina», cada vez más y más furioso. Comenta que las piernas están negras por haber estado pisoteando al papá negro. Tras esto pinta de rojo el cuerpo que estaba verde, y, apretando mucho el lápiz, escribe a su lado: «Mamá dulce». Al hacerlo tiene una expresión divertida e irónica, y resulta bien evidente que sabe que lo que acaba de escribir es una mentira.

M. K. le pregunta qué está pasando ahora entre el gallo y la gallina.



19

Richard contesta: «Ella le ha matado», añadiendo tras una pausa: «porque es muy mala». Entretanto ha escrito (e): «M. K. es una bruta», pero inmediatamente, con ansiedad y rabia, lo tacha.

M. K. interpreta que siente que tanto la mamá dulce como la *M. K.* bruta son malas. Cree que su mamá es peligrosa y sospecha que mata y devora a papá, tras lo cual se enferma y se vuelve verde. Y si después su cuerpo se pone rojo, es porque Richard piensa que contiene el pulpo-papá rojo que se la come por dentro. También pisotea a papá, lo devora y se pone negra, porque Richard piensa que está furiosa orinando y defecando tal como lo hace él. Por todo esto es por lo que teme que *M. K.* y mamá le envenenen. [Ansiedad persecutoria y proyección].

Richard ha seguido dibujando (a). Dice que solo hay dos personas peleándose por el imperio: el papá negro y él mismo. Los dos desean quedarse con las partes de la costa (señala las partes exteriores). Luego, tras indicar las secciones negras de arriba dice que el genital de papá es muy gracioso, tan puntiagudo como es. El, Richard es inteligente y rápidamente arrebata casi todos los trozos de la costa mientras que mamá se queda solo con algo en el centro; entonces después de decir esto, le da un poquito de costa añadiendo que de todas maneras él se queda con la mayor parte.

M. K. interpreta que las partes rojas de costa que le representan a él, son un genital más grande y más poderoso que el de papá el cual es gracioso y puntiagudo. Pero el color rojo era antes el pulpo papá y también el genital de este comido por Richard. Por lo tanto, el rojo es ahora su órgano sexual, el cual, cómo pensó de chico, le cortaron al operarle. También el rojo puede estar simbolizando a su pene cuando está excitado y juega con él. En realidad él sabe bien que su pene es menor que el de su padre, y esto se ve en las dos secciones pequeñas del ángulo inferior derecho de la estrella de mar. Parece que, además, le está dando a su madre un pene tras decir que ella solo tiene algunas partes del centro, lo que significa que pene no tiene. Inconscientemente parece haber decidido que tenga uno, después de todo.

Richard no protesta ante esta interpretación. Aunque no ha admitido haber visto el órgano sexual de ninguna mujer ni de ninguna niña, parece estar bien al tanto de la diferencia que hay entre los órganos sexuales femeninos y masculinos.

M. K. sigue interpretando que Richard no solo está furioso con Paul y celoso de él, y por esta razón le ha excluido del imperio (esto significa echarle de casa), sino que además está sobre todo celoso de papá, y furioso con él. El imperio que ha dibujado hoy representa el interior de Richard, donde siente

que ha incorporado a una mamá enferma, envenenada y enfadada, con un papá malo o muerto. *M. K.* le recuerda, a este respecto, que el día anterior los cadáveres que debían ser enterrados estaban relacionados con el temor a que los muertos volvieran a la tierra. El haber estado moviendo las mandíbulas antes de dibujar y durante la ejecución de esta tarea, demuestra que se ha comido a su familia en plena rabia.

Richard garabatea en el cuaderno con movimientos rápidos vehementes mientras *M. K.* habla. En el medio dibuja una figura humana y varias letras que rápidamente tacha.

M. K. interpreta que quiere atacarla a ella y a su mamá con «lo grande».

Richard entonces hace puntos en el papel, lo arruga y lo tira, muy enojado y angustiado.

M. K. interpreta que está tirando a ella y a mamá, las cuales están ennegrecidas, dañadas y, por lo tanto, enfadadas; y que además está tratando de sacarlas fuera de su cuerpo.

Richard dibuja en otra hoja, pero en seguida da un salto y quiere irse afuera. Pidiéndole a *M. K.* que salga con él, añade: «Vamos a salir de este sitio espantoso».

M. K. interpreta que el sitio espantoso es su interior, y que cree que es espantoso por estar lleno de gente muerta y enojada y de veneno, tanto suyo como de ellos. Si desea sacarla a ella también fuera del cuarto, es porque quiere traer a su lado a la mamá buena y protectora, salvarla y tenerla consigo en el mundo exterior.

Richard admira el campo, las colinas y el sol. Pide a *M. K.* que no le haga interpretaciones en el jardín, pues la gente les podría oír, pero no la detiene cuando esta, en voz baja, le dice que no quiere oír sus interpretaciones porque simbolizan las cosas malas, las cuales contrastan con la *M. K.* externa y buena, y con el hermoso paisaje.

Richard trata de sacar las malas hierbas que crecen en los canteros, pero se detiene cuando *M. K.* le pide que no lo haga. Ha llegado a sacar, sin embargo, una planta, la cual no sabe si se trata de una hierba mala o de una flor. Entonces coge algunas piedras que hay entre las flores y las tira con rabia contra la pared.

M. K. interpreta que está explorando el interior de ella y el de su mamá y sacando de adentro a los bebés. (En este momento se oyen las voces de una mujer y de varios niños).

Richard dice: «Son niños malos».

M. K. interpreta que los ataques que hace al interior de su madre se deben, en parte, a los celos que siente, y en parte, al miedo de que contenga bebés-estrellas malos, es decir, peligrosos, que la devoran; los saca, por lo tanto, para protegerla. Le recuerda que esto mismo lo ha expresado ya en sus dibujos.

Richard sigue tirando piedras a la pared y dice: «Este es el pecho de mamá».

M. K. le recuerda que ya la salpicó a ella con agua, y que antes de hacerlo había dejado correr el agua por sobre la tapa redonda que representa su pecho. Esto significa que siente que está orinando y envenenando el pecho, tal como cree que lo hizo de bebé, todo lo cual está relacionado con el miedo que tiene de que la cocinera, que representa a mamá, se vengue a su vez de él envenenándole la comida. Por esto sospecha que cualquier comida está llena de veneno. En este momento, los ataques al pecho se deben a la furia y a los celos que le provocan los bebés que mamá puede todavía tener, a los cuales, de nacer, tendría que alimentar. Lo mismo siente hacia *M. K.* cuando piensa que ve a John y a otros pacientes, siendo su enojo tanto mayor cada vez que piensa que está por irse a Londres a ver a estos y a su familia.

Richard repite una y otra vez la admiración que siente por el paisaje. Se sienta con *M. K.* en el escalón de la puerta, en este momento sintiéndose bastante pacifico, y dice que quisiera escalar una de las montañas más altas. ¿Cuánto tiempo tomaría el hacerlo? ¿Podría *M. K.* hacerlo también? Esta pregunta la formula varias veces mientras encuentra un palo, el cual hinca profundamente en la tierra, muy cerca de los canteros de flores, mientras dice que lo está metiendo en el pecho de mamá. Luego lo saca otra vez, busca un poco de tierra y rellena con ella el agujero que ha dejado.

M. K. interpreta que el palo representa sus dientes y su pene, y que está atacando el pecho mordiéndolo y metiéndole dentro el pene.

Richard dice una vez más que quiere subir a la montaña con ella.

M. K. interpreta que desearía tener un pene de persona mayor. Las ganas de subir a la montaña, expresan el deseo de tener con ella (que representa a mamá) una relación sexual de adultos que no sea peligrosa ni hecha a mordiscos, sino con amor. Este deseo está asociado con la admiración que siente por el campo y las montañas. Mediante esta relación sexual externa «buena», quiere además reparar todo el daño hecho a su madre, y en primer lugar a su pecho.

Antes de volver a entrar en la casa, Richard trata de ver si la puerta del costado puede dejarse abierta de manera de poder él entrar en el cuarto de

juegos las veces que llega antes de *M. K.*[1071]

M. K. interpreta que desearía poder tener siempre acceso al pecho y a su madre, pues así no se sentiría frustrado y con ganas de destruir a este ni su cuerpo entero. (Todo este intervalo en el jardín y en la escalera ha durado de quince a veinte minutos).

Richard se sienta en la mesa y mira los dibujos; *M. K.* le interroga sobre lo que significa el último.

Richard dice que los dos aviones de arriba han chocado. Él es el más pequeño, el británico, mientras que el otro es mamá. Aquí mira a *M. K.* asustado y dice que si sucediera esto, los dos morirían. Se pregunta, entonces, si el avión grande británico que está en el otro lado es Paul.

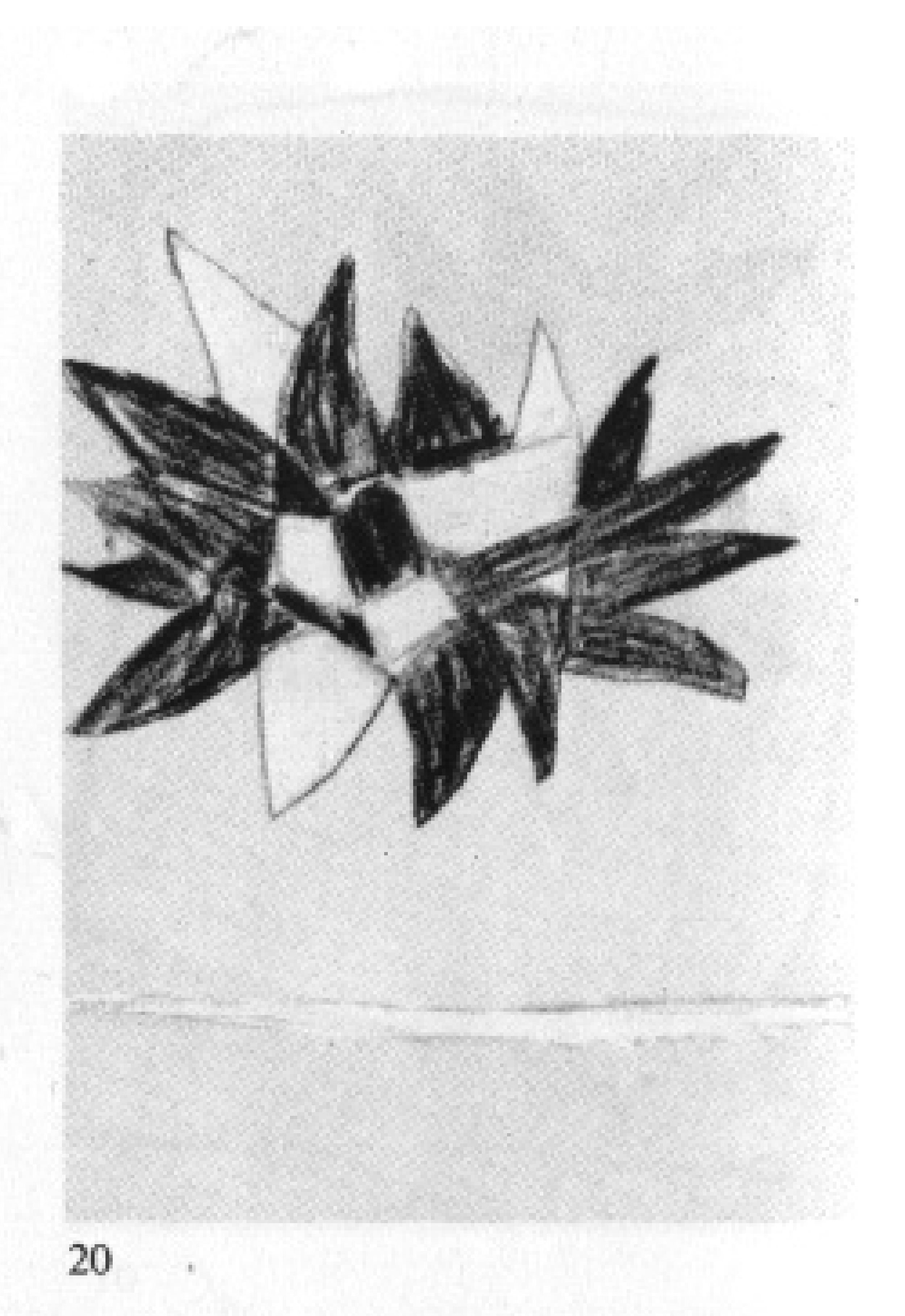
En ese momento termina la sesión. Al salir con *M. K.*, cosa que se ha convertido ya en parte de la situación analítica, exclama con alivio: «Ahora hemos terminado». En el camino, mirando su gorra, dice que le queda tan pequeña que la tiene que estirar, cosa que hace con las dos manos. Luego cuenta a *M. K.* que se van a encontrar con la niñera y le pregunta si de ocurrir esto hablará con ella, pues la niñera le ha dicho que tiene muchas ganas de conocerla. En este momento, en efecto, aparece la niñera y Richard se queda muy contento al ver que las dos mujeres cambian entre sí unas palabras.

(Tras esta sesión hay una interrupción de varios días, a causa de que Richard se resfría después de la sesión veintinueve y tiene que permanecer en la cama. Durante su enfermedad expresa el deseo de ir a ver a *M. K.*., pero la niñera no se lo permite y decide llevarlo a su casa en un auto.).

Sesión número treinta (jueves)

Richard parece angustiado cuando se encuentra con *M. K.* Le cuenta con detalles su enfermedad: tuvo laringitis y muy poca fiebre, pero le hicieron quedarse en cama, sintiéndose muy triste al no poder salir con su padre y con Paul en un tiempo tan hermoso[1072]. Comenta que Paul es muy bueno y que ayer lo pasaron muy bien juntos, pescando. Luego describe cómo se echa el anzuelo. Aunque había muchos pececitos no pescaron ninguno, pero cuando papá fue con Paul sacaron un salmón muy grande; sin embargo como no tenían permiso para pescar salmones, tuvieron que romper el hilo. Era un pescado estupendo, y Richard se pregunta si habrá logrado deshacerse del anzuelo o si se habrá muerto con él clavado en la garganta. Cuando él fue a pescar con Paul hizo muy buen tiempo y todo resultó muy agradable. Le dijo a su hermano que hubiera sido muy lindo que «Melanie» estuviera con ellos, pues podría haber ido en auto. Al llegar a este punto pregunta a *M. K.* si le importa que la llame Melanie.

M. K. le contesta que no le importa. En cuanto al deseo de que hubiera estado con él, le recuerda que ya un fin de semana anterior había deseado que entrara en su jardín sintiendo que era como si ella «estuviera por allí» (sesión siete). Todo esto significaba para él tener una buena mamá adentro, que siempre está con él. Esta vez ha querido compartir a *M. K.* con Paul, y esto significa, también, querer repartir entre los dos a la mamá buena.



20

Richard hasta este momento apenas ha mirado a *M. K.* o al cuarto, lo cual es extraño en él. Pregunta a *M. K.* qué suele hacer siempre a esta hora (ha venido esta vez por la tarde, pues no volvió de su casa hasta esta mañana).

M. K. le contesta que él sabe que tiene otros pacientes, y que mientras él estuvo afuera quizá se haya preguntado con quién estaría ella durante las horas que le corresponden. Por esto se siente celoso; pero, además, está preocupado por lo que a ella le puede haber ocurrido, ya que antes de irse la última sesión expresó mucha agresión.

Richard le pregunta entonces si no le importa que él le diga cosas malas. ¿Le importaría que dijera también malas palabras?

M. K. le repite que tiene libertad para decir todo lo que piensa y para usar las palabras que se le ocurran.

Richard habla entonces de una película, en la cual un oficial alemán dice que Alemania es «un país horrible y sangriento[1073]». Al decirlo mira ansiosamente a *M. K.* Resulta evidente que le gusta usar estas palabras, pero que al mismo tiempo está aterrorizado por ello, pues sabe que sus padres se opondrían. Mientras habla de la película, empieza a dibujar (dibujo 20) y al mismo tiempo vigila cuidadosamente la calle. Por ella pasan algunos niños; también hay unos hombres parados, y Richard dice que son «hombres malos»; cuando ve a una mujer con un niño en brazos comenta: «Gente sucia». Sin embargo, al ver cómo el bebé se apoya en el hombro de su madre, añade: «El bebé no está tan sucio». Habla todo el tiempo en susurros para que la gente no le oiga y le ataque. Al referirse a los hombres malos, mueve el brazo y dice: «Bang-bang». Y tras usar la palabra «sangriento» pregunta a *M. K.* cuáles son las cosas que no se le permite hacer. Cuando esta le contesta que ya le dijo en una oportunidad que no le permitirla atacarla a ella físicamente, parece tranquilizarse un poco…

Luego habla otra vez de cuando se fue a pescar con Paul y de que se puso muy enojado cuando no le permitieron salir con este y con papá. Sintió entonces que odiaba a los dos, que deseaba que no pescaran nada y que el anzuelo se les clavara a ambos en la garganta. A su madre le contó algo de esto. Ahora, al hablar, está rojo de ira; abre y cierra la boca, rechina los dientes y cada vez se va poniendo más abiertamente agresivo con *M. K.* aunque al mismo tiempo está asustado de ella. Le dice que es una bruta, y le pregunta si no le duele que se lo diga. Vigila constantemente a la gente de la calle y se esconde cuando pasa el grupo de niños al que más teme, del cual forma parte la niña pelirroja. Tratando de controlar la rabia, el odio y el miedo que tiene a *M. K.*, dice que pensó que quizás ella estuviera enfadada por no

poder haber él venido de vuelta. ¿Se enfadó realmente? ¿Está ahora enojada? ¿Cómo es cuando se enoja? Debe ser terrible entonces, como Hitler. Y para ejemplificar el aspecto de *M. K.*, pero sin mirar a esta, se pone a hacer muecas, abriendo y cerrando las mandíbulas y rechinando los dientes. Aunque sin duda alguna está dramatizando las cosas, llega realmente a temblar cuando dice que *M. K.* se parece a Hitler. Evitando mirarla, se separa de ella y dice que le gustaría escaparse, y marcharse a su casa en autobús. ¿Qué haría en ese caso *M. K.*?, ¿le dejaría ir?

M. K. le recuerda que ya una vez le dijo que no le detendría. Le interpreta, además, que en este momento se quiere ir porque está asustado también de los padres-Hitler terroríficos, que ahora son el señor K. con *M. K.* dentro de él.

Richard vuelve a su dibujo y explica que todo empezó con el negro que es papá. Hay solo cuatro personas. Paul, es Bélgica; Noruega no está; mamá es Grecia, Richard es británico y papá alemán.

Menciona entonces la pérdida de Creta y expresa la preocupación que siente por la marcha de la guerra; pero en seguida cambia de tema**[1074]**.

M. K. interpreta que tiene mucho miedo de la guerra, cosa que contribuye a la preocupación que tiene porque ella o mamá están dañadas y por su propio interior**[1075]**. A causa de este miedo que siente por lo de Creta y por la mamá mala, está tratando de separar a la mamá-Hitler mala (*M. K.*) de la buena, la Grecia dañada. Por esto dice que solo hay cuatro personas en el dibujo del imperio, con lo cual quiere significar que *M. K.* no se encuentra entre ellas.

Richard mirando otra vez el dibujo, comenta que Paul le está ayudando a separar a papá de mamá; pero entonces se da cuenta de que un poco de papá ha entrado dentro de ella y también de que un pedacito de este ha entrado en su propio país. Se sorprende ante este descubrimiento; ve además que una porción de sí mismo ha penetrado dentro de Paul. [Identificación mutua proyectiva]. Dice entonces que esto es lindo; que los dos se están dando un beso. A medida que se va dando cuenta de que todos tienen pedacitos de color que penetran en el territorio de los demás, se va poniendo más deprimido y desesperanzado, y termina por preguntar en forma pensativa y apologética, si le dolería a *M. K.* que le dijera que él no ve que el trabajo que hace con ella le haga verdaderamente ningún efecto. ¿Ya a ayudarle realmente?, ¿cuándo?

M. K. le dice que está desesperado porque no cree que ella, aunque sea buena y le ayude, pueda juntar otra vez todos los pedazos cortados y mezclados de la gente que tiene adentro; así como tampoco puede ayudar a Gran Bretaña a salir de la precaria situación en que se encuentra.

Mientras *M. K.* habla, Richard va a buscar la escoba y empieza a barrer el suelo.

M. K. sigue interpretando que también duda que pueda limpiar y curar su interior, el cual siente que está lleno de pedacitos de gente; y refiriéndose al dibujo, le dice que con él ha expresado que su órgano genital ha penetrado en Paul y que le está haciendo el amor. Todos, el papá malo, Paul y Richard mismo, están haciendo además el amor a mamá, metiendo dentro de ella sus penes; pero también se están comiendo unos a otros, de manera que están todos hechos pedacitos. Ya antes ha mostrado que cree que mamá contiene en su cuerpo el genital-pulpo de papá, el cual la devora por dentro.

Richard corre a la cocina y llama a *M. K.* para mostrarle que ha encontrado una araña en el sumidero. Entonces la ahoga con evidente placer, y después sigue dibujando.

M. K. continúa su interpretación; le dice que al principio de la sesión trató de no enfadarse, hablando del buen tiempo, de lo bueno que es Paul, y de lo agradable que era todo, refiriéndose a *M. K.* con tono amistoso. Pero a medida que le iba contando que no pudo ir de pesca con su hermano y con su padre, se fue poniendo más y más furioso, abriendo y cerrando la boca y rechinando los dientes. Entonces expresó deseos de muerte contra Paul y su padre, diciendo que querría que se les atragantara algo malo en la garganta. Todo esto es causa de que ahora teme tener dentro de sí a gente mala, enojada, peleadora y sucia, que se devoran entre sí.

Richard exclama de pronto: «Tengo un dolor en la barriga».

M. K. le pregunta dónde lo tiene.

Richard contesta: «Justo donde se siente la comida».

M. K. interpreta que siente como si tuviera dentro de sí a la gente asustadora y peligrosa.

Richard dice que quiere irse; está harto del psicoanálisis.

M. K. le señala que ha usado la expresión «harto[1076]» porque así se siente en este momento, como si se hubiera realmente comido a todo el mundo, y como si *M. K.* le estuviera alimentando con palabras que le asustan. Esto está asociado, además, con la sospecha de que le mete adentro comida horrible (veneno), con que el señor K. y ella son extranjeros y con que, al no haberla visto desde hace varios días, en su imaginación ella se ha ido volviendo cada vez peor. Además la odia por haberle ella frustrado: aunque es él en realidad quien no ha venido estos días a causa de su enfermedad, siente sin embargo como si fuera ella quien le hubiera dejado sin nada (nota 1). El día antes de la interrupción del análisis expresó un odio muy grande contra

Paul y mamá. Sintió entonces que mamá lo frustraba al preferir a Paul, y de la misma manera ahora sospecha que *M. K.* ha visto a otra persona en las horas en que él debiera de haber venido; de manera que *M. K.* es como mamá, la cual prefiere a Paul y a papá en vez de a él. También teme, por otra parte, que Paul y papá la dañen a ella, cosa que siente muy a menudo cuando no ve a mamá y a papá. Le hace recordar, en efecto, los ruidos del gallo y la gallina que ocurrían cuando mataban a esta última (sesión veintiocho).

Richard corrige a M K. diciéndole que era papá el muerto por mamá.

M. K. interpreta que por las noches duda sobre el resultado de la pelea entre sus padres. Como siente además que ha incorporado dentro de sí a estos padres que se pelean, sus dudas se hacen aún mayores, pues no puede saber qué es lo que le pasa por dentro. El país «horrible y sangriento» es su propio interior. Además todos los temores han aumentado y siente que cada persona que contiene se hace cada vez más peligrosa, sucia y venenosa, porque él mismo está cada vez más furioso y asustado. Por todo eso sus ataques se hacen peores, y también es esta la causa por la que teme cada vez más a los niños de la calle.

Richard contesta que esos niños están sucios de verdad y que huelen a «lo grande». En varias ocasiones interrumpe a *M. K.* y protesta cuando esta le dice que el país «horrible y sangriento» es su interior; pero al mismo tiempo va pintando con rojo algunos países, cantando el «Dios salve al rey» mientras lo hace.

M. K. interpreta que está protegiendo al rey y a la reina que representan a papá y mamá.

Richard contesta que sí, que los está protegiendo contra cualquier ataque que se pueda producir.

M. K. interpreta que los protege en realidad de los ataques que él mismo les hace, pues siente que los está devorando; por lo tanto, el rojo representa su propio interior «sangriento».

Richard menciona, entonces, que la cocinera y Bessie dicen a menudo «cosas vulgares» y añade medio humorísticamente, que cuando lo hacen él se pone muy arrogante, como si fuera Lord Haw-Haw[1077]. (Al contar esto, hace muecas como las que hizo al mostrar cómo es el Hitler-M. K. También camina de un lado a otro haciendo el paso de ganso).

M. K. interpreta que cree que ella es vulgar porque en su interpretación ha usado la palabrota que él mismo dijo antes. También le dice que para él Lord Haw-Haw y Hitler constituyen la misma persona, cosa que está demostrando al caminar con paso de ganso; pero como siente que tiene dentro de sí a los

padres-Hitler odiados, se convierte él a su vez en su imaginación en Hitler o en Lord Haw-Haw.

Hacia el final de la hora se produce una interrupción. Unas cuantas niñas exploradoras de las que también usan la casa quieren entrar. *M. K.* las echa sin ninguna dificultad, pero Richard se queda aterrado, y cuando sale con ella al finalizar la sesión, no la mira y camina en silencio a su lado.

Nota de la sesión número treinta.

1. Este tipo de acusación, hecha ante cualquier frustración, se deriva de la época en que el niño era bebé, y solo se debe a que el bebé fuera realmente frustrado por su madre algunas veces, sino también a que los niños muy pequeños sienten que todas las cosas buenas les sondadas por el pecho bueno, mientras que todo lo malo (tal como el malestar interior), les es producido por el pecho malo.

I. En este constante intento de evitar situaciones conflictivas internas y externas constituye defensas fundamentales y es uno de los rasgos característicos de la vida mental. En particular, es característica de los niños pequeños, los cuales luchan constantemente por conseguir estabilidad y una buena relación con el mundo externo. Richard muy pocas veces, o quizá nunca, había vivenciado momentos de estabilidad emocional de cierta duración, cosa que influyó sobre todo su desarrollo. En mi artículo «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945) y en el capítulo 4 de *El psicoanálisis de niños*, me he referido ya a las tentativas que se hacen para poder llegar a una solución de compromiso.

II. Aunque en esta sesión las defensas maníacas ocupan el papel preponderante, Richard, no obstante, está más preparado para enfrentar la ansiedad que siente. La actitud maníaca se ve en el caminar de arriba abajo haciendo tanto ruido que a veces apaga mi voz. Además, en no mencionar la guerra ni hacer ninguna alusión a la invasión de Creta. Pero, por otra parte, ha podido ir al cine, y el dibujo sobre el imperio invadido por fuerzas enemigas guarda una estrecha relación con la guerra. Por sobre todo esto, además, toma conciencia de algo que él mismo se interpreta: de que el dibujo del imperio representa una estrella de mar voraz, con muchos dientes, es decir, que es él mismo. También logra expresar sus conflictos y la angustia que siente hacia el padre malo, de una manera mucho más clara. Esta combinación de técnicas de negación y de defensas maníacas, que operan simultáneamente con una mayor

capacidad de autoconocimiento y de enfrentar diversas angustias, constituye una característica de las etapas por las que se pasa durante el tratamiento analítico (o en el curso del desarrollo), en las cuales se van produciendo modificaciones en el sistema de defensas. La negación, en este caso, se refiere a ciertos aspectos (sobre todo a la situación externa de la guerra), pero, en cambio, Richard vivencia su realidad interior mejor que hasta ahora.

Sesión número treinta y uno (viernes)

Richard mira cuidadosamente por todo el cuarto. Se pregunta si las niñas exploradoras habrán cambiado algo cuando entraron en el momento de salir él y *M. K.* el día anterior. Piensa que, en efecto, han cambiado de sitio algunas cosas: algunas de las fotos están en otro lugar del que tenían, y hay un banquito nuevo. Pero descubre con alivio que la tarjeta del pequeño petirrojo sigue en su sitio.

M. K. interpreta que el día anterior tuvo miedo de que las niñas le fueran hostiles —los bebés intrusos—, pero que acaba de descubrir, con alivio, que no le han quitado su órgano genital, representado por la tarjeta del petirrojo.

Richard se sienta y empieza a dibujar. A diferencia del día anterior, en cuya oportunidad apenas había dirigido la mirada a *M. K.* o al cuarto, esta vez la enfrenta directamente. Estornuda y dice, sonriendo, que se le ha salido un globo, el cual está muy contento de escaparse de dentro de él. Empieza a hacer otro dibujo de un imperio (no reproducido aquí) y pregunta a *M. K.* si anoche ha ido al cine. Desearía que lo hubiera hecho. Él fue y lo pasó muy bien y le hubiese gustado que también ella hubiera estado allí. Le pide luego que le saque los colores que representan a papá, mamá, Paul y a sí mismo; separa a un lado los juguetes y dice que no le gustan. Empieza entonces a colorear el dibujo, comentando que cada persona tiene un país propio y que aunque papá es negro, es muy bueno y no hay pelea. (El cambio de humor respecto a la sesión pasada es muy llamativo; está hoy mucho menos tenso o angustiado).

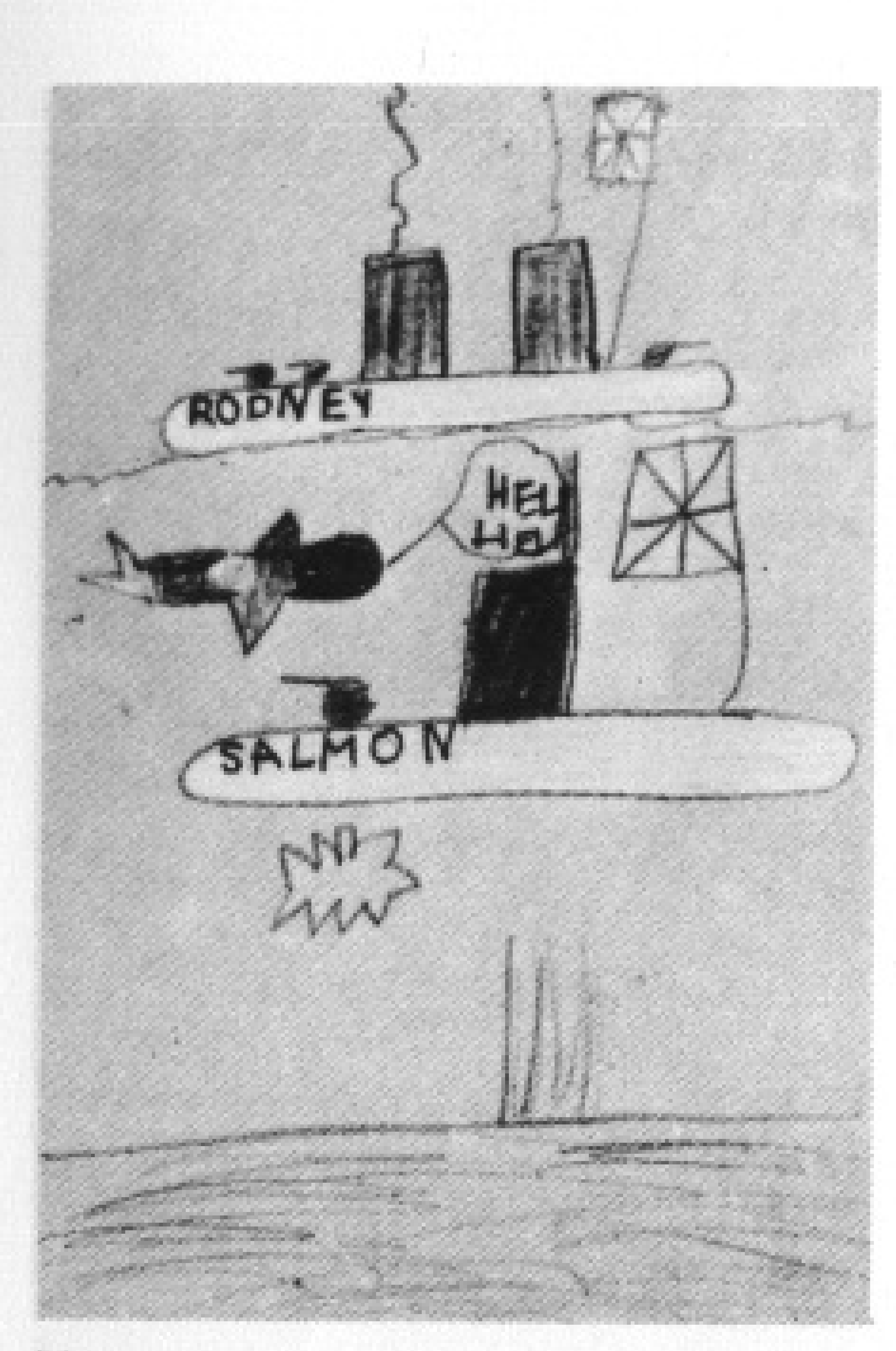
M. K. interpreta que, en contraste con el dibujo de la sesión pasada, en la cual todos estaban hechos pedacitos, esta vez cada uno tiene su país y nadie ha metido una parte suya dentro del territorio del otro. También le marca que el miedo que tuvo ayer sobre los pedacitos comidos de su familia, era tan grande debido a la angustia que sintió cuando estaba enfermo y le escocía la garganta, y además, a la preocupación que su propia madre tenía por su resfrío.

Richard escucha atentamente y mira a *M. K.* mientras esta habla. Dice que, en efecto, le dolió algo la barriga y también la garganta mientras estuvo resfriado.

M. K. le recuerda que cuando ella le interpretó la sensación de que se había comido a toda la familia hostil, y en particular a Paul y a papá, él sintió

también dolor de barriga. El dolor de garganta puede, además, tener algo que ver con el deseo que tuvo de que el anzuelo se les clavara en este mismo sitio a su papá y a su hermano.

Richard protesta; no quiere que *M. K.* le diga cosas tan desagradables y quiere marcharse. (Sin embargo no está muy angustiado al decir esto y no deja de dibujar). Pregunta después a *M. K.* si no le puede ayudar a no temer tanto a los niños y comenta que papá en realidad es bueno, no solo en el dibujo, sino de verdad. Es el papá mejor que se puede tener y él le quiere mucho. De repente, al comenzar el dibujo 21, recuerda que ha tenido un sueño desagradable. *El H.M.S. Nelson es hundido, de la misma manera como se hundió el Bismarck.* (Se pone muy triste al contar esto). Debe de haber sido una batalla naval cerca de Creta. Habíamos perdido unos cuantos cruceros y nuestra armada era mucho menos fuerte… Hace una larga pausa…



21

M. K. interpreta que Richard está en realidad muy preocupado por la guerra y teme que pronto haya más batallas y hasta más derrotas. Añade que recientemente, a medida que se ha ido sintiendo más y más preocupado por la guerra, ha ido hablando cada vez menos de ella.

Richard dice que, en efecto, está muy preocupado y no le gusta pensar en el tema. (Resulta evidente que teme que los aliados pierdan, pero se siente incapaz de mencionarlo).

M. K. le pregunta quién piensa que puede haber hundido al *Nelson* en el sueño.

Richard contesta que no lo sabe, y presenta una fuerte resistencia.

M. K. interpreta entonces que en todos los dibujos el *Nelson* ha representado a su padre, al cual, como acaba de decir, quiere mucho. Sin embargo, cada vez que tiene celos de él le odia. En esas oportunidades papá se transforma en el Hitler negro; pero él se siente culpable, porque en medio de su enojo y de su odio ataca también al papá bueno y amado. [Ataques al objeto amado, unidos a ansiedad depresiva y culpa]. También se siente culpable, porque con sus celos y odio él mismo le ennegrece y le convierte en un papá malo. Además, a veces ha deseado que papá sea como Hitler con mamá. *M. K.* asocia el comentario sobre el globo que estaba contento de salir de dentro de él, con la sensación que tiene de que el papá bueno debería ser rescatado y sacado fuera de su interior por encontrarse en peligro de ser destruido en las luchas internas. El estar resfriado ha contribuido también a la sensación que tiene de que dentro de sí mismo pasan cosas horrorosas; temor este que se ve en el sueño, en el cual el *Nelson* hundido simboliza a su padre muerto dentro de él. Se siente responsable por el hundimiento de este barco y por ello aumenta además el miedo que tiene a la guerra y a una posible derrota.

Richard pide a *M. K.* que le ayude a correr las cortinas y a oscurecer el cuarto. Enciende la estufa eléctrica y una vez más comenta que hay algo que se mueve dentro de ella (véase sesión nueve). Dice: «Es un fantasma». Entonces se asusta, se queda preocupado y vuelve a abrir las cortinas, pidiendo una vez más a *M. K.* que le ayude a hacerlo. Se ha puesto inquieto, y aunque no termina el dibujo que estaba haciendo, dice que el pececito bebé está pidiendo ayuda.

M. K. le pregunta quién le está atacando; ¿es el *Salmon*?

Richard no contesta. Está muy angustiado y manifiesta que quiere mirar el reloj de *M. K.* y que esta ponga la alarma.

M. K. asocia el fantasma con el miedo que tiene de su padre, de su madre y de *M. K.* muertos. Le recuerda que, anteriormente, apagar la estufa eléctrica significaba atacar a los bebés y al papá que están en el cuerpo de mamá, lo cual implicaba también matarla a ella, mientras que encendería equivalía a resucitarla. Además, el fantasma de dentro del fuego era el padre y los bebés muertos, que volvían para atacarle. Pero también son sus enemigos los niños «dañados», fantasmas, es decir, los niños de la calle. Como además odia también a su padre y tiene celos de él porque puede meter su órgano sexual en el cuerpo de mamá y hacer que nazcan bebés en ella, todo esto le hace después temer haber matado a su padre y a los bebés, por celos. El deseo repentino que siente de poner en marcha la alarma, no es solo para que esta sirva de advertencia, sino también para cerciorarse de que el reloj, que simboliza a *M. K.* y a su madre, vive todavía. Acaba de demostrar que también tiene celos de *M. K.*, al preguntarle si ve pacientes los domingos, día en que generalmente él no está en «X»**[1078]**.

Richard dice que el cuarto de juegos es horrible, que no lo puede soportar más y que tiene que irse. Trata otra vez de ver si puede volver a entrar en la casa abriendo la puerta lateral, se deleita de nuevo con el paisaje, pero cuando mira los canteros de flores, indica a *M. K.* que hay en ellos una huella, hecha seguramente el día anterior por una de las niñas exploradoras.

M. K. interpreta que teme que los niños malos fuercen la entrada de la casa, lo cual simboliza el cuerpo de ella y el de su madre, y que la dañen. Siente también, que si se le dejara la puerta abierta, no necesitaría él tampoco penetrar en la casa por la fuerza, ni atacar el interior de su mamá, sino que podría protegerla. Le recuerda a este respecto el miedo que tenía de que las estrellas-bebés peligrosas y el pulpo-papá atacaran el cuerpo de mamá, temor que incrementa el deseo que tiene de penetrar dentro de ella para protegerla.

Richard se ha puesto a levantar piedras del suelo, y encuentra un pedacito de botella rota. Se indigna mucho, lo tira y dice que no debiera estar allí… Vuelve a casa y mira los juguetes, y de entre ellos elige la «casa de barrios bajos» (a la cual describió en su juego, diciendo que era una estación con casas pobres detrás). También coge una figurita rota (que representa a un hombre con el brazo roto), lo aprieta con la mano y le rompe el otro brazo. Entonces pregunta a *M. K.* si está enfadada con él.

M. K. interpreta que espera que ella se enfade (habiendo llegado el día anterior a verla aterradora) de llegar él a hacer daño a sus bebés y a su marido. También teme que su madre le odie, si llega él a atacar a su padre, a Paul o a sus bebés.

Richard pregunta entonces si su nieto habla en austríaco o en inglés.

M. K. le recuerda que ya en ocasiones anteriores le preguntó esto y cuestiones similares, pero que las contestaciones que ella le da no parecen tranquilizarle. No solo desconfía de su hijo y de su nieto, sino también de los bebés y del papá «extranjeros» que hay dentro de su mamá; y cuanto más desconfía de ellos, más desea atacarlos. Además no consigue averiguar nada a su respecto. Señalándole el dibujo 21 *M. K.* sugiere que como la estrella-bebé está muy cerca de la planta, esto puede significar que es muy voraz y por ello muy peligrosa para mamá. Este bebé voraz lo ha representado a él frecuentemente, y por ello se siente muy culpable.

Richard no quiere al principio mirar el dibujo, pero tras esta interpretación se interesa por él. Se muestra de acuerdo con lo que le acaban de decir, y mirando a *M. K.* en forma suplicante (casi con lágrimas en los ojos), le pregunta si quiere hacer algo por él. Está muy pensativo.

M. K. le pregunta qué quiere que haga.

Richard (evidentemente sin saber qué es lo que quiere) lo piensa, y después le pide que le coloree el dibujo y se lo termine.

M. K. le pregunta por los colores que quiere que use.

Richard sugiere primero que use los que ella desee, pero en seguida la empieza a dirigir. Las chimeneas del Rodney deben ser celestes y el cuerpo y la bandera, rojos. De repente coge él el dibujo y pinta vigorosamente de negro la chimenea del *Salmon*, pone de rojo el cuerpo y colorea también el pez. Al hacerlo está mucho más vivaz y feliz**[1079]**. Dice que el pez es *M. K.* y luego, señalándole el vestido que lleva puesto, indica que, en efecto, el dibujo de la tela tiene un poco de verde.

M. K. interpreta que ella, el pez, también tiene algunos de los colores que representan a mamá, a Paul y a él mismo; que le está resucitando, dándole bebés mientras le pide ayuda para poderlo hacer. Quiere arreglarle los pechos —el celeste simboliza a la mamá buena que alimenta—, porque teme haber sido muy ávido y haberlos destruido (1a estrella al lado de la planta que también le representa a él). También el padre muerto, el *Nelson* hundido, debe de ser resucitado; el cuerpo del barco lleno de color rojo simboliza tanto el genital de su padre como a este entero (nota 1). A pesar de esto, en cuanto siente que sus padres han resucitado y están juntos, el *Salmon* se enfada y se pone celoso, y con la chimenea negra («lo grande»), él ataca al barco que los representa mientras tienen relaciones sexuales. Le indica además *M. K.*, que el pez-bebé se ha transformado en ella, quien también representa a mamá. [Reversión].

Richard ha estado dibujando durante la formulación de estas interpretaciones. Cuando *M. K.* se levanta al finalizar la hora, lamenta que la sesión haya terminado. Al abandonar la casa, mira hacia atrás y dice afectuosamente: «El viejo cuarto de juegos está bastante lindo, ¿verdad?». Camino de la esquina, de repente le dice a *M. K.* (evidentemente queriendo aprovechar cada minuto que pasa con ella), que a los dos años le picó una avispa que él había cazado creyendo que era una mosca. Lo hizo en la palma de la mano y luego murió[1080].

En esta sesión, en general, Richard ha estado más tranquilo, con menos tensión y ansiedad. Ha escuchado más atentamente las interpretaciones, sintiéndose al finalizar la hora más triste y menos perseguido, tanto respecto a la gente que pasaba por la calle como con respecto a *M. K.*

Nota de la sesión número treinta y uno.

1. Es impresionante ver el cambio que se produce en Richard tras la interpretación de los ataques que quiere llevar a cabo contra el padre y los bebés de dentro de su madre; de una actitud de angustia, indiferencia y desesperanza, pasa a otra de vivacidad y de actividad. Cuando le señalo que la estrella que en el dibujo está cerca de la planta, expresa la culpa que siente por su avidez (cosa que hemos visto que ocurre siempre en el material anterior), la angustia desaparece lo suficiente como para dar lugar al interés y al deseo de reparar. Es evidente, que al pedirme que le ayude no sabe qué es lo que desea, pero el sentido inconsciente del impulso de reparar y volver a dar la vida (posición depresiva), y el deseo de que yo le ayude a realizarlo, se pone de manifiesto, con toda claridad, en la actividad que lleva a cabo a continuación: el coloreado del dibujo. Esto constituye un ejemplo más de lo que la experiencia me ha demostrado: que es esencial interpretar los contenidos angustiosos que están actuando en forma más aguda, y que tales interpretaciones producen el resultado visto en este caso. El contraste entre la depresión y la desesperanza de Richard por los muertos contenidos en el cuerpo de su madre y por lo tanto en él mismo también, y el advenimiento de la vivacidad y la esperanza tras la interpretación de esta angustia, es muy llamativo, pero es un fenómeno que he podido observar una y otra vez. Este cambio de actitud también se pone de manifiesto en el hecho de que, al principio de la sesión, el cuarto le parece tan asustador que tiene que salir de

él por ser un lugar muy espantoso, mientras que al finalizar la hora se refiere a él con gran afecto.

Sesión número treinta y dos (sábado)

Richard está muy contento cuando se encuentra con *M. K.* en la esquina y en el cuarto de juegos se muestra amistoso y tranquilo. Enchufa la estufa eléctrica y comenta que el cuarto está acogedor y que es bonito. Cierra las ventanas y dice que adentro está lindo, pero que afuera está feo (aunque no hay sol, el tiempo en realidad no es malo). Luego se sienta y mira a *M. K.* de manera expectante.

M. K. interpreta que el cuarto, que en un momento dado ayer le pareció tan terrible, se fue mejorando en el transcurso de la sesión, y que hoy todavía le parece agradable, pues se ha puesto acogedor y cálido, es decir, que está vivo. Esto le parece que es así, cuando siente que puede resucitar a los bebés muertos, a sus padres y a *M. K.*, cosa que expresó al colorear el dibujo 21. El pez representaba en él a *M. K.*, a mamá y a los bebés, y todos, tal como él escribió en el papel, pedían ayuda. También le recuerda que ese mismo día, en un momento en que se sentía muy triste y asustado, se puso muy contento al pensar en las gallinas de la señora de A. que habían tenido pollitos[1081], porque también estos animalitos simbolizaban a los bebés que a él le gustaría dar a su madre.

Richard está de acuerdo con todo esto; dice que, en efecto, le gustaría mucho poder dar bebés a su mamá, y añade que esta tiene cinco hijos: Paul, él, Bobby y los dos canarios, los cuales son varones.

M. K. interpreta que como Bobby y los canarios le pertenecen a él, siente como si con ellos le hubiera dado a mamá tres hijos.

Richard está de acuerdo con esto, pero se angustia. Dice que los canarios se pelean mucho y que está seguro de que si uno de ellos tuviera mujer, el otro tendría celos y entonces se pelearían todavía más.

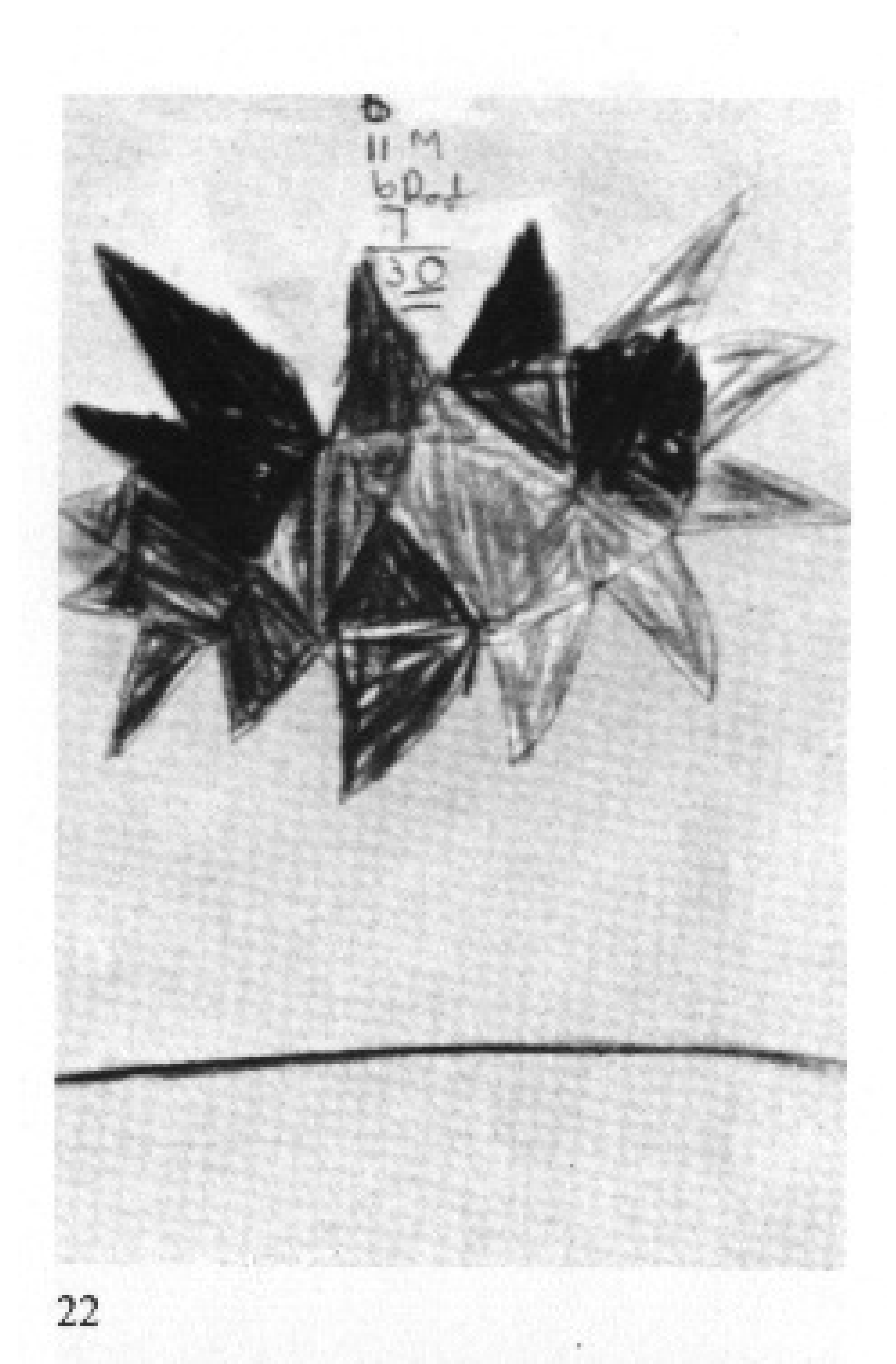
M. K. interpreta que él también tiene celos porque mamá es la mujer de papá y que se lleva mejor con Paul que con su padre, pues este, como él, carece también de mujer. Pero siente al mismo tiempo que ni Paul ni él son buenos hijos, pues se pelean mucho. También se refiere a los celos que tiene de los otros pacientes y de su marido.

Richard, con tono vacilante, dice que le gusta perseguir a las gallinas; no lo hace cuando están por nacer pollitos, pues ello sería cruel, pero sí en otras oportunidades. Sin embargo, ahora lo hace menos que antes. Añade que no va a hacerlo nunca más y escribe:

«No perseguiré más a las gallinas», pegando después el papel en la pared. Descubre entonces, que en vez de escribir: «firmado, Richard», ha escrito «chamuscado, Richard[1082]».

M. K. le indica que esta equivocación significa que no solo la quiere perseguir, sino también quemar, y que aunque trata de no hacerlo mientras está incubando a los pollitos, es entonces cuando realmente quiere hacerlo, porque las gallinas representan a mamá a punto de tener bebés. La palabra «chamuscar» significa, además, preparar el animal para llevarlo a la mesa, lo cual quiere decir que la equivocación significa que desea también comerse a su madre con los bebés adentro. La resolución de nunca más perseguir a las gallinas indica lo culpable que se siente, no solo por estos animales, sino también por su madre y sus bebés.

Richard ha escuchado tranquilo y con interés, y ahora empieza a dibujar (dibujo 22)[1083]. Al hacerlo comenta: «Estoy contento», y después agrega: «Papá es bueno», pero se corrige y dice que no lo es. Pero no importa, añade, porque mamá se va a llevar a casi todos los países. Tiene muchos en el centro y una buena parte en la costa. A él le gustaría acercarse a mamá, pero papá ha ocupado ya varios países cerca de ella. Sin embargo, consigue, después de todo, algunos que están pegados a ella. Resulta que Paul solo tiene un país cerca de mamá y en ese momento descubre, además, que en el ángulo inferior izquierdo todavía queda uno vacante (una sección sin colorear). Dice entonces que papá piensa quedarse con él, pero Richard lo ocupa rápidamente[1084]. Luego vuelve a repetir que está contento y que está deseando irse a su casa el domingo.


11 M
7
30
22

M. K. le sugiere que quizás esté triste por no ir el sábado como suele hacer.

Richard contesta que, en efecto, lo siente un poco, pero que de todas maneras aún le queda la mayor parte del domingo para estar en casa, tras venir a la sesión por la mañana.

M. K. le indica que si está contento de volver a casa, ello se debe en parte a que Paul ya se ha ido. En el dibujo de hoy, Richard tiene la mayor parte de mamá, luego viene papá y finalmente Paul es e1 quien menos tiene; con ello está expresando la alegría que siente porque su hermano ya se ha ido. También le interpreta que él tiene una sección puntiaguda que penetra en el territorio de Paul y le recuerda el dibujo 20, acerca del cual dijo que todos tenían pedacitos metidos dentro de los otros y que Paul y él se estaban besando. Hoy puede estar sintiendo, que como le ha quitado su mamá a Paul, debe de hacer el amor a este para compensarle por su pérdida (nota 1).

Richard hace varias preguntas. ¿Va a atender también a John el domingo? ¿Lo ve quizá todos los domingos? Y si es así, ¿por qué no a él?

M. K. le dice que su madre quiere que vaya a casa los domingos y que aunque él también lo desea esto no le impide tener celos y sentirse despojado al pensar que los otros puedan estar recibiendo de ella lo que también él podría recibir.

Richard empieza a preguntar compulsivamente por los pacientes de *M. K.* ¿No le puede decir por lo menos si hay mujeres entre ellos o si él es el menor de los niños? Al cabo de un rato, pregunta de pronto si el Sr. K. se ha muerto.

M. K. contesta que ya le ha preguntado estas cosas muchas veces y que sabe que, en efecto, el Sr. K. está muerto. Como tiene celos de Paul por ser este mayor, más inteligente y, según él cree, más querido y admirado por mamá, así como también por papá, el cual tiene más cantidad de mamá que él, su mayor consuelo es sentirse el menor, y por lo tanto, ser el bebé de su madre. Ahora quiere confirmar esto mismo con respecto a ella, preguntándole si él es el único niño que atiende y asegurándose de que el Sr. K. ha muerto.

Un poco más tarde, Richard quiere mirar todos los dibujos. (Al finalizar la sesión anterior le ha pedido a *M. K.* muy particularmente que los traiga *todos,* a pesar de que esto es lo que hace siempre). Los mira a todos y señala que uno de ellos (descrito en la sesión veintitrés, y no reproducido aquí), es «todo dientes», y entonces lo separa con desagrado. Después mira para ver si todos tienen la fecha, y dice que le gustan.

M. K. interpreta que a pesar de que algunos dibujos, como el que es «todo dientes», no le gustan, le gustan a pesar de todo porque representan un regalo

que él le hace a ella, como si fueran «lo grande» o bebés. El hecho de que *M. K.* les ponga la fecha y los guarde le prueba que los valora.

Richard contesta que *M. K.* ya no es muy joven —tiene cincuenta y nueve años—, pero que aún puede tener bebés. Y volviéndose otra vez hacia los dibujos pregunta si se requiere mucha experiencia y estudio para ser psicoanalista.

M. K. interpreta que quizá quiera él serlo.

Richard contesta con tono de duda que quizá. Pero no; prefiere que *M. K.* le psicoanalice a él.

M. K. interpreta que ser psicoanalista significa ser adulto, potente y creador, y ser capaz de tener bebés con ella; pero que duda tener la suficiente capacidad como para hacerlo. Ser psicoanalizado por *M. K.* significa en cambio que esta le ayude a hacer dibujos que simbolizan a los bebés.

Tras una pausa, *M. K.* pregunta a Richard si ha soñado algo (nota II). Richard contesta en seguida que ha tenido un sueño, pero que se ha olvidado de él. De repente se acuerda de algunas partes: *Hay mucha agua que hierve —no, no hierve—, pero que cae como las cataratas del Niágara, rompiendo las cañerías. Él está en su cuarto del hotel. Hay además un hombrecillo allí, parecido a Charles, un primo mayor de su madre que no le gusta. Pero también está Peter, su primo que sí le agrada.* Aunque no asocia nada con el sueño, dice repetidas veces que no le asustó, y que era bastante divertido ver cómo se precipitaba el agua.

M. K. interpreta, que si estuviera en un cuarto que realmente se inundara con agua hirviente de las cañerías reventadas, sería una situación aterradora. Sugiere, por lo tanto, que está tratando de evitar sentir miedo, viéndolo todo como si fuera divertido; por esta misma razón se había olvidado del sueño y le fue difícil contarlo. Le pregunta luego qué hacía Charles.

Richard contesta que nada, que simplemente estaba allí sentado; y repite que es una persona desagradable.

M. K. sugiere que Charles puede estar representando a su padre, el cual se convertiría en alguien desagradable si se enterase de que la inundación se debía a Richard. Le recuerda a este respecto, que últimamente su orina representaba una inundación que temía que pudiera resultar peligrosa para ella y para su mamá. Hoy es la primera vez que ha sugerido que su orina pueda estar hirviendo, pero quizás haya sentido esto antes, de bebé. También se refiere *M. K.* a la enfermedad de hace unos días, y a lo incómodo que se sintió entonces por dentro. Las cañerías reventadas pueden representar de

alguna manera lo que siente que le pasa por dentro cuando su propia orina le inunda (nota III).

Richard está mirando unos dibujos y en particular el 21, pero lo separa rápidamente.

M. K. le recuerda, entonces, que el día anterior había dicho que el pez era un bebé que pedía auxilio, pero que luego se rectificó diciendo que la representaba a ella. Le sugiere que el *Salmon* —Richard—, también puede estar pidiendo ayuda a *M. K.* Como pintó con mucho vigor de negro la chimenea del *Salmon* (mamá y *M. K.*) le sugiere que puede estar aterrorizado al pensar que, con «lo grande», que para él es algo muy peligroso, puede haber dañado no solo al papá malo, sino también a mamá. Dispararía su cosa «grande» negra por el trasero de mamá. Además la estrella-bebé está cerca de la planta, la cual, en la sesión 12, representaba el pecho y el órgano genital de su madre, y teme que la devore. Por eso pide ayuda a *M. K.*: para que el trabajo que realiza con ella le ayude a controlar su avidez y los ataques peligrosos que quiere llevar a cabo contra su madre (nota IV). Repetidamente le ha pedido además que le ayude a no tener miedo de los niños, y en la sesión anterior le rogó que hiciera algo por él; aunque luego no supo decirle qué era lo que quería de ella. Por fin resultó que quería que le ayudara a preservar, restaurar y resucitar a ella misma, a mamá y a los bebés.

Richard muestra que está de acuerdo con todo corazón y dice que, en efecto, quiere que le ayude a no ser destructivo para poder así mantener viva a mamá… Un poco después, tras mirar el collar de *M. K.*, lo toca levemente, con el deseo evidente de tocar el pecho, y dice que las cuentas que tiene son bonitas. Mamá también tiene un collar con cuentas así… Cuando termina la sesión se quiere quedar más tiempo, deseo que se ve en la manera lenta en que recoge sus cosas Antes de salir mira cuidadosamente para ver si todas las ventanas están cerradas, si la puerta del jardín también lo está y, ya afuera, quiere asegurarse una vez más de que no hay ninguna ventana abierta.

M. K. interpreta, cuando aún están en el cuarto, que desea mantener intacta la habitación, que la representa a ella y a mamá. Tocar las cuentas del collar, que son parecidas a las de su madre y el que le guste, expresa el deseo de mantener seguro y en buen estado el pecho de mamá, y asegurarse él de que todavía está allí. También quiere mantener el cuarto libre de todo intruso, lo cual significa mantenerlas a ella y a mamá libres del papá intruso y peligroso, de Paul y de sí mismo.

Durante la sesión, Richard ha dibujado un pez acompañado de dos estrellas, que nadan a buena distancia de la planta. Sobre la línea divisoria, un

avión británico revolotea próximo al *Salmon.* Este dibujo parece expresar que toda la familia está en paz, pero no he encontrado en mis notas ninguna referencia a él.

Las vivencias de Richard han sido en esta ocasión muy diferentes de las de las últimas sesiones. Ha estado mucho más tranquilo y feliz, menos triste y relativamente menos perseguido. Aunque ha mirado varias veces hacia los transeúntes de la calle, lo ha hecho muchas menos veces que últimamente; pero resulta evidente, sin embargo, que ha estado todo el tiempo tratando de evitar decir cualquier cosa que pudiera traerle de nuevo ansiedad o tristeza, cosa que se ve, además, por la cantidad de veces que ha repetido que estaba contento.

Notas de la sesión número treinta y dos.

I. El deseo de robarle la madre al padre y el correspondiente sentimiento de comprensión hacia este, que en ese caso quedaría solo y abandonado, constituye un fuerte estímulo hacia la homosexualidad (véase *El Psicoanálisis de niños*, capítulo 12).

II. Tanto en los análisis de niños como en los de adultos, pregunto a veces al paciente si ha soñado, pregunta esta que en la mayoría de los casos provoca la narración de un sueño. No es fácil definir qué es lo que me sugiere, en un momento dado de la sesión analítica, que el paciente puede haber soñado algo que no ha mencionado; pero si tomamos el ejemplo de Richard podemos ver, en efecto, que estaba guardando material inconsciente, a pesar de cooperar conmigo al mismo tiempo en otro nivel. Creo que una situación así indica, a menudo, que el paciente está tratando de evitar un conflicto que el sueño revelaría. Sin embargo, no suelo en general pedir que se me cuenten los sueños, salvo en circunstancias como la descrita, y trato por el contrario de evitar dar al paciente la impresión de que los sueños sean más importantes que el resto del material. A pesar de esto, no puede ser una mera coincidencia el que la mayoría de mis pacientes sueñen con frecuencia, y me describan los sueños sin que yo tenga que pedírselos.

III. Este es un ejemplo del tipo de material que me llevó a concluir que los bebés se sienten perseguidos cuando sienten cualquier tipo de incomodidad física, así como también a ver que la raíz de la hipocondría se encuentra en la primera infancia.

IV. En mi libro *Envidia y gratitud (1957*) he señalado que el deseo que tiene el bebé de poseer el pecho inacabable y siempre presente —al cual me he referido frecuentemente en el pasado—, contiene un elemento muy importante agregado al deseo de tener alimento: el pecho debe hacer desaparecer o controlar los impulsos destructivos del bebé, y de esta manera proteger el objeto bueno y poner a salvo al niño de toda ansiedad persecutoria. Esto significa en realidad que el bebé, desde una edad muy temprana, siente la necesidad de un superyó que le ayude y le proteja (véase mi artículo «Sobre el desarrollo del funcionamiento mental», 1958).

Sesión número treinta y tres (domingo)

Richard está de muy buen humor y dice que está muy contento de estar con *M. K.* el domingo. Es evidente que para él supone gozar de un privilegio especial… Al cabo de un rato dice que los domingos por la mañana todo está muy tranquilo en «X»: como si fuera una tumba; pero que se alegra de que no haya niños por ahí. Está al acecho de la gente mayor que pasa por la calle, y dice que siente que haya tan pocos transeúntes. Comenta que al despertarse hoy se sintió muy feliz a pesar de no estar en su casa siendo domingo, y que pensó que el trabajo con *M. K.* le hace bien después de todo, pues se siente mucho más valiente. Todo esto lo dice con convicción, añadiendo además que le gustaría contarle cómo se peleaba con los demás niños cuando estaba en su casa. Esta mañana, como se siente más valiente, ha decidido que cuando termine la guerra y se vayan otra vez a vivir a «Z», no tendrá miedo de pelearse con su enemigo Oliver. (Ha mencionado a este niño en la sesión veinte; en otra ocasión le contó a *M. K.* que la madre de Oliver se había muerto hacia un mes).

M. K. interpreta que siente un gran alivio al pensar que será capaz de pelear en vez de tener que pretender que es amigo de Oliver, por miedo a que este le ataque.

Richard está del todo de acuerdo con esto y añade que también ha decidido pelearse con Jimmy, un niño de ocho años de su pandilla, el cual le dijo a Oliver algo acerca de él haciéndose así traidor. Mientras habla, Richard ha cogido el lápiz que antes había colocado a su lado junto al cuaderno y se lo mete en la boca, mordiéndolo tan fuerte que le deja una marca. Lo sigue mordiendo y dice que cuando termine la guerra piensa llevar preso a Oliver. En el jardín de su casa hay un rincón no cultivado, que tiene arbustos y muchas abejas y avispas. Aunque no es un sitio inmundo, sin duda no es un lugar limpio. Allí podría tener preso a Oliver, bien guardado para que no pueda escapar; mientras las abejas y las avispas le pican constantemente.

M. K. le indica que mientras habla está mordiendo el lápiz con mucha fuerza, lo cual significa estar mordiéndole el pene a Oliver y comiéndoselo. La prisión donde le va a meter no es solo el jardín, sino también el interior de su cuerpo, el cual piensa que es un lugar horrible. El mismo tiene mucho miedo de las avispas y de las abejas, las que representan ahora «lo grande» peligroso y también su parte destructiva que contiene al papá-Hitler malo.

Aunque siente que no puede proteger a la mamá buena contra estas cosas peligrosas que hay en él, sin embargo, la sensación que tiene actualmente de contener mayor cantidad de mamá buena y de *M. K.* debido al análisis que nota que le ayuda, le da más seguridad y le hace sentir que puede luchar mejor contra sus enemigos internos y externos.

Richard describe entonces lo que llama una pelea «menor» contra Oliver y su pandilla, en la cual él y Jimmy salieron victoriosos. Luego añade, dándose importancia, que en aquella ocasión casi le rompió los huesos a Oliver, que se apedrearon y que Oliver «se llevó una buena». Le hubiera gustado matarle, aunque en realidad no; pero le tiene mucho odio. En otra pelea que tuvieron, le dieron a él en la nariz con un pedazo de vidrio; pero solo le dolió un poco y siguió luchando a pesar de ello; hubiera seguido haciéndolo aunque hubiera tenido el brazo en cabestrillo. Pero su madre salió al jardín y echó a los otros niños. (No me cabe duda de que Richard quedara aliviado cuando su madre salió, pues es seguro que se debió de sentir aterrado al verse el tajo de la nariz). Al hablar, ha ido haciendo otro imperio, y mientras *M. K.* se refiere a la protección de su madre, sin darse cuenta coloca los lápices azul y rojo juntos, con las puntas hacia adelante. También menciona, mientras dibuja, que mamá tiene ahora muchos países y Paul también.

M. K. le indica entonces, que en el dibujo él rodea casi del todo a su madre; y que mientras hablaba, sin darse cuenta, pintó de negro la sección inferior, lo cual se debe a que por más que no le guste que papá toque a mamá, cree que el genital de este está dentro de ella, mientras que su propio pene está dentro del de Paul. Sin embargo, al rodear él (las partes rojas) casi por completo a mamá (las secciones celestes), expresa la esperanza de poderla proteger contra el papá malo y darle bebés. Esta mayor esperanza que ahora siente de poder arreglar a mamá, lo cual también implica convertirse él en hombre, incrementa el deseo que tiene de pelear y también la capacidad para hacerlo. *M. K.* se refiere luego al miedo que tiene de que su órgano sexual quede dañado, y que ha expresado con la narración de cuando quedó con la nariz herida y el brazo incapacitado. Le recuerda también lo que sintió a partir de la operación que le hicieron, que todavía le dura, pero le indica también que acaba de expresar la esperanza de que el pene no le haya quedado tan dañado después de todo, como para no poder usarlo para atacar a los enemigos que representan al Hitler-papá malo.

Cuando *M. K.* menciona la circuncisión, Richard le dice que a partir de entonces odió al médico que se la hizo.

M. K. interpreta que ya en otra oportunidad pudieron ver cómo el doctor representa al papá malo; ahora bien, si Richard teme que este papá le ataque en el pene, es porque él mismo, cuando tiene celos de él y de Paul, desea atacar los penes de ellos. En esta misma sesión, al hablar con rabia de sus enemigos, mordió el lápiz con mucha fuerza, acto que expresa un ataque a sus genitales y que significa además atacar a Paul y a papá en persona.

Richard mira a *M. K.* con interés y le pregunta si cree que eso pueda ser la causa por la que tanto odia a Oliver. Cuenta que aunque este niño le ha invitado frecuentemente a tomar el té a su casa, él nunca quiso ir. Sin embargo, cuando no se pelean, está en buenos términos con él y no le demuestra que le odia ni que planea pelearse.

M. K. le indica que, al parecer, la relación que guarda con Oliver se parece mucho a la que mantiene con Paul, hacia el cual a veces siente amistad mientras que en otras ocasiones siente hostilidad, todo lo cual hace que nunca pueda fiarse de él como aliado. Richard sabe que él mismo es de muy poco fiar, pues a menudo disimula la hostilidad que siente hacia Paul.

Richard contesta tristemente que le gusta Paul, pero que siempre se pelea con él… Después se refiere a Jimmy, el cual le ha contado a Oliver que él está planeando secretamente atacarle; después de este incidente tiene más miedo que nunca a Oliver. Quiere matar a Jimmy, además, por traidor. Tras una pausa agrega que, en cambio, le gustan los dos hermanitos de Jimmy, que son unos bebés muy ricos.

M. K. le hace ver la mezcla de sentimientos que tiene hacia los bebés. Le gustan mucho, pero teme al mismo tiempo que sean como las ratas, las abejas y las avispas; esto se debe a que teme haberlos atacado dentro de mamá en un momento de celos.

Richard repite una vez más que al levantarse esta mañana se sintió alegre y esperanzado, y que decidió pelearse con Oliver abiertamente, pensando que quizá le pudiera vencer. Esta idea le hizo sentirse más feliz y le hizo también pensar que el trabajo con *M. K.* le está ayudando mucho.

M. K. se refiere entonces al dibujo del imperio y le interpreta que este significa que tiene dentro de sí a una mamá buena celeste, la cual le ayuda a arreglar su órgano genital, y así él puede a su vez darle bebés, resucitarla y protegerla contra el papá-Hitler malo.

Richard se levanta, mira por todo el cuarto y dice que no ha soñado nada. Se dirige a la cocina y mira en la pila de lavar, para ver si hay en ella alguna araña.

M. K. le recuerda el miedo que tiene a los pulpos y le sugiere que quizá le pase lo mismo con las arañas; en uno de sus dibujos (el n.º 6), el pulpo tiene una cara humana, roja de rabia, y representa a papá (véase sesión quince). De manera que la araña que hace poco ahogó, y que teme que quizá todavía esté allí, también representa a su padre.

Richard entonces le pide a *M. K.* que suelte el agua cuando él esté afuera; quiere saber por dónde corre este Niágara.

M. K. le recuerda el sueño que tuvo últimamente. Ahora no quiere volver a soñar, porque aquel sueño fue muy asustador aunque él no se dio cuenta de ello. Relaciona la pila de lavar, que en su imaginación contiene aún a la araña (y que representa el genital comido de papá) con el sueño, en el cual, como antes le sugirió, su interior desbordaba y él y mamá se encontraban en peligro debido a las cañerías rotas; en el mismo sueño aparecía también Charles, que tanto le desagrada (sesión treinta y dos). Todo esto ahora también representa el peligro en que ella se encuentra por causa del Sr. K. (la araña), el cual Richard no puede creer que haya muerto.

Richard está dibujando aviones con cañones durante esa interpretación de *M. K.* Comenta que el cañón es mamá y el avión británico, él. El avión alemán abatido es papá… Después sale al jardín y le muestra a *M. K.* unas flores que le gustan; pero de repente les tira piedras aunque sin llegar a tocarlas.

M. K. le indica que parece estar tratando de ver el daño que puede haber hecho ya, o hacer en el futuro a los bebés de mamá, a quienes quiere y odia al mismo tiempo.

Richard repite otra vez que le gusta que haya tan poca gente en la calle, pero que no le gusta que esté demasiado tranquilo. Refiriéndose al viaje que va a hacer a su casa esa tarde, dice que le gustaría que el autobús estuviera vacío, para estar solo en él. Pero se pregunta luego si en ese caso el autobús haría el viaje.

M. K. interpreta que le gustaría tener a mamá para él solo y también estar solo dentro de ella; y que papá, representado por el conductor, estuviera de acuerdo con este arreglo. Pero las dudas que tiene sobre si en tal caso el autobús haría el viaje, implican que se está preguntando si su mamá podría seguir viviendo en caso de no tener más bebés. Al principio de la sesión dijo que «X» estaba muy silencioso, como una tumba, porque había muy poca gente en la calle. «X», lo mismo que el autobús, representa los cuerpos de mamá y de *M. K.* llenos de bebés muertos; lo cual a su vez simboliza la

muerte de mamá y de todo el mundo. También duda de que el conductor, papá, le permita quedarse con mamá para él solo.

Richard se divierte mucho con la idea de que quiera tener a mamá para él solo y que papá, de ser él el conductor, se quede fuera de ella (el asiento del conductor) a pesar de ser justamente él quien le lleve a verla. Hacia el final de la sesión le pide a *M. K.* que ponga las fechas a los dibujos hechos hoy y comenta que 1941 parece 1991.

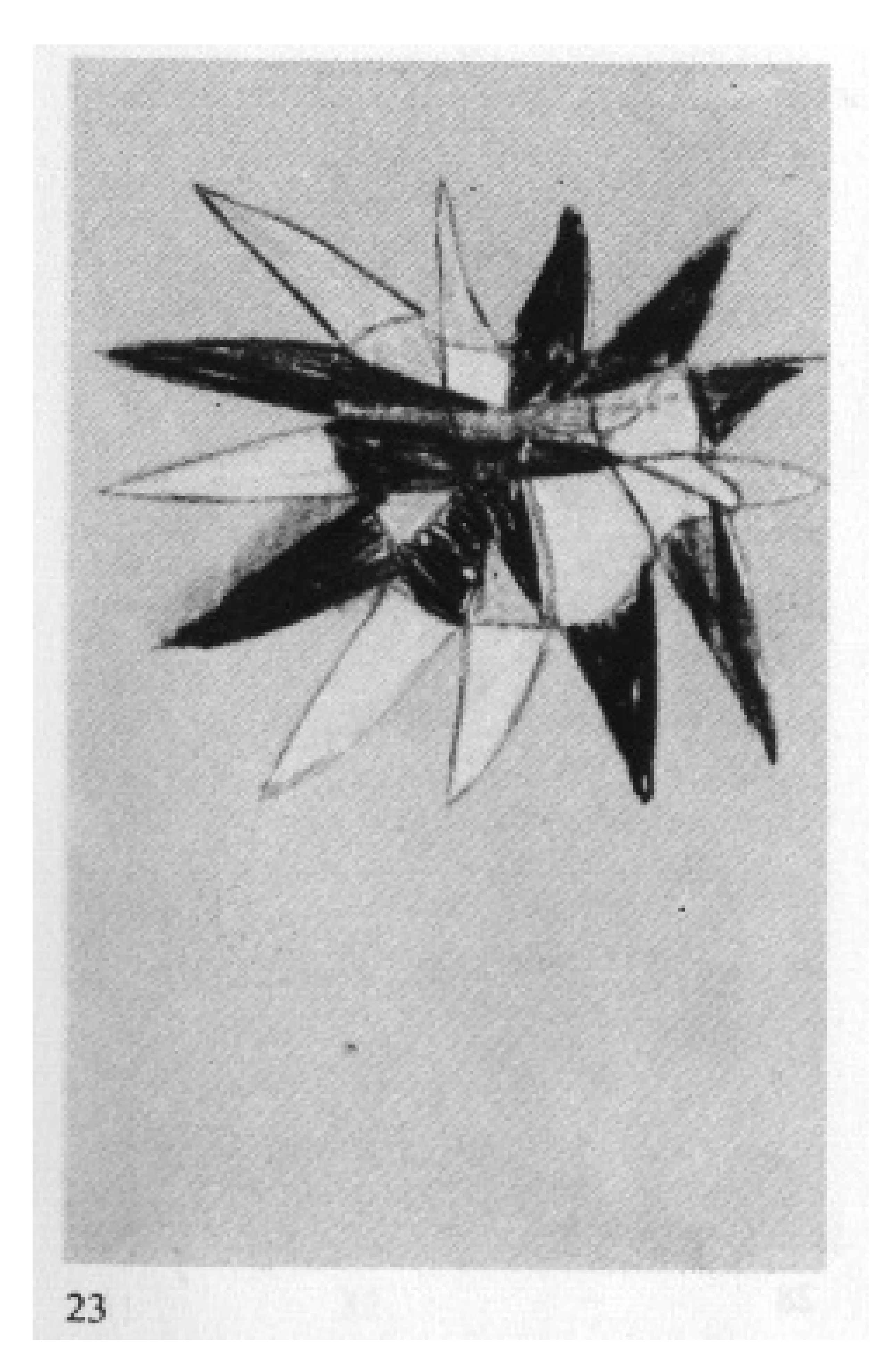
M. K. interpreta que desea que tanto él como *M. K.* —y en particular *M. K.*— vivan hasta entonces, pues tiene mucho miedo de que ella y mamá se mueran.

En los dos últimos días, el humor de Richard ha cambiado. Está menos triste, han disminuido las defensas maníacas y las de negación, y siente mayor confianza y esperanza. También responde más a las interpretaciones.

Unos días más tarde, su madre viene a hablar con *M. K.* Le da cuenta del progreso de su hijo y comenta que ha notado un cambio llamativo en él a partir de esta sesión del domingo. Aunque en casa está muy agresivo, parece mucho más amistoso y menos tenso y es más fácil estar con él. Esta información es independiente de la que el propio Richard suministró cuando dijo que se sentía mejor, pues a su madre no le dijo nada.

Sesión número treinta y cuatro (lunes)

Richard le dice a M. K. que le ha traído un regalo, y con aire muy contento le entrega un frasco. Dice que es crema para la cara; pero cuando M. K. lo abre, salta desde adentro un muñeco verde de resorte. Richard ha estado mirando todo con atención y parece desilusionado al ver que M. K. no se asusta, pero en seguida le pregunta si le importa que le haya gastado una broma. Manipula el juguete, admira los fuertes resortes que tiene y dice que es muy vivaz, y que cuando salta fuera de la caja parece que va a morder a alguien. (Es evidente que a él le gusta mucho). Cuenta que puso seis peniques en una máquina automática llena de trucos y de juguetes, dentro de la cual había una grúa con forma de garra. Con la mano ilustra lo que dice y muestra cómo la grúa bajó, agarró el frasco, lo levantó y este salió. Como de costumbre, la descripción que hace es muy dramática. Pensó que la garra se llevaría la caja, pero no la levantó y se la entregó a él. Tras contar esto marcha por el cuarto de arriba abajo, pisoteando con fuerza. Dice que los soldados aliados están entrando en Siria, lo cual es bueno. También está contento de que la R.A.F. haya bombardeado tantos objetivos. Se sienta y dibuja la estrella de mar de siempre (dibujo 23). Al hacer el contorno, y antes de darle color, anuncia que no tiene nada que ver con imperios, y que es solo un diseño.



23

M. K. le indica, cuando termina de pintarlo, que ha introducido en él dos colores nuevos: el naranja y el verde.

Richard insiste al principio en que no representan a nadie y que no tiene ninguna razón particular para usar colores nuevos, pero al cabo de un rato dice que el verde es la cocinera y el naranja Bessie. La cocinera usa un delantal verde. Luego hace una pausa, tras la cual dice que no ha tenido ningún sueño. Al terminar el dibujo se lo da a M. K. y dice: «Esta estrella de mar-bebé es para ti».

M. K. asocia el muñeco de resortes con la manera como quizá se toca el órgano genital [masturbación], pues el muñeco puede estar representando a su pene. Le sugiere que quizá se lo toque y juegue con él.

Richard se pone colorado, sin levantar la vista. Al cabo de un rato contesta: «A veces lo hago».

M. K. le recuerda que tras describir la manera como consiguió el muñeco, habló de los soldados que entraban en Siria, y él mismo empezó a marchar y a pisotear el suelo. Quizás al tocarse el pene piensa las mismas cosas. Siria puede ser el interior de mamá, de M. K. o de las muchachas, donde él quisiera marchar con su pene. Pero dentro de mamá puede encontrar el pene de papá y este puede agarrar y morder el suyo; es decir, que teme que el papá peligroso de dentro de mamá le dañe su órgano sexual. M. K. también le sugiere que el dibujo representa los órganos genitales de mamá y de ella misma, dentro de los cuales quiere penetrar profundamente y donde los tres hombres, papá, Paul y él, se pelean entre sí. Si ha usado hoy colores nuevos diciendo que no tiene ningún significado y que el dibujo no es un imperio, es porque tiene miedo de la pelea que se lleva a cabo dentro de mamá y de M. K. y no quiere por lo tanto enterarse de nada sobre ella. Añade además M. K., que el verde del dibujo no solo simboliza a la cocinera, sino también al muñeco de resortes que es de color verde y que representa a su pene.

Richard se ha angustiado mucho durante la formulación de estas interpretaciones y se queda muy inquieto. Se pone de pie, marcha de arriba abajo y se detiene cerca de la ventana más alejada de donde está M. K. Protesta diciendo que no quiere oír nada de lo que esta le dice, pues no ve cómo tales cosas puedan ayudarle.

M. K. le interpreta que las palabras que ella le dice representan para él ataques hechos contra su órgano sexual. En esta sesión está reviviendo los temores que tuvo cuando le hicieron la circuncisión. Ha sentido como si la garra que le iba a quitar el muñeco fuera la mano del médico; temía que este le fuera a quitar el pene; y le recuerda que este también representaba al papá-

Hitler malo. Si Richard quiere meter su genital dentro de mamá y allí morder el pene de papá y pelearse con él (igual que el muñeco, el cual parece que va a morder cuando salta de la caja), es lógico que se aterre pensando que tanto papá como mamá puedan atacarle a él. Hace poco, sintió también que M. K. era tan terrible como Hitler, al interpretarle ahora, se había convertido en la mamá-Hitler-bruta que lo estaba atacando.

Richard mete de pronto la mano en la cartera de M. K., revuelve todo pero no saca nada de adentro. Después se va corriendo a la cocina, abre del todo el grifo del agua y se queda viendo cómo esta se va; mientras comenta: «Él está atacando».

M. K. le pregunta quién ataca a quién.

Richard no contesta.

M. K. le sugiere que es el pene de papá el que ataca —los soldados británicos que atacan a Siria—, y que la pila de lavar representa el interior y los genitales de M. K. y de mamá, dentro de los cuales está penetrando. El grifo del agua ahora es pues el poderoso pene de su padre que ataca violentamente el interior de mamá, y Richard también querría hacer lo mismo, pues le gustaría tener un pene así de poderoso. Esto lo demostró al marchar como los soldados en Siria.

Richard se va afuera y pide a M. K. que vacíe la pila para ver dónde se va el agua.

M. K. le sugiere, que como siente que el pene de su papá y el fluido que contiene son peligrosos, quiere una y otra vez verlo salir de la cañería, que representa el interior de mamá. Le recuerda a este respecto el sueño sobre el Niágara (de la sesión treinta y dos).

Richard sale afuera, se sienta en los escalones y pide a M. K. que se siente a su lado. Recoge unas piedras y hace hoyos en la tierra con los dedos.

M. K. le sugiere que está investigando cómo es ella por dentro y que al mismo tiempo está usando la mano como si fuera una garra —el pene peligroso—. También ha querido averiguar lo que hay en su cartera, tratando de encontrar en ella el genital del Sr. K.

Richard interroga sobre lo que diría ella si él le pusiera a escondidas un erizo o un ratón en la cama.

M. K. interpreta que el erizo es el genital malo de papá, el cual cada vez que él se enfada porque papá y mamá están juntos en la cama, desearía que mordiera y dañara a mamá. Esta rabia le lleva luego a temer que mamá contenga dentro de sí al pulpo, el genital peligroso y mordedor de papá.

Pasado un rato, Richard vuelve al cuarto y empieza a garabatear. Primero usa para hacerlo el verde y el naranja, y después los demás colores; garabatea de una manera cada vez más furiosa. Dice que la cocinera (el verde) se está peleando con Bessie (el naranja) y que los demás miembros de la familia han entrado también en la lucha. Tras esto se levanta, y marcha de arriba abajo haciendo el paso de ganso y el saludo de Hitler. Después mira por todo el cuarto, da una patada a los banquitos, los pisotea, los levanta y los tira. A continuación coloca a tres de ellos uno encima del otro, se enfada cuando se caen y pide a M. K. que lo haga ella. Trata él mismo de hacerlo otra vez, y se refiere a la torre del Palacio de Cristal, que tuvo que ser dinamitada porque se había hecho peligrosa.

M. K. vuelve a interpretarle que desea agarrar los penes de papá y de Paul mordiéndolos, pues siente que los necesita para convertir su propio pene en uno tan poderoso y agresivo como el de su padre. Por esto se enfadó tanto cuando le fracasaron los intentos de poner a los tres banquitos encimados. Cuando se cayeron, le hicieron recordar su pene dañado, que teme haber perdido particularmente tras la operación. También parece sentir esta misma angustia cuando se frota su genital y juega con él. Al pedirle a ella que recoja los banquitos, quiere con esto significar que desea que le ayude a arreglar su órgano sexual. La torre que debe ser dinamitada es en cambio el genital grande de su papá, al que admira pero sin embargo quiere destruir por rabia y por celos, y además porque le teme. La dinamita representa «lo grande», peligroso y explosivo.

Richard está jugando con una pelota; esta rueda bajo la estantería y vuelve otra vez a salir y él comenta que parece que se pierde pero que vuelve otra vez. Después pide a M. K. que juegue con él a la pelota.

M. K. interpreta, que tiene la esperanza de volver a recuperar el pene que teme haber perdido en la operación y con la masturbación. Si esto fuera así, podría quizá tener relaciones sexuales con ella o con mamá, deseo este que acaba de expresar pidiéndole que juegue con él a la pelota.

Hacia el principio de la sesión, cuando M. K. interpretó a Richard el deseo de castrar a su padre y el miedo a ser castrado por él, este protestó enérgicamente. Dijo entonces, con gran énfasis, que su padre es muy bueno y que a menudo juega con él. El domingo pasado, por ejemplo, el padre pretendía ser un espía alemán mientras que Richard, que era policía, le perseguía en bicicleta. Papá se escondió, pero como es natural Richard lo encontró al final.

M. K. le interpretó entonces que en este juego había estado expresando, entre otras cosas, la sospecha de que su padre fuera peligroso y un papá-Hitler. Como el juego no resultó ser divertido y su padre muy bueno por jugar con él, le sirvió como prueba de que papá no era peligroso después de todo ni el papá-Hitler, e hizo que su goce al jugar fuera aún mayor.

Las notas de esta sesión son más cortas de lo que acostumbran serlo, la fuerte resistencia que surgió se expresó en largos silencios y en muchos detalles del comportamiento del niño, como ser el recorrer la habitación, mirar por la ventana y coger cosas para luego volverlas a dejar, detalles estos difíciles de anotar minuciosamente (nota 1). Hasta cierto punto, esta dificultad también se aplica a los datos tomados de otras sesiones y a ella se debe el que a veces las asociaciones de Richard parezcan ser menos que las interpretaciones dadas por mí.

Notas de la sesión número treinta y cuatro.

I. Durante esta sesión, Richard ha expresado una angustia muy aguda y una fuerte resistencia. Se opuso particularmente a mis interpretaciones sobre el deseo de castrar a su padre y a Paul y el temor de ser a su vez castrado por ellos. (Estas interpretaciones siempre provocan una gran resistencia, tanto en los niños como en los hombres). La sesión constituye un ejemplo de algo que nos es familiar en el trabajo psicoanalítico y es que a medida que se va obteniendo algún alivio de la ansiedad, otras situaciones angustiosas vienen a colocarse en primer plano. En las sesiones precedentes, en efecto, había disminuido la angustia de Richard por los peligros internos (perseguidores internos, el peligro de ser envenenado). De esta manera quedó liberada parcialmente la represión de sus deseos genitales y heterosexuales, apareciendo más en un primer plano el sentimiento de potencia y la agresión contra el padre y sus sustitutos. Este progreso se expresó en la convicción del niño de que el análisis le estaba ayudando y de que sería capaz de pelearse abiertamente con sus enemigos. Ligado a esto, surgen entonces en esta sesión con plena fuerza el miedo a la castración (también relacionado con la masturbación), y también otras ansiedades características del incremento de los deseos genitales heterosexuales, tales como la angustia provocada por el interior del cuerpo de la madre y en particular por la posibilidad de tener que librar una pelea contra el pene del padre dentro de la vagina. En relación con esto quiero llamar la atención sobre el hecho de que la emergencia de los

deseos sexuales hacia la madre, el temor a la castración que sigue a esta y la ansiedad causada por la masturbación, se dieron como secuencia al análisis de una persecución interna muy intensa. En sesiones anteriores había ya emergido cierto material referente a la angustia de castración, pero este temor solo se dio en forma más completa y aguda, y relacionada con la masturbación, tras haber analizado hasta un determinado punto las situaciones internas de ansiedad. En general, he podido ver que en muchos casos la impotencia de los hombres solo se puede reducir tras el aminoramiento de alguna ansiedad persecutoria y que todo progreso en este sentido marcha a la par del análisis exitoso de temores persecutorios e hipocondríacos, particularmente referidos a persecuciones internas.

Sesión número treinta y cinco (martes)

Richard parece amistoso, pero está reservado y angustiado. Le dice a *M. K.* que ha vuelto a traer la flota, y la coloca sobre la mesa. El barco de guerra alemán *Prinz Eugen* (mencionado en las noticias esos días pues la flota británica lo estaba persiguiendo), es representado por un destructor al que los demás barcos rodean, representando a los barcos ingleses. Al principio Richard quiere hundir al *Prinz Eugen*, pero luego se apiada del barco «valiente y solitario» y hace que los ingleses lo tomen prisionero, de manera que el alemán navega «vencido pero orgulloso» entre dos destructores británicos, hasta llegar a un puerto inglés.

M. K. se refiere al material de la sesión anterior (la garra que le quitaba el muñeco de resortes; la mano del médico haciéndole la circuncisión, y los banquitos que se cayeron), e interpreta que el *Prinz Eugen* es él mientras que los barcos ingleses son papá y Paul que le pueden atacar y dañar o cortarle el órgano sexual. Asocia esto con la sensación que tuvo cuando le circuncidaron, cuando pensó que cientos o miles de personas estaban allí presentes. En aquel momento pudo haber temido morirse, y quizá se sintió aliviado al volver en sí y ver que todavía estaba vivo y que su familia, que durante la operación le había parecido que eran enemigos que ponían en peligro su vida, ya no era peligrosa. (El *Prinz Eugen* llevado prisionero en vez de ser hundido). Sin embargo, al volver en si tras la operación, lo primero que sintió fue que le habían cortado el pene. Además de todo esto teme tanto las pérdidas reales de la Armada y la posibilidad de que Inglaterra sea vencida, que no quiere ni acordarse de la guerra, y por eso no ha traído la flota desde hace varios días, ni casi puede mencionar la palabra Creta.

Richard se opone vivamente a la mayoría de estas interpretaciones. En relación a sus miedos durante la operación y a la posibilidad de perder el pene, contesta que lo que M. K. dice es horrible y que no quiere hablar de ello; niega también haber podido jamás pensar que Inglaterra pueda ser vencida, y repite que ello nunca puede ocurrir. Está de acuerdo, sin embargo, con que le preocupan mucho lo de Creta y las pérdidas navales.

M. K. interpreta que el puerto británico donde entra el *Prinz Eugen* es el genital de mamá y que teme que su pene quede preso dentro de ella y que pueda ser visto y atacado por papá y Paul que tanto lo asustan (los dos destructores que le escoltan).

En ese momento Richard se levanta, se separa de *M. K.* y mira por la ventana pidiéndole que la deje abierta. Le pregunta si ha ido al cine la tarde anterior. Dieron una película de asesinatos, pero buena. Dice luego que quiere salir, coge las llaves y medio en broma, dice que va a dejarla encerrada adentro (cosa que no es posible pues se trata de una cerradura Yale). Intenta hacerlo, pero inmediatamente pide a *M. K.* que salga afuera. Es evidente que está contento al ver que ella ha seguido sin perturbarse y con aire amistoso. Dice que de todas maneras podría haber salido por la otra puerta. Vuelve entonces al cuarto y sigue jugando con la flota.

M. K. explica que se separó de ella y hasta llegó a salir del cuarto en el momento en que ella le interpretaba que temía que su pene fuera atacado y hecho prisionero. En ese momento, esta situación de peligro se le hizo tan real como si todavía estuvieran operándole y *M. K.* se convirtió en la mamá traidora que no le protegió del papá-médico peligroso. También se asustó mucho en el momento en que *M. K.* le explicaba que el *Prinz Eugen* (él) quería penetrar dentro de mamá y de *M. K.* (el puerto británico) entre papá y Paul (los destructores ingleses), porque temió que estos dos hombres le atacaran dentro de mamá, que su pene quedara allí preso y que se lo robaran. El cuarto de juegos se llegó a convertir, pues, tanto en el sitio donde le operaron como en el interior de *M. K.* donde su órgano genital podía ser atacado. Además, contra lo que suele hacer, ha pedido a *M. K.* que deje hoy las ventanas abiertas y no está al acecho de la gente de la calle; esto se debe a que desde el comienzo de la sesión teme quedar preso con *M. K.* y dentro de ella. Ya la sesión anterior temió esto vivamente, y por lo tanto son el cuarto y *M. K.* quienes son hoy peligrosos y no los de afuera, los cuales, por el contrario, podrían ayudarle si las ventanas estuvieran abiertas (nota 1). Ayer habló además de dinamitar la torre grande que representa el órgano sexual de papá; debido a ello hoy teme que su propio órgano sexual sea atacado por su padre, dentro de mamá.

Richard protesta otra vez vivamente por estas interpretaciones, con aire dolido y asustado; pero sigue jugando con la flota. Hablando en susurros, dice mientras saca el *Nelson* del puerto: «Aquí va el Nelson sin protección», y añade con voz más clara: «No, solo va de patrulla».

M. K. interpreta que el *Nelson* sin protección es su padre cuando no está bien, o cuando es amigo suyo y tiene paciencia con él. Siente que en los momentos en que papá está sin protección —lo cual también significa que no sospecha nada malo—, él podría atacarle y castrarlo. Le recuerda además que tuvo mucha pena por el *Nelson* hundido y que se sintió culpable cuando soñó

con él (sesión veintiuna) porque quiere a su padre. A causa de los deseos que tiene de atacarle, y temiendo que realmente le llegue a dañar, por así desearlo, se siente culpable cada vez que le ve enfermo, envejecido o quedándose calvo.

Richard coloca los dos lápices largos juntos, formando con ellos lo que llama las «puertas del puerto». La abertura dejada por los lápices es tan estrecha, que los barcos solo pueden pasar de uno en uno. Primero sale el *Rodney* y después el *Nelson;* pero cuando Richard se da cuenta de que el *Nelson* toca algo de *Rodney,* lo separa un poco. Siguen después dos destructores, los cuales, junto con el *Nelson,* se colocan alrededor del *Rodney* pero sin llegarlo a tocar.

M. K. interpreta que ha establecido la paz, haciendo que papá, Paul y él mismo, rodeen a mamá; pero que no quiere que nadie se acerque a ella, lo cual significa que nadie debe tener con ella relaciones sexuales. Cuando el *Nelson* (papá) la tocó al principio, él inmediatamente lo retiró.

Richard hace varios movimientos con la flota. Un destructor, con un submarino a cada lado, pasa a través de la puerta y en ese mismo momento Richard se ríe, acordándose de una película en la que varios cerdos trataban de entrar en la pocilga al mismo tiempo.

M. K. le recuerda que antes le interpretó que el *Prinz Eugen,* que entraba en el puerto escoltado por dos destructores, significaba que él, Paul y papá se metían juntos dentro del órgano genital de mamá; ahora los tres están representados por los cerdos, porque cree que las relaciones sexuales son algo cochino, ávido y sucio.

Richard indica entonces que papá (el *Nelson)* está más alejado y que no es uno de los tres barcos que quieren pasar por la puerta.

M. K. sugiere que si bien papá es el *Nelson*, su pene puede estar representado por el destructor mientras que los submarinos son su órgano sexual y el de Paul. Además, como otras veces, los dos lápices que forman la puerta son también sus padres.

Richard describe entonces, divertido, la manera como una vez asustó a un gallo y a una gallina cuyas cabezas estaban juntas dentro del gallinero mientras que los cuerpos habían quedado afuera. Al asustarlos él, les temblaban las barrigas.

M. K. interpreta que el gallo y la gallina con las cabezas juntas representan a sus padres durante las relaciones sexuales, momento este en que él quiere asustarles y molestarles. Le recuerda el ruido de gallos y gallinas que relacionaba con la pelota de fútbol (sesión veinticuatro), y le sugiere que

quizás haya visto a sus padres juntos en una sola cama, lo cual confirmaría que cuando están juntos hacen cosas sexuales.

Richard contesta que a veces duerme en el cuarto de sus padres, pero sostiene que tienen camas separadas y que nunca duermen en una sola, de manera que no pueden hacer juntos tales cosas. Menciona que una vez cuando durmió con papá en el mismo cuarto, aunque no en la misma cama, soñó un sueño espantoso acerca de grandes cuervos que volaban sobre él y chocaban contra el planeta Júpiter.

M. K. interpreta que quizá piensa que sus padres se meten en la misma cama y tienen relaciones sexuales, pero que odia tanto pensar en esto que se aferra al conocimiento de que duermen en camas separadas.

Mientras *M. K.* habla, Richard proyecta con las manos sombras sobre la mesa, en la cual da el sol. Hace lo que él dice que es un pico de pato, después la gorra de un hombre y luego algo como la cabeza de un pato, pero el cuerpo es solo una forma oscura y confusa.

Explica que quizá se trate de dos patos que están juntos, y en ese instante se muestra muy inseguro. Entonces hace un unicornio y exclama. «¡Qué inteligente puede ser una mano!».

M. K. interpreta que el juego de estas sombras tan variadas y lo inseguro que se siente ante ellas, y en particular ante la de los dos patos juntos, expresan lo que siente ante las relaciones sexuales de sus padres. Quizá los haya visto juntos en una sola cama con la luz apagada y no haya podido saber con seguridad lo que estaba pasando; quizá se ha imaginado simplemente lo que juntos pueden hacer. La «mano inteligente» se refiere a la masturbación, la cual le da la sensación de ser poderoso (el unicornio), de poder destruir a sus padres o separarlos; y tras esto resucitarlos una vez más y volverlos a dejar juntar.

Richard vuelve a jugar con la flota. De pronto, con gran sentimiento y lágrimas en los ojos, dice: «Estoy haciendo mi parte por el país». En efecto, ha ahorrado quince chelines y los ha puesto en la Caja Nacional de Ahorros; además ha estado cavando la parte que le corresponde a él en el jardín y cuando salga de casa de *M. K.* va a comprar semillas de verduras, para plantarlas en cuanto llegue a casa.

M. K. interpreta que hacer su parte no es solo ayudar al país, sino también, aunque su pene es aún pequeño, mantener a su madre con vida dándole bebés. Siente que su pene puede crecer y dar hijos a su madre (sembrar las semillas).

Richard parece muy contento, pero queda aliviado cuando se termina la sesión. Entonces coloca la mesa y las sillas contra la pared, cuidadosamente.

M. K. interpreta que esto significa también dejar en orden el cuarto de juego, el cual le representa a ella, y hacer su parte por ella también. Después le informa que su viaje a Londres, que durará nueve días, empezará la semana entrante.

Richard pregunta entonces si son sus vacaciones.

M. K. le contesta que sí[1085]. En este momento no parece Richard estar preocupado por la noticia.

En esta sesión no hay señales de defensas maníacas. La ansiedad se manifiesta con fuerza, pero en forma mucho más directa y también las resistencias se expresan de manera fuerte y abierta. Como suele pasar a menudo cuando está en resistencia, la atención de Richard vaga, pero parece sin embargo oír todo lo que *M. K.* le va diciendo y manifiesta repetidamente su desacuerdo. Esta mayor capacidad para vivenciar y expresar agresión, se había ya puesto de manifiesto en la sesión treinta y tres, en la cual Richard se sintió muy aliviado porque pensó que podría pelearse con su enemigo Oliver. En esta hora, esto mismo se vuelve a manifestar en la forma en que declara abiertamente su desacuerdo con las interpretaciones recibidas. Al mismo tiempo es capaz de prestar a estas una mayor atención, aunque evidentemente le resultan dolorosas (nota II).

Notas de la sesión número treinta y cinco.

I. Esto constituye el ejemplo de una situación de ansiedad centrada particularmente en una situación interna. Como puede verse por mis interpretaciones, interno significa aquí, tanto el cuarto en el que está Richard encerrado conmigo, como mi interior. Podría ir aún más allá y afirmar que también se encuentran reactivadas ansiedades sobre su propio interior, en el cual se llevan a cabo todas estas peleas que tan claramente surgieron en las sesiones precedentes. Contrastando con esto, ha disminuido en cambio el miedo a las persecuciones por parte de los de afuera —transeúntes, etc.—. Este movimiento de lo externo a lo interno, nos sirve de guía para descubrir si la ansiedad interna ha ocupado el lugar predominante.

II. En esta sesión he interpretado una cantidad de contenidos de angustia. A veces se expresan dudas sobre la habilidad del niño y del adulto para comprender interpretaciones aparentemente tan complicadas. La experiencia me ha demostrado que hay ocasiones, y no poco frecuentes, en las que es esencial juntar las interpretaciones diferentes que provocan angustia, para

poder así manejar la ansiedad acumulada que operan en el momento. Richard estaba en un estado tal de ansiedad, que en un momento de la sesión tuvo que abandonar la habitación. Tras las interpretaciones en que yo ligué varios contenidos (en particular los relacionados con el genital de su madre), protestó vivamente con aire dolido y asustado, pero pudo luego continuar con el juego de la flota, el cual produjo otro material que confirmó aún más mis interpretaciones. La disminución de la ansiedad que aquí se manifestó, también pudo verse en el cambio de actitud del niño, ya que tras esta interpretación particular entró en sus asociaciones un elemento de humor. Al finalizar la sesión la angustia había quedado evidentemente muy aliviada.

Sesión número treinta y seis (miércoles)

Richard está pensativo pero amistoso. Le enseña a *M. K.* su gorra nueva y le pregunta si le gusta. En una ocasión anterior, había ya comentado que la vieja le quedaba pequeña y que la visera estaba rota. También pregunta qué piensa de su «mezcla»: su chaqueta, sus pantalones grises y su corbata. A su madre no le parece demasiado buena.

M. K. interpreta que la visera rota de la gorra representa su órgano genital dañado, el cual él espera que mejore y que crezca, pero que se está preguntando cómo le quedaría tener un pene de persona mayor al resto de sí mismo, de toda su persona; de ahí la pregunta sobre la «mezcla». Quiere que *M. K.*, que representa a una mamá buena, le tranquilice sobre su crecimiento, lo que implica que le permita convertirse en adulto y tener deseos sexuales; en cambio siente que su madre no se fía de él.

Richard replica que al hablar pensó que *M. K.* le explicaría justamente lo que acaba de explicarle.

M. K. le pregunta si cree que la explicación es correcta.

Richard contesta con convicción: «¡Oh, sí!» y luego, turbado pero evidentemente decidido a hablar, añade que anoche su pene estaba muy colorado y que esto le molestó.

M. K. le pregunta si él hizo algo para que se le pusiera rojo.

Richard contesta que se lo rascó, pero que a menudo se pone así aunque no lo haga.

M. K. interpreta que ya en uno de los primeros dibujos (14) el rojo le representaba a él en el imperio. Sugiere que el rojo simboliza también, por lo tanto, a su órgano sexual herido, roto, y dañado por la masturbación. Está preocupado, y no solo molesto, de que esto sea así. Luego le pregunta por lo que piensa cuando se toca o se rasca el pene.

Richard no contesta a esto, pero tampoco niega que se haya estado masturbando… Después pasa a hablar muy contento de las hazañas que ha hecho la R.A.F. el día anterior. También se refiere, divertido, al comentario de Mussolini, que ha dicho que siente en los huesos que Inglaterra va a perder… Saca la flota del bolsillo y manejándola con sumo cuidado coloca el *Nelson* y el *Rodney* y a un destructor entre los dos. Inmediatamente detrás los sigue un destructor grande, tras el cual coloca tres barcos más. El crucero mayor está a la izquierda del *Rodney*, a poca distancia, seguido por tres

destructores. Entonces Richard dice que su mamá ha arreglado las cosas de manera que cuando ella se vaya de vacaciones también ellos harán lo mismo en casa y que volverán a «X» el mismo día que lo haga *M. K.* Luego agrega que la flota está de viaje; no, se corrige, está de patrulla.

M. K. sugiere que quizá represente a la familia que se va de vacaciones.

Richard está de acuerdo con esto e indica en seguida a quién representa cada barco. Papá y mamá, con él en el medio, son seguidos por Paul, los dos canarios y Bobby. Después, señalando al crucero mayor dice que es *M. K.* seguida de sus hijos y de su nieto. Este nieto es el menor de los submarinos, y está cuidado por dos destructores, los hijos de *M. K.*, colocados uno a cada lado.

M. K. le pregunta si las dos familias van juntas.

Richard se alegra mucho con esta idea y dice que sí, que sería muy lindo. Entonces se pone a contar lo que va a hacer durante las vacaciones (tratando evidentemente de poner énfasis en la parte agradable para negar así el miedo que tiene a la separación de *M. K.*). Al cabo de un rato dice que la familia de *M. K.* y la suya se están separando y Paul también, y explica que este se va porque ya no le gusta más el viaje, pero se corrige y dice que es porque se le ha terminado la licencia. Mientras tanto da vuelta al reloj y se ríe como lo hizo en otras ocasiones en que la parte de detrás del mismo simbolizaba el trasero de *M. K.* (sesión siete). De repente, coloca su gorra sobre el reloj.

M. K. le recuerda que el reloj la ha representado a ella a menudo, y le interpreta que al poner su gorra sobre él está expresando el deseo de quedarse con ella y tener relaciones sexuales. Después le interpreta la última parte del juego de la flota: al principio deseó mucho que las dos familias se fueran juntas de vacaciones, pero más tarde las separó porque piensa que se pelearía con sus hijos y los atacaría, especialmente a su nieto. Por esto debe ser este protegido. Al final ha separado también a *M. K.* con toda su familia parar ponerlos fuera de peligro.

Richard vuelve a ordenar la flota: coloca en líneas, uno tras otros, al *Rodney* y a un gran destructor que toca al primero; detrás hay un espacio y luego vienen cinco destructores pequeños, todos tocándose también. Más lejos, está el *Nelson* solo, mientras que en el borde de la mesa, colocados uno al lado del otro, hay dos pares de submarinos y otro más.

M. K. sugiere que se trata de mamá seguida por él que la está tocando, lo cual también significa que está teniendo con ellas relaciones sexuales.

Richard sugiere a su vez que los cinco pequeños son sus hijos.

M. K. interpreta entonces que el destructor grande, que le representa a él, significa que desea tener un órgano genital de persona mayor, que pueda hacer bebés. Sin embargo, en ese caso tendría que pelearse con su padre o mantenerle alejado. Le pregunta después a quién representa el otro grupo.

Richard contesta que los dos destructores que están uno al lado del otro, son él y Paul, los dos del mismo tamaño, pues cuando estuvo solo con mamá (el destructor grande al lado del Rodney), creció. Añade que uno de los dos pares de submarinos son los canarios, el otro la cocinera y Bessie, y el submarino que está solo, Bobby.

M. K. comenta que ahora solamente papá y Bobby están solos.

Richard dice con sentimiento: «Pobre papá», y se muestra de acuerdo con la interpretación. Coloca entonces a Bobby cerca de su padre y en seguida hace que el Rodney y los demás se unan a ellos. Comenta que mamá ha vuelto y que el Nelson está muy sorprendido de ello pero muy contento. Pone al Rodney y al Nelson muy cerca uno del otro, pero en seguida hace otros arreglos, explicando que ahora son papá y Paul quienes están juntos y que mamá y él están solos.

M. K. interpreta que desea vivamente unir a sus padres, pero que los celos y el temor le obligan una y otra vez a separarlos. Sugiere que las diversas maneras de colocar los barcos de la flota expresan el deseo de pelearse con papá, y de tener relaciones sexuales con mamá o con su hermano; y que todas estas posibilidades, que va indicando con su juego, pasan además por la cabeza cuando se masturba. En este juego, los canarios y Bobby también representan los órganos genitales suyos, los de su papá y los de Paul, tal como lo indicó el día anterior cuando algunos de los barcos simbolizaban los genitales.

Richard escucha esta interpretación, pero se queda en silencio.

M. K. le dice que cuando hace un rato ella le preguntó en qué pensaba al masturbarse, él no le contesto con palabras, pero que se lo mostró durante el juego.

Richard ha dejado de jugar y está muy pensativo. Mira a *M. K.* en los ojos con mucho afecto y dice cálidamente que hay algo muy lindo en ellos, y que le gustan. Añade que tienen puntitos marrones. Tras una pausa continúa: «Te tengo cariño»… Después vuelve al juego de la flota. El Rodney, el destructor y los navíos pequeños salen a navegar. Indica que la parte de la mesa que queda en sombra es muy diferente de la otra, donde brilla el sol (donde el Rodney y su grupo de barcos están en ese momento). Entonces mueve al

Rodney un poco, lo pone fuera del sol, lo toca y lo vuelve a llevar a la parte soleada.

M. K. pregunta por qué ha vuelto otra vez.

Richard contesta que no le sienta demasiado bien estar fuera del sol. Al cabo de un rato el *Rodney* y su grupo de barcos vuelve otra vez a la sombra. Antes de hacerlo, sin embargo, Richard toca el mástil del *Rodney* y le pide a *M. K.* que también lo haga, pues está tan «caliente como un atizador al rojo».

M. K. sugiere que esto significa que alguien ha puesto un atizador al rojo dentro de mamá.

Richard contesta que ha sido el sol.

M. K. interpreta que el *sol* también puede ser el hijo**[1086]** y que está expresando la duda que tiene sobre si su pene es peligroso o no. Si lo metiera dentro de mamá o de ella, piensa que quizá le daría algo bueno, pero teme también que sería darles algo tan peligroso como un atizador al rojo. Esto lo expresó también al quemar hierba en la estufa eléctrica**[1087]**. *M. K.* asocia todo ello con el pene rojo que mencionara antes y le sugiere que teme que se le esté quemando o que esté dañado.

Al irse, Richard pregunta cuánto suele durar el análisis de los demás niños. El suyo solo va a durar tres meses, ¿no?

M. K. le pregunta por qué cree que van a ser tres meses; pero Richard no contesta**[1088]**. Le dice entonces que todavía no es seguro si va a durar tres o cuatro, pues no puede aún decidir la fecha de su partida, pero tiene la esperanza de poderlo continuar más adelante.

En la calle, Richard camina en silencio, pensando. Pregunta si *M. K.* se va a quedar en Londres y si va allí cada dos meses.

M. K. le contesta que va a Londres, pero a un suburbio.

Richard se queda muy angustiado, evidentemente preocupado por el peligro al que se expone *M. K.* y por el fin prematuro de su análisis.

En esta ocasión Richard ha tenido menos angustia y ha colaborado bien en la tarea analítica respondiendo bien y a veces con mucho afecto.

No ha estado nada maníaco. Es significativo, además, que al principio de la hora haya pedido que no se abriera la ventana porque hacía frío, demostrando durante toda la sesión que ha disminuido la angustia que le causaba estar solo con *M. K.*, que para él era como estar encerrado con ella.

Sesión número treinta y siete (jueves)

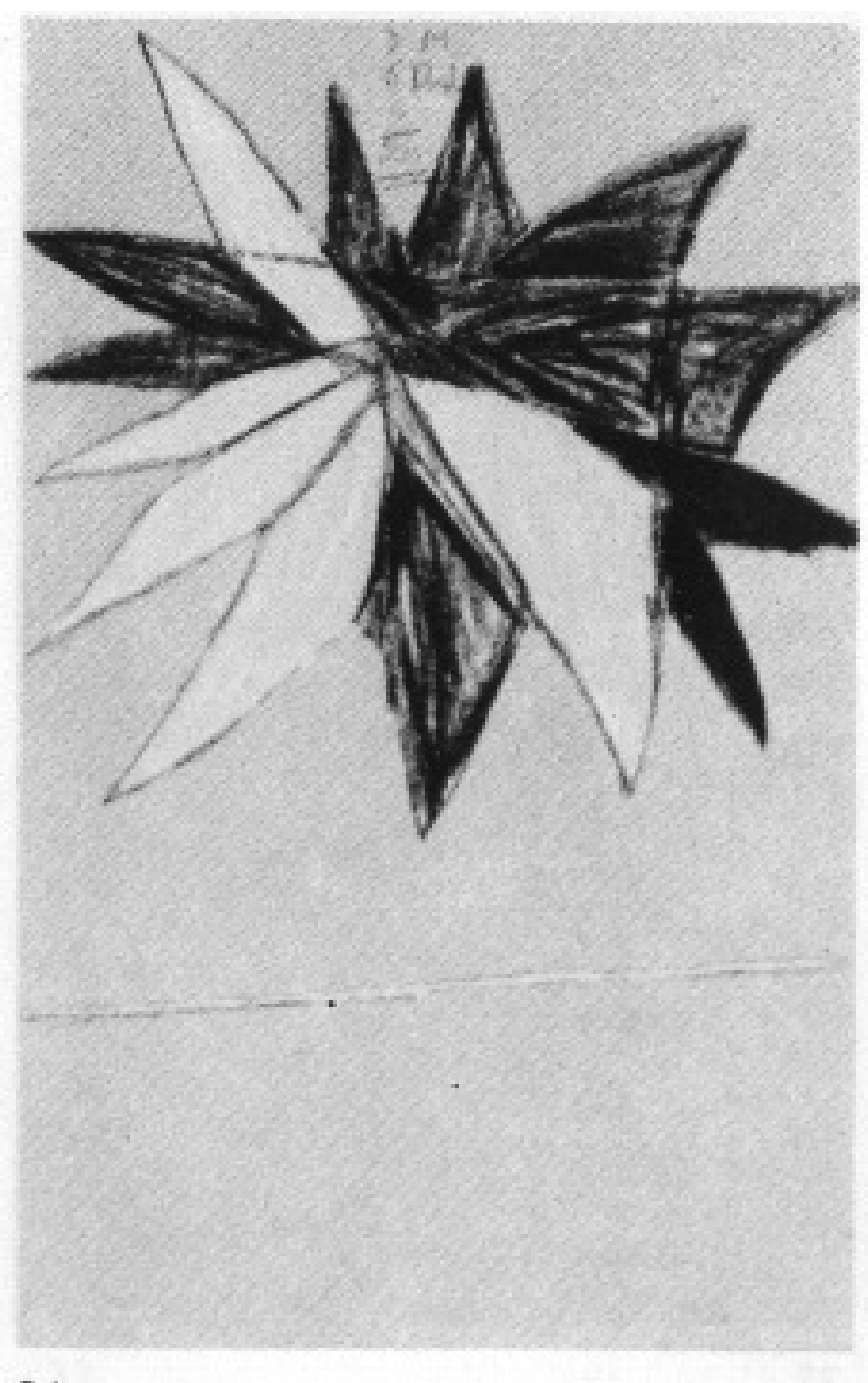
Richard parece estar de humor amistoso y no muy angustiado. Dice que no ha traído la flota, pues quiere que descanse. Ha pasado un día muy feliz con tres soldados polacos que están viviendo en el hotel, con los cuales ha dado por la tarde un largo paseo. Le han invitado a que vaya a visitarlos a Varsovia. Comenta que dos de ellos no saben lo que les ha pasado a sus familias, uno tiene un hijo de cuatro años; todo es muy triste. También le han contado sus experiencias en Varsovia durante los bombardeos. Está muy apenado por ellos y habla largamente del tema. Dos de los soldados se han ido ya de «X», pero el otro se va a quedar y ha prometido enseñarle a jugar al croquet a la manera polaca. Después habla de los planes que tiene para las vacaciones y dice que está deseando que lleguen.

M. K. le dice que esto le parece que es verdad solo en parte, y le recuerda que al finalizar la sesión anterior se quedó preocupado por que ella se fuera a Londres.

Richard contesta que, en efecto, no le gusta pensar que va a estar en Londres, pero vuelve rápidamente al tema de sus vacaciones y a comentar cuánto desea que lleguen.

M. K. le indica entonces que está tratando de no pensar en lo que él siente, que es una mamá dañada, a la cual no puede salvar (*M. K.* en Londres), y le recuerda la vez en que jugó a enterrar a la mamá de juguete herida para en seguida resucitarla, llevándole vendas y alimentos en el tren (sesión veinticinco). También le dice que está muy preocupado por tener que suspender el análisis, pues siente que para entonces no estará terminado aún.

Cuando Richard empezó a hablar, comenzó al mismo tiempo un dibujo (número 24)[1089]. Lo llama otra vez un imperio y dice que va a introducir otra persona más, queriendo con ello indicar que va a usar un color nuevo al lado de los habituales.



24

M. K. le pregunta quién es la otra persona.

Richard contesta que va a ser el color verde, en representación de Bobby, pero finalmente decide no hacerlo. Cuando termina de colorear el dibujo, cuenta a ver cuántos países tiene cada persona, y descubre que es él quien los tiene a casi todos[1090]. Por esta razón, dice que le corresponde hacer la línea de debajo en su propio color. Mirando luego su obra, comenta que mamá solo tiene tres países, pero que son buenos, pues dos de ellos tienen costa. Paul tiene cuatro, papá ocho y él once, e incluye las pequeñas subdivisiones como si fueran países separados. Cuando todavía está dibujando, habla de la guerra, comentando que está contento con la R.A.F., la cual una vez más ha bombardeado Brest, y desearía que atacaran al crucero alemán *Prinz Eugen.* Tras preguntarse cómo les iría a los aliados en Siria, se dirige al mapa, cosa que no ha hecho desde hace varias sesiones, y marcha por el cuarto de arriba abajo.

M. K. le interpreta que el imperio ha representado muchas veces el interior de su madre y el órgano sexual de ella y de *M. K.*, y que la marcha, el bombardeo, y los soldados vencedores, representan su genital poderoso que logra controlar al de papá y al de Paul dentro del cuerpo de mamá. Todo esto parece demostrar que tiene la esperanza de que su pene esté en buen estado después de todo, y que podrá crecer y proteger a mamá del papá peligroso y de Paul (nota 1). Le sugiere además que Bobby, al que pensaba al principio incluir en el imperio, representa también su pene, pero el temor de que se hiciera demasiado dominador y después demasiado destructor, le hizo decidir dejarle fuera (nota II).

Mientras *M. K.* interpreta, Richard se angustia y empieza a bostezar. Aunque al principio se opone vivamente a esta última parte de la interpretación, en seguida se vuelve a poner vivaz y la confirma. Señala, en efecto, que está protegiendo a mamá, ya que uno de sus países, el más grande, está situado entre los de ella. De esta manera puede defenderla del papá malo que está bastante cerca. De repente, mirando directamente a *M. K.* le dice: «Estás muy linda».

M. K. interpreta que su país, que es el más grande, está situado entre dos secciones de mamá y que tanto él como la línea roja —su propio color— simbolizan a su pene dentro de ella. Ha pensado de pronto que *M. K.* está linda; y lo ha hecho en este determinado momento, porque siente que ella le está aliviando el miedo de tener el pene dañado. Esto significa que lo está arreglando en la realidad, que le permite tenerlo y que no le castiga por desear

tener relaciones sexuales con ella y con mamá. Por eso siente que es la mamá buena.

Richard contesta que tiene cuatro órganos sexuales más en el dibujo, tras lo cual cuenta los de papá y Paul, y dice que en caso de pelea ganaría él.

M. K. interpreta que también teme que si su pene se peleara dentro de mamá con los de Paul y papá, la dañaría a ella, Varsovia bombardeada y destruida, y Siria, que tanto le preocupa. En cambio, cuando se pone tan contento porque la R.A.F. ha bombardeado a Brest con éxito, es porque se alía con el papá malo que ataca los pechos de mamá (sesión siete) y la hiere de esta manera. Francia representa a su madre.

Richard contesta que odiaría hacer eso. Mira la estufa eléctrica, comenta que tiene la barra rota y empieza a encendería y a apagarla repetidas veces.

M. K. le recuerda que el día anterior quemó hierba con esa barra. Se refiere al «atizador al rojo» —el mástil del *Rodney* puesto al rojo por el sol—, que representaba el temor que tiene de herir el interior de mamá y de *M. K.* con su pene caliente, y le dice que teme que su pene queme a causa de la orina que contiene. También tiene miedo de que la orina destruya su propio aparato genital, siendo esta una de las causas por las cuales siempre toma el color rojo en los dibujos.

Richard se ha puesto inquieto; se dirige al mapa para ver cuánta cantidad de Francia está ocupada y cuánta no. Luego vuelve a preguntarse por los aliados que están en Siria y finalmente se va afuera, pidiendo a *M. K.* que también salga, como suele hacerlo. Mira en derredor suyo y dice que no le gusta ver el cielo cubierto; salta varias veces desde arriba de los escalones, que son bastante altos, mientras dice que es divertido, y comenta que está deseando empezar a jugar al croquet con el soldado polaco.

M. K. interpreta que el soldado representa al papá bueno que le va a ayudar a ser potente, que le enseña (croquet) y que le trata como a un igual, lo cual significa ayudarle a serlo en cuestiones sexuales (poder tener relaciones con mamá y darle hijos). El placer que encuentra al saltar, tiene el mismo sentido.

Richard empieza a correr por el camino del jardín. De pronto pide a *M. K.* que vuelva rápidamente a entrar con él en el cuarto, pues ha visto una avispa (en realidad no está asustando, sino dramatizando).

M. K. le sigue al interior de la habitación e interpreta que el camino simboliza su interior y su órgano genital, mientras que recorrerlo corriendo y saltar de los escalones quiere decir tener con ella relaciones sexuales. La

avispa peligrosa es el papá hostil y Paul, los dos dentro de mamá, o bien el hijo de *M. K.* o el señor K. dentro de ella.

Richard juega con los banquitos, pone unos encima de otros haciendo una torre. Dice que una vez más ha hecho una gran torre, y la manera como lo expresa indica claramente que se refiere a la torre que debía de ser dinamitada (sesión treinta y cuatro). Luego los arroja todos al suelo, y dice: «¡Pobre papá; su genital se está derrumbando!». En este momento se da cuenta de que un hombre pasa por la calle, y dice que es malo y que puede hacerle daño. Se queda mirándole pasar, escondiéndose tras las cortinas hasta que desaparece de la vista.

M. K. interpreta que, aunque sentiría pena por papá si le atacara el órgano sexual, también teme que papá se convierta en atacante y le dañe el suyo [Mezcla de ansiedad depresiva y persecutoria]. Por eso se ha asustado de pronto del hombre «malo» y ha tenido además tanto miedo de los niños en las sesiones anteriores. Estos no solo representan a papá, a Paul y a los bebés atacados, sino también al pene atacado de papá.

Richard ha vuelto a la mesa y mira el dibujo; hace recordar a *M. K.* que le ponga la fecha y dice que la próxima sesión le gustaría mirarlos a todos juntos. Después señala una sección azul que no tiene costa porque se la ha quitado con una línea, y pregunta si sabe *M. K.* lo que representa. Pero en seguida se contesta él mismo que es el pecho de mamá, y menciona por segunda vez que una señora del hotel le ha dado caramelos de regaliz y que es muy buena. Ahora tiene un aspecto contento y muy amistoso; rodea levemente con el brazo el hombro de *M. K.*, y apoyando la cabeza contra ella, le dice: «Te quiero mucho».

M. K. interpreta que existe una conexión entre ella, que le ayuda y le protege, y el pecho de mamá que le da de comer: los caramelos de regaliz de la señora. Además, al cooperar con ella y pedirle que le cuide los dibujos, está tratando de devolverle las cosas que ella le ha dado. En particular siente que *M. K.* es buena y le alimenta con su pecho bueno, porque el trabajo que hace con ella le hace temer menos por su genital.

Richard dice que a él le parece lo mismo. Corre entonces a la cocina y abre el grifo; colocando el dedo dentro del mismo larga un chorro de agua y escucha el ruido que este hace, mientras comenta que es el pene de papá que parece estar muy enfadado. Después, poniendo el dedo de otra manera, lanza un chorro distinto y dice que ahora es él, y que también está enfadado.

M. K. interpreta que está mostrando cómo su genital y el de papá se pelean dentro de ella (el grifo) y que espera que papá o el señor K. se enfaden

con él si mete su pene dentro de mamá o de *M. K.*

Richard se va afuera y pide a *M. K.* que saque el tapón del lavabo para ver salir el agua. Después encuentra un pedacito de carbón y lo aplasta con el pie.

M. K. interpreta que está destruyendo el pene negro de su padre. Richard busca la escoba, barre el suelo y dice que le gustaría limpiar todo el lugar.

M. K. le sugiere que siente que si destruyera el pene de papá dentro de mamá, también la ensuciaría y dañaría a ella, y desearía entonces arreglarla otra vez.

Richard vuelve a jugar con el grifo, dice que tiene sed y bebe de él. Después le pregunta a *M. K.* si sabe qué es lo que está bebiendo, y sin esperar su respuesta dice: «lo chico».

M. K. interpreta que está tratando de ver cuánto quema «lo chico» (1a orina) de él o de papá, y si está o no mezclada con «lo grande».

Richard vuelve al cuarto, se sienta a la mesa, mira el reloj de *M. K.* y lo manipula. Descubre que no está colocado derecho dentro de su marco, y lo arregla. Después lo da vuelta, y como de costumbre al hacer esto, se ríe mientras le mira la parte de atrás y dice: «Es gracioso». Tras esto, con tono un tanto preocupado, pregunta de qué están hechas las manecillas, pues son muy verdes (son luminosas). También descubre que se trata de un reloj extranjero (suizo).

M. K. interpreta que las preguntas que se está haciendo sobre el reloj extranjero y las manecillas verdes, se refieren al interior de ella, el cual supone que contiene al señor K. hostil y al Hitler-papá. Teme que este último posea un pene venenoso con dinamita que pueda dañar a mamá, temor que está asociado al que siente por *M. K.*, quien se va a Londres y a los peligros de esta ciudad.

Richard cierra el reloj con el mismo cuidado con el que cierra siempre la puerta del cuarto de juego.

M. K. interpreta que esto expresa el deseo de mantenerla a ella fuera de peligro, sin que nadie se meta en su interior.

Solo una vez en toda la sesión ha mirado Richard por la ventana para ver a los transeúntes, y fue cuando vio al hombre «malo» y se sintió perseguido por él. En general, este «estar en guardia» contra posibles enemigos de la calle ha disminuido considerablemente.

Notas de la sesión número treinta y siete.

I. En las últimas sesiones ha aumentado la esperanza de Richard de poder crecer. Esto constituye un punto importante del análisis de los niños neuróticos y también del de los adultos. Si adquieren la esperanza de poder crecer, en efecto, disminuye la sensación de impotencia que tienen al compararse con los adultos, lo cual les alivia la ansiedad y la sensación de ser inferiores e inútiles. En el adulto neurótico también vemos que el sentimiento inconsciente de seguir siendo un niño en comparación con las demás personas, juega un papel importante en los casos de impotencia, tanto en un sentido más específico como en otro más general, y puede alternar con la sensación de ser muy viejo, como si nada existiera entre los dos extremos.

II. En esta etapa del análisis, el papel desempeñado por los deseos genitales y heterosexuales se puso mucho más en primer plano. No dudo de que tales deseos hayan existido desde la primera infancia, pero el temor a la castración y la desesperanza ante la posibilidad de ser potente, llevaron a Richard a una fuerte represión, que impidió hasta la expresión inconsciente de todo interés por sus genitales y por los deseos heterosexuales. Al aumentar la esperanza, pudieron encontrar expresión los deseos genitales y el deseo de ser potente. Creo, sin embargo, que el análisis de las ansiedades relacionadas con los peligros internos —entre otros el peligro a que el pene peligroso de su padre exponía al interior de su madre y a sí mismo dentro de ella—, contribuyó mucho a que se llevara a cabo esta evolución.

Sesión número treinta y ocho (viernes)

M. K. no puede abrir la puerta del cuarto de juegos, pues la cerradura se ha roto, de manera que se lleva a Richard a su casa.

Richard está triste por esto. En el camino dice que si John tiene su sesión tras la de él, él quiere irse en cuanto *M. K.* se lo diga, para no quedarse también con su hora.

M. K. le dice que puede tener su hora completa porque no espera a John inmediatamente después.

Richard habla muy poco en el camino, aunque una o dos veces comenta que las niñas exploradoras deben de haber hecho algo a la puerta.

M. K. dice que lamenta lo que ha ocurrido, pero que mañana todo estará arreglado.

Richard dice con énfasis que es una pena y que sería bueno si mañana estuviera, en efecto, todo arreglado. Cuando llegan a los cuartos de *M. K.*, Richard coloca la flota sobre la mesa.

No parece muy angustiado, sino más bien triste y pensativo. Cuando *M. K.* le pregunta en qué está pensando, contesta que le preocupa que se vaya a Londres, pues teme que la bombardeen.

M. K. contesta que la parte de Londres donde va a estar no es particularmente peligrosa (pero evidentemente este reaseguramiento no se produce ningún efecto). Sigue interpretando que también teme que su mamá sea bombardeada por el papá-Hitler y le sugiere que el temor a este bombardeo puede haber tenido su origen mucho antes de que empezara la guerra, cuando él era pequeño.

Richard, que evidentemente se siente incómodo, pregunta susurrando si alguien les puede oír. Quiere saber dónde está el «señor viejo gruñón» (se refiere al otro pensionista de quien le ha hablado John).

M. K. le dice que no está en casa y le interpreta que para él representa a papá y que teme y sospecha que descubra que él le quiere atacar. Le recuerda que también el día anterior temió que el hombre «malo» de la calle le atacara, justamente tras haber roto él la gran torre-pene de papá.

Richard pregunta si *M. K.* ha ido a la peluquería y si le han puesto en la cabeza esa horrible cosa con forma de sombrero (se refiere al secador).

M. K. interpreta que esa cosa horrible es también el pene-Hitler peligroso que bombardea.

Richard pregunta entonces dónde está su dormitorio, pues quiere verlo.

M. K. le lleva arriba y se lo enseña (nota 1). El niño lo recorre, dice que es lindo, echa una mirada a una o dos fotografías que hay en él y también mira el cuarto de baño. Dos veces pregunta si le importa que desee ver esta parte de su alojamiento.

M. K. interpreta que teme estarse entrometiendo en su habitación privada, lo cual también significa averiguar cosas del señor K. y de sus relaciones sexuales (ahora el inquilino «gruñón»), así como también mirar en su interior; y que todo esto está relacionado con la curiosidad que tiene por saber lo que sus padres hacen juntos.

De vuelta en el cuarto de estar, Richard se pone a jugar con la flota. Arregla, formando dos grupos, los destructores y los submarinos, de manera tal que el barco de guerra pueda pasar a través de ellos. Primero sale el *Nelson* a inspeccionar los barcos y Richard admira la manera inteligente como el *Nelson* da la vuelta: después aparece el *Rodney*, el cual hace lo mismo.

M. K. interpreta que papá (el señor viejo y el señor K.), está inspeccionando a sus hijos para ver si son buenos y no demasiado agresivos, celosos, o exigentes con mamá. La planchada que ha hecho representa el órgano genital de esta, por el cual puede entrar y salir el genital inteligente, es decir, potente, de papá. Dentro de él, los hijos, que son Richard, Paul y el hijo de *M. K.*, deben de estar tranquilos y no pelearse con él. Le recuerda entonces las peleas entre los distintos órganos sexuales que organizó ayer, tras las cuales se sintió apenado por papá y deseó arreglarle el pene roto.

Richard coloca dos lápices juntos con las puntas una contra otra para formar la entrada del puerto. Después coloca un destructor pequeño a lo largo de uno de los lápices, muy cerca de este, pero pronto decide que no debe de estar allí y lo vuelve a poner en el grupo de los destructores.

M. K. interpreta que, a pesar de desear mantener la paz familiar, va corriendo hacia mamá porque quiere hacer el amor, más siente luego que no debe hacerlo para no tener que pelearse después con papá y Paul y no terminar en un «desastre».

Richard mueve entonces un destructor grande y lo coloca al lado del *Nelson*, tras lo cual los dos se van de patrulla.

M. K. interpreta que en vez de estar haciendo el amor a mamá ahora se lo está haciendo a papá, pues el destructor le representa a él yéndose hacia su padre, el *Nelson.* Ha puesto sus órganos sexuales juntos, en parte porque tiene miedo y se siente culpable si hace el amor a mamá. [Huida de la heterosexualidad hacia la homosexualidad].

Richard sigue haciendo operaciones con la flota y pregunta a *M. K.* si conoce a un niño imbécil que apenas puede andar y que hace ruidos como si fuera un animal. Piensa que es espantoso, pero siente pena por él.

M. K. interpreta que cuando se masturba y se excita, teme hacerse daño en el pene y volverse tonto como este niño.

Richard cambia rápidamente la distribución de los barcos. Ahora pone al *Nelson* en un extremo de la mesa, diciendo que el almirante ha subido al *Prince of Wales* para inspeccionar la flota. Mueve al *Rodney* hasta colocarlo en el lado opuesto, pues todavía no lo necesita, y el *Nelson*, que ahora es el *Prince of Wales*, como es el barco del almirante, pasa a través de los grupos de destructores y submarinos que están colocados como antes alrededor de la mesa, y luego se aleja. Después, el *Rodney*, que ahora está dirigido por otro almirante, viene y hace los mismos movimientos.

M. K. interpreta que él es uno de los dos almirantes y su padre el otro, lo cual significa que los dos poseen por turno el pene potente y a mamá, evitando de esta manera toda pelea, daño o destrucción.

Richard dice que el segundo almirante es el hermano de Wavell, pero luego decide que no puede ser pues no tienen el mismo apellido, a pesar de ser los dos escoceses.

M. K. interpreta que su error significa que también Paul debería repartirse el comando con él, y así todo el mundo estaría satisfecho (nota II).

Richard se refiere una vez más al viaje de *M. K.* a Londres. Todo el tiempo ha estado muy serio y pensativo, pero no demasiado tenso, y con *M. K.* se muestra muy amistoso y afectuoso. Le dice que no le gusta nada que se vaya y le pide que le prometa una cosa: que si oye las sirenas de alarma se meta inmediatamente en un refugio.

M. K. le promete que así lo hará.

Con esto Richard parece contentarse y le pregunta si va a vivir con su hijo y si le puede dar la dirección de su casa, pues le quiere escribir.

M. K. está de acuerdo con esto y le dice que también ella le mandará una tarjeta.

Richard entonces dice que si ella se muriera él iría al entierro; tras esto le pide, muy serio y como si hubiera tomado una decisión importante, que le diga a su madre quién podría seguir con él el trabajo en caso de morirse ella.

M. K. contesta que le dejará el nombre de otro psicoanalista y le interpreta que ir a su entierro también significa seguir con el trabajo. (En este momento Richard la interrumpe para decir que le parece que este es bueno y que le está ayudando). Significa además incorporarla a ella dentro de sí, en

representación de mamá muerta, y mantenerla viva dentro de él. El deseo de continuar el análisis, el cual piensa que le ayuda, es lo mismo que tener dentro a la mamá buena y celeste. Le recuerda a este respecto cuánto se alegra cada vez que ve en sus dibujos que la mamá-celeste es la que tiene más países, pues esto significa que la mamá buena y su pecho se extienden dentro de él.

Richard pide todos sus dibujos y los empieza a mirar. Señalando a uno de ellos comenta que hace ya un mes entero que lo ha hecho.

M. K. le interpreta que desea que dentro de otro mes todavía estén juntos, lo cual significa que ella estará viva aún.

Richard mira el dibujo 8, el cual, según dice, no está terminado (no tiene color). Decide terminarlo ahora y pide a *M. K.* que escriba del revés que fue terminado hoy. Le dicta entonces la fecha, pero al hacerlo se equivoca, y dice que es dos días más tarde de lo que realmente es.

M. K. interpreta que desearía que estuviera con él dentro de dos días, pues ahora ya solo falta uno antes del fin de semana.

Richard está ansioso por terminar de colorear el dibujo, pues falta poco para la terminación de la hora, de modo que sigue trabajando. Empieza con las estrellas de mar y dice que tres de los bebés han cobrado ya vida, mientras que las demás aún son de gelatina. Repetidas veces pregunta si aún tiene tiempo para seguir. Al pintar el cielo comenta que tiene un color azul bonito.

M. K. interpreta que desea que tanto ella como él tengan buen tiempo mientras ella está ausente (con esto se muestra de acuerdo), pues el mal tiempo, y en particular la lluvia, representa el genital malo de papá, mientras que el sol y el cielo azul simbolizan a la mamá cálida, viva y feliz.

Richard pregunta ahora si aún puede hacer otro dibujo, pero entonces se da cuenta de que se ha terminado la hora. Pregunta a *M. K.* si le va a acompañar hasta la puerta del jardín, y echando un vistazo a su alrededor comenta que el campo está hoy precioso[1091].

Notas de la sesión número treinta y ocho.

I. El haber accedido al pedido de Richard de ver mi dormitorio, constituye un punto discutible desde el punto de vista técnico. Sin embargo, a menudo me he dado cuenta de que cuando los niños vienen a casa y desean conocer otras habitaciones, a veces resulta de utilidad permitírselo por una vez. No les permito sin embargo una mayor inspección de la casa. En este punto, me parece que el análisis de los niños difiere del de los adultos. Lo mismo ocurre,

como ya dije antes, en cuanto a contestar, hasta cierto punto, algunas de las preguntas a las cuales no se respondería tratándose de pacientes adultos. Tenemos que tener en cuenta que la curiosidad del niño se expresa de una manera mucho más impetuosa, y que también esperan que se les diga de una manera mucho más natural, si, por ejemplo, el analista tiene marido o hijos y que se les permita conocer su casa.

II. Yo me atrevería a sugerir que estos distintos detalles del juego de Richard, como el de hacer el amor a mamá, ser atacado por papá y después compartir todo con él y con su hermano, constituyen los contenidos de sus fantasías masturbatorias. Lo demuestra el pensar inmediatamente después en el niño imbécil y en el miedo a perder su salud mental a causa de la masturbación. El miedo a enloquecerse constituye un temor muy generalizado en el varón, particularmente durante la adolescencia.

Sesión número treinta y nueve (sábado)

Richard está serio y callado, pero amistoso. Muy aliviado al ver que la cerradura del cuarto de juego ha sido arreglada, dice con mucho sentimiento: «Me alegro mucho de que estemos aquí de vuelta». Resulta evidente que ha echado mucho de menos la habitación durante la sesión anterior. (La tarde anterior, tal como se lo había prometido, *M. K.* le telefoneó al hotel para decirle que otra vez se podían volver a encontrar delante del cuarto de juegos, pues la cerradura estaba ya arreglada. Richard le pidió entonces sus señas de Londres y el número de teléfono, ante lo cual *M. K.* prometió traérselos diciéndole además que se había olvidado uno de sus destructores y que también se lo llevaría).

Richard pregunta en seguida si *M. K.* le ha traído las señas y su destructor. Cuando *M. K.* se las da, las lee y las vuelve a leer con mucho interés. Dice que no ha traído la flota por estar ya guardada, pero mirando el destructor mientras lo mueve lentamente, dice con voz baja y triste: «Es el único destructor británico que nos queda; el resto de la flota ha sido hundido».

M. K. le pregunta dónde ha sido hundida.

Richard contesta que cerca de Creta.

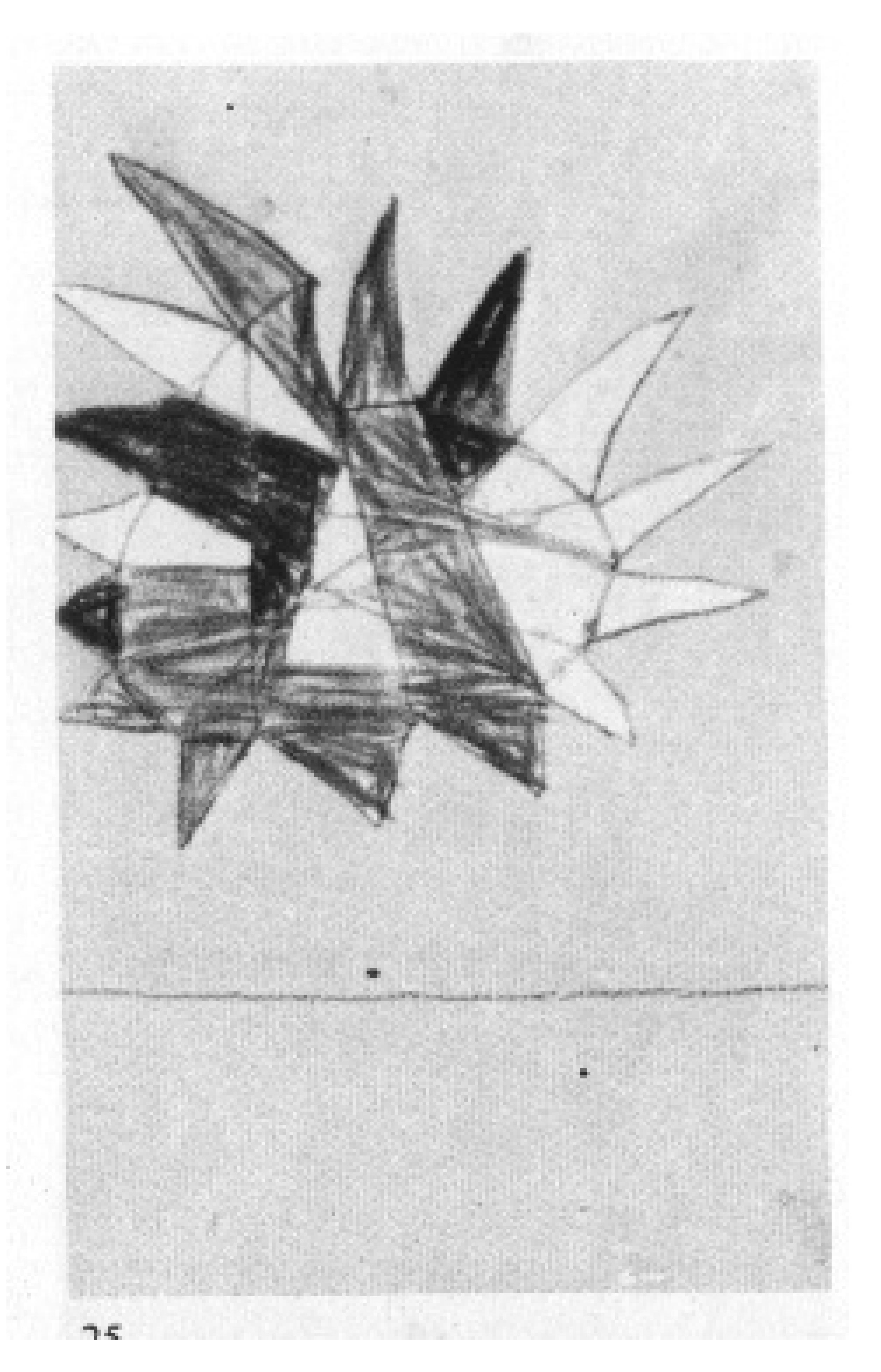
M. K. interpreta que acaba de expresar en forma más abierta la pena que siente por las pérdidas aliadas en Creta, cosa que antes trataba de evitar por resultarle demasiado doloroso. Ahora, a pesar de su tristeza, tiene mayor esperanza de que *M. K.* sobreviva, y esto, sobre todo, porque siente dentro de sí con mayor seguridad a la mamá celeste. Ayer pensó que habían perdido el cuarto de juegos, pero hoy lo han vuelto a recobrar y además tiene otra vez la flota completa.

Richard se queda silencioso y triste. Mueve el destructor de arriba abajo y dice que este tiene que salir solo a pesar de que se acercan unos destructores alemanes. Quizá le venzan, pero tiene que tratar de salir.

M. K. interpreta que el destructor pequeño le representa a él que tiene que enfrentar solo a sus enemigos, porque ella, que representa a la madre buena, le deja solo. Al mismo tiempo, el haber olvidado ayer el barco en su cuarto, significa que una parte de si, incluyendo su órgano sexual, se quedará con ella, dentro de ella, para protegerla en Londres contra Hitler. El apremio que tiene por salvar a mamá del vagabundo-papá, aun corriendo el peligro de ser

matado al hacerlo, es algo que demostró ya desde el principio (primer sesión) (nota I).

Richard ha empezado a dibujar (dibujo 25) en forma desatenta y mucho más lentamente que de costumbre. Mientras lo hace mira de frente a *M. K.* (cosa que en general ha evitado en toda esta sesión) y le dice muy suplicante: «¿Debes realmente irte? ¿Por qué?».



M. K. le contesta que quiere ver a sus hijos y además hacer algún trabajo con otros pacientes.

Richard contesta que sabe que no debería ser tan egoísta, pero que desearía que no se fuera. Después pregunta si hay muchos analistas, y cuánta gente se psicoanaliza. ¿Millones? ¿Es su hijo psicoanalista también? El piensa que se debería analizar mucha gente, pues es algo muy útil.

M. K. interpreta que le gustaría ser él analista para poder reemplazarla a ella en caso de que muriera, y de esa manera, además, mantenerla viva a través de su trabajo.

Richard pregunta si le ha dicho a su madre quién podría continuar trabajando con él en caso de morir ella.

M. K. le contesta que sí.

Richard vuelve a repetir que el trabajo le ayuda mucho y que ya no tiene miedo de salir solo. Hoy venía una niña andando justo detrás de él y también se encontró con un niño, y no le importó nada. Le sorprendió ver qué poco le importaba. Mientras dice esto coge una muñequita muy pequeña (una de las que representaba a los niños en sus juegos), y la hace andar. Después coge el lápiz rojo y lo mueve alrededor de la muñeca haciéndole también caminar. El lápiz se acerca a la niña, la pincha, y la arroja de la mesa.

M. K. interpreta que esto es lo que querría hacer con la niña, y que pincharía es tener con ella una relación sexual agresiva.

Richard recoge la figurita y repite lo de antes, pero en forma más violenta. También la pisa, pero al hacerlo cuida de que se quede en el hueco formado por el tacón, de manera que no la daña. Dice sin embargo que acaba de poner sobre ella su gran bota negra, y que está aplastada.

M. K. repite que la gran bota negra es la bota de Hitler, y le recuerda que ya otras veces ha marchado por la habitación haciendo el paso de ganso. Esto demuestra que siente que los deseos sexuales que tiene hacia las niñas son como si fueran de Hitler, y que el papá-Hitler de sus dibujos, en el que piensa, le representa también a él. Pero si sus deseos sexuales son peligrosos, teme que también lo sean para *M. K.* y para mamá, ya que la niña representa a las dos y a los órganos genitales de ambas (nota II).

Richard enciende el fuego a pesar de que es un día muy caluroso, y mira los barrotes mientras se ponen al rojo. Una vez más quema en ellos unos pedacitos de hierba y unas hojas.

M. K. interpreta que acaba de mostrar que piensa que su órgano sexual se pondría al rojo, se haría peligroso y quemaría, si diera rienda suelta a sus

deseos sexuales. Le recuerda que también lo ha vivido como si fuera devorador.

Richard contesta que antes había llamado *Vampire* al destructor que dejó en casa de *M. K.*

M. K. interpreta que la flota británica ha tenido recientemente muchas pérdidas y que si él ha dejado la suya en casa es para protegerla. Aunque dejó un destructor en los cuartos de *M. K.*, lo cual significa quedarse con ella para protegerla cuando fuera a Londres, también ha expresado con ello el deseo que tiene de ser un vampiro, y esto es porque su ida le hace revivir lo que sentía de bebé cuando mamá le quitaba el pecho, aumentando entonces su deseo de chupárselo hasta dejarlo seco y de comérselo. Todo esto contribuye al miedo de que *M. K.* se muera y a que se sienta culpable por ello.

Richard contesta entonces que *Vampire* es el nombre verdadero de un destructor.

M. K. le indica que ha usado este nombre para su destructor porque teme perderla a causa de su avidez.

Richard pregunta entonces si los vampiros se parecen a los murciélagos. Después corre a la cocina, abre el grifo y forma con el dedo un chorro de agua que dirige a veces en dirección a *M. K.*, cosa por la cual se disculpa. Encuentra una araña muy pequeña en la pila de lavar, la coge cuando está casi ahogada y la vuelve a tirar a la pila. Se ve claramente que goza al hacer esto y que se está burlando de la araña, pero cuando ve que esta finalmente ha muerto, la recoge y parece deprimirse. Dice: «Pequeña tonta», y la deja en la pila otra vez.

M. K. interpreta que el grifo que echa el chorro es su pene que ahoga a los bebés de *M. K.* y de mamá (la arañita). Quiere atacar a los hijos y a los demás pacientes a quienes ella va a ver, porque está celoso de ellos.

Richard vuelve a la habitación y hace un dibujo, colocando el destructor sobre el papel y marcando su contorno vanas veces. Cuando lo termina y pone un nombre a cada barco, al lado de tres de ellos escribe: «Hundido cerca de Creta», de modo que solo dos de ellos, entre los cuales está el *Vampire,* quedan sin hundir.

M. K. interpreta que quiere ahogar a sus hijos, dejándole solo uno y a sí mismo, de manera que quede como su mamá, con dos.

Richard dice que los dos destructores van en direcciones contrarias.

M. K. le pregunta por qué es esto así. ¿Acaso se han peleado?

Richard vuelve a preguntar si realmente tiene *M. K.* que irse.

M. K. interpreta que los dos destructores que van en direcciones opuestas son ella y él que se separan.

Richard mira otra vez el dibujo 25 y declara, algo sorprendido, que mamá ha dejado un poco de ella dentro de él.

M. K. interpreta que está atribuyéndole a su madre un pene —el pedacito que ha metido dentro de él—, y que *M. K.* en Londres y atacada por Hitler se convierte en la mamá que tiene el pene-Hitler y lo usa convirtiéndose así en una figura dañada y al mismo tiempo mala (nota III).

Richard señala entonces que mamá tiene bastantes países, aunque él tiene más.

M. K. interpreta que desea que su mamá (y ella) quede viva dentro de él, y se extienda allí. Esto implica que entonces no la va a chupar hasta secarla, no la va a devorar ni va a convertirse él en el destructor vampiro para esta mamá interna. También es esta una de las causas por las que ha guardado la flota y no la ha traído: la flota representa también a *M. K.*

Richard se pone más silencioso hacia el final de la hora y muy triste. Antes de marcharse, cierra cuidadosamente todas las puertas, mira a ver si las ventanas están bien cerradas y exclama con gran sentimiento: «Adiós, cuarto viejo; descansa, ten una buena vacación, te veré dentro de diez días». Desde la calle se da vuelta para mirarlo. Antes le había ya preguntado a *M. K.* si iba al pueblo. Ahora, afuera, dice que en realidad va a estar afuera diez días, y no nueve.

M. K. le contesta que hoy se han visto y que se verán otra vez dentro de diez días más, de modo que solo quedan nueve en medio.

Richard ha tenido todo el tiempo en la mano las señas de *M. K.*; ahora le dice que se sabe de memoria el número de teléfono y que no lo va a olvidar. Al despedirse agrega: «Deseo que lo pases bien». Al irse no la mira como suele hacerlo, ni le dice adiós con la mano desde el otro lado de la calle, marchándose sin darse vuelta.

Notas de la sesión número treinta y nueve.

I. Forma parte de mi técnica el no interpretar un acto sintomático hecho al finalizar la sesión anterior o al principio de la actual, sin esperar antes a ver el sentido completo que tiene dentro del contexto del material presentado en la sesión actual o quizás en una posterior.

II. He mencionado ya que la represión de los deseos genitales de Richard y del interés por su órgano sexual, había sido ya levantada hasta cierto punto en las sesiones más recientes. Este levantamiento de la represión también incluye una mayor expresión de las relaciones con los objetos parciales y en particular con el pecho. Junto con una fuerte curiosidad antes reprimida sobre las relaciones sexuales de sus padres, pasan ahora a ocupar un primer plano las fantasías relacionadas con estas, lo cual implica que también han quedado menos inhibidas las fantasías masturbatorias ligadas a los deseos genitales y el acto de la masturbación en sí. Aunque esto constituye en cierta medida una regresión a un estadío de desarrollo más temprano, en el cual los objetos parciales —los genitales masculinos o femeninos y el pecho— tienen un papel importante. Pero para el niño es esencial poder vivir plenamente esa relación con los objetos parciales, así como también las fantasías y deseos sexuales que implica, para poder alcanzar después una relación satisfactoria con el objeto total. Es un hecho ya conocido que en el análisis se debe de conseguir que el paciente reviva sus relaciones y emociones más tempranas, pero aquí quiero subrayar que la experiencia total de las relaciones con los objetos parciales (vividas en estadios en que estas relaciones son normalmente parciales) constituyen el fundamento necesario para que se pueda llevar a cabo el desarrollo gradual de las relaciones con los objetos totales.

III. En esta sesión he interpretado que Richard sentía que ponía dentro de mí una parte de sí mismo (el destructor *Vampire)*, pero que esta parte no solo era mala, sino también buena, pues me iba a proteger en Londres. De la misma manera diría que la sección de mamá que tiene forma de pene en el dibujo 25, quiere además de ser un pene (posiblemente el de Hitler) ser también un pecho bueno y protector. Esto se hizo bien claro en la siguiente asociación del niño.

Sesión número cuarenta[1092] (Martes)

Richard llega quince minutos tarde, sintiéndose muy tímido y angustiado y no comenta nada sobre su tardanza. Dice que se ha dejado la flota en casa. Tras una pausa, pregunta a *M. K.* cómo está, pero no la mira y ni siquiera mira el cuarto. Le da las gracias por la tarjeta que le mandó y le pregunta si se rio al leer en la que él le mandó a ella, que no tenía ganas de volver a «X». Tras esto se hace un largo silencio…

M. K. interpreta que este comentario y toda su actitud demuestran que tanto ella como «X» y el cuarto de juego se han convertido en su imaginación en algo malo, porque a ella la han bombardeado en Londres.

Richard empieza ahora a hacer preguntas: ¿Ha visto mucho del Londres «destruido»? ¿Ha habido algún bombardeo mientras ella estaba allí?

M. K. contesta: «Sí».

Richard parece por un momento contento con esta contestación, sin duda porque dudó de que *M. K.* le dijera la verdad, y replica al punto: «Ya lo sabía». Después pregunta si también hubo alguna tormenta y dice que a él le asustan mucho (cosa que *M. K.* ya sabe). Comenta que le gustaron sus vacaciones y que no quería volver. Pensó que «X» era «la pocilga ***X***» y también una pesadilla (nota I).

M. K. interpreta que el temor que tiene a la mamá sucia y dañada con un papá-Hitler adentro, está ahora centrado en «X» y en ella, y que el deseo de mantenerse alejado de ambos significa alejarse corriendo de sus temores. Esta es también la razón por la que ha llegado tarde.

Richard explica ahora que al llegar fue primero con su madre al hotel[1093] y pregunta si *M. K.* está enfadada con él por haber llegado tarde; tras esto vuelve a repetir que se ha dejado la flota en casa.

M. K. interpreta que no desea volver a trabajar con ella, porque ella se ha convertido en una «pocilga», en la mamá sucia, mientras que dentro de sí, en un sitio seguro, guarda el trabajo bueno y a la *M. K.* buena, representados por la flota que se ha dejado en casa.

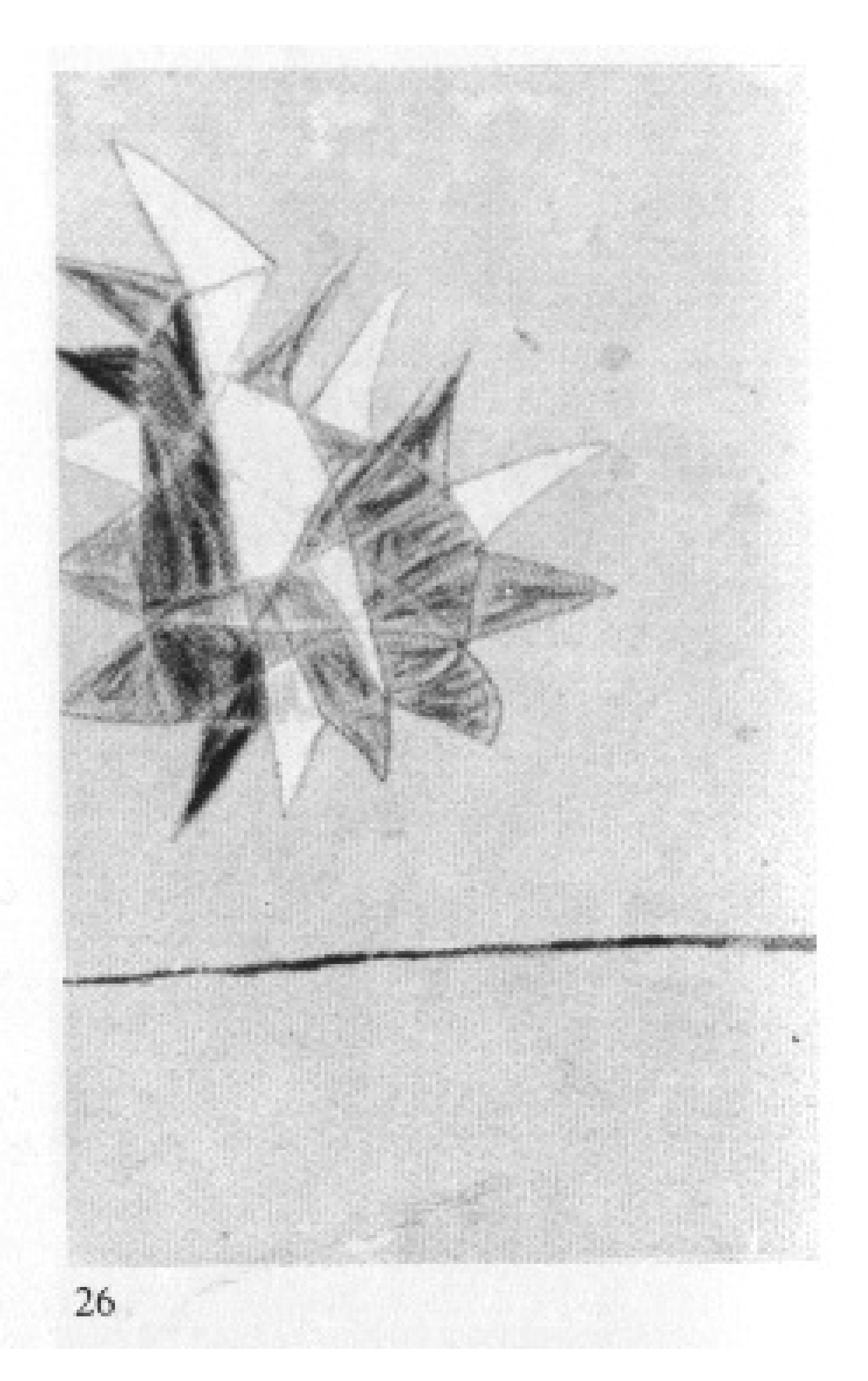
Richard pregunta si *M. K.* le ha traído los dibujos y por un momento parece contento de que así sea.

M. K. interpreta que los dibujos —y la flota— representan el análisis útil y la buena relación con la *M. K.* buena y con la mamá buena.

Richard mira descuidadamente los dibujos, los deja y se queda un rato en silencio… Después va a la cocina y dice que la pila está limpia pero que le desagrada el olor de una botella de tinta que hay allí. Parece triste y angustiado. Cuando va afuera se queja por las ortigas que han crecido en las rendijas de los escalones y muestra a *M. K.*, con un leve estremecimiento, algunos hongos que dice son peligrosos. Pisotea tanto los hongos como las ortigas, comentando que ahora le van a oler los zapatos a esas cosas sucias y venenosas. Entonces vuelve al cuarto de juegos, se dirige al armario, saca un libro de dentro de él y comentando que es el que quiere mirar se pone a leer y a mirar las ilustraciones. Al cabo de un rato le enseña a *M. K.* una lámina que dice que es «horrible», la cual representa a un hombrecito luchando contra un «horrible monstruo».

M. K. interpreta que sus silencios y su lectura expresan el deseo que tiene de escapar al miedo que le producen el genital-papá venenoso y peligroso y los bebés muertos que hay dentro de mamá (los hongos y las ortigas que ha aplastado con el pie). El cuarto de juego, el jardín y ella misma, se han convertido para él en malos y venenosos. Quiere también averiguar cosas sobre el interior de ella en el libro, lo cual le parece menos asustador que mirar el cuarto de juegos.

Richard hace entonces el dibujo 26. Al dibujar las secciones rojas dice: «Estos son los rusos, pues son rojos; no, soy yo».


26

M. K. interpreta que sospecha de los rusos como ya ha dicho a menudo, a pesar de que ahora se han convertido en aliados, de manera que como al principio habló de ellos y ahora dice que es él el rojo, esto quiere decir que también sospecha de sí mismo…

Richard pregunta si le dejará quedarse un poco más ya que ha llegado tarde, y queda desilusionado cuando *M. K.* le contesta que no puede.

Durante toda la sesión está desatento, y no mira ni a *M. K.* ni al cuarto. Parece la representación de la infelicidad. Es evidente que le es muy difícil escuchar las interpretaciones y que está muy contento de irse al finalizar la hora, aunque un poco antes haya expresado desilusión porque *M. K.* no le dé más tiempo (nota II). Está contento, sin embargo, de acompañarla hasta el pueblo, cosa de la que se ha asegurado ya antes.

Notas de la sesión número cuarenta.

I. Llegados a este punto, la resistencia de Richard alcanza un nivel culminante. Puede verse cómo la interpretación de las ansiedades profundas que se habían movilizado por el hecho de que la analista le hubiera dejado en un momento en que los sentimientos de pérdida y de desconfianza eran muy fuertes, trajo como resultado que se operara una disminución de los mismos en unas cuantas sesiones, y que se posibilitara la plena cooperación del niño en la tarea. Creo que esto constituye una parte fundamental del procedimiento analítico. Con ello no quiero decir que en todas las sesiones en las que se interpretan situaciones de profunda ansiedad y sentimientos dolorosos se consiga necesariamente reducir la resistencia; aunque el material y las interpretaciones a las que nos referimos en este libro muestran que esto ocurre repetidas veces, hay algunas sesiones, sin embargo, en las que la acumulación de ansiedades internas y externas lo hacen imposible. A pesar de esto, aun en estos casos las interpretaciones de las ansiedades profundas facilitan la tarea de las sesiones posteriores.

El analista no suele sorprenderse al ver como una y otra vez surge la resistencia ante algunas interpretaciones, a pesar de que en sesiones anteriores esta haya disminuido considerablemente. Sabemos que el proceso de elaboración —que Freud consideró de tan fundamental importancia para el análisis—, hace que sea necesario volver a tomar repetidas veces el mismo material, tomando en consideración los detalles nuevos que se van dando y que llevan a la posibilidad de analizar más plenamente toda la situación

emocional. Llama la atención ver cómo las interpretaciones que provocan más dolor, tales como las que se refieren a impulsos destructivos dirigidos contra el objeto amado, aun —como se verá en las próximas sesiones— las referidas a ansiedades derivadas de peligros internos y de persecuciones por parte de objetos muertos o dañados, logran, sin embargo, producir un gran alivio. En el caso de Richard, este tipo de sesión terminaba siempre en el establecimiento de un mayor sentimiento de esperanza y de seguridad.

Como resultado del procedimiento analítico, al enfrentarse con estas ansiedades internas y externas, el yo puede ya no solo considerarlas, sino también lograr una mayor esperanza de manejarse con ellas. Uno de los factores que producen esta manifestación es el surgimiento del amor, el cual antes había sido disociado con los impulsos destructivos y las ansiedades persecutorias, no pudiendo por lo tanto hacerse sentir.

Quiero llamar la atención sobre el hecho de que el método antes descrito permite que el paciente vaya vivenciando al mismo tiempo resistencias y cierta cooperación. Esta doble actitud es el resultado de los procesos de disociación, que hacen que en la misma sesión operen diferentes partes del yo y emociones opuestas. Si bien Richard en ciertas ocasiones en que se sentía vencido por la ansiedad y en que la resistencia alcanzaba un punto máximo quería abandonar el cuarto, nunca llegó en realidad a irse más temprano de lo que le correspondía; de igual manera mencionó muchas veces que no había querido venir a la sesión, pero vino siempre. Lo que sí hizo una cantidad de veces fue no traer su flota, lo cual expresaba, por lo general, que sentía que había dejado una buena parte de sí y de sus objetos en casa. El análisis de esta disociación daba como resultado que en la próxima sesión volviera a traer la flota, y que diera un paso más adelante en el camino hacia la integración. Cuanto más autoconocimiento se tiene de las capas más profundas de la mente, más aumenta la confianza en el analista y en el proceder psicoanalítico, cosa que se manifiesta a menudo en que el paciente transforma inmediatamente la transferencia negativa en positiva.

Esto me lleva a considerar otro punto. En la época en que constituía un principio establecido del psicoanálisis que las ansiedades psicóticas no debían de ser interpretadas para no caer en el peligro de producir una psicosis, yo descubrí que el progreso del análisis consistía justamente en interpretar la ansiedad que fuera más aguda, tuviera esta o no un carácter psicótico. De esta manera pude ir penetrando en las capas más profundas de la psique y disminuir las ansiedades de raíz, y en relación con los objetos primarios. Este método, que desarrollé en primer lugar al psicoanalizar a los niños, ha

influido también fundamentalmente en mi técnica para con los adultos. Además ha llevado a derivaciones importantes, particularmente respecto al análisis de pacientes psicóticos, tarea esta que algunos colegas están llevando a cabo con resultados promisorios.

II. No suelo, por regla general, alargar las sesiones de los niños ni las de los adultos más que en los casos en que estas no hayan comenzado a tiempo por culpa mía. Pueden naturalmente darse razones por las cuales, en circunstancias muy excepcionales, prolongue yo una sesión, pero en general mantengo un horario fijo para evitar cualquier perturbación del análisis, ya que los pacientes tratan de sacar ventajas del analista que les permite quedarse más tiempo. Otra de las razones que me impulsan a mantenerme firme en este punto, es la desorganización de los horarios a que llevaría cualquier modificación, y las dificultades que esta produciría en los demás pacientes.

Sesión número cuarenta y uno (miércoles)

Richard llega a horario, pero ha tenido que venir corriendo, pues salió tarde del hotel. Dice inmediatamente que tiene la flota consigo después de todo, y que debe de haber entendido mal lo que le contesto su madre cuando él le preguntó si la habían vuelto a traer a «X». Mamá le preguntó si *M. K.* estaba enfadada ayer por haber él llegado tarde. Una vez más desea saber si le va a permitir quedarse más tiempo hoy, para compensar la tardanza de ayer.

M. K. le contesta que no puede hacerlo a causa de los demás horarios.

Richard pregunta entonces si es a causa de otro paciente, si ahora solo atiende a hombres y si él es el más joven de todos, aún de los de Londres; ¿cómo viajó?, ¿en primera clase?, ¿estuvo cómoda?, ¿comió en el tren? Vuelve a preguntar, además, si en Londres hubo alguna tormenta de truenos. (En la sesión anterior comentó que les tiene miedo). ¿Fueron todos a despedirla a la estación? (Se refiere a su familia).

M. K. contesta brevemente a algunas de estas preguntas e interpreta que tiene mucha curiosidad por conocer detalles de su estada en Londres; y que también desea saber si ha tenido una peligrosa relación sexual, representada por las tormentas y los bombardeos. Al mismo tiempo quiere estar seguro de que sus hijos han ido a despedirla —es decir, que la quieren—, lo cual le ayuda a no pensar en ella como si fuera una «pocilga» y una «bruta», es decir, la mamá dañada, manchada y peligrosa.

Richard contesta que se alegra de haber vuelto a «X», aunque sigue sin gustarle el lugar… Saca la flota y enciende la estufa, pidiendo a *M. K.* que se lo permita aunque no hace ningún frío. Luego mueve los barcos descuidadamente, haciendo que el destructor *Vampire* choque contra el *Rodney*.

M. K. le pregunta si el *Vampire* es él mismo.

Richard contesta que sí, e inmediatamente después reorganiza la flota. Coloca los barcos *Rodney y Nelson* uno al lado del otro y después, en fila y a lo largo, algunos otros barcos que representan a Paul, a sí mismo, y a sus canarios, ordenados según dice de acuerdo a su edad. Explica que a Bobby se lo regalaron después de los canarios y que uno de estos llegó antes que el otro, de manera que hay que ordenarlos de acuerdo con este orden.

M. K. interpreta que desea que haya paz y orden en la familia que se está ateniendo a la autoridad de Paul y de papá para frenar sus celos y su odio.

Con esto quiere lograr que no haya Hitler-papá y que mamá no quede convertida en «pocilga», pues el papá malo no la dañaría ni la bombardearía de haber orden, y el genital de Richard tampoco sería atacado por él.

Richard rompe el orden de la flota. Se ha quedado indeciso, desatento y preocupado como si no pudiera escuchar las interpretaciones, aunque al mismo tiempo trata de contentar a *M. K.* y de colaborar con ella. Manosea los barcos un rato… Luego, tras una pausa, cuenta una conversación que tuvo con su madre durante la ausencia de *M. K.* Le dijo a esta que le preocupa mucho llegar a tener bebés más adelante y le preguntó si le dolería mucho tenerlos. Su madre le contesto que los hombres no tienen bebés, que es la mujer la que los tiene y padece de dolores cuando nacen. (Esta no es la primera vez que le ha explicado esto. Véase la sesión veintiuno: nota 1.) También le dijo que el hombre introduce su órgano sexual dentro del de la mujer, a lo cual él respondió que eso no le iba a gustar pues le daba miedo, y que todo el asunto le preocupaba mucho. Mamá le contesto entonces que hacer esto no le dolía al hombre. También le dijo a su madre que a *M. K.* no le podía preguntar estas cosas con tanta facilidad como a ella, pues aunque es muy buena, no es su madre. Comenta ahora cuánto quiere a esta. Dice que él es «el pollito de mamá» y que «los pollitos corren detrás de sus mamás». A lo cual agrega: «Pero claro, los pollitos tienen que arreglárselas sin ellas, porque las gallinas ya no se preocupan más por los pollitos ni les importa lo que les pasa». Mientras hace el relato de toda esta conversación, Richard parece estar muy preocupado.

M. K. interpreta que tuvo miedo de que ella se muriera y necesitara alguien que la reemplazara; por esta razón trató de trabajar con su mamá tomándola como sustituta. Ahora piensa en ella considerándola la mamá buena que le ayuda, la mamá-pecho celeste, mientras que *M. K.* se ha convertido en la mamá bombardeada, envenenada, muerta o peligrosa. [Disociación de la figura materna en madre pecho y madre genital]. Interpreta además el temor que tiene de las relaciones sexuales en relación con el material anterior, en que la pocilga «X» estaba asociada con el interior sucio, manchado y envenenado de su madre. Le recuerda los hongos «venenosos»; el disgusto que experimentó al ver las ortigas en las ranuras de los escalones, el temor que tuvo hasta de mirar el cuarto de juegos y el «monstruo horrible» que representaba al pene-Hitler peligroso de dentro de mamá. Todo esto está además asociado con lo que pasó antes de la interrupción del análisis: la torre-pene grande que había que dinamitar, la lucha contra los banquitos que representaban al pene de papá y a los bebés dentro de mamá, y el miedo a que

su pene fuera dañado por el papá peligroso de dentro de su madre, miedos estos que quedaron asociados a *M. K.* y a la habitación durante las vacaciones. Ha dicho hace un rato que él es el pollito de mamá; cuando *M. K.* se fue sintió como si su mamá buena se hubiera transformado en una mamá mala que le abandonaba, igual que hacen las gallinas con sus pollitos. Esta situación repite una vez más las frustraciones que pasó de bebé, cada vez que no sacaba mucha leche del pecho; en aquellas oportunidades odiaba a mamá, tras lo cual sentía que ella quedaba dañada por su odio. Lo mismo siente ahora hacia *M. K.*

Mientras *M. K.* hace esta última interpretación, Richard la mira de frente por primera vez desde su vuelta, le sonríe y sus ojos cobran más brillo (nota II). Busca luego el mismo libro de la sesión anterior y señala algunas ilustraciones, en particular la del «monstruo horrible», contra el cual debía de luchar el hombrecito. Dice que el monstruo tiene un aspecto espantoso pero que su carne puede ser deliciosa para comer.

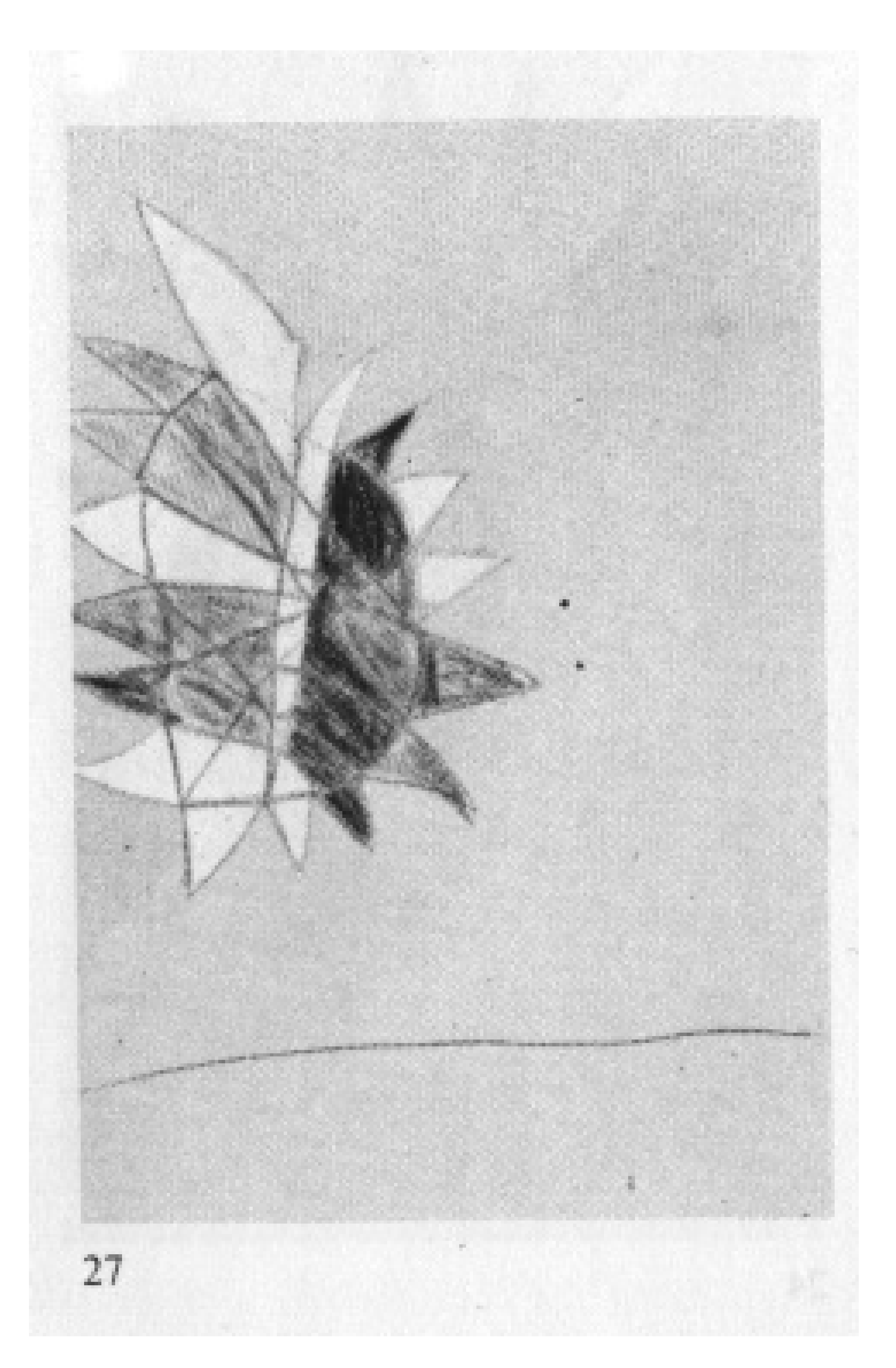
M. K. interpreta que la carne del monstruo que se quería comer representa el pene atractivo de papá. El deseo de chuparlo y comérselo como se comía el pecho de mamá le hace sentir que lo tiene dentro de sí, pero luego se transforma en el pene monstruo que se pelea con él internamente. Se refiere también al sueño de los peces (sesión veintidós) en el cual se colocó en una situación de gran peligro al no querer comerse el pulpo, el cual antes (dibujo 6) había representado el pene atacado, maltratado y por lo tanto peligroso de su padre.

Richard corre entonces a la cocina, echa un vistazo, trata de abrir el horno pero en seguida lo deja. Se ha puesto muy distraído. Bosteza, dice repetidas veces que quiere dormir, y comenta que anoche no pudo hacerlo hasta tarde.

M. K. interpreta que mirar dentro del horno significa mirar dentro de sí mismo para ver si tiene al monstruo adentro. Tiene tanto sueño porque quiere alejarse de pensamientos que le asustan y le preocupan, y que están relacionados con la interpretación que acaba de hacerle.

Richard ha empezado a dibujar (dibujo 27), y mientras lo hace, pregunta a *M. K.* varias cosas: ¿le vendió ayer cigarrillos el señor Evans? ¿Le importa si le cuenta algo malo sobre él? ¿Es amigo suyo? (Sin duda el día anterior ha visto a *M. K.* entrar en la cigarrería). Dice entonces que no cree que el señor Evans tenga derecho a negarse a venderle caramelos como lo hace a veces[1094]; mientras los tenga en la tienda debe dejar que Richard los compre. Pero de todas maneras no importa mucho, porque mamá siempre se las arregla de manera de conseguir algunos. De repente, Richard indica una

sección roja y larga «que va a través de todo el imperio de mamá». E inmediatamente trata de retractarse diciendo: «No es el imperio de mamá, es solo un imperio donde todos nosotros tenemos algún país».


27

M. K. interpreta que tiene miedo de darse cuenta de que quiso decir que el imperio es de mamá, pues esto significa que la sección roja le está agujereando el interior.

Richard mira otra vez el dibujo y comenta que la sección roja parece «un órgano genital».

M. K. interpreta que siente que con un pene tan largo podría sacar todas las cosas buenas que mamá recibe de papá. Esto lo ha expresado también al referirse al resentimiento que siente ante los cigarrillos que *M. K.* recibe del Sr. Evans y los caramelos que obtiene mamá de él. Todas estas cosas simbolizan el pene bueno, la carne deliciosa que siente que mamá contiene; pero teme dañarla y robarla, y por eso no quiere darse cuenta de que el genital largo y rojo atraviesa «todo el imperio de mamá» (nota III). También expresó esta misma situación cuando el *Vampire* chocó contra el *Rodney* (mamá al principio de la sesión) y todo está asociado con el temor de perder a *M. K.*, pues en caso de sacar de dentro de ella (y de mamá) el pene *bueno*, ella se quedaría con el monstruo (el pene-Hitler) en su interior, el cual la destruiría.

Richard parece más vivaz e interesado tras esta interpretación. Mira otra vez el dibujo y dice que la sección roja a la que ha llamado órgano genital divide en dos al imperio. En el Oeste están los países que pertenecen a todo el mundo; la parte del este no contiene nada de mamá; solo es de él mismo, de papá y de Paul. En el Oeste, Richard y mamá tienen dos países cada uno, y él está situado entre mamá, Paul y papá.

M. K. le indica que su genital, la sección roja y larga, domina todo el imperio y penetra dentro de mamá de arriba hasta abajo. La división del imperio también expresa el deseo de mantener al papá peligroso alejado de su madre y de protegerla contra él. Pero significa además, que mamá está también dividida en una mamá mala, el este, llena de órganos sexuales masculinos, y en una mamá buena y pacífica. En la última sesión se refirió ya a estos dos aspectos de su madre, en momentos en que la madre buena estaba representada por su mamá real, mientras que ella era la «pocilga», que él pensaba estaba dañada y muriéndose en Londres, y que representaba a la mamá mala.

Richard contesta a la interpretación sobre el dibujo, diciendo que la mamá del Oeste se está preparando para luchar contra la gente del Este, para volver a conquistar sus países de allí.

M. K. interpreta que desea que mamá gane la batalla contra el papá y la mamá malos, tanto en su propio interior como en el de ella. Pero como duda

que pueda realmente ganar, esto hizo que tuviera mucho miedo de que tanto mamá como *M. K.* se murieran durante el viaje a Londres de la primera.

Richard, que se está preparando para marcharse, se pone el abrigo muy lentamente, poniendo claramente en evidencia que se quiere quedar más tiempo. Pide a *M. K.* que deje encendida la estufa hasta el mismo momento de salir por la puerta, cuando él mismo la apagaría, y dice que es porque todo parece mucho más vivo cuando está encendida.

M. K. interpreta que el miedo a la muerte (de mamá, de ella y de él mismo) hacen que desee mantener el cuarto de juegos vivo el mayor tiempo posible.

Durante esta sesión Richard solo ha prestado atención a los transeúntes dos veces. Su temor persecutorio ha disminuido, quedando en un lugar preeminente la ansiedad depresiva.

Notas de la sesión número cuarenta y uno.

I. Resulta interesante ver cómo la angustia por lo que me pueda pasar en Londres incrementa la represión de Richard. Aunque ya había surgido en el análisis el conocimiento inconsciente de las relaciones sexuales y las fantasías sobre las mismas que tenía el niño, y todo esto había sido interpretado, y aceptado por él, ahora parece como si todo el trabajo se hubiera perdido. (Me refiero, por ejemplo, al juego con la pelota de fútbol, en el que la madre moría como resultado de la relación sexual, y al material sobre el «gallo y la gallina», en el cual moría a veces la madre y a veces el padre).

II. La respuesta de Richard a esta interpretación demuestra que, aunque larga y complicada, cumplió con la necesidad del niño de establecer una relación entre diversos aspectos de sí mismo. Esta necesidad inconsciente se deriva de la urgencia que tiene la psique por llegar a la síntesis.

III. Este punto constituye un ejemplo de algo que afirmo en *El psicoanálisis de niños* (capítulo XII), y es que los impulsos y fantasías que tienen las personas de ambos sexos de atacar el cuerpo de la madre y robarle sus contenidos, contribuye en gran medida a despertar sentimientos de culpa hacia esta y a perturbar las relaciones con las mujeres en general. Un aspecto de la homosexualidad que ha sido subrayado en conexión con la promiscuidad, es el deseo de apoderarse del pene del hombre que está dentro de la mujer. Este deseo se deriva de la más temprana relación de avidez que

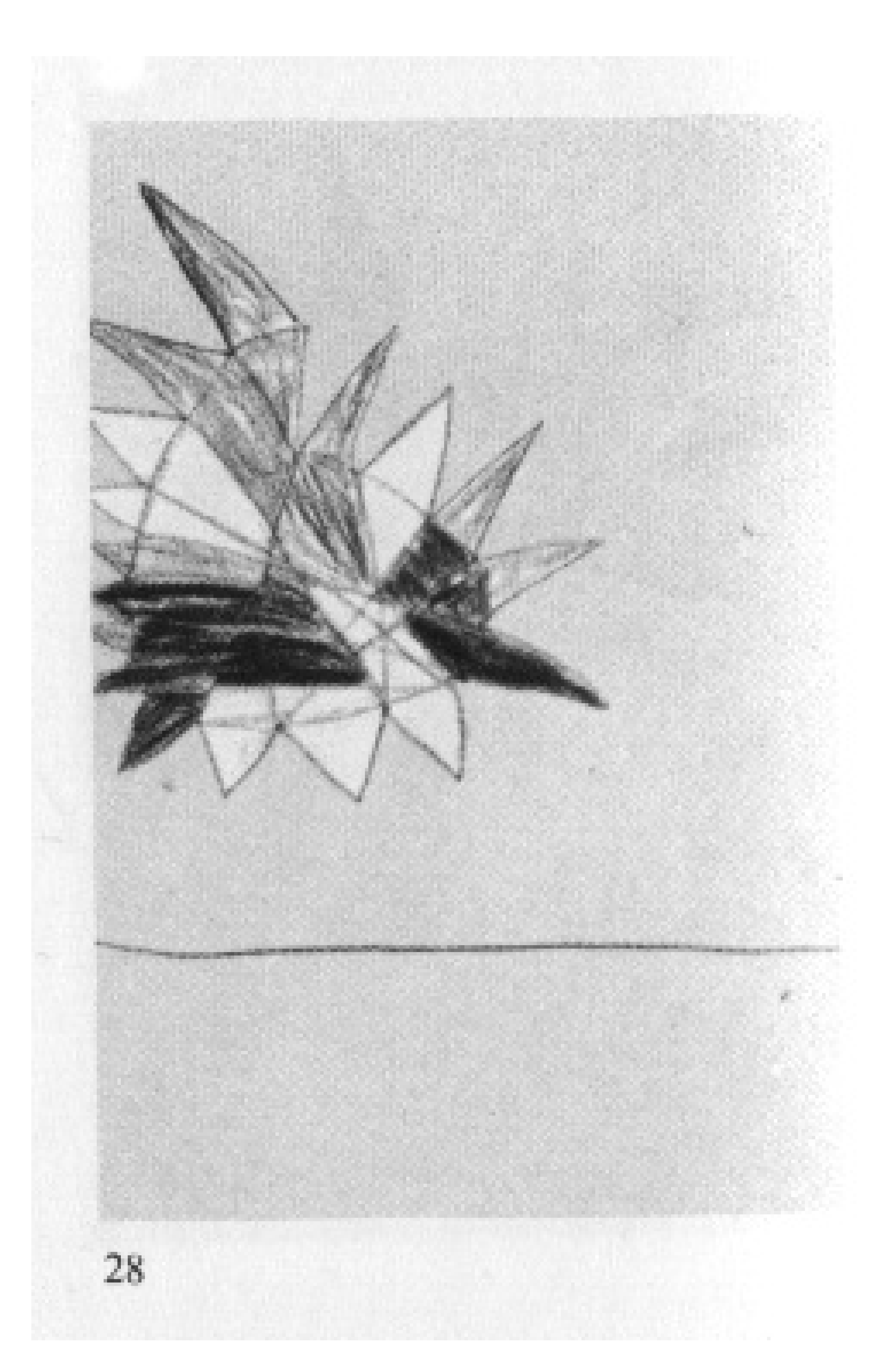
se establece con el pecho de la madre y con su cuerpo, el cual, según la fantasía del niño, contiene el pene además de los bebés.

Sesión número cuarenta y dos (jueves)

Richard establece desde el principio de esta sesión un contacto muy íntimo con *M. K.* Dice que va a hacer unos dibujos, por lo menos cinco… Después cuenta que ahora vive en el hotel un niño de su misma edad, que le tiene preocupado. No le deja en paz, quiere jugar con él y es insolente. Mamá le dijo algo que le obligó a marcharse.

M. K. le pregunta en qué sentido es insolente.

Richard no parece poder explicarlo. Mientras tanto, ha estado mirando algunos dibujos, y en particular el 27. Empieza a dibujar el dibujo número 28 y le pregunta a *M. K.* si puede aconsejarle qué hacer con este niño que tanto le preocupa.

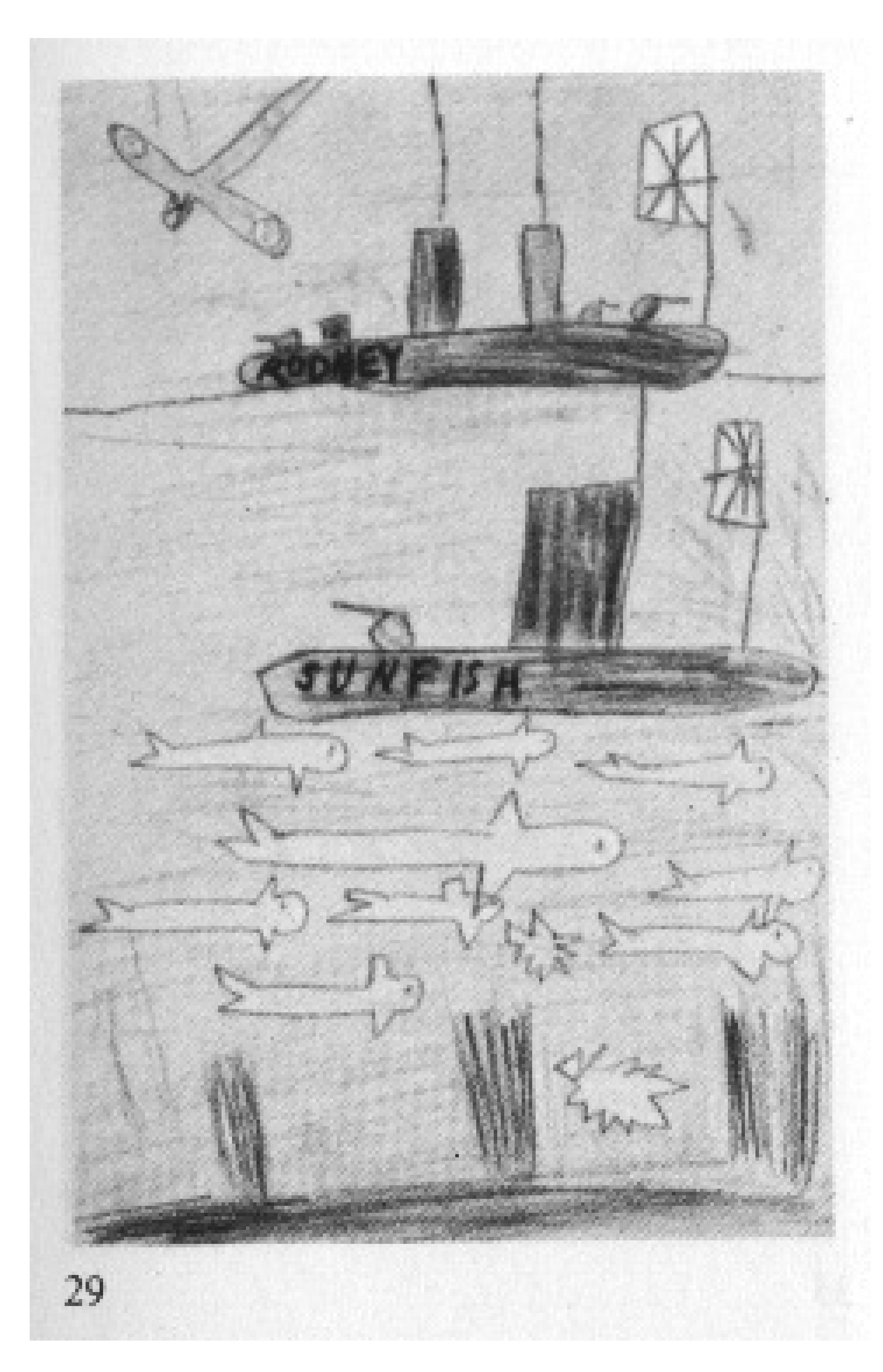

28

M. K. interpreta que ha estado mirando el dibujo 27 mientras le hablaba de él, y que la pelea que hay en el dibujo entre papá, él y Paul dentro de mamá, fue lo que le hizo recordar la pelea entre él y el niño. El hotel representa el interior de mamá, mientras que el niño es el órgano genital hostil de papá que le ataca.

Durante la formulación de la interpretación, Richard se mete uno de los lápices en la boca y empieza a chuparlo y a morderlo. Dice que le gusta chuparlo.

M. K. interpreta que no solo quiere chuparlo (representa el pene de papá y de Paul), sino también arrancarlo de un mordisco y comérselo, y que una vez hecho esto siente que dentro de él el pene bueno se convierte en un pulpo, en el pene malo y peligroso. Esto a su vez le hace sentir un deseo más agudo todavía de comer la deliciosa carne del monstruo, que es el pene bueno (nota 1). Pero si bien esta es deliciosa mientras él se la come, el monstruo dentro de él le parece que es un enemigo. El día anterior también usó la sección larga y roja (el gran órgano genital) que le había sacado a papá y que metió dentro de mamá y de *M. K.*, para sacarle a esta el pene bueno y las demás cosas buenas que contenía. Los caramelos que el Sr. Evans da a mamá y los cigarrillos que da a *M. K.* también representaban a ese pene bueno del que se quiere apoderar. Le señala el dibujo 26 del cual no ha dicho nada, y sugiere que ella, la mamá-pocilga, dañada y muerta, está representada en él en el lado de la izquierda, pues en este lado casi no hay nada de mamá. Pero al colorear las secciones rojas habló de los rusos (los rojos), y resultó después que también se trataba de él. Él es, pues, el destructivo —el vampiro— que roba a mamá todas las cosas buenas que tiene, y que al mismo tiempo, junto con el papá-Hitler malo y el Paul peligroso, penetra dentro de ella, la ensucia y la destruye. Pero en el lado derecho del dibujo está la madre celeste llena de países y sola con él; así estuvo con su mamá verdadera cuando *M. K.* —que entonces era la mamá dañada y manchada— se fue a Londres. [Disociación de la figura materna en una buena y una mala].

Richard aparentemente no presta ninguna atención a esta interpretación, y sigue haciendo el dibujo 28. Cuenta que ha visto un cisne con cuatro cisnecitos muy «ricos». Cuando termina su obra no hace ningún comentario y empieza otro (el 29). Primero dibuja los dos barcos y después el pez grande y algunos de los pequeños que están a su alrededor; a medida que trabaja se va poniendo cada vez más anhelante y ávido y termina por llenar todo el espacio con pececitos bebés. Después le indica a *M. K.* que uno de los bebés está cubierto por una de las aletas de mamá pez y dice: «Es el bebé más pequeño».


RODNEY
SUNFISH
29

M. K. interpreta que el dibujo parece indicar que el pez bebé está siendo alimentado por su madre. Luego le pregunta si él mismo está entre los pececitos.

Richard contesta que no, que no sabe dónde está. Dice que la estrella de mar que está entre las plantas es una persona mayor, mientras que la más pequeña es una persona regular: Paul hace ya tiempo. Tras esto descubre con sorpresa que ha llamado *Rodney* al barco, y dice: «Pero si esta es mamá».

M. K. le pregunta que quién es el *Sunfish*.

Richard dice que no lo sabe, pero indica que su periscopio está «clavado dentro del *Rodney*».

M. K. interpreta que el *Sunfish* puede estar representando a papá, igual que la estrella de mar mayor que se encuentra entre las plantas. Pero el *Sunfish* también le representa a él cuando le quita el pene a su padre y se convierte en adulto. Si fuera adulto podría darle bebés a su mamá, y estos son los cinco dibujos que dijo que haría al comenzar la sesión. El cisne y los cuatro cisnecitos «ricos» también son los bebitos que quiere darle a ella (*M. K.*). En este dibujo, pues, se ha convertido en el padre, el *Sunfish,* que es el barco más grande, aún más que el *Rodney-mamá*. Pero al mismo tiempo tiene pena de papá y quiere repararle colocando a la estrella-«persona mayor»-papá entre las plantas, y convirtiéndole así en un niño bien gratificado [Reversión]. (Nota II).

Richard dice que el avión de arriba es británico y que está de patrulla. No sabe a quién representa.

M. K. le sugiere que puede ser papá, mirándole en el preciso momento en que él quiere tener una relación sexual con mamá, el periscopio que penetra en el *Rodney.* Pero el temor de que papá le observe también se debe a las ganas que él tiene de mirar a su padre cuando él tiene relaciones con mamá.

Richard coge los lápices rojo y azul y los pone de pie uno al lado del otro, sobre la mesa. Después hace que el negro marche hacia ellos, pero el rojo lo echa afuera, mientras el azul echa al violeta.

M. K. interpreta que está expresando la desconfianza que siente hacia el papá hostil. El rojo le representa a él y el azul a mamá y entre los dos están echando a papá y a Paul.

Richard se queda soñador y pensativo.

M. K. le pregunta en qué está pensando.

Richard contesta que en que quiere ver un ferrocarril modelo que se va a exhibir en la fiesta de la escuela, a la que va a asistir esa tarde con su mamá.

M. K. interpreta que el modelo de ferrocarril es el genital potente y admirado de papá. Mientras estaba en silencio y pensativo estuvo chupando el lápiz amarillo, lo cual significa que incorporaba el pene admirado dentro de sí…

Richard se levanta y se dirige al jardín y dice que quiere escalar montañas… Mira las nubes del cielo y se pregunta si no se estará formando una tormenta peligrosa. En tales ocasiones se siente triste por las montañas, que lo pasan muy mal cuando la tormenta rompe sobre ellas.

M. K interpreta que el deseo de escalar montañas expresa el deseo de tener relaciones sexuales con su madre (nota III), pero que inmediatamente después se asusta del papá malo que le atacaría y le castigaría de llegar a hacerlo (1a tormenta sobre la montaña). Le recuerda, además, que antes le preguntó si hubo alguna tormenta mientras ella estuvo en Londres, pregunta que se relaciona con el temor de que Hitler tirara bombas sobre ella…

Richard vuelve a entrar en la casa y sugiere que se pongan a jugar con la flota, pero sin trabajar. Le da un barco a *M. K.* y coge él uno para sí. *M. K.* va en viaje de placer en su barco, y él lo hace en el suyo. Al principio se separa de ella, pero pronto coloca su barco muy cerca.

M. K. le indica que siempre que los barcos se han tocado, esto ha significado que tenían relaciones sexuales. Al separar su barco del de ella ha querido evitar esto, pero en seguida ha vuelto hacia ella. Quiere, pues, tener una relación sexual con ella; pero desea aún más asegurarse de que en el futuro va a ser potente. Los cinco dibujos que dijo quería darle le representan a él (el cisne), dándole a ella, o mejor dicho a mamá, cuatro niños (los cisnecitos). También son estos los bebés que le ha dado a la mamá pez del dibujo. Ahora quiere que *M. K.* juegue con él pero que no le haga interpretaciones, y esto expresa el deseo de ser amado por ella tal como lo es por mamá, y además el deseo de no enterarse de lo que a menudo ha llamado «esos pensamientos desagradables».

Antes de irse Richard dice otra vez que quiere desenchufar él la estufa, y justo en el momento de salir**[1095]**.

Nota de la sesión número cuarenta y dos.

I. El deseo de incorporar un pene bueno constituye un fuerte impulso que lleva hacia la homosexualidad. El pene bueno sirve para contrarrestar al pene interno perseguidor; pero si las ansiedades motivadas por estos perseguidores

internos son muy fuertes, el interior es vivido como un sitio malo en el cual nada puede mantenerse en buen estado. Entonces la necesidad obsesiva de contrarrestarlas persiste y queda como uno de los factores de la homosexualidad (véase El *psicoanálisis de niños*, capítulo XII).

II. La inversión constituye un importante mecanismo de la vida mental. El niño pequeño que se siente frustrado, privado de algo, con envidia o celoso, expresa su odio y su envidia invirtiendo omnipotentemente toda la situación, de manera tal que él se convierte en adulto y sus padres son los abandonados. En esta sesión, Richard usa este mecanismo de una manera diferente. Se coloca él en el lugar de su padre; pero para evitar destruirle, lo convierte en niño, y aún más, en un niño gratificado. Este tipo de inversión está más influida que la otra por sentimientos de amor.

III. El deseo de tener relaciones sexuales, combinado con celos y odio sentidos hacia el padre —es decir, la manifestación completa del complejo de Edipo—, no implica realmente que un niño de esta edad desee realmente llevar a cabo un acto sexual, a menos que sea seducido por un adulto. Tanto a los niños como a las niñas, tal situación les provocaría una gran angustia. El deseo consiste, más bien, en no tener que reprimir demasiado las fantasías de poder tener dichas relaciones, lo cual queda asociado con la esperanza de que esta gratificación pueda cumplirse en el futuro.

Sesión número cuarenta y tres (viernes)

Richard encuentra a *M. K.* frente al cuarto de jugar. Cuando entran, pide inmediatamente los dibujos y se pone a mirar el 27, que es el que hizo el día anterior. Luego coloca la flota en orden de batalla y se refiere a ella orgullosamente llamándola la «gran flota»… Está muy contento porque la R.A.F. ha «destruido» una vez más a Alemania y también comenta que Rusia parece marchar bien. Coloca en una línea, en el centro, a los destructores; a estos les siguen los submarinos, mientras que los cruceros *Nelson* y *Rodney* quedan a derecha e izquierda de los primeros. Mira entonces a *M. K.* y le dice que la quiere mucho y que le gustan mucho sus ojos.

M. K. interpreta que una vez más ella representa a la mamá buena, porque ya no tiene tanto miedo como le tenía los últimos días a su interior dañado y horrible, a la mamá «pocilga» (nota 1). También se refiere a lo que dijo ayer sobre el dibujo 27.

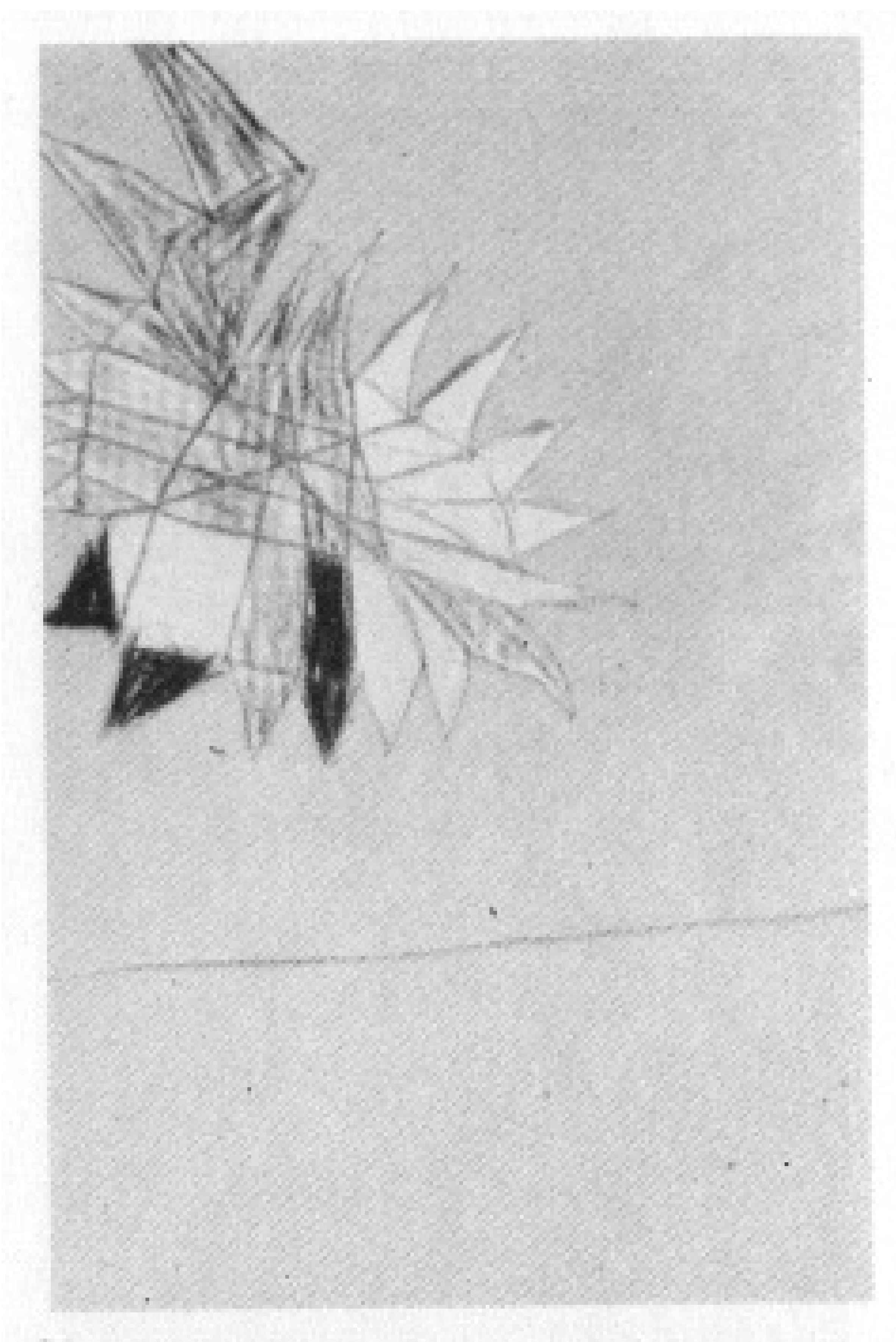
Richard mira este, con gran interés, a pesar de que el día anterior pareció no escuchar la interpretación que *M. K.* le hiciera sobre el mismo. Indica que en el lado de la izquierda la gente es en realidad bastante igual, y que en el derecho hay una gran cantidad de mamá-celeste. Richard la está rodeando, pero también penetra en ella un poco de Paul. Después indica que en el medio está llena del papá-Hitler peligroso y de sí mismo (quien, como *M. K.* le hace recordar, representa también a los rusos sospechosos).

M. K. le interpreta que la «gran flota» es él mismo, que contiene y controla dentro de sí a toda la familia. Ahora ha separado a sus padres, con lo cual no puede haber entre ellos ni relaciones sexuales ni peleas. Se supone que al estar colocados a su derecha e izquierda, deben de protegerle a él y guardarle, pero también están bajo su comando. Le recuerda que el día anterior, al chupar y morder el lápiz, y con otros medios, expresó que sentía que se había comido el pene de papá, que era la carne deliciosa del monstruo. Pero esto implica, además, que puede incorporar a sus padres y a toda su familia de una manera menos asustadora, cosa que acaba de hacer en su juego al mantenerlos a todos bajo su control.

Richard reorganiza la flota formando una larga fila, y coloca el barco más pequeño al frente. Se arrodilla, cierra a medías los ojos y con mucho cuidado controla la fila de barcos para asegurarse de que está bien derecha.

M. K. le recuerda que le dijo a su mamá que le preocupaban mucho las relaciones sexuales y que no quería tenerlas nunca. Una de las razones por las cuales dijo esto, es porque teme no ser capaz de ello por ser su pene demasiado pequeño y no suficientemente derecho y fuerte (nota II). Ahora toda la flota representa a su pene, el cual está formado por el de papá, por el de Paul y por otra gente —los demás barcos—, y todos están bajo su mandato. Cuando mira tan atentamente su flota, es porque está investigando cómo es su propio interior y averiguando si las personas que ha incorporado dentro de sí le ayudan en realidad y dan fortaleza a su pene o por el contrario le dañan y le persiguen.

Richard empieza a hacer el dibujo 30. Mientras lo hace comenta que sus enemigos, y en particular la niña pelirroja, están pasando por delante de la casa en ese momento, y se refiere a ellos llamándolos «esos pedazos de insolencia». Los mira desde detrás de la cortina, pero no parece estar asustado y en seguida vuelve a su dibujo. Cuenta entonces a *M. K.* que la ayudante gorda de la tienda del Sr. Evans le ha vendido muchos caramelos, pero le ha pedido lo guarde en secreto. Al colorear las partes azules, empieza a cantar el himno nacional y explica que mamá es la reina y él es el rey. Al terminar el dibujo lo mira y comenta que hay mucho de mamá y mucho de él y que los dos «pueden realmente vencer a papá». Indica, en efecto, que hay poco del papá alemán (el negro). Al hacer las partes violetas canta los himnos noruego y belga y dice: «Él está bien».



30

M. K. interpreta que al ser rey se ha convertido en el marido de mamá, mientras que Paul, el violeta, «está bien», pero se ha convertido en bebé. Hay cuatro bebés en el dibujo, pues las secciones son mucho más pequeñas de lo que lo son en general, lo que guarda correspondencia con el dibujo del día anterior, en el cual rodeó a la mamá pez de pececitos después de haber hablado de los cuatro cisnecitos que había visto y de querer darle a ella cinco dibujos. En el dibujo de hoy mamá también tiene bebés buenos que él le ha dado, y esto solo puede hacerlo convirtiendo a su padre y a su hermano en niños. A pesar de esto el órgano sexual de papá está representado en la parte inferior del dibujo, pues siente que haga lo que haga, no puede nunca excluirlo del interior de mamá.

Richard sigue cantando otros himnos nacionales y melodías de grandes compositores, y pregunta a *M. K.* cuáles de ellas conoce. Comenta además que su mamá toca el piano, y que él solía tomar lecciones de música, pero que ahora las ha dejado a pesar de que le iba muy bien con ellas. La flota que tanto le gusta es un regalo que le hizo su madre por pasar un examen de música.

M. K. interpreta que quizás haya dejado la música por sentir que nunca podría competir con los grandes compositores —el padre ideal—. Pero que quiere a la flota de una manera especial por habérsela dado su madre en premio a tocar el piano. Ahora la flota constituye una parte importante de su trabajo con ella, y como los dibujos, significa darle algo, lo cual es también ser potente y darle hijos.

Richard empieza otra vez a cantar; parece feliz y tiene los ojos húmedos… Sale al jardín a mirar las montañas, y como lo hace tan a menudo admira el paisaje. Hay sol, lo cual siempre influye mucho en su estado. Cuando vuelve a entrar en la casa se pone otra vez a cantar melodías, pero se interrumpe para decirle a *M. K.* que en el hotel hay un cachorrito muy rico, un scotch terrier de cuatro meses; comenta que es muy gracioso, pues trata de agarrarse su propia cola dando vueltas y vueltas sobre sí mismo.

M. K. interpreta que las melodías que siente que comparte con ella (con mamá), también representan a bebés buenos que él contiene y que puede producir; y que la armonía significa que las personas que ha incorporado dentro de sí están en paz y contentas todas juntas. En el dibujo en que él es rey y mamá reina, los dos tienen lindos bebés, mientras que solo hay un poquito del «negro malo». Por esto es por lo que también siente más confianza en la guerra y menos preocupación por Rusia como aliada.

En el transcurso de esta sesión, una vieja con aire abandonado que pasa por la calle llama la atención del niño. Comenta que es horrible y que «escupe una cosa amarilla espantosa», pero aparte de esto no presta ninguna atención a los transeúntes.

Cuando se prepara para marcharse, Richard está todavía cantando. Pone el brazo levemente alrededor de los hombros de *M. K.* y dice: «Me siento muy feliz y te quiero mucho».

Notas de la sesión número cuarenta y tres.

I. Desde el punto de vista técnico, es importante hacer notar que en la transferencia, el cambio que hace Richard pasando de un objeto muy dañado y malo a uno bueno se produjo tras la interpretación constante de las ansiedades del niño. Tras mi viaje a Londres, Richard no podía ni mirarme, como ya he señalado, y todo el material demuestra lo dañada y mala que me había vuelto para él. El origen de esta ansiedad se remonta a los primeros sentimientos agresivos sentidos contra sus padres y a los temores, de ellos resultantes, de haberlos dañado irreparablemente. Según mi experiencia, esta es la única manera de disminuir la ansiedad de raíz y de ayudar al paciente a ganar confianza en sí mismo y en sus objetos. Todo ensayo de establecer una transferencia positiva, olvidándose el analista de la negativa, fracasa, creo yo, pues no se llega a obtener así resultados permanentes ni duraderos.

II. Al analizar a los niños, encontramos que se encuentran en actividad deseos y sensaciones genitales; pero es importante, al mismo tiempo, considerar el miedo que tienen de ser impotentes en el futuro, temor que se desarrolla en muchas direcciones y que inhibe la sublimación. Los niños menos neuróticos tienen una mayor confianza en sí mismos, y por ello pueden darse cuenta de que al crecer se convertirán en hombres y mujeres. En cambio, los pacientes neuróticos —y aún más los psicóticos—, no tienen este sentimiento lo suficientemente arraigado, y estas primeras dudas sobre su fertilidad y potencia persisten aun después de haberse hecho mayores. Todo esto puede luego contribuir a la impotencia o a una potencia restringida en el caso de los hombres, y a la frigidez e incluso la esterilidad en el de las mujeres. El temor del niño a ser impotente y de la niña a no poder tener bebés, está conectado íntimamente con ansiedades respecto al interior del cuerpo. El que el niño sienta que ha incorporado una serie de objetos buenos que le dan confianza en sí mismo y le alienten en sus actividades, o que por el

contrario se sienta perseguido desde adentro, y lleno de objetos tan resentidos y envidiosos de él como él se siente hacia ellos, ejerce una influencia decisiva en el desarrollo de su genitalidad y de la sublimación.

Sesión número cuarenta y cuatro (sábado)

La madre de Richard sale al encuentro de *M. K.* y le comunica que su hijo está en la cama con dolor de garganta y un poco de fiebre. Añade que últimamente ha estado más preocupado que de costumbre por las enfermedades físicas. *M. K.* contesta que como hace buen tiempo no le va a hacer daño venir y que ella lo esperará.

Richard tiene un aspecto angustiado y pálido cuando llega. Le ha pedido a su madre que le acompañe hasta la puerta y le ha hecho prometer que le vendrá a buscar. Dice: «De todas maneras he traído la flota». La coloca sobre la mesa y se queda en silencio. Está totalmente distinto de lo que estaba el día anterior: distraído y deprimido, trata de evitar mirar a *M. K.* Le cuenta que no quería levantarse de la cama: habría preferido quedarse en ella y leer y leer, y que *M. K.* le hubiera ido a ver allí.

M. K. le pregunta cómo se encuentra ahora.

Richard contesta que siente la garganta caliente, pero que no le duele. Añade que siente que tiene veneno detrás de la nariz, y al decirlo lo hace con aire abatido y angustiado.

M. K. le pregunta de dónde ha venido el veneno.

Richard contesta, vacilando, que cree que la cocinera y Bessie le están envenenando. Vuelve a repetir que aunque la garganta no le duele, la tiene caliente y roja. Al decir esto coge uno de los destructores más grandes, se arrodilla y lo mira de la misma manera como lo hizo el día anterior con la fila de barcos… Luego mueve los barcos de un lado para otro de manera distraída e incierta.

M. K. interpreta que está mirando el barco igual que ayer, lo cual parece demostrar que teme que su pene no esté derecho después de todo —que esté dañado—. Su garganta caliente y roja puede estar asociada al temor de dañarse el pene cuando se lo frota. Últimamente, y en particular en la sesión anterior, sintió un deseo sexual más fuerte que en otras ocasiones, y ganas de darles bebés a su mamá y a ella, y ahora tiene mucho miedo de ello.

Richard pregunta si no le irá a contagiar su resfrío.

M. K. interpreta que teme infectarla y envenenarla no solo por el resfrío, sino porque ahora siente que su pene es tan venenoso como los hongos venenosos que hace poco destruyó.

Richard dice una vez más que le hubiese gustado que *M. K.* viniera a verle a su habitación.

M. K. le recuerda que a su vuelta de Londres él le dijo que querría ser el pollito de mamá, lo cual en realidad significa ser abrazado y cuidado como si fuera un bebé. Ayer sintió muchas ganas de ser un hombre con ella y con su madre y de dar bebés a ambas. Asustado de este deseo, se ha enfermado, tratando de transformarse en un bebé; por eso quiere que le atiendan mientras está en la cama. Además no quiere oír nada de sus deseos genitales y por eso no quiere trabajar, pero sí que ella le vaya a ver a la cama y le cuide como lo hace mamá (nota 1).

Richard se ha puesto a jugar con la flota. Retira al *Nelson* y al cabo de un rato hace lo mismo con el *Rodney*, tras lo cual se encuentran los dos y se tocan. Después los retira aún más lejos, hasta dejarlos detrás de la cartera de *M. K.* y dice que están escondidos.

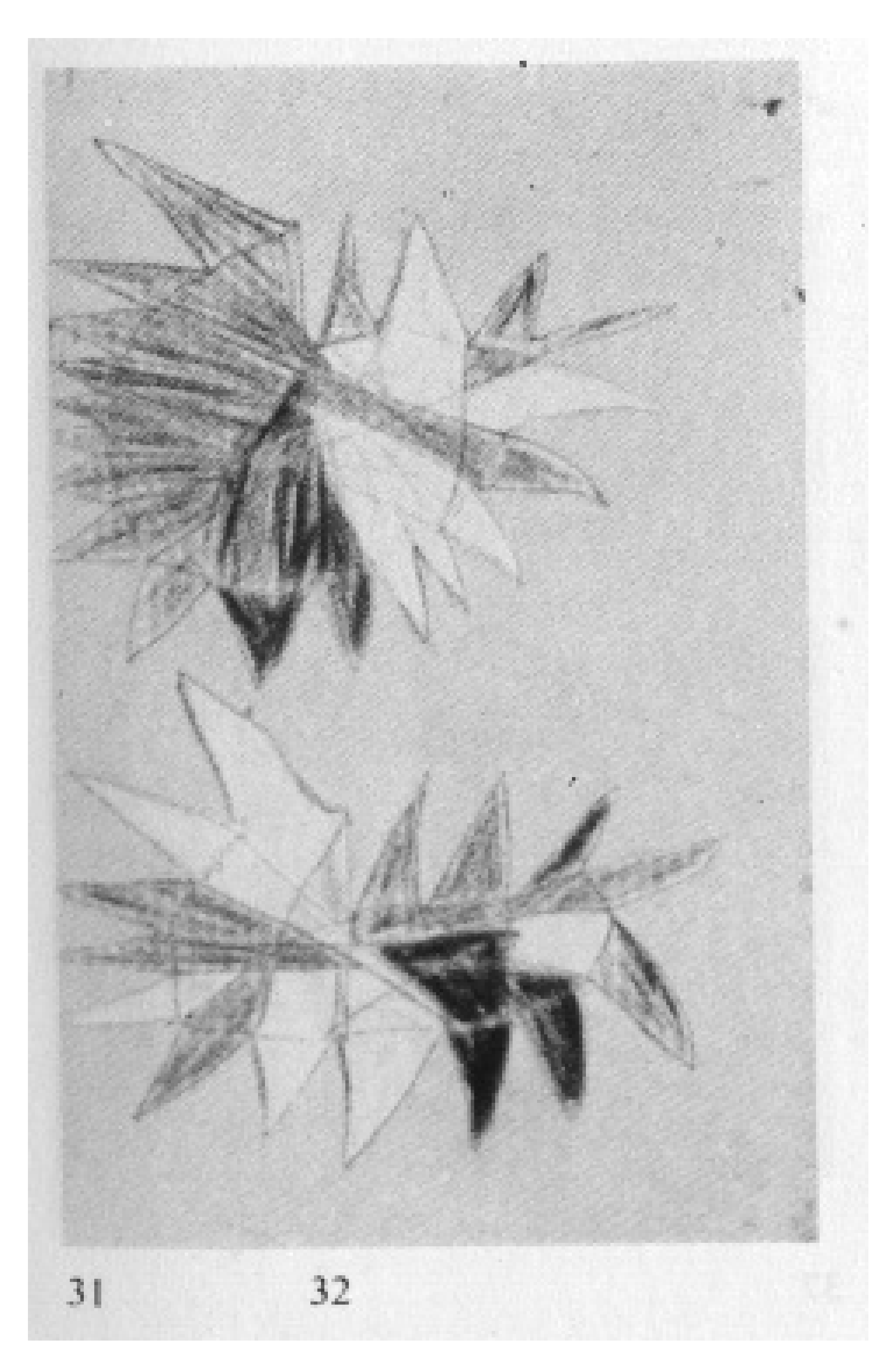
M. K. pregunta por qué se esconden. Como Richard no contesta, le sugiere que posiblemente cuando papá y mamá se van a la cama y tienen relaciones sexuales, se tienen que esconder de sus hijos. También le sugiere que como él siente que quiere atacar a sus padres cuando están juntos en la cama, teme que papá le ataque a él si se va a la cama con mamá.

Richard contesta que estos días está durmiendo realmente en la misma habitación que mamá, y que le gusta mucho hacerlo[1096].

Trae entonces el *Nelson* de vuelta y hace que inspeccione la flota; después el *Rodney* hace lo mismo; pero mantiene a los dos separados. De repente el destructor al que ha examinado tan atentamente un poco antes, es volado, y comenta que se trata del *Prinz Eugen*, atacado por los ingleses.

M. K. interpreta que el *Prinz Eugen* le representaba antes a él peleando solo y a su órgano sexual, el cual sería destruido de enterarse papá que desea tener relaciones sexuales con su madre; si papá encontrara su pene dentro de mamá, el genital de este se pelearía con el suyo; pero más miedo aún tiene de la venganza de papá a causa de los ataques que Richard quiere hacerle. Antes mostró en su juego, cómo se escondían sus padres esperando que él los atacara.

Richard se levanta con intención de ir afuera, pero no lo hace cuando ve a dos hombres hablando del otro lado de la calle. Se esconde entonces detrás de la puerta mirándolos, y comenta que los está espiando y que ellos a él también. Vuelve después a la mesa y empieza a dibujar (dibujo 31). Lo primero que hace es apoderarse del lápiz negro y del violeta diciendo: «Estos son papá y Paul malos».


31
32

M. K. interpreta que los dos hombres y los dos lápices representan a papá y a Paul, que le dan miedo, pues piensa que le van a atacar por dormir ahora solo con mamá y por sospechar que desea tener relaciones sexuales con ella y que incluso llega a tenerlas. También representan al Sr. K. y al hijo de *M. K.* de quienes tanto sospecha. Ha dicho hace un rato que les está espiando, y por esa causa cree que ellos también le espían a él. Cada vez que tiene celos y curiosidad por las relaciones sexuales de sus padres, supone que papá y aun Paul le observan o que adivinan sus pensamientos, lo cual le hace sentir que son sospechosos ellos dos y mamá también. Si sospecha que sus padres se unen en contra de él, es porque él a su vez los espía y quiere perturbarles cuando tienen relaciones sexuales. En este momento también cree que el «señor viejo y gruñón» y John están viendo la relación que tiene con *M. K.*, pues él mismo tiene una aguda curiosidad por conocer cómo son las relaciones que ellos guardan con ella…

Richard tararea el himno nacional inglés mientras colorea algunas secciones del dibujo con rojo y azul, tras lo cual entona otra cosa. Cuando *M. K.* le pregunta qué es, contesta que es una canción sobre «Mi amada», y que está pensando en mamá. Después le muestra a *M. K.* que en el dibujo, mamá y él han hecho un círculo en torno al pequeño Paul, pero que papá también está cerca de mamá y Paul la está tocando y hasta atravesando a Richard. Al decir esto se mete el lápiz amarillo en la boca y primero lo chupa, pero de pronto lo empuja más adentro hasta que le llega casi a la garganta.

M. K. interpreta que teme haberse comido los penes peligrosos de papá y Paul, y que ahora estos le espíen, le combatan y le envenenen desde su interior. Al principio de la sesión dijo que tenía la sensación de tener veneno tras la nariz y que podría ser que Bessie o la cocinera le quisieran envenenar; pero resulta ahora que quienes teme que le ataquen son los padres hostiles que le están espiando (los padres-Hitler; ella y su marido extranjero), o bien papá y Paul quienes pueden pelearse entre ellos o juntarse en contra de él. El monstruo de la carne deliciosa se transformó antes en un enemigo peligroso que está en su interior; por eso se aferra cuanto puede a la creencia de que papá tiene también un pene bueno que él puede incorporar para que le ayude. Y por esto también quiere creer que mamá siempre es buena y que le va a proteger de todos los peligros de afuera y de adentro. [Idealización como corolario a la persecución]. Otra cosa que teme es que el dolor de garganta le impida analizarse; es decir, que sus enemigos internos le separen de *M. K.*, quien a menudo representa para él a la mamá buena.

Richard se mete muy profundamente el dedo en la boca y tiene el aspecto de estar extremadamente asustado. Dice que está buscando gérmenes, pues está seguro de tener alguno.

M. K. interpreta que los gérmenes también son germanos —enemigos— que le están envenenando. Le recuerda la «garganta roja y caliente», que significa que está luchando con enemigos venenosos dentro de él.

Richard se levanta, anda un poco, tropieza con un banquito y le da un puntapié fuerte y luego mira a *M. K.* en forma intencionada (como indicándole que comprende bien lo que está haciendo).

M. K. interpreta que le gustaría dar un puntapié al pene hostil de su papá, para sacárselo de adentro.

Richard dice que siente que «los mocos se le están metiendo en el estómago», y añade que le preocupa mucho pensar que pueda vomitar en el cuarto de juegos, pero no sabe el porqué de tanta preocupación.

M. K. interpreta que necesita vomitar para expulsar a los padres que se pelean dentro de él y además todas las cosas malas que le acaba de interpretar. Pero que entonces teme dañarla y ensuciarla a ella con todo este veneno, pues de ser esto así ya no le quedaría ninguna mamá buena.

Richard se pone a dibujar (dibujo 32) y dice que se trata del mismo imperio que hay en el dibujo 31. Después empieza a hacer otro, colocando al *Nelson* sobre el papel y sombreándolo.

M. K. interpreta que quiere conocer exactamente cómo es su papá interno y su genital, porque siente mucha incertidumbre sobre lo que le pasa por dentro. Copiar el *Nelson* también significa que desea poseer el órgano sexual de su padre.

Richard pregunta si puede llevarse este dibujo a casa, pero después decide llevarse dos hojas en blanco para dibujar allí.

M. K. interpreta que las dos hojas de papel son también sus pechos y que se los lleva para que lo protejan de sus enemigos externos e internos.

Hacia el final de la sesión Richard empieza a tararear más fuerte y se pone mucho más vivaz. Su cara ha recobrado su color natural y tiene los ojos más brillantes. Dice que se siente un poco mejor y que podrá venir el día siguiente.

Nota de la sesión número cuarenta y cuatro.

I. A menudo he podido descubrir en los adultos un profundo anhelo de ser niños y de ser cuidados, que se encontraba reprimido desde muy temprano. La

falta de satisfacción con el pecho de la madre, el miedo a los impulsos destructivos sentidos hacia esta y la culpa y la depresión que resultan de ellos, incrementan a veces el deseo normal de crecer y pueden incluso llevar a una independencia precoz. Cuando en el análisis este deseo reprimido de ser bebé o niño pequeño vuelve a hacer su aparición, lo hace a menudo en relación con una intensa voracidad y con la necesidad de tener el analista (que representa a la madre) constantemente a mano; también significa que siempre esté internamente a su disposición. La independencia prematura suele ir acompañada de un profundo sentimiento depresivo y de pérdida, porque no se ha llegado a hacer suficiente uso de algo que al adulto le parece irremplazable.

Sesión número cuarenta y cinco (domingo)

M. K. se encuentra con Richard en la calle. Está muy cambiado: tiene más color, no parece preocupado y está hablador y vivaz. Dice que se siente mucho mejor y que la garganta ya no le duele más (nota 1). En el cuarto de juegos le cuenta que al levantarse por la mañana tuvo mucha hambre, llegando hasta a sentirse enfermo de hambre. Tenía el estómago totalmente estrecho y pequeño, metido para adentro, mientras que los huesos grandes del estómago le salían para afuera. Después de desayunar se sintió perfectamente bien. Describe entonces con gran detalle lo delicioso que estaba el trigo hilado que comió y la manera como lo masticó.

M. K. interpreta que los huesos grandes de su estómago representan a los enemigos que se ha comido, y en particular al padre malo —el pulpo y el monstruo—. También le recuerda el miedo que tiene de que los padres malos y Paul le espíen y le envenenen; por lo tanto, el estómago delgado y débil representa su interior sin protección, débil, y lleno de perseguidores. En cambio la comida buena que luego lo fortaleció representa a la mamá celeste buena, que le protege y restaura. Le recuerda también que hace unos días comparó el trigo hilado con los nidos de los pájaros y que entonces ella le interpretó que representaba a la mamá buena y a su pecho[1097].

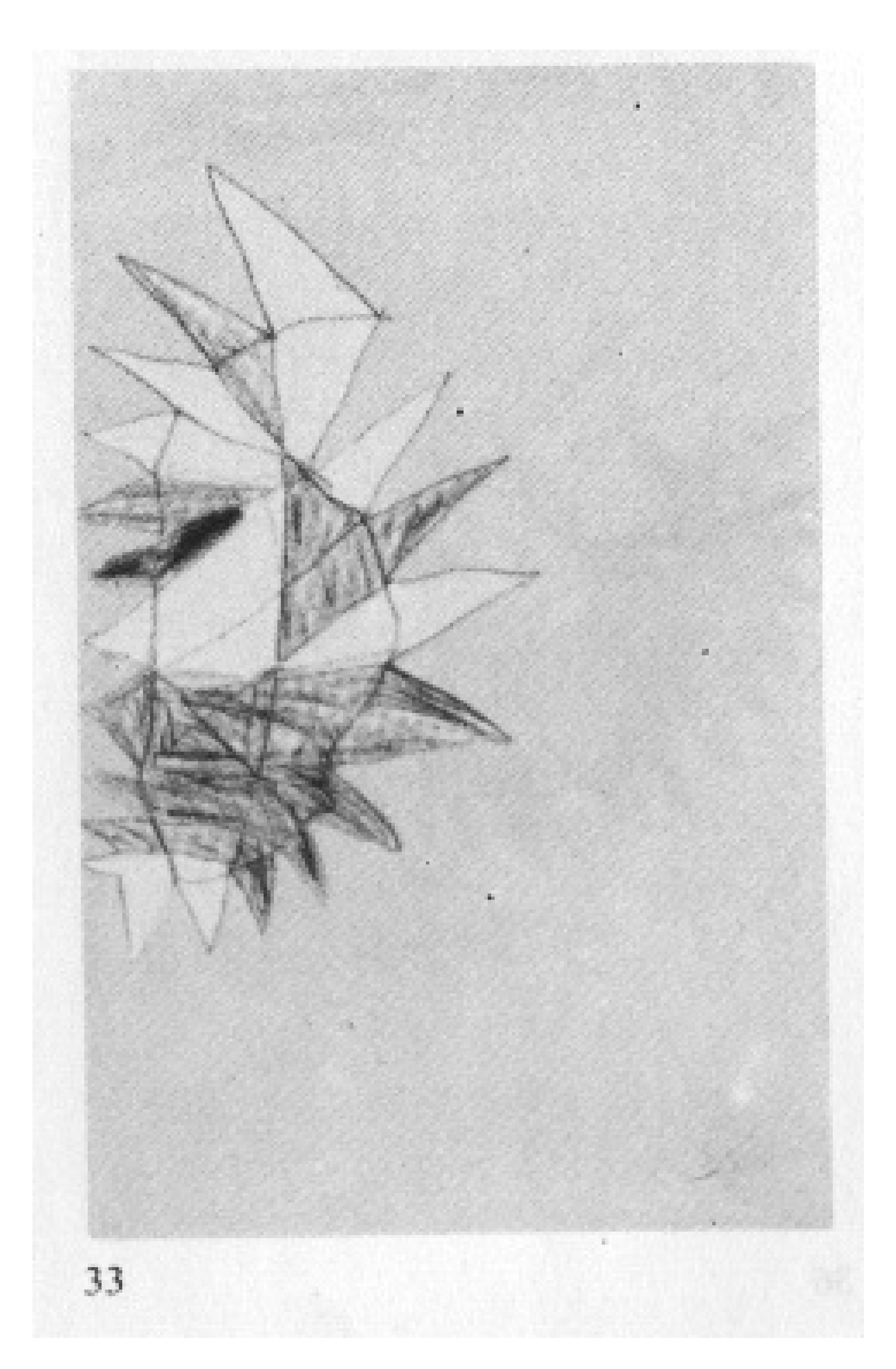
Richard ha estado dando vueltas por el cuarto y sonríe contento. Comenta que hoy la habitación no «huele» tanto como ayer y que le parece mucho más bonita. Ayer olía mucho y era horrorosa. Dice que no ha traído la flota y que quiere dibujar…

Comenta además que mamá se portó muy bien ayer; le compró dos libros y le regaló unas pinturas. Tras esto mira a *M. K.* y le pregunta de qué están hechos el vestido y el abrigo que tiene puestos, pues desde cierta distancia parece como si fueran de plata. Le parecen muy bellos, igual que los zapatos que lleva. ¿Hace poco que se hizo peinar? ¿O se acaba de lavar la cabeza? ¿Por qué tiene el cabello muy diferente hoy, como si fuera de plata?

M. K. interpreta que parece sentir como si su mundo interior hubiera mejorado, y que por lo tanto el mundo externo, y en particular su madre y ella y la ropa que llevan le parecen también muy bellos. Le recuerda que el día anterior sintió cosas muy diferentes hacia ella y el cuarto de juegos, el cual había representado entonces a *M. K.* y a su propio interior llenos de la mamá sucia, envenenada y venenosa. Por ello evitó entonces mirarla a ella o a la

habitación; porque las dos se habían convertido en la «horrible» vieja que escupía «la sustancia asquerosa amarilla» (sesión cuarenta y tres) a la cual estuvo mirando desde la ventana el día antes de enfermarse de la garganta, y que representaba a la *M. K.* sucia, envenenada y dañada. Hoy parece que al tomar conciencia del miedo que tiene a sus enemigos, y en particular a los internos que le pueden envenenar, les ha perdido un poco el miedo, y por ello encuentra que están mucho mejor las cosas y la gente de afuera. Sin embargo, aun en los momentos en que se sentía tan asustado de todos estos peligros internos, trataba de aferrarse a su mamá verdadera que era la mamá celeste, mientras que *M. K.* en cambio se había transformado en alguien muy malo. [Disociación de la madre en buena y mala].

Richard dice que el día anterior le pareció que el cuarto estaba muerto. Empieza a dibujar al azar y comenta que ha hecho los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6, todos unidos. Después hace el dibujo 33, y colorea antes que nada la parte celeste, comentando que él, mamá, papá y Paul están todos juntos y en paz. Al terminar, dice que casi todo el dibujo les pertenece a mamá y a él; hay solo un poco de Paul y de papá en el medio y no hacen ningún daño.



33

M. K. interpreta que en la parte inferior del dibujo las personas no se están metiendo unas dentro de otras. En otras ocasiones, en cambio, las partes penetrantes simbolizan a menudo órganos sexuales peligrosos, que se metían unos dentro de otros (nota II), de manera que el arregló que acaba de hacer ahora indica que no hay lucha entre los hombres de la familia. Además, en el dibujo no ha hecho a papá negro como lo hace habitualmente, y tanto él como Paul son pequeños, lo cual quiere decir que son bebés y que ahora Richard y mamá son los padres; de la misma manera hace poco (dibujo 30), él y mamá eran el rey y la reina, y papá y Paul los bebés. En el dibujo actual, además, el órgano sexual grande y rojo de Richard está encima de todo lo demás, de manera que siente que la paz se consigue cambiando lugares con su padre [Inversión]. Cada vez que teme a papá o a Paul —porque quiere atacarles—, siente que mamá también queda en peligro. Ahora la mantiene fuera de este peligro convirtiendo a papá y a Paul en bebés y evitando pelearse con ellos. *M. K.* también le indica que el dibujo tiene una forma oblonga.

Richard responde sin dudar: «Es un pulpo».

M. K. le recuerda entonces el miedo que expresó la sesión anterior y le sugiere que entre ayer y hoy siente que su interior ha mejorado; pero que sin embargo todavía teme contener dentro de sí mismo al pulpo, lo cual le convierte a su vez a él en este animal[1098], ya que el dibujo representa no solo el interior de mamá, sino también su propio interior. Además le señala que mientras ella interpretaba él estaba chupando el lápiz amarillo que tantas veces ha representado el pene de papá, el cual, aun en los momentos en que le parece algo deseable, como cuando pensó que era la «carne deliciosa» del monstruo, tiene la tendencia a transformarse en pulpo en cuanto forma parte de su propio interior. La ansiedad ha disminuido, pero existe todavía, y trata de manejarla separando la parte buena de mamá de la mala. Por ello, el día anterior la parte izquierda del dibujo 31 era celeste, mientras que en el lado derecho seguía la batalla. En el dibujo de hoy no hay una división tan neta y los órganos sexuales no se meten unos dentro de otros, pero tiene todavía miedo al pulpo que siente dentro de sí.

Richard mira ahora con interés los dibujos 31 y 32. Señala que en el 32 Paul es pequeño y tiene metido un pedacito dentro de Richard, pero este a su vez tiene un pedacito largo dentro de papá y papá está muy cerca de mamá.

M. K. interpreta que en el lado de la derecha de este dibujo él es pequeño y está rodeado de papá y mamá; de la misma manera está rodeado Paul en el lado izquierdo, tal como él lo acaba de indicar.

Richard entonces, señalando el dibujo 31, agrega: «Se parece a un pájaro, y a uno muy horrible». El celeste de arriba es una corona, el pedacito violeta el ojo, y el pico está «abierto del todo». Al decir esto se mete una vez más el lápiz en la boca y lo muerde.

M. K. le llama la atención sobre lo que está haciendo con el lápiz y le interpreta que la corona celeste representa la corona de la mamá celeste que hace pocos días era una reina; por eso al dibujar estaba cantando el himno nacional. A pesar de todo, este trozo forma parte de un pájaro horrible que tiene el pico muy abierto, y representa el otro aspecto de mamá. Pero, además, el pico representa también, en parte, a él y a Paul y a los órganos sexuales de ambos, cosa que demuestra por los colores que ha elegido: el rojo y el violeta. Cuando su pene penetra y agujerea, siente como si también mordiera y comiera. Y todo esto cree luego que forma parte de la mamá-pájaro horrible, la cual por lo tanto se convierte en algo tan voraz y peligroso como siente que es él.

Richard repite varias veces que el pájaro tiene un aspecto horrible y tras volver a echar una mirada al dibujo 32, comenta que este también se parece a un pájaro, pero sin cabeza. La parte negra de abajo es «lo grande» que se desprende de él, y también es «horrible».

M. K. interpreta que el dibujo 32 representa a su interior mutilado y a él con el pene cortado. Así sintió ayer que era su interior, cuando tenía el resfrío. Le hace recordar, además, que en la sesión anterior dijo que los dos imperios eran él mismo, lo cual significa que el dibujo 32 le representa a él tras haber devorado al pájaro «horrible», y por esto siente que ahora se parece a él. En su fantasía se ha comido a su madre, siendo esta una persona destructiva y devoradora; mientras que al comerse el trigo hilado, que según él se parecía al nido de un pájaro, sintió que incorporaba dentro de sí a la mamá buena que le protege del papá malo interior (los huesos del estómago). Esto demuestra que las veces que se siente más asustado experimenta que la mamá mala interna se hace más poderosa; pero sin embargo también cree en la mamá buena que tiene adentro. También piensa que la mamá-pájaro horrible ha hecho una alianza con el papá-monstruo, y que estos padres unidos tan asustadores le atacan desde adentro y le comen, mientras que desde afuera también le atacan y le cortan el pene (nota III).

Richard ha empezado a hacer otro dibujo. Sobre la línea divisoria hay un barco con una gran bandera británica y dos chimeneas cuyos humos se juntan; luego escribe: «Convoy Atlántico» en la parte superior. Por debajo de la línea hay un pez, tres estrellas de mar y un submarino alemán que dispara un

torpedo. En la parte inferior de la hoja dibuja las dos plantas que acostumbra dibujar. Se saca el lápiz que una vez más se había puesto en la boca, y con él trata de señalar la dirección en que va el torpedo, pero al hacerlo acerca tanto el lápiz a *M. K.* que casi le toca en la región genital. Explica entonces que el pez es un tonto por no salirse del camino del torpedo, ya que este le puede hacer daño. Las estrellas están tratando de interceptar el torpedo. El convoy lleva mercadería.

M. K. interpreta que el submarino parece ser él, enemigo de los dos padres; pero como estos son al mismo tiempo quienes le dan las cosas buenas (la mercadería), se siente culpable. Al atacar al papá malo, trata de olvidarse de que papá también es bueno con él.

Richard afirma con vigor que, en la realidad, papá es muy bueno y amable.

M. K. interpreta que cuando ataca a sus padres mentalmente cada vez que estos tienen relaciones sexuales, teme dañar al mismo tiempo a la mamá buena y que, como consecuencia, teme también que el cuarto y *M. K.* estén muertos.

El pez-mamá «tonto», significa que mamá no deberla de haberse acostado con papá, para no exponerse así a la rabia y el odio que él siente. «Lo grande», horrible y negro que cae del pájaro mutilado (dibujo 32), representa a sus torpedos. Y las estrellas de mar que tratan de interceptarlos, son papá, Paul y Richard buenos que tratan de proteger a mamá.

Al dibujar el convoy torpedeado por el submarino alemán, Richard pregunta a *M. K.* si no se cansa de su trabajo.

M. K. interpreta que le pregunta esto en el momento en que está bombardeando el convoy que trae la mercadería, lo cual significa que siente como si la ayuda que ella le está prestando al analizarle fuera como la ayuda, el amor y la leche que le dieron de bebé. Siente haber dejado exhausta y atacada a mamá, y ahora teme cansaría a ella, y también dejarla exhausta y llegar a atacarla en la realidad. Al hablar del torpedo que bombardea el convoy llegó en efecto a tocarla con el lápiz.

Richard sigue dibujando tras estas interpretaciones y parece estar de acuerdo con ellas. Después mira el último dibujo, lo pone de lado y dice que no va a terminarlo (con ello quiere decir que no le va a dar color). Sale de la habitación para ver pasar un avión y comenta que no es de combate, pero no sabe qué otra cosa puede ser; va a volar por sobre las montañas…

Luego muestra a *M. K.* el sitio donde pisoteó los «hongos venenosos» hace algunos días, arranca unas hierbas malas y dice que quiere contarle un

sueño muy triste que tuvo, durante el cual él también se sintió muy triste. Luego vuelve al cuarto y empieza a dibujar una casa, diciendo que es la casa de «Z» que tuvieron que dejar al comenzar la guerra. La sombra de la derecha es la de Oliver, y en la parte inferior (indicado por unas pocas líneas), está el rosedal y otras partes del jardín. Hace un punto en el muro para indicar dónde cayó la bomba, mientras que un cuadradito que dibuja cerca es el invernadero que quedó destruido. Saliendo del rosedal hacia la izquierda, dibuja un sendero. En el primer piso de la casa está el dormitorio de sus padres, y a la izquierda de este, el suyo. En la planta baja se encuentra un cuarto de estar que se usa poco, y a la derecha la sala, que usan mucho. Comenta que las habitaciones que más le gustan son la sala y su cuarto, y pone círculos en las ventanas de las dos.

Su cuarto le gusta mucho porque en él tiene un tren eléctrico al que echa mucho de menos, y el que hubiera querido traer a su casa actual (en «Y»). Lo describe entonces, dando muchos detalles y con gran sentimiento y cariño, diciendo que la locomotora es aerodinámica y que tiene una buena cantidad de vagones de carga y de pasajeros.

Cuida mucho este tren y se enfadó mucho una vez que se estropeó. En aquella ocasión dejó de funcionar el control automático porque papá dejó enchufada la electricidad; y también quedaron dañados la locomotora y el tender.

M. K. interpreta que el tren de carga y el convoy al que torpedeaban en el último dibujo, representan ambos a los padres buenos, y le sugiere que también los demás vagones del tren pueden representar a la familia, con papá a la cabeza (la locomotora); todos los recuerdos agradables del pasado están asociados a este tren y a su casa. Tras esto, le pide que le relate el sueño.

Richard no está nada dispuesto a contarlo y solo dice: «Estábamos de vuelta en la casa vieja».

M. K. le pregunta a quién se refiere al decir «estábamos».

Richard contesta que a él y a su mamá y que también estaba una tía; tras una pausa, dice que mamá le ha dicho que ni aun después de la guerra van a volver a la casa antigua, pues ella prefiere vivir en el campo; esto lo pone muy triste, pues él quiere mucho su casa, su cuarto, la sala, el tren —toda ella —. Le contesto a mamá que si ella no volvía él iría solo a vivir allí.

M. K. interpreta que la casa que ahora está sin protección y desierta, representa a mamá, de noche, sola y sin protección contra el papá-vagabundo, así como también a *M. K.* cuando fue a Londres y quedó expuesta a las bombas de Hitler. Al irse solo a la casa vieja quiere dejar en el campo a la

mamá sana, y quedarse él a proteger a la mamá dañada. Pero en el juego de la flota, también ha indicado, repetidas veces, que le preocupa pensar que papá quedaría abandonado si él le quitara a mamá. Y ahora que duerme en la misma habitación que ella y que papá está solo, siente que este está abandonado y solo y que Richard debería de unirse a él en la casa vieja.

Al interpretar *M. K.* el deseo de proteger a la mamá dañada, Richard se pone a mirar los primeros dibujos. Escoge el número 14 y echando a *M. K.* una mirada de comprensión, comenta: «Este es el peor de todos».

M. K. le recuerda que ese dibujo representaba a su interior dañado y lleno de sangre, el cual contiene además a la mamá también llena de sangre y herida.

Tras esta interpretación, Richard sale afuera para mirar las montañas. Un poco antes, le había pedido a *M. K.* que escuchara el trino de los pájaros añadiendo en un susurro y con los ojos húmedos; «¡Qué belleza!; ¡cómo me gustan!».

M. K. interpreta que los pájaros y su canto representan a los bebés buenos, a su interior bueno y a un mundo exterior amistoso.

En otro momento de la sesión, mientras *M. K.* le habla de sus ataques, Richard garabatea en una hoja y hace puntos en ella con gran violencia, y a continuación le pregunta si le importa que garabatee.

M. K. interpreta que los puntos y los garabatos representan bombas y materia fecal.

Entonces Richard dibuja en la misma hoja una figura pequeña, la garabatea por encima, hace puntos y hace que es Hitler y que lo está bombardeando y matando.

M. K. le indica entonces, que cuando ataca al Hitler-papá, teme dañar también al papá bueno, a la mamá buena y ahora a ella, y que por esto es por lo que le ha preguntado si le importa que haga garabatos…

Richard ha estado tirando los banquitos de un lado a otro; levanta dos de ellos, los tira al suelo y dice: «Son bombas». Después recoge uno que tiene la parte superior de piel y que le gusta mucho, lo acaricia y lo abraza.

M. K. interpreta que la parte de piel parece simbolizar el genital deseado de papá, el cual tiene pelos alrededor y que sentiría mucho haberlo destruido, aunque al mismo tiempo desea bombardearlo.

Richard contesta que ya sabía que papá tiene pelo debajo de los brazos, pero no sabía que también lo tenía en el órgano sexual. Echando una mirada a *M. K.* añade que, como es natural, las madres si lo saben pues ven a sus hijos.

M. K. interpreta que tiene celos de la relación que ella tiene con su marido, y que está por ello tratando de negar que tanto ella como su mamá tengan algo que ver con los órganos sexuales de sus maridos. Si bien quiere separar a la mamá celeste del papá-vagabundo porque este es peligroso, también lo quiere hacer porque tiene celos.

En esta sesión Richard ha vuelto a prestar mucha más atención a los transeúntes, y en especial a los niños; mientras dibujaba le pidió a *M. K.* que le fuera diciendo quién pasaba por la calle. Este mayor interés por la gente guarda relación con el material de la sesión, centrado en situaciones externas. Esto también se refleja en el sentimiento por la pérdida de su casa y todo lo que ella implica en cuanto a sus experiencias más tempranas. En la sesión anterior, en cambio, le habían preocupado especialmente las situaciones internas, y en particular el veneno que sentía tener tras la nariz, las figuras malas y la ansiedad hipocondríaca.

Una vez en la calle, Richard comenta que está muy contento porque hay sol, y que también sus zapatos brillan como el sol, pero no, no tanto como él, aunque brillan de todas maneras. Resulta evidente que aunque las ansiedades persecutorias han disminuido y han tomado mayor fuerza las de carácter depresivo, durante esta sesión ha hecho también uso de defensas maníacas.

Notas de la sesión número cuarenta y cinco.

I. La mejoría que va experimentando Richard no solo consiste en una disminución de la ansiedad hipocondríaca, sino también en la desaparición de un síntoma físico real. Si tenemos en cuenta que desde su primera infancia este niño ha sufrido de constantes resfríos, resulta de interés ver cómo contribuyen a ello los factores psíquicos. Parece bien probable suponer que sin análisis hubiera llegado a tener en este momento dolor de garganta, y esto nos lleva a consideraciones de carácter más general. De acuerdo a mi experiencia, la hipocondría, que en el caso de Richard era muy intensa, no consiste necesariamente en la preocupación por síntomas que en realidad no existen, sino que puede desarrollarse a partir de síntomas físicos reales que el sujeto exagera, y cuyo significado distorsiona. Se plantea aquí el problema de si tales síntomas se deben entonces o no, en su mayor parte, a la angustia hipocondríaca. Esto implicaría que existe una conexión entre los síntomas histéricos y la hipocondría, cosa que ya he sugerido varias veces (véase *El*

psicoanálisis de niños y «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé», *1952*).

II. Los cambios producidos en el material de Richard muestran que está adquiriendo una mayor capacidad para integrar su yo y para hacer la síntesis de los objetos, lo cual se debe a la disminución de la ansiedad relacionada con los peligros internos. Sin embargo, el proceso de integración en si provoca nuevas ansiedades, cosa que ocurre, por ejemplo, cuando el enfermo siente que su parte destructiva puede poner en peligro otras partes de su personalidad y además al objeto, el cual puede ser destruido, o (por proyección) transformado en objeto malo. En el caso de Richard por ejemplo, cuando este llegó a cierto grado de integración, el pájaro con corona que simbolizaba a la madre (dibujo 31) se convirtió en un objeto horrible y devorador que dejaba caer materia fecal. A medida que aumenta la confianza en los impulsos amorosos —proceso que va de la mano con la disminución de la ansiedad persecutoria referida a peligros internos—, la integración va provocando menos ansiedades. Además, el progreso de la integración y de la síntesis implica que ciertas partes del objeto y del yo se unen de una manera constructiva, mientras que ciertas partes del objeto y del yo se unen de una manera constructiva, mientras que, por el contrario, el proceso fracasa si se trata con demasiada urgencia de disminuir la disociación, y se unen de una manera tan caótica que incremente la confusión. (Véanse mis artículos «Contribuciones a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos», 1935, y «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides», 1946; además, el artículo de H. Rosenfeld: «Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas[1099]».) Un intento más eficaz de síntesis y de integración es el expresado en la parte inferior del dibujo 33, donde los objetos internos de Richard están reunidos de una manera pacífica, tras haber disminuido la violencia de los mecanismos de identificación proyectiva. Por esto es por lo que en este dibujo las secciones de color (que le representan a él y a su familia), ya no penetran unas dentro de las otras. La mayor capacidad para integrarse y sintetizarse, va unida a una disminución de la ansiedad, y en particular a una reducción del temor a los perseguidores internos, a los cuales ve ahora Richard con menos capacidad para envenenarle, así como él mismo se siente menos capaz de envenenarles a ellos.

Resulta significativo ver cómo, por primera vez en su análisis, Richard vivencia y llega a expresar el cariño que tiene a su hogar y habla de recuerdos buenos muy tempranos, situación esta que se da después de haber disminuido por el trabajo analítico la ansiedad que sentía ante los peligros internos. La

disminución de esta ansiedad le permite vivenciar con mayor fuerza la ansiedad depresiva y la culpa, lo cual a su vez le hace tener más confianza en sí mismo y en el mundo externo, y le permite estar más esperanzado. Debemos recordar, además, que en aquel entonces vivíamos en un estado constante de peligro verdadero, y que estas modificaciones favorables se dieron en el niño a pesar de circunstancias externas asustadoras. A menudo me he referido a la interacción que se opera entre los factores externos y la ansiedad por los procesos internos. En Richard vemos, en este aspecto, cómo tales ansiedades aumentaban cada vez que había malas noticias de la guerra; pero, sin embargo, en este contexto, quiero llamar la atención sobre un aspecto de la interacción. Esta sesión, en efecto, constituye un ejemplo de algo que ya he afirmado, y es que los temores a las situaciones externas quedan intensificados por las ansiedades que tienen su origen en los primeros estadios del desarrollo, lo cual hace que la ansiedad provocada por los peligros reales pueda ser también disminuida mediante el análisis.

En otros trabajos me he referido ya a las observaciones que he hecho sobre este punto y he puesto en discusión el concepto de Freud sobre la ansiedad objetiva y la ansiedad neurótica (véase mi artículo «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa», 1948).

III. El material de los días anteriores expresaba la ansiedad que sentía Richard ante la integración, mientras que en esta sesión esta ansiedad ha disminuido. El cambio operado de un día a otro indica una fluctuación entre el fracaso y el éxito de la integración, la cual es la que prepara el terreno para la adquisición de una capacidad más estable de integrarse.

Sesión número cuarenta y seis (lunes)

Richard presenta un aspecto muy diferente del que tenía el día anterior. Está vivaz pero también sobreexcitado y sus ojos tienen mucho brillo. Habló constantemente y en forma incoherente, haciendo muchas preguntas y sin esperar respuesta; no tiene sosiego y ni descansa ni deja de mirar de manera perseguida a los transeúntes que pasan por la calle; aparentemente es incapaz de escuchar ninguna interpretación. Cuando *M. K.* interpreta no contesta. Se encuentra en un estado de evidente y fuerte excitación maníaca y también agresivo de una manera mucho más directa de lo que lo ha estado por mucho tiempo, aun en contra de *M. K.* Dice inmediatamente de llegar que ha traído la flota y que está planeando una gran batalla. Los japoneses, los alemanes y los italianos van a combatir todos contra los ingleses (de pronto queda preocupado). Le pregunta a *M. K.* lo que piensa sobre la marcha de la guerra, pero luego sigue hablando sin esperar que esta conteste. Dice que se siente muy bien y que no le pasa nada. Le ha escrito a su amigo Jimmy, que es la segunda persona de importancia de su pandilla (Richard es el primero), sobre los planes que tiene para luchar contra Oliver. Saca la flota. Los británicos son más fuertes que todos los demás juntos y están estacionados detrás de unas rocas, representadas por la cartera y el reloj de *M. K.* De repente aparecen los italianos, pero en seguida se escapan. Los otros enemigos empiezan a luchar, pero todos los destructores, uno tras otro, son volados. Mientras los va separando, comenta: «están muertos». Un destructor pequeño británico dispara contra un barco de guerra alemán y al principio parece que lo va a hundir; pero luego Richard decide que se ha entregado y lo trae de vuelta. De tanto en tanto, mientras juega, va de un salto a la ventana para mirar a los niños. Golpea sobre el cristal para llamarles la atención y les hace muecas, luego se esconde rápidamente tras las cortinas. Lo mismo hace con un perro y comenta que una muchacha joven que pasa parece tonta. Está particularmente interesado en todos los hombres que pasan. Mira a *M. K.*, admira el color de su pelo, lo toca rápidamente y también el vestido que lleva, para ver de qué está hecho. Después habla de una vieja «rara» que ha pasado frente a la casa. Al empezar a jugar con la flota hace, como de costumbre, el ruido de las máquinas, algo así como chug-chug. De pronto se interrumpe y dice: «¿Qué es esto? Ahora lo tengo en el oído»… Tras hundir toda la flota del enemigo se siente de pronto «cansado» de jugar y deja la flota de lado.

Saca entonces los lápices y se mete el amarillo en la boca, mordiéndolo con fuerza. Después, cosa que no suele hacer, se lo mete en la nariz y en el oído, mete también un dedo en la nariz y hace varios tipos de sonidos. En un momento determinado dice que el ruido que está haciendo se parece al del torbellino de *El mago de Oz*, que hizo volar por los aires a Dorothy, una niña simpática; pero esta no murió a causa de ello. Entretanto pregunta a *M. K.* si le gusta la camisa celeste y la corbata que lleva puestas, pero no parece esperar ninguna respuesta. Saca el pañuelo para sonarse la nariz, aunque no lo necesita, pero lo mira y dice: «Mi pañuelo mocoso».

M. K. interpreta que quiere que admire en forma particular su camisa y su corbata, que representan también a su cuerpo y a su pene, porque siente que está mocoso, y que tiene realmente veneno dentro de sí; con él piensa atacar a sus padres internos, los cuales a su vez se vengarán de él con ataques venenosos. Le señala también que al morder el lápiz amarillo siente que ha atacado e incorporado el pene hostil de papá y que los ruidos que hace suenan dentro de él, pues ha dicho que oye el chug-chug dentro de su oído. En su fantasía, siente que también la batalla de la flota está ocurriendo dentro de él y que tales batalles no solo le van a dañar a él sino también a la mamá buena interna, de la misma manera como el torbellino hizo volar a la simpática Dorothy. Esto quiere decir que él es el mago que ha organizado todas estas batallas.

Richard está haciendo muecas y mordiendo el lápiz violentamente, y pregunta a *M. K.* si le importa que lo rompa o lo muerda de un lado a otro. Sin esperar respuesta, le pregunta si quiere a su hijo… Luego se pone a garabatear su nombre de manera casi ilegible por toda una hoja de papel, tras lo cual cubre los nombres con más garabatos.

M. K. interpreta que en el juego con la flota el pequeño destructor que lucha contra el barco de guerra enemigo es él, luchando contra su madre. (Richard se ha levantado y corre de un lado a otro, sin escuchar nada y haciendo ruidos).

M. K. sugiere que la mamá-pez «tonta» que en el dibujo del día anterior se puso en camino del torpedo y que representa a *M. K.* que se expone a sus ataques, hoy está representada por la muchacha «tonta» que pasó por la calle. Últimamente está expresando su agresividad de manera más abierta y hoy ha comentado que ha escrito a Jimmy los planes que tiene para atacar a Oliver. Desea ser capaz de tener una pelea abierta y externa. La sesión en que decidió atacar a Oliver (treinta y tres), dijo que se sentía muy contento y que no le gustaba fingir amistad cuando en realidad odiaba a su enemigo; pero, sin

embargo, ha expresado ahora el odio mediante ataques secretos y con «lo grande» (el garabateo que esconde su nombre y la batalla de la flota que siente se lleva a cabo internamente, y está representada por el chug-chug de su oído). Los celos que siente de sus padres y ahora de *M. K.* y su marido o su hijo, le provocan odio una y otra vez, y como siente que los ha incorporado a todos dentro de sí, no puede evitar pensar que la batalla continúa internamente y no solo en el exterior.

Richard está sorbiendo con la nariz y tragando.

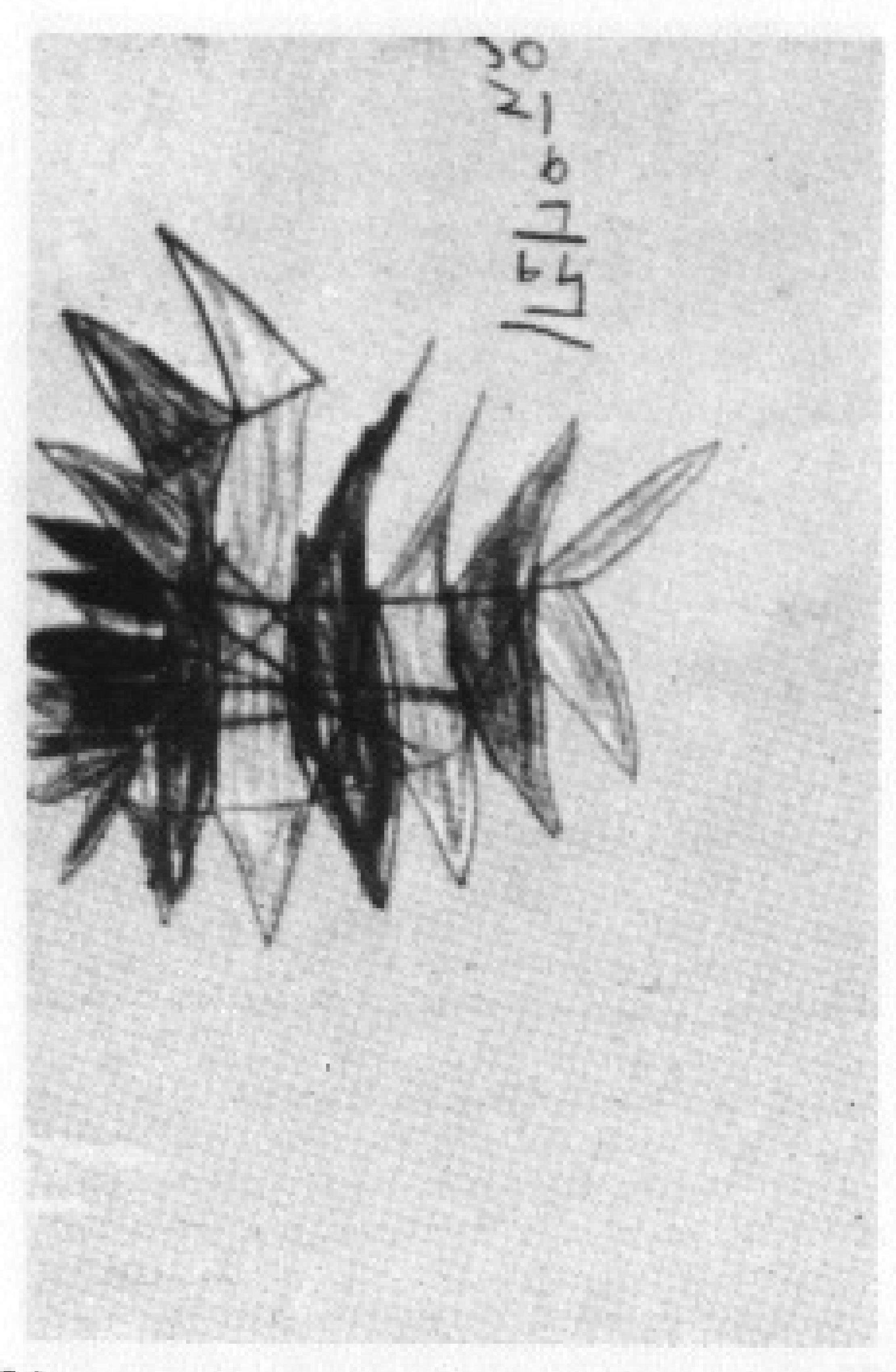
M. K. le recuerda que hace unos días dijo que los mocos se le metían en el estómago; ahora siente que está atacando a los padres enemigos que están dentro de su estómago, con mocos venenosos, los cuales también representan orina y materia fecal venenosa. Por eso espera que ellos le hagan lo mismo a él. Esta batalla interna le hace sentir que tiene dentro de sí a gente muerta, de la cual no puede separarse, como hace con la flota, preocupándole en particular la mamá dañada o muerta de su interior, que está representada por el pez «tonto» o por Dorothy de *El mago de Oz*, a quien lleva volando el torbellino de su material fecal interior.

Mientras *M. K.* interpreta, Richard ha empezado a dibujar un barco de guerra, sobre el cual escribe *Rodney;* debajo hace un crucero más pequeño y más abajo aun, un submarino. Los dibuja colocando sobre el papel a los barcos de la flota y trazando luego el contorno de los mismos. Comenta que el crucero está «cortando el agua». En otra hoja escribe su nombre muchas veces, pero esta vez no hace garabatos encima. En otra página dibuja tres aviones alemanes de diferentes tamaños y debajo de estos a uno británico muy grande y a otro más pequeño. Tacha luego los dos más grandes, que son alemanes, y luego al más pequeño de los británicos, tras lo cual escribe el resultado de la batalla: «Caídos: dos aviones alemanes y uno británico»… Se va afuera y pisotea unas ortigas, comentando que sería bueno si lloviera más porque todo está muy seco; sería bueno para las plantas. Tras esto vuelve a entrar en la casa, coge un palo que ha encontrado en un rincón y se lo tira a *M. K.*, pero sin llegaría a tocar. Contrariamente a lo que suele hacer, no se excusa ni le pregunta si le importa lo que ha hecho, y aunque dice que va a romper el palo, no lo hace. Después habla de romper la ventana y de tirar el palo afuera, da patadas a los bancos y pregunta a *M. K.* cuánto tiempo lleva viviendo en Inglaterra. Le cuenta que ha conocido a un amigo de ella, el cual resulta ser John, con quien ha estado hablando sobre su análisis. Pregunta también si su nieto es inglés, y una vez más no espera la respuesta… Mientras golpea los banquitos con el palo, murmura los nombres del hijo y del nieto de

M. K., pero en seguida dice en voz alta que está pegando a Hitler porque le quiere matar. Varias veces, al ver pasar por la calle a un viejo, pregunta si es el señor gruñón (se refiere al que vive en la misma casa que *M. K.*)… y si este es malo como ella, y esta vez sí espera que *M. K.* le conteste.

M. K. se refiere entonces a los últimos dibujos, interpretando que el primero parece representarle a él atacando a sus padres con el submarino que hay debajo de los barcos; por otra parte ha dibujado con mucha exactitud la forma de estos barcos. Esto significa lo mismo que haber escrito su nombre con toda claridad en la otra página, en vez de esconderlo con garabatos, como lo hizo en el primer dibujo de la sesión. Está, pues, tratando de llevar a cabo un ataque en forma abierta; pero cada vez que lo intenta este se convierte luego en uno secreto y escondido.

Richard hace entonces el dibujo de un imperio (34) y lo colorea, indicando que papá y Paul son en él muy pequeños.



34

M. K. interpreta que en este dibujo él y mamá son una vez más los padres, mientras que Paul y papá son los hijos. Al invertir de esta manera la situación familiar, está tratando de evitar destruir a sus padres por celos; además, si ocupa el lugar de papá, posee el pene bueno capaz de crear bebés: la lluvia necesaria para que las plantas crezcan.

Richard mira el dibujo de los aviones, pero no comenta nada sobre él.

M. K. interpreta entonces que sospecha que la mamá enemiga se une con el papá malo, así como también que *M. K.* se junta con su hijo extranjero y con su nieto, a quienes ha estado pegando (los bancos) mientras decía que iba a matar a Hitler. Aunque ha hecho lo posible por mantenerla a ella en el papel de mamá buena, admirándole el pelo y el vestido, ha expresado en seguida disgusto ante la vieja de la calle. «Vieja» parece también significar estar cerca de la muerte, pues tuvo mucho miedo de que *M. K.* se muriera en Londres y de que mamá lo hiciera también dentro de él cuando estuvo enfermo.

Richard empieza otra vez a dar puntapiés a los banquitos… Coge el que tiene piel, lo acaricia, se lo pone contra la mejilla y pide a *M. K.* que toque la parte con piel.

M. K. interpreta que, como tiene celos, odia a su padre, y entonces le ataca el órgano sexual y quiere destruírselo, todo lo cual convierte a este, en su fantasía, en enemigo. Pero al mismo tiempo quiere a papá, y la lluvia que hace crecer las plantas es ahora orina buena de este que da bebés a mamá y vida al propio Richard. Incluso llega a sentirse triste si mamá se separa de su padre, pues desea que esta le quiera igual que desea que *M. K.* acaricie el banco al que él dio una patada y que en otras sesiones (cuarenta y cinco) representó el órgano sexual de papá.

Richard dice ahora[1100] que en el dibujo que representa la batalla de aviones, los dos alemanes abatidos representan a papá y a Paul, mientras que el avión alemán pequeño que sigue «vivo» es él mismo. El avión británico grande es mamá, mientras el pequeño de la misma nacionalidad, abatido, es él.

M. K. interpreta que tiene miedo de su propia muerte y de que su pene quede destruido en castigo por haber matado a papá y a Paul; pero al mismo tiempo siente que sigue aún con vida su parte mala: el pequeño avión alemán (y en la sesión número doce, el submarino).

Richard va afuera, cerrando la puerta tras sí, de manera que no puede volver a entrar. Llama entonces a *M. K.* para que le abra y cuando esta lo hace, dice con alivio: «Por lo menos tenía la flota conmigo».

M. K. interpreta que la flota representa a la gente buena interna; la familia buena, representada anteriormente por el tren. También le sugiere que el haberse cerrado la puerta para no poder entrar, expresa que inconscientemente siente que le deberían echar de casa, o que le van a echar, a causa de sus deseos asesinos.

Richard se ha tranquilizado, y hacia el final de la sesión —en particular tras la interpretación de *M. K.* del último dibujo— se queda silencioso y triste. Antes de irse, al ver pasar por la calle a un viejo, vuelve a preguntar si se trata del señor gruñón, tras lo cual pregunta, preocupado y con ansiedad, si este inquilino de la casa de *M. K.* la trata realmente mal. Esta vez espera que ella le conteste. Parece aliviado cuando *M. K.* le contesta que no, que el inquilino no es malo. Justo antes de marcharse, Richard comenta que hoy no ha tenido ninguna gana de escuchar sus explicaciones.

Aunque *M. K.* se separa de él en la esquina, pues hoy no va al pueblo, el niño no tiene miedo de irse solo; sin embargo, durante la sesión, el miedo a los enemigos externos se manifestó con mayor fuerza y a la par que una mayor confianza de poder luchar contra ellos (nota 1).

Nota de la sesión número cuarenta y seis

I. Esta sesión, que contrasta llamativamente con la anterior, nos demuestra que los sentimientos expresados por el niño en aquella, tales como el amor a sus padres, y la capacidad para luchar abiertamente contra el agresor, son todavía muy poco estables. También es verdad que estas sensaciones surgieron a la par que una buena cantidad de defensas maníacas, utilizadas contra la depresión. En la sesión de hoy trata de externalizar las situaciones peligrosas internas y los sentimientos de hostilidad, pero sin éxito, pues una y otra vez vuelve a recurrir a los ataques secretos y aparecen ansiedades internas. Debemos, sin embargo, tener en consideración que estas ansiedades aumentan a causa del miedo que Richard tiene a que le deje y a que me exponga yo a lo que él siente que es mi ruina.

Sesión número cuarenta y siete (martes)

Richard está mucho más tranquilo, y tiene un aspecto contento. Dice que no ha traído la flota. Luego se Va a beber agua directamente del grifo, y pregunta a *M. K.* si le importa que lo haga; pero sin esperar la respuesta bebe una vez más. Tras esto le pregunta si le importaría si se bebiera toda el agua que hay, y si hoy ha visto a John.

M. K. interpreta que le pide permiso para beber, no por temor a dejar exhausto todo el suministro de agua, sino por miedo a dejarla a ella exhausta de toda fuerza y con ello robar a sus demás pacientes, y en particular a John. Está vivenciando otra vez el miedo que tenía de bebé de dejar exhausta a su madre y de haberla chupado hasta dejarla seca, privando así de ella a los bebitos que podrían nacer aún. El grifo también representa el pene bueno de papá, lo cual quiere decir que también teme robarle a *M. K.* el pene bueno que él cree que contiene dentro de sí. Le recuerda que en una sesión anterior (la cuarenta y uno) trató de averiguar si el señor Evans le había vendido cigarrillos, y comentó que su madre consiguió caramelos de él; y que la sesión anterior a esa preguntó si *M. K.* tenía caramelos para él**[1101]**.

Richard dice que quiere dibujar y añade que está muy contento. La razón de ello es que hoy se siente mucho mejor, tanto que está perfectamente bien; y además porque hay sol, las noticias de la guerra son buenas, no lleva calcetines y tiene las piernas al desnudo, y el niño desagradable del hotel se va mañana**[1102]**. Repite que no ha traído la flota porque hoy es diferente…, y luego hace el dibujo 35. Primero hace el barco, que al principio quiere ser un submarino inglés, pero luego lo convierte en alemán, añadiendo una cruz a la bandera británica. Por debajo hace garabatos y explica que está bombardeando al submarino, y que la figurita que está tras este es Hitler, al cual también está bombardeando. Más abajo aún hay otro Hitler «invisible» al que también bombardea, el cual se encuentra escondido detrás de los garabatos. Señala el sitio donde tiene la cara *(a)*, la barriga (*b*), y las piernas (*c*)**[1103]** y comenta que al dibujar no se dio cuenta de que estos garabatos fueran Hitler, pero ahora sí. En el ángulo inferior del dibujo hace el número 4 de dos maneras diferentes y manifiesta que le parece que el que está escrito con una sola línea es el mejor.

M. K. interpreta que una vez más siente que sus garabatos son bombas, y que ahora parece atacar más abiertamente con su materia fecal. Estos ataques,

además, están más claramente dirigidos contra el papá-Hitler malo, y de esa manera no daña al papá y a la mamá que son buenos. El Hitler «invisible» también significa el Hitler malo dentro de él. Richard está de acuerdo con estas interpretaciones y dice con convicción: «Es verdad». *M. K.* le sugiere que al sentirse menos resfriado ha disminuido el miedo que tenía de ser envenenado y de envenenar. Tiene más confianza en *M. K.* y en mamá y siente que puede protegerlas, tanto fuera como dentro de sí. El niño desagradable que se va del hotel no solo le resulta molesto, sino que además representa al papá-Hitler y a la parte peligrosa de sí mismo, que es la parte del submarino alemán que está bombardeando (sesión doce) y que desea expeler fuera de sí Todo esto se junta con la sensación de poder luchar mejor contra sus enemigos externos y de poder proteger así mejor a ella y a la mamá buena. También le reconfortan mucho las noticias buenas de la guerra, mientras que el sol, como de costumbre, puede representar para él a la mamá buena, cálida y viva, unida a papá. Esto está representado por el 4 dibujado en una sola línea, mientras que el 4 hecho con trazos separados y el Hitler malo invisible representan a los padres desmembrados. Richard se va afuera y, tras mirar a su alrededor, pisotea unas ortigas, diciendo que no querría tocarlas. Señala una grande y frondosa y dice que tiene un aspecto horrible; la pisotea y comenta que por lo menos por un tiempo se quedará agachada. *M. K.* interpreta que las ortigas representan al papá-pulpo, lo cual significa que, aunque está más esperanzado que antes, duda poder exterminar del todo al pene malo de papá que está dentro de él y de mamá, y desprenderse de los sentimientos malos que él mismo siente. Richard empieza a sacar hierbas malas de entre las plantas, y comenta que debería hacerlo con más frecuencia, pero luego vuelve a la casa. Busca el libro que le interesó anteriormente y se pone a mirar la lámina del hombrecito que dispara contra el monstruo. Indica a *M. K.* que le está apuntando exactamente a los ojos y que el monstruo tiene un «aire altivo». Hay algo de orgulloso en él y «su carne es deliciosa». Una vez más se mete en la boca el lápiz amarillo, lo muerde y al mismo tiempo mira el dibujo de la pelea de aviones que hizo la sesión anterior. Dice que en él mamá es un gigante. *M. K.* le indica que el monstruo también es gigante. Richard contesta que sí, pero que mamá es un monstruo-gigante bueno. *M. K.* interpreta que mamá contiene ahora a un papá-monstruo bueno y no al papá-Hitler-pulpo malo. Le recuerda la admiración que sintió ya por la gran torre (sesión siete) que ahora es para él algo como el monstruo orgulloso y altivo; todo lo cual expresa la admiración que siente por el genital de su padre. Richard empieza a hacer el dibujo 36. Mientras dibuja se levanta varias veces

para mirar a los transeúntes, quedándose una de las veces a mirar con interés a dos hombres que van en un carro de carbón. Comenta que aunque están muy sucios, no tienen la culpa de ello; no lo pueden remediar y lo siente por ellos. Al hacer el dibujo vuelve a repetir que se siente feliz. Mira los otros y comenta que el número 34 es muy diferente de los demás; la parte extrema de la derecha del imperio se parece a la cola de un pez, y hay tanto de sí mismo en él como de mamá. Además hay dos países muy pequeños, que son papá y Paul. *M. K.* vuelve entonces a interpretar que ha convertido a papá y a Paul en bebés y que él y mamá, que ahora contienen el monstruo-papá bueno, son los padres. De esta manera siente que ha arreglado el interior de su madre y que protege a papá y a Paul. Mamá los contiene a todos ellos, ya que es el pez de la cola. El día anterior, cuando sacudió los banquitos con un palo, murmuraba al hacerlo los nombres del hijo y del nieto de *M. K.* y después dijo en voz alta que estaba pegando a Hitler; esto significaba que le estaba pegando para sacarlo fuera de ella y de mamá. Richard admite ahora con toda facilidad que esto es verdad. M. K. interpreta que teme destruir al Hitler malo que está dentro de mamá porque al hacerlo puede dañarla a ella y a la gente buena que tiene adentro, existiendo el mismo peligro en caso de atacar al Hitler de *M. K.*, pues puede destruir también a su hijo y a su nieto…Richard señala entonces, como ya lo ha hecho en otras ocasiones, un banquito que es el que más odia: pouf suave y aplastado, al cual vuelve a dar un puntapié. *M. K.* sugiere que con ello está expresando el odio que le tiene al papá dañado con el pene herido o destruido, el cual teme se vengue de él por haber sido dañado. Richard entonces se refiere al dibujo 36, y dice que en el centro todos tienen países de un tamaño aproximadamente igual. *M. K.* interpreta que parece que esto le gusta, igual que le gustó hacer el dibujo, porque está tratando de dar a cada uno una parte igual de mamá; de esta manera, si todos tienen el mismo derecho a ella, no se pelearán. Además hay menos cantidad de papá-negro, aunque, de todas maneras ya no se siente tan mal ante el negro como solía sentirse. Esto lo demostró hoy cuando se compadeció de los carboneros. También hay varios bebés en el dibujo, representados por las secciones pequeñas, la mayoría de las cuales son celestes, a pesar de que también las hay de los colores de papá y de Paul y que una es de su propio color, el rojo. De esta manera está admitiendo que él todavía no es adulto. Toda esta distribución del interior de su madre y de su propio interior, constituye para él la fuente de la felicidad y la esperanza que siente hoy. Ayer sintió sobre todo, tanto en pensamientos como en sus dibujos, muchas ganas de pelear, y hasta llegó a pensar que solo podría controlar a su hijo, a su nieto,

a papá y a Paul, que siente tener dentro de sí, envenenándolos. Por esta razón esperaba que ellos también le persiguieran y envenenaran a su vez. Sintió que aun si los transformaba en bebés como en el dibujo 34, ellos le atacarían. En cambio, en el dibujo de hoy, expresa la esperanza de que pueda haber menos odio y menos lucha, y, por lo tanto, menos miedo, y de que tanto mamá como ella estén dentro de él más seguras. Situación esta a la cual contribuye, por otra parte, el tratar de dar a los bebés una mayor cantidad de mamá. Richard decide entonces dibujar una ciudad, y hace el dibujo 37. Dice que quisiera «construirla» bien, pero que dibuja muy mal. Debe tener dos vías de ferrocarril para evitar que haya accidentes. Las dos vías se juntan hacia la izquierda, tal como lo hacen en la estación de «X». Después dibuja unas casas y la calle a la cual llama Calle Albert, comentando que Albert es un nombre que le gusta, porque le recuerda a Alfred, un amigo mayor de Paul que está en el ejército, que es muy simpático y que además de ser amigo de Paul también lo es de él. En el ángulo superior izquierdo de la hoja escribe «Buffer» (muelle) y comenta que los muelles son necesarios. Hay también un paso a nivel, una curva muy peligrosa para los trenes y hacia la derecha, un desviadero. *M. K.* le señala que el significado de este dibujo es similar al del número 36, que trata de expresar igualdad y acuerdo entre él, papá y Paul, en cuanto a la repartición del cariño de mamá. Esto está expresado por las dos vías que se dividen al salir de la estación, que es mamá, mientras que los muelles son para evitar los choques. El patio de abastecimiento, igual que antes del convoy, es para que todos se puedan alimentar. Alfred representa para él un hermano mejor que Paul, el cual no compite con él. Pero a pesar de todo esto, existe también la curva peligrosa, que simboliza los peligros que hay dentro de mamá, derivados especialmente de la lucha entre papá, Paul y él. El deseo de «construir» bien la ciudad y la pesadumbre por no dibujar bien, expresan el deseo de reconstruir a la mamá dañada y de darle bebés, así como también de arreglar su propio interior y hacerlo menos peligroso. Al hacer el dibujo que se acaba de describir, Richard está muy absorto y contento, y una vez más dice que se siente feliz. Aunque ya no está resfriado no cesa de sorber con la nariz, pero dice que ya no tiene muchos mocos. *M. K.* interpreta que todavía le preocupa el peligro de tener veneno por dentro, pues los mocos representan una sustancia venenosa, y que al sorber está tratando de ver si todavía la tiene o no. Richard dice que quiere hacer un dibujo de su casa actual. Empieza la casa y luego hace una línea que representa un camino que da a la del vecino, el cual tiene pollos; pero comenta que no tiene bastante sitio para dibujaría. Después explica cómo es el camino que lleva a la estación

y la posición de esta. Empieza otra vez desde el otro extremo e indica el camino que recorre su padre para ir a la estación. Este camino queda más largo, pues añade en el medio una línea vertical, tras la cual lo continúa en la misma dirección que llevaba el camino original. Hace luego dos rayitas, una de las cuales representa a un cerdo y la otra a un burro, animales cerca de los cuales debe pasar papá en su camino. Después mira los lápices que *M. K.* ha traído hace unos días (porque la mayoría de los viejos estaban ya gastados) y a los cuales prestó entonces poca atención. Pregunta si los puede «convertir en lápices», significando con esto si les puede sacar la punta. Se pone muy contento cuando ve que puede afilarlos sin romper ninguno y al ver las buenas puntas que ha conseguido. Con una de ellas toca la mano de *M. K.* con mucho cuidado, para demostrarle lo puntiaguda que es, y luego decide sacar la punta también al lápiz verde viejo que hasta ahora siempre ha representado a mamá, comentando que él también debe de tener una punta buena. Tras esto compara a unos con otros poniéndolos sobre la mesa, y luego, cogiéndolos a todos juntos en las manos, los mueve en el aire diciendo: «Con estos podría matar a Hitler». *M. K.* interpreta que en su mente está restaurando los órganos genitales de papá, Paul, su hijo y su nieto y que ahora son todos iguales, pues hasta mamá (que también representa a *M. K.* y es el lápiz verde) tiene ahora un pene. Por ello no hay ahora razón para que tengan celos ni envidia. Últimamente ha estado haciendo grandes esfuerzos en sus dibujos (lo cual significa que también en sus sentimientos), por evitar que haya competencia y desastre, tratando de ser justo con todos. De esta manera siente que puede unirse a todos estos hombres buenos —los lápices nuevos afilados—, para atacar todos juntos al papá-Hitler malo. Cuando *M. K.* empieza a guardar los lápices, Richard le pide que tenga mucho cuidado para no romperles la punta. Mira repetidas veces al mapa y comenta que espera que Rusia aguante y que la R.A.F. tenga éxito al bombardear a Alemania. Al final de la sesión explica por qué está tan contento de no llevar calcetines: quiere que se le quemen bien las piernas, porque el sol es muy bueno para ellas. Se quita entonces las sandalias, diciendo que tiene dentro de ellas algunas ramitas que se quiere sacar y le enseña a *M. K.* un pequeño callo que tiene en un dedo. *M. K.* se refiere entonces al día anterior, en el que encontró un palo y lo usó para golpear con él a los banquitos que representaban a los parientes de *M. K.* y al Hitler interno; y le interpreta que quiere deshacerse del palo que representa a su pene malo, el que ataca a la gente buena. Antes de irse, Richard encuentra en el suelo unas cuantas hojas; entonces busca la escoba y las barre, diciendo: «Pobre cuarto viejo; esto le va a hacer bien». Aunque a través de la sesión

puede discernirse aún un tinte maníaco, este es mucho menor que el del día anterior. Richard está además menos alerta ante los transeúntes. Aunque no está excesivamente charlatán, expresa sin dificultad sus sentimientos y puede escuchar e incorporar las interpretaciones que se le hacen. Ha dicho repetidamente en esta sesión que se siente feliz, y no cabe duda de que realmente está aliviado y contento a pesar del elemento maníaco.

Sesión número cuarenta y ocho (miércoles)

Richard llega unos minutos tarde, pero *M. K.* ve por la ventana que no viene corriendo. Parece bastante tranquilo y, contra lo que ha hecho en otras ocasiones, no pide disculpas por su tardanza. Dice que ha traído la flota, tras lo cual la pone en formación: primero coloca dos buques de guerra, y detrás de estos todos los demás.

Cuenta que ha soñado toda la noche, y que los sueños han sido muy desagradables; no quiere hablar de ellos, pues, de todas maneras, solo recuerda una parte que no era desagradable. Pregunta a *M. K.* si ha visto pasar a los niños malos justo antes de llegar él, y en particular si ha visto la niña pelirroja, o si se los ha encontrado en el camino. ¿Cómo se han portado con ella? Se pone a mirar al señor Smith (el ferretero) que está del otro lado de la calle hablando con un hombre que poda un seto, y a quien Richard ha llamado en alguna ocasión «el oso». Comenta que el señor Smith es bueno y «dulce», y se va a beber agua del grifo. Cuando vuelve se da cuenta de que el señor Smith sigue en el mismo sitio y dice que le gustaría que se fuera de allí, pues mientras esté él no va a poder hacer nada. De cuando en cuando dice «Váyase, señor Smith…, váyase a trabajar», y pide a *M. K.* que repita tres veces «Váyase, señor Smith», pues eso le hará marcharse. *M. K.* repite tres veces las palabras que Richard le indica, y luego, a pedido de este, seis y después tres veces más. Cuando el señor Smith se va por fin —bastante tiempo después—, Richard atribuye este hecho a los poderes mágicos de ella. Le mira alejarse y observa también al viejo con quien estaba antes hablando, comentando que en realidad los dos hombres parecen bastante agradables. Es evidente que le preocupa saber por qué ha podido estar tan turbado por la presencia del Sr. Smith. Durante todo el episodio ha estado además moviendo los barcos de un lado a otro. El *Nelson* ha ido primeramente a un extremo de la mesa, donde pronto le ha seguido el *Rodney,* quedándose allí los dos solos hasta que el resto de la flota los sigue. Richard dice que están simplemente esperando a que aparezca cualquier enemigo.

M. K. interpreta que decir «Váyase, señor Smith» mientras colocaba al *Nelson* en el extremo de la mesa, significa que desea que su padre esté muy lejos. El día anterior, al dibujar el camino de la estación por el cual va papá para ir a la oficina, lo hizo más largo de lo que tenía pensado hacerlo porque quería que su padre estuviera más lejos de él. Le sugiere, además, que el

cerdo y el burro de la sesión anterior representaban a los dos hijos malos —él y Paul—, que quieren sacarse a su padre de encima y que este se muera, para quedarse ellos con mamá. Cada vez que siente hostilidad hacia su padre, este se convierte en su imaginación en un enemigo.

Richard se va afuera, pisotea unas ortigas y mira a su alrededor, pero vuelve en seguida a entrar en la habitación donde empieza a dibujar. De pronto dice: «¿Cuándo estás tú en casa? Me gustaría ir a verte alguna vez, no para trabajar, sino de visita».

M. K. interpreta que desea tenerla de amiga y no de analista, porque piensa que de esta manera podría librarse de la sospecha y el temor que siente hacia ella y hacia mamá, a quien quiere conservar en forma de mamá-celeste. Le menciona que recientemente la vio muy bella, y que pensó que su vestido era de plata (sesión cuarenta y cinco), pero que en seguida mencionó a la horrible vieja de la calle. Está pues tratando de no pensar en ella como si fuera la madre «malvada y bruta» que se une al papá-Hitler y que le abandona a él. Por eso quiere que *M. K.* esté de su lado y que con su magia se libere del Sr. Smith, que representa a papá.

Richard contesta que pensó que le diría esto, y cuando *M. K.* le pregunta que por qué, y que si él también lo había ya pensado, contesta que sí, que así es. Después le pregunta si podrá visitarla cuando terminen de trabajar juntos.

M. K. contesta que sería posible.

Richard entonces le empieza a hacer preguntas sobre sus otros pacientes: ¿tiene muchos en Londres? También le pregunta si tras la sesión va a ir al pueblo y si de camino va a entrar en el almacén de comestibles. No le gusta verla entrar allí.

M. K. le pregunta por qué.

Richard responde que cuando va allí camina con él un trecho muy pequeño, porque es la tienda que queda más cerca. Le pregunta luego si consiguió que el Sr. Evans le diera el día anterior cigarrillos Player's, pues la vio entrar en su tienda y pensó que así sería. Ello le hizo sentir indignación: el Sr. Evans es un tramposo y un perro sucio, pues ayer le dijo a su mamá que no tenía esta marca de cigarrillos y a menudo le dice que no los tiene de ninguna clase. El administrador del hotel también es un malo que se mete en todo.

M. K. le pregunta por qué es malo.

Richard dice primero: «Es malo en general», pero luego se queja de algo que pasó el día anterior: el administrador le dijo que no cortara las rosas del jardín del hotel, pero él lo hizo de todos modos.

M. K. interpreta entonces que el Sr. Smith, el Sr. Evans y el administrador, representan todos al Sr. K. y a papá y que está enfadado con ellos por dos razones: porque papá no le da el pene bueno que él desearía chupar y porque se lo da en cambio a mamá, ahora representada por ella. Cuando se queja de que el Sr. Evans no le quiere vender cigarrillos a su madre, los cuales también representan el pene de papá, y en cambio piensa que sí se los da a ella, entonces mamá se convierte en él mismo frustrado. Al mismo tiempo, Richard quiere que mamá sea para él solo, y por lo tanto desea que su papá se vaya o se muera. De igual manera desearía que *M. K.* no tuviera otros pacientes, ni hijo, ni nieto. A pesar de todo esto siente pena por su padre, pues le quiere al mismo tiempo que le odia; entonces se siente culpable ante él y ante mamá, y por eso quiere que estén juntos los dos. En el juego de la flota hizo que el *Rodney* siguiera al *Nelson* y después que los niños siguieran a ambos. Todos estaban juntos y se llevaban bien sintiéndose solo enemigos del papá-Hitler. Dijo además que la flota estaba esperando que aparecieran sus enemigos; uno de estos es él mismo cuando se siente celoso y hostil y quiere atacar a sus padres y perturbar la paz familiar.

Richard dice que no se fía nada del Sr. K., pues este peleó en la última guerra en contra de los ingleses; pero sí se fía de *M. K.* Pregunta a esta entonces una vez más si le gusta el trabajo que hace y por qué le parece que esta habitación se presta más que otras para trabajar con niños. ¿Es porque es más tranquila?

M. K. le contesta que ya le ha explicado que necesita un cuarto de jugar.

Richard contesta: «Ah, es en vez de un cuarto de jugar», y pregunta si lo ha tomado en alquiler y si tiene que pagar por él. También quiere averiguar el nombre de un paciente que ha conocido (que no es John) y se pregunta de qué pueden tener miedo los pacientes adultos. No será de los demás niños, ¿no? A lo mejor los mayores tienen miedo de las otras personas mayores, y las mujeres de las demás mujeres. De esta manera las cosas deben de ser peor todavía, ya que en el mundo hay más gente adulta a la que se puede temer, que niños. Reconoce que sabe que *M. K.* no le puede contestar nada sobre sus pacientes, pero dice que no puede remediar el preguntarle (nota 1). Se queda un rato silencioso y muy pensativo, y después comenta que le gustaría saber qué es realmente el psicoanálisis, el cual le parece algo como un secreto. Le gustaría llegar «al fondo» del asunto.

M. K. interpreta que si bien es verdad que le interesaría saber todo lo concerniente al psicoanálisis, también le gustaría conocer todos los secretos que se refieren a ella. Le gustaría poder entrar en su habitación cuando

estuviera con un paciente adulto y ver qué hace con él. Este mismo deseo lo tiene con respecto a la habitación de sus padres; llegar «al fondo» es conocer los secretos que estos puedan tener, y algo así como conocer cómo son sus órganos sexuales. Una de las cosas que más le preocupan es la desconfianza que a menudo le tiene a su madre, y ahora a ella, mientras que su mayor deseo sería poder mantener a mamá bajo la forma de la mamá celeste, buena y digna de confianza. Esto lo repite con *M. K.* cuando trata de verla de plata y bella, pero no puede menos que sospechar de ella, sin embargo, por haber estado el Sr. K. en el lado enemigo durante la Primera Guerra Mundial. Cuando sus padres están solos, sospecha que pueden tener relaciones sexuales, y como esto le hace sentir celoso y le da miedo, los ataca con la imaginación. Entonces piensa que se unen en contra de él y de esa manera mamá también se transforma en una enemiga, extranjera y espía. Le recuerda a este respecto, que cuando le operaron también sintió como si su madre hubiera complotado contra él, unida al médico malo.

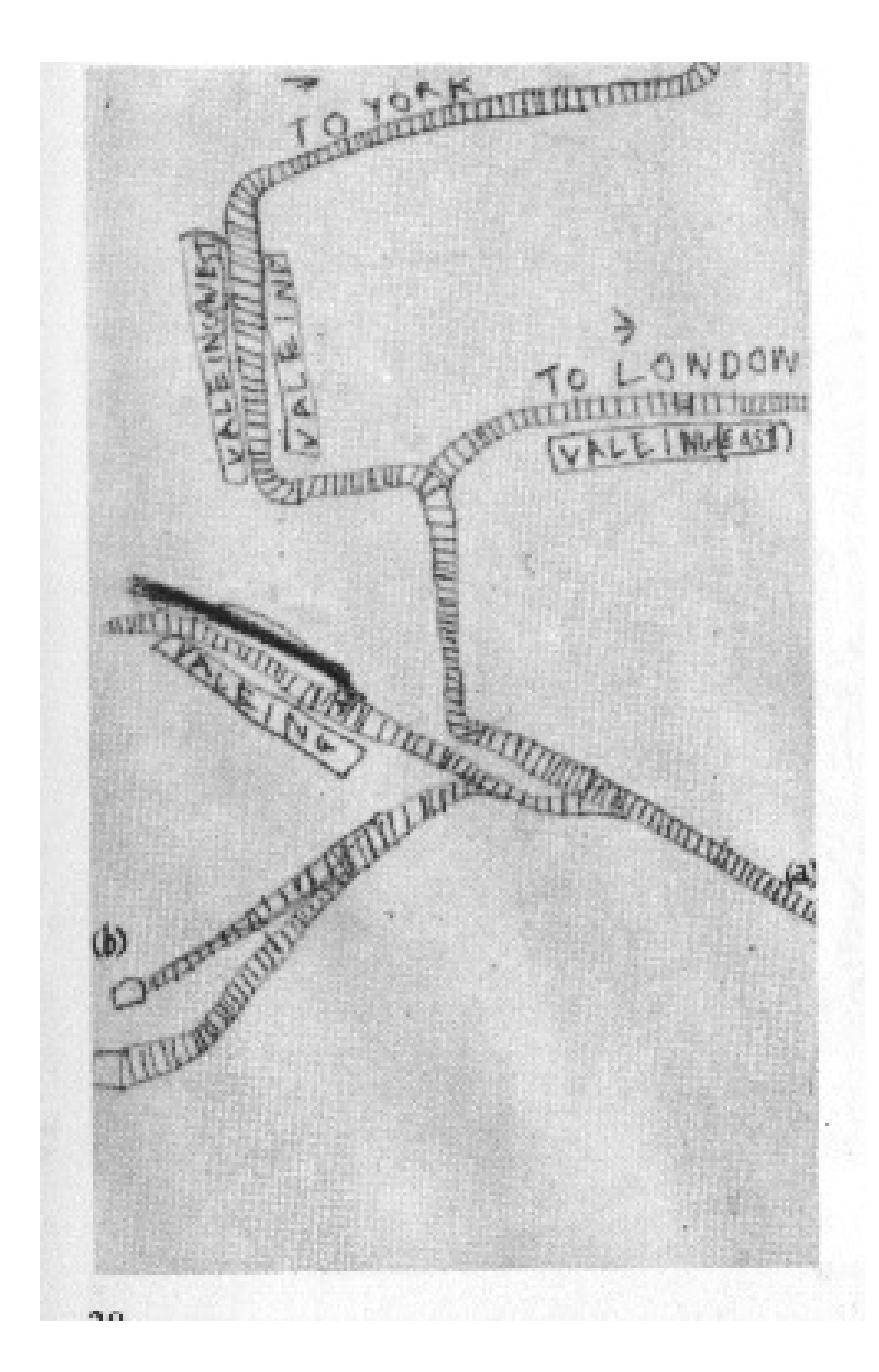
Richard se va afuera, y mirando a *M. K.* le pregunta de qué color tenía el pelo cuando era joven. ¿Negro? Porque ahora es claro, rubio, ¿o es blanco?

M. K. interpreta que no quiere darse cuenta de que es blanco porque esto significa para él que es vieja y tiene miedo de que se vaya a morir.

Richard contesta que el negro también le hace recordar a la muerte, y mientras dice esto se pone a pisotear las ortigas.

De vuelta en la habitación, *M. K.* le recuerda el sueño que dijo que había tenido, y le pregunta si le gustaría contárselo. Richard lo hace, aunque con una evidente resistencia: Él se *encuentra en un tribunal de justicia, pero no sabe de qué se lo está acusando. Mira al juez, el cual le parece bastante bueno, y no dice nada. Se va al cine, que parece formar parte del tribunal, y entonces todos los edificios de la corte de justicia se desmoronan. Le parece que se ha convertido en un gigante, y con su enorme zapato negro empieza a dar patadas a los edificios derrumbados, lo cual hace que estos se vuelvan a reconstruir*. *De manera que, en realidad, los arregla*.

Mientras cuenta el sueño, se pone a dibujar (38).


TO YORK
TO LONDON
VALEING
(a)
(b)

M. K. interpreta que el juez del sueño tiene algo que ver con haber sido ayer acusado de cortar rosas, lo cual a su vez representa robar el pene de papá y el pecho de mamá. Le recuerda que el día anterior se fue a beber del grifo inmediatamente después de haber dicho que el Sr. Smith era «dulce». También ha dicho ahora que el juez era bueno y que el Sr. Smith también, y en una ocasión dijo que el administrador del hotel también lo era. Todo esto se aplica a su padre quien, a pesar de todo, se convierte a veces en alguien que le da mucho miedo, ya que desea robarle su órgano genital y quitarle la posesión que tiene de mamá. Le sugiere, que aunque en el sueño no sabe de qué se le acusa, le están acusando realmente de haber destruido los edificios de la corte de justicia, la que representa a sus padres a quienes siente haber atacado y a quienes sin embargo quiere restaurar. El sentir que es un gigante significa que contiene a la mamá gigante y al padre monstruo, y por ello se siente inmensamente poderoso y destructivo [Omnipotencia del pensamiento]. En la sesión anterior, al referirse a la mamá gigante y al monstruo, dijo que teniendo en la mano todos los lápices afilados (significaba tener dentro de sí a los padres poderosos) podía pelearse con Hitler. Dar patadas con el zapato negro y grande indica llevar a cabo la destrucción de la cual es acusado, cosa que no admite en el sueño; pero el zapato-Hitler de color negro indica de por sí que no solo ha restaurado los edificios, sino que también lo ha usado para destruir a estos y a sus padres.

Sin contestar a esta interpretación, Richard señala a *M. K.* el dibujo 38 y le indica que en él la gente está viajando en diversas direcciones y que ella se va en tren a Londres.

M. K. le pregunta entonces quién es el que viaja en la dirección opuesta (*a*).

Richard contesta que es el Sr. K. Este se encuentra en el cruce con ella; luego se separan, y el Sr. K. sigue su viaje, sollozando.

M. K. le recuerda entonces lo que pasó al principio de la sesión, cuando le dijo al Sr. Smith que se fuera y él no lo hizo. Entonces tuvo ella que decírselo, tras lo cual si se fue, o al menos, fue esto lo que él creyó. Ahora está echando de igual manera al Sr. K. Esto quiere decir también que es mamá quien echa a papá. Le pregunta después que quién viaja en la otra dirección (*b*).

Richard contesta que él mismo, que va a su casa de «Z».

M. K. interpreta que teme el final del análisis, cosa que demuestra en el dibujo al hacerla a ella irse a Londres.

Richard entonces, muy preocupado, le pregunta: «No te vas todavía, ¿no?».

M. K. le contesta que todavía no, pero que si lo hará dentro de poco menos de dos meses; le recuerda que él ya sabe esto.

Richard, con voz baja y deprimida, dice que quizás él también tenga que ir a Londres.

M. K. interpreta que está preocupado por la interrupción del análisis a causa de las dificultades que tiene actualmente. Le preocupa su futuro. Las preguntas que ha hecho sobre los miedos de los adultos, y lo que dijo de que son peores que los que padecen los niños, constituyen una prueba de su preocupación. Hace tiempo mencionó que temía ser tonto. Pero también teme que la mamá buena le abandone, se muera o se haga mala por haber él sido destructor y peligroso. Ahora teme lo mismo ante la ida de *M. K.*

En medio de esta interpretación, Richard interrumpe de repente para decir que sabe cuáles son los honorarios que *M. K.* le cobra, pues su madre se lo ha dicho.

M. K. interpreta que se siente dolido porque ella le cobra el tratamiento, pues esto significa que no es la mamá buena que le alimenta y le ayuda por amor.

Richard contesta que quiere pagarle porque ella necesita dinero.

M. K. contesta que eso también es verdad, pero que tener que pagarle hace que no se fíe de ella, y esta es una de las razones por las cuales quiere ir a verla como amigo, de visita.

Entonces Richard pregunta, como ya lo ha hecho tantas otras veces, si va a ir esa tarde al cine. Parece que nunca va. El en cambio va a ir con su mamá.

M. K. interpreta que le gustaría que fuera con ellos; Richard está de acuerdo en seguida. También le dice que siente que si ella no va al cine es porque él la está privando de hacerlo.

Mientras se lleva a cabo esta conversación, Richard decide alterar los viajes del dibujo 38. En el arreglo original el Sr. K. y *M. K.* venían juntos de «X» y se separaban en el empalme. *M. K.* no podía encontrarse entonces con Richard, pues este viajaba solo desde «X» a su casa. Ahora en cambio, *M. K.* vuelve de Londres, pasa por el empalme y sigue de largo hasta llegar a otro donde se encuentra con Richard, el cual vuelve de «Z». Tras el encuentro, los dos juntos siguen hasta *«X»,* y allí *M. K.* se encuentra con el Sr. K. que está ya de vuelta. El nombre «Valeing» aparece en varios sitios, y Richard explica que finalmente «están todos en el mismo distrito».

Hacia el final de la sesión, mira los lápices y pregunta que donde ha comprado *M. K.* los nuevos y cuánto le han costado.

M. K. interpreta que desea que gaste dinero en él, pues también le preguntó antes cuánto pagaba de renta por la habitación; todo esto lo hace porque le gustaría pensar que ella no está ávida del dinero que su madre le da por el tratamiento y que, por el contrario, también gasta dinero en él.

Al terminar la sesión Richard mira por la ventana y ve que su madre le está esperando. Como *M. K.* está todavía recogiendo las cosas, le pregunta si no prefiere irse en seguida con ella sin esperarla, pero Richard se niega a ello decididamente. Dice que la quiere ayudar a recoger y que también la quiere esperar. Una vez afuera, al encontrarse con su madre, le dice: «Me siento como una persona nueva o como un país nuevo. Ahora soy como un americano» (nota II).

En el transcurso de esta sesión, Richard ha mirado la calle con mucha más atención. Se ha sentido más perseguido y bastante alterado, pero en general ha respondido bien a las interpretaciones, excepto a la referente al sueño:

Nota: Encuentro en mis notas cierto material que no sé dónde colocar, aunque estoy segura de que pertenece a esta sesión. Según él, en un momento determinado interpreto a Richard que desea atacar a su mamá y sacarle los bebés que tiene adentro, a lo cual el niño responde que esa mañana se comió a un niño, pues encontró en el huevo la parte que se convierte en pollito. Añade que debe de haber hecho esto cientos de veces sin darse cuenta, pero que esta mañana no pudo seguir comiéndose el huevo después porque no le gustó.

Notas de la sesión número cuarenta y ocho

I. Cuando se produce un silencio durante la sesión, tanto en los análisis de niños como en los de adultos, el analista tiene que decidir el sentido que debe atribuirle de acuerdo a como capta la situación. Muchos pacientes tienen dificultad para empezar a hablar, y en esos casos creo que resulta conveniente darles tiempo para que venzan esta dificultad. Pero si el silencio se prolonga, digamos, a unos quince o veinte minutos, considero que está mal no tratar de interpretar las razones que puedan haberlo provocado, las cuales pueden encontrarse en el material de la sesión anterior. Otros silencios, en cambio, expresan contento: el placer de estar con el analista y tranquilamente tendido en el diván; en estos casos creo que el silencio debe ser aceptado sin interrumpirlo con interpretaciones. A menudo he podido encontrar una confirmación de lo que digo, cuando el paciente empieza otra vez a hablar y

me dice que le ha gustado estar tranquilo, sintiéndose en un contacto silencioso conmigo, a quien siente haber internalizado.

El silencio de Richard en este punto de la sesión, es sin duda de naturaleza reflexiva: constituye un intento de descubrir algo por sí mismo, y por esto no hice nada por interrumpirlo.

II. He señalado ya que la intensidad con la que Richard vivenció las situaciones internas de peligro (los perseguidores envenenadores internos y el deseo suyo de envenenarlos a ellos), y el análisis que hice de estas ansiedades (sesión cuarenta y cuatro), fue seguido de un cambio de actitud llevada a cabo en la sesión cuarenta y cinco, en la cual concentró todos sus intereses y sentimientos en el mundo exterior, surgiendo luego recuerdos del pasado. En la sesión que acabamos de ver, no solo están externalizadas la agresividad y la hostilidad, sino que además se encuentran dirigidas hacia lo que él siente que es un objeto verdaderamente malo del mundo exterior: Hitler. Anteriormente, sus sentimientos sobre el padre bueno y malo fluctuaban tan rápidamente, que le era imposible mantener ninguna de estas relaciones por mucho tiempo, por lo cual nunca sabía bien a cuál de los dos padres estaba realmente atacando. La lucha contra los enemigos externos —es decir la agresión abierta ya expresada al pensar pelearse con su enemigo Oliver y el bando enemigo—, le trajo como resultado que temiera a estos de una manera persecutoria, cosa que luego trató de contrarrestar con defensas maníacas. A pesar de ello, el hecho de que las fluctuaciones entre lo que se cree malo y bueno dentro de él y de los otros, sean menos rápidas, va ligado a una mayor síntesis entre los aspectos buenos y malos del analista y de su madre por una parte, y del padre bueno y malo por la otra. Estos procesos de externalización y síntesis de los objetos incluyen además una mayor integración del yo y una capacidad mayor para distinguir las diferentes partes de sí mismo y de sus objetos. Los pasos dados hacia esta integración y síntesis remueven no obstante nuevas ansiedades, aunque al mismo tiempo traen alivio. Esto lo demuestra Richard cuando en el dibujo de los aviones (sesión cuarenta y seis), él es tanto el avión alemán como el británico, lo cual implica que tiene un mayor autoconocimiento inconsciente, que le hace percibir en forma simultánea sus impulsos destructivos y amorosos.

Sesión número cuarenta y nueve (jueves)

Richard llega otra vez unos minutos tarde, pero no hace ningún comentario sobre ello. Dice que tiene un resfrío horrible que le ha vuelto otra vez (al parecer, el único síntoma que tiene es una tos leve). También se queja de que le duelen las piernas y de que las tiene acalambradas. Luego se dirige al grifo a beber agua y cuenta lo que hizo en el cine la tarde anterior. La película era muy triste y le hizo llorar. Todo ocurría en Alemania. Un profesor viejo y muy bueno —una «criatura vieja y frágil»—, moría en un campo de concentración y su mujer solo le podía ver de vez en cuando. Mientras habla, Richard saca la flota y empieza a mover los barcos.

M. K. pregunta entonces sino va a venir pronto su padre a *«X»*. (Hace algún tiempo Richard había mencionado una fecha).

Richard contesta que el día siguiente.

M. K. asocia entonces la tristeza por el viejo profesor abandonado, con el material del día anterior, en el cual estuvo diciendo «Váyase, váyase a trabajar» al Sr. Smith cuando le vio parado en la calle. Además, al describir el dibujo que había hecho, dijo que el Sr. K. se quedaba sollozando cuando *M. K.* le echaba; y todo esto está relacionado con que papá venga de vacaciones a «X» y con que él quiera echarle de vuelta a «Y» para que trabaje y esté solo allí. Si quiere en forma tan particular que se vaya otra vez su padre, es porque tiene celos de que venga a compartir con mamá su habitación.

Richard está de acuerdo con esto, pero añade que no van a dormir en la misma cama. Las camas no están colocadas una al lado de la otra en esa habitación. Y al decir esto separa al *Rodney;* el *Nelson* sigue y los dos barcos se tocan por la popa.

M. K. le indica que una vez más ha expresado el deseo de que sus padres no tengan relaciones sexuales, pero que en realidad cree que sí las tendrán, tal como lo acaba de indicar haciendo que los dos barcos se toquen. Esta es una de las razones por las que quiere que su padre se vaya. Pero al mismo tiempo, siente mucha lástima por su padre solo y abandonado, el cual está representado por el Sr. K. que solloza; por esto, al final de su explicación del dibujo juntó otra vez a este con *M. K.* y ahora acaba de unir al *Rodney* y al *Nelson*, pues cree que debe de permitirles tener relaciones sexuales. Hace poco tiempo indicó que sentía que se había comido a su padre al morder el lápiz amarillo, al desear comer la carne deliciosa del monstruo y al oír el

chug-chug del barco que representaba a este dentro de su oído (sesión cuarenta y seis). Luego, cuando le odia, siente que su interior se convierte en una prisión y en un campo de concentración, en el cual puede torturar y atacar a su papá, y separarle de mamá. Siente además que le combate con los mocos, con «lo grande» y «lo chico», y que le está matando, y después teme perder también al papá bueno y querido.

Al llorar por el viejo profesor de la película, se sentía también triste por el papá dañado y moribundo que tiene adentro, así como por el padre exterior, abandonado por *M. K.* y por mamá. De hecho sabe muy bien que el Sr. K. ha muerto y tiene mucha pena por esto, y también le preocupa pensar que mamá se quedaría sola y abandonada en caso de morirse papá.

Richard mueve los barcos de un lado para otro, y dice que ha encontrado un nombre nuevo para uno de ellos: el *Cossack.*

M. K. le indica que en general no habla de la guerra en Rusia porque se siente inseguro y preocupado por ella, pero que ahora, siendo cosaco, trata de ayudar a la Rusia atacada que representa a mamá.

Richard mueve al *Cossack* y le hace irse solo, lejos de los demás barcos. Habla entonces del *Glow-worm,* el cual se ha batido valientemente pero que ha terminado cortado por la mitad. Hace que el *Cossack* viaje por toda la mesa y que luego entre en un fiordo noruego formado por la cartera de *M. K.* y por el sobre que contiene sus dibujos. Este fiordo es el mismo en el que ha estado el *Altmarck.* También los barcos alemanes entran en el fiordo, y tras esto otros barcos ingleses se unen al *Cossack* y siguen varias batallas, en las cuales los británicos salen victoriosos. Fuera del fiordo, el *Nelson* se une al *Cossack* y libran nuevos combates. El *Rodney* es ahora el *Bismarck,* el cual es atacado repetidas veces desde ambos lados, por el *Cossack* ***y*** el *Nelson.* Sin embargo, a pesar de que el *Bismarck* se encuentra en gran peligro, no llega a ser hundido. A veces un barco del mismo tamaño u otro mayor, se unen al *Cossack.* Y mientras juega, Richard dice que tiene ganas de que su padre venga (no se ha mostrado en desacuerdo con *M. K.* cuando esta le dijo que deseaba que se fuera lejos), porque va a ir con él de pesca.

M. K. interpreta que está expresando en su juego un conflicto y se refiere a lo que dijo al principio de la sesión: que si odiara a su padre y quisiera que su madre fuera para sí solamente, esto conduciría a un desastre. El papá bueno se quedaría entonces solo y abandonado, o si no, los dos padres se convertirían en enemigos y le cortarían a él por la mitad, el *Glow-worm* representa al propio niño. Para evitar todo esto, siente que debería irse de su casa, y por ello, cuando el *Nelson* y el *Rodney* se tocaron, lo primero que hizo

fue mandar al *Cossack* lejos y solo. Pero luego, Richard (el *Cossack)* se unió a su padre *(Nelson)* y juntos los dos atacaron a mamá, convertida ahora en el *Bismarck* enemigo (pues piensa que de ser atacada, se convertiría en efecto en una enemiga). También siente lástima por ella, sin embargo; en los juegos que hace con la flota nunca la hunde, pues de hacerlo se sentiría muy culpable. Ir de pesca con su papá significa también unirse a él, pero cuando piensa que esto fracasa, se alía con Paul (el *Cossack* que en un momento dado se une a un destructor un poco mayor), para juntos los dos poder atacar a mamá o a los dos padres juntos.

Richard ha empezado a dibujar… Habla otra vez de la película que ha visto la tarde anterior, en la cual había también algo sobre Austria. Después menciona a una señora que conoce, cuyo marido es austríaco, pero no añade ningún comentario hostil. Pregunta a *M. K.* si le importa que no le gusten los alemanes, pues ella debe de quererlos. Al preguntar esto, está dibujando unas vías de ferrocarril con mucho cuidado, tal como lo hizo en el dibujo 38. Dice que no puede salir ningún tren y que no puede ocurrir nada hasta que no coloque los durmientes.

M. K. interpreta que desearía que tanto él como sus padres durmieran por la noche; de esta manera no dañarla a ninguno de ellos ni tampoco a *M. K.* y no pasaría nada malo. En el juego de la flota ha indicado lo culpable que se siente con ellos. Le recuerda además el sueño de la noche anterior, en el cual él estaba preso y a punto de ser juzgado.

Richard responde ahora bien a las interpretaciones de *M. K.* Dice que en el sueño también le estaban juzgando por haber roto una ventana y añade que no sabía cómo arreglar los edificios, esto pasó simplemente al bajar su enorme pie, convirtiéndose en gigante.

M. K. le recuerda que hace unos días rompió una ventana del cuarto de juegos.

A esto Richard contesta que él no la rompió, sino una de las niñas exploradoras que usan el cuarto. (Esto es verdad, pero Richard se quedó muy turbado cuando él y *M. K.* descubrieron la ventana rota).

M. K. interpreta que aunque no fue él quien la rompiera parece haber sentido que sí había sido el culpable, y esto a causa de los deseos agresivos que vivencia en la habitación.

Richard se refiere al dibujo que está haciendo. Dice que «todos nosotros» —el Sr. K. y *M. K.*, papá y mamá, él, los pájaros y Bobby—, están viajando juntos. También viaja con ellos el vecino de la casa de al lado, que tiene pollos.

M. K. le sugiere que este vecino, al que ha descrito diciendo que es ya una persona mayor, y ella misma, representan a su abuela. Richard la quería mucho y piensa que ha revivido al relacionarse con *M. K.*

Richard cuenta que todos vienen de una ciudad donde vivían antes y que viajan hacia Londres, donde van a vivir todos juntos. Más adelante volverán a «Z».

M. K. interpreta que desearía que su tratamiento pudiera continuar y que le gustaría seguir a *M. K.* a Londres, pero yendo con su familia.

Richard está de acuerdo, y añade que *M. K.* nunca ha estado en su ciudad de origen y que le gustaría que fuera para conocerla.

M. K. interpreta que desearía unir y restaurar a la familia, pues se imagina que les ha hecho mucho daño. Este daño, y también el deseo de repararlo, se refiere también a ella, a quien siente que contiene dentro de sí.

Durante esta sesión Richard ha estado mucho menos perseguido. Apenas ha hecho caso de los transeúntes, pero en cambio han aumentado sus temores de tipo hipocondríaco. Le ha preocupado la garganta y ha carraspeado a menudo, aunque ha tosido poco. Aparte de esto, no ha estado ni extremadamente preocupado ni exaltado, y ha cooperado muy bien en la tarea.

Sesión número cincuenta (viernes)

Richard está muy vivaz y parece contento. Ha llegado unos minutos demasiado temprano y estaba esperando cuando llega *M. K.* Dice que no ha traído la flota pues esta tiene que descansar un poco, y que no ha soñado. Está muy deseoso de dibujar, cosa que empieza a hacer en seguida. Como suele hacer al principio de cada sesión, pregunta a *M. K.* si sabe de algún bombardeo hecho por la R.A.F. Le enseña que en el dibujo que está haciendo, la estación se llama «Roseman». Igual que en el dibujo 38, hay en este varias líneas de ferrocarril dibujadas de la misma manera, las cuales llevan a distintas ciudades; pero todas deben necesariamente pasar por la estación «Roseman». Una de las ciudades es la de su hogar original. En cuanto haya terminado de hacer los durmientes (representados por líneas verticales), dice, podrán empezar a venir los trenes. En ese momento ve al Sr. Smith que pasa por la calle; entonces va a la ventana y le saluda con la mano, saludo que el Sr. Smith le devuelve. Habla de lo «bueno» que es, y pregunta si ya han pasado «esas niñas»; en ese mismo momento las ve venir y se queda mirándolas pasar… Comenta después que su padre llega esta tarde, cosa de la cual se alegra, pues está deseando que llegue. Va a ir con su mamá a esperarle a la estación; todo va a ser «muy divertido».

M. K. interpreta que la estación «Roseman» representa al papá bueno de pene atractivo: la rosa[1104]. Ir a pescar y las palabras «muy divertido», también significan que desearía tener una relación sexual con él y que su órgano genital se ha hecho otra vez algo deseable. El papá-Roseman es el opuesto del papá-pulpo y del administrador del hotel que le prohibió cortar la rosa del jardín.

Richard dice que cree que si se comiera un pulpo de seguro tendría luego una indigestión, pero que ahora se encuentra muy bien, pues se le ha ido el resfrío (se le fue en realidad tras la sesión de ayer, pues después de separarse de *M. K.* apenas volvió a toser). Cree también que anoche terminó ya para siempre con el pulpo. Cogió un cuchillo y… no: simplemente tiró al pulpo por la ventana y este se murió. En realidad en esto no pensó anoche, sino que se le acaba de ocurrir en este momento.

M. K. le pregunta dónde estaba el pulpo cuando él lo cogió.

Richard dice que en la cama, debajo de las sábanas, y que él debe de haber estado acostado encima de su estómago. Entonces metió la mano por debajo

de la sábana, atravesó el corazón del animal con un cuchillo y lo tiró por la ventana… Mientras cuenta esto está muy ocupado dibujando los durmientes y luego, refiriéndose a la estación y a los trenes, dice: «Es muy complicado». Explica que acaba de llegar un tren, mientras que otro de carga se está alejando. Imita el ruido que hace el tren, se refiere a él llamándole «el viejo y tonto tren de carga» y va diciendo: ahora está aquí, luego aquí, etc., y señalando su ruta en el dibujo. Poco a poco, el ruido que el tren hace va cambiando de tono y se hace cada vez más agudo, hasta terminar en un franco siseo de ira.

M. K. interpreta que aunque está deseando que su padre llegue, también desea que no venga. El «viejo y tonto tren de carga» representa a papá que se va poniendo más enfadado a medida que Richard le va mandando a las diferentes ciudades del dibujo. Por eso el tren sisea de manera tan enojada.

Richard encuentra esta interpretación divertida, y se ríe de ella.

M. K. le indica entonces, que cuando dijo que él estaba acostado sobre el estómago del pulpo, quiso decir con ello que el papá-pulpo se encontraba dentro de su propio estómago, y que quería matarle y echarle fuera de sí mismo. El comentario de que «es muy complicado», se refiere no tanto al dibujo como a sus propios sentimientos: al amor por su padre y al placer de verle; al deseo de poseer su pene y al miedo del pulpo malo en el interior de mamá, de *M. K.* y de sí mismo; a los celos que siente porque desearía que mamá fuera para él solo, y al miedo de que papá se enfade si él le echa. Además le recuerda que odia tener que dejar sitio a papá en el dormitorio de mamá; nunca ha tenido a su mamá para él solo tanto como la ha tenido recientemente, y no le gusta que le priven de ello.

Richard está de acuerdo, pero vuelve a repetir que está deseando que llegue su padre y que él tiene un cuarto muy lindo al lado del de ellos. Mientras habla, unos niños que están en la calle empiezan a imitar el ladrido de un perro. Richard entonces imita el de Bobby y dice: «Si le pudieras ver cuando caza conejos». Añade que sin embargo nunca se los come; solo los persigue para divertirse.

M. K. interpreta que ahora parece tener más confianza que antes en su capacidad de amar y que teme menos sus deseos agresivos y que el odio que siente llegue de verdad a producir efecto. Al decir que Bobby, que tantas veces le ha representado a él, nunca llega a comerse los conejos a pesar de que le divierte perseguirlos, significa que en realidad él, Richard, no devoraría nunca a papá [Disminución del pensamiento omnipotente]. Se le ha ido el resfrío porque tiene menos miedo de las batallas interiores, y por esto mismo

han mejorado también las relaciones que mantiene con su familia. También esto lo ha llevado a dejar la flota en casa, pues como se siente mejor y está más feliz, quiere evitar toda pelea. De la misma manera quiere evitar toda angustia y por eso ha dicho que no ha soñado.

Richard hace otro dibujo de trenes. Está contento con el nombre «Roseman»; mira repetidas veces los dos dibujos y también los anteriores en los que hay trenes y estaciones, y hace comentarios sobre los nombres que ha usado en ellos. Dice que el nombre «Valeing» (dibujo 38) quiere decir realmente *whale* (ballena); en cuanto al segundo dibujo, cuya estación tiene el nombre de «Halmsville», esto es porque significa ham (jamón), que es algo que le gusta comer. Está muy interesado al descubrir la manera como ha expresado contenidos inconscientes (nota 1).

M. K. le recuerda que «ham» también es el gran empalme alemán Hamm, que tantas veces ha sido bombardeado y del cual ya ha hablado en otras ocasiones.

Richard asiente, y señalando el dibujo indica dónde están los depósitos de mercancías de dicho empalme.

M. K. interpreta que comer jamón significa incorporar cosas buenas, las cuales sin embargo, se convierten dentro de él en algo muy peligroso, ya que el jamón es un alimento bueno, pero también simboliza el sitio que más se está bombardeando actualmente. El pene bueno y el pecho bueno pueden mezclarse con otros malos. Hace dos días (dibujo 38), comentó que había muchos «Valeings» «en el mismo distrito», lo cual hace pensar que siente que el papá-ballena está extendido por todas partes dentro de él. También teme que el monstruo peligroso de su interior le convierta a él, Richard, en alguien muy peligroso. En un sueño reciente (sesión cuarenta y ocho), se convertía en un gigante con las botas grandes de Hitler, y podía restaurar todo con mucha potencia; pero podía también destruirlo todo. Por esto tiene tan mezcladas en su mente la capacidad de reparar y la de destruir.

Richard ha empezado a hacer el dibujo de un imperio y al llenar la parte roja de arriba, le dice a *M. K.* que mamá estuvo regañona con él por la mañana.

M. K. le pregunta por qué.

Richard contesta que porque él estuvo bastante desagradable, cosa que hace a menudo. Estuvo toda la mañana rezongando, sin hacer lo que se le pedía, discutiendo todo y sin detenerse hasta no conseguir lo que quería.

M. K. le pregunta qué era lo que quería esta mañana.

Richard contesta primero que no quiso levantarse; después admite que en realidad no sabía qué era lo que deseaba. ¿Quiere que le diga lo que acaba de pensar ahora? Y cuando *M. K.* le Contesta que sí, Richard dice que le gustaría romper las ventanas y tirar todas las cosas.

M. K. indica que al decir esto ha empezado a pintar las partes del dibujo, en el cual él está encima de todos y tiene el órgano genital más grande, mientras que de su papá hay muy poco. Le sugiere por ello, que a pesar de que está deseando que este llegue, quiere romperlo todo por la misma causa. Desea ocupar su lugar y estar por sobre todos en la familia…

Richard dice entonces, con voz baja y triste, que hace dos días encontró en el jardín del hotel a un gatito. Se puso a jugar con él e iba a llevarlo a la estación de policía, cuando alguien le dijo que sabía de quién era, de modo que lo llevó allí. Ayer volvió a verlo en esa casa, detrás de la ventana.

M. K. le sugiere que está muy triste por no haberse podido quedar con él.

Richard dice que así es, pero que no podía hacerlo. De todas maneras, añade, los gatitos rompen todo, son destructivos y causan molestias… Empieza a contar entonces el número de países que tiene cada uno en el imperio que acaba de hacer. Una vez más, quien tiene más países tiene el derecho de trazar la línea de debajo en su color; descubre que él tiene 23, mamá 19, papá 4 y Paul 8.

M. K. interpreta que le gustaría que le nacieran bebés dentro de su cuerpo. En el dibujo, después de tratar de mantener la paz con todos, ha expresado el deseo de tener más de todo que nadie: el pene mayor, y la mayor cantidad de bebés; siente pena por no poder tener niños y porque estos pertenecen realmente a su mamá, así como también por saber que no debe robárselos sino que debe devolvérselos, igual que ha hecho con el gatito. El deseo de romper las ventanas no es solo para tirar cosas afuera, sino también para poder entrar en el sitio donde está el gato, que es en realidad el cuerpo de mamá que cree que contiene bebés. Este animalito también le representa a él mismo cuando se pone destructor y molesto.

Richard mira algunos dibujos anteriores, cuenta el número de países que mamá tiene en ellos y escribe la cifra. Sabe por *M. K.* que a la salida ella solo va a ir hasta la esquina y dice que lo siente, pero no tiene miedo ni le preocupa marcharse solo. En el camino le cuenta que va a ir con su madre a tomar un café a casa del señor Evans. Este tiene el café mejor y aunque a menudo está de mal humor, parece que le quiere, pues a menudo le vende caramelos.

En esta sesión Richard ha estado en buena forma, tanto mental como físicamente. No se ha sentido perseguido, y solo ha prestado atención a los transeúntes dos veces, aparte de la vez que miró pasar al Sr. Smith y a las niñas. Una de estas ocasiones fue para mirar a una vieja y a un viejo. Los temores de tipo hipocondríaco están en receso, y no está maníaco, sino realmente mucho más contento. Aunque habla con toda libertad, también está bien dispuesto a escuchar y a aceptar las interpretaciones, y aunque en general en esta sesión ha estado amigable y equilibrado, se han presentado con mucha claridad sentimientos y deseos conflictivos con sus correspondientes ansiedades y defensas, que el niño ha podido reconocer y admitir plenamente (nota II).

Notas de la sesión número cincuenta.

I. En esencia, este sentimiento es idéntico al que vivenció cuando se convenció de la existencia del inconsciente a través de sus dibujos y de sus juegos. (Véanse en particular las sesiones doce y dieciséis). He podido ver tanto en los niños como en los adultos, que la gratificación que produce vivenciar y reconocer una parte de la mente que hasta entonces había permanecido desconocida, parecer ser de naturaleza tanto intelectual como emocional. Una de las causas por las que el paciente se siente gratificado, es por el alivio que siente tras la interpretación que le da una comprensión del proceso inconsciente. En lo fundamental, el que el análisis dé algo al paciente que este siente que le ayuda y enriquece, hace que este vuelva a vivenciar la experiencia más temprana de ser querido y alimentado. El sentimiento de enriquecimiento está ligado a la integración del yo y a la síntesis del objeto. Desde los primeros estadios del desarrollo existe un anhelo de integración, y una función importante que cumple la interpretación —cosa que constituye, en última instancia, el fin al que apunta el análisis—, es la de ayudar a que esta integración se lleve a cabo. El deseo de integrarse y de conocerse a sí mismo, es un factor que ayuda al paciente a tolerar el dolor y la pena que le provocan las ansiedades y los conflictos durante el análisis, y que incluso le permite tolerar las ansiedades persecutorias movilizadas por las interpretaciones, las cuales, hasta cierto punto, convierten al analista en una figura persecutoria. He podido observar repetidas veces que algunos pacientes, tanto adultos como niños, no solo sienten satisfacción sino también diversión, al descubrir con el analista algunos aspectos de sus personalidades,

que en general sienten que son malos o poco honestos. De acuerdo con mi experiencia, se trata en estos casos de gente que tiene sentido del humor y se me ocurre pensar que una de las raíces de este es justamente la capacidad de experimentar satisfacción al encontrar dentro de uno mismo algo que antes estaba reprimido.

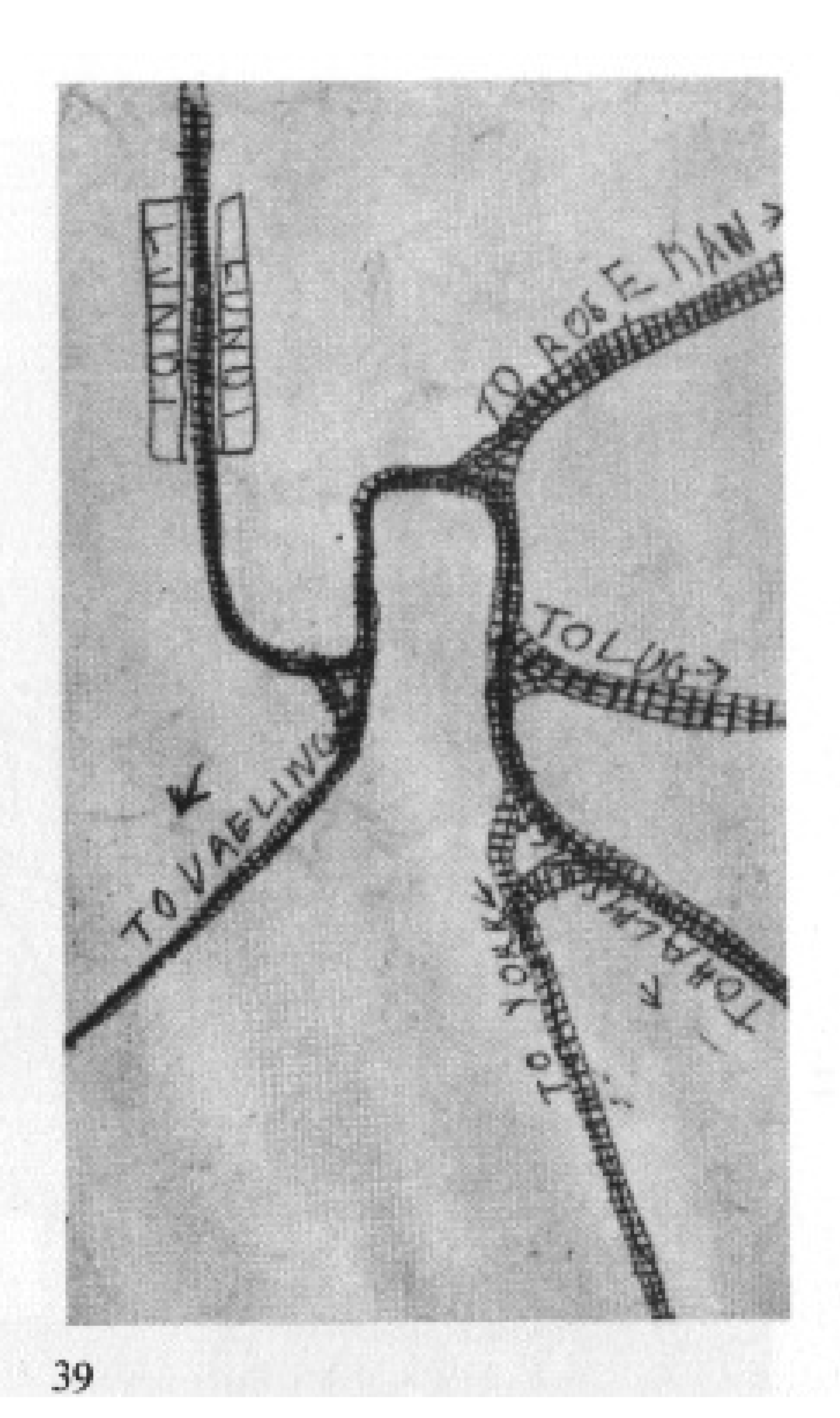
II. Esto nos lleva a la conclusión de que la disminución de los temores a los peligros internos que se ve en esta sesión y en la anterior (como resultado del análisis hecho en las precedentes), permitió a Richard poder expresar y vivenciar más claramente su angustia y sus conflictos. Al mismo tiempo, el tomar conciencia de sus ansiedades y de sus conflictos, y el poder entenderlos profundamente, le produjo alivio, le hizo sentirse más seguro de sí mismo y de los demás, y trajo como resultado final un equilibrio mejor.

Sesión número cincuenta y uno (sábado)

Richard está esperando en la esquina a *M. K.* cuando esta llega, y lo primero que le dice es que se ha torcido el tobillo al bajar a desayunar esa mañana. En el cuarto de juegos comenta que hoy va a ir de pesca con papá. Describe con detalle todos los planes que han hecho y dice que espera poder pescar una trucha. Todavía no han conseguido permiso para pescar salmones. Papá ha traído la caña de Paul además de la suya. Luego agrega que ha traído un gran cuaderno de dibujo para seguir dibujando en casa; es el doble de grande del que le ha dado *M. K.* y le ha costado barato. Se pregunta si a ella le pueden haber cobrado de más por el que le compró. En casa ha estado dibujando líneas de ferrocarril y está deseando seguir con ellas en seguida. Sin embargo, quiere primero averiguar cuántos países tiene cada uno en los primeros dibujos de los imperios. Separa entonces dos de estos, diciendo que no representan a la familia, ya que en ellos ha usado además otros colores.

Cada vez que descubre que mamá no sale mal en la cuenta, se pone muy contento, sin duda sintiéndose culpable de que en la mayoría de los casos él tenga en realidad más países que ella. Tras haber estudiado de esta manera algunos dibujos, abandona la tarea. Comenta que ha hecho una gran cantidad de ellos y que el cuaderno está casi terminado, y tras esto hace el dibujo 39. Mientras trabaja, le cuenta a *M. K.*, sonriendo, algo que pasó anoche en la habitación de sus padres. Un ratón se comió dos galletas, pero su madre tuvo demasiado miedo como para levantarse y hacer algo al respecto; cree que también su padre sintió miedo del ratón. El animalito también se subió por la caña de pescar de papá. Todo esto lo cuenta divertido, sin duda sintiéndose muy superior. Si él hubiera estado allí, habría cogido la zapatilla de su padre y lo hubiera echado. Esto lo dramatiza al contarlo, actuando la parte de sus padres y la suya. Añade luego que él es «Larry el Cordero» (un personaje muy conocido de una audición radial para niños)… Lo primero que dibuja es la estación «Lundi» y la primera vía que lleva a la estación «Valeing». Inmediatamente dice que «Lundi» le hace recordar a lunático y asocia con esto a un hombre «loco» que andaba por «X» sin trabajar. Tenía el pelo rojizo, pero estaba casi calvo. Después, dibuja vías que llevan a «Roseman» y a otros lugares, y dice que la línea Lundi-Valeing no tiene ningún desviadero. Un tren viene bramando desde «Lundi» hasta «Valeing», y en él se encuentra

M. K. que se va de viaje a cazar ballenas. Como él también quiere cazarlas, se va con ella.



39

M. K. interpreta que el lunático es su padre cuando tiene relaciones sexuales con su mamá, cosa que él cree que ha pasado anoche. Papá también es calvo y ahora no trabaja, igual que el «loco». El ratón simboliza el órgano genital de su padre, el cual se come los pechos de mamá (las dos galletas). Richard quiere atacar a mamá, porque está resentido con ella por haberle sacado de su habitación, de manera que el ratón también representa su órgano sexual (de Richard) que ataca al de papá (la caña de pescar). Además, siente que está venciendo a sus padres y a *M. K.* porque cree que los puede engañar: aunque pretende ser tan inocente y tímido como un cordero, desea atacar no solo a mamá, sino también a *M. K.* que le va a abandonar para irse a cuidar a otra gente en Londres. *M. K.* representa así a mamá cuando esta se va con papá o con Paul. Debe de estar, pues, resentido con ella porque le va a privar de su análisis, de manera que tiene una queja más que hacerle. Por ello tiene que irse a «Lundi» —Londres—, para que el papá-Hitler malo y lunático la maltrate. Dijo antes que la vía Lundi-Valeing no tenía apartadero: esto quiere decir que en ella no hay sitio para que nadie meta su órgano sexual —es decir, para que él meta el suyo—, pues el papá malo se queda con todo el interior de mamá. El tren que viene rugiendo representa a *M. K.* y a mamá aterrorizadas, que tratan de escaparse del Hitler-papá lunático. Por otra parte, Richard desea protegerlas y para ello se mete en el mismo tren que *M. K.* y así ayuda a esta a cazar la ballena mala —el órgano sexual Hitler—. Siente igualmente que debe interponerse entre el lunático-papá y mamá para proteger a esta, pero como tiene miedo prefiere fingir que es un cordero; de todas maneras, no hay sitio para que se meta entre los dos (no hay apartadero). *M. K.* le recuerda también lo que sentía hacia el vagabundo que iba a secuestrar y a dañar a mamá, y le dice que se siente triunfante y culpable, a la vez, porque anoche deseó que papá dañara a mamá durante las relaciones sexuales que tuvo con ella, aunque al mismo tiempo sentía que debería de ir a salvarla… (nota 1).

Richard rellena las vías del tren con durmientes, y repite que no puede pasar ningún tren hasta que estos no estén dibujados, pues la vía no es segura.

M. K. interpreta que siente que sus padres están en peligro, porque él los quiere atacar. Por esto solo están seguros cuando él duerme: él es el durmiente. Pero también siente que debe atacarles solo cuando ellos duermen a su vez, para no correr peligro él tampoco (el ratón le representa a él); en cambio, cuando están despiertos, pretende ser una oveja.

Richard dice entonces que está deseando que llegue la batalla.

M. K. le pregunta a qué batalla se refiere.

Richard contesta que quiso decir la pesca, pues va a luchar contra los peces como si estos fueran ballenas. Va a ponerles una carnada, introducirles la mosca en la garganta y entonces ellos se darán de nariz contra las piedras hasta morir y luego ser comidos.

M. K. interpreta el deseo que tiene de chupar y comerse el pene atractivo de papá (el «Roseman», la trucha, el salmón), pero siente que, como al mismo tiempo odia este pene y lo va a combatir como si fuera una ballena, dentro de él se puede llegar a convertir en ballena, en un enemigo como el pulpo. Le señala que una vez más está mordiendo el lápiz amarillo.

Richard indica a *M. K.* que en el dibujo, el camino de «Roseman» lleva a York, que suena como pork (cerdo) y que en medio está el camino para «Hamsville», que es jamón.

M. K. interpreta que todas las cosas agradables están colocadas en uno de los lados del dibujo, lo cual quiere decir que en una parte de su mente siente que papá y su pene son buenos; en cambio con la otra, piensa que son muy peligrosos para mamá y muy destructivos. Siente igualmente que dentro de sí mismo se encuentra tanto el pene bueno como los padres que se están peleando.

Richard se ha metido otra vez el lápiz en la boca y lo empieza a chupar. Dice que quiere preguntar algo a *M. K.*, y que le gustaría que le contestara. ¿Tienen los psicoanalistas que obedecer a la regla de nunca enfadarse o impacientarse? ¿Dañaría esto el trabajo? Y se queda mirándola de manera interrogativa.

M. K. interpreta que ella representa a mamá y que por ello teme que se ponga hostil con él, por el deseo que tiene de robarle el pene bueno de papá y devorarlo. Pero que al mismo tiempo tiene la esperanza de que no sea realmente como mamá, pues siente que no debería enfadarse para poder entonces él expresarse con libertad; ella es psicoanalista, además, y está trabajando con él para descubrir las cosas que piensa y ayudarle. No obstante, en este momento tuvo miedo de que se enfadara a pesar de todo como lo hace su mamá, por haberles él privado a las dos del órgano sexual «Roseman», dejándolas en cambio con el genital lunático.

Richard ha vuelto otra vez a sus dibujos. Señala a uno de un imperio (el 2) en el que todas las secciones son muy pequeñas y dice que no cuenta pues se trata de un niño.

M. K. interpreta que en este dibujo son todos iguales, y niños. Con esto quiere decir que no puede pasar en él nada malo, pero en realidad tiene dudas de que los niños sean verdaderamente inofensivos.

Richard se pone a mirar el dibujo 21, profundamente interesado en él. Dice: «Mira; aquí ella está diciendo: 'auxilio, auxilio', y aquí —y señala a la estrella de mar—. 'La voy a ir a ayudar' (nota II). Tú pusiste el color a este dibujo, ¿te acuerdas?». (Aquella vez, en efecto, Richard pidió a *M. K.* que lo coloreara y ella lo fue haciendo de acuerdo con sus indicaciones).

M. K. interpreta que este dibujo las representa a mamá y a ella, pidiendo ayuda contra el papá negro lunático. Ahora Richard siente que está acudiendo en su auxilio, y está especialmente contento por haber descubierto esto durante la sesión de hoy, porque en ella ha surgido en forma violenta el temor de haber abandonado a mamá en manos del papá peligroso. Ha dicho varias veces, además, que *M. K.* le está ayudando con su trabajo, cosa que significa que representa también a la mamá buena que ayuda, y esto le hace sentir tanto más culpable por dejarla en manos del papá lunático y por atacarla.

Richard mira con interés el dibujo de los aviones hechos en la sesión cuarenta y seis. Dice que en él, mamá (que es el avión al que llamó «gigante» en la sesión cuarenta y siete), sale ilesa y Bobby también, pero luego añade: «No, soy yo»… Después dice que los aviones abatidos son papá y la cocinera.

M. K. interpreta que a veces sospecha que la cocinera quiere envenenarle (sesión veintisiete), y que por lo tanto, el papá y la cocinera abatidos simbolizan al papá y a la mamá envenenadores, mientras que la mamá buena y él sobreviven.

Richard se pone otra vez a dibujar trenes. Las vías representan ahora a los trenes mismos. Acompaña el dibujo con ruidos que estos hacen al andar; aunque van en todas las direcciones, ninguno sale de «Lundi» en dirección a «Valeing».

M. K. le señala este hecho y le sugiere que expresa el miedo que tiene a la relación sexual peligrosa y lunática de sus padres y el deseo de detenerla. También antes dijo que quería acompañarla a ella a «Valeing» para ayudarla a pescar ballenas.

Richard vuelve al dibujo 39 y dibuja una conexión nueva; el tren sale ahora de «Lundi» para dirigirse a «Roseman», y al hacerlo emite sonidos «orgullosos» y silbantes.

M. K. le indica que ahora ella y mamá están enfadadas y quieren quitarle a Richard el papá bueno, «Roseman». Le sugiere además que la preocupación que tiene porque mamá no tenga bastantes países en los dibujos de los imperios, expresa el deseo de devolverle sus bebés, ya que siente que él se los ha robado junto con el genital Roseman, que le podría dar otro más. El nuevo cuaderno que ha traído y que ha comparado con el que ella le dio, que es más

pequeño, pensando que él ha hecho al comprarlo un negocio mejor, significa también que le ha despojado de sus bebés y del pene bueno.

Richard sujeta el dibujo 39 de costado, de manera que «Lundi» y «Valeing» quedan en la parte superior, y dice que es una serpiente y que por eso silban algunos de los trenes.

M. K. pone entonces el dibujo en su posición original y le pregunta si no cree que así se parece a un pulpo.

Richard asiente con mucho énfasis y dice que *M. K.* es muy inteligente por haberse dado cuenta de ello (nota III).

Al finalizar la sesión comenta que hoy es el cumpleaños de su constructor de imperios, cuyo nombre de pila es Cecil. ¿Puede ella decir quién es?

M. K. contesta que Cecil Rhodes.

Richard se queda muy contento con la contestación, pero añade, un poco dudoso, que también lleva su nombre una isla italiana.

M. K. interpreta entonces que quiere que tanto mamá como ella sean leales con el papá bueno, quien primero destruyó la familia y ahora la mantiene unida, y que él también querría serle leal. Pero duda de poderse o no fiar de ellas, cosa que demuestra al referirse a la isla italiana, que es un lugar enemigo. Esto quiere decir que la sospecha que tiene de *M. K.* por ser extranjera, y el miedo a ella —la isla italiana—, se extienda también a mamá. Teme que esta le sea hostil o, si no, si le quiere a él más que a nadie, que le sea entonces desleal a papá, y se convierta en enemiga suya.

Notas de la sesión número cincuenta y uno.

I. El sentimiento de culpa por haber expuesto a la madre (mediante deseos sádicos), a una relación sexual con el padre peligroso, pudo verse ya en la primera sesión (y en otras oportunidades después), cuando habló del temor de que un vagabundo la raptara. He podido comprobar a menudo, tanto en los análisis de niños como en los de adultos, que los sentimientos de culpa ante esta fantasía específica, se encuentran en la base de muchas autoacusaciones hechas posteriormente, por haber abandonado o por no haber protegido a la madre en otras situaciones o incluso por haberla dañado. Esto constituye un ejemplo de la importancia que tiene el sentimiento de culpa derivado de fantasías sádicas infantiles muy tempranas, y prueba lo urgentemente necesario que es llegar a analizar aquellos primeros estratos y disminuir así la sensación de culpabilidad en su raíz.

II. Este profundo interés que Richard muestra por el material anterior, el cual comenta ahora con mayor autoconocimiento y convicción, creo que constituye el resultado del progreso de la «elaboración». A menudo he podido comprobar que el paciente, llegado a cierta etapa de su análisis, se refiere a material anterior que evidentemente fue aceptado antes solo parcialmente, y lo liga al actual; esto demuestra que se ha hecho un progreso en la profundidad con que puede conocerse a sí mismo, en la comprensión y en la integración de su personalidad.

III. El material de las sesiones más recientes, y en especial el de esta y la anterior, sirve para ilustrar algunos procesos fundamentales tomados desde un ángulo particular. Una de mis teorías (véase en particular «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé», *1952*) es que en la más temprana infancia, el método que el niño muy pequeño utiliza para mantenerse dentro de una relativa estabilidad es el de hacer una disociación entre el amor y el odio, y correspondientemente, entre los objetos malos y buenos, o incluso, en cierta medida, entre unos idealizados y otros muy peligrosos. En mi libro *Envidia y gratitud* (1957) he sostenido, con particular énfasis, que estos primeros procesos de disociación tienen una enorme importancia. Si el amor y el odio y los objetos buenos y malos pueden disociarse con éxito (lo cual significa que no sea tan profundamente como para que la integración quede inhibida, pero si lo suficientemente como para contrarrestar la ansiedad del lactante), entonces quedan establecidas las bases para que la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo pueda ir progresando. Esto permite al niño, durante la posición depresiva, que vaya sintetizando en alguna medida los diversos aspectos del objeto. He sugerido, también, que la capacidad para llevar a cabo debidamente esta disociación primaria, depende en gran medida de que la ansiedad persecutoria inicial no sea excesiva, lo cual a su vez depende en parte de factores internos, y en parte de factores externos.

Volviendo al ejemplo anterior, vemos que en la sesión cincuenta pude mostrar a Richard lo asociados que estaban en su mente la rosa, que es el pene deseado del padre (el cual tiene también, sin duda, el significado de un pecho) y la ballena padre, que es el pene perseguidor. En la sesión cuarenta y ocho, refiriéndose al dibujo 38, Richard dice que los «Valeing» están todos «en el mismo distrito», lo cual significa que la ballena está en todas partes dentro de él. En el otro lado del dibujo, se encuentran los objetos asustadores y odiados —«Lundi», «Valeing»—, y el tren que los une representa las relaciones

sexuales peligrosas de los padres. Las dos partes del dibujo se encuentran unidas por una sola línea.

Creo que la división entre los objetos buenos y malos que se expresa en esta sesión, con solo un vínculo entre sí, nos indica un paso que Richard no pudo llegar a hacer en forma suficiente en su primera infancia. Quiero además mencionar aquí lo importante que es el proceso de externalización, proceso este que se ve claramente en el material de las últimas sesiones, en las cuales llega a poder vivenciar fuertes emociones y ansiedades por los objetos internos malos, traerlas más a campo abierto y dirigirlas contra gente que realmente cree que es mala (Oliver y Hitler). Esto indica que está tratando de manejar las ansiedades persecutorias de una forma más adecuada.

En la nota hecha a la sesión cuarenta y cinco indiqué ya cómo el niño iba teniendo más éxito al tratar de sintetizar los diversos aspectos de sus objetos, cosa que se veía en la manera como había disminuido la violencia de la identificación proyectiva. (En el dibujo 25, en efecto, los objetos internos y externos no se atraviesan los unos a los otros, sino que están arreglados de manera pacífica). Esta disminución de la identificación proyectiva, implica a su vez la disminución de la fuerza de los mecanismos y defensas paranoides y esquizoides, y la adquisición de una mayor capacidad para elaborar la posición depresiva. Esta mayor capacidad, ligada al progreso hecho en la integración del yo y en la síntesis de los objetos, parece ser la consecuencia de que los procesos tempranos de disociación se hayan llevado a cabo con mayor éxito, cosa que está expresada en la última sesión. A pesar de todo, sin embargo, esta etapa solo ha tenido hasta ahora un éxito parcial, pues al decirme Richard que el lado «malo». (Lundi-Valeing) tiene la forma de una serpiente —con lo cual expresa que siente que aquí se encuentra el pene malo, en forma de serpiente, del padre—, se está mostrando totalmente de acuerdo conmigo, en que los dos lados juntos tienen la forma de un pulpo. Es decir, que le ha fracasado el intento de separar del todo a la madre buena de la mala, al padre bueno del malo, y a los dos padres entre sí. El pulpo, que es el padre malo, se ha mezclado con el padre bueno del otro lado del dibujo y predomina sobre este.

Los comentarios que hago en esta nota y en tantas otras, sobre los cambios que se van operando en Richard y las razones que llevan a ellos, indican pasos que tienen interés desde un punto de vista técnico y teórico, aunque algunos de ellos no puedan ser probados. Lo que me propongo es ir mostrando las fluctuaciones debidas a la tarea analítica, sin querer con esto decir que necesariamente indiquen que se haya llevado a cabo un progreso

duradero. La razón por la cual algunas de estas modificaciones no duran mucho tiempo, se debe a que, según lo indiqué ya en el prefacio, el análisis de este niño fue demasiado corto. Como ya sabemos, la repetición constante de las diversas experiencias vivenciadas en la tarea analítica, es decir, la elaboración completa de los contenidos (Freud), constituye la condición necesaria para que se llegue a resultados estables.

Sesión número cincuenta y dos (domingo)

Richard se ha acercado más que de costumbre a la casa de *M. K.* para esperarla. En seguida le da un pedazo de salmón que su padre ha pescado, comentando que «insistió» para que tuviera ella un pedazo lindo. Parece encantado al dárselo. Le cuenta además que él no pescó nada, pero que su papá pescó varios peces, además de un gran salmón[1105]. Richard solo una vez en su vida pescó un pez, dice (pero sin embargo no parece estar desilusionado sino orgulloso de su padre e identificado con su habilidad). En seguida empieza a dibujar, y al hacerlo se refiere a las noticias sobre la guerra. Se alegra de que la R.A.F. esté haciendo bombardeos y también de que parece que los rusos no hacen mal las cosas. Se dirige al mapa para buscar dos ciudades rusas mencionadas en los comunicados de guerra. Luego dice que va a dibujar vías de ferrocarril, pero que esta vez no van a tener durmientes. Empieza por hacerlas trazando solo una o dos líneas, pero al empezar a hacer andar los trenes, añade otras nuevas mientras que el lápiz se convierte en el tren. Este sale de la estación de «Tima» corriendo muy de prisa, y en algunos sitios hace ruidos muy fuertes; en otros, en cambio, va en silencio.

M. K. le pregunta el porqué de esto.

Richard contesta que le están persiguiendo y que se queda en silencio en los lugares donde el enemigo le puede oír. Dice que «Tima» le recuerda el nombre de un sitio que los aliados han conquistado en Abisinia, y que también le recuerda a Tim, un niño que conocía y que le gustaba, pero que se volvía muy cansador cuando se ponía muy salvaje. Era un «verdadero terror», pero simpático. Mientras habla del enemigo que persigue al tren, hace puntos en la hoja, al tiempo que dice: «Ahora que está aquí, ahora aquí, ahora aquí».

M. K. le pregunta si es un enemigo el que le persigue.

Richard contesta que no, que son muchos.

M K. interpreta que Tim, el simpático «terror», representa su propio lado agradable, igual que Bobby. También representa, como el tren, a su órgano sexual, el cual se mete dentro de los de ella y de mamá. Por esto le están persiguiendo papá y su genital.

Richard dice entonces que su papá es un mago y que por eso puede hacer que haya muchos de él.

M. K. interpreta que puede haber creído que papá deja su pene dentro de mamá cada vez que tiene relaciones sexuales con ella, lo que le hace sentir que ella está llena de penes que se convierten en enemigos del suyo. Le recuerda que ya anteriormente expresó en sus dibujos y en sus juegos, que dentro de ella y de mamá se llevan a cabo peleas entre los órganos sexuales de papá, de Paul y de él mismo. Añade que el tren se está portando como él se porta cuando tiene miedo de los niños, pues aunque a veces les provoca, otras se queda en silencio para no llamar la atención sobre sí.

También suele hacerse el simpático y el inocente como hizo ayer, cuando era «Larry el cordero», y como hoy, en que es un «verdadero terror», pero simpático. En la sesión anterior, los durmientes significaban que se sentía a salvo cuando sus padres dormían y cuando no les podía pasar nada malo estando él también durmiendo. Hoy no hay durmientes, porque parece sentir que ninguno de ellos está seguro de noche.

Mientras *M. K.* habla, Richard va haciendo que el tren corra cada vez más de prisa, repitiendo que le están persiguiendo.

En los sitios por donde pasa, va haciendo círculos, mientras dice en forma muy dramática: «Ahora está aquí, ahora aquí, de prisa, de prisa». Expresa así todas las emociones de ser perseguido y también el placer de una aventura emocionante. Al final el tren se salva, y para entonces el dibujo de las vías entrecruzadas parece un laberinto desde el cual el tren tiene que encontrar el camino de salida.

M. K. interpreta que acaba de expresar el miedo de que papá y el pene de este le ataquen a él y a su órgano sexual dentro de mamá. El interior de esta es un laberinto y él y su pene deben de salir de él lo más pronto posible. Le recuerda que ayer se torció el tobillo tras la llegada de su padre, lo cual puede haber expresado ya parte de su miedo, representando su pierna, en ese caso, el genital dañado (nota I).

Richard, entonces, señalando la tarjeta que está clavada en la pared delante de él, dice: «El pecho del petirrojo es completamente rojo».

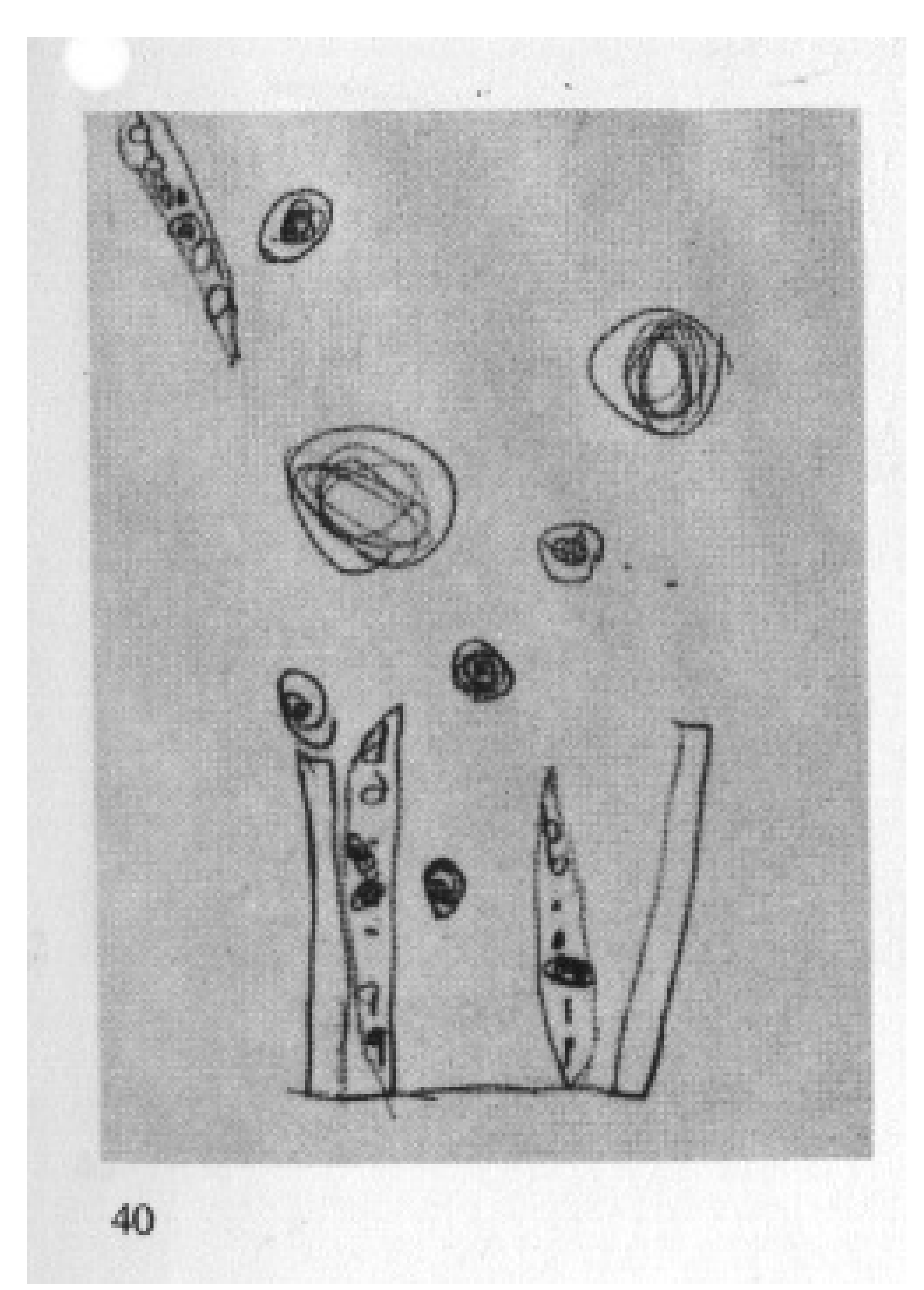
M. K. interpreta que este comentario sirve para confirmar su interpretación. El petirrojo que sangra representa, en efecto, su órgano sexual dañado y sangrando, al que quizá no pueda sacar a tiempo de su interior o del de mamá en el caso de pelearse dentro de ella con el pene de papá.

Al terminar el dibujo, Richard lo llena todo de garabatos.

M. K. interpreta entonces que de bebé quería atacar a los dos padres con «lo grande» y que ahora, cada vez que se siente en inferioridad de

condiciones para pelearse con papá, que es su rival dentro de mamá, vuelve a estos ataques contra los dos, bombardeándolos con «lo grande». [Regresión].

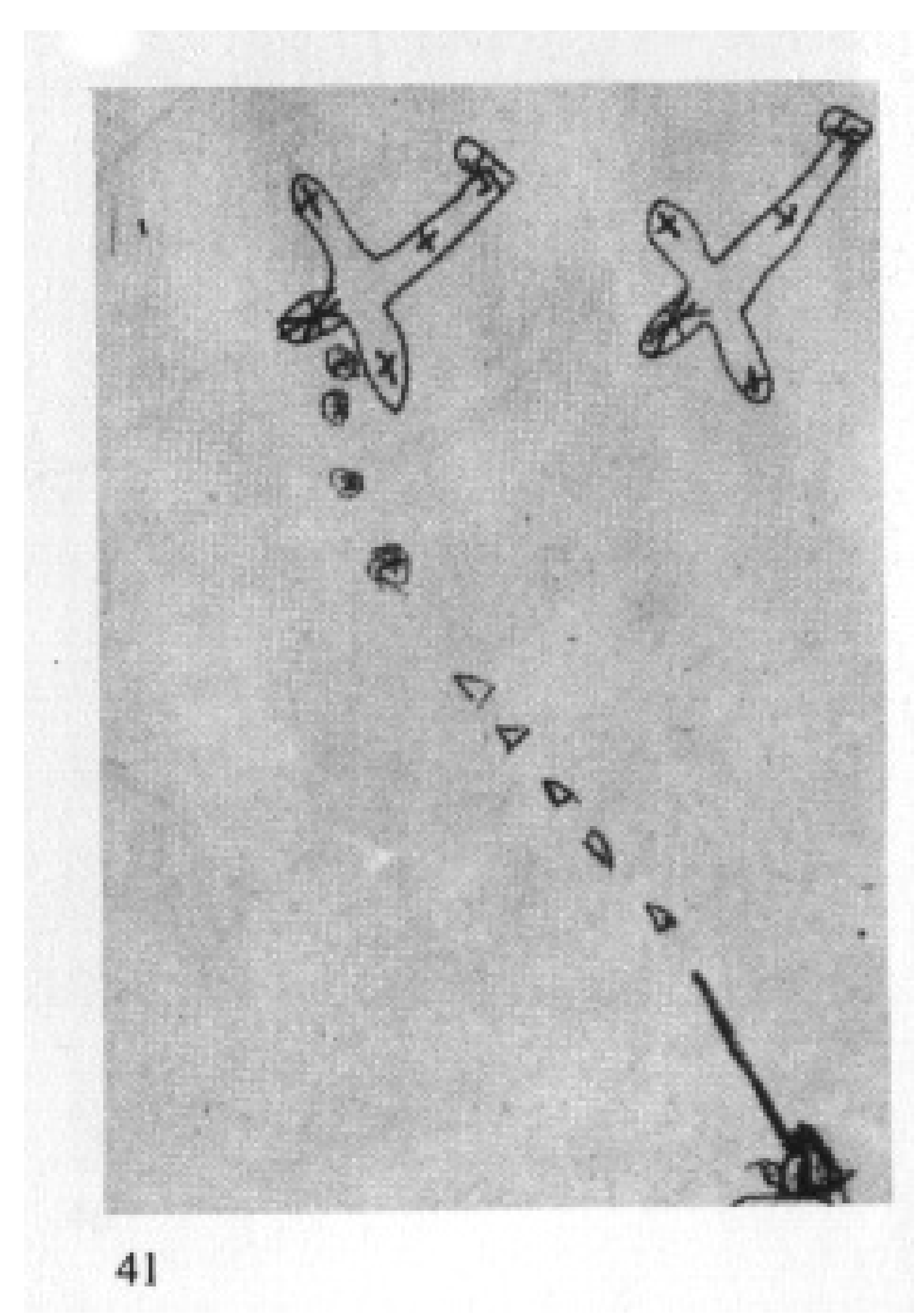
Richard hace otro dibujo (40). En el lado derecho pone un barco pequeño al que llama el crucero *Prinz Eugen*, y al cual están bombardeando dentro del puerto. En el izquierdo, también dentro del puerto, está en *Gneisenau* que es mucho mayor. Las bombas, dibujadas con forma redonda, caen entre los dos barcos. Richard está muy serio y pensativo. Dice que el *Prinz Eugen* es un barco precioso y que es una lástima bombardearlo. Mientras habla, dibuja el *Scharnhorst* que está fuera del puerto y más allá del alcance de las bombas.



M. K. interpreta el pesar y la pena que siente por la destrucción del genital de papá al que tanto admira —el *Prinz Eugen*— y lo culpable que se siente por estar bombardeándolo y destruyéndolo, lleno de celos y de rabia. También

tiene miedo de dañar a mamá si ataca al papá que está dentro de ella. En el dibujo las bombas caen entre el *Prinz Eugen* -el genital de papá—, y el *Gneisenau* -mamá—; pero como al mismo tiempo quiere salvarla de sus ataques, ha dibujado otro barco, el *Scharnhorst,* que está fuera del puerto y que simboliza a una mamá, que se encuentra a salvo y fuera del alcance de las bombas. Además, de esta manera, impide que sus padres tengan relaciones sexuales.

Cuando termina el dibujo Richard va afuera, y como de costumbre admira las montañas, emocionándose con su belleza. Dice que sobre ellas se ciernen nubes de tormenta… Vuelve a entrar después de esto, y continúa dibujando. Hasta ahora no se ha interesado por la gente que pasa por la calle, pero en este momento ve pasar a la niña pelirroja con otros niños y dice que van a la iglesia. No demuestra, sin embargo, ningún sentimiento hostil, ni de persecución. Todavía serio y pensativo, empieza otro dibujo (41). Señalando la parte inferior del mismo, explica que es la tierra, debajo de la cual hay dos gusanos. Las dos líneas verticales que atraviesan el suelo son los caminos por los que los gusanos salen a la superficie. Sobre esta línea, un cañón antiaéreo está tirando a unos aviones alemanes, pero no puede decir cuál va a ser el resultado de la batalla.



M. K. interpreta que los gusanos son sus padres, los cuales están seguros debajo de la tierra.

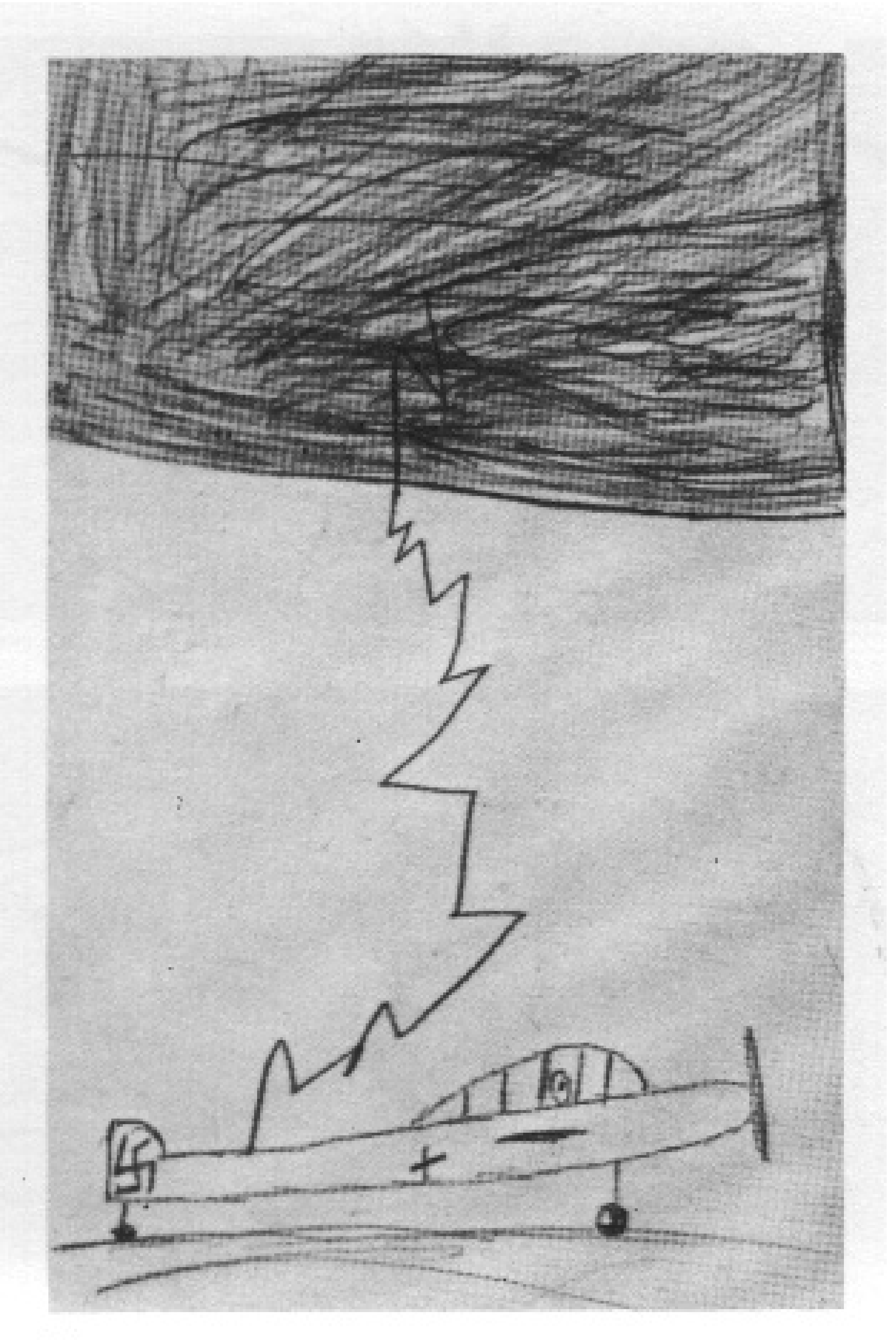
Richard confirma esto y dice que si, que ahí están bien seguros.

M. K. interpreta que él está representado en el dibujo por el cañón antiaéreo, el cual ataca a los aviones alemanes con su pene y con «lo grande». Sus padres, a quienes ha atacado mentalmente, se han convertido por esto en enemigos y por ello los representa, igual que otras veces, como si fueran aviones o barcos alemanes; pero justamente porque cree que son enemigos, tiene que seguir destruyéndolos. Al mismo tiempo, sin embargo, ama a sus padres, pues piensa que son buenos, y quiere protegerlos. Y como tiene sentimientos tan divididos hacia ellos, deja el resultado de la batalla sin decidir. Sugiere además *M. K.* que los gusanos no solo representan a los padres, sino también a los bebés de dentro de su madre, a quienes también quiere proteger de sí mismo. Mamá tiene, en la vida real, dos hijos.

Richard pregunta a *M. K.* si le va a dar sesión otros domingos además del que viene (lo cual está ya decidido); como sus padres estarán todavía en «X» de vacaciones, lo podría hacer.

M. K. le dice que esto debe decidirlo él; hasta ahora, solo han arreglado que venía el domingo próximo[1106].

Richard, todavía serio y pensativo, empieza a hacer el dibujo 42. Cuando termina el avión alemán que está en el suelo y el rayo, guarda silencio, tras lo cual dice que querría preguntarle algo personal. ¿Le importa? Él sabe ya que no le contestará si no desea hacerlo. ¿Va ella a la iglesia? ¿Van los psicoanalistas a la iglesia? Y en seguida, antes de que *M. K.* pueda contestarle, dice él mismo que no puede ir, pues está muy ocupado.



M. K. interpreta que teme que le conteste que no va a la iglesia, pues esto confirmaría las sospechas que tiene de ella. Le pregunta entonces si le parece que está mal no ir. ¿Suele él hacerlo con su mamá?

Richard dice que está mal no ir; que a dios no le gusta. Él va a veces y su madre solía también hacerlo en «Z», pero en «Y» no va. Mientras habla, ha empezado a pintar de negro el cielo.

M. K. le pregunta entonces si teme que dios le castigue.

Richard, con cara de estar muy angustiado, se levanta mientras *M. K.* le interpreta y se aleja. Sin duda tiene miedo de estar demasiado cerca de ella. Coge una cuerda que encuentra en un rincón y la tira lejos de sí, de manera tal que se mueve como retorciéndose. Entonces cambia de humor, y poniéndose muy vivaz tira repetidas veces la cuerda con gran placer, gozando de su habilidad que va en aumento. Dice que es una serpiente. Varias veces al tirarla se la coloca entre las piernas, y decide que se trata de una representación y que M K. es el público. El mismo va a ser el que anuncia los números y en seguida anuncia que un chico joven va a hacer pruebas con una cuerda. Pide a *M. K.* que aplauda cada vez que él aparezca y que haga comentarios de aprecio. *M. K.* hace lo que le dice, y representa al público cambiando con vecinos imaginarios frases como: «¿Verdad que es muy bueno?». «¡Qué chico más inteligente!». Richard está muy contento y sigue así un rato, tras el cual dice que ahora va a anunciar a *M. K.* quien va a hacer las mismas pruebas que el joven.

M. K. tira la cuerda varias veces, y después interpreta que la cuerda que se ha colocado entre las piernas, representa el pene que le ha quitado a su padre y que ahora posee él. Cuando ella tira la cuerda, en cambio, representa a mamá, la cual él siente que también debería poseer un pene poderoso para ser los dos iguales. El juego con la cuerda, y el que los dos jueguen con ella, representa también el deseo de que tuvieran relaciones sexuales los dos, y es este deseo el que le ha asustado tanto, que teme que le castigue dios, el cual representa a papá. *M. K.* sugiere, además, que la cuerda que serpentea y que él ha dicho que es una serpiente, se parece al rayo del dibujo 42, que a su vez representa al genital poderoso y destructivo de dios, el cual simboliza una vez más a papá.

Richard vuelve a repetir que la cuerda se parece a una serpiente pero se muestra de acuerdo con que también se parece al rayo del dibujo. La deja otra vez en el rincón donde la había encontrado y dice: «Debe de haber estado ahí hace bastante tiempo».

M. K. interpreta que volver a poner la cuerda donde la encontró y comentar que debe de haber estado allí desde hace bastante tiempo, significa que solo se la ha pedido prestada a papá.

Richard sigue entonces ennegreciendo el cielo de su dibujo 42 y añade en algunos trazos al avión *nazi*. Explica que el cielo está lleno de nubes y que los rayos le caen encima. Una vez más se siente angustiado y tiene un aspecto dolido, como si estuviera luchando contra sus sentimientos. Se levanta entonces, mira varias cosas que hay en la habitación, y camina de un lado a otro.

M. K. interpreta que está tratando de escapar a sentimientos muy dolorosos.

Richard hace un evidente esfuerzo por escuchar, pero le cuesta hacerlo, y mientras tanto coge cosas de los estantes y se mueve inquieto por la habitación.

M. K. le indica que duda seriamente del psicoanálisis, al cual considera algo muy malo. Como *M. K.* discute con él cosas que no le parecen correctas, pues le han enseñado que son malas, siente como si ella le estuviera tentando y permitiéndole vivenciar deseos sexuales dirigidos hacia su madre y hacia ella misma. Tales deseos le parecen tanto más peligrosos, cuanto que están relacionados con odios, celos y deseos destructivos, dirigidos hacia sus padres, a los cuales, por otra parte, quiere mucho. Él siempre ha tratado de huir de tales sentimientos de hostilidad, pues siente que son «malos», tratando, en cambio, de sentir solo amor. En cambio *M. K.*, cuando teme que le está haciendo caer en la tentación representa a mamá, que también le tienta al permitirle dormir en la misma habitación que ella. Sospecha, además, que cada vez que le da cariño, su mamá es desleal con papá y que le alienta en sus sentimientos malos y hostiles. Aunque de todas maneras él no hubiera ido a la iglesia, siente que *M. K.* no debiera haberle dado esta sesión en domingo, pues los dos *deberían* de haber ido a la iglesia, lo cual significa, además, que papá tendría así la cantidad de atención y de amor que le corresponde.

Richard interrumpe en este momento, para decir con convicción que el análisis es algo útil.

M. K. interpreta que es por esta causa, y porque representa a la mamá buena que le ayuda, por lo que le resulta tan doloroso sospechar que ella sea al mismo tiempo la mamá incorrecta y tentadora. Tiene además miedo de que el papá poderoso —dios— la castigue a ella también. El rayo destruye el avión nazi, castigo al mismo tiempo a esta madre traidora y desleal y a ella. Cuando temió que la tormenta rompiera sobre las montañas (sesión cuarenta y

dos), temía que atacara a la mamá bella y amada. Esto fue lo que hizo que quisiera separarse de ella cuando le preguntó si tenía miedo de que dios le castigara.

Richard se tranquiliza hacia el final de la sesión; antes de irse dice que quiere mirar otra vez el pedazo de salmón que ha traído a *M. K.* y se siente satisfecho de que sea un trozo grande y bueno. Añade que sabe que *M. K.* va a ir ahora a buscar los periódicos del domingo, de manera que irá un trecho más largo del camino con él. Cuando *M. K.* cierra la puerta, comenta que al cuarto de juegos le va a venir bien un descanso. Desde la calle se da vuelta para mirarlo y dice: «Está lindo y va a descansar». En el camino, ve a su padre venir desde lejos y se pone contento de que él y *M. K.* se vean por fin. También pregunta a esta si le va a dar un pedazo del salmón al «viejo gruñón». *M. K.* contesta que va a dar un poco a toda la gente que vive en la casa, con lo cual Richard se queda muy contento.

Nota de la sesión número cincuenta y dos.

I. Deliberadamente no hice ningún comentario al hecho de que Richard se torciera el tobillo (véase sesión anterior) inmediatamente después de la llegada de su padre, porque prefiero esperar a interpretar tales actos simbólicos dentro del contexto del material.

Sesión número cincuenta y tres (lunes)

Richard se encuentra con *M. K.* en la esquina. Tiene un aire muy preocupado y le pregunta inmediatamente si conoce o puede averiguar el nombre de la niña pelirroja… En el cuarto de juegos le cuenta la expedición de pesca que ha hecho esa mañana con su padre, en la cual pescó una cría de salmón. Sabía que estaba prohibido pescar salmones bebés, pero no reconoció lo que era hasta después de haberlo matado. Como tres señoras que se hallaban muy lejos le estaban mirando, lo volvió a tirar al agua haciendo como si todavía viviese. Papá también pescó una trucha pequeña y le preguntó a su hijo si la mataba o no, a lo cual este contesto: «No, el bebé no». Pero para entonces papá ya la había matado. Papá no se enfadó porque hubiera matado al pequeño salmón pero le dijo que le podían meter en la cárcel por haberlo hecho. Mientras habla, Richard está organizando la flota, la cual hace tiempo que no traía, y comenta que ha tenido un buen descanso.

M. K. interpreta que una de las razones por las cuales le preocupó la sesión del domingo, es porque siente que ella, y no solo el cuarto de juegos, debería descansar. Después se refiere a la cría de salmón y le recuerda los «cientos de bebés» —los huevos fértiles—, que dijo que «debe haberse comido» (sesión cuarenta y ocho). En aquella ocasión ella le interpretó que esto significaba sacarle los bebés a mamá, matarlos y comérselos. Lo mismo se aplica ahora a la cría de salmón.

Richard cuenta entonces alegremente que ha recibido una carta de su vecino, el cual le dice que tiene cuatro pollos más y un gatito nuevo. Está muy contento por esto.

M. K. interpreta que esto le conforta, porque quiere decir que mamá tiene bebés dentro de ella después de todo y ello indica o que él no los ha destruido o que pueden crecer otra vez. También teme haber robado sus hijos a *M. K.* y haberlos destruido como a los de su mamá. Si quiere robar a su mamá los bebés, es porque quiere él mismo tenerlos, pero además los destruye mentalmente porque tiene celos de ellos. Por esto teme tanto a los niños de la calle: representan a los bebés de mamá a quienes ha atacado, pero quienes de todas maneras han nacido y ahora son enemigos suyos. Hoy ha tratado de averiguar antes que nada el nombre de la niña pelirroja, porque ella representa a los enemigos desconocidos de dentro de mamá y —como siente que se los

ha comido—, también dentro de sí mismo. Conocer su nombre significa conocer algo de estos enemigos desconocidos.

Richard señala de repente a un destructor y dice: «Este es el destructor más grande».

M. K. interpreta que siente que él es más destructor que nadie.

Richard compara entonces el destructor con los otros y descubre lo que ya conscientemente sabía: que en realidad todos tienen el mismo tamaño. Arregla toda la flota en un lado de la mesa y deja del otro lado solo un destructor escondido por la cartera y el reloj de *M. K.* Después describe la situación en términos dramáticos, con palabras parecidas a las que siguen: «La flota alemana está en el puerto de Brest — brilla el sol — hace un tiempo magnifico — todo es agradable y pacifico — el enemigo parece encontrarse lejos — poco sospechan ellos que se está preparando para caer sobre ellos». En este momento parece tener gran simpatía por la flota alemana, pero hace sin embargo que el destructor que estaba escondido salga para bombardearlos. En seguida cambia la formación. Sin duda ha vencido el temor de atacar solo al poderoso enemigo, ya que el destructor le representa sin duda a él. Mueve varios de los destructores y un barco de guerra, y lo pasa al lado británico, de manera que ahora hay en total seis barcos ingleses y empieza la batalla. El resultado de la misma parece dudoso, pues se van hundiendo barcos de los dos lados.

M. K. interpreta que el destructor es él mismo —el destructor mayor— y que primero quería atacar solo al enemigo. Este enemigo representa a toda su familia, hostil, que le ataca por dentro. Pero luego, asustado, quiere unirse a la familia «buena» e ir contra los enemigos externos que son los alemanes. Los seis barcos representan a sus padres, a Paul, a sí mismo, a la cocinera y a Bessie.

Richard sigue jugando con la flota y menciona otra vez los recientes ataques de la R.A.F. y la esperanza que tiene puesta en la lucha de Rusia. En esta sesión está otra vez muy preocupado por los transeúntes. De repente corre hacia la ventana al ver pasar por la calle a tres mujeres juntas. Dice «estas tres mujeres tontas», y golpea el cristal para llamarles la atención, pero se esconde rápidamente detrás de la cortina como para que tengan que adivinar de dónde ha venido el ruido.

M. K. interpreta que las «mujeres tontas» representan a las que cree que lo estaban mirando cuando mató el salmón bebé.

Richard se queda muy sorprendido ante esta interpretación y dice: «Es que realmente *son* las mujeres que me vieron», y en seguida añade que no, pero

que por un momento pensó que si lo eran.

M. K. interpreta que las tres mujeres que le miraban representan a mamá, la niñera y la cocinera, que se juntan contra él por estar destruyendo los bebés de la primera.

Richard protesta y dice que no era la niñera, sino mamá con la cocinera y con Bessie.

M. K. le recuerda que a veces sospecha que las muchachas le quieren envenenar, pero que también sospecha que mamá pueda atacarle —el pájaro horroroso con corona que le soltaba «lo grande» encima (sesión cuarenta y cinco, dibujo 31)—, si descubre el daño que ha hecho o que piensa hacer a sus bebés. Una vez pensó que las muchachas estaban hablando en alemán entre si (sesión veintisiete), a pesar de que sabía que no conocían de este idioma ni una sola palabra; por lo tanto, las muchachas la representan también a ella, quien cree que es un enemigo que trama algo contra él, unida a las dos mujeres hostiles. Le recuerda con respecto a esto, lo difícil que le resulta llamar a su lengua de origen alemán, y prefiere decir que es austríaco, a pesar de saber que en Austria es alemán lo que se habla.

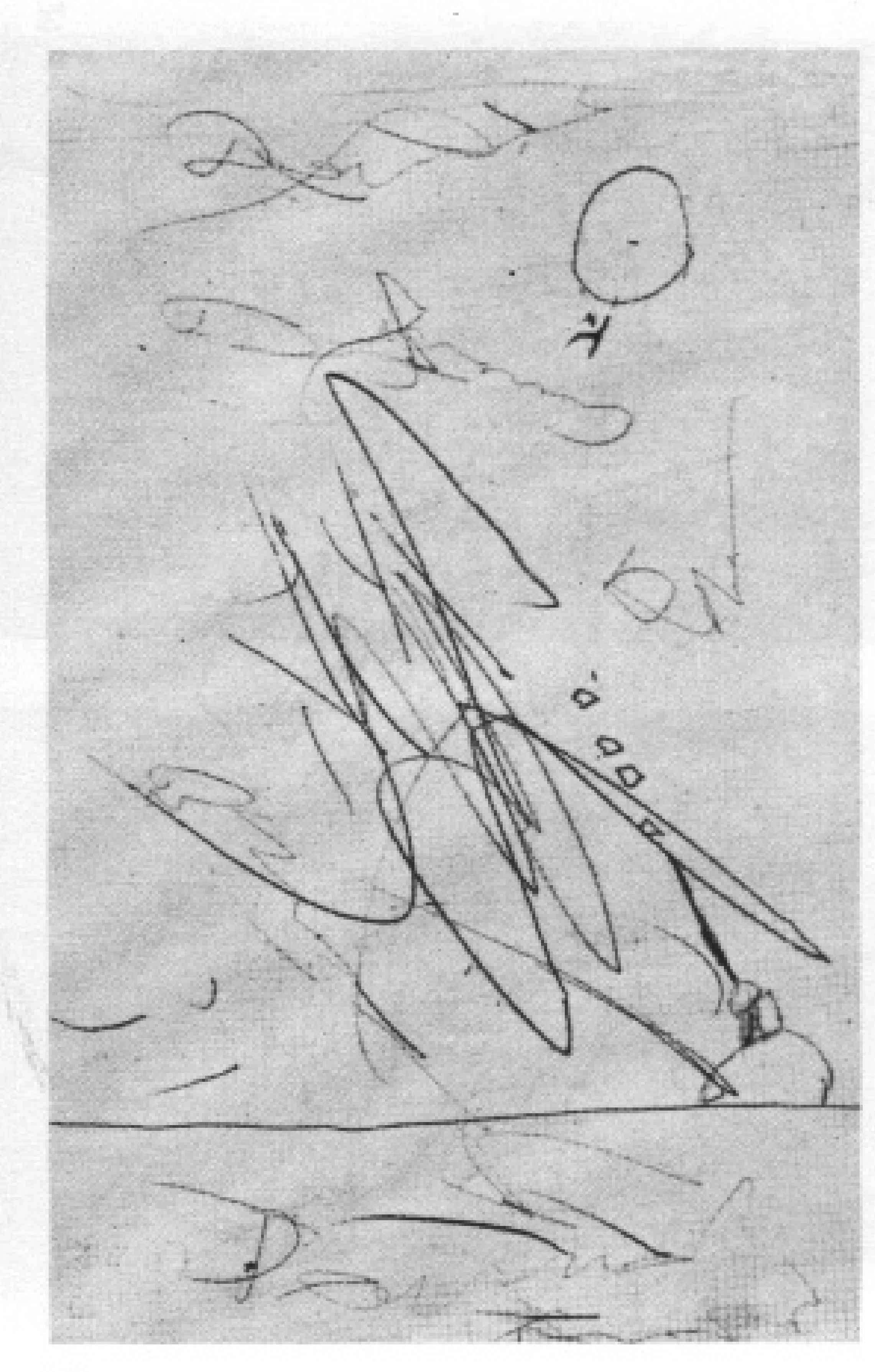
Richard está mirando a un hombre que está en la calle, y le llama tonto y malo; también insulta con los mismos términos, a un grupo de hombres, mujeres y niños que pasan. Golpea los cristales de la ventana una vez más y se comporta luego como lo hizo anteriormente. Se ha puesto muy ruidoso; da fuertes pisoteadas, habla en voz muy fuerte y canta a gritos. Finalmente pregunta a *M. K.* si le detendría en caso de quererse marchar antes de finalizar la sesión.

M. K. le contesta como lo hizo ya antes, que no, pero que primero trataría de explicarle que tiene miedo de ella, y el porqué de este miedo. Se ha asustado de los hombres, mujeres y niños que pasan por la calle, porque representan a toda su familia, incluyéndola a ella, y siente que los ha atacado a todos. También le interpreta que al hacer tanto ruido, trata de no oír lo que ella le dice porque al convertirse en miembro de la familia enemiga, siente que cualquier cosa que le diga es un ataque a él.

Richard dice que no tenía ninguna gana de venir a la sesión. Unas dos horas antes de hacerlo pensó que estaba ya harto de todo esto y que no quería verla más. (A pesar de lo cual ha llegado puntualmente).

M. K. interpreta que hoy tiene un miedo particular a mamá, a quien ella está representando, por los ataques que ha llevado a cabo contra sus bebés (la cría del salmón). El día anterior, *M. K.* representaba a la mamá que le tentaba para que robara el pene de papá y para que ocupara el lugar de papá para con

ella; por eso temía que papá —dios— se convirtiera en enemigo suyo. Hoy siente que toda la familia —la cual para él es todo el mundo—, está en contra de él. Incluso el cuarto de juegos se ha transformado en la *M. K.* enemiga con bebés hostiles dentro de ella. Esta es una de las razones que lo impulsan a salir corriendo. También puede haber hecho tanto ruido para que desde afuera le ayuden en su lucha contra ella.

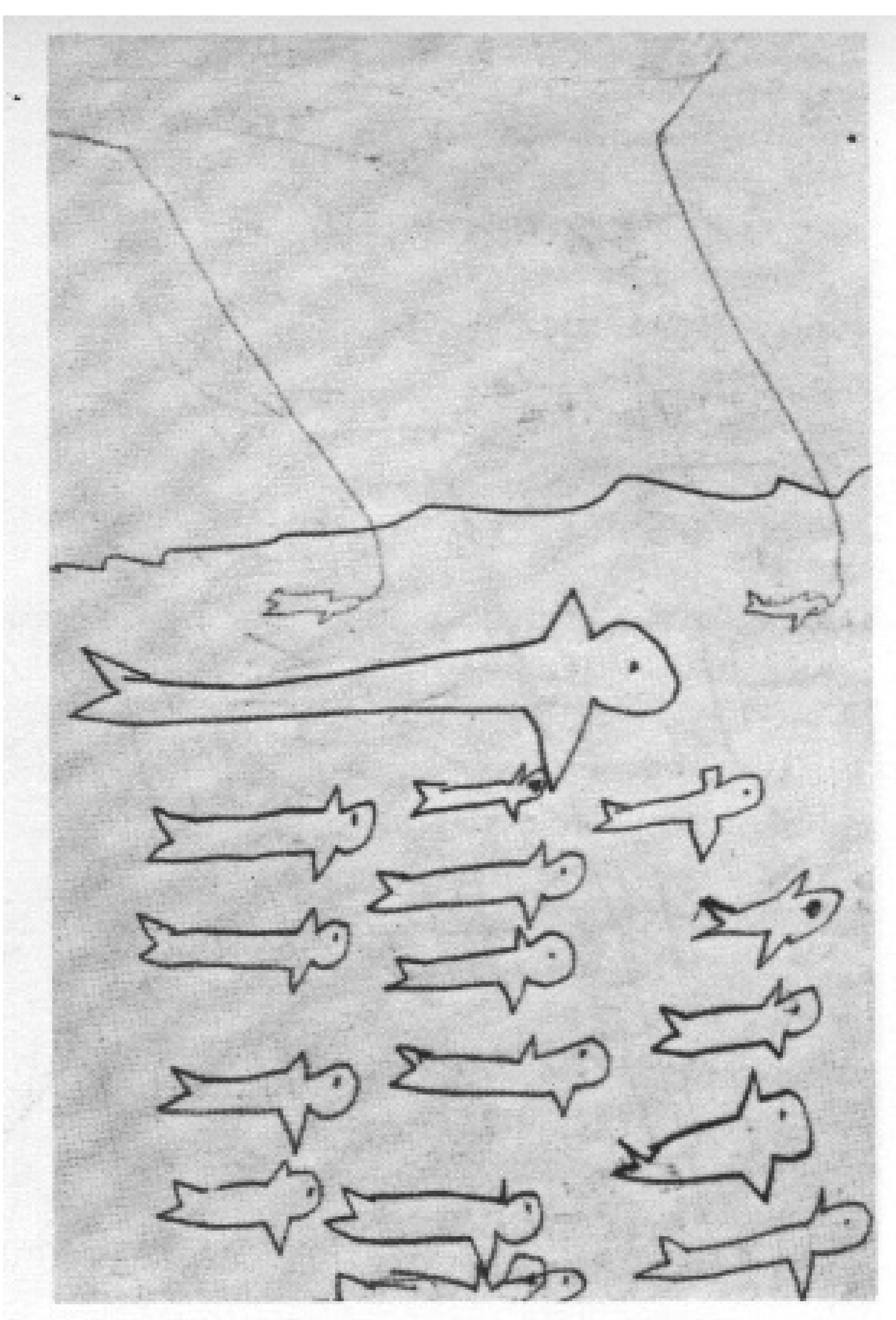

43

Richard ha estado todo este tiempo escribiendo varias letras y garabatos, sobre los cuales vuelve otra vez a garabatear, y de los cuales lo único reconocible es un cañón antiaéreo que dispara hacia arriba en dirección a un círculo que tiene un punto en el medio (dibujo 43). Dice que no sabe a quién está tirando. Luego garabatea con el lápiz marrón el dibujo hecho la sesión anterior, en el cual estaba él, que era un tren perseguido por enemigos. Garabatea también otra hoja y dice que son cañones, pero que ahora no están disparando.

M. K. interpreta que el dibujo en el que el cañón antiaéreo está disparando, significa que él está atacando con «lo grande» el pecho de mamá y el de ella, representados por el círculo con el punto en el medio, y que lo hace porque quiere tener más de este. Eso está asociado con los celos que tiene de los bebés, los cuales se amamantarían del pecho de su madre (nota 1) y también del de *M. K.*, ya que va a irse a cuidar a otros pacientes y a su nieto a Londres. Los garabatos de la misma página representan el cuerpo de mamá, el interior del cual contiene el pene de papá y a los bebés. Por esto teme estar atacando a toda la familia y a su vez ser él atacado por ella. El ruido que hace, los puntapiés y el canto, también expresan ataques hechos con «lo grande», que van dirigidos contra ella; por esto ahora le teme y quiere marcharse corriendo.

Richard sigue gritando y pisoteando con fuerza, pero en cierta medida ha escuchado la interpretación final. Es difícil sin embargo saber cuánto ha oído e incorporado, pero en cierta medida se calma un poco y hace el dibujo 44, explicando mientras dibuja que se trata de una mamá pez y de muchos, muchos bebés. Dice que el pececito que está más cerca de la aleta de la madre, es el menor.

M. K. le señala entonces, que este pececito está amamantándose en el pecho de su madre, y que esa es una de las razones por las que tiene celos de él y por la que atacó tanto al bebé como al pecho, en el dibujo del cañón antiaéreo que disparaba contra el círculo.



Richard protesta, diciendo que los peces no tienen pecho, sino aletas (nota II).

M. K. le indica que el pez, como otras veces, representa a mamá y que él desea alimentarse de sus pechos e impedir que cualquier otro bebé se lo quite.

Richard se ha calmado mucho y siente un evidente placer al dibujar más pececitos. Parece dudar sobre cuál de ellos es el menor; al dibujar el que está más abajo de todos, comenta que se trata de un bebé gracioso y que es el menor… pero no; hay otro aún más divertido, dice, y señala el segundo de la columna de la derecha. Luego decide, sin embargo, que el menor es el primero de la columna de este mismo lado, pues aunque no es el más pequeño es el que está más cerca de la mamá pez. Dice que alguien está pescando y tirando un anzuelo artificial, tratando de pescar al bebé… Tras esto, se queda en silencio.

M. K. le pregunta quién le parece que está tratando de pescarlo.

Richard contesta inmediatamente que es él; pero no: es papá; fue él quien pescó la truchita.

M. K. le interpreta que se siente muy culpable por haber matado al salmón pequeño; al hablar dibujó una línea más de pescar, lo cual demuestra que tanto él como papá están destruyendo a los bebés.

Richard contesta con sentimiento que la mamá pez no hace caso del anzuelo, pero que el bebé va a ir a picarlo.

M. K. interpreta que siente que tanto él como papá son peligrosos; pues usan sus órganos sexuales para pescar a mamá y destruir a los bebés que hay dentro de ella. Esto contribuye a que piense que las relaciones sexuales son peligrosas. Le recuerda que estando ella en Londres habló con su madre sobre la manera como se hacen los niños, comentando entonces que «ese asunto de los bebés» le tenía preocupado (sesión cuarenta y uno), y preguntando si causaba dolor a la mujer. Siente que el pene se usa para robar a mamá y comerse en secreto los bebés que tiene adentro. Además, el día anterior mostró lo asustado que estaba pensando que si tenía relaciones sexuales con *M. K.* o con ella, dios le castigaría en representación del papá poderoso. Por esto, tras haber compartido el pene poderoso con su padre —la cuerda— y haberla usado con ella, quiso devolvérselo, colocándola en el lugar de donde la había sacado.

Richard dice que las mujeres tienen órganos sexuales diferentes de los de los hombres, ¿no es así?

M. K. interpreta que quizá desea que mamá tuviera un pene, porque teme que el de ella le haya sido robado y tiene miedo de que a él le pase lo mismo.

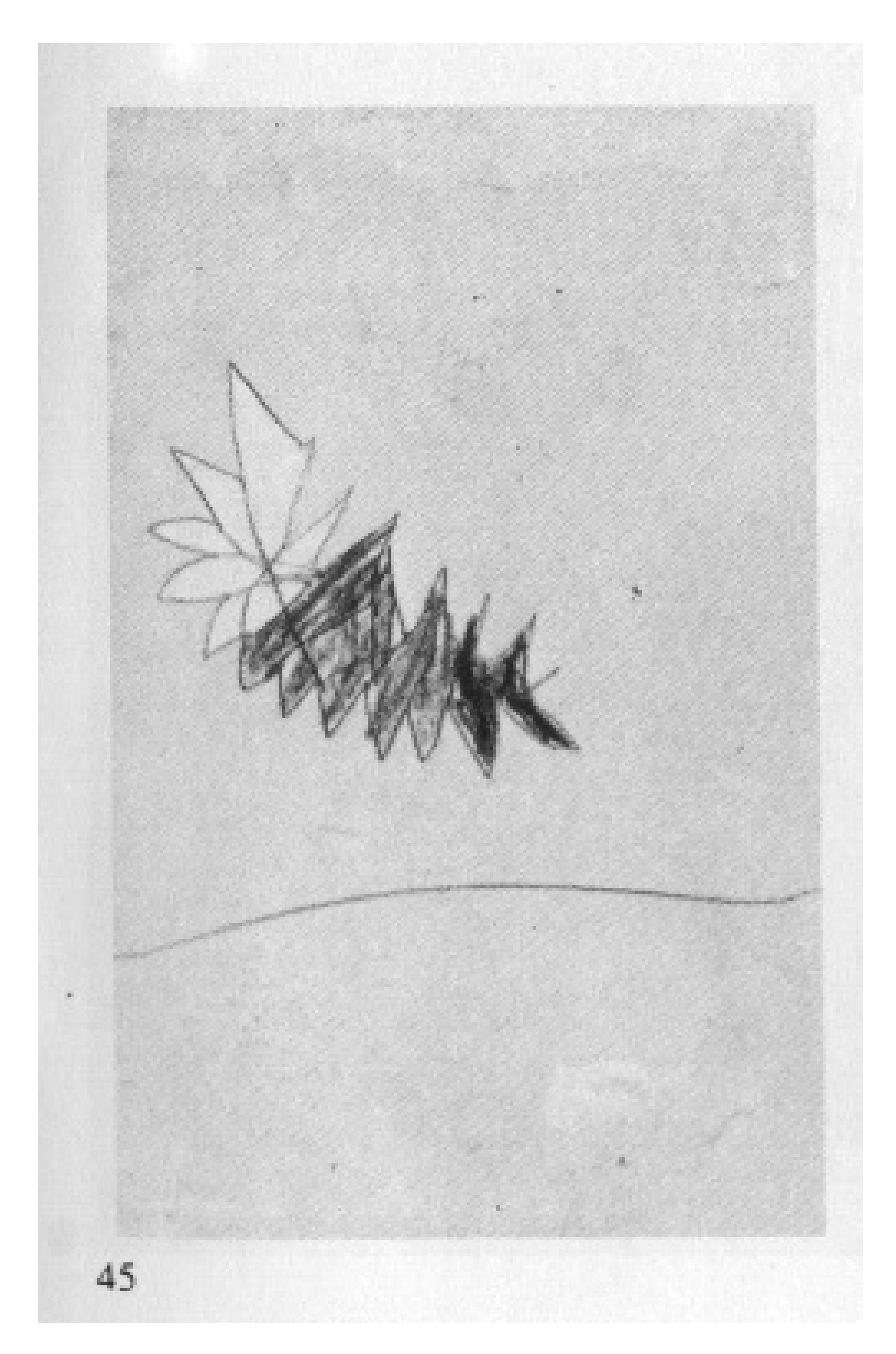
Richard continúa garabateando en otra hoja de papel. Empieza a hacer puntos y pregunta a *M. K.* si entiende el alfabeto morse.

M. K. interpreta que teme que sean descubiertos los ataques secretos de «lo grande» que ha dirigido contra mamá y contra ella, y que por esto es por lo que ha preguntado si entiende lo que está haciendo. Al mismo tiempo desea que sí descubra su secreto, pues de esta manera este sería menos peligroso.

Al terminar de garabatear Richard canta el «Britana domina las olas».

M. K. interpreta que quiere proteger a sus padres de su propia destructividad y que también ha demostrado, en el dibujo 44, que le preocupa que el bebé muerda el anzuelo. El mismo quiere ser el bebé de mamá, y por ello no puede decir quién es el bebé menor, si Paul o él mismo.

Richard hace el dibujo de un imperio (45), pidiendo antes a *M. K.* que saque todos los lápices de colores de su cartera, y refiriéndose al rojo en términos de «yo». Cuando termina de usarlo lo deja caer cerca del pie de *M. K.* y después le dice a esta que le ha puesto el pie encima.


45

M. K. interpreta que se siente tan culpable por haber atacado a ella y a sus hijos, y por desear devorar a estos y destruirlos, que ahora espera que ella se vengue de él, aplastándolo. Ha dicho, en efecto, que el lápiz rojo es él mismo, pero además, representa a su pene. [Proyección].

Richard está hablando sobre ataques efectuados contra ciudades y barcos alemanes, demostrando que siente una viva simpatía con ella, cosa que también se vio en las últimas sesiones. Pregunta a *M. K.* si conoce alguna de las ciudades bombardeadas la noche anterior, y si le parece que Berlín y Múnich son ciudades bonitas, a lo cual *M. K.* contesta que sí.

Ante esta contestación Richard parece muy conmovido… Termina el dibujo 45, el cual ocupa la última hoja del cuaderno.

M. K. le indica que en este dibujo él está por encima de los demás, y que además tiene más que nadie. Mamá le sigue, y tras ella viene Paul —el violeta —, que es mucho más pequeño que Richard, mientras que papá —el negro—, situado en la parte de abajo, es más pequeño aún.

Richard pide entonces que le permita llevarse a su casa el cartón de la tapa del cuaderno, para entregarlo a la recolección que se hace de restos útiles para construir material de guerra; es un paso más hacia la victoria. Después agrega con voz triste, que se necesita aún dar muchos pasos más para llegar a la victoria; cientos y cientos de ellos. Es como ir subiendo una montaña de cristal, de la cual uno se va resbalando hacia atrás. Creta, por ejemplo, fue uno de esos pasos hacia atrás[1107].

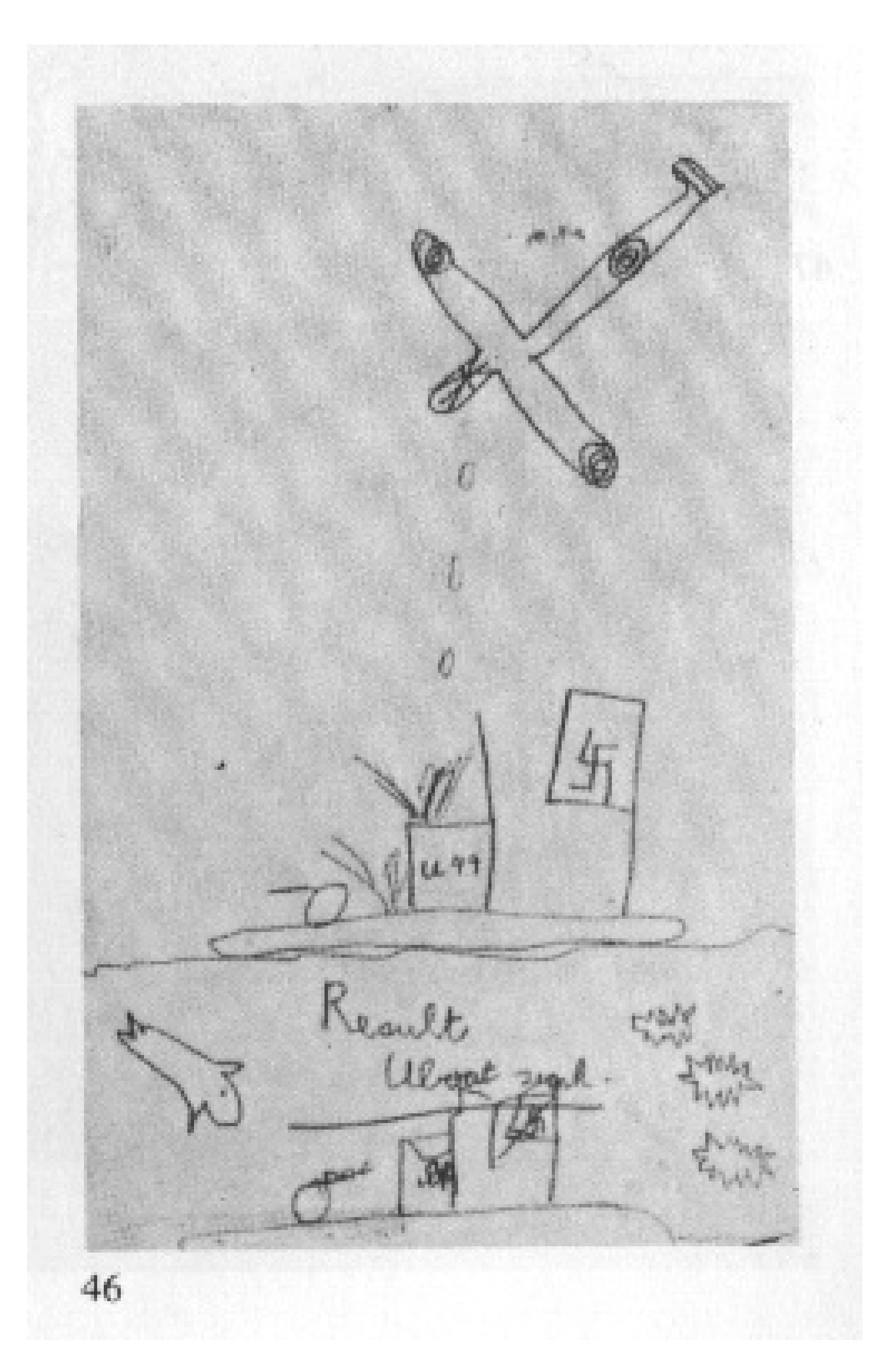
Notas de la sesión número cincuenta y tres.

I. El deseo de Richard de tener bebés, ya indicado en el deseo de guardarse el gatito, se ha hecho mucho más fuerte. Aunque no le interpreto esto, llego a la conclusión, sin embargo, de que los celos que siente hacia los bebés amamantados por su madre, constituyen solo uno de los elementos que intervienen en su fuerte hostilidad. El otro elemento es la envidia ante la capacidad que tiene esta de amamantar; es decir, la envidia de su pecho.

II. Al mirar ahora retrospectivamente este material, me llama la atención el que Richard, que en general sigue muy de cerca mis interpretaciones sobre el valor simbólico de su material, haya dicho que los peces no tienen pecho. En este momento llego a la conclusión de que la envidia al pecho de su madre lo induce a negar que los haya jamás tenido. Esto demuestra hasta qué punto tienen importancia los ataques al pecho a los que me referí un poco más atrás.

Sesión número cincuenta y cuatro (martes)

Richard llega temprano a la sesión, y espera a *M. K.* frente a la casa. Le pregunta en seguida si le ha traído un cuaderno nuevo, pero se queda desilusionado al ver que no es de la misma marca que el anterior. ¿Es que no pudo conseguirlo igual al otro? *M. K.* le contesta que lo siente mucho, pero que es el único que había en la tienda, y Richard lamenta que no haya tenido otro en reserva. Este es amarillento y le hace recordar a estar enfermo. Está triste porque el viejo cuaderno se ha terminado, pero se da ánimo a sí mismo diciendo: «No importa; este nuevo se convertirá pronto en un buen compañero». Dice que no ha traído la flota y añade: «La flota no quería ver el cuaderno nuevo». Enseña a *M. K.* (por primera vez) una marca rosa que tiene en un dedo, que es más pequeña que la punta de un alfiler, y también un punto descolorido de una de las uñas, y comenta que los ha tenido desde que nació. Después hace el dibujo 46, y mientras trabaja cuenta con detalles una película que fue a ver la tarde anterior, que era muy divertida. ¿Por qué no fue ella? Es una pena que se la haya perdido… La R.A.F. ha vuelto a trabajar bien… Hoy tenía ganas de venir y al mismo tiempo de no venir, pero de diferente manera que ayer. En general tenía ganas de venir. Tres cuarto de gana de venir y un cuarto de no hacerlo. Mientras dice todo esto, termina su dibujo, y explica que en él ha sido hundido un submarino alemán. Describe con algún sentimiento la destrucción que le causó el avión: la bandera quedó deshecha, el periscopio hecho pedazos y el cañón destrozado. El pez (que es lo primero que dibujó tras el submarino hundido) está apenado por lo que ha pasado. Después añade las estrellas de mar. Hay una línea en mitad de la hoja, y sobre ella hay otro submarino alemán aún sin hundir, mientras que el hundido, el pez y las estrellas, están por debajo.


Result

M. K. interpreta que el submarino representa una vez más a papá y en particular a su pene; el avión es su parte destructiva, mientras que el pez es otra parte de su persona, la cual está entristecida por la destrucción que ha causado. Repetidas veces ha demostrado ya —en particular con referencia al *Prinz Eugen*— (sesión cincuenta y dos), que se siente muy culpable por destruir el órgano genital de su padre.

Richard dice entonces que las dos estrellas más grandes que están cerca del submarino son papá y mamá; la menor es Paul.

M. K. interpreta que papá, mamá y Paul están vivos, y que todos están apesadumbrados por la destructividad de Richard (el avión).

Richard mira a *M. K.* y le dice que le gusta la chaqueta que lleva puesta. No es roja como creía antes, sino violeta, su color favorito. Se fija también en el vestido (lunares blancos) y, tras tocarlo levemente, comenta que se parece a la vía láctea; también le hace recordar a los focos proyectores… Se dirige al grifo y bebe directamente de él.

M. K. interpreta que desea mantenerlas a ella y a mamá fuera de todo peligro. Siente que no debe dejarla exhausta chupándole el pecho hasta vaciarlo (el cuaderno terminado representa su pecho). El color violeta, que siempre ha representado a Paul, ahora representa también al papá bueno; los dos deben ser protegidos también, junto con mamá. Para poder cuidar a esta, no debe privarla de nada: ni chuparle el pene bueno de papá, ni robarle los bebés, y por esto debe de luchar contra su propia voracidad. Los dibujos hechos en el cuaderno blanco simbolizan la relación buena que tiene con ella y con su madre, las cuales le dan alimento y cariño; esto le hace sentir a él, a su vez, el deseo de devolverles a las dos bebés y sentimientos amistosos, y por esto el día anterior hizo que el pez tuviera muchos hijos. El cuaderno blanco es el pecho bueno, la leche buena: la vía láctea de su vestido. En cambio, las páginas amarillentas que le hacen recordar a alguien enfermo, le hacen sentir que ha ensuciado este pecho. De bebé estaba a menudo enfermo (vomitaba) y entonces sentía que la leche y el pecho bueno y blando se convertían en algo malo dentro de él; en el pecho «malo» de mamá.

Richard entonces le recuerda a *M. K.* que también ha dicho que su vestido se parece a los reflectores, y añade: «Tú buscas cosas como ellos, ¿verdad?».

M. K. interpreta que quiere decir con esto que le está buscando sus pensamientos; pero también puede haber sentido que sus padres, y en especial su madre, pueden llegar a descubrir el odio y los celos que él siente, y el deseo de bombardearlos con «lo grande».

Richard menciona entonces una fiesta del día anterior en la que encontró a *M. K.* y en la cual le dijo que ya se había bebido dos botellas de limonada[1108]. Ahora piensa que no era limonada, sino otra cosa. Cuando *M. K.* le pregunta qué cosa era, muestra cierta resistencia, pero al fin dice que era «lo chico». Tras esto corre a la cocina, bebe del grifo, mira dentro de una jarra, la huele, se vuelve luego hacia una botella de tinta y la huele también.

M. K. interpreta entonces que el grifo, que a menudo ha representado el pecho de mamá, puede haberse convertido en su imaginación en «lo chico» o en «lo grande» —la tinta—, debido a que cada vez que tiene rabia o se siente desilusionado, tiene ganas de orinar o defecar en su pecho o dentro de la mamadera que lo representa. De esta manera ha llegado a creer que el pecho de mamá, y la mamadera que le dieron de chico en vez de pecho, se han convertido en algo venenoso. También siente que la cocinera puede envenenarlo con algo que saca de una botella en la cocina (sesión veintisiete), representando en ese momento a la mamá «mala» con el pecho «malo». Le recuerda, además, que la sesión anterior el cañón antiaéreo del dibujo 44 estaba disparando contra un círculo que ella le sugirió simbolizaba su pecho.

Richard, con aire triste, anuncia entonces que va a escribir una composición, y escribe lo siguiente:

Lo que voy a ser cuando sea mayor.

Lo que voy a ser cuando sea mayor es esto. Antes que nada, como dice mamá, después de la guerra los jóvenes deberían de tener 6 meses de entrenamiento en el ejército, la armada y la fuerza aérea. Mamá dice que deberé hacer este entrenamiento si el gobierno está de acuerdo. Quiero hacer 6 meses en la Real Fuerza Aérea. Después de eso voy a ser científico o maquinista de tren. Espero que así sea. *Fin*.

Richard no hace comentarios sobre el deseo de ser científico. Aunque se muestra amistoso, tiene muchas resistencias en este momento.

M. K. le señala que está triste y que se siente culpable por el deseo que tiene de atacarla a ella, a su hijo, a sus padres y a Paul. Le gustaría mucho ser un niño bueno y obediente, y poder hacer las cosas que sus padres le ordenen (el Gobierno), escapándose así de los pensamientos y deseos que siente, que son malos y peligrosos.

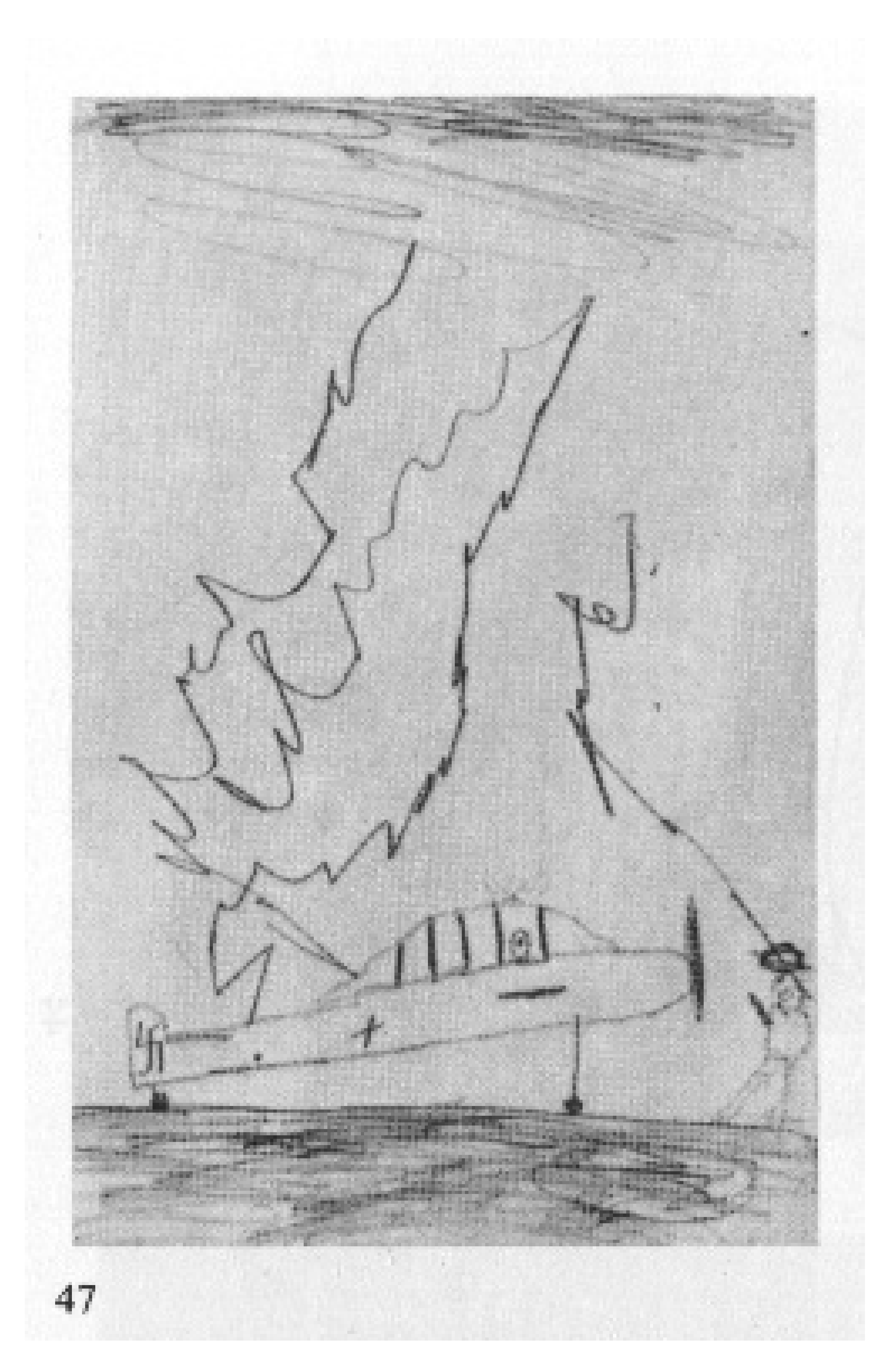
Richard está de acuerdo con esto, pero antes de que *M. K.* pueda seguir interpretándole por qué quiere hacerse científico, se produce una interrupción: llama a la puerta un hombre que transporta una hoja de vidrio, para reemplazar el de la ventana que está roto.

M. K. se dirige a la puerta y le pregunta si le es posible venir más tarde, cosa a la cual el hombre accede en forma muy amistosa.

Richard se levanta, pálido y angustiado. Parece muy aliviado cuando el hombre se va, y dice con gran sentimiento: «¡Qué perturbación más grande fue esa!». Después va a la ventana y sigue al hombre con la mirada, comentando como consigo mismo: «En realidad es un hombre bastante simpático».

M. K. interpreta que ha sentido como si el hombre fuera el papá intruso, el cual puede llegar a descubrir el deseo que él tiene de tener relaciones sexuales con ella, quien representa a mamá, y que por eso le puede castigar de la misma manera como temió que lo hiciera dios. También le recuerda un sueño que tuvo, en el cual era juzgado en una corte de justicia por el vidrio roto (sesión cuarenta y ocho). El juez, según dijo entonces, era también bastante simpático, pero sin embargo tuvo miedo de él.

Richard empieza a dibujar (47), y en una pausa que hace se mete todo el pulgar en la boca, cosa que repite unos momentos más tarde.



47

M. K. le llama la atención sobre ello e interpreta que siente que el hombre no solo se ha metido como un intruso dentro del cuarto de ella y de mamá, sino también en su interior. Le recuerda además, que el papá bueno, el «Roseman», se convertía en enemigo —en ballena— cada vez que lo sentía dentro de sí mismo.

Richard explica el dibujo que está haciendo. Dice que se trata del embajador chino[1109] que sale de Alemania en un avión alemán… Pregunta a *M. K.* si ha visto pasar al doctor Smith, deseando que no haya sido así… y sigue diciendo que el rayo cae sobre el avión y también sobre el embajador justo en el momento en que este está por entrar.

M. K. interpreta que el embajador amarillo es tan malo porque el amarillo significa para él lo «enfermo» que contiene y vomita: el papá malo y la mamá mala, y además «lo grande» y «lo chico» que siente que son materias peligrosas y traicioneras. Se refiere también al rayo del dibujo 42, donde este representaba a dios que lo estaba castigando.

Richard está de acuerdo, y dice que dios está castigando al embajador porque aunque parece un hombre bueno, en realidad es un pillo.

M. K. interpreta que esto mismo se aplica al hombre que trajo el cristal, el cual parecía simpático pero representaba a un intruso y a un juez.

Richard señala el círculo que tiene el avión en el fuselaje y dice que es él mismo que está ya metido dentro del avión.

M. K. interpreta que el avión alemán la representa a ella y a su cuerpo. En su fantasía, Richard se ha metido dentro de ella [Identificación proyectiva]; allí le encuentran, y es luego castigado por el señor K.

Richard dice entonces que va a hacer que el rayo caiga sobre el hombre malo, porque él ahora se ha convertido en dios. Coge la cuerda, se la ata a la cintura pasándola por entre las piernas y hace con ella los mismos gestos que hizo dos días antes.

M. K. interpreta que se ha convertido en alguien poderoso y parecido a dios, porque acaba de quedarse con la poderosa arma que dios tiene: el rayo. Pero esto a su vez significa estar robándole a papá su órgano genital, por lo cual tiene miedo de que papá se lo dañe ahora. Al enseñarle las marcas que tiene en la uña y en el dedo ha querido significar que teme que su órgano sexual esté dañado, y esto porque no tiene confianza en papá, quien, como dijo antes, es bueno, pero se puede llegar a convertir en un hombre poderoso que le castigue de llegar él a atacarle[1110]. Como papá está viviendo estos días en «X», su miedo es aún mayor.

Richard está desatento y con aire triste. No parece escuchar lo que *M. K.* le dice. Coge el libro que tiene la lámina del monstruo, mira las ilustraciones y se pone a leer uno de los cuentos que contiene.

M. K. interpreta que no desea saber nada de estos pensamientos tan dolorosos, pero que en cambio sí querría encontrar en el libro alguna información sobre las relaciones que en la realidad mantienen sus padres entre sí y con él.

Richard señala la lámina del monstruo y, estremeciéndose un poco, dice que el hombrecillo que dispara su arco contra el animal le está apuntando a los ojos. (Al decir esto se cubre parcialmente los ojos con la mano). Después, refiriéndose al cuento que ha estado leyendo, dice que debe ser horrible estar dentro de su esqueleto. (En el cuento el hombre, tras matar al monstruo, se mete dentro de él con un compañero para esconderse de sus enemigos, y se queja del poco aire que hay adentro). Sale entonces al jardín, da una vuelta y vuelve a entrar.

M. K. interpreta que el monstruo representa el cuarto de juegos dentro del cual se siente preso, y que ella se ha combinado con el señor K., que es extranjero, y está representado por el embajador chino. Siente que si penetrara dentro de mamá cuando esta está unida con el papá malo y matara a este dentro de ella, quedaría encerrado allí sin poder volver a salir, y sin poder tampoco respirar. Todo esto constituye la expresión de las sospechas y temores que tiene con respecto a ella y a su madre, cada vez que piensa que contienen en sí al papá malo; es también lo que hace que el cuarto de juegos mismo se convierta a veces en un sitio peligroso.

Richard dice con fuerza que le está diciendo cosas muy desagradables[1111].

Aquí finaliza la sesión, y aunque Richard, como de costumbre, pone en su sitio la mesa con ambas sillas a cada lado, parece muy contento de poderse marchar. Al hacerlo, implora a *M. K.* que vaya al cine. Cuando esta le pregunta por qué, contesta que debería descansar y cambiar de ambiente. Que le parece que siempre está trabajando.

Una vez afuera se muestra muy amistoso, y triste al ver que *M. K.* no va al pueblo hoy (nota I).

Nota de la sesión número cincuenta y cuatro.

Es digna de tener en cuenta la creciente simpatía que Richard siente para con el enemigo atacado, cosa que puede verse en esta sesión y en las anteriores. El amor y el odio se han juntado más, tal como ya lo he señalado. La madre sospechosa y la madre celeste, así como también el padre bueno y el malo, van camino de una síntesis mayor. Se puede ver repetidas veces en el material, que Richard ha tomado conciencia de su hostilidad y de que los aviones y barcos alemanes representan a los padres odiados y enemigos. Al mismo tiempo, a medida que va vivenciando sentimientos de culpa ante este conocimiento de sí mismo sobre el cual ya he llamado la atención, y a la par que se va acercando más a la integración y a la síntesis, puede también vivenciar mayor tolerancia ante el objeto malo y mayor simpatía ante el enemigo real, cambio emocional que tiene una importancia muy grande. Esta síntesis va acompañada de sentimientos depresivos más fuertes, llegando a veces a producir una gran desesperanza y tristeza. La experiencia me ha demostrado que solo si se logra vivenciar la culpa y la depresión hasta cierto punto, sin tener que defenderse el sujeto de ellas mediante regresiones a la posición esquizo-paranoide (con los fuertes procesos de disociación que esta implica), se puede seguir adelante hacia la obtención de una mayor integración del yo y síntesis del objeto. A medida que esto ocurre el odio se va mitigando con el amor y puede canalizarse de manera más adecuada, pudiendo dirigirse contra lo que parece que es dañino y malo para el objeto bueno. Cuando el odio sirve de esta manera para proteger al objeto bueno, aumenta la capacidad de sublimar y la confianza que el sujeto tiene en su capacidad amatoria, mientras que, por el contrario, disminuye el sentimiento de culpa y la ansiedad persecutoria. Estas transformaciones, a su vez, permiten establecer mejores relaciones de objeto y prestan un campo de acción mayor a la sublimación.

Sesión número cincuenta y cinco (miércoles)

Richard llega muy angustiado e inmediatamente le cuenta a *M. K.* dos cosas: le ha vuelto el resfrío que tenía, y ha traído otra vez la flota… Da una vuelta por el cuarto y descubre con alegría que el vidrio roto de la ventana ha sido reemplazado por otro, y que la habitación no ha sufrido ninguna alteración.

M. K. interpreta que se siente aliviado al descubrir que el papá intruso, representado ayer por el hombre del vidrio, no le ha hecho en realidad nada malo a ella —el cuarto de juego—, lo cual quiere decir a su vez que tampoco mamá está dañada.

Richard pone la flota en orden de batalla, indicando a *M. K.* que los cinco destructores son completamente iguales y que también son idénticos los cinco barcos menores.

M. K. le recuerda que hace poco tiempo pensó que uno de los cinco destructores era «el mayor», y que esto fue tras haberle ella interpretado que se sentía culpable por haber destruido el salmón bebé y los bebés de mamá.

Richard se da cuenta de que *M. K.* le ha traído un cuaderno nuevo de la misma clase del que usó la primera vez. Queda encantado con este descubrimiento y le pregunta dónde lo ha encontrado, a lo que ella responde que lo tenía entre sus cosas después de todo. Richard dice «Bien», y pregunta si también ha traído el cuaderno amarillo. Cuando *M. K.* le contesta que no, vuelve a sentirse muy satisfecho.

M. K. entonces vuelve a repetirle que no le gusta el cuaderno amarillo porque le recuerda el estar enfermo, y se refiere al sentido del dibujo 47 y a las asociaciones que hizo con él en la sesión anterior.

Richard escucha atentamente esta interpretación, aunque al principio dice que se trata de un dibujo horrible y que prefiere no mirarlo.

M. K. interpreta que el pillo que aparenta ser bueno (el embajador chino, el juez del sueño, el señor Smith y el hombre con el panel de vidrio) y del que desconfía tanto que cree que le va a herir un rayo, lo representa a él mismo, ya que secretamente se ha metido dentro del avión enemigo al cual también va a alcanzar un rayo. Dijo anteriormente que el rayo era el castigo de dios por *aparentar* el hombre ser bueno, siendo en realidad un pillo, y resulta que él mismo, al describir la manera en que pensaba meterse en el cuarto de sus padres cuando ocurrió el incidente del ratón (sesión cincuenta y uno) se llamó a sí mismo «Larry el cordero». De hecho solo pretende ser un cordero, ya que

el ratón le representa a él cuando desea atacar el órgano genital de papá —la caña de pescar— y comerse las dos galletas (los pechos). Por todo esto, también él va a ser atacado y herido por papá-dios. El avión alemán en que se mete secretamente la representa a ella, de quien también sospecha creyéndola desleal, ya que le interpreta los deseos sexuales que siente hacia ella y hacia mamá. Como mamá duerme en la misma habitación que papá, y Richard se ve forzado ahora a dormir solo, Richard piensa que es mala y hasta una espía, y que se alía con papá en contra de él. En estos momentos tiene ganas de que tanto ella como mamá sean destruidas —el rayo que cae sobre el avión—, pero este deseo hace a su vez que se odie mucho a sí mismo y que tampoco se tenga confianza, pues se siente tan culpable que desea ser castigado, cosa que espera que así suceda.

Richard se queda muy avergonzado y turbado al mencionar *M. K.* que se siente falto de sinceridad; el «pillo» que pretende ser el inocente «Larry el cordero», cuando en realidad siente mucha hostilidad hacia sus padres. Contesta: «Pero yo soy un niño inocente», más al cabo de un rato admite: «Quizá tengas razón».

M. K. añade que la sesión anterior sintió tanto dolor al tener que reconocer las dudas que tiene sobre sí mismo, sobre ella y sobre mamá y tanto miedo de ser atacado por ambos padres, que apenas pudo escuchar lo que ella le decía.

Richard mira entonces a *M. K.* un momento y le dice en voz baja que la oye cuando parece que no lo está haciendo.

M. K. le pregunta si también la oye cuando la interrumpe constantemente, hace ruidos o se pone a leer, tal como lo hizo el día anterior.

Richard contesta que en esas ocasiones no lo hace tan bien, pero que de todas maneras oye casi todo lo que ella le va diciendo.

M. K. le señala entonces, que si hoy ha traído la flota es porque desea trabajar con ella y porque siente que este juguete, que tantas veces ha representado el lado bueno suyo y de su familia, le ayuda en el trabajo.

Richard dice que a él también le parece así. Ha empezado ya a hacer la formación, colocando al *Rodney* y al *Nelson* juntos, y un poco más lejos, a un crucero y un destructor. Retira luego al *Rodney* un poco, y después hace una pausa.

M. K. sugiere que está tratando de evitar sentir celos y conflictos, para así poder mejorar la relación que tiene con papá y mamá. El crucero y el destructor le representan a Paul y a él cuando son amigos, pero no puede remediar sentirse celoso y angustiado cada vez que sus padres —el *Rodney* y el *Nelson*— están muy juntos. Por esto desea que mamá —el *Rodney*— se

vaya, pues de esta manera papá, Paul y él pueden tener una relación amistosa entre sí.

Richard hace que el *Nelson* se una al *Rodney*. Los dos navegan alrededor de la cartera de *M. K.* y se estacionan detrás de la misma. Señala esto y dice: «Mira dónde se esconden papá y mamá». Pero en seguida se contradice y comenta que se están preparando para entrar en batalla; se les unen entonces algunos otros barcos: un crucero y unos cuantos destructores que estaban en el otro extremo de la mesa.

M. K. le pregunta quiénes son los destructores.

Richard contesta que Paul, él y algunos de los demás niños, que van a ayudar a sus padres en la lucha contra los enemigos; el crucero es *M. K.* Le recuerda que ya en otras ocasiones ha sido ella un crucero que se unía a la familia.

M. K. le pregunta entonces si otras veces se ha encontrado ella entre la flota, aunque no se lo haya mencionado.

Richard contesta que cree que sí, pero que entonces no sabe de qué lado estaba.

M. K. interpreta que las dudas tan dolorosas que tiene sobre mamá y sobre ella, hacen que no quiera enterarse de que pueda estar entre los enemigos.

Richard le pregunta entonces qué periódico es el que lee y le dice los que su mamá lee, deseando que ella lea los mismos… Mientras mueve otro crucero (no el que representa a *M. K.*) lo pone en el lado enemigo y dice: «Esta es *M. K.*», y después: «No, ahí está», y señala otro grupo que no es alemán. Al cabo de un rato, refiriéndose a los alemanes, añade: «Esta es la mamá mala con los niños malos[1112]». Señala luego a un destructor y a un submarino y dice que son italianos. Después adelanta el crucero británico *M. K.* (mientras tararea el «Britania, gobierna los mares») y hace que dispare contra los dos italianos y contra un destructor alemán.

M. K. interpreta que odia mucho a la niña pelirroja porque una vez le preguntó si él era italiano.

Richard contesta que le gustaría realmente hacerla explotar tanto a ella como a sus amigos.

M. K. le interpreta otra vez que si se quedó tan resentido por esta pregunta, es porque siente que es un traidor para con sus padres —los ingleses —. Aunque en el juego de la flota ha hecho que ella dispare y haga volar a los niños malos y a la mamá mala y que lo proteja a él contra sus enemigos, tiene serias dudas sobre la confianza que ella le merece; esto lo ha demostrado al decir que hay una *M. K.* alemana y otra británica, pues no sabe en cuál de los

dos lados está realmente. *M. K.* reconoce además, que como Inglaterra está realmente en guerra contra Alemania, le debe resultar especialmente desagradable saber que ella es austríaca, lo cual para él significa ser alemana, y que le resultaría todo mucho mejor si fuera inglesa como su madre. Por esto le gustaría que leyera los mismos periódicos que ella. Pero además de esto, la *M. K.* de la cual sospecha también representa a la mamá sospechosa y en la cual no se puede confiar.

Richard está de acuerdo con todo esto, pero pregunta otra vez a *M. K.* si no le duele oírle hablar de sus sospechas, y si de verdad no le duele que le llame «bruta malvada».

M. K. interpreta que cuando él la llamó «bruta malvada» (sesión veintitrés), la estaba odiando realmente, ya que ella representaba entonces a mamá combinada con el papá malo y en esos momentos temió destruir con su odio y sus deseos hostiles tanto a ella como a mamá. [Omnipotencia del pensamiento]. Cuando llega a poner su hostilidad en palabras, la situación se hace aún más peligrosa.

Richard entonces pregunta, como suele hacerlo hacia el final de las sesiones, cuánto trecho del camino va a ir *M. K.* caminando con él y si hoy es el día en que va a la tienda de comestibles.

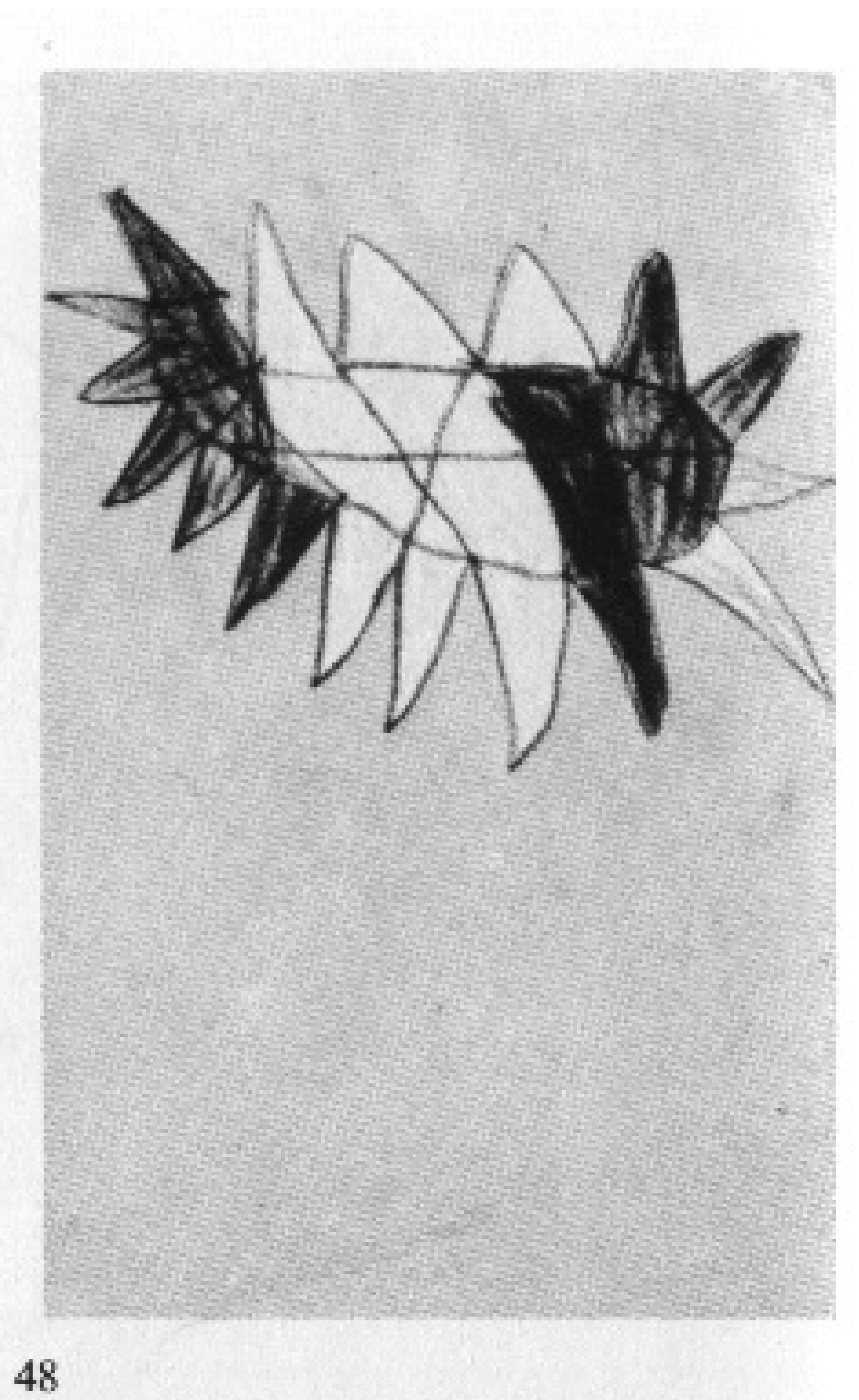
M. K. le contesta que primero tiene que ir al Banco, y Richard vuelve a preguntar si la puede esperar hasta que salga, y si en caso de que alguien le ataque mientras la espera, puede entrar en el Banco para que ella le proteja contra su enemigo.

M. K. interpreta que le gustaría que ella hiciera lo que hizo al jugar con la flota: atacar a los italianos. También desearía que le protegiera contra el papá y la mamá malos que se unen contra él, siendo esta quizás una de las razones por las cuales hoy el crucero *M. K.* ha participado directamente en el juego de la flota. Representa a su niñera, que le protege contra los padres malos.

Richard dice que no le importa que vaya al Banco donde solo va una vez por semana, pero que en cambio le molesta mucho que vaya tan a menudo a la tienda de comestibles.

M. K. interpreta que el tendero parece una vez más representar al señor K: y a papá, quienes les dan cosas buenas a ella y a mamá. Entonces siente celos, ya que él, en cambio, no puede obtener estas cosas buenas (el pene) de su padre y además porque no quiere que papá ame a mamá. Le recuerda a este respecto los celos que sintió por los cigarrillos que compró una vez al señor Evans (sesión cuarenta y uno).

Richard coge el cuaderno nuevo y lo mira con placer. Sin hacer ningún comentario, hace el dibujo 48[1113]. Luego coge el calendario y se pone a mirar las láminas; al ponerlo otra vez en el estante, se cuida de que un retrato del rey y de la reina quede encima de los demás y lo acaricia con ternura.


48

M. K. interpreta que al mirar hoy el calendario y ayer el libro, está expresando en parte, el deseo que tiene de obtener información sobre lo que sus padres hacen.

Entonces Richard, con tono suplicante, pregunta a *M. K.*: «¿Cuáles *son* tus secretos?».

M. K. interpreta que desearía saber lo que hace mamá con papá en la cama cada minuto de la noche, así como también lo que ella hace. Y sin embargo, al mismo tiempo, quiere que papá y mamá sean felices y que estén juntos —la lámina querida en que el rey y la reina están juntos—.

Un poco antes, durante la sesión, en un momento en que *M. K.* estaba interpretando el desagrado que Richard sentía ante el cuaderno amarillo, Richard empezó a sorber con la nariz, y preguntó si le importaba que lo hiciera.

M. K. interpretó entonces que el día anterior, después de venir el obrero y mientras él estaba dibujando el embajador chino, se metió de pronto todo el pulgar en la boca, sugiriéndole entonces ella que sentía que el papá peligroso y su pene le habían invadido. Ahora el sorber significa meter mocos en el estómago y al mismo tiempo luchar contra «lo grande» y «lo chico» que constituyen enemigos internos. Esta batalla interior estaba antes relacionada con su resfrío y hoy le dijo al llegar que una vez más le había vuelto este.

Una vez en la calle, Richard comenta que siente que tiene un resfrío «caliente y al rojo» dentro de él, pero no parece sentir dolor ni que le pase nada malo.

Sesión número cincuenta y seis (jueves)

Richard va a encontrar a *M. K.* mucho más cerca de donde ella vive, que lo que suele hacerlo. (Por lo general cuando llega temprano, la espera frente a la puerta del cuarto de juegos o sale a encontrarla en la esquina, lo que significa caminar con ella uno o dos minutos). Está muy excitado, pues le trae una carta de su madre en la cual esta le pide dos cambios de horario, con el fin de que pueda estar más tiempo en casa con su hermano, que viene con licencia la semana entrante. También le pregunta qué ha decidido sobre las horas de los domingos a partir del mes próximo, pues para entonces su padre ya se habrá vuelto a casa. Cuando oye que *M. K.* le puede hacer los cambios de hora y que no le atenderá los demás domingos a partir del próximo, se queda encantado[1114]. Resulta evidente que esta decisión le trae mucho alivio; entonces pone levemente el brazo sobre los hombros de *M. K.* y le dice que la quiere mucho. De pronto se acuerda de que se ha dejado la flota en casa, aunque pensó traerla. (Por lo general, cuando no la trae tiene razones definidas para ello o dice simplemente que no tuvo ganas de hacerlo). Al levantar la cabeza, se da cuenta de que el Sr. Smith viene por la misma calle en que ellos van y de que, de no estar él con *M. K.*, este se hubiera encontrado solo con ella. Comenta esto en forma casual, diciendo: «Ahí está el Sr. Smith», pero en seguida se pone a hablar de los cambios a hacer en el horario[1115].

Una vez en el cuarto de juegos, *M. K.* se refiere a lo que Richard dijo en el camino sobre sus encuentros con el Sr. Smith y le sugiere que el ir a encontrarla puede haber sido para averiguar si se encuentra a veces con él, camino del cuarto de juegos. Muchas veces, como, por ejemplo, en la sesión anterior, ha expresado que tiene celos de que ella entre en la tienda de comestibles y en la del Sr. Evans.

Richard mira a *M. K.* en forma interrogadora y le pregunta si el Sr. Evans la quiere mucho y si le «da» muchos caramelos.

M. K. interpreta que tiene celos de cualquier hombre con quien pueda encontrarse o a quien haya conocido en el pasado. En efecto, a pesar de que sabe que el Sr. K. ha muerto, sigue todavía teniendo celos de él, y cuando se refiere a él como si todavía viviera, ello no se debe tan solo a que siente que *M. K.* todavía lo tiene dentro de sí, sino también a que representa a todos los

hombres con los cuales ella puede tener relaciones sexuales en la actualidad. También en este respecto sospecha mucho de mamá.

Richard se sienta a la mesa y pide él cuaderno y los lápices, y entonces *M. K.* se da cuenta de que se ha dejado el cuaderno en casa. Le pide disculpas por ello, y Richard, tratando de controlar sus sentimientos, dice que entonces va a dibujar en el otro lado de los dibujos viejos. Primero hace tres banderas, una al lado de la otra: la esvástica, la bandera británica y la italiana, tras lo cual canta el himno nacional. Después dibuja unas cuantas notas musicales y entona la melodía resultante; luego escribe: 3 más 2 igual a 5, pero no asocia nada con ello. En otra hoja empieza a hacer garabatos y puntos con movimientos rápidos y enojados; entre ellos escribe su nombre, el cual cubre luego con más garabatos todavía. Se hacen bien evidentes en este momento, tanto por su expresión facial como por sus movimientos, la pena y la rabia que antes trató de controlar. Está muy cambiado —con la cara blanca y expresión de sufrimiento— y se ve claramente cómo la rabia que siente porque *M. K.* no le haya traído el cuaderno va unida a una gran pena.

M. K. interpreta que siente que por no haberle ella traído el papel, la mamá buena se ha convertido en este momento en la mamá hostil y mala, la cual además se alía con el papá malo, ahora representado por el Sr. Smith. Esto se puede ver en el dibujo de las banderas, donde la británica, que le representa a él, está metida entre la alemana *y* la italiana, que son banderas enemigas. También cree que *M. K.* y mamá se han convertido en enemigas a causa de que cada vez que se siente frustrado y no obtiene bastante leche, amor y atención de mamá, la mancha secretamente con orina y materia fecal. Por esto espera que a su vez ella le frustre, para castigarle**[1116]**. También sugiere *M. K.* que cada vez que tiene celos de los hombres con los cuales tiene relaciones —el Sr. Smith, el tendero, el Sr. Evans—, trata de creer que estos son simpáticos, aunque al mismo tiempo sospecha que no son sinceros, sino unos «pillos», tanto para con ella como para con él. La *M. K.* «buena» y la mamá «celeste» también le parece que son dulces, pero tampoco puede fiarse de ellas, ya que en cuanto le rehúsan su amor y su bondad —ahora el cuaderno—, se convierten en enemigas.

Richard, que ha estado garabateando furiosamente, habla por un momento como «Larry el cordero», pero en seguida vuelve a hacer sonidos de enojo. En tanto, se ha puesto a afilar todos los lápices y rápidamente, echando una mirada a *M. K.* para ver si esta se da cuenta, muerde el lápiz verde que tantas veces ha representado a su mamá (y al cual hasta ahora nunca había mordido o dañado); mete también el extremo que tiene goma dentro del sacapuntas y

de esta manera lo estropea… Después hace garabatos sobre el dibujo 43, que representa a un cañón antiaéreo que dispara contra un objeto redondo, el cual, según le interpretó *M. K.* en otra ocasión, es el pecho de su madre.

M. K. interpreta que al morder el lápiz y al usar el sacapuntas en forma secreta para meter en él el lado de la goma, está expresando la sensación que tiene de haber mordido o destruido secretamente el pecho de mamá, y también de habérselo ensuciado. Cada vez que se siente frustrado vuelve a vivenciar lo mismo; pero además siente que toda desilusión o privación que tiene que padecer, es a su vez un castigo por haber atacado o destruido el pecho. Todo esto acaba ahora de expresarlo con respecto a *M. K.*, pues el lápiz la representa a ella además de a mamá; por esto ha tenido tanto cuidado de que no viera lo que estaba haciendo.

Richard se va afuera y ve que en el jardín de enfrente hay un hombre (el cual a esa distancia no puede de ninguna manera oír lo que se está diciendo), pero comenta con ansiedad: «Nos está mirando, no hables»; y después, en un susurro: «Por favor, di “vete”». *M. K.* lo dice, pero como naturalmente el hombre no se va, Richard vuelve al cuarto de juegos, aunque aun dentro de él se pone a andar de puntillas. En un estante encuentra un tejo; lo tira contra los banquitos y después hacia el techo, tras lo cual dice en voz muy baja: «Pobre cosa vieja». Cuando el tejo rueda hacia el armario (el mismo que una vez Richard cerró para que no se perdiera en él la pelota), lo coge rápidamente.

M. K. le señala que la «pobre cosa vieja» representa a su pecho y a su órgano sexual, empujados violentamente contra los genitales de varios hombres (los banquitos): el Sr. Smith, el Sr. Evans y el tendero, de los cuales tiene celos. De esta manera quiere castigar y maltratar a sus padres, pues sospecha de ambos; pero luego se compadece de ellos (nota 1).

Richard escribe algo que luego lee con tono de desafío: «El lunes vuelvo a mi casa a ver a Paul. Ha ha ha ha, ho, ho ho ho, ho ho ho ho, haw haw haw haw».

M. K. interpreta que quiere demostrarle que se alegra de dejarla y marcharse con Paul, pues se ha sentido frustrado por ella (por no traerle el cuaderno) y con celos, pues cree que prefiere al Sr. Smith o al Sr. Evans en vez de a él. Pero además quiere demostrarle que no le importa nada, que se siente triunfante y que la está castigando, abandonándola. Estos mismos sentimientos puede haberlos tenido cada vez que se aliaba con Paul en contra de la niñera, la cual representaba a mamá. Acaba además de escribir «haw haw haw haw», lo cual quiere decir que él es como «Lord Haw-Haw», de quien ha hablado ya varias veces, diciendo que es el peor traidor que ha

tenido país alguno. Cuando se vuelve contra sus padres atacándolos en secreto con mordiscos y con bombardeos, siente que es como él.

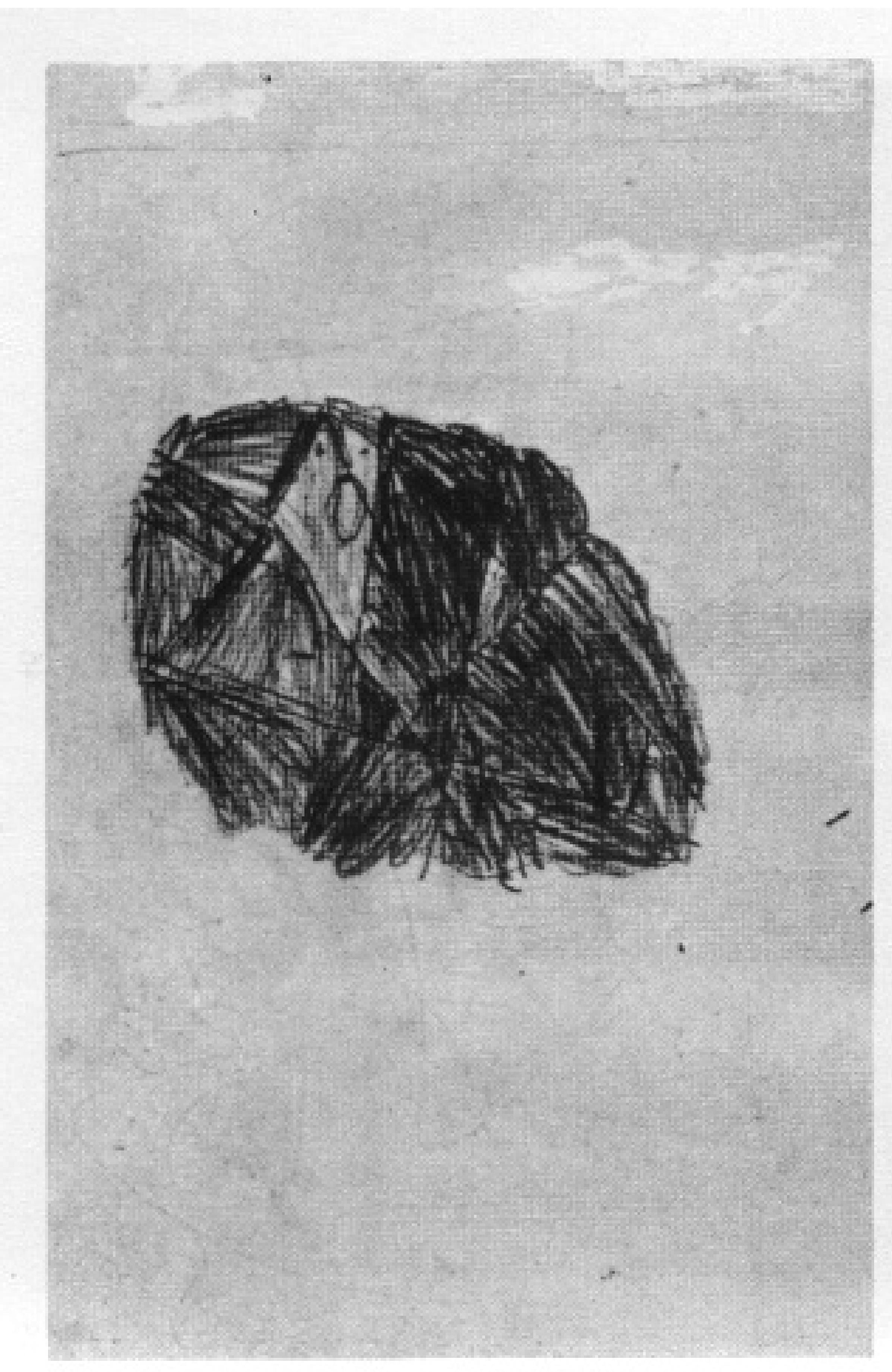
Richard se va a la ventana y se pone a mirar hacia afuera. En voz muy baja dice: «¿Por qué no me das dos horas cada día?» (nota II).

M. K. le pregunta si quiere decir que le vea diariamente dos veces.

Richard contesta: «No; dos horas por vez».

M. K. interpreta que le ha perturbado mucho ver que no le ha traído su cuaderno, pues este simboliza la buena relación que tiene con ella: el pecho blanco, que ayer asoció con la Vía Láctea. De bebé sintió que no sacaba bastante leche del pecho de mamá, y puede haberse sentido enfadado y desilusionado al dársele la mamadera, que no le gustaba y sospechaba que era mala. Ahora esta situación se repite con ella, pues cree que le ha dado el cuaderno amarillo para quedarse ella con el blanco. En realidad hoy no le ha dado ninguno de los dos.

Richard se pone a hacer el dibujo 49, lenta y cuidadosamente, comentando mientras dibuja que se trata de algo muy diferente. Al terminar dice que es un águila, y señalando las partes más claras del medio, agrega que son la cara y el pico del animal. Entonces se levanta él la chaqueta por sobre las orejas dejándose solo parte de la cara al descubierto, y dice que eso es lo que el águila está haciendo.



49

M. K. interpreta que el águila dentro de la chaqueta le representa a él dentro de ella (y de mamá); ha penetrado en su interior, dañándoselo y devorándolo. El águila negra también representa el órgano genital devorador de papá, que destruye y ennegrece a mamá, pero al mismo tiempo también es el interior de Richard, dentro del cual han entrado mamá y ella. Le recuerda a este respecto la reina con la corona celeste, que resultó luego ser un pájaro devorador, con un gran pico y «lo grande» muy horrible que le caía (sesión cuarenta y cinco). Siente que contiene dentro de sí a este pájaro devorador ahora representado por el águila; y si es tan negro, es porque siente que sus garabatos simbolizan «lo grande» con lo cual ha ennegrecido a esta mamá-pájaro, ennegreciéndole ella después a él por dentro con la misma materia (nota III).

Richard va a buscar el calendario, mira las láminas y admira los paisajes, y en particular, como ya lo ha hecho otras veces, uno donde hay unos narcisos.

M. K. interpreta que mirando este hermoso paisaje está tratando de consolarse, pues siente que su interior es malo, peligroso y sucio, igual que el de mamá.

Richard pregunta entonces si *M. K.* fue anoche al cine, y si no fue, qué hizo.

M. K. le recuerda que el día anterior al examinar el calendario, le rogó que le contara los secretos que tenía, y hoy le ha demostrado hasta qué punto sospecha que tiene relaciones sexuales con varios hombres.

Hacia el fin de la sesión Richard sube a una estantería ancha que hay, abre una caja de primeros auxilios que se encuentra en ella, la examina, sacude el estante que queda sobre él y se pregunta si se le puede caer encima… Después dice que ha estado en la tienda donde venden pescado frito y que ha comido papas fritas, pero no pescado, pues habría odiado hacerlo en un sitio que está tan sucio como una pesadilla, y lleno de niños horribles y sucios también; algo realmente asqueroso[1117]. La niña pelirroja no estaba, pero sí el niño imbécil, que es una criatura horrible. Si la ley no se opusiera a ello, él lo mataría.

M. K. interpreta que al entrar en esa tienda, donde antes no se hubiera atrevido a ir, está demostrando que ahora tiene menos miedo de los niños, y que, además, ello constituye una prueba de lo mucho que desea conocer el interior del cuerpo de mamá para saber cómo es en realidad, ya que él se lo imagina lleno de niños sucios y venenosos, a quienes él ha ensuciado y bombardeado. Le recuerda en este respecto la casa de barrios bajos de sus

juegos, la cual también estaba llena de enfermedades y de niños sucios (sesión dieciséis).

Al salir con *M. K.*, Richard parece sorprenderse y disgustarse cuando descubre que esta se va a su casa, a pesar de que durante la sesión comentara que ya sabía que los jueves no iba al pueblo, sino directamente a casa. Esta frustración puede también haber contribuido a que fuera a buscarla tan cerca de su casa al venir, pues es poco usual que lo haga.

La madre de Richard le contó a *M. K.* por teléfono, más adelante, que esa tarde Richard estuvo muy triste y preocupado. Tras comunicárselo a su mamá se fue a la cama, cosa que en general solo hace cuando se siente enfermo. Desde la llegada de su padre estaba muy difícil, irritado y de mal humor, pero esa tarde en particular pareció notablemente deprimido y desdichado.

Notas de la sesión número cincuenta y seis.

I. En las últimas sesiones las ansiedades paranoides y depresivas se van dando en una alternancia más rápida. Richard está mucho más cerca de vivenciar la posición depresiva, cosa que se ve en la mayor simpatía que siente hacia el enemigo, y a la cual ya me he referido en una nota anterior. Repetidas veces he señalado que la posición depresiva implica también cierta ansiedad persecutoria, pero que se caracteriza por una preponderancia de la depresión y de sentimientos de culpa, y también por la tendencia a hacer reparación.

II. No cabe duda de que ha surgido, en forma muy urgente, el anhelo por una lactancia de pecho satisfactoria. (Como mencioné antes, el amamantamiento de Richard fue muy insatisfactorio y corto). La importancia fundamental que tiene la relación con el pecho de la madre se había ya manifestado con toda fuerza en las sesiones anteriores. En la número cincuenta y cuatro, la profunda desilusión y la ansiedad provocadas por el cuaderno amarillento, demuestran el anhelo, nunca vencido, por un pecho bueno de madre (el cuaderno blanco, la Vía Láctea de mi vestido). Sin embargo, el block blanco significa al mismo tiempo que Richard siente que puede tener confianza en una madre que le merece fe, y que al traer yo el papel indebido, me mostré indigna de ella y haciéndole volver a vivenciar las dudas que tuvo de muy chiquito. En la sesión cincuenta y seis, Richard me pregunta por primera vez que por qué no le doy sesiones consecutivas. Resulta evidente que en ese momento particular ha surgido el deseo de una situación de amamantamiento satisfactoria, en la que ambos pechos le puedan

dar toda la gratificación posible. Esto no constituye solamente, sin embargo, una regresión a la época de la lactancia; el niño está preocupado, además, porque en la situación actual siente que no puede fiarse de mí. Hablando en términos generales, podemos decir que tales elementos de situaciones actuales están siempre en operancia en diferentes grados, actuando en forma simultánea con la regresión; e implican que, a pesar de la regresión, las partes del yo más desarrolladas siguen activas en cierta medida.

Es justamente con esta parte no regresiva del yo con la que establecemos contacto mediante las interpretaciones, y es además la que permite que estas produzcan efecto. En el caso de Richard, se ve cómo desconfía de mí, en primer lugar, por haberle dado el cuaderno amarillo y después por no haberle traído ninguno de los dos. Esto refuerza el sentimiento que tiene de no poder fiarse de mí, ya que le voy a dejar, y sirve además para confirmar las sospechas que también tiene de su madre. El análisis de estos sentimientos de la situación actual hace posible, por otra parte, analizar las primeras insatisfacciones y dudas vivenciadas de bebé.

La sesión cincuenta y seis, en la cual olvidé traerle el cuaderno blanco nuevo, empieza con que Richard tiene celos del señor Smith, y se pone en evidencia hasta qué punto sospecha que yo me encuentro con él en su ausencia. La relación ambivalente con el pecho que ahora vuelve a vivenciar, le lleva a tener celos de todo hombre que tenga relación conmigo, cosa que ahora expresa abiertamente, en forma incrementada y paranoide. He llegado a la conclusión de que los celos más tempranos que se tienen del padre, y la primera sensación de desconfianza ante el mismo, se basan en la creencia que tiene el bebé de que cada vez que no puede gozar del pecho o que se ve frustrado por el mismo, esto se debe a que otra persona —el padre— se ha apoderado de él (véase «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé», 1952; las conclusiones a las que llego aquí están también prefiguradas en mi *«Psicoanálisis de niños»,* capítulo 8). Este punto de vista tiene importancia, pues nos muestra las características que tiene el complejo de Edipo en sus formas más tempranas a causa de la gran influencia que ejercen las sospechas y celos.

También he sostenido en otras oportunidades que la paranoia se basa en la desconfianza y el odio sentidos hacia el pene internalizado del padre (véase respecto de esto, mis comentarios sobre «El hombre de los lobos» en *El psicoanálisis de niños,* capítulo 9). Investigaciones posteriores me han llevado a asociar estos sentimientos dirigidos hacia el pene paterno, con la relación tenida con el pecho de la madre, ya que la desconfianza y el odio hacia esta se

transfieren posteriormente al padre. Todos estos factores me parecen de importancia para comprender la paranoia.

Es bien conocida la relación que existe entre la paranoia y la homosexualidad. El elemento positivo de la homosexualidad (recordemos aquí las conclusiones a que llega Freud en su trabajo sobre Leonardo da Vinci), se encuentra, como ya he manifestado, en que se transfiere al pene el amor sentido hacia el pecho, produciéndose entonces una ecuación entre los dos objetos parciales. El elemento hostil de la homosexualidad, el cual en cierto grado siempre va unido a sentimientos paranoides mayores o menores, se deriva de los factores a que me he referido antes: la sospecha que provoca el padre intruso (el pene) y la necesidad de apaciguarlo. Existe por lo tanto una fuerte conexión entre los celos paranoides tal como se manifiestan en esta sesión, y la vuelta hacia el hombre con el fin de apaciguarle. Como es natural, también intervienen otros elementos en la homosexualidad, a alguno de los cuales me he referido ya en notas precedentes y en otros trabajos míos.

Como puede verse en diversas oportunidades, Richard tiene celos del señor Smith, pero al mismo tiempo siente atracción hacia él, razón por la cual envidia mucho los cigarrillos y los caramelos que este me da. El elemento homosexual se hace también evidente en estas sesiones en relación con su padre por estar este viviendo en «x»; e influye, además, mucho en ello, las tentativas que hace Richard de manejar sus celos y las sospechas paranoides de la situación edípica.

III. He aquí un ejemplo de identificación proyectiva a la que sigue de inmediato —e incluso en forma simultánea— la internalización del objeto. El miedo a este, atacado mediante la identificación proyectiva hostil (como, por ejemplo, mediante materia fecal vertida sobre él), incrementa a su vez la sensación de que también el objeto va a penetrar en el sujeto. Es de importancia en los análisis establecer una distinción entre el temor a ser penetrado por el objeto con el cual se ha llevado a cabo una identificación proyectiva, y el proceso de introyectar un objeto hostil. En el primer caso el yo es víctima del objeto intruso, mientras que en el caso de la introyección, es el yo quien pone en marcha el proceso, aunque este le lleve luego a vivenciar ansiedades persecutorias.

Sesión número cincuenta y siete (viernes)

Una vez más Richard sale a encontrar a *M. K.* cerca de su casa. Sabe muy bien que no debe hacerlo, a pesar de que *M. K.* no se lo haya prohibido expresamente. Inmediatamente de verla, le enseña la flota que lleva en la mano (Por primera vez no la tiene metida en el bolsillo), ansioso por que la vea en seguida. Está muy amistoso y hablador, evidentemente tratando de entretenerla y de apaciguarla. Muy pronto pregunta si ya se ha encontrado con el Sr. Smith, pero aunque *M. K.* le contesta que no, su respuesta no parece quitarle las dudas, pues se pone a mirar a su alrededor tratando de verlo. En seguida de llegar al cuarto de juegos se da cuenta de que el Sr. Smith pasa en ese momento por la calle, y esto le hace sentir alivio, pero vuelve a quedarse preocupado al ver que se detiene en el jardín de la casa de enfrente para hablar con un viejo a quien en una oportunidad puso el mote de «el oso». Pregunta entonces si podrá oír lo que *M. K.* y él se están diciendo, y se pone a hablar en voz baja.

M. K. interpreta que ha ido a buscarla cerca de su casa, no solo para averiguar si se encuentra con el Sr. Smith y ver lo que hacen juntos, sino también porque quisiera llegar hasta su dormitorio y saber si se acuesta con el «viejo gruñón».

En este momento Richard interrumpe la interpretación para preguntar si la R.A.F. ha llevado a cabo algún bombardeo.

M. K. añade entonces que le gustaría ver lo que ella hace día y noche, cosa que también querría hacer con mamá, y esto no solo por tener celos, sino además porque las relaciones sexuales son para él ataques peligrosos como los bombardeos de la R.A.F., que pueden matar a mamá igual que el vagabundo o de la misma manera en que Hitler podría haberla matado a ella cuándo fue a Londres.

Richard, a pesar de sentirse turbado, dice que en efecto siempre sigue a su mamá de cerca para saber lo que está haciendo, y le pregunta dónde ha estado y, en particular, de quién son las cartas que recibe. Tras esto añade: «Y ella también me está mirando a mí todo el tiempo: no, no es verdad».

M. K. interpreta que su curiosidad se hace mayor, por cuanto también querría saber lo que pasa en el interior de su madre. Tiene miedo de que el papá-«pillo» (y el Richard-«pillo»), que parece simpático pero es un traidor, la esté dañando y bombardeando, con lo cual mamá puede quedar convertida

en una pescadería envenenada y de «pesadilla». Como él siempre la está vigilando, supone además que ella también lo hace [Proyección], aunque luego se da cuenta de que esto no es cierto; por eso en seguida dijo «No, no es verdad». Richard se dirige al grifo, bebe agua de él y dice que es muy desagradable oír estas cosas y que preferiría que *M. K.* no le hablara de ello… Entonces saca la flota y pregunta si *M. K.* querría hacer algo por él.

M. K. le pregunta qué es lo que quiere.

Richard contesta que desea que le ayude a oscurecer la habitación completamente. Con ayuda de *M. K.* lo hace muy cuidadosamente, diciendo que quiere que quede tan oscuro que ni él mismo pueda ver la flota; de no ser así no vale, pues no puede llevar a cabo un ataque nocturno. Por el tacto verifica qué barco es el *Nelson.* (En otra ocasión le mostró ya a *M. K.* que hay una pequeña diferencia entre el *Nelson* y el *Rodney*, pues a pesar de que son idénticos, el *Rodney* está un poco «dañado», y no es por eso tan puntiagudo).

M. K. interpreta una vez más que teme que los órganos genitales de ella, de su mamá y de todas las mujeres, estén dañados, debido a que el pene se les haya roto o les haya sido cortado. En dibujos anteriores, y en especial en el número 3, ya mostró esta preocupación, y hace poco volvió a referirse a la diferencia de sexos (sesión cincuenta y tres).

Richard mueve el *Nelson* hacia afuera haciendo ruidos bastante fuertes, y comenta en forma dramática: «Ahí va, sin saber si le van a atacar en la noche». (Como de costumbre, llama «él» al *Nelson* y «ella» al *Rodney).* Tras esto saca un destructor y hace que le vayan siguiendo algunos otros.

M. K. le pregunta quién va a atacar al *Nelson* por la noche.

Richard contesta inmediatamente: «Yo» y pregunta a *M. K.* si no puede oír a los fantasmas que atacan al *Nelson*, mientras hace sonidos bastante poco usuales.

M. K. interpreta que le gustaría atacar a su papá en la oscuridad como un fantasma, pues de tal manera ese no se daría cuenta de quién lo está atacando. También puede temer que uno de los dos muera en la pelea, tras lo cual los dos se convertirían en fantasmas…

Un poco antes, Richard ha comentado que se siente preocupado porque ha llegado al hotel un niño nuevo «horrible». La gente cree que es simpático —y quizás lo sea—, pero Richard sabe que el niño le va a sugerir que juegue con él y después le va a estar también vigilando. ¿O será quizá que es él quien está constantemente mirando a los demás niños y vigilándoles? Mientras habla, enciende y apaga la luz varias veces, y al final decide correr las cortinas.

También mira por la ventana para ver si el Sr. Smith sigue enfrente, pero comenta con alivio que ya se ha ido.

M. K. interpreta que el juego de la flota representa lo que él siente por la noche cuando quiere atacar a papá y a mamá, pero tiene terror de hacerlo. Teme que si los atacara, sus bombas —la R.A.F.— caerían sobre los padres malos y hostiles, pero también dañarían o destruirían a los buenos. Al principiar la sesión se preguntó si el Sr. Smith les podría oír hablar, y empezó a hablar en susurros; esto se relaciona con el deseo constante que tiene de espiar a sus padres, fijarse en cada movimiento qué hacen, conocer los pensamientos ocultos que puedan tener y atacarlos en secreto. Pero como en su imaginación siente que se ha comido a ambos —las papas fritas de la tienda, el salmón, la ballena, y ahora el águila negra—, también siente que los padres peligrosos están dentro de él, y que pueden observarle por dentro, conociendo todos sus movimientos y todo lo que está pensando. Esto es lo que hace que tenga tanto miedo de que el niño «horrible» del hotel le mire, o de que le oigan el Sr. Smith o el otro hombre (a pesar de encontrarse ambos del otro lado de la calle, sin posibilidad real de hacerlo).

Richard escucha a *M. K.* con mucha atención, en especial cuando esta se refiere a la persecución que teme de parte de los hombres y de los niños. Haciendo sin duda un esfuerzo por entender bien, pregunta por qué siempre tiene esto en la mente y siente que son verdaderas (reales) todas las cosas sobre las que ella le está hablando. Luego sale afuera y se queda mirando a su alrededor, pero aunque hace un tiempo espléndido, se queda serio y silencioso. Tira una piedra a un gato del jardín de al lado, porque cree que el animal está estropeando las verduras, y luego vuelve a entrar en la habitación. En ella da una vuelta de inspección, contento al verificar que las niñas exploradoras que han estado el día anterior no han cambiado nada de sitio… Después decide barrer el cuarto, y en especial la parte del suelo que queda debajo de la estufa eléctrica. Más tarde se dirige a la cocina y limpia el fogón, quitando el hollín que tiene, y le pide a *M. K.* que vuelva a colocar el hacha que se encontraba sobre él, para que nadie pueda darse cuenta de que la ha tocado.

M. K. interpreta que está temeroso de que los bebés malos que se encuentran dentro de ella (y de mamá) la ensucien y la envenenen, y que igualmente teme a «lo grande» que cree que él y papá le han metido adentro. El gato que iba a estropear las verduras le representa a él mismo cuando quiere perturbar el crecimiento de los bebés buenos; mientras que si se alegra de que las niñas exploradoras no hayan desarreglado el cuarto, ello se debe a

que tiene la esperanza de que ni él ni los bebés hagan daño a su madre después de todo, o que él pueda después arreglarla. Esto lo ha demostrado al limpiar el cuarto y el fogón.

Richard coge un libro, lee algo de él, y se pone a mirar las láminas. Cuando ve en una a un niño que está jugando con un gatito se le ilumina la cara. Otra ilustración que mira con interés, muestra un gato que se encuentra delante de un muro alto.

M. K. interpreta que su contento ante la primera lámina se debe a que representa al bebé bueno que le gustaría dar a mamá, o tener él.

Richard está tan pensativo que parece no darse cuenta de que *M. K.* le está hablando. De pronto levanta la vista como si se despertara de un sueño, se queda mirando su cara sin hacer aparentemente ningún caso de lo que le está diciendo, y le dice con gran sentimiento: «Estás muy linda. Tienes una cara bonita. Te quiero mucho».

M. K. interpreta que cada vez que se siente angustiado por lo que puede estar pasando en su interior o en el de mamá, parece sentir no solo que las dos quedan destruidas, sino también que quedan enojadas y convertidas en la «bruta malvada». Cuando su interpretación le hizo darse cuenta de que no solo las teme sino que al mismo tiempo desea que tengan bebés buenos y pensamientos amistosos, pudo mirarla realmente y descubrir que tiene el aspecto de la mamá buena (es decir no dañada) que le ayuda, y que es linda.

Como de costumbre, Richard pregunta a *M. K.* si va a ir al pueblo y si va a entrar en la tienda de comestibles. Cuando *M. K.* le contesta que va a la zapatería se queda muy satisfecho, a pesar de que queda más cerca que la tienda de comestibles, y hace que vaya a estar menos tiempo con ella. Pero como en la zapatería todas las empleadas son mujeres, esto puede haberle hecho sentir más seguro (nota 1).

Nota de la sesión número cincuenta y siete.

I. El incremento del elemento paranoide que se puede percibir en los celos que siente Richard del señor Smith y de los demás hombres relacionados conmigo, se debe sin duda a la presencia de su padre en «X». El análisis del complejo de Edipo contribuyó a que surgieran en toda su plenitud los celos de su padre hasta entonces reprimidos, así como también las fantasías sobre las relaciones sexuales de los padres. Esto parece estar en contradicción con la observación hecha anteriormente, de que la posición depresiva se encuentra

ahora en primer plano. Sin embargo, creo poder afirmar que al mismo tiempo se hicieron más accesibles al análisis los sentimientos paranoides y celos del padre y el conflicto entre el amor y el odio, poniéndose además en mayor evidencia otros sentimientos contradictorios referentes a los dos padres juntos, tales como la culpa por el deseo de desplazar al papá y la compasión por él mismo. Además, si bien Richard siente los celos de una manera más aguda, toma al mismo tiempo, sin embargo, mayor conciencia del carácter paranoide que tiene, cosa que se pone de manifiesto cuando de vez en cuando él mismo se queda extrañado ante las sospechas que siente.

Sesión número cincuenta y ocho (sábado)

Richard encuentra a *M. K.* en la esquina más cercana al cuarto de juegos. Parece estar muy preocupado. Pregunta en primer lugar si todavía está en pie el cambio de horario que le hizo, para poder ir a su casa durante la licencia de su hermano. Y después dice que tiene noticias muy afligentes. Pero aunque está ya por dárselas, decide no hacerlo hasta no estar dentro de la casa, pues cree que así es mejor. Pregunta si *M. K.* ha visto al Sr. Smith, pero entonces se da cuenta de que este está en ese momento pasando por la calle. Entonces cambia con él un saludo extremadamente amistoso y se queda observando la manera en que *M. K.* lo hace. En el cuarto de juegos, saca la flota y da al fin la noticia: ha vuelto a tener dolor de oídos y el médico le ha dicho que tiene los dos de color rosa por dentro aunque el de la derecha «es naturalmente el que está peor de los dos». No contesta a *M. K.* cuando esta le pregunta por qué es «naturalmente el peor», limitándose a agregar que es el que le duele más. En realidad en este momento no le duele nada, pero está muy preocupado pensando que quizá necesite que se le haga otra operación. Esto le aflige a menudo. Durante todo este tiempo ha permanecido al lado de la ventana mirando la calle, y ahora dice con alivio evidente. «El Sr. Smith se ha ido». (Este se había quedado una vez más a charlar un rato con el hombre de la casa de enfrente).

M. K. le indica entonces que el Sr. Smith (que representa al Sr. K. y a papá), constituye para él una fuente constante de persecución.

Richard se queda muy confundido y dice que en realidad es un hombre muy simpático, y menciona que el Sr. Evans le «dio» ayer unos caramelos y le alaba mucho por ello.

Cuando *M. K.* le pregunta si se los vendió, Richard dice que sí, pero cambia de conversación rápidamente, tratando sin duda de no tomar conciencia de que el Sr. Evans en realidad recibe dinero por los caramelos que le da. De repente se pone muy furioso con él y dice que a pesar de recibir la orden de mandarles unas fresas no se las mandó. Es un tramposo, y además el domingo anterior, cuando la gente hacía cola para comprar el periódico, le mandó al final de la misma, cosa que le dio ganas de asesinarle. (También estuvo *M. K.* en la cola en esa oportunidad y Richard se sintió muy humillado cuando se dio cuenta de que esta vio el incidente. El día después, le preguntó si ella había estado allí, a pesar de que sabía perfectamente que así era, y

procuró entonces controlar la rabia que sentía. *M. K.* le interpretó eso…). Un poco más tarde ve pasar a dos niños por la calle y dice que los conoce. Uno de ellos es de «Z». Comenta que son bastante simpáticos y añade que no le están observando, pues ellos no sienten como él la necesidad de estar todo el tiempo vigilando a los demás niños. Mientras habla ha empezado a formar la flota. Se mete el *Nelson* en la boca, intenta poner el mástil entre los dientes, cosa que no suele hacer, y después, durante un tiempo, persigue a un moscardón, llamándole «Sr. Moscardón». Al principio quiere matarlo, pero después decide que el Sr. Moscardón quiere salir de la cárcel y entonces lo coge con los dedos y lo deja escapar.

M. K. interpreta que, como en otras oportunidades, el mástil del *Nelson* representa el pene de papá y ahora, el del Sr. Smith. El Señor Moscardón tiene el mismo sentido. Quiere destruir a papá y a su órgano sexual a los cuales siente que ha incorporado dentro de sí, cosa que acaba de demostrar al morder el mástil. Pero el moscardón también representa a su padre, y siente compasión por él. Por esta razón lo ha soltado, y además porque desea deshacerse de ese genital que tanto ha deseado y que ha incorporado dentro de sí, pues al mismo tiempo le tiene desconfianza y le teme. Constantemente, en efecto, espera que se vengue por sentir hostilidad hacia él. Si «el Sr. Moscardón» quedara preso en su interior, ¿qué pensaría que le pasaría por dentro?

Richard sigue formando la flota. Saca dos destructores, y forma un grupo con submarinos y otro con dos cruceros. Los barcos de cada grupo están colocados uno al lado de otro, con un espacio pequeño entre cada grupo. Explica que los cruceros son él mismo y *M. K.* Al cabo de un rato hace que el *Nelson* salga, que vaya alrededor de toda la mesa, y se esconda tras unas escolleras formadas por la cartera y la cesta de *M. K.*[1118] En seguida le sigue el *Rodney,* el cual trata de encontrar al *Nelson;* este a su vez trata de volver al lado del *Rodney,* pero no lo encuentra, pues da la vuelta por el otro lado. Entonces Richard dice «pobre *Nelson* solitario». Ahora el *Rodney* está escondido tras la escollera, y el *Nelson* penetra en el puerto. En tanto, Richard coloca un submarino entre el crucero-Richard y crucero-*M. K.* y dice que es Bobby. En seguida hace que el *Nelson* se dirija hacia los cruceros Richard y *M. K.* y emite fuertes sonidos.

M. K. le pregunta si el *Nelson* está enfadado.

Richard dice que sí, y que le está preguntando a Richard qué es lo que está haciendo ahí con *M. K.* Pero cuando el *Nelson* se coloca al lado del crucero-Richard, quedándose muy cerca de él, el ruido cesa.

M. K. interpreta que al principio de la sesión quería que papá y mamá estuvieran juntos y felices, y que para ello la eligió a ella y no a mamá, igual que de niño se iba con su niñera. Pero después no logró mantener a sus padres juntos, pues en el juego sacó a papá, quien se quedó solo. Entonces, una vez más, trató de que mamá le siguiera, intentando volver a unirlos, aunque con temor de no poder hacerlos felices, y entonces no se pudieron encontrar. Bobby, interpuesto entre los cruceros *M. K.* y Richard, representa su pene que se coloca dentro de *M. K.* Y por esto es por lo que papá está tan furioso y ha venido a meterse. También *M. K.* y la niñera representan a mamá, y por lo tanto teme que papá, representado ahora por el Sr. Smith, se interponga entre ellos y le dañe el pene. El temor a que le operen del oído moviliza otra vez el miedo que tuvo al médico odiado (sesión seis) y al papá malo que creyó le atacaba y destruía su órgano genital. Por otra parte, cuando se une a papá, es para que este no le sea tan hostil, pero también porque siente pena por él, pues es el «solitario *Nelson*». Ahora el papá-*Nelson* y el crucero-Richard, que están tan juntos, han unido sus órganos sexuales.

Richard se opone vivamente a esta interpretación, diciendo que no puede desear tales cosas, y que no le gustaría en absoluto hacer eso con su órgano sexual.

M. K. le interpreta entonces, que el deseo que siente hacia papá y mamá se encuentra encubierto por muchos temores. Uno de ellos es que papá, abandonado, le amenace y sea peligroso; y otro, que cree que su pene no es lo suficientemente grande y bueno como para dárselo a mamá, y además, que una vez dentro de ella, puede ser dañado o no pueda volverlo a sacar. A pesar de todos estos miedos, desea poder acostarse con ella e introducirle el pene; pero para poder ocupar el lugar de papá tendría que hacer que este se quedara solo, o matarle. También tiene un deseo escondido, que es el de «hacer el amor» con papá —ahora el Sr. Smith—, cosa que demostró al colocar el *Nelson* y el crucero-Richard tan cerca uno de otro.

Mientras *M. K.* habla, Richard separa al *Nelson,* y el *Rodney* aparece de detrás de la escollera. Aunque tiene espacio suficiente como para moverse sin dificultad, el *Rodney,* al girar, toca con la popa las popas del *Nelson y* del crucero-Richard, tras lo cual se coloca al lado de este último. Comenta entonces que mamá (el *Rodney)* también le está diciendo algo sobre lo que está haciendo con *M. K.*; después quita rápidamente el submarino-Bobby que todavía se encuentra situado entre los cruceros de *M. K.* y Richard y dice: «Ahora ya no está más el genital ahí…». Y de repente se altera el orden de todo. Acuesta todos los barcos sobre uno de sus lados y los coloca en un

montón, dejando solo a un destructor en posición levantada y separado del resto. Comenta que se trata del *Vampire,* que es el único que ha quedado en pie de toda la flota británica. Luego vuelve a formar la flota rápidamente, pero ahora se trata de la alemana. El *Nelson* queda convertido en el *Tirpitz,* que sale a navegar; y el *Vampire,* que estaba escondido tras la escollera, sale a atacarle, mientras los demás barcos se unen al *Tirpitz.* La batalla no llega a decidirse. Richard pregunta entonces a *M. K.* si tiene un cuchillo, y esta le da una navaja. Con ella raspa el mástil del *Vampire,* diciendo que le está sacando los pedacitos malos que tiene. La navaja queda luego convertida en una base americana donde pueden anclar los barcos de todas las nacionalidades. Comenta que los Estados Unidos no están en guerra —pero si— si lo están. Cruceros japoneses y rusos empiezan a entrar en el puerto alternativamente, y el *Vampire,* que ahora es también alemán, entra también y se dan varias batallas. Al parecer los rusos ya no están del lado de los ingleses, sino que se han unido al Japón y a Alemania. Al final, parte de la flota se hace americana, y puede finalmente ayudar al *Vampire* (que otra vez es británico) y al resto de la flota inglesa. Aquí termina el juego, y Richard se va corriendo al grifo, bebe de él, y llena la pila de lavar.

M. K. interpreta que se ha muerto la Armada británica, que representa a toda su familia. El *Vampire* es él, como lo ha sido ya otras veces, pues además hace un día o dos se describió a sí mismo llamándose «el destructor mayor» (sesión cincuenta y tres). Siente que se ha comido a todos y que los ha incorporado dentro de sí y por esta causa el *Nelson* se transforma de repente en el *Tirpitz* alemán. Como entonces se queda solo, se siente abandonado y sin aliados. Siente además que ha atacado, traicionado y abandonado a todos los miembros de su familia; y como piensa que los contiene a todos dentro de él, siente no solo que están furiosos y que le atacan por dentro, sino también su infelicidad, la cual le hace sentirse a él a su vez más desdichado y solo. Al final del juego tuvo la esperanza de poder volver a resucitar a los padres buenos con la ayuda de la flota americana, cosa que lo llevó a beber del grifo y llenar la pila de lavar ya que esta representa a su interior, y el agua a la leche buena de la buena mamá.

Richard se queda mirando la estufa eléctrica que está apagada, y pregunta si se puede quemar con ella, y si tiene electricidad adentro cuando está apagada. La toca con angustia, la enciende y se queda mirando cómo se va poniendo roja. Pero pronto la vuelve a apagar, diciendo que se está poniendo demasiado colorada.

M. K. interpreta que existe una relación entre esto y la sensación que tiene de que sus «oídos por dentro» están muy rosados.

Richard dice que le gustaría sacar los carbones rojos del fuego (son de imitación). Se ha ido poniendo cada vez más enojado y ahora añade que le gustaría también arrancar la barra rota del fuego, tras lo cual pregunta a *M. K.* que si se lo permitiría de ser de ella la estufa.

M. K. le contesta que aun así no le gustaría que se la rompiera.

Richard le pregunta entonces si podría romperle la mesa, de estar esta en su casa.

M. K. le contesta que no le permitiría que se la rompiera del todo, pero que no le importaría que la arañara o le hiciera marcas; le daría en cambio pedazos de madera y otras cosas para que los pudiera cortar. Después interpreta estas preguntas, diciendo que expresan las ganas y el temor que tiene de destruirla a ella cuando contiene al Sr. K., ya que la barra de la estufa representa el genital masculino dentro de su cuerpo. Esto también se aplica a sus padres. Por todo ello, a pesar de estar tan enfadado, quiere que ella frene la violencia que él siente, pues alguien debe evitar que destruya a sus padres y que ataque a su propio genital. Al cortar los pedacitos del *Vampire*, mostró lo que siente que ha hecho con su pene: cortar de él los pedacitos que cree que son malos y peligrosos. Además, se siente lleno de gente que le persigue por dentro y con penes malos dentro del suyo, de los cuales se quiere deshacer, igual que quiere librarse del Sr. Smith y del Sr. Moscardón. Cuando preguntó si se podría quemar con la estufa eléctrica a pesar de estar esta apagada, lo hizo porque se siente muy inseguro pensando que su interior está ardiendo. La oreja rosada y el dolor de oídos representan el pene de papá que arde dentro de él, y que le puede quemar, en venganza por haberle él atacado el pene quemándoselo.

Richard va otra vez a beber agua; en el camino encuentra uno de los tejos: lo coge, lo muerde con fuerza y dice que tiene mal sabor. En cambio, al beber del grifo, comenta que *esto* sí que es bueno. Antes de salir de la cocina, vuelve a llenar la pila, y pide a *M. K.* que suelte el tapón, mientras él se va afuera a mirar con gran interés cómo se vacía el agua.

En esta sesión Richard no ha pedido el cuaderno, sin duda como respuesta a *M. K.* por no haberlo traído el día anterior (nota 1). Se ha sentido menos perseguido tanto por los transeúntes como por las figuras internas. En el momento en que al actuar toda la flota resultó destruida, quedando solo en pie el barco-Richard, la depresión era evidente, pero no persistió al poder

encontrar una solución mejor. Por esto, la impresión que da en esta sesión, en general, no es de desesperanza (nota II).

Notas de la sesión número cincuenta y ocho.

I. Aunque creo que Richard tiene miedo de que haya dejado otra vez el cuaderno en casa, tengo la impresión de que conscientemente no se le ha ocurrido en absoluto preguntármelo; es decir, que ha llegado a reprimir el interés por el cuaderno por temor a ser desilusionado. El proceso que se encuentra por debajo de esta actitud, parece ser el de alejarse del objeto deseado y negar su importancia para evitar odiar y destruir a la persona mala, cosa que le hubiera llevado luego a sentirse culpable y deprimido. Esta defensa maníaca, sin embargo, solo tiene un éxito parcial, pues el odio y el resentimiento le llevan a hundir a toda la flota británica, es decir, a toda la familia, tras lo cual siente culpabilidad, soledad y desesperanza. La frustración ocasionada por el pecho, le lleva también a un incremento del deseo homosexual, expresado en la vuelta hacia el pene del padre (que pone de manifiesto al tomar el *Nelson* entre los dientes).

Sin embargo, como ya dije antes, a pesar de estar profundamente deprimido por momentos, en esta sesión no da Richard una impresión general de total desesperanza. No me cabe duda de que esto se debe a que el análisis, y en particular las últimas sesiones, han tenido el efecto de disminuir las ansiedades depresivas y persecutorias haciéndole posible vivenciar cierta esperanza. Una vez más yo me he convertido para él en la madre buena y amante, y él puede incorporar mis interpretaciones que le sirven de ayuda, proceso este que simboliza al tomar el agua buena del grifo.

El proceso de desviar el sentimiento de culpa y la depresión de su punto central, que es la relación con el objeto primario y único constituido por el pecho de la madre y por la madre en sí, y de vivenciar, en cambio, estas emociones en relación con otras conexiones, constituye un fenómeno frecuente que puede ser considerado como una transacción, como un éxito parcial de la defensa maníaca en su lucha contra la posición depresiva. Muchos pacientes padecen de un sentimiento generalizado de culpa y depresión, o bien de culpas que surgen de situaciones en si triviales; pero la vivencia de culpabilidad que se da en la situación transferencial encuentra a veces grandes dificultades, porque entonces el paciente vuelve a vivenciar todas las emociones ligadas al objeto original.

II. En este momento del análisis, ciertos rasgos se han hecho ya rutinarios. Por ejemplo, al principiar la sesión, Richard pregunta si la R.A.F. ha hecho algún bombardeo aéreo. Como él escucha siempre los noticiarios de la guerra, es evidente que conoce la respuesta a su pregunta, pero quiere que yo se lo confirme.

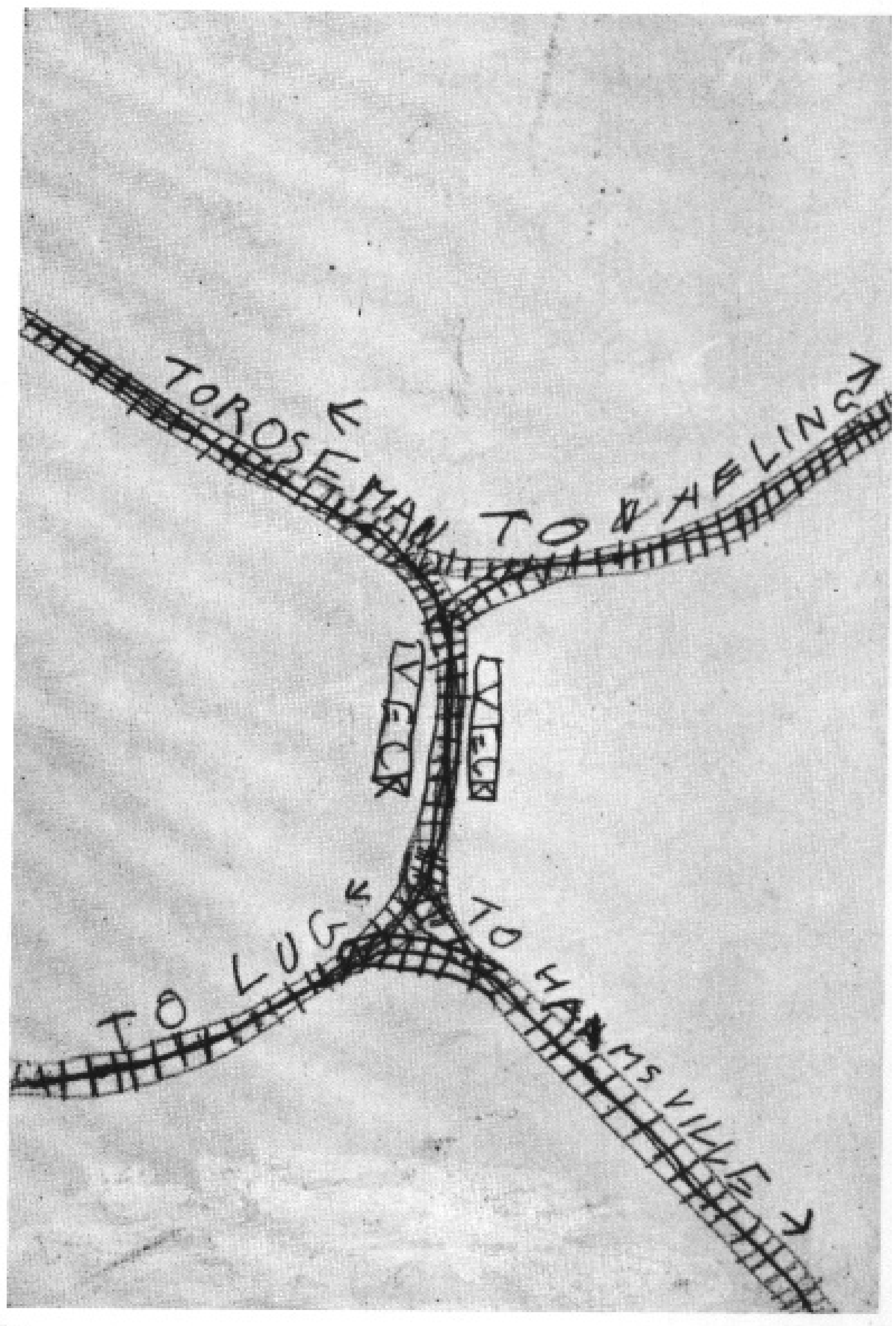
La pregunta implica, además, el deseo de saber si yo he pasado una buena noche, pues, como puede verse en la sesión cincuenta y siete, los bombardeos de la R.A.F. se refieren también a los peligros a que su madre y yo quedamos expuestas cuando tenemos relaciones sexuales malas.

Beber agua del grifo justo después de empezar la sesión, y antes de empezar a jugar, se ha convertido también en una rutina regular. De esta manera empieza Richard la hora, asegurándose de que va a conseguir algo bueno del análisis. También suele preguntar si he ido al cine o qué es lo que he hecho la noche anterior, y esta pregunta tiene dos sentidos: en primer lugar denota que teme privarme a mí de ir al cine; pero, además, que sospecha que yo he estado con el «viejo gruñón» o con el señor Smith, pues los celos que siente han llegado a un punto culminante en el cual el complejo de Edipo se hace evidente en todo su vigor.

Sesión número cincuenta y nueve (domingo)

Richard vuelve a encontrarse con *M. K.* cerca de su casa. Como tiene plena conciencia de que al hacer esto se está aprovechando de ella, trata de manejar su turbación mostrándose muy vivaz y ocurrente. Le pregunta si se ha preguntado acaso quién puede ser el que viene a encontrarla: ¿quizás el Sr. K.? Después le cuenta que todo va muy bien, que ya no tiene dolor de oído y que se siente muy bien; además tiene puesto el traje nuevo. Cuando *M. K.* va en busca de la llave del cuarto de jugar, Richard la espera afuera, y al volver a encontrarla le pregunta a quién ha visto, si solo a la anciana (en cuya casa se encuentran las llaves) o si además a alguien que estuviera con ella. Mientras anda por la calle está alerta, mirando todo lo que pasa y a toda la gente que encuentran. A menudo se vuelve hacia atrás, pero aun cuando no lo hace parece como si advirtiera lo que está pasando a sus espaldas. Comenta que hoy, por ser domingo, no se encontrarán con el Sr. Smith, e indica el camino que este sigue para ir por las mañanas de su casa a su ocupación. Dice que hoy no hay mucha gente en la calle, pero que de todas maneras ya no tiene tanto miedo de encontrarse con la gente. Sin embargo, añade, en un murmullo, que no conviene estar demasiado desprevenido. Al llegar al cuarto de juegos dice que no ha traído la flota, porque no ha querido. Bebe del grifo y pide el cuaderno, pero después cambia de parecer y pide la cesta entera (en la cual *M. K.* lleva sus juguetes, el cuaderno y los lápices). Cuando la tiene, mira adentro con mucho interés y saca las cosas. En primer lugar mira el columpio, y se angustia porque dice que no está bien, ya que uno de los lados está un poco suelto. En seguida lo vuelve a meter en el cesto al cual empuja hacia un lado, comentando que es la mamá dañada, y se pone a dibujar (dibujo 50). El dibujo es otra vez de líneas ferroviarias; los trenes salen de la estación «Roseman» y se dirigen a «Halmsville». Ha vuelto a escribir la palabra como «Halmsville»; al señalárselo *M. K.*, dice que si, que es «Kamsville» lo que ha querido escribir, y no logra darse cuenta al principio de que lo que realmente ha escrito es Ralmsville. Al fin se da cuenta de la equivocación, se sorprende de ella y la corrige, pero sin hacer ninguna asociación con «Halm». La depresión que siente y la incapacidad para cooperar con *M. K.* van en aumento. Mientras mueve el lápiz por las vías del tren, dice que los trenes se dirigen de «Roseman» a «Hamsville», pero que

también hay trenes que van desde «Valeing» hasta «Lug». Mientras habla se mete repetidas veces el lápiz amarillo en la boca.


TO ROSEMAN
TO WHELING
TO LUG
TO HAMMSVILLE

M. K. interpreta que el dibujo representa el peligro de que el pene

«Roseman» se convierta en ballena, porque las dos vías de tren se juntan a pesar de que ha tratado de negarlo, haciendo que los trenes vayan de «Roseman» a «Halmsville». La razón por la cual niega esto es el temor que siente acerca de sus oídos —«Lug»— pues tiene miedo de que deban ser operados. Las ballenas —el órgano sexual malo de papá—, se le están metiendo por los oídos.

En este momento Richard enciende la estufa eléctrica y se queda mirando los barrotes mientras se van poniendo al rojo.

M. K. entonces le interpreta que los barrotes simbolizan a sus oídos, que se ponen rojos por dentro.

Richard está de acuerdo con esto, y entonces apaga el fuego y dice que ahora se ponen otra vez blancos.

M. K. interpreta que teme que en la lucha contra el papá malo interior —la ballena—, los oídos no se le vuelvan a poner blancos otra vez. Los oídos representan además su órgano sexual, y el miedo que siente ante otra posible operación está relacionado con el susto que experimentó cuando le operaron el pene. El día anterior le preguntó si le permitiría arrancar el barrote roto si la estufa fuese suya, y entonces el barrote simbolizó el pene peligroso de su padre. Además, cuando apaga el fuego teme estar matando a todo lo que hay dentro de ella y de él. Le recuerda, en efecto, que en otras ocasiones, apagar el fuego ha representado detener la vida de dentro de mamá y de ella, y que cuando le contó el sueño del auto negro con las chapas de matrícula (sesión nueve), el cual simbolizaba a mamá muerta y llena a su vez de bebés muertos, esto también estaba asociado con el encender y apagar el fuego, constituyendo una alternación entre la vida y la muerte dentro de mamá.

Richard dice con expresión muy triste que no puede oír estas palabras, y que se quiere ir afuera. Una vez allí mira a su alrededor, pero no hace ninguno de los comentarios que acostumbra hacer; después comenta que es una lástima que haya tantas hierbas malas en el jardín, al que debería cuidarse más… Otra vez en la habitación, escribe repetidas veces su nombre en una hoja de papel, pero sin garabatear encima como suele hacerlo, y después pregunta si le haría daño al analista o al paciente, que el primero se enfadara de verdad.

M. K. interpreta que no puede creer que sea verdad que ella no se enfade, porque siente que él le ha hecho daño. Quiere arreglar el jardín sacando de él las hierbas malas, lo cual significa arrancar los bebés malos y el órgano sexual. Apagar el fuego también significa parcialmente lo mismo; pero teme

que eso implique al mismo tiempo la muerte de mamá. Al escribir su nombre sin taparlo con garabatos, está confesando más abiertamente que, de ponerse enojado o celoso, sería muy peligroso tanto para ella como para mamá.

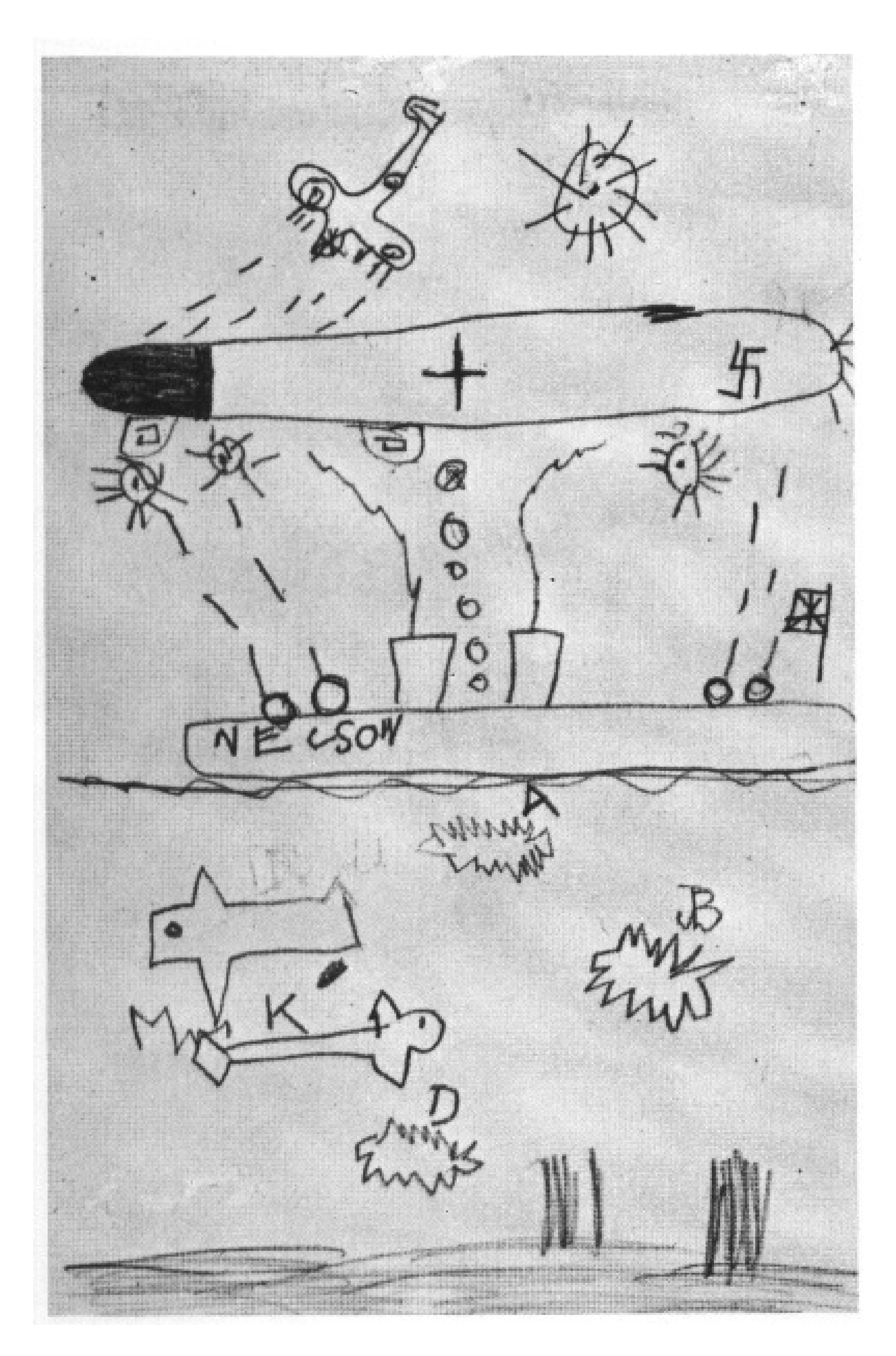
Richard dice que de nada le ayudaría esto, y cuando M K. le pregunta si se refiere al trabajo con ella, contesta que sí; que sabe que le es de utilidad, pero que sin embargo siente que no le puede ayudar.

M. K. le pregunta entonces si ello se debe a que dentro de poco ella le va a dejar.

Richard asiente y dice que le preocupa que *M. K.* se vaya. ¿Pueden realmente ayudarle unas semanas más de análisis y hacer algo por él?

M. K. contesta que unas semanas pueden tener algún valor.

Richard se queda menos triste y hace el dibujo 51, pero antes formula algunas preguntas: ¿Dónde estuvo *M. K.* anoche? ¿En casa? En qué idioma habla con el Sr. K., ¿en austríaco o en alemán? ¿Luchó el Sr. K. en la última guerra en contra de los ingleses? ¿Estaban Hungría y Austria del lado de Alemania? ¿Usaba el Sr. K. cuello y corbata del tipo que él usa ahora, o de tipo más anticuado? ¿Cómo se llamaba de nombre? (Tiene todo el tiempo un aspecto muy angustiado y perseguido).


NELSON
A
JB
K
D

M. K. interpreta que se siente muy angustiado por lo que le pasa a ella de noche, y más aún ahora que se va a marchar por mucho tiempo. Teme que se convierta en la mamá perversa y bruta que, en su imaginación, está llena del papá bruto y perverso. Esto le hace sentir más curiosidad aun por el Sr. K. quien representa a papá y a su pene, pues quiere saber si es venenoso, si está caliente o al rojo, si es una ballena que devora (es decir, si es peligroso para mamá), o si por el contrario, es el «Roseman» bueno. Estos temores también recaen sobre el interior de mamá y de sí mismo, y le recuerda, en este aspecto, el águila (dibujo 49) que representaba a la mamá negra, envenenada y venenosa, la cual contenía al papá fantasma.

Richard echa una mirada a su dibujo y se separa de él encogiéndose, y diciendo que es horrible. Entonces traza la forma elíptica que está en la parte más clara.

M. K. interpreta que ahora los padres malos devorados y devoradores están representados por una boca abierta.

Un poco antes, Richard preguntó a *M. K.* si el martes le podía recibir un poco más tarde de lo convenido, para poder así volver a en tren en vez de en autobús, pues viajar de esta manera es desagradable y cansador**[1119]**.

M K. contesta que siente mucho no poder hacerlo, pero que de todas maneras telefoneará a su madre, pues quizá pueda hacer otro arreglo para que no tenga que viajar en autobús.

Al oír esto Richard palidece y se le llenan los ojos de lágrimas. Aunque se tranquiliza un poco cuando *M. K.* le sugiere el posible arreglo con su madre, es evidente que la frustración le ha dejado muy deprimido.

M. K. interpreta que cada vez que ella no puede hacer lo que él desea, se transforma inmediatamente de mamá buena, en mamá-Hitler, la cual le puede abandonar dejándole en manos de sus enemigos (nota 1).

Richard sigue con el dibujo 51, y pregunta a *M. K.* si puede ver qué es, añadiendo que se trata de un zepelín que arroja bombas por el medio. Las bombas arrojadas por el *Nelson* ascienden a su vez a derecha e izquierda, y un avión británico también lo bombardea. A la derecha del avión hay una bomba. Al terminar esta parte del dibujo traza una línea por debajo del *Nelson,* y dice que por debajo no hay nada más que un pez. En este momento está extremadamente deprimido.

M. K. le pregunta a quién representa el pez.

Richard contesta que es él mismo.

M. K. interpreta que el zepelín representa al Sr. K. y a ella acerca de quienes ha estado haciendo muchas preguntas, y que son los padres malos o

sospechosos que destruyen a los padres buenos, ingleses, pero quienes a su vez son matados por él que está encima de ellos, representado por el avión británico Pero siente que si mata a los padres malos va por fuerza a matar a los buenos, pues se está dando cuenta, cada vez más, de que los padres buenos y los malos son en realidad las mismas personas. En esta sesión ha vuelto a expresar que la quiere a ella porque lo está ayudando. Pero al mismo tiempo ella representa a la mamá-espía, que habla con papá (el Sr. K.) en idioma enemigo, de manera que, al final, siente que ha matado a todos y que está completamente solo en el mundo: el pez situado debajo de la línea.

Richard agrega rápidamente otro pez, algunas estrellas de mar y unas plantas.

M. K. le pregunta quién es el segundo pez.

Richard contesta que Paul, y después de mirar otra vez el dibujo agrega que es ella, y escribe debajo su nombre. Dice además que las dos estrellas son sus pájaros, y la tercera Bobby. Después, rápidamente, escribe muchos números, empezando por el uno. Cuando *M. K.* le pregunta que para qué son, contesta que está rellenando la hoja.

M. K. sugiere que pueden estar representando a gente.

Richard, sin dudar un instante, dice entonces que son bebés. Después mira otra vez el dibujo 51 y comenta que es un cuadro triste.

M. K. interpreta que se siente lleno de desesperanza porque el dibujo sugiere que tanto su familia como ella y el mundo entero se pueden morir quedando él solo. El día anterior él era también el único destructor que quedaba de toda la flota británica. Pero simultáneamente está expresando la esperanza de no estar solo más tiempo, cosa que ha demostrado al dibujar el segundo pez (Paul al principio, y luego *M. K.*) que le viene a acompañar. También el día anterior imaginó que después de todo los Estados Unidos venían a ayudar a Gran Bretaña. Todo esto quiere decir que a pesar de sus temores, tiene la esperanza de que el análisis pueda ser continuado más adelante y que la mamá buena y él mismo puedan continuar con vida**[1120]**. Richard se ha dirigido a la ventana varías veces para ver pasar a los transeúntes. Comenta que una mujer que pasa es rara y que tiene aspecto de italiana; y al pasar un grupo de niños, no corre a esconderse como de costumbre sino que dice: «No importa si me ven». Aun cuando pasa la niña pelirroja con sus amigos —que son enemigos especiales— se niega a separarse de la ventana, y en cambio pone una cara severa y saca la barbilla, en un evidente esfuerzo por enfrentarse con ellos. La depresión y la culpa han aumentado debido al hecho de que su padre se vuelve a casa el día siguiente.

Y también tiene sentimientos conflictivos sobre las sesiones del domingo, porque aunque siente alivio por no tener sesión ese día y poder irse a su casa los fines de semana, el perder el análisis incrementa el sentimiento de pérdida y de culpa que tiene. Durante la sesión pregunta a *M. K.* si el domingo va a ver a alguien más, y añade que desearía que no fuera así, ya que a él no lo va a atender. Tiene conciencia de que depende de él el tener o no la sesión.

Camino del pueblo observa muy especialmente todo lo que ve y a la gente que pasa. Pregunta a *M. K.* si va a ir a buscar el periódico dominical a la tienda del Sr. Evans (cosa que ya le ha preguntado en el transcurso de la sesión) y añade con una nota de triunfo en la voz, que hoy no puede ir a la tienda de comestibles. Sin embargo, hay un negocio que está abierto: la farmacia.

En un momento de la caminata, deja de fijarse en la gente y su tensión se relaja un poco: es en un momento en que ve al gatito que devolvió a sus dueños unos días antes. Entonces se le ilumina la cara, y pide a *M. K.* que se acerque a la valía donde está sentado, para verle. Le acaricia y pregunta si no le parece que es muy rico, tras lo cual se pone a hablar con el animalito, diciéndole que se vaya a su casa y que no se vuelva a perder. Es muy notable el cambio que se opera entonces en su expresión facial y en su actitud general, pues pasa de un estado depresivo, de persecución, sospecha y vigilancia, a uno de amor y de ternura.

Nota de la sesión número cincuenta y nueve.

1. Según la opinión de muchos psicoanalistas, la frustración es la causa de la ansiedad persecutoria y de la agresión. Si bien es verdad que una frustración excesiva tiende a incrementar la ansiedad persecutoria, quiero insistir aquí, como ya lo he hecho en otros sitios, que los niños, en quienes la ansiedad persecutoria es muy fuerte, son particularmente incapaces de soportar frustraciones, porque estas, en su imaginación, convierten el objeto en uno persecutorio que se alía con los enemigos. Creo que esto está en relación con la proyección de los impulsos destructivos, que suponemos que operan desde el principio de la vida.

Sesión número sesenta (lunes)

Richard espera a *M. K.* en la esquina de la calle por la cual puede venir el Sr. Smith, evidentemente deseando vigilarle. Está menos excitado y perseguido que el día anterior, a pesar de estar por estallar una tormenta, a las que, como dije anteriormente, les tiene mucho miedo. Dice que ahora solo le dan miedo los relámpagos y no los truenos, pero pronto deja de fingir. Le cuenta a *M. K.* que su madre ha arreglado las cosas de manera que pueda venir de vuelta a «*X*» en auto el día siguiente, de manera que no tenga que viajar solo en el autobús. En el cuarto de juegos, *M. K.* y Richard se encuentran con que han llegado varios paquetes y palos (para uso de las niñas exploradoras). Richard trata de ver lo que hay dentro de los paquetes, pero pronto abandona el intento, aunque antes de irse lo vuelve a hacer otra vez. Comenta que en uno de los sacos puede haber un oso.

M. K. le pregunta si se trata de un oso vivo.

Richard contesta que no, pero con aire dudoso.

M. K. le sugiere que si no está ni vivo ni muerto, quizá se trate de un oso fantasma.

Richard contesta ansiosamente que puede ser. Como acostumbra hacer, se va a beber del grifo y pregunta a *M. K.* si ha habido algún bombardeo de la R.A.F., tras lo cual le pregunta si puede hacer algo por él: levantarle del suelo el abrigo, que se le ha caído. Explica que tiene un calambre en la pierna y que le duele cuando se agacha.

M. K. levanta el abrigo, pero le interpreta que necesita que haga otras cosas por él aparte de analizarle, por la misma razón por la que bebe agua del grifo «bueno»: las dos cosas le sirven para asegurarse de que ella, cuyo pecho representa el grifo, no está enfadada con él y no es la mamá-Hitler atacada y que ataca a su vez.

Cuando la tormenta se acerca más, Richard le pide que oscurezca la habitación para no ver la lluvia ni los relámpagos y sentirse más seguro. Antes de que *M. K.* termine de oscurecer d cuarto (en cuya tarea no hace ningún intento de participar) se pone a cazar moscardones. En un ángulo de la ventana ve a dos que están juntos y comenta: «Aquí hay dos lascivos; los voy a echar».

M. K. le pregunta lo que quiere decir por «lascivos».

Richard contesta: «Oh, simplemente sucios y…». Tras esto enseña a *M. K.* que hay muchos más en la otra ventana, comentando que a veces hay cientos de ellos, con sus bebés.

M. K. interpreta que lascivos y sucios significa para él sexuales. Los dos lascivos, con sus bebés, representan a sus padres durante las relaciones sexuales, a quienes quiere echar porque tiene celos de ellos y los odia.

Richard se pone a cazar algunas moscas con los dedos, llamándolas Sr. y Sra. Moscardón, y también sucios. Tras esto dice con pena que ahora se van a mojar mucho afuera, aunque quizá puedan irse a su casa.

M. K. le pregunta dónde está su casa.

Tras una pausa Richard contesta tristemente: «Creo que en esta habitación». Enciende entonces la estufa, diciendo que tiene frío, aunque en realidad está todo muy cerrado. Llueve a cántaros y *M. K.* ha oscurecido el cuarto. Richard enciende la luz y dice: «Estamos muy cómodos aquí solos ¿verdad?», pero cada cinco minutos se pone a mirar hacia afuera desde detrás de las cortinas, y se refiere a la lluvia que cae a torrentes, llamándola también «lluvia sucia y asquerosa». Dice que los dos están en un peligro más grande que los demás, porque la casa está sola y no en el pueblo (la tormenta no es muy fuerte y está bastante lejos). Pregunta después si *M. K.* ha visto al Sr. Smith, aunque sabe que esto es imposible, ya que las cortinas están echadas y no puede habérselo encontrado en la calle antes de encontrarse con Richard. También le pregunta varias veces para qué son los paquetes y los palos, aunque sabe bien que ella no puede saber más que él del asunto. Sigue mirando a la calle con frecuencia, y le va dando noticias del estado del tiempo, diciendo que ahora llueve menos, el sol está saliendo y las montañas van a tener menos lluvia, cosa que parece ponerle contento.

M. K. interpreta que al mirar afuera, está tratando de controlar al tiempo y al Sr. Smith, los que representan al Sr. K. y a papá, que parecen estar siempre en su mente. Deshacerse de los truenos y de los relámpagos, significa poder controlar el pene poderoso de su padre. Le recuerda a este respecto el juego de la cuerda (sesión cincuenta y dos) y la manera como este estaba asociado al rayo que le caía al embajador chino y a él mismo (dibujo 47). El deseo de echar a su padre no se debe únicamente a que quiera que mamá sea solo para él (igual que *M. K.* respecto al Sr. Smith), sino también porque el temor de que la lluvia sucia dañe las montañas, significa que el órgano sexual venenoso de su padre es peligroso para mamá. Por esto se siente obligado a vigilar constantemente a sus padres y a mantenerlos separados. Pero al mismo tiempo siente pena por su padre, al que echa al frío y a la lluvia igual que a los

moscardones, y hoy lo siente en forma muy particular, por haberse ido él esta mañana. Siente como si hubiera conseguido que mamá dijera «Vete» tal como le pidió a *M. K.* que se lo dijera al Sr. Smith hace unos días. Cree entonces que su padre se ha ido bajo órdenes suyas y teme que *M. K.* le castigue por ello, abandonándole. Además, cuando se deshace de los padres (el Sr. K. y la Sra. Moscardón a quienes echa de su hogar)**[1121]** siente como si también estuviera destruyendo a los padres buenos. *M. K.* se refiere luego al dibujo 51, al que Richard ha llamado dibujo triste y le dice que al decir esto sintió que se quedaba solo en el mundo, de igual forma en que en el juego de la flota de hace dos días, el destructor-Richard era el único que quedaba de toda la armada británica.

Richard dice con énfasis que el juego de la flota nada tiene que ver con los dibujos.

M. K. interpreta entonces que a menudo se deja la flota en casa, diciendo que no quiere venir, porque parece sentir que si la separa de los demás juegos, logra de alguna manera mantener a su familia a salvo. Esta queda a salvo en la flota, cuando siente que la está destruyendo de otras maneras. [Disociación].

Richard contesta que el *Nelson* del dibujo 51 no está destruido, pues las bombas del zepelín han caído afuera y no le han dañado. Solo el zepelín ha quedado destruido, y representa al Sr. K. pero no a *M. K.*, ya que ella está con él debajo de la línea, representados los dos por los dos peces.

M. K. interpreta que al hacer el dibujo parece haber sentido que ella también estaba en el zepelín, y que era la mamá-espía, mientras que el *Nelson* con las dos chimeneas, representaba a los padres buenos, los cuales tienen que morir al mismo tiempo que los malos (el zepelín). En esta situación, solo el avión que bombardea, y que es él, llega a sobrevivir. El primer pez que está por debajo de la línea, también es él, el cual una vez más queda como único sobreviviente; pero como tal situación le resulta inaguantable, ha dibujado el segundo pez, el cual la representa a ella, a la mamá buena. Las estrellas son los dos pájaros y Bobby; en realidad, Paul y sus padres. De esta manera, ha resucitado bajo la línea a toda la familia, insistiendo en que lo que pasa abajo no tiene nada que ver con lo de arriba. Esto quiere decir que mentalmente mantiene separadas la parte hostil de su persona, que hace los bombardeos y el desastre al que estos llevan (la familia destruida) y la necesidad que siente, por otra parte, de amar y resucitar a la familia, representada en la pacífica escena de debajo de la raya.

Mientras *M. K.* está interpretando, Richard se pone a mirar los dibujos, aparentemente sin escucharla. Pero de repente la mira de frente y dice con voz tierna: «¿En qué estás pensando?».

M. K. contesta que está pensando en lo que acaba de decirle a él.

Richard contesta que le gusta lo que acaba de decirle.

M. K. interpreta que al explicarle ella que quiere atacar a toda su familia, sintió que todo el mundo, incluso ella, era malo y enemigo, y por esto no quiso escuchar la interpretación; pero cuando ella le mostró que en la otra parte del dibujo, es decir, de su mente, resucita a todos, se convirtió en la mamá viva, que le ayuda y le alimenta. Esta es la parte de la interpretación que le ha gustado, porque le demuestra que reconoce los sentimientos buenos que también tiene.

Cuando ya casi no llueve, Richard se va afuera, mira a su alrededor y comenta que las montañas han soportado una tremenda cantidad de agua, y que lo siente por ellas; por otra parte puede que les haya venido bien, pues hay quienes creen que es necesario que llueva. Descubre después en la ventana una gran polilla y se asusta de ella. La ataca con la navaja, la hiere, la coloca sobre la mesa cuando todavía se está moviendo un poco, y se queda mirándola jubilosamente. Luego le sopla las alas para sacarles el polvito que tienen, pero al fin se esfuerza por no hacerlo más, sin duda sintiéndose culpable y asustado. Como de costumbre, dramatiza toda la situación, y en el momento en que está por rematar al animalito con su navaja dice: «Ahora el cuchillo se cierne sobre ella, y está por morir». Tras lo cual, la aplasta con el pie. Está muy excitado y sonrojado, mientras con voz triunfante habla de la muerte de la polilla y de su victoria. De pronto, al mirarla otra vez, dice que se parece bastante a un escarabajo, a los cuales teme. Se queda ahora inquieto y turbado.

M. K. interpreta que la polilla representa para él lo mismo que el «Sr. Moscardón», y que atacarla es lo mismo que atacar a papá y a su órgano sexual, al cual quisiera tratar como a la polilla. Por esto ahora se ha transformado en un escarabajo que le da miedo, pues teme que le trate a él de la misma manera en que él lo ha tratado. [Miedo a la venganza y a la persecución].

Richard dice entonces: «Por favor, no lo llames escarabajo; me da miedo».

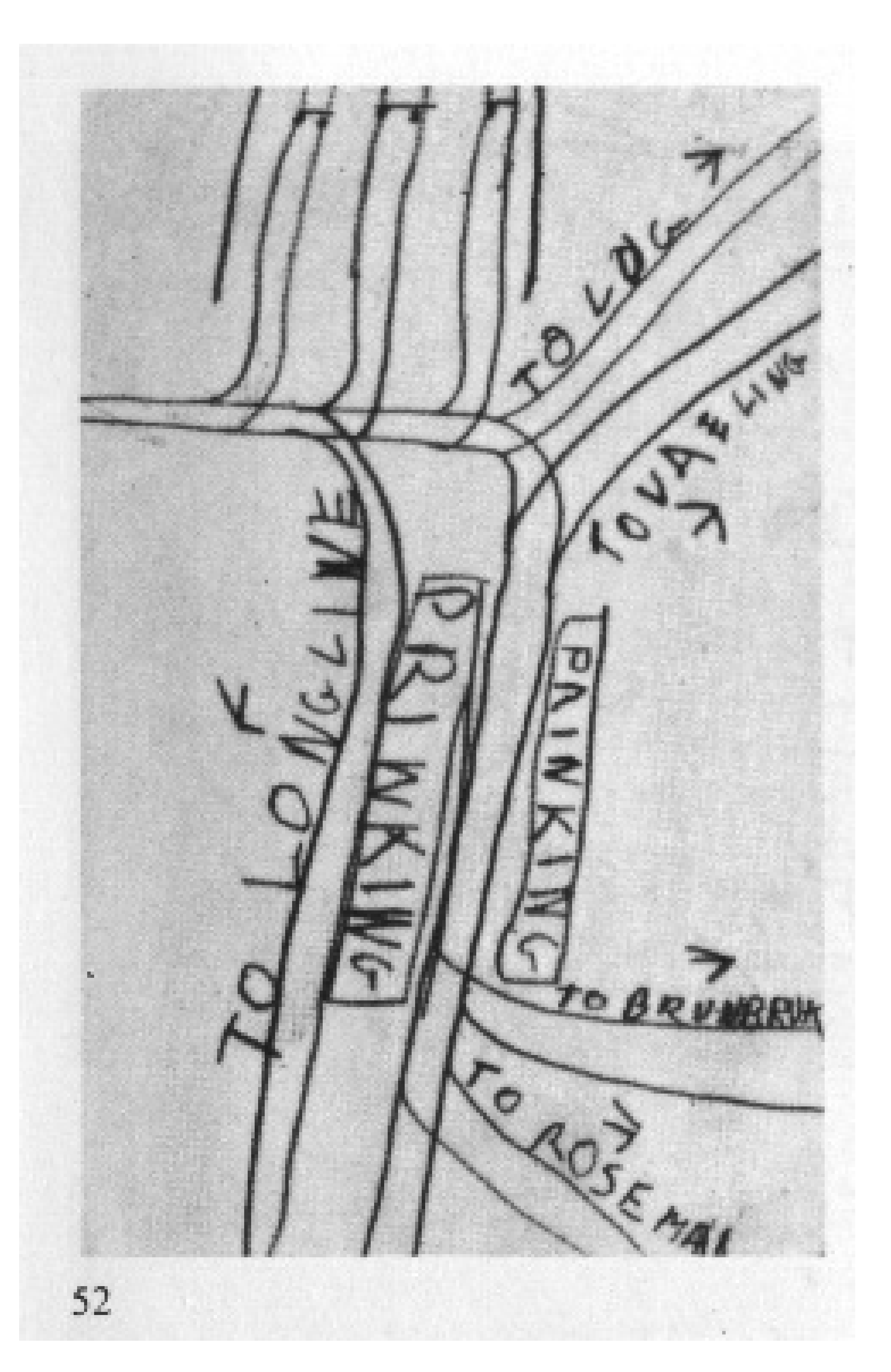
M. K. interpreta que esto se debe a que, en su imaginación, la polilla muerta se ha transformado en un escarabajo que le asusta más aún. Se ha convertido en un enemigo, al que siente además que se ha comido, pues

mientras lo mataba, estaba apretando los dientes todo el tiempo. En ciertos momentos piensa que mata al papá odiado, y que este se transforma en el papá-pulpo interno, al que odia; en cambio, en otras ocasiones, desea salvarlo, a él y a mamá, por esta razón dejó en libertad a los moscardones. Lo mismo ha ocurrido en el dibujo, donde al principio mató a los padres buenos y malos y a la *M. K.* mala, para luego resucitar a ella y a toda la familia.

Cuando la tormenta cesa del todo, Richard pide a *M. K.* que le ayude a correr las cortinas, y se queda gozando al ver cómo el sol rompe a través de las nubes; después corre afuera para ver cómo están las montañas y el jardín. Al volver a entrar busca a la polilla que está en el suelo, y se queda preocupado y lleno de sospechas al ver que ha desaparecido.

M. K. interpreta que siente que la polilla ha desaparecido dentro de él, convirtiéndose en un enemigo interior, aunque en realidad puede habérsele quedado pegada a la suela del zapato por haberla pisado al salir de la habitación.

Richard dice que seguramente este es el caso, pero sigue preocupado y deprimido… Hace luego con gran placer el dibujo 52; como puede verse en él, hay dos líneas ferroviarias importantes; sobre una de ellas escribe «Longline», y sobre la otra, «Prinking». La línea de Prinking lleva por un lado a «Lug» y a «Valeing», y por el otro a «Brumbruk» y a «Roseman». Cuando *M. K.* le dice que la sesión ha terminado, Richard no tiene ganas de irse (nota 1). Recoge sus cosas con lentitud y comenta todavía que «Prinking» es un «rey orgulloso».


TO LOG
PARKING
PARKING
TO ROSEMAI

M. K. interpreta que quiere decir que papá está arreglado, pues Longline representa su órgano sexual poderoso, no dañado. Además, la segunda «n» de Longline se parece mucho a una «v», con lo que queda formada la palabra «Longlive[1122]».

Richard dice entonces que «Brumbruk» es marrón.

M. K. interpreta que el papá arreglado con la «longline[1123]» va desde ballenas[1124] hasta un sitio marrón, lo cual expresa que teme que el papá «rey orgulloso» sea muy peligroso, pues se está disponiendo a atacar el sitio marrón que representa el trasero de mamá (tal como el reloj marrón representó tantas veces el trasero de *M. K.*).

Al irse, Richard pregunta a *M. K.* dónde va a ir primero. Cuando esta le contesta que a la tienda de comestibles, le vuelve a preguntar si realmente tiene que ir allí otra vez. No le preocupa el padre del tendero, que es un hombre muy viejo, pero sí por el comerciante mismo, pues no cree que sea una persona bien.

M. K. interpreta que el tendero representa al papá peligroso y al Sr. K. y que cada vez que ella va a su tienda, los dos juntos se transforman en los padres moscardones, sucios y sexuales.

Notas de la sesión número sesenta.

I. Según mi experiencia, cuando el paciente deja de escuchar y la resistencia se hace muy fuerte, la única manera de conseguir que colabore es mediante la interpretación. En ese caso, en cuanto termino de interpretar el deseo que tiene Richard de resucitar a su familia (interpretación que se basa en el material que sigue a las interpretaciones precedentes sobre la destrucción de la familia y la pérdida que resulta de ello), se vuelve a restablecer la plena colaboración del niño. Como mencioné antes, el día anterior no pude llegar a penetrar bien en la depresión de Richard y esto se debió a que con mis interpretaciones no logré establecer una adecuada conexión entre sus impulsos destructivos y los reparatorios. A pesar de ello, dicha sesión parece haber producido cierto efecto, pues Richard comienza la de hoy con un estado de ánimo mucho mejor, y se siente desde el principio mucho más capaz de colaborar conmigo.

La importancia terapéutica que tiene el ir ligando los diversos aspectos de los impulsos y de las situaciones (en este caso de la destrucción y la reparación) nunca puede ser sobrevalorada. Uno de los fines principales que

se propone el psicoanálisis, es, en efecto, dar al paciente la posibilidad de ir integrando las partes disociadas de su personalidad, de manera tal que quede mitigado el efecto de las diferentes fantasías que surgen con la disociación. Para que esta integración pueda llevarse a cabo, el analista debe seguir el material muy de cerca, dando en sus interpretaciones la importancia debida, tanto a los impulsos agresivos como a sus consecuencias. Pero al mismo tiempo, no debe descuidar ninguna indicación que aparezca en el material referente a la capacidad amatoria del paciente y al deseo de reparar que pueda tener. Lo cual, a su vez, tampoco significa tranquilizarle en cuanto a sus impulsos destructivos.

Sesión número sesenta y uno (martes).

Richard encuentra a *M. K.* en la esquina, y le comunica que tiene muy malas noticias. En ese momento Paul, que le ha traído en auto, pasa en él por la calle y saluda a *M. K.* con la cabeza, mientras *M. K.* hace lo mismo. Richard se queda muy contento, diciendo que quería que viera a su hermano, pues en realidad es un muchacho muy bueno. Después sigue diciendo que ha pasado algo horrible, pero que no se lo va a contar hasta no estar dentro de la casa. Una vez adentro, espera hasta que los dos están sentados (introduciendo ya en esto un elemento de dramatización) y cuenta que esa mañana, temprano, encontró a su papá tendido en el suelo, enfermo y casi desmayado. Llamó entonces a mamá quien «entró corriendo en la habitación» seguida por Paul, y juntos lo llevaron al dormitorio y le metieron en la cama. Richard cuenta esto en forma dramática, gozando del papel que representa al poder relatarle un hecho tan importante, pero al mismo tiempo es evidente que está muy preocupado. Añade que espera que su padre se mejore. La descripción detallada que da de su padre mientras era atendido, muestra que en su imaginación, este se ha convertido en bebé, mientras que él es un adulto que lo cuida[1125]. Pregunta a *M. K.* lo que piensa de todo y se alegra cuando esta le expresa su simpatía. Continúa diciendo que va a contar lo que ha pasado a todo el mundo del hotel, pero luego se corrige y agrega que no a todos, sino a algunas personas. A raíz de todo eso se tiene que quedar solo en «X» hasta el fin de semana, y es una suerte, comenta, que esté mucho mejor y menos asustado, y que pueda hacerlo. Explica que hay dos razones por las que su padre se ha enfermado: primero, a causa de «X», que es un sitio muy cerrado; segundo, porque ha trabajado demasiado, y ha tenido un invierno muy cansador. (Aquí otra vez parece genuinamente preocupado). No le van a tener que operar, cosa que Richard temió que fuera necesario; y se alegra de ello, pues teme que no pudiera soportar la operación. Mientras habla, repite con énfasis que hizo lo que mejor pudo, pero que él solo no podía llevar a su padre a la cama, pues es muy pesado. Tras relatar todos estos detalles se opera en Richard un gran cambio. Antes estaba emocionado, aunque bastante compuesto, y con una cara vivaz y expresiva. Ahora se queda inquieto, palidece, y cobra un aspecto angustiado y de perseguido. Trata de mirar dentro de los paquetes que dejaron el día anterior en el cuarto y da un puntapié a los palos… Después vuelve hacia la mesa y refiriéndose una vez

más a la enfermedad de su padre, repite que es una suerte que no tenga que ser operado. Saca entonces de su bolsillo una navaja, y dice que como es de él, ya no necesita pedírsela prestada a *M. K.*; la abre, y con ella empieza a raspar los palos. Después se dirige a la ventana y, de espaldas a *M. K.*, se golpea los dientes con la navaja.

M. K. interpreta que el día anterior pensó en dos maneras de enfrentarse con el padre intruso: una fue echar fuera de la habitación al Sr. y a la Sra. Moscardón para dejarlos libres, aunque reconociera después que los había sacado de su hogar para echarles a la lluvia.

Aquí Richard interrumpe y pregunta cuál es la otra manera.

M. K. interpreta que fue lo que le hizo al moscardón, al que opero y luego mató en representación de su papá. Cuando hace un rato trató de cortar los palos con la navaja fue porque temía haber atacado a su padre, y como este está ahora realmente enfermo, siente que es por su culpa [Deseo omnipotente].

Por sentirse ahora culpable, desea castigarse, y por esta causa ha vuelto el cuchillo contra sí mismo, golpeándose los dientes con él. Tras esta interpretación Richard se tranquiliza y el color vuelve a sus mejillas. Está impresionado y tiene cara de haber comprendido. (Al parecer el autoconocimiento que acaba de adquirir se encuentra en un plano casi consciente). Pero pronto se pone muy agresivo con la navaja. Raspa los palos y el marco de la ventana, trata de cortar la mesa y está ya por cortar los paquetes, cuando *M. K.* le pide que no lo haga. También se mete varias veces la hoja de la navaja en la boca, pero como *M. K.* le previene que puede llegar a hacerse daño, deja de hacerlo. Después da vueltas por la habitación con la navaja bien abierta y dirigida contra sí mismo, de modo tal que de caerse, se dañaría. Una vez más *M. K.* le previene contra esto, y Richard termina por cerrarla (nota 1).

M. K. interpreta que siente que tiene dentro de sí al padre-polilla dañado, cortado en pedazos y muerto, sentimiento que ha aumentado al ver a su padre realmente enfermo y al temer que llegue a morirse. Quiere sacar de dentro de sí a este padre peligroso, enfermo o muerto, y por ello vuelve el cuchillo contra sí mismo, lo cual implica además dañarse, o incluso llegar a matarse él mismo. El palo, que representa el gran órgano sexual de su padre, también siente que se encuentra dentro de él, y también a él está atacando. Y el intento de romper la mesa y de cortar la ventana tiene el mismo sentido. Como se siente muy culpable por tener tantos impulsos agresivos, se quiere luego castigar.

Richard está muy asustado y triste, y dice que le gustaría «no estar aquí».

M. K. interpreta que el «X que es tan cerrado» que ha enfermado a su padre, la representa a ella y al análisis. Ella se ha transformado ahora, en efecto, en la mamá dañada que contiene al papá también dañado, y por lo tanto, peligroso. Y se siente tan culpable que está tratando de culparla a ella (quien representa también a la mamá mala) de la enfermedad de papá.

Richard se pone a explorar la habitación. Se dirige a la cocina, abre las puertas del horno y saca de dentro un poco de hollín. Con un hacha que encuentra golpea la tabla de escurrir, aunque lo hace con bastante prudencia, y enseña a *M. K.* algunas marcas que ya estaban hechas de antes. Después golpea las cañerías del fogón con el hacha y dice que si esta casa fuera de él, lo rompería todo.

M. K. interpreta que tiene miedo de lo que hay en el interior de ella y de mamá, así como de su propio interior; siente que es el pene de papá, enorme y destruido, que ahora es particularmente peligroso, ya que teme que su padre se muera. De manera que piensa que no le queda más remedio que romperlo mientras está adentro, o sacárselo mediante una operación. Por eso ha estado cortando varias cosas con la navaja, y acaba de golpear la tabla de escurrir y la cañería con el hacha. Quizá también sienta que solo mediante una operación se le pueda quitar la enfermedad a papá (nota II).

Richard limpia un poco el hollín que hay en el fogón. Explora dentro de uno de los paquetes, logrando meter en él la mano, pero no logra averiguar qué es lo que contiene. Vuelve a mencionar que se debe de tratar de un oso y pregunta si les importaría a los demás que él abriera realmente el paquete o lo cortara. Después barre el suelo, diciendo que quiere que esté en buenas condiciones para la demás gente que usa la habitación. Al encontrar una escobilla se pone a limpiar el inodoro y se queda muy contento al comprobar que tras ello queda mucho mejor. Mientras ejecuta afiebradamente esta actividad, solo pregunta unas cuantas cosas, siendo la última si la R.A.F. ha hecho algún bombardeo.

M. K. interpreta que está tratando de usar otro método para poder enfrentarse con el miedo que tiene: piensa a este respecto que si logra desembarazar su interior, el de mamá y el de ella, de todo «lo grande» que contienen (el cual en este momento es para él lo mismo que el escarabajo, la polilla y el pene peligroso de su padre), quizá con ello todos se pongan bien. Esto implica, además, que también quiere desembarazar a su padre de lo que lo haya enfermado, que, según él, es «lo grande» que él ha puesto dentro de su cuerpo, y que representa bombas.

Richard sigue explorando la habitación, y encuentra en un armario varias cosas que hasta ahora nunca ha tocado. Entre ellas hay unas cajas que abre, sacando de ellas las cosas sueltas que contienen; pero, como de costumbre, tiene mucho cuidado en volverlo a colocar todo tal como estaba, sobre todo por miedo a las niñas exploradoras. Coge un libro y se pone a mirar las ilustraciones. Está considerablemente más tranquilo ahora. Pregunta varias veces a *M. K.* si hoy va a ir al pueblo, y se pone contento cuando esta le contesta que tiene que ir al correo.

M. K. le pregunta entonces por qué prefiere que vaya allí en vez de a la tienda de comestibles o a la del señor Smith.

Richard contesta que si va al correo debe caminar más tiempo con él. (Lo cual no es verdad, pues el correo queda más cerca del cuarto de juegos que las otras tiendas).

M. K. le sugiere entonces que si prefiere que vaya al correo y a la zapatería es porque en estos sitios solo hay mujeres, y que entonces no necesita asustarse tanto de los hombres «horribles» que son para él el señor K., el señor Smith, el señor Evans y el tendero.

Llama la atención en esta sesión, que Richard solo haya tenido pena por la enfermedad de su padre al principio de la hora. Cuando menciona la manera en que este fue metido en la cama y cuidado, se hace evidente que en su imaginación el padre se ha convertido en un bebé hacia el cual siente una gran compasión. Pero los sentimientos predominantes del resto de la sesión son de orden persecutorio, y se refieren a peligros internos, que amenazan tanto a él como a su madre (nota III). Puede verse también una gran urgencia por arreglar las cosas. El hecho de que los ataques que lleva a cabo son dirigidos contra perseguidores internos, a pesar de que en apariencia fueran hechos contra los objetos externos de la habitación, se hace evidente si consideramos que Richard no ha mirado a los transeúntes con la intensidad con que suele hacerlo. Más tarde, en la calle, sigue sin interesarse en niños ni en adultos, pero para entonces ha cambiado de humor. Se ha puesto serio y triste, y al despedirse de *M. K.* sigue todavía muy pensativo. Sin duda una vez más ha llegado al máximo la preocupación por su padre y la ansiedad que su enfermedad le provoca.

Notas de las sesión número sesenta y uno.

I. He indicado ya antes que el analista tiene a veces que impedir que el niño le haga daño; ahora quiero añadir que es igualmente importante evitar que se haga daño a sí mismo.

II. Uno de los móviles que da mayor ímpetu a la agresión, se deriva de la necesidad de salvar el objeto, arrancando o cortando de él lo malo que contiene. Este mecanismo es de gran importancia para comprender la delincuencia. Daré un ejemplo de ello: un niño de cuatro años, cuya madre estaba embarazada, sentía una enorme angustia por el embarazo de esta. Aunque deseaba tener un hermanito, sentía al mismo tiempo muchos celos de él, y además temía que hubiera algo malo dentro de su mamá debido a que esta se sentía a menudo mal. Varias veces llegó a cortar las sábanas de su cama, la tela de un biombo y hasta su propio pijama; y nada le podía impedir que hiciera esto, si no era poner las tijeras fuera del alcance de su mano. Resulta bien claro que estos ataques se dirigían en parte a él mismo, que contenía a la madre con el niño; pero en parte también se dirigían contra su madre, tratando con ello de salvarla del bebé malo y peligroso que estaba dentro de ella. En el caso de este niño, es bien evidente la asociación que hay entre sus actividades destructivas y el embarazo de su madre; pero también se da esta necesidad de cortar cosas en niños cuyas madres no están embarazadas. Y no me cabe duda de que a pesar de que también entren en las motivaciones que llevan a ello otras ansiedades, siempre está en operancia una necesidad muy intensa de mirar dentro del cuerpo de la madre y de sacar de él los bebés en potencia que contiene o el pene malo del padre.

III. En esta sesión he interpretado sobre todo los sentimientos de persecución de Richard, aunque preguntándome todo el tiempo si mis interpretaciones eran adecuadas, ya que sin duda también estaban presentes sentimientos de tristeza y de preocupación. El curso que sigue la sesión, el evidente alivio del niño al finalizarla, me sugieren, sin embargo, que mis interpretaciones han sido correctas. Además, el cambio que se opera en Richard al finalizar la sesión, cuando queda triste y pensativo, demuestra que esta parte de sus sentimientos ha podido ponerse en un primer plano, como consecuencia de la previa interpretación de las ansiedades persecutorias.

En varias oportunidades he sugerido que, a menudo, la ansiedad persecutoria queda reforzada cuando la depresión se hace intolerable. Este refuerzo significa, además, que los sentimientos de amor, compasión y culpa, se encuentran sofocados. Por otra parte, cuando la ansiedad persecutoria es muy intensa desde el nacimiento, la posición depresiva no puede llegar a elaborarse. Enfrentado entonces con una persecución tan intensa, el individuo

es incapaz de manifestar o vivenciar el dolor producido por la depresión y la culpa. En nuestro trabajo clínico, empero, nos enfrentamos a veces con sentimientos de persecución que duran largos períodos de tiempo, y es esto lo que debe ser interpretado entonces. Nuestro conocimiento de que la culpa y la depresión también obran en cierta medida en todo individuo, aguza nuestra atención respecto de cualesquiera indicios de estas emociones, que pudieran aparecer en el curso ulterior del análisis. Inversamente, se dan casos de personalidades en las que, al principio, encontramos en especial sentimientos de depresión o las defensas erigidas contra estos; y en estos casos debemos tener en cuenta que también están en operancia ansiedades persecutorias, que en el transcurso del análisis se irán poniendo en un primer plano.

La conclusión a que llegamos, pues, es que debemos dirigir nuestra atención a cualquier tipo de emoción que prevalezca en el momento, teniendo siempre en cuenta, sin embargo, que también se van a manifestar otros tipos de situaciones de ansiedad.

Sesión número sesenta y dos (miércoles)

Richard se encuentra con *M. K.* frente al cuarto de jugar. Está serio y triste y no tan perseguido como el día anterior. Cuenta que su madre le ha llamado por teléfono, para decirle que su padre ha pasado una buena noche y que el doctor está contento con él, cosa que le ha alegrado mucho. Una vez adentro, dice que su mamá le ha dicho que arregle los horarios de manera de tener la sesión del viernes por la tarde, para así poder irse a casa el jueves por la noche y volver a tiempo para la sesión del viernes. Parece preocupado al hacer este pedido, y aunque *M. K.* en seguida se muestra de acuerdo, le pregunta dos veces cuándo va a saber si puede hacerle este cambio de horario.

M. K. le señala que el cambio *es* posible, pero que parece dudar de que algo que desea se pueda hacer realidad. A Richard se le ilumina el rostro cuando por fin se da cuenta de que *M. K.* está de acuerdo con que se vaya a su casa, y de que no se ha producido ninguna oposición entre ella y su madre.

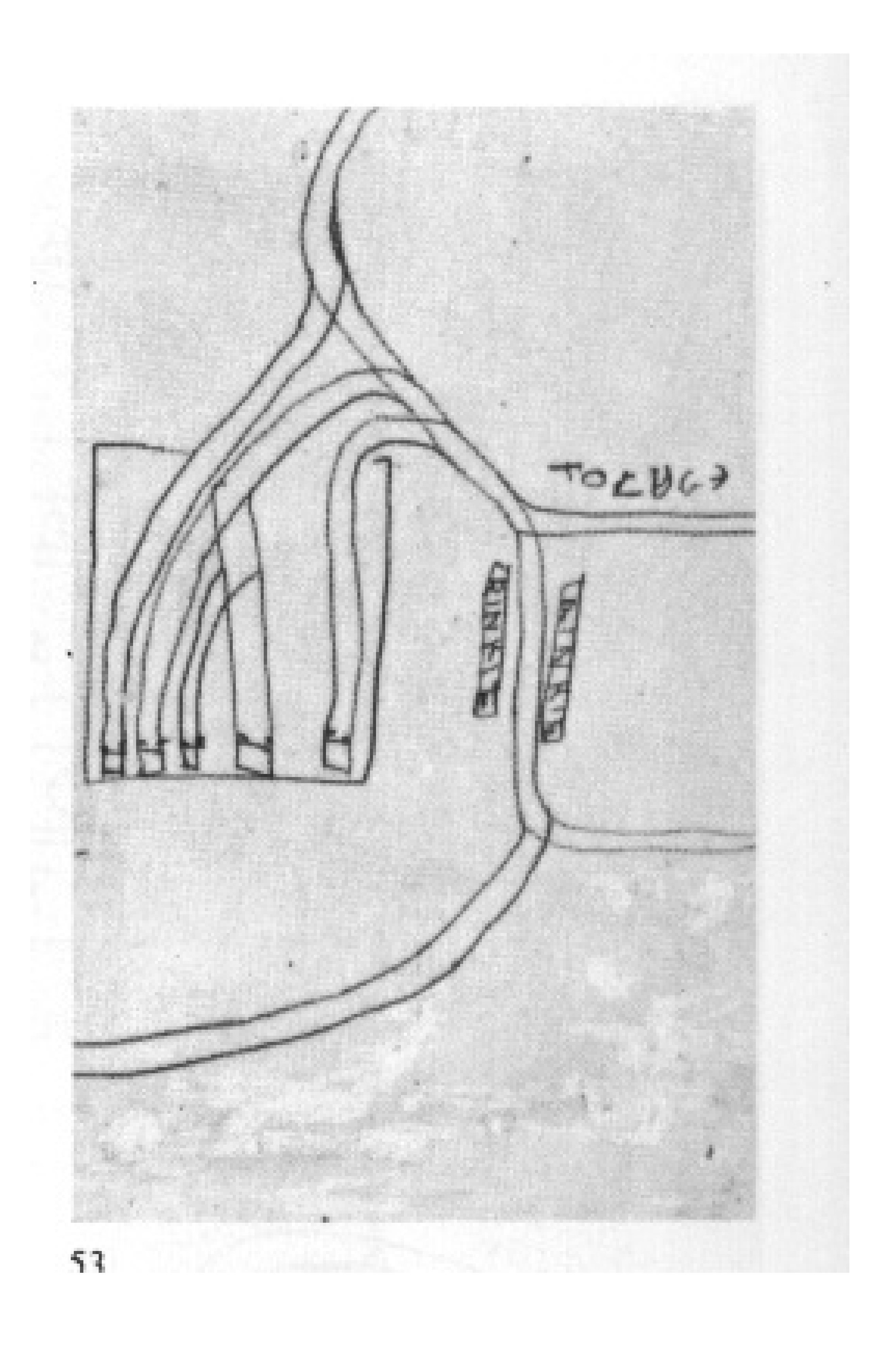
Entonces se pone a investigar si las niñas exploradoras han cambiado de sitio alguna cosa, pues sabe que han usado la habitación el día anterior, y se pone contento al verificar que todo sigue igual. Después descubre, sin embargo, que han desaparecido los paquetes y los palos… Repite con gran sentimiento que se alegra mucho de que su padre esté mejor y le cuenta a *M. K.* algo que le pasó la noche anterior: Paul, que se quedó con él hasta después de cenar, dijo a la gente del hotel (según la versión de Richard) que «deberían portarse bien».

M. K. pregunta si con esto quiere decir que está contento de que Paul *se* haya quedado con él y haya sido amable.

Richard contesta con énfasis que su hermano fue muy bueno, y sigue contando que el niño que vive en el hotel ahora está muy bien y no le molesta para nada. También las camareras son muy amables. Cuando Paul se fue, se metió en la cama y se puso a leer para darse ánimo, pero luego se sintió muy solo y lloró hasta quedarse dormido. Pero no lloró mucho, pues se durmió en seguida. Tras decir esto, mira a *M. K.* y le dice: «Sé que sientes pena por mí», y después agrega que quiere pedirle algo, aunque sabe que ella no va a querer: tiene muchas ganas de ir a visitarla por las tardes, o de ser posible, de dormir en su casa y en su misma habitación. Y pregunta, dudoso, si esto también quiere decir que desea meter su órgano sexual dentro del de ella. Mientras lo dice, se mete los dos dedos meñiques en la boca (nota 1).

M. K. interpreta que aunque a veces desea meter su órgano sexual dentro de mamá, tiene al mismo tiempo mucho miedo de hacerlo. Pero, de todas maneras, no es esto lo que sintió anoche cuando se encontraba solo y triste. En ese momento, su deseo era que ella le consolara en representación de mamá; quería meterse en su cama y que ella le quisiera y le mimara. También deseó entonces poder chupar de su pecho, pues los dos dedos meñiques que se mete en la boca representan los pezones. Hubiera querido ser otra vez un bebé y estar en sus brazos. *M. K.* le pregunta luego en qué se quedó pensando antes de dormirse.

Richard contesta que deseaba estar en su casa, y que pensó en papá, mamá, y también en la enfermera de papá. Parece una mujer muy buena, y le gustaría verla más… Empieza a dibujar (dibujo 53) y al mirar el dibujo *52* se divierte pensando que «Brumbruk» significa «marrón[1126]». También se fija en las ballenas del dibujo. Refiriéndose al dibujo número 53, dice que en la parte de la izquierda hay un patio donde docenas de trenes van a dormir.



53

M. K. interpreta que le hubiera gustado ir a dormir con Paul con docenas de Paul, que fueran hermanos buenos, para entonces juntar todos sus penes. Esto es también lo que puede haber deseado de pequeño, cada vez que se sentía solo y abandonado por mamá. Le señala, además, que para hacer este dibujo ha usado el lápiz marrón, cosa que no suele hacer, y que mientras ella le interpretaba, se lo metió en la boca. En este dibujo, las figuras que hay, y que están en el patio, indicadas por puntos dibujados en los extremos de los trenes, representan su materia fecal, su interior y el de mamá, el cual siente que ha incorporado dentro de sí. Comerse estas cosas marrones que saca de dentro de su mamá, también significa que se quiere comer las ballenas y el órgano genital de papá. Pero aunque quiere apropiarse del órgano sexual de este, al que tanto admira (el «Longline», el rey, el «Roseman») también tiene miedo, y entonces se dirige al de Paul, el cual siente que es mejor y más seguro.

Richard protesta y dice que si hoy ha usado el Lápiz marrón es porque es el más afilado de todos. Pero se queda dudoso ante esta explicación y añade: «… O por lo menos, es uno de los más afilados». Se refiere entonces a «Rinkie», que es la única palabra que hay en el dibujo aparte de «a Lug», y dice que significa pista de hielo[1127], y «kie» significa «llave», aunque lo haya escrito de una manera diferente[1128]. Mientras da esta explicación, Richard se pone a jugar con el tejo, el cual ha levantado antes de sentarse a la mesa. Y anteriormente, en un momento en que *M. K.* le preguntó en qué pensaba cuando se sentía tan solo, dio al tejo, que es de goma, la forma de una «B» mayúscula. Tras esto habla otra vez de la enfermedad de su papá.

M. K. interpreta que desea tomar el pecho, el cual está representado por la letra «B[1129]», deseo que antes demostró al chuparse los dedos. Tiene muchas ganas de ver a la enfermera de papá, porque esta le hace recordar a la niñera que él tuvo y a quien tanto quiso de bebé. Hace poco, en una ocasión en que su madre estaba en «Y», su niñera vino a «X» a quedarse con él por unos días, y sintió entonces que todavía la echaba de menos. Además, su padre está ahora en la cama desvalido, mientras le cuida la enfermera, lo cual le convierte en su imaginación en un bebé: el bebé que siempre ha esperado que su mamá tenga. Por esto tiene celos de papá, como los hubiera tenido de un bebé recién nacido. Teme perder por su causa el amor de mamá y el de su niñera; además, el sentir que papá se ha convertido en bebé, le hace revivir a él mismo el deseo de serlo también [regresión]. Pero como esto no puede ocurrir de verdad, se dirige hacia Paul, para buscar en él compañía y cariño.

Richard está muy interesado en esto que *M. K.* le interpreta, y se muestra muy amistoso hacia ella, aunque se pone triste al oír la descripción de su soledad. Cuando oye esta interpretación particular, se pone el tejo de goma en la cabeza y dice sonriendo: «Tengo una aureola en la cabeza», tras lo cual pone cara de inocente.

M. K. interpreta que parece que se siente como si fuera un santo. Le gusta sentir que ella tenga pena de él y está tratando de ganarse así su cariño. Representa para ello el papel de «Larry el cordero», y de niño inocente.

Richard se queda divertido al oír esta interpretación y comprobar que ha sido descubierto, y se muestra de acuerdo con ella.

M. K. le interpreta que papá representa además para él a su propio bebé. En realidad le gustan los bebés lindos, aunque tema o le den asco los sucios y los niños de los barrios bajos, quienes representan a los bebés dañados y por lo tanto peligrosos.

Richard responde a esta interpretación plenamente, pues dice que a su padre le están dando Alimento Benger, que es una comida para bebés. Luego se inquieta y se pone a mirar por la ventana. Ve entonces que el señor Smith pasa por la calle y le saluda sonriente. Sin duda el señor Smith le hace también un gesto amistoso, pues cuando vuelve a la mesa está contento, pero no hace ningún comentario sobre él ni pregunta a *M. K.* si se lo ha encontrado antes, lo que es extraño. Después se pone a buscar su navaja, dudando de si la ha traído o no, pero descubre que sí. La abre, ve la marca que tiene y dice recalcando: «Hecha en Alemania». En ese momento mira por la ventana y al ver pasar a un hombre comenta que es horrible,

M. K. le pregunta por qué.

Richard contesta que porque tiene una nariz grande y horrible. (En realidad no hay nada que llame la atención en él). Se pone a dar vueltas por la habitación y hace un leve corte en un palo de madera, pero pronto vuelve a guardar la navaja. Levanta luego el palo y lo deja caer haciendo un ruido fuerte… Pregunta a *M. K.* si la R.A.F. ha llevado a cabo algún bombardeo, y cuando esta contesta que no lo sabe, se molesta y le pregunta por qué no escucha el noticiario radial de las mañanas… Después se dirige a la cocina donde coge el hacha, golpea con ella la cañería del fogón, deja de hacerlo y vuelve a explorar el fogón por todos lados. Abre el horno, saca el hollín, martilla algunos caños para sacarles el hollín que tienen, abre el regulador de la chimenea y descubre la manera como el fogón se conecta con el tanque. Después saca agua del grifo, llena un cubo con agua y le pide a *M. K.* que lo vacíe. Todas estas actividades hacen que el suelo de la cocina se ensucie

mucho, con lo que se queda muy preocupado, agradeciéndole a *M. K.* que lo limpie todo.

M. K. l e pregunta si tiene miedo de las niñas exploradoras por haber ensuciado todo.

Richard dice que no, pero que no quiere que se pongan furiosas con ella.

M. K. interpreta que está buscando dentro de ella el órgano sexual grande de papá, que tanto le asusta, el cual está representado por la nariz grande del hombre de la calle, y la navaja alemana que tiene en el bolsillo; y que también quiere descubrir de qué tamaño es el que está dentro de él. Quiere romperlo y cortarse el cuerpo para sacarlo de dentro de sí, y por esto ha atacado el palo de madera.

Pero otra vez, igual que ayer, ha decidido luego limpiarse por dentro, cosa que ha expresado al limpiar el fogón. El fogón es además el interior de *M. K.*, y la navaja el señor K. que cree que está dentro de ella, lo cual le hace sentir que tiene en ella al papá enfermo y asustador. También ha tratado de limpiar el interior de papá y de sacarle la materia fecal mala que cree que le ha bombardeado (cuando siente que la R.A.F. le representa). Al decir que teme que la suciedad que ha hecho cause un conflicto entre las exploradoras y ella, es porque cree que su suciedad —su materia fecal— puede hacer lío entre la gente, y en especial entre sus padres.

Cuando todo está limpio, Richard coge el calendario, se pone a mirar sus láminas y admira algunos paisajes. Al encontrar una que representa una casita con techo marrón —toda la lámina tiene esta tonalidad—, dice que no le gusta, pasa de hoja rápidamente y se detiene a admirar otra. Aunque parece molesto cuando *M. K.* le pregunta la causa de su disgusto, contesta, sin embargo, con desgano, que no le gusta el techo. En cambio el cuadro que está admirando representa una escena de corderos y ovejas que se llama «Soledad» y que le emociona.

M. K. interpreta que se siente solo y que desea estar con sus padres; las ovejas le hacen recordar a su hogar.

Richard contesta que le gustaría, en efecto, estar de vuelta en su casa, pero que en realidad no se encuentra triste. Muchas de las láminas que pasa rápidamente son de color sepia.

M. K. vuelve a interpretar este hecho, diciendo que le disgusta su propia materia fecal, y que el techo marrón de la casita representa la casa de sus padres y sus cuerpos, los cuales siente que ha ensuciado y estropeado.

Richard entonces le enseña dos cuadros que están en marrón y que sí le gustan; el sol brilla en ellos y hace que una parte de la lámina parezca dorada.

M. K. le recuerda que muchas veces el sol ha representado para él a la mamá buena y cálida que le ayuda, y que ahora cree que puede llegar a arreglar «lo grande» y convertirlo en algo bueno. Una vez se refirió a sus zapatos diciendo que brillaban como el oro al sol.

Richard, que se está empezando a preparar para marcharse, echa una rápida mirada a los dibujos; refiriéndose al 49 dice, al tiempo que se estremece un poco: «El águila horrible nos está mirando a ti y a mí».

M. K. interpreta que el águila representa a papá y a mamá mezclados y ennegrecidos por la materia fecal; la boca, que está abierta, significa que le van a devorar. Estos padres malos están mirando para ver qué hacen y dicen él y ella, que es la mamá buena.

Pero en su imaginación piensa que también se los ha comido a ellos y que ahora le están observando tanto a él como a sus pensamientos desde adentro. En este momento, sin embargo, el águila representa, de una manera especial, al papá enfermo y dañado, unido a la mamá hostil[1130].

Notas de la sesión número sesenta y dos.

1. Conscientemente, los pensamientos sobre las relaciones sexuales han estado todo el tiempo fuertemente reprimidos, pero el material inconsciente da evidencia de su existencia. En la actualidad, los deseos y las situaciones orales se encuentran reforzadas por la regresión motivada por la enfermedad del padre. Esto ya lo he señalado claramente en la nota de la sesión cincuenta y seis. La ansiedad sentida por la rivalidad con este padre enfermo en la situación edípica, se hace por ello intolerable. El material anterior nos ha mostrado ya varias veces, la manera como en el juego de la flota Richard trata de renunciar a todo deseo genital y a la consecuente rivalidad con su padre, para poder así mantener la paz dentro de la familia. La enfermedad del padre incrementa esto y contribuye a que Richard haga una regresión hasta situarse en el nivel de un bebé También el padre, por su parte, se ha convertido a los ojos del niño en un lactante, pues tiene una enfermera que él mismo dice le interesa mucho, transformándose para él en el bebé que le quita el pecho de mamá. Por otra parte, cuanto más se acerca la fecha de mi ida más quedan reforzados sus deseos orales, y como su ansiedad está tan centrada en el acto sexual de los padres, pareciéndole la genitalidad muy peligrosa por esta y otras razones, la regresión a la oralidad queda aún más reforzada. Resulta

significativo, pues, ver cómo los celos que trata de evitar en un plano edípico, vuelve a aparecer en el plano oral.

Algunos de los factores que ya he mencionado, tales como el miedo de dañar el genital del padre en una situación de rivalidad, el temor a la venganza de este, y la angustia ante el órgano sexual materno dañado y peligroso (por contener el pene destructivo del padre) suelen constituir generalmente la causa de la impotencia o de la reducción de la misma. Podría añadir, además, que el anhelo por un pecho alimenticio bueno, expresado en muchas sublimaciones, constituye un rasgo que persiste a través de toda la vida y que por lo tanto se re activa fácilmente cada vez que surgen ansiedades de origen interno o externo. Por ello tenemos que tener en cuenta, no solo la regresión, sino también la influencia que ejercen los más tempranos deseos todavía no abandonados y que afectan a todo el desarrollo ulterior del individuo.

Sesión número sesenta y tres (jueves)

Richard se encuentra con *M. K.* unas casas más allá del cuarto de juegos. Está apoyado contra la verja de un jardín pretendiendo que no la ve, y haciendo muecas con los ojos medio cerrados. Con tono de broma dice que se estaba preguntando si le iba a reconocer, y que se estaba haciendo el «viejo tonto». Cuenta además que su madre le ha llamado por teléfono, y que va a ir con ella y con Paul a pasar el día a «Z» si es que su padre se pone lo suficientemente bien como para dejarle solo con la enfermera. De no ser así, no podrán hacerlo. Una vez en la habitación se sienta a la mesa y dice que no ha venido la flota porque no ha querido ni venir ni ver a *M. K.*

M. K. interpreta que parece tener sentimientos contradictorios hacia ella, quien en cierto sentido, le parece peligrosa. La flota representa a una parte de su mente además de a su familia, y quiere dejarla en un lugar seguro mientras él está con ella.

Richard acepta esta interpretación, pero dice enfáticamente que tenía muchas ganas de venir y que la quiere mucho. Comenta que ha pasado una noche completamente feliz y que ha dormido bien. La tarde anterior se fue al cine, donde vio una buena película y tuvo la suerte de conseguir su asiento favorito, que queda en el lado derecho de la parte más alta, de manera que domina los demás asientos. Tras decirle a *M. K.* el número que tiene, comenta que estuvo completamente solo en esa parte del cine. Había, como es natural, mucha gente en los asientos baratos; pero no le hubiera importado que la gente se sentara cerca de él con tal de estar en su asiento. Había también algunos niños que cree se quedaron mirándole, pero él no les hizo ningún caso y no le volvieron a mirar. Después se fue otra vez al hotel, donde leyó un rato antes de irse a dormir; durmió bien y ahora se siente bien también.

M. K. interpreta que su asiento favorito del lado derecho se encuentra en la misma posición que la silla del cuarto de juegos donde se sienta con ella. Estar sentado con ella le da la sensación de estar seguro y protegido contra quienes puedan perseguirle, cosa que le ha dicho varias veces. Cuando ayer se consideró más seguro en su asiento del cine fue porque sintió que ella le estaba protegiendo, pues siente que la tiene dentro de sí de una manera más segura que antes. Esto también significa que tiene mayor confianza en la mamá buena interna. Le recuerda con respecto a esto el fin de semana en que sintió que ella estaba con él (sesión número siete) y le dice que anoche ya no

era el águila horrible la que le observaba (sesión sesenta y dos), sino la mamá buena interior; por ello no se sintió solo a pesar de estar separado de su familia durante la noche. Además está orgulloso de poder estar solo sin sentirse triste, pues le demuestra que el análisis y ella le han ayudado; lo cual a su vez le hace sentir de nuevo que tiene dentro de sí a la mamá buena.

Richard se queda mirando a *M. K.* en forma cálida y afectuosa, y le acaricia la manga mientras comenta que le gusta la chaqueta roja que tiene; le pregunta si todas las señoras del continente usan chaquetas tan lindas… Después se da cuenta de que el señor Smith está pasando por la calle, aunque no estaba prestando atención a lo de afuera. El señor Smith parece tener prisa y Richard se queda muy desilusionado al no poder lograr que le mire, entonces golpea los cristales de la ventana y se siente aliviado cuando el señor Smith le sonríe después de todo.

M. K. interpreta que se hubiera quedado preocupado de no saludarle el señor Smith, porque teme que el papá bueno se transforme fácilmente en el papá malo. Y quiere tener amistad con los hombres que representan a su padre, porque cuando estaba apoyado en la verja siendo «un viejo tonto» le estaba haciendo burla a este, y ahora se siente culpable y asustado.

Richard levanta uno de los extremos de un palo de madera muy pesado, de tal manera que podría haberse lastimado fácilmente si el palo se le hubiese caído.

M. K. interpreta que de esta manera está mostrando el miedo que le tiene al órgano sexual grande y vengativo de papá. Y que quiere además averiguar lo peligroso que es levantándolo en el aire, igual que antes quiso asegurarse de que el señor Smith seguía siendo su amigo. [Prueba de la realidad].

Richard se va entonces a la cocina y empieza a explorar el fogón. No lo hace, sin embargo, con violencia como el día anterior, limitándose a explorarlo y a limpiarlo. Tras haber sacado agua de un tanque, al cual llama el «tanque-bebé», indica a *M. K.* que en la abertura del caño hay microbios, y dice que desearía poder sacarlos de allí. Llena entonces el cubo de agua, y al principio no lo deja muy lleno, de manera que él solo lo puede volcar; pero luego pide a *M. K.* que se lo vacíe mientras le dice: «odio tener que pedir a una dama que haga esto, pero ¿te importa hacerlo?». Cuando *M. K.* se lo vacía, encuentra un cepillo y limpia el fogón, sacando de él y de las cañerías una cantidad de hollín.

M. K. interpreta que desea sacar de su cuerpo a los bebés peligrosos —los microbios—, o más bien a los bebés enfermos, y hacerla sentir bien limpiando el órgano sexual manchado y enfermo del señor K., que a su vez puede

mancharla y enfermarla a ella. De la misma manera está también tratando de curar a su padre.

Richard se ha manchado las manos y la chaqueta con el hollín, y con aire que expresa que no le molesta, dice que si uno se pone a limpiar debe por fuerza ensuciarse (nota 1).

M. K. le indica que al limpiar se ha quedado él con algo de la suciedad y de los microbios que cree que su mamá y ella tienen adentro, y que siente que les ha aliviado al quedarse él sucio en vez de ellas.

Richard vuelve a dirigirse al tanque, del cual saca varios cubos de agua.

M. K. le pide que no los llene demasiado, pues pesan mucho como para que ella los pueda vaciar.

Richard pregunta qué pasaría si dejara el grifo abierto, inundando el agua la casa hasta levantarla, y el río se la llevara flotando. Piensa que entonces el río tendría muy poca profundidad y que cientos de personas se quedarían sin agua.

M. K. interpreta que al pedirle ella que no llenara demasiado el cubo, le ha hecho sentir como si estuviera robándole el pecho bueno a mamá, y dejando sin él a los demás bebés. Al no poder sacar toda el agua que quiere, siente que el grifo deja de ser el pecho bueno, para transformarse en el pene malo de papá, el cual puede inundar, destruir y llevarse a mamá: la casa que flota por el río.

Richard vuelve a preguntarle algo que ya ha preguntado al principio de la sesión: si *M. K.* va a ir hoy al pueblo. Aunque sabe que los jueves John tiene su sesión de análisis poco después de la suya y que por esta razón *M. K.* se va derecho a su casa, le pregunta en forma suplicante: «¿Tienes realmente que ir a tu casa?».

M. K. interpreta que él sabe bien que John tiene ahora su sesión, pero que le gustaría que ella solo le dedicara a él su tiempo. Esta puede haber sido la razón por la cual también, hace unos días (sesión cincuenta y seis), le pidió que le diera dos sesiones consecutivas. Además teme que por estar ella con John se vuelva a quedar sucia y dañada, y tales sentimientos incrementan a su vez los celos que siente de mamá, quien ahora está cuidando a papá y a Paul, pudiendo quedar manchada y dañada también por ellos.

Richard se pone entonces a cerrar la tapa del tanque; lo hace varias veces y con bastante violencia.

M. K. le interpreta que está cerrando su pecho y su órgano sexual, para que los otros, y en especial John, no los puedan tener. Además, cuando siente celos, desea que tanto el señor K. como John golpeen con fuerza su pecho y

su genital, hasta hacerle daño; y esto hace que se preocupe tanto por lo que le puede pasar a mamá durante las relaciones sexuales… Mientras *M. K.* habla, una de las tapas del tanque se separa y cae dentro de este. *M. K.* lo saca, pero al hacerlo se mancha la mano y el brazo, y debe lavárselos.

Richard se seca las manos al mismo tiempo con el otro extremo de la toalla y comenta que se la están repartiendo entre los dos. También ayuda a *M. K.* a colocar otra vez la tapa, poniéndose evidentemente contento al ver como esta hace estas cosas por él.

M. K. interpreta que desea compartir cosas con ella, lo cual significa tenerla, tanto externa como internamente, como una mamá buena.

Richard encuentra una pelotita, a la cual hace rodar por la habitación, de un extremo a otro. Hace lo mismo con otra que es un poco mayor, y luego hace chocar a las dos.

M. K. interpreta que parece sentir que su órgano sexual, aunque pequeño, puede meterse dentro del de ella (el cuarto), lo cual significa hacer algo por ella y asegurarse su amor. De esta manera siente que puede estar en mejores condiciones para compartirla con John (o con Paul en relación con mamá), pues la pelota más grande representa a John y a su hermano.

Richard saca entonces de la cartera de *M. K.* una pelota que es aún mayor, y se pone a jugar con ella como lo hizo con las otras.

M. K. interpreta que ahora está compartiendo a mamá tanto con Paul como con papá.

Antes de irse, Richard se mira la chaqueta, la cual está manchada de hollín. No parece preocuparse mucho, sin embargo, y comenta que aunque su mamá le va regañar por ello, no será demasiado malo lo que pase. Se separa de *M. K.* amigablemente, sin estar demasiado excitado o exaltado, pero tampoco perseguido ni deprimido. Últimamente la fobia a los niños de la calle apenas se ha manifestado, y durante esta sesión casi no ha prestado ninguna atención a los transeúntes.

La madre habla con *M. K.* ese día y le cuenta que al enfermarse su padre, Richard se portó en forma razonable y útil, aunque, como de costumbre, dramatizara toda la situación. Aunque sabía que tendría que quedarse solo en el hotel de «X», y esta es la primera vez que se queda solo de noche, comentó que aunque hubiera preferido quedarse en casa con su madre, se daba cuenta de que era mejor volver a «X» a analizarse. Estuvo muy decidido a hacerlo y, en opinión de la madre, el progreso que está haciendo se mantiene bien.

Nota de la sesión número sesenta y tres.

I. Me parece significativo el autoconocimiento que supone reconocer la necesidad de ensuciarse para poder limpiar algo. En efecto, en este momento todo el desarrollo de Richard indica que la idealización ha disminuido, que se ha efectuado un progreso en su integración y que, por lo tanto, puede admitir mejor que una persona puede ser buena sin ser perfecta. Esto implica que él mismo puede ser sucio hasta cierto límite y, sin embargo, ser útil a la vez, ayudar y tener valor. La mayor tolerancia sentida hacia los demás le lleva a una mayor tolerancia hacia sí mismo y, por lo tanto, a la disminución de los sentimientos de culpa. Por otra parte la disminución de las ansiedades depresivas y persecutorias, implica también una disminución de los rasgos obsesivos.

Sesión número sesenta y cuatro (viernes)

Llueve a cántaros. Cuando Richard llega al cuarto de juegos, le echa una ojeada con evidente disgusto; a *M. K.* no la mira en absoluto. Le ofrece el periódico local de «Z» que ya ha mencionado en otra oportunidad y le pide con urgencia que lo lea, pues así podrá conocer realmente algo sobre «Z» y le podrá gustar… Luego se saca un chelín del bolsillo y le pregunta si se lo puede cambiar por doce peniques.

M. K. le contesta que no tiene cambio.

Entonces Richard se sienta a la mesa, manifiesta que desearía no estar aquí y hace un gesto, el cual dice que significa tocar el timbre.

M. K. le pregunta a quién está llamando.

Sin un momento de duda, Richard dice que es para que venga la mamá celeste y se vaya la mamá azul oscuro. Señala entonces el vestido de *M. K.* que es azul marino, y le dice que ella no es del todo negra a pesar de ser azul oscuro. Es algo intermedio. Después le cuenta el viaje que hizo a «Z» con mamá y con Paul; se desprende de su relato lo importante que es para él haber traído de su casa no solo algunos utensilios domésticos que necesitaba su padre, sino también su tren mecánico, al que se refiere con gran sentimiento[1131]. Tras esto hace el dibujo 54, que es, según él, el mapa de su tren. Uno de los círculos representa una silla, alrededor de la cual hay varias líneas que representan las vías. No explica lo que es el círculo que está encima. Se pone a imitar el ruido de la locomotora y habla con entusiasmo sobre la fuerza y la velocidad del tren. Es evidente que está tratando de vencer su miedo y la depresión [Defensa maniaca].

M. K. interpreta que está muy contento de tener consigo su tren, no solo porque le gusta jugar con él, sino también porque le representa a sí mismo (el pequeño Richard que vive y que se amamanta del pecho de mamá, representado por los dos círculos). Necesita sentir esto tanto más cuanto que teme que su padre esté muy enfermo y se pueda morir, cosa que a su vez le hace sentir más miedo de su propia muerte (nota 1).

Richard dice con seriedad y tristeza: «Papá está muy enfermo». Tras esto se va corriendo a la cocina, se sube encima de un cajón, mira a través de la ventana, y descubre que los paquetes y palos eran una tienda de campaña. Entonces le dice a *M. K.* que venga a ver, pidiéndole que le dé la mano parar saltar del cajón.

M. K. interpreta que quiere que le dé la mano y los peniques para de esta manera transformarla en la mamá buena. Así no teme a la mamá dañada y bombardeada, representada por la casa de «Z» o por la maná-águila muerta (sesión cincuenta y nueve) la cual ahora representa a mamá que contiene a papá enfermo.

Richard se pone a recorrer la habitación de arriba abajo, mientras grita, pisotea y hace el paso de ganso… Después vuelve a la mesa y con mucha prisa y aspecto de estar enfadado, preocupado y perseguido, llena dos hojas de papel con su firma y con garabatos.

M. K. interpreta que el pisotear, gritar y garabatear con rabia, expresan la sensación que tiene de haber bombardeado y ensuciado a papá con materia fecal y con orina, y de ser como Hitler (el paso de ganso). Tiene, pues, miedo de haber enfermado a papá, cosa que le preocupa mucho, y también de haber hecho daño a mamá que le contiene dentro de sí. Por esto no solo se siente culpable, sino además temeroso de que los padres internos le ataquen (el águila dentro de sí mismo).

Richard se hurga la nariz (cosa que no suele hacer) y pregunta a *M. K.* si en caso de hacer algo peligroso para sí mismo algún niño paciente suyo, ella le detendría o no.

M. K. le pregunta qué sería ese algo.

Richard contesta: «Comerse los mocos».

M. K. interpreta que al parecer ya se los ha comido antes, y que teme que sean tan malos y peligrosos como «lo grande», y que puedan dañarle a él y a sus padres.

Richard, echándole entonces una mirada de alivio, dice que a veces se los ha comido, en efecto, e inmediatamente se va corriendo a la cocina. Allí se pone a mirar dentro del «tanque-bebé» y se da cuenta de que el agua contiene algo de hollín; entonces mete dentro el atizador y se pone a remover el agua mientras dice: «Así está el corazón de papá cuando está enfermo».

M. K. le indica que siente que ha atacado a su padre enfermándole, al hurgar dentro de él. Pero que ahora, al mover el atizador de arriba abajo, está también tratando de que su corazón siga latiendo sin detenerse, igual que cuando mueve su tren siente que se mantiene él vivo y su papá también.

Richard cierra el tanque tirando la tapa sobre él, y una vez más esta se cae adentro salpicando agua que cae sobre el fogón. Mientras *M. K.* saca la tapa, Richard, que se ha pasado todo el tiempo mirando con ansiedad la lluvia que cae, se va corriendo a la puerta lateral, la abre y la mantiene abierta, permitiendo así que se moje la cortina.

M. K. le pide que cierre la puerta e interpreta que tiene miedo de que la lluvia sea la orina de su papá enfermo[1132], la cual ahoga, inunda y envenena. Al permitir que la cortina se moje, está tratando de ver si realmente es tan peligrosa como él cree.

Richard se pone a corretear por el cuarto, que ha sido limpiado y ordenado por las niñas exploradoras, y descubre unas tarjetas postales nuevas colocadas en el biombo. Lee entonces en voz muy baja la inscripción de una de ellas. Se trata del pato Donald, que ha dejado en su casa a un pingüinito que ha adoptado, mientras él se va a buscarle alimento. Al volver, se encuentra con que el voraz bebé se ha comido a un pececito de color. Mientras lee, Richard se pone a chupar y a morder un lápiz rojo nuevo, y lo hace con tanta fuerza que se le cae la pintura roja de la punta. Entonces pregunta a *M. K.* si le importa que haya mordido el lápiz nuevo que le acaba de dar.

M. K. interpreta que tiene miedo de ser él el bebé voraz que se ha comido al pececito de color, el cual representa el genital «Roseman» bueno de papá —ahora el lápiz—, dejándoles a ella y a mamá con el papá y con el Sr. muerto o dañado.

Richard entonces dibuja dos giros postales; el primero es por una libra, va dirigido a sí mismo y está firmado por el rey; mientras que el segundo está a nombre de *M. K.*, también lo firma el rey y es por el valor de once peniques.

M. K. interpreta que le está mostrando que también hay en él materia fecal buena (la orden postal dada por el rey, en representación de papá). Pero como a ella solo le da once peniques, siente que le ha robado, ya que él tiene la libra, el pene bueno de papá y los bebés.

Richard se inquieta. Se dirige a la ventana a mirar la lluvia, vuelve a recorrer la habitación y luego se pone a escribir su nombre en otras hojas que también llena de garabatos.

M. K. interpreta que ahora tiene miedo de no tener después de todo «lo grande» bueno —la libra— que querría darles a ella y a mamá en reemplazo del pene-pez de color. Siente en cambio que solamente tiene materia fecal mala —los garabatos— y por esto piensa que no puede devolver a mamá lo que le ha robado, ni ayudarla en momentos en que está preocupada por la enfermedad de papá.

Richard señala el lápiz rojo y dice: «Se ha vuelto completamente marrón por haberlo mordido yo».

En esta sesión vemos que Richard expresa la ansiedad persecutoria que siente, haciendo a ratos mucho ruido y poniéndose inquieto. Pero también se ve claramente que vivencia sentimientos depresivos más plenamente que en

las sesiones inmediatas a la enfermedad de su padre, y que se da cuenta de lo realmente angustiante de la misma (nota II).

Notas de la sesión número sesenta y cuatro.

1. Hubiera sido apropiado añadir a esta interpretación algo que no fue dado en el contexto: que mantenerse Richard vivo (representado por el tren), implica también mantener con vida al padre interior. Este sentimiento está ligado a recuerdos infantiles de la primera infancia, que ahora vivencia el niño otra vez al volver a ver su hogar y que cobran nuevamente vigencia por el cariño y la preocupación que la enfermedad del padre le provocan, haciéndole desear renovar la vida familiar. Como puede verse en sesiones anteriores, la casa abandonada y bombardeada de «Z» también representa a su madre abandonada. Al volver a vivir el pasado y el amor a ella, Richard siente que puede deshacer o contrarrestar sus deseos destructivos y la identificación que ha hecho con el padre-Hitler. Es significativo que en este momento del análisis puedan darse más libremente y ser vivenciados con mayor plenitud los sentimientos amorosos que antes estaban ahogados por la ansiedad persecutoria.

Vemos además cómo, en el transcurso del análisis, no solo vuelve Richard a vivenciar recuerdos muy tempranos, sino también emociones y ansiedades que ejercieron una gran influencia en todo su desarrollo y que ahora bar pasado a ocupar un primer plano. Me refiero en particular a aquellos recuerdos de sentimientos que se remontan a la primera infancia y que a menudo están ocultos tras recuerdos encubridores. Estos recuerdos encubridores resultan de importancia solo si conseguimos en el análisis descubrir las situaciones emocionales más tempranas y profundas que se encuentran condensadas en ellos.

II. Según podemos ver por el material que sigue inmediatamente a la repentina enfermedad del padre y por la actitud de Richard hacia la misma, lo que predominó en primer lugar fue la ansiedad persecutoria. Solo tras el análisis y la consecuente disminución de esta ansiedad, pudieron llegar hasta un primer plano los sentimientos depresivos y de culpa, y el deseo de reparar. Un ejemplo de esto es el haber podido quedar solo en el hotel, logro este que estoy segura se debe al análisis, y que en este momento particular Richard vive como una ayuda que presta a su madre, y como una manera de proteger su tratamiento analítico. En mi trabajo «Contribución a la psicogénesis de los

estados maníaco-depresivos» (1935), señalo el hecho de que los sentimientos persecutorios se refuerzan como un medio para evitar el dolor que causa la vivencia de la culpa, la responsabilidad y la depresión; y también sugiero que la incapacidad de elaborar la posición depresiva puede a veces llevar a una regresión hasta la posición paranoide. El dolor que vivencia Richard, y que ahora puede soportar mejor, es muy agudo. El sentimiento de culpa que tiene, está ligado a que se siente incapaz de poder devolver a su madre el pene bueno y los bebés que según fantasea, le ha robado, así como también de deshacer el daño que siente ha hecho a su padre y a ella con sus celos y sus deseos de muerte omnipotentes. También teme no poder ayudarla en la preocupación que tiene por la enfermedad de su marido. Pero no solo están movilizadas ansiedades de todos los orígenes (orales, anales y uretrales), sino que también lo están otros conflictos de lealtades relacionados con diversas situaciones, como ser el sentimiento de deber hacia el padre, que se encuentra en contraposición con el deber hacia la madre, y el que debe a su analista, también en conflicto con la lealtad hacia su madre. Al mismo tiempo siente celos de su padre por la atención que ahora le están prestando (en especial la enfermera), y estos celos entran también en conflicto con el sentimiento de que su padre debe ser mantenido con vida. También se siente culpable por haberse quedado el padre solo mientras él, su madre y Paul se van a pasar el día afuera. Se da cuenta ahora, y en forma bien consciente, de que la vida familiar peligraría en caso de morirse, y de que su madre se quedaría sola y abandonada; y todo ello le hace sentirse muy culpable de los celos y las hostilidades que ha tenido en el pasado y que, hasta cierto punto, siguen operando todavía en la actualidad.

Sesión número sesenta y cinco (sábado)

Richard viene con una maleta, porque después de la sesión tiene que irse a su casa en el autobús. Está serio, pero tiene un aspecto amistoso y decidido. Le dice a *M. K.* que es su día de despedida, pues abandona el hotel para siempre.

M. K. le pregunta si lo siente.

Richard dice que sí, pues la gente del hotel ha sido buena con él. El lunes va a ir a vivir con los Wilson (quienes, como mencioné antes, son amigos de la familia y viven en «X»); allí va a dormir tres veces por semana, mientras que las otras noches y los fines de semana lo hará en su casa… Empieza a mirar por la habitación y le pide a *M. K.* que le ajuste los cordones de los zapatos de modo que la lazada le dure el día entero; *M. K.* lo hace. Se sienta entonces a la mesa y vuelve a hacer el gesto de llamar al timbre, comentando que llama para que entre ella, pues hoy es la mamá celeste y tiene puesta su linda chaqueta.

M. K. pregunta por qué la llama para que entre, estando ya allí.

Richard se sorprende ante esto y se queda pensativo. Contesta que *M. K.* tiene razón, y evidentemente él mismo no puede comprender por qué lo ha hecho.

M. K. entonces le interpreta que desea que ella sea la mamá buena, y que entre no solo en la habitación, sino también dentro de él. El deseo de que le ajuste los cordones de los zapatos, expresa el deseo de mantenerla dentro de sí como mamá buena, todo el fin de semana que van a estar separados. Esta necesidad de que haga cosas por él como las hace su mamá, como por ejemplo, sacar la tapa del tanque, darle la mano cuando salta del cajón, darle cambio y atarle los cordones, significa que quiere que ella no solo sea la analista cuya ayuda le hace sentir que representa a la mamá buena, sino además que llegue a reemplazar realmente a su madre, a la cual ahora ve menos que antes. Por otra parte, desea que haga por él todo lo que él necesita, porque teme que si no se convierta en la mamá mala, ya que así la vivió el día anterior. Lo mismo le ocurre con su mamá, de la cual quiere obtener toda la atención posible para asegurarse constantemente de que todavía le quiere y de que no se ha transformado en la mamá dañada y hostil —el águila— que contiene al papá enfermo y dañado.

Richard está de acuerdo con que está pidiendo que su madre le preste más atención… Después sale al jardín con *M. K.*, cierra la puerta y dice que la ha

dejado encerrada afuera.

M. K. interpreta que aunque ella está con él afuera, desearía dejarla encerrada dentro de él, representado ahora por la casa, y que necesita hacerlo porque se va a pasar afuera el fin de semana y porque ella a su vez pronto le va a dejar.

Vueltos a la habitación, Richard pide el cuaderno y se da cuenta de que los dibujos están guardados en un sobre nuevo, cosa por la cual muestra pesar. Pregunta a *M. K.* qué le ha pasado al sobre viejo (nota 1).

M. K. le contesta que se quedó empapado con la lluvia del día anterior.

Richard dice que le gustaba el sobre viejo, y pregunta si lo ha quemado.

M. K. contesta que no; que lo ha guardado como sobrante para la guerra**[1133]** (nota II).

Richard evidentemente deseaba que le contestara esto; se le ilumina la cara al oírlo y dice que le alegra ver lo patriota que es. Se pone luego a mirar a través de la ventana y al ver pasar a una niña que tiene el pelo bastante rizado, comenta que se parece al monstruo del libro. Una vez más está chupando y mordiendo el lápiz, y pregunta a *M. K.* si le importa que chupe el lápiz «de ella». Añade que sabe que hasta ahora nunca se ha enfadado, pero puede ser que a pesar de ello se llegue a enojar. Después se pregunta si le habrá gustado el periódico que le enseñó, y de repente, muy preocupado, dice que también quería dárselo a la camarera del hotel, y que siente no poder hacerlo, ya que también quiere que lo tenga *M. K.* Sin embargo, agrega que no importa, pues la camarera ya lo ha leído.

M. K. interpreta que quisiera satisfacer tanto a la camarera como a ella, y que de la misma manera, cuando era más chico, trataba de ser leal tanto a su niñera como a la mamá buena. La mamá monstruo es la mamá que contiene al papá malo, que ahora está además enfermo, y desea mantener a esta separada de la mamá buena. Esto lo ha demostrado al separar a la *M. K.* «buena» de la mala, representada por la niña que acaba de pasar y que «se parece al monstruo». Asociando esto con la enfermedad de su padre, *M. K.* le sigue diciendo que tiene miedo y se siente culpable, porque siente que su madre tiene dentro de ella a un papá dañado y por lo tanto peligroso, y que ello se debe a haberle él robado el genital al papá bueno. (El pez de color, «Roseman», «Prinking» y «Longline» que también significa «long-live») **[1134]**. Se ha referido, además, al lápiz rojo, preguntándole varias veces si le importa que lo chupe y lo estropee. Anteriormente, nunca se ha referido a los lápices como si fueran de ella, y si ahora lo hace, es porque siente que él es el responsable de que ella se quede llena de órganos sexuales peligrosos y

malos, pues cree que ha chupado el genital bueno de su padre hasta quitárselo. Esto también se aplica a mamá. El lápiz rojo se ha convertido así en marrón, por haberlo chupado y mordido él. Y como le pertenece a ella, representa también su pecho y el de mamá, el cual teme haber mordido y ensuciado de la misma manera.

Richard se pone a explorar el cuarto. Un poco antes, ha mirado detenidamente la tienda de campaña que está afuera, comentando que ahora ya sabe lo que contienen los otros paquetes: otra tienda más. No hace, sin embargo, ningún comentario sobre el que la habitación haya sido limpiada y ordenada cuidadosamente.

M. K. le llama la atención sobre esto y le sugiere que quizá no le guste pensar que las niñas han limpiado el cuarto y la cocina, porque le hubiera gustado hacerlo a él.

Mientras *M. K.* le interpreta esto, Richard escribe otra orden postal, esta vez dirigida a nombre de su madre, y por la cantidad de diecinueve chelines y dos peniques.

M. K. interpreta que siente que así le está devolviendo a su mamá el pene bueno: la materia fecal buena; y además, no solo ha dividido la libra que él recibiera antes del rey entre ella y su madre, sino que ha añadido más dinero aún. De esta manera está tratando de ser justo tanto con ella como con su madre, cosa que a menudo ha deseado hacer también dividiendo su afecto y su amor entre su mamá y la niñera, y entre su padre y su madre.

Richard se pone a garabatear; dice que se trata de escritura china (en realidad sus garabatos tienen cierta semejanza con los caracteres chinos) y que lo que ha escrito es una protesta hecha por el general Chiang Kai Shek, o dirigida a él; no sabe bien cuál de las dos cosas.

M. K. le pregunta de qué trata la protesta.

Richard contesta que tampoco lo sabe. Entonces dibuja una vía de tranvía en forma rara, que empieza y termina en la estación «Roseman», tras lo cual garabatea encima de todo, y repite una pregunta que ya ha formulado antes: si *M. K.* va a ir al pueblo después de la sesión. Luego marcha por todo el cuarto como lo hizo en la sesión anterior, con mucho ruido y haciendo el paso de ganso. Dibuja además una esvástica que se extiende a través de toda la página, a la cual transforma luego en bandera británica y finalmente hace un gran avión, el cual dice, enfáticamente, que es inglés.

M. K. interpreta que lo del avión es igual a lo de la esvástica que se convierte en bandera británica. El avión «británico», siente él en realidad que es un avión alemán por más que trate de ser inglés. Esto lo ha demostrado al

hacer el paso de ganso, cosa que siente es un ataque contra el cuarto de juegos y contra ella, que representa a mamá. Pero al mismo tiempo desea protegerla.

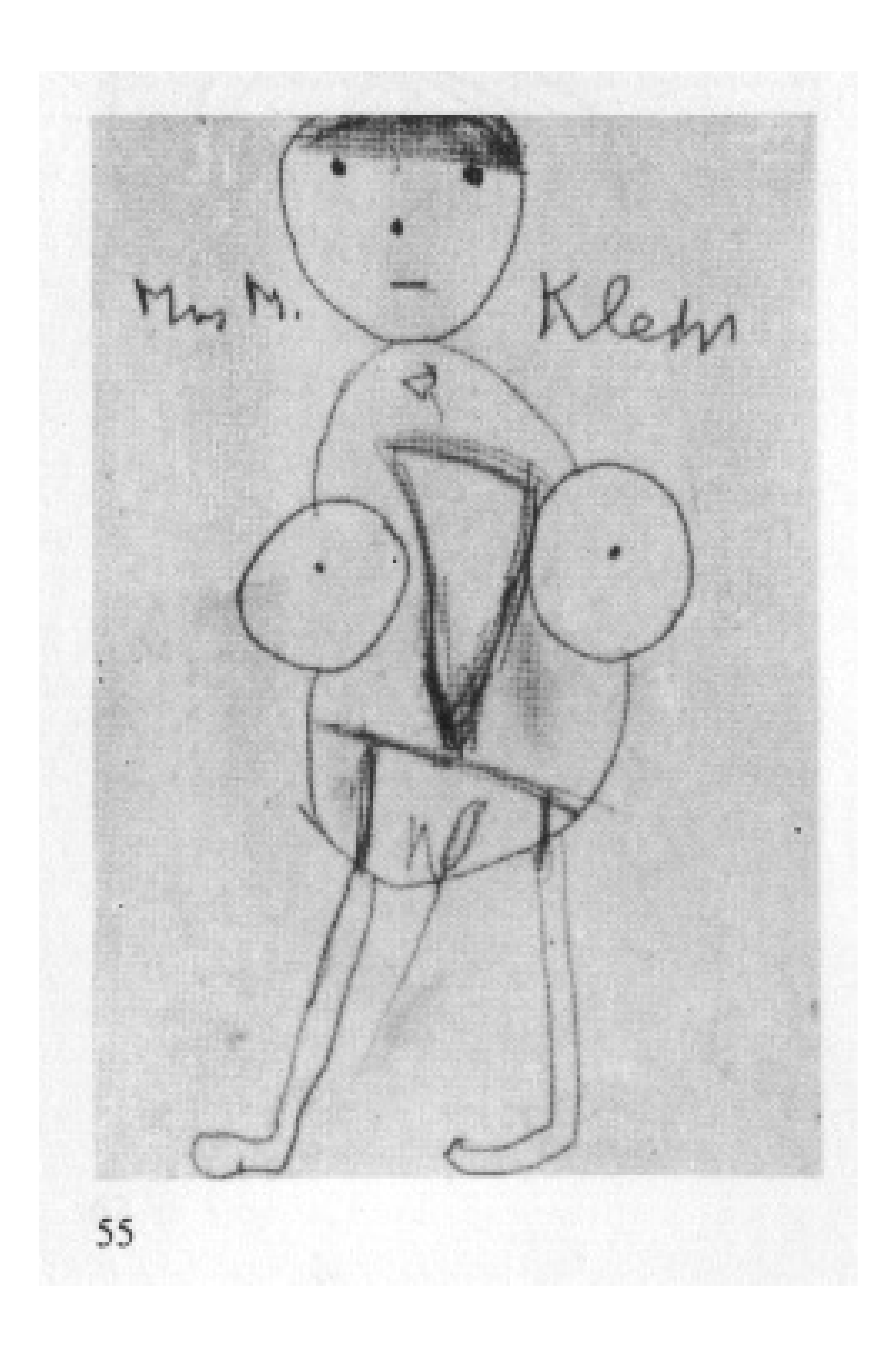
Richard no hace ningún comentario sobre las hojas en que ha escrito su nombre y luego garabatos, pero sí dice que ha usado más hojas de cuaderno que el día anterior, y se pone a sacar más todavía.

M. K. interpreta que quiere sacar todo lo que pueda de ella, que está representada por el cuaderno, y esto debido a que el próximo día no estará con ella por ser domingo. Por esta misma causa se siente enojado y frustrado.

Richard contesta con énfasis, que sí que se quiere ir a su casa y que no desea quedarse en «X».

M. K. contesta que aunque es verdad que quiere irse a su casa y estar con su madre, sin embargo también quisiera quedarse con ella, y que está resentido por verse privado de su sesión de los domingos, pues tiene celos y rabia al pensar que otro se pueda quedar con ella. Le interpreta, además, que parece que siempre que se separa de ella, se queda con sospechas y temeroso de lo que pueda hacer mientras él no está.

Cuando *M. K.* le interpreta que quiere irse a su casa a ver a su madre, Richard contesta que esto es verdad, pero añade que además tiene muchas ganas de ver el tren que ha traído de «Z». Empieza a describir entonces con gran entusiasmo y riqueza de detalles, la enorme velocidad con que corre la locomotora. Dice además que es roja, mientras que los vagones de pasajeros son de color marrón (aquí mira a *M. K.* significativamente), pero también estos son bonitos. Mientras habla, se pone a dibujar (dibujo 55). La línea superior del triángulo y la que lleva al genital los añade más tarde. Explica que los dos lados del triángulo son huesos, pero antes de añadir lo demás, levanta el dibujo de repente y pone sus labios contra uno de los pechos. Después, tras haber añadido la línea que va al órgano genital, completa la cabeza añadiéndole el pelo.



55

M. K. interpreta que él no venir este domingo, le hace sentir como se sentía de bebé cuando le privaban del pecho de mamá y del biberón que lo reemplazaba. Todo esto lo está reviviendo ahora, además, porque su padre tiene una enfermera como si fuera un bebé. Tras esto le pregunta lo que significa el triángulo no terminado.

Richard contesta que es la V de la victoria.

M. K. interpreta que también hay una V pequeña sobre la pierna derecha del dibujo y pregunta a quién pertenece la victoria mayor.

Richard contesta que a él, y que en cambio papá tiene la victoria más pequeña.

M. K. interpreta entonces que el pelo de la cabeza, que ha dibujado después de haber hecho la línea que lleva al órgano sexual, representa el pelo que cubre a este órgano.

Richard se queda de pronto muy turbado con su dibujo, y se va corriendo a la cocina donde empieza a mirar todo. Examina el fogón y se da cuenta, con pena, de que los sitios que ayer mojó con agua están hoy oxidados. Como dije antes, no se refiere para nada al hecho de que las niñas hayan limpiado la cocina, pero resulta evidente que esto aumenta su pena aún más. Está preocupado y deprimido ahora, y comenta que esto es lo que ocurre por llenar a mamá de algo tan sucio. En seguida quiere saber lo que pueden él y *M. K.* hacer al respecto.

M. K. busca un cepillo y limpia el fogón, pero Richard no lo vuelve a mirar. Coge un rastrillo y se va corriendo al jardín, pidiéndole a *M. K.* que le siga. Se pone entonces a rastrillar la tierra que queda entre dos surcos de verduras y dice que quiere por lo menos rastrillar algunas hileras. Añade que la tierra es marrón, pero linda. Mientras realiza esta tarea tiene aspecto de satisfacción y apenas hace caso de los transeúntes; tampoco pide a *M. K.* que le hable en voz baja, cosa que suele hacer cuando están afuera. En general, en esta sesión ha prestado poca atención a la calle y no ha hecho ninguna pregunta sobre el Sr. Smith. Una sola vez, al ver pasar a un hombre, le hace muecas y mueve las mandíbulas como para morder, tras lo cual se vuelve a *M. K.* para decirle afectuosamente: «Esto no va para ti; solo para él».

M. K. interpreta que el rastrillo simboliza el pene bueno de su padre y el suyo propio, el cual puede ser usado para limpiar y arreglar a mamá, lo cual a su vez significa permitirle que crezcan bebés dentro de ella: las verduras. Parece sentir ahora que «lo grande» que hay dentro de él no son solo bombas, sino también algo bueno, ya que las órdenes postales, que representan también a «lo grande», constituyen regalos que le da a ella y a mamá.

Richard vuelve a entrar en la habitación y a hacer garabatos con él lápiz marrón; al hacerlos, rompe la punta de este.

M. K. interpreta que al hacer garabatos con tanta fuerza que ha llegado a romper el lápiz, ha querido demostrar que teme que, finalmente, «lo grande» que tiene la esté ensuciando y destruyendo a ella. Asocia esto con el agua que pensó que había dañado el fogón, y que para él representa a su orina.

Richard junta entonces los extremos no afilados de los lápices verde y amarillo. El lado afilado del amarillo está roto, y con el extremo roto del marrón lo empuja con tanta fuerza, que el verde se sale de su sitio.

M. K. interpreta que lo que acaba de expresar es que su pene —el lápiz marrón— produce orina y «lo grande», y que además con él rompe el órgano sexual a papá, le enferma y causa mucha preocupación a mamá, cosas que lo hacen sentir muy culpable. Además, tiene miedo de hacerle un daño semejante a ella… Los ataques que siente que ha hecho a los órganos sexuales de mamá, de ella y papá, también los ha expresado por la manera en que ha mordido los lápices nuevos rojo y amarillo. Le preguntó en forma especial a *M. K.* entonces si le importaba que lo hiciera, pero morderlos significa, además, que siente que ha comido estos penes dañados, y por esto piensa ahora que la batalla continúa dentro de él y no solo dentro de ella, como en el dibujo 55. A pesar de que dice que él ha sido quien ha ganado la victoria mayor, al representar a Hitler con el paso de ganso, está dando a entender, además, que es Hitler quien ha conseguido la mayor victoria y que ahora lo está controlando desde adentro.

En esta sesión Richard no ha hablado de su padre. Cuando *M. K.* se pone a guardar el material de juego, echa una ojeada a los dibujos, y dice pensativamente que hace mucho que no dibuja estrellas de mar.

M. K. le pregunta entonces si puede ahora decirle lo que pensó sobre la protesta china.

Richard, mirándola con cariño, le contesta: «Te amo». *M. K.* interpreta que el contestarle en chino (es decir, con materia fecal amarilla, enojada y secreta) se debió a que la odiaba por verse privado de la sesión del domingo. Pero al mismo tiempo, se sintió culpable de este odio y además la quiere, y esto hizo que no quisiera hablar sobre la protesta.

Richard se muestra conforme con esto.

Al abandonar juntos la casa, y mientras *M. K.* cierra la puerta, dice: «El viejo cuarto va a tener un descanso», y después, dándose vuelta hacia ella cuando ya están en la calle, agrega: «Adiós, vieja casa buena»… Aunque está serio, no está deprimido ni parece perseguido. Se asegura una vez más de que

M. K. va hacia el pueblo y comenta que una señora que viaja siempre le ha dicho que no es desagradable venir a «X» en autobús. En un momento en que *M. K.* cambia un saludo con una Sra. a la que conoce, Richard se pone contento, comentando que tiene muchos amigos y que conoce a casi todo el mundo.

M. K. le contesta que, en efecto, ha conocido a bastantes personas en «X[1135]».

Notas de la sesión número sesenta y cinco

I. El sobre viejo ha adquirido una gran importancia, porque está íntimamente asociado a la relación que Richard tiene con su analista, y porque, en cierto sentido, la representa a esta. Estos sentimientos transferenciales tienen su raíz en lo apegado que está a sus primeros objetos, cosa que puede verse en el deseo de volver solo a la casa abandonada, la cual representa a la madre sola y abandonada y está asociada a todos sus recuerdos más antiguos. Este apego tan fuerte constituye una evidencia de la capacidad que tiene para querer y se encuentra muy reforzado por la ansiedad depresiva. Los sentimientos de culpa que Richard vivencia en forma tan intensa lo llevan a apegarse en exceso a su madre, e interfieren con la formación de nuevas amistades y en la búsqueda de nuevos intereses; todo esto, que constituye un factor vital en la perturbación de su desenvolvimiento, se está mitigando parcialmente en el curso del análisis.

II. He señalado repetidas veces que, a pesar de no desviarme en lo esencial de mi técnica, en este caso he contestado, sin embargo, a varias preguntas, prestando así a Richard cierto grado de apoyo. En esta sesión, no solo le contesto, sino que llego a tranquilizarle en forma muy directa, y de una manera que en general no haría. Lo que me llevó a ello fue el que el niño no solo temía inconscientemente el fin del análisis, sino que tenía además plena conciencia de la necesidad imperiosa que tenía de él. El saber yo por mi parte que posiblemente no tendría la oportunidad de reanudarlo, hasta varios años después, y la circunstancia particular de que su padre se hubiera enfermado seriamente, ejercieron sin duda alguna cierta influencia sobre mis sentimientos contratransferenciales.

Cabe entonces preguntarse, hasta qué punto puede todo ello haber afectado la marcha del tratamiento. Esto es difícil de saber, ya que al mismo tiempo seguí analizando persistentemente la transferencia negativa y las

sospechas que el niño tenía de mí y de sus padres. Pero quiero repetir, como una cuestión de principios, que aun en este caso hubiera resultado de mayor utilidad evitar esta actitud ocasional de apoyo. Esto queda ejemplificado en el comentario que hace Richard tras decir con placer que yo era patriota —es decir, un objeto muy bueno— el cual indica que en ese momento yo incrementé con mi contestación la transferencia positiva. El comentario de Richard se refirió a la niña de la calle, la cual, a pesar de tener un aspecto inocuo, se le apareció como si fuera un monstruo. Es decir, que la idealización de la analista —la *M. K.* patriota y no sospechosa ni extranjera como la veía antes—, no llegó a resolver las dudas que sentía hacia ella, y por ello se vio obligado a desviarlas y a transferirlas a la niña que en ese momento pasaba por allí. La única manera de llegar realmente a disminuir sus dudas, hubiera sido interpretándoselas. Por otra parte, el mismo hecho de que en vez de interpretar adecuadamente le diera yo un reaseguramiento sobre mi persona, cosa que él comprendió perfectamente que estaba fuera del procedimiento analítico, incrementó sus dudas en otro nivel, llevándole a dudar de mi honestidad y sinceridad. Una y otra vez nos damos cuenta de que los errores de esta naturaleza crean en los pacientes resentimientos y críticas inconscientes e incluso conscientes cuando se trata de adultos, y que ello ocurre a pesar de que al mismo tiempo deseen tanto ser amados y sentirse apoyados.

Sesión número sesenta y seis (lunes)

Richard se muestra amigable y tiene un aspecto bastante feliz. Cuenta a *M. K.* que ha viajado bien en el autobús, y solo, pero se refiere también, enfadado, a otras ocasiones en las que estaba lleno y la cobradora ordenaba que quienes poseyeran solo medio boleto se pusieran de pie; tenía así que ceder su asiento.

M. K. interpreta que como él quiere competir con papá por mamá, se pone muy enojado cuando le consideran solo medio hombre. Le pregunta además si había otros niños en el autobús.

Richard dice que sí, pero que no le prestaron ninguna atención y él a ellos tampoco… Comenta luego que su padre está recuperándose bien.

M. K. interpreta que se siente orgulloso y feliz por poder ahora viajar solo, sin sentir que los demás niños le estén mirando o le puedan atacar.

Richard contesta que está deseando pasar la noche en casa de los Wilson, especialmente porque la Sra. de Wilson le ha prometido hacerle un regalo. Pregunta entonces si *M. K.* piensa ir al cine por la noche y añade suplicante: «Insisto en que vayas». Dice que ha leído la crítica de la película, y que es muy linda, pues se trata de alguien divertido que cría a un bebé. Le ruega una vez más que vaya.

M. K. contesta que lo siente, pero que prefiere no ir.

Richard entonces dice que tiene una sorpresa para ella, tras lo cual abre lentamente una caja que tiene, y en forma dramática saca de adentro la flota, añadiendo que Paul ha encontrado el barco de guerra *Hood* en la casa de «Z**[1136]**». Pregunta a *M. K.* si se alegra de ver la flota y agrega que está seguro de que así es.

M. K. le sugiere que quizá le esté también diciendo que está seguro de que se alegra de volverle a ver a él.

Richard confirma esto con decisión… Después le muestra que el *Hood* es mucho mayor que el *Nelson* (es realmente el barco más grande de toda la flota), pero añade con tristeza que en la vida real el *Hood* ha sido hundido, aunque aquí puedan jugar a que no haya sido así. El pobre *Nelson,* que antes parecía tan grande, ahora parece muy pequeño.

M. K. interpreta que siente pena por papá que ha quedado convertido en un niño, y que ahora esa pena es tanto mayor, cuanto que en la vida real está enfermo e indefenso. Como esta inversión que se ha operado en todo le convierte a él en el *Hood,* no quiere admitir que este barco haya sido hundido.

Al mismo tiempo, el *Hood* representa también a papá, y por esta razón siente que tampoco debe de ser hundido.

Richard se queda muy sorprendido por esto, pues le dijo realmente a su mamá que desde ahora él sería el padre de familia… Entonces mueve al *Nelson*, haciéndole dar la vuelta alrededor de la cartera de *M. K.* y del reloj, y luego lo deja allí escondido. Después sale a navegar el *Hood* y los dos barcos se encuentran tan al borde de la mesa, que a poco se caen de ella. El *Nelson* vuelve después a donde están los demás barcos y el *Hood* desaparece una vez más detrás de la cartera, quedándose allí un rato.

M. K. se refiere a la comparación que hizo entre el *Hood* y el *Nelson,* y le dice que cuando él era muy pequeño, su padre le parecía enorme y su órgano sexual también.

Richard se queda pensando en esto y pregunta si realmente es tan grande en su imaginación el pene de su padre. Sostiene que nunca se lo ha visto, pero dice que hace poco vio el de Paul y que realmente tenía pelos alrededor.

M. K. se refiere entonces a que ya alguna vez le sugirió que pudo haber tenido la ocasión de ver el pelo del pene de su padre o el de mamá o a la niñera, y que esto lo expresó en el dibujo 55, en el cual la pintó a ella: al hacerle el pelo, en efecto, hizo en el mismo una raya que llegaba hasta el órgano sexual. También le señala que por poco se ha producido un desastre entre el *Hood* y el *Nelson* —que son él y papá— tras lo cual llevó al *Hood* a un sitio seguro detrás de su cartera y su reloj, mientras que el *Nelson* volvía a unirse al resto de la familia.

Richard dice en voz baja: «Pobre papá».

M. K. interpreta el pesar que siente por la enfermedad de su padre; por ello, al decir que aunque el *Hood* ha sido hundido en el juego está otra vez de vuelta, ha querido expresar el deseo de que su padre se ponga fuerte y siga viviendo, para que continúe siendo el jefe de la familia.

Richard repite en voz baja y seria que está muy triste a causa de su padre, y añade: «Es para ayudarle a él por lo que vengo aquí y viajo solo».

M. K. le pregunta lo que quiere decir con esto.

Richard contesta tímidamente que el trabajo que hace con ella le ayuda a él, y que ello hace que su padre no tenga que preocuparse por su causa.

M. K. interpreta que quizá también quiera decir que si el trabajo con ella le ayudara a tener menos celos, entonces no lo odiaría, atacaría ni haría daño.

Richard está de acuerdo con que es esto lo que ha querido decir… En tanto, ha movido el *Hood*, llevándolo hasta donde están los demás barcos, y

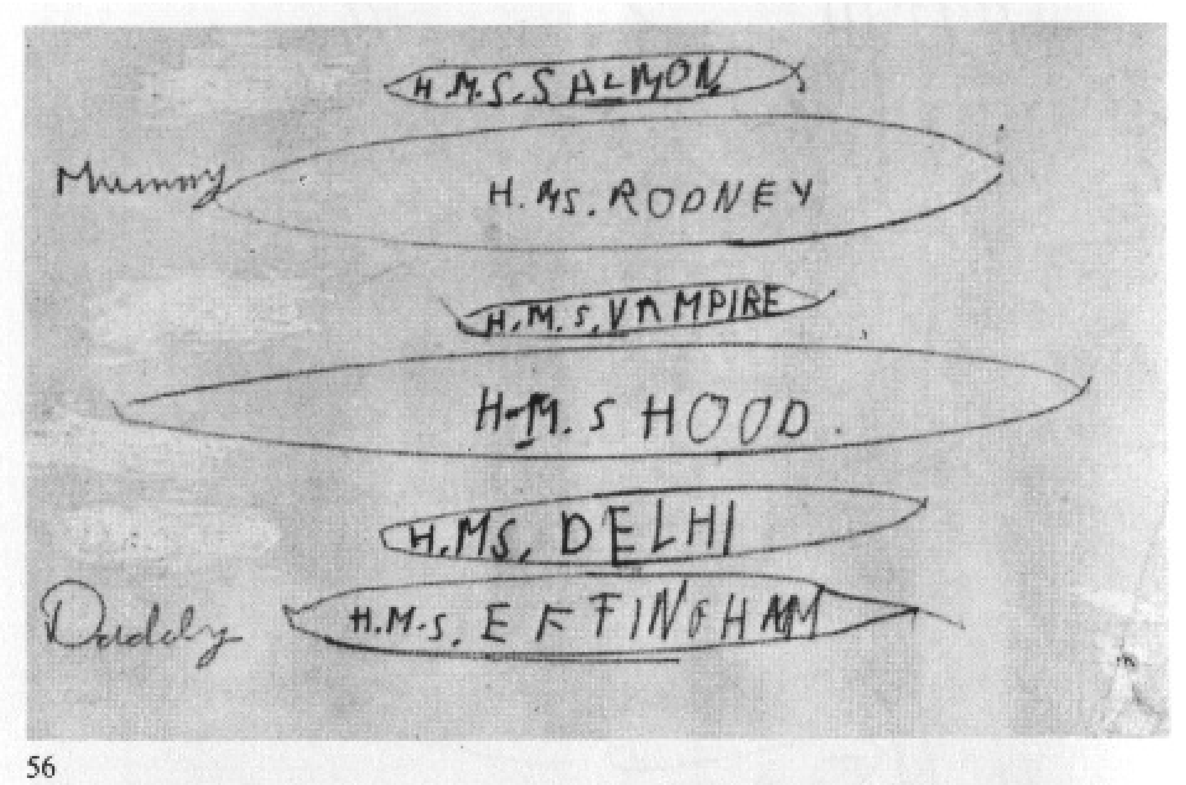
allá lo coloca en la posición central, con el *Rodney* a un lado y un crucero al otro. El destructor *Vampire* queda un poco más lejos.

M. K. interpreta que tiene la intención de volver a colocar a su padre en la posición de padre y marido, y de colocarse a sí mismo en el lugar del menor de la familia: el *Vampire*.

Richard muestra a *M. K.* un paquete de semillas rojizas que ha comprado en la tienda del Sr. Smith; dice que son las que más le gustan y que quiere tenerlas mucho tiempo.

M. K. le indica que acaba de chupar el lápiz; y que de la misma manera desearía chupar y comerse el pene de su padre; así sería muy poderoso y podría darles a ella y a mamá muchos bebés, haciéndoles sentir bien.

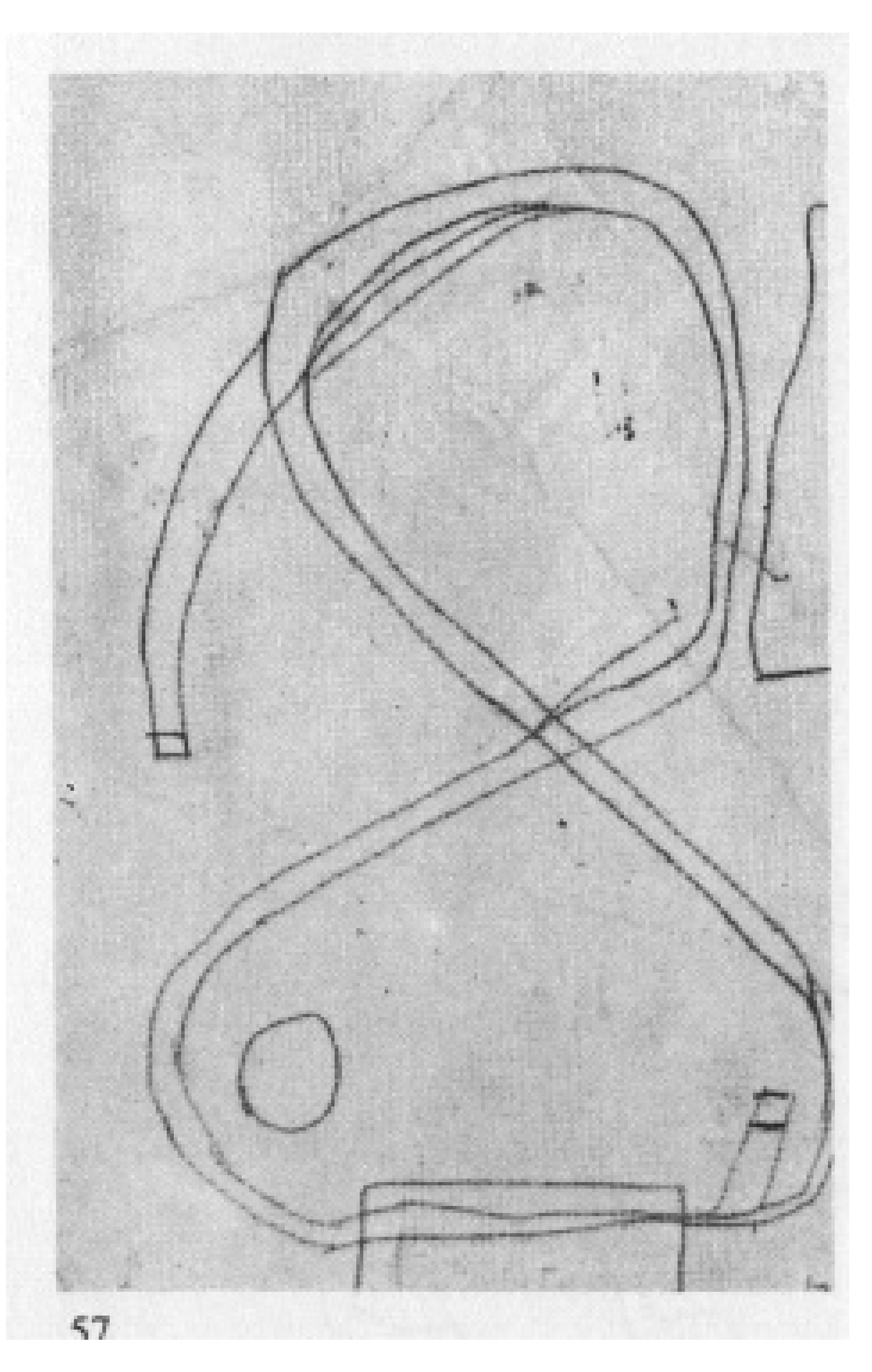
Richard hace entonces el dibujo 56[1137]. Cuando escribe los nombres que hay en él, duda al llegar al *Hood* y murmura sin llegar a decidirse: «Papá-Richard», tras lo cual escribe su propio nombre.



56

M. K. interpreta que siente un conflicto entre el deseo de ocupar el lugar de su padre y el de permitir que este lo mantenga. Esto lo ha solucionado poniendo a su padre (que en el dibujo 56 está representado por el H.M.S. *Effingham)* lejos de mamá *(Rodney)* y haciendo que papá sea más grande que los barcos que generalmente le representan a él mismo (el *Vampire* y el *Salmon)* y a Paul (H.M.S. *Delhi).* Al ser él el *Vampire,* toma su posición verdadera de menor de la familia, pero además se coloca entre papá (ahora el *Hood)* y mamá *(Rodney),* con lo cual consigue separarlos. El *Salmon*

representa además al Richard pequeño, que ahora está al lado de su madre. Al mismo tiempo, el *Vampire* representa como antes el genital, su propio genital, que le gustaría usar con mamá para hacerle el bebé que desea darle. Richard hace el dibujo 57, y comenta que el círculo es la silla en torno de la cual corre el tren. Ahora ha distribuido así las cosas.


57

M. K. interpreta que el tren le representa a él corriendo entre los dos pechos, los cuales están formados por las curvas de la vía del ferrocarril; también quiere decir ir y venir de ella a mamá.

Al oír esta interpretación, Richard señala los dos extremos de la vía y dice que hay dos órganos sexuales: uno pequeño (dentro de la curva) y otro grande.

M. K. interpreta que además de desear chupar su pecho y el de mamá, quiere colocar su órgano sexual cerca de ellas; el genital grande significa que papá tampoco queda excluido[1138].

Richard mira a *M. K.* y le dice que la quiere mucho. Menciona además que su madre se refiera a ella llamándola «querida». En cambio él ha sido muy mal educado con la cocinera, a la que ha llamado «pedigüeña insolente». La cocinera quedó tan espantada que no pudo ni contestarle.

M. K. le pregunta por qué dijo eso.

Richard contesta que en realidad no lo sabe; tenía rabia y sintió que no la quería.

M. K. le recuerda que una vez le contó que la niñera se peleó con la cocinera antes de irse, y que desde entonces él la odiaba. Cuando mamá habla amistosamente de ella, siente como si hablara amigablemente con la niñera; mientras que la cocinera mala, en cambio, representa a su mamá, la cual se transformaba en mala cada vez que no se llevaba bien con la niñera. Por otra parte, ha mencionado a la cocinera mala y lo enojado que está con ella, justo después de decir que a *M. K.* la quiere mucho; sin embargo, como *M. K.* no hace todo lo que él le pide, esto quiere decir que la cocinera mala también la representa a ella.

Richard se va a la cocina y se pone a investigar el «tanque-bebé», comentando luego que el agua no está hoy tan sucia. Como de costumbre bebe agua del grifo; después coge un resorte de alambre que está sujeto a la tabla de escurrir, golpea con él la tabla, y pide a *M. K.* que haga lo mismo. De repente se pone a pelear con un hombre imaginario a quien sitúa detrás de la puerta y le grita: «Vete, vete», tras lo cual cierra la puerta para que no pueda entrar[1139].

M. K. le recuerda que una vez quiso que ella obligara a marcharse al Sr. Smith, diciéndole también «Vete» (sesión cuarenta y ocho); y que en otra ocasión hizo que le dijera lo mismo al «oso». Los dos hombres representan al papá perseguidor que puede irrumpir en la habitación en momentos en que él desea estar solo con ella (en realidad, con mamá) para poder quererla.

Durante toda la sesión, Richard ha tenido metido en la boca el lápiz amarillo; al decir «Vete» al hombre imaginario, lo sigue chupando aún.

M. K. le interpreta que desearía que su pecho (y la mamadera que la niñera le daba) fuera todo para él, sin que nadie le perturbe, y que querría poder echar afuera a su padre, del cual él sospechaba de niño que se quedaba con él. Como ahora papá tiene a la enfermera que le atiende solo a él, siente que es como un bebé rival.

Richard vuelve a la mesa; allí saca el dinero que tiene, y separa el cambio que el Sr. Smith le dio tras comprarle las semillas. Le muestra a *M. K.* que los peniques son más grandes que las monedas de dos chelines, y comenta que a él le gustan los primeros. Después se coloca la máscara contra gases asfixiantes que lleva consigo cuando va de viaje, y dice que alguna gente hace mucho lío con ellas. A él en cambio le gusta la suya, y el olor a goma que tiene, pues está acostumbrado a él de tanto jugar con unos ladrillos de goma que posee.

M. K. interpreta que quiere mantener separados en el bolsillo (el cual simboliza su interior) los peniques que ha recibido del Sr. Smith, los cuales representan el órgano genital de papá; de esta manera no se pueden mezclar con las monedas de plata que simbolizan el pecho bueno de mamá. A pesar de que dice que le gustan los peniques, resulta evidente que no se fía de ellos. También dentro de sí mismo desea separar el pecho bueno de mamá, del pecho manchado y de «lo grande», representado por los peniques. La máscara de gases que pretende que le gusta, la usa en realidad para salvarse del veneno, el cual en su mente está asociado con el genital venenoso de papá.

Richard echa rápidamente el brazo sobre el hombro de *M. K.*, cosa que repite un poco después, y le dice que la quiere mucho[1140]… Le vuelve a suplicar además, que vaya al cine esa noche, pues le haría con ello sentirse muy feliz. El tono de voz con que habla es de lo más suplicante.

M. K. interpreta que si ella fuera al cine sentiría que se parece mucho más a su mamá y entonces no echaría tanto de menos a esta. Si ella ocupara su sitio, podría además acariciarla y besarla.

Richard se va afuera, llamando a *M. K.* para que también salga. Aunque por un momento se ha sentido desilusionado al ver que *M. K.* no le dice que irá al cine, sigue amigable. Pero en cambio se pone a mirar a una gallina que está en la casa de al lado y le dice: «Gallina vieja y tonta»; y cuando vuelve a la habitación, ve a una vieja que pasa por la calle y se refiere a ella llamándola: «Vieja mala».

M. K. interpreta que tanto la gallina como la vieja representan a ella, y que está enfadado porque se siente frustrado al no querer acompañarle como él desearía que lo hiciera.

En esta sesión Richard ha mencionado que está contento en «X» y que no le importa mucho no estar en su casa. En realidad da la impresión de estar contento y salvo por la vieja a la que se refiere al terminar la sesión, apenas ha dirigido su atención hacia la calle mostrando poca evidencia de sentirse perseguido. Su madre me ha dicho que da mucha importancia al hecho de estar «colaborando» con ella al viajar solo y quedarse solo también en el hotel o en casa de sus amigos, cosas todas estas que le hubiera sido imposible hacer antes.

Sesión número sesenta y siete (martes)

Aunque llega unos minutos tarde, Richard entra en la casa sin darse prisa, con aspecto deprimido y reservado. Deja en el suelo su maletín, pero no saca la flota de él, y se pone en cambio a recorrer la habitación, dando puntapiés a los banquitos y pisoteando uno o dos de ellos. No mira ni a *M. K.* ni al reloj. En general da la impresión de estar muy enfadado y de no saber bien qué hacer. Al descubrir una polilla igual a la que viera hace algunas sesiones, trata primero de cazarla, pero luego decide dejarla en paz. Varias veces se ata los cordones de los zapatos hasta dejarlos bien apretados… Después de un rato, pregunta por fin si llegó tarde, y con cuánto atraso.

M. K. le dice que con dos o tres minutos.

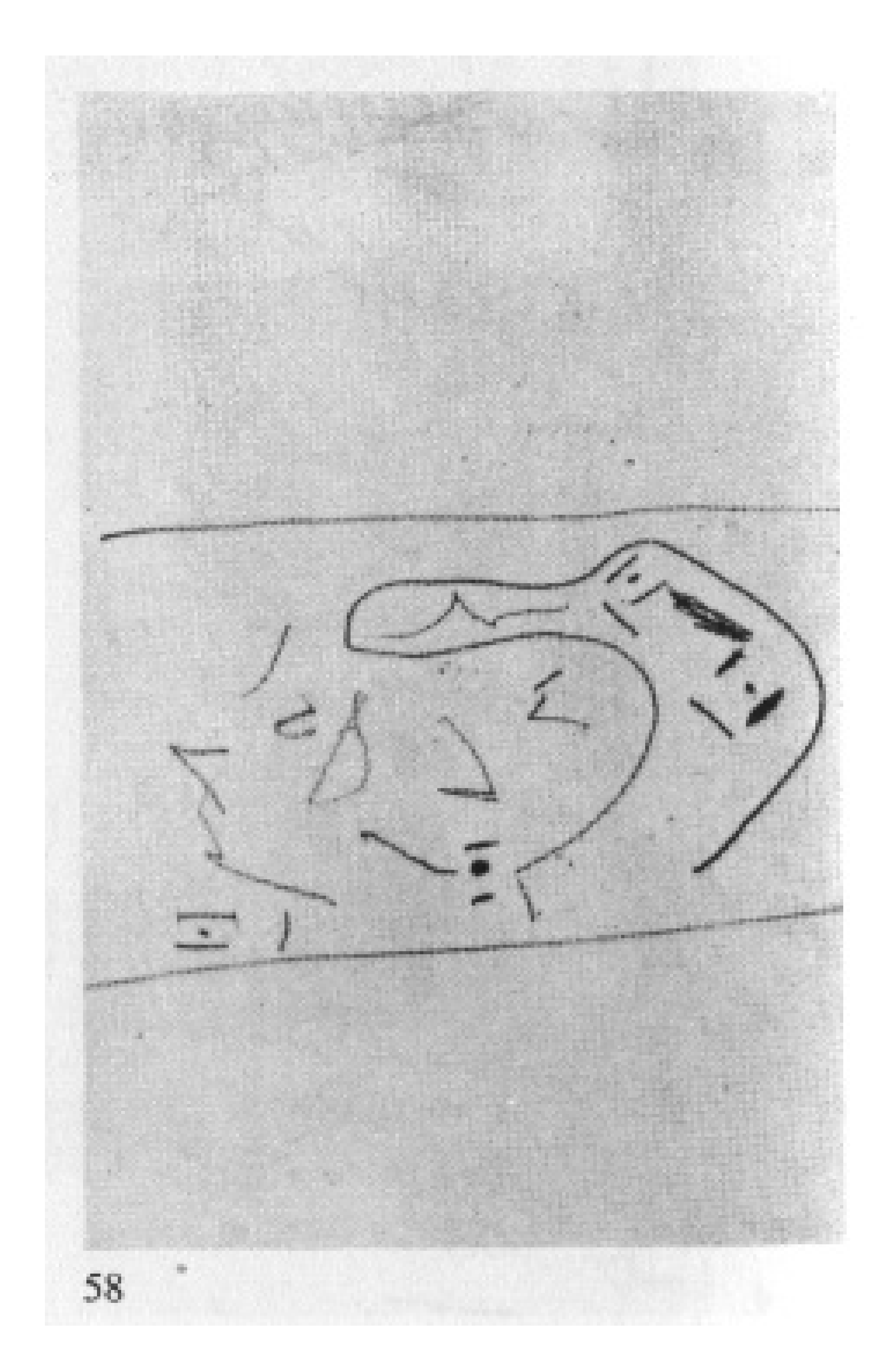
Richard le pregunta si le puede dar esos dos minutos de más.

M. K. interpreta que los dos minutos parecen representar sus pechos, los cuales teme perder por dejarla esta noche para irse a su casa.

Richard se pone un poco más vivaz y dice: «Debes de ser muy inteligente para haber podido descubrir esto…». Luego se pone a mirar por la ventana, se sienta a la mesa y estira la mano, mientras con tono de súplica pide a *M. K.* que le alcance el cuaderno. Luego se pone a chupar el lápiz y llena un renglón con la palabra «helado». No deja espacio entre palabra y palabra, y a medida que escribe va diciendo cada vez con mayor intensidad: «Helado, helado, helado». Tras esto hace el dibujo 58. Al principio parece que va a dibujar algo parecido a la «protesta china» (sesión sesenta y cinco) y cuando *M. K.* le pregunta si es chino lo que escribe, él contesta que sí; pero luego decide que se trata de rayaduras hechas en el hielo, mientras que algunos de los puntos y las líneas más oscuras son las personas que están en la pista de patinaje; y son ellas quienes han hecho las rayaduras al patinar.

M. K. interpreta que el deseo de comer mucho helado**[1141]**, va unido a la necesidad de comer de ella todo lo que pueda, y aún más. La pista de patinaje representa su interior y el de mamá, dentro de los cuales piensa que están la leche buena, los bebés y el órgano sexual bueno de papá. Pero piensa también que si entrara en ella para robarla, la rayaría y la dañaría (en ese momento Richard dibuja las dos líneas que encierra la pista de patinaje)**[1142]**. De bebé, cada vez que se sentía insatisfecho, tenía deseos de arañar, morder y dañar el pecho, y ahora siente que le está haciendo lo mismo a ella, porque a pesar de ser él quien se va y la deja, siente no obstante que ella no le da todo lo que él

desea. Por esto él mismo creyó al principio que su dibujo iba a ser una protesta china[1143]. *M. K.* le interpreta, además, que el dejarla a ella para irse a casa, le hace sentir que ahora es ella el pecho bueno —mamá— mientras que otras veces representa a su niñera y entonces su propia madre es el pecho-madre. En la vida real, su mamá le dio de mamar muy poco tiempo, apenas unas semanas, y luego le tuvieron que dar el biberón, el cual probablemente se lo daba la niñera.



Richard contesta inmediatamente: «¿Y qué hizo mamá después con sus pechos? ¿Se los dio a Paul?». Se queda pensando en esto y luego dice lentamente que Paul ya era bastante grande cuando él nació, de manera que no puede haber sido así. Se pone entonces a hacer preguntas, evidentemente impresionado e interesado en la información que *M. K.* le ha dado. ¿Cómo es que sabe lo de los pechos de su mamá? ¿Se lo ha dicho ella? ¿Cuándo? ¿Qué es exactamente lo que le ha contado? ¿Por qué no le dio mamá de mamar más?

M. K. le contesta que la primera vez que su mamá vino a hablar del tratamiento con ella, le hizo algunas preguntas sobre su primera infancia y sobre cómo había sido todo; su madre le contesto, entre otras cosas, que tuvo que dejarle de amamantar a las pocas semanas, y darle el biberón en cambio, porque se le terminó la leche (nota 1). Le interpreta, además, que lo primero que pensó él al saber que le habían dado poco tiempo el pecho, fue que mamá se lo había quitado para dárselo a Paul, y que de bebé puede incluso haber llegado a pensar que le estaban castigando y que por esta causa su madre se lo daba a otra persona, ya fuera a Paul o a papá. Esto debe de haberle hecho sentir mucha envidia y celos de papá y de Paul, y sospechar de ambos. Ahora, una vez más, le parece que su padre es un bebé por tener una enfermera que lo cuida, y siente verdaderos celos de él.

Richard contesta que tiene dos enfermeras (cosa que ya ha mencionado en otra ocasión).

M. K. interpreta que esto parece significar para él, que papá no solo le ha quitado el pecho de mamá, sino también a la niñera.

Mientras *M. K.* habla, Richard se mete los dos pulgares en la boca y se pone a chuparlos con fuerza, cosa que no acostumbra hacer. Después cubre una cantidad de hojas con garabatos entre los que se puede leer su nombre. Mientras garabatea, corre repetidas veces a la ventana, se queda mirando a la gente que pasa, y en particular a los niños. Les hace muecas moviendo las mandíbulas, pero para hacerlo se esconde detrás de las cortinas. Además tiene que ir tres veces al cuarto de baño, cosa también poco frecuente, y que le turba. Explica que tiene ganas de hacer «lo chico» pero que no puede.

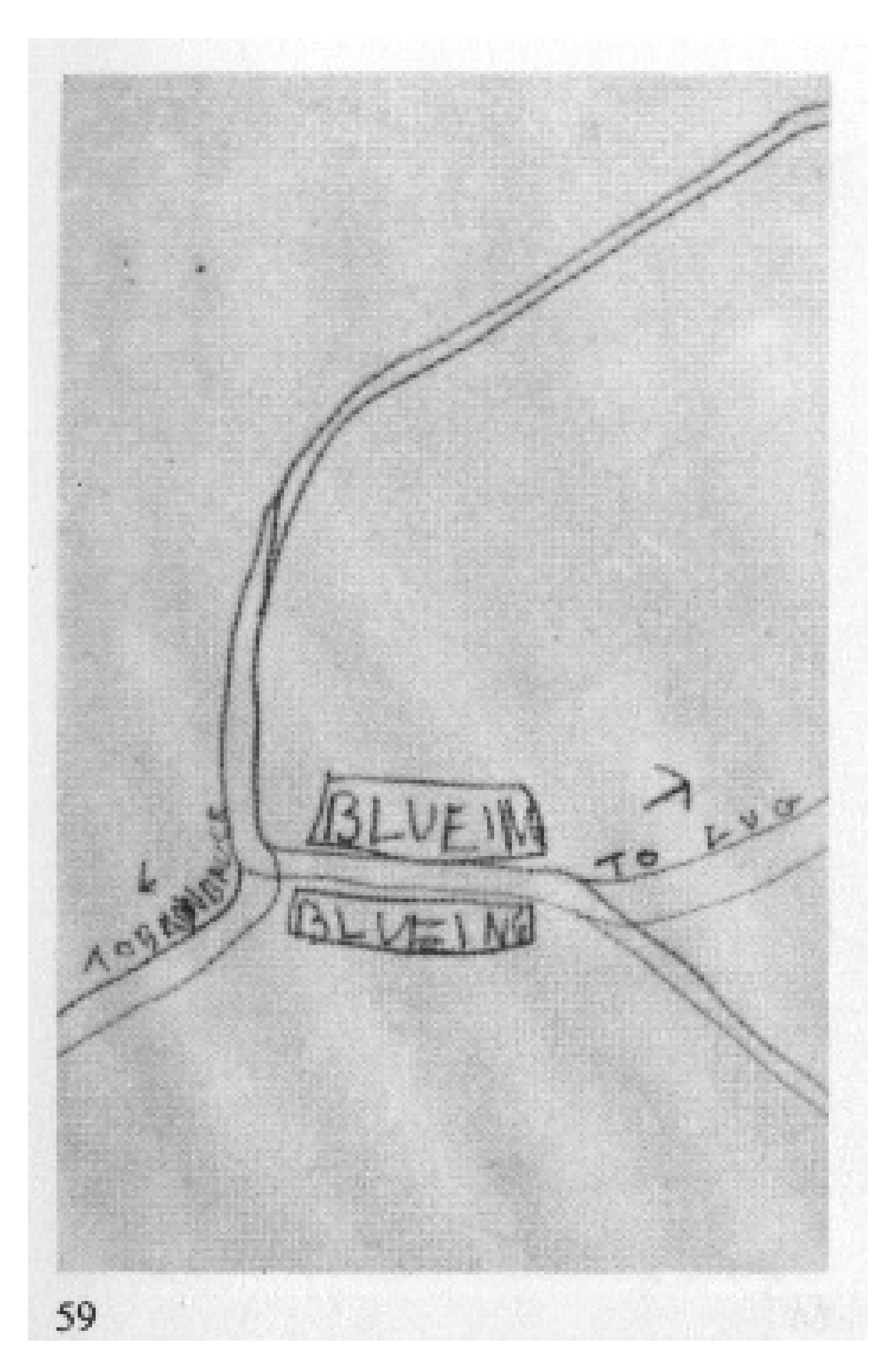
M. K. le indica que cuando desea tomar de su pecho (o más bien del de mamá), y guardárselo para él solo, ataca al mismo tiempo en su fantasía a la gente de quien sospecha que se lo han quitado. Esta gente está ahora representada por los niños a los que acaba de hacer muecas, los que se han transformado para él en enemigos, porque siente que los ha atacado por

haberle quitado el pecho y mamá. La forma en que los ataca es haciéndoles «lo chico» encima.

En este momento Richard se pone a preguntar a *M. K.* cosas sobre sus demás pacientes: la hora en que vienen a verla, si son todos hombres, quién viene después de él, etcétera.

M. K. interpreta que siente muchos celos y mucho miedo del Sr. K., del Sr. Smith y de sus hijos.

Entonces Richard hace el dibujo 59. La estación se llama «Blueing», que quiere decir, según él mismo explica, azul celeste; y al decirlo, señala a *M. K.*



59

M. K. le pregunta si le puede decir algo sobre la partícula «mg» de la palabra «Blueing».

Richard dice que no.

M. K. sugiere que quizá sea *ink*[1144].

Richard entonces se sonríe y dice que es así; que ya lo sabía cuando ella se lo preguntó, pero que no se lo quiso decir.

M. K. interpreta que esto es porque él, que es el tren, desea mantener a la madre pecho celeste buena, separada de la tinta. Le recuerda que una vez pensó que la botella de tinta que encontró en la cocina olía mal. Cada vez que tiene rabia o se siente insatisfecho, desea ensuciar a la mamá a quien tanto quiere y a su pecho, con «lo grande» y con «lo chico», cosa que ahora le quiere hacer a ella… También siente que lo ha hecho de bebé, y que ha envenenado a mamá. Las otras dos vías del dibujo que van a «Lug» y a «Brumbruk» expresan el deseo de separar a la mamá celeste de «lo grande» que ensucia y daña, y esta es la causa por la cual no sabe bien cómo se escribe la palabra «Brumbruk». Las repetidas tentativas que ha hecho de orinar, también tienen como significado el deseo de ensuciarla a ella, en representación de mamá; pero ha tenido al mismo tiempo miedo de hacerlo.

Richard se pone a garabatear; como de costumbre, dice que no sabe qué es lo que está dibujando. Primero hace una forma ovalada que contiene dos círculos grandes y uno pequeño; los tres están unidos. Después dibuja dos círculos mal acabados fuera de la forma ovalada, y los cubre furiosamente con puntos. Tras esto, hace más puntos, esta vez dentro del óvalo, y al hacerlo le centellean los ojos, rechina los dientes y su cara adquiere expresión de ira.

M. K. le sugiere que los dos círculos representan a sus pechos, y antes, a los de mamá, a los cuales está atacando al morder y apretar los dientes; la violencia con que hace los puntos, también significa que está ensuciándolos y ennegreciéndolos con orina y materia fecal. La punta del lápiz con la cual ha hecho los puntos, representa sus dientes y sus uñas. Después le pregunta lo que significa la figura que está dentro del óvalo (los tres círculos juntos).

Richard sin dudar un instante, contesta que son huevos.

M. K. interpreta que los ataques contra su madre se dirigen al interior de su cuerpo, contra los bebés que contiene[1145], pues los tres huevos juntos sugieren la forma de un bebé sin nacer. Los celos que tiene de estos bebés están asociados, además, a la creencia de que su madre puede haberlos amamantado a ellos por dentro, en lugar de amamantarle a él (nota II).

Richard dibuja en la misma página dos círculos más, y otra vez los cubre con puntos. Tras esto dice que hay dos pechos nuevos y al hacer un punto en

medio de cada uno de ellos, añade: «Estas son las cosas que están encima de los pechos, y también han desaparecido». (No conoce la palabra «pezón»). Una vez más traza dos contornos y los vuelve a cubrir con puntos y garabatos, comentando que parecen frutillas. Después hace una cantidad de V grandes y repite que son la «V de la Victoria». Mientras traza los puntos, se refiere a los bombardeos que los alemanes han llevado a cabo contra Moscú. Luego arranca la hoja del cuaderno (que últimamente hace de manera muy violenta), mira las dos páginas siguientes y se queda muy preocupado al notar las agudas marcas que han quedado en ellas a causa de la violencia con que ha hecho los puntos (nota III).

M. K. interpreta que siente que él no es la «R.A.F. buena» que ataca con buenos propósitos, sino el Richard-Hitler que destruye a Moscú, la cual representa a la mamá dañada.

Mientas garabatea, y mientras *M. K.* le interpreta, Richard hace repetidas pausas para fijarse en la gente que pasa por la calle. Antes le ha preguntado a *M. K.* si ha visto al Sr. Smith. Luego sigue arrancando las hojas y haciendo garabatos, pero en forma menos violenta. En la última de estas páginas empieza cuidadosamente a hacer puntos en las marcas que hay hechas, pero pronto abandona esta tarea.

M. K. le sugiere que está tratando de esconder las marcas y posiblemente, también, de curarlas. Le indica, además, que al usar ahora muchas más hojas de las que antes usaba, para luego malgastarlas, está tratando de demostrarse a sí mismo que puede sacar de ella todo lo que quiere, y que ella le quiere a pesar de haberle atacado el pecho; también quiere pensar que el pecho en sí puede ser reemplazado por otro en caso de quedar destruido o exhausto —los círculos que añadió antes, y a los que llamó frutillas—.

Richard saca dinero de su bolsillo y dice que no tiene bastante para el autobús.

M. K. interpreta que desea recibir de ella un regalo que represente el pecho bueno. Quiere también asegurarse de que aun después de haberla atacado, tiene todavía dentro de ella los bebés y los pechos, y que le sigue queriendo.

Richard saca entonces de su bolsillo más dinero, y en la hoja que sigue marca el contorno de cuatro monedas: una de 2 chelines, una de 6 peniques, una de tres peniques y una de uno. Dice que el penique es el que el Sr. Smith le dio el día anterior cuando le compró las semillas de rabanito, y tras decirlo se lo mete en la boca y lo muerde un momento. Después saca de la maleta el paquete de semillas y se deleita con ellas, comentando que no le gustaría tener

ninguna otra clase de semillas que no fueran de rabanitos, los cuales en el dibujo del paquete tienen un aspecto muy lindo. Sacude la bolsita, entonces, para demostrar que contiene «miles y millones» de ellas.

M. K. interpreta que los círculos con los pezones que ha dibujado, le parece que fueran frutillas, y representan, en primer lugar, el pecho bueno de mamá. El penique marrón parece no solo ser el genital bueno de papá o del Sr. Smith, sino además estar lleno de «lo grande», y piensa que ensucia el pecho de mamá, tal como él quiere hacerlo cuando se enfada. De igual manera, los celos que tiene cada vez que ella se encuentra con el Sr. Smith (el cual representa al Sr. K.), se hacen también muy fuertes porque teme que este la dañe y la ensucie; y si siempre quiere observar a sus padres con mucha atención, ello se debe, en parte, a que tiene miedo de sus relaciones sexuales. El deseo de tener rabanitos y los «millones» de semillas que contiene el paquete que le ha dado el Sr. Smith, también re presenta a los bebés que el pene bueno de papá debería darle (nota IV).

Richard se ha quedado tranquilo y sosegado, y cogiendo la goma de borrar de *M. K.* traza el contorno de la misma en una hoja de cuaderno y copia además la inscripción que tiene marcada. Después traza dos líneas horizontales que atraviesan el papel, y una vertical que deja el dibujo de la goma dividido por la mitad, tras lo cual comenta que son los barrotes de una prisión.

M. K. interpreta que en su imaginación se ha comido la goma, que representa el genital del Sr. K., o más bien el de papá, y que ahora lo tiene preso dentro de sí. Pero una vez dentro de él, se ha transformado, y de ser un órgano genital maravilloso (los rabanitos y las frutillas) como a él le gustaría que fuera, ha pasado a ser algo lleno de «lo grande», y peligroso.

Como duda tanto del órgano sexual de su padre, pues no sabe si es bueno o malo, quiere estar seguro de él, y por eso ha trazado su contorno y ha escrito la inscripción que lleva (nota V). Lo ha metido así en una cárcel dentro de él, para poderlo controlar internamente, pues cuando está fuera siente que es peligroso. [Introyección del objeto con el fin de controlarlo y evitar que haga daño].

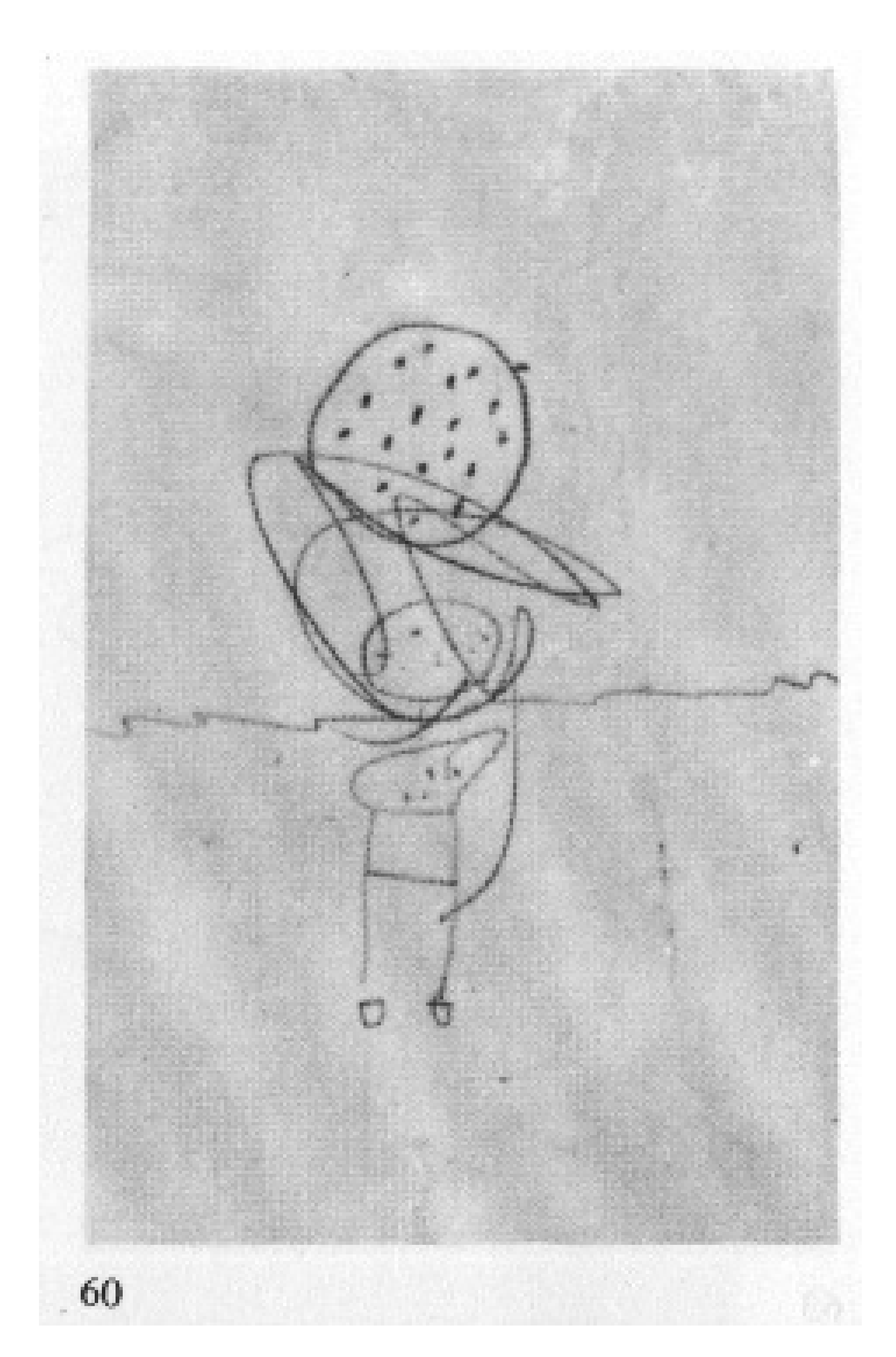
Richard sugiere que se pongan a jugar a los ceros y cruces y elige para sí las cruces; pero arregla las cosas de tal manera que *M. K.* pueda siempre ganar. Al final, no ajustándose a las reglas del juego, consigue que los dos ganen.

M. K. interpreta que esto quiere decir que le está devolviendo a ella los pechos, el órgano genital o los bebés, representados por la «O» que le acaba

de dar en el juego.

Richard hace entonces el dibujo 60, empezándolo por una línea ondeada que dice que representa la arena. La figura que hay debajo es *M. K.*, que está echada sobre la arena. El círculo grande con puntos es una mina de tierra, y el otro más pequeño que se encuentra justo sobre la línea ondulada, es la misma mina que se ha acercado mucho y que está explotando. Los garabatos que hay sobre ella muestran la manera como explota. Deja luego de lado el dibujo con aire muy preocupado y triste, pero inmediatamente empieza a dibujar otra vez (61), comentando que se trata de lindas frutillas que crecen en el jardín, perteneciente a *M. K.*

M. K. interpreta que tiene dudas sobre el órgano sexual rabanito y frutilla de papá; cree que el papá «pillo» está haciendo creer que su pene es bueno, pero él teme que tanto ella como mamá puedan explotar en cualquier momento en que estén en la cama (en el dibujo, en la arena). También él teme explotar, ya que siente que ha incorporado a ella y a mamá dentro de sí y también al órgano genital de papá. Y piensa además que también él mismo es un pillo que ha manchado el pezón de frutilla con su materia fecal y que ha hecho que papá ensucie y ataque a mamá con su órgano sexual. El día anterior separó por esto en su bolsillo el cambio (el penique) que recibió del Sr. Smith, pues representa el genital sospechoso: el pillo a quien ha incorporado; manteniéndolo así separado, trata de evitar que el pecho bueno sea destruido o atacado por el genital que hay dentro de él.


60

Richard está escuchando con mucha atención, y al mismo tiempo saca un juguete de la cesta de *M. K.* Es el columpio. Lo hace mover, contento de ver que está en buen estado. Es la primera vez después de varias semanas, que juega con los juguetes (nota VI). Con mucha cautela saca también el tren eléctrico, enganchados vagones y los hace mover, mostrándose otra vez muy contento.

M. K. interpreta que está tratando de ver si los pechos de ella y de mamá (los dos vagones) se encuentran en buen estado, y que también quiere tratar de ver si puede unir a papá y a mamá de una manera buena (de nuevo los vagones).

Richard arma entonces el tren de carga. Los dos trenes se encuentran y el que transporta carga tropieza y se cae, pero no en forma violenta (nota VII).

Al finalizar la sesión, Richard está mucho menos deprimido que al principio, aunque bastante serio. En la calle observa a la gente, pero no con atención, y se pregunta qué pasaría si toda la población de «X» se juntara sobre el Snowdon o en el interior de un autobús.

En el transcurso de la sesión preguntó una vez a *M. K.* si el martes estaría el autobús muy lleno. Como ahora es temprano aún para que salga el suyo, decide ir un rato al hotel, a visitar a la gente de allí. *M. K.* le pregunta si hay alguien en particular a quien quiere ver, pero él contesta que no, que quiere ver a todos. Se separa entonces de ella, amigablemente, aunque de una manera no demostrativa (nota VIII).

Notas de la sesión número sesenta y siete.

I. Yo había indicado a la madre de Richard tras la primera conversación que tuve con ella, que sería útil que en algún momento oportuno le dijera a su hijo que fue destetado muy pronto. Ella, sin embargo, no lo hizo, y como solo tenía por delante unas pocas semanas más de análisis, pensé que sería oportuno introducir yo el tema. A menudo he podido ver que los detalles que suministran los padres solo pueden ser utilizados en el análisis si aparecen en el material de las sesiones; pero como en este caso soy yo la que introduce directamente cierta información, me veo obligada a decirle con franqueza a mi paciente de dónde he conseguido los datos que ahora le presento. Como mencioné antes, este procedimiento debe ser usado con cautela y no demasiado a menudo, pues tiende a provocar sospechas y el temor de que se produzcan choques entre los padres y el analista. En realidad solo debe de

recurrirse a él cuando sea esencial para el trabajo analítico, pues es el material suministrado por el paciente el que debe servirnos de base para nuestra labor.

II. Tal como este ejemplo nos lo demuestra, los sentimientos de frustración se asocian no solo con la sospecha de que el padre (y en este caso también el hermano) se queda con el pecho cuando el bebé se ve privado de él, sino que además también se alimentan del mismo los bebés imaginarios que la madre lleva dentro de sí, de los cuales el niño tiene celos en mayor o menor grado. En este caso, la envidia del pecho de su madre y de la capacidad de esta para hacer bebés y alimentarlos, contribuye además a que Richard sienta tanta rabia y frustración (véase *Envidia y gratitud, 1957*).

III. Esto constituye un ejemplo de lo que es el recuerdo de los sentimientos. Vemos cómo se produce aquí la situación completa del destete, con todas las emociones y ansiedades que ello implica, la cual está estimulada además en la situación actual, por los celos que le provocan a Richard el bebl-padre y mi inminente partida.

IV. Esta rápida transición que lleva a Richard a desear recibir el pene del padre que da bebés, tras haber deseado tener el pecho de la madre, puede considerarse desde dos puntos de vista. Por un lado, el amor hacia el pecho queda transferido al pene del padre poniéndose el niño en una posición femenina; pero además, como el bebé siente que ha manchado y dañado por celos y odio el pecho de su madre, su órgano sexual y su cuerpo, esto también le estimula a transferir sus deseos hacia el pene, es decir, a dirigirse hacia la homosexualidad (véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo XII).

V. La necesidad de hacer una reproducción exacta del objeto, está asociada a las dudas que tiene el niño sobre los acontecimientos y objetos internos, las cuales contribuyen además a la necesidad obsesiva de aferrarse a las descripciones exactas de las cosas, ya sea mediante la escritura, el dibujo u otros medios. Esta incertidumbre es causa de una gran ansiedad y confusión. Un ejemplo de ello me fue dado por una paciente adulta, la cual vivenció una gran sorpresa en un sueño, al ver un objeto de naturaleza muy indefinida, que estaba clavado entre las ruedas de su coche. Al asociar, sin embargo, pudo ver que el objeto representaba un pecho o un pene. En el sueño ella sentía que no quería mirarlo, pero al mismo tiempo sabía que estaba ahí desde hacía muchos años, y que era ya hora de mirarlo y de sacarlo de donde estaba. La sorpresa que sentía al poder ahora ver el objeto, pudo ser vivenciada claramente en el sueño, el sentido del cual, como lo demostraron sus ulteriores asociaciones, era que ahora podía mirar a sus objetos internos, cuyo

contenido le había provocado toda su vida una gran ansiedad, haciéndole desear simultáneamente tanto verlos como no verlos.

VI. Hacía muchas sesiones que Richard no jugaba con los juguetes, aunque usara otro tipo de material. (La última vez que tuvo algo que ver con ellos, fue en la sesión treinta y uno, en la que miró la casa de barrios bajos y la figura dañada de un hombre, al que le rompió otro pedazo, pero sin llegar a jugar con ellos. La oportunidad en que si jugó por última vez, fue en la sesión veintiuna, en la cual dio un material que se terminó de interpretar en la sesión veintidós). Los juguetes, algunos de los cuales se hablan roto, expresaban concretamente el daño causado por su agresividad —el «desastre»— y estaban por ello asociados con ansiedades muy profundas referidas a estos impulsos agresivos. Es decir, que se habían convertido en los representantes de situaciones infantiles no modificables. Nos podemos preguntar por qué, en cambio, si se sentía capaz de continuar expresándose mediante otros medios, como, por ejemplo, con la flota, los dibujos, la narración de sus sueños y las asociaciones, y el material ocasional relacionado con los distintos objetos de la casa y del jardín. Mi opinión es que estos otros medios de expresión le permitían ejercer un control mayor. La flota, por ejemplo —que para él constituía un juguete muy querido—, nunca llegó a dañarse realmente, aunque en una ocasión encontrara que le había pasado algo al mástil de uno de los barcos. Nunca dejó la flota a mi cargo, aunque en otra ocasión se «olvidó» de uno de ellos, pero a menudo no la traía, dando entonces las razones por las cuales ella «no quería venir». Los dibujos, a los cuales de alguna manera él consideraba igual que los sueños, también sentía que hasta cierto punto los podía controlar, porque cuando terminaba uno, podía empezar a hacer otro. Este sentimiento de control se aplicaba igualmente a los demás medios de expresión que he enumerado, y le daba más esperanza de poder iniciar con ellos una nueva relación con sus objetos, y mejorar el estado de los mismos. Por esto es muy significativo que volviera a los juguetes, en el momento en que, tanto consciente como inconscientemente, se estaba esforzando todo lo que podía, tanto por hacer progresos en el análisis, como por poner a prueba su fortaleza para enfrentarse con el dolor, y con la ansiedad depresiva y persecutoria. Podemos establecer un paralelo entre esto y la actitud de ciertos pacientes quienes, en una determinada etapa de su análisis, se vuelven a referir a sueños antiguos y completan los detalles de situaciones infantiles angustiosas, porque al estar más integrados y haber disminuido su angustia, se sienten más capaces de enfrentarse con situaciones que en etapas anteriores no podían manejar.

También resulta de interés ver cómo varía la escena donde el «desastre» ocurre: a veces el desorden se produce en la cocina, otras con los juguetes y otras con la flota. Estas variaciones implican también que los medios mediante los cuales se expresa el desastre, y el sitio donde tiene lugar, queda disociado cada vez que Richard representa la situación de ansiedad. Creo que el abandonar un objeto que está completamente destruido, no solo significa que la ansiedad va a ser expresada en otro contexto y en otro marco, y que su peligrosidad va a ser puesta a prueba, sino también que con ello se hace posible restringir el desastre a un solo aspecto del objeto y del yo, pudiéndose preservar en cambio otros aspectos de los mismos. Desde el punto de vista de la transferencia dejar la flota en casa significa mantener a la familia verdadera en un lugar seguro, permitiendo que el desastre tenga lugar solo con la familia sustituta a quien representa el analista. De esta manera Richard siente a veces que está salvando a su madre verdadera, mientras que en otras ocasiones cree que de haber venido la flota, esta me hubiera atacado a mí, y por esta razón dice que no ha querido venir. De manera que la disociación en este caso consiste en separar la parte destructiva de su yo, de la parte que ama, con el fin de preservar así al analista, a la madre y a la familia. Esto demuestra que los mecanismos de disociación son de gran valor, siempre que no sean excesivos y que por lo tanto permitan que la integración se pueda volver a hacer una y otra vez y forman parte del funcionamiento mental normal. Hablando en términos generales, podemos decir que si el desastre que tanto se teme abarca a todo el mundo, tanto interno como externo, el sujeto siente desesperación, una profunda depresión y a veces tendencias suicidas. Desde un punto de vista técnico tiene mucha importancia interpretar todo esto, y no menospreciar el hecho de que aun los pacientes profundamente deprimidos, pueden estar vivenciando que en algún sitio existe todavía el objeto bueno, ya sea externa o internamente.

VII. Creo que podemos llegar a la conclusión de que Richard no puede mantener en pie la situación ideal de los padres juntos y felices. El tren de carga que choca con el eléctrico, vuelve a representarle a él perturbando las relaciones sexuales de los dos, y la gratificación que se provocan mutuamente; pero el hecho de que no arroje el tren en forma violenta, demuestra que se ha operado una disminución en la intensidad de sus sentimientos. El grado de intensidad de los impulsos tiene gran importancia para configurar la vía que va a seguir el complejo de Edipo. La modificación que aquí vemos puede ser considerada desde dos puntos de vista. Aunque hable de ello muy poco, Richard está en este momento bien consciente de la

enfermedad y de la debilidad de su padre; y como esto le preocupa y le hace sentir culpable, mantiene bajo un control mayor los celos que siente por la relación de este con su madre y los ataques que le quiere dirigir. Debemos, además, tener en cuenta que el análisis le ha disminuido los celos, incrementando en él la necesidad de reparar, y el deseo de ver a sus padres juntos y felices, y esto tanto más cuanto que estaba muy preocupado por la enfermedad de su padre. Pero podemos también tomar en consideración la disminución de la agresión, la envidia y los celos, desde el punto de vista de los instintos de vida y muerte, y en este sentido se puede afirmar que Richard ha hecho un evidente progreso en cuanto a la capacidad de mitigar el odio por el amor, lo cual es expresión de una transformación ocurrida en la fusión de los dos instintos, en la cual ahora domina el de vida.

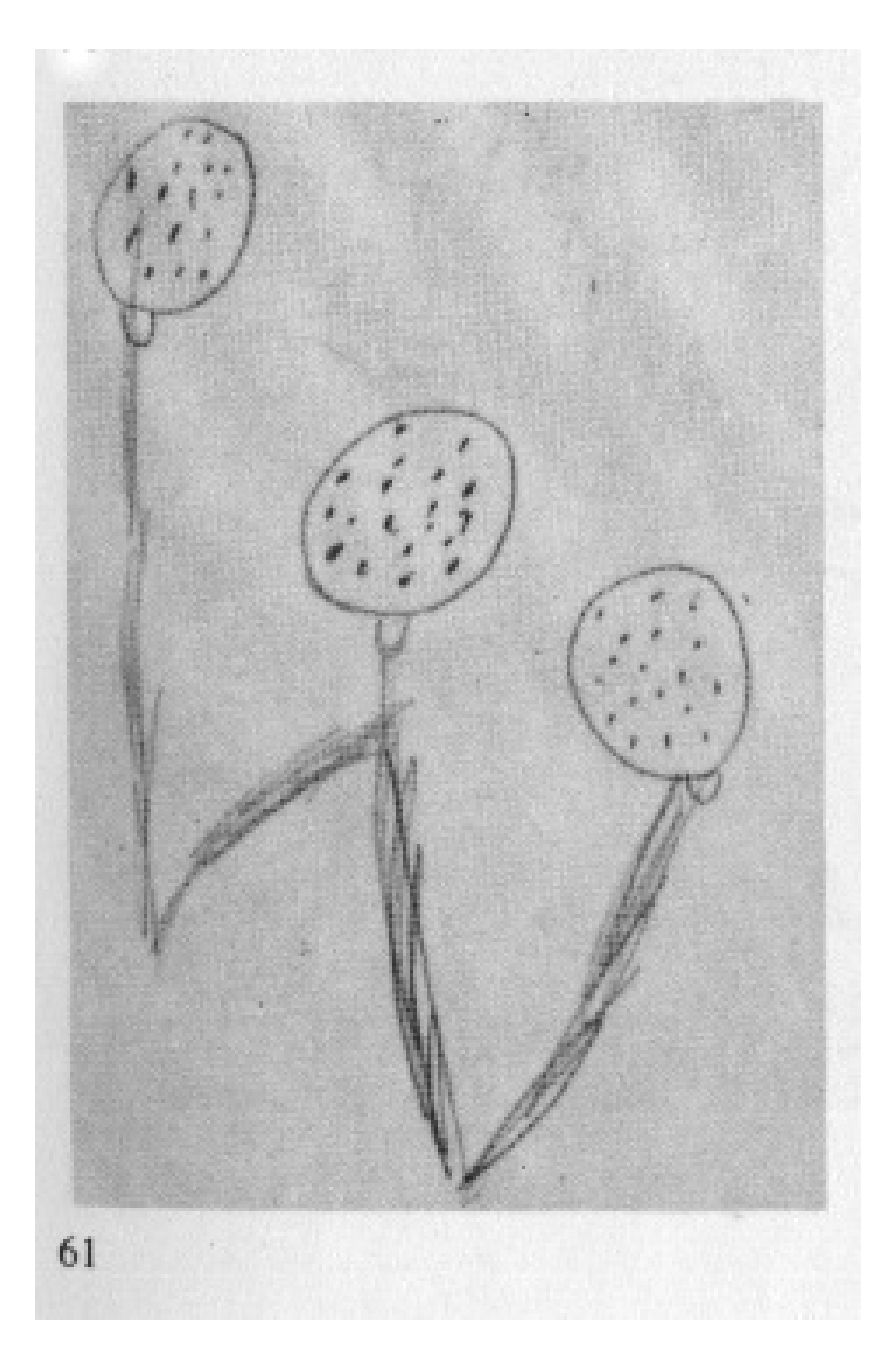
VIII. El día en que Richard se fue del hotel, al que se refirió llamándole «día de partida», tuvo también que esperar un rato largo antes de poder tomar el autobús, pero aunque estaba lloviendo, no se quedó a esperar en el hotel a pesar de estar este muy cerca de la estación de salida. Creo que esta defensa consistente en abandonar al objeto perdido (o sea el hotel y la gente que allí vive), y que expresó al no volver más a él, está disminuida en la presente sesión, pues en ella vemos, en efecto, que se siente más capaz de encontrarse con la gente que ha perdido, ya que es así como vive cada separación. El mismo cambio de actitud puede también verse en el hecho de que vuelva a mirar los juguetes en la cesta, los que, evidentemente, representan a objetos de los cuales se siente muy inseguro. Todo esto, en mi opinión, está ligado a haber podido enfrentar su situación interior, y a que ha disminuido el temor de que sus objetos estén destruidos irreparablemente, todo lo cual se refleja en la relación con el mundo exterior (por ejemplo, al ir a ver a sus amigos del hotel).

Sesión número sesenta y ocho (miércoles)

Richard llega cansado y acalorado después del viaje. Se queja por el calor y por el autobús que estaba lleno, pero no da la impresión de haberse sentido perseguido por los demás viajeros. Medio en broma, le dice a *M. K.* que le quiere hacer un regalo, y le entrega el billete del autobús. Pronto le hace saber que está muy preocupado porque se acaba de enterar de que los arreglos que su madre hizo para que pasara el resto de la semana en «*X*», pueden tener que cambiarse, ya que un miembro de la familia Wilson se ha puesto enfermo. Decide entonces telefonear a su madre para que arregle las cosas de otra manera, y tras esta decisión se siente algo aliviado. A pesar de ello el problema parece preocuparle durante toda la sesión, en cuyo transcurso se producen largos silencios en los que él cobra aspecto preocupado. Tras discutir este problema, dice a *M. K.* que la quiere mucho, y le pregunta a ella si le quiere a él.

M. K. le pregunta qué le parece.

Richard contesta que cree que si y que ella es muy buena. Después dice que su madre va a venir a verla para hacer otros arreglos con ella, puesto que *M. K.* se va ya dentro de un mes. Pregunta si es definitivo el que se vaya; aunque conoce la fecha de su partida desde hace ya varias semanas, al parecer solo ahora ha tornado plena conciencia de ella.



M. K. le contesta que, en efecto, tiene realmente que irse dentro de un mes y le interpreta que la gran tristeza que sintió el sábado estaba relacionada con el temor que siente ante su inminente partida.

Richard está muy pálido y deprimido. Pide el cuaderno y dice que quiere dibujar su casa.

M. K. le pregunta si se trata de la casa en la que viven ahora.

Richard contesta enfáticamente que la única casa que tiene es la de «Z». Entonces dibuja un cuadrado que representa la casa y trata un contorno que simboliza su fuerte y el sendero del jardín. Se refiere largamente al fuerte, comentando que el estallido de la bomba que cayó en la vecindad destrozó el escalón que llevaba a él; pero agrega que ni Hitler le podrá detener cuando se proponga recuperarlo, pues le va a hacer un escalón nuevo y nadie le va a poder impedir volver a meterse adentro. Tras decir esto hace un garabato que va desde la casa al fuerte. Luego hace otro dibujo (número 60) y pregunta a *M. K.* si el Sr. Evans tiene frutillas.

M. K. le pregunta si quiere con esto saber si ella le ha comprado esa fruta.

Richard repite la pregunta, para ver si en efecto *M. K.* ha conseguido comprarlas. Dice que el Sr. Evans es bastante malo por no tener frutillas, pues en otros lados si se pueden comprar. Decide que tiene que comprar muchas más semillas de rabanitos, para que nunca se le terminen y le duren hasta el otoño y pregunta cuántas semanas faltan para que llegue esta estación: ¿cinco o seis?

M. K. interpreta que la decisión que ha tomado de volver a su casa y reconstruir su fuerte, significa que quiere arreglar su órgano sexual, el cual siente que está dañado, así como también cuidar a la mamá buena a pesar de que la ataque el papá-Hitler malo. Quiere dar bebés tanto a ella como a mamá, para que las dos sigan viviendo, pero para poder hacerlo necesita que el Sr. Evans, que representa a papá, le dé más y más semillas. También quiere que ella consiga frutillas buenas de este señor (el órgano sexual bueno), quien representa al Sr. K., aunque al mismo tiempo tiene celos de que las obtenga. En cuanto a la casa vieja, esta representa a su abuela, la cual murió hace algunos años, entristeciéndole mucho. Ahora teme que ella, que también es abuela, se muera al separarse de él. La tristeza que siente por su marcha incrementa estos temores y por esto ha preguntado cuántas semanas faltan para el otoño, ya que ella se irá en esta estación. Para entonces, siente que deberá ya haber construido a su propia mamá buena y a ella misma, para tenerlas a las dos en forma segura dentro de él. Pero para poder mantenerlas con vida, siente que debe de darles todas las semillas: los bebés.

Richard dice que le gustaría comerse las dos frutillas del dibujo. Se queda mirándolo y dice que son los pechos de mamá, mientras que las hojas son los bebés que hay dentro de ella. Luego se pone a garabatear en dos hojas y menciona que en una de ellas está la «V de la Victoria».

M. K. interpreta que siente que la victoria será suya, si logra controlar los deseos destructivos que siente, y quedarse con ella y con mamá sin pelearse. El día anterior (en el dibujo de la mina terrestre) dudaba de poder hacer esto, a causa de los fuertes ataques que había dirigido contra su pecho, su cuerpo y sus bebés.

Richard se pone a contar el dinero que tiene, saca la cuenta de lo que ha gastado y comenta que debería de quedarle más. Dice que le gustaría no tener que telefonear a su casa para no gastar dinero en ello. Luego coge un libro y se pone a mirar las láminas, sin hacer caso de *M. K.*, y manteniéndose inaccesible para ella. De repente, sin embargo, levanta la cabeza y le pregunta en qué está pensando. Le pide que le prometa que va a ir al cine, y le ruega que lo haga por él.

M. K. interpreta que tiene miedo de la forma en que ella va a pasar la noche y que quiere saber quién es el hombre que va a estar con ella.

Saber en qué está pensando quiere decir también conocer todos sus secretos, y lo que le pasa por dentro. Tiene celos de ella, pero además está aterrorizado, pensando que el hombre del que tiene celos puede ser malo y colocar dentro de su cuerpo un genital-mina peligroso. Por otra parte, también teme que por las noches se sienta sola.

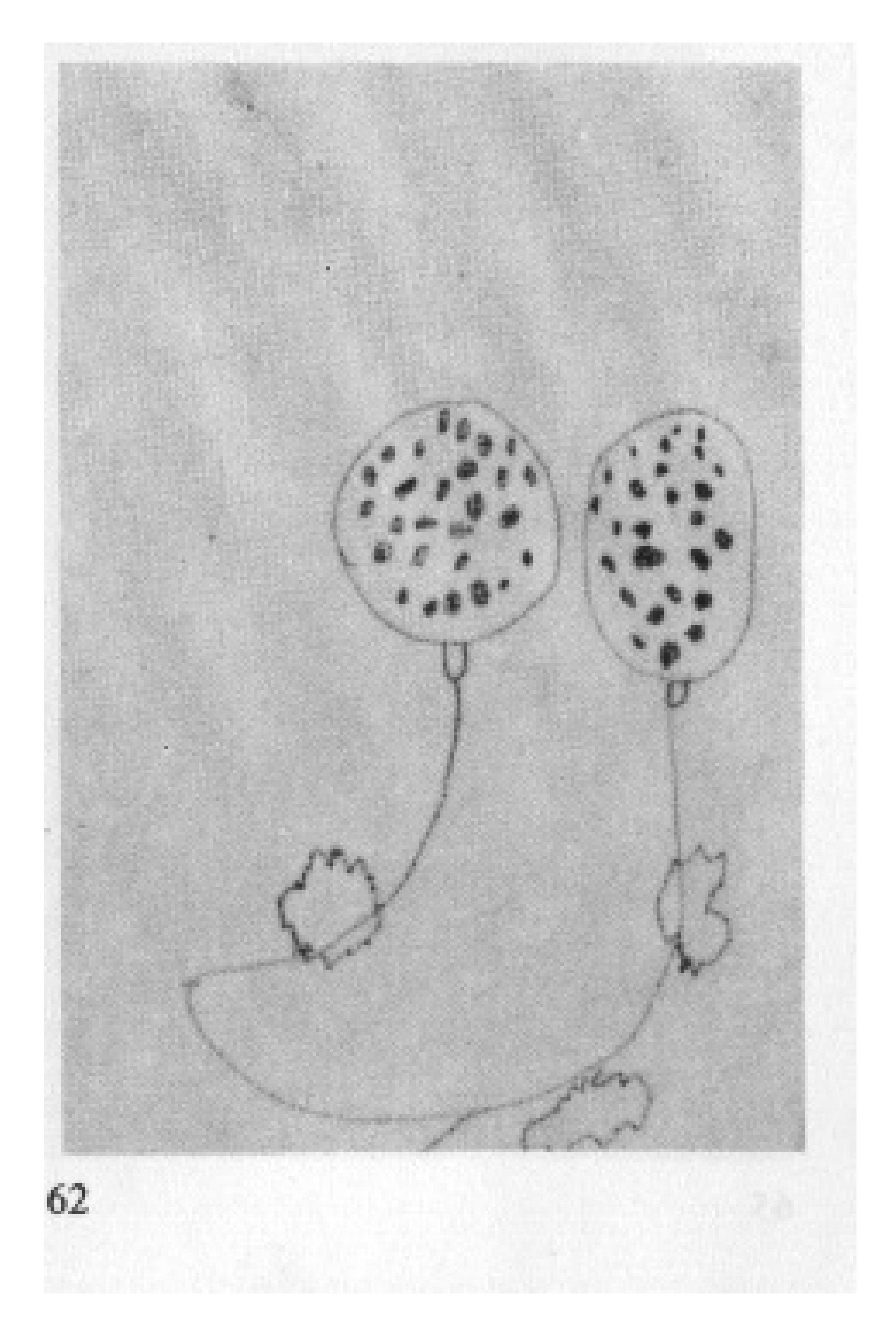
Richard se pone a hacer preguntas. ¿Atiende a algún paciente de noche? ¿Qué es lo que hace en realidad a esas horas? ¿Por qué no va nunca al cine?

M. K. contesta que prefiere quedarse leyendo, o ir a dar un paseo si el tiempo es bueno.

Richard no parece creer que esto sea verdad. Sigue pasando las hojas del libro, pero pronto levanta otra vez la cabeza y le vuelve a preguntar en qué está pensando.

M. K. interpreta que está resentido por tener que contarle a ella sus secretos sin que ella le cuente a él los suyos. Seguramente tiene en este momento muchos secretos en la mente, que ha expresado mediante los garabatos que acaba de hacer, pero no quiere hablar de ellos.

Richard garabatea entonces otra página y dice que la «G» que hay en ella representa a dios.



62

M. K. interpreta que tiene miedo de dios, como si este fuera un papá estricto que le puede castigar por querer darles bebés a mamá y a ella, y también por querer evitar que papá se los dé a mamá. Por esto es también por lo que se siente culpable de que papá esté enfermo.

Richard escribe ahora su nombre claramente en otra hoja de papel, pidiéndole a *M. K.* que escriba el suyo debajo y que añada algunas palabras en austríaco (sigue llamando así al alemán). *M. K.* escribe su nombre y pone en alemán que hace buen tiempo. Richard le pide que le diga cómo se pronuncia, y lo repite varias veces. Al abandonar el cuarto de juegos comenta que se siente mucho menos cansado que cuando llegó. «Ha sido una gran ayuda», dice.

M. K. le pregunta qué es lo que le ha ayudado tanto.

Richard contesta que le parece que ha sido el estar sentado con ella. Como hace a menudo, se asegura de la hora en que tiene que venir la próxima vez, y luego (cosa también frecuente), dice con tono de estar prometiendo algo: «Aquí estaré».

Sesión número sesenta y nueve (jueves).

Richard va a buscar a *M. K.* mucho más cerca de su casa de lo que lo ha hecho nunca, comentando él mismo este hecho.

Por la calle observa cuidadosamente para ver si viene el Sr. Smith. En el cuarto de juegos está bastante serio, pero no parece especialmente preocupado y comenta que se ha hecho un nuevo arreglo sobre su estada en «X». Además, seguramente a *M. K.* le interesará saber que la flota está ahora guardada en otra caja más fuerte, pero que se la dejó en casa de los Wilson.

M. K. le pregunta por qué ha hecho eso.

Richard contesta que la flota no quería venir porque de hacerlo podría dañarla a ella… Se queda escuchando el ruido que hace un camión en la calle y comenta que parece un quejido.

M. K. le pregunta que a qué le recuerda.

Richard contesta que a un oso: al oso ruso, que es bueno; no —se corrige— al alemán. Se refiere entonces a que los rusos están haciendo las cosas bien, y esto lo pone muy contento.

M. K. le recuerda al oso que creyó que estaba en uno de los paquetes que aparecieron un día en la habitación y las dudas que tuvo sobre el oso-papá extranjero y peligroso que estaba dentro de ella, de mamá y de sí mismo. A menudo, además, ha mostrado que desconfía mucho de los rusos.

Richard pregunta si *M. K.* ha visto hoy al Sr. Smith, y se pone a mirar por la ventana; al ver un hombre que viene lejos exclama: «Ah, aquí viene». Cuando se acerca, resulta que no es él sino un hombre muy viejo y Richard le sigue mirando y dice con tono dudoso que parece ser un viejo bastante simpático.

M. K. interpreta que prefiere los viejos a los jóvenes, pues no le parecen tan peligrosos (nota 1). Le recuerda que le molesta en especial que ella entre en la tienda de comestibles, pero que una vez le dijo (sesión sesenta) que no le importa que hable con el padre del tendero.

Richard contesta que es verdad y pregunta a qué se puede deber.

M. K. interpreta que posiblemente el hombre más joven representa a su padre cuando estaba fuerte y bien, y cuando poseía un genital poderoso, que era al mismo tiempo una mina peligrosa.

Richard se pone a hablar de unas fotografías que ha visto de Hitler, Goebbels y otros nazis, y dice que Goebbels le disgusta aún más que Hitler

por ser una rata tan grande. Pregunta luego a *M. K.* si alguna vez ha oído a Hitler hablar por radio, y se pone a copiar sus gritos mientras hace muecas, grita «Heil» como si fuera la gente que escucha, y pisotea con fuerza.

M. K. interpreta que siente que el papá-Hitler, que es ruidoso y malo abiertamente, es en realidad menos peligroso porque no esconde su maldad. En cambio el padre malo y engañador (Goebbels, la rata), es peor, y representa al embajador chino, al «pillo», al sonriente Sr. Smith y aun al papá bueno a quien mamá y ella pueden querer a pesar de ser peligroso para ellas. Le recuerda además que siente él mismo que es un pillo (sesión cincuenta y cinco).

Richard interrumpe aquí a *M. K.*, para decirle que el Sr. Smith tiene además algo bueno, pues le vendió esas semillas de rabanitos tan lindas.

M. K. interpreta que también cree en el papá bueno y potente, que puede dar bebés a mamá e incluso compartir con él su potencia —las semillas—. Pero de todas maneras, duda mucho de la bondad de este, cosa que ha demostrado muchas veces y que explica también la preocupación y los celos que siente cuando ella se encuentra con el Sr. Smith. Sospecha que siempre están juntos, a pesar de que hoy sabe que no pueden haberse encontrado, pues él mismo la estaba acompañando al pasar por las calles por las cuales él suele venir, y además le habría visto si pasaba por delante del cuarto de juegos.

Richard contesta que pueden haberse visto más cerca de su casa de donde él llegó.

M. K. señala que en este caso el Sr. Smith tendría que haber ido a buscarla. Sin embargo, cuando él llegó ella estaba sola, de manera que ¿cómo podría el Sr. Smith haberse dirigido luego a su tienda sin que él le hubiera visto? Le interpreta que el Sr. Smith representa para él al Sr. K., quien cree que está vivo todavía dentro de ella y de sí mismo, ya que a su vez el Sr. K. representa a papá. Esta es otra de las causas por las que quiere que vaya al cine por las noches, pues estando en el cine no podría estar con él. El miedo que le tiene al Sr. K. muerto y malo que está dentro de ella es mayor ahora a causa de la enfermedad de su padre. Esta le causa ya de por sí mucha preocupación; pero además, en su imaginación, el papá enfermo se convierte en una especie de fantasma malo que vive dentro de mamá (nota II).

Casi al comenzar la sesión, Richard pidió el cuaderno. Lo hizo con et tono urgente y suplicante que ha adoptado desde hace poco, esperando, además, que *M. K.* se lo pusiera en la mano. Aparte de esto, en las últimas sesiones le pide siempre que le dé el lápiz amarillo que tiene metal en uno de sus extremos, el cual últimamente se mete en la boca no solo en forma ocasional,

sino para dejárselo adentro durante mucho tiempo. En la sesión de hoy no se lo saca ni siquiera para hablar, lo chupa como si fuera un bebé con un biberón… Pregunta si le queda otro cuaderno y sí es exactamente igual al que ahora está usando.

M. K. le dice que tiene otro, pero que no es igual a este, aunque tampoco es amarillo. Interpreta que el deseo de tener una cantidad ilimitada de cuadernos de igual clase, expresa el deseo de que los pechos buenos de mamá, y ahora los de ella, se mantengan siempre igual y en buen estado, sin dañarse y sin terminarse nunca. Y por ello está chupando todo el tiempo el lápiz amarillo, que también simboliza el pecho de su madre (nota III).

Richard vuelve a hacer preguntas sobre los demás pacientes de *M. K.* Lo hace como siempre, de una manera obsesiva y sin esperar respuesta: ¿Son todos hombres, o también tiene a alguna mujer de paciente?; ¿qué edad tienen?, ¿cuántas veces vienen a verla?, etc. Pero lo que quiere saber especialmente, es si él es el paciente menor que tiene en «X» y el número de niños a quienes va a analizar cuándo esté en Londres.

M. K. interpreta que desearía ser su paciente favorito; aunque tiene muchos celos de papá y de Paul porque son adultos, también siente que ser el bebé y el menor tiene ciertas ventajas, pues se recibe más atención y afecto. Pero quizá también desea que ella tenga más niños de pacientes por la misma causa por la que desearía que mamá tuviera otros bebés: porque la mantendrían con vida y le darían placer. Además, porque son menos peligrosos que los hombres.

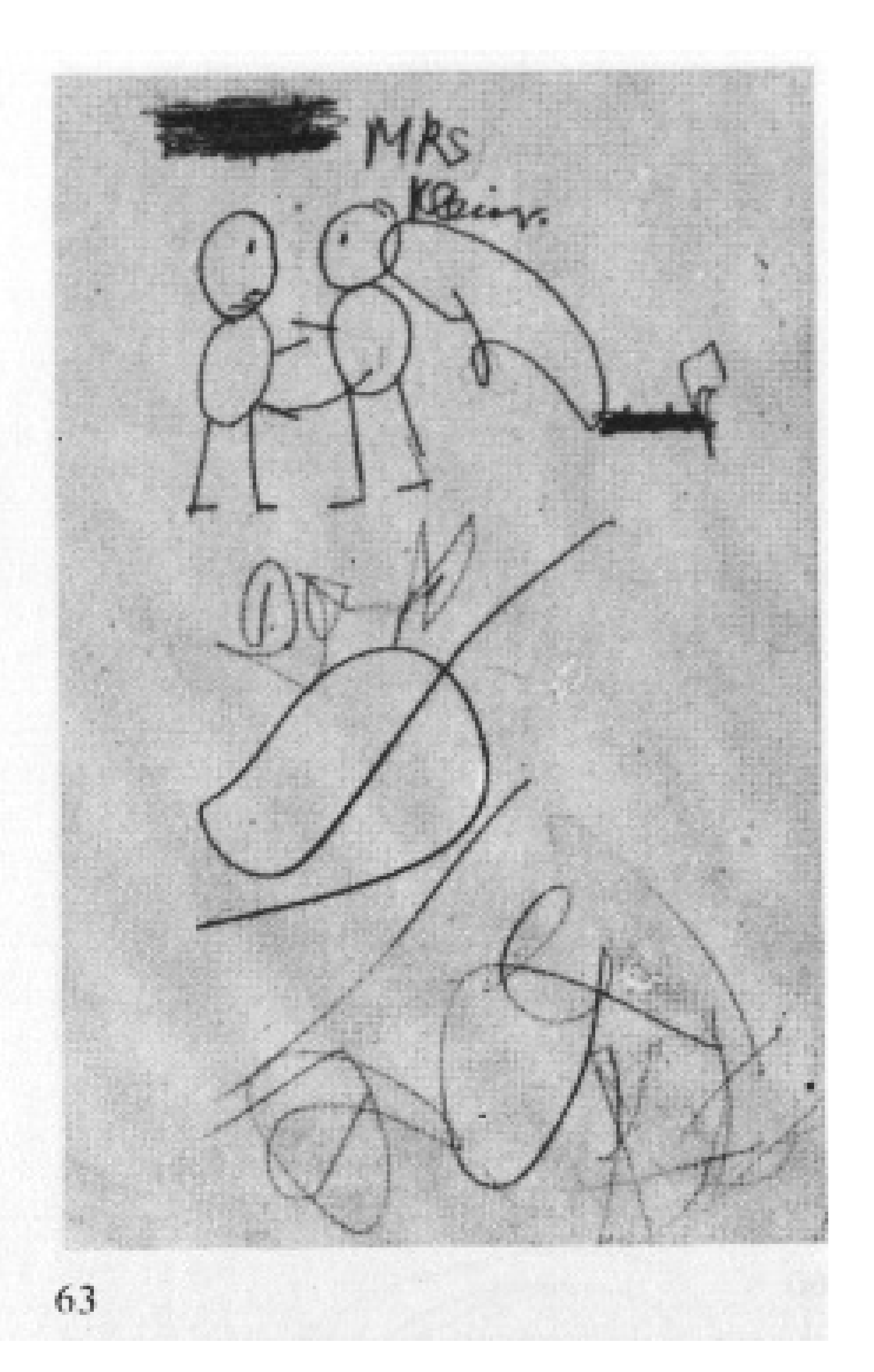
Richard se ha puesto a dibujar la estación de «Blueing», pero deja la tarea diciendo que no le ha salido bien, y garabatea encima de lo que ha hecho. Tras esto dibuja monedas en otra hoja y vuelve a expresar preocupación por la cantidad de dinero que le queda, tal como lo hizo el día anterior. Compara el tamaño y color de los peniques con el de los chelines… Después garabatea sobre un penique y le pregunta a *M. K.* si le importa que lo haya hecho.

M. K. interpreta que teme no tener bastante pecho bueno ni de «lo grande» bueno dentro de sí, y no poderles dar ni a ella ni a mamá bebés buenos. El miedo de haber ensuciado el penique se debe a que teme después de todo haber ensuciado el pecho bueno. «Blueing[1146]» significa poner tinta en el pecho celeste (sesión sesenta y siete) y hacérselo, no solo a ella y a mamá en el exterior, sino también al pecho interior. Al dejar de dibujar la estación dijo que no le salía bien, y esto se debió a que le preocupa pensar que no puede mantener fuera de peligro a mamá ni ahora a ella.

Richard pide a *M. K.* que salga al jardín con él, y una vez allí se pone a dar vueltas. El viejo que vive en la casa de enfrente (el oso) cambia unas cuantas palabras con *M. K.* Cuando esta le termina de contestar, Richard le pide que vuelva a entrar en la casa. Sin dar la impresión de estar asustado, pero con tono serio, dice que este señor no parece saber lo que es una sesión analítica, la cual no debe interrumpirse. Un poco más tarde vuelve a salir al jardín con *M. K.*, mira las montañas, y parece estar contento.

M. K. interpreta que cada vez que goza con el espectáculo de las montañas, expresa la sensación de que la mamá buena sigue aún viva, sin que le haya pasado nada malo.

Otra vez en la casa, Richard hace el dibujo 63. Primero hace las figuritas cuyos órganos sexuales se están tocando y tras eso traza unos pocos garabatos, algunos de los cuales representan su nombre[1147]. Comenta que está poniendo su órgano sexual junto al de *M. K.* y escribe los nombres de ambos en la parte superior del dibujo. (El órgano de *M. K.*, que también es un pene, es mucho mayor que el suyo).



63

M. K. le pregunta a qué le recuerda la letra inicial de su apodo, la cual sobresale tras la figura que la representa a ella.

Richard contesta que a una banana con un bultito en el medio.

M. K. interpreta que en el dibujo, el órgano sexual de él es menor que el de ella, pero que la forma de banana que se le mete a ella en la cabeza, también representa a su pene, y es grande. El bulto que ha mencionado representa algo que siente que tiene en el pene y que le parece que no está bien.

Richard está de acuerdo con que siente que algo no está bien.

M. K. se refiere entonces a su circuncisión e interpreta que ha metido su órgano sexual en la parte posterior de su cabeza. Le señala además que mientras ella le hacía esta interpretación, se puso a chupar al lápiz de una manera especialmente fuerte, lo cual quiere decir que siente deseos de chuparle el pecho y también el gran genital banana o frutilla de su papá: de esta manera piensa que podría tener el pene dentro de sí y usarlo con ella como sí fuera de él. Le recuerda que al principio de la sesión le dijo que el Sr. Smith tenía algo bueno, que eran las semillas de rabanitos… Tras esta interpretación, *M. K.* le pregunta qué piensa de otro de los contornos que ha trazado en la página.

Richard contesta que también se trata de una banana, pero con cola.

M. K. señala la O mayúscula dibujada en la parte inferior de la hoja y le recuerda que el día anterior representaba a dios.

Richard, con aspecto muy asustado, dice que esto que le está diciendo le da mucho miedo.

M. K. le pregunta si teme que dios lo castigue.

Richard contesta que sí.

M. K. interpreta que tiene miedo de un padre muy poderoso que lo sabe todo y lo ve todo, y que por lo tanto le puede castigar por las cosas que desea hacer con mamá y con ella. También teme ser castigado por querer robarle a papá, no solo mamá, sino también su poderoso órgano sexual, tras lo cual papá quedaría enfermo y sin poderío alguno.

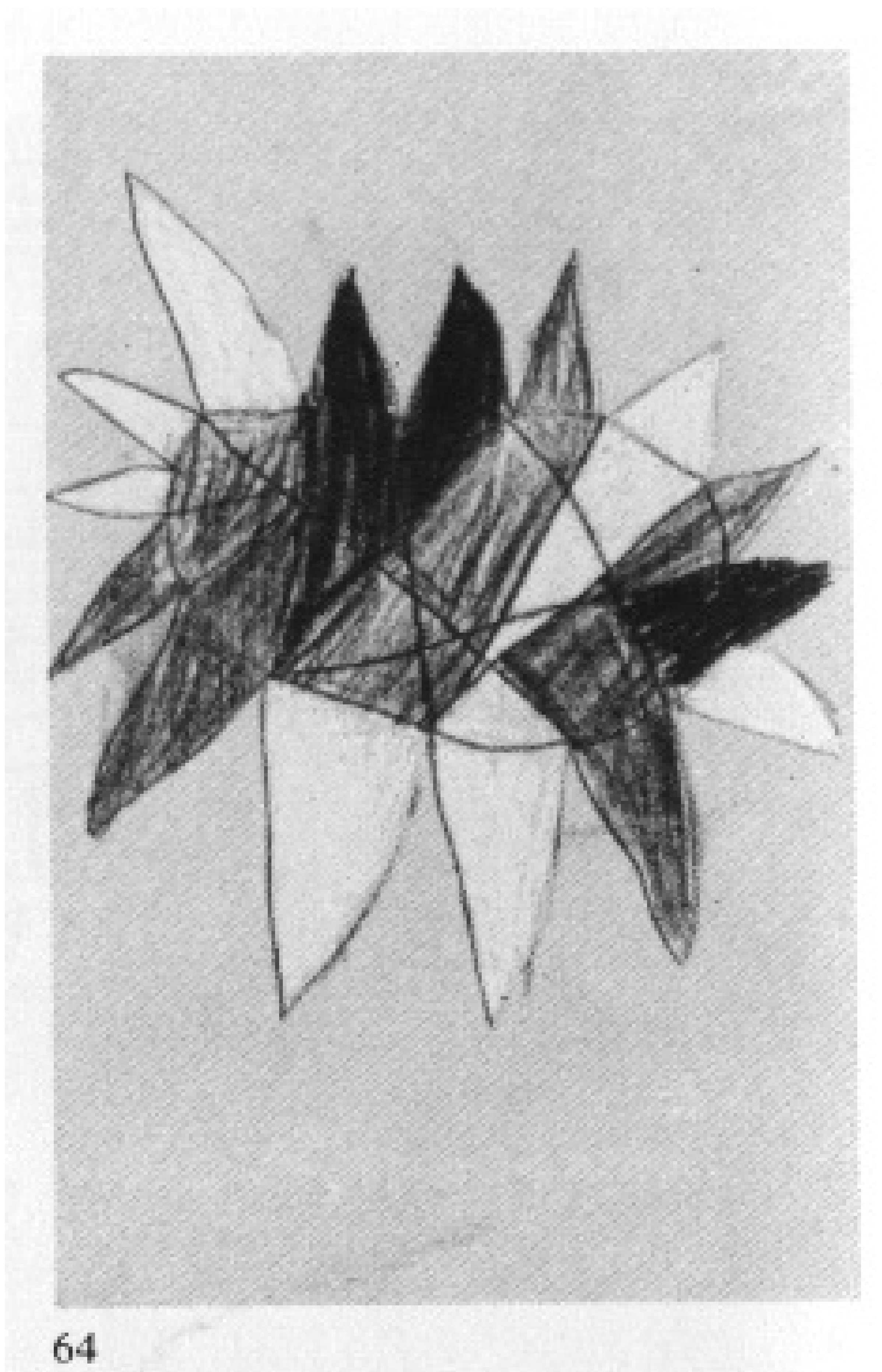
Richard dibuja entonces una cara, que dice es la del ratón Mickey. Pone su nombre en la parte superior de la hoja y dice que le representa a él. Después hace otra cara más, que es la de la ratona Minnie, la cual representa a *M. K.*

M. K. le indica que la cara de Minnie es muy gorda y le sugiere que puede estar también representando su vientre.

Richard se ríe y dice que así es.

M. K. interpreta que hay otra razón por la cual él cree que está gorda, y es porque cree que está llena de bebés: de todas las semillas que él ha recibido del Sr. Smith y metido dentro de ella.

Richard hace el dibujo 64, con aire de estar contento, y evidentemente gozando al usar una vez más los lápices de color. Resulta evidente que se ha resuelto el miedo que sintió al interpretársele que temía que dios le castigara. Indica a *M. K.* cual es la parte superior del dibujo y cuál la inferior diciéndole que las dos partes rojas son las de abajo.


64

M. K. le sugiere que representan su órgano genital, y él se muestra de acuerdo.

M. K. le pregunta por lo que representan las partes celestes.

Richard parece dudar, pero dice que cree que representan a mamá y a ella. Al terminar este dibujo, pregunta de qué va a hablar con su madre cuando esta venga a verla dentro de unos días. ¿De que el análisis va a ser continuado? ¿Qué va a pasar en el otoño? Al preguntar esto, parece estar muy preocupado.

M. K. le pregunta si lo que le preocupa es saber cómo se las va a arreglar sin análisis.

Richard confirma esto. Teme que le vuelvan a aparecer los miedos que antes tenía y ahora no.

M. K. le pregunta qué miedos son los que siente que han desaparecido.

Richard contesta que ahora tiene menos miedo de los niños. Tras una pausa añade que no sabe cuáles son los otros temores que ya no tiene, pero que se siente mucho mejor.

M. K. le pregunta si quiere decir con esto que está menos preocupado y que se siente más feliz.

Richard dice que si, y vuelve a preguntar por lo que va a hablar con su madre.

M. K. le pide que le diga por qué le preocupa tanto esta conversación.

Richard contesta, vacilante, que quiere saber si va a aconsejar a su madre que le mande a un colegio grande. Esto es algo que no podría soportar, pues aún tiene mucho miedo de los niños mayores, y siente que se enfermaría si tuviera que pasar miedo todo el tiempo (está ahora muy preocupado). Vuelve a preguntar si es esto lo que va a aconsejar a su madre que haga.

M. K. le pregunta qué le gustaría que le dijera sobre el colegio.

Richard contesta que quiere que le diga que le ponga un tutor, y no un hombre, sino una mujer. Una vez tuvo un tutor horrible, y en otra oportunidad, en cambio, una maestra muy simpática.

M. K. le pregunta si le gustaría ir a un colegio pequeño.

Richard contesta que preferiría tener un tutor, pero que también podría ir a un colegio pequeño. Y luego, con una sonrisa melancólica y evidentemente tratando de ser franco con ella, dice que lo que realmente le gustaría seria ni siquiera tener tutor, y no tener que aprender nada.

M. K. le pide que diga qué le gustaría hacer en vez de aprender. Richard contesta: «En realidad, nada. Solo leer un poco; los periódicos». (Todavía no lee casi ningún libro, excepto de vez en cuando, en la cama). Y le pide a *M. K.* que le prometa no aconsejar a su madre que le mande al colegio grande.

M. K. le contesta que tampoco ella está en favor de este tipo de colegio, en vista del miedo que le tiene.

Richard, que durante esta conversación ha estado pálido por la ansiedad y la preocupación, se pone muy alegre y dice que se siente muy aliviado. Luego le pregunta a *M. K.* si cree que es mejor para él no ir al colegio grande.

M. K. vuelve a repetir que por el momento no cree que fuera conveniente que lo hiciera.

Richard pregunta si cree que un colegio pequeño sería mejor que tener un tutor.

M. K. contesta que probablemente su madre prefiera esto, pues de esta manera no estaría tanto tiempo solo y podría aprender en compañía de otros niños.

Richard sigue tratando de averiguar si también ella cree que es mejor para él ir al colegio.

M. K. contesta que sí, que así lo cree.

Entonces el niño, otra vez con aire preocupado, le pregunta que cuánto tiempo tendrá que asistir a él. ¿Dos años?

M. K. le sugiere que puede estar preocupado al pensar que algún día tendrá que ir a un colegio común.

Richard está de acuerdo con esto y dice que es verdad que debería ir a una escuela ordinaria. ¿Cree que podrá hacerlo dentro de uno o dos años?

M. K. le dice que el año próximo podrá darse cuenta de cómo le va. Quizá descubra entonces que le gusta estar con los niños más que antes. Ella tratará de volverle a analizar el próximo verano, si es que puede; pero de todas maneras, va a discutir con su madre la posibilidad de continuar el tratamiento alguna vez.

Richard se pone ahora a pedir detalles sobre el sitio de Londres donde va a ir a vivir, y otra vez está muy preocupado.

M. K. le contesta que va a vivir en las afueras de Londres y a trabajar en la ciudad; con esto Richard parece un poco más aliviado.

M. K. le pregunta entonces por qué no le contó antes todos estos pensamientos y preguntas y por qué cree que va a aconsejar a su madre que haga algo que él tanto teme. Interpreta que esto puede deberse a que ha empezado a sentir desconfianza de ella por el hecho de que va a hablar con su madre en su ausencia, lo cual la convierte en el padre malo, que trama algo con su madre en contra de él.

Richard se queda perplejo cuando *M. K.* se refiere a esta desconfianza y dice que en todo caso no se convertiría en el padre malo, sino en la «mamá

bruta».

M. K. interpreta que como ella se va a ir y él teme que el papá-Hitler malo la bombardee, quedaría en este caso convertida en la malvada «mamá-bruta». Pero esta mamá resultó en una ocasión ser la madre que contiene al papá malo (sesión veintitrés).

Richard escribe entonces lo que quiere exactamente que *M. K.* le diga a su madre; es decir, que quiere un tutor. Pero a medida que transcurre la conversación altera esto y pone «escuela pequeña». La expresión facial que tiene durante la conversación demuestra que está dolorosamente consciente de la seriedad de sus inhibiciones y de lo que implican respecto a su futuro. Sin duda comparte de una manera adulta la preocupación que sus padres sienten por él.

Antes de abandonar la habitación, repite con gran alivio que se alegra de haber podido discutir todo esto con *M. K.* y que se siente mucho mejor tras haberlo hecho.

Notas de la sesión número sesenta y nueve.

I. Según mis notas, Richard nunca me había hablado del deseo de tener un abuelo. Tampoco sé si jamás tuvo algún contacto con alguno de los dos, los cuales en el momento de analizarse habían ya muerto; pero es posible que guardara algún recuerdo inconsciente de alguno de ellos y que deseara resucitarlo.

II. En mi opinión, uno de los elementos fundamentales que constituyen los celos paranoides, es que los celos más fuertes que se sienten se refieren al padre internalizado, quien aun después de ocurrida su muerte real, es vivido como si estuviera permanentemente dentro de la madre, e influyendo sobre ella para que se ponga en contra de su hijo.

III. En una nota anterior (nota VII, sesión sesenta y siete), he hablado ya sobre el cambio operado en la actitud fundamental de Richard. Es decir en el progreso hecho en cuanto a mitigar el odio mediante el amor; el hecho de que exprese tan vivamente el deseo de tener el pecho bueno para siempre, constituye un índice esencial de esta transformación. La esperanza de que el pecho no esté dañado y de poder guardarlo con relativa seguridad como un objeto interno, es, según he podido ver, condición necesaria para poder manejar con mayor éxito los impulsos destructivos y la ansiedad que ellos provocan.

Sesión número setenta (viernes)

Richard encuentra a *M. K.* en la calle. Está escondido tras el poste de una puerta y cuando *M. K.* pasa, salta sobre ella. Se queda mirándola atentamente para ver si está asustada o enfadada, y parece tranquilizarse al comprobar que no le ha importado lo ocurrido. Refiriéndose a un ciclista que en ese momento pasa por la calle, dice que este debe de haber pensado que ha saltado sobre ella para atacarla y hacerle daño. Una vez en el cuarto de juegos quiere saber si ya ha arreglado una entrevista con su madre, la cual espera que *M. K.* la llame para darle cita.

M. K. le dice que ya la ha llamado y que se van a encontrar el próximo lunes.

Richard parece aliviado al saber que la entrevista no se aplaza por más tiempo. Pide entonces su cuaderno y además el nuevo que *M. K.* le tiene preparado; aunque se queda desilusionado al ver que es diferente del anterior, y que el papel no es exactamente de la clase que a él le gusta, dice que lo prefiere al amarillento que le trajo en una ocasión anterior, y que desde entonces no usó más. De nuevo se pone a marcar el contorno de algunas monedas sobre el papel… y entre tanto está en silencio, preocupado y tenso.

M. K. se refiere a la sospecha que tuvo el día anterior, de que iba a aconsejar a su madre que después de todo lo mandara a un colegio grande, cosa que le parece sería muy cruel.

Richard está de acuerdo con que hacerlo sería cruel, ya que ella sabe mejor que nadie lo aterrorizado que está de los niños mayores. De pronto exclama: «¿Puedes hacer algo por mí? No trabajes en este momento. Prométeme primero que no le vas a sugerir a mamá que me mande a un colegio grande».

M. K. le recuerda que ya se lo prometió ayer, pero que no parece haberle tranquilizado en cuanto a las malas intenciones que cree que tiene.

Richard dice con tono suplicante: «Por favor, prométemelo otra vez».

M. K. le vuelve a repetir que no le parece bien que lo manden a un colegio grande por ahora, y que esto ya se lo ha dicho antes. Por lo tanto, la desconfianza que tiene de ella, a pesar de que en otros sentidos piensa que le ayuda y que la quiere, debe de tener otro origen. Le repite entonces las interpretaciones que le hizo en otras oportunidades, referentes a la «mamá bruta» malvada, y al miedo constante que tiene del Sr. K. desconocido y

peligroso, el cual está dentro de ella, dañándola y obligándola a volverse en contra de él. Siente que como le va a abandonar para irse a Londres, va a ser dejado a merced de sus enemigos internos y de sus ansiedades; y es a estos a quienes representan ahora los niños mayores y peligrosos del colegio.

Richard se va a beber agua del grifo, tras lo cual se mete el pulgar en la boca y se pone a chuparlo. Una vez más está atento a la gente que pasa por la calle, y grita: «Aquí viene el Sr. Smith». Corre a la ventana entonces y le hace una sonrisa; el Sr. Smith, viendo en primer lugar a *M. K.* que está sentada al lado de la mesa, le dirige primero a ella una sonrisa, y más tarde saluda a Richard que está de pie al lado de la ventana. Este se ha dado cuenta, naturalmente, de que el Sr. Smith ha saludado separadamente a *M. K.*, y le pregunta entonces por qué le ha dirigido una sonrisa particular a ella. ¿Es porque la conoce mucho? Al decir esto tiene un aspecto de mucha desconfianza (nota 1).

M. K. le contesta que ha ido a su tienda algunas veces, cosa que él ya sabe; pero que él no cree que esto sea todo, pues piensa que le va a visitar cada vez que ella está sola, y aún más, que se acuesta con ella por las noches y está siempre a su lado cuando él no está. El Sr. Smith representa al Sr. K., que se ha metido como un intruso dentro de ella, transformándola en la «mamá-bruta», lo cual quiere decir en enemiga.

Esto es también lo que siente que pasa con sus padres cuando sospecha de ellos, y no puede ver lo que están haciendo.

Cuando el Sr. Smith acaba de pasar, Richard pregunta, preocupado, qué habrá pensado que están haciendo los dos juntos. ¿Y qué pensarán las demás personas?

M. K. interpreta que como él tiene tanta curiosidad por saber lo que hacen sus padres, tiene miedo de que los demás, y su padre en particular, se queden mirándolo a él, sospechando que se mete dentro de mamá; por lo tanto teme que le quieran castigar. Se refiere también al dibujo 63, y dice que en él teme el castigo de dios. Tiene miedo de que dios-papá haya visto que tiene relaciones sexuales con ella, que representa a mamá.

Richard se pone a mirar el sobre dirigido a *M. K.* que contiene sus dibujos, y pregunta una vez más de quién es la letra. Está muy inquieto y se siente perseguido.

M. K. interpreta que a pesar de conocer a los amigos y parientes de su mamá más que a los de ella, tiene sin embargo mucha curiosidad por saber todo lo que su madre hace y piensa, así como de saber qué cartas recibe y todos sus secretos. Ya en otra ocasión admitió que la espía a veces. Esto se

debe, en parte, a que no confía en su amor. Como él mismo la ama pero también la odia, piensa que a ella le pasa la misma cosa con él. Además sospecha que sus padres están todo el tiempo discutiendo sobre él, culpándole u odiándole, y este sentimiento se encuentra reforzado por la culpa que siente por haberlos atacado mentalmente. Ahora se está dando cuenta de que realmente desconfía de ella también y de que en su mente existe una *M. K.* «bruta y malvada»; pero le resulta mucho más doloroso todavía tomar conciencia de que a veces también siente que mamá es «bruta y malvada».

Richard se muestra de acuerdo con esto y dice que odiaría pensar así de su madre; pero también odia pensar lo mismo de ella, pues la quiere mucho… Se pone entonces a mirar un cuadro de la pared, el cual representa a Neptuno y a una mujer, separados los dos por un globo. Hace uno o dos días, comentó que Neptuno tenía un aspecto muy desagradable, y ahora, señalando el cuadro, pregunta si el Sr. K. era así. Tras esto añade en seguida que no; que no es el Sr. K., sino Neptuno… Como de costumbre, hace una serie de preguntas obsesivas, entre las cuales figura si *M. K.* conoce al Sr. Gwen, un tendero de «X». ¿Por qué no va a comprar a su tienda en vez de ir a la otra, ya que es tan simpático?

M. K. contesta que no le gusta el dueño de la tienda donde ella va a comprar, porque piensa que se trata de un hombre malo, y por ello no quiere que tenga nada que ver con él. Desearía en cambio que tuviera un hombre bueno que cuidara de ella, un buen marido, y le preocupa pensar que esto no es así. También tiene miedo de que se muera su padre, porque en ese caso tampoco su madre tendría quien cuidara de ella y lo echaría de menos. Como su padre está enfermo, se ha transformado para él en alguien dañado, robado y por lo tanto peligroso, y entonces tiene ganas de separarla a ella (que representa a mamá), de otros hombres igualmente sospechosos, como el tendero, tal como el «Neptuno desagradable», está separado de la mujer por un globo que representa el mundo entero.

Richard saca los dibujos del sobre y los desparrama por la mesa. De pronto pide la bolsa de los juguetes y muy cautelosamente, como si temiera que de ella saliera algo malo, empieza a sacarlos uno por uno. Pide a *M. K.* que le guarde todos los lápices pero que no toque los dibujos, su cartera ni el reloj. Pone juntas unas cuantas casitas y dice que es un pueblecito suizo, un lugar muy hospitalario.

M. K. le sugiere que siente que Suiza es un lugar más seguro que Inglaterra.

Richard contesta: «Pero la pobre está rodeada de enemigos»… Luego coloca un cubo de agua (con el que hasta entonces ha jugado muy poco) al lado del reloj y dice que es una enfermería. Otro cubo representa una clínica. Rápidamente, entonces, mete dentro de los dos cubos los pocos juguetes que están rotos y después vuelve del revés la bolsa para sacar de ella todo el polvo que pueda contener. Coloca los juguetes formando varios grupos y, tal como lo hacía antes, pone a un hombre y a una mujer en un camión, diciendo que son papá y mamá que están juntos. Los dos trenes empiezan a recorrer la mesa; construye una estación para ellos y mira cuidadosamente si hay en ella bastante espacio como para que puedan entrar los dos. Parecería que todo el tiempo temiera que haya una colisión. Otro de los grupos está integrado por un hombre y un niño, mientras que en otro hay varios niños solos y en otro unos adultos, formación que ya ha sido analizada en otras ocasiones. Señalando a una de las mujercitas hace un comentario sobre sus pechos, y después le muestra a *M. K.* que la otra mujer de juguete también tiene pecho (nota II). También llama pechos a los dos vagones del tren eléctrico. Luego junta a las dos mujeres y hace como que están hablando juntas, en un tono exageradamente dulce. Una de ellas dice: «Mi querida Henrietta, ¿cómo estás?…», etc. La otra le contesta «Mi querida Melanie…». Al llegar a este punto, dice sin embargo que no se trata de Henrietta, sino de ella y de mamá que están ya hablando en la entrevista que van a tener. Coloca entonces cerca de ellas la figura de un niño que antes estaba a cierta distancia de ambas, y dice que le representa a él, observando todo muy de cerca. Después añade un hombre al grupo y dice que se trata del Sr. Smith, quien también interviene en la discusión.

M. K. se refiere una vez más a las sospechas que tiene sobre lo que va a pasar en la conversación que tenga con su mamá, pues duda de la sinceridad de ambas. Aunque no va a haber ningún hombre presente, él piensa que va a estar presente el sospechoso Sr. Smith, el cual representa al Sr. K. y a papá. Las dos mujeres son la *M. K.* bruta que contiene al Sr. K.-Hitler, y la bruta mamá que contiene al papá malo. Por ello teme las dos sean también malas y hostiles con él.

Richard se va corriendo de pronto a la cocina y se pone a inspeccionar cuidadosamente el fogón. Levanta la tapa del «tanque-bebé», y se incomoda al ver que el agua no está limpia. Empieza entonces a sacarla con un cubo que *M. K.* vacía previamente en el retrete, y después de sacar más y más se queda muy preocupado al ver que haga lo que haga el agua del tanque no se limpia. Entonces levanta la cubierta del fogón y derrama un poco de agua dentro del

mismo, tratando de averiguar por dónde corre. Luego abre el regulador de tiro de la chimenea que está en un caño y trata de sacar el hollín que hay en él y también el que se encuentra debajo de la cubierta.

También abre las puertas del horno y se alegra al encontrar adentro una taza de metal brillante que antes no había visto. La empieza a usar en primer lugar para sacar con ella el agua sucia del tanque, pero después decidiendo que no quiere ensuciarla, manifiesta que solo la va a usar para poner en ella el agua limpia del grifo que hay en la pila de lavar. Empieza así a echar con ella agua dentro del tanque, pero al hacerlo derrama bastante en un costado. Continúa su tarea, sin embargo, mientras mira cómo *M. K.* va limpiando el agua que cae. Comenta que se alegra de que no sea el día en que vienen las niñas exploradoras, pues así no pueden ver la enorme suciedad que están haciendo. *M. K.*, sin embargo, le pide que no vuelque tanta agua, pues el suelo es difícil de limpiar[1148]. Richard entonces llena el tanque como lo hiciera en otras ocasiones, y le pide que quite el tapón mientras él se va afuera para ver cómo sale el agua por la cañería de desagote. Después vuelve a entrar y sigue jugando con los juguetes.

M. K. interpreta que el miedo que tiene del Sr. Smith, del papá malo que hay dentro de mamá, y del Sr. K. malo que está dentro de ella, le hacen desear explorar todo su interior y el suyo propio. Al parecer, en este momento tiene un miedo especial a la orina sucia de papá —es decir, venenosa—, y quiere averiguar cómo puede salir de dentro de mamá. También desea mantener separada y limpia la leche buena del pecho de su madre, el cual está representado por la taza brillante y por el grifo.

Richard se pone a mover los trenes y a formar grupos de juguetes tan de prisa, que *M. K.* no puede seguir todos los detalles. Dice que el perro se ha unido a uno de los grupos y que quiere hacer algo «malo» e inmediatamente después ocurre el «desastre»: hay un choque y todas las cosas se caen. Richard levanta del montón de juguetes caídos la menor de todas las casas y se la mete rápidamente en la boca por un momento, al tiempo que dice que es él mismo, que ha sobrevivido a la catástrofe; pero a pesar de decirlo, no parece convencido de que haya sido así.

M. K., como la sesión ha llegado casi a su fin, solo tiene tiempo de interpretar que el perro, que representa al Richard voraz y mordedor y a su órgano sexual, parece ser el causante del «desastre», pues como él dijo antes, quería hacer algo «malo». El desastre ha consistido en que tanto sus padres como todo el mundo, incluso él mismo, se han muerto. El intento de sobrevivir él al levantar la casita, le ha fallado.

Richard se muestra conforme con esta interpretación. A última hora, cuando los juguetes están ya guardados en la bolsa y *M. K.* y él están a punto de salir, saca la pelota de la cartera de *M. K.* y la hace botar una o dos veces.

M. K. interpreta que la pelota lo representa a él y a su pene, así como también a los bebés de dentro del cuerpo de ella, y que al hacerla botar está expresando el deseo de que, después de todo, tanto ella como él puedan seguir viviendo, y en buen estado.

La ansiedad que Richard siente en esta sesión guarda cierta relación con la fuerte lluvia que está cayendo. Tal como lo demostró el material anterior, la lluvia es para él orina venenosa que inunda, procedente del padre omnipotente, y está asociada al miedo que le tiene a dios, el cual lo va a castigar con rayos y truenos. Siempre que llueve se deprime. A pesar de esto, antes de la enfermedad del padre había empezado a ver la lluvia bajo una luz más favorable, y llegó a decir que ella permitía que las cosas crecieran. Este hecho, que desde luego conocía intelectualmente desde hacía mucho, no lo pudo llegar a reconocer emocionalmente sin embargo, hasta tanto la ansiedad inconsciente sobre la lluvia no fuera modificada, por lo menos parcialmente. Ahora, y en relación con la enfermedad de su padre, vuelve a aumentar el temor a la orina y a que su semen destruya a su madre. Como dije antes, Richard bebe del grifo todas las mañanas, pues representa para él algo bueno, en contraste con el agua sucia del tanque. Representa, en efecto, el grifo bueno, es decir, el pecho bueno, y también el buen pene y beber de él tiene como finalidad contrarrestar los temores paranoides de ser envenenado, que antes relacionaba con las muchachas que le iban a envenenar, y que representaban a los padres malos (sesión veintisiete). Probablemente también se propone con ello dar algo bueno a la madre internalizada, para así restaurarla y contrarrestar el que ella a su vez pueda ser envenenada. En un momento de esta sesión, Richard dice algo que *M. K.* interpreta relacionándolo con su pecho. Entonces, en ese mismo momento, levanta el niño los dos árboles y se los mete en la boca y *M. K.* le interpreta que desea mamar de los pechos de su madre, pues siente que al hacerlo tanto él como ella van a quedar bien otra vez.

Notas de la sesión número setenta.

I. Es interesante ver cómo la información que le di a Richard la sesión anterior no sirvió esencialmente para aliviar la desconfianza que siente. Dadas

las circunstancias, había yo pensado que lo mejor que podía hacer era darle a conocer el punto de vista que expondría en la conversación que iba a tener con su madre. No me cabe duda de que de no haber procedido así, sus sospechas y su resentimiento hubieran adquirido características más agudas aun; pero, sin embargo, a pesar de lo que le dije, las sospechas casi alucinatorias que tiene y los celos, se siguen manteniendo. Esto sirve como ejemplo de algo que resulta bien familiar a quienes tratan a pacientes paranoicos, y es que las explicaciones y aseguramientos no sirven para disipar las ansiedades persecutorias, ni las sospechas alucinativas de que padecen estos enfermos.

Como he repetido ya en diversas oportunidades, Richard carece de seguridad interior, porque nunca ha podido incorporar firmemente a su madre como objeto bueno internalizado, y tiene por lo tanto la tendencia a temer que se convierta en una perseguidora, que se alía con el padre peligroso. La ansiedad persecutoria ha llegado además a un punto culminante, a causa de la enfermedad del padre, mientras que el miedo a su muerte parece convertirle en una figura mala persistente. A pesar de esto, y disociada de este aspecto, guarda sin embargo también la representación de una figura paterna buena. Los factores externos repercuten, pues, frecuentemente, en la situación interior, y las ansiedades persecutorias del niño y los mecanismos esquizoides a los que debe de recurrir no solo están estimulados por ellos, sino que además se encuentran en este momento reforzados, para utilizarlos como una defensa contra la posibilidad de sentir compasión y depresión, sentimientos que hubieran traído a un primer plano y en forma total, los fuertes sentimientos de culpa que tiene.

II. Llama bastante la atención el que Richard haya indicado que las dos mujeres que no son sinceras —su madre y yo— tienen pechos, pues esto es algo que no ha comentado antes al referirse a los juguetes. Una de las cosas que este comentario me sugiere, es que debido al estado de ansiedad en que se encuentra por su próximo ingreso al colegio, ha prestado mayor atención a los pechos para intentar así tranquilizarse. Puede haber sentido, por ejemplo, que a pesar de sospechar que ni su madre ni yo somos sinceras y que estamos poniendo en peligro su seguridad personal, no podemos sin embargo ser tan malas, ya que las dos tenemos pechos. Me pregunto, a pesar de esto, si este pecho (que fue el primer objeto del cual no pudo fiarse), no hace, por el contrario, que las dos mujeres le parezcan aún más sospechosas, en cuyo caso, lo que ha querido decir es: «Míralas; no son sinceras; ahí están las dos, con sus pechos».

Sesión número setenta y uno (sábado)

Richard está esperando a *M. K.* en la esquina cuando esta llega, y le cuenta que se ha encontrado con la niña pelirroja. La ha ignorado y ella tampoco le ha dirigido la palabra, pero está seguro de que se «ahogaba de rabia». No le ha tenido miedo, no, ninguno, comenta, y evidentemente está aliviado al ver que puede manejar mejor su ansiedad y sentirse más parecido a los demás niños. Richard ha traído su maletín, pues tras la sesión se va a su casa a pasar el fin de semana. Aunque tiene un aspecto deprimido, lo está mucho menos que el sábado anterior y no parece estar particularmente interesado en la gente que pasa por la calle. Una vez adentro saca dos monedas de media corona y se pone a jugar con ellas, haciéndolas girar sobre la mesa y alegrándose al ver cómo se mueven y el sonido que hacen. Mientras juega así con el dinero, pregunta a *M. K.* si piensa que el autobús estará muy lleno, ya que el tiempo es bastante malo, y al preguntar esto cobra un aspecto de mucha preocupación.

M. K. interpreta que las dos monedas representan sus pechos y que al jugar con ellas está haciendo lo que hacía, o quería hacer de bebé: jugar con los pechos de su madre. El hacerlos girar es para darles vida, pues al ser destetado temió que se hubieran ido por haberlos él atacado o habérselos comido. La pregunta hecha en este momento sobre si el autobús estará lleno, significa por su parte que teme que sus hijos y pacientes formen una muchedumbre alrededor del pecho y le ataquen a él por desear guardárselo para él solo. Le recuerda, a este respecto, el comentario que hizo (sesión sesenta y siete) sobre lo que pasaría si toda la población de «X» se agrupara en la cumbre de la montaña o en el autobús. Todo esto está además relacionado con la sensación que tiene de haber destruido a los bebés de mamá, los cuales han quedado por ello sin nacer, y a quienes a veces quisiera devolver a su madre.

Richard saca los juguetes de la cartera y se alegra al ver que *M. K.* ha agregado unos pocos muñequitos, iguales a los que representaban para él a los niños, y que además hay una cajita nueva, en la cual puede meter las figuras dañadas que el día anterior tenía tanto interés en mantener separadas del resto. Estos juguetes nuevos representan sin duda para él una señal de amor[1149]. En este momento el Sr. Smith pasa por la calle y sonríe tanto a *M. K.* como a Richard, pues los dos están sentados a la mesa. Richard pregunta entonces si

se verán los juguetes desde la calle, y comenta que no le gustaría que así fuera, porque teme parecer demasiado infantil. Va afuera para ver cuánto se puede ver, y dice que solo se ve a *M. K.* que está sentada.

M. K. interpreta que no quiere que se vean sus juguetes, no solo para no parecer infantil sino también porque representan las cosas en las que piensa y todo lo que desea, y no quiere ser descubierto por el padre interno ni externo.

Richard coloca a todos los «niños» juntos —tanto los viejos como los nuevos—, formando dos filas. Primero coloca cerca de ellos la casa de la torre a la que llama «iglesia», y juega a que los niños van a ella. Pero en seguida lo piensa mejor (sin duda siente que tanto la iglesia como dios le traen conflictos), y reemplaza a la iglesia por otra casa, a la que antes ha llamado escuela. Dice entonces que los niños están en el campo de deportes que se encuentra fuera de la escuela, y pone vallas al mismo, a las que representa por lápices. Descubre que uno de los muñequitos más pequeños se ha despegado de su base y entonces trata de ver si puede ponerse de pie a pesar de todo; más al comprobar que no, le pregunta a *M. K.* si se lo puede arreglar, a lo cual ella contesta que sí; entonces Richard lo mete en la caja que hace de hospital.

M. K. le pregunta si se encuentra él entre los niños de la escuela. Richard contesta que no; que él es el niño que ha tenido que ir al hospital.

M. K. interpreta otra vez el miedo que tiene de ir al colegio y le dice que este, con los niños malos y peligrosos, representa el hospital donde le hicieron la operación. Además querría quedarse con ella para que le ayude, lo cual significa que ella es también el hospital donde va a ser curado, pues como le ha traído juguetes nuevos siente que le quiere y que desea ayudarle. La figurita que tiene que ir al hospital hasta que ella la arregle, es pues él mismo, que seguirá enfermo hasta que vuelva a continuar el análisis; entonces siente que sí podrá ir al colegio.

Richard hace que los dos trenes den vueltas y más vueltas por la mesa, y que pasen por la escuela. Comenta que a los niños les gusta verlos pasar. En el primer vagón del tren de carga ha colocado, juntos, a dos animales, mientras que otro los mira desde el segundo vagón. Los dos que están juntos son mamá y Paul, dice, pero en seguida trata de corregirse diciendo que es papá y no su hermano. Finalmente se adhiere a la primera declaración. El animalito que está solo es él, y explica, divertido; que está vigilando todo el tiempo a su madre y a su hermano, para ver qué es lo que hacen… Pone en formación todo lo que *M. K.* ha traído consigo: su cartera, la bolsa de los juguetes, el reloj, los dibujos y el paraguas, pues no quiere quitar nada de la mesa (nota 1). Y a través de todas estas cosas, abre un camino por donde

pueden pasar los trenes y aunque en general estos dan vueltas alrededor de la mesa, siempre muy cerca del borde. En el extremo donde ha colocado la escuela y los niños, pone unas cuantas casas, la «iglesia» y la otra gente, comentando que se trata de un pueblo suizo que está al pie de las montañas. Forma entonces varios grupos, y actúa una variedad de escenas (nota II), de las cuales una de las más importantes de todo el juego la constituye el movimiento de los trenes que pasan por donde están los niños.

Estos consiguen no chocar por muy poco, y logran así evitar los «desastres» en que antes terminaban. Además, Richard menciona que sería peligroso que uno de los trenes alcanzara al otro, y se pregunta cuál de los dos llegará primero a la estación. Entonces, el hombre que el día anterior representaba al Sr. Smith, y que ahora está en el pueblo suizo, se pone primero al lado de un niño, y después se va con una mujer y con otra gente.

M. K. interpreta que el arreglo que ha hecho con los juguetes expresa no solo la urgencia que siente por vigilar a Paul y a mamá, sino también, como en otras ocasiones, a sus padres; como papá está enfermo, sin embargo, está tratando de evitar sentir rivalidad y agresión hacia él, pero papá se ha convertido por el momento en uno de los niños (nota III). El tren de carga, que ahora representa a Richard, corre el peligro de chocar con el otro, que representa a Paul y a su padre. Y cuando los hace pasar por entre su cartera y su reloj, es porque quieren penetrar dentro de ella ya que estos objetos representan a menudo su interior. Está compitiendo, pues, tanto con Paul como con papá, ya que también ellos quieren penetrar en mamá; pero como teme chocar contra su padre que está débil y enfermo, se siente gratificado al poder evitar el choque. Interpreta, además, *M. K.*, que la figura grande a quien el día anterior llamó Sr. Smith, que se pone al lado del niño en el pueblo suizo, representa a papá que se une a él, aunque en seguida va a reunirse con mamá y el resto de la familia. De esta manera quiere Richard indicar el deseo que tiene de reparar a toda su familia tras haber separado a sus padres.

Richard señala entonces los dos árboles, los cuales están colocados entre el grupo del colegio y el pueblo suizo, y bastante cerca del borde de la mesa, aunque protegidos de los trenes por los dibujos, que se encuentran entre los dos. Cerca de ellos está el camión, cuyo techo queda en parte escondido bajo los dibujos. Comenta que los árboles son sus canarios y que el camión es Bobby, hurgando dentro de una conejera.

M. K. interpreta que los dos árboles también representaron el día anterior los dos pechos, los cuales quiere guardarse para él, metiéndolos en un lugar seguro. Bobby representa su órgano sexual que hurga dentro del de ella y

también dentro de su mente, pues los dibujos simbolizan la relación que tiene con ella y con su interior. También está su pene persiguiendo a los penes del Sr. K. y de papá, que están en su interior y en el de mamá.

Richard hace entonces que otro hombre se una a una mujer, la cual según dice, es *M. K.*

M. K. interpreta que ayer quería que ella entrara en la tienda del comerciante «simpático» porque, como ella le sugirió entonces, siente que debería de tener un hombre bueno que la cuide, en representación de su marido.

Richard se queda muy sorprendido por esta interpretación. Se queda mirando a *M. K.* y a juzgar por la expresión de su cara, resulta evidente que lo que esta le ha dicho es algo que ha pensado conscientemente. Después le pregunta si quería al Sr. K. y si se quedó muy triste y sola sin él. Al hacerlo, repite la palabra «sola» dos veces (nota IV). Sin esperar la respuesta, implora a *M. K.* que le conteste sin analizarlo, por lo menos *una* sola cosa que quiere saber, y es si se siente sola y triste. Le vuelve a preguntar si le importa que le haga preguntas así y luego, con cierta ansiedad, añade que le gustaría ser él su marido; tras una pausa agrega: «Cuando sea mayor».

M. K. interpreta el deseo que tiene de ser el marido de su mamá, deseo este que ahora es más fuerte, por cuanto teme que mamá también se sienta sola y triste ahora que su marido está enfermo; y además porque se siente culpable, pues en su imaginación la ha privado del marido «bueno». Aun en el pasado puede haberse preguntado a menudo si mamá quería realmente a papá y si son verdaderamente felices juntos, pues no se fía mucho de las apariencias, o de lo que la gente dice sobre lo que siente. Ahora teme que, de morir su padre, tenga él que reemplazarlo y tratar de hacer que su madre sea feliz, y tiene mucho miedo por la gran responsabilidad que implica y por ser él aún un niño.

Richard sigue jugando y empieza a hablar sobre los viajes en tren. Dice que una mujer (representada por una figura de juguete) le cuenta a *M. K.* que quiere tomar el tren; entonces hace salir de la estación uno de los trenes, y comenta que la mujer lo ha perdido.

M. K. le pregunta a dónde se dirige el tren.

Richard contesta que a Londres.

M. K. interpreta que la mujer es ella que quiere tomar el tren para ir a Londres, pero que lo pierde.

Richard dice con gran placer, que así es, y que cada vez que quiera irse, él se lo hará perder para que no pueda hacerlo. Al decir esto saca el segundo tren

de la estación y comenta que también va a Londres.

M. K. le sugiere que en este tren está él con toda su familia, y que están siguiéndola a ella hasta Londres, porque teme no poder detenerla a pesar de todo. Hace unas cuantas sesiones comentó que tendría él que irse a esta ciudad para poder continuar su análisis.

Richard hace otra vez que uno de los trenes se dirija a Londres; el otro marcha en dirección opuesta hacia «Z» y no, como señala con énfasis, hacia su domicilio actual.

M. K. interpreta que si se fuera a Londres con ella, sentiría que está abandonando a su madre y a la casa de «Z», la cual también representa a la madre desierta y solitaria. Por esto debe volver de Londres y marcharse a «Z». Le dice además que quisiera estar tanto con su mamá y con su familia como con ella, y que ya en otras oportunidades ha sentido este mismo conflicto de lealtades.

Richard hace otra vez que el tren eléctrico vaya hacia Londres y que el otro, que viene en dirección opuesta, se encuentre con él. Comenta entonces que va a ocurrir un «desastre», y esta vez no lo evita. Todas las cosas se caen, incluso los niños de la escuela y el pueblo suizo.

M. K. interpreta que acaba de mostrar en su juego que sabe que ella se irá a Londres sin que él lo pueda evitar. Aunque quisiera seguirla con su familia, siente que ello no será posible, y entonces, lleno de celos y de desesperación, ha provocado el «desastre». También su juego quiere decir que cuando ella se vaya a Londres va a ser destruida por las bombas y por el Sr. K. (Hitler, en la vida real). Tiene miedo de que esto ocurra y además se siente culpable, pensando que quizá pase a causa de los deseos agresivos que él tiene. El morir ella constituiría para él un desastre completo, ya que representa a su mamá, y le haría sentir que pierde a toda su familia, a todos los bebés, y hasta al, mundo entero. También sería su muerte un desastre interior para él, pues tanto mamá como ella, quedarían muertas en su interior.

Richard coge la figura de un niño y dice que es él, que ha quedado como único sobreviviente.

M. K. interpreta que aunque parece que al final él se salva, mostró antes que de morirse mamá todo el mundo moriría con ella, incluso él mismo.

Richard coge entonces otro de los niños que hay sobre la mesa, el cual tiene puesto un sombrero rojo y dice que es la niña pelirroja. Se mete este muñequito en la boca y se lo deja allí un momentito. Después lo saca y se va afuera a escupir, diciendo que «tiene un sabor horrible».

M. K. interpreta que mentalmente se acaba de comer a su enemigo, la niña de la cual antes comentó que se estaba ahogando de rabia, y esto quiere decir que ahora será ella quien le haga ahogar a él por dentro. En su imaginación siente que no solo tiene dentro de sí a la mamá muerta y a *M. K.*, sino que también está perseguido internamente por los bebés de mamá a quienes se ha comido, cosa que acaba de demostrar al ponerse la niña pelirroja en la boca.

Richard dice, con aire pensativo y tono vacilante, que hacía mucho tiempo que no jugaba con los juguetes: unos dos meses. Un poco más tarde, comenta que la R.A.F. ha vuelto a atacar a Berlín, cosa que tampoco hacía desde hace dos meses.

M. K. interpreta que la destrucción de los juguetes representa también lo que la R.A.F. ha estado haciendo en Berlín. Pero Berlín representa a ella y a su mamá, la cual es mala por estar mezclada con el papá-Hitler, o por haberla él mismo atacado, lleno de celos, cuando estaba con papá.

Richard forma otro grupo de personas: se trata de dos mujeres, que representan a *M. K.* y a su madre. Imita entonces una conversación entre ambas, pero esta vez no con el tono afectado y exagerado del día anterior, sino con uno amistoso y normal. Dos niños se acercan a ella: uno es él que va a unirse con su mamá, y el otro es el nieto de *M. K.* Tras esto, se une también al grupo el hombrecito que el día anterior representó al Sr. Smith, y dice que es el Sr. K., que ahora está vivo. Los niños del colegio siguen todos en un montón; pero Richard forma otra vez los trenes y coloca a algunos de ellos en los dos vagones del tren de carga.

M. K. interpreta que está tratando de arreglar las cosas, y de hacer vivir otra vez a los niños de dentro de mamá y de ella, a los cuales ha colocado en el tren de carga. El Sr. K., que vive otra vez, representa a papá, el cual siente que no debe morir o que debe de resucitar en caso de hacerlo.

Richard pregunta con tono incierto si se puede llevar a su casa algunos de los «niños».

M. K. repite lo que le dijo, respecto de los dibujos: que cree que los juguetes deben quedarse con ella, para tenerlos todos juntos cada vez que venga. Interpreta, además, que llevarse los niños a su casa significa obtener permiso de ella y de mamá para repartirse con ellas a los bebés que cree que tienen dentro de sus cuerpos (nota V).

En un momento determinado, mientras sigue jugando, Richard señala a un muñequito que está roto y dice con un susurro: «Ese soy yo». Se trata del mismo muñeco al que varias veces ha llamado el «niño imbécil» pues representa al niño verdaderamente imbécil que hay en el pueblo.

M. K. le recuerda entonces (como ya lo ha hecho en otras oportunidades) el miedo que tiene de ser un tonto, y le dice que está profundamente preocupado por la dificultad que tiene para aprender e ir al colegio, pues teme no poder desempeñarse en la vida. Ser el «imbécil», sin embargo, no solo significa ser tonto, sino también contener dentro de sí a gente mala, a la cual ha destruido con sus sentimientos asesinos.

Richard tararea pedacitos de música de diversos compositores, cosa que muy pocas veces hace. Tras ello se pone triste, y comenta que mamá está enfadada con él porque ya no toca más el piano. El mismo parece sentir esto como una pérdida, pues añade que pasó un examen bastante bien, lo cual debe querer decir que tocaba bien. Se queda entonces confuso, comentando que le gusta mucho la música y que, sin embargo, no quiere tocar el piano.

M. K. interpreta que la música y la armonía representaron en otras oportunidades las voces de bebés buenos y vivos, que se sentían felices al estar todos juntos. Pero como duda de su propia bondad y de tener armonía dentro de sí, no puede ahora producir música.

En esta sesión Richard ha estado muy interesado en sus juguetes, y ha jugado con deleite y placer con los que, por lo general, juegan los niños de mucha menos edad. Aparte de quedarse mirando al señor Smith un momento, solo se ha dirigido una vez a la ventana, para mirar a una mujer que pasaba con su hijo. No se ha metido el lápiz en la boca, y el dedo se lo ha introducido solo una vez y por un momento muy corto. La falta de interés en la gente de afuera y el no succionar durante la sesión están relacionados con haber podido expresar plenamente fantasías y emociones relacionadas con su vida interior. Parece contento y tranquilo cuando se va (nota VI).

M. K. va a tener la entrevista con su madre antes de la sesión siguiente.

Notas de la sesión número setenta y uno.

I. Desde el punto de vista de la transferencia y de las interpretaciones transferenciales, es significativo ver cómo los objetos pertenecientes a la analista juegan un papel importante en las sesiones. Todo el cuarto de juegos, como lo he señalado ya varias veces, tiene una íntima conexión con la situación transferencial y por ello Richard a veces lo odia y a veces lo ama. Pero las cosas que pertenecen a la analista —en este caso, la cartera, el reloj, el paraguas, etc.— adquieren un significado emocional más alto, cosa que también ocurre con otros objetos del cuarto, la mesa donde juega y dibuja, y

las sillas donde los dos nos sentamos. He mencionado ya que antes de marcharse, Richard coloca regularmente las sillas una al lado de la otra, y las dos bien arrimadas a la mesa; en una ocasión llegó a decir que así estaríamos juntos él y yo hasta la próxima sesión, refiriéndose sin duda a que nos encontraríamos en una relación pacífica.

II. Estos hechos simultáneos, representan sus experiencias reales pasadas y presentes, así como también los hechos de su fantasía, y expresan, además, el rápido cambiar de sus emociones. Ya he señalado que a veces no me era posible seguir todos los detalles del material que Richard iba dándome, y menos aún interpretarlos, cosa que también me ocurría con los dibujos, garabatos, etc. Estos, de ser interpretados exhaustivamente, hubieran llevado horas enteras de análisis, y me hubiera visto obligada en ese caso a dejar de lado el material de actualidad. En mi opinión, cuando el analista se enfrenta con una tal riqueza de material —al analizar a un niño o a un adulto—, su finalidad principal es seleccionar lo que considera que son las emociones y fantasías primordiales, así como también las situaciones de ansiedad más agudas y las respectivas defensas erigidas contra ellas. En otras palabras: debe dejarse guiar por la situación transferencial e interpretar de acuerdo con ella.

III. Parece aquí que, como ya hemos visto antes, el padre no queda simplemente destruido, sino que es además convertido en uno de los niños. La ambivalencia de la situación se ve en el hecho de que el tren de mercancías da placer a los niños, a quienes les gusta verlo pasar. Recordemos que en la sesión anterior, los dos árboles que Richard se puso a chupar representaban a los pechos, y que los celos del papá-bebé a quien cuidan las enfermeras, se habían convertido en la causa de un aspecto determinado de rivalidad.

Esto le hace vivir, en forma progresiva, las sospechas que tenía de muy pequeño de haber sido privado del pecho por habérselo llevado su padre: en efecto, cuando hace que dos de los vagones del tren de mercancía (con el cual representa el pecho) pasen por delante de los niños que se encuentran dentro del patio de recreo que está cerrado, estos (y también el padre, que se ha convertido en uno de ellos) se quedan sin acceso a él. Creo que esta fantasía particular llevó a Richard a sentir un gran agravio muy tempranamente, pues creyó que si no podía tener acceso al pecho era porque su padre estaba gozando de él, lo cual le trajo, además, el consiguiente deseo de vengarse.

IV. La soledad y el miedo a la misma forman parte importante de los sentimientos depresivos de Richard. Esto me lo dijo ya en la primera sesión, al expresar que cuando se iba a la cama se sentía solo y abandonado. Como consecuencia de ello, el niño siente una gran simpatía hacia la gente solitaria;

en este momento particular en que está profundamente preocupado y angustiado a causa de la posible muerte de su padre, la simpatía se dirige hacia la madre, quien quedaría sola, de llegar ello a ocurrir. En la transferencia, esto lo expresa en la ansiedad que siente hacia mi propia soledad, tema sobre el cual resulta fácil ver que ha pensado mucho, en forma consciente. En algunos de sus dibujos, por ejemplo, el señor K., al cual había antes echado, debe una vez más reunirse conmigo, e incluso el «viejo gruñón», que teme que me moleste en general, debe hacerme también compañía. Al analizar pacientes adultos, he podido ver que la simpatía sentida hacia una mujer solitaria o enferma, puede representar un papel importante en la elección de compañera.

V. La necesidad de compartir a los niños buenos con la madre, surge también aquí como un medio para contrarrestar el peligro de los bebés «pelirrojos», enemigos y devorados, que le pueden atacar y devorar internamente. Además, si su madre le permite tener algunos de sus bebés, puede evitar el deseo de comérselos, y no sentirse lleno de envidia y de avidez; en otras palabras: el compartirlos con ella hace que disminuya la rivalidad destructiva que siente con su madre y todas sus consecuencias malas, y puede en cambio traer paz a su mundo interior (los bebés interiores en armonía con él mismo y con sus padres internos), estableciendo dentro de sí amigos internos en vez de objetos muertos y peligrosos.

VI. Es sorprendente el que una sesión en la cual se da una reactivación de ansiedades internas y externas tan fuertes, termine con que el paciente se sienta en un estado de ánimo de contento y de paz. En contradicción con el punto de vista psicoanalítico antiguo, de que la interpretación de ansiedades psicóticas puede resultar peligrosa, la experiencia me enseña, desde hace años, que analizando profundamente este tipo de ansiedades, llegando hasta sus raíces, podemos ayudar más a nuestros pacientes. Existen varias razones para ello, pero aquí solo puedo señalar una que me parece de una significación particular, y es que el análisis de estas ansiedades tan profundas, permite al paciente enfrentar su realidad psíquica y encontrar una forma de expresión para ella. Es así como puede Richard, en esta sesión, vivenciar y expresar la ansiedad que siente ante sus enemigos internos, muertos y perseguidores, y también los sentimientos de culpa que tiene, por pensar que es él mismo quien los ha convertido en gente tan peligrosa mediante sus propios sentimientos criminales. Debemos recordar también que en esta sesión, además de enfrentarse con estas ansiedades y de poder expresarlas, se opera en el niño una disminución de la violencia de sus impulsos destructivos.

La manera cautelosa y ansiosa con que saca los juguetes de la bolsa y con la que decide que las figuritas rotas deben ir al hospital (mientras al mismo tiempo me pide a mí que le arregle el muñeco que lo representa), demuestran la manera como operan la esperanza y la urgencia de reparar, a la par que sus ansiedades. Cuando ocurre el «desastre», este es menos incontrolado que en las ocasiones anteriores, y él va colocando con cuidado algunos de los juguetes, preocupándose por no romper nada ni dejarlo caer. En un momento determinado llega, incluso, a parecer que el pueblo suizo o los árboles puedan llegar a quedar en pie. Por lo general, además, tras estas violentas catástrofes, guarda una figura o un objeto, diciendo que es un sobreviviente, lo cual sin duda significa que la sensación de muerte universal, en la cual está incluida la propia, le resulta intolerable, y que por lo tanto —a pesar de que la creencia de poder sobrevivir se tambalea— trata de resucitar él. En otros momentos en que la ansiedad es menos severa, mantiene también la esperanza de sobrevivir él, e incluye además algunos de sus objetos internos.

En esta sesión resucita también a una persona: el niño. Pero lo hace únicamente cuando yo le interpreto que no ha quedado ningún sobreviviente. Creo que ello se debe a que puede enfrentarse mejor con el peligro de la muerte, porque siente menos odio y desesperación y, en cambio, más esperanza.

La disociación excesiva de los impulsos destructivos, incluyendo en ellos la envidia, los celos y sus consecuencias, está relacionada con la sensación de que son tan poderosos —omnipotentes—, que amenazan al objeto y al yo con una destrucción completa. Ello también lleva a la disociación de los sentimientos de amor y de confianza sentidos hacia el objeto bueno y hacia el yo bueno. Solo después de enfrentarse con sentimientos de odio y de esta manera ir juntándolos gradualmente con las otras partes del yo, pueden llegar estos a convertirse en algo menos abrumador. El enfrentamiento con la realidad psíquica reactiva los aspectos buenos, y posibilita la emergencia a un primer plano de la capacidad de reparación y de los sentimientos de esperanza. En esta sesión, por ejemplo, la esperanza está expresada en el muñequito de juguete que debe quedarse en el hospital hasta que yo lo pueda arreglar; esto significa que algún día volveré para continuar el análisis y ayudarle todavía más. Cuando los impulsos destructivos y sus consecuencias se colocan más cerca de la capacidad de amar que ha sido resucitada, quedando mitigados por ella, se hacen menos abrumadores y se abre la posibilidad de reparar; en otras palabras: se lleva a cabo el proceso de integración que tan fundamental importancia tiene.

Una vez que estos procesos internos tienen lugar, la adaptación a la realidad externa queda mejorada y las ansiedades externas dejan de ser tan abrumadoras. Por ello puede Richard expresar más claramente que en sesiones anteriores el miedo que tiene de que su padre muera, y de la soledad que ello implicaría para su madre, pudiendo además expresar plenamente su pena ante mi supuesta soledad e infelicidad. Por otra parte, puede también soportar mejor la idea de la terminación de su análisis.

Sesión número setenta y dos (martes)

Antes de entrar en el cuarto de juegos, Richard dice que le mencionó a su madre, antes del encuentro de *M. K.* con ella, lo que esta le había dicho sobre su futura escolaridad, y sobre que no estaba a favor de que fuera a un colegio grande. Después de la entrevista que tuvieron las dos, su madre le contó que también habían tratado el tema de la continuación del análisis, el cual creía que alguna vez podría ser continuado, y le dijo que, en caso de no poder hacerse antes, ella podría ir con él a Londres después de la guerra. Es evidente que Richard ha referido a su madre el punto de vista de *M. K.* por desconfiar de las dos, y para asegurarse de que no hubiera ninguna diferencia de opinión entre ambas. Además también ha querido que supiera que él ha discutido el asunto con su analista antes que ella… Una vez en el cuarto, saca en seguida los juguetes y coloca un muñequito en una silla. Después saca el columpio y se alegra al ver que *M. K.* ha vuelto a pegar la figurita que se le había despegado el día anterior y que él había colocado en la caja «hospital» junto con el otro muñequito dañado. En esa oportunidad dijo que el niñito estaba partido por la mitad, cuando en realidad la figura consiste solamente en la mitad superior de un niño pegada al columpio. Mueve entonces a este, comentando que la niña se está divirtiendo mucho al columpiarse, pero en seguida pide a *M. K.* que coloque todo del otro lado de la mesa. También pone allí el «hospital», la bolsa de los juguetes, la cartera y el reloj, para que formen parte de una escena que está preparando, y una vez más deja solo un poco de espacio libre, como para que los trenes puedan dar vueltas. En el otro extremo de la mesa más cercano a él, construye la estación, que consiste en dos casas situadas de tal manera que los trenes pueden apenas pasar entre ambas. En la estación, o mejor dicho, al lado de cada casa, coloca a dos muñequitos que siempre han representado a los niños, formando grupos que se enfrentan, y comenta que están allí porque a los niños les gusta mirar los trenes. En el lugar más cercano de la estación, coloca el muñequito que en la sesión anterior dijo que tenía que ir al hospital y que le representa a él mismo. *M. K.* lo ha arreglado, pegándolo a una base que originariamente pertenecía a un muñeco mayor, por no tener otra. Este hecho, y el que *M. K.* lo haya arreglado, complace mucho a Richard. Forma luego otros grupos de personas a los que pone al lado de una calle que está cercada por peniques: su madre y *M. K.* se encuentran allí representadas por las mismas muñequitas usadas en

la sesión anterior, y las hace saludarse de manera amistosa pero sin afectación. La figura masculina que anteriormente ha representado al señor Smith, queda un poco más lejos, mientras que la otra mujer se queda al lado de ellas. El perro también está presente, entre otros muñecos; los dos árboles se hallan a un lado del camino, un poco separados uno de otro, y el tractor y el camión de carbón están listos «para salir». Los únicos movimientos que lleva a cabo, sin embargo, los hace con los trenes. Cuando el tren eléctrico se detiene en la estación, coloca a los niños cerca de él y dice que está cargado de leche y que a todo el mundo le toca un poco.

M. K. le recuerda entonces que en la sesión anterior los vagones del tren eléctrico representaban los pechos de mamá y de ella.

Richard hace andar el tren alrededor de la mesa y una vez más lo lleva a la estación, diciendo que ahora va a dar a los niños el pecho, para que lo puedan chupar. Sigue haciendo entrar en la estación el tren eléctrico y el de carga alternativamente, recibiendo también los niños leche de este último. Pero cuando está colocando a los niños cerca de los vagones del tren eléctrico, cambia de parecer y los pone, en cambio, cerca de la locomotora.

M. K. interpreta que la locomotora representa el órgano genital de su padre, el cual también debe de alimentar a los bebés como lo hace el pecho de mamá.

Al cabo de un rato, tras haber hecho que los trenes pasen alternativamente varias veces alrededor de la mesa y a través de la estación, Richard los hace andar uno tras otro, y tan cerca uno de otro que por poco chocan.

En este momento interrumpe el juego, se dirige a la cocina a mirar dentro del «tanque-bebé», y una vez más saca agua con el cubo pidiéndole a *M. K.* que se lo vacíe. Mira luego con mucha atención cómo el agua va disminuyendo en el tanque.

M. K. repite una interpretación anterior, refriéndose al peligro de que el genital-papá se junte con el pecho de mamá: los dos trenes que por poco chocan. Relaciona esta ansiedad con la conversación entre las mujeres de juguete —mamá y ella—, y le recuerda que ha colocado más lejos al señor Smith, a pesar de que uno o dos días antes había tomado parte en la conversación. Esto lo ha hecho para tratar de mantener alejado de las dos mujeres al padre-Hitler malo de dentro de *M. K.* y al papá malo de dentro de mamá, y conseguir así que la conversación tome el giro favorable que él desea: que no le manden con los chicos mayores y los hermanos hostiles, que están en la escuela grande.

Richard se pone a tirar pedacitos de papel dentro del tanque y mira a ver qué les pasa.

M. K. le sugiere que los pedacitos de papel representan bebés y que quiere averiguar lo que les ha pasado a los de mamá que no han nacido, y quién los ha destruido: si él mismo con sus bombardeos o papá con su órgano genital, tan peligroso para el interior de mamá.

Richard empieza a hacer una investigación del fogón y del tanque, similar a la llevada a cabo en ocasiones recientes, y tras ello vuelve a la habitación a continuar con su juego. Subrepticiamente ha sacado de la silla al hombre que estaba sentado en ella, y cuando *M. K.* le pregunta dónde está, contesta que lo ha puesto en la caja, pues ya no le hace falta.

M. K. sugiere entonces que el hombre de la silla representa a papá, quien no se puede mover debido a su enfermedad; y que si lo ha puesto de lado es porque acordarse de su enfermedad le hace sentirse triste y culpable.

Richard está de acuerdo con esto, pero añade que su padre va mejorando, a pesar de estar todavía muy débil; al decir esto tiene un aspecto triste y preocupado. Pide entonces a *M. K.* que le alcance el columpio que está en el otro extremo de la mesa, pues la niña que está en él se debe de sentir abandonada estando tan sola. Luego hace andar otra vez a los trenes, los cuales se detienen en la estación para alimentar a los niños. En una ocasión, comenta que el eléctrico (los pechos) se ha quedado en ella demasiado tiempo y que el maquinista del otro tren está impaciente por tener que esperar fuera de la estación. Cuando finalmente la atraviesa con su tren, no se detiene a alimentar a los niños de tan enfadado que está.

M. K. le pregunta qué es lo que está haciendo la gente de los grupos.

Richard contesta que ella y mamá todavía están hablando y que por eso permanecen juntas.

M. K. le pregunta quién es la mujer a la que ha colocado cerca de ellas.

Richard contesta: «¡Oh, una mujer cualquiera!».

M. K. le sugiere entonces que esta mujer puede estar representando a su niñera y que le hubiera gustado de pequeño que su madre se llevara bien con ella, aunque tenía celos si hablaban juntas demasiado tiempo. De la misma manera, puede ahora desear que ella y mamá sean amigas y, sin embargo, sentir celos por esto mismo.

Richard se muestra de acuerdo con esta interpretación.

M. K. entonces le señala que el Sr. Smith, quien también representa al Sr. K., ha sido, en cambio, puesto de lado, para que no tome partido contra él; y que esto significa que le hubiera gustado sacar al padre-Hitler de adentro de

mamá y de ella, porque teme que el tener a este dentro de sí, convierte a mamá en una enemiga. Antes le preguntó si había visto hoy al «viejo gruñón», y esta pregunta tiene el mismo sentido en relación con ella. Le sugiere que todavía desconfía del resultado de su conversación con su madre.

Richard pregunta entonces a quién representaban los árboles, y sonriendo, añade: «¿Qué piensas sobre ellos?».

M. K. le señala que en este momento le gustaría ocupar su sitio y ser el analista; pero que también quiere tener los bebés de mamá y ocupar el lugar que esta ocupa en la relación con papá.

Richard protesta, diciendo que no le gustaría ser mujer.

M. K. interpreta que sin duda tiene miedo de ser mujer, porque de ser así perdería su órgano genital y no podría ya ser un hombre; pero que, de todas maneras, siente muchos deseos de obtener bebés de su padre, tal como lo hace la madre; las semillas de rabanitos que le pusieron tan contento, representaban el genital de papá bueno que le metía bebés dentro del cuerpo. Además le gustaría también poder alimentar a estos bebés, cosa que ha demostrado en el juego de los trenes, cuyos vagones representaban los pechos que alimentan. De todas estas maneras está expresando el deseo que tiene de compartir los bebés con su madre, y evitar así sentirse impulsado a atacarla y a robárselos, o atacar y dañar a los bebés. Esto significaría, además no tener necesidad de temer a los niños, como, por ejemplo, a la niña pelirroja, mientras representan a los hijos de mamá. El interior de la estación y los trenes que la circundan representan el interior de su madre y de ella. La niñita pequeña del columpio, a la que le pidió que colocara en el extremo opuesto de la mesa, es el bebé más pequeño, que está aún por nacer: una hermana que no quisiera tener allí dentro, pero a quien, sin embargo, ha traído de vuelta, al sentir que, después de todo, le gustaría que naciera. Cuando le pidió que pusiera el columpio lejos, expresó con ello el deseo de salvar a esta hermanita, todavía no nacida, de sus propios ataques.

Richard hace que los trenes corran entre sí cada vez más carreras. Ya no se paran en la estación, y al venir en direcciones opuestas, casi chocan el uno contra el otro varias veces, hasta que finalmente lo hacen de verdad dentro de la misma. Los niños caen unos sobre otros, y Richard tira todo por tierra. El tren eléctrico queda como sobreviviente, y entonces lo hace correr locamente por toda la mesa, aparentemente sin control alguno. En un susurro dice: «Ahora este soy yo», y señala al tren eléctrico, llamándole «vencedor».

M. K. interpreta que él y el Sr. K., representado por el «viejo gruñón», se están peleando dentro de su genital, llevando la destrucción y la muerte a

todos. De la misma manera espera siempre que la pelea que él tiene con papá dentro de mamá, destruya a esta y a sus bebés, y finalmente termine por destruir a papá y a sí mismo.

Richard, por vez primera desde que empezó la sesión, se pone a mirar la calle. Es el fin de la hora y *M. K.* empieza a guardar los juguetes en su bolso. El niño comenta que la calle está muy concurrida, y pregunta si toda la gente que hay viene a verla a ella para que los alimente.

M. K. le recuerda que una vez preguntó qué pasaría si toda la población de «X» se amontonara sobre una montaña o se metiera dentro de un autobús; le sugiere que en este momento, la montaña y el autobús la representan a ella, que debe de alimentarlos a todos, y que teme que quede exhausta; además siente celos al pensar que alguien pueda acercarse a ella.

Richard mira a *M. K.* de una manera que demuestra que está de acuerdo. Y añade que su madre también vuelve a casa en el autobús.

M. K. interpreta que en su imaginación, también su madre es una niña que quiere ser alimentada por ella, y que él desearía que así ocurriera. Por esto ha dejado que las dos muñecas hablen tanto tiempo, aunque a la vez también siente celos de cualquier contacto que tengan las dos.

Al principio de la sesión, Richard preguntó a *M. K.* por el vestido que tenía puesto cuando vio a su mamá, evidentemente deseando que esta le haya visto con la chaqueta que a él le gusta; es decir, de la mejor manera posible. Pero también teme que si *M. K.* se ha cambiado de ropa antes de verle a él, esto pueda significar que haya sido mala al ver a su madre (es decir, que no le haya dicho lo que él quería que le dijera) y que tras ello se haya vuelto a convertir, para analizarlo a él, en la *M. K.* buena con la chaqueta bonita.

Un poco después de la sesión, *M. K.* se encuentra con Richard y su madre que se dirigen a la parada del autobús. La madre comentó después que el niño la reconoció desde lejos y que dijo que tenía puesta la chaqueta roja que más le gustaba. Añadió además que su hijo le había preguntado con muchos detalles por la ropa que tenía puesta cuando las dos se encontraron.

Sesión número setenta y tres (martes)

Richard está esperando frente a la casa. Una vez en la habitación, se sienta inmediatamente y empieza a jugar. Tiene un aspecto amistoso pero tranquilo y, contra lo que suele hacer, no va a beber agua del grifo al iniciarse la hora. Mira la cartera de *M. K.* (que es la que trae todos los días) y le pregunta sí fue su marido quien se la regaló. (Es de cocodrilo).

M. K. interpreta que desea que sea un regalo del Sr. K., pues ello demostraría que, aunque el cocodrilo es evidentemente un animal peligroso, el señor K. es también un «cocodrilo bueno» que le da algo que dura; es decir, un genital durable y bueno.

Richard arma una estación de la misma manera que el día anterior, pero lo hace en otro sitio más alejado de *M. K.* También forma varios grupos de personas a los cuales coloca entre la estación y ella. A lo largo de la estación arma una larga fila de muñequitos, que consta de una mujer, el hombre que representa al señor Smith, todos los niños, los árboles, algunos animales, el tractor, el camión de carbón, y al final de todos, el perro. Dice que los dos primeros son papá y mamá y que la familia entera se va hacia «Z». En uno de los grupos que se encuentra más cercano a *M. K.* hay dos mujeres que se miran y que son las mismas que representaron a esta y a su madre el día anterior. Una vez más, Richard hace que se hablen, pero ahora lo hace otra vez de manera afectada y exageradamente amistosa. Un poco alejado de ellas, y evidentemente sin formar parte del grupo, está la mujer a la cual el día anterior *M. K.* llamó la niñera.

M. K. le recuerda que en una ocasión anterior le interpretó que la niñera, a la que quiere tanto como a su madre, no está en su mismo plano social, y que esto le pone frente a un conflicto de lealtades.

Richard hace entonces que la niñera se una a mamá ya *M. K.*, pero en seguida hace que *M. K.* se aleje del lado de su madre, explicando que mamá le acaba de decir algo descortés, hiriéndola en sus sentimientos, y que por esto se va sola. Entonces añade: «Esta es la mamá mala». De repente coge un muñequito que a menudo lo ha representado a él, lo saca de la fila de la gente que está esperando para salir de viaje y lo pone al lado de *M. K.*, mientras dice: «Me voy contigo».

M. K. le pregunta adónde se van; ¿a Londres?

Richard contesta que cree que sí.

M. K. le interpreta otra vez la dificultad que tiene a causa de la relación existente entre su mamá y la niñera, y se refiere al momento del juego en que mamá hiere sus sentimientos. *M. K.* representa en ese momento a la niñera, y él se acaba de poner de su lado, en contra de la «mamá mala» y del resto de la familia. Parece, por lo tanto, que puede haber oído alguna vez a su madre herir a la niñera, o haber temido que lo hiciera y que esta se pudiera sentir sola por no pertenecer a la familia.

Richard protesta vivamente contra esto, diciendo que la niñera comía en la mesa con todos. No recuerda nunca, además, que su madre le haya dicho o hecho nada poco amable; pero parece estar de acuerdo, sin embargo, con haber tenido conciencia del conflicto que *M. K.* le acaba de interpretar… (nota 1). Hace entonces que el tren eléctrico salga de la estación y comenta que *M. K.* y él están adentro; tras lo cual todo el grupo formado por los padres y los niños empieza a correr detrás, para traerle a él de vuelta. Después hace que sea el tren de carga el que les persiga, diciendo que toda la familia se encuentra adentro. En realidad no ha colocado a las figuritas en su interior, de manera que la carrera entre él y *M. K.* por un lado y la familia que le persigue por el otro, está representada ahora solamente por los dos trenes. Esta carrera se convierte un poco más adelante en otra entre él y su padre, pues empieza a llamar papá al tren de mercancías, mientras que el eléctrico es él mismo que sigue con *M. K.* En un momento determinado el tren en que están los dos por poco atropella a la familia; pero inmediatamente separa con mucho cuidado a los muñecos, de manera de dejar suficiente espacio libre como para que el tren pueda pasar.

M. K. interpreta que la *M. K.* y la mamá externas, están ahora representadas por las estaciones a través de las cuales deben pasar los trenes; aquellas también representan a los órganos genitales de ambas; y su padre (el tren), le persigue y le ataca tanto en el exterior como dentro del genital de mamá. También le interpreta algo que él mismo dijo en una oportunidad anterior (sesión sesenta y cinco): que desea escaparse con ella y ser su marido. Asocia esto con el deseo que también tiene de fugarse con su madre, para tenerla solo para él, aunque entonces teme que papá y Paul y hasta los bebés que todavía no han nacido, al quedar privados de ella le persigan. Otra razón por la cual quiere huir con *M. K.* es el deseo de continuar con el análisis, el cual siente que es algo esencial para él.

Richard continúa con su juego. Repetidas veces parece que los trenes van a chocar, pero después decide que hay otra vía y que por lo tanto se puede evitar el choque. Este tema se desarrolla durante un largo rato, con algunas

variaciones… Una de las veces, al comenzar a jugar, Richard tiene en la mano la sillita y el hombrecito de juguete que suele sentar en ella, y se queda sin duda pensando si debe colocarlo o no sobre la mesa; pero al fin decide volver a meter ambos en la caja. (Vemos así cómo frena y controla la vivencia y expresión de dolor que siente por la enfermedad de su padre, tal como lo hace con todas las emociones y conflictos). Algunas veces, mientras juega, se dirige a la ventana para ver pasar a la gente. En una oportunidad pasan una mujer y dos niñas, y entonces comenta que una de estas es mala y enemiga suya, pues le ha mirado (probablemente alguna vez que la haya visto en la calle, en una oportunidad anterior). También menciona que se ha encontrado con la niña pelirroja, pero que se ignoraron mutuamente. Pregunta a *M. K.* si conoce a un muchacho que acaba de pasar… Cuando termina el juego, lo hace moviendo el tren eléctrico cada vez más de prisa y en forma de zigzag, cosa que acompaña con fuertes sonidos sibilantes. Finalmente hace que choque contra el otro y se produce el desastre general. Como al principiar a jugar ha colocado la «iglesia» cerca de la cartera de *M. K.*, un poco más alejada, esta queda en pie; también se salvan el padre enfermo (el muñequito de la silla) y la gente que está en el hospital, pues se encuentran metidos en la caja y no han intervenido en el juego… Richard coge el columpio con la niña que está en él sentada, y lo hamaca un rato. También coge el tren eléctrico, que es otro de los sobrevivientes, lo mira en forma inquieta y declara que se parece a una ballena que mueve la cola, tras lo cual le separa el vagón que tiene enganchado y lo deja en la mesa. En el momento en que el tren eléctrico hacía caer al de mercancía, dijo en voz baja y con tristeza: «¿Y si papá realmente se muriera?».

M. K. interpreta que el tren es él mismo que viaja con ella, quien representa a su vez a la mamá buena que tiene dentro de sí; pero además, también contiene dentro de él a la ballena (el órgano genital peligroso de papá), la cual le impulsa a hacer cosas malas, como destruir a sus padres y a sus bebés, a pesar de que al mismo tiempo trate de controlar a papá ballena. Interpreta también *M. K.* la tristeza y la culpabilidad que siente por la enfermedad de su padre y el temor a la muerte del mismo, y relaciona todo esto con el odio, los celos y el deseo de atacarle que siente al mismo tiempo. Esta situación la acaba de expresar con el tren eléctrico que le representa a él, el cual ha atropellado al de carga que es su padre, según él mismo ha dicho. Al mismo tiempo, ha tratado de salvar a este, al colocar tanto a él como la «iglesia» (que representa a dios), en un lugar seguro y lejos del «desastre». Le

menciona también que durante el juego ha estado compitiendo con su padre, y deseando ser el marido de *M. K.* (y el de mamá)**[1150]**.

Richard deja de jugar, se dirige a la cocina y saca un cubo de agua del «tanque-bebé», comentando que está más limpia y que la suciedad del tanque debe de estar disminuyendo. Al hacer esta operación no tarda tanto como lo ha hecho en ocasiones anteriores, y parece estar menos tenso; tampoco llena el cubo tanto como otras veces. Al final, bebe agua del grifo.

M. K. interpreta que ahora tiene más confianza de que tanto el interior de mamá como el de ella, y los bebés que ambas contienen, puedan ser restaurados, y también de que su padre se recobre de la enfermedad que padece. Además parece menos angustiado por pensar que sea él quien haya envenenado el «tanque-bebé». Aunque sobre la mesa ha tenido lugar el «desastre», la última cosa que ha hecho ha sido hamacar al niño en el columpio, lo cual expresa la esperanza de que el niño que hay en el interior de su madre siga estando vivo y a salvo, y de que el órgano genital de su padre pueda todavía moverse.

Richard se va afuera, pide a *M. K.* que salga con él y se queda mirando las montañas tristemente.

M. K. le pregunta si le resulta difícil separarse de su madre**[1151]**. Richard contesta que solo va a poder verla los fines de semana. Hace luego una pausa, y añade que está *muy* triste. Tras esto salta los escalones que dan al jardín, tratando al hacerlo de no tocar las verduras; pero aunque hace unos días lo ha logrado, esta vez no puede. De repente, al ver que pasa una mujer por la calle, vuelve a entrar en la habitación, se dirige a la ventana para mirarla y comenta que parece «orgullosa». Luego sale una vez más afuera y continúa la conversación con *M. K.*, pero lo hace de mala gana. Hace comentarios acerca de llevar su yate a la piscina. Unos días antes le había dicho que le iban a enseñar a nadar en la piscina y que tenía muchas ganas de aprender; pero ahora explica que su madre no quiere que nade en agua dulce, que él tampoco lo desea y que prefiere jugar con su yate (cosa que evidentemente no es verdad).

M. K. interpreta que parece estar resentido por la prohibición de su madre.

Richard repite que no le interesa nadar. Una vez más se dirige a la habitación y a la ventana para mirar a una cobradora de autobús a quien conoce, y dice que es muy bonita. Comenta, enfadado, que siempre está diciendo: «Que den el asiento los que tienen medio boleto», pero vuelve a repetir que es muy linda. Entonces mira el reloj y se pone contento al ver que todavía le quedan diez minutos de sesión, a pesar de lo cual pregunta a *M. K.*

si no puede terminar la sesión inmediatamente. (Es muy poco común que exprese el deseo de irse de una manera tan directa).

M. K. le contesta que puede marcharse si así lo desea, pero le interpreta que lo quiere hacer porque teme admitir que, en realidad, está muy enfadado con ella, en representación de mamá, por haberle prohibido ir a nadar. Para él es lo mismo que el que le recuerden que solo es un «medio boleto», es decir, un niño. El enfado con su madre incrementa el disgusto que siente hacia la linda cobradora del autobús, y también está relacionado con haber sentido que la mujer que pasó antes tenía un aspecto orgulloso, es decir, de superioridad y de desprecio para con él. El que no le dejen ir a nadar, significa además para él que su pene no es como el de una persona mayor, y que él mismo es débil y sin valor.

Richard parece no tener ganas de marcharse ahora. De repente mira dentro de un armario, descubre en él varias pelotas, saca la que tiene *M. K.* en su bolsa y la tira con violencia contra el armario.

M. K. interpreta que está atacando a su madre con furia, ya que el armario la representa a ella, mientras demuestra al mismo tiempo que sí tiene un órgano sexual fuerte (la pelota).

Richard murmura algo sobre una bala de cañón y luego pide a *M. K.* que juegue con él. Dispone que cada uno tenga dos pelotas y que las haga rodar de manera que ambas se encuentren. A veces él tiene la pelota grande, mientras que otras es *M. K.* quien la tiene. Luego toma dos del mismo tamaño y se refiere a ellas diciendo que son pelotas mellizas. Tiene una actitud muy amistosa y está muy interesado en el juego.

M. K. interpreta que el que ella juegue con él significa que es la mamá buena que le ayuda a que se le pase la rabia contra la mamá mala. De no pasársele el enojo, teme dispararle con un cañón. Además, en el juego ella y él se han convertido en iguales: los dos tienen pechos que son las pelotas mellizas, y los dos tienen un pene: la pelota grande. También tienen los dos bebés, representados también por las pelotas gemelas. Por todo esto ahora ya no existe causa alguna para estar furioso ni para que ninguno tenga celos del otro (nota II).

Al finalizar la sesión Richard pone otra vez las pelotas dentro del armario y ayuda a *M. K.* a guardar los juguetes. Los mira cuando ya están en la bolsa y dice con aire preocupado: «Ahora papá, mamá y los niños están acostados todos juntos». El tono de su voz y la expresión facial que tiene indican que con esto quiere decir: «¿Qué les va a pasar dentro de la bolsa?».

M. K. interpreta que la bolsa es su interior que contiene a sus padres y los hijos de estos, los cuales han sido destruidos por él o se están peleando entre sí, y que le preocupa pensar lo que puede ocurrir allí dentro. También le preocupa pensar lo que les puede pasar por la noche a sus padres en casa, cuando él no los ve, o a ella cuando él no está allí.

Justo antes de salir, Richard dice de repente que sí le gustaría nadar; una vez en la calle vuelve a mirar las montañas y comenta que el campo está muy bonito. En un momento determinado, cuando ya ha salido *M. K.* cierra la puerta, de manera que parece que la ha dejado afuera. *M. K.* interpreta esto, relacionándolo otra vez con el enfado porque su madre no le deja ir a nadar y le dice que desearía echarle de la casa por esta razón.

Resulta evidente, en esta sesión, que la ansiedad persecutoria ha disminuido y que Richard puede expresar su ira en forma más abierta. En un momento ha preguntado si *M. K.* ha visto al Sr. Smith; pero solo lo ha hecho una vez, al referirse ella a un muñequito al que suele llamar papá, y decirle que también simboliza al Sr. Smith. En otras ocasiones, como se ha podido ver ya, hacia esta pregunta muchas veces y en forma obsesiva, deseoso de saber si había pasado por la calle y en qué momento, y si *M. K.* se había encontrado con él, etc. La preocupación por este tema ha disminuido recientemente, y por ello Richard siente ahora menos deseos de encontrarse con *M. K.* en el camino de su casa, pues no siente una necesidad tan urgente de saber si los dos se encuentran o el tipo de relación que mantienen. Tiene por otra parte, un mayor conocimiento de los conflictos que le producen las relaciones entre la niñera y su madre, y de los complejos sentimientos que su padre le provoca; y si bien está triste y preocupado, al mismo tiempo demuestra sentirse más esperanzado. No ha podido, sin embargo, evitar el «desastre».

Notas de la sesión número setenta y tres.

I. Como suele ocurrir (y esto se refiere en general a todos los niños en edad de latencia) las interpretaciones hechas sobre fantasías destructivas y sádicas de la primera infancia dirigidas contra los padres, aunque son dolorosas y a veces muy asustadoras, producen en Richard menos dolor que la toma de conciencia de situaciones y relaciones actuales. Esto se aplica en particular al conflicto de lealtades creado entre la madre y la niñera, entre su madre y yo y finalmente entre los dos padres. En esta sesión vemos claramente que

vivencia y comprende este conflicto con mayor claridad. Se ve también cómo se va dando más cuenta de la desconfianza que tiene de su madre y del hecho de que la madre «celeste» y la «bruta» sean en su mente una única y sola persona.

II. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que la interpretación que le hago sobre el enfado y la crítica que le provoca la actitud de su madre, que el niño quiere negar, trae, como consecuencia la elaboración de este enojo. Además, le permite revivir la imagen de la madre buena: el juego conmigo. Muchas veces se ha puesto en duda la conveniencia de traer a luz el criticismo latente ante las actitudes maternas actuales. Ya en 1927 («Simposium sobre análisis infantil») combatí este punto de vista, y las experiencias posteriores, tanto mías como de mis colegas, han demostrado el beneficio que trae el permitir al paciente, sea este niño o adulto, vivenciar las críticas reprimidas referentes a sus padres, y las fantasías correspondientes.

Sesión número setenta y cuatro (miércoles)

Richard va una vez más a encontrar a. *M. K.* camino del cuarto de juegos, a pesar de que últimamente la ha esperado frente a él. Le dice que ha tratado así de estar con ella lo antes posible y que está muy contento de verla. Tiene un aspecto muy deprimido y triste, pero cuando *M. K.* le pregunta si le ha pasado algo, dice que no, aparentemente decidido a no quejarse[1152]. En el camino resopla como si fuera un tren y dice que los dos van en este vehículo.

M. K. le pregunta adónde se dirigen.

Richard contesta que a Londres. En un momento en que *M. K.* se hace a un lado, Richard le pide que no se salga de la vía, pues de hacerlo dejaría de estar con él en el tren. En cuanto llegan a la habitación empieza a jugar con los juguetes, pero está muy pensativo y silencioso, dando la impresión de estar callándose algo que le preocupa.

M. K. le sugiere entonces que quizá no le guste vivir en casa de los Wilson, pero haya decidido no quejarse, y le pregunta si esto se debe a que teme que ella lo cuente después, o a que piense que no le va a gustar oír hablar mal de ellos.

Sin dudarlo un instante, Richard responde: «Las dos cosas», y luego explica que hay varias cosas que le molestan, entre ellas, que le hagan terminar la comida cuando esta no le gusta. Dice también, deseoso sin duda de ser justo, que en cierta manera los Wilson son buenos; pero no hay duda de que está triste y controlando sus críticas. De repente, con mucho sentimiento, declara que le gustaría poder vivir con ella. Sería muy agradable hacerlo, ¿por qué entonces no puede? Y ruega a *M. K.* que se lo permita.

M. K. le pregunta cuándo se le ha ocurrido la idea.

Richard contesta que ha estado pensando en ella todo el tiempo.

M. K. le dice que no es posible que viva con ella mientras trabajan juntos.

Mientras hablan, Richard arregla la estación, colocándola esta vez cerca de *M. K.* y de sí mismo. (En la última sesión la puso lo más lejos de ella que le fue posible). Después pone el tren eléctrico en la misma y lo deja allí. Construye una segunda estación, cosa que no es usual, la que sitúa en la misma posición que la del día anterior (es decir, en el otro extremo de la mesa) y entre las dos coloca varios grupos de juguetes, escondidos parcialmente en la segunda estación de la mirada de *M. K.* Esta está reservada para el tren de carga y Richard explica además que una de las muñequitas es

su niñera, que está hablando con… aquí va a decir «mamá», pero en vez de ello dice «la mujer mal educada». Otro grupo consiste en tres niños que están hablando entre sí; un poco más lejos hay dos más, y más alejado aún hay uno solo. El muñeco que representa al «Sr. Smith» también está solo, mientras que en otro grupo hablan mamá y *M. K.* Durante este juego, la actividad principal se lleva a cabo con los trenes, y las figuras permanecen quietas.

M. K. le pregunta quiénes son los tres niños.

Richard contesta que son él mismo, John y un amigo de este.

M. K. le pregunta quiénes son los otros dos niños, y el que está solo.

Richard muestra aquí alguna resistencia y dice que no lo sabe. Pregunta a *M. K.* si puede reconocer cuál de los niños de juguete es él mismo y se pone muy contento cuando ella le señala a un muñequito que le representa muy a menudo.

M. K. interpreta que el tren eléctrico, que está muy cerca de ella y todo el tiempo dentro de la estación, le representa a él viviendo en su casa, sin quererse separar de ella. Richard está de acuerdo con esto.

Interpreta además que la estación representa su cama y su órgano sexual, y que si se quiere quedar a vivir con ella es también porque quiere introducir su órgano sexual dentro del suyo.

Mientras *M. K.* habla, Richard hace correr el tren de carga y atravesar la otra estación por vías diferentes a las que ocupa el tren eléctrico, el cual también ha empezado a moverse. (Esto ocurre tras la interpretación de que el tren le representa a él, que no quiere separarse de ella).

M. K. interpreta que quiere que ella sea solo para él, en vez de mamá; entonces papá, el tren de carga, puede tener su estación propia (mamá), y Richard no tiene que pelearse con él (nota 1).

Richard pregunta si puede sacarle una foto.

M. K. interpreta que no solo le gustaría tener una foto como recuerdo, sino que además querría metérsela a ella dentro de sí para mantenerla en un sitio seguro. Esto es también lo que le quiso decir camino del cuarto de juegos cuando le pidió que se quedara cerca de él en el tren, y también en otras oportunidades en que ha querido viajar con ella.

Richard sigue haciendo mover los trenes por vías diferentes, pero pronto los vuelve a juntar. El de carga sigue entonces al eléctrico y luego es el eléctrico el que sigue al de carga. En un momento determinado chocan, cosa que da lugar a una pelea entre los dos; cuando esta llega a su fin; dos de los vagones del tren de carga se encuentran colocados encima de los demás.

M. K. interpreta que si el tren fuera una persona, Richard le habría roto los miembros del cuerpo.

Richard se ríe y se muestra de acuerdo.

M. K. le sugiere entonces que el tren de carga puede representar ahora al Sr. Wilson.

Richard sigue haciendo mover los trenes por vías diferentes, pero finalmente todo se cae, y él se dirige a la ventana para ver pasar a la gente. Está muy inquieto y se siente muy perseguido. Pregunta a *M. K.* si el Sr. K. quiere que ella sea psicoanalista (habla en tiempo presente) y cuánto tiempo hace que lo es. ¿Empezó a serlo cuando ya estaba casada?

M. K. interpreta que cree que al Sr. K. (el cual siente que todavía está vivo) no le gusta que ella esté con él, ni que hable con él ni con otros de cosas tales como los órganos sexuales. Siente que el Sr. K. tiene celos y puede enfadarse y atacarle. De la misma manera cree que el Sr. Smith se queda mirándolos para averiguar lo que están haciendo juntos. Acaba de demostrar que el tren de carga, que ahora representa al Sr. Wilson y que a su vez simboliza al papá malo y al Sr. K., ataca al tren eléctrico que es él mismo, por querer huir con ella.

Richard dice que cree en efecto que el Sr. K. se podría enfadar. Entonces corre a la cocina e inspecciona el «tanque-bebé». Saca un cubo de agua y se queda mirando cómo *M. K.* lo vacía en la lavatorio; después se dirige a la ventana a mirar a la gente y vuelve a preguntar a *M. K.* quién es un joven que acaba de pasar, como esperando que ella lo sepa sin duda alguna. Luego le pide que vaya afuera con él, pero él vuelve a entrar cerrando la puerta tras de sí, de manera que *M. K.* se queda afuera. Muy pronto, sin embargo, la hace pasar.

M. K. interpreta que al creer que ella conoce a todos los hombres que pasan por la calle, está demostrando que teme al Sr. K., enfadado y celoso, y que además desconfía de ella, pues teme que esté aliada con el Sr. K., el Sr. Wilson, el Sr. Smith y en última instancia, con papá. También representa ella a la mamá que contiene al papá malo y que queda bajo la influencia de este y se pone en contra de Richard. Por esta causa desconfía de todos los hombres y los relación con ella.

Richard se pone a recoger las pelotas y las tira violentamente desde un extremo de la habitación y a través de la puerta, hacia el pequeño corredor que da a la cocina, apuntando de manera tal que se van rodando por este hasta llegar al cuarto de baño que está al lado. Al empezar este juego dice que son balas de cañón. Más tarde las tira desde el lado opuesto a donde está *M. K.*, en

dirección a ella. Una de las pelotas toca su cartera, que cuelga de la silla, y Richard se disculpa por ello, pero pregunta si habrá querido inconscientemente golpearlas a las dos.

M. K. le contesta que cree, en efecto, que es esto lo que ha querido hacer, y añade que tanto la cartera, como el corredor, y la puerta a través de la cual tira las pelotas, representan su órgano genital y su trasero. Quiere en forma particular atacar con su genital y con «lo grande» (las bolas de cañón) a su interior, porque siente que ella tiene dentro de sí a todos los hombres malos (y en este momento siente que todos los hombres son malos), los cuales representan a papá dentro de mamá. Le recuerda que piensa que este papá «malo» de dentro de mamá convierte a esta y a ella misma en la «bruta malvada», causa por la que, cuando está enfadado y tiene desconfianza, quiere sacarse a las dos fuera de sí, a pesar de haberlas antes incorporado.

En el transcurso de esta sesión *M. K.* descubre que Richard está muy dolorido con John por no haberle este llevado a ver a un amigo; entonces le interpreta que los dos muñequitos que ha separado de los demás, representan a John y a su amigo, mientras que el que está solo es él, que se siente solo por haber sido excluido. Interpreta que si bien odia mucho a los niños, de los cuales se quiere separar, al mismo tiempo, sin embargo, está muy ansioso por llevarse bien con ellos, y anhela que le quieran, causándole mucho dolor no llevarse bien con los demás.

El deseo de hacerse amigos y la tristeza ante el fracaso en este campo (que en otra ocasión le ha llevado a expresar el temor a convertirse en un «tonto»), se ponen en esta sesión más plenamente en un primer plano, sobre todo en relación con su hermano, y con los niños de su edad. Esto explica por qué se muestra especialmente resistente cuando *M. K.* le pregunta quiénes son los niños que están separados y quién es el que está solo.

Nota de la sesión número setenta y cuatro.

I. El construir dos estaciones dándole una a su padre (el tren de carga) y dejando la otra cerca de sí y de *M. K.*, constituye también algo característico de la preadolescencia; el intento de separarse de la madre y de encontrar un sustituto de la misma. De esta manera, queda disminuida la peligrosa rivalidad que tiene con el padre. Este proceso de separación es de gran importancia para el desenvolvimiento normal del niño, pues permite al hombre liberarse en cierta medida de la dependencia materna.

Sesión número setenta y cinco (jueves).

Richard está esperando frente a la habitación de juegos. Antes de entrar en la casa señala las montañas y cuenta a *M. K.* que la tarde anterior ha subido a ellas. Tardó una hora en hacerlo y llegó cansado. En el cuarto sigue hablando de ello con un tono de tranquila satisfacción, pero sin darse importancia. Y añade: «Pero no fue ni la mitad de lo difícil de lo que fue subir al Snowdon».

M. K. le recuerda otro intento de escalamiento que le mencionó hace un tiempo, y que ocurrió antes de iniciar el análisis, y le pregunta si aquella vez también fue más difícil la hazaña que la de ayer.

Richard dice que no, que fue mucho más fácil; y que en realidad en aquella ocasión solo subió un corto trecho, pues otro niño le estaba persiguiendo[1153]… Luego se refiere otra vez a las dificultades que tiene en casa de los Wilson, pero en esta ocasión lo hace espontáneamente y con libertad. No le gusta mucho el Sr. Wilson y se siente particularmente herido al ver que John no se muestra con él muy amistoso. No cree que el problema sea que John no le quiera, sino más bien que él desearía que le quisiera más de lo que lo quiere. Comenta además, que se da cuenta de la tendencia que él mismo tiene a ser provocativo, pues le gusta molestar y hacer bromas a los demás niños, aunque no puede soportar que estos le hagan lo mismo a él.

Ahora siente que tiene más enemigos entre las niñas del pueblo que entre los niños. Una le ha llamado «tonto». ¿Puede ella curar a los niños «tontos»? Aunque se quedó muy triste el día anterior cuando John se fue a ver a su amigo sin llevarle a él, después salió él solo, trepó la montaña, y se sintió bien otra vez, y ahora ya no se siente infeliz.

M. K. interpreta que hoy no parece tener tanto miedo de comunicarle la opinión que el Sr. Wilson le merece, probablemente por temer menos que a ella le disgusten sus críticas. En la sesión anterior, en cambio, puede haber sentido que el Sr. Wilson, a quien ella conoce, representaba al Sr. K., y que si él le criticaba ella se hubiera sentido resentida. Le recuerda que tras hablar de lo infeliz que se sentía en casa de los Wilson, se fue a explorar el fogón y usó en sus juegos las balas de cañón, y que entonces ella le interpretó que sus temores y su desconfianza se referían a la relación existente entre sus padres, que se unían contra él.

Richard no se muestra en desacuerdo con esto, pero dice enfáticamente que su papá es bueno, y que nunca deja de llevarse bien ni con él, ni con los

demás miembros de la familia.

M. K. le recuerda entonces al «papá-vagabundo» que puede atacar a mamá, y el hecho de que él mismo desea que lo haga cada vez que está enfadado y tiene celos. Al mismo tiempo quiere protegerla contra cualquier daño que le pueda acontecer. Ahora el Sr. Wilson representa al papá malo.

Richard no contesta a esto; en cambio anuncia que ha llegado la flota. No está seguro de que la flota haya querido venir, pero él le ha obligado a ello. Le falta uno de los barcos, pero tiene la esperanza de volver a encontrarlo. Pide entonces a *M. K.* que saque todos los juguetes de la bolsa y él la ayuda a hacerlo. Coge en la mano al hombre que está sentado y lo mira, pero luego lo vuelve a guardar.

M. K. interpreta que una vez más desea mantener a su padre (1a figurita sentada) fuera de todo peligro, metiéndole en la bolsa. Además no quiere verlo para no pensar en él y no preocuparse por su enfermedad.

Richard construye una ciudad marinera del lado de la mesa en que se sienta *M. K.*, y una vía de ferrocarril que corre a lo largo de la costa (nota 1). Esta está indicada por los lápices, mientras que la ciudad está construida por todos los juguetes menos el columpio, al cual sitúa fuera de ella. Una vez más forma varios grupos de personas. La mujer «mal educada» está en uno de ellos con cuatro niños (dos pares de «mellizos», cuya ropa es del mismo color) y más tarde añade un par más. Su madre y *M. K.* están otra vez juntas, y un poco más lejos se encuentra la niñera, aunque al cabo de un rato coloca también a esta con ellas. Su padre (el muñeco Sr. Smith), está un poco de lado. También forma varios grupos de niños (uno de tres niños, otro de dos, y otro donde hay varias niñas), y señala que el perro, el tractor y el camión de carbón se encuentran también en la costa. Coloca a tres animales de manera que tengan las cabezas juntas, y se miren entre sí, y comenta que se trata de papá, mamá y él mismo.

M. K. le indica que los tres están muy juntos, con el fin de poder mirarse bien y no causarse celos.

Richard coloca los trenes. El de carga sigue al eléctrico. Tras esto coloca a la flota y dice que todo el pueblo le está admirando. El *Hood* sale a navegar; el *Rodney* y el *Nelson* le siguen, y los tres van de un lado para otro. A veces el *Rodney* se pone cerca del *Hood* y a veces cerca del *Nelson;* tras ellos siguen los destructores. Richard dice que el *Nelson* es el papá bueno.

M. K. interpreta que parece sentir que el gran *Hood* (el cual en la vida real ha sido por entonces hundido) es papá, que ha muerto y se ha convertido en

fantasma. Y ahora tiene miedo de este papá-fantasma «malo» que está dentro de ella, o más bien, de mamá.

Richard se queda mirando la pacífica escena de la mesa y tras repetir que todos están mirando la flota, declara de repente que ahora se trata de una ciudad alemana y que la flota la va a atacar. Comenta que los juguetes han sido hechos en Alemania (cosa que es verdad) y le pregunta a *M. K.* de qué nacionalidad era su padre, añadiendo en seguida: «Austríaco, ¿verdad?», como asustado ante la posibilidad de que le conteste que alemán. Luego le pregunta si realmente no le importa que se refiera a su nacionalidad, y como lo ha hecho ya en otras ocasiones, dice que no puede creer que no se sienta herida al decir él cosas semejantes. El bombardeo empieza y toda la ciudad cae. Mientras esto ocurre, Richard coloca al columpio con el niño adentro en la escena del desastre, donde también sucumbe. El único que sobrevive es el muñequito que le representa a él.

Entonces declara que la flota es ahora alemana y que solo queda un destructor inglés, el cual la ataca y la destruye, barco por barco. Al final, el único sobreviviente es el destructor británico, que es él mismo… Tras esto pide a *M. K.* que guarde los juguetes.

M. K. interpreta que desea deshacerse de la gente dañada o muerta. También le dice que como para él ser «alemán» significa ser malo y enemigo, no puede creer que ella no se sienta herida cuando él le dice que no es inglesa.

Richard contesta que también le pregunta a menudo a su madre si le hiere los sentimientos con las cosas que le dice.

M. K. interpreta que el miedo que tiene de herir es muy grande, porque todo el tiempo siente que la paz no puede durar, y que va a atacar a ella y a su mamá con sus cañones, los cuales representan su órgano genital, su orina y «lo grande»; también siente que las va a matar o a dañar junto con todos los bebés que contienen. A la mujer «mal educada» que previamente era la mamá «mala» le ha dado seis hijos (los tres pares de mellizos), y lo ha hecho para compensarla por los bebés dañados, y porque cree que son sus ataques los que le han hecho enfadar y ser grosera; ahora quiere convertirla otra vez en la mamá buena. En cuanto a la flota que no quería venir, ello se debe a que teme atacar con ella a la *M. K.* enemiga y a la mamá enemiga; pero como al mismo tiempo quiere también expresar las cosas que siente y trabajar con ella sobre esto, la ha traído finalmente.

Al principio ha representado a los ingleses, y era la familia buena la que sobrevivía mientras que la familia mala —la ciudad alemana— quedaba destruida. Pero todo el juego muestra lo inseguro que se siente de estos padres

buenos, ya que se transforman con mucha facilidad, en su imaginación, en los padres malos que le atacan. Esto se debe a que en cuanto él a su vez siente enfado y celos, o se ve privado de algo, los empieza a atacar a ellos mentalmente. Por este motivo no puede haber paz, pues como se convierten tan fácilmente en los padres malos, tiene que seguir destruyéndoles constantemente, por temor a que, si no, ellos le ataquen a él. Lo mismo ocurre con los bebés que cree contienen ella y mamá, y por ello, cualquier niña que le mire o le diga algo, se transforma en seguida en su mente en un enemigo; siente entonces que tiene que estar siempre poniéndoles a prueba mediante provocaciones, haciéndoles muecas o diciéndoles cosas desagradables, tal como le ha contado varias veces que hace. Al no querer John llevarle con él a ver a su amigo, sintió que era por ser él un «tonto», lo cual significa para él ser malo y destructivo. En realidad le gustaría tener de amigos a su hermano, a los otros niños y a John; pero les tiene miedo, porque en su imaginación todos representan a los bebés atacados y dañados.

Richard señala a los niños de juguete, y dice que, en efecto, le gustan, y que también le gustan los bebés porque son inofensivos. Parece estar impresionado por la interpretación de *M. K.* respecto a que le gustaría haber conocido al amigo de John y estar en compañía de otros niños si pudiera no tenerles miedo. Está desconcertado, pues está acostumbrado a sentir muy vivamente que desea que los niños le dejen en paz y no tener nada que ver con ellos…

En un determinado momento en que está jugando con los juguetes, se dirige a la cocina, y sacando un cubo de agua del «tanque-bebé», dice: «Vamos a ordeñar la vaca». Añade que *M. K.* es la lechera y él el lechero. Cuando *M. K.* vacía el balde, dice que es una suerte que no se haya derramado nada, ya que ese día las niñas exploradoras van a usar la habitación. Se queda luego escuchando el ruido de las cañerías, que es bastante fuerte, y dice sonriendo: «La vaca dice: quiero ser ordeñada». Luego indica con satisfacción, que tanto el tanque como el agua están casi limpios Se dirige afuera y pide a *M. K.* que salga con él. En los escalones da unos saltos, comentando que puede caerse de espaldas sobre las verduras. Al saltar hacia abajo toca la cara de *M. K.*, y aunque lo hace muy ligeramente, se queda muy preocupado por ello.

M. K. interpreta que siente que caerse de espaldas sobre las verduras, es como atacar con «lo grande» a los bebés, los cuales también desean ser alimentados por la vaca (mamá y ella). Pero él quiere quedarse con toda la leche de su madre, con lo cual puede matar de hambre y dañar a los bebés.

Cuando anteriormente el agua del tanque estaba sucia, sentía que era por su culpa y que él había enfermado a estos niñitos.

Richard señala entonces los vegetales y dice: «Nos alimentan». Después, mirando a las montañas dice, con anhelo, que le gustaría poder ver las que se encuentran por detrás de ellas, y añade que solo se puede ver la parte inferior de las mismas, pues la superior está oculta… Mientras jugaba con la flota, se dirigió repetidas veces a la ventana, particularmente para ver pasar a los niños. Entonces los miró con atención y no de la manera usual, perseguida y hostil; más bien como queriendo averiguar cómo son en realidad. En una oportunidad, al pasar una niña, dice que le gusta, pues parece ser buena y bonita.

Al salir, se separa de *M. K.* en la esquina. Como ahora vive con los Wilson, no tiene que ir al pueblo; pero antes de irse le pregunta si va a ir a casa del Sr. Evans. Cuando ella le contesta que sí hace un sonido de desaprobación, pero no parece en realidad estar muy preocupado. En esta sesión, por otra parte, no ha preguntado nada sobre el Sr. Smith.

Nota de la sesión número setenta y cinco.

I. Richard no ha jugado en forma simultánea con la flota y con juguetes desde la sesión veintiuna. He señalado ya en una nota anterior, que a veces, al cambiar el medio de expresión, usa esta disociación para poder preservar a la familia buena y la parte buena de su personalidad. Ahora, aunque podemos ver cuán rápidamente queda perturbada la confianza que tiene depositada en sus objetos buenos, aun a esta altura de su análisis, el hecho de poder juntar dos importantes instrumentos con los que representa a su inconsciente (los juguetes y la flota), demuestra que se ha hecho un progreso en la integración de su personalidad. Si bien es verdad que al principio del tratamiento usó los dos medios de expresión en forma simultánea, más adelante dejó de lado los juguetes, pues estos llegaron a representar a todos los objetos dañados y hostiles. En esta sesión, como las ansiedades persecutorias y depresivas han sido analizadas hasta cierto punto, el uso de la flota y de los juguetes al mismo tiempo se lleva a cabo sobre una base diferente.

Sesión número setenta y seis (viernes).

Richard llega unos minutos tarde, cosa poco usual en él, y con un aspecto muy deprimido. Resulta evidente que se siente desgraciado y que algo le pasa; pero cuando *M. K.* le pregunta si esto es verdad, no le contesta. Se sienta y dice que no ha traído la flota. De repente, descubre que *M. K.* tiene en su canasta de compras un paquete para llevar al correo**[1154]**. De inmediato lo coge, mira las señas que hay en él escritas y se da cuenta de que está dirigido a su nieto. Sujetándoselo contra la nariz, dice que parece contener fruta, pues huele como a naranjas ¿no? *M. K.* contesta que sí y Richard quiere saber entonces dónde las ha conseguido.

M. K. contesta que el día anterior el frutero repartió dos naranjas a cada uno de sus clientes**[1155]**.

Richard se pone pálido de envidia y de furia, pero dice que no le gustan las naranjas.

M. K. le recuerda que tampoco le gusta la leche y le interpreta que ahora le disgustaría la idea de que su madre le diera el pecho, o de que la niñera le diera el biberón, pero que de todas maneras, todavía siente la misma rabia y la misma frustración que sentía de bebé, cuando quería el pecho o el biberón y no se lo daban. En la actualidad tiene envidia de la gente que consigue cualquier cosa que represente el biberón o el pecho. En este momento, son las naranjas las que representan su pecho y su leche, además de representar el amor que siente por su nieto. Esto significa también que tanto ella ahora como en el pasado mamá, pueden dar cariño y su atención a otro bebé que no sea él.

Richard tiene todavía un aspecto abatido y turbado. Dice que le gustaría tener una red para pescar, pero que apenas le queda dinero para comprársela, pues se lo ha gastado casi todo. (Recibe una cantidad bastante grande de dinero, pero se lo gasta en seguida). ¿Dónde puede ahora encontrar más?

M. K. interpreta que desea que ella le dé la red o el dinero, pero que es para reasegurarse de que tanto ella como mamá le quieren a pesar de tener celos y querer quitarles la leche a los bebés.

Richard saca los juguetes de la bolsa; primero coge el tren eléctrico, lo manipula, separa dos de los vagones y los vuelve a enganchar. Después pregunta a *M. K.* si sabe que en «Z» cayeron la noche anterior unas bombas… —no; pasó un tornado—, y que dos casas quedaron derrumbadas por el suelo. Una de ellas es dónde vive Oliver, y la otra, la de Jimmy. (Oliver es por lo

general enemigo suyo, mientras que Jimmy, que en una época era su amigo, luego se convirtió en «traidor»). Al hablar, le vuelve el color a la cara y el brillo a la mirada (cuando está deprimido se le pone muy opaca). Su expresión también contiene algo de satisfacción o de diversión. En seguida dice, sin embargo, que se trata de un cuento; el tornado lo ha visto en una película.

M. K. le pregunta si las casas de Oliver y Jimmy no están cerca de la suya.

Richard contesta que Oliver vive en la casa de al lado, y parece comprender inmediatamente lo que esto significa. Entonces coloca el tren eléctrico entre dos casas (a las que generalmente llama estaciones), coge a estas, les da la vuelta, se mete los dedos meñiques en la boca y los vuelve a sacar. Presenta un aspecto de gran desasosiego y de desesperación.

M. K. interpreta que las dos casas representan a sus pechos y el chuparse los dedos, el deseo de quedarse con ella.

Richard parece una vez más sentirse muy desgraciado y vuelve a preguntar a *M. K.* por qué no se lo lleva con ella, rogándole que le deje vivir en su casa.

M. K. le pregunta que en qué parte de su vivienda dormiría.

Richard contesta: «Contigo, en tu cama».

M. K. interpreta que como siente que no le deja vivir con ella ni le da las naranjas ni le quiere, se ha convertido para él en aliada del Sr. Wilson, al que ahora él siente como papá malo. Esto hace a su vez que experimente más necesidad todavía de que le tranquilice y le ame.

Richard expresa entonces sentimientos de disgusto y de enfado hacia el Sr. Wilson. La queja mayor es que los Wilson son muy estrictos en el racionamiento de los dulces, cosa que le parece intolerable. (En su propia casa no se le restringe mucho). También parece estar muy desilusionado de John, que evidentemente no quiere molestarse por él.

M. K. interpreta que todo ello le resulta tanto más desilusionante cuanto que ahora siente que le gustaría hacerse de amigos y no puede. Le hace perder la esperanza de poder llevarse bien con los demás niños, lo que por otra parte le hace sentirse diferente de los demás: —un «tonto»—.

Richard contesta que estas palabras son muy desagradables y que no las quiere escuchar, pero luego pregunta a *M. K.* apasionadamente si no puede impedir que los niños del pueblo le digan cosas tan malas. La noche anterior, estando en el cine, un niño le llamó «chiflado»… Desde hace un rato está al lado de la ventana viendo pasar a la gente. A todos los niños que pasan los califica de «horribles» y se refiere a ellos diciendo que son enemigos suyos.

Está inquieto; da un salto, se va hacia la ventana, se sienta otra vez, y es evidente que se siente muy perseguido. En un determinado momento pone el tren en marcha, en dirección a *M. K.*; luego lo hace andar en dirección opuesta, y le hace dar vueltas y más vueltas alrededor de la bolsa que contiene los juguetes. Tras ello se dirige a la cocina, saca algunos baldes de agua y se detiene únicamente cuando *M. K.* le pide que no saque más.

M. K. interpreta que quiere usar toda el agua que hay, que simboliza la leche de su pecho, para que sus hijos no puedan sacar nada. Ese día, como él bien sabe, las niñas exploradoras van a usar el cuarto de juegos, y ahora representan a sus hijos y a su nieto. Por esto es por lo que desea vaciar toda el agua.

Richard se muestra inmediatamente de acuerdo con esto.

M. K. interpreta que le gusta sacar los baldes de agua, porque como ella le ayuda a vaciarlos, siente que es un signo de cariño y de atención. Además, también desea ser el protegido, pues tiene miedo de que papá y Paul le persigan. En este sentido, ella representa a la niñera, que tantas cosas ha hecho por él y que a veces le ha defendido de Paul.

Richard vuelve a dirigirse a la habitación, pero juega muy poco. Solo coge los dos trenes, los compara uno con otro, los hace correr y finalmente hace que el eléctrico eche por tierra al de carga.

M. K. interpreta que el sentimiento que tiene de persecución y de depresión está relacionado con su ida, con los celos de su nieto, de sus hijos y de los pacientes a los que verá cuando esté en Londres. Esto lo ha expresado en el deseo que tiene de rugir como un tornado y tirar por tierra la casa de sus padres. Quiere también hacer lo mismo con la casa donde ella vive así como con sus hijos, pues está muy enfadado porque ella se va y le deja. Por todo esto, el miedo que tiene de perderla para siempre es muy grande. También se debe a esta rabia y a la envidia que tiene de su nieto por causa de las naranjas, el que todos los niños de la calle se hayan convertido hoy en enemigos mucho peores. Arrasar la casa de sus padres y la de *M. K.* hasta dejarlas a las dos por el suelo, implica además destruir a todos los bebés por nacer, y ahora todos los niños desconocidos de la calle representan a estos, a su hermano, y a los hijos de ella, a los que siente que ha atacado y a los que sigue atacando aún.

Richard suplica a *M. K.* que no se vaya a Londres. ¿Tiene realmente que hacerlo? No debería marcharse. Él quiere ir con ella, pero ¿dónde vivir allí? ¿Podría vivir en su casa? No; en realidad no le gustaría ir a Londres. ¿Cuándo piensa ella volver?

M. K. le contesta que tiene la intención de quedarse allí y de no volver, pero que espera poder arreglar las cosas para que más adelante pueda continuar con su análisis; tanto ella como su madre van a hacer lo posible[1156].

Richard le pregunta entonces si va a seguir manteniendo su casa de «X». No la pensará vender ¿no?

M. K. interpreta que aunque él bien sabe que solo tiene en ella unas habitaciones alquiladas, pues ha visto a la dueña de casa y conoce al otro inquilino que allí vive, sin embargo piensa que la casa le pertenece a ella y en este momento parece estar convencido de que la va a seguir teniendo. La casa representa ahora a la que sus padres tienen en «Z», a la que él está muy apegado, y a donde quiere volver, aunque sea solo, en caso de que sus padres la vendan, como tienen intención de hacerlo.

Richard entonces vuelve a preguntar, con urgencia, si podrá él ir a Londres durante el invierno que se avecina.

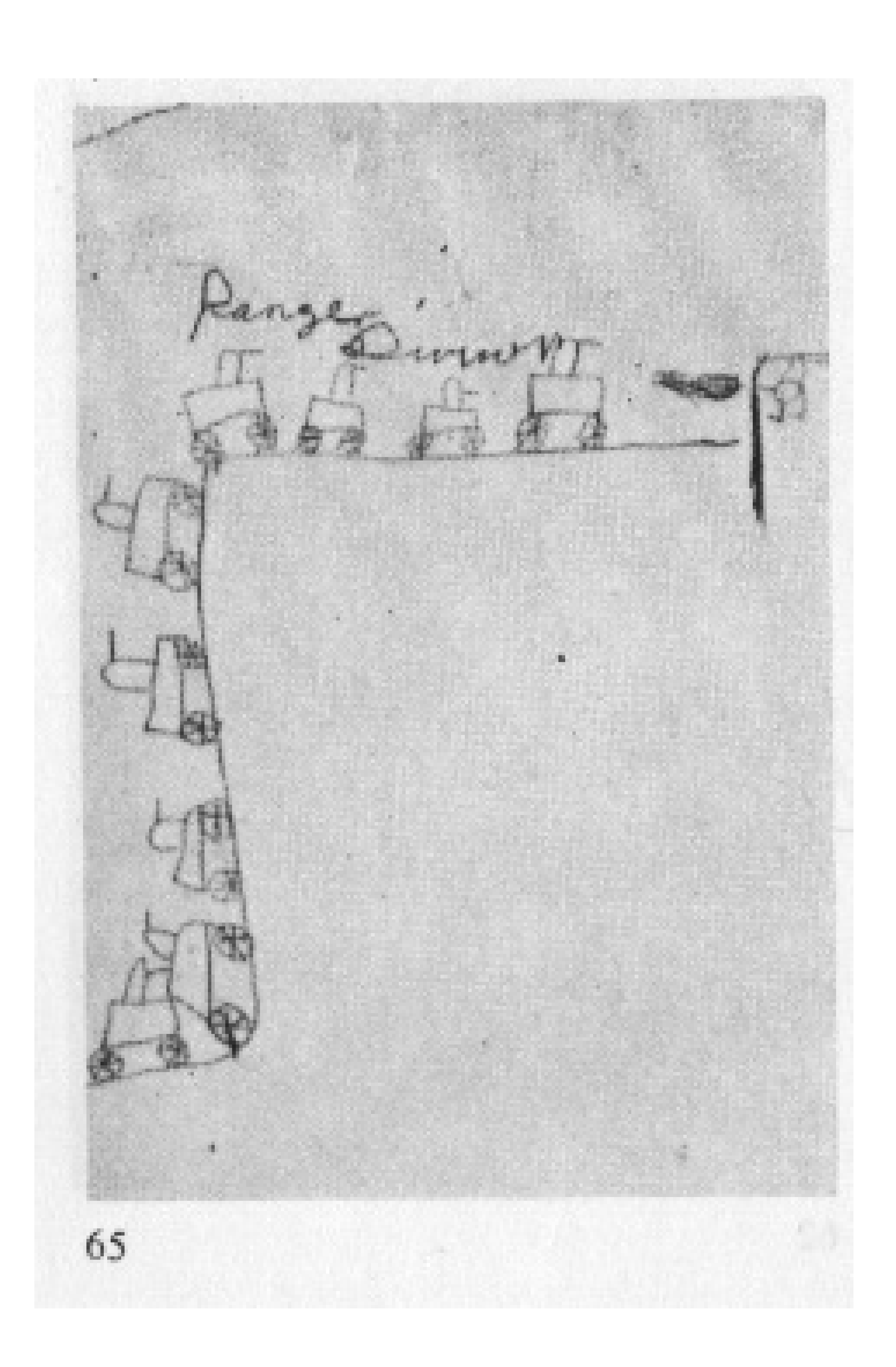
M. K. contesta que no cree que su madre pueda hacer este arreglo ahora, pero que quizá lo haga más adelante. Interpreta que si tiene tanto anhelo por conservarla a ella, no es solo porque cree vivamente que necesita el trabajo que hacen juntos, sino también porque ella le ayuda y representa para él a la mamá celeste. Siente que ella le da leche buena y cariño, y que de esta manera lo protege contra sus enemigos internos y contra su propia rabia, así como también contra todos los niños hostiles que hay y contra el papá malo.

Richard coge otra vez el paquete, lo huele, y pregunta cuántos años tiene el nieto de *M. K.* (Esto lo ha preguntado muy a menudo y conoce la respuesta). Después mira el sobre que contiene sus dibujos (el cual está dirigido a *M. K.*), pregunta quién ha escrito las señas en él y sugiere que quizás haya sido su hijo. Esta es también una pregunta que ha formulado en oportunidades anteriores, cuando se le contesto que había sido un amigo. Quiere saber una vez más si el amigo es hombre o mujer y cómo se llama[1157].

M. K. repite el nombre.

Richard piensa al punto en un barco hundido, pero luego se acuerda de que no hay ningún barco británico con ese nombre. ¿Quizá se llame así algún barco alemán? (El nombre mencionado por *M. K.* es inglés). Tras esto empieza a mencionar los barcos italianos que llevan el nombre de ciudades de Italia, y pregunta si acaso este país no estuvo del lado de los aliados en la última guerra. Mientras habla empieza a dibujar (dibujo 65[1158]), y pregunta a

M. K. si se alegró cuando Gran Bretaña ganó la última guerra y Austria perdió.



65

M. K. le pregunta qué pensaría de ella si se hubiera alegrado de que su país hubiera perdido.

Richard contesta que no le gustaría nada; pero ahora *si* se alegraría cuando Inglaterra ganara ¿no? Y mirando a *M. K.* le ruega que conteste a su pregunta dejando de lado el trabajo, y que le diga que desea que Gran Bretaña gane.

M. K. le contesta que él sabe muy bien que así es, y que también sabe que Hitler es un enemigo de su país natal, del cual ha tomado posesión por la fuerza.

Richard contesta que Hitler ha nacido en Austria.

M. K. contesta que en su imaginación, esto hace que le pertenezca a ella, de igual manera como el papá malo pertenece a mamá. Cuando papá y mamá están juntos por la noche, sospecha que hacen cosas con sus órganos sexuales que le hacen pensar que papá es «malo»: —«el papá-Hitler»—, el «vagabundo». Esto también convierte a mamá en la mamá «mala», en la «bruta malvada» que se alía con el papá «malo» en contra de él. Las sospechas que tiene de su madre, hacen que desee estar recibiendo de ella todo el tiempo dulces y amor, y es por ello por lo que no puede soportar que se le niegue ninguna cosa.

Richard termina su dibujo y lo esconde rápidamente entre los demás, pero *M. K.* lo saca del sobre y le sugiere que lo vean juntos. Richard asiente de mala gana, pero dice que no quiere saber lo que significa. A pesar de ello, empieza a explicarlo: Oliver, su enemigo, está dirigiendo a una división *panzer* en contra de él, que está representado por el hombrecito de la derecha. Este hombrecito-Richard está protegido por una muralla, y arroja a su vez una bomba contra los tanques de la división *panzer*.

M. K. le señala que en el dibujo él es muy pequeño, y que quedaría impotente y sin protección de tenerse que enfrentar con toda una división.

Richard dice que la muralla le protege y además que tiene una bomba para tirar; pero con un aspecto muy angustiado cuenta los tanques que ha dibujado y ve que son nueve.

M. K. interpreta que él sabe bien que se habla mucho del peligro de que se haga una invasión a Gran Bretaña, y que esto le angustia mucho. Su enemigo Oliver representa al peligroso padre-Hitler, que dirige a la invasión *panzer* contra Inglaterra; es el órgano genital de papá, enorme y potente, que ataca y destruye al suyo, representado por la bomba. Le recuerda que ya en un material anterior representó a su genital y al de papá en lucha. Pero el Oliver «malo» y el Hitler que invade a Inglaterra, también representan a su propio odio, a su envidia y a sus celos, los cuales serían muy destructivos si los

dirigiera contra ella y contra su familia. Por ello siente que esta parte mala suya debería ser destruida por la otra parte de su personalidad.

Hacia el final de la sesión, Richard desea discutir con *M. K.* la posibilidad de modificar el plan de vida que sigue. No desea continuar viviendo con los Wilson. ¿No podría ella, durante las tres semanas que faltan, ir a vivir a «Y», donde están sus padres?

M. K. contesta que no le es posible hacer esto, e interpreta que lo que quiere, además, es tenerla a ella para sí solo durante este tiempo, quitándosela a los demás pacientes de «X», a los que considera enemigos y rivales.

Richard contesta que entonces va a tratar una vez más de conseguir una habitación en un hotel, o si no, de hacer el viaje de ida y vuelta. ¿Le daría *M. K.*, en ese caso, horarios de mañana y de tarde alternativamente?

M. K. le contesta que sí.

Antes de salir, Richard coge rápidamente el paquete y, medio en broma, dice que podría realmente morder a través de él, pero que no lo va a hacer.

M. K. interpreta que, como las naranjas que manda a su nieto representan su pecho y el de mamá, que ningún otro niño debería de tener, su mordisco significa que prefiere destruir los pechos buenos antes de dejárselos a otro; pero como al mismo tiempo también desea vivamente no dañarla ni a ella ni a su madre ni a sus hijos, por esto se controla para no morder.

Richard se va de un humor mucho menos infeliz, pensando sin duda en las medidas a tomar. Ha estado otra vez mordiendo mucho el lápiz amarillo, el cual muy a menudo ha representado el pene de su padre; pero creo que en este momento representa también el pecho de la madre. En la segunda mitad de la sesión, se ha sentido menos perseguido, y ha mirado menos a los transeúntes; pero, de todas maneras, lo ha hecho más que lo que lo hacía recientemente (nota 1).

Nota de la sesión número setenta y seis.

I. En este momento, tan cercano a mi partida, operan con mucha fuerza el temor ante mi pérdida, toda la ansiedad que esta la produce y una gran necesidad de ser querido. Pero, sin embargo, creo que el factor específico de las dos naranjas que iba yo a mandar a mi nieto, fue el que trajo a un primer plano con toda su fuerza los sentimientos más tempranos que vivenciara ante la pérdida del pecho, así como también la envidia, los celos y la ansiedad persecutoria asociados a la misma. El transcurso de toda la sesión muestra la

manera cómo estas emociones tempranas se extienden para abarcar a todas las relaciones que tiene establecidas, e influyen sobre las ansiedades persecutorias relacionadas con la situación edípica. Por otra parte, la necesidad que tiene de refrenar sus sentimientos hostiles, que constituye lo característico de su vida mental, se pone también plenamente en juego.

Sesión número setenta y siete (sábado)

Richard llega unos minutos tarde, pero parece que no le molesta. Menciona que va a ir a su casa en autobús, y este viaje ocupa una gran parte de la sesión. Está de un humor muy diferente del de la sesión anterior, debido en parte a que se va a su casa, pues durante toda la semana la ha echado mucho de menos. Además, le dice a *M. K.* que ha escrito a su madre pidiéndole que arregle las cosas de manera diferente a como están ahora, y está seguro de que así lo va a hacer. Durante un buen rato se refiere a la posibilidad de que el autobús esté repleto. Dice, además, que ha averiguado que viajará en el mismo vehículo que la cobradora bonita que él conoce, y que siempre pide que cedan sus asientos los poseedores de medios billetes cuando el autobús está lleno. Otra cobradora que también le gusta no es tan bonita como esta, pero «de ninguna manera es fea», y no pide que se levanten los medios boletos. Pero ella sale con un autobús posterior. Evidentemente, a pesar de la angustia que siente por la posibilidad de tener que levantarse, también le gusta la idea de viajar con la cobradora linda, pues repite varias veces lo bella que es y cómo le gusta mirarla.

M. K. interpreta que la quiere, a pesar de no ser completamente «celeste», como la mamá «buena».

Richard repite que es muy bonita y añade, divertido, que en efecto no es «celeste» sino «azul oscuro», que es el color real del uniforme que usa. Comenta, además, que es una pena que una mujer tan linda tenga que ir vestida con gorra, cuello y corbata (nota 1). Una vez la vio con ropa de mujer y estaba muy linda. Añade que sabe bien lo que *M. K.* quiere decir con eso de que no es del todo «celeste»; que no es del todo buena, ni del todo mala. Tras esto se va a beber agua del grifo y se sienta a la mesa.

M. K. interpreta que el temor que siente por el autobús repleto y la linda cobradora que viaja dentro de él, se refiere también a la querida pero sospechosa *M. K.* Últimamente ha tenido la creencia de que toda la gente de la calle venía a verla a ella, dejándola «repleta», como el autobús. El mismo temor siente hacia mamá, la cual también cree que es bonita y que está repleta de bebés en su interior. El día anterior, además, se sintió extremadamente celoso de su nieto e imaginó que lo atacaba y lo destruía por esta causa. Inmediatamente después, sintió que todos los niños de la calle se

transformaban en enemigos suyos, pues todos representaron entonces a este nieto y a los bebés del interior del cuerpo de mamá.

Richard comenta que en realidad no le gustan las naranjas. También las habla en casa de los Wilson, de modo que se podría haber comido una, de haberlo deseado.

M. K. interpreta una vez más la importancia particular que tienen, de todas maneras, las naranjas que ella le manda a su nieto, pues están relacionadas con el amor que Richard siente hacia ella y con los celos que tiene de los demás. Estos celos están muy incrementados en la actualidad por estar ella preparándose para irse y dejarle, cosa que le hace sentir que se va para dar su amor y su atención a los demás pacientes y niños. No solamente se siente, pues, frustrado por ella, sino que además le tiene mucha desconfianza, pues piensa lo mismo que piensa de mamá: que si no le quiere bastante, va a ir a aliarse con los hombres que son enemigos suyos. Estos hombres adquieren en su imaginación características muy asustadoras, porque él mismo tiene muchos celos de ellas y se siente hostil.

En la sesión anterior, pues, llegó a sentir que de tanto odiar a su nieto, había llegado a destruir tanto a este como a ella y por eso se sintió desesperado. También temió haber destruido al amigo que escribió el sobre de los dibujos, cosa que se vio cuando inmediatamente después de mencionarlo, pensó en un barco de guerra hundido, y después recordó que en realidad no existía ninguno con ese nombre.

Richard hoy responde bien a las interpretaciones. Las escucha con atención y resulta evidente que puede asimilar mucho más de ellas de lo que ha podido hacer el día anterior (nota II). Se queda mirando a dos niñas que pasan por la calle; son las mismas que le llamaron «tonto» y a las cuales calificó él de enemigas.

M. K. interpreta que está tratando de provocar en ellas una respuesta hostil, para así lograr saber quiénes son sus enemigos y lo que estos le van a hacer. Cuanto más atemorizado se halla, más se siente impulsado a hacerlo, pues aunque provocarles le produce también miedo, encuentra cierto alivio, sin embargo, al ver que ellas no se vengan de él atacándole ni dañándole. En este momento, además, se siente protegido por ella mientras las provoca.

Richard se vuelve hacia la mesa, y dice muy seriamente: «¿Sabes lo que pasó ayer? Se murió mi niñera».

M. K. le cree por un momento y pregunta: «¿Tu niñera?».

Richard repite muy seriamente: «Mi niñera», pero al cabo de un momento admite que no es verdad.

M. K. le pregunta de qué podría haber muerto.

Sin dudar un instante, Richard contesta: «De pulmonía[1159]. Se enfrió completamente por dentro. La leche se le quedó toda fría y la ahogó».

M. K. interpreta que este temor tiene su origen en la época en que su mamá le dejó de amamantar. Cada vez que se sentía privado del pecho y la odiaba por ello, imaginaba que la estropeaba y que le ensuciaba la leche; y en la sesión anterior se pudo ver cómo quería morder las naranjas que representaban el pecho, para estropearlas y destruirlas de manera tal, que nadie las pudiera tener. Ello representó entonces también a su niñera, de la cual tenía muchos celos en el pasado, porque también cuidaba de Paul. Todos estos celos los está viviendo ahora otra vez, porque su padre tiene una enfermera que le atiende, de manera que en la actualidad no es solo el marido de mamá que le pone celoso, sino también un bebé rival.

Simultáneamente con todo esto, sin embargo, se siente muy culpable y asustado, pues piensa que su padre se ha convertido en un bebé enfermo por haber él envenenado con «lo grande» y «lo chico», la leche del pecho de mamá (nota III).

Richard no hace hoy ningún intento de jugar ni de dibujar. Se queda sentado a la mesa hablando con *M. K.*, y de vez en cuando se levanta para mirar a la gente que pasa por la calle, pero esto lo hace menos a menudo que en otras ocasiones, y con mucha menos tensión y ansiedad. También da varias vueltas por la habitación, se queda mirando los cuadros, y señala a *M. K.* una tarjeta en la que hay un pingüino bebé que se está comiendo a un pez de color, en un momento en que el Pato Donald ha ido a buscar comida para él[1160].

M. K. interpreta que el pingüino lo representa a él comiéndose el pez (uno de los bebés de mamá), a pesar de que esta le va a dar de comer a él, lo cual lo hace sentirse culpable.

Richard pregunta de repente si *M. K.* le quiere hacer un favor: hablar en alemán (esta vez no lo llama austríaco como suele hacerlo) con el señor K., como si este estuviera sentado a la mesa.

M. K. le pregunta qué le sugiere que le diga.

Richard protesta, diciendo que lo que quiere es que le diga lo que le diría de estar él realmente allí.

M. K. dice en alemán algunas frases no comprometedoras.

Richard se queda escuchando con aire divertido los sonidos extranjeros, mientras mira con mucho interés la expresión facial de *M. K.* y todo su comportamiento; y luego le pide que traduzca lo que acaba de decir. Cuando ella lo hace, parece quedarse contento.

M. K. le interpreta que quiere averiguar cómo era en el pasado su relación con el señor K. Ya una vez le preguntó si le quería, y añadió él mismo en seguida que, naturalmente, debía de ser así. Pero ahora quiere además saber cómo era la relación que guardaba con el Sr. K. interno, pues de ser esta buena, ello significa que no contiene dentro de sí al papá-Hitler malo, sino que, por el contrario, se siente en paz consigo misma, y no envenenada o perseguida. Significa, además, que no se convierte en la «bruta malvada» enemiga suya. Estas sospechas y temores son similares a los que siente respecto a sus padres, a pesar de saber al mismo tiempo que su papá es un hombre amable.

Richard está muy pensativo y se queda mirando a *M. K.* cariñosamente. De repente se estira y pide que le tome de la mano para ayudarle a hacerlo.

M. K. le pregunta por qué desea en ese determinado momento que ella le tome de la mano.

Richard se queda con un aspecto decepcionado por un momento y luego contesta: «¿Y por qué no?». Añade que esperaba que *M. K.* le contestara como lo ha hecho, y tras ello coloca su mano dentro de la suya, que está apoyada sobre la mesa. Comenta que puede sentir y se pregunta si ella a su vez le siente a él. Tras una pausa pregunta qué haría con ella de estar los dos en la cama juntos.

M. K. le pide que diga él lo que le parece que le haría.

Richard, tímidamente, contesta que la abrazaría, la acariciaría y se pondría muy cerca de ella. Tras una pausa, agrega que cree que no le gustaría hacerle nada con su órgano genital y, a juzgar por la expresión de su cara, es evidente que este pensamiento le resulta especialmente desagradable y asustador**[1161]**. Entonces se va corriendo a la cocina y saca agua del «tanque-bebé», al cual últimamente ha asociado con la ubre de una vaca, llegándole a llamar «pecho». Llena dos cubos y, tras mirarlos, comenta que uno de ellos está sucio y el otro limpio (de hecho uno está un poco oxidado, pero apenas hay diferencia entre el agua de uno y otro).

M. K. interpreta que esto significa que uno de los pechos es el limpio y «celeste», mientras el otro es el sucio y «malo».

Richard acepta al punto esta interpretación y pregunta cómo ha llegado el «malo» a ponerse tan sucio. Entonces caza una mosca con los dedos y la mete en el cubo «sucio». La mosca se escapa repetidas veces, pero Richard la vuelve a cazar una y otra vez, amenazándola de manera dramática con hacerle sufrir una «muerte cruel». Al final la aplasta contra el cubo. Luego se pone a cazar otras más y las coloca en el tanque, mirando después para ver si siguen

su camino hasta llegar al cubo. Está conscientemente gozando con esta crueldad.

M. K. interpreta que los ataques que está llevando a cabo contra las moscas representan un ataque hecho a los bebés de su interior. Pero que, además, está mostrando cómo el pecho y el interior de ella y de mamá han llegado a quedar envenenados y sucios. Pero si las dos están llenas de bebés muertos, también ellas se van a morir, y esto lo ha expresado al decir que su niñera había muerto a causa de la leche fría que tenía dentro de sí.

Por otra parte, este deseo de matar a los bebés y al papá de dentro de mamá, es el que le hace sentir tanto temor a una posible venganza por parte de los niños de la calle. Manteniendo a un pecho bueno y a otro malo, trata de guardar en buen estado a una parte de mamá. En cambio, cuando admira a la cobradora de autobús, se da cuenta de que parte de ella es buena, pero que otra parte es mala, ya que pide que den el asiento los poseedores de medio billete. La parte de ella y de mamá que está negra, dañada o manchada, es el órgano genital y el interior. En realidad piensa que la mamá celeste ocupa la parte superior del cuerpo de esta, y es la mamá-pecho, mientras que la «bruta malvada» ocupa la parte inferior. Por esto, aunque siente ganas de acariciarla a ella, teme, en cambio, su órgano genital y su interior, pues piensa que está todo sucio y envenenado a causa de los bebés muertos que contiene (las moscas aplastadas), y del papá-Hitler. Esto le hace sentir terror ante la idea de poner su órgano sexual en un lugar tan peligroso, aun cuando sea mayor, y a pesar de desear al mismo tiempo hacerlo.

Richard pide a *M. K.* que le vacíe los baldes, y cuándo esta lo hace se queda, como de costumbre, turbado además de contento.

Sigue entonces cazando moscas, pero ahora las lleva hasta la ventana y allí las deja en libertad. En un momento en que lo hace con una mosca grande y otra más pequeña, comenta que acaba de sacar afuera a papá y a Paul; y un poco más tarde dice que otra mosca es la niña pelirroja. Añade que él en realidad solo ha matado dos moscas, pues a las demás las ha matado la cañería. Luego hace una pausa, tras la cual pregunta si una cañería que va a través del «tanque-bebé», por la cual pasa el agua que sale luego del grifo, puede representar el órgano sexual de su padre.

M. K. interpreta que se siente culpable, y que desea deshacer el daño que ha hecho a las moscas, ya que estas representan a los bebés, a Paul y a papá. Por eso las ha dejado en libertad. Pero, a pesar de sentirse culpable, también culpa del daño hecho al genital de su padre que está dentro de mamá, aunque

luego vuelve a sentir que es él quien tiene la culpa de todo, por haber metido a las moscas dentro del tanque, haciendo que se ahoguen en la cañería.

Richard pide a *M. K.* que vaya afuera con él, y allí salta varias veces desde los escalones. Se queda mirando las montañas y el cielo, y comenta que le gustaría escribir en este una gran «V», añadiendo que, naturalmente, esta tiene como significado la victoria de los rusos sobre los alemanes. En el transcurso de la sesión ha mencionado varias veces que le ha comprado al Sr. Smith semillas de rabanitos.

M. K. interpreta que ahora el señor Smith representa al papá bueno que le da semillas buenas —bebés buenos— para que él las pueda poner dentro de mamá. Pero, además, quiere apaciguar al señor Smith, pues le tiene mucha desconfianza.

En un momento determinado de la sesión, Richard golpea violentamente el suelo con un martillo, diciendo que quiere saber qué es lo que se encuentra debajo de este.

M. K. le interpreta que desea penetrar dentro de ella para saber sí contiene el genital peligroso del señor K., o el bueno de papá que le introduce semillas buenas (los bebés).

Notas de la sesión número setenta y siete.

I. El lamento porque la conductora bonita vista de uniforme, expresa también el deseo de que su madre, y ahora su analista, sean femeninas, es decir, que no contengan a sus maridos. El uniforme masculino representa el objeto masculino interno. En su fantasía, solo la madre-pecho puede darle la sensación de que está ella sola, y no mezclada con el padre. El temor y el disgusto que siente hacia el órgano genital femenino, está relacionado pues con el sentimiento de que dentro de él se encuentra el masculino. Este tipo de sentimiento tiene un papel muy importante en la impotencia y en otros tipos de perturbaciones de la potencia masculina en general.

II. Esto está relacionado con una cuestión técnica. Sabemos que frecuentemente debemos de repetir las interpretaciones, pues el material se vuelve a presentar con detalles nuevos. Pero existen también otras razones por las cuales debemos a veces volver sobre lo ya dicho. El día anterior a este, por ejemplo, aunque sin duda alguna Richard pudo incorporar algunos de los puntos que yo le interpreté, no logró, sin embargo, conseguir una visión plena de sí mismo, a causa de la ansiedad extrema y de la desesperación que sentía.

Además, a la angustia que siente ante la proximidad de mi partida y ante la seria enfermedad de su padre (las cuales están siempre presentes en la actualidad), se añade ahora la perturbación que le causa encontrarse en un ambiente nuevo, que le resulta antipático. Como es la primera vez que sale de su casa sin estar acompañado de su madre, se siente echado de su hogar; y por ello el incidente de las naranjas toma un significado tan particular.

Debido a todas estas razones, aunque Richard comprendió sin duda parte de las interpretaciones que le hice en la sesión anterior y estas ejercieron sobre él cierto efecto, no logró sin embargo una comprensión total de lo que le dije. En la sesión de hoy, en cambio, responde mejor a mis palabras y desea y puede comprender con mayor facilidad y plenitud, el importante material que estamos tratando. Esto se debe a que las interpretaciones anteriores han disminuido parcialmente su ansiedad; pero también a que se siente más seguro, por haber yo estado de acuerdo con cambiarle el horario, de manera que pueda vivir en su casa; lo cual significa además para él, que me preocupo de él y que soy menos sospechosa. Por otra parte, juega además un papel importante el haber podido expresar a su madre el deseo de disponer su vida de diferente manera, teniendo confianza en que ella accederá.

Por esto es por lo que vuelvo a recorrer, dando más detalles, el terreno de la sesión anterior. Como se presenta cierto material nuevo, como, por ejemplo, el referente a los sentimientos contradictorios con respecto a la cobradora, y al autobús repleto de gente, mis interpretaciones no constituyen una mera repetición de lo anterior. Quiero sin embargo insistir en que, en ciertas circunstancias como las que he mencionado, aun si solo aparecen pequeños detalles nuevos en el material, es esencial repetir interpretaciones ya dadas.

III. En mi libro *Envidia y gratitud* (1957) voy más lejos de lo que lo hago en esta interpretación. Sugiero en él, que la envidia sentida hacia el pecho de la madre y hacia el papel creador que esta cumple, hace que el bebé lo ataque y desee privar a su madre de él. Creo, además, que esto ocurre aun en los casos en que el niño es alimentado a pecho, lo cual quiere decir que existe una diferencia entre ser alimentado y ser el poseedor de la fuente de toda satisfacción, es decir, poseer el pecho.

Sesión número setenta y ocho (lunes)

Richard llega puntualmente. Está tranquilo, y tiene el evidente deseo de cooperar con el análisis de la mejor manera posible. Pone sobre la mesa una caja de bombones; dice que ha traído en ella algo para *M. K.*, y le pide que adivine de qué se trata.

M. K. contesta que es la flota.

Richard quiere saber cómo ha podido adivinarlo tan pronto. Se queda pensando en ello, y sugiere que quizás haya oído algún leve sonido metálico, al colocar él la caja sobre la mesa.

M. K. le contesta que es posible que haya sido así, pero añade que además él le había dicho hace poco que había guardado la flota en una caja. Le pregunta luego si al decirle que traía la flota no habría querido decir, además, que desea cooperar con ella en el análisis; hace algún tiempo, en efecto, manifestó que colaborará para ayudar a sus padres.

Richard afirma vivamente que también lo hace por ella.

M. K. sugiere que quizá lo haga también por sí mismo.

Richard contesta que no. (Y esto llama la atención, ya que es evidente que está convencido de que el análisis le ayuda y le es necesario). Saca a continuación la flota, y la coloca en orden de batalla. El *Nelson* es el que guía a los otros, a pesar de que es el *Hood* el mayor. Tras de decir esto, se detiene y dice que *M. K.* no le ha hecho una pregunta que debería haberle hecho pero que él no le va a decir cuál es; ella debe de averiguarlo sola.

M. K. le sugiere que es sobre la salud de su padre (es lo que en general le pregunta tras cada fin de semana).

Richard contesta que así es; ¿por qué hoy no le ha preguntado por él?

M. K. explica entonces, que él bien sabe que la noche anterior telefoneó a su madre para arreglar los nuevos horarios, y que entonces se enteró de que su padre sigue mejorando satisfactoriamente.

Richard pregunta entonces, sonriendo, si sabe la causa por la cual su madre se vio obligada a interrumpir la conversación telefónica con ella. Fue porque él entró en la habitación y su madre tuvo que deshacerse de él. ¿Oyó el portazo que dio la puerta? Fue él quien la hizo golpear. Al contar esto, lo hace sintiéndose contento consigo mismo, rebelde y desafiante.

M. K. interpreta que ha debido sentir mucha curiosidad por saber lo que ella hablaba con su madre, y también desconfianza por lo que pudieran estar

diciendo de él. Le recuerda a este respecto la situación que tantas veces ha repetido en sus juegos, cuando la muñequita que representa a mamá habla con la que la representa a ella. Siempre cree que están hablando de él.

Richard interrumpe una vez más el juego de la flota y compara su reloj, que ha estado en reparación, con el de *M. K.*, diciendo que el de él suena más fuerte. Después le pide que ponga en hora el reloj de mesa, que marca una hora levemente diferente que los dos de pulsera, para que los tres vayan exactamente a la par. Tal como lo ha hecho ya varias veces, inspecciona el reloj de mesa para saber si es de alguna marca extranjera (sabe bien que es suizo) y vuelve a comparar luego su reloj con el de pulsera de *M. K.* Tras esto hace salir algunos de los barcos: les hace dar vueltas por la mesa, escondiéndolos primero tras la cartera de *M. K.* y luego los pone en formación al lado del reloj. Comenta que están en el Mar del Norte, y que se está llevando a cabo una batalla. Al principio, cuando los barcos salen, Richard canta el «dios salve al Rey», pues se trata de barcos británicos; pero en cuanto llegan a sus posiciones al lado del reloj, se convierten en alemanes, y otros salen a pelearse con ellos.

M. K. interpreta que teme que tanto el interior de ella, como su órgano genital, sean malos y peligrosos: el reloj extranjero. Refiriéndose al material de la sesión anterior, le recuerda que también entonces pensó que ella, o mejor dicho, mamá, estaba llena de papá, de Paul y de bebés, y que todos estaban muertos y representados por las moscas que él había matado. Expresó entonces, también, ganas de estar con ella en la cama y de acariciarla, pero al mismo tiempo tuvo mucho miedo de su órgano sexual. Por eso, al comparar ahora los dos relojes, está expresando el deseo de que los órganos sexuales de ambos fueran iguales y que ella tuviera un pene, pues le causa terror su interior y su órgano sexual tal como es. Si no fuera así, le gustaría que ninguno de los dos lo tuviera.

El «reloj extranjero», como él ya sabe (ver sesión once), representa el interior del cuerpo de *M. K.*, y abrir y cerrar el estuche que lo contiene, mirar dentro de él. Al colocar los barcos al lado de dicho reloj, sin embargo, se convirtieron en enemigos, lo cual entonces quiere decir que el interior de ella es peligroso, pues tiene dentro de ella a los enemigos. La lucha que libran dentro de ella y de mamá los ingleses, el hermano bueno y papá, va dirigida contra los genitales enemigos de papá y del Sr. K.

Richard empieza a hablar de la R.A.F., la cual ha dirigido esa noche, contra Berlín, un bombardeo particularmente fuerte (se interrumpe al llegar aquí, con aire aterrorizado). Luego se levanta y hace el ruido de un avión, que

pretende está bombardeando a la flota desde la estratosfera, y habla del *Scharnhorst* y del *Gneisenau.* El *Bismarck,* que ahora es papá, y el *Prinz Eugen,* que es Paul, quedan dañados por el bombardeo, pero al final son puestos a salvo. En cambio el *Hood,* que ahora es mamá, se hunde. El juego varía muy rápidamente en estos momentos, pues un instante Richard representa a los ingleses, y el siguiente a los alemanes. Algunas veces, además, está del lado de su madre (el *Hood),* mientras que otras está del lado del padre (el *Bismarck),* por el cual siente una profunda pena. En algunas ocasiones, alguno de los destructores se queda solo, en contra de todo el resto de la flota, y representa en ese momento a él o a su padre, perseguidos por el resto de la familia. A veces Richard va a salvar a papá y se mata él mismo; otras ocurre lo contrario. Como todas estas fluctuaciones se llevan a cabo muy rápidamente, *M. K.* no siempre puede seguir lo que está pasando**[1162]**.

Mientras juega así, Richard repite varias veces que ha comprado algo en la tienda del Sr. Smith. En una oportunidad ve a la niña pelirroja que pasa por la calle, comenta que se está comiendo una manzana verde, y que tiene el pelo muy colorado, y añade que se está ahogando de rabia.

M. K. interpreta que cree que las mujeres y las niñas tienen los órganos sexuales rojos y dañados, ya que no poseen pene, y que por eso están furiosas, y deseosas de comerse el órgano sexual del hombre (la manzana), aunque al hacerlo se atragantan de rabia. Añade que como tiene tanto miedo al órgano genital de mamá y a su interior, hizo que el *Hood* (que la representa a ella) se hundiera, aliándose entonces con papá, el cual, en el juego de la flota, se estaba peleando con ella. La preocupación que siente ante la enfermedad de su padre contribuye a la ansiedad que tiene por el *Bismarck,* que representa a este, pero también se sintió luego triste y asustado por perder a mamá, y entonces trató de que fuera ella quien ganara. Tras esto, una vez más se fue del lado de su padre, y siguió cambiando así repetidas veces.

Richard dice que no recuerda haber visto nunca el órgano sexual de una niña ni de una mujer, pero parece dudar de que difiera del órgano del hombre**[1163]**.

M. K. repite la interpretación sobre la fantasía de que el órgano femenino esté dañado y que por esta causa todas las niñas —y no solo la pelirroja— le odien, por desear ellas también tener un pene como el suyo. Las niñas pueden, además, representar al genital de su madre, dañado y por lo tanto vengativo.

Richard levanta los dos cubos que hay en la cocina, y dice primero que él es la lechera. En seguida se corrige y dice que es el lechero, que la lechera es *M. K.* y que los dos van a ordeñar el «tanque-bebé». Mientras saca agua, se da

cuenta de que en ella hay unas burbujas, y comenta que se trata de una leche riquísima, llena de espuma; en cambio no menciona los pedacitos de las moscas que mató el día anterior y que tiró dentro del tanque. Expresa el deseo de saber cómo entra el agua dentro del tanque, y se asegura de cómo es el mecanismo. Luego añade que podría seguir todo el tiempo sacando agua y ordeñando a la vaca, pero que está enfadado porque el agua sale lentamente, pues la vaca da muy poca leche.

M. K. le pregunta si desea beberse tanta cantidad de leche.

Richard se queda un poco sorprendido y dice que no; que bebe muy poca leche, pues no le gusta mucho.

M. K. interpreta que, a pesar de no gustarle la leche en la actualidad, la mamá que le daba de mamar cuando era bebé (1a mamá-pecho) representa en su mente a la maravillosa mamá «celeste». Además se aferra tanto a esta mamá-pecho, a causa del terror que le provoca la parte inferior de su cuerpo, su órgano genital dañado y su interior lleno de bebés muertos y asustadores (las moscas hechas pedazos). El deseo de ser una lechera, como dijo antes, se debe a que ello significaría poseer el pecho de mamá y la mamá-pecho buena. Y si tanto él como ella se convierten en lecheras, al jugar, es porque así logra deshacerse del todo del órgano sexual masculino. Así ni él ni mamá lo tienen, y tampoco tienen dentro de sí el de papá.

Richard vuelve a la mesa y se pone a jugar. Hace andar por encima de ella un pequeño destructor al que llama *Vampire*, y se agacha hasta que sus ojos quedan a nivel de la mesa fijándose bien entonces para descubrir si el barco anda o no derecho Comenta al fin que si va bien y que se está moviendo por sus propios medios (el *Vampire* en general, lo ha representado siempre a él). Lo pone a la par del *Nelson* entonces, hasta que se tocan sus popas y tras meterse el *Nelson* en la boca, menciona una vez más que ha visto al señor Smith.

M. K. interpreta que con el *Vampire* que se mueve por sus propios medios y en forma derecha, está expresando el deseo que tiene de que su órgano sexual no quede dañado; además está jugando con él para saber cómo es. De la misma manera, el hacer que las popas del *Vampire* y del *Nelson* se toquen, expresa el deseo de tocar el pene de su padre y de chuparlo, igual que lo ha hecho con el barco. El señor Smith representa últimamente al padre bueno que le da buenas semillas, y si le gusta ir a su tienda es porque desea ver el pene de su papá y recibir bebés del mismo. En ese caso quedaría transformado en la lechera, y ocuparía el sitio de mamá. Todos estos deseos

se encuentran incrementados además por el temor que tiene a los genitales malos de sus padres.

Richard dice entonces que hace unos días tuvo un sueño que quiso contarle, pero que no lo hizo por temor a herir sus sentimientos. A pesar de lo cual, lo relata inmediatamente: *Interrumpía el análisis con M. K. y se iba a ver a otra analista* (habla con gran dificultad y *M. K.* debe hacerle preguntas para ayudarle). *La analista nueva tiene un traje azul oscuro y le recuerda a una mujer que vivía en el hotel y que tenía un perro spaniel muy bonito. A él le gustaba el perro, pero no le gustaba nada la mujer, y no tenía por ella ningún interés. El perro se llamaba James*.

M. K. pregunta a quién se parecía la mujer.

Richard contesta con énfasis: «¡Oh, no era tan bonita como tú!». Y entonces se pone a hablar otra vez de la belleza de los ojos de *M. K.*, tratando de mirárselos mientras lo hace[1164]. Al mismo tiempo, le ruega de manera muy suplicante que no se sienta herida, y le pregunta si lo está o no. Después, muy serio, pregunta también si su análisis podría ser continuado por otra persona; por un hombre, por ejemplo.

M. K. se vuelve a referir al sueño y le pregunta dónde se llevaba a cabo este segundo análisis; si era también en el cuarto de jugar.

Richard contesta que era raro; no se hacía en la habitación, sino que parecía empezar en la curva de la calle[1165].

M. K. interpreta que a causa del miedo que le tiene al genital de mamá y a su interior, abandona a esta y se dirige al atractivo genital de papá. Le recuerda que en el juego que hizo con la flota en la sesión de hoy cambió muy rápidamente de uno a otro, demostrando el conflicto que tiene sobre a quién elegir, si a papá o a mamá. En el sueño no está tan interesado en la analista como en el perro atractivo que esta posee, y que representa al órgano genital de papá que está dentro de mamá (la curva del camino). Le llama además la atención sobre el hecho de que mientras ella interpretaba, empujó al destructor *Vampire* por debajo del llavero hasta hacerle tocar la llave, cosa que antes nunca había hecho, y que también significa que desea tocar el genital masculino bueno que hay dentro de ella. Este deseo de tener el pene bueno se encuentra, además, incrementado por el temor que le tiene al pene-Hitler malo, el cual cree que tienen dentro de sí mamá y ella. Abandonar a *M. K.* para irse con la otra analista, significa renunciar a la mamá-pecho bueno y dirigirse hacia el atractivo papá-genital (el perro). Y esto es lo que hace que esté tan preocupado de herir sus sentimientos.

Además se siente culpable porque desea abandonarla, para castigarla por abandonarle ella a él, todo lo cual le resulta muy doloroso.

M. K. añade que si en este momento piensa en la necesidad de ir a otro analista, es porque su análisis va a terminar pronto. Y entonces le repite que es perfectamente posible continuarlo con otro, si se presenta la ocasión para ello.

Richard se ha levantado mientras tanto. Se dirige afuera, mira a su alrededor y comenta que han sacado algunas patatas. También dice que el cielo tiene un color celeste muy claro, aunque en realidad está cubierto de nubes.

M. K. interpreta que está negando que el cielo esté cubierto de nubes, porque estas, como en otras ocasiones anteriores, simbolizan para él la lluvia que ataca y daña a las montañas. También quiere negar el peligro que va a correr ella en Londres, a causa de las bombas.

Richard vuelve a la habitación y habla sobre el vestido que *M. K.* lleva puesto, el cual tiene hileras de puntos blancos sobre un fondo azul; refiriéndose a la parte inferior del mismo, en el cual las líneas toman direcciones diferentes, dice que podrían ponerse en un cartel de copos de jabón.

M. K. interpreta que ahora está poniendo de relieve la limpieza de su órgano genital y de su cuerpo, representado por la parte inferior de su vestido, y que con ello quiere encubrir el miedo que siente ante la suciedad y los peligros que atribuye a dicha parte del cuerpo. Además, quiere compensar el haberse referido a él en términos de mucho menosprecio.

Es evidente que si en esta sesión Richard ha traído la flota como si fuera un regalo que le hace a su analista, y si ha venido dispuesto a trabajar lo más posible por su análisis, ello se debe en parte a que desea vencer los sentimientos de culpa que surgen durante la sesión, debido a su infidelidad. Venir a analizarse con *M. K.* y la relación que guarda con ella, implican para él ser infiel a su madre, conflicto que también siente cada vez que deja a *M. K.* para irse a su casa. También se siente culpable, además, por estar en la actualidad menos dependiente de su madre, lo cual hace que esta se convierta en alguien menos importante.

La identificación que hace con su madre, basada en la posición femenina, es tan fuerte, que está convencido de que a ella le resulta muy doloroso ser menos necesaria, y además incrementa la culpa que siente por tener deseos homosexuales. Durante toda la sesión se ha mostrado genuinamente cariñoso

y afectuoso, y aunque a veces se ha quedado serio y otras deprimido, no se ha sentido tan perseguido por la gente de afuera.

Sesión número setenta y nueve (martes)

Richard llega con una maleta, listo para irse a su casa después de la sesión. Una vez más, compara su reloj con el de *M. K.*, expresan-do el deseo de que ambos estén exactamente a la misma hora. Aun-que verifica entonces que el suyo está levemente más atrasado, se conforma a sí mismo diciendo que la diferencia es muy pequeña, tras lo cual habla durante bastante tiempo de su reloj; anoche estaba casi «muerto de hambre», dice, pues necesitaba urgentemente que le dieran cuerda. Una vez que él se la dio, sin embargo, se quedó tranquilamente dormido.

M. K. le sugiere que el reloj es él mismo, que necesita el análisis que hace con ella y que se sintió muerto de hambre la noche anterior por no tenerlo. Esto es, además, lo que sentía de bebé, cada vez que quena que mamá le alimentara y le quisiera y ella no estaba. El deseo de que los dos relojes marquen exactamente la misma hora, expresa el querer que ella y él piensen y sientan las mismas cosas, y que *M. K.* se quede dentro de él, formando parte de un todo único con él (nota 1). El reloj también representa su órgano sexual, y el deseo de que los dos lo tengan iguales, pues de esa manera no existiría ninguna diferencia entre ambos. Por otra parte, el dar cuerda al reloj significa alimentar su pene frotándolo y teme dañarle si juega con él. En la última sesión, también el destructor *Vampire* representaba su órgano sexual, y cuando dijo que andaba derecho quiso con ello decir que estaba en buenas condiciones.

Durante la interpretación sobre la masturbación, Richard está muy turbado y al principio niega jugar con su órgano genital; pero después de una pausa admite que a veces lo hace. Tras ello anuncia que ha llegado la flota, y que está en su maleta. No tenía la intención de usarla, pero lo va a hacer después de todo. La saca entonces, y la coloca sobre la mesa.

M. K. interpreta que quizá durante la sesión anterior se haya sentido dolido por no prestarle ella mucha atención a la flota. (El mate-rial había sido muy abundante y había interpretaciones más urgentes que hacer, causa por la cual *M. K.* no pudo seguir el movimiento de los barcos con el mismo cuidado con que lo hace en otras ocasiones).

Richard asiente. Le muestra entonces el contenido de la maleta, entre el cual figura su tarjeta de identidad, y le pregunta a *M. K.* si ella también tiene un estuche impermeable para guardar la suya *M* colocar la tarjeta dentro del

estuche, va señalando que primero solo está la mitad dentro, luego un poco más de la mitad y finalmente toda entera. Saca de su bolsillo el billete del autobús y se pregunta si no estará dañado o si se le irá a romper (en realidad está completamente intacto). Está preocupado, pues lo necesita para el viaje de vuelta, de modo que se lo guarda en el bolsillo con mucho cuidado. Después, enseña a *M. K.* su diario, y dice que todos los días la menciona a ella; que nadie lo ha leído, y que ella es la primera persona que lo hace. Tras eso se pone a leerle lo que está en él anotado, una y otra vez. En lo que lee, hay referencias a la cocinera y a los acontecimientos cotidianos. Después pide a *M. K.* que lo lea por su cuenta, dando la impresión de tener completa confianza en ella.

M. K. interpreta que al mostrarle a ella su diario secreto, le da a entender que le está confiando todas las preocupaciones secretas que le causa su órgano genital, y que ha comprendido sus interpretaciones sobre lo que hace con él y se ha sentido aliviado al oírlas. Esto también le ha decidido después de todo a usar la flota. El pensar que se le puede romper el billete que necesita para volver, expresa el temor de que su pene esté dañado y que no lo pueda usar. Y al hacer desaparecer lentamente su tarjeta de identidad dentro del estuche, ha mostrado lo que siente cuando juega con su pene, pues en ciertas ocasiones quizá piensa mientras lo hace, que lo está introduciendo dentro de ella o de mamá. Por otra parte, la tarjeta que desaparece y el posible daño del billete, demuestran también el temor que tiene de perder su órgano como consecuencia de jugar con él.

Richard ha cogido la flota y hace con ella maniobras extremadamente complicadas y rápidas. Al principio tararea una tonada mientras juega, y luego el Himno Nacional. En forma muy dramática dice: «Al amanecer la flota se deslizó lentamente». El primero que aparece entonces es el *Hood,* que lo representa a él; después salen el *Nelson* y el *Rodney,* y entonces coloca al *Hood* al lado derecho del *Nelson,* el cual dice que es el jefe. Varios destructores siguen al *Nelson,* y Richard señala a uno de ellos diciendo: «Este es el jefe de los destructores más pequeños». Después señala al jefe de los destructores «mayores». Entre el *Nelson* y el *Rodney,* coloca a uno de los «pequeños», y dice que también es él (nota II).

En un determinado momento comenta «Nunca jamás se ha dado una batalla como esta». Los sonidos que hace, que representan a las máquinas de los barcos y a las bombas, se van haciendo más fuertes a medida que el juego continúa, y él mismo se va poniendo cada vez más excitado. Está completamente entregado a lo que hace y apenas mira por la ventana; solo

una vez, al comenzar la sesión y ver a un viejo afuera, pregunta si se trata del «viejo gruñón», pero luego añade que puede que nunca le llegue a ver.

M. K. interpreta que está tratando de dar a su padre (el *Nelson)* lo que le corresponde. También le da la posesión de mamá (el *Rodney*) pues el destructor que ha colocado entre estos dos barcos representa, como lo ha hecho ya en otras oportunidades, el genital de su padre. Con esto está permitiendo que sus padres estén juntos y que tengan relaciones sexuales, pero lo hace con la condición de que hasta cierto punto papá comparta con él sus derechos, pues Richard (el *Hood),* se ha colocado al lado derecho del *Nelson.* Además, también es el jefe de los destructores «pequeños», es decir, el jefe de los niños, lo cual expresa el deseo de tener hermanos y amigos menores a quienes dirigir. Por otra parte, desea también situar a Paul en el lugar que le corresponde, y por esto le hace a él el dirigente de los barcos a los que ha llamado los destructores grandes (nota III).

A pesar de todo esto, muestra al mismo tiempo el deseo que tiene de separar a los padres y de ponerse él entre los dos, dado que el destructor que ha colocado entre el *Rodney* y el *Nelson* no representa solamente el genital de su padre, sino también a sí mismo.

El estado de ánimo de Richard cambia de repente, y también lo hacen las escenas que está actuando. Hasta este momento, a pesar de estar excitado, ha estado también algo contenido, serio y reflexivo, como tratando de encontrar una solución a su conflicto. Pero en este momento uno de los destructores, el *Vampire,* que es él mismo, como dijo antes, se pone a dar vueltas a la mesa, se esconde tras la cartera de *M. K.* y vuelve a aparecer otra vez. Tres destructores más le siguen y Richard los dirige. Ahora son todos alemanes y van a entrar en una batalla contra los barcos ingleses. Después huyen, pero otros barcos británicos les obligan a luchar de nuevo. Se esconden entonces y quedan atrapados. A veces luchan con valor, mientras que otras se esconden tratando de hacer tiempo. Cuando los tres destructores que le acompañan son hundidos, Richard (el *Vampire)* sigue luchando solo contra los ingleses, y más tarde se le agrega otro destructor que pelea a su lado. La lucha continúa cada vez con mayor intensidad, ahora entre el *Vampire* y el *Rodney* (la madre). Richard comenta que el *Vampire* «dispara de manera infernal», mientras que ella le dispara a él «con todos sus cañones». Al final, el *Vampire* (Richard) queda hundido, pero el otro destructor sigue disparando contra la flota británica, hasta que hunde a todos los barcos y queda él como único sobreviviente. Todo el juego es hecho con mucha excitación, con fuertes sonidos y con un tono maníaco, de desafío y de rebelión.

M. K. interpreta que el destructor que ha sobrevivido y que ha matado a todos representa su órgano sexual, porque ahora siente que es poderoso y destructor. El Richard-*Vampire* que ha estado disparando contra al mamá-*Rodney* «infernalmente», le representa a él, que lucha contra la mamá peligrosa que contiene al papá malo y contra la *M. K.* que contiene al Sr. K. malo. Esta mamá mala, la «bruta malvada» que le contesta «con todos sus cañones», le ataca a su vez con todos los papás-genitales malos que contiene. Si bien en la actualidad Richard siente que posee un órgano sexual, siente también que este es muy destructivo y hasta traicionero ya que se convierte en alemán y ataca a la familia británica.

Richard se va a la cocina; allí saca un cubo de agua y dice que es leche. Todo lo hace con mucha rapidez. Se dirige al jardín pidiendo a *M. K.* que salga con él, y tras mirar el cielo dice que va a aclarar. En realidad hay más nubes que otras veces, cuando se ha quejado de que no iba a despejarse el cielo.

Una vez terminada la sesión, Richard camina al lado de *M. K.* y le pide que adivine quién le ha atado la corbata, preguntándole además si todavía la tiene bien atada. Luego le dice que ha sido la muchacha de casa de los Wilson, a la cual ha ido a visitar.

La esperanza de que el cielo aclare y de que siga bien puesta la corbata que le ha atado la muchacha (en representación de la *M. K.* que le está ayudando), expresan que tiene ahora más confianza de que *M. K.* le arregle el pene, y de que llegue a curarle. La madre de Richard contó a esta que durante el fin de semana encontró a su hijo mucho más activo y menos neurótico, pero mucho más desobediente y rebelde que de costumbre (nota IV).

Notas de la sesión número setenta y nueve.

1. En la actualidad llegaría yo más lejos aún de lo que llego aquí. He podido observar en algunos pacientes adultos, en efecto, que a veces puede permanecer activo el intenso, pero muy profundamente inconsciente deseo infantil de controlar el objeto, de una manera tal que este llegue a pensar, sentir e incluso ser en apariencia como el mismo sujeto. Esta fantasía hace que les resulte imposible a estos enfermos quedar jamás satisfechos con las relaciones que llegan luego a establecer. Este deseo abarca además tanto la identificación introyectiva como la proyectiva, pues un deseo tan intenso de controlar el objeto implica incorporarlo dentro de sí (al analista), y también

introducirse dentro de él con el fin de que objeto y sujeto sean idénticos. Estos procesos pueden permanecer activos en personas cuyas personalidades están bien desarrolladas en ciertos sentidos, y quienes no dan la impresión de desear dominar, ni de carecer de consideración por los demás, etc. Hasta cierto punto, la necesidad de controlar el objeto y de poseerlo, forma parte de la vida emocional infantil y de los estados infantiles narcisísticos.

II. Como en otras ocasiones anteriores, Richard representa varios papeles al mismo tiempo, proceso este bien conocido en el juego de los niños. Estas fluctuaciones también las encontramos en las personalidades de quienes no tienen suficiente fuerza como para identificarse con una sola figura en particular, ni de mantener ningún aspecto particular de su desarrollo. Los dos fracasos forman una interacción. En «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (l946) y en el capítulo «Sobre la identificación» (1955) me he referido ya a los procesos de disociación que van debilitando el yo. La introyección indiscriminada de varias figuras es, en mi opinión, complementaria a la fuerza de la identificación proyectiva, que hace sentir al sujeto que ciertas partes de su yo están diseminadas. Este sentimiento a su vez, refuerza de nuevo la tendencia a identificarse indiscriminadamente. Normalmente encontramos en los sueños estos cambios de roles, y parte del alivio que el sueño produce se deriva del hecho de que a través de él encuentran su expresión los procesos psicóticos.

III. Es interesante ver cómo estos pasos que da Richard hacia una mejor relación social, que implica el deseo de aceptar la autoridad de su padre y de su madre, están relacionados en este caso con la mayor confianza que el niño va teniendo en su propia potencia, o mejor dicho, en la confianza que tiene de obtener en el futuro una potencia plena. Como podemos ver por el material de las sesiones anteriores, el trabajo analítico ha disminuido hasta cierto punto el miedo que le tenía a la masturbación; por ello puede ahora Richard aceptar mejor su papel masculino y el hecho de poseer un pene, a pesar de que este sea muy agresivo. En el juego del destructor que representa a este órgano, es él el único sobreviviente. La conexión entre la mayor con-fianza que tiene en su propia potencia y la capacidad de reconocer la jefatura del padre, del hermano, y en última instancia, de los sustitutos paternos, tiene aplicaciones generales. La experiencia que tengo del análisis de los hombres me ha demostrado, en efecto, que el miedo a la castración y a la impotencia contribuye grandemente a la formación de actitudes hostiles y envidiosas hacia los maestros y otros sustitutos paternos. En cambio, cuando estos

temores disminuyen, puede aceptarse más fácilmente la superioridad y la autoridad de los otros hombres.

El temor a la castración y los sentimientos de impotencia no siempre llevan a la rebelión y al desafío, sino que también pueden dar como resultado una sumisión completa e indiscriminada ante cualquiera que represente a la autoridad. En estos casos la disminución de la ansiedad permite a los hombres que la padecen una mayor capacidad para afirmarse a sí mismos y para demostrarse que son iguales a los demás.

IV. Existe una relación entre este cambio de actitud, que implica estar más francamente agresivo, pero al mismo tiempo más activo y menos inhibido, y el material dado recientemente y en particular en esta sesión. Resulta evidente que Richard se siente más seguro de sí mismo, porque tiene menos miedo a la castración y más confianza de poseer un pene. El hecho de que en su imaginación su órgano sexual se pueda convertir en algo tan peligroso como para destruir a toda la familia y quedar rodeado de perseguidores, constituía en el pasado una de las razones por las cuales se sentía impulsado a negar esta posesión y a sentirse impotente. El análisis le ha ayudado ahora a enfrentarse con algo que constituye todavía para él una posesión peligrosa, pero a la cual puede sin embargo valorar, pues también implica tener iniciativa, fuerza la posibilidad de defenderse y sobre todo de crear. La ansiedad que surge en el transcurso de esta sesión sirve así para ilustrar algunos de los factores que inhiben la potencia masculina. El temor de que el pene llegue a ser destructivo y traiga como resultado poner en peligro a la madre y al propio sujeto, puede llevar a este a la impotencia. He podido también observar que estas ansiedades pueden incrementar la identificación hecha con la madre y reforzar la posición femenina. Como me dijo una vez un paciente: «Prefiero ser la víctima antes que el victimario».

Sesión número ochenta (miércoles)

Richard encuentra a *M. K.* en la esquina de la calle que lleva al cuarto de juegos. Está tarareando una tonada, que dice que se llama: «Si yo fuera un pajarito chiquito», y en seguida cuenta que el día anterior recibió malas noticias: su canario Dicky murió. Fue algo que no se pudo remediar, pues los pájaros se mueren fácilmente (está evidentemente tratando de tomar la cosa en forma casual y poder así negar el dolor que siente, pues quiere mucho a sus pájaros). En la habitación le dice a *M. K.* que de ahora en adelante solo debe traer uno de los dos arbolitos de juguete (los cuales han representado a menudo a los dos animalitos)**[1166]**. Piensa darle una mujer a Arthur (el otro canario) pues ahora se sentirá solo; pero no un periquito, que lo destrozaría.

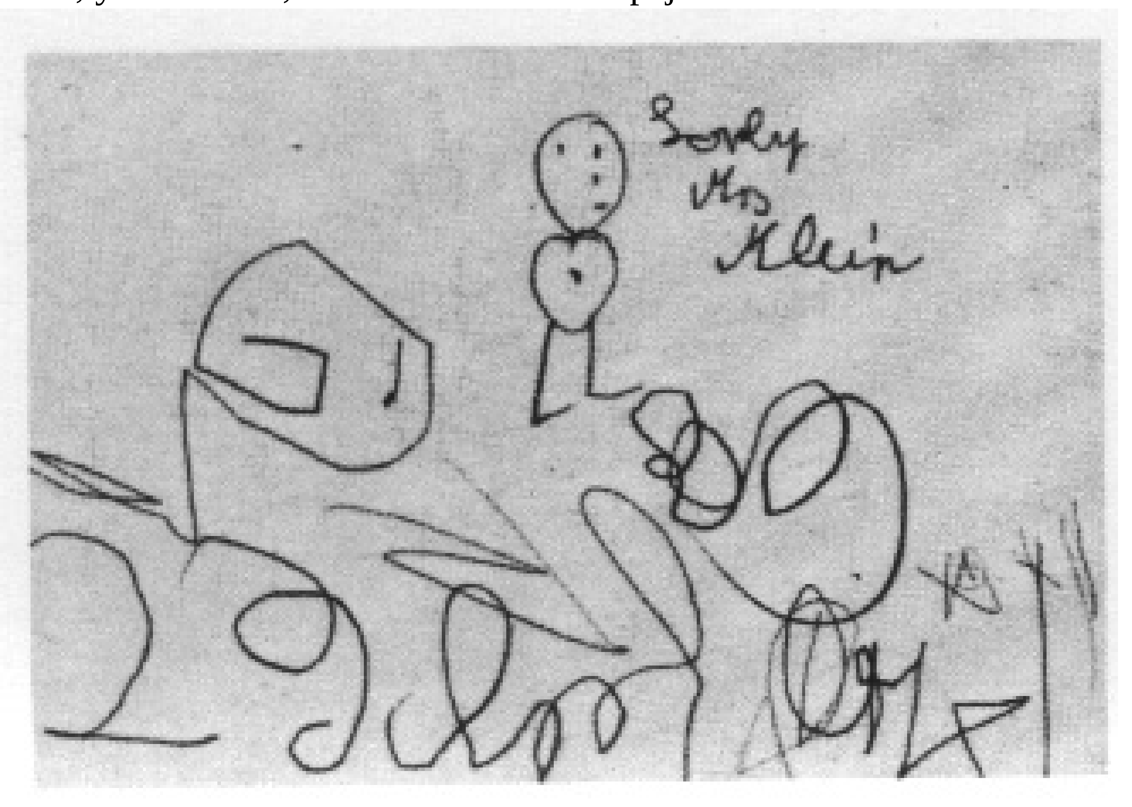
M. K. interpreta que la canción que ha estado cantando expresa el deseo de ser él un pájaro, y de poder hacerle compañía al otro que se ha quedado solo. Este representa además a mamá, la cual se sentiría muy sola de morirse papá; y de igual manera querría acompañar a este si mamá muriera. Le recuerda a este respecto, que los dos pájaros han representado muy a menudo a sus padres. Con frecuencia, además, ha tenido mucho miedo de las relaciones sexuales entre ambos, y esta es una de las razones por las cuales desearía que tuvieran los dos el mismo órgano sexual. Ello implica negar que existen diferencias entre los hombres y las mujeres, tal como trató de negar la diferencia existente entre los relojes. También teme que su propio genital sea muy peligroso y que también lo sea el de mamá y su interior. El periquito es diferente al canario; lo cual significa que, a pesar de todo, los órganos sexuales de sus padres son diferentes. Muy a menudo ha afirmado que los dos canarios eran varones, aunque al mismo tiempo representaban a sus padres. El periquito, además, representa a la *M. K.* peligrosa *(Rodney)* que le dispara con todos sus cañones (véase sesión anterior), y a la mamá peligrosa que puede matar a papá. Todo lo cual guarda además una relación con la enfermedad de su padre y el temor que tiene de que se muera.

Richard está ahora triste. Admite que la muerte del pájaro le ha turbado mucho y que lo va a echar de menos. Dibuja entonces una vía de tren, y mientras lo hace canta varios himnos nacionales. La asociación que da respecto al dibujo, es que ha alterado la posición de las vías del tren que tiene en su casa. Está cansado de él, así como también de todos los trenes. En este momento tiene un aspecto muy deprimido.

M. K. interpreta que está muy triste por perderla a ella y que desearía evitar que se marche en el tren. Se refiere además a la pelea que libró el día anterior contra el *Rodney (M. K.* y mamá), en la cual su órgano genital, muy poderoso y peligroso (el *Vampire)* mató a toda la familia. Ahora teme que sus deseos se conviertan en realidad.

Tras esta interpretación Richard hace un garabato en el dibujo.

M. K. interpreta que está bombardeando el tren porque ella le va a abandonar; y de hacerlo, también ella sería un pájaro muerto.



Richard entonces escribe una carta dirigida a *M. K.*, que dice así: «Querida *M. K.*: Me ha gustado el trabajo contigo y te voy a echar mucho de menos. Cariños de Richard». Aunque coloca la mano al escribir de manera tal que ella no pueda verla, se la enseña en cuanto la ha terminado, y comenta que las cruces que ha dibujado al final significan besos. También le escribirá cuando se vaya, le dice; y en seguida garabatea algo en otra página y se la enseña, comentando, como ya lo ha hecho en otras ocasiones, lo fácil que es convertir la esvástica en una bandera británica.

M. K. interpreta que el alemán que bombardea es él que la está matando por abandonarle, pero que también se puede convertir en un Richard que la quiere y que va a escribirle cartas amistosas. Esto es lo que significa convertir la esvástica en bandera inglesa. En la sesión anterior, el destructor-Richard, que representaba su órgano sexual peligroso, era alemán, pero ahora siente que es inglés. Como cuando era bebé vivenciaba un odio muy fuerte cada vez

que mamá le dejaba solo, siempre tenía mucho miedo de que esta se muriera; ahora, por lo mismo, teme que se muera ella.

Richard garabatea otra página, mientras canta con voz fuerte y enfadada.

M. K. interpreta que la está bombardeando con ruidos, y que eso es lo que siente cuando hace «lo grande» y está enfadado y lleno de odio. Le muestra también que en el garabato que acaba de hacer ha incluido el número 23, que es el día de su partida.

Richard hace entonces el dibujo 66. Cuando lo termina y lo mira, anuncia que la «S» de «School**[1167]**», que está escrita al final de la página, es el número 3, y que el que le precede es el 2; de manera que una vez más ha hecho el 23, y esta vez en forma más clara que antes.

M. K. interpreta la lucha que existe entre el amor y el odio que siente hacia ella. Está tratando de pensar que es buena, ya que al lado del dibujo que la representa en la parte superior de la hoja, ha escrito «linda *M. K.*». Pero, sin embargo, no cree que esto sea verdad, por esta razón la ha dibujado sin brazos y sin pelo, y resulta evidente que no tiene ninguna intención de hacerla parecer bonita. La odia por abandonarle y porque va a reunirse con sus demás pacientes, con su hijo y con su nieto.

Richard insiste en que en el dibujo *M. K.* está muy linda, pues la barriga que le ha hecho tiene forma de corazón y la flecha del centro de la misma significa amor (tiene la cara sonrojada, y se mete el dedo en la boca con frecuencia; su cara expresa la lucha que libra por controlar el odio que siente y una mezcla de ansiedades persecutorias y depresivas). Pregunta a *M. K.* si lamenta tener que marcharse, y si va a vivir con su hijo; no vivirá en el corazón de Londres, ¿no? De pronto, al tomar conciencia de que ha pronunciado la palabra corazón se queda con aire sorprendido y señalando el dibujo dice: «¡Pero si aquí está el corazón!».

M. K. interpreta que su corazón representa a Londres bombardeado, y el hecho de que este no está solo dañado por el amor (la flecha) sino también por las bombas. El desea amarla, pero teme que a causa de su abandono, se convierta en el Hitler que la va a bombardear (nota 1). Esto incrementa el miedo que tiene de que se muera, la soledad que siente y la tristeza por su partida.

Richard dice que va a buscar leche. Entonces empieza a sacar agua del tanque, pero se cuida bien de no llenar el cubo del todo, sin duda recordando que *M. K.* le ha dicho que le resulta muy pesado levantarlo cuando está lleno. El suelo de la cocina queda muy sucio, y a *M. K.* le resulta muy difícil hoy ejercer sobre él algún control. Mata muchas moscas, a las que coge ente los

dedos en la ventana, para luego meterlas en el «tanque-bebé», dejarlas en libertad y volverlas a cazar. Llena y vacía el tanque de agua e insiste también en llenar todas las vasijas, aunque no lo hace hasta el borde. Cuando mata las dos primeras moscas, menciona los nombres de sus dos enemigos de «Z».

M. K. interpreta que al decir que quería sacar leche del tanque —su pecho — ha querido sacar de ella algo bueno para incorporarlo dentro de sí. Pero al mismo tiempo, movido por los celos, ha matado con la imaginación a su hijo y a su nieto (las moscas). Estos animales representan también a sus bebés y a sus pacientes. Llenar las vasijas tiene además otro significado: está tratando con ello de alimentar a los bebés y a los demás enfermos, así como también a los niños de mamá, entre quienes está Paul incluido. Le recuerda, a este respecto, el deseo que expresó de tener amigos, lo cual significa también tener más hermanos. De la misma manera, el día anterior, el destructor fue acompañado por tres barcos de su mismo tamaño, lo cual significó que tenía amigos y hermanos. Este deseo está en contradicción con los ataques que por otra parte dirige contra los bebés malos de mamá, los cuales, además, le hacen desconfiar y tener miedo de los otros niños, e incrementa el deseo que tiene de destruirlos.

M. K. interpreta, también, que la suciedad que ha hecho en la cocina es para castigarla a ella por dejarle solo, y representa «lo grande» y «lo chico» venenoso, y el odio que antes expresó mediante sonidos de enojo. Pero al mismo tiempo quiere asegurarse de que no está resentida por la suciedad que ha causado, pues si ella no se enfada demuestra así que no le odia; y si logra limpiar todo, esto significa que no la ha dañado a pesar de todo.

Antes de irse, Richard coge un martillo y golpea el suelo con tanta fuerza que *M. K.* debe impedírselo.

M. K. interpreta que está tratando de meterse dentro de ella para sacar de su interior a los bebés muertos y venenosos y al Sr. K., y de esta manera permitirle seguir viviendo; de la misma manera desea sacar de adentro de mamá todas las cosas malas que contiene.

Esta sesión es notable; la expresión de Richard y sus actos expresan claramente rabia y desesperación. A menudo hace rechinar los dientes; en otras ocasiones se mete el dedo en la boca, y al garabatear, rompe la punta del lápiz. Pero, por otra parte, trata una y otra vez de controlarse, y junto con el odio y el resentimiento que siente hacía *M. K.* aparecen también sentimientos de amor y de preocupación por ella.

Nota de la sesión número ochenta.

I. Las personas inseguras no pueden confiar en el amor que sienten, pues cualquier influencia externa o presión interna, puede llegar a movilizar impulsos destructivos dirigidos contra alguna persona amada. Esto les hace temer dañar el objeto. La experiencia me demuestra que interpretar este sentimiento de inseguridad resulta muy provechoso. Se trata, sin embargo, de un sentimiento diferente de la ansiedad que se vivencia por haber destruido, o estar por destruir el objeto, bajo el choque de la rabia y del odio. En una posición opuesta a esta se encuentran, en cambio, las personas que han podido establecer dentro de sí el objeto bueno de una manera más segura, pues no tienden tanto a ser presa de tales temores, y se sienten con más fuerza para controlar sus impulsos destructivos.

Sesión número ochenta y uno (jueves)

Richard está otra vez esperando a *M. K.* en la esquina y le pregunta si faltan dieciséis días para su partida. En la habitación pone su reloj en hora con el de ella, abre este, lo inspecciona, pone la alarma y abre y cierra su estuche de cuero varias veces, mientras lo acaricia con las manos. Dice, además, que a pesar de que su reloj marcha un poco más lentamente que los otros, «va por su camino», y le pasa el dedo por la circunferencia. Comenta que nadie puede ordenarle que se detenga, y mucho menos otro reloj… Tras lo cual, da una rápida ojeada a la cocina, mira incómodamente el «tanque-bebé» y queda turbado al ver que hay en él algo de óxido. Trata entonces de rasparlo para quitárselo y parece quedar agradecido cuando *M. K.* lo saca con un cepillo. Entonces se va rápidamente a la mesa y una vez más mira el reloj para ver si sigue marchando…

Le cuenta a *M. K.*, tras eso, que tiene un secreto que ella desconoce: la noche anterior ha estado andando en bicicleta por la calle y ha pasado por delante de la casa. ¿A dónde lleva el caminito que hay al final de la calle? ¿Qué hacía anoche a eso de las 20,45? (hora en que pasó por su casa). ¿Se enfadaría con él de saber que miró hacia adentro? Richard no espera que *M. K.* conteste a ninguna de estas preguntas, y sigue hablando. Le explica que pidió la bicicleta prestada el día anterior y que con ella recorrió todo el pueblo. Desgraciadamente se le hizo demasiado tarde para ir tan lejos como se había propuesto, pues quería llegar hasta el pueblo vecino. Sigue explicando con detalles su hazaña, comentando que fue muy divertido llevarla a cabo y que lo pasó muy bien. Al ir cuesta abajo, hacía ruidos como si fuera un autobús (nota 1).

M. K. interpreta, como tantas otras veces lo ha hecho ya, que mirar dentro del reloj significa mirar dentro de ella, para asegurarse de que todavía se encuentra en buen estado. Lo mismo significa mirar la cocina, y ambos actos están relacionados con el haber estado matando moscas el día anterior, con haber ensuciado la cocina y con el temor de haberla dañado a ella con estos actos. Por otra parte, el haber dado el paseo en bicicleta significa que tiene menos miedo de los otros niños, y le ha servido además para satisfacer su curiosidad. En efecto, andar frente a la casa donde ella vive significa también explorar su interior; el caminito representa su órgano genital, y se está preguntando adónde le llevaría introducir dentro de él su pene (la bicicleta).

Parece, sin embargo, tener menos miedo de que este órgano sea un arma peligrosa, y esta es la razón por la cual ha podido hacer uso de la bicicleta.

Todo esto significa, además, que ha disminuido el temor que tenía de que su odio y sus deseos destructivos lograran un efecto verdadero. El reloj que «sigue su camino», aunque lentamente, representa su pene, el cual ahora ve más pequeño y menos potente, pero siente que no está dañado. Aunque parece poder ahora aceptar mejor que es solo el órgano genital de un niño, tiene sin embargo confianza de que en el futuro se convertirá en el de un hombre. Poner en hora su reloj, de acuerdo con el de ella, significa que cree que entonces se podrán entender los dos y tenerla de amiga, dentro de sí mismo.

Richard empieza otra vez a manipular el reloj, y dice con mucho sentimiento: «¿Es necesario que nos separemos?». Tras lo cual se dirige al jardín, mira el cielo y dice en voz baja y con emoción: «Está divino». De vuelta en la habitación se pasea por ella, encuentra el martillo y golpea el suelo con fuerza. Mientras lo hace, menciona que el canario que le queda va a volver a casa, cosa que está deseando que ocurra. (El animalito estaba en casa de la niñera, la cual, como dije anteriormente, vive con su marido en el vecindario y le ve a menudo).

M. K. interpreta que al golpear con el martillo ha tratado de abrir el suelo, sacar de dentro de este a los bebés muertos, y encontrar a aquellos que estén vivos: el pájaro que vuelve a casa.

Richard se dirige al piano, puesto de cara a la pared, y que tiene colocados encima varios objetos, y dice que le gustaría tratar de tocar. En el transcurso del análisis lo ha mirado ocasionalmente, pero hasta ahora lo ha abierto una sola vez para tocar unas cuantas notas (sesión número cinco). Trata de abrirlo, y le pide a *M. K.* que le ayude a moverlo y a sacar las cosas que se encuentran sobre la tapa. *M. K.* hace como él se lo pide. En uno de los ángulos del piano hay una bandera británica, y Richard dice que la va a vigilar; quiere con ello significar que no se caiga. Al principio toca con un solo dedo y de manera muy insegura; luego se detiene, y dice que el piano está lleno de polvo. ¿Le puede ayudar a limpiarlo? *M. K.* lo hace así, y una vez más Richard trata de tocar, pero comenta con voz triste, que se ha olvidado de todas las sonatas que antes sabía. Entonces trata de tocar otra cosa; busca una silla, se sienta, y toca algunas armonías que inventa, mientras comenta, en voz baja, que antes solía hacer esto muy a menudo. Al cabo de un rato le pregunta a *M. K.* si le gustaría a ella tocar algo, cosa a la cual *M. K.* accede. Richard se pone muy contento, se sienta él una vez más y tratando de tocar de nuevo algunas armonías, dice en un susurro que cuando llegue a su casa sentirá un gran placer en volver a

tocar. Luego abre la parte superior del piano, y pide a *M. K.* que toque algunas notas mientras que él mira «adentro». De repente, tomando conciencia de la palabra que acaba de emplear, la mira de manera significativa y dice: «Otra vez el interior». Tras lo cual, golpea el teclado con el codo y pisa los pedales con fuerza. Coge después la bandera, se envuelve en ella y canta vigorosamente el Himno Nacional. Tiene la cara sonrojada y da gritos, tratando de contrarrestar mediante la lealtad, el enfado y la hostilidad que al mismo tiempo siente.

Después mira a través de la ventana, y al ver al anciano de la casa de enfrente dice: «Ahí está el oso». Tras un silencio pregunta si ha pasado el Sr. Smith. Aunque hasta este momento apenas ha prestado atención a los transeúntes, ahora está tenso y lleno de sospechas, y se pone a vigilarlos.

M. K. interpreta que él mismo se ha dado cuenta de que el piano representa el interior de ella, y que el tocarlo significa introducir el pene dentro de su órgano sexual y acariciarla como antes acarició el reloj. De esta manera siente que resucita a los bebés que ha matado, pues las moscas negras ahora están representadas por las teclas negras del piano. Los lindos sonidos que las teclas emiten, representan en cambio las voces de los bebés que tanto le gustan y a los cuales se ha referido ocasionalmente llamándoles «ricos». El hecho de que tanto su reloj como el de ella estén marchando bien, significa que tanto ella como mamá siguen vivas y que están con sus bebés dentro de él. Pero entonces ha tenido miedo del Sr. K., del Sr. Smith y del «oso» de enfrente (en realidad, del papá malo) y se ha puesto a vigilarlos como antes vigiló la bandera. El, por su parte, se siente vigilado tanto por el papá hostil externo como por el que se encuentra dentro de mamá. Por esto en un momento determinado dejó de tocar y empezó a golpear el piano con el codo, pues empezó otra vez la pelea dentro de ella y de mamá. (En cuanto *M. K.* interpreta esto, la inquietud del niño disminuye y parece menos ansioso por vigilar la calle).

M. K. continúa entonces interpretando. Dice que también teme sentir que cada vez que toca el piano se despiertan en él sentimientos dolorosos. El piano, al que ama en realidad, pues ha dicho que será un placer volverlo a tocar en su casa, representa a mamá, querida pero silenciosa. Constantemente tiene miedo de que este se muera (nota II) y este temor es ahora mayor a causa de los peligros de la guerra, y del miedo que también tiene de que las bombas la destruyan a ella cuando vaya a Londres.

Richard pide a *M. K.* que le ayude a poner el piano donde estaba antes. Luego abre su maleta y escribe en su diario las cortas notas que redacta

habitualmente: que ha estado con *M. K.*, que ha jugado con ella, que la R.A.F. ha llevado a cabo un ataque. Después le enseña lo que ha escrito.

M. K. interpreta que al hacer estas anotaciones no ha escrito sin embargo dos cosas que para él son muy importantes: que la noche anterior anduvo en bicicleta por delante de su casa, gustándole el paseo, y que por primera vez desde hace mucho tiempo ha tratado de tocar el piano, lo cual le ha dado mucho placer y mucha esperanza. Si no ha mencionado estos hechos en su diario, ello se debe a que, aunque para él son muy importantes, tiene mucho miedo también de que se conviertan en cosas malas, pues no confía en la bondad de sus propios sentimientos. Además, aunque considera que su diario es secreto y solo se lo enseña a ella, en realidad no escribe en él nada verdaderamente privado, a pesar de que le gustaría hacerlo y que por esta causa es por lo que lo llama secreto.

Richard enseña a *M. K.* unas fotografías que ha tomado. Entre ellas hay un paisaje con una puesta de sol, en el cual el cielo está cubierto de nubes. Con especial énfasis comenta que esta fotografía le gusta mucho y que se ven muy bien las nubes que hay en ella**[1168]**, tras lo cual dice que le gustaría sacar una foto a *M. K.*, cosa a la cual esta accede. De repente se encuentra con un negativo al que califica de «fracaso»; entonces pide a *M. K.* que le preste su navaja, y cada vez más agresivo, lo corta en pedacitos pequeños; algunos de estos se los mete en la boca, los escupe después, y se pregunta si estarán envenenados. También hace una señal en la mesa con la navaja.

M. K. interpreta que el «fracaso» se debe a que teme que al sacarle la foto, la incorpore dentro de sí no como amiga, sino como enemiga, por contener ella al genital-papá malo y venenoso. Por otra parte, el cortar el negativo en pedacitos, demuestra que también teme a sus propios deseos devoradores y ávidos, por lo cual tiene miedo de no poderla guardar en buen estado. La foto simboliza incorporarla a ella dentro de sí, cosa que se ve en el hecho de haberse metido en la boca parte del negativo, al que luego ha tratado de sacar fuera, escupiéndolo. El «fracaso», además, estaba guardado en el mismo sobre que la foto del paisaje que tanto le gusta, y que representa a la mamá buena. Esto le hace temer que si corta y destruye el genital de papá que está dentro de mamá, y el genital-Hitler malo que está dentro de ella, también ellas dos pueden ser dañadas. Al hacer la marca en la mesa (que a menudo ha representado a *M. K.*) está demostrando que duda poder mantenerla libre de daño…

Durante esta sesión, en diversas ocasiones, Richard ha martillado el suelo con mucha fuerza y vertido mucha agua en la cocina. Antes de marcharse,

pregunta a *M. K.* si va a ir a la tienda de comestibles, y parece aliviado al oír que no. En el camino de vuelta está silencioso, pero no parece sentirse triste. Menciona entonces que ha estado averiguando cuál es la cobradora que le va a tocar en el autobús (ese día se va a su casa) y que está contento porque no es la que le hace ponerse de pie. De todas maneras este problema parece preocuparle menos de lo que hasta ahora le ha preocupado[1169].

Notas de la sesión número ochenta y uno.

I. Teniendo en cuenta que la próxima interrupción del análisis en conjunción con la enfermedad de su padre, mantienen a Richard en una situación de gran tensión, es sorprendente que haya logrado hacer lo que ha hecho. Al principiar el tratamiento tenía miedo de salir solo, aun de día. Ahora, en cambio, es capaz de pedir prestada una bicicleta y de salir con ella al atardecer. También demuestra que es capaz de controlarse, en el hecho de pasar por delante de mi casa sin intentar, sin embargo, verme.

II. Se hace evidente que la inhibición de Richard para tocar el piano se debe a que este se ha convertido en el símbolo del interior de su madre y de una relación sexual con ella; además no me cabe duda de que también está relacionado con fantasías masturbatorias. La pena que siente por haber dejado la música que tanto le gusta está además relacionada con el piano silencioso; es decir, el piano por él abandonado, que representa a su vez a la madre abandonada y silenciosa, es decir muerta. Al tocar el piano puede volver a esta a la vida; pero al mismo tiempo, tiene miedo de expresar el deseo de relacionarse sexualmente con ella y ser castigado por su padre. Este ejemplo sirve para esclarecer algo el origen de la inhibición de las sublimaciones.

Sesión número ochenta y dos (viernes)

Me faltan las notas detalladas de esta sesión, pero me ha sido posible hasta cierto punto reconstruir la esencia de lo acontecido en ella, basándome en parte en mis recuerdos y haciendo ciertas deducciones del material de las sesiones precedentes y de las que le siguen.

Richard se encuentra en un estado de gran ansiedad y resulta muy difícil controlarle. Martilla el suelo con mucha fuerza y derrama mucha agua en el suelo de la cocina. También corta la mesa con su cuchillo. Aunque mucho de esto también lo ha hecho en la sesión ochenta y uno, los sentimientos claramente violentos que se dan tras haber tocado el piano, están sin embargo controlados hasta cierto punto. Ahora, en cambio, se expresan con mayor fuerza. En esta sesión pide una vez más un cambio de horario, pero *M. K.* no se lo puede hacer. Esto le hace sentir un gran resentimiento, además de rabia y desesperación; y se pone tan violento que *M. K.* se ve obligada a detenerle y en un determinado momento llega a impacientarse con él, reacción esta que, por no ser usual, le asusta mucho.

El contenido de su maleta representa un papel importante. Ha comprado una langosta para llevarla a su casa, la cual, durante la sesión, se revela como objeto dudoso. Primero se refiere a ella diciendo que es un alimento deleitable y dice que está deseando comérsela, pero al final se pone furioso con ella y la ataca violentamente con el cuchillo.

M. K. interpreta entonces que la langosta está relacionada con el pulpo de las primeras sesiones, que él, ella y mamá contienen. Cuando martilla el suelo, quiere con esto abrirlo para sacar de dentro de mamá el pene malo del padre, y también expresa la desconfianza y el enfado que siente hacia su analista, la que se ha convertido en su mamá «bruta», particularmente tras haber hecho un gesto de impaciencia.

Sesión número ochenta y tres (sábado)

Richard espera una vez más en la esquina, y solo mira furtivamente a *M. K.* Esta le dice entonces que ha podido, después de todo, arreglar el horario que le pidió; pero aunque Richard parece ponerse contento, sigue sin mirarla. Comenta entonces que tiene planeada una «excursión». Va a ir con John Wilson y con el amigo de este a escalar una de las montañas más altas.

Una vez en la habitación, abre su maleta y dice que la langosta ha desaparecido, pero en seguida agrega que es mentira, pues aún la tiene guardada junto con las fotografías, la máquina de sacar fotos y otras cosas.

M. K. le indica que apenas se atreve a mirarla a ella, y que parece estar aterrado por lo que pasó la sesión anterior. Probablemente cuando ella se impacientó con él, sintió que se transformaba en la «bruta malvada».

Richard dice entonces sarcásticamente. «Hitler dijo: "Mi paciencia ha terminado"».

M. K. interpreta que en su mente ella se ha transformado completamente en Hitler. Como siente que ella tiene a Hitler adentro, trata de romper el suelo y cortar la mesa, para cortarlo así a él. Lo que dijo de la langosta en la sesión anterior, demuestra que siente que este animal se encuentra dentro de sí mismo y dentro de *M. K.* y que está asociado con el papá-pulpo. Al mismo tiempo desearía que la langosta fuera un genital bueno y comestible, pero tiene grandes dudas sobre su bondad y por esto acaba de decir que ha desaparecido, a pesar de estar aún en su maleta. El que la langosta esté guardada junto con la linda fotografía, significa que tiene dentro de sí tanto a la mamá buena como al genital-papá malo. Por otra parte, al comparar a *M. K.* con Hitler, ha querido decir que ella pretende ser «dulce» y «celeste» cuando se mantiene calma y no demuestra tener enojo alguno; pero que él siempre ha tenido dudas sobre que esto fuera verdad y que siempre ha esperado que se pusiera furiosa igual que su madre cuando él se enfada, la muerde y la ataca. Por esta razón es por lo que tantas veces le ha preguntado, como a mamá, si no le ha herido los sentimientos.

Richard dice que quiere sacar una foto a *M. K.* en el jardín tal como decidieron que lo harían. Le pide que sonría y la mira amistosamente; una vez sacada la foto, le dice que le mire los cordones de los zapatos, para asegurarse de que están bien atados y que no se van a desatar. En este momento está genuinamente amistoso, y menciona con alguna preocupación el hecho de que

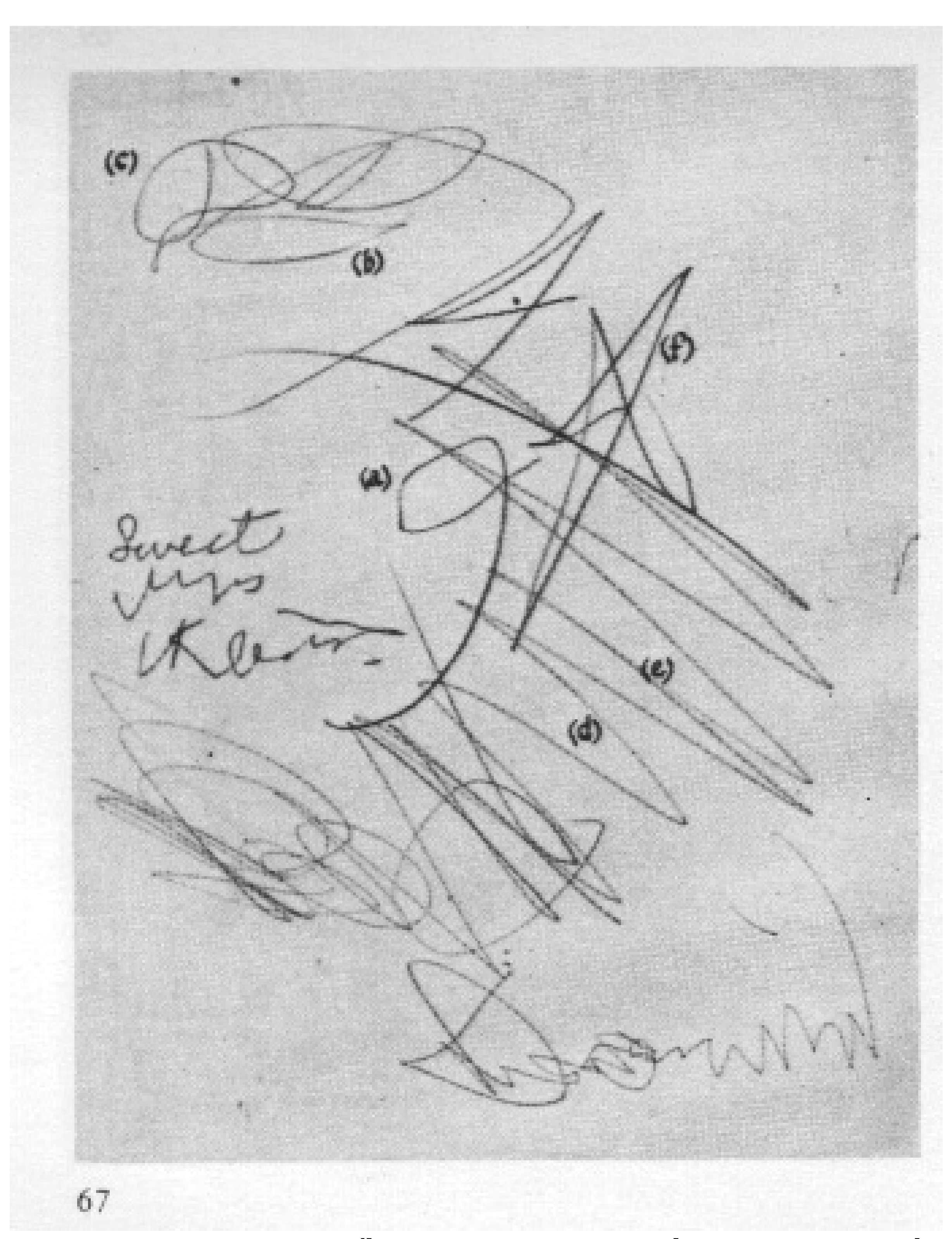
también los extranjeros tengan ahora que alistarse en el país. (Nunca ha llegado a aceptar el hecho de que *M. K.* sea ciudadana británica, a pesar de que lo sabe bien). De todas maneras, esta disposición no puede afectarla a ella, pues está fuera de edad, dice, y añade muy serio y con sentimiento, que además ella tiene que cumplir una labor muy importante, la de cuidar a sus pacientes.

M. K. le mira las lazadas de los zapatos como Richard le ha pedido, e interpreta que está tratando de incorporar dentro de sí a la *M. K.* «dulce», sonriente y «celeste», para guardarla para siempre y a salvo; pero que antes necesita reasegurarse de que realmente es amiga suya.

Richard empieza a garabatear (dibujo 67)[1170], y mientras lo hace se refiere a la *M. K.* dulce, diciendo que se encuentra debajo del garabato.

M. K. le pregunta que dónde está, pues parece estar cortada en pedacitos (nota 1).

Richard contesta que así es, y sin dudar señala la cara que ha dibujado: la cara *(a);* los pechos *(b* y *c)*, las piernas *(d* y *e)* y la V de la victoria (f). De repente, le mira el dedo y le pregunta si le está sangrando (no estaba ni dañado ni con sangre), y finalmente pregunta si la R.A.F. ha llevado a cabo algún bombardeo.

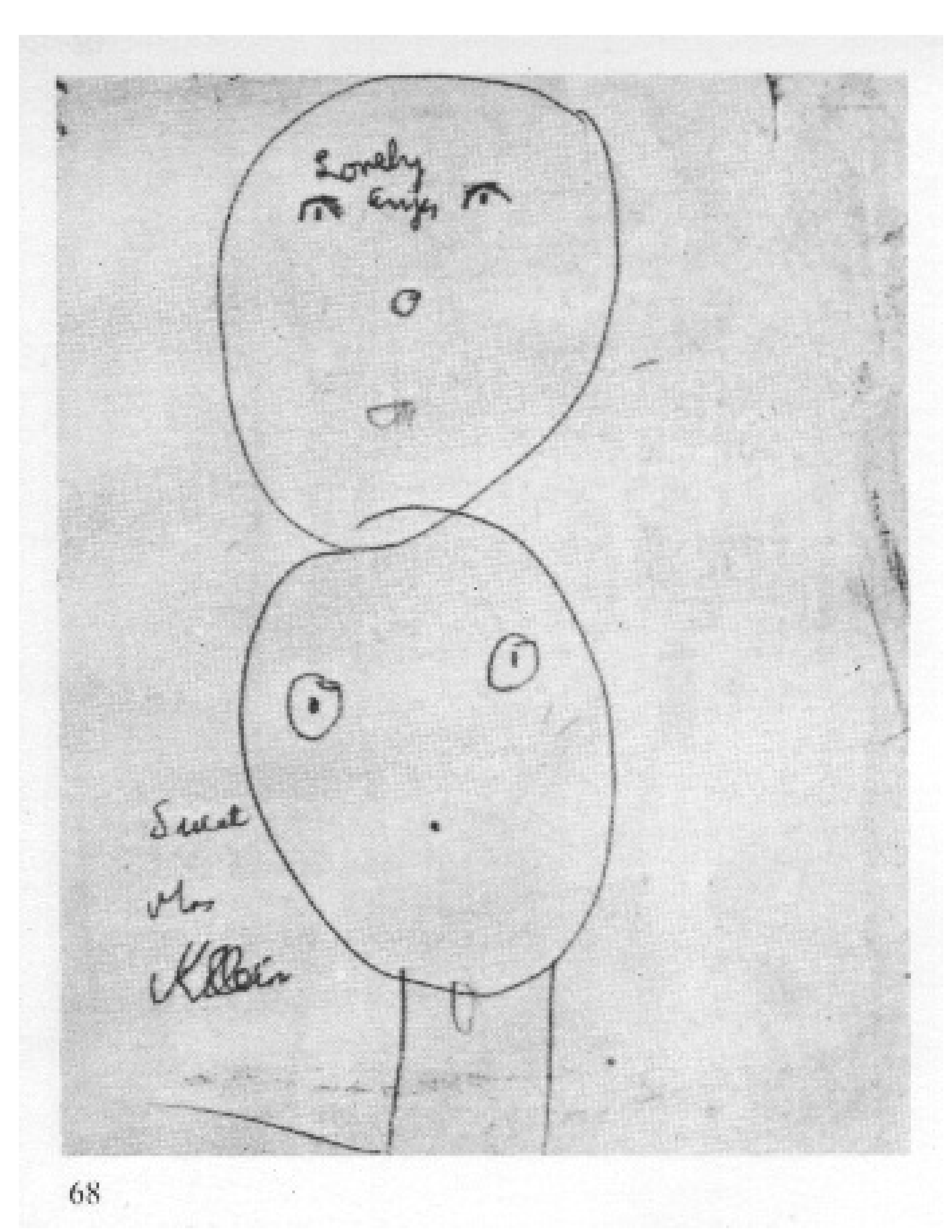


67

M. K. interpreta que él mismo representa a la R.A.F. y que ha bombardeado a la *M. K.*-Hitler alemana hasta dejarla hecha pedazos. Está haciendo como que la quiere y diciendo que es dulce, pero al mismo tiempo siente que triunfa sobre ella, pues está destruida, y por eso ha hecho la V de la victoria. La sesión anterior mostró lo rabioso que estaba por no poder ella arreglarle los horarios como él quería; lo mismo le pasaba al bebé cuando

mamá le retiraba el pecho y él sospechaba que era para dárselo a Paul o a papá. La idea súbita que acaba de tener de que le sangra el dedo, expresa el temor que tiene de que sus pechos hayan estado sangrando por habérselos él destruido a mordiscos.

Mientras *M. K.* habla, Richard hace el dibujo 68. Inclinándose hacia adelante, le mira los ojos y le dice que son muy bellos (lo hace con voz falsa y artificial). Tras esto añade el pene al dibujo y pregunta que cómo se llaman las «partes de arriba» de los pechos (se refiere a los pezones).

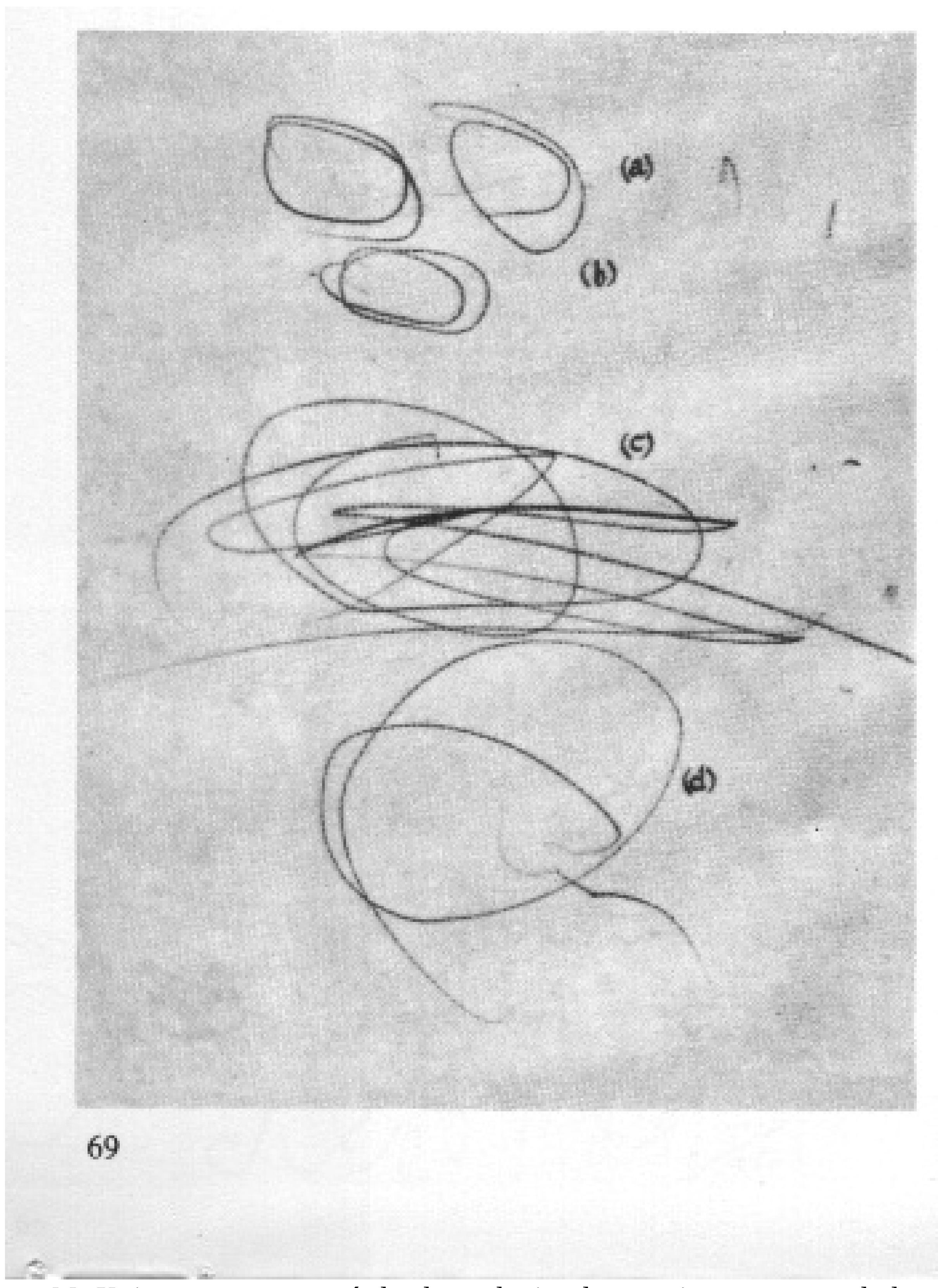


68

M. K interpreta que la barriga que ha dibujado es también una cara —en realidad la de Hitler— que se encuentra dentro de ella, y que el pene que acaba de añadirle parece también ser de Hitler.

Richard se queda sorprendido, pero aunque dice que no se había dado cuenta de ello, está de acuerdo con la interpretación. Entonces hace garabatos en tres hojas más (de las cuales solo reproduzco una, el dibujo 69). El enojo

que tiene se hace cada vez mayor; la cara se le sonroja y los ojos le brillan. De vez en cuando hace rechinar los dientes y muerde con fuerza el lápiz, en particular al hablar de los pechos o cuando dibuja los círculos que los representan. Arranca hojas del cuaderno, y varias veces le pregunta a *M. K.* si ha visto al «buen» Sr. Smith. Pregunta además lo mismo que de costumbre sobre su hijo y su nieto, y también sí puede hablar el austríaco (también esto es muy repetido). Refiriéndose a uno de los garabatos, comenta que es ella, que otra vez está hecha pedazos. En el dibujo 69 indica que (*a*) son los lindos ojos de *M. K., (b)* su nariz, *(c)* su vientre y su pecho, y *(d)* el otro pecho. El tercer garabato es una carta escrita en clave, que el comandante de bombarderos manda al comandante de batallas por haber ganado la Batalla de Gran Bretaña. Esta carta consiste en puntos y rayas y tiene una cantidad de V de la victoria.



M. K. interpreta que está dando a alguien las gracias, y por ayudarle a vencerla y destruirla a ella, que es la mamá extranjera, hostil y «bruta».

Richard no contesta, pero hace el dibujo 70, comentando que la línea de la parte superior *(c)* va dirigida contra ella.

M. K. le hace recordar entonces que en el dibujo 63 hizo una forma similar a la cual llamó banana, y que representaba un órgano genital grande (el suyo y el de papá); en el dibujo de hoy, la línea sale del genital con forma de banana (a) y se dirige contra ella, lo cual quiere decir que la está atacando con su pene. Dentro de la palabra *darling (b)*[1171] también hay una forma de banana, la cual es el papá-genital peligroso que se encuentra dentro de ella y de mamá. La langosta que tiene guardada en su maleta (que es el interior de su cuerpo) le sirve para luchar contra esta mamá mala que contiene a Hitler. Pero, además, este poderoso órgano genital-langosta y pulpo que tiene adentro y que usa en sus peleas, es el comandante de batallas, a quien el comandante de bombarderos le agradece por haberle ayudado, y representa otra parte de su personalidad.

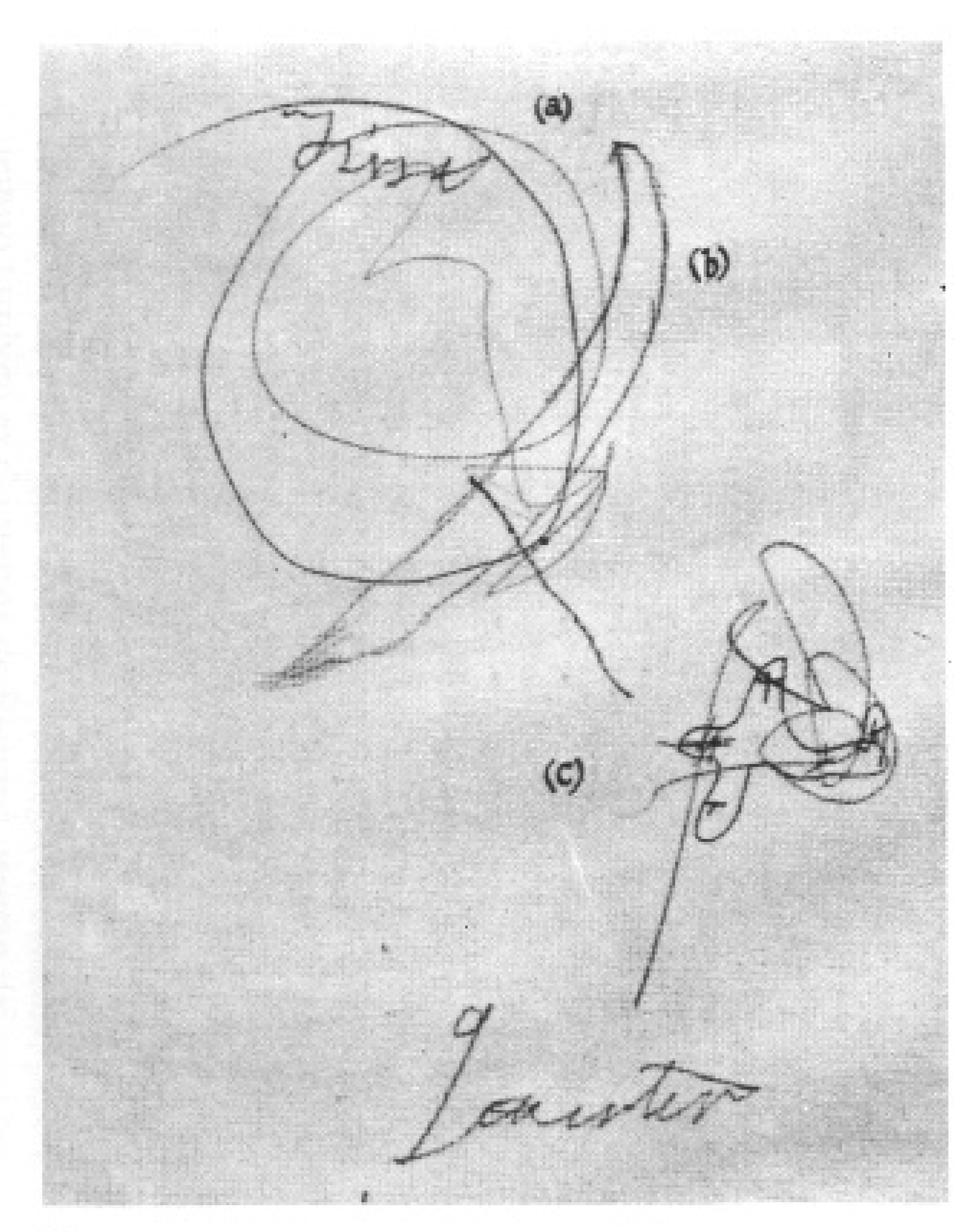
Richard hace otro dibujo, y dice que se trata de *«X»*. Señala un cuadradito pequeño que es la tienda del señor Evans; los otros que están a su lado representan las demás tiendas. Menciona entonces que el señor Evans le ha dado caramelos, y que eran muy ricos. Unas líneas que pasan por delante de la tienda, representan el ferrocarril.

M. K. le pregunta qué son los garabatos redondos que hay al lado del tren.

Richard no contesta.

M. K. entonces le sugiere que se trata de las bombas que ha dejado caer sobre el tren en el que ella va, llevándose los caramelos —el análisis—, los cuales representan, además, a los primeros dulces que probó: los pechos de mamá, los que también ha perdido. Cuando de niño se vio privado del pecho y ahora cada vez que se siente indefenso, se dirige hacia el «buen» señor Smith, o hacia el «buen» señor Evans, quienes representan el atractivo órgano genital de papá. Este órgano sexual le atrae como lo hace la hermosa langosta; pero, como al mismo tiempo odia y envidia el pene paterno, este se convierte en un enemigo situado dentro de sí mismo, y entonces lo usa como una arma hostil en contra de mamá (nota II). Por todas estas causas siente que tanto el amor que experimenta hacia mamá y ella, como el que siente hacia papá y su órgano sexual, carecen de sinceridad, y que él mismo es por ello un «pillo».

Richard hace el dibujo 71, y comenta que es una luna llena (a), un cuarto de luna (b), y un aeroplano *(c)*, desde el cual está él disparando a la luna.



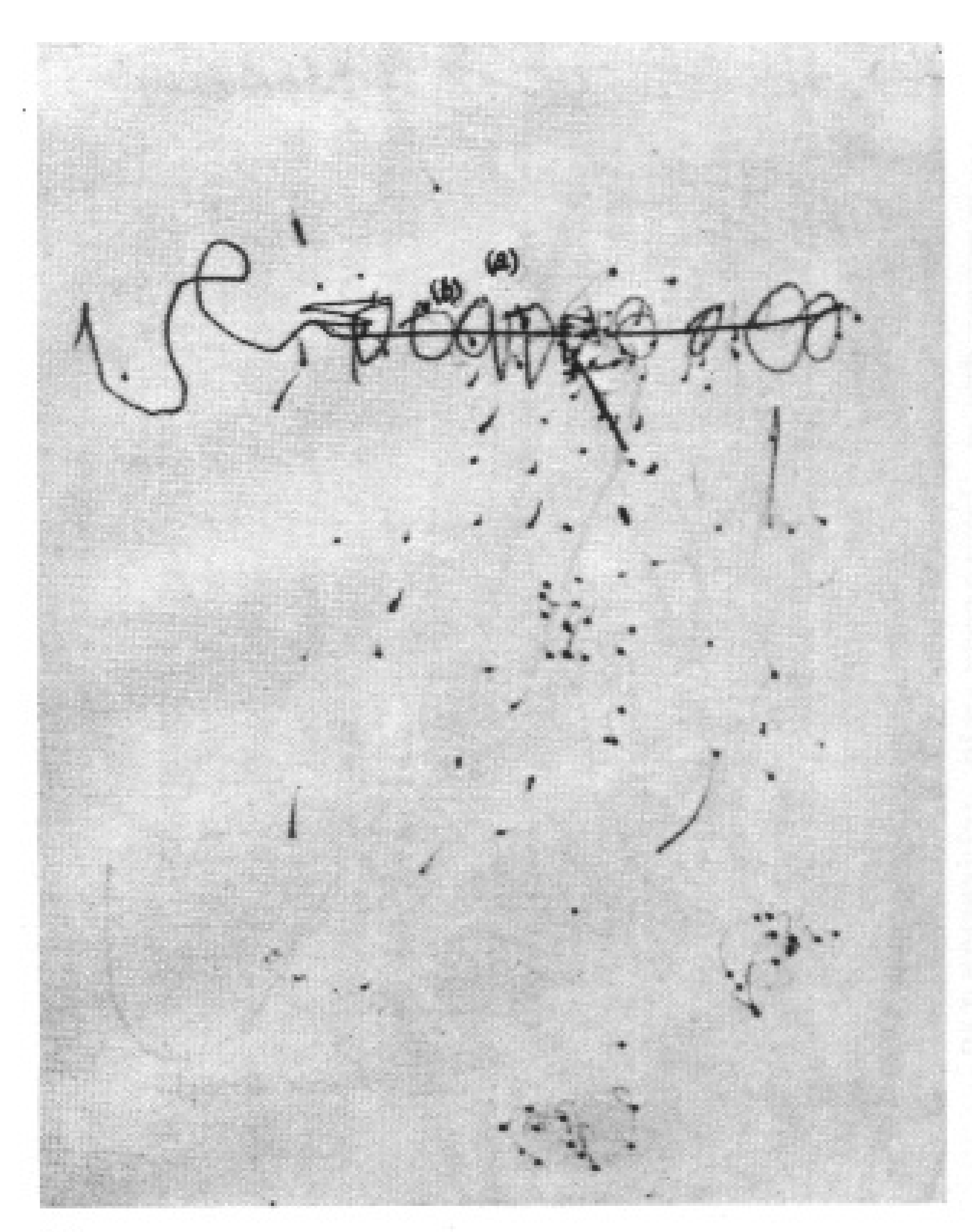
71

M. K. interpreta que la luna es ella, mientras que el cuarto de luna es el órgano sexual del Sr. K. que está dentro de su cuerpo. La luna llena, además, representa su pecho y su vientre, y Richard dispara contra ella y contra el señor K., que están juntos.

Richard está haciendo garabatos y dice que el tren está pasando por una estación.

M. K. interpreta que se trata del pene de papá que está dentro de mamá. Su enojo va siempre dirigido contra la traidora y peligrosa alianza que existe entre sus dos padres, pues cree que mamá contiene dentro de su cuerpo a papá, de la misma manera como ella contiene a Hitler en el suyo (nota III).

Richard hace otro garabato más y comenta: «Este es el tren en que va a viajar *M. K.*». Su rostro expresa creciente rabia y desesperación, y también denotan esto sus movimientos, pues al garabatear marca con violencia muchos puntos en el papel. Luego hace el dibujo 72 y dice que (a) es también el tren donde *M. K.* va a viajar, y que las diversas partes de que está compuesto son los distintos compartimientos. Señala aquel en el cual ella está viajando (b), y añade que va a bombardear el tren. Empieza a hacerlo entonces con puntos, y durante un rato evita cuidadosamente marcarlos sobre el compartimiento donde *M. K.* viaja; pero al cabo de un rato no puede seguir controlándose, y en un verdadero frenesí, dice que el tren entero va a ser bombardeado y destruido. Se levanta entonces de un salto, y empieza a dar puntapiés a los banquitos y a pisotearlos. En un determinado momento dice que uno de ellos es *M. K.* Luego coge el extremo de un pesado palo que pertenece a la tienda de campaña y lo deja caer en el suelo; golpea los banquitos con el martillo, vuelve a coger el palo y dice que con él está matando al señor Smith, y que también va a matar a Hitler.



72

M. K. le pregunta dónde se encuentra Hitler en el momento de disparar contra él.

Sin dudar un instante, Richard contesta que en el lugar donde ella se encuentra en este momento.

M. K. interpreta entonces que los banquitos son su hijo, su nieto sus pacientes, a los que él está disparando y matando por irse *M. K.* con ellos. Añade, además, que la desesperación que tiene se debe también al miedo de

que sea realmente bombardeada en Londres, sin que él pueda remediarlo. Y como siente que no puede hacer nada para salvarla, la tiene que atacar y destruir (nota IV), para destruir en realidad al papá-genital malo que hay dentro de ella.

En ese momento, la actitud de Richard cambia de una manera sorprendente. Se dirige a la cocina, elige dos cubos blancos, saca agua, y dice que está tomando leche, y que esta tiene un aspecto muy bueno. Luego se queda mirando a *M. K.* mientras esta los vacía —no los ha llenado del todo—, y le pide que vaya afuera con él. Allí mira a su alrededor, salta desde los escalones y cae en medio del cantero de las verduras, pero no daña las plantas; tiene una expresión completamente compuesta y amistosa.

Al marcharse se refiere a la cobradora de autobús con quien va a viajar: se trata de la que a él le gusta, y no la que ordena que cedan el asiento los poseedores de medio billete. Aunque menciona la posibilidad de que el autobús esté repleto, no parece que esto le preocupe mucho. Luego pregunta si el hombre de la casa de enfrente (el «oso») es el mismo «viejo gruñón» al que tanto le gustaría ver. Anteriormente, mientras se encontraba en pleno ataque de rabia, apenas miró hacia afuera.

Notas de la sesión número ochenta y tres.

1. Las razones por las cuales hago estas preguntas, obedecen a dos causas: en primer lugar, al mirar el dibujo se me ocurrió pensar que por hallarme debajo tenía que estar cortada en pedacitos. Además, el estado de ánimo de Richard durante las dos últimas sesiones, en las cuales expresó la necesidad de cortarme en pedazos cuando trató de romper el suelo (los ataques uretrales cada vez mayores los expresó al derramar más agua de la que acostumbra) me hizo sentir que había hecho una regresión que le llevaba a portarse tal como lo hacen los niños pequeños, los cuates tratan a veces de dibujar una figura completa, sin lograrlo, y esto debido a varias causas complejas: falta de habilidad y de integración, y sentimientos de culpa por sentir que han roto en pedazos a la madre y al pecho.

Pero, además, hay otra causa. Tanto los sentimientos persecutorios como el resentimiento, contribuyen vivamente a que Richard me ataque. Y como se puede ver por su respuesta, siente además que triunfa sobre mí, pues la V de la victoria representa la victoria sobre mitras haberme reducido a pedacitos. Es decir, que en este momento recurre a formas regresivas de ataque, como

son el romper y el morder, y a sus correspondientes ansiedades persecutorias, con el fin de huir de la depresión y la desesperación.

Ya he señalado, hablando en términos generales, que la incapacidad de elaborar la posición depresiva lleva a menudo a hacer una regresión hasta la posición anterior, esquizo-paranoide.

II. Este punto es de gran importancia, tanto para el desarrollo normal como para el anormal; el bebé, en cierta medida, dirige el deseo que tiene del pecho, hacia el pene del padre. Pero si son fuertes el odio, la envidia y el resentimiento sentidos hacia el pecho, entonces la atracción ejercida por el pene lleva al fracaso, tanto de la homosexualidad como de la heterosexualidad, pues el niño transfiere también el odio y la envidia. De esta manera queda perturbada la relación con el padre, al convertirse la homosexualidad en una alianza hostil que le sirve como medio para luchar contra la madre. Si en cambio el niño deja el pecho de esta y se dirige al pene del padre con menos odio y resentimiento, la relación con ambos progenitores se desarrolla de una manera más favorable, y de adulto puede ser capaz de mantener una buena relación, tanto con los hombres como con las mujeres (véase *El psicoanálisis de niños*, capitulo 12).

III. He señalado ya la importancia que tiene la figura parental combinada, la cual entra en operación desde los primeros estadios del desarrollo *(El psicoanálisis de niños;* véase también la nota 1 de la sesión veinticinco). Esta figura se ha mantenido en la mente de Richard con gran fuerza, indicando con ello que todavía persisten en él las ansiedades y fantasías más tempranas; y además se ha convertido en una fuente muy importante de sentimientos de desconfianza, dirigidos tanto hacia sus padres, como hacia todos los hombres y mujeres en general. Existe una conexión entre la fuerza que adquiere en la fantasía del niño la figura parental combinada, y la fuerza con que ha internalizado a un padre-órgano genital peligroso y traidor, que es el que le lleva a sentir la existencia de una alianza contra la madre.

IV. La noche anterior hubo una transmisión de la B.B.C. sobre la Batalla de Gran Bretaña, y fue esta la que sirvió de estímulo para que Richard escribiera la carta en la que uno de los comandantes le da las gracias al otro. Por otra parte, el miedo y la preocupación que siente por los peligros que me esperan en Londres, se encuentran evidentemente incrementados por las noticias que llegan sobre nuevos ataques aéreos. Se hace evidente que la incapacidad que siente para arreglar o revivir a sus objetos dañados o muertos hace que estos se conviertan en perseguidores. El fuerte sentimiento de culpa que vivencia a causa del odio y de los celos peligrosos que siente le hacen

sentirse responsable por la muerte que espera le sobrevenga a su analista; y como la tristeza y la culpa que esto le ocasiona se le tornan inaguantables, aumenta más todavía el odio y la persecución correspondiente. Al mismo tiempo, trata de construir internamente y de preservar a la madre buena (la fotografía que me saca) y es llamativo ver cómo la esperanza de lograr esto, que se refiere al objeto bueno internalizado, está totalmente disociada de la actitud que toma frente a mí como objeto externo, cuando empieza a garabatear con una rabia cada vez mayor. (En «Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos», 1935, llegué a la conclusión de que la agresión y la ansiedad persecutoria pueden incrementarse, con la finalidad de evitar así la depresión: regresión de la posición depresiva a la esquizo-paranoide).

La preocupación porque yo tuviera que alistarme es auténtica. Pero inmediatamente después de expresada, Richard da rienda suelta en sus dibujos a la agresividad que siente contra mí, a los consecuentes ataques dirigidos también contra mi familia y mis pacientes, y a la rabia que le causa que yo le deje. El equivalente de estos sentimientos, expresados gráficamente, hubiera sido hacer una rabieta, a las cuales era muy propenso de pequeño. Creo que las rabietas siempre contienen además cierto grado de desesperación, pues mientras dura el ataque de rabia, el niño siente que está destruyendo en forma irreparable a la persona amada, y en particular a la que tiene internalizada. Llama la atención cómo tras darse este material, la actitud de Richard cambia completamente. He comentado ya la manera en que disocia el amor y el odio, y las situaciones internas y externas, como, por ejemplo, cuando trata de preservarme externamente y en cambio me destruye en el exterior. En el lapso de la sesión en que dibuja lleno de rabia y desesperación, trata al mismo tiempo de seguir sintiendo algún amor por mi como objeto externo; pero llama la atención la manera artificial y carente de sinceridad con que se expresan entonces sus sentimientos amorosos. En efecto, al mismo tiempo que habla de la «dulce» *M. K.* y se refiere a mis «lindos ojos», etc., me destruye en el papel y de igual manera, habla de la «hermosa» langosta, a pesar de que se le ha hecho evidente que la considera un objeto peligroso y sospechoso. Esta forma de expresar el amor hacia mí es muy similar a la manera sarcástica con la que, de acuerdo con su madre, se comporta hacia algunas mujeres, pues aunque delante de ellas es muy complaciente y hasta adulador, luego se burla cuando no están presentes. Yo nunca había visto a Richard tan falto de sinceridad al expresar su cariño hacia mí, como en esta sesión; y esta insinceridad está asociada con material referente al pene

internalizado por la madre y por él mismo. Primero dice, en efecto, que la langosta que tiene en la maleta es un objeto bueno que él codicia; pero muy pronto sospecha de ella y la odia, y se convierte en un arma peligrosa que usa contra la madre odiada, que además contiene al padre malo, a pesar de que al mismo tiempo hace como que la ama. Creo que este proceso es importante para la formación del carácter en general. La necesidad de apaciguar a la madre, a la cual el hijo siente que ha robado el pene bueno del padre, y la alianza con el padre interior en contra de ella, tienden a llevar a una falta de honestidad y sinceridad inconscientes. El amor de Richard es genuino cuando su actitud predominante es la de protegerme del padre malo, o cuando él mismo se siente perseguido por el padre interior y espera que yo le proteja. Pero se hace artificial y carente de sinceridad, en cambio, todas las veces que siente que posee el pene poderoso, con el cual se alía de manera hostil y peligrosa en contra de mí. En esta situación, también es profundamente insincero con el padre, pues el pene internalizado que anhela, por considerarlo un objeto bueno, se transforma en uno malo cuando el padre se convierte en un aliado hostil suyo, y va contra la madre.

Sesión número ochenta y cuatro (lunes)

Richard está esperando en la esquina, con aspecto vencido y deprimido. Comenta que la excursión planeada no se va a hacer después de todo (ver sesión anterior), porque John Wilson se opone a ella. Está muy desilusionado a causa de esto, y se queda en silencio algún tiempo tras haberse sentado en el cuarto de juegos. Después mira a *M. K.* de manera suplicante y le dice que no quiere oír más cosas desagradables; al mirarse la muñeca, descubre que no ha traído su reloj. Mira entonces otra vez a *M. K.* y le dice que la quiere mucho y que le gustan sus ojos. Hace una pausa y agrega que la langosta estaba horrible: se comió un pedazo de ella, pero tuvo que escupirlo; repite una vez más que era horrible. De repente, apoya por un momento la cabeza sobre el hombro de *M. K.* y le dice que la quiere mucho y que tiene puesta una chaqueta muy bonita. Está sin duda luchando con todas sus fuerzas contra la depresión.

M. K. interpreta que se siente muy culpable por los ataques que ha dirigido contra ella en la sesión anterior. En su mente, siente que podrían haber tenido el efecto de matarla, en cuyo caso la hubiera perdido para siempre. Le recuerda a este respecto el tren en el cual la bombardeaba y la destruía, y los otros dibujos hechos en plena rabia, donde estaba cortada en pedacitos. Le sugiere, además, que siente que cuando ella le deje, desaparecerá la mamá buena celeste, y que no podrá mantenerla viva dentro de sí a causa de su enfado y de sus celos. En ese caso, todo lo que le quedaría por dentro sería la langosta, la cual parece ser atractiva y deseable, pero luego se convierte en mala y peligrosa por haberla él atacado con el cuchillo; además, al comérsela, se convierte, aún más en un enemigo interno. La langosta, como antes el pulpo, representa también el órgano genital de su padre, atacado a mordiscos y comido. Y en su imaginación, siente que también *M. K.* tiene a un enemigo así dentro de ella: el órgano genital-Hitler malo.

Richard va a la cocina a sacar agua, y comenta que hay bastante para todos los niños. Llena todos los cubos, pero pronto deja todo sucio, pues la vuelca por el suelo. Esta vez, sin embargo, *M. K.* puede impedir que inunde la cocina, y Richard la mira atentamente para ver si está enfadada o no. También abre todas las puertas del fogón, y mete la mano en el hollín.

M. K. interpreta que está explorando su interior, para ver si está o no llena de «lo grande» malo, que siente que ha bombardeado dentro de ella en la sesión anterior. La cocina, con la suciedad que causó en ella, también representa a su cuerpo, dentro del cual él ha vertido «lo chico». Al mismo tiempo quiere ponerla a prueba, para averiguar si sigue en términos amistosos con él a pesar de todos estos ataques y de haber tenido que limpiar todo lo sucio.

Cuando *M. K.* limpia el piso, Richard vuelve al cuarto y se pone a jugar con el llavero y las llaves de esta, haciendo que la llave más pequeña baile con la mayor, y comentando que se trata de ella y él. Acompaña el baile con melodías agradables que tararea, pero pronto las llaves empiezan a dar saltos, y él se pone a cantar ruidosamente y a hacer muecas. En otra oportunidad se refirió a estas muecas diciendo que le hacían parecerse a Hitler. Ve a dos niños en la calle y los llama «insolentes», pues se encontró con uno de ellos antes y le miró de manera insolente. Después coge el palo de madera y, haciendo un esfuerzo, lo sujeta horizontalmente sobre su órgano genital, tras lo cual lo deja caer y dice que está disparando contra Hitler.

M. K. interpreta que está usando el pene-Hitler *internalizado*, el cual da la impresión de nacer del suyo propio (el palo colocado a través de su órgano sexual), para atacar con él al pene-Hitler malo *externo*, representado por el niño insolente. Tiene muchos deseos de estar a solas con la mamá buena y la *M. K.* buena, y de quererlas a las dos: las dos llaves que bailan juntas en el llavero, representan a Richard dentro de *M. K.* y a esta dentro de él. Pero siente que, de hacer eso, el Hitler malo que está dentro de *M. K.* y de sí mismo, se entrometería y los atacaría, interrumpiendo el baile y el amor de ambos. Lo que más teme, sin embargo, es no poder controlar su propia rabia y el odio que siente, y esto le hace sentirse deprimido y angustiado.

En esta sesión se producen largos intervalos, en los que Richard se queda en silencio. Durante su transcurso a, veces se levanta, anda un poco y se vuelve a sentar; lucha todo el tiempo contra la depresión y contra el enojo. Mientras hace el juego con las llaves parece sentirse más vivaz, pero esto no dura mucho, pues las muecas que hace de Hitler, le demuestran que se siente lleno del padre malo y de su propia agresividad, y de que esto perturba la relación que mantiene con su madre y con *M. K.*

Sesión número ochenta y cinco (martes)

Richard tiene un ánimo amistoso, y comunicativo, y está mucho menos deprimido. Pronto se apodera de las llaves, y ejecuta con ellas varias actividades, al tiempo que habla con *M. K.* La llave grande camina con la más pequeña por dentro del llavero, el cual se mueve con ellas, y dice una vez más que se trata de *M. K.* y él que se van, juntos de paseo. Luego se refiere a los recientes bombardeos de la R.A.F., saca la llave pequeña del aro y la hace caminar sola.

M. K. interpreta que ella y él se van juntos de paseo a Londres, pero que de repente él se asusta de los ataques aéreos y se quiere marchar; por esto es por lo que la llave pequeña se sale y se va sola. Pero, además, está saliendo de dentro de ella, pues el llavero también representa a su cuerpo, en el cual él está metido; y también siente que es su propio cuerpo donde ella está a su vez metida.

Richard menciona que la tarde anterior ha estado andando en bicicleta por todo el pueblo y que tiene planeado, después de todo, para el día siguiente, ir a escalar la montaña con John y su amigo. ¿Podría cambiarle la hora del análisis? Saca entonces la segunda llave del llavero, hace una vez más que las dos bailen juntas y entretanto entona trozos de música clásica (nota 1).

M. K. interpreta que ha sacado las llaves del aro porque desea estar en compañía de ella como objeto externo; las dos llaves que bailan son ellos dos, y expresan además el deseo que tiene de introducir su pene en el de ella (nota II). Todo esto también se puede ver en el goce creciente que saca al andar en bicicleta y al escalar, actividades estas que representan las relaciones sexuales. Las melodías que está cantando demuestran que ahora siente una mayor confianza en que estas relaciones sean buenas y que ni su órgano sexual ni el de ella queden dañados, pues no va a haber pelea alguna (nota III). El ir a escalar la montaña con otros muchachos, también implica compartirla a ella con su familia y con sus demás pacientes, así como también compartir a mamá con papá y con Paul. De esta manera no tiene que pelearse con sus rivales ni en el exterior, ni dentro del órgano genital de mamá.

Richard se ha puesto a mirar a los transeúntes; está más tenso que en guardia. Le cuenta a *M. K.* que casi tuvo un accidente con la bicicleta, pues por poco le atropelló un auto. En él viajaban varios hombres, uno de los cuales le dio un grito para avisarle.

M. K. interpreta que, al principio, creyó que podría tener una buena relación sexual con ella y con mamá, y averiguar cómo son las dos por dentro, pero que en seguida se ha asustado de papá. Cuando con la imaginación introdujo hace un momento su órgano sexual dentro del de ella y exploró su interior y el de mamá, esto le pareció al principio algo agradable y sin ningún peligro, pero ahora la situación parece haber quedado, perturbada por el peligroso señor K. y por papá: el hombre del auto, que por poco le atropella.

Richard responde, entonces, que los hombres del auto eran el señor K., el señor Smith, el «viejo gruñón», Paul y papá. Después pregunta a *M. K.* adónde iba cuando él la encontró la noche anterior: ¿a su casa? ¿Por qué por esa calle precisamente? (En efecto, se encontró con *M. K.* en el pueblo mientras andaba en bicicleta, pero no hizo ningún esfuerzo por detenerla).

M. K. le pregunta adónde le parece que podía ir.

Richard dice que quizás a ver al señor Smith; pero luego recuerda que este señor no vive en esa dirección.

M. K. interpreta que siempre le preocupa el que mamá, a quien le gustaría tener para él solo, no esté nunca sola con él, y que en su imaginación contiene a papá dentro de sí, y nunca sabe de seguro si se trata del papá bueno o del papá malo. En este momento tampoco sabe si *M. K.* contiene el órgano sexual-Hitler, o al señor K. bueno.

Mientras *M. K.* habla, Richard vuelve a meter las llaves en el llavero y las hace mover dentro del mismo.

M. K. interpreta que esto representa la curiosidad que siente por saber lo que hay dentro de ella, y el miedo a los peligros con que se pueda encontrar.

Richard se refiere entonces al viaje en autobús que debe de hacer para irse a su casa. Va a viajar con la cobradora que él prefiere, y aunque parece que todas ellas están obligadas ahora a pedir a los de medio billete que cedan sus asientos si el autobús está lleno, de todas maneras esta es la que más le gusta. Relata entonces cómo se llama cada una y cómo es. En primer lugar menciona a la bonita y después a la que no lo es tanto, aunque tampoco es fea; esta es la que más le gusta. También hay otra que tiene «la cara pintada».

M. K. sugiere que la cobradora que tanto le gusta, representa para él a su niñera. Cuando de niño sentía dudas sobre mamá, y sospechaba de ella, se dirigía a la niñera, la cual entonces no estaba casada y por lo tanto no tenía marido como mamá. La cobradora más linda es mamá, la cual es más bonita que su niñera; pero de niño habla ocasiones en las que quería más a la niñera que a su madre, cosa por la cual luego se sentía culpable.

Richard dice que su niñera es bastante bonita y nada fea. La vio el día anterior al cambiar de autobús camino de su casa, y le dio unos caramelos. (Parece darse cuenta en este momento de cuánto la quiere todavía). Añade luego que *M. K.* no es la cobradora de la cara pintada y que aunque es muy bonita, no lo es tanto como mamá. Tras esto, le pregunta si se siente dolida por lo que acaba de decirle.

M. K. le sugiere entonces que ella puede representar una mezcla de mamá y la niñera.

Richard dice que ha tenido un sueño, asustador pero excitante al mismo tiempo. Y que hace unas cuantas noches, también soñó que dos personas ponían juntos sus órganos sexuales. Entonces se pone a contar el sueño más reciente, gozando mucho con la narración, que relata de una manera muy viva y dramática; en las partes asustadoras adquiere un aspecto siniestro, mientras que una expresión de felicidad y esperanza se refleja en el brillo de sus ojos al llegar a la parte culminante.

Ve a M. K., la cual está en la parada del autobús que sale para «Y», pero el autobús va a otra parte; en el sueño solo va a «Y» una vez cada dos semanas. Cuando llega, pasa de largo sin detenerse. (Aquí Richard emite vivos sonidos como de un autobús que pasa). *Sale corriendo para alcanzarlo, pero el autobús desaparece. Entonces sigue tras él, pero ahora en una caravana, acompañado por una familia muy feliz. El padre y la madre son de edad madura y tienen bastantes hijos, todos ellos muy simpáticos. Pasan por delante de una isla. También viene con ellos un gato muy grande. Al principio, el gato muerde a su perro, pero luego los dos se llevan bien. Más tarde el gato nuevo persigue a su gato de la vida real, pero finalmente también se hacen amigos. Este gato nuevo no es un gato común, pero es muy simpático. Tiene dientes como perlas y es más bien como un ser humano.*

M. K. pregunta si se parece más a una mujer o a un hombre.

Richard contesta que se parece tanto a un caballero como a una dama y continúa: *la isla está en un río. Sobre la orilla de este, el cielo está completamente negro, los árboles también, y la arena tiene color arena, pero la gente también es negra. Hay toda clase de seres: Pájaros, animales, escorpiones, todos ellos negros. Tanto estos seres como la gente, están completamente quietos. Es algo terrorífico.* Y la cara de Richard expresa horror y angustia.

M. K. le pregunta a qué se parece la isla.

Richard contesta: *la isla no es del todo negra, pero sí lo son el agua y el cielo que la rodean. En la isla hay un trozo verde, y la parte del cielo que está*

sobre ella tiene un poco de azul. La quietud es terrible. De repente él grita: «Eh, ahí», y en ese preciso momento todos y todo empieza a vivir. Ha roto un hechizo. Debían de estar encantados. La gente empieza a cantar, los escorpiones y demás seres se vuelven a meter en el mar; todo el mundo está gozoso, todo se vuelve claro y el cielo queda completamente azul.

M. K. pregunta qué le pasó a ella en la parada del autobús.

Richard contesta que estaba medio escondida detrás de alguien.

M. K. pregunta qué clase de persona era ese alguien.

Richard dice primero que no lo sabe; pero luego agrega que cree que *M. K.* se escondía detrás de un hombre.

M. K. le pregunta a quién le recuerda el hombre.

Richard dice que era alto, y tras una pausa, agrega que se parecía a papá.

Al empezar a contar el sueño, ha empezado también a dibujar[1172]. El dibujo presenta el gato «humano», su perro, el gato que tiene ahora, la gente negra y quieta, los árboles negros, la isla y el camino por el cual viaja la caravana. En el momento de contar cómo la gente de la isla vuelve a la vida, pide a *M. K.* que le alcance la bolsa de los juguetes y saca antes que nada el tren eléctrico. Mira entonces los dos vagones, los da vuelta y los engancha juntos. Después saca el columpio y lo pone en marcha, tras lo cual lo coloca sobre el tren, hace mover este, baja el columpio y lo hace hamacar otra vez. Luego forma el tren de carga con todos los vagones que puede encontrar… Finalmente pregunta a *M. K.* si no puede realmente venir a verles a él y a su familia a «Y». Tiene que venir a conocer el lugar. Le gustaría que fuera con él, por lo menos parte del camino, y así le podría indicar el lugar donde cambia de autobús. ¿No va a venir a visitarlos nunca? ¿Por qué? Sería muy lindo si pudiera venir y conocer también a papá. Y al decir esto, lo hace con gran sentimiento.

M. K. interpreta que el tren al que ha añadido todos los vagones que ha podido encontrar (cosa que no ha hecho nunca antes), significa que ella y sus hijos se han convertido en parte de su familia. Esto está representado en el sueño por la familia feliz que va en la caravana y con la cual él viaja. También significa que tiene dentro de sí a toda la gente a la que ama, y que todos están en armonía entre sí.

También está incluida su niñera, quien hasta su casamiento formaba parte de la familia; y por esta causa es por la que desea que ella vaya con él por lo menos hasta el pueblo donde la niñera vive, camino de «Y»; para que las dos se puedan ver otra vez, antes de que ella se vaya a Londres. En el sueño se ve, además, que en una parte de su mente existe una familia feliz y unida,

mientras que en otra parte, separados de la primera, existen gente negra y animales, y grandes escorpiones que representan «lo grande» y los órganos genitales. Esto significa que dentro de si mantiene separados a los buenos de los malos, y además que cree que también ella tiene dentro de su cuerpo a gente negra por haber él introducido en ella «lo grande» cada vez que se enfada o tiene celos. El fogón lleno de hollín, la ha representado a menudo a ella, mientras que la limpieza que de él hace significa sacar de su interior y del de mamá todo lo malo: «lo grande» peligroso, los bebés y el órgano genital negro. Pero durante el sueño también da vida a estos seres malos y muertos, los cuales entonces se hacen de color claro y el cielo se torna azul: la mamá celeste. El día anterior, el agua representaba la leche que él sacaba, no solo para sí mismo, sino también para dársela a los otros niños a quienes quería alimentar, mantener con vida y amar (nota IV). Al jugar hoy, como en otras ocasiones, los dos vagones del tren eléctrico simbolizan los pechos de mamá, mientras que poner al niño del columpio sobre el tren, expresa que lo está alimentando.

El deseo de juntar a su familia con la de *M. K.*, implica, además, no separarse de ella, y por lo tanto poder evitar el miedo, el odio y los celos que ahora siente. Y de esta manera siente que podría preservar a la mamá y a la *M. K.* internas.

Tras haber relatado el sueño, el humor de Richard cambia de una manera muy llamativa. Durante un tiempo parece que persisten en él los sentimientos vivenciados durante el sueño, y goza al describir este de una manera tan viva. Dice, además, que se lo va a contar a todo el mundo, y da la impresión de sentir que ha hecho una hazaña. Pero pronto abandona el juego con el cual ha acompañado el relato, desaparece el brillo de sus ojos, cobra un aspecto deprimido, distraído, y da la impresión de no estar escuchando las interpretaciones que se le hacen. También se pone inquieto y parece perseguido.

M. K. interpreta que siente miedo de no poder, después de todo, hacer revivir a toda la gente negra y mala, para convertirla en buena, tal como lo ha hecho en el sueño. Y que se preocupa tanto más, cuanto que la sesión se está ya terminando y se va a ir afuera todo el día, y pronto ella le va a dejar. Le recuerda entonces que mencionó además otro sueño al principio de la sesión, y le pregunta de qué se trata.

Richard, que ha estado al lado de la ventana, mirando hacia afuera, se vuelve a poner vivaz, y parece contento de contarlo[1173]. *Ve a dos personas*

que están acostadas juntas. Están fuera de «X», en algún sitio al aire libre. Las dos están completamente desnudas, como Adán y Eva.

M. K. le pregunta si les vio los órganos genitales.

Richard contesta que sí: *que eran enormes y que era muy desagradable verlos*.

M. K. le pregunta cómo eran.

Richard dice que no sabe realmente cómo es el órgano sexual de la mujer, pero que en el sueño los órganos de las dos personas se parecían al monstruo del libro, el cual era tan grande que el hombre de la lámina parecía un enano en comparación con él. (En una ocasión Richard dijo que el monstruo era orgulloso y altivo, y lo admiró por ello). Ahora no agrega nada a esta asociación).

M. K. interpreta que, en su fantasía, los enormes órganos genitales pertenecientes a sus padres son iguales, y que el hombrecito de la lámina, que dispara a los ojos del monstruo, le representa a él, que está tratando de atacar tanto a los ojos como a los genitales de sus padres.

Al finalizar la sesión, Richard echa a rodar una pelotita de un extremo al otro del cuarto, diciendo que se trata del tren de *M. K.* y que ella está adentro. La pelota cae entre unos paquetes que están en un rincón, y Richard dice que son un parachoques, pero se queda en la duda sobre si el tren se ha dañado o no. Después hace rodar una pelota grande tras la pequeña, y dice que se trata del Sr. Smith que está siguiendo a *M. K.*; pero luego se contradice; es él mismo quien sigue a *M. K.* Al llegar a este punto la sesión termina y entonces se refiere a los planes que tiene para la excursión del día siguiente.

Notas de la sesión número ochenta y cinco.

I. Esto sirve para ejemplificar cómo se pasa de una situación interna a una externa: resulta de interés notar que es fácil de reconocer cuando esto ocurre, si se comprenden suficientemente las fluctuaciones que presenta el material. El creciente interés que demuestra tener Richard en escalar y andar en bicicleta, va a la par con la mayor capacidad que tiene ahora para alejarse de la preocupación constante que le causan las situaciones y los combates internos. Como ya lo he señalado antes, es significativo el hecho de que, a menudo, las situaciones externas se colocan en un primer plano solo tras haber sido interpretadas primero las situaciones internas de angustia.

II. Richard muestra en este momento que ha dado un paso adelante en su desarrollo: ahora puede sentir que él y yo, en representación de su madre, podemos estar juntos sin que nos molesten ni su objeto interno ni el mío. Resulta de fundamental importancia que exista un buen equilibrio entre las situaciones y relaciones internas y externas. En el caso de Richard, esto significa que la pareja parental combinada —y los perseguidores internos—, han perdido cierta cantidad de poder, al menos temporariamente, lo cual es un índice de progreso, aunque tengo muy presente que estas modificaciones no están todavía plenamente establecidas.

III. He podido ver a menudo que la música representa la armonía interior; pero en esta sesión, esta armonía se extiende también a lo que Richard siente que es la posibilidad de tener una relación sexual sin pelea. Sin duda, ha disminuido la ansiedad que siente al pensar que, tanto en la relación con el pecho, como en la genital, deba de librar una pelea interna dentro del órgano sexual de su madre, al tiempo que le vigila y le persigue su propio perseguidor interior. Esto le lleva a una armonía externa, representada por el acto sexual placentero y no destructivo, el cual, además, está representado por la posibilidad que tiene en este momento de apreciar la música.

IV. Aquí tocamos una de las situaciones de ansiedad más importantes inherentes a la posición depresiva. Si Richard se siente lleno de objetos atacados y por lo tanto malos (como, por ejemplo, las moscas atacadas y peligrosas y la langosta), así como también de excrementos peligrosos y de impulsos destructivos, entonces siente que también los objetos buenos que tiene dentro de sí se encuentran en peligro. Como en los estados de gran ansiedad, esto significa para él sentir que todo lo de su interior está muerto, trata de dar solución a estos problemas, sacando afuera los elementos malos y peligrosos (el hollín). En cambio, cuando se siente más seguro recurre, como lo hace en el sueño, a revivir y a mejorar los objetos malos. Es de interés ver que la isla no es del todo negra, sino que tiene una mancha verde y un poco de cielo azul en el centro. Este centro de bondad que le permite seguir teniendo esperanza, representa el pecho bueno, a la analista buena y a la niñera buena, además de los padres buenos que se encuentran en armonía entre sí. Y desde este núcleo puede surgir la vida y la reparación.

El juego con el tren y con el bebé del columpio muestra que el bebé bueno también representa la posibilidad de volver a adquirir y a preservar la vida. (Como ya mencioné antes, a Richard le gustan muchísimo los bebés, y a menudo pide a su madre que tenga uno. Cuando esta le contesta que es demasiado vieja para hacerlo, responde que eso es una tontería, que

naturalmente que los puede tener; no cabe la menor duda de que piensa lo mismo de su analista).

Creo que la condición fundamental para que pueda desarrollarse el yo, es que el pecho bueno sirva de núcleo a este. Richard siempre ha creído en la mamá celeste, coexistiendo la madre idealizada con la madre persecutoria y sospechosa. Sin embargo, esta idealización está basada en el sentimiento de haber internalizado hasta cierto punto un objeto primario bueno, y ello es lo que le sirve de apoyo en todas las situaciones de ansiedad. En el momento actual del análisis, se ha incrementado visiblemente la capacidad de Richard para integrar su yo y para sintetizar los aspectos contrastantes de sus objetos; de igual manera, es más capaz, en su fantasía, de mejorar los objetos malos, y de dar nueva vida y recrear los objetos muertos. Todo esto está asociado, a su vez, al hecho de que el odio se encuentre ahora más mitigado por el amor. En el sueño, Richard puede además juntar a sus dos padres de una manera armoniosa.

Estos procesos, sin embargo, no se han llevado a cabo de una manera completamente satisfactoria, cosa que el niño demuestra cuando en el sueño yo quedo escondida detrás del hombre; este hecho representa, en efecto, las dudas que tiene sobre la posibilidad de que la unión de los padres pueda ser realmente buena. (Lo cual indica una vez más la presencia de la figura parental combinada).

Sesión número ochenta y seis (miércoles)

Richard y *M. K.* se encuentran en la esquina. El día está muy ventoso y frío, cosa sobre la cual Richard hace un comentario. También dice que es una hora muy poco usual para encontrarse. (*M. K.* le dio una hora bastante avanzada de la tarde, a causa de los planes que tenía para pasar el día). Finalmente no fueron a la montaña a causa de la lluvia, pero en cambio, John y él estuvieron de visita en casa del amigo de John. Pregunta a *M. K.* si le importa verle a esta hora, pues generalmente no ve a ningún paciente tan tarde, ¿no? Pero no espera respuesta. Agrega, en cambio, que ha visto los restos de un avión británico que se ha estrellado en la ladera de la montaña, matándose el piloto.

M. K. dice que si está tan preocupado por la posibilidad de haberle causado un inconveniente, ello se debe a que el avión estrellado le preocupa mucho. Tiene miedo de las cosas malas que pueden sucederle y se siente culpable, pues teme que sean por culpa suya. Cada vez que está enfadado y frustrado demuestra que desea que la bombardeen en Londres, y luego siente mucha ansiedad por lo que pueda ocurrirle.

Richard, que está chupando y mordiendo el lápiz amarillo, se lo saca de la boca. Está triste y silencioso, enfrascado en un profundo pensar.

M. K. le pregunta si está desilusionado por no haber podido ir a escalar la montaña.

Richard contesta que no le ha importado mucho, pues lo ha pasado bastante bien de todas maneras.

M. K. le pregunta si van a intentar hacerlo algún otro día.

Richard contesta que a lo mejor sí, pero que él entonces no irá.

M. K. le pregunta por qué.

Richard no contesta.

M. K. le sugiere que quizá sea para no tenerle que pedir a ella otra hora por la tarde.

Richard dice que no, pero no lo hace con tono convincente. Repite que no desea ir, pues puede cansarse demasiado. Ha encendido la estufa eléctrica y está encantado con el calor que da. Señalándola, dice que es la mamá buena, que le da un calor muy agradable.

M. K. interpreta que desea mantenerla a ella viva, dentro y fuera de él, en representación de su madre buena; y que cuando siente que irradia calor, tiene una prueba de que está efectivamente viva. Se refiere al sueño de la sesión

anterior, y dice que el trozo verde de la isla y el azul del cielo, indican que siente que dentro de sí guarda una parte de la mamá buena y del pecho bueno, y que ambos están vivos. Le recuerda además los dibujos de los imperios, en los cuales el celeste ocupaba la parte central; y una ocasión en que le dijo que el celeste se estaba extendiendo cada vez más y ganando más países del imperio, el cual representaba su interior y el de mamá. Esta esperanza que siente, es la causante de que el sueño le haya hecho tan feliz.

Richard se muestra vivamente de acuerdo y parece alegrarse con esta interpretación. A ella le gusta que él atienda cuidadosamente a sus interpretaciones, ¿no? Hoy está escuchando muy bien y oyendo cada palabra que ella le dice, cosa que también hizo ayer, agrega. Una vez más, se pone a chupar vigorosamente el lápiz. Dice después que quiere dibujar algo, pero se pregunta qué hacer. (Esto no es usual en él, pues casi nunca duda al empezar a dibujar). Al cabo de un rato dice que ya sabe qué es lo mejor que puede dibujar, y muy deliberadamente, hace al autobús que lo lleva a su casa.

M. K., al ver que Richard no lo menciona, le pregunta por su padre.

Richard contesta que no está muy bien; que está cansado. Pero que en general se está recuperando en forma satisfactoria. Al decir esto tiene un aspecto triste y preocupado. En el dibujo que hace, hay un hombre que se prepara para subir al autobús; también están dibujados el conductor, la cobradora de la cara pintada, y un asiento desocupado situado en el centro del vehículo, que Richard va a ocupar. Un avión vuela muy bajo sobre el autobús y Richard comenta que este último tiene un aspecto endeble. Después se refiere a las tres cobradoras, diciendo esta vez que le gustan las tres, pues las tres son muy buenas con él. Menciona además a la más bonita de ellas, repitiendo que ella también es buena.

M. K. se refiere a una interpretación anterior, en la cual le dijo que las tres cobradoras representan a su madre, a la niñera y a ella misma. Quiere que las tres sean amigas y le gusta pensar que son buenas con él, particularmente ahora que está triste y preocupado porque ella le va a dejar.

Richard pregunta cuántos días le quedan (conoce muy bien la fecha).

M. K. le recuerda que ha dicho que el autobús parece endeble, y vincula esto con los restos del avión que ha visto esta mañana. Le señala que teme que ella sea vieja, lo cual le recuerda lo que sintió cuando murió su abuelita.

Richard pregunta por lo que *M. K.* va a hacer esta noche: ¿va a leer, a tocar el piano, o a escuchar la radio?

M. K. le pregunta qué quiere que haga.

Richard contesta que le gusta pensar que se queda sentada al lado del fuego, escuchando la radio o leyendo. ¿Qué hace el «viejo gruñón» por las noches? Tras preguntar esto, señala a un anciano que pasa por la calle y le pregunta si es él.

M. K. le contesta que no, e interpreta que está preocupado porque quizás ella no pase la noche tranquila que él desearía que pasara, ya que el «viejo gruñón» representa al Sr. K. malo o al Sr. Smith, los cuales pueden estar con ella y dañarla, perturbarla o preocuparla por dentro.

Richard le pregunta entonces qué diría ella si él fuera a visitarla una noche. ¿Le hablaría o no le gustaría que fuera? De estar él en un peligro serio, ¿le importaría si fuera a verla?

M. K. le pregunta lo que quiere decir por peligro serio.

Richard no contesta, y pregunta a su vez si de no tener él adónde ir, *M. K.* le acogería y la ayudaría. Insiste mucho en obtener una respuesta directa, rogando una y otra vez a *M. K.* que le conteste si le dejaría entonces quedarse con ella.

M. K. interpreta que el temor que siente por no tener dónde ir, significa que teme perder su hogar. Se está preguntando, además, si mamá se pondría de su lado y se quedaría con él, en el caso de que papá le echara de casa o se muriera. De morirse papá, mamá se sentiría sola, y se está preguntando lo que haría entonces por las noches. Parece, pues, que si por un lado está triste y preocupado por la enfermedad de su padre, por el otro tiene miedo a ese padre enfermo o muerto, pues una vez muerto, como lo han visto en otras ocasiones, puede convertirse en un fantasma hostil y empezar a molestar a mamá. A causa de todos estos temores, quiere asegurarse de que ella le ayudaría y le protegería.

Richard dice que le gustaría matar a Hitler, al cual solo quieren los alemanes malos; pero *M. K.* está naturalizada, de manera que ya no es alemana. Se dirige afuera, y mirando a las nubes, dice que el cielo está «salvaje». Se saca entonces una costra del brazo y este le empieza a sangrar. Comenta que le gusta chuparse la sangre, la cual ha probado chupando su pañuelo. Tiene un color rojo saludable, ¿verdad? Pero en seguida se queda preocupado por haber perdido un poco de ella y una vez más desea saber si se trata de sangre saludable.

M. K. interpreta que siente que ha matado dentro de sí mismo al papá-Hitler, y que ahora no sabe si la sangre que le sale es la suya o la de él; es decir, si está perdiendo sangre buena o mala. Luego, refiriéndose una vez más al sueño de Adán y Eva, le pregunta en qué posiciones estaban los dos.

Richard contesta: «Estaban acostados de espaldas y se estaban abrazando. Eran muy buenos».

M. K. le recuerda que el día anterior dijo que eran «horribles»; pero como pensar en las cosas que papá y mamá hacen con sus órganos sexuales le resulta tan doloroso, y le asusta tanto, desea pensar en ello como si se tratara de algo lindo, aunque no logra hacerlo.

Richard protesta y dice que sus padres no tienen relaciones sexuales, pues no han tenido ningún hijo desde hace muchos años. Entonces vuelve a irse afuera, mira a su alrededor y habla del paisaje. De vuelta en la habitación, se refiere a su dibujo otra vez y dice que los dos cañones del avión apuntan hacia arriba, y que son los pechos de mamá que alimentan a los niños.

M. K. interpreta que lo que acaba de decir demuestra que piensa que los pechos no son buenos y celestes, sino peligrosos, como los cañones.

En esta sesión, Richard trata constantemente de ver todas las cosas buenas. Por esto corrige el sueño de Adán y Eva. A veces está muy silencioso, pensando profundamente; pero a pesar de los largos silencios, el afecto y la ternura que siente por *M. K.* se manifiesta una y otra vez, aunque no sea con palabras. El deseo constante que tiene de agradarla se puede ver, por ejemplo, en la manera como escucha sus palabras, y en cómo trata de dibujar y de cooperar con el análisis de la mejor manera posible. También intenta inhibir la preocupación y el miedo que le ha producido el avión estrellado, para de esta manera no tener preocupaciones por ella. Repite además varias veces, expresándolo vivamente, el deseo que tiene de matar a Hitler para protegerla a ella, y resulta evidente que se niega a ir a escalar la montaña con los otros muchachos, para evitar tener que pedir otra vez que *M. K.* le dé una hora más tarde.

Además, parece sentir durante toda la sesión la sensación de algo extraño e incluso misterioso, debido a lo tarde de la hora, a la tormenta y la lluvia. Repetidas veces se queda escuchando el sonido del viento, con una mezcla de emoción y de miedo. En una oportunidad hace un dibujo de sí mismo, con las piernas muy largas.

Sesión número ochenta y siete (jueves)

Richard espera a *M. K.* en la esquina. Repite que ha decidido no ir a escalar la montaña con los otros muchachos para no cansarse, pero parece estar desilusionado. De repente dice que tiene dolor de muelas, pero inmediatamente después trata de negarlo, añadiendo que en seguida se le va a pasar. Transcurrido un momento, sin embargo vuelve a repetir que le duele el diente, pero le pide a *M. K.* que le prometa no contárselo a mamá, pues teme que de hacerlo se lo saquen. Está muy preocupado por ello, a pesar de que dice que el dolor es leve. Se toca repetidas veces las encías, y trata de darse ánimo, diciéndole a *M. K.* que no se trata de un diente viejo, sino de uno nuevo que le está creciendo. Una vez más admite luego que debe tratarse de una caries, y luego dice que los dientes nuevos están, en cambio, en buenas condiciones.

M. K. interpreta que si se niega a ir de excursión, no es solo porque no quiere pedirle sesión de tarde, sino también porque el dolor de muelas que siente está asociado a los miedos que tiene por su órgano sexual. Escalar la montaña es para él como escalar dentro de ella y de mamá con su pene; y teme no poder hacerlo por no estar su órgano sexual en buenas condiciones (el diente).

Se refiere también *M. K.* a que en la sesión anterior dijo que su padre estaba muy cansado, y a la tristeza que esto le causa; e interpreta que para él esto significa que también el pene de su papá está dañado y roto, que él es el culpable de ello y que por esto el suyo propio sufriría la misma suerte de introducirlo dentro de mamá; es más: llega a pensar que merece ser roto, pues está mal el querer despojar a papá de mamá.

En la sesión anterior, además, hizo un dibujo de sí mismo con las piernas muy largas; esto significa que se ha convertido en papá, y que si es potente, ello se debe a haberle quitado a este su órgano sexual. Además, tal como lo ha sentido en otras ocasiones, piensa que ha incorporado dentro de sí a su padre, el cual está ahora cansado y enfermo; y por esta razón él mismo se siente cansado a su vez. También tiene dentro de sí al papá-Hitler malo, y ayer golpeó mucho a Hitler; cuando se rascó el brazo para sacarse la costra, haciendo que le sangrara, le pareció que la sangre de Hitler y la suya se confundían, lo cual significa que el Hitler que tiene adentro estaba dañado y sangrando.

Richard dice que le gustaría poder obtener algunos caramelos de la tienda del Sr. Evans; entonces mordería un pedazo, el diente se pegaría a él y se le saldría. O si no, podría ser mal educado con Oliver, su enemigo; este le contestaría golpeándole en la mandíbula, y el diente se le caería.

M. K. interpreta que siente como si su propio órgano sexual, ahora representado por el diente, estuviera mezclado con el de su padre: el caramelo que quiere que el Sr. Evans le dé. Como muchas veces lo ha demostrado ya, desearía poder chupar y comerse el genital de papá (últimamente la langosta). Pero si perdiera el diente de esta manera, el responsable de arrancar los dos genitales juntos, no sería él sino el caramelo, o mejor dicho, su padre.

Richard empieza a jugar con los juguetes. Sobre el tractor coloca la muñeca que representa a *M. K.*, y frente a ella, la que representa a su madre. Están hablando juntas.

M. K. le pregunta de qué hablan.

Richard dice que están discutiendo para decidir si le deben sacar el diente o no… Luego hace que el tractor siga de cerca al tren eléctrico.

M. K. dice que el tren eléctrico, que a menudo le representa a él, les está observando a ella y a mamá y se está juntando con ellas. Le dice, además, que las dos mujeres que están en el tractor también son dos personas que se hallan dentro de él —ya sea la mamá buena y la mamá mala, o papá y mamá—. Duda que la mamá interna, la *M. K.* interna o sus padres internos, sean buenos realmente con él, y por esto es por lo que a veces tiene poca confianza en ella y teme que delate sus secretos.

Richard hace que la locomotora del tren de carga corra entre la bolsa de los juguetes y la cartera de *M. K.*; comenta que se está moviendo sola, y le pide a *M. K.* que la sujete, poniendo un dedo delante de ella.

M. K. interpreta que la máquina es su pene, que ahora se mueve solo, lo cual quiere decir que él no es responsable de lo que hace; y que se está metiendo dentro de su órgano genital, el cual está representado por su dedo. También desea que ella le toque el pene con la mano; y al mismo tiempo le gustaría que ella detuviera su órgano sexual para impedirle penetrar en su cuerpo.

Richard coloca los banquitos en dos grupos y dice que uno de ellos está formado por los órganos sexuales de papá, del Sr. K., el Sr. Smith, Hitler, Goering, Paul y Hitler, siendo el de este el más grande (un cubo de madera muy grande). En el otro grupo se encuentra su propio órgano genital, y elige para representarlo el banquito más bonito: uno cubierto con piel, que a él le gusta en forma particular. Con él hay tres órganos masculinos más: uno es del

papá bueno y el otro del Paul bueno, pero no sabe a quién pertenece el tercero. Entonces empieza a arrojar los bancos de un lado a otro, en forma alternada. Varias veces mata así a sus enemigos, pero estos parecen volver a cobrar vida otra vez. Al final, dice que su lado ha resultado victorioso.

M. K. interpreta que los bancos no solo representan los órganos sexuales, sino además a las personas mismas que los poseen. El juego significa por eso la muerte del papá malo.

Richard se queda muy impresionado durante un momento, y genuinamente asustado dice: «Sería espantoso que papá se muriera»… Un poco más tarde, coge el palo grande y lo tira contra los genitales enemigos, diciendo que es un arma secreta. En esta parte del juego se muestra muy agresivo, hace mucho ruido, y llega casi a romper los bancos.

M. K. interpreta que «el arma secreta» (de la cual se hablaba mucho en aquellos días), es el papá-genital internalizado y potente (la langosta de las últimas sesiones), que él usa ahora tanto en contra de sus enemigos externos como de los internos.

Mientras lucha con los banquitos, Richard dice: «Pobre cuarto de juegos; pronto estará reducido a ruinas».

M. K. interpreta que la habitación la representa a ella, a quien va a destruir por marcharse. Se refiere a los restos del avión que vio el día anterior y al autobús enclenque, y dice que teme que de atacar al Sr. K. malo que hay dentro de ella, y al papá-Hitler malo que está dentro de mamá, también las destruya a ella y a mamá. Pero, de todas maneras, siente que debe destruir a estos hombres, pues de no hacerlo, serían ellos quienes las dañarían.

Richard se ha puesto extremadamente excitado y agresivo; está todo rojo y a veces rechina los dientes. Volviéndose hacia la mesa, coge los juguetes y construye la parada del autobús donde vive su niñera. Los autobuses están representados por el tractor, el vagón de carbón, la locomotora del tren de carga y el tren eléctrico. Todos van en direcciones diferentes. El propio Richard va de un lado a otro en el tren eléctrico (que ahora es un autobús). Cada vez que se encuentran estos diversos vehículos, emite sonidos de enojo, pero evita que choquen. Mientras juega, habla además de las cobradoras y dice que además de las tres en las que tanto se interesa, hay otra, y que todas son muy buenas, agradables y educadas.

M. K. interpreta que las diversas rutas que está indicando se refieren a sus viajes entre «X» e «Y»; pero que además representan a las distintas cobradoras que tanto le dan que pensar últimamente, junto con ella, mamá y su niñera. La parada de autobús es también el interior de *M. K.*, de mamá, y

de las demás mujeres, mientras que los autobuses representan a los hombres: papá, Paul, el Sr. K. y el Sr. Smith, quienes, a pesar de estar aún en desacuerdo, se han convertido en gente menos destructiva y tratan de evitar tener choques entre sí. En el juego anterior de los bancos, en cambio, se mataban unos a otros. Esto quiere decir que ahora tiene más en cuenta al papá y al Paul buenos, y que estos se encuentran más juntos a los malos. En el juego anterior, cada parte trataba de destruir a la otra, y sentía que debía de exterminar completamente al Hitler-papá, que era completamente malo, al sinvergüenza Sr. Smith y al espía extranjero que es el Sr. K. (nota 1).

Richard hace mover el tren eléctrico, dejando los demás vehículos de lado, y mientras lo hace canta suavemente algunas piezas musicales. También coge las dos llaves (que representan a él y a *M. K.*), las saca del llavero y hace que bailen juntas.

M. K. interpreta que ahora está con la *M. K.* externa y que se siente completamente feliz con ella, cosa que se puede ver en las llaves que bailan juntas fuera del llavero, el cual antes representaba su interior y el de ella. También puede ahora estar solo y sentirse contento, cosa por la cual canta cuando el tren eléctrico corre solo.

En un momento anterior de la sesión, Richard preguntó si su corbata estaba bien atada, cosa que vuelve ahora a preguntar. Al salir, cuando va camino del pueblo con *M. K.*, se encuentra con la Sra. Wilson, quien le dice que los dos muchachos han decidido finalmente escalar la montaña, y que están a punto de salir. Richard se queda unos momentos indeciso; quiere ir con ellos, pero hacerlo significa retrasar la ida a su casa. Finalmente decide marcharse a esta, decisión sobre la cual influye, sin duda, el deseo de ver a su padre.

Al principiar la sesión, Richard se mostraba tímido, angustiado, y lleno de temores hipocondríacos. No podía dejar de hablar de su diente, pues estaba muy preocupado por él. Durante el transcurso de la hora, las interpretaciones le van llevando a cobrar una mayor vivacidad y agresividad, llegando esta a manifestarse en forma muy destructiva en el juego con los banquitos. Al jugar con los autobuses todavía está acalorado y a veces rechina los dientes, manteniéndose en un estado de falta de cooperación y de manía. Resulta entonces evidente que está tratando de controlar su agresividad, e intentando encontrar una solución mejor a sus problemas, cosa que se muestra, por ejemplo, cuando se trata cuidadosamente de evitar el choque de los autos. Esta restricción de la agresividad se debe, en parte, como se ve en las últimas sesiones, al deseo de separarse de *M. K.* en forma amistosa; y en parte a la

tremenda angustia que le provoca la posibilidad de dañar a su padre. Pero la lucha interior es muy fuerte, y solo puede manejarla poniendo todo su esfuerzo en lograrlo. Lo cual indica que su yo está cobrando más vigor, y que, además, es capaz de hacer una pausa estando a solas con *M. K.*, durante la cual puede sentirse relajado y feliz (las dos llaves que bailan juntas).

Nota de la sesión número ochenta y siete.

I. Ya señalé antes que Richard es ahora más capaz de hacer una mayor integración y de sintetizar más sus objetos; la mamá idealizada celeste está más cercana a la mamá «bruta malvada». Ahora parece estar llevándose a cabo el mismo proceso en relación con el padre, lo cual quiere decir que el odio se va mitigando por el amor, y que las figuras fantaseadas excesivamente malas, se encuentran más unidas a las imágenes reales. Es significativo ver como este desarrollo va unido a una mayor capacidad para encontrar sustitutas tanto de la madre como de la analista, cosa que demuestra en el gran interés que siente hacia las cobradoras del autobús. Anteriormente no parecía sentir más que desprecio hacia las mujeres que no fueran la mamá ideal, *M. K.* o su niñera. Como ya comenté anteriormente, esta creciente capacidad de aceptar figuras sustitutas, indica que ha dado un paso hacia una liberación cada vez mayor de los lazos que lo atan a su madre.

Pero aspecto de este desarrollo lo constituye el que, a pesar de su agresividad y de las ansiedades relacionadas con el padre enfermo, y posiblemente moribundo, se expresan ahora en forma mucho más plena el amor que le tiene y la tristeza que su enfermedad le causa.

Sesión número ochenta y ocho (viernes)

Richard llega un poco tarde, se sienta, mira a *M. K.*, y sacando del bolsillo una pequeña piña, dice que es la primera que ha encontrado este año. Cree que puede ayudarles en el trabajo y por eso la ha traído. Resulta evidente que desea que *M. K.* alabe la forma que tiene y que además la use para el análisis. La segunda cosa que saca del bolsillo es una amapola. La coloca al lado de la piña, la prueba un poco y luego, diciendo que es venenosa, tira tanto la amapola como la piña… En este momento se produce una interrupción, pues llega un hombre para tomar nota del medidor de la luz. Mientras el hombre está en la cocina, Richard dice en voz baja: «Un papá intruso», pero la reacción a esta perturbación es de naturaleza mucho menos persecutoria que la que tuvo cuando vino otro a arreglar la ventana (sesión cincuenta y cuatro). Sin embargo, en cuanto el hombre se va, pide a *M. K.* que le ayude a oscurecer la habitación. Enciende la luz y la estufa, y tras comentar que está todo muy recogido, parece quedarse muy contento.

M. K. interpreta que ha bajado las persianas y encendido las luces, en parte para mantener afuera a los intrusos; pero que también está tratando de esta manera de no ver la lluvia, a la cual tanto odia (afuera, en efecto, está diluviando). También le interpreta el deseo que tiene de ayudar a su análisis en todo lo que sea posible, razón por la cual ha traído la piña y la amapola. La piña representa su órgano sexual, cuya forma desea que ella alabe. Y la amapola venenosa es el órgano sexual de papá comido, la langosta atractiva, pero finalmente venenosa, y el arma secreta que apareció en la sesión anterior. Siente que este papá-genital internalizado ha quedado mezclado con el suyo propio, y quiere escupirlo y satisfacerse en cambio con su propio pene, que es más pequeño y menos dañino. Sin embargo, parece sentir que no puede separar uno del otro, y por esta causa ha tirado tanto la amapola como la piña (nota 1).

Richard mira el mapa y habla un buen rato sobre la situación de la guerra. Está preocupado por los rusos, pero espera que puedan mantenerse en sus posiciones. Al parecer va a haber una campaña de invierno. Después, con un lápiz, sigue la ruta que lleva desde Gran Bretaña hasta Alejandría. Él es un comerciante (y hace además ruidos de barco), que lleva un cargamento de comida, municiones y cañones. Hace señales de lápiz en el mar (que borra al finalizar la sesión) y dice que está barriendo las minas que hay en él. Es una

lástima, comenta, no poder ir a Rusia por el Mar Negro, pues los franceses han colocado minas en él. Es terrible pensar que los antiguos aliados se hayan vuelto en contra de nosotros.

M. K. interpreta que el estar barriendo las minas del mar simboliza estar limpiando su interior y el de mamá de los órganos genitales peligrosos y de «lo grande» que los malos aliados han puesto dentro de ellas; es decir, que él y papá han colocado allí. Tras sacar a estos, puede poner adentro su pene bueno, que es lo que representa la mercancía que el comerciante lleva. El pene bueno quiere hacer bebés y además protegerlas a mamá y a ella del papá malo, y por esta causa es por la que también lleva municiones en la carga.

Richard empieza a dibujar. Hace un mapa y en él dibuja al comerciante que va a Alejandría, así como también los movimientos de los barcos enemigos. Terminado el dibujo se queda muy pensativo. Comenta que ha estado pensando mucho sobre la continuación de su análisis, y una vez más pregunta si en caso de morir ella en Londres en un bombardeo, podría alguna otra persona continuarlo. (La manera como habla indica que está aclarando el problema en forma bastante madura y racional). Dice que por esta causa quiere ir a Londres; su madre le ha escrito una carta ¿no?, pues la ha visto sobre la mesa. ¿Qué es lo que le dice en ella? (Su curiosidad parece mucho menos intensa de lo que ha sido en ocasiones anteriores).

M. K. le contesta que, en efecto, ha recibido una carta, en la cual mamá le habla de la manera en que está organizando su educación, de acuerdo con lo que discutieron con anterioridad.

Richard contesta que el arreglo es que tenga lecciones dos horas por día, y que se alegra de que no sean más. También menciona las clases de música. (Su madre estaba dudosa sobre si él aceptaría, pues se opuso a tener clases de francés ni de nada adicional a las dos horas diarias).

M. K. le pregunta si le gustaría tomar lecciones de música.

Richard dice que cree que sí, pero que hace mucho que no las tiene.

M. K. le recuerda que en una sesión reciente el piano representó el interior de ella y de mamá y que tras aquella sesión sus temores disminuyeron. En vez de temer, como lo hacía antes, encontrar dentro de ella a muchos bebés muertos (las moscas), ahora tiene más esperanzas de que haya bebés vivos, a los cuales representan los sonidos lindos. También puede haber disminuido el temor que le tenía a la aterradora bandera británica, la cual representaba el genital pulpo de papá, que se abalanzaba sobre él.

Richard está muy pensativo, y dice que en realidad le gustaría no tener que hacer nada en absoluto. Lo más divertido es no hacer nada. Pero al decir

esto está muy triste, y solo pretende que se divierte. Luego, tras una larga pausa, y expresando lo que parece ser una decisión a la cual ha prestado mucha consideración, dice que lo que quiere es ir a Londres para continuar el análisis con ella. También desea ir porque tiene muchas ganas de conocer esta ciudad, pero esto no es tan importante. Lo importante es seguir con «el trabajo». Teme, si no lo hace así, no poder seguir «manejándolo» como lo hace ahora. Como cree que es algo muy especial para él, no le importa correr el riesgo de ser bombardeado. *M. K.* por su parte, no vivirá en el mismo Londres, ¿no? ¿No podría él entonces vivir donde viva ella? ¿No puede ella arreglar algo en este sentido? ¿No puede, por favor, escribir a mamá apoyando esta idea suya? Porque cree que mamá no lo hará si solo él se lo pide, pero en cambio si la escuchará a ella. Además si los rusos logran detener a los alemanes, quizás el peligro no sea tan grande después de todo, y parece ser que lo están haciendo (nota II).

M. K. le pregunta entonces si ha tenido en cuenta que esto significaría estar alejado de su madre bastante tiempo, y que lejos de su casa se sentiría muy solo.

Richard contesta que lo podría soportar si ella le ayuda con el análisis. No quiere esperar hasta que termine la guerra; en caso de que ella fuera bombardeada o se muriera, podría continuar entonces con el analista que ella ha indicado, ¿no?

También quizá fuera posible que mamá se fuera con él si papá siguiera recobrándose tan rápidamente como lo está haciendo ahora. ¿Le ayudará? ¿Le promete ayudarle?

M. K. contesta que no puede realmente aconsejar a su madre que haga tales arreglos en este momento. Le ha dicho, en forma definitiva, que debe continuar con el análisis en cuanto ello sea posible, pero ahora parece estar fuera de toda posibilidad que él vaya a Londres, pues el riesgo es demasiado grande. Luego le pregunta qué es lo que teme cuando se refiere a «perder el manejo» que ahora tiene del análisis.

Richard contesta que no puede explicar exactamente lo que quiere decir, pero que sabe que ha ganado algo que teme perder. Ahora se siente mucho mejor de lo que se sentía antes de comenzar el trabajo. Y enumera algunos de los beneficios que este le ha dado: está menos preocupado, tiene menos miedo a los niños, está en condiciones de recibir algún aprendizaje, etcétera.

M. K. se muestra de acuerdo con que estos son los verdaderos beneficios que quiere conservar, pero le sugiere que no solo se refiere a ellos, sino además, a la mayor seguridad que tiene en sí mismo, pues siente que tiene

dentro de sí a la mamá celeste, a la mamá buena. Esta está ahora representada por ella, la cual, en su mente, le protege contra los bebés malos y dañados y contra el genital malo de papá que siente que tiene adentro. Y también le ayuda a controlar sus propios deseos de odio y de celos que le destruirían de llegar a él a destruir a la mamá buena junto con la mala. Ahora teme perder a esta mamá buena si el análisis termina. Tras decirle esto, *M. K.* le pregunta cuándo llegó a la decisión de irse a Londres con ella.

Richard contesta que piensa en ello desde hace mucho tiempo, pero que hasta ahora no se había podido decidir.

M. K. le dice que antes nunca había expresado estos deseos en forma tan directa[1174].

Richard contesta que algunas cosas le gusta pensarlas solo antes de hablar de ellas, pues quiere asegurarse de que no hagan daño cuando las diga. También le gusta que sus pensamientos salgan como una gran corriente y no como un pequeño reguero. En el transcurso de esta conversación, mira el mapa y se refiere a Kiev, la cual está rodeada pero defendiéndose bien, igual que la valiente y pequeña Tobruk.

M. K. interpreta que se trata de él mismo, que a pesar de ser un niño la quiere proteger a ella en Londres contra el poderoso Hitler; esta es una de las razones por la cual quiere marcharse con ella. Ya al principio del análisis sintió que arriesgaría gustoso su vida con tal de proteger a mamá del vagabundo que luego resultó ser el papá-Hitler.

Durante esta sesión Richard apenas presta atención a los transeúntes y puede verse que, en términos generales, la ansiedad persecutoria ha disminuido. Aun tras la declaración de *M. K.* de que le resulta imposible apoyar la idea de que vaya a Londres por el momento, lo cual sin duda constituye para él una desilusión, no parece sentirse perseguido. Podemos llegar pues a la conclusión de que la determinación de compartir los peligros con *M. K.*, de protegerla y de mantener vivos tanto a ella como el análisis (lo cual también significa mantener viva la posesión de la madre buena), es lo que contrarresta y disminuye en esta sesión los temores a la persecución, tanto interna como externa. La decisión a la que Richard llega también implica que tiene una buena capacidad creadora, cosa que demuestra cuando juega a ser un comerciante que lleva mercancías —es decir, bebés— y que para hacerlo es capaz de enfrentar una gran cantidad de peligros.

Notas de la sesión número ochenta y ocho.

I. La necesidad que tiene Richard de liberarse del pene internalizado de su padre, el cual siente que está mezclado con el propio, significa que está dando pasos hacia la adquisición de una personalidad independiente. Esto implica conseguir una relativa libertad del padre internalizado, así como también de la madre, los cuales el sujeto siente que son malos, o que gobiernan su propio yo. Aun el objeto bueno, cuando este es demasiado exigente o controlador, se convierte en uno malo y perseguidor, y de ahí nace la necesidad de deshacerse de él, el cual, si antes era bueno, se ha convertido ahora en malo. En *El psicoanálisis de niños* (capítulo XII), he señalado ya que en la mente del hombre el pene viene a representar su yo. Y en cuanto al tema del objeto bueno que se transforma en perseguidor si ejerce demasiado control y hace demasiadas demandas, lo tengo elaborado en «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» (1935).

II. Estoy convencida de que Richard ha pensado cuidadosamente las sugerencias que me hace. Creo que, en efecto, hubiera venido a Londres a continuar su análisis, si su madre se hubiera mostrado de acuerdo con ello y hubiera hecho los arreglos necesarios. Esto es sorprendente, si tenemos en consideración las extremas ansiedades que sufre este niño tan asustado y neurótico, quien hace solo unos meses no se atrevía a encontrarse en la calle con otros niños. En términos transferenciales, podemos decir que vivencia hacia mí sentimientos positivos muy intensos, a pesar de que, tal como puede verse por el material, ha tenido también muchas oportunidades de analizar los negativos. (Estos dos factores se encuentran naturalmente interrelacionados). Sin embargo, este fortalecimiento de la transferencia positiva, es también un índice de la existencia de ansiedades internas y de desconfianza, así como también de la necesidad que tiene de idealizar a la madre; a pesar de lo cual ha podido establecer dentro de sí, hasta cierto punto, el objeto bueno, y mediante el análisis ha reforzado considerablemente la relación interna positiva. Por esto es por lo que se siente más seguro. En otra parte he comentado ya («Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa», 1948) que durante la guerra aun los niños expuestos a los mayores peligros pudieron soportarlos adecuadamente cuando la relación con sus padres (o incluso con la madre, si estaba ausente el padre) era lo suficientemente segura. De esta observación y de otras, pude sacar la conclusión de que los peligros externos se pueden soportar bien si el objeto interior está lo suficientemente establecido. Expresé también el punto de vista —que incluso se refiere a Richard—, de que a pesar de que tenemos que admitir que los niños puedan no darse una idea total del grado de peligro externo que tienen que enfrentar, esta idea no debe de

exagerarse. Los niños de Londres, desde luego, se dieron bien pronto cuenta de los peligros que debían de enfrentar en sus vidas cotidianas.

Sesión número ochenta y nueve (sábado)

Las notas que tengo de esta sesión son bastante cortas, lo cual se debe en parte a que Richard trajo poco material ese día. Durante la sesión hace largos silencios, y resulta evidente que se encuentra bajo el pleno impacto de la depresión precedente a nuestra separación. Sin duda alguna, además, el negarme yo en la sesión anterior a apoyar su proyecto de venir conmigo a Londres, ha hecho que aumenten la depresión y la ansiedad que siente por mi ida. Está diluviando, lo cual también constituye una causa de depresión para Richard, aunque ya en ese momento lo sea en menor grado que antes. *M. K.* tiene puesta una capucha impermeable.

Al encontrarse con ella delante de la casa, Richard comenta que está muy bonita, y añade que aunque tiene un aspecto muy dulce, no es el aspecto que puede tener una joven, sino más bien una anciana. Inmediatamente pregunta si le importa que le diga esto, y si se siente herida. También le pregunta si después de la sesión irá al pueblo (cosa de particular interés para él, ya que hoy es uno de los días en que se va a su casa en al autobús y que, al volver *M. K.* de sus compras, pasa por la parada y puede decirle adiós con la mano) … Luego dice que no quiere ver la lluvia horrible que cae y pide a *M. K.* que le ayude a bajar las persianas. Tras ello enciende la luz y la estufa, y comenta que ahora el cuarto ha quedado agradable y acogedor.

M. K. le recuerda que el día anterior tiró afuera al papá-genital venenoso (la amapola), y que la «horrible lluvia» ha estado a menudo asociada en su mente con la orina mala que el genital produce. Quiere mantener este genital malo fuera de sí y también de ella, para poder luego sentir que pueden estar juntos sin que les perturbe la relación el Hitler malo interno. También quiere tener para sí a mamá sola, y no mezclada con papá, para de esta manera poder tenerle plena confianza (nota 1).

Richard dice que sabe que la noche anterior *M. K.* telefoneó a su madre, y le pregunta de qué hablaron. (Su madre, como de costumbre, se lo ha dicho todo).

M. K. contesta que se refirieron a su deseo de continuar el análisis lo más pronto posible, cosa sobre la cual está ella de acuerdo. Pero tanto ella como mamá llegaron a la conclusión de que está definitivamente fuera de toda posibilidad hacerlo durante el invierno que comienza.

Richard queda evidentemente desilusionado, pero al mismo tiempo siente alivio al oír a *M. K.* hablar en términos tan definitivos. Resulta fácil ver que el resultado de la conversación le alivia de las dudas que tenía sobre si hacer o no lo que había pensado. Mientras *M. K.* le explica todo esto, hace maniobras con la flota británica, calcando los barcos sobre el mapa que hizo el día anterior y que hoy ha ampliado. Una de las cosas que ocurren es que un barco, que viene de Alemania, logra pasar a través de Gibraltar por la noche y es hundido mediante minas en el Mediterráneo. La descripción de estas maniobras de la flota ocupa una gran parte de la sesión.

M. K. interpreta que el Mediterráneo representa ahora a Londres, y que está mostrando el miedo que tiene por lo que le puede pasar a ella en esta ciudad. Se refiere al material de los últimos días, en el cual bombardeó varias veces el tren en el que viajaba, y le recuerda la ocasión en que tiró la pelota más grande (que representaba al Sr. Smith) tras la más pequeña, que era el tren.

Richard menciona un sueño: *El y M. K. se meten en un autobús y descubren que no hay en él ninguna cobradora y que el autobús está vacío. También hay un auto con alguna gente adentro; sobre el asiento está acostada una niña. El auto es muy chato*.

M. K. le pregunta varias cosas, pero no consigue que Richard asocie nada con el sueño. Le interpreta entonces que el autobús vacío y sin cobradora es él sin análisis y sin la mamá interna buena, y que siente, por lo tanto, que se queda sin nadie que le guíe.

Nota de la sesión número ochenta y nueve.

I. En *El psicoanálisis de niños*, he dado mucha importancia a la figura paternal combinada, la cual, tal como allí sugiero, cumple una parte vital en los primeros estadios del complejo de Edipo (entre las edades de cuatro a seis meses, aproximadamente). En dicho libro (y en otros trabajos también), llego a la conclusión de que, si la fantasía de esta figura combinada permanece arraigada fuertemente a la mente infantil, llega luego a ejercer una gran influencia, tanto en la sexualidad como en todo el desarrollo del niño. Una de estas figuras fantásticas, consiste en que la madre contiene dentro de sí el pene del padre o muchos de sus penes. Otras observaciones, sugieren que el niño muy pequeño llega hasta fantasear que es el pecho de la madre el que contiene el pene del padre, fantasía que por lo general contribuye a que se

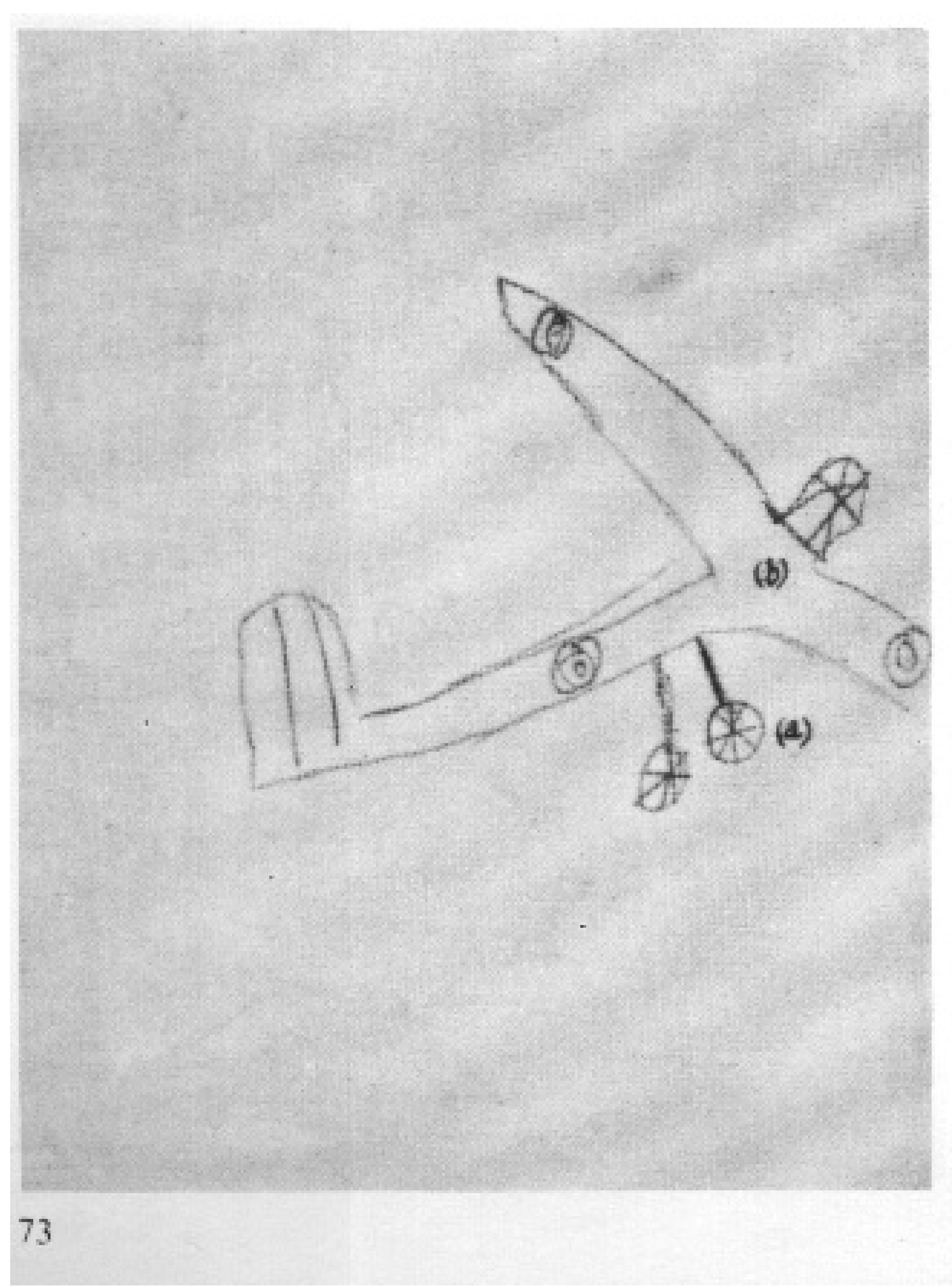
perturbe el amor por el pecho y a que disminuya la creencia que el niño tiene en su bondad. Podemos considerar que esta fantasía, relacionada con los objetos parciales, constituye una de las fases de los estadios más tempranos del complejo de Edipo. Más tarde he llegado a la conclusión de que el breve período (que varía en duración de acuerdo con cada individuo) durante el cual el niño siente que la relación que guarda con su madre y con el pecho es exclusiva, sin que entre en ella un tercer objeto, es de una importancia decisiva para la estabilidad de las relaciones objetales en general, y en particular para el desarrollo de las relaciones amorosas y para el establecimiento de amistades duraderas (véase «Observando la conducta de bebés», 1952).

Sesión número noventa (lunes)

Richard está esperando a *M. K.* en la esquina; al llegar esta, salta hacia ella desde detrás de un árbol y dice que quiere divertirse, pero no logra mantener esta actitud. Pronto adquiere, en cambio, un aire muy deprimido, y aunque no llega a llorar, tiene los ojos rojos. Dice que siente la barriga «tembleque» a pesar de no tener ninguna indigestión, y no se puede explicar de dónde le viene esta sensación. Después añade que es la última semana de análisis. ¿Cuándo va a poder ir a verla a su casa? Con esto quiere decir que desearía trabajar allí en vez de hacerlo en el cuarto de juegos.

M. K. interpreta que desea irse del cuarto de juegos, en parte porque quiere terminar el análisis con ella en un lugar (su casa) donde no se haya mostrado destructivo. Esto significa empezar todo de nuevo otra vez, para mantenerla como una mamá viva y buena dentro de sí. El mencionar que están en la última semana de tratamiento, expresa además que teme que ella se muera.

Richard hace el dibujo 73. Representa a un avión que vuela hacia Londres, y en el cual van *M. K.* y él. El avión tiene el aspecto de una persona, y Richard señala las ruedas de aterrizaje que están colocadas una tras otra, y comenta que son dos pechos. Luego, tras señalar la parte anterior de la máquina, dice: «Aquí estamos tú y yo sentados juntos». Cuando termina, dibuja el autobús que va a *«Y», y* pregunta a *M. K.* cuándo va a ir a este pueblo a visitarle. ¿Lo podrá hacer esta semana, cuando él esté en casa? ¿Quizás el sábado? ¡Tiene tantas ganas de que conozca el autobús al cual hace el trasbordo…! ¿Por qué no puede venir a verle a su casa? Dice, y le ruega insistentemente que lo haga.



M. K. contesta que lo siente mucho, pero no puede ir; en cambio, cuando se vaya ella a Londres, al pasar por el pueblo donde Richard hace el cambio de autobuses, podrá echarle una ojeada.

Richard se refiere al autobús que ha dibujado, y dice que ha marcado el asiento en el que se sienta por lo general.

M. K. le pregunta por los dos asientos vacíos que se encuentran a su derecha, y por otro, también vacío, que hay en el lado izquierdo.

Richard contesta que el de la derecha es para dos personas: uno para que se sienten papá y mamá, y el otro para ella; tras una pausa, añade: «Y el Sr. K.». El asiento de la izquierda es para Paul.

M. K. interpreta que desea que exista armonía dentro de su familia, y mantener una relación amistosa con ella. Esta es la razón por la cual tanto desea que vaya a ver a los suyos antes de marcharse a Londres. Pero también desea que esta relación amistosa exista en su interior, pues el autobús le representa a él.

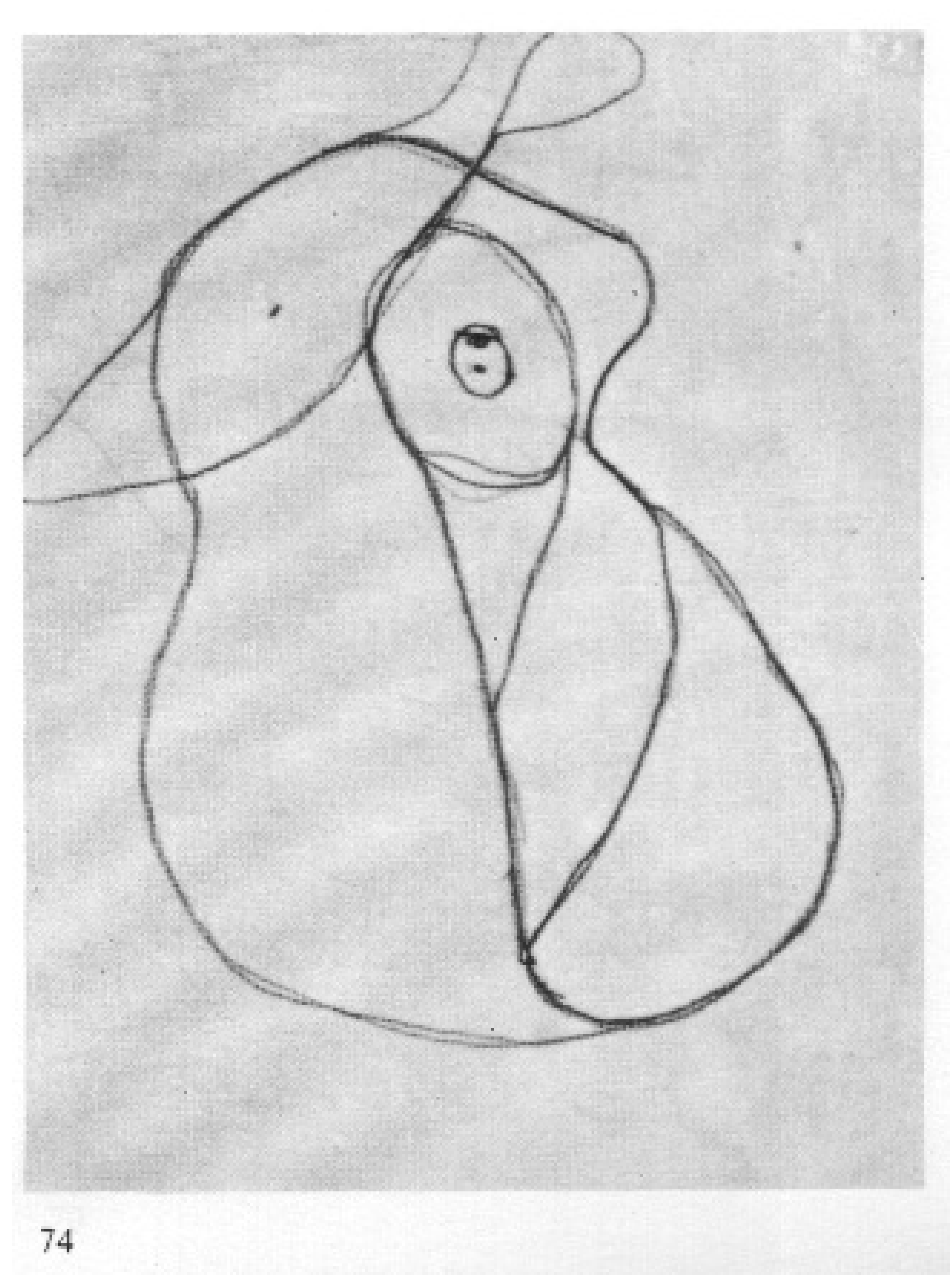
Richard coge otra hoja de papel, y se pone a sacar la cuenta de las distintas horas en que *M. K.* podría tomar el tren, de manera de interrumpir el viaje en el lugar donde él tiene que tomar el autobús, y poder verlo. Dice que él también tratará de estar allí a la misma hora, pero que se conforma con que ella vea el autobús aun sin él adentro.

M. K. le pregunta si ese autobús es su favorito, y si lo prefiere al de «X».

Richard contesta que le gustan los dos, pues ambos le llevan a su casa.

M. K. le recuerda que por lo general, y sobre todo los sábados, le ve cuando él está ya sentado en el vehículo antes de salir de «X»; y le interpreta que cuando así ocurre debe de sentir que se la lleva a ella adentro, con él. El querer ahora que por lo menos vea el otro autobús, el cual está más cerca de su casa y ella nunca ha visto, se debe a que esto significa para él que venga aún más cerca de él de su niñera y de su familia.

Richard hace el dibujo 74. Comenta que se trata de una vía de ferrocarril, y pasa el lápiz repetidas veces sobre ella, diciendo que es un tren que está de viaje. Menciona, además, que le gustaría ser explorador y leer libros de viajes.



74

M. K. interpreta que está explorando el interior de mamá (ahora de ella) y le indica que la vía del tren que ha dibujado tiene la forma de un cuerpo femenino.

Richard sigue haciendo que el tren (el lápiz) pase por sobre la línea. Tras la interpretación de *M. K.* señala el círculo situado en la parte superior de la

hoja, y dice que es el pecho. El círculo menor es el pezón. De repente mete el lápiz dentro de él con un salto, y hace el punto del medio, pero se controla inmediatamente para no hacer más puntos, en un esfuerzo evidente para no destruir el pecho y el cuerpo de *M. K.* Tras esto hace otro dibujo: dos aviones alemanes que están en tierra y otro más que se encuentra en el aire, son destruidos por dos británicos, que les representan a él y a *M. K.* que están juntos en Londres. Luego hace el dibujo de un barco de guerra japonés**[1175]** al cual está torpedeando el *Salmon.* Decide de repente dibujar los marineros y la caldera del barco, y aunque al principio dice que el submarino es *M. K.*, se acuerda luego de que el *Salmon* siempre le ha representado a él. Entonces dice que *M. K.* es el pez que está sobre el barco y que se encuentra segura en el lugar donde está. Una estrella de mar que está situada a la derecha del *Salmon* representa a mamá y tanto ella como *M. K.* están ayudándole en la lucha contra los japoneses. No sabe quién es un pez que está en un ángulo y al cual por poco le clava las tenazas un cangrejo; pero logra cortar las tenazas a tiempo para que el pez pueda huir.

M. K. interpreta que está aterrado pensando que ha destruido tanto a ella como a su pecho al explorar su cuerpo (tal como se ve en el dibujo 74), pues está muy enfadado por tener que perderla. Este enfado le hace además revivir el que sintió cuando su madre le dejó de amamantar, en cuya ocasión Richard le atacó el pecho mentalmente. En el dibujo del barco japonés, él se une a *M. K.* y a mamá en contra del papá-Hitler malo, para que *M. K.* pueda estar a salvo en Londres. Pero Londres es también la mamá atacada, a la cual protegen los dos aviones británicos, que son él y *M. K.* El *Salmon* es tanto *M. K.* como Richard (ya sea Richard dentro de *M. K.* o *M. K.* dentro de Richard), mientras que el pez que está en el ángulo también representa a *M. K.* y a mamá, atenazadas por el órgano genital malo externo e interno, y a quienes Richard cree también haber atacado. De ahí los puntos que empezó a hacer en el dibujo 74. Este ataque se da simultáneamente al esfuerzo que hace por salvar a las dos.

Richard habla otra vez de la cobradora bonita, diciendo: «por nada del mundo me quedaría con ella». La que es menos bonita es mucho mejor.

M. K. interpreta que quizás ahora le gusta más ella que mamá, a pesar de que es menos bonita que esta. Y que en otras épocas quizás haya querido a su niñera más que a mamá, aunque ella también fuera menos bonita.

Richard contesta que esto no puede ser: nunca ha querido a su niñera más que a mamá. Pero tras reflexionar un rato, dice que, en efecto, puede haber sido así en el pasado.

M. K. le pide entonces algunos detalles del sueño que le relató la sesión anterior. ¿Por qué se bajó del autobús al ver que no había ninguna cobradora adentro?

Richard contesta que porque era *muy imponente, muy fantasmagórico. El autobús aminoró la marcha cuando él tocó el timbre y saltó de adentro cuando todavía estaba en marcha. Se alegró entonces al ver que estaba allí la Sra. de Wilson, quien lo llevó a casa. La gente del autobús le hace recordar a unas personas que vivían en el hotel*.

M. K. le pregunta si esas personas habían sido buenas con él.

Richard contesta que muy buenas; le querían y eran agradables, y al irse le regalaron media corona.

M. K. le pregunta si le parece que le hubieran cuidado de quedarse él solo. En el sueño, al descubrir que el autobús no tiene cobradora, se siente contento de que la Sra. de Wilson se lo lleve a su casa.

Richard contesta que, en efecto, la gente del hotel le hubiera cuidado, pues le querían mucho.

M. K. le pregunta entonces sobre la niña del sueño: ¿dónde estaba acostada?

Richard contesta que al lado del hombre, pero que en seguida se transformó en un perro spaniel, «como Bobby».

M. K. le pide que le hable del auto chato; pero no consigue que Richard asocie nada con él. Le sugiere, entonces, que tanto la gente del auto como la Sra. Wilson, que se lo llevó a casa, representan la familia nueva que espera encontrar en caso de perder la suya propia. Este temor ya antiguo de ser echado de casa, o de perder a su familia al morirse esta, surge ahora otra vez relacionado con la pérdida de ella. La niña puede entonces representar a una hermana que le hubiera gustado tener. Y como se transforma en Bobby, ello significa que la hubiera querido tanto como quiere al perrito.

En el transcurso de esta sesión Richard apenas hace caso a los transeúntes. Está muy triste. Una o dos veces apoya la cabeza en el brazo que tiene sobre la mesa, y parece no saber qué hacer consigo mismo. Se hace muy evidente que desea que *M. K.* le acaricie y le mime, y en una oportunidad llega a decir que le gustaría acariciarla a ella, pero que teme que a ella no le guste. Repetidas veces coloca la mano sobre su brazo o su mano y repite que no quiere que se vaya. Una vez fuera del cuarto de juegos, vuelve a decir que es una lástima que se marche.

M. K. le contesta que siente mucho tener que marcharse. Le habría gustado mucho poder continuar con su análisis y con el de los demás

pacientes.

En una ocasión, al preguntarle *M. K.*, como suele hacerlo, por la salud de su padre (probablemente en relación con el estar sentado en el autobús), Richard la mira con una verdadera sonrisa y expresión muy cálida. Ahora, al decirle ella que siente mucho tener que marcharse, vuelve a ponerse más vivaz y contento. En general, parece estar más animado en la segunda parte de la sesión.

Sesión número noventa y uno (martes)

Richard presenta mejor aspecto, y está más animado cuando *M. K.* le encuentra frente al cuarto de juegos. Parece además estar mucho menos deprimido y desesperado que en la sesión anterior. Comenta que la habitación tiene un aspecto familiar y bueno, y se pone inmediatamente a jugar con los juguetes. Primero saca el tren eléctrico de la bolsa y pone en marcha el columpio (nota 1) y después coloca el camión del carbón y el tractor encima de los vagones del tren de carga. También construye una estación, dejando, entre las dos casas que la representan, espacio suficiente como para que pueda pasar el tren de carga. Este, al principio debe ir a Londres. En él se encuentran *M. K.* y otras personas, y detrás de él sigue el tren eléctrico, el cual lleva a Richard adentro y a su vez lo representa, tal como lo ha hecho en otras oportunidades. Pero pronto decide separar los dos trenes, y los hace correr por vías diferentes. El eléctrico corre por toda la mesa y por detrás de la cartera y la bolsa de M K. Más tarde, los dos trenes se empiezan a acercar, y están próximos a chocar; pero Richard amplía la estación, y en el momento en que se va a producir el choque, los vuelve a meter en la bolsa. El tren venía de Londres y marchaba en dirección al Oeste, para luego ir de un lado a otro. En el momento en que los dos estaban por encontrarse, Richard emitió sonidos cada vez más enojados, mientras él mismo tomó un aspecto muy agresivo. Durante todo el juego está muy ruidoso y no desea escuchar a *M. K.*, al mismo tiempo lucha fuertemente para controlar el odio que siente y para evitar el «desastre».

M. K. le pregunta para qué son el tractor y el camión de carbón.

Richard contesta que son municiones para la R.A.F. Pero parece que ambos vehículos le molestan, pues cuando uno de ellos se cae del tren, se pone muy contento.

M. K. interpreta que el tractor y el camión son el Sr. K., el Sr. Smith, Hitler, y la gente mala que hay dentro de ella, a quienes él quiere atacar. De hacerlo, sin embargo, arruinaría también el tren de mercancía, el cual representa a la *M. K.* buena; y esta es una de las razones por las que los ha colocado encima, de manera que puedan ser fácilmente sacados. Por esta causa también, se ha alegrado tanto cuando se han caído del tren.

Richard ve entonces que el Sr. Smith pasa por la calle Se dirige a la ventana y recibe de él un saludo amistoso. Le sigue luego mirando con mucha

atención desde detrás de la cortina, como queriendo averiguar cómo es realmente. Pero parece sospechar menos de él y sentirse menos perseguido.

Una vez que el Sr. Smith pasa de largo, Richard coge el banquito que hace poco representó el genital de este y dice: «Le voy a tirar su propio órgano sexual»; tras decirlo, tira el banco al suelo.

M. K. se refiere otra vez al «arma secreta» (sesión ochenta y siete) diciendo que es el genital-Hitler interno y comido, con el cual él quiere atacar a los hombres que están relacionados con ella y con Londres.

Richard dice que ahora los juguetes representan autobuses, y coloca en una fila el tractor, la locomotora del tren de pasajeros, el tren eléctrico y el camión del carbón. Todos van en diferentes direcciones. Una vez más empieza a hacer sonidos que expresan su mucho enojo, pero en el momento en que el tren eléctrico llega a la parada de autobuses se pone a cantar suave y melodiosamente.

M K. interpreta que a duras penas puede contener el enfado que siente hacia la gente que está relacionada con ella —sus pacientes, amigos y familiares—, a quienes representó antes por la gente que viajaba en el tren de carga, y después por los diversos autobuses que venían hacia la parada que la representa a ella. Desea intensamente ser el único que esté cerca de ella y por esto está tan enojado y tan celoso de los demás. También quiere poder expresar la rabia que siente, para de esta manera librarse de ella, y poder seguir siendo su amigo hasta que se marche a Londres.

Richard parece no haber escuchado esta interpretación; pero llegado a este punto, afirma una vez más con énfasis que no quiere dañar a *M. K.* de ninguna manera. A pesar de ello, un minuto después tira de la mesa todos los autobuses menos el eléctrico, que le representa a él, y dice que es un «precipicio». Tiene la cara colorada y está muy excitado, pero se queda muy preocupado al ver que a la locomotora se le caen las dos ruedas delanteras, y le pregunta a *M. K.* si está enfadada y si la puede arreglar.

M. K. contesta que la puede, en efecto, arreglar, e interpreta que quiere saber si realmente ha hecho daño a sus hijos y a sus amigos, y en caso de ser así, si ella los puede volver a poner en buenas condiciones y perdonarle por el odio que siente.

Richard se dirige a la cocina, saca varios cubos de agua y comenta que no está muy limpia; pero aparentemente no le importa mucho. Añade que quiere sacar toda el agua para que el tanque se quede limpio. Al hacerlo lo mira atentamente, para ver el remolino que hace el agua al entrar en la cañería, llevándose la suciedad.

M. K. interpreta que está expresando el deseo de limpiar su interior y el de mamá, sacándole «lo grande» malo, los bebés y los órganos sexuales que ambos contienen. Los ataques que llevó a cabo contra ella, representada por el tren de carga, iban predominantemente dirigidos a liberarla del papá-Hitler (las municiones colocadas sobre el tren), para así salvarla y protegerla. Pero además tiene celos de ella, como los tiene cada vez que piensa que papá está en la cama con mamá, mientras que él está solo Por esto ha arrojado los autobuses por el precipicio. Los autobuses rivales, en efecto, representan al papá rival (y también al bueno), a Paul y a los niños que piensa que todavía pueden nacer.

Richard se pone a jugar con el paraguas de *M. K.*: lo abre, lo hace girar y comenta que le gusta. Después lo usa como paracaídas, y hace como que está descendiendo con él. Al mirar la marca que tiene, comprueba con satisfacción que es de origen británico. Después, con él abierto, da vueltas y vueltas y comenta que está mareado y que no sabe a dónde le está llevando. También repite muchas veces «que el mundo entero se está dando vuelta». Finalmente deja caer el paraguas suavemente, dice que una vez más es un paracaídas y que no está seguro de estar descendiendo bien. Le cuenta además a *M. K.* que un día que hacía mucho viento se puso a jugar con el mejor paraguas de su madre, usándolo como paracaídas, y se lo estropeó por completo; su madre se quedó entonces «muda de rabia».

M. K. interpreta que el paraguas es su pecho. El ser inglés significa que es un pecho bueno y que el de mamá también lo es. Tiene dudas, sin embargo, sobre su contenido, pues no sabe si dentro de ella hay un Sr. K. bueno o uno malo. El paraguas abierto representa el pecho, pero como el mango representa el genital del Sr. K., no sabe si al incorporar este pecho puede fiarse de él, ya que está mezclado con el genital del Sr. K. De la misma manera siente que sus padres están mezclados entre sí, dentro de él. La pregunta que se formula sobre adónde le llevará el paraguas, expresa, pues, la incertidumbre que siente sobre si le están o no controlando desde adentro. El mundo que gira es todo el mundo que ha metido dentro de sí al tomar el pecho; o mejor dicho, es mamá mezclada con papá, con sus hijos y con todo lo que contiene. Siente, además, que el papá-pene poderoso que tiene internalizado (el arma secreta) es algo que le hace ser poderoso cuando lo usa contra sus enemigos externos, pero que a su vez se transforma en algo peligroso para él si le ataca y controla desde adentro.

A pesar de esto, sin embargo, tiene más confianza que antes en papá y mamá —el paraguas—, tanto tomándolos como personas exteriores como

interiores. Por esta causa es por lo que ahora trata su paraguas con más cuidado que antes el de mamá.

Al finalizar la sesión Richard ve a la cobradora de «la cara pintada» que pasa por la calle, y la saluda con la mano desde la ventana. Tras esto se queda preocupado, sin embargo, pensando en qué decirle si ella pregunta lo que estaba haciendo en esta casa. No le puede explicar lo que es el psicoanálisis; pero tampoco le quiere mentir, pues le tiene cariño. Decide, por fin, que le dirá que ha venido a ver a alguien.

Notas de la sesión número noventa y uno.

1. Un rasgo particular de estas últimas sesiones y que se mantiene hasta la final, lo constituye la fuerte decisión consciente e inconsciente de Richard, de terminar él el análisis de manera amistosa y no demasiado penosa para el analista. La fuerza con la cual controla su agresividad cada vez que esta se manifiesta, es muy llamativa. Este deseo de terminar el análisis guardando conmigo una buena relación, influye además en su actividad, en su juego y en sus dibujos. Hasta el final trata de hacer lo mejor posible, lo que él llama «el trabajo». Es significativo ver, además, que en esta sesión vuelva a jugar con los juguetes y que en la anterior dibuje barcos y peces del mismo tipo que hacía antes, lo cual debe tener como finalidad negar la terminación del análisis, aparte de llevarlo a un final feliz.

II. En esta sesión, salvo en el momento de mirar al señor Smith cuando este pasa por la calle, Richard apenas presta atención a la gente. Se encuentra en cambio concentrado en una situación interna, y en este sentido se siente más seguro que otras veces. Esta situación interna de mayor seguridad, incluye la creencia en un pecho bueno protector, cosa que expresa con el juego del paracaídas que le ayuda en momentos de emergencia. Y aunque vemos en seguida que el pecho bueno está unido en su mente con el pene, parece, sin embargo, que tiene más confianza en él que en ocasiones anteriores. La desconfianza que siente ante el órgano señor del Sr. K. que se encuentra dentro de *M. K.*, y ante el de papá, que está dentro de mamá, todavía persiste, pero ahora es menor, pues confía más en la bondad de su padre. Recientemente Richard pudo dirigir su agresividad en forma más consistente contra el padre-Hitler malo, y unirse con la madre buena para ayudarla a defenderse. Además, en vez de dirigir en seguida su agresión contra el pecho cada vez que siente ansiedad, ahora puede, de una manera

relativamente más estable, mantener la confianza que tiene depositada en él y en la madre, y afrontar así la lucha contra el padre. (Este cambio de actitud es el resultado de que la agresión se haya canalizado de una manera más «egosintónica»). La mayor confianza que les tiene a la madre buena interna y al padre interno bueno, va surgiendo en forma gradual. En la sesión anterior, por ejemplo, la depresión que le causa el ser dejado por mí, y el temor a la soledad que le hace revivir el miedo infantil a ser abandonado por sus padres, se expresan de una manera mucho más viva que en esta sesión. Por otra parte, también en la sesión anterior demostró tener más confianza que antes en Los dos padres y en la buena relación de ambos, cosa que indica, por ejemplo, en el dibujo del autobús, en el cual ambos están sentados juntos. Pero el cambio que se opera desde la sesión anterior a la actual, pasando por una depresión muy fuerte, hasta llegar a la mayor seguridad que vivencia hoy, también se debe en parte a un elemento maníaco, pues Richard hace uso de la mayor confianza que le tiene a la *M. K.* buena interna y a sus padres para huir del miedo y de la depresión que le provocan la separación.

Sesión número noventa y dos (miércoles)

Richard está otra vez más deprimido y distraído. Comenta que ha estado jugado con John Wilson y sus amigos, e inmediatamente después saca el tren de carga y el eléctrico y construye una estación capaz de contener a los dos. El tren eléctrico se dirige a «Z», y Richard dice que él y *M. K.* se encuentran en el tren. El de carga también sale de viaje, pero no da detalles de hacia dónde se dirige. Cada vez que los trenes se acercan uno al otro, emite sonidos de enojo, y todo el juego que sigue consiste en evitar que ambos entren en colisión. A menudo están a punto de chocar, pero Richard logra siempre a última hora evitar el desastre, aunque se ve que este conflicto le provoca un gran esfuerzo mental. Mientras juega hace además varias sugerencias sobre posibles cambios de horarios, eligiendo horas en las que sabe que *M. K.* atiende a otros pacientes.

M. K. le dice que no le puede dar las horas que le pide, y le ofrece otras.

De pronto, en un momento en el que los dos trenes se hallan detenidos en la estación, Richard dice que se siente mal y que tiene un dolor en el vientre. Está muy pálido.

M. K. interpreta que la estación es su interior, y que está en una constante espera de que ocurra dentro de él un choque entre el tren eléctrico, que lo contiene a él, a ella y a la mamá buena, y el tren de carga enemigo, que representa a todos los pacientes enojados y a los niños a quienes Richard quiere robarles su analista, llevándosela a su ciudad natal (nota 1). Por esto es por lo que también quiere cambiar la hora de las sesiones, para quitársela a todo el mundo. Aunque está tratando de evitar que choquen los trenes, pues no quiere dañar ni a ella, ni a mamá, ni a sus hijos, y desea terminar el análisis pacíficamente, no parece, sin embargo, creer que pueda evitar el choque internamente. Esto quiere decir que, tanto él como ella, pueden quedar heridos o dañados por sus rivales, y por esta causa se siente tan tenso al jugar y tiene dolor de vientre (nota II).

Richard mira a *M. K.* con sorpresa y dice: «El dolor ha desaparecido por completo. ¿Por qué?». Y el color le vuelve a las mejillas.

M. K. interpreta que el dolor de hoy, igual que el de garganta que tuvo en sesiones anteriores, está relacionado con la ansiedad que siente por su interior, y que al comprender cuáles son estas ansiedades, vivenciándolas conscientemente, el dolor desaparece.

Richard hace ahora que el tren de carga corra detrás del eléctrico y una vez más debe detenerlos a último momento para evitar un desastre; entonces los lleva al otro extremo de la mesa. Un poco más tarde, la locomotora del tren de carga deja sus vagones y entra en la estación; aunque Richard trata de creer que ahora no va a ocurrir ningún desastre, es evidente que se siente inseguro, pues en seguida empuja la locomotora hacia detrás de la cartera de M. K y le dice enojado: «Tonta».

M. K. interpreta que el tren eléctrico la representa a ella ahora. Richard se la está llevando, para separarla de sus demás pacientes e hijos, cosa que demuestra al hacer que el tren eléctrico huya del de carga aunque con peligro de ser dañado por este. Y después expresa la misma ansiedad de una manera diferente: la locomotora del tren de carga (que ahora representa a *M. K.* la «tonta», a quien ha empujado detrás de la cartera), llega sola a la estación, lo cual quiere decir que él y ella ya no están juntos. Los vagones representan a papá, los pacientes y a los niños, quienes ahora son todos rivales suyos (nota III). La locomotora también representa a la *M. K.* externa, la mamá buena, que es su principal ayuda y apoyo.

Richard dice enfáticamente que *M. K.* está con él en el tren, y le indica que uno de los vagones es él y el otro ella. Desengancha entonces los dos y luego los vuelve a enganchar, añadiendo que están juntos y que además tienen juntos sus órganos sexuales.

M. K. interpreta que siente que no puede evitar el desastre que se cierne sobre los dos. Acaba de darse cuenta de que realmente ella no va a quedarse con él más tiempo, sino que se va a marchar para unirse con sus demás pacientes y con su familia. Y que por esto desenganchó y volvió a enganchar otra vez los vagones.

Richard contesta que si *M. K.* desea dejar a sus demás pacientes, él no tiene nada que ver con ello.

M. K. interpreta que es justamente por esto por lo que se acaba de enfadar tanto con ella —la locomotora—, llamándola «tonta», pues acaba de sentir que no es ella quien desea dejar a sus niños y a sus pacientes (los vagones) para quedarse con él, sino él, Richard, quien quiere separar a estos de ella.

Richard engancha los vagones al tren de mercancías y los dos trenes chocan, pero el choque lo hace con mucho cuidado… En un determinado momento, mientras juega con los trenes, Richard muestra la desconfianza que le tiene a *M. K.* al preguntarle si puede guardar un secreto. Luego le cuenta que una persona muy importante (cuyo nombre menciona), ha pasado esa mañana por «*X*». Ahora vuelve a pedirle que no hable de ello.

M. K. interpreta que ha aumentado la desconfianza que le tiene, porque como se va y le deja, se ha convertido en la madre «bruta malvada».

Richard pregunta si *M. K.* es una médica de la mente tal como otros son médicos para el cuerpo.

M. K. contesta que sí, que se puede decir que así es.

Richard dice que la mente es aún más importante que el cuerpo, aunque le parece que la nariz es muy importante también.

M. K. interpreta que la nariz representa su órgano genital, y que teme que le pase algo malo a él; que esté dañado y que no se desarrolle como es debido Esta es la causa que le hace temer convertirse en tonto. Duda, además, que ella pueda llegar a curárselo, además de la mente.

Tras el desastre, Richard guarda los juguetes.

M. K. se refiere a uno de los dibujos de la sesión anterior y vuelve a preguntar por el pez dibujado en la parte baja, el cual está en las garras de lo que Richard llama un cangrejo, y que se parece mucho al pulpo de los primeros dibujos.

Richard dice una vez más que el pez se escapa de las tenazas y luego añade que estas son los dos pechos.

M. K. interpreta que representan además la rabia que él siente, aunque al mismo tiempo desea que el pecho pueda salvarse y cortar las tenazas. Por haber atacado el pecho, teme ahora que este se transforme en tenazas y le ataque a él, pues de ser así, para salvarse (ahora es él el pez), tendría que cortar el pecho (nota IV).

Richard dice que no quiere mirar más por debajo de la superficie del dibujo (quiere decir bajo la línea), y sugiere que miren, en cambio, lo que pasa sobre el agua (se refiere al barco que dibujó con tanto placer). Después dice que hace poco estuvo jugando con John Wilson y sus amigos y que él, Richard, bombardeó el camino de Birmania que había en el juego

M. K. interpreta que si bombardeó el camino de Birmania, eso quiere decir que es japonés.

Richard dice entonces con aire desorientado que en ese caso él debe de ser el barco japonés del dibujo.

M. K. le vuelve a señalar entonces las diversas partes que tiene su personalidad, las cuales están representadas por el *Salmon* británico y por el barco japonés. Esta misma situación la ha representado ya antes, al ser a veces alemán y a veces inglés. El barco que lo representa a él tiene, además, gente adentro —los hombrecitos—, y estos representan a papá, el cual teme que dañe a la mamá buena que está dentro de él. Este temor es el mismo que

siente hacia el genital de Hitler, el «arma secreta» que él mismo contiene, y que puede impulsarle a dañar a ella o a mamá. El submarino británico, en cambio, representa a su parte buena, que contiene a la *M. K.* buena y a mamá.

El estado de ánimo de Richard en esta sesión se parece en general al que tenía en la sesión noventa, pues está muy triste y tenso. El deseo cada vez mayor de ser abrazado y mimado, se muestra repetidas veces en que toca a *M. K.* y deja caer varios objetos al suelo para poder tocarle las piernas al levantarlos. Todo el tiempo está tratando, además, de controlar la agresividad que siente, por temor a dañar con ella sus objetos queridos.

Notas de la sesión número noventa y dos.

1. El choque entre los objetos buenos y los que Richard siente que son los malos (por haberlos atacado y quererlos desposeer), es también el conflicto que existe entre una parte de sí mismo, la cual siente que es buena y que está aliada con el objeto bueno, y otra parte de sí que es hostil y que está en alianza con los objetos que siente que son malos.

II. Es importante tomar nota de la discrepancia existente entre las situaciones internas y externas, y del hecho de que, si bien Richard trata de arreglar las cosas externamente para evitar el desastre, no puede, sin embargo, liberarse del sentimiento de desastre interno, el cual expresa mediante el dolor físico y la tensión mental que refleja de manera muy y notoria La experiencia psicoanalítica demuestra que los esfuerzos realizados para poder manejar las situaciones y relaciones externas, persiguen varias finalidades: no solo mejorar la relación con el mundo externo —lo cual implica reparar los primeros objetos externos—, sino también apaciguar las ansiedades relativas al mundo interior. De esta manera, las relaciones externas se convierten en un medio para poner a prueba las internas; y de no existir un equilibrio relativamente bueno entre lo externo y lo interno, estos ensayos no consiguen el éxito perseguido.

III. En la actualidad, los estudios que he hecho del yo me sugerirían la formulación de una interpretación hecha desde un punto de vista diferente. Ya he interpretado que una parte de Richard, la cual él vive como buena y en alianza con el buen objeto, está luchando contra su parte destructiva, la cual está a su vez combinada con los objetos malos. Pero el yo de Richard no es aún lo suficientemente fuerte como para manejar el inminente desastre. Podríamos, pues, llegar a la conclusión de que la locomotora, que coloca

detrás de mi cartera (la cual me ha representado a mí en varias oportunidades), representa a sus impulsos destructivos, a los cuales él mismo se siente incapaz de controlar y deben por ello ser controlados por el analista (en última instancia, por su objeto bueno). Este objeto bueno también es vivido como un superyó que controla y, por lo tanto, ayuda.

IV. Este ejemplo sirve para ilustrar el hecho de que los intentos de reparar y controlar los impulsos destructivos, no pueden evitar la proyección de estos sobre el objeto. Como Richard ha destruido muchos pechos, el pecho sigue siendo un objeto del cual no se fía, que puede llegar a morderle y a atenazarle. Esto constituye un ejemplo de la complejidad de los procesos que operan en forma simultánea, pues podemos ver, en efecto, cómo se expresan los impulsos destructivos y al mismo tiempo el deseo de controlarlos e incluso aniquilarlos, lo cual puede llegar a significar el aniquilamiento de una parte muy importante de la personalidad (véase «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides», 1946). De esta manera el objeto bueno queda a salvo; pero al mismo tiempo se establece una actitud de desconfianza ante él, pues en cualquier momento puede vengarse y hacerse peligroso.

Sesión número noventa y tres, y ultima (jueves)

Richard está triste y silencioso. Toda la sesión se caracteriza por la existencia de largos silencios y por los esfuerzos evidentes que hace para poder hablar, seguir trabajando y no dejarse vencer por la depresión, tanto por su bien como por el de *M. K.* Al principiar la hora dice que está muy triste por la ida de esta y le pregunta si sabe el nombre de una mujer de «Z» de quien ha oído hablar y que hace algún tipo de «trabajo»; pero en realidad no piensa que sea el trabajo adecuado, sino que más bien se trata de una bruja… Luego menciona que se ha hecho amigo de la cobradora bonita.

M. K. interpreta que, como va a perderla a ella y el análisis, está tratando de hacer amigos en todas partes donde pueda. De esta manera piensa que podría evitar el ser atacado por sus enemigos. La cobradora bonita es para él una mezcla de bueno y malo: es tan bonita como su madre, pero al mismo tiempo es mala, por tratarle como a un niño. De todas maneras quiere estar en buenos términos con ella antes de que se marche *M. K.*

Richard caza una mosca y la echa por la ventana, diciendo que se va al jardín del «oso».

M. K. interpreta que las moscas han representado diversos papeles en las sesiones anteriores. Unas veces las ha matado (en ocasiones en que representaban a los bebés malos o incluso al papá malo). Otras le ha dado libertad, como lo ha hecho en este momento, al decir que el animalito se iba al jardín del «oso», el cual representa a un papá bastante inofensivo.

Richard dice pensativamente: «El oso es el papá azul oscuro», y añade que su papá verdadero es celeste. Es esta la primera vez que usa la palabra celeste para aplicársela a su padre, pues antes siempre la ha reservado para designar con ella a la mamá ideal o a *M. K.*

M. K. interpreta que ahora usa el celeste para papá y que parece con ello estar expresando el amor que siente por él. Además al perderla a ella, le sirve de consuelo tener un papá casi tan bueno como mamá.

Richard va a la cocina y bebe del grifo.

M. K. interpreta que ya que no puede tener el pecho bueno, quiere incorporar dentro de sí el pene bueno de su padre.

Durante la sesión entera, Richard juega bastante con el reloj. Lo acaricia, lo manosea, lo abre y lo cierra, le da cuerda, y parece estar profundamente enfrascado en cada actividad que hace con él. Al poner la alarma, dice:

«*M. K.* está hablando por radio a todo el mundo y dice: Daré a todo el mundo la paz que sea más conveniente». Luego, un poco tímidamente, añade: «Y Richard es un niño muy bueno, y yo le quiero…». Tras esto, sigue matando moscas y cortándolas por la mitad. Llena un cubo de agua hasta el borde, y explica que desea tomar la mayor cantidad de leche que sea posible, pero que además quiere vaciar y limpiar el tanque. También desea matar a todas las moscas que encuentre en el cuarto de juegos. Mientras las mata, se refiere a la «V» de la victoria que está obteniendo sobre ellas… Al volver a la mesa, encuentra que la cartera de *M. K.* está abierta; entonces rápidamente le saca el monedero y dice: «No te importa, ¿verdad?», y lo abre Mira los chelines, los pone de lado, y saca unos billetes. Comenta que *M. K.* parece tener mucho dinero, y luego le pregunta si esto es todo lo que tiene o si tiene más en el banco. Al separar los chelines, hace un gesto como si quisiera quedarse con ellos.

M. K. interpreta que antes de separarse querría sacar de dentro de ella todo «lo grande» (los chelines) y la leche que fuera posible. Pero que luego se asusta, pensando que quizá le deje a ella demasiado poco; por esta causa le ha preguntado si tiene más en el banco. Esto demuestra que teme haberla dejado exhausta. Al matar a todas las moscas, está tratando de protegerla —y a mamá también—, de todos los bebés malos que siente que las dos contienen y que pueden ponerlas en peligro.

Richard, igual que en la sesión anterior, aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para tocar a *M. K.*, y en un determinado momento le pregunta si no le gustaría sentarse en el banco de piel que en una sesión anterior representó su órgano sexual.

M. K., tras sentarse un rato en el banco, interpreta que desea tocarla, no solo porque le gustaría acariciarla como acaricia el reloj, sino también porque le parece que al tocarla se la puede meter dentro de él y mantenerla allí mejor.

Richard da un puntapié a los bancos y tras ello tira la cuerda de la manera que lo hizo anteriormente (sesión cincuenta y dos), recordándole a *M. K.* la forma en que la usó antes, cuando representaba el pene de papá del cual él se había apoderado… También juega mucho con las llaves. Hace que las dos anden juntas; luego, tras sacar la más pequeña del aro del llavero, la vuelve a colocar en él.

M. K. interpreta que desea irse con ella a Londres; luego volver con su mamá, y después, una vez más, irse con ella. Esto es lo que está expresando con el juego de las llaves.

Richard pide entonces a *M. K.* que ponga la mano sobre una hoja de papel, y le dibuja el contorno, el cual se lleva luego con él.

M. K. interpreta que es otra manera de mantenerla a ella dentro de sí.

Richard se pone una vez más a jugar con el reloj: cierra tanto el marco que por poco se cae, pero dice que lo está sujetando todavía. Luego lo cierra del todo, lo vuelve a abrir rápidamente y dice: «Ahora ella está otra vez bien».

M. K. interpreta que teme que ella tenga un colapso y que necesite su apoyo para seguir en pie (si quiere venir a Londres es en parte para protegerla allí). Pero que también se está refiriendo a la *M. K.* interna, la cual teme que tenga un colapso dentro de él; pero está decidido a mantenerla viva, tanto interna como externamente. Si por un lado terne no tener éxito en esta empresa, por el otro tiene la esperanza de poder triunfar.

Hacia el final de la hora Richard se queda muy silencioso, pero dice que ha decidido continuar el trabajo con *M. K.* en algún momento del futuro.

M. K. va con Richard hasta el pueblo, pero una vez allí el niño se despide rápidamente de ella, diciéndole que prefiere que no le vea subir al autobús.

Durante toda la sesión ha estado librando una fuerte batalla contra la depresión, y tratando de que la despedida no fuera demasiado difícil para ninguno de los dos. También ha tratado de mantener viva la esperanza de volver a ver a *M. K.* y de poder continuar el análisis. El esfuerzo que hace por colaborar con ella se ve en la manera como, al tirar la cuerda, le recuerda lo que ello significó en el pasado.

Comentarios finales

El psicoanálisis que he presentado aquí no es completamente típico, como ya dije en la Introducción. A pesar de ello, el material de Richard y mis interpretaciones sirven para ilustrar los principios básicos de la técnica que empleo para analizar a los niños, tanto durante el período de latencia como en el de la preadolescencia. Por ello creo que este libro constituye una continuación de mi *Psicoanálisis de niños,* y que puede resultar de utilidad para el estudiante de psicoanálisis y en especial para el psicoanalista de niños. En realidad, es esta la finalidad que persigo al publicarlo.

En las notas he ido indicando ciertas etapas del proceso de desarrollo, algunas de las cuales luego se desvanecen. Sin embargo, las considero importantes, pues parte del trabajo del analista consiste en estudiar tales etapas cuidadosamente, aun cuando no estén suficientemente establecidas.

Todo el proceso del análisis, aunque este sea mucho más prolongado, implica la existencia de tales cambios, y el proceso de la elaboración solo se hace posible cuando el analista sigue estas fluctuaciones muy de cerca y las va analizando. Esto implica que no solo debe interpretar cada nuevo detalle que aparece en el material, sino que además tiene que hacerse cargo de los cambios que se operan en el contenido y en la forma de las situaciones de ansiedad, a medida que el paciente va alcanzando un mejor conocimiento de sí mismo.

El progreso de Richard está ligado a la mejoría que experimenta en la relación con el objeto bueno, y estoy convencida de que esto constituye lo fundamental de todo análisis en el que se logran alteraciones favorables y duraderas. He demostrado claramente que para Richard el objeto bueno es la madre «celeste» idealizada, y que la relación que sostiene con la analista mantiene estas mismas características. Como siempre ocurre, la idealización implica necesariamente la existencia de una situación persecutoria de diversos grados, y un signo de progreso considerable en el análisis de Richard, lo constituye el hecho de que este pueda traer a un primer plano el aspecto persecutorio de la relación con esta madre y analista idealizadas. Al analizar estos dos aspectos, resulta, sin embargo, que la relación del niño con su madre no se basa solamente en la idealización, sino que, hasta cierto punto, ha logrado también establecer con ella una relación de confianza y de amor; y esto a pesar de que la ansiedad persecutoria y los procesos de disociación

hagan necesario una y otra vez que recurra a la idealización. Al disminuir estas ansiedades, Richard puede establecer una relación mucho más segura con el objeto bueno primario: la madre Y además, gracias al análisis del complejo de Edipo, en el cual el elemento paranoico es muy intenso, puede vivenciar más profundamente el amor que siente por su padre. Esto a su vez contribuye a disminuir las sospechas y las ansiedades persecutorias referentes a otras personas, con lo cual se mejoran las relaciones de objeto en general, a la par que la relación que mantiene con ambos padres.

Todas estas modificaciones implican que Richard se ha hecho más capaz de enfrentar, controlar y contrarrestar los impulsos destructivos, la envidia y las ansiedades persecutorias. Y este desarrollo significa que su yo está en mejores condiciones para aceptar e integrar el superyó. Otro factor que también contribuye al fortalecimiento de su yo, lo constituye el que los procesos de identificación proyectiva e introyectiva, que eran muy poderosos, han disminuido en el transcurso del análisis.

Por otra parte, también queda el yo reforzado, al adquirir Richard una mayor confianza en sus propias dotes y en los aspectos buenos de su carácter; lo cual, además, le da una mayor confianza en llegar a ser potente, permitiéndole al mismo tiempo un despliegue mayor de las fantasías genitales.

En la primera parte de este libro nos encontramos con un Richard que está en un perpetuo tironeo entre sus impulsos destructivos y amorosos, y que es presa de ansiedades tanto persecutorias como depresivas. La total inseguridad que siente queda expresada en el «desastre» que se produce cada vez que usa los juguetes, el cual implica siempre la destrucción de todo su mundo externo e interno, incluido él mismo, otro índice de que no puede controlar la avidez, envidia y competencia, lo encontramos en los dibujos de los imperios, pues sea lo que fuere lo que se propone hacer conscientemente, siempre resulta que él tiene más países que los demás.

Esta situación se va modificando a medida que el análisis progresa. Ya he dicho que antes que la envidia, los celos y la avidez, que en mi opinión son expresiones del instinto de muerte, disminuyen al poder Richard ir enfrentándose gradualmente con sus impulsos destructivos e integrándolos. Esto a su vez permite que la capacidad de amar que tiene entre más plenamente en acción, lo que hace posible que el odio sea mitigado por el amor como resultado de esto, puede al mismo tiempo ir desarrollándose en él una mayor tolerancia hacia los demás y hacia sus propias debilidades. El sentimiento de culpa que vivenciaba a la par de las ansiedades persecutorias,

disminuye, y esto implica a su vez la adquisición de una mayor capacidad para reparar. De esta manera puede, hasta cierto grado, elaborar la posición depresiva.

Otra prueba de que el instinto de vida va adquiriendo una preponderancia cada vez mayor, junto con la capacidad de amar, la tenemos en que ya no se siente obligado a separarse de los objetos destruidos, y en cambio, puede tener compasión por ellos. Ya me he referido al hecho de que a pesar de odiar tanto a los enemigos que en aquel momento ponían en peligro la existencia de Gran Bretaña, es, sin embargo, capaz de sentir simpatía por el enemigo vencido. Esto lo demuestra, por ejemplo, cuando se apena por el daño que sufren Berlín y Múnich, y en otra ocasión, cuando se identifica con el *Prinz Eugen,* al que acaban de hundir. El predominio cada vez mayor del instinto de vida en la fusión de ambos instintos y la consiguiente mitigación del odio por el amor, constituyen la última razón por la cual puede el niño seguir teniendo esperanza, a pesar de la experiencia dolorosa que es interrumpir un análisis que él reconoce de importancia esencial, tanto consciente como inconsciente.

La afirmación de que, como resultado del trabajo analítico, Richard logra establecer dentro de sí en forma mucho más estable el objeto bueno interno, se ve confirmada por la esperanza que ahora tiene, y por la habilidad que demuestra para mantener una buena relación con su analista, considerada como objeto interno y externo, a pesar del resentimiento, de la sensación de pérdida y de la gran ansiedad que su viaje le ocasionan. Esta mayor seguridad interior, refleja el predominio que ahora tiene el instinto de vida.

Tengo la impresión que este análisis, aun cuando quedó sin terminar, produjo cambios duraderos en el paciente.

Notas

[1] Conferencia pronunciada en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, julio de 1919. Este artículo ya estaba listo para ser publicado, y dejé las observaciones e inferencias tal como se me ocurrieron entonces. <<

[2] La pregunta fue provocada por observaciones ocasionales de un hermano y hermana mayores, que le dijeron en diferentes oportunidades: «Tú no habías nacido todavía». Parecía fundada también en el sentimiento evidentemente doloroso de «No haber estado siempre allí», ya que en seguida de habérsele informado y repetidamente después, expresaba satisfacción al decir que él de cualquier modo había estado antes allí. Pero era evidente que esta no fue la única instigación para la pregunta, ya que poco después apareció en la forma alterada de: «¿Cómo se hace una persona?». A los cuatro años y tres meses se repitió frecuentemente otra pregunta, durante un tiempo. Preguntaba: «¿Para qué se necesita un papá?», y (más raramente) «¿Para qué se necesita una mamá?». La contestación a esta pregunta, cuyo significado no fue reconocido en esa época, fue que uno necesitaba un papá para que lo quisiera y lo cuidase. Esto fue visiblemente insatisfactorio, y con frecuencia repitió la pregunta hasta que gradualmente la abandonó. <<

[3] Al mismo tiempo captó algunas otras ideas que habían sido repetidamente comentadas en el periodo precedente a las preguntas sobre el nacimiento, pero que tampoco aparentemente hablan quedado del todo aclaradas. Incluso había tratado de defenderlas en cierta forma: por ejemplo, había tratado de probar la existencia de la liebre de Pascua diciendo que los niños L. (compañeros de juego) también poseían una, y que él mismo había visto al diablo a lo lejos, en el prado. Era mucho más fácil convencerlo de que lo que pensó que había visto era un potro, que persuadirlo de la falta de fundamento de la creencia en el diablo. <<

[4] Aparentemente solo había quedado convencido en el asunto de la liebre de Pascua por esta información provista por los niños L. (aunque a menudo le contaban cosas que no eran ciertas). Fue quizá también esto lo que lo instigó a investigar más la respuesta —tan a menudo pedida pero no asimilada aún— a la pregunta: «¿Cómo se hace una persona?». <<

[5] Se había escapado de la casa alrededor de dos años antes, pero no se descubrió su razón para hacerlo. Lo encontraron ante una relojería observando cuidadosamente el escaparate. <<

[6] La concepción del tiempo, que le había resultado tan difícil, parecía habérsele aclarado. Una vez, cuando ya había aparecido el creciente placer por hacer preguntas, dijo: «¿Ayer es lo que ha sido, hoy es lo que es, mañana es lo que vendrá?». <<

[7] Repitió esta pregunta en ocasiones durante un tiempo, cuando se hablaba de detalles sobre el crecimiento que tenía dificultad para comprender. «¿Cómo se hace una silla?» y la respuesta, con la que estaba familiarizado y por lo que ya no se le contestaba más, parece entonces haber sido una especie de ayuda para él, usada como norma o comparación de la realidad de lo que acabara de oír. Usa la palabra «realmente» en la misma forma y con este intercambio el uso de «¿Cómo se hace una silla?» decreció y cesó gradualmente. <<

[8] Alrededor de los tres años mostró un interés especial por las joyas, particularmente las de su madre (que se mantiene aún), y decía repetidamente: «Cuando sea una señora usaré tres broches al mismo tiempo». Con frecuencia decía: «Cuando sea una mamá…». <<

[9] Una vez, cuando tenía tres años, vio desnudo a su hermano mayor en el baño y exclamó con regocijo: «¡Karl también tiene un pipi!». Dijo entonces a su hermano: «Por favor, pregúntale a Lene si ella también tiene un pipi». <<

[10] Freud, «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico», 1911 <<

[11] El esclarecimiento que evidentemente había removido inhibiciones y permitido que sus complejos se hicieran más conscientes, determinó al parecer el interés por el dinero y la comprensión de su manejo, que ahora aparecían. Aunque había expresado hasta ahora su coprofilia con bastante franqueza, es probable que la tendencia general a romper las represiones, que ahora aparecía, se hiciera sentir también en relación con su erotismo anal, dando así impulso a la posibilidad de sublimarlo en el interés por el dinero. <<

[12] Repetidamente ruega a su hermana que sea muy traviesa solo por una vez y le promete quererla mucho si lo hace. Saber que papá y mamá ocasionalmente también hacen algo mal le da gran satisfacción, y una vez dijo: «Una mamá también puede perder cosas, ¿no?». <<

[13] También en esta época rogó a su madre, ocupada en la cocina, que cocinara la espinaca de modo que se convirtiera en papa. <<

[14] En sus demostraciones de afecto es muy tierno, especialmente hacia su madre pero también hacia otras personas que lo rodean. A veces puede ser muy tormentoso pero en general es más afectuoso que rudo. Sin embargo hace un tiempo hubo cierto elemento emocional en la intensidad de sus preguntas. Su amor por su padre se mostró algo exagerado alrededor del año y nueve meses. En esa época lo quería evidentemente más que a la madre. Pocos meses antes de esto su padre había regresado después de una ausencia de casi un año. <<

[15] También antes, aunque muy raramente, había hablado de dispararle y pegarle hasta matarlo, cuando estaba muy enojado con su hermano. Recientemente ha preguntado a menudo a quién puede uno disparar hasta matar, y declara: «Puedo fusilar a cualquiera que quiera dispararme». <<

[16] Ferenczi (1912b). La figuración simbólica de los principios del placer y de la realidad en el mito de Edipo. <<

[17] El Dr. Otto Gross, en su libro: Die cerebrale Sekundarfunktion (1902), sostiene que hay dos tipos de inferioridad, uno debido a una conciencia «aplanada» y el otro a una conciencia «comprimida», cuyo desarrollo refiere a «cambios constitucionales típicos de funcionamiento secundario». <<

[18] Indudablemente cualquier crianza, incluso la más comprensiva, como implica cierto monto de firmeza, causará cierto monto de resistencia y sumisión. Así también es inevitable y necesario para el desarrollo cultural y la educación que haya mayor o menor monto de represión. Una crianza fundada en conocimientos psicoanalíticos restringirá a un mínimo este monto, sin embargo, y sabrá cómo evitar las consecuencias inhibitorias y perjudiciales para el desarrollo mental. <<

[19] Ferenczi (1913). El desarrollo del sentido de realidad y sus estadíos. <<

[20] Freud presenta un ejemplo particularmente esclarecedor de esto en «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911). <<

[21] Artículo leído ante la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, febrero de 1921. <<

[22] Freud: «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909a). <<

[23] Hugh-Hellmuth (1921). <<

[24] Había observado poco antes: «Quisiera ver morir a alguien; no ver a qué se parecen cuando ya están muertos, sino cuando se están muriendo, entonces podría ver también a qué se parecen cuando están muertos». <<

[25] Solo desapareció parte del síntoma de «frío en el estómago», es decir, solo en lo que se refería al estómago. Posteriormente, pero no con frecuencia, declaraba que tenía «frío en la barriga». La resistencia a los platos fríos también ha persistido, la antipatía que había aparecido en los últimos meses ante diversos platos en general no fue modificada por el análisis, solo su objeto variaba ocasionalmente. Por lo general su eliminación es regular, pero a menudo se realiza con lentitud y dificultad. El análisis tampoco ha producido ninguna alteración permanente en esto, solo variaciones ocasionales. <<

[26] Abraham (1920). <<

[27] Una vez dijo durante el almuerzo: «El budín se deslizará derecho por el camino hasta el canal», y otra vez «La mermelada se va derecho al pipí». (La mermelada, empero, es una de sus antipatías). <<

[28] Una vez cuando la madre le dijo cariñosamente «mi muñequito», él dijo: «diles muñequita, a Lene o Anna, va mejor con una nena, pero a mi dime 'mi querido reyecito'». <<

[29] En esta época hizo una mañana una «torre», como la llamó, con sus sábanas, trepó a ella y anunció: «Ahora soy el deshollinador y estoy limpiando la chimenea». <<

[30] Se mantiene aun fuertemente el interés por vehículos, puertas, cerrajeros y cerraduras; por consiguiente, solo perdió su carácter compulsivo y dedicación exclusiva, de modo que también en este caso el análisis no afectó la represión útil sino que solo superó la fuerza compulsiva. <<

[31] Hace poco, especialmente durante este período de observación, mostró en forma ocasional, tanto en sus fantasías como en sus juegos, que se apartaba, alarmado, de su propia agresividad. Decía a veces en medio de un juego excitante de ladrones e indios, que no quería jugar más, que estaba asustado, y por cierto que al mismo tiempo mostraba un tremendo esfuerzo para ser valiente. Además, en esa época, si se había golpeado decía: «Está bien, este es el castigo porque me porté mal». <<

[32] Cuando pequeño le gustaba mucho durante un tiempo modelar en arena o tierra, pero no por mucho tiempo ni persistentemente. <<

[33] Antes de que empezara el análisis tenía un fuerte rechazo a los cuentos de hadas de Grimm que, cuando mejoró, se convirtió en marcada preferencia. <<

[34] Esta parece ser la razón por el interés que había manifestado recientemente en la pregunta de por qué el agua es líquida, y en general por qué las cosas son sólidas y 1íquidas. La angustia probablemente actuaba ya en este interés. <<

[35] Por el material obtenido hasta aquí no estoy segura aún del significado del caballo, parece representar a veces un símbolo masculino, otras veces femenino. <<

[36] Los niños son hermano y hermana, hijos de una familia que conozco muy bien, de modo que tengo conocimiento detallado de su desarrollo. <<

[37] Esta niña no pidió nunca esclarecimiento sexual. <<

[38] En mi experiencia he encontrado que externamente es poco el cambio que parece sufrir lo educacional. Han transcurrido alrededor de dieciocho meses desde la terminación de las observaciones aquí relatadas. El pequeño Fritz va a la escuela, se adapta en forma excelente a sus exigencias, y es considerado allí, como en todas partes, un niño bien educado, desenvuelto y espontáneo, y que se comporta adecuadamente. La diferencia esencial, difícilmente notable para el observador no iniciado, yace en una actitud básica completamente distinta con respecto a la relación maestro-alumno. Así, aunque desarrolló una relación absolutamente franca y amistosa, cumple con bastante facilidad las exigencias pedagógicas que de otro modo a menudo solo actúan cuando se las utiliza autoritariamente, y con dificultades; ya que las resistencias inconscientes del niño ante esto fueron superadas por el análisis. Por consiguiente, el resultado de la educación ayudada por el análisis es que el niño cumple con los requerimientos educativos habituales pero sobre la base de presupuestos enteramente diferentes. <<

[39] En este caso solo quedó superada su exageración y carácter compulsivo. <<

[40] No durante el periodo que abarcan estas notas, sino casi un año después, luego de una declaración de su afecto por ella, expresó nuevamente la pena de no poder casarse con su madre. «Te casarás con una hermosa joven a la que amarás cuando seas grande» —replicó la madre—. «Si —dijo él, ya bastante consolado—, pero tiene que parecerse exactamente a ti, con un rostro como el tuyo y un pelo como el tuyo, y debe llamarse señora de Walter W., igual que tú». (Walter no es solo el nombre del padre sino también el segundo nombre del niño). <<

[41] O.C., t. 10 <<

[42] O.C., t. 10 <<

[43] Meta Schoepp en su libro My book and I (Berlín, Conkordia, Deutsch Verlaganstalt, 1910; Mein Junge und Ich) nos ha brindado un hermoso ejemplo del romance de un niño con su madre y de sus celos del padre. Un tema similar aparece en The Book of my little brother de Geiretam (Berlín, Verlag Fischer, Das Buch vom Buederchen). <<

[44] Bastarán algunas citas de un rico acervo de material ilustrativo:

«Si el pequeño salvaje fuese librado a sus impulsos y pudiese integrar la fuerza de su pasión de los treinta con la sinrazón de la infancia, mataría a su padre y deshonraría a su madre». (Diderot: El sobrino de Rameau).

«Llamé a las puertas de su henchido corazón: la castidad decreta que se deben rechazar los deseos de la Naturaleza, ser el rival del padre, ser el amante de la madre». (Lessing: Graugir). Eckerman consideraba en Conversaciones con Goethe, 1827, que solo el amor de una niña por su hermano puede ser puro y asexual. «Creo, dijo Goethe, que el amor de dos hermanas es aún más puro y casto. Por lo que sabemos pueden haber existido innumerables instancias de inclinaciones sensuales entre hermanos y hermanas que pueden haber sido conscientes o desconocidas para ambos».

«Amada… ¿cómo llamarte? Necesitaría una palabra que incluyera el significado de Amiga, Hermana, Adorada, Novia y Esposa» (Carta a la Condesa Auguste zu Stolberg, 26/1/1775).Estas citas han sido tomadas del libro de Otto Rank, Das Inzestmotiv in Dichtung und Sage, Liepzig y Viena, Deutike, 1912. En él trata exhaustivamente la influencia del complejo de Edipo en la mitología y la poesía. <<

[45] Véase Stekel: Conditions of Nervous Anxiety and their Treatament; Freud: La interpretación de los sueños. <<

[46] Véase *Int. Z.i f. Psycho-anal.*, 6, 1920 <<

[47] El significado materno de tarima y también de pupitre o escritorio, y pizarra y todo objeto en el cual se puede escribir, y además el significado de pene de la lapicera, el lápiz y la tiza, y todo objeto conque se puede escribir, surgió tan claramente en este y otros análisis y se confirmaba con tanta frecuencia que lo considero típico. El significado simbólico sexual de estos objetos se ha demostrado en otra ocasión durante el análisis de casos aislados. Así en su trabajo «Uber Prufungsangst und Prüfungstraüme». Sadger ha demostrado el significado simbólico sexual de escritorio, pizarra y tiza en un caso incipiente de demencia paranoica. Jokl en «Zur Psychogenese des Schreibkrapfes», también ha demostrado el significado simbólico sexual de la lapicera en un caso de «calambre de los escritores». <<

[48] En Alemania la posición en clase es determinada por la calidad del trabajo. Su «boletín», del cual opinaba que su madre debería darle menos importancia que a su posición en la clase, significaba para él, como también para Fritz (véase más adelante), potencia, pene y niño; para él, la posición en clase era la posición dentro de la madre y la posibilidad de coito que ella le presentaba. <<

[49] Aquí el maestro resulta ser un objeto deseado homosexualmente. Pero se puso en evidencia un motivo que siempre es significativo en la génesis de la homosexualidad; es decir, el hecho de que este deseo homosexual se fortificaba por el deseo reprimido de lograr el coito con la madre —a pesar del padre—; en este caso, por lo tanto, lograr el primer puesto en la clase. Del mismo modo, detrás del deseo de hablar desde la tarima, obligando así al maestro (padre) a hacer el papel pasivo del oyente, actúa también el deseo hacia la madre, ya que la tarima como también el escritorio tienen un significado materno para él. <<

[50] Véase «El desarrollo de un niño». <<

[51] Véase el capítulo «Análisis infantil» en este trabajo demostré más detalladamente cómo las numerosas fantasías que hacía Fritz acerca de la matriz de su madre, la procreación y el nacimiento ocultaban el deseo más intenso y fuertemente reprimido a entrar al seno materno por medio del coito. Ferenczi sugirió en su trabajo Thalassa, que para el inconsciente la vuelta al seno materno parece posible únicamente por medio del coito, y también ha presentado una hipótesis en la cual deduce esta fantasía que se puede comprobar de procesos evolutivos psicogenéticos. <<

[52] Véase Jones: «The Theory of Symbolism» (1916). <<

[53] Véase: «Análisis infantil». <<

[54] Esta construcción de casas representaba el coito y la procreación del niño. <<

[55] El sentido inconsciente de «profesión» es típico. Se demuestra constantemente en el análisis y seguramente contribuye notablemente a las dificultades en la elección de una profesión. <<

[56] El niño había compartido el dormitorio de sus padres durante varios años y esta y otras fantasías datan de observaciones del coito en su primera infancia. <<

[57] Compárese el significado de construcción de casas en los casos de Ernst y Félix. <<

[58] Como consecuencia de una intervención médica, no quirúrgica, en su pene a la edad de cuatro años, habíase masturbado posteriormente solo con grandes escrúpulos de conciencia. Cuando se repitió esta intervención a la edad de diez años, abandonó la masturbación por completo, pero sufrió una angustia de tocar. <<

[59] Repetidamente omitía la última frase de sus ejercicios escolares. En otra ocasión se olvidó de algo en la mitad del ejercicio. Cuando empezaba a mejorar en este aspecto, comprimía toda la lección tanto como fuera posible, etcétera. <<

[60] Véase «Análisis infantil». <<

[61] También para la pequeña Grete el punto y la coma estaban igualmente determinados. Véase Análisis infantil. <<

[62] En una reunión de la Sociedad de Berlín, Herr Rohr trató detalladamente el manuscrito chino y su interpretación sobre una base psicoanalítica. En la discusión subsiguiente indiqué que el manuscrito también está aún activo en la fantasía de todo niño individual, así que las diversas rayitas, puntos, etc., de nuestro manuscrito actual serian simplificaciones, logradas como resultado de condensación, desplazamiento y otros mecanismos que nos son familiares en los sueños y las neurosis, de figuras primitivas cuyos rastros se podían demostrar en el individuo. <<

[63] Véase «Análisis infantil». <<

[64] Quisiera señalar que en el sistema romano los números I, V y X son básicos, siendo derivados los demás números del I al X. Además el V y el X también están formados por la raya neta del número I. <<

[65] Abraham (1923). <<

[66] Esto demuestra claramente la base anal de la aritmética. El temor a la castración relativo al pene fue precedido por el temor a la pérdida de la materia fecal, que efectivamente se experimentó como la castración primitiva. Véase Freud: «Sobre las transposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal», O.C., 17. <<

[67] Análogo a las fantasías de Fritz del pueblo atravesado por rieles (véase «Análisis infantil»), para Ernst también el pueblo representaba la madre, el ferrocarril, el pene, y viajar, el coito. <<

[68] Véase Boehm (1922). <<

[69] El «sentido» era el pene. <<

[70] En la escuela al día siguiente, para sorpresa de su maestra y de él mismo, resultó que todas las cuentas le salían bien. El niño no había advertido la conexión entre la interpretación y la desaparición de la inhibición. <<

[71] Dio estas asociaciones a raíz de un sueño en el cual debía solucionar el problema: «2 x = 48; ¿cuál es el valor de x?». <<

[72] Véase también la interpretación de la «incógnita» en el trabajo de Sadger (1920). <<

[73] Demostré claramente en mi trabajo «Análisis infantil» que tendencias orales, anales y caníbales temáticas también logran sublimación en el hablar. <<

[74] Véase Ferenczi: «Estadíos en el desarrollo del sentido de la realidad» (1913). <<

[75] De esta manera, en el fondo de la caricatura, además de la burla habría una verdadera metamorfosis desfavorable del objeto representado. <<

[76] Este dibujo estaba asociado con una marcada agresividad liberada por la solución del temor a la castración que yacía por debajo de sus dificultades en la aritmética. <<

[77] O.C., 17. En su trabajo «El complejo de castración en la formación del carácter» (1923), Alexander ha demostrado en el análisis de un adulto, la influencia del complejo de castración en la formación del carácter. En un trabajo no publicado, «Die infantile Angst und ihre Bedeutung für die Entwicklung der Persönlichkeit», que conecté con el citado trabajo del Dr. Alexander, hice la tentativa de demostrar esto por material dado en el análisis de niños, e indiqué la gran importancia del temor a la castración en las inhibiciones en el deporte, los juegos y el estudio, y las inhibiciones de la personalidad en general. <<

[78] En el inconsciente este deseo corresponde al esfuerzo de superar al padre, o sea desplazarlo con respecto a la madre, o también al deseo homosexual de conquistar al padre por sus esfuerzos y tenerlo como un objeto de amor pasivo. <<

[79] Abraham: «Un fundamento constitucional de la ansiedad motriz». (1914). <<

[80] Cf. «El desarrollo del niño». <<

[81] En Fritz apareció en forma violenta (y esto me pareció muy importante), con todo el afecto adecuado a ella. En otros análisis no fue siempre así. Por ejemplo, en Félix, de trece años, a cuyo análisis me referiré repetidamente en este artículo, la ansiedad era a menudo reconocida como tal, pero no era vivida con tal poderoso afecto. En su artículo «El complejo de castración en la formación del carácter» (1923), el Dr. Alexander señala la gran importancia de este «vivenciar» afectivo. Esto es lo que el psicoanálisis se proponía en su infancia, y a lo que llamaba «abreacción». <<

[82] Cf. S. Ferenczi: «Construcciones transitorias de síntomas durante el análisis» (1912a). <<

[83] S. Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, O.C., 15-16. <<

[84] *Ibíd*. <<

[85] En muchos análisis pude establecer el hecho de que los niños a menudo ocultan a los que los rodean considerables cantidades de ansiedad, como si advirtieran inconscientemente su significado. En los varones está también el hecho de que creen que su ansiedad es cobardía y se avergüenzan de ella, y en realidad este es un reproche que generalmente se les hace si la confiesan. Estos son probablemente los motivos para olvidar fácil y completamente las ansiedades de la niñez, y podemos estar seguros de que cierta ansiedad primaria está siempre escondida detrás de la amnesia de la infancia, y puede ser únicamente reconstruida por un análisis realmente profundo. <<

[86] S. Freud: «La represión», O.C., 14. <<

[87] S. Freud: *Conferencia de introducción al psicoanálisis, ibíd*. <<

[88] S. Freud: «La represión», O.C., 14. <<

[89] S. Freud: «Lo inconsciente», O.C., 14. <<

[90] *Ibíd*. <<

[91] Al escribir sobre la conexión entre «displacer» y «angustia» en los sueños, Freud dice en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*: «La hipótesis que resulta adecuada para los sueños de angustia puede ser adoptada también sin ninguna modificación para los que han sufrido cierto grado de modificación, y para otros tipos de sueños desagradables en los que los sentimientos de displacer que los acompañan se aproximan probablemente a la angustia». **<<**

[92] Aun en esta forma de represión, en la que la transformación sufrida por la angustia la vuelve irreconocible, indudablemente es posible efectuar la retirada de grandes cantidades de libido. He encontrado en el análisis de numerosos casos que el desarrollo de hábitos y peculiaridades del individuo había sido influenciado por ideas libidinales. <<

[93] Cf. S. Freud: «Sobre las trasposiciones de la pulsión en particular del erotismo anal». O.C., 17. Stärcke, *Psicoanálisis y psiquiatría*; Alexander, *loc. cit*. <<

[94] El resultado de la represión aparece entonces en forma notoria algo después (a los tres o cuatro años, o aun siendo mayores) en ciertas manifestaciones, algunas de las cuales son síntomas plenamente desarrollados, efecto del complejo de Edipo. Es claro (pero el hecho requiere aún verificación) que si fuera posible emprender un análisis del niño en el momento del *pavor nocturno* o poco después, y resolver su ansiedad, se disolvería el terreno subyacente a la neurosis y se abrirían posibilidades de sublimación. Mis observaciones me llevan a creer que no es imposible hacer investigaciones analíticas en niños de esa edad. <<

[95] S. Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. <<

[96] Cf. Freud: *Tótem y tabú*, O.C., 13. <<

[97] *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., 7. <<

[98] Sperber, 1915. <<

[99] Jones (1916): *Papers of Psychoanalysis*. También Rank y Sachs (1913).
<<

[100] Jones, *loc. cit*. <<

[101] Freud: «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad». O.C., 9. <<

[102] Descubrí con el análisis, tanto de varones como de niñas, que era típico este significado del fútbol y también de todo tipo de juegos con pelotas. Ilustraré esta afirmación en otra parte; ahora solamente dejaré sentado que llegué a esta conclusión. <<

[103] Su gran placer y habilidad en este pasatiempo había sido precedido originariamente por torpeza y disgusto. Durante el análisis apareció primeramente una oscilación entre el placer y el disgusto, que se dio también en relación con sus demás juegos de movimiento y deportes. Luego consiguió un placer y una destreza perdurables en lugar de la inhibición, que había sido determinada por el miedo a la castración. La misma determinación se hizo evidente en relación con su inhibición (su siguiente placer) para andar en tobogán. Allí nuevamente atribuía especial importancia a las distintas posturas asumidas. Descubrimos en él una actitud análoga para todo juego de movimiento y atlético. <<

[104] Era evidente que la raíz de la patente de invenciones y construcciones que fantaseaba yacía siempre en los movimientos y funciones del «pipi», al que sus invenciones tenían como objeto perfeccionar más. <<

[105] Cuando tenía dos años y nueve meses se escapó de la casa y cruzó calles de mucho tránsito sin demostrar temor. Esa inclinación a escaparse duró alrededor de seis meses. Después empezó a mostrar una marcada cautela frente a los motores (el análisis demostró que esto era angustia neurótica), y su deseo de escaparse tanto como su placer en vagar parecían haberse desvanecido finalmente. <<

[106] El niño había tenido una recaída, que se debió en parte a que, en mi deseo de ser prudente, no había hecho el análisis bastante profundo. Parte del resultado obtenido, sin embargo, había resultado duradero. <<

[107] Conectado con plantar flores estaba su hábito de orinar en lugares determinados de su camino. <<

[108] S. Ferenczi: «El simbolismo del puente» (1921). <<

[109] Sus asociaciones de estar sucio con tinta eran: aceite y leche condensada, líquidos que, como su análisis demostró, representaban en su mente el semen. Era una mezcla de heces y semen lo que suponía que habría en el pene de su padre y de su madre. <<

[110] Esto era parte de una fantasía, muy larga y sobredeterminada, que dio material a varias teorías sobre la procreación y el nacimiento. Fritz proporcionó también otras asociaciones sobre una máquina de su invención, por medio de la cual podía tirar la cuerda a diferentes partes del pueblo. Esta fantasía reveló nuevamente su idea de haber sido procreado por su padre, unida a ideas de coito por su propia parte. <<

[111] Esta fantasía nos muestra qué había determinado su primitiva fobia por los chicos de la calle, la que había desaparecido temporariamente. El primer análisis, que no fue bastante profundo, no consiguió resolver suficientemente las fijaciones, subyacentes a la fobia y sus inhibiciones. Esto hizo posible su recaída. Este hecho, considerado con mayores experiencias en análisis de niños, me parecía demostrar que el análisis infantil tanto como el análisis posterior debe llegar tan profundamente como sea necesario. <<

[112] Encontramos estas ideas en su primer análisis (Cf. «El desarrollo del niño»). Como el análisis no fue bastante profundo, las fantasías ligadas a esas ideas no pudieron ser liberadas. Hicieron su aparición recién en el segundo análisis. <<

[113] Heces. <<

[114] Quiero referirme aquí nuevamente a una fantasía descrita en «El desarrollo de un niño». En esa fantasía, los niños «Caca» bajaban algunos escalones desde el balcón al jardín (el cuarto). <<

[115] El tren circular de sus fantasías aparecía igualmente en todos los juegos. Construía trenes que corrían en círculo y manejaba su aro en círculo. Su gradual aumento de interés por la dirección y nombre de las calles se había convertido en interés por la geografía. Jugaba a que realizaba viajes en el mapa. Todo esto demuestra que el progreso en sus fantasías de su hogar al pueblo, a su país y al mundo entero (progreso que se manifestó cuando las fantasías fueron liberadas), ejercían su efecto también en sus intereses, porque su esfera se ampliaba cada vez más. Quiero aquí llamar la atención sobre la gran importancia de las inhibiciones en el juego también desde este punto de vista. La inhibición y la restricción de interés por el juego conducen a una disminución de las potencialidades e intereses, tanto en el aprendizaje como en el completo desarrollo posterior de la mente. <<

[116] En la discusión que tuvo lugar en la reunión de la Sociedad de Berlín sobre mi artículo no publicado «Über die Hemmung und Entwicklung des Orientierungssinnes» (mayo 1921), Abraham señaló que el interés en la orientación, en relación con el cuerpo de la madre, es precedido en un estadío muy temprano por interés en la orientación en relación con el cuerpo del sujeto mismo. Esto es seguramente exacto, pero esa primera orientación parece compartir el destino de la represión solo cuando se reprime el interés en la orientación en relación con el cuerpo de la madre, desde luego por los deseos incestuosos ligados a dicho interés; porque para el inconsciente, el anhelado retorno al útero materno y su exploración se realizan por medio del coito. Fritz, por ejemplo, hacía que un perrito (que frecuentemente representaba al *hijo* en sus fantasías) se deslizara por el cuerpo de su madre. Al hacer esto, tenía fantasías sobre países por los que vagaba. En su pecho había montañas y cerca de la región genital, un gran río. Pero de pronto, el perrito era detenido por sirvientes —figuras de juguete— que lo acusaban de algún crimen y decían que había estropeado el coche de su patrón, y la fantasía terminaba en discusión y lucha. Otra vez tuvo fantasías sobre viajes del perrito. Este había encontrado un paraje bonito donde pensaba que le gustaría establecerse, etc. Pero nuevamente todo terminaba mal, porque Fritz de pronto declaraba que había tenido que matar al perrito porque este pretendía quitarle su cabaña. Había habido también indicaciones tempranas de esta «geografía del cuerpo de la madre». Cuando aún no tenía cinco años denominaba a todas las extremidades del cuerpo y a la articulación de la rodilla «límites» y llamaba a su madre «una montaña que él escalaba». <<

[117] Fritz, por ejemplo, hizo sus primeras tentativas de dibujo en esa época, aunque es verdad que no demostraban señales de talento. Los dibujos representaban vías de ferrocarril con estaciones y pueblos. <<

[118] En esta conclusión estoy de acuerdo con el Dr. Hollós (1922), que llegó al mismo resultado desde un punto de partida diferente. <<

[119] Quiero referirme aquí a un interesante artículo del Dr. S Spielrein (1922), en el que en forma muy esclarecedora refiere el origen de las palabras infantiles «papá» y «mamá» al acto de chupeteo. <<

[120] Groddeck (1922). <<

[121] S. Freud, «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa», O.C., 11. <<

[122] *Nota, 1947*. Debo agradecer a D. J. Barnett por la ayuda que me prestó en la traducción de este artículo. <<

[123] Para la alternancia entre el amor por los juegos y el amor por el aprendizaje —que también he encontrado, aunque no tan marcada, en otros casos— véase mi capítulo «Análisis infantil». <<

[124] En mi capítulo «Análisis infantil» hice una contribución a la teoría de la sublimación y examiné también este mismo caso y los factores subyacentes al abandono de una sublimación sin éxito, tal como esta. <<

[125] Este deseo de mantener el ritmo se expresaba también en otras formas, por ejemplo, en su reacción emocional cuando un muchacho mayor le aventajaba al caminar. <<

[126] En forma similar en otro caso de tic —el de un muchacho de quince años en el que el tic también parecía ser meramente un síntoma sin importancia— la aversión al cinematógrafo estaba vinculada también con la represión de la escoptofilia estimulada por la observación de la relación sexual. Además sufría de severos temores por sus ojos. No pude analizar lo suficiente a este muchacho porque luego de una mejoría temprana, su análisis fue interrumpido. Su tic —que consistía también en movimientos de la cabeza— no había sido analizado. Sin embargo, logré algunos datos que estaban de acuerdo con el material examinado en el presente artículo. <<

[127] Para este significado simbólico de la mesa escritorio, lapicera, escribir, etc., véase mi capítulo sobre «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño». <<

[128] He encontrado la ecuación entre teatro, concierto, cinematógrafo, y toda clase de representación, y la escena primaria, característica de todo análisis infantil. Se la describe en mi capítulo «Análisis infantil». <<

[129] Contrariamente a mi costumbre habitual tuve que imponer una prohibición en este caso como también en la relación anterior, para hacer posible la continuación del análisis. <<

[130] La referencia es uno de los libros de Tarzán, cuya tapa había visto, y usado después como tema de su fantasía. <<

[131] Nota, 1947. Cuando estaba escribiendo este artículo, el análisis de Werner aún estaba en curso, en realidad, en esa época solo había durado alrededor de tres meses. <<

[132] Ferenczi (1921b). <<

[133] Abraham (1922). <<

[134] Me parece que esto explica por qué en el análisis de adultos, el tic, como dice Ferenczi «no parece al fin del análisis pertenecer al marco de la complicada estructura de la neurosis».En los adultos frecuentemente puede no ser posible llevar el análisis a la profundidad requerida para descubrir las primeras fijaciones y relaciones objetales que determinan el tic. En tanto no se haga esto, el tic —en virtud de lo que yo llamaría su carácter seminarcisístico — siempre eludirá el análisis. En el caso de Félix el análisis logró no solo reconstruir los detalles de su desarrollo más temprano que determinaron la forma de sus fantasías masturbatorias y de su tic, sino también, con la ayuda de recuerdos, hacerlos plenamente conscientes otra vez. Podemos suponer que es un elemento narcisístico del tic, el responsable de la dificultad de lograr acceso a este síntoma en el análisis, una dificultad que aumenta en proporción con la edad del paciente. Uno debería concluir que el tratamiento de un tic debe ser emprendido a una edad temprana, lo antes posible luego de la aparición del síntoma. <<

[135] Silbar, taparse los oídos, etc., era en este caso un síntoma de resistencia que aparecía siempre en el análisis; pero también hacia uso de él en la casa. <<

[136] Los padres confirmaron que en la época en que habían tenido lugar estas observaciones auditivas, o sea, a los dieciocho meses, el niño solía molestarlos repetidamente durante la noche, y por la mañana encontraban con frecuencia que había ensuciado la cama con sus excrementos. En esta época, como ya he mencionado, hicieron su aparición los primeros indicios de movilidad excesiva, que tomaron primero la forma de correr continuamente de aquí para allá con trocitos de madera que había sacado de un taller adyacente. <<

[137] La conexión entre las impresiones auditivas y su reproducción en movimientos puede verse como fenómeno normal en la necesidad de bailar provocada por escuchar música bailable. <<

[138] En Félix y en Werner era cuestión de imitar al padre en el coito. La necesidad de imitar, de representar, en pacientes que sufren de tics, es mencionada también por Ferenczi. <<

[139] Con esta conclusión está estrechamente conectada una segunda, que solo puedo indicar aquí.En una serie de análisis de niños descubrí que la elección de la niñita del padre como objeto de amor seguía al destete. Esta privación, que es seguida del aprendizaje de hábitos higiénicos (proceso que se presenta al niño como un nuevo y penoso retiro de amor), afloja el vínculo con la madre y hace que empiece a funcionar la atracción heterosexual, reforzada por las caricias del padre, que son ahora interpretadas como seducción. Como objeto de amor, también el padre sirve en primera instancia al propósito de gratificación oral. En el artículo que leí en el Congreso de Salzburgo en abril de 1924, di ejemplos para mostrar que los niños conciben y desean el coito al principio como acto oral.Creo que el efecto de estas privaciones en el desarrollo del complejo de Edipo en los varones es a la vez inhibitorio y propulsor. El efecto inhibitorio de estos traumas se ve en el hecho de que es a ellos a los que el niño retrocede en seguida, cuando trata de escapar de su fijación a la madre; y refuerzan su actitud edípica invertida. La circunstancia de que estos traumas, que preparan el camino para el complejo de castración, procedan incluso de la madre es también, como he podido ver, la razón de por qué en ambos sexos es la madre la que en los estratos más profundos del inconsciente es especialmente temida como castrador.Además, por otra parte, las privaciones orales y anales de amor parecen promover el desarrollo de la situación edípica en los varones, ya que los impulsan a cambiar su posición libidinal y a desear a la madre como objeto de amor genital. <<

[140] La estrecha conexión de tales elaboraciones con la angustia ya ha sido demostrada por mí en mi capítulo sobre «Análisis infantil», en el que examiné la relación entre angustia e inhibición. <<

[141] Popo: trasero - Caca: heces - Cucú: mirar. <<

[142] El complejo de castración de Rita se manifiesta en una serie de síntomas neuróticos y en el desarrollo de su carácter. También sus juegos mostraban claramente su fuerte identificación con el padre y su temor a fracasar en el rol masculino, angustia que se originaba en el complejo de castración. <<

[143] Los niños no pueden cambiar las circunstancias de su vida, como a menudo hacen los adultos al final de su análisis. Pero un niño ha sido muy ayudado si, como resultado del análisis, lo capacitamos para sentirse más cómodo en las circunstancias existentes, y de este modo a desarrollarse mejor. Además, hacer desaparecer las neurosis en los niños disminuye a menudo las dificultades de su milieu. Por ejemplo, repetidamente he comprobado que las reacciones de la madre eran mucho menos neuróticas cuando tenían lugar cambios favorables en sus hijos después del análisis. <<

[144] Mis análisis revelan una y otra vez cuán distintos significados pueden tener las cosas, por ejemplo muñecos, en el juego. A veces representan el pene, a veces el hijo robado a la madre, a veces al paciente mismo, etc. Es solo examinando los mínimos detalles del juego, y su interpretación, que pueden hacérsenos claras las conexiones y eficaz la interpretación. El material que los niños producen durante la sesión, a media que pasan de juego con juguetes a dramatizar en su propia persona ya jugar con agua, cortar papel, o dibujar el modo en que hacen esto, la razón por la que cambian de un juego a otro, los medios que eligen para sus representaciones, toda esta miscelánea de factores, que tan menudo parece confusa y sin sentido, es vista como coherente y plena de significado, y se nos revelan las fuentes y pensamientos subyacentes, si los interpretamos exactamente como los sueños. Además, los niños a menudo representan en su juego lo mismo que ha aparecido en algún sueño que narraron antes, y con frecuencia producen asociaciones por medio del juego que le sigue, y que es su forma más importante de expresarse. <<

[145] O.C., 17 <<

[146] En el Octavo Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Salzburgo en 1924, mostré que un mecanismo fundamental en el juego de los niños y en toda sublimación subsiguiente es la descarga de fantasías masturbatorias. Esto subyace a toda actividad lúdica y sirve como estímulo constante del juego (compulsión a la repetición). Las inhibiciones de juego y aprendizaje se originan en la represión exagerada de estas fantasías, y con ellas de toda fantasía. Experiencias sexuales están asociadas con fantasías masturbatorias y, con estas, logran expresión y abreacción en el juego. Entre las experiencias dramatizadas, juegan un papel prominente las representaciones de la escena primaria, que regularmente aparecen en primer plano en el análisis de niños pequeños. Es solo luego de considerable análisis, habiéndose revelado parcialmente la escena primaria y el desarrollo genital, que llegamos a representaciones de experiencias y fantasías pregenitales. <<

[147] Este aprendizaje, que Erna había sentido como el más cruel acto de coerción, fue realizado en realidad sin ninguna estrictez y tan fácilmente que al año se mantenía perfectamente limpia. Un fuerte incentivo fue su ambición, que se desarrolló inusitadamente temprano, la que, empero, la hizo sentir todas las medidas utilizadas para entrenarla como un ultraje, desde el principio. Esta ambición temprana fue la condición primaria de su susceptibilidad a los reproches y del precoz y marcado desarrollo de su sentimiento de culpa. Pero es frecuente ver estos sentimientos de culpa jugar ya un gran papel en el aprendizaje del control esfinteriano, y podemos reconocer en ellos los primeros principios del superyó. <<

[148] Leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, mayo 4 y 18, 1927. <<

[149] O.C., 10. <<

[150] La bastardilla es mía. <<

[151] Debo ir aun un paso más allá. No creo que el problema sea inducir al niño durante la sesión «a excluir toda dirección e influencia consciente en su cadena de pensamientos» sino más bien que debemos tratar de inducirlo a reconocer todo lo que yace fuera de su inconsciente, no solo durante la sesión, sino mía vida en general. La relación especial de los niños con la realidad descansa (como he mostrado con mayor detalle en mi último artículo ya citado, «Principios psicológicos del análisis infantil») sobre el hecho de que intentan excluir y repudiar todo lo que no está de acuerdo con sus impulsos inconscientes, y en esto está incluida la realidad en su sentido más amplio. <<

[152] Abraham (1921-25) dice: «Pero la dependencia de los rasgos de carácter del destino general de la libido no se limita a un período especial de la vida, sino que es válida universalmente para la vida entera. El proverbio Jugend kennt keine Tugend (la juventud no conoce virtudes), proclama el hecho de que en una edad temprana el carácter es inmaduro y falto de firmeza. Sin embargo, no deberíamos sobreestimar la estabilidad del carácter, incluso en años posteriores». <<

[153] Examiné esta historia del caso con mayor detalle en el Wüzburger Tagung Deutscher Analytiker (otoño de 1924), y en una de mis conferencias en Londres, en el verano de 1925. Me propongo publicar posteriormente la historia. A medida que progresó el análisis descubrí que la grave neurosis obsesiva enmascaraba una paranoia. <<

[154] También la pequeña paciente de Anna Freud reconoció esto bastante correctamente cuando luego de contar cómo había salido victoriosa de su lucha con el diablo, definió así el objeto de su análisis: «Debes ayudarme a no ser tan infeliz si tengo que ser más fuerte que él»; creo, sin embargo, que este objetivo puede alcanzarse plenamente solo cuando hayamos podido despejar las primeras fijaciones orales y sádico-anales y los sentimientos de culpa conectados. <<

[155] Véase Freud, «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico», O.C., 14 y Reik (1925). <<

[156] W. Reich: La función del orgasmo. <<

[157] Nos encontramos regularmente con el reproche inconsciente de que la madre ha seducido al niño mientras lo atendía. Este reproche retrocede al período en que afloran los deseos genitales y despiertan las tendencias edípicas. <<

[158] Véase el trabajo de Hárnik (1928) en el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck: «Die ökonomischen Beziehungen zwischen dem Scbuldgefühl und dem weiblichen Narzissmus». <<

[159] Espero publicar pronto un libro en el que se encontrará un relato más detallado de este caso. <<

[160] Como muchos niños, mantenía el contenido de sus ansiedades en secreto para los que lo rodeaban. No obstante se advertía su efecto. <<

[161] Al desarrollarse Jorge, este apartamiento de la realidad se hacía cada vez más marcado. Estaba completamente atrapado por sus fantasías. <<

[162] Rita sufría de una neurosis obsesiva inusitada a su edad. Se caracterizaba por un complicado ceremonial al acostarse y otros síntomas obsesivos graves. Mi experiencia es que cuando niños pequeños sufren de este tipo de enfermedades, que llevan el sello de la neurosis obsesiva tal como la vemos en adultos, es muy grave. Por otro lado creo que rasgos obsesivos aislados son un fenómeno común en el cuadro general de la neurosis en los niños. <<

[163] Tenemos un ejemplo de esto en la fantástica creencia de un dios que permitiría la perpetración de atrocidades (como en la reciente guerra) para destruir al enemigo y a su país. <<

[164] En dos de mis trabajos anteriores llegué a la conclusión de que en ambos sexos el alejamiento de la madre como objeto oral de amor resulta de frustraciones orales infligidas por ella, y que la madre frustrante persiste en la vida mental del niño como madre temida. Quisiera referirme aquí a Rado (1928), que retrotrae a la misma fuente la disociación de la imago materna en madre buena y madre mala, y basa en ello sus puntos de vista sobre la génesis de la melancolía. <<

[165] Fenichel, en su referencia a mi contribución al problema de la formación del superyó (1928, pág. 596), no tiene razón al suponer que yo sostengo que el desarrollo del superyó termina en el segundo o tercer año de vida. En mis escritos, he sugerido que la formación del superyó y el desarrollo de la libido terminan simultáneamente. <<

[166] Cuanto más progresa el análisis tanto menos poderosa es la influencia de las figuras amenazadoras, y tanto más duradera y fuertemente aparecen en el juego figuras de realización de deseos, al mismo tiempo hay un incremento proporcional de deseo de jugar y final satisfactorio. Disminuye el pesimismo y aumenta el optimismo. <<

[167] Los niños tienen generalmente una gran variedad de figuras paternas, desde la aterradora «mamá-gigante», «mamá-aplastante», a la generosa «mamá-hada». También encontré una «mamá-media» o una «mamá-tres-cuartos», lo que representa un compromiso entre los otros ejemplos extremos. <<

[168] Tal progreso se acompañaba siempre de considerable incremento de la capacidad de sublimación. Las fantasías, liberadas del sentimiento de culpa, podían ahora ser sublimadas más de acuerdo con la realidad. Puedo decir aquí que los resultados de análisis de niños sobrepasan mucho lo que el análisis puede hacer en adultos, en el sentido del incremento de la capacidad de sublimación. Aun en niños muy pequeños vemos constantemente que cuando desaparece el sentimiento de culpa surgen nuevas sublimaciones y se refuerzan las ya existentes. <<

[169] Cuando los niños me piden que represente papeles que son demasiado difíciles o desagradables, accedo a sus deseos diciendo que estoy «simulando que lo hago». <<

[170] Es en casos extremos que las psicosis infantiles tienen las características de la psicosis en adultos. En los casos menos extremos, generalmente solo un análisis penetrante y de considerable duración puede revelar la psicosis. <<

[171] Véase mi «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[172] Al finalizar el primer año se te ocurrió pensar que el niño era anormal, y un sentimiento de este tipo puede haber afectado su actitud hacia él. <<

[173] Esto se refiere únicamente a la primera parte y a algunas otras etapas posteriores de su análisis. Una vez que tuve acceso a su inconsciente y que la angustia fue atenuada, fueron apareciendo en forma gradual las actividades del juego. Las asociaciones verbales y todas las demás formas de representación, junto con un desarrollo del yo que facilitó la labor analítica. <<

[174] Encontré en esto la explicación de un temor peculiar, que la madre había observado en Dick cuando este tenía unos cinco meses, y también algunas veces en épocas posteriores. Cuando defecaba u orinaba, la expresión de su rostro revelaba gran angustia. Como las heces no eran duras, el hecho de que sufriera de prolapso anal y hemorroides no parecían justificar tal aprensividad, sobre todo porque también se manifestaba en forma idéntica cuando pedía orinar o defecar, solo lo hacía después de largas vacilaciones y con signos inconfundibles de la angustia más profunda y lágrimas en los ojos. Una vez analizada esta angustia, su actitud con respecto a ambas funciones se modificó considerablemente y es hoy casi normal. <<

[175] Véase mi artículo sobre «La personificación en el juego de los niños» (1929). <<

[176] Sin embargo, el hecho de que el análisis permitiera establecer un contacto con la mente de Dick y que se haya obtenido algún resultado en un periodo de tiempo relativamente breve, hace pensar en la existencia de cierto desarrollo latente, además del escaso desarrollo manifiesto. Pero aun así, el grado total de desarrollo era tan anormalmente escaso, que la hipótesis de una regresión desde una etapa ya superada me parece difícilmente admisible en este caso. <<

[177] En otro trabajo me referiré al material en que se apoyan estas opiniones y daré entonces argumentos más detallados a favor de las mismas. (Véase mi El psicoanálisis de niños). <<

[178] Van Ophuijsen, 1920. <<

[179] Stärcke, 1919. <<

[180] Véase mi artículo: «La importancia de formación de símbolos en el desarrollo del yo». La concepción allí presentada está de acuerdo con la teoría de Abraham de que en los paranoicos la libido ha hecho una regresión al primer estadío anal; ya que la fase del desarrollo en la que el sadismo alcanza su punto máximo, comienza en mi opinión, con la emergencia de los instintos sádico-orales y finaliza con la declinación del primer estadío anal. Este período de la fase que ha sido descrito más arriba, y que a mi entender, forma la base de la paranoia, surgiría por consiguiente en la época en que predomina el primer estadío anal. De tal manera la teoría de Abraham se ampliaría en dos direcciones. En primer lugar vemos que hay una cooperación intensiva de los diversos instrumentos del sadismo del niño en esta fase, y en especial, además de su sadismo oral, qué enorme importancia atribuye a sus hasta entonces poco reconocidas tendencias sádico-uretrales, para reforzar y elaborar sus tendencias sádico-anales. En segundo lugar, logramos una comprensión más detallada de la estructura de las fantasías en que se expresan sus impulsos sádico-anales pertenecientes al primer estadío. <<

[181] En ingles sun (sol) y son (hijo) son homófonos. [T.]. <<

[182] Strachey, 1930. <<

[183] Esto se demuestra por su asociación sobre el rico pescado frito, que le gustaba. <<

[184] En un artículo que apareció hace algunos años («Análisis infantil») examiné una forma especial de inhibición en la capacidad de representarse el interior del cuerpo de la madre con sus funciones especiales de concepción, embarazo y parto: la perturbación del sentido de orientación y el interés por la geografía. Señalé entonces, sin embargo, que el efecto de esta inhibición puede ir mucho más allá y afectar toda la actitud hacia el mundo externo y perturbar la orientación en su sentido más amplio y metafórico. Desde entonces, la investigación posterior me ha mostrado que esta inhibición se debe al miedo del cuerpo de la madre, a consecuencia de los ataques sádicos contra él; y ha demostrado también que las tempranas fantasías sádicas sobre el cuerpo de la madre, y una capacidad de elaborar estas exitosamente, tienden un puente hacia las relaciones objetales y la adaptación a la realidad, influyendo así fundamentalmente en la posterior relación del sujeto con el mundo externo. <<

[185] Para una exposición de esta teoría, véanse mis artículos «La personificación en el juego de los niños» y «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo», y también mi libro «El psicoanálisis de niños». <<

[186] En «Symposium on Chid Analysis» (1927) fueron presentadas opiniones similares, basadas en el análisis de adultos y vistas desde ángulos un tanto distintos, por Ernest Jones, Joan Riviere, Edward Glover y Nina Searl. La opinión de Nina Searl también fue confirmada por su experiencia en análisis infantiles. <<

[187] Esta tensión, es verdad, es sentida asimismo como una tensión libidinal, puesto que los instintos destructivo y libidinal se funden; pero su efecto de causar ansiedad es referible, en mi opinión, a sus componentes destructivos. <<

[188] Freud dice: «… que la severidad original del superyó no representa —o no representa en tan gran proporción— la severidad que ha sido experimentada o anticipada del objeto, sino la agresividad del niño hacia dicho objeto». El malestar en la cultura. O.C., 21. <<

[189] Incidentalmente, el niño tiene motivos reales para temer a su madre, puesto que cobra cada vez más conciencia de que ella tiene el poder de concederle o negarle la satisfacción de sus necesidades. <<

[190] Este punto de vista está también basado en mi creencia de que las tendencias edípicas del niño, asimismo comienzan mucho antes de lo que se creía hasta ahora, a saber, mientras todavía se encuentra en su etapa de lactancia, mucho antes de que sus impulsos genitales hayan adquirido primacía. En mi opinión, el niño incorpora sus objetos edípicos durante la etapa oral-sádica, y en ese momento empieza a desarrollarse su superyó, en estrecha relación con sus primeros impulsos edípicos. <<

[191] En el análisis de adultos, solo atraían la atención, en su mayor parte, estas últimas funciones y atributos del superyó. En consecuencia, los analistas mostraban inclinación a considerarlos como constituyentes del carácter específico del superyó; y, en verdad, reconocían el superyó únicamente en la medida en que aparecía con tal carácter. <<

[192] Aparte de Freud, Jones, Abraham y Ferenczi han sido los principales contribuyentes a nuestro conocimiento de la influencia que esa alianza ha ejercido sobre la formación del carácter y la neurosis del individuo. <<

[193] La excesiva fuerza de esas primeras situaciones de ansiedad es, en mi opinión, un factor fundamental para la producción de perturbaciones psicóticas. <<

[194] Debido a la creencia que el niño sustenta acerca de la omnipotencia de los pensamientos (véanse Freud, Tótem y tabú; Ferenczi, «Estadíos en el desarrollo del sentido de la realidad») —creencia que data de una anterior etapa de desarrollo—, confunde sus ataques imaginarios con ataques reales; y las consecuencias de ello todavía pueden verse actuar en la vida adulta. <<

[195] En mi artículo «Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador», he afirmado que el sentido de culpabilidad de la persona y su deseo de reparar el objeto dañado constituyen un factor universal y fundamental en el desarrollo de sus sublimaciones. Ella Sharpe, en su trabajo «Certain aspects of sublimation and delusion», ha llegado a la misma conclusión. <<

[196] En el análisis, la descomposición de la ansiedad es efectuada gradual y parejamente, de modo que tanto ella como los instintos agresivos quedan liberados en proporciones debidamente prorrateadas. <<

[197] Es decir, cuando se indica el periodo de latencia, aproximadamente entre las edades de cinco y seis años. <<

[198] Contribución al Simposium sobre el Crimen en una reunión de la Sección Médica de la Sociedad Psicológica Británica, en octubre 24 de 1934. <<

[199] El psicoanálisis de niños y «El desarrollo temprano de la conciencia en el niño» (1933). <<

[200] «Tendencias criminales en niños normales» (1927). <<

[201] El psicoanálisis de niños, caps. 8 y 9. <<

[202] Bajo este concepto comprendí la angustia y sentimientos que originan en las diferentes posiciones psicóticas (los que fundamentan todas las psicosis del adulto). «La neurosis del niño es una mezcla de los diferentes rasgos y mecanismos psicóticos y neuróticos que en el adulto conocernos aislados en forma más o menos pura». (El psicoanálisis de niños, M. Klein). «Llegué a la conclusión de que la neurosis obsesiva representa la tentativa de vencer la angustia psicótica de las capas más tempranas». (Ob. cit.) Con respecto a los estados maníaco-depresivos, señalaba el hecho de que el cambio de tristeza y alegría desmedidos, que es característico de la perturbación maníaco-depresiva, es un fenómeno regular en el niño pequeño. Además, «puedo decir, en base a mis experiencias, que la tristeza del niño, aunque leve, tiene las mismas causas que la perturbación melancólica del adulto, y que la depresión infantil también está acompañada de ideas de suicidio. También he observado que las automutilaciones (en los niños), ya sean leves o intensas, representan tentativas de suicidio emprendidas con medios insuficientes». (Ob. cit). Pero en mi libro me limité a la afirmación general de que los mecanismos depresivos ejercen su influencia también en el desarrollo del niño normal, y que esta fase temprana fundamenta la melancolía del adulto. Me ocupé allí, ante todo, de la temprana angustia paranoide del niño y de su elaboración por medio de mecanismos obsesivos y tendencias de reparación. Mis experiencias posteriores me permitieron una comprensión más profunda de la génesis de los estados maníaco-depresivos y en especial de las estrechas relaciones entre estados y angustias paranoides y maníaco-depresivas. <<

[203] En mi libro ya he descrito los mecanismos maníacos, sin denominarlos allí como tales, sino como un elemento de la formación del carácter y como síntomas. Basado en el estudio de algunos casos de carácter más o menos asocial, dije que ciertas formas de vivacidad desmedidas en el niño, unidas a burla y obstinación (y frecuente incapacidad para amar), tienen el significado de sobrecompensaciones a angustias y sirven a la defensa contra sentimientos de culpabilidad y contra la sensación de la propia responsabilidad. Los casos que cité al respecto, tenían fuertes rasgos obsesivos. Para ello valía lo que escribí sobre la coerción que frecuentemente ejerce el neurótico obsesivo sobre los otros. El neurótico obsesivo trata de defenderse contra su obsesión insoportable (me referí con esto a la angustia ante objetos internalizados y ante situaciones internas de peligro) conduciéndose contra el objeto como si este fuera el ello o el superyó, empujando la obsesión hacia afuera. Al mismo tiempo, se satisface el sadismo primario por medio del tormento y dominación del objeto. El temor a la destrucción y a los ataques (que espera de parte de los objetos internalizados), que motiva la obsesión de dominar las imagos (obsesión que en realidad nunca puede ser satisfecha), se dirige ahora contra los objetos externos. (Ob. cit). En su trabajo «Análisis de niños y adolescentes asociales». (Int. Journal of psychoanalysis), Melitta Schmideberg expuso que la conducta asocial corresponde en algunos casos a una mezcla de mecanismos maníacos y paranoides por medio de la cual el sujeto asocial trata de sustraerse de la depresión. W. Weiss ha expuesto (Der Verfitungwwahn, etc., t. 12, 1926) que, en la paranoia el objeto introyectado perseguidor, en la manía el objeto introyectado perseguido, es proyectado al mundo externo, mientras que en la melancolía quedan internalizados el objeto perseguido como el perseguidor. Basándose en este trabajo, Melitta Schmideberg llegó a la conclusión de que el sujeto asocial «proyecta sobre objetos externos —correspondiendo al mecanismo maníaco— el objeto introyectado perseguidor así como sus propios impulsos prohibidos y se identifica con el superyó perseguidor. Su posición paranoide, que sobrevino a raíz de la proyección del perseguidor introyectado, fue superada por medio de la agresión. De esta manera se sustrajo el sentimiento de culpabilidad, en parte al proyectar el superyó en el mundo externo, en parte al satisfacer al superyó por medio de la persecución de los objetos sobre los que proyectaba sus propios impulsos condenados». <<

[204] Glover (1932). <<

[205] El lector puede consultar mi concepción sobre la fase en la cual el niño realiza ataques sobre el cuerpo de su madre. Esta fase se inicia con la entrada del sadismo oral, y según mi punto de vista forma la base de la paranoia. (El psicoanálisis de niños, cap. 8.) <<

[206] «Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador» (1929); también «El psicoanálisis de niños». <<

[207] He visto que las tendencias de reparación y las fantasías son activadas por los sentimientos de culpabilidad y las angustias, que aparecen ya en el niño muy pequeño a causa de sus fantasías sádicas, de manera que las tres tendencias (agresión, sentimiento de culpa y reparación), en relación con los procesos tempranos de introyección, se conectan muy pronto íntimamente entre ellas. Los análisis de niños pequeños que hacen posibles conclusiones bien fundamentadas sobre estos estadíos tempranos del desarrollo hacen suponer que las tendencias de reparación y fantasías de este carácter empiezan ya a originarse al medio año de vida y van junto con la introyección del objeto bueno total y son el despertar de los sentimientos de amor hacia este. La comprensión y el análisis de esta conexión temprana en las situaciones —tanto internas como externas— en las que se han desarrollado las tres tendencias es de la mayor importancia terapéutica. Si se cumple consecuentemente, este principio ejerce una influencia decisiva sobre la técnica. <<

[208] Durante muchos años he sostenido la opinión de que el origen de la fijación infantil en la madre no es simplemente de dependencia hacia ella sino también su ansiedad y sentimiento de culpa, y que estos sentimientos están relacionados con su temprana agresión contra ella. <<

[209] Ya he explicado que el yo, por la repetida unificación y diferenciación de los objetos buenos y malos, de los fantásticos y los reales, los internos y los externos, encuentra gradualmente el camino hacia una concepción más real tanto de los objetos internos como de los externos, y así obtiene una relación más satisfactoria con ambos. <<

[210] En El Yo y el Ello Freud ha señalado que en la melancolía el componente destructivo se ha concentrado en el superyó y está dirigido contra el yo. <<

[211] Es bien sabido que algunos niños presentan una ansiedad urgente de ser mantenidos bajo estricta disciplina y estar de este modo impedidos por un agente externo de cometer algo malo. <<

[212] «A propósito de un caso de neurosis obsesiva», O.C., 10. <<

[213] Según ha señalado Melitta Schmideberg (1930). <<

[214] «El psicoanálisis de niños». <<

[215] El doctor Clifford Scott mencionó en su curso de conferencias sobre psicosis en el Instituto de Psicoanálisis, en el otoño de 1934, que, en su experiencia, en la esquizofrenia, clínicamente los síntomas hipocondríacos son más numerosos y extraños y están vinculados a las persecuciones y funciones de objetos parciales. Esto puede observarse aun después de un corto examen. En las relaciones depresivas, clínicamente los síntomas hipocondríacos son menos variados y más relacionados en su expresión con las funciones del yo. **<<**

[216] Esto está relacionado con otro problema de terminología. En mi trabajo anterior he descrito las ansiedades psicóticas y los mecanismos de defensa del niño usando los términos de fases de desarrollo. La conexión genética entre ellos, en verdad, ha sido respetada en mi descripción y también la fluctuación que continúa entre ellas bajo la presión de la ansiedad hasta que se alcanza más estabilidad, pero desde que en el desarrollo normal las ansiedades psicóticas y los mecanismos nunca predominan aislados (un hecho que por supuesto yo he puntualizado), el término fases psicóticas no es realmente satisfactorio. Uso ahora el término «posición», en relación con las primeras ansiedades y defensas psicóticas en el desarrollo del niño. Me parece más fácil asociarlas con este término que con las palabras «mecanismos» o «fases», para las diferencias entre las ansiedades psicóticas del desarrollo del niño y las psicosis del adulto: por ejemplo, el rápido cambio que tiene lugar de una ansiedad de persecución o de un sentimiento depresivo a una actitud normal, cambio que es tan característico en el niño. <<

[217] Publicado en el Int. Journal of Psychoanalysis, vol. III, 1922; es el resumen de una conferencia dada en la Sociedad Psicoanalítica Británica con el título de «Notes on the Psychopathology of Suicide». Abraham describe el caso de un enfermo que hizo una tentativa de suicidio para librarse del objeto introyectado. <<

[218] Estas razones son en gran parte responsables de ese estado mental del melancólico con el cual interrumpe toda relación con el mundo externo. <<

[219] Deutsch (1933). <<

[220] Esta «reparación» de acuerdo con el carácter de fantasía de la situación total es casi siempre de una naturaleza nada práctica e irrealizable. Véase Helene Deutsch, obra citada. <<

[221] Bertram Lewin (1933) informó sobre una paciente maníaca grave que se identificaba con ambos padres en relación sexual. **<<**

[222] Según mi experiencia, la concepción paranoica de un objeto muerto en el interior es la de un perseguidor secreto y siniestro. Se lo siente como si no estuviera completamente muerto, y pudiera volver a aparecer en cualquier momento de un modo astuto e intrigante, y parece tanto más peligroso y hostil porque el sujeto trata de deshacerse de él matándolo (el concepto de un fantasma peligroso). <<

[223] Edward Glover (1932) sugiere que el niño atraviesa, en su desarrollo, fases que suministran las bases de las perturbaciones psicopáticas de la melancolía y de la manía. <<

[224] La doctora Susan Isaacs (1934) ha sugerido que las primeras experiencias infantiles de estímulos dolorosos externos e internos dan la base para las fantasías sobre objetos hostiles internos y externos, y que ellos en gran parte contribuyen a la formación de tales fantasías. Parece que en el más temprano de los estadíos, todos los estímulos desagradables están relacionados con los pechos «malos», perseguidores y frustradores, y todos los estímulos agradables con los pechos «buenos» y gratificadores. <<

[225] «Estadíos tempranos del conflicto edípico» y «La personificación en el juego de los niños». <<

[226] «E1 psicoanálisis de niños», cap. 8. <<

[227] M. Schmideberg (1930). <<

[228] Desde hace muchos años opino que la fijación desmedida del niño en la madre proviene de sentimientos de culpa y angustia que resultan de su agresión contra día; por ejemplo, el pequeño busca refugio en la madre real ante la madre mala fantaseada. Miss Sean expone en su trabajo «The Flight of Reality» (Int. Journal of Psychoanalysis, tomo x. 1929) que la realidad representa para el yo en cierta manera el justo medio entre las fantasías de satisfacción de deseos y fantasías angustiantes. La autora confronta la fuga de la realidad angustiante en el neurótico hacia la fantasía y la fuga de las fantasías angustiantes hacia la realidad. <<

[229] En relación con esto recuerdo un comentario que hizo recientemente el Dr. Edward Glover, quien dijo que el cambio abrupto entre sensaciones placenteras y dolorosas puede ser experimentado como doloroso en sí mismo. <<

[230] La doctora Susan Isaac enfatizó la importancia de este punto en un trabajo presentado en 1934 a la Sociedad Psicoanalítica Británica. <<

[231] Debo agradecer al doctor D. Winnicott por muchos detalles esclarecedores respecto de este tema. <<

[232] Si tanto la masturbación como el chupeteo del pulgar se llevan a cabo excesiva o prolongadamente, puede ser que algo ande mal en la relación del niño con su ambiente. Por ejemplo, puede tener miedo de su niñera sin que sus padres lo sepan. Puede sentirse mal en la escuela porque se siente atrasado o porque se lleva mal con algún maestro o terne a otros niños. Se descubre en análisis que estas situaciones motivan una gran tensión mental que se alivia mediante la gratificación sexual compulsiva. Naturalmente, la remoción de los sectores externos no siempre alivia su tensión, pero, con dichos niños, una reprimenda por su excesiva masturbación solo incrementa las dificultades subyacentes. Cuando estas son muy grandes, solo se puede solucionarlas con tratamiento psicológico. <<

[233] Mas aun; niños que han sobrellevado experiencias muy difíciles en una etapa temprana, como enfermedades, destete brusco o una operación, a menudo se desarrollan satisfactoriamente, aunque dichas experiencias de un modo u otro constituyan una desventaja y deban ser evitadas en lo posible. <<

[234] Agregado en 1952. <<

[235] Con el objeto de simplificar la descripción de los fenómenos complicados y poco conocidos que presento en este artículo, al hablar de la alimentación del lactante me referiré solo a la lactancia de pecho. Mucho de lo que expongo y deduzco en relación con la lactancia, se aplica también a la alimentación con biberón, aunque con algunas diferencias. En relación con esto, citaré un pasaje de mi artículo sobre «El destete» (1936): «El biberón es un sustituto del seno materno, pues permite al lactante el placer de succionar y establecer así cierto grado de relación con el biberón dado por la madre o la niñera. La experiencia nos enseña que, muy a menudo, los niños que no han sido amamantados se desarrollan muy bien. Sin embargo, descubrirnos en el análisis que tales personas sienten por el seno un profundo anhelo que nunca ha sido satisfecho, y aunque la relación con el pecho de la madre se ha establecido en cierto grado, es enorme la diferencia en el desarrollo psíquico si la gratificación primera y fundamental se obtuvo por medio de un sustituto en lugar de la cosa real deseada. Podemos decir que, aunque los niños se desarrollen bien sin ser amamantados, el desarrollo hubiera sido mejor y diferente si hubieran tenido una lactancia satisfactoria al pecho. Por otra parte, deduzco de mi experiencia que los niños amamantados, aun cuando se desarrollen mal, hubieran estado peor sin la lactancia de pecho». <<

[236] El psicoanálisis de los niños pequeños, que me permitió también llegar a conclusiones en lo que se refiere al trabajo de la mente en una primera etapa, me ha convencido de que tales fantasías se encuentran activas ya en los lactantes. El psicoanálisis de adultos me ha demostrado que los efectos de estas fantasías primitivas son duraderos e influyen profundamente en la mente inconsciente de estos. <<

[237] Como he dicho al comienzo, es constante en todos nosotros la interacción de amor y odio. No obstante, el tema que enfoco es el modo como los sentimientos de amor se desarrollan, se consolidan y estabilizan. Puesto que no trataré la agresión, debo, de todos modos, declarar que día permanece activa aun en las personas que poseen gran capacidad de amor. En general en estas, la agresión y el odio (disminuido este y parcialmente contrarrestado por la capacidad de amar), se encauzan en gran parte hacia fines constructivos, lo que llamamos «sublimación». En realidad, no hay actividad constructiva en la que no entre algo de agresión, en una u otra forma. Tomemos, por ejemplo, el trabajo del ama de casa: la limpieza y demás menesteres atestiguan su deseo de crear un ambiente grato para sí y para los demás, lo que constituye una manifestación de amor hacia los seres y objetos que cuida. Al mismo tiempo, libera su agresión contra el enemigo, o sea la suciedad, que para su inconsciente representa las cosas «malas». El odio y la agresión originales, provenientes de las fuentes más tempranas, pueden resurgir en las mujeres para quienes la limpieza se vuelve obsesiva. Todos conocen al tipo de mujer que amarga la vida de la familia con su constante «manía de limpieza»: en estos casos, el odio se vuelca precisamente contra las personas que ama y cuida. Odiar a los seres y cosas que se consideran odiosas, ya sean personas que nos disgusten o principios (políticos, artísticos, religiosos o morales) que se oponen a los nuestros, es una manera general de desahogar sentimientos de odio, agresión, desdén y desprecio en forma permitida e incluso, a veces, muy constructiva, si no se la lleva a extremos. Si bien utilizadas en forma adulta, estas son, en el fondo las emociones de nuestra infancia cuando odiábamos a las personas que eran al mismo tiempo, objeto de nuestro amor: los padres. Aun entonces intentábamos dirigir el amor hacia ellos y volcar el odio hacia otros seres y cosas, proceso que resultará más afortunado cuando hayamos desarrollado y estabilizado nuestra capacidad de amor, así bien como extendido nuestro ámbito de intereses, amores y odios en la vida adulta. Daré otro ejemplo: el trabajo de los abogados, políticos y críticos involucra enfrentar contrincantes, pero de modo tal que resulta permisible y útil. Aquí vuelven a aplicarse las conclusiones que preceden. Una de las muchas maneras en que la agresión puede expresarse legítima y loablemente es en los juegos en que se ataca al adversario temporariamente —y esta transitoriedad ayuda a disminuir la culpa— con sentimientos que, otra vez, derivan de las

primeras emociones infantiles. Existen, pues, varias formas sublimadas y directas, en que las personas cordiales y capaces de amar pueden expresar su odio y agresión. <<

[238] Al considerar las emociones y las relaciones adultas me referiré en este artículo principalmente a la influencia que tienen sobre las manifestaciones posteriores del amor, los primeros impulsos, sentimientos inconscientes y fantasías del niño. Esto lleva necesariamente a una presentación algo unilateral y esquemática, pues no me permite hacer justicia a los múltiples factores que ejercen durante toda la vida una interacción entre las influencias del mundo externo y las fuerzas internas del individuo y que actúan conjuntamente para elaborar una relación adulta. <<

[239] Cuando se trata de un niño, por ejemplo, este desea tener a la madre para si las veinticuatro horas del día, tener con ella relaciones sexuales, darle hijos, matar al padre del que está celoso, despojar a sus hermanos y hermanas de todo lo que poseen y apartarlos si se interponen en su camino. Es obvio que si estos deseos imposibles se cumplieran, le causarían un profundo sentimiento de culpa. Hasta la admisión de deseos destructivos de mucho menor alcance le despierta conflictos agudos. Por ejemplo, muchos niños se sentirán culpables al ser favoritos de la madre, porque su padre y hermanos quedarán perjudicados. Esto es lo que quiero dar a entender cuando menciono deseos simultáneos contradictorios en el inconsciente. Los deseos del niño son ilimitados, lo mismo que sus impulsos destructivos en relación con estos, pero al mismo tiempo tiene también, inconscientes y conscientemente, tendencias opuestas; desea también dar amor y reparar. En realidad, quiere que los adultos que lo rodean repriman sus agresiones y egoísmos, porque si les diera rienda suelta, sufrirá el dolor del remordimiento y del desprecio; cuenta con esta ayuda de los adultos, como con cualquier otra que necesite. En consecuencia, es psicológicamente inadecuado intentar solucionar las dificultades de los niños mediante el sistema de no frustrarlos de ninguna manera. Naturalmente la frustración que es en realidad innecesaria o arbitraria y que no demuestra sino falta de amor y comprensión, es muy perjudicial. Es importante darse cuenta de que el desarrollo del niño depende, y hasta cierto punto está formado, de su capacidad de encontrar medios de soportar las frustraciones inevitables y necesarias y los conflictos de amor y odio que son en parte ocasionados por ellas: es decir, manejarse entre el odio que aumenta con las frustraciones, y el amor y el deseo de reparación impulsado por d dolor del remordimiento. El modo como el niño se adapta a estos problemas de su mente constituirá la base de todas sus relaciones sociales posteriores, su capacidad adulta para amar y su desarrollo cultural. Puede ser inmensamente ayudado en la niñez por el amor y la comprensión de los que lo rodean, pero estos profundos problemas no pueden ser solucionados ni eliminados. <<

[240] Un efecto similarmente perjudicial (aunque esto sucede en forma diferente) es causado por la rudeza o por falta de amor de los padres. Esto se relaciona con el importante problema de cómo el ambiente influye en el desarrollo emocional del niño de un modo favorable o desfavorable, pero esto está más allá del objeto del presente artículo. <<

[241] Las fantasías y los deseos sexuales permanecen activos en el inconsciente y también se expresar hasta cierto punto en el comportamiento, en los juegos y otras actividades del niño. Si la represión es demasiado fuerte, si las fantasías y deseos permanecen profundamente enterrados y no encuentran expresión, no solamente se inhiben en forma drástica las elaboraciones de su imaginación (y las actividades de toda clase) sino que también la futura vida sexual del individuo quedará seriamente obstaculizada. <<

[242] El tema de las relaciones de amor homosexual es amplio y muy complejo. Para tratarlo adecuadamente necesitaría más espacio del que dispongo; por lo tanto, me limito a mencionar que en estas relaciones puede caber mucho amor. <<

[243] Por razones de conveniencia transcribo todo el poema, a pesar de que es bien conocido. <<

[244] He descubierto frecuentemente, en el psicoanálisis de niños —en grados variables—, temores de que los echen de su casa como castigo por la agresión inconsciente (deseos de echar a otros) y por daños reales que hayan cometido. Esta ansiedad se implanta muy temprano y puede ejercer una intensa presión sobre la mente del niño. Un caso especial es el temor a ser un pobre huérfano o un pordiosero y no tener casa ni comida. Estos temores al desamparo eran en los niños que he observado, completamente independientes de la situación financiera de los padres. Posteriormente en la vida, los temores de esta naturaleza tienen el efecto de aumentar las dificultades reales que surgen de situaciones como pérdida de dinero, de una casa o del trabajo, añadiendo un elemento de desesperación amarga y profunda. <<

[245] Este artículo fue leído originariamente en París en 1938, durante el XV Congreso Internacional de Psicoanálisis. Fue luego revisado y ampliado en 1939 en el 60.º Aniversario de Jones, en el Int. J. Psycho-Anal. Publicado luego en Contribuciones al psicoanálisis (1948a). <<

[246] «Duelo y melancolía», O.C. 14. <<

[247] Ibid. <<

[248] Ibid. <<

[249] Este artículo es la continuación de aquel, y mucho de lo que hoy afirmo se basará en las conclusiones a las que he llegado allí. <<

[250] Solo me referiré aquí de paso a la importancia de esta ansiedad como impulsora de toda clase de intereses y sublimaciones. Si estas ansiedades son excesivas, pueden interferir o aun detener el desarrollo intelectual. (Véase «Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual»). <<

[251] «El psicoanálisis de niños» (en particular cap. 8). <<

[252] En ese libro, al referirme a mi punto de vista de que cada niño pasa por una neurosis que varía solo en grado de un individuo a otro, agregué: «Este punto de vista que he mantenido hace ya muchos años, ha recibido hoy una confirmación valiosa». En «¿Pueden los legos ejercer el análisis?» Freud sostiene: «Desde que estamos aprendiendo a ver más claro, nos inclinamos a afirmar que la aparición de una neurosis en la infancia no es la excepción, sino la regla. Pareciera algo inevitable en el curso del desarrollo que va desde la disposición infantil a la vida del adulto». **<<**

[253] En todo momento los sentimientos, temores y defensas del niño están ligados con los deseos libidinales y las fijaciones, y el resultado de su desarrollo sexual en la infancia depende siempre del proceso que describo en este artículo. Creo que tenemos un nuevo enfoque sobre el desarrollo libidinal del niño si lo consideramos en su conexión con la posición depresiva y con las defensas contra esta posición. Es este un tema de tal importancia, que necesita ser tratado ampliamente y que va más allá del alcance de este artículo. <<

[254] «Contribución a la psicogénesis de los relatos maníaco-depresivos». <<

[255] He señalado muchas veces (y por primera vez en «Estadíos tempranos del conflicto edípico») que el miedo a perseguidores «malos» fantaseados y la creencia en objetos «buenos» fantaseados están ligados entre sí. La idealización es un proceso esencial en la mente del niño, ya que no puede de otro modo hacer frente a los miedos de persecución (como resultado de su propio odio). Mientras no se han aliviado suficientemente las ansiedades mediante experiencias que incrementen el amor y la confianza, no es posible establecer el proceso tan importante de juntar los varios aspectos de los objetos (externos, internos, «buenos», «malos», amados y odiados) y así mitigar el odio por el amor, lo que significa una disminución de la ambivalencia. Mientras opera con fuerza la separación de estos aspectos antagónicos, sentidos en el inconsciente como objetos antagónicos, permanecen tan divorciados los sentimientos de odio y amor que el amor no puede mitigar el odio. La fuga hacia los objetos «buenos» internalizados, que Melitta Schmideberg (1930) ha encontrado como un mecanismo fundamental en la esquizofrenia, entra también en el proceso de idealización al que recurre normalmente el niño durante sus ansiedades depresivas. Melitta Schmideberg ha señalado siempre la conexión entre la idealización y la desconfianza ante el objeto. <<

[256] «El psicoanálisis de niños». <<

[257] Ibid., cap. 9. <<

[258] Encuentro que estos hechos contestan el interrogante de Freud, que transcribo al comienzo de este artículo: «No es fácil indicar por qué la transacción que supone esta lenta y paulatina realización del mandato de la realidad, ha de ser tan dolorosa. Tampoco deja de ser singular que el doloroso displacer que trae consigo nos parezca natural». <<

[259] Freud, S.: «Duelo y melancolía». O. C., 14. <<

[260] Abraham (1924) describe una situación similar: «solo tenemos que trastrocar la afirmación de Freud 'La sombra del objeto cae sobre el yo' y decir que en este caso 'no es solo la sombra sino la luz radiante de la madre amada la que se expande sobre el hijo'». <<

[261] «Duelo y melancolía», O. C., 14. <<

[262] He encontrado con frecuencia este proceso en el cual el paciente siente inconscientemente que algo dentro de él está representado por algo encima de él o muy cerca de él. Mediante la tan conocida «representación por lo contrario», un acontecimiento externo puede aparecer como interno. Que la importancia esté en lo interno o en lo externo se aclara en el contexto total de los detalles de las asociaciones, de la naturaleza e intensidad de los afectos. Por ej., ciertas manifestaciones de ansiedad muy aguda y las defensas especificas contra esa ansiedad (particularmente el aumento de la negación de la realidad psíquica), indica que en ese momento predomina una situación interna. <<

[263] Un ataque al cuerpo desde fuera representa un acontecimiento interno. Ya señalé que algo representado como encima o muy cerca de uno significa lo más profundamente interno. <<

[264] Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, O. C., 22. <<

[265] Las reproducciones en este artículo han sido sacadas de los originales y son de tamaño algo menor. Los originales fueron dibujados con lápiz negro y luego coloreados con otros de colores. En tanto que ha sido posible en las reproducciones, los diferentes colores están indicados por señales diferentes. En el Dibujo III, sin embargo, los submarinos deben ser negros, y las banderas rojas y los peces y estrellas de mar, amarillos. <<

[266] En su artículo «La organización genital infantil» (O. C., 19), Freud describe la organización genital infantil considerándola como una «fase fálica». Una de sus razones principales para introducir ese término era su opinión de que durante la fase genital infantil el órgano genital femenino no ha sido todavía descubierto o reconocido y que todo el interés del niño o la niña está centrado en el pene. Mi experiencia no confirma este punto de vista; tampoco creo que el uso del término «fálico» designe bien al material que se discute en este artículo. Por lo tanto sigo empleando el término original de Freud de «fase genital» («organización genital»). Expondré más detalladamente mis razones para esta elección de términos en el resumen general teórico que se encuentra más adelante en este artículo. <<

[267] Es significativo que al mismo tiempo el deseo libidinal por el pene de su padre, que había estado fuertemente reprimido, también apareció, y en su forma más primaria. Mirando de nuevo la lámina del monstruo, en contra del cual el hombrecito estaba peleando, Ricardo dijo: «Es horrible mirar al monstruo, pero es posible que su carne sea deliciosa para comer». <<

[268] Es importante mencionar aquí que le habían hecho la circuncisión a la edad de tres años y que desde entonces siempre había tenido un intenso miedo consciente a los médicos y a las operaciones. <<

[269] Tan importantes como las ya citadas eran, siguiendo sus fantasías, sus impulsos y ansiedades uretrales, aunque específicamente no formasen parte de este material. <<

[270] Este dibujo representaba también el «interior» de la madre, en el que ocurría la misma lucha, Ricardo y su hermano aparecían en el papel de protectores internos de ella, y su padre como objeto peligroso interno de ella. <<

[271] No hay duda de que a su vez tales ansiedades son capaces de provocar resfríos u otras enfermedades físicas y, por lo menos de disminuir la resistencia a ellos. Lo que significa que aquí tenernos que enfrentarnos con un círculo vicioso, porque a su vez estas enfermedades reforzaban todos los temores de Ricardo. <<

[272] Mantener la estufa encendida tenía también el significado inconsciente de demostrarse a sí mismo que ni él ni su padre estaban castrados. <<

[273] «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa», O. C., II.
<<

[274] Algo más adelante, en mi resumen general teórico, me refiero al desarrollo del superyó en la niña ya la parte esencial que desempeña en él el padre. Este aspecto de la formación del superyó no había aparecido en el análisis de Rita; sin embargo se manifestaba un desarrollo en esta dirección por la mejor relación con su padre hacia el fin del análisis. Considero que la angustia y la culpabilidad relacionada con su madre dominaban de tal manera su vida emocional, que tanto la relación con el padre externo como con la figura paternal internalizada estaban trastornadas. <<

[275] Esta parte del material no ha sido publicada anteriormente. <<

[276] Esta situación de ansiedad en cierto modo formaba parte del análisis de Rita, pero entonces yo no percibí totalmente la importancia de tales ansiedades ni su conexión íntima con la depresión. Esto se me hizo más patente a la luz de mi experiencia ulterior. <<

[277] En este resumen mi propósito principal es el de presentar claramente mis puntos de vista sobre ciertos aspectos del complejo edípico. También intento comparar mis conclusiones con ciertas afirmaciones de Freud sobre este tema. Por lo tanto, considero imposible ocuparme también de citar otros autores o de hacer referencias a la copiosa bibliografía que trata de este asunto. Sin embargo, en lo que se refiere al complejo edípico de la niña, remito al lector al capítulo II de mi libro El psicoanálisis de niños (1932), en el cual he señalado los puntos de vista de varios autores. <<

[278] Al tratar de la relación fundamental del niño con el pecho de la madre, con el pene del padre y de las situaciones de ansiedad y las defensas resultantes, yo pienso en algo más que en una relación con objetos parciales. En realidad ya desde un comienzo el niño asocia estos objetos parciales con su padre y con su madre. Las vivencias diarias con sus padres y la relación inconsciente que se va desarrollando con ellos como objetos internos más y más se concentran alrededor de estos objetos parciales primarios y se suman a su importancia primordial en el inconsciente del niño. <<

[279] Debe ser tenida en cuenta la gran dificultad de expresar, en lenguaje adulto, las fantasías y los sentimientos de un niño pequeño. Todas las descripciones de las fantasías inconscientes tempranas —y también de todas las fantasías inconscientes en general— pueden ser consideradas únicamente como señaladores de los contenidos, más bien que señaladores de las formas de tales fantasías. <<

[280] El análisis de niños pequeños no deja lugar a duda respecto al hecho de que la vagina está representada en el inconsciente del niño. La masturbación vaginal real en la primera infancia es mucho más frecuente de lo que se ha creído, lo cual está señalado por varios autores. <<

[281] Este resumen proviene en su mayor parte de las siguientes obras de Freud: El yo y el ello, «La organización genital infantil», «El sepultamiento del complejo de Edipo», «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos», «Sobre la sexualidad femenina» y Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. <<

[282] «La organización genital infantil». <<

[283] «El sepultamiento del complejo de Edipo». <<

[284] «Sobre la sexualidad femenina». <<

[285] «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis». <<

[286] Este conocimiento coexiste en el inconsciente del niño, y también, hasta cierto punto, en la conciencia, con el conocimiento de la existencia del ano, cuyo papel se puede observar más frecuentemente que el de la vagina en las teorías sexuales infantiles. <<

[287] Artículo leído en la Sociedad Psicoanalítica Británica el 4 de diciembre de 1946. Se lo ha reproducido tal como se lo publicó entonces, aparte de ligeras alteraciones (en especial la adición de un párrafo y algunas notas al pie). <<

[288] Antes de completar este trabajo, intercambié ideas con Paula Heimann, a quien mucho agradezco sus sugerencias en la elaboración y formulación de muchos de estos conceptos. <<

[289] En «Psicoanálisis de niños» (1932) y «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» (1935). <<

[290] Cuando publiqué por vez primera este trabajo en 1946 utilizaba el término «Posición paranoide» como sinónimo de la «posición esquizoide» de W. R. D. Fairbairn. Habiéndolo pensado más, decidí combinar el término de Fairbairn con el mío y utilizar la expresión «posición esquizo-paranoide». <<

[291] «Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis», «Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto» y «Relaciones objetales y estructura dinámica». <<

[292] «Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis» (1941). <<

[293] Véase D. Winnicott, «Primitive Emotional Development» (1945). En este trabajo Winnicott describe también el resultado patológico de estados de no integración, citando, por ejemplo, el caso de una enferma que no podía distinguir a su hermana gemela de sí misma. <<

[294] La mayor o menor cohesión del yo en el comienzo de la vida postnatal debe considerarse en conexión con la mayor o menor capacidad del yo para tolerar ansiedad la cual, como ya sostuve (El psicoanálisis de niños esp. Pág. 65) es un factor constitucional. <<

[295] Ferenczi en «Notas y fragmentos» (1930) sugiere que muy posiblemente todo organismo viviente reacciona a los estímulos displacenteros con fragmentación, la que sería una expresión del instinto de muerte. Es posible que los organismos complejos (organismos vivos) solo se mantienen como entidad por el impacto de las condiciones externas. Cuando estas se hacen desfavorables, el organismo se hace pedazos. <<

[296] Winnicott (loc. cit.) se refiere al mismo proceso, aunque desde otro punto de vista, al describir cómo la integración y la adaptación a la realidad dependen esencialmente de la experiencia del niño, del cuidado y del amor de la madre. <<

[297] En la discusión que siguió a la presentación de este trabajo, Clifford Scott se refirió a otro aspecto de la disociación. Señaló la importancia de las grietas en la continuidad de experiencias, que implican una disociación en el tiempo más que en el espacio. Se refirió, como ejemplo, a la alternación entre estados de reposo y estados de vigilia. Concuerdo completamente en que la disociación no debe ser considerada meramente en términos de espacio y en que las grietas en la continuidad son muy esenciales para la comprensión de los mecanismos esquizoides. <<

[298] La descripción de tales procesos primitivos está muy obstaculizada porque estas fantasías surgen en una época en la que el niño no ha empezado aún a pensar con palabras. En este trabajo, por ejemplo, utilizo la expresión «proyectar dentro de otra persona» porque este me parece el único medio de transmitir el proceso inconsciente que trato de describir. <<

[299] Gwen Evans, en un corto trabajo sin publicar (leído en la Sociedad Psicoanalítica Británica, en enero de 1946) dio algunos ejemplos de enfermos en los que los fenómenos siguientes eran pronunciados: falta de sentido de la realidad, sentimiento de estar dividido y de que partes de la personalidad habían penetrado en el cuerpo de la madre para robarla y controlarla; como consecuencia, la madre y otras personas similarmente atacadas representaban a la enferma. Evans atribuyó estos procesos a una etapa muy primitiva del desarrollo. <<

[300] Clifford Scott, en un trabajo sin publicar y leído en esta sociedad hace algunos años, describió tres rasgos interrelacionados con los que se encontró en una enferma esquizofrénica: una fuerte perturbación de su sentido de la realidad, el sentimiento de que el mundo que la circundaba era un cementerio y el mecanismo de colocar todas las partes buenas de ella en otra persona, Greta Garbo, quien pasó a estar en su lugar. <<

[301] Paula Heimann en «Sublimation and its relation to proceses of internalization» (1942) ha descrito una situación en la cual los objetos internos actúan como cuerpos extraños asimilados en uno mismo. Mientras esto es evidente con respecto a los objetos malos, es también cierto aun para los buenos, en el caso de que el yo sea compulsivamente subordinado a la preservación de los mismos. Cuando el yo sirve excesivamente a sus buenos objetos internos, estos son sentidos como una fuente de peligro y están próximos a ejercer una influencia persecutoria. Paula Heimann introdujo el concepto de la asimilación de los objetos internos y lo aplicó específicamente a la sublimación. Con respecto al desarrollo del yo, señaló que la asimilación es esencial para el ejercicio exitoso de sus funciones y para el logro de la independencia. <<

[302] Enfocado desde este punto de vista, el amor y comprensión de la madre pueden considerarse como el mayor aliado que tiene el niño para superar estados de desintegración y angustias de naturaleza psicótica. <<

[303] Herbert Rosenfeld, en «Análisis de un cuadro esquizofrénico con despersonalización» (1947), presentó un caso para ilustrar cómo los mecanismos de desintegración que intervienen en la identificación proyectiva eran responsables del estado esquizofrénico y la despersonalización. En su trabajo «Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas» (1950) también señaló que un estado confusional se produce si el sujeto pierde la capacidad de diferenciar entre objetos buenos y malos, entre impulsos agresivos y libidinales, etc. sugirió que en dichos estados de confusión los mecanismos de desintegración son reforzados con fines de defensa. <<

[304] Herbert Rosenfeld en «Análisis de un cuadro esquizofrénico con despersonalización» (1947) y en «Observaciones sobre la relación entre la homosexualidad masculina y la paranoia, ansiedad paranoide y narcisismo» (1949), expuso la importancia clínica de las ansiedades paranoides que están conectadas con la identificación proyectiva en los pacientes psicóticos. En dos casos de esquizofrenia que describió, era bien claro que los pacientes estaban dominados por el temor de que el analista estaba tratando de imponerse a ellos. Cuando se analizaron estos temores en la transferencia pudieron progresar. Además, Rosenfeld ha conectado la identificación proyectiva (y los correspondientes temores de persecución) por una parte con la frigidez femenina y además con la frecuente combinación de homosexualidad y paranoia en los hombres. <<

[305] El psicoanálisis de niños, capítulos 8 y 12. <<

[306] Joan Riviere, en un trabajo no publicado sobre «Paranoid Attitudes Seen in Everyday Life and in Analysis», leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, en 1848, comunicó mucho material clínico en el cual la identificación proyectiva se ponía en evidencia. Las fantasías inconscientes de entrar por la fuerza en el objeto (para obtener control y posesión), llevaban por el temor de retaliación a una variedad de ansiedades persecutorias tales como la claustrofobia, o fobias a los ladrones, arañas o, en época de guerra, fobia a la invasión. Estos miedos están conectados con las fantasías «catastróficas» inconscientes de ser desmembrado, despanzurrado, cortado en pedacitos o de total destrucción del cuerpo y la personalidad y pérdida de la identidad; temores que son una elaboración del temor a la aniquilación (muerte) y tienen el efecto de reforzar los mecanismos de escisión y el proceso de desintegración del yo que se ve en los psicóticos. <<

[307] Debo mencionar que el análisis fue reiniciado después de un intervalo. <<

[308] La sensación de hambre indicaba que se había puesto en marcha nuevamente el proceso de introyección, bajo el dominio de la libido. Mientras a mi primera interpretación de su temor de destruirme con su agresión, respondió inmediatamente con la violenta escisión y aniquilación de partes de su personalidad, experimentó ahora más completamente las emociones de aflicción, culpa y temor a la pérdida, como también cierto alivio de estas ansiedades depresivas. El alivio de la ansiedad hizo que el analista pasara a ser nuevamente un objeto bueno en el que él podía confiar. Por tanto, pudo manifestarse el deseo de introyectarme como objeto bueno. Si lograba reconstruir el pecho bueno dentro de él, podría fortalecer e integrar su yo, tendría menos miedo de sus impulsos destructivos y podría, en realidad, preservarse y preservar al analista. <<

[309] «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente», O. C. 12. <<

[310] «Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz» (1908). <<

[311] El malestar en la cultura, O.C. 21. <<

[312] Loc. cit. En el mismo libro Freud aceptó mi hipótesis (expresada en mis artículos «Estadíos tempranos del conflicto edípico», 1928, y «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo», 1930), de que la severidad del superyó resulta en alguna medida de la agresividad del niño, que es proyectada al superyó. <<

[313] «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1943b). <<

[314] Véase mi artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[315] «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a). <<

[316] He tratado este problema más extensamente y desde diversos ángulos en El psicoanálisis de niños, capítulos 8 y 9. <<

[317] El yo y el ello, O. C., 19. <<

[318] El psicoanálisis de niños. <<

[319] «El problema económico del masoquismo», O. C., 19. En este artículo Freud aplicó por primera vez la nueva clasificación de los instintos a problemas clínicos. «El masoquismo moral se vuelve ahí una prueba clásica de la existencia de la fusión instintiva». <<

[320] Véase «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides». En 1946 llegué a la conclusión de que esta situación primaria de ansiedad juega un papel importante en la esquizofrenia. <<

[321] Véanse los ejemplos dados en el artículo de Isaacs (1952): el niño que dijo que el pecho de su madre lo había mordido, y la niña que pensaba que el zapato de su madre se la comería. <<

[322] *Inhibición, síntoma y angustia*. O. C., 20. <<

[323] Para una discusión detallada de las fuentes de ansiedad que interactúan con el miedo a la castración, véase mi artículo «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas». <<

[324] En mi obra El psicoanálisis de niños, sugerí que las primeras dificultades de alimentación en los bebés son manifestación de temores persecutorios. (Me refería a las dificultades de alimentación que aparecen incluso aunque la leche de la madre sea abundante y aunque no pareciera haber factores externos que impidan una situación satisfactoria para la alimentación). Llegué a la conclusión de que estos temores persecutorios, cuando son excesivos, conducen a una extensa inhibición de los deseos libidinales. Véase también «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé». <<

[325] Una referencia significativa a la conexión entre ansiedad y culpa está contenida en el siguiente pasaje: «Quizás este sea el momento de señalar que en el fondo el sentimiento de culpa no es más que una variedad topográfica de la ansiedad». (El malestar en la cultura). Por otra parte, Freud distingue claramente entre ansiedad y culpa. Al examinar el desarrollo del sentimiento de culpa, dice refiriéndose al uso del término «culpa» con respecto a manifestaciones tempranas de «mala conciencia»: «Llamamos a este estado de ánimo 'mala conciencia', pero en realidad no merece este nombre, porque en este estadio el sentimiento de culpa es evidentemente solo el miedo de perder el amor, ansiedad ´social´. En un niñito nunca puede ser otra cosa, pero también en muchos adultos solo ha cambiado en la medida en que la comunidad humana más amplia toma el lugar del padre o de ambos padres… Tiene lugar un gran cambio en cuanto por el desarrollo des superyó la autoridad ha sido internalizada. Las manifestaciones de la conciencia se elevan entonces a un nuevo nivel: para ser exactos, no deberíamos llamarlas conciencia ni sentimiento de culpa antes de esto». (Loc. cit.). <<

[326] «Un breve estudio de la evolución de la libido» (1924b). <<

[327] Ferenczi, «Psicoanálisis de los hábitos sexuales» (1925). <<

[328] «Fear, Guilt and Hate». <<

[329] «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides». <<

[330] Debemos recordar, sin embargo, que incluso durante este estadío el rostro y las manos de la madre, y toda su presencia física, entran cada vez más en la construcción gradual de la relación del niño con ella como persona. <<

[331] El concepto de defensa maníaca y su más amplia aplicación a la vida mental han sido examinados con algún detalle en mis artículos «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» y «El duelo y su relación con los estados maníaco depresivos». <<

[332] En su artículo «Towards a Common Aim: A Psycho-Analytical Contribution to Ethics», R. E. Money-Kyle aplicó la distinción entre ansiedades persecutoria y depresiva a actitudes hacia la ética en general, y hacia las convicciones políticas en particular; y desde entonces ha ampliado sus conceptos en su libro Psycho-Analisis and Politics. <<

[333] Inhibición, síntoma y angustia. O.C. 20. <<

[334] Loc. cit. <<

[335] Freud se refiere a esta interacción entre ansiedad proveniente de causas internas y externas con respecto a ciertos casos de ansiedad neurótica: «El peligro es conocido y objetivo, pero la ansiedad ante él es demasiado grande, más grande de lo que parecería adecuado… el análisis muestra que al peligro objetivo conocido se le agrega un peligro instintivo desconocido». (Loc. cit.). <<

[336] Loc. cit. <<

[337] Loc. cit. <<

[338] Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. O. C. 22. <<

[339] Como señalé en mi obra El psicoanálisis de niños: «Si una persona normal sufre una grave tensión externa o interna, o cae enferma o algo le va mal en otro aspecto, podemos observar en ella la completa y plena actuación de sus más profundas situaciones de ansiedad. Como, por consiguiente, toda persona sana puede sucumbir a una enfermedad neurótica, se sigue que nunca puede haber abandonado enteramente sus antiguas situaciones de ansiedad». <<

[340] Véase el artículo de Paula Heimann (1952b) en que se examina esta preferencia teórica por la libido y su influencia en el desarrollo de la teoría. <<

[341] Este fuerte énfasis en la ansiedad está presente ya en mis primeras publicaciones. <<

[342] Véase la bibliografía citada por J. Riviere en su artículo «Sobre la génesis del conflicto psíquico en la primera infancia». <<

[343] Es un rasgo esencial de esta relación de objeto, la primera de todas, ser el prototipo de una relación entre dos personas, en la cual no entra ningún otro objeto. Tiene una importancia primordial para las relaciones de objeto ulteriores, aunque, bajo esta forma exclusiva, quizá no dure más que muy pocos meses, ya que las fantasías relativas al padre y a su pene —fantasías que inician los estadíos primitivos del complejo de Edipo— introducen la relación con más de un objeto. En el análisis de los adultos y de los niños, el paciente llega a veces a experimentar sentimientos de honda felicidad al vivir otra vez esta relación primitiva y exclusiva con la madre y su pecho. Tales experiencias siguen a menudo al análisis de los celos y las situaciones de rivalidad en las cuales está implicado un tercer objeto, en último análisis el padre. <<

[344] En el mismo texto, Freud sugiere —refiriéndose todavía a estas primeras identificaciones— que existen identificaciones directas e inmediatas que se producen antes de toda catexia de objeto. Esta sugerencia parece implicar que la introyección precede las relaciones de objeto. <<

[345] Esto era debido sobre todo a la insuficiente valoración del papel de la agresividad. <<

[346] Esta técnica ha sido ilustrada por H. Segal (1950) y por H. Rosenfeld (1952a, 1952b). <<

[347] Véase *El psicoanálisis de niños*, particularmente los caps. 8 y 11. <<

[348] El paciente puede a veces preferir escapar del presente al pasado, al vivenciar que sus emociones, angustias y fantasías están actualmente operantes en plena intensidad y focalizadas sobre el analista. Otras veces, como sabemos, las defensas se dirigen sobre todo contra el hecho de revivenciar el pasado en relación con los objetos originarios. <<

[349] «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (1946). <<

[350] La descripción más actualizada de estos procesos tempranos se encuentra en mis trabajos. <<

[351] Surge la siguiente pregunta: ¿hasta dónde y en qué condiciones el objeto internalizado forma parte del yo, hasta dónde del superyó? Esta pregunta presenta problemas que aún son oscuros y que esperan ser esclarecidos. Paula Heimann (1952a) ha dado algunos pasos en esa dirección. **<<**

[352] Para mi contribución a este libro, es decir, a Desarrollos en psicoanálisis: véase la Nota aclaratoria a «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa». Recibí valiosa ayuda de mi amiga Lola Brook, quien revisó cuidadosamente mis manuscritos e hizo muchas sugerencias útiles, tanto en lo que concierne a las formulaciones como al ordenamiento del material. Mucho le debo por su interés constante en mi trabajo. <<

[353] En «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides», que trata más detalladamente este tema, señalo que adopté el término de Fairbairn «esquizoide», agregado al mío propio «posición paranoide». <<

[354] En *Inhibición, síntoma y angustia* (O. C. 20). Freud declara que «existe mayor continuidad entre la vida intrauterina y la primera infancia de lo que nos permite creer la impresionante cisura del nacimiento». <<

[355] Sugerí que la lucha entre los instintos de vida y de muerte ya entra en la experiencia dolorosa del nacimiento y refuerza la ansiedad persecutoria provocada por ella. Véase «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa». <<

[356] M. Klein remite aquí a los trabajos de S. Isaacs (1952) y P. Heimann (1952a), y al suyo propio titulado «Observando la conducta de bebés», todos ellos incluidos en Desarrollos en psicoanálisis]. <<

[357] Estos primeros objetos introyectados forman el núcleo del superyó. A mi entender, el superyó comienza con los primeros procesos introyectivos y se construye a partir de figuras buenas y malas, que son internalizadas en situaciones de amor y de odio en los diversos estadíos del desarrollo y son gradualmente asimiladas o integradas por el yo. Véase Heimann (1952a). <<

[358] La ansiedad relacionada con ataques provenientes de objetos internalizados —ante todo objetos parciales— constituye a mi entender la base de la hipocondría. Adelanté esta hipótesis en mi libro «El psicoanálisis de niños», y también expuse en él mi opinión de que las tempranas ansiedades infantiles son de naturaleza psicótica y forman la base de ulteriores psicosis. <<

[359] En mi artículo «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» sugiero que la ambivalencia es vivenciada por primera vez en relación con el objeto total durante la posición depresiva. De acuerdo con la modificación de mi opinión respecto al surgimiento de la ansiedad depresiva (véase «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa»), considero ahora que la ambivalencia es vivenciada con respecto a los objetos parciales. <<

[360] Esta forma de interacción de la libido y de la agresión correspondería a un estado particular de fusión de los dos instintos. <<

[361] Véase: «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides». <<

[362] En pacientes de tipo esquizoide, hallé que la fuerza de los mecanismos esquizoides infantiles era responsable en última instancia de la dificultad de acceso al inconsciente. En tales pacientes, el progreso hacia la síntesis es trabado por el hecho de que bajo la presión de la ansiedad, se vuelven incapaces una y otra vez de mantener los lazos fortalecidos en el transcurso del análisis y entre las diferentes partes del yo. En pacientes de tipo depresivo, la división entre lo inconsciente y lo consciente es menos pronunciada y por lo tanto estos pacientes tienen mayor capacidad de insight. A mi entender, han superado con mucho más éxito sus mecanismos esquizoides en la temprana infancia. <<

[363] Véase «El psicoanálisis de niños», cap. 3. <<

[364] Mi argumentación (tal como está representada aquí y en otros escritos) sobreentiende que no comparto el concepto de Abraham de un estado preambivalente en la medida en que esto implica que las pulsiones destructivas (sádico-orales) aparecen con la dentición. Debemos recordar sin embargo que Abraham también señaló el sadismo inherente al mamar «como acto de vampirismo». No hay duda de que la dentición y los procesos fisiológicos que afectan a las encías constituyen un fuerte estímulo de las pulsiones y fantasías canibalísticas; pero la agresión forma parte de la más primitiva relación del lactante con el pecho, aunque en ese estadío no suela expresarse mediante la acción de morder. <<

[365] Véase «El psicoanálisis de niños». <<

[366] Véase «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides». <<

[367] Abraham se refiere a la inhibición instintiva que aparece primeramente en «… el estadío de narcisismo con fin sexual canibalístico». («Un breve estudio de la evolución de la libido»). Puesto que la inhibición de las pulsiones agresivas y de la voracidad tiende a involucrar igualmente deseos libidinales, la ansiedad depresiva se transforma en causa de las dificultades para aceptar el alimento que se presentan en lactantes de pocos meses y aumentan con el destete. En lo que atañe a las dificultades en la alimentación que se presentan en algunos lactantes desde los primeros días, creo que son causadas por la ansiedad persecutoria. (Véase «El psicoanálisis de niños»). <<

[368] Estas dificultades a menudo observables en lactantes, particularmente durante el destete (es decir al reemplazar el pecho por el biberón o al agregar nuevos alimentos a este último, etc.), puede considerarse como un síntoma depresivo bien conocido en la sintomatología de los estados depresivos. Este punto es tratado con algún detalle en «Observando la conducta de bebés». Véase igualmente la nota 16. <<

[369] Esta regresión primitiva puede ocasionar serios disturbios en el desarrollo temprano, por ejemplo la deficiencia mental (véase «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides») y puede constituir la base de ciertas formas de enfermedad esquizofrénica. Otro posible resultado del fracaso en la elaboración de la posición depresiva infantil es la enfermedad maníaco-depresiva, o bien una neurosis grave. Sostengo por lo tanto que la posición depresiva infantil es de central importancia en el desarrollo del primer año. <<

[370] Tanto en el análisis de adultos como en el de niños puede observarse que, juntamente con una vivencia depresiva total, surgen sentimientos de esperanza. En el desarrollo temprano, este es uno de los factores que ayudan al bebé a superar la posición depresiva. <<

[371] Sabemos que, bajo la presión de la ambivalencia, la escisión persiste en cierta medida en el transcurso de la vida y desempeña un papel importante en la economía mental normal. <<

[372] En lo que hace a la relación de la posición depresiva infantil con los estados maníaco-depresivos por una parte y con el duelo normal por la otra, véanse «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» y «El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos». <<

[373] Véase Heimann (1952a), 2.ª parte. He descrito detalladamente el desarrollo edípico en «El psicoanálisis de niños» (en particular capítulo 8) y también en mis artículos «Estadíos tempranos del conflicto edípico» y «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas». <<

[374] En «Un breve estudio de la evolución de la libido» (1924), Abraham escribe: «Otro punto que debe señalarse en relación con la parte del cuerpo que ha sido introyectada, es que el pene es regularmente asimilado al pecho materno y que otras partes del cuerpo como ser dedos, pies, cabello, heces y nalgas pueden representar secundariamente aquellos dos órganos». <<

[375] Véase el concepto de figura parental combinada en «El psicoanálisis de niños», cap. 8 en particular. <<

[376] La capacidad del niño para gozar al mismo tiempo la relación con ambos padres, lo cual constituye un paso importante de su vida mental y está en conflicto con sus deseos (instigados por celos y ansiedad) de separarlos, depende de que los sienta como individuos separados. Esta relación más integrada con sus padres (distinta de la necesidad compulsiva de mantenerlos separados uno del otro y de impedir el acto sexual) implica mayor comprensión de sus relaciones mutuas y es condición previa de la esperanza del niño de acercarlos y unirlos en forma feliz. **<<**

[377] No obstante, signos de recurrencia de sentimientos depresivos pueden ser detectados en bebés normales mediante una observación atenta. Síntomas severos de depresión aparecen en forma muy llamativa en niños muy pequeños bajo determinadas circunstancias, como ser una enfermedad, la súbita separación de la madre o de la niñera, o un cambio en la alimentación. <<

[378] La interrelación entre las ansiedades persecutoria y depresiva por una parte y el temor a la castración por la otra, se trata detalladamente en mi artículo «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas». <<

[379] Véase Heimann e Isaacs (1952). <<

[380] Debo abstenerme aquí de describir detalladamente las maneras en que la formación de símbolos está desde un principio inextricablemente ligada a la actividad fantaseadora del niño y a las vicisitudes de la ansiedad. Remito al lector a Isaacs (1925) y a mi trabajo «Observando la conducta de bebés»; también a mis anteriores artículos «Principios psicológicos del análisis infantil» (1926) y «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930). <<

[381] Véase «El psicoanálisis de niños». <<

[382] La experiencia me mostró que las ansiedades que subyacen a la hipocondría se hallan también en la base de los síntomas de conversión histéricos. El factor fundamental común a ambas es el temor referido a la persecución dentro del cuerpo (ataques provenientes de objetos perseguidores internalizados) o al daño infligido por el sadismo del sujeto a los objetos internos (ataques de sus excrementos peligrosos), todo lo cual es sentido como daño físico infligido al yo. La elucidación de los procesos que subyacen a la transformación de esas ansiedades persecutorias en síntomas físicos puede contribuir a esclarecer los problemas de la histeria. <<

[383] Si estas defensas persisten excesivamente más allá del estadío temprano en el que son apropiadas, el desarrollo puede sufrir en varias formas; se impide la integración, se traba la vida de la fantasía y los deseos libidinales; en consecuencia, la tendencia a reparar, las sublimaciones, las relaciones de objeto y la relación con la realidad pueden quedar perturbadas. <<

[384] El reconocimiento de que existe en el niño la necesidad de adquirir hábitos de limpieza, necesidad ligada a la ansiedad y culpa y a las defensas contra ellas, lleva a la siguiente conclusión: el aprendizaje de los hábitos de limpieza, efectuado sin premura y en el período en el que la necesidad de este aprendizaje se hace evidente (generalmente en el transcurso del segundo año), es beneficioso para el desarrollo del niño. Impuesto a este en un estadío anterior, puede resultar dañino. Mas aun, en cualquier período el niño debería ser solo alentado, pero no forzado, a adquirir hábitos de limpieza. Estas líneas constituyen necesariamente tan solo una referencia muy incompleta a un importante problema de la crianza del niño. <<

[385] La concepción de Freud sobre las formaciones reactivas y la «anulación» en el proceso de la neurosis obsesiva, sustenta mi concepto de reparación, que abarca, además, varios procesos mediante los que el yo siente que anula el daño hecho en su fantasía, restaura, preserva y revive el objeto. <<

[386] Dice Freud: «… señalaremos como materia de ulteriores reflexiones la posibilidad de que la represión sea un proceso especialmente relacionado con la organización genital de la libido y que el yo acuda a métodos distintos de defensa cuando tiene que asegurarse contra la libido en otros niveles de organización». (*Inhibición, síntoma y angustia*). <<

[387] Véase «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides». <<

[388] Véase «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa». <<

[389] También el análisis de adultos, si se lo lleva a capas profundas de la mente, aporta material similar y proporciona pruebas convincentes sobre los estadíos tanto tempranos como posteriores del desarrollo. <<

[390] Sobre la importancia fundamental de los rasgos orales para la formación del carácter, véase Abraham: «La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido» (1925). <<

[391] Michael Balint (en «Individual Differences in Early Infancy», págs. 57-59, 81-117) legó a la conclusión, a partir de la observación de 100 bebés con edades comprendidas entre los cinco días y los ocho meses, de que el ritmo de succión varía de un bebé a otro. Cada bebé tiene su ritmo o ritmos individuales. <<

[392] Debemos tener en cuenta, sin embargo, que por más importantes que sean estas primeras influencias, el impacto del ambiente es de la mayor importancia en *cada estadío* del desarrollo del niño. Incluso efectos positivos de la primera crianza pueden ser hasta cierto punto anulados por experiencias nocivas posteriores, así como dificultades del principio pueden ser disminuidas por posteriores influencias benéficas. Al mismo tiempo debemos recordar que algunos niños parecen tolerar condiciones externas insatisfactorias sin que su carácter y estabilidad mental sean gravemente perjudicados, mientras que otros, a pesar de un ambiente favorable, tienen dificultades graves y persistentes. <<

[393] *The Nursing Couple*, págs. 49-50. <<

[394] Middlemore sugiere que los impulsos de morder intervienen en la conducta agresiva del bebé hacia el pezón mucho antes de que tenga dientes, e incluso aunque raramente sujete el pezón con sus encías. En relación con esto (*loc. Cit.*, pág. 58-9) remite a Waller (sección «Breast Feeding» en *The Practicioner's Encyclopaedia of Midwifery and the Diseases of Women*), quien «habla de bebés excitados que muerden con enojo el pecho, y que lo atacan con doloroso vigor». <<

[395] *Loc. cit.*, págs. 47-8. <<

[396] «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos». <<

[397] A mi entender, como se dijo en el capítulo anterior, la ansiedad depresiva opera ya en cierta medida durante los tres primeros meses de la vida, y se pone en primer plano en el segundo cuarto del primer año. <<

[398] Véase Heimann (1952a), parte 2a, sección b, «Autoerotismo, narcisismo y las primeras relaciones objetales». <<

[399] *Inhibición, síntoma y angustia*, O. C., 20. <<

[400] Véase «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» y «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa». <<

[401] En niños un poco mayores puede observarse fácilmente que si no se les proporcionan los signos especiales de afecto que ellos esperan a la hora de dormir, su sueño probablemente se perturbará, y que esta intensificación de la necesidad de amor en el momento de separarse está unida a sentimientos de culpa y al deseo de ser perdonados y de reconciliarse con la madre. <<

[402] S. Bernfeld, en *Psychology of the Infant* (1929), arribó a la importante conclusión de que el destete está ligado a sentimientos depresivos. Describe el variado comportamiento de los bebés en la época del destete, que va desde un anhelo y pena que apenas se notan hasta verdadera apatía y completo rechazo del alimento; y compara los estados de ansiedad e inquietud, irritabilidad y cierta apatía que pueden aparecer en el adulto con una situación similar en el bebé. Entre los métodos de superar la frustración del destete menciona el retiro de la libido del objeto que desilusiona, por medio de proyección y represión. Califica el uso del término «represión» como «tomado en préstamo del estado evolucionado del adulto». Sin embargo, concluye que «… sus propiedades esenciales existen en estos procesos» (en el bebé) (pág. 296). Bernfeld sugiere que el destete es la primera causa evidente de la que se ramifica el desarrollo mental patológico, y que las neurosis de nutrición de los bebés son factores contribuyentes para la predisposición a las neurosis. Una de sus conclusiones es que, ya que algunos de los procesos por los que el bebé supera su pena y sensación de pérdida en el destete actúan silenciosamente, una conclusión sobre «los efectos del destete debe ser extraída de un íntimo conocimiento de la reacción del niño a su mundo y sus actividades, *que son la expresión de su vida de fantasía, o por lo menos constituyen el núcleo de ella*». (Loc. cit., pág. 259 [la bastardilla es mía]). <<

[403] En *Social Development of Young Children*, especialmente en el cap. 3, sección II.A.i., Susan Isaacs dio ejemplos de dificultades en la comida y los examinó en relación con ansiedades que surgen del sadismo oral. Hay también observaciones interesantes en *Disorders of Childhood* de D. W. Winnicott, especialmente págs. 16 y 17. <<

[404] Sugerí antes que las fantasías del bebé de atacar el cuerpo de la madre con excrementos venenosos (explosivos y quemantes) son una causa fundamental de su temor a ser envenenado por ella, y yacen en la base de la paranoia; análogamente, que los impulsos a devorar a la madre (y su pecho), la convierten en la mente del bebé en un objeto devorador y peligroso («Estadíos tempranos del conflicto edípico», «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo»; también en *El psicoanálisis de niños*, especialmente cap. 8). También Freud se refiere a los terrores de la niñita de ser envenenada o asesinada por su madre, un temor del que dice que «puede formar posteriormente el núcleo de un trastorno paranoico». (*Nuevas conferencias e introducción al psicoanálisis*). Además, «es probable también que el miedo a ser envenenado esté conectado con el destete. Veneno es el alimento que lo enferma a uno». (*Loc. cit.*). En un artículo anterior, «Sobre la sexualidad femenina», Freud se refiere también al horror de la niñita en el estadío preedípico a «ser muerta (¿devorada?) por la madre». Sugiere que «esta ansiedad corresponde a la hostilidad que la niña desarrolla luego hacia la madre, por las múltiples restricciones que ella le impone en el proceso de aprendizaje y cuidado físico», y que «la inmadurez de la organización psíquica de la niñita favorece el mecanismo de proyección». Deduce también que «en esta dependencia de la madre tenemos el germen de la paranoia femenina posterior». En este contexto se refiere al caso, presentado en 1928 por Ruth Mack-Brunswick («Die Analyse eines Eifersuchstswahnes») «en el que la fuente directa del trastorno fue la fijación preedípica de la paciente (a una hermana)». <<

[405] Podemos hacer aquí una comparación con la actitud hacia la comida de los maníaco-depresivos. Como sabemos, algunos pacientes rechazan la comida; otros muestran temporariamente un aumento de voracidad; otros aun, oscilan entre estas dos reacciones. <<

[406] *Mas allá del principio del placer*, O. C., 18. Véase el cap. III, en que se da una descripción de este juego. <<

[407] En «The Observation of Infants in a Set Situation», D. W. Winnicott examinó en detalle el juego con el carretel. <<

[408] «*Duelo y melancolía*», O. C., 14. <<

[409] Como he señalado en el capítulo anterior, aunque las experiencias cruciales de sentimientos depresivos y las defensas contra ellos surgen durante el primer año de vida, le lleva años al niño superar sus ansiedades persecutoria y depresiva. Son reactivadas y superadas una y otra vez en el curso de la neurosis infantil. Pero estas ansiedades nunca son extirpadas, y por consiguiente pueden reavivarse, aunque en menor grado, durante el transcurso de la vida. <<

[410] En lo que respecta a la importancia de la formación de símbolos para la vida mental, véase S. Isaacs (1952), y también mis artículos «Análisis infantil» y «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo». <<

[411] Estudios recientes de formas de conducta prenatal, especialmente como fueron descritas y resumidas por A. Gesell (*Embriología de la conducta*), proporcionan la base para pensar en un yo rudimentario y en la medida en que los factores constitucionales obran ya en el feto. Es también un problema no resuelto si el estado físico y mental de la madre influye en el feto, en relación con los factores constitucionales arriba mencionados. <<

[412] Nuevas direcciones en psicoanálisis. <<

[413] «On the Technique of Child Analysis» (1921). <<

[414] Hay una descripción de este temprano enfoque en *Psicoanálisis del niño*, de Anna Freud. <<

[415] «El desarrollo de un niño» (1921), «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño» (1923a) y «Principios psicológicos del análisis infantil» (1926). <<

[416] Véanse también On the Bringing Up of Children, comp. por J. Rickman, y «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945). <<

[417] Son principalmente: pequeños hombres y mujeres de madera, usualmente de dos tamaños, autos, carretillas, hamacas, trenes, aviones, animales, árboles, casas, cercas, papel, tijeras, un cuchillo, lápices, tizas o pintura cola, pelotas y bolitas, plastilina y cuerdas. <<

[418] Tiene piso lavable, agua corriente, una mesa, algunas sillas, un pequeño sofá, algunos almohadones y una cómoda. <<

[419] Pueden hallarse ejemplos, tanto del juego con juguetes como de los pasatiempos mencionados, en «El psicoanálisis de niños» (especialmente en los capítulos 2, 3 y 4). Véase también «La personificación en el juego de los niños» (1929a). <<

[420] Este niño, a quien comencé a analizar en 1924, fue otro de los casos que me ayudaron a desarrollar mi técnica del juego. <<

[421] Véase «El psicoanálisis de niños». <<

[422] Rita tuvo ochenta y tres sesiones, Trude ochenta y dos. **<<**

[423] Véase «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945). <<

[424] Véase «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). <<

[425] Ruth tuvo 190 sesiones, Pedro 278 sesiones. **<<**

[426] La convicción creciente acerca de la fundamental importancia de los descubrimientos de Abraham fue también el resultado de mi análisis con él, que comenzó en 1924 y fue interrumpido catorce meses más tarde por su enfermedad y muerte. <<

[427] Descrita bajo el nombre de «Erna» en «El psicoanálisis de niños», cap. 3.
<<

[428] Véase «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[429] Véase «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a). <<

[430] Estas y otras conclusiones están contenidas en los dos trabajos mencionados en la nota precedente. Véase también «La personificación en el juego de los niños» (1929a). <<

[431] Es posible que haya comprendido los contenidos de ansiedades psicóticas y la urgencia de interpretarlos, en el análisis de un hombre esquizofrénico que vino a verme por un mes solamente. En 1922 un colega que se iba de vacaciones me pidió que atendiera por un mes a uno de sus pacientes esquizofrénicos. Descubrí desde la primera hora que no debería permitir que el paciente quedara callado un instante. Sentí que su silencio implicaba peligro, y en cada una de esas instancias interpreté su sospecha de mí, por ejemplo, que yo tramaba con su tío y lo habríamos hecho internar nuevamente (recientemente había sido dado de alta) material que en otras ocasiones él expresó verbalmente. Un día, cuando yo había interpretado su silencio de esta forma, conectándolo con material previo, el paciente, sentándose, me preguntó con tono amenazador: «¿Me enviará de vuelta al hospicio?». Pero se tranquilizó en seguida y empezó a hablar más libremente. Eso me indicó que estaba en el buen camino y que debía continuar interpretando sus sospechas y sentimientos de persecución. En cierta medida, se produjo una transferencia positiva además de la negativa; pero en un momento dado, cuando su temor de las mujeres se hizo muy intenso, me preguntó el nombre de un analista hombre con quien seguir el tratamiento. Se lo di, pero nunca fue a ver a ese colega. Durante ese mes vi al paciente todos los días. El analista que me pidió reemplazarlo, encontró algún progreso a su regreso y quiso que yo continuara el análisis. Me negué, pues había adquirido plena conciencia del peligro de tratar a un paranoico sin ninguna protección ni equipo adecuado. Durante el período en que lo analicé, se quedaba a menudo durante horas frente a mi casa, mirando mi ventana, aunque solo en pocas oportunidades tocó el timbre y pidió verme. Después de corto tiempo fue declarado insano nuevamente. A pesar de que en ese momento no saqué ninguna conclusión teórica de la experiencia, creo que ese fragmento de análisis puede haber contribuido a mi comprensión ulterior de la naturaleza psicótica de las ansiedades infantiles y al desarrollo de mi técnica. <<

[432] Como es sabido, Freud encontró que no hay diferencia estructural entre el normal y el neurótico, y este descubrimiento ha sido de la mayor importancia en la comprensión de los procesos mentales en general. Mi hipótesis de que las ansiedades de naturaleza psicótica son omnipresentes en la infancia, y son la razón fundamental de la neurosis, es una extensión del descubrimiento de Freud. <<

[433] Las conclusiones que he presentado en el último parágrafo son tratadas extensamente en «El psicoanálisis de niños». <<

[434] En conexión con esto, véase el importante trabajo de Ernest Jones, «The Theory of Symbolism» (1916). <<

[435] «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a). <<

[436] Esta conclusión ha influido desde entonces en la comprensión del modo esquizofrénico de comunicación y tiene un lugar en el tratamiento de la esquizofrenia. <<

[437] No puedo referirme aquí a la diferencia fundamental que, además de los rasgos comunes, existe entre el normal, el neurótico y el psicótico. <<

[438] «La personificación en el juego de los niños» (1929a). <<

[439] «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» (1935). W. R. D. Fairbairn, «Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis» (1941). <<

[440] «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (1946). <<

[441] >W. R. D. Fairbairn, «Revisión de la psicopatología de las psicosis y psiconeurosis» (1941). <<

[442] La técnica del juego ha influido también en la labor con niños en otros campos, como por ejemplo en la guía de niños y en educación. La investigación de Susan Isaacs en la escuela Malting House dio nuevo ímpetu al desarrollo de métodos educacionales en Inglaterra. Sus libros acerca de ese trabajo han sido muy leídos y tuvieron un efecto duradero en las técnicas educativas de ese país, especialmente en lo que concierne a los niños pequeños. Su apreciación del psicoanálisis y en particular la técnica del juego influyeron intensamente en su enfoque, y en gran medida debemos a ella que la comprensión psicoanalítica de los niños en Inglaterra haya contribuido al desarrollo de la educación. <<

[443] Los trabajos de Abraham sobre la melancolía, que datan de 1911 («Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco-depresiva y condiciones asociadas») y 1924 («Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales»), también fueron de gran importancia a este respecto. <<

[444] *El yo y el ello*, O. C., 19. <<

[445] Entre ellas la actitud de la madre es de vital importancia desde el comienzo de la vida y persiste como factor fundamental en el desarrollo del niño. Véase, por ej., *Desarrollos en psicoanálisis* (M. Klein y otros, 1952). <<

[446] Para decirlo en términos de los dos instintos, se trata de si en la lucha entre instintos de vida y muerte prevalece el de vida. <<

[447] Leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica el 4 de diciembre de 1946. <<

[448] A este respecto remito a los trabajos de Herbert Rosenfeld (1947, 1949, 1950), que son de importancia para estos problemas. <<

[449] Véase mi libro El psicoanálisis de niños. <<

[450] *Psicología de las masas y análisis del yo*, O. C., 18. <<

[451] Anna Freud ha descrito otro aspecto de la proyección sobre un objeto amado y la identificación con el mismo en su concepto de «sometimiento altruista». (El yo y los mecanismos de defensa, cap. X.). <<

[452] Releyendo hace poco *Psicología de las masas y análisis del yo*, me pareció que Freud tenía conciencia del proceso de identificación por proyección, si bien no lo diferenciaba por medio de un término especial del proceso de identificación por introyección, del que se ocupaba preferentemente. Elliott Jaques (1955) cita algunos pasajes de *Psicología de las masas*… como implícitamente referentes a la identificación por proyección. **<<**

[453] Véase también «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» (1952c). <<

[454] If I Were You (traducido del francés por J. H. F. McEwen), Londres, 1950. <<

[455] Las diversas y contradictorias características —tanto ideales como malas — con que son investidas tanto el padre como la madre, constituyen un rasgo familiar en el desarrollo de las relaciones objetales del niño. De modo similar tales actitudes conflictivas se atribuyen también a las figuras internalizadas, algunas de las cuales forman el superyó. <<

[456] He sugerido («Notas sobre algunos mecanismos esquizoides») que la identificación proyectiva surge durante la posición esquizo-paranoide, que se caracteriza por los procesos de disociación. He señalado arriba que la depresión de Fabián y su sentimiento de desvalorización daban ímpetu adicional a su necesidad de huir de su yo. La incrementada voracidad y la negación que caracterizan las defensas maníacas contra la depresión son, junto con la envidia, también un factor importante en las identificaciones proyectivas. <<

[457] En *El yo y el ello* (O. C., 19), Freud escribe: «Si estas (las identificaciones de objeto) obtienen la primacía y se hacen muy numerosas, indebidamente intensas e incompatibles una con la otra, no estará lejano el resultado patológico. Puede llegar a una ruptura del yo, a consecuencia del aislamiento mutuo de las identificaciones individuales por resistencias; quizás el secreto de las así llamadas personalidades múltiples consiste en que las diversas identificaciones toman posesión de la conciencia por turno. Aun cuando las cosas no vayan tan lejos como esto, queda la cuestión de los conflictos entre la diferentes identificaciones en que el yo es disociado, conflictos que después de todo no pueden describirse como puramente patológicos». <<

[458] Pienso que este estado de exaltación es comparable a la alucinación realizadora de deseos (Freud), que el niño bajo la tensión de la realidad, especialmente del hambre, no puede mantener durante mucho tiempo. <<

[459] Aquí toco una de las causas esenciales de la culpa y desdicha para la mente infantil. El niño muy pequeño siente que sus fantasías e impulsos sádicos son omnipotentes y por lo tanto han tenido, tienen y tendrán efecto. De modo similar siente acerca de sus deseos y fantasías reparativos, pero parece que a menudo la convicción sobre sus poderes destructivos sobrepasa grandemente su confianza en sus capacidades constructivas. <<

[460] Como he señalado en diversas ocasiones, el impulso para la identificación proyectiva no surge solamente de la voracidad sino de una variedad de causas. <<

[461] Al formular esta interpretación me doy cuenta de que no es esta la única línea sobre la que puede explicarse este episodio. El mozo podía considerarse también como el padre que no satisfacía sus expectativas orales; y el episodio con la panadera significaría así un paso más allá en la vuelta a la relación con la madre con todos sus deseos y desilusiones. <<

[462] Este es un ejemplo de la influencia mutua de factores físicos (posiblemente heredados) y emocionales. <<

[463] Uno de los significados del sol en su bolsillo puede ser la madre buena a quien el padre ha incorporado. Porque el niño pequeño, como señalé antes, siente que cuando es privado del pecho materno, es el padre quien lo recibe. El sentimiento de que es el padre quien contiene a la madre buena, robándole así al niño, agita la envidia y la voracidad y constituye también un importante estímulo para la homosexualidad. <<

[464] «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa», O. C., 11. <<

[465] La internalización segura de una madre buena —proceso de fundamental importancia— varía en grado y nunca es tan completa que no pueda ser sacudida por ansiedades de fuente interna o externa. <<

[466] Hay otro aspecto de tales experiencias. Como lo ha señalado Paula Heimann (1955), los sentimientos conscientes de un paciente pueden expresar también sus procesos disociativos. <<

[467] Sugerí en «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» que el temor a quedar aprisionado dentro de la madre fundamenta, como consecuencia de la identificación proyectiva, diversas situaciones de ansiedad y entre ellas la claustrofobia. Agregaría ahora que la identificación proyectiva puede resultar en el temor de que la parte perdida del yo nunca sea recobrada porque está sepultada en el objeto. En la novela Fabián siente —tanto después de transformarse en Poujars como en Fruges— que está sepultado y nunca volverá a escapar. Esto implica que ha de morir dentro de sus objetos. Hay otro punto que deseo mencionar aquí: además del temor a quedar aprisionado dentro de la madre, he hallado que otro factor contribuyente a la claustrofobia es el temor relativo al interior del propio cuerpo y a los peligros que allí amenazan. Citando nuevamente los versos de Milton: «Te has convertido (oh, la peor prisión) en el calabozo de ti mismo». <<

[468] Esto es de gran importancia en la técnica. Porque siempre debemos escoger para la interpretación el material que es más urgente en el momento; y en este contexto diría que hay períodos en el análisis durante los cuales ciertos pacientes parecen completamente dominados por la introyección o la proyección. Por otro lado, es esencial recordar que el proceso opuesto siempre permanece operando hasta cierto punto y por lo tanto entra antes o después nuevamente en el cuadro como factor predominante. <<

[469] Yo diría que, sea cual fuere la fuerza con que operen la disociación y la proyección, la desintegración del yo nunca es completa mientras exista la vida. Porque pienso que el impulso a la integración, por más perturbado que esté —aun en su raíz—, es en cierta medida inherente al yo. Esto concuerda con mi punto de vista según el cual ningún niño podría sobrevivir sin poseer en alguna medida un objeto bueno. Son estos hechos los que posibilitan que el análisis produzca cierta medida de integración, a veces incluso en casos muy severos. <<

[470] El sentimiento de haber dispersado bondad y partes buenas del propio yo en el mundo externo se suma al resentimiento y a la envidia de otros que son vividos como los usufructuarios de la bondad perdida. <<

[471] El concepto freudiano del ideal del yo fue, como sabemos, el precursor de su concepto de superyó. Mi descripción del yo ideal que Fabián trata de recuperar se acerca mucho más, me parece, a la opinión original de Freud sobre el ideal del yo que a sus ideas sobre el superyó. <<

[472] Deseo expresar mi profunda gratitud hacia mi amiga Lola Brook, quien ha colaborado en la preparación de este libro y de muchas otras de mis obras. Ella fue quien me ayudó en cada etapa del trabajo, formulando observaciones y críticas constructivas, con una comprensión poco usual. Agradezco también al doctor Elliott Jaques sus valiosas sugestiones, cuando el libro era tan solo un manuscrito, y su posterior colaboración en las pruebas de galera. A la señorita Judith Fay, vaya mi reconocimiento por el gran interés con que compuso el índice. **<<**

[473] «Construcciones en el análisis». O.C., 23. <<

[474] Todo esto es percibido por el niño de un modo mucho más primitivo de lo que el lenguaje puede expresar. Cuando estas emociones y fantasías preverbales son revividas en la situación transferencial, aparecen los «recuerdos en sentimientos», como yo los llamaría, y son reconstruidos y puestos en palabras con la ayuda del analista. De la misma manera, debemos usar palabras cuando reconstruimos y describimos otros fenómenos pertenecientes a los estadíos tempranos del desarrollo. De hecho no podemos traducir el lenguaje del inconsciente a la consciencia sin prestarle palabras de nuestro dominio consciente. <<

[475] En algunas de mis publicaciones «El psicoanálisis de niños», «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928) y «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» (1952c)— me he referido a la envidia proveniente de fuentes oral, uretral y anal-sádicas durante los estadíos más tempranos del complejo de Edipo, y la he conectado con el deseo de dañar las posesiones de la madre, en particular el pene del padre que ella contiene según la fantasía infantil. Ya en mi trabajo «Neurosis obsesiva en una niña de 6 años», que fue leído en 1924 pero no publicado hasta que apareció en El psicoanálisis de niños, la envidia ligada a los ataques oral, uretral y anal-sádicos contra el cuerpo de la madre tenía un rol prominente. Pero no había relacionado en forma específica esta envidia con el deseo de quitar y dañar los pechos de la madre, a pesar de haberme acercado mucho a tales conclusiones. En mi trabajo «Sobre la identificación» (1955b), señalé la envidia como un factor muy importante en la identificación proyectiva. Incluso en El psicoanálisis de niños sugerí que no solo las tendencias oral-sádicas sino también las uretral y anal— sádicas operan ya en niños muy pequeños. <<

[476] «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (1946). <<

[477] El doctor Elliott Jaques ha llamado mi atención sobre la raíz etimológica de la envidia (del latín invidia), que proviene del verbo invideo: mirar con recelo a, mirar maliciosa o rencorosamente dentro de, dirigir una mirada maligna sobre, envidiar algo. En la frase de Cicerón se le da un uso primitivo cuya traducción es: «producir el infortunio por su ojo maligno». Esto confirma la diferenciación que hice entre envidia y voracidad, poniendo énfasis en el carácter proyectivo de la envidia. <<

[478] Joan Rivière (1932) relacionó la envidia en las mujeres con el deseo infantil de robar los pechos de la madre y dañarlos. Según sus hallazgos, los celos tienen su raíz en esta envidia primaria. Su trabajo contiene interesante material ilustrativo de tales puntos de vista. <<

[479] Véase mi libro El psicoanálisis de niños, donde estos conceptos tienen cabida en relación con diversas cuestiones. **<<**

[480] De hecho el bebé puede haber recibido muy poca leche, no haberla recibido en el momento en que más la necesitaba, o no haberla obtenido de manera correcta, por ejemplo: la leche le llegó demasiado rápido o demasiado despacio. El modo en que el bebé fue sostenido en brazos, si estaba cómodo o no, la actitud de la madre hacia la alimentación, su placer o su angustia por ella, ya sea que le fuese dada la mamadera o el pecho, todos estos factores son de gran importancia en cada caso. <<

[481] «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). <<

[482] La observación de los bebés nos muestra algo de estas actitudes inconscientes subyacentes, como antes he dicho, algunos bebés que han estado gritando con rabia parecen bastante felices poco después de comenzar a mamar. Esto significa que han perdido temporariamente su objeto bueno para recuperarlo luego. Con otros bebés, la queja y ansiedad persistentes —aun cuando por el momento se hallan disminuidas por la mamada— pueden ser inferidas por observaciones cuidadosas. <<

[483] Resulta claro que la privación, la alimentación insatisfactoria y las circunstancia desfavorables intensifican la envidia porque perturban la plena gratificación, creándose así un círculo vicioso. <<

[484] «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» (1952c). He tratado la importancia de este proceso en trabajos anteriores. Aquí solo deseo enfatizar que me parece un mecanismo fundamental de la posición esquizo-paranoide. <<

[485] «Observando la conducta de bebés» (1952d). <<

[486] Véase también el concepto de Donald Winnicott sobre el «pecho ilusorio» y su punto de vista de que en el comienzo los objetos son creados por el individuo («Psychoses and Child Care», 1953). <<

[487] Freud afirmó que «en lo inconsciente no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de destrucción de la vida». Inhibición, síntoma y angustia, O.C. 20. <<

[488] Véanse mis «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (1946); también H. Rosenfeld (1947). <<

[489] He tratado la importancia de este proceso en trabajos anteriores. Aquí solo deseo enfatizar que me parece un mecanismo fundamental de la posición esquizo-paranoide. <<

[490] Ya me he referido a la necesidad esencial de idealizar la situación prenatal. Otro frecuente campo para la idealización es la relación bebé-madre. En particular las personas que no fueron capaces de experimentar una felicidad suficiente en esta relación, son las que la idealizan en forma retrospectiva. <<

[491] Véanse al respecto mi trabajo «El duelo y su relación en los estados maníaco-depresivos» (1940). Allí definí la elaboración normal del duelo como un proceso durante el cual son restablecidos los objetos buenos tempranos. Sugerí, además, que esta elaboración acaece por primera vez cuando el bebé enfrenta exitosamente la posición depresiva. <<

[492] Si bien no he alterado mis criterios sobre el comienzo de la posición depresiva alrededor del segundo cuarto del primer año de vida y de su apogeo alrededor de los seis meses de edad, hallé que algunos bebés parecen experimentar la culpa transitoriamente en los primeros meses de vida (véase «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa», 1948b). De todos modos, esto no implica que la posición depresiva ya haya surgido. En otra parte me he referido a la variedad de procesos y defensas que caracterizan la posición depresiva, tal como la relación con un objeto total; un mayor reconocimiento de la realidad interna y externa; las defensas contra la depresión, particularmente el impulso a reparar, y la ampliación de las relaciones de objeto que lleva a los estadíos tempranos del complejo de Edipo. Al mencionar la culpa experimentada transitoriamente en el primer período de la vida, me aproximé más al punto de vista que sostuve en la época de mi obra El psicoanálisis de niños, donde describí la culpa y la persecución experimentada por niños muy pequeños. Cuando más tarde definí la posición depresiva, dividí más claramente y tal vez de un modo demasiado esquemático la culpa, la depresión y las defensas correspondientes por una parte, y el estadío paranoide (al que luego denominé posición esquizo-paranoide) por la otra. <<

[493] Tengo razones para creer que esta genitalización prematura es a menudo una característica distintiva de los rasgos esquizofrénicos marcados o de la esquizofrenia completamente desarrollada. Véase W. Bion, «Notes on the Theory of Schizophrenia» (1954) y «Differentiation of the Psychotic from the Non-Psychotic Personalities» (1958). En otra parte he señalado (por ej. En «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé») la estrecha conexión entre la fase en que se desarrolla la posición depresiva y los estadíos tempranos del complejo de Edipo. <<

[494] Véanse «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a) y «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» (1935); también El psicoanálisis de niños. <<

[495] En otra parte he señalado (por ej. En «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé») la estrecha conexión entre la fase en que se desarrolla la posición depresiva y los estadíos tempranos del complejo de Edipo. <<

[496] El psicoanálisis de niños (particularmente el cap. 8) y «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé». Allí he señalado que normalmente estas fantasías forman parte de los estadíos tempranos del complejo de Edipo; ahora añadiría que todo el desarrollo del complejo de Edipo está fuertemente influido por la intensidad de la envidia que determina la fuerza de la figura parental combinada. <<

[497] «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas»; «La envidia del pene y el complejo de castración desempeñan un papel esencial en el desarrollo de la niña. Pero se ven muy reforzados por la frustración de sus deseos edípicos positivos, y aunque en cierto período la niña pequeña presume que su madre posee un pene como atributo masculino, este concepto no tiene un papel tan importante en su desarrollo como Freud lo sugiere. La teoría inconsciente de que su madre contiene el pene admirado y deseado del padre —en mi experiencia— se halla subyacente a muchos de los fenómenos descritos por Freud como la relación de la niña con la madre fálica. Sus deseos orales por el pene del padre se mezclan con sus primeros deseos genitales de recibir ese pene. Estos implican el deseo de recibir hijos de su padre, lo que también se ve confirmado por la ecuación ´pene-niño´. El deseo femenino de internalizar el pene y de recibir un niño de su padre, precede invariablemente al deseo de poseer un pene propio». **<<**

[498] «Sobre la identificación» (1955b) En Chaucer también encontramos referencias extensas respecto a esa difamación solapada y a la crítica destructiva que es característica de la persona envidiosa. Describe el pecado de la difamación como el producto de la mezcla en una persona, de la desdicha causada por la bondad y la prosperidad del otro, por un lado, y el regocijo ante el perjuicio ajeno, por otro. La conducta pecaminosa está caracterizada por «el hombre que alaba a su vecino pero que lo hace con intención malvada, pues siempre pone un ´pero´ al final, y seguido de otro de mayor censura que lo que es el valor de aquella persona. O, si un hombre es bueno y hace y dice cosas con buena intención, el difamador cambiará todo el sentido de esta bondad para servir al fin de su solapada intención. O, si algunos hombres hablan bien de otro, entonces el calumniador dirá que este es muy bueno, pero señalará otro que es mejor, menospreciando así al que aquellos alaban». <<

[499] Libros I y II. <<

[500] «Pero por la envidia del diablo la muerte entra en el mundo, y los que están de su parte por ello hacen sufrir» (Wisdom of Solomon, cap. 3, v. 24). <<

[501] En Chaucer también encontramos referencias extensas respecto a esa difamación solapada y a la crítica destructiva que es característica de la persona envidiosa. Describe el pecado de la difamación como el producto de la mezcla en una persona, de la desdicha causada por la bondad y la prosperidad del otro, por un lado, y el regocijo ante el perjuicio ajeno, por otro. La conducta pecaminosa está caracterizada por «el hombre que alaba a su vecino pero que lo hace con intención malvada, pues siempre pone un ´pero´ al final, y seguido de otro de mayor censura que lo que es el valor de aquella persona. O, si un hombre es bueno y hace y dice cosas con buena intención, el difamador cambiará todo el sentido de esta bondad para servir al fin de su solapada intención. O, si algunos hombres hablan bien de otro, entonces el calumniador dirá que este es muy bueno, pero señalará otro que es mejor, menospreciando así al que aquellos alaban». <<

[502] La creencia en la continuidad de la vida tuvo significativa expresión en el comentario de un niño de cinco años cuya madre estaba embarazada. El expresó la esperanza de que el bebé fuera una niña y añadió: «entonces ella tendrá hijos, y sus hijos tendrán hijos, y entonces eso sigue para siempre». <<

[503] Sé que en el material de los siguientes casos hubieran sido de valor los detalles de la historia, personalidad, edad y circunstancias externas del paciente. Razones de discreción hacen imposible entrar en esos detalles y solo puedo intentar la ilustración de mis principales tema mediante extractos del material. <<

[504] No solo en los niños sino también en los adultos puede ocurrir en la situación transferencial una plena revivificación de las emociones sentidas en las más tempranas experiencias de la alimentación. Por ejemplo, una sensación de hambre o sed surge con fuerza durante la sesión y desaparece después de la interpretación sentida como verdaderamente satisfactoria. Uno de los pacientes, agobiado por tales sentimientos, se levantó del diván y colocó sus brazos alrededor de una sección del arco que separaba una parte de mi consultorio. Repetidamente, al fin de tales sesiones, he oído la expresión: «He sido bien alimentado». El objeto bueno, bajo su forma primitiva como madre que cuida y alimenta al bebé, había sido recuperado. <<

[505] La interpretación de los sueños, de Freud, muestra claramente que algo de este residuo de locura encuentra expresión en los sueños y que por lo tanto estos son una muy valiosa salvaguardia de la salud mental. <<

[506] La experiencia me mostró que cuando el analista está plenamente convencido acerca de la importancia de un nuevo aspecto de la vida emocional, se hace capaz de interpretarlo más tempranamente en el análisis. Así, al darle énfasis suficiente cada vez que el material lo permite, puede llevar al paciente a la realización de tales procesos antes, acrecentando de esa manera la efectividad del análisis. <<

[507] Véase Rosenfeld, «Nota sobre la psicopatología de los estados confusionales en esquizofrenias crónicas» (1950). <<

[508] Véase «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» (1952c). <<

[509] Véase Freud, «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico», O.C., 14. <<

[510] Algunos de mis colegas que analizan casos de esquizofrenia me han dicho que el énfasis que ellos ponen ahora en la envidia, como un factor que arruina y destruye, es de gran importancia tanto para la comprensión como para el tratamiento de sus pacientes. <<

[511] Véase El psicoanálisis de niños, cap. 8. «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). <<

[512] He sugerido (véanse mis artículos de 1952) que en el segundo año de vida los mecanismos obsesivos se ponen en primer plano y la organización del yo ocurre bajo el dominio de fantasías e impulsos anales. <<

[513] Bien pudiera ser que la persona que inesperadamente comete un crimen o tiene un episodio psicótico, se haya dado cuenta en forma repentina de las partes peligrosas disociadas de su personalidad. Son conocidos los casos de personas que tratan de ser arrestadas para que se les impida cometer un crimen. <<

[514] «De estos signos deducimos una franca acentuación erógena de la zona anal en la constitución sexual congénita de tales personas». <<

[515] «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). <<

[516] Las contribuciones fundamentales a este tema han sido hechas por Freud, Jones y Abraham. Véanse por ejemplo, Freud «Carácter y erotismo anal» (1908), Jones, «Hate and Anal-Erotism in the Obsessional Neuroses» (1913) y «Anal-Erotic Character Traits» (1918), y Abraham, «Contribuciones a la teoría del carácter anal» (1921), «La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter anal» (1924) y «La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido» (1925). <<

[517] En «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (1946) he sugerido que algunas de las funciones —en particular la de manejar la ansiedad— que conocimos como propias del yo posterior, actúan ya desde el comienzo de la vida. La ansiedad proveniente de la acción del instinto de muerte dentro del organismo y vivida como temor a la aniquilación (muerte), toma la forma de persecución. <<

[518] Joan Riviere (1952) se refiere al «rechazo decisivo de Freud de la posibilidad de un temor inconsciente a la muerte»; prosigue hasta concluir que «el desamparo y la dependencia de los niños, sumado a su vida de fantasía, debe presuponer que aun el temor a la muerte es parte de su experiencia». <<

[519] Aquí difiero de Freud en cuanto parece que por desviación él comprendió solo los procesos por los cuales el instinto de muerte dirigido contra el yo es convertido en agresión hacia el objeto. A mi parecer, dos mecanismos se hallan involucrados en ese proceso particular de desviación. Parte del instinto de muerte es proyectado en el objeto, con lo cual este se convierte en un perseguidor; mientras que aquella parte del instinto de muerte que es retenida en el yo, hace que la agresión sea dirigida contra ese objeto persecutorio. <<

[520] En «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» dije: El miedo al impulso destructivo parece adherirse inmediatamente a un objeto incontrolable y abrumador. Otras fuentes importantes de la ansiedad primaria son el trauma de nacimiento (angustia de separación) y las frustraciones de necesidades corporales; estas experiencias son también sentidas desde el principio como causadas por objetos. <<

[521] Para una visión más detallada del modo como se han desarrollado mis puntos de vista sobre el complejo de Edipo temprano, véanse «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928), El psicoanálisis de niños (1932) (en particular el cap. 8), «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945) y «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé» (1952c). <<

[522] Véase, por ejemplo, «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa» (1948b).
<<

[523] Para material clínico ilustrativo de este punto, véase «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos» (1915). <<

[524] Como he mencionado, por ejemplo, en una nota al pie: «la ansiedad relacionada con los ataques por parte de objetos internalizados —ante todo objetos parciales— es, según mi punto de vista, la base de la hipocondría», teoría ya expuesta en El psicoanálisis de niños. De modo similar, en «Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual» (1931), señalé que el «temor de una persona ante su materia fecal como perseguidora es al fin debido a sus fantasías sádicas… Estos temores despiertan un temor a tener un número de perseguidores dentro del cuerpo y de ser envenenado, como también los temores hipocondríacos». <<

[525] Véase mi trabajo «Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé», donde dije: «El mecanismo de disociación es subyacente a la represión (como se halla implicado en el concepto de Freud); pero en contraste con las formas más tempranas de disociación que llevan a estados de desintegración, la represión no lleva normalmente a la desintegración de la personalidad. Puesto que en este estadío hay mayor integración, en ambas partes de la mente consciente e inconsciente, y puesto que en la represión la disociación efectúa predominantemente una división entre consciente e inconsciente, ninguna parte de la personalidad es expuesta al grado de desintegración que puede surgir en estadíos previos. Sin embargo, el grado en que se recurre a los procesos de disociación en los primeros meses de vida, influye vitalmente sobre el empleo de la represión en períodos posteriores». <<

[526] «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos». <<

[527] En mi artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928), aparecen mis primeras descripciones de estas ansiedades. <<

[528] En El psicoanálisis de niños he tratado este punto en forma más extensa, presentando ejemplos de dichas ansiedades. <<

[529] Véase mi artículo «Sobre el desarrollo del funcionamiento mental» (1928). <<

[530] esta cita, como todas las demás de La Orestíada que aparecen en el presente texto, ha sido tomada de la versión castellana de Fernando E. Brieva Salvatierra, publicada en un volumen que contiene las siete tragedias de Esquilo. Ed. El Ateneo, Colección Clásicos Inolvidables. Buenos Aires, 1957. <<

[531] Véase El psicoanálisis de niños, cap. II. <<

[532] Véase Ernest Jones, Hamlet and Oedipus (1949). <<

[533] «Sobre la identificación» (1955b). <<

[534] Véase Relato del psicoanálisis de un niño (1961). <<

[535] Esta descripción del proceso de chuparle la sangre a la víctima nos recuerda la hipótesis de Abraham (1924b), en el sentido de que también la crueldad forma parte del estadio oral de succión; él se refirió a «la succión vampiresca». <<

[536] Véase El psicoanálisis de niños, cap. 8. <<

[537] «Análisis infantil» (1923b). <<

[538] Este prefacio, escrito para la tercera edición inglesa, no se publicó en alemán. <<

[539] «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», O. C. 10. <<

[540] «On the Technique of Child Analysis» (1921). <<

[541] «A diferencia del adulto, el niño no está preparado para producir una nueva edición, por así decirlo, de sus relaciones de amor, porque, continuando la metáfora, la edición original no ha sido agotada. Sus objetos primeros, sus padres, son todavía sus objetos de amor en la vida real y no meramente en la imaginación, como en los adultos neuróticos». Y además, «un niño no necesita cambiarlo» (al analista) «por sus padres, porque el analista no le ofrece todas las ventajas (en comparación con sus objetos originales) que recibe el paciente adulto, que cambia objetos de su fantasía por una persona real» (Psicoanálisis del niño, 1927). <<

[542] Las razones que aduce son: «La debilidad del superyó del niño, la dependencia para sus necesidades y por consiguiente para sus neurosis del mundo externo, su incapacidad para controlar los instintos que han sido liberados dentro de él y, en consecuencia, la necesidad de que el analista le tenga bajo su guía educativa». Además: «En los niños, las tendencias negativas dirigidas contra el analista, reveladoras como son a menudo en muchos sentidos, son esencialmente inconvenientes y debemos reducirlas y debilitarlas tan pronto como sea posible. Es en su relación positiva con el analista que se realizará siempre la labor realmente valiosa». <<

[543] Este capítulo es una versión ampliada de mi trabajo «Principios psicológicos del análisis infantil» (1926). <<

[544] Rita había compartido el dormitorio de sus padres hasta que tuvo cerca de dos años. En su análisis demostró las consecuencias de haber presenciado la escena primaria. Cuando tenía dos años nació su hermano, y este acontecimiento desencadenó su neurosis. Su análisis duró 83 sesiones y fue interrumpido porque sus padres se fueron al extranjero. En todos los puntos importantes dio por resultado una mejoría bastante considerable. La ansiedad de la niña disminuyó y sus ceremoniales obsesivos desaparecieron. Sus síntomas depresivos, junto con su incapacidad para tolerar frustraciones, se moderaron en gran parte. Al mismo tiempo, a medida que el análisis disminuía su ambivalencia hacia la madre y mejoraba sus relaciones con el padre y el hermano, disminuía las dificultades de su crianza a un nivel normal. Pude convencerme personalmente de la naturaleza duradera de los resultados de su análisis algunos años después de su terminación. Encontré entonces que había entrado en el período de latencia de un modo satisfactorio y que su desarrollo intelectual y caracterológico eran buenos. Sin embargo, cuando la vi de nuevo tuve la impresión de que hubiera sido conveniente haber continuado su análisis algo más. Todo su carácter y naturaleza demostraba sin lugar a dudas rasgos de una disposición obsesiva. Debe notarse sin embargo que la madre sufría de una neurosis obsesiva grave y que había tenido una relación ambivalente hacia la niña desde el principio. Un resultado del análisis de Rita fue que la actitud de la madre hacia ella había mejorado enormemente, pero aún seguía siendo una desventaja grave en el desarrollo de la niña. No hay duda de que si su análisis hubiera sido llevado a cabo hasta el final y sus rasgos obsesivos se hubieran despejado aún más, hubiera gozado de mayor inmunidad en el medio neurótico en que vivía. Siete años después de haber terminado el tratamiento tuve noticias de ella por la madre, que me dijo que se desarrollaba satisfactoriamente. <<

[545] En el cap. 8 me extenderé más sobre las razones por las que digo que en estas emociones ya se expresa el conflicto de Edipo o los primeros estadíos del mismo. <<

[546] Aquí, como en los otros casos, la edad corresponde al comienzo del análisis. <<

[547] Su hermana nació cuando ella tenía dos años. <<

[548] En el trabajo sobre el cual se basa este capítulo («Principios psicológicos del análisis infantil», 1926) ya he expresado mi opinión de que los impulsos de odio y agresión son la causa más profunda y el fundamento del sentimiento de culpa; y desde entonces he aportado nuevas evidencias que apoyan esta opinión en otros trabajos. En mi artículo leído «La importancia de la formación de símbolos en la formación del yo», en el Congreso de Oxford en 1929, pude dar una formulación más amplía de esto. Dije: «En los primeros estadíos la defensa se dirige contra los impulsos destructivos que lo acompañan; solamente en los estadíos posteriores del conflicto de Edipo la defensa contra los impulsos libidinales hace su aparición». Esta declaración está de acuerdo con algunos puntos, creo, de las conclusiones a las que ha llegado Freud en su último libro, *El malestar en la cultura*, en el cual dice: «Entonces, después de todo, es únicamente la agresión la que se cambia en culpa al ser suprimida y pasada al superyó. Estoy convencido de que muchísimos procesos admitirán una explicación más simple y más clara si restringimos los hallazgos del psicoanálisis en lo que respecta al origen del sentimiento de culpa a los instintos agresivos», y más adelante: «Nos sentimos inclinados a sugerir la siguiente formulación: cuando una tendencia instintiva sufre represión, sus elementos libidinales se transforman en síntomas, y sus componentes agresivos, en sentimiento de culpa». <<

[549] Una cierta disposición quejumbrosa y tendencia a caerse y lastimarse, cosas tan comunes especialmente en niños pequeños, son, de acuerdo a mi experiencia, consecuencia del sentimiento de culpa. <<

[550] El complejo de castración de Rita se manifestó en una serie completa de síntomas y también en su desarrollo caracterológico. Su juego también demostró claramente la fuerza de su identificación con su padre y su miedo —surgido de su complejo de castración— de fracasar en el papel masculino. <<

[551] En opinión del autor, las primeras identificaciones del niño deben ser llamadas ya superyó. Las razones de este punto de vista serán dadas en el capítulo 8. <<

[552] La razón por la cual, en la opinión del autor, el análisis temprano ofrece uno de los campos más fructíferos para la terapia psicoanalítica es precisamente la de que el niño tiene la capacidad de representar su inconsciente en forma directa y experimentar así, no solo una abreacción emocional de mayores alcances sino realmente vivir la situación original en su análisis, de modo que con ayuda de la interpretación sus fijaciones pueden hallar solución en forma considerable. <<

[553] Trabajo no publicado. <<

[554] Una relación más detallada del caso de Erna será dada en el capítulo 3. <<

[555] El sueño era un sueño de castigo. Se probó que estaba basado en los deseos de muerte derivados de su frustración oral y de su situación edípica y dirigidos contra su hermana y madre, juntamente con el sentimiento de culpa resultante de estos deseos. Mi análisis de los sueños de niños muy pequeños me ha demostrado que en ellos no menos que en el juego están siempre presentes no solamente deseos sino también contra-tendencias provenientes del superyó, y que aun en el más simple sueño de deseo el sentimiento de culpabilidad opera en forma latente. <<

[556] A diferencia del paciente adulto, el niño no puede, después de su mejoría, alterar las circunstancias de su vida. Pero el análisis lo ayudará mucho si lo ha capacitado a adaptarse y a sentir más alegría en su ambiente actual. Además, la desaparición de su propia neurosis a menudo tiene el efecto de mejorar la conducta de su ambiente. Mi experiencia ha sido de que la madre reaccionará en forma mucho menos neurótica en cuanto el análisis efectúe cambios favorables en el niño. <<

[557] Esta observación de que cuando la severidad del superyó se mitiga, los niños desarrollan el sentido del humor, pienso que está en completo acuerdo con la teoría de Freud sobre la naturaleza del humor, el cual es efecto, según él, de un superyó cordial. Al terminar su ensayo sobre «El humor», dice: «Finalmente, si el superyó intenta verdaderamente fortificar el yo con el humor y protegerlo del sufrimiento, este no entrará en conflicto con su derivación de la institución parental». <<

[558] Si hacemos esto tendremos éxito al convertir el lenguaje —en la medida en que el niño posea esta facultad— en instrumento de su análisis. Aun en los niños muy pequeños la razón por la cual tenemos que operar sin asociaciones verbales durante largos períodos de su análisis no es solamente porque ellos no pueden hablar con soltura, sino también porque la aguda ansiedad que sufren solo les permite emplear una forma menos directa de representación. Puesto que el modo de representación primario y arcaico por medio de los juguetes y de la acción es un medio esencial de expresión en los niños, no podemos ciertamente realizar un análisis completo de niños por medio del lenguaje únicamente. Sin embargo, pienso que ningún análisis de niño, cualquiera sea su edad, puede darse por realmente terminado hasta que el niño no haya empleado en el análisis su más amplia capacidad de hablar. Pues el lenguaje constituye uno de los puntos de contacto entre el individuo y el mundo exterior. <<

[559] Tengo que agregar que al terminar su análisis, que duró 278 sesiones, las dificultades habían desaparecido y había una gran mejoría en el conjunto de su carácter y disposición. Había perdido no solamente sus mórbidos temores, sino también su timidez general y se había vuelto un niño feliz y vivaz. Había vencido su inhibición en el juego y había comenzado a estar bien en la compañía de otros niños, especialmente con su hermano pequeño. Desde entonces su desarrollo ha sido excelente. De acuerdo con los últimos informes sobre él, seis años después de la terminación de su análisis, iba muy bien en la escuela, estaba lleno de interés por las cosas, aprendía bien y jugaba bien Era fácil de manejar y capaz de satisfacer todos los requisitos sociales de su edad. Además es meritorio anotar que tanto durante su análisis como los primeros años que siguieron a este, tuvo que soportar fuertes tensiones, nada naturales, con respecto a variados trastornos de su vida familiar. <<

[560] Siempre averiguo de antemano por la madre del niño que palabras especiales usa el niño para los genitales, defecación, etc., y las adopto en la conversación con él. Con todo, por razones de claridad, no reproduzco estas palabras en mis relatos de los casos. <<

[561] En el capítulo 1 he dado las razones que apoyan mí opinión de que con los niños, igual que con los adultos, la situación analítica puede ser solamente establecida y mantenida en tanto que se conserve una actitud puramente analítica hacia el paciente. Pero en el comportamiento con niños ciertas modificaciones de este principio se hacen necesarias, sin apartarse con todo de lo esencial. Por ejemplo, si un paciente muy pequeño quiere ir al baño, y todavía no acostumbra a ir solo en su casa, mi práctica es acompañarlo. Pero hago lo menos posible por él y espero detrás de la puerta hasta que haya terminado, teniendo cuidado, como en todas las otras ocasiones, de mantener la actitud de amistosa reserva que parece necesaria para establecer y mantener la situación analítica tanto en los análisis de niños como en los de adultos. También es esencial someter a interpretación analítica esta satisfacción producida en el paciente por el mismo análisis y los profundos motivos que yacen en el deseo de tal gratificación y tener en cuenta las asociaciones o juegos que inmediatamente la preceden o siguen. En el caso de Pedro, por ejemplo, después de haber orinado y dicho: «Estoy haciendo número uno: yo tengo un thingummy», continuó jugando el juego con el niño en el baño. Por instructiva que fuera esta observación, los detalles del juego que siguió eran aun de mayor interés. Estos consistieron en que el sustituto del padre (el perro) no tenía que ver al niño en el baño, pero la mujer tenía que verlo; y por ello pude comprender las causas del deseo de orinar de Pedro anteriormente y su deseo de que yo estuviera presente mientras lo hacía. De la misma manera siempre analizo a fondo las razones por las que un niño me asigna tal o cual papel en sus juegos de ficción o requiere esta o aquella pequeña ayuda para él o sus muñecas o animales. Hasta qué punto podemos establecer la situación analítica tratándose de niños puede verse, por ejemplo, en el hecho de que es la excepción aun para niños más pequeños realizar acciones de exhibicionismo en la realidad y en que aun durante períodos de mayor transferencia positiva muy rara vez sucede que un niño se trepe a mí falda o me bese y abrace. La incontinencia es también un acontecimiento raro en la hora analítica, aun con niños muy pequeños. <<

[562] Véase el capítulo 1. <<

[563] *Ibíd.* <<

[564] El complejo de castración excepcionalmente fuerte de Trude jugó una parte visible y dominante durante algún tiempo en el cuadro de su análisis. Por debajo de este complejo, el análisis trajo a luz otra ansiedad que resultó ser más fundamental: la de ser atacada por su madre, robado el contenido de su cuerpo y sus niños y ser gravemente dañada en su interior. (Véase el capítulo 1.) <<

[565] Tengo que advertir que esta interpretación —como todas las interpretaciones de los deseos de muerte en los análisis de niños— provocó resistencias muy violentas en Pedro. Pero la confirmó en la sesión siguiente cuando preguntó repentinamente «¿Y si yo fuera un papá y alguien quisiera derribarme de la cama y hacerme morir y eliminarme, qué pensaría yo?». <<

[566] Había seleccionado dos lápices largos entre una colección de varios tamaños, expresando así una vez más el hecho, ya dilucidado por sus asociaciones el día antes, de que los dos culpables —los cerditos— eran no solamente él y su hermano sino también sus padres, y que en su masturbación recíproca estaba identificado con ellos. <<

[567] Véase el capítulo 1. <<

[568] *Ibíd.* <<

[569] En realidad su hermanastra. Tenía alrededor de veinte años más que Ruth, y era una muchacha inteligente que había sido analizada. Tuve también otro caso en que me vi obligada a admitir la presencia de una tercera persona. En ambos casos el arreglo se llevó a cabo en circunstancias excepcionalmente favorables, pero tengo que decir que por muchas razones nunca recomendaría tal procedimiento excepto como último recurso. <<

[570] En este análisis, el deseo del niño de robar el cuerpo de la madre y los consiguientes sentimientos de ansiedad y culpa dominaban el cuadro desde el principio. La aparición de la neurosis, además, fue consecutiva al embarazo de la madre y nacimiento de la hermana menor. <<

[571] Como ha sido dicho, la interpretación tiene el efecto de cambiar el carácter de los juegos del niño y permitir que la representación del material se torne más clara. <<

[572] En los casos especialmente difíciles uso este recurso técnico para comenzar el análisis. He observado que cuando los niños manifiestan su ansiedad latente mostrándose enteramente inaccesibles, a menudo ayuda si pronuncio una palabra estimulante, podemos decir, comenzando a jugar yo misma. Empleo este método en los más estrechos límites. Por ejemplo, dispongo algunos asientos de cubos y coloco algunas pequeñas figuras cerca de ellos. Algunos niños llaman a esto una escuela y continúan el juego con esta base; otros ven en ellos un teatro y hacen actuar a las figuras de acuerdo con esto, y así siguen. <<

[573] Véase el capítulo 1. <<

[574] En su artículo «The Genesis of Agoraphobia» (1928) Helene Deutsch puntualiza que el temor de la muerte de la madre, basada en diversos deseos hostiles en contra de ella, es una de las formas más comunes de la neurosis infantil y está íntimamente conectada con el temor de ser separada de ella y tener nostalgia. <<

[575] El tratamiento de Ruth no llegó a concluirse porque su familia tenía que volver a su casa en el extranjero. Su neurosis, por consiguiente no desapareció del todo Pero en las 190 sesiones pude efectuar las siguientes mejorías, que cuando tuve noticias de ella, dos años después de la terminación de su análisis, se mantenían: su ansiedad había disminuido grandemente, y también, más particularmente las diversas formas de timidez que sufría. Como resultado de ello, se relacionaba mejor con los otros niños y adultos, y era capaz de adaptarse completamente a las exigencias de su casa y de la vida escolar. Su fijación hacia la madre disminuyó y su actitud hacia el padre mejoró. Hubo también un decisivo mejoramiento en sus relaciones con el hermano y hermanas. Su desarrollo total, especialmente con respecto a la educabilidad adaptación social y capacidad de sublimación, ha sido desde entonces verdaderamente favorable. <<

[576] Véase el capítulo 1. <<

[577] La neurosis de Trude se mostraba en terrores nocturnos graves, ansiedad durante el día cuando se la dejaba sola, en mojar la cama, en una general timidez, en una exagerada fijación en la madre y disgusto hacia el padre, grandes celos hacía sus hermanos y en variadas dificultades en su crianza. Su análisis, que comprendió 82 sesiones, dio por resultado que ya no mojara la cama, y disminuyó mucho su ansiedad y timidez en varios aspectos, mejoró sus relaciones con los padres, hermanos y hermanas. Había sufrido también de resfríos que el análisis probó eran de origen psicógeno en gran parte, y estos también disminuyeron en frecuencia y gravedad. A pesar de esta mejoría, su neurosis no estaba completamente resuelta cuando, por razones externas, el análisis tuvo que terminar. <<

[578] En su «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (O. C. 7), dice Freud: «Es posible para un hombre hablar con niñas y mujeres sobre temas sexuales de cualquier naturaleza sin ofenderlas ni hacer caer sospechas sobre él siempre que, en primer lugar, adopte una manera particular de hacerlo y, en segundo lugar, las haga sentir convencidas de que es inevitable… La mejor manera de hablar de tales cosas es ser seco y directo; y este es al mismo tiempo el método más alejado del prurito con que los mismos temas son tratados en 'sociedad'… J'appelle un chat un chat». Esta actitud es, *mutatis mutandis*, la que adopto en el análisis de niños. Les hablo de temas sexuales con las palabras más simples que se adaptan a su manera de pensar. Debe recordarse también que los niños, en su mayor parte, todavía están bajo el dominio del inconsciente, cuyo lenguaje, como muestran los sueños y el juego, es presentacional y pictórico. Como tuve ocasión de serlo más de una vez, los niños tienen hacía las palabras una actitud muy diferente de la de los adultos. Las evalúan ante todo de acuerdo con sus cualidades pictóricas, con los cuadros o fantasías que evocan. Sí queremos ganar acceso al inconsciente del niño en el análisis (cosa que, por supuesto, tenemos que hacer por vía del yo y a través del lenguaje), tendremos éxito solamente sí evitamos circunloquios y usamos palabras sencillas. <<

[579] Véase el caso de Ruth. Fue jugando con el lavatorio como puso en evidencia más completamente la insatisfacción de sus deseos orales. <<

[580] Estos juegos con agua tienen una interesante contraparte en los juegos con fuego. Muy a menudo el niño juega primero con el agua y después quema papel y fósforos, o viceversa. La conexión entre mojar y quemar aparece claramente en tal comportamiento, así como la gran importancia del sadismo uretral (véase el cap. 8). <<

[581] Este capítulo está basado en una conferencia que leí en Wurzburgo en octubre de 1924, en el Primer Congreso de Psicoanalistas Alemanes. <<

[582] Compárese con su síntoma obsesivo de golpear la cabeza contra la almohada. He aquí otro juego que muestra claramente que en el inconsciente de Erna la cabeza tiene el significado del pene: un hombre de juguete quiere entrar en un automóvil e introduce su cabeza en la ventana, por lo que el automóvil le dice: «Mejor que entres en seguida». El coche representaba a la madre invitando al padre a tener un coito con ella. <<

[583] Estas fantasías conciernen al pene en su aspecto «bueno» y curativo. En los capítulos 11 y 12 trataremos este punto más ampliamente. <<

[584] Discutiremos luego la conexión entre las observaciones de Erna sobre las relaciones sexuales de sus padres y su propia neurosis. <<

[585] «Kaki» = heces en el lenguaje infantil, en Alemania. <<

[586] Una palabra inventada que se parece a la palabra alemana que significa batir crema. <<

[587] En mi trabajo «Análisis infantil» (1923b) he considerado en mayor detalle el significado simbólico universal del teatro, representaciones, producciones literarias, como representantes de relaciones entre los padres. También puedo citar a Rank (1915). <<

[588] En el original alemán dice: «Doktor Schanka o Schlanka, Schlagen, Einschänken». <<

[589] Cuando, como en este caso, la furia del niño contra su objeto es realmente excesiva, la situación fundamental es que el superyó se ha vuelto contra el ello. El yo se escapa de esta situación intolerable por medio de una proyección. Presenta al objeto como enemigo para que el ello lo pueda destruir de un modo sádico con el consentimiento del superyó. Si el yo puede realizar una alianza entre el superyó y el ello por este medio, puede por el momento arrojar el sadismo de su superyó que estaba dirigido contra el ello dentro del mundo externo. De este modo los impulsos sádicos primarios que están dirigidos contra el objeto se hallan aumentados por el odio originariamente dirigido contra el ello (comparar el cap. 8 y también mi trabajo «La personificación en el juego de los niños», 1929). <<

[590] Como Erna no tenía ni hermanos ni hermanas en la vida real, su miedo inconsciente y sus celos de ellos, que desempeñaban un papel tan importante en su vida mental, fueron revelados y vividos durante el análisis. Esto es, una vez más, un ejemplo de la importancia de la situación de transferencia en el análisis de niños, (1929). <<

[591] En mi trabajo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928) he señalado que los niños en sus relaciones sexuales entre ellos, especialmente si son hermanos y hermanas, tienen fantasías de estar asociados contra sus padres y a menudo experimentan una disminución de su ansiedad y sentimientos de culpa por esta creencia. Para mayores aclaraciones respecto a este punto, véase el cap. 12. <<

[592] Muchos niños hacen solo una vuelta aparente a la realidad cuando sus juegos son interrumpidos. En verdad, están todavía ocupados con sus fantasías. <<

[593] Una mayor explicación de este tema puede leerse en la segunda parte de este volumen. <<

[594] En «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924), Abraham dice: «Tanto van Ophuijsen (en su trabajo 'On the Origin of the Feeling of Persecution', 1920) como Stärcke (en su trabajo 'The Reversal of the Libido in Delusions of Persecution' (1919) descubrieron durante el curso de su práctica psicoanalítica que en la paranoia puede hallarse la primera huella del perseguidor, en la imagen inconsciente del paciente de heces en sus intestinos, que él identifica con el pene del perseguidor, es decir, la persona del mismo sexo que él ha amado en principio. Así, en la paranoia, el paciente representa a su perseguidor por una parte de su cuerpo y cree que él lo está llevando dentro de sí. El quisiera desembarazarse de ese cuerpo extraño, pero no puede». <<

[595] Según he encontrado en el curso de mi trabajo analítico, los miedos del niño a excrementos venenosos y peligrosos aumentan su fijación en niveles pregenitales, por ser un incentivo constante para convencerse así mismo de que esos excrementos, tanto los suyos como los de sus objetos, no son cosas peligrosas, sino buenas (comparar el cap. 8 de este volumen). Por esto es que Erna fingía que nos dábamos una a la otra buenos regalos anales y que nos amábamos. Pero los estados de depresión que seguían a estos juegos de amor fingido, demostraban en el fondo que ella estaba aterrada y creía que nosotras —es decir su madre y ella— nos perseguíamos y envenenábamos la una a la otra. <<

[596] Algunas de las fuentes de la temprana ambición de Erna en este sentido pueden inferirse de las fantasías en las que ella sobrepasaba a su madre en limpieza y era llamada «Sra. Desfile de Suciedad» por su padre, y se casaba con él por esta razón, mientras que la madre tenía que morirse de hambre en una prisión. <<

[597] «La predisposición a la neurosis obsesiva» (O. C., 12). <<

[598] Después he llegado al punto de vista, que más adelante, en el cap. 8, justificaré con mayor amplitud, de que un sadismo oral excesivo conduce a un desarrollo del yo demasiado rápido y también precipita el de la libido. Los factores constitucionales de la neurosis de Erna a los que nos hemos referido anteriormente, su exagerado sadismo, el desarrollo demasiado rápido de su yo y la actividad prematura de sus impulsos genitales se hallan así interconectados. Desde que he tratado este caso he podido descubrir otro factor constitucional en la producción de la neurosis. Consiste en una incapacidad relativa por parte del yo para tolerar la ansiedad. En muchos casos —y el de Erna era uno de ellos— el sadismo del niño muy tempranamente hace surgir un grado de ansiedad que el yo no puede dominar adecuadamente. Debe decirse, en general, que la capacidad del yo para dominar aun cantidades ordinarias de ansiedad varia con el individuo, y este hecho es de importancia etiológica en las neurosis. <<

[599] Tenemos aquí una analogía interesante con el caso descripto por Freud en «De la historia de una neurosis infantil» (O. C., 17). Cuando Erna tenía 5 años, es decir, 18 meses después de la última ocasión en la cual había observado a sus padres copulando, estaba con ellos de visita en lo de la abuela, y durante un corto tiempo, durante esta estada, compartió el dormitorio de ellos, pero sin tener oportunidad de observar el coito. Sin embargo, una mañana Erna asombró a su abuela diciéndole: «Mamita se acostó con papito y se removieron juntos». El relato de la niña permaneció inexplicable hasta que su análisis demostró que había conservado lo que había visto cuando tenía dos años y medio, y aunque lo había olvidado, permaneció almacenado en su mente. Cuando tenía tres años y medio estas impresiones se reavivaron, pero fueron olvidadas una vez más. Finalmente, 18 meses más tarde, una situación similar (dormir en la habitación de sus padres) había excitado en ella la esperanza inconsciente de ver los mismos acontecimientos y había reavivado sus primeras experiencias. En el caso de Erna, así como en el del «El hombre de los Lobos», la escena primaría estaba completamente reprimida, pero luego fue reactivada y traída por un momento a la conciencia. <<

[600] En *Inhibición, síntoma y angustia* (O. C. 20), Freud sostiene que es la cantidad de ansiedad presente la que determina la irrupción de la neurosis. En mi opinión, la ansiedad es liberada por las tendencias destructivas (comparar con los capítulos 8 y 9), de modo que la irrupción de la neurosis sería en realidad consecuencia de un aumento excesivo de esas tendencias destructivas. En el caso de Erna fue su odio exagerado, provocando ansiedad, el que la llevó a la enfermedad. <<

[601] El análisis también puso al descubierto, los fuertes rasgos melancólicos que presentaba su enfermedad. En su análisis repetidamente acostumbraba a quejarse de una extraña sensación que la embargaba a menudo. A veces se preguntaba —ella decía así— sí era un animal o no. Esta sensación resultó estar determinada por sus sentimientos de culpa a causa de sus impulsos canibalísticos. El análisis demostró que su depresión, que ella acostumbraba a expresar con las palabras: «Hay algo que no me gusta de la vida», era un genuino *taedium vitae* y estaba acompañada de ideas suicidas. Tenía sus raíces en sus sentimientos de ansiedad y culpa resultantes de su introyección oral-sádica de sus objetos de amor. <<

[602] Véase Abraham: «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales». (1924b). <<

[603] En el original alemán: Rankern. <<

[604] En el original alemán: Bildhauern. <<

[605] La última vez que tuve noticias de ella, dos años y medio después de finalizar el análisis, estas mejorías se habían conservado. <<

[606] En el cap. 5, en conexión con el análisis de Ilse, una niña en edad púber consideraré con mayores detalles cuáles son los factores que determinan una transición exitosa al período de latencia y cuáles los factores que determinan más tarde un pase satisfactorio a la pubertad. <<

[607] En el capítulo anterior he señalado que el análisis del niño así como el del adulto, debe transcurrir en abstinencia; pero como el niño es diferente del adulto hay que usar un criterio distinto. Por ej., el analista, al tomar parte en los juegos y fantasías del niño, le proporciona una mayor cantidad de gratificación que la que recibe el paciente adulto; pero esta cantidad de gratificación es menor que lo que parece ser al principio. Porque el juego es una forma de expresión natural en el niño de modo que la parte que desempeña el analista no difiere en carácter de la atención con la cual sigue las expresiones verbales de los pacientes adultos cuando describen sus fantasías. Además debe recordarse que la gratificación que los niños obtienen en su análisis es en su mayor parte imaginativa. Es verdad que Erna se masturbó regularmente durante la hora analítica, durante un cierto período de tiempo Pero ella era una excepción. No debemos olvidar que en su caso la masturbación obsesiva estaba presente en tal forma que acostumbraba a masturbarse la mayor parte del día, a veces aun en presencia de otras personas. Cuando su compulsión hubo disminuido considerablemente, la situación analítica condujo a la cesación de la masturbación durante las horas analíticas en favor de una simple representación de las fantasías de masturbación involucradas. <<

[608] Con esto quiero significar que su excesiva masturbación y la masturbación realizada en presencia de otras personas, que tenía sus raíces en una compulsión, había cesado. No quiero decir que hubiera renunciado del todo a masturbarse. <<

[609] Mientras Erna estuvo tan alejada de la realidad, pude solamente analizar el material conectado con sus fantasías, pero estuve continuamente a la espera de cualquier hilo conductor, por débil que fuese, que pudiera conectar aquella fantasía con la realidad. De esta manera, y disminuyendo constantemente su ansiedad, pude gradualmente fortalecer su relación con la realidad. En el capítulo siguiente trataré de demostrar más claramente que en el período de latencia el analista tiene que ocuparse muy a menudo, en su mayor parte, con ese material de fantasía durante largos períodos de tiempo, antes de poder ganar acceso a la vida real del niño y a los intereses del yo. **<<**

[610] Considero como de absoluta necesidad en el análisis de niños que la habitación en que se realiza el tratamiento este amueblada en tal forma que el niño pueda abreaccionar con absoluta libertad. Los perjuicios al moblaje, pisos, etc., dentro de ciertos límites, deben permitirse. <<

[611] Las observaciones en niños, aún muy pequeños prueban que ellos han comprendido por completo la naturaleza de la situación de transferencia y se dan cuenta de que la disminución de los afectos en el análisis resulta de la interpretación de la situación originaria y de los afectos correspondientes. En tales casos por ejemplo Pedro acostumbraba a menudo a distinguirme a mí, «que era como su mamita», de su «mamita real». Por ejemplo, cuando movía su autito haciéndolo ir y venir me escupía y quería pegarme y me llamada «bestia mala». Contradecía mi interpretación violentamente pero, poco a poco, se calmaba y afectuosamente me preguntaba: «Así que cuando 'la cosa' de papito penetro en mamita de esa manera yo quise decir '¡bestia!' a mi mamita *real*». <<

[612] Véase mi trabajo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[613] Véase el cap. 8 <<

[614] En otros análisis también he encontrado que los ataques dirigidos a mi nariz, pies, cabeza, etc., nunca se referían simplemente a aquellas partes de mi cuerpo como tales; también estaban dirigidas contra ellas como representaciones simbólicas del pene del padre ligadas o incorporadas por mí, es decir, la madre. <<

[615] Véase también mi «Estadíos tempranos del conflicto edípico». <<

[616] Loc. cit., donde se discute la conexión entre la inhibición del sujeto en el trabajo y su identificación sádica con su madre. <<

[617] Sobre este punto véase también mi trabajo «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño» (1923a). <<

[618] En su trabajo «Some Unconscious Factors in Reading» (1930), James Strachey ha señalado este significado inconsciente de la lectura. <<

[619] El interés sexual sirve de esta manera como medio de aproximación al material reprimido. Como resultado de mis interpretaciones, Inge y Grete, por ejemplo, no quisieron saber más sobre temas sexuales, pero produjeron material que abrió camino a su ansiedad y sentimiento de culpa. Este efecto fue provocado por la supresión de un trozo de represión. Inge, es verdad, era en parte consciente de su interés por el origen de los niños, pero no de sus preocupaciones sobre diferencias de sexo ni de su ansiedad sobre el asunto. Grete había reprimido ambos. El efecto que mis interpretaciones tuvieron en ambas niñas fue debido al hecho de que yo les demostré su interés por medio del material que me dieron y así establecí una conexión entre su curiosidad sexual, la ansiedad latente y su sentimiento de culpa.Las explicaciones puramente intelectuales no solamente fracasan en general como respuesta a las preguntas que son de suma importancia para la mente del niño, sino que remueven material reprimido sin liberarlo. Cuando esto sucede, el niño reacciona con aversión a la explicación. En mi artículo «La resistencia del niño al análisis» [que forma parte de «El desarrollo de un niño», 1921], expuse el punto de vista de que los niños solo pueden aceptar esclarecimiento sexual en cuanto su propia ansiedad y conflictos internos no se lo impidan, y por lo tanto su resistencia para tal esclarecimiento debe ser considerada como un síntoma. Desde entonces esta opinión parece haber sido generalmente aceptada. (Véanse «Über sexuelle Aufklärung», Sonderheft der Zeitschrift fur psychoanalytische Pädagogik, 1927, y O. Fenichel «Some infantile Theories not Hitherto Descríbed», 1927). Siempre que una explicación intelectual alivia, por lo general ha tenido éxito para resolver un trozo de represión en niveles superiores de la mente. Las explicaciones francas en respuesta a las preguntas espontáneas sobre este asunto son recibidas por el niño como una prueba de confianza y amor y ayudan a aliviar su sentimiento de culpa trayendo las cuestiones sexuales a una discusión abierta. <<

[620] Como he señalado en el cap. 2. esto es igualmente cierto para los niños muy pequeños. <<

[621] El análisis de Inge, que ocupó 375 horas en total, era un tratamiento profiláctico. Su principal dificultad era una inhibición con respecto a la escuela que no parecía muy acentuada cuando me la trajeron por primera vez, pero que en el curso de su análisis probó estar muy arraigada. Inge era una niña activa y vivaz, con una buena adaptación social y de ninguna manera anormal. Sin embargo, su análisis efectuó algunos cambios notables en ella. Resultó que su vivacidad estaba fundada en una actitud homosexual activa, y sus relaciones generalmente buenas con los muchachos se basaban en una identificación con ellos. Además, el análisis primero puso en descubierto la gravedad de las depresiones que tenía y demostró que detrás de su aparente autoconfianza había un grave sentimiento de inferioridad y un miedo de fracasar que eran responsables de sus dificultades en la vida escolar. Después de su análisis, su naturaleza se hizo más libre, feliz y abierta, sus relaciones con su madre fueron más afectuosas y francas y sus sublimaciones aumentaron en número y estabilidad. Un cambio en su actitud sexual, como resultado del cual sus componentes femeninas y las tendencias maternales pudieron presentarse en primer plano, más ampliamente, auguraba un futuro de vida mucho mejor. En los siete años que pasaron desde el final de su tratamiento se ha desarrollado satisfactoriamente y ha entrado con éxito en la pubertad. <<

[622] En el cap. 9 se expone el punto de vista de que, en general, los comienzos primeros y más fundamentales del deseo de saber aparecen en el primer comienzo del desarrollo, antes de que el niño pueda hablar. Según mis conocimientos, estas primeras preguntas (que permanecen enteramente o en parte inconscientes) lugar en la misma época que las primeras teorías sexuales y el aumento de sadismo, hacia la mitad del primer año de vida. Pertenecen al período que en mi opinión da comienzo al conflicto de Edipo. <<

[623] Según Ernest Jones, el niño considera siempre las privaciones como impuestas deliberadamente sobre él por las personas que lo rodean. (Véase «El desarrollo temprano de la sexualidad femenina», 1927b y también la contribución de Joan Riviere a «Symposium on child Analysis», 1928). <<

[624] El tratamiento de Kenneth ocupó 225 horas y no pudo prolongarse debido a circunstancias externas. Su neurosis, aunque no eliminada en realidad, había sido reducida. En lo concerniente a su vida práctica, los resultados parciales obtenidos lo llevaron a la disminución de un cierto número de dificultades: entre otras cosas pudo cumplir mejor con los requerimientos de su vida escolar y de su educación en general. <<

[625] Para mayor información sobre este punto de vista véase mi artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928); también el cap. 8. <<

[626] En su «Homosexualität und Oedipuskomplex», 1926, Félix Boehm ha señalado la idea de que el pene femenino oculto recibe su valor patogénico porque se encuentra conectado en el inconsciente con la idea del temido pene del padre escondido dentro de la madre. <<

[627] El caso de Werner presentaba los siguientes síntomas: ansiedad y timidez, que se evidenciaba de diversas formas, pero especialmente como ansiedad en la escuela y en dificultades grandes y crecientes para sus lecciones; ceremoniales obsesivos que se hacían cada vez más elaborados y que a veces le ocupaban horas, y un carácter gravemente neurótico que hacia su educación extremadamente difícil. Su análisis, que comprendió 210 horas de tratamiento, hizo desaparecer estas dificultades en gran parte. El desarrollo general del niño en la actualidad (5 años después de finalizado el tratamiento) es muy favorable. Los ceremoniales obsesivos han cesado, trabaja bien, le gusta la escuela, se adapta a sus compañeros, tanto en su casa como en la escuela, y tiene un buen ajuste social. Las relaciones con su ambiente inmediato o más lejano son buenas. Sobre todo, y esto no sucedía antes, siente placer en actividades varias y deportivas y se siente bien. <<

[628] El análisis posterior demostró que había sido un error retener la interpretación del material durante tanto tiempo. En ningún análisis he visto hasta ahora que tal regla de conducta de no interpretación tenga alguna ventaja. En la mayoría de los casos en los que he puesto en práctica el plan, he tenido que abandonarlo muy pronto porque se había desarrollado una aguda ansiedad y se corría el peligro de que el análisis fuera interrumpido. En el caso de Egon, donde la ansiedad estaba bajo tan poderosa represión, fue posible continuar el experimento algo más. <<

[629] Daré más detalles de este caso en el Cap. 9 <<

[630] Melitta Schmideberg ha expuesto un caso similar en su artículo «A Contribution to the Psychology of Persecutors Ideas and Delusions», 1931. El paciente era un muchacho de 16 años que apenas hablaba durante el análisis Aquí también la inhibición en el lenguaje era causada por ideas de persecución y el muchacho no comenzó a asociar libremente hasta que el análisis disminuyó su ansiedad paranoica. <<

[631] En general, también el resultado del análisis de Egon fue completamente satisfactorio. Perdió la dureza de su rostro y de sus movimientos Comenzó a sentir placer por los juegos y pasatiempos e intereses comunes a los muchachos de su edad Sus relaciones con su familia y el mundo se hicieron buenas, sintiéndose feliz y alegre. La última vez que tuve noticias suyas, 3 años y medio después de finalizar su análisis este saludable desarrollo había continuado y no había sido perturbado por ciertas dificultades graves a los que había estado sujeto en ese tiempo. <<

[632] Inge, que como ya he dicho sufría una grave inhibición en la escritura tenía un ardiente deseo de escribir «rápido y bien» como los mayores. El compromiso entre este deseo y su inhibición eran «garabatos», que representaban en su fantasía una caligrafía hermosa y hábil. Su deseo de sobrepasar, si fuera posible, a los mayores en su escritura y sus fuertes ambiciones y curiosidad, coexistentes con un profundo sentimiento de que no sabía ni podía hacer nada, jugaban un gran papel en el fracaso de su vida real. <<

[633] Véanse los análisis de Egon y Grete, en este capítulo. <<

[634] En ciertos casos en los que he analizado simultáneamente a la madre y a su hijo, ha surgido que en el inconsciente de la madre había temor de que le robaran sus hijos. La analista del niño representaba para ella una madre severa que le exigía la restitución de los niños que le había robado y estaba al mismo tiempo descubriendo y castigando los impulsos agresivos que en un tiempo había albergado contra sus hermanos y hermanas. <<

[635] Véase el capítulo 2. <<

[636] Tomaré como ilustración el ejemplo de una madre que estaba familiarizada con el análisis y que tenía gran fe en él como resultado del progreso satisfactorio que estaba realizando su hija de 10 años, bajo tratamiento por una neurosis grave. A pesar de esto, tuve dificultades para disuadirla de que no revisara los deberes de su hija, aunque era claro para ella que al hacerlo aumentaba las dificultades de la niña en sus lecciones. Cuando por fin ella renunció a esto a mi pedido, descubrí por medio del análisis de la niña que su madre trataba siempre de conseguir que le dijera cómo iba el análisis. Una vez más, siguiendo mis pedidos, cesó de hacerlo, pero después comenzó a decir a la niña que tenía círculos oscuros debajo de los ojos por la mañana, una observación con la cual acompañó anteriormente su prohibición de la masturbación. Cuando estos comentarios, que interferían con el análisis, hubieron a su vez finalizado, la madre comenzó a prestar una atención exagerada a las ropas de la niña y a comentar el hecho de que pasaba mucho tiempo en el baño, y de este modo aumentaba la tendencia refractaria de la niña. En este punto renuncié a influir a la madre sobre asuntos de esta naturaleza y acepté su interferencia como parte del material analítico. Después de cierto tiempo, durante el cual no formulé ninguna queja, las interferencias disminuyeron. En este caso pude establecer el hecho de que todas ellas tienen el mismo significado inconsciente para el niño: significan preguntas y reproches sobre la masturbación. También tienen un origen análogo en la madre y fue probado por el hecho de que su deseo consciente de detener los errores de educación que yo había objetado, fueron ineficaces. Ciertamente parecía como si mi consejo solo hubiera aumentado sus dificultades en lo que concierne a su hija. Debo hacer notar que he tenido experiencias similares en muchos otros casos. <<

[637] En el caso de un muchacho de 14 años, por ejemplo, cuya vida de familia era extremadamente desgraciada y penosa y que me fue traído para analizar por dificultades de carácter, supe que los progresos que logró tuvieron un benéfico efecto sobre el carácter de su hermana, un año mayor, que no había sido analizada, y que la actitud de su madre para con él también había mejorado algo. <<

[638] En muchos análisis de muchachos en período prepuberal o a veces ya en período de latencia, la mayor parte del tiempo está ocupado con historias o cuentos sobre los pieles rojas, o historias de detectives, o con fantasías sobre viajes, aventuras y luchas contadas en serie y a veces asociadas a descripciones de inventos técnicos imaginarios, tales como clases especiales de botes, máquinas, autos, inventos usados en la guerra, etcétera. <<

[639] Abraham, según me contó él mismo, realizó el análisis de un niño de unos doce años, principalmente con lo que describió como «Lenguaje de estampillas» en el cual los detalles de las esquinas rotas de una estampilla proporcionaba un medio para aproximarse a su complejo de castración. <<

[640] Que el andar en bicicleta simbolice masturbación y coito ha sido demostrado muchas veces. En mi artículo «Análisis infantil» (1923) me he referido al significado simbólico general de las pelotas, pelotas de fútbol, bicicletas, como pene, y he discutido más ampliamente las fantasías libidinales conectadas con diversos deportes como consecuencia de estas ecuaciones simbólicas, de modo que tratando con los relatos del paciente sobre el deporte en su aspecto simbólico y relacionándolos con su estado afectivo general, el analista puede llegar a sus fantasías libidinales y agresivas y al sentimiento de culpa que originan. <<

[641] Bill era un muchacho nervioso e inhibido. Tenía diversas dificultades neuróticas. Su análisis solo duró tres meses (54 sesiones), pero de acuerdo con un informe que tengo de él, 6 años después, se ha desarrollado bien. <<

[642] El análisis de Willy fue llevado a cabo como medida profiláctica. Aunque sufría de depresiones no tenía un carácter anormal. Además no le gustaba tener compañía, era más bien inactivo y retraído y no tenía buenas relaciones con sus hermanos y hermanas, pero su adaptación social era normal. Era un buen estudiante y no había nada malo definitivo en él. Su análisis ocupó 190 sesiones. Como resultado (últimamente tuve noticias, tres años después de su terminación) este muchacho, que pudo ser llamado por cierto un chico normal, sufrió cambios de tal naturaleza que aun personas fuera de su círculo inmediato y que no sabían que había sido analizado lo notaron. Resultó, por ejemplo, que su falta de inclinación hacia el teatro o cine estaba relacionada con una grave inhibición del instinto de conocer, aunque, como se ha dicho, era un buen estudiante. Cuando esta inhibición se levantó, su horizonte mental se hizo más amplio y su inteligencia general mejoró. El análisis de esta actitud pasiva tan fuerte hizo que principiara numerosas actividades. Su actitud hacia sus hermanos mejoró, así como su posibilidad de adaptación social. Estos y otros cambios hicieron de él una persona muy madura, más libre y mejor equilibrada, y además, estos cambios, aunque no en sí mismos muy decisivos, reflejaban otros aún más profundos que seguramente serán de mucha importancia en el futuro. Junto con la desaparición de su actitud inactiva en la vida ordinaria se produjo un cambio en su orientación sexual. Sus tendencias heterosexuales se hicieron mucho más fuertes y perdió ciertas dificultades que son decididamente la causa de perturbaciones de potencia en la vida futura. Además resultó que sus depresiones estaban ligadas a ideas de suicidio y que eran más profundas de lo que al principio parecían. Y su retraimiento y rechazo de compañía se basaban en una huida de la realidad. Estas, puedo añadir, eran solo algunas de las dificultades que el muchacho sufría, según lo demostró un análisis profundo. En este punto me gustaría señalar qué graves son las dificultades de niños aun normales (confrontar el caso de Inge por ejemplo). Este hecho, de experiencia analítica, está probado por observaciones de la vida diaria: es sorprendente con qué frecuencia vemos que personas que nos han parecido hasta el momento completamente normales, enferman de neurosis o se suicidan por cualquier causa leve. Pero, como lo demuestra el tratamiento de adultos normales, aun esas personas que no tuvieron ninguna enfermedad neurótica están plagadas de inhibiciones tanto intelectuales como sexuales y

sufren de una falta de capacidad de goce cuya extensión no puede ser medida sino por el psicoanálisis. <<

[643] Véase Joan Riviere «La femineidad como una máscara» (1929). <<

[644] Una interpretación de esta naturaleza no está dada con el objeto de descubrir algo tal como la masturbación escondida conscientemente y poder así mantener un dominio sobre el niño. El objeto es retroceder a las fuentes más profundas del sentimiento de culpa ligado a la masturbación (o lo que sea) y de ese modo disminuirlo. <<

[645] Ilse no tenía, en efecto, intereses reales sobre los que pudiera conversar. Era en verdad, una lectora apasionada, pero no le interesaba ninguna clase determinada de libros porque la lectura era principalmente para ella un medio de escapar de la realidad. <<

[646] Véase J.C. Flügel, Psicología del vestido. <<

[647] Véase Ferenczi, «Sobre las fantasías forzadas» (1924). <<

[648] En un artículo, «History as Phantasy» (1929). Ella Sharpe ha relatado el caso de un adulto psicótico en el cual, durante mucho tiempo, obtuvo el material para el análisis casi completamente del interés del paciente en acontecimientos históricos y pudo sobre esta base penetrar en los niveles mentales más profundos. <<

[649] Uno de los principales centros comerciales de Berlín. <<

[650] En mi artículo «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño» (1923a) he expuesto la gran importancia de las inhibiciones específicas ligadas a cada rama especial del conocimiento. <<

[651] Dos años y medio después de terminado su análisis supe que se desarrollaba bien a pesar de grandes dificultades externas. <<

[652] En el cap. 7 nos ocuparemos con más detalle de otros aspectos de esta relación. <<

[653] Véase el cap. 4. <<

[654] En varios casos, correspondientes a niños de 3 a 12 años, en los que tuve que suspender el análisis después de un tratamiento de tres a nueve meses, he encontrado que el niño presentaba un cuadro considerablemente menos inquietante que cuando vino a mí por primera vez. Además de los casos de Rita, Trude y Ruth, que el lector recordará (cap. 2), puedo mencionar el caso de un muchacho de 12 años que vino a mí con ideas manifiestas de ser envenenado, y que después de seis meses de análisis tuvo que abandonar el país. En esa época sus temores no solo habían disminuido sino que presentó cambios favorables en su condición general, que se podían observar, entre otras cosas, en una mayor libertad de actitudes (la última vez que supe de él dos años y medio después de finalizar el tratamiento, esta mejoría se había mantenido). En cada caso, además, el niño se siente mejor, y aunque un análisis no terminado no puede hacer más que disminuir la neurosis del niño, hace mucho a mi juicio al evitar el peligro de una psicosis o una neurosis obsesiva grave posteriormente. He llegado a la convicción de que cada paso, por leve que sea, destinado a resolver una ansiedad en los niveles más profundos de la mente, consigue si no una cura por lo menos una mejoría de la condición del niño. <<

[655] En el cap. 9 discutiremos la naturaleza de la ansiedad subyacente en las perturbaciones infantiles al comer. <<

[656] Véase mi artículo «Análisis infantil» (1923b). <<

[657] Véase W. Reich, «La formación del carácter y las fobias infantiles» (1931). <<

[658] En mi artículo «Una contribución a la psicogénesis de los tics» (1925) he demostrado que un tic debe ser considerado a menudo como signo de una falta de desarrollo y de la existencia de perturbaciones ocultas muy profundas. <<

[659] En algunos casos de tos convulsiva, por ejemplo en los cuales el tratamiento analítico se ha reiniciado después de una corta interrupción he encontrado que los ataques de tos aumentaban en violencia durante la primer semana del análisis pero decrecían rápidamente después de ella y que la enfermedad terminaba mucho antes de lo común. En estos casos, cada crisis de tos, debido a su significado inconsciente aliviaba una gran ansiedad, y esta ansiedad, por otra parte reforzaba considerablemente el estímulo de la tos. <<

[660] Este punto de vista, que he mantenido por años ha rec *ibid* o últimamente un valioso apoyo en el libro de Freud «¿Pueden los legos ejercer el análisis?» (O. C. 20) donde dice: «Desde que hemos aprendido a ver más claramente, nos inclinamos a decir que la aparición de una neurosis en la infancia no es la excepción sino la regla. Es algo que no puede evitarse en el curso del desarrollo de la disposición infantil a la vida social del adulto». <<

[661] Véase M.N. Searl «The Flight to Reality» (1929). <<

[662] Véanse los análisis de Erna (cap. 3) y Egon (cap. 4). <<

[663] Véanse los análisis de Willy (cap. 5) e Inge (cap. 4). <<

[664] Esta suposición está también sustentada por el hecho de que en varios casos que he tratado, el niño ha realizado con éxito la transición al estadío de desarrollo siguiente, incluyendo aun la crítica transición a la pubertad y a la vida adulta. <<

[665] En niños mayores las inhibiciones en el aprendizaje y en juegos activos deben ser reducidas de modo similar. <<

[666] La actitud pasiva de Kurt había sido reforzada por el hecho de que durante muchos años fue el menor de sus hermanos. En muchas circunstancias se encontraba en la situación del hijo único, y sufría mucho al ser comparado con sus hermanos mayores, activos, cuya superioridad era tanto más opresiva por cuanto se lo hacían sentir. <<

[667] En mi artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928) he expuesto las bases de la posición femenina en el varón y he tratado de demostrar que su complejo de feminidad sufre una modificación muy temprana y se oculta bajo su complejo de castración, al que hace ciertas contribuciones. Es por esta razón que el muchacho a menudo renuncia rápidamente a juegos, como el de las muñecas, que corresponden a sus componentes femeninos y pasa a juegos con énfasis exagerados sobre su masculinidad. <<

[668] En este caso también los sentimientos agresivos que tenía con respecto al coito entre sus padres mostraron ser el motivo más profundo de su ansiedad, y la «mujer con pene», significaba la madre, que había incorporado el pene del padre. <<

[669] Este es un juego típico entre los niños. <<

[670] En esta descripción he seleccionado solamente dos o tres de las fantasías de juego, involucradas con el objeto de ilustrar, por medio de su desarrollo, la evolución de sus fantasías de juego en general. El material presentado aquí fue confirmado por un número de representaciones de varias clases. Así, por ejemplo, los carros que conducían mercaderías a la ciudad tomaron un camino que por varios detalles se vio que tenía el significado de ano. <<

[671] En los capítulos 1 y 2 me he referido a las profundas causas de la ansiedad de Rita y a la represión de su fantasía. <<

[672] Rita imaginaba que ella se había librado del guarda del tren y que ahora viajaba con el oso a la casa de una buena mujer donde seria bien atendida. Pero el guarda volvió y la amenazó. Esto demostró que el miedo de ella a su padre cuyo pene (el oso) había robado, le impidió mantener su identificación con él. <<

[673] Rita sufría de períodos de depresión seria durante los cuales a veces demostraba sufrir de fuertes sentimientos de culpa y otras veces se sentaba sola y lloraba. Cuando se le preguntaba por qué estaba llorando, ella contestaba: «Porque soy tan desgraciada», y cuando se le preguntaba por qué no era feliz respondía: «Porque estoy llorando». <<

[674] Véase el cap. 2. <<

[675] En su curso de conferencias «On the Technique of Psychoanalysís», desarrolladas en Berlín en 1923, Hanns Sachs mencionó la evolución de las fantasías de masturbación del estadío anal-sádico al genital como uno de los criterios que indica en el análisis de un caso de neurosis obsesiva que el tratamiento ha terminado. <<

[676] Véase el cap. 8. <<

[677] Véase Ferenczi, «Observaciones psicoanalíticas sobre el tic» (1919). <<

[678] En mi artículo «Una contribución a la psicogénesis de los tics» (1925), he descripto un caso de tic durante el análisis del cual, el paciente al mismo tiempo gradualmente se liberaba de su síntoma y reiniciaba su largamente proh *ibid* a práctica masturbatoria y desarrollaba un buen número de sublimaciones. <<

[679] Sucede casi siempre que el análisis de una fobia a tocar conduce al paciente a una fase temporaria de masturbación obsesiva y viceversa. Otro factor en la masturbación obsesiva es el deseo del paciente, basado en su sentimiento de culpa, de exhibir su hábito delante de los que le rodean. Esto también sucede en los niños de todas las edades que se masturban abiertamente y de una manera aparentemente poco inh *ibid* a. **<<**

[680] Véase el cap. 3. <<

[681] El análisis reveló la presencia de fuertes rasgos psicóticos en ambos niños, pero aquí solo nos interesa el análisis de sus relaciones sexuales. <<

[682] En esa época su madre había advertido uno o dos episodios de esta índole. <<

[683] Véase mi artículo «Estadíos tempranos del Conflicto Edípico» (1928). En su total falta de formaciones reactivas así como en muchos otros aspectos, estas fantasías se asemejaban a las acciones de criminales de tipo sádico. Gunther no sentía remordimiento ni dolor, sino solamente miedo a la venganza, pero este miedo era un constante incentivo para que repitiera sus actividades sexuales. Debido al carácter extremadamente anormal del hermano mayor en el que los instintos destructivos predominaban tanto contra los libidinales, su conducta sexual tenía el valor de acciones criminales (y no debemos olvidar que los actos sexuales perversos de criminales adultos van a menudo junto con los actos criminales), su miedo a la venganza como hemos visto lo impulsaba a eliminar su objeto. Siempre que Gunther ejercía violencia sobre su hermano se reaseguraba de no ser la víctima. <<

[684] En su libro Der Schrecken (1929), Reik ha señalado que la ansiedad aumenta los sentimientos de odio. <<

[685] Véase mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929.ª).
<<

[686] En el cap. II discutiremos más ampliamente este mecanismo particular que me parece fundamental en la formación del masoquismo femenino. En su artículo «Psychotic Mechanisms in Cultural Development» (1930), Melitta Schmideberg ha señalado que entre los primitivos la práctica de la expulsión de la enfermedad por medio de la violencia tenía por objeto vencer el miedo del paciente al demonio, que suponía dentro de él (el pene introyectado del padre). <<

[687] Sobre este punto, que está tratado con mayor detalle en el cap. 8, estoy de acuerdo con Reik, que en su «Libido und Schudgefüle» (1929) ha señalado que en ciertos casos la activación del sentimiento de culpa puede traer un reforzamiento de la libido y una ampliación de la gratificación instintiva. Y que en estos casos un aumento de ansiedad proveniente de una mala consciencia puede dar lugar realmente a la gratificación instintiva. <<

[688] M. N. Searl ha señalado los mecanismos de fuga a la realidad en su artículo «The Flight to Reality» (1929). <<

[689] Debo señalar que en este caso particular donde las malas consecuencias de las relaciones de los muchachos eran tan pronunciadas no me fue del todo fácil conservar mi regla de abstinencia absoluta de cualquier intervención de esta naturaleza. Y sin embargo, fue precisamente este caso el que me trajo la prueba más convincente de la inutilidad de cualquier medida educacional por parte del analista aunque yo hubiera podido detener sus prácticas —que no podía— no hubiera hecho nada a favor de lo esencial, que era eliminar los determinantes subyacentes de la situación dando así una nueva dirección al curso total del desarrollo perturbado hasta entonces. <<

[690] En otros casos, en los cuales una relación de esta naturaleza se había prolongado también en el período de latencia, encontró el autor que solo una porción de los actos originarios continuaban (*fellatio* y *cunnilingus* eran los que más a menudo se abandonaban), y que el remanente se hacía con menos frecuencia, por lo general en muy pocas ocasiones. No obstante lo cual siguen evidenciando el sentimiento de culpa inconsciente del niño, el contenido psicológico completo de las relaciones sexuales originarias y todos los actos realizados en esa época. Por ejemplo, después de una tentativa de realizar coito con su hermano, Ilse tuvo una erupción alrededor de la boca. Esta erupción fue la expresión de su sentimiento de culpa por la *fellatio* que acostumbraba practicar cuando era pequeña junto con otros actos sexuales, a los que se había abandonado desde la primera infancia. **<<**

[691] Gert me fue traído a causa de ciertas dificultades neuróticas no muy serias. Su análisis duró un año. Tres años más tarde supe que seguía bien. <<

[692] De cualquier manera creo que tales relaciones son mucho más frecuentes, aun durante los períodos de latencia y pubertad, de lo que se supone generalmente. <<

[693] En su libro Gemeinsame Tagträume (1924), Hanns Sachs hace notar el hecho de que cuando las fantasías inconscientes incestuosas o los ensueños diurnos son compartidos, el sentimiento de culpa disminuye. <<

[694] Véanse para una consideración más amplia de estos factores, los caps. 11 y 12. <<

[695] *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, O. C. 16. <<

[696] Véase mi artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[697] En su «La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter» (1924a), Abraham ha señalado que el exceso de gratificación, lo mismo que la falta de ella durante el período de lactancia, puede conducir a una fijación especialmente fuerte en el placer de morder. En sus «Notes on Oral Character-Formation» (1925), Edward Glover señala la importancia de la frustración oral para una fijación de este tipo, creyendo que cuando un exceso de gratificación oral conduce a consecuencias traumáticas actúan también otros factores. Desde mi punto de vista los resultados son también esencialmente distintos en los dos casos. <<

[698] Erna (cap. 3) era un caso de este tipo. Había herido repetidas veces a su madre mordiéndole el pecho cuando era muy pequeña y mucho antes de que le hubieran salido los dientes. También había sido mal comensal durante su infancia. He encontrado también otros casos de sadismo oral anormalmente fuertes en los cuales el período de succión no había traído consigo ningún trastorno o dificultad visible, pero que en realidad había sido totalmente insatisfactorio para el niño. Otras veces, encontramos casos en los cuales trastornos externos graves en ese período han conducido, no a un sadismo oral anormalmente intenso, sino a una fijación muy fuerte en el período de succión. Así Ruth, que tenía una fuerte fijación oral primaria de ese tipo, había estado hambrienta durante meses porque su madre tenía muy poca leche (cap. 2). Otra paciente, a la que nunca le habían dado el pecho, pero que había sido alimentada por biberón, manifestó un fuerte sadismo oral, es cierto, pero tenía también una fuerte fijación en el período oral de succión. <<

[699] Abraham: «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). <<

[700] He encontrado otro factor de desarrollo de importancia básica, que es la mayor o menor capacidad del yo inmaduro para tolerar la ansiedad. Este factor será discutido más tarde. <<

[701] Véase Abraham: «La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido»; también Edward Glover, «The Significance of the Mouth in Psycho-Analisis» (1924). <<

[702] Véase Freud: «La predisposición a la neurosis obsesiva», O. C., 12. <<

[703] *Inhibición, síntoma y angustia*, O. C. 20 <<

[704] Ibíd. <<

[705] Ibíd. <<

[706] Ibíd. <<

[707] Ibíd. <<

[708] Véase Ferenczi: «El problema de la aceptación de las ideas desagradables» (1926). En su artículo «The Problem of Melancholia» (1928), Rado ha señalado la importancia de la rabia en la reacción del lactante contra el hambre, pero las conclusiones a las que ha llegado difieren de las que sostendré en las páginas siguientes. <<

[709] En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud considera que en algunos casos una cierta cantidad de la ansiedad instintiva que se ha liberado del instinto destructivo puede formar parte de la ansiedad real. Dice exactamente así: «Puede a menudo ocurrir que en una situación que el individuo, con razón, considera de peligro, una parte de su ansiedad instintiva se una a su ansiedad real. Aquellas demandas instintivas que lo asustan serían en este caso masoquísticas, por ejemplo los instintos destructivos vueltos contra sí. Un agregado de esta índole explicaría tal vez por qué esta reacción de ansiedad es excesiva, inadecuada e inhibidora su acción». **<<**

[710] Mientras escribo este libro encuentro que Teresa Benedeck, partiendo de un diferente enfoque, había llegado también a la conclusión de que la ansiedad se origina en el instinto destructivo. Ella dice: «La ansiedad, por lo tanto, no es un temor a la muerte sino la percepción del instinto de muerte que ha sido liberado en el organismo: la percepción del masoquismo primario» («Todestrieb und Angst», 1931). <<

[711] «El problema económico del masoquismo», O. C. 19. <<

[712] En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud dice: «No estamos todavía en condiciones de decir si no es el surgimiento del superyó lo que diferencia la represión primaria de la secundaria. De todos modos sabemos que las primeras crisis de ansiedad del niño, que son extremadamente intensas, ocurren antes de que el superyó se haya formado, y no sería raro que los factores cuantitativos, tales como un excesivo grado de excitación y la ruptura de la valla contra los estímulos, sean la causa inmediata de la represión primaria». <<

[713] El proceso por el cual el objeto es internalizado será discutido después. Por ahora, basta decir que en la opinión del autor el objeto incorporado asume instantáneamente las funciones de un superyó. <<

[714] En análisis tempranos hemos encontrado numerosas representaciones de esta ansiedad. He aquí un ejemplo. Un niño de 5 años se figuraba que tenía toda clase de animales salvajes, tales como elefantes, leopardos, hienas y lobos, para ayudarlo contra sus enemigos. Cada animal tenía una función especial. Los elefantes aplastar al enemigo hasta pulverizarlo, los leopardos despedazarlo, las hienas y los lobos comérselo. A veces imaginaba que estos animales salvajes que estaban a su servicio se volvían contra él y esta idea le ocasionaba gran ansiedad. Esto significaba para su inconsciente la transformación de varias fuentes de sadismo; el elefante era su sadismo muscular; los animales que desgarran, eran sus dientes y sus uñas; los lobos, sus excrementos. El temor de que aquellos temibles animales que él había domado a su vez le exterminarían se refería al temor de su propio sadismo como un enemigo interno. Permítaseme recordar al lector la frecuente expresión «estallar de rabia». En mis análisis de niños pequeños he encontrado repetidas veces representaciones de la idea implicada en esta expresión idiomática. <<

[715] [175] Abraham (1924a) ha llamado la atención sobre la conducta de vampiro de algunas personas y la ha explicado como el efecto de una regresión de la fase de sadismo oral a la de succión oral. <<

[716] Discutiendo este tema conmigo, Edward Glover sugirió que el sentimiento de vaciedad en su cuerpo que siente el niño pequeño como resultado de la falta de gratificación oral, podría ser señalado como el punto de partida de sus fantasías de asalto sobre el cuerpo de su madre, puesto que puede dar nacimiento a fantasías en las que el cuerpo de la madre está lleno de todo el alimento deseado. Revisando mis experiencias he encontrado esta suposición completamente confirmada. Me parece que da nueva luz para la comprensión de la transición entre el succionar y devorar el pecho de la madre, y el ataque al interior de su cuerpo. En conexión con esto Glover menciona también la teoría de Rado (1926, 1928) de un «orgasmo alimenticio», en virtud del cual la gratificación pasa de la boca al estómago e intestinos. <<

[717] En su «La valoración narcisista de los procesos excretores en los sueños y en la neurosis» (1920), en conexión con un caso de sadismo uretral fuertemente desarrollado, Abraham señala que en las personas neuróticas «encontramos las funciones y productos del intestino y la vejiga utilizados como vehículos de impulsos hostiles». <<

[718] Véase, en especial, Freud: *La interpretación de los sueños*, O. C., 4-5 y *Tres ensayos de una teoría sexual*, O. C., 7. También Sadger, «Uber Urethralerotik» (1910); Abraham, «*Ejaculatio Praecox*» (1917) y «La valoración narcisista de los procesos excretorios» (1920), y Rank, Psychoanalytische Beiträge zur Mythenforschung (1919). <<

[719] Véase, en relación con esto, las observaciones de Freud en su «Fragmento de análisis de un caso de histeria», O. C., 7. <<

[720] En su «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales. Fragmento de análisis» (1924), Abraham puntualiza que la fantasía criminal de los pacientes maníacos se dirige en su mayor parte contra la madre y da un notable ejemplo de esto en un paciente que en su imaginación se identificaba con el emperador Nerón, que mató a su madre y deseó quemar a Roma (símbolo de su madre). Pero de acuerdo con Abraham, estos impulsos destructivos del hijo contra su madre son secundarios en carácter, dirigiéndose originariamente contra el padre. Desde mi punto de vista estos ataques contra el cuerpo de la madre son, en su origen, ataques oral sádicos contra su pecho, y por lo tanto primarios; pero en la medida en que ellos son reforzados por su odio originario al pene del padre, que ellos creen está en el interior de la madre, se centran sobre aquel objeto, culminando en su destrucción. Están dirigidos contra el padre en grado suficiente como para influir el curso total de su conflicto de Edipo. Es exacto decir que el odio primario del hijo contra su padre está en parte desplazado sobre su madre. <<

[721] En una breve comunicación, «A Paranoiac Mechanism as Seen in the Analysis of a Child», M. N. Searl ha relatado un caso de intensas fantasías oral-sádicas de esta clase y en el cual los deseos del niño de succionar de su padre lo que este había tomado del pecho de la madre se ligó a un mecanismo paranoico. El gran poder ejercido por las fantasías de esta clase, que están en conexión con un intenso sadismo oral y que, consecuentemente, preparan el camino para impulsos particularmente agresivos contra el interior del cuerpo de la madre, es característico de los desórdenes psicóticos. **<<**

[722] Véase Abraham, «La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter» (1924a). <<

[723] En su «Homosexualität und Ödipuskomplex» (1926), Félix Boehm llama la atención sobre el significado de fantasías halladas con frecuencia en hombres, en las que el pene del padre había sido retenido por la madre después de la copulación y escondido dentro de la vagina. El también sostiene que las diversas nociones concernientes al escondido pene femenino ejercen una influencia patológica en virtud del hecho de que han adquirido una relación inconsciente con la idea de un pene grande y temido que proviene del padre y que está escondido dentro de la madre. En la literatura psicoanalítica se hace con frecuencia mención de fantasías del encuentro del pene del padre en el útero de la madre y de ser espectador de la copulación entre los padres o de ser dañado por esta durante la vida intrauterina. <<

[724] He observado durante el análisis de muchachos el intento de atacarme dirigiéndose especialmente contra mi cabeza, pie o nariz; y encontré que lo que atacaban no era el pene femenino sino el pene del padre que había sido incorporado o unido a mí. <<

[725] Discutiré más adelante las varias direcciones en que se desarrolla la relación del niño con los objetos. El atribuye a estos objetos imaginarios, no solo sentimientos de odio y ansiedad, sino también sentimientos positivos. Al hacerlo los aleja del objeto real, y si sus relaciones con el objeto imaginario se hacen demasiado poderosas en ambos sentidos —negativo y positivo— no puede relacionarse adecuadamente ni con las fantasías sádicas o restitutivas, ni con los objetos reales, resultando que sufre perturbaciones en la adaptación a la realidad y en su relación con los objetos. <<

[726] No creo que Fenichel esté en lo cierto al diferenciar entre precursores pregenitales del complejo de Edipo, y el complejo de Edipo mismo, como lo hace en su «Pregenital Antecedents of the Oedipus Complex» (1930). <<

[727] En mi trabajo «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo», que leí en el Congreso Psicoanalítico de Oxford de 1929, sostengo que «solo en los últimos estadíos del conflicto de Edipo hace su aparición la defensa contra los impulsos libidinales; en los primeros períodos la defensa se dirige contra los impulsos destructivos ligados a ellos». En el mismo Congreso, Ernest Jones, en su comunicación «Fear, Guilt and Hate», destaca la importancia de las tendencias agresivas en la aparición del sentimiento de culpa. <<

[728] [189] En *El malestar en la cultura* (O. C., 21), dice: «Este instinto (de agresión) reside en el fondo de todas las relaciones de afecto y amor entre los seres humanos, posiblemente con la única excepción de la madre hacia su hijo varón». Mi propia creencia de que el conflicto de Edipo empieza bajo la supremacía del sadismo, parece complementar lo que dice Freud, puesto que da otra razón al hecho de por qué el odio debe ser la base de las relaciones de objeto, en el hecho de que el niño forma sus relaciones con sus padres —relación que es fundamental y decisiva para todas sus futuras relaciones de objeto— durante el período en el cual las tendencias sádicas están en su apogeo. La ambivalencia que él siente hacia el pecho de su madre, como su primer objeto, se refuerza por el aumento de la frustración oral que sufre y por la iniciación de su conflicto edípico hasta que alcanza el máximo desarrollo de su sadismo. <<

[729] Véase «¿Pueden los legos ejercer el análisis?». O. C., 20. <<

[730] En su artículo «Privation and Guilt» (1929), Susan Isaacs señala que la identificación primaria de Freud tiene probablemente un papel aún más importante de lo que originariamente se creyó en la formación del superyó. <<

[731] Cf. las fantasías, mencionada a menudo en la literatura psicoanalítica, sobre la vagina dentada. <<

[732] En el próximo capítulo, y más especialmente en el 11, trataré de mostrar que el niño introyecta las buenas y malas imagos y que gradualmente, en la medida en que progresan su adaptación a la realidad y la formación de su superyó, estas imagos se aproximan más y más íntimamente a los objetos reales que representan. En este capítulo solo intento dar un cuadro del desarrollo de las tendencia sádica del niño y de su conexión con la formación de su temprano superyó y de las situaciones de ansiedad. <<

[733] En mi «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928), dije: «No parece comprensible que un niño, supongamos de 4 años, albergue en su mente una imagen irreal y fantástica de padres que devoran, cortan y muerden; pero parece comprensible que en un niño de 1 año la ansiedad causada por el comienzo del conflicto de Edipo tome la forma de un temor a ser devorado y destruido; el propio niño desea destruir su objeto libidinal mediante mordiscos, devorándolo y cortándolo, y esto le produce ansiedad puesto que el despertar de sus tendencias de Edipo es seguida por la introyección de su objeto, el que entonces se convierte en un objeto del cual debemos esperar castigo. El niño teme ahora un castigo correspondiente a su ofensa y el superyó se transforma en algo que muerde, devora y corta». <<

[734] Véase Freud: *Tótem y tabú*, O. C. 13. <<

[735] El yo, por decir así, opondría estos dos enemigos, el objeto y el instinto destructivo, uno contra otro, aunque haciendo así se encuentre él mismo en una posición de peligro entre las dos fuerzas opuestas. Que el padre temido sea en parte una protección contra el instinto destructivo, puede también ser debido a la admiración por su poder (que el individuo puede haber obtenido filogenéticamente). Esta suposición se confirma por el hecho de encontrar durante los análisis tempranos en niños de ambos sexos, el hecho común de que temen al padre pero tienen una admiración ilimitada por su poder, sentimiento que es muy profundo y de carácter primario. Y debemos recordar que el papel jugado por el superyó a medida que el niño crece es el de un padre severo pero no el de un padre malo. Freud concluye su trabajo sobre «El humor» (O. C., 21) con estas palabras: «Finalmente, si el superyó, en verdad, trata de conformar al yo por el humor y protegerlo de sufrimiento, esto no está en conflicto con su derivación de la institución parental». <<

[736] En «El sepultamiento del complejo de Edipo» (O. C., 19), Freud dice que el yo del niño abandona el complejo de Edipo a consecuencia de la amenaza de castración: «La autoridad del padre o de los padres se introyecta dentro del yo y allí forma la médula del superyó, el cual toma su severidad del padre, perpetúa su prohibición del incesto, y así asegura al yo contra el retorno de las catexis de objeto libidinales». En *El yo y el ello* (O. C. 19) dice: «Su relación (la del superyó) con el yo no se limita a la advertencia: 'Tú debes ser así y así (como tu padre)', sino que comprende también la prohibición: ´Tú no debes ser así y así (como tu padre), no debes hacer todo lo que él hace; pues hay algo que le está exclusivamente reservado´. Esta doble faz del yo ideal depende de su anterior participación en la represión de complejo de Edipo, y más aún, es a ese hecho revolucionario al que debe su génesis. Claro que este proceso de represión no es nada sencillo. Habiendo reconocido en los padres y especialmente en el padre el obstáculo opuesto a la realización de los deseos integrados en dicho complejo, tuvo que robustecer el yo para llevar a cabo su represión, creando en sí mismo tal obstáculo. La energía necesaria para ello hubo de tomarla ´prestada´ del padre, y este préstamo fue un acontecimiento de graves consecuencias. El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto mayores fueron la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su represión (bajo las influencias de la autoridad, la religión, la enseñanza y las lecturas), más severamente reinará, después, sobre el yo, como consciencia moral o quizá como sentimiento inconsciente de culpabilidad. En páginas ulteriores expondremos de dónde sospechamos que extrae el superyó la fuerza necesaria para ejercer tal dominio, o sea el carácter coercitivo que se manifiesta como imperativo categórico». <<

[737] En *El yo y el ello* (O. C., 19), dice: «Cada una de tales identificaciones tiene el carácter de una desexualización e incluso de una sublimación. Ahora bien, parece que una tal transformación trae siempre consigo una disociación de instintos. El componente erótico, una vez realizada la sublimación, queda despojado de la energía necesaria para encadenar todos los elementos destructivos que estaban antes combinados con él y que son liberados en calidad de tendencia a la agresión y a la destrucción. De esta disociación extraería el ideal, el carácter de deber imperativo, riguroso y cruel. Su dictatorial: 'Así lo harás'». <<

[738] En *El malestar en la cultura* (O. C., 21), Freud dice: «La experiencia ha mostrado, sin embargo, que la severidad desarrollada por el superyó del niño no corresponde a la severidad del tratamiento sufrido por él, y que la severidad originaria del superyó no representa —o no representa tanto— la severidad que el objeto le ha anticipado o le ha hecho experimentar, sino que expresa la propia agresividad del niño contra este último». **<<**

[739] Mis puntos de vista están de acuerdo con los de Ernest Jones, Edward Glover, Joan Rivière y M. N. Searl, quienes acercándose al problema con un enfoque diferente, han llegado a la conclusión de que la temprana vida de fantasía del niño y su desarrollo libidinal desempeña un papel importante en la formación del superyó. Véase «Simposium sobre análisis infantil» (1927); también un artículo de Ernest Jones titulado «The Origin and Structure of the Super-ego» (1926), en el que señala: «Hay razón para pensar que el concepto del superyó es nodal y que en él podemos esperar que se enfrenten todos los problemas oscuros del complejo de Edipo y narcisismo por una parte y el del odio y sadismo por la otra». <<

[740] Véase Reich: Der triebhafte Charakter (1925). <<

[741] Véase mi trabajo «Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte» (1929b). <<

[742] Véase el próximo capítulo, en el que se discutirá el tema ampliamente. <<

[743] «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). <<

[744] Ibíd. <<

[745] En *Inhibición, síntoma y angustia* (O. C., 20), Freud dice: «Es posible que haya una íntima conexión entre la situación de peligro operante y la forma que asume una neurosis así originada». <<

[746] En «Pulsiones y destinos de pulsión» (O. C., 14), Freud dice: «Los objetos que se presentan, en la medida en que son fuentes de placer, son absorbidos por el yo, ´introyectados´ (de acuerdo con la expresión hallada por Ferenczi); mientras que por otra parte expele al mundo externo desde dentro de él todo lo que le produce displacer (véase más adelante el mecanismo de proyección)». <<

[747] Si el crimen arranca verdaderamente de una temprana ansiedad de esta índole, nuestra única esperanza de comprender al criminal, y quizás de reformarlo, parecería ser el someter a un análisis las más profundas capas de su vida mental. <<

[748] Véase mi artículo «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a). Melitta Schmideberg ha señalado que el esquizofrénico suspende por sí mismo sus relaciones con el mundo externo refugiándose en sus «buenos» objetos internos —maniobra que realiza dejando de proyectar— y sobrecompensando su amor a los objetos internos de un modo narcisista y evadiendo así el temor de los «malos» objetos internos y externos. (Véase sus artículos: «The Role of Psychotic Mechanisms in Cultural Development» (1930), y «A Contribution to the Psychology of Persecutory Ideas and Delusions» (1931)). <<

[749] En su artículo «Estadíos en el desarrollo del sentido de la realidad» (1913), Ferenczi ha señalado que la completa negación de la realidad es una forma de reacción mental muy temprana y que los puntos de fijación de la psicosis estarían situados en un correspondiente estadío temprano del desarrollo. <<

[750] De acuerdo con Melitta Schmideberg, la negación de los afectos de ansiedad es utilizada en parte para negar la existencia de objetos introyectados con los que estos afectos se equiparan. (Véase «A Contribution to the Psychology of Persecutory Ideas and Delusions», 1931). <<

[751] En su «Scotomisation in Schizophrenia» (1926), Laforgue sugiere la designación de «escotomización» para este mecanismo de defensa y señala su importancia en la esquizofrenia. <<

[752] De acuerdo con Melitta Schmideberg (1931), la catatonía representa la muerte y es un modo de escapar a las diversas formas de ataque temidas por el paciente. <<

[753] Véase mi artículo: «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a) y también «Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual» (1931). Mas recientemente, en su artículo titulado «Respiratory Introjection» (1931), Fenichel describe una clase de fantasías sádicas en las cuales los excrementos son instrumentos de muerte por envenenamiento y explosión, y la orina, por envenenamiento. De acuerdo con él, estas fantasías traen un temor a ser envenenado por excrementos. Este artículo me parece corroborar los puntos de vista sostenidos por mí en los artículos ya mencionados. <<

[754] Véase Ophuijsen: «On the Origin of the Feeling of Persecution» (1919) y Stärcke: «The Reversal of the Libido-Sign in Delusions of Persecution» (1919). De acuerdo con ellos, la idea paranoica del perseguidor se deriva de la idea inconsciente del escíbalo dentro del intestino y de la equiparación de este escíbalo con el pene perseguidor. He encontrado que el temor a pedazos fecales como perseguidores se deriva, en última instancia, de fantasías sádicas en las cuales orina y heces se emplean como armas venenosas y destructivas contra el cuerpo de la madre. <<

[755] Röheim, en su «Nach dem Tode des Urvaters» (1923), ha mostrado que en tribus primitivas el mago negro mata a un hombre o lo enferma introduciéndole en el cuerpo mágicamente, excrementos o sus equivalentes. <<

[756] Abraham, en «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b) ha mostrado que el objeto odiado está equiparado con las heces. Véanse también Röheim: «Nach dem Tode des Urvaters» (1923), y Simmel: «El 'juego del doctor', la enfermedad y la profesión médica» (1926). <<

[757] Véase mi artículo: «Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual» (1931). <<

[758] El temor a numerosos perseguidores tiene, no solo un origen anal por ser un temor a heces perseguidoras, sino también oral. En mi experiencia, las teorías sexuales de los niños, de acuerdo con las cuales la madre incorpora cada vez un nuevo pene al copular y el padre posee una gran cantidad de penes, contribuyen a su temor de tener un gran número de perseguidores. Melitta Schmideberg considera esta multiplicidad de perseguidores como una proyección de los propios ataques oral-sádicos del niño contra el pene del padre; separadamente, cada pedazo de su pene se hace un nuevo objeto de ansiedad. (Véase su artículo «The role of Psychotic Mechanisms in Cultural Development», 1930). <<

[759] Véase también mi artículo «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a). Creo, de acuerdo con Abraham, que en el paranoico la libido regresa al período anal primario; para mí, la fase de máximo sadismo se introduce por los impulsos oral-sádicos y terminaría con la declinación del primer estadío anal. El período de esta fase descripta anteriormente que considero fundamental en la paranoica, está bajo la supremacía del temprano estadío anal. Creo que lo aquí expresado agrega algo a los hallazgos de Abraham. Mi teoría muestra que en la fase mencionada los diversos medios del sadismo se emplean en su capacidad más completa y que las tendencias uretral-sádicas son de importancia fundamental, tanto como las oral-sádicas. Esto nos ilustra sobre la estructura de estas fantasías, en las cuales se expresan las tendencias anal-sádicas correspondientes al temprano estadío anal. <<

[760] Melitta Schmideberg mostró casos en los cuales las ideas delirantes de persecución y referencia se derivan de situaciones de ansiedad de esta clase (véase además su artículo «A Contribution to the Psychology of Persecutory Ideas and Delusions», 1931). <<

[761] Los deseos destructivos del niño contra sus objetos, representados como órganos, despiertan su miedo de estos órganos y objetos. Así tal miedo, juntamente con sus intereses libidinales, lo llevan a equiparar esos órganos con otras cosas que a su vez se transforman en objetos de ansiedad, alejándose de ellos al hacer nuevas equiparaciones; y de este modo forma un sistema de simbolización. (Véase mi artículo «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo», 1930a). <<

[762] Como ha mostrado Ferenczi, el niño pequeño busca redescubrir sus propios órganos y sus funciones en cada cosa externa por medio de la identificación, que es un precursor de la simbolización. <<

[763] De acuerdo con Ernest Jones en su «Theory of Simbolism» (1916), el principio de placer hace capaz al individuo de encontrar parecido en cosas bastantes diferentes una de otra, si el interés que ellas despiertan es similar. Este punto de vista acentúa la importancia del interés libidinal como un factor básico en los procesos de identificación y simbolización. <<

[764] Véase mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929a). <<

[765] En sus «Notes on Oral Character-Formation» (1925), Edward Glover ha puntualizado que la frustración es un factor estimulante en el desarrollo del individuo. <<

[766] Véanse mis artículos «Principios psicológicos del análisis infantil» (1926) y «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[767] En su artículo «Nach dem Tode des Urvaters» (1923), Röheim argumenta que habiendo devorado el cadáver de su padre primitivo, los hijos lo consideraron como madre nutricia. De este modo, él cree que al transferir el amor que hasta ahora solo habían sentido por su madre, también al padre, su actitud frente a este adquiere un elemento positivo, habiendo sido antes puramente negativa. <<

[768] Véase Freud, «Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci», O. C., 11. En el capítulo 12 examinaremos con más detalle estos procesos de desarrollo al discutir el desarrollo sexual del niño. <<

[769] El siguiente ejemplo, tomado de la observación directa, ilustra el curso de tales cambios del placer al displacer. En los meses que siguieron a su destete, un niño pequeño demostró preferencia por las comidas de pescado así como gran interés por los pescados. A la edad de un año acostumbraba mira con interés y con placer a su madre cuando mataba y preparaba pescados en la cocina. Poco después desarrolló un gran disgusto por las comidas de pescado, que pasó a ser disgusto ante la vista del pescado y luego a una fobia a los pescados. La experiencia de numerosos análisis tempranos en los cuales los ataques a pescados, serpientes y lagartijas, se ha visto que representaban ataques al pene del padre, me hizo comprender la conducta del niño. El ver a su madre matar pescados satisfacía intensamente sus impulsos sádicos contra el pene del padre y le hacía temerle, o más correctamente, temer al pene del padre. <<

[770] Abraham escribe, en «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b): «Otro punto que hay que advertir con respecto a la parte del cuerpo que ha sido introyectado, es que el pene se asimila regularmente al pecho de la mujer y que otras partes del cuerpo tales como el dedo, pie, pelo, heces y nalgas pueden representar a aquellos dos órganos de un modo secundario…». <<

[771] En su «Psychoanalysis of the Total Personality» (1927) Alexander ha señalado que el ello en cierto sentido corrompe al superyó y que este entendimiento entre ellos les permite realizar acciones prohibidas. <<

[772] En «Inhibición, síntoma y angustia» (O. C., 20), Freud dice: «Sin embargo debemos tener en cuenta, para consideraciones futuras, la posibilidad de que la represión sea un proceso que tenga relación especial con la organización genital de la libido y que el yo use otros métodos de defensa para protegerse de la libido en diferentes niveles de su organización». **<<**

[773] En «El problema de la aceptación de las ideas desagradables» (1926), Ferenczi señala que el conocimiento de la realidad externa va junto con el conocimiento de la realidad psíquica. <<

[774] En su artículo «The Psychology of Pity» (1930), Jekels muestra que la persona que siente compasión por su objeto lo trata como querría ser tratado por su propio superyó. <<

[775] Véase mi artículo «Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte» (1929b). Ella Sharpe ha demostrado que, sublimando, el niño proyecta sus padres introyectados a un objeto externo sobre el que gratifica sus tendencias sádicas y de reparación, y con quien así relaciona sus sentimientos de omnipotencia mágica. (Véase su artículo «Certain Aspects of Sublimation and Delusion», 1930). <<

[776] Véase también la contribución de Ernest Jones a este tema, «Fear, Guilt and Hate» (1929). <<

[777] En su artículo «Identification» (1926), Fenichel también es de esta opinión. <<

[778] La importancia de este factor para el desarrollo del yo y para sus relaciones con la realidad se examina más ampliamente en el capítulo 10. <<

[779] Véase mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929a). <<

[780] El lector recordará los casos de Erna (cap. 3), Egon (cap. 4) e Ilse (cap. 5). <<

[781] La creencia del niño en figuras imaginarias bondadosas, tales como las de las hadas o de Papá Noel, le ayudan a esconder y vencer su miedo por las imagos malas. <<

[782] Abraham me contó lo siguiente a título de ejemplo de cómo el odio de un niño pequeño hacia un animal podía ya contener un temor de ser reprobado por él. Le había dado a un niño pariente suyo un libro de figuras. El niño no tenía todavía un año y medio. Le estaba mostrando las figuras y leía el texto en voz alta. En una página estaba la figura de un cerdo que le decía a un niño que tenía que ser limpio. Las palabras y también la figura disgustaron evidentemente al niño porque quiso dar vuelta la página en seguida, y cuando Abraham más tarde volvió a la figura, no la quiso mirar. Posteriormente Abraham supo que, aunque al niño le gustaba mucho el libro de figuras, no podía tolerar la página que tenía la figura del cerdo. Contándome esto, Abraham añadió_ «Su superyó debía haber sido en ese momento un cerdo». <<

[783] *Inhibición, síntoma y angustia*, O. C. 20. <<

[784] Ibíd. <<

[785] Ibíd. <<

[786] Me parece importante no solamente desde el punto de vista teórica sino también desde el terapéutico decidir si en el comienzo de la neurosis del niño su idea de ser devorado solo recibió una catexis regresiva o si había retenido su actividad originaria junto con sus modificaciones posteriores, porque a nosotros nos interesa no solo el contenido de una idea sino y sobre todo la ansiedad ligada a ella. No podemos comprender completamente tal ansiedad ya sea en su aspecto cuantitativo o cualitativo hasta que no la hayamos reconocido como una ansiedad que es el sostén de una neurosis y es específica para la psicosis. <<

[787] Ruth Mack-Brunswick: «Una contribución a la ´Historia de una neurosis infantil de Freud¨» (1928). <<

[788] Mis análisis de adultos han corroborado estos hallazgos. <<

[789] En el último capítulo arriba citado, Freud parece dejar abierta la posibilidad de que una defensa contra los impulsos sádicos pueda también tener una parte, aunque no manifiesta, en la estructura de la enfermedad del «Hombre de los Lobos». <<

[790] Véase el cap. 6. <<

[791] En el capítulo 3, al discutir sobre un caso de rasgos paranoides, he tratado de establecer una teoría similar sobre el origen de la homosexualidad femenina. El lector puede también recordar lo que se ha dicho en conexión con los análisis de Egon (cap. 4). Volveré a este asunto en el capítulo 12. Röheim llega a la misma conclusión sobre la base de datos etnológicos. (Véase su artículo «Das Völkerpsychologische in Freud´s Massenpsychologie und Ich analyse», 1922). <<

[792] Véase Ruth Mack-Brunswick, op. cit. <<

[793] En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud dice: «Un caso como el de Juanito no nos ayuda a llegar a ninguna decisión. Aquí si bien un impulso agresivo está tratado por la represión, esto no sucede hasta que ya ha alcanzado la organización genital». <<

[794] La neurosis obsesiva es solo uno de los métodos curativos intentados por el yo con el fin de vencer esta temprana ansiedad psicótica infantil. Otro método será discutido en el cap. 12. <<

[795] Consideraremos estos cambios con mayores detalles en el cap. 10, donde he tratado de demostrar que en el período de latencia el niño puede, por medio de su neurosis obsesiva, enfrentar los requerimientos de su yo, superyó y ello, mientras que a una edad más temprana, cuando su yo todavía no está maduro, no puede dominar su ansiedad de esta manera. <<

[796] Véase el cap. 6 y también el caso de Rita, cap. 3, quien vino a ser analizada cuando contaba dos años y nueve meses y ya tenía un cierto número de síntomas obsesivos acentuados, siendo los principales un ceremonial muy complicado a la hora de dormir y un exagerado amor por el orden y la limpieza. Este último encontró expresión en muchísimos hábitos que traicionaban la tendencia obsesiva de su carácter y el modo como aquella dominaba su personalidad total. Además, estos hábitos ya tenían una larga duración. Su ceremonial a la hora de dormir, por ejemplo, había comenzado y ha en su segundo año de vida, y desde entonces había continuado desarrollándose. Erna (véase el cap. 3), que fue traída al análisis a la edad de 6 años, tenía ciertos síntomas obsesivos que también se remontaban al final de su segundo año de vida. En este caso, muy grave, la neurosis, muy tempranamente presenta muchas similitudes con la neurosis obsesiva de un adulto. <<

[797] *Inhibición, síntoma y angustia*. <<

[798] Loc. cit. <<

[799] Ibíd. <<

[800] El punto de vista generalmente aceptado de que lo que sucede es que el sentimiento de culpa que surge en el estadío genital está asociado por regresión con los hábitos de limpieza, no toma en cuenta la severidad de los sentimientos de culpa en cuestión ni tampoco lo íntimo de su unión con las tendencias pregenitales. La impresión permanente que queda en el adulto por su aprendizaje de control esfinteriano temprano y el modo como este influye en su desarrollo futuro total —como vemos continuamente en el análisis de adultos— señala la existencia de una conexión directa más profunda entre el hábito temprano y los graves sentimiento de culpa. En «Psicoanálisis de los hábitos sexuales» (1925), Ferenczi sugiere que hay una conexión directa más profunda entre los dos y que debe de haber una especie de precursor fisiológico del superyó, que él llama «moralidad del esfínter». <<

[801] El punto de vista de que las formaciones reactivas y los sentimientos de culpa aparecen en un período muy temprano del desarrollo del yo, tan temprano como en el segundo año, está apoyado por Abraham en uno o dos pasajes. En «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b) dice: «En el estadío narcisístico con propósito sexual canibalístico la primera evidencia de inhibición instintiva, aparece en forma de ansiedad mórbida. El proceso de vencer los impulsos canibalísticos está íntimamente asociado con el sentimiento de culpa, que aparece en un primer plano como un fenómeno inhibitorio típico perteneciente al estadío tercero». <<

[802] En «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (O. C., 10), puntualiza: «La compulsión, por otra parte, es un intento de compensación de la duda y de corrección de las intolerables de inhibición que la duda testimonia». <<

[803] En su artículo «Fear, Guilt and Hate» (1929), Ernest Jones ha puntualizado que la palabra «inocente» denota «no dañoso», de modo que ser «inocente» significa no hacer daño. <<

[804] *Tótem y tabú*, O. C., 13. <<

[805] En cuanto al neurótico obsesivo, Freud dice en *Tótem y tabú*: «Y sin embargo, su sentimiento de culpa está justificado, está basado sobre deseos de muerte intensos y frecuentes que surgen en su inconsciente, dirigidos contra sus semejantes». <<

[806] En el cap. 1 ya he puntualizado el acuerdo entre mis propios puntos de vista sobre este asunto y algunas conclusiones a que Freud llega en *El malestar en la cultura* (O. C., 21). Freud dice allí: «Entonces es, después de todo, solamente la agresión la que se cambia en culpa al ser suprimida y pasada al superyó. Estoy convencido que muchísimos procesos admitirán una explicación más clara y más simple si restringimos los hallazgos del psicoanálisis con respecto al origen del sentimiento de culpa a los instintos agresivos»; y también: «Uno se siente inclinado a admitir la siguiente formulación: 'Cuando una tendencia instintiva sufre represión, sus elementos libidinales se transforman en síntomas y sus componentes agresivos en sentimiento de culpa'». <<

[807] *Tótem y tabú* O. C., 13. <<

[808] Ferenczi ha llamado la atención en «Estadíos en el desarrollo del sentido de la realidad» (1913), sobre la conexión entre las funciones anales y la omnipotencia de palabras y gestos. Véase también la obra de Abraham «La valoración narcisista de los procesos excretorios en los sueños y en la neurosis» (1920). <<

[809] *Tótem y tabú*. <<

[810] En una discusión sobre este tema, M. N. Searl puntualizó que el impulso del niño a restituir los objetos está también impedido por su experiencia temprana del hecho de que es fácil romper cosas pero excesivamente difícil componerlas. Una evidencia de esta naturaleza debe contribuir, creo, a aumentar sus dudas sobre sus poderes creativos. <<

[811] En «A propósito de un caso de neurosis obsesiva», Freud observa que la duda es en realidad una duda del propio amor y que el hombre que duda de su propio amor puede, o más bien «debe» dudar de todo lo demás. <<

[812] «La predisposición a la neurosis obsesiva», O. C., 12. <<

[813] Véase Abraham, «La formación del carácter en el nivel genital del desarrollo de la libido» (1925). <<

[814] Rita, paciente de dos años y nueve meses, acostumbraba a hacerme esto en su análisis (véase el cap. 2). <<

[815] El odio que se siente por la gente que habla otra lengua y la dificultad experimentada para aprender una lengua extranjera me parecen derivados de estas primeras perturbaciones del deseo de saber. <<

[816] Cf. los casos de Erna (cap. 3), de Kenneth (cap. 4) y de Ilse (cap. 5). <<

[817] *El yo y el ello*, O. C., 19. <<

[818] En algunos casos extremos esta presión puede ser de tanta fuerza como para detener completamente el desarrollo del yo, pero aun en casos menos anormales puede actuar no como agente promotor sino como algo que retarda el desarrollo. Para poder tener un efecto favorable, al igual que en todos los procesos de desarrollo, se requiere una cierta relación óptima entre los factores actuantes. <<

[819] *Mas allá del principio de placer*, O. C., 18. <<

[820] En los dos capítulos anteriores hemos visto que en los primeros estadíos del desarrollo del individuo su yo no puede tolerar suficientemente su ansiedad instintiva y su miedo a los objetos internalizados y trata de protegerse en parte escotomizando y negando la realidad psicológica. <<

[821] Freud considera los orígenes de la proyección como «un modo de conducta o de comportamiento destinado a hacer frente a las excitaciones que le proporcionan dolor excesivo. Hay una tendencia a tratarlas como si estuvieran actuando, no desde dentro, sino desde fuera, para que le sea posible aplicar contra ellas la medida defensiva de la barrera contra los estímulos. Este es el origen de la proyección, a la que está reservada una parte tan importante en la producción de los estados patológicos». (*Mas allá del principio del placer*). **<<**

[822] Ibíd. <<

[823] En cuanto a estas relaciones íntimas entre sueños y juego, véase el cap. 1 de este libro y mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929). <<

[824] Al relatar el incidente del niño y el carretel de madera Freud ha interpretado su acción de arrojar el carretel como la expresión de impulsos sádicos e impulsos de venganza. Creo que su acción siguiente de hacer reaparecer el carretel (es decir hacer volver a su madre) fue también la expresión de una restitución mágica del objeto (su madre) a la que él había matado simbólicamente al arrojarlo. <<

[825] Véase el cap. 9. <<

[826] *Inhibición, síntoma y angustia,* O. C., 20. <<

[827] *Inhibición, síntoma y angustia*, O. C., 20. Pero el niño pequeño solo podrá convencerse de confortantes experiencias de esta naturaleza con tal de que sus primeras situaciones de ansiedad no predominen y de que en la formación de su superyó sus relaciones con sus objetos reales sean puestas suficientemente en juego. He encontrado muchas veces que en niños mayores la ausencia de su madre reactivaba las primeras situaciones de ansiedad bajo cuya presión ellos habían estado cuando pequeños, sintiendo la ausencia temporal como permanente. En mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929a), he relatado el caso de un niño de 6 años que me hacía dos «malos» y los mataba. Además yo tenía que cambiarme una y otra vez de madre «hada» en madre «mala», y todo de inmediato. Como madre «hada» tenía que curar las heridas mortales que él había recibido de un animal grande y salvaje (los padres malos combinados), pero en seguida tenía que irme y volver como la madre «mala» y atacarlo. Decía: «Cuando la madre hada se va de la pieza, Ud. nunca sabe si ella no va a volver de repente como la madre mala». Este niño, que estaba fuerte y extrañamente fijado en su madre desde los primeros años, vivía en la creencia perpetua de que algo malo pasaría a sus padres, hermanos y hermanas. Aunque acabara de ver a su madre un minuto antes no estaba seguro de que no hubiera muerto en el intervalo. <<

[828] En *Inhibición, síntoma y angustia* (O. C. 20), Freud dice: «El yo controla el acercamiento a la conciencia y el pasar de los impulsos a la acción en el mundo externo; en s función represiva ejerce su poder en dos direcciones». Por otra parte dice: «Hemos demostrado la dependencia del yo frente al ello y al superyó y su desamparo y aprensión frente a ellos». Mi teoría del crecimiento del yo está de acuerdo con estas dos afirmaciones porque demuestra cómo las fuerzas del superyó y del yo reaccionan una sobre la otra y determinan el curso total del desarrollo del individuo. <<

[829] Este tema será tratado más ampliamente en el cap. 12. <<

[830] Véase Flügel: Psicología del vestido (1930). <<

[831] En las niñas también la escritura y otras actividades de esta clase se derivan fundamentalmente de sus componentes masculinos. <<

[832] En conexión con sus componentes femeninos, sus cuadernos significan su propio cuerpo, y la realización de sus trabajos escolares, un intento de restaurarlo. <<

[833] Véase mi artículo «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño» (1923). Las mayúsculas y minúsculas significan padres e hijos, respectivamente. <<

[834] En mi artículo «El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño» (1923), discutí el significado inconsciente de ciertos útiles usados en la escuela y he examinado las causas subyacentes de las inhibiciones en el aprendizaje y en la vida escolar. Como consecuencia de una represión excesiva de sus fantasías de masturbación, el niño sufre de una inhibición de su vida imaginativa que afecta tanto su juego como su trabajo. Durante su período de latencia esta inhibición es muy visible en el carácter total del niño. En ¿*Pueden los legos ejercer el análisis*? (O. C., 20) Freud dice: «Tengo la impresión de que al comenzar el período de latencia los niños se vuelven más inhibidos mentalmente y más torpes; muchos pierden también algo de su encanto físico». Es verdad por cierto, que el yo mantiene su posición de superioridad sobre el ello a costa del individuo. En aquellos períodos de la vida en que no se tiene tanto éxito en someter al ello (es decir, durante el primero y segundo período de la expansión sexual) se goza de una actividad imaginativa mucho mayor, que se expresa en una inestabilidad de espíritu por una parte y una mayor riqueza de la personalidad por la otra. <<

[835] *Inhibición, síntoma y angustia*. O. C., 20. <<

[836] Ibíd. <<

[837] En este proceso las diversas identificaciones del niño se hacen más sintetizadas, los requerimientos del superyó más unificados y sus objetos internalizados se adaptan a la situación externa. Véase también mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929). <<

[838] En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud dice que en las neurosis obsesivas el yo y el superyó tienen gran parte en la formación de los síntomas. <<

[839] *Inhibición, síntoma y angustia*. <<

[840] El ambiente del niño puede también afectar directamente su neurosis. En algunos análisis, he encontrado que la influencia favorable ejercida sobre el paciente por un cambio en las personas que lo rodean es atribuible al hecho de que lo lleva a intercambiar un número de síntomas muy cansadores por otros que, aunque igualmente importantes en la estructura de su neurosis, son menos advertibles. Otra cosa que puede hacer que desaparezcan los síntomas del niño es un aumento del miedo a sus objetos. Traté una vez a un paciente de 14 años de edad (véase mi artículo «Una contribución a la psicogénesis de los tics», 1925), que hacía bien sus deberes en la escuela pero que había sido inhibido en los deportes y juegos, hasta que su padre, quien había estado afuera durante un largo tiempo, volvió a la casa e hizo presión para que el niño dominara su inhibición. El niño en cierto modo lo logró debido al miedo que tenía al padre, pero al mismo tiempo fue dominado por una grave inhibición para aprender que todavía persistía cuando me lo trajeron para ser analizado, a los 14 años. <<

[841] Si se presta debida atención a estas indicaciones podremos observar los comienzos de futuras enfermedades y alteraciones de desarrollo mucho más claramente en este primer período de la infancia que en el de latencia. En muchísimos casos de personas que se han enfermado en la pubertad o más tarde, se ha encontrado que sufrían de grandes dificultades en la primera infancia pero que se adaptaron bien durante el período de latencia, época en la cual no mostraron dificultades pronunciadas y fueron dóciles (a menudo demasiado dóciles), teniendo en cuenta su ambiente educativo. En casos donde la ansiedad perteneciente a los primeros estadíos es demasiado intensa o no ha sido modificada adecuadamente, el proceso de estabilización del período de latencia que descansa sobre mecanismos obsesivos, no tiene lugar. <<

[842] Si los requerimientos de período de latencia han sido impuestos con demasiado éxito y la docilidad del niño es demasiado grande, su carácter y los ideales del yo permanecerán en un estado de sometimiento a su medio para el resto de su vida. Un yo débil —resultado de un mal ajuste entre el superyó y el ello— corre el riesgo de ser incapaz de realizar la tarea de desligar al individuo de sus objetos en la pubertad y de establecer *standard* s internos independientes, de modo que fracasará desde el punto de vista caracterológico. Una menor dependencia en sus objetos por parte del niño está en completo acuerdo con las exigencias impuestas sobre él en aquella época. En ninguno de mis análisis en período de latencia el niño se ha desligado de sus objetos en el sentido en que lo hacen los niños en la pubertad. Todo lo sucedido es que sus fijaciones son menos fuertes y ambivalentes. En este período de la vida, al hacerse menos dependiente de sus objetos se hace más capaz de encontrar otros objetos y así se prepara para el siguiente desligamiento que tiene que lograr de sus objetos en la pubertad. El análisis no aumenta, sino que disminuye las dificultades que tiene el niño para adaptarse y ponerse en buenas relaciones con su ambiente, porque cuanto más libertad interna tiene mejor podrá lograrla. <<

[843] *Inhibición, síntoma y angustia*, O. C., 20. <<

[844] En muchas de sus sublimaciones, particularmente en sus esfuerzos artísticos e intelectuales, el niño hace uso extensivo del modo femenino de dominar la ansiedad. Utiliza libros y trabajo con el significado de cuerpo, fertilidad, niños, etc., como una refutación de la destrucción de su cuerpo que, en la posición femenina, él espera de manos de la madre como de una rival. <<

[845] Para una exposición de los factores más fundamentales en las relaciones con su hijo, véase el cap. siguiente. <<

[846] El miedo del niño a convertirse en mendigo o en huérfano desamparado aparece en todos los análisis de niños y juega un gran papel en la fijación del niño en su madre y es una de las formas que toma su miedo a la pérdida de amor. <<

[847] En algunas mujeres he podido establecer que cuando terminan su arreglo matinal, sienten una frescura y energía en contraste con su estado depresivo anterior. El lavarse y vestirse representa para ellas, de muchas maneras, una restauración. <<

[848] Véase el cap. 11. <<

[849] Véase el cap. 9. <<

[850] En el cap. 12 examinaremos un caso que lo ilustra. <<

[851] Este mecanismo del dominio de la ansiedad juega una parte en la mayoría de las acciones triviales, de modo que el simple vencimiento de las dificultades diarias proporciona al individuo un medio para dominar su ansiedad que es de gran importancia económica, y si es neurótico encontrará tales acciones muy penosas, y puede llegar a ser incapaz de realizarlas. <<

[852] *Inhibición, síntoma y angustia*. O. C. 20. <<

[853] «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos», O. C. 19. <<

[854] En su artículo «On the Genesis of the Castration Complex in Women» (1924), Karen Horney sostiene el punto de vista de que lo que hace surgir el complejo de castración en la niña es la frustración que ha sufrido en la situación edípica y que su deseo de poseer un pene surge primariamente de sus deseos edípicos y no del deseo de ser un hombre. Considera el pene deseado como una parte del padre o como su sustituto. <<

[855] En Psychoanalyse der weiblichen Sexualfnktionen (1925), Helene Deutsch ha señalado que ya muy tempranamente la niña pequeña, tomando al padre como objeto de sus afectos inmediatamente después que a su madre, dirige hacia él gran parte de su verdadera libido sexual ligada a la zona oral, con la que ha cargado el pecho de su madre, desde que «en una fase de su desarrollo su inconsciente equipara el pene del padre con el pecho de la madre como un órgano que da de mamar». También estoy de acuerdo con la autora en que al equiparar el pene con el pecho, la vagina toma el rol pasivo de la boca que chupa en el «proceso de desplazamiento de arriba abajo» y que esta actividad de succión oral de la vagina está implicada en su estructura anatómica total. Pero mientras, de acuerdo con Helene Deutsch, estas fantasías no entran en acción hasta que la niña haya llegado a su madurez sexual y realizado el acto sexual, en mi opinión la equiparación temprana del pene con el pecho surge de la frustración que ella ha sufrido del pecho en su temprana infancia y ejerce enseguida una influencia poderosa sobre ella afectando grandemente la dirección de su desarrollo. También creo que la ecuación del pene y pecho, acompañada por el «desplazamiento de arriba abajo», activa las cualidades oral-receptivas del genital femenino a una edad temprana y prepara la vagina para recibir al pene. Esto, así, aclara el camino para las tendencias edípicas de la niña —aunque, en verdad, estas no desarrollan su total poder hasta más tarde— y colocan los cimientos de su desarrollo sexual. <<

[856] Inviste a la madre con algo de esta gloria y en algunos casos la valorará solamente como la poseedora del pene del padre. <<

[857] Tendrá la misma actitud frente a los niños en el cuerpo de la madre. Más adelante volveremos a este tema y consideraremos en qué sentido la hostilidad a los niños dentro de la madre afecta sus relaciones con sus propios hermanos y hermanas, con sus propios hijos imaginarios y más tarde con los reales. <<

[858] Véase Abraham, «Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales» (1924b). Mi paciente Erna, cuyo historial ha sido relatado en el cap. 3, fue un ejemplo típico. Su padre era para ella principalmente el portador del pene con el que gratificaba a su madre y no a ella. Resultó ser que su envidia del pene y sus deseos de castración, que eran excesivamente fuertes, se basaban últimamente en la frustración que ella había sufrido frente al pene en su estadío oral. Desde que focalizando el odio sobre el pene imaginó que su madre tenía la posesión de él, el afecto que ella mantenía frente a la madre, aunque lleno de odio, fue más personal que el que sentía por el padre. Es verdad que otra razón que la alejó de él fue protegerlo de su propio sadismo. Y la concentración de su odio sobre el pene también la ayudó para evitarlo como objeto. (Véase Abraham). El análisis la capacitó para tener una actitud más amistosa y humana con su padre, y este progreso se acompañó con cambios favorables en su relación con la madre y sus objetos en general. En cuanto a la relación con el pene del padre y el padre mismo, llamaré la atención sobre la similitud que existe entre mi paciente y los dos casos relatados por Abraham en el libro mencionado. <<

[859] Véase el cap. 8. <<

[860] En consecuencia, el superyó de la niña es más potente que el del varón; trataremos luego de la influencia que tiene en el desarrollo del yo en sus relaciones de objeto. <<

[861] Como ya hemos visto en la primera parte de este libro, el miedo del niño a las cosas malas dentro de él, ya sean objetos malos internalizados, excrementos peligrosos o sustancias corporales, usualmente lo impulsa a probar toda clase de procesos de expulsión e introyección, y es así un factor fundamental en su desarrollo. <<

[862] El deseo del niño de que los padres copulen sádicamente es, en mi experiencia, un factor importante en la producción y mantenimiento de sus teorías sexuales, de modo que ellas deben su carácter no solo a la influencia que tienen los impulsos pregenitales sobre la formación de sus fantasías, sino que son el resultado de sus deseos destructivos dirigidos contra los padres en copulación. Analizando las teorías sexuales de los niños he encontrado que un importante punto de vista terapéutico es prestar atención al hecho de que ellas, surgiendo de deseos sádicos, originan un fuerte sentimiento de culpa. <<

[863] Estas fantasías también hacen surgir situaciones de peligro que en sí mismas no están relacionadas con el acto sexual. <<

[864] Véase el cap. 10. <<

[865] La tendencia del individuo a conseguir seguridades del mundo externo y una tranquilización de sus temores de peligros imaginarios desde dentro y desde fuera es, pienso, un factor importante en la compulsión de repetición. (Véase el cap. 7). Cuanto más neurótico es, más sus tendencias estarán coloreadas por la necesidad de castigo. Las condiciones a las cuales está ligada la obtención de tal seguridad, desde el exterior, estarán en proporción crecientemente desfavorable cuando la ansiedad conectada con sus tempranas situaciones de peligro sea muy fuerte y su tendencia a sentimientos optimistas, débil. En casos extremos, solamente severos castigos o experiencias bastante desgraciadas, que él vive como castigo, son capaces de ocupar el lugar de los castigos imaginarios que teme. <<

[866] En su artículo «La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer» (1930a), Helene Deutsch sostiene puntos de vista sobre los orígenes del masoquismo que difieren de los míos y que se basan en la suposición, igualmente en discrepancia con la mía, de que el complejo de Edipo de la niña es introducido por sus deseos y miedos de castración. <<

[867] Véanse *Mas allá del principio de placer* y «El problema económico del masoquismo», O. C., 18 y 19. <<

[868] Es claro que estas varias formas se sobreponen en muchos casos. Tratando con un material tan complicado y rico solo puedo dar una relación esquemática de una o dos de dichas formas, siendo mi objeto describir algunas de las consecuencias que surgen de esta ansiedad más fundamental en la mujer. <<

[869] Tal resultado depende grandemente, parecería, de la extensión en que le yo sea capaz de dominar la ansiedad. Como vimos en el capítulo anterior, sucede a veces que el individuo puede dominar su ansiedad (o más aun, transformarla en placer) solo a condición de que las situaciones reales que debe vencer sean particularmente difíciles y peligrosas. A menudo encontramos estas mismas condiciones impuestas en sus relaciones amorosas, en cuyo caso la copulación misma representa una situación de peligro. De aquí que la frigidez en la mujer se deba en parte a que ella evita de un modo fóbico una situación de ansiedad. Hasta donde he podido ver, existe una íntima conexión entre las condiciones específicas del dominio de la ansiedad y la obtención de gratificación sexual. <<

[870] Véase Freud, *Tótem y tabú,* O. C., 13; también Ferenczi, «Estadíos en el desarrollo del sentido de la realidad» (1913) y Abraham, «La valoración narcisista d los procesos excretorios en los sueños y en la neurosis» (1920). <<

[871] Para la conexión entre la paranoia y las funciones anales, véanse Freud, Ferenczi, Von Ophuijsen, Stärcke y otros. <<

[872] Véase el cap. 10. <<

[873] La omnipotencia sádica de esta índole, utilizada primariamente para destruir a los padres o a uno de ellos por medio de excrementos, se modifica en el curso del desarrollo del niño y es a menudo empleada para imponer daños a sus objetos o controlarlos o dominarlos intelectualmente. Debido a esta modificación y a que el niño realiza ahora sus ataques de un modo insidioso y secreto, y despliega igual vigilancia e inventiva mental en precaverse de los contraataques de un carácter correspondiente, su original sentimiento de omnipotencia toma una importancia fundamental en el desarrollo de su yo. En el artículo citado anteriormente, Abraham sostiene que la omnipotencia de las funciones de la vejiga e intestinos es un precursor de la omnipotencia de los pensamientos, y en su artículo «The Madonna´s Conception through the Ear» (1923), Ernest Jones ha mostrado que los pensamientos se equiparan con el flato. Pienso también que el niño equipara sus heces, y más especialmente sus flatos invisibles, con otra sustancia secreta e invisible, sus pensamientos, y, además, que imagina que en sus ataques ocultos sobre el cuerpo de su madre, los ha puesto dentro de ella por medios mágicos. (Véase el cap. 8 de este libro). <<

[874] El hecho de que la mujer refiera su narcisismo al cuerpo como un todo puede deberse en parte a que conecta su sentimiento de omnipotencia con sus varias funciones corporales y procesos excretorios, distribuyéndolo así en una mayor extensión sobre el total de su cuerpo, mientras que el hombre lo focaliza más en sus genitales. Después de todo, es por medio de su cuerpo que apresa y controla sus objetos reales por medios mágicos. <<

[875] En este capítulo y en el siguiente consideraré cómo la diferencia anatómica entre los sexos contribuye a separar las líneas a lo largo de las cuales el sentimiento de omnipotencia y, consecuentemente, las formas de dominar la ansiedad se desarrollan en cada sexo. <<

[876] En mi trabajo «Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual» (1931), he mostrado que en su inconsciente el individuo considera al pene como representante del yo y de su consciente, y al interior de su cuerpo —que es invisible— como el representante del superyó y del inconsciente. (Véase también el cap. 12 de este libro). <<

[877] En su artículo «The Role of Psychotic Mechanisms in cultural Development» 1930), Melita Schmideberg ha mostrado que la introyección del pene del padre (= padre) acrecienta grandemente el narcisismo del individuo y su sentimiento de omnipotencia. <<

[878] En el capítulo 8 he mostrado cómo el pecho «bueno» se transforma en «malo» a consecuencia de los ataques imaginarios que el niño realiza contra él (porque el niño dirige todos sus recursos sádicos, en primer lugar, contra el pecho, porque no le da suficiente gratificación); así, una introyección primaria de ambas imagos maternas, una buena y una mala, tiene lugar antes de que se formen otras imagos. <<

[879] En seguida examinaré con más detalle el profundo significado ligado a la posesión de niños. Es suficiente hacer notar aquí que los niños imaginarios dentro del cuerpo representan un objeto útil. <<

[880] Se recordará que, en su imaginación, además de haber atacado a sus padres, la niña ha dañado y matado a sus hermanos y hermanas dentro de la madre. Su temor a la venganza y sentimiento de culpa por esta causa hacen surgir trastornos en sus relaciones con los hermanos y hermanas reales y, consecuentemente, en su capacidad de adaptación social en general. Se recordará que, en su imaginación, además de haber atacado a sus padres, la niña ha dañado y matado a sus hermanos y hermanas dentro de la madre. Su temor a la venganza y sentimiento de culpa por esta causa hacen surgir trastornos en sus relaciones con los hermanos y hermanas reales y, consecuentemente, en su capacidad de adaptación social en general. <<

[881] Véase el cap. 9. <<

[882] Si la ansiedad es tan fuerte que no puede ser limitada por mecanismos obsesivos, los violentos mecanismos correspondientes a los primeros estadíos entrarán en juego junto con los mecanismos de defensa más primitivos empleados por el yo. <<

[883] Señalaré que cada niño tiene su cajón donde coloca los juguetes, papeles, lápices, etc., que yo saco para él al comenzar su hora y renuevo de tiempo en tiempo y que son puestos aparte junto con las cosas que él trae de la casa. <<

[884] Véase «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[885] En su artículo «La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer» (1930a), Helene Deutsch puntualiza este hecho como obstáculo para el mantenimiento de la posición femenina. <<

[886] Esta es, en parte, la razón por la cual el narcisismo femenino se extiende sobre el total del cuerpo. El narcisismo masculino está focalizado sobre el pene porque el temor mayor del niño es el de ser castrado. <<

[887] Loc. cit. <<

[888] Helene Deutsch apoya esta opinión en su libro Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen (1925). <<

[889] Ya hemos considerado la estructura de aquellos casos en los cuales el acto sexual no disminuye la ansiedad y a veces la aumenta. <<

[890] En su artículo «One of the Motive Factors in the Formation of the Super-Ego in Women» (1928), Hanns Sachs ha sugerido la posibilidad de que dado que la fase vaginal no puede establecerse a esa edad, la niña desplaza sus oscuras sensaciones de la vagina hacia la boca. <<

[891] Véase Abraham, «Manifestaciones del complejo de castración femenino» (1922). <<

[892] Karen Horney ha sido la primera psicoanalista que puso en relación el complejo de castración en la mujer con su primera posición femenina como niña pequeña. En su artículo «On the Genesis of the Castration Complex in Women» (1923), ha puntualizado ciertos factores que son importantes en el establecimiento en la niña de la envidia del pene basada en cargas pregenitales. Uno de estos es la gratificación de las tendencias exhibicionistas y escopofílicas que advierte que el niño obtiene al orinar; otra es su creencia de que la posesión del pene suministra una mayor gratificación del erotismo uretral, mientras que otras están derivadas de las dificultades que la acosan con respecto a su posición femenina, tal como la envidia a su madre por tener niños y que aumentan su tendencia a identificarse con su padre así como a intensificar su envidia del pene. Karen Horney cree, además, que los mismos factores que inducen a la niña a adoptar una actitud homosexual la conducen, aunque en menor grado, a la producción de un complejo de castración. <<

[893] Según Helene Deutsch, la enuresis es la expresión de una posición femenina en el niño y masculina en la niña (Psychoanalysis of the Neuroses, 1930b, pág. 51). <<

[894] Al hacer esto emplean un mecanismo que es, creo, de importancia general en la formación de fantasías sádicas. Convierten el placer que dan a su objeto en lo opuesto, añadiendo elementos destructivos. Como venganza, por no obtener «bastante» leche de la madre, producirán, en su imaginación, una cantidad excesiva de orina, y así destruirán su pecho, ahogándolo o licuándolo; y como una venganza por no tener leche «buena» de ella producirán un líquido dañino con el que quemarán o envenenarán su pecho y la leche que este contiene. Este mecanismo también dará lugar a fantasías de atormentar y dañar a la gente dándole demasiada comida buena. En este caso, el sujeto puede sufrir —como he encontrado en muchos casos— de la ansiedad de temer la venganza, de sentirse ahíto o estar demasiado lleno en conexión con el comer. Un paciente mío apenas podía controlar su rabia si le ofrecían aun del modo más cordial, comida, bebida o cigarrillos por segunda vez. Se sentía inmediatamente harto y perdía todo deseo de comer, beber o fumar más. El análisis demostró que este comportamiento estaba causado por las fantasías de carácter primariamente sádico descriptas arriba. <<

[895] En su artículo «On the Genesis of the Castration Complex in Women» (1923), Karen Horney dice que uno de los factores que impulsa la envidia del pene primaria de la niña en conexión con sus impulsos eróticos uretrales es que sus fantasías sádicas de omnipotencia están basadas en funciones urinarias asociadas en íntima conexión con el chorro de orina que produce el varón. <<

[896] Al considerar los orígenes de la homosexualidad en la mujer, Ernest Jones en su artículo «El desarrollo temprano de la sexualidad femenina» (1927b), ha llegado a ciertas conclusiones fundamentales que mis hallazgos confirman ampliamente. Dice, resumiendo, que la presencia de fuertes fantasías de *fellatio* en la mujer aliada a un sadismo oral poderoso prepara el camino a la creencia de que ha tomado posesión por la fuerza del pene del padre y se ha puesto en una relación especial de identificación con él. En su actitud homosexual así originada, demostrará falta de interés por su propio sexo y un fuerte interés por los hombres. Sus esfuerzos serán ganar el reconocimiento y respeto del hombre y tendrá fuertes sentimientos de rivalidad, odio y resentimiento contra él. En lo que respecta a la formación caracterológica, presentará rasgos acentuadamente oral-sádicos, y su identificación con su padre estará empleada en alto grado al servicio de sus deseos de castración. <<

[897] Véase el cap. 7. <<

[898] El lector puede consultar el historial de Erna en el cap. 3, pero un punto característico puede citarse aquí. A la edad de 6 años Erna sufrió de insomnio grave. Tenía terror a los asaltantes y ladrones, a los que podía vencer solamente si se acostaba boca abajo y golpeaba su cabeza contra la almohada. Esto significaba tener coitos sádicos con su madre, en los que jugaba el papel de su supuesto padre sádico. <<

[899] En su artículo «La femineidad como una máscara» (1929), Joan Riviere ha señalado que en su odio y rencor contra sus padres por proporcionarse mutuamente gratificaciones sexuales la niña tiene fantasías de castrar a su padre, tomar posesión de su pene y así tenerlos a los dos en su poder y matarlos. <<

[900] En este, así como en otros puntos importantes, mis observaciones analíticas están en completo acuerdo con M. N. Searl. <<

[901] En su «Psychotic Mechanisms in Cultural Development» (1930), Melitta Schmideberg deduce que la parte desempeñada en la historia de la medicina por la creencia en las cualidades mágicas del pene «bueno» se simboliza por los remedios, y la creencia en el «malo» se simboliza por el demonio de la enfermedad. Atribuye los efectos psicológicos de los remedios físicos a las causas siguientes: la actitud originaria primera de agresión contra el pene del padre, actitud que ha transformado a ese órgano en uno extremadamente peligroso, es seguida por una posición de obediencia y sumisión hacia él. Si toma la medicina que se le da, que representa el pene «bueno», contrarrestará a los objetos «malos» en su interior. <<

[902] Si su homosexualidad emerge solamente de manera sublimada, protegerá y cuidará de otras mujeres (por ejemplo, de su madre), adoptando una actitud de esposa hacia ellas, y tendrá poco interés por el sexo masculino. Ernest Jones ha demostrado que esta actitud se desarrolla en las mujeres homosexuales en las que la fijación oral de succión es muy fuerte. <<

[903] Helene Deutsch también cree que la verdadera actitud pasiva de la vagina se encuentra en su actividad oral y de succión (Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen, 1925). <<

[904] Véase mi «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[905] Helene Deutsch: «La importancia del masoquismo en la vida mental de la mujer» (1930a). <<

[906] En su artículo «Some Unconscious Mechanisms in Pathological Sexuality and their Relation to Normal Sexual Activity» (1932a), Melitta Schmideberg ha llegado a la conclusión de que las tendencias restitutivas son de gran importancia como incentivo de las actividades hetero y homosexuales. <<

[907] Si su sentimiento de culpa es excesivo, la fusión de sus actividades sexuales y de sus tendencias reactivas puede hacer surgir graves perturbaciones en su vida sexual. Reservaremos para el próximo capítulo la discusión del efecto que el deseo de realizar restituciones tiene sobre el desarrollo sexual y la potencia del hombre. <<

[908] Aun cuando su sadismo permanece dominante, el medio que emplea para dominar su ansiedad influirá en su vida sexual y puede conducirla a tener una actitud homosexual o a adoptar una heterosexual, estando ambas posiciones basadas sobre sus tendencias sádicas. <<

[909] En mi trabajo «Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador» (1929b), he analizado un relato de Karen Michaelis sobre una mujer joven que repentinamente desarrolló un gran talento de retratista de mujeres sin haber antes manejado nunca un pincel. He tratado de demostrar que lo que causó esta súbita productividad artística fue la ansiedad emanada de sus más profundas situaciones de peligro, y que pintar retratos de mujeres simbolizaba una restauración de su yo propio, cuya destrucción temió por venganza, y en este sentido fue capaz de aliviar el miedo surgido de sus más profundos niveles mentales. <<

[910] Fantasías con este contenido desempeñan en la homosexualidad femenina una parte similar a la que desempeñan en la homosexualidad del hombre fantasías de encontrar el pene del padre dentro del cuerpo de la madre como objeto de gratificación y de odio. Eso podría ser debido a que cuando la actitud de la niña es predominantemente sádica, representa la destrucción del pene del padre, emprendida en común por ella y su madre, y cuando es predominantemente positiva, una gratificación libidinal obtenida del pene en común entre ella y su madre. <<

[911] Desde que el modo en que cada niño recibe las impresiones de la realidad está ya ampliamente determinado por sus tempranas situaciones de ansiedad, los mismos acontecimientos tendrán efectos diferentes en distintos niños. Pero no puede dudarse de que la existencia de relaciones armoniosas y amistosas entre sus padres y entre ellos mismos y sus padres, es de importancia básica para su exitoso desarrollo sexual y su salud mental. Es claro que una vida familiar feliz supone en general que los padres no son neuróticos, de modo que un factor constitucional entra también en la situación. <<

[912] Véase el cap. 9. <<

[913] Un animal favorito puede también desempeñar la parte de objeto de «ayuda» en la imaginación del niño y disminuir así su ansiedad. Puede ser una muñeca o un animal de juguete al que asigne a menudo la función de protegerlo cuando duerme. <<

[914] Véase el cap. 7. <<

[915] Cada tipo toma importancia en los diferentes períodos de la vida. El análisis mostró que cuando su ansiedad crecía y ciertos factores externos actuaban, era conducida a elegir sujetos sádicos, o, por lo menos, a sentirse incapaz de resistir sus avances; mientras que en cuanto lograba separarse de sus objetos sádicos emergía el otro tipo, bondadoso, representante del hermano, y la hacía menos masoquista y más capaz de elegir un objeto satisfactorio. <<

[916] Para una mayor exposición de este punto, véase el cap. siguiente. <<

[917] Véase el cap. 7. <<

[918] Esto se ve más en el caso de la niña seducida o violada por adultos. Dicha experiencia, como sabemos, puede tener efectos muy graves sobre la mente del niño. <<

[919] Loc. cit., pág. 36. <<

[920] Véase Lewin, «Kostchmieren, Menses und weibliches Ueber-Ich» (1930). <<

[921] En su artículo «Psychoanalytisches zur Menstruation» (1913), Melitta Schmideberg puntualiza que la niña considera la menstruación, entre otras cosas, como el resultado de haber copulado sádicamente con el padre, y esto es tanto más terrorífico desde que ella cree que la acción es, por parte de este, una venganza llevada a cabo por su agresión contra ambos (contra él y su madre). Así como en sus fantasías sádicas, cuando niña, él ejecutaba sus deseos agresivos contra la madre, ahora él ejecuta el castigo que la madre le inflige a ella. Además, sus coitos sádicos con él parecen representar el castigo por el deseo de castración que sintió contra el sexo masculino en conexión con la copulación. <<

[922] En mi opinión, la fantasía primaria de la niña, mencionada arriba, 2(b), de que sus genitales (clítoris) han sido dañados porque le han arrancado por la fuerza el pene introyectado, o el miedo de que esto suceda, forma la base de sus fantasías de que los genitales han sido dañados por castración. **<<**

[923] Véase Freud, «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos», O. C., 19. <<

[924] El reconocimiento de la realidad interna es la base de la adaptación a la realidad externa. La actitud del niño frente a sus objetos imaginarios, que en este estadío de su vida son imágenes fantásticas de los objetos reales externos, determinará sus relaciones posteriores con estos objetos. <<

[925] La equiparación del pene «malo» con el niño ha sido ya discutida. Las dos ecuaciones coexisten y se refuerzan una a la otra. <<

[926] S. Ferenczi: «La ontogénesis del interés por el dinero» (1914a). <<

[927] La niña a menudo identifica en su inconsciente el niño imaginario con un pene pequeño e inofensivo. Esto está en parte en conexión con su relación con hermanos u otros niños, que la ayudan a confirmar su creencia en el pene «bueno». De pequeña atribuye una enorme cantidad de sadismo al pene del padre y encuentra el pequeño pene del hermano, si bien menos digno de admiración, menos peligroso. <<

[928] En *El malestar en la cultura* (O. C., 21), Freud dice: «La agresión está en el fondo de todas las relaciones de amor de los seres humanos, posiblemente con la sola excepción de la madre con su hijo varón». Cuando la mujer está fuertemente afectada por la equiparación entre niño y pene «bueno», será capaz de concentrar todos los elementos positivos de sus sentimientos sobre el niño, siempre que sea varón. <<

[929] También toma esto como una prueba por la realidad de que la orina, que ella equipara a la leche, no es peligrosa; así como por otra parte considera frecuentemente la sangre menstrual como una prueba en la realidad de que la orina y otros excrementos son sustancias peligrosas. Además, el hecho de amamantar es una refutación no solo del temor surgido de su fantasía sádica de que el pecho ha sido destruido, sino que la convence de que los excrementos no son dañinos para su cuerpo. Estas son las armas que en su imaginación usó para atacar el cuerpo de la madre y ahora ve que no lo ha dañado. <<

[930] «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos», O. C., 19. <<

[931] Junto con su mayor dependencia de los objetos va el mayor grado en que ella es afectada por la pérdida de amor. En su artículo «One of the Motive Factors in the Formation of the Super-Ego in Women» (1928), Hanns Sachs ha señalado el hecho curioso de que aunque la mujer, en general, es más narcisista que el hombre, siente más la pérdida de amor. Ha tratado de explicar esta contradicción aparente suponiendo que cuando el conflicto de Edipo llega a su fin, la niña trata de adherirse al padre tanto por su deseo de tener un niño de él como por medio de una regresión oral. Este punto de vista coincide con el mío en puntualizar el significado que la ligazón oral al padre tiene en la formación de su superyó. Pero de acuerdo con él, esta ligazón se produce por una regresión después que ella ha sido desilusionada en sus esperanzas de tener un pene y de obtener satisfacción genital del padre. Mientras que en mi punto de vista, la ligazón oral al padre, o, más correctamente, su deseo de incorporar su pene, es el fundamento y punto de partida de su desarrollo sexual y de la formación de su superyó. Ernest Jones atribuye el gran efecto que tiene sobre la mujer la pérdida de objeto al miedo de que el padre no le dará gratificación sexual (véase su artículo «El desarrollo temprano de la sexualidad femenina», 1927). De acuerdo con él, la razón por la cual la frustración de la gratificación sexual es tan intolerable para ella, es que pone en movimiento su profunda ansiedad, que es el miedo a la afánisis, de haber perdido totalmente la capacidad de experimentar placer sexual (en esto la mujer es más dependiente que el hombre de su pareja). <<

[932] Como ya se ha dicho, las diferentes clases de magia actúan conjuntamente y son intercambiables. El yo las opone una contra otra. El miedo de la niña de tener niños malos (heces) dentro de ella como resultado de los poderes mágicos de sus excrementos actúa como un incentivo para sobreenfatizar la creencia en el pene bueno. La equiparación del pene bueno con el niño le hace posible la esperanza de haber incorporado niños buenos, y ellos son un contrapeso para los niños que dentro de ella equipara a las heces malas. <<

[933] Esta fantasía existe también en el varón. (Véase el cap. 12). <<

[934] «Sobre la sexualidad femenina», O. C., 21. <<

[935] Véanse mis trabajos: «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928) y «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo» (1930a). <<

[936] Hasta donde es posible, estos estadíos serán solo aludidos brevemente aquí. Sobre un examen más detallado de ellos el lector debe ver los cap. 8 y 9 de este libro. <<

[937] Para un mayor detalle del fenómeno que aparece en conexión con la fase femenina del varón, el lector puede consultar mi artículo «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). Véase también Karen Horney «The Flight from Womanhood» (1926) y Félix Boehm «El complejo de femineidad en el hombre» (1930). <<

[938] El significado etiológico de estos miedos en las psicosis ha sido señalado en los cap. 8 y 9. <<

[939] Este miedo tiene relación, creo, con varias formas de claustrofobia. Parece evidente que la claustrofobia se remonta al miedo a quedar encerrado dentro del peligroso cuerpo de la madre. En el particular temor de no ser capaz de extraer el pene del cuerpo de la madre, parecería que este miedo se ha reducido a un miedo tan solo por el pene. <<

[940] Véase Abraham, «*Ejaculatio Praecox*» (1917). En su «Beiträge zur Analyse des Sadismus und Masochismus» (1913), Federn ha tratado el tema de cómo el sadismo activo surge en el varón, y ha llegado a la conclusión de que «la componente activa del órgano masculino que está despertando, se transforma en sadismo por mecanismos inconscientes en los que la representación simbólica juega una parte importante; o más concretamente, las tendencias que fluyen de este componente son transformadas en deseos sádicos. Al mismo tiempo, todas las tendencias activas que ya han sido desarrolladas en el niño se reactivan». <<

[941] En algunos casos he visto que el niño utiliza su propio pene como un arma contra el pene internalizado del padre, así como volviéndolo contra sí. Equipara la corriente de orina con su pene y la considera como un palo o rebenque o espada con los que él vence al pene de su padre dentro de él mismo. Con frecuencia me he enfrentado con una fantasía en la que el niño estira su pene de tal modo que alcanza a ponerlo en su boca, y en algunos casos dentro de su ano. Esta fantasía es activa por su deseo de poner su pene en una lucha directa con su superyó. <<

[942] Según Ferenczi (1922), el erotismo pregenital es desplazado a actividades genitales en virtud del proceso de amphimixis. **<<**

[943] Reich ha señalado que la fuerza constitucional del erotismo genital del individuo es un factor importante en el éxito final de su desarrollo. (Véase *La función del orgasmo*, 1927). <<

[944] Si las tendencias genitales se instalan demasiado pronto y conducen así al yo a una defensa prematura y exagerada contra los impulsos destructivos, pueden dar por resultado graves inhibiciones de desarrollo (véase mi trabajo «La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo», 1930). <<

[945] Si el niño no puede imponer sus tendencias positivas frente a la madre en forma satisfactoria, el cuerpo de esta permanecerá como un objeto de odio a causa de la agresión del niño contra el pene paterno, al que supone dentro de la madre, y se apartará de ella. <<

[946] Véase el cap. 8. <<

[947] Véase Mary Chadwick, «Ueber die Wurzel der Wissbegierde» (1925). <<

[948] En su «Homosexualität und Oedipuskomplex» (1927), Félix Boehm ha llegado a la conclusión de que las fantasías que suelen tener los hombres de que la vagina de la mujer oculta un pene peligroso, enorme y movible —un pene femenino— reciben su valor patogénico del hecho de estar inconscientemente conectadas con ideas del terrorífico y enorme pene del padre, presente y escondido en la vagina de la madre. En un artículo anterior, «Homosexualität und Polygamie» (1920), Boehm señaló que el hombre a menudo desea encontrar el pene del padre dentro de la madre, y este deseo se basa en impulsos agresivos contra el pene de su padre. Su impulso de atacar el pene dentro de la vagina de la madre y la represión de sus impulsos destructivos, cree Boehm que son factores importantes para hacerlo homosexual. <<

[949] Cuando esto sucede, es signo de que la separación de la imago combinada de los padres se ha logrado con éxito y que la ansiedad psicótica infantil temprana ha sido modificada en una neurosis. <<

[950] Véase el cap. 9. <<

[951] Que las tendencias restitutivas del muchacho se dirigen hacia el objeto «bueno» y las destructivas al objeto «malo» ha sido aclarado ya en otras ocasiones. <<

[952] Desde que las situaciones de ansiedad del muchacho con respecto al interior de la madre y su ansiedad con respecto a su propio cuerpo están interrelacionadas y son interdependientes, sus fantasías de restaurar el cuerpo de la madre se aplican en todos los casos a la restauración del suyo propio. Entraremos a considerar en seguida el aspecto de estas fantasías de restauración. <<

[953] El sentimiento de culpa del niño frente a la madre, sus miedos a que el pene «malo» del padre pueda dañarla, contribuyen también considerablemente a sus intentos de restaurar el pene de su padre, devolvérselo a ella y unir a ambos padres de un modo cordial. En algunos casos este deseo puede hacerse tan dominante, que abandonará a su madre como objeto de amor y la restituirá a su padre por completo. Esta situación lo lleva a una posición homosexual, en cuyo caso su homosexualidad servirá al propósito de hacer restituciones al pene del padre, cuya función sería entonces restaurar a su madre y darle gratificación. <<

[954] Cuando el miedo del muchacho al pene «malo» o, con no poca frecuencia, su incapacidad para tolerar su propio sadismo, aumenta su creencia en el pene «bueno» en un grado exagerado, no solamente en relación al pene de su padre dentro de su madre, sino también con respecto a su superyó, su actitud hacia las mujeres puede hacerse muy distorsionada. El acto heterosexual servirá primero y por sobre todo para satisfacer sus deseos homosexuales, y el cuerpo de la madre no será más que algo que contiene el pene bueno. <<

[955] «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[956] En su artículo «Ueber die Wurzel der Wissbegierde» (1928), Mary Chadwick considera que el niño se reconcilia con su incapacidad para tener un niño al ejercitar su instinto epistemofílico, y que los descubrimientos científicos y las conquistas intelectuales toman el lugar de niños. De acuerdo con ella, este desplazamiento hacia un plano mental de su envidia a las mujeres por poder tener un niño es lo que le hace adoptar una actitud de rivalidad hacia ellas en asuntos intelectuales. <<

[957] Edoardo Weiss, en su artículo «Ueber eine noch unbeschriebene Phase der Entwicklung zur heterosexuellen Liebe» (1925), declara que la elección heterosexual de objeto hecha por el hombre adulto es una resultante de la proyección de su propia femineidad, y cree que es debido a este mecanismo de proyección que el hombre adulto retiene en parte una actitud maternal hacia su compañera. También señala que la mujer logra su posición heterosexual final de un modo similar, abandonando su masculinidad y situándola en el hombre que ama. <<

[958] Reich ha mostrado que en muchos pacientes el pene asume el papel del pecho de la madre, y el semen, el de la leche (véase *La función del orgasmo*, 1927). <<

[959] Tal convicción se hace más fuerte en el análisis cuando la severidad de su superyó, la ansiedad y el sadismo disminuyen, y el estadío genital emerge más claramente, con una correlativa mejoría en su relación de objeto y en las relaciones entre su superyó, *El yo y el ello*. **<<**

[960] Véase mi «Estadíos tempranos del conflicto edípico» (1928). <<

[961] Este punto de vista está apoyado por el hecho bien establecido de observación analítica de que el pene y la potencia masculina representan la actividad masculina en general. <<

[962] Véase mi artículo «Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual» (1931). <<

[963] Véase el cap. 8. <<

[964] Para la descripción de su aplicación a la niña véase el cap. anterior. <<

[965] En algunos casos de estos, el período de succión ha sido corto e insatisfactorio, en otros el niño ha sido solamente alimentado con mamadera, pero aun cuando el período de succión haya tenido toda la apariencia de ser satisfactorio, el niño puede sin embargo haberse alejado del pecho muy pronto y con sentimientos de odio y puede haber introyectado el pene de su padre muy fuertemente. En este caso su conducta debe estar determinada por factores constitucionales (cap. 8). <<

[966] El odio exagerado del niño al pene del padre se basa sobre fantasías destructivas excesivamente fuertes, dirigidas hacia el pecho y cuerpo de su madre, de modo que aquí también su temprana actitud hacia su madre influye en su actitud hacia su padre. <<

[967] Las imagos que han surgido de estas fantasías están generalmente no solo en desacuerdo con la imagen real de la madre del niño, sino que la enmascaran por completo. Aquí la causa y el efecto se refuerzan uno al otro. Debido a la actuación demasiado fuerte de las primeras situaciones de ansiedad del niño, el crecimiento de su relación de objeto y adaptación a la realidad han sido detenidos. Como consecuencia de esto su mundo de objetos y realidad no puede mitigar la ansiedad correspondiente a aquellas tempranas situaciones de ansiedad, de modo que estas continúan dominando su mente. He encontrado que en tales casos la relación del niño con la realidad ha resultado permanentemente perjudicada. <<

[968] En el cap. anterior hemos trazado un proceso análogo de desplazamiento en la niña. Cuando su odio y envidia están relacionados principalmente con el pene del padre, que su madre ha incorporado, ella desplaza al pene los sentimientos que originariamente estaban en su mayor parte dirigidos hacia su madre, con el resultado de que su actitud hacia los hombres está expuesta a graves perturbaciones. <<

[969] Véase mi artículo «La personificación en el juego de los niños» (1929a). <<

[970] En casos extremos su libido será incapaz de mantener ninguna posición.
<<

[971] A causa de este desplazamiento su madre había adquirido de tal modo las cualidades del pene del padre y había retenido tan poco de su propia personalidad, que A. la identificaba en su inconsciente directamente con el pene del padre (conscientemente con un niño varón). Una consecuencia de estos múltiples desplazamientos era la dificultad que tenía el paciente, también conscientemente, para diferenciar los sexos. **<<**

[972] E. Jones llamó la atención sobre este mecanismo en su artículo «Fear, Guilt and Hate» (1929). <<

[973] Si la ansiedad era muy intensa, a A. le parecía también que mi calle y mi casa (y así todo el mundo), estaban como sumergidos en suciedad. También me identificaba a menudo con una sirvienta que le era sumamente antipática y que estaba encargada de la limpieza del zaguán y de la escalera. Esta mujer le resultaba tan desagradable por provocar su sentimiento de culpa y ansiedad. Le significaba a su madre, degradada y empobrecida por culpa de él, que intentaba limpiar el interior de su cuerpo sucio y envenenado —la casa—, pero que según su impresión hacía un trabajo vano y estéril. A causa de las fantasías en que había atacado, mediante sus excrementos envenenados, a los padres en coito (el interior de la madre), se sentía responsable por el estado de esta última. <<

[974] Como únicamente me interesa ilustrar mediante esta caso que determinadas situaciones tempranas de peligro pueden ser la causa de trastornos graves de la sexualidad, de una cantidad de impresiones e influencias tempranas que habían influido en su desarrollo dejaré constancia de solo dos: la madre era enfermiza, y el padre, un hombre duro y tiránico temido por toda la familia. <<

[975] Los celos primitivos del niño pequeño, que lo llevan a intentar perturbar la satisfacción sexual de sus padres y sus intimidades, reciben también en general una intensificación secundaria y muy importante por su angustia. El niño teme que los padres se hieran o maten en el coito (dando cumplimiento a sus propias fantasías sádicas), y esta angustia lo impulsa a observar y molestar a los padres. <<

[976] Me parece que esta situación puede ser también un incentivo para el alcoholismo. El alcohol —representando al pene malo con respecto a la orina mala— sirve para la destrucción de los objetos internalizados. Melitta Schmideberg expone en su trabajo «The Role of Psychotic Mechanisms in Cultural Development» (1930), que la droga buscada por el toxicómano representa al pene «bueno», que ofrece amparo contra los objetos malos introyectados. La circunstancia de que la droga misma, una vez ingerida, se convierta por la ambivalencia y tome el significado de un pene «malo», ofrece un impulso más a la toxicomanía. <<

[977] Freud: *Tótem y tabú*, O. C., 13. <<

[978] Los detalles de sus trastornos hipocondríacos resultaron determinados por lo general, por la construcción y las particularidades de sus fantasías sádicas. Encontré, por ejemplo, varias veces que las sensaciones de quemar estaban relacionadas con fantasías de carácter uretral-sádico. Como había utilizado la orina para quemar los objetos, quemaba también el interior de su propio cuerpo. Además adjudicaba, en estos casos, al pene internalizado del padre y a su orina la cualidad de quemar, envenenar y corroer. <<

[979] Detrás de este temor acecha el temor a su madre como rival, quien trata de hacerlo responsable de la castración y robo del pene del padre. <<

[980] Véase el cap. 7. <<

[981] Véase el cap. 8. <<

[982] Franz, mi paciente de 5 años, por ejemplo, quien revelaba rasgos psicóticos acentuados en su análisis, tenía miedo en la oscuridad a una multitud de ratas y ratones que vinieran del cuarto vecino a su cuarto y avanzaran hacia él mientras permanecía en la cama, atacándolo en parte desde arriba y en parte por abajo. Representaban heces provenientes de sus padres, entrando en su ano y otras aberturas de su cuerpo como resultado de sus propios ataques anal-sádicos sobre sus padres. <<

[983] Véase el cap. 9. <<

[984] Freud ha llamado la atención sobre el hecho de que en algunos casos lo que contribuye a una elección homosexual de objeto son sentimientos de rivalidad que han sido superados y tendencias agresivas reprimidas («Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad», O. C., 18). Sadger ha enfatizado la rivalidad del niño con su padre y su deseo de castrarlo como factores en la homosexualidad («Ein Fall von multipler Perversion mit hysterischen Absenzen», 1910). Ferenczi ha señalado que los homosexuales abrigan crueles deseos de muerte contra su padre, así como fantasías incestuosas de ataque a la madre («Nosología de la homosexualidad masculina», 1914). Jones demostró que el sadismo oral es el factor básico de la homosexualidad femenina («El desarrollo temprano de la sexualidad femenina», 1927b). <<

[985] La desproporción entre el gran pene y las grandes cantidades de semen que él cree que son necesarias para satisfacer a su madre y la pequeñez de su propio pene es una de las cosa que contribuyen para hacerlo impotente en la vida futura. <<

[986] Boehm se refiere (loc. cit.) a un paciente que acostumbraba, entre otras cosas, a descubrir en sus relaciones homosexuales con hombres lo que era la «técnica sexual» con las mujeres. <<

[987] La continua preocupación e inquietud de B. sobre su apariencia demostró ser un desplazamiento hacia fuera de su intranquilidad por el interior de su cuerpo y de su ansiedad hipocondríaca concerniente al mismo. <<

[988] Esta buena relación objetiva con hombres y mujeres sufría temporalmente graves trastornos. Cuando esto ocurría, B. se abstenía, dentro de lo posible, de mantener relaciones con personas. Una o dos veces en su vida había tenido relaciones sexuales con mujeres, pero no había obtenido nunca verdadera satisfacción. Sus principales motivos para empeñarse en una situación de esta naturaleza eran la curiosidad y un deseo de hacer lo que otros hombres heterosexuales hacían, y en especial un rechazo de herir los sentimientos de la compañera que le había manifestado sus deseos. <<

[989] Veremos más tarde por qué esta carencia lo aterraba tanto. <<

[990] Según se ha dicho en el cap. 4, la cabeza, brazos, manos y pies de la mujer se consideran a menudo en el inconsciente como el pene internalizado del padre que ha reaparecido; sus miembros —el par de piernas, pies o brazos o aun dedos— a menudo significan ambos padres internalizados. <<

[991] Desde que la posesión de un pene le era tan necesaria para vencer la ansiedad, todos los miedos de B. sobre el interior del cuerpo de la mujer aumentaron por el hecho de que ella no tenía tal órgano externo. <<

[992] Mirar hacia abajo significaba mirar dentro de sí. En otros casos he podido descubrir que mirar a la distancia representaba introspección. Parecería que para el inconsciente nada es más distante o más inaccesible que el interior del cuerpo de la madre y aun más, el interior de su propio cuerpo. <<

[993] He encontrado en otros casos, también, que cosas en el exterior del cuerpo representaban cosas en el interior. Gunther, mi paciente de 6 años, acostumbraba siempre a hacer serpientes de papel, las enroscaba alrededor de su cuello y después las rompía. Hacía esto para dominar su miedo, no solo al pene de su padre que lo estrangulaba desde afuera, sino también al pene del padre que lo sofocaba y mataba desde adentro. <<

[994] Las relaciones sexuales de B. con sus hermanos se vieron interrumpidas después del primer período de infancia y él no tenía ningún recuerdo de ellas. Por otra parte recordaba con bastante claridad y con detalles haber atormentado mucho a su hermano David, y este cruel comportamiento se relacionaba íntimamente, según lo demostró el análisis, con las actividades sexuales que había olvidado. <<

[995] Por la misma razón tenía características femeninas bastante pronunciadas y sus sublimaciones eran de tipo predominantemente femenino. Este punto será discutido más adelante. <<

[996] La fracasada formación del superyó de B. (es decir, la acción exagerada de sus primeras formaciones de ansiedad), no solo le habían conducido a grandes trastornos de su salud mental, a un perjuicio de su desarrollo sexual y a una inhibición de su capacidad para el trabajo, sino que era también la razón por la cual sus relaciones de objeto, aunque buenas en sí, estaban a veces sujetas a severas perturbaciones. <<

[997] En el capítulo anterior he mencionado uno o dos factores que capacitan al individuo de ambos sexos para restaurar a su objeto mediante el acto sexual. <<

[998] En una ocasión tuvo relación con un tercer tipo de persona, que correspondía a su padre. Esto sucedió contra su voluntad, pero él no lo pudo evitar e hizo surgir gran ansiedad en él. <<

[999] Aquí también todos los detalles de su hermosa ciudad imaginaria representan una restauración y un embellecimiento y perfección posteriores del cuerpo de su madre y del suyo propio y que según él imaginaba habían sufrido daño y destrucción. <<

[1000] En el capítulo anterior hemos visto que la creencia de la niña en la omnipotencia de los excrementos está más fuertemente desarrollada que en el niño y que este factor tiene una influencia específica sobre el carácter de sus sublimaciones. He demostrado la corriente de sublimación que fluye del trozo de materia fecal malo y feo al niño hermoso. La creencia de B. en la omnipotencia de su pene como órgano ejecutivo de sadismo no era adecuadamente eficaz y su creencia en la omnipotencia de sus excrementos era relativamente más fuerte. Como consecuencia de esto, sus sublimaciones eran de un tipo claramente femenino. <<

[1001] B. recordaba haber tratado repetidamente de apretar su pene entre los muslos para hacerlo desaparecer de la vista. <<

[1002] Su miedo a las imagos malas, que hacía que tratara de negar y dominar su inconsciente en un grado mayor que lo ordinario, tenía mucha relación con la inhibición de sus poderes productivos. No pudo nunca abandonarse completamente a su inconsciente y, así, una fuente importante de su energía creativa estaba clausurada para él. <<

[1003] La mujer «pura» e «intacta» es la madre que no ha sido ensuciada, manchada o destruida por el pene del padre y por sus peligrosos excrementos y que puede, por lo tanto, dar a su amante sustancias puras, buenas y curativas extraídas de su propio cuerpo intacto. <<

[1004] En mis análisis de pacientes masculinos de todas las edades, más de una vez me he enfrentado con esta especial situación de peligro, en la cual el pene malo del padre llena el propio pene del sujeto desde adentro y toma así completa posesión de él. Por ejemplo, un pequeño paciente mío una vez colocó un lápiz con su canuto en el fuego. Quería que se quemara la parte mala del canuto que tenía algo duro y fuerte que estaba contenido en él. El canuto del lápiz representaba su propio pene, la cosa mala (el lápiz mismo) que tenía que ser quemada era el pene del padre. En otra ocasión puso un trozo de mala madera al fuego y al mismo tiempo afiló su lápiz, explicando que hacía eso para que el pedazo de madera se quemara mejor. Resultó que en su imaginación el trozo de madera y el lápiz pertenecían el uno al otro, estaban pegados el uno al otro y luchaban el uno contra el otro. Después del análisis, de esta situación de peligro liberó una ansiedad de una naturaleza especialmente intensa y que es, según yo creo, un obstáculo serio para el logro de la potencia sexual en el hombre. <<

[1005] Mientras que una cierta cantidad de ansiedad en el niño aumenta su necesidad de amor y forma su capacidad para amar, el exceso de ansiedad tiene un efecto paralizador sobre ambos. <<

[1006] Véase el cap. 8 <<

[1007] En su artículo «The Problem of Paul Morphy» (1931) Ernest Jones ha descripto un ejemplo donde la causa de la enfermedad estaba basada en diferentes mecanismos. Demostró que la psicosis a la cual sucumbió Morphy, el famoso ajedrecista, tenía las causas siguientes: su equilibrio mental dependía del hecho de que jugando al ajedrez podía expresar su agresión dirigida contra la imagen paterna de un modo egosintónico. Sucedía que la persona con quien él más quería enfrentarse como contrincante evadía su desafío y se comportaba de tal manera que hacía surgir su sentimiento de culpa, y esta fue la causa precipitante de la enfermedad de Morphy. <<

[1008] Debe señalarse que cuando se presentan en el análisis ansiedad intensa y síntomas graves, la estructura de la enfermedad es a menudo más favorable que cuando no hay síntomas. <<

[1009] Tuve un paciente niño, cuyo análisis duró 45 meses. <<

[1010] En el capítulo 5 hemos visto cómo en cierto número de casos en los que el tratamiento debió interrumpirse, aun un análisis de pocos meses produjo una mejoría considerable, disminuyendo la ansiedad en los niveles más profundos de la mente. <<

[1011] Véanse sobre este punto el artículo de Melitta Schmideberg «The Psychoanalytic Treatment of Asocial Children and Adolescents» (1932b). <<

[1012] Los detalles de los antecedentes del paciente que doy aquí son casi idénticos a los incluidos en la introducción de mi trabajo «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945), en el cual ejemplifico mis conclusiones con material sacado del análisis de este mismo paciente. <<

[1013] La versión de la madre con respecto a este punto y a otros fue muy vaga, y por ello hay una cantidad de detalles de los primeros años de la vida de Richard que aunque me hubiera gustado conocer más, no pude llegar a descubrir. <<

[1014] Véase «Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa» (1948). <<

[1015] Su madre me había dicho que se preocupaba mucho cuando a ella le pasaba algo. Este tipo de información no puede ser usado a menudo y solo debe formar parte de la interpretación si encaja muy profundamente en el material. Es más seguro depender solo del material que el niño dé, pues si no, podemos hacerle sospechar que el analista se mantiene en un contacto estrecho con sus padres. Pero en este caso particular sentí que el niño estaba excepcionalmente dispuesto a hablar de sus preocupaciones.

<<

[1016] Véase la Introducción. <<

[1017] Yo le había preguntado a su madre cuál era la expresión con que Richard denominaba a su genital, y esta me contesto que con ninguna, pues nunca se refería a él. Tampoco llamaba de ninguna manera a los actos de orinar y defecar, pero cuando yo introduje las expresiones de «lo grande» y «lo chico» *(big job, little job)*, y más tarde la palabra heces, las comprendió sin ninguna dificultad.En casos como este en que el ambiente ha favorecido tanto la represión que no se usa expresión alguna para designar a los genitales ni a las funciones corporales, el analista debe él mismo introducirlas. No cabe duda de que el niño sabe que tiene un genital, tanto como se produce orina y materia fecal, de manera que las palabras que se le dan le ponen en contacto con este conocimiento, tal como se demostró en este caso. De igual manera al principio tuve que referirme a las relaciones sexuales con la descripción de lo que él mismo creía inconscientemente que sus padres hacían durante la noche. Gradualmente fui usando las palabras «relaciones sexuales» y más tarde «coito». <<

[1018] He aquí un ejemplo de las dificultades que surgen a causa de que mis notas no estén completas. La anotación de esta interpretación confunde: estoy segura de no haberla formulado sin tener material sobre el cual basarme. <<

[1019] En ese entonces, Paul, que acababa de cumplir los diecinueve años, estaba en el ejército. <<

[1020] Esta niñera entró en la casa al nacer Richard o inmediatamente después. El niño la quería mucho, pues parecía ser comprensiva y buena. En ese momento se había ido de la casa, estaba casada y vivía no lejos de «X». <<

[1021] Yo había usado ya este reloj en la primera sesión, porque el de pulsera se me había parado. <<

[1022] En el tratamiento de niños, suelo contestar algunas de las preguntas personales que estos me formulan, aunque en forma breve, antes de proceder a analizarlas. Esta es una técnica diferente de la que uso con los adultos, a quienes por lo general no contesto, limitándome a interpretar. Sin embargo, como dije en la Introducción, en este caso particular contesté a más preguntas de las que suelo responder en otros. Echando una mirada retrospectiva, no creo que este proceder de reaseguramiento haya acelerado el análisis, y en general he notado que cada vez que por diferentes causas me he salido fuera de los límites de una técnica puramente psicoanalítica, he encontrado después razones para lamentarlo. <<

[1023] Según se podrá juzgar a través de todo el análisis, la actitud de Richard hacia el señor K. Implicaba en forma persistente la fantasía de que este todavía vive. <<

[1024] John Wilson es el paciente al que se alude en la Introducción, y a quien Richard conocía y veía a menudo. Era unos años mayor que él y por lo tanto no se analizaba en el cuarto de juegos. <<

[1025] Como dije antes, Richard era muy hipocondríaco. Esto en parte se debía a que su madre, que a menudo se resfriaba, se preocupaba mucho por su hijo cuando a este le ocurría lo mismo. <<

[1026] Juego de palabras «He knows his blows» en vez de «He blows his nose». <<

[1027] El no contestar a mis interpretaciones y preguntar en seguida si es ya la hora de marcharse, constituyó una expresión de resistencia que Richard manifestó repetidamente en su análisis. Al mismo tiempo, tuvo siempre un gran interés en seguir manteniendo conmigo una relación amistosa. <<

[1028] Por lo general, la madre solo le acompañaba parte del camino. <<

[1029] En ese entonces el temor a la castración se había hecho muy consciente. Según la madre, el día después de la operación Richard se señaló el pene y dijo que «le había desaparecido por completo». Aunque no cabe duda de que la operación influyó en la angustia de castración, el análisis demostró más adelante que los deseos destructivos tempranos que Richard sintiera hacia el pecho de su madre y el pene de su padre, fueron los que constituyeron la causa fundamental del miedo a una posible venganza, y en especial a ser castrado por el padre. La operación sirvió, sin duda, para intensificar estas ansiedades ya existentes. <<

[1030] Es característico de mi técnica y de toda la concepción que tengo del análisis considerar que al analizar la ansiedad en el momento en que se manifiesta de manera más aguda, se obtiene el efecto de aliviarla. Como ejemplo de ello, vemos que entre la sesión anterior y la presente, la interpretación del temor a la castración y las causas subyacentes de la misma, han sido seguidas de un fuerte incremento de la transferencia positiva y de un alivio evidente de la angustia. <<

[1031] Brest, nombre de un puerto de Francia, se pronuncia en forma muy similar a *breast* = pecho. **<<**

[1032] Aunque no tengo notas sobre ello, debo de haber ido al pueblo tras una de las sesiones precedentes. <<

[1033] Conviene recordar que en la tercera sesión Richard se había interesado, de pronto, en los barcos que quedarían bloqueados en el Mediterráneo si Gibraltar fuera tomada. En esa ocasión interpreté esto como el miedo ante los peligros a que se exponía su padre durante las relaciones sexuales con la madre. <<

[1034] Richard se refiere aquí al análisis, llamándolo «el trabajo». No me acuerdo ya si esta expresión, que usó durante todo el tratamiento, fue tomada o no de algo que yo dijera. <<

[1035] En esta ocasión, como la caminata tomó bastante tiempo, me aparté de la técnica habitual de no interpretar fuera del consultorio. <<

[1036] Evidentemente falta en mis notas algún material que Richard debe de haber traído en este momento. <<

[1037] Es significativo el cambio de humor que se operó tras estas interpretaciones. La depresión disminuyó y surgió en un primer plano el deseo de reparar. <<

[1038] Los conflictos reales ocurridos entre los padres o entre gente de significación para la vida del niño (niñera, muchacha o maestra), causan a este una gran ansiedad en cualquier edad, ansiedad esta que se torna particularmente intensa durante la latencia (Véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo 4). <<

[1039] En este período, ya no elegía el país para hablar de él, más que como si se tratara de una posesión. <<

[1040] La palabra «potente» fue usada en mis interpretaciones solo tras haber explicado a Richard lo que quería decir con ella. <<

[1041] Esta sesión es muy corta, no solo porque mis notas estén incompletas, sino también porque últimamente, al surgir ansiedades más profundas, Richard ha empezado a hablar mucho menos y el análisis se hace más difícil. Todo esto está relacionado con la próxima nota de pie de página. <<

[1042] En la primera sesión, como dije anteriormente, había yo preparado juguetes, papel, lápices, etc., sobre la mesa, pero Richard no se interesó por ellos, diciendo que no quería jugar ya que solo le gustaba pensar y hablar. Durante las últimas sesiones, sin embargo, empezó a hablar cada vez menos, y se hizo evidente que al ir vivenciando ansiedades más profundas, iba sintiendo una necesidad cada vez mayor de jugar y de actuar. Esto pudo verse en la mayor frecuencia con la que se acercaba al mapa, «elegía» un país, manipulaba el reloj, lo miraba y acariciaba, encendía y apagaba el fuego, exploraba la habitación con mayor detenimiento, inspeccionaba los cuadros y tarjetas del biombo y sacudía los banquitos. Como el cuarto de juegos también se usaba para otros fines que los del análisis, no pude seguir el procedimiento que uso habitualmente de guardar los juguetes y demás artículos en un sitio accesible para el niño —un cajón abierto o una mesa—, dejando así que él los use cuando y como quiera. (El analista debe abstenerse de dirigir el juego del niño o sus demás actividades, ya que esto corresponde al principio de la «libre asociación» del análisis de los adultos). Tampoco podía yo preparar sus cosas antes de cada sesión, pues si Richard llegaba antes de la hora me vería obligada a hacerlo en su presencia. Sin embargo, resulta ahora evidente que el niño necesitaba urgentemente un medio más apropiado con el cual poder expresar su inconsciente, y por ello decidí traerle el papel y los lápices, pero no los juguetes, hasta poder ver cómo respondía a ello. <<

[1043] El U 2 de la parte inferior del dibujo, fue añadido dos sesiones después.
<<

[1044] A veces la madre de Richard se quedaba con él en el hotel, pero en otras ocasiones lo hacía la cocinera o su antigua niñera, que vivía cerca. <<

[1045] Los juguetes eran los siguientes: pequeños muñequitos de madera, algunos de los cuales estaban vestidos de hombre y otros de mujer, y entre los cuales algunos eran más grandes que otros. La «mujer rosa» y el «ministro» estaban sentados. Dos columpios, con una persona en cada asiento; dos trenes: uno con vagones cerrados al que Richard llamó «eléctrico» o «expreso», y cuyos vagones eran a menudo «de pasajeros», y otro con vagones abiertos, al que llamó tren de «carga», ajustándose a esta denominación durante todo el tratamiento. Los dos trenes tenían locomotoras; y aunque el eléctrico era mayor que el de carga, ninguno de los dos era mecánico, de manera que aunque digo que los ponía en marcha, siempre era Richard quien los empujaba. También había animalitos, casas de dos tamaños, un camión de carbón y otro de leña y algunas vallas y árboles. (He repetido a menudo que trato de evitar los juguetes que puedan especificar una determinada labor, pero por alguna razón que ahora no puedo recordar, los dos camiones formaban parte en aquel entonces de mi colección de juguetes). <<

[1046] En la sesión que sigue a esta se añadieron muchos detalles. <<

[1047] Aunque no he guardado notas de ninguna interpretación en la que señale los nuevos caracteres que toma el juego de Richard, como ser el del ataque directo del perro a su padre, o el abandono que hace del juego y de los juguetes tras el «desastre», no me cabe duda de que todo fue interpretado. <<

[1048] Se puede deducir con seguridad, de todo el contexto, que al colorear el dibujo, Richard sentía que la gente allí representada tomaba vida. Esta experiencia parece ser similar a la de uno o dos pacientes míos adultos, los cuales durante el análisis empezaron a tener sueños de colores, sintiendo que ello constituía un gran progreso, pues lo vivenciaron como la capacidad de revivir sus objetos. <<

[1049] El que Richard sospeche de sí mismo y se vea destructivo (el bebé ávido), para luego extender dicha sospecha hasta abarcar a los demás niños (aquí John y Paul). Coexiste con las dudas que tiene sobre su padre malo. La avidez es vivida predominantemente como un peligro para la madre; pero mientras los impulsos y fantasías destructivos de los niños (las estrellas de mar) se expresan en el morder y el devorar, el arma de destrucción del padre es su órgano genital voraz, que muerde y que envenena. La culpa que siente Richard, como vemos en el material, no solo tiene como origen su propia destructividad sino también la del padre, pues cree que los impulsos agresivos de este son el resultado de sus propios deseos hostiles provocados por los celos. En el juego que hace, el desastre se debe básicamente a haber atacado, por celos, a su padre o a los dos padres juntos. **<<**

[1050] Vemos aquí, por primera vez, que la destructividad de Richard le provoca miedo de morir, porque teme una venganza. La necesidad de ser castigado aparece en forma tal que no deja lugar a dudas. <<

[1051] Una vez más nos encontramos ante una interpretación que, aunque está aquí presentada en forma consecutiva, fue sin duda interrumpida por alguna respuesta o material nuevo. <<

[1052] La flota consistía en 2 barcos de guerra, 3 cruceros, 5 destructores y 5 submarinos, en total 15 piezas, de la cuales los submarinos eran los menores. <<

[1053] La necesidad de controlar los objetos internos puede expresarse mediante la adopción de posturas rígidas, así como también mediante otros fenómenos. En su forma más extrema constituye, a mi parecer, una de las causas más profundas de la catatonía. (Véase *El psicoanálisis de niños*, cap. 8). <<

[1054] Como «X» es un pueblo pequeño, a Richard, que era muy inquisitivo, le resultaba fácil obtener información sobre mí. Sabía bastantes cosas sobre algunos de mis pacientes, mi patrona, y el otro inquilino de la casa. Además, cuando yo salía a menudo me encontraba con él en la calle. Todo lo cual, como se verá más adelante, entró a formar parte del material de análisis. <<

[1055] Estos dos lápices simbolizan de ahora en adelante a los padres, mientras que los colores, que son más cortos, son los niños. A pesar de esto, en ciertos momentos algunos de los colores representan también a los padres. <<

[1056] Llegado este punto, encuentro comentado en mis notas que debido a la gran cantidad de detalles que se modificaban constantemente en el juego de Richard, y a la riqueza del material, solo pude interpretar parte de ellos, limitándome por esto a lo que me pareció constituir lo principal. <<

[1057] Es interesante ver cómo, al llegar a esta etapa del análisis, aparecieron con mayor claridad las referencias a mí, pudiéndome diferenciar con mayor claridad de la figura materna. <<

[1058] Aunque Richard empieza a dibujar cuidadosa y deliberadamente, como se encuentra en un evidente estado de angustia y de resistencia llega a expresar material de tipo inconsciente. No puedo publicar este dibujo porque contiene varios nombres tales como el del hermano y el de la muchacha. <<

[1059] La pequeña sección negra que resulta ser la parte mala de Richard, tiene varios significados. Richard es como un centro, desde el cual el peligro puede empezar a extenderse por todas partes, ya que, a pesar de ser pequeño, representa un papel dominante. Por ello, el miedo a ser invadido por el padre negro malo, corresponde a los propios deseos y fantasías que él tiene de invadir a los demás con su materia fecal [Identificación proyectiva]. Véase mis «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides» (1946). <<

[1060] Esto está relacionado con no haberse referido a las noticias de guerra, que en ese entonces eran muy malas. <<

[1061] Es interesante ver cómo junto con los cambios indicados en la nota II de la sesión veintitrés, Richard muestra su resistencia llegando tarde. Al mismo tiempo, al venir corriendo, pone en evidencia la existencia del sentimiento contrario. <<

[1062] Ya he señalado que Richard tenía una gran capacidad para reproducir una variedad de sonidos, que expresaban vivamente la situación emocional que quería comunicar. Con ellos acompañaba varias actividades, como el juego de la flota, el rebotar la pelota o el movimiento de los lápices. A veces, llegaba hasta dar la impresión de que los ruidos provenían de lo más profundo de su interior. <<

[1063] Desde esta sesión en adelante, el negro representó siempre al padre, el celeste a la madre (y a *M. K.*) y el rojo a sí mismo. <<

[1064] En esos momentos ya planeaba hacer un viaje a Londres, cosa que ya le había comunicado a Richard. <<

[1065] Es notable observar cómo esta expresión tan clara de las dudas que tiene Richard respecto a la madre peligrosa, ha salido a la luz tras la interpretación de un material, en el cual la desconfianza y el enojo hacia mí y hacha su madre estaba aún inconsciente. <<

[1066] Otra conclusión a la que podemos llegar es que la operación de garganta puede haber significado también, para él, que se le sacaba de adentro la gente a la que había devorado. <<

[1067] Richard había mencionado dos veces que la guerra iba mejor. Los aliados andaban tras el acorazado *Bismarck* y podían llegar a destruirlo, mientras que Creta aún se estaba defendiendo. Este mejoramiento de la situación exterior disminuye hasta cierto punto la ansiedad que siente. También se encuentra más seguro, al comprobar que su madre está explícitamente de acuerdo con el análisis. (El comentario sobre el hecho de que sería tonto huir de mi). Pero la causa principal por la que ha disminuido la ansiedad se debe, creo, al análisis de la sesión anterior. Esto se puede ver en la forma con que puede expresar la angustia en forma consciente, en la mejor comprensión que tiene de sí mismo, en que niega menos, y en la urgencia creciente con la que quiere reparar. Está más triste, pero al mismo tiempo tiene más esperanza y confianza. <<

[1068] Esto constituye un ejemplo de un fenómeno que se puede observar a menudo, y que es los celos y la soledad se encuentran reforzados por temores persecutorios. <<

[1069] El miedo que me tiene a mí, disminuye con las interpretaciones transferenciales, las cuales relacionan sus temores actuales con las ansiedades y relaciones más tempranas. Pero creo que el temor de hacerme daño con su agresión también disminuyó debido al trabajo analítico ya hecho. Es evidente que tanto la agresión como la resistencia se manifiestan de manera mucho más descubierta en esta parte del análisis. Al mismo tiempo Richard está más capacitado para expresar pensamientos conscientes, que hasta ahora ha estado ocultando. <<

[1070] En el dibujo he tachado el nombre real y he puesto puntos por encima. También he marcado el dibujo con las letras (a), (b), (c) y (d). **<<**

[1071] Como ya he señalado antes, solo podía entrar a la hora debida, al llegar yo con la llave. <<

[1072] La madre de Richard me dijo que su hijo había estado muy preocupado, pensando que yo me enfadaría por no haber él vuelto y que quiso que ella le asegurara que no sería así. <<

[1073] *Bloody*, sangriento en inglés, es considerara una mala palabra en este idioma. <<

[1074] Tras la caída de Creta, la madre me contó que Richard le dijo que si Gran Bretaña perdía la guerra, él se suicidaría. Antes jamás había usado esta expresión con ella y a mi nada me dijo del asunto. <<

[1075] Como ya he dicho antes, los temores que se derivan de fuentes externas incrementan también la angustia derivada de los peligros internos; y viceversa. <<

[1076] Es bien sabido, naturalmente, que en el análisis hay que prestar mucha atención a las palabras con las que los pacientes expresan sus sentimientos. La experiencia me ha enseñado que esto hay que aplicarlo también a expresiones familiares tales como las de «estar harto». El incluir en la interpretación una referencia a la expresión usada, por más familiar que esta sea, depende de todo el contexto, y en particular de la situación de ansiedad específica dominante. Véase, por ejemplo, cómo en la sesión veintiocho Richard dice que está «enfermo» de lo que le digo. <<

[1077] Lord Haw-Haw: se trata de un ciudadano británico al servicio de Alemania, que durante la guerra hablaba por radio a las tropas inglesas, tratando de desmoralizarlas y de que se entregaran a Hitler. El mote le fue puesto debido al acento aristocrático exagerado que usaba al hablar. <<

[1078] No tengo anotado en qué momento me preguntó esto, pero debe de haber sido en relación con el hecho de que, excepcionalmente, se quedara a pasar el fin de semana en «X», y que entonces decidiera yo verle también el domingo. <<

[1079] Ver sesión número quince. <<

[1080] No sé si recordaba esto realmente o si fue algo que le dijeron después. <<

[1081] No tengo notas sobre cuándo exactamente dijera esto, pero estoy casi segura de que lo hizo en la primera parte de la sesión treinta y una. <<

[1082] Juego de palabras. En vez de escribir «*Signed*, Richard», escribe «*Singed*, Richard». **<<**

[1083] Aquí, una vez más, he tachado los nombres de su hermano y de él mismo. <<

[1084] Como señalé al principio, Richard dibujaba y coloreaba estos imperios sin ningún plan deliberado, de manera que a veces él mismo se sorprendía al ver cómo resultaban. <<

[1085] Ya hacía tiempo que quería yo dar a Richard detalles sobre la interrupción del análisis, para darle así el tiempo suficiente de elaborar la ansiedad que debía de ocasionarle. Sin embargo, como había estado tan angustiado toda la semana anterior, no encontré una oportunidad favorable para decírselo. Tras esta sesión en la que la angustia disminuyó notablemente, y dándome cuenta de que ya no podía postergar por más tiempo el hablar de ello, le informé de la fecha en que me proponía marcharme. <<

[1086] Juego de palabras. *Sun* y *son*, que significan sol e hijo, se pronuncian de la misma manera en inglés. <<

[1087] No tengo ninguna referencia a esto en mis notas. <<

[1088] En realidad esto seguramente se lo había dicho ya su madre, a quien yo había ya informado de que me vería obligada a suspender el análisis al cabo de tres o cuatro meses. El hecho de que Richard no contestara a mi pregunta, se debe especialmente al miedo, tan característico del período de latencia, de que no concordara la información dada por su madre con la suministrada por mí. <<

[1089] He tachado dos nombres en este dibujo. <<

[1090] He repetido ya antes, que Richard no dibujaba de una manera predeterminada y que sus dibujos expresaban vivamente sus pensamientos y sentimientos inconscientes. En este caso, aunque deliberadamente decidió no «meter» a Bobby (el verde), sin embargo una buena parte del dibujo fue hecha sin ningún plan previo. Esto se pudo ver en la sorpresa con que se dio cuenta de la cantidad de países que poseía cada persona. <<

[1091] La noche anterior, la madre de Richard me había dicho por teléfono que le parecía que su hijo había mejorado mucho. Estaba más despreocupado, más contento, menos cansador y claramente menos asustado de los niños. Cinco días antes me había ya comunicado que estaba mejor, pero desde entonces le parecía que había mejorado todavía más. También me mencionó que Richard le había dicho que si ahora fuera al colegio le podría decir al profesor que tiene miedo de los niños; y que tras oír una conversación en la cual se hablaba de las dificultades que habría tras la guerra a causa de la mentalidad germánica, el niño intervino en ella preguntando si Hitler no podía ser psicoanalizado para así mejorarle. <<

[1092] Parte del material de las sesiones que siguieron a la interrupción del análisis de Richard lo he utilizado ya en mi trabajo «El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas» (1945), particularmente los dibujos y el juego de la flota, así como también parte de sus anotaciones y de mis interpretaciones. <<

[1093] Por lo general, el primer día de la semana venía al cuarto de juegos directamente desde el autobús que lo traía de su casa. <<

[1094] Durante la guerra los caramelos estaban racionados en Inglaterra. <<

[1095] Ese mismo día recibí una carta de la madre de Richard, en la que me decía que había notado una gran mejoría en el niño, la cual se mantuvo durante todas las vacaciones y se hizo bien manifiesta tanto para su padre como para ella. <<

[1096] Yo había aconsejado a la madre de Richard que no hiciera esto, pero me contestó que por circunstancias debidas a la guerra no pudo conseguir dos habitaciones. <<

[1097] Ese comentario, como muchas otras asociaciones, no fue anotado por mí. <<

[1098] Este es otro ejemplo de la gran variedad de situaciones inconscientes, algunas de ellas completamente contradictorias, que se vivencian a veces en forma simultánea. <<

[1099] Versión castellana en *Estados psicóticos*, Buenos Aires, Hormé, 1974. <<

[1100] Quiero llamar la atención sobre el hecho de que aunque Richard no puede al principio dar ninguna asociación sobre el dibujo de los aviones, si puede hacerlo una vez que le interpreto el conflicto de amor y odio que tiene con su padre, el cual consiste en querer reemplazar a este en la relación que mantiene con la madre, y le lleva a desear que esta rechace a su marido, y al mismo tiempo, lo contrario: que le ame. <<

[1101] No tengo ninguna referencia a esto en las notas de la sesión anterior. <<

[1102] La madre de Richard me dijo por teléfono que en la actualidad su hijo estaba muy desagradable. <<

[1103] Más tarde marqué el dibujo con las letras (a), (b) y (c). <<

[1104] *Roseman*, literalmente traducido significa hombre-rosa. <<

[1105] El padre de Richard había ya obtenido para entonces una licencia para pescar salmones. <<

[1106] Tal como lo demostró el material anterior, Richard trata otra vez de equilibrar sus lealtades, debidas esta vez a su padre y a su analista. Como durante la semana su madre vivía en «X» a causa del análisis, el niño sentía que debería quedarse con el padre por lo menos los domingos. <<

[1107] No tengo ninguna nota sobre la terminación de esta sesión, pero no me cabe duda de haber interpretado este último comentario tan triste refiriéndolo al análisis, el cual vive como si fuera una lucha constante y sin éxito contra sus impulsos destructivos. <<

[1108] Tomé la decisión de ir a esta fiesta a la que concurría toda la gente de «X», pues de no hacerlo Richard hubiera sentido que evitaba verle y además que yo misma me privaba de ella. En su transcurso cambié unas palabras con él y con su madre, y fue entonces cuando el niño me contó que ya se había bebido dos botellas de limonada. <<

[1109] A pesar de estar muy al tanto de la guerra, Richard no hace aquí ninguna distinción entre los chinos y los japoneses, lo cual creo que se debe a que en este momento sospecha de cualquier cosa de color amarillo: el cuaderno. <<

[1110] Véase la nota 85. <<

[1111] He señalado ya, repetidas veces, que Richard tenía mucho menos dificultad para reconocer que sospechaba de su padre que de su madre, a la cual se aferraba tratando de conservarla como objeto bueno. <<

[1112] Esta es la primera vez que, explícitamente, usa la expresión «la mamá mala», con lo cual reconoce conscientemente las dudas que tiene respecto a su madre, y demuestra que ha aceptado las interpretaciones de *M. K.* <<

[1113] Aparentemente no he dado ninguna interpretación de este dibujo, pero me gustaría ahora decir algo sobre el mismo. Llama la atención la manera en que el rojo —Richard— domina todo el cuadro. Dos partes de él están enlazadas con el negro: el padre. Cerca está el violeta: Paul; pero, además, está en relación con dos secciones celestes: mamá. En esta sesión ha expresado conscientemente la desconfianza que le tiene a su madre, ya que hay una *M. K.* alemana y otra británica y no sabe en qué lado realmente está. Sin duda existe una relación íntima entre esta desconfianza y la pequeña cantidad de celeste que aparece en el dibujo. <<

[1114] Al principio dejé que Richard tomara la decisión que quisiese respecto a este punto, pero esto no resultó una solución satisfactoria, pues el niño no pudo llegar a decidirse solo. <<

[1115] El sitio donde Richard me encuentra en esta sesión es la esquina de la casa donde yo vivo, situada en una calle paralela a la del cuarto de juegos. Richard ya había antes comentado que esta calle era muy usada para ir a la parte comercial del pueblo. Unos días antes, al ver que el señor Smith no pasaba por delante del cuarto de juegos, me preguntó si no me lo había ya encontrado antes de verle a él, y murmuró que no le gustaba que me encontrara con él estando yo sola. Por esta razón, a pesar de no querer imponerse sobre mí, me va a encontrar hoy más cerca de mi alojamiento. **<<**

[1116] Joan Riviere *(Int. Journal of Psycho-Anal.*, vol. VIII) ha sugerido que existe una relación entre la carencia y el superyó materno. Véase también el trabajo de Ernest Jones: «Early Development of Female Sexuality», *ibíd*. <<

[1117] Estos comentarios, llenos de desprecio hacia los niños pobres y sucios, los hacía Richard con mucha frecuencia, y en la actualidad están particularmente dirigidos contra los niños evacuados en la zona. Su madre me había dicho ya que su hijo despreciaba a la gente de posición social inferior, como, por ejemplo, al personal de servicio, a pesar de que en su casa no se hacía este tipo de comentario. <<

[1118] Como tantas otras veces, mi cartera y mi cesta representan un lugar de escondite bien seguro. <<

[1119] Richard tenía planeado volver a «Y» el lunes con sus padres, y viajar de vuelta a «X» solo, el martes. <<

[1120] Este material me sugiere, además, otra interpretación, que, según parece, no le hice entonces. Para poder resucitar a mamá, se ve Richard obligado a darle muchos bebés (los números). Pero tiene mucho miedo de las relaciones sexuales (cosa que se ve otra vez con toda claridad en las últimas sesiones) y de ser atacado y castigado por su padre. Además, duda de poder jamás llegar a ser potente y tener un pene bueno y creador. Entre mis notas figura una en la que digo que en esta sesión he sido incapaz de aliviar suficientemente la depresión que el niño siente. **<<**

[1121] Los bebés moscardones a quienes acaba de echar, también representan a los «niños pobres y sucios» de los barrios bajos, ante quienes Richard se muestra tan despectivo y al mismo tiempo tan miedoso: en última instancia, representan además a los bebés destruidos y sin nacer de su madre. <<

[1122] *Longlive* quiere decir en inglés: vive mucho tiempo. <<

[1123] *Longline*: línea larga, en inglés. <<

[1124] Valeing se parece a *whale*, que significa ballena en inglés. **<<**

[1125] El material anterior ya nos mostró cómo, invirtiendo la relación padre-hijo, Richard lograba luchar contra sus celos y mantener intactos los sentimientos de amor y compasión hacia su padre. <<

[1126] *Brown* significa marrón en inglés, y su pronunciación se asemeja a la de *Brum* de *Brumbruk*. **<<**

[1127] Pista de hielo es *rink* en inglés. <<

[1128] Llave, en inglés, se escribe *key*. <<

[1129] Pecho es *breast* en inglés. **<<**

[1130] No tengo ninguna nota referente a la respuesta de Richard ni a la manera en que se separa de mí tras esta sesión. <<

[1131] No se trata solamente de que ahora puede jugar con él; da la impresión, además, de que siente haber encontrado otra vez un objeto querido y perdido. Esto nos hace recordar las fuertes emociones que expresó al dibujar su tren eléctrico en la sesión cuarenta y cinco, en la cual habló también de su casa de «Z» y de recuerdos felices. La flota y los pájaros representan papeles semejantes, pues todos ellos están llenos de amor que en parte ha desplazado de la relación con sus padres y de la vida hogareña. <<

[1132] Se ve aquí una buena cantidad de ansiedad persecutoria. La lluvia, como se ve en sesiones anteriores, constituye para él un castigo y una amenaza, pues representa la orina peligrosa y venenosa del padre; en una ocasión anterior significó también una amenaza de dios (sesión cincuenta y dos). <<

[1133] Durante la guerra en Inglaterra se recogía todo el papel viejo, así como el aluminio usado, para ahorrar materia prima y convertirlos en material de guerra. <<

[1134] Hasta cierto punto, esta interpretación es igual a la dada el día anterior, pero no estaba yo segura de cuánto de ella pude en aquella ocasión transmitirle. Además, como de costumbre, doy detalles nuevos en el nuevo contexto. Esta vez Richard escucha muy atentamente, pero resulta además evidente que en la ocasión anterior había incorporado mucho más de lo que aparentemente parecía. Esto puede verse en que su actitud, desde el principio de la sesión, es muy diferente de la del día anterior. <<

[1135] El comentario de que yo conozco a mucha gente, es una negación de un hecho bien conocido por él, y es que apenas tenía yo relaciones sociales en «X». La pregunta que tantas veces me hace sobe si he ido al cine, también tiene mucho que ver con el temor a que yo me sintiera sola. Este día en particular, esto está incrementado por el hecho de que teme abandonarme al no tener su sesión del domingo, lo cual le hace volver a vivir el fuerte conflicto de lealtades sentido ante su madre y su niñera, a la cual por otra parte va realmente a ir a visitar, camino de su casa. **<<**

[1136] No tengo ninguna nota que me aclare si ya antes hizo alguna referencia a haber perdido un barco, o si no mencionó este hecho hasta esta sesión. <<

[1137] Este dibujo está aquí reproducido, pero he tachado los nombres reales que Richard escribió al lado de los barcos. <<

[1138] Echando una mirada retrospectiva, se me ocurre pensar que el órgano genital menor penetra dentro del pecho, mientras que el mayor, que representa el de su padre, aunque se acerca mucho a él, se queda afuera. También creo que los dos representan la boca; tanto la de él como la del padre. <<

[1139] Creo que la rabia contra la cocinera está reforzada por que al ver a la enfermera cuidando a su padre, se ha reactivado el cariño que él tenía a su niñera. Sin embargo menciona este incidente tras mi interpretación de que el dibujo 57 significa que desea chupar el pecho y poner su órgano sexual cerca del mismo, lo cual puede deberse también a la rabia que siente hacia la mamá mala —la cocinera mala— por haberle dado tan poca leche de su pecho. El hombre imaginario a quien quiere dejar afuera representa entonces al padre, a quien acusa de estar quitándoselo para gozar él de su leche. Esta fantasía está estimulada por el hecho de que su padre esté siendo tratado como un bebé: es decir, por estar bajo el cuidado de una enfermera. <<

[1140] Aunque Richard a veces me tocaba y me acariciaba, siempre lo hacía en forma rápida, resultando evidente que se estaba controlando. Sin duda, de no haberle yo insinuado mediante mi actitud, que tales caricias físicas estaban fuera de lugar en la situación analítica, me hubiera abrazado y besado mucho. Esto mismo se aplica a los demás niños a quienes he tenido en tratamiento, ante los cuales he podido por lo general mantener la actitud amistosa pero reservada, necesaria para poder analizar la situación transferencial (véase *El psicoanálisis de niños*, capítulo II). **<<**

[1141] Helado y hielo en inglés, se dicen de la misma manera. <<

[1142] No tengo ninguna nota en que se vea la interpretación dada sobre estas dos líneas, pero creo que pueden haber significado el deseo de proteger el pecho, encerrándolo dentro de ellas. <<

[1143] Es significativo el que la protesta china, que representaba la orina y la materia fecal amarilla y venenosa, fuera hecha el sábado; es decir, antes de la frustración causada por la falta de sesión del domingo. <<

[1144] *Ink* es tinta, en inglés. <<

[1145] En *El psicoanálisis de niños*, he establecido ciertas conexiones con estos ataques. Desgraciadamente el dibujo se ha perdido, de modo que no puede ser reproducido. <<

[1146] *Blueing* se parece a *blue ink*, que significa tinta azul en inglés; además puede sonar a algo como «azular». <<

[1147] He tachado su nombre. <<

[1148] Aun en un cuarto de juegos bien equipado, y que tenga linóleo en el suelo, es necesario a veces restringir la cantidad de agua con que juegan los niños, en el caso de que pierdan el control. <<

[1149] En general no reemplacé los juguetes que se rompían, pero lo hice a intervalos regulares, después de los días festivos. Pero sí reemplacé lápices, papel y tizas, cuando se gastaban. <<

[1150] El día anterior había aparecido en forma bien clara de identificación femenina, la cual fue consecuentemente analizada. Es interesante ver cómo en la sesión siguiente surge con fuerza la posición masculina, que ocupa ahora el primer plano. <<

[1151] Se llegó finalmente al arreglo de que Richard se quedaría durante la semana con los Wilson y que solo iría a su casa los fines de semana. <<

[1152] A causa de la enfermedad de su marido, la madre de Richard hizo un arreglo para que este se quede en casa de los Wilson. Richard, que en algunos sentidos es tratado como un hijo único por ser su hermano mucho mayor que él, ya que estaba habituado a obtener mucha atención en su casa, encuentra mucha dificultad en adaptarse a un círculo familiar en el cual no se le hace tanto caso. <<

[1153] Esta admisión contrasta con la tendencia que tiene Richard a darse importancia. La madre me había ya dicho que su hijo era muy presumido; en el hotel, por ejemplo, cuando su padre pescó el salmón, dijo a la gente que era él quién lo había pescado, y a veces se portaba como si lo supiera todo. Este darse importancia está en el análisis muy controlado, pues conmigo está dispuesto a ser veraz. <<

[1154] Por lo general, trato de evitar llevar cosas al consultorio que no pertenezcan al análisis, pero ese día me fue imposible ir al correo más temprano. El estímulo hacia la envidia, los celos y la persecución que constituyó el haber llevado el paquete, demuestra que hacerlo fue un error técnico. <<

[1155] Durante la guerra la fruta estaba racionada en Inglaterra, y era difícil conseguirla. <<

[1156] Por entonces había yo llegado a la conclusión de que no podría volver a «X» el próximo verano para continuar el análisis de Richard. No me cabe duda de haber explicado esto al niño para que no se hiciera ninguna ilusión pero no guardo ninguna nota sobre cuándo lo hice. <<

[1157] Esto constituye un ejemplo de lo cuidadosamente que el analista debe recordar cada detalle que introduce en la habitación de juegos y, por lo tanto, en el análisis. <<

[1158] En el dibujo he tachado el nombre verdadero de Oliver. <<

[1159] El padre no está enfermo de pulmonía. <<

[1160] Como ya mencioné en otra oportunidad, hay muchas tarjetas clavadas a la pared o distribuidas por el cuarto, de manera que resulta significativo que Richard elija justamente esa. <<

[1161] Véase la nota III de la sesión cuarenta y dos. <<

[1162] La rapidez de los cambios y fluctuaciones de una posición a otra, son un índice de la inseguridad, inestabilidad y enfermedad de Richard, y se hallan en este momento reforzados a causa de mi inminente partida y de la preocupación por la enfermedad de su padre. <<

[1163] Como ya he dicho antes, parece muy poco probable que nunca haya visto desnuda a su niñera, que dormía en la misma habitación, o a su madre. El material además, demuestra repetidas veces que posee un conocimiento inconsciente de la diferencia que existe entre los dos sexos. Me enseña, por ejemplo, que existe una diferencia entre los mástiles del *Rodney* (la madre) y del *Nelson* (el padre), a pesar de ser esta tan leve que es casi imposible verla, y que consiste en que el del *Rodney* tiene roto un pedacito en su parte superior. **<<**

[1164] Richard se porta aquí de una manera similar a la de un hombre que confiesa haber sido infiel y que trata de hacer parecer a la otra mujer como si fuera algo sin importancia, dirigiéndole en cambio alabanzas a su amor. <<

[1165] Richard tenía un interés particular en ver cómo la gente o los autos aparecían o desaparecían tras esta curva, que podía verse desde el cuarto de juegos. Esto se demostró, por ejemplo, en la oportunidad en que se interesó por la cabeza de un caballo que asomaba tras ella (sesión ocho), mientras que el cuerpo del animal quedaba oculto del otro lado. En aquella ocasión, la cabeza del caballo simbolizaba su pene introducido dentro de *M. K.* **<<**

[1166] El que Richard pida en este momento que solo le traiga uno de los dos árboles significa que a pesar de estar negando su tristeza, quiere que yo la comparta con él. Así también yo me quedo entonces con un solo árbol. <<

[1167] *School*: escuela, en inglés. <<

[1168] Como ya he mencionado antes, a Richard le empiezan ahora a gustar las nubes, mientras que antes solo le gustaban los cielos carentes de ellas. Creo que en este cambio tiene un significado particular que haya disminuido la idealización (la madre-celeste, el cielo sin nubes), y el que ahora sea capaz en mayor medida de reconocer en su madre y en la naturaleza rasgos cuyo carácter no son únicamente agradables. <<

[1169] Richard siempre está a la búsqueda de mujeres protectoras, y como mencioné ya antes, siempre logra conseguirlas. No cabe duda de que el temor de dañar a su madre o a mí que ha vivenciado tan vivamente en esta sesión, incrementa la necesidad que siente de encontrar a una mujer amiga: la cobradora buena del autobús. <<

[1170] En este dibujo, y en los que siguen, he indicado las partes a las cuales Richard se refiere, llamándolas (a), (b), (c), etc. **<<**

[1171] *Darling*: querida en inglés. <<

[1172] Lamentablemente este dibujo se ha perdido, y me veo obligada a reconstruir su contenido por medio de mis notas. <<

[1173] Sin duda alguna, el narrar el sueño significa que ahora Richard tiene más capacidad creadora, y además que quiere hacer un regalo a su analista. De este modo vuelven a renacer sus esperanzas y disminuye la depresión. <<

[1174] Estos pensamientos pueden verse fácilmente en el material cuando, por ejemplo, al jugar con los trenes, Richard sigue a *M. K.* a Londres; o cuando el tren eléctrico, que le representa a él y que contiene a *M. K.*, se va a esta ciudad. <<

[1175] Desgraciadamente se han perdido algunos de los dibujos de esta sesión.
<<


OBRAS COMPLETAS
MELANIE
KLEIN
Lectulandia